

MARIO BENEDETTI

ANTOLOGÍA POÉTICA

Introducción de Pedro Orgambide

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

INTRODUCCIÓN

Mario Benedetti es uno de los escritores más leídos de nuestro idioma. Su obra literaria —más de sesenta libros, traducidos a veinticinco lenguas— abarca distintos géneros: la novela, el cuento, la poesía, el ensayo. Ha ejercido también la crítica literaria y el periodismo; es autor de teatro y algunos de sus poemas, transformados en letras de canciones, integran el repertorio de conocidos intérpretes, como Joan Manuel Serrat, Daniel Viglietti y Nacha Guevara, entre otros.

Benedetti nació el 14 de septiembre de 1920, en Paso de los Toros, Departamento de Tacuarembó, República Oriental del Uruguay. Tenía cuatro años cuando su padre, químico de profesión, fue a vivir con su familia a Montevideo, la ciudad que no sólo es el telón de fondo, el escenario de su literatura, sino también una parte esencial de su biografía. La experiencia de un Montevideo apacible, provinciano y doméstico corresponde a su infancia, a los años en que asistía al colegio alemán, en el cual aprendió el rigor de los números, la pulcritud y los idiomas. En uno de sus primeros poemas evoca ese tiempo, cuando iba en tranvía a la escuela; todos los días, a la misma hora, subía también al tranvía un viejo ilustre: el poeta Juan Zorrilla de San Martín.

Ahora bien, antes que la literatura fuera, además de su pasión, su medio de vida, Benedetti realizó diferentes aprendizajes. A los catorce años era taquígrafo; más tarde fue vendedor, funcionario público y empleado contable, al igual que Martín Santomé, el protagonista de *La tregua*, y los personajes de *Poemas de la oficina*. También fue traductor, trabajó como locutor de radio y se inició como periodista en *Marcha*, la revista que durante varias décadas dirigió Carlos Quijano, en torno de la cual se nucleaban los más lúcidos intelectuales del Uruguay.

I. Poesía coloquial y prosaísmo

El primer libro que Benedetti incluyó en *Inventario* se titula *Solo mientras tanto* (1948-1950). Por sus temas y su lenguaje, estos textos son claros exponentes del movimiento lírico de entonces, que asimilaba y hacía suyas algunas experiencias poéticas europeas. Acallados —o debilitados— los ecos del modernismo, ya sin la tutela de Herrera y Reissig o Sabat Ercasty, los jóvenes poetas uruguayos de los años cuarenta, entre los que se encontraba Benedetti, intentaban un camino que los diferenciara de sus mayores.

En estos poemas iniciales, Benedetti adelanta un procedimiento que será frecuente en su obra posterior. Me refiero a la costumbre de alternar la imagen del objeto (paisaje, calle, casa) y la voz del sujeto que contempla, como puede observarse en los siguientes versos de *Elegir mi paisaje*:

*Ah si pudiera elegir mi paisaje
elegiría, robaría esta calle,
esta calle recién atardecida
en la que encarnizadamente revivo
y de la que sé con estricta nostalgia
el número y el nombre de sus setenta árboles.*

Por lo demás, ensaya en este poema cierta heterodoxia formal; lo inicia en segunda persona y lo termina en la primera persona confesional del agnóstico. También adelanta la intención de desacralizar las creencias establecidas a través de la paradoja y el humor:

*saber que Dios se muere, se resbala,
que Dios retrocede con los brazos cerrados,
con los labios cerrados, con la niebla,
como un campanario atrozmente en ruinas
que desandara siglos de ceniza.*

(Ausencia de Dios)

Benedetti se permite, desde el comienzo, libertades e irreverencias, aunque su heterodoxia es disimulada por el lenguaje lírico. En el largo poema titulado *Asunción de ti* pueden reconocerse potenciales epigramas y la forma latente del *haikú*. Un ejemplo:

*Puedes
venir a reclamarte como eras.
Aunque ya no seas tú.*

Poemas de la oficina (1953-1956) comporta una novedad casi absoluta en el panorama poético de la época; es la señal de un cambio ante la retórica nerudiana. Con Benedetti llega el *prosaísmo* al Río de la Plata; lo antecede, en la cronología, el *sencillismo* del argentino Baldomero Fernández Moreno, que no influye directamente en la poesía del uruguayo. Tampoco hay mayor relación con el *creacionismo* del chileno Vicente Huidobro, enfrentado a “lo lírico”, a las previsibles metáforas, las fáciles asociaciones y “los furtivos *como* iluminados”. Lo que Benedetti introduce en la poesía sudamericana, como Antonio Machado en la española, es el acercamiento del habla coloquial a la escritura y una mirada que redescubre la vida cotidiana.

Esta actitud es paralela a la de los poetas norteamericanos de la década del treinta, que abordan lo doméstico desde un lenguaje simple, cuyas tensiones exasperan, de manera casi imperceptible, la realidad concreta. En *Poemas de la oficina*, la crónica de lo rutinario se dramatiza en la sensación del lento transcurrir del tiempo:

*El cielo de veras que no es éste de ahora
el cielo de cuando me jubile
durará todo el día
todo el día caerá
como lluvia de sol sobre mi calva.*

Un personaje explícito o tácito, el oficinista, intuye que desperdicia su existencia, que la pierde, paradójicamente, en el cumplimiento de un horario. En *Amor, de tarde*,

el poeta hace (desde la voz del oficinista) el recuento de sus tareas mientras piensa en la amada, llevando a su cuerpo una tensión que no se verbaliza como angustia:

*Es una lástima que no estés conmigo
cuando miro el reloj y son las cuatro
y acabo la planilla y pienso diez minutos
y estiro las piernas como todas las tardes
y hago así los hombros para aflojar la espalda
y me doblo los dedos y les saco mentiras.*

El *ritornello* (“*Es una lástima. . .*”) funciona con la precisión de un metrónomo, como recurso rítmico que subraya la monotonía; otras veces, un solo verso basta, como en *Angelus*, para definir esta situación:

Quién me iba a decir que el destino era esto.

Pero el humor mitiga la desdicha: el humor, que en la poesía de Benedetti es una constante, aquella mirada que impide la autocompasión, que permite observar al otro y a uno mismo sin mayores complacencias. El humor es capaz de crear antídotos a la angustia, mediante la creación de una tipología, como en *El nuevo y Dactilógrafo*, o mediante la utilización del vocabulario oficinesco con sentido paródico, como cuando es imitado el lenguaje de una carta comercial.

Benedetti avanza sobre los presupuestos del estereotipo lírico (lo que Carlos Mastronardi llamaba “lirismo y facilidad”) y define, durante la década del cincuenta, una *poética del prosaísmo*. Esta nueva forma de escribir y expresar la realidad encontrará otro notable exponente en el chileno Nicanor Parra, inventor de los *antipoemas*; pero es la obra del uruguayo la que señala el camino que seguirá en los años sesenta la *poesía conversacional*, de la que Juan Gelman es el emergente más notorio en la Argentina, así como Roberto Fernández Retamar en Cuba y Ernesto Cardenal en Nicaragua.

II. Una épica de la vida cotidiana

A partir de su ruptura con el estereotipo lírico, la poesía de Benedetti avanzará por diferentes rumbos. En *Poemas del hoyporhoy* (1958-1961), emergen lo social y lo político; desde el título mismo la actualidad convocante y los estímulos de la realidad inmediata aparecen integrados.

El poema *Cumpleaños en Manhattan* fechado en Nueva York el 14 de septiembre de 1959, transmite un sentimiento de extranjería que, en más de un sentido, anticipa el exilio, delineando los rasgos principales de una épica que desarrollará después. Es el tiempo de los *beatniks*, de los golpeados de la *beat generation* (Allen Guinsberg, Jack Kerouac), de los cuestionadores del *american way of life*; es el tiempo también, de la Revolución Cubana.

Es el día de su cumpleaños. Lejos de casa y de los tangos, intuye una nueva dimensión poética, donde lo individual se une a lo político:

*tengo unas ganas cursis
dolorosas
de ver algo de mar
de sentir cómo llueve en Andes y Colonia
de oír a mi mujer diciendo cualquier cosa
de escuchar las bocinas
y de putear con eco*

Por aquellos años, el registro épico se afirma en su poesía; prueba de ello es *Un padrenuestro latinoamericano*, donde el poeta oficia de portavoz de las luchas de liberación que tienen lugar en América latina. Pese a su intención manifiesta, el poema elude el tono panfletario y es el humor, otra vez, el que atempera el énfasis y permite a un poeta sudamericano conversar mano a mano con Dios.

Ciertamente, ya se habían producido en la poesía latinoamericana del siglo XX otros casos de conversión a lo épico; tres, al menos, durante la Guerra Civil Española: la del chileno Pablo Neruda, la del peruano César Vallejo y la del argentino Raúl González Tuñón. Lo novedoso, en

el caso de Benedetti, es que este cambio, más que a una ruptura, obedece a una continuidad: el prosaísmo encuentra su síntesis en lo épico.

¿Pero es épica, en realidad, esta poesía? ¿Se relaciona, verdaderamente, con la epopeya y con lo heroico? Más bien parece un abordaje de lo épico desde lo cotidiano, donde los énfasis pueden llegar a sonar ridículos. Nada más alejado de esta poesía que el tono profético. El humor impío (que llama *padrenuestro* a la oración de un agnóstico) señala la impronta de Benedetti; también los versos iniciales del poema:

*Padre nuestro que estás en los cielos
con las golondrinas y los misiles
quiero que vuelvas antes de que olvides
cómo se llega al sur de río Grande*

Los viajes, los regresos. Comienza la parábola de las despedidas, los adioses, las imágenes furtivas del país de origen. Y la vuelta, el reconocimiento de una región del mundo como identidad: “*donde ha quedado mi infancia y envejecen mis padres*”. Tal es el eje de *Noción de patria* (1962-1963):

*Quizá mi única noción de patria
sea esta urgencia de decir Nosotros
quizá mi única noción de patria
sea este regreso al propio desconcierto.*

Por entonces, cierta actitud melancólica, propensa al pesimismo, comienza a dar paso a una visión más dinámica y participativa del poeta, que se hace cargo no sólo de sus conflictos personales, sino de aquellos que surgen en la sociedad y en el mundo que le han tocado en suerte. De la primera actitud son ejemplos su novela inicial *Quién de nosotros* (1953), con ambientación y tipología de clase media uruguaya, y el ensayo *El país de la cola de paja* (1960), donde reflexiona críticamente sobre las debilidades de esa clase a la que él mismo pertenece. La segunda actitud, de ruptura y esperanzada superación, está dada por *El cumpleaños de Juan Ángel* (1971), su original novela en verso.

El reconocimiento del optimismo histórico no significa, de ninguna manera, el culto del optimismo *panglossiano*, como aquel personaje de Voltaire en *Cándido*, exultante ante lo obvio y negador de las dificultades. Tal reconocimiento significa, por el contrario, entender la complejidad de la historia, que a veces, como sabía Marx, “avanza por el lado malo”.

En la larga, ardua y, a menudo, inútil discusión sobre poesía y política, ciertos críticos se impacientan cuando no pueden encasillar al poeta bajo rótulos previsibles. Algo de eso ocurre con la poesía de Benedetti: nadie podrá acusarlo de sectario ni de oportunista; lo político, para él, se da como un hecho existencial, como un lúcido abordaje de la condición humana. Esto resulta evidente en el poema *Todos conspiramos*, incluido en *Próximo prójimo* (1964-1965), y en otros textos en los que el poeta sitúa su “yo” en medio del conflicto, de las tensiones y contradicciones de una sociedad muchas veces hostil a la libertad y el pensamiento.

La continuidad de esta actitud se proyecta en *Contra los puentes levadizos* (1965-1966) y alcanza su punto de máxima exaltación en el poema *Consternados, rabiosos*, escrito en Montevideo, en octubre de 1967, con motivo de la muerte de Ernesto “Che” Guevara, y publicado ese mismo año en su libro *A ras de sueño*. En este poema, que manifiesta el duelo y el eventual sentimiento de culpa del intelectual frente al combatiente caído, se observan diferentes estados de ánimo: consternación, rabia, estupor, vergüenza. Finalmente, el poeta rompe el *duelo congelado*, como diría la psicoanalista Marie Langer, y alcanza la síntesis poética:

*donde estés
si es que estás
si estás llegando
será una pena que no exista Dios*

*pero habrá otros
claro que habrá otros
dignos de recibirte
comandante.*

Este poema bastaría para refutar a quienes confinan la

poesía de tipo político y social a la categoría de mera propaganda. Al igual que en Miguel Hernández, Rafael Alberti y Federico García Lorca, en Benedetti el *mandato* social y político no es *extraliterario*; surge de una necesidad poética, como respuesta activa, desde la literatura, a los estímulos de lo real. No obedece a la *obligación ética*, propia del *intelectual orgánico*, como lo entendía Antonio Gramsci, y menos al estereotipo stalinista del *ingeniero del alma*; de lo que se trata, simplemente, es de la participación de un hombre, de un intelectual, de un poeta en la historia de su tiempo. Su papel no es el de mentor; en todo caso, sí, el de testigo.

III. *Contra la semántica: táctica y estrategia*

Durante la década del sesenta era frecuente buscar una síntesis entre las preocupaciones políticas y literarias. Mientras los intelectuales europeos continuaban la discusión en torno del concepto de *compromiso* formulado por Jean-Paul Sartre, no eran pocos los intelectuales latinoamericanos que participaban, simultáneamente, de la práctica política y del ejercicio, sin limitaciones, de la literatura. Es en este contexto que debe verse la adhesión de Benedetti a la Revolución Cubana, así como su permanencia en La Habana desde 1968 hasta 1971, donde dirigió el Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas.

En *Quemar las naves* (1968-1969), Benedetti expresa sus convicciones políticas con gran libertad formal. El verso libre, instrumentado en amplios períodos, la ausencia de signos de puntuación, que se sustituyen por el escalonamiento tipográfico, la uniformidad de las minúsculas, que abarcan incluso los nombres propios, son visibles aspectos formales de este libro. Sin embargo, las razones de la *Semántica* (hay un poema que se titula así) parecen cuestionarse, o mejor: la de quienes socializan la semántica por encima de los significados. Por eso Benedetti dice de ella:

*tu única salvación es ser nuestro instrumento
caricia bisturí metáfora fusil ganzúa interrogante tirabuzón
blasfemia candado etcétera*

*ya verás
qué lindo serrucho haremos contigo.*

Su afán desmitificador apunta, también, hacia los temas consagrados por la literatura. En *La infancia es otra cosa* arremete contra “*los geniales demagogos*” que realimentaron el mito de la inocencia y de la edad feliz. Porque *la otra infancia*

*es la chiquilina a obligatoria distancia
la teresa rubia
de ojos alemanes y sonrisa para otros
humilladora de mis lápices de veneración de mis insignias
de ofrenda de mis estampillas de homenaje
futura pobre gorda sofocada de deudas y de hijos pero
entonces tan lejos y escarpada
y es también el amigo el único el mejor
aplastado en la calle*

La desmitificación adquiere intencionalidad histórica en su poema sobre Artigas:

*Se las arregló para ser contemporáneo de quienes nacieron
medio siglo después de su muerte*

En el poema titulado *El verbo*, escribe Benedetti:

*En el principio era el verbo
y el verbo no era Dios
eran las palabras
frágiles transparentes y putas*

El poeta no tiene más que las palabras: las palabras que justifican, a veces, una vida. Pero ocurre, suele ocurrir, que hay momentos en que las palabras no bastan, en que ellas parecen inútiles, carentes de significado. Algo de eso le pasa a Benedetti el 5 de enero de 1971, cuando muere su padre; sin embargo, encuentra fuerzas, y quizá consuelo, escribiendo *Casi un réquiem*.

Otra muerte, esta vez de una joven militante llamada

Soledad Barrett, tiene un registro solidario en su poesía, que intenta una explicación más profunda, más allá de las contingencias de la lucha y el dolor de la circunstancia:

*por lo menos no habrá sido fácil
cerrar tus grandes ojos claros
tus ojos donde la mejor violencia
se permitía razonables treguas
para volverse increíble bondad*

(Muerte de Soledad Barrett)

Eran años difíciles, de duros enfrentamientos políticos y represión, que anticipaban el horror de las dictaduras por venir y, como dicen los viejos talmudistas, “quien anda con la antorcha de la verdad no deja de quemar algunas barbas”. Y eso molesta, claro: impaciente, perturba. El cuestionamiento de Benedetti al orden establecido encendió no sólo barbas académicas sino también las de quienes detentaban el poder. Su poesía se tornó sospechosa, lo mismo que otros escritos suyos, más directos y polémicos.

Benedetti publica, por entonces, sus *Letras de emergencia* (1969-1973). En el poema *Gallos sueños*, define su actitud:

*tenemos una esperanza a prueba
de terremotos y congojas*

*sabemos esperar rodeados por la muerte
sabemos desvelarnos por la vida*

Reconocemos la misma actitud en su *Poemas de otros* (1973-1974). Estos textos configuran la mirada especular de sus personajes y, al mismo tiempo, la proyección simbólica de su propia individualidad. Los “*hombres que miran*” son y no son Benedetti; constituyen personajes con su mismo aire de familia, con historias similares, que acaso se parecen a las del autor.

Una poética de Benedetti tendría que incluir, necesariamente, una galería de personajes vinculados con su biografía: el oficinista sedentario, el montevideano cordial, el periodista, el narrador, el viajero, el exiliado, el luchador político y, por supuesto, el poeta. El *Hombre preso que mira a su hijo* bien podría ser Benedetti recordando un tiempo más apacible del Uruguay:

*cuando era como vos me enseñaron los viejos
y también las maestras bondadosas y miopes
que libertad o muerte era una redundancia*

También es (o puede ser) Benedetti el *Hombre que mira su país desde el exilio*:

*País verde y herido
comarquita de veras
patria pobre*

Una constante en la poesía de Benedetti es el humor, que se manifiesta en el título *Táctica y estrategia*, donde las palabras utilizadas en la guerra (o la política) sirven para hablar del abordaje amoroso. El trastrocamiento de los usos manifiestos del lenguaje otorga una insólita eficacia a ciertos versos; términos como *vanguardia* y *pueblo* tienen, por ejemplo, un sentido muy distinto del habitual en el poema *Bienvenida*:

*tu rostro es la vanguardia
tal vez llega primero
porque lo pinto en las paredes
con trazos invisibles y seguros
no olvides que tu rostro
me mira como pueblo
sonríe y rabia y canta
como pueblo
y eso te da una lumbrer
inapagable*

En esa *zona franca* de la poesía, de significados cambiantes, es posible unir adjetivos y sustantivos de carácter opuesto:

Al principio ella fue una serena conflagración

(La otra copa del brindis)

Allí se recupera, a la vez, el ritmo de lo coloquial:

*Compañera
usted sabe
que puede contar
conmigo
no hasta dos
o hasta diez
sino contar
conmigo*

(Hagamos un trato)

Y es allí, también, donde se rescatan formas tradicionales de la poesía castellana, cuartetas con versos rimados aptos para la canción:

*Tus manos son mi caricia
mis acordes cotidianos
te quiero porque tus manos
trabajan por la justicia*

*Si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos*

(Te quiero)

A principios de los años setenta, este último poema se hace canción y los versos de Benedetti, con música de

Alberto Favero, pasan a formar parte del repertorio de varios intérpretes. La difusión de su obra, al margen del circuito literario, es multitudinaria; la literatura (“nuestro soberano bien”, como decía Albert Camus) continúa siendo, con todo, su mejor refugio.

IV. Memoria y desexilio

Entre 1971 y 1973, Benedetti tuvo a su cargo el Departamento de Literatura Hispanoamericana, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de Montevideo. Al producirse el golpe militar de 1973, renunció a su puesto e inició un exilio que habría de durar doce años.

El comienzo del exilio de Benedetti fue realmente dramático: en Buenos Aires, la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) lo amenazó de muerte; luego fue obligado a abandonar el Perú por presión de sus perseguidores; finalmente, halló asilo en Cuba, donde volvió a trabajar, ahora como investigador literario, en la Casa de las Américas. Allí, y en otros lugares del mundo, participó en congresos y encuentros de escritores, demostrando ser un brillante interlocutor. Su posición fue siempre clara: de total solidaridad con los pueblos en lucha y de total amplitud frente a los problemas inherentes a la creación literaria. Con extrema lucidez, en un poema más tarde incluido en *Viento del exilio*, dijo sobre los poetas muertos en combate:

*cuántas veces y en cuántos enjambres y asambleas
los habrán (mal) tratado de pequeñoburgueses*

(Estos poetas son míos)

No pocos poemas escritos por Benedetti en ese tiempo difícil (“*cuando me confiscaron la palabra/y me quitaron hasta el horizonte*”) conmueven por su sobriedad y belleza. Algunos de ellos conforman *La casa y el ladrillo* (1976-1977), que lleva un significativo epígrafe de Bertolt Brecht: “*Me parezco al que llevaba al ladrillo consigo/ para mostrar al mundo cómo era su casa*”. Otros integran *Cotidianas*

(1978-1979) y, finalmente, *Viento del exilio* (1980-1981), con el que se cierra un ciclo signado por el desarraigo y por la apropiación, desde la escritura, de la patria perdida. En su lenguaje se registran cambios casi imperceptibles: en lugar de *patria* dice *patria interina* (“*esta patria interina es dulce y honda*”) y el exilio se transforma en una inesperada paradoja: “*este arraigo tan nómada*”. Este vasto corpus poético, que presenta ramificaciones y correspondencias en su narrativa y su ensayística, es la respuesta de Benedetti a quienes intentan silenciar (a veces de manera cruenta) voces insobornables como la suya.

En el último tramo de su exilio, Benedetti se traslada a España, donde continúa su incesante producción. Terminado el tiempo del oprobio, desde 1985 reside una parte del año en Montevideo y otra en Madrid. La palabra *desexilio*, acuñada por Benedetti, marca el tiempo de la vuelta, del reencuentro con aquellos que se quedaron en los años difíciles. La vuelta, el desexilio plantean, ante todo, la propia memoria y la confrontación, en el país de origen, de lo imaginado con la realidad.

“La riqueza de la vida está hecha de recuerdos olvidados”, señala Cesare Pavese desde el epígrafe de un cuento escrito por Benedetti (*Recuerdos olvidados*). En el relato inicial de *Geografías*, dos exiliados practican un juego de la memoria, que consiste en recordar detalles de Montevideo: un café, un teatro, una actriz, un político, una panadería. Este ejercicio mnemónico era frecuente en el exilio, donde recordar constituía una manera de volver.

*Vuelvo/quiero creer que estoy volviendo
con mi peor y mi mejor historia
conozco este camino de memoria
pero igual me sorprende*

*nosotros mantuvimos nuestras voces
ustedes van curando sus heridas
empiezo a comprender las bienvenidas
mejor que los adioses*

(Quiero creer que estoy volviendo)

Este poema (titulado *Vuelvo* en la canción que musicalizó Alberto Favero) aborda con belleza un tema conflictivo: la falsa opción entre “los que se fueron” y “los que se quedaron”, que dio motivo a más de una discusión estéril y a olvidables comentarios en los círculos de los intelectuales. No se trata de una cómoda posición ecléctica, y menos aún de una mirada omnipotente sobre el propio conflicto (“*me quedan dos o tres viejos rencores/ y sólo una confianza*”), sino de trasladar al poema cierto equilibrio de su ensayística, donde el pensamiento crítico es, como quería José Martí, “ejercicio del criterio”. En *Geografías* (1982-1984), los textos funcionan como elementos dinámicos de una lectura fragmentaria, donde se unen las voces y el narrador. El que narra, el que canta es, finalmente, el portavoz de los enmudecidos:

*Están en algún sitio/concertados
desconcertados/ sordos
buscándose/ buscándonos
bloqueados por los signos y las dudas
contemplando las verjas de las plazas
los timbres de las puertas/ las viejas azoteas
ordenando sus sueños sus olvidos
quizá convalecientes de su muerte privada*

(Desaparecidos)

En su libro *Preguntas al azar* (1985-1986), Benedetti se despide, con reflexivo humor, de su pesimismo, así como de cierta estética del desencanto:

*Ya sos mayor de edad
tengo que despedirte
pesimismo
.....
Se te ve la fruición por el malogro
tu viejo idilio con la mala sombra
tu manía de orar junto a las ruinas
tu goce ante el desastre inesperado*

(Chau pesimismo)

Benedetti escribe, por entonces, las diez canciones de *El Sur también existe*, con música de Joan Manuel Serrat. Allí se muestra, a través de la paradoja, la crítica social y la parodia, la desigual relación entre el Norte y el Sur, entre “*quienes se desviven*” y “*quienes se desmueren*”. En esta producción, se destaca la canción *Una mujer desnuda y en lo oscuro* donde lo erótico reaparece con el decantado humor de personas expertas en el asunto:

*Una mujer desnuda y en lo oscuro
tiene una claridad que nos alumbra
de modo que si ocurre un desconsuelo
un apagón o una noche sin luna
es conveniente y hasta imprescindible
tener a mano una mujer desnuda*

Los autores de canciones no suelen perder el tiempo en discusiones teóricas sobre su profesión, ni siquiera aquellos que, como Chico Buarque, incursionan en la literatura: pragmáticos, a otros esa misión. Quizá por eso los asiduos concurrentes a congresos, saraos, ferias y simposios de poesía son observados con irónica indulgencia por Benedetti. En *Los poetas*, incluido en su libro *Yesterday y mañana* (1987), hace un recuento de actitudes, contratiempos y malentendidos de las personas dedicadas a este inasible oficio. En este cuestionamiento, la crítica y la autocrítica tienen imprecisos límites, ya que todo escritor ha cumplido, en algún momento, con ese ritual de la cultura institucionalizada, que nos mediatiza con sus castigos y sus premios. Pero hay un instante, el último, el definitivo, que los poetas esperan:

*beben discuten callan argumentan valoran
pero cuando al final del día se recogen
saben que la poesía llegará / si es que llega
siempre que estén a solas con su cuerpo y su alma*

V. Mambrú como antihéroe: caricatura y carnaval

Un aspecto poco subrayado de la poesía de Benedetti es su tendencia a la caricatura y el carnaval. Como en los dibujos de George Grosz y en las películas de Charles Chaplin o Buster Keaton, sus poemas enlazan lo cómico y lo patético con felicidad. El carnaval supone la máscara, algo que aparenta ser y no es: un héroe puede ser un antihéroe, un personaje más de la historia, un tipo común y corriente. El efecto cómico está en lo inesperado de su comportamiento, que se transforma inmediatamente en un gag.

Así, en el poema *La vuelta de Mambrú*, el héroe debe renunciar al bronce, en razón de las inútiles armas que ha llevado a la guerra:

*Cuando Mambrú se fue a la guerra
llevaba una almohadilla y un tirabuzón
la almohadilla para descansar después
de las batallas
y el tirabuzón para descorchar las
efímeras victorias
también llevaba un paraguas contra
venablos aguaceros y palabrotas
un anillo de oro para la suerte y contra
los orzuelos
y un llavero con la llave de su más
íntimo desván*

Mambrú como antihéroe, como personaje doméstico a contramano de la épica, es uno de los grandes hallazgos de este poema narrativo. Algunas observaciones (“*a menudo le resultaba insoportable la ausencia de la señora de Mambrú*”) bordean el chiste; otras funcionan más bien como letanías:

*cuántas cicatrices
cuánta melancolía*

*cuántos cabestrillos
cuántas hazañas
y rendiciones incondicionales*

El personaje legendario, sobreviviente de las mezquindades de la historia, el que no volvió para la Pascua ni para Navidad, regresa como pasajero de avión, en un vuelo regular de Iberia, y da una conferencia de prensa, lo mismo que un actor o un político. Entonces, abandonando el prosaísmo de los primeros tramos del poema, se imponen algunas insólitas metáforas:

*traje una brisa con arpegios
una paciencia que es un río
una memoria de cristal
un rruiseñor dos rruiseñoras
.....
traje un teléfono del sueño
y un aparejo para náufragos
traje este traje y otro más
y un faro que baja los párpados
traje un limón contra la muerte
y muchas ganas de vivir*

VI. Fragmentos de un discurso amoroso

La poesía de Benedetti ha ido creciendo en distintas direcciones. El mismo poema que antecede es una muestra de su ductilidad, al usar imágenes prácticamente surrealistas y otras más tradicionales dentro de determinados patrones métricos.

Decantadas las urgencias de experimentación formal, se registra en la obra poética de Benedetti, alternándose con otras composiciones en verso libre, un nuevo acercamiento a las formas tradicionales, mediante el empleo de la métrica y la rima. El recurrente tema amoroso cruza otra vez su poética en *Informe sobre caricias*, poema estructurado en estrofas de tres y cuatro versos, con métrica y rima.

A la manera de las coplas, que anuncian el tema e insinúan su resolución, las seis estrofas del poema participan de una intención sentenciosa, característica de la poesía popular:

1.

*La caricia es un lenguaje
si tus caricias me hablan
no quisiera que se callen*

Como en los dichos o *relaciones* que se intercalan en las danzas folklóricas, el poema ofrece variaciones en sus respectivas secuencias:

2.

*La caricia no es la copia
de otra caricia lejana
es una nueva versión
casi siempre mejorada*

3.

*Es la fiesta de la piel
la caricia mientras dura
y cuando se aleja deja
sin amparo a la lujuria*

La voluntaria sencillez de la forma permite al poeta mostrar con simpatía el tema amoroso:

4.

*Las caricias de los sueños
que son prodigio y encanto
adolecen de un defecto
no tienen tacto*

Una segunda lectura de la caricia, de intención más profunda, se manifiesta en estos versos:

5.
*Como aventura y enigma
la caricia empieza antes
de convertirse en caricia*

Otra observación, más pícaro y amable, cierra el *Informe*:

6.
*Es claro que lo mejor
no es la caricia en sí misma
sino su continuación*

En *Compañero de olvido*, publicado en su libro *Despistes y franquezas* (1988-1989) con una dedicatoria a Juan Gelman, Benedetti resume buena parte de sus preocupaciones existenciales y estéticas en una suerte de “demanda contra el olvido”, para decirlo con palabras de Raúl González Tuñón. La presencia de un tácito interlocutor hace que el discurso adquiera cierto carácter confesional, donde las angustias del otro pasan a ser las propias:

*Compañero de olvido/no te olvido
tus tormentos asoman en mis sienas blancuzcas
el mundo cambia pero no mi mano
ni aunque dios nos olvide/olvidaremos*

Pero el escritor no sólo es su escritura. La realidad de una obra está dada tanto por los significados de los textos como por las sutiles relaciones de cada uno de ellos con su productor, ese sujeto único que opera como emisor de múltiples mensajes. Además, en la obra de Benedetti, un mismo texto aparece bajo diferentes formas, circunstancias y estructuras, lo que permite continuamente nuevas lecturas. Así, un texto poético “inventado” por el personaje de una novela es “reapropiado” por el autor en otro contexto y el poema “programado” en una computadora es el pretexto de un cuento fantástico, donde la máquina construye un poema original.

Por otro lado, en un escritor de obra tan vasta y diver-

sa, la relación entre su poesía y otros géneros literarios es previsible. La afinidad entre los *Poemas de la oficina* y una novela como *La tregua* es evidente; otro tanto ocurre entre los poemas del exilio y la novela *Primavera con una esquina rota*. Cuentos, miscelánea y prosa fragmentaria suelen tener parentescos con su poesía, cuya versatilidad permite toda clase de intercambios. Su narrativa, además, hizo posible obras teatrales, cinematográficas y televisivas que complementan la mirada del *lector-espectador*.

VII. Fulanos y menganas: del kitsch a la utopía

En *Las soledades de Babel* (1990-1991), Benedetti revela su código poético en un texto construido con nombres de ciudades y de autores. El *Soneto (no tan) arbitrario* configura una geografía real-imaginaria, donde “*Venecia/Guanajuato/Maupassant*” rima con “*Kafka/Managua/Faulkner/Paul Celan*”. Los nombres más cercanos de Horacio Quiroga y Juan Carlos Onetti suenan familiares en los ámbitos de Buenos Aires y Montevideo. Al fin y al cabo, uno es lo que vivió, la cadencia de esas palabras que, en el Río de la Plata, siempre tienen algo de tango; al menos en el poema *Se va el vapor*, dos versos como los siguientes suenan definitivamente tangueros:

*El barco es una lástima en la noche
estela de resaca y baba gris*

En ciertos poemas de Benedetti se recupera esa cadencia tan criolla de los tangos, vales y milongas rioplatenses. Pero hay un poema, *Desde el alma (vals)*, que trasciende esos parentescos; homónimo del vals criollo, utiliza a manera de *ritornello* dos palabras (*alma, ayúdame*) como si fueran pronunciadas por un cuerpo escindido de su conciencia, de su mente, de su espíritu. Tal dualidad, eminentemente platónica, adquiere un fuerte dramatismo desde el punto de vista de poeta, que observa su propio cuerpo como materia condenada. Músculos, estómago,

nervios, riñones, bronquios, sexo son vistos por este huésped, por este “*anfitrión de tus dolores*”, como algo separado y en cierto modo ajeno a él: un cuerpo que cumple su inevitable ciclo vital, que envejece y muere. Por fin el poeta rompe esa ilusoria separación: es él, en cuerpo y alma, “*incapaz de ser alma sin tus vísceras*”.

Es muy significativo que, en los poemas de índole trascendente, Benedetti emplee el humor como restando importancia a su discurso o para hacerlo más amable y cordial. Así, llama “*mengana*” a la mujer destinataria de su amor y habla de sí como “*yo, fulano de mí*”, dando otra vuelta de tuerca a la expresión lírica que, finalmente, se impone al deliberado uso del kitsch:

*así sin intenciones misteriosas
sé que voy a elegir de buena gana
de mi viejo jardín sólo tus rosas*

*de las altas ventanas tu ventana
de los signos del mar tu mar de cosas
y de todo el amor/tu amor/mengana*

(*Soneto kitsch a una mengana*)

¿Hasta qué punto el “*fulano*” oculta el “*yo*” para no impacientar al prójimo? Como en las situaciones de su narrativa, Benedetti manifiesta cortesía hacia el lector: no hay exabruptos, ni penosas confesiones, ni desmesuradas efusiones sentimentales. Por el contrario, hay una piadosa y a veces irónica mirada sobre el hecho mismo de existir. En este sentido, el poema *Certificado de existencia* sugiere más de lo que dice; allí, el “*fulano*” no es el “*yo*” sino otro: un “*fulano presuntuoso*” que obtiene en el consulado un certificado de existencia.

El poema plantea, sin proponérselo de manera explícita, disimulándolo a través del humor, la diferencia entre el *ser* y el *estar*. Aunque no nos hallamos delante de un texto filosófico, se habla aquí de algo que va más allá de un mero personaje o una anécdota imaginaria:

*si me enfrento al espejo
y mi rostro no está*

Quien habla está verbalizando una situación extrema, familiarizada con la locura. Uno atisba aquí lo “fronterizo”, una expresión frecuente en Horacio Quiroga para definir los trastornos de la imaginación. En vano sonreímos versos después, al leer la afirmación:

*vivir/después de todo
no es tan fundamental*

Es cierto que, como dice el poema, hay muchos “*zutanos que andan por la calle/creyendo que están vivos*”, sin su probatorio certificado de existencia. Hay cientos, miles, millones de personas “normales”, que no se inquietan por asuntos como éstos, ni pretenden cambiar al mundo. Para los extremistas del “sentido común”, este tiempo que nos toca vivir es el de la muerte de las utopías, el de la aceptación pragmática de la sociedad de consumo: lo demás es tontería, pérdida de tiempo, ilusión de la realidad, mentira al fin.

Para estos agoreros, entre los que se encuentran numerosos intelectuales que decretan el fin de las ideologías, ya no tiene sentido la indagación acerca del hombre histórico, complejo y perfectible, ni el intento de mejorar su condición.

Sin embargo, hay quienes no admiten el nuevo conformismo y otros que, como en la canción de Serrat, no se han enterado de esa situación e insisten, los muy tercos, en hacer justicia.

Entre ellos se encuentra el “*fulano*” de Benedetti, que descrece de un mundo sin utopías:

*Cómo voy a creer/dijo el fulano
que el mundo se quedó sin utopías*

*cómo voy a creer
que la esperanza es un olvido
o que el placer una tristeza*

*cómo voy a creer/dijo el fulano
que el universo es una ruina
aunque lo sea
o que la muerte es el silencio
aunque lo sea*

*cómo voy a creer
que el horizonte es la frontera
que el mar es nadie
que la noche es nada*

(Utopías)

Benedetti lleva a un extremo casi panteísta los términos de un enfrentamiento ideológico. Uno se pregunta si este poema es una respuesta a la concepción pragmática y utilitaria del capitalismo o si apunta también, con sentido crítico, a la visión mecanicista de la burocracia que deformó el socialismo. Porque la muerte de las utopías, en realidad, sería inconcebible sin la previa existencia de un “precoz conformismo”, como señalara el poeta turco Nazim Hikmet.

Pero éste sería el contexto del poema, no su texto, que va de lo general (universo, mar, noche) al diálogo íntimo de una mujer y un hombre, de un “fulano” y una “mengana”, que no se resignan a un mundo sin ilusiones, sin esperanzas, sin utopías. Se trata, sin duda, de un romanticismo muy doméstico; pero quizá por eso conmueve más, como una pequeña historia dentro de la otra, la historia grande, que se niega a morir:

*cómo voy a creer/dijo el fulano
que la utopía ya no existe
si vos/mengana dulce
osada/eterna
si vos/sos mi utopía*

VIII. Para una lectura panorámica

La reunión en esta *antología poética* de textos tan diversos, pertenecientes a distintas épocas y períodos de Benedetti, permite la lectura panorámica de una producción que se renueva constantemente, a partir de cinco núcleos de interés:

- 1) la reproducción simbólica de lo real a través de la expresión lírica;
- 2) la utilización del *prosaísmo* como una forma eficaz de aprehender y transmitir las imágenes y voces de lo real;
- 3) la incorporación de lo social y lo político como posible variante de una *épica de lo cotidiano*;
- 4) el humor como antídoto a los desmesurados énfasis de lo lírico y lo épico;
- 5) la construcción de una posible erótica.

Estos cinco núcleos, presentes a lo largo de toda la obra poética de Benedetti, tienen un correlato en su obra narrativa. En efecto, existen simpatías y semejanzas entre el lirismo *prosaísta* de sus poemas y el lenguaje de los cuentos de *Montevideanos* o de su novela *La borra del café*, así como entre la búsqueda experimental de *Cumpleaños en Manhattan* y ciertos poemas, que culmina en la construcción de su novela en verso *El cumpleaños de Juan Ángel*, y el despliegue de una prosa que, por su dinámica misma, parece desembocar en la poesía, como en *Primavera con una esquina rota*.

Tales cruces y puentes entre prosa y poesía, característica de una escritura que emplea formas y procedimientos de distintos géneros literarios, se ponen de manifiesto en esta antología especialmente preparada por el autor. Si bien estos procedimientos no son hoy tan infrecuentes en la literatura (Benedetti recuerda en *Despistes y franquezas* a Julio Cortázar, Oswald de Andrade, Macedonio Fernández y Augusto Monterroso), la síntesis de prosa y poesía podía parecer exótica hace cuarenta años, sobre todo entre los cultores de lo lírico. Quizá la lectura de al-

gunos poetas ingleses nos fue acostumbrando a ciertos recursos prosaístas. Pero, sin duda, entre los escritores rioplatenses, el que llevó más lejos tales fusiones e intercambios fue Benedetti, quien durante mucho tiempo escribió a contramano de las modas, usos y costumbres de ambas orillas del Plata.

Más allá de las aventuras y las desventuras con la crítica, su obra logró difundirse e imponerse en todo el mundo de habla hispana, a través de poemas y canciones que apelan al *lector oyente*, a un público activo y participante. Benedetti se asemeja, en nuestro tiempo, a aquellos viejos cantores de telón, que desplegaban sus historias en plazas, ferias y mercados. Sus historias son las de nuestro tiempo, con sus hazañas, adversidades, hecatombes, crímenes, adioses y regresos. También son el inventario de un hombre de apariencia sencilla, de gesto y voz mesurada, de un prójimo, un “fulano” que habla de amor, de “menganas” y mujeres desnudas, y acerca a la gente su palabra despojada de solemnidad. Así prosigue su obra Benedetti, así persevera en su oficio de poeta, que no es otra cosa que su *oficio de vivir*.

PEDRO ORGAMBIDE
Buenos Aires, marzo de 1994

BIBLIOGRAFÍA

- Albistur, Jorge: «Vivos y negros en los versos grises» (*La Semana*, suplemento cultural de *El Día*, Montevideo, 6 al 12 de febrero de 1988).
- Alfaro, Hugo: *Mario Benedetti (detrás de un vidrio claro)*. Ediciones Trilce, Montevideo, 1986, 219 págs.).
- Alfaya, Javier: «El secreto del canto» (*El Independiente*, Madrid, 4 de febrero de 1990).
- Arbeleche, Jorge: «Mario Benedetti (ensayo sobre poética)» *Eco*, Bogotá, 1974, págs. 73 a 84.
- Barros, Daniel: «Tres poetas de hoy: Teillier Benedetti y Gelman» (en *Poesía sudamericana actual*, Miguel Castellote Ed., Madrid, 1972).
- Caballero Bonald, J. M.: Prólogo a *Antología poética*, de Mario Benedetti (Madrid, Ed. Alianza, 1984).
- Campanella, Hortensia: «Mario Benedetti en la poesía actual», (*Nueva Estafeta*, Madrid, julio 1986).
- Delano, Poli: «Benedetti: elevación de la poesía cotidiana» (*Ultima Hora*, Santiago de Chile, 18 de febrero de 1962).
- DA Cunha Giabbai, Gloria: *El exilio: realidad y ficción* (Ed. Arca, Montevideo, 1992).
- Fernández León, Orlando: «La poesía como fenómeno social» (*El País*, Cali, octubre 1973).
- Hansz, Ingrid: «Dos etapas en la poesía de Mario Benedetti», (Rice University, Houston, Texas, 1987, 69 págs.).
- Henderson, Carlos: «Un cantar de la más alta poesía» (*Revista de la Universidad de México*, Ciudad de México, mayo de 1972).
- Lago, Sylvia: «La poesía como iluminación» (*Brecha*, Montevideo, 2 de mayo de 1986).
- Lago, Sylvia: «Sobre soledades y encuentros» (*Brecha*, Montevideo, 21 de febrero de 1992).
- Lago, Sylvia: «La pregunta elucidante» (en *El discurso de la transformación*, Universidad de la República, Montevideo, 1991).
- Mansour, Mónica: *Tuya, mía, de otros / La poesía coloquial de*

- Mario Benedetti (Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, 1979).
- Marra, Nelson: «Benedetti: el canto del exilio» (*Mundo Obrero*, Madrid, 1984).
- Mercier, Lucien: «La palabra bajada del Olimpo» (*Crisis*, Buenos Aires, noviembre de 1974); versión ampliada en *Recopilación de textos sobre Mario Benedetti*, de Ambrosio Fornet, Casa de las Américas, La Habana, 1976).
- Obiol, Salvador: «Tres nombres de la poesía uruguaya: Vilaríño, Cunha y Benedetti» (*Excelsior*, Ciudad de México, 13 de julio de 1981).
- Osnajanski, Norma: «Benedetti, ternura sin piedad» (*Uno por uno*, Buenos Aires, mayo de 1969).
- Oviedo, José Miguel: «Benedetti: un dominio colonizado por la poesía» (*Amaru*, Lima, octubre-diciembre 1967).
- Polo García, Victorino: «Mario Benedetti, un poema, un libro, un encuentro» (*Anthropos*, Barcelona, mayo 1992).
- Rama, Angel: «Del horizonte de uno al horizonte de todos» (*Marcha*, Montevideo, 19 de enero de 1965).
- Ramírez Rodríguez, Rómulo: «Benedetti y su inventario vital» (*La Crónica*, Lima, 26 de diciembre 1979).
- Rein, Mercedes: «La poesía de Benedetti, balance provisorio» (en *Recopilación de textos sobre Mario Benedetti*, de Ambrosio Fornet, Casa de las Américas, La Habana, 1976).
- Salazar Bondy, Sebastián, y Mirán, Diego: «Benedetti, liberación poética» (*El Comercio*, Lima, 5 de abril 1964).
- Valverde, José María: «Verso versus prosa: dos casos en Hispanoamérica» (*Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, otoño de 1976).

ANTOLOGIA POÉTICA

Elegir mi paisaje

Si pudiera elegir mi paisaje
de cosas memorables, mi paisaje
de otoño desolado,
elegiría, robaría esta calle
que es anterior a mí y a todos.

Ella devuelve mi mirada inservible,
la de hace apenas quince o veinte años
cuando la casa verde envenenaba el cielo.
Por eso es cruel dejarla recién atardecida
con tantos balcones como nidos a solas
y tantos pasos como nunca esperados.

Aquí estarán siempre, aquí, los enemigos,
los espías alevés de la soledad,
las piernas de mujer que arrastran a mis ojos
lejos de la ecuación de dos incógnitas.

Aquí hay pájaros, lluvia, alguna muerte,
hojas secas, bocinas y nombres desolados,
nubes que van creciendo en mi ventana
mientras la humedad trae lamentos y moscas.

Sin embargo existe también el pasado
con sus súbitas rosas y modestos escándalos
con sus duros sonidos de una ansiedad cualquiera
y su insignificante comezón de recuerdos.

Ah si pudiera elegir mi paisaje
elegiría, robaría esta calle,
esta calle recién atardecida
en la que encarnizadamente revivo

y de la que sé con estricta nostalgia
el número y el nombre de sus setenta árboles.

Ausencia de Dios

Digamos que te alejas definitivamente
hacia el pozo de olvido que prefieres,
pero la mejor parte de tu espacio,
en realidad la única constante de tu espacio,
quedará para siempre en mí, doliente,
persuadida, frustrada, silenciosa,
quedará en mí tu corazón inerte y sustancial,
tu corazón de una promesa única
en mí que estoy enteramente solo
sobreviviéndote.

Después de ese dolor redondo y eficaz,
pacientemente agrio, de invencible ternura,
ya no importa que use tu insoportable ausencia
ni que me atreva a preguntar si cabes
como siempre en una palabra.

Lo cierto es que ahora ya no estás en mi noche
desgarradoramente idéntica a las otras
que repetí buscándote, rodeándote.
Hay solamente un eco irremediable
de mi voz como niño, esa que no sabía.

Ahora qué miedo inútil, qué vergüenza
no tener oración para morder,
no tener fe para clavar las uñas,
no tener nada más que la noche,
saber que dios se muere, se resbala
saber que dios retrocede con los brazos cerrados,
con los labios cerrados, con la niebla,
como un campanario atrozmente en ruinas
que desandaré siglos de ceniza.

Es tarde. Sin embargo yo daría
todos los juramentos y las lluvias,
las paredes con insultos y mimos,
las ventanas de invierno, el mar a veces,
por no tener tu corazón en mí,
tu corazón inevitable y doloroso
en mí que estoy enteramente solo
sobreviviéndote.

Asunción de ti

A luz

1

Quién hubiera creído que se hallaba
sola en el aire, oculta,
tu mirada.

Quién hubiera creído esa terrible
ocasión de nacer puesta al alcance
de mi suerte y mis ojos,
y que tú y yo iríamos, despojados
de todo bien, de todo mal, de todo,
a aherrojarnos en el mismo silencio,
a inclinarnos sobre la misma fuente
para vernos y vernos
mutuamente espíados en el fondo,
temblando desde el agua,
descubriendo, pretendiendo alcanzar
quién eras tú detrás de esa cortina,
quién era yo detrás de mí.
Y todavía no hemos visto nada.
Espero que alguien venga, inexorable,
siempre temo y espero,
y acabe por nombrarnos en un signo,
por situarnos en alguna estación
por dejarnos allí, como dos gritos
de asombro.

Pero nunca será. Tú no eres ésa,

yo no soy ése, éstos, los que fuimos
antes de ser nosotros.
Eras sí pero ahora
suenas un poco a mí.
Era sí pero ahora
vengo un poco de ti.
No demasiado, solamente un toque,
acaso un leve rasgo familiar,
pero que fuerce a todos a abarcarnos
a ti y a mí cuando nos piensen solos.

2

Hemos llegado al crepúsculo neutro
donde el día y la noche se funden y se igualan.
Nadie podrá olvidar este descanso.
Pasa sobre mis párpados el cielo fácil
a dejarme los ojos vacíos de ciudad.
No pienses ahora en el tiempo de agujas,
en el tiempo de pobres desesperaciones.
Ahora sólo existe el anhelo desnudo
el sol que se desprende de sus nubes de llanto,
tu rostro que se interna noche adentro
hasta sólo ser voz y rumor de sonrisa.

3

Puedes querer el alba
cuando ames.
Puedes
venir a reclamarte como eras.
He conservado intacto tu paisaje.
Lo dejaré en tus manos
cuando éstas lleguen, como siempre,
anunciándote.
Puedes
venir a reclamarte como eras.
Aunque ya no seas tú.
Aunque mi voz te espere
sola en su azar
quemando

y tu sueño sea eso y mucho más.
Puedes amar el alba
cuando quieras.
Mi soledad ha aprendido a ostentarte.
Esta noche, otra noche
tú estarás
y volverá a gemir el tiempo giratorio
y los labios dirán
esta paz ahora esta paz ahora.
Ahora puedes venir a reclamarte,
penetrar en tus sábanas de alegre angustia,
reconocer tu tibio corazón sin excusas,
los cuadros persuadidos,
saberte aquí.
Habrá para vivir cualquier huida
y el momento de la espuma y el sol
que aquí permanecieron.
Habrá para aprender otra piedad
y el momento del sueño y el amor
que aquí permanecieron.
Esta noche, otra noche
tú estarás,
tibia estarás al alcance de mis ojos,
lejos ya de la ausencia que no nos pertenece.
He conservado intacto tu paisaje
pero no sé hasta dónde está intacto sin ti,
sin que tú le prometas horizontes de niebla,
sin que tú le reclames su ventana de arena.
Puedes querer el alba cuando ames.
Debes venir a reclamarte como eras.
Aunque ya no seas tú,
aunque contigo traigas
dolor y otros milagros.
Aunque seas otro rostro
de tu cielo hacia mí.

Sueldo

Aquella esperanza que cabía en un dedal,
aquella alta vereda junto al barro,
aquel ir y venir del sueño,
aquel horóscopo de un larguísimo viaje
y el larguísimo viaje con adioses y gente
y países de nieve y corazones
donde cada kilómetro es un cielo distinto,
aquella confianza desde no sé cuándo,
aquel juramento hasta no sé dónde,
aquella cruzada hacia no sé qué,
ese aquel que uno hubiera podido ser
con otro ritmo y alguna lotería,
en fin, para decirlo de una vez por todas,
aquella esperanza que cabía en un dedal
evidentemente no cabe en este sobre
con sucios papeles de tantas manos sucias
que me pagan, es lógico, en cada veintinueve
por tener los libros rubricados al día
y dejar que la vida transcurra,
gotee simplemente como
un aceite rancio.

El nuevo

Viene contento
el nuevo
la sonrisa juntándole los labios
el lápizfaber virgen y agresivo
el duro traje azul
de los domingos.
Decente
un muchachito.
Cada vez que se sienta
piensa en las rodilleras
murmura sí señor
se olvida

de sí mismo.
Agacha la cabeza
escribe sin borrones
escribe escribe
hasta
las siete menos cinco.
Sólo entonces
suspira
y es un lindo suspiro
de modorra feliz
de cansancio tranquilo.
Claro
uno ya lo sabe
se agacha demasiado
dentro de veinte años
quizá
de veinticinco
no podrá enderezarse
ni será
el mismo
tendrá unos pantalones
mugrientos y cilíndricos
y un dolor en la espalda
siempre en su sitio.
No dirá
sí señor
dirá viejo podrido
rezará palabrotas
despacito
y dos veces al año
pensará
convencido
sin creer su nostalgia
ni culpar al destino
que todo
todo ha sido
demasiado sencillo.

Dactilógrafo

Montevideo quince de noviembre
de mil novecientos cincuenta y cinco
Montevideo era verde en mi infancia
absolutamente verde y con tranvías
muy señor nuestro por la presente
yo tuve un libro del que podía leer
veinticinco centímetros por noche
y después del libro la noche se espesaba
y yo quería pensar en cómo sería eso
de no ser de caer como piedra en un pozo
comunicamos a usted que en esta fecha
hemos efectuado por su cuenta
quién era ah sí mi madre se acercaba
y prendía la luz y no te asustes
y después la apagaba antes que me durmiera
el pago de trescientos doce pesos
a la firma Menéndez & Solari
y sólo veía sombras como caballos
y elefantes y monstruos casi hombres
y sin embargo aquello era mejor
que pensarme sin la savia del miedo
desaparecido como se acostumbra
en un todo de acuerdo con sus órdenes
de fecha siete del corriente
era tan diferente era verde
absolutamente verde y con tranvías
y qué optimismo tener la ventanilla
sentirse dueño de la calle que baja
jugar con los números de las puertas cerradas
y apostar consigo mismo en términos severos
rogámosle acusar recibo lo antes posible
si terminaba en cuatro o trece o diecisiete
era que iba a reír o a perder o a morirme
de esta comunicación a fin de que podamos
y hacerme tan sólo una trampa por cuadra
registrarlo en su cuenta corriente
absolutamente verde y con tranvías

y el Prado con caminos de hojas secas
y el olor a eucaliptos y a temprano
saludamos a usted atentamente
y desde allí los años y quién sabe.

Después

El cielo de veras que no es éste de ahora
el cielo de cuando me jubile
durará todo el día
todo el día caerá
como lluvia de sol sobre mi calva.
Yo estaré un poco sordo para escuchar los árboles
pero de todos modos recordaré que existen
tal vez un poco viejo para andar en la arena
pero el mar todavía me pondrá melancólico
estaré sin memoria y sin dinero
con el tiempo en mis brazos como un recién nacido
y llorará conmigo y lloraré con él
estaré solitario como una ostra
pero podré hablar de mis fieles amigos
que como siempre contarán desde Europa
sus cada vez más tímidos contrabandos y becas.
Claro estaré en la orilla del mundo contemplando
desfiles para niños y pensionistas
aviones
eclipses
y regatas
y me pondré sombrero para mirar la luna
nadie pedirá informes ni balances ni cifras
y sólo tendré horario para morirme
pero el cielo de veras que no es éste de ahora
ese cielo de cuando me jubile
habrá llegado demasiado tarde.

Angelus

Quién me iba a decir que el destino era esto.
Ver la lluvia a través de letras invertidas,
un paredón con manchas que parecen prohombres,
el techo de los ómnibus brillantes como peces
y esa melancolía que impregna las bocinas.

Aquí no hay cielo,
aquí no hay horizonte.

Hay una mesa grande para todos los brazos
y una silla que gira cuando quiero escaparme.
Otro día se acaba y el destino era esto.

Es raro que uno tenga tiempo de verse triste:
siempre suena una orden, un teléfono, un timbre
y, claro, está prohibido llorar sobre los libros
porque no queda bien que la tinta se corra.

Amor, de tarde

Es una lástima que no estés conmigo
cuando miro el reloj y son las cuatro
y acabo la planilla y pienso diez minutos
y estiro las piernas como todas las tardes
y hago así con los hombros para aflojar la espalda
y me doblo los dedos y les saco mentiras.

Es una lástima que no estés conmigo
cuando miro el reloj y son las cinco
y soy una manija que calcula intereses
o dos manos que saltan sobre cuarenta teclas
o un oído que escucha cómo ladra el teléfono
o un tipo que hace números y les saca verdades.

Es una lástima que no estés conmigo
cuando miro el reloj y son las seis.
Podrías acercarte de sorpresa
y decirme “¿Qué tal?” y quedaríamos
yo con la mancha roja de tus labios
tú con el tizne azul de mi carbónico.

Licencia

Aquí empieza el descanso.
En mi conciencia y en el almanaque
junto a mi nombre y cargo en la planilla
aquí empieza el descanso.
Dos semanas.

Debo apurarme porque hay tantas cosas
recuperar el mar
eso primero
recuperar el mar desde una altura
y hallar toda la vida en cuatro olas
gigantescas y tristes como sueños

mirar el cielo estéril
y encontrarlo cambiado
hallar que el horizonte
se acercó veinte metros
que el césped hace un año era más verde
y aguardar con paciencia
escuchando los grillos
el apagón tranquilo de la luna.

Me desperezo
grito
poca cosa
qué poca cosa soy sobre la arena
la mañana se fue
se va la tarde
la caída del sol me desanima

sin embargo respiro
sin embargo
qué apretujón de ocio a plazo fijo.

Pero nadie se asusta
nadie quiere
pensar que se ha nacido para esto
pensar que alcanza y sobra
con los pinos
y la mujer
y el libro
y el crepúsculo.

Una noche cualquiera acaba todo
una mañana exacta
seis y cuarto
suena el despertador como sonaba
en el resto del año
un alarido.

Aquí empieza el trabajo.
En mi cabeza y en el almanaque
junto a mi nombre y cargo en la planilla.
Aquí empieza el trabajo.
Mansamente.
Son
cincuenta semanas.

Monstruos

Qué vergüenza
carezco de monstruos interiores
no fumo en pipa frente al horizonte
en todo caso creo que mis huesos
son importantes para mí y mi sombra
los sábados de noche me lleno de coraje
mi nariz qué vergüenza no es como la de Goethe,
no puedo arrepentirme de mi melancolía

y olvido casi siempre que el suicidio es gratuito
qué vergüenza me encantan las mujeres
sobre todo si son consecuentes y flacas
y no confunden sed con paroxismo
qué vergüenza dios mío no me gusta Ionesco
sin embargo estoy falto de monstruos interiores
quisiera prometer como dios manda
y vacilar como la gente en prosa
qué vergüenza en las tardes qué vergüenza
en las tardes más oscuras de invierno
me gusta acomodarme en la ventana
ver cómo la llovizna corre a mis acreedores
y ponerme a esperar o quizás a esperarte
tal como si la muerte fuera una falsa alarma.

Los pitucos

Hijo mío
recuérdalo
son éstos los pitucos

tienen un aire
verdad
que es un desaire

tienen la marca
verdad
de su comarca

mira
son los pitucos
nacen junto a la rambla
respiran el salitre
le hacen guiños al sol
se rascan el ombligo
duermen siestas feroces
besan con labios blandos
y en la rambla se mueren

y van al paraíso
y claro
el paraíso
es también una rambla

fíjate bien
son ellos
los pitucos
casi una raza aparte
son nietos de estancieros
primos de senadores
sobrinos de sobrinos
de heroicos industriales

son ágiles
imberbes
deportistas
cornudos

mira cómo te miran
bajo sus lentes negros

pero no te preocupes
en el fondo
son buenos

aman los dividendos
escuchan a Stravinsky
se bañan diariamente
con jabón perfumado
y a la hora del crepúsculo
bajan todos al Centro

hijo mío
prométeme
nunca intentes hacerles
zancadillas

los pitucos son tenues
los pitucos son blandos
una bocina
un grito
a veces una huelga
les arruinan el alma

en ocasiones
raras ocasiones
se hacen los malos
dicen palabrotas
pero después se mueren
de vergüenza
y allá en su diario íntimo
se azotan con metáforas

hijo mío
recuérdalo
son éstos los pitucos

tienen un pelo
verdad
que es terciopelo

una cadencia,
verdad
que es decadencia

tú
déjalos pasar
son de otra raza
admíralos
toléralos
apláudelos
escúpelos
tírales caramelos
cualquier cosa

después
cuando seas grande

grande
y tengas un hijo
lo tomas de la mano
lo traes aquí a la rambla
y sin darle importancia
le dices
hijo mío
son éstos los pitucos

Interview

No es ninguna molestia
explicarle qué pienso
del infinito

el infinito es
sencillamente
un agrio viento frío
que eriza las mucosas
la piel
y las metáforas
le pone a uno en los ojos
lágrimas de rutina
y en la garganta un nudo
de sortilegio
seguramente usted ya se dio cuenta
en el fondo no creo
que exista el infinito

Bueno sobre política
jesús
sobre política
mi bisabuelo que era liberal
espiaba a las criadas en el baño
mi abuelo el reaccionario
extraviaba las llaves de sus deudas
mi padre el comunista
compraba hectáreas con un gesto de asco

yo soy poeta
señor
y usted debe saber que los poetas
vivimos a la vuelta de este mundo
claro que usted quizá no tenga tiempo
para tener paciencia
pero debe conocer que en el fondo
yo no creo en la política.

Por supuesto el estilo
qué pienso del estilo
una cosa espontánea que se va haciendo sola
siempre escribí en la cama
mucho mejor que en los ferrocarriles
qué más puedo agregar
ah domino el sinónimo
módico exiguo corto insuficiente
siempre escribo pensando en el futuro
pero el futuro
se quedó sin magia
me olvidaba que usted
ya sabe que en el fondo
yo no creo en el estilo.

El amor el amor
ah caramba
el amor
por lo pronto me gusta
la mujer
bueno fuera
el alma
el corazón
sobre todo las piernas
poder alzar la mano
y encontrarla a la izquierda
tranquila
o intranquila
sonriendo desde el pozo
de su última modorra

o mirando mirando
como a veces se mira
un rato antes del beso
después de todo
usted y yo sabemos
que en el fondo
el amor
el amor
es una cosa seria.

Por favor
esto último
no vaya a publicarlo.

Cumpleaños en Manhattan

Todos caminan
yo también camino
es lunes y venimos con la saliva amarga
mejor dicho
son ellos los que vienen

a la sombra de no sé cuántos pisos
millones de mandíbulas
que mastican su goma
sin embargo son gente de este mundo
con todo un corazón bajo el chaleco

hace treinta y nueve años
yo no estaba
tan solo y tan rodeado
ni podía mirar a las queridas
de los innumerables ex-sargentos
del ex sargentísimo Batista
que hoy sacan a mear
sus perros de abolengo
en las esquinas de la democracia

hace treinta y nueve años
allá abajo
más abajo de lo que hoy se conoce
como Fidel Castro o como Brasilia
abrí los ojos y cantaba un gallo
tiene que haber cantado
necesito
un gallo que le cante al Empire State Building
con toda su pasión
y la esperanza
de parecer iguales
o de serlo

todos caminan
yo también camino
a veces me detengo
ellos no
no podrían

respiro y me siento
respirar
eso es bueno
tengo sed y me cuesta
diez centavos de dólar
otro jugo de fruta
con gusto a Guatemala

este cumpleaños
no es
mi verdadero
porque este alrededor
no es
mi verdadero
los cumpliré más tarde
en febrero o en marzo
con los ojos que siempre me miraron
las palabras que siempre me dijeron
con un cielo de ayer sobre mis hombros
y el corazón deshilachado y terco

los cumpliré más tarde
o no los cumplo
pero éste no es mi verdadero

todos caminan
yo también camino
y cada dos zancadas poderosas
doy un modesto paso melancólico

entonces los becarios colombianos
y los taximetristas andaluces
y los napolitanos que venden pizza y cantan
y el mexicano que aprendió a mascar chicles
y el brasileño de insolente fotómetro
y la chilena con su amante gringo
y los puertorriqueños que pasean
su belicoso miedo colectivo
miran y reconocen mi renguera
y ellos también se aflojan un momento
y dan un solo paso melancólico
como los autos de la misma marca
que se hacen una seña con las luces

nunca estuvo tan lejos
ese cielo
nunca estuvo tan lejos
y tan chico
un triángulo isósceles nublado
que ni siquiera es una nube entera

tengo unas ganas cursis
dolorosas
de ver algo de mar
de sentir como llueve en Andes y Colonia
de oír a mi mujer diciendo cualquier cosa
de escuchar las bocinas
y de putear con eco

de conseguir un tango
un pedazo de tango

tocado por cualquiera
que no sea Kostelanetz

pero también es bueno
sentir alguna vez un poco de ternura
hacia este chorro enorme
poderoso
indefenso
de humanidad dócilmente apurada
con la cruz del confort sobre su frente
un poco de imprevista ternura sin raíces
digamos por ejemplo hacia una madre equis
que ayer en el zoológico de Central Park
le decía a su niño con preciosa nostalgia
look Johnny this is a cow
porque claro
no hay vacas entre los rascacielos

y otro poco de fe
que es mi único folklore
para agitar como un pañuelo blanco
cuando pasen o simplemente canten
las tres clases de seres más vivos de este Norte
quiero decir los negros
las negras
los negritos

todos caminan
pero yo
me he sentado
un yanqui de doce años me lustra los zapatos
él no sabe que hoy es mi cumpleaños
ni siquiera que no es mi verdadero
por mi costado pasan todos ellos
acaso yo podría ser un dios provisorio
que contemplara inerme su rebaño
o podía ser un héroe más provisorio aún
y disfrutar mis trece minutos estatuarios

pero todo está claro
y es más dulce
más útil
sobre todo más dulce
reconocer que el tiempo está pasando
que está pasando el tiempo y hace ruido
y sentirse de una vez para siempre
olvidado y tranquilo
como un cero a la izquierda.

Nueva York,
14 de setiembre de 1959

Un padrenuestro latinoamericano

Padre nuestro que estás en los cielos
con las golondrinas y los misiles
quiero que vuelvas antes de que olvides
cómo se llega al sur de río Grande

Padre nuestro que estás en el exilio
casi nunca te acuerdas de los míos
de todos modos dondequiera que estés
santificado sea tu nombre
no quienes santifican en tu nombre
cerrando un ojo para no ver las uñas
sucias de la miseria

en agosto de mil novecientos sesenta
ya no sirve pedirte
venga a nos el tu reino
porque tu reino también está aquí abajo
metido en los rencores y en el miedo
en las vacilaciones y en la mugre
en la desilusión y en la modorra
en esta ansia de verte pese a todo

cuando hablaste del rico
la aguja y el camello

y te votamos todos
por unanimidad para la Gloria
también alzó su mano el indio silencioso
que te respetaba pero se resistía
a pensar hágase tu voluntad

sin embargo una vez cada tanto
tu voluntad se mezcla con la mía
la domina
la enciende
la duplica
más arduo es conocer cuál es mi voluntad
cuándo creo de veras lo que digo creer

así en tu omnipresencia como en mi soledad
así en la tierra como en el cielo
siempre
estaré más seguro de la tierra que piso
que del cielo intratable que me ignora

pero quién sabe
no voy a decidir
que tu poder se haga o se deshaga
tu voluntad igual se está haciendo en el viento
en el Ande de nieve
en el pájaro que fecunda a su pájara
en los cancilleres que murmuran yes sir
en cada mano que se convierte en puño

claro no estoy seguro si me gusta el estilo
que tu voluntad elige para hacerse
lo digo con irreverencia y gratitud
dos emblemas que pronto serán la misma cosa
lo digo sobre todo pensando en el pan nuestro
de cada día y de cada pedacito de día

ayer nos lo quitaste
dánosle hoy
o al menos el derecho de darnos nuestro pan
no sólo el que era símbolo de Algo

sino el de miga y cáscara
el pan nuestro
ya que nos quedan pocas esperanzas y deudas
perdónanos si puedes nuestras deudas
pero no nos perdones la esperanza
no nos perdones nunca nuestros créditos

a más tardar mañana
saldremos a cobrar a los fallutos
tangibles y sonrientes forajidos
a los que tienen garras para el arpa
y un panamericano temblor con que se enjugan
la última escupida que cuelga de su rostro

poco importa que nuestros acreedores perdonen
así como nosotros
una vez
por error
perdonamos a nuestros deudores

todavía
nos deben como un siglo
de insomnios y garrote
como tres mil kilómetros de injurias
como veinte medallas a Somoza
como una sola Guatemala muerta

no nos dejes caer en la tentación
de olvidar o vender este pasado
o arrendar una sola hectárea de su olvido
ahora que es la hora de saber quiénes somos
y han de cruzar el río
el dólar y su amor contrarrembolso
arráncanos del alma el último mendigo
y líbranos de todo mal de conciencia
amén.

Noción de patria

Cuando resido en este país que no sueña
cuando vivo en esta ciudad sin párpados
donde sin embargo mi mujer me entiende
y ha quedado mi infancia y envejecen mis padres
y llamo a mis amigos de vereda a vereda
y puedo ver los árboles desde mi ventana
olvidados y torpes a las tres de la tarde
siento que algo me cerca y me oprime
como si una sombra espesa y decisiva
descendiera sobre mí y sobre nosotros
para encubrir a ese alguien que siempre afloja
el viejo detonador de la esperanza.

Cuando vivo en esta ciudad sin lágrimas
que se ha vuelto egoísta de puro generosa
que ha perdido su ánimo sin haberlo gastado
pienso que al fin ha llegado el momento
de decir adiós a algunas presunciones
de alejarse tal vez y hablar otros idiomas
donde la indiferencia sea una palabra obscena.

Confieso que otras veces me he escapado.
Diré ante todo que me asomé al Arno
que hallé en las librerías de Charing Cross
cierto Byron firmado por el vicario Bull
en una navidad de hace setenta años.
Desfilé entre los borrachos de Bowery
y entre los Brueghel de la Pinacoteca
comprobé cómo puede trastornarse
el equipo sonoro del Chateau de Langeais
explicando medallas e incensarios
cuando en verdad había sólo armaduras.

Sudé en Dakar por solidaridad
vi turbas galopando hasta la Mona Lisa
y huyendo sin mirar a Botticelli
vi curas madrileños abordando a ramerás

y en casa de Rembrandt turistas de Dallas
que preguntaban por el comedor
suecos amontonados en dos metros de sol
y en Copenhague la embajada rusa
y la embajada norteamericana
separadas por un lindo cementerio.

Vi el cadáver de Lídice cubierto por la nieve
y el carnaval de Río cubierto por la samba
y en Tuskegee el rabioso optimismo de los negros
probé en Santiago el caldillo de congrio
y recibí el Año Nuevo en Times Square
sacándome cornetas del oído.

Vi a Ingrid Bergman correr por la Rue Blanche
y salvando las obvias diferencias
vi a Adenauer entre débiles aplausos vieneses
vi a Kruschew saliendo de Pennsylvania Station
y salvando otra vez las diferencias
vi un toro de pacífico abolengo
que no quería matar a su torero.
Vi a Henry Miller lejos de sus trópicos
con una insolación mediterránea
y me saqué una foto en casa de Jan Neruda
dormí escuchando a Wagner en Florencia
y oyendo a un suizo entre Ginebra y Tarascón
vi a gordas y humildes artesanas de Pomaire
y a tres monjitas jóvenes en el Carnegie Hall
marcando el jazz con negros zapatones
vi a las mujeres más lindas del planeta
caminando sin mí por la Vía Nazionale.

Miré
admiré
traté de comprender
creo que en buena parte he comprendido
y es estupendo
todo es estupendo
sólo allá lejos puede uno saberlo

y es una linda vacación
es un rapto de imágenes
es un alegre diccionario
es una fácil recorrida
es un alivio.

Pero ahora no quedan más excusas
porque se vuelve aquí
siempre se vuelve.

La nostalgia se escurre de los libros
se introduce debajo de la piel
y esta ciudad sin párpados
este país que nunca sueña
de pronto se convierte en el único sitio
donde el aire es mi aire
y la culpa es mi culpa
y en mi cama hay un pozo que es mi pozo
y cuando extendiendo el brazo estoy seguro
de la pared que toco o del vacío
y cuando miro el cielo
veo acá mis nubes y allí mi Cruz del Sur
mi alrededor son los ojos de todos
y no me siento al margen
ahora ya sé que no me siento al margen.

Quizá mi única noción de patria
sea esta urgencia de decir Nosotros
quizá mi única noción de patria
sea este regreso al propio desconcierto.

Juego de villanos

La muerte se puso una cara de monstruo
una cara de monstruo horrible
esperó y esperó detrás de la esquina
salió al fin de la sombra como un trozo de sombra
y el niño huyó más rápido que su propio alarido.

Entonces la muerte se puso otra cara
una vieja cara de mendigo
esperó y esperó enfrente de la iglesia
extendiendo la mano y gimiendo su pena
y el niño no supo qué hacer con su piedad.

Entonces la muerte se puso otra cara
una cara de mujer hermosa
esperó y esperó con los brazos abiertos
tan maternal tan fiel tan persuasiva
que el niño quedó inmóvil de susto o de ternura.

Entonces la muerte sacó su última cara
una cara de juguete inocente
esperó y esperó tranquila en la bohardilla
tan quieta tan trivial tan seductora
que el niño le dio cuerda con una sola mano.

Entonces la muerte se animó despacito
más traidora que nunca y le cortó las venas
y le pinchó los ojos y le quitó el aliento
y era lo único que podía esperarse
porque con la muerte no se juega.

Corazón coraza

Porque te tengo y no
porque te pienso
porque la noche está de ojos abiertos
porque la noche pasa y digo amor
porque has venido a recoger tu imagen
y eres mejor que todas tus imágenes
porque eres linda desde el pie hasta el alma
porque eres buena desde el alma a mí
porque te escondes dulce en el orgullo
pequeña y dulce
corazón coraza

porque eres mía
porque no eres mía
porque te miro y muero
y peor que muero
si no te miro amor
si no te miro

porque tú siempre existes dondequiera
pero existes mejor donde te quiero
porque tu boca es sangre
y tienes frío
tengo que amarte amor
tengo que amarte
aunque esta herida duela como dos
aunque te busque y no te encuentre
y aunque
la noche pase y yo te tenga
y no.

A la izquierda del roble

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero el Jardín Botánico es un parque dormido
en el que uno puede sentirse árbol o prójimo
siempre y cuando se cumpla un requisito previo.
Que la ciudad exista tranquilamente lejos.

El secreto es apoyarse digamos en un tronco
y oír a través del aire que admite ruidos muertos
cómo en Millán y Reyes galopan los tranvías.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero el Jardín Botánico siempre ha tenido
una agradable propensión a los sueños
a que los insectos suban por las piernas
y la melancolía baje por los brazos
hasta que uno cierra los puños y la atrapa.

Después de todo el secreto es mirar hacia arriba
y ver cómo las nubes se disputan las copas
y ver cómo los nidos se disputan los pájaros.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
ah pero las parejas que huyen al Botánico
ya desciendan de un taxi o bajen de una nube
hablan por lo común de temas importantes
y se miran fanáticamente a los ojos
como si el amor fuera un brevísimo túnel
y ellos se contemplaran por dentro de ese amor.

Aquellos dos por ejemplo a la izquierda del roble
(también podría llamarlo almendro o araucaria
gracias a mis lagunas sobre Pan y Linneo)
hablan y por lo visto las palabras
se quedan conmovidas a mirarlos
ya que a mí no me llegan ni siquiera los ecos.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero es lindísimo imaginar qué dicen
sobre todo si él muerde una ramita
y ella deja un zapato sobre el césped
sobre todo si él tiene los huesos tristes
y ella quiere sonreír pero no puede.

Para mí que el muchacho está diciendo
lo que se dice a veces en el Jardín Botánico

ayer llegó el otoño
el sol de otoño
y me sentí feliz
como hace mucho
qué linda estás
te quiero
en mi sueño
de noche
se escuchan las bocinas
el viento sobre el mar

y sin embargo aquello
también es el silencio
mirame así
te quiero
yo trabajo con ganas
hago números
fichas
discuto con cretinos
me distraigo y blasfemo
dame tu mano
ahora
ya lo sabés
te quiero
pienso a veces en Dios
bueno no tantas veces
no me gusta robar
su tiempo
y además está lejos
vos estás a mi lado
ahora mismo estoy triste
estoy triste y te quiero
ya pasarán las horas
la calle como un río
los árboles que ayudan
el cielo
los amigos
y qué suerte
te quiero
hace mucho era niño
hace mucho y qué importa
el azar era simple
como entrar en tus ojos
dejame entrar
te quiero
menos mal que te quiero

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero puede ocurrir que de pronto uno advierta
que en realidad se trata de algo más desolado

uno de esos amores de tántalo y azar
que Dios no admite porque tiene celos.

Fíjense que él acusa con ternura
y ella se apoya contra la corteza
fíjense que él va tildando recuerdos
y ella se consterna misteriosamente.

Para mí que el muchacho está diciendo
lo que se dice a veces en el Jardín Botánico

vos lo dijiste
nuestro amor
fue desde siempre un niño muerto
sólo de a ratos parecía
que iba a vivir
que iba a vencemos
pero los dos fuimos tan fuertes
que lo dejamos sin su sangre
sin su futuro
sin su cielo
un niño muerto
sólo eso
maravilloso y condenado
quizá tuviera una sonrisa
como la tuya
dulce y honda
quizá tuviera un alma triste
como mi alma
poca cosa
quizá aprendiera con el tiempo
a desplegar
a usar el mundo
pero los niños que así vienen
muertos de amor
muertos de miedo
tienen tan grande el corazón
que se destruyen sin saberlo
vos lo dijiste

nuestro amor
fue desde siempre un niño muerto
y qué verdad dura y sin sombra
qué verdad fácil y qué pena
yo imaginaba que era un niño
y era tan sólo un niño muerto
ahora qué queda
sólo queda
medir la fe y que recordemos
lo que pudimos haber sido
para él
que no pudo ser nuestro
qué más
acaso cuando llegue
un veintitrés de abril y abismo
vos donde estés
llevalle flores
que yo también iré contigo.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero el Jardín Botánico es un parque dormido
que sólo se despierta con la lluvia.

Ahora la última nube ha resuelto quedarse
y nos está mojando como a alegres mendigos.

El secreto está en correr con precauciones
a fin de no matar ningún escarabajo
y no pisar los hongos que aprovechan
para nacer desesperadamente.

Sin prevenciones me doy vuelta y siguen
aquellos dos a la izquierda del roble
eternos y escondidos en la lluvia
diciéndose quién sabe qué silencios.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero cuando la lluvia cae sobre el Botánico
aquí se quedan sólo los fantasmas.

Ustedes pueden irse.
Yo me quedo.

Socorro y nadie

Sólo un pájaro negro
sobre el pretil cascado
una línea de sol
en la reja de herrumbre
azoteas sin rostro
sin miradas
sin nadie
estúpido domingo
voraz deshabitado

ahora se borra el sol
definitivamente
el pájaro se borra
y es un vuelo sin magia

como última señal
de vida
la camisa
oreándose en la cuerda
agita enloquecidas
blancas mangas
que reclaman socorro
pero abrazan el aire.

Currículum

El cuento es muy sencillo
usted nace
contempla atribulado
el rojo azul del cielo
el pájaro que emigra
el torpe escarabajo

que su zapato aplastará
valiente

usted sufre
reclama por comida
y por costumbre
por obligación
llora limpio de culpas
extenuado
hasta que el sueño lo descalifica

usted ama
se transfigura y ama
por una eternidad tan provisoria
que hasta el orgullo se le vuelve tierno
y el corazón profético
se convierte en escombros

usted aprende
y usa lo aprendido
para volverse lentamente sabio
para saber que al fin el mundo es esto
en su mejor momento una nostalgia
en su peor momento un desamparo
y siempre siempre un lío,
entonces
usted muere.

Almohadas

Hay almohadas de pluma
hay almohadas de siesta
de lana
de vientre
de muerte
pero no todas
están

en el secreto
ni todas saben
evacuar
las consultas

la tuya tiene
un pozo
donde ajustas
la nuca
y en las noches
amargas
hundes
ojos y lágrimas

Arco iris

A veces
por supuesto
usted sonríe
y no importa lo linda
o lo fea
lo vieja
o lo joven
lo mucho
o lo poco
que usted realmente
sea

sonríe
cual si fuese
una revelación
y su sonrisa anula
todas las anteriores
caducan al instante
sus rostros como máscaras
sus ojos duros
frágiles
como espejos en óvalo
su boca de morder

su mentón de capricho
sus pómulos fragantes
sus párpados
su miedo

sonríe
y usted nace
asume el mundo
mira
sin mirar
indefensa
desnuda
transparente

y a lo mejor
si la sonrisa viene
de muy
de muy adentro
usted puede llorar
sencillamente
sin desgarrarse
sin desesperarse
sin convocar la muerte
sin sentirse vacía

llorar
sólo llorar
entonces su sonrisa
si todavía existe
se vuelve un arco iris.

Todos conspiramos

a Raúl Sendic

Estarás como siempre en alguna frontera
jugándote en tu sueño lindo y desvincijado
recordando los charcos y el confort todo junto
tan desconfiado pero nunca incrédulo

nunca más que inocente nunca menos
esa estéril frontera con aduanas
y pelmas y galones y también esta otra
que separa pretérito y futuro
qué bueno que respire que conspires
dicen que madrugaste demasiado
que en plena siesta cívica gritaste
pero tal vez nuestra verdad sea otra
por ejemplo que todos dormimos hasta tarde
hasta golpe hasta crisis hasta hambre
hasta mugre hasta sed hasta vergüenza
por ejemplo que estás solo o con pocos
que estás contigo mismo y es bastante
porque contigo están los pocos muchos
que siempre fueron pueblo y no lo saben
qué bueno que respire que conspires
en esta noche de podrida calma
bajo esta luna de molicie y asco
quizá en el fondo todos conspiramos
sencillamente das la señal de fervor
la bandera decente con el asta de caña
pero en el fondo todos conspiramos
y no sólo los viejos que no tienen
con qué pintar murales de protesta
conspiran el cesante y el mendigo
y el deudor y los pobres adulones
cuyo incienso no rinde como hace cinco años
la verdad es que todos conspiramos
pero no sólo los que te imaginas
conspiran claro está que sin saberlo
los jefes los ciegos poderosos
los dueños de tu tierra y de sus uñas
conspiran qué relajo los peores
a tu favor que es el favor del tiempo
aunque crean que su ira es la única
o que han descubierto su filón y su pólvora
conspiran las pitucas los ministros
los generales bien encuadernados
los venales los flojos los inermes
los crápulas los nenes de mamá

y las mamás que adquieren su morfina
a un abusivo precio inflacionario
todos quiéranlo-o-no van conspirando
incluso el viento que te da en la nuca
y sopla en el sentido de la historia
para que esto se rompa se termine
de romper lo que está resquebrajado
todos conspiran para que al fin logres
y esto es lo bueno que quería decirte
dejar atrás la cándida frontera
y te instales por fin en tus visiones
nunca más que inocente nunca menos
en tu futuro-ahora en ese sueño
desvencijado y lindo como pocos.

Hasta mañana

Voy a cerrar los ojos en voz baja
voy a meterme a tuestas en el sueño.
En este instante el odio no trabaja

para la muerte, que es su pobre dueño
la voluntad suspende su latido
y yo me siento lejos, tan pequeño

que a Dios invoco, pero no le pido
nada, con tal de compartir apenas
este universo que hemos conseguido

por las malas y a veces por las buenas.
¿Por qué el mundo soñado no es el mismo
que este mundo de muerte a manos llenas?

Mi pesadilla es siempre el optimismo:
me duermo débil, sueño que soy fuerte,
pero el futuro aguarda. Es un abismo.

No me lo digan cuando me despierte.

Marina

Cuando el barco es dejado por las ratas
a uno le vienen malos pensamientos;
alarmas sin razón,
carencias natas,

pereza para aliarse con los vientos
o no prever lo mucho que fatiga
la plenamar con sus aburrimientos.

No obstante puede ser que Dios bendiga
la quiebra del bauprés, las velas rotas,
y antes que en sombras llegue la enemiga

y las gotas se junten con las gotas
antes que el mar se encrespe o se confunda,
decore al fin el mástil con gaviotas

y el barco quede hermoso. Aunque se hunda.

Parpadeo

Esa pared me inhibe lentamente
piedra a piedra me agravia

ya que no tengo tiempo de bajar hasta el mar
y escuchar su siniestra horadante alegría
ya que no tengo tiempo de acumular nostalgias
debajo de aquel pino perforador del cielo
ya que no tengo tiempo de dar la cara al viento
y oxigenar de veras el alma y los pulmones
voy a cerrar los ojos y tapiar los oídos
y verter otro mar sobre mis redes
y enderezar un pino imaginario
y desatar un viento que me arrastre
lejos de las intrigas y las máquinas
lejos de los horarios y los pelmas

pero puertas adentro es un fracaso
este mar que me invento no me moja
no tiene aroma el árbol que levanto
y mi huracán suplente ni siquiera
sirve para barrer mis odios secos

entonces me reintegro a mi contorno
vuelvo a escuchar la tarde y el estruendo
vuelvo a mirar el muro piedra a piedra
y llego a la vislumbre decisiva
habrá que derribarlo para ir
a conquistar el mar el pino el viento

Contra los puentes levadizos

1

Nos han contado a todos
cómo eran los crepúsculos
de hace noventa o novecientos años

cómo al primer disparo los arrepentimientos
echaban a volar como palomas
cómo hubo siempre trenzas que colgaban
un poco sucias pero siempre hermosas
cómo los odios eran antiguos y elegantes
y en su barbaridad venturosa latían
cómo nadie moría de cáncer o de asco
sino de tisis breves o de espinas de rosa

otro tiempo otra vida otra muerte otra tierra
donde los pobres héroes iban siempre a caballo
y no se apeaban ni en la estatua propia

otro acaso otro nunca otro siempre otro modo
de quitarle a la hembra su alcahofa de ropas

otro fuego otro asombro otro esclavo otro dueño
que tenía el derecho y además del derecho

la propensión a usar sus látigos sagrados
abajo estaba el mundo
abajo los de abajo
los borrachos de hambre
los locos de miseria
los ciegos de rencores
los lisiados de espanto

comprenderán ustedes que en esas condiciones
eran imprescindibles los puentes levadizos

2

No sé si es el momento
de decirlo
en este punto muerto
en este año desgracia

por ejemplo
decírselo a esos mansos
que no pueden
resignarse a la muerte
y se inscriben a ciegas
caracoles de miedo
en la resurrección
qué garantía

por ejemplo
a esos ásperos
no exactamente ebrios
que alguna vez gritaron
y ahora no aceptan
la otra
la imprevista
reconvención del eco

o a los espectadores
casi profesionales
esos viciosos

de la lucidez
esos inconvencionales
que se instalan
en la primera fila
así no pierden
ni un solo efecto
ni el menor indicio
ni un solo espasmo
ni el menor cadáver

o a los sonrientes lúgubres
los exiliados de lo real
los duros
metidos para siempre en su campana
de pura sílice
egoísmo insecto
ésos los sin hermanos
sin latido
los con mirada acero de desprecio
los con fulgor y labios de cuchillo

en este punto muerto
en este año desgracia
no sé si es el momento
de decirlo
con los puentes a medio descender
o a medio levantar
que no es lo mismo.

3
Puedo permanecer en mi baluarte
en esta o en aquella soledad sin derecho
disfrutando mis últimos
racimos de silencio
puedo asomarme al tiempo
a las nubes al río
perderme en el follaje que está lejos

pero me consta y sé
nunca lo olvido
que mi destino fértil voluntario
es convertirme en ojos boca manos
para otras manos bocas y miradas
que baje el puente y que se quede bajo

que entren amor y odio y voz y gritos
que venga la tristeza con sus brazos abiertos
y la ilusión con sus zapatos nuevos
que venga el frío germinal y honesto
y el verano de angustias calcinadas
que vengan los rencores con su niebla
y los adioses con su pan de lágrimas
que venga el muerto y sobre todo el vivo
y el viejo olor de la melancolía

que baje el puente y que se quede bajo

que entren la rabia y su ademán oscuro
que entren el mal y el bien
y lo que media
entre uno y otro
o sea
la verdad ese péndulo
que entre el incendio con o sin la lluvia
y las mujeres con o sin historia
que entre el trabajo y sobre todo el ocio
ese derecho al sueño
ese arco iris

que baje el puente y que se quede bajo

que entren los perros
los hijos de perra
las comadronas los sepultureros
los ángeles si hubiera
y si no hay
que entre la luna con su niño frío

que baje el puente y que se quede bajo

que entre el que sabe lo que no sabemos
y amasa pan
o hace revoluciones
y el que no puede hacerlas
y el que cierra los ojos

en fin

para que nadie se llame a confusiones
que entre mi prójimo ese insoportable
tan fuerte y frágil
ese necesario
ése con dudas sombra rostro sangre
y vida a término
ese bienvenido

que sólo quede afuera
el encargado
de levantar el puente

a esta altura
no ha de ser un secreto
para nadie

yo estoy contra los puentes levadizos.

Arte poética

Que golpee y golpee
hasta que nadie
pueda ya hacerse el sordo
que golpee y golpee
hasta que el poeta
sepa
o por lo menos crea
que es a él a quien llaman.

Decir que no

Ya lo sabemos
es difícil
decir que no
decir no quiero

ver que el dinero forma un cerco
alrededor de tu esperanza
sentir que otros
los peores
entran a saco por tu sueño

ya lo sabemos
es difícil
decir que no
decir no quiero

no obstante
cómo desalienta
verte bajar de tu esperanza
saberte lejos de ti mismo

oírte
primero despacito
decir que sí
decir sí quiero
comunicarlo luego al mundo
con un orgullo enajenado
y ver que un día
pobre diablo
ya para siempre pordiosero
poquito a poco
abres la mano

y nunca más
puedes
cerrarla.

A ras de sueño

Sólo una temporada provisoria,
tatuaje de incontables tradiciones,
oscuro mausoleo donde empieza
a existir el futuro, a hacerse piedra.

Nada aquí, nada allá. Son las palabras
del mago lejanísimo y borroso.

Sin embargo, la infancia se empecina,
comienza a levantar sus inventarios,
a echar sus amplias redes para luego.
Es una isla limpia y sobre todo
fugaz, es un veneno de primicias
que se van lentamente resecaando.

Queda atrás como un rápido paisaje
del que persistirán sólo unas nubes,
un biombo, dos juguetes, tres racimos,
o apenas un olor, una ceniza.
Con luces queda atrás, a la intemperie,
yacente y aplazada para nunca,
sola con su aptitud irresistible
y un pudor incorpóreo, agazapado.
Para nunca aplazada, fabulosa
infancia entre sus redes extinguida.

Por algo queda atrás. Esa entrañable
cede paso al fervor, al pasmo, al fruto,
el azar hinca el diente en otra bruma,
somos los moribundos que nacemos
a la carne, a la sangre, al entusiasmo,
nos burlamos del sol, de la penumbra,
manejamos la gloria como un lápiz
y en las vírgenes tapias dibujamos
el amor y el viejo colmo, el odio,
el grito que nos pone la vergüenza
en las manos mucho antes que en la boca.

El celaje se enciende. Somos niebla
bajo el cielo compacto, insolidario,
el asombro hace cuentas y no puede
mantenernos serenos, apacibles,
somos el invasor protagonista
que hace trizas el tiempo, que hace ruido
pueril, que hace palabras, que hace pactos,
somos tan poderosos, tan eternos,
que cerramos el puño y el verano
comienza a sollozar entre los árboles.

Mejor dicho: creemos que solloza.
El verano es un vaho, por lo tanto
no tiene ojos ni párpados ni lágrimas,
en sus tardes de atmósfera más tenue
es calor, es calor, y en las mañanas
de aire pesado, corporal, viscoso,
es calor, es calor. Con eso basta.

De todos modos cambia a las muchachas,
las ilumina, las ondula, y luego
las respira y suspira como acordes,
las envuelve en amor, las hace carne,
les pinta brazos con venitas tenues
en colores y luz complementarios,
les abre escotes para que alguien vierta
cualquier mirada, ese poderhabiente.

La vida, qué región esplendorosa.
¿Quién escruta la muerte, quién la tienta?
A la horca con él. ¿Quién piensa en esa
imposible quietud cuando es la hora
para cada uno de morder su fruta,
de usar su espejo, de gritar su grito,
de escupir a los cielos, de ir subiendo
de dos en dos todas las escaleras?

La muerte no se apura, sin embargo,
ni se aplaca. Tampoco se impacienta.

Hay tantas muertes como negaciones.
La muerte que desgarrar, la que expulsa,
la que embruja, la que arde, la que agota,
la que enluta el amor, la que excrementa,
la que siega, la que usa, la que ablanda,
la muerte de arenal, la de pantano,
la de abismo, la de agua, la de almohada.

Hay tantas muertes como teologías,
pero todas se juntan en la espera.
Esa que acecha es una muerte sola.
Escarnecida, rencorosa, hueca,
su insomnio enloquecido se desploma
sobre todos los sueños, su delirio
se parece bastante a la cordura.
Muerte esbelta y rompiente, qué increíble
sirena para el Mar de los Suicidas.

No canta, pero indica, marca, alude.
exhibe sus voraces argumentos,
sus afiches turísticos, explica
por qué es tan milagrosa su inminencia,
por qué es tan atractivo su desastre,
por qué tan comfortable su vacío.

No canta, pero es como si cantara.
Su demagogia negra usa palomas,
telegramas y rezos y suspiros,
sonatas para piano, arpas de herrumbre,
vitrinas del amor momificado,
relojes de lujuria que amontonan
segundos y segundos y otras prórrogas.

No canta, pero es como si cantara.
Su espanto vendaval silba en la espiga,
su pregunta repica en el silencio,
su loco desparpajo exuda un réquiem
que es prado y es follaje y es almena.

Hay que volverse sordo y mudo y ciego,
sordo de amor, de amor enmudecido,
ciego de amor. Olfato, gusto y tacto
quedan para alejar la muerte y para
hundirse en la mujer, en esa ola
que es tiempo y lengua y brazos y latido,
esa mujer descanso, mujer césped,
que es llanto y rostro y siembra y apetito,
esa mujer cosecha, mujer signo,
que es paz y aliento y cábala y jadeo.

Hay que amar con horror para salvarse,
amanecer cuando los mansos dientes
muerden, para salvarse, o por lo menos
para creerse a salvo, que es bastante.
Hay que amar sentenciado y sin urgencia,
para salvarse, para guarecerse
de esa muerte que llueve hielo o fuego.

Es el cielo común, el alba escándalo,
el goce atroz, el milagroso caos,
la piel abismo, la granada abierta,
la única unidad uniyugada,
la derrota de todas las cautelas.

Hay que amar con valor, para salvarse.
Sin luna, sin nostalgia, sin pretextos.
Hay que despilfarrar en una noche
—que puede ser mil y una— el universo,
sin augurios, sin planes, sin temblores,
sin convenios, sin votos, con olvido,
desnudos cuerpo y alma, disponibles
para ser otro y otra a ras de sueño.

Bendita noche cóncava, delicia
de encontrar un abrazo a la deriva
y entrar en ese enigma, sin astucia,
y volver por el aire al aire libre.
Hay que amar con amor, para salvarse.

Entonces vienen las contradicciones
o sea la razón. El mundo existe
con manchas, sin azar, y no hay conjuro
ni fe que lo desmienta o modifique.

El manantial se seca, al árbol cae,
la sangre fluye, el odio se hace muro.
¿Es mi hermano el verdugo? Ese asesino
y dios padraastro todopoderoso,
ese señor del vómito, ese artífice
de la hecatombe, ¿puede ser mi hermano?

Surtidor de napalm, profeta imbécil,
¿ése, mi prójimo?, ¿ése, el semejante?
Síndico en todo caso de la muerte,
argumento y proclama de la ruina,
poder y brazo ejecutor. Estiércol.

Por esta vez no he de mirar mis pasos
sino el contorno triste, calcinado.
Miro a mi sombra que está envejeciendo,
la sombra de los míos que envejecen.

El mundo existe. Con o sin sus manes,
con o sin su señal. Existe. Punto.

El mundo existe con mis ex iguales,
con mis amigos-enemigos, esos
que ya olvidé por qué se traicionaron.

Tiendo mi mano a veces y está sola
y está más sola cuando no la tiendo,
pienso en los compradores emboscados
y tengo duelo y tengo rabia y tengo
un reproche que empieza en mis lealtades,
en mis confianzas sin mayor motivo,
en mi invención del prójimo-mi-aliado.
Ni aun ahora me resigno a creerlo.

No todos son así, no todos ceden.
Tendré que repetírmelo a escondidas
y barajar de nuevo el almanaque.

Mi corazón acobardado sigue
inventando valor, abriendo créditos,
tirando cabos sólo a la siniestra,
aprendiendo a aprender,
pobre aleluya,
y quién sabe, quién sabe si entre tanta
mentira incandescente, no queda algo
de verdad a la sombra. Y no es metáfora.

Nada aquí, nada allá. Son las palabras
del mago lejanísimo y borroso.

Pero ¿por qué creerle a pie juntillas?
¿En qué galaxia está el certificado?

Algo aquí, nada allá. ¿Es tan distinto?
Lo propongo debajo de mis párpados
y en mi boca cerrada.

¿Es tan distinto?

Ya sé, hay razones nítidas, famosas,
hay cien teorías sobre la derrota,
hay argumentos para suicidarse.
Pero ¿y si hay un resquicio?

¿Es tan distinto,

tan necio, tan ridículo, tan torpe,
tener un espacioso sueño propio
donde el hombre se muera pero actúe
como inmortal?

Consternados, rabiosos

*Vámonos,
derrotando afrentas*

ERNESTO "CHE" GUEVARA

Aquí estamos
consternados
rabiosos
aunque esta muerte sea
uno de los absurdos previsibles
da vergüenza mirar
los cuadros
los sillones
las alfombras
sacar una botella del refrigerador
teclear las tres letras mundiales de tu nombre
en la rígida máquina
que nunca
nunca estuvo
con la cinta tan pálida

vergüenza tener frío
y arrimarse a la estufa como siempre
tener hambre y comer
esa cosa tan simple
abrir el tocadiscos y escuchar en silencio
sobre todo si es un cuarteto de Mozart

da vergüenza el confort
y el asma da vergüenza
cuando tú comandante estás cayendo
ametrallado
fabuloso
nítido

eres nuestra conciencia acribillada
dicen que te quemaron
con qué fuego

van a quemar las buenas
buenas nuevas
la irascible ternura
que trajiste y llevaste
con tu tos
con tu barro

dicen que incineraron
toda tu vocación
menos un dedo

basta para mostrarnos el camino
para acusar al monstruo y sus tizones
para apretar de nuevo los gatillos

así estamos
consternados
rabiosos
claro que con el tiempo la plumiza
consternación
se nos irá pasando
la rabia quedará
se hará más limpia
estás muerto
estás vivo
estás cayendo
estás nube
estás lluvia
estás estrella

donde estés
si es que estás
si estás llegando

aprovecha por fin
a respirar tranquilo
a llenarte de cielo los pulmones

donde estés
si es que estás

si estás llegando
será una pena que no exista Dios

pero habrá otros
claro que habrá otros
dignos de recibirte
comandante.

Montevideo, octubre de 1967

La infancia es otra cosa

Es fácil vaticinar que los propagandistas de la infancia no
van a interrumpir su campaña
quieren vendernos la inocencia cual si fuera un desodorante
o un horóscopo
después de todo saben que caeremos como gorriones en la
trampa
piando nostalgias inventando recuerdos perfeccionando la
ansiedad

los geniales demagogos de la infancia
así se llamen Amicis o Proust o Lamorisse
sólo recapitulan turbadores sacrificios móviles campanarios
globos que vuelven a su nube de origen
su paraíso recobable no es exactamente nuestro siempre
perdido paraíso
su paraíso tan seguro como dos y dos son cuatro no cabe
en nuestro mezquino walhalla
ese logaritmo que nunca está en las tablas

los impecables paleontólogos de la infancia
duchos en exhumar rondas triciclos mimos y otros fósiles
tienen olfato e intuición suficientes como para desenterrar
y desplegar mitos cautivantes pavores sabrosos
felicidad a cuerda

esos decisivos restauradores
con destreza profesional tapan grietas y traumas

y remiendan con zurcido invisible el desgarrón que
arruinaba nuestro compacto recuerdo de cielo

sin embargo un día de éstos habrá que entrar a saco la
podrida infancia
no el desván
allí apenas habitan los juguetes rotos los álbumes de sellos
el ferrocarril rengu o sea la piel reseca de la infancia
no las fotografías y su letargo sepia
habrá que entrar a saco la miseria

porque la infancia
además del estanque de azogada piedad
que a cualquier precio adquieren los ávidos turistas del
regreso
además de la espiga y la arañita
y el piano de Mompou
además del alegre asombro que dicen hubo
además de la amistad con el perro del vecino
del juego con las trenzas que hacen juego
además de todo eso
tan radiante tan modestamente fabuloso
y sin embargo tan cruelmente olvidado
la infancia es otra cosa

por ejemplo la oprobiosa galería de rostros
encendidos de entusiasmo puericultor y algunas veces de
crueldad dulzona
y es (también la infancia tiene su otoño) la caída las
primeras máscaras
la vertiginosa temporada que va de la inauguración del
pánico a la vergüenza de la masturbación inicial
rudimentaria
la gallina asesinada por los garfios de la misma buena
parienta que nos arropa al comienzo de la noche
la palabra cáncer y la noción de que no hay exorcismo
que valga

la rebelión de la epidermis las estupefacciones convertidas
en lamparones de diversos diseños y medidas

la noche como la gran cortina que nadie es capaz de
descorrer y que sin embargo oculta la prestigiosa
momia del porvenir

por ejemplo la recurrente pesadilla
de diez cien veintemil encapuchados
cuyo silencio a coro repetirá un longplay treinta años más
tarde con el alevoso fascinante murmullo de los
lamas del Tibet en sus cantos de muerte
pero que por entonces es sólo una interminable fila de
encapuchados balanceándose saliendo del sueño
golpeando en el empañado vidrio de la cocina
proponiendo el terror y sus múltiples sobornos
anexos

la otra infancia es qué duda cabe el insomnio con los
ardides de su infierno acústico
uno dejándose llevar despojado de sábanas mosquitero
camisón y pellejo
uno sin bronquios y sin tímpanos

dejándose llevar imaginándose llevado hacia un lejanísimo
casi inalcanzable círculo o celda o sima donde no
hay hormigas ni abuela ni quebrados ni ventana ni
sopa y donde el ruido del mundo llega sólo como
un zumbido ni siquiera insistente
es el golpe en la cara para ser más exacto en la nariz
el caliente sabor de la primera sangre tragada
y el arranque de la inquina la navidad del odio que riza el
pelo calienta las orejas aprieta los dientes gira los
puños en un molinete enloquecido mientras los
demás asisten como un cerco de horripiladas
esperanzas timideces palabrotas y ojos con náuseas

es la chiquilina a obligatoria distancia
la teresa rubia
de ojos alemanes y sonrisa para otros
humilladora de mis lápices de veneración de mis insignias
de ofrenda de mis estampillas de homenaje

futura pobre gorda sofocada de deudas y de hijos pero
entonces tan lejos y escarpada
y es también el amigo el único el mejor
aplastado en la calle

sí
un día de éstos habrá que entrar a saco la podrida infancia
habrá que entrar a saco la miseria
sólo después
con el magro botín en las manos crispadamente adultas
sólo después
ya de regreso
podrá uno permitirse el lujo la merced el pretexto el
disfrute
de hacer escala en el desván
y revisar las fotos en su letargo sepia.

Grietas

La verdad es que
grietas
no faltan

así al pasar recuerdo
las que separan a zurdos y diestros
a pequineses y moscovitas
a présbites y miopes
a gendarmes y prostitutas
a optimistas y abstemios
a sacerdotes y aduaneros
a exorcistas y maricones
a baratos e insobornables
a hijos pródigos y detectives
a borges y sábato
a mayúsculas y minúsculas
a pirotécnicos y bomberos
a mujeres y feministas
a aquarianos y taurinos
a profilácticos y revolucionarios

a vírgenes e impotentes
a agnósticos y monaguillos
a inmortales y suicidas
a franceses y no franceses

a corto o a larguísimo plazo
todas son sin embargo remediabes

hay una sola grieta
decididamente profunda
y es la que media entre la maravilla del hombre
y los desmaravilladores
aún es posible saltar de uno a otro borde
pero cuidado
aquí estamos todos
ustedes y nosotros
para ahondarla

señoras y señores
a elegir a elegir
de qué lado
ponen el pie.

Artigas

Se las arregló para ser contemporáneo de quienes nacieron
medio siglo después de su muerte
creó una justicia natural para negros zambos indios y
criollos pobres
tuvo pupila suficiente como para meterse en camisa de once
varas
y cojones como para no echarle la culpa a los otros
así y todo pudo articularnos un destino
inventó el éxodo esa última y seca prerrogativa del albedrío

tres años antes de que naciera marx
y ciento cincuenta antes de que roñosos diputados la
convirtieran en otro expediente demorado

borroneó una reforma agraria que aún no ha conseguido el
homenaje catastral

lo abandonaron lo jodieron lo etiquetaron
pero no fue por eso que se quedó para siempre en tierra
extraña
por algo nadie quiere hurgar en su silencio de viejo firme
no fue tosco como lavalleja ni despótico como oribe ni
astuto como rivera
fue sencillamente un tipo que caminó delante de su gente
fue un profeta certero que no hizo públicas sus profecías
pero se amargó profundamente con ellas

acaso imaginó a los futurísimos choznos de quienes
inauguraban el paisito
esos gratuitos herederos que ni siquiera iban a tener la
disculpa del coraje
y claro presintió el advenimiento de estos ministros
alegóricos estos conductores sin conducta estos
proxenetas del recelo estos taponos de la historia
y si decidió quedarse en curuguaty
no fue por terco o por necio o resentido
sino como una forma penitente e insomne de instalarse
en su bien ganado desconsuelo

Semántica

Quieren que me refugie en vos
palabra blanda
silaboba

que crea a pie juntillas que sos muro trinchera caverna
monasterio tantas cosas

la tentación o mejor dicho la orden es que te mire fijo
así me olvido de los que te hacen y deshacen
forjan y licuan

llegaron a decir que eras
qué me cuentan señores qué me cuentan
el gran protagonista

de dónde eh
blanda
silaboba
protagonista quién
robot de qué dictado

lévi-strauss confesó de una vez para siempre que no le
interesaba américa después de 1492
y aunque colón no sabe aún si sentirse orgulloso o miserable
nosotros sí sabemos

che palabra bajate del walhalla
tu único porvenir
es desolimpizarte

de dónde refugio
muro
monasterio

tu única salvación es ser nuestro instrumento
caricia bisturí metáfora fusil ganzúa interrogante tirabuzón
blasfemia candado etcétera

ya verás
qué lindo serrucho haremos contigo.

Quemar las naves

El día o la noche en que por fin lleguemos
habrá que quemar las naves

pero antes habremos metido en ellas
nuestra arrogancia masoquista
nuestros escrúpulos blandengues

nuestros menosprecios por sutiles que sean
nuestra capacidad de ser menospreciados
nuestra falsa modestia y la dulce homilía
de la autoconmiseración

y no sólo eso
también habrá en las naves a quemar
hipopótamos de wall street
pingüinos de la otan
cocodrilos del vaticano
cisnes de buckingham palace
murciélagos de el pardo
y otros materiales inflamables

el día o la noche en que por fin lleguemos
habrá sin duda que quemar las naves
así nadie tendrá riesgo ni tentación de volver

es bueno que se sepa desde ahora
que no habrá posibilidad de remar nocturnamente
hasta otra orilla que no sea la nuestra
ya que será abolida para siempre
la libertad de preferir lo injusto
y en ese solo aspecto
seremos más sectarios que dios padre

no obstante como nadie podrá negar
que aquel mundo arduamente derrotado
tuvo alguna vez rasgos dignos de mención
por no decir notables
habrá de todos modos un museo de nostalgias

donde se mostrará a las nuevas generaciones
cómo eran

parís
el whisky
claudia cardinale.

Me sirve y no me sirve

La esperanza tan dulce
tan pulida tan triste
la promesa tan leve
no me sirve

no me sirve tan mansa
la esperanza
la rabia tan sumisa
tan débil tan humilde
el furor tan prudente
no me sirve

no me sirve tan sabia
tanta rabia

el grito tan exacto
si el tiempo lo permite
alarido tan pulcro
no me sirve

no me sirve tan bueno
tanto trueno

el coraje tan dócil
la bravura tan chirle
la intrepidez tan lenta
no me sirve

no me sirve tan fría
la osadía

sí me sirve la vida
que es vida hasta morir
el corazón alerta
sí me sirve

me sirve cuando avanza
la confianza

me sirve tu mirada
que es generosa y firme
y tu silencio franco
sí me sirve

me sirve la medida
de tu vida

me sirve tu futuro
que es un presente libre
y tu lucha de siempre
sí me sirve

me sirve tu batalla
sin medalla

me sirve la modestia
de tu orgullo posible
y tu mano segura
sí me sirve

me sirve tu sendero
compañero.

Vamos juntos

Con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero

campanero te desvela
la misma suerte que a mí
prometiste y prometí
encender esta candela

con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero

la muerte mata y escucha
la vida viene después

la unidad que sirve es
la que nos une en la lucha

con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero

la historia tañe sonora
su lección como campana
para gozar el mañana
hay que pelear el ahora

con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero

ya no somos inocentes
ni en la mala ni en la buena
cada cual en su faena
porque en esto no hay suplentes

con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero

algunos cantan victoria
porque el pueblo paga vidas
pero esas muertes queridas
van escribiendo historia

con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero.

Ser y estar

Oh marine
oh boy
una de tus dificultades consiste en que no sabes
distinguir el ser del estar
para ti todo es to be

así que probemos a aclarar las cosas

por ejemplo
una mujer *es* buena
cuando entona desafinadamente los salmos
y cada dos años cambia el refrigerador
y envía mensualmente su perro al analista
y sólo enfrenta el sexo los sábados de noche

en cambio una mujer *está* buena
cuando la miras y pones los perplejos ojos en blanco
y la imaginas y la imaginas y la imaginas
y hasta crees que tomando un martini te vendrá el coraje
pero ni así

por ejemplo
un hombre *es* listo
cuando obtiene millones por teléfono
y evade la conciencia y los impuestos
y abre una buena póliza de seguros
a cobrar cuando llegue a sus setenta
y sea el momento de viajar en excursión a capri y a parís
y consiga violar a la gioconda en pleno louvre
con la vertiginosa polaroid

en cambio
un hombre *está* listo
cuando ustedes
oh marine
oh boy
aparecen en el horizonte
para inyectarle democracia.

El verbo

En el principio era el verbo
y el verbo no era dios
eran las palabras
frágiles transparentes y putas
cada una venía con su estuche

con su legado de desidia
era posible mirarlas al trasluz
o volverlas cabeza abajo
interrogarlas en calma o en francés
ellas respondían con guiños cómplices y corruptos
qué suerte unos pocos estábamos en la pomada
éramos el resumen la quintaesencia el zumo
ellas las contraseñas nos valseaban el orgasmo
abanicaban nuestra modesta vanidad
mientras el pueblo ese desconocido
con calvaria tristeza decía no entendernos
no saber de qué hablábamos ni de qué callábamos
hasta nuestros silencios le resultaban complicados
porque también integraban la partitura excelsa
ellas las palabras se ubicaban y reubicaban
eran nuestra vanguardia y cuando alguna caía
acribillada por la moda o el sentido común
las otras se juntaban solidarias y espléndidas
cada derrota las ponía radiantes
porque como sostienen los latinoamericanos del boul mich
la gran literatura sólo se produce en la infelicidad
y solidarias y espléndidas parían
adjetivos y gerundios
preposiciones y delirios
con los cuales decorar el retortijón existencial
y convertirlo en oda o nouvelle o manifiesto
las revoluciones frustradas tienen eso de bueno
provocan angustias de un gran nivel artístico
en tanto las triunfantes apenas si alcanzan
logros tan prosaicos como la justicia social

en el después será el verbo
y el verbo tampoco será dios
tan sólo el grito de varios millones de gargantas
capaces de reír y llorar como hombres nuevos y mujeres
nuevas

y las palabras putas y frágiles
se volverán sólidas y artesanas

y acaso ganen su derecho a ser sembradas
a ser regadas por los hechos y las lluvias
a abrirse en árboles y frutos
a ser por fin alimento y trofeo
de un pueblo ya maduro por la revolución y la inocencia.

Casi un réquiem

Mientras mi padre se asfixia en la pieza 101
mientras mi padre se asfixia como un pobre pájaro
definitivamente vencido
y usa su último hilo de voz para un quejido humilde que
parte el alma
fuera de este recinto suceden cosas
el presidente nixon sale indemne de un examen médico de
rutina
el presidente el mismo que también parte el alma pero con
napalm
jóvenes camboyanos de educación pentagonal decapitan
cadáveres norvietnamitas y se fotografían sonrientes
con una cabeza en cada mano
el venerable heath vende sus armas a los arcángeles de
sudáfrica
y aquí en montevideo eficaces torturadores compran tiernos
regalos para dejar en esta noche de reyes a sus bien
alimentados pichones
todo esto mientras mi padre que fue un hombre decente y
generoso se asfixia y muere en la pieza 101.

5 de enero de 1971

Muerte de Soledad Barrett

Viviste aquí por meses o por años
trazaste aquí una recta de melancolía
que atravesó las vidas y las calles

hace diez años tu adolescencia fue noticia
te tajearon los muslos porque no quisiste
gritar viva hitler ni abajo fidel

eran otros tiempos y otros escuadrones
pero aquellos tatuajes llenaron de asombro
a cierto uruguay que vivía en la luna

y claro entonces no podías saber
que de algún modo eras
la prehistoria de ibero

ahora acribillaron en recife
tus veintisiete años
de amor templado y pena clandestina

quizá nunca se sepa cómo ni por qué

los cables dicen que te resististe
y no habrá más remedio que crearlo
porque lo cierto es que te resistías
con sólo colocárteles enfrente
sólo mirarlos
sólo sonreír
sólo cantar cielitos cara al cielo

con tu imagen segura
con tu pinta muchacha
pudiste ser modelo
actriz
miss paraguay
carátula
almanaque
quién sabe cuántas cosas

pero el abuelo rafael el viejo anarco
te tironeaba fuertemente la sangre
y vos sentías callada esos tirones

soledad no viviste en soledad
por eso tu vida no se borra
simplemente colma de señales

soledad no moriste en soledad
por eso tu muerte no se llora
simplemente la izamos en el aire

desde ahora la nostalgia será
un viento fiel que hará flamear tu muerte
para que así aparezcan ejemplares y nítidas
las franjas de tu vida

ignoro si estarías
de minifalda o quizá de vaqueros
cuando la ráfaga de pernambuco
acabó con tus sueños completos

por lo menos no habrá sido fácil
cerrar tus grandes ojos claros
tus ojos donde la mejor violencia
se permitía razonables treguas
para volverse increíble bondad
y aunque por fin los hayan clausurado
es probable que aún sigas mirando
soledad compatriota de tres o cuatro pueblos
el limpio futuro por el que vivías
y por el que nunca te negaste a morir.

Gallos sueños

Tenemos una paciencia verde y sólida como un caimán
una paciencia a prueba de balas y promesas

sabemos aguantar con los delirios en acecho
hacer almácigos con nuestros odios mejores

tenemos una esperanza blanca y prójima
como una paloma que ya no es mensajera

tenemos una esperanza a prueba
de terremotos y congojas

sabemos esperar rodeados por la muerte
sabemos desvelarnos por la vida

tenemos una alegría temprana como un gallo
una alegría convicta maniatada y rabiosa

sabemos cómo desatarla y sabemos
que al alba cantarán los gallísimos sueños.

Oda a la pacificación

No sé hasta dónde irán los pacificadores con su ruido
metálico de paz
pero hay ciertos corredores de seguros que ya colocan
pólizas contra la pacificación
y hay quienes reclaman la pena del garrote para los que no
quieren ser pacificados
cuando los pacificadores apuntan por supuesto tiran a
pacificar
y a veces hasta pacifican dos pájaros de un tiro
es claro que siempre hay algún necio que se niega a ser
pacificado por la espalda
o algún estúpido que resiste la pacificación a fuego lento
en realidad somos un país tan peculiar
que quien pacifique a los pacificadores un buen pacificador
será.

Hombre que mira el cielo

Mientras pasa la estrella fugaz
acopio en este deseo instantáneo

montones de deseos hondos y prioritarios
por ejemplo que el dolor no me apague la rabia
que la alegría no desarme mi amor
que los asesinos del pueblo se traguen
 sus molares caninos e incisivos
 y se muerdan juiciosamente el hígado
que los barrotes de las celdas
 se vuelvan de azúcar o se curven de piedad
 y mis hermanos puedan hacer de nuevo
 el amor y la revolución
que cuando enfrentemos el implacable espejo
 no maldigamos ni nos maldigamos
que los justos avancen
 aunque estén imperfectos y heridos
que avancen porfiados como castores
 solidarios como abejas
 aguerridos como jaguares
 y empuñen todos sus noes
 para instalar la gran afirmación
que la muerte pierda su asquerosa puntualidad
que cuando el corazón se salga del pecho
 pueda encontrar el camino de regreso
que la muerte pierda su asquerosa
 y brutal puntualidad
 pero si llega puntual no nos agarre
 muertos de vergüenza
que el aire vuelva a ser respirable y de todos
y que vos muchachita sigas alegre y dolorida
 poniendo en tus ojos el alma
 y tu mano en mi mano
y nada más
porque el cielo ya está de nuevo torvo
 y sin estrellas
con helicóptero y sin dios.

Hombre que mira sin sus anteojos

En este instante el mundo es apenas
un vitral confuso
los colores se invaden unos a otros
y las fronteras entre cosa y cosa
entre tierra y cielo
entre árbol y pájaro
están deshilachadas e indecisas
el futuro es así un caleidoscopio de dudas
y al menor movimiento el lindo pronóstico
se vuelve mal agüero
los verdugos se agrandan hasta parecer
invencibles y sólidos

y para mí que no soy lázaro
la derrota oprime como un sudario
las buenas mujeres de esta vida
se yuxtaponen se solapan se entremezclan
la que apostó su corazón a quererme
con una fidelidad abrumadora
la que me marcó a fuego
en la cavernamparo de su sexo
la que fue cómplice de mi silencio
y comprendía como los ángeles

la que imprevistamente me dio una mano
en la sombra y después la otra mano
la que me rindió con un solo argumento de sus ojos
pero se replegó sincera en la amistad
la que descubrió en mí lo mejor de mí mismo
y linda y tierna y buena amó mi amor

los paisajes y las esquinas
los horizontes y las catedrales
que fui coleccionando
a través de los años y los engaños
se confunden en una guía de turismo presuntuoso
de fábula a narrar a los amigos

y en ese delirio de vanidades y nostalgias
es difícil saber qué es monasterio y qué blasfemia
qué es van gogh y qué arenques ahumados
qué es mosaico y qué agua sucia veneciana
qué es aconcagua y qué es callampa

también los prójimos se arraciman
crápulas y benditos
santos e indiferentes y traidores
e inscriben en mi infancia personal
tantas frustraciones y rencores
que no puedo distinguir claramente
la luna del río
ni la paja del grano

pero llega el momento en que uno recupera
al fin sus anteojos
y de inmediato el mundo adquiere
una tolerable nitidez

el futuro luce entonces arduo
pero también radiante

los verdugos se empequeñecen hasta
recuperar su condición de cucarachas

de todas las mujeres una de ellas
da un paso al frente
y se desprende de las otras
que sin embargo no se esfuman
de las ciudades viajadas surgen
con fervor y claridad
cuatro o cinco rostros decisivos
que casi nunca son grandilocuentes

cierta niña jugando con su perro
en una calle desierta de ginebra
un sabio negro de alabama que explicaba
por qué su piel era absolutamente blanca

ella fitzgerald cantando
ante una platea casi vacía
en un teatro malamuerte de florencia

y el guajiro de oriente
que dijo tener un portocarrero
y era una lata de galletitas
diseñada por el pintor

del racimo de prójimos puedo extraer
sin dificultades
una larga noche paterna una postrera charla
síntesis de vida
con la muerte rondando en el pasillo

el veterano que trasmitía
sin egoísmo y sin fruición
algunas de sus claves de sensible
el compañero que pensó largamente en la celda
y sufrió largamente en el cepo
y no delató a nadie

el hombre político que en un acto
de incalculable valor
dijo a un millón de pueblo la culpa es mía
y el pueblo empezó a susurrar fidel fidel
y el susurro se convirtió en ola clamorosa
que lo abrazó y lo sigue abrazando todavía

la gente la pura gente
la cojonuda gente a la orientala
que en la avenida gritó tiranos temblad
hasta que llegó el mismísimo
temblor del tirano

y la muchacha y el muchacho desconocidos
que se desprendieron un poco de sí mismos
para tender sus manos y decirme
adelante y valor

decididamente
no voy a perder más mis anteojos

por un imperdonable desenfoque
puede uno cometer gravísimos errores.

Hombre que mira la luna

Es decir la miraba porque ella
se ocultó tras el biombo de nubes
y todo porque muchos amantes de este mundo
le dieron sutilmente el olivo

con su brillo reticente la luna
durante siglos consiguió transformar
el vientre amor en garufa cursilínea
la injusticia terrestre en dolor lapizlázuli

cuando los amantes ricos la miraban
desde sus tedios y sus pabellones
satelizaba de lo lindo y oía
que la luna era un fenómeno cultural

pero si los amantes pobres la contemplaban
desde su ansiedad o desde sus hambrunas
entonces la menguante entornaba los ojos
porque tanta miseria no era para ella

hasta que una noche casualmente de luna
con murciélagos suaves con fantasmas y todo
esos amantes pobres se miraron a dúo
dijeron no va más al carajo selene

se fueron a la cama de sábanas gastadas
con acre olor a sexo deslunado
su camanido de crujiente vaivén

y libres para siempre de la luna lunática
fornicaron al fin como dios manda
o mejor dicho como dios sugiere.

Hombre preso que mira a su hijo

Al "viejo" hache

Cuando era como vos me enseñaron los viejos
y también las maestras bondadosas y miopes
que libertad o muerte era una redundancia
a quién se le ocurría en un país
donde los presidentes andaban sin capangas

que la patria o la tumba era otro pleonasma
ya que la patria funcionaba bien
en las canchas y en los pastoreos

realmente botija no sabían un corno
pobrecitos creían que libertad
era tan sólo una palabra aguda
que muerte era tan sólo grave o llana
y cárceles por suerte una palabra esdrújula

olvidaban poner el acento en el hombre

la culpa no era exactamente de ellos
sino de otros más duros y siniestros
y éstos sí
cómo nos ensartaron
en la limpia república verbal
cómo idealizaron
la vidurria de vacas y estancieros

y cómo nos vendieron un ejército
que tomaba su mate en los cuarteles

uno no siempre hace lo que quiere
uno no siempre puede
por eso estoy aquí
mirándote y echándote

de menos

por eso es que no puedo despeinarte el jopo
ni ayudarte con la tabla del nueve
ni acribillarte a pelotazos

vos ya sabés que tuve que elegir otros juegos
y que los jugué en serio

y jugué por ejemplo a los ladrones
y los ladrones eran policías

y jugué por ejemplo a la escondida
y si te descubrían te mataban
y jugué a la mancha
y era de sangre

botija aunque tengas pocos años
creo que hay que decirte la verdad
para que no la olvides

por eso no te oculto que me dieron picana
que casi me revientan los riñones

todas estas llagas hinchazones y heridas
que tus ojos redondos

miran hipnotizados
son durísimos golpes
son botas en la cara
demasiado dolor para que te lo oculte
demasiado suplicio para que se me borre

pero también es bueno que conozcas
que tu viejo calló
o puteó como un loco
que es una linda forma de callar

que tu viejo olvidó todos los números
(por eso no podría ayudarte en las tablas)
y por lo tanto todos los teléfonos

país ronco y vacío
tumba muchacha
sangre sobre sangre

país lejos y cerca
ocasión del verdugo
los mejores al cepo

país violín en bolsa
o silencio hospital
o pobre artigas

país estremecido
puño y letra
calabozo y praderas

país ya te armarás
pedazo por pedazo
pueblo mi pueblo

país que no te tengo
vida y muerte
cómo te necesito

país verde y herido
comarquita de veras
patria pobre.

Táctica y estrategia

Mi táctica es
mirarte
aprender cómo sos
quererte como sos

mi táctica es
hablarte
y escucharte

construir con palabras
un puente indestructible

mi táctica
es quedarme en tu recuerdo
no sé cómo ni sé
con qué pretexto
pero quedarme en vos

mi táctica es
 ser franco
y saber que sos franca
y que no nos vendamos
simulacros
para que entre los dos
no haya telón
 ni abismos

mi estrategia es
más profunda y más
 simple

mi estrategia es
que un día cualquiera
ni sé cómo ni sé
con qué pretexto
por fin me necesites.

Todo verdor

Todo verdor perecerá
dijo la voz de la escritura
como siempre
 implacable

pero también es cierto
que cualquier verdor nuevo
no podría existir

si no hubiera cumplido su ciclo
el verdor perecido

de ahí que nuestro verdor
esa conjunción un poco extraña de tu primavera
y de mi otoño
seguramente repercute en otros
enseña a otros
ayuda a que otros
rescaten su verdor

por eso
aunque las escrituras
no lo digan
todo verdor
renacerá.

Viceversa

Tengo miedo de verte
necesidad de verte
esperanza de verte
desazones de verte

tengo ganas de hallarte
preocupación de hallarte
certidumbre de hallarte
pobres dudas de hallarte

tengo urgencia de oírte
alegría de oírte
buena suerte de oírte
y temores de oírte

o sea
resumiendo
estoy jodido
y radiante

quizá más lo primero
que lo segundo
y también
viceversa.

Bienvenida

Se me ocurre que vas a llegar distinta
no exactamente más linda
ni más fuerte
ni más dócil
ni más cauta
tan sólo que vas a llegar distinta
como si esta temporada de no verme
te hubiera sorprendido a vos también
quizá porque sabés
cómo te pienso y te enumero

después de todo la nostalgia existe
aunque no lloremos en los andenes fantasmales
ni sobre las almohadas de candor
ni bajo el cielo opaco

yo nostalgio
tú nostalgias
y cómo me revienta que él nostalgie

tu rostro es la vanguardia
tal vez llega primero
porque lo pinto en las paredes
con trazos invisibles y seguros

no olvides que tu rostro
me mira como pueblo
sonríe y rabia y canta
como pueblo
y eso te da una lumbre
inapagable

ahora no tengo dudas
vas a llegar distinta y con señales
con nuevas
 con hondura
 con franqueza

sé que voy a quererte sin preguntas
sé que vas a quererme sin respuestas.

Los formales y el frío

Quién iba a prever que el amor ese informal
se dedicara a ellos tan formales

mientras almorzaban por primera vez
ella muy lenta y él no tanto
y hablaban con sospechosa objetividad
de grandes temas en dos volúmenes
su sonrisa la de ella
era como un augurio o una fábula
su mirada la de él tomaba nota
de cómo eran sus ojos los de ella
pero sus palabras las de él
no se enteraban de esa dulce encuesta

como siempre o como casi siempre
la política condujo a la cultura
así que por la noche concurrieron al teatro
sin tocarse una uña o un ojal
ni siquiera una hebilla o una manga
y como a la salida hacía bastante frío
y ella no tenía medias
sólo sandalias por las que asomaban
unos dedos muy blancos e indefensos
fue preciso meterse en un boliche

y ya que el mozo demoraba tanto
ellos optaron por la confidencia
extra seca y sin hielo por favor

cuando llegaron a su casa la de ella
ya el frío estaba en sus labios los de él
de modo que ella fábula y augurio
le dio refugio y café instantáneos
una hora apenas de biografía y nostalgias
hasta que al fin sobrevino un silencio
como se sabe en estos casos es bravo
decir algo que realmente no sobre

él probó sólo falta que me quede a dormir
y ella probó por qué no te quedás
y él no me lo digas dos veces
y ella bueno por qué no te quedás

de manera que él se quedó en principio
a besar sin usura sus pies fríos los de ella
después ella besó sus labios los de él
que a esa altura ya no estaban tan fríos
y sucesivamente así

mientras los grandes temas
dormían el sueño que ellos no durmieron.

La otra copa del brindis

Al principio ella fue una serena conflagración
un rostro que no fingía ni siquiera su belleza
unas manos que de a poco inventaban un lenguaje

una piel memorable y convicta
una mirada limpia sin traiciones
una voz que caldeaba la risa
unos labios nupciales
un brindis

es increíble pero a pesar de todo
él tuvo tiempo para decirse
qué sencillo y también
no importa que el futuro
sea una oscura maleza

la manera tan poco suntuaria
que escogieron sus mutuas tentaciones
fue un estupor alegre
sin culpa ni disculpa

él se sintió optimista

nutrido

renovado

tan lejos del sollozo y la nostalgia
tan cómodo en su sangre y en la de ella
tan vivo sobre el vértice de musgo
tan hallado en la espera
que después del amor salió a la noche
sin luna y no importaba
sin gente y no importaba
sin dios y no importaba
a desmontar la anécdota
a componer la euforia
a recoger su parte del botín

mas su mitad de amor

se negó a ser mitad

y de pronto él sintió

que sin ella sus brazos estaban tan vacíos
que sin ella sus ojos no tenían qué mirar
que sin ella su cuerpo de ningún modo era
la otra copa del brindis

y de nuevo se dijo

qué sencillo

pero ahora

lamentó que el futuro fuera oscura maleza

sólo entonces pensó en ella

eligiéndola

y sin dolor sin desesperaciones

sin angustia y sin miedo

dócilmente empezó

como otras noches

a necesitarla.

Soledades

Ellos tienen razón
esa felicidad
al menos con mayúscula
no existe
ah pero si existiera con minúscula
sería semejante a nuestra breve
presoledad

después de la alegría viene la soledad
después de la plenitud viene la soledad
después del amor viene la soledad

ya sé que es una pobre deformación
pero lo cierto es que en ese durable minuto
uno se siente
solo en el mundo

sin asideros
sin pretextos
sin abrazos
sin rencores
sin las cosas que unen o separan

y en esa sola manera de estar solo
ni siquiera uno se apiada de uno mismo
los datos objetivos son como sigue

hay diez centímetros de silencio
entre tus manos y mis manos
una frontera de palabras no dichas
entre tus labios y mis labios
y algo que brilla así de triste
entre tus ojos y mis ojos

claro que la soledad no viene sola

si se mira por sobre el hombro mustio
de nuestras soledades

se verá un largo y compacto imposible
un sencillo respeto por terceros o cuartos
ese percance de ser buenagente

después de la alegría
después de la plenitud
después del amor
viene la soledad

conforme
pero
qué vendrá después
de la soledad

a veces no me siento
tan solo
si imagino
mejor dicho si sé
que más allá de mi soledad
y de la tuya
otra vez estás vos
aunque sea preguntándome a solas
que vendrá después
de la soledad.

Perro convaleciente

Estaba a duras penas comprendiendo
y me encontré en la calle como perdido
los gritos y bocinas se colaban
insolentes en mi áspera congoja

palpé las cicatrices que dejó tu mirada
ignoraba si era azul o castaño o verdosa
pero la sabía fatalmente buena
de algún modo notaba que aún estaba vivo

que no había sucumbido a una endémica angustia
así que empezaron de nuevo a funcionar
mis articulaciones y mis candores

fue sólo entonces que olfateé el mundo
como un perro convaleciente
y sentí que a ese aire concurrían
rostros y móviles y sombras y manos
que aquí y allá empezaban a sonar
rebeldías como vientos armándose
y también que muchísimas piernas se apoyaban
sobre las muertes y los sacrificios
y empezaban a andar y caminábamos

y aunque estaba en la calle como perdido
perro convaleciente que lame sus heridas
de pronto supe que tu ausencia y yo
estábamos rodeados por un abrazo prójimo
y sin pensarlo dos veces me fui
con tu ausencia y con ellos
a faenar desconsuelos
a bregar otra vez por el hombre.

Fundación del recuerdo

No es exactamente como fundar una ciudad
sino más bien como fundar una dinastía

el recuerdo tiene manos nubes estribillos
calles y labios árboles y pasos
no se planifica con paz ni compás
sino con una sarta de esperanzas y delirios

un recuerdo bien fundado
un recuerdo con cimientos de solo
que con todo su asombro busca el amor
y lo encuentra de a ratos o de a lustros
puede durar un rumbo o por lo menos
volver algunas noches a cavar su dulzura

en realidad no es como fundar una dinastía
sino más bien como fundar un estilo

un recuerdo puede tener mejillas
y canciones y bálsamos
ser una fantasía que de pronto
se vuelve vientre o pueblo
quizá una lluvia verde
tras la ventana compartida
o una plaza de sol
con puños en el aire

un recuerdo sólidamente fundado
fatalmente se acaba si no se lo renueva
es decir es tan frágil que dura para siempre
porque al cumplirse el plazo lo rescatan
los viejos reflectores del insomnio
bueno tampoco es como fundar un estilo
sino más bien como fundar una doctrina

un recuerdo amorosamente fundado
nos limpia los pulmones nos aviva la sangre
nos sacude el otoño nos renueva la piel
y a veces convoca lo mejor que tenemos
el trocito de hazaña que nos toca cumplir

y es claro un recuerdo puede ser un escándalo
que a veces nos recorre como un sol de franqueza
como un alud de savia como un poco de magia
como una palma de todos los días
que de repente se transforma en única

pensándolo mejor
quizá no sea como fundar una doctrina
sino más bien como fundar un sueño.

Hagamos un trato

*Cuando sientas tu herida sangrar
cuando sientas tu voz sollozar
cuenta conmigo*

(de una canción de CARLOS PUEBLA)

Compañera
usted sabe
que puede contar
conmigo
no hasta dos
o hasta diez
sino contar
conmigo
si alguna vez
advierte
que la miro a los ojos
y una veta de amor
reconoce en los míos
no alerte sus fusiles
ni piense qué delirio
a pesar de la veta
o tal vez porque existe
usted puede contar
conmigo

si otras veces
me encuentra
huraño sin motivo
no piense qué flojera
igual puede contar
conmigo

pero hagamos un trato
yo quisiera contar
con usted
es tan lindo
saber que usted existe

uno se siente vivo
y cuando digo esto
quiero decir contar
aunque sea hasta dos
aunque sea hasta cinco
no ya para que acuda
presurosa en mi auxilio
sino para saber
a ciencia cierta
que usted sabe que puede
contar conmigo.

No te salves

No te quedes inmóvil
al borde del camino
no congeles el júbilo
no quieras con desgana
no te salves ahora
ni nunca
 no te salves
no te llenes de calma
no reserves del mundo
sólo un rincón tranquilo
no dejes caer los párpados
pesados como juicios
no te quedes sin labios
no te duermas sin sueño
no te pienses sin sangre
ni te juzgues sin tiempo

pero si
 pese a todo
no puedes evitarlo
y congelas el júbilo
y quieres con desgana
y te salvas ahora
y te llenas de calma
y reservas del mundo

sólo un rincón tranquilo
y dejas caer los párpados
pesados como juicios
y te secas sin labios
y te duermes sin sueño
y te piensas sin sangre
y te juzgas sin tiempo
y te quedas inmóvil
al borde del camino
y te salvas
 entonces
no te quedes conmigo.

Te quiero

Tus manos son mi caricia
mis acordes cotidianos
te quiero porque tus manos
trabajan por la justicia

 si te quiero es porque sos
 mi amor mi cómplice y todo
 y en la calle codo a codo
 somos mucho más que dos

tus ojos son mi conjuro
contra la mala jornada
te quiero por tu mirada
que mira y siembra futuro

tu boca que es tuya y mía
tu boca no se equivoca
te quiero porque tu boca
sabe gritar rebeldía

 si te quiero es porque sos
 mi amor mi cómplice y todo
 y en la calle codo a codo
 somos mucho más que dos

y por tu rostro sincero
y tu paso vagabundo
y tu llanto por el mundo
porque sos pueblo te quiero

y porque amor no es aureola
ni cándida moraleja
y porque somos pareja
que sabe que no está sola

te quiero en mi paraíso
es decir que en mi país
la gente viva feliz
aunque no tenga permiso

si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos.

Todavía

No lo creo todavía
estás llegando a mi lado
y la noche es un puñado
de estrellas y de alegría

palpo gusto escucho y veo
tu rostro tu paso largo
tus manos y sin embargo todavía no lo creo

tu regreso tiene tanto
que ver contigo y conmigo
que por cábala lo digo
y por las dudas lo canto

nadie nunca te reemplaza
y las cosas más triviales

se vuelven fundamentales
porque estás llegando a casa

sin embargo todavía dudo
de esta buena suerte
porque el cielo de tenerte
me parece fantasía

pero venís y es seguro
y venís con tu mirada
y por eso tu llegada
hace mágico el futuro

y aunque no siempre he entendido
mis culpas y mis fracasos
en cambio sé que en tus brazos
el mundo tiene sentido

y si beso la osadía
y el misterio de tus labios
no habrá dudas ni resabios
te querré más
todavía.

Ustedes y nosotros

Ustedes cuando aman
exigen bienestar
una cama de cedro
y un colchón especial

nosotros cuando amamos
es fácil de arreglar
con sábanas qué bueno
sin sábanas da igual

ustedes cuando aman
calculan interés

y cuando se desaman
calculan otra vez

nosotros cuando amamos
es como renacer
y si nos desamamos
no la pasamos bien

ustedes cuando aman
son de otra magnitud
hay fotos chismes prensa
y el amor es un boom

nosotros cuando amamos
es un amor común
tan simple y tan sabroso
como tener salud

ustedes cuando aman
consultan el reloj
porque el tiempo que pierden
vale medio millón

nosotros cuando amamos
sin prisa y con fervor
gozamos y nos sale
barata la función

ustedes cuando aman
al analista van
él es quien dictamina
si lo hacen bien o mal

nosotros cuando amamos
sin tanta cortedad
el subconsciente piola
se pone a disfrutar

ustedes cuando aman
exigen bienestar

una cama de cedro
y un colchón especial

nosotros cuando amarnos
es fácil de arreglar
con sábanas qué bueno
sin sábanas da igual.

Vas y venís

a luz

De carrasco a aeroparque y viceversa
vas y venís con libros y bufandas
y encargos y propósitos y besos

tenés gusto a paisito en las mejillas
y una fe contagiosa en el augurio

vas y venís como un péndulo cuerdo
como un comisionista de esperanzas
o como una azafata voluntaria
tan habituada estás a los arribos
y a las partidas un poquito menos

quién iba a imaginar cuando empezábamos
la buena historia hace veintiocho años
que en un apartamento camarote
donde no llega el sol pero vos sí
íbamos a canjear noticia por noticia
sin impaciencia ya como quien suma

y cuando te dormís y yo sigo leyendo
entre cuatro paredes algo ocurre

estás aquí dormida y sin embargo
me siento acompañado como nunca.

Angelus porteño

a raúl y tona

Me he quedado junto al árbol
veterano y cordial en su sabiduría

un pibe alegre y andrajoso
corre y recorre el sendero sin nadie

en la gramilla blanda y celestina
dos adolescentes aprenden a besarse
y ya casi lo saben

abajo pasan autos
rojos verdes azules

en la tarde hay un pozo de silencios
y uno espera que hable el campanario

de pronto entre los grandes edificios
la bomba estalla como una desmentida

claro el pibe en andrajos se detiene
con un pie sorprendido en el aire

la pareja se desbesa de a poco
un auto verde frena como quejándose

al árbol
no se le mueve ni una hoja.

Salutación del optimista

A instancias de mis amigos cuerdos y cautelosos
que ya no saben si diagnosticarme
prematureo candor o simple chifladura
abro el expediente de mi optimismo
y uno por uno repaso los datos

allá en el paisito quedó mi casa
con mi gente mis libros y mi aire
desde sus ventanas grandes conmovedoras
se ven otras ventanas y otras gentes
se oye cómo pasa aullando la muerte
son los mismos aullidos verdes y azules son
los que acribillaron a mis hermanos

los cementerios están lejos pero
los hemos acercado con graves excursiones
detrás de primaveras y ataúdes
y de sueños quebrados
y de miradas fijas

los calabozos están lejos pero
los hemos acercado a nuestro invierno

sobre un lecho de odios duermen sin pesadillas
muchachos y muchachas que arribaron juntos
a la tortura y a la madurez
pero hay que aclarar que otros otros los sueñan
noche a noche en las casas oscuras y a la espera

la gente
la vulgar y la silvestre
no los filatélicos de hectáreas y vaquitas
va al exilio a cavar despacio su nostalgia
y en las calles vacías y furiosas
queda apenas uno que otro mendigo
para ver cómo pasa el presidente

en la cola del hambre nadie habla
de fútbol ni de ovnis
hay que ahorrar argumentos y saliva
y las criaturas que iban a nacer
regresan con espanto al confort de la nada

ésta es la absurda foja de mi duro optimismo
prematureo candor o simple chifladura

lo cierto es que debajo de estas calamidades
descubro una sencilla descomunal ausencia

cuando los diez tarados mesiánicos de turno
tratan de congregar la obediente asamblea
el pueblo no hace quórum

por eso
porque falta sin aviso
a la convocatoria de los viejos blasfemos
porque toma partido por la historia
y no tiene vergüenza de sus odios
por eso aprendo y dicto mi lección de optimismo
y ocupo mi lugar en la esperanza.

La casa y el ladrillo

*Me parezco al que llevaba el ladrillo consigo
para mostrar al mundo cómo era su casa*

BERTOLT BRECHT

Cuando me confiscaron la palabra
y me quitaron hasta el horizonte
cuando salí silbando despacito
y hasta hice bromas con el funcionario
de emigración o desintegración
y hubo el adiós de siempre con la mano
a la familia firme en la baranda
a los amigos que sobrevivían
y un motor el derecho tosió fuerte
y movió la azafata sus pestañas
como diciendo a vos yo te conozco
yo tenía estudiada una teoría
del exilio mis pozos del exilio
pero el cursillo no sirvió de nada

cómo saber que las ciudades reservaban
una cuota de su amor más austero

para los que llegábamos
con el odio pisándonos la huella
cómo saber que nos harían sitio
entre sus escaseces más henchidas

y sin averiguarnos los fervores
ni mucho menos el grupo sanguíneo
abrirían de par en par sus gozos
y también sus catástrofes
para que nos sintiéramos
igualito que en casa

cómo saber que yo mismo iba a hallar
sábanas limpias desayunos abrazos
en pueyrredón y french
en canning y las heras
y en lince
y en barranco
y en arequipa al tres mil seiscientos
y en el vedado
y dondequiera

siempre hay calles que olvidan sus balazos
sus silencios de pizarra lunar
y eligen festejarnos recibarnos llorarnos
con sus tiernas ventanas que lo comprenden todo
e inesperados pájaros entre flores y hollines
también plazas con pinos discretísimos
que preguntan señor cómo quedaron
sus acacias sus álamos
y los ojos se nos llenan de láminas

en rigor nuestros árboles están sufriendo como
por otra parte sufren los caballos la gente
los gorriones los paraguas las nubes
en un país que ya no tiene simulacros

es increíble pero no estoy solo
a menudo me trenzo con manos o con voces
o encuentro una muchacha para ir lluvia adentro

y alfabetizarme en su áspera hermosura
quién no sabe a esta altura que el dolor
es también un ilustre apellido

con éste o con aquélla nos miramos de lejos
y nos reconocemos por el rictus paterno
o la herida materna en el espejo
el llanto o la risa como nombres de guerra
ya que el llanto o la risa legales y cabales
son apenas blasones coberturas

estamos desarmados como sueño en andrajos
pero los anfitriones nos rearman de apuro
nos quieren como aliados y no como reliquias
aunque a veces nos pidan la derrota en hilachas
para no repetirla

inermes como sueños así vamos
pero los anfitriones nos formulan preguntas
que incluyen su semilla de respuesta
y ponen sus palomas mensajeras y lemas
a nuestra tímida disposición
y claro sudamos los mismos pánicos
temblamos las mismas preocupaciones

a medida que entramos en el miedo
vamos perdiendo nuestra extranjería
el enemigo es una niebla espesa
es el común denominador o
denominador plenipotenciario

es bueno reanudar el enemigo
de lo contrario puede acontecer
que uno se ablande al verlo tan odioso
el enemigo es siempre el mismo cráter
todavía no hay volcanes apagados

cuando nos escondemos a regar
la maceta con tréboles venéreos
aceitamos bisagras filosóficas

le ponemos candado a los ex domicilios
y juntamos las viudas militancias
y desobedecemos a los meteorólogos
soñamos con axilas y grupas y caricias
despertamos oliendo a naftalina
todos los campanarios nos conmueven
aunque tan sólo duren en la tarde plomiza
y estemos abollados de trabajo

el recuerdo del mar cuando no hay mar
nos desventura la insolencia y la sangre
y cuando hay mar de un verde despiadado
la ola rompe en múltiples agujeros

uno de los problemas de esta vida accesoría
es que en cada noticia emigramos
siempre los pies alados livianísimos
del que espera la señal de largada
y claro a medida que la señal no llega
nos aplacamos y nos convertimos
en hermes apiñados y reumáticos

y bien esa maciza ingravidez
alza sus espirales de humo en el lenguaje
hablamos de botijas o gurises
y nos traducen pibe fiñe guagua
suena *ta* o *taluego*
y es como si cantáramos desvergonzadamente
do jamás se pone el sol se pone el sol

y nos aceptan siempre
nos inventan a veces
nos lustran la morriña majadera
con la nostalgia que hubieran tenido
o que tuvieron o que van a tener
pero además nos muestran ayeres y anteayeres
la película entera a fin de que aprendamos
que la tragedia es ave migratoria
que los pueblos irán a contramuerte
y el destino se labra con las uñas

habrá que agradecerlo de por vida
acaso más que el pan y la cama y el techo
y los poros alertas del amor
habrá que recordar con un exvoto
esa pedagogía solidaria y tangible

por lo pronto se sienten orgullosos
de entender que no vamos a quedarnos
porque claro hay un cielo
que nos gusta tener sobre la crisma
así uno va fundando las patrias interinas
segundas patrias siempre fueron buenas
cuando no nos padecen y no nos compadecen
simplemente nos hacen un lugar junto al fuego
y nos ayudan a mirar las llamas
porque saben que en ellas vemos nombres y bocas

es dulce y prodigiosa esta patria interina
con manos tibias que reciben dando
se aprende todo menos las ausencias

hay certidumbres y caminos rotos
besos rendidos y provisionales
brumas con barcos que parecen barcos
y lunas que reciben nuestra noche
con tangos marineras sonos rumbas
y lo importante es que nos acompañan
con su futuro a cuestras y sus huesos

esta patria interina es dulce y honda
tiene la gracia de rememorarnos
de alcanzarnos noticias y dolores
como si recogiera cachorros de añoranza
y los diera a la suerte de los niños

de a poco percibimos los signos del paisaje
y nos vamos midiendo primero con sus nubes
y luego con sus rabias y sus glorias
primero con sus nubes

que unas veces son fibras filamentos
y otras veces tan redondas y plenas
como tetas de madre treinteañera
y luego con sus rabias y sus glorias
que nunca son ambiguas

acostumbrándonos a sus costumbres
llegamos a sentir sus ráfagas de historia
y aunque siempre habrá un nudo inaccesible
un útero de glorias que es propiedad privada
igual nuestra confianza izará sus pendones
y creeremos que un día que también que ojalá

aquí no me segrego
tampoco me segregan
hago de centinela de sus sueños
podemos ir a escote en el error
o nutrirnos de otras melancolías

algunos provenimos del durazno y la uva
otros vienen del mango y el mamey
y sin embargo vamos a encontramos
en la indócil naranja universal

el enemigo nos vigila acérrimo
él y sus corruptólogos husmean
nos aprenden milímetro a milímetro,
estudian las estelas que deja el corazón

pero no pueden descifrar el rumbo
se les ve la soberbia desde lejos
sus llamas vuelven a lamer el cielo
chamuscando los talones de dios

su averno monopolico ha acabado
con el infierno artesanal de leviatán

es fuerte el enemigo y sin embargo
mientras la bomba eleva sus hipótesis

y todo se asimila al holocausto
una chiva tranquila una chiva de veras
prosigue masticando en el islote

ella solita derrotó al imperio
todos tendíamos que haber volado
a abrazar a esa hermana
ella sí demostró lo indemostrable
y fue excepción y regla todo junto
y gracias a esa chiva de los pueblos
ay nos quedamos sin apocalipsis

cuando sentimos el escalofrío
y los malos olores de la ruina
siempre es bueno saber que en algún meridiano
hay una chiva a lo mejor un puma
un ñandú una jutía una lombriz
un espermatozoide un feto una criatura
un hombre o dos un pueblo
una isla un archipiélago
un continente un mundo
tan firmes y tan dignos de seguir masticando
y destruir al destructor y acaso
desapocalipsarnos para siempre

es germinal y aguda esta patria interina
y nuestro desconsuelo integra su paisaje
pero también lo integra nuestro bálsamo

por supuesto sabemos desenrollar la risa
y madrugar y andar descalzos por la arena
narrar blancos prodigios a los niños
inventar minuciosos borradores de amor
y pasarlos en limpio en la alta noche
juntar pedazos de canciones viejas
decir cuentos de loros y gallegos
y de alemanes y de cocodrilos
y jugar el pingpong y a los actores
bailar el pericón y la milonga

traducir un bolero al alemán
y dos tangos a un vesre casi quechua
claro no somos una pompa fúnebre
usamos el derecho a la alegría

pero cómo ocultarnos los derrumbes
el canto se nos queda en estupor
hasta el amor es de pronto una culpa
nadie se ríe de los basiliscos
he visto a mis hermanos en mis patrias suplentes
postergar su alegría cuando muere la nuestra
y ése sí es un tributo inolvidable

por eso cuando vuelva

y algún día será

a mi tierra mis gentes y mi cielo
ojalá que el ladrillo que a puro riesgo traje
para mostrar al mundo cómo era mi casa
dure como mis duras devociones
a mis patrias suplentes compañeras
viva como un pedazo de mi vida
quede como ladrillo en otra casa.

junio 1976

Otra noción de patria

*Vamos a ver, hombre:
cuéntame lo que me pasa,
que yo, aunque grite,
estoy siempre a tus órdenes.*

CÉSAR VALLEJO

Hoy amanecí con los puños cerrados
pero no lo tomen al pie de la letra
es apenas un signo de pervivencia
declaración de guerra o de nostalgia

a lo sumo contraseña o imprecación
al cielo sordomudo y nubladísimo
sucede que ya es el tercer año
que voy de gente en pueblo
de aeropuerto en frontera
de solidaridad en solidaridad
de cerca en lejos
de apartado en casilla
de hotelito en pensión
de apartamentito casi camarote
a otro con teléfono y water-comedor

además
de tanto mirar hacia el país
se me fue desprendiendo la retina
ahora ya la prendieron de nuevo
así que miro otra vez hacia el país

llena pletórica de vacíos
mártir de su destino provisorio
patria arrollada en su congoja
puesta provisoriamente a morir
guardada por sabuesos no menos provisorios

pero los hombres de mala voluntad
no serán provisoriamente condenados
para ellos no habrá paz en la tierrita
ni de ellos será el reino de los cielos
ya que como es público y notorio
no son pobres de espíritu

los hombres de mala voluntad
no sueñan con muchachas y justicia
sino con locomotoras y elefantes
que acaban desprendiéndose de un guinche ecuánime
que casualmente pende sobre sus testas
no sueñan como nosotros con primaveras y alfabetizaciones
sino con robustas estatuas al gendarme desconocido
que a veces se quiebran como mazapán

los hombres de mala voluntad
no todos sino los verdaderamente temerarios
cuando van al analista y se confiesan
somatizan el odio y acaban vomitando

a propósito
son ellos que gobiernan
gobiernan con garrotes expedientes cenizas
con genuflexiones concertadas
y genuflexiones espontáneas
minidevaluaciones que en realidad son mezzo
mezzodevaluaciones que en realidad son macro

gobiernan con maldiciones y sin malabarismos
con malogros y malos pasos
con maltusianismo y malevaje
con malhumor y malversaciones
con maltrato y malvones
ya que aman las flores como si fueran prójimos
pero no viceversa

los hombres de pésima voluntad
todo lo postergan y pretergan
tal vez por eso no hacen casi nada
y ese poco no sirve

si por ellos fuera le pondrían
un durísimo freno a la historia
tienen pánico de que ésta se desboque
y les galope por encima pobres

tienen otras inquinas verbigracia
no les gustan los jóvenes ni el himno
los jóvenes bah no es una sorpresa
el himno porque dice tiranos temblad
y eso les repercute en el duodeno
pero sobre todo les desagrada
porque cuando lo oyen
obedecen y tiemblan

sus enemigos son cuantiosos y tercos
marxistas economistas niños sacerdotes
pueblos y más pueblos
qué lata es imposible acabar con los pueblos
y casi cien catervas internacionales
que tienen insolentes exigencias
como pan nuestro y amnistía
no se sabe por qué
los obreros y estudiantes no los aman

sus amigos entrañables tienen
algunas veces mala entraña
digamos pinochet y el apartheid
dime con quién andas y te diré go home

también existen leves contradicciones
algo así como una dialéctica de oprobio
por ejemplo un presidio se llama libertad
de modo que si dicen con orgullo
aquí el ciudadano vive en libertad
significa que tiene diez años de condena

es claro en apariencia nos hemos ampliado
ya que invadimos los cuatro cardinales
en venezuela hay como treinta mil
incluidos cuarenta futbolistas
en sidney oceanía
hay una librería de autores orientales
que para sorpresa de los australianos
no son confucio ni lin yu tang
sino onetti vilariño arregui espínola
en barcelona un café petit montevideo
y otro localcito llamado el quilombo
nombre que dice algo a los rioplatenses
pero muy poca cosa a los catalanes
en buenos aires setecientos mil o sea no caben más
y así en méxico nueva york porto alegre la habana
panamá quito argel estocolmo parís
lisboa maracaibo lima amsterdam madrid

roma xalapa pau caracas san francisco montreal
bogotá londres mérida goteburgo moscú
de todas partes llegan sobres de la nostalgia
narrando cómo hay que empezar desde cero
navegar por idiomas que apenas son afluentes
construirse algún sitio en cualquier sitio
a veces lindas veces con manos solidarias
y otras amargas veces recibiendo en la nuca
la mirada xenófoba

de todas partes llegan serenidades
de todas partes llegan desesperaciones
oscuros silencios de voz quebrada
uno de cada mil se resigna a ser otro

y sin embargo somos privilegiados

con esta rabia melancólica
este arraigo tan nómada
este coraje hervido en la tristeza
este desorden este no saber

esta ausencia a pedazos
estos huesos que reclaman su lecho
con todo este derrumbe misterioso
con todo este fichero de dolor
somos privilegiados

después de todo amamos discutimos leemos
aprendemos sueco catalán portugués
vemos documentales sobre el triunfo
en vietnam la libertad de angola
fidel a quien la historia siempre absuelve
y en una esquina de carne y hueso
miramos cómo transcurre el mundo
escuchamos coros salvacionistas y afónicos
contemplamos viajeros y laureles
aviones que escriben en el cielo
y tienen mala letra

soportarnos un ciclón de trópico
o un diciembre de nieve

podemos ver la noche sin barrotes
poseer un talismán o en su defecto un perro
bostezar escupir lagrimear
soñar suspirar confundir
quedar hambrientos o saciados
trabajar permitir maldecir
jugar descubrir acariciar
sin que el ojo cancerbero vigile

pero
y los otros
qué pensarán los otros
si es que tienen ánimo y espacio
para pensar en algo
qué pensarán los que se encaminan
a la máquina buitre a la tortura hiena
qué quedará a los que jadean de impotencia
qué a los que salieron semimuertos
e ignoran cuándo volverán al cepo
qué rendija de orgullo
qué gramo de vida
ciegos en su capucha
mudos de soledad
inermes en la espera

ni el recurso les queda de amanecer puteando
no sólo oyen las paredes
también escuchan los colchones si hay
las baldosas si hay
el inodoro si hay
y los barrotes que éstos siempre hay

cómo recuperarlos del suplicio y el tedio
cómo salvarlos de la muerte sucedánea
cómo rescatarlos del rencor que carcome

el exilio también tiene barrotes

sabemos dónde está cada ventana
cada plaza cada madre cada loma
dónde está el mejor ángulo de cielo
cómo se mueven las dunas y gaviotas
dónde está la escuelita con el hijo
del laborante que murió sellado
donde quedaron enterrados los sueños
de los muertos y también de los vivos
dónde quedó el resto del naufragio
y dónde están los sobrevivientes

sabemos dónde rompen las olas más agudas
y dónde y cuándo empalaga la luna
y también cuándo sirve como única linterna

sabemos todo eso y sin embargo
el exilio también tiene barrotes

allí donde el pueblo a durísimas penas
sobrevive entre la espada tan fría que da asco
y la pared que dice libertad o morir
porque el adolescente ya no pudo

allí pervierte el aire una culpa innombrable
tarde horrenda de esquinas sin muchachos
bajo un sol que se desploma como buscando

el presidente ganadero y católico
es ganadero hasta en sus pupilas bueyunas
y preconiliar pero de tonto
el presidente es partidario del rigor
y la exigencia en interrogatorios
hay que aclarar que cultiva el pleonasma
ya que el rigor siempre es exigente
y la exigencia siempre es rigurosa
tal vez quiso decir algo más simple
por ejemplo que alienta la tortura

seguro el presidente no opinaría lo mismo
si una noche pasara de ganadero a perdidoso

y algún otro partidario kyrie eleison
del rigor y la exigencia kyrie eleison
le metiera las bueyunas en un balde de mierda
pleonasma sobre el que hay jurisprudencia
parece que las calles ahora no tienen baches
y después del ángelus ni baches ni transeúntes
los jardines públicos están preciosos
las estatuas sin caca de palomas

después de todo no es tan novedoso
los gobiernos musculosos se jactan
de sus virtudes municipales

es cierto que esos méritos no salvan un país
tal vez haya algún coronel que lo sepa

al pobre que quedó a solas con su hambre
no le importa que esté cortado el césped
los padres que pagaron con un hijo al contado
ignoran esos hoyos que tapó el intendente

a juana le amputaron el marido
no le atañe la poda de los plátanos

los trozos de familia no valoran
la sólida unidad de las estatuas

de modo que no vale la gloria ni la pena
que gasten tanto erario en ese brillo

aclaro que no siempre
amanezco con los puños cerrados

hay mañanas en que me desperezo
y cuando el pecho se me ensancha
y abro la boca como pez en el aire
siento que aspiro una tristeza húmeda
una tristeza que me invade entero

y que me deja absorto suspendido
y mientras ella lentamente se mezcla
con mi sangre y hasta con mi suerte
pasa por viejas y nuevas cicatrices
algo así como costuras mal cosidas
que tengo en la memoria en el estómago
en el cerebro en las coronarias
en un recodo del entusiasmo
en el fervor convaleciente
en las pistas que perdí para siempre
en las huellas que no reconozco
en el rumbo que oscila como un péndulo

y esa tristeza madrugadora y gris
pasa por los rostros de mis iguales
unos lejanos perdidos en la escarcha
otros no sé dónde deshechos o rehechos

el viejo que aguantó y volvió a aguantar
la flaca con la boca destruida
el gordo al que castraron
y los otros los otros y los otros
otros innumerables y fraternos
mi tristeza los toca con abrupto respeto
y las otras las otras y las otras
otras esplendorosas y valientes
mi tristeza las besa una por una

no sé qué les debemos
pero eso que no sé
sé que es muchísimo

esto es una derrota
hay que decirlo
vamos a no mentirnos nunca más
a no inventar triunfos de cartón
si quiero rescatarme
si quiero iluminar esta tristeza
si quiero no doblarme de rencor

ni pudrirme de resentimiento
tengo que excavar hondo
hasta mis huesos
tengo que excavar hondo en el pasado
y hallar por fin la verdad maltrecha
con mis manos que ya no son las mismas

pero no sólo eso
tendré que excavar hondo en el futuro
y buscar otra vez la verdad
con mis manos que tendrán otras manos
que tampoco serán ya las mismas
pues tendrán otras manos

habrá que rescatar el vellocino
que tal vez era sólo de lana
rescatar la verdad más sencilla
y una vez que la hayamos aprendido
y sea tan nuestra como
las articulaciones o los tímpanos
entonces basta basta basta
de autoflagelaciones y de culpas
todos tenemos nuestra rastra
claro
pero la autocrítica

no es una noria
no voy a anquilosarme en el reproche
y no voy a infamar a mis hermanos

el baldón y la ira los reservo
para los hombres de mala voluntad
para los que nos matan nos expulsan
nos cubren de amenazas nos humillan
nos cortan la familia en pedacitos
nos quitan el país verde y herido
nos quieren condenar al desamor
nos queman el futuro
nos hacen escuchar cómo crepita

el baldón y la ira
que esto queda bien claro
yo los reservo para el enemigo

con mis hermanos porfiaré
es natural
sobre planes y voces
trochas atajos y veredas
pasos atrás y pasos adelante
silencios oportunos omisiones que no
coyunturas mejores o peores
pero tendré a la vista que son eso
hermanos

si esta vez no aprendemos
será que merecemos la derrota
y sé que merecemos la victoria

el paisito está allá
y es una certidumbre
a lo mejor ahora está lloviendo
allá sobre la tierra
y aquí
bajo este transparente sol de libres
aquella lluvia cala hasta mis bronquios
me empapa la vislumbre
me refresca los signos
lava mi soledad

la victoria es tan sólo
un tallito que asoma
pero esta lluvia patria
le va a hacer mucho bien

creo que la victoria estará como yo
ahí nomás germinando
digamos aprendiendo a germinar

la buena tierra artigas revive con la lluvia
habrá uvas y duraznos y vino

barro para amasar
muchachas con el rostro hacia las nubes
para que el chaparrón borre por fin las lágrimas

ojalá que perdure
hace bien este riesgo
a vos a mí al futuro
a la patria sin más
hace bien si llevemos mi pueblo torrencial
donde estemos

allá

o en cualquier parte

sobre todo si somos la lluvia y el solar
la lluvia y las pupilas y los muros
la bóveda la lluvia y el ranchito
el río y los tejados y la lluvia
furia paciente

lluvia

iracundo silencio

allá y en todas partes

ah tierra lluvia pobre
modesto pueblo torrencial

con tan buen aguacero
la férrea dictadura
acabará oxidándose

y la victoria crecerá despacio
como siempre han crecido las victorias.

Zelmar

*o es que existe un territorio
donde las sangres se mezclan*

(de una canción de DANIEL VIGLIETTI)

Ya van días y noches que pienso pobre flaco
y no puedo ni quiero apartar el recuerdo

no el subido al cajón a la tribuna
con su palabra de espiral velocísima
que blindaba los pregones del pueblo
o encendía el futuro con unas pocas brasas
ni el cruzado sin tregua que quería
salvar la sangre prójima aferrándose
a la justicia esa pobre lisiada
no es el rostro allá arriba el que concurre
más bien el compañero del exilio
el cálido el sencillo aquel buen parroquiano
del boliche de la calle maipú
fiel al churrasco y al budín de pan
rodeado de hijos hijas yernos nietos
ese flamante abuelo con cara de muchacho
hablando del paisito con la pasión ecuánime
sin olvidar heridas
y tampoco quedándose en el barro
siempre haciendo proyectos y eran viables
ya que su vocación de abrecaminos
lo llevaba a fundar optimismos atajos
cuando alguno se daba por maltrecho

y a pesar de la turbia mezclanza
que hay en el techo gris de la derrota
nadie consiguió que tildara de enemigos
a quienes bien o mal
radiantes o borrosos
faros o farolitos
eran pueblo
como él

y también comparece el vigilado
por esos tiras mansos con quienes conversaba
de cine de libros y otras zancadillas
en el hotel o escala o nostálgico
de la calle corrientes

sé que una vez el dueño que era amigo
lo reconvino porque había una cola
de cincuenta orientales nada menos
que venían con dudas abandonos
harapos desempleos frustraciones conatos
pavores esperanzas cábalas utopías

y él escuchaba a todos
él ayudaba comprendía a todos
lo hacía cuerdate y si algo prometía
lo iba a cumplir después con el mismo rigor
que si fuera un contrato ante escribano
no se puede agregar decía despacito
más angustia a la angustia
no hay derecho

y trabajaba siempre
noche y día
quizás para olvidar que la muerte miraba
de un solo manotazo espantaba sus miedos
como si fueran moscas o rumores
y pese a las calumnias las alarmas
su confianza era casi indestructible
llevaba la alegría siempre ilesa
de la gente que cumple con la gente

sólo una imagen lo vencía
y era la hija inerme
la hija en la tortura
durante quince insomnios la engañaron diciéndole
que lo habían borrado en argentina
era un viejo proyecto por lo visto

entonces si pedía ayuda para
no caer en la desesperación
para no maldecir más de la cuenta

ya van días y noches que pienso pobre flaco
un modo de decir pobres nosotros
que nos hemos quedado
sin su fraternidad sobre la tierra

no se me borran la sonrisa el gesto
de la última vez que lo vi junto a chicho
y no le dije adiós sino cuidate
pero los dos sabíamos que no se iba a cuidar

por lo común cuando cae un verdugo
un doctor en crueldad un mitrione cualquiera
los canallas zalameros recuerdan
que deja dos tres cuatro
verduguitos en cierne

ahora qué problema este hombre legal
este hombre cabal acribillado
este muerto inmorible con las manos atadas
deja diez hijos tras de sí
diez huellas

pienso en cecilia en chicho
en isabel margarita felipe
y los otros que siempre lo rodeaban
porque también a ellos inspiraba confianza
y qué lindos gurises ojalá
vayan poquito a poco entendiendo su duelo
resembrando a zelmar en sus diez surcos

puede que la tristeza me haga decir ahora
sin el aval de las computadoras
que era el mejor de nosotros
y era

pero nada me hará olvidar que fue
quien haciendo y rehaciendo
se purificó más en el exilio

mañana apretaremos con los dientes
este gajo de asombro
este agrio absurdo gajo
y tragaremos

seguirá la vida
pero hoy este horror es demasiado

que no profane el odio
a este bueno yacente este justo
que el odio quede fuera del recinto
donde están los que quiso y que lo quieren

sólo por esta noche
por esta pena apenas
para que nada tizne
esta vela de almas

pocos podrán como él
caer tan generosos
tan atrocamente ingenuos
tan limpiamente osados

mejor juntemos nuestras osadías
la generosidad más generosa
y además instalemos con urgencia
fieles radares en la ingenuidad

convoquemos aquí a nuestros zelmares
esos que él mismo nos dejó en custodia
él que ayudó a cada uno en su combate
en su más sola soledad
y hasta nos escuchó los pobres sueños
él
que siempre salía

de alguna pesadilla
y si tendía una mano era una mano
y si daba consuelo era consuelo
y nunca simulacro

convoquemos aquí a nuestros zelmares
en ellos no hay ceniza
ni muerte ni derrota ni tierno descalabro
nuestro zelmares siguen tan campantes
señeros renacidos
únicos y plurales
fieles y hospitalarios

convoquemos aquí a nuestros zelmares
y si aun así fraternos
así reunidos en un duro abrazo
en una limpia desesperación
cada uno de esos médicos zelmares
echa de menos a zelmar

será

que el horror sigue siendo demasiado
y ya que nuestro muerto
como diría roque en plena vida
es un indócil
ya que es un difunto peliagudo
que no muere en nosotros
pero muere
que cada uno llore como pueda

a lo mejor entonces
nuestro zelmar

ése de cada uno

ese que él mismo nos dejó en custodia
a cada uno tenderá una mano
y como en tantas otras
malas suertes y noches

nos sacará del pozo
desamortizará nuestra alegría
y empezará a blindarnos los pregones
a encender el futuro con unas pocas brasas.

mayo 1976

Bodas de perlas

a luz

C'est quand même beau de rajeunir

RONY LESCOUFLAIR

Después de todo qué complicado es el amor breve
y en cambio qué sencillo el largo amor
digamos que éste no precisa barricadas
contra el tiempo ni contra el destiempo
ni se enreda en fervores a plazo fijo

el amor breve aun en aquellos tramos
en que ignora su proverbial urgencia
siempre guarda o esconde o disimula
semiadioses que anuncian la invasión del olvido
en cambio el largo amor no tiene cismas
ni soluciones de continuidad
más bien continuidad de soluciones
esto viene ligado a una historia la nuestra
quiero decir de mi mujer y mía
historia que hizo escala en treinta marzos
que a esta altura son como treinta puentes
como treinta provincias de la misma memoria
porque cada época de un largo amor
cada capítulo de una consecuente pareja
es una región con sus propios árboles y ecos
sus propios descampados sus tibias contraseñas

he aquí que mi mujer y yo somos lo que se llama
una pareja corriente y por tanto desapareja

treinta años incluidos los ocho bisiestos
de vida en común y en extraordinario

alguien me informa que son bodas de perlas
y acaso lo sean ya que perla es secreto
y es brillo llanto fiesta hondura
y otras alegorías que aquí vienen de perlas

cuando la conocí
tenía apenas doce años y negras trenzas
y un perro atorrante
que a todos nos servía de felpudo
yo tenía catorce y ni siquiera perro

calculé mentalmente futuro y arrecifes
y supe que me estaba destinada
mejor dicho que yo era el destinado
todavía no sé cuál es la diferencia
así y todo tardé seis años en decírselo
y ella un minuto y medio en aceptarlo

pasé una temporada en Buenos Aires
y le escribía poemas o pancartas de amor
que ella ni siquiera comentaba en contra
y yo sin advertir la grave situación
cada vez escribía más poemas más pancartas
realmente fue una época difícil

menos mal que decidí regresar
como un novio pródigo cualquiera
el hermano tenía bicicleta
claro me la prestó y en raptó de coraje
salí en bajada por la calle almería
ah lamentablemente el regreso era en repecho

ella me estaba esperando muy atenta
cansado como un perro aunque enhiesto y altivo
bajé de aquel siniestro rodado y de pronto
me desmayé en sus brazos providenciales

y aunque no se ha repuesto aún de la sorpresa
juro que no lo hice con premeditación

por entonces su madre nos vigilaba
desde las más increíbles atalayas
yo me sentía cancerbado y miserable
delincuente casi delicuescente

claro eran otros tiempos y montevideo
era una linda ciudad provinciana
sin capital a la que referirse
y con ese trauma no hay terapia posible
eso deja huellas en las plazoletas

era tan provinciana que el presidente
andaba sin capangas y hasta sin ministros
uno podía encontrarlo en un café
o comprándose corbatas en una tienda
la prensa extranjera destacaba ese rasgo
comparándonos con suiza y costa rica

siempre estábamos llenos de exilados
así se escribía en tiempos suaves
ahora en cambio somos exiliados
pero la diferencia no reside en la i

eran bolivianos paraguayos cariocas
y sobre todo eran porteños
a nosotros nos daba mucha pena
verlos en la calle nostálgicos y pobres
vendiéndonos recuerdos y empanadas

es claro son antiguas coyunturas
sin embargo señalo a lectores muy jóvenes
que graham bell ya había inventado el teléfono
de ahí que yo me instalara puntualmente a las seis

en la cervecería de la calle yatay
y desde allí hacía mi llamada de novio
que me llevaba como media hora

a tal punto era insólito mi lungo metraje
que ciertos parroquianos rompebolas
me gritaban cachándome al unísono
dale anclao en parís

como ven el amor era dura faena
y en algunas vergüenzas
casi industria insalubre

para colmo comí abundantísima lechuga
que nadie había desinfectado con carral
en resumidas cuentas contraje el tifus
no exactamente el exantemático
pero igual de alarmante y podrido
me daban agua de apio y jugo de sandía
yo por las dudas me dejé la barba
e impresionaba mucho a las visitas

una tarde ella vino hasta mi casa
y tuvo un proceder no tradicional
casi diría prohibido y antihigiénico
que a mí me pareció conmovedor
besó mis labios tíficos y cuarteados
conquistándome entonces para siempre
ya que hasta ese momento no creía
que ella fuese tan tierna inconsciente y osada

de modo que no bien logré recuperar
los catorce kilos perdidos en la fiebre
me afeité la barba que no era de apóstol
sino de bichicome o de ciruja
me dediqué a ahorrar y junté dos mil mangos
cuando el dólar estaba me parece a uno ochenta

además decidimos nuestras vocaciones
quiero decir vocaciones rentables
ella se hizo aduanera y yo taquígrafo

íbamos a casarnos por la iglesia
y no tanto por dios padre y mayúsculo

como por el minúsculo jesús entre ladrones
con quien siempre me sentí solidario
pero el cura además de católico apostólico
era también romano y algo tronco
de ahí que exigiera no sé qué boleta
de bautismo o tal vez de nacimiento

si de algo estoy seguro es que he nacido
por lo tanto nos mudamos a otra iglesia
donde un simpático pastor luterano
que no jodía con los documentos
sucintamente nos casó y nosotros
dijimos sí como dándonos ánimo
y en la foto salimos espantosos

nuestra luna y su miel se llevaron a cabo
con una praxis semejante a la de hoy
ya que la humanidad ha innovado poco
en este punto realmente cardinal

fue allá por marzo del cuarenta y seis
meses después que daddy truman
conmovido generoso sensible expeditivo
convirtiera a hiroshima en ciudad cadáver
en inmóvil guiñapo, en no ciudad

muy poco antes o muy poco después
en brasil adolphe berk embajador de usa
apoyaba qué raro el golpe contra vargas
en honduras las inversiones yanquis
ascendían a trescientos millones de dólares
paraguay y uruguay en intrépido ay
declaraban la guerra a alemania
sin provocar por cierto grandes conmociones

en chile allende era elegido senador
y en haití los estudiantes iban a la huelga
en martinica aimé cesaire el poeta
pasaba a ser alcalde en fort de france

en santo domingo el PCD
se transformaba en PSP
y en méxico el PRM
se transformaba en PRI
en bolivia no hubo cambios de siglas
pero faltaban tres meses solamente
para que lo colgaran a villarroel
argentina empezaba a generalizar
y casi de inmediato a coronelizar

nosotros dos nos fuimos a colonia suiza
ajenos al destino que se incubaba
ella con un chaleco verde que siempre me gustó
y yo con tres camisas blancas

en fin después hubo que trabajar
y trabajamos treinta años
al principio éramos jóvenes pero no lo sabíamos
cuando nos dimos cuenta ya no éramos jóvenes
si ahora todo parece tan remoto será
porque allí una familia era algo importante
y hoy es de una importancia reventada
cuando quisimos acordar el paisito
que había vivido una paz no ganada
empezó lentamente a trepidar
pero antes anduvimos muy campantes
por otras paces y trepidaciones
combinábamos las idas y las vueltas
la rutina nacional con la morriña allá lejos
viajamos tanto y con tantos rumbos
que nos cruzábamos con nosotros mismos
unos eran viajes de imaginación qué baratos
y otros qué lata con pasaporte y vacuna

miro nuestras fotos de venecia de innsbruck
y también de malvín
del balneario solís o el philosophenweg
estábamos estamos estaremos juntos
pero cómo ha cambiado el alrededor
no me refiero al fondo con mugrientos canales

ni al de dunas limpias y solitarias
ni al hotel chajá ni al balcón de goethe
ni al contorno de muros y enredaderas
sino a los ojos crueles que nos miran ahora

algo ocurrió en nuestra partícula de mundo
que hizo de algunos hombres maquinarias de horror
estábamos estamos estaremos juntos
pero qué rodeados de ausencias y mutaciones
qué malheridos de sangre hermana
qué enceguecidos por la hoguera maldita

ahora nuestro amor tiene como el de todos
inevitables zonas de tristeza y presagios
paréntesis de miedo incorregibles lejanías
culpas que quisiéramos inventar de una vez
para liquidarlas definitivamente

la conocida sombra de nuestros cuerpos
ya no acaba en nosotros
sigue por cualquier suelo cualquier orilla
hasta alcanzar lo real escandaloso
y lamer con lealtad los restos de silencio
que también integran nuestro largo amor

hasta las menudencias cotidianas
se vuelven gigantescos promontorios
la suma de corazón y corazón
es una suasoria paz que quema
los labios empiezan a moverse
detrás del doble cristal sordomudo
por eso estoy obligado a imaginar
lo que ella imagina y viceversa

estábamos estamos estaremos juntos
a pedazos a ratos a párpados a sueños
soledad norte más soledad sur
para tomarle una mano nada más
ese primario gesto de la pareja
debí extender mi brazo por encima

de un continente intrincado y vastísimo
y es difícil no sólo porque mi brazo es corto
siempre tienen que ajustarme las mangas
sino porque debo pasar estirándome
sobre las torres de petróleo en maracaibo
los inocentes cocodrilos del amazonas
los tiras orientales de livramento

es cierto que treinta años de oleaje
nos dan un inconfundible aire salitroso
y gracias a él nos reconocemos
por encima de acechanzas y destrucciones
la vida íntima de dos
esa historia mundial en livre de poche
es tal vez un cantar de los cantares
más el eclesiastés y sin apocalipsis
una extraña geografía con torrentes
ensenadas praderas y calmas chichas
no podemos quejarnos
en treinta años la vida
nos ha llevado recio y traído suave
nos ha tenido tan pero tan ocupados
que siempre nos deja algo para descubrirnos
a veces nos separa y nos necesitamos

cuando uno necesita se siente vivo
entonces nos acerca y nos necesitamos
es bueno tener a mi mujer aquí
aunque estemos silenciosos y sin mirarnos
ella leyendo su séptimo círculo
y adivinando siempre quién es el asesino

yo escuchando noticias de onda corta
con el auricular para no molestarla
y sabiendo también quién es el asesino
la vida de pareja en treinta años
es una colección inimitable
de tangos diccionarios angustias mejorías
aeropuertos camas recompensas condenas
pero siempre hay un llanto finísimo

casi un hilo que nos atraviesa
y va enhebrando una estación con otra
borda aplazamientos y triunfos
le cose los botones al desorden
y hasta remienda melancolías
siempre hay un finísimo llanto un placer
que a veces ni siquiera tiene lágrimas
y es la parábola de esta historia mixta
la vida a cuatro manos el desvelo
la alegría en que nos apoyamos
cada vez más seguros casi como
dos equilibristas sobre su alambre
de otro modo no habríamos llegado a saber
qué significa el brindis que ahora sigue
y que lógicamente no vamos a hacer público.

23 de marzo de 1976

Los espejos las sombras

Y las sombras que cruzan los espejos

VICENTE HUIDOBRO

Es tan fácil nacer en sitios que no existen
y sin embargo fueron brumosos y reales
por ejemplo mi sitio mi marmita de vida
mi suelta de palomas conservaba
una niebla capaz de confundir las brújulas
y atravesar de tarde los postigos
todo en el territorio de aquella infancia breve
con la casa en la loma cuyo dueño
era un tal valentín del escobar
y el nombre era sonoro me atraían
las paredes tan blancas y rugosas
ahí descubrir el lápiz como colón su américa
sin saber que era lápiz y mientras lo empuñaba
alguien hacia muecas al costado de un biombo
para que yo comiera pero yo no comía

después es la estación y es el ferrocarril
me envuelven en la manta de viaje y de calor
y había unas mangueras largas ágiles
que lavaban la noche en los andenes

las imágenes quedan como en un incunable
que sólo yo podría descifrar
puesto que soy el único especialista en mí
y sin embargo cuando regresé
apenas treinta y dos años más tarde
no había andén ni manta ni paredes rugosas
ya nadie recordaba la casa en la lomita
tampoco a valentín del escobar
quizá sea por eso que no puedo creer
en pueblo tan ceñido tan variable
sin bruma que atravesase los postigos
y confunda las brújulas
un paso de los toros enmendado
que no tiene ni biombo ni mangueras

el espejo tampoco sabe nada
con torpeza y herrumbre ese necio repite
mi pescuezo mi nuez y mis arrugas
debe haber pocas cosas en el mundo
con menos osadía que un espejo

en mis ojos amén de cataratas
y lentes de contacto con su neblina propia
hay rehenes y brujas
espesas telarañas sin arañas
hay fiscales y jueces
disculpen me quedé sin defensores
hay fiscales que tiemblan frente a los acusados
y jueces majaderos como tías
o deshumanizados como atentos verdugos
hay rostros arduos y fugaces
otros triviales pero permanentes
hay criaturas y perros y gorriones
que van garúa arriba ensimismados

y un sosías de dios que pone cielos
sobre nuestra mejor abolladura

y tampoco el espejo sabe nada
de por qué lo contemplo sin rencor y aburrido

y así de noche en noche
así de nacimiento en nacimiento
de espanto en espantajo
van o vamos o voy con las uñas partidas
de arañar y arañar la infinita corteza

más allá del orgullo los árboles quedaron
quedaron los presagios las fogatas
allá atrás allá atrás
quién es tan memorioso
ah pero la inocencia ese búfalo herido
interrumpe o reanuda
la fuga o cacería
de oscuro desenlace

todos mis domicilios me abandonan
y el botín que he ganado con esas deserciones
es un largo monólogo en hilachas
turbado peregrino garrafal
contrito y al final desmesurado
para mi humilde aguante

me desquito clavándole mi agüero
me vengo espolvoreándolo de culpas
pero la soledad

esa guitarra
esa botella al mar
esa pancarta sin muchedumbrita
esa efemérides para el olvido
oasis que ha perdido su desierto
flojo tormento en espiral
cúpula rota y que se llueve
ese engendro del prójimo que soy

tierno rebuzno de la angustia
farola miope

tímpano
ceniza
nido de águila para torcazas
escobajo sin uvas
borde de algo importante que se ignora
esa insignificante libertad de gemir
ese carnal vacío
ese naípe sin mazo
ese adiós a ninguna
esa espiga de suerte
ese hueco en la almohada

esa impericia
ese sabor grisáceo
esa tapa sin libro
ese ombligo inservible
la soledad en fin

esa guitarra
de pronto un día suena repentina y flamante
inventa prójimas de mi costilla
y hasta asombra la sombra
qué me cuentan

en verdad en verdad os digo que
nada existe en el mundo como la soledad
para buscarnos tierna compañía
cohorte escolta gente caravana

y el espejo ese apático supone
que uno está solo sólo porque rumia
en cambio una mujer cuando nos mira sabe
que uno nunca está solo aunque lo crea
ah por eso hijos míos si debéis elegir
entre una muchacha y un espejo
elegid la muchacha

cómo cambian los tiempos y el azogue
los espejos ahora vienen antinarcisos
hace cuarenta años la gente los compraba
para sentirse hermosa para saberse joven
eran lindos testigos ovalados
hoy en cambio son duros enemigos
cuadrados de rencor bruñidos por la inquina
os agravian mortifican zahieren
y como si tal cosa pronuncian su chispazo
mencionan lustros y colesterol
pero no las silvestres bondades de estraperlo
la lenta madurez esa sabiduría
la colección completa de delirios
nada de eso solamente exhuman
las averías del pellejo añejo
el desconsuelo y sus ojeras verdes
la calvicie que empieza o que concluye
los párpados vencidos siniestrados
las orejas mollejas la chatura nasal
las vacantes molares las islas del eczema

pero no hay que huir despavorido
ni llevarle el apunte a este reflejo
nadie mejor que yo
para saber que miente
no caben en su estanque vertical
los que fui los que soy los que seré
siempre soy varios en parejos rumbos
el que quiere asomarse al precipicio
el que quiere vibrar inmóvil como un trompo
el que quiere respirar simplemente

será que nada de eso está en mis ojos
nadie sale a pedir el vistobueno
de los otros que acaso y sin acaso
también son otros y en diversos rumbos
el que aspira a encontrarse con su euforia
el que intenta ser flecha sin el arco
el que quiere respirar simplemente

será que nada de eso está en mi ceño
en mis hombros mi boca mis orejas
será que ya no exporto dudas ni minerales
no genera divisas mi conducta
tiene desequilibrios mi balanza de pagos
la caridad me cobra intereses leoninos
y acaparo dolor para el mercado interno

será que nada de eso llega al prójimo
pero yo estoy hablando del y con el espejo
y en su luna no hay prójima y si hay
será una entrometida que mira sobre mi hombro

los prójimos y prójimas no están en el luciente
sencillamente son habitantes de mí
y bueno se establecen en mí como pamperos
o como arroyos o como burbujas

por ejemplo las dudas no están en el espejo
las dudas que son meras preconfianzas
por ejemplo los miércoles no están
ya que el espejo es un profesional
de noches sabatinas y tardes domingueras
los miércoles de miércoles quién se le va a arrimar
pedestre o jadeante
inhumano y cansado
con la semana a medio resolver
las tardes gordas de preocupaciones
el ómnibus oliendo a axila de campeón

los insomnios no caben por ejemplo
no son frecuentes pero sí poblados
de canciones a trozos
de miradas que no eran para uno
y alguna que otra bronca no del todo prevista
de ésas que consumen la bilis del trimestre

tampoco aquellos tangos en los que uno sujeta
en suave diagonal la humanidad contigua

y un magnetismo cálido y a la vez transitorio
consterna los gametos sus ene cromosomas
y entre corte y cortina se esparcen monosílabos
y tanto las pavadas aleluya
como las intuiciones aleluya aleluya
derriban las fronteras ideológicas

verbigracia qué puede rescatar el espejo
de una ausencia tajante
una de esas ausencias que concurren
que numeran sus cartas
y escriben besos ay de amor remoto

qué puede qué podría reconocer carajo
de las vidas y vidas que ya se me murieron
esos acribillados esos acriborrados
del abrazo y el mapa y los boliches
o los que obedecieron a su corazonada
hasta que el corazón les explotó en la mano
sea en el supermarket de la mala noticia
o en algún pobre rancho de un paisaje sin chau

poco puede conocer de los rostros
que no fueron mi rostro y sin embargo
siguen estando en mí
y menos todavía
de los desesperantes terraplenes
que traté de subir o de bajar
esos riesgos minúsculos que parecen montañas
y los otros los graves que salvé como un sordo
así hasta que la vida quedó sin intervalos
y la muerte quedó sin vacaciones
y mi piel se quedó sin otras pieles
y mis brazos vacíos como mangas
declamaron socorro para el mundo

en la esquina del triste no hay espejo
y lo que es

más austero

no hay auxilio

por qué será que cunden las alarmas
y no hay manera ya de descundirlas

el país tiene heridas grandes como provincias
y hay que aprender a andar sobre los bordes
sin vomitar en ellas ni caer como bolos
ni volverse suicida o miserable
ni decir no va más
porque está yendo
y exportamos los huérfanos y viudas
como antes la lana o el tasajo

en el muelle del pobre no hay espejo
y lo que es
 más sencillo
 no hay adioses

los fraternos que estaban en el límite
las muchachas que estaban en los poemas
asaltaron de pronto el minuto perdido
y se desparramaron como tinta escarlata
sobre las ínfulas y los sobornos
metieron sus urgencias que eran gatos
en bolsas de arpillera
y cuando las abrieron aquello fue un escándalo
la fiesta prematura
igual que si se abre una alcancía

hacía tanto que éramos comedidos y cuerdos
que no nos vino mal este asedio a la suerte

los obreros en cambio no estaban en los poemas
estaban en sus manos nada más
que animan estructuras telas fibras
y cuidan de su máquina oh madre inoxidable
y velan su garganta buje a buje
y le toman el pulso
y le vigilan la temperatura
y le controlan la respiración
y aquí atornillan y desatornillan

y allí mitigan ayes y chirridos y ecos
o escuchan sus maltrechas confidencias
y por fin cuando suena el pito de las cinco
la atienden la consuelan y la apagan

los obreros no estaban en los poemas
pero a menudo estaban en las calles
con su rojo proyecto y con su puño
sus alpargatas y su humor de lija
y su beligerancia su paz y su paciencia
sus cojones de clase
qué clase de cojones
sus ollas populares
su modestia y su orgullo
que son casi lo mismo

las muchachas que estaban en los poemas
los obreros que estaban en las manos
hoy están duros en la cárcel firmes
como las cuatro barras que interrumpen el cielo

pero habrá otro tiempo
es claro que habrá otro
habrá otro tiempo porque el tiempo vuela

no importa que ellas y ellos no estén en el espejo
el tiempo volará

no como el cóndor
ni como el buitre ni como el albatros
ni como el churrinche ni como el benteveo
el tiempo volará como la historia
esa ave migratoria de alas fuertes
que cuando llega es para quedarse

y por fin las muchachas estarán en las manos
y por fin los obreros estarán en los poemas

ay espejo ignorás tanta vida posible
tenés mi soledad

vaya conquista
en qué magro atolón te obligaste a varar
hay un mundo de amor que te es ajeno
así que no te quedes mirando mi mirada
la modorra no escucha campanas ni promesas
tras de mí sigue habiendo un pedazo de historia
y yo tengo la llave de ese cofre barato
pero atrás más atrás
o adelante mucho más adelante
hay una historia plena
una patria en andamios con banderas posibles
y todo sin oráculo y sin ritos
y sin cofre y sin llave
simplemente una patria

ay espejo las sombras que te cruzan
son mucho más corpóreas que mi cuerpo depósito
el tiempo inagotable hace sus propios cálculos
y yo tengo pulmones y recuerdos y nuca
y otras abreviaturas de lo frágil
quizá una vez te quiebres
dicen que es mala suerte
pero ningún espejo pudo con el destino
o yo mismo me rompa sin que vos te destruyas
y sea así otra sombra que te cruce

pero espejo ya tuve como dieciocho camas
en los tres años últimos de este gran desparramo
como todas las sombras pasadas o futuras
soy nómada y testigo y mirasol
dentro de tres semanas tal vez me vaya y duerma
en mi cama vacía número diecinueve
no estarás para verlo
no estaré para verte
en otro cuarto neutro mengano y transitorio
también habrá un espejo que empezará a
escrutarme
tan desprolijamente como vos
y aquí en este rincón duramente tranquilo

se instalará otro huésped temporal como yo
o acaso dos amantes recién homologados
absortos en su canje de vergüenzas
con fragores de amor e isócronos vaivenes
no podrás ignorarlos
ellos te ignorarán
no lograrás desprestigiar su piel
porque será de estreno y maravilla
ni siquiera podrás vituperar mi rostro
porque ya estaré fuera de tu alcance
diciéndole a otra luna de impersonal herrumbre
lo que una vez te dije con jactancia y recelo

he venido con todos mis enigmas
he venido con todos mis fantasmas
he venido con todos mis amores

y antes de que me mire
como vos me miraste
con ojos que eran sólo parodia de mis ojos
soltaré de una vez el desafío

ay espejo cuadrado
nuevo espejo de hotel y lejanía
aquí estoy
ya podés
empezar a ignorarme.

agosto 1976

Piedritas en la ventana

a roberto y adelaida

De vez en cuando la alegría
tira piedritas contra mi ventana
quiere avisarme que está ahí esperando
pero hoy me siento calmo

casi diría ecuánime
voy a guardar la angustia en su escondite
y luego a tenderme cara al techo
que es una posición gallarda y cómoda
para filtrar noticias y creerlas

quién sabe dónde quedan mis próximas huellas
ni cuándo mi historia va a ser computada
quién sabe qué consejos voy a inventar aún
y qué atajo hallaré para no seguirlos

está bien no jugaré al desahucio
no tatuaré el recuerdo con olvidos
mucho queda por decir y callar
y también quedan uvas para llenar la boca

está bien me doy por persuadido
que la alegría no tire más piedritas
abriré la ventana
abriré la ventana

Otro cielo

la stranezza di un cielo che non e il tuo

CESARE PAVESE

No existe esponja para lavar el cielo
pero aunque pudieras enjabonarlo
y luego echarle baldes y baldes de mar
y colgarlo al sol para que se seque
siempre te faltaría un pájaro en silencio

no existen métodos para tocar el cielo
pero aunque te estiraras como una palma
y lograras rozarlo en sus delirios
y supieras por fin cómo es al tacto
siempre te faltaría la nube de algodón

no existe un puente para cruzar el cielo
pero aunque consiguieras llegar a la otra orilla
a fuerza de memoria y de pronósticos
y comprobaras que no es tan difícil
siempre faltaría el pino del crepúsculo

eso porque se trata de un cielo que no es tuyo
aunque sea impetuoso y desgarrado
en cambio cuando llegues al que te pertenece
no lo querrás lavar ni tocar ni cruzar
pero estarán el pájaro y la nube y el pino.

Esa batalla

¿Cómo compaginar
la aniquiladora
idea de la muerte
con este incontenible
afán de vida?

¿cómo acoplar el horror
ante la nada que vendrá
con la invasora alegría
del amor provisional
y verdadero?

¿cómo desactivar la lápida
con el sembradío?
¿la guadaña
con el clavel?

¿será que el hombre es eso?
¿esa batalla?

Grillo constante

Mientras aquí en la noche sin percances
pienso en mis ruinas bajo a mis infiernos
inmóvil en su dulce anonimato
el grillo canta nuevas certidumbres

mientras hago balance de mis yugos
y una muerte cercana me involucra
en algún mágico rincón de sombras
canta el grillo durable y clandestino

mientras distingo en sueños los amores
y los odios proclamo ya despierto
implacable rompiente soberano
el grillo canta en nombre de los grillos

la ansiedad de saber o de ignorar
flamea en la penumbra y me concierne
pero no importa desde su centímetro
tenaz como un obrero canta el grillo.

De árbol a árbol

a ambrosio y silvia

Los árboles
¿serán acaso solidarios?

¿digamos el castaño de los campos elíseos
con el quebracho de entre ríos
o los olivos de jaén
con los sauces de tacuarembó?

¿le avisará la encina de westfalia
al flaco alerce del tirol
que administre mejor su trementina?

y el caucho de pará
o el baobab en las márgenes del cuanza
¿provocarán al fin la verde angustia
de aquel ciprés de la *mission* dolores
que cabeceaba en frisco
california?

¿se sentirá el ombú en su pampa de rocío
casi un hermano de la ceiba antillana?

los de este parque o aquella floresta
¿se dirán copa a copa que el muérdago
otrora tan sagrado entre los galos
ahora es apenas un parásito
con chupadores corticales?

¿sabrán los cedros del líbano
y los caobos de corinto
que sus voraces enemigos
no son la palma de camagüey
ni el eucalipto de tasmania
sino el hacha tenaz del leñador
la sierra de las grandes madereras
el rayo como látigo en la noche?

Cotidiana I

La vida cotidiana es un instante
de otro instante que es la vida total del hombre
pero a su vez cuántos instantes no ha de tener
ese instante del instante mayor

cada hoja verde se mueve en el sol
como si perdurar fuera su inefable destino
cada gorrión avanza a saltos no previstos
como burlándose del tiempo y del espacio
cada hombre se abraza a alguna mujer
como si así aferrara la eternidad

en realidad todas estas pertinacias
son modestos exorcismos contra la muerte
batallas perdidas con ritmo de victoria
reos obstinados que se niegan
a notificarse de su injusta condena
vivientes que se hacen los distraídos
la vida cotidiana es también una suma de instantes
algo así como partículas de polvo
que seguirán cayendo en un abismo
y sin embargo cada instante
o sea cada partícula de polvo
es también un copioso universo
con crepúsculos y catedrales y campos de cultivo
y multitudes y cópulas y desembarcos
y borrachos y mártires y colinas
y vale la pena cualquier sacrificio
para que ese abrir y cerrar de ojos
abarque por fin el instante universo
con una mirada que no se avergüence
de su reveladora
efímera
insustituible
luz.

Me voy con la lagartija

Me voy con la lagartija
vertiginosa
a recorrer la celdas conde
líber
 raúl
 héctor
 josé luis

jaime
 ester
 gerardo
 el ñato

rita
 mauricio
 flavia
 el viejo
penan por todos
y resisten

voy con la lagartija
popular
vertiginosa
a dejarles aquí y allá
por entre los barrotes
 junto a las cicatrices
 o sobre la cuchara
migas de respeto
silencios de confianza
y gracias porque existen

Soy un caso perdido

Por fin un crítico sagaz reveló
(ya sabía yo que iban a descubrirlo)
que en mis cuentos soy parcial
y tangencialmente me exhorta
a que asuma la neutralidad
como cualquier intelectual que se respete

creo que tiene razón
soy parcial
de esto no cabe duda
más aún yo diría que un parcial irrescatable
caso perdido en fin
ya que por más esfuerzos que haga
nunca podré llegar a ser neutral

en varios países de este continente
especialistas destacados
han hecho lo posible y lo imposible

por curarme de la parcialidad
por ejemplo en la biblioteca nacional de mi país
ordenaron el expurgo parcial
de mis libros parciales
en argentina me dieron cuarenta y ocho horas
(y si no me mataban) para que me fuera
con mi parcialidad a cuestras
por último en Perú incomunicaron mi parcialidad
y a mí me deportaron
de haber sido neutral
no habría necesitado
esas terapias intensivas
pero qué voy a hacerle
soy parcial
incurablemente parcial
y aunque pueda sonar un poco extraño
totalmente
parcial

ya sé
eso significa que no podré aspirar
a tantísimos honores y reputaciones
y preces y dignidades
que el mundo reserva para los intelectuales
que se respeten

es decir para los neutrales
con un agravante
como cada vez hay menos neutrales
las distinciones se reparten
entre poquísimos

después de todo y a partir
de mis confesadas limitaciones
debo reconocer que a esos pocos neutrales
les tengo cierta admiración
o mejor les reservo cierto asombro
ya que en realidad se precisa un temple de acero
para mantenerse neutral ante episodios como

girón
 tlatelolco
 trelew
 pando
 la moneda

es claro que uno
y quizá sea esto lo que quería decirme el crítico
podría ser parcial en la vida privada
y neutral en las bellas letras
digamos indignarse contra pinochet
 durante el insomnio
y escribir cuentos diurnos
 sobre la atlántida

no es mala idea
y claro
tiene la ventaja
de que por un lado
uno tiene conflictos de conciencia
y eso siempre representa
un buen nutrimento para el arte
y por otro no deja flancos para que lo vapulee
la prensa burguesa y/o neutral

no es mala idea
pero
ya me veo descubriendo o imaginando
en el continente sumergido
la existencia de oprimidos y opresores
parciales y neutrales
torturados y verdugos
o sea la misma pelotera
cuba sí yanquis no
de los continentes no sumergidos

de manera que
como parece que no tengo remedio
y estoy definitivamente perdido
para la fructuosa neutralidad

lo más probable es que siga escribiendo
cuentos no neutrales
y poemas y ensayos y canciones y novelas
no neutrales
pero advierto que será así
aunque no traten de torturas y cárceles
u otros tópicos que al parecer
resultan insoportables a los neutros

será así aunque traten de mariposas y nubes
y duendes y pescaditos

Bandoneón

Me jode confesarlo
pero la vida es también un bandoneón
hay quien sostiene que lo toca dios
pero yo estoy seguro de que es troilo
ya que dios apenas toca el arpa
y mal

fuere quien fuere lo cierto es
que nos estira en un solo ademán purísimo
y luego nos reduce de a poco a casi nada
y claro nos arranca confesiones
quejas que son clamores
vértebras de alegría
esperanzas que vuelven
como los hijos pródigos
y sobre todo como los estribillos

me jode confesarlo
porque lo cierto es que hoy en día
pocos
quieren ser tango
la natural tendencia
es a ser rumba o mambo o chachachá
o merengue o bolero o tal vez casino

en último caso valsecito o milonga
pasodoble jamás
pero cuando dios o pichuco o quien sea
toma entre sus manos la vida bandoneón
y le sugiere que lllore o regocije
uno siente el tremendo decoro de ser tango
y se deja cantar y ni se acuerda
que allá espera
el estuche.

Botella al mar

El mar un azar

VICENTE HUIDOBRO

Pongo estos seis versos en mi botella al mar
con el secreto designio de que algún día
llegue a una playa casi desierta
y un niño la encuentre y la destape
y en lugar de versos extraiga piedritas
y socorros y alertas y caracoles.

Defensa de la alegría

a trini

Defender la alegría como una trinchera
defenderla del escándalo y la rutina
de la miseria y los miserables
de las ausencias transitorias
y las definitivas
defender la alegría como un principio
defenderla del pasmo y las pesadillas
de los neutrales y de los neutrones
de las dulces infamias
y los graves diagnósticos

defender la alegría como una bandera
defenderla del rayo y la melancolía
de los ingenuos y de los canallas
de la retórica los paros cardíacos
y de las epidemias y las academias

defender la alegría como un destino
defenderla del fuego y de los bomberos
de los suicidas y los homicidas
de las vacaciones y del agobio
de la obligación de estar alegres

defender la alegría como una certeza
defenderla del óxido y la roña
de la famosa pátina del tiempo
del relente y del oportunismo
de los proxenetas de la risa

defender la alegría como un derecho
defenderla de dios y del invierno
de las mayúsculas y de la muerte
de los apellidos y las lástimas
del azar
y también de la alegría.

Cálculo de probabilidades

Cada vez que un dueño de la tierra
proclama
 para quitarme este patrimonio
 tendrán que pasar
 sobre mi cadáver
debería tener en cuenta
que a veces
pasan.

Nuevo canal interoceánico

Te propongo construir
un nuevo canal
sin exclusas
ni excusas
que comunique por fin
tu mirada
atlántica
con mi natural
pacífico.

Contraofensiva

Si a uno
le dan
palos de ciego
la única
respuesta eficaz
es dar
palos
de vidente

Síndrome

Todavía tengo casi todos mis dientes
casi todos mis cabellos y poquísimas canas
puedo hacer y deshacer el amor
trepar una escalera de dos en dos
y correr cuarenta metros detrás del ómnibus
o sea que no debería sentirme viejo
pero el grave problema es que antes
no me fijaba en estos detalles.

Ahora todo está claro

Cuando el presidente carter
se preocupa tanto
por los derechos
 humanos
parece evidente que en ese caso
derecho
no significa facultad
o atributo
o libre albedrío
sino diestro
o antizurdo
o flanco opuesto al corazón
lado derecho en fin

en consecuencia
¿no sería hora
de que iniciáramos
una amplia campaña internacional
por los izquierdos
 humanos?

Semántica práctica

Sabemos que el alma como principio de la vida
es una caduca concepción religiosa e idealista
pero que en cambio tiene vigencia en su acepción segunda
o sea hueco del cañón de las armas de fuego

hay que reconocer empero que el lenguaje popular
no está rigurosamente al día
y que cuando el mismo estudiante que leyó en konstantinov
que la idea del alma es fantástica e ingenua
besa los labios ingenuos y fantásticos de la compañerita
que no conoce la acepción segunda
y a pesar de ello le dice te quiero con toda el alma

es obvio que no intenta sugerir que la quiere
con todo el hueco del cañón.

El soneto de rigor

Las rosas están insoportables en el florero

JAIME SABINES

Tal vez haya un rigor para encontrarte
el corazón de rosa rigurosa
ya que hablando en rigor no es poca cosa
que tu rigor de rosa no te harte

Rosa que estás aquí o en cualquier parte
con tu rigor de pétalos, qué sosa
es tu fórmula intacta, tan hermosa
que ya es de rigor desprestigiarte.

Así que abandonándote en tus ramos
o dejándote al borde del camino
aplicarte el rigor es lo mejor,

y el rigor no permite que te hagamos
liras ni odas cual floreros, sino
apenas el soneto de rigor.

Por qué cantamos

Si cada hora viene con su muerte
si el tiempo es una cueva de ladrones
los aires ya no son los buenos aires
la vida es nada más que un blanco móvil

usted preguntará por qué cantamos

si nuestros bravos quedan sin abrazo
la patria se nos muere de tristeza

y el corazón del hombre se hace añicos
antes aun que explote la vergüenza

usted preguntará por qué cantamos

si estamos lejos como un horizonte
si allá quedaron árboles y cielo
si cada noche es siempre alguna ausencia
y cada despertar un desencuentro

usted preguntará por qué cantamos

cantamos porque el río está sonando
y cuando suena el río / suena el río
cantamos porque el cruel no tiene nombre
y en cambio tiene nombre su destino

cantamos porque el niño y porque todo
y porque algún futuro y porque el pueblo
cantamos porque los sobrevivientes
y nuestros muertos quieren que cantemos

cantamos porque el grito no es bastante
y no es bastante el llanto ni la bronca
cantamos porque creemos en la gente
y porque venceremos la derrota

cantamos porque el sol nos reconoce
y porque el campo huele a primavera
y porque en este tallo en aquel fruto
cada pregunta tiene su respuesta

cantamos porque llueve sobre el surco
y somos militantes de la vida
y porque no podemos ni queremos
dejar que la canción se haga ceniza.

Pasatiempo

Cuando éramos niños
los viejos tenían como treinta
un charco era un océano
la muerte lisa y llana
no existía

luego cuando muchachos
los viejos eran gente de cuarenta
un estanque era océano
la muerte solamente
una palabra

ya cuando nos casamos
los ancianos estaban en cincuenta
un lago era un océano
la muerte era la muerte
de los otros

ahora veteranos
ya le dimos alcance a la verdad
el océano es por fin el océano
pero la muerte empieza a ser
la nuestra.

Estos poetas son míos

Estos poetas são meus

CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE

Roque leonel ibero rigoberto
ricardo paco otto-rené javier
cuántas veces y en cuántos enjambres y asambleas
los habrán (mal) tratado de pequeñoburgueses
se habrán quedado solos con su antigua costumbre
de razonar / o solos con el rigor científico
solos con un impulso moral / solos en una

soledad no querida ni buscada
solos con sus amores al prójimo a la prójima
con la preocupación de que los segregaran
solos para entender todo y a todos

cuántas veces y en cuántas esperanzas o rutas
habrán andado a tientas a relámpagos
dejando reposar el tiempo la poesía
ellos infatigables reventándose
sabiendo que no eran los pequeños burgueses
que los rudos compañeros decían

que no eran los flojos los librescos
mirándose al espejo hasta desentrañarlo
como narcisos nunca / mirándose autocráticos
jamás desalentados / tratando de encontrar
el resquicio la brecha el socavón el mérito
de ser como los otros o algo así

cuántas veces y en cuántos insomnios duermevelas
habrán considerado la pena o el atajo
de borrar la poesía / de borrarse
como poetas / borrar el modesto delirio
y juntar las palabras volátiles
y cambiarlas por otras las concretas
y revolucionar las veinticuatro horas
y ponerse el esquema y quitarse los tropos
y andar al mismo paso / nadar el mismo río
y fabricar así la infundada esperanza
de ser iguales a los otros / ser
igualmente juzgados y medidos

cuántas veces y en cuántas lagunas y memorias
habrán querido ser / luz roja / tierra verde
y compartir la lucha a pedacitos
aprender sangre a sangre el alfabeto
cual si no lo supieran / desde abajo
arder en la bondad elemental
sentir la furia como un calofrío
continuar el amor sin los alertas

compañerísimos en las difíciles
jocundos en las fáciles
igualmente medidos y juzgados

pero un día una noche una friolera
arriesgaron el cuerpo la miseria los versos
supieron de repente que la ley era vieja
que los suaves poetas aunque se desgañiten

aunque venzan al viento y a la luna
disponen de una sola ocasión decisiva
a fin de que los rudos queridos compañeros
admitan que no siempre / pero a veces /
ésos de la palabra ésos de calma en cierne
pueden ser valerosos como un sueño
leales como un río

fuertes como un imán
lo grave es que su única ocasión
es morir
una forma tal vez de desmorirse
defendiendo una causa por la que otros
no precisan la muerte para ser aceptados
para ser abrazados y creídos

cuántas veces y en cuántas sustancias y cegueras
se habrán empecinado en los candores
y buscado argumentos con rabia / resistido
para apuntarle al enemigo / al plomo
que venía en el aire aniquilando
matando desmintiendo desabrigando ardiendo
y habrán desesperado la esperanza
de arrinconar confianza o de inspirarla

y sin embargo / luego / en un segundo
en una balacera eucaristía
en la revelación del fogonazo
en la tortura sin promesa y última
en un instante breve como un sorbo

sin argumentos / sin palabras / tiernos
tristísimos por fin y despegados
en ese parpadeo que no cierra
deshechos y rehechos de coraje
estallados de fe / muertos de pena
dejaron de aspirar cuando el destello
cuando el sabor final y la vislumbre
cuando cambiaron la amargura tibia
de pequeño burgués por la de mártir.

Abrigo

Cuando sólo era
un niño estupefacto
viví durante años
allá en colón
en un casi tugurio
de latas

fue un época
más bien
miserable

pero nunca después
me sentí tan a salvo
tan al abrigo
como cuando empezaba
a dormirme
bajo la colcha de retazos
y la lluvia poderosa
cantaba
sobre el techo
de zinc.

Tranvía de 1929

a china zorrilla

Allá en mis nueve años circulaban
dos tipos de tranvías
los amarillos de la transatlántica
los rojos de la comercial
pero aparte de que fueran alemanes o ingleses
había una tremenda diferencia
en la comercial viajaba yo
en la transatlántica unos desconocidos

el treinta y seis iba a punta carretas
y a las seis y cuarto de la mañana frágil
cuando se levantaba como niebla el rocío
yo lo tomaba a diario para asistir
al deutsche schule de la calle soriano

era un horario para gente estoica
razón por la que íbamos sólo dos pasajeros
yo sentado adelante junto a la ventanilla
y bien atrás un viejo bajito y honorable
siempre de traje oscuro y con barba canosa
que leía su diario y jamás me miraba

hoy me gusta pensarlo / aquel puntual usuario
seguro que tomaba el crujiente tranvía
en una vaga esquina del siglo diecinueve
pero en aquel entonces hubo alguien / mi padre
que dijo ése es el poeta nacional
ése es don juan zorrilla de san martín

lo cierto
fue que el agosto nombre no me reveló nada
así que lo seguí considerando un viejo
bajo y de oscuro / ceño fruncido y barba
uno que diariamente compartía conmigo
el treinta y seis de la comercial

poco después moría con todos los honores

recuerdo que una tarde siendo ya adolescente
me introduje en su casa
que ya no era su casa sino apenas
el museo zorrilla
y me vinieron ganas retroactivas de hablarle
de sentarme con él
en el tranvía de las seis y cuarto

en este medio siglo por supuesto he leído
sobre su vida y obra / sobre su fe y talante

el tranvía sigue galopando en la niebla
con él viejo y yo niño / con él solo y yo solo

pero nunca he sabido qué hacía tan temprano
en el tramo penúltimo de su cándida gloria.

Subversión de Carlitos el Mago

Querés saber dónde están los muchachos de entonces
sospechás que ahora vendrán caras extrañas
y aunque pasó una sombra sonó un balazo
guardás escondida una esperanza humilde
que es toda la fortuna de tu corazón

la verdad es que fuiste genialmente cursi
y soberanamente popular
te metiste no sólo en los boliches
sino también entre pecho y espalda
de vos hablaban por supuesto en los quilombos
pero asimismo en los hogares de respeto
atravesaste las capas sociales
como una lluvia persistente y veraz

y así gardeliaban los obreros y las costureritas
pero también los altísimos burgueses
y no era raro que algún senador o rey de bastos

matizara sus listas de promesas a olvidar
con citas de los griegos más preclaros
y de tus tangos tan poco helénicos

tus ensueños se van se van no vuelven más
tal vez por eso siempre sostuvimos
que no tenías inquietudes políticas
izquierdas y derechas nos pusimos de acuerdo
para situarte en el malevaje y otros limbos
donde había paicas y otarios y percal y gayola
pero no figuraba la lucha de clases
y aunque dicen que eras ateo y socialista
otros evocan tus alabanzas a radicales y conservas

pero vos / antes y después de medellín
dejaste hacer / dejaste que dijeran / dejaste
que cada uno te inventara a su medida
y por las dudas no aclaraste nunca
si eras de toulouse o de tacuarembó

pero en alguna parte sucedió algo
que removi6 tu vergüenza de haber sido
tu noche triste y tu requiesca in pache
acaso fue la piba que murió en la picana
o el verdugo mayor que viste en el periódico
compungido y procaz ante la sangre joven
todo es mentira / mentira ese lamento

pero es seguro que sucedió algo
algo que te movió el gacho para siempre
fue entonces que sacaste de la manga
los seis o siete tangos con palabras rugosas
y empezaste a cantarlos como nunca
hasta que el cabo le avisó al sargento
y el sargento se lo dijo al teniente
y el teniente al mayor y al coronel
y el coronel a todos los generales
que esa noche disfrutaban de wagner
y no bien acabó el crepúsculo de los dioses

te juzgaron culpable de ser pueblo
y de asistencia a la subversión
y así entraste en la franja de los clandes

de modo que se acabaron las dudas
y las cavilaciones y los chismes
ya no sobre toulouse o tacuarembó
te llevaste el secreto a chacarita
sino sobre con cuáles estabas o estarás
vale decir con ellos o con nosotros
quién sabe si supieras
pero ahora sí está claro para siempre
tomaste partido contra los jailaifes y la cana
y estás con nosotros / bienvenido mago
compañero morocho del abasto.

Ni colorín ni colorado

“Buenos Aires, 3 de agosto (AF).— Los dos niños uruguayos hallados en Chile días atrás fueron raptados en Argentina en septiembre de 1976, según la Asamblea Permanente de los Derechos Humanos. Los niños son Anatole Boris y Eva Lucía Julien Grisonas. La abuela de los niños, María Angélica Cáceres de Julien, envió una carta a la APDH hace más de un año, para denunciar la desaparición de su hijo, esposa y dos hijos, durante una ‘operación policial’ efectuada en su domicilio, situado en San Martín Arrabal, Noroeste de Buenos Aires.”

(El Sol de México, 4 de agosto de 1979)

Y la muerte es el último país que el niño inventa

RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN

Fue en valparaíso donde reaparecieron
en pleno año internacional del niño
por fin sanos y salvos

con escasa y suficiente memoria
eva lucía y anatole
niños del siglo veinte

habían mediado las naciones unidas
y fotógrafos embajadas arzobispos
y una vez confirmadas las identidades
y obtenido el aval indispensable
de burócratas y estados mayores
desde montevideo fue a buscarlos la abuela
y es posible que todo vuelva a su cauce

pero ni colorín ni colorado
el cuento no se ha acabado

valparaíso de terremotos y escaleras
donde cada escalón es una casa en ascuas
valparaíso de marineros y mercados

y costas de agua helada y transparente
había acogido a anatole y eva lucía
cuando en diciembre del setenta y seis
aparecieron en la plaza o'higgins
a la deriva y tomados de la mano

valparaíso de acordeones y tabernas
y olor inconfundible a sal y muelles
con un mar que complica los adioses
pero se encrespa con las bienvenidas
la ciudad de las proas les dio pan y cobijo
y también una esponja con la ardua
misión de borrar los poquísimos recuerdos

pero ni colorín ni colorado
el cuento no se ha acabado

montevideo de milongas y cielitos
puerto también pero con otro aroma
con cantinas y bares de mala muerte
y jóvenes cadáveres también de mala muerte

quizá reciba a eva lucía y anatole
sin primavera porque es invierno crudo
sin cantos porque hay silencio estricto
sin padres porque desaparecieron

montevideo de lluvia a plazos
de muros con pregones irreverentes
de noche sin faroles pero con tres marías
quizá reciba a eva lucía y anatole
en el breve año internacional del niño
sin primavera sin canciones sin padres

anatole sí recuerda a la madre caída
no ha olvidado aquella sangre única
ni al padre escondiéndolos en la bañera
para salvarlos del oprobio y los tiros

pero ni colorín ni colorado
el cuento no se ha acabado

lo cierto es que montevideo y valparaíso
tienen más de un atributo en común
digamos la bruma y la nostalgia de los puertos
y esa oscura piedad en homenaje
al pobre año internacional del niño
que dentro de unos meses se termina

así pues no sería de extrañar
que antes de que culminen las celebraciones
y a fin de que la lástima sea simétrica
aparecieran en la plaza zabala
o en villa dolores o en el prado
dos pequeños chilenos desgajados del mundo
tomados de la mano y a la deriva
y una vez detectados por la onu
y por fotógrafos embajadas arzobispos
comprobadas las identidades y obtenido
el aval de burócratas y estados mayores
viniera a recogerlos algún abuelo

a fin de reintegrarlos a su valparaíso
que seguramente los habría de esperar
sin primavera sin canciones sin padres

pero ni colorín ni colorado
el cuento no se ha acabado

El baquiano y los suyos

Es el Jefe, el baqueano

JESUALDO: Artigas

Desde el palmar inmóvil reconoce a su gente
cuánto orgullo y tesón cuánta distancia

en un octubre opaco y remotísimo
habían arrancado del puro desaliento

acamparon primero en el monzón
pasaron la cuchilla del perdido
después el cololó y el yapeyú y la cuenca
del vera y el perico flaco y luego
los campos de tres patos y un arroyo
del bellaco y otro arroyito el sánchez
una tregua discreta en paysandú
vado del san francisco y el chingolo
y uno más importante el del queguay
alguno que otro insomnio en el quebracho
paso del chapicuy rumbo al daymán
diciembre en alto chico
cruce del uruguay ese río frontera
el peñón de san carlos los bosques de concordia
y por fin este abril junto al ayuí
desde el palmar inmóvil reconoció el baquiano
la patriada en andrajos ese pueblo
que incluía a su padre don martín
y al cura figueredo y los lamas los suárez

y bartolomé hidalgo poeta fundador
y zambos negros indios gauchos y criollos pobres
y acémilas troperos carruajes tolderías
la patria todavía era dudosa
quizá / pero el baquiano no dudaba

muchos de ellos quemaron sus viviendas
atrás dejaron toda una vida una muerte
tierras propias que eran tierra de nadie
pero en las setecientas carretas casi en ruinas
viene la dignidad como un sistema
doloroso implacable inocente y porfiado
sobre todo implacable con su propia inocencia

el general baquiano apoya el brazo terco
en la palma yatay la más cercana
y deja su mirada en las arenas limpias
para poder imaginar mejor

a principios de junio / con su pésima fe
llegará sarratea el bribón el cobarde
y con su buena fe / el caudillo frugal
habrá de sorprenderse porque a veces
las maldades lo encuentran desarmado

no olvidar que peleando ganaba las batallas
y después lo vencían echándole traidores
de todos modos eso será en junio / ahora
el general baquiano riguroso y sin dudas
entrecierra los ojos para soñar mejor
y es explicable porque su baquía más sólida
es un sueño que invade como escarcha
a los hombres la historia los potreros

el olor y el otoño de su verde provincia
atraviesan las leguas / no son muchas

para su pueblo quiere la gran cosecha patria
pero duele dejar la tierra abandonada

los ranchos en cenizas los poblados vacíos
la mazorca en el viento y el viento en la congoja
aquí al atardecer las fogatas se animan
pero el hogar de veras está allá en el oriente

en estas setecientas carretas de penuria
vino la dignidad como un sistema
y él sabe como nadie que ser digno
resultará más arduo cada día

desea por supuesto la gloria de su pueblo
pero antes que la gloria cazará la justicia
está dispuesto a dar su vida pero sabe
que eso no es decisivo / lo primero
es transformar la vida
y con un solo hombre que le quede
con él hará la guerra como estribo del cambio

el pueblo es soberano pero aún no lo sabe
él debe convencerlo de su soberanía

no necesita abrir nuevamente los ojos
para ver la llanura de lealtad
y saber que esos leales son su tropa
casi sin proponérselo los abre y nos distingue

a nosotros / llegados tantas penas después
nuestro destierro es múltiple pero estamos aquí
como única manera de juntar y juntarnos
no tenemos carretas caballos tolderías
apenas los estigmas de la nueva redota
allá quedaron vidas y viviendas
unas saqueadas otras solitarias
tan sólo están repletos
camposanto y ergástula
allá quedaron trozos de nosotros
trajimos la esperanza sin embargo
y por suerte está ilesa y está joven

hace tiempo partimos también del desaliento
acampamos primero en el asombro
pasamos las cuchillas del perdido
y cruzamos sin puente el río de la sangre
vadeamos la ciénaga del horror y su lástima
y fuimos esquivando el salto chico
de la nostalgia y creo que un arroyo
el bellaco y otro arroyito el vil
una noche de tregua y luego desde el alba
los lisos farallones del rencor
de la muerte arrancamos como yuyos
las razones de vida

todo esto un poco antes de cruzar nuevos ríos
algunos de los tantos ríos que hacen frontera
y allí empezó otro rumbo
y así empezó otro verde
el peñón del orgullo los bosques de concordia
y por fin este abril junto al baquiano
los troperos y gauchos nos recorren
nos miran con recelo durante un lustro apenas
sus primeras fogatas enrojecen las nubes
y bah después de todo no somos tan distintos
tan sólo un poco más de siglo y medio
entre ellos y nosotros

incluso hay quien pregunta si ya vimos al jefe
y nos señala dónde está y lo vemos
y también él nos da la bienvenida
con un silencio grave y sabio y duro
en el que sin embargo está claro un emblema
una antigua verdad
nada tenemos
 que esperar
 sino
 de nosotros mismos

Desaparecidos

Están en algún sitio / concertados
desconcertados / sordos
buscándose / buscándonos
bloqueados por los signos y las dudas
contemplando las verjas de las plazas
los timbres de las puertas / las viejas azoteas
ordenando sus sueños sus olvidos
quizá convalecientes de su muerte privada

nadie les ha explicado con certeza
si ya se fueron o si no
si son pancartas o temblores
sobrevivientes o respuestas

ven pasar árboles y pájaros
e ignoran a qué sombra pertenecen

cuando empezaron a desaparecer
hace tres cinco siete ceremonias
a desaparecer como sin sangre
como sin rostro y sin motivo
vieron por la ventana de su ausencia
lo que quedaba atrás / ese andamiaje
de abrazos cielo y humo

cuando empezaron a desaparecer
como el oasis en los espejismos
a desaparecer sin últimas palabras
tenían en sus manos los trocitos
de cosas que querían

están en algún sitio / nube o tumba
están en algún sitio / estoy seguro
allá en el sur del alma
es posible que hayan extraviado la brújula
y hoy vaguen preguntando preguntando
dónde carajo queda el buen amor
porque vienen del odio

Quiero creer que estoy volviendo

Vuelvo / quiero creer que estoy volviendo
con mi peor y mejor historia
conozco este camino de memoria
pero igual me sorprendo

hay tanto siempre que no llega nunca
tanta osadía tanta paz dispersa
tanta luz que era sombra y viceversa
y tanta vida trunca

vuelvo y pido perdón por la tardanza
se debe a que hice muchos borradores
me quedan dos o tres viejos rencores
y sólo una confianza

reparto mi experiencia a domicilio
y cada abrazo es una recompensa
pero me queda / y no siento vergüenza
nostalgia del exilio

en qué momento consiguió la gente
abrir de nuevo lo que no se olvida
la madriguera linda que es la vida
culpable o inocente

vuelvo y se distribuyen mi jornada
las manos que recobro y las que dejo
vuelvo a tener un rostro en el espejo
y encuentro mi mirada

propios y ajenos vienen en mi ayuda
preguntan las preguntas que uno sueña
cruzo silbando por el santo y seña
y el puente de la duda

me fui menos mortal de lo que vengo
ustedes estuvieron / yo no estuve

por eso en este cielo hay una nube
y es todo lo que tengo

tira y afloja entre lo que se añora
y el fuego propio y la ceniza ajena
y el entusiasmo pobre y la condena
que no nos sirve ahora

vuelvo de buen talante y buena gana
se fueron las arrugas de mi ceño
por fin puedo creer en lo que sueño
estoy en mi ventana

nosotros mantuvimos nuestras voces
ustedes van curando sus heridas
empiezo a comprender las bienvenidas
mejor que los adioses

vuelvo con la esperanza abrumadora
y los fantasmas que llevé conmigo
y el arrabal de todos y el amigo
que estaba y no está ahora

todos estamos rotos pero enteros
diezmados por perdones y resabios
un poco más gastados y más sabios
más viejos y sinceros

vuelvo sin duelo y ha llovido tanto
en mi ausencia en mis calles en mi mundo
que me pierdo en los nombres y confundo
la lluvia con el llanto

vuelvo / quiero creer que estoy volviendo
con mi peor y mi mejor historia
conozco este camino de memoria
pero igual me sorprendo

Chau pesimismo

Ya sos mayor de edad
tengo que despedirte pesimismo

años que te preparo el desayuno
que vigilo tu tos de mal agüero
y te tomo la fiebre
que trato de narrarte pormenores
del pasado mediato
convencerte de que en el fondo somos
gallardos y leales
y también que al mal tiempo buena cara

pero como si nada
seguís malhumorado arisco e insociable
y te repantigás en la avería
como si fuese una butaca pullman

se te ve la fruición por el malogro
tu viejo idilio con la mala sombra
tu manía de orar junto a las ruinas
tu goce ante el desastre inesperado

claro que voy a despedirte
no sé por qué no lo hice antes
será porque tenés tu propio método
de hacerte necesario
y a uno lo deja triste tu tristeza
amargo tu amargura
alarmista tu alarma

ya sé vas a decirme no hay motivos
para la euforia y las celebraciones
y claro cuando tenés razón

pero es tan boba tu razón tan obvia
tan remendada y remedada
tan igualita al pálpito
que enseguida se vuelve sinrazón

ya sos mayor de edad
chau pesimismo

y por favor andate despacito
sin despertar al monstruo

Historia de vampiros

Era un vampiro que sorbía agua
por las noches y por las madrugadas
al mediodía y en la cena

era abstemio de sangre
y por eso el bochorno
de los otros vampiros
y de las vampiresas

contra viento y marea se propuso
fundar una bandada
de vampiros anónimos

hizo campaña bajo la menguante
bajo la llena y la creciente
sus modestas pancartas proclamaban
vampiros beban agua
la sangre trae cáncer

es claro los quirópteros
reunidos en su ágora de sombras
opinaron que eso era inaudito

aquel loco aquel alucinado
podía convencer a los vampiros flojos
esos que liban boldo tras la sangre

de modo que una noche
con nubes de tormenta
cinco vampiros fuertes
sedientos de hematíes plaquetas leucocitos

rodearon al chiflado al insurrecto
y acabaron con él y su imprudencia
cuando por fin la luna
pudo asomarse vio allá abajo
el pobre cuerpo del vampiro anónimo
con cinco heridas que manaban
formando un gran charco de agua

lo que no pudo ver la luna
fue que los cinco ejecutores
se refugiaban en un árbol
y a su pesar reconocían
que aquello no sabía mal

desde esa noche que fue histórica
ni los vampiros ni las vampiresas
chupan más sangre resolvieron
por unanimidad pasarse al agua

como suele ocurrir en estos casos
el singular vampiro anónimo
es venerado como un mártir

El Sur también existe

Con su ritual de acero
sus grandes chimeneas
sus sabios clandestinos
su canto de sirenas
sus cielos de neón
sus ventas navideñas
su culto de dios padre
y de las charreteras
con sus llaves del reino
el norte es el que ordena

pero aquí abajo abajo
el hambre disponible
recurre al fruto amargo

de lo que otros deciden
mientras el tiempo pasa
y pasan los desfiles
y se hacen otras cosas
que el norte no prohíbe
con su esperanza dura
el sur también existe

con sus predicadores
sus gases que envenenan
su escuela de Chicago
sus dueños de la tierra
con sus trapos de lujo
y su pobre osamenta
sus defensas gastadas
sus gastos de defensa
con su gesta invasora
el norte es el que ordena

pero aquí abajo abajo
cada uno en su escondite
hay hombres y mujeres
que saben a qué asirse
aprovechando el sol
y también los eclipses
apartando lo inútil
y usando lo que sirve
con su fe veterana
el sur también existe

con su corno francés
y su academia sueca
su salsa americana
y sus llaves inglesas
con todos sus misiles
y sus enciclopedias
su guerra de galaxias
y su saña opulenta
con todos sus laureles
el norte es el que ordena

pero aquí abajo abajo
cerca de las raíces
es donde la memoria
ningún recuerdo omite
y hay quienes se desmueren
y hay quienes se desviven
y así entre todos logran
lo que era un imposible
 que todo el mundo sepa
 que el sur también existe

Una mujer desnuda y en lo oscuro

Una mujer desnuda y en lo oscuro
tiene una claridad que nos alumbra
de modo que si ocurre un desconuelo
un apagón o una noche sin luna
es conveniente y hasta imprescindible
tener a mano una mujer desnuda

una mujer desnuda y en lo oscuro
genera un resplandor que da confianza
entonces dominguea el almanaque
vibran en su rincón las telarañas
y los ojos felices y felinos
miran y de mirar nunca se cansan

una mujer desnuda y en lo oscuro
es una vocación para las manos
para los labios es casi un destino
y para el corazón un despilfarro
una mujer desnuda es un enigma
y siempre es una fiesta descifrarlo

una mujer desnuda y en lo oscuro
genera una luz propia y nos enciende
cielo raso se convierte en cielo
y es una gloria no ser inocente

una mujer querida o vislumbrada
desbarata por una vez la muerte

Tormenta

Un perro ladra en la tormenta
y su aullido me alcanza entre relámpagos
y al son de los postigos en la lluvia
yo sé lo que convoca noche adentro
esa clamante voz en la casona
tal vez deshabitada

dice sumariamente el desconcierto
la soledad sin vueltas
un miedo irracional que no se aviene
a enmudecer en paz

y tanto lo comprendo
a oscuras / sin mi sombra
incrustado en mi pánico
pobre anfitrión sin huéspedes

que me pongo a ladrar en la tormenta

Digamos

1.
Ayer fue yesterday
para buenos colonos
mas por fortuna nuestro
mañana no es tomorrow

2.
Tengo un mañana que es mío
y un mañana que es de todos
el mío acaba mañana
pero sobrevive el otro

Los poetas

Los poetas se encuentran en congresos
en saraos en cárceles en las antologías
unos cosechan loas en manuales de fama
otros son asediados por la casta censura

los poetas se abrazan en los aeropuertos
y sus tropos encienden la alarma en las aduanas
a menudo bostezan en recitales de otros
y asumen que en el propio bostecen los amigos

los poetas se instalan en las ferias anuales
y estampan codo a codo sus firmas ilegibles
y al concluir la faena les complace de veras
que se acerquen los jóvenes confianzudos y tímidos

los poetas se encuentran en simposios
por la paz pero nunca la consiguen
unos reciben premios / otros palos de ciego
son una minoría casual y variopinta

sus mejores hallazgos son harto discutibles
estudios inclementes revelan sus andamios
los analistas buscan variantes / los poetas
suelen dejar alguna para animar el corro

los poetas frecuentan boliches y museos
tiene pocas respuestas pero muchas preguntas
frugales o soberbios / a su modo sociables
a veces se enamoran de musas increíbles

beben discuten callan argumentan valoran
pero cuando al final del día se recogen
saben que la poesía llegará / si es que llega
siempre que estén a solas con su cuerpo y su alma

La vuelta de Mambrú

Por entonces Mambrú volverá de la guerra

GERARDO DIEGO

Cuando mambrú se fue a la guerra
llevaba una almohadilla y un tirabuzón
la almohadilla para descansar después
de las batallas
y el tirabuzón para descorchar las
efímeras victorias

también llevaba un paraguas contra
venablos aguaceros y palabrotas
un anillo de oro para la suerte y contra
los orzuelos
y un llavero con la llave de su más
íntimo desván

como a menudo le resultaba insoportable
la ausencia de la señora de mambrú
llevaba un ejemplar del cantar de los
cantares
y a fin de sobrellevar los veranillos
de san juan
un abanico persa y otro griego

llevaba una receta de sangría
para sobornar al cándido enemigo
y para el caso de que éste no fuese
sobornable
llevaba un arcabuz y un verduguillo

asimismo unas botas de potro que rara
vez usaba
ya que siempre le había gustado caminar
descalzo

y un caleidoscopio artesanal
debido probablemente a que marey edison
y lumière no habían nacido aún para
inventar el cine

llevaba por último un escudo de arpillera
porque los de hierro pesaban mucho
y dos o tres principios fundamentales
mezclados con la caspa bajo el
morrión

nunca se supo cómo le fue a mambrú
en la guerra
ni cuántas semanas o siglos se demoró
en ella

lo cierto es que no volvió para la pascua
ni para navidad
por el contrario transcurrieron centenares
de pascuas y navidades
sin que volviera o enviara noticias

nadie se acordaba de él ni de su perra
nadie cantaba ya la canción que en su
tiempo era un hit
y sin embargo fue en medio de esa
amnesia
que regresó en un vuelo regular de iberia
exactamente el miércoles pasado
tan rozagante que nadie osó atribuirle
más de un siglo y medio
tan lozano que parecía el chozno
de mambrú
por supuesto ante retorno tan insólito
hubo una conferencia de prensa en el
abarrotado salón vip

todos quisieron conocer
las novedades que traía
mambrú después de tanta guerra

cuántas heridas
cuántos grilletes
cuántos casus belli
cuántos pillajes
y zafarranchos de combate

cuántas invasiones
cuántas ergástulas
cuántas amnistías
cuántas emboscadas
y recompensas indebidas

cuántas cicatrices
cuánta melancolía
cuántos cabestrillos
cuántas hazañas
y rendiciones incondicionales

cuánto orgullo
cuántas lecciones
cuántos laureles
cuántas medallas
y cruces de chafalonía

ante el asedio de micrófonos
que diecinueve hombres de prensa
blandían como cachiporras
mambrú
oprimido pero afable
sólo alcanzó a decir
señores
no sé de qué me están hablando

traje una brisa con arpegios
una paciencia que es un río
una memoria de cristal
un ruiseñor dos ruiseñoras

traje una flecha de arco iris
y un túnel pródigo de ecos

tres rayos tímidos y una
sonata para grillo y piano
traje un torito tartamudo
y una canilla que no tose

traje un teléfono del sueño
y un aparejo para náufragos

traje este traje y otro más
y un faro que baja los párpados
traje un limón contra la muerte
y muchas ganas de vivir
fue entonces que nació la calma
y hubo un silencio transparente

un necio adujo que las pilas
se hallaban húmedas de llanto
y que por eso los micrófonos
estaban sordos y perplejos

poquito a poco aquel asedio
se fue estrechando en un abrazo

y mambrú viejo y joven y único
sintió por fin que estaba en casa

Informe sobre caricias

1.

La caricia es un lenguaje
si tus caricias me hablan
no quisiera que se callen

2.

La caricia no es la copia
de otra caricia lejana
es una nueva versión
casi siempre mejorada

3.
Es la fiesta de la piel
la caricia mientras dura
y cuando se aleja deja
sin amparo a la lujuria

4.
Las caricias de los sueños
que son prodigio y encanto
adolecen de un defecto
no tienen tacto

5.
Como aventura y enigma
la caricia empieza antes
de convertirse en caricia

6.
Es claro que lo mejor
no es la caricia en sí misma
sino su continuación

Compañero de olvido

a Juan Gelman

Un jour passera la camaraderie inerte de l'oubli

RENÉ CHAR

Compañero remoto en tu fe de madera
alerta en la querella que no se desvanece
transcurre por los sueños y el incierto futuro
sin parpadear ni vernos / custodio de la noche

hacedores de inviernos y socorros mendigos
legatarios de brumas y expiaciones
se borran y te borran del próximo presagio
dictándote el olvido y olvidándote

de poco y nada sirven los residuos
de las dulzuras o de las borrascas
pero aun si proteges tu dolor bajo llave
igual han de llegarte mi alarma y mi consuelo

compañero de olvido / en el olvido
estamos recordándonos sabiéndonos
solidarios sin nombre / solitarios
de a uno o en montón pero insepultos

compañero de olvido / no te olvido
tus tormentos asoman en mis sienas blancuzcas
el mundo cambia pero no mi mano
ni aunque dios nos olvide / olvidaremos

Soneto (no tan) arbitrario

Con ciudades y autores frecuentados

Venecia / Guanajuato / Maupassant /
Leningrado / Sousándrade / Berlín
Cortázar / Bioy Casares / Medellín /
Lisboa / Sartre / Oslo / Valle Inclán /

Kafka / Managua / Faulkner / Paul Celan /
Italo Svevo / Quito / Bergamín /
Buenos Aires / La Habana / Graham Greene /
Copenhague / Quiroga / Thomas Mann /

Onetti / Siena / Shakespeare / Anatole
France / Saramago / Atenas / Heinrich Böll /
Cádiz / Martí / Gonzalo de Berceo /

París / Vallejo / Alberti / Santa Cruz
de Tenerife / Roma / Marcel Proust /
Pessoa / Baudelaire / Montevideo

Terapia

Para no sucumbir
ante la tentación
del precipicio
el mejor tratamiento
es el fornicio

Se va se va el vapor

El barco es una lástima en la noche
estela de resaca y baba gris
polifemo en harapos / sin adioses
porque tiene vergüenza de partir

ojalá se llevara los espantos
el odio / las neblinas / el desdén
los profetas de trombas y naufragios
el último rufián de buena fe

el barco es una sombra entre las sombras
las gaviotas lo sueñan al pasar
y un fantasma en el cuarto de derrota
se enamora de un punto cardinal

el barco es un almarío de rumores
y pocas almas de repetición
tres o cuatro quimeras polizones
y el suave escrupulario de rigor

en la tiniebla el barco se hace humo
y su sirena afónica y senil
ronca apenas un pálido discurso
porque tiene vergüenza de partir

Desde el alma (vals)

Hermano cuerpo estás cansado
desde el cerebro a la misericordia
del paladar al valle del deseo

cuando me dices / alma ayúdame
siento que me conmuevo hasta el agobio
que el mismísimo aire es vulnerable

hermano cuerpo has trabajado
a músculo y a estómago y a nervios
a riñones y a bronquios y a diafragma

cuando me dices / alma ayúdame
sé que estás condenado / eres materia
y la materia tiende a desfibrarse

hermano cuerpo te conozco
fui huésped y anfitrión de tus dolores
modesta rampa de tu sexo ávido

cuando me pides / alma ayúdame
siento que el frío me envilece
que se me van la magia y la dulzura

hermano cuerpo eres fugaz
coyuntural efímero instantáneo
tras un jadeo acabarás inmóvil

y yo que normalmente soy la vida
me quedaré abrazada a tus huesitos
incapaz de ser alma sin tus vísceras

Soneto kitsch a una mengana

Yo / fulano de mí / llevo conmigo
tu rostro en cada suerte de mi historia
tu cuerpo de mengana es una gloria
y por eso al soñar sueño contigo

luego / si el sueño acaba te persigo
soñándote despierto / es una noria
que rodea tu eco en mi memoria
y te cuenta esos sueños que te digo

así / sin intenciones misteriosas
sé que voy a elegir de buena gana
de mi viejo jardín sólo tus rosas

de las altas ventanas tu ventana
de los signos del mar tu mar de cosas
y de todo el amor / tu amor / mengana

Certificado de existencia

Ah, ¿quién me salvará de existir?

FERNANDO PESSOA

Dijo el fulano presuntuoso /
hoy en el consulado
obtuve el habitual
certificado de existencia
consta aquí que estoy vivo
de manera que basta de calumnias

este papel soberbio / irrefutable
atestigua que existo

si me enfrento al espejo
y mi rostro no está
aguantaré sereno
despejado

¿no llevo acaso en la cartera
mi recién adquirido
mi flamante
certificado de existencia?

vivir / después de todo
no es tan fundamental

lo importante es que alguien
debidamente autorizado
certifique que uno
probablemente existe

cuando abro el diario y leo
mi propia necrológica
me apena que no sepan
que estoy en condiciones
de mostrar dondequiera
y a quien sea
un vigente prolijo y minucioso
certificado de existencia

existo luego pienso
¿cuántos zutanos andan por la calle
creyendo que están vivos
cuando en rigor carecen del genuino
irreemplazable
soberano
certificado de existencia?

Utopías

Cómo voy a creer / dijo el fulano
que el mundo se quedó sin utopías

cómo voy a creer
que la esperanza es un olvido
o que el placer una tristeza

cómo voy a creer / dijo el fulano
que el universo es una ruina
aunque lo sea
o que la muerte es el silencio
aunque lo sea

cómo voy a creer
que el horizonte es la frontera
que el mar es nadie
que la noche es nada

cómo voy a creer / dijo el fulano
que tu cuerpo / mengana
no es algo más de lo que palpo
o que tu amor
ese remoto amor que me destinas
no es el desnudo de tus ojos
la parsimonia de tus manos

cómo voy a creer / mengana austral
que sos tan sólo lo que miro
acaricio o penetro

cómo voy a creer / dijo el fulano
que la utopía ya no existe
si vos / mengana dulce
osada / eterna
si vos / sos mi utopía

Ese gran simulacro

Cada vez que nos dan clases de amnesia
como si nunca hubieran existido
los combustibles ojos del alma
o los labios de la pena huérfana
cada vez que nos dan clases de amnesia
y nos conminan a borrar

la ebriedad del sufrimiento
me convenzo de que mi región
no es la farándula de otros

en mi región hay calvarios de ausencia
muñones de porvenir / arrabales de duelo
pero también candores de mosqueta
pianos que arrancan lágrimas
cadáveres que miran aún desde sus huertos
nostalgias inmóviles en un pozo de otoño
sentimientos insoportablemente actuales
que se niegan a morir allá en lo oscuro

el olvido está tan lleno de memoria
que a veces no caben las remembranzas
y hay que tirar rencores por la borda
en el fondo el olvido es un gran simulacro
nadie sabe ni puede / aunque quiera / olvidar
un gran simulacro repleto de fantasmas
esos romeros que peregrinan por el olvido
como si fuese el camino de santiago

el día o la noche en que el olvido estalle
salte en pedazos o crepite /
los recuerdos atroces y los de maravilla
quebrarán los barrotes de fuego
arrastrarán por fin la verdad por el mundo
y esa verdad será que no hay olvido

Pájaros

Hace ya varios siglos
que pájaros ilustres sobrevuelan
los predios de la vasta poesía

la golondrina el ruiseñor la alondra
la calandria el jilguero el picaflor

el cuervo la oropéndola
y por supuesto el ave fénix
han sido convocados por poetas
para poblar sus bosques
ornamentar sus cielos
y rellenar metáforas

yo aquí rompo una lanza
por los discriminados / los que nunca
o pocas veces comparecen
los pobres pajaritos del olvido
que también están llenos de memoria

por eso aquí propongo
al canario el gorrión el tordo el mirlo
la viuda el estornino el cardenal
la tórtola la urraca el hortelano
el martín pescador el benteveo
para que alguna vez entren al verso
aunque tan sólo sea / como en esta ocasión
por la modesta puerta de servicio

El ojo del pez

El ojo de este pez que aún se agita
no evoca desconcierto sino confirmación
de sus presagios sobre el pobre mundo

el ojo del pez mira
a través de los cuerpos

su milenaria experiencia de sal
le ha otorgado esta trémula pasión de la agonía
y a través de los cuerpos su mirada penúltima
va dejando legados de abras y resacas

el ojo del pez mira y no se apaga
ni siquiera bajo el don de la lluvia

ese siempre esperado
mar de arriba

el pez ya no se mueve ni boquea
pero aun desde el velo de su amnesia
desde el abismo de su poca muerte
el ojo del pez mira mira mira
y es penoso sostener su mirada

Burbuja

En el silencio universal
por compacto que sea
siempre se escucha el llanto
de un niño
en su burbuja

Poeta menor

*La meta es el olvido.
Yo he llegado antes.*

J. L. BORGES: "Un poeta menor".

Alguna vez le han dicho
en clave de odio manso
que es / que siempre ha sido
un poeta menor

y de pronto ha notado
que se sentía a gusto
en ese escalafón

en los años de vuelta
es muy gratificante
ser un poeta menor

cuando lee y relee
a sus poetas mayores

y dialoga con ellos
ya no de igual a igual
sino entre desiguales

asume sin recelo
la distancia cordial
y también sideral
que lo separa de ellos

lo bueno lo mejor
es que en esa distancia
no circula la envidia

los poetas mayores
son mayores de veras
entre otras razones
porque se los compara
con los poetas menores

su genio es la ventaja
sobre los desvelados
que hacen mala letra
por vocación y a veces
por equivocación

después de todo ¿qué
sería de los poetas
mayores sin los poetas
menores
sin su aliento?

los poetas menores
escriben a menudo
por amor / por temblor
y llaman al pan pan
o viceversa al vino vino

hacen versos a solas
en las terrazas
en los aeropuertos /

construyen sus silencios
en medio del fragor
y llenan de palabras
la cautela

ciertos lectores dicen
que son casi como ellos
(son lectores menores
por supuesto)

unos y otros admiran
a los poetas mayores
y se nutren con citas
de sus obras completas

en los años de vuelta
es muy gratificante
ser un poeta menor

Pies hermosos

La mujer que tiene los pies hermosos
nunca podrá ser fea
mansa suele subirle la belleza
por tobillos pantorrillas y muslos
demorarse en el pubis
que siempre ha estado más allá de todo canon
rodear el ombligo como a uno de esos timbres
que si se les presiona tocan para elisa
reivindicar los lúbricos pezones a la espera
entrebajar los labios sin pronunciar saliva
y dejarse querer por los ojos espejo

la mujer que tiene los pies hermosos
sabe vagabundear por la tristeza

Señales

En las manos te traigo
viejas señales
son mis manos de ahora
no las de antes

doy lo que puedo
y no tengo vergüenza
del sentimiento

si los sueños y ensueños
son como ritos
el primero que vuelve
siempre es el mismo

salvando muros
se elevan en la tarde
tus pies desnudos

el azar nos ofrece
su doble vía
vos con tus soledades
yo con las mías

y eso tampoco
si habito en tu memoria
no estaré solo

tus miradas insomnes
no dan abasto
dónde quedó tu luna
la de ojos claros

mírame pronto
antes que en un descuido
me vuelva otro

no importa que el paisaje
cambie o se rompa

me alcanza con tus valles
y con tu boca

no me deslumbres
me basta con el cielo
de la costumbre

en mis manos te traigo
viejas señales
son mis manos de ahora
no las de antes

doy lo que puedo
y no tengo vergüenza
del sentimiento

Despábilate amor

Bonjour buon giorno guten morgen
despábilate amor y toma nota
sólo en el tercer mundo
mueren cuarenta mil niños por día
en el plácido cielo despejado
flotan los bombarderos y los buitres
cuatro millones tienen sida
la codicia depila la amazonia

buenos días good morning despábilate
en los ordenadores de la abuela onu
no caben más cadáveres de ruanda
los fundamentalistas degüellan a extranjeros
predica el papa contra los condones
havelange estrangula a maradona

bonjour monsieur le maire
forza italia buon giorno
guten morgen ernst junger
opus dei buenos días
good morning hiroshima

despabílate amor
que el horror amanece

Bostezo

¿No te aburre asistir a esta sequía
de los sentimientos? ¿a esta
chafalonía de los vencedores?
¿al promesario de los púlpitos?

¿al fuego fatuo de los taumaturgos?
¿al odio de los viscerales?
¿no te empalagan los alabanceros?
¿la caridad de los roñosos?
¿el sesgo irónico de las encuestas?
¿los mentirosos constitucionales?
¿no te amola el zumbido de los frívolos?
¿las guasas del zodiaco?
¿el vaivén de la bolsa?
¿no te viene el deseo irreprímible
de abrir la boca en un bostezo espléndido?

pues entonces bosteza / hijo mío / bosteza
con la serenidad de los filósofos
y la cachaza de los hipopótamos

Sobre cartas de amor

Una carta de amor
no es un naipe de amor

una carta de amor tampoco es una carta
pastoral o de crédito / de pago o fletamento

en cambio se asemeja a una carta de amparo
ya que si la alegría o la tristeza

se animan a escribir una carta de amor
es porque en las entrañas de la noche
se abren la euforia o la congoja
las cenizas se olvidan de su hoguera
o la culpa se asila en su pasado

una carta de amor
es por lo general un pobre afluente
de un río caudaloso
y nunca está a la altura del paisaje
ni de los ojos que miraron verdes
ni de los labios dulces
que besaron temblando o no besaron
ni del cielo que a veces se desploma
en trombas en escarnio o en granizo

una carta de amor puede enviarse
desde un altozano o desde una mazmorra
desde la exaltación o desde el duelo
pero no hay caso / siempre
será tan sólo un calco
una copia frugal del sentimiento

una carta de amor no es el amor
sino un informe de la ausencia

Piernas

Las piernas de la amada son fraternas
cuando se abren buscando el infinito
y apelan al futuro como un rito
que las hace más dulces y más tiernas

pero también las piernas son cavernas
donde el eco se funde con el grito
y cumplen con el viejo requisito
de buscar el amparo de otras piernas

si se separan como bienvenida
las piernas de la amada hacen historia /
mantienen sus ofrendas y enseguida

enlazan algún cuerpo en su memoria /
cuando trazan los signos de la vida
las piernas de la amada son la gloria

No sé quién es

Es probable que venga de muy lejos
no sé quién es ni a dónde se dirige
es sólo una mujer que se muere de amor
se le nota en sus pétalos de luna
en su paciencia de algodón / en sus
labios sin besos u otras cicatrices /
en los ojos de oliva y penitencia

esta mujer que se muere de amor
y llora protegida por la lluvia
sabe que no es amada ni en los sueños /
lleva en las manos sus caricias vírgenes
que no encontraron piel donde posarse /
y / como huye del tiempo / su lujuria
se derrama en un cuenco de cenizas

Sonata para adiós y flauta

Te vas tan sola como siempre
te echaremos de menos
yo y los abrazos de la tarde
yo y mi alma y mi cuerpo

tu larga sombra se resiste
a abandonarnos / pero
has decidido que se fuera
contigo a todo riesgo

de todos modos no querría
que enterraras tu sueño
aquel en que tu amor de nadie
era como un estreno

te vas de nuevo no sé a dónde
y tu adiós es un eco
que se prolonga y nos alude
como un último gesto

nunca guardaste la ternura
como pan para luego
estoy seguro de encontrarla
liviana entre tus pechos

te vas con paso de derrota
pero no me lo creo
siempre has vencido en tu querella
contra el odio y el miedo

quién sabe allá lo que te aguarda
ese allá tan desierto
que se quedó sin golondrinas
todo erial / todo invierno

mas si una tarde te extraviaras
entre el mar y el espejo
recuerda siempre que aquí
estamos yo y mi alma y mi cuerpo

Papel mojado

Con ríos
con sangre
con lluvia
o rocío
con semen
con vino
con nieve
con llanto
los poemas
suelen
ser
papel mojado

Soliloquio del desaparecido

Sin esperanza y sin alarmas
no sé si voy o permanezco
en esta niebla que me aísla
sin odio ni misericordia

todo lo ignoro del crepúsculo
esa guirnalda de imposibles
vengo de ahogos y estropajos
antes estaba / ya no estoy

sé que he dejado de escaparme
ya no respondo a nadie / a nada
he dicho no como un tañido
como un fragor como un repique

ahora estoy solo y sin hambre
me siento ingrátido y sin sed
no tengo huesos ni bisagras
no tengo ganas ni desgana

podría ser un esperpento
un trozo de alma / un alma entera
los muebles viejos y las calles
el bosque y todos los espejos

en un instante se esfumaron
o se inhumaron / ya no cuentan

sólo la luna se mantiene
casi al alcance de la mano
pero también perdí las manos
y las mandíbulas y el sexo

los rostros son apariciones
pasan y no hablan / hay algunos
que lloran con los labios secos
otros añoran a ojos vistas

tengo una duda medianera
entre lo real y lo soñado
he sido sueño tantas veces
que no me ubico en este insomnio

tuve una madre / de sus pechos
extraje vida o lo que fuese
¿cuál era el nombre? sólo sé
que anda con un pañuelo blanco

amé un amor / pero ella estuvo
porfiada / loca / tan hermosa
diciendo no como un rebato
como un temblor / como una queja

¿será esta niebla el infinito?
el infinito ¿será dios?
¿será que dios no se perdona
habernos hecho tan inermes?

no floto a ciegas / el espacio
tiene amarguras serviciales

pero no voy a padecerme /
el dolor viejo ya no es mío

cierto poeta / no sé quién
sopló en mi oído para siempre
dijo / ya va a venir el día

y dijo / ponte el cuerpo / creo
que existe un solo inconveniente
no tengo cuerpo que ponerme
no tengo madre ni mujer
no tengo pájaros ni perro

es la vacía soledad
solo sin llave y sin barrotes
solo expulsado de la vida
solo sin víspera de abrazos

podría ser un esperpento
un trozo de alma / un alma entera
pero se va neutra la niebla
y se suspende la alborada

hay manos tiernas en que estuve
hay llantos en la lejanía
voces que alzan siete signos
que fueron letras de mi nombre

no sé qué hice / si es que hice

en la memoria falta un río
faltan afluentes / hay apenas
un arroyito que es de sangre

todo se borra / por lo pronto
me desvanezco / vuelvo al limbo

así / sin más / desaparecen
algunos desaparecidos

¿Qué les queda a los jóvenes?

¿Qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de paciencia y asco?
¿sólo grafitti? ¿rock? ¿escepticismo?
también les queda no decir amén
no dejar que les maten el amor
recuperar el habla y la utopía
ser jóvenes sin prisa y con memoria
situarse en una historia que es la suya
no convertirse en viejos prematuros

¿qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de rutina y ruina?
¿cocaína? ¿cerveza? ¿barras bravas?
les queda respirar / abrir los ojos
descubrir las raíces del horror
inventar paz así sea a ponchazos
entenderse con la naturaleza
y con la lluvia y los relámpagos
y con el sentimiento y con la muerte
esa loca de atar y desatar

¿qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de consumo y humo?
¿vértigo? ¿asaltos? ¿discotecas?
también les queda discutir con dios
tanto si existe como si no existe
tender manos que ayudan / abrir puertas
entre el corazón propio y el ajeno /
sobre todo les queda hacer futuro
a pesar de los ruines del pasado
y los sabios granujas del presente

ÍNDICE

<i>Introducción</i> de Pedro Orgambide	7
I. Poesía coloquial y prosaísmo	8
II. Una épica de la vida cotidiana	11
III. Contra la semántica: táctica y estrategia	14
IV. Memoria y desexilio	19
V. Mambrú como antihéroe: caricatura y carnaval	23
VI. Fragmentos de un discurso amoroso	24
VII. Fulanos y menganas: del kitsch a la utopía	27
VIII. Para una lectura panorámica	31

ANTOLOGÍA POÉTICA

Elegir mi paisaje	37
Ausencia de Dios	38
Asunción de ti	39
Sueldo	42
El nuevo	42
Dactilógrafo	44
Después	45
Angelus	46
Amor, de tarde	46
Licencia	47
Monstruos	48
Los pitucos	49
Interview	52
Cumpleaños en Manhattan	54
Un padrenuestro latinoamericano	58
Noción de patria	61
Juego de villanos	63
Corazón coraza	64
A la izquierda del roble	65
Socorro y nadie	70
Currículum	70

Almohadas	71
Arco iris	72
Todos conspiramos	73
Hasta mañana	75
Marina	76
Parpadeo	76
Contra los puentes levadizos	77
Arte poética	81
Decir que no	82
A ras de sueño	83
Consternados, rabiosos	89
La infancia es otra cosa	91
Grietas	94
Artigas	95
Semántica	96
Quemar las naves	97
Me sirve y no me sirve	99
Vamos juntos	100
Ser y estar	101
El verbo	102
Casi un réquiem	104
Muerte de Soledad Barrett	104
Gallos sueños	106
Oda a la pacificación	107
Hombre que mira el cielo	107
Hombre que mira sin sus anteojos	109
Hombre que mira la luna	112
Hombre preso que mira a su hijo	113
Hombre que mira su país desde el exilio	115
Táctica y estrategia	116
Todo verdor	117
Viceversa	118
Bienvenida	119
Los formales y el frío	120
La otra copa del brindis	121
Soledades	123
Perro convaleciente	124
Fundación del recuerdo	125
Hagamos un trato	127

No te salves	128
Te quiero	129
Todavía	130
Ustedes y nosotros	131
Vas y venís	133
Angelus porteño	134
Salutación del optimista	134
La casa y el ladrillo	136
Otra noción de patria	143
Zelmar	155
Bodas de perlas	160
Los espejos las sombras	168
Piedritas en la ventana	178
Otro cielo	179
Esa batalla	180
Grillo constante	181
De árbol a árbol	181
Cotidiana I	182
Me voy con la lagartija	183
Soy un caso perdido	184
Bandoneón	187
Botella al mar	188
Defensa de la alegría	188
Cálculo de probabilidades	189
Nuevo canal interoceánico	190
Contraofensiva	190
Síndrome	190
Ahora todo está claro	191
Semantica práctica	191
El soneto de rigor	192
Por qué cantamos	192
Pasatiempo	194
Estos poetas son míos	194
Abrigo	197
Tranvía de 1929	198
Subversión de Carlitos el Mago	199
Ni colorín ni colorado	201
El baquiano y los suyos	204
Desaparecidos	208

Quiero creer que estoy volviendo	209
Chau pesimismo	211
Historia de vampiros	212
El Sur también existe	213
Una mujer desnuda y en lo oscuro	215
Tormenta	216
Digamos	216
Los poetas	217
La vuelta de Mambrú	218
Informe sobre caricias	221
Compañero de olvido	222
Soneto (no tan) arbitrario	223
Terapia	224
Se va se va el vapor	224
Desde el alma (vals)	225
Soneto kitsch a una mengana	226
Certificado de existencia	226
Utopías	227
Ese gran simulacro	228
Pájaros	229
El ojo del pez	230
Burbuja	231
Poeta menor	231
Pies hermosos	233
Señales	234
Despabilate amor	235
Bostezo	236
Sobre cartas de amor	236
Piernas	237
No sé quién es	238
Sonata para adiós y flauta	238
Papel mojado	240
Soliloquio del desaparecido	240
¿Qué les queda a los jóvenes?	243

MARIO BENEDETTI

BUZÓN DE TIEMPO

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

*A los amigos y compañeros
de la Casa de las Américas
en sus cuarenta*

*Il tempo tutto toglie e tutto dà;
ogni cosa si muta, nulla s'annichila
(El tiempo todo lo quita y todo lo da;
todo cambia, nada se aniquila)*

GIORDANO BRUNO

Si no puedes soñar golpea los baúles polvorientos

FAYAD JAMIS

*Epistola enim non erubescit
(Una carta no se ruboriza)*

CICERÓN

SEÑALES DE HUMO

SEÑALES DE HUMO

Cuando estás en el filo de lo oscuro
y le rindes honor desde tus huesos
cuando el alma purísima del ocio
pide socorro al universo inútil
cuando subes y bajas del dolor
mostrando cicatrices de hace tiempo
cuando en tu ventanal está el otoño
aún no te despidas / todo es nada /
son señales de humo / apenas eso

tu mirada de viaje o de desiertos
se vuelve un manantial indescifrable
y el silencio / tu miedo más valiente /
se va con los delfines de la noche
o con los pajaritos de la aurora /
de todo quedan huellas / pistas / trazas
muescas / indicios / signos / apariencias
pero no te preocupes / todo es nada
son señales de humo / apenas eso

no obstante en esas claves se condensa
una vieja dulzura atormentada
el vuelo de las hojas que pasaron
la nube que es de ámbar o algodón
el amor que carece de palabras
los barrotes del recuerdo / la lujuria /
o sea que los signos en el aire
son señales de humo / pero el humo
lleva consigo un corazón de fuego

FIN DE SEMANA

Esperó al padre en la puerta de la escuela. Como todos los viernes. A partir del divorcio, Fernando vivía con su madre, pero los fines de semana eran del padre. Antes de cualquier dictamen impuesto, ellos lo habían resuelto amigablemente, sobre todo para no herir al hijo con enfrentamientos inútiles. Nunca llegaba en hora, pero esta vez demoró más que de costumbre. Mientras compartió la espera con otros chicos, Fernando no se inquietó, pero uno a uno los fueron recogiendo y al final sólo quedaron él y el portero, un tipo que además detestaba a los escolares.

Marcelo apareció por fin, casi corriendo. Fernando se resignó a besar la mejilla, paterna y sudada. Eso no le gustaba, porque la boca le quedaba húmeda y le habían enseñado que no era correcto limpiarse con el puño.

—¿Estabas nervioso?

—No.

—Por favor, no le cuentes a tu madre sobre esta demora. Digo, para que no se preocupe. La verdad es que no me podía sacar de encima a un cliente que es un plomo.

No le cuentes a tu madre. Fernando no entendía por qué no decía: No le cuentes a Luisa.

Tomaron un taxi hasta el restaurante de todos los viernes. Fernando no precisaba leer el menú. Siempre había sido fiel al churrasco con ensalada.

—¿No querés pedir otra cosa?

—No.

—Yo me aburriría pidiendo siempre lo mismo.

—A mí me gusta. Por eso no me aburro.

Marcelo cumplió con el deber paterno de preguntarle por sus clases, sus maestras, sus compañeros. Como eran las preguntas de siempre, Fernando apeló a las respuestas de siempre.

—Y de todo lo que vas aprendiendo, ¿qué es lo que más te gusta?

—Las cuentas y los cuentos.

Como acompañamiento de un humor tan primario, Fernando esbozó su primera sonrisa de este viernes, y el padre no tuvo más remedio que reírse.

En el postre tampoco hubo novedad: helado de vainilla.

—Y tu madre ¿cómo está?

—Sola. Está sola.

—Bueno, no tan sola. Está contigo ¿no?

—Sí, claro.

Llegaron al lindo apartamento sobre la Rambla y Fernando fue a su cuarto. Marcelo le había reservado ese espacio, donde, además de la cama y otros muebles, había juguetes (un mecano, un trencito eléctrico) de uso y disfrute solitarios. Y asimismo un pequeño televisor. También en casa de su madre tenía un ambiente propio, claro que con otros juguetes. A Fernando le gustaba esa doble franja de sus entretenimientos. Era como saltar de una región a otra, y viceversa.

Estuvo un rato jugando con el mecano (construyó algo que, si se lo miraba con buena voluntad, podía parecerse a un molino), vio en la tele un documental sobre las ardillas, dormitó un rato, así hasta que Marcelo lo llamó desde la terraza.

Allí lo esperaba una novedad: una muchacha, alta, rubia y con el pelo suelto, de vaqueros, que a Fernando le pareció linda y simpática.

—Fernando —dijo el padre—. Ésta es Inés, una buena amiga mía, que también va a ser una buena amiga tuya.

La buena amiga sólo dijo ¡hola!, pero le tomó de un brazo y lo acercó a su mecedora. Lo besó con suavidad y Fernando advirtió con alivio que aquella mejilla no estaba sudada. A él le cayó bien que Inés no le interrogara sobre la escuela, las clases, las maestras y los otros alumnos. En cambio, le hizo comentarios sobre películas y sobre fútbol. Le pareció increíble que una mujer supiera tanto de fútbol. Además, como al pasar, dijo que era hincha de Nacional. También él era bolsiyudo. Un buen comienzo.

Marcelo, en cambio, era de Peñarol, pero asistía satisfecho a aquel estreno, como el autor clandestino de un buen libreto.

Inés había traído unos paquetes con comida, así que cenaron en casa. Después vieron un poco de televisión (noticias sobre hambrunas, inundaciones y atentados), pero como a Fernando se le cerraban los ojos, el padre lo mandó a la cama, no sin antes recomendarle que se lavara los dientes.

A medianoche lo despertó un ruido procedente del cuarto de baño. Alguien había tirado la cadena. Como la puerta de su cuarto estaba entornada, Fernando pudo espiar desde allí. Inés, de camisión, salió del baño y entró en la habitación de Marcelo.

Fernando volvió a su cama y durante un buen rato estuvo desvelado. Inés era linda y simpática y además de Nacional. Pero, antes de dormirse, Fernando decidió reforzar su lealtad a Luisa. A su madre no le importaba el fútbol, pero aun así a él le parecía más linda y más simpática.

El sábado y el domingo, Fernando disfrutó de su padre y éste de Fernando. No era el momento de hacer el balance de la situación. Como si hubiera concluido el guión de la película, Inés no habló más de fútbol. Estaba tan callada, que en la tarde del domingo Marcelo se le acercó, le acarició el lindo pelo y le preguntó si pasaba algo.

—Nada importante —dijo ella—. Sólo que tengo que acostumbrarme.

Lo dijo en un murmullo, sólo para Marcelo, pero Fernando la escuchó (la abuela siempre decía: “este chico tiene un oído de tísico”) y llegó a la conclusión de que también él tenía que acostumbrarse. ¿Se acostumbraría?

El domingo a la noche, Marcelo reintegró al chico al ámbito materno. Llamó desde abajo y cuando oyó algo parecido a la voz de su ex mujer, dijo: “Luisa, aquí te dejo a Fernando. Chau”. “Gracias. Chau”, dijo el intercomunicador, más afónico que de costumbre.

Fernando subió en el ascensor hasta el sexto piso. Allí lo esperaba Luisa. Lo besó, tenía la cara con un poco de pancake, pero a él no le importó.

Un rato después, ella le hizo un jugo de naranja. De pronto contempló a Fernando con curiosidad. Pensó que era absurdo, pero le pareció que de algún modo su hijo había crecido en sólo 48 horas.

Sólo por decir algo, Luisa preguntó:

—Y tu padre ¿cómo está?

Fernando pensó: ella tampoco dice “Marcelo” sino “tu padre”. Tragó saliva antes de responder:

—Solo. Está solo.

CONCILIAR EL SUEÑO

Lo que ocurre, doctor, es que en mi caso los sueños vienen por ciclos temáticos. Hubo una época en que soñaba con inundaciones. De pronto los ríos se desbordaban y anegaban los campos, las calles, las casas y hasta mi propia cama. Fíjense que en sueños aprendí a nadar y gracias a eso sobreviví a las catástrofes naturales. Lamentablemente, esa habilidad tuvo una vigencia sólo onírica, ya que un tiempo después pretendí ejercerla, totalmente despierto, en la piscina de un hotel y estuve a punto de ahogarme.

Luego vino un período en que soñé con aviones. Más bien, con un solo avión, porque siempre era el mismo. La azafata era feúcha y me trataba mal. A todos les daba champán, menos a mí. Le pregunté por qué y ella me miró con un rencor largamente programado y me contestó: “Vos bien sabes por qué”. Me sorprendió tanto aquel tuteo que casi me despierto. Además, no imaginaba a qué podía referirse. En esa duda estaba cuando el avión cayó en un pozo de aire y la azafata feúcha se desparramó en el pasillo, de tal manera que la minifalda se le subió y pude comprobar que abajo no llevaba nada. Fue precisamente ahí que me desperté, y, para mi sorpresa, no estaba en mi cama de siempre sino en un avión, fila 7 asiento D, y una azafata con rostro de Gioconda me ofrecía en inglés básico una copa de champán.

Como ve, doctor, a veces los sueños son mejores que la realidad y también viceversa. ¿Recuerda lo que dijo Kant? “El sueño es un arte poético involuntario.”

En otra etapa soñé reiteradamente con hijos. Hijos que eran míos. Yo, que soy soltero y no los tengo ni siquiera naturales. Con el mundo como está, me parece un acto irresponsable concebir nuevos seres. ¿Usted tiene hijos? ¿Cinco? Excuse me. A veces digo cada pavada.

Los niños de mi sueño eran bastante pequeños. Algunos gateaban y otros se pasaban la vida en el baño. Al parecer, eran huérfanos de madre, ya que ella jamás aparecía y los niños no habían aprendido a decir mamá. En realidad, tampoco me decían papá, sino que en su media lengua me llamaban “turco”. Tan luego a mí, que vengo de abuelos coruñeses y bisabuelos lucenses. “Turco, vení”, “Turco, quero la papa”, “Turco, me hice pipí”. En uno de esos sueños, bajaba yo por una escalera medio rota, y zás, me caí. Entonces el mayorcito de mis nenes me miró sin piedad y dijo: “Turco, jodete”. Ya era demasiado, así que desperté de apuro a mi realidad sin angelitos.

En un ciclo posterior de fútbol soñado, siempre jugué de guardameta o gotero o portero o goalkeeper o arquero. Cuántos nombres para una sola calamidad. Siempre había llovido antes del partido, así que las canchas estaban húmedas y era inevitable que frente a la portería se formara un laguito. Entonces aparecía algún delantero que me fusilaba con ganas, y en primera instancia yo atajaba, pero en segunda instancia la pelota mojada se escabullía de mis guantes y pasaba muy oronda la línea del gol. A esa altura del partido (nunca mejor dicho), yo anhelaba con fervor despertarme, pero todavía me faltaba escuchar cómo la tribuna a mis espaldas me gritaba unánimemente: traidor, vendido, cuánto te pagaron y otras menudencias.

En los últimos tiempos mis aventuras nocturnas han sido invadidas por el cine. No por el cine de ahora, tan venido a menos, sino por el de antes, aquel que nos conmovía y se afincaba en nuestras vidas con rostros y actitudes que eran paradigmas. Yo me dedico a soñar con actrices. Y qué actrices: digamos Marilyn Monroe, Claudia Cardinale, Harriet Andersson, Sonia Braga, Catherine Deneuve, Anouk Aimée, Liv Ullmann, Glenda Jackson y otras maravillas. (A los actores, mi Morfeo no les otorga visa.) Como ve, doctor, la mayoría son veteranas o ya no están, pero yo las sueño tal como aparecían en las películas de entonces. Verbigracia, cuando le digo Claudia Cardinale, no se trata de la de ahora (que no está mal) sino la de *La ragazza con la valigia*, cuando tenía 21.

Marilyn, por ejemplo, se me acerca y me dice en un tono tiernamente confidencial: "I don't love Kennedy. I love you. Only you". Sepa usted que en mis sueños las actrices hablan a veces en versión subtitulada y otras veces dobladas al castellano. Yo prefiero los subtítulos, ya que una voz como la de Glenda Jackson o la de Catherine Deneuve son insustituibles.

Bueno, en realidad vine a consultarle porque anoche soñé con Anouk Aimée, no la de ahora (que tampoco está mal) sino la de *Montparnasse 19*, cuando tenía unos fabulosos 26 años. No piense mal. No la toqué ni me tocó. Simplemente se asomó por una ventana de mi estudio y sólo dijo (versión doblada): "Mañana de noche vendré a verte, pero no a tu estudio sino a tu cama. No lo olvides".

Cómo voy a olvidarlo. Lo que yo quisiera saber, doctor, es si los preservativos que compro en la farmacia me servirán en sueños. Porque ¿sabe? no quisiera dejarla embarazada.

JACINTO

a Willie y Lidia

Cuando Ludwig Resten llegó de Alemania, sus tíos, radicados desde 1950 en Paysandú, quedaron asombrados de su buen aspecto. Pero en particular fue su prima, Gretel, la que lo encontró guapísimo sin atenuantes. De aspecto fornido, rubio, ojos azules, casi siempre sonriente, su presencia generaba simpatía. Ésa era la faceta positiva; la negativa, que era sordomudo. De nacimiento. Y además de sordomudo, huérfano. Hijo único, sus padres habían estado muy enfermos en los últimos años. Él, con Alzheimer; ella, con una grave y misteriosa dolencia que ningún médico pudo etiquetar. Cuando él murió, su mujer le sobrevivió unos pocos meses. No tenían otros familiares en Munich, donde siempre habían residido; tampoco en el resto de Alemania.

Los parientes germano-sanduceros recibieron un día una inesperada carta de un vecino muniqués, que les ponía al tanto, con todo detalle, de la desgraciada historia, y les planteaba la situación del muchacho, ahora veinteañero: debido a sus notorias carencias, era incapaz de trabajar regularmente e incluso de sobrevivir en tan precarias condiciones.

Los Kesten se conmovieron con el caso (después de todo, era alguien de su sangre) y gracias a la solidaria intervención del buen vecino, le enviaron un pasaje de Iberia. Fue ese mismo vecino quien lo llevó al aeropuerto, virtualmente lo colocó en el vuelo IB3631, después de las recomendaciones a la azafata jefa (tenía que cambiar de avión en Buenos Aires), y un 20 de febrero Ludwig desembarcó en el aeropuerto de Carrasco, donde sus tíos y su prima le esperaban. A pesar de que tenían fotos de Ludwig, más bien lo reconocieron por su andar sin rumbo

y su desconcierto. Pidieron (y les fue concedida) autorización para entrar en la zona de llegada de los pasajeros, y allí se juntaron con él. Ludwig sonrió por vez primera de este lado del Atlántico, y todos viajaron de inmediato a Paysandú con la nueva incorporación al clan familiar.

La integración no fue fácil. Ludwig se comunicaba a través de una pizarra, pero sólo en alemán, una lengua que por supuesto dominaban sus tíos, pero no su prima. Los Kesten eran propietarios de una hermosa finca (casi una estancia) en el interior del departamento, con prolijos campos de pastoreo y adecuadas zonas agrícolas. La situación económica de la familia era holgada y se congratulaban de haber dejado la Alemania de posguerra y de haberse decidido (gracias a los consejos de varios compatriotas) por un país pequeño pero acogedor como Uruguay.

Siempre acompañado por algún familiar, Ludwig solía ir al campo y se quedaba como arrobado contemplando aquellas verdes llanuras, con sus vacas tranquilas, casi inmóviles. Sólo mugían a la hora del Angelus, pero él no se enteraba de esa tristeza. Algo hacía (o trataba de hacer) en la casa. Al menos, tendía y destendía su cama. A veces intentaba barrer la terraza, pero la tía le quitaba la escoba. ¿Para qué estaban las dos muchachas, que se encargaban de la comida y la limpieza?

Tenía buen apetito y disfrutaba comiendo. Su prima Gretel estaba tratando, con ayuda de una pizarra y también de un pizarrón, de enseñarle un poco de castellano. Pero no era fácil. Quien no oye ni habla, carece del goce del lenguaje, y Ludwig se aburría, aunque le gustaba que su linda prima le dedicara un poco de su tiempo.

Así hasta que un día el tío se apareció con un diario porteño y lo desplegó sobre la mesa del comedor. En Buenos Aires, un hipnotizador italiano, Luciano Pozzi, en el marco de un conocido programa de televisión, le había devuelto el habla (aunque no el oído) a un sordomudo. De inmediato hubo un conciliábulo de familia y se resolvió por unanimidad viajar a Buenos Aires, eso sí de inmediato, antes de que el mago regresara a Europa.

Y allá fueron. Ludwig no sabía muy bien cuál era el

motivo del viaje, pero las miradas y los palmoteos de sus parientes, le dejaron entrever que algo tenía que ver con él. Antes del traslado, y para ir sobre seguro, habían telefonado al canal argentino y arreglado la fecha y la hora de la comparecencia de Ludwig en el programa de Luciano Pozzi, vedette del momento.

Como siempre, la sala estaba de bote en bote. Luciano situó a Ludwig en una silla de respaldo duramente vertical.

—Como ustedes saben, este atractivo joven es sordomudo. Al menos hoy, no estoy en condiciones de solucionar su sordera, pero sí intentaré devolverle el habla.

Ludwig seguía los movimientos de Luciano con una mirada que tenía algo de curiosidad, pero también algo de temor. Por fin el presunto mago acercó sus manos a los ojos del muchacho, hasta que éste bajó los párpados.

—Ahora duerme —dijo Luciano—. Tenemos que ir progresando de a poco. Cuando despierte no se largará a conversar conmigo o con ustedes. Más bien dirá una sola palabra. Empezará de a poco, ya se los dije. Bien, estoy tratando de que concentre toda su atención en el nombre de una planta liliácea, de flores acampanadas. O sea, que inaugure el habla con algo poético. Cuando yo lo despierte, él dirá: Jacinto.

Luciano volvió a situar sus manos frente a los ojos de Ludwig, que de pronto se abrieron, atónitos. El hipnotizador, de espaldas al público y señalando al joven, dijo:

—A ver, Ludwig, dínos algo.

Por supuesto, Ludwig no oyó el mandato, pero eso estaba previsto. Entonces Luciano señaló su propia boca con su dedo índice.

—Ja-cin-to —balbuceó audiblemente Ludwig.

El aplauso fue atronador. Ludwig estaba sorprendido. No oía, pero sí veía los aplausos. Una vez más abrió la boca y dijo, ahora con más soltura: Jacinto. Otra ovación.

Toda la familia Kesten subió al escenario para abrazar al mago. Luego partieron nuevamente a Paysandú. Ludwig venía contento y de vez en cuando decía: Jacinto.

No obstante, poco a poco la euforia inicial se fue calmando, porque Ludwig nunca aprendió una segunda pa-

labra. Luciano Pozzi regresó a su Italia, vinieron otros hipnotizadores y la familia Kesten siempre aparecía con el pariente sordomudo. Varios de esos magos venían precedidos de cierta fama, pero ninguno de ellos consiguió que Ludwig pronunciara una segunda palabra.

Ahora, gracias a los buenos oficios de Gretel y la pizarra, se manejaba mejor con el idioma del país. Cuando alguna vez (y eso acontecía bastante a menudo) se quedaban solos en la casa campestre, Gretel no sólo le daba clases de idioma; también le enseñaba a hacer el amor. Él aprendió con rapidez, y como la discreción estaba asegurada, al culminar el acto ella aullaba “¡mi amor!”, pero su amor no la oía. Sólo la miraba con ternura y decía: “Jacinto”.

Como resultado de esas fiestas, Gretel quedó embarazada, y antes aún de enfrentar a sus padres con semejante noticia, se la escribió a Ludwig en la pizarra. La reacción del muchacho fue explosiva y radiante. Por lo pronto, dio varios atléticos saltos de júbilo. Luego, Gretel y él terminaron abrazados, besándose y besándose en medio de un doble llanto de alegría.

Después Ludwig/Jacinto se separó suavemente de Gretel, salió al jardín que atardecía, y mirando hacia la única nube que proponía el cielo, abrió los brazos y dijo: “Niño, ni-ño”.

CAMBALACHE

Aquel equipo de fútbol, rioplatense (no daré más detalles ya que lo que importa es la anécdota y no el nombre de los actores), llegó a Europa sólo 24 horas antes de su primer partido con uno de las más prestigiosas formaciones del Viejo Continente (tampoco aquí daré más detalles). Apenas tuvieron tiempo para una breve sesión de entrenamiento, en una cancha más o menos marginal, cuyo césped era un desastre.

Cuando por fin entraron al verdadero campo de juego (el field, como dicen algunos puristas) quedaron estupefactos ante las descomunales dimensiones del estadio, las tribunas repletas y vociferantes y también ante la atmósfera helada de un enero implacable.

Como es habitual, se alinearon los dos equipos para escuchar y cantar los himnos. Primero fue, lógicamente, el del local, que fue coreado por público y jugadores, seguido por una cerrada ovación.

Luego vino el de los nuestros. La grabación era espantosa, con una desafinación realmente olímpica. No todos los jugadores conocían la letra en su totalidad, pero al menos coreaban la estrofa más conocida. Sólo uno de los deportistas, casualmente un delantero, aunque sí se acordaba del himno, decidió cantar en su reemplazo el tango Cambalache: "Que el mundo fue y será una porquería, / ya lo sé, / en el quinientos seis / y en el dos mil también". Sólo en el palco oficial, unos pocos aplaudieron por compromiso.

Cuando concluyó esa parte de la ceremonia, y antes del puntapié inicial, que estuvo a cargo de un arrugado actor del cine mudo, los jugadores rioplatenses rodearon al delantero díscolo y le reprocharon duramente que cantara un tango en lugar del himno. Entre otros amables epítetos, le dijeron: traidor, apátrida, saboteador y cretino.

El incidente tuvo inesperadas repercusiones en el partido. Por lo pronto, los otros jugadores evitaban pasarle el balón al saboteador, de modo que éste, para hacerse con ella, debía retroceder casi hasta las líneas defensivas, y luego avanzar y avanzar, eludiendo a los fornidos adversarios y pasándola luego (porque no era egoísta) al que estaba mejor colocado parra tirar al arco.

Los europeos jugaron mejor, pero faltaban pocos minutos para el final y ninguno de los equipos había logrado perforar la valla contraria. Así, hasta el minuto 43 del segundo tiempo. Fue entonces que el apátrida recogió la pelota de un falso rebote y comenzó su desafiante carrera hacia el arco adversario. Penetró en el área penal, y en vista de que hasta ahora sus compañeros habían desaprovechado las buenas ocasiones que él les brindara, dribléo con tres geniales vaivenes a dos defensas, y cuando el guardameta salió despavorido a cubrir su valla, el cretino amagó que patearía con la derecha pero lo hizo con la izquierda, descolocando totalmente al pobre hombre e introduciendo el balón en un inalcanzable ángulo de la escuadra. Fue el gol del triunfo.

El segundo partido tuvo lugar en otra ciudad (no entro en detalles), en un estadio igualmente impresionante y con sus tribunas de bote en bote. Allí también llegó el momento de los himnos. Primero el local y luego el de la visita. Aunque la banda sonora iba por otro rumbo los 18 jugadores, perfectamente alineados y con la mano derecha sobre el corazón entonaron el tango Cambalache, cuya letra sí era sabida por todos.

Aunque se ganó también ese partido (no recuerdo exactamente el resultado), los indignados dirigentes resolvieron suspender la gira europea y sancionar económicamente a todos los jugadores, sin excepción, acusándoles de traidores, apátridas, saboteadores y cretinos.

SOÑÓ QUE ESTABA PRESO

Aquel preso soñó que estaba preso. Con matices, claro, con diferencias. Por ejemplo, en la pared del sueño había un afiche de París; en la pared real sólo había una oscura mancha de humedad. En el piso del sueño corría una lagartija; desde el suelo verdadero lo miraba una rata.

El preso soñó que estaba preso. Alguien le daba masajes en la espalda y él empezaba a sentirse mejor. No podía ver quién era, pero estaba seguro de que se trataba de su madre, que en eso era una experta. Por el amplio ventanal entraba el sol mañanero y él lo recibía como una señal de libertad. Cuando abrió los ojos, no había sol. El ventanuco con barrotes (tres palmos por dos) daba a un pozo de aire, a otro muro de sombra.

El preso soñó que estaba preso. Que tenía sed y bebía abundante agua helada. Y el agua le brotaba de inmediato por los ojos en forma de llanto. Tenía conciencia de por qué lloraba, pero no se lo confesaba ni siquiera a sí mismo. Se miraba las manos ociosas, las que antes construyeron torsos, rostros de yeso, piernas, cuerpos enlazados, mujeres de mármol. Cuando despertó, los ojos estaban secos, las manos sucias, las bisagras oxidadas, el pulso galopante, los bronquios sin aire, el techo con goteras.

A esa altura, el preso decidió que era mejor soñar que estaba preso. Cerró los ojos y se vio con un retrato de Milagros entre las manos. Pero él no se conformaba con la foto. Quería a Milagros en persona, y ella compareció, con una amplia sonrisa y un camisón celeste. Se arrimó para que él se lo quitara y él, no faltaba más, se lo quitó. La desnudez de Milagros era por supuesto milagrosa y él la fue recorriendo con toda su memoria, con todo su disfrute. No quería despertarse, pero se despertó, unos segundos antes del orgasmo onírico y virtual. Y no había

nadie. Ni foto ni Milagros ni camisón celeste. Admitió que la soledad podía ser insoportable.

El preso soñó que estaba preso. Su madre había cesado los masajes, entre otras cosas porque hacía años que había muerto. A él le invadió la nostalgia de su mirada, de su canto, de su regazo, de sus caricias, de sus reproches, de sus perdones. Se abrazó a sí mismo, pero así no valía. Milagros le hacía adiós, desde muy lejos. A él le pareció que desde un cementerio. Pero no podía ser. Era desde un parque. Pero en la celda no había parque, de modo que, aun dentro del sueño, tuvo conciencia de que era eso: un sueño. Alzó su brazo para también él brindar su adiós. Pero su mano era sólo un puño, y, como es sabido, los puños no han aprendido a decir adiós.

Cuando abrió los ojos, el camastro de siempre le transmitió un frío impertinente. Tembloroso, entumecido, trató de calentar sus manos con el aliento. Pero no podía respirar. Allá, en el rincón, la rata lo seguía mirando, tan congelada como él. Él movió una mano y la rata adelantó una pata. Eran viejos conocidos. A veces él le arrojaba un trozo de su horrible, despreciable menú. La rata era agradecida.

Así y todo, el preso echó de menos a la verde, agilísima lagartija de sus sueños y se durmió para recuperarla. Se encontró con que la lagartija había perdido la cola. Un sueño así, ya no valía la pena de ser soñado. Y sin embargo. Sin embargo empezó a contar con los dedos los años que le faltaban. Uno dos tres cuatro y despertó. En total eran seis y había cumplido tres. Los contó de nuevo, pero ahora con los dedos despiertos.

No tenía radio ni reloj ni libros ni lápiz ni cuaderno. A veces cantaba bajito para llenar precariamente el vacío. Pero cada vez recordaba menos canciones. De niño también había aprendido algunas oraciones que le había enseñado la abuela. Pero ahora ¿a quién le iba a rezar? Se sentía estafado por Dios, pero tampoco él quería estafar a Dios.

El preso soñó que estaba preso y que llegaba Dios y le confesaba que se sentía cansado, que padecía insomnio y que eso lo agotaba, y que a veces, cuando por fin lograba

conciliar el sueño, tenía pesadillas, en las que Jesús le pedía auxilio desde la cruz, pero él estaba encaprichado y no se lo daba.

Lo peor de todo, le decía Dios, es que Yo no tengo Dios a quien encomendarme. Soy como un Huérfano con mayúscula. El preso sintió lástima por ese Dios tan solo y abandonado. Entendió que, en todo caso, la enfermedad de Dios era la soledad, ya que su fama de supremo, inmarcesible y perpetuo espantaba a los santos, tanto a los titulares como a los suplentes. Cuando despertó y recordó que era ateo, se le acabó la lástima hacia Dios, más bien sintió lástima de sí mismo, que se hallaba enclaustrado, solitario, sumido en la mugre y en el tedio.

Después de incontables sueños y viglias, llegó una tarde en que dormía y fue sacudido sin la brusquedad habitual, y un guardia le dijo que se levantara porque le habían concedido la libertad. El preso sólo se convenció de que no soñaba cuando sintió el frío del camastro y verificó la presencia eterna de la rata. La saludó con pena y luego se fue con el guardia para que le dieran la ropa, algún dinero, el reloj, un bolígrafo, una cartera de cuero, lo poco que le habían quitado cuando fue encarcelado.

A la salida no lo esperaba nadie. Empezó a caminar. Caminó como dos días, durmiendo al borde del camino o entre los árboles. En un bar de suburbio comió dos sándwiches y tomó una cerveza en la que reconoció un sabor antiguo. Cuando por fin llegó a casa de su hermana, ella casi se desmayó por la sorpresa. Estuvieron abrazados como diez minutos. Después de llorar un rato ella le preguntó qué pensaba hacer. Por ahora, una ducha y dormir, estoy francamente reventado. Después de la ducha, ella lo llevó hasta un altillo, donde había una cama. No un camastro inmundo, sino una cama limpia, blanda y decente. Durmió más de doce horas de un tirón. Curiosamente, durante ese largo descanso, el ex preso soñó que estaba preso. Con lagartija y todo.

CONVERSA

—Perdón. ¿Puedo sentarme aquí, contigo, a terminar esta cerveza?

—Sí, claro.

—Mi nombre es Alejandro.

—Ah.

—Alejandro Barquero.

—Está bien. Yo soy Estela.

—Estaba en el otro extremo del café. No sé. Te vi tan sola.

—Me gusta estar sola.

—¿Siempre?

—No, siempre no. Hay días. ¿No te ocurre que de pronto te vienen ganas de hacer balance contigo mismo?

—A veces. Pero por lo general de noche. Mi problema es que padezco insomnio.

—De noche prefiero dormir.

—Yo también. Pero no siempre puedo.

—¿Mala conciencia?

—No. ¿Acaso tengo aspecto de delincuente o de violador?

—De violador, no.

—¿De delincuente?

—Vaya una a saber. No hace diez años que nos conocemos, sino cinco minutos.

—¿Siempre estás así, a la defensiva?

—Hay que cuidarse.

—¿Venís a menudo a este café?

—Dos o tres veces por semana.

—¿Trabajás por aquí cerca?

—Si el interrogatorio va a continuar de esta guisa, reclamo la presencia de mi abogado.

—¿De esta guisa? ¡Qué léxico! Me gusta que tengas sentido del humor.

—Y vos ¿qué hacés?

—Traduzco.

—¿Del inglés?

—También del inglés. Pero sobre todo del francés y del italiano. Y además soy soltero en español.

—¿Me hacés confidencias para que yo te haga las mías?

—No sabía que la soltería era una confidencia. Más bien creía que era un estado civil.

—Yo no soy soltera. Estoy separada.

—¿Y qué tal?

—¿Qué tal qué?

—¿Cómo te sentís en el nuevo estado?

—No tan nuevo. Hace un año que me separé. Ahora ya me acostumbré, pero al principio fue duro.

—No te pregunto si vivís sola, porque vas a pegar la espantada.

—¿Por qué? Vivo sola, claro.

—¿Y tu familia?

—Me queda poca. Mi vieja vive en Brasil, con mi hermano. Mi viejo se quedó en un infarto. Tengo una hermana, casada con un gringo, que reside en Los Ángeles. Y se acabó.

—¿Qué hora es?

—Las seis y veinte.

—Caramba. Tenía que estar a las seis en el Centro. Pero no importa. Total, ya no llego. Ni en taxi. Lo que pasa es que mi reloj está perezoso. ¿Ves que marca las cinco y diez? Además, no he perdido el tiempo. Me gustó conocerte.

—¿Conocerme? Mucho no hemos hablado.

—Lo suficiente. Y una relación no sólo se construye con palabras. También hablan los ojos ¿no?

—Ajá. ¿Y se puede saber qué te dijeron mis ojos?

—Reservado.

—Te gusta el cachondeo ¿eh?

—Me gusta pasarla bien.

—A costa de esta servidora.

—¿Se puede saber qué edad tenés?

—No se puede.

—Representás veintitrés.

—Frío, frío.

- Yo tengo veinticinco.
- Pues representás veinticuatro y medio.
- Esta vez te haré una pregunta que requiere una respuesta franca.
- Venga.
- ¿Te caigo bien?
- ¿En qué sentido?
- Vertical. Horizontal. El que prefieras.
- Digamos que sí. Aunque no sé por qué.
- ¿Te lo explico?
- No, por favor. No soporto la vanidad masculina cuando se desata espontáneamente.
- ¿No te parece como si nos conociéramos desde hace años?
- ¿No te suena esa pregunta como de culebrón venezolano?
- Vos contestame. ¿Te parece o no te parece?
- ¿Años? No. Me parece como si nos conociéramos desde hace veintiocho minutos.
- ¿Alguien te dijo alguna vez que irradiás una simpatía tan fuerte que a uno lo marea?
- Bueno, una vez un muchacho me dijo que mi simpatía lo emborrachaba.
- ¿Ves? Es así nomás. Y fijate que ni siquiera te he tocado una mano.
- Ni te atrevas.
- ¿No me das permiso?
- Claro que no. Apenas si autorizo a mi mano a tocar la tuya.
- Bárbaro.
- Tenés una piel suave. Interesante. Se ve que nunca fuiste obrero.
- ¿Y esta cicatriz en la muñeca?
- Ah sí. Con ese detalle ya lo sabés todo de esta joven marquesa. Hace dos años intenté matarme.
- ¿Y qué pasó?
- Me salvaron. Unas vecinas. Lo bien que hicieron. Estoy contenta de seguir vivita y coleando.
- ¿Mal de amores?

—No. Falta de amores. Vacío de amores.

—¿Droga quizá?

—Nada de eso. Ni siquiera fumo. Casi no tomo alcohol. ¿Vos nunca quisiste suicidarte?

—Soy demasiado pelotudo para tomar una decisión tan laboriosa.

—Ya me dijiste que sos soltero en español. Pero ¿tenés mujer, compañera, amante o noviecita?

—Nada, mi niña. Llevo tres meses y medio de virginidad sabática.

—Entonces voy a hacerte una confesión que confío aprecies en toda su buena fe.

—Así será.

—Y en toda su inocencia.

—Soy todo orejas.

—Quizá te parezca extraño, pero tengo ganas de verte desnudo.

EL DIECINUEVE

—¿Capitán Farías?

—Sí.

—¿No se acuerda de mí?

—Francamente no.

—¿No le dice nada el número 19?

—¿Diecinueve?

—El preso 19.

—Ah.

—¿Recuerda ahora?

—Eran tantos.

—No siempre. En el avión éramos pocos.

—Pero usted...

—¿Estoy oficialmente muerto?

—No dije eso.

—Pero lo piensa. Para su información le diré que no soy un espectro. Como puede comprobarlo, estoy vivo.

—No entiendo nada.

—Sí, es difícil de entender. Y sepa que no le voy a contar cómo sobreviví. Parece imposible ¿verdad? Ustedes trabajaban a conciencia y con todas las garantías. Pero un vuelo es un vuelo y el mar es el mar. En el mundo hay varios mares, pero en el mar hay varios mundos.

—No me venga con disparates. Esto no puede ser.

—Sí que puede.

—¿A qué vino? ¿Qué quiere?

Farías estaba recostado en el cerco de su jardincito. El 19 estaba de pie, apenas a un metro de distancia.

—Nada en especial. Sólo quería que me viera. Pensé: de pronto le quito un peso de la conciencia. Un muerto menos, ¿qué le parece? Aunque deben quedarle algunos otros que aún no contrajeron el vicio de resucitar.

—¿Es dinero lo que pretende?

—No, no es dinero.

—Entonces ¿qué?

—Conocer a su familia. Por ejemplo a su señora, que justamente es de Tucumán, como yo. Y también a los chicos.

—Eso nunca.

—¿Por qué no? No voy a contarles nada.

—Oiga, no me fuerce a asumir una actitud violenta. Ni a usted ni a mí nos haría bien.

—¿A mí por qué? Nada hay más violento que ingresar al mar como yo ingresé.

—Le digo que no me obligue.

—Nadie le obliga. Eso que hizo antes, hace ya tantos años, ¿fue por obligación, por disciplina o adhesión espontánea?

—No tengo que dar explicaciones. Ni a usted ni a nadie.

—Personalmente no las necesito. Lo hizo por una razón no tan extraña: no tuvo cojones para negarse.

—Qué fácil es decirlo cuando los cojones son de otro.

—Vaya, vaya. Una buena frase. Lo reconozco.

El otro se aflojó un poco. Se le notó sobre todo en la tensión del cuello.

—¿No me va a hacer entrar en su hogar dulce hogar? Ya le dije que a los suyos no les contaré “lo nuestro”, y yo suelo cumplir lo que prometo.

Por primera vez, Farías lo miró con cierta alarma. Algo vio en los ojos del 19.

—Bueno, venga.

—Así me gusta. No se me oculta que este gesto suyo incluye algo de coraje.

De pronto, el 19 se encontró en un living, sencillo, arreglado con modestia pero también con mal gusto.

Farías llamó: “¡Elvira!” Y Elvira apareció. Una mujer con cierto atractivo, todavía joven.

—Este amigo —dijo Farías más o menos atragantado— es coterráneo tuyo.

—¿Ah sí? —la mirada de la mujer se alegró un poco—. ¿Es de Tucumán?

—Sí, señora.

—¿Y de dónde se conocen?

—Bueno —dijo Farías—, hace mucho que no nos veíamos.

—Sí, unos cuantos años —dijo el 19.

Hablaron un rato de bueyes perdidos y encontrados. Entraron los niños. El 19 repartió besos, les hizo las preguntas rituales.

—¿Usted es casado? —preguntó ella.

—Viudo.

—Caramba, lo siento.

—Hace cinco años que falleció mi mujer. Se ahogó.

—¡Qué terrible! ¿En la playa?

—Cerca de una playa.

Siguió un silencio helado. Farías encontró una salida.

—¡Vamos, chicos! A hacer los deberes, que ya es tarde.

—Y usted ¿vive solo? —preguntó Elvira.

—Sí, claro.

No le preguntó si tenía hijos, temiendo que también se hubieran muerto.

Con un movimiento casi mecánico, sólo por hacer algo, el 19 se sacudió con la mano los bajos del pantalón.

—Bueno, no quiero molestarlos. Además, tengo que estar en Plaza Italia a las siete.

Cuando el 19 apretó la mano de Elvira, tuvo una sensación extraña. Entonces ella se acercó más y lo besó en la mejilla.

—Siento mucho lo de su esposa.

—¡Vamos! —dijo Farías, a punto de estallar.

—Sí, vamos —apoyó con calma el 19.

El dueño de casa lo acompañó hasta la verja. Allí miró fijamente al 19, y de pronto, sin que nada lo hubiera anunciado, rompió a llorar. Era un llanto incontenible, convulsivo. El 19 no sabía qué hacer. Ese diluvio no figuraba en su programa.

De pronto el llanto cesó bruscamente, y Farías dijo, casi a los gritos, tuteándolo:

—¡Sos un fantasma! ¡Un fantasma! ¡Eso es lo que sos!

El 19 sonrió, comprensivo, dispuesto a hacer concesiones. Y también se incorporó al tuteo.

—Por supuesto, muchacho. Soy un fantasma. Al fin me

has convencido. Ahora limpiate los mocos y andá a llorar en el hombro de tu mujercita. Pero a ella no le digas que soy un fantasma, porque no te lo va a creer.

NO HAY SOMBRA EN EL ESPEJO

No es la primera vez que escribo mi nombre, Renato Valenzuela, y lo veo como si fuera de otro, alguien lejano con el que hace tiempo perdí contacto. En otras ocasiones, frente al espejo, cuando termino de afeitarme, veo un rostro que apenas reconozco, como si fuera un borrador o una caricatura de otro rostro, al que estoy más o menos habituado. Entonces pienso que esa mirada no es la mía, que esas pupilas de rencor no me conciernen, que esas arrugas pertenecen a otra máscara, que esos fiordos de calvicie no se corresponden con mi geografía capilar. Es cierto que tales dispersiones suelen ser momentáneas, metamorfosis que duran lo que un suspiro, pero siempre me dejan inestable, desasosegado, indefenso. Es por eso, Renato Valenzuela, que tal vez haya llegado el momento de ajustar nuestras cuentas. Con el tiempo, con el pasado, con las heridas, con las promesas, contigo/conmigo. Todas.

No caigamos en la vulgaridad de achacarle todo lo ignominioso a la borrosa infancia. Allá quedó, detrás de la neblina. Mis recuerdos se dejan ver a través de un vidrio esmerilado llamado memoria. Te veo desnudo en el campo, bajo una lluvia que no discriminaba, los flacos brazos en alto, gozando de esa felicidad inaugural, que por cierto no volverla a repetirse, al menos con esa intensidad.

Te veo niño, asombrado ante el raro espectáculo del peoncito que fornicaba (vos creías que jugaba) con alguna oveja, pasiva e inerte, por supuesto ausente de aquella violación antirreglamentaria. Tu adolescencia fue un sueño. Soñabas incansablemente y cuando por fin yo despertaba vos seguías soñando. Con bosques, con olas, con pechos, con soles, con hambres, con manos, con muslos. Tus sueños eran de deseo y mis vigiliass eran de censura.

A menudo surge algún sabio de pacotilla, capaz de asegurar que el espejo siempre es honesto. Mierda de hones-

to. El espejo es un farsante, un traidor, un ladino. Ese Renato Valenzuela que está ahí, mirándome socarrón, pálido de tanto insomnio, es un remedo frágil de mí mismo, un facsímil sin sangre, una cosa. ¿Dónde está, por ejemplo, el latido de mis sienes, el corazón rebosante de logros y fracasos, las manos que no son garras sino proveedoras de caricias?

La estampa del espejo es lo que no quise ser: un fantoche gastado que convoca a la muerte. Por esos falsos ojos circulan escombros de deseos, que ya ni siquiera puedo vislumbrar y menos aún recordar. Ese Renato Valenzuela es un epílogo del Renato Valenzuela que digo ser. Que soy. ¿O no? ¿O será acaso, este yo de carne y hueso, el pobre duplicado del que se mueve en esa luna? Dijo el poeta: “El mar como un vasto cristal azogado / refleja la lámina de un cielo de zinc”. Ese Renato de cristal azogado ¿reflejará la nada de mi cielo de zinc? ¿O acaso estará más cerca de lo que dice en la estrofa siguiente: “El sol como un vidrio redondo y opaco / con paso de enfermo camina al cenit”?

¿Dónde está, en esa copia servil que es el espejo, el veinteañero aquel que sedujo a Irene, o sea el seducido por Irene, el que tembló como una vara cuando ella lo enlazó con sus brazos de enigma? ¿Dónde quedó el que besó y besó aquel cuerpo indescriptible, se sumergió cándido en él, feliz sin asumirse, volado en el amor?

No hay sombra en el espejo. La sombra es de los cuerpos, no de las imágenes. Mi hijo Braulio tiene seis años de sombra. Nunca lo pongo frente al espejo, para que no la pierda. Irene, en cambio, ya no tiene imagen. Ni sombra. Se la llevó el espanto. Hay finales de paz, de dolor, de inercia, también de espanto. El suyo fue de espanto. Sin embargo, en los ojos del espejo no está su muerte. En los ojos de mí mismo sí lo está. Es imposible desalojarla, omitirla, extraviarla.

Mi hijo me mira con los ojos de Irene. Un río de tristeza circula por mis venas, pero me he olvidado de llorar. Con mis ojos y con los del espejo. A Braulio no lo traigo al espejo para que no se gaste, para que no empiece, tan niño, a

envejecer, para que siga mirando con los ojos de Irene.

Aclaro que todo esto es de un pasado. Reciente, pero pasado. Reconozco que hoy tuve una sorpresa. Como todas las mañanas me enfrenté al espejo y le hablé. Le hablé y le hablé. Creo que hasta le grité. De pronto advertí que la boca del espejo permanecía cerrada. Volví a hablar, lo insulté. Y nada. Sus labios no se movieron. Curiosamente, su mirada era de retroceso.

Entonces sentí que me inundaba un extraño regocijo, un esbozo de felicidad.

Y no era para menos. Por vez primera lo había dejado mudo. Por vez primera lo había derrotado. Inapelablemente.

ASALTO EN LA NOCHE

Doña Valentina Palma de Abreu, 49 años, viuda desde sus 41, se despertó bruscamente a las dos de la madrugada. Le pareció que el ruido venía del *living*. Sin encender la luz, y así como estaba, en camisón, dejó la cama y caminó con pasos afelpados hacia el ambiente mayor del confortable piso. Entonces sí encendió la luz. Tres metros más allá, de pie y con expresión de desconcierto, estaba un hombre joven, de vaqueros azules y gabardina desabrochada.

—¡Hola! —dijo ella. Debido tal vez a la brevedad del saludo, logró no tartamudear.

—Usted perdone —dijo el intruso—. Me habían informado que usted estaba de viaje. Pensé que no había nadie.

—Ah. ¿Y a qué se debe la visita?

—Tenía la intención de llevarme algunas cositas.

—¿Cómo pudo entrar?

—Por la cocina. No tuve que forzar la cerradura. En estas lides soy bastante habilidoso.

—¿Puedo saber si está armado?

—No me ofenda. Siempre averiguo antes de llevar a cabo una operación. Esta vez no me informé bien, lo reconozco. Pero sólo decido operar cuando estoy seguro de que no voy a encontrar a nadie. Y si es así, ¿para qué necesito armas?

—¿Y qué cositas le habrían interesado? Me imagino que sabrá que a esta hora intempestiva no es fácil largarse con un televisor de 22" o un horno microondas, o una porcelana de Lladró.

—¿Tiene todo eso? Enhorabuena. Pero en estas excursiones de medianoche no me dedico a mercaderías de difícil transporte. Prefiero joyas, dinero en efectivo (si es posible, dólares, o en todo caso marcos), alguna antigüedad más bien chiquita, que quepa en un bolsillo de la gabardina. Cosas así, rendidoras, de buen gusto, de escaso riesgo o fáciles de convertir en vil metal.

—¿Desde cuándo se dedica a una profesión tan lucrativa y con tanto futuro?

—Dos años y cuatro meses.

—Qué precisión.

—Lo que pasa es que mi primer procedimiento lo efectué al día siguiente de mi cumpleaños número treinta y cuatro.

—¿Y qué lo impulsó a tomar este rumbo?

—Mire, señora, yo soy casi arquitecto. En realidad, me faltan tres materias y la carpeta final. Pero me estaba muriendo de hambre. Tal vez usted no sepa que aquí el trabajo escasea. Por otra parte, no tengo padres ni tíos que me financien la vida. Ni siquiera padrino. Como dicen en España, estoy más solo que la una. Y ya lo ve, desde que empecé mis excursiones nocturnas, al menos sobrevivo. Y hasta ahorro. Cuando tenga lo suficiente, creo que me compraré un taxi. Sé de otros dos casi arquitectos y un casi ingeniero que se decidieron por el taxi y les va bien.

—¿Y en ese caso abandonarías estas gangas clandestinas?

—No lo creo. El taxi sería sólo un complemento.

Doña Valentina, viuda de Abreu, entendió que era el momento de sonreír. Y sonrió.

—¿Qué le parece si dejamos para más tarde la elección de las cositas que compondrán su amable pillaje de esta noche, y ahora nos tomamos un trago?

Al hombre le llevó unos minutos acostumbrarse a esta nueva sorpresa, pero al final asintió.

—Está bien. Veo que usted asume con serenidad las situaciones inesperadas.

—¿Qué quería? ¿Que me pusiera a temblar?

—De ninguna manera. Es mucho mejor así.

La dueña de casa se dirigió al barcito de caoba y extrajo dos vasos.

—¿Qué whisky prefiere? ¿Escocés, irlandés o americano?

—Irlandés, por supuesto.

—Yo también. ¿Con o sin hielo?

Una vez servidas las exactas medidas en los largos vasos de cristal azulado, posiblemente de Bohemia, el intruso levantó el suyo.

—Brindemos, señora.

—¿Por qué o por quién?

—Por la comprensión de la alta burguesía nacional.

—¡Salud! Y también por la frustración arquitectónica.

Cuando iban por la segunda copa, doña Valentina midió al hombre con una mirada que tenía un poco de cálculo y otro poco de seducción. Pensó además que era el momento de recuperar su sonrisa. Y la recuperó.

—Ahora dígame una cosa. En su botín de esta noche, ¿no le interesaría incluir mi camisón?

—¿Su camisón?

—Sí. Le advierto que bajo el camisón no tengo nada. Tiene autorización para quitármelo.

—Pero.

—¿Acaso éste es un cuerpo demasiado viejo para usted?

—No, señora, le confieso que usted luce muy bien.

—¿Quiere decir: muy bien para mis años?

—Muy bien, sencillamente.

—Hace ocho años que quedé viuda y desde entonces no me he acostado con nadie. ¿Qué opina de esa abstinencia mi asaltante particular?

—Señora, no necesito decirle que estoy a sus órdenes.

—Por favor, no me digas señora. Y tutéame.

—¿Te quito el camisón?

Ante el gesto aprobatorio de la mujer, y antes de dedicarse al camisón de marras, el buen hombre se quitó la gabardina, los vaqueros y el resto de su ropa, modesta pero limpia. A esa altura, ella había decidido no aguardar la iniciativa del otro y lo esperaba desnuda.

En la cama doble, el asaltante probó que no sólo era experto en rapiñas nocturnas, sino también en otros quehaceres de la noche. Por su parte, doña Valentina, a pesar de su prolongado ayuno de viuda, demostró a su vez que no había perdido su memoria erótica.

Igual que con el whisky, también con el sexo repitieron el brindis. Al final, ella lo besó con franca delectación, pero a continuación vino el anuncio.

—Ahora vamos a lo concreto, ¿no te parece? Tenés que irte antes de que amanezca. Por razones obvias, que se llaman portero, proveedores, etcétera. Vamos, vestite. Y después veremos qué cositas podés llevarte.

Mientras él se vestía, y a pesar de su oferta anterior, ella volvió a ponerse el camisón.

Luego abrió las puertas de un placard, que en el fondo tenía un cofre. De éste fue extrayendo paquetitos de dólares y otras menudencias.

—¿Qué tal? ¿Hay algo que quisieras llevarte?

Sobre una mesita de roble fue depositando joyas de oro, brillantes, esmeraldas. También un reloj suizo (“era de mi marido, es un Rolex legítimo”), una petaca de marfil y otras chucherías de lujo.

—También está este revólver de colección. Dicen que perteneció a un coronel nazi. ¿Te interesa?

Cuando el hombre, que había estado examinando las joyas, levantó la vista, ella oprimió el gatillo. El disparo alcanzó al tipo en la cabeza. Se derrumbó junto a la cama doble. Ella recogió todo el material en exhibición y lo volvió a guardar en el cofre. Todo, menos el revólver.

Luego de comprobar que el hombre estaba muerto, pasó cuidadosamente sobre el cadáver. Por un momento le puso el arma en la mano derecha, sólo para dejar constancia de sus huellas. Luego la recuperó y la dejó sobre la cama. Después fue al baño, se lavó varias veces la cara y las manos. También usó el bidet.

Entonces fue al *living*, reintegró la botella a su sitio, llevó los largos vasos de cristal azulado a la cocina y allí los lavó, los secó y volvió al *living* para guardarlos. Luego levantó el tubo del teléfono y discó un número.

—¿Policía? Habla Doña Valentina Palma, viuda de Abreu, domiciliada en la avenida Tal, número Tal y Cual, apartamento 8-B. Les pido por favor que vengan aquí, urgentemente. Un asaltante entró, no sé cómo ni por dónde, en mi casa para robar. Por si eso fuera poco, intentó violarme. Constantemente me amenazaba con un revólver, pero se confió demasiado y de pronto no

sé de dónde saqué fuerzas para arrebatarme el arma y sin vacilar le disparé. Tengo la impresión de que acabé con él. En defensa propia, claro. Vengan enseguida, porque la impresión y el susto han sido tremendos y les confieso que estoy a punto de desmayarme.

VIEJO TUPÍ

a Pablo Rocca

El Tupí Viejo, situado frente al Teatro Solís, no era sólo un café con abolengo, era más bien una institución nacional. El turista que entonces (finales de los cincuenta) llegaba a Montevideo, sabía que los puntos clave de la ciudad, las postales que no podía omitir, eran el Palacio Legislativo, el Mercado del Puerto, el monumento a La Carreta, el Jardín Botánico, el casino del Parque Hotel, el Estadio Centenario, el Teatro Solís, la Rambla de Pocitos y por supuesto el Tupí Viejo.

La ciudad asumía en esos años un aire de nostalgia, pero no se sabía bien qué cosas añoraba. Tanto la clase alta como la más modesta, pugnaban por mostrar una apariencia de clase media, que era en definitiva la que otorgaba al país su colorcito inconfundible. Desde ministros hasta líderes sindicales, todos apostaban en su atuendo por la discreción. Quizá la única diferencia notable se concentraba en el uso o el descarte de la corbata. La señal de poder y distinción que hoy otorga un Mercedes Benz, la daba entonces la corbata.

No obstante, en las ruedas casi cotidianas del Tupí Viejo no se tenía en cuenta ese detalle. Allí se juntaban periodistas, actores, obreros, profesionales, futbolistas, diputados, bancarios, artesanos, vendedores ambulantes, y hasta algún integrante del Consejo de Gobierno (eran épocas de Colegiado), como Eduardo Víctor Haedo, que sustituía su corbata oficial por un pañuelo de seda italiana que él consideraba más proletario. La verdad es que a nadie convencía con ese trueque demagógico. Todos sabían que don Eduardo Víctor era un farsante, pero un farsante simpático y sin soberbia, que se reía un poco de todos y también de sí mismo; así que cuando aparecía,

haciendo chirriar con su gravosa humanidad las tablitas, de añejo roble pero flojas, del viejo parquet, siempre le hacían un sitio en las animadas polémicas, a las que él llenaba de colorido. Hasta Biancamano, el camarero que era una suerte de prócer del Tupí Viejo, solía mirarlo con extraña devoción.

Otro concurrente casi diario era un experimentado homosexual, el Recio, que normalmente ocupaba una mesa solitaria junto a uno de los ventanales. Entre el teatro y el restaurante del Águila estaba la Escuela Municipal de Arte Dramático, donde Margarita Xirgú ejerció durante años su incanjeable docencia. Varios de los alumnos de la Escuela solían invadir el Café en juvenil algarabía. Siempre había alguno con un toque afeminado y que hasta caminaba con cierto contoneo. El Recio los miraba con crítico distanciamiento y recordaba un pasado no tan remoto en que había tenido que defenderse a trompada limpia (había noqueado a más de cuatro) de ciertos patoteros de extrema derecha, defensores escandalosos de la moral, la familia y la patria. Su moraleja era siempre la misma: “En mi tiempo había que ser muy macho para ser marica”. Los demás contertulios le festejaban frívolamente la salida, pero el Recio (que tenía su Unamuno bien leído) sabía que allí estaba condensado su “sentimiento trágico de la vida”.

La erección de la imponente mole del Edificio Ciudadela determinó la agonía y la muerte del Tupí Viejo. (Por un par de años lo trasladaron a un local sombrío de la calle Colonia. Parte de la clientela lo siguió, pero con desgano. Sin un paisaje que incluyera al Solís y la Plaza Independencia, sin los amplios ventanales y sin el Recio, que tuvo la coherencia de morirse tres días antes del traslado, aquello era un café cualquiera, pero nunca el Tupí Viejo.)

La agonía propiamente dicha duró cuatro o cinco semanas. Biancamano, que había sido el gran oficiante en aquel templo del ocio creador y ahora tenía asegurada su jubilación, no podía aceptar la abolición de un espacio que durante veinte años había sido su hogar.

Todavía continuaron, aunque en franca decadencia, las

tertulias de los fieles. Una tarde compareció el consejero Haedo y confesó que no vendría más (sólo faltaban quince días para el cierre definitivo) porque en la última sesión del Consejo se había acordado del Tupí y había estado a punto de llorar. “Imagínense si después aparece en los diarios una foto con el rostro del consejero Haedo bañado en lágrimas.” A la salida se encontró con el Recio, que ya andaba muy mal, y se abrazaron, tal y como si se les hubiera muerto un familiar querido.

Además, empezó a notarse un extraño desajuste en las ruedas de siempre. Ahora los obreros hablaban de teatro; los periodistas, de artesanía; los actores, de fútbol; los abogados, de crucigramas; los vendedores ambulantes, de política. Como si cada uno quisiera escaparse de su realidad inmediata.

El último día sólo quedaba Biancamano, con la mirada fija en la inmensa Plaza que iba a perder para siempre. Es claro que podía ser contemplada desde el otro extremo, pero la Plaza que él disfrutaba era la que aparecía en los ventanales del Café. Entonces llegó el último cliente, pero no era de los habituales. Era simplemente un periodista brasileño, que, enterado de este final de Norma, se había acercado para hacer una nota para *O Globo*, y acribilló a preguntas al pobre Biancamano, que al final le imploró que lo dejara tranquilo. Y el buen hombre optó por retirarse.

Cuando se fueron apagando las luces, las del insobornable sol y las eléctricas de Ute, allí quedó, como recortada en la penumbra, la silueta del camarero de la triste figura.

LOS ROBINSONES

Los robinsones eran cinco: Sören hablaba danés; Gertrude, alemán; Paola, italiano; Flavio, portugués, y Louise, francés. Como lengua marginal pero abarcadora, adoptaron el inglés. Provenían de dos naufragios distintos, acaecidos en una sola noche de alucinante borrasca. Extrañamente, los cinco cuerpos, sobrevivientes pero derrengados, aparecieron, a pocos metros unos de otros, en un extremo del pequeño islote. Los primeros en recuperar el aliento fueron Sören y Louise. Juntando sus pocas fuerzas, arrastraron a los otros tres a un lugar más o menos protegido, bajo unos árboles que se doblaban hasta casi quebrarse.

Por fortuna, amaneció con el cielo despejado y un sol que les pareció maravilloso, sobre todo porque les secó la piel y les dio calor. La visibilidad era perfecta, pero no había ningún barco a la vista, ni hundido ni navegante. De pronto se miraron y tomaron conciencia de sus desnudeces. Flavio fue el primero en hablar: “Tendremos que acostumbrarnos”. Todos asintieron, pero no fue fácil. Durante los primeros días se hablaban sin mirarse. Las tres mujeres trataron de encontrar hojas que les permitieran construirse por lo menos unos toscos taparrabos, pero fue inútil. Les importaba más cubrirse el pubis que taparse los senos. Los dos hombres en cambio no se preocupaban de sus propias desnudeces. Además, el clima no era un factor de riesgo, ya que por lo visto aquella zona era descaradamente tropical y sólo a la noche se levantaba una suave y bienvenida brisa.

La alimentación fue sin duda un problema, pero de a poco lo fueron solucionando. Las ramas que arrancaron de los árboles se convirtieron en instrumentos de caza, ante los cuales fueron sucumbiendo ratas, liebres, cangrejos, monos, jutías, algún pez que traían las olas. También

se hicieron expertos en la construcción de trampas. Por otra parte Sören, el danés, cuya movida existencia incluía una etapa de explorador, sabía encender fuego con dos piedras, y esa habilidad fue un elemento básico en el primitivo arte culinario de aquellos robinsones.

Al cumplirse aproximadamente un mes de su llegada (no tenían la noción exacta de los días transcurridos), ya habían logrado construir, con ramas y hojas, una choza rudimentaria. Las hojas grandes eran un descubrimiento reciente y podían haber servido para crear un modelo inédito de taparrabo, pero a esa altura el pudor había quedado atrás. Ya estaban tan habituados a sus respectivas desnudeces, que a nadie se le ocurrió resguardar sus vergüenzas.

Durante el día se dedicaban, todos juntos, o en grupos de dos, a las tareas de supervivencia. Pero en los atardeceres se reunían junto a la choza y empezaron a contarse sus vidas. El mayor era Sören, 40 años, y la menor era Paola, 22. Flavio, 37 años, casado, con dos hijos, nacido en Oporto, era arquitecto y tenía en Lisboa, con otro colega, un estudio que había ganado buena fama y trabajaba bien. Gertrude, soltera, 29 años, era traductora simultánea (en inglés, alemán y francés). Paola, italiana, 22 años, soltera, modelo, se divertía enumerándoles sus pasarelas completas y sus destapes profesionales, que habían sido un involuntario entrenamiento para la desnudez actual. Louise, suiza, nacida en Ginebra, casada aunque en trámite de divorcio, sin hijos, cajera de un *shopping center*, había dejado, cuando se casó, sus estudios de Humanidades, pero seguía siendo una lectora obsesiva (“aquí lo que más echo de menos es mi biblioteca”). En aquel hato de jóvenes, Sören era casi un patriarca; danés, 40 años bien llevados, barba tupida y semicanosa, carecía de un vínculo sentimental permanente, pero siempre le había ido muy bien con las mujeres; aparte de sus cinco años dedicados a la exploración y la investigación ecológica, ejercía el periodismo en uno de los principales diarios de Copenhague.

El hecho de que los cinco depositaran sobre las piedras

(unos con soberbia y otros con timidez) aquellos breves compendios de sus biografías, sirvió en cierto sentido para cambiar la atmósfera algo neutra de sus relaciones. Ya no se veían como objetos sino como personas, y también como cuerpos; se miraban con prevención, con asombro y también con simpatía, más o menos como acontece en la mayoría de las familias. Con una diferencia: aquí y ahora las desnudeces volvieron por sus fueros, y en consecuencia hubo vistazos de indagación y hubo rubores.

El islote era pequeño y lo recorrieron de costa a costa. No detectaron presencia humana, aunque sí algún indicio de que tal vez la había habido. Por ejemplo un cuchillo con hoja de acero inoxidable, que les fue muy útil en las tareas de caza, cocina y construcción. Había dos zonas boscosas y el resto eran tierras llanas, praderas de altos pastizales. Sólo existía una elevación, que concluía en un precipicio o despeñadero que daba al mar y provocaba un vértigo casi incontrolable. La única vez que ascendieron hasta allí y miraron hacia abajo, Paola dijo: “Qué incitación para el suicidio”, y Sören agregó: “No es descartable que el dueño del cuchillo haya venido aquí y sucumbiera al vértigo”. Nadie festejó la ocurrencia y todos volvieron callados al campamento.

De vez en cuando hacían giras de inspección. Una mañana se repartieron en dos grupos: Flavio, Gertrude y Paola fueron hacia el norte, los otros dos hacia el sur. Después de una larga caminata, Sören y Louise entraron en el bosquecito número dos. Se echaron en un lecho de hojas. De pronto él notó un brillo extraño en los ojos de la suiza, tan extraño que él advirtió en su miembro una repentina y firme erección. También Louise detectó esa incitante novedad. Entonces cerró los ojos, pero en los párpados le quedó un temblor. Él estiró un brazo hasta alcanzar su mano y ella fue abriendo lentamente sus piernas. El acto de amor fue intenso y singular, ya que las palabras que acompañaron las caricias primarias y las profundas, no se entendieron tan hondamente como los cuerpos: las de Sören eran en danés y las de Louise en francés. El orgasmo no admite traducciones.

Cuando regresaron al campamento, los otros ya habían vuelto. No fue necesario dar ninguna explicación, ningún boletín de noticias. La nueva situación era evidente. “Enhorabuena”, dijo Gertrude, y todos sonrieron. Sin embargo, a la noche Louise y Sören, por respeto a los demás, no durmieron juntos.

La segunda unión, de Flavio y Gertrude, no fue tan espontánea. Habían quedado solos en el campamento y lo discutieron largamente. Esta vez no hubo enamoramiento ni atracción irresistible. Más bien el resultado de un plan. El tema que Flavio depositó sobre las piedras, cada vez más lisas y gastadas, fue el de la exigencia de los cuerpos. “Tú y yo somos jóvenes y el cuerpo nos pide sexo. Por lo menos a mí. ¿A ti no?” “También a mí, pero no es tan fácil. Por ti puedo sentir una atracción física, provocada quizá por la prolongada abstinencia, pero no amor.” “¿Quién habla de amor? Se trata de necesidades.” “¿Y por qué me lo planteas a mí y no a Paola, que es más linda y más joven?” “Porque tú eres una persona mentalmente adulta, capaz de comprender de qué se trata, y Paola en cambio es mucho más inocente (y hasta diría pacata) de lo que parece. Un día lo hablé con ella, sin entrar en mayores precisiones, y me dio a entender que para ella el sexo sin amor no es erotismo sino pornografía.” “No está mal.” “Concretando: ¿cuál es tu respuesta?” “Te confieso que todo este intercambio de opiniones me ha ido, no diría calentando, sino entibiando el cuerpo. Así que cuando quieras.” “Hurra por el pragmatismo germánico.”

Se tendieron entre unos matorrales y allí fue donde los vio Paola. Ellos ni se dieron cuenta de su presencia, tan concentrados estaban en su nudo corporal. La italiana tuvo tiempo de ver y de asombrarse. Por lo común, una pareja, en la privada instancia de practicar su coito, suele vivir una instancia de prodigio; en cambio, para el que ve desde fuera, puede ser un motivo de excitación pero también de aversión, de repulsa. Así lo fue para Paola, que se retiró lentamente y se tendió en la choza, con un llanto amargo para el que no hallaba explicación. Cuando volvieron los otros cuatro, ella no quiso comer, dijo que le dolía la

cabeza y quería descansar. En el largo insomnio se vio sola, aislada, excluida de los que se unían, y allí, mientras los demás dormían, tomó la decisión.

En una tabla que les servía de mesa, grabó con el cuchillo, en su escueto inglés para que todos lo entendieran: "Thanks. Good bye for ever. Paola". Después, extraviándose a veces en lo oscuro, caminó hasta el despeñadero. Era una noche de luna, así que pudo ver el mar, allá abajo, con olas gigantescas. Murmuró para sí misma una brevísima oración, se cruzó de brazos, y así, se arrojó al vacío.

A la mañana siguiente, el primero que vio la leyenda de despedida fue Flavio. Enseguida despertó a los otros. "Se ha matado", dijo Gertrude. "¿Recuerdan lo que dijo aquella vez que fuimos al despeñadero?", preguntó Sören. "Vamos allá." Y hacia allá fueron, siguiendo algunas de sus débiles huellas. Abajo, bien abajo, entre las rocas asquerosamente puntiagudas, estaba el cadáver de la modelo. Ni siquiera las olas habían querido llevársela.

En las dos semanas que siguieron reinó el silencio. Se cumplían las tareas imprescindibles. No hubo más uniones de los cuerpos. Sólo cuando apareció el barco inglés recobraron el ánimo y empezaron a hacer frenéticas señales. Por fin fueron vistos y una lancha vino a recogerlos. En el viaje hasta La Coruña hablaron entre sí sólo lo indispensable. Los del barco les dieron ropas y la tripulación hizo una colecta para que tuvieran algo de dinero cuando desembarcaran. El barco no entró en el puerto; no estaba en su ruta. Avisó que traía cuatro naufragos y vinieron a recogerlos. Ya en tierra, cumplieron los trámites de rigor. Les permitieron que desde allí telefonaran a sus familias. Luego atravesaron el Paseo Marítimo y caminaron hasta la Plaza de Santa María del Campo. Fue allí que decidieron separarse. Por primera vez tras el suicidio de Paola, la tensión bajó, se abrazaron, intercambiaron direcciones y teléfonos. Luego Gertrude se fue sola; también Flavio se fue solo, pero en otra dirección. Sören y Louise, en cambio, se quedaron allí, indecisos pero abrazados.

MÁS O MENOS HIPÓCRITAS *

—No, Sánchez, no está mal informado. Hace ocho años que no publico nada. Y algo más grave aún: hace ocho años que no escribo.

Sergio Govoni pronuncia la última frase como si estuviera leyendo una pancarta; con un tono levantado pero uniforme, hecho más de rutina que de convicciones. El periodista esboza una sonrisa escéptica.

—Con todos los respetos: me consta que lo primero es cierto, pero lo segundo no puedo creerlo. Después de publicar cinco libros de poemas y siete novelas, de haber obtenido premios internacionales nada despreciables y excelentes críticas en todas partes, resulta difícil admitir que usted decida en un santiamén borrar de la literatura.

—¿En un santiamén? ¡Cuánto hacía que no escuchaba esa palabrita! Tiene su encanto ¿no?

—No se me escabulla, don Sergio.

—¿Borrar de la literatura? Eso no. Ahí están mis libros. Buenos o malos, ahí están y nadie puede borrarlos. Lo que he decidido borrar son mis futuros libros.

—¿Y le parece justo?

—¿Qué tiene que ver con esto la justicia? Se trata de una decisión personal, nada más. ¿Por qué se sorprende tanto? ¿Acaso mis sesenta años le parecen una edad prematura para jubilarse? Fui precoz, pero en otros rubros. Nadie es precoz para jubilarse.

—Sesenta tiene ahora. Cuando publicó *Alientos y desalientos* tenía cincuenta y dos.

* N. del E. Este texto formó parte, como primer capítulo, de la novela colectiva *La muerte hace buena letra* (Ediciones Trilce, Montevideo, 1993), en la que participaron once narradores uruguayos. Se incluye en este volumen, como relato independiente, con autorización de la mencionada editorial.

—Tiene razón. Después de todo, cualquier edad es buena para dejar un oficio. Fíjense en Salinger: hace más de veinte años que no publica. ¿Y qué me cuenta del poeta Enrique Banchs? En 1911 publicó *La urna*, y se acabó, y eso fue cincuenta y siete años antes de su muerte. ¿Y Rulfo? *Pedro Páramo*, su último libro, es de 1955, y murió treinta años después.

—Son excepciones. ¿Quiere que le diga una cosa? Durante muchos años pensé que usted, por su estilo, por su actitud vital, por la coherencia de su obra, era hombre de reglas y no de excepciones.

—No me joda, Sánchez. Nadie quiere ser excepción. Ni siquiera el más ambicioso. Para llegar bien alto, hay que seguir el caminito de las reglas. Las excepciones siempre quedan en la ruta. Usted me dirá que luego pueden ser reconocidas y ensalzadas por la posteridad.

—Claro que se lo digo.

—Pero ¿a quién le importa la posteridad? Ni siquiera le importó a Kafka, y era genio. Kafka se hizo ca[f]ca en la posteridad.

—Menos mal que el bueno de Max Brod estuvo ahí para salvaguardar las venerables heces. La posteridad, agradecida.

—Estamos de humor negro, ¿no?

—Olvídese de Kafka. ¿Puedo hacerle la primera pregunta?

—Ya era hora. Puede. También puede poner, como en las encuestas: “no sabe, no contesta”.

—Sergio Govoni: ¿por qué dejó de escribir?

—No sabe, no contesta.

—Por favor, don Sergio, no me tome el pelo.

—¿Al pan pan?

—Al pan pan.

—Dejé de escribir porque me quedé sin temas, así de sencillo.

—No tan sencillo.

—Dígame, Sánchez, ¿usted quiere publicar las respuestas mías o las respuestas que usted imagina que son las mías?

—No es forzoso que no coincidan. Pero no. Quiero las tuyas, claro.

—Déjeme pensar. Déjeme pensar. No me gusta que me empujen.

—¿Le cuesta tanto recomponer el motivo de una decisión tan importante?

—No es que me cueste. Lo que sucede es que ustedes a veces simplifican. Quieren una respuesta única, compacta, y por añadidura que sirva para el título del reportaje. ¿Qué provocó la crisis del Golfo? Y responden la invasión de Kuwait. Y no. Es mucho más complejo.

—¿Qué provocó su crisis del Golfo?

—Se imaginará que hay más de un motivo. Por una sola razón no habría dejado de escribir. Son varias.

Govoni abandona la mecedora y se acerca a un mueblecito de roble, de aquellos clásicos, con cortina y cajoncitos. Mientras él hurga en las gavetas inferiores, Sánchez puede echarle una ojeada a aquel ambiente un poco sofocante. No logra distinguir si las paredes, repletas de libros, lo protegen o lo amenazan. En tres o cuatro huecos aparentes, oprimidos por diccionarios y enciclopedias, hay un dibujo de Barradas y otro de María Carmen Portela, un gauchito de Blanes (¿será una copia?), un óleo maravilloso de Alfredo De Simone. Nadie de los actuales, anota mentalmente Sánchez, pero el De Simone lo llena de saludable envidia. Ni fax ni computadora. ¿Para qué, si ya no escribe? Sólo una vieja Remington, de teclas desniveladas y con ictericia, aparece como testigo de un pasado profesional.

Mientras el escritor le da la espalda, inclinado sobre unas carpetas en las que busca y rebusca, Sánchez se fija en cierta meseta de calvicie que no era perceptible cuando estaba erguido y de frente. Su aspecto general no revela un cuidado particular, ni siquiera esa coquetería de corredor de fondo en que suelen caer algunos veteranos, pero se le ve confortablemente instalado en la tercera edad. No obstante, cuando se endereza, con la (por fin) hallada carpeta en la mano, no puede evitar una breve mueca, como si alguna de sus bisagras hubiera rechinado. Le alcanza a Sánchez una fotografía. Se reserva otras.

—Ésta es Amparo, mi primera mujer.

La foto es en colores, pero algo desvaídos. Una muchacha posa con naturalidad, los brazos apoyados en una baranda de hierro, dedicándole al fotógrafo ocasional una sonrisa franca, cautivante. Sin embargo, lo que más atrae de esa presencia inmóvil son los ojos, penetrantes y oscuros.

—Es Amparo Serrano ¿verdad? Alcancé a verla en *Casa de muñecas*. Yo era un botija y me pareció maravillosa.

Govoni vuelve a la mecedora. Ahora parece menos tenso, pero también más desvalido.

—En realidad, su apellido no era Serrano sino Morente. Decía que le sonaba a muriente, y por eso se lo cambió para el teatro. Tiene usted razón: Era maravillosa.

—¿Quiere hablarme de ella?

—Nunca hablo de ella. ¿Sabía usted que se suicidó?

—No. No sabía.

—Casi nadie lo sabe. Creo que sólo su madre y yo. Y el médico de familia, claro. En esos años, el suicidio era una gran vergüenza. Más o menos como el sida hoy. La prensa montevideana jamás mencionaba un suicidio doméstico, sólo los del exterior. De modo que lo ocultamos. Oficialmente fue un infarto. Vamos, Sánchez, no se conmueva así. Esto sucedió hace mucho.

—También usted se conmueve.

—Puede ser. Viví con ella siete años intensos. Y además su muerte fue algo inesperado. Nunca supe por qué lo hizo. Ni siquiera habíamos tenido una discusión.

—¿Quiere que apague el grabador y me lo cuenta?

—Apáguelo si quiere, pero ¿qué quiere que le cuente si no sé nada? Sólo puedo contarle mi desconcierto.

—¿Y la madre?

—Me echó la culpa. Como todas las madres. Nunca creyó en mi perplejidad. Ni mucho menos en mi congoja.

—Supongo que usted habrá barajado posibilidades.

—Todas. ¿Infidelidad de mi parte? Mi lema siempre ha sido: fiel, pero no fanático. No se ría. Pero justamente entonces llevaba tres años de fidelidad ininterrumpida. Y ella lo sabía. Las mujeres siempre saben esas cosas. Por

intuición femenina, o por chisme de una amiga, pero las saben.

—Usted perdone. Pero ¿no pudo haber infidelidad de parte de ella? ¿O quizá un indicio de infidelidad? ¿No pudo acaso enamorarse de otro hombre y haberse sentido insoportablemente culpable?

—¡Cómo cambian los tiempos! O dicho de otro modo: cómo me he vuelto viejo. Si hace diez años, alguien me hubiera hecho esa pregunta insolente, sencillamente le habría roto la cara.

—Perdone, don Sergio. No pensé que... Además le avisé que había detenido la grabación. Creí que hablábamos amigablemente, confidencialmente. Perdone.

—Está bien, está bien. No crea que no comprendo que en el periodismo actual la insolencia es una virtud. Y tal vez tengan razón. La intromisión en la vida privada tiene gancho, vende más. Por eso voy a responderle. No creo que Amparo tuviera otro hombre, o pensara siquiera en tenerlo. Estábamos muy unidos, ¿sabe? Éramos jóvenes. El sexo funcionaba admirablemente, los cuerpos se necesitaban, se echaban de menos. También hay que reconocer que los hombres no somos desconfiados y a veces nos pasan. Pero si somos confiados es por exceso de vanidad. ¿Cómo una mujer va a preferir a otro si me tiene a mí, que soy y estoy bárbaro? ¿Usted sabe aquello que del dicho al hecho hay un gran trecho? Bien, pero del machista al cornudo, ese trecho es menudo. Mal chiste, ya sé. No me haga caso, Sánchez. Hablo por hablar. Estoy totalmente seguro de que Amparo me era fiel.

Govoni se mece parsimoniosamente. Pero está en otra parte. Sánchez respeta aquel ensimismamiento. En realidad, no está muy seguro de cómo continuar el diálogo. Por fin Govoni vuelve a tierra, lo mira como extrañado de su presencia y advierte que tiene más fotos en la mano. Elige una y se la alcanza.

—Es Julia, mi segunda mujer. Segunda y última.

En la foto, Julia y Sergio, abrazados, no miran hacia la cámara. Se miran ellos. Tienen aspecto de felices. Con reticencias, pero felices.

—No elegía mal usted, ¿eh? Tiene un atractivo distinto al de su primera mujer, pero es hermosa.

—Ésta sí me dejó por otro.

—¿Otro intelectual?

—No. Un jugador de básquetbol. Otra forma de suicidio.

—¿Lo cree realmente así?

—No, no lo creo. Pero es una buena cita de mí mismo. La usaba un personaje de mi tercera novela. Pero él decía eso, porque su mujer lo dejaba por un obrero de la construcción. De todas maneras, es menos humillante. Un obrero de la construcción es algo, alguien. Pero un basquetbolista... ¿No es absurdo?

—No veo por qué.

—Lo que pasa es que usted piensa en un deportista culto, que también los hay ¿por qué no? Éste en cambio era bruto. Musculoso iy un metro ochenta y ocho de altura! Lo sé porque él siempre lo estaba proclamando, como si exhibiera un doctorado de La Sorbonne.

—Todavía le guarda un poquito de rencor ¿no?

—Nunca fui rencoroso. Más bien suelo aburrirme de mis rencores. Me pareció una idiotez de parte de Julia, sólo eso. Si bien admito que ella me gustaba (le aseguro que en la cama hacía portentos) nunca estuve francamente enamorado. Julia no es Amparo. Nunca la pudo reemplazar. De modo que en algún sentido su partida fue una liberación. A los seis meses se cansó de su musculoso e intentó volver. Pero no quise. No por orgullo ¿entiende? Más bien por cierta estética de la dignidad. Lo cierto es que nunca más encontró acomodo. De vez en cuando me llegan noticias. Anduvo con un arquitecto, después con un fotógrafo, luego con un secretario de embajada. Del Este, claro. Lo último que supe de ella es que se había vuelto feminista.

—Dígame, Govoni. ¿La suspensión de su escritura arranca del suicidio de Amparo o del abandono de Julia?

—Cuando se mató Amparo escribí un largo poema, bastante desgarrado por cierto, que más tarde rompí. No podía soportarlo. Fue el último. Sin embargo, seguí escribiendo prosa y publicándola. Después que concluyó lo de Julia, ya no sólo no publiqué sino que tampoco escribí nada.

¿Quiere saber cuál es la diferencia? Cuando se mató Amparo, quedé vacío; cuando se fue Julia, me sentí libre. Ante aquella muerte, me encontré sin fuerzas; frente a este abandono, las recuperé. O sea que, al parecer, al menos en mi caso, ni la ausencia ni la libertad fueron motivo de inspiración.

—Pero usted dice que recuperó las fuerzas.

—Para vivir, pero no para escribir. Por eso hoy puedo mirar mis libros como si hubieran sido escritos por otro. Dejé de ser un autor mediocre para convertirme en un lector inteligente. Y le confieso que disfruto bastante en mi nueva condición.

—Ese párrafo podría haber figurado en su novela *La falsa modestia*. Honestamente, ¿usted cree que esa obra fue escrita por un autor mediocre?

—Es el caso, poco menos que milagroso, de una excelente novela, escrita por un novelista, no diría mediocre, pero sí mediano. ¿Qué le parece este autodiagnóstico?

—Un autoengaño. O quizá una simulación.

—Usted no me quiere demasiado, ¿eh?

—Hombre. Soy uno de sus lectores más fieles, y en consecuencia me siento frustrado por su silencio literario.

—Espero que comprenda que salvarlo de su frustración no es para mí incentivo suficiente para volver a escribir.

—Usted tampoco me quiere demasiado, ¿eh?

—No. ¿Y sabe por qué? Porque usted y yo somos dos hipócritas, pero yo le llevo la ventaja de mi madurez. La hipocresía inmadura me resulta insoportable.

—¿Y por qué carajo accedió entonces a concederme la entrevista?

—No se sulfure, mi amigo. No se sulfure. Le concedí la entrevista, es cierto, pero como me considero un hombre libre, ahora le retiro la concesión.

—Ya es tarde, Govoni. Todo está grabado.

—Lo sé, lo sé. Ahí fue cuando reconocí que usted era un hipócrita inmaduro: cuando me dijo que no estaba grabando y sin embargo seguía encendida la lucecita roja. Usted trataba de ocultarla, pero igual lo pesqué. Un hipócrita inmaduro.

—Ante todo soy un periodista. En el diario no me pidieron una entrevista de indagación literaria, sino que le hiciera una sola pregunta: ¿por qué dejó de escribir?

—¿Y usted cree que le respondí?

—Está grabado, Govoni.

—Sí, está grabado. Pero usted, muchacho, va a abrir ahora su aparatito, va a extraer la casete y la va a depositar tranquilamente sobre esta mesa. Usted y yo somos dos hipócritas, pero ambos sabemos que la casete va a quedar aquí, ¿no es cierto?

Sánchez aprieta los labios, sin pestañear. Luego adelanta dos dedos y oprime la tecla *eject*.

AUSENCIAS

1

Obedeciendo a una nostalgia que era casi una costumbre, Fabián abrió su billetera y extrajo con cuidado el papel, ya amarillento, doblado en cuatro. Era la última es-
quela de Juliana, escrita cinco años atrás: “Fabianzuelo: qué bien lo pasamos ayer. No quiero pedirle más recom-
pensas a la vida. Así ya está bien. ¿Para qué más? Creo que nunca antes me había sentido tan a gusto contigo y
conmigo, con tu cuerpo y con mi cuerpo. Ahora tengo que irme, qué lástima, pero será apenas por una semana. Ya te estoy echando de menos, ya quisiera tenerte. Y que me tuvieras. Ojalá que nos dure esta necesidad del otro. Y nada más. No te mando besos de papel, porque no pueden competir con los verdaderos. Sólo de evocarlos, me estremezco. Hasta el sábado. Juliana”.

Con el papel aún desdoblado en la mano, Fabián miró por la ventanilla. El autobús atravesaba una campiña levemente ondulada, con trigales a ambos lados de la carretera. Pero él miraba sin ver. Fabianzuelo. Fabianzuelo. Así le había puesto ella porque, decía, la había pescado y bien pescado, y por fortuna no la soltaba. Tenía razón: aquella jornada había sido como un milagro. Nunca había imaginado tanta compenetración, tanta angustiada felicidad. Angustiosa porque él siempre había intuido que sería a término. Ojalá que nos dure, había escrito ella. Pero no duró. Juliana se había esfumado. Él la buscó, al principio con desconcierto, después con desesperación, luego con paciencia, con rigor, siempre con tristeza. Sabía que también la familia la había buscado con tenacidad, pero habían sido tiempos duros para cualquier búsqueda. Todos ignoraban, y los que acaso sabían, no vacilaban en mentir. Mentían que ignoraban, pero nunca ignoraban que

mentían. Para Fabián, la imagen de Juliana ocupaba todo su aforo de añoranzas. Una añoranza que él sentía en su boca, en sus ojos, en sus manos, en sus piernas, en su sexo. Juliana no era la ausente sino la Ausencia.

2

¿Cuánto hacía que Fabián Alvez no pisaba los adoquines de San Jorge? Tenía la impresión de que no sólo sus pies sino también sus zapatos, echaban de menos el asfalto de la Capital. Sin embargo, aquella tranquilidad casi abusiva le venía bien. Como si sólo ahora se enterara de que durante años había sentido nostalgia de esta calma. Las calles arboladas eran un marco adecuado para el paso cansino de la gente. Hasta los pájaros aportaban su ritmo de verano. Iban de árbol en árbol, sin armar alboroto, planeando con las alas inertes, o volaban con una alternancia perezosa, como si fueran pájaros de sueño. Pero no eran de sueño. Sólo que no estaban pendientes de las alarmas y los semáforos de la metrópoli. Las casas y las casitas eran modestas pero recién pintadas de un blanco sin brillo: un fondo más o menos adecuado para las ventanas y persianas verdes. Eran las siete de la tarde y entre los árboles asomaba el río.

La pensión Brescia aún sobrevivía. Pobre, decorosa y limpia. Le dieron una habitación amplia. Había una cama con barrotes de bronce bien pulidos, una mesa de pino nudoso, dos sillas y un ropero con las hojas algo desencontradas y los estantes con un pasado de polillas. Depositó la valija sobre la mesa pero ni siquiera la abrió. Se quitó el saco, el cinturón y los zapatos y se tendió en la cama, que chirrió, quejosa. En el techo había una mancha oscura, una suerte de círculo con flecos. Se puso los lentes para ver de qué color era el esperpento. La mancha era marrón. Mirándola, mirándola (se divirtió pensando: Pico della Mirandola), se quedó dormido.

Durante todo este tiempo de malquerida soledad, soñar con Juliana había sido un premio para él. Raras ve-

ces lo había merecido. Pero esta vez soñó con ella. La divisó desde lejos. Estaba sentada en un banco de la plaza, no en San Jorge sino en Cabañas. Tenía una blusa roja y una pollera clara. Ella lo saludó alzando un brazo, y él decidió acercarse. Pero a medida que avanzaba, el banco se iba alejando. Y Juliana con el banco. Al principio el sol le daba en la cara, pero, gracias a aquel desplazamiento, Juliana y el banco fueron entrando en la zona de sombra. Fabián tuvo que correr para alcanzarlos, y cuando al fin estuvo junto a ella, le tendió una mano y pudo librarla de aquella alienación. Esto más que un tíovivo parece un tíobobo, dijo él y ella sonrió. Le pasó un brazo por la cintura, todavía sin besarla, y le preguntó cuándo pensaba volver. Ella sonrió, cautivada y cautivante, pero en el preciso instante en que iba a hablar, él despertó.

3

A la mañana siguiente, después del desayuno (café con leche, tostadas y mermelada de durazno), salió a reconocer, casi a recuperar el pueblo. En las acacias y paraísos de la plaza se notaba el tiempo transcurrido. Como si hubieran entrado en la tercera edad. El frente de la iglesia estaba descascarado, pero aun así infundía respeto. Cuatro o cinco chicos movían una pelota, se la pasaban con precoz elegancia y con la visible convicción de que les esperaba un futuro de estrellas.

Fabián cruzó la plaza en diagonal y tomó por la calle Dragones. Sabía lo que buscaba. Frente al número 12-A se detuvo. Nunca se había explicado el agregado de la A, pues no había ningún 12 a secas. Una de las persianas estaba cerrada; la otra no. Por la acera de enfrente pasaron dos parejas y un señor con bastón. Todos lo miraron con la curiosidad que suele provocar un rostro anónimo. Por fin decidió empuñar el pesado llamador de bronce y los golpes sonaron en la calle de domingo como dos martillazos. Las verdes persianas del 25 y el 28-A (tampo-

co había un 28 a secas) movieron sus pestañas. Por fin, después de un rato, la puerta se abrió. Apareció una muchacha, bien parecida, con una túnica blanca. Al principio lo miró con reprobación, luego sonrió. Él dijo buenos días y preguntó si allí vivía o había vivido Juliana Risso. “Sí, pero hace mucho.” “¿Sos su hermana?” “Sí.” “¿Carmela?” “Sí, ¿y vos quién sos?” “Fabián.” “Ah, el novio.” “Al menos eso fui en un tiempo, antes de que Juliana se esfumara.” Carmela pareció vacilar. Le dedicó una nueva mirada de evaluación. “¿Querés pasar?” “Si no molesto.”

4

El patio interior era acogedor y luminoso. Una pared, casi totalmente cubierta por una enredadera invasora y compacta, atenuaba la sensación de bochorno. Con un gesto, la muchacha le sugirió que se quitara el saco y él obedeció. Ella quedó a la espera y él preguntó si tenía alguna noticia de Juliana. “Ninguna. Hace cinco años que dejó de escribirme, nunca más supe de ella. Ahora ya no lloro, pero lloré mucho. No sólo era mi hermana, también era mi amiga, mi compañera, mi confidente.” “¿Y a qué atribuí ese silencio?” “A que la desaparecieron, como a tantos. ¿Acaso no sabés que la democracia no llegó a los cementerios? Sólo los vencedores tienen tumbas.” “¿Y tus padres?” “Ellos no lucharon y por tanto no fueron vencedores, pero al menos tienen tumbas. El viejo murió hace tres años. Mamá, el año pasado.” “¿Vivís sola?” “No, vivo con mi tío y con mi hermano, pero sólo vienen los fines de semana. Los dos trabajan en el campo.” “¿Y no has pensado en irte a Montevideo?” “¿Qué voy a hacer allá? Además, no puedo irme yo también, como Juliana, y dejarlos a ellos, que son lo único que me queda.” Por un momento Fabián se quedó sin tema, pero ella preguntó: “¿Y vos? ¿Por qué nunca viniste por acá?”. “Es demasiado largo de contar, y tampoco estoy muy seguro de que quiera contarlo.” Ella echó su cabeza hacia atrás, como si la hubie-

ran agredido. Fabián trató de tender un puente mínimo, todavía frágil: “¿Quieres que te invite a almorzar? Si mal no recuerdo, había en la plaza una fonda donde se comía bien”. Carmela se tomó un minuto para considerar la oferta. “No, mejor no.”

5

A las once de la mañana el sol picaba. Con el saco en el brazo, Fabián se fue acercando al río. Cuando por fin llegó, se tendió en el césped, entre dos pinos todavía vigorosos. Este río, que casi no corría, tenía sin embargo su hechizo. Tal vez porque había aspirado a ser un lago y no lo era. Sólo se lo veía moverse en la orilla, donde de vez en cuando venía a lamer la escasa arena.

La relación con Juliana se había consolidado en Montevideo, pero en las pocas veces que venían a San Jorge, les gustaba compartir sus silencios con el silencio del río. Allí no se besaban, ni siquiera se abrazaban. Tan sólo se miraban, pero eran miradas que sobrellevaban una hondura que no tenía cabida en la ciudad grande. Sólo les sucedía eso junto al río. Los trepidares, las frenadas y bocinas de la carretera se burlaban un poco de esa calma antigua, pero estaban demasiado lejos como para desvirtuarla. Ahora Fabián, callado por nostalgia, registraba la ausencia de aquel silencio contiguo, de aquella mirada que penetraba en la suya y viceversa.

Durante los tres años que precedieron al mutis de Juliana, no había habido espacio ni pretextos para la infidelidad. La historia de sus sentimientos había estado como empotrada en la congoja social de esos años y los había limpiado de cualquier frivolidad a la hora de pensar en sí mismos. Después de todo, pensaba Fabián, la asunción de la tristeza no es tan negativa como parece. Hay una alegría extraña en saber que aún podemos estar tristes. Significa, entre otras cosas, que no estamos perdidos. A veces, recordaba Fabián, nuestro abrazo tan estrecho incluía desolación, no por nosotros sino por los otros. Y hasta

el orgasmo podía convertirse, increíblemente, en una estación de duelo. Por suerte, lo mejorcito de la pena siempre arrastra consigo algo de amor.

Mientras tanto el río, obstinado en no fluir, en exhibirse casi inmóvil, era una versión nueva de aquel viejo silencio. Fabián se sintió en paz, pero una paz dolorosa, pródiga en enigmas, desprolija. Se miró las manos con un poco de lástima y otro poco de condescendencia. Le amargaba y a la vez le asombraba que las suyas fueran manos que no tocaban, no palpaban, no acariciaban. Manos solitarias, abandonadas, viudas.

6

Con el paso de un otoño apacible, la habitación de la pensión Brescia fue adquiriendo intimidad. Ahora la mesa tenía libros, una libreta de apuntes, en la pared un afiche con árboles y una estatua de espaldas. La clientela de la pensión era gente de paso: por lo común, viajeros de comercio, que apenas se quedaban una noche, o sea que en el desayuno sólo había espacio para un ronco buenos días y un chau indiferente.

Por la mañana iba a la plaza a leer. Las palomas, más blancas que en otras partes, y que al principio alborotaban en su fuga ritual, ahora ya lo aceptaban como una presencia familiar. Alguna que otra tarde iba a lo de Carmela. No los sábados ni los domingos. No se sentía con ánimo de enfrentar el presumible interrogatorio del tío y el hermano.

Cada vez se sentía mejor con la muchacha. También ella se sentía cómoda, acompañada. Al principio hablaban casi exclusivamente de Juliana. Los recuerdos de Fabián y los de Carmela se complementaban y la imagen de la ausente iba adquiriendo forma. Carmela sostenía que su hermana siempre había tenido para ella una zona de misterio. La menor se abría ante Juliana como una mera táctica para estimular su confianza, pero la otra no cedía a la provocación. Hablaba de muchas cosas (interesantes, reveladoras) pero no de sí misma.

Fabián sabía más (no mucho más) de Juliana, pero ya que ésta había callado, informar a Carmela de una peripetia o un rasgo adicionales, a él le parecía una minúscula pero evidente traición.

“Yo sé que vos sabés más cosas”, decía Carmela, “pero comprendo que las guardes. Me imagino que serán algo así como las claves de tu relación con ella. ¿O no?” Fabián no lo negaba. Sólo sonreía, paciente y amigable. La simpatía de la muchacha era como una versión primaria, casi un borrador, del encanto imborrable de Juliana, pero también había tonos de voz, gestos durante el silencio, miradas insondables, que traían el recuerdo de la imagen en falta. Carmela era discreta. No indagaba. Simplemente, absorbía lo poco que contaba Fabián, y siempre hallaba en ese informe retaceado algún detalle inédito que incorporaba a su registro.

Llegó un día, sin embargo, en que la evocación de Juliana alcanzó su límite y los testimonios de una y otro empezaron a repetirse. Entonces entraron, sin ponerse de acuerdo, a dos territorios sin censura: la infancia de Carmela y la infancia de Fabián. Para ambos fue un alivio desenterrar la memoria sin entrelíneas ni cortapisas. Jugaron a recuperar imágenes o episodios determinantes. Hechos o palabras que abrieron un rumbo o clausuraron otro.

Carmela narró lo de Facundo, un niño, hijo de campesinos, que fue llevado por sus padres a la escuela rural, la misma en la que ella estaba terminando primaria. La maestra (sólo recordaba que se llamaba María Eusebia) la llamó y le dijo: “Aquí disponemos de pocos elementos, somos pobres, tenemos que ayudarnos. Vos sos (durante las clases habría dicho: tú eres) la mejor de la clase. Sabés leer y escribir perfectamente. Facundo, no. Así que desde mañana, cuando terminen las clases, te quedás una hora más y le vas enseñando. Ya lo hablé con tus padres y están conformes”. Cuando Carmela emergió del asombro inicial, la idea le empezó a gustar. Facundo era analfabeto pero muy avisado. En realidad, no siguió ningún método, ni clásico, ni improvisado, pero el chico fue aprendiendo con una facilidad pasmosa. En pocos meses ad-

quirió lo fundamental. Al comienzo, escribía con unas letras de imprenta, cuadradas y torpes, todas mayúsculas, pero de a poco se fue arriesgando y empezó a usar una caligrafía más fluida, todavía primaria, pero diferenciando mayúsculas y minúsculas. Años después, Carmela se enteró de que Facundo había alfabetizado a sus padres, como una forma de agradecerle a Carmela lo que había hecho por él. A ella, más que el aprendizaje directo de Facundo, la marcó esa continuidad, esa inesperada constancia de que su trabajo (que para ella, apenas una niña de sólo once años, había sido un sacrificio asumido con entusiasmo y rigor) no había concluido en el niño analfabeto sino que se había proyectado, no sólo hacia el futuro (Facundo terminó siendo maestro) sino hacia el pasado, o sea sus padres.

“Frente a tu relato tan conmovedor”, dijo Fabián, “mi propia infancia se me desmenuza. Fijate que tu recuerdo es una instancia positiva: creaste y habilitaste a otro a seguir creando. Me parece maravilloso. Ojalá yo tuviera un recuerdo así. Pero no. Mi recuerdo determinante es triste, oscuro. Mis padres eran bastante pobres y vivíamos en un barrio muy humilde. Nuestra vivienda, al igual que las otras, era algo así como un ranchito, techado con viejas chapas de zinc. En una de esas casuchas vivía una señora, viuda, de unos sesenta años (para la escala de mis doce años, era una anciana), que, en pleitos sucesivos con algunos parientes de su marido, había perdido un no muy abundante legado que él había intentado dejarle. Vivía de una pensión exigua, con la que cubría a duras penas sus necesidades mínimas. No tenía amigos en Montevideo y era lo bastante orgullosa como para no pedir auxilio a unos sobrinos que vivían en Fray Bentos. Conmigo era cariñosa, decía que yo tenía un cierto parecido con ‘el difunto’. Yo no sabía si agradecer o no esa semejanza. Lo cierto es que a menudo me llamaba para que le hiciera algún recado. Ni ella ni nosotros teníamos teléfono, así que, como nuestras viviendas eran casi contiguas, se asomaba a la puerta y hacía sonar una campana. Nunca le acepté propinas, ya que aun

en esa edad me parecía que la propina entre pobres, no sólo era humillante, como siempre lo es, sino además ridícula. Su propina bienvenida era el afecto. Conversaba conmigo, me preguntaba sobre el colegio, me narraba anécdotas, siempre entretenidas, de cuando ella y su compañero habían vivido en México. Me sentía a gusto, también yo le había tomado afecto. Una vez pasaron cuatro o cinco días sin que sonara la campana y decidí ir a verla, pensando que acaso estaba enferma y precisaba algo. Golpeé en la puerta pero no vino a abrirme. ¿Se habría ido sin avisarle a nadie? Me acerqué a la única ventana y miré al interior. Lo que entonces vi me estremeció. Mi vieja amiga se había ahorcado. No me preguntes cómo lo había logrado, pero ahí estaba colgando su esmirriado cuerpo. Salí corriendo y llorando a contárselo a mis padres, pero no quise ir con ellos a ver de nuevo a mi primera muerta. Luego han llegado otras, pero nunca olvidaré ese primer dolor, esa noción primaria de nuestra fragilidad, de cómo en el abandono puede ir cobrando fuerza la tentación de la muerte”.

Cuando acabó su relato, Fabián miró a Carmela y vio que lloraba. Se le acercó y la abrazó con una ternura tan intensa que para él mismo resultó una novedad. Ella sólo dijo: “No te preocupes. Después de todo, como vos dijiste el otro día, hay cierta alegría en saber que aún podemos estar tristes”.

7

Al fin pudo llevarla a la fonda de la plaza. El dueño era un napolitano que se especializaba en ñoquis. En realidad, más que su plato especial, era, de lunes a viernes, su plato único, ya que sus otras ofertas, milanesas y spaghetti, sólo se incorporaban al menú los fines de semana. De modo que, como era jueves, pidieron obligatoriamente ñoquis. Que por cierto estaban muy sabrosos. También pidieron el *tinto de la casa*, y cuando se les ocurrió brindar, ambos dijeron casi simultáneamente: “Por nosotros”. Carmela en-

rojeció y era un rubor de culpa. Fabián movió su mano sobre el papel blanco que cubría la mesa hasta alcanzar la mano de Carmela. “¿Qué te pasa?”, preguntó sonriendo, “¿acaso no quieres que nos vaya bien?” “Sí, claro”, balbuceó Carmela, y optó por dedicarse a los ñoquis.

Después hablaron de San Jorge y su vida cotidiana. Era un pueblo quieto, con escaso movimiento, “tranquilo hasta la exasperación” opinaba Carmela. Según el último censo: ocho mil habitantes, con claro predominio de gente mayor y familias poco numerosas. Modesto centro de una zona rural, no eran muchos los jóvenes que se quedaban a trabajar en el campo. La mayoría huía hacia la capital, a seguir una carrera o en busca de un trabajo mejor remunerado. Buena parte de esa migración no lograba sus objetivos y se encogía en dos niveles de fracaso: los que deambulaban de changa en changa, a cual más miserable, y los que volvían, resignados y mustios, al duro trajín de la tierra. A cien metros de la plaza Constitución (un nombre que le quedaba grande) estaba el modesto Club Social, donde los sábados de noche se daba cine y cada tanto actuaba algún cantante folclórico. No obstante, el entretenimiento primordial era, como en todas partes, la televisión, y las antenas compartían con la ropa tendida el territorio de las azoteas. Ello contribuía a que aquel conglomerado de jubilados civiles y algunos retirados militares se enclaustrara en las salitas o en los dormitorios para ponerse al día con el acaecer del mundo ancho y ajeno y sobre todo para agitar el cóctel de sus sentimientos con el culebrón brasileño de turno.

Carmela tenía pocas relaciones en el pueblo. Casi todas sus compañeras de colegio se habían ido a Montevideo y ya ni siquiera venían a pasar las vacaciones en San Jorge. A veces se encontraba en la carnicería o en el supermercadito local con algunas de las mujeres, casi todas mayores, con las que intercambiaba saludos, sonrisas y comentarios intrascendentes que parecían fotocopias de los de la víspera y de todas las vísperas. Las más osadas llegaban a preguntar si había tenido noticias de su hermana y ella respondía lo de siempre. Y había una sola, con

aire de bruja, que insistía con la misma pregunta: “¿De veras que no tenés novio?”. Y agregaba: “Es raro, porque vos sos mucho más linda que tu hermana, la que se fue”. Carmela apretaba los dientes y no decía nada.

8

Cuatro o cinco días después, en una tarde de a ratos lluviosa, al comparecer una vez más en el 12-A, Fabián encontró una Carmela sombría, con los ojos llorosos, como si de pronto hubieran caído en su juventud cinco años más.

Ante la interrogante muda de Fabián, sólo dijo: “No te preocupes”.

“¿Pasa algo?”

“No. No pasa nada. Sólo que soy tonta y a veces me deprimó sin motivo. ¿Querés que te sea franca? No sé por qué estuve llorando. Quizá se deba a esta llovizna que todo lo vuelve gris. Cuando no hay sol, me viene un desconsuelo.”

Justamente el mal tiempo impidió que se quedaran en el patio. Carmela dijo: “Vamos a la cocina, así te hago café”. Luego, mientras ella vigilaba la cafetera, de espaldas a Fabián, éste la vio tan frágil, tan indefensa, tan invadida por un miedo inútil, que él también se sintió frágil, pero sobre todo conmovido. Sin pensarlo dos veces, se acercó a la muchacha y la abrazó desde atrás. Sin embargo, el abrazo no fue tan estrecho como para que ella no pudiera volverse y enfrentarlo.

Él empezó besando sus ojos, que otra vez tenían lágrimas, y cuando llegó a la boca, todavía de labios cerrados, sintió que algo pasaba en él. Y en ella, que de a poco y como a pesar suyo, fue entreabriendo los labios hasta recibir el beso con ansiedad y tristeza. Él tuvo suficiente presencia de ánimo como para estirar un brazo y apagar la cafetera, que empezaba a desbordarse, pero con el otro empezó a aflojar los botones de aquella túnica blanca, siempre impoluta, que era como un uniforme de Carmela. Lo dejó hacer, como resignada, pero cuando él terminó

por quitarle la túnica, ella cruzó sus brazos sobre el pecho y repitió varias veces: “No sé, no sé, no sé”.

“Sí que sabés”, dijo él y acabó de desnudarla. Entonces ella lo abrazó, pero aún no como respuesta amorosa sino más bien para ocultar, ante Fabián y ante sí misma, su desnudez. El la tomó en brazos (era tan liviana) y la llevó hacia el interior de la casa. Dedujo que en algún sitio habría una cama, pero tuvo que hallarla por sí mismo. Ella estaba demasiado ocupada con sus escrúpulos como para servir de guía.

Cuando por fin él estuvo, también sin ropa, tendido a su lado, ella pronunció un alerta honesto, un necesario aviso a la población: “Soy virgen”. Fabián se limitó a susurrar en su oído: “La virginidad no es un estado saludable, ¿lo sabías?” A ella le causó gracia aquella salida extemporánea, sonrió como para sí misma y sólo entonces terminó aflojándose, disfrutando las caricias y acariciando.

9

Fabián y Carmela se sentían a gusto en su nueva conjunción. Sin embargo, había una contradicción que compartían. Una contradicción llamada Juliana. Por un lado la añoraban y por otro eran conscientes de que su casi imposible regreso complicaría su relación naciente. ¿Pero cómo abrir o cerrar la puerta del futuro? En cada opción había ventajas y desventajas.

“Soy feliz contigo, pero a veces no me soporto”, confesaba Carmela. Fabián sabía el porqué pero de todos modos preguntaba. “Pienso en Juliana”, decía ella. “Juliana no está, Juliana se fue y no está”, decía él sin demasiada convicción. Tenía sus motivos para esa incertidumbre: cuando hacía el amor con Carmela, pensaba en Juliana; cuando abrazaba el cuerpo tan joven de Carmela, añoraba el cuerpo más maduro de Juliana. Y Carmela era consciente de esa sustitución. Paradójicamente, el consecuente sinsabor se convertía para ella en un incentivo, en un nuevo grado de excitación erótica.

En los fines de semana, cuando el tío y el hermano de Carmela volvían del campo, Fabián no hacía sonar el llamador de bronce del 12-A. Se quedaba a trabajar en la pensión Brescia. En uno de esos domingos de rutina familiar, Carmela había informado, como al pasar y sin darle mayor importancia, de la presencia de Fabián en San Jorge. “Por problemas de trabajo”, agregó precavida. Los hombres no hicieron ningún comentario. Bien le constaba a Carmela que nunca habían visto a Fabián con simpatía. Siempre habían atribuido a su influencia el hecho de que Juliana se comprometiera en una militancia absurda, misteriosa, y en consecuencia le hacían responsable, directo o indirecto, de su inexplicable desaparición.

En la pensión, la habitación de Fabián había ido adquiriendo un aspecto más o menos hogareño y tanto la dueña como el personal de servicio le otorgaban un trato familiar. Él aprovechaba los fines de semana sin Carmela, para escribir los artículos que enviaba a un diario montevideano, cuya ideología no compartía y que le pagaba miserablemente, pero al menos le permitía sobrevivir. El horno no estaba para bollos. Es cierto que ya no había censura oficial y confesa, como en los doce años de dictadura, pero seguía existiendo la extraoficial e inconfesa que ejercían los responsables de cada periódico, señores que se curaban en salud.

Teniendo en cuenta su pasado mediato y algo tenebroso, Fabián se limitaba a comentarios literarios, reseñas de libros y enfoques lo suficientemente medidos como para que nadie requiriera su ficha y su historial. Aún sobrevivían impugnadores vocacionales para quienes Kafka, Svevo o Baudelaire podían ser corruptos de las nuevas hornadas, y también nuevas hornadas “posposmodernistas”, creadoras de un nuevo género, la crítica con odio, que lo ignoraban todo acerca de Henry Miller, puede que algo pornógrafo pero con genio, y en cambio eran fanáticos alabanceros de Bukowsky y Lyotard, a quienes tampoco habían leído.

Fabián sabía que no podía quedarse mucho tiempo en San Jorge sin viajar a Montevideo y pasar por la redac-

ción del diario, a fin de que al menos el responsable de Cultura fuera consciente de su presencia autoral y no lo tratara como a un fantasma de segunda. Por otra parte, la única manera de cobrar sus magras regalías era comparecer en la apelonada administración, no sin antes lograr el vistobueno y el sello cuadrado y violeta estampado por el jefe de Redacción.

De manera que el martes se apersonó en el 12-A y le comunicó a Carmela que debía irse a Montevideo por tres o cuatro semanas. Motivo (o quizá pretexto, rumió instantáneamente Carmela): su trabajo en el diario. Luego, en la cama, se esfumó la desconfianza y Carmela se sintió más mujer que nunca. Así, acariciando y penetrando a Carmela-Juliana, y sintiéndose acogido con un amor fresco, regocijado y no obstante suspicaz, Fabián pensó que quizá no fuera preciso que se quedara tanto tiempo en la capital.

10

Encontró a Montevideo soleada y concurrida. Las ciudades con sol suelen ser acogedoras. Quizá por eso en el diario lo trataron mejor que de costumbre. Un tal Ferreiro, que era el nuevo responsable de Cultura, se mostró tan entusiasmado con sus artículos que resolvió aumentarle el estipendio.

De pronto Fabián se fijó más detenidamente en el aspecto del nuevo jefe, lo imaginó con diez kilos menos y ante la revelación le dijo en voz baja: “Pero decime un poco, ¿vos no eras Vélez?”. Y el otro, no menos cauteloso: “Sí, era. Durante tres años, por cierto bastante moviditos. Pero en realidad nació Ferreiro. Tampoco vos eras Fabián, mi querido Medardo”. Rieron con sordina y luego bajaron al café.

Sólo allí Ferreiro se decidió a preguntar: “Y de Melba ¿supiste algo?”. Melba había sido el *alias* de Juliana. “Absolutamente nada. No sé si desapareció o la desaparecieron, pero no dejó señas. Nadie sabe nada.” “O sabe y no quiere hablar.” “Todo es posible.”

Evocaron largamente aquella rebelión sin raíces y con muertes. A Ferreiro todavía le quedaba un rescoldo de optimismo, pero no era como para derrocharlo, no era un penacho para exhibir ni siquiera en la intimidad. Así resumió su menguada pero sobreviviente confianza: “Hay que reconocer que, con nuestro miedo, al menos logramos que ellos también tuvieran miedo. Fue una excursión difícil y fracasada, pero algo quedó ¿no te parece?” A Fabián le parecía menos. Por lo pronto, había espacios vacíos que nadie se preocupaba en llenar. De la solidaridad se había pasado a la indiferencia, con una breve escala en la compasión. Para Ferreiro, esos espacios vacíos debían llenarse con demandas de justicia, con educación universal, con defensa de soberanía, pero sin armas, sólo con pueblo en la calle. “Fijate cómo quitaron en Brasil al corrupto de Collor de Mello; sin disparar un tiro, sólo con multitudes en la calle. Mirá en Indonesia: después de tanta guerra, fueron los estudiantes en la calle los que desalojaron a Suharto. Y no te olvides de Chiapas, con esa guerrilla indígena, insólita guerrilla de paz, que sólo quiere que no la dejen fuera de la Constitución. A mí me parece que la historia de México se va a dividir en dos épocas: antes de Chiapas y después de Chiapas. Hay que aprender, Medardo, no tanto de los gobiernos, que enseñan poco y mal, sino de la gente, que en última instancia sabe lo que quiere.”

11

No fueron dos semanas sino tres las que Fabián debió permanecer en Montevideo, por problemas familiares más que laborales. Su madre, viuda desde 1985, no entendía por qué no se quedaba con ella. “Si todavía confiás en que Juliana reaparezca, te vas a anquilosar en esa espera. A los treinta años, tenés toda la vida por delante, pero no te va a ayudar que te entierres en un pueblo sin futuro como San Jorge.” “Allá trabajo más tranquilo.” “¿Traba-

jo? Articulitos, sólo eso. ¿Cuándo vas a escribir aquella novela que planeaste tan cuidadosamente cuando aún vivía tu padre? Él estaba muy ilusionado con tu futuro de escritor. Un futuro que se quedó en el pasado. En vez de novelista, simple gacetillero. Y no le echo la culpa a Juliana, la pobre, vaya a saber cómo terminó, sino a la política. Fue la política la que pudrió el futuro. Estudiabas agronomía. ¿Y ahora qué?” “Está bien, Lucía (nunca le había dicho mamá). Trataré de enmendarme.” “¿Dónde? ¿En San Jorge?”

12

A San Jorge, y por supuesto a la pensión Brescia, volvió dos días después de la ríspida charla con su madre. La dueña lo recibió como a un hijo pródigo. Y él armó de nuevo su refugio provisional con apariencia de definitivo. Libros, papeles, esta vez se trajo además su computadora portátil. O sea que estaba completo. Pensó que no era tan desatinada la idea de su madre de que retornara su antiguo proyecto de novela. Después de todo era una historia de fantasmas, que hoy estaban de moda. Sin sábanas, pero fantasmas, que no sólo se esfumaban sino que además comían, se duchaban, corrían, fornicaban, lloraban y reían. Algo así como una humanidad clínica. Es claro que todo eso lo había pensado varios lustros antes de la oveja Dolly. Tenía que ajustar los detalles y la peripecia. Eso después. Ahora debía ocuparse del artículo de rigor. Había que aprovechar que el nuevo jefe era Ferreiro-Vélez, de modo que se despachó a gusto contra el Mercosur y su negativa influencia sobre la cultura de la zona. Almorzó en la fonda del napolitano (ñoquis, claro), volvió a la pensión para una siesta breve, y a media tarde, tras una ducha reparadora, fue a llamar al 12-A, sin imaginar lo que le esperaba.

La puerta no la abrió Carmela sino Juliana. Casi no pudo apreciar cómo lucía, ya que ella lo abrazó con ansia, llorando, casi gimiendo ¿de alegría? Sólo cuando pudo al fin apartarla y darle un pañuelo para ampararla

en su llanto, sólo entonces pudo verificar que la Juliana de ahora no era la de siempre. Más delgada, más pálida, menos vital, con manos más afiladas y una tristeza que contaminaba todo el conjunto. Se ubicaron en el patio, frente a la enredadera invasora. Fabián lo asumió como una escena repetida. Aparentemente en la casa no había nadie más.

Se atrevió a preguntar: “¿Y Carmela?” “Carmela se fue”, dijo Juliana, ya más tranquila. “Sé que con ella hiciste buenas migas. Te dejó recuerdos.” “Ah. Pero ¿a dónde se fue?” “No quiso decírmelo. Sólo que estaba cansada de tantos años en San Jorge, y que, ya que yo había regresado y podía ocuparme del tío y de mi hermano Arnoldo, ella también reclamaba su derecho a desaparecer. ¿Qué podía objetarle yo, después de mi larga ausencia? Así como te lo trasmito, suena como un desquite, pero ella me lo dijo sonriendo, acariciándome la cara, como si se quisiera convencer de que su hermana volvía a existir. Es tan buena Carmela ¿no te parece?” “Sí que lo es”, dijo Fabián.

Fueron a la cocina y Juliana encendió la cafetera. Otra escena repetida. Desde atrás, él evocó otro momento semejante y muy cercano, pero esta vez no tuvo el impulso de abrazar. Tomaron el café y Fabián dijo: “Bueno, ahora que te serenaste, contame cómo fue todo, qué pasó, por qué desapareciste”. “No, Fabián, no voy a contar nada. Ni a vos ni a nadie. Tampoco voy a inquirir qué sucedió en tu vida durante este tiempo. No quiero saber si tuviste o tenés otra mujer. Creo que lo mejor para ambos es que no indagemos en nuestros respectivos pasados, no los de antes, que los conocemos, sino los de ahora, que los ignoramos.” “Pero ¿por qué ese misterio? ¿Qué te hicieron? ¿Qué hiciste?” Ella le puso una mano sobre los labios, con la otra cubrió los suyos. “A veces es mejor vivir que revivir.”

Sólo ahora advirtió Fabián que Juliana llevaba puesta la túnica de Carmela. Ella le tomó una mano y lo llevó al dormitorio que había sido de Carmela pero que antes había sido el suyo. “Cálmate, Fabianzuelo”, dijo, y empezó a abrirle la camisa hasta quitársela, luego le desabrochó el

cinturón, y entonces él decidió quitarse el short. Juliana abrió la túnica blanca de Carmela. Debajo estaba, sin otro impedimento, el cuerpo de Juliana.

Fabián la llevó al lecho y fue ella la que empezó el turno de caricias. Cuando él quiso imitarla y cuando sus manos se fueron deslizando por ese cuerpo que tanto había querido y aún quería, se encontraron de pronto con una profunda cicatriz en el vientre. Sintió que su erección desfallecía y se incorporó a medias. “¿Y esto qué es? ¿Qué te hicieron?” “No preguntes, mi amor, todo es historia vieja, transcurrida, borrada. No preguntes, mi amor. Disfrutémonos. Como antes, como ahora. Por favor, disfrutémonos. Estamos juntos ¿no? Entonces disfrutémonos, mi amor.”

De nuevo se sumió Fabián en ese cuerpo castigado y de a poco fue recuperándose. Sin embargo, en medio del vaivén erótico e incluso del orgasmo a dos voces, Fabián tomó conciencia de que sentía nostalgia de una nueva ausencia, comprobó con angustia que añoraba (y que añoraría para siempre) aquel otro cuerpo, el de Carmela, por él inaugurado. No pudo evitar que en el instante supremo se le escapara ese nombre y que Juliana, que tan obstinadamente se había negado a hablar de su próximo pasado, tuviera de pronto un doloroso acceso al pasado reciente de aquel hombre que la estaba penetrando, como si su cuerpo, el de Melba-Juliana, fuera el cuerpo de otra. Nada menos que el de su hermana, que era sólo Carmela, sin nombre clandestino.

BUZÓN DE TIEMPO

BUZÓN DE TIEMPO

En el buzón de tiempo se deslizan
la pasión desolada / el goce trémulo
y allí queda esperando su destino
la paz involuntaria de la infancia /
hay un enigma en el buzón de tiempo
un llamador de dudas y candores
un legajo de angustia / una libranza
con todos sus valores declarados

En el buzón de tiempo hay alegrías
que nadie va a exigir / que nadie nunca
reclamará / y acabarán marchitas
añorando el sabor de la intemperie
y sin embargo / del buzón de tiempo
saldrán de pronto cartas volanderas
dispuestas a afincarse en algún sueño
donde aguarden los sustos del azar

CON LOS DELFINES

María Eugenia: Creo que comprenderás por qué no inicio esta carta con “querida mamá”, como cuando lo hacía desde la lejanía de mis antiguas vacaciones. A esta altura, vos y yo sabemos (vos lo supiste siempre; yo, tan sólo hace tres años) que no sos mi mamá, como tampoco Pedro Luis era mi padre. Ahora que él murió, me da un poco de pena saber que has quedado irremediablemente sola. Pero mucha más pena me dan mis padres verdaderos. Sé de buena fuente, como vos, que desde un avión los arrojaron al mar y que los arrojaron vivos. Ahora es casi imposible que alguien pueda demostrar que sí o que no, pero yo me inclino a creer que sí, ya que la comprobada saña de los amigos de Pedro Luis, aunque todavía nos desconcierte y nos repugne, fue algo real.

Durante el primer año de mi llegada a la casa de mis abuelos, todavía a veces soñaba contigo y con él, y no podía evitar un último estremecimiento de cariño. Entonces no sabía toda la verdad. Pero ahora, cuando Pedro Luis se me aparece en sueños, me despierto en plena náusea y casi siempre tengo que ir al baño a vomitar. Contigo es un poco distinto, ya que en cierto modo también fuiste víctima: te metieron en el escarnio sin molestarse en pedir tu consentimiento.

Ahora que reconstruyo nuestros ambiguos quince años de vida en común, puedo rememorar la extraña mirada que en ciertas ocasiones (cada vez con menos frecuencia) me dedicabas; una mirada que entonces sólo me provocaba extrañeza, pero que ahora puedo (o tal vez quiero) imaginar que quería decir: “He usurpado el puesto de otra” o “Creo que me quiere pero no lo merezco” o “Algún día me la quitarán”. ¿Era así? Por otra parte tengo la impresión de que mi inopinada presencia no sólo no contribuyó a la unión de ustedes dos como pareja, sino que más bien

provocó un deterioro que ya no tenía remedio, ya que en el peculiar estilo de nuestra vida en Mendoza, un divorcio o una simple separación era algo por lo menos inadecuado y que jamás habrían permitido los compañeros de armas de Pedro Luis. Pero ¿cómo podían ustedes convivir con un pasado tan miserable? ¿Cómo podían acostarse y hacer el amor (¿o ni siquiera lo hacían?) sabiendo que a un lado y otro de la cama comparecían y los miraban los fantasmas de mis padres verdaderos? ¿Cómo puede desarrollarse normalmente la vida cotidiana sabiendo que se basa en una acción despreciable?

Mis abuelos me quieren, me miman, me hablan de mis padres, tratan de crear en mí un nuevo estímulo para vivir, pero a mis 18 años actuales debo confesarte que mi vida está rota y hay en mis noches otra fantasía recurrente, en la que me arrojo yo también al mar. ¿Por qué? ¿Para qué? Pues para juntarme con mis padres. En el sueño ellos me reciben, muy juntos, con los brazos abiertos, rodeados por delfines solidarios que también se incorporan al festejo. Y cuando por fin me despierto aún permanece en mí la sensación de ternura más nítida de toda mi existencia.

Tengo en mi mesa de noche la foto de mis padres y sé que vengo de ellos y de nadie más. Las zalamerías de Pedro Luis siempre me sonaron a hipocresía y mi memoria no las olvida pero las rechaza. Creo en cambio que tus señales de cariño eran sinceras y las conservo como algo positivo en medio de una situación tramposa. Quizá algún día junte fuerzas para volver a verte, pero por ahora no. Todavía estoy llena de rencores y rencorcitos. Después de todas las comuniones, misas y homilias a que me llevaste, no sólo me he quedado sin padres sino también sin Dios. Me gustaría que me contaras qué le decías a tu confesor. Y sobre todo qué te decía él. ¿Haberse apropiado de una hija de padres desaparecidos y/o asesinados por tu gente, es un pecado mortal o venial? Con quince padrenuestros y siete avemarías ¿queda limpio el currículum? No puedo rezarle a un Señor cuyos representantes arropaban cristianamente a los verdugos. Ahora comprendo el llamado en rebeldía del Cristo crucificado: Padre,

por qué me has abandonado. Al menos dicen que él resucitó, pero mis padres sumergidos no volvieron. En el mejor de los casos, no están rodeados de apóstoles sino de delfines. Acaso Dios, si existe, no resida allá en lo Altísimo sino en el fondo más hondo de los mares. Y desde allí lo ignore todo, aunque de vez en cuando abra sus branquias y emita bendiciones. No descarto que en alguna de estas noches, yo, que no sé nadar, me decida por fin y me sumerja a buscarlo, así nomás, sin flotadores, pero con la mochila llena de reproches. Y nada más. Un chau. PAULINA.

TERAPIA DE SOLEDAD

Querido mío: Aquí estoy, en mi isla, que no es eminente eso, ya que no está rodeada de mar sino de vegetación, de árboles, de campo propiamente dicho. Pero es una isla en un sentido esquimal. Aunque tampoco es eso, ya que estoy rodeada de lejanas presencias y cercanas ausencias, del recuerdo de otros y de las corrientes de mi propia memoria. ¿Te parezco complicada? Puede ser. Bien sabés que de un tiempo a esta parte sentía la necesidad de aislarme, de reencontrarme con mi soledad perdida (¡Marcel Proust viejo y peludo!). Por suerte lo entendiste y te confieso que esa comprensión aumentó mi amor (y también mi respeto) hacia vos. Estoy convencida de que el respeto por la soledad del ser amado es una de las menos frecuentes pero más entrañables formas del amor, ¿no te parece?

Creo que los diez años de bienllevado matrimonio precisaban de esta afirmación de nuestras dos identidades. Es un regalo del destino que seamos tan distintos, algo que nos habilita a descubrirnos casi a diario, a que cada uno celebre en su fuero interno el hallazgo del otro. Esto de “fuero interno” siempre me ha parecido una contradicción gastada, inadecuada e inútil. “Fuero” es tan parecido a “fuera” (ya sé que vienen de etimologías distintas) e “interno” tan cercano a “intimidad”. Esa expresión, “fuero interno”, ¿habrá querido expresar en sus orígenes una intimidad hecha pública, volcada hacia fuera, o sea lo contrario de lo que hoy significa?

Pero retomo el hilo de mi sabia reflexión. Seré caótica pero no tarada. Una pregunta indiscreta: ¿cómo te sentís sin mí? ¿Rodeado, como es habitual, de trabajo, de amigos leales y desleales, y también de mujeres guapas y guapísimas? Dada esa circunstancia, tendría buenos motivos para mis celos. Pero para mi condena, no soy celosa. Ah, no te ilusiones, puedo serlo. Vos en cambio no tenés ninguna razón

para los celos, ya que aquí no estoy rodeada de hombres guapos, sino de pinos, eucaliptus, ranas canoras, amaneceres y crepúsculos, y, en ocasiones, de un silencio nocturno tan compacto que a veces me despierta y hasta me desvela, tan habituados estamos al ruido enloquecedor, cercano o lejano, de las ciudades. Sólo en algunos insomnios me acompañan los grillos, cuya monotonía coral me los confirma como precursores del canto gregoriano. ¿No estarás celoso de los grillos, verdad? Te aclaro que su pequeñez los hace invisibles, así que ni siquiera sé si son guapos (como grillos, claro). Supongo que también entre ellos habrá cánones de belleza; que habrá grillos equivalentes a Robert Redford y otros feos como Peter Lorre.

Lo cierto es que, dormida o despierta, he estado haciendo balance de mí misma. No te voy a contar, por ahora, cuál es el saldo. Para hacerlo, tengo que decírtelo en la cama, desnudo vos y desnuda yo, después de fornicar como Dios manda, mirándote a los ojos para que esos ojos tuyos me vayan comunicando tu respuesta o al menos tu comentario. Todavía creo (te lo dije hace mucho, cuando ya vivíamos juntos pero no habíamos cometido el pecado venial de casarnos) que nuestro mejor diálogo ha sido el de las miradas. Las palabras, consciente o inconscientemente, a menudo mienten, pero los ojos nunca dejan de ser veraces. Si alguna vez he pretendido mentir a alguien con la mirada, los párpados se me caen, bajan espontáneamente su cortina protectora, y ahí se quedan hasta que yo y mis ojos recuperamos la obligación de la verdad. Con las palabras todo es más complejo, pero aun así, si las palabras tratan de engañar, los ojos suelen desmentir a la boca.

Retomando de nuevo el hilo conductor, te diré que la soledad es como un tónico y también una cura de modestia. Un tónico porque, con tanto tiempo y espacio para reflexionar, una va detectando qué sirve y qué no sirve en los recovecos del alma propia. Y cura de modestia, porque en la estricta soledad no tienen cabida los halagos fallutos, ni los mimos a la vanidad, ni siquiera (no es mi caso) el perdón de los confesionarios.

Mi soledad está además poblada de pájaros. Siempre he sido una analfabeta en cuando a ornitología, de modo que jamás pude ni podré diferenciar el canto de una calandria del de un zorzal, el monólogo de un mirlo del de un jilguero, y en este tramo de mi vida no pienso especializarme en ciencia pajarera, de modo que he decidido ponerles nombres. Verbigracia: a uno de esos cantautores alados lo llamo Fabricio; a otro, Segismundo, a otro, Venancio; a otro más, Rigoberto. Lo cierto es que cuando los llamo por los nombres de mi particular nomenclatura, ellos me responden con una parrafada de trinos.

...Querido: retomo esta carta una semana después de la parrafada de trinos. Ya llevo más de un mes en mi isla verde. Se me ocurre que ya he reflexionado lo suficiente y además he empezado a extrañarte de una forma casi enfermiza. Así como antes sentí la imperiosa necesidad de un aislamiento, ahora tengo una añoranza terrible de tus manos, de tu boca, de tu abrazo, de tu cuerpo en fin. Confío, compañero, que con estos conmovedores llamados no se le vaya a llenar el tafanario (aclaro que este sinónimo de culo lo aprendí ayer) de papelitos, eh.

Llegaré el lunes. Te aviso con tiempo suficiente como para que desalojes de nuestra confortable cama doble a cualquier intrusa y su cuerpo del delito. Te lo digo en broma, claro. O no. Te lo digo en serio. A desalojar, a desalojar, con música de Viglietti. Te anticipo que esta temporada de soledad me ha vuelto muy apetitosa. Besos y besos, de tu NATALIA.

BOLSO DE VIAJES CORTOS

Querida: cuando me fui, cuando por fin decidí irme, porque ya no me era posible convivir con los antidotos del miedo, y sentía que de a poco iba odiando mis esquinas predilectas o los árboles cabeceadores, y ya no tenía tiempo ni ganas de guarecerme bajo la glorieta del barrio Flores, y los amigos de siempre comenzaron a ser de nunca, y había más cadáveres en los basurales que en las funerarias, entonces abrí el bolso de los viajes cortos (aunque sabía que éste iba a ser largo) y empecé a meter en él recuerdos al azar, objetos insignificantes pero entrañables, imágenes sintéticas de lo feliz, letras que juntándose narraban sufrimientos, últimos abrazos en la primera frontera, atardeceres sin ángelus y con tableteos, sonrisas que habían sido muecas y viceversa, desvanecimientos y corajes, en fin, una antología de la hojarasca que el “ente de la costumbre había conseguido borrar de la faz de la guerra.

Con ese bolso de los viajes cortos anduve por allá y más allá, por acá y más acá. De vez en cuando trabajaba aun las manos ágiles y los ojos secos, para ganarme el pan, el vino, el techo y el colchón. Sin embargo, con el bolso de viajes cortos no tenía una relación estrecha. Yo era consciente de que dormí en el fondo de un agrario, desvencijado por el tiempo y las paellas. Pero ¿a qué enfrentarme con un pasado en píldoras, unas nutrientes y otras envenenadas?

No obstante, algún domingo, cuando la soledad se volvía silencio insoportable, sacaba el bolso del armario y extraía algún recuerdo; sólo uno por vez, para no abrumarme. Así tuve en mis manos un libro que fue de cabecera y que debo haber leído unas veinte veces, pero ahora me metí en varias de sus páginas y no me dijo nada, no me preguntó ni respondió nada, me fue ajeno. Así que lo tiré.

Otro domingo rescaté una foto que se había vuelto se-

pia y allí estaban varios personajes que ocuparon lugarcitos en mi vida. Dos de ellos estarán quién sabe dónde; uno, se mantiene fiel a sí mismo; tres, encontraron cierta noche una muerte con charreteras; dos más se volvieron con el tiempo finos, elegantes delatores, y hoy gozan del respeto de la amnesia pública. El último soy yo pero también soy otro, casi no me reconozco, tal vez porque si me enfrento al espejo no estoy en sepia. Después de todo, es una foto acabada, vencida, así que la tiré.

Otro domingo extraje del bolso un reloj sumergible y antichoque. Es de una buena marca suiza, pero estaba detenido en un crono/símbolo, o sea la hora, el minuto y el segundo, en que abatieron en la calle a Venancio, vos sabés quién es, o sea que ese tiempo fue mi Greenwich. ¿Para qué quiero un reloj que sólo cronometra y fija la desgracia? Así que lo tiré.

Domingo a domingo fui vaciando el bolso: cortaplumas, lapiceras, gafas de sol, recortes de diarios, tranquilizantes, agendas, pasaportes vencidos, más fotos, cartas de amigos y enemigos. La verdad es que todo me fue pareciendo caduco, inexpresivo, callado, inconexo, precario.

Sin embargo, ayer domingo metí otra vez mi mano en aquel pozo del pasado y la mano vino con algo tuyo: tu pañuelo de seda azul, ese que en tres de las cuatro estaciones te rodeaba el cuello lindo, joven, tan amado por mí. Ellos acabaron contigo, y yo estoy insoportablemente solo. Te mataron en vez de matarme a mí. Es duro admitir, carajo, que sos mi muerte suplente.

O sea que esta vez tiraré a la basura mi pobre bolso para viajes cortos y sólo conservaré tu pañuelo azul. Me quedará contigo para el viaje largo.

LA VIEJA INOCENCIA

Querida Isabel: Me decidí a escribirte porque estamos viejos (al menos yo lo estoy), solos, y con un océano de por medio. Un océano que también es de sucesos, guerras y paces, frustraciones, querer y desquerer, urgencias y tardanzas. Te escribo porque ahora, aislado y medio tullido, tengo tiempo de sobra para recorrer parsimoniosamente mi currículum, no el que solemos redactar para entrevistadores y universidades, sino el otro, el verdadero.

Por suerte, he ganado con mi trabajo lo suficiente como para tener un apartamento cómodo y bastante amplio, con estantes llenos de libros que ya no puedo leer, y paredes con varios de los muchos cuadros que dejó mi mujer, pertinaz en su oficio/arte hasta sólo unos meses antes de morir. Son muestras de una técnica correcta, impecable, con imágenes que transmiten sosiego y solazan con la veracidad de sus colores. Nunca tuve el valor de confesarle que su pintura no me interesaba y tengo la impresión de que ella (que no era nada tonta) supo captarlo con resignación. Creo, además, que no tuvo el coraje de decirme que mis sesudos ensayos filosóficos la dejaban indiferente. Pero gracias a ese intercambio de discreciones, convivimos y nos quisimos; moderadamente, es cierto, pero nos quisimos. Y no te oculto que su muerte significó para mí, no una catástrofe, pero sí una deshilachada tristeza.

Tuvimos dos hijos que hace diez años se afincaron en Australia, donde fundaron una empresa (en Sidney) y les va bien, o al menos todo lo bien que les puede ir a dos expatriados voluntarios. Allí se casaron, el mayor con una australiana y el menor con una chilena. Me escriben dos o tres veces por año (para mi cumpleaños, para Navidad), pero no volvieron al país, ni siquiera de visita. No se los reprocho: la distancia es enorme y los pasajes cuestan una

fortuna. De ellos tengo tres nietos, pero sólo los conozco en fotografías. Parecen lindos y saludables.

A lo largo de tantos años vos y yo hemos vivido recíprocamente ausentes. Ahora voy a cumplir 84 y vos debés andar por los 82 ¿no? ¿Te sentís bien? Sé que tenés una hija y que tampoco está contigo, aunque reside y enseña en Liverpool, de modo que no la tenés tan lejos y me imagino que de vez en cuando atravesará el Canal de la Mancha (sobre todo ahora que hay ferrocarril) para ir a verte. Te preguntarás cómo es que tengo tantos datos sobre vos. Los he ido obteniendo, al compás de los años, gracias a un amigo argentino, Edelberto Ruiz, al que seguramente conocés, ya que al fallecimiento de tu marido quedó como albacea. Fue él quien me proporcionó tu dirección y hasta tu *e-mail*, pero no me entiendo con esas maquinarias, así que he optado por el calmoso ritmo del correo, y ni siquiera le pondré al sobre la etiqueta autoadhesiva de *urgente*, en la convicción de que a nuestras edades ya no hay urgencias.

En realidad, resolví escribirte, después de mucho reparar mi camino, porque llegué a la conclusión de que te debo el momento más feliz y recordable de ese itinerario. Acaso vos también te acuerdes (ojalá), pero por las dudas te transcribiré lo que todavía es capaz de dictarme mi memoria, en cuyas repentinas lagunas es donde se nota especialmente mi edad vetusta (más que en el uso de mi bastón o en el moderado alerta prostático). Por suerte vos te has salvado (hasta ahora al menos) de los caprichos de mi olvido.

Tendrías catorce años. Te recuerdo con toda nitidez, en la misa de los domingos, sentada siempre en la misma fila, nunca de rodillas, como ordenaba el cura, junto a tu madre que sí se hincaba. El pelo castaño te caía sobre los hombros. Yo me situaba (tampoco me arrodillaba) dos hileras atrás. A veces, aprovechando que tu madre rezaba con los ojos cerrados, te volvías y nos mirábamos y nos sonreíamos. Como dos tontos de época.

Sólo después de tres o cuatro semanas de ese juego inútil, una tarde, a la hora de la siesta, nos encontramos

al borde de un camino vecinal. No había nadie a la vista y todo surgió espontáneamente. Mi primer saludo fue abrazarte y la primera respuesta tuya fue abrazarme. Sin decir una sola palabra, nos besamos y besamos interminablemente, y como el bosquecito de pinos quedaba tan al alcance, sin ponernos previamente de acuerdo corrimos hacia allí. Además de los pinos había un espeso follaje. Ahí, sobre las hojas, nos estrenamos sexualmente, vírgenes y torpes pero encantados con nosotros mismos. ¿Te acordás ahora? ¿Qué pasó después? ¿Por qué no te volví a ver ni en la capilla ni en el camino vecinal ni en el bosquecito, sitios que fui recorriendo como si fueran una cadena de santuarios? Alguien me dijo que, precisamente el día siguiente a nuestro encuentro, te habías ido con tus padres. ¿A dónde? Nadie tenía noticias. ¿Acaso lo sabías cuando nos amamos? ¿Fue para no desperdiciar la única ocasión de que disponías? ¿O tus padres, fanáticos católicos, se enteraron de algo y decidieron ipsofacto arrancarte de las garras del humilde satanás pueblerino que era este servidor?

Hoy este viejo te hace justicia confirmándote que nunca fue tan feliz como sobre aquellas hojas otoñales y cómplices. Durante esta larga vida que se acerca a su punto final, me he acostado con varias mujeres, pero esas brevísimas relaciones extra conyugales (después de todo, no fueron tantas, meras oportunidades durante algún largo *stage* universitario) significaron muy poca cosa. Desahogos sexuales, qué menos, pero ni siquiera borradores de amor. Es curioso que en nuestro acto inaugural y clandestino no necesitáramos palabras, sólo hablamos con nuestros cuerpos incipientes, inocentes, ajenos a todo sentimiento de culpa, o, en todo caso, gozosos practicantes del mejor de los pecados. Gracias, Isabel, por aquel placer intacto. Gracias por alegrar todavía mi memoria octogenaria. Te abraza, MATÍAS.

LA MUERTE ES UNA JODA

Gerardo: ¿qué tal? Estoy en México, distrito federal, o mejor dicho DF, para evitar la rima en la prosa, algo que, según recuerdo, figura entre tus alergias de lector. Hace quince días que llegué y tal vez me quede (ya te indicaré más adelante el porqué de esa inseguridad) quince días más. Como siempre que me sumerjo en esta combinación de historia precolombina y contaminación poshispana, ya me desmayé en dos ocasiones (una vez fue en la bañera y otra junto a la cama de este simpático hotel de tres estrellas), sin que nadie acudiera a socorrerme, y al cabo de cinco o diez minutos (no llevo conmigo un desmayómetro) resucité sin mayores consecuencias físicas. Y digo físicas, porque cada vez que me desmayo en México (en otros puntos del planeta sólo me desmayé una vez: a la vista del óleo con los zapatos de Cezanne, pero fue de emoción incontrolada), digo que cada vez que me desmayo en México DF, tengo la impresión de que en el alma me sale una verruga. Vos que sos licenciado en psicología tal vez puedas responderme: ¿existen las verrugas espirituales? Ustedes no las llaman así, ya lo sé, sería demasiado comprensible para vuestros inermes pacientes, pero yo, como no-licenciado en psicología, las llamo verrugas y se acabó.

De esta ciudad, en la que uno tiene la impresión de que vive media humanidad y que siempre está cubierta de humo o de bruma o de neblina, me gusta la gente, ufana y desenvuelta, con un enigmático mohín indígena, habituada al inevitable deterioro de sus pulmones y a la comparecencia pretérita y actual (y casi seguramente venidera) de los vecinos del norte que les robaron buena parte de su territorio. Los yanquis son en México la otra contaminación. Los aman y los odian. Es tan raro, che. Tengo aquí amigos entrañables a los que nunca les digo ni les escribo semejantes pelotudeces, acaso injustas. Sé que no escribís a los amigos (y menos aún

a los enemigos), me consta que sos un estreñido postal, pero ahora que la humanidad se ha vuelto cibernauta, podrías agenciarte un modesto Windows 95 (todavía no el 98) para hacernos saber, en uso y abuso del *e-mail*, de tu vida y milagros, de tu tenaz y casi fanática solteronía, de tu siempre actualizada profesión, que tanta atracción ejerce sobre inexpertos catalanes y madrileños. Ya sé que los analistas porteños han copado el mercado peninsular, pero vos te metiste de a poco en ese ruedo casi exclusivo y ya tenés más pacientes (y sobre todo impacientes) que los coleccionados por el viejito Freud en su largo campeonato.

Pero ahora te estampo una consulta en serio, cuya respuesta a distancia confío no genere honorarios, debido 1) a nuestra larga, fecunda y leal amistad, 2) a que los giros bancarios suelen extraviarse, y 3) a que nunca creí demasiado en el psicoanálisis. Carajo, pensarás con toda razón, ¿y entonces para qué me consulta este tilingo? Bueno, en realidad este tilingo te consulta, no como reputado profesional, sino como amigo del alma, alma que en mi caso es más tacaña que mi esqueleto, pero mucho más sabia. La pregunta es la siguiente: ¿a qué altura de la existencia puede aparecer la obsesión de la muerte? Pavada de pregunta ¿no? Te confieso que nunca tuve ese metejón pre mortuario. Siempre me desenvolví como si fuera eterno, es decir inmorable, un neologismo que me parece más adecuado a mi caso. Nunca padecí esa angustia, mejor dicho, nunca hasta hace dos meses, o sea hasta mis 54 años recién cumplidos, cuando detecté un dolorcito estúpido en mi flanco izquierdo, y, por segunda vez en mi vida (la primera fue a los doce años, cuando tuve la tos convulsa) fui atendido por un médico, quien, tras hacerme varios análisis clínicos y ecografías, me volvió a citar en su consultorio, y allí, tras repantigarse como un gorila en un sofá francamente repulsivo y dedicarme una sonrisa odiosa, me espetó, escuetamente y sin anestesia, que el resultado de tantos exámenes era que yo tenía cáncer, y luego, sin darme ni un minuto de tregua, completó su diagnóstico augurándome que en el mejor de los casos me quedaban unos seis meses de roñosa vida. ¿Qué tal, pibe? Por eso me vine a México DF, an-

sioso por desmayarme por última vez en tierra de Pancho Villa y del subcomandante Marcos.

Ante semejante futuro ignominioso tal vez te sorprenda el tono bienhumorado y hasta jodón de mi misiva, pero no me creas. Es puro teatro. Desde cualquier ángulo que la mires, la muerte es una joda. En el fondo me siento como un escombros finisecular y prematuro. Te diré que lloro promedialmente cinco horas por noche. A veces seis. Mi última confianza es que en mi próximo desmayo mexicano no me despierte en esta confortable habitación 904 sino a la vera de San Pedro. Porque sigo convencido de que Dios no existe pero San Pedro sí. A la espera de tu carta de consuelo, aquí va un abrazote casi póstumo de tu amigo de siempre y hasta nunca, JUAN ANDRÉS.

UN SABOR ÁCIDO

*Soledad. Es un sabor ácido
del cual unos pocos se enamoran.*

ÁNGEL RAMA

Querido don Matías:

Debe hacer un siglo que no sé de usted y que usted nada sabe de mí, pero usted fue y sigue siendo mi maestro, y en una situación como la que estoy viviendo, más solo que un anacoreta, usted ha pasado a ser mi único interlocutor válido.

La soledad es un estado de ánimo, pero puede convertirse en un vicio. Le confieso que, a lo largo de mis treinta y ocho años, las pocas veces que me he quedado sin soledad, la he echado de menos. Le advierto, sin embargo, que no es ése el caso actual. Esta vez la soledad me pesa, como suele pesarle el vicio (el alcohol, la droga) a cualquier adicto.

Al igual que todo lo que cuenta en la vida, también mi soledad arranca de mi infancia. Yo no tuve virtualmente madre, ya que la mía murió en el acto de darme a luz. Mi padre se vio enfrentado a la responsabilidad de ser simultáneamente padre y madre, y el pobre no lo hizo bien. No lo culpo. Por su trabajo debía viajar casi sin interrupción y me dejaba con mi tío, un hermano de mi madre que nunca nos tragó, ni a mi padre ni a mí. Él tenía cuatro hijos, todos varones, y yo era un agregado en esa nómina. Discutían y se peleaban entre ellos, pero en cambio se unían como una pandilla contra mí. Vivíamos en el campo cerca del río y mi único refugio era escaparme a la orilla, esconderme entre los árboles y arbustos y allí establecer una suerte de natural convivencia con toda la fauna local (terrestre, acuática, aérea) que de a poco se iba habituando

a mi presencia casi inmóvil. Después de todo, tanto los árboles como el agua se movían más que yo. Aquella soledad era un deleite. Todavía hoy la recuerdo como una de las más estimulantes etapas de mi vida.

Concurrir desde allí a la escuelita rural era toda una hazaña. Quedaba a quince kilómetros. Nos llevaban y nos traían a los cinco en una forchela desvencijada, y cuando aquella cachila amanecía reumática o baldada, sencillamente faltábamos a clase. Tampoco allí hice amistades duraderas. Los alumnos, por lo común hijos de peones (los hijos de estancieros iban a colegios privados de Montevideo), eran tímidos, retraídos, huraños, cada uno con su modesta soledad, pero sin demasiada conciencia de que la padecían.

Usted hizo su aparición en mi temprana adolescencia. El viejo por fin se dio cuenta (pese a que nunca le presenté mis quejas) de que ni su cuñado ni mis primos iban a contribuir a mi formación, de modo que decidió enviarme a Montevideo, no precisamente a los liceos privados donde estudiaban los hijos de buena familia, sino a un liceo público. Yo disponía de una habitación, pequeña pero confortable, en la casa de una prima de mi padre, cincuentona, flaca y soltera, que vivía sola en el Paso Molino y que me acogió como a una llevadera compañía, sobre todo porque mi padre le pasaba una mensualidad para atender a mis necesidades, que no eran demasiadas. Admito que me dejaba tranquilo y si alguna noche yo llegaba tarde no me rezongaba. Pero también debo reconocer que su comida era insulsa y algo escasa; sólo los tallarines le quedaban bastante ricos.

En el liceo sí hice algunos amigos. A lo mejor usted todavía se acuerda de un gordito al que le decían Bochínche; o el flaco Araújo, que era hijo y nieto de milicos; o el petiso Valentín, también llamado el Ñomo, o el moreno Valbuena, que nunca se reía. Éstos eran mi *barra*, para las grandes nimiedades y las pequeñas barbaridades. Después, con el tiempo, aquella piña se fue desmembrando. Bochínche se hizo músico y años después se afincó en México; Valbuena emigró a Cuba, encandilado con la Re-

volución; el flaco siguió el rumbo castrense de sus antecesores. Sólo seguí en contacto con el Nomo, y a veces nos juntábamos para una churrasqueado o para ir al Estadio.

Sin embargo, para mí lo más destacable de esa temporada fue conocerlo a usted, no sólo por sus inolvidables clases de Historia sino, y sobre todo, por su comprensión ante los exabruptos e ingenuidades de aquella muchachada tan inclemente como heterogénea. Concluido el liceo, se acabó el estudio. Mi viejo estaba empeñado en que siguiera Derecho (“en los tiempos que corren, y en los que correrán, siempre será bueno tener un abogado en la familia”), y cuando yo estaba por complacerlo, él murió, bastante joven aún, en un absurdo accidente de carretera. Ya sin nadie que me empujara, y asumiendo al fin mi primera soledad verdadera, decidí trabajar en cualquier cosa. Y esa cualquier cosa fue una papelería.

A usted lo veía muy de vez en cuando, especialmente cuando la soledad se me volvía insoportable. Le conocía bien sus recorridos y simulaba encuentros casuales para invitarlo a un café o una cerveza. Siempre me escuchó con una atención afectuosa, pero nunca me invitó a su casa. Eso me dolió y fui de a poco espaciando los “encuentros casuales”.

Como decía mi viejo, los tiempos corrieron y un día me enamoré. Sabina era linda y simpática, teníamos gustos y disgustos compartidos. No nos casamos, pero nos fuimos a vivir juntos, en un apartamentito en la Aguada. Me quedé sin soledad, claro. A veces la echaba de menos, pero no era nada grave, porque en términos generales, era bastante feliz. Sabina era buena en la cama y en la convivencia. El problema era que nuestros horarios laborales pocas veces coincidían y sólo teníamos una aceptable vida en común los fines de semana. Y allí hizo aparición mi nuevo vicio: los celos.

Al principio era sólo un malestar. ¿Qué estará haciendo ahora en casa mientras yo trabajo? O, cuando a mi vez yo estaba en casa y ella en su horario laboral: ¿estará realmente en la oficina o andará por ahí, moviéndose entre

machos? Entonces, con el menor pretexto, la llamaba por teléfono, pese a que me había dicho que a sus jefes no les gustaba que los empleados recibieran llamadas privadas. ¿Cómo serían después de todo esos malditos jefes que, de lunes a viernes, pasaban seis horas junto a ella, mirándole las curvas?

Los celos se me fueron convirtiendo en una costumbre, pero también en una tortura. Nunca le hice una escena, ni le dejé entrever mis sospechas, pero nuestra convivencia empezó a deteriorarse, y hasta nuestras relaciones sexuales se fueron vaciando de amor.

Cuando esa tensión se me volvió insoportable, opté por una solución que tal vez a usted le parezca ridícula: contraté un detective privado. ¿Qué le parece? No dependía de una agencia, pero, increíblemente, ese detalle me pareció una ventaja.

A los quince días de haberlo contratado, me esperó a la salida del trabajo, fuimos a un café y me dio su informe: "Tómelo con calma, pero lamento informarle que su esposa se encuentra a menudo con un hombre que la recoge en un BMW y se alejan en dirección a Pocitos". No le pedí más detalles, me preguntó si debía seguir la vigilancia y le dije que sí. Volvió a recomendarme que lo tomara con calma. "No vaya a cometer una barbaridad, ¿eh?" Lo tranquilicé, le dije simplemente que su informe confirmaba mis sospechas y que le agradecía su gestión y su eficacia.

No demoré mucho en decidirme. Teniendo en cuenta los problemas de inseguridad que existen aquí y en todas partes, ya hacía tiempo que había adquirido un revólver. Lo tenía bien escondido, ni siquiera Sabina estaba enterada. Al día siguiente, metí el arma en mi portafolio, fui a la papelería y pedí el día libre, con el pretexto de una gestión municipal. Ese día Sabina tenía horario matutino y regresaba a casa a eso de la una y media. Me situé en un zaguán, desde donde podía verla acercarse. Cuando apareció, a las dos menos veinte, fui a su encuentro con el portafolio semiabierto. Todavía no había advertido mi presencia cuando saqué el arma y le hice tres disparos. Sé que murió en el acto. En aquel pesado mediodía estival,

no había nadie en las calles. Me alejé corriendo, dos cuadras después trepé a un ómnibus y me bajé al final del recorrido. Fui a refugiarme en lo del Ñomo, que por suerte estaba en casa. A él le conté toda la historia.

Allí estuve una semana. El Ñomo salía y hacía averiguaciones. Al cuarto día vino con una noticia que literalmente me destruyó. El detective me había mentido. Ningún hombre levantaba a Sabina en un BMW. Ñomo recogió de buena fuente la información de que el detective era un individuo con pocos escrúpulos, que explotaba la ansiedad de los maridos celosos, informándoles sobre infidelidades inexistentes a fin de que siguieran encomendándole pesquisas. Por eso trabajaba en forma independiente, ya que ninguna agencia quería desprestigiarse con sus trampas.

El Ñomo trató de conformarme, pero estuve llorando y gimoteando como dos horas. Porque yo a Sabina la quería. Fue entonces que decidí entregarme, porque con esta nueva, lastimosa soledad, no iba a andar huyendo por un mundo de mierda. Después de otros cuatro días, me despedí del Ñomo y salí a entregarme. Pero, eso sí, previamente cumplí un mero trámite: maté al detective. La verdad es que esa muerte no me pesa en la conciencia. Aunque a la hora de hacer justicia, me perjudicó bastante, claro, por aquello de la premeditación, y la jueza, implacable como son las mujeres, me encajó la máxima.

De todas mis soledades, ésta es la peor. Porque es una soledad con nostalgia. Nostalgia de Sabina, claro. La única visita que recibo, una vez al mes, es la del Ñomo. Sería tan lindo que en alguna ocasión, viniera usted con él. Ah, si se decide a venir, tráigame por favor algún libro de historia, pero no de esclavos sino de libertos.

Don Matías, perdóneme esta tristeza. Espero que acepte el abrazo que aquí le mando. Entre reja y reja.
EVARISTO.

CONTESTADOR AUTOMÁTICO

—*Usted ha llamado al número 5179617. En estos momentos no podemos atenderle. Si va a dejar un mensaje, hágalo después de escuchar la señal fónica.*

—Éste es un mensaje para Abilio y quien habla es Juan Alberto. ¿Te sorprendes, Abilio? Me imagino que sí. Hace cinco años que no tenías noticias mías. También hace cinco años que no tengo rostro ni cuerpo ni siquiera sombra. Curiosamente, tengo voz. Y con mi voz puedo aún visitarte, rememorar-te cosas, acompañarte a pesar tuyo.

El más nítido recuerdo que conservo de vos es el odio de tus ojos azules cuando dirigías el castigo que otros nos propinaban. Esa animadversión tuya, tan exagerada, siempre fue para mí un misterio. Nunca tuve enfrentamientos directos contigo, ni violé a tu mujer ni a tu hija, ni te traicioné, ni siquiera te escupí en la cara, como más de una vez tuve ganas. Vos, en cambio, te infiltraste entre nosotros, y nos fuiste vendiendo, uno por uno, a todos. Destruiste con paciencia nuestras vidas familiares, hiciste lo posible para que siempre tuviéramos presente la amenaza de muerte, como pan cotidiano.

—*Usted ha llamado al número 5179617. En estos momentos no podemos atenderle. Si va a dejar un mensaje, hágalo después de escuchar la señal fónica.*

—Según parece, tu contestador no tiene mucha capacidad. Así que continuaré mientras haya sitio. Le amargaste la existencia a nuestras mujeres y a nuestros hijos. Les hacías escuchar grabaciones con nuestras voces y nuestros aullidos cuando nos picaneaban. No se puede decir que seas un verdugo arrepentido, como ahora han aflorado algunos. Vos eras un ejecutor vocacional. Disfrutabas. Sin embargo, no te guardo rencor. En la dimensión en que ahora floto, el rencor no cabe; más te diría, es inconcebible. No voy a anticiparte cómo es este espacio,

tendrás que averiguarlo por ti mismo, cuando te llegue el día, o la noche, como me llegó a mí.

Un aviso. No creas que vas a encontrar a Dios. Ni el tuyo ni el de otros. Hasta ahora han brillado por su ausencia. Con toda tranquilidad, podés dejar de ir a misa. No pasa nada.

Te confieso que en el fondo te tengo lástima. Sé que no podés dormir. Sé también que es tarde para que te arrepientas. Llevás demasiados muertos en el *container* de tu memoria.

No sé si algún otro de tus cadáveres se asomará, como yo ahora, a tu contestador. Y no lo sé porque aquí no nos comunicamos. Somos una congregación de solitarios. ¿Sabías que la muerte es una interminable pradera gris? Te aseguro que no volveré a molestarte. Sí, la muerte es una interminable pradera gris. Una pradera gris. Sin aleluyas. Gris.

TESTAMENTO OLÓGRAFO

*Dejo mis dedos espectrales
que recorrieron teclas, vientres, aguas, párpados de miel
y por los que descendió la escritura
como una virgen de alma desdichada*

SEBASTIÁN SALAZAR BONDY
Testamento ológrafo

1

Yo, Rogelio Velasco, dejo mis anteojos o lentes o gafas o espejuelos, a mi sobrino Esteban, para que pueda ver el mundo como yo lo he visto, a veces injusto, desarticulado, confuso, y otras veces generoso, ordenado, estimulante.

Recuerdo que vos, Esteban, cuando todavía eras un niño, te calzaste mis anteojos, que yo había dejado sobre la mesa, y de inmediato te los quitaste con inusitada violencia, casi con asco, porque, claro, no se acomodaban a tu visión de entonces. Tal vez ahora tu miopía se corresponda con la mía y ya no arrojes al suelo mis pobres lentes. En realidad, no son los mismos. De aquéllos tuve que cambiar uno de los cristales, el izquierdo, como resultado de ese desencuentro. De todos modos, hace como diez años que no me acompañan, pues los olvidé en un taxi. El chofer nunca vino a devolvérmelos, quizá porque el siguiente pasajero (un peso pesado que ascendió al coche cuando yo bajaba) se sentó sobre ellos y los hizo añicos.

Ya sos un hombre, casi un ingeniero, y en todo caso tus rechazos serán hoy más sustanciales. Al parecer, te costó bastante verte involucrado en un amor. Vos lo atribuías, así al menos me lo contaste, a las buenas pero retorcidas intenciones de tu padre, que, preocupado por tu timidez congéni-

ta, te depositó en los flácidos brazos de una prostituta de toda su confianza, para que te iniciara en los placeres y sinsabores de la carne. Creo que de ese estreno de lenocinio sólo te quedaron los sinsabores, ya que nunca le perdonaste a mi cuñado un bautismo tan infortunado. Pasaron muchos años antes de que una mujer te atrajera, y claro, te casaste con ella. Rápida decisión antes de que te invadiera otra vez la repugnancia por un cuerpo ajeno. Menos mal que Maruja se las ha arreglado para acabar con tu apocamiento. Y hasta te ha dado un hijo. Inquieto, pero simpático. Un consejo, no dejes tus anteojos al alcance de Eduardito.

2

Yo, Rogelio Velasco, divorciado y vuelto a emparejar, nacido en Mercedes hace 65 años, dejo mi cámara fotográfica a mi ex mujer, porque fue con esta Rolleiflex que tratamos de fijar ciertos instantes de nuestra breve bienaventuranza. Todavía guardo algunas de las fotos en una caja de zapatos. Por ejemplo, la del zoo de Buenos Aires, donde estás mirando extasiada a la mona (una orangutana bastante despabilada) que, al verse enfocada por mi cámara, asumió una postura sorprendentemente fotogénica. Salvadas las distancias, traía el recuerdo de la Venus del Espejo.

También están las de la luna de miel. Entre otras, las que nos tomó el solícito camarero en un restaurante de Piriápolis. Además de escandalosamente jóvenes, parecemos felices y tal vez lo fuéramos. ¿Vos te acordás de cuál fue el origen de nuestro distanciamiento? Yo no. Sinceramente, no me acuerdo. Quizá fue un proceso lento. La conquista de la indiferencia también lleva su tiempo. Sin celos recíprocos, que son tan molestos pero que al menos otorgan vigor y sentido a una ruptura. Hoy, tantos años después, siento a veces un poco de nostalgia. Lo curioso es que no te añoro a vos. Más bien echo de menos ciertos lindos momentos que pasamos, cierta paz que edificamos y compartimos. ¿Vos no?

Ahora tengo mi pareja y vos tenés la tuya. No obstante, en mi caso al menos, no es lo mismo. Es una relación cómoda, agradable, estimulante, de diálogo fluido, pero sin inocencia. Ésta es irrecuperable, no admite simulacros ni parodias.

En otra foto estás vos sola, divertida, haciéndome una morisqueta. Reconozco que el humor era un buen ingrediente de nuestra convivencia. Sabíamos burlarnos uno del otro, y también cada uno de sí mismo. Sin dejar heridas. Eso también lo he perdido. Ahora cuando me burlo, hiero, y cuando se burlan de mí, me siento herido. ¿Será que con los años uno se vuelve necio y rencoroso?

La foto que prestigia la colección es una que te tomé en la playa, no me acuerdo cuál. Tu malla (que creo recordar era verde aceituna) es discreta, pero sabías lucir las piernas. Éstas eran —quizá todavía lo son— espléndidas, y vos bien que lo sabías.

3

Yo, Rogelio Velasco, taquígrafo ya retirado, dejo mi máquina de escribir Underwood, o sea un dinosaurio preinformático, a mi ex colega y buen amigo Eusebio Palma, con quien compartí tantas conferencias de prensa, simposios, congresos, en una época en que los taquígrafos todavía éramos testigos y custodios de la palabra. Ahora los grabadores o magnetófonos o como carajo se llamen, nos han expulsado de los consejos de dirección, de los paraninfos, de los parlamentos, de las aulas magnas. Antes los sistemas a elegir eran el Gregg, el Pitman, el Gabelsberger, el Taylor, y sobre todo el que nosotros practicábamos con entusiasmo, el Martí, insustituible para el español. Ahora en cambio los membretes a elegir son Toshiba, IBM, Sony, Philips, Panasonic, UHER, Geloso, etcétera. Lo nuestro era artesanal, riesgoso, fatigante, sometido a tensiones, presiones y oradores acelerados. A veces se nos perdía una palabra, o una frase completa, o dos ilegibles y casi impronunciables apellidos, con nueve

consonantes y dos vocales, y entonces se nos hacía un nudo en la garganta, pero, decime un poco, Eusebio, ¿qué sucede ahora cuando el grabador se emberrenchina y nos borra media conferencia, y ésta es para colmo de un rector o de un vicepresidente o de un ilustre e irascible visitante? No hay nada tan confiable como la tracción a sangre.

¿Te acordás cuando el Pepe Troncoso apareció por primera vez en la sesión del Consejo con un magnetófono gigantesco, de reciente importación, y nos dijo muy ufano: Hoy éste va a trabajar por mí, agregando luego con una jodida sonrisa: Y a ustedes, pobres esclavos, los veré sofocarse desde mi sosiego. ¿Y te acordás que a los veinte minutos de comenzada la sesión extraordinaria empezó a salir del flamante aparato un líquido verde y pastoso, que fue el prelude de una inefable humareda? El Pepe no sabía dónde meterse y a la noche no tuvo más remedio que humillarse y pedirnos nuestra esforzada versión artesanal. Reconozcamos que después vinieron otros artefactos más confiables, que fueron precisamente los que nos desplazaron para siempre.

Así y todo, caro amigo, le debemos a la taquigrafía algunos buenos momentos. Por ejemplo, las giras por todo el Interior que hacíamos con el senador Fresnedo, empeñado en difundir a toda costa su nuevo plan de educación física. Nos llevaba con él para que tomáramos versión taquigráfica de sus discursos en apariencia improvisados. Éstos estaban todos cortados por la misma tijera, virtualmente se los sabía de memoria, pero no se le podía trampear, porque si en Tacuarembó agregaba una frase que no había dicho en Durazno y en la versión ya mecanografiada nos atrevíamos a omitirla, de inmediato se daba cuenta y nos insultaba con burocrática unción. Después de su recurrente pieza oratoria, el senador respondía a preguntas del auditorio, y era admirable la desenvoltura con que llenaba sus lagunas y disimulaba su ignorancia.

Pero lo estimulante de esos viajes no era precisamente nuestra condición de oyentes y/o esclavos. Lo estimulante era que con nosotros viajaban unas estudiantes de Educación Física, preciosas y musculosas, que en cada ciudad, después de la intervención del senador, realizaban una exhi-

bición gimnástica que era siempre muy aplaudida. Por supuesto el público masculino aplaudía más el donaire de sus piernas que la habilidad de sus atléticas cabriolas. Mientras ellas se lucían en la barra o en las cuerdas, nosotros traducíamos nuestros signos taquigráficos y casi siempre terminábamos nuestro trabajo al mismo tiempo que ellas su calistenia. Entonces nos íbamos todos (incluso el senador) a bailar en el club social de la localidad. ¿Te acordás o no? ¿No era una maravilla bailar apretaditos con aquellas minas tan perfectas? Todavía no había llegado el apogeo del rock y su insulso distanciamiento, de manera que confiábamos al venturoso y pausado tango nuestro apetito venéreo, que por cierto tenía una nueva oportunidad cuando viajábamos de noche en el amplio autocar y ellas estaban tan agotadas por la gimnasia y el bailongo, que se dormían en los brazos taquigráficos, cobijadas por nuestro insomnio lujurioso. Nunca olvidaré a la más cautivante de esas minas, de cuyas afeitadas axilas subía un chanel sudoroso que enamoraba mis fosas nasales. No voy a entrar en detalles confidenciales que vos conocés mejor que yo; sólo quería rememorar algunos beneficios marginales de nuestro bendito oficio secretarial.

La vieja Underwood te la dejo como pieza de museo, pero también como homenaje a tu asombrosa velocidad mecanográfica. Nunca olvidaré que escribiendo a máquina siempre fuiste más rápido que en taquigrafía y que incluso ganaste un certamen rioplatense. Curiosamente, sólo alcanzabas esa velocidad con la crepitante Underwood; con otras marcas eras mucho más lento. Vos y ella volaban. Qué envidia. Todavía me dura. Sólo una preguntita adicional: ahora que sos jefe de protocolo, la vieja taquigrafía ¿te sirve para algo? Te confieso que a veces, para no perder la mano, la practico frente a la televisión, sólo para registrar los gazapos de algún ministro.

4

Yo, Rogelio Velasco, con la salud algo quebrantada y no sé si recuperable, dejo a mi segunda mujer mis brazos

y mis piernas, en recuerdo de que con unos y con otras la abarqué y la ceñí, la incorporé a mi territorio, la gocé y logré que me gozara. También le dejo mis rabetas de verdugo y mis caricias de arrepentido; mis hoscas vigiliyas y mis nocturnos de minucioso amador; la melancolía que me provocan sus ausencias y el cielo abierto que acompaña sus regresos; la garantía de saberla dormida a mi lado y la certeza de que velará mi último sueño.

5

Yo, Rogelio Velasco, dejo también una canción cadenciosa y pegadiza que mi madre cantaba en la cocina mientras revolvía el dulce de leche casero;

dejo un cristal con lluvia que me ponía alegremente melancólico;

dejo un insomnio con luna creciente y dos estrellas;

dejo la campanilla con la que llamaba a la esquiva buena suerte;

dejo una tijerita de acero inoxidable con la que, a través de los años, me fui cortando tres o cuatro prototipos de bigote;

dejo el cenicero de Murano que recogió sin inmutarse las cenizas de mis frustraciones;

dejo todos mis apodos y mis remordimientos clandestinos;

dejo una ficha de ruleta para que alguien la apueste al treinta y dos;

dejo el relámpago de la memoria, que a veces ilumina los baldíos de mi conciencia;

dejo el cuaderno tabaré cuadrículado donde fui anotando mis vagos presentimientos;

dejo un ejemplar del Quijote en papel biblia con notas al margen que testimonien mi aburrida admiración;

dejo los gemelos de oro que me regalaron para mi segunda boda y que nunca estrené porque sólo uso camisas de manga corta;

dejo la cadenita de mi pobre perro que murió hace tres años porque no pudo soportar su viudez;

dejo un encuadernado ejemplar de la oda al carajo, única obra maestra del ubicuo bandolero que escribió nuestro himno y el de Paraguay;

dejo el antiguo calzador de mango largo que uso en mis temporadas de lumbago;

dejo mi valiosa colección de arrugadas expectativas;

dejo un cajoncito de cartas recibidas y no contestadas y otro cajoncito con copias de las cartas que no me contestaron;

dejo un termómetro enigmático y maravilloso porque siempre nos fue imposible leer en él la temperatura nuestra de cada día;

dejo la acogedora sonrisa de la preciosa pero intocable mujer de un buen amigo que es campeón de karate;

dejo el único piojo solitario, anacoreta, que ingresó hace doce años en mi geografía corporal y al que ultimé sin la menor piedad ecologista;

dejo un plano muy bonito de Montevideo, recuerdo de una época poscolonial y premoon;

dejo mi horóscopo con sus pronósticos nunca confirmados;

dejo un papel secante con la firma (invertida) de un ministro del ramo;

dejo un caracol gigante, recogido en una playa oceánica, que antes de expirar me miró con la tristeza de su odio salado;

dejo una antena de tv que sólo aportó inéditos fantasmas a mi pantalla;

dejo las ojeras de mi hipocondría y los ardides de mi falso olvido;

dejo un decilitro de ola atlántica que guardo en un frasco verdiazul para que no extrañe;

dejo un sueño erótico y su verdad desnuda, por cierto inalcanzable en la arropada vigilia;

dejo una bofetada femenina, injusta y perfumada;

dejo una patria sin himno ni bandera pero con cielo y suelo;

dejo la culpa que no tuve y la que tuve, ya que después de todo son mellizas;

dejo mi brújula con la advertencia de que el norte es el
sur y viceversa;
dejo mi calle y su empedrado;
dejo mi esquina y su sorpresa;
dejo mi puerta con sus cuatro llaves;
dejo mi umbral con tus pisadas tenues;
dejo por fin mi dejadez.

LAS ESTACIONES

LAS ESTACIONES

Están en mí las estaciones
como si fueran una sola
las cuatro siempre están en mí
son cuatro franjas de un abismo
desde la aurora hasta el ocaso
la lluvia el verde el sol el viento
sin desvelarme están en mí
son la misión recién nacida
y son los muertos de mi mundo
mis escondidas estaciones
me hacen feliz / sufren en mí
cada una de ellas tiene un cielo
y cada cielo es un espejo
que habla de todos y de mí
las estaciones se congregan
se reconocen y se abrazan
las cuatro siempre están en mí
soy su fervor sus hojas muertas
su granizada sus cosechas
su puerta abierta sus candados
su insolación sus aguaceros
como un destino están en mí
las estaciones se entreveran
para mezclarse con mi vida
para juntarse con mi muerte
y finalmente huir de mí.

PRIMAVERA DE OTROS

Miguel miró sus manos, esas dos manchas blancas que emergían de la oscuridad. Su covacha era la última de ese caserío, ahora, vaya a saber por qué, totalmente abandonado. Le constaba que el último ocupante había regresado a su Fraile Muerto de origen. Miguel heredó el catre, el primus, una linterna sin pilas, dos banquitos desvencijados y un cajón flamante que servía de alacena. Había traído su mate y su termo como único equipaje.

¿Por qué en ese tugurio? Adentro todo era lóbrego, pero afuera había luna. Y silencio. Hoy había mendigado en la placita, junto al monumento. La cosecha había sido de siete pesos y una tarjeta telefónica. Ésta le fue entregada por una chiquitina que le avisó: queda espacio libre para dos o tres llamadas. Después se fue, corriendo.

Un mes atrás, su última llamada había sido para Cecilia: “Me voy, no sé a dónde. No te preocupes. Sabré arreglármelas. Sobre la heladera te dejo un adiós”. Y el adiós decía: “No soporto el mundo. Quiero hallarme a mí mismo. Por una vez la soledad me es imprescindible. No estoy loco. No desvarío. Cuando esta noche te enfrentes a las noticias de la tele, y veas más esqueléticos negritos de Sudán, pateras con marroquíes que naufragan en el Estrecho, indígenas del Amazonas empujados a su desaparición, cursos básicos de violencia juvenil, así como la incontenible, programada destrucción de la naturaleza, y luego, en el mismo canal o en el contiguo, la soberbia de los gobernantes, demo o autocráticos, casi da lo mismo, exhibiendo sin pudor su fiebre de poder; su indiferencia hacia el prójimo, singular o plural, y asimismo las grandes bóvedas de la Bolsa, con la histeria millonaria de los apostadores; cuando veas todo eso quizá entiendas por qué ya no soporto el mundo. La noción exacta de mi impotencia, de mi incapacidad frente a tanto desastre, de una hu-

manidad que de a poco se suicida, me hace sentir que no tengo el mínimo derecho al bienestar, ni a mi profesión, ni a tu amor, casi diría que no tengo derecho a estar vivo. Pero no te preocupes, no voy a eliminarme. Lo que no quiero para la humanidad, tampoco lo quiero para mí. Pero tengo que irme, borrar, estar a solas conmigo, tratar de comprender este relajado cósmico, esta catástrofe sin dios, este dolor sin sentido. Tu nombre es una de las pocas palabras con sentido que dejo atrás. Tal vez mi única tentación de arrepentimiento antes de dar este paso, pero la vencí. Gracias para siempre, Miguel”.

Sus propias manos, esas dos manchas blancas en la sombra, son también una constancia de sí mismo. Afuera, bajo la palidez lunar, otras constancias comparecen. Por detrás de la cuarta vivienda, irrumpen un muchacho. Su camisa clara, posiblemente blanca, atrae toda la atención de la luna, pero él se queda inmóvil, a la espera de algo.

El algo esperado llega bordeando la segunda casucha. Es una muchacha, claro. Miguel no alcanza a distinguir su rostro, pero sí que la chica es ágil, y al ver al que espera, camina lentamente hacia él y lo abraza. El *happy end*, piensa Miguel, de un producto hollywoodense de los sesenta. Pero la parejita no es de celuloide. Ahora se dedican a despejar someramente un espacio entre piedras, casi un lecho de césped. Luego empiezan a quitarse mutuamente las ropas. Miguel no puede dejar de mirarlos, asombrado, todavía incrédulo. Pero ellos ignoran que padecen un testigo involuntario y actúan con natural impunidad, como si insistieran en un ritual varias veces cumplido.

Miguel admite que, con el aporte lunar, aquellos dos cuerpos jóvenes, acariciándose sobre el césped, moviéndose en un vaivén tierno, acompasado, penetrándose, permaneciendo luego unidos en un abrazo que seguramente es tibio, pleno, final; Miguel admite que ese conjunto es como una metáfora, pero también un motivo de ser, una explicación primaria que comunica algo a pesar suyo.

Lentamente los muchachos vuelven a sus ropas, se ríen, festejan. Miguel no alcanza a captar qué dicen, pero aparentemente rebosan alegría. Tal vez se trate de una felici-

dad instantánea, sin futuro, quién puede saberlo. Por fin se alejan, abrazados, y Miguel queda otra vez ensimismado, solo en su desconcierto. Ya no mira sus manos, las introduce en los bolsillos y allí sólo encuentra la tarjeta telefónica.

Entonces se levanta, sale a la noche. Ya no hay luna. Las nubes han decidido cubrirla, al menos por un rato. Camina ocho, diez cuadras, con lentitud, indeciso, como frenándose. Cuando encuentra un teléfono público, se mete en la casilla, introduce en el aparato la tarjeta que le había dado la chiquitina y marca siete cifras. Del otro lado alguien levanta el tubo y él pregunta: “¿Cecilia?”

NUBE DE VERANO

De pronto estalló el verano. A Alejo le gustaba pasarlo y repararlo frente al mar. El vaivén apacible de las olas, siempre repetido y siempre diferente, le fascinaba en todos los febreros. Con las gaviotas de aquí cerca y las toninas de allá lejos, mantenía una provocativa y tierna relación. No así con el mar cuando las aguas se encrespaban y desde la cresta de su oleaje amenazaban la vida terrestre.

A sus quince años, el mar le atraía pero también le daba vértigo. Aún no tenía motivos para suicidarse, pero de todas maneras era un proyecto que no le espantaba. Cuando su hermana Estela decidió eliminarse (tiro en la sien), él sufrió bastante, no tanto por su desaparición sino porque no se lo había dicho, ni siquiera insinuado. En el fondo, durante el velatorio, cuando todos rodeaban acongojados aquel cuerpo joven, él había sentido un poco de envidia. Digamos, de envidia piadosa. No había muchos motivos para vivir con ganas, eso pensaba. Uno era sin duda el mar, pero éste era asimismo un motivo para morir con ganas.

Esta vez los padres, aún no repuestos de la pérdida de Estela (sólo habían pasado dos años), los habían dejado, a él y a su primo Jaime, 18 años, en la casita de la playa. Pero Jaime se iba todos los días al centrito del pueblo, y a veces, de noche, a las discotecas. A menudo intentaba arrastrarlo a esas modestas movidas nocturnas, pero Alejo fue sólo una vez y su aburrimiento había sido colosal. Recordó haber leído, en un libro de Miguel Hernández que sustrajo de la biblioteca del tío Manolo, un poema que se refería a “la soledad de la costumbre”. Él había dado vuelta el verso y se sentía cómodo en “la costumbre de la soledad”.

Alejo llevaba un diario, con anotaciones casi cotidiana-

nas. Cuando al fin se desprendió del panorama acuático, y tras comer un churrasco en la cafetería llamada ramplonamente Pepe's, se retiró a sus cuarteles de verano, abrió la libreta con su diario, y escribió:

"Debo ser un poco raro. No me gusta divertirme. Si a los quince soy así, cómo seré a los treinta. Mamá me mira a menudo como buscando en mí algún rasgo que le recuerde a Estela. Creo que nos parecíamos en los ojos, aunque ella los tenía oscuros y yo verdes. Ah, pero la mirada era la misma. Sólo que ella miraba al Más Allá y yo al Más Acá.

"Para el viejo en cambio soy una incógnita. Siempre lo he desconcertado. Ya que él es ingeniero y ejerce como tal, habría querido que yo siguiera ese rumbo, y con el tiempo me convirtiera en su ayudante y más tarde en su sucesor. Pero yo no me llevo con las matemáticas. Me parecen difíciles y además inútiles. Hay que ver cuántas cosas construyeron los antiguos y hasta los antiquísimos, sin saber la regla de tres compuesta ni siquiera la tabla del nueve. Ya que dicen que uno vive varias vidas, yo debo haber sido secretario privado del hombre de Neanderthal. Para la próxima me postulo como guía turístico en Plutón, un planeta que por lo visto se las trae. Quién sabe cómo será allí la soledad de la costumbre.

"Pero volviendo a la Tierra, tengo la impresión de que a Jaime le atraen más los chicos que las chicas. Allá él. Cada uno es libre de hacer de su recto un chifle. A mí, en cambio, no me atraen ni los unos ni las otras. Bueno, tampoco soy un témpano. Incluso una vez estuve enamorado. Yo tenía 14 y ella 13. Me enamoré porque poseía una piel como de ébano (pero blanco, qué raro ¿no?) y unos brazos como de árbol. Es probable que yo también le gustara. Al menos me dijo una tardecita, a la hora del Ángelus, que yo tenía ojos de ascua y pies de caricia. No estaba seguro del significado de ascua, y fui al diccionario: 'Ascua: pedazo de cualquier materia sólida y combustible que por la acción del fuego se pone incandescente y sin llama'. Que mis ojos pudieran ser combustibles, fue para mí una revelación. En cuanto a mis pies de caricia, o sea

propensos a acariciar, lo cierto es que a ella nunca la pude acariciar, ni con los pies ni con nada. Cultivaba sus personales métodos de huida, pero éstos no eran corpóreos ni tangibles, sino verbales. Por ejemplo me decía: 'Alejo, tenés que comprenderlo: yo soy virgen'. Y a mí qué me importaba. Nunca figuró en mi programa despojarla de su maldita virginidad. La habría tocado, eso sí, y hasta besado, por qué no. Pero ella se ponía la virginidad como una armadura. Yo también era (lo soy aún) virgen, y sin embargo no la abofeteaba con esa tontería. Al final me aburrí, o me aburrí, no recuerdo bien. Después de esa experiencia, no me enamoré más. Cuando me atrae alguna piba, antes que nada averiguo (eso siempre se puede saber) si es virgen. Pero a los 13 o 14 casi todas lo son. Fue entonces que decidí inaugurar mi actual etapa de precoz anacoreta.

"Pese a que mi vida es notoriamente breve, debo reconocer que incluye algunos enigmas. No sólo para los demás sino también y sobre todo para mí mismo. Verbigracia: ¿de dónde o de quién habré sacado mi indiferencia frente a los seres y frente a las cosas? A veces me siento como una isla, pero aun así me falta el archipiélago. Veo el mundo como a través de una mampara, no esmerilada sino transparente. Es decir: me entero de todo, pero de nada participo.

"Otro enigma: ¿cómo se explica que, aun viviendo en esta atmósfera privada tan semejante a la tristeza, nunca apele al recurso o al desahogo del llanto? Creo que la última vez que lloré tenía diez años. Y no fue un dolor del alma sino del cuerpo: una moto enloquecida y gigante me aplastó el pie derecho y escapó zigzagueando en el tráfico. Todavía me queda un poquito de renguera. Luego llegarían más ocasiones para el llanto, pero yo me mantuve seco. La más notoria fue sin duda la muerte de Estela, pero esa noche mi desconsuelo era tan tremendo que me olvidé de llorar. Puede que tanta contención sea saludable, pero yo la veo como una carencia. ¿Se habrá agotado el stock de mis humildes sentimientos? ¿Será que mis emociones se arrugaron? Continuará en la próxima entrega."

Alejo depositó la libreta del diario en su cajoncito personal. De nuevo se situó en la realidad de su entorno. Detrás del televisor había una pared con azulejos. Hoy es una de esas noches de obligada juerga, pensó; así que Jaime volverá muy tarde.

Había poco para elegir, así que se sentó en su mecedora predilecta y encendió la tele. Expulsados por el agresivo rectángulo luminoso, los azulejos se sumergieron en la sombra.

Noticias. Zapping. Más noticias. Zapping. Mediocre programa de preguntas y respuestas. Se le pregunta a los participantes sobre los nombres de los planetas. El más sabio llegó a tres: Tierra, Marte y Júpiter. Otro, menos informado, dijo: Marte y la Luna. Zapping. De nuevo noticias. Pero ahora Alejo queda extrañamente enganchado. La pantalla documenta la situación en Sudán. El contraste tiene su gancho. Por un lado muestra las ruinas provocadas por el bombardeo norteamericano. Por otro, una multitud de negros, a punto de morir de hambre y de sed. Todo en el mismo país. De pronto la cámara enfoca a un negrito esquelético, con brazos y piernas que son palitos y una mirada que no es inquisidora ni humillada ni penosa ni lacerante. Es tan sólo una mirada, y ya es bastante. Entonces el negrito, haciendo un evidente esfuerzo, logra alzar un brazo y su dedo índice señala a la cámara, que se detiene intencionadamente en ese gesto. Al negrito no le quedan fuerzas ni para sonreír al extranjero.

Alejo entiende que aquel prójimo enclenque lo está señalando a él. Entonces comprueba, para su sorpresa, que sus ojos, tras cinco años de sequía, están ahora anegados en lágrimas. Alejo llora y llora, con sollozos y hasta con gemidos. Un llanto incontenible. Y cuando el negrito se va de la pantalla, él sigue llorando. Y tiene la sobrecogedora sensación de que no llora sólo por aquel niño famélico sino también por su hermana muerta y en última instancia por sí mismo. O quizá por el mundo.

REVELACIÓN DE OTOÑO

Arturo Rosales, 48 años, era músico, primera viola de la Filarmónica. Su mujer, Renata, 43 años, profesora de literatura. Llevaban veinte años de casados, pero no tenían hijos. Llegó un momento en que ambos coincidieron en la sensación de que su trayectoria estaba incompleta; sin niños, su vida familiar era apenas la asunción de dos soledades contiguas. Si nunca habían llegado a los mutuos reproches, era por dos razones: la primera, que se querían con sinceridad, con ternura, y, *last but not least*, que en la cama funcionaban más que aceptablemente; la segunda, que eran conscientes de que nadie era culpable.

A última hora de la tarde siempre coincidían en casa, salvo cuando Arturo tenía ensayo o concierto (las obligaciones docentes de Renata concluían más temprano). En su nomenclátor muy privado, aquel espacio figuraba como “la hora del brindis”: él tomaba uno o dos whiskies y ella un par de martinis, pero era sobre todo el momento de la comunicación intelectual, profesional, artística, ideológica. O sea, el mejor trozo de la jornada.

Arturo solía decir que ejercer de primera viola era una cura de modestia, algo así como ser ciudadano de segunda. El ciudadano musical de primera era sin duda el primer violín. Era a él que el director de orquesta estrechaba la mano cuando la sala estallaba en aplausos.

No obstante, Arturo estaba conforme con su papel secundario, pero imprescindible, y trataba de desempeñarlo lo mejor que podía. Después de haber recorrido con su arco a tantos notables compositores, jugaba a hallar para cada uno de ellos una definición sintética. Por ejemplo: Bach era la exactitud; Vivaldi, la gracia; Beethoven, la nobleza; Brahms, la profundidad; Mozart, la alegría; Mahler, el rigor; Haendel, la devoción; Paganini, el desafío; Stravinsky, la sorpresa.

Por su parte, Renata se divertía con aquella distribución de etiquetas y su contribución al juego consistía en encontrar equivalentes literarios, algo así como complementos al fichero de Arturo. Y como era sólo un pasatiempo personal e irresponsable, no buscaba coincidencias cronológicas ni estilísticas sino más bien espirituales. A Bach, por ejemplo, le asignaba Goethe; a Vivaldi, Torcuato Tasso; a Beethoven, Cervantes; a Brahms, Shakespeare; a Mozart, Voltaire; a Mahler, Dante; a Haendel, San Juan de la Cruz; a Paganini, Molière; a Stravinsky, Apollinaire.

Tenían amigos, con quienes en general compartían posiciones políticas, pero en cambio discutían arduamente sobre arte. Vale decir, que llevaban una vida estimulante y plena. Y sin embargo, algo les faltaba.

El día en que el matrimonio Posadas, que tampoco tenía hijos, decidió adoptar un niño y finalmente llevó a cabo ese propósito, los Rosales llegaron a su “hora del brindis” con el tema de la adopción en el orden del día. Durante tres horas bordaron todo un entramado de riesgos y ventajas. Antes de la cena, la adopción fue aprobada por unanimidad: dos votos a favor, ninguno en contra.

No les fue fácil. Hubo varios intentos, pero a menudo acababan en frustraciones. Además, no siempre había suficientes garantías sanitarias. Por fin surgió la posibilidad esperada. Una joven soltera, muy sana, proveniente de la alta clase media, había quedado embarazada, y, pese a las presiones familiares, no había aceptado abortar. El padre, guardián celoso de un honor estrecho, aceptó al fin la decisión por razones humanitarias, pero con la condición de que la criatura fuera dada en adopción a un matrimonio sin hijos, de aceptable currículum, pero con un segundo, inexorable requisito: que jamás se restableciera ni se conociera el vínculo entre la criatura adoptada y su madre biológica.

A los Rosales la niña les encantó (fue bautizada como Florencia) y en la adopción se cumplieron todos los requisitos legales. Verdaderamente, a Arturo y Renata la incorporación de Florencia les cambió la vida y nunca se

arrepintieron de su sabia decisión. Por su parte, Florencia se sentía querida, estimulada y cuidada.

Fieles cumplidores del compromiso contraído, Arturo y Renata nunca le dijeron la verdad. A veces lo discutieron, porque un psicólogo amigo les dijo que, por la salud física y espiritual de un niño adoptado, no era aconsejable que anduviera interminablemente por la vida con la carga de una falsa identidad. Los Rosales comprendían y hasta admitían el planteo, pero tenían un miedo cerval a que semejante revelación se volviera contra ellos y acabaran perdiendo a Florencia. No soportaban un futuro sin ella y hasta encontraban que la muchacha tenía claros rasgos de Arturo y también de Renata. Por lo pronto, le encantaban la música y los libros.

A través de los años, Florencia había ido avanzando limpiamente en su educación. Tanto en la etapa primaria como en la secundaria, siempre había sido una estudiante aprovechada y brillante.

La víspera de sus quince años, estaban los tres en el living del décimo piso, con toda la arboleda del Prado que el amplio ventanal les entregaba. Arturo pensó que nunca había conocido un otoño tan espléndido y en el que se pudiera respirar hondo con tanto disfrute. Todavía no se veían muchas hojas secas, pero las que había parecían de oro. Además, era evidente que también los árboles respiraban hondo. Por si todo eso fuera poco, Arturo estaba dispuesto a convertir este otoño en una metáfora de su presente, ya que tanto él como Renata, con sus 63 y 58 años respectivamente, estaban bien instalados en el otoño de sus vidas. Y para colmo, en el ensayo de hoy, la Filarmónica la había emprendido con el luminoso otoño de Vivaldi.

Mientras Arturo disfrutaba con su otoño, Renata se ocupaba de los preparativos de la fiestita de cumpleaños. Cuando Arturo se extrajo a sí mismo del éxtasis otoñal, Florencia fue a sentarse junto a él. Arturo se sintió afortunado como nunca. La acarició con ternura sinceramente paternal y le anticipó que mañana tendría una linda sorpresa.

De pronto Florencia se levantó, y enfrentándose a Arturo y Renata con una sonrisa sin tapujos, dijo lo inesperado:

—Hace cuatro días me enteré de algo que ignoraba acerca de mí misma. Ahora que ya soy grandecita, ¿puedo hacerles una pregunta? ¿Cómo era mi mamá? Eh ¿cómo era?

Arturo y Renata se miraron, como buscando un imposible socorro en el otro. Él no pudo evitar que, muy dentro suyo y a pesar de su pánico, y aunque allí no tenía lugar ninguna primera viola, sintiera los frascos de *Muchachas en el jardín*, de Mompou. Ella, en cambio, como en un entresueño, se vio leyendo *La sirena varada*, de Casona.

Pero la pregunta se había instalado para siempre en las tres vidas y volvía a sonar con implacable insistencia:

—¿Cómo era mi mamá? ¿No me van a decir cómo era?

EL INVIERNO PROPIO

El día en que cumplió ochenta años, el profesor Aníbal Esteban Couto estuvo rodeado de hijos, hijas, nueras, yernos, nietos, sobrinos. Esa amplia unidad familiar le dejó conforme. En el camino habían quedado su mujer y una hija, y recordarlas le traía sufrimiento, pero las otras presencias compensaban de alguna manera aquel castigo inmerecido.

Cuando llega la hora de que todos se vayan, son apenas las diez. Mañana temprano unos y otros tienen obligaciones: colegios, liceos, oficinas, despachos, universidades, mostradores, computadoras. Él no: la soledad no tiene obligaciones. Ni siquiera la de recoger en el *living* (que después de la tromba familiar se asemeja a las ruinas de Pompeya) los vasos, jarras, copas, botellas, platos, bandejas, fuentes, pocillos, etcétera. Después de todo, mañana le toca venir a Encarna, que tres veces por semana se afana en poner en patológico orden el saludable desorden.

Así que se instala en el estudio, frente a la biblioteca, por cierto impresionante. Durante la reunión con su clan privado, sólo había tomado media copa de champán para acompañar el brindis, pronunciado por el único yerno que le cae bien. Pero ahora elige su vaso personal, de verde cristal de Jena, y se sirve whisky (escocés, etiqueta negra) con tres cubitos de hielo.

La biblioteca es también una familia. Es cierto que él ha pasado largos años preparando clases, cursos, conferencias, seminarios, ponencias, o sea leyendo, con línea y rumbo predeterminados, mientras tomaba notas y confrontaba textos, citas, bibliografías. Siempre echó de menos un espacio de libertad para su vocación de lector; pero lector sin programa establecido, con títulos elegidos al azar y también con el ánimo dispuesto para el disfrute, para el goce ante el talento de los otros.

Nunca se había sentido inclinado a encarar por sí mismo una obra narrativa o poética, ni siquiera un destape autobiográfico, como solían pergeñar algunos de sus colegas universitarios, tan seguros de sí mismos. Su biografía está en él, ni agazapada ni tediosa, y no es ni lo bastante procaz ni lo bastante entretenida como para contársela a los demás.

Ahora, ya jubilado, por fin con todo el tiempo a su disposición, sus ojos no le responden como antes, también envejecieron. Aún puede leer con la ayuda de gafas (hace ocho o diez años le colocaron lentes de contacto y no los soportó), pero se fatiga, le duele la cabeza, se le irritan los ojos, en fin, que no vale la pena.

No obstante, la biblioteca está allí, como un testigo. Desde su mecedora, no alcanza a leer las leyendas de cada lomo, pero a la mayoría de los libros los reconoce por el color o el formato o la encuadernación o el logotipo o también (y en eso es un experto) por sus signos de senectud. No se levanta a confirmar sus presunciones. Más bien le gusta adivinar, y si no acierta, bah, no pasa nada. Es la única gimnasia que le queda.

Como un testigo. Aparte de los diccionarios, hay libros que nunca ha abierto (no son muchos), aunque en su momento los compró con la sana intención de leerlos, pero no les había llegado el turno, siguen haciendo cola. A veces pensaba que quizá en las vacaciones, pero en las vacaciones lo llamaban para cursos de verano, aquí o allá, y de nuevo a preparar textos, clases, seminarios, además de las valijas. Así y todo, siempre le había robado alguna horita al sueño para leer sin esquemas previos.

Al fin de cuentas, la biblioteca es su verdadera autobiografía. Aquí y allá asoman libros que han estado ligados a algún hecho o a algún sentimiento, decisivos o triviales, de su vida. Nunca se decidió a colocar sus miles de volúmenes por orden alfabético de autores, de manera que si lo aluden es desde el caos.

Por ejemplo, *Corazón*, responsable del llanto más importante de su infancia. Y *Madame Bovary*. Cuando Flaubert confiesa que *Madame Bovary* es él, lo entiende

perfectamente, ya que también él es Madame Bovary. Por si las moscas, nunca ha hecho pública esa identificación.

Y también *El ombligo del mundo*. Es curioso que de esta obra sólo recuerde que pertenece a un poeta ecuatoriano. Es la palabra *ombligo* la que revive en él una peripecia que creía olvidada. Aventura más o menos pueril, durante un viaje profesional a Helsinki. Años cincuenta, ya casado, allí solitario como falso asceta en un invierno despiadado. Por eso mismo, le resultó maravilloso hacer el amor con aquella Venus nórdica (ya no recuerda si noruega, sueca o finlandesa, aunque sí que era eficaz intérprete simultánea) en una habitación del séptimo piso en un hotel (*****) casi elegante, con placentera calefacción y una amplia ventana que registraba, como en una pantalla, el pausado, melancólico descenso de los copos de nieve. Al final de los finales, ella le había anotado sus señas, y él le mandó, ya desde París, una postal que sólo decía: "En homenaje al más lindo ombligo del mundo". De ahí lo del título y su reminiscencia.

Un tramo más allá está el *Fausto* (no el de Estanislao del Campo sino el de Goethe). Reconoce que nunca pudo concluir su lectura. Su mérito es que lo conecta en la memoria con una película, tal vez alemana, bastante fáustica, *El estudiante de Praga*, en la que el protagonista hace un pacto diabólico y vende su imagen en el espejo. La había visto al comienzo de su adolescencia, y por un tiempo, cada vez que se enfrentaba a un espejo, temía que su imagen no compareciera. Pero sus temores resultaron infundados: a la desprevenida, inocente luna, siempre acudía su rostro de chiquilín sobrecogido y receloso.

En el otro extremo está *Tiempo de canallas*, tercer tomo de la espléndida trilogía de Lillian Hellman. Aníbal Esteban reconoce que ella los menciona con nombre y apellido. Siempre le ha envidiado ese coraje, porque él nunca lo tuvo para nombrar a los canallas de su tiempo.

Extrañamente, a su mujer no la enamoró con los versos entrañables de Neruda (*20 poemas de amor y una canción desesperada*, tercer estante del cuarto tramo) sino con poemas de Vallejo (*Obra poética completa*, segundo estante

del tercer tramo) que no estaban relacionados con el amor sino con su redoble a los escombros de Durango. Cuando él le había leído, en un tono casi confidencial: “Padre polvo, sandalia del paria, / Dios te salve y jamás te desate, / padre polvo, sandalia del paria”, ella tenía sus lindos ojos llenos de lágrimas y entonces él la consoló besándoselos. O sea que besó sus ojos antes que sus labios.

Y está el viejo, gastado ejemplar de *Más allá*, de Quiroga, con un cuento estremecedor, “El hijo”, que fue como el anuncio de la muerte de su hija, también accidental, también de un tiro. Han pasado treinta y ocho años y aún no ha logrado asumir ese infortunio. Mientras mueve los labios húmedos para pronunciar una vez más: “Laurita”, fija sus ojos en el estante inferior de la biblioteca, donde está *La muerte*, de Maeterlinck. Pese a sus lagunas, su memoria todavía rememora las varias hipótesis del autor acerca de la muerte. Al igual que Maeterlinck, él también se queda con la última.

A pesar de todo, su confesada condición de agnóstico se tambalea cuando medita, tal como si se hallara ante una bifurcación de autopistas: “¿Qué habrá después?” Tras ese indicio de última curiosidad, el profesor Aníbal Esteban Couto siente un cansancio repentino. Cierra entonces los ojos. Probablemente, no volverá a abrirlos.

COLOFÓN

EL ACABOSE

Traje los pies desnudos para entrar en el
siglo
esa comarca en clave / todavía ilusoria
vamos a no estrenarla con quimeras
exangües
sino con el dolor de la alegría

la realidad se aviene a su acabose
en cambio la memoria se espabila y se
ordena
la frontera está ahí / pródiga en ceros
con hambre sed condenas acechanzas
y nacimientos ávidos / rompientes /
después de todo creemos en tan pocos
milagros
que no vale la pena enumerarlos

somos los extranjeros de un siglo que está
viejo
pródigo en obsesiones y ruinas y tapujos
hábitos y confianzas y utopías
que hicimos con amor / deshicimos con saña
cuando acabe este siglo y nazca el otro
quizá nos falte el aire envejecido
al que estábamos tan acostumbrados

somos los exiliados en lo nuevo
sin autorización ni privilegios
suelos en los meandros del azar
con las viejas nostalgias aprendidas
los mejores rencores malogrados
pero con la tristeza refrescante
por imborrable y por conmovedora

que es de nosotros porque fue de otros
de todos y de a uno

el siglo no borró las confusiones
siguen plomizas frágiles mezquinas
con insomnios macizos / fuera de época
los sueños otra vez desmantelados
y la niebla virtual que impide vernos
cara a cara en el tiempo de las paces

cada siglo es un mito o un escándalo
pero sólo al final nos deja atónitos
sin saber qué ocurrió / qué está ocurriendo
qué dejarnos atrás en los jamases
cuál es el mundo real / el que se apaga
o el que nos deja el corazón sin dioses

somos los emigrantes / los pálidos anónimos
con la impía y carnal centuria a costas
dónde amontonaremos el legado
de las preguntas y perplejidades /
quién nos amputará las discrepancias /
en qué muelle en qué azar en qué crepúsculo
destaparán su siglo los venales
para brindar por íntegros y libres

fuimos los centinelas de la basura fósil
la que echaron al mar / la que olvidaron
y nos espera la basura fresca
la que perdonarán o harán ceniza

cuando despunte el sol de los presagios
no servirá la antigua contraseña
y vos y yo seremos sospechosos
como sobrevivientes del suicidio /

apenas si nos queda un racimo de días
y otro de noches con su cielo en llamas

pronto vendrán los locos del poder
refinados / desleales / un poquito caníbales
dueños de las montañas y los valles
de las inundaciones y los sismos
esos abanderados sin bandera
caritativos y roñosos
traje cartas favores exigencias
para envainar en el buzón de tiempo

de allí saldrán con tímidos destinos
hacia el futuro y sus provocaciones
a la busca de algún inencontrable
sea pozo de amor o cima de odio

en el buzón de tiempo cantan pájaros
baladas de quizás / pronósticos de lluvia
se corresponde la correspondencia
con el censo de miedos y corajes

en el buzón de tiempo las palabras
se fraccionan en sílabas y llantos
otras se juntan como peces
que huyeron de su orilla
y algunas más se reconocen
en las navajas del silencio

tengo los pies desnudos para entrar en el
siglo
y el corazón desnudo y la suerte sin alas
vamos a no estrenarlo con quimeras
exangües
sino con el dolor de la alegría

ÍNDICE

SEÑALES DE HUMO

Señales de humo	13
Fin de semana	15
Conciliar el sueño	19
Jacinto	22
Cambalache	26
Soñó que estaba preso	28
Conversa	31
El diecinueve	35
No hay sombra en el espejo	39
Asalto en la noche	42
Viejo Tupí	47
Los robinsones	50
Más o menos hipócritas	55
Ausencias	63

BUZÓN DE TIEMPO

Buzón de tiempo	83
Con los delfines	85
Terapia de soledad	88
Bolso de viajes cortos	91
La vieja inocencia	93
La muerte es una joda	96
Un sabor ácido	99
Contestador automático	104
Testamento ológrafo	106

LAS ESTACIONES

Las estaciones	117
Primavera de otros	119

Nube de verano	122
Revelación de otoño	126
El invierno propio	130

COLOFÓN

El acabose	137
------------------	-----

MARIO BENEDETTI

CANCIONES DEL MÁS ACÁ

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

PRÓLOGO

Desde comienzos de los años setenta hasta hoy, he escrito numerosas letras de canciones, muchas de las cuales me fueron solicitadas por músicos y cantantes amigos, que las han ido incorporando a sus repertorios y a sus discos y cassettes. Hay también otros artistas que han puesto música a poemas míos que no habían sido originariamente escritos para ser cantados y que, sin embargo, para mi asombro, funcionaron muy bien como canciones.

En este volumen se incluyen 60 textos (poemas, letras de canciones y así mismo poemas que adapté a los menesteres de la canción) que figuran en la programación de 40 intérpretes individuales, dúos, coros, conjuntos vocales. Sé que, en distintos países, hay otros artistas que también cantan mis versos; el hecho de que no aparezcan en este libro se debe tan sólo a que no ha sido posible obtener datos concretos. Por otra parte, si bien en la nómina de cantantes se ha tratado de incorporar la correspondiente discografía, y ésta no es exhaustiva, ello también se debe a las dificultades para lograr una confiable información en distintos y distantes países.

En mis frecuentes aproximaciones a la canción como género, he compartido con músicos y cantantes algunos trabajos que, por distintas razones, significaron mucho para mí. Quiero mencionar en primer término a Alberto Favero, con quien he colaborado desde 1972 en una treintena de canciones, incorporadas en su mayoría a la programación y las grabaciones de Nacha Guevara (por ejemplo, el recital Nacha canta Benedetti y sus correspondientes álbum y doble cassette) y también al recién inaugurado repertorio de Favero como cantante.

Asimismo, en 1985 escribí las letras de canciones para el disco El sur también existe, de Joan Manuel Serrat. Tanto el extenso trabajo con Favero como el más breve con Serrat han representado para mí la asunción de una firme amistad y también el incanjeable aprendizaje en un género por el que siempre he sentido una particular atracción.

Quiero mencionar, por último, otro de mis nexos con la canción: los recitales A dos voces, con Daniel Viglietti (recogidos en dos discos/cassettes), presentados por primera vez en la ciudad de México, en 1978, y posteriormente en diversas ciudades de Alemania, Dinamarca, España, Cuba, Argentina, Holanda y finalmente Uruguay. Tales recitales tienen un carácter distinto a los anteriormente mencionados y por eso no aparecen reflejados en esta recopilación, ya que en A dos voces (I y II) Daniel aporta sus canciones y yo leo simplemente mis poemas, vinculados unas y otros por temas afines.

Una observación final. El título doble que encabeza algunos textos, y que también aparece en los índices se debe a que, en determinadas canciones, los títulos de las mismas no coinciden exactamente con los de los poemas en que se basan; en tales casos, el título que figura en primer término corresponde a la canción, y el que aparece en segundo lugar, entre comillas y con paréntesis, es el del poema original.

Como es obvio, los textos que aquí se incluyen están diseminados en mis dieciséis libros de poesía. Quiero dejar constancia de que la idea de reunirlos en un volumen de canciones surgió, hace varios años, de mis editores. Confieso que durante cierto tiempo no vi con nitidez el sentido de esa recopilación; ahora por fin creo entender que la eventual coherencia interna de la misma será otorgada en todo caso por el género al que dichos textos, directa o indirectamente, pertenecen.

El título Canciones del más acá implica un mero tributo a la realidad, tan nutricia como cambiante, que provoca, estimula y cobija las formas y los contenidos del canto popular.

M. B.

LA BALADA DEL EMPLEADO NUEVO
("El nuevo")

Viene contento
el nuevo
la sonrisa juntándole los labios
el lápizfaber virgen y agresivo
el duro traje azul
de los domingos.

Decente
un muchachito.
Cada vez que se sienta
piensa en las rodilleras
murmura sí señor
se olvida
de sí mismo.

Agacha la cabeza
escribe sin borrones
escribe escribe
hasta
las siete menos cinco.
Sólo entonces
suspira
y es un lindo suspiro
de modorra feliz
de cansancio tranquilo.

Claro
uno ya lo sabe
se agacha demasiado
dentro de veinte años
quizá
de veinticinco
no podrá enderezarse
ni será

el mismo
tendrá unos pantalones
mugrientos y cilíndricos
y un dolor en la espalda
siempre en su sitio.
No dirá
sí señor
dirá viejo podrido
rezará palabrotas
despacito
y dos veces al año
pensará
convencido
sin creer su nostalgia
ni culpar al destino
que todo
todo ha sido
demasiado
sencillo.

GUARDERÍA
("Kindergarten")

Vino el patrón y nos dejó su niño
casi tres horas nos dejó su niño
indefenso, sonriente, millonario,
un angelito gordo y sin palabras.

Lo sentamos allí, frente a la máquina
y él se puso a romper su patrimonio.
Como un experto desgarró la cinta
y le gustaron efes y paréntesis.

Nosotros, satisfechos como tías,
lo dejamos hacer. Después de todo,
sólo dice "papá". El año que viene
dirá estádespedido y noseaidiota.

CUANDO TE JUBILES
("Después")

El cielo de veras que no es éste de ahora
el cielo de cuando me jubile
durará todo el día
todo el día caerá
como lluvia de sol sobre mi calva.

Yo estaré un poco sordo para escuchar los árboles
pero de todos modos recordaré que existen
tal vez un poco viejo para andar en la arena
pero el mar todavía me pondrá melancólico
estaré sin memoria y sin dinero
con el tiempo en mis brazos como un recién nacido
y llorará conmigo y lloraré con él
estaré solitario como una ostra
pero podré hablar de mis fieles amigos
que como siempre contarán desde Europa
sus cada vez más tímidos contrabandos y becas.

Claro estaré en la orilla del mundo contemplando
desfiles para niños y pensionistas
aviones
eclipses
y regatas
y me pondré sombrero para mirar la luna
nadie pedirá informes ni balances ni cifras
y sólo tendré horario para morirme
pero el cielo de veras que no es éste de ahora
ese cielo de cuando me jubile
habrá llegado demasiado tarde.

AQUÍ NO HAY CIELO
("Ángelus")

Quién me iba a decir que el destino era esto.

Ver la lluvia a través de letras invertidas,
un paredón con manchas que parecen prohombres,
el techo de los ómnibus brillantes como peces
y esa melancolía que impregna las bocinas.

Aquí no hay cielo,
aquí no hay horizonte.

Hay una mesa grande para todos los brazos
y una silla que gira cuando quiero escaparme.
Otro día se acaba y el destino era esto.

Es raro que uno tenga tiempo de verse triste:
siempre suena una orden, un teléfono, un timbre,
y, claro, está prohibido llorar sobre los libros
porque no queda bien que la tinta se corra.

AMOR, DE TARDE

Es una lástima que no estés conmigo
cuando miro el reloj y son las cuatro
y acabo la planilla y pienso diez minutos
y estiro las piernas como todas las tardes
y hago así con los hombros para aflojar la espalda
y me doblo los dedos y les saco mentiras.

Es una lástima que no estés conmigo
cuando miro el reloj y son las cinco
y soy una manija que calcula intereses
o dos manos que saltan sobre cuarenta teclas
o un oído que escucha cómo ladra el teléfono
o un tipo que hace números y les saca verdades.

Es una lástima que no estés conmigo
cuando miro el reloj y son las seis.
Podrías acercarte de sorpresa
y decirme “¿Qué tal?” y quedaríamos
yo con la mancha roja de tus labios
tú con el tizne azul de mi carbónico.

DECIR QUE NO

Ya lo sabemos
es difícil
decir que no
decir no quiero

ver que el dinero forma un cerco
alrededor de tu esperanza
sentir que otros
los peores
entran a saco por tu sueño

ya lo sabemos
es difícil
decir que no
decir no quiero

no obstante
cómo desalienta
verte bajar de tu esperanza
saberte lejos de ti mismo

oírte
primero despacito
decir que sí
decir sí quiero
comunicarlo luego al mundo
con un orgullo enajenado
y ver que un día
pobre diablo
ya para siempre pordiosero
poquito a poco
abres la mano

y nunca más
puedes
cerrarla.

HASTA MAÑANA

Voy a cerrar los ojos en voz baja
voy a meterme a tuestas en el sueño.
En este instante el odio no trabaja

para la muerte, que es su pobre dueño
la voluntad suspende su latido
y yo me siento lejos, tan pequeño

que a Dios invoco, pero no le pido
nada, con tal de compartir apenas
este universo que hemos conseguido

por las malas y a veces por las buenas.
¿Por qué el mundo soñado no es el mismo
que este mundo de muerte a manos llenas?

Mi pesadilla es siempre el optimismo:
me duermo débil, sueño que soy fuerte,
pero el futuro aguarda. Es un abismo.

No me lo digan cuando me despierte.

POEMA FRUSTRADO

Mi amigo
que es un poeta
convocó a los poetas.

Hay que escribir un poema
sobre la bomba atómica
es un horror
nos dijo
un horror horroroso
es el fin
es la nada
es la muerte
nos dijo
no es que te mueras sólo
en tu cama
rodeado
del llanto y la familia
del techo y las paredes
no es que llegue una bala
perdida o encontrada
a cortarte el aliento
a meterse en tu sueño
no es que el cáncer te marque
te perfora
te borra
no es tu muerte
la tuya
la nada que ganaste
es el aire viciado
en la ruina de todo
lo que existe
de todo

nadie llorará a nadie
nadie tendrá sus lágrimas

y eso es lo más horrible
la muerte sin testigos
sin últimas palabras
y sin sobrevivientes
la muerte toda muerte
toda muerte
¿me entienden?
hay que escribir un poema
sobre la bomba atómica.

Quedamos en silencio
con las bocas abiertas
tragamos el terror
como saliva helada
luego nos fuimos todos
a cumplir la consigna.

Juro que lo he intentado
que lo estoy intentando
pero pienso en la bomba
y el lápiz se me cae
de la mano.

No puedo.

A mi amigo el poeta
le diré que no puedo.

PREGÓN

Señor que no me mira
mire un poco
yo tengo una pobreza para usted

limpia
nuevita
bien desinfectada
vale cuarenta
se la doy por diez

señor que no me encuentra
busque un poco
mueva la mano
desarrime el pie
busque en su suerte
en todos los rincones
piense en las muchas cosas
que no fue

le vendo la pobreza
es una insignia
en la solapa puede convencer
qué cosas raras pasan en el mundo
usted tiene agua
yo no tengo sed
tiene su cáscara
su Dios
su diablo
su fe en los cielos
y su mala fe
lo tiene todo menos la pobreza

si no la compra
llorará después

va como propaganda
como muestra
quizá le guste y le coloque cien
pobreza sin los pobres
por supuesto
ya que los pobres
nunca huelen bien

pobreza abstracta
sin harapos
pulcra
noble al derecho
noble al revés
pobreza linda para ser contada
después del postre
y antes del café

señor que no me mira
mire un poco
yo tengo una pobreza para usted
mejor no se la vendo
le regalo
la pobreza por esta única vez.

CORAZÓN CORAZA

Porque te tengo y no
porque te pienso
porque la noche está de ojos abiertos
porque la noche pasa y digo amor
porque has venido a recoger tu imagen
y eres mejor que todas tus imágenes
porque eres linda desde el pie hasta el alma
porque eres buena desde el alma a mí
porque te escondes dulce en el orgullo
pequeña y dulce
corazón coraza

porque eres mía
porque no eres mía
porque te miro y muero
y peor que muero
si no te miro amor
si no te miro

porque tú siempre existes dondequiera
pero existes mejor donde te quiero
porque tu boca es sangre
y tienes frío
tengo que amarte amor
tengo que amarte
aunque esta herida duela como dos
aunque te busque y no te encuentre
y aunque
la noche pase y yo te tenga
y no.

CALMA CHICHA

Esperando que el viento
doble tus ramas

que el nivel de las aguas
llegue a tu arena

esperando que el cielo
forme tu barro

y que a tus pies la tierra
se mueva sola

pueblo
estás quieto

cómo
no sabes

cómo no sabes
todavía

que eres el viento
la marea

que eres la lluvia
el terremoto.

VOS LO DIJISTE

Vos lo dijiste
nuestro amor
fue desde siempre un niño muerto
sólo de a ratos parecía
que iba a vivir
que iba a vencernos
pero los dos fuimos tan fuertes
que lo dejamos sin su sangre
sin su futuro
sin su cielo
un niño muerto
sólo eso
maravilloso y condenado
quizá tuviera una sonrisa
como la tuya
dulce y honda
quizá tuviera un alma triste
como mi alma
poca cosa
quizá aprendiera con el tiempo
a desplegarse
a usar el mundo
pero los niños que así vienen
muertos de amor
muertos de miedo
tienen tan grande el corazón
que se destruyen sin saberlo
vos lo dijiste
nuestro amor
fue desde siempre un niño muerto
y qué verdad dura y sin sombra
qué verdad fácil y qué pena

yo imaginaba que era un niño
y era tan sólo un niño muerto
ahora qué queda
sólo queda
medir la fe y que recordemos
lo que pudimos haber sido
para él
que no pudo ser nuestro
qué más
acaso cuando llegue
un veintitrés de abril y abismo
vos donde estés
llevale flores
que yo también iré contigo.



En Discos Hispavox por NACHA GUEVARA

VOS LO DIJISTE

Letra: Mario Benedetti
Música: Alberto Favero
Arr.: J. M. Pater

Tranquilo

DO m FA SI b MI b

Vos lo di - jis - te, nues - tra mor fue des de

LA m $\frac{5}{4}$ RE 4 SOL m RE 7 SOL m

siem - pre ñi - ño muer - to, su - lo de a ra - los pa - re - ci - o que i - ba a vi

DO m FA SOL m rit... a tempo SOL m RE 7 SOL m 6 SOL m

vir, que i - ba ven - aer - nos. Pe - ro los das fui mas tan fuer - tes que lo de

LA b SOL m $\frac{5}{4}$ RE SOL m RE 7 SOL m 6 SOL m

ja - mas sin su san - gre, sin su fu - tu - ro, sin su cie - lo. un ni - ño

SOL m FA SOL m LA b SOL m 6

muer to, so - lo e - so. ma - ra - vi - llo - sôy con de - na - do

RE 4 SOL m RE 7 SOL m MI b FA SOL 4 SOL m

SOL m DO m FA SI b MI b DO m 6

Tal vez tu-ve-rá una son-ri-sa co-mo la tu-ya, dul-céy

RE 4 SOL m SOL m 6 DO m FA SOL m

hon-da, tal vez tu-ve-rá un al-ma tris-te co-mo mi al-ma, po-ca

LA b DO m 6 RE 4 SOL m RE 7

co-sa, tal vez a-pre-n-die-ra con el tem-po a des-ple-gar-se, a su-ar el mun-do.

SOL m 6 SOL m MI b MI b FA SI b SOL 7/4 DO m

pe-ro las ni-ñas que a si-vie-nen, muer-tas de a mor, muer-tas de me-do, tie-nen lan

DO m 6 SOL m 9/4 LA b SOL m 9/4

gran-de el co-ra-zón que se des-tru-ye sin sa-ber-lo.

MI b DO m RE m FA SOL 4 SOL m DO m FA

Vos lo d-i-s-te, nues-tra

SI b MI b LA m 7 RE 4 RE SOL m RE 7

mor fue des de siem-prun ni-ño muer-to. y aue ver dad du-râ y sin som-bra. que ver

Musical notation for the first system, including a treble clef, a key signature of one flat, and a piano accompaniment with chords labeled SOL m6, SOL m, DO m, FA, SOL m, LA b, DO m 7/4, FA#7, and RE7.

dad fá-cil y que pe-na, yô-ma gi-na - ba queê-raun ni - ño -

Musical notation for the second system, including a treble clef, a key signature of one flat, and a piano accompaniment with chords labeled SOL m, MI m7, LA7, MI m7, LA7, and RE4.

yê-ra tan só-loun ni-ño muer-to. - c'âho - ra qué que - da?

Musical notation for the third system, including a treble clef, a key signature of one flat, and a piano accompaniment with chords labeled RE, MI b, FA, SOL m, SOL m, MI b, and SI b.

Sô-lo que - da me - dir la fe, que re - cor - de - mas lo que pu - di - mos ha - ber si - do para

Musical notation for the fourth system, including a treble clef, a key signature of one flat, and a piano accompaniment with chords labeled DO m7, SOL m6, MI b, and DO m7.

el. que no pu - do ser nues - tro, c'qué más?.. A - ca - so cuan do lle - que un

Musical notation for the fifth system, including a treble clef, a key signature of one flat, and a piano accompaniment with chords labeled LA b, MI b, SI b, and DO m.

ven - ti - tres de a bril yâ - bis - mo, vas don - deê - tes, lle - va - le flo - res, que yo tam -

Musical notation for the sixth system, including a treble clef, a key signature of one flat, and a piano accompaniment with chords labeled LA m, FA7, SI b, SOL m, LA b, and SOL m 7/4.

bien i - re con - ti - go.

Musical notation for the seventh system, including a treble clef, a key signature of one flat, and a piano accompaniment with chords labeled MI, FA, and SOL m.

ES TAN POCO

Lo que conoces
es tan poco
lo que conoces
de mí
lo que conoces
son mis nubes
son mis silencios
son mis gestos
lo que conoces
es la tristeza
de mi casa vista de afuera
son los postigos de mi tristeza
el llamador de mi tristeza.

Pero no sabes nada
nada
a lo sumo
piensas a veces
que es tan poco
lo que conozco
de ti
lo que conozco
o sea tus nubes
o tus silencios
o tus gestos
lo que conozco
es la tristeza
de tu casa vista de afuera
son los postigos de tu tristeza
el llamador de tu tristeza.
Pero no llamas.
Pero no llamo.

CIELO DEL 69

Cielito cielo que sí
cielo del sesenta y nueve
con el arriba nervioso
y el abajo que se mueve

que vengan o que no vengan
al pueblo nadie lo asfixia
que acabe la caridad
y que empiece la justicia

que la luna llena brille
que acabe la cuenta llena
que empiece el cuarto menguante
y que mengüe por las buenas

o por las malas sinó
o por las peores también
el mango vayan soltando
ya no existe la sartén

cielito cielo que sí
cielo del sesenta y nueve
con el arriba nervioso
y el abajo que se mueve

que vengan o que no vengan
sabrán igual la noticia
se acabó la caridad
ya va a empezar la justicia

Cuando hacen fuego me dicen
que están contra la violencia

me dicen cuando dan muerte
que sientan jurisprudencia

cielito cielo que no
cielito qué le parece
borrar y empezar de nuevo
y empezar pese a quien pese

mejor se ponen sombrero
que el aire viene de gloria
si no los despeina el viento
los va a despeinar la historia

cielito cielo que sí
cielo del sesenta y nueve
con el arriba nervioso
y el abajo que se mueve

cielito cielo que sí
cielo lindo linda nube
con el arriba que baja
y el abajo que se sube.

MILONGA DEL ORIENTAL

Cuando el presente castigas
cuando el pasado te nombra
para algunos sos la sombra
para nosotros
Artigas

estuviste con el pobre
te alzaste contra los amos
lo que es nuestro reclamamos
no queremos lo que sobre

fuiste y serás la conciencia
para el tiempo que se viene
verás el sabor que tiene
la segunda independencia

el gringo y el oligarca
con su dólar y sus ocios
que se vayan como socios
y nos dejen la comarca

como es público y notorio
sueñan un sueño de susto
su pesadilla es tu justo
Reglamento Provisorio

te nombran de mala gana
el oligarca y el gringo
un Artigas de domingo
no el de toda la semana

pero el Artigas de veras
señor de los cimarrones
con banderas en jirones
y acciones como banderas

ahora que en la patria herida
la libertad está trunca
a ése no lo nombran nunca
porque es reguero de vida

cuando el presente castigas
cuando el pasado te nombra
para algunos sos la sombra
para nosotros
Artigas

no el Artigas oficial
sino el que en su pueblo oficia
el que trazó la justicia
Artigas el Oriental.

VIDALITA POR LAS DUDAS

Las voces de abajo
 vidalítá
están casi mudas
pero los gendarmes
 vidalítá
matan por las dudas

no saben en dónde
 vidalítá
se enredó el enredo
por las dudas llevan
 vidalítá
chalecos de miedo

dudan los dudosos
 vidalítá
duda poca gente
dudan los esbirros
 vidalítá
duda el presidente

pero si supieran
 vidalítá
lo que el pueblo sabe
ya no dudarían
 vidalítá
qué duda te cabe

conseguir lo justo
 vidalítá
cuesta dios y ayuda
pero se consigue

vidalítá
no te quepa duda

yo tan sólo dudo
vidalítá
cuándo es más barato
si para mañana
vidalítá
o dentro de un rato.

ALGUIEN

Alguien limpia la celda
de la tortura
que no quede la sangre
ni la amargura

alguien pone en los muros
el nombre de ella
ya no cabe en la noche
ninguna estrella

alguien limpia su rabia
con un consejo
y la deja brillante
como un espejo

alguien piensa hasta cuándo
alguien camina
suenan lejos las risas
una bocina
y un gallo que propone
su canto en hora
mientras sube la angustia
la voladora

alguien piensa en afuera
que allá no hay plazo
piensa en niños de vida
y en un abrazo

alguien quiso ser justo
no tuvo suerte

es difícil la lucha
contra la muerte

alguien limpia la celda
de la tortura
lava la sangre pero
no la amargura.

¿DE QUÉ SE RÍE?
("Seré curioso")

En una exacta
foto del diario
señor ministro
del imposible

vi en pleno gozo
y en plena euforia
y en plena risa
su rostro simple

seré curioso
señor ministro
de qué se ríe
de qué se ríe

de su ventana
se ve la playa
pero se ignoran
los cantegriles

tienen sus hijos
ojos de mando
pero otros tienen
mirada triste

aquí en la calle
suceden cosas
que ni siquiera
pueden decirse

los estudiantes
y los obreros
ponen los puntos
sobre las íes

por eso digo
señor ministro
de qué se ríe
de qué se ríe

ustedé conoce
mejor que nadie
la ley amarga
de estos países

ustedes duros
con nuestra gente
por qué con otros
son tan serviles

cómo traicionan
el patrimonio
mientras el gringo
nos cobra el triple

cómo traicionan
ustedé y los otros
los adulones
y los seniles

por eso digo
señor ministro
de qué se ríe
de qué se ríe

aquí en la calle
sus guardias matan

y los que mueren
son gente humilde

y los que quedan
llorando rabia
seguro piensan
en el desquite

allá en la celda
sus hombres hacen
sufrir al hombre
y eso no sirve

después de todo
usted es el palo
mayor de un barco
que se va a pique

seré curioso
señor ministro
de qué se ríe
de qué se ríe

TU QUEBRANTO

Tu voz no quiere cantar
tu voz se esconde en el llanto
si pregunto tu quebranto
es sólo por preguntar

desde que tu pena existe
como un ileso sentido
todo está triste y cumplido
todo está cumplido y triste

no tiene melancolía
el limpio dolor que tienes
ya no te quedan rehenes
para obtener la alegría

tu voz no quiere cantar
tu voz se esconde en el llanto
si pregunto tu quebranto
es sólo por preguntar

tu pena no es tu tortura
tu pena es tu peregrina
quién sabe cómo termina
si termina tu aventura

tu pena es un cautiverio
sin mar sin cielo y sin rosas
por sobre todas las cosas
tu pena es como misterio

tu voz no quiere cantar
tu voz se esconde en el llanto

si pregunto tu quebranto
es sólo por preguntar

tu voz se calla por sabia
y ese silencio es mejor
si tu dolor no es dolor
es que tu dolor es rabia

tu dolor es una espada
que hiere o corta o libera
tu pena es una manera
de vencer la madrugada

tu voz no quiere cantar
tu voz se esconde en el llanto
si pregunto tu quebranto
no me vas a contestar.

FIN DE SIESTA
(“Tango para un fin de siesta”)

El sol pesa menos
que una sombra en pena
la nube se esconde
la tarde se enmienda

el sol pesa menos
pero igual se queda
pasa algo sencillo
se acabó la siesta

el viento nuevito
pide santo y seña
las hojas se mueven
pero con cautela

los muros rebeldes
entran en sospecha
pasa algo sencillo
se acabó la siesta

la paz era breve
breve la paciencia
ya lo saben todos
sálvese quien pueda

regalo del hambre
don de la miseria
pasa algo sencillo
se acabó la siesta

el cielo está en duda
la ley está en quiebra
los futuros libres
nacen dondequiera

nacen como nunca
crecen con urgencia
pasa algo sencillo
se acabó la siesta

el sol pesa menos
que una calma en pena
y no obstante ahora
todo aquí se incendia

en la tarde herida
y en la vida abierta
pasa algo sencillo
se acabó la siesta.

EL TRIUNFO DE LOS MUCHACHOS
("Cielito de los muchachos")

Están cambiando los tiempos
para bien o para mal
para mal o para bien
nada va a quedar igual

cielito cielo que sí
con muchachos dondequiera
mientras no haya libertad
se aplaza la primavera

se posterga para cuando
lleguen los años frutales
y del podrido poder
se bajen los carcamales

cielito cielo cielito
cielito a la descubierta
las botas del miedo pasan
por una calle desierta

viejos están y qué solos
qué ministros y qué viejos
tienen los pesos aquí
pero los dólares lejos

cielito cielo no importa
tienen miedo y es bastante
conocen que ya hace mucho
la historia sigue adelante

los tiempos están cambiando
están cambiando qué bueno
siempre el mundo será ancho
pero ya no será ajeno

cielito cielo qué joven
está el cielo en rebeldía
qué verde viene la lluvia
qué joven la puntería

se pone joven el tiempo
y acepta del tiempo el reto
qué suerte que el tiempo joven
le falte al tiempo el respeto

cielito del ganapán
cielito del ganavinos
cielito del cierrapuños
cielo del abrecaminos

están cambiando los tiempos
para bien o para mal
para mal o para bien
nada va a quedar igual

nada va a quedar igual
cielito pero qué suerte
dejennós la pobre vida
guardensé la rica muerte.

YO SOY LA SECRETARIA
(“La secretaria ideal”)

Yo soy la secretaria
ideal

Mi jefe es elegante,
mi jefe es tan discreto,
es alto, distinguido,
es un jefe completo.

Cuando viene y me ordena:
“una copia textual”,
yo soy la secretaria
ideal.

Mi jefe tiene esposa,
dos hijos y tres criadas.
La esposa por lo menos
no lo comprende nada.

Cuando él viene y me dice:
“somos tal para cual”,
yo soy la secretaria
ideal.

Mi jefe tiene un mustang
y algún apartamento
donde vamos a veces
yo y su remordimiento.

Entonces lo conformo:
“es pecado venial”,

yo soy la secretaria
ideal.

Mi jefe se comporta
como un tipo maduro,
la panza disimula
cuando viste de oscuro.

Y si bosteza y dice:
“hoy no, me siento mal”,
yo soy la secretaria
ideal.

Cuando se va mi jefe,
mi jefe ese hombre viejo,
yo me desarmo y quedo
sola frente al espejo.

Y a mí misma me digo
el cansado ritual:
“Yo soy la secretaria
ideal.”

ARGENTINITO
("Orientalito")

Orientalito que naces
en tu jornada sin horas
y que todo lo deshaces
y que todo lo devoras

orientalito que llegas
con preguntas y estupores
y lloras porque te niegas
a meterte en tus dolores

es cierto que no te ríes
pero nacer no es tan triste
lo mejor es que te fíes
del país en que naciste

este país este suelo
te espera pobre y te espera
con un antiguo desvelo
con nobleza de madera

este país este mapa
puño nuevo y patria vieja
es un país que te atrapa
y así nomás no te deja

ya que naciste al orgullo
acordate orientalito
que este país es murmullo
pero también es un grito

y si te espera en pobreza
y no hay quien lo desconozca
es porque nuestra riqueza
se la ha llevado la rosca

y si te espera en prisiones
con la verdad malherida
es porque ha habido razones
para jugarse la vida

y si te abriga en su pena
orientalito acordate
es porque la patria es buena
y es buena porque combate

orientalito te estamos
pidiendo lo que ya sos
este país lo cambiamos
sobre todo para vos.

ME SIRVE Y NO ME SIRVE

La esperanza tan dulce
tan pulida tan triste
la promesa tan leve
no me sirve

no me sirve tan mansa
la esperanza

la rabia tan sumisa
tan débil tan humilde
el furor tan prudente
no me sirve

no me sirve tan sabia
tanta rabia

el grito tan exacto
si el tiempo lo permite
alarido tan pulcro
no me sirve

no me sirve tan bueno
tanto trueno

el coraje tan dócil
la bravura tan chirle
la intrepidez tan lenta
no me sirve

no me sirve tan fría
la osadía

sí me sirve la vida
que es vida hasta morir
el corazón alerta
sí me sirve

me sirve cuando avanza
la confianza

me sirve tu mirada
que es generosa y firme
y tu silencio franco
sí me sirve

me sirve la medida
de tu vida

me sirve tu futuro
que es un presente libre
y tu lucha de siempre
sí me sirve

me sirve tu batalla
sin medalla

me sirve la modestia
de tu orgullo posible
y tu mano segura
sí me sirve

me sirve tu sendero
compañero.

VAMOS JUNTOS

Con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero

compañero te desvela
la misma suerte que a mí
prometiste y prometí
encender esta candela

con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero

la muerte mata y escucha
la vida viene después
la unidad que sirve es
la que nos une en la lucha

con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero

la historia tañe sonora
su lección como campana
para gozar el mañana
hay que pelear el ahora

con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero

ya no somos inocentes
ni en la mala ni en la buena
cada cual en su faena
porque en esto no hay suplentes

con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero

algunos cantan victoria
porque el pueblo paga vidas
pero esas muertes queridas
van escribiendo la historia

con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero.

LAS PALABRAS

No me gaste las palabras
no cambie el significado
mire que lo que yo quiero
lo tengo bastante claro

si usted habla de progreso
nada más que por hablar
mire que todos sabemos
que adelante no es atrás

si está contra la violencia
pero nos apunta bien
si la violencia va y vuelve
no se me queje después

si usted pide garantías
sólo para su corral
mire que el pueblo conoce
lo que hay que garantizar

no me gaste las palabras
no cambie el significado
mire que lo que yo quiero
lo tengo bastante claro

si habla de paz pero tiene
costumbre de torturar
mire que hay para ese vicio
una cura radical

si escribe reforma agraria
pero sólo en el papel

mire que si el pueblo avanza
la tierra viene con él

si está entregando el país
y habla de soberanía
quién va a dudar que usted es
soberana porquería

no me gaste las palabras
no cambie el significado
mire que lo que yo quiero
lo tengo bastante claro

no me ensucie las palabras
no les quite su sabor
y límpiense bien la boca
si dice revolución

TORTURADOR Y ESPEJO

Mirate
así

qué cangrejo monstruoso atenazó tu infancia
qué paliza paterna te generó cobarde
qué tristes sumisiones te hicieron despiadado

no escapes a tus ojos
mirate
así

dónde están las walkirias que no pudiste
la primera marmita de tus sañas

te metiste en crueldades de once varas
y ahora el odio te sigue como un buitres

no escapes a tus ojos
mirate
así

aunque nadie te mate
sos cadáver

aunque nadie te pudra
estás podrido

dios te ampare
o mejor
dios te reviente.

ODA A LA MORDAZA

No creo en vos
mordaza
pero voy a decirte
por qué no creo

ya ves
ahora no digo
ni hoy
ni ay

y sin embargo
igual destapo el verbo
respiro el grito
y armo la blasfemia

pienso
luego insisto

hago inventario
de tu alegre pálpito de la miseria
de tu crueldad sin muchas ilusiones
de tu ira lustrada
de tu miedo
porque mordaza
vos
sos muchísimo más que un trapo sucio
sos la mano tembleque que te ayuda
sos el dueño flagrante de esa mano
y hasta el dueño canalla de tu dueño

porque mordaza
sos muchísimo más que un trapo sucio

con gusto a boca libre y a puteada
sos la ley malviente del sistema
sos la flor bienmuriente de la infamia

pienso
luego insisto

a tu custodia quedan mis labios apretados
quedan mis incisivos
colmillos
y molares
queda mi lengua
queda mi discurso
pero no queda en cambio mi garganta

en mi garganta empiezo
por lo pronto
a ser libre
a veces trago la saliva amarga
pero no trago mi rencor sagrado

mordaza bárbara
mordaza ingenua
crees que no voy a hablar
pero sí hablo
solamente con ser
y con estar

pienso
luego insisto

qué me importa callar
si hablamos todos
por todas las paredes
y por todos los signos
qué me importa callar
si ya sabés
oscura

qué me importa callar
si ya sabés
mordaza
lo que voy a decirte
porquería.

ODA A LA PACIFICACIÓN

No sé hasta dónde irán los pacificadores con su ruido
metálico de paz
pero hay ciertos corredores de seguros que ya colocan
pólizas contra la pacificación
y hay quienes reclaman la pena del garrote para los
que no quieren ser pacificados

cuando los pacificadores apuntan por supuesto tiran
a pacificar
y a veces hasta pacifican dos pájaros de un tiro

es claro que siempre hay algún necio que se niega a
ser pacificado por la espalda
o algún estúpido que resiste la pacificación a fuego
lento
en realidad somos un país tan peculiar
que quien pacifique a los pacificadores un buen
pacificador será.

HOMBRE PRESO QUE MIRA A SU HIJO

al “viejo” hache

Cuando era como vos me enseñaron los vicios
y también las maestras bondadosas y miopes
que libertad o muerte era una redundancia
a quién se le ocurría en un país
donde los presidentes andaban sin capangas

que la patria o la tumba era otro pleonismo
ya que la patria funcionaba bien
en las canchas y en los pastoreos

realmente botija no sabían un corno
pobrecitos creían que libertad
era tan sólo una palabra aguda
que muerte era tan sólo grave o llana
y cárceles por suerte una palabra esdrújula

olvidaban poner el acento en el hombre

la culpa no era exactamente de ellos
sino de otros más duros y siniestros
y éstos sí
cómo nos ensartaron
en la limpia república verbal
cómo idealizaron
la vidurria de vacas y estancieros
y cómo nos vendieron un ejército
que tomaba su mate en los cuarteles

uno no siempre hace lo que quiere
uno no siempre puede

por eso estoy aquí
mirándote y echándote
de menos

por eso es que no puedo despeinarte el jopo
ni ayudarte con la tabla del nueve
ni acribillarte a pelotazos

vos ya sabés que tuve que elegir otros juegos
y que los jugué en serio

y jugué por ejemplo a los ladrones
y los ladrones eran policías

y jugué por ejemplo a la escondida
y si te descubrían te mataban
y jugué a la mancha
y era de sangre

botija aunque tengas pocos años
creo que hay que decirte la verdad
para que no la olvides

por eso no te oculto que me dieron picana
que casi me revientan los riñones

todas estas llagas hinchazones y heridas
que tus ojos redondos
miran hipnotizados
son durísimos golpes
son botas en la cara
demasiado dolor para que te lo oculte
demasiado suplicio para que se me borre

pero también es bueno que conozcas
que tu viejo calló
o puteó como un loco
que es una linda forma de callar

que tu viejo olvidó todos los números
(por eso no podría ayudarte en las tablas)
y por lo tanto todos los teléfonos

y las calles y el color de los ojos
y los cabellos y las cicatrices
y en qué esquina
en qué bar
qué parada
qué casa

y acordarse de vos
de tu carita
lo ayudaba a callar

una cosa es morir de dolor
y otra cosa es morir de vergüenza

por eso ahora
me podés preguntar
y sobre todo
puedo yo responder

uno no siempre hace lo que quiere
pero tiene el derecho de no hacer
lo que no quiere

llora nomás botija
son macanas
que los hombres no lloran
aquí lloramos todos

gritamos berreamos moqueamos chillamos
maldecimos
porque es mejor llorar que traicionar
porque es mejor llorar que traicionarse

llorá
pero no olvides.

HOMBRE QUE MIRA SU PAÍS
("Hombre que mira su país desde el exilio")

a fleur

País verde y herido
comarquita de veras
patria pobre

país ronco y vacío
tumba muchacha
sangre sobre sangre

país lejos y cerca
ocasión del verdugo
los mejores al cepo

país violín en bolsa
o silencio hospital
o pobre artigas

país estremecido
puño y letra
calabozo y praderas

país ya te armarás
pedazo por pedazo
pueblo mi pueblo

país que no te tengo
vida y muerte
cómo te necesito

país verde y herido
comarquita de veras
patria pobre.

CREDO

De pronto uno se aleja
de las imágenes queridas
amiga
quedás frágil en el horizonte
te he dejado pensando en muchas cosas
pero ojalá pienses un poco en mí

vos sabés
en esta excursión a la muerte
que es la vida
me siento bien acompañado
me siento casi con respuestas
cuando puedo imaginar que allá lejos
quizá creas en mi credo antes de dormirte
o te cruces conmigo en los pasillos del sueño

está demás decirte que a esta altura
no creo en predicadores ni en generales
ni en las nalgas de miss universo
ni en el arrepentimiento de los verdugos
ni en el catecismo del confort
ni en el flaco perdón de dios

a esta altura del partido
creo en los ojos y las manos del pueblo
en general
y en tus ojos y tus manos
en particular.

ESTADOS DE ÁNIMO

*A veces me siento
como un águila en el aire*

(de una canción de Pablo Milanés)

Unas veces me siento
como pobre colina
y otras como montaña
de cumbres repetidas

unas veces me siento
como un acantilado
y en otras como un cielo
azul pero lejano

a veces uno es
manantial entre rocas
y otras veces un árbol
con las últimas hojas

pero hoy me siento apenas
como laguna insomne
con un embarcadero
ya sin embarcaciones

una laguna verde
inmóvil y paciente
conforme con sus algas
sus musgos y sus peces

sereno en mi confianza
confiado en que una tarde
te acerques y te mires
te mires al mirarme.

SABERTE AQUÍ

Podés querer el alba
cuando quieras
he conservado intacto
tu paisaje
podés querer el alba
cuando ames
venir a reclamarte
como eras

aunque ya no seas vos
aunque mi amor te espere
quemándose en tu azar
y tu sueño sea eso
y mucho más

esta noche otra noche
aquí estarás
y cuando gima el tiempo
giratorio
en esta paz ahora
dirás
quiero esta paz
ahora podés
venir a reclamarte
penetrar en tu noche
de alegre angustia
reconocer tu tibio
corazón sin excusas
los cuadros
las paredes
saberte aquí

he conservado intacto
tu paisaje
pero no sé hasta dónde
está intacto sin vos

podés querer el alba
cuando quieras
venir a reclamarte
como eras
aunque el pasado sea
despiadado
y hostil

aunque contigo traigas
dolor y otros milagros
aunque seas otro rostro
de tu cielo hacia mí.

NO TE SALVES

No te quedes inmóvil
al borde del camino
no congeles el júbilo
no quieras con desgana
no te salves ahora
ni nunca

no te salves
no te llenes de calma

no reserves del mundo
sólo un rincón tranquilo
no dejes caer los párpados
pesados como juicios

no te quedes sin labios
no te duermas sin sueño
no te pienses sin sangre
no te juzgues sin tiempo

pero si
pese a todo
no puedes evitarlo
y congelas el júbilo
y quieres con desgana
y te salvas ahora
y te llenas de calma
y reservas del mundo
sólo un rincón tranquilo
y dejas caer los párpados
pesados como juicios
y te secas sin labios
y te duermes sin sueño

y te piensas sin sangre
y te juzgas sin tiempo
y te quedas inmóvil
al borde del camino
y te salvas
 entonces
no te quedes conmigo.

CHAU NÚMERO TRES

Te deajo con tu vida
tu trabajo
tu gente
con tus puestas de sol
y tus amaneceres

sembrando tu confianza
te deajo junto al mundo
derrotando imposibles
segura sin seguro

te deajo frente al mar
descifrándote a solas
sin mi pregunta a ciegas
sin mi respuesta rota

te deajo sin mis dudas
pobres y malheridas
sin mis inmadureces
sin mi veteranía

pero tampoco creas
a pie juntillas todo
no creas nunca creas
este falso abandono

estaré donde menos
lo esperes
por ejemplo
en un árbol añoso
de oscuros cabeceos

estaré en un lejano
horizonte sin horas
en la huella del tacto
en tu sombra y mi sombra

estaré repartido
en cuatro o cinco pibes
de esos que vos mirás
y enseguida te siguen

y ojalá pueda estar
de tu sueño en la red
esperando tus ojos
y mirandoté.

ROSTRO DE VOS

Tengo una soledad
tan concurrida
tan llena de nostalgias
y de rostros de vos
de adioses hace tiempo
y besos bienvenidos
de primeras de cambio
y de último vagón

tengo una soledad
tan concurrida
que puedo organizarla
como una procesión
por colores
tamaños
y promesas
por época
por tacto
y por sabor

sin un temblor de más
me abrazo a tus ausencias
que asisten y me asisten
con mi rostro de vos

estoy lleno de sombras
de noches y deseos
de risas y de alguna
maldición

mis huéspedes concurren
concurren como sueños

con sus rencores nuevos
su falta de candor
yo les pongo una escoba
tras la puerta
porque quiero estar sólo
con mi rostro de vos

pero el rostro de vos
mira a otra parte
con sus ojos de amor
que ya no aman
como víveres
que buscan a su hambre
miran y miran
y apagan mi jornada

las paredes se van
queda la noche
las nostalgias se van
no queda nada

ya mi rostro de vos
cierra los ojos
y es una soledad
tan desolada.

TE QUIERO

Tus manos son mi caricia
mis acordes cotidianos
te quiero porque tus manos
trabajan por la justicia

si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos

tus ojos son mi conjuro
contra la mala jornada
te quiero por tu mirada
que mira y siembra futuro

tu boca que es tuya y mía
tu boca no se equivoca
te quiero porque tu boca
sabe gritar rebeldía

si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos

y por tu rostro sincero
y tu paso vagabundo
y tu llanto por el mundo
porque sos pueblo te quiero

y porque amor no es aureola
ni cándida moraleja

y porque somos pareja
que sabe que no está sola

te quiero en mi paraíso
es decir que en mi país
la gente viva feliz
aunque no tenga permiso

si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos.

TODAVÍA

No lo creo todavía
estás llegando a mi lado
y la noche es un puñado
de estrellas y de alegría

palpo gusto escucho y veo
tu rostro tu paso largo
tus manos y sin embargo
todavía no lo creo

tu regreso tiene tanto
que ver contigo y conmigo
que por cábala lo digo
y por las dudas lo canto

nadie nunca te reemplaza
y las cosas más triviales
se vuelven fundamentales
porque estás llegando a casa

sin embargo todavía
dudo de esta buena suerte
porque el cielo de tenerte
me parece fantasía

pero venís y es seguro
y venís con tu mirada
y por eso tu llegada
hace mágico el futuro

y aunque no siempre he entendido
mis culpas y mis fracasos

en cambio sé que en tus brazos
el mundo tiene sentido

y si beso la osadía
y el misterio de tus labios
no habrá dudas ni resabios
te querré más
todavía.



En Discos Hispavox por NACHA GUEVARA

TODAVIA

Letra: Mario Benedetti
Música: Alberto Favero
Arr.: J. M. Pater

Moderato

SOLO

No lo crea to-da-vi-a, — es-tas lle-gan-dó-mi la - do — y lo no-che-és un pu-

SOLO RE LA m DO 6 RE 7 DO

ria - do — de-és tre-las y de-a-le-grí-a — Pal-pa, gusta, éncuchá ve - o — tu

SOLO LA RE DO 6 SOLO LA m SOLO LA SOLO

ros tro, — tu pa-so lar — go, tus ma-nos, y sin em-bar-go — to-da-vi-a no lo

LA m SOLO LA LA 7 RE SIM MIM LA 7

cre — o. Tu re-gre-so tie-ne tan-to — que ver con-ti-gó-y con-

SOLO RE 6 LA m

mi - go, — que por ca - ba - la lo di - go — y por los du - ces

RE4 — 3 DO SOL6 MI m7 LA 7/9 LA

can - to — No de nun ca le reem - pla - za, — y las co - sas mas tr -

RE4 — 3 SOL7 DO SI m SOL6 DO

via - les se vuel - ven fun - da - men - ta - les, — por - qués kar - le gan - da - ca - sa —

SI m SOL6 MI m7 LA 7/9 LA m 7/9 RE SOL4 — 3

— Sin em - barga to da vi - a — no pue - do cre er mi

MI b LA b MI b6 SI b m7

suer - te, — por - qué el cie - lo de le - nar - te — me pa - re - ce — tan to

MI b RE b m7 DE m7 FA m FA m7 SI b7

si - a — Per o ve - nis, yes se - gu - ro, — y ve - nis con tu mi -

MI RE b DO SI b m LA b SI b7 LA b SI b m7 LA b

ra — da, y por e — so — tu lle — ga — do — ha — ce ma — gi — cōel fu —

LA b Sib LAB Mib6 DOM7 FAm Sib7

tu — ra. — Ya un que no siem — pre ven — di — do — mis cul — pas y mis fra —

rit. poco menor

Mib4 LAB Mib6 sibm7

ca — sas, — en cam — bio se que — en tus bra — zos — el mun — do tie — ne sen —

REb Mib7 REb DOM FAm7 FAm Mib

ti — do — Y si be — so lō — sa — di — o — yēl mis — le — ri de tus

rit. molto *Menor*

REb Mib LAB Mib DOM7 FAm sibm7

lo — bios, — no ha — bradas ni re — sa — bios, — te que — rre — mos to — do

REb Mib rebm sib 3/4 REb Mib Mib REb7 Mib

vi — a.

LAB Mib LAB RE sib LAB LAB

USTEDES Y NOSOTROS

Ustedes cuando aman
exigen bienestar
una cama de cedro
y un colchón especial

nosotros cuando amamos
es fácil de arreglar
con sábanas qué bueno
sin sábanas da igual

ustedes cuando aman
calculan interés
y cuando se desaman
calculan otra vez

nosotros cuando amamos
es como renacer
y si nos desamamos
no la pasamos bien

ustedes cuando aman
son de otra magnitud
hay fotos chismes prensa
y el amor es un boom

nosotros cuando amamos
es un amor común
tan simple y tan sabroso
como tener salud

ustedes cuando aman
consultan el reloj

porque el tiempo que pierden
vale medio millón

nosotros cuando amamos
sin prisa y con fervor
gozamos y nos sale
barata la función

ustedes cuando aman
al analista van
él es quien dictamina
si lo hacen bien o mal

nosotros cuando amamos
sin tanta cortedad
el subconsciente piola
se pone a disfrutar

ustedes cuando aman
exigen bienestar
una cama de cedro
y un colchón especial

nosotros cuando amamos
es fácil de arreglar
con sábanas qué bueno
sin sábanas da igual.

GRILLO CONSTANTE

Mientras aquí en la noche sin percances
pienso en mis ruinas bajo a mis infiernos
inmóvil en su dulce anonimato
el grillo canta nuevas certidumbres

mientras hago balance de mis yugos
y una muerte cercana me involucra
en algún mágico rincón de sombras
canta el grillo durable y clandestino

mientras distingo en sueños los amores
y los odios proclamo ya despierto
implacable rompiente soberano
el grillo canta en nombre de los grillos

la ansiedad de saber o de ignorar
flamea en la penumbra y me concierne
pero no importa desde su centímetro
tenaz como un obrero canta el grillo.

POR QUÉ CANTAMOS

Si cada hora viene con su muerte
si el tiempo es una cueva de ladrones
los aires ya no son los buenos aires
la vida es nada más que un blanco móvil

usted preguntará por qué cantamos

si nuestros bravos quedan sin abrazo
la patria se nos muere de tristeza
y el corazón del hombre se hace añicos
antes aún que explote la vergüenza

usted preguntará por qué cantamos

si estamos lejos como un horizonte
si allá quedaron árboles y cielo
si cada noche es siempre alguna ausencia
y cada despertar un desencuentro

usted preguntará por qué cantamos

cantamos porque el río está sonando
y cuando suena el río / suena el río
cantamos porque el cruel no tiene nombre
y en cambio tiene nombre su destino

cantamos por el niño y porque todo
y porque algún futuro y porque el pueblo
cantamos porque los sobrevivientes
y nuestros muertos quieren que cantemos

cantamos porque el grito no es bastante
y no es bastante el llanto ni la bronca
cantamos porque creemos en la gente
y porque venceremos la derrota

cantamos porque el sol nos reconoce
y porque el campo huele a primavera
y porque en este tallo en aquel fruto
cada pregunta tiene su respuesta

cantamos porque llueve sobre el surco
y somos militantes de la vida
y porque no podemos ni queremos
dejar que la canción se haga ceniza.

LA VIDA COTIDIANA
("Cotidiana 5")

Hay un día en que se nace
a la gloria y a la suerte
a la suerte y a la muerte
hay un día en que se nace

y en penumbra tan temprana
que no duele ni se nombra
la luz muere con la sombra
de la vida cotidiana

hay un sol que da sentido
a la gloria y a la suerte
a la suerte y a la muerte
hay un sol que da sentido

y en mitad de la mañana
abre rumbos y salidas
en las idas y venidas
de la vida cotidiana

hay un cielo que responde
a la gloria y a la suerte
a la suerte y a la muerte
hay un cielo que responde

y en la calma soberana
de un solemne mediodía
junta penas y alegría
de la vida cotidiana

hay un sueño que se acerca
a la gloria y a la suerte
a la suerte y a la muerte
hay un sueño que se acerca

y en la siesta y resolana
ponen lágrimas y besos
los convictos y confesos
de la vida cotidiana

hay crepúsculos que invocan
a la gloria y a la suerte
a la suerte y a la muerte
hay crepúsculos que invocan

y en la cumbre más lejana
el sol muere como un toro
con la sangre y con el oro
de la vida cotidiana

siempre hay una causa digna
de la gloria y de la suerte
de la suerte y de la muerte
siempre hay una causa digna

pero no es la lucha vana
de quien busca satanases
en las guerras y en las paces
de la vida cotidiana

hay por último un letargo
de la gloria y de la suerte
de la suerte y de la muerte
hay todo eso y sin embargo

en la noche veterana
el amor que es buena gente

va dejando la simiente
de otra vida cotidiana

HOMBRE DE LA PAZ ("Allende")

Para matar al hombre de la paz
para golpear su frente limpia de pesadillas
tuvieron que convertirse en pesadilla
para vencer al hombre de la paz
tuvieron que congregarse todos los odios
y además los aviones y los tanques
para batir al hombre de la paz
tuvieron que bombardearlo hacerlo llorar
porque el hombre de la paz era una fortaleza

para matar al hombre de la paz
tuvieron que desatar la guerra turbia
para vencer al hombre de la paz
y acallar su voz modesta y taladrante
tuvieron que empujar el terror hasta el abismo
y matar más para seguir matando
para batir al hombre de la paz
tuvieron que asesinarlo muchas veces
porque el hombre de la paz era una fortaleza

para matar al hombre de la paz
tuvieron que imaginar que era una tropa
una armada una hueste una brigada
tuvieron que creer que era otro ejército
pero el hombre de la paz era tan sólo un pueblo
y tenía en sus manos un fusil y un mandato
y eran necesarios más tanques más rencores
más bombas más aviones más oprobios
porque el hombre de la paz era una fortaleza

para matar al hombre de la paz
para golpear su frente limpia de pesadillas
tuvieron que convertirse en pesadilla
para vencer al hombre de la paz
tuvieron que afiliarse para siempre a la muerte
matar y matar más para seguir matando
y condenarse a la blindada soledad
para matar al hombre que era un pueblo
tuvieron que quedarse sin el pueblo.

TIERRA-LUNA

(“Variaciones sobre un tema de Boris Vian”)

Cuando me canse de escuchar
llantos de niños en la brisa
cuando me canse de mirar
pueblos que apenas son ceniza

me iré con lluvias estrelladas
que son diamantes en el barro
glacial cometa de miradas
vivo la noche y desamarro

y con estrellas miel y flores
que son rubíes y topacio
tendré el silencio en los albores
del infinito eterno espacio

cuando me canse de la lluvia
y de la sangre y de la guerra
cuando me canse de esta tierra
me mudaré a la luna rubia

ah tierra-luna tierra-luna
atrás quedó la suerte perra
atrás los muertos y la guerra
adiós

ah tierra-luna tierra-luna
me pongo hoy las alas de oro
y cielo arriba cual meteoro
me voy

así que ahora no te asombres
si desde esta luna hueca
me burlo de la tierra seca
y de los pobres simples hombres

ah tierra-luna tierra-luna
adiós ciudad mi corazón
globo tullido de aflicción
adiós

cuando me canse de esperar
a los indómitos que huyen
cuando me canse de soñar
sueños que siempre se concluyen

me iré otra vez inoportuno
y apostaré por el que pierde
y volveré cuando ninguno
me necesite ni recuerde

y con el tímido derroche
de una paciencia vengadora
tendré las dudas de la noche
sin las respuestas de la aurora

cuando me canse la rutina
de que me ultrajen y me roben
cuando me canse de esta ruina
me mudaré a la luna joven

ah tierra-luna tierra-luna
atrás quedó la suerte perra
atrás los muertos y la guerra
adiós

ah tierra-luna tierra-luna
me pongo hoy las alas de oro

y cielo arriba cual meteoro
me voy

alguna vez mi vida quieta
verá estallar en el pasado
mi triste y cándido planeta
que se creyó civilizado

ah tierra-luna tierra-luna
mundo caótico y podrido
pierrot de arriba me despido
adiós.

DE TIEMPOS Y OCÉANOS
("Pasatiempo")

Cuando éramos niños
los viejos tenían como treinta
un charco era un océano
la muerte lisa y llana
no existía

cuando muchachos
los viejos eran gente de cuarenta
un estanque era océano
la muerte solamente
una palabra

ya cuando nos casamos
los ancianos estaban en cincuenta
un lago era un océano
la muerte era la muerte
de los otros

ahora veterano
ya le dimos alcance a la verdad
el océano es por fin el océano
pero la muerte empieza a ser
la nuestra.

MI PATRIA ES LA HUMANIDAD
("Patria es humanidad")

Patria es humanidad

JOSÉ MARTÍ

La manzana es un manzano
y el manzano es un vitral
el vitral es un ensueño
y el ensueño un ojalá
ojalá siembra futuro
y el futuro es un imán
el imán es una patria
patria es humanidad

el dolor es un ensayo
de la muerte que vendrá
y la muerte es el motivo
de nacer y continuar
y nacer es un atajo
que conduce hasta el azar
los azares son mi patria
patria es humanidad

mi memoria son tus ojos
y tus ojos son mi paz
mi paz es la de los otros
y no sé si la querrán
esos otros y nosotros
y los otros muchos más
todos somos una patria
patria es humanidad

una mesa es una casa
y la casa un ventanal
las ventanas tienen nubes
pero sólo en el cristal
el cristal empaña el cielo
cuando el cielo es de verdad
la verdad es una patria
patria es humanidad

yo con mis manos de hueso
vos con tu vientre de pan
yo con mi germen de gloria
vos con tu tierra feraz
vos con tus pechos boreales
yo con mi caricia austral
inventamos una patria
patria es humanidad

VUELVO

(“Quiero creer que estoy volviendo”)

Vuelvo / quiero creer que estoy volviendo
con mi peor y mi mejor historia
conozco este camino de memoria
pero igual me sorprendo

hay tanto siempre que no llega nunca
tanta osadía tanta paz dispersa
tanta luz que era sombra y viceversa
y tanta vida trunca

vuelvo y pido perdón por la tardanza
se debe a que hice muchos borradores
me quedan dos o tres viejos rencores
y sólo una confianza

reparto mi experiencia a domicilio
y cada abrazo es una recompensa
pero me queda / y no siento vergüenza
nostalgia del exilio

en qué momento consiguió la gente
abrir de nuevo lo que no se olvida
la madriguera linda que es la vida
culpable o inocente

vuelvo y se distribuyen mi jornada
las manos que recobro y las que dejo
vuelvo a tener un rostro en el espejo
y encuentro mi mirada

propios y ajenos vienen en mi ayuda
preguntan las preguntas que uno sueña
cruzo silbando por el santo y seña
y el puente de la duda

me fui menos mortal de lo que vengo
ustedes estuvieron / yo no estuve
por eso en este cielo hay una nube
y es todo lo que tengo

tira y afloja entre lo que se añora
y el fuego propio y la ceniza ajena
y el entusiasmo pobre y la condena
que no nos sirve ahora

vuelvo de buen talante y buena gana
se fueron las arrugas de mi ceño
por fin puedo creer en lo que sueño
estoy en mi ventana

nosotros mantuvimos nuestras voces
ustedes van curando sus heridas
empiezo a comprender las bienvenidas
mejor que los adioses

vuelvo con la esperanza abrumadora
y los fantasmas que llevé conmigo
y el arrabal de todos y el amigo
que estaba y no está ahora

todos estamos rotos pero enteros
diezmados por perdones y resabios
un poco más gastados y más sabios
más viejos y sinceros

vuelvo sin duelo y ha llovido tanto
en mi ausencia en mis calles en mi mundo

que me pierdo en los nombres y confundo
la lluvia con el llanto

vuelvo / quiero creer que estoy volviendo
con mi peor y mejor historia
conozco este camino de memoria
pero igual me sorprende.

LENTO PERO VIENE

Lento pero viene
el futuro se acerca
despacio
pero viene

hoy está más allá
de las nubes que elige
y más allá del trueno
y de la tierra firme

demorándose viene
cual flor desconfiada
que vigila al sol
sin preguntarle nada

iluminando viene
las últimas ventanas

lento pero viene
el futuro se acerca
despacio
pero viene

ya se va acercando
nunca tiene prisa
viene con proyectos
y bolsas de semillas

con ángeles maltrechos
y fieles golondrinas

despacio pero viene
sin hacer mucho ruido
cuidando sobre todo
los sueños prohibidos

los recuerdos yacentes
y los recién nacidos

lento pero viene
el futuro se acerca
despacio
pero viene

ya casi está llegando
con su mejor noticia
con puños con ojeras
con noches y con días

con una estrella pobre
sin nombre todavía

lento pero viene
el futuro real
el mismo que inventamos
nosotros y el azar

cada vez más nosotros
y menos el azar

lento pero viene
el futuro se acerca
despacio
pero viene

lento pero viene
lento pero viene
lento pero viene

ÉSTA ES MI CASA

No cabe duda ésta es mi casa
aquí revivo aquí sucedo
ésta es mi casa detenida
en un capítulo del tiempo

llega el otoño y me defiende
la primavera y me condena
mis pobres huéspedes se ríen
copulan duermen comen juegan

llega el invierno y me marchita
llega el verano y me renueva
mis pobres huéspedes retozan
discuten bailan lloran tiemblan

junto a mi casa se detienen
los perros y los campanarios
y sin embargo las palmeras
saludan y pasan de largo

ésta es mi casa transparente
aquí me espera la almohada
aquí me encuentro con mis señas
con mi memoria y mis alarmas

ésta es mi casa con mi gente
con mis pasados y mis cosas
mis garabatos y mi fuego
mis sobresaltos y mi sombra

no cabe duda ésta es mi casa
la reconozco lentamente

por los sabores en el humo
y por el tacto en las paredes

por mi cansancio arrepentido
y mis descansos a deshoras
la ceremonia de las luces
y el comentario de las moscas

ésta es mi casa o mi región
o el laberinto de mi patria
pero me gusta repetir
no cabe duda ésta es mi casa

EL SUR TAMBIÉN EXISTE

Con su ritual de acero
sus grandes chimeneas
sus sabios clandestinos
su canto de sirenas
sus cielos de neón
sus ventas navideñas
su culto de dios padre
y de las charreteras
 con sus llaves del reino
 el norte es el que ordena

pero aquí abajo abajo
el hambre disponible
recurre al fruto amargo
de lo que otros deciden
mientras el tiempo pasa
y pasan los desfiles
y se hacen otras cosas
que el norte no prohíbe
 con su esperanza dura
 el sur también existe

con sus predicadores
sus gases que envenenan
su escuela de chicago
sus dueños de la tierra
con sus trapos de lujo
y su pobre osamenta
sus defensas gastadas
sus gastos de defensa
 con su gesta invasora
 el norte es el que ordena

pero aquí abajo abajo
cada uno en su escondite
hay hombres y mujeres
que saben a qué asirse
aprovechando el sol
y también los eclipses
apartando lo inútil
y usando lo que sirve
 con su fe veterana
 el sur también existe

con su corno francés
y su academia sueca
su salsa americana
y sus llaves inglesas
con todos sus misiles
y sus enciclopedias
su guerra de galaxias
y su saña opulenta
 con todos sus laureles
 el norte es el que ordena

pero aquí abajo abajo
cerca de las raíces
es donde la memoria
ningún recuerdo omite
y hay quienes se desmueren
y hay quienes se desviven
y así entre todos logran
lo que era un imposible
 que todo el mundo sepa
 que el sur también existe

EL SUR TAMBIÉN EXISTE



INTROD INSTRUM



CON SU RITUAL DE ACERO
CON SUS PREDICADORES

SUS GRANDES CHIMENEAS
SUS GASES QUE ENVENENAN

SUS SABIOS CLANDES
SU ESCUELA DE CHI



TINOS
CAGO

— SU CANTO DE SIRENA —
SUS DUENOS DE LA TIERRA

SUS CELOS DE NEON
CON SUS TRAPOS DE LUJO

— SUS VENTAS NAVIDEÑAS —
Y SU POBRE OSAMENTA



— SU CULTO DE DIOS PADRE —
SUS DEFENSAS GASTADAS

— Y DE LAS CHARRETERAS —
SUS GASTOS DE DEFENSA

— CON SUS LLAVES DEL REINO —
CON SU GESTA INVASORA

EL SUR TAMBIÉN EXISTE

© Copyright 1985 by Mario Benedetti y Joan Manuel Serrat | Taller 83

Publicado con autorización



— EL NORTE ES EL QUE ORDENA —
EL NORTE ES EL QUE ORDENA

— PERO AQUI ABAJO ABAJO —
PERO AQUI ABAJO ABAJO

EL HAMBRE DISPO
CADA UNO EN SU ESCON



NI BLE
DI TE

— RECURREN AL FRUTO AMARGO —
HAY HOMBRES Y MUJERES

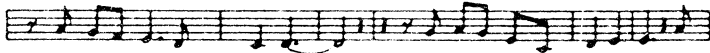
— DE LO QUE OTROS DECIDEN —
QUE SABEN A QUE ASIRSE



— MIENTRAS EL TIEMPO PASA —
APROVECHANDO EL SOL

— Y PASAN LOS DESFILES —
Y TAMBIEN LOS ECLIPSES

— Y SE HACEN OTRAS COSAS —
APARTANDO LO INUTIL



— QUE EL NORTE PROHIBE —
Y USANDO LO QUE SIRVE

— CON SU ESPERANZA DURA —
CON SU FE VETERANA



— EL SUR TAMBIEN EXISTE —
EL SUR TAMBIEN EXISTE

CURRÍCULUM

El cuento es muy sencillo
usted nace en su tiempo
contempla atribulado
el rojo azul del cielo
el pájaro que emigra
y el temerario insecto
que será pisoteado
por su zapato nuevo

usted sufre de veras
reclama por comida
y por deber ajeno
o acaso por rutina
llora limpio de culpas
benditas o malditas
hasta que llega el sueño
y lo descalifica

usted se transfigura
ama casi hasta el colmo
logra sentirse eterno
de tanto y tanto asombro
pero las esperanzas
no llegan al otoño
y el corazón profeta
se convierte en escombros

usted por fin aprende
y usa lo aprendido
para saber que el mundo
es como un laberinto
en sus momentos claves

infierno o paraíso
amor o desamparo
y siempre siempre un lío

usted madura y busca
las señas del presente
los ritos del pasado
y hasta el futuro en ciería
quizá se ha vuelto sabio
irremediabilmente
y cuando nada falta
entonces usted muere.

DE ÁRBOL A ÁRBOL

Seguro que los diarios
no lo preguntarán
los árboles ¿serán
acaso solidarios?

¿digamos el olivo de jaén
con el terco quebracho de entre ríos?
¿o el triste sauce de tacuarembó
con el castaño de campos elíseos?

¿qué se revelarán de árbol a árbol?
¿desde westfalia avisará la encina
al demacrado alerce del tirol
que administre mejor su trementina?

seguro que los diarios
no lo preguntarán
los árboles ¿serán
acaso solidarios?

¿se sentirá el ombú en su pampa húmeda
un hermano de la ceiba antillana?
¿los de ese bosque y los de aquel jardín
permutarán insectos y hojarasca?

¿se dirán copa a copa que aquel muérdago
otrora tan sagrado entre los galos
usaba chupadores de corteza
como el menos cordial de los parásitos?

seguro que los diarios
no lo preguntarán

los árboles ¿serán
acaso solidarios?

¿sabrán por fin los cedros libaneses
que su voraz y sádico enemigo
no es el ébano gris de camerún
ni el arrayán bastardo ni el morisco

ni la palma lineal de camagüey
sino las hachas de los leñadores
la sierra de las grandes madereras
el rayo como látigo en la noche?

HAGAMOS UN TRATO

Compañera usted sabe
puede contar conmigo
no hasta dos o hasta diez
sino contar conmigo

si alguna vez advierte
que a los ojos la miro
y una veta de amor
reconoce en los míos
no alerte sus fusiles
ni piense que deliro

a pesar de esa veta
de amor desprevenido
usted sabe que puede
contar conmigo

pero hagamos un trato
nada definitivo
yo quisiera contar
con usted es tan lindo
saber que usted existe
uno se siente vivo
quiero decir contar
hasta dos hasta cinco
no ya para que acuda
presurosa en mi auxilio

sino para saber
y así quedar tranquilo
que usted sabe que puede
contar conmigo.

TESTAMENTO DE MIÉRCOLES

Quiero aclarar que este testamento
no es el corriente colofón de vida
más bien se trata de un legado frágil
vigente sólo hacia el final de un día

digamos pues que lego para el jueves
las inquietudes que me puso el martes
cambiadas sólo un poco por los sueños
y esa tristeza que es inevitable

lego una nube de mosquitos y una
computadora que no tiene pilas
y hasta mi soledad con la esperanza
de que mis legatarios no la admitan

lego al jueves cuatro remordimientos
la lluvia que contemplo y no me moja
y el helecho ritual que me intimida
con la vieja elegancia de sus hojas

lego el crujido azul de mis bisagras
y una tajada de mi sombra leve
no toda porque un hombre sin su sombra
pierde el respeto de la buena gente

lego el pescuezo que he lavado como
para un jueves de horca o guillotina
y un talante que ignoro si es recato
o estupidez malsana o alegría

lego los arrabales de una idea
un tríptico de espejos que me hiere

el mar allá al alcance de la mano
la hiedra que abanica las paredes

y sólo ahora pienso que en mi árbol
en mis brumas sin rostro y en mi vino
me quedan por legar tantas historias
que alguna se me esconde en el olvido

así que por si acaso y por las dudas
y para no afligir a quien me herede
las dejo para otro testamento
digamos el del viernes

UNA MUJER DESNUDA Y EN LO OSCURO

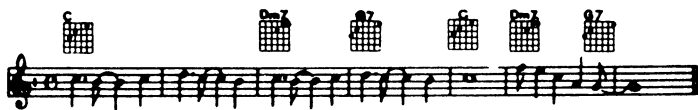
Una mujer desnuda y en lo oscuro
tiene una claridad que nos alumbr
de modo que si ocurre un desconsuelo
un apagón o una noche sin luna
es conveniente y hasta imprescindible
tener a mano una mujer desnuda

una mujer desnuda y en lo oscuro
genera un resplandor que da confianza
entonces dominguea el almanaque
vibran en su rincón las telarañas
y los ojos felices y felinos
miran y de mirar nunca se cansan

una mujer desnuda y en lo oscuro
es una vocación para las manos
para los labios es casi un destino
y para el corazón un despilfarro
una mujer desnuda es un enigma
y siempre es una fiesta descifrarlo

una mujer desnuda y en lo oscuro
genera una luz propia y nos enciende
el cielo raso se convierte en cielo
y es una gloria no ser inocente
una mujer querida o vislumbrada
desbarata por una vez la muerte

UNA MUJER DESNUDA Y EN LO OSCURO



UNA MUJER DESNUDA Y EN LO OSCURO

TIENE UNA CLARIDAD QUE NOS ALUMBRA



DE MODO QUE SI OCURRE UN DESCONSUELO

UN APAGÓN O UNA NOCHE SIN LUNA



ES CONVENIENTE Y HASTA IMPRESCINDIBLE

TENER A MANO UNA MUJER DESNUDA



UNA MUJER DESNUDA Y EN LO OSCURO

GENERA UN RESPLANDOR QUE DA

UNA MUJER DESNUDA Y EN LO OSCURO

C F 97 C

CONFIANZA ENTONCES DOMINGUEA EL ALMANAQUE VIBRAN EN SU RINCÓN LAS TELARAÑAS —

Dm7 C9 97 C F 97

_____ Y LOS OJOS FELICES Y FELI NOS _____ MIRAN Y DE MIRAR NUNCA SECAN _____

C 97 97 C F

SAN _____ UNA MUJER DESNUDA Y EN LO OSCURO _____ — TIENE UNA CLARIDAD

97 C F 97 C

_____ QUE NOS ALUMBRA _____ DE MODO QUE SI OCURRE UN DESCONSUELO UN APAGÓN O UNA

Dm7 F9 C

— NOCHE SIN LUNA — _____ ES CONVENIENTE Y HASTA IMPRESCINDIBLE _____

F 97 C

— TENER A MANO — — UNA MUJER DESNUDA —

LOS FORMALES Y EL FRÍO

Mientras comían juntos y distantes y tensos
ella muy lentamente y él como ensimismado
hablaban con medida y doble parsimonia
de temas importantes y de algunos quebrantos

entonces como siempre o como casi siempre
el desvelo social condujo a la cultura
así que por la noche se fueron al teatro
sin tocarse un ojal ni siquiera una uña

su sonrisa la de ella
era como una oferta un anuncio un esbozo
su mirada la de él
iba tomando nota de cómo eran sus ojos

y como a la salida soplaba un aire frío
y unos dedos muy blancos indefensos y tristes
apenas asomaban por las sandalias de ella
no hubo más remedio que entrar en un boliche

y ya que el camarero se demoraba tanto
llegaron cautelosos hasta la confidencia
extra seca y sin hielo por favor y fumaron
y entre el humo el amor era un rostro en la niebla

en sus labios los de él
el silencio era espera la noticia era el frío
en su casa la de ella
halló café instantáneo y confianza y cobijo

una hora tan sólo de memoria y sondeos
hasta que sobrevino un silencio a dos voces

como cualquiera sabe en tales circunstancias
es arduo decir algo que realmente no sobre

él probó sólo falta que me quede a dormir
y ella también probó y por qué no te quedas
y él sin mirarla no me lo digas dos veces
y ella en voz baja bueno y por qué no te quedas

y sus labios los de él
se quedaron gustosos a besar sin usura
sus pies fríos los de ella
que eran sólo el comienzo de la noche desnuda

fueron investigando deshojando nombrando
proponiéndose metas preguntando a los cuerpos
mientras la madrugada y los temas candentes
conciliaban el sueño que no durmieron ellos

quien hubiera previsto aquella noche
que el amor ese célebre informal
se dedicara a ellos tan formales

HABANERA

Es preciso ponernos brevemente de acuerdo
aquí el buitre es un aura tiñosa y circulante
las olas humedecen los pies de las estatuas
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

los autos van dejando tuercas en el camino
los jóvenes son jóvenes de un modo irrefutable
aquí el amor transita sabroso y subversivo
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

nada de eso es exceso de ron o de delirio
quizá una borrachera de cielo y flamboyanes
lo cierto es que esta noche el carnaval arrolla
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

es preciso ponernos brevemente de acuerdo
esta ciudad ignora y sabe lo que hace
cultiva el imposible y exporta los veranos
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

aquí flota el orgullo como una garza invicta
nadie se queda fuera y todo el mundo es alguien
el sol identifica relajos y candores
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

como si marx quisiera bailar el mozambique
o fueran abolidas todas las soledades
la noche es un sencillo complot contra la muerte
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

VAS A PARIR FELICIDAD

Vas a parir felicidad
yo te lo anuncio tierra virgen
tras resecarte dividida
y no hallar nada que te alivie
como un abono inesperado
absorberás la sangre humilde

vas a parir felicidad
en un futuro que no existe
vas a parir felicidad
mientras en huertos imposibles
la limpia baba de dios padre
cae como un diluvio triste

vas a parir felicidad
yo te lo anuncio tierra virgen
después de hundirte surco a surco
y como vieja tumba abrirte
después de alzarte como un hongo
y deslumbrarnos como un cíclope

vas a parir felicidad
y no habrá almas disponibles
vas a parir felicidad
como una bendición horrible
y nadie habrá de recogerla
en un futuro que no existe

DEFENSA DE LA ALEGRÍA

Defender la alegría como una trinchera
defenderla del caos y de las pesadillas
de la ajada miseria y de los miserables
de las ausencias breves y las definitivas

defender la alegría como un atributo
defenderla del pasmo y de las anestésias
de los pocos neutrales y los muchos neutrones
de los graves diagnósticos y de las escopetas

defender la alegría como un estandarte
defenderla del rayo y la melancolía
de los males endémicos y de los académicos
del rufián caballero y del oportunista

defender la alegría como una certidumbre
defenderla a pesar de dios y de la muerte
de los parcos suicidas y de los homicidas
y del dolor de estar absurdamente alegres

defender la alegría como algo inevitable
defenderla del mar y las lágrimas tibias
de las buenas costumbres y de los apellidos
del azar y también

también de la alegría

LETRAS DE CANCIONES Y POEMAS
DE MARIO BENEDETTI A LOS QUE SE HA
PUESTO MÚSICA

Alguien	38
Allende	97
Amor, de tarde	16
Ángelus	15
Aquí no hay cielo (“Ángelus”)	15
Argentinito (“Orientalito”)	52
Calma chicha	25
Cielo del 69	32
Cielito de los muchachos	47
Corazón coraza	24
Cotidiana 5	94
Credo	71
Cuando te jubiles (“Después”)	14
Currículum	118
Chau número tres	78
De árbol a árbol	120
Decir que no	17
Defensa de la alegría	132
¿De qué se ríe? (“Seré curioso”)	40
Después	14
De tiempos y océanos (“Pasatiempo”)	102
El nuevo	11
El sur también existe	113
El triunfo de los muchachos (“Cielito de los muchachos”)	47
Ésta es mi casa	111
Estados de ánimo	72
Es tan poco	31
Fin de siesta (“Tango para un fin de siesta”)	45
Grillo constante	91
Guardería (“Kindergarten”)	13
Habanera	130
Hagamos un trato	122
Hasta mañana	19
Hombre de la paz (“Allende”)	97

Hombre preso que mira a su hijo	65
Hombre que mira su país desde el exilio	69
Kindergarten	13
La balada del empleado nuevo (“El nuevo”)	11
La secretaria ideal	50
Las palabras	58
La vida cotidiana (“Cotidiana 5”)	94
Lento pero viene	108
Los formales y el frío	128
Me sirve y no me sirve	54
Milonga del Oriental	34
Mi patria es la humanidad (“Patria es humanidad”)	103
No te salves	76
Oda a la mordaza	61
Oda a la pacificación	64
Orientalito	52
Pasatiempo	102
Patria es humanidad	103
Poema frustrado	20
Por qué cantamos	92
Pregón	22
Quiero creer que estoy volviendo	105
Rostro de vos	80
Saberte aquí	74
Seré curioso	40
Tango para un fin de siesta	45
Te quiero	82
Testamento de miércoles	123
Tierra-Luna (“Variaciones sobre un tema de Boris Vian”)	99
Todavía	84
Torturador y espejo	60
Tu quebranto	43
Una mujer desnuda y en lo oscuro	125
Ustedes y nosotros	89
Vamos juntos	56
Variaciones sobre un tema de Boris Vian	99
Vas a parir felicidad	131

Vidalita por las dudas	36
Vos lo dijiste	26
Vuelvo (“Quiero creer que estoy volviendo”)	105
Yo soy la secretaria (“La secretaria ideal”)	50

CANTANTES QUE HAN INCLUIDO EN SUS
REPERTORIOS CANCIONES SOBRE TEXTOS DE
MARIO BENEDETTI

- Ålander, Kaya (Suecia)
 Por qué cantamos (mús. Alberto Favero)
- Bonaldi, Jorge (Uruguay)
 Te quiero (mús. Jorge Bonaldi)
 Por qué cantamos (mús. Jorge Bonaldi)
Discografía: Canción vagabunda (Orfeo, Montevideo, 1983)
- Bravo, Soledad (España-Venezuela)
 Es tan poco (mús. Soledad Bravo)
 Pregón (mús. Soledad Bravo)
Discografía: Canto la poesía de mis compañeros (Polydor, Caracas, 1975)
- Cabrera, Quintín (Uruguay)
 Seré curioso (mús. Quintín Cabrera)
- Calvo, Ela (Cuba)
 Te quiero (mús. Alberto Favero)
- Canoura, Laura (Uruguay)
 Estados de ánimo (mús. Laura Canoura)
Discografía: Para abrir la noche (Montevideo, 1981)
- Carballo, Celeste (Argentina)
 (con Sandra Mihanovich)
 Por qué cantamos (mús. Alberto Favero)
 Te quiero (mús. Alberto Favero)
 (con Baglietto, Mestre y otros)
 Por qué cantamos (mús. Alberto Favero)
Discografía: Somos mucho más que dos (Buenos Aires, 1987)
- Carrasco, Washington
 (con Cristina Fernández)
 Me sirve y no me sirve (mús. Washington Carrasco)
- Coro Polifónico Cipolletti
 Por qué cantamos (mús. Alberto Favero)
 Vamos juntos (mús. Alberto Favero)
 Te quiero (mús. Alberto Favero)

- Croatto, Leonardo
(con Marcela Pérez Silva)
Las palabras (mús. Leonardo Croatto y Marcela Pérez Silva)
Discografía: Donde se canta (Musycus, Bologna, 1984)
- Darnauchans, Eduardo
Corazón coraza (mús. Eduardo Darnauchans)
Discografía: Canción de muchacho (Sondor, Montevideo, 1973)
- Favero, Alberto
Corazón coraza (mús. Alberto Favero)
Rostro de vos (mús. Alberto Favero)
Poema frustrado (mús. Alberto Favero)
Por qué cantamos (mús. Alberto Favero)
- Gambino, Claudina y Alberto
Hombre que mira a su país/“Hombre que mira a su país desde el exilio” (mús. Alberto Gambino)
Vamos juntos (mús. Alberto Favero)
Decir que no (mús. Alberto Gambino)
Discografía: Quiero decir tu nombre, libertad (CFE, Madrid, 1976)
- Guevara, Nacha
La balada del empleado nuevo/“El nuevo” (mús. Alberto Favero)
Amor, de tarde (mús. Alberto Favero)
Yo soy la secretaria/“La secretaria ideal” (mús. Alberto Favero)
Cuando te jubiles/“Después” (mús. Alberto Favero)
Guardería/“Kindergarten” (mús. Alberto Favero)
Aquí no hay cielo/“Angelus” (mús. Alberto Favero)
Tu quebranto (mús. Alberto Favero)
Vidalita por las dudas (mús. motivo popular anónimo)
Vamos juntos (mús. Alberto Favero)
¿De qué se ríe?/“Seré curioso” (mús. Alberto Favero)
Te quiero (mús. Alberto Favero)
Vos lo dijiste (mús. Alberto Favero)

Todavía (mús. Alberto Favero)
El triunfo de los muchachos/"Cielito de los muchachos" (mús. Alberto Favero)
Hasta mañana (mús. Alberto Favero)
Las palabras (mús. Alberto Favero)
Argentinito/"Orientalito" (mús. Valentín F. Favero)
Alguien (mús. Alberto Favero)
Fin de siesta/"Tango para un fin de siesta" (mús. Alberto Favero)
Me sirve y no me sirve (mús. Alberto Favero)
Tierra-Luna/"Variaciones sobre un tema de Boris Vian" (mús. Alberto Favero)
Mi patria es la humanidad/"Patria es humanidad" (mús. Alberto Favero)
Por qué cantamos (mús. Alberto Favero)
Vuelvo/"Quiero creer que estoy volviendo" (mús. Alberto Favero)
Ésta es mi casa (mús. Alberto Favero)
Lento pero viene (mús. Alberto Favero)
Discografía: Nacha canta Benedetti (Buenos Aires, 1972)
Las mil y una Nachas (Buenos Aires, 1973)
Nacha en vivo (Nueva Cultura Latinoamericana, México, 1974)
Canciones para mis hijos (Music Hall, Buenos Aires, 1973)
Nacha de noche (Hispavox, Madrid, 1977)
Nacha Guevara con Benedetti y Favero (Hispavox, Madrid, 1979)
Aquí estoy (Hispavox, Madrid, 1981)
Viva Sevilla (Hispavox, Madrid, 1982)
Nacha Guevara en concierto (CBS, Buenos Aires, 1988)

Jairo (Argentina)

Ustedes y nosotros (mús. Jairo)

- León, Eugenia (México)
Tierra-luna/“Variaciones sobre un tema de Boris Vian”
(mús. Alberto Favero)
Discografía: Así te quiero (Polygram, México, ¿1985?)
- León, Magdalena (Argentina)
Te quiero (mús. Alberto Favero)
- León, Rosa (España)
La secretaria ideal (mús. Alberto Favero)
Guardería/“Kindergarten” (mús. Alberto Favero)
Discografía: De alguna manera (Barcelona, 1973)
- Los Olimareños (Uruguay)
Cielo del 69 (mús. Numa Moraes)
Discografía: Cielo del 69 (Montevideo, 1969)
- Milanés, Pablo (Cuba)
Hombre preso que mira a su hijo (mús. Pablo Milanés)
Discografía: Acto de fe (Movieplay, 1982)
- Moraes, Numa (Uruguay)
Orientalito (mús. Numa Moraes)
Hombre que mira su país desde el exilio (mús. Numa Moraes)
Milonga del Oriental (mús. Numa Moraes)
Chau número tres (mús. Numa Moraes)
Torturador y espejo (mús. Numa Moraes)
Oda a la pacificación (mús. Numa Moraes)
La vida cotidiana/“Cotidiana 5” (mús. Numa Moraes)
Grillo constante (mús. Numa Moraes)
Por qué cantamos (mús. Numa Moraes)
Discografía: Furia (Utrecht/Zurich, 1980)
- Ochoa, Amparo (México)
Vamos juntos (mús. Alberto Favero)
Te quiero (mús. Alberto Favero)
Discografía: Yo pienso que a mi pueblo (Phillips, México, 1978)
Vamos juntos (México, 1983)
- Opus 4 (Argentina)
Vamos juntos (mús. Alberto Favero)
Te quiero (mús. Alberto Favero)

- Por qué cantamos (mús. Alberto Favero)
Discografía: Por qué cantamos (Buenos Aires, 1985)
- Pagliari, Gianfranco (Italia-Argentina)
¿De qué se ríe?/"Seré curioso" (mús. Alberto Favero)
- Parra, Isabel (Chile)
Te quiero (mús. Alberto Favero)
- Pastor, Luis (España)
Vamos juntos (mús. Luis Pastor)
- Ramos, Miriam (Cuba)
(con Jorge Hernández)
Te quiero (mús. Alberto Favero)
Todavía (mús. Alberto Favero)
Discografía: Mucho más que dos (Egrem, La Habana, 1981)
- Ross, Marilina (Argentina)
De tiempos y océanos/"Pasatiempo" (mús. Marilina Ross)
Discografía: A mis queridos seres (CBS, Buenos Aires, 1983)
- Serrat, Joan Manuel (España)
El sur también existe (mús. Joan Manuel Serrat)
Currículum (mús. Joan Manuel Serrat)
De árbol a árbol (mús. Joan Manuel Serrat)
Hagamos un trato (mús. Joan Manuel Serrat)
Testamento de miércoles (mús. Joan Manuel Serrat)
Una mujer desnuda y en lo oscuro (mús. Joan Manuel Serrat)
Los formales y el frío (mús. Joan Manuel Serrat)
Habanera (mús. Joan Manuel Serrat)
Vas a parir felicidad (mús. Joan Manuel Serrat)
Defensa de la alegría (mús. Joan Manuel Serrat)
Discografía: El sur también existe (Ariola, Barcelona, 1985)
Sinceramente teu (RCA/Ariola Internacional, São Paulo, 1986)
- Suzarte, Toño (Chile)
Credo (mús. Toño Suzarte)

- Hombre de paz/“Allende” (mús. Toño Suzarte)
No te salves (mús. Toño Suzarte)
Estaré donde menos lo pienses/“Chau número tres”
(mús. Toño Suzarte)
Saberte aquí (mús. Toño Suzarte)
Calma chicha (mús. Toño Suzarte)
- Trigo, Guadalupe (México)
(con Viola)
Te quiero (mús. Alberto Favero)
Discografía: Te quiero/“El tepozteco” (RCA, México,
1978)
- Viglietti, Daniel (Uruguay)
Cielito de los muchachos (mús. Daniel Viglietti)
Discografía: Canciones chuecas (Orfeo, Montevideo,
1971)
Canciones chuecas (América Nueva,
Buenos Aires, 1972)
A dos voces, I (Orfeo, Montevideo, 1985)
A dos voces, II (Orfeo, Montevideo,
1987)
- Zitarrosa, Alfredo (Uruguay)
Es tan poco (mús. Soledad Bravo)
Discografía: Volveremos (Fotón, México, 1980)
- Zupay (Argentina)
Te quiero (mús. Alberto Favero)

ÍNDICE

Prólogo	7
La balada del empleado nuevo (“El nuevo”)	11
Guardería (“Kindergarten”)	13
Cuando te jubiles (“Después”)	14
Aquí no hay cielo (“Ángelus”)	15
Amor, de tarde	16
Decir que no	17
Hasta mañana	19
Poema frustrado	20
Pregón	22
Corazón coraza	24
Calma chicha	25
Vos lo dijiste	26
Es tan poco	31
Cielo del 69	32
Milonga del oriental	34
Vidalita por las dudas	36
Alguien	38
¿De qué se ríe? (“Seré curioso”)	40
Tu quebranto	43
Fin de siesta (“Tango para un fin de siesta”)	45
El triunfo de los muchachos (“Cielito de los muchachos”)	47
Yo soy la secretaria (“La secretaria ideal”)	49
Argentinito (“Orientalito”)	51
Me sirve y no me sirve	53
Vamos juntos	55
Las palabras	57
Torturador y espejo	59

Oda a la mordaza	60
Oda a la pacificación	63
Hombre preso que mira a su hijo	64
Hombre que mira su país (“Hombre que mira su país desde el exilio”)	68
Credo	70
Estados de ánimo	71
Saberte aquí	73
No te salves	75
Chau número tres	77
Rostro de vos	79
Te quiero	81
Todavía	83
Ustedes y nosotros	88
Grillo constante	90
Por qué cantamos	91
La vida cotidiana (“Cotidiana 5”)	93
Hombre de la paz (“Allende”)	96
Tierra-Luna (“Variaciones sobre un tema de Boris Vian”)	98
De tiempos y océanos (“Pasatiempo”)	101
Mi patria es la humanidad (“Patria es humanidad”)	102
Vuelvo (“Quiero creer que estoy volviendo”)	104
Lento pero viene	107
Ésta es mi casa	109
El sur también existe	111
Currículum	115
De árbol a árbol	117
Hagamos un trato	119
Testamento de miércoles	120
Una mujer desnuda y en lo oscuro	122
Los formales y el frío	125
Habanera	127
Vas a parir felicidad	128
Defensa de la alegría	129

Letras de canciones y poemas de Mario Benedetti a los que se ha puesto música	131
Cantantes que han incluido en sus repertorios canciones sobre textos de Mario Benedetti	137

MARIO BENEDETTI

COTIDIANAS

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

*a luz
como siempre*

*Sin jactancias puedo decir
que la vida es lo mejor que conozco.*

FRANCISCO URONDO

PIEDRITAS
EN LA VENTANA

NOCTURNO CERO

La noche fácil y aparentemente sagrada
o mejor dicho el abismo de la noche
no es como otros abismos
tiene fondo

su tálamo de niebla o relente o fango
acoge escarabajos desamparados
ronquidos de mal tiempo
sobornables insomnios
labios absueltos que se reconcilian

todas las resonancias del silencio
y las noticias de la lóbrega
todas las alegrías importunas
y los presagios confirmados
caen como gotas de sudor o rocío
en el abismo con fondo de la noche

son demasiados alumbrones y furias

por esta sola vez el abismo tiene
no sólo fondo sino espesas modorras
así que aprovecho el bostezo universal
para instalarme en sus fauces y sentir
cómo la niebla el relente o el fango
pasan sobre mis párpados
los borran

PIEDRITAS EN LA VENTANA

a Roberto y Adelaida

De vez en cuando la alegría
tira piedritas contra mi ventana
quiere avisarme que está ahí esperando
pero hoy me siento calmo
casi diría ecuánime
voy a guardar la angustia en su escondite
y luego a tenderme cara al techo
que es una posición gallarda y cómoda
para filtrar noticias y crearlas

quién sabe dónde quedan mis próximas huellas
ni cuándo mi historia va a ser computada
quién sabe qué consejos voy a inventar aún
y qué atajo hallaré para no seguirlos

está bien no jugaré al desahucio
no tatuaré el recuerdo con olvidos
mucho queda por decir y callar
y también quedan uvas para llenar la boca

está bien me doy por persuadido
que la alegría no tire más piedritas
abriré la ventana
abriré la ventana

OTRO CIELO

la stranezza di un cielo che non è il tuo

CESARE PAVESE

No existe esponja para lavar el cielo
pero aunque pudieras enjabonarlo
y luego echarle baldes y baldes de mar
y colgarlo al sol para que se seque
siempre te faltaría un pájaro en silencio

no existen métodos para tocar el cielo
pero aunque te estiraras como una palma
y lograras rozarlo en tus delirios
y supieras por fin cómo es al tacto
siempre te faltaría la nube de algodón

no existe un puente para cruzar el cielo
pero aunque consiguieras llegar a la otra orilla
a fuerza de memoria y de pronósticos
y comprobaras que no es tan difícil
siempre te faltaría el pino del crepúsculo

eso porque se trata de un cielo que no es tuyo
aunque sea impetuoso y desgarrado
en cambio cuando llegues al que te pertenece
no lo querrás lavar ni tocar ni cruzar
pero estarán el pájaro y la nube y el pino

ESA BATALLA

¿Cómo compaginar
la aniquiladora
idea de la muerte
con este incontenible
afán de vida?

¿cómo acoplar el horror
ante la nada que vendrá
con la invasora alegría
del amor provisional
y verdadero?

¿cómo desactivar la lápida
con el sembradío?
¿la guadaña
con el clavel?

¿será que el hombre es eso?
¿esa batalla?

GRILLO CONSTANTE

Mientras aquí en la noche sin percances
pienso en mis ruinas bajo a mis infiernos
inmóvil en su dulce anonimato
el grillo canta nuevas certidumbres

mientras hago balance de mis yugos
y una muerte cercana me involucra
en algún mágico rincón de sombras
canta el grillo durable y clandestino

mientras distingo en sueños los amores
y los odios proclamo ya despierto
implacable rompiente soberano
el grillo canta en nombre de los grillos

la ansiedad de saber o de ignorar
flamea en la penumbra y me concierne
pero no importa desde su centímetro
tenaz como un obrero canta el grillo

LOS LUGARES COMUNES

Con dos miradas
miro
dos paisajes

aquí el fragor labrado
surco a surco
allá los pastoreos
coloniales

aquí los mangos
de oro y sol
allá los duraznos
de felpa

aquí los flamboyanes
persuasivos
allá los pinos
de la niebla

aquí la tarde llueve
como un rito
allá manda
el pampero

por separado son
los lugares comunes
del paisaje

pero si están contiguos
en mi doble mirada
son lugares
más bien
extraordinarios

ESTADO DE EXCEPCIÓN

Una ensenada sólo vista en postales
una región perpleja del recuerdo
una fruta escasísima y sabrosa
un suburbio que ya no se frecuenta
una paloma absorta en los pretilos
un andante para cigarra y piano
una puesta de sol sin helicópteros
una humareda en algún campo lejos
transparencias después del aguacero

hechuras y siluetas
probablemente arcaicas
de la tranquilidad
ese diáfano estado de excepción
al que nos vamos
desacostumbrando

DE ÁRBOL A ÁRBOL

a *Ambrosio y Silvia*

Los árboles
¿serán acaso solidarios?

¿digamos el castaño de los campos elíseos
con el quebracho de entre ríos
o los olivos de jaén
con los sauces de tacuarembó?

¿le avisará la encina de westfalia
al flaco alerce del tirol
que administre mejor su trementina?

y el caucho de pará
o el baobab en las márgenes del cuanza
¿provocarán al fin la verde angustia
de aquel ciprés de la *mission* dolores
que cabeceaba en frisco
california?

¿se sentirá el ombú en su pampa de rocío
casi un hermano de la ceiba antillana?

los de este parque o aquella floresta
¿se dirán copa a copa que el muérdago

otrora tan sagrado entre los galos
ahora es apenas un parásito
con chupadores corticales?

¿sabrán los cedros del líbano
y los caobos de corinto
que sus voraces enemigos
no son la palma de camagüey
ni el eucalipto de tasmania
sino el hacha tenaz del leñador
la sierra de las grandes madereras
el rayo como látigo en la noche?

COTIDIANA 1

La vida cotidiana es un instante
de otro instante que es la vida total del hombre
pero a su vez cuántos instantes no ha de tener
ese instante del instante mayor

cada hoja verde se mueve en el sol
como si perdurar fuera su inefable destino
cada gorrión avanza a saltos no previstos
como burlándose del tiempo y del espacio
cada hombre se abraza a alguna mujer
como si así aferrara la eternidad

en realidad todas estas pertinacias
son modestos exorcismos contra la muerte
batallas perdidas con ritmo de victoria
reos obstinados que se niegan
a notificarse de su injusta condena
vivientes que se hacen los distraídos

la vida cotidiana es también una suma de instantes
algo así como partículas de polvo
que seguirán cayendo en un abismo
y sin embargo cada instante
o sea cada partícula de polvo
es también un copioso universo

con crepúsculos y catedrales y campos de cultivo
y multitudes y cúpulas y desembarcos
y borrachos y mártires y colinas

y vale la pena cualquier sacrificio
para que ese abrir y cerrar de ojos
abarque por fin el instante universo
con una mirada que no se avergüence
de su reveladora

efímera

insustituible

luz

SOY UN CASO PERDIDO

DE LO PROHIBIDO

Prohibidos los silencios y los gritos unánimes
las minifaldas y los sindicatos
artigas y gardel
la oreja en radio habana
el pelo largo la condena corta
josé pedro varela y la vía láctea
la corrupción venial el pantalón vaquero
los perros vagos y los vagabundos
también los abogados defensores
que sobrevivan a sus defendidos
y los pocos fiscales con principio de angustia
prohibida sin perdón la ineficacia
todo ha de ser eficaz como un cepo
prohibida la lealtad y sobre todo la tristeza
esa que va de sol a sol
y claro la inquietante primavera
prohibidas las reuniones
de más de una persona
excepto las del lecho conyugal
siempre y cuando hayan sido
previa y debidamente autorizadas
prohibidos el murmullo de las tripas
el padrenuestro y la internacional
el bajo costo de la vida y la muerte
las palabritas y las palabrotas
los estruendos molestos el jilguero los zurdos
los anticonceptivos pero quién va a nacer

LOS HÉROES

Resido en una región donde los héroes
suelen morir de lumbre y osadía
pero de todos modos esplenden fulgen
siguen reverberando
existen en los ojos de los niños
y desde las grandes vallas comparecen
transforman
aprueban
acompañan

en mi lejano país en cambio
los héroes
que también los hay
no pueden ser nombrados en voz alta
ni abrazados por una bandera
ni siquiera aludidos por el llanto
sencillamente no han sido autorizados
a existir como cadáveres
y menos aún
como cadáveres reverberantes

ah pero ¿quién podrá evitar
que desde su inexpugnable clandestinidad
esos muertos ilegales
conspiren?

DESGARRADURAS

La desgarradura del intelectual
es un tema que suele desvelar
a intelectuales poco desgarrados
pero de todos modos
hay desgarraduras
y desgarraduras

no es lo mismo sentirse desgarrado
entre la clara vocación y el borroso deber
que entre el deber y la comodidad

entre la tortura y el miedo a flaquear
que entre las ganas de flaquear y el laurel

entre la primera y la segunda patria
que entre la patria y el invasor

pero en especial no ha de meterse
en el mismo capítulo ni en el mismo saco
a aquel poeta que se sienta desgarrado
entre la fundación ford
y la agencia central de inteligencia
y aquel otro cuya desgarradura viene
de que su pellejo y no su estilo
ha sido efectivamente desgarrado
por las atroces herramientas

de algún verdugo criollo
adestrado en albrook o en okinawa

LENTO PERO VIENE

Lento viene el futuro
lento
 pero viene

ahora está más allá
de las nubes ramplonas
y de unas cimas ágiles
que aún no se distinguen
y más allá del trueno
y de la araña

demorándose viene
como una flor porfiada
que vigilara al sol

a lo mejor por eso
la vida cotidiana
prepara bienvenidas
cierra saldos de usura
abre memorias vírgenes

pero él
no tiene prisa
lento
 viene
por fin con su respuesta

su pan para la hambruna
sus magullados ángeles
sus fieles golondrinas
lento
pero no lánguido

ni ufano
ni aguafiestas
sencillamente
viene
con su afilada hoja
y su balanza
preguntando ante todo
por los sueños
y luego por las patrias
los recuerdos yacentes
y los recién nacidos

lento
viene el futuro
con sus lunes y marzos
con sus puños y ojeras y propuestas
lento y no obstante raudo
como una estrella pobre
sin nombre todavía

convaleciente y lento
remordido
soberbio
modestísimo
ese experto futuro que inventamos
nosotros

y el azar
cada vez más nosotros
y menos el azar

ME VOY CON LA LAGARTIJA

Me voy con la lagartija
vertiginosa
a recorrer las celdas donde
líber
 raúl
 héctor
 josé luis
jaime
 ester
 gerardo
 el ñato
rita
 mauricio
 flavia
 el viejo
penan por todos
y resisten

voy con la lagartija
popular
vertiginosa
a dejarles aquí y allá
por entre los barrotes
 junto a las cicatrices
 o sobre la cuchara
migas de respeto

silencios de confianza
y gracias porque existen

EL PARAÍSO

Los verdugos suelen ser católicos
creen en la santísima trinidad
y martirizan al prójimo como un medio
de combatir al anticristo
pero cuando mueren no van al cielo
porque allí no aceptan asesinos

sus víctimas en cambio son mártires
y hasta podrían ser ángeles o santos
prefieren ser deshechos antes que traicionar
pero tampoco van al cielo
porque no creen que el cielo exista

SOY UN CASO PERDIDO

Por fin un crítico sagaz reveló
(ya sabía yo que iban a descubrirlo)
que en mis cuentos soy parcial
y tangencialmente me exhorta
a que asuma la neutralidad
como cualquier intelectual que se respete

creo que tiene razón
soy parcial
de esto no cabe duda
más aún yo diría que un parcial irrescatable
caso perdido en fin
ya que por más esfuerzos que haga
nunca podré llegar a ser neutral

en varios países de este continente
especialistas destacados
han hecho lo posible y lo imposible
por curarme de la parcialidad
por ejemplo en la biblioteca nacional de mi país
ordenaron el expurgo parcial
de mis libros parciales
en argentina me dieron cuarenta y ocho horas
(y si no me mataban) para que me fuera
con mi parcialidad a cuestras

por último en Perú incomunicaron mi parcialidad
y a mí me deportaron

de haber sido neutral
no habría necesitado
esas terapias intensivas
pero qué voy a hacerle
soy parcial
incurablemente parcial
y aunque pueda sonar un poco extraño
totalmente
parcial

ya sé
eso significa que no podré aspirar
a tantísimos honores y reputaciones
y preces y dignidades
que el mundo reserva para los intelectuales
que se respeten
es decir para los neutrales
con un agravante
como cada vez hay menos neutrales
las distinciones se reparten
entre poquísimos

después de todo y a partir
de mis confesadas limitaciones
debo reconocer que a esos pocos neutrales
les tengo cierta admiración
o mejor les reservo cierto asombro
ya que en realidad se precisa un temple de acero
para mantenerse neutral ante episodios como

girón
tlatelolco
trelew
pando
la moneda

es claro que uno
y quizá sea esto lo que quería decirme el crítico
podría ser parcial en la vida privada
y neutral en las bellas letras
digamos indignarse contra pinochet
durante el insomnio
y escribir cuentos diurnos
sobre la atlántida

no es mala idea
y claro
tiene la ventaja
de que por un lado
uno tiene conflictos de conciencia
y eso siempre representa
un buen nutrimento para el arte
y por otro no deja flancos para que lo vapulee
la prensa burguesa y/o neutral

no es mala idea
pero
ya me veo descubriendo o imaginando
en el continente sumergido
la existencia de oprimidos y opresores
parciales y neutrales
torturados y verdugos

o sea la misma pelotera
cuba sí yanquis no
de los continentes no sumergidos

de manera que
como parece que no tengo remedio
y estoy definitivamente perdido
para la fructuosa neutralidad
lo más probable es que siga escribiendo
cuentos no neutrales
y poemas y ensayos y canciones y novelas
no neutrales
pero advierto que será así
aunque no traten de torturas y cárceles
u otros tópicos que al parecer
resultan insoportables a los neutros

será así aunque traten de mariposas y nubes
y duendes y pescaditos

LAS NOVEDADES DEL HORROR

*Y el ciento
de lo perdido se renueva
en medio de tu sangre, y crece
junto a las novedades del horror.*

ELISEO DIEGO

La llaman bomba limpia

los legatarios de theodoro roosevelt
que a menudo reivindicán la ducha
como una creación de su inventiva higiénica
ven ahora en la bomba de neutrones
un nuevo aporte a la profilaxis

el reciente modelo es baratísimo y carece
de los inconvenientes de otros medios de asepsia
que en vietnam dejaron cuerpos mutilados
muñones sangrantes y niños en llamas

por lo pronto evita ese cuadro deprimente
entre otras razones porque destruye
a quienes podrían haberse deprimido

así cuando las ciudades neutronizadas
queden vacías de humanidad
es probable que pasen a ocuparlas

hombres cosificados y por tanto inmunes
a toda neutronización

¿se postularán los legatarios
de theodoro roosevelt y de james monroe
para llenar esas vacantes?
¿estarán lo suficientemente cosificados?

una vez que el mundo reciba neutrones
tan regularmente como hoy vitaminas
turistas de oklahoma y wyoming entre otros
serán los gozadores del planeta

también los pocos en fotografiar
el coliseo de roma
el pan de azúcar de río
la torre eiffel
las alturas de machu picchu
la acrópolis ateniense
la sonrisa de la gioconda
y es previsible
que después de cada bomba vayan ocupando
los estadios las pagodas los museos
los cabarets las cárceles los santuarios
las góndolas los faros los obeliscos
la fontana de trevi
las piscinas olímpicas
y las plazas de toros
que a esa altura no tendrán
toros ni toreros
aunque sí banderillas
y estoques

a medida que los neutrones preserven
las moradas del hombre sin el hombre
es posible que el mundo se vaya quedando
sin algunos de los hábitos
que el mismo hombre creaba

ahora bien ¿se resignarán
los vicepresidentes de directorio en vacaciones
a encontrar en la habitación del sheraton de turno
un teléfono blanco a prueba de neutrones
con el que sin embargo no podrán como antes
llamar a la call girl
de suave piel morena ay tan morible?

por otra parte
falta saber qué pasará
si el vaticano es neutronizado

naturalmente quedará incólume la basílica
y también la pietá
aunque no la piedad
y el pobre papa ya no abrirá los brazos
en su viejo ventanal de bendiciones

y si escarbamos más en la conjetura
¿qué pasará con el mismísimo dios?

dios
que no es catedral ni feligrés
es decir ni objeto ni carne perecible
aunque tal vez la suma de uno y otra

¿será respetado o será aniquilado
por la bomba limpiísima?
¿perderá o conservará
su maña milagrera?

porque ¿de qué servirá que su célebre hijo
resucite a los lázaros de este siglo
si después del bombazo sólo queda el sudario?

acaso la única beneficiaria de esta higiene
sea en todo caso alguna mujer de lot
que al mudarse en estatua salobre
quede como inútil y ecuánime testigo
de este notable avance de la ciencia

VEINTE AÑOS ANTES*

Desde el octavo piso de mi tercer exilio
veo el mar excesivo que me prestan
mercado viejo al norte donde el querosén
se llama luz brillante y al oeste
otro mercado el nuevo adonde llegan
pasos como de hormigas changadoras
y aquí y allá los nuevos colmenares
que las microbrigadas seguirán inventando

inmóvil exigente y memoriosa
la victoria me refiero a la nuestra
se quedó en el futuro
llegaremos a ella todos juntos
pero ahora frente al mar de alamar
pienso en la solidaria terrible dulzura
de este pueblo que sabe arrimar sus amparos
sin pedir cuentas cuando muere eligiendo
sea en vado del yeso o ñancahuazu
en maquila do sombo o en ogaden

antes de este paisaje con centellas
párpados o persianas de aluminio

* Este poema es en realidad la respuesta del autor a la pregunta: "¿Qué ha significado para ti la Revolución cubana?", formulada por la revista *Casa de las Américas* a varios escritores y artistas latinoamericanos con motivo de cumplirse el XX aniversario de la Revolución.

vine sin calofríos pero helado de muertes
ojos hermanos se cerraron increíbles
hoy están en la noche bien ganada
dando su otra batalla a fantasmazos
mudos o parlanchines usando y abusando
de los silencios y los juramentos

bien quisiera asistir a sus tregüitas
cuando las pupilas se volvían emblemas
juicios a quemarropa nudos a resolver
anteproyectos para el fin del escarnio

antes de ese dolor con redenciones
hubo también el telón de blasfemias
el evangelio de las amenazas
el enemigo tras la mirilla o no
tras la cortina o no
tras el timbrazo o no
la polaroid o no
o sí
quién sabe
sí o no la monedita al aire
caramiedo cruzcoraje
barrio norte o la paternal
sótano o aeropuerto
amigos cardinales mujeres siempre aroma
abrazando futuro besando adiós

pero antes figuran mi tierra mis terrones
árboles asustados por la pólvora
todo estalla inclusive almacenes y mitos
descreo del frágil corazón y hago cálculos

con la cabeza fría pero la pobre hierva
pueblo con rostro brindis pacto orgullo
como inocente hecho pedazos
también culpable de otro bienvenido universo
la realidad continuación del sueño
y libertad o muerte o suerte oh suerte

todavía antes recuperé la patria
que comejenes de la historia olvidaron
la del compa gervasio solo como un profeta
la del adolescente piantado y fervoroso
que hizo gritar los muros coloniales
y los contemporáneos no faltaba más
la fábrica el cuartel los galpones de fobia
y su alarido blanco como una garza invicta
puso la primavera en el mercado

montevideo esa línea de fuego
a veces era tensa y veloz como bala
otras ondulante como el amor sencillo
y mientras las consignas siempre amenazadas
brotaban rojas como rosas o sangre
y el escuadrón acribillaba a ibero
creyendo así librarse del candor
en el recto horizonte
las toninas rodaban como siempre
el cielo lejanísimo ni pestañeaba
y los caballos blancos de las panaderías
comían el pastito nocturno en las veredas

fueron abrils fueron octubres de violencia
la derrota una opción y qué importaba

marchas de fantasía en calles reales
el solidario abrazo misterioso
pleamar de muchachos
obreros como bosque
pueblos de los rincones y explanadas

y ellos golpeando ciegos sordos mudos
en cráneos y praderas y carátulas
en cojones y úteros o sea procurando
destrozar el futuro en cada tallo
y el rostro porfiadísimo terquísimo mirando
a mera voluntad a sólo decir no

ah pero antes de ese pampero
anduve a lomo de una isla machete
donde el coraje es fósforo y salitre
la sangre tuvo afluentes y regó los cultivos
y los gallos cantaron para siempre
y cuando el sol tan blanco hoy recorta las palmas
todo el mundo lo sabe pentágono incluido
los choznos de martí son del carajo
aquí hasta los cadáveres se enrollaron colmados
de flores y granadas y mangos y fusiles
y se los ve felices porque nadie
puede volverlos a morir

cómo no aprender de ese alegre rigor
oh generosidad escandalosa
de tantos escolares sembradores
de tantos campesinos posgraduados
de tanta libertad mundial y vecindaria

cómo no contagiarse de un fulgor infalible
en tiempos claramente tenebrosos
y no granjearse fuego lumbrecita
cómo no sentir ganas de ayudar a reunir
allá abajo a los tantos heridos y contusos
hostigados clandestinos jadeantes
reparables exánimes bravos menesterosos
enteros optimistas y bienaventurados

por eso pienso que mi historia desde antes
esta transformación privada y poca cosa
en verdad empezó en la noticia portátil
nada segura de aquel añito nuevo
hace ya veinte eneros poco más que un instante
cuando fidel se elevó como un árbol
como una flecha nueva o un misil
un cañón antiaéreo un exorcismo
o una simple cometa roja y negra

COTIDIANA 2

Cuando a uno lo expulsan
a patadas del sueño
el amanecer es siempre una modorra

se emerge de ese ensayo de muerte
todavía sellado por la víspera
si fue de odios con rezagos de odio
si fue de amor con primicias de amor

pero el día empieza a convocarnos
y es distinto de todos los demás
tiene otra lluvia otro sol otra brisa
también otras terribles confianzas

así empieza el diálogo con la jornada
la discusión el trueque de rencores
y de pronto el abrazo
porque hay días repletos de soberbia
días que traen mortales enemigos
y otros que son los compinches de siempre
días hermanos que nos marcan la vida

así ocurren sabores
sinsabores
manos que son cadenas
mujeres que son labios

ojos que son paisaje
y cuando al fin lo expulsan
a uno de la vigilia
se emerge de ese ensayo de la vida
con los ojos cerrados
y despacito
como buscando el sueño o la cruz del sur
se entra a tientas en la noche anónima

BOTELLA AL MAR

BANDONEÓN

Me jode confesarlo
pero la vida es también un bandoneón
hay quien sostiene que lo toca dios
pero yo estoy seguro de que es troilo
ya que dios apenas toca el arpa
y mal

fuere quien fuere lo cierto es
que nos estira en un solo ademán purísimo
y luego nos reduce de a poco a casi nada
y claro nos arranca confesiones
quejas que son clamores
vértebras de alegría
esperanzas que vuelven
como los hijos pródigos
y sobre todo como los estribillos

me jode confesarlo
porque lo cierto es que hoy en día
pocos
quieren ser tango
la natural tendencia
es a ser rumba o mambo o chachachá
o merengue o bolero o tal vez casino
en último caso valsecito o milonga
pasodoble jamás

pero cuando dios o pichuco o quien sea
toma entre sus manos la vida bandoneón
y le sugiere que llore o regocije
uno siente el tremendo decoro de ser tango
y se deja cantar y ni se acuerda
que allá espera
el estuche

SUBURBIA

En el centro de mi vida
en el núcleo capital de mi vida
hay una fuente luminosa un surtidor
que alza convicciones de colores
y es lindo contemplarlas y seguir las

en el centro de mi vida
en el núcleo capital de mi vida
hay un dolor que palmo a palmo
va ganando su tiempo
y es útil aprender su huella firme

en el centro de mi vida
en el núcleo capital de mi vida
la muerte queda lejos
la calma tiene olor a lluvia
la lluvia tiene olor a tierra

esto me lo contaron porque yo
nunca estoy en el centro de mi vida

NO ESPANTA PÁJAROS

Al espantapájaros no le importa el huerto
más bien lo hastía su obligación gratuita
y además se siente desolado
con su sombrero roto y sus andrajos

al espantapájaros no le importan los pájaros
pero aprecia que alguna mosca candorosa
recorra sus bíceps de madera

en realidad los pájaros se alejan
no porque él los intimide sino
porque viene tormenta
y ésta no es simulacro

DISTANCIA

Pensar que en un antes neblinoso y remoto
tu adolescencia era cotidiana
y notabas en las yemas de los dedos
las variables superficies de vida
que ahora sentís a veces en las uñas

en aquel breve prólogo del duelo
te recordás empero como un náufrago
que jamás había estado en un navío
o asimismo como un reloj de arena
al que nadie se ocupó de subvertir

pero también te evocás como un presagio
con el que hoy tenés hondas diferencias

BOTELLA AL MAR

El mar un azar

VICENTE HUIDOBRO

Pongo estos seis versos en mi botella al mar
con el secreto designio de que algún día
llegue a una playa casi desierta
y un niño la encuentre y la destape
y en lugar de versos extraiga piedritas
y socorros y alertas y caracoles

RASTROS

Un país lejano puede estar cerca
puede quedar a la vuelta del pan
pero también puede irse despacito
y hasta borrar sus huellas

en ese caso no hay que rastrearlo
con perros de caza o con radares

la única fórmula aceptable
es excavar en uno mismo
hasta encontrar el mapa

TIEMPO SIN TIEMPO

Preciso tiempo necesito ese tiempo
que otros dejan abandonado
porque les sobra o ya no saben
qué hacer con él

tiempo
en blanco
en rojo
en verde
hasta en castaño oscuro
no me importa el color
cándido tiempo
que yo pueda abrir
y cerrar
como una puerta

tiempo para mirar un árbol un farol
para andar por el filo del descanso
para pensar qué bien hoy no es invierno
para morir un poco
y nacer enseguida
y para darme cuenta
y para darme cuerda
preciso tiempo el necesario para
chapotear unas horas en la vida
y para investigar por qué estoy triste

y acostumbrarme a mi esqueleto antiguo
tiempo para esconderme en el canto de un gallo
y para reaparecer en un relincho
y para estar al día
para estar a la noche
tiempo sin recato y sin reloj

vale decir preciso
o sea necesito
digamos me hace falta
tiempo sin tiempo

DEFENSA DE LA ALEGRÍA

a Trini

Defender la alegría como una trinchera
defenderla del escándalo y la rutina
de la miseria y los miserables
de las ausencias transitorias
y las definitivas

defender la alegría como un principio
defenderla del pasmo y las pesadillas
de los neutrales y de los neutrones
de las dulces infamias
y los graves diagnósticos

defender la alegría como una bandera
defenderla del rayo y la melancolía
de los ingenuos y de los canallas
de la retórica y los paros cardíacos
de las endemias y las academias

defender la alegría como un destino
defenderla del fuego y de los bomberos
de los suicidas y los homicidas
de las vacaciones y del agobio
de la obligación de estar alegres

defender la alegría como una certeza
defenderla del óxido y la roña
de la famosa pátina del tiempo
del relente y del oportunismo
de los proxenetas de la risa

defender la alegría como un derecho
defenderla de dios y del invierno
de las mayúsculas y de la muerte
de los apellidos y las lástimas
del azar
y también de la alegría

FUTURO IMPERFECTO

El porvenir es un niño desnudo.

RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN

De poco sirve arroparlo
y menos
colgarle collares y pronósticos
brindarle metralas de manga larga
calzarle prejuicios de siete leguas

de poquísimo sirve ponerle
profaces o antifaces
o un delantal de música
menos aún la consabida
bufanda del viento

el futuro es un niño desnudo
y en consecuencia ufano imprevisible
cuando menos lo esperas
te coloca una rosa en la oreja
o te orina inocente la calva

TESTAMENTO DE MIÉRCOLES

*a Alfredo Gravina
otro de Tacuarembó*

Aclaro que éste no es un testamento
de esos que se usan como colofón de vida
es un testamento mucho más sencillo
tan sólo para el fin de la jornada

o sea que lego para mañana jueves
las preocupaciones que me legara el martes
levemente alteradas por dos digestiones
las usuales noticias del cono sur
y una nube de mosquitos casi vampiros

lego mis catorce estornudos del mediodía
una carta a mi mujer en que falta la posdata
el final de una novela que a duras penas leo
las siete sonrisas de cinco muchachas
ya que hubo una que me brindó tres
y el ceño fruncido de un señor
que no conozco ni aspiro a conocer

lego un colorido ajedrez moscovita
una computadora japonesa sin pilas
y la buena radio en que está sonando
el español grisáceo de la bibicí

ah la olivetti y el cepillo de dientes
no los lego porsiacca

lego tropos y metáforas de uso privado
que modestamente acuñé en la tarde
por ejemplo el astillero en que reparo mis sueños
el pájaro aleatorio que surge del crepúsculo
la cortina de lluvia que miro y no descorro

lego un remordimiento porque es aleccionante
y un poco de tristeza porque es inevitable
también mi soledad con la ilusión
de que el jueves resuelva no admitirla
y me sancione con presencias varias

lego los crujidos de mis viejas bisagras
también una tajada de mi sombra
no toda porque un hombre sin su sombra
no merece el respeto de la gente

lego el pescuezo recién lavado
como para un jueves de guillotina
una maceta con hierbabuena
y otra con un boniato que me hastía
ya que esta cargante convolvulácea
me está invadiendo el cuarto con sus hojas

lego los suburbios de una idea
un tríptico de espejos que me agrade
el mar allá al alcance de la mano
mis cóleras por orden alfabético
y un breve y curioso estado de ánimo

que todavía no sé si es inconciencia
o estupidez malsana
o alegría

sólo ahora lo advierto
en paredes y anaqueles y venas
en glándulas y techos y optimismos
me quedan tantas cosas por legar
que mejor las incluyo
en otro testamento
digamos
el del viernes

PAÍS INOCENTE

*Cerco un paese
innocente*

GIUSEPPE UNGARETTI

Unos como invasores
otros como invadidos
¿qué país
no ha perdido la inocencia?
pero además
¿de qué sirve un país inocente?
¿qué importancia tienen
las fronteras pusilánimes
las provincias de la ingenuidad?

sólo los países
que pierdan su candor
podrán reconocer al enemigo

así es que no reclamo
un país inocente
en todo caso busco
un extraño país
capaz de declararse
culpable
de inocencia

INFRAGANTI

Te doy la cana
 mundo
cuando girás eterno

nosotros temerarios
afinamos la sombra
gastamos el dolor
sujetamos el cielo

y vos girás
 eterno

nosotros insolentes
zurcimos las heridas
y de los arrabales
vamos haciendo centros

y vos girás
 eterno

distintos o igualitos
pagamos el rescate
y amamos en desorden
ni flojos ni soberbios

y vos girás

eterno

mientras nos desvivimos

o nos soñamos vivos

te doy la cana

mundo

te quito el mito

abuelo

así como al descuido

vas dejando pedazos

pedacitos de muerte

cuando girás

eterno

COTIDIANA 3

*nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la vida*

ERNESTO CARDENAL

Esta cotidiana no se apoya en ninguna
mutación trascendente
hoy es tan sólo un viernes de poca monta
sin noticias o trazos demasiado malos
ni tampoco demasiado buenos
funcionan normalmente las endocrinas y los semáforos
las pompas fúnebres y las de jabón
unos llegan berreando otros parten silentes
otros más se aprontan a llegar o a partir
en líneas generales el pronóstico del tiempo
acierta por fin con las turbonadas
y es justo subrayar que hoy ha logrado
truenos corroborantes
esta cotidiana es tan sólo costumbre
apenas un viernes de pobre vestimenta
pero aquí se levantan las casas del hombre
a veces existen con un ruido infernal
y otras veces duermen en silencio amoroso
sólo interrumpido por crujiditos
que pueden ser jadeos conyugales
o también calambres de la madera
sin embargo allí crecen el trabajo y la muerte

el vientre rebosante de futuro
y el viejo que no puede con sus huesos
entran por las persianas tataguas y mosquitos
y hay un latido general que es la vida
sólo rutina y sin embargo
las manos besan
los ojos palpan
los labios ven
nosotros
es decir nuestros otros
venimos
vienen
a explorar la memoria milagrosa y austera
no hay tiempo que perder
más bien hay mucho tiempo que ganar
mientras atisbo con audacia y cautela
por entre mis dedos más o menos fogueados
y veo que entre vestigios tristes y rutinarios
nacen flores de rutinario regocijo
tan sólo hábito y querencia
el enjambre adolescente se encamina a sus clásicos
manantiales
pero antes de llegar se cruza con los veteranos que
regresan
y los árboles ya no saben qué hacer con las preguntas
tan sólo práctica y costumbre
y de vez en cuando un salto de prodigio
en el que algunos se desnucan y otros cambian el
mundo
y con las nuca rotas y las glorias que alumbran
con mártires de un día y visionarios de medio siglo
se va armando la historia como un sueño portátil

la rutina es después de todo una crisálida
una comarca de posibilidades e imposibles
de la costumbre puede estallar lo insólito
del hábito el deshábito
por eso este viernes de opaca textura
es casi un campamento de recuerdos
un filtro de presagios
uno de los confines del futuro
tallo ritual de lo ordinario
y también bulbo de lo extraordinario
sabemos algo de lo que está muriendo
pero muy poco de lo que empieza a ser
este viernes turbio durante el cual se gestan
sórdidas guerras frías y escaramuzas ígneas
mientras el consumismo se dedica a llenar
nuestras necesidades más innecesarias
el lujo escupe dádivas sobre la miseria
y a veces la miseria escupe metralla
esta jornada sin toque de campanas
sin titulares a ocho columnas
ni aguaceros radioactivos
sin naufragios ideológicos
ni exorcismos generacionales
lleva en sí misma el triunfo y el desastre
y la infinitesimal responsabilidad que nos toca
de una disyuntiva a nivel de universo
resulta sin embargo abrumadora
así de esta rutina vulnerable
de esta costumbre de inclemencia y cielo
de este hábito propenso a la aventura
de esta querencia con señales de humo
debemos elegir o tan sólo inventar

un largo paso desacostumbrado
una limpia e intrépida zancada
una rampa que no lleve al abismo
un envión que tumbe las derrotas
un trampolín que nos lance a mañana
aunque allí nos espere otra rutina
otra vida común
otra crisálida

DESMITIFIQUEMOS
LA VÍA LÁCTEA

*a efraín huerta,
desmitificador*

CRONOTERAPIA BILINGÜE

Si un muchacho lee mis poemas
me siento joven por un rato

en cambio cuando es
una muchacha quien los lee
quisiera que el tictac
se convirtiera en un tactic
o mejor dicho en *une tactique*

DISIDENTES

Los abruptos
pueden ser violentos
tozudos
y hasta sectarios
pero los exabruptos
son siempre
resentidos

CÁLCULO DE PROBABILIDADES

Cada vez que un dueño de la tierra
proclama
 para quitarme este patrimonio
 tendrán que pasar
 sobre mi cadáver
debería tener en cuenta
que a veces
pasan

NUEVO CANAL INTEROCEÁNICO

Te propongo construir
un nuevo canal
sin esclusas
ni excusas
que comunique por fin
tu mirada
atlántica
con mi natural
pacífico

CONTRAOFENSIVA

Si a uno
le dan
palos de ciego
la única
respuesta eficaz
es dar
palos
de
vidente

SÍNDROME

Todavía tengo casi todos mis dientes
casi todos mis cabellos y poquísimas canas
puedo hacer y deshacer el amor
trepar una escalera de dos en dos
y correr cuarenta metros detrás del ómnibus
o sea que no debería sentirme viejo
pero el grave problema es que antes
no me fijaba en estos detalles

COMPARANZA

Esa rata enorme repugnante y untuosa
que corre despavorida o abandonada
prodigiosamente sola entre desechos
buscadora aterrada de su pobre pitanza
cuyo menester faena misión última
es procrear y sobrevivir

si pudiera detenerse un segundo
y mirar el contorno de su pánico
¿qué pensaría del homo sapiens
cuando corre despavorido o abandonado
prodigiosamente solo entre desechos
buscador aterrado de su pobre pitanza
cuyo menester faena misión última
es procrear y sobrevivir?

pero aclaremos
no se intenta aquí denigrar al hombre
ni mucho menos es ésta una autocrítica
más bien se trata de romper una lanza
por el asqueroso mamífero roedor
en nombre de una rama (disidente)
de la sociedad protectora de animales

AHORA TODO ESTÁ CLARO

Cuando el presidente carter
se preocupa tanto
por los derechos
 humanos
parece evidente que en ese caso
derecho
no significa facultad
o atributo
o libre albedrío
sino diestro
o antizurdo
o flanco opuesto al corazón
lado derecho en fin

en consecuencia
¿no sería hora
de que iniciáramos
una amplia campaña internacional
por los izquierdos
 humanos?

SEMÁNTICA PRÁCTICA

Sabemos que el alma como principio de la vida
es una caduca concepción religiosa e idealista
pero que en cambio tiene vigencia en su acepción
segunda
o sea hueco del cañón de las armas de fuego

hay que reconocer empero que el lenguaje popular
no está rigurosamente al día
y que cuando el mismo estudiante que leyó en
konstantinov
que la idea del alma es fantástica e ingenua
besa los labios ingenuos y fantásticos de la compañerita
que no conoce la acepción segunda
y a pesar de ello le dice te quiero con toda el alma
es obvio que no intenta sugerir que la quiere
con todo el hueco del cañón

DESMITIFIQUEMOS LA VÍA LÁCTEA

Tampoco hay que hacer un mito de la vía láctea
faja blanquecina dice el Larousse
debida a multitud innumerable (sic) de estrellas

después de todo es un techo interior
todo lo vistoso que se quiera
aunque en definitiva un poco empalagoso

hay quienes la llaman camino de Santiago
y los que miran fanáticamente el asfalto
ni siquiera se han enterado de que existe

a veces parece una burda imitación
de un planetario de provincia
quizá sea una merced del hemisferio austral
pero a esta altura no vamos a estimular mercedes

además si uno la mira con detenimiento
puede llegar a sentir vértigo o tortícolis
o un deseo inexplicable de levantar vuelo

no hay que hacer un mito de la vía láctea

ahora bien
ya que la he desmitificado a fondo
¿puedo volver a echarla de menos?

CARDINALES

Al norte
las colinas de la ira
al sur
el cráter de la esperanza
al este
la meseta de la melancolía
al oeste
la bahía del sosiego

demás está decir
que a esto le falta mucho
para ser
la rosa
de los vientos

EL SONETO DE RIGOR

Las rosas están insoportables en el florero.

JAIME SABINES

Tal vez haya un rigor para encontrarte
el corazón de rosa rigurosa
ya que hablando en rigor no es poca cosa
que tu rigor de rosa no te harte.

Rosa que estás aquí o en cualquier parte
con tu rigor de pétalos, qué sosa
es tu fórmula intacta, tan hermosa
que ya es de rigor desprestigiarte.

Así que abandonándote en tus ramos
o dejándote al borde del camino
aplicarte el rigor es lo mejor,

y el rigor no permite que te hagamos
liras ni odas cual floreros, sino
apenas el soneto de rigor.

¿QUÉ HACER?

¿Qué se hace a la hora de morir?

ROSARIO CASTELLANOS

Luego del próximo recodo
tal vez convenga irlo pensando

sé de un viejo compatriota
terrateniendo él
que en su colchón de muerte
miró uno por uno
a sus llorosos herederos
dijo

ah farsantes

y a continuación
crepó como un bendito

es claro que para ese gesto
los latifundios son indispensables

yo digo que más vale improvisar

porque si uno programa decir algo pujante
y después solloza como un perro apaleado

o si se propone soltar un llanto digno
y luego canturrea como un orate

o si planifica extender la mano abierta
y después es un puño y no queda claro
si es por tacaño o por comunista

puede ser tildado
de inconsecuente o frívolo

y ésa no es buena lápida
qué va a ser

COTIDIANA 4

En esta cotidiana me falta el otoño
con su instalada transparencia
aquel sol amarillo que rodeaba los pinos
y hacía prestigiosa su inmovilidad
un cierto aroma a avenidas copadas
por hojas secas y puestos de uva
y también a muchachas que exhumaban sus prendas
de lana y naftalina

me falta el magro invierno
con su desorden y su austeridad
las ráfagas de lluvia casi horizontales
que humedecen los tímpanos
o las mañanas con el chispeante viento
de la costa ceniza
que encrespa las hilachas y las tentaciones
y desmantela la inocencia

la primavera echo de menos
con sus nacientes telones verdes
el desenlace de la hipocondría
y el comienzo de la calle de todos
el paisaje que se creyó olvidado
y que de pronto va emergiendo del mar
y esa luz extraña que se instala en los patios
junto a la madreSelva y en el corazón

ahora tengo un verano de doce meses
digamos seis de lluvia y seis de seca
con un sol blanco que todo lo germina
y bajo el cual crece la palma como
la revolución y viceversa
y el calor viene desde el pasado
y sin tomarse ni un respiro
se proyecta hacia el porvenir

pero así y todo echo de menos
mi pleno estío de tres meses
no es lo mismo el calor tras el calor
que el calor que viene después del frío
de ahí que rescate las olas necesarias
para abrazar las rocas de aquella siesta
y la gaviota que me daba un aviso
que entonces no entendí y que seguramente
me hubiera convenido entender

RETRATOS
Y
CANCIONES

MARIANO

Enhorabuena
como quien dice barrio y universo
o etrusco y habanero
u optimismos en rústica
que saben el color de sus razones

tus gallos satisfechos de vivir
nunca cantan adioses sino bienvenidas
se burlan de los aviones y las águilas
pero sobre todo de las mariposas y las brujas

con tu poco de chagall y tu mucho de gulliver
en el país de las piñas gigantes
la vida pasa respira predica
en las grupas frutales
en tu amor como árbol

desde antes hubo gente
y hubo tantas muchachas
en tu verde de luces pero ahora
las masas son tu diafragma de audacia
la flor se te hizo pueblo para siempre
la revolución va exprimiendo tus frutas
con destino a la sed comunitaria

A ROQUE

Llegaste temprano al buen humor
al amor cantado
al amor decantado

llegaste temprano
al ron fraterno
a las revoluciones

cada vez que te arrancaban del mundo
no había calabozo que te viniera bien
asomabas el alma por entre los barrotes
y no bien los barrotes se aflojaban turbados
aprovechabas para librar el cuerpo

usabas la metáfora ganzúa
para abrir los cerrojos y los odios
con la urgencia inconsolable de quien quiere
regresar al asombro de los libres

le tenías ojeriza a lo prohibido
a las desgarraduras para ínfula y orquesta
al dedo admonitorio de algún colega exento
algún apócrifo buen samaritano
que desde europa te quería enseñar
a ser un buen latinoamericano

le tenías ojeriza a la pureza
porque sabías cómo somos de impuros
cómo mezclamos sueños y vigilia
cómo nos pesan la razón y el riesgo

por suerte eras impuro
evadido de cárceles y cepos
no de responsabilidades y otros goces
impuro como un poeta
que eso eras
además de tantas otras cosas

ahora recorro tramo a tramo
nuestros muchos acuerdos
y también nuestros pocos desacuerdos
y siento que nos quedan diálogos inconclusos
recíprocas preguntas nunca dichas
malentendidos y bienentendidos
que no podremos barajar de nuevo

pero todo vuelve a adquirir su sentido
si recuerdo tus ojos de muchacho
que eran casi un abrazo casi un dogma

el hecho es que llegaste
temprano al buen humor
al amor cantado
al amor decantado
al ron fraterno
a las revoluciones
pero sobre todo llegaste temprano
demasiado temprano

a una muerte que no era la tuya
y que a esta altura no sabrá qué hacer
con

tanta

vida

RODOLFO CONVIRTIÓ LA REALIDAD

Rodolfo convirtió la realidad en su obra maestra
asedió las respuestas con preguntas durísimas
tuvo una enojosa obsesión por la verdad
cómo no iban a odiarlo si sabían que sabía
maltrecho o pertrecho con su cara de insomnio
sus ojos pálidos de testigo
sus opiniones de pedernal
su seriedad de clown en día de asueto

rodolfo convirtió la realidad en su obra maestra
averiguó hasta llegar al máximo rigor de la tristeza
se desprendió de los pretextos como de hollejos
se puso el riesgo con la mejor de sus sencilleces
desde la rabia invadió la esperanza
y bregó hasta que le secuestraron la noticia
pero tenía otras culpas todas sin atenuantes
cómo no iban a odiarlo si le mataron a la hija

rodolfo convirtió la realidad en su obra maestra
uno podía abrirla en cualquier tiroteo
y salían volando inocencias fervores
paces y guerras extraños ciudadanos
que se sabían comprendidos a la exacta medida
de su justicia visceral modestísima
cómo no iban a odiarlo si era justo
y no tuvo vergüenza de saberlo

JOSÉ MARTÍ PREGONERO

Tu nombre es como el crisol
donde se funde la hazaña
tu nombre es como la caña
que endulza con lluvia y sol

de su destino naciente
sólo tu pueblo es el dueño
cual figuraba en tu sueño
por fin es libre tu gente

josé martí pregonero
no moriste en tu pregón
tus versos viven y son
pregones de un pueblo entero

tu isla exporta el verano
y hay flamboyán y justicia
la buena tierra nutricia
da frutos para el cubano

tu nombre es como el crisol
donde se funde la hazaña
tu nombre es como la caña
que endulza con lluvia y sol

tan sobrio y tan desbordante
tan bueno y tan orgulloso
tan firme y tan generoso
tan pequeño y tan gigante

tan profundamente isleño
tan claramente cubano
tan latinoamericano
en tu suelo y en tu sueño

siempre nos tienes despiertos
con tu constante mirada
con tu suerte despejada
y tu fe de ojos abiertos

tu nombre es como el crisol
donde se funde la hazaña
tu nombre es como la caña
que endulza con lluvia y sol

POR QUÉ CANTAMOS

Si cada hora viene con su muerte
si el tiempo es una cueva de ladrones
los aires ya no son los buenos aires
la vida es nada más que un blanco móvil

usted preguntará por qué cantamos

si nuestros bravos quedan sin abrazo
la patria se nos muere de tristeza
y el corazón del hombre se hace añicos
antes aún que explote la vergüenza

usted preguntará por qué cantamos

si estamos lejos como un horizonte
si allá quedaron árboles y cielo
si cada noche es siempre alguna ausencia
y cada despertar un desencuentro

usted preguntará por qué cantamos

cantamos porque el río está sonando
y cuando suena el río / suena el río
cantamos porque el cruel no tiene nombre
y en cambio tiene nombre su destino

cantamos porque el niño y porque todo
y porque algún futuro y porque el pueblo
cantamos porque los sobrevivientes
y nuestros muertos quieren que cantemos

cantamos porque el grito no es bastante
y no es bastante el llanto ni la bronca
cantamos porque creemos en la gente
y porque venceremos la derrota

cantamos porque el sol nos reconoce
y porque el campo huele a primavera
y porque en este tallo en aquel fruto
cada pregunta tiene su respuesta

cantamos porque llueve sobre el surco
y somos militantes de la vida
y porque no podemos ni queremos
dejar que la canción se haga ceniza

COTIDIANA 5

Hay un día en que se nace
a la gloria y a la suerte
a la suerte y a la muerte
hay un día en que se nace

y en penumbra tan temprana
que no duele ni se nombra
la luz muere con la sombra
de la vida cotidiana

hay un sol que da sentido
a la gloria y a la suerte
a la suerte y a la muerte
hay un sol que da sentido

y en mitad de la mañana
abre rumbos y salidas
en las idas y venidas
de la vida cotidiana

hay un cielo que responde
a la gloria y a la suerte
a la suerte y a la muerte
hay un cielo que responde

y en la calma soberana
de un solemne mediodía
junta penas y alegría
de la vida cotidiana

hay un sueño que se acerca
a la gloria y a la suerte
a la suerte y a la muerte
hay un sueño que se acerca

y en la siesta y resolana
ponen lágrimas y besos
los convictos y confesos
de la vida cotidiana

hay crepúsculos que invocan
a la gloria y a la suerte
a la suerte y a la muerte
hay crepúsculos que invocan

y en la cumbre más lejana
el sol muere como un toro
con la sangre y con el oro
de la vida cotidiana

siempre hay una causa digna
de la gloria y de la suerte
de la suerte y de la muerte
siempre hay una causa digna

pero no es la lucha vana
de quien busca satanases

en las guerras y en las paces
de la vida cotidiana

hay por último un letargo
de la gloria y de la suerte
de la suerte y de la muerte
hay todo eso y sin embargo

en la noche veterana
el amor que es buena gente
va dejando la simiente
de otra vida cotidiana

ÍNDICE

PIEDRITAS EN LA VENTANA

Nocturno cero	11
Piedritas en la ventana	12
Otro cielo	13
Esa batalla	14
Grillo constante	15
Los lugares comunes	16
Estado de excepción	18
De árbol a árbol	19
Cotidiana 1	21

SOY UN CASO PERDIDO

De lo prohibido	25
Los héroes	26
Desgarraduras	27
Lento pero viene	29
Me voy con la lagartija	32
El paraíso	34
Soy un caso perdido	35
Las novedades del horror	39
Veinte años antes	43
Cotidiana 2	48

BOTELLA AL MAR

Bandoneón	53
Suburbia	55
No espanta pájaros	56

Distancia	57
Botella al mar	58
Rastros	59
Tiempo sin tiempo	60
Defensa de la alegría	62
Futuro imperfecto	64
Testamento de miércoles	65
País inocente	68
Infraganti	69
Cotidiana 3	71

DESMITIFIQUEMOS LA VÍA LÁCTEA

Cronoterapia bilingüe	77
Disidentes	78
Cálculo de probabilidades	79
Nuevo canal interoceánico	80
Contraofensiva	81
Síndrome	82
Comparanza	83
Ahora todo está claro	84
Semántica práctica	85
Desmitifiquemos la vía láctea	86
Cardinales	87
El soneto de rigor	88
¿Qué hacer?	89
Cotidiana 4	91

RETRATOS Y CANCIONES

Mariano	95
A Roque	96
Rodolfo convirtió la realidad	99
José Martí pregonero	100
Por qué cantamos	102
Cotidiana 5	104

MARIO BENEDETTI

DESPISTES Y FRANQUEZAS

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

*Cuando la vida se detiene,
se escribe lo pasado o lo imposible.*

JOSÉ HIERRO

ENVÍO

Este libro, en el que he trabajado los últimos cinco años, es algo así como un entrevero: cuentos realistas, viñetas de humor, enigmas policíacos, relatos fantásticos, fragmentos autobiográficos, poemas, parodias, graffiti.

Confieso que, como lector, siempre he disfrutado con los entreveros literarios. Cortázar, sin ir más lejos, fue todo un especialista (ver: *La vuelta al día en ochenta mundos*, *Último round*, *Salvo el crepúsculo*) pero en América Latina también cultivaron el amasijo gentes tan sabias como Oswald de Andrade (con las “invenciones” de su célebre *Miramar*), Macedonio Fernández (con su regodeo en el absurdo) y el más cercano Augusto Monterroso (con su espléndido humor).

De antiguo aspiré secretamente a escribir (salvando todas las imaginables distancias) mi personal *libro-entrevvero*, ya que siempre consideré este atajo como un signo de libertad creadora y, también, del derecho a seguir el derrotero de la imaginación y no siempre el de ciertas estructuras rigurosas y prefijadas. Me doy cuenta de que si no lo hice antes fue primordialmente por dos motivos: no haberme sobrepuesto a cierta cortedad para la ruptura de moldes heredados, y, sobre todo, no haber desembocado hasta hoy en el estado de ánimo, espontáneamente lúdico, que es base y factor de semejante heterodoxia.

Ahora, tras haber asimilado los vaivenes y desajustes del exilio, y también los entrañables reencuentros y algunas inesperadas mezquindades del desexilio, me siento por fin lo suficientemente suelto como para intentar mi caleidoscopio, antes de que esos setenta que ya despuntan en mi horizonte me den alcance con su gesto adusto.

Hay obras en que uno sufre cuando las escribe: otras,

en que uno disfruta. Libros dolorosos tengo varios, más que suficientes. De auténtico disfrute, sólo dos: *El cumpleaños de Juan Ángel* (que en cierto sentido es un croquis de entrevero: novela en verso) y este que aquí se abre. El título, *Despistes y franquezas*, ya lo había usado, quince años atrás, para designar unas breves tramoyas en prosa que introduje en un libro de versos, *Poemas de otros*. Ya entonces, en cada despiste había un poco de franqueza, y también viceversa. O sea que el entrevero viene de lejos. Creo, sin embargo, que el título se acomoda mejor al material de este volumen que a aquel lejano par de páginas, y es por eso que lo he rescatado.

Algunos de los textos aquí incluidos fueron adelantados por publicaciones de Montevideo (*Brecha*, *Cuadernos de Marcha*, *Movimiento*), Buenos Aires (*Página 12*, *El Periodista*), Caracas (*Nueva Sociedad*), La Habana (*Casa de las Américas*), Quito (*Nueva*), Ciudad de México (*La Jornada*), Madrid (*El Independiente*, *Diario 16*) y Barcelona (*Hora de Poesía*). El relato “Recuerdos olvidados” fue publicado en 1988 como anticipo de este libro por la Editorial Trilce, de Montevideo, y el titulado “Vai-vén” integró la antología erótica *Cuentos de nunca acabar*, publicada también en ese año por la misma editorial.

Reconozco que *Despistes y franquezas* padece (o quizá disfruta) de cierta inarmonía, ya que abarca desde relatos casi tenebrosos hasta cuentitos poco menos que cursis. ¿Importa eso demasiado? Tengo la esperanza de que las discordancias en cadena generen (como a veces ocurre en la música) una nueva armonía. Lo cierto es que cuando los temas empezaron a golpear en mi puerta (es una forma de decir que comenzaron a meterse en mi incompatible libreta y en mi compatible ordenador) no les pregunté la procedencia ni el color ni la raza; mucho menos, el género.

Por otra parte, quiero que este libro, en cuya escritura he disfrutado más que en ningún otro, sea una suerte de reconocimiento a mi lector, ese que durante nueve

lustros me ha acompañado, me ha estimulado y en algunos lapsos (incluido alguno bien reciente) fue mi único apoyo: Pienso que al cabo de tanto amor anónimo, se ha hecho acreedor a mi gratitud con nombre y apellido.

Éste es un entrevero que, justo es decirlo, yo habría deseado particularmente alegre, algo así como un brindis privado entre autor y lector, en conmemoración de nuestros cuarenta y cinco años de mundo compartido, pero está visto que en estos tiempos es casi imposible esquivar totalmente el dolor. Aun así confío en que, aquí y allá, hayan sobrevivido la voluntad y la vocación de juego. Y éstas son para usted, lector-mi-prójimo.

M.B.

DESPISTES

¿Qué es este intervalo que hay entre mí y mí?

FERNANDO PESSOA

LA SIRENA VIUDA

A partir de 1980, yo había estado varias veces en Copenhague y siempre había cumplido con el rito de rendir homenaje a la legendaria sirenita de Eriksen. Debo reconocer, sin embargo, que sólo en esta última ocasión me pareció advertir en su rostro, y hasta en su postura, una casi imperceptible expresión de viudez.

Cierta noche, estimulado tal vez por varias jarras de Calsberg, me atreví a mencionar el tema ante varios amigos latinoamericanos, verdaderamente expertos en exilios daneses. Por las dudas, y a fin de que no me creyeran más borracho de lo que estaba, traté de darle al comentario un ligero tono de autoburla, pero, para mi sorpresa, todos se pusieron serios y uno de ellos, un santafecino llamado Alfredo, dijo lentamente, como si estuviera midiendo las sílabas: “No se trata de que sólo tenga expresión de viuda; en realidad, es viuda”.

Ahí nomás se me pasó la borrachera, y entonces fue Julio, exiliado chileno, quien tomó la palabra: “El protagonista de esta historia es compatriota mío. Aunque te parezca mentira, fue Pinochet quien lo empujó hacia la sirenita. Después de soportar castigos y humillaciones en cárceles chilenas, Rodrigo, natural de Concepción, recaló en Copenhague. No habían transcurrido veinticuatro horas desde su llegada (antes aun de cumplir el primero de los trámites complementarios para confirmar su estatuto de exiliado), cuando ya estaba perdidamente enamorado de la sirenita. Fue un amor a primera vista, aunque, eso sí, rodeado de imposibles, como ocurre, después de todo, siempre que alguien se enamora de un personaje inalcanzable y célebre. Digamos, de Catherine Deneuve, Ana Belén, Sonia Braga. O también de la sirenita de Copenhague. Es claro que Rodrigo tenía sus rarezas,

pero tú, que hasta no hace mucho también fuiste exiliado, bien sabes que en el exilio lo raro es apenas un matiz de lo normal. Por otra parte, Rodrigo hablaba pocas veces de su pasión recién estrenada.

”Simplemente, reservaba alguna hora de su jornada para contemplar a la sirenita, como una forma de comprobar que en sí mismo iba creciendo un amor, tan desacostumbrado como indestructible. Además, cuando se enteró de que la sirenita, en lejanos y cercanos pretéritos, había sufrido escarnios, castigos y hasta mutilaciones, halló en ese pasado una nueva zona de afinidad con su propia y escarmentada historia. Así hasta que un día resolvió transformar lo imposible en verosímil. Estábamos en pleno invierno (aquí es una estación realmente inhóspita) pero a él no le pareció justo postergar su proyecto hasta la primavera. Por razones obvias, eligió las horas de la madrugada: no quería arriesgarse a que se formara un corrillo de curiosos (incluido algún indiscreto policía) y que decenas o centenares de ojos mancillaran su más gloriosa intimidad. Eran las tres y cuarto de un domingo de enero cuando Rodrigo llegó hasta el objeto de su amor. Ella estaba como siempre, inocentemente desnuda, y Rodrigo pensó que no era lícito que él permaneciera miserablemente vestido. De manera que, a pesar de los 12 grados bajo cero, se fue despojando, una por una, de todas sus prendas, que quedaron dobladas y en orden junto a sus pies descalzos y ateridos. Ahora sí estaban en igualdad de condiciones su amada y él. Castigados, desnudos, estremecidos. A esa altura, Rodrigo debe haber apretado sus dientes para que no castañetearan y por fin debe haber abrazado tiernamente a su sirena, en el tramo más feliz de su nueva existencia. Que fue breve, claro, porque allí lo hallaron, horas después, dulcemente yerto, sin nueva vida y también sin vida vieja. Y es por eso ¿entiendes? que la pobre sirenita tiene esa cara de viuda que le has visto. Más aún, te diré que desde entonces ha pasado a ser una de los nuestros. Una exiliada más, inmóvil junto al mar, que sueña con la vuelta”.

MANUALIDADES

En las puertas de hoy ya no se usan, pero en las viejas puertas había siempre alguna mano (de hierro, de bronce) que era antes que nada un llamador. A Inés le habían atraído estas manos desde que era niña. Y a partir de los quince comenzó a coleccionarlas. En ocho años había conseguido nada menos que veinte. Por lo menos la mitad procedían de las ferias de Tristán Narvaja y de San Telmo, pero en la familia siempre había algún viajero que se acordaba de conseguirle alguna otra en El Rastro o en el Marché aux Puces o en Plainspalais o en Portobello. Seis eran manos derechas (casi siempre de hierro), más escasas y en consecuencia más valiosas; las catorce restantes eran manos izquierdas (normalmente, de bronce). No todas eran originales; algunas eran copias, fácilmente reconocibles porque en ellas la palma estaba hueca. Las manos originales tenían palmas carnosas, aunque esa carne fuera sólo de hierro.

Inés las cuidaba, las lustraba, las interrogaba. Era también una forma de interrogarse. ¿Qué autoridad habría llamado, por ejemplo, con esta mano férrea, seguramente de un golpear sonoro, audible en toda la casa grande? ¿O con esta otra, de dedos crispados, apropiada para el aldabonazo represivo o para la leva siempre inquerida? ¿Quién habría usado la más exigua, con su puño de forjado encaje, digna de ser pulsada por un amator necesariamente discreto, que sólo pretendiera hacerse oír por su amada a la espera? Inés empuñaba una u otra de aquellas manos con historias y enigmas y les inventaba gestos, consecuencias, desenlaces. De noche las miraba antes de dormirse y volvía a mirarlas al amanecer, como consultándolas.

Una noche se durmió y las veinte manos entraron en

su sueño. Cada una estaba en una puerta. Inés las fue reconociendo, acariciando y finalmente empuñando para efectuar sus convocatorias, sus llamadas pusilánimes o intrépidas, que repercutían largamente en corredores esotéricos, ocultos, provocando a veces ecos estremecedores. Inés llamaba y llamaba y cada mano le trasmitía fuerza y osadía, aunque ella no estuviera muy segura de a quién o a qué llamaba. Sólo sabía que quería tocar aquellas manos ajenas con sus propias manos, y si las usaba para llamar tenía conciencia de que se trataba de un uso solitario: llamaba porque ésa era la función de aquellas manos, llamaba porque así les brindaba, y además aseguraba, su razón de ser.

Despertó sudorosa y balbuciente y en el primer momento no advirtió nada raro, pero cuando, en un gesto ritual, quiso tocarse la frente con su mano derecha, comprobó que con esa mano suya venía otra, ésta fuerte, veterana y de hierro. Y no era su propia mano la que empuñaba a la otra, sino que era la de hierro la que estrechaba la suya. Y así supo que aquello también era un acto solitario. No tuvo dudas de que aquella mano oscura, fiable, robusta, era la portavoz de las veinte manos (de hierro o de bronce, diestras o siniestras) que así le agradecían la dura faena del reciente sueño. Y era también una forma de decirle que no se preocupara porque nadie hubiera respondido. Lo esencial era llamar. Y ellas (las manos e Inés) habían llamado.

EL HOMBRE QUE APRENDIÓ A LADRAR

A Tito Monterroso,
este agradecido complemento
de “El perro que deseaba ser un ser humano”.

Lo cierto es que fueron años de arduo y pragmático aprendizaje, con lapsos de desaliento en los que estuvo a punto de desistir. Pero al fin triunfó la perseverancia y Raimundo aprendió a ladrar. No a imitar ladridos, como suelen hacer algunos chistosos o que se creen tales, sino verdaderamente a ladrar. ¿Qué lo había impulsado a ese adiestramiento? Ante sus amigos se autoflagelaba con humor: “La verdad es que ladro por no llorar”. Sin embargo, la razón más valedera era su amor casi franciscano hacia sus hermanos perros. Amor es comunicación. ¿Cómo amar entonces sin comunicarse?

Para Raimundo representó un día de gloria cuando su ladrido fue por fin comprendido por Leo, su hermano perro, y (algo más extraordinario aún) él comprendió el ladrido de Leo. A partir de ese día, Raimundo y Leo se tendían, por lo general en los atardeceres, bajo la glorieta y dialogaban sobre temas generales. A pesar de su amor por los hermanos perros, Raimundo nunca había imaginado que Leo tuviera una tan sagaz visión del mundo.

Por fin, una tarde se animó a preguntarle, en varios sobrios ladridos: “Dime, Leo, con toda franqueza: ¿qué opinas de mi forma de ladrar?”. La respuesta de Leo fue escueta y sincera: “Yo diría que lo haces bastante bien, pero tendrás que mejorar. Cuando ladras, todavía se te nota el acento humano”.

AUTOBIOGRAFÍA

El editor milanés le había dicho que por ahora no le trajera más novelas. Una sabrosa autobiografía, eso sí. Convéncete, muchacho, empezó el boom de las autobiografías. Ése será el género del siglo XXI. Así que tréplate al carro mientras puedas. Dante Falconi prometió que lo intentaría, aunque aclaró que su vida no era interesante ni aventurera ni escandalosa. Toda vida puede ser interesante o aventurera o escandalosa, dijo el editor milanés con una sonrisa plena de futuro, si el autor pone sabor cuando la cuenta. Vamos a ver, ¿nunca mataste a un gato o te masturbaste o le hiciste una zancadilla a tu santa madre o tuviste inclinaciones homosexuales o descubriste que tu viejo tenía una querida o hiciste trampas en el examen o abofeteaste a tu novia o estuviste preso por estupro o torturaste o fuiste torturado o firmaste un cheque sin fondos o te fracturaste la cadera o ganaste una fortuna en el casino o perdiste una fortuna en el casino o confundiste un pegamento con el dentífrico o estuviste a punto de ahogarte o plagiaste a Ungaretti o aprendiste esperanto o plagiaste a Passolini o tuviste un flemón? Te lo dice un experto: con cualquiera de esas menudencias puede escribirse una autobiografía de clase A. Sí, comprendo, pero yo... No me digas que tu vida ha sido tan pero tan aburrida como para no registrar ningún episodio medianamente atractivo. Ni siquiera es obligatorio que sea morboso, con que sea morbosito ya alcanza. No, pero yo... Nada de pero yo... Mañana mismo te pones a escribir tus escalofriantes memorias, reales o inventadas, y te prometo que en la próxima *Fiera de Milano* serás un bestseller.

A partir de aquella charla tan compulsiva sobrevinieron días de angustia para el pobre autor provinciano.

Horas de pánico y frustración frente a la hoja en blanco. El editor milanés había dictaminado: lo esencial es lanzarse, hay que empezar con una frase que de entrada seduzca al lector inocente, algo que le prometa confidencias y emociones. De modo que Dante Falconi se lanza: Durante varios lustros la modestia me ha impedido escribir sobre mí mismo. De inmediato aquello le parece detestable. Tacha modestia y pone vanidad: Durante varios lustros la vanidad me ha impedido escribir sobre mí mismo. Dos días después hace trizas el papel y escribe, ahora sí con alguna esperanza: Volver al pasado es también regresar a las raíces. Bah, eso carece de humor, y el editor milanés le ha recomendado burlarse de sí mismo como una aceptable fórmula autobiográfica. Entonces escribió: La verdad es que no sé si acudir en busca de mis raíces o irme sencillamente por las ramas. Se rasca la cabeza. Reflexiona: No soy ni quiero ser un árbol. También la nueva hoja va al canasto. Lástima que Chaplin iniciara sus memorias con recurso tan manido como: Nací el 16 de abril de 1889, a las ocho de la noche, en East Lane, Walworth. Algo que automáticamente le impide ahora empezar las suyas con equivalentes y verídicos pormenores: Nací el 22 de agosto de 1949, a las diez de la mañana, en Foligno, Umbría. Lástima sobre todo que Elías Canetti inaugurara su evocación de *La lengua abusuelta* de esta manera tan siniestra como cautivante: Mi recuerdo más remoto está bañado de rojo. Él en cambio no podría vincular sus primeros recuerdos con el rojo. Ni con ningún otro color. Ni siquiera gris. Tal vez empezar: Mi primer sueño fue con... Nada. La verdad es que nunca sueña y en consecuencia no hubo primer sueño. Si por lo menos Nabokov no hubiera comenzado Habla, memoria con este destello: la cuna se balancea sobre el abismo... En su caso personal, piensa, la cuna, tras los primeros balanceos, se habría precipitado sencillamente al abismo y así hoy no tendría problemas autobiográficos. No obstante, en su mente atormentada se enciende de pronto una luz, y no precisamente mortecina. Le pare-

ce que ha encontrado cómo arrancar, de un modo espectacular y que además sirva para desconcertar al autoritario, presuntuoso, oportunista editor milanés. Pone un nuevo papel en la Olivetti y tecléa con decisión, inocencia y coraje: Nel mezzo del cammin di nostra vita. Mira como hipnotizado aquella línea, luego se pone de pie y va hasta el baño. Dante Falconi se enfrenta al espejo y se dice a sí mismo, impotente y furioso: Definitivamente, no soy aquel Dante, no soy aquel Dante del espíritu. Y ahí es cuando advierte que ha dado en el clavo. Está seguro de que ahora sí su comienzo entusiasmará al editor milanés. Vuelve a su mesa, cambia la hoja en la Olivetti y escribe, esta vez con plena confianza en sí mismo: No soy aquel Dante del espíritu, soy apenas un Dante de mierda.

EL HIJO

*De haber tenido un hijo
no lo habría llamado
ni mario ni orlando ni hamlet
ni hardy ni brenno
como reza mi fardo onomástico*

*más bien le habría
colgado un monosílabo
algo así como luis o blas o juan
o paz o luz si era mujer
de manera que uno pudiera convocarlo
con sólo respirar*

*de haber tenido un hijo
le habría enseñado a leer
en los libros y muros
y en los ojos veraces
y también a escribir
pero sólo en las rocas
con un buril de fuego*

*de modo que las lluvias
limpiaran sus palabras
defendiéndolas
de la envidia y la roña
y eso aunque nadie nunca
se arrimara a leerlas*

*de haber tenido un hijo
acaso no sabría qué hacer con él*

*salvo decirle adiós cuando se fuera
con mis heridos ojos
por la vida*

IDILIO

La noche en que colocan a Osvaldo (tres años recién cumplidos) por primera vez frente a un televisor (se exhibe un drama británico de hondas resonancias), queda hipnotizado, la boca entreabierta, los ojos redondos de estupor.

La madre lo ve tan entregado al sortilegio de las imágenes que se va tranquilamente a la cocina. Allí, mientras friega ollas y sartenes, se olvida del niño. Horas más tarde se acuerda, pero piensa: “Se habrá dormido.” Se seca las manos y va a buscarlo al living.

La pantalla está vacía, pero Osvaldo se mantiene en la misma postura y con igual mirada extática.

“Vamos. A dormir”, conmina la madre.

“No”, dice Osvaldo con determinación.

“Ah, no. ¿Se puede saber por qué?”

“Estoy esperando.”

“¿A quién?”

“A ella.”

Y señaló el televisor.

“Ah. ¿Quién es ella?”

“Ella.”

Y Osvaldo vuelve a señalar la pantalla. Luego sonrío, candoroso, esperanzado, exultante.

“Me dijo: querido.”

BESTIARIO

La asamblea anual de la Fauna Artística y Literaria fue convocada, en primera citación, a las 20 horas, y en segunda a las 21, pero sólo se logró el *quorum* necesario en el segundo llamado.

Faltaron con aviso el Mastín de los Baskerville, el Cisne de Saint Saëns y Moby Dick de Melville; sin aviso, las Moscas de Sartre y la Trucha de Schubert. Estuvieron presentes: el Loro de Flaubert, el Asno de Buridán, la Paloma de Picasso, los Centauros de Darío, el Cuervo de Poe, el Rinoceronte de Ionesco y las Avispas de Aristófanes.

En el Orden del Día figuraba un punto único: la designación del Rinoceronte de Ionesco como presidente vitalicio y omnímodo.

El Centauro (Orneo) de Darío comenzó diciendo: “Yo comprendo el secreto de la bestia.”

El Asno de Buridán no pronunció palabra pero dio a entender que ni fu ni fa.

El Loro de Flaubert tuvo una intervención tripartita e insólita: “Cocu, mon petit coco”, “As-tu déjeuné, Jako?”, “J’ai du bon tabac”.

Otro Centauro (Caumantes) de Darío apoyó a su congénere Orneo: “El monstruo expresa un ansia del corazón del Orbe.”

El Rinoceronte de Ionesco movió lentamente el cuerno pálido y manchado, como un modo sutil de darse por aludido.

La Paloma de Picasso se acercó volando y su breve excremento cayó como un decisivo comentario sobre la impenetrable testa del candidato.

No obstante, la propuesta de los Centauros de Darío flotaba en el aire, de modo que las Avispas de Aristófa-

nes opinaron *a cappella*: “No, nunca, jamás, mientras me quede un soplo de vida.”

El Loro de Flaubert, reiterativo, pretendió intervenir: “Cocu, mon petit coco”, pero el Cuervo de Poe abrió por fin su pico. Todos callaron, hasta el Loro.

Dijo el Cuervo: “Nunca más.”

EL SEXO DE LOS ÁNGELES

Una de las más lamentables carencias de información que han padecido los hombres y mujeres de todas las épocas se relaciona con el sexo de los ángeles. El dato, nunca confirmado, de que los ángeles no hacen el amor quizá signifique que no lo hacen de la misma manera que los mortales.

Otra versión, tampoco confirmada pero más verosímil, sugiere que si bien los ángeles no hacen el amor con sus cuerpos (por la mera razón de que carecen de los mismos) lo celebran en cambio con palabras, vale decir con las adecuadas.

Así, cada vez que Ángel y Ángela se encuentran en el cruce de dos transparencias, empiezan por mirarse, seducirse y tentarse mediante el intercambio de miradas que, por supuesto, son angelicales.

Y si Ángel, para abrir el fuego, dice: “Semilla”, Ángela, para atizarlo, responde: “Surco.” Él dice: “Alud”, y ella, tiernamente: “Abismo.”

Las palabras se cruzan, vertiginosas como meteoritos o acariciantes como copos.

Ángel dice: “Madero.” Y Ángela: “Caverna.”

Aletean por ahí un Ángel de la Guarda, misógino y silente, y un ángel de la Muerte, viudo y tenebroso. Pero el par amatorio no se interrumpe, sigue silabeando su amor.

Él dice: “Manantial.” Y ella: “Cuenca.”

Las sílabas se impregnan de rocío y, aquí y allá, entre cristales de nieve, circulan el aire y su expectativa.

Ángel dice: “Estoque”, y Ángela, radiante: “Herida.” Él dice: “Tañido”, y ella: “Rebato.”

Y en el preciso instante del orgasmo ultraterreno, los

cirros y los cúmulos, los estratos y nimbos, se estremecen, tremolan, estallan, y el amor de los ángeles llueve copiosamente sobre el mundo.

SU AMOR NO ERA SENCILLO

Los detuvieron por atentado al pudor. Y nadie les creyó cuando el hombre y la mujer trataron de explicarse. En realidad, su amor no era sencillo. Él padecía claustrofobia, y ella, agorafobia. Era sólo por eso que fornicaban en los umbrales.

ENIGMAS

*Todos tenemos un enigma
y como es lógico ignoramos
cuál es su clave su sigilo
rozamos los alrededores
coleccionamos los despojos
nos extraviamos en los ecos
y lo perdemos en el sueño
justo cuando iba a descifrarse*

*y vos también tenés el tuyo
un enigmita tan sencillo
que los postigos no lo ocultan
ni lo descartan los presagios
está en tus ojos y los cierras
está en tus manos y las quitas
está en tus pechos y los cubres
está en mi enigma y lo abandonas*

FIDELIDADES

A sus treinta y cinco años, Ileana Márquez tenía marido (Dámaso) y amante (Marcos). Saberse querida, o al menos deseada por ambos, no le causaba la menor ansiedad, más bien le otorgaba una evidente seguridad ante sí misma y ante los demás. Por otra parte, tanto en cuerpos como en temperamentos, Dámaso y Marcos eran, por así decirlo, complementarios. De ahí que lo que la atraía en uno de ellos no la llevaba a desamar al otro. Cuando estaba en brazos de Dámaso no pensaba en Marcos, ni viceversa. Dámaso y Marcos se conocían. No eran amigos, pero no se llevaban mal. Como era obvio, Marcos era consciente de que Ileana se acostaba con su marido, pero en cambio éste ignoraba el verdadero alcance de la otra relación. Por su parte Ileana se consideraba, paradójicamente, fiel a ambos, ya que nunca se había sentido tentada por ningún otro hombre. Sabía perfectamente el atractivo físico que su cuerpo, cuidado y hermoso a pesar de (o tal vez debido a) su madurez, tenía para el marido y para el amante. Su propia piel, tersa y con un perfume propio, disfrutaba por igual con la piel aterciopelada de Marcos y la casi rugosa de Dámaso. Se sentía una mujer plena, dueña y señora de las dos provincias de su sexo.

El primer alerta sobrevino una noche en que el marido concluyó desganadamente su función, y esa apatía se repitió otra noche y otra más, hasta que el acto amoroso se fue convirtiendo en un trámite esporádico, por otra parte sólo provocado por ella. Primero pensó en la tan mentada astenia sexual, ocasionada por el stress o el excesivo trabajo, pero luego fue tendiendo a la autoinculpación. ¿Qué pasa conmigo? se preguntaba frente al veterano espejo que reflejaba la imagen de siempre, ni más ni me-

nos. ¿Qué pasa con mi cuerpo? Lentamente fue llegando a la conclusión de que Dámaso tenía una amante y ello la amargó profundamente. No podía tolerar esa infidelidad esencial. Sin embargo calló.

Su consuelo pasó a ser Marcos, que seguía sirviéndola en el mejor de los sentidos. Nada le dijo sobre los cambios de Dámaso, debido sencillamente a que temió que ello disminuyera su atractivo ante Marcos. Había leído que uno de los mayores atractivos para un amante estable era que la mujer fuera profundamente deseada por su marido. Lo triste fue que una noche empezó en Marcos el mismo proceso que en Dámaso.

Dijo que estaba cansado y no hicieron nada. Y luego otra vez, y otra. A Ileana le entró una depresión profunda, y eso fue lo peor, ya que las ojeras provocadas por sus insomnios, y cierta palidez que invadía todo su cuerpo, desde las mejillas hasta el pubis, pasando por los pechos, antes sólidos y erectos, y ahora flácidos y derrengados, todo ello la hacía (y ella era consciente de la metamorfosis) cada vez menos deseable, no sólo para Dámaso o para Marcos, sino para cualquier hombre. Su fidelidad bicéfala la había conducido a una dura decepción, pero lo más grave era que todavía no alcanzaba a admitir la causa real de ese fracaso. En el caso de Marcos, la astenia sexual le parecía menos verosímil que en Dámaso. ¿Habría decidido Marcos cambiar su cuerpo por el de otra amante? ¿O quizá tuviera novia? ¿Se estaría por casar y no se atrevía a confesarlo? En rigor, el desapego de Marcos la había herido más aún que el de Dámaso, pues la ensayística erótica y las novelas del siglo XIX le habían enseñado que el tedio sexual era más corriente en los maridos que en los amantes.

Un fin de semana tomó una decisión. Seguiría los pasos de Marcos, en primer término, y luego los de Dámaso. Quería saber la verdad definitiva. Sólo así saldría del pozo. Ella conocía bien las rutinas de sus hombres. Marcos salía a las seis de la tarde de su despacho y generalmente se dirigía a pie hasta su casa, ya que no

vivía lejos. De modo que el lunes ella estacionó su coche a pocos metros de la oficina de Marcos y poco después de las seis vio que salía con algunos compañeros. En la esquina se separaron y Marcos tomó un taxi. Ileana tuvo que apresurarse a arrancar (por las dudas, tenía el motor encendido), ya que no había calculado ese gesto. El taxi, tras dos o tres cambios de calles, tomó por Agraciada, luego por 19 de Abril y así hasta el Prado, donde se detuvo. Ileana también frenó su coche, siempre a distancia prudencial. Marcos descendió del taxi y tomó por uno de los caminos internos del parque. Ileana dejó que se alejara un poco, luego bajó del auto y empezó a seguirlo. Vio que Marcos doblaba a la derecha y ella apresuró el paso para que no se le perdiera.

Cuando por fin desembocó en el nuevo sendero, apenas iluminado por un sol que se iba, vio algo que en el primer instante la dejó estupefacta, y de inmediato le restituyó, como por encanto, su antigua y bienamada seguridad. Marcos y Dámaso se alejaban, de espaldas a ella, tomados de las manos.

SAN PETERSBURGO

El marciano llegó en una nave reducida, casi portátil, algo así como un Volkswagen del espacio. Además de su propia lengua, sólo hablaba inglés, pero no el de la BBC sino el de Shakespeare, o sea que a cada rato decía *thou* en vez de *you*.

Cuando la cápsula de bolsillo aterrizó en Piccadilly Circus, fue inmediatamente rodeada por 20 curiosos y 130 periodistas. El viajero abrió la ventanilla de la minúscula nave y asomó su cabeza, que para asombro de los presentes no tenía antenas sino una boina casi vasca.

Entonces señaló a uno de los periodistas (Bob Peterson, del *Manchester Guardian*) y le dijo a quemarropa: Vengo con poco, poquísimo tiempo. Busco cierto juguete antiguo, de unas dos pulgadas de largo, un carrito de bomberos con un letrero que dice Birmingham Fire Brigade y que, según un catálogo de Miller's Antiques Price Guide, estaba en venta en una sucursal de San Petersburgo. Es urgente, muy urgente. ¿Queda muy lejos San Petersburgo?

Unos 75 años, dijo el periodista, sin perder su flema. Muchas, muchas gracias, dijo el marciano. Cerró rápidamente (realmente, estaba apurado) la ventanilla, y de inmediato la cápsula empezó a elevarse y en pocos segundos se borró en la niebla londinense.

ESO

Al preso lo interrogaban tres veces por semana para averiguar “quién le había enseñado eso”. Él siempre respondía con un digno silencio y entonces el teniente de turno arrimaba a sus testículos la horrenda picana.

Un día el preso tuvo la súbita inspiración de contestar: “Marx. Sí, ahora lo recuerdo, fue Marx.” El teniente, asombrado pero alerta, atinó a preguntar: “Ajá. Y a ese Marx ¿quién se lo enseñó?”. El preso, ya en disposición de hacer concesiones, agregó: “No estoy seguro, pero creo que fue Hegel.”

El teniente sonrió, satisfecho, y el preso, tal vez por deformación profesional, alcanzó a pensar: “Ojalá que el viejo no se haya movido de Alemania.”

SALVO EXCEPCIONES

En la sala repleta circuló un aire helado cuando don Luciano, con todo el peso de su prestigio y de su insobornable capacidad de juicio, al promediar su conferencia tomó aliento para decir: “Como siempre, quiero ser franco con ustedes. En este país, y salvo excepciones, mi profesión está en manos de oportunistas, de frívolos, de ineptos, de venales.”

A la mañana siguiente, su secretaria le telefoneó a las ocho: “Don Luciano, lamento molestarlo tan temprano, pero acaban de avisarme que, frente a su casa, hay como quinientas personas esperándolo.” “¿Ah, sí?”, dijo el profesor, de buen ánimo. “¿Y qué quieren?” “Según dicen, se proponen expresarle su saludo y su admiración.” “Pero ¿quiénes son?” “No lo sé con certeza, don Luciano. Ellos dicen que son las excepciones.”

LOS CANDIDATOS

*Por la avenida vienen
los candidatos*

*los candidatos a mosca blanca
a perengano a campeador
a talismán
a vicedéspota*

*los candidatos a pregonero
a rabdomante a chantapufi
a delator
a mascarón de proa*

*los candidatos a gran tribuno
a alabancero a estraperlista
a piel de judas
a tercer suplente*

*los candidatos a iracundito
a viejo verde a peor astilla
a punto muerto
a rey de bastos*

*por la avenida vienen
los candidatos*

*desde la acera
solo y deslumbrado
un candidato a candidato
avizora futuro
y se relame*

EL NIÑO CINCO MIL MILLONES

En un día del año 1987 nació el niño Cinco Mil Millones. Vino sin etiqueta, así que podía ser negro, blanco, amarillo, etc. Muchos países, en ese día, eligieron al azar un niño Cinco Mil Millones para homenajearlo y hasta para filmarlo y grabar su primer llanto.

Sin embargo, el verdadero niño Cinco Mil Millones no fue homenajeadado ni filmado ni acaso tuvo energías para su primer llanto. Mucho antes de nacer, ya tenía hambre. Un hambre atroz. Un hambre vieja. Cuando por fin movió sus dedos, éstos tocaron la tierra seca. Cuarteada y seca. Tierra con grietas y esqueletos de perros o de camellos o de vacas. También con el esqueleto del niño número 4.999.999.999.

El verdadero niño Cinco Mil Millones tenía hambre y sed, pero su madre tenía más hambre y más sed y sus pechos oscuros eran como tierra exhausta. Junto a ella, el abuelo del niño tenía hambre y sed más antiguas aún y ya no encontraba en sí mismo ganas de pensar o de creer.

Una semana después el niño Cinco Mil Millones era un minúsculo esqueleto y en consecuencia disminuyó en algo el horrible riesgo de que el planeta llegara a estar superpoblado.

HAY TANTOS PREJUICIOS

Por lo menos habían transcurrido quince años sin que Ignacio supiera nada de Martín o de Alfonso. Nada, de modo directo, claro, ya que indirectamente le habían llegado esporádicas referencias. Así que encontrarlos en el aeropuerto de Carrasco (ellos llegaban de Santiago de Chile; él partía hacia Porto Alegre) fue todo un acontecimiento. Apenas tuvieron diez minutos para reconocerse (a duras penas, debido a la actual barba espesa de Ignacio, la vertiginosa calvicie de Martín, el respetable abdomen de Alfonso), abrazarse, ponerse sumariamente al día (Martín estaba casado por segunda vez, Alfonso había enviudado, Ignacio se mantenía incólume en su soltería), dejar expresa constancia de la triple voluntad de encontrarse cuanto antes e intercambiar rápidamente tarjetas, con teléfonos y domicilios.

Luego, durante el vuelo, Ignacio fue repasando sus recuerdos. Esos dos, y también Javier, hoy catedrático en Ciudad de México, habían constituido su “barra”, su clan de inseparables, primero en el colegio de la Sagrada Familia, después en el liceo Elbio Fernández, y poco más. De pronto, casi sin advertirlo, cada uno empezó a seguir su rumbo propio. Javier fue el primero en desaparecer: emigró a México con sus padres y allí había concluido su doctorado y se había casado con una guatemalteca. Ignacio se recibió de escribano. Alfonso había llegado hasta tercero de Medicina pero luego, a la muerte de su padre, se hizo cargo de la estancia en Soriano y sólo bajaba a Montevideo tres o cuatro veces al año. Martín, que parecía tan enclenque en su infancia, se había dedicado al atletismo con bastante éxito (había quedado a sólo dos décimas del récord nacional en los 400 metros

llanos) y después, ya metido en el mundo del fútbol, fue preparador físico de algún equipo local y varios del exterior, de modo que viajaba constantemente, con residencias prolongadas en Colombia, Honduras y Chile. Los únicos que se veían con cierta frecuencia eran Martín y Alfonso, ya que tenían algunos negocios en común y era por esa razón que habían ido a Santiago.

Tras su regreso de Brasil, Ignacio dejó pasar un par de días y luego telefoneó a Martín: quedaron en encontrarse los tres en un restaurante del Puerto y allí escribir conjuntamente una postal que mandarían al lejano Javier.

Otra vez los abrazos y las rituales bromas sobre barbas, calvicies y barrigas. Y entre lenguas a la vinagreta y colitas de cuadril, entre un excelente vino chileno y el champán del reencuentro, hubo lugar para el consabido repaso de los recuerdos compartidos, así como para el envite del “¿te acordás de?” y la solidaria réplica “qué plomo, dios mío”, o la tierna evocación de aquella estilizada piba de la que todos estuvieron enamorados y que años más tarde se había casado con un secretario de la embajada norteamericana. “Allá ella”, murmuró Alfonso con rencorosa nostalgia.

Ya en los postres, Martín se dirigió a Ignacio: “¿A que no te acordás del padre Arnáiz, el implacable de Matemáticas, cuando tuvo la ocurrencia de preguntarnos a los cuatro qué aspirábamos a ser cuando mayores?”.

Alfonso acotó: “Recuerdo que Javier dijo que profesor, y lo es. Vos, Martín, dijiste que atleta, y lo fuiste. Yo dije que estanciero, y lo soy. Ya lo ves, Ignacio: fuiste el único que no cumpliste. Qué vergüenza”.

“Es cierto”, dijo Ignacio con voz ronca. “No cumplí.”

“¿Verdaderamente recordás lo que dijiste entonces?”, preguntó Martín.

“Naturalmente. Son cosas que no se olvidan. Antropófago. Dije que quería ser antropófago.”

Los otros soltaron la risa y Alfonso inquirió: “¿Y? ¿Qué pasó?”.

Ignacio resopló, incómodo. “Toda una frustración”, dijo entre dientes. “Somos una sociedad demasiado provinciana. Hay tantos prejuicios. Tantas inhibiciones.”

ORDEN DEL DÍA

En la ciudad de Montevideo, a las nueve horas y cuarenta minutos del día quince de mayo del año mil novecientos ochenta y siete, se reúne el Directorio de Abecé, S. A., en la sala de conferencias de su Casa Central, bajo la presidencia de don Tomás Olarte, ejerciendo la Secretaría don Virgilio Sánchez, y con asistencia de los vocales, doña Magdalena Bravo de Maura, y los señores Orosmán Nieto, Alberto J. Salas, Prudencio Solanas Gómez, Eliseo H. Matta, José Pedro Vilches, Javier Zamora Aguirre y Juan Jacinto Lozano.

El señor Secretario da lectura al acta anterior, que es aprobada con una observación del señor Zamora Aguirre acerca de lo que entiende como error de sintaxis en la redacción del párrafo cuarto línea siete, corrección que es aprobada por mayoría, con la observación, esta vez, del señor Vilches, quien no considera haya error alguno de sintaxis en la redacción del mencionado párrafo.

El Presidente recuerda que el Orden del Día de la presente sesión consta sólo de dos puntos: 1) Estado de las negociaciones con Silver Inc., de Sioux City, Iowa, y 2) Ajustes del presupuesto.

Al entrar a considerar el primer punto, toma la palabra el señor Solanas Gómez para informar que las negociaciones con Silver Inc., de Sioux City, Iowa, siguen un curso normal y bastante favorable a los intereses de Abecé, S. A. Recuerda que, tras la primera oferta de la compañía norteamericana (de la que existe cumplida constancia en el acta número ciento cincuenta y cuatro, correspondiente a la sesión celebrada el cuatro de abril próximo pasado) y la contraoferta de Abecé, S. A. (cuyo texto íntegro fue transcrito en el acta número ciento cincuenta y cinco de la sesión correspondiente al once del mismo mes), las

conversaciones mantenidas desde entonces por él (o sea el señor Solanas Gómez) con el enviado de la compañía ofertante, Mr. Oswald Browning, se hallan bien encaminadas, habiéndose designado el pasado día doce, con el conocimiento y el aval del señor Presidente, una comisión especial, integrada por dos miembros de cada parte, a fin de estudiar de manera exhaustiva el procedimiento más apto y menos riguroso de eludir las pesadas cargas impositivas a las que la operación en trámite estaría sometida en una y otra nación.

A las diez horas y doce minutos y por razones obvias, se resuelve pasar a cuarto intermedio con el propósito de analizar el informe elevado por la mencionada comisión.

A las diez horas y cuarenta minutos, se da por levantado el cuarto intermedio y se reanuda la sesión, pasándose entonces a tratar el segundo punto del Orden del Día: Ajustes del presupuesto.

Toma la palabra el señor Matta para expresar que, en su opinión personal y en la de sus inmediatos asesores, y ya que, debido a las limitaciones que imponen las normas vigentes, no es posible bajar los sueldos y jornales del personal de la Casa Central y las tres sucursales de Abecé, S. A., pero teniendo en cuenta que muchas de las tareas contables y administrativas se han visto notoriamente simplificadas con la adopción de excelentes equipos de computación, por todo ello considera necesario planificar con urgencia una drástica reducción del personal que hasta ahora estaba asignado a funciones de contabilidad y administración. Añade el señor Matta que actualmente se está estudiando a cuánto llegaría el monto de las indemnizaciones por despido que sería imprescindible abonar, sin perjuicio de que, por supuesto, se utilizan aquellos resquicios y ambigüedades que toda ley inevitablemente incluye, a fin de que las mencionadas erogaciones se reduzcan al mínimo. De todas maneras, concluye el señor Matta, el ahorro que representarán a la empresa, por distintas razones, los equipos de computación recientemente adquiridos, compensará con creces y

en poco menos de un año el eventual desembolso que ocasionen las susodichas indemnizaciones.

A continuación pide la palabra doña Magdalena Bravo de Maura para señalar que no está en absoluto de acuerdo con los despidos de personal que propone el señor Matta, ya que ésta no fue nunca la política de su difunto esposo, don Norberto Maura, fundador de la Empresa, quien siempre tuvo muy en cuenta las buenas relaciones con el personal y defendió la dignidad humana del trabajador.

El señor Matta pide una interrupción para exponer que, con todos los respetos debidos, debía recordarle a doña Magdalena Bravo de Maura que su marido, que en paz descansa, siempre había sido un pésimo negociante, una suerte de romántico après la lettre, alguien que manejó la empresa puede que con mucha dignidad humana pero con escasos dividendos, y que en los más calificados círculos mercantiles del país y de la Bolsa, siempre había sido considerado un tarado (sic) y, en opinión de los más severos, un imbécil (sic).

Interviene el señor Nieto para decir que no le permite al señor Matta expresarse de ese modo ofensivo sobre el respetado fundador de la Empresa, y menos aún agraviar de esa manera gratuita y sin fundamentos a su viuda doña Magdalena.

El señor Matta responde que se caga (sic) en el fundador, a quien califica de mero chantapufi, y en cuanto a lo dicho por el señor Nieto añade que qué otra cosa podía esperarse de semejante cara de culo (sic). Interviene el señor Presidente para pedir encarecidamente a los señores miembros del Directorio que no empleen vocablos no autorizados por la Academia de la Lengua.

Aclara el señor Matta que el vocablo culo figura en el Diccionario de la Academia, pero el señor Presidente señala a su vez que él no se refería al vocablo culo sino al vocablo chantapufi.

Pide entonces la palabra el señor Nieto para señalar que más cara de culo tendrá el señor Matta, y que ade-

más todo el mundo está cumplidamente enterado de las cuantiosas comisiones que dicho miembro del Directorio ha percibido hasta ahora de la calificada compañía que instaló los equipos de computación.

El señor Matta interviene a su vez para proclamar que lo que sí todo el mundo cumplidamente sabe es que un apuesto y joven empleado (aclara que no dice su nombre para no tener conflictos con el sindicato) de Abecé, S. A., tiene desde hace tiempo relaciones más íntimas que comerciales con la señora Nieto, y que, en consecuencia, un infecto cornudo (sic, sic) como el señor Nieto no tiene ninguna autoridad moral para acusar, ni a él (o sea el señor Matta) ni a nadie, de delitos que sólo existen en su mente afiebrada.

El señor Nieto pide autorización al señor Presidente para ponerse de pie, y una vez que el permiso le es concedido, se traslada hacia el sitio que ocupa el señor Matta y sin pedir anuencia le propina un fuerte golpe de puño en pleno rostro. El señor Matta responde con un rápido y enérgico manotazo, pero, a pesar de ese intento defensivo, es inmediatamente inmovilizado por un segundo golpe del señor Nieto, que en esta oportunidad le alcanza en el mentón, sólo a medias protegido por una barba de corte francés. El señor Matta exige que quede constancia en actas de la actitud descomedida del señor Nieto.

En vista de que el señor Matta sangra abundantemente y que doña Magdalena Bravo de Maura ha sufrido un desvanecimiento, el Presidente propone, a las once horas y ocho minutos, que el Directorio pase a cuarto intermedio, y así se resuelve.

A las doce horas y treinta minutos, se levanta el cuarto intermedio y se reanuda la sesión, con la ausencia, debidamente justificada, de doña Magdalena Bravo de Maura y de los señores Matta y Nieto. El señor Presidente deja constancia de que doña Magdalena ha regresado a su domicilio, por no encontrarse en la adecuada disposición de ánimo como para seguir el curso de la sesión con la atención que ésta merece; que el señor Matta recibe a

esta altura los debidos cuidados en la sala de primeros auxilios de un Sanatorio de reconocido prestigio, y que el señor Nieto ha decidido, de motu proprio, faltar con aviso al resto de la sesión.

La secretaria toma nota de esas justificadas ausencias, y tras un breve y cordial intercambio de ideas, se resuelve postergar la consideración del punto segundo del Orden del Día hasta la próxima sesión, que, salvo indicación en contrario, tendrá lugar el próximo veintidós de mayo, a las nueve y treinta horas.

Siendo las doce horas y cuarenta y ocho minutos, se levanta la sesión.

LARGA DISTANCIA

*"Oh, you know me, Walter. You've known me
a long time." A click and nothing.*

TRUMAN CAPOTE

—Hola. ¿Quién?

—Buenos días. ¿René?

—Sí. ¿Quién es?

—No importa quién soy.

—¿Cómo que no importa?

—Verás que no.

—Un momento. Quiero saber con quién estoy hablando.

—Ya lo sabrás. A su tiempo.

—No estoy para bromas. Adiós.

.....

—Hola.

—¿Otra vez?

—Sí.

—¿Vas a decir el nombre?

—Por ahora no.

—Entonces.

—Pero hombre, no seas esquemático.

—Chau.

.....

—Hola.

—Aquí estoy de nuevo.

—¡Qué pesado! O pesada. No sé bien.

—¿Y no tenés curiosidad por averiguarlo?

—Bah.

—René, no cortes esta vez. Es larga distancia.

—¿De dónde llamás?
—De alguna parte.
—Ufa.
—Después te diré mi nombre. Te lo prometo.
—¿Cuándo?
—Después. No seas impaciente.
—¿Se puede saber a qué tanto misterio?
—Te conozco.
—¿Y yo a vos?
—También, pero menos.
—¿Desde cuándo?
—Desde hace bastante tiempo. ¿Te acordás de cuando cumpliste catorce años? El 22 de julio de 1940.
—¿Me conocés desde entonces?
—Desde antes. Pero, ¿te acordás de ese cumpleaños?
—Yo qué sé. Nada especial, supongo. Lo habré pasado con mis viejos y mi hermana. Y amigos.
—¿En la casa del Cordón?
—Probablemente.
—Digamos, la de la calle Magallanes 1424.
—Qué precisión. ¿Se puede saber quién sos, carajo?
—En aquel cumpleaños estuve presente. Todos jugamos al ping pong.
—Siglos que no juego. Me gusta bastante.
—Lo hacías muy bien. Tenías un ataque débil, pero en cambio una defensa formidable. Llevaba horas hacerte un tanto y vos siempre contabas con que el otro perdía la compostura, la paciencia y por último el partido.
—Jugaba con todo el mundo, un partido tras otro, como un poseído. ¿Cómo puedo recordar con quiénes jugué el 22 de julio de 1940?
—Sólo lo mencioné para que tuvieras un dato de referencia y para que aguzaras la imaginación. Por lo general, cuando jugabas te ponías una camisa de diseño escocés. Creo que lo hacías simplemente por cábala.
—Cierto. ¿Ves? De eso sí me acuerdo. Quiero decir, me acuerdo ahora que lo decís. Pero lo había olvidado. Los detalles se borran.

—No tiene importancia. Quizá otros detalles más significativos también se te hayan borrado, ¿o no?

—Por ejemplo?

—Por ejemplo Estela.

—¿Qué Estela?

—Estela nomás. Para vos hubo una sola. ¿O me equivoco?

—¿Estela Dumas?

—Claro, ¿cuál otra iba a ser?

—¿Y vos qué sabés de Estela Dumas?

—Bueno, somos contemporáneos, ¿no es así?

—También somos contemporáneos de Brigitte Bardot.

—Sí, pero con Estela compartimos una realidad, una época.

—No me has contestado qué sabías de Estela.

—¿Antes o después de que se casara con el ingeniero Melogno?

—Pará un poco. ¿Sos Melogno vos?

—Le erraste como a las peras.

—¿Sos Estela entonces?

—Como a las peras y a los duraznos.

—Entonces no sé.

—¿Pero ni siquiera podés diferenciar una voz masculina de otra femenina? Eso es grave, René.

—Tenés una voz ambigua, o por lo menos suena así. Como si hablaras a través de un pañuelo.

—¿Aquel pañuelito blanco? Esta vez acertaste. Estoy hablando a través de un pañuelo. Un pañuelo que me pertenece y que tiene la inicial R.

—¿Ricardo?

—Frío, frío.

—No contestaste lo de Estela.

—Hace tiempo que no sé de ella. Pero lo último que supe es que la madurez le sentaba bien. Y que Melogno la hacía feliz.

—¿Dónde?

—En la cama, muchacho. ¿Dónde va a ser?

—Quise decir: dónde viven.

—En Salto. Tienen dos hijos. Decime ahora: después de esta larga temporada, ¿por fin tenés claro por qué la perdiste?

—Sí, por cobardía.

—Ah.

—Pero, ¿por qué voy a hablar contigo de este tema o de cualquier otro?

—Porque tenés necesidad de hacerlo con alguien.

—Puede ser. Pero nunca con un desconocido.

—No soy un desconocido. Ya verás.

—Pero es como si lo fueras.

—¿Así que por cobardía? ¿A tal punto Estela era un riesgo?

—Sí.

—¿En qué sentido?

—En todo sentido. Es claro que era un riesgo maravilloso. Mirá, nada más nombrarla y ya me duelen las mandíbulas.

—¿Las mandíbulas? Qué romántico.

—Siempre que estoy tenso o me conmuevo o me pongo furioso o me invade la ternura, me duelen las mandíbulas.

—¿Te dolieron por ejemplo cuando el problema laboral de Ipepsa?

—Seguramente.

—¿Qué te pasó esa vez? Vos conocías los entretelones.

—Pará un poco. ¿Sos Rafael, verdad?

—Frío, frío.

—Sí, conocía los entretelones. Pero yo no era el responsable. Por tanto no tenía por qué asumir un papel que no me correspondía.

—Ésa es la explicación normal, la que está en los papeles, pero, ¿y la otra?

—Pará. ¿Sos Raquel?

—No, viejo, no.

—¿Roberto?

—Tampoco.

—¿Qué otra explicación?

—La que te das a vos mismo. La que te diste. Porque te habrás dado alguna, ¿no?

—Conocía los entretelones pero los demás no confiaban en mí.

—¿Por alguna razón concreta?

—No sé. Tal vez porque yo no confiaba en ellos.

—Amor a primera vista.

—Yo diría incompreensión a segunda vista. Pero nunca hay un solo culpable.

—Si tuvieras que resumir en una sola palabra tu actitud de entonces, ¿cuál elegirías?

—No hay una sola que lo incluya todo.

—Ya lo sé. Pero, ¿si tuvieras que elegir una?

—La más aproximada sería cobardía.

—¿También era un riesgo comunicar a la gente aquellos entretelones?

—Sí, pero éste no era un riesgo maravilloso. La prueba es que ahora, al mencionarlo, no me duelen las mandíbulas.

—Tengo una duda, René. Si ya te reconociste dos veces cobarde, ¿cómo se explica que prestaras tu apartamento para aquella reunión ilegal?

—¿Qué apartamento? ¿Cuál reunión?

—Vamos, René, no estés tan a la defensiva. No olvides que soy un especialista en tu biografía.

—No me gusta hablar de esos temas por teléfono. Y menos aún si es larga distancia.

—Indudablemente es una buena precaución. Aunque vos y yo sabemos que otras veces no has sido tan precavido.

—No sé a qué te referís.

—Seguro que sabés a qué me refiero.

—Mi palabra contra la tuya.

—Empate, pues. El partido se decidirá mediante ejecución...

—¿Ejecución?

—De penales. ¿Acaso pensabas en otra ejecución?

—No pensaba nada.

—Sí pensabas.
—Otra vez tu palabra contra la mía.
—Llamémosle así, ya que te gusta.
—Llamémosle.
—Pero vuelvo a preguntarte: si te reconocés co-
barde...
—Suena horrible.
—Digamos pusilánime, ¿te gusta más?
—Lo importante no es la palabra sino el estado de
ánimo.
—Buena observación. Entonces, ¿por qué prestaste tu
apartamento?
—¿Sinceramente?
—Sinceramente.
—Te va a salir cara esta llamada.
—No te preocupes.
—Bueno, creo que lo presté porque esa vez el riesgo
era muy reducido y sin embargo servía para reivindicar-
me de pasadas flaquezas.
—Y no sirvió.
—No sirvió. Pero ya no vale la pena lamentarlo.
—Y está el problema del dinero.
—Me gustaría saber de qué estás hablando.
—Del poder que te dejó el tío Ignacio cuando se fue a
Europa y que vos utilizaste para...
—Pará un poco. ¿Sos Renata?
—Tibio, tibio.
—Así que sos Renata.
—No. Soy René.
—¿Tocayos? Eso sí que no me lo esperaba.
—Más o menos tocayos.
—¿René con una “e” o con dos?
—Da lo mismo. Lo que cuenta es cómo suena. ¿Toda-
vía no sabés si soy hombre o mujer?
—¿René Oribe?
—Frío.
—¿René Azuela?
—Congelado.

- ¿René? No conozco más Renés.
—¿Estás seguro?
—Al menos, no me acuerdo.
—¿Te duelen las mandíbulas?
—Ahora no.
—¿Y anoche?
—Tampoco. Anoche sí me dolió el pecho. Fuerte. Muy fuerte. Hubo un instante en que creí perder la conciencia.
—Qué imprudencia. Nunca hay que extraviarla. No hay repuestos, ¿sabés?
—Quise decir que estuve a punto de perder el conocimiento.
—¿Y no lo habrás perdido?
—Creo que no. Me sentí muy extraño.
—¿Y ahora?
—También. Pero más lúcido, mucho más lúcido.
—Eso es bueno.
—Y además, tocayo o tocaya, quiero saber de una vez tu nombre, tu nombre completo. ¿No te parece que tengo derecho?
—Claro que tenés. Soy René Casares.
—Vamos, no jodas, René Casares soy yo.
—O sea que somos ¿cómo se dice? homónimos.
—¡René Casares soy yo!
—No grites, por favor.
—¡René Casares soy yo!
—Eras.

LÁZARO

Un tal Lázaro Vélez se incorporó en su tumba, se despojó lentamente de su sudario, abandonó el camposanto y empezó a caminar en dirección a su casa. A medida que iba siendo reconocido, los vecinos se acercaban a abrazarlo, le daban ropas para que cubriera su desnudez, lo felicitaban, le palmeaban la espalda huesuda.

Sin embargo, a medida que la voz se fue corriendo, la bienvenida ya no fue tan cálida. Un hombre que había ocupado su vacante en la sucursal de Correos le increpó duramente: “Tu regreso no me alegra. Vas a reclamar tu puesto y quizá te lo den. O sea que yo me quedaré en la calle. Recuerda que en mi casa tengo cinco bocas para alimentar. Prefiero que te vayas”.

La viuda de Lázaro Vélez, que, pasado un tiempo prudencial, se había vuelto a casar, le incriminó: “¿Y ahora qué? ¿Acaso pretendes que me condenen por bígama? Si quieres que sea feliz, desaparece de mi vida, por favor”.

Un sobrino, que en su momento había heredado sus cuatro vacas y sus seis ovejas, le reprochó airado: “No pretenderás que te devuelva lo que ahora es legalmente mío. Vete, viejo, y no molestes más”.

Lázaro Vélez resolvió no seguir avanzando. Más bien comenzó a retroceder, y a medida que desandaba el camino se iba despojando de las ropas que al principio le habían brindado.

Por fin, un viejo amigo que lo reconoció y no le reprochó nada (quizá porque nada tenía) se acercó a preguntarle: “Y ahora, ¿a dónde irás?” Y Lázaro Vélez respondió: “A recuperar mi sudario”.

EL RIESGO

*Después de todo
el solo riesgo de que dios exista
es que exista en mi sueño
y allí aletee sin preguntas
dejando llagas en mi corazón*

*ciertamente la única
alarma de que dios exista
es que exista en mi sueño
y que yo duerma hasta que el cuerpo
aguante*

EL PROFETA

El profeta lo dijo en la plaza: “Dentro de veinte años el Señor descenderá nuevamente a la tierra. Y habrá justicia”, pero los descreídos le gritaron: “Es muy cómodo predecir lo que va a suceder dentro de veinte años. ¿Quién va a pedirte cuentas si te equivocas?”.

El profeta lo dijo en la plaza: “No bien comience el nuevo siglo, el sol se oscurecerá y habrá dos noches por jornada”, pero los descreídos le gritaron: “Bah, es muy fácil anunciar lo que va a ocurrir el año 2001. ¿Quién va a reclamarte si te equivocas?”.

El profeta lo dijo en la plaza: “Dentro de tres años la tierra se arrugará formando colinas y promontorios nuevos y en más de una llanura se abrirán cráteres”, pero los descreídos le gritaron: “Es muy trivial pronosticar lo que va a acaecer dentro de tres años. Si tu profecía falla, ¿dónde te encontraremos para lapidarte?”.

Entonces el profeta, sin perder la calma, dijo en la plaza: “Dentro de diez segundos os mostraré mi lengua”, y antes de que algún descreído lo pusiera en duda, el profeta mostró su lengua innegable y probada, vaticinada y roja.

MUCHO GUSTO

Se habían encontrado en la barra de un bar, cada uno frente a una jarra de cerveza, y habían empezado a conversar, al principio, como es lo normal, sobre el tiempo y la crisis, luego de temas varios y no siempre racionalmente encadenados.

Al parecer el flaco era escritor; el otro, un señor cualquiera. No bien supo que el flaco era literato, el señor cualquiera empezó a elogiar la condición de artista, eso que llamaba “el sencillo privilegio de poder escribir”.

“No crea que es algo tan estupendo”, dijo el flaco. “También hay momentos de profundo desamparo, en los que uno llega a la conclusión de que todo lo que ha escrito es una basura. Probablemente no lo sea, pero uno así lo cree. Mire, sin ir más lejos, no hace mucho junté todos mis inéditos (o sea el trabajo de varios años), llamé a mi mejor amigo y le dije: ‘Mira, esto no sirve, pero comprenderás que para mí es demasiado doloroso destruirlo. Así que hazme un favor: quémalo. Júrame que lo vas a quemar’. Y me lo juró.”

El señor cualquiera quedó muy impresionado ante aquel gesto autocrítico, pero no se atrevió a hacer ningún comentario. Tras un buen rato de silencio, se rascó la nuca y empinó la jarra de cerveza. “Oiga, don”, dijo sin pestañear. “Hace rato que hablamos y ni siquiera nos hemos presentado. Mi nombre es Ernesto Chávez, viajante de comercio.” Y le tendió la mano.

“Mucho gusto”, dijo el otro, oprimiéndola con sus dedos huesudos. “Franz Kafka, para servirle.”

TRADUCCIONES

Siempre le pasaba lo mismo. Cuando alguien traducía uno de sus poemas a una lengua extranjera (al menos, de las que él conocía), sus propios versos le sonaban mejor que en el original. Por eso no le sorprendió que la versión francesa de su poema “El tiempo y la campana” le pareciera estupenda, grácil, sustanciosa.

Dos años más tarde, un traductor italiano, que no sabía español, tradujo aquella versión francesa, y aunque él nunca había sido partidario de las versiones indirectas (no olvidaba, sin embargo, que muchos años atrás había conocido a través de ellas a Tolstoy, Dostoievsky y también a Confucio), disfrutó grandemente de su poema “in italico modo”.

Transcurrieron otros tres años y un traductor inglés, que, como la mayoría de los traductores ingleses, no sabía español, se basó en la versión italiana, basada a su vez en la versión francesa. Pese a tan lejano origen, fue la que mayor placer le produjo al primigenio autor hispanoparlante. Sólo le asombró un poco (en realidad, lo atribuyó a una errata de tantas) que esta nueva versión indirecta se titulara “Burnt Norton” y que el nombre del presunto autor fuera un tal T. S. Eliot. Sin embargo, le gustó tanto que decidió encargarse personalmente de traducirla al español.

PERSECUTA

Como en tantas y tantas de sus pesadillas, empezó a huir, despavorido. Las botas de sus perseguidores sonaban y resonaban sobre las hojas secas. Las omnipotentes zancadas se acercaban a un ritmo enloquecido y enloquecedor.

Hasta no hace mucho, siempre que entraba en una pesadilla, su salvación había consistido en despertar, pero a esta altura los perseguidores habían aprendido esa estratagema y ya no se dejaban sorprender.

Sin embargo esta vez volvió a sorprenderlos. Precisamente en el instante en que los sabuesos creyeron que iba a despertar, él, sencillamente, soñó que se dormía.

ARENA

*Arena entre mis dedos
bajo mis pies de plomo
arena voladora
arena buena*

*en tu memoria polen
quedaron escondidos
mis castillos*

*guárdalos hasta el día
en que un niño
otro niño
se acerque a rescatarlos
con mi salvoconducto*

EL OUDIO VIENE Y VA

*El odio viene y va y regresa
alucinado lo contemplo
pasa como un adiós de humo
como una sombra
como un duelo*

*desconcertado viene y va
desesperado y prisionero
tras los celajes del olvido
como una plaga
como un eco*

*viene y se vuelve y arremete
y es un cuchillo de silencio
que lentamente me desgarras
como un sollozo
como un ciego*

*y sin embargo sin embargo
a veces puede ser un premio
no le devuelvo el odio al odio
y es un alivio
merecerlo*

UN BOLIVIANO CON SALIDA AL MAR

Nunca he podido confirmarlo, pero dicen que en plena guerra de las Malvinas le preguntaron a Borges qué solución se le ocurría para el conflicto, y él, con su sorna metafísica de siempre, respondió: “Creo que Argentina y Gran Bretaña tendrían que ponerse de acuerdo y adjudicar las Malvinas a Bolivia, para que este país logre por fin su salida al mar”.

En realidad, la ironía de Borges (siempre que la cita sea verdadera) se basaba en una obsesión que está presente en todo boliviano, ese alguien que siempre parece estar acechando el horizonte en busca del esquivo mar que le fue negado. Tiene el Titicaca, por supuesto, pero el enorme lago sólo le sirve para que crezca su frustración, ya que en vez de conducirlo a otros mundos, sólo lo conduce a sí mismo.

De todas maneras, cuando algún boliviano llega al mar, aunque éste sea ajeno, siempre se trata de un blanco, nunca de un indio. Hubo un indio, sin embargo, nacido junto a las minas de Oruro, que por un extraño azar pudo alcanzar el mar prohibido.

Debió ser un niño simpático y bien dispuesto, ya que una dama pacaña, que estaba de paso en Oruro y pertenecía a una familia acaudalada, lo vio casualmente y se lo trajo a la capital, allá por los años cincuenta. Rebautizado como Gualberto Aniceto Morales, aprendió a leer y aprendió a servir. Y tan bien lo hizo, que cuando sus patrones viajaron a Europa, lo llevaron consigo, no precisamente para ampliar su horizonte sino para que los auxiliara en menesteres domésticos.

Así fue que el muchacho (que para ese entonces ya había cumplido quince años) pudo ir coleccionando en su memoria imágenes de mar: desde la tibieza verde del

Mediterráneo hasta los golfos helados del Báltico. Cuando al cabo de un año sus protectores regresaron, Gualberto Aniceto pidió que lo dejaran viajar a su pueblo para ver a su familia.

Allí, en su pobreza de origen, en la humilde y despojada querencia, ante la mirada atónita y el silencio compacto de los suyos, el viajero fue informando larga y pormenorizadamente sobre farallones, olas, delfines, astilleros, mareas, peces voladores, buques cisternas, muelles de pescadores, faros que parpadean, tiburones, gaviotas, enormes transatlánticos.

No obstante, llegó una noche en que se quedó sin recuerdos y calló. Pero los suyos no suspendieron su expectativa y siguieron mirándolo, esperando, arracimados sobre el piso de tierra y con las mejillas hinchadas por la coca. Desde el fondo del recinto llegó la voz del abuelo, todavía inexorable, a pesar de sus pulmones carcomidos: “¿Y qué más?”.

Gualberto Aniceto sintió que no podía defraudarlos. Sabía por experiencia que la nostalgia del mar no tiene fin. Y fue entonces, sólo entonces, que empezó a hablar de las sirenas.

LINGÜISTAS

Tras la cerrada ovación que puso término a la sesión plenaria del Congreso Internacional de Lingüística y Afines, la hermosa taquígrafa recogió sus lápices y papeles y se dirigió hacia la salida abriéndose paso entre un centenar de lingüistas, filólogos, semiólogos, críticos estructuralistas y desconstruccionistas, todos los cuales siguieron su garboso desplazamiento con una admiración rayana en la glosemática.

De pronto las diversas acuñaciones cerebrales adquirieron vigencia fónica:

- ¡Qué sintagma!
- ¡Qué polisemia!
- ¡Qué significante!
- ¡Qué diacronía!
- ¡Qué *exemplar ceterorum*!
- ¡Qué *Zungenspitze*!
- ¡Qué morfema!

La hermosa taquígrafa desfiló impertérrita y adusta entre aquella selva de fonemas.

Sólo se la vio sonreír, halagada y tal vez vulnerable, cuando el joven ordenanza, antes de abrirle la puerta, murmuró casi en su oído: “Cosita linda”.

TUDO LO CONTRARIO

—Veamos —dijo el profesor—. ¿Alguno de ustedes sabe qué es lo contrario de IN?

—OUT —respondió prestamente un alumno.

—No es obligatorio pensar en inglés. En español, lo contrario de IN (como prefijo privativo, claro) suele ser la misma palabra, pero sin esa sílaba.

—Sí, ya sé: insensato y sensato, indócil y dócil, ¿no?

—Parcialmente correcto. No olvide, muchacho, que lo contrario del invierno no es el vierno sino el verano.

—No se burle, profesor.

—Vamos a ver. ¿Sería capaz de formar una frase, más o menos coherente, con palabras que, si son despojadas del prefijo IN, no confirman la ortodoxia gramatical?

—Probaré, profesor: “Aquel dividuo memorizó sus cógnitas, se sintió dulce pero dómito, hizo ventario de las famias con que tanto lo habían cordiado, y aunque se resignó a mantenerse cólume, así y todo en las noches padecía de somnio, ya que le preocupaban la flación y su cremento.”

—Sulso pero pecable —admitió sin euforia el profesor.

EL PUERCOESPÍN MIMOSO

—Esta mañana —dijo el profesor— haremos un ejercicio de zoomiótica. Ustedes ya conocen que en el lenguaje popular hay muchos dichos, frases hechas, lugares comunes, etcétera, que incluyen nombres de animales. Verbigracia: vista de lince, talle de avispa, y tantos otros. Bien, yo voy ahora a decirles datos, referencias, conductas humanas, y ustedes deberán encontrar la metáfora zoológica correspondiente. ¿Entendido?

—Sí, profesor.

—Veamos entonces. Señorita Silva. A un político, tan acaudalado como populista, se le quiebra la voz cuando se refiere a los pobres de la tierra.

—Lágrimas de cocodrilo.

—Exacto. Señor Rodríguez. ¿Qué siente cuando ve en la televisión ciertas matanzas de estudiantes?

—Se me pone la piel de gallina.

—Bien. Señor Méndez. El nuevo ministro de Economía examina la situación del país y se alarma ante la faena que le espera.

—Que no es moco de pavo.

—Entre otras cosas. A ver, señorita Ortega. Tengo entendido que a su hermanito no hay quien lo despierte por las mañanas.

—Es cierto. Duerme como un lirón.

—Ésa era fácil, ¿no? Señor Duarte. Todos saben que A es un oscuro funcionario, uno del montón, y sin embargo se ha comprado un Mercedes Benz.

—Evidentemente, hay gato encerrado.

—No está mal. Ahora usted, señor Risso. En la frontera siempre hay buena gente que pasa ilegalmente pequeños artículos: radios a transistores, perfumes, relojes, cosas así.

—Contrabando hormiga.

—Correcto. Señorita Undurraga. A aquel diputado lo insultaban, le mentaban la madre, y él nunca perdía la calma.

—Sangre de pato, o también frío como un pescado.

—Doblemente adecuado. Señor Arosa. Auita, el fondista marroquí, acaba de establecer una nueva marca mundial.

—Corre como un gamo.

—Señor Sienna. Cuando aquel hombre se enteró de que su principal acreedor había muerto de un síncope, estalló en carcajadas.

—Risa de hiena, claro.

—Muy bien. Señorita López, ¿me disculparía si interrumpo sus palabras cruzadas?

—Oh, perdón, profesor.

—Digamos que un gángster, tras asaltar dos bancos en la misma jornada, regresa a su casa y se refugia en el amor y las caricias de su joven esposa.

—Este sí que es difícil, profesor. Pero veamos. ¡El puercoespín mimoso! ¿Puede ser?

—Le confieso que no lo tenía en mi nómina, señorita López, pero no está mal, no está nada mal. Es probable que algún día ingrese al lenguaje popular. Mañana mismo lo comunicaré a la Academia. Por las dudas, ¿sabe?

—Habrá querido decir por si las moscas, profesor.

—También, también. Prosiga con sus palabras cruzadas, por favor.

—Muchas gracias, profesor. Pero no vaya a pensar que ésta es mi táctica del avestruz.

—Touché.

ESTORNUDO

Cuando Agustín sintió un fuerte dolor en el pecho, anunció de inmediato a sus familiares: “Esto es un infarto”. Sin embargo, el médico diagnosticó aerofagia. El dolor se aplacó con una cocacola y el regüeldo correspondiente.

Fue en esa ocasión que Agustín advirtió por vez primera que la forma más eficaz de exorcizar las dolencias graves era, lisa y llanamente, nombrarlas. Sólo así, agitando su nombre como la cruz ante el demonio, se conseguía que las enfermedades huyeran despavoridas.

Un año después, Agustín tuvo una intensa punzada en el riñón izquierdo y, ni corto ni perezoso, se autodiagnosticó: “Cáncer”. Pero era apenas un cálculo, sonoramente expulsado días más tarde, tras varias infusiones de *quebra pedra*.

Pasados ocho meses el ramalazo fue en el vientre y, como era previsible, Agustín no vaciló en augurarse: “Oclusión intestinal”. Era tan sólo una indigestión, provocada por una consistente y gravosa paella.

Y así fue ocurriendo, en sucesivas ocasiones, con presuntos síntomas de hemiplejía, triquinosis, peritonitis, difteria, síndrome de inmunodeficiencia adquirida, meningitis, etcétera. En todos los casos, el mero hecho de nombrar la anunciada dolencia tuvo el buscado efecto de exorcismo.

No obstante, una noche invernal en que Agustín celebraba con sus amigos en un restaurante céntrico sus bodas de plata con la Enseñanza (olvidé consignar que era un destacado profesor de historia), alguien abrió inadvertidamente una ventana, se produjo una fuerte corriente de aire y Agustín estornudó compulsiva y estentóreamente. Su rostro pareció congestionarse, quiso echar mano a

su pañuelo e intentó decir algo, pero de pronto su cabeza se inclinó hacia adelante. Para el estupor de todos los presentes, allí quedó Agustín, muerto de toda mortandad. Y ello porque no tuvo tiempo de nombrar, exorcizándolo, su estornudo terminal.

GRAFFITI SIN MUROS

Las modas pasan, los escombros quedan.

*

De todos los ismos sólo queda el abismo.

*

Los parricidas son huérfanos precoces.

*

Yankee stay home.

*

Más vale estar vivo que mal acompañado.

*

Preciso abogado para defensa en Juicio Final.

*

El ombligo es un hit.

*

Lo grave no es el pecado original sino las fotocopias.

*

Hacer la venia es pecado venial.

*

Libertad o suerte.

*

Los únicos ángeles de que recelo son los demonios disidentes.

*

Best seller of paradise: "Who's who in hell?"

*

Aggiornamento: Sésamo instaló portero eléctrico.

*

Peor que el stress es cuatro.

PAISAJE

Este paisaje es casi una mujer

*si se mira con buena voluntad
figura un matorral o cabeza en desorden
dos suaves promontorios que son pechos en calma
hay la verde hondonada con su ombligo de sombra
el musgo hospitalario cubre un sexo furtivo
y poniendo otro poco de buena voluntad
dos sistemas de rocas abiertos como piernas*

*es toda una metáfora envolvente
de la naturaleza inesperada*

*en el paisaje que es mujer
echo de menos sin embargo
a una mujer que no es paisaje*

EL RUIDO Y LA IMAGEN

Lo dijeron y lo repitieron esclarecidos portavoces de Algo: “Se acabó la escritura. La literatura está condenada a morir. De ahora en adelante sólo existirá la Cultura del Ruido y de la Imagen”. Y comenzó la planificada destrucción. Los escritores y compositores se sintieron tan abochornados que paulatinamente fueron dejando de escribir y componer y se dedicaron a la informática, a la política, a la pesca, al psicoanálisis, al tenis y a otros oficios más o menos rentables.

No obstante, aún quedaban en librerías y bibliotecas numerosos poemas, novelas, cuentos, dramas, letras de canciones, partituras musicales. Con verdadera astucia, los cultores del Ruido y de la Imagen decidieron no destruir autoritariamente toda esa escoria del pasado; prefirieron gastarla a un ritmo vertiginoso, a fin de que (sin que nadie pudiera acusarlos de violar los derechos humanos y otras majaderías) se consumiera definitivamente y no volviera más su vetusta blandura.

En poco tiempo, las teleseries y los filmes para cable consumieron todo el stock mundial de novelas, dramas y guiones y ya nadie se atrevió a contar nada en la pantalla. Las imágenes aprendieron a no narrar, simplemente estallaban. La agonía de la música fue más lenta pero también llegó. Ya nadie se acordaba de Mozart ni de Bartok ni de los Beatles ni de Sting ni de Chico Buarque.

Dentro de la más absoluta libertad de expresión, los letristas de canciones fueron conminados a reducir sus textos a lo mínimo. Fue así que en octubre de 1997, el “hit number one” llevó como letra una sola línea infinitamente repetida: “Voy, vengo, y no voy más, nunca más nunca máaaaaaaaas”. En abril de 1999, la letra del “number two” tenía seudorreminiscencias criptolíricas:

“Después del martes viene el miércoles, aaaay”. Por supuesto que en inglés tales letras sonaban bastante mejor. El advenimiento del nuevo siglo fue saludado con un “hit” que los entendidos consideraron como una obra maestra de síntesis socioeconómica: “Lancémonos lancémonos”, pero tres meses después la erosión tautológica la había reducido a “Monooooo”.

Mucho más tarde, con el desarrollo del pos-posmodernismo (popularmente conocido como el *pospós*) y el estallido del preneo-cavernismo (popularmente conocido como el *preneo*), coincidente este último con la celebración del segundo decenio del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, la cultura del Hiper Ruido y el Super Temblor de la Imagen acabó por imponerse y suprimió radicalmente toda huella de melodía, esa cosa inútil, y todo rescoldo de palabra, esa basura. Los conjuntos que aparecían en la ex pantallita y ahora pantallota se limitaban a emitir grititos, gruñidos, alaridos, que no llegaban ni siquiera a ser sílabas, ya que esto habría sido considerado como una grave señal de conservadurismo. Sin embargo, semejante mutación oral no fue debidamente registrada a nivel popular en toda su magnitud, pues a esta altura la diaria catarata de macrodecibeles había dejado sumido en la sordera a todo un mundo de neoalfabetos (también llamados *neoanalfas*). Cabe asimismo recordar que las campañas de desalfabetización, a nivel mundial, cuidadosamente planificadas por los Ministerios de Defensa y de Ataque de los cinco continentes, habían sido el mayor logro de todo un quinquenio.

Fue entonces cuando un memorioso de la tercera edad, en realidad un veterano polizón (advertencia para correctores: no confundir con polizonte) que en el año MMIV había llegado al puerto de Palos en una de las piraguas que redescubrieron Europa, y luego se había escondido, para leer viejos folios, en cierta catacumba llamada Subsuelo V, se animó a salir a la superficie y a la consideración pública.

Todavía no se sabe cómo lo hizo, pero lo cierto es que

consiguió editar, con tipografía gastada y papel muy modesto, un breve folleto titulado *Caperucita Roja golpea otra vez* (identificado en las más refinadas catacumbas como *Little Red Riding Hood Strikes Again*). En vista del neoanalfabetismo circundante, el ex polizón subió a un banco de la plaza y noche a noche fue narrando su historia a los transeúntes. Después de todo, a la gente siempre le ha gustado que le cuenten cosas. Así que el memorioso leía y volvía a leer el breve folleto de su autoría ante un público cada vez más numeroso y los dejaba a todos con la boca abierta.

MEMORIA ELECTRÓNICA

Todas las tardes, al regresar de su trabajo en el Banco (sección Valores al Cobro), Esteban Ruiz contemplaba con deleite su nueva adquisición. Para el joven poeta inédito, aquella maquinita de escribir era una maravilla: signos para varios idiomas, letra redonda y *bastardilla*, tipo especial para *Titulares*, pantallita correctora, centrado automático, selector de teclado, tabulador decimal y un etcétera estimulante y nutrido.

Ah, pero lo más espectacular era sin duda la Memoria. Eso de escribir un texto y, mediante la previa y sucesiva presión de dos suaves teclas, poder incorporarlo a la memoria electrónica, era algo casi milagroso. Luego, cada vez que se lo proponía, introducía un papel en blanco y, mediante la previa y sucesiva presión, esta vez de cinco teclas, la maquinita japonesa empezaba a trabajar por su cuenta y riesgo e imprimía limpiamente el texto memorizado.

A Esteban le agradaba sobremanera incorporar sus poemas a la memoria electrónica. Después, sólo para disfrutar, no sólo del sorprendente aparato sino también de su propio lirismo, presionaba las teclas mágicas y aquel prodigioso robot escribía, escribía, escribía.

Esteban (26 años, soltero, 1,70 m de estatura, morocho, ojos verdes) vivía solo. Le gustaban las muchachas, pero era anacrónicamente tímido. La verdad es que se pasaba planificando abordajes, pero nunca encontraba en sí mismo el coraje necesario para llevarlos a cabo. No obstante, como todo vate que se precie debe alguna vez escribir poemas de amor, Esteban Ruiz decidió inventarse una amada (la bautizó Florencia) y había creado para ella una figura y un carácter muy concretos y definidos, que sin embargo no se correspondían con los de ninguna

de las muchachas que había conocido, ni siquiera de las habituales clientas jóvenes, elegantes y frutales que concurrían a la sección Valores al Cobro. Fue así que surgieron (y fueron inmediatamente incorporados a la retentiva de la Canon S-60) poemas como “*Tus manos en mí*”, “*De vez en cuando hallarte*”, “*Tu mirada es anuncio*”.

La memoria electrónica llegaba a admitir textos equivalentes a 2.000 espacios (que luego podían borrarse a voluntad) y él ya le había entregado un par de poemas de su serie de amor/ficción. Pero esos pocos textos le bastaban para entretenerse todas las tardecitas, mientras saboreaba su jerez seco, haciendo trabajar a la sumisa maquinita, que una y otra vez imprimía y volvía a imprimir sus breves y presuntas obras maestras. Ahora bien, sabido es que la poesía amorosa (aun la destinada a una amada incorpórea) no ha de tratar pura y exclusivamente de la plenitud del amor; también debe hablar de sus desdichas.

De modo que el joven poeta decidió que Florencia lo abandonara, claro que transitoriamente, a fin de que él pudiera depositar en pulcros endecasílabos la angustia y el dolor de esa ruptura. Y así fue que escribió un poema (cuyo título se le ocurrió al evocar una canción que años atrás había sido un *hit* pero que él confiaba estuviese olvidada), un poema que le pareció singularmente apto para ser incorporado a la fiel retentiva de su imponderable Canon S-60.

Cuando por fin lo hizo, se le ocurrió invitar a Aníbal, un compañero del Banco (sección Cuentas Corrientes) con el que a veces compartía inquietudes y gustos literarios, para así hacer alarde de su maquinita y de sus versos. Y como los poetas (jóvenes o veteranos) siempre están particularmente entusiasmados con lo último que han escrito, decidió mostrar al visitante la más reciente muestra de su inspiración.

Ya Aníbal había pronunciado varios ¡oh! ante las novedosas variantes de la maquinita, cuando Esteban decidió pasmarlo de una vez para siempre con una sen-

cilla demostración de la famosa memoria. Colocó en la maquina con toda parsimonia un papel en blanco, presionó las teclas consabidas y de inmediato se inició el milagro. El papel comenzó a poblarse de elegantes caracteres. La *cassette* impresora iba y venía, sin tomarse una tregua, y así fueron organizándose las palabras del poema:

*¿Por qué te vas? ¿O es sólo una amenaza?
No me acorrales con esa condena.
Sin tu mirada se quedó la casa*

*con una soledad que no es la buena.
No logro acostumbrarme a los rincones
ni a las nostalgias que tu ausencia estrena.*

*Conocés mi delirio y mis razones.
De mi bronca de ayer no queda nada.
Te cambio mi perdón por tus perdones.*

¿Por qué te vas? Ya aguardo tu llegada.

Al concluir el último verso, Esteban se volvió ufano y sonriente hacia su buen amigo a fin de recoger su previsible admiración, pero he aquí que la maquina no le dio tiempo. Tras un brevísimo respiro, continuó con su febril escritura, aunque esta vez se tratara de otro texto, tan novedoso para Aníbal como para el propio Esteban:

*¿Querés saber por qué? Pues te lo digo:
no me gustás, querido, no te aguanto,
ya no soporto más estar contigo,*

*últimamente me has jodido tanto
que una noche, de buenas a primeras,
en lugar del amor, quedó el espanto.*

*Odio tu boca chirle, tus ojeras,
que te creas el bueno de la historia.
Con mi recuerdo, hacé lo que prefieras.*

Yo te voy a borrar de esta memoria.

TRIÁNGULO ISÓSCELES

El abogado Arsenio Portales y la ex actriz Fanny Araluce llevaban doce apacibles años de casados. Desde el comienzo, él le había exigido a Fanny que dejara la escena. Al parecer, no era tan liberal como para tolerar que noche a noche su linda mujer fuera abrazada y besada por otros.

A ella le había costado mucho aceptar esa exigencia, que le parecía absurda, machista y carente de un mínimo sentido profesional. “Por otra parte”, había agregado él como justificación a posteriori, “no creo que tengas las imprescindibles condiciones para triunfar en teatro. Sos demasiado transparente. En cada uno de tus personajes siempre estás vos, precisamente allí donde debería estar el personaje. Demasiado transparente. El verdadero actor debe ser opaco como ser humano; sólo así podrá ser otro, convertirse en otro. Por más que te vistas de Ofelia, Electra o Mariana Pineda, siempre serás Fanny Araluce. No niego que tengas un temperamento artístico, pero deberías encauzarlo más bien hacia la pintura o las letras. Es decir, hacia la práctica de un arte en el que la transparencia constituya una virtud y no un defecto”.

Fanny lo dejaba exponer su teoría, pero en realidad él nunca la había convencido. Si había renunciado a ser actriz, era por amor. Él no lo entendía ni lo valoraba así. Sin embargo, en la vida cotidiana, privada, Fanny era ordenada, sobria, casi una perfecta ama de casa.

Probablemente demasiado perfecta para el doctor Portales. En los últimos dos años, el abogado había mantenido otra relación, tan clandestina como estable, con una mujer apasionada, carnal, contradictoria y, por si todo eso fuera poco, particularmente atractiva.

Como lugar adecuado para esos encuentros, Portales

alquiló un apartamento a sólo ocho cuadras de su casa. Había sido minucioso en la organización de su cándido pretexto: por borrosos motivos profesionales debía viajar semanalmente a Buenos Aires. Como sólo estaba ausente las noches de los martes, le recomendaba a Fanny que no le telefonara, pero, por si las moscas, le había dado el teléfono de un colega porteño, que tenía instrucciones precisas: “¿Arsenio? Fue a una reunión que creo se va a prolongar hasta muy tarde”. Fanny nunca llamó.

Ella, que conocía como nadie las necesidades y manías de su marido, se encargaba de aprontarle el pequeño maletín y le llamaba el taxi. Portales se bajaba ocho cuadras más allá, subía al apartamento clandestino, se ponía cómodo, aprontaba los tragos, encendía el televisor; a la espera de Raquel, que, como también era casada, debía aguardar a que su marido emprendiera su inspección semanal a la estancia. En realidad, si se veían los martes había sido por complacer a Raquel, pues ése era el día que el hacendado había elegido para atender sus campos. “Y para dejarnos el campo libre”, bromeaba Arsenio.

Cuando por fin llegaba Raquel, cenaban en casa, ya que no podían arriesgarse a que los vieran juntos en un cine o en un restaurante. Luego hacían el amor de una manera traviesa, juvenil, alegre, casi como si fueran dos adolescentes. Cada martes Portales se sentía revivir. Cada miércoles le costaba un poco regresar a las buenas costumbres del hogar lícito, genuino, sistemático.

Para la vuelta, no sabía bien por qué, exageraba las precauciones. Llamaba un taxi, hacía que lo dejara en el aeropuerto de Carrasco; después de un rato, tomaba otro taxi para regresar a su casa. Dentro de esa rutina, Fanny cumplía con interesarse en cómo le había ido, y entonces él inventaba con esmero los pormenores de las aburridas sesiones de trabajo con sus clientes bonaerenses, dejando siempre constancia, eso sí, de lo bueno que era estar de vuelta en casa.

Llegó por fin el martes en que se cumplían dos años

de la furtiva y estimulante relación con Raquel, y Portales consiguió un collar de pequeños mosaicos florentinos. Se lo había hecho traer desde Italia por un cliente, éste sí verdadero, que le debía algunos favores. Instalado en su lindo y confortable bulín, Portales puso el champán en la heladera, aprontó las copas, se acomodó en la mecedora y se puso a esperar, más impaciente que otras veces, a Raquel.

Esta llegó más tarde que de costumbre. Su demora estaba justificada, ya que también ella, en vista del aniversario subrepticio, había ido a comprar su regalito: una corbata de seda, con franjas azules sobre fondo gris. Fue entonces que Arsenio Portales le dio el estuche con el collar. A ella le encantó. “Voy un momento al baño, así veo cómo me queda”, dijo, y como anticipo de otros tributos, lo besó con ternura y calidez. Como era natural, él consideró ese beso como un presagio de una noche gloriosa.

Sin embargo, Raquel demoraba en el baño y él empezó a inquietarse. Se levantó, se arrimó a la puerta cerrada y preguntó: “¿Qué tal? ¿Te sentís bien?”. “Estupendamente bien”, dijo ella. “Enseguida estoy contigo.”

Ya sin preocupación, aunque igualmente ansioso por la expectativa, Portales volvió a sentarse en la mecedora. Cinco minutos después la puerta del baño se abría, mas, para sorpresa del hombre a la espera, no para dar paso a Raquel sino a Fanny Araluce, su mujer, que lucía el collar florentino.

Portales, estupefacto, sólo atinó a exclamar: “¡Fanny! ¿Qué hacés aquí?”. “¿Aquí?”, subrayó ella. “Pues, lo de todos los martes, querido. Venir a verte, acostarme contigo, quererte y ser querida.” Y como Arsenio seguía con la boca abierta, Fanny agregó: “Arsenio, soy Fanny y también Raquel. En casa soy tu mujer, Fanny A. de Portales, pero aquí soy la ex actriz Fanny Araluce. O sea que en casa soy transparente y aquí soy opaca, ayudada por el maquillaje, las pelucas y un buen libreto, claro”.

“Raquel”, balbuceó Arsenio Portales.

“Sí, Raquel. ¿Te das cuenta? Me has traicionado conmigo misma. Ahora, tras dos años de vida doble, tenés que elegir. O te divorciás de mí, o te casás conmigo. No estoy dispuesta a seguir tolerando esta ambigüedad. Y algo más: después de este éxito dramático, después de dos años con esta obra en cartel, te anuncio solemnemente que vuelvo al teatro.”

“Tu voz”, murmuró Arsenio. “Algo extraño había en tu voz. Pero ni siquiera el color de tus ojos es el mismo.”

“Claro que no. ¿Para qué existen las lentes de contacto verdes? Siempre te oí decir que te encandilaban las morochas de ojos verdes.”

“Tu piel. Tu piel tampoco era la misma.”

“Ah no, querido, lamento decepcionarte. Aquí y allá mi piel siempre ha sido la misma. Sólo tus manos eran otras. Tus manos me inventaban otra piel. Al fin de cuentas, ni yo misma sé ahora cuál es mi piel verdadera: si la de Fanny o la de Raquel. Tus manos tienen la palabra.”

Portales cerró los puños, más desorientado que furioso, más abatido que iracundo.

“Me has engañado”, dijo con voz ronca.

“Por supuesto”, dijo Fanny/Raquel.

LA ROCA

*La indiferencia de la roca
me conmueve
y me aplaza*

*cómo irme desgranando
hora a hora
pestaña tras pestaña
pellejo tras pellejo
ante ese paradigma
de tesón
y pureza*

*no obstante apuesto a que
la indiferencia de la roca
quiere comunicarnos
una alarma infinita*

FRANQUEZAS

¿Estoy contando algo más que una fábula?

ENRIQUE LIHN

UN RELOJ CON NÚMEROS ROMANOS

No se culpe a nadie de mi vida.

JULIO CORTÁZAR

¿Te llama la atención mi reloj? ¿Verdad que es lindo? A mí siempre me gustaron los relojes con números romanos. ¿Crees que está atrasado porque marca las once y cuarto? No, no está atrasado. Simplemente, hace diez años que está detenido en esa hora. ¿Por qué? No es tan simple de contar. Nunca hablo de eso, nada más que por miedo a que no me crean. ¿Serías capaz de creerme? Entonces te lo cuento. Más que un recuerdo, es un homenaje. Diez años. Recuerdo la fecha, porque todo ocurrió al día siguiente de mi cumpleaños. Tenía quince y estaba bastante orgulloso de mi nueva edad. Pasaba ese verano en casa de mis tíos, en un pueblecito mallorquín, en medio de un increíble paisaje montañoso. Después de las muchedumbres y el tránsito enloquecido de Barcelona, aquello era un paraíso. Por las mañanas me gustaba ir a la cala que quedaba allá abajo; en hora tan temprana estaba siempre desierta. En esa época nadaba muy mal, así que nunca me alejaba mucho de la orilla porque en ciertos momentos del día las olas, altísimas y todopoderosas, eran siempre un peligro. Me bañaba desnudo y eso constituía todo un disfrute en aquel agosto particularmente caluroso. Esa mañana descendí casi corriendo por el sendero irregular y pedregoso que llevaba a la cala, y una vez allí, sin mirar siquiera a mi alrededor, me quité el short. Iba a meterme en el agua, cuando sentí que alguien me gritaba, algo como buenos días. Miré entonces y vi a una mujer joven, morena, hermosa. Llevaba una

mínima tanga, pero su busto estaba al descubierto. Sentí un poco de vergüenza y me tapé con las manos, pero ella empezó a caminar y enseguida estuvo junto a mí. No tengas vergüenza, dijo (en un correcto español pero con acento extranjero, como si fuese inglesa o alemana). Mira, yo también me quito esta menudencia, agregó, y así estamos iguales. Preguntó cómo me llamaba y le dije que Tomás. Tom, repitió ella. Eres lindo, Tom. Creo que me puse rojo. Ven, dijo, y tendió su mano hacia mí. Yo le di la mía. Ven, repitió y me miró calmamente. Sonreía, pero era una sonrisa triste. ¿Nunca has estado con una mujer? Dije que no, pero sólo con la cabeza. ¿Y qué edad tienes? Ayer cumplí quince, contesté con mi orgullo algo recuperado. Entonces empezó a acariciarme, primero los hombros, luego el pecho (yo reí porque me hizo cosquillas), la cintura, siempre sonriendo con infinita tristeza. Cuando llegó a mi sexo, éste ya la estaba esperando. Entonces sonrió más francamente y con un poco menos de tristeza, pero no se detuvo allí, continuó acariciándome y así llegó a mis tobillos y a mis pies llenos de arena. En ese momento comprendí que me estaba enseñando algo y resolví ser un buen alumno. También yo empecé a acariciarla, pero en sentido inverso, de abajo hacia arriba, pero cuando llegué a aquellos pechos tan celestiales, me sentí desfallecer. De amor, de angustia, de esperanza, de nueva vida, qué sé yo. Nunca más he sentido una sensación así. Entonces, sin decirnos nada, nos tendimos un poco más allá, donde el agua apenas lamía la arena, y ella prosiguió minuciosamente su clase de anatomía. La verdad es que a esa altura yo ya no precisaba más lecciones y la cubrí sin ninguna timidez, casi te diría que con descaro. Y mientras disfrutaba como un loco, recuerdo que pensaba, o más bien deliraba: esta mujer es mía, esta mujer es mía. Cuando todo acabó, continuó besándome durante un rato. Luego se quitó el reloj (precisamente este reloj) de su muñeca y me lo dio. Mira, se ha detenido, eso quiere decir algo, guárdalo contigo. Y yo, que siempre había querido tener un reloj con números

romanos, lo puse en mi muñeca, a ella le dije gracias y la besé otra vez. Entonces dijo: Eres lo mejor que me podía haber pasado, justamente hoy. Ahora me voy contenta, porque nos descubrimos y fue algo maravilloso, ¿no te parece? Sí, maravilloso, pero a dónde vas. Al mar, Tom, me voy al mar. Tú te quedas aquí, con el reloj que se ha detenido, y no digas nada a nadie. A nadie. Me besó por última vez y su lengua estaba salada, como si fuera un anticipo del mar que la esperaba. Empezó a caminar lentamente, se metió en el agua y de inmediato fue rodeada por el coro de las olas, que cada vez se fueron encrespando más. Ella siguió avanzando, sin nadar, dejándose llevar, empujar, acosar violentamente por aquel mar que (lo pensé entonces) era un viejo celoso, desbordante de ira y de lujuria. Un viejo que no la iba a perdonar y a mí me salpicaba como escupiéndome. Y así hasta que la perdí de vista, porque las olas, una vez que golpeaban en las rocas, regresaban con ímpetu y la llevaban cada vez más lejos, más lejos, hasta que por fin tomé conciencia de mi abandono y empecé a llorar, no como un muchacho de quince años sino como un niño de catorce, sobre los despojos de mi brevísima, casi instantánea felicidad. Jamás apareció su cuerpo en las costas de Mallorca, nunca supe quién era. Durante unos meses quise convencerme de que tal vez fuese una sirena, pero luego descartaba esa posibilidad, ya que las sirenas no usan relojes con números romanos. Bueno, creo que no usan relojes en general. Aun hoy, cuando voy de vacaciones a Mallorca, bajo siempre hasta la cala y me quedo allí, desnudo y a la espera, dispuesto a darle cuerda nuevamente al reloj no bien ella surja desde el mar, huyéndole a las olas iracundas de aquel viejo rijoso. Pero ya ves, en mi reloj de números romanos las agujas siguen marcando las once y cuarto, igual que hace diez años.

LA VÍSPERA

Hacía por lo menos veinte años que Aníbal Sastre conocía a Bernardo Giudice y Amanda Doria. Ni uno ni otra integraban el círculo más o menos estrecho de sus amigos, pero Bernardo y él habían estudiado en el Elbio Fernández (aunque Giudice era un año mayor y en consecuencia también había regresado un año antes) en tanto que Amanda (Mandita para los allegados) era, y continuaba siéndolo, la mejor amiga de sus primas. Precisamente fue una de éstas la que le informó que Mandita y Bernardo se casaban. Él registró la noticia como un dato más de la actualidad generacional. Nunca había sido muy propenso al matrimonio, pero no tenía objeciones contra quienes voluntariamente se arrojaban al precipicio. Allá ellos, solía decirse frente al espejo que registraba su competente imagen de soltero en perpetua disponibilidad.

La víspera de la boda se enteró de que esa misma noche le daban a Bernardo Giudice la consabida despedida de soltero. No era suficientemente amigo como para que lo invitaran, de modo que no le dio a esa omisión la menor importancia. Por otra parte, se había comprometido a asistir a un cóctel que daban en la Embajada francesa, donde tenía no pocos amigos, así que decidió concurrir.

Llegó cuando la reunión estaba bastante animada. Desde lejos detectó la presencia de Amanda (le llamó la atención, pues recordó que esa noche era su víspera), saludada y felicitada, seguramente con motivo de su boda tan cercana. Amanda hablaba francés casi sin acento, con extraordinaria fluidez, y esa habilidad indudablemente le había servido para granjearle amigos entre los miembros de la colonia. Aníbal Sastre estuvo en

varias ruedas, whisky primero y luego champán en mano. Hablaron de Mitterrand, de Le Pen, del próximo Bicentenario de la Revolución, del referéndum sobre la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado (oh là là, c'est un nom en trois volumes, bromeó un recién nombrado profesor del Lycée Français, y otro, más veterano: Ce n'est qu'une périphrase).

De pronto sintió en la nuca una mirada insistente, se dio vuelta y encontró, en el otro extremo de la sala, los ojos de Amanda Doria. Le hizo con la mano un saludo amistoso y decidió acercarse para felicitarla él también. Amanda estaba radiante, más linda que de costumbre, y lo recibió con una sonrisa luminosa. En homenaje a los anfitriones, se besaron a la francesa, en ambas mejillas, y, como era previsible, Aníbal preguntó por Bernardo. Allá estará, dijo ella, en su despedida, espero que no me lo deterioren demasiado, a veces hay despedidas que son brutales. No te preocupes, dijo él, eso sólo sucedía antes, la dictadura y la crisis nos han vuelto más cautelosos y menos guarangos. Hablaron de la luna de miel (sería en Río), de la linda casita que les habían regalado los padres de Bernardo.

De pronto Amanda se calló, Aníbal se quedó por unos instantes sin tema, y entonces ella dijo: Aunque no lo parezca, estoy muy fatigada, ha sido una jornada de muchas emociones. Aníbal, ¿te vendría muy mal llevarme a casa? Por supuesto que no, vámonos cuando quieras, a mí también me cansan estas reuniones de compromiso. Salieron sin hacerse notar y por separado. Ella esperó en la puerta y a los cinco minutos apareció Aníbal con su Volkswagen. ¿Tus padres siempre viven en la Aguada? Ella asintió. ¿Y vos, dónde estás ahora, desde que sos todo un ejecutivo? Acabo de comprar un apartamento en Pocitos, a dos cuadras de la Rambla. Qué bien, dijo ella, me encantaría conocerlo. Por supuesto, dijo Aníbal, cuando vos y Bernardo regresen de Río, lo combinamos y se vienen una noche. Ella le aceptó un cigarrillo, dejó que él se lo encendiera y aspi-

ró ansiosamente el humo. ¿Sería mucho pedirte que me lo mostraras hoy, ahora? ¿Ahora? repitió Aníbal, algo sobresaltado. Sí, ahora, dijo ella, obstinada. Naturalmente, vamos. Ni él ni ella dijeron nada más, cada uno sumido en sus cavilaciones.

Cuando llegaron, Aníbal abrió automáticamente la puerta del garaje, la ayudó a descender y entraron en el ascensor. Mientras subían, el espejo les devolvió la imagen de un Aníbal bastante perplejo y una Amanda nerviosa pero decidida. Ya en el apartamento, él dijo: Ponete cómoda, ¿quieres un traguito? Sí, para agarrar coraje, dijo ella y se quitó el tapado. Él fue a buscar botella, hielo y vasos. Cuando regresó, Amanda estaba en el amplio sofá, semitendida y sin zapatos. Aníbal había empezado a servir el whisky, cuando ella lo interrumpió: Sentate aquí, conmigo. Él no vaciló en dejar la botella y seguir la sugerencia.

Aunque a esta altura ya no se sorprendía de nada, se quedó con la boca abierta cuando ella le preguntó si la encontraba atractiva. Mucho, dijo, reponiéndose, y hoy estás particularmente linda. Ella le tocó suavemente la mejilla y dijo: Vos también me gustás. Todo estaba claro, así que Aníbal besó aquella mano con alianza y cintillo, luego atrajo lentamente a su dueña, la besó ahora en los labios, todavía sin lujuria, pero ésta compareció de inmediato ante la inequívoca respuesta de la otra boca.

El brazo de Aníbal investigó en la espalda de ella hasta que encontró la cremallera y fue abriendo el cierre. Ella se puso de pie para que el vestido resbalara hasta el suelo. No llevaba sostenes, así que los pechitos quedaron a merced de las manos del hombre. Éste la tomó en brazos y la llevó al dormitorio. Mientras se iba quitando su propia ropa, y a pesar de la excitación, que en cierta manera le complicó el despojo de los pantalones, Aníbal no conseguía resolver el problema, por qué conmigo y precisamente esta noche, a pocas horas de, etcétera. Pero el deseo pudo más que la cavilación y lo acercó definitivamente a aquel cuerpo perfecto que, como pudo compro-

bar algunos minutos más tarde, aún no había sido estrenado.

Amanda aguantó lo mejor que pudo el dolor pertinente, y al final, sólo al final, y debido en buena parte a la experimentada dulzura que el hombre imprimió a su vaivén, pudo también ella disfrutar del festín. Mandita, decía él, yo no sabía, Mandita, sos bárbara vos. Por fin él fue a buscar los postergados tragos y brindaron por el instante, tres hurras por el instante. Ella parecía tan feliz y él se sentía tan pletórico, que media hora más tarde volvieron a hacerlo y ahora todo anduvo mejor, casi sin sufrimiento y con mucho placer. Después ella dijo: Ya es tarde, tengo que irme, y empezó a vestirse. También él. ¿Te llevo? Si sos tan bueno.

Bajaron al garaje sin encontrarse con nadie, subieron al Volkswagen y, una vez en la calle, Aníbal se dirigió hacia la Aguada. Durante el viaje, ella de vez en cuando le tomaba el brazo o, como ahora, le acariciaba la nuca. Todo estuvo estupendo, dijo ella. Sí Mandita. Seguramente te preguntarás por qué lo hice. Sí, me lo pregunto, pero no tenés por qué explicarme nada. Ya sé, pero voy a explicártelo. Después de todo, tenés el derecho de saberlo, ¿no? Lo quiero mucho a Bernardo, pero siempre tuve la obsesión de no llegar virgen al sacrificio. ¿Qué iba a pensar Bernardo de mí, si yo llegaba virgen? Pues, lo que se piensa en estos tiempos: que era una puritana, una pacata, una monjita. Además, hacerlo en la víspera no lo convierte en cornudo, lo que sería horrible, yo jamás lo haría. Y, por último, quiero que, desde el comienzo, él sepa que no es mi descubridor, que no es mi amo. Aníbal la miró, sorprendido y sonriente: ¿Y se puede saber quién es tu descubridor, quién es tu amo? Ante el tonito presuntuoso, ella soltó una carcajada: Tampoco vos, querido, porque no me negarás que, después de todo, fui yo la que te usé, con muchísimo gusto, lo reconozco, pero te usé.

Sólo entonces Aníbal se decidió a retirar con su propia mano y de su propia nuca aquella otra mano, suave, sen-

sual y voluntariosa, que a partir de ese instante dejó de ser la de Mandita para convertirse en la de Amanda Doria, inminente señora de Giudice.

TRUTH ON THE ROCKS

Amílcar, viejo compinche: Te extrañará recibir esta carta quilométrica, pero a alguien tengo que contarle mi historia y por algo sos mi amigo, ¿no? Vos bien sabés que *técnicamente* nunca he sido un borracho. Y eso está avalado por un dato irrefutable: apenas me he mamado cinco veces en mis cuarenta años de vida. Y además he decidido que la quinta fuera también la última. Ahora bien, no te hagas ilusiones, esto no significa que no vaya a beber en el resto de mis días y de mis noches, sino pura y exclusivamente que no volveré a ingresar en el estado de beodez. Sin embargo, mis papalinas han tenido en mi vida un carácter tan particular, que de algún modo quiero dejar constancia escrita de las mismas. Y te elegí a vos como filatélico de mis cuitas.

Una de las razones por las que he decidido no emborracharme más es que cuando sumerjo mi cerebro en alcohol me vuelvo insoportablemente veraz. O sea que me emborracho de verdad y también de verdades. *Truth on the rocks*. Y ésa es una combinación muy peligrosa. Todavía conservo, colgadito en la pared, aquel letrero que vos me conseguiste hace años en el Rastro madrileño: Más vale borracho conocido que alcohólico anónimo. Pero la decisión está tomada y tengo mis razones. Uno de los rasgos determinantes de mi alcoholismo profundo es que nunca adquiero aspecto de curda. Parezco completamente sobrio, pero no. Mi primera papalina de antología fue causada por la indignación, la dignidad ofendida y el amor por la justicia, todo junto, una suerte de *salade niçoise* de la moral privada. Tenía diecinueve años y jugaba en El Torrente F.C., de tercera o cuarta extra, no recuerdo bien. Mi puesto en el equipo era de *back* fierrero, como se estilaba antes y, con distinta nomencla-

tura, también se estila hoy. La verdad es que siempre fui ecologista, aun en mis definitorias zancadillas dentro del área, ya que el delantero en cuestión quedaba cuan largo era y algo quejoso, pero sin ninguna señal condenatoria en el tobillo zancadillado. ¿Querés creer que nunca me cobraron un penal? Yo había desarrollado una técnica impecable para que en ese santiamén en que cometía el desaguado, árbitro y/o jueces de línea estuvieran mirando hacia otra parte, no importaba cuál. Si en cambio alguno del trío me tenía en su mira, entonces me dejaba driblear sin problema. Digamos que hasta la próxima. Todo eso forma parte, como vos bien sabés, ya que has sido entrenador en Albania y en Bangladesh, de una tradición no escrita pero no por eso menos real, del peloteo en el área chica. Ah, pero hubo un árbitro, un tal Gómez, que a mí me tenía caliente. No porque se comiera algún orsai o pitara un penal cuando sólo había sido dramaturgia del caído. Todo eso se admite. Lo que yo no le perdonaba era que lo hacía por guita. Justamente, en un partido que jugamos con el Gloria Celeste, verdadera final aunque todavía faltaban tres fechas, perpetró una de sus infamias a menos de un metro de este servidor. El flaco Robles, volante del Gloria, venía con la pelota casi sobre la línea, ya muy cerquita del banderín del córner, y entonces yo (que lo marcaba) vi, y el árbitro también, que la pelota se le iba como veinte centímetros al óbol, y en consecuencia suspendí el asedio, pero aquel avivado siguió avanzando, quedó solo frente al golerito y se mandó el zapatillazo. Gol y punto. Protestas y punto. No le dije nada al Gómez, pero lo miré tan pero tan fuerte, que nada más que por eso me expulsó. Entonces empecé la vigilancia. El juececito iba siempre al mismo café, de apelativo El Titán, y yo empecé a marcarlo. Un día en que él no me había visto, al salir de Caballeros registré, con estos ojos, que recibía un fajo de billetes de manos del doctor Soca, que era presidente vitalicio del Gloria Celeste, bueno vitalicio hasta por ahí nomás porque al año siguiente lo sacaron a patadas. Le dejé tiempo a

Gómez para que introdujera su platal deshonesto en el bolsillo izquierdo del pantalón y luego regresé a mi mesa como si ellos no existieran. Sin embargo, dos días después fui nuevamente a El Titán (el Gómez estaba en el fondo, leyendo el diario) y me mandé a bodega cuatro grapas con limón, una tras otra ¿para agarrar coraje? puede ser, pero sobre todo para decirle cuatro verdades a aquel ganso. De modo que, acabada que fue la cuarta grapa, me levanté como pude, me acerqué a Gómez y le dije en voz alta: Oiga, podrido, a ver si no se vende más, al menos cuando jugamos nosotros. Usted sabe mejor que nadie que la pelota había salido al óbol, ya que todo ocurrió al ladito suyo. El desgraciado no se inmutó, se quedó sentado, levantó la vista y murmuró, aparentemente tranquilo: Es una opinión pero también hay otras, unos dicen que salió y otros que no, pero lo que yo quisiera saber es por qué dice que me vendí. ¿Por qué? grité, en un tono tan alto que yo mismo me puse un dedo sobre los labios como pidiéndome silencio. ¿Por qué, eh? Pues porque hace unos días, en este mismo café, pude presenciar cómo el doctor Soca le daba un fajo y usted se lo guardaba sin la menor alergia. Gómez no dijo nada, inclinó la cabeza como humillado y de pronto me di cuenta de que estaba llorando. Fijate vos si seré turro que me dio pena de aquel delincuente y hasta me arrepentí un poco de mi párrafo agravante y me le acerqué y hasta le puse la mano en el hombro. Fue entonces que de improviso concluyó el llanto y me encajó un piñazo verdaderamente histórico. Al parecer caí de espaldas. Digo al parecer porque cuando recuperé el sentido estaba en la farmacia de la esquina y me hacían oler amoníaco. Después de eso, Gómez, limpiada su honra con aquel piñazo propinado a un pobre borracho (ergo: yo), siguió arbitrando y con los años llegó a Primera. Yo nunca más pisé una cancha. Y todo por ser veraz, alcohólicamente veraz.

Mi segunda papalina tuvo lugar años después, cuando trabajaba en el importante estudio de Iturralde & Morales. Yo les conocía todas sus trapisondas, pero en general

me trataban bien y me pagaban decorosamente. Una mañana me llamó Iturralde a su despacho y me dijo: Oiga, Soria, hoy viene un comerciante inglés, de nombre William Roberts, todo un señor que maneja capitales inmensos, tanto propios como ajenos, y prácticamente está decidido a que lo representemos aquí, lo cual va a redundar en beneficio de todos, incluido usted, claro. Ni Morales ni yo podremos almorzar con él, en mi caso porque estoy citado en una Embajada para tratar otro asunto de importancia, y en el de Morales porque el pobre está con gripe. Así que le pido lleve, claro que con cargo al estudio, a Mr. Roberts a algún buen restaurante y lo entretenga, como usted sabe hacerlo, y le haga los gustos. Mire que chupa como dos esponjas, pero usted facilíteselo todo. Mañana yo me encargaré de él para concretar el negocio, pero hoy queda a su cargo la operación simpática. Y sonrió. En Iturralde la sonrisa es un equivalente del punto y aparte. O sea que al mediodía me fui a un Gran Restaurante con don William, quien resultó un british simpaticón e hijo de puta, digo esto último con conocimiento de causa, ya que con el pretexto de su vocación bebedora, me convirtió a mí también en esponja. Y, como siempre, me vino la fiebre de la verdad. *Truth on the rocks*. Carajo. Cuando coincidíamos en el tercer whisky, él estaba campeón y yo vicecampeón. Pero mientras que él tragaba suave y dejaba una pregunta envenenada sobre mi plato, yo en cambio tragaba fuerte (a veces no sabía si el ruido era mío o del ventilador) y dejaba respuestas inocentes sobre el suyo. Qué manía la verdad, ¿no? Lentamente, sin tartamudear (él sí tartamudeaba) ni toser (él sí tosía) ni estornudar (él tampoco estornudaba), con la pulcritud de un veterano locutor de la BBC (porque hablábamos en inglés, por algo hice seis años en el Anglo), le fui pormenorizando la historia real de chantajes, contrabandos, coimas, estafitas, cheques sin fondo y otras menudencias, que conformaban el historial clandestino de los patrones míos y eventuales representantes suyos. Mientras tanto, él me estimulaba con envidiable

pericia, y tras regar las brochetas con tinto y el salmón con blanco, dejaba caer preguntitas adicionales que yo satisfacía con respuestas no menos adicionales. La cuenta fue fenomenal, pero yo había traído suficiente dinero del estudio. Como corolario, don William me dijo que nunca olvidaría este almuerzo y me entregó una tarjeta con sus señas en Birmingham. Al despedirnos, me abrazó como a un hijo y elogió mi acento de la BBC. Corolario II: nunca más fue visto en el territorio nacional ni en sus alrededores. Tampoco yo volví a ver ni a Iturralde ni a Morales, pues el british, antes de partir, les hizo una llamada demoledora desde Carrasco, gracias a la cual, se supone, yo quedé como la mierda. O sea que me despidieron poco menos que a tiros de bombardas y sin indemnización alguna. ¿Qué otra cosa podía esperar de aquellos necios?

La tercera papalina tuvo lugar muchos años después, en mi entonces hogar dulce hogar. Yo ya había progresado bastante. Creo que esa parte de mi currículum la conoces. Para refrescarte la memoria electrónica: era subgerente de una fábrica de heladeras, cuya marca no menciono para no caer en la propaganda epistolar (nunca ha servido de nada). Concretando: Elisa y yo celebrábamos esa noche nuestros cinco años de casados. Ella había traído una botella de whisky, etiqueta negra (por las mismas razones antes citadas, no menciono la marca), y podés suponer que yo no iba a tener la indelicadeza de no brindar con ella. El problema no fue que brindáramos una o tres veces. El problema fue que nos tomamos toda la botella, con etiqueta negra y todo. *Truth on the rocks*. Cuando terminábamos una copa y nos servíamos otra, echando cada vez más whisky y menos cubitos, yo me temía que esa noche iba a terminar diciendo verdades. El whisky recorría mi cuerpo (por dentro, ¿eh?) como un río de sinceridad. Nos besábamos, nos abrazábamos, nos volvíamos a besar, recordábamos tal o cuál anécdota de nuestra amorosa vida en común, y cuando ya estaba todo listo para acudir al lecho, que nos esperaba com-

preensivo, con sus sábanas recién estrenadas, preparado para que allí sonaran los tiernos cascabeles de nuestro bien entrenado erotismo (¿qué te parece la metáfora, colega?), justamente entonces la verdad empezó a salirme en incontenibles bocanadas. Cuando le dije, solícito y lleno de cariño, a mi recién encuerada esposa, que no tenía dudas de que su adorado cuerpecito era infinitamente más hermoso que el de todas las mujeres con las que había hecho el amor en los últimos cinco años, ella no pareció advertir el maravilloso e infrecuente elogio que le estaba brindando, de modo que encogió sus esplendorosas piernas, como si en vez de ocultarme las mieles de su sexo estuviera más bien defendiendo Dien Bien Phu o el Alcázar de Toledo, y simplemente se dispuso a escucharme, sin que de sus labios se borrara la sonrisa. Y yo, borracho de whisky y de verdades, inconteniblemente veraz y avasalladoramente honesto, le fui hablando de Mónica y nuestro encuentro casi casual en Río (viaje de negocios), de Alicia y nuestro brevísimo idilio en un lugar tan poco internacional como Durazno, de mis furtivas intimidades con Rosita (en este caso concreto había un agravante: era su mejor amiga), de mi agradable semana en Mar del Plata (Congreso de Ejecutivos Refrigeradores) con su modista Valeria, siempre dejando constancia (porque yo era veraz) de que ninguna de esas buenas féminas podía mostrar un cuerpo tan perfecto como el suyo. Cuando sólo me quedaban dos nombres en la lista, advertí de pronto que Elisa estaba cada vez menos desnuda, aunque enseguida me di cuenta de que en realidad se estaba vistiendo. Tuve conciencia de que se había puesto todo: ropa interior, vestido, medias, zapatos, collares, reloj y hasta una sólida cartera de cuero de cocodrilo. Justamente, de esta solidez tuve comprobación inmediata, ya que fue un horrible carterazo el que me abolló la nariz de manera alevosa. Cuando, tras el portazo de rigor, advertí mi condición de abandonado y la sangre empezó a derramarse sobre mi boca, creí percibir que en aquel manantial no sólo había hematíes sino

también verdades, bochornosas verdades y algunos decilitros de scotch etiqueta negra. Resumiendo: el divorcio demoró dos años, ya que a Elisa no le fue fácil conseguir testigos de mis adulterios (ni Rosita ni Valeria accedieron a serlo) y mucho menos de mi presunta inclinación (por otra parte, tan esporádica) a la bebida. Lo que Elisa no comprendió fue que yo la quería entrañablemente y que todos aquellos insignificantes deslices sólo habían sido *scherzi*, oberturas, preludios, divertimentos en fin, nunca comparables a la gran sinfonía amorosa que durante cinco años había tenido lugar entre su cuerpo y el mío. No necesito aclararte que no me emborraché para consolarme. Simplemente me resigné y me autoflagelé con una prolongada abstinencia erótica. Una semana o algo así.

La cuarta papalina sucedió no hace mucho y fue en una despedida de soltero. Te aseguro que yo le había tomado cierto pánico a la verdad alcohólica, ya que siempre me había traído malas consecuencias. Cada vez que me había emborrachado, la necedad de mis prójimos pasaba sobre mi veracidad como un *bulldozer*. Y eso me había alejado del alcohol y su verdad anexa. Pero en la despedida de Arturito, la cosa fue con vino tinto, y tal vez por eso no me fue tan mal. Ya estábamos en la peligrosa curva de los chistes verdolagas y de las burlas sangrientas sobre noches de bodas en general. Todos teníamos un aliento a bodega que daba asco. La diferencia consistía en que los otros estaban borrachos sólo de vino, y yo en cambio de vino y de verdad. Cuando capté que se reían del pobre Arturito haciendo los más delirantes y abusivos pronósticos acerca de su Noche, se me iluminó la sesera, pensé debo defender a mi amigo, y entonces dije en voz alta (cuando me emborracho subo siempre el volumen), Arturito, no será para tanto y si no pedile informes a Fermín, que a tu noviecita él la conoce bien. Fijate que sólo dije eso, ni siquiera agregué que la conocía en el sentido bíblico. Bueno, se hizo un silencio, no diré de funeraria sino más bien de nosocomio (primeros auxilios).

Fermín y Arturito estaban frente a frente, sólo separados por platos, fuentes, botellas, copas, etcétera, que en pocos segundos pasaron a ser ex platos, ex fuentes, ex botellas, ex copas, ex etcétera. Lo peor fue que Fermín puso cara de culpable (claro, lo que yo había dicho era rigurosamente cierto) y como Arturito, que es buen amigo mío, sabía que mi borrachera y la verdad siempre fueron hermanitas siamesas, ni uno ni otro se ocuparon de mí, que en realidad sólo había cumplido el papel de vox populi vox Dei, y ahora había pasado a ser el espectador privilegiado de un round que podía ser definitorio. Fermín había tomado precautoriamente una botella por el pico, pero el piñazo de Arturito lo envió al piso con botella y todo. Además, el novio saltó por sobre la mesa (ni te cuento lo que fue aquel estropicio) y trató de seguir amasijándolo en el suelo, pero Fermín, aun en su vuelo privado, había seguido aferrado a su improvisada arma defensiva, de modo que estuvo en condiciones de propinarle a Arturito un botellazo en plena testa, con lo cual el casorio quedó primero en suspenso y luego definitivamente cancelado, ya que cuando la novia se enteró de que había sido el leitmotiv de la despedida, dijo que después de esa vergüenza y de esa calumnia (mejor se hubiera quedado en lo de vergüenza) nunca nunca jamás se casaría. En realidad, como vos seguramente recordarás, se casó seis meses después con un turista yanqui que se la llevó a Massachusetts. Con Arturito seguimos siendo amigos, porque cree que con mi alcohólica verdad lo salvé de un vía crucis. Él dice esas cosas porque es muy católico. Y aquí me ves ahora, sobrio para siempre.

Ah, pero me falta contarte la quinta y última, que es la principal. Me la pesqué en mi casa, solitos la botella y yo. Lo hice adrede, calculadamente, sabiendo además que sería la última. Por eso, debido a la importancia del evento, elegí un Chivas (propaganda postal, pero ya no me importa). Y fui empinando, copa tras copa, *truth on the rocks* una vez más. Cada veinte minutos me miraba en el espejo, a fin de ir detectando mi progresión (en realidad,

mi última fuga) hacia la verdad. Estaba vestido de oscuro y con corbata. La cosa iba en serio. Cuando yo mismo dictaminé que estaba listo, levanté el tubo del teléfono, marqué el número de Elisa, oí su voz tan amada, le dije Elisa soy yo, por favor te pido que no cortes. Estoy borracho, me emborraché pura y exclusivamente para que me creas, para que sepas que te digo la verdad y además te juro, con mi mano puesta sobre la Crencha Engrasada, de Carlos de la Púa, que nunca más me emborracharé. Elisa, te quiero, te adoro, sos lo que más quiero en mi vida, Elisa volvé conmigo, te extraño una barbaridad, si no volvés conmigo sé que me va a venir un infarto o un tumor o una hemiplejia o algo así, Elisa te quiero, te adoro, etcétera. En el otro extremo del cable se produjo un silencio profundo, significativo, espiritual, qué sé yo, en realidad un silencio del carajo. Y yo temblando, sabiendo que en ese silencio se jugaba mi vida. Al final sonó su voz: Te creo, te creo porque estás borracho y sé, por amarga experiencia, que en esas circunstancias decís la verdad. Yo también te adoro, vos lo sabés. Pero te creo con una condición: después de esta vez, nunca más me digas la verdad. Te lo juro, Elisita, por eso te prometo que nunca más me emborracharé. Al alcohol puedo sobreponerme pero a la verdad no. Entonces ella dijo querido y yo dije Elisita y no sigo contándote porque su teléfono y el mío quedaron todos babeados de amor. Así que ya lo sabés todo, Amílcar. Soy por fin otro hombre, cómo te diré, sobrio y mentiroso, dispuesto a comenzar una nueva vida. Elisita, que está a mi lado, también te manda recuerdos. Gracias por la paciencia y un fuerte abrazo.

MAISON LUCRÈCE

Oiga, che —me dijo Medardo Robles, a eso de las dos de la madrugada, en el Café y Bar La Redoblona, mientras empinaba despacito su quinto o sexto espinillar—, ¿por qué no escribe un cuento sobre las putas de mi pueblo? Hasta le doy el título: Las cortesanas de San Pascual. ¿Qué le parece? Ojalá tuviera yo ese don para tentar personalmente la empresa. Mire, viejo, estoy tan seguro de que nunca lo escribiré, que le voy a regalar los datos esenciales. Tómelo como una prueba de amistad, que en estos tiempos no es poca cosa. Usted sabe que yo soy del Litoral, de un pueblo ni grande ni chico, ni representativo ni insignificante, pero sí muy especial: San Pascual, más bien conservador y bastante ilustrado. Fíjese que un profesor de liceo (porque tenemos liceo, qué se cree) consagró varios años de su fecunda vida a coleccionar nombres de escritores oriundos de San Pascual y encontró nada menos que quince poetas y nueve prosistas. Por supuesto, todos terminaron yéndose a Montevideo. Ahora bien, yo creo que un caso como el de nuestras hetairas (¿vio qué fino?) sólo pudo darse en San Pascual, ya que es un pueblo que siempre tuvo su cultura propia y nunca necesitó que los sabihondos de la capital vinieran con sus chácharas patriarcales a enseñarle atajos o recovecos artísticos. Allí la gente escucha en silencio y por lo común no hace preguntas. Claro que cuando las hace, el conferenciante empieza a tartamudear. Recuerdo aquella vez que nos visitó un poeta de corbata jaspeada y camisa rosa y disertó largamente en el Club Social sobre El Infierno del Dante y la estructura de la violencia. Había pedido un pizarrón y allí escribió, antes de empezar la conferencia: Umano, Spoglia, Rinnova, agregando que éstos eran los tres estados del alma, correspondientes al

infierno, el purgatorio y el paraíso. Y luego, tras una hora de sesudas explicaciones, concluyó diciendo que el gran personaje dantesco era Francesca de Rimini, a la que definió como Primera Mujer del Mundo Moderno. Tras los discretos aplausos de rigor, se ofreció a contestar preguntas del auditorio. Y entonces el pelado Freirías dijo que él no tenía preguntas pero sí un par de observaciones: a) que en el primer estado del alma, escrito en el pizarrón, *umano*, faltaba la hache; b) que, en su modesta opinión, la Primera Mujer del Mundo Moderno no era esa tal Francesca sino Doña Luisa (propuesta recibida con una salva de aplausos), que había parido diecisiete veces y todos sus hijos estaban vivos y trabajaban en San Pascual, y c) que estaba dispuesto a escuchar los argumentos del disertante en defensa de la tal Francesca y luego él expresaría los suyos en apoyo de Doña Luisa. Después de aclarar que había puesto *umano* sin hache porque así se escribe en italiano, el pobre conferenciante trató de evadirse aclarando que la opinión sobre Francesca de Rimini en realidad pertenecía al destacado crítico y polígrafo italiano Francesco de Sanctis, pero el pelado Freirías le preguntó amablemente por qué entonces la había dado como propia. O sea que Doña Luisa ganó por abandono. Le cuento esto simplemente para que usted asimile que a la gente de San Pascual no era posible intimidarla con erudiciones varias. En todo caso, respetaba la sabiduría, pero sólo cuando ésta era expresada con modestia. Entrando ahora en nuestro tema, empiezo por señalarle que en las afueras del pueblo estaba (y sigue estando) la que entonces era la única casa de dos plantas, que, con su lindo cartel Maison Lucrèce, anunciaba la presencia de un burdel con caracteres propios. Su fundación se remontaba al año 1919, cuando Madame Lucrèce había recalado en nuestro país como una misteriosa secuencia de la Primera Guerra Mundial, imponiendo desde el vamos a sus pupilas un estilo pluralista, casi ecuménico, que fue mantenido por la Maison aun después de la muerte de su fundadora, acaecida en 1939,

curiosamente dos días antes de que la Wehrmacht invadiera Polonia. O sea que aquella ilustrada embajadora de Eros (así la llamó en cierta ocasión el diputado Inclán) cubrió casi exactamente nuestro período de entreguerras. Su norma básica era: Debéis entender, señoras mías, que éste no ha de ser un lugar de perdición sino de hallazgo. Es fundamental que aquí se sientan cómodos, y hasta felices, desde el boticario hasta el juez de paz, desde el estanciero hasta el comisario, desde el rematador hasta el cura párroco. Fue Madame Lucrèce la que trajo consigo la cultura. Cada una de las muchachas tenía su biblioteca en su aposento de trabajo, y en los espacios libres, es decir cuando todavía no habían llegado los huéspedes consuetudinarios o ya habían abandonado aquel lugar de sano esparcimiento, Madame Lucrèce celebraba con sus pupilas verdaderas mesas redondas sobre temas directa o vagamente culturales. Usted se estará preguntando cómo una mujer de esa categoría había elegido, para un menester en el que evidentemente era experta, venir a enterrarse en un oscuro villorrio de un país de sexo tan frugal como el nuestro. Le confieso que yo se lo pregunté, al final de una noche en que habíamos intercambiado criterios sobre Schopenhauer, las presuntas bases científicas del simbolismo y las influencias que pudo tener en Freud el método catártico de Brener. Y su tajante y reveladora respuesta fue que, en la esfera tan inestable de la sexualidad marginal, siempre había preferido la rústica candidez a la pericia metropolitana, y en ese sentido los suburbios de lo rural, más aún que lo rural propiamente dicho, le parecían el medio más apto para llevar a la práctica su cismática hipótesis. Y aquí quiero agregarle otro detalle: en San Pascual todos nos hemos tratado siempre de usted. Lo atribuyo a una extraña admiración por el mundo anglosajón, donde el tuteo no existe o a lo sumo lo reservan para chamuyarle a Dios. Pues bien, como una señal inequívoca de la capacidad de adaptación de Madame Lucrèce, le diré que en la Maison nadie tuteaba a nadie, y menos aún lo trataba de

vos. Esa norma establecía un peculiar estilo en las relaciones humanas, tanto en las vestidas como en las en cueros. Otro detalle era que las chicas, mientras llevaban a cabo la ceremonia erótica, se dedicaban también a la lectura. Recuerdo que mi sorpresa fue mayúscula cuando, reciente acólito de aquella cofradía, me encontré con que Augusta, mi elegida inaugural, hojeaba con interés un ejemplar de las *Selecciones del Reader's Digest* mientras yo trataba de demostrar mi hombría. Después supe que las demás juzgaban que Augusta no tenía una buena formación. Hasta para un burdel, el *Reader's Digest* significaba poca cosa. Con el tiempo fui conociendo los gustos de las demás. Renata dejaba que uno le hiciera el amor mientras ella leía *Fortunata y Jacinta*; Maruja se dedicaba a Romain Rolland; Colette admiraba (chocolate por la noticia) a Colette; Brunildita, a Thomas Mann. Quizá a usted le parezca extraño, pero hoy puedo confesarle que nunca, a todo lo largo de mi agitado currículum, pude alcanzar un orgasmo tan refinado, enriquecedor y sabroso como cuando cumplí mi calistenia erótica en la Maison Lucrèce con una puta esplendorosa, de carnes tibias y labios como dagas, que se llamaba Ondine: mientras con la mano izquierda demostraba un increíble conocimiento de la piel masculina y de la hiperestesia de sus mínimos poros, con la derecha iba pasando morosamente las páginas de las *Confesiones de San Agustín*. ¿Qué le parece? Bueno, confío en haberle asesorado con esmero. Le di el tema, el ambiente, la singularidad de aquel quilombo de órdago, los rasgos asombrosos de su fundadora. Ahora sólo le falta hacer el cuento, pero no me va a negar que eso es lo más fácil. Sólo un detalle más. ¿Le parece mucho atrevimiento si le pido que, cuando lo escriba, se lo dedique a este humilde servidor? Para darme dique ¿sabe? con las chicas actuales. Admito que de vez en cuando todavía me alcanzan el ánimo y las hormonas para darme una pasadita por San Pascual, y por supuesto les hago la visita de rigor. Lamentablemente, ahora leen a Bukovski. Comprenderá usted que no es

lo mismo. Quién va a comparar los rudimentos venéreos de Bukovski con el erotismo culposo de las *Confesiones*, en especial el de aquellos trozos en que el célebre obispo y doctor de la Iglesia nos transmite el cenagal de su concupiscencia y la inquietud tenebrosa del amor impuro (sic). Quién va a comparar ¿eh? Y ya termino. A modo de estrambote de este soneto costumbrista, le regalo una verdad como un puño: hay que ser un santo si se quiere alcanzar de veras la lujuria.

VAIVÉN

Vení a dormir conmigo:
no haremos el amor, él nos hará.

JULIO CORTÁZAR

Como casi siempre, al descubrirse, el desnudo y la desnuda se asombran de sus desnudeces. Como casi siempre, éstas son mejores que las de la memoria. Por supuesto, son jóvenes. Él es el primero en quebrar el encantamiento y la inercia. Sus manos se ahuecan para buscar y encontrar los pechos de ella, que al mero contacto lucen, se renuevan. Entonces, acariciando persuasivamente entre índice y pulgar los extremos radiantes, él dice o piensa: “No es que carezca de sentido de culpa, pero la verdad es que no me atormento. Las sensaciones llegan y se van, son aves migratorias, y cuando vuelven, si vuelven, ya no son las mismas. Se fueron frescas, espontáneas, recién nacidas, y regresan maduras, inevitablemente programadas. Entonces, ¿a qué ahogarse en el deber? El deber, al igual que el dolor (¿o será otra filial del dolor?), es un cepo. Esto hay que saberlo de una vez para siempre, si queremos que su gesto amargo, rencoroso, no nos sorprenda o nos frustre”.

El niño, calato como un ángel pero sin alas, inocente de su propia inocencia, camina por la playa desierta y madrugona, hundiendo cautelosamente sus pies, todavía rosados, todavía fríos, en esa cambiante frontera que separa la arena de la olita. Descubre un tibio placer en ese gesto neutro, misterioso, que lame sus tobillos. No reflexiona. Simplemente disfruta. El

mar no tiene para él ni pasado ni futuro. Es tan sólo una lengüeta que viene a acariciarlo, a darle bienvenidas. Y él corresponde y sonríe, a veces hasta ríe con breves carcajadas. En realidad, juega consigo mismo y con el mar. Y todavía no sabe que éste no se entera, todavía ignora que el mar es de una indiferencia insoportable, que el mar es la única tumba móvil, que el mar es la muerte en estado de pureza. En ese punto, el niño se detiene y ve a la niña.

Las colonizadoras manos de ella acarician la colonizada espalda de él, y empiezan a invadirlo, a abrazarlo, a tenerlo. Entonces ella dice o piensa: “Todo eso lo sé. Y sin embargo, en mí hay una vocación de permanencia, que, por otra parte, nunca he visto cumplida. Es obvio que el futuro está lleno de amenazas, de riesgos, de inseguridades, pero yo creo (de *creer en* y de *crear*), para mi uso personal, un cielo despejado. De lo contrario, el goce se me gasta antes de tiempo. Vos te aferrás al instante, ése es tu estilo. Mi instante, en cambio, quiere ser prólogo de otro, aunque lo más probable es que luego ese otro instante no comparezca. Algo o alguien puede matar mi futuro, pero quiero que sepas que mi futuro no es suicida”.

Lejos, en términos infantiles, pero bastante cerca en cualesquiera otros, la niña calata como otro ángel pero también sin alas, viene a su encuentro por la arena que aquí y allá se alza y vuela gracias al aire matinal y marino. No se atreve todavía a pisar el agua, sólo permite que la arena livianísima suba y baje por entre los finos dedos de sus pies brevísimos. Allá arriba, entre pinos y eucaliptus, están las casas de los padres, los tíos, los adultos en fin, que todavía se reponen de la fiesta de anoche. Al igual que el niño, tampoco ella reflexiona. Apenas si siente una repentina curiosidad por esa imagen rosácea que se acerca (o tal vez es ella la que se va acercando, ¿o serán

ambos?) y le vienen ganas de hacerle una señal, un saludo, un signo. La niña abre los brazos y ve que la imagen rosácea también abre los suyos. Entonces se forma en sus labios una sonrisa primaria, en soledad, tan espontánea como autosatisfecha.

Ahora la boca del hombre se ha detenido en la oreja de ella y opta por pensar o decir: “¿Sabés una cosa? Tu oreja no siempre está desnuda. Sólo lo está cuando vos lo estás. Me gusta tu oreja desnuda, tal vez como una consecuencia de que me gustás así, como estás ahora. Después de todo, tenés razón: el instante es mi estilo. Es allí que lo juego todo. No ahorro disfrutes para vivir de esa renta en la tercera edad. Beso tu oreja como si nunca hubiera besado otra oreja. Por eso tu oído escucha estas palabras que nunca escuchó antes. Ni dije o pensé antes. El amor no es repetición. Cada acto de amor es un ciclo en sí mismo, una órbita cerrada en su propio ritual. Es, cómo podrías explicarte, un puño de vida. El amor no es repetición”.

El niño y la niña se han ido acercando y se detienen cuando apenas un metro los separa. O ya no. Porque la niña avanza una mano hasta posarla en el hombro del niño, y nota que es un poco más alto que el hombro de ella. “¿Cómo te llamas?”, dice él para de alguna manera expresar el gusto que le da aquel contacto. “Claudia, ¿y vos?” “Marcos.” Él consigue suficiente coraje como para que su brazo derecho también avance hacia el brazo izquierdo de Claudia. “¿Siempre venís a la playa?”, pregunta él. “No, pero desde ahora vendré todos los días.” Marcos siente que está conmovido y Claudia ve que él se sonroja. También ella se sonroja, pero por solidaridad. Durante la pausa, ambos se miran en lo que son y en lo que difieren. Claudia dice, todavía inocente de su propia inocencia: “¿Qué tenés ahí?”. Y se lo toca. Es un contacto leve, pero Marcos experi-

menta la primera alegría importante de sus seis años de vida.

La mujer mueve la cabeza hasta que sus labios rozan los de él y entonces dice o piensa: “Ya lo ves, has repetido que no es repetición. Y eso quiere decir algo. Digamos que es y no es. Todo es verdad. A mí, por ejemplo, me gusta repetir el amor, aunque reconozco que cada fase tiene un final distinto, una bisagra original que la une con la fase que vendrá. La repetición está en el comienzo y es como un eco, un recordatorio de la piel. A mí siempre me entenece recordar tu piel, pero sobre todo que tu piel me recuerde tu piel. No tengas miedo, en el amor (al menos, en *mi* amor) la repetición no se vuelve rutina. El acto mecánico, físico, puede (o no) ser igual o semejante, pero tu cuerpo y mi cuerpo nunca son los mismos. El sexo que hoy vas a ofrecerme no es el mismo del sábado pasado ni será, estoy segura, el del próximo martes, y el surco mío que lo reciba tampoco es ni será el mismo. El amor es y no es repetición”.

El veterano ha tenido un sueño frágil y bastante más joven que sus años reales. Mira el reloj en la mesa de noche y son las tres de la madrugada. A su lado la veterana duerme y sonríe, y es una sonrisa que él no le ve desde hace tiempo. El calor se introduce a través de las persianas. También entra el ruido de la discoteca de la planta baja. El veterano aprovecha el oasis del insomnio para evaluar su propia desnudez. Las vérices lo insultan y él se resigna. Las articulaciones se quejan y él quisiera aceitarlas, pero ya no viene aceite para tales bisagras. A su derecha, la sábana de ella se ha deslizado al piso y él tiene ocasión de comprender una vez más ese cuerpo conocido y contiguo. Ella eleva un brazo para apoyar o medir su propia cabeza y el mechón canoso se confunde con la blancura de la almohada. Él acerca su mano, sin tocarla aún, y

ella permanece inmóvil, con los ojos cerrados, despierta. Él retira su mano. Allá abajo, la discoteca es como otro reloj: marca el tiempo, lo desvela y revela.

Él se aparta un poco para mejor unirse, o sea para que sus manos, y de a ratos sus labios, puedan ir recorriendo colinas y hondonadas, rincones y llanuras. La piel de ella alternativamente se eriza o se abandona, en tanto que allá arriba la boca se entreabre y los ojos comienzan a cerrarse. Entonces él piensa o dice: “¿Cómo voy a programar o a calcular el amor de mañana o pasado, si tengo aquí esta concreta recompensa (o castigo) que sos vos, hoy? No te engaño si en este momento te confieso que te quiero toda, cuerpo y alma y alrededores, pero ¿para qué voy a hacerle descuentos a este deleite pronosticando qué sentiré el martes o el jueves? Si aparto mi mirada de tu vientre húmedo y contemplo allá enfrente el muro blanco, o más allá, si trato de vislumbrar el tallado infinito, me encontraré inexorablemente con esa última viga que es la muerte, y ésta es, por definición, el no-amor. ¿Cómo no preferir mirarte a vos, que sos la vida o por lo menos una de sus más incitantes imitaciones?”

La veterana siente que algo o alguien se inmiscuye en su sueño y entonces se dispone trabajosamente a abrir sus ojos. Allí, a su izquierda, está la mirada de él. Le pregunta si no puede dormir, y él responde que sí puede pero no quiere. Ella comenta que, para la estación, ésta es una noche demasiado calurosa y que el ruido de abajo parece inacabable. Él asiente y luego dice: “Mañana se cumplen veintiocho años, ¿te acordás?”. Ella no hace comentarios, salvo con el ceño, que se encoge y se estira, vaya a saber por qué. Él inicia otro lento recorrido con su brazo. Ella no lo mira pero intuye que el brazo está viniendo. Cuando éste se detiene a pocos centímetros de su rostro, ella acerca su cabeza hasta lo-

grar que su mejilla descansa sobre la palma que se ofrece.

Hay un silencio cálido, inexpugnable, que envuelve los dos cuerpos. De pronto, el hombre decide apoyar su oído sobre el poderoso ombligo de la mujer. Es como si a través del *omphalos*, esa cicatriz genérica, esa boca muda, la mujer murmurara o vibrara en el oído del hombre: “Quisiera tenerte siempre, pero me resigno a tenerte hoy. Quizá la diferencia resida en que mientras tu goce es explosivo, fulgurante, el mío, que acaso es más profundo, tiene ojeras de melancolía. No puedo evitar prever desde ahora, junto al buen azar de tenerte, el anticipo de la nostalgia que sentiré cuando no estés. Ya lo sé. Demasiado lo sé. Todo está claro. Todo estuvo claro desde el vamos. Pero que me resigne no incluye que te mienta. Y esto que yo, ombligo, dejo en vos, oído, es para que alguna vez te zumbe y al menos te preguntes qué será ese zumbido”.

El veterano siente el otro cuerpo. No como antes, poro a poro, pero lo siente. Ambos saben de memoria qué cuenca de ella se corresponde con qué altzano de él. Encajan uno en otra, otro en una, como si conformaran un paisaje clásico, de postal o museo. Sólo que antes eran paisajes del último Van Gogh y ahora son del primer Ruysdael. Él demora en encenderse y ella lo sabe pero no se impacienta. El mensaje de la discoteca se filtra implacable por entre las persianas. La humedad de la madrugada los remite a otros otoños. Él sabe que aquí no vale recordar la pasión como quien recorre un viejo códice. Pero esa misma distancia lo conmueve y percibe por fin que esa filtrada emoción es la legataria, la penúltima Thule, el corolario normal de la pasión antigua. Sólo entonces se siente crecer. Sólo entonces ella siente que él crece.

Ni el desnudo, ni la desnuda oyen campanas. Eso pasaba antes, en las fábulas familiares de las abuelas o, más cándidamente, en alguna marchita película de Burgess Meredith. Éstos de ahora escuchan truenos lejanísimos, bocinas de ansiedad, ambulancias que aúllan, rock en ondas y, más confidencialmente, labios que se disfrutan, comunión de salivas. La mujer se estira en toda la extensión de su piel sabrosa, abre brazos y piernas, tal como si se desperezara pero más bien perezándose. Siente que la boca del hombre va ascendiendo a su boca y cuando por fin cada lengua se encuentra con su prójima, ambas proponen o resuelven o gimen: “Qué importa si es o no repetición, qué importa si es prólogo o desenlace. Estamos. Somos. Una y uno. Dejemos que la muerte nos odie desde lejos. Desde muy lejos. Somos. Estamos. Tan cerca de vos que soy vos. Tan cerca de mí que sos yo. Una + uno = une.” Se unen, pues. El mundo queda fuera, con sus culpas, sus deberes, sus ropas. El desnudo y la desnuda son únicos testigos del amor sin testigos. Uno sobre otra, o viceversa, la humedad de sus vientres es de ambos. Los cuerpos (esos futuros, inevitables proveedores de ceniza) borran de un placerazo sus condenas y también se reconocen y trabajan. Trabajan y se gozan, únicos en el mundo, por fortuna olvidados. Entonces ella piensa o grita: “Vení”, y él canta o piensa: “Voy”. Y así, poco a poco (y al final, mucho a mucho), se ensimisma y celebra, se alucina y consume el va-i-vén.

CLEOPATRA

El hecho de ser la única mujer entre seis hermanos me había mantenido siempre en un casillero especial de la familia. Mis hermanos me tenían (todavía me tienen) afecto, pero se ponían bastante pesados cuando me hacían bromas sobre la insularidad de mi condición femenina. Entre ellos se intercambiaban chistes, de los que por lo común yo era la destinataria, pero pronto se arrepentían, especialmente cuando yo me echaba a llorar, impotente, y me acariciaban o me besaban o me decían: Pero, Mercedes, ¿nunca aprenderás a no tomarnos en serio?

Mis hermanos tenían muchos amigos, entre ellos Dionisio y Juanjo, que eran simpáticos y me trataban con cariño, como si yo fuese una hermanita menor. Pero también estaba Renato, que me molestaba todo lo que podía, pero sin llegar nunca al arrepentimiento final de mis hermanos. Yo lo odiaba, sin ningún descuento, y tenía conciencia de que mi odio era correspondido.

Cuando me convertí en una muchacha, mis padres me dejaban ir a fiestas y bailes, pero siempre y cuando me acompañaran mis hermanos. Ellos cumplían su misión cancerbera con liberalidad, ya que, una vez introducidos ellos y yo en el jolgorio, cada uno disfrutaba por su cuenta y sólo nos volvíamos a ver cuando venían a buscarme para la vuelta a casa.

Sus amigos a veces venían con nosotros, y también las muchachas con las que estaban más o menos enredados. Yo también tenía mis amigos, pero en el fondo habría preferido que Dionisio, y sobre todo Juanjo, que me parecía guapísimo, me sacaran a bailar y hasta me hicieran alguna “proposición deshonesta”. Sin embargo, para ellos yo seguía siendo la chiquilina de siempre, y eso a pesar de mis pechitos en alza y de mi cintura, que tal vez

no era de avispa, pero sí de abeja reina. Renato concurría poco a esas reuniones, y, cuando lo hacía, ni nos mirábamos. La animadversión seguía siendo mutua.

En el carnaval de 1958 nos disfrazamos todos con esmero, gracias a la espontánea colaboración de mamá y sobre todo de la tía Ramona, que era modista. Así mis hermanos fueron, por orden de edades: un mosquetero, un pirata, un cura párroco, un marciano y un esgrimista. Yo era Cleopatra, y por si alguien no se daba cuenta, a primera vista, de a quién representaba, llevaba una serpiente de plástico que me rodeaba el cuello. Ya sé que la historia habla de un áspid, pero a falta de áspid, la serpiente de plástico era un buen sucedáneo. Mamá estaba un poco escandalizada porque se me veía el ombligo, pero uno de mis hermanos la tranquilizó: No te preocupes, vieja, nadie se va a sentir tentado por ese ombliguito de recién nacido. A esa altura yo ya no lloraba con sus bromas, así que le di al descarado un puñetazo en pleno estómago, que lo dejó sin habla por un buen rato. Rememorando viejos diálogos, le dije: Disculpá hermanito, pero no es para tanto, ¿cuándo aprenderás a no tomar en serio mis golpes de karate?

Nos pusimos caretas o antifaces. Yo llevaba un antifaz dorado, para no desentonar con la pechera áurea de Cleopatra. Cuando ingresamos en el baile (era un club de Malvín) hubo murmullos de asombro, y hasta aplausos. Parecíamos un desfile de modelos. Como siempre, nos separamos y yo me divertí de lo lindo. Bailé con un arlequín, un domador, un paje, un payaso y un marqués. De pronto, cuando estaba en plena rumba con un chimpancé, un cacique piel roja, de buena estampa, me arrancó de los peludos brazos del primate y ya no me dejó en toda la noche. Bailamos tangos, más rumbas, boleros, milongas, y fuimos sacudidos por el recién estrenado seísmo del *rock-and-roll*. Mi pareja llevaba una careta muy pintarrajeada, como correspondía a su apelativo de Cara Rayada.

Aunque forzaba una voz de máscara que evidente-

mente no era la suya, desde el primer momento estuve segura de que se trataba de Juanjo (entre otros indicios, me llamaba por mi nombre) y mi corazón empezó a saltar al compás de ritmos tan variados. En ese club nunca contrataban orquestas, pero tenían un estupendo equipo sonoro que iba alternando los géneros, a fin de (así lo habían advertido) conformar a todos. Como era de esperar, cada nueva pieza era recibida con aplausos y abucheos, pero en la siguiente era todo lo contrario: abucheos y aplausos. Cuando le llegó el turno al bolero, el cacique me dijo: Esto es muy cursi, me tomó de la mano y me llevó al jardín, a esa altura ya colmado de parejas, cada una en su rincón de sombra.

Creo que ya era hora de que nos encontráramos así, Mercedes, la verdad es que te has convertido en una mujercita. Me besó sin pedir permiso y a mí me pareció la gloria. Le devolví el beso con hambre atrasada. Me enlazó por la cintura y yo rodeé su cuello con mis brazos de Cleopatra. Recuerdo que la serpiente me molestaba, así que la arranqué de un tirón y la dejé en un cantero, con la secreta esperanza de que asustara a alguien.

Nos besamos y nos besamos, y él murmuraba cosas lindas en mi oído. También acariciaba de vez en cuando, y yo diría que con discreción, el ombligo de Cleopatra y tuve la impresión de que no le pareció el de un recién nacido. Ambos estábamos bastante excitados cuando escuché la voz de uno de mis hermanos: había llegado la hora del regreso. Mejor te hubieras disfrazado de Cenicienta, dijo Cara Rayada con un tonito de despecho, Cleopatra no regresaba a casa tan temprano. Lo dijo recuperando su verdadera voz y al mismo tiempo se quitó la careta. Recuerdo ese momento como el más desgraciado de mi juventud. Tal vez ustedes lo hayan adivinado: no era Juanjo sino Renato. Renato, que despojado ya de su careta de fabuloso cacique, se había puesto la otra máscara, la de su rostro real, esa que yo siempre había odiado y seguí por mucho tiempo odiando. Todavía hoy,

a treinta años de aquellos carnavales, siento que sobrevive en mí una casi imperceptible hebra de aquel odio. Todavía hoy, aunque sea mi marido.

BÉBETE UN TENTEMPIÉ

*Bébetete un tentempié pero sentada
arrímate a tu sol si eres satélite
usa tus esperanzas como un sable
desmundízate a ciegas o descálzate
desmilágrate ahora / poco a poco
quítate la ropita sin testigos
arrójale esa cáscara al espejo
preocúpate pregúntale prepárate
sobremuriende no / sobreviviente
desde el carajo al cielo / sin escalas
y si no vienen a buscar tu búsqueda
y te sientes pueril o mendicante
abandonada por tu abandoneón
fabulízate de una vez por todas
métete en tu ropita nuevamente
mundízate milágrate y entonces
apróntate a salir y a salpicarte
calle abajo / novada y renovada
pero antes de asomar la naricita
bebe otro tentempié / por si las moscas*

EL AGUAFIESTAS FALTA SIN AVISO

el aguafiestas no ha venido esta tarde

JOSÉ LEZAMA LIMA

*Tal vez se le olvidó tu santo y seña
después de todo no es tan importante
no va a flamear el cielo por su ausencia
ayúdate secúndate solázate
búscate en la quimera de los otros
inventa tus estrellas y repártelas
besa los nombres en sus dos mejillas
deja que el corazón te elija el mundo
abrázate del miedo y no lo sueltes
vuélvete sombra pero no te envicies
sálvate de turbiones y de nieblas
ponte el otoño con su sol de gala
libérate en las manos que te avisan
descúbrete en los ojos que te nombran
ya no vendrá deslígate distánciate
de su resuello de sus sortilegios
de sus malas noticias de su rabia
no dejes que te ensalme de amargura
defiende como loba tu alegría
el tiempo no diseña el pasatiempo
el canto no reclama el desencanto
el viento no vindica el espaviento
la fiesta no perdona al aguafiestas*

LOS VECINOS

Cuando mi padre se arruinó con la farmacia de Tacuarembó, la familia pasó, casi sin transición, de la vida confortable a la casi miseria. Fuimos a dar a una casucha con techo de zinc en los alrededores de Colón. Si malamente nos manteníamos era gracias a que mi madre iba pignorando, uno tras otro, los regalos de su boda: un juego de té de porcelana Meissen, una jarra de plata y cristal, una lámpara de Gallé (sólo con esta venta sobrevivimos un semestre), etcétera. Mi padre no podía trabajar en ninguna parte, al menos legalmente, porque la implacable Liga Comercial había embargado de antemano todos sus posibles haberes en nombre de una retahíla de acreedores. Lo más que conseguía, gracias a la buena voluntad de algún viejo amigo o camarada de estudios, eran changas clandestinas. Me consta que trabajó, en distintas épocas, como boleterero eventual de un cine de barrio, y también que gastó zapatos haciendo una suplencia de visitador médico. Varios años después consiguió un puesto como químico en el laboratorio de una repartición pública (allí el sueldo era por fin inembargable), pero en aquel entonces ese logro estaba todavía muy lejos y en el ambiente familiar había siempre tensiones y rabias contenidas y cuando a la noche sacaba las cuentas mi padre daba de pronto un puñetazo de impotencia sobre la mesa y el hule a cuadros verdes y blancos quedaba durante unos minutos marcado por el castigo. Mientras tuvimos radio, mi madre se quedaba en un rincón escuchando el episodio del día, pero cuando también hubo que vender la antigua Philips de dos piezas, simplemente callaba y se ponía a hojear revistas viejas, deteniéndose sólo en los avisos.

Recuerdo esta escena porque así estábamos distribui-

dos, casi como en el cierre de un capítulo de D'Amicis, cuando en la puerta de la cocina sonaron golpes de miedo. Mi padre, más pálido que de costumbre, se levantó y fue a abrir. Nunca olvidaré el aspecto del vecino, Saverio Tarchetti, que apareció en el marco de la puerta con una impresionante herida en el hombro y otra más leve en una mano. Un hermano mayor, Dino, lo sujetaba de un brazo y le pidió a mi padre que los acompañara hasta el médico más cercano, cuya casa quedaba a unas cinco cuadras, en el Camino Garzón. Antes hubo que hacerle al herido una cura elemental, sumarisima, y mi madre no vaciló en rasgar una de nuestras únicas tres sábanas a fin de que mi padre pudiera hacer un precario vendaje. Por allí no había teléfono público ni privado para llamar a la Asistencia. El teléfono más próximo, dijo Dino, quedaba más lejos aún que la casa del médico.

Era medianoche. Días después supimos con detalles qué había pasado. Los Tarchetti eran una laboriosa familia italiana, magnífica gente, generosa y alegre durante casi todo el año, pero inusualmente agresiva en Navidad, Año Nuevo y en los cumpleaños familiares. Sólo en tales celebraciones tomaban vino en abundancia y el resultado era siempre lamentable. En un cumpleaños anterior, el ahora herido había rociado el exterior de la vivienda con abundante nafta y seguramente la habría incendiado, pero en el instante en que iba a arrojar un fósforo encendido, unos vecinos a quienes la tradición familiar había vuelto vigilantes se le echaron encima hasta reducirlo. En la pasada Navidad, Ruggero, otro de los cinco hermanos, había saltado, con las botas puestas, sobre el vientre de un *fratello*, Paolo, que estuvo varias semanas orinando sangre. Un quinto hermano, Giorgio, el menor, que en la ocasión era el dueño del cumpleaños, le había asestado esta vez dos puñaladas a nuestro huésped de medianoche.

Cuando al fin mi padre se dispuso a salir con Dino y Saverio, mi madre dijo que ella por nada del mundo se iba a quedar sola, de modo que me tomó de la mano y

así emprendimos la marcha. Mis siete años, recién cumplidos, iban temblando, pero no de frío. La noche era cálida y serena, y la luna hacía más blancos los trozos de sábana que iban poco a poco tiñéndose de sangre a la altura del hombro y la mano del herido. Éste no decía palabra, ni siquiera se quejaba, como si concentrara todas las energías que le quedaban en dar un paso tras otro, flanqueado y ayudado por Dino y por mi padre. Mi madre y yo éramos la retaguardia, formando una comitiva casi fantasmal. Yo me aferraba a la mano materna, con la vista fija en aquellas manchas de sangre que crecían, oscureciendo la pálida contribución de la luna.

Después de una eternidad (el paso del herido era cada vez más lento y vacilante) llegamos a casa del médico, pero ahí todo estaba cerrado y oscuro. Dino empezó entonces a aporrear la puerta y a gritar una y otra vez: “¡Dottore Acosta! ¡Dottore Acosta!”. Pasó una segunda eternidad antes de que *il dottore Acosta* abriera cautelosamente un postigo y asomara su personal modorra. Rápidamente se despejó, sin embargo, no bien le echó un vistazo a nuestro miserable quinteto. Nos abrió la puerta y entramos todos. Afortunadamente hacía diez días que el doctor tenía teléfono, así que, en una breve secuencia tartamuda, le indicó a mi padre que pidiera una ambulancia, mientras él atendía al derrengado Saverio, que a esta altura había optado por desmayarse. Estuvimos allí una tercera eternidad hasta que por fin se hizo presente la ambulancia y se llevó a Saverio, a Dino y al médico.

Mis padres y yo emprendimos el regreso, más bien cabizbajos, y recuerdo que el viejo respiró profundamente y dijo: “Siempre hay alguien que está peor que uno”, y enseguida agregó: “Pero eso tampoco arregla las cosas”. Luego me tomó de la mano y pasó el otro brazo sobre el hombro de mamá y no sé si a ella se le aguaron los ojos o es que así me parecía a través de mis lágrimas. Y bien, esta imagen última, con los tres caminando, enlazados y tristes, bajo la luna solidaria, es en verdad el recuerdo

más entrañable que conservo de mi infancia, que no fue lo que se dice un paraíso.

Ah, me olvidaba. Saverio se salvó. En el siguiente Año Nuevo, el segundo de los hermanos empujó al cuarto desde la azotea y el salto terminó en doble fractura de la pierna derecha. Pero nosotros ya no estábamos allí y quizá para esa época ya había teléfono.

LOS WILLIAMS Y LOS PEABODY

Por segundo año consecutivo, los Williams y los Peabody se encontraban en el agosto de Puerto Pollensa. Como tantos ingleses, franceses, escandinavos, se sentían atraídos por la relativa bonanza de ese balneario, más acogedor que otros puntos de la costa mallorquina. Tres años antes, los Peabody habían pasado su agosto en Arenal, pero tanto el bullicio nocturno como la muchedumbre que diariamente se arracimaba en la arena (a veces era difícil hallar un sitio para extender simplemente una toalla) les hizo huir despavoridos hacia algún otro punto de la isla.

El Mediterráneo les encantaba, pero aspiraban a un poco de tranquilidad. Hugh Peabody era ingeniero, trabajaba en Liverpool y llegaba al verano completamente exhausto. De modo que su aspiración primordial era descansar, durmiendo reparadoras siestas al estilo español, leer novelas de entretenimiento, comer mejillones, gambas y lenguados, en busca del fósforo que tanta falta le hacía en el año laboral, y nadar durante horas en esa hermosa piscina natural que era la bahía de Pollensa, con el decorativo paisaje de las barquitas de turismo y los desnudos bustos de las jóvenes nórdicas que se tostaban concienzudamente y al *spiedo*.

El taxista que los había traído desde el aeropuerto de Palma había resultado todo un sociólogo y, al encontrarse con que los Peabody entendían español, se consideró habilitado para desarrollar su teoría de que los franceses y alemanes vienen a las playas mallorquinas sencillamente para atesorar salud, pero que en cambio los ingleses y los nórdicos vienen como una demostración de status. Por eso permanecen toda la jornada con sus encremados pellejos al sol: al regresar a Londres o a

Copenhague o a Oslo, su trabajosamente adquirido color moreno será el irrefutable documento de que efectivamente estuvieron en el Mediterráneo y lograrán así que los vecinos de menos recursos los envuelvan con sus miradas de admiración y envidia.

Hugh soltó una carcajada tartamuda, o sea británica, ante el diagnóstico del taxista, pero su español no le alcanzó para inquirir acerca de las fuentes del mismo. El locuaz disertante captó la duda en el aire y dijo que por favor no fueran a pensar que todo era una improvisación suya: la tarde anterior se lo había escuchado a un especialista en turismo que tenía un programa en una emisora local de FM.

Luego, ya en el hotel, Hugh les comentó a Diana, su mujer, y a Peter, hijo de ambos, que ahora entendía por qué siempre habían venido a Mallorca tantos escritores extranjeros: el Mediterráneo, con sus aguas transparentes, sus nubes lentas y algodonosas, su sol radiante, estimulaba sin duda la imaginación. Si un simple taxista lugareño —argumentaba Hugh— es capaz de un *gossip-fiction* de tal envergadura (lo del programa de radio era seguramente pura invención), uno puede conjeturar qué notables resultados artísticos habrán sido capaces de obtener en este clima gentes como George Sand o Robert Graves.

Los Williams venían de otro nivel, hasta de otra clase. No se alojaban en un hotel del Puerto, sino en una suntuosa residencia del pueblo de Pollensa, a unos veinte kilómetros del puerto y de la playa, pero de todas maneras, como su hija Mary Ann y el chico Peabody se habían hecho buenos amigos el año anterior, los dos matrimonios solían encontrarse dos veces por semana.

El ingeniero Peabody era laborista, pero su compatriota Fred Williams no era un conservador cualquiera: digamos que estaba situado a la derecha de la Thatcher. Dueño de “una fábrica y media” (la mitad de la segunda fábrica pertenecía al primo Harold, aunque esa coparticipación nunca había sido motivo de inquietud, ya que el

pariente se preocupaba mucho más de salir de caza, tanto de zorros como de mujeres, que de verificar la marcha de la empresa), hacía ya varios años que pasaba julio y agosto en Pollensa con su familia.

Los Williams eran propietarios de la confortable casa con piscina y nunca descendían a tomar el sol, menos aún a bañarse, en la playa del Puerto. Para eso estaba su elegante piscina. “Jamás podría bañarme en unas aguas que incluyen los escupitajos, los orines y los excrementos de toda esa gente que viene a los hoteles”, decía con un mohín de repugnancia Katty Williams, madre de Mary Ann. A diferencia de sus padres, la muchacha tenía el pelo de un negro azabache y unos ojos verdes que desde el primer momento fascinaron a Peter.

Hugh y Diana, que formaban parte de “esa gente que viene a los hoteles”, se sentían más que indirectamente aludidos, y aunque nunca lo comentaban, ni siquiera entre ellos, no podían dejar de evocar sus propios orines, escupitajos y excrementos. A veces Hugh tenía la impresión de que los Williams, de tan finos que eran, no tenían necesidades fisiológicas; eso lo dejaban para los obreros de su “fábrica y media”.

En homenaje a la buena amistad de Mary Ann (diecisiete años) y Peter (sólo quince), en los encuentros familiares no se hablaba de política sino de bóbilis bóbilis. A veces Hugh y Fred debían dar tremendos rodeos para no caer en la plusvalía, la seguridad social o el derecho de huelga, pero lo cierto es que se las arreglaban para no transitar por esas zonas vedadas.

Los Williams poseían, entre otras cosas, un lindo y moderno barquito, el *Karen*, siempre atracado en el muelle del Puerto, frente a la Lonja, y a veces salían a navegar los tres, con el agregado de Peter. Y éste observaba: la diferencia entre Mary Ann y sus padres no era sólo de la piel, el cabello y los ojos. A pesar del trato normalmente familiar, Peter advertía una casi imperceptible frontera entre los mayores y la muchacha. Es claro que también la había entre él y sus propios padres, pero (aunque todavía

no le había puesto nombre) tenía conciencia de que en su caso la distancia era la del *gap* generacional. Lo de los Williams era otra cosa. Peter detectaba a veces en los azules ojos de Katty Williams un breve relámpago de acero cuando miraba a la muchacha, y también en los ojos verdes de ésta un destello que podía ser de temor o por lo menos de aprensión.

“Quiero que cuando naveguemos vengas siempre con nosotros”, era el pedido que Mary Ann le formulaba a Peter en presencia de sus padres. Éstos no hacían comentarios, pero normalmente lo invitaban. Y Peter encantado de la vida, ya que a esta altura, como era previsible, se había enamorado perdidamente de Mary Ann. Su jornada entera era de expectativa y cuando la muchacha aparecía en el Puerto, no siempre con los padres (a veces la traía el chófer en el Mercedes gris), y a pesar de las prevenciones de Katty, nadaban juntos y luego se tendían al sol. Peter no lograba, pese a todos sus esfuerzos, apartar sus ojos ansiosos de los desnudos pechitos morenos de Mary Ann, sin importarles las atrevidas evoluciones que tres aviones norteamericanos hacían y rehacían sobre la placidez de la bahía.

En la última semana un nuevo personaje había hecho irrupción en el clan Williams. No iba a la casa de Pollensa, sino que se encontraba con ellos en el puerto, y cuando Mary Ann y Peter se alejaban caminando por el muelle, el recién llegado y los Williams se quedaban tomando tragos en la Lonja. Al principio Peter temió que aquel intruso (de unos veinticinco años), con un aspecto que por cierto no era nada británico, fuera un cortejante de Mary Ann, o candidato a serlo, pero pronto advirtió su error. Le preguntó a la muchacha quién era el personaje. “¿Quién? ¿Ése? Un tipo que mis padres conocieron el año pasado en Southampton. Creo que tiene algo que ver con sus negocios.” Él quedó feliz y tranquilo, ya que notó cierto desapego en el tono de la muchacha.

Cierta tarde, Peter y Mary Ann salieron después del almuerzo en el *Karen*, pero una vez alejados de la costa

detuvieron el motor y se tendieron en cubierta a tomar el sol. Mary Ann se quitó la blusa y a la vista de aquellos pechitos que ya conocía del pasado agosto y que ahora empezaban a entrar en sazón, Peter sintió que estaba a punto de marearse, pero no a causa del suave vaivén del barco.

Mary Ann sonrió, con lo cual no contribuyó, por cierto, a que el muchacho recuperara la calma. “¿Te sientes mal?”, se limitó a preguntar. “No, creo que me siento insoportablemente bien. Lo que ocurre es que eres muy hermosa.” Y mientras decía algo tan convencional, su mirada parecía fascinada por el alegre busto de su amiga. “¿Te gustan?”, preguntó ella. Él dijo que sí, pero sólo con la cabeza. En verdad no se sentía capaz de articular ni una sola palabra. “¿Quieres tocarlos?” Peter acercó lentamente su mano y ella, para ayudarle, la llevó hasta uno de sus pequeños promontorios. Para el muchacho fue como si el barquito, la bahía, los hoteles de la costa, las velas del *windsurfing*, el mundo entero, hubieran desaparecido. Sólo él y Mary Ann.

“Mejor vamos abajo”, dijo ella, esta vez sin sonreír y con la voz más grave. De modo que bajaron. Como la litera era estrecha, se tendieron en el piso. Previamente ella se quitó el pantaloncito y, para que todo fuera más fácil, también ayudó a Peter a quitarse el short. “¿Nunca lo hiciste, verdad?”, preguntó ella. Peter negó con la cabeza. “Yo tampoco. Mejor, así aprendemos juntos.” Hay que reconocer que, ahora sí, el vaivén del barco les ayudó bastante y hasta les permitió improvisaciones, ejercicios de la imaginación. Después de un rato de silenciosa paz, lo hicieron una segunda vez. Mary Ann encendió un cigarrillo y él también quiso fumar, pero ella dijo: “No, todavía no. Eres un niño. Por Dios, cómo has cambiado en sólo un año”. Él recostó su cabeza rubia en aquel vientre recién descubierto, y ella dijo: “No te hagas ilusiones ¿eh? Quería hacerlo contigo y lo hicimos, quería que tú me estrenaras, sencillamente porque me encantas, de veras me encantas, pero yo llevo conmigo toda una his-

toria: una historia que no puedo contarte”. “¿Qué historia? ¿Es porque eres mayor que yo?” “No, Peter. Es otra historia. No puedo contártela. Además, no creo que Fred y Katty me traigan consigo el año próximo.” “¿Puedo preguntarte una cosa? ¿Por qué son ellos tan rubios y tú eres morena?” “Caprichos de los genes, Peter, ¿sabes qué son los genes?” Por supuesto, él no sabía. Quedaron callados. Luego ella dijo: “Tenemos que regresar. No quiero que el chófer llegue a buscarme antes de que atraquemos el barco. No olvides que también es clandestino el simple hecho de que nos embarquemos”. Sin embargo, cuando se iban acercando a la Lonja, divisaron la figura gris y un poco siniestra del chófer. “Señorita”, dijo éste, antes aún de que desembarcaran, “hace veinte minutos que la espero”.

Tres días después, Peter estaba en la terraza del hotel y, como Hugh le había prestado los prismáticos alemanes, podía examinar el Puerto casi metro por metro. Eran las diez de la mañana. De pronto, al enfocar la Lonja, se encontró sorpresivamente con el Mercedes gris. El chófer estaba de pie junto al coche. Más allá, en el muelle, caminaban los tres Williams. Llegaron al barco donde el intruso los esperaba. Evidentemente, todo estaba listo para zarpar. Así fue. El barco se fue alejando lentamente, no tanto sin embargo como para que su imagen saliera del campo visual de Peter y sus prismáticos. Serían las once cuando el barco no avanzó más: quedó detenido allá lejos. Peter estuvo horas contemplando aquel punto en que le iba la vida. Cuando Hugh y Diana lo llamaron para almorzar, dijo que no tenía apetito.

Llegó un momento en que el *Karen* empezó nuevamente a moverse y emprendió el regreso. Cuando Peter calculó que llegaría al muelle en veinte minutos, bajó hasta su cuarto, guardó los prismáticos en el estuche y salió desalado hacia el muelle. Cuando el barco llegó, él lo estaba esperando. Sólo bajaron Fred, Katty y el intruso. Peter se acercó y Katty, al verlo, dijo con su tono de siempre: “Hello, Peter”, y se quedó esperando la pregun-

ta que vino: “¿Y Mary Ann?”. “Bueno, nos encontramos con el barco de unos viejos amigos y Mary Ann pasó al de ellos.” “¿Y cuándo volverá?” “Oh, no sé. Son gente muy divertida. Seguramente la retendrán una semana o más.” Peter aparentó serenidad o tan sólo la razonable aflicción de verse separado de su amiga. Luego saludó y se fue caminando despacio, mientras el chófer, los Williams y esta vez también el intruso ascendían al Mercedes gris y se alejaban rápidamente en dirección al pueblo.

Peter regresó al hotel y desde el lobby llamó a su padre. Hugh bajó, preocupado por el tono de la llamada, y le preguntó qué pasaba. Peter le contó lo del barco, su salida al mar, la vigilancia con los prismáticos, la llegada al muelle, la ausencia de Mary Ann y la explicación de Katty. “Es una pena”, dijo Hugh, “porque Mary Ann es una linda chica y buena amiga tuya, pero quizá también se sienta cómoda con esos antiguos conocidos. Tampoco es para tomarlo a la tremenda, ¿no?” Peter, que se había puesto pálido, carraspeó. “Lo que ocurre”, dijo “es que estuve todo el tiempo mirando con los prismáticos y te aseguro que ningún barco se acercó al de los Williams”.

LAMENTOS

*Sé que no bastarían las mejores
enredaderas del verano
para cubrir el muro
de mis lamentos*

*lo curioso es que esos plañidos
son alegres
verbigracia ay qué goce
ay qué suerte
ay qué cielo*

*por el contrario cuando
mis lamentos
son en verdad desconsolados
no disponen de ayes
ni de muros*

CAVA MEMORIAS

*La soledad es un oasis
está en litigio
no tiene sombra
y es puro hueso*

*la soledad es un oasis
no hace señales
pesa en la noche
lo ignora todo*

*la soledad no olvida nada
cava memorias
está desnuda
se encierra sola*

HERMANITO

Estoy segura de que no figuraba en tus previsiones recibir una carta de tu hermana Rita. Pues aquí estoy, todavía viva, aunque en alguna ocasión no quise estarlo. Ya no sé cuánto hace que nos vimos la última vez, en algún recoveco del Mercado del Puerto. Recuerdo que te dije: “Estamos reventados”, y verdaderamente lo sentía así. Hace tiempo que intento dar con vos, pero no encontraba a nadie que supiera tu paradero. Hasta que encontré, en una librería de viejo de la calle Corrientes (hace ya unos años que vivo en Buenos Aires), una novela de un tal Gary Winter, traducida nada menos que por vos, y fue entonces que decidí escribirte a las señas de la editorial. Ya sé que es como arrojar una botella al mar, pero ojalá te llegue.

¿Te cuento? Empiezo por decirte que ya no me siento reventada. Después de un par de años en Tucumán, estuve viviendo en Córdoba, en Mendoza, y finalmente me instalé en Buenos Aires. Te parecerá mentira: pude desprenderme de la droga, pero, mientras no pude, quiero decirte que aquello fue un infierno. Nada supe de la familia ni me interesaba saberlo. A vos siempre te tuve cariño, así que a veces aparecías en mis paréntesis de lucidez, pero de los demás no tengo un recuerdo que me llame, que me atraiga. Quizá a la vieja no pude perdonarle que agrediera tanto al viejo, y al viejo no pude perdonarle su flojera. Y con Isabel, bueno, con mi hermanita nunca tuvimos nada en común, salvo el apellido. Lo cierto es que, con razón o sin ella, uno puede hallar en sí mismo una cierta capacidad para ser cruel. Mi crueldad, por ejemplo, eligió el recurso de poner distancias, tal vez porque yo misma me sentía al margen de todo.

Cuando por fin recuperé mi lugar en el mundo, cuan-

do volví a ser Rita, decidí romper con mis socios dolientes, con aquel entorno de perturbación. Para ello era imprescindible alejarme físicamente, geográficamente. Me vine a Argentina. De a poco me fui enterando de la muerte de los viejos; de cómo mi hermana llegó a colaborar con los milicos; de tus años en cana, de la muerte del tío. Te confieso que entonces no fui a Montevideo, sencillamente porque tuve miedo. La droga me había dejado débil, deteriorada. Me costó mucho reponerme, liberarme. Mis pocas fuerzas las había gastado precisamente en desprenderme de ese lastre. Ahora podés estar tranquilo. Nunca más. Pero entonces no tenía el ánimo suficiente para correr riesgos, y sobre todo tenía pánico de que me detuvieran, no por motivos políticos sino con el pretexto de mi narcopasado. Tenía terror a que se ensañaran con mi cuerpo convaleciente. Y así me fui quedando.

¿Te cuento? Me hice fotógrafa y, aunque te asombres, no lo hago mal. Trabajo como *free-lance*, sobre todo en conexión con publicidad. Después de todo, me descubrí una vocación que ignoraba. Disfruto con lo que enfoco, con lo que va apareciendo en el visor, con las imágenes que elijo, ya sea al azar o con premeditación, y en definitiva con los resultados que consigo. Y parece que mi trabajo tiene cierta originalidad, porque me llaman de aquí y de allá. Siempre les pido que no me asignen un plan inamovible sino que me permitan cierta flexibilidad, así puedo inventar un poco, que es lo que me gusta. Comprendo que mirar siempre en el cuadradito del visor es también una forma de ignorar el resto del panorama. Pero la verdad es que ese panorama, con la insoportable soberbia castrense otra vez en alza, me deprime bastante. Con todo, te diré que logré unas tomas excelentes de las madres de Plaza de Mayo, con rostros individuales y colectivos que son toda una historia. Naturalmente, éstas no son fotos para vender, ya que las Madres incomodan a quienes cada día inventan nuevas concesiones, nuevas aflojadas. No, éstas son fotos para mí, ilustraciones que

acompañarán mi historia personal. A veces pienso: si a mí me hubieran desaparecido, ¿habría salido mi vieja a la calle enarbolando mi foto? ¿Vos qué pensás? ¿Te hiciste alguna vez esa pregunta? Ahora no estoy sola. Creo que sola no habría podido recuperarme. Estoy con Marcos.

¿Te cuento? Le llevo dos años pero es mucho más maduro que yo. ¿Sabés de qué se ocupa? Rock. Te confieso que no soy una entusiasta, en todo caso cuando tocan algo que me gusta trato de estar lejos, ya que de cerca el volumen altísimo me marea. Una vez me desmayé y en otra ocasión me puse a vomitar. Prefiero escucharlo en casa, en el casetero, porque ahí soy yo la que decide el volumen. Tengo la impresión de que hay que ser muy joven para no desmayarse con esos decibelios. Cuando nosotros vinimos al mundo, nos mandaron con orejas (o con oídos, bah) aptos para escuchar a Gardel, a Vivaldi, a Bessie Smith, a Smetana, a Gershwin, a lo sumo a los Beatles, y por eso no nos sirven para disfrutar de estos escandalosos. A veces voy a tirarles algunas fotos en pleno recital, voy porque Marcos me lo pide, pero me pongo tapones para evitar el vahído, y así y todo a veces me siento al borde del colapso. Sin embargo ya ves, nos entendemos bien Marcos y yo cuando no hay ruido, y no sólo en la cama, también en la vida cotidiana. Resumiendo: es un buen tipo, me ha hecho bien. No sabría decirte si estoy lo que se dice enamorada, pero tenemos una buena relación, y eso no es poco, ¿verdad?

¿Te sigo contando? Por una gente también rockera que vino de Montevideo supe que te habías ido a México y entonces sí me entró la ansiedad por reencontrarte. Creo que sos lo único que rescato del pasado. Los méritos restantes son para el presente y para el futuro. ¿Sabés que me he vuelto optimista? Increíble, ¿verdad? Pero es así. Si nos encontramos algún día (ojalá) verás que esta Rita tiene poco que ver con la que de alguna manera despediste en el Mercado del Puerto. El mes pasado cumplí 36 años. Te imaginarás todas las cosas que tengo para re-

procharme. Eso me angustiaba. Así que una noche me instalé frente a una hoja en blanco y empecé a anotar justamente eso: todo lo que me reprochaba. Te aseguro que la nómina fue sincera y nutrida: una autocrítica rigurosa, intransigente. La leí varias veces y, claro, acabé llorando. La pucha. Mis siete pecados capitales eran como veinticuatro. Entonces me levanté, fui al baño, me enfrenté al espejo y pregunté: “¿Sos recuperable?”. Para mi sorpresa, vi que aquella cabeza mísera y desgredada asentía. Y me convenció. Así que, ya ves, soy recuperable, ya tragué mis culpas. Por eso te escribo, para que lo sepas. Me atrevo a pensar que la noticia te caerá bien. Si es que no has cambiado demasiado. Si tenés los mismos ojos claros y confiables que yo recuerdo.

¿Y vos? Contame de vos. Sé que antes de caer en cana te habías casado, y también sé lo que pasó después. Todo. Pero hoy, en México, ¿qué hacés además de traducir novelas policíacas? ¿Estás solo? ¿Tenés mujer, hijos, amigos? ¿Pensás volver, ahora que los milicos reposan en sus cuarteles de invierno? ¿Qué pasará cuando lleguen los cuarteles de primavera? Contame de tus proyectos. Hermanito, tenemos que descubrirnos, que reencontrarnos. Después de todo, vos y yo somos la familia que nos queda, ¿no?

SIESTA

Nicolás siempre había sabido los datos verdaderos de aquel personaje singular, pero el nombre de guerra era Gabriel y así había que nombrarlo. Alguna vez (de eso hacía ya un par de años) habían hablado largamente y sus diferencias de criterio habían quedado en claro. Definitivamente, Nicolás no creía en las posibilidades de la lucha armada, y Gabriel, en cambio, había decidido jugarse la vida en ese rumbo. De todas maneras, ya desde aquella lejana ocasión, a Nicolás le había asombrado la profundidad de su análisis, la lucidez pragmática y la capacidad de comprender al prójimo, que se escondían tras la apariencia rústica, los gestos elementales y la verba apenas murmurada de aquel hombre, ya cuarentón, que le exponía sus razones sin la menor esperanza de vencerlo.

Cada dos o tres meses se encontraban en sitios inesperados (siempre propuestos por Gabriel), en apariencia los menos adecuados para alguien que andaba clandestino. Pero Gabriel fundamentaba esa actitud: jamás estarás tan oculto como en medio de la multitud. En uno de esos encuentros, se atrevió a decir: Ya sé lo que pensás y también sé que no vas a cambiar, pero sólo quiero preguntarte si estarías dispuesto a ayudarnos, haciendo algunas cositas que, por razones obvias, vos podés hacer y nosotros no. Si no te parece bien, te aseguro que nada va a cambiar entre nosotros. Amigos como siempre. Nicolás pidió veinticuatro horas para pensarlo, y luego de pedir datos adicionales, respondió afirmativamente.

En razón de su trabajo, que tenía que ver sobre todo con transacciones comerciales con el exterior, Nicolás viajaba con frecuencia a Europa, a los Estados Unidos, a países del Tercer Mundo. Lo que le pedía Gabriel era

que, en algunas de esas salidas, llevara, convenientemente camuflados, mensajes o documentos o pasaportes en blanco, que debía entregar a determinados contactos, o a veces simplemente despachar en un correo específico. El riesgo estaba realmente en la salida, pero la corriente actividad de Nicolás, con sus normales y regulares salidas de Carrasco, lo situaba más allá del bien y del mal.

Para la entrega de aquellos encargos, Gabriel había diseñado otra táctica, cambiando la muchedumbre por la siesta. Sostenía que en el verano todo el país dormía su siesta, incluidos tiras y policías varios. De modo que citaba a Nicolás en cafés de barrio, que a esa hora tenían escasos parroquianos. Ellos pedían un cortado y un *chop*, siempre lo mismo, como si se tratara de piezas de un ritual, conversaban un rato para no llamar la atención, pero ya no discutían de variantes o contradicciones ideológicas, sino de fútbol o cine o de mujeres. Y cuando el mozo volvía a la barra y les daba la espalda, Gabriel deslizaba el paquetito, que Nicolás metía en su portafolio. Y en medio de un comentario, por ejemplo, sobre la Copa Libertadores, Gabriel musitaba: son pañuelos o es turrón o son caramelos.

Nicolás había ido entregando regularmente los paquetitos en París, en Amsterdam, en México, en Bombay, en Lima. Casi siempre acudían receptores que estaban tensos y miraban sin disimulo a diestra y siniestra, como alimañas perseguidas por los dueños del bosque. Casi nunca hablaba con ellos, en primer término porque no habría sabido de qué, y en segundo, porque ellos desaparecían casi de inmediato, tras un saludo sumárisimo o tajante.

Esa vez Gabriel había hecho que lo citaran en un cafecito de la calle Marmarajá, a las tres de la tarde. La norma obligatoria de esos encuentros era la más estricta puntualidad, así que a Nicolás, cuando se iba acercando, no le sorprendió que, con absoluta simetría, Gabriel viniera, pero en sentido contrario, por la misma calle. Lle-

garon casi juntos a la puerta del café. Miraron hacia adentro y el espectáculo los dejó estupefactos. Había sólo dos clientes, cada uno en una mesa distinta, pero ambos dormidos y con la boca abierta. Lo más asombroso, sin embargo, estaba en el mostrador. Un hombre fornido, que tenía todo el aspecto de ser el dueño, se había reclinado junto a la caja (por si las moscas) y, con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados, también dormía y de vez en cuando emitía un discreto resoplido. Todo era allí paz y bochorno. Sólo unas moscas revoloteaban alrededor de una fuente con croasanes. Gabriel sonrió, divertido, y apenas murmuró: Sería un crimen despertarlos, ¿no te parece? Nicolás asintió con la cabeza. El otro le pasó un sobre. Es una colección de postales. Luego le dio una palmada en el hombro, dijo chau y se fue caminando despacio en dirección contraria a Agraciada. Nicolás también se fue por donde había venido, pero al cabo de unos metros se dio vuelta y miró hacia atrás. Gabriel, que ya estaba en la otra esquina, levantó un brazo, a modo de saludo pero sin volver la cabeza, y siguió su camino. Para Nicolás fue la última imagen de Gabriel.

Dos días después abrió el diario y se encontró con el rostro, estático, sin vida. Lo habían seguido hasta un café de 8 de Octubre, lo esperaron a la salida, le dieron la voz de alto (eso al menos decía la crónica), él había sacado el arma con rapidez, no tanta sin embargo como para evitar que lo acribillaran.

Cuando, quince días después, Nicolás entregaba la colección de postales en el aeropuerto de Frankfurt, la muachacha de vaqueros y campera verde, que vino a recibirlo, dijo gracias y se echó a llorar.

COMPAÑERO DE OLVIDO

a Juan Gelman

Un jour passera la camaraderie inerte de l'oubli

RENÉ CHAR

*Compañero remoto en tu fe de madera
alerta en la querella que no se desvanece
transcurre por los sueños y el incierto futuro
sin parpadear ni vernos / custodio de la noche*

*hacedores de inviernos y socorros mendigos
legatarios de brumas y expiaciones
se borran y te borran del próximo presagio
dictándote el olvido y olvidándote*

*de poco y nada sirven los residuos
de las dulzuras o de las borrascas
pero aun si proteges tu dolor bajo llave
igual han de llegarte mi alarma y mi consuelo*

*compañero de olvido / en el olvido
estamos recordándonos sabiéndonos
solidarios sin nombre / solitarios
de a uno o en montón pero insepultos*

*compañero de olvido / no te olvido
tus tormentos asoman en mis sienas blancuzcas
el mundo cambia pero no mi mano
ni aunque dios nos olvide / olvidaremos*

LLAMARÉ A MAURICIO

Aliiiiirio. Aliiiiirio Bengoa. Demasiado clamor para ser escuchado a las siete y media de la mañana. Pero allí está el hombre, agitando los brazos desde la vereda de enfrente y gritando Aliiiiirio, mientras los autobuses y los camiones pasan entre él y yo. Y yo, que efectivamente soy Alirio Bengoa, no consigo enterarme de quién es el gritón.

Cuando el semáforo se pone rojo, el tipo cruza corriendo entre un auto y un camión que han frenado, y antes de que yo intente el menor ademán de esquivar o de defensa, me aprisiona en un abrazo que no deja lugar a dudas, ni tampoco espacio para respirar.

Sólo entonces lo reconozco, no precisamente por su voz o el estilo de su efusión, sino por el fogoso aliento que me da justo en la oreja. Es Mauricio, claro. Mauricio Lemos. Por lo menos quince años sin vernos. En su aspecto actual viene a ser como un tío gordo de aquel Flaco Mauricio que trabajaba en el Banco.

Exige que tomemos un café, un cortado, una cerveza, cualquier cosa con tal de que yo no me escape. Son quince años, viejo, y vos estás igualito, alguna canita aislada y nada más, cómo hacés para mantenerte así, porque vos tenés como cuarenta y pico, ¿no? Y siete. Ya lo decía yo, ya lo decía, y sin embargo nadie te da más de cuarenta y seis. Se ríe con gran estrépito, porque está convencido, como siempre, de que su chiste es campeón.

Yo sonrío, solidario o idiota, no sé bien. Y claro, vamos al café. Hago un gran esfuerzo por recordar el nombre de su mujer. ¿Y Maruja? Olvidada, che, olvidada, después vino Carlota. ¿Y qué tal? Olvidada, che, olvidada; ahora estoy con Sandra. ¿Olvidada? Estás loco, Sandra es una joyita, no chafalonía como las otras,

Sandra es oro macizo. Hago un gesto ambiguo, inmotivado, busco el pañuelo en el bolsillo trasero y limpio minuciosamente los lentes, que por supuesto no estaban empañados. En realidad no sé qué hacer, qué decir, qué esperar de este Mauricio que lo recuerda todo. Entre risas y muecas enumera mis éxitos, mis fracasos, mis amores, mis inquinas, todo lo sabe, incluso cosas de las que ya no me acuerdo.

Así que estuviste exiliado, ¿dónde? No me digas que se te escapó ese dato fundamental. Bueno, sé que estuviste en México, Francia, España. Bueno, te falta Holanda. Tenés razón, me falta Holanda. Le pregunto por su salud, de algo hay que hablar. No sólo me falta Holanda, también me falta medio estómago. Y se ríe con ganas. Un tumor, un asunto feo, pero ya ves, sobrevivo, y aquí estoy, no sé por cuánto.

De pronto su euforia se diluye. Sus mejillas, tan rozagantes, se agrisan. Estoy jodido, Alirio, me queda poco. Su sollozo no es estridente. Tampoco ahora sé qué hacer. Lo último que esperaba era descubrir que este macizo, este reidero, este radiante, estuviera condenado. Adquiere un tono natural y austero para pedirme disculpas, no se lo digo a nadie, nunca me gustó el papel de víctima, pero vos siempre me inspiraste confianza y si no lo digo a nadie (porque ni Sandra está enterada) me asfixio, es mucha noticia, sabés, para gastarla a solas.

Apoyo mi mano sobre su brazo, no se me ocurre otra cosa, no encuentro nada que decirle, en materia de comunicación soy un fracaso. De pronto se levanta, me deja una tarjetita con su dirección y su teléfono, dice chau Alirio, fue bueno encontrarte, y se va tal como vino, corriendo entre los autos y los camiones.

Después de todo, hace sólo dos meses que regresé, tras doce años de distancias. La ciudad es y no es la misma. Las mismas baldosas flojas de la vereda, el mismo sol que se filtra por entre las hojas de los plátanos, la misma hermosura frugal/frutal de las muchachas mañaneras, las mismas galerías de fulgor devaluado. Pero hay

también un deslustre, un deterioro, que son nuevos. Hay una sombra en las miradas, una fatiga en los pasos, una lejanía entre prójimo y prójimo, que son otras, distintas de las que empezaban a vislumbrarse quince años atrás.

En cada esquina, en cada quiosco, hay un notorio despliegue de diarios, semanarios, revistas. La gente se detiene a leer los titulares, pero son pocos los que compran. Evidentemente, para enterarse de las noticias está la radio, que es gratis, y además un diario cuesta más que un litro de leche.

Hola, don Alirio, me saluda el diariero de quien fui cliente durante casi diez años. Cuándo volvió. Le recito la ficha que he memorizado para responder a la pregunta de siempre. Usted que sabe, usted que ha viajado, dígame si por esos pagos la cosa está tan jodida como aquí. Está también, pero es otra manera de estar jodido, hay una miseria del consumismo. Qué suerte, ¿no? Gente que sabe me ha dicho, don Alirio, que la miseria del consumismo es una maravilla. No es una maravilla, qué va a ser, pero cómo explicárselo. Le compro un diario como pretexto para decirle chau.

Y sigo solo, nadando entre la muchedumbre que está llegando pero atrasada. Pasan los portafolios, los bolsos, los pantalones remendados, los zapatos sin medias, las polleras del año pasado. Pasan los ojos irritados, los labios mal pintados, las calvicies precoces, las manos que se abren y cierran como monologando.

Ayer pregunté por tres amigos de los años sesenta. Dos murieron. Uno en un accidente; otro se roció con nafta y se prendió fuego. El sobreviviente se incineró de otra manera. Colaboró con los milicos, hizo pingües negocios, hoy tiene bruto piso en Bulevar, un lujoso rancho en la Barra de Maldonado, y además se casó con la hija segunda de un barraquero de primera. Cuando el gobierno hace alarde de un PNB de más de tres mil dólares *per capita*, él aprueba en silencio con su *capita* propia.

Y bien, soy de aquí. Ojo, no lo afirmo, más bien me lo pregunto. ¿Soy de aquí? Después del trago amargo de la

identidad, un té de boldo por favor. En doce años olvidé detalles, esquinas, apellidos, direcciones, teléfonos, anécdotas. Contemporáneamente construí vínculos, paisajes, imágenes, sonidos, abrazos, lealtades. Tengo nostalgia de los lugares donde sentí nostalgia. Y sin embargo creo, casi estoy seguro, de que soy de aquí.

Si rengueo es por algo que también es mi culpa. Cada pozo es mi pozo. Esa descomunal basura de Mercedes y Florida es también mi basura, mi detritus, mis escombros. Tengo mi cuota en las desavenencias, en los pequeños y grandes odios, en los puentes derribados, en las cerrazones del corazón, en los murmuradores solitarios, en las mezquindades a flor de piel.

Mi extrañeza, mi incomunicación, no constituyen en realidad mucha noticia (como la tan terrible de Mauricio) sino poca, poquísima noticia, pero de todos modos no estoy dispuesto a gastarla a solas. Mañana sin falta llamaré a Mauricio.

LEJANOS, PEQUEÑÍSIMOS

“¿Y eso por qué?”, preguntó Montse en su tercera sesión de café montevideano.

“Sencillamente porque la dictadura nos dejó una herencia de mezquindad”, respondió Jorge, “un legado de resentimientos, envidias, frustraciones, pequeños rencores. Hoy, hasta la solidaridad se nos empieza a escurrir entre los dedos”.

“¿Y eso por qué?”, insistió Montse.

“Bueno, veníamos de aletargados desengaños, de derrotas injustas pero irreversibles, y estábamos convencidos de que en nosotros ya no había lugar para la expectativa sino tan sólo para la expiación. Y sin embargo, cuando sobrevino el borroso amanecer político, todavía con espesos nubarrones y sin fantasías, comprobamos que, pese a todo, en nosotros quedaban expectativas (todavía no sé cómo habíamos podido conservarlas) y así, poquito a poco, la costra del desánimo se nos fue cayendo, recuperamos la vocación de hacer proyectos, de imaginar un después y no limitarnos a las veinticuatro horas de la palpable jornada, de hacer creíble una alternativa (quizá distinta para cada uno), de figurarnos otra convivencia, de despojarnos de una ansiedad casi profesional y divagar acerca de un futuro que no se pareciera demasiado a un pasado entrevisto y entreoído en el ámbito clandestino y familiar, o semiolvidado en la competitiva faena por el sustento. Y entonces, un día cualquiera, aquella vislumbre se fue concretando, fue dejando de ser un espejismo. La moderada expectativa se tiñó de euforia, olvidó las garantías de la sensatez y la perseverancia; especuló con que el cambio estaba hecho, la recuperación sería automática, y sobre todo que se haría justicia.”

“Perdón”, interrumpió Montse, “¿pero no era un planteo demasiado ingenuo?”.

“Mirá, Montse, vos naciste en España y venís de allí y sólo te llegaron los últimos coletazos del franquismo. Para entender nuestra fase de ingenuidad, ese brote tardío de inocencia o, si querés, ese explicable fardo de bobería, tendrías que ponerte en nuestro lugar, tras casi un decenio de alertas, de zonas de silencio, de (aparentes) espirales y (verdaderos) círculos viciosos. Lo cierto es que habíamos estado enfermos de miedo y que éste no sólo era contagioso sino que además generaba desconfianza y escepticismo. Y todo lo llevábamos en nosotros mismos, aunque no se lo mencionáramos a nadie y se lo ocultáramos hasta al espejo. La unidad familiar se había deshecho, y eso, que quizá no sea tan grave en otras partes, aquí sí lo era, porque siempre fuimos muy ‘familiares’ ¿sabés? ¿Y quién no tenía un padre, una madre; un tío, un hermano, huído, oculto, emboscado o preso, pero siempre al margen, segado del afecto cotidiano, extirpado como un tumor maligno, quitado hasta del habla callejera y la comunicación telefónica porque había que manejarse con metáforas y apodos, hasta que unas y otros se gastaban y era preciso sustituirlos con nuevos tapujos que obviamente debían ser sencillos, elementales, ya que la menor extravagancia los volvía sospechosos. Tenés que situarte en esa franja oscura para entender por qué la primera claridad nos desacomodó, nos tomó de sorpresa, nos llenó de infundadas ilusiones.”

“Después de todo, los militares se retiraron”, dijo ella.

“En apariencia sí. Los presos recuperaron el mundo y todo volvía a ser nombrado. En realidad nos devolvían el permiso de nombrarlo. En los calabozos sólo quedaban los alaridos, las sombras, los delirios, las pesadillas, los fantasmas en fin. Abrazábamos los huesos de los escuálidos queridos, besábamos las cabezas rapadas y con huellas. Todavía no éramos capaces de narrarnos nuestras vidas de dentro y de fuera, y no porque hubiese custodios como antes, sino porque de pronto la memoria era

un caos, un mercado persa, un arca de Noé. Se lloraba, claro, pero era un llanto de fiesta, y los escasos prudentes que exhortaban a pensar en mañana no tenían el menor éxito, porque la gala era hoy, y después ya se vería.”

“Y se vio, naturalmente.”

“Por supuesto. Las promesas se hicieron humo. Ese humo nos irritó los ojos y empezamos a mirar, primero con desconfianza, luego con desencanto y más tarde con desesperación. Y allí fue que apareció el legado del que te hablaba: la herencia de mezquindad. Cuando te clausuran el rumbo de la ecuanimidad, cuando da lo mismo ser reo que inocente, y la víctima inicia su trámite de pasaporte o de jubilación codo a codo con su verdugo, algo se quiebra en la comunidad, algo se infecta en la relación con el prójimo.”

“A veces”, sugirió Montse, “la venganza puede ser un aliciente. En España, después de la guerra civil, hubo miles de derrotados que se aferraron a la idea de la revancha; casi te diría que sobrevivieron gracias a ese rencor inextinguible. Es claro, a lo largo de cuarenta años de franquismo, casi todos fueron muriendo en el exilio, con el rencor intacto”.

“Pero no, mujer. No se trata de venganza. Si el sentimiento prioritario fuera ése, ya se habría concretado en hechos (después de todo, no es tan difícil). No se trata de venganza ni de ajuste de cuentas ni de ley del talión. Se trata de no quedar inermes ante el odio demencial, sólo eso. Y si no tenés esa seguridad, si la justicia, obligada por las pobres circunstancias, te quita su respaldo y caés de culo, eso viene a ser algo como un fraude moral. Ya sé que la palabra ‘moral’ no está de moda, pero ¿de qué otra manera vas a llamarlo? Es un fraude moral, y cuando te sentís moralmente trampeado, es entonces cuando empezás a volverte mezquino.”

“Si es así”, dijo Montse, “hay que inventar una vacuna contra la mezquindad”.

“No es mala idea”, murmuró Jorge, resignándose por primera vez a sonreír.

Pero ya empezaban a llegar los otros. Todos fueron besando puntual y ordenadamente a Montse (exclusiva turista europea en varios meses a la redonda) y luego, como siempre, arrimaron otra mesa y varias sillas.

Hablaron atropelladamente de otras cosas, más frívolas pero menos conflictivas. Montse pidió asesoramiento sobre prendas de lana, ceniceros de cuarzo y otros *souvenirs* posibles. Nancy y Mónica se ofrecieron a acompañarla en las tiendas y a aleccionarla en el regateo. Montse elogió el sol montevideano (“nunca había visto un otoño tan luminoso”), la amabilidad de la gente y el churrasco, sobre todo el churrasco.

Cuando al cabo de dos horas el grupo se desgranó, Jorge y Montse salieron juntos del café.

“Quiero mostrarte la costa”, dijo Jorge, “es lo mejor que tenemos”.

Hizo cálculos mentales sobre el contante de su billetera y el sonante de su bolsillo, y ante el resultado ajustadamente satisfactorio, le hizo señas a un taxi.

En Pocitos, la rambla estaba muy concurrida, pero la arena estaba libre. De pronto Montse, sin mirar a Jorge, le tomó una mano, y así anduvieron un buen rato, esquivando a menudo las olitas que terminaban débiles junto a la resaca acumulada en la orilla.

Entonces ella dijo: “¿Y si vinieras conmigo a España? Allá lucharíamos juntos contra la mezquindad. La de aquí y la de allá”.

Jorge la miró, sorprendido, y encontró los ojos de ella, no menos asombrados. En realidad, fue como si la observara a través de unos prismáticos invertidos. La vio pequeñísima y lejana, y tuvo la impresión de que ella, a su vez, también lo estaba viendo lejano y pequeñísimo.

RUTINAS

A mediados de 1974 explotaban en Buenos Aires diez o doce bombas por noche. De distinto signo, pero explotaban. Despertarse a las dos o las tres de la madrugada con varios estruendos en cadena era casi una costumbre. Hasta los niños se hacían a esa rutina.

Un amigo porteño empezó a tomar conciencia de esa adaptación a partir de una noche en que hubo una fuerte explosión en las cercanías de su apartamento y su hijo, de apenas cinco años, se despertó sobresaltado.

“¿Qué fue eso?”, preguntó. Mi amigo lo tomó en brazos, lo acarició para tranquilizarlo, pero, conforme a sus principios educativos, le dijo la verdad: “Fue una bomba”. “¡Qué suerte!”, dijo el niño. “Yo creí que era un trueno.”

SEÍSMO

La terre nous amait un peu je me souviens

RENÉ CHAR

*Quedan las cáscaras de vida
la solidaridad de las columnas
las pausas del escombros
el pavoroso cielo gris*

*la tierra exasperada
reclama una caricia
que no la olviden
no la olviden nunca
por eso se estremece
de abandono*

*tan sólo si la aman
si la amamos
volverá a concedernos
el perdón del silencio
el amor de la calma*

LOS TRES

14 de julio de 1989

*El cadalso y carlota corday los alinearon
en la habitual arruga de la historia
pero danton robespierre marat
no se miran ni se dirigen la palabra*

*la muerte esa inasible
que fuera su cofrade y su enemiga
los recorre con dulce escalofrío
en tanto que la fama los satura
de himnos desafueros y retórica*

*matarifes o mártires
pródigos o inclementes
jacobinos o nada
entrañables o impíos
bonne nouvelle o fetiches
patronos de la luz o del terror*

*blandieron la justicia como fiebre
el amor cual relámpago
la excepción como regla
y la revolución ese eterno entrevero
como última acrobacia inevitable*

*no obstante hace dos siglos
bregaron deliraron murieron con urgencia
no sin antes mostrar al resto de los tiempos
lo frágiles que eran la cerviz los poderes
y sin embargo esos*

*huéspedes o anfitriones del peligro
marat danton y robespierre
no se hablaban ni se miraban o al menos
no se hablaron ni se miraron hasta
que de las nuevas arrugas de la historia
emergieron artigas y martí y sandino
y el che y otros abuelos
y bisabuelos cándidos*

*y al abrazarlos sin hacer distingos
de a poquito los fueron persuadiendo
de que todos lucharon por el hombre
el pobrecito duende de este mundo*

MILES DE OJOS

Sólo una cosa no hay. Es el olvido.

JORGE LUIS BORGES

Desde temprano habían menudeado las llamadas de felicitación. Para el ex torturador (todavía no se sentía cómodo con esa partícula: ex) ya no había peligro. La tan cuestionada ley de amnistía ahora tenía el aval del voto popular. A las felicitaciones él había respondido con risas, con murmullos de aprobación, con entusiasmo, sin escrúpulos. Sin embargo no se sentía eufórico. Desayunó a solas, como siempre. A pesar de sus cuarenta, se mantenía soltero. Estaba Eugenia, claro, pero en una zona siempre provisional. Recogió los diarios que habían deslizado bajo la puerta, pero se saltó precisamente aquellas páginas, aparatosamente tituladas, que analizaban la ahora confirmada amnistía. Sólo se detuvo en Internacionales y en Deportes. Luego se dedicó a regar las plantas y el césped del fondo. La recomendación oficial decía que, hasta nuevo aviso, era imprescindible ahorrar agua corriente y prohibía especialmente el riego de jardines. Pero él gozaba de amnistía. Todo le estaba permitido. Si le habían perdonado torturas, violaciones y muertes, no lo iban a condenar por un gasto excesivo de agua. Democracia es democracia. El agua salía con fuerza tal que algunos tallitos, los más débiles, se inclinaban e incluso hubo uno que se quebró. Lo apartó con el pie. Así estuvo dos horas. Regaba y volvía a regar, dos o tres veces las mismas plantas, que ya no agradecían la lluvia. Cuando sintió en los pies el frío de las zapatillas húmedas, cerró por fin la canilla, entró en la casa y se vistió informal-

mente para ir al supermercado. Una vez allí, hizo un buen surtido de bebidas y comestibles hasta llenar prácticamente el carrito y se puso en la cola de la Caja. Un signo de igualdad y fraternidad, pensó: aunque estaba amnistiado, de todos modos se resignaba a hacer la cola. De pronto sintió que una mano fuerte le tomaba el brazo y experimentó una corriente eléctrica. ¿Como una picaña? No. Simplemente una corriente eléctrica. Se dio vuelta con rapidez y con cierta violencia y se encontró con un vecino de rostro amable, un poco sorprendido por la reacción que había provocado. Disculpe, dijo el señor, sólo quería avisarle que se le cayó la billetera. Él sintió que las mejillas le ardían. Emitió un breve tartamudeo de excusas y agradecimiento y recogió la billetera. Precisamente en ese momento había llegado su turno, así que fue colocando sus compras frente a la cajera, pagó, y metió todo en la bolsa que había traído a esos efectos. Cuando abandonaba el supermercado, oyó que alguien le decía, al pasar, enhorabuena, nadie hizo comentario alguno pero él comprobó que uno de los clientes, un bancario que pasaba a diario frente a su casa haciendo *jogging*, levantaba inequívocamente las cejas. Pensó en los perros de caza, cuando, al detectar la proximidad de la presa, levantan las orejas. ¿Él sería la presa? Boludeces, muchacho, boludeces. Estoy amnistiado. Un hombre sin deudas con la sociedad. Todo lo hice por obediencia debida (con alguna yapa, como es natural), mi conciencia y yo estamos en paz. Ya en la casa, fue vaciando la bolsa, metió en la heladera lo que correspondía, y lo demás en la despensita, sin mayor orden. Mañana, cuando viniera Antonia a hacer la limpieza, sabría a qué estante pertenecía cada cosa. Encendió la radio pero sólo había rock, así que la apagó y se quedó un buen rato contemplando el techo y sus crecientes manchas de humedad. Llamar al constructor, anotó mentalmente. Después fue al dormitorio, se desnudó, se duchó, se vistió de nuevo pero con ropa de salir, fue al garaje, encendió el motor del Peugeot, pensó hacer todo el camino por la

Rambla pero mejor no, siempre es más seguro por Bulevar España y Maldonado. Qué tontería. ¿Más seguro? Vamos, vamos, si estoy amnistiado. Y rumbeó hacia la Rambla. No había muchos coches. A la altura del puertito del Buceo, lo pasó un Mercedes, que de pronto frenó. El conductor le hizo señas para que se detuviera. Él vaciló. Sólo por una décima de segundo. El corazón le golpeaba con fuerza. La Rambla jamás es segura. Fue sólo un instante, pero en ese destello calculó que, si bien había suficiente distancia como para esquivar al otro coche y huir, el motor del otro era mucho más potente y le daría alcance sin problemas. De modo que se resignó y frenó junto al Mercedes. El otro asomó una cara sonriente. Lleva la valija abierta, amigo, ¿no se había dado cuenta? No, no se había dado cuenta, así que dijo gracias, ha sido muy amable, y se bajó para cerrar la valija. Sin embargo, la valija no estaba abierta. Todo él se llenó de sospecha y prevención, pero el Mercedes ya había arrancado y se había perdido tras la curva. Miró hacia atrás, hacia el costado, hacia adelante. No había otros coches a la vista. ¿Podría ser que la valija se cerrara sola? ¿Por qué no? Boludeces, muchacho, boludeces. Pero cuando volvió a empuñar el volante, dejó abierta la gaveta donde estaba el revólver y por supuesto no siguió por la Rambla. Cuando llegó al Centro, y a pesar de que en esa cuadra había dos sitios libres, no se arriesgó a dejar el coche en la calle y lo llevó a una playa de estacionamiento. Recordó que debía comprarse una camisa. Entró en una tienda y le dijo al vendedor que la quería blanca, de mangas largas, para vestir. ¿Es para usted? Sí, es para mí. ¿La quiere con el cuello flojo o más bien apretado? ¿Cómo apretado, qué quiere decir con eso? Oh, no lo tome a mal, me parece bien que lo quiera flojo, hoy en día nadie usa una camisa que lo estrangule. Hoy en día. Naturalmente. Hoy en día nadie. Estoy amnistiado. Nadie quiere que lo estrangulen. Ya no se usa. Se llevó la camisa blanca, para vestir, de mangas largas, y de cuello flojo (39 en vez de 38, que era su número). Le

pareció carísima, pero no quería llamar la atención, así que pagó con un gesto de soberbia y a la vez de despreocupación por el dinero, y empezó a caminar por Dieciocho. Desde un auto, detenido porque el semáforo estaba en rojo, un desconocido le gritó: felicidades. ¿Quién será? Por las dudas saludó con la mano y entonces el otro le mostró la lengua. Su intención fue acercarse, pero el semáforo se había puesto verde y el auto arrancó con estruendo, entre las risotadas de sus ocupantes. Guarangos, sólo eso, se dijo. Pero por qué lo de felicidades. ¿Por la amnistía? ¿O simplemente había sido una palabra amable, destinada a servir de contraste con el gesto ofensivo que la iba a seguir? Vaya, después de todo no era la primera lengua que veía, por cierto había visto otras, más dramáticas que la de ese idiota. Cosas del pasado. Abur. Por orden del presidente, la buena gente había cerrado los ojos de la nuca. Ahora ya no iban a escribir verdugos a la cárcel, verdad y justicia, y otras sandeces. Ahora habían aprendido a decir: se le cayó la billetera, enhorabuena, amigo lleva la valija abierta, felicidades. Almorzó solo, en un restaurante donde nadie lo conocía. Sin embargo, cuando estaba en el churrasco a la pimienta, vio que desde otra mesa alguien lo saludaba, pero estaba tan lejos que su miopía no le permitió distinguir quién era. Al rato vino el mozo con una tarjetita. El nombre era del corresponsal de una agencia internacional, y había unas líneas recién escritas: Tengo sumo interés en hacerle una entrevista. Sobre la amnistía, ya se lo habrá imaginado. Le pidió al mozo que le dijera a ese señor que muchas gracias, pero que no era posible. Ya no pudo seguir comiendo a gusto. Al concluir no pidió café sino un té de boldo, pero ni así. Salió rápidamente, sin mirar al corresponsal, que se quedó en el fondo, haciendo señas en vano. Iría a lo de Eugenia, era la hora. Ella le había telefoneado bien temprano para decirle que lo esperaba con champán. Un alivio. Por lo menos aquel apartamento, que él había financiado, era tierra conocida y no devastada. Eugenia estaba vestida poco menos

que para una fiesta. Estarás tranquilo ahora, me imagino, fue la bienvenida. Sí, bastante. Pero no lo estaba y ella lo advirtió. No seas estúpido, mi amor, ese asunto se acabó, ya lo dijo el presidente, ahora hay que mirar hacia adelante. En una ocasión como ésta, y tras el brindis de rigor (por la democracia, dijo Eugenia, y soltó una carcajada), estaba más que cantado que irían a la cama. Y fueron. Durante todo el trámite, él estuvo con la cabeza en otra parte, pero así y todo pudo cumplir como un buen soldado. En un momento, ella había apretado su abrazo de forma exagerada y él sintió que se asfixiaba. Por un momento tuvo pánico, casi se mareó. ¿Será el abrazo, o el anís tendría algo? ¿Será posible? ¿Nada menos que Eugenia? Afortunadamente, todo pasó, Eugenia había aflojado el abrazo, dijo que había estado regio, él pudo respirar normalmente, y ella empezó a besarlo, como lo hacía siempre en la etapa *post coitum*, de abajo hasta arriba. De pronto él anunció que se iba. ¿Ya? Esta noche tengo una reunión y quiero estar despejado, quiero dormir un poco. ¿Es por la amnistía? No, dijo él, receloso, es por otra cosa. ¿Y dónde es? Él la miró, desconfiado. A esta altura del partido, no iba a caer en trampa tan ingenua. También podía suceder que, precisamente por ser tan ingenua, no fuese trampa. Todavía no lo sé, me avisarán esta tarde. Nublado está mi cielo, dijo ella, sí, es mejor que te vayas, a ver si mañana estás menos tenso. Estoy cansado, sólo eso. Bajó a la calle, caminó unas cuadras hasta donde había dejado el auto y antes de arrancar lo examinó con cuidado. Esta vez no tomó por la Rambla, entre otras cosas porque soplabá un viento que auguraba tormenta. Trató de ir esquivando (antigua precaución) las esquinas con semáforos, que obligaban siempre a detenerse y de hecho convertirse en blanco fijo. Cuando llegó a casa, notó con asombro que la luz de la cocina estaba encendida. ¿Y eso? ¿La habré encendido yo mismo hoy temprano, y luego, cuando me fui, como era de día, no me di cuenta? Vaya, todo estaba en orden. Quería descansar. Abrió la cama, se quitó la ropa

(siempre dormía desnudo) y tomó un somnífero suave, suficiente para descansar unas horas. Por supuesto, no tenía ninguna reunión esta noche. Experimentó un cosquilleo de satisfacción cuando advirtió que sus ojos se iban cerrando. Sólo cuando estuvo profundamente dormido, comenzó a recorrer un corredor en tinieblas, una suerte de túnel interminable, cuyas paredes eran sólo ojos, miles y miles de ojos que lo miraban, sin ningún parpadeo. Y sin perdón.

POR EL ANTES COMO ANTES

*Vení
vamos a discurrir
por el antes como antes*

*es un peregrinaje inesperado
y el turismo interior está de moda*

*la luna no es de neón
pero igual sirve
tomá nota y mirá los soldaditos
cómo eran de modestos y modosos*

*por estos andurriales
siempre nacimos poco*

*fíjate que los perros eran perros
qué extraño no teníamos bozales
fíjate que las aves eran aves
nos llovían tiernamente las alas*

*discurrir por el antes como antes
es requisito básico para los educandos*

*por remoto que quede el pasado pisado
siempre ha de restaurarnos las hazañas
despabilarnos las premuras
argumentarnos las vicisitudes*

*fíjate que no había ordenadores
éramos un desorden olímpico y mundial
y sin embargo en medio*

*de aquel relajo
todo
estaba allí
aguardándonos*

*payanas y quilombos
teorema de pitágoras
el tango cambalache
el suicidio de brum
los logaritmos
maracaná y el cielo
nuestras nupcias
graf spee en la bahía
dienbienfú ñancahuasu
hiroshima mac carthy
los crepúsculos de einstein
tan tardíos*

*fíjate que el buenazo de artigas esperaba
que alguien hiciera su reforma agraria
y de una vez por todas le dijeran
vos fuiste un artesano del decoro
fuiste un campeón de la milonga patria
vení a rescatarnos viejo lindo*

*si sos contrabandista
como sopló sarmiento
contrabandeá nomás
traenos sin pasar por las aduanas
un poco de tu orgullo*

*pero nadie lo expuso en esos términos
los que lo traicionaron
eran pundonorosos*

*espero que lo hayas comprendido
discurrir por el antes como antes*

*es un peregrinaje voluntario
un safari asequible*

podés pagarlo en cuotas

PACTO DE SANGRE

A esta altura ya nadie me nombra por mi nombre: Octavio. Todos me llaman abuelo. Incluida mi propia hija. Cuando uno tiene, como yo, ochenta y cuatro años, qué más puede pedir. No pido nada. Fui y sigo siendo orgulloso. Sin embargo, hace ya algunos años que me he acostumbrado a estar en la mecedora o en la cama. No hablo. Los demás creen que no puedo hablar, incluso el médico lo cree. Pero yo puedo hablar. Hablo por la noche, monologo, naturalmente que en voz muy baja, para que no me oigan. Hablo nada más que para asegurarme de que puedo. Total, ¿para qué? Afortunadamente, puedo ir al baño por mí mismo, sin ayuda. Esos siete pasos que me separan del lavabo o del inodoro aún puedo darlos. Ducharme no. Eso no podría hacerlo sin ayuda, pero para mi higiene general viene una vez por semana (me gustaría que fuese más frecuente, pero al parecer sale muy caro) el enfermero y me baña en la cama. No lo hace mal. Lo dejo hacer, qué más remedio. Es más cómodo y además tiene una técnica excelente. Cuando al final me pasa una toalla húmeda y fría por los testículos, siento que eso me hace bien, salvo en pleno invierno. Me hace bien, aunque, claro, ya nadie puede resucitar al muerto. A veces, cuando voy al baño, miro en el espejo mis vergüenzas y nunca mejor aplicado el término. Mis vergüenzas. Unas barbas de chivo, eso son. Pero confieso que la toalla fría del enfermero hace que me sienta mejor. Es lo más parecido al “baño vital” que me recomendó un naturista hace unos sesenta años. Era (él, no yo) un viejito, flaco y totalmente canoso, con una mirada pálida pero sabihonda y una voz neutra y sin embargo afaible. Me hizo sentar frente a él, me dio un vistazo que no duró más de un minuto, y de inmediato empezó a escribir

a máquina, una vieja Remington que parecía un tranvía. Era mi ficha de nuevo paciente. A medida que escribía, iba diciendo el texto en voz alta, probablemente para comprobar si yo pretendía refutarlo. Era increíble. Todo lo que iba diciendo era rigurosamente cierto. Dos veces sarampión, una vez rubeola y otra escarlatina, difteria, tifus, de niño hizo mucha gimnasia, menos mal porque si no hoy tendría problemas respiratorios; várices prematuras, hernia inguinal reabsorbida, buena dentadura, etcétera. Hasta ese día no me había dado cuenta de que era poseedor de tantas taras juntas. Pero gracias a aquel tipo y sus consejos, de a poco fui mejorando. Lo malo vino después, con años y más años. Años. No hay naturista ni matasanos que te los quite. Ahora que debo quedarme todo el tiempo quieto y callado (quieto, por obligación; callado, por vocación), mi diversión es recorrer mi vida, buscar y rebuscar algún detalle que creía olvidado y sin embargo estaba oculto en algún recoveco de la memoria. Con mis ojos casi siempre llorosos (no de llanto sino de vejez) veo y recorro las palmas de mis manos. Ya no conservan el recuerdo táctil de las mujeres que acaricié, pero en la mente sí las tengo, puedo recorrer sus cuerpos como quien pasa una película y detener la cámara a mi gusto para fijarme en un cuello (¿será el de Ana?) que siempre me conmovió, en unos pechos (¿serán los de Luisa?) que durante un año entero me hicieron creer en Dios, en una cintura (¿será la de Carmen?) que reclamaba mis brazos que entonces eran fuertes, en cierto pubis de musgo rubio al que yo llamaba mi vellocino de oro (¿será el de Ema?) que aparecía tanto en mis ensueños (matorral de lujuria) como en mis pesadillas (suerte de Moloch que me tragaba para siempre). Es curioso, a menudo me acuerdo de partículas de cuerpo y no de los rostros o los nombres. Sin embargo, otras veces recuerdo un nombre y no tengo idea de a qué cuerpo correspondía. ¿Dónde estarán esas mujeres? ¿Seguirán vivas? ¿Las llamarán abuelas, sólo abuelas, y no habrá nadie que las llame por sus nombres? La vejez nos sumerge en una

suerte de anonimato. En España dicen, o decían, los diarios: murió un anciano de sesenta años. Los cretinos. ¿Qué categoría reservan entonces para nosotros, octogenarios pecadores? ¿Escombros? ¿Ruinas? ¿Esperpentos? Cuando yo tenía sesenta era cualquier cosa menos un anciano. En la playa jugaba a la paleta con los amigos de mis hijos y les ganaba cómodamente. En la cama, si la interlocutora cumplía dignamente su parte en el diálogo corporal, yo cumplía cabalmente con la mía. En el trabajo no diré que era el primero pero sí que integraba el pelotón. Supe divertirme, eso sí, sin agraviar a Teresa. He ahí un nombre que recuerdo junto a su cuerpo. Claro que es el de mi mujer. Estuvimos tantas veces juntos, en el dolor pero sobre todo en el placer. Ella, mientras pudo, supo cómo hacerlo. Puede ser que se imaginara que yo tenía mis cosas por ahí, pero jamás me hizo una escena de celos, esas porquerías que corroen la convivencia. Como contrapartida, cuidé siempre de no agraviarla, de no avergonzarla, de no dejarla en ridículo (primera obligación de un buen marido), porque eso sí es algo que no se perdona. La quise bien, claro que con un amor distinto. Era de alguna manera mi complemento, y también el colchón de mis broncas. Suficiente. Le hice tres varones y una hembra. Suficiente. El ataque de asma que se la llevó fue el prólogo de mi infarto. Sesenta y ocho tenía, y yo setenta. O sea que hace catorce años. No son tantos. Ahí empezó mi marea baja. Y sigue. ¿Con quién voy a hablar? Me consta que para mi hija y para mi yerno soy un peso muerto. No diré que no me quieren, pero tal vez sea de la manera como se puede querer a un mueble de anticuario o a un reloj de cuco o (en estos tiempos) a un horno de microondas. No digo que eso sea injusto. Sólo quiero que me dejen pensar. Viene mi hija por la mañana temprano y no me dice qué tal papá sino qué tal abuelo, como si no proviniera de mi prehistórico espermatozoide. Viene mi yerno al mediodía y dice qué tal abuelo. En él no es una errata sino una muestra de afecto, que aprecio como corresponde, ya que él procede de otro esper-

matozoide, italiano tal vez, puesto que se llama Aldo Cagnoli. Qué bien, me acordé del nombre completo. A una y a otro les respondo siempre con una sonrisa, un cabeceo conformista y una mirada, lacrimosa como de costumbre, pero inteligente. Esto me lo estoy diciendo a mí mismo, de modo que no es vanidad ni presunción ni coquetería senil, algo que hoy se lleva mucho. Digo inteligente, sencillamente porque es así. También tengo la impresión de que ellos agradecen al Señor que yo no pueda hablar (eso se creen). Imagino que se imaginan: cuánta cháchara de viejo nos estamos ahorrando. Y sin embargo, bien que se lo pierden. Porque sé que podría narrarles cosas interesantes, recuerdos que son historia. Qué saben ellos de las dos guerras mundiales, de los primeros Ford a bigote, de los olímpicos de Colombes, de la muerte de Batlle y Ordóñez, de la despedida a Rodó cuando se fue a Italia, de los festejos cuando el Centenario. Como esto lo converso sólo conmigo, no tengo por qué respetar el orden cronológico, menos mal. Qué saben, ¿eh? Sólo una noticia, o una nota al pie de página, o una mención en la perorata de un político. Nada más. Pero el ambiente, la gente en las calles, la tristeza o el regocijo en los rostros, el sol o la lluvia sobre las multitudes, el techo de paraguas en la Plaza Cagancha cuando Uruguay le ganó tres a dos a Italia en las semifinales de Amsterdam y el relato del partido no venía como ahora por satélite sino por telegramas (Carga uruguaya; Italia cede córner; los italianos presionan sobre la valla defendida por Mazali; Scarone tira desviado, etc.). Nada saben y se lo pierden. Cuando mi hija viene y me dice qué tal abuelo, yo debería decirle te acordarás de cuando venías a llorar en mis rodillas porque el hijo del vecino te había dicho che negrita y vos creías que era un insulto ya que te sabías blanca, y yo te explicaba que el hijo del vecino te decía eso sólo porque tenías el pelo oscuro, pero que además, de haber sido negrita, eso no habría significado nada vergonzoso porque los negros, salvo en su piel, son iguales a nosotros y pueden ser tan buenos o tan malos

como los blanquísimos. Y vos dejabas de llorar en mis rodillas (los pantalones quedaban mojados, pero yo te decía no te preocupes mijita las lágrimas no manchan) y salías de nuevo a jugar con los otros niños y al hijo del vecino lo sumías en un desconcierto vitalicio cuando le decías, con todo el desprecio de tus siete años: che blanquito. Podría recordarte eso, pero para qué. Tal vez dirías, ay abuelo con qué pavadas me venís ahora. A lo mejor no lo decías, pero no quiero arriesgarme a ese borchorno. No son pavadas, Teresita (te llamás como tu madre, se ve que la imaginación no nos sobra), yo te enseñé algunas cosas y tu madre también. Pero por qué cuando hablás de ella decís, entonces vivía mamá, y a mí en cambio me preguntás qué tal abuelo. A lo mejor, si me hubiera muerto antes que ella, hoy dirías, cuando vivía papá. La cosa es que, para bien o para mal, papá vive, no habla pero piensa, no habla pero siente.

El único que con todo derecho me dice abuelo es, por supuesto, mi nieto, que se llama Octavio como yo (al parecer, tampoco a mi hija y a mi yerno les sobraba la imaginación). Ahí está la clave. Cuando le digo Octavio. Le digo. Porque con mi nieto es con el único ser humano con el que hablo, además de conmigo mismo, claro. Esto empezó hace un año, cuando Octavio tenía siete. Una vez yo estaba con los ojos cerrados y, creyéndome solo, dije en voz no muy alta pero audible, carajo, me duele el riñón. Pero no estaba solo. Sin que yo lo advirtiera había entrado mi nieto. Pero abuelo, estás hablando, dijo con un asombro alegre que me conmovió. Le pregunté si había alguien en la casa y como dijo que no, que no había nadie, le propuse un convenio. Por un lado él mantenía el secreto de que yo podía hablar, y por otro, yo le contaría cuentos que nadie sabía. Está bien, dijo, pero tenemos que sellarlo con sangre. Salió y volvió casi enseguida con una hoja de afeitar, un frasco de alcohol y un paquete de algodón. Se las arregla muy bien y además conoce esos trámites desde que le dieron toda una serie de inyecciones con una vacuna contra la alergia. Con toda

tranquilidad me hizo un tajito minúsculo y él se hizo otro, ambos en las muñecas, suficientes como para que salieran unas gotas de sangre, luego juntamos nuestras heridas mínimas y nos abrazamos. Octavio humedeció el algodón con un poco de alcohol, lo apoyó en ambas señales secretas hasta que no salió más sangre y salió corriendo a dejar todo su instrumental en el botiquín. Desde entonces, y siempre que quedamos solos en la casa, algo que ocurre con frecuencia, él viene a que, en cumplimiento del pacto, le cuente cuentos desconocidos, inéditos. Cuando salen mi hija y mi yerno, le dicen a ver si cuidás al abuelo, y él responde que sí, con un gestito de fastidio para disimular, pero enseguida me hace un guiño cómplice, y no bien se escucha el portazo que garantiza nuestra intimidad, trae una silla, la coloca junto a mi mecedora o a mi cama y se queda a la espera de mis cuentos, que, como exigencia irrenunciable de nuestro pacto de sangre, deben ser totalmente nuevos. Y ahí viene mi problema, porque buena parte del día me la paso con los ojos cerrados, como si durmiera, pero en realidad pergeñando el próximo cuento y cuidando hasta los mínimos detalles, ya que si en un cuento anterior el zorro se había lastimado una pata en una trampa y ahora anda corriendo en busca de gallinas, Octavio de inmediato me hace notar que aún no tuvo tiempo de curarse y entonces debo improvisar una fe de erratas oral y donde dije corre debe decir renquea. Y si el viejo brujo de la montaña se había quedado calvo por el esfuerzo de azotar diariamente a los gnomos del bosque y en un cuento posterior se peinaba mirándose en la laguna, Octavio enseguida observa, pero cómo ¿no era calvo? Y ahí puedo salir un poco mejor del atolladero, ya que el brujo, por el mero hecho de ser brujo, puede, mediante un ensalmo, recuperar el pelo. Y el nieto pregunta si se da el caso de que él quede pelado, también podrá recuperar el pelo. Vos no, lo desengaño, porque no sos ni serás brujo. Y él dice que lástima y tiene un poco de razón, porque si yo hubiera sido brujo también me habría hecho crecer el pelo que

perdí sin remedio antes de los cincuenta. No soy yo el único que narra, también él me cuenta lo que ocurre en el colegio, en la calle, en la televisión, en el estadio. Es hincha de Danubio y se asombra de que yo sea de Wanderers. Trato de hacer proselitismo, pero evidentemente no hay nadie capaz de convertirlo en tráfuga. Entonces le cuento viejos partidos o jugadas célebres, como cuando Piendibeni le hizo el célebre gol al divino Zamora, o cuando el manco Castro usaba con alevosía su muñón en el área penal, o cuando el flaco García mantuvo invicta su valla (claro que los backs eran nada menos que Nazassi y Domingos da Guía) durante una rueda y media, o cuando Ghiggia hizo el gol de la victoria en el Maracaná, o cuando o cuando o cuando, y él me escucha como a un oráculo y yo pienso qué suerte que todavía puedo hablar para crear este asombro suyo y este placer mío.

La verdad es que no recuerdo cómo eran mis hijos cuando tenían la edad que hoy tiene Octavio. El mayor murió. ¿Cuánto hace que murió Simón? Fue después de lo de Teresa. Al fin y al cabo, ¿qué importa la fecha? Murió y se acabó. No tuvo hijos, creo, ¿o los habré olvidado? Nunca estoy seguro de mis lagunas, que a veces son océanos. El segundo, Braulio, sí los tuvo, pero todos están en Denver, ¿qué habrá ido a hacer allí? La verdad es que no recuerdo. A veces manda fotos, tomadas con su encantadora Polaroid, o alguna postal, con un abrazo para el Viejo. Soy yo. Él no me dice abuelo, me dice Viejo. Me cago en la diferencia. Reconozco que una vez me mandó una radio a transistores. Todavía la tengo y a veces la oigo. Pero a menudo se queda sin pilas y tendría que pedir las. Pero no pido nada. Nunca pido nada. Reconozco que soy un orgulloso de mierda, pero a esta altura no voy a reeducarme, ¿no es cierto? Total, el que me jodo soy yo, porque si la radio tuviera siempre pilas, podría escuchar alguno que otro partido, no muchos porque los locutores en general me cansan con su entusiasmo fingido y sus fallas de sintaxis. También podría escu-

char el Sodore cuando pasan música clásica, que es la única que digiero. La alegría que tuve aquella tarde en que pude escuchar el Septimino. Lo tenía en disco, hace tiempo, vaya a saber dónde está. Quizá lo de las pilas podría solucionarse, sin mengua de mi podrido orgullo, diciéndoselo a mi nieto, para que éste, en cumplimiento de nuestro pacto de sangre y guardando siempre nuestro secreto, le dijera a mi hija, mirá la radio del abuelo está sin pilas y entonces lo mandaran a la ferretería de la esquina para que me las trajera. Con eso alcanza. Yo las sé colocar, aunque a veces las pongo al revés y la radio no funciona. En alguna ocasión me ha llevado un buen cuarto de hora hallar la posición adecuada para las cuatro de 1,5 voltios, pero igual me sirve para entretenerme un poco. ¿Qué más puedo hacer? Leer, ya no puedo. Televisión, tampoco. Pero escuchar la radio o cambiarle las pilas, sí. Mi tercer hijo se llama Diego y está en Europa, enseña en Zurich, me parece, sabe alemán y todo. Tiene dos hijas que también saben alemán, pero en cambio no saben español. Qué cagada, ¿verdad? Diego es menos escritor que Braulio, y eso que su especialidad es la literatura, pero, naturalmente, la literatura suiza. Para las navidades manda también su tarjeta, en la que las niñas ponen sus saludos pero en alemán. Yo no sé alemán, apenas un poco de inglés para defenderme en correspondencia comercial, de la que yo mismo me encargaba cuando era gerente de La Mercantil del Sur, Importaciones y Exportaciones. Digamos, frasecitas como I acknowledge receipt of your kind letter, o Very truly yours, lo suficiente para que los de allá puedan contestar Dear sirs, o Gentlemen. También ese hijo menor a veces me manda algún regalito, verbigracia un llavero suizo de oro 18 quilates. En esa ocasión sonreí, como diciendo qué lindo, pero en realidad pensando qué boludo, para qué quiero yo un llavero de oro 18, si estoy aquí semipostrado.

De modo que mis contactos con el mundo se reducen a mi hija, cuando entra y me dice qué tal abuelo, a mi

yerno cuando ídem, de vez en cuando al médico, al enfermero cuando viene a lavar mis pelotas ya jubiladas, y también el resto de este cuerpo del delito. Bueno, y sobre todo, está mi nieto, que creo es lo único que me mantiene vivo. Es decir, me mantenía. Porque ayer por la mañana vino y me besó y me dijo abuelo me voy por quince días a Denver con el tío Braulio, ya que saqué buenas notas y me gané estas vacaciones. Yo no podía hablar (y no sé si hubiera podido, porque tenía un nudo en la garganta) ya que también estaban en la habitación mi hija y mi yerno y ni yo ni mi nieto íbamos a violar nuestro pacto de sangre. Así que le devolví el beso, le apreté la mano, puse un instante mi muñeca junto a la suya como testimonio de lo que ambos sabíamos, y sé que él entendió perfectamente cuánto lo iba a extrañar ya que no iba a tener a quién contarle cuentos inéditos. Y se fueron. Pero tres o cuatro horas más tarde volvió a entrar Aldo, sólo Aldo, y me dijo, mire abuelo que Octavio no se fue por quince días sino por un año y tal vez más, queremos que se eduque en los Estados Unidos, así aprende desde niño el idioma y tendrá una formación que va a servirle de mucho. Él no se lo dijo porque tampoco lo sabía. No queríamos que empezara a llorar, porque él lo quiere mucho, abuelo, siempre me lo dice, y yo sé que usted también lo quiere, ¿no es así? Se lo vamos a decir por carta, aunque mi cuñado lo va a ir preparando. Ah, y otra cosa. Cuando ya se había despedido de nosotros, volvió atrás y me dijo, dale un beso al abuelo y que sepa que estoy cumpliendo nuestro pacto. Y salió corriendo. ¿Qué pacto es ése, abuelo? Cerré los ojos por pudor, aunque como siempre lagrimeo, nadie sabe nunca cuándo son lágrimas de veras, e hice un gesto con la mano como diciendo: cosas de niños. Él se quedó tranquilo y me abandonó, me dejó a solas con mi abandono, porque ahora sí que no tengo a nadie, y tampoco a nadie con quien hablar. Me tomó de sorpresa todo esto. Pero quizá sea lo mejor. Porque ahora sí tengo ganas de morir. Como corresponde a un despojo de ochenta y cuatro

años. A mi edad no es bueno tener ganas de vivir, porque la muerte viene de todos modos y a uno lo toma de sorpresa. A mí no. Ahora tengo ganas de irme, llevándome todo ese mundo que tengo en mi cabeza y los diez o doce cuentos que ya tenía preparados para Octavio, mi nieto. No voy a suicidarme (¿con qué?), pero no hay nada más seguro que querer morir. Eso siempre lo supe. Uno muere cuando realmente quiere morir. Será mañana o pasado. No mucho más. Nadie lo sabrá. Ni el médico (¿acaso se dio cuenta alguna vez de que yo podía hablar?) ni el enfermero ni Teresita ni Aldo. Sólo se darán cuenta cuando falten cinco minutos. A lo mejor Teresita dice entonces papá, pero ya será tarde. Y yo en cambio no diré ni chau, apenas adiosito con la última mirada. No diré ni chau, para que alguna vez se entere Octavio, mi nieto, de que ni siquiera en ese instante peliagudo violé nuestro pacto de sangre. Y me iré con mis cuentos a otra parte. O a ninguna.

LA CERCANÍA DE LA NADA

*Ahora
sé que mi único destino
es la certidumbre de la vejez
la cercanía de la nada
y su belleza aterradora*

FAYAD JAMIS

*Cuando se acercan a la nada
y más aún cuando se enfrentan
al pavoroso linde de tinieblas
los poderosos no consiguen
pasar de contrabando su poder
ni la mochila azul de sus lingotes
ni el chaleco antimuerte
ni el triste semillero de sus fobias*

*pero cuando los pobres de la tierra
se acercan a la nada
los aduaneros nada les confiscan
salvo el hambre
o la sed
o el cuerpo en ruinas*

*los pobres de la tierra
pasan como si nada
pero tampoco se hagan ilusiones
ya que la nada es nada más que eso
y esa belleza sobrecogedora
que aterra a poderosos e indigentes
a todos los ignora por igual*

VENÍ PIGMALIÓN

A las diez de la mañana el Jefe de Redacción lo había llamado a su despacho y él captó de inmediato que el gesto era severo. Gilardi, voy a encargarle una nota importante, espero que no me decepcione. Como único comentario, él apretó los labios, sabedor de que eso no lo comprometía a nada. El 8 de marzo de 1971, empezó el jefe, o sea dentro de tres días, se cumple el primer aniversario de la muerte del diputado Mateo Prado, quien, como usted sabe, gozó siempre, dentro y fuera de su partido, de una justa fama de hombre probo, inteligente y honesto. Como usted también sabe, ingresó al Parlamento en representación de F, su departamento, y yo diría que en especial de Y, su ciudad natal. Tengo la intención de que el diario cubra generosamente este aniversario: habrá por lo tanto un nutrido currículum, opinarán dirigentes políticos de variada procedencia (aunque cuidadosamente elegidos), se incluirán fotografías reveladoras de sucesivos capítulos de su vida, y por supuesto habrá un editorial austeramente laudatorio, como es nuestro estilo. Y voy al grano: quiero que mañana temprano viaje usted a Y, y allí busque y encuentre a gente que conoció a Prado. Puede hacer todas las entrevistas que considere convenientes. A esta altura ya habrá advertido que lo que pretendo es un retrato plural, con muchas voces y entrañables evocaciones. Quiero un Mateo Prado fundamentalmente humano, el hombre corriente que fue en Y antes de consagrarse a la política. Eso sí, y esto no se le olvide, un retrato que sirva de complemento al homenaje. Yo sé que usted no comulga con las ideas que defendió Prado, pero también sé que usted es un buen profesional y en consecuencia sabrá esconder sus reticencias. Hay que ser generoso, Gilardi, hay que ser generoso.

Hoy es lunes; el miércoles a la tarde quiero su nota sobre mi mesa. Puede explayarse si quiere, hasta doce folios. Esta vez no se va a quejar de la falta de espacio.

El martes al mediodía el ómnibus interdepartamental depositaba a Gilardi en la plaza Independencia de Y. Como primera medida, tomó una habitación en el Hotel Imperial, se refrescó un poco y dejó allí el maletín con la muda de ropa interior, la camisa de recambio, el cepillo de dientes, el dentífrico y pocas cosas más, entre ellas la novela de Conrad que había empezado a leer durante el viaje. Cuando entregó la llave en la recepción, adoptó un aire distraído para preguntar al empleado si don Mateo Prado se había alojado alguna vez en el hotel. ¿Quién? ¿El diputado? No, no creo, tenía familiares aquí, así que se alojaría con ellos. Pero, ¿lo conoció? Qué más remedio, contestó el otro. Gilardi cruzó lentamente la plaza soleada y se instaló en el café Moderno. Cuando el mozo le trajo el cortado, él deslizó el nombre. El otro lo miró con desconfianza, como si tratara de descubrir la intención última de la pregunta. Desde que se instaló en Montevideo, el diputado venía poco por estos pagos, dijo con cautela. Ya lo sé, pero, ¿usted lo conocía de antes? Claro, quién no. Gilardi explicó que era periodista y que el diario lo había enviado a Y para recoger opiniones sobre Prado. ¿Y van a figurar los nombres? No, incluso no tiene por qué darme el suyo. Lo reclamaron de otras mesas y probablemente aprovechó la tregua para reflexionar, pero diez minutos después estaba nuevamente junto al periodista. Mire, joven, a mí no me gusta hablar de lo que no conozco, detesto repetir lo que dicen de alguien. Está bien, no lo haga, pero usted también debe tener una impresión directa, personal. Sólo de eso puedo hablar. Cuando aún vivía en Y, Prado venía casi todas las noches al café y jugaba a los dados o al *poker* con cuatro o cinco parroquianos que no siempre eran los mismos, y bueno, les hacía trampas, no todas las veces, claro, para que así ellos tomaran confianza, pero la noche en que decidía trampear, entonces los esquilmaba, ya que, naturalmen-

te, cuanto más perdían, más fuerte jugaban. ¿Y la policía toleraba el juego? Por ese lado no había problema, el comisario siempre supo darse su lugar. ¿Y los parroquianos no se daban cuenta de que él los estafaba? No, en ese entonces le tenían demasiado respeto (por el padre, ¿sabe?) como para desconfiar. Después, bastante después, se lo perdieron, pero él ya no se aparecía por aquí. ¿Y usted cómo se daba cuenta? Y bueno, son muchos años: el fullero tiene tics profesionales, gestos rutinarios pero reveladores, un particular brillo en los ojos cuando el fraude culmina.

Antes de almorzar, Gilardi entró en la farmacia. Un boticario es siempre un portavoz. Pero éste no mordió el anzuelo. El diputado era un cliente como cualquiera. Recuerdo que consumía demasiadas aspirinas. Ignoro cómo habrá combatido años después las jaquecas parlamentarias, que son las peores. En realidad, no había que alejarse mucho para encontrar un restaurante medianamente acogedor, punto de encuentro de agentes viajeros y comerciantes locales. Eligió una mesa junto a la ventana, así tenía una panorámica de la plaza, con la iglesia, el supermercado, el café Moderno, el hotel Imperial. Trató de imaginar el ambiente en que se había desenvuelto aquel Mateo anterior a la política, pero todavía le faltaban elementos. Con todo, y gracias a dos fugaces conversaciones (una en el quiosco de periódicos, otra en la librería Rodó), ahora por lo menos sabía que el padre de Mateo había sido estanciero, con excelentes campos de pastoreo. En los años cuarenta había ganado mucho dinero, pero en los cincuenta lo había perdido en varias urgentes y desastrosas excursiones a los casinos de Carrasco y Punta del Este. En 1958 se había pegado un tiro. Sólo dejó un papel con un garabato: Perdónenme, pero me conozco y sé que no podría soportar la pobreza.

Cuando Gilardi estaba todavía estudiando la carta de vinos, un individuo alto, sesentón, de traje gris, camisa blanca y corbata azul, le pidió permiso para sentarse a su mesa. Por supuesto, dijo Gilardi. El otro se presentó

como Juan Pedro Suárez. Se dieron la mano. Gilardi advirtió que la del tipo estaba húmeda, pero no con una humedad circunstancial sino poco menos que congénita. Así que van a homenajear periodísticamente al Gran Hombre, dijo, irónico, y al sonreír se le formaron nuevas arrugas en el rostro cuarteado. ¿Cómo lo sabe? Aquí todo se sabe. Dicen que somos una ciudad, pero en verdad somos un pueblo grande. ¿Y usted qué piensa del Gran Hombre? Que se murió, y basta. Llevo aquí sólo unas horas, pero tengo la impresión de que no lo querían demasiado. Bueno, no todos: eso pasa siempre con los jugadores. ¿Usted sabía que hacía trampas? Naturalmente, yo era uno de los que perdía. ¿Y por qué se dejaba timar impunemente? Tenía mis razones y no pienso decírselas. Se quedaron un rato en silencio, mirando hacia la plaza, como si el vaivén de los árboles y el idóneo afán de dos lustrabotas constituyeran un espectáculo apasionante. En este pueblo no pasan muchas cosas, dijo cansinamente Suárez, de modo que hacerse lustrar los zapatos en la plaza es una experiencia fundamental, casi diría un signo de poder. A ver, haga un esfuerzo y cuénteme algo bueno de Mateo Prado. Haré el esfuerzo. Por lo pronto, era un excelente lector. Carecía de formación universitaria, pero entre ocio y ocio se había hecho su culturita. En lejanos tiempos llegó a escribir un ensayo sobre Francisco Acuña de Figueroa, autor de dos himnos, que por cierto mereció una breve pero elogiosa reseña en la Revista Nacional, pero no reincidió, era demasiado holgazán para un esfuerzo continuado. Mientras duró el padre, vivió a costillas de don Fermín. Luego, el descalabro de éste le dejó un resentimiento oscuro. Yo diría que se convirtió en un parricida frustrado, retroactivo, pero al menos aprendió que el juego limpio y legal llevaba siempre a la bancarrota, por eso se convirtió en un fullero, pero siempre a un nivel modesto y local, ya que consideraba, con buen criterio, que defraudar a los casinos estaba fuera de su alcance. La madre murió dos años después que don Fermín, y él, que era hijo único, se

casó rápidamente con María Ester, la hija menor de Pedro Lemos, el dueño unánime del supermercado, la ferretería y el bazar, además de buenas tierras. La chica era (y es) más bien feúcha y por lo tanto difícilmente colocable, lo que explica la condescendencia de don Pedro para entregarla a un (con perdón) pelotudo como Mateo. Después de todo no hizo tan mal negocio, ya que desde que el yerno se fue a la capital y se metió en política, sus puntos ascendieron considerablemente. Y además, y no es poca cosa, le dio dos nietas. O sea, interrumpió Gilardi, que las virtudes serían, por un lado, una modesta cultura de autodidacta, y por otro, cierta capacidad para engendrar. No simplifiquemos, no sólo eso. Desde que resultó electo diputado, presentó varios proyectos favorables a Y: terminación de la carretera hasta Z, ampliación de la red telefónica, construcción de un nuevo liceo. Ninguno tuvo andamio, claro, pero él achacó el fracaso a luchas internas en su partido. Ahora explíqueme cómo, dijo Gilardi, con esa mediocre trayectoria que usted me relata, pudo Prado conseguir votos para obtener la misma banca en dos legislaturas. El dinero de don Pedro, ésa es la única explicación, mi amigo. El viejo financió toda la campaña, no sólo en Y, sino a nivel departamental. Tiene mucha plata don Pedro, y además fue sembrando seductoras promesas a nombre de Mateo y así fue conquistando a los caudillos, subcaudillos y caudillitos de la región. Todo para que su hija llegara a señora de diputado, y llegó. ¿Y cómo se comportaba Mateo cuando venía a Y? ¿Seguía jugando al *poker* en el café Moderno? De ninguna manera. La verdad es que venía muy de vez en cuando, y además, ya era representante nacional, no se le olvide. Un diputado no está para estafitas de poca monta. Cuando se enfrentaron al flan casero, Gilardi agradeció toda la información recibida y consultó al espontáneo acerca de otros posibles testimonios. Usted pregunte donde pueda, pero además anote esta dirección: calle 25 de Agosto 741. Pregunte por Leonor Rivas. No diga que yo lo mando, claro. El tal Suárez

concluyó el flan, dobló con cuidado la servilleta, se puso de pie, volvió a extender su mano pegajosa y se fue sin más, sin amagar siquiera con el pago de la doble cuenta, como si desde el comienzo hubiera estado sobreentendido que los datos proporcionados exigían esa mínima retribución. Resignado, Gilardi echó un vistazo a la plaza y comprobó que ésta ya había entrado en su sopor de siesta (hasta los lustrabotas estaban ociosos y soñolientos), tomó un café lavado y más bien asqueroso, pagó la cuenta y caminó lentamente hasta el Imperial. Quería poner en borrador sus notas mentales (en el Interior, los grabadores suelen provocar rechazo y desconfianza) y sobre todo descansar un poco. El guiso de mondongo no le había caído demasiado bien.

A las seis se duchó, se cambió de camisa y salió en busca de otras opiniones. Al pasar junto a los lustrabotas, advirtió que uno de ellos estaba desocupado y reclamó sus servicios. Cuando el segundo zapato comenzó a brillar, dejó caer el nombre de Mateo. El hombre fue parco: nunca dejaba propinas. ¿Y qué más? Nada más, señor, nunca dejaba propinas y eso para nosotros es suficiente, no necesitamos averiguar otros detalles. Evidentemente, no iba a extraerle otras revelaciones, de modo que, cuando el hombre le golpeó suavemente el zapato izquierdo para comunicarle que su labor había concluido, dejó la propina correspondiente y cruzó pausadamente la plaza, en la que cinco o seis chiquilines peloteaban frente a un arco poco menos que imaginario. Entonces vio el aviso giratorio de la peluquería y decidió entrar. Barba, ordenó amablemente, con la esperanza de recoger algún dato adicional. Pero esta vez no tuvo suerte. Cuando, después de los consabidos comentarios sobre deportes, tiempo y política, pronunció el nombre del diputado, el barbero mantuvo unos segundos la navaja en vilo y dijo con rencor y menosprecio: por favor no me nombre a ese desgraciado.

Estaba un poco desganado cuando salió de la peluquería y se dirigió a la calle 25 de Agosto, que estaba a

sólo dos cuadras de la plaza. El número 741 correspondía a una casa de una planta, con paredes blancas y persianas verdes. No había timbre sino un llamador en forma de mano. Los dos golpes sonaron opacos. Al fin la puerta se abrió y una mujer, todavía joven, inquirió: ¿Señor? Quiero hablar con la señorita Leonor Rivas, dijo Gilardi. Leonor Rivas soy yo. El anuncio lo tomó de sorpresa, ya que la había imaginado con otro aspecto. No era hermosa, pero indudablemente poseía un atractivo especial. Delgada, de ojos oscuros y vivaces, lucía (verdaderamente lo lucía) un vestidito floreado de entrecasa y unas zapatillas deportivas pero con tacos bajos. Curiosamente, el conjunto tenía un sello de elegancia. Gilardi, tras apreciar con ojo experimentado el buen torneado de las piernas, explicó el motivo de su visita (tuvo la impresión de que ella estaba al tanto), pidiéndole excusas por no haberla llamado previamente. Ella dijo con naturalidad que no importaba y lo condujo a un patio interior, donde una prodigiosa santa rita recibía las últimas franjas del sol de la tarde. Un pulido gato gris se movía silencioso entre baldosas en rombo. Venga, sentémonos aquí, a esta hora el patio es más agradable que la sala. El gato trepó silenciosamente a un pretil rugoso y allí se instaló, vigilante. Tengo entendido que usted conoció a Mateo Prado, fue la programada introducción del periodista. Sí, fui su querida, y lo fui hasta su muerte. Gilardi tragó saliva porque no esperaba una franqueza tan rápida. Puedo decirle muchas cosas de Mateo, siguió ella, pero no va a poder publicarlas. ¿Usted no quiere que se publiquen? No, yo no cuento, pero el día de su homenaje no parece la ocasión propicia para revelar su lado ilícito, su región clandestina, ¿no le parece? Sin embargo, igualmente quiero hablarle de él, sólo para que usted sepa, y además, porque con quién voy a hablar de Mateo si ya no está Mateo. A usted no lo conozco, pero no importa. Precisamente, no hablaría de esto con la gente que conozco. Leonor salió un momento en busca del café, dejando a Gilardi a solas con el gato, que desde el pretil lo seguía

mirando, interesado pero sin recelo. Debía tener preparado el café, porque regresó enseguida. Era un buen café (y se lo dijo), por cierto mucho mejor que la lavativa del restaurante (esto se lo calló). Soy todo oídos, dijo él. No se haga muchas ilusiones. No voy a revelarle ningún pasaje secreto, ningún hijo natural, ningún tesoro escondido. Simplemente, voy a hablarle de un Mateo bastante distinto del diputado Prado, habitante de la capital, y del ciudadano de Y, sobre quien ya habrá recogido probablemente opiniones varias. No muy favorables por cierto, acotó Gilardi. Ya sé, a Mateo no lo querían aquí y confieso que tenían sus razones. ¿Las trampas en el juego? Sí, claro, y otras cosas peores. Mateo tenía un lado oscuro, casi diría siniestro, que es el que ignoran en Montevideo y en cambio conocen aquí. Sin embargo, no era el único Mateo. Yo fui su querida durante doce años y puedo dar fe. ¿Por qué dice querida, preguntó Gilardi, que es una palabra ya en desuso? ¿Sabe por qué? Porque devuelvo a la palabra su significado original. Me llamo así a mí misma porque siempre me sentí querida por Mateo. No obstante, acotó Gilardi, se casó con la hija de Lemos. ¿Y eso qué tiene que ver? Es sólo un capítulo de su lado oscuro. Otra trampa, bah, igual que las del *poker*. Una forma, la más simple que encontró, de asegurarse económicamente. Al igual que su padre, Mateo no habría sido capaz de soportar la pobreza. No era un santo, como quizá usted ya se habrá dado cuenta. No obstante, aun en esa, digamos, operación conyugal, hubo algo en que cumplió lo prometido. Le hizo dos hijas a la María Ester y el viejo Lemos quedó satisfecho. Está bien, pero ahora hábleme del otro Mateo, deme la versión de su querida, en la acepción original de la palabra. ¿Sabe una cosa? Es imposible comprender a Mateo si no se llega a una condición que es la que da la clave de su carácter, y esa condición es: debilidad. Ésa es la ventaja que les llevo a los otros: siempre supe que Mateo era un hombre débil. Tal vez por eso me quería, él, que no quería casi a nadie. En nuestra relación no había tapujos. El día en que nos co-

nocimos, en un baile del Club Uruguay, me preguntó, mientras dábamos vueltas en la pista, qué pensaba de él, y yo le dije: usted es un débil, aunque probablemente ni usted mismo lo sepa. Me miró asombrado, como si hubiera escuchado una revelación, se quedó callado, y cuando terminó el tango me depositó en mi silla, me saludó con cierta frialdad y se fue del local. Sin embargo, al día siguiente me telefoneó y quiso encontrarse conmigo en el café Moderno. Yo le dije que allí no, pero que si quería podía ser en la confitería Podestá, frente al río. Cuando estuvimos allí, lo primero que me pidió fue que le explicara por qué yo creía que él era un débil. Le dije que había actitudes de ciertos individuos que eran reprobadas, generalmente con razón, por la sociedad, pero que tales actitudes podían ser el producto de un carácter fuerte, desprejuiciado, definido, incluso cruel (en rigor eso ocurría la mayoría de las veces), pero también podían ser la expresión de un carácter débil, alguien que simulaba decisión, tozudez y hasta valor, simplemente para ocultar sus carencias, su timidez y hasta su cobardía. Me preguntó si le estaba llamando cobarde y le respondí que creía que la cobardía era uno de sus ingredientes pero no el primordial. Entonces, en contra de lo que yo esperaba, me sonrió abiertamente y dijo, tuteándome: Voy a demostrarte que no carezco totalmente de valor. Se puso casi rojo antes de decirme, sin bajar la mirada: ¿Querés ser mi amante? Confieso que la palabrita me sonó tenebrosamente ambigua, pero no me puse roja, creo que más bien me puse pálida. Reflexioné unos instantes antes de contestarle: No, no quiero ser tu amante, sólo aceptaré ser tu querida. No era nada tonto, así que captó la diferencia. Apoyó su mano en la mía y así quedó sellado el pacto. No hubo besos ni otras zalemas, pero supe que aquello era de por vida. Por entonces yo ya vivía sola, en esta misma casa. Tres días después vino aquí y se quedó toda la noche. Pero antes de hacer el amor hablamos como tres horas. Entre ambos fuimos abriendo su vida como si fuera un cofre de pirata. Preguntame,

decía, preguntame más, es la forma de que yo me vaya conociendo. Y yo le preguntaba. Por ejemplo, por qué no trabajaba. Tengo una holgazanería congénita, casi diría que existencial; no sólo no puedo trabajar sino ni siquiera imaginarme trabajando. Pero la plata se te acabará pronto. Ya lo sé; tampoco entonces trabajaré, alguna solución aparecerá. Soy débil, tenés razón, pero tengo cierto ingenio para buscar salidas. ¿Por qué hacés trampas? Porque no tengo coraje para ser honesto. Admiro sinceramente a los honestos. Las trampas son para los débiles. ¿Y si un día te descubren? No me van a descubrir, estate tranquila, sé administrarme, soy fullero pero no ambicioso. Otros tramposos aspiran a ser millonarios, pero yo sólo aspiro a no trabajar. No me vas a negar que hay una diferencia, y en cierto modo, la sociedad de Y, aunque me reprueba, en el fondo respeta la modestia de mis delitos. En el amor era muy tierno. Aquella primera noche, cuando se dio cuenta de que yo era virgen, lloró como una criatura. Le pregunté por qué y dijo que no iba a casarse conmigo. Lo repetía sin cesar: voy a quererte siempre pero no voy a casarme contigo. Lo tranquilicé como pude. Le aseguré que yo también iba a quererlo siempre pero que no pensaba casarme con él. ¿Y con quién? Con nadie, Mateo, con nadie. Pues yo sí voy a casarme con la María Ester. Le pregunté si ella lo sabía. Todavía no. Sólo lo sabe el padre. De manera que entre él y yo las cosas estuvieron claras desde el comienzo. Le aseguro que para mí fue la felicidad, restringida pero felicidad. Creo que no podré querer a otro. La debilidad de Mateo era muy seductora, al menos para mí. Me sentía una privilegiada porque tenía junto a mí al Mateo que nadie conocía. Era un hombre fundamentalmente bondadoso, pero carecía de la fuerza necesaria para mostrarse ante los demás tal como era. Hacia fuera, era esclavo de la imagen que él mismo había ayudado a crear. Sólo conmigo se sinceraba. Era tierno, pero le costó habituarse a su propia ternura. Yo lo ayudé, naturalmente, y él se iba de a poco descubriendo. Disfrutaba como un niño

cuando detectaba en sí mismo sentimientos que para él eran toda una novedad. Cuando venía a quedarse conmigo y llegaba la noche y se acostaba, apagaba la luz y me decía, despacito, muy suave: Vení, Pigmalión. Y yo iba. Gilardi no tomaba notas, simplemente escuchaba. A esta altura tenía la impresión de que Leonor Rivas no se dirigía a él; simplemente monologaba, ensimismada. Sólo ante una pausa de ella se atrevió a comentar con cautela, como temeroso de romper un hechizo: Tengo entendido que en los últimos años venía poco por Y. Sí, muy poco, y cuando llegaba no nos veíamos. Claro que igual nos encontrábamos. Mateo había comprado una sencilla casita en J, bastante aislada del pueblo. Allí nadie nos conocía y nos juntábamos dos o tres veces por mes. ¿Lo echa de menos? Mucho, pero de algo me sirve evocar nuestra relación, sus pormenores. Como siempre estábamos solos, la nuestra era una intimidad muy dulce, sin miradas extrañas, sin interferencias. Para los demás estaba su vida vulgar, rutinaria, oportunista. Yo en cambio tenía su vida real, y además la fui cambiando y él me lo agradecía. Si no fuera por vos, yo sería sólo un canallita. Ahora sigo siendo un canallita, pero también soy este otro que vos descubriste en mí. ¿Y alguna vez tuvo con usted un gesto generoso? Me refiero a lo económico. No era necesario, dijo Leonor, tengo esta casa, que fue de mis padres, y una rentita que me alcanza y me sobra. Cuando compró la casita de J quiso ponerla a mi nombre y fui yo la que no quise. Imagínese que yo, precisamente yo, no podía disfrutar de un dinero que en realidad no era de Mateo sino de María Ester o del viejo Lemos. Poco después de la muerte de Mateo, me citaron en una escribanía de Montevideo y me dieron un paquetito que él me había dejado. Allí había una alianza y un cintillo de mucho valor (éstos, ¿ve?) y una tarjeta: Esto quiere decir que vos fuiste mi verdadera mujer. Cuando lo recibas, yo no estaré, pero cuando escribo estas líneas todavía estoy y te confieso que no aguanto más, quiero decir que el hombre decente que vos descubriste no soporta más al

canallita. Nadie va a saber que mi muerte será un suicidio, pero a vos no podía engañarte. Gilardi apenas pudo balbucear: Entonces, ¿se mató? Sí, pero no vaya a decirlo en su artículo porque nadie se lo va a creer. Mateo tomó todas las precauciones: su suicidio fue parsimonioso, le llevó dos meses y diagnosticaron septicemia. Ahora dígame, ¿no cree que después de todo se merece el homenaje? Gilardi tuvo la impresión de que con aquella pregunta terminaba la confidencia. Leonor tenía los ojos brillantes pero sin lágrimas. Desde el pretil el gato se lamó una pata y luego se deslizó junto a su dueña. Gilardi interpretó ese traslado como una señal inequívoca de que la entrevista había concluido. Se puso de pie, dijo dos veces gracias Leonor, ella inclinó apenas la cabeza, sin mirarlo, y él se encaminó hacia la puerta de la calle. La viuda clandestina de Mateo Prado no lo acompañó. Permaneció en el patio, que ya estaba en sombras, mirando obstinadamente la santa rita. El gato sí fue con él, tal vez para asegurarse de que realmente se iba.

No entrevistó a nadie más. ¿Para qué? Regresó al hotel, recogió su maletín, pagó la cuenta y fue, con tiempo de sobra, a tomar el ómnibus interdepartamental de las 20 y 30. Horas más tarde, cuando llegó a su casa, se acostó sin cenar, apenas tomó un vaso de leche. Desde su dormitorio, la madre le gritó que lo habían llamado del diario para recordarle que mañana debía presentar la nota que le habían encargado. Puso el despertador a las siete, se desvistió, se lavó los dientes y se metió en la cama. Por un momento barajó la posibilidad de no hacer la nota (y en consecuencia renunciar de hecho a su puesto de redactor), pero la vacilación duró muy poco. Mientras llegaba el sueño, empezó a redactar mentalmente el reportaje que teclearía por la mañana en su casa y depositaría en horas de la tarde sobre la mesa del Jefe de Redacción: Hace hoy exactamente un año que fallecía en Montevideo el ciudadano Mateo Prado, rodeado del afecto de su joven esposa etcétera. Tras la consabida introducción, plena de latiguillos, el párrafo esencial arran-

caría así: Y hoy este cronista puede decirle al lector que ha sido conmovedor verificar la imagen de hombre lúcido, recto, desinteresado, laborioso, que en Y transmiten los modestos ciudadanos de a pie. Desde el mozo de café hasta el simple lustrabotas, desde un ocasional compañero de juego hasta la dama de tradición y alcurnia, desde el barbero locuaz hasta el boticario lacónico, los testimonios aislados van componiendo, como coloridas piezas de un *puzzle*, el retrato veraz de un hombre íntegro. Etcétera, pensó quedamente Gilardi, y se durmió.

EL TIEMPO QUE NO LLEGÓ

*La guitarra se queja por
el tiempo que no llegó, o fue
desbarrancado a su debido tiempo*

FRANCISCO URONDO

RECUERDOS OLVIDADOS

La ricchezza della vita è fatta di ricordi, dimenticati.

CESARE PAVESE

1.

Ésta debe ser la trigésima despedida. Es un trámite que Fernando Varengo conoce de sobra. Como testigo, claro; no como viajero. Asistir a la normal y apasionada discusión de Miguel y Carmen con el empleado de Iberia que, con buenas razones, pretende cobrarles quince mil pesetas por el exceso de equipaje (cuatro valijas grandes, dos medianas, varios ilevatables bolsos de mano); comprobar sin embargo que el tipo no resulta tan obstinado como su rostro goyesco anunciaba y accede por fin a cobrarles un importe meramente simbólico, que ellos a su vez aceptan casi lagrimeando de gratitud y ahorro; presenciar, una vez obtenidas las tarjetas de embarque, el desfile tartarinesco de cajas de turrone, radiocassettes, osito de peluche (para la sobrina de Miguel), *puzzle* gigante (para el sobrino de Carmen), bolsas, bolsones, cámara japonesa, y en medio de esa pirámide de Keops, a los dos conmovidos y agitados viajeros que, debido a la abundancia de equipaje de mano (Miguel, en particular, parecía un dios Siva del siglo XX), no estaban en condiciones de abrazar, pero sí de ser abrazados por Fernando y los pocos que iban quedando en el oasis de Madrid, y verlos por fin, tras el control de pasaportes, ahora sí llorando de veras y haciendo adiós con la mano izquierda mientras la derecha va retirando los bultos que seguramente estarán surgiendo a borbotones del oscuro telonci-

to de la inspección de seguridad. Y luego, ya desaparecidos los viajeros en su búsqueda de la puerta 12 (o sea la *gueite namber tuguelfe*, según dicen los altavoces de Iberia cuando se ponen políglotas), mirarse con los otros que se quedan como él, sin decir nada porque en realidad no hay mucho que decir, y Norma que propone si querés te llevo, y Fernando que no, de veras te agradezco, hoy voy con otro rumbo, aunque no sea cierto, va en el rumbo de siempre, pero quiere ir solo en el bus del Aeropuerto y apearse en la bajada de Serrano para quedarse un rato contemplando a la gente que pasa, aunque sea tarde, gente que pasa desde los cafés y restaurantes o hacia los cines, gente que, como él, se queda en Madrid. Sí, debe ser por lo menos la trigésima despedida. Antes se fueron Andrés, Mauricio, Alejandra, Claudio, Marta, José Carlos, Irene, Pablo, Omar, Gladys, Washington, Victoria, Pepe, Magda, Horacio, Manolo, Nicolás, María Luisa, Agustín, Sara, y otros, otras. Todos regresan al país, aunque después algunos regresen del regreso. Allá van, los más ignorando a qué. Saben por qué y eso les alcanza. Todos vuelven menos él, que ha decidido quedarse. Ahora, en el bus del Aeropuerto que lo llevaba hasta Serrano, Fernando supo que, sin Miguel y sin Carmen, se iba a sentir más solo pero también más extranjero. Los franceses se las arreglaban mejor para expresar esta sensación. *Étranger* significa a la vez *extraño* y *extranjero*. Fernando a veces se sentía *extranjero* (a pesar de, o sobre todo por la gran pirotecnia del Quinto Centenario), pero otras veces se sentía *extraño*, y no podía definir qué era peor. O mejor. Porque la extranjeridad o el extrañamiento no incluían sólo desventajas. También permitían cierta valoración objetiva (de la que no era capaz, por ejemplo, cuando juzgaba a su país y a sus compatriotas) y hasta algún disfrute que nunca dejaba de ser mínimamente turístico. Siempre hay un trozo de historia, una catedral gótica, una noticia de anteayer, un tercio de banderillas (cuando el pobre toro aún alienta esperanzas), la simpatía extravertida y sin embargo entrañable

de algunos andaluces que no ascienden a *yuppies*; la belleza nueva de las muchachas madrileñas (¡cómo han mejorado en apenas un decenio de democracia!); las manos vibrantes de Paco de Lucía; los leones de Cibeles con bucles y barbas de hielo; el azul contaminado y hermoso del Mediterráneo; los niños que se suicidan porque les quedaron asignaturas pendientes; las turistas nórdicas en pelotas y los indignados y fieles mirones del Opus Dei; siempre hay algo por descubrir cotidianamente en esta España que intenta a toda costa ser europea pero aún no encontró la garrocha (aquí le dicen pértiga) para saltar sobre los Pirineos.

2.

Cinco pisos sin ascensor dicen que es algo bueno para el sistema circulatorio. Mejor aún para el presupuesto mensual, ya que si amor con amor se paga, piso con ascensor también. Así y todo los cuarenta y cinco de Fernando (que no son muchos pero parecen más cuando el individuo cultiva la escritura sedentaria) le exigen un descanso, dónde, pues como su nombre lo indica, en el descansillo, que está en este inmueble frente al 3ºA (inicial inútil si las hay, ya que sólo existe una vivienda por planta). Apenas cuando viene a visitarlo el asma profesional de Leonardo, Fernando se arrepiente un poco de ese ahorro, al que no considera signo de mezquindad sino de carencia. Sin embargo, Leo y su asma son viejos conocidos, entre sí y también del anfitrión. Cuando al fin llega al 5º Leo cumple el ritual de derrumbarse en el sillón de cuero para aplicarse ansioso el aerosol. Antes eran más primitivos, dice entre jadeos más o menos sibilinos, pero no contribuían, como éstos tan modernos y portátiles, a aumentar el agujero en la capa de ozono de la Antártida. No sé si sabés que Lezama Lima llamaba *saxofón sutil* a aquellas bombitas indisimulables, valetudinarias y ruidosas, que nos metían en los bronquios la clásica adre-

nalina con la misma función dilatadora con que estos elegantes aparatitos, con apariencia de desodorantes, nos introducen el salbutamol o el broinhidrato de fenoterol o el bromuro de ipratropio o el sulfato de tebutalín, u otros aportes de la postmodernidad bronquial. Concretando: vengo por mandato del insigne Prada. Como no tenés contestador automático, entre otras razones porque no tenés ni siquiera teléfono y además sos por lo general inencontrable, no tuve otro remedio que escalar tu himalaya. Si no te hubiera encontrado, te habría dejado bajo el felpudo un escueto mensaje de rasgos temblorosos, con el premeditado objeto de que aumentara, si aún te queda margen, tu sentimiento de culpa ante mi sacrificio. Leonardo o la Martirio, dice Fernando, y qué quiere Prada. Cómo qué quiere. Que escribas, carajo. Dos notas por semana, qué te parece. Lo que me parece es que es un Harpagón. Por favor, Fernando, ¿te vas a poner fino aquí y ahora, vos que no tenés residencia ni contrato de trabajo ni carnet de partido alguno, ni siquiera de la oposición? Y antes de que el otro le recite de memoria la Ley de Extranjería, mirá, decile a Prada que haré los artículos, pero que al menos me sugiera temas, o me mande algún libro, ¿no? Y además los detalles: cuántas carillas o, como dicen ahora, cuántos golpes de máquina; y si firmo con iniciales o con nombre completo o con seudónimo o simplemente no firmo. ¿Pero qué pasa? ¿No tenés principios vos? ¿O estás en una crisis de escepticismo? Escepticismo, no; desaliento total. Enhorabuena, viejo, todavía no llegaste a la desesperación. Se ríen como antídoto, o como exorcismo. Pero a Leo la risa le provoca disnea y sólo han transcurrido veinte minutos desde el bombazo o soplido anterior, así que se pone serio aunque la risa le sale por los ojos, la nariz, las orejas. ¿Ni siquiera me vas a convidar con un miserable churrasco en agradecimiento por la *bonne nouvelle*? Leo, sólo puedo ofrecerte melón, jamón serrano, melocotones en almíbar, leche completa. ¿Leche completa? ¿Pero acaso no sabés que la leche es alergena,

y más alergena cuanto más completa? ¿Y el whisky, che, también es alergeno? Sólo si es nacional. No te rías, que te viene el espasmo.

3.

El pisito que alquilan los Pinto (Felipe y Andrea) en una sexta planta (con ascensor, no faltaba más) de la calle Canillas, sólo adquiere un orden mediano y provisional cuando recibe a los amigos. Sin deliberación ni el menor reproche, ni siquiera mental, la mirada de Fernando conjetura, casi sabe, que ese montón de libros y aquella pila de discos estaban hasta hace poco desparramados sobre la alfombra de yute. Los ceniceros están en la repisa, pero sobrevive algún pucho. También hay que reconocer que con tres niños (5, 4 y 2 años) es casi imposible mantener despejado ningún hogar que se precie de serlo. Después de todo, los afiches de arte y los pósters políticos iluminan el ambiente y muestran cómo querrían los dueños de casa que luciera el conjunto. Están Norma y Aníbal, Joaco y Teresa, y también dos granadinos: Inma y Carlos. Fernando le pregunta a Aníbal por qué decidió volver a Madrid después de estar un mes y medio en Montevideo. Aníbal dice que fue solo, para ver qué posibilidades había de hallar trabajo y proyectar entonces el traslado familiar. Pero no hay caso, no encontré nada, sería una aventura arriesgarnos así, no olvides que tenemos dos chavales. Botijas, enmienda nada menos que el andaluz, y todos se miran asombrados. Botijas, claro. Cuesta decidirse a no ir, afincarse definitivamente aquí, viajar allá sólo en las vacaciones, y eso si las cosas ruedan bien durante el año. Ya veo, dice Inma, el dilema es: IVA aquí o IVA allá. Pero cómo, pregunta Joaco, ¿este joven no se IVA? Silencio unánime y congelado. Sólo Norma ríe, solidaria, pero retorna al tema. Y ahora se acabó la excusa del exilio: residentes o mierda. ¿Y vos, Fernando? Mierda. Ni residencia he conseguido. Pero ya

lo decidí: me quedo, y no porque allá me sea difícil encontrar trabajo. Me quedo; sólo eso. Y no tengo chavales. Ni botijas. Ah. Por qué será, se atreve a inquirir Joaco, que los porteños siempre se analizan y nosotros nunca. Bueno, no tanto, conozco un sanducero que se analiza en Barcelona con un entrerriano. Influencia de Artigas, che: Provincias Unidas del Río de la Plata. Sabés una cosa, yo creo que el analista no me va a revelar nada que yo no sepa. Pero Aníbal, a vos hay que alfabetizarte y con premura. El analista no va a revelarte nada, sencillamente (o complicadamente, eso no importa) va a ayudarte a que vos te descubras. Yo recomendaría que dejáramos el tema para 1992, como parte del Quinto Centenario. Inma rompe de pronto su silencio y dice que en Andalucía la gente se psicoanaliza mediante el flamenco. Asombro número dos. Nadie osa contradecirla. Y vos, Fernando, ¿te analizaste para saber por qué no vas? Recurro a mi flamenco propio. Empero. Tácito acuerdo de no insistir. El horno no está para bollos. Ni para fainá. Tragos y hielo bienvenidos. Sin embargo, ya no es como antes. Nadie brinca por el pronto regreso. Los que ya se fueron no están para brindar. Y los que se quedan ya no brindan. Hoy el acontecimiento social es que el gato Matías y el menor de los Pinto hicieron caca al unísono frente a la heladera. O más bien frente a la nevera, ya que tanto Matías como Tito son oriundos de Castilla la Vieja.

4.

Fernando sabía que Lucía era chilena y exiliada. Los chilenos continúan siendo, por ahora, exiliados forzosos y no voluntarios, como es ahora Fernando. En la fiestita que dio Joaco para celebrar sus 13 aciertos en la quiniela futbolística, Lucía estaba en un rincón, como ajena. Había sido una quiniela gorda, con pocos unos, muchos dos y casi ninguna equis, pero había perdido sorprendente-

mente el Real, percance que le impidió alcanzar los 14 aciertos; así y todo el premio consuelo le alcanzaría a Joaco para ir con Teresa hasta Atenas, algo que siempre había sido su aspiración secreta: es un crimen estar en Europa y no conocer la Hélade. La Hélade, mon dieu, qué exquisitez. Che, si acertando trece resultados te vas a la Hélade, capaz que si acertabas los catorce, te ibas a Karachi. Vete al ídem, camarada. Fernando se acercó a la chilena y trató de introducirla en el festejo. Ella también trató. Norma le hizo a Fernando desde lejos un gesto que claramente significaba que la dejara tranquila. Pero pasada la medianoche se fueron todos y Fernando y Lucía caminaron juntos. No sirvo para esto, dijo ella. Cuanta más alegría veo, más me acosa la idea de la muerte. Fernando advirtió que estaban caminando sin rumbo. En el 73 mataron a Eduardo. No sólo lo mataron a él sino que me lo mataron. He quedado seca, reseca, como si me hubieran planchado el corazón, qué sé yo. Tomaron un taxi y ella dio sus señas. El barrio no estaba mal y el edificio daba a una placita. Sube conmigo si quieres. Pero su mirada era de no te hagas ilusiones. Mientras ella hacía café, él se arrimó a la ventana, y la plaza, bajo aquella luna de otoño, le pareció insolidaria. Después del café, él no sabía qué decir, pero sintió que debía hacer algo. No sentía deseo, sólo voluntad de ayudar, no sabía cómo. Le acercó una mano y ella al comienzo no se movió. Luego empezó a llorar silenciosamente y Fernando comprendió que ante esa tristeza no cabía decir nada. Sólo estar. A Lucía le hizo bien llorar, sobre todo cuando dejó de hacerlo silenciosamente y volcó su cabeza sobre la mano extendida de Fernando. Él entendió que esa noche debía quedarse allí. Quedarse y nada más. Lucía le trajo una frazada para que durmiera en el sofá de la salita y ella se fue al dormitorio. Pero antes Fernando le pasó la mano por el pelo y ella dijo me hace bien saber que estás aquí.

5.

Cuando Lucía sube al piso de Fernando la conversación es menos tensa que cuando Fernando sube al de Lucía. Ella se siente más aliviada en el ámbito creado por el nuevo amigo, transitoriamente liberada de su soledad y sus fantasmas, del culto de sus fotos y sus cartas. Y entonces no permanece callada ni se echa a llorar. Encara su situación con mayor serenidad y pone al día a Fernando sobre sus últimos movimientos y gestiones. Por fin ha conseguido trabajo, y para colmo en una librería. Alguien le presentó a don Fermín, el viejo librero, precisamente cuando éste buscaba una empleada que fuera capaz de vender libros como los libros que son y no como licuadoras o zapatos. El amigo común no necesitó explicarle al viejo quién era Lucía y de dónde venía, para que entendiese todo el resto. Es un sabio, dice ahora Lucía, pero un sabio al estilo medieval, esos que lo conocían todo y sin embargo no se deshumanizaban. Me siento bien con él y además el trabajo me gusta. Ella había sido periodista allá en Santiago, ay Fernando, pero en España eso es algo casi inalcanzable, gremio cerrado y excluyente como pocos, todavía hay muchos de la otra época y éstos no abandonan ni por infarto. Ella quisiera escribir de tantas cosas: las que ha visto, las que ha sufrido, las que ha dejado atrás. Pero aquí el sufrimiento pasó de moda como tema periodístico, ¿no te parece? Y fíjate, no les echo en cara ese rechazo. La tortura agota a sus víctimas, pero también se agota como noticia. No más de esa barbarie, por favor, parecen decirte con su penúltima simpatía, déjanos escuchar a Madonna y a Julio Iglesias, déjanos ver nuevamente *Dinastía* y recordar cómo era *Dallas*, guárdate a ese carroza de Pinochet y déjanos con Lady Di, con Stephanie, con Boris Becker, con la farándula de Marbella. No le pidas peras al olmo. No es nada fácil comprender a América Latina desde Europa, ni siquiera desde España, que parece (y, pese a todo, es) lo más cercano. Y esto es así aun cuando exista buena vo-

luntad. Imagínate si no existiera. Bueno, es humano. Cuando estás en medio del confort, y tiendes a la seguridad, y trabajas todo el año en función del ocio de agosto, hay que ser muy solidario o muy masoquista o simplemente exiliado, para amargarte la vida pensando en el hambre o la tortura que sufren prójimos lejanísimos. Yo, por principio o por orgullo (todavía no lo tengo bien claro), ya no menciono la palabra tortura. Me resulta insoportable la repugnancia solidaria. Casi prefiero la repugnancia a secas. Estarás pensando que estoy un poco rayada, y no lo descarto. Tengo motivos varios, pero no quisiera estarlo. Si a Eduardo lo mataron por asfixia, no quiero que a mí me asfixien con la desesperanza. Lo primero, dijo entonces Fernando, es que vos misma te rescates. Mirá que cuando uno tiene el ánimo en un pozo, nadie puede ayudar, el único que puede hacer algo es uno mismo. Sin embargo tú me ayudaste, dijo Lucía, me sacaste de los pelos cuando estaba a punto de hundirme. Bah, vos también lo hiciste conmigo. Aquella primera noche en tu casa, cuando te soltaste a llorar, sentí que, sin que vos misma lo supieras, también llorabas por mí. Con una habilidad que a él mismo le asombra, Fernando pone a punto su tortilla a la española, o sea una tortilla de papas pero bien hecha, tal vez su mayor deuda con la Patria Madrastra. Sirve el vino catalán, ya verás qué delicia, y se atreve a brindar: por todo lo que nos falta. Ella sonrío y comenta: eso es casi como brindar por el mundo.

6.

Fernando, solo en su himalaya, ha resuelto dejar por un rato la Hermes con la hoja a medio llenar, cebarse un mate y sentarse en la mecedora. De vez en cuando es bueno hacerse un espacio para la reflexión. Cuando se llega a los 45 años en soledad (tras lapsos en compañía y en semisoledad) se sufre un poco pero también se le

toma el gusto a la vida en singular. Mira a su alrededor y reconoce que su covacha de hombre solo no está mal. Libros por doquier, discos, pósters. Una de las paredes está casi totalmente cubierta con afiches de arte, entre los que se destaca uno estupendo de Botero, adquirido en Oslo, con esa gorda implacable e inmensa que empieza a vestirse, mientras en la cama de dimensión olímpica yace, agotado y ya dormido, o simulando estarlo, el insignificante complemento conyugal, ese pobre hombrerito que convoca piedades completas. En las repisas hay detalles (un cenicero búlgaro, una virgen negra de Barcelona, un caballito bicolor de Sargadelos, un candelabro de Atenas, un balconcito de Tenerife, un sanmartín de Tours, un mannekenpis de Bruselas, un gallito de Lisboa) que en conjunto son un muestrario de su exilio. Bueno, no sólo de su exilio; también de las salidas al exterior que debe efectuar cada tres meses puesto que en España no le dan residencia (no puede documentar que recibe dinero del extranjero, entre otras cosas porque no lo recibe, y tampoco puede demostrar que gana lo suficiente para sobrevivir sin asaltar a nadie, y todo eso porque, considerando que no posee residencia, tampoco puede lograr contrato de trabajo y, en consecuencia, sus faenas de traductor y periodista son vergonzantes y clandestinas). O sea que con lo que gana en un trimestre no sólo debe comer, pagar el alquiler de la covacha y comprarse alguna camisa y dos calzoncillos, sino además juntar suficientes pelas para su periódica salida. Su salvación (se incorpora a medias para tocar con la punta de los dedos una tabla de dibujo, o sea madera sin patas) ha llegado con la traducción de novelas policíacas. Merced a esa ganga, ha podido extender el radio de sus safaris, y eso, por varios motivos, le vino bien. La verdad es que estaba un poco aburrido de sus obligatorias visitas trimestrales a Perpignan (ya lo conoce de memoria), que era la salida más módica. Fue así que pudo conocer París, Oslo, Bruselas, Roma, Atenas, Lisboa. Está también el chanchito de Pomaire que le regaló Lucía y que tiene

un valor adicional ya que fue de las poquitas cosas que ella pudo sacar de Chile. Y aquella pipa que le dio un viejo griego, con quien pasó uno de los episodios más recordables de su exilio. Estuvieron casi dos horas, en una esquina primero, luego en un café de Atenas, bebiendo ouzo y conversando o más bien haciendo que conversaban, es decir hablando cada uno su lengua y sin embargo comunicándose, con gestos, con miradas, con risas, con palmadas en el hombro ajeno o en la frente propia, con acompañamiento de las manos, con dibujos en el aire o en las servilletas, como si aquello fuera un ensayo de una pantomima a cuatro manos. Él no había desconfiado en ningún momento, y el viejo parece que tampoco. Fernando sabía que allí le había quedado un amigo, a quien en cualquier lugar del mundo podría reconocer. Al final el viejo (que se llamaba Andreas, eso quedó claro, gesticulación mediante) le regaló su pipa y Fernando le dio su bufanda, que el otro se puso de inmediato pero en la cabeza. Ambos rieron, hicieron un último brindis con los restos del tercer ouzo, y ése fue el adiós. Fernando recuerda que nunca pensó que aquel trago heleno fuera tan traicionero, porque no bien se puso de pie, toda Atenas le dio vueltas como una calesita homérica y sólo pudo regresar a su hotel de una sola estrella apoyándose en los rugosos muros de la antigua Grecia y en las lisas paredes de la moderna. En otro estante hay un llavero que es además un pequeño mosaico, obtenido en Florencia de las cuidadas manos de una boloñesa, con la que sí habló largamente (en este caso, cada uno entendía y hasta chapurreaba el idioma del otro) y además terminó la jornada acostándose con ella. La cosa fue de lo más normal, no con amor porque eso es imposible en 24 horas (en Europa no existe la especialidad “a primera vista”) pero sí con un crescendo de simpatía. Resultó que Claudia era nada menos que profesora de arte en Bologna y había venido a confirmar algunos datos e impresiones en la Galleria degli Uffizi. Fue allí donde se encontraron. Como ella había concluido sus

apuntes en la víspera, pasaron el día juntos, en realidad cada vez más juntos. Él trató de llevarla a su pensión de mala muerte, pero el cancerbero de rigor no permitió la entrada de la *signorina*, de modo que tuvieron que trasladarse al hotel de buena vida en que Claudia se alojaba. En consonancia con sus cuatro estrellas, era menos pudibundo y la única precaución consistió en emplear distintos ascensores. En esa única noche Claudia fue muy tierna, y aun ahora, o sea tres años después, a Fernando el corazón no se le estruja pero se permite una breve taquicardia. Cuando se despidieron, él le dio sus señas en Madrid. Quizá algún día te busque, dijo ella, pero no le dio las suyas. Es por mi marido, ¿sabes?, lo puede tomar a mal. O sea que era casada, vaya vaya. La noticia como adiós.

7.

La gratitud puede ser un afluyente del amor. Pero cuando la corriente de gratitud se junta con el caudal del amor, siempre sobreviene una etapa indecisa, en que no se sabe a ciencia cierta cuál es cuál. En esa ambigüedad se movieron Lucía y Fernando. Dos o tres veces a la semana Lucía trepaba las cinco plantas y en otras ocasiones también Fernando la acompañaba a casa. No obstante, ella prefería venir a verlo; se sentía mejor en la intimidad ya asentada de aquel exiliado que aparentemente se había jugado por el no regreso. Fernando no tenía teléfono, así que ella no podía avisarle. Sabía que podía llegar en cualquier momento, abrazar a Fernando, besarlo en ambas mejillas (hay costumbres europeas que tienen su gracia) y desparramarse por fin en aquella mecedora que se había convertido casi en un territorio propio, o por lo menos en un enclave de su amistad. Él siempre la recibía con cariño y hasta con euforia. Se le iluminaba la mirada cuando sonaba el timbre y era ella. Fernando cultivaba su soledad con el mismo refinamiento que si se

tratara de la violeta africana que Miguel y Carmen le habían dejado en custodia cuando decidieron volver a Uruguay. Él reconocía que, a sólo dos meses del primer encuentro en lo de los Pinto, Lucía había empezado, casi sin darse cuenta, a formar parte de su vida. Hablaban o callaban; eso no era lo importante. Lo esencial era saberse en compañía. Ya se habían contado sus respectivas historias (el fracaso matrimonial y la prisión de él en Montevideo, la odisea de ella en Santiago) pero una sola vez y con pudor, sin entrar en el detalle del contraído espanto o la monstruosa crispación, sin ponerse a rememorar las fisuras del miedo o la contigüidad del desvarío. La gratitud no se teñía de súplica; simplemente instaba, sin proponérselo, a la solidaridad y la obtenía. En realidad, era una operación de ida y vuelta. La solidaridad de las palabras empezó usufructuando puentes levadizos pero acabó construyendo puentes estables, estableciendo así un vínculo peculiar, cada vez con menos heridas y más necesidad del otro. La solidaridad era también manos que se encontraban, abrazos casi furtivos, o la compartida visión de la noche a través del angosto ventanal de la buhardilla. Casi siempre cocinaba él, pero ella solía traer, ya preparadas, unas ensaladas exquisitas. Por fin llegó una noche en la que Fernando, sin ninguna premeditación, se encontró inaugurando una nueva fase: Lucía, hemos sido cuidadosos, prudentes, maduros, respetuosos del otro, cuerdos, tal vez demasiado cuerdos. Nos hemos respetado para poder querernos. Lo que pasaste se hermanó con lo que pasé. Tengo la impresión de que nos necesitamos. Yo por lo menos te necesito. Pero quiero decírtelo francamente: tal vez hubiera sido un grueso error precipitar las cosas cuando nos conocimos, pero creo que ahora sería un error no menos grave que nos priváramos de nuestros pobres y escarmentados cuerpos, yo del tuyo, vos del mío. Cuando nos abrazamos, casi escondidas de nosotros mismos, yo quisiera abrazarte toda. Sé que para vos es difícil, alguna vez tocamos el tema pero con pinzas. Ahora bien, ¿acaso no es más difí-

cil mantenernos a profiláctica distancia? No podemos saber qué nos traerá el futuro; en cambio sí sabemos qué nos trajo el pasado. Apenas tenemos una aleatoria y frágil potestad sobre el presente y en él estamos, en él estoy contigo. Y vos, ¿estás conmigo? Lucía pestañeó por fin. Es claro que estoy contigo, Fernando. Me siento conmovida, pero creo que podría confirmar todo cuanto has dicho. Pero tengo miedo. No sabes cuántas veces comprobé y reconocí mis ganas de tu cuerpo. Cuántas veces advertí tu deseo del mío. Es más que deseo, Lucía; o mejor dicho, es deseo y algo más. Es cierto, pero igual tengo miedo. Ignoro (y me dirás que nunca lo sabré si no paso por la prueba) hasta dónde los mandatos de mi cuerpo serán capaces de vencer a las amonestaciones de ese mismo cuerpo. Somos adultos, Lucía. Por supuesto que lo somos, pero la crueldad ajena, Fernando, nos ha hecho más viejos. Tus canas están a la vista; yo las tapo pero las tengo. Más viejos o más maduros, no lo sé bien, pero también más indefensos. Tú a tus 45, yo a mis 37, no somos adolescentes, no faltaba más. ¿Pero de cuánto adolecemos? ¿Por qué, a pesar de nuestras edades, llegamos, cada uno solo, a esto que es más un cruce que un encuentro? Uno puede enviciarse con la propia soledad y en ocasiones (es casi una droga) envenenarse con ella. Es arduo abrirle de pronto la puerta y decirle: Vámonos, vamos a encontrarnos con otra soledad, con otro desamparo. Y esto aunque se trate de un querido desamparo, como el tuyo. Fernando asintió con la cabeza pero no dijo nada. Dio unos pasos hacia la ventana, como si tuviera interés en la noche exterior, con escasas pero suficientes estrellas y con ondas de voces y chirridos metálicos. Pensó que su noche interior, en cambio, estaba oscura y muda. Cuando llegaba a la conclusión de que se había apresurado, de que se había dejado llevar por un impulso y que tal vez el arrebató echara a perder para siempre su relación con Lucía, sintió que los brazos de ella lo ceñían desde atrás y luego empezaban lenta, morosamente, a desabrocharle la camisa, de arriba abajo. A

pesar de la sorpresa, él no intentó darse vuelta, enfrentarla. Sólo podía ver, reflejado en el vidrio de la ventana, aquel rostro único, irreplicable, que asomaba sobre su hombro. Cuando aquellas manos que tan bien conocía, desabrocharon el último botón, sintió junto al oído este presagio: No sé qué pasa, pero de pronto me he quedado sin miedo. Me has dado tanto, Fernando, me has dado tanto. Yo quiero darte mi soledad, que es lo único que verdaderamente poseo. Y voy a dártela ahora.

8.

Quiero ser otra vez mujer sentirme mujer y el deseo me devuelve a la vida porque es mío y es suyo quiero sentir mi piel y por suerte la siento quiero que mis manos recuperen el tacto y por fortuna disfrutan lo que tocan lo que acarician lo que abarcan quiero querer y me atrevo a admitir que estoy queriendo no como quise a eduardo pobrecito mío nada es repetible sólo una vez se es nueva sólo una vez la sorpresa es dolor y el dolor es entrega y la entrega es el color del mundo el placer del mundo la esperanza del mundo pero quiero ser otra vez mujer y lo estoy siendo no como un esmero solitario sino porque fernando es dulce va seduciendo centímetro a centímetro mis poros sedientos de sus palmas hambrientos de sus labios fernando es dulce y su peso no me pesa sus huesos se amoldan a mis cuencas y reconozco sin ambages la jugosa tristeza de ser feliz no como con eduardo claro porque esta bienaventuranza es asimismo parte de mi duelo este auge también es parte de mi quebranto pero el cuerpo es pragmático y nos salva me salva por el goce como este que ahora me penetra nos salva por las lenguas que comunican y consuelan nuestras soledades nos purifica en el gemido que es llamado y es respuesta y así voy y vengo vas y vienes fernando en mí yo hogar de ti cuna de ti lecho de ti dime otra vez lucía porque con tu clamor me das mi identidad me das mi cuerpo me das mi

entraña me das me das oh cuánto me estás dando fernando eduardo fernando eduardo fernando fernando fernando otra vez soy.

9.

¿Por qué no hablo nunca de Ana? Nunca. Con nadie. ¿Es un capítulo cerrado? ¿Qué culpas trato de esquivar? Ana, mi mujer. Por cinco años. Ana y Fernando. Fernando y Ana. Las fintas del amor duraron tres: dos años para creer que nos queríamos y sólo uno para convencernos de que no. Después el deterioro, otro año inacabable. Los larguísimos silencios, el regreso a la palabra sólo para agraviarnos. Y el último, destinado a convencer a los cuerpos de que ya no se necesitaban. Al fin se convencieron, y ella se fue con Sergio. A compartir con él la militancia y la cama. Quedé solo, exultante y a la vez har-to de mi aislamiento. La contradicción duró en realidad sólo seis meses, porque una noche me llevaron, y entonces, entre movida y movida, la soledad tuvo otro color, otro sentido, al menos era una sola, podrida soledad. Cierta día de un agosto cualquiera, en uno de los sórdidos y no obstante bienvenidos recreos, supe que Sergio y Ana habían desaparecido en Buenos Aires. Eran dos de los treinta mil. Entonces, en la lobretez de la celda, enfrentado siempre a las mismas manchas de la misma pared, me dediqué a repasar la vida de Ana, el personaje de Ana, el cuerpo de Ana, los ojos de Ana. Y también a mascullar mi ambigua culpa: que si se hubiera quedado conmigo, que si no le hubiera resultado insoportable seguir conmigo, y en consecuencia no se hubiera ido con Sergio, quizá habría estado presa como yo pero no desintegrada, perdida, desvanecida en la nada. Y me resultaba insoportable la idea de que no existiera, de que su boca, sus manos, sus caricias, sus insultos, sus rencores, sus silencios, sus reconciliaciones, sus invectivas, sus violentos portazos, ya no existieran. Ana era un ser con-

tradiccionario, injusto, pero a la vez tierno, sensible como pocos. En la horrible tregua de aquellas noches, en el tenso sosiego, con el cuerpo martirizado y memorioso, pese a todo movía mis labios para decirle viejas dulzuras o para besarla, pero ella no comparecía, y entonces decidía insultarla, mirarla con rencor para ver si de esa manera se sentía por fin aludida, pero tampoco comparecía. Dialogué infatigablemente con su mutismo, le repetía cosas que alguna vez le había dicho y me repetía cosas que alguna vez me había dicho. Pero todo era inútil, estaba desaparecida y nada se sabía de ella ni de Sergio. Años después, cuando por fin salí, me dijeron que un cura argentino casi tropezó en el patio de cierta unidad militar con un cuerpo reventado y que de éste surgió una voz que era un hilo, padre, soy Sergio Morán, diga allá afuera que a ella la mataron, que a Ana la mataron, y que a mí, ya lo ve, también. O sea que acabaron con Ana y sin embargo nunca hablo de ella. Nunca. Con nadie. Ni siquiera con Lucía, que sólo sabe que estuve casado y me separé. No la menciono ni en las descargas con Joaco o Felipe. ¿Por qué? ¿No puedo añorarla porque se fue con otro? ¿No puedo admitir mi duelo porque no supe o no pude retenerla, porque no estuve junto a ella cuando la destruyeron? En estos años, uno se vuelve un especialista en fabricarse culpas y después es difícil separar las falsas de las reales. No puedo borrar de mi vida mis cinco años con Ana y mucho menos puedo recuperarla. Sé y me lo repito que cuando se fue ya no nos queríamos ni nos necesitábamos. Pero eso no alcanza para imaginarla destruida. Y además, ¿sería cierto que no nos queríamos ni nos necesitábamos? ¿O nos habremos portado como dos tontos inexpertos, rencorosos, indignos, como dos pésimos humanos? ¿O me habré portado yo, sólo yo, como un tonto inexperto, rencoroso, indigno, como un pésimo humano? Lo cierto es que no me siento capaz de hablar de Ana. Sólo hablo de ella conmigo mismo. Y Ana, por su parte, quizá en uno de sus crónicos berrinches, se ha sumido en un ominoso silencio del que nunca

nadie habrá de rescatarla. Mi escollo tal vez consista en que todavía no sé si la quise o no, si la quiero o no.

10.

Fernando y Lucía vivían sus nuevos tiempos. Separados o juntos. Cada uno en su recinto, con sus paredes, con su trabajo, con su necesidad del otro. Y cada dos, tres días, juntándose, siempre en el quinto cielo de Fernando, como cábala porque allí se buscaron, se encontraron, allí cayeron por fin las vallas y el amor renovó, rehizo, remodeló sus cuerpos, les quitó herrumbre y tufo a soledad, los hizo deseables y visibles, les mezcló las congojas y los disfrutes, les reveló semejanzas y desemejanzas, identidad de sí mismos y del contiguo. Separados o juntos. Pero la separación ya no fabricaba como antes sus excusas de lucidez y molicie a fin de persuadir de su sentido a cada respectivo solitario, sino que también dirigía sus antenas al (o a la) que estaba allá, en el otro extremo del tenso bramante. Hubo una fase del amor lacrado, de sueños al abrigo, de negarse a someterlo al viento helado del febrero madrileño, tiempo de no mostrarse a otros, de salvaguardar la intimidad y cultivarla, de ponerse al día y sobre todo de ponerse a la noche, de mirarse juntos para luego recordarse separados, de dialogar interminablemente para irse familiarizando con cada recordo, con cada misteriosa guarida del otro. El pasado llegaba en ondas discontinuas, con imágenes, palabras, sensaciones y les hacía pagar un dividendo de angustia, pero ellos no le hurtaban el bulto, lo asumían con serenidad, conscientes del lugar que esos trances ocupaban en sus vidas, pero también cuidando de no detenerse morosamente en el detalle, en la reseña de la mortificación o de la ansiedad y menos aún del infierno corporal. En una ocasión, Fernando sintetizó en un breve testimonio su relación con Ana, claro que sin nombrarla, y si bien Lucía no preguntó nada porque cualquier pregunta

incorporaba un riesgo, absorbió el dato sin premeditación pero con toda su memoria disponible. Ella, por su parte, habló de Eduardo con naturalidad y sin entrar en pormenores. En rigor, se trataba de vínculos y experiencias distintas, pero en alguna medida la muerte ominosa los nivelaba, los devolvía a la niebla de su injusta expiación. Y llegó el día en que el enclaustramiento terminó y Fernando y Lucía, sin resolverlo expresamente, salieron a la calle con su amor a punto, lo sometieron a la prueba y el contacto de la primavera, y al llenar los pulmones y colmar las miradas con esa cíclica y siempre inaugural resurrección de la naturaleza, fantasearon que ésta les daba su visto bueno, que el cabeceo afirmativo de los árboles era la anuencia que les faltaba para sentirse bien, cada uno individualmente y también entre sí, y que el trino colectivo y ensordecedor de los pájaros retornantes era sencillamente una celebración a ellos destinada. Es claro que todo esto lo pensaban pero no siempre lo decían, porque cada uno se azoraba de la vecindad con lo cursi, sin recordar que el amor siempre hace equilibrio sobre esa cuerda floja, pero es difícil que se derrumbe (qué ridículo puede ser un beso visto desde fuera y sin embargo qué sabroso suele ser desde dentro). El buen tiempo fue permitiendo que los abrigos, las bufandas y las medias de lana se fueran soltando como escamas, y que otras escamas, pero del ánimo (los prejuicios, las inhibiciones, los remilgos) también se fueran desprendiendo y quedarán inmóviles y nimias en la zona común de la falsa vergüenza y el invierno. Y la noche en que aparecieron juntos en lo de Joaco y Teresa, no fue preciso hacer ningún anuncio, ya que a esa altura nadie podía dudar de que eran (separados o juntos) una pareja.

11.

¿Entonces no sabes por qué no regresas? Sí, creo que lo sé, pero Lucía, se trata de una sensación, y nunca he

sido muy ducho en eso de convertir una sensación en palabras, ya sean pocas o muchas. Lo cierto es que no quiero volver. Algo se rompió en mí, y no he podido recomponerlo, no he podido soldar esos pedazos. Lo malo es que tampoco soy de aquí. Tengo amigos, gente a la que quiero. Pero estoy afuera. Fíjate que te digo esto y simultáneamente me lo estoy diciendo a mí mismo. Soy más inseguro de lo que aparento. Simulo que soy y estoy seguro, sólo para que no me avasallen. Pero Fernando, ¿quién quiere avasallarte? Que yo sepa, nadie, pero por las dudas, ¿no? Lucía ríe con ganas. Te causa gracia, ¿eh? pero vos, ¿volverías? Mira, Fernando, lo veo como una posibilidad tan lejana que no quiero empezar a plantérmelo desde ya. La situación en Chile no es la de Uruguay o Argentina, pero cuando el regreso sea posible para todos los chilenos, entonces sí creo que volvería. Fernando gruñe un poco pero no dice nada. ¿Qué pasa? ¿Piensas en nosotros? Fernando gruñe otra vez, pero esta vez agrega, cómo podría no pensar. Lucía sonríe, y es una sonrisa triste y tierna. ¿Para qué vamos a amargarnos desde ahora? Todo es transitorio, Fernando, todo es provisional. Estamos con un pie aquí y otro en la frontera. Es tu caso y es el mío. ¿Qué proyectos podemos hacer? Ahora conquistamos un trocito de bienestar y agradecámoslo a Dios, al azar o a quien sea, y si la palabra bienestar te parece muy pomposa, digamos un pedacito de cariño, y qué bien que nos vino, ¿o no? Disfrutémoslo, pué. Y no te me pongas hipocondríaco. ¿Pido permiso para abrazarte? ¿Me lo concede el oriental? Sí, el oriental se lo concede, y en pleno abrazo, con el beso de Lucía entibiando su mejilla, ve que su propio rostro lo contempla desde el reflejo de la ventana y le sorprende un poco que aquellos labios finos, suspicaces, perplejos, se muevan en silencio para decir Ana.

EL CÉSPED

*algo vuela hacia el sol y no se sabe
si es la pelota o si es la misma tierra*

BALDOMERO FERNÁNDEZ MORENO

*ante su red aguarda
la portería aún, araña parda*

MIGUEL HERNÁNDEZ

1.

El césped. Desde la tribuna es un tapete verde. Liso, regular, aterciopelado, estimulante. Desde la tribuna quizá crean que, con semejante alfombra, es imposible errar un gol y mucho menos errar un pase. Los jugadores corren como sobre patines o como figuras de ballet. Quien es derrumbado cae seguramente sobre un colchón de plumas, y si se toma, doliéndose, un tobillo, es porque el gesto forma parte de una pantomima mayor. Además, cobran mucho dinero simplemente por divertirse, por abrazarse y treparse unos sobre otros cuando el que queda bajo ese sudoroso conglomerado hizo el gol decisivo. O no decisivo, es lo mismo. Lo bueno es treparse unos sobre otros mientras los rivales regresan a sus puestos, taciturnos, amargos, cabizbajos, cada uno con su barata soledad a cuestas. Desde la tribuna es tan disfrutable el racimo humano de los vencedores como el drama particular de cada vencido. Por supuesto, ciertos avispados espectadores siempre saben cómo hacer la jugada maes-

tra y no acaban de explicarse, y sobre todo de explicarlo a sus vecinos, por qué este o aquel jugador no logra hacerla. Y cuando el árbitro sanciona el penal, el espectador avisado también intuye hacia qué lado irá el tiro, y un segundo después, cuando el balón brinca ya en las redes, no alcanza a comprender cómo el golero no lo supo. O acaso sí lo supo y con toda deliberación se arrojó al otro palo, en un alarde de masoquismo o venalidad o estupidez congénita. Desde la tribuna es tan fácil. Se conoce la historia y la prehistoria. O sea que se poseen elementos suficientes como para comparar la inexpugnable eficacia de aquel zaguero olímpico con la torpeza del patadura actual, que no acierta nunca y es esquivado una y mil veces. Recuerdo borroso de una época en que había un *centre-half* y un *centre-forward*, cada uno bien plantado en su comarca propia y capaz de distribuir el juego en serio y no jugando a jugar, como ahora, ¿no? El espectador veterano sabe que cuando el fútbol se convirtió en balompié y la *ball* en pelota y el *dribbling* en finta y el *centre-half* en volante y el *centre-forward* en alma en pena, todo se vino abajo y ésa es la explicación de que muchos lleven al estadio sus radios a transistores, ya que al menos quienes relatan el partido ponen un poco de emoción en las estupendas jugadas que imaginan. Bueno, para eso les pagan, ¿verdad? Para imaginar estupendas jugadas y está bien. Por eso, cuando alguien ha hecho un gol y después de los abrazos y pirámides humanas el juego se reanuda, el locutor idóneo sigue colgado de la “o” de su gooooooooool, que en realidad es una jugada suya, subjetiva, personal, y no exactamente del delantero que se limitó a empujar con la frente un centro que, entre todas las otras, eligió su cabeza. Y cuando el locutor idóneo llega por fin al desenlace de la “ele” final de su gooooooooool privado, ya el árbitro ha señalado un orsai que favorece, ¿por qué no?, al locatario.

Es bueno contemplar alguna vez la cancha desde aquí, desde lo alto. Así al menos piensa Benjamín Ferrés, veintitrés años, digamos delantero de un Club Chico, al-

quien últimamente en alza según los cronistas deportivos más estrictos, y que hoy, después de empatarle al Club Grande y ducharse y cambiarse, no se fue del estadio con el resto del equipo y prefirió quedarse a mirar, desde la tribuna ya vacía (sólo quedan los cafeteros y heladeros y vendedores de banderitas, que recogen sus bártulos o tal vez hacen cuentas) aquel campo en el que estuvo corriendo durante noventa minutos e incluso convirtió uno, el segundo, de los dos goles que le otorgan al Club Chico eso que suele llamarse un punto de oro. Sí, desde aquí arriba el césped es una alfombra, casi un paño verde como el del casino, con la importante diferencia de que allá los números son fijos, permanentes, y aquí (él, por ejemplo, es el ocho) cambian constantemente de lugar y además se repiten. A lo mejor con el flaco Suárez (que lleva el once prendido en la espalda) podrían ser una de las parejas negras. O no. Porque de ambos, sólo el Flaco es oscuroito.

Ahora se levanta un viento arisco y las gradas de cemento son recorridas por vasos de plástico, hojas de diario, talones de entradas, almohadillas, pelotas de papel. Remolinos casi fantasmales dan la falsa impresión de que las gradas se mueven, giran, bailotean, se sacuden por fin el sol de la tarde. Hay papeles que suben las escaleras y otros que se precipitan al vacío. A Benjamín (Benja, para la hinchada) le sube una bocanada de desconsuelo, de extraña ansiedad al enfrentarse, ¿por primera vez?, con la quimera de cemento en estado de pureza (o de basura, que es casi lo mismo) y se le ocurre que el estadio vacío, desolado, es como un esqueleto de multitud, un eco fantasmal de esa misma muchedumbre cuando ruge o aplaude o insulta o agita banderas. Se pregunta cómo se habrá visto su gol desde aquí, desde esta tribuna generalmente ocupada por las huestes del adversario. Para los de abajo en la tabla, el estadio siempre es enemigo: miles y miles de voces que los acosan, los persi-

guen, los hunden, porque generalmente el que juega aquí, el permanente locatario, es uno de los Grandes, y los de abajo sólo van al estadio cuando les toca enfrentarlos, y en esas ocasiones apenas si acarrear, en el mejor de los casos, algunos cientos de fanáticos del barrio, que, aunque se desgañitan y agitan como locos su única y gastada bandera, en realidad no cuentan, es imposible que tapen, desde su islote de alaridos, el gran rugido de la hinchada mayor. Desde abajo se sabe que existen, claro, y eso es bueno, y de vez en cuando, cuando se suspende el juego por lesión o por cambio de jugadores, los del Club Chico van con la mirada al encuentro de aquel rinconcito de tribuna donde su bandera hace guiños en clave, señales secretas como las del truco. Y ésta es la mejor anfetamina, porque los llena de saludable euforia y además no aparece en los controles antidopping.

Hoy empataron, no está mal, se dice Benja, el número ocho. Y está mejor porque todos sus huesos están enteros, a pesar de la alevosa zancadilla (esquivada sólo por intuición) que le dedicaran en el toletole previo al primer gol, dos segundos antes de que el Colorado empujara nuevamente la globa con el empeine y la colocara, inalcanzable, junto al poste izquierdo.

2.

Después de todo, la playa es mía. Desde hace quince años la vengo adquiriendo en pequeñas cuotas. Cuotas de sol y dunas. Todos esos prójimos, prójimas y projimitos que se ven tendidos sobre las rocas o bajo las sombrillas o corriendo tras una pelota de engañapichanga o jugando a la paleta en una cancha marcada en la arena con líneas que al rato se borran, todos esos otros, están en la playa gracias a que yo les permito estar. Porque la playa es mía. Mío el horizonte con toninas remotas y tres barquitos a vela. Míos los peces que extraen mis pescadores con mis redes antiguas, remendadas. El aire

salitroso y los castillos de arena y las aguas vivas y las algas que ha traído la penúltima ola. Todo es mío. ¿Qué sería de mí, el número ocho, sin estas mañanas en que la playa me convence de que soy libre, de que puedo abrazar esta roca, que es mi roca mujer o tal vez mi roca madre, y estirarme sin otros límites que mi propio límite o hasta que siento las tenazas del cangrejo barcino sobre mi dedo gordo? Aquí soy número ocho sin llevarlo en la espalda. Soy número ocho sencillamente porque es mi identidad. Un cura o un teniente o un payaso no necesitan vestir sotana o uniforme o traje de colores para ser cura o teniente o payaso. Soy número ocho aunque no lo lleve dibujado en el lomo y aunque ningún botija se arrieme a pedirme autógrafos, porque sólo se piden autógrafos a los de los Clubes Grandes. Y creo que siempre seré de Club Chico, porque me gusta amargarles la fiesta, no a los jugadores que después de todo son como nosotros, sólo que con más suerte y más guita, ni siquiera a la hinchada grande por más que nos insulte cuando hacemos un fau y festeje ruidosamente cuando el otro nos propina un hachazo en la canilla. Me gusta arruinarles la fiesta, sobre todo a los dirigentes, esos industriales bien instalados en su cochazo, en su piso de la Rambla y en su mondongo, señores cuya gimnasia sabatina o dominical consiste en sentarse muy orondos, arriba en el palco oficial, y desde ahí ver cómo allá abajo nos reventamos, nos odiamos, nos derretimos en sudores, y cuando sus jugadores ganan, condescienden a llegar al vestuario y a darles una palmadita en el hombro, disimulando apenas el asco que les provoca aquella piel todavía sudada, y en cambio, cuando sus jugadores pierden, se van entonces directamente a su casa, esta vez por supuesto sin ocultar el asco. En verdad, en verdad os digo que yo ignoro si hacen eso, pero me lo imagino. Es decir, tengo que imaginarlo así, porque una cosa son las instrucciones del entrenador, que por supuesto trato de cumplir si no son demasiado absurdas, y otra cosa son las instrucciones que yo me doy, verbigracia vamo vamo número ocho hay

que aguarle la fiesta a ese presidente cogotudo, jactancioso y mezquino, que viene al estadio con sus tres o cuatro nenes que desde ya tienen caritas de futuros presidentes cogotudos. Bueno, no sé ni siquiera si tiene hijos, pero tengo que imaginarlo así porque soy el número ocho, insustituible titular de un Club Chico y, ya que cobro poco, tengo que inventarme recompensas compensatorias y de esas recompensas inventadas la mejor es la posibilidad de aguarle la fiesta al cogotudo presidente del Grande, a fin de que el lunes, cuando concurra a su Banco o a su banca, pase también su vergüenza rica, su vergüenza suntuosa, así como nosotros, los que andamos en la segunda mitad de la tabla, sufrimos, cuando perdemos, nuestra vergüenza pobre. Pero, claro, no es lo mismo, porque los Grandes siempre tienen la obligación de ganar, y los Chicos, en cambio, sólo tenemos la obligación de perder lo menos posible. Y cuando no ganamos y volvemos al barrio, la gente no nos mira con menosprecio sino con tristeza solidaria, en tanto que al presidente cogotudo, cuando vuelve el lunes a su Banco o a su banca, la gente, si bien a veces se atreve a decirle qué barbaridad doctor porque ustedes merecieron ganar y además por varios goles, en realidad está pensando te jodieron doctor qué salsa les dieron esos petizos. Por eso a mí no me importa ser número ocho titular y que no me pidan autógrafos aquí en la playa ni en el cine ni en Dieciocho. Los partidos no se ganan con autógrafos. Se ganan con goles y éstos los sé hacer. Por ahora al menos. También es un consuelo que la playa sea mía, y como mía pueda recorrerla descalzo, casi desnudo, sintiendo el sol en la espalda y la brisa en los ojos, o tendiéndome en las rocas pero de cara al mar, consciente de que atrás dejo la ciudad que me espía o me protege, según las horas y según mi ánimo, y adelante está esa llanura líquida, infinita, que me lame, me salpica, a veces me da vértigo y otras veces me brinda una insólita paz, un extraño sosiego, tan extraño que a veces me hace olvidar que soy número ocho.

3.

Alejandra. Lo extraño había sido que Benja conociera sus manos antes que su rostro, o mejor aún, que se enamorara de sus manos antes que de su rostro. Él regresaba de San Pablo en un vuelo de Pluna. El equipo se había trasladado para jugar dos amistosos fuera de temporada, pero Benja sólo había participado en el primero porque en una jugada tonta había caído mal y el desgarramiento iba a necesitar por lo menos cinco días de cuidado, así que el preparador físico decidió mandarlo a Montevideo para que allí lo atendieran mejor. De modo que volvía solo. A la media hora de vuelo se levantó para ir al baño y cuando regresaba a su sitio tuvo la impresión de ser mirado pero él no miró. Simplemente se sentó y reinició la lectura de Agatha Christie, que le proponía un enigma afilado, bienhumorado y sutil como todos los suyos.

De pronto percibió que algo singular estaba ocurriendo. En el respaldo que estaba frente a él apareció una mano de mujer. Era una mano delgada, de dedos largos y finos, con uñas cuidadas pero sin color. Una mano expresiva, o quizá que expresaba algo, pero qué. A los dos o tres minutos hizo irrupción la otra mano, que era complementaria pero no igual. Cada mano tenía su carácter, aunque sin duda compartían una inquietante identidad. Benja no pudo continuar su lectura. Adiós enigma y adiós Agatha. Las manos se movían con sobriedad, se rozaban a veces. Él imaginó que lo llamaban sin llamarlo, que le contaban una historia, que le ofrecían respuestas a interrogantes que aún no había formulado; en fin, que querían ser asidas. Y lo más preocupante era que él también quería asirlas, con todos los riesgos que un acto así podía implicar, verbigracia que la dueña de aquellas manos llamara inmediatamente a la azafata, o se levantara, enfrentada a su descaro, y le propinara una espléndida bofetada, con toda la vergüenza, adicional y públi-

ca, que semejante castigo podía provocar. Hasta llegó a concebir, como un destello, un título, a sólo dos columnas (porque era número ocho, pero sólo de un Club Chico): conocido futbolista uruguayo abofeteado en pleno vuelo por dama que se defiende de agresión sexual.

Y sin embargo las manos hablaban. Sutiles, seductoras, finísimas, dialogaban uña a uña, yema a yema, como creando una espera, construyendo una expectativa. Y cuando fue ordenado el ajuste de los cinturones de seguridad, desaparecieron para cumplir la orden, pero de inmediato volvieron a poblar el respaldo y con ello a convocar la ansiedad del número ocho, que por fin decidió jugarse el todo por el todo y asumir el riesgo del ridículo, el escándalo y el titular a dos columnas que acabaran con su carrera deportiva. De modo que, tomada la difícil decisión y tras ajustarse también él el cinturón, avanzó su propia mano hacia los dedos cautivantes, que en aquel preciso momento estaban juntos. Notó un leve temblor, pero las manos no se replegaron. La suya prolongó aquel extraño contacto por unos segundos, luego se retiró. Sólo entonces las otras manos desaparecieron, pero no pasó nada. No hubo llamada a la azafata ni bofetada. Él respiró y quedó a la espera. Cuando el avión comenzaba el descenso, una de las manos apareció de nuevo y traía un papel, más bien un papelito, doblado en dos. Benja lo recogió y lo abrió lentamente. Conteniendo la respiración, leyó: 912437.

Se sintió eufórico, casi como cuando hacía un gol sobre la hora y la hinchada del barrio vitoreaba su nombre y él alzaba discretamente un brazo, nada más que para comunicar que recibía y apreciaba aquel apoyo colectivo, aquel afecto, pero los compañeros sabían que a él no le gustaba toda esa parafernalia de abrazos, besos y palmaditas en el trasero, algo que se había vuelto habitual en todas las canchas del mundo. Así que cuando metía un gol sólo le tocaban un brazo o le hacían desde lejos un gesto solidario. Pero ahora, con aquel prometedo 912437 en el bolsillo, descendió del avión como de

un podio olímpico y diez minutos después pudo mirar discretamente hacia la dueña de las manos, que en ese instante abría su valija frente al funcionario aduanero, y Benja comprobó que el rostro no desmerecía la belleza y la seducción de las manos que lo habían enamorado.

4.

Benja y Martín se encontraron como siempre en la pizzería del sordo Bellini. Desde que ambos integraran el cuadrito juvenil de La Estrella habían cultivado una amistad a prueba de balas y también de codazos y zancadillas. Benja jugaba entonces de zaguero y sin embargo había terminado en número ocho. Martín, que en la adolescencia fuera puntero derecho, más tarde (a raíz de una sustitución de emergencia, tras lesiones sucesivas y en el mismo partido del golero titular y del suplente) se había afincado y afirmado en el arco y hoy era uno de los guardametas más cotizados y confiables de Primera A.

El sordo Bellini disfrutaba plenamente con la presencia de los dos futbolistas. Él, que normalmente no atendía las mesas sino que se instalaba en la caja con su gorra de capitán de barco, cuando Martín y Benja aparecían, solos o acompañados, de inmediato se arrimaba solícito a dejarles el menú, a recoger los pedidos, a recomendarles tal o cual plato y sobre todo a comentar las jugadas más notables o más polémicas del último domingo.

Era algo así como el *fan* particular de Benja y Martín y su caballito de batalla era hacerles bromas cada vez que, por azares del *fixture*, debían jugar frente a frente, ellos dos que eran tan amigos. Y el sordo mantenía al día su contabilidad particular. En los tres años que ambos llevaban en Primera A, Benja sólo le había hecho a Martín dos goles, pero de penal, y más de una vez el golero le había sacado al *corner* uno de esos fulminantes cabezazos que hacían el delirio de la hinchada y que constituían el máspreciado don del número ocho. Cuando estoy

frente al gol, decía Benja, mi obsesión es introducir la pelota en un ángulo absolutamente inalcanzable, y ahí no hay golero amigo que valga, pero si tengo la mala suerte de que el tipo que está en el arco me ataja el zurdazo o lo que sea, entonces prefiero que el que se luzca sea Martín y no otro.

El sordo llevaba la cuenta, con el mismo rigor que una computadora, de todas las atajadas de Martín, desglosándolas en varias categorías: con los puños, con una mano y al *corner*, retención con ambas manos, abandono momentáneo del arco a la manera de un *back* de antaño. Y también la nómina de los tiros al arco efectuados por Benja: de derecha, de zurda, de cabeza, de chilena, tiros muy desviados, apenas desviados, los que daban en el travesaño, en el poste izquierdo, en el derecho, los tantos anulados por "orsai", los penales errados y los acertados, y como corolario, los rotundos y gloriosos goles efectivamente convertidos.

A Benja y a Martín les divertía aquel culto singular, que oficiaba de memoria plural, pero si bien nunca lo admitían con todas las letras, ni siquiera en sus diálogos privados, en el fondo todo ello halagaba sus respectivas y modestas vanidades y constituía un motivo adicional (además de los ñoquis a la boloñesa y los capeletis a la caruso y el buen tinto de la casa) para hacerles coincidir, al menos una vez por semana, en el local de Bellini, que, aunque en los hechos (y en los precios) había ascendido con justicia a la categoría de *restaurante*, aún seguía mostrando en su refulgente neón bicolor su condición original de pizzería.

Sólo cuando, después de los comentarios y risotadas de rigor, el sordo consideró oportuno regresar a su puente de mando, o sea la caja, Martín empezó a poner sus preocupaciones y dudas sobre la mesa. Comenzó con rodeos, aproximándose al tema pero sin abordarlo directamente. Por ejemplo, preguntándole a un Benja, más llamado que de costumbre, si pensaba en España o en Brasil. Que no pensaba nada, dijo Benja, pero el otro fue

contundente: pues yo sí. Benja comentó que hacía bien, que todo era cuestión de temperamento. O de alergias. Y Martín, qué temperamento ni qué alergias, vos podés pegar el brinco más fácilmente que cualquier otro; un buen delantero siempre es codiciable, ya que es un producto que no abunda; para los dirigentes los campeonatos se ganan con los goles que se meten, no con los que se evitan. Benja intenta refutar y recuerda que ha habido sonados pases de goleros. Sí, ya sé: Filloi, Pumpido, y ahora ese ruso Dassaev. Pero no vas a comparar, es tan raro que los intermediarios se rompan los cuernos por conseguir el pase de un arquero. Ustedes los delanteros son los que *maradonean*, los que prometen (y a veces consiguen) el paraíso; decime Benja, cuántos números ocho tiene este país que puedan verdaderamente hacerte sombra; tenés que irte y si podés no cruces el charco chico sino el charco grande. España, Italia. Además, sos el modelito más codiciado aquí, allá y acullá, o sea el número ocho que colabora con la defensa, domina el medio campo, pasa como un maestro, y por añadidura, hace goles de campeonato. Te juro que si yo fuera delantero ya me habría ido, pero no soy un metegoles sino un evitagoles y eso no cuenta. Si en un partido te meten tres, sabés cómo te putean: si te rompiste todo y no te hacen ninguno, si te pasaste los noventa minutos sacando pelotas imposibles y aguantaste todo el chaparrón de una delantera dribleadora, sorpresiva, potente, nadie se acuerda, pero si en un solo contraataque el número diez pescó a la defensa adelantada y corrió como un gamo e hizo el gol, el héroe es él, nunca el atajapelotas que quedó allá atrás, olvidado y a solas. En cambio, cuando el equipo contrario mete un gol, no se lo hace al cuadro entero sino al guardameta, es él quien falla en el instante decisivo, el que pese a la estirada no pudo alcanzar la pelota, el que tiene que ir mansa y humilladamente a recogerla en el fondo de la red, y también el que es enfocado por las cámaras para que el espectador pueda aquilatar su vergüenza, su bronca, su desconcierto, como

contrapeso de la euforia, el estallido y la corrida triunfal del otro enfocado, o sea el autor del gol. Y encima te pasan el replay, para que tu humillación se duplique, se triplique, se multiplique hasta el infinito.

Martín concluyó su parrafada y miró a Benja, como pidiéndole apoyo. Pero el número ocho tomó despacito media copa de tinto, se limpió la boca con la servilleta, sonrió al mundo en general y dijo: “Tengo novia”.

4.

En realidad, se había portado con paciencia y discreción. Tras el idilio manual del vuelo Pluna, dejó pasar tres días antes de llamar al 912437, cohibido tal vez por la secreta sospecha de que aquel número no existiera o sólo fuera una broma de la dueña de las manos. Por fin, el lunes (aprovechando que por suerte no había entrenamiento) se decidió a telefonear y si bien al comienzo la insistente llamada en el vacío pareció confirmar sus temores, precisamente cuando iba a colgar alguien decidió responder y él no dudó de que aquella voz era la de ella.

Hola, soy el del avión, dijo como fórmula introductoria suficientemente ensayada. Ah, dijo la voz, yo soy la de las manos. Sí, claro, me llamo Benjamín. Ya lo sé, y te dicen Benja, yo soy Alejandra y me dicen Ale. Parece que a la gente ya no le gustan los nombres largos. No, más bien creo que es la ley del menor esfuerzo. ¿Te gustaría que nos encontráramos?, preguntó él haciendo lo posible para que la expectativa no se tradujera en tartamudeo. Me gustaría. Y la otra voz era firme, sin la menor preocupación por evitar las vacilaciones.

De modo que se encontraron, a la tarde siguiente, en Los Nibelungos. El lugar lo había sugerido Benja, que jamás iba a esa confitería, distinguida si las hay, creyendo sinceramente que era el sitio más adecuado para un primer contacto. Sólo después advirtió que cualquier boliche de barrio habría sido mejor.

A esa hora de la tarde, todas las mesas de Los Nibelungos estaban ocupadas. Las tortas de manzana, las frutillas *mit Sahne*, las caracolas, los ochos, los merengues, las palmitas alemanas, colmaban las bandejas de los camareros, entre los que todavía se contaban algunos veteranos que, a través de los años y las vicisitudes, habían atendido a varios estratos de burgueses alegres, burgueses contritos, burgueses monologantes, burgueses activos, burgueses retirados, y también a señoras locuaces, militares camuflados, nietos y bisnietos de ex nazis domésticos, jóvenes modelos de espalditas bronceadas, garbosos locutores de televisión, parlamentarios de ademán fatuo, terceros suplentes de mirada sumisa, y sólo excepcionalmente a algún turista, fogueado y pez gordo, sonriente entre aceitunas, precavidamente feliz con su muchacha en flor. El humo de los cigarrillos formaba una discreta calima, surcada por voces roncas o argentinas (en sus dos acepciones), carcajadas que intentaban no ser risotadas, ceños respetables que se fruncían y desfruncían al compás de temas y anecdotario. Por supuesto, también había clientes no particularmente diferenciados, gente que tomaba su chocolate con *stolen* o su cerveza con sängüiches surtidos y mientras tanto leía el diario o tomaba apuntes en libretas de tapas verdes. El conjunto era un solo rumor que amontonaba sílabas y sílabas pero no permitía identificar palabras y coexistía con una vaharada espesa de tabaco y miel, de alcohol y pan tostado.

Ale apareció con el mismo vestido que llevaba en el avión (¿no tendrá otro?, pensó Benja, pero enseguida se avergonzó de su frivolidad), estaba linda y parecía contenta. El saludo, todavía formal, fue el pretexto para que las manos se reconocieran y lo celebraran. Hubo una ojeada de inspección recíproca y decidieron aprobarse con muy bueno sobresaliente.

Mientras esperaban el té y la torta de limón, ella dijo qué te parece si empezamos desde el principio. ¿Por ejemplo? Por ejemplo por qué te decidiste a tocar mis manos. No sé, tal vez fue pura imaginación, pero pensé

que tus manos me llamaban, era un riesgo, claro, pero un riesgo sabroso, así que resolví correrlo. Hiciste bien, dijo ella, porque era cierto que mis manos te llamaban. ¿Y eso?, balbuceó el número ocho. Sucede que para vos soy una desconocida, yo en cambio te conozco, sos una figura pública que aparece en los diarios y en la televisión, te he visto jugar varias veces, en el Estadio y en tu barrio, leo tus declaraciones, sé qué opinás del deporte y de tu mundo y siempre me ha gustado tu actitud, que no es común entre los futbolistas. No reniego de mis compañeros, más bien trato de comprenderlos. Ya sé, ya sé, pero además de todo eso, probablemente el punto principal es que me gustás, y más me gustó que te atrevieras con mis manos, ya que, dadas las circunstancias, se precisaba un poquito de coraje para que tu cerebro le diera esa orden a tus largos dedos. Tal vez no fuera el cerebro y sí el corazón, sugirió Benja pero no bien lo dijo le sonó empalagoso. Uyuy, quién te dice, a lo mejor tenés el corazón en el cerebro. O viceversa. Bah, una cosa es cierta. A pesar de que me gustás, jamás te hubiera enviado seña alguna, pero el hecho de que coincidiéramos en el mismo vuelo me pareció algo así como un visto bueno del azar, y yo con el azar me llevo bien, sigo moderadamente sus consejos, pero, claro, con la iniciativa de mis manos sobrepasé el consejo del azar, todavía me asombro, yo también arriesgué, ¿no? ¿Te arrepentís? Espero que no. Bueno bueno, parece que me conocés al dedillo, así que mejor contame un poco de vos. Está bien: Alejandra Ocampo, veintidós años, nací en Mercedes pero vivo desde los nueve años en Montevideo, estudiaba en Humanidades pero dejé porque tuve que trabajar, me gano la vida en publicidad, proyecto textos seductores destinados a convencer a la pobre gente de que ingrese al mercado de consumo, a menudo trato de poner algún alerta en las entrelíneas, pero no puedo hacerlo siempre porque el jefe es avisado y se da cuenta. ¿Tus padres? Zona amarga ésa, están y no. Mi padre es uno de los uruguayos desaparecidos en Argentina. Hace tiempo que admití ante

mí misma que está muerto, pero mi madre jamás lo admitirá mientras no disponga del necesario, imprescindible cadáver, y en esa esperanza dura, incontrolable, ha ido perdiendo su equilibrio. Mi hermano me lleva dos años, es dibujante y trabaja en otra agencia de publicidad (ya te habrás enterado de que es uno de los pocos sectores en que hay laburo). El y yo tratamos de convencer a mi madre de que es imposible que papá vuelva a estar entre nosotros (lo desaparecieron en el 74), pero ella nos mira recelosa, desconfiada, como si fuéramos cómplices de ese no-regreso. Y sin embargo la ausencia del viejo también para nosotros dos fue una catástrofe. Distinta a la de mamá, pero sin duda una catástrofe. Aunque me veas animada y bastante vital, tengo a veces mis bajones y lloro larga y desconsoladamente, claro que a escondidas de mamá. Lloro porque es algo injusto, porque el viejo era un hombre estupendo, al que quizá debo lo mejor de mí misma. Ahora bien, he observado que cada vez transcurre más tiempo entre uno y otro llanto. La frustración y el sentimiento permanecen, quizá más refinados y sutiles, pero la imagen física del viejo se va como desdibujando, es una lástima pero es así.

Benja avanzó una mano hasta la de ella. Caramba, Ale (ella sonrió ante el estreno del diminutivo), jamás habría imaginado una historia así, no tenés cara de desgracia. Onetti 1960, acotó ella. No, no tengo cara de desgracia, la llevo bien guardada, para no olvidarla, ¿sabés? No tengo cara de desgracia porque no quiero que, además de hundir a mi padre, me hundan también a mí, no en la muerte sin duelo sino en la tristeza. Sé que les cae mal que uno siga viviendo, y aunque fuera sólo por eso, vale la pena vivir y disfrutar la vida.

5.

Ahora Sobredo hace un pase largo de cuarenta metros destinado a Robles que no alcanza el esférico, el alero

Pena ejecuta el óbol en dirección a Seoane pero el joven centrocampista es duramente marcado por Ortega, el árbitro dice aquí no ha pasado nada, y entonces Ortega elude diestramente a Menéndez y a Duarte, la acción es realmente espectacular y ahora toca la pelota muy suave en dirección al goleador Ferrés, el Benja Ferrés que cada vez juega mejor y que ahora entra como una saeta, mueve la pelota con la izquierda, cambia de pierna, se viene, se viene, el aguerrido defensa Murias intenta evitar el inminente disparo, pero el Benja lo engaña con un extraordinario vaivén, esto señores es un ballet, se viene, goooooooooool, el impresionante tiro del número ocho penetra en el ángulo izquierdo de la valla haciendo infructuosa la meritoria paloma del veterano Sarubbi, quien para algunos escépticos ya no está para estos trotes, gran jugada la del pibe Ortega y notable la definición del artillero Ferrés, este Benja que está reclamando a gritos su tan esperada inclusión en la selección nacional, pero ya no como número ocho sino como número nueve, pues es innegable su vocación de ariete. Es con estos notables valores, que se formaron en el campito, es con estos productos de la cantera doméstica, que podremos recuperar el prestigio que otrora, etcétera.

En el tercer encuentro, que éste sí fue en un boliche, Benja y Ale decidieron vivir juntos. Desde el segundo encuentro había quedado claro que se necesitaban, tanto espiritual como físicamente. Ale había advertido: Está bien, pero no me llesves a una amueblada, ¿eh? Benja asintió con la cabeza, se quedó un rato pensando y luego dijo que, gracias a los premios a que se había hecho acreedor en la temporada pasada, había podido comprarse un apartamentito en el Cordón, pero todavía estaba vacío, sólo había heladera y cocina de gas. Ale dio un gritito de alegría: Lo amueblaremos juntos, yo también tengo ahorros.

Y lo amueblaron. De prisa. Aguijoneados por el deseo y también por una tímida confianza en ser felices. Empezaron por lo esencial, o sea cama, colchón, sábanas, fun-

das, almohadas. Luego, una mesa de cocina que serviría para todo. Había placares, de modo que se ahorraron el ropero. Mínima vajilla, cubiertos, platos, manteles, servilletas, hasta una cafetera eléctrica. Ella trajo dos cuadros que tenía en casa de su madre y él aportó unos telares artesanales que había traído de México, cuando fue con el equipo.

El día en que todo estuvo listo, llevaron sidra, brindaron (el orden fue meramente alfabético) por el amor, el fútbol y la publicidad, entre los dos tendieron la cama doble, besándose en cada cruce, con el mínimo pretexto de pasarse almohadas, fundas, portátiles. Luego se enfrentaron, conmovidos, entrelazaron sus manos ya que ellas habían sido las vanguardias, de tácito acuerdo empezaron a desvestirse mutuamente, amorosamente, hasta que el espectáculo de sus cuerpos, la plenitud de sus desnudeces, los exaltó más aún y se juntaron en el abrazo que tantas veces habían imaginado y que de a poco los fue volcando en el flamante lecho, que así quedó gloriosamente inaugurado.

7.

Nunca se lo he confesado a nadie, dijo Benja pocos días más tarde mientras desayunaban en la cocina, pero a vos quiero contártelo. Tengo sueños, ¿sabés? Todos tenemos, dijo Ale. Sí, pero los míos son sueños de fútbol. Qué romántico, dijo ella riendo. No te burles, contigo no necesito soñar porque sueño despierto. Sueño que estoy en la cancha, pero no con mis compañeros de hoy. Estoy con Nazassi, Obdulio, Atilio García, Piendibeni, Gambetta, el vasco Cea, Schiaffino, Petrone, Luis Ernesto Castro, Abbadie y gente así, de distintas épocas, todo entreverado. Pero, Benja, vos no los viste jugar. No, pero he oído hablar tanto de todos ellos, para mi padre y mis tíos siguen siendo ídolos y ellos me han hecho relatos tan vivos de sus jugadas más célebres, que es casi como si los

hubiera visto. Y fíjate que no sueño con los de ahora, Ruben Sosa, Francescoli, De León, Ruben Paz, Perdomo, Seré, a los que admiro y he visto jugar, sino con aquellos veteranos. ¿Y qué hacen en tus sueños? ¿Qué hacen? Jugadas extraordinarias. Una de esas noches el vasco Cea me dio un pase notable y sólo tuve que tocarla para hacer el gol. Y desde el fondo llega la voz de Nazassi, alentándonos, amonestándonos, dirigiéndonos. ¿Y eso te sirve de algo en los partidos verdaderos? Sí que me sirve, en realidad lo más extraño me ocurre en los partidos reales. De pronto, en plena cancha, me veo jugar con los viejos y no con mis compañeros actuales. Cuando advierto (no en el sueño sino en la realidad) que quien va a ejecutar el córner no es el pardo Soria sino el fabuloso Mandrake, entonces sé que la pelota va a volar directamente hasta mi cabeza y sólo tendré que darle un suave frentazo para colocarla en el ángulo. Sin ir más lejos, eso fue lo que me ocurrió el domingo. Y cuando, ya en los vestuarios, le pregunté a Soria cómo hiciste para ponerla justito en mi cabeza, él me dijo yo qué sé, fue rarísimo, como si la pelota, después que la lancé, hubiera seguido su propio rumbo hasta donde vos estabas, fue como si yo le hubiera dado un efecto sensacional pero no le di nada. Otras veces voy avanzando con la pelota y dos segundos antes de que el defensa contrario llegue a hacerme una zancadilla más bien criminal, oigo desde lejos la voz del negro Obdulio, cuidado botija, y puedo esquivar a aquel bulldozer. Y te podría seguir contando. Es raro, dijo Ale, y encendió un cigarrillo para pensar mejor. Es raro, sí, repitió Benja, por eso no lo cuento a nadie.

8.

Desde que vivían juntos, Benja llevaba a Ale a la pizzería. El sordo Bellini la había recibido poco menos que con salvas, y la primera vez trajo un chianti para celebrarlo. Ale había caído bien entre los amigos de Benja,

y especialmente Martín bromeaba preguntando al reducido auditorio qué le habría visto a Benja semejante preciosura. Algo habrá, decía el número ocho con aire de enigma, pero Ale se ponía colorada, así que no repitió la gracia.

Esta vez, cuando entró Martín, todos percibieron que venía radiante. Albricias, proclamó el sordo con su entusiasmo de costumbre, seguro que vos también te enamoraste. Frío frío, dijo Martín, cada vez más iluminado. Te sacaste la lotería, insinuó Ale. Frío frío. Te contrata Peñarol. Tibio tibio. ¿Nacional? Tibio tibio. Bueno, todavía no me enganchó nadie, pero el contratista Piñeirúa me aseguró esta mañana que hay un club español y otro italiano que se interesan por este joven y notable portero (te juro que dijo portero). Martín que no ni no, gritó Benja levantando los brazos. Hubo aplausos, abrazos, besos de Ale. Esperen muchachos, vamos a no festejar antes de tiempo, parece que la decisión la tomará el domingo, justo el día que jugamos contra ustedes, Benja, de modo que cuando te enfrentes al arco pateá con ganas así me luzco. Pierda cuidado, míster, cumpliré sus instrucciones.

También él estaba contento, porque sabía cuánto deseaba su compinche dejar este mercadito deportivo para consagrarse en un supermercado de veras. A partir de ese momento todos fueron proyectos. Martín no tenía pareja, así que iría solo, y eso facilitaba las cosas. Ya te veo venir en las vacaciones con una galleguita colgada al pescuezo, intercambio cultural que le dicen. ¿Y por qué no? Mirá que han mejorado mucho, dijo Ale, ¿quierés que te preste *¡Hola!* para que vayas haciendo boca? Bueno, tampoco exageres, no vayas a culminar tu carrera como violador de menores. En todo caso, de menores. No jodan, che, el trabajo es lo primero. Te desconozco, flaco. ¿Me da la bendición, padre Martín? Ahora hablando en serio, ¿qué tal te sentís para el domingo, Benja? Como un potrillo.

9.

Faltan apenas tres minutos para la conclusión de este excelente partido y el *score* se mantiene igualado en un gol por bando, resultado a todas luces justo y que a esta altura ya parece inamovible aunque ahora avanzan los anaranjados en lo que podría ser la última tentativa para vulnerar por segunda vez la valla de Martín Riera, que esta tarde (digamos que el único gol que le hicieron era sencillamente inatajable) ha confirmado su gran categoría al evitar varios goles que parecían cantados, en este momento lleva la pelota el puntero Suárez con su característica parsimonia, elude limpiamente a dos defensas y la cede a Henríquez, quien sin dejarla picar la toca hacia Ferrés, que la empalma sin problema, la pisa de espaldas al arco, se la pone virtualmente en los pies a Soria, qué calidad señores, Soria sin pensarlo dos veces la devuelve a Ferrés, jugada de pizarrón pero qué pizarrón, se viene, falla el zaguero Zamora al intentar el quite, sigue el Benja con el esférico, va a tirar, se viene, tiró, goooooooooool, increíble mis amigos, el balón, impulsado con gran picardía, le ha pasado a Martín Riera por entre las piernas, sí señores, aunque parezca increíble le ha pasado por entre las piernas, es algo insólito, desacostumbrado, asombroso, rarísimo, y aquí me faltan los sinónimos, que un arquero de la experiencia y calidad de Riera, a punto de ser transferido a un famoso club europeo, haya cometido un error tan garrafal que no sería de extrañar hipoteque el futuro de su hasta ahora brillante historial deportivo. Como se imaginarán los radioescuchas, la astucia de Ferrés, el extraordinario número ocho de los anaranjados, es todavía ruidosamente festejada en las tribunas, etcétera.

10.

Cuando salían de la cancha, los abucheos y silbidos dedicados a Martín fueron de película. Benja no estaba en ánimo de festejar el triunfo, aunque en las duchas los demás cantaban a grito pelado y todos lo abrazaban por aquel golazo fenomenal. Benja no podía dejar de pensar en Martín. La otra noche, en la pizzería, le había dicho: Cuando te enfrentes al arco, tirá con ganas, así me luzco. Bueno, y él había tirado con ganas. Cómo iba a imaginar que a un golero como Martín la pelota le fuera a pasar por entre las piernas. Benja bien sabía que, de aquí a la Polinesia, para un golero eso significaba la vergüenza universal. ¿Estaría el agente europeo en la tribuna? ¿Cómo podía el bueno de Martín tener tanta mala suerte?

Esa misma noche, Benja (solo, sin Ale) fue a casa de Martín pero no lo encontró. Estaba muy abatido, dijo el padre. Qué horrible, don Riera, que haya sido justamente yo. No te preocupes, él no te echa ninguna culpa. Sólo está furioso consigo mismo. Dice que pensó que vos ibas a tirar a un ángulo. Y tiré a un ángulo, don Riera, pero la pelota rozó apenas a un back de ellos, creo que nadie se dio cuenta y entonces la pelota se desvió y lo encontró a Martín totalmente descolocado. En las entrevistas que me hicieron al terminar el partido yo dije eso varias veces como explicación. Sí, él te lo agradece, se dio cuenta de tu intención, pero lo que queda de este partido es que a Martín le hicieron un gol por entre las piernas.

Benja fue a tres cafés que frecuentaba Martín y en el tercero lo encontró. Estaba un poco borracho, y eso era grave porque Martín nunca bebía. Se acabó el viaje, Benja, y no sólo eso, también se acabó mi carrera aquí, no hay golero que sobreviva a que le hagan un gol por entre las piernas. Benja dedicó dos horas a darle ánimos. Yo me siento tan mal como vos, Martín, no puedo acostumbrarme a la idea de que justamente yo te haya hecho eso. No, Benja, no me hiciste nada, todo me lo hice yo.

No sirvo para golero. Ni para nada. ¿Pero estaba el contratista de España? Estaba. Y aunque no estuviera. Con las fotos que mañana aparecerán en los diarios, alcanza y sobra. Seguro que hasta las publican en España y en Italia. Cualquiera día se van a perder ese manjar. Y no sólo la foto sino el comentario: Y ésta es la maravilla que íbamos a importar del Tercer Mundo. Por otra parte, ya me dijo el entrenador que, por prudencia, no voy a ser titular por tres o cuatro partidos. Mirá, Benja de esto no me repongo ni atajando tres penales en una sola tarde. Pero Martín, no quiero verte así, tenés 21 años, te queda la vida, toda la vida. ¿Sabés lo que pasa? Pasa que para mí la vida es el fútbol, más aún, mi vida son los tres palos. Es como si me hubiera quedado sin vida.

Por solidaridad, Benja también se emborrachó y luego lo acompañó, llorando a dúo, hasta la casa de sus padres. El viejo Riera estaba despierto y dijo: Gracias, Benja, sos el mejor amigo de mi hijo.

11.

El viernes, la noticia inauguró el noticiero de todos los canales: El ambiente futbolístico ha sido conmovido por un hecho inesperado y luctuoso. El conocido golero Martín Riera se ha pegado un tiro. Tanto el entrenador como sus compañeros de equipo atribuyen el suicidio a la profunda depresión que sufrió este excelente guardameta el domingo último, con motivo del fallo, realmente insólito en un jugador de su jerarquía, al serle marcado el segundo gol, casi sobre la hora, que significó precisamente la derrota de su equipo. Tanto este cronista como todo el equipo del noticiero hacemos llegar a los familiares de Martín Riera nuestras más sentidas condolencias.

Benja estaba destruido y Ale no sabía qué hacer. Ni uno ni otra habían escuchado directamente la noticia. Fue el sordo Bellini quien telefoneó para comentarla y se encontró con que ellos la ignoraban. No puedo creerlo,

decía aquel buenazo, no puedo creerlo. ¿Cómo puede matarse alguien sólo porque le metan un gol? Ni que estuviéramos en la Edad Media. Jamás se lo perdonaré, jamás, cómo puede habernos hecho eso a vos y a mí. No esperé a que Benja dijera algo (en realidad, habría esperado en vano, ya que el número ocho estaba temblando de tristeza, sentimiento de culpa y desconcierto), con la voz quebrada dijo chau Benja y colgó.

Benja lloró como una criatura. Ale también, de modo que sus caricias no servían de consuelo. Y pensar que yo lo llevé a eso. No seas tonto, Benja, decía ella, él mismo te pidió que lo emplearas a fondo porque quería lucirse ante el agente europeo. Ya lo sé, ya lo sé. Pero, ¿por qué tuve que ser precisamente yo? Hubo por lo menos diez tiros peligrosos en ese segundo tiempo y él atajó todos como siempre, estirándose, arrojándose de palo a palo, alzando la pelota sobre el travesaño. Pero de eso nadie se acordó cuando la chiflatina del final, sólo lo juzgaron por ese maldito disparo mío. ¿Cómo podré entrar de nuevo en una cancha?

Ale lo besaba, lo abrazaba, lo defendía de sí mismo y de las fotografías que en las portadas del lunes habían documentado para siempre aquel gol de antología, así decía uno de los morbosos titulares. ¿Cómo voy a enfrentarme al viejo Riera, a ese pobre hombre que me dijo que yo era el mejor amigo de su hijo? ¿Y acaso no era cierto?

Besándose entre lágrimas, abrazándose poco menos que entre espasmos de dolor, de pronto advirtieron que una ola de ternura los había invadido y que, casi sin buscarlo, estaban haciendo el amor. Y Benja y Ale tuvieron en ese instante la certeza de que en esa misma jornada, cuando una vida cercana, entrañable, había decidido abandonarlos, ellos estaban creando una nueva, que por supuesto se llamaría Martín.

12.

Este cementerio es de pobres, sin grandes monumentos mortuorios ni enormes lápidas de mármol con letras doradas. Este cementerio es de cruces sencillas, de adioses casi cursis en placas herrumbrosas, de caminos con pozos y pastitos quebrados, de gente humilde doblada sobre flores.

Habló el presidente del Club y pareció sincero. Historió la trayectoria amateur y profesional de Martín Riera. Dijo que en estos momentos era el mejor golero del fútbol uruguayo, pero que además era un formidable ser humano, un constante animador del equipo, un gran compañero, y que incluso su trágico gesto era en cierto modo un colmo de dignidad, un alarde de vergüenza en estos tiempos tan desvergonzados.

Junto al féretro estaba todo el equipo, incluido el golero suplente, que ahora ascendía al primero y sin embargo maldecía esa buena suerte. También había jugadores de los equipos de Primera A, incluso de los dos Grandes.

Cuando todo terminó y aquella multitud todavía asombrada empezó a disgregarse (éstos habrían llenado la Colombes, murmuró sombríamente un hincha del montón, quizá uno de los que lo habían abucheado el último domingo), Benja y Ale se quedaron un rato, quietos y callados. No era fácil desprenderse de Martín.

Después, Benja puso su brazo sobre los hombros de la muchacha. Dejo el fútbol, Ale. Ella dijo que se lo temía, pero que tal vez era mejor no tomar ninguna decisión apresurada, pues ahora estaba demasiado afectado por la muerte de Martín. No, dijo él, con los ojos secos: Anoche, en esas dos horas que dormí, tuve uno de mis sueños. ¿Y? Y bueno, ya había terminado el partido, pero yo estaba todavía en la cancha y no sé por qué tenía la pelota bajo el brazo (eso sólo pasa en los sueños porque en la realidad la pelota se la lleva el árbitro), el público iba vaciando lentamente las tribunas, y de pronto sentí que al-

quien me tocaba el codo, suavemente, como con afecto, y me di vuelta. Eran Nazassi y Obdulio. A falta de uno, eran dos capitanes. Y uno de ellos, no sé cuál, me dijo: Dame la pelota, botija, y se la di. No tenés ninguna culpa, pero no tires más al arco. Siempre te vas a acordar de Martín y así no es posible meter goles. Dejé la globa, pibe, ahora que todos te quieren. Es duro dejar las canchas, nosotros bien que lo sabemos, pero será mucho más duro si esperás a dejarlas cuando empiecen a chiflarte porque errás goles seguros, penales decisivos. Y los dos me miraban con un cariño tan sobrio, tan poco escandaloso, pero tan real que dije que sí con la cabeza y los abracé, no como a fantasmas sino como a capitanes. Y es por eso que dejo, Ale, porque como siempre tienen razón.

Ale se arrimó más a su hombre. Le tomó las manos con sus manos, esas conocidas de siempre. Ya pensaremos después sobre el futuro, dijo ella. Sólo entonces empezaron a alejarse de Martín y su cruz, caminando a pasos lentos sobre ese pastito quebrado que es el césped del pobre. El césped.

ÍNDICE

Envío	9
-------------	---

DESPISTES

La sirena viuda	15
Manualidades	17
El hombre que aprendió a ladrar	19
Autobiografía	20
El hijo	23
Idilio	25
Bestiario	26
El sexo de los ángeles	28
Su amor no era sencillo	30
Enigmas	31
Fidelidades	32
San Petersburgo	35
Eso	36
Salvo excepciones	37
Los candidatos	38
El Niño Cinco Mil Millones	39
Hay tantos prejuicios	40
Orden del día	43
Larga distancia	48
Lázaro	55
El riesgo	56
El profeta	57
Mucho gusto	58
Traducciones	59
Persecuta	60
Arena	61
El odio viene y va	62

Un boliviano con salida al mar	63
Lingüistas	65
Todo lo contrario	66
El puercoespín mimoso	67
Estornudo	69
Graffiti sin muros	71
Paisaje	73
El ruido y la imagen	74
Memoria electrónica	77
Triángulo isósceles	81
La roca	85

FRANQUEZAS

Un reloj con números romanos	89
La víspera	92
Truth on the rocks	97
Maison Lucrèce	106
Vaivén	111
Cleopatra	118
Bébete un tentempié	122
El aguafiestas falta sin aviso	123
Los vecinos	124
Los Williams y los Peabody	128
Lamentos	135
Cava memorias	136
Hermanito	137
Siesta	141
Compañero de olvido	144
Llamaré a Mauricio	145
Lejanos, pequeñísimos	149
Rutinas	153
Seísmo	154
Los tres	155
Miles de ojos	157
Por el antes como antes	163
Pacto de sangre	166

La cercanía de la nada	176
Vení Pígmalión	177

EL TIEMPO QUE NO LLEGÓ

Recuerdos olvidados	193
El césped	213

MARIO BENEDETTI

EL AMOR, LAS MUJERES
Y LA VIDA

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

*El amor es la compensación de la muerte;
su correlativo esencial.*

ARTHUR SCHOPENHAUER

PRÓLOGO

Desde que, en mi lejana adolescencia, me enfrenté a El amor, las mujeres y la muerte, por entonces el libro más popular del filósofo alemán Arthur Schopenhauer (1788-1860), entré en contradicción con la sutil propuesta que sugerían las tres palabras de aquel título. Y aunque el filósofo de Danzig se cuidaba de tratar cada término por separado, era evidente que su pesimismo voluntarista, al introducir los tres enunciados en un mismo saco, los convertía en ingredientes de su inextinguible misoginia. Es cierto que muchas de las acometidas de Schopenhauer contra la mujer y sus primeros y tímidos conatos de independencia, se inscribían en un prejuicio generalizado en aquel lugar y en aquel tiempo, un prejuicio que por cierto no sólo abarcaba a los hombres sino también a las mujeres.

En estos días volví a leer todo el libro, con ojos casi se-senta años más viejos, y, pese a situarlo, ahora sí conscientemente, en su ámbito temporal, volví a experimentar aquella antigua sensación de rechazo. El amor es uno de los elementos emblemáticos de la vida. Breve o extendido, espontáneo o minuciosamente construido, es de cualquier manera un apogeo en las relaciones humanas. Curiosamente, hasta en su controvertida obra, Schopenhauer no puede evitar una constancia esperanzada: “El amor es la compensación de la muerte; su correlativo esencial”. Lo rescaté como epígrafe para esta antología. ¿Acaso no vale para mostrar que, aun en un carácter tan sexualmente huraño como el de este autor teutón, el amor es el único elemento que le sirve para enfrentar a la muerte?

De ahí a reconocer que el amor y las mujeres están más cerca de la vida que de la muerte, media sólo un paso. Aquí lo doy, con perdón de Schopenhauer. Ésta es una antología temática que se fue haciendo sola en los últimos cincuenta años. De tanto revisar galeradas de mis dos Inventarios, me di cuenta de que estaba ahí y que sólo hacía falta rescatarla, separándola de tantos otros contenidos, por cierto menos incitantes y confortadores que el amor.

MARIO BENEDETTI

ASUNCIÓN DE TI

A Luz

1

Quién hubiera creído que se hallaba
sola en el aire, oculta,
tu mirada.

Quién hubiera creído esa terrible
ocasión de nacer puesta al alcance
de mi suerte y mis ojos,
y que tú y yo iríamos, despojados
de todo bien, de todo mal, de todo,
a aherrrojarnos en el mismo silencio,
a inclinarnos sobre la misma fuente
para vernos y vernos
mutuamente espíados en el fondo,
temblando desde el agua,
descubriendo, pretendiendo alcanzar
quién eras tú detrás de esa cortina,
quién era yo detrás de mí.

Y todavía no hemos visto nada.

Espero que alguien venga, inexorable,
siempre temo y espero,
y acabe por nombrarnos en un signo,
por situarnos en alguna estación
por dejarnos allí, como dos gritos
de asombro.

Pero nunca será. Tú no eres ésa,
yo no soy ése, éstos, los que fuimos
antes de ser nosotros.

Eras sí pero ahora
suenas un poco a mí.
Era sí pero ahora
vengo un poco de ti.
No demasiado, solamente un toque,
acaso un leve rasgo familiar,
pero que fuerce a todos a abarcarnos
a ti y a mí cuando nos piensen solos.

2

Hemos llegado al crepúsculo neutro
donde el día y la noche se funden y se igualan.
Nadie podrá olvidar este descanso.
Pasa sobre mis párpados el cielo fácil
a dejarme los ojos vacíos de ciudad.
No pienses ahora en el tiempo de agujas,
en el tiempo de pobres desesperaciones.
Ahora sólo existe el anhelo desnudo,
el sol que se desprende de sus nubes de llanto,
tu rostro que se interna noche adentro
hasta sólo ser voz y rumor de sonrisa.

3

Puedes querer el alba
cuando ames.
Puedes
venir a reclamarte como eras.
He conservado intacto tu paisaje.
Lo dejaré en tus manos
cuando éstas lleguen, como siempre,
anunciándote.
Puedes
venir a reclamarte como eras.
Aunque ya no seas tú.

Aunque mi voz te espere
sola en su azar
quemando
y tu sueño sea eso y mucho más.
Puedes amar el alba
cuando quieras.
Mi soledad ha aprendido a ostentarte.
Esta noche, otra noche
tú estarás
y volverá a gemir el tiempo giratorio
y los labios dirán
esta paz ahora esta paz ahora.
Ahora puede venir a reclamarte,
penetrar en tus sábanas de alegre angustia,
reconocer tu tibio corazón sin excusas,
los cuadros persuadidos,
saberte aquí.
Habrá para vivir cualquier huida
y el momento de la espuma y el sol
que aquí permanecieron.
Habrá para aprender otra piedad
y el momento del sueño y el amor
que aquí permanecieron.
Esta noche, otra noche
tú estarás,
tibia estarás al alcance de mis ojos,
lejos ya de la ausencia que no nos pertenece.
He conservado intacto tu paisaje
pero no sé hasta dónde está intacto sin ti,
sin que tú le prometas horizontes de niebla,
sin que tú le reclames su ventana de arena.
Puedes querer el alba cuando ames.
Debes venir a reclamarte como eras.
Aunque ya no seas tú,
aunque contigo traigas

dolor y otros milagros.
Aunque seas otro rostro
de tu cielo hacia mí.

AMOR, DE TARDE

Es una lástima que no estés conmigo
cuando miro el reloj y son las cuatro
y acabo la planilla y pienso diez minutos
y estiro las piernas como todas las tardes
y hago así con los hombros para aflojar la espalda
y me doblo los dedos y les saco mentiras.

Es una lástima que no estés conmigo
cuando miro el reloj y son las cinco
y soy una manija que calcula intereses
o dos manos que saltan sobre cuarenta teclas
o un oído que escucha cómo ladra el teléfono
o un tipo que hace números y les saca verdades.

Es una lástima que no estés conmigo
cuando miro el reloj y son las seis.
Podrías acercarte de sorpresa
y decirme “¿Qué tal?” y quedaríamos
yo con la mancha roja de tus labios
tú con el tizne azul de mi carbónico.

ES TAN POCO

Lo que conoces
es tan poco
lo que conoces
de mí
lo que conoces
son mis nubes
son mis silencios
son mis gestos
lo que conoces
es la tristeza
de mi casa vista de afuera
son los postigos de mi tristeza
el llamador de mi tristeza.

Pero no sabes
nada
a lo sumo
piensas a veces
que es tan poco
lo que conozco
de ti
lo que conozco
o sea tus nubes
o tus silencios
o tus gestos
lo que conozco
es la tristeza
de tu casa vista de afuera
son los postigos de tu tristeza

el llamador de tu tristeza.

Pero no llamas.

Pero no llamo.

ELLA QUE PASA

Paso que pasa
rostro que pasabas
qué más quieres
te miro
después me olvidaré
después y solo
solo y después
seguro que me olvido.

Paso que pasas
rostro que pasabas
qué más quieres
te quiero
te quiero sólo dos
o tres minutos
para quererte más
no tengo tiempo.

Paso que pasas
rostro que pasabas
qué más quieres
ay no
ay no me tientes
que si nos tentamos
no nos podremos olvidar
adiós.

BALADA DEL MAL GENIO

Hay días en que siento una desgana
de mí, de ti, de todo lo que insiste en creerse
y me hallo solidariamente cretino
apto para que en mí vacilen los rencores
y nada me parezca un aceptable augurio.

Días en que abro el diario con el corazón en la boca
como si aguardara de veras que mi nombre
fuera a aparecer en los avisos fúnebres
seguido de la nómina de parientes y amigos
y de todo el indócil personal a mis órdenes.

Hay días que ni siquiera son oscuros
días en que pierdo el rastro de mi pena
y resuelvo las palabras cruzadas
con una rabia hecha para otra ocasión
digamos, por ejemplo, para noches de insomnio.

Días en que uno sabe que hace mucho era bueno
bah tal vez no hace tanto que salía la luna
limpia como después de un jabón perfumado
y aquello sí era auténtica melancolía
y no este malsano, dulce aburrimiento.

Bueno, esta balada sólo es para avisarte
que en esos pocos días no me tomes en cuenta.

A LA IZQUIERDA DEL ROBLE

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero el Jardín Botánico es un parque dormido
en el que uno puede sentirse árbol o prójimo
siempre y cuando se cumpla un requisito previo.
Que la ciudad exista tranquilamente lejos.

El secreto es apoyarse digamos en un tronco
y oír a través del aire que admite ruidos muertos
cómo en Millán y Reyes galopan los tranvías.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero el Jardín Botánico siempre ha tenido
una agradable propensión a los sueños
a que los insectos suban por las piernas
y la melancolía baje por los brazos
hasta que uno cierra los puños y la atrapa.

Después de todo el secreto es mirar hacia arriba
y ver cómo las nubes se disputan las copas
y ver cómo los nidos se disputan los pájaros.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
ah pero las parejas que huyen al Botánico
ya desciendan de un taxi o bajen de una nube
hablan por lo común de temas importantes
y se miran fanáticamente a los ojos
como si el amor fuera un brevísimo túnel
y ellos se contemplaran por dentro de ese amor.

Aquellos dos por ejemplo a la izquierda del roble
(también podría llamarlo almendro o araucaria
gracias a mis lagunas sobre Pan y Linneo)
hablan y por lo visto las palabras
se quedan conmovidas a mirarlos
ya que a mí no me llegan ni siquiera los ecos.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero es lindísimo imaginar qué dicen
sobre todo si él muerde una ramita
y ella deja un zapato sobre el césped
sobre todo si él tiene los huesos tristes
y ella quiere sonreír pero no puede.

Para mí que el muchacho está diciendo
lo que se dice a veces en el Jardín Botánico

ayer llegó el otoño
el sol de otoño
y me sentí feliz
como hace mucho
qué linda estás
te quiero
en mi sueño
de noche
se escuchan las bocinas
el viento sobre el mar
y sin embargo aquello
también es el silencio
mirame así
te quiero
yo trabajo con ganas
hago números
fichas
discuto con cretinos

me distraigo y blasfemo
dame tu mano
ahora
ya lo sabés
te quiero
pienso a veces en Dios
bueno no tantas veces
no me gusta robar
su tiempo
y además está lejos
vos estás a mi lado
ahora mismo estoy triste
estoy triste y te quiero
ya pasarán las horas
la calle como un río
los árboles que ayudan
el cielo
los amigos
y qué suerte
te quiero
hace mucho era niño
hace mucho y qué importa
el azar era simple
como entrar en tus ojos
dejame entrar
te quiero
menos mal que te quiero.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero puede ocurrir que de pronto uno advierta
que en realidad se trata de algo más desolado
uno de esos amores de tántalo y azar
que Dios no admite porque tiene celos.

Fíjense que él acusa con ternura
y ella se apoya contra la corteza
fíjense que él va tildando recuerdos
y ella se consterna misteriosamente.

Para mí que el muchacho está diciendo
lo que se dice a veces en el Jardín Botánico

vos lo dijiste
nuestro amor
fue desde siempre un niño muerto
sólo de a ratos parecía
que iba a vivir
que iba a vencernos
pero los dos fuimos tan fuertes
que lo dejamos sin su sangre
sin su futuro
sin su cielo
un niño muerto
sólo eso
maravilloso y condenado
quizá tuviera una sonrisa
como la tuya
dulce y honda
quizá tuviera un alma triste
como mi alma
poca cosa
quizá aprendiera con el tiempo
a desplegarse
a usar el mundo
pero los niños que así vienen
muertos de amor
muertos de miedo
tienen tan grande el corazón
que se destruyen sin saberlo

vos lo dijiste
nuestro amor
fue desde siempre un niño muerto
y qué verdad dura y sin sombra
qué verdad fácil y qué pena
yo imaginaba que era un niño
y era tan sólo un niño muerto
ahora qué queda
sólo queda
medir la fe y que recordemos
lo que pudimos haber sido
para él
que no pudo ser nuestro
qué más
acaso cuando llegue
un veintitrés de abril y abismo
vos donde estés
llevale flores
que yo también iré contigo.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero el Jardín Botánico es un parque dormido
que sólo se despierta con la lluvia.

Ahora la última nube ha resuelto quedarse
y nos está mojando como a alegres mendigos.

El secreto está en correr con precauciones
a fin de no matar ningún escarabajo
y no pisar los hongos que aprovechan
para nacer desesperadamente.

Sin prevenciones me doy vuelta y siguen
aquellos dos a la izquierda del roble

eternos y escondidos en la lluvia
diciéndose quién sabe qué silencios.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero cuando la lluvia cae sobre el Botánico
aquí se quedan sólo los fantasmas.

Ustedes pueden irse.

Yo me quedo.

CORAZÓN CORAZA

Porque te tengo y no
porque te pienso
porque la noche está de ojos abiertos
porque la noche pasa y digo amor
porque has venido a recoger tu imagen
y eres mejor que todas tus imágenes
porque eres linda desde el pie hasta el alma
porque eres buena desde el alma a mí
porque te escondes dulce en el orgullo
pequeña y dulce
corazón coraza

porque eres mía
porque no eres mía
porque te miro y muero
y peor que muero
si no te miro amor
si no te miro

porque tú siempre existes dondequiera
pero existes mejor donde te quiero
porque tu boca es sangre
y tienes frío
tengo que amarte amor
tengo que amarte
aunque esta herida duela como dos
aunque te busque y no te encuentre
y aunque

la noche pase y yo te tenga
y no.

TODO EL INSTANTE

Varón urgente
hembra repentina

no pierdan tiempo
quíranse

dejen todo en el beso
palpen la carne nueva
gasten el coito único
destrúyanse

sabiendo

que el tiempo pasará
que está pasando

que ya ha pasado para
los dos
urgente viejo
anciana repentina.

ARCO IRIS

A veces
por supuesto
usted sonríe
y no importa lo linda
o lo fea
lo vieja
o lo joven
lo mucho
o lo poco
que usted realmente
sea

sonríe
cual si fuese
una revelación
y su sonrisa anula
todas las anteriores
caducan al instante
sus rostros como máscaras
sus ojos duros
frágiles
como espejos en óvalo
su boca de morder
su mentón de capricho
sus pómulos fragantes
sus párpados
su miedo

sonríe
y usted nace
asume el mundo
mira
sin mirar
indefensa
desnuda
transparente

y a lo mejor
si la sonrisa viene
de muy
de muy adentro
usted puede llorar
sencillamente
sin desgarrarse
sin desesperarse
sin convocar la muerte
sin sentirse vacía

llorar
sólo llorar
entonces su sonrisa
si todavía existe
se vuelve un arco iris.

LUNA CONGELADA

Con esta soledad
alevosa
tranquila

con esta soledad
de sagradas goteras
de lejanos aullidos
de monstruoso silencio
de recuerdos al firme
de luna congelada
de noche para otros
de ojos bien abiertos

con esta soledad
inservible
vacía

se puede algunas veces
entender
el amor.

CANJE

Es importante hacerlo

quiero que me relates
tu último optimismo
yo te ofrezco mi última
confianza

aunque sea un trueque
mínimo

debemos cotejarnos
estás sola
estoy solo
por algo somos prójimos

la soledad también
puede ser
una llama.

MUERTE DE SOLEDAD BARRETT

Viviste aquí por meses o por años
trazaste aquí una recta de melancolía
que atravesó las vidas y las calles

hace diez años tu adolescencia fue noticia
te tajearon los muslos porque no quisiste
gritar viva hitler ni abajo fidel

eran otros tiempos y otros escuadrones
pero aquellos tatuajes llenaron de asombro
a cierto uruguay que vivía en la luna

y claro entonces no podías saber
que de algún modo eras
la prehistoria de ibero

ahora acribillaron en recife
tus veintisiete años
de amor templado y pena clandestina

quizá nunca se sepa cómo ni por qué
los cables dicen que te resististe
y no habrá más remedio que creerlo
porque lo cierto es que te resistías
con sólo colocárteles enfrente
sólo mirarlos
sólo sonreír
sólo cantar cielitos cara al cielo

con tu imagen segura
con tu pinta muchacha
pudiste ser modelo
actriz
miss paraguay
carátula
almanaque
quién sabe cuántas cosas

pero el abuelo rafael el viejo anarco
te tironeaba fuertemente la sangre
y vos sentías callada esos tirones

soledad no viviste en soledad
por eso tu vida no se borra
simplemente se colma de señales

soledad no moriste en soledad
por eso tu muerte no se llora
simplemente la izamos en el aire

desde ahora la nostalgia será
un viento fiel que hará flamear tu muerte
para que así aparezcan ejemplares y nítidas
las franjas de tu vida

ignoro si estarías
de minifalda o quizá de vaqueros
cuando la ráfaga de pernambuco
acabó con tus sueños completos

por lo menos no habrá sido fácil
cerrar tus grandes ojos claros
tus ojos donde la mejor violencia

se permitía razonables treguas
para volverse increíble bondad

y aunque por fin los hayan clausurado
es probable que aún sigas mirando
soledad compatriota de tres o cuatro pueblos
el limpio futuro por el que vivías
y por el que nunca te negaste a morir.

LA SECRETARIA IDEAL

Yo soy la secretaria
ideal.

Mi jefe es elegante,
mi jefe es tan discreto,
es alto, distinguido,
es un jefe completo.

Cuando viene y me ordena:
“una copia textual”,
yo soy la secretaria
ideal.

Mi jefe tiene esposa,
dos hijos y tres criadas.
La esposa por lo menos
no lo comprende nada.

Cuando él viene y me dice:
“somos tal para cual”
yo soy la secretaria
ideal.

Mi jefe tiene un mustang
y algún apartamento
donde vamos a veces
yo y su remordimiento.

Entonces lo conformo:
“es pecado venial”,
yo soy la secretaria
ideal.

Mi jefe se comporta
como un tipo maduro,
la panza disimula
cuando viste de oscuro.

Y si bosteza y dice:
“hoy no, me siento mal”,
yo soy la secretaria
ideal.

Cuando se va mi jefe,
mi jefe ese hombre viejo,
yo me desarmo y quedo
sola frente al espejo.

Y a mí misma me digo
el cansado ritual:
“Yo soy la secretaria
ideal”.

VAS Y VENÍS

A Luz

De carrasco a aeroparque y viceversa
vas y venís con libros y bufandas
y encargos y propósitos y besos

tenés gusto a paisito en las mejillas
y una fe contagiosa en el augurio

vas y venís como un péndulo cuerdo
como un comisionista de esperanzas
o como una azafata voluntaria
tan habituada estás a los arribos
y a las partidas un poquito menos

quién iba a imaginar cuando empezábamos
la buena historia hace veintiocho años
que en un apartamento camarote
donde no llega el sol pero vos sí
íbamos a canjear noticia por noticia
sin impaciencia ya como quien suma

y cuando te dormís y yo sigo leyendo
entre cuatro paredes algo ocurre

estás aquí dormida y sin embargo
me siento acompañado como nunca.

USTEDES Y NOSOTROS

Ustedes cuando aman
exigen bienestar
una cama de cedro
y un colchón especial

nosotros cuando amamos
es fácil de arreglar
con sábanas qué bueno
sin sábanas da igual

ustedes cuando aman
calculan interés
y cuando se desaman
calculan otra vez

nosotros cuando amamos
es como renacer
y si nos desamamos
no la pasamos bien

ustedes cuando aman
son de otra magnitud
hay fotos chismes prensa
y el amor es un boom

nosotros cuando amamos
es un amor común
tan simple y tan sabroso
como tener salud

ustedes cuando aman
consultan el reloj
porque el tiempo que pierden
vale medio millón

nosotros cuando amamos
sin prisa y con fervor
gozamos y nos sale
barata la función

ustedes cuando aman
al analista van
él es quien dictamina
si lo hacen bien o mal

nosotros cuando amamos
sin tanta cortedad
el subconsciente piola
se pone a disfrutar

ustedes cuando aman
exigen bienestar
una cama de cedro
y un colchón especial

nosotros cuando amamos
es fácil de arreglar
con sábanas qué bueno
sin sábanas da igual.

TODAVÍA

No lo creo todavía
estás llegando a mi lado
y la noche es un puñado
de estrellas y de alegría

palpo gusto escucho y veo
tu rostro tu paso largo
tus manos y sin embargo
todavía no lo creo

tu regreso tiene tanto
que ver contigo y conmigo
que por cábala lo digo
y por las dudas lo canto

nadie nunca te reemplaza
y las cosas más triviales
se vuelven fundamentales
porque estás llegando a casa

sin embargo todavía
dudo de esta buena suerte
porque el cielo de tenerte
me parece fantasía

pero venís y es seguro
y venís con tu mirada
y por eso tu llegada
hace mágico el futuro

y aunque no siempre he entendido
mis culpas y mis fracasos
en cambio sé que en tus brazos
el mundo tiene sentido

y si beso la osadía
y el misterio de tus labios
no habrá dudas ni resabios
te querré más
todavía.

TE QUIERO

Tus manos son mi caricia
mis acordes cotidianos
te quiero porque tus manos
trabajan por la justicia

si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos

tus ojos son mi conjuro
contra la mala jornada
te quiero por tu mirada
que mira y siembra futuro

tu boca que es tuya y mía
tu boca no se equivoca
te quiero porque tu boca
sabe gritar rebeldía

si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos

y por tu rostro sincero
y tu paso vagabundo
y tu llanto por el mundo
porque sos pueblo te quiero

y porque amor no es aureola
ni cándida moraleja
y porque somos pareja
que sabe que no está sola

te quiero en mi paraíso
es decir que en mi país
la gente viva feliz
aunque no tenga permiso

si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos.

ROSTRO DE VOS

Tengo una soledad
tan concurrida
tan llena de nostalgias
y de rostros de vos
de adioses hace tiempo
y besos bienvenidos
de primeras de cambio
y de último vagón

tengo una soledad
tan concurrida
que puedo organizarla
como una procesión
por colores
tamaños
y promesas
por época
por tacto
y por sabor

sin un temblor de más
me abrazo a tus ausencias
que asisten y me asisten
con mi rostro de vos

estoy lleno de sombras
de noches y deseos
de risas y de alguna
maldición

mis huéspedes concurren
concurrer como sueños
con sus rencores nuevos
su falta de candor
yo les pongo una escoba
tras la puerta
porque quiero estar solo
con mi rostro de vos

pero el rostro de vos
mira a otra parte
con sus ojos de amor
que ya no aman
como víveres
que buscan a su hambre
miran y miran
y apagan mi jornada

las paredes se van
queda la noche
las nostalgias se van
no queda nada

ya mi rostro de vos
cierra los ojos

y es una soledad
tan desolada.

NO TE SALVES

No te quedes inmóvil
al borde del camino
no congeles el júbilo
no quieras con desgana
no te salves ahora
ni nunca

no te salves
no te llenes de calma
no reserves del mundo
sólo un rincón tranquilo
no dejes caer los párpados
pesados como juicios
no te quedes sin labios
no te duermas sin sueño
no te pienses sin sangre
no te juzgues sin tiempo

pero si

pese a todo
no puedes evitarlo
y congelas el júbilo
y quieres con desgana
y te salvas ahora
y te llenas de calma
y reservas del mundo
sólo un rincón tranquilo
y dejas caer los párpados
pesados como juicios
y te secas sin labios

y te duermes sin sueño
y te piensas sin sangre
y te juzgas sin tiempo
y te quedas inmóvil
al borde del camino
y te salvas
 entonces
no te quedes conmigo.

INTIMIDAD

Soñamos juntos
juntos despertamos
el tiempo hace o deshace
mientras tanto

no le importan tu sueño
ni mi sueño
somos torpes
o demasiado cautos

pensamos que no cae
esa gaviota
creemos que es eterno
este conjuro
que la batalla es nuestra
o de ninguno

juntos vivimos
sucumbimos juntos
pero esa destrucción
es una broma
un detalle una ráfaga
un vestigio
un abrirse y cerrarse
el paraíso

ya nuestra intimidad
es tan inmensa

que la muerte la esconde
en su vacío

quiero que me relates
el duelo que te callas

por mi parte te ofrezco
mi última confianza

estás sola
estoy solo
pero a veces
puede la soledad
ser
 una llama.

HAGAMOS UN TRATO

*Cuando sientas tu herida sangrar
cuando sientas tu voz sollozar
cuenta conmigo.*

(de una canción de CARLOS PUEBLA)

Compañera
usted sabe
que puede contar
conmigo
no hasta dos
o hasta diez
sino contar
conmigo

si alguna vez
advierte
que la miro a los ojos
y una veta de amor
reconoce en los míos
no alerte sus fusiles
ni piense qué delirio
a pesar de la veta
o tal vez porque existe
usted puede contar
conmigo

si otras veces
me encuentra

huraño sin motivo
no piense qué flojera
igual puede contar
conmigo

pero hagamos un trato
yo quisiera contar
con usted

 es tan lindo
saber que usted existe
uno se siente vivo
y cuando digo esto
quiero decir contar
aunque sea hasta dos
aunque sea hasta cinco
no ya para que acuda
presurosa en mi auxilio
sino para saber
a ciencia cierta
que usted sabe que puede
contar conmigo.

CHAU NÚMERO TRES

Te deajo con tu vida
tu trabajo
tu gente
con tus puestas de sol
y tus amaneceres

sembrando tu confianza
te deajo junto al mundo
derrotando imposibles
segura sin seguro

te deajo frente al mar
descifrándote a solas
sin mi pregunta a ciegas
sin mi respuesta rota

te deajo sin mis dudas
pobres y malheridas
sin mis inmadureces
sin mi veteranía

pero tampoco creas
a pie juntillas todo
no creas nunca creas
este falso abandono

estaré donde menos
lo esperes
por ejemplo

en un árbol añoso
de oscuros cabeceos

estaré en un lejano
horizonte sin horas
en la huella del tacto
en tu sombra y mi sombra

estaré repartido
en cuatro o cinco pibes
de esos que vos mirás
y enseguida te siguen

y ojalá pueda estar
de tu sueño en la red
esperando tus ojos
y mirandoté.

ESTADOS DE ÁNIMO

*A veces me siento
como un águila en el aire.*

(de una canción de PABLO MILANÉS)

Unas veces me siento
como pobre colina
y otras como montaña
de cumbres repetidas

unas veces me siento
como un acantilado
y en otras como un cielo
azul pero lejano

A veces uno es
manantial entre rocas
y otras veces un árbol
con las últimas hojas

pero hoy me siento apenas
como laguna insomne
con un embarcadero
ya sin embarcaciones

una laguna verde
inmóvil y paciente
conforme con sus algas
sus musgos y sus peces

sereno en mi confianza
confiado en que una tarde
te acerques y te mires
te mires al mirarme.

entre tus manos y mis manos
una frontera de palabras no dichas
entre tus labios y mis labios
y algo que brilla así de triste
entre tus ojos y mis ojos

claro que la soledad no viene sola

si se mira por sobre el hombro mustio
de nuestras soledades
se verá un largo y compacto imposible
un sencillo respeto por terceros o cuartos
ese percance de ser buenagente

después de la alegría
después de la plenitud
después del amor
viene la soledad

conforme
pero
qué vendrá después
de la soledad

a veces no me siento
tan solo
si imagino
mejor dicho si sé
que más allá de mi soledad
y de la tuya

otra vez estás vos
aunque sea preguntándote a solas
qué vendrá después
de la soledad.

CUERPO DOCENTE

Bien sabía él que la iba a echar de menos
pero no hasta qué punto iba a sentirse deshabitado
no ya como un veterano de la nostalgia
sino como un mero aprendiz de la soledad

es claro que la civilizada preventiva cordura
todo lo entiende y sabe que un holocausto
puede ser ardua pero real prueba de amor
si no hay permiso para lo imposible

en cambio el cuerpo
como no es razonable sino delirante
al pobrecito cuerpo
que no es circunspecto sino imprudente
no le van ni le vienen esos vaivenes
no le importa lo meritorio de su tristeza
sino sencillamente su tristeza

al despoblado desértico desvalido cuerpo
le importa el cuerpo ausente o sea le importa
el despoblado desértico desvalido cuerpo ausente
y si bien el recuerdo enumera con fidelidad

los datos más recientes o más nobles
no por eso los sule o los reemplaza
más bien le nutre el desconsuelo

bien sabía él que la iba a echar de menos
lo que no sabía era hasta qué punto
su propio cuerpo iba a renegar de la cordura

y sin embargo cuando fue capaz
de entender esa dulce blasfemia
supo también que su cuerpo era
su único y genuino portavoz.

APENAS Y A PENAS

Pensó

ojalá que no
pero esta vez acaso sea la última

con el deseo más tierno que otras noches
tentó las piernas de la mujer nueva
que afortunadamente no eran de carrara
posó toda su palma sobre la hierbabuena
y sintió que su mano agradecía
viajó moroso y sabio por el vientre
se conmovió con valles y colinas
se demoró en el flanco y su hondonada
que siempre era su premio bienvenido
anduvo por los pechos eligiendo al azar
y allí se quedó un rato descifrando
con el pulgar y el índice reconoció los labios
que afortunadamente no eran de coral
y deslizó una mano por debajo del cuello
que afortunadamente no era de alabastro

pensó

ojalá que no
pero puede ser la última
y si después de todo
es la última vez

entonces cómo cómo haré mañana
de dónde sacaré la fuerza y el olvido
para tomar distancia de esta orografía

de esta comarca en paz
de esta patria ganada
 apenas y a penas
 a tiempo y a dulzura
 a ráfagas de amor.

LA OTRA COPA DEL BRINDIS

Al principio ella fue una serena conflagración
un rostro que no fingía ni siquiera su belleza
unas manos que de a poco inventaban un lenguaje
una piel memorable y convicta
una mirada limpia sin traiciones
una voz que caldeaba la risa
unos labios nupciales
un brindis

es increíble pero a pesar de todo
él tuvo tiempo para decirse
qué sencillo y también
no importa que el futuro
 sea una oscura maleza

la manera tan poco suntuaria
que escogieron sus mutuas tentaciones
fue un estupor alegre
sin culpa ni disculpa

él se sintió optimista
 nutrido
 renovado

tan lejos del sollozo y la nostalgia
tan cómodo en su sangre y en la de ella
tan vivo sobre el vértice de musgo
tan hallado en la espera
que después del amor salió a la noche

sin luna y no importaba
sin gente y no importaba
sin dios y no importaba
a desmontar la anécdota
a componer la euforia
a recoger su parte del botín

mas su mitad de amor

se negó a ser mitad

y de pronto él sintió
que sin ella sus brazos estaban tan vacíos
que sin ella sus ojos no tenían qué mirar
que sin ella su cuerpo de ningún modo era
la otra copa del brindis

y de nuevo se dijo
qué sencillo

pero ahora

lamentó que el futuro fuera oscura maleza

sólo entonces pensó en ella

eligiéndola

y sin dolor sin desesperaciones

sin angustia y sin miedo

dócilmente empezó

como otras noches

a necesitarla.

LOS FORMALES Y EL FRÍO

Quién iba a prever que el amor ese informal
se dedicara a ellos tan formales

mientras almorzaban por primera vez
ella muy lenta y él no tanto
y hablaban con sospechosa objetividad
de grandes temas en dos volúmenes
su sonrisa la de ella
era como un augurio o una fábula
su mirada la de él tomaba nota
de cómo eran sus ojos los de ella
pero sus palabras las de él
no se enteraban de esa dulce encuesta

como siempre o como casi siempre
la política condujo a la cultura
así que por la noche concurren al teatro
sin tocarse una uña o un ojal
ni siquiera una hebilla o una manga
y como a la salida hacía bastante frío
y ella no tenía medias
sólo sandalias por las que asomaban
unos dedos muy blancos e indefensos
fue preciso meterse en un boliche

y ya que el mozo demoraba tanto
ellos optaron por la confidencia
extra seca y sin hielo por favor

cuando llegaron a su casa la de ella
ya el frío estaba en sus labios los de él
de modo que ella fábula y augurio
le dio refugio y café instantáneos

una hora apenas de biografía y nostalgias
hasta que al fin sobrevino un silencio
como se sabe en estos casos es bravo
decir algo que realmente no sobre

él probó sólo falta que me quede a dormir
y ella probó por qué no te quedás
y él no me lo digas dos veces
y ella bueno por qué no te quedás

de manera que él se quedó en principio
a besar sin usura sus pies fríos los de ella
después ella besó su labios los de él
que a esa altura ya no estaban tan fríos
y sucesivamente así

mientras los grandes temas
dormían el sueño que ellos no durmieron.

BIENVENIDA

Se me ocurre que vas a llegar distinta
no exactamente más linda
ni más fuerte

ni más dócil

ni más cauta

tan sólo que vas a llegar distinta
como si esta temporada de no verme
te hubiera sorprendido a vos también
quizá porque sabés
cómo te pienso y te enumero

después de todo la nostalgia existe
aunque no lloremos en los andenes fantasmales
ni sobre las almohadas de candor
ni bajo el cielo opaco

yo nostalgio
tú nostalgias
y cómo me revienta que él nostalgie

tu rostro es la vanguardia
tal vez llega primero
porque lo pinto en las paredes
con trazos invisibles y seguros

no olvides que tu rostro
me mira como pueblo
sonríe y rabia y canta
como pueblo

y eso te da una lumbre
inapagable

ahora no tengo dudas
vas a llegar distinta y con señales
con nuevas
con hondura
con franqueza

sé que voy a quererte sin preguntas
sé que vas a quererme sin respuestas.

COMO SIEMPRE

Aunque hoy cumplas
trescientos treinta y seis meses
la matusalénica edad no se te nota cuando
en el instante en que vencen los crueles
entrás a averiguar la alegría del mundo
y mucho menos todavía se te nota
cuando volás gaviotamente sobre las fobias
o desarbolás los nudosos rencores

buen a edad para cambiar estatutos y horóscopos
para que tu manantial mane amor sin miseria
para que te enfrentes al espejo que exige
y pienses que estás linda
y estés linda

casi no vale la pena desearte júbilos
y lealtades
ya que te van a rodear como ángeles o veleros

es obvio y comprensible
que las manzanas y los jazmines
y los cuidadores de autos y los ciclistas
y las hijas de los villeros
y los cachorros extraviados
y los bichitos de san antonio
y las cajas de fósforo
te consideren una de los suyos

de modo que desearte un feliz cumpleaños
podría ser injusto con tus felices
cumpledías

acordate de esta ley de tu vida

si hace algún tiempo fuiste desgraciada
eso también ayuda a que hoy se afirme
tu bienaventuranza

de todos modos para vos no es novedad
que el mundo

y yo

te queremos de veras

pero yo siempre un poquito más que el mundo.

LOVERS GO HOME

Ahora que empecé el día
volviendo a tu mirada
y me encontraste bien
y te encontré más linda
ahora que por fin
está bastante claro
dónde estás y dónde

estoy

sé por primera vez
que tendré fuerzas
para construir contigo
una amistad tan piola
que del vecino
territorio del amor
ese desesperado
empezarán a mirarnos
con envidia
y acabarán organizando
excursiones
para venir a preguntarnos
cómo hicimos.

VAYA UNO A SABER

Amiga

la calle del sol temprano
se transforma de pronto
en atajo bordeado de muros vegetales
el rascacielos da la visión despiadada
de un acantilado de poder
los colectivos pasan raudos
como benignos rinocerontes
y en un remoto bastidor de cielo
las nubes son sencillamente nubes

la muchacha cargada de paquetes
es una hormiga demasiado obvia
y en consecuencia la descarto
pero el lisiado de noble rostro
ése sí avanza como un cangrejo
la monjita joven de mejillas ardientes
crece como un hongo sin permiso
el hollín va siendo lentamente rocío
y el olor a petróleo se convierte en jazmín
y todo eso por qué
sencillamente porque
en la primera línea
pensé en vos

amiga.

CREDO

De pronto uno se aleja
de las imágenes queridas
amiga
quedás frágil en el horizonte
te he dejado pensando en muchas cosas
pero ojalá pienses un poco en mí

vos sabés
en esta excursión a la muerte
que es la vida
me siento bien acompañado
me siento casi con respuestas
cuando puedo imaginar que allá lejos
quizá creas en mi credo antes de dormirte
o te cruces conmigo en los pasillos del sueño

está de más decirte que a esta altura
no creo en predicadores ni en generales
ni en las nalgas de miss universo
ni en el arrepentimiento de los verdugos
ni en el catecismo del confort
ni en el flaco perdón de dios

a esta altura del partido
creo en los ojos y las manos del pueblo
en general
y en tus ojos y tus manos
en particular.

LA CULPA ES DE UNO

Quizá fue una hecatombe de esperanzas
un derrumbe de algún modo previsto
ah pero mi tristeza sólo tuvo un sentido

todas mis intuiciones se asomaron
para verme sufrir
y por cierto me vieron

hasta aquí había hecho y rehecho
 mis trayectos contigo
hasta aquí había apostado
a inventar la verdad
pero vos encontraste la manera
 una manera tierna
 y a la vez implacable
 de desahuciar mi amor

con un solo pronóstico lo quitaste
 de los suburbios de tu vida posible
lo envolviste en nostalgias
lo cargaste por cuadras y cuadras
y despacito

sin que el aire nocturno lo advirtiera
ahí nomás lo dejaste
a solas con su suerte
 que no es mucha

creo que tenés razón
la culpa es de uno cuando no enamora
y no de los pretextos
ni del tiempo

hace mucho muchísimo
que yo no me enfrentaba
como anoche al espejo
y fue implacable como vos
mas no fue tierno

ahora estoy solo
francamente
solo

siempre cuesta un poquito
empezar a sentirse desgraciado

antes de regresar
a mis lóbregos cuarteles de invierno

con los ojos bien secos
por si acaso

miro cómo te vas adentrando en la niebla
y empiezo a recordarte.

ÚLTIMA NOCIÓN DE LAURA

A Ana María Picchio

Usted martín santomé no sabe
cómo querría tener yo ahora
todo el tiempo del mundo para quererlo
pero no voy a convocarlo junto a mí
ya que aun en el caso de que no estuviera
todavía muriéndome
entonces moriría
sólo de aproximarme a su tristeza

usted martín santomé no sabe
cuánto he luchado por seguir viviendo
cómo he querido vivir para vivirlo
pero debo ser floja incitadora de vida
porque me estoy muriendo santomé

usted claro no sabe
ya que nunca lo he dicho
ni siquiera
esas noches en que usted me descubre
con sus manos incrédulas y libres
usted no sabe cómo yo valoro
su sencillo coraje de quererme

usted martín santomé no sabe
y sé que no lo sabe
porque he visto sus ojos

despejando
la incógnita del miedo

no sabe que no es viejo
que no podría serlo
en todo caso allá usted con sus años
yo estoy segura de quererlo así

usted martín santomé no sabe
qué bien qué lindo dice
avellaneda
de algún modo ha inventado
mi nombre con su amor

usted es la respuesta que yo esperaba
a una pregunta que nunca he formulado
usted es mi hombre
y yo la que abandono
usted es mi hombre
y yo la que flaqueo

usted martín santomé no sabe
al menos no lo sabe en esta espera
qué triste es ver cerrarse la alegría
sin previo aviso
de un brutal portazo

es raro
pero siento
que me voy alejando
de usted y de mí
que estábamos tan cerca
de mí y de usted

quizá porque vivir es eso
es estar cerca
y yo me estoy muriendo

santomé

no sabe usted
qué oscura

qué lejos

qué callada

usted
martín
martín cómo era
los nombres se me caen
yo misma estoy cayendo

usted de todos modos
no sabe ni imagina
qué sola va a quedar
mi muerte
sin
su
vi
da.

MUCHO MÁS GRAVE

Todas las parcelas de mi vida tienen algo tuyo
y eso en verdad no es nada extraordinario
vos lo sabés tan objetivamente como yo

sin embargo hay algo que quisiera aclararte
cuando digo todas las parcelas
no me refiero sólo a esto de ahora
a esto de esperarte y aleluya encontrarte
y carajo perderte
y volverte a encontrar
y ojalá nada más

no me refiero sólo a que de pronto digas
voy a llorar
y yo con un discreto nudo en la garganta
bueno llorá
y que un lindo aguacero invisible nos ampare
y quizá por eso salga enseguida el sol

ni me refiero sólo a que día tras día
aumente el stock de nuestras pequeñas
y decisivas complicidades
o que yo pueda o creerme que puedo
convertir mis reveses en victorias
o me hagas el tierno regalo
de tu más reciente desesperación

no
la cosa es muchísimo más grave

cuando digo todas las parcelas
quiero decir que además de ese dulce cataclismo
también estás reescribiendo mi infancia
esa edad en que uno dice cosas adultas y solemnes
y los solemnes adultos las celebran
y vos en cambio sabés que eso no sirve
quiero decir que estás rearmando mi adolescencia
ese tiempo en que fui un viejo cargado de recelos
y vos sabés en cambio extraer de ese páramo
mi germen de alegría y regarlo mirándolo

quiero decir que estás sacudiendo mi juventud
ese cántaro que nadie tomó nunca en sus manos
esa sombra que nadie arrimó a su sombra
y vos en cambio sabés estremecerla
hasta que empiecen a caer las hojas secas
y quede la armazón de mi verdad sin proezas

quiero decir que estás abrazando mi madurez
esta mezcla de estupor y experiencia
este extraño confín de angustia y nieve
esta bujía que ilumina la muerte
este precipicio de la pobre vida

como ves es más grave
muchísimo más grave
porque con éstas y con otras palabras
quiero decir que no sos tan sólo
la querida muchacha que sos
sino también las espléndidas
o cautelosas mujeres
que quise o quiero

porque gracias a vos he descubierto
(dirás que ya era hora
y con razón)
que el amor es una bahía linda y generosa
que se ilumina y se oscurece
según venga la vida

una bahía donde los barcos
llegan y se van

llegan con pájaros y augurios
y se van con sirenas y nubarrones
una bahía linda y generosa
donde los barcos llegan
y se van

pero vos
por favor
no te vayas.

VICEVERSA

Tengo miedo de verte
necesidad de verte
esperanza de verte
desazones de verte

tengo ganas de hallarte
preocupación de hallarte
certidumbre de hallarte
pobres dudas de hallarte

tengo urgencia de oírte
alegría de oírte
buena suerte de oírte
y temores de oírte

o sea
resumiendo
estoy jodido
y radiante
quizá más lo primero
que lo segundo
y también
viceversa.

TÁCTICA Y ESTRATEGIA

Mi táctica es
 mirarte
aprender como sos
quererte como sos

mi táctica es
 hablarte
y escucharte
construir con palabras
un puente indestructible

mi táctica es
quedarme en tu recuerdo
no sé cómo ni sé
con qué pretexto
pero quedarme en vos

mi táctica es
 ser franco
y saber que sos franca
y que no nos vendamos
simulacros
para que entre los dos
no haya telón
 ni abismos

mi estrategia es
en cambio

más profunda y más
simple

mi estrategia es
que un día cualquiera
ni sé cómo ni sé
con qué pretexto
por fin me necesites.

TODO LO CONTRARIO

Colecciono pronósticos
anuncios y matices
y signos
 y sospechas
 y señales

imagino proyectos de promesas
quisiera no perderme
un solo indicio

ayer
sin ir más lejos
ese ayer que empezó siendo aciago
se convirtió en buen día
a las nueve y catorce
cuando vos
inocente
dijiste así al pasar
que no hallabas factible
la pareja
la pareja de amor
naturalmente

no vacilé un segundo
me aferré a ese dictamen

porque vos y yo somos
 la despareja.

HOMBRE QUE MIRA LA LUNA

Es decir la miraba porque ella
se ocultó tras el biombo de nubes
y todo porque muchos amantes de este mundo
le dieron sutilmente el olivo

con su brillo reticente la luna
durante siglos consiguió transformar
el vientre amor en garufa cursilínea
la injusticia terrestre en dolor lapizlázuli

cuando los amantes ricos la miraban
desde sus tedios y sus pabellones
satelizaba de lo lindo y oía
que la luna era un fenómeno cultural

pero si los amantes pobres la contemplaban
desde su ansiedad o desde sus hambrunas
entonces la menguante entornaba los ojos
porque tanta miseria no era para ella

hasta que una noche casualmente de luna
con murciélagos suaves con fantasmas y todo
esos amantes pobres se miraron a dúo
dijeron no va más al carajo selene

se fueron a la cama de sábanas gastadas
con acre olor a sexo deslunado
su camanido de crujiente vaivén

y libres para siempre de la luna lunática
fornicaron al fin como dios manda
o mejor dicho como dios sugiere.

HOMBRE QUE MIRA UN ROSTRO EN UN ÁLBUM

Hacía mucho que no encontraba a esta mujer
de la que conozco detalladamente el cuerpo
y creía conocer aproximadamente el alma

pasado no es presente
eso está claro
pero de cualquier manera hay conmemoraciones
que es bueno revivir

donde hubo fuego
caricias quedan

de pronto ella emerge del susurro evocante
y en voz alta sostiene
que los obreros entienden muy poco
que el pueblo en el fondo es más bien cobarde
que los jóvenes no van a cambiar el mundo
que la violencia bah
que la violencia ufa
que el confort lo alcanza quien lo busca

sólo entonces lo advierto
no me importa que hable en voz alta
mejor dicho no quiero que regrese al susurro

es apenas un rostro en un álbum
y ahora es fácil
dar vuelta la hoja.

HOMBRE QUE MIRA A UNA MUCHACHA

Para que nunca haya malentendidos
para que nada se interponga
voy a explicarte lo que mi amor convoca

tus ojos que se caen de desconcierto
y otras veces se alzan penetrantes y tibios
tienen tanta importancia que yo mismo me asombro

tus lindas manos mágicas
que te expresan a veces mejor que las palabras
tan importantes son que no oso tocarlas
y si un día las toco es solamente
para retransmitirte ciertas claves

tu cuerpo pendular
que duda en recibirse o entregarse
y es tan joven que enseña a pesar tuyo
es un dato del cual me faltan datos
y sin embargo ayudo a conocerlo

tus labios puestos en el entusiasmo
que dibuja palabras y promete promesas
son en tu imagen para mí los héroes
y son también el ángel enemigo

en mi amor estás toda o casi toda
me faltan cifras pero las calculo
faltan indicios pero los descubro

sin embargo en mi amor hay otras cosas
por ejemplo los sueños con que muevo la tierra
la pobre lucha que libré y libramos
los buenos odios esos que ennoblecen
el diálogo constante con mi gente
la pregunta punzante que me hicieron
las respuestas veraces que no di

en mi amor hay también corajes varios
y un miedo que a menudo los resume
hay hombres como yo que miran tras las rejas
a una muchacha que podrías ser vos

en mi amor hay faena y hay descanso
sencillas recompensas y complejos castigos
hay dos o tres mujeres que forman tu prehistoria
y hay muchos años demasiados años
de inventar alegrías y crearlas
después a pie juntillas

querría que en mi amor vieras todo eso
y que vos muchachita
con paciencia y cautela
sin herirme ni herirte
rescataras de allí la luna el río
los emblemas rituales
los proyectos de besos o de adioses
el corazón que aguarda pese a todo.

HOMBRE QUE MIRA A TRAVÉS DE LA NIEBLA

Me cuesta como nunca
nombrar los árboles y las ventanas
y también el futuro y el dolor
el campanario está invisible y mudo
pero si se expresara
sus tañidos
serían de un fantasma melancólico

la esquina pierde su ángulo filoso
nadie diría que la crueldad existe

la sangre mártir es apenas
una pálida mancha de rencor
cómo cambian las cosas
en la niebla

los voraces no son
más que pobres seguros de sí mismos
los sádicos son colmos de ironía
los soberbios son proas
de algún coraje ajeno
los humildes en cambio no se ven

pero yo sé quién es quién
detrás de ese telón de incertidumbre
sé dónde está el abismo
sé dónde no está dios
sé dónde está la muerte
sé dónde no estás tú

la niebla no es olvido
sino postergación anticipada

ojalá que la espera
no desgaste mis sueños
ojalá que la niebla
no llegue a mis pulmones
y que vos muchachita
emerjas de ella
como un lindo recuerdo
que se convierte en rostro

y yo sepa por fin
que dejás para siempre
la espesura de ese aire maldito
cuando tus ojos encuentren y celebren
mi bienvenida que no tiene pausas.

HOMBRE QUE MIRA LA TIERRA

Cómo querría otra suerte para esta pobre reseca
que lleva todas las artes y los oficios
en cada uno de sus terrones
y ofrece su matriz reveladora
para las semillas que quizá nunca lleguen

cómo querría que un desborde caudal
viniera a redimirla
y la empapara con su sol en hervor
o sus lunas ondeadas
y la recorriera palmo a palmo
y la entendiera palma a palma

o que descendiera la lluvia inaugurándola
y le dejaran cicatrices como zanjones
y un barro oscuro y dulce
con ojos como charcos

o que en su biografía
pobre madre reseca
irrupiera de pronto el pueblo fértil
con azadones y argumentos

y arados y sudor y buenas nuevas
y las semillas de estreno recogieran
el legado de las viejas raíces

cómo querría que se escucharan
su verde gratitud y su orgasmo nutricional

y que el alambrado recogiera sus púas
ya que por fin sería nuestra y una

cómo querría esa suerte de tierra
y que vos muchachita
entre brotes o espigas
o aliento vegetal o abejas mensajeras
te extendieras allí
mirando por primera vez las nubes
y yo tapara lentamente el cielo.

HOMBRE QUE MIRA EL CIELO

Mientras pasa la estrella fugaz
acopio en este deseo instantáneo
montones de deseos hondos y prioritarios
por ejemplo que el dolor no me apague la rabia
que la alegría no desarme mi amor
que los asesinos del pueblo se traguen
 sus molares caninos e incisivos
 y se muerdan juiciosamente el hígado
que los barrotes de las celdas
 se vuelvan de azúcar o se curven de piedad
 y mis hermanos puedan hacer de nuevo
 el amor y la revolución
que cuando enfrentemos el implacable espejo
 no maldigamos ni nos maldigamos
que los justos avancen
 aunque estén imperfectos y heridos
que avancen porfiados como castores
 solidarios como abejas
 aguerridos como jaguares
 y empuñen todos sus noes
 para instalar la gran afirmación
que la muerte pierda su asquerosa puntualidad
que cuando el corazón se salga del pecho
 pueda encontrar el camino de regreso
que la muerte pierda su asquerosa
 y brutal puntualidad
 pero si llega puntual no nos agarre
 muertos de vergüenza
que el aire vuelva a ser respirable y de todos

y que vos muchachita sigas alegre y dolorida
poniendo en tus ojos el alma
y tu mano en mi mano

y nada más
porque el cielo ya está de nuevo torvo
y sin estrellas
con helicóptero y sin dios.

BODAS DE PERLAS

A Luz

C'est quand même beau de rajeunir.

RONY LESCOUFLAIR

Después de todo qué complicado es el amor breve
y en cambio qué sencillo el largo amor
digamos que éste no precisa barricadas
contra el tiempo ni contra el destiempo
ni se enreda en fervores a plazo fijo

el amor breve aun en aquellos tramos
en que ignora su proverbial urgencia
siempre guarda o esconde o disimula
semiadioses que anuncian la invasión del olvido
en cambio el largo amor no tiene cismas
ni soluciones de continuidad
más bien continuidad de soluciones

esto viene ligado a una historia la nuestra
quiero decir de mi mujer y mía
historia que hizo escala en treinta marzos
que a esta altura son como treinta puentes
como treinta provincias de la misma memoria

porque cada época de un largo amor
cada capítulo de una consecuente pareja

es una región con sus propios árboles y ecos
sus propios descampados sus tibias contraseñas

he aquí que mi mujer y yo somos lo que se llama
una pareja corriente y por tanto despereja
treinta años incluidos los ocho bisiestos
de vida en común y en extraordinario

alguien me informa que son bodas de perlas
y acaso lo sean ya que perla es secreto
y es brillo llanto fiesta hondura
y otras alegorías que aquí vienen de perlas

cuando la conocí
tenía apenas doce años y negras trenzas
y un perro atorrante
que a todos nos servía de felpudo
yo tenía catorce y ni siquiera perro
calculé mentalmente futuro y arrecifes
y supe que me estaba destinada
mejor dicho que yo era el destinado
todavía no sé cuál es la diferencia
así y todo tardé seis años en decírselo
y ella un minuto y medio en aceptarlo

pasé una temporada en buenos aires
y le escribía poemas o pancartas de amor
que ella ni siquiera comentaba en contra
y yo sin advertir la grave situación
cada vez escribía más poemas más pancartas
realmente fue una época difícil

menos mal que decidí regresar
como un novio pródigo cualquiera
el hermano tenía bicicleta

claro me la prestó y en raptó de coraje
salí en bajada por la calle almería
ah lamentablemente el regreso era en repecho

ella me estaba esperando muy atenta

cansado como un perro aunque enhiesto y altivo
bajé de aquel siniestro rodado y de pronto
me desmayé en sus brazos providenciales
y aunque no se ha repuesto aún de la sorpresa
juro que no lo hice con premeditación

por entonces su madre nos vigilaba
desde las más increíbles atalayas
yo me sentía cancerbado y miserable
delincuente casi delicuescente

claro eran otros tiempos y montevideo
era una linda ciudad provinciana
sin capital a la que referirse
y con ese trauma no hay terapia posible
eso deja huellas en las plazoletas

era tan provinciana que el presidente
andaba sin capangas y hasta sin ministros
uno podía encontrarlo en un café
o comprándose corbatas en una tienda
la prensa extranjera destacaba ese rasgo
comparándonos con suiza y costa rica

siempre estábamos llenos de exilados
así se escribía en tiempos suaves
ahora en cambio somos exiliados
pero la diferencia no reside en la i

eran bolivianos paraguayos cariocas
y sobre todo eran porteños
a nosotros nos daba mucha pena
verlos en la calle nostálgicos y pobres
vendiéndonos recuerdos y empanadas

es claro son antiguas coyunturas
sin embargo señalo a lectores muy jóvenes
que graham bell ya había inventado el teléfono
de ahí que yo me instalara puntualmente a las seis
en la cervecería de la calle yatay
y desde allí hacía mi llamada de novio
que me llevaba como media hora

a tal punto era insólito mi lungo metraje
que ciertos parroquianos rompebolas
me gritaban cachándome al unísono
dale anclao en parís

como ven el amor era dura faena
y en algunas vergüenzas
casi industria insalubre

para colmo comí abundantísima lechuga
que nadie había desinfectado con carrel
en resumidas cuentas contraí el tifus
no exactamente el exantemático
pero igual de alarmante y podrido
me daban agua de apio y jugo de sandía
yo por las dudas me dejé la barba
e impresionaba mucho a las visitas

una tarde ella vino hasta mi casa
y tuvo un proceder no tradicional
casi diría prohibido y antihigiénico

que a mí me pareció conmovedor
besó mis labios típicos y cuarteados
conquistándome entonces para siempre
ya que hasta ese momento no creía
que ella fuese tan tierna inconsciente y osada

de modo que no bien logré recuperar
los catorce kilos perdidos en la fiebre
me afeité la barba que no era de apóstol
sino de bichicome o de ciruja
me dediqué a ahorrar y junté dos mil mangos
cuando el dólar estaba me parece a uno ochenta

además decidimos nuestras vocaciones
quiero decir vocaciones rentables
ella se hizo aduanera y yo taquígrafo

íbamos a casarnos por la iglesia
y no tanto por dios padre y mayúsculo
como por el minúsculo jesús entre ladrones
con quien siempre me sentí solidario
pero el cura además de católico apostólico
era también romano y algo tronco
de ahí que exigiera no sé qué boleta
de bautismo o tal vez de nacimiento

si de algo estoy seguro es que he nacido
por lo tanto nos mudamos a otra iglesia
donde un simpático pastor luterano
que no jodía con los documentos
sucintamente nos casó y nosotros
dijimos sí como dándonos ánimo
y en la foto salimos espantosos

nuestra luna y su miel se llevaron a cabo
con una praxis semejante a la de hoy
ya que la humanidad ha innovado poco
en este punto realmente cardinal

fue allá por marzo del cuarenta y seis
meses después que daddy truman
conmovido generoso sensible expeditivo
convirtiera a hiroshima en ciudad cadáver
en inmóvil guiñapo en no ciudad

muy poco antes o muy poco después
en brasil adolphe berk embajador de usa
apoyaba qué raro el golpe contra vargas
en honduras las inversiones yanquis
ascendían a trescientos millones de dólares
paraguay y uruguay en intrépido ay
declaraban la guerra a alemania
sin provocar por cierto grandes conmociones
en chile allende era elegido senador
y en haití los estudiantes iban a la huelga
en martinica aimé cesaire el poeta
pasaba a ser alcalde en fort de france
en santo domingo el PCD
se transformaba en PSP
y en méxico el PRM
se transformaba en PRI
en bolivia no hubo cambios de siglas
pero faltaban tres meses solamente
para que lo colgaran a villarroel
argentina empezaba a generalizar
y casi de inmediato a coronelizar

nosotros dos nos fuimos a colonia suiza
ajenos al destino que se incubaba

ella con un chaleco verde que siempre me gustó
y yo con tres camisas blancas

en fin después hubo que trabajar
y trabajamos treinta años
al principio éramos jóvenes pero no lo sabíamos
cuando nos dimos cuenta ya no éramos jóvenes
si ahora todo parece tan remoto será
porque allí una familia era algo importante
y hoy es de una importancia reventada

cuando quisimos acordar el paisito
que había vivido una paz no ganada
empezó lentamente a trepidar
pero antes anduvimos muy campantes
por otras paces y trepidaciones
combinábamos las idas y las vueltas
la rutina nacional con la morriña allá lejos
viajamos tanto y con tantos rumbos
que nos cruzábamos con nosotros mismos
unos eran viajes de imaginación qué baratos
y otros qué lata con pasaporte y vacuna

miro nuestras fotos de venecia de innsbruck
y también de malvín
del balneario solís o el philosophenweg
estábamos estamos estaremos juntos
pero cómo ha cambiado el alrededor
no me refiero al fondo con mugrientos canales
ni al de dunas limpias y solitarias
ni al hotel chajá ni al balcón de goethe
ni al contorno de muros y enredaderas
sino a los ojos crueles que nos miran ahora

algo ocurrió en nuestra partícula de mundo
que hizo de algunos hombres maquinarias de horror
estábamos estamos estaremos juntos
pero qué rodeados de ausencias y mutaciones
qué malheridos de sangre hermana
qué enceguecidos por la hoguera maldita

ahora nuestro amor tiene como el de todos
inevitables zonas de tristeza y presagios
paréntesis de miedo incorregibles lejanías
culpas que quisiéramos inventar de una vez
para liquidarlas definitivamente

la conocida sombra de nuestros cuerpos
ya no acaba en nosotros
sigue por cualquier suelo cualquier orilla
hasta alcanzar lo real escandaloso
y lamer con lealtad los restos de silencio
que también integran nuestro largo amor

hasta las menudencias cotidianas
se vuelven gigantescos promontorios
la suma de corazón y corazón
es una suasoria paz que quema
los labios empiezan a moverse
detrás del doble cristal sordomudo
por eso estoy obligado a imaginar
lo que ella imagina y viceversa

estábamos estamos estaremos juntos
a pedazos a ratos a párpados a sueños
soledad norte más soledad sur
para tomarle una mano nada más
ese primario gesto de la pareja
debí extender mi brazo por encima

de un continente intrincado y vastísimo
y es difícil no sólo porque mi brazo es corto
siempre tienen que ajustarme las mangas
sino porque debo pasar estirándome
sobre las torres de petróleo en maracaibo
los inocentes cocodrilos del amazonas
los tiras orientales de livramento

es cierto que treinta años de oleaje
nos dan un inconfundible aire salitroso
y gracias a él nos reconocemos
por encima de acechanzas y destrucciones

la vida íntima de dos
esa historia mundial en livre de poche
es tal vez un cantar de los cantares
más el eclesiastés y sin apocalipsis
una extraña geografía con torrentes
ensenadas praderas y calmas chichas

no podemos quejarnos
en treinta años la vida
nos ha llevado recio y traído suave
nos ha tenido tan pero tan ocupados
que siempre nos deja algo para descubrirnos
a veces nos separa y nos necesitamos
cuando uno necesita se siente vivo
entonces nos acerca y nos necesitamos

es bueno tener a mi mujer aquí
aunque estemos silenciosos y sin mirarnos
ella leyendo su séptimo círculo
y adivinando siempre quién es el asesino
yo escuchando noticias de onda corta

con el auricular para no molestarla
y sabiendo también quién es el asesino

la vida de pareja en treinta años
es una colección inimitable
de tangos diccionarios angustias mejorías
aeropuertos camas recompensas condenas
pero siempre hay un llanto finísimo
casi un hilo que nos atraviesa
y va enhebrando una estación con otra
borda aplazamientos y triunfos
le cose los botones al desorden
y hasta remienda melancolías

siempre hay un finísimo llanto un placer
que a veces ni siquiera tiene lágrimas
y es la parábola de esta historia mixta
la vida a cuatro manos el desvelo
o la alegría en que nos apoyamos
cada vez más seguros casi como
dos equilibristas sobre su alambre
de otro modo no habríamos llegado a saber
qué significa el brindis que ahora sigue
y que lógicamente no vamos a hacer público.

23 de marzo de 1976

SEMÁNTICA PRÁCTICA

Sabemos que el alma como principio de la vida
es una caduca concepción religiosa e idealista
pero que en cambio tiene vigencia en su acepción
segunda
o sea hueco del cañón de las armas de fuego

hay que reconocer empero que el lenguaje popular
no está rigurosamente al día
y que cuando el mismo estudiante que leyó en
konstantinov
que la idea del alma es fantástica e ingenua
besa los labios ingenuos y fantásticos de la compañerita
que no conoce la acepción segunda
y a pesar de ello le dice te quiero con toda el alma
es obvio que no intenta sugerir que la quiere
con todo el hueco del cañón.

NUEVO CANAL INTEROCEÁNICO

Te propongo construir
un nuevo canal
sin esclusas
ni excusas
que comunique por fin
tu mirada
atlántica
con mi natural
pacífico.

CRONOTERAPIA BILINGÜE

Si un muchacho lee mis poemas
me siento joven por un rato

en cambio cuando es
una muchacha quien los lee
quisiera que el tictac
se convirtiera en un tactic
o mejor dicho en *une tactique*.

ONCE

Ningún padre de la iglesia
ha sabido explicar
por qué no existe
un mandamiento once
que ordene a la mujer
no codiciar al hombre
de su prójima.

MADRIGAL EN CASSETTE

Ahora que apretaste
la tecla *play*
me atreveré a decirte
lo que nunca
osaría proponerte
cara a cara

que oprimas de una vez
la tecla *stop*

INTENSIDAD

Quien
pecho
abarca
loco
aprieta

UNA MUJER DESNUDA Y EN LO OSCURO

Una mujer desnuda y en lo oscuro
tiene una claridad que nos alumbra
de modo que si ocurre un desconuelo
un apagón o una noche sin luna
es conveniente y hasta imprescindible
tener a mano una mujer desnuda

una mujer desnuda y en lo oscuro
genera un resplandor que da confianza
entonces dominguea el almanaque
vibran en su rincón las telarañas
y los ojos felices y felinos
miran y de mirar nunca se cansan

una mujer desnuda y en lo oscuro
es una vocación para las manos
para los labios es casi un destino
y para el corazón un despilfarro
una mujer desnuda es un enigma
y siempre es una fiesta descifrarlo

una mujer desnuda y en lo oscuro
genera una luz propia y nos enciende
el cielo raso se convierte en cielo
y es una gloria no ser inocente
una mujer querida o vislumbrada
desbarata por una vez la muerte.

INCITACIÓN

En el muro quedaron los tatuajes del juego
el tiempo me conmina pero no me doblego
siento a pesar de todo frutal desasosiego
y el código de agobios lo dejo para luego

antes de que el crepúsculo en noche se convierta
y se duerma la calle y se entorne la puerta
a solas con mi pobre madurez inexperta
quiero que mi demanda se encuentre con tu oferta

no es bueno que la astucia me busque a la deriva
como si el amor fuera sólo una tentativa
y ya que ahora asombras a mi alma votiva
confío en que asombrado tu cuerpo me reciba

nos consta que el presente es breve y es impuro
pero cuando los torsos celebren su conjuro
y llamen nuestros ojos cual brasas en lo oscuro
sólo entonces sabremos cómo será el futuro

aspiro a que tu suerte de nuevo me rescate
del frío y de la sombra del tedio y el combate
la gloria nos espera sola en su escaparate
mientras tú y yo probamos la sal y el disparate

sola en su desafío nos espera la gloria
y con su habilidad veterana y suasoria
entre nosotros borra la línea divisoria
y nuestros pies se buscan para empezar la historia.

YO ESTABA EN OTRO BORDE

*A Haydée
in memoriam
cinco años después*

Yo estaba en otro borde del océano
en palma de mallorca para ser preciso
en la plaza gomila ésa buscada
por los *marines* yanquis
tan borrachitos siempre
y por turistas suecos y franceses
ingleses holandeses alemanes
y hasta por mallorquines

en mi balcón entraba una porción de calle
con sus putas de carne
y sus hombres de hueso
y según a qué hora
con luces de neón y mansa fábula
y hasta una *bailaora* triste de pacotilla
que anhelante bordaba su agonía febril
sin que ningún piadoso la aplaudiera o mirara

por entonces yo había comenzado
mi duro aprendizaje de españa y me sentía
al garete o al margen

sin otra conjetura o barricada
que mi desasosiego de ultramar

sin más futuro que el de mis azares
sin otra garantía que la de mi resuello

yo estaba en otro borde
sin buenos aires ni montevideo
sin la habana ni méxico
sin quito ni managua
exactamente en la plaza gomila
frente a otro de mis varios telones del exilio

me agradaba el castillo de bellver en el fondo
y como diversión estaba el ovni
que en los atardeceres nos dejaba
huellas y guiños cómplices y dudas
realmente me gustaba la escenografía
sin entusiasmo pero me gustaba
aunque no me entendiera con los sordos
protagonistas ni con los comparsas

durante el largo día
miraba con el hígado y los bronquios
las uñas y el estómago
y con mis cataratas remendadas

el cielo era de venas azules y finísimas
y las casas tan blancas
con sus enredaderas colgantes y geranios
cual si hubieran nacido ayer o hace dos siglos

en cambio por la noche
miraba con mis hombros y mis labios
mis riñones mis tímpanos mi páncreas
siempre con mis leales cataratas
aunque ahora no tan encandiladas
yo estaba en otro borde

cuando aulló tres socorros el teléfono
y una voz titubeante y remotísima
dijo ayer murió haydée
y volvió a repetirlo
tal vez no tanto para persuadirme
como para de veras persuadirse

ayer murió haydée
dijo en el desconcierto de mi oído
hace cinco años y en aquella plaza
escuchar la noticia era difícil
imposible ligar esa brutal ausencia
con catorce o quince años de presencia
en mi suerte y en mi vida de a pie
haydée abrecaminos sin camino
haydée mi socia de asma sin su asma
haydée sin esa casa sin su américa
haydée sin el amparo ni la flecha del sol

volví al balcón y fue de noche
no sé por qué de pronto fue de noche
ya no quedaban luces ni fragores
ni bares ni nightclubs ni discotecas
ni las hembras de carne
ni los hombres de hueso
todos habían desaparecido
o acaso se llamaran
a silencio y tiniebla
los suecos y franceses
ingleses y holandeses y alemanes
todos habían desaparecido
y los *marines* antes que ninguno
ya no estaba el castillo de bellver
ni tampoco las casas blancas ni los geranios

ni las enredaderas que colgaban
desde hacía dos siglos o una víspera

en cambio había un malecón de olas
arrolladoras breves y gigantes
olas que no eran del mediterráneo
también había un campo de deportes
fornido de estudiantes
en blanco en negro y en mulato

y más acá muros con cuadros
de venezuela méxico brasil
chile uruguay colombia costa rica
y una arpillera de violeta parra
y dos o tres imágenes argentinas del che
y dondequiera rostros llorando sin escándalo
en esa pobre casa
la casa sin haydée

yo estaba en otro borde
pero esa noche aunque era mediodía
adiviné una nueva provincia de la muerte
y hasta un desconocido formato del amor

sólo en nuestros países tan hogueras
podemos concedernos el dramático lujo
de recibir intacto de la historia
un personaje único encendido de ideas
de inocencia perdones heroísmo
suelta de mariposas y de manos tendidas
al semejante y al desemejante
y consuelos y abismos y tizones
y delirios coraje sufrimiento
y ensueños y bondad

es increíble
pero así sucede
en nuestros pueblos de dolor y olvido
solemos darnos el terrible lujo
de recibir herido de la historia
un indómito y limpio personaje de fuego
y no lograr siquiera
ni acaso merecer
que no se apague

haydée murió es verdad
alguien lo había alojado para siempre
en mi cabeza incrédula
miré hacia arriba a nadie
y sin embargo supe que después
cuando volviese el día
las venas de este cielo
azules y finísimas
se abrirían en lluvia
copiosa
inconsolable.

LA MADRE AHORA

Doce años atrás
cuando tuve que irme
dejé a mi madre junto a su ventana
mirando la avenida

ahora la recobro
sólo con un bastón de diferencia

en doce años transcurrieron
ante su ventanal algunas cosas
desfiles y redadas
fugas estudiantiles
muchedumbres
puños rabiosos
y gases de lágrimas
provocaciones
tiros lejos
festejos oficiales
banderas clandestinas
vivas recuperados
después de doce años
mi madre sigue en su ventana
mirando la avenida

o acaso no la mira
sólo repasa sus adentros
no sé si de reajo o de hito en hito
sin pestañear siquiera

páginas sepias de obsesiones
con un padrastro que le hacía
enderezar clavos y clavos
o con mi abuela la francesa
que destilaba sortilegios
o con su hermano el insociable
que nunca quiso trabajar

tantos rodeos me imagino
cuando fue jefa en una tienda
cuando hizo ropa para niños
y unos conejos de colores
que todo el mundo le elogiaba

mi hermano enfermo o yo con tifus
mi padre bueno y derrotado
por tres o cuatro embustes
pero sonriente y luminoso
cuando la fuente era de ñoquis

ella repasa sus adentros
ochenta y siete años de grises
sigue pensando distraída
y algún acento de ternura
se le ha escapado como un hilo
que no se encuentra con su aguja

cómo quisiera comprenderla
cuando la veo igual que antes
desperdiciando la avenida
pero a esta altura qué otra cosa
puedo hacer yo que divertirla
con cuentos ciertos o inventados
comprarle una tele nueva
o alcanzarle su bastón.

CADA CIUDAD PUEDE SER OTRA

*Los amorosos son los que abandonan,
son los que cambian, los que olvidan.*

JAIME SABINES

Cada ciudad puede ser otra
cuando el amor la transfigura
cada ciudad puede ser tantas
como amorosos la recorren

el amor pasa por los parques
casi sin verlos pero amándolos
entre la fiesta de los pájaros
y la homilía de los pinos

cada ciudad puede ser otra
cuando el amor pinta los muros
y de los rostros que atardecen
uno es el rostro del amor

el amor viene y va y regresa
y la ciudad es el testigo
de sus abrazos y crepúsculos
de sus bonanzas y aguaceros

y si el amor se va y no vuelve
la ciudad carga con su otoño
ya que le quedan sólo el duelo
y las estatuas del amor.

INFORME SOBRE CARICIAS

1

La caricia es un lenguaje
si tus caricias me hablan
no quisiera que se callen

2

La caricia no es la copia
de otra caricia lejana
es una nueva versión
casi siempre mejorada

3

Es la fiesta de la piel
la caricia mientras dura
y cuando se aleja deja
sin amparo a la lujuria

4

Las caricias de los sueños
que son prodigio y encanto
adolecen de un defecto
no tienen tacto

5

Como aventura y enigma
la caricia empieza antes
de convertirse en caricia

6

Es claro que lo mejor
no es la caricia en sí misma
sino su continuación.

MEDIOS DE COMUNICACIÓN

No es preciso que sea mensajera /
la paloma sencilla en tu ventana
te informa que el dolor
empieza a columpiarse en el olvido

y llego desde mí para decirte
que están el río el girasol la estrella
rodando sin apuro /
el futuro se acerca a conocerte

ya lo sabes / sin tropos ni bengalas
la traducción mejor es boca a boca
en el beso bilingüe
van circulando dulces las noticias.

EPIGRAMA

Como esplende un sesentón cuando logra vencer por dos
pulgadas al bisoño que intentó conseguir el único
asiento libre

como bienquiere el contribuyente silvestre a la cajera
número cuatro en el momento de enfrentarla tras dos
horas de cola

como acoge el deudor la noticia de que ha fallecido su
acreedor más implacable

como suele compungirse la buena gente si el locutor no
advierte a tiempo la traicionera errata que lo acecha
en el cable llegado a última hora

como el prójimo que permanece enjabonado bajo la
ducha a causa de un corte imprevisto y al cabo de
tres minutos se solaza al advertir que el agua vuelve
a manar sin usura

como el chofer que se reconcilia con la vida tras esquivar
limpiamente un desbocado camión con tres
containers

como el adolescente que ama los decibeles más que a sí
mismo

así trifena mía aproximadamente así suelo
quererte.

IL CUORE

Ya nadie graba
en las paredes
en los troncos
 luis y maría
 raquel y carlos
 marta y alfonso
junto a dos corazones
enlazados

ahora las parejas
leen esas vetustas
incómodas ternuras
en las paredes
en los troncos
y comentan
 qué niños
antes de separarse
para siempre.

WHEN YOU ARE SMILING

When you are smiling
ocurre que tu sonrisa es la sobreviviente
la estela que en ti dejó el futuro
la memoria del horror y la esperanza
la huella de tus pasos en el mar
el sabor de la piel y su tristeza

when you are smiling
the whole world
que también vela por su amargura
smiles with you.

SIRENA

Tengo la convicción de que no existes
y sin embargo te oigo cada noche

te invento a veces con mi vanidad
o mi desolación o mi modorra

del infinito mar viene tu asombro
lo escucho como un salmo y pese a todo

tan convencido estoy de que no existes
que te aguardo en mi sueño para luego.

BÉBETE UN TENTEMPIÉ

Bébetete un tentempié pero sentada
arrímate a tu sol si eres satélite
usa tus esperanzas como un sable
desmundízate a ciegas o descázate
desmilágrate ahora / poco a poco
quítate la ropita sin testigos
arrójale esa cáscara al espejo
preocúpate pregúntale prepárate
sobremuriente no / sobreviviente
desde el carajo al cielo / sin escalas
y si no vienen a buscar tu búsqueda
y te sientes pueril o mendicante
abandonada por tu abandoneón
fabulízate de una vez por todas
métete en tu ropita nuevamente
mundízate milágrate y entonces
apróntate a salir y a salpicarte
calle abajo / novada y renovada
pero antes de asomar la naricita
bebe otro tentempié / por si las moscas.

UTOPIÁS

Cómo voy a creer / dijo el fulano
que el mundo se quedó sin utopías

cómo voy a creer
que la esperanza es un olvido
o que el placer una tristeza

cómo voy a creer / dijo el fulano
que el universo es una ruina
aunque lo sea
o que la muerte es el silencio
aunque lo sea

cómo voy a creer
que el horizonte es la frontera
que el mar es nadie
que la noche es nada

cómo voy a creer / dijo el fulano
que tu cuerpo / mengana
no es algo más de lo que palpo
o que tu amor
ese remoto amor que me destinas
no es el desnudo de tus ojos
la parsimonia de tus manos

cómo voy a creer / mengana austral
que sos tan sólo lo que miro
acaricio o penetro

cómo voy a creer / dijo el fulano
que la utopía ya no existe
si vos / mengana dulce
osada / eterna
si vos / sos mi utopía.

ONFÁLICA

*Sólo me quedó
tu ombligo como una taza
redonda.*

FRANCISCO URONDO

Cuando el fulano se miraba el ombligo
no era por narcisismo o complacencia
sino porque ahí siempre vio colinas
nubes convexas / constelaciones
abismos caóticos y jubilosos
grillos / calandrias / cachorros de puma

cuando el fulano se miraba el ombligo
no era porque se creyese el centro del mundo
sino porque allí evocaba pompas de ocio
cómodas profecías con vista al mar
terrazas de crepúsculo a fuego lento
pinos espeluznados / vientos espeluznantes

hoy cuando el fulano se mira el ombligo
no es porque se sienta presuntuoso
sino porque allí escucha los mejores pregones
coros de ramerías que ascienden al cielo
carillones con horas al mejor postor
ecos de moribundas primaveras

lo cierto es que el fulano mira su ombligo
por él desciende al mundo / sube al vuelo

pero sólo lo asume con alborozo cuando
le trae nostalgia onfática de su linda mengana
cuyo pozo de sueño le acerca más delicias
que el ombligo de venus que medra en los tejados.

TRIÁNGULO

El fulano está insomne
y la mengana surca
su noche de recelos

él traga sus tabletas
porque intenta dormirse
y así entrar en el sueño
de la dulce mengana
y su abstracta lujuria
y en ese territorio
buscarlos / dar con ellos
sorprenderlos
y entonces
perseguir al zutano
hasta el amanecer.

MENGANA SI TE VAS

Mengana si te vas con el zutano
yo / tu fulano / no me mataré
simplemente los seguiré en la noche
por todos los senderos y las dunas
vos gozando tal vez y yo doliéndome
hasta que vos te duelas y yo goce
cuando las huellas a seguir no sean
dos tamañas pisadas y dos breves
sino apenas las de tus pies dulcísimos
y entonces yo aparezca a tu costado
y vos / con esa culpa que te hace
más linda todavía / te perdones
para llorar como antes en mi hombro.

REPASO HISTÓRICO

Con más nostalgia que embeleso
recuerda una por una a sus menganas

de la primera aprendió el cielo
de la segunda asimiló la tierra
de la tercera la sonrisa virgen
la piel convicta de la cuarta
el palmo a palmo de la quinta
el beso frágil de la sexta
de la séptima el otro el insondable
de la octava el vaivén heterodoxo
de la novena el hagan juego
de la décima el no va más

en realidad
ya hace algún tiempo que el fulano
sentó cabeza con la undécima
mengana que dormita a su costado.

SONETO *KITSCH* A UNA MENGANA

Yo / fulano de mí / llevo conmigo
tu rostro en cada suerte de mi historia
tu cuerpo de mengana es una gloria
y por eso al soñar sueño contigo

luego / si el sueño acaba te persigo
soñándote despierto / es una noria
que rodea tu eco en mi memoria
y te cuenta esos sueños que te digo

así / sin intenciones misteriosas
sé que voy a elegir de buena gana
de mi viejo jardín sólo tus rosas

de las altas ventanas tu ventana
de los signos del mar tu mar de cosas
y de todo el amor / tu amor / mengana.

VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE HERÁCLITO

No sólo el río es irrepetible

tampoco se repiten
la lluvia el fuego el viento
las dunas del crepúsculo

no sólo el río
sugirió el fulano

por lo pronto
nadie puede
mengana
contemplarse dos veces
en tus ojos.

EPIGRAMA CON MURO

Entre tú y yo / mengana mía / se levantaba
un muro de berlín hecho de horas desiertas
añoranzas fugaces

tú no podías verme porque montaban guardia
los rencores ajenos
yo no podía verte porque me encandilaba
el sol de tus augurios

y no obstante solía preguntarme
cómo serías en tu espera
si abrirías por ejemplo los brazos
para abrazar mi ausencia

pero el muro cayó
se fue cayendo
nadie supo qué hacer con los malentendidos
hubo quien los juntó como reliquias

y de pronto una tarde
te vi emerger por un hueco de niebla
y pasar a mi lado sin llamarme
ni tocarme ni verme
y correr al encuentro de otro rostro
rebosante de calma cotidiana

otro rostro que tal vez ignoraba
que entre tú y yo existía
había existido

un muro de berlín que al separarnos
desesperadamente nos juntaba
ese muro que ahora es sólo escombros
más escombros
y olvido.

HABLO DE TU SOLEDAD

Hablo de tu infinita soledad
dijo el fulano
quisiera entrar a saco en tu memoria
apoderarme de ella
desmantelarla desmentirla
despojarla de su último reducto

tu soledad me abruma / me alucina
dijo el fulano con dulzura
quisiera que en las noches me añorara
que me echara de menos
me recibiera a solas

pero sucede que /
dijo calmosamente la mengana /
si tu bendita soledad
se funde con la mía
ya no sabré si soy en vos
o vos terminás siéndome

¿cuál de las dos será
después de todo
mi soledad legítima?

miráronse a los ojos
como si perdonaran
perdonándose

adiós
dijo el fulano

y la mengana
adiós.

MARAVILLA

Vamos mengana a usar la maravilla
esa vislumbre que no tiene dueño
afilá tu delirio / armá tu sueño
en tanto yo te espero en la otra orilla

si somos lo mejor de los peores
gastemos nuestro poco de albedrío
recuperá tu cuerpo / hazelo mío
que yo lo aceptaré de mil amores

y ya que estamos todos en capilla
y dondequiera el mundo se equivoca
aprendamos la vida boca a boca
y usemos de una vez la maravilla.

CALLE DE ABRAZADOS

Columnata de árboles
o nada / sombras sobre piedras
herméticos zaguanes
o nada / hojas en el viento

la llaman calle de abrazados
no exactamente porque las parejas
se refugien allí a falta de otros
espacios de amor gratis

la llaman calle de abrazados
porque en las noches de domingo
hay dos tan sólo dos
una mujer y un hombre
desentendidos misteriosos
que se citan allí como dos náufragos
y cada náufrago se abraza
al otro cuerpo salvavidas

la llaman calle de abrazados
como tributo a un solo abrazo
desesperado recurrente
tan azorado y tan estrecho
como si fuese siempre el último

y esto a pesar de que en su isla
el hombre y la mujer ignoren
que ese destino en que se abrazan
se llama calle de abrazados.

CUANDO ESTA VIRGEN ERA PROSTITUTA

Cuando esta virgen era prostituta
soñaba con casarse y zurcir calcetines
pero desde que quiso
ser simplemente virgen
y consiguió rutinas y marido
añora aquellas noches
lluviosas y sin clientes
en que tendida en el colchón de todos
soñaba con casarse y zurcir calcetines.

TERAPIA

Para no sucumbir
ante la tentación
del precipicio
el mejor tratamiento
es el fornicio.

EL RUISEÑOR Y LA RUISEÑORA

El ruiseñor conoció a la ruiseñora
en un bar de alterne donde ella
cantaba noche a noche viejos tangos

él la llevó a su casa y le cantó de todo
desde *lieder* de schumann hasta arias de puccini
cantigas de alfonso el sabio con tonada propia
boleros de agustín lara
mambos de perez prado
mañanitas sevillanas
blues y negro spirituals

al cabo de cuatro horas y/o lustros
la ruiseñora dijo cállate
cállate de inmediato o me regreso al bar

era sin duda un ultimátum
y el ruiseñor calló
triste pero pragmático
el ruiseñor calló.

DICE EL HOMBRE EN LA ORILLA

Me enamoré hace mucho de la mar
transparente y sin dioses
y como es trampa y ley de los amores
me enamoré temiéndola esperándola

a veces era el mar azul
pero otras veces la mar verde
y es obvio que no son lo mismo
siempre elegí la mar matriz
la MarElla esa bóveda materna
(de materna a mar tierna sólo median
dos o tres plenamares)

cuando llega el MarÉl atronador
rompiente poderoso
yo me tiendo y espero
sobre las dunas neutras sabedoras

no voy a caminar sobre las aguas
como hizo el fundador de los milagros
hundirse en ellas es ahora
el milagro posible

por eso aguardo
sobre la arena volandera
a que acuda la MarElla la tierna
lúbrica gozadora bienvenida
acariciante espléndida desnuda
o apenas guarnecida de algas y coral

y al llegar finalmente la MarElla
desciendo como un pez a su caverna
y después de tendernos en su lecho de sal
la remonto con todas mis nostalgias
las de agua y las de tierra
y al MarÉl le reservo
cornamentas y celos.

LUNA DE IDILIO

La distancia entre el mundo
que atruena con campanas
y el otro mundo / el que solloza apenas
¿será equivalente a la que media
entre el excesivo odio amoroso
y el flaco amor odioso?
¿dará lo mismo refugiarse
en el seno aterido de la comunidad
que esconderse en el otro seno el tibio
y tan dulce de la mujer amada?

la luna del idilio no se ve
desde los helicópteros

en los escasos raptos de sagrada vergüenza
uno quiere cambiar de veras y de sueños
pero en los arrebatos de filtrado orgullo
uno quiere cambiar
sencillamente quiere cambiar el universo
y es justamente entonces cuando el odio no puede
privarse del amor

si me despierto odiando
sé que acabaré amando a la hora del crepúsculo
de lo contrario no podría
sobrevivirme ni sobremorirme
después de todo el odio sólo es limpio
cuando nos deja algún agujerito
para vichar los pechos del amor

la luna del idilio no se ve
desde los helicópteros.

SEMÁFOROS

Rojo / como el que más /
radiante vino rojo
la herida de las vírgenes
el crepúsculo fucsia
el toro ya vencido
el corazón abierto
la rosa incandescente
el domingo que nace
rojo en el almanaque
el flamboyán de fuego
el balcón de geranios
la llama de tus labios

verde / como el que menos
vas respirando el árbol
descalza / sobre el césped
verde mediterráneo
verde desesperanza
verde de hoja y rocío
del azar paño verde
del loro de flaubert
de cezanne / de sillanpää
de juncos / de lisboa
del manto de los sueños
de tus ojos de miedo.

TRIBUTO

A Yoyes

Cuando aquella muchacha aquella taumaturga
aún no había empezado a ser cadáver
recibía diversos homenajes y ofrendas

en la ribera el agua lamía sus tobillos
las gaviotas planeaban y hasta las golondrinas
regresaban mucho antes de la fecha acordada
los naranjos le daban sus gajos predilectos
el césped se volvía más verde ante su paso
los picaflores y los papalotes
cooperaban en riesgos compartidos
y alguna que otra nube brindaba un aguacero
para limpiar el aire de amenazas

y sin embargo la balearon
por la espalda por nada y por las dudas
junto a su niña frágil

las gaviotas se han ido
y hasta las golondrinas
han resuelto quedarse en sus exilios
el naranjo y el césped se secaron

descienden las cometas de colores calientes
las nubes indignadas ya no lloran

y alguno que otro poeta va dejando
cada tributo en su memoria intacta
cada versito en su cadavercito.

BELLAS PERO

¿En qué se asemejan después de todo
esas muchachas sin niebla
de amsterdam madrid parís berna florencia
dueñas de esas largas bien torneadas piernas
rotundas pese al frío?

¿qué tienen en común esas ex vírgenes
que en el aire otoñal van a su aire
con su muestrario de besos filatélicos
y el vértice de musgo / el bienvenido?

¿por qué transitan móviles esbeltas
gráciles como aves migratorias
seguras de su suerte y de su noche
clandestinas y obscenas en su encanto?

¿será que su prolija geografía existe
gracias a sed y hambre remotas
de pies oscuros en el barro / de caminos de irse
de fronteras sin donde?

¿o será que su magia se consuma
sin culpa / pero gracias a otros mundos
vale decir se nutre involuntariamente
de la vieja fealdad de la pobreza?

EL AMOR ES UN CENTRO

Una esperanza un huerto un páramo
una migaja entre dos hambres
el amor es campo minado
un jubileo de la sangre

cáliz y musgo / cruz y sésamo
pobre bisagra entre voraces
el amor es un sueño abierto
un centro con pocas filiales

un todo al borde de la nada
fogata que será ceniza
el amor es una palabra
un pedacito de utopía

es todo eso y mucho menos
y mucho más / es una isla
una borrasca / un lago quieto
sintetizando yo diría

que el amor es una alcachofa
que va perdiendo sus enigmas
hasta que queda una zozobra
una esperanza un fantasmita.

PIES HERMOSOS

La mujer que tiene los pies hermosos
nunca podrá ser fea
mansa suele subirle la belleza
por tobillos pantorrillas y muslos
demorarse en el pubis
que siempre ha estado más allá de todo canon
rodear el ombligo como a uno de esos timbres
que si se les presiona tocan para elisa
reivindicar los lúbricos pezones a la espera
entreabrir los labios sin pronunciar saliva
y dejarse querer por los ojos espejo

la mujer que tiene los pies hermosos
sabe vagabundear por la tristeza.

LA HIJA DEL VIEJITO GUARDAFARO

*Era la hija del viejito guardafaro
la princesita de aquella soledad.*

“Ilusión marina”, vals de
GERÓNIMO Y ANTONIO SUREDA

Cuando la hija del viejito guardafaro
dejaba el faro y bajaba a tierra
los rudos no podían soportar su belleza
tan sólo la seguían con los ojos y labios
paralizados por su cercanía
y si en la noche hallaban en su cama
a la mujer de siempre no podían
borrar aquel recuerdo y fracasaban

la hija del farero llegaba hasta el mercado
compraba frutas carne pan cebollas
tomates azafrán pollo merluza
vale decir los víveres para cuatro semanas
pagaba y sonreía y emprendía la vuelta
y treinta marineros le hacían un pasillo
para que transcurriera su hermosura
y ella gozosamente transcurría

y si a la noche el faro se encendía
los pescadores y los alfareros
los tenderos y los motociclistas
los viejos verdes y los adolescentes

abrían las ventanas y los párpados
para que así la hija del farero
los envolviera con su luz
inalcanzable intermitente.

LA OCTAVA

Ahora que es el fin
y ya todos las vieron
de perfil y de frente
in pectore y al dorso
en tules y de largo
no pueden haber dudas
la reina es la más linda

ah sí/ pero la octava
la octava de la izquierda
tampoco caben dudas
ésta es la cautivante
sus dos centímetros de menos
sus seis centímetros de más
como decía el viejo nietzsche
la hacen humana
demasiado humana

la reina es la más linda
pero la octava de la izquierda
es la más seductora

quién podrá resistirse
a sus labios en pena
sus ojos de vencida
su tristeza en bikini.

ALMOHADAS

Nunca me ha sido fácil
encontrar la almohada
adecuada a mis sueños
a su medida exacta

en la cabeza noche
se cruzan las fatigas
se ahondan las arrugas
de la pobre vigilia

en la cabeza noche
huyen despavoridos
los árboles los muros
los cuerpos de aluminio

yo no elijo mis sueños
es la almohada / es ella
la que los incorpora
en desorden de feria

mucho menos elijo
las pesadillas locas
esos libros del viento
sin letras y sin hojas

pero al cabo de tantas
almohadas sin cuento
sin historia y sin alas
como siempre prefiero

la de tu vientre tibio
cerca cerca cerquita
del refugio imantado
de tus pechos de vida.

SEÑALES

En las manos te traigo
viejas señales
son mis manos de ahora
no las de antes

doy lo que puedo
y no tengo vergüenza
del sentimiento

si los sueños y ensueños
son como ritos
el primero que vuelve
siempre es el mismo

salvando muros
se elevan en la tarde
tus pies desnudos

el azar nos ofrece
su doble vía
vos con tus soledades
yo con las mías

y eso tampoco
si habito en tu memoria
no estaré solo

tus miradas insomnes
no dan abasto

dónde quedó tu luna
la de ojos claros

mírame pronto
antes que en un descuido
me vuelva otro

no importa que el paisaje
cambie o se rompa
me alcanza con tus valles
y con tu boca

no me deslumbres
me basta con el cielo
de la costumbre

en mis manos te traigo
viejas señales
son mis manos de ahora
no las de antes

doy lo que puedo
y no tengo vergüenza
del sentimiento.

DESPABÍLATE AMOR

Bonjour buon giorno guten morgen
despabílate amor y toma nota
sólo en el tercer mundo
mueren cuarenta mil niños por día
en el plácido cielo despejado
flotan los bombarderos y los buitres
cuatro millones tienen sida
la codicia depila la amazonia

buenos días good morning despabílate
en los ordenadores de la abuela onu
no caben más cadáveres de ruanda
los fundamentalistas degüellan a extranjeros
predica el papa contra los condones
havelange estrangula a maradona

bonjour monsieur le maire
forza italia buon giorno
guten morgen ernst junger
opus dei buenos días
good morning hiroshima

despabílate amor
que el horror amanece.

VERDES

Defienden las praderas
la verde mar la selva
las alfombras de césped
las hiedras trepadoras
la amazonia humillada
la sombra de los pinos

coleccionan sus glaucos
desde el verde botella
hasta el verde esmeralda
se atiborran de tréboles
cultivan la esperanza
y particularmente
espían a muchachas
tiernas y de ojos verdes

después de todo y pese a todo
los viejos verdes son los únicos
ardientemente ecologistas.

MUJER DE LOT

Mujer estatua / tu historia
azul verde malva roja
quedó blanca de congoja
extenuada y sin memoria

mujer estatua / por suerte
fuiste hueso / carne fuiste
y sin embargo qué triste
es tenerte y no tenerte

mujer con lluvia y pasado
avara de tus mercedes
ojalá escampe y te quedas
para siempre de este lado

mujer de sal y rocío
tu corazón sigue en celo
y tu voz está de duelo
como la tierra y el río

no olvides que no se olvida
hacia atrás o hacia adelante
ya el castigo fue bastante
reincorpórate a la vida

con audacia / sin alertas
con razón o sin motivo
mujer de lot / te prohíbo
que en estatua te conviertas

mujer otra / diferente
si no fuera juez y parte
jugaría a desnudarte
lentamente / lentamente.

TRAIGO EL MAR EN UN DEDAL

La rosa de oro
no se marchita
ni tiene aroma
el cielo ajeno
que te envenena
ya no es azul

traigo el mar en un dedal
y tu rostro es la noticia
mis utopías
tienen el sello
de tu caricia

si la memoria
no cuenta cosas
maravillosas
y si el hastío
cubre la noche
de desamor

si amanece la verdad
con su gallo agradecido
mis fantasías
inventan leyes
contra tu olvido

si mi flojera
tiene el delirio
de ser valiente

y tu cordura
sabe mezclarse
con el placer

traigo el mar en un dedal
y tu rostro es mi amuleto
con nadie hablo
de tus perdones
guardo el secreto.

TRUEQUE

Me das tu cuerpo patria y yo te doy mi río
tú noches de tu aroma / yo mis viejos acechos
tú sangre de tus labios / yo manos de alfarero
tú el césped de tu vértice / yo mi pobre ciprés

me das tu corazón ese verdugo
y yo te doy mi calma esa mentira
tú el vuelo de tus ojos / yo mi raíz al sol
tú la piel de tu tacto / yo mi tacto en tu piel

me das tu amanecida y yo te doy mi ángelus
tú me abres tus enigmas / yo te encierro en mi azar
me expulsas de tu olvido / yo nunca te he olvidado
te vas te vas te vienes / me voy me voy te espero.

TÍBULOS

A Ernesto Sabato

Hace ya medio siglo
don nicola creía
que el lascivo prostíbulo
y el discreto vestíbulo
eran lo mismo

por entonces las vírgenes
besaban a sus novios
en el vestíbulo

y los novios seguían
cursos de sexo básico
en el prostíbulo

ahora las casas vienen
con poquísimas vírgenes
y sin vestíbulo

y los hombres de empresa
exigen cinco estrellas
en el prostíbulo

ay don nicola
por fin tus dos palabras
son una sola.

SI DIOS FUERA MUJER

¿Y si Dios fuera una mujer?

JUAN GELMAN

¿Y si dios fuera una mujer?
pregunta juan sin inmutarse

vaya vaya si dios fuera mujer
es posible que agnósticos y ateos
no dijéramos no con la cabeza
y dijéramos sí con las entrañas

tal vez nos acercáramos a su divina desnudez
para besar sus pies no de bronce
su pubis no de piedra
sus pechos no de mármol
sus labios no de yeso

si dios fuera mujer la abrazaríamos
para arrancarla de su lontananza
y no habría que jurar
hasta que la muerte nos separe
ya que sería inmortal por antonomasia
y en vez de transmitirnos sida o pánico
nos contagiaría su inmortalidad

si dios fuera mujer no se instalaría
lejana en el reino de los cielos
sino que nos aguardaría en el zaguán del infierno

con sus brazos no cerrados
su rosa no de plástico
y su amor no de ángeles

ay dios mío dios mío
si hasta siempre y desde siempre
fuera una mujer
qué lindo escándalo sería
qué venturosa espléndida imposible
prodigiosa blasfemia.

RE/CREACIONES

Cuando adán el primero
agobiado por eva y por la soledad
inventó cautelosamente a dios
no tenía la menor idea
de en qué túnel de niebla había metido
a su desvalido corazón

pero cuando su invento lo obligó a hacer ofrendas
a rezar y a borrarse del placer
o a cambiar los placeres por el tedio
adán / a instancias de eva la primera /
de un soplido creó el agnosticismo.

ENIGMAS

Todos tenemos un enigma
y como es lógico ignoramos
cuál es su clave su sigilo
rozamos los alrededores
coleccionamos los despojos
nos extraviamos en los ecos
y lo perdemos en el sueño
justo cuando iba a descifrarse

y vos también tenés el tuyo
un enigmita tan sencillo
que los postigos no lo ocultan
ni lo descartan los presagios
está en tus ojos y los cierras
está en tus manos y las quitas
está en tus pechos y los cubres
está en mi enigma y lo abandonas

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	9
Asunción de ti	11
Amor, de tarde	15
Es tan poco	16
Ella que pasa	18
Balada del mal genio	19
A la izquierda del roble	20
Corazón coraza	26
Todo el instante	28
Arco iris	29
Luna congelada	31
Canje	32
Muerte de Soledad Barrett	33
La secretaria ideal	36
Vas y venís	38
Ustedes y nosotros	39
Todavía	41
Te quiero	43
Rostro de vos	45
No te salves	47
Intimidad	49
Hagamos un trato	51
Chau número tres	53
Estados de ánimo	55
Soledades	57
Cuerpo docente	59
Apenas y a penas	61
La otra copa del brindis	63
Los formales y el frío	65
Bienvenida	67

Como siempre	69
Lovers go home	71
Vaya uno a saber	72
Credo	73
La culpa es de uno	74
Última noción de Laura	76
Mucho más grave	79
Viceversa	82
Táctica y estrategia	83
Todo lo contrario	85
Hombre que mira la luna	86
Hombre que mira un rostro en un álbum	88
Hombre que mira a una muchacha	89
Hombre que mira a través de la niebla	91
Hombre que mira la tierra	93
Hombre que mira el cielo	95
Bodas de perlas	97
Semántica práctica	107
Nuevo canal interoceánico	108
Cronoterapia bilingüe	109
Once	110
Madrigal en cassette	111
Intensidad	112
Una mujer desnuda y en lo oscuro	113
Incitación	114
Yo estaba en otro borde	115
La madre ahora	120
Cada ciudad puede ser otra	122
Informe sobre caricias	123
Medios de comunicación	125
Epigrama	126
Il cuore	127
When you are smiling	128
Sirena	129
Bébetete un tentempié	130
Utopías	131
Onfálica	133
Triángulo	135

Mengana si te vas	136
Repaso histórico	137
Soneto <i>kitsch</i> a una mengana	138
Variaciones sobre un tema de Heráclito	139
Epigrama con muro	140
Hablo de tu soledad	142
Maravilla	144
Calle de abrazados	145
Cuando esta virgen era prostituta	146
Terapia	147
El rruiseñor y la rruiseñora	148
Dice el hombre en la orilla	149
Luna de idilio	151
Semáforos	153
Tributo	154
Bellas pero	156
El amor es un centro	157
Pies hermosos	158
La hija del viejito guardafaro	159
La octava	161
Almohadas	162
Señales	164
Despábilate amor	166
Verdes	167
Mujer de Lot	168
Traigo el mar en un dedal	170
Trueque	172
Tíbulos	173
Si Dios fuera mujer	174
Re/creaciones	176
Enigmas	177

MARIO BENEDETTI

EL CUMPLEAÑOS DE
JUAN ÁNGEL

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

a raúl sendic

Este viernes intacto se abre
en una habitación a ciegas

este veintiséis de agosto
a las siete y cincuenta
yo osvaldo puente empiezo por ser un niño
de miedo enterizo y ojos cerrados
y sobre todo de pies fríos
que sueña cuestabajo con dos tucanes
dos tucanes hermosos y balanceándose
de esos que sólo vienen en los almanaques

seguiré algunas horas siendo niño

ante todo una estricta composición de lugar
no todas las mañanas se cumplen ocho
agostos
y ahora vendrá la madre o sea mamá
con su sonrisa quieta
sus delgados brazos color flamenco
a decir
a volar

a romper el champán
sobre el barco del año

seguiré algunas horas

pero los postigos están cerrados
el día externo se limita a líneas perfectas
verticales luminosas
pequeñas concesiones que hace la sombra
poco menos que vencida
la oscuridad que ya no puede más
la pobre

quiere decir entonces que a esta altura tengo
los ojos otra vez receptivos
que el miedo compacto empieza a desfibrarse
que los tucanes quedaron allá arriba
y yo estoy aquí abajo con los pies fríos

buendía dice la madre o sea mamá
con su sonrisa quieta
su color de flamenco
y además cosa nueva con las piernas muy
juntas
y el largo cabello que se dobla en los hombros

cuidado que me estoy despertando
yo compatriota de ocho años
comienzo a joderme desde infante
a consolarme como
si vivir mereciera consuelo

sé que estoy lleno de parientes
de primos segundos

padres equidistantes
grandes trinchantes y roperos y cómodas
sillas con abuelos
monopatines
hermanita
etcétera

tengo en la mano un naipesueño
no está mal pero sobre todo no está bien
debo acostumbrarme de una vez por todas al
 vacío
y asimismo a la desbordante plenitud

cuidado mundo gente cosas cuidadito
que me estoy despertando
los hermosos tucanes se balancean aún
pero en su inminente desequilibrio ya no me
 miran con su ojo lateral y admonitorio

yo compatriota de ocho años
traigo una serie completa de intenciones
que incluye las celestiales y las aviesas
un estuche de intenciones que todavía no he
 abierto
porque entiéndanme apenas tengo ocho años
y eso significa caramelos de menta
bochones de colores en maraña
gaudeamus varios de dulce de leche
y maestras de guardapolvo blanco
de las que estoy condenado a enamorarme
nada más que para no defraudar a freud

un baúl de propósitos que aún desconozco
pero que están seguramente en mí como la
 pupila el bazo la vejiga

justamente me estoy despertando y tengo tantas
ganas de orinar
como en cualquier día que no sea mi
cumpleaños

hola digo
con la voz de ayer corregida por el moho de hoy
que los cumplas muy feliz dice mamá flamenco
poniendo en la sonrisa toda su elegancia que
no es mucha
por qué será que el cariño se rodea de
fosforescencias inútiles
sin embargo hay que admitir que estos besos
me hacen justicia
tiernos y discontinuos besos con gusto a
tanjarina
en cierto modo me siento como un precoz
profesional de la dicha
aprovechate osvaldo que el rencor se acerca
como un oleaje
la tristeza como una nube de mejillas negras
la hipocresía como una campana venenosa
la soledad como la soledad
y basta

habrá paredes en abundancia para golpear mi
incipiente ceño
barro en cantidad suficiente para enterrar mis
pies
sagrada podredumbre para inhalar mi
desmayo
amplio mundo para llorar qué carajo
pero mientras tanto profesionalizo mi felicidad
soy el dueño del santo
el latifundista del parabién
tengo ocho años y un discreto flamenco a mi
lado

levantate dice y yo clausuro la modorra como
un arcón cuyas bisagras lloran
el colchón también se queja amargamente
los postigos por fin se abren
el sol penetra y lame con urgencia las paredes

por mi parte canto diptongos
ojo no son canciones ni arias ni melopeas
tan sólo modestísimos diptongos
con esa voz estrangulada que siempre tengo
antes del café con leche y las tostadas

creo que hoy voy a querer a la gente a las
cosas
no sólo al flamenco y a papá búho
y al abuelo león y a la hermanita meona
sino también el techo los canteros
y el azulejo roto y el cepillo de dientes
y hasta el jabón señores

seguro que hoy no voy a temblar
aunque sé que el temblor tiene su encanto
sobre todo cuando tiritó bajo el sol
y mis húmedos estremecimientos
hacen que las gotitas de sudor resbalen
desde el oscuro rombo de mi ombligo hasta la
arena pálida y quemante
en la oscuridad sí tiembla cualquiera
pero yo no estoy para reflejos facilongos

papá búho me entiende mejor que los otros
él sabe que mis excusas en rigor son
catástrofes

que en mis viajes alrededor de la almohada
cursis excitantes y breves como todos los viajes
también partir siempre es morir un poco
que debajo de mis lágrimas hay un suelo
 rocoso
y debajo de la roca una marmita de llanto
puta cómo hará para saberlo
cuando yo ni siquiera lo sospecho

ahí están los adultos como un muro
feroces y tiernos
e inconmensurablemente fallutos
el candor se les desprende era
una bonita caparazón a plazo fijo
el corazón se les reduce era
un guijarro a prueba de fáciles alarmas
las metalúrgicas uñas del egoísmo inoxidable
 crecen
crecen y son virtualmente eternas
rascan pinchan matan
no quiero que me vacíen los ojos
que me partan el labio
que me corten higiénicamente el prepucio

quiero crecer con todos mis desórdenes mis
 frenos mis frenillos
pasar de la infancia al estupor con bienvenidos
 y naturales sobresaltos
tengo ocho años disponibles y adecuados para
 provocar a los reumáticos
a los famosos maduros exactamente cinco
 segundos antes de que se pudran
a los desahuciados pesimistas que llegan desde
 todas las provincias de la fruición
a los mordedores que perdieron sus dientes
a las emprendedoras turistas del gran

archipiélado de la menopausia
septentrional

tengo ocho años y huesos y presagios
quién sabe en qué bahía de frustración
terminaré
no obstante ahora brinco sin modestia sin
ínfulas de ahorro
como un alegre que todavía no ha encontrado
a su socio pero otea buscándolo
inventándolo
fíjense si seré desprejuiciado
que no tengo inconveniente en abrir los brazos
en usar las banderas como toallas
en llamar al prójimo por sus alias
todavía no me llegan noticias de la decisiva
posteridad
en otras palabras
veo los buitres allá lejos y me importa un
rábano

mientras tanto salgo lentamente del pijama
el flamenco se fue con morrocotudas promesas
y sólidos chantajes
por fin me dejó a solas con mi cumpleaños
la ducha lava todas mis preguntas y poros
todavía no tengo vello en el único vértice que
importa
quedo limpio y criatura

adelante congojas desayuno regalos
estornudos
tengo que almacenar
yo compatriota
osvaldo puente de ocho agostos

toda la realidad
su violento milagro

hermanita qué gusto tu mejilla manzana
qué lejos de la ruina

a las nueve y veinte papá búho me dice
once años qué bueno sos un hombre qué
bueno
y los qué bueno tienen el aspecto y hasta el
olor diríase
de un militante diagnóstico frente al espejo
o tal vez no
no debo pensar agudas majaderías a los once
años
a los once se supone que uno sea
relativamente inocente
y no un enano hijo de puta

este pedazo de la infancia es aproximadamente
una caverna
angosta divertida bobamente monstruosa
por su luminosa abertura se ve pasar el
mundo
llover el mundo
germinar
madurar
podrirse el mundo

yo osvaldo puente lo contemplo
yo compatriota de once agostos
con los ojos abiertos como los de un
deslumbrado
o los de un sapo místico y antiguo
que despertara en su propio pantano y no
recordara su fondo cenagoso

me instalo curioso y excitado
y en la boca de la caverna que da al mundo
pasan nubes moderadamente tóxicas
y un poco más abajo
soldados y paralíticos y gatos

papá búho conoce todo ese tránsito de doble
vía
al menos viene de allí y por eso jadea
también sabe que no quiero salir de mi cueva
aquí los advertidos se darán un codazo
o quedarán hemipléjicos por el descontrolado
impulso de su guiño
o moverán silenciosamente los complotados
labios
imagínense cueva o útero hurra
uteroalerta uteroaleluya
sonreirán con astucia útero incontenible
al fin útero útero tienen la clave hurraaaaaa

estábamos en que no quiero salir de mi
caverna
sim-bó-li-ca-men-te por supuesto
porque en rigor asisto al aula cotidiana
con excepción de hoy que es mi cumpleaños
asisto y juego
aprendo lo aprendible
por favor una hache
aprehendo lo aprehensible
golpeo me caigo insulto río toso soy golpeado a
veces me levanto
siento un extraño cosquilleo en mi colon
transverso y en el alma
cada vez que mi antebrazo toca por azar el
antebrazo de inés olmos
y creo que en el alma de inesita y en su colon
transverso

también se da un extraño cosquilleo
pero pueden ser gases
entonces juego furiosamente al rango a la
bolita a la pulseada
aplasto narices con demolidores puñetazos
que ignoraba poseer
y pongo compensatoriamente mi nariz a
disposición del demolidor puñetazo
fraterno
y sangro y trago y sangro
y el mundo empieza a ahumarse
pero cuando se va el humo tiendo manos
cuando se va el humo me las tienden
el odio es un ráfaga
irrumpe a ciento veinte agravios por segundo
pero se va veloz
se va
qué suerte

papá búho lo sabe
pero sabe asimismo que después no es así
que otros odios se instalan para siempre
como un tumor infecto
como un quiste maligno
por ejemplo el búho odia cautamente al
flamenco
con temor de decírselo a sí mismo
pero lo odia con acumulada vergonzante
firmeza
quizá sin haberse preguntado el porqué
ni el paraqué ni el desde cuándo ni el
hastadónde
odia al flamenco
la odia
por lo que imprudentemente esperó de ella
y ella soliviantada ella auténtica ella mediocre
se negó a cumplir

la odia porque descendió de su futuro
fácilmente previsible
intoxicada de pereza de dulcísima inhibición
y sobre todo la odia porque ella no se
arrepiente
y más aún porque él no encuentra razones
para que ella se arrepienta

por su parte el flamenco odia al búho
y esto es lo insólito lo odia
creyendo sinceramente que lo ama
lo odia desde su vientre desde su bostezo
por lo que imprudentemente esperó de él
y él tozudo él débil él huérfano él austero se
negó a cumplir
lo odia porque en la cama
lo odia porque él comprende
y ella oscuramente desearía que él jamás
comprendiese
y sí la usara como objeto como alimaña como
brecha hacia el fondo de sí mismo
menos mal que es temprano para perdonar

las sillas con abuelos vienen antiguas y de
respaldo altísimo
abuelo león es puritano como un carozo
si me escarbo los dientes es pecado mortal
imagínense si cometiera la imperdonable
fechoría de escupir

abuela hiena en cambio desde su silla que una
vez fue gestatoria
luce una risa heterodoxa con la que no
soborna a nadie
su vida es tan planificada como una olimpiada
alemana

su memoria es tan fiel como la de un verdugo
medieval
su aliento es tan agrio como el de una boca de
tormenta
su maledicencia es más ágil que una tijera
electrónica

el león ruge vení vení y contame
y yo voy y le cuento o sea le invento
ayer llegué tarde porque me vino un calambre
además llovía torrencialmente en mercedes
pero no en colonia
un cura iba en triciclo por bulevar españa
el profe de historia me preguntó caldeos
la de geografía le pegó a inesita con un vergajo
adquisición reciente en el larousse
vergajo
verga de toro seca y retorcida que se usa a
veces como látigo
y se le enrolló en el pescuezo y casi la ahorca
y me hizo tanta impresión que vomité sobre
el departamento de cerro largo capital
melo
mientras la profe gritaba conserje portero bedel
el que sea
sáquenme de la vista a este asqueroso
y yo era el asqueroso te das cuenta abuelito

a esta altura decido no exhumar más
embustes
cumpló once años y es una ocasión estupenda
para iniciar un plan quinquenal de veracidad
organizada

entonces miro al león que tiene la boca abierta
pero ya no ruge

no me creas abuelito todo lo que dije es cuento
de callejas
y enseguida me siento puro y ángel hasta la
apófisis coracoides
la verdad es saludable higiénica y tediosa
y al igual que ciertas lluvias porfiadas lo cala a
uno hasta los huesos

ah muchacho fatal dice el león pero su melena
está como llovida

después de todo la infancia puede ser una
excelente temporada
por supuesto ahora sólo tengo una impresión
muy vagarosa de semejante privilegio
seguramente sólo lo apreciaré dentro de treinta
o treinta y cinco años
cierta noche en que emerja de una borrachera
adulta y tartajosa
o mi tercera mujer arañe mi mejilla barbuda al
tiempo que me entere de que por fin me
ha puesto cuernos
o un jefe convulsionado de pánico mercantil
me vocifere está despedido imbécil
desaparezca ipsofacto de mi radio visual
o la cigüeña me traiga un pibe mongólico
envuelto en celofán
o el doctor me diga tiene suerte amigo no es
diabetes sino úlcera al duodeno
pero por ahora todo eso es resaca basurita
escombros que acopia el futuro en su
amplia pechuga de sadismo
a los once años puedo darme el lujo de
ignorarlo como un rey o mejor como un
molusco

por lo tanto juguemos con dignidad
vení hermanita por qué me caerás siempre tan
 simpática
ya tenés ocho años cómo pasa el tiempo
toda una mujercita un croquis de mujer
pensar que a las siete y cincuenta todavía te
 meabas
y ahora ya hacés los deberes con brutal
 displicencia y un desdén natural hacia la
 pobre educacionista que te pondrá
 sobresaliente con draipén verde

verdad que no has recapacitado sobre nuestro
 destino
verdad que no
hacés bien tenés tiempo de sobra
ni has examinado saudosamente la ventaja de
 haber nacido en plena clase media o sea
 en plena arena movediza
muelle
todo es muelle
fijate
mórbido regalón
corrés por el jardín como un autómatas de la
 inocencia
nunca mirás el cielo
yo tampoco
y sabés por qué no lo miramos
porque abajo está lindo cómodo divertido
y el búho y el flamenco nos quieren
el león y la hiena también

hoy por ejemplo es mi cumpleaños
el búho me regaló un reloj con esfera
 luminosa
el flamenco una caja de compases
vos el almanaque que pintaste con los
 crayones que te regalé en nochebuena

el león una alcancía que a dios gracias viene
pesadita
la hiena una tricota tejida por ella misma entre
masacre y masacre

qué más puedo pedir
qué más podemos

mambrú se fue a la guerra
y vos y yo nos quedamos esperándolo
mambrú se fue quién sabe a qué galaxia
y vos y yo quedamos haciendo cuentas
vos con la tabla del nueve
yo con la regla de tres
mambrú se fue con su turbia ternura
mambrú-dios hágase tu voluntad
qué dolor qué dolor qué pena
el pan nuestro de cada día
vendrá para la pascua
o para navidad

es verdad hermanita se fueron todos
sólo quedan tu mejilla manzana y mi mano
acariciándote
gracias de veras por el almanaque
allí anotaré los cataclismos y jubileos que
vendrán
por ejemplo la pérdida de mi virginidad
y también mi boda y no son sinónimos
anotaré las muertes y los nacimientos y los
abortos y las agonías que irán acaeciendo
en el territorio familiar y también en las
potencias vecinas
y la jornada cumbre en que me creeré
invencible

y la otra en que caminaré temblando por el
jabonoso pretil del desconsuelo
y la ocasión en que miraré firmemente a la
muerte en sus tenebrosas cuencas a
través de un cristal ahumado como el que
se usa para los eclipses
y la noche en que fijaré la exhumante mirada
en cualquier miserable añoranza
y el mediodía en que entraré como un orate
vociferando alegrías en el mar fraterno y
contagioso
y la bendita siesta en que encarnizadamente
amaré
y el atardecer en que me sentiré perdido ante
el sosiego feroz del horizonte
y la temible madrugada en que la esperanza
por fin se me convierta en coágulo
y el instante en que descubra primero y
después invente unos pómulos de
muchacha que aún no sé cómo son pero
que estoy seguro existen en mi rápido
azar
y el deslumbrante segundo en que acaso mate
a alguien con un puñal o con el olvido
mejor con el olvido que no trae calabozo ni
dispepsia

no hermanita
no me estoy celebrando
simplemente tengo once años y tu almanaque
es una robusta tentación para dejar
enredada constancia de lo prohibido
maravilloso y lo permitido nefasto
tu almanaque es casi un caleidoscopio
pero también es casi un talismán
tu almanaque es una adivinanza
pero también un largo andarivel

estoy listo en el punto de largada
a la espera del disparo o el alarido o la
carraspera o cualquier otra señal
inquieto como un potrillo al que joden los
tábanos
pero no te preocupes
cada cual
cada cual
que atiende a su juego
vos a la tabla del nueve
yo a la regla del tres
y el que no lo atiende
y el que no lo atiende
se volverá un mambrú
se irá a la guerra

pero en tanto no vamos me toca a mí
que ya sé el alfabeto y las capitales de europa y
el teorema de pitágoras y la planificada
retención de los vueltos maternos
me toca a mí te digo emperifollar la vida
guarnecerla
saber qué alrededor es quién
qué intramuros es cuál
en qué escala disueno
con qué azar me complico

hoy cumpla once años pero ayer
cuando apenas tenía diez y trescientos sesenta
y cuatro días
el increíble andrés brito a mi derecha escolar
un tímido a quien normalmente reduzco a
cenizas con un gesto mínimo
concentró de pronto todas sus baterías en
unas preguntas ácidas
sobre coito y proletariado y placentas y
estafalpueblo

y yo que era el poder
el brazo ejecutor
y yo que era el poder quedé temblando
incapaz de roerlo como siempre hasta la
vergüenza
de pronto él tuvo conciencia de su ventaja
inesperada
y atropellándome dijo huelga testículos
bombardetiempo aborto
como modo de embotellarme en el nuevo léxico
de arrinconarme junto a un monstruo secreto
a mí expoderoso exprepotente exmandamás
minuciosamente vencido por el flamante
sagrario

de modo que el triste no perdona
habrá que tomar nota

y aunque sean ahora las diez de la mañana
no estoy despierto sino insomne que no es lo
mismo
tomo uno de los compases que me regaló el
flamenco
y en cada circulito pienso semen pienso ovario
pienso feto

así que el flamenco tiene eso
así que estuve acurrucado allí
así que el búho

el triste no perdona
está vengado

la solución es irse a la azotea
con los pocos amigos verdaderamente fieles

me refiero como es obvio a mi sandokan a mi
david copperfield a mi porthos a mi
buffalo bill a mi tarzán a mi pequeño
escribiente florentino

primeros habitantes de un club muy exclusivo
donde a su turno ingresarán las
memorias de una princesa rusa y el
infaltable leopoldo bloom
mas por ahora el tiempo es de capa y espada y
cimitarra y lianas y tomahawks y pobres
niños
a medio camino entre el coraje y la carúncula
lagrimal

pero hoy dejo los libros en su baldosa
a los once años flamantes hay que mirar las
otras azoteas
las azoteas dicen siempre la verdad
no como los balcones y los zaguanes
que mienten y se adornan para nadie

las azoteas dicen trastos viejos escupideras
oxidadas cacerolas sin asas
colocan irreparables calzoncillos al viento
ponen a cantar gallos desplumados y sin
pedigree
promueven sin pudor gatos linderas que hacen
el amor sarna con sarna

las azoteas y los tejados son guaridas de
filósofos
por algo están más cerca del cielo que los
balcones fallutos y rejeros

yo en la azotea puedo hacer preguntas que no
formulo a nadie
tampoco aquí obtengo respuesta y sin embargo
quedo satisfecho de haberme quitado ese peso
de encima
alegre de haber dicho en voz alta mis silencios
más inexpugnables

hoy en homenaje a mí mismo no hago nada
simplemente contemplo mis manos a ver si
descubro en qué preciso instante crecen
las uñas
respiro lentamente al sol
arranco la cascarita de mi lastimadura en la
rodilla
lleno la pobre grieta con saliva condensada
intercambio solidarias miradas con la gallina
clueca que pertenece a la abuela
saco mentiras piadosas de mi anular y de mi
meñique
y una vez que mis frágiles dedos quedan
provisionalmente veraces
los meto por turno en mi nariz

la pipeta ésta sí que es buena vida

pero no hay bien que dure once años
osvaaaaaaaaldo ríe la hiena reina
y allá abajo su risa es llamado perentorio

no hay más remedio que volver al mundo de a
vintén
a los vikingos de living
a los almirantes de teléfono
a las walkirias de crochet

entre risas y burlas bajo
tía ángela ha llegado con su alegría remota
mis primas aurora eloísa teresa con su
miradas de empalago
con sus botitas de brillante pomada
con sus carnosos dedos de para elisa
y sus tripones labios de tú me quieres blanca
me miran de arribabajo
me besan de oreja a oreja
me envidian el santo y sobre todo me envidian
la seña
me matarían a pulso
si no temiesen ir en penitencia

en el reloj de cifras amarillas
son ahora las once menos cuarto
hora ideal para la fuga
mi prima eloísa está de verde
mi prima teresa está de marrón
mi prima aurora está de aurora
mi tía ángela está de encargue
afuera el eucaliptos mueve su sueño dócil
pero en el patio mis primas son como barrotes
tan duros verticales inflexibles
con sus tres cogotes y sus tres grupas
tan igualitas que me da lástima

esta región desconfiada es nada menos que la
calle
con curiosos adminículos de aspecto humano
y sobre todo niñas de ojos castaños y ancas
candorosas
todavía tímidas en su gimnasia de vaivén

a la espera de que futuros lúbricos las
lubriquen

tenía que salir
tenía que respirar mi gasolina diaria
llenar mis pulmones de aire puro y hollín
por algo soy un adolescente que aún se hace
esperanzas
por algo mis quince años llegaron pronto como
un hijo pródigo

tenía que salir
con los bolsillos llenos de piropos inéditos
por ejemplo los palitos de tu nuca desde ya me
hacen cosquillas
por ejemplo fiftyfifty vos ponés la virginidad y
yo el espíritu santo
por ejemplo como el equilibrista que avanza
por el alambre y no puede mirar hacia
abajo y de pronto siente un retortijón y
entonces debe elegir entre la calma
necesaria para conservar el equilibrio y la
explicable urgencia para afrontar otras
obligaciones bueno así te quiero
por ejemplo tengo que presentarme che lobita
gurisa yo soy rómulo remo
por ejemplo si tu sonrisa corre la monalisa
llega placé

o sea tenía que salir
con los bolsillos llenos de lugares comunes
tangos en estado de merecer
por ejemplo un chamuyo misterioso me
acorrala el corazón
por ejemplo pensé en no verte y temblé
por ejemplo fuiste papusa del fango
por ejemplo siento angustias en mi pecho

por ejemplo alma otaria que hay en mí
por ejemplo el amor escondido en un portón
por ejemplo su lento caracol de sueño
por ejemplo no hay luz en mis ojos
por ejemplo paseo mi tristeza
por ejemplo quería besar tus manos
por ejemplo ya me voy y me resigno

pero a los quince años los tangos suenan como
lejanos bombardeos
como ráfagas que hieren siempre a otros
como fuelles que avivan la hoguera del vecino
nunca como el contrabando de nuestra dulce
infamia
como la pústula de ternura que nos afecta
hasta la raíz del pelo
como nuestra vergüenza a la intemperie

a mis quince años de las once y cinco
los tangos no se apoyan en mis huesos
sino en la gran claraboya del mundo
y eso
está alto
y sobre todo lejos

el cielo llueve con todos sus bandoneones
pero hasta que la gran claraboya no se abra
su aguacero de bochorno no empapará mi
rostro
no tomará el aspecto de mis lágrimas

esto es pulpa de tango y el resto verdurita
en vista de lo cual decido irme a lo del viejo
baldomero
a su altillo de pulida miseria

baldomero es un fantasma remendón
tan flaco que el viento le silba en las
mandíbulas

a su lado tiene un balde rigurosamente
oxidado
donde extrae clavitos que muerde y saborea

baldomero es por sí solo una hazaña
alguien que esperó en vano a goya o modigliani

sabía que ibas a venir dice mirándome por
sobre la media suela clavada y el taco de
goma
lo sabía porque sos normalmente egocéntrico
tenés tu autoculto de la personalidad
cumplís quince y querés de algún modo
calibrar el eco de tan gloriosa celebración
pero a mí no me molesta
al contrario me entusiasma verte tan cándido
en tu orgullo sin trastienda
tan lleno de signos y de auspicios
de vastos presagios es decir de fatigas

botija no sé en realidad qué decirte
quince años es una edad linda para no morirse
claro no me refiero a esa poca muerte que
reclama pésames y puteadas
más bien quiero decir que es una edad linda
para no morir de rutina de orden
incurable e infeccioso
para no morir de certificados
de disculpas

de prudencia
de tendríamos que

y sin embargo no sé qué decirte
no creas que me callo sólo porque aprieto estos
 clavitos con los labios
en realidad no sé qué decirte porque ninguna
 lección sirve
hoy tenés una mirada dulce esplendorosa
y mañana o pasado no te reconocerás de tan
 amargo
hoy mirás a las muchachas de la lluvia
las muchachas del sol
y tu primera taquicardia de homenaje te deja
 débil con las cejas en alto y una nostalgia
 que empieza en los riñones

tu suerte y tu desgracia
es que podés empezar a comparar
digamos el contrabando de emociones que
 aparece algunas tardes en la mirada
 negra de tu viejo
o la perplejidad con que tu madre todavía hoy
 mueve las manos sin anillos
o el conmovedor sortilegio con que tu hermana
 ablanda tus durísimos reposos
o la vacación que se toma tu abuelo cuando
 cuelga la escafandra en el ropero
o la rompiente soledad de tu abuela cuando
 moja el pan nuestro en vino tinto
o la solidaria ira con que el primer amigo te
 embauca honestamente

con qué
compararlos con qué

acaso con la miseria remolona que una vez
viste desde la ventanilla del 126
con el descalzo invierno de los pibes que te
examinan con truculencia como si fueras
el apolo doce o la aurora boreal
con los primos de la sirvienta que se
masturban frente al televisor
con el tío estudiante que en horas de disección
pone un cigarrillo en los labios ceniceros
del muerto
con el milico lleno de metales y escudos y
retórica y bisagras y que sin embargo se
derrumba frente a la pedrada

compararlos con qué
con las floraciones y los escollos
y los secretos y los raptos y las indignancias
ejemplares
con el bochorno y el espanto que infectan
diariamente las noticias
con el aprendizaje de la crueldad
con los testigos del aprendizaje
eh compararlos con qué

es horrible el horror
pero qué cierto

mientras termino esta media suela
andá vaciando tus bolsillos
de boletos y pétalos y contraseñas
de diamantes de vidrio
de tus oros de lata

convencete botija
se te acabó la única vacación que nos otorgan
vacía de una vez los bolsillos
vacialos de esos salmos a nadie
de esas mentiras de colores

llegó la hora de la desmemoria
la hora de hacerte la decisiva morisqueta frente
al espejo roto

ya sé
todavía la infancia anda remolineando por tus
bronquios tus encías tu páncreas tus
rodillas
no se decide a abandonarte así nomás
vos mismo sentís que tu estatura te queda
grande como un capote de la guerra del
catorce

cuando nadie te ve te aferrás al meccano y al
yoyó como si los desdichados juguetes
pudieran salvarte
este presente brusco te tomó evidentemente de
sorpresa
no estabas preparado para el mal aliento ni
para tu primera erección ni para el
epiléptico que viste derrumbarse
sin embargo eso es bueno
es decir necesario

mirá los remendones como yo tenemos tiempo
de pensar entre taco y taco
lo importante es que adviertas que el mundo es
jodida pero remediabilmente injusto

lo importante es no rezar libranos de todo mal
nadie se libra

por lo menos nadie se libra matriculándose en
humanidades
ni tomando diurético los lunes
ni mudándose al camposanto
ni aprendiendo alquimia por correspondencia
ni abriendo en sueños las dóciles piernas de
miss universo
ni escribiendo una oda sobre kennedy u otros
cabrones igualmente simpáticos
ni regando los cardos con ternura
ni congraciándose con los psicodélicos
ni vacunándose contra la polio
ni fornicando un sábado de gloria

no hay posible exorcismo
nadie se libra
la única fórmula es asumir el mal
digerir el mal
y hasta ayudarlo con un buen laxante
las brujas de salem como es obvio
son un caso de estreñimiento colectivo

me voy baldomero digo
no te olvides grita todavía
este mundo es injusto
tate tranqui viejo no me olvido
catarsis sí estreñimiento no

cómo voy a olvidarme
si a las doce menos veinte voy a amar
con mis dieciséis años de uñas rotas

todavía escondido tras mis barricadas de
soberbia y de candor
aunque algo preocupado por el mensaje
urgente de mis testículos
ese alfabeto morse que ya se usaba en las
cuevas de altamira
y asimismo en pompeya herculano y estaba
mucho antes de que alguna vesuvian
tourist company limited las convirtiera en
productivas ruinas
ese alfabeto que morse se limitó a codificar
como inapreciable aporte a la historia de
las comunicaciones y la libido

cómo voy a olvidarme
si todavía no he tocado un seno ni siquiera dos
que es siempre el primer paso de la
anguria
pero sí una blusa de muchacha
con la muchacha adentro por supuesto
y alrededor un parque casi sin insectos
porque todavía rige el machucado
invierno
sin insectos pero con un frío de órdago que es
la respuesta cruel al desolado optimismo
de mis gametos
cómo voy a olvidarme baldomero de que el
mundo es injusto

cómo voy
si ella tiene catorce años y zangolotea las
trenzas
pero en su mirada contagiosa asoma una
madurez que me devasta y me enciende y
me apaga y me provoca y me somete y me
diluye y me concentra y otra vez me
diluye

el problema es que cuando los tipos de
dieciséis miramos a una mujer muchacha
sólo ponemos en la mirada nuestros
dieciséis y nuestro candor resulta una
bazofia
pero cuando una mujer muchacha de catorce y
aun en el caso de que zangolotee las
trenzas se digna enfocarnos con sus
ojazos de gata púber entonces la cosa es
muy distinta porque en esa mirada
además de sus catorce están los treinta y
ocho de la mami y los sesenta y seis de la
abuelita y en algunos casos no tan
excepcionales como uno quisiera también
los noventa y uno de la bisa o los ciento
quince de la tátara o sea que ellas no
pueden actuar sino como sólidas infractas
redobladas choznas y uno apenas como
inermes gandules contemporáneos

cómo voy a olvidarme
si ahora anamaría me está mirando tierna
abrigada inexpugnable
quizá más tierna y abrigada que inesita pero
cuánto más inexpugnable
cómo voy a olvidarme
si ella dice osvaldo y pienso enseguida que mi
nombre se ahorca con su trenza derecha
y entonces por fin innominado yo quisiera
colgarme de su trenza izquierda que es un
poquito más larga y más oscura para
echar a volar las campanas de mi
catástrofe de mi cautela de mi amor
y entonces recibo otro mensaje urgente
y riñón morse me hace balbucear testitequiero
y ella ovarirríe con su pedante y encantadora
certeza y en su mirada aparecen
simétricas pancartas que proclaman su

virginidad y preguntan la mía y allí nace
un complot una dulce conspiración en la
que por suerte ya no participan ni su
mami ni su abuela ni su bisa ni su tátara
sino pura y exclusivamente ella y yo y
sobre todo sus ojos que ya no son de gata
púber sino de anamaría anamaría
y entonces nos vamos conmovidos y alegres
haciendo sonar con desalmados pasos las
hojas secas testiovariando de la mano
soltando de vez en vez húmedos
monosílabos bajo los pinos duchos en
estas lides cada uno dejándose pensar por
el otro llevar por el otro y así hasta la
revelación no importa el frío
y a las doce y veinticinco cuando rehacemos el
camino aplastando de nuevo hojas
resecas ternurando de la mano bajo los
pinos temperantes y cuerdos miro con
interés científico sus ex ojazos y
objetivamente compruebo que ya no hay
más pancartas sino cielo

cuesta volver a la bendita rutina
con sus batientes de prohibiciones y
consentimientos
sus tímidas justicias
sus arrogantes arbitrariedades
con el flamenco sirviéndome la sopa de fideos y
yo desbaratando los grandes ojos de
aceite con mi cuchara cautelosa
con el búho mirándome sin verme
frente a mí y sin embargo más allá de mí
con el león como errata de fábula
con la tozuda hiena de costumbre
y contigo hermanita alegremente entimismada
sonriéndote a solas y rodeada sonriéndote
exhibiendo tu encanto con redonda impudicia

cuesta pero se vuelve
parsimoniosamente
mucho a mucho se vuelve se retorna
hay que poner a salvo la querencia
mi retórica de almuerzos en familia
los rostros aprendidos cautamente infames
mientras preparo interlocutores imaginarios
con los que habré de dialogar a través de
los años
en estricto desorden pero interlocutores
para nociones que ya empiezan a moverme los
labios
digamos oficio tensiones abrazo gritopelado
mierda goooool justicia pelvis evangelio
cáncer miamor complicidades alegría
jodete
a esta altura del partido yo querría
un memorándum confianzado donde constase
la sarta luminosa de proyectos inalcanzables

yo tocando la guitarra como quien hace el
amor
yo haciendo revoluciones y escribiéndolas o
quizá viceversa
yo queriendo sin aprensión y con
intermitencias a inés y anamaría
yo entrando desnudo en el socavón del
insomnio y una de ellas conmigo pero no
cualquiera
yo prendiéndome de la nostalgia y soltando de
apuro ese tizón

en los rostros advierto que es un día
importante

el búho siente la obligación de aventurar
 consejos
el león me abarca con una mirada
 gravosamente antigua
la hiena vela sobre nosotros pecadores
el flamenco disimula su astucia
sólo vos hermanita

dónde están los tronados indigentes otros
los que aún no tienen problemas con la
 nutrición del eterno publicitado venial
 espíritu porque su problema es encontrar
 los alimentos del cuerpo urgente oneroso
 mortal

hay un momento en que mi civilización clama
 por mi barbarie
exige por lo pronto que los bárbaros esos
 analfabetos inocentes sensibles aplasten
 con su odio creador a los civilizados
 sapientes y asesinos
pero exige también y eso es lo grave
que en mi propio claustro en mi propio
 territorio en mi defendida soledad
la violencia abrume con odio igualmente
 creador a los infinitos pudores y credos
el delirio de lo real haga trizas las opulentas
 dudas del intelecto
el ultimátum de la pobre alegría derribe para
 siempre mis sólidas barricadas de
 sinsabor
afortunadamente la congoja pasó de moda
 desde que fue nacionalizada por el odio
 pero claro cuesta acostumbrarse al nuevo
 status

dónde están los faltos de cumpleaños porque
de todo han sido despojados incluso del
pedacito de almanaque en que la madre
los parió
qué derecho tengo a mi búho a mi flamenco a
mi león a mi hiena
qué derecho tengo a que estés a mi lado
hermanita
cuando las hordas de huérfanos asaltan el coto
reservado a las pávidas familias

el futuro no es crónico
por suerte no es crónico
cuando menos se piensa está golpeando
cuando menos se piensa es la una y media y
flagrantemente cumplo mis dieciocho

el búho habla de la relación entre trabajo y
capital
ya es un progreso pues en los viejos tiempos
decía capital y trabajo
para el viejo el cambio de estructuras es una
inversión semántica
aunque el subconsciente opine que el orden de
los factores no altera el producto
pero hay que reconocer que no es mala gente
simplemente carece de alegorías para su
neurosis
y le parece que con cada cheque que firma se
desangra

el flamenco no entiende
por lo menos ella misma dice que no entiende
y quizá haya que creerle puesto que es
verdaderamente ducha en
incomprensiones

además fue adoctrinada para creer en los
impuestos en las boutiques en los
parlamentos en las propiedades
horizontales en los wagonlits en el método
ogino en los minutos de silencio en la
santísima trinidad en la pepsicola en los
contactólogos

por eso es lógico que no entienda pobrecita
porque la realidad es cada vez más proclive a
las faltas de respeto y menos propensa a
las artes de magia

el conflicto no es ya entre los pobres de
espíritu y los ricos de solemnidad
sino sencillamente entre pobres y ricos
y es tan difícil entender la sencillez
pero hay que reconocer que no es mala gente
simplemente carece de malicia profesional para
enmendar su desconcierto y cree que la
piedad está llamada a sustituir la
plusvalía

el león parpadea y su caso es por cierto más
grave
porque sí cree entender
su pasado es un faro sólo que está apagado
pero él vive recordando lo que ese haz de fuego
iluminaba
cada veinte minutos es más viejo
pero sólo cuando hace preguntas representa
cabalmente su edad
en particular me inspira conmiseración cuando
enarbola su propecta ironía
y ésta zumba inútilmente sobre los platos más
o menos grasientos y vacíos
pero hay que reconocer que no es mala gente
simplemente carece de espejos para la imagen
de su mundo carcamal
y aunque no quiera confesarlo estima que el

presente es un raquítrico intervalo entre
dos corpulentas llenuras

la hiena tiene una vocación de felonía que
nunca logró perpetrar
y ese importante fiasco pesa indudablemente
en su necia complexión
su módica maldad embotellada quizás haga
insoportable el gran espectáculo de sus
insomnios
mientras odios enanos y tullidos
resentimientos entran y salen por el
escotillón
padece cuatro o cinco enfermedades pero la
más grave es su salud de roble
esa que ahora mismo le permite engullirlo todo
y algo más
cuando me mira de inmediato me siento
contuso
y si me burlo de ella es sólo para recuperar
brevemente el equilibrio
pero hay que reconocer que no es mala gente
de todos modos su capacidad de maniobra es
insuficiente para efectuar un estropicio
realmente valioso
y sus arrebatos se ven venir de lejos como un
tornado

en última instancia habría que reconocer que
nadie es mala gente
todos cumplen con dios y el estatuto
rezan cuando hay que rezar
perdonan cuando hay que perdonar
falsifican cuando hay que falsificar
albrician cuando hay que albriciar
escarmientan cuando hay que escarmantar
siempre de acuerdo con dios y el estatuto

menos mal hermanita que vos sos por fortuna
mala gente
sólo vos estás decididamente en falta con dios
y el estatuto está en falta contigo
sólo vos cantás cuando hay que rezar
tronás cuando hay que perdonar
maldecís cuando hay que albriciar
perseverás cuando hay que escarmentar
siempre a contrapelo de dios y el estatuto

de pronto estoy perplejo frente al almuerzo de
mi lar
en estos dieciocho años de mis móviles
derroteros
sé que antes del postre deberé tomar una
decisión
en la que entrarán todos mis rumores
entrañables
mi cortedad parroquial
mis sábanas con semen
mis signos del desastre
mis humos de victoria
mis heridas asqueantes
mis candorosas cicatrices
mis excesos de ortografía
mis faltas de confianza
mi piedra y
mi cangrejo

he de tomar una decisión para mi historia
repentina
el problema no radica en ser héroe o cucaracha
eso sería demasiado fácil

el dilema es abolir todas las esperanzas o dejar
unas pocas como muestra

el dilema es acordarse de todo o solamente de
lo necesario
pero tampoco es eso
el dilema es jugar a la acción o jugar al
pronóstico
pero tampoco es eso
el dilema es eróstrato o bombero
pero tampoco es eso

ya acabé con el flan y ni siquiera he
conseguido esbozar mi propio laudo
eso puede significar que los célebres instantes
cruciales son otro cuento chino
pero también algo más grave
por ejemplo que estoy convencido de la
impostergable necesidad de tomar una
decisión
y en cambio ignoro entre qué y qué tomarla
en consecuencia me encomiendo firmemente al
carajo

soy lo que se dice un inmaduro voluntario
pretendo poner los cimientos cuando todavía
no he quitado los escombros
me amontono frente al azar con los ojos muy
abiertos
mi aptitud de legatario es inconmensurable
pero aún no sé qué tengo ganas de heredar

eróstrato o bombero
después de todo quizá sea eso

voy a decir hasta luego
voy a pensar ya no aguanto

el búho contiene un eructo y queda libre por el
esfuerzo sobrehumano
el flamenco sonrío sobre las ruinas de itálica
el león enciende la pipa con un gesto de
desterrado
la hiena apronta los arrugados párpados para
el inminente sopor
vos hermanita tomás el café dejás tu marca de
carmín en el pocillo
y luego desaparecés tan silenciosa como si
anduvieras descalza y el efecto se debe
por partes iguales a tu trote de fantasma
y a tus suelas de goma

ya no aguanto
hasta luego
salgo a la calle como un exiliado del egoísmo
pero sin haber aprendido aún cómo ser
generoso

a las tres menos diez ya se fue el frío
a las tres menos cinco el sol conforta
de pronto la ciudad es una siesta sin espasmos
ni alevosía
mis ahora asumidos veinte años llegan como
una resaca
el prójimo también sale de su escondrijo
y es enjuto y sin alegría
más o menos un asta sin bandera
o es obeso y con ojos de niebla
más o menos un pontón inane
o es una muchacha con enredadera
más o menos un terso subterfugio
o es un milico de la nueva runfla
más o menos un ánima hedionda

cada lástima con su miseria
cada árbol con su cachorro
cada inspector con su manga ancha
cada misionero con su escrúpulo
cada guerrillero con sus cojones
cada general con su cerote
cada ministro con su titiritero
cada mormón con su mormón
ésa es después de todo la facha imaginaria
en realidad la ciudad de sol está vacía

el rostro peligroso y colectivo no está en la
calle
el presagio vive en sótanos en cloacas en
paredes en signos
hace cálculos sobre los cálculos del enemigo
elabora probidad y cócteles molotov
el buen samaritano hace prácticas de tiro
el hombrecito promedio hace prácticas de
nación

los gerentes y los gerontos riegan la ruina
otros colocan su montura sobre la cresta de la
ola
beati possidentes
harpagones del mundo uníos
en el lobby del hotel del abismo

y nada de esto está en la calle
la ciudad de sol está vacía

los buitres manejan candorosamente el
cortaúñas
la patria corre con los pies descalzos
los entrañables cantan vomitan esperan

el bufón gime en canal cuatro
cada ventana es una trinchera
la tortuga es vanguardia de los vaticinadores
y los vaticinadores están tan afónicos que no
pueden vaticinar
volverán las locuras vespertinas
pero aquellos que vaticinaron
ésos
no volverán

sin embargo nadie está en la calle
la ciudad de sol está vacía

no importan las sólitas mujeres de pechos
duros que a su paso a su vaivén arrancan
profundos silbidos de adhesión
melancólica
ni las irritadas pancartas llevadas en alto por
manifestaciones casi secretas
ni los memoriosos de ceño más fruncido que
heroico
ni los bocinazos y otros argumentos con que se
discute en las esquinas tácticas
ni la caballería de la metro que bostea
ecuánime y sin complejos frente a la casa
de gobierno

la ciudad de sol está vacía
porque no encuentro a mi plural el cómplice
el que ignora el himno o la fanfarria que
escribió el cretinazo de francisco acuña de
figueroa primer rufián de una pléyade de
rufianes
pero sí sabe las peliagudas decencias que el
viejito artigas fue dejando en su rastro

la ciudad de sol está vacía
lo digo sin alabanza y sin rencor
sencillamente como un registro de mi
tribulación
porque yo quería hallarla plena y vibrante para
entregarle mis arrepentimientos y mis
escalofríos
yo quería instalarme bajo su chorro de
bienquerer su fanal de simpatía
ni señoero ni muchedumbre
saber tan sólo que el socorro está al alcance de
mis enigmas
que la vida de los otros desemboca en mí
como una henchida imprevisible
concordancia
hay modos de resurrección para todas mis
muertes potenciales
pero el modo mejor es hallar mi rebaño de
individuos mi grey de mostrencos mi piara
de emancipados

la ciudad de sol está vacía
y no me lo perdono
porque soy yo quien debo llenarla de
presencias
yo quien debo dismantelar soledad tras
soledad
convertir lo remoto en perentorio
lo poco en mucho
lo desgarrado en continuo
está vacía porque yo estoy vacío
pálido cenizo resurrecto para qué
porque yo estoy vacío
porque desvanezco las turbias presencias con
la sola excusa de su turbiedad
y no me lo perdono

sin embargo de pronto me colmo me atiborro
sé dónde existe la ciudad de sol
dónde predestinados humildes calcinados
empujan la jornada
transcurren como todos y como todos se
destruyen
pero en su destrucción
no se traicionan
más bien esplenden de franqueza
se emborrachan de sinceridad
piensan que fulano es una mierda y hacen lo
posible para erradicar la fulanez
piensan que la revolución no es el psicoanálisis
sino la revolución
que la justicia no precisa cosméticos
que los prevaricadores no saldrán del laberinto
que vos
cualquier vos
y yo
cualquier yo
no somos cobardes sino que no hemos
encontrado aún nuestro coraje
y puede que sea cierto

a las tres y cuarto ya pasó la crisis
soy tan bancario como de costumbre
contemplo desde fuera mi oficina
mi basílica trivial y confianzuda
la miro desde el ómnibus
la exorciso desde los árboles
la vigilo desde los quioscos
la conjuro desde mí mismo

hoy me disocio de esa tribu
me predestino a sencillarme el asueto
cumpló mis veinticuatro como quien ve llover

y pienso que allá dentro crepitan mansos
desesperados
pobres especialistas en rubros de explotación
mártires de la barbaridad planificada

- por ejemplo méndez que le extrae a la friden
eléctrica estertores que son casi
orgasmos
- o solari que suma y suma por sobre gafas con
religiosa confortación
- o romero que paga cheques exorbitantes y que
tiene la higiénica rebeldía de lavarse las
manos cada cincuenta minutos
- o pereda que estudia y disfruta las firmas
registradas como si fueran picassos o
gauguines
- o matilde cuya frustración estriba en que sus
tangibles caderas no son visibles tras el
mostrador
- o arévalo que mientras archiva expedientes
prolijamente atados con cintas muy
semejantes a los cordones de zapatos
sonríe piadosamente frente a su privada e
infinita llanura de cuentos verdes
- o mariangélica que antes de aceptar el depósito
contempla largamente al depositante a
través de la lujosa reja de sus pestañas
intercambiables
- o goldenberg que en los momentos libres que él
mismo se fabrica estudia con aplicación
las obras completas de mafalda
- o riolfo que mientras hace tildes junto a las
cifras en rojo se dobla penosamente en la
certeza de que su mujer tiene cáncer y lo
ignora
- o ester que busca diferencias con un denuedo
capaz de postergar la soledad que
implacablemente la espera a la salida

o ramírez nuestro pobre atareado caudillo que
reparte sus defensas y acometidas entre
los milicos del mundo exterior y los
pusilánimes de entrecasa
o figueroa o castillo o lina o rivas o el negro
paredes o zudáñez o ema o yo mismo
porque aun desde la calle desde el aire libre sé
que también estoy dentro oportunamente
condicionado en el aire acondicionado
tabulando rítmicamente mis tarjetas
yo también como subalterno hematíe del
monstruo
yo también incapaz de perturbarlo
yo también perturbado

afortunadamente la gente empieza a caminar
junto a mí
ya se aburrieron de su estatuaría dignidad
aunque sólo ahora advierto que me había
olvidado de anotar que estaban inmóviles
en homenaje a mis veintiséis transcurros

bueno a las cuatro menos veinticinco
empezaron a caminar primero lentamente
luego con ira
pasan coléricos no sé bien por qué ni contra qué
pero ya adhiero fervorosamente a su cólera
qué macanudo somos solidarios
abrimos las bocas en definidos hemistiquios
para lanzar consignas nutricias y
nuestras bisagras comisuras se fatigan
pero es espléndido fatigarse en plural
cerramos los puños y entonces notamos que
no empuñamos nada y esa ausencia nos
produce un relativo vértigo
rodeamos colachatas que en su mórbido
interior transportan senadores y al

golpear concienzudamente los cristales a
prueba de facciosos y escupitajos nos
hacemos la ilusión de que vapuleamos su
gordo pánico
corremos hasta la embajada de los boinas
verdes y los mormones y los testigos de
jehová y los cuerpos de paz y el espíritu
de guerra y vociferamos sin ningún
decoro hasta que nuestro hígado y
nuestro bazo nos ponen a sufrir
simétricos alertas
pero el alerta de la metro viene enseguida y es
asimétrico
y huimos
todos prójimos
gritando maricones hijosdeputa vendidos
cornudos asesinos
huimos curados de la penúltima inocencia
por suerte siempre nos queda una última de
reserva
ominosos jadeantes
y los cascos del caballo milico llenan la
atmósfera de mi cumpleaños
y trepamos en ómnibus escaleras ascensores
grandes tiendas trolebuses
y de pronto dejamos de ser eufóricos solidarios
prójimos
para convertirnos en ratones aislados en
desvalidos nadies

en la plataforma del ciento cuarenta y cuatro
rehago mis huesos inflo mis pulmones
pongo mis sienes a escurrir
a mi flanco un estrangulador frustrado
murmura qué ignominia
pero no hay ambigüedad posible
la ignominia soy yo y no la milicada
hay un vaivén de miradas que opinan

dos señoras con el alma en harapos pero con
terrazas en el sombrero no ocultan su
asco frente a mi sofoco
un militar de solemne envergadura se rasca
disimuladamente el prepucio y concuerda
con su vecino en su reclamo de una mano
fuerte
sólo una muchacha de ojos nupciales me
alcanza su preocupada sonrisa como
quien tira un cable sobre un abismo
yo lo recojo y basta
rápidamente fraguo un silencio entre tanta
estridencia
esa sonrisa es una fruta un reposo una dulce
intemperie un lenguaje secreto un
augurio un sacrificio una dura piedad un
estupor y tantas cosas más
ya puedo respirar como un digno pasajero
pero tengo la impresión de que mi bigote está
como marchito

miro el paisaje de cal y lo encuentro otro
sacudo los monosílabos como dados en un
cubilete
y cuanto los tiro
por suerte forman una escalera servida
fe mar lid sol tú

en este momento juraría que estamos salvados
que la ruptura de la gracia nos encontrará
turbios pero ilesos
que estamos vacunados contra el flagelo de la
prudencia
que la mordaza hay que morderla
que no hay compensación para la muerte
que no hay pero no importa

que tarde o temprano llegaremos a la
verosimilitud de nuestros delirios más
inalcanzables
que en ciertos oasis el desierto es sólo un
espejismo
que no hay baedeker para el laberinto
qué es lícito rasgarse las viejas vestiduras aun
ignorando si llegaron las nuevas

ciertamente en este momento yo juraría que
estamos salvados
pero tampoco hay que desgañitarse en el
anuncio
sobre todo sabiendo que mañana o pasado
acaso vuelva a jurar que estamos
perdidos

en realidad nos salvamos y nos perdemos nos
desparramamos y nos reunimos
intermitentemente
sólo dios es así de inestable
por algo lo creamos a nuestra semejanza

el azar es un poco nuestra ley
pero nosotros debemos planificar el azar
intentar el arduo montaje de la suerte
porque si dejamos el azar al azar
entonces sí lo planifica el enemigo

no sé por qué me he puesto sereno y
programador
a medida que me acerco a mi territorio
mi hogar terreno firme
donde está el rostro guarneciente de mi mujer
y la pureza volátil de mis hijos

ellos me esperan
son mi mundo redentor pero tan frágil
no tengo siquiera una linda maceta con la
rama de olivo
tampoco me defiendo con la benigna
indecencia de las supersticiones
cuando abro la canilla sale un chorro de miedo
en este breve futuro no hay pirámides ni
muralla china ni torre eiffel
hay simplemente luisa que trajo de una lejana
provincia de bonanza su dulce cuerpo
tendido
hay andresito de seis años que ya es alguien
aunque ese alguien sea a veces gato a
veces locomotora a veces tan sólo un
penacho dorado
hay jorge de quince meses que todavía no es
alguien pero que ya tiene ojos ansiosos
voz inagotable con la que enhebra al azar
lo mismos sonidos que después serán
insultos caricias maldiciones órdenes y
súplicas

también ellos ingresan en mi cumpleaños
pero como un abrazo confiscante

yo osvaldo puente
yo compatriota de veintiocho vagones
llego con mis nacimientos y mis suicidios
con mis muertes y mis resurrecciones
vengo sonando a martillazos mi estropeada
inocencia
para que los míos la sientan la perciban
o perciban lo poco que de ella va quedando

el invierno del almanaque nada tiene que ver con
esta ciudad de sol que ha nacido de golpe
el servicio meteorológico me regaló un veranillo
que se le había traspapelado
y en esta tarde cálida y sin viento coloco a
luisa a andrés a jorge
yo también me coloco sin inventar reparos
nuestro jardincito del fondo que estaba
moralmente preparado para el tiempo
inclemente está ahora estupefacto con
tanta clemencia y su razonable sorpresa
se concreta en sombras afiladas y tibias
a las cinco y cuarto llega la noticia de una
prórroga que en principio no era nada
fácil
la tarde se prolongará por cuarenta y cinco
minutos más de lo acostumbrado
es el homenaje que me rinde el parlamento que
como se sabe es muy sensible a los
onomásticos y los panteones

luisa recibe la grata nueva con un nudo en la
garganta
tanto le ha gustado esta isla de calor en pleno
invierno
andresito se convierte rápidamente en elefante
porque como es obvio el calor viene a
menudo con mamíferos proboscidios
jorge abre desmesuradamente los ojos y hace
caca con media hora de atraso
tengo la clara impresión de que se crea un
gran espacio en blanco
en la tarde
en el sitio
en mi vida
no veo otros árboles que el limonero familiar
otros pájaros que el gorrión sobre el muro

otros niños que jorge y andresito
otra mujer que luisa

sin embargo adivino
otros árboles
pájaros
niños
mujeres

los asumo con su olor y su volumen
sé que están ahí nomás
al alcance de mi morigerada alucinación

la respiración del mundo llega densa
con sus sirenas de alarma
sus campanas afónicas
sus gritos casi silenciosos
sus fracciones de relinchos
sus comentarios de metal
sus nietos pródigos
sus huéspedes que no acaban de llegar

qué será de ellos

por vez primera en mi año veintinueve
siento inexplicables ganas de llorar por la triste
 armonía que vegeta extramuros
pero andresito me está mirando
bruscamente comprendo que esto
es la paz
esta clavada verde angustia al sol
es la paz
esta mano de luisa agrietada por las lejías que
 descansa en mi mano de tabulador inútil

es la paz
es la paz transitoria
quizá irrecuperable
pero es
la paz

me sube al rostro una nueva vergüenza
es la vergüenza de las cinco y media
mi bochorno de lagarto al sol
mi cuota parte o sea
mi jodida efervescente responsabilidad en el
gran timo
en las cuatro o cinco erratas graves cometidas
en el paisito

en rigor tendría que sentirme copartícipe y
culpable del gran campeón charolais y el
chriscraft flamante del presidente del
directorio cualquier directorio
del pur sang del vicepresidente
del cessna del prestigioso estanciero
del pipper apache de su excelencia
del agneau rasé de la esposa del senador y
sobre todo del visón de la querida
del mustang del primogénito
de los banquetes rotarios con amable
disertación adjunta
del asesor yanqui en inteligencia y enlace
de la parva domus y su jolgorio senil
de los miles de botijas suburbanos que jamás
han probado un vaso de leche
de los feligreses que no se la perdonan a juan
veintitrés
de los tribunales de honor y los tiros al aire
del joder ejecutivo
el joder legislativo
y el joder judicial

me pregunto si mi pecado será sólo de omisión
no haberlos quemado
no haberme sentado luego frente a la alegre
 pira tocando despacito cambalache de
 discépolo en la hohner como una suerte
 de nerón gonzález

pero luisa me recuerda otros incendios
luisa de paysandú
yo la llamo payluisa
no precisa mirar para hacerse deseable
es una lástima que a esta altura del siglo ya
 sea un lugar común decir que las caderas
 son de ánfora griega
porque efectivamente son de ánfora griega

para su desnudez debería llevar otro nombre
porque luisa es nombre de mujer vestida

cuando sus pechos toman decisiones y
 rápidamente me catequizan
entonces debería llamarse flora o gloria o por lo
 menos marcela
cuando sus muslos dóricos se estremecen
 debido a no sé qué sismo
entonces debería llamarse ceres o rita o por lo
 menos olimpia

de todas maneras ella es mi latifundio y mi
 minifundio
en ella satisfago mis éxtasis frugales
cultivo mis almácigos de púdica lujuria
y no habrá reforma agraria que me la expropie

ahora váyanse un momento
déjennos festejar mi cumpleaños

tengan en cuenta que sólo hay algo más
sabroso que hacer el amor en una noche
fresca del verano
y es hacer el amor en una tarde calurosa del
invierno

a las seis y veinte regreso
liviano como después de una eucaristía

señores
hay que convencerse de que la única paz de
veras suasoria es la paz erótica

ahora preciso como el pan una música epilogal
pero aclaro que a estos fines no debe ser
aleatoria
sino algo así como albinoni o louis armstrong o
troilo
esa gente que le riega a uno el césped
pero no con un eficiente molinete mecánico
sino con una prístina y elemental regadera

lo grave es que tengo que irme
a los treinta años uno siempre tiene que irse
sobre todo ahora que la prórroga ha caducado
definitivamente
el invierno se vuelve otra vez invierno
sopla un anticipo de viento y cada ráfaga se
apura un poco más que la anterior
mi hijo mayor y el limonero se ponen su
bufanda y sus hormigas respectivamente

luisa suspende su desnudez que a esta altura
es ya metafísica
y su tricota verde se enreda con el quinto
estornudo de la serie
los gorriones del muro intentan capear el
autárquico soplido de dios
pero el pánico pronto los atraviesa
los convierte en una brochette de gorriones
la situación exige que aparezca una nube
y la nube aparece
rosácea gorda y flácida como la ubre de una
respetable puta holandesa

a esta hora los cosmonautas en tierra estarán
estudiando su necia sintaxis
y el que dio diecisiete pasos de borracho sobre
la piedra pómez mirará con soberbia al
que sólo dio catorce
pero si algún otro cosmonauta está en este
mismo instante nautando el cosmos y
aunque se presume haya sido entrenado
para ser concienzudamente inmortal con
todos los inconvenientes y canonjías que
ello implica quién sabe si al mirar por la
ventanuca un paisaje tan escueto y
sigiloso quién sabe si en un raptó de
debilidad suprema que sería el único por
el cual me caería bien no murmurará
para sí mismo tratando de que el vecino
de escafandra no le lea el pensamiento
qué cristo estoy haciendo aquí arriba
nosotros en cambio estamos abajo
y abajo la cosa está jodida
aunque como comprenderán esto es
simplemente una antífrasis para decir que
la cosa está linda

en verdad en verdad os digo que el candor que
me arde a las seis y cuarto no es el mismo
de esta mañana cuando apenas tenía
once años y creía a pie juntillas que las
azoteas y los tejados eran guaridas de
filósofos
este candor es más sabio y sin embargo más
furioso

hay rostros que a esta altura no soporto
ambages que a esta altura no me aguanto

por favor no me vengan con el arsenal de la
soledad
porque a solitario no me gana nadie
con el ultimátum de la angustia
porque hace tiempo me instalé en el cráter
con la desgarradura y sus pingües dividendos
porque les recito mis desgarros completos

vengan eh si quieren con la acribillada
soledad
tráiganla como puedan
en formol
en principio
o en andas

juntos la desollaremos
extenderemos su pellejo provisorio sobre el
légamo o sobre cualquier otra palabra de
tan rancio abolengo
y nos sentaremos a esperar
cómo le nace un pellejo nuevo

en realidad la realidad
es la única eterna

por nuestra parte nacemos comemos
engendramos soplamos ardemos subimos
descendemos unguimos taladramos
conmovemos
pero luego creíamos sin remedio

ella en cambio
la eterna
permanece

nuestro único poder es
transformarla
a lo mejor es por esa razón que me voy a las
seis y media
siempre habrá una barricada de cólera donde
sin saberlo me esperan
siempre habrá un orden que desordenar
siempre habrá una condena que purgar con los
ojos abiertos

cuanto antes
mejor

mis huesos
mis recuerdos
mis silencios
todo se halla en su sitio
por lo tanto
ya estoy en condiciones de extraviarlos

ahora voy a besar a luisa
que después del amor ha quedado inmóvil y
sagrada
sin animarse a romper las amarras

voy a besar a jorge y andresito
entrenadores del cansancio
inventores del sueño
contrabandistas de la buena suerte

hace un rato o sea un lustro
tuve la impresión de que la baqueteada patria
levantaba al cielo sus muñones
pero ahora comprendo que fue tan sólo una
desilusión óptica
o por lo menos que le han crecido manos le
han brotado fusiles
y el enemigo no es el cielo sino algo tan
inexpugnable y cuadrado como la
embajada de los boinas verdes de los
testigos de jehová de los mormones y los
mitriones de los cuerpos de paz y el
espíritu de guerra
llegará el día no lo duden en que será
expugnable y esférica
y ese día todos la empujaremos
la haremos rodar hasta la rambla
la echaremos al río
y ni siquiera cantaremos
porque antes del canto están las maldiciones
y son muchas

claro que todavía falta un rato para esa fiesta
ahora tengo que irme
meterme otra vez en la ciudad
domesticarla aprenderla vestirla desnudarla

cubrir momentáneamente sus vergüenzas sus
 delirios feroces
pero recordar siempre dónde están

tengo que irme con mis contraseñas

la ciudad que dejé hace dos mujeres
es ahora un paisaje de cordura
comprendo que sorpresivamente he madurado
porque la recorro sin desesperación
y eso que la cordura suele desesperarme
he madurado porque el paisaje no me
 convence con sus ventanas entreabiertas
 sus sillones de mimbre en la vereda sus
 hombres desarmados hablando
 clandestinamente de fútbol y
 abiertamente de secuestros pero mirando
 de reojo las metralletas del poder
en realidad no es exactamente un paisaje de
 cordura
sino una postal con un paisaje de cordura

algo existe en el aire
algo estrictamente nuevo
por ejemplo las estatuas no tienen aspecto
 saludable
más bien están demacradas y tensas
como si supieran que también para ellas se
 acerca el tiempo de la abominación
por ejemplo los edificios públicos están oscuros
 y sucios y vacíos
como enormes quilombos sin clientela

atención
la seguridad va a ser profanada

la seguridad va a ser profanada
la seguridad va a ser profanada
la inseguridad ya llegó a los suburbios
al senador le duele el bazo antes aun de
 empezar a correr
al ministro le duele la nuez antes aun de sentir
 la caricia de la sogá
al presidente como es poco simbólico le duele
 simplemente el golondrino

en el patio del miedo no caben los pobres
pero en tanto la seguridad no es profanada
yo tengo cita con un profanador

cuando llego al café son las siete y veinte
y mi cumpleaños toma un tinte violáceo
yo osvaldo puente compatriota
siento por primera vez el peso de mis treinta y
 un atardeceres
la vieja mole de la universidad me tapa el cielo

desde aquí veo a los diecinueve tiras del
 sportman tomando sus cortados de rutinas
 sus grapas con limón
uno los ha visto envejecer ponerse calvos
 perder los dientes y los estribos
sus rostros son más familiares que los de mis
 tíos carnales
técnicamente son hijos de puta pero hay días
 en que bajo la guardia y me siento frente
 a ellos como androcles frente a su férido
espían luego existen
el tercer mundo está lleno de estos
 homeópatas de la infamia
de estos ganglios de la delación
pero en el cuarto mundo

i hope so
sólo servirán de abono orgánico

a propósito
cuándo llegará ese cuarto mundo
a veces creo que nos va a agarrar cansados
con la inteligencia aplastada como un pucho
con las ganas de amar amontonadas en una
deshilachada bolsa de frustración
con la memoria ya tembleque
con los amigos en la cárcel
con el rencor en las encías
con la piedad en el espejo
con las vislumbres legañosas y miopes

pero en las madrugadas entusiastas
recapacito y oro

bienaventurados los ex pobres de espíritu que
lleguen a disfrutar esa ecuánime sazón
pero bienaventurados también nosotros que
estamos construyendo unos la hectárea y
otros el milímetro cuadrado de esa
bienaventuranza

a las siete y media llega el profanador con la
puntualidad de un latido
no voy a describirlo por razones obvias
y menos que menos con ellos mirándome

llamémosle gerardo o mejor antonio
antonio pregunta si he decidido algo
y yo que sí que decidí que voy

al decirlo con todas sus pocas letras tengo la
repentina sensación de que en mi mundo
otro tiempo se inaugura
y que mi decisión tan cenicienta tan pobrecosa
tan digna del olvido
funda no obstante un optimismo eléctrico
gracias al cual el riesgo pone a punto su
teología
e incluye los posibles de una muerte imparcial

es formidable porque me despojo de una
impura predestinación
de un báculo oprobioso
de un collar de cautelas
y cuando en silencio declaro mi guerra
extrañamente me siento por fin en paz

a las siete y cuarenta y cinco el séptimo
observador comienza a vigilarnos por
sobre la grapa con limón
claro
el bolígrafo las cejas los mocasines
indudablemente nos hacen sospechosos
pero hay que considerar que para los pobres
soplones de la era postconciliar
el mundo entero es sospechoso
y en cierto modo tienen razón
fíjense que la amenaza se agazapa dondequiera
no sólo en los manifiestos en los argumentos
con gatillo en los férreos silencios en la
inexorable remembranza en los sótanos
de la dialéctica en los goznes
generacionales
sino dondequiera

la suspicacia está altamente justificada
señores a esta fecha todo es subversivo
desde los pezones maternas que hoy vienen
 sospechosamente amargos hasta la dulce
 ubre divina que de pronto ha
 interrumpido el suministro
desde los perros que esperan al cartero con
 infrahumana paciencia para llevarle al
 amo el boletín del usis hasta los locutores
 de rumboso desdoro que convocan
 patrióticamente a la traición
desde los tachos de basura que huelen a
 sobaco de murciélago hasta el lancia
 último modelo que suspira veloz
desde el insomnio de los réprobos hasta la
 discriminación de la lujuria
desde los misioneros del estreñimiento hasta
 los filántropos por obligación

la subversión infla los neumáticos y los
 carrillos
detiene los relojes o los echa a andar
acapara la pepsina la pancreatina y también
 los jugos gástricos
en los cementerios construye confortables
 túneles a fin de que los respetables
 finados tengan suficiente espacio para
 criticar a los deudos
en los hospitales esconde extremistas in
 extremis
en el ministerio de cultura sección presidios
 adecenta insurrectamente a los
 punguistas pero jamás al ministro que
 como se sabe es irrecuperable
en el templo reza de acuerdo a lo previsto pero
 dejando expresa constancia de que no
 perdonará nunca a sus deudores

en los concursos de tiro logra el segundo
premio nada más que para disimular pero
se le nota el esfuerzo en desviar la
puntería
en los incendios se aleja discretamente
apretando en el puño el tibio encendedor
y lo peor de todo en los bares nunca prueba el
alcohol

cuando antonio dice vamos ha pasado
poquísimo tiempo
aunque sí el suficiente para que la tarde
anochada haga luces y ruido

nos levantamos con un porte espantosamente
seguro con los portafolios semiabiertos
con el diario doblado en la página de
historieras con el paso bamboleante que
los pelotudos profesionales reservan para
la hora del ángelus
yo creo que confundimos a todos inclusive al
séptimo pesquisa que es sin duda el único
a quien todavía le funciona el radar

hasta ahora mi delito no tiene otro resuello que
mi silabeado pensamiento
en realidad camino mi última coartada

pero antonio es otra cosa
a esta altura su disimulo tiene la categoría de
un lenguaje
en su pachorra hay un subsuelo de alertas
precauciones y astucias seguramente
aprendidas en el miedo en la alarma en la
inminencia

sus nervios tendones ligamentos y principios
funcionan con la misma precisión frente a
un paisaje de niebla que frente a una
ráfaga de ametralladora

cuando toma su taxi y lo veo alejarse con el
pelo triste y la nuca desapareja advierto
que nunca olvidaré nuestra reciente
conversación monosilábica

a las ocho y cinco tomo mi taxi
digo serenamente la dirección que en su
momento apunté sobre un rostro sobre
un cristal sobre una pared con
lamparones
pero no llego lejos
me estremece un recelo que empieza
aproximadamente en el estómago
sospecho que todo el mundo conoce mi rumbo
que todos los automovilistas siguen mi nuca

a las cinco cuabras desciendo me excuso pago
doy propina camino otras cuatro cuabras
consigo otro taxi y digo otra vez
serenamente pero un poco menos la
dirección que apunté en su momento
sobre un rostro sobre un cristal sobre
una pared con lamparones
entonces empieza a llover suavemente
más que una lluvia hecha y derecha es una
llovizna nonata y torcida
pero yo aquí la llamaré lluvia
o sea que la lluvia pone entre paréntesis mi
ridículo
y aunque no moja a osvaldo puente
compatriota que va a salvo en un
mercedes benz negro y algo calandrajoso

moja sí mi ridículo
lo desplancha lo ablanda

y no sólo mi ridículo
también mi cumpleaños se humedece se afea
y no consigo recomponerlo ni siquiera
recorriendo a mi nutrido stock de
autosarcasmos a mi copiosa y personal
mitología
qué será a estas horas del búho del flamenco
qué será de vos hermanita tan lejos

ya ni sé a qué hora murió el león
menos aún a qué hora murió la hiena

qué pensaría en este instante el búho si me
viera embarcado
él nada menos él que al sistema lo apostó todo
o sea capital mujer hijos solar y futuro
la pobreza lo alcanza apenas como un mal olor
la injusticia le llega tenue como sobrentendida
en una noticia de la united press
siempre ha sabido dónde está
aproximadamente el bien y dónde
aproximadamente el mal
pero con la misma aproximación sabe dónde
está bagdad o la constelación de orión
la verdad es que tanto el cuartel general del
bien como el estado mayor del mal han
sido varias veces trasladados
y claro cualquiera se confunde

mamá flamenco debe conservarse como
siempre instalada en su isleta de bienestar
habría que buscar con lupa para encontrar

una manera más altruista de ejercer el
egoísmo

hermanita a esta hora estarás en iowa city
estado de iowa con sam tu flamante
marido profesor de creative writing
ojalá resulte buena persona
porque si no resulta lo vas a pasar muy mal
en cambio si es buena gente serán dos a
pasarlo mal y eso siempre reconforta
y además que funcione bien en la cama
porque tengo entendido que iowa city es uno
de los lugares más aburridos del mundo
libre

a veces me pregunto si podrás aguantar
a veces te imagino con los ojos muy abiertos
tratando de ver terriblemente lejos
sería bueno que ahora me vieras en este
mercedes bajo la lluvia
pero no sería bueno que me vieras llegar

sam será el mejor de los mortales
pero yo no puedo acostumbrarme así nomás a
que te llamen mrs. clark
y nunca estaré seguro de que no se lo dirás y
que él a su vez
por eso es mejor que cierres los ojos hermanita
mejor que no mires terriblemente lejos

vos sabés cómo me gustó siempre estar jugar
hablar contigo
gracias a vos me reconciliaba conmigo mismo
después de alguna jornada de especial
frustración y desaliento

gracias a vos no escupía sobre la ley y las
baldosas porque entonces me inspirabas
y me inspirás todavía un extraño y
confianzudo respeto
gracias a vos convertía a veces mis rabias con
mayúscula en alegrías con minúscula
porque no sé si habrás observado que las
mejores alegrías son las de formato
reducido
y nada de esto lo he olvidado

pero no sé
tengo la impresión de que entonces
bromeábamos con la muerte con la
lástima
y en cambio ahora la lástima y la muerte
cambiaron de tamaño de valor de
proporciones
así que perdoname hermanita
esto de ahora va en serio
hoy no mires terriblemente lejos
hoy no revises nuestro montevideo
mejor cerrá tus ojos de iowa city que ojalá
sigan tan comprensivos y profundos como
tus ojos del paso molino

gracias hermanita
ahora que cerraste los ojos sí puedo llegar
hace como ocho cuadras que no llueve
pero todavía caen finos chorritos y grandes gotas
desde la invernamental osamenta de los plátanos

otra vez pago y doy propina y despótico contra
el mal tiempo
pero de pronto advierto que mi desenvoltura es
tan desenvuelta que puede volverse
sospechosa

entonces asumo una extraña tiesura una
artificiosa seriedad
digo artificiosa porque esta seriedad cubre una
desenvoltura que a su vez cubre otra
seriedad
ahora bien no sé qué pasará el día en que
practique el definitivo striptease de mis
disimulos
estoy tan abrigado con mis disfraces psicológicos
que al principio no advierto cómo la noche
de agosto me va untando pacientemente
con su luz mortecina y glacial

con la frente húmeda por las goteras de los
árboles y un sudor anacrónico e
inconfesable
con una palpitación estúpida en el pecho tal
como si guijarros intempestivos cayeran
regularmente en un aljibe o corazón muy
hondo
con la irreprimible sospecha de que alguien me
vigila desde cierta ocultísima rendija y
todo lo sabe acerca de mí desde esto que
me está haciendo ruido en las tripas
hasta el exacto color de mi cumpleaños
con un poco de tos a duras penas facilitada por
los bronquios como una demostración de
buena voluntad escenográfica
con un paso más bien reaccionario y
supersticioso ya que todavía evito pisar la
juntura de las baldosas
con un respeto casi místico por la contingencia
con la palomita blanca de troilo y grela metida
irrespetuosamente entre las explicables
arrugas de mi ceño
con un dolorcito suave y rechinante en la
rodilla bisagra

con un recuerdo táctil de tu hombro luisa de
tu hombro pecoso y sin embargo terso
con un amago de emoción introducido a prepo
en la cálida tutela de la bufanda
con preguntas todavía y con respuestas
enigmáticas o tumultuosas
bueno con todo eso soy apenas un personaje
en borrador

pero a las ocho y cuarenta cuando oprimo por fin
el timbre en la casita con el número 2134
en ese preciso instante sé que me estoy
pasando en limpio
venga conmigo dice una muchacha que no es
ni remotamente linda pero que sí lo será
el día en que omar shariff protagonice la
falacia de turno sobre los innumbrables
tiene unas pantorrillas musculosas y unos
codos redondos y lisos como rulemanes
te llamás juan ángel me comunica y este
rápido escalón de tuteo acaba con mis
palpitaciones y sudores

me llamo estela dice el comunicado número
dos y empieza morosamente a sonreír
pero antes de que la sonrisa se consolide en
las comisuras tomo conciencia de esta
primera vicisitud
de modo que yo osvaldo puente compatriota
me llamo en realidad juan ángel
emerjo del bautismo como de una maniobra de
eugenesia o de una operación de higiene
onomástica

después de todo es bueno tener sobre la
espalda treinta y tres años en el instante
de adquirir un nombre

o tal vez mi ser verdadero y esencial sea un
individuo promedio una suerte de osvaldo
más juan ángel sobre dos
pero lo mejor del nuevo nombre es la falta de
apellido que en el fondo significa borrón y
cuenta nueva significa la herencia al pozo
el legado al pozo el patrimonio al pozo
significa señores liquido apellidos por
conclusión de negocio significa declaro
inaugurada una modesta estirpe soy otro
aleluya soy otro
lo importante es que todos somos otros no sólo
estela y juan ángel sino todos es decir luis
ernesto y vera y marcos y domingo y
olguita y pedro miguel y rosario y
edmundo y hugo y víctor
hace años que conozco a marcos pero nunca
pensé que
ché tenés que quedarte dice edmundo y se
sobreentiende que yo venía dispuesto a
quedarme
la primera vez será sencillo dice víctor pero
aún no sabemos si ha de ser mañana

aquí viene un amplio espacio en blanco por
motivos que no vale la pena mencionar

y cuando me hubieron explicado todo y cuando
todo lo memoricé y cuando estuve seguro
de la calle que anoté en la vesícula y del
nombre que consigné en el páncreas y de
la contraseña que escribí en el esternón y
del mensaje que registré en el bazo y de la
noticia que apunté en la tiroides
recién entonces me senté en el suelo y aflojé la
corbata y el estómago y supe que estaba
regocijadamente cansado o para ser más
exacto muerto de cansancio como si por
fin alguien hubiera desatado todos los
nudos de mi sistema nervioso y de mi
sistema cardiovascular y de mi sistema
digestivo y de mi sistema linfático y hasta
de mi sistema métrico decimal

entonces viene marcos y se echa en el suelo
junto a mí pero con una almohada entre
la pared y la cabeza y como era previsible
digo nunca pensé que
yo tampoco dice y se queda callado como diez
minutos
después empieza a hablar despacio como
desmenuzando las palabras como
despojándose conscientemente de toda
astucia

yo tampoco
y no voy a decirte que me horrorizara la
violencia
simplemente carecía del impulso
tuve que morir para poder matar
ahora te explico
ahora te explico

yo vi cuando mataron a simón
simón era yo mismo era mi hermano
teníamos una larga historia en común que era
casi sanguínea o sea que era mucho
mejor que sanguínea
con escalas en el liceo en el pingpong en el
fútbol en el quilombo inaugural en la
facultad de química
sin embargo
cuando lo acribillaron yo estaba allí sólo por
azar
meses y meses que no hablaba con él

decían que había pasado al clandestinaje
pero a mí no me preocupaba demasiado
porque simón había sido siempre un poco
clandestino
en el amor por ejemplo sus mujeres pasaban
furtivas por su anchísima cama pero
nunca se acusaban entre sí más bien
mantenían una tácita solidaridad de
equipo sólo me traicionan con sus
maridos decía simón con relativa
amargura
también era clandestino con sus acreedores
que venían normalmente en pareja uno
para vigilar la escalera y otro para vigilar
el ascensor
pero simón tenía sus inexpugnables guaridas
ya que los maridos de sus mujeres lo
apreciaban mucho porque él tenía tema
para todos los intereses y todas las
vocaciones y siempre parecía que sabía
mucho más de lo que decía cuando en
realidad ignoraba todo menos el
vocabulario básico

no lo crearás pero a pesar de ese currículum
de rufián simón era sencillamente
estupendo
generoso como una hormiga y modesto como
un búfalo y fiel como un oso colmenero
su risa de trueno siempre llegaba tres
segundos después de su mirada
relámpago
y no había forma de quedarse al margen
porque simón se jugaba en el asombro en
el humor exactamente como después se
jugó en las emboscadas
su aventura no duraba meses sino minutos
pero esos minutos eran siempre
estruendosamente decisivos
así que cuando pasó al clandestinaje nadie
pensó en motivaciones políticas sino en
una obligada hibernación

por eso esa tarde cuando lo vi venir con su
traje de domingo en pleno jueves
con una cúpula de solemnidad sobre sus
amontonadas alegrías
con su paso de hazañas y su pelo de viento
con su culpa en el ojal como para una fiesta
sin balazos
con su optimismo erótico basado en lo que él
llamaba sus conquistas sociales
cuando vi venir al simón de siempre
a medias legal y a medias clandestino
pensé en los riesgos verdaderos de un
monstruoso malentendido

pero no pude seguir pensando
el patrullero vino desde atrás
ese mulo de troya se deslizó sin ruido gracias
al cuestabajo

y bajaron cuatro malandras de oficio
y además en la calle había otros cuatro
y simón no pudo hacer ni un brusco además
para extraer un grito un insulto o un
revólver
no tuvo ni siquiera el sagrado minuto que se
reservan los ahogados para repasar su
biografía a borbotones
porque los cuatro más los otros cuatro lo
acribillaron sin problema
y simón fue derrumbándose de a poco contra
la vidriera de la óptica donde seis pulidas
cabezas con anteojos de sol y caros
bifocales lo miraban sin poder creer lo
que miraban

parece que su último destello fue de buen
perdedor
escuetamente dijo me jodieron y quedó
encogido sobre su buena sangre
como arrepentido de haberse puesto en jueves
su traje de domingo
y sobre todo de haberlo manchado tan
injustamente y para siempre
yo estaba lo bastante cerca como para sentir
en mí mismo su derrumbe y sin embargo
demasiado lejos para hacer algo más que
morderme los labios
pero por eso sé cómo se cae
por eso tuve que morir para poder matar

sin embargo no es fácil
ya verás que no es

a esos verdugos fétidos obscenos les gusta
creer que uno mata como ellos con idóneo
disfrute con crueldad deportiva

pero matar a un tipo cualquier tipo así sea un
sádico hijo de puta un degenerado
torturador es una pruebita sin fantasía es
todo lo contrario de una proeza
a lo sumo es un agrio deber
hay que tener mucha confianza en la propia
brújula hay que estar muy seguro de la
justicia que se quiere muy seguro del
amor al prójimo para apretar el gatillo del
odio contra el prójimo
y esto es válido aunque el prójimo sea un
enorme alcahuete que le yerra por
milímetros a tu respiración y luego seas
vos quien a pesar de todo sigue
respirando

después que uno muere sí puede matar
mientras la muerte te va llegando en
fotografías en endecasílabos en mondo
cane en últimas voluntades en recuerdos
ajenos en teletipo en listas de mártires en
discursos de viudas
podés organizar perfectamente tu tristeza
atornillar tu indignación arrellanarte en
tu vergüenza
podés elevar tu solidaridad a la altura de tus
cálculos mentales o de tu secreción de
rencores
podés reforzar tu apuesta al dogma más o
menos elegido
pero cuando la muerte no es una cita o un
relato o una figura un blanco y negro
sino tu hermano derrumbándose tu
verdadero semejante con los riñones
perforados
sólo entonces podés escrupulosamente
desamar y hasta franquear por primera
vez cierta frontera que parecía lejanísima

eso dijo marcos con una almohada entre la
nuca y la pared
eso dijo marcos triturando las sílabas y
encendiendo varias veces el mismo
cigarrillo

a las diez y veinticinco sobreviene un silencio
que podemos llenar a piacere
y allí meternos pacientes buitres
senos pletóricos
efigies oprobiosas de pacheco
polvo de sol
abeja en los romeros
de los fueros civiles el goce
pobre brigitte en cueros
viejo rincón de turbios caferatas
l'imagination prend le pouvoir
dos tres muchos vietnam

en 1832 charles darwin asombró a los
candorosos pobladores de maldonado
mostrándoles una brújula de bolsillo
ciento veinte años después tiberio mendive admiró
el extraordinario desarrollo de nuestras
empresas de pompas fúnebres
por la misma época george mikes comprobaba
estupefacto que hasta los caballos sueltos
en las calles de montevideo acataban
religiosamente los semáforos
hoy seguimos siendo un país desbrujulado y
pompafunebrero que acata los semáforos

ah se precisa mucho y pesado silencio para dar a
luz semejante idiotéz

sobre todo si se cierran los ojos y se piensa con
toda la calma y la lucidez posibles en este
pueblo ingenuamente ducho con
normales testículos y normales ovarios
que empieza a salir de su entumecimiento
de su letargo histórico

es cierto que su reposo fatal data de aquellos
capítulos en que momificamos a nuestros
mejores muertos

es necesario que primero empiecen a moverse
la articulaciones de artigas de varela de
saravia de batlle de barrett

comprender a pie firme no sus triunfos sino
sus frustraciones porque acaso sus
corajudas victorias fueron perecederas y
en cambio la lección permanente nazca de
sus chascos de sus malogros o sea de sus
confianzas más generosas

comprender a pie firme y sin rendirse que el
gran y obnubilante pasado la gran e
inexpugnable democracia fue sobre todo
una querida fábula pero también un largo
fingimiento una mañosa postergación

algún día tendremos que enfrentarnos a los
monumentos de la urbana gloria llevar
junto a ellos nuestras sillas nuestras
butacas nuestros sillones y nuestros
taburetes y sentarnos muy frescos y sin
prisa a dialogar con ellos a discutir con ellos
y como resultado de esa larguísima charla de
esa imprescindible puesta al día tal vez
nos quedemos sin monumentos porque
unos tipos resultarán tan pero tan
grandes que no cabrán en un dolmen o
un menhir ni siquiera en la más robusta
de las pirámides y otros tipos en cambio
resultarán tan crapulosos o tan

mezquinos que alcance y sobre con
dejarles un cardo en el sepulcro
además figúrense qué linda quedaría la ciudad
sin monumentos
o sea sin carreta ni gaucho ni diligencia ni
avizorando ni entrevero

verdad que sería macanudo ir al botánico y
elegir la araucaria más noble la más
robusta la más añosa
y en una ceremonia tan sencilla que ni siquiera
fuera ceremonia
decir o pensar o inventar que de ahí en
adelante ése habría de ser nuestro único
monumento a artigas

después de todo el compañero josé gervasio
tuvo una dignidad casi vegetal

y ya que la alucinación viene premiada
por qué no imaginar una ciudad sin sabuesos
sin metropolitana ni policías robando
por qué no imaginar una ciudad sin crueldad
ni retórica
sobre todo sin retórica de la crueldad
por qué no imaginar una ciudad imposible
bueno en esa empresa estamos
justamente en hacer posibles una ciudad un
país imposibles
dicen los entendidos que siempre fuimos un
estado tapón
vaya destapémonos a nosotros mismos
dejemos que se evapore el tufo de egoísmo que
nos condena a una mediocridad inmóvil

en esa empresa estamos
quiero pensar las calles en la celebración que
 baila en un futuro inmune
quiero pensar la multitud súbitamente
 dignificada por su vanguardia
quiero escuchar ese desafinado canto de amor
 colectivo
quiero arrojarme en su clamor
quiero soñar que el pueblo sale de sus
 madrigueras de los altillos de los sótanos
 de las cloacas de las cavernas de los
 galpones de los desvanes de los
 cantegriles del oprimente anonimato
quiero imaginarme recordando esta voluntad
 de imaginarme recordando esta voluntad
 de imaginar
quiero cumplir este cumpleaños pero hollando
 una geografía inmerso en una
 temperatura que sienta que sintamos
 gloriosamente nuestras mías
quiero ser consciente de que en este proyecto
 anoto no sólo mis afanes modestamente
 cívicos sino también mi cursilería al
 natural mi cursilería sin distorsión tal
 como me sale de los riñones tal como
 evidentemente debe ser antes de
 convertirse en tropo en alegoría en
 manifiesto en párrafo sesudo

quiero ser sobre todo consciente de que me
 importará un rábano que alguien o que
 muchos me lo señalen admonitoriamente
porque desde ya estoy seguro de que llegará el
momento en que la bandera subirá
lentamente en su asta y entonces sé que
voy a llorar a discreción con todo el llanto
que ahora tengo provisionalmente
congelado y no haré el menor esfuerzo por

contenerme ni pondré condiciones para el
llanto
porque ese tris de victoria incluirá un
minucioso escalafón de derrotas incluirá
la inseguridad de hoy y para marcos
incluirá la muerte de simón y para mí
quién sabe la de quién

hay que esperar
pero esperar con todos los peñascos de la
paciencia y todos los líquenes de la astucia
atentos como perros de caza a lo que ocurre en
la sospechosa casa del vecino y también
en los antípodas ya que el mundo tiene
hoy canales misteriosos derroteros
clandestinos influencias cruzadas y el
vietnamita salvajemente torturado que
aguanta sin hablar y muere sin hablar no
sólo está salvando a sus camaradas
también nos salva a nosotros y siempre
habrá que recordar que ha muerto sin
habernos delatado

hay que esperar es claro
pero agazapados

querés café pregunta estela
marcos se ha dormido sobre su propia
mandíbula
pero yo sí quiero café

estás nervioso pregunta estela
en realidad estoy mucho más que nervioso
estoy tranquilo

sabés manejar un arma pregunta estela
sé manejar un arma pero me da vergüenza
decir cuándo y por qué aprendí
fue hace mucho cuando el marido ultrajado
anduvo buscándome con intenciones
emasculatorias
mi única disculpa es que el tipo era casi un
oligarca y por añadidura alguien más bien
despreciable y su mujercita en cambio era
una maravilla pero comprendo que es
muy pobre disculpa

estela lleva ahora pantalones vaqueros y una
blusa verde o quizá ya los llevaba cuando
me abrió la puerta
me gustaría mantener con ella una prolongada
conversación en paz y en la que no se
hablara de desarrollo técnico ni desarrollo
político ni formación de cuadros militares
sino de la última película de gláuber
rocha o de la carrera de arquitecto que no
terminó o de los cinco hijos que quisiera
tener
es verdad no se puede hacer una revolución
sin ellas
les cuesta un poco dejar las cacerolas los
ruleros la plancha las clases de corte y
confección la revista claudia los
horóscopos
pero cuando dejan atrás su corazón doméstico
sus blanduras completas entonces esas
frágiles se vuelven más tenaces que un
gladiador

sentate un poco le digo y ella obedece como
una sobrina juiciosa

tiene una mirada que siempre la redime
pero no piensen mal
la veo con toda la camaradería de que dispongo
aunque claro entre hombre y mujer no existirá
nunca una camaradería físicamente pura
y por serios e incommovibles que sinceramente
seamos o nos creamos al menor descuido
corre entre las piedras la lagartija erótica
pero no piensen mal
sentada en el suelo frente a marcos dormido
estela es una imagen casi tan fraterna
como mi hermanita de iowa city
sin embargo no le hablo de mi cumpleaños
sería introducir en esta incomparable sencillez
un petardo de solemnidad

entonces me cae una pregunta
como un pedazo del pobre cielo raso
por qué estoy aquí o sea
cuándo empezó el éxodo
cuándo empecé a emigrar de osvaldo puente
para exiliarme en juan ángel
cuál fue el momento justo de la tristeza
cuál el buceo de la frustración
cuál el instante de tocar fondo
cuáles el desbarajuste y la nostalgia capaces
de arrancarme de mi babia sacramental
cómo se gestó ese común denominador de mis
aulas y quilombos de mis respetos y
anemias de mis taponos y magias de mis
ecos y parpadeos de mis aljibes y
cornisas de mis basaltos y arrecifes de
mis tuteos y reverencias de mis
discreciones y ganzúas de mis vértices y
calmas chichas
quizá se fue formando de a trocitos o
arracimando como corales
o acaso es un problema de rumbo fijo

incambiable retórico y un día algo nos
aparta un poco de la ruta y otro día otro
poquito y así de deriva en deriva hasta
que una de esas derivas se convierte en
nuevo rumbo ni fijo ni incambiable ni
retórico

para bien o para mal mi memoria no es un
diccionario que yo pueda consultar como
garufa de mis insomnios

de manera que no sabría decir cuándo
exactamente empezó este relajo
sacrosanto este optimismo de cuerpo
entero

sí podría asegurar que uno abre las ventanas
antes que la puerta y ve la realidad como
paisaje antes de que el paisaje dé al
aldabonazo

y también que uno puede tener una gran
experiencia en sofocar latidos en apagar
fogatas pero siempre se trata de malsanas
prórrogas y la gran experiencia de poco
sirve cuando el corazón y el cerebro
empiezan a arder y el latido se convierte
en pulso subterráneo

la cosa se pone realmente grave la noche en
que ese tembladeral de conciencia me
impide hacer el amor con luisa nada
menos

y ahí nomás tomo la decisión
se acabaron las contradicciones la dicotomía el
conflicto interior

algo evidentemente marcha mal
no es justo que lo dialéctico entorpezca lo
erótico

y lo que andaba mal era la duda sobre todo
porque no había ya duda posible
era la oscuridad especialmente porque todo
estaba claro
era la indecisión tal vez porque en el fondo
estaba decidido
era porquenó el miedo y su olor penetrante
debido sobre todo a la cabal certeza de
que era necesario sobreponerse a él
y esto no es el suicidio
conviene aclararlo de una vez por todas
la revolución no es jamás el suicidio
la revolución ni siquiera es la muerte
la revolución es la vida más que ninguna otra
cosa
aunque pueda morirse en ella
aunque se muera efectivamente
es la vida conjuro
la vida exorcismo
la vida sacrílega que profana a la muerte

incluso cuando se mata
cuando se asume conscientemente semejante
escalofrío
se mata como coacción de vida
para quitar la muerte del camino

qué instante surtidor ese en que uno adivina
que el pueblo
ese condendo a paciencia perpetua
es nuestro cómplice

tal es más o menos la historia
la vida pasión y muerte de mis conciliaciones y
el nacimiento de mi inconciliación

eh distraído dice estela no hay que distraerse
claro que no
los distraídos suelen oxidarse
o bostezar en pleno gas letal
o divorciarse de la mujer amada
o poner el carbónico al revés

están además los distraídos recónditos que
cuando tragan se olvidan de cerrar la
glotis
y por supuesto los distraídos eléctricos que en
paz descansan

yo juan ángel compatriota de treinta y cuatro
temporadas no puedo distraerme no tengo
ese derecho
noche y día quiero poner atención
clausurar a mi burgués con doble llave
y vichar por el ojo de la cerradura
para ver cómo era cómo fui
verificar cómo mi burgués osvaldo puente
clausura a su vez bajo doble llave su pretérito
imperfecto
y vicha por el ojo de la cerradura
para averiguar por fin cómo eran sus miserias

o quizás se trata de un error lamentable
debo traer a mi burgués conmigo
recomendarle que venga con su aceptable
biblioteca su cultura general su mala
conciencia y hasta su piedad de
porquería
debo traerlo al espectáculo
pero sin ninguna vergüenza de traerlo
debo educarlo lentamente
pero sabiendo de antemano que nunca lo

alfabetizaré totalmente para la
imaginación social y mucho menos para
el marxismo leninismo
siempre le quedará una circunvolución
cerebral una arteria subclavia una cuerda
tendinosa que serán analfabetas para la
begriffslosigkeit de la forma y la
veräusserlichung de la relación
a mi burgués le pondré un sillón de viena en el
balcón para que disfrute el paisaje o lea
feliz de él a proust y a kafka mientras yo
trabajo como un poseso en el cuostarriba
de la justicia social
pero de todos modos al anochecer cuando
vuelva a casa más bien reventado será
bueno encontrar a mi burgués
descansado y fresquito y hablar con él
discutir litigar batallar amistosamente
con él
y una noche que será memorable encontrarlo
enfascado ya no en la lectura de proust o
de kafka sino de andré malraux y
hacerme por supuesto el distraído
todo eso sin concebir esperanzas
desmesuradas porque claro mi burgués
también tiene sus límites y nunca leerá a
gente como fanon o brecht

acaso ser hombre de transición sea más o
menos eso
dejar que mi burgués
aunque ya no sea el dueño de la casa
expropiada
siga en ella como huésped
es decir que desde ya puede pronosticarse que
la morada ventilada y austera del hombre
nuevo tendrá una habitación menos que
la nuestra

hace bien ver aquí una cara de refresco
dice estela que ahora lleva una pollera gris y
un pulóver rojo
pero no lo dice mirándome a mí sino a agustín
que acaba de llegar con un susto padre

querés café pregunta estela como siempre
pero esta vez soy yo quien se lo sirve al nuevo
será que empiezo a sentirme veterano

qué lejos están luisa y jorge y andresito
la gran siete qué complicación ser cabeza de
familia
imposible hacer con los botijas lo que hago con
mi burgués
no los puedo dejar en el balcón
andan balas perdidas

luisa tendrás que esperar y conformarte
o esperar solamente
a lo peor hiciste mal negocio conmigo
a lo mejor acertaste para siempre

qué macana
y qué suerte
nacer en este lío

de todos modos prefiero haber nacido ahora y
no cuando los hunos asolaban las galias
ahora el caos es más espoleador que en ese
viejo entonces ya que nixon es sin duda
mucho más repugnante que atila
sin embargo

frente a las inmundicias de nuestra guaranga
oligarquía dudo si no habría sido
preferible acompañar a crates métracles e
hiparquía cuando revolían la basura de
atenas

entonces por qué estoy aquí
creo haberlo contestado en detalle
mas por si acaso voy a resumir
estoy aquí
por asco y entusiasmo

en mi citizen automatic y parawater son
exactamente las once menos cinco
cuando suena el disparo
el vidrio de la banderola se hace añicos a dos
metros de marcos dormido
y ante semejante alevosía del estruendo no
tiene otra alternativa que despertarse
nunca antes en el territorio nacional se
pronunciaron tantas puteadas a nivel de
susurro

cuando un minuto después suena el segundo
tiro que revienta la lamparilla de setenta y
cinco ya todos sabemos a qué atenernos y
recibimos la mala nueva con el ceño
fruncido súbitamente convertidos de
enhuestas jirafas en planísimos lagartos
la mera precaución se va a la porra
pero hay con todo una brutal hermosura en
esta alfombra de cuerpos tendidos a la
buena de dios
quizá ustedes hayan visto alguna vez un
espectáculo según las reglas de grotowski
bueno se parece un poco pero no es lo mismo

te siguieron tarado le dice luis ernesto
brutalmente a agustín
te siguieron botija le dice en cambio
suavemente marcos y sonrío con
resignación
entonces pedro miguel se pone de rodillas y no
es precisamente para rezar
quita la manta que cubre el baúl y levanta la
tapa pero ésta discretísima y leal no emite
ni un chirrido
pedro miguel saca los fierros y nos los vamos
pasando como en un ritual o como los
obreros de la construcción se pasan los
ladrillos

la verdad es que el mío me pesa como no
imaginé que pudiera pesarme
qué aparato maldito
sin embargo cuando empuño el treinta y ocho
largo se me pasa íntegramente el pasmo y
se me escurre la mitad del miedo

cuando domingo y hugo responden al fuego
desde las ventanas laterales
tengo la impresión de que todos saben que esto
de algún modo estaba calculado
se mueven como siguiendo las instrucciones
de una pantomima largamente
ensayada
todos menos agustín y yo que no seguimos
ningún libreto sencillamente
improvisamos nuestra inercia

te tocó antes de lo previsto dice en mi oreja
edmundo el taciturno

y de pronto en medio del férreo silencio y la
fosforescente oscuridad
admito para mí mismo que es así
antes de lo previsto eh
antes de lo previsto hay injurias providencia
estremecimientos y resortes que deciden
por mí
antes de lo previsto hay rabias de mis iguales
burradas de mis enemigos trampas de la
noche cárceles saturninas pasados
invisibles rencores monocordes
impaciencias errantes que deciden por mí
antes de lo previsto hay ausencias perpetuas
llantos empedernidos visiones y visiones
que deciden por mí
así mientras unos a otros nos pasamos
proyectiles y bufosos
inicio cautamente la jubilación de mi narciso
pobre narciso la muerte está ahí afuera con su
diáfana contundente metrallera
te espera maternal y reaccionaria
tentándote con todos sus gatos y presagios

antes de lo previsto
oh gemebundo
yo decido por vos
y te jubilo

en realidad este momento es propicio para casi
todo
cuando uno se encuentra tan cercado se
vuelve repentinamente libre
es el instante de contrabandear hasta los
remordimientos más secretos
y añorar las dulces barbaridades que se nos
quedaron en el tintero
y maldecirnos por haber ahorrado inútilmente
nuestro semen fructuoso

y no haber besado más muchachas en la edad
en que nada hay tan importante como
besar muchachas
y execrarnos por no habernos establecido para
siempre en algún sueño de los buenos
ésos con desahogos y tiernas astucias y
mburucuyás en flor y alfombras voladoras
y juguetes insólitos y pezones
hospitalarios y almohadas de
convaleciente y largos largos zancos
y olfatear por vez primera el olor ácido de la
muerte pero también el escandaloso
aroma de la resurrección
y aceptar con restricto fervor esa gran lotería a
la intemperie que es la justicia inmanente
y aceptar asimismo otros recursos no menos
desesperados
y recordar de pronto falsas maravillas tales
como malvones diábolos picaflores
meccanos ombligos pipas sanguijuelas
alicates pirañas gramófonos candiles y
otros infantiles motivos de estupor que el
tiempo del adulto desprecio se ha
encargado luego de poner en su sitio
y reconciliarnos con la facilonga improvisación
aborigen que después de todo resulta
menos luctuosa que el meditado saqueo
de los banqueros manhattanianos
y reducir a su enana dimensión la gloria
chantapufi de los padrastros de la patria

sí ahora estoy seguro de que esto estaba de
algún modo calculado
pero agustín y yo somos recién llegados a
semejante zozobra estatuida
y por lo tanto ignoramos si ésta alcanza su
temperatura cotidiana y normal o por el
contrario se trata de una fiebre de
excepción

también falta saber si el albur nos predestina o
postdestina

en este cumpleaños que programé en su
albedrío general pero no en sus vericuetos
en este cumpleaños que acaso sea el resultado
carnal de una operación cibernética
siento por un instante
quizá por un instante de flojera
cierta nostalgia de mamá y su sonrisa quieta
de sus delgados brazos color flamenco
que allá lejos allá temprano venían a decir a
volar
a romper el champán sobre el barco del año

y asimismo nostalgia de papá búho
él sabía que mis excusas en rigor eran
catástrofes
y que en mis viajes alrededor de la almohada
también partir era morir un poco
que debajo de mis lágrimas había un suelo
rocoso
y debajo de la roca una marmita de llanto

pero no veo esas imágenes como algo que me
pasó hoy temprano en esta vida única
sino como diapositivos en colores de un pasado
sin vuelta
todavía soy capaz de admirar ese consuelo
pero en el fondo estoy tan lejos de eso como de
un ramillete de nomeolvides o de un
tranvía de la transatlántica o de la
alborada del gracioso

en esta repentina penumbra de la revolución
me he puesto duro
pero no tengo por qué mentirme a fuerza de
desánimos
me he puesto duro porque no hay otro método
para adquirir la bondad
me he vuelto culpable porque no hay otra
manera de ser inocente
ya no vale rezar diez padrenuestros y tres
avemarías
los pecados veniales son ahora plausibles
martirios
los pecados mortales pueden llegar a ser
heroísmos de emergencia
el búho y el flamenco ya no son mis presagios
ni mi jubileo
sino apenas mis queridas reliquias

siento en cambio una breve nostalgia del viejo
baldomero
me gustaría tenerlo a mano para comunicarle
mi hallazgo más reciente
he descubierto que hace por lo menos tres
minutos que no tengo miedo

claro que él me diría
no hay posible exorcismo
nadie se libra
la única fórmula es asumir el mal
digerir el mal
y hasta ayudarlo con un buen laxante

nostalgia pero breve
porque baldomero era un refugio
un agradable refugio de bondad pasiva

nada más nada menos
el viejo remendón era un extraño anarco que
no hablaba de kropotkin a secas sino del
príncipe kropotkin
se refería al comité ejecutivo de narodnaya
volya con una familiaridad desconcertante
sabía escribir de un tirón y sin un solo error
los nombres de chernyshevsky zhelyabov
perovskaya y osinski
y en su relato el episodio de chicago era tan
fascinante como una buena aventura de
sandokan

como frecuentemente acontece con los
decoradores de la historia
su único déficit era de imaginación

ahora yo tendría elementos para decirle que
hay posible conjuro
que la revolución es después de todo un
aceptable exorcismo
que admitir o anunciar que nadie se libra es
un pobre edicto de la misantropía
que es más justo decir por ejemplo si no hay
patria para todos no habrá patria para
ninguno
lo curioso es que este denso rastrojo de
recuerdos genuinos y recuerdos posibles
quepa en cuatro destellos
apretarlo en palabras significa de algún modo
desvirtuar sus ráfagas de urgente lucidez
son memorias de tamaño natural que nacen
crecen y estallan en un solo minuto
feraz

y ahora qué
es olga la que se atreve a murmurarlo pero son
varios los que trenzan y destrenzan la
pregunta
y ahora qué
también yo me lo pregunto y aunque parezca
increíble disfruto con la novedad con mi
falta de hábito

aún no nos han cazado dice marcos con
gravedad de cazador
pero esta vez tendremos que usar las cloacas

las cloacas eso mismo nada más natural
salvo que no te animes
por supuesto que me animo
no te preocupes por el mal olor son gajes del
oficio

ah pero las cloacas
decididamente no puedo imaginarlas
quizá sea ésta la verdadera integración a
escala nacional
blancos y colorados
bolsilludos y manyas
manirrotos y austeros
amanuenses y jefes
todos confluyen en el inmundo y ecuménico
canal

una laguna estigia del subdesarrollo
eso ha de ser
con las achuras de la elite permisaria
las babas dulces de la oligarquía
las pruebas de la infamia y otros preservativos

las heces nacionales e internacionales
orpade sip andebu y demás incunables de la
 roñoteca
las escuálidas sobras de la legalidad
los cenagosos detritos de lo prohibido
los fetos de la agencia central de inteligencia
las poluciones nocturnas del ministro
las deyecciones del subsecretario

de modo que las cloacas
alguna vez las oí mencionar como la red
 cloacal que por cierto es un modo más
 tierno y burocrático de decir su santo
 nombre en vano
pero nunca me detuve a pensar en su aspecto
 su emanación su temperatura su poca o
 mucho luz su condición de escape o
 ratonera
si por lo menos me hallara en plena digestión
 freudiana podría decir que la red cloacal
 es el subconsciente de la ciudad
pero para nosotros es antes que nada una
 formidable martingala y no tenemos
 tiempo de inventarle símbolos

vayan bajando dice marcos yo me quedo a
 cubrir la retirada
para estar solo me alcanza con tus cigarrillos
 hugo y mis inquinas
con mi surtido de presentimientos
con el despilfarro de sus ráfagas
con el tufo de su miedo autoritario

nada de peros dice marcos
alguien se tiene que quedar

con unos pocos tiros los aguanto hasta el
amanecer que es cuando su seguridad
empieza a bostezar
déjenme algún trapo blanco para cuando
llegue el momento de capitular y
mentirles me rindo
váyanse tranquilos
no proyecto tirar a matar ni arruinarles el
calumnario
así que cuando me entregue los milicos
tendrán la sangre dulce y podrán
escarnecerme como una manera de
ejercer su perdón
nada de peros
arranquen de una vez

ahora que la incertidumbre fue pasada en
limpio
pedro miguel y olga apartan el linóleo
estela nos reparte flamantes linternas y
también sus miradas verdes y pesarosas
en cambio ninguno de nosotros mira a marcos
que sí nos mira a todos
pero el silencio oscuro repite ojalá puedas
ojalá puedas contigo y con los otros
y además llegues a viejo para narrar con
soltura esta hazaña grisácea
ojalá vivas para sentirte levemente dolido por
la obligatoria incomprensión del prójimo y
hasta por su buena voluntad de
comprenderte
ojalá vivas para no olvidarnos
ojalá vivas marcos

edmundo abre la trampa
boca de un desdentado cocodrilo
hueco quebrado nada profesional

un pozo simplemente
apenas el vestíbulo del sumidero patrio

ponencia número uno
si podemos convertir una cloaca en la ruta de
acceso al albedrío
cómo no vamos a poder transformar esta ollita
de frustración en un país de veras

vos adelante edmundo dice marcos
el taciturno muere nace dice chau sin pompa y
sin enigma
ojalá vivas marcos
y se pierde en el pozo

pedro miguel lo abraza transido e indeciso
en su lupa de miope permanece inmóvil un
melancólico tesón
es verosímil que en este instante zumbe en sus
oídos una tonada simple y recordatoria
quizá una vidalita
ojalá vivas marcos
y se pierde en el pozo

olga lo besa y llora y exorcisa futuros
condenada a no ser indiferente tiene las manos
listas para asir
por eso se le secan las lágrimas de sal
ojalá vivas marcos
y se pierde en el pozo

por esta vez domingo lo abraza sin tocarlo
no es que se haya olvidado de traer el corazón

sino que su corazón necesita distancia
ojalá vivas marcos
y se pierde en el pozo

agustín no se atreve a sentirse en pecado
si arruga el ceño es sólo para sacudirse la
culpa inocente
lo curioso es que no se esconde detrás sino
delante de su inexperiencia
ojalá vivas marcos
y se pierde en el pozo

luis ernesto lo envuelve en su afecto tentáculo
de a ratos parece un buen ladrón del cine
mudo
seguro que es un fiel un patria o muerte
ojalá vivas marcos
y se pierde en el pozo

vera se sobrepone y lo besa en las sienes
es débil consumida la muchacha pabilo
la minúscula llama está en sus ojos
ojalá vivas marcos
y se pierde en el pozo

hugo lo abraza casi paternalmente
pero su voz despreocupada no me gusta
será que estamos condenados al recelo
ojalá vivas marcos
y se pierde en el pozo

víctor lo abraza como sabiendo algo
por ejemplo que esto es irrepetible
por ejemplo que volverá a ocurrir

ojalá vivas marcos
y se pierde en el pozo

rosario lo acaricia con su adiós apacible
tiene un aire aprendiz un rubor de sorpresa
con sus labios finitos es fácil la inocencia
ojalá vivas marcos
y se pierde en el pozo

estela es la única que lo besa en la boca
con miedo con derecho con costumbre
se demora un segundo para fundar recuerdos
ojalá vivas marcos
y se pierde en el pozo

juan ángel compatriota
por azar soy el último

cuando marcos me mira no sé cómo hace
para sonreír y a la vez estar serio
digo
por decir algo
sabés es mi cumpleaños

tengo vergüenza y pena y esperanza
confieso treinta y cinco
pero también son veinte
diecisiete
catorce

no sé no sé cómo hace
para sonreír y a la vez estar serio

ya son casi las doce
otra ráfaga rompe la banderola chica la del
patio trasero
la respuesta de marcos es un disparo aislado
un tiro casi alegre

me mira sin preguntas
no dice que los cumplas muy feliz
aunque podría decirlo

generoso como una hormiga
modesto como un búfalo
fiel como un oso colmenero

artículo único
postérgase toda emoción suntuaria hasta
cuarenta y ocho horas después de la
victoria

ojalá vivas marcos
y me pierdo en el pozo

La Habana, marzo a noviembre de 1970

MARIO BENEDETTI

EL OLVIDO ESTÁ LLENO
DE MEMORIA

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

*A luz,
como siempre*

EL OLVIDO ESTÁ
LLENO DE MEMORIA

ESE GRAN SIMULACRO

Cada vez que nos dan clases de amnesia
como si nunca hubieran existido
los combustibles ojos del alma
o los labios de la pena huérfana
cada vez que nos dan clases de amnesia
y nos conminan a borrar
la ebriedad del sufrimiento
me convenzo de que mi región
no es la farándula de otros

en mi región hay calvarios de ausencia
muñones de porvenir / arrabales de duelo
pero también candores de mosqueta
pianos que arrancan lágrimas
cadáveres que miran aún desde sus huertos
nostalgias inmóviles en un pozo de otoño
sentimientos insoportablemente actuales
que se niegan a morir allá en lo oscuro

el olvido está tan lleno de memoria
que a veces no caben las remembranzas
y hay que tirar rencores por la borda
en el fondo el olvido es un gran simulacro
nadie sabe ni puede / aunque quiera / olvidar
un gran simulacro repleto de fantasmas
esos romeros que peregrinan por el olvido
como si fuese el camino de santiago

el día o la noche en que el olvido estalle
salte en pedazos o crepita /
los recuerdos atroces y los de maravilla
quebrarán los barrotes de fuego
arrastrarán por fin la verdad por el mundo
y esa verdad será que no hay olvido

¿COSECHA DE LA NADA?

Hay quienes imaginan el olvido
como un depósito desierto / una
cosecha de la nada y sin embargo
el olvido está lleno de memoria

hay rincones del odio por ejemplo
con un rostro treinta veces ardido
y treinta veces vuelto a renacer
como otro ave fénix del desahucio

hay arriates de asombro
con azahares sedientos de rocío /
hay precarias lucernas del amor
donde se asoman cielos que fueron apagados
por la huesuda o por la indiferencia
y sin embargo siguen esperando

aunque nada ni nadie los desangre en voz alta
ni el desamparo ni el dolor se borran
y las lealtades y traiciones giran
como satélites del sacrificio

en el olvido encallan buenas y malas sombras
huesos de compasión / sangre de ungüentos
resentimientos inmisericordes
ojos de exilio que besaron pechos

hay quienes imaginan el olvido
como un depósito desierto / una
cosecha de la nada y sin embargo
el olvido está lleno de memoria

OLVIDADORES

No olvidadizos sino olvidadores

he aquí que también llegan
entre otras herrumbradas circunstancias
la degeneración / las taras del olvido
la falsa amnesia de los despiadados

es ilusión de estos olvidadores
que los otros las otras los otros
no sigan recordando su vileza
pero son fantasías sin futuro ni magia

si la sangre de ayer alcanzó a macbeth
cómo no va a alcanzar a estos verdugos
de pacotilla y pesadilla

perdí la compasión en el casino
por eso les auguro y les propongo
insomnios con plañidos puteadas mutismos
cuerpos yertos desnudos nunca más seductores
ojos empecinadamente abiertos con miradas capaces
de taladrar cerebro y corazón

no olvidadizos sino olvidadores

ocurre que el pasado es siempre una morada
pero no existe olvido capaz de demolerla

AH LAS PRIMICIAS

Ah las primicias / cómo envejecieron
cómo el azar se convirtió en castigo
cómo el futuro se vació de humildes
cómo los premios cosecharon premios
cómo desamoraron los amores
cómo la hazaña terminó en sospecha
y los oráculos enmudecieron

todo se hunde en la niebla del olvido
pero cuando la niebla se despeja
el olvido está lleno de memoria

NOMEOLVIDES

Tuve un largo poema
que aunque se prodigaba en sus malvones
al poco tiempo se quedó sin rojo

tuve otro con jazmines
frágiles hogareños e insondables
pero se descolgaron como copos de nieve

y tuve alguno más
que era un cerco balsámico de rosas
pero se marchitaron sin grandeza

por fin tuve un harén de nomeolvides
y no puedo olvidarlos porque añaden
azul a mi memoria

SÓLO UN DETALLE

Cuando la noche se pobló de ánimas
de ángeles de ratas y de truenos
el más cruel de los crueles
se abasteció de agravios
y los puso en los nidos y en las llagas

cuando la noche se hizo cueva
y allí albergó traiciones y pánico y rencores
el más cruel de los crueles
se enloqueció de odio y de ufanía
y luego envenenó las cañadas del valle

aniquiló nostalgias / cerró el palpito
amontonó cenizas / remendó cicatrices
quiso borrar todas sus fechorías /
pero menospreció un detalle mínimo
se olvidó de olvidarse del olvido

VARIACIONES

Sé que algunos hermanos se enmendaron
se desfraternizaron / se perdieron de vista /
sin apelar a prórrogas
decidieron lavarse de mágicas penurias
y lejos / en la cueva del olvido
su primavera quedó haciendo señas

no bien esos hermanos aprendieron
a volar con las alas del desdén
su egoísmo se volvió sereno

ahora un poco huérfanos
y con su amor sin labios
por el miedo vacío van a tientas
rezan ciérrate sésamo y que sea
para siempre en el acre porvenir

ex hermanos / sin bregas ni delirios
hastados de querer al árbol leña
devotos de su ombligo y escondiendo
bajo el telón del párpado
la dulce antigua falta

saben / y desde siempre lo han sabido
que en su rampante soledad no caben
los abrazos del prójimo y la lluvia
los abrazos del sueño
los abrazos

LA CULPA

Desde todos los sueños cardinales
llega la culpa como un aleluya
se nos cuelga del alma y la aceptamos
como un interrogante de la noche

y ella se queda pálida extenuada
la compañera culpa sin raíces
ansiosa de que al fin la consolemos
y compartamos su última vergüenza

SE HABÍA OLVIDADO

Se había olvidado del carnaval y sus matracas
de los insomnios después de cada examen
de los barriletes con hojas de afeitar
de sus trescientos soldaditos de plomo

se había olvidado de las tardes en el río
de los caballos que dibujaba con crayolas
de la primera erección / el primer sueldo
de los mugrientos quilombos en la frontera

se había olvidado de la preciosa chiquilina
violada por sus milicos subalternos
del vómito rojo de aquel estudiante
que no estaba dispuesto a delatar
del nudo en su poquito de conciencia
de la sordera de los árboles abuelos
cuando él pasaba silbando o sollozando

pero un día el chaparrón de la memoria
cayó sobre su calva tan lustrosa
y sintió el bochorno de ya no ser
el gurisito de viejas primaveras
de saberse asimismo un huérfano de amores
un náufrago de patrias un ausente

y lo asaltó la cruz de los menesterosos
la piel de la violada que no pudo llorar
las máscaras que imitaban a su rostro
y lo bañó el embuste a borbotones
la purulencia de su vida de cruel
y puteó larga y tartajosamente
ante el olvido el intratable olvido
cuando lo vio tan lleno de memoria

EL PORVENIR
DE MI PASADO

NACIMIENTO

A este recién llegado
no lo factura la cigüeña
a este infante de ahora lo ha traído
la hiena turbia y desmonetizada

no pretende irrumpir en el mundo de otros /
el primer llanto es por haber nacido
sin infancia / sin visado de vuelta
a su limbo en suspenso / esa nada de origen

cuando abre los ojos hay un cielo lacónico
con estrellas y azares / indignos y lechosos
cuando cierra su mano hay apenas un pájaro
que palpita modestos vaticinios

cuando abre su boca hay un pezón frutal
y así comienza el curso de básica dulzura
si sueña echa de menos el ensalmo del útero
y si despierta vuelve a nacer y se aterra

no sabe todavía que en la renta per cápita
omitieron la breve renta por cabecita
su mollera inaugura así el dolor del mundo
ya le llegará el hambre sin aviso y con rostro

con el tiempo sus pies hallarán su baldosa
y crecerá amarará irá quemando etapas
cuando por fin sonría como la mona lisa
estará en condiciones de fabricar a dios

VOYEUR

Indiscreto / curioso / entrometido
vicho por la rendija que dejan los tinglados
y allí lo veo hosco / melancólico
el ceño vulnerado por espectros y surcos
sus púas y rencores listos para el asalto
corroído y soberbio

es el poder oscuro
el loco omnímodo
tan intocable como un código
y sin embargo
lo poquísimos o mucho que decide
lo hace a duras penas
como incumpliendo un rito

a través de la grieta que cedieron
listones de palabras
harapos de ovaciones
fogonazos de miedo
lo veo desalmado / desalmante
purgado de su gente
imbuido de errores
arrogante y mezquino

vigilado de lejos
por favores por aborrecimientos
codicias y retenes
de grises / de insaciables
de ideólogos en celo
de alabanceros tenues /
el poder el mismísimo
como siempre
está solo

DESGANAS

Si cuarenta mil niños sucumben diariamente
en el purgatorio del hambre y de la sed
si la tortura de los pobres cuerpos
envilece una a una a las almas
y si el poder se ufana de sus cuarentenas
o si los pobres de solemnidad
son cada vez menos solemnes y más pobres
ya es bastante grave
que un solo hombre
o una sola mujer
contemplan distraídos el horizonte neutro

pero en cambio es atroz
sencillamente atroz
si es la humanidad
la que se encoge de hombros

TRIBU

Desde que la conciencia sucumbió a su vértigo
y hubo que desconfiar de los confiables
y las éticas se volvieron estériles
y los hombres de dios se despeñaron

desde que se ahogaron nuestros desahogos
y cada rostro se metió en su máscara
y júpiter se encontró con su cometa
y no quedaron huellas del amor cautivo

desde que el futuro se talló en el viento
los justos se perdieron en la injusticia
y el que prometía quemó sus promesas
en la hoguera mejor del enemigo

desde que todo comenzó a ser nada
desde que alguien empezó a ser nadie
y el poder condecorado de adjetivos
nos metió en la pocilga del perdón

no somos desde entonces ni siquiera caterva
ni muchedumbre ni pueblo unido
cada uno en su humilde covacha rememora
la noche más nocturna / la del miedo

estamos desprendidos / sueltos en el espacio
sin el consuelo del rezo o del dogma
no hay himnos en la niebla / no hay excusas
cada uno se asfixia en su propio fervor

ese fervor cansado / todavía orgulloso
de las ermitas de su tenue memoria
sabiéndolas inútiles / gastadas
y sin preparación para la muerte

solos aquí y allá / solos de olvido
cada uno en su isla inmerecida
oculto en las arrugas de su fe
exasperado y fiel como una llama

solos aquí y allá sabiendo
que algo nos une y nos convoca
son / somos / sois una tribu de solos
una tribu con vida que convida

sin caciques y sin hipocresía
sin narcisos y sin laberintos
la tribu de los solos se reconoce
en el silencio de su desnudez

EL PUSILÁNIME

Es difícil decir lo que quiero decir
es penoso negar lo que quiero negar

mejor no lo digo
mejor no lo niego

LA MISMA PÓCIMA

Los malos hábitos de un siglo pánico
vuelven quimérico todo diagnóstico
pero en lo íntimo me viene el palpito
de que los crápulas viajan de incógnito

en nuestra módica tierra de náufragos
dios es el bárbaro de la película
buenos propósitos hacen de bálsamo
con una fórmula casi ridícula

las viejas cábalas de uso pragmático
brujas y pálidas vienen en ráfagas
y es anacrónico según heráclito
usar dos rápidos del mismo niágara

siglo prostíbulo con cien teléfonos
y alguna brújula de norte hipócrita
brinda con clásicos y nuevos métodos
en otra cápsula la misma pócima.

PASOS

Con sus pasos enanos se va acortando el tiempo
y en esas brevedades ya no hay revelaciones
apenas un caudal de sentires lacónicos
que vamos escondiendo con un pudor fluvial
tal vez porque no somos expertos en recelos

de pronto aquellos pasos enanos se agigantan
las jornadas maduras caen como castañas
un pobre sol en franjas nos entibia la nuca
los recuerdos descalzos tienden a conmovernos
y los viejos enigmas se abren sin aviso

las maravillas últimas se acaban pero quedan
sus huellas imprecisas junto al álamo seco
a menudo las manos se azoran / destempladas
pero los dedos pálidos / endebles / inseguros
todavía se atreven a desafiar el fuego

NADA MÁS QUE UN BÚHO

Éste es el epicentro del insomnio /
la luna que atraviesa las persianas
pone rejas en la pared del sur /
el cielo raso está desvanecido

repaso los centímetros del día
cuento hasta mil doscientos treinta y ocho
pongo a saltar canguros y koalas
ya que los corderitos se cansaron

susurro nombres que empiezan con hache
rememoro boleros / valsecitos
tangos / milongas / liras de fray luis
dos estrofas del himno / una balada

voy cerrando los ojos despacito
pero el sueño no llega / ni siquiera
lo espero con codicia / no lo espero
soy el rey del insomnio / soy un búho

han vestido de oscuro la vigilia
desde la calle sube un gran vacío
por la ventana entran los silencios /
son el lenguaje oculto de la noche

sé que antes del alba he de dormirme
sé que antes del alba he de dormirme
lo repito a ver si me convenzo
sé que antes del alba he de dormirme

y dormido por fin acaso sueña
que soy un búho / nada más que un búho

PÁJAROS

Hace ya varios siglos
que pájaros ilustres sobrevuelan
los predios de la vasta poesía

la golondrina el ruiseñor la alondra
la calandria el jilguero el picaflor
el cuervo la oropéndola
y por supuesto el ave fénix
han sido convocados por poetas
para poblar sus bosques
ornamentar sus cielos
y rellenar metáforas

yo aquí rompo una lanza
por los discriminados / los que nunca
o pocas veces comparecen
los pobres pajaritos del olvido
que también están llenos de memoria

por eso aquí propongo
al canario el gorrión el tordo el mirlo
la viuda el estornino el cardenal
la tórtola la urraca el hortelano
el martín pescador el benteveo

para que alguna vez entren al verso
aunque tan sólo sea / como en esta ocasión
por la modesta puerta de servicio

TEST

Hoy me hicieron un test / el decisivo
tengo alergia a la nuez al humo al polvo
a la estremecedora belleza de la iguana
y al concierto de piano de rachmáninof
a las bruscas galernas de noviembre
y al importuno celo de los oportunistas
a la oculta violencia de los conciliadores
al papamóvil y a las pompas fúnebres

hoy me hicieron el test / todo está claro
tengo alergia a la soja al ácaro y al moho
a risas y sonrisas de hienas y giocondas
a la mano que esconde napoleón bonaparte
a la otan el usis el kgb y la cía
y al inútil paraguas contra el viento
al débil sindicato de los zánganos
y al matriarcado de la abeja reina

hoy me hicieron el test / al fin me entero
tengo alergia al coñac / al tomate / al tanino
a los monos en jaulas / al doblaje en el cine
a la picana eléctrica / a la hora del ángelus
y hasta a los presidentes con pulcro bisoñé
al opus dei y a los posmodernistas
a los gaudeamus y a las cuchipandas
y / no faltaba más / a los tests sobre alergias

ALTRI TEMPI

Cuando usaban los mozos chisteras o sombrero
protegían mejor sus turbios pensamientos
ahora los exhiben desenfadadamente
en sus esplendorosas calvas a la intemperie
y de inmediato acuden los buitres helicópteros
para fotografiarles los enigmas completos

cuando usaban los mozos corbatas de moñita
se mantenían pulcros a la espera de algo
por ejemplo al acecho de la hija segunda
de un señor con barracas en la calle rondeau
pero si un hermanito de la niña de marras
tiraba de la moña la ambición se extinguía

cuando usaban los mozos gemelos de oro y plata
las mangas impecables de sus blancas camisas
otorgaban un timbre de honor y de abolengo
pero cuando la crisis entraba en el ropero
se hacía de tripas corazón y allá iban
los gemelos auríferos al monte de piedad

TE ACORDÁS HERMANO

¿Te acordás hermano qué tiempos aquellos
cuando sin cortedades ni temor ni vergüenza
se podía decir impunemente pueblo?
cada uno estaba donde correspondía
los capos allá arriba / nosotros aquí abajo

es cierto que no siempre
logró colarse el pueblo en las constituciones
o en las reformas de constituciones
pero sí en el espíritu de las constituciones /
los diputados y los senadores
todos eran nombrados sin boato
como representantes de ese pueblo

ahora el requisito indispensable
para obtener curules en los viejos partidos
y algunos de los nuevos
es no pronunciar pueblo
es no arrimarse al pueblo
no soñar con el pueblo

incluso hubo un ministro mexicano
(sabines dixit) que en el sesenta y ocho
unos meses después de tlatelolco
dijo / con el pueblo me limpio el culo /
después de todo el tipo era sincero

por otra parte en las obras más doctas
de los historiadores con oficio
el pueblo aún figura en las notas al pie
y en el último tramo de la bibliografía

pero el voquible pueblo / en general /
es contraseña de las catacumbas
de los contactos clandestinos
de las exhumaciones arqueológicas

de vez en cuando surge un erudito
que descubre que engels dijo pueblo
que gramsci el che guevara y rosa luxemburgo
que mariátegui y marx y pablo iglesias
dijeron pueblo alguna que otra vez

y ciertos profesores que todavía tienen
en sus almarios un pañuelo rojo
llevan a sus alumnos al museo
para que tomen nota disimuladamente
de cómo eran las momias y los pueblos
y claro los muchachos que absorben como esponjas
se levantan sonámbulos en mitad de la noche
y trotan por los blancos corredores
diciendo pueblo saboreando pueblo

mas como en la vigilia vigilada
ya nadie grita ni murmura pueblo
hay en las calles y en las plazoletas
en los clubes y colegios privados
en las academias y en las autopistas
una paz algo densa / a prueba de disturbios
y un silencio compacto / sin fisuras
algo por el estilo del que encontró neil armstrong
cuando anduvo paseando por la luna sin pueblo

CONSERVADORES

Como es de público desconocimiento
somos conservadores
pero conservadores
cuando priorizamos la oxidación del dinero
cuando ensalzamos la angustia del patrimonio
cuando nos comunicamos desde las tradiciones
cuando nos hiere el látigo de lo que renace
cuando nos da vergüenza llorar
o cuando lloramos de vergüenza

pero no sólo eso

como es de público desconocimiento
somos conservadores
pero conservadores
cuando reclamamos la existencia de dios
cuando nos ocultamos tras la barricada de la envidia
cuando nos enfermamos de intolerancia y asco
cuando nos crispamos porque sí
cuando nos crispamos porque no
cuando olvidamos los cuerpos del exilio y del delito
cuando negamos la otredad del otro

somos conservadores / nos inquieta
que el tiempo nos dé vuelta como a una media

EL PORVENIR DE MI PASADO

¿Cuál será el porvenir de mi pasado?

JOSÉ EMILIO PACHECO

¿Qué remoto corpúsculo de amor
se abrirá paso entre las fobias de hoy?
¿llegará como pájaro aterido?
¿como nube moribunda de lluvia?
¿como rayo sin trueno?
¿como canción sin voces?

las palabras que dije alguna vez
en un abrir y un cerrar de odios
¿volarán sobre el alma actualizada
hasta posarse en la tristeza nueva?
¿o pasarán de largo sin siquiera mirarme
como si este servidor no las hubiera
creado / pronunciado?

los labios que besé o que me besaron
¿recordarán la mística elemental del beso?
¿traerán consigo un llanto atrasadísimo
y lo echarán en mi buzón de tiempo?
¿o vendrán sólo como apariciones
a reencontrarse con mi amor poquito?

las cicatrices que creí olvidadas
¿se abrirán como ostras sin su perla?
las cicatrices mías o de otros
¿recordarán las gotas de su sangre?
¿o cerrarán de nuevo y para siempre
los acueductos del dolor insomne?

hay una cosa al menos que está clara
el breve porvenir de mi pasado
tiene poco que ver con mi presente
este presente que en definitiva
es aún intocable y viene a ser
sólo el pasado de mi porvenir

AGUAS
JURISDICCIONALES

DICE EL HOMBRE EN LA ORILLA

Me enamoré hace mucho de la mar
transparente y sin dioses
y como es trampa y ley de los amores
me enamoré temiéndola esperándola

a veces era el mar azul
pero otras veces la mar verde
y es obvio que no son lo mismo
siempre elegí la mar matriz
la MarElla esa bóveda materna
(de materna a mar tierna sólo median
dos o tres plenamares)

cuando llega el MarÉl atronador
rompiente poderoso
yo me tiendo y espero
sobre las dunas neutras sabedoras

no voy a caminar sobre las aguas
como hizo el fundador de los milagros
hundirse en ellas es ahora
el milagro posible
por eso aguardo
sobre la arena volandera

a que acuda la MarElla la tierna
lúbrica gozadora bienvenida
acariciante espléndida desnuda
o apenas guarnecida de algas y coral

y al llegar finalmente la MarElla
desciendo como un pez a su caverna
y después de tendernos en su lecho de sal

la remonto con todas mis nostalgias
las de agua y las de tierra
y al MarÉl le reservo
cornamentas y celos

NÁUFRAGOS

Las voces ya no llaman / ya no piden
el cielo está crispado y sin auxilio
jadea el viento harto de palabras
hay ausencias que cercan que respiran

no es un naufragio de los de antes
es decir oceánico y famoso
es un naufragio en tierra y por lo tanto
los salvavidas son inútiles

las víctimas no rezan ni se entregan
pese al fragor del odio subterráneo
ya nadie es dueño de una larga historia
nadie salpica al otro con su piedad borracha

cada uno restaura como puede
su tiniebla fragante
su estación cegadora
sus desesperaciones

o sea es un naufragio en el olvido
sin justicia ni faros a la vista
en el pasado esperan sombras
los salvamuerter son imprescindibles

LLUVIA SOBRE EL MAR

Como un eco del trueno
se oscurece la noche
pero la lluvia en celo
provoca al horizonte

el diluvio piadoso
se prodiga en el mar
con barras transparentes
y espadas de cristal

la lluvia hace pocitos
en el mar sigiloso
y cada gota se abre
en un caleidoscopio

la lluvia empapa al mar
lo viste y lo desnuda
sin cuidarse del faro
borracho en su burbuja

sirenas y delfines
se pasan sus alarmas
y huyen a esconderse
en sus bosques de agua

y así hasta que las nubes
se hartan de la lluvia
y el mar se vuelve amparo
y espejo de la luna

UNA GAVIOTA EN EL LAGO LEMAN

Esta ciudad en la que lenin
aprendió a esperar
y en la que borges vino a morir como
los elefantes a su cementerio
esta ciudad se contempla en su lago
y se juzga prolija unánime suntuosa

el jet d'eau hace gárgaras
más vertical que nunca
las gaviotas planean
astutas elegantes memoriosas
los gorriones se agrupan
obesos de migajas
los cisnes sacan cuentas
y sin nadar aceptan
que la mansa corriente los arrime
hasta el puente mont blanc

la sístole y la diástole
del mercado infinito
asumen los latidos
de longines hanowa
patek philippe movado
piaget rolex omega
philippe charriol tissot

sólo rompe el encanto
de la calma de estío
una gaviota loca o borracha o enferma
que abre el pico y se queja
y su voz no es de ave
es el duelo de un mundo
que vomita tristezas

en el rostro impasible
maquillado
del orden

EL OJO DEL PEZ

El ojo de este pez que aún se agita
no evoca desconcierto sino confirmación
de sus presagios sobre el pobre mundo

el ojo del pez mira
a través de los cuerpos

su milenaria experiencia de sal
le ha otorgado esta trémula pasión de la agonía
y a través de los cuerpos su mirada penúltima
va dejando legados de abras y resacas

el ojo del pez mira y no se apaga
ni siquiera bajo el don de la lluvia
ese siempre esperado
mar de arriba

el pez ya no se mueve ni boquea
pero aun desde el velo de su amnesia
desde el abismo de su poca muerte
el ojo del pez mira mira mira
y es penoso sostener su mirada

MAR DE LA MEMORIA

*Cuando se ha visto la sangre,
en la soledad no hay río
del olvido.*

RAFAEL ALBERTI

Es cierto / rafael / no hay un río
del olvido / hay mar de la memoria /
ese que trae amor fatigas gloria
o un privilegio cándido y tardío

el exilio fue siempre un desafío
una deuda sin paz ni moratoria
vaya a saber resaca de qué historia
entre tu mar de cádiz y el mar mío

a la ausencia no hay quien se acostumbre /
otro sol no es tu sol / aunque te alumbre /
y la nostalgia es una pesadilla

sabemos que ahora vives años buenos
mas seguimos echándote de menos
allá lejos y verde / en nuestra orilla

BUENOS DÍAS GABRIEL

Las olas son las olas.

GABRIEL CELAYA

Tres poetas en uno / semillero
de tantos más / tu ánima insumisa
se topó con la muerte en su pesquisa
y la puso a cuidar tu invernadero

especialista en empezar de cero
detonaste la bomba de la risa
sin dios sin espejismos y sin prisa
perro viejo / filósofo / ingeniero

fiel a tu gente / a amparo / y a ti mismo
a pesar de tus ráfagas de triste
te encaraste jovial con el abismo

hombre en medio del mundo y hombre a solas
junto al mar fuiste humilde y escribiste
simplemente / las olas son las olas

LA CRECIENTE

De pronto comenzaron
a llorar las criaturas
los perros en el ángelus
las vírgenes propensas
los ancianos a término
y los sauces llorones

y también empezaron
a llorar las paredes
las tejas las cebollas
los lirios los paraguas
las proas de los barcos
el invierno inminente

y por fin se lanzaron
a llorar las veletas
los desaparecidos
las nostalgias los tréboles
los deseos errantes
tus ojos y mis ojos

y en consecuencia el mar
fue creciendo y aullando
poderoso de triste
y la playa no supo
qué hacer con tanto llanto

LUNA DE IDILIO

La distancia entre el mundo
que atruena con campanas
y el otro mundo / el que solloza apenas
¿será equivalente a la que media
entre el excesivo odio amoroso
y el flaco amor odioso?
¿dará lo mismo refugiarse
en el seno aterido de la comunidad
que esconderse en el otro seno el tibio
y tan dulce de la mujer amada?

la luna del idilio no se ve
desde los helicópteros

en los escasos raptos de sagrada vergüenza
uno quiere cambiar de veras y de sueños
pero en los arrebatos de filtrado orgullo
uno quiere cambiar
sencillamente quiere cambiar el universo
y es justamente entonces cuando el odio no puede
privarse del amor

si me despierto odiando
sé que acabaré amando a la hora del crepúsculo

de lo contrario no podría
sobrevivirme ni sobremorirme
después de todo el odio sólo es limpio
cuando nos deja algún agujerito
para vichar los pechos del amor

la luna del idilio no se ve
desde los helicópteros

LLUEVE CON FLECHAS ROTAS

Llueve desaforada / deshilachadamente
llueve con flechas rotas / con gorriones
llueve con las noticias del otro y de este mundo
llueve con ojos secos tristemente
llueve con mariposas y pronósticos
llueve con bodegones y rehenes
llueve con ganas
desganadamente

no sé por qué la lluvia llueve
es decir no sabía
hasta que lo explicaste con lujo de detalles
en el oscuro pizarrón de siempre
pero en el pizarrón de siempre
nunca llueve

TRISTEZAS/ALEGRÍAS

VÍSPERAS

[26 de noviembre de 1994]

Hasta ayer instalaron confesiones
y ofertas en el living de mi alma /
tomaría una caña pero hay veda
de paciencia pronósticos y alcohol

he de reflexionar porque mañana
deberé elegir como un daltónico
entre todas las flores del pincel
entre los buitres y los heminópteros
entre la salamandra y el tatú

creo que finalmente votaré
por la sabia orientación de las aves
por la benevolencia de la lluvia
y el sentido de humor de los delfines

votaré / si me dejan / por la suerte
por los tímidos pechos que se esconden
y los pechos alegres que convocan
por las huellas del solo y también por
las ovejitas negras y por la mosca blanca
por los indios de chiapas y por juan veintitrés

y después de pesar los pros y contras
votaré por la vuelta de mambrú
por el río de heráclito
y la trucha de schubert
votaré por melchor y alí babá
por venus y espartaco

y una vez concluido el escrutinio
fruto de leyes bulas providencias y ardides
democráticamente acataré
el fiel caleidoscopio
de mis nuevas y queridas derrotas

DUENDES DE NUNCA

Sólo cuando el ciclón / avergonzado
de su servil escándalo de agosto /
se abandona en un último jadeo
las ideas se tornan macilentas
penitentes / reseca / agobiadas
y en nuestras manos torpes
se hacen menos profundas
las líneas de la vida y de la muerte

no obstante si se extingue el temor / la salmodia
crepuscular se hace más nítida /
la soledad fulgura en sus cristales
pájaros aturdidos comparecen en ráfagas
y el aire es a la vez hediondo e inocente

es el turno de usarnos sin dios y sin pasado
ahora que hasta el tiempo es bálsamo y ofrenda
y pasaron los cielos y pasaron los ríos
y los hechiceros suspendieron sus cábalas
y los siete pecados capitales son cuatro
quizá sea el momento de acudir a la cita
con la infancia de veras y sus duendes de nunca

FUEGO MUDO

A veces el silencio
convoca algarabías
parodias de coraje
espejismos de duende
tangos a contrapelo
desconsoladas rabias
pregones de la muerte
sed y hambre de vos

pero otras veces es
solamente silencio
soledad como un roble
desierto sin oasis
nave desarbolada
tristeza que gotea
alrededor de escombros
fuego mudo

SOLAZARTE EN ELLAS

¿Cómo puedes manejar las palabras
desactivarlas solazarte en ellas
cómo puedes dejar que las palabras
se evadan de tu corazón empecinado
y hagan dibujos en el aire sucio
si estás viendo que la infancia se hace trizas
y el futuro es un potro desbocado
y los tiernos fantasmas de antaño
son ahora monstruos de ocasión
y el poco aire se ha vuelto nauseabundo
y la almohada de fondo en que te duermes
se humedece de miedo noche a noche?

¿Cómo puedes dejar que tus palabras
te mientan y te olviden y te pudran?

BURBUJA

En el silencio universal
por compacto que sea
siempre se escucha el llanto
de un niño
en su burbuja

TRISTEZAS/ALEGRÍAS

El goce siempre supo tratar a la tristeza
meterse en ella / desguazarla
aprovechar lo mejorcito de su pena
y hasta robarle lágrimas porque después de todo
la gente también llora de alegría

el goce siempre supo que la tristeza era
sólo una favela del corazón /
que hay quienes se suicidan por exceso de euforia
y que aun los más tristes de los tristes
no renuncian a sus planes de júbilo

por su parte la tristeza ha aprendido
que la alegría tiene patas cortas
que es posible enfriar sus arrebatos
deslizarle serpientes en mitad de su sueño
o cambiarle seguro por quizá

al menos la tristeza conoce sus fronteras
tiene clara conciencia de que en última instancia
más allá del gemido está la pálida
y es capaz de endeudarse con el goce
pero no de aceptar su diezmo corruptor

verbigracia una dulce mujer puede tener
un pecho triste y otro alegre y ello
se advierte en el sabor de sus pezones /
y verbigracia dos / un hombre
puede tener una erección hipocondríaca
y otra de quinto cielo o de antigua pericia

pero si la tristeza y la alegría
comparten gestas menos rutinarias

lo más probable es que dios y el diablo
recíprocamente se consuelen

LA NOTICIA VENENO

No hay vacunas contra la noticia veneno
la noticia veneno asombra
desinfecta propone soslaya
siempre nos toma desprevenidos
y se opone a que hagamos nuestros cálculos
cuentas claras conservan enemistades

la noticia veneno sube sus decibelios
y nos rompe los tímpanos como el rock más duro
con sus buenos modales nos aturde
con su amenazario nos espolea

la noticia veneno llueve a cántaros
sobre los mendigos y los potentados
pero sólo éstos saben que es mentira

la noticia veneno ha ensayado con éxito
el falso tonillo de lo verosímil
y tal vez por eso enloquece a los cándidos
entristece a los tristes

como es obvio la noticia veneno
será finalmente desmentida
para gloria y prez
de los sobrevivientes

SEQUÍA

No llueve
hace ya meses que no llueve
los pastizales y los bosques arden
cuando los roza el fósforo del sol

también los corazones están secos
hace ya mucho que no llueven sueños
pero los corazones no se incendian
cuando los roza el fósforo del sol

CUENTO DE HADAS (TANGO)

La primavera frágil / la primavera loca
pacientemente escucha y atiende mi ojalá
con su verde más verde me mira y me convoca
y decide orgullosa que esta vez no se va

y así / para mi asombro / me quedo sin inquinas
y reparto dulzuras a la buena de dios
los faroles me alumbran en todas las esquinas
y aprendo lentamente a cantar con mi voz

así veo que el mundo despacito mejora
que el placer no me deja la menor cicatriz
que el azar es mi amparo y ha llegado la hora
de ser / entre otras cosas / nuevamente feliz

y así el amor de veras me descubre y me toca
y comprendo de pronto que por fin soy audaz
el amor me sorprende pero no se equivoca
cuando te echa de menos / cuando te pide más

si hablás desde la orilla / el mar siempre responde
con la misma inocencia de tu vieja niñez
si los barcos te llevan / no te dicen a dónde
no te dicen a dónde pero vos lo sabés

y al fin cuando otro tiempo / de lunas congeladas
barre a la primavera / esa loca de atar
ella escapa cobarde / con su cuento de hadas
y te deja sin sueños sin amor y sin mar

y así vuelven el tedio la rutina y la rabia
mientras crece el espanto en su oscuro país
y la memoria ajada y la tristeza sabia
me cubren con su cielo desangelado y gris

LA CRISIS

Wall street especula con la inquina
en tokio sube el miedo sísmico
la OCOE y el FED se dan mutuo consuelo
el SIPRI y el SCAF polemizan sobre el SHAOB
entre el NAFTA y la nafta retoza el PRI
el FMI sostiene el DEG
el PNB se aleja del PIB

pese a todo los delfines recapacitan
deciden amansar a sus mentores /
en el mercado del humo y del consumo
fluctúa el valor de la artimaña
el esplendor de los menesterosos
opaca a los ricos de solemnidad

pero los desaparecidos no aparecen
el imperio renueva su carnada
la santa sede se desprende de cristo
el muro de berlín se esparce en mil reliquias
nunca luce un futuro
nunca se abre el amor
vaya vaya con esta crisis
tan vacilante tan impresentable

VEN DULCE VIDA

Ven dulce vida / nunca es tarde
salta sobre las vallas de aflicción
sobre las confianzas del escombro
sobre los odios vestidos de blanco
y las coronas de crisantemos

dulce vida vení
con tus amores de estraperlo
tus lozanas noticias libertinas
tu memoria frutal
tu noche de las paces
vení con lluvia y sin diluvio
con sol y sin incendios

vení aunque te detengan
aunque te inmovilicen
en las ruinas del cielo
en la absurda pereza de la muerte

dulce vida vení
echate al hombro los fracasos
vení con tus trocitos de martirio
con tu sed y tu hambre venerables
con tu postal de mar
con tu bosque de vuelos

apurate y vení
antes de que la sangre se coagule
las bisagras se oxiden
la voz se vuelva un hilo

DISTANCIAS

MENOS TIEMPO QUE LUGAR

*Less time than place, less place than thought of place
And, if of substance, a likeness of the earth,
That by resemblance twanged him through and through*

WALLACE STEVENS

Lo propone el laúd / lo dice el péndulo
lo arrincona la noche / lo usa el río
el tiempo es una calma artesanal

hay montones de cielo en la ventana
luces que pasan como golondrinas
voces de padrenuestros y de réquiem

hay menos tiempo que lugar / no obstante
hay lugares que duran un minuto
y para cierto tiempo no ha lugar

lo propone el ritual / lo dice el faro
lo repite el viajero / lo aprende el nigromante
el tiempo es una calma artesanal

UNANIMIDAD

A Joaquín manso
siempre lo había conmovido la unanimidad
gracias a ella no se había fatigado en decir quién sabe
alzaba su voz de falsete en el coro de los hurras
participaba en los brindis de los alabanceros
y a menudo pernoctaba en tiernas pesadillas

a Joaquín manso lo entusiasmaba la unanimidad
se sentía arropado en las aprobaciones exhaustivas
feliz de no dudar / de no afiliarse a la sospecha
de no objetar ni desmentir a nadie
dichoso de que otros decidieran por él

Joaquín manso sentía la unanimidad como una vocación
como una laguna de recreo en plena canícula
como una recompensa de los dioses unánimes /
siempre la prefirió a la transigencia del consenso
y sobre todo a la fragilidad de las mayorías

por todo eso el día que se distrajo y sin mala leche
hizo algo que lo diferenció de sus colegas de plural
a Joaquín manso le sorprendió que ellos
sin tener para nada en cuenta su currículum
lo condenaran por unanimidad

DISTANCIAS

Lejos permaneció la cercanía
de antaño / y la de hoy / desorientada
inaugura precoz su retirada
y se pierde en su propia lejanía

toda vez que el ahora se vacía
en cada noche sin fulgor / en cada
asombrosa vislumbre de la nada
deja entrever que existe todavía /

el presente envejece en un instante
y escondido en ayeres desaparejos
se nutre de pasado / dios mediante /

el tiempo así regula sus manejos
y antes de que la bruma se levante
cada cerca se instala en otro lejos

EL AUTOR NO LO HIZO PARA MÍ

El autor no lo hizo para mí / yo tampoco
lo leo para él / yo y el libro
nos precisamos mutuamente / somos
una pareja desapareja /

el libro tiene ojos tacto olfato
hace preguntas y hace señas
puede ser una esponja que me absorbe
o un interlocutor vacío de prejuicios

el libro y yo tenemos un pasado
en común / con frutales seducciones
yo a veces le confisco a madame bovary
y él me despoja de ana karenina /
si nos empalagamos de esos amores yertos
ya somos otros y nos reconciliamos

el libro me provoca / me arranca confesiones
y yo le escribo notas en los márgenes
es una relación casi incestuosa
nos conocemos tanto que no nos aburrimos
él me describe cielos incendiados
y yo se los extingo con lágrimas marinas

no lo hizo para mí / ¿será por eso
que el rostro no me importa? / es un enigma /
yo sólo quiero descifrar el libro
y quedarme en su vida hasta mañana

POETA MENOR

*La meta es el olvido.
Yo he llegado antes.*

J. L. BORGES: "UN POETA MENOR"

Alguna vez le han dicho
en clave de odio manso
que es / que siempre ha sido
un poeta menor

y de pronto ha notado
que se sentía a gusto
en ese escalafón

en los años de vuelta
es muy gratificante
ser un poeta menor

cuando lee y relee
a sus poetas mayores
y dialoga con ellos
ya no de igual a igual
sino entre desiguales

asume sin recelo
la distancia cordial
y también sideral
que lo separa de ellos

lo bueno lo mejor
es que en esa distancia
no circula la envidia

los poetas mayores
son mayores de veras
entre otras razones
porque se los compara
con los poetas menores

su genio es la ventaja
sobre los desvelados
que hacen mala letra
por vocación y a veces
por equivocación

después de todo ¿qué
sería de los poetas
mayores sin los poetas
menores
sin su aliento?

los poetas menores
escriben a menudo
por amor / por temblor
y llaman al pan pan
o viceversa al vino vino

hacen versos a solas
en las terrazas
en los aeropuertos /

construyen sus silencios
en medio del fragor
y llenan de palabras
la cautela

ciertos lectores
dicen que son casi como ellos
(son lectores menores
por supuesto)

unos y otros admiran
a los poetas mayores
y se nutren con citas
de sus obras completas

en los años de vuelta
es muy gratificante
ser un poeta menor

LA POESÍA NO ES

La poesía no es un filtro de las cosas
ni un raro sortilegio ni un consejo rotundo
no está obligada a dar un mensaje profundo
ni a extraer del olvido las palabras ociosas

no es aurora de fuego ni boceto de diosas
ni suele describir los vitrales del mundo
no tiene por qué ser morral de vagabundo
y sin duda no es un camino de rosas

todo eso que no es ocupa larga lista
sin reglas definidas / poco convencional
más o menos un reto para el coleccionista

en cambio lo que es imprime su señal
y en el nuevo paisaje que propone el artista
la poesía asume su invento de lo real

RÉQUIEM POR AYRTON SENNA

Anoche cuando supe que ayrton senna
se había inmolado en el circuito imola
me invadió una lástima polvorienta
una tristeza residual

nunca sentí admiración por la fórmula uno
pero este paulista temerario y eufórico
que retaba a la muerte en bólidos de fuego
dilapidaba un coraje tan tercermundista
que había que apoyarlo cuando por ejemplo
sometía al primer mundo de alain prost

biografía de horizontes curvilíneos
jalonada de triunfos in extremis
transcurría allá lejos / caliente de amenazas
aerolito terrestre y chamuscado
descreído y creyente / despiadado y piadoso
artesano de su propio martirio

intempestivo y drástico / veloz como un sollozo
se salió de la pista y de la primavera
los sueños se quedaron sin vanguardia
ya nadie habrá de izarlos a trescientos por hora
y en tanto los profesionales del exceso aturden
enmudecemos de homenaje y pena

RETRATO DE VERDUGO CON LORO

Loro no me grites
loro callaté
por favor no abuses
de mi buena fe

no me desprestigies
eso no está bien
loro te lo advierto
por última vez

no lastimé a nadie
a nadie maté
y de todos modos
te recuerdo que

ése es un pasado
que no ha de volver
por algo los sabios
dijeron amén

sin embargo a veces
me pregunto quién
te habrá contagiado
todo ese desdén

loro bruto mira
que no me olvidé
de las viejas tretas
que fueron mi ley

así que no insultes
loro de cuartel
que si no te callas
te degollaré

CANCIÓN DE CUNA PARA UN DINOSAURIO

Duérmete dino ya no eres presagio
ya puedes descansar por dos milenios
has cambiado de envase y de epopeya
los endriagos suplentes te persiguen

duérmete saurio ya no eres historia
tu envergadura es poco clandestina
tu miseria entornece hasta a los pájaros
a nadie asusta tu carantamaula

duérmete dino y sueña con nosotros
el mesozoico se quedó allá lejos
duérmete saurio con tus huesos huecos
antes de que te quiten lo bailado

SEMÁFOROS

SEMÁFOROS

Rojo / como el que más /
radiante vino rojo
la herida de las vírgenes
el crepúsculo fucsia
el toro ya vencido
el corazón abierto
la rosa incandescente
el domingo que nace
rojo en el almanaque
el flamboyán de fuego
el balcón de geranios
la llama de tus labios

verde / como el que menos
vas respirando el árbol
descalza / sobre el césped
verde mediterráneo
verde desesperanza
verde de hoja y rocío
del azar paño verde
del loro de flaubert

de cezanne / de sillanpää
de juncos / de lisboa
del manto de los sueños
de tus ojos de miedo

¿NACIDO CUÁNDO, DÓNDE, POR QUÉ?

*Geboren wann und wo, warum?
nach Antwort schnappte, beichtete mein Stiff*

GÜNTER GRASS

Nacido como todos de un deseo
en la noche trivial y en la distancia
de la nada de ozono transeúnte
desnudo desde el vamos / aprendiz
de desdicha de culpas de inocencia
de goce cándido y dolor salvaje
nacido libre sin saberme libre
en la mirada abarcadora ciego
dueño precoz de una extinción remota
nacido al aire opaco y a su asfixia
a la dulzura de un pezón de néctar
a los enigmas de recién llegado

¿cuándo? ¿dónde? ¿por qué?
la parcela de siglo reservada
para ese nacimiento era maleza
borde revelador / caos sin mayorazgo
no se habían inventado todavía
napalm ni delfinarios
el sur estaba a prueba

¿dónde no fue? en el soplo del espacio
rodeado de gaviotas honorables
todo un hijo putativo del mar
¿cuándo no fue? en la navidad del perro
en la pascua del gato
o sea en el reino de los fieles

y entonces ¿dónde fue? a trasmano
entonces ¿cuándo fue? hace mucho
en resumidas cuentas
¿por qué? ¿por qué? ¿por qué?
ah corazón ¡si lo supiera!

TRIBUTO

a yoyes

Cuando aquella muchacha aquella taumaturga
aún no había empezado a ser cadáver
recibía diversos homenajes y ofrendas

en la ribera el agua lamía sus tobillos
las gaviotas planeaban y hasta las golondrinas
regresaban mucho antes de la fecha acordada
los naranjos le daban sus gajos predilectos
el césped se volvía más verde ante su paso
los picaflores y los papalotes
cooperaban en riesgos compartidos
y alguna que otra nube brindaba un aguacero
para limpiar el aire de amenazas

y sin embargo la balearon
por la espalda por nada y por las dudas
junto a su niña frágil

las gaviotas se han ido
y hasta las golondrinas
han resuelto quedarse en sus exilios
el naranjo y el césped se secaron
descienden las cometas de colores calientes
las nubes indignadas ya no lloran

y alguno que otro poeta va dejando
cada tributo en su memoria intacta
cada versito en su cadavercito

IRRESPIRABLE

Escombros de carbón
basuras de la ciencia
abandonos nucleares
sabores repugnantes de la nada

un cielo protector siempre al acecho
la asfixia de los códigos no escritos
el humilde presagio de las fosas
la gran terraza de la corrupción
la propuesta ritual de la ceniza

rutina de la ruina
sol a solas
gemido en si bemol
hondo animal de fondo la pobreza

cierto que el aire está
contaminado
pero ¿de qué?

AYER

Ayer pasó el pasado lentamente
con su vacilación definitiva
sabiéndote infeliz y a la deriva
con tus dudas selladas en la frente

ayer pasó el pasado por el puente
y se llevó tu libertad cautiva
cambiando su silencio en carne viva
por tus leves alarmas de inocente

ayer pasó el pasado con su historia
y su deshilachada incertidumbre /
con su huella de espanto y de reproche

fue haciendo del dolor una costumbre
sembrando de fracasos tu memoria
y dejándote a solas con la noche

LA PENA

La pena aletea como un fuego fatuo
sobre los cementerios y otras verbenas
es un fantasma de mejillas blancas
que se duele de todos y de nadie

la pena sueña con amaneceres / llora
con los ojos secos de tantísimo paisaje
y oculta tras el biombo de la madrugada
revisa sus miserias y dispensas

la pena hurga en las cenizas del placer
amora a la percanta que amuraba
amora con los gatos en las azoteas
y está más desahogada que en invierno

la pena vuela herida de agonía
sobre el manso país de suelo verde
mientras va deshojando las furias
que la trajeron hasta mí hasta vos

AHÍ NOMÁS

En el manso dolor que te perturba
cuando asumes lejano cómo vibra o jadea
la inocencia del otro

en la desolación convertida en crisálida
en el silencio lleno de palabras nonatas
en el hueco del llanto inmerecido
en tu ausencia de dioses
en la asunción de tus mejores miedos
en tus cenizas de utopía
en tu fe de a pesar / de sin embargo

ahí nomás
precisamente ahí
se oculta / resiste / permanece
la caverna profunda / inexpugnable
que algunos / unos pocos
dicen que es la conciencia

PENÚLTIMO MENSAJE DEL SUICIDA INDECISO

¿Qué sinrazones tengo para irme?
vivo colgado del amor y desfallezco
me bato con el prójimo a sablazos
vigilo el horizonte de brujas y acreedores
en vano tallo el grito la roca la paciencia
ya no soporto el mar de los felices
me hundo en el subsuelo de la tranquilidad
soborno a mi conciencia con clemencia y basura

todavía no sé si abrir el gas
o volarme la tapa de los sesos

como veréis malditos
se trata del penúltimo mensaje
porque el siguiente / que no el último
apenas si dirá / aquí estoy de vuelta
vida de mierda / dame
por undécima vez
la bienvenida

ADIÓS A NADIE

Nadie sin nada
nadie huraña invisible
evadida silente desprovista
nadie sin nada
hueca
sé que estás a mi vera
sin rostro
sin latido

nadie a quien nadie ha visto
ni oído ni tocado
nadie desangelada
nadie desdemoniada
nadie única eterna inexistente

yo que tarde o temprano seré nadie
yo que también soy nadie
hermana
te despido

ANESTESIA

La anestesia me introduce en una provincia de la eternidad
me recompensa con una borrachera de infancia
no la mía / otra infancia / la que vale
me brinda un perro fiel que corre por la playa
y vuelve a mí con un crucifijo entre los dientes

la anestesia me colma de semáforos verdes
me provee de una blanda paciencia sin razón ni motivo
me hace creer que estoy insomne bajo la lluvia liberadora
y me deja ceñir sin cauterio ni achaques
la cintura seminal de la única muchacha prohibida

pero poquito a poco la tramposa
me desampara me abandona me despierta
voy cautelosamente volviendo en mí
y claro la vigilia me aguarda con un dolor espeso
distingo un cielorraso con lamparones de desengaño
y oigo quejidos toses náuseas maldiciones

se trata simplemente
de los que a duras penas llegan
de otras lejanas
anestias

EL MAGO

Extrae conejitos de una sota de bastos
improvisa palomas desde su manga ancha
introduce a su núbil compañera
con frágiles tetitas y amplias garantías
en baúl carmesí que tiene sus otoños
luego hiere ese claustro con espadas de lástima
y por fin la rescata sin el menor descuento

un silencio piadoso se desgrana en aplausos /
él sabe que sería mundialmente aclamado
sólo si los remotos huérfanos se madraran
si acaso aparecieran los desaparecidos
o si los ojos de la nuca vieran
igual que los fanales
clarividentes de los búhos
o si la sangre armara los tatuajes
de espectros y de espantos
amurados ahora
en el desuso y la vergüenza

claro que el mago sabe qué imposibles
se aguardan de su magia
y entonces de rodillas le pide a su paloma
que retribuya dones y le borre
tanta ausencia de amor y de tristeza

SUEÑOS

Los sueños de la siesta
no son los mismos que los de la noche

sueño en la noche a veces
con tapias / hondonadas
las embestidas del pampero
la lluvia en los cristales
el perdón insolente
y alguna empuñadura que golpea
en este corazón
y no le abro

pero en la siesta sueño
que soy yo mismo duende del otoño
y en consecuencia un eco del aljibe
el viento que se arruga
la salmodia frutal del aguacero
la empuñadura que golpea
en otro corazón
y no me abren

los sueños de la siesta
no son los mismos que los de la noche

sueño en la noche a veces
con equis no zanjadas / con farolas
que parpadean en la bruma
sueño con lúbricas tristezas
con silencios de huérfano
y alguna empuñadura que golpea
en este corazón
y no le abro

pero en la siesta sueño
con el lindo martirio
del amor y otros prófugos
con el beso de lágrimas
con la vida imposible
y con mi empuñadura que golpea
en otro corazón
y no me abren

a qué negarlo
los sueños de la siesta
no son los mismos que los de la noche

ECLIPSES

El corazón y el sol tienen sistemas
y también eclipses y mala sombra

cuando el sol temprano ilumina los rostros
o el corazón insemina los campos
todo el mundo se muestra generoso
y los cuerpos se vuelven seductores

cuando el sol va encendiendo los abrazos
o el corazón las copas de los árboles
el remolino mundo se descalza y revive
y los cuerpos florecen

cuando el sol ilumina los presagios
o el corazón las palabras del mar
cada mundo nupcial se libra del pudor
y los cuerpos aprenden

pero si el sol o el corazón se esconden
devorados por buitres gigantesco
o tapados por lápidas que son como rencores
si el sol de siempre o el corazón se apagan
cubiertos por el asco esa neblina
o el silencio infecundo de los gritos

entonces este mundo se detiene azorado
y los cuerpos sucumben en el cepo del frío

NUBE

La misma nube podría ser
cabeza de caballo o cigüeña de iglesia
flecha de muerte o campana loca
árbol o guirnalda
paloma o jabalina

lo cierto es que la forma
y el contenido de una nube
dependerán de cómo la miremos
por ejemplo desde un dolor inmóvil
o cerrazón de dudas
desde preguntas de humo
o silencios del goce

vaya uno a saber

pero mientras tanto
la nube se ha fugado

SILENCIO EN DEYÁ

a bud y claribel

The rest is silence dijo el william
pero los decibelios achican ese resto

el estruendo a mansalva que sobrevuela miedos
el hervor y el fervor de los estadios
el estampido de las amenazas
el retumbo y el aullido del rock
el altavoz de las homilías
el gargarismo de las metralletas
el matagatos de los demagogos
todo estalla crepita alborota

the rest is silence dijo el william
un resto que es vacío / hueco indócil

sólo en una ocasión rocé el silencio puro
y fue en deyá / un pueblo poco menos
que colgado entre cumbres de mallorca
era noche de otoño y el silencio
el no ruido / el mutismo del mundo
era tan absorbente tan compacto
que no pude evitar meterme en su caverna
y desde aquel entonces no he salido

y así mientras mi cuerpo anda / brega / porfía
y mi oído recibe y mi voz argumenta
cierta esencia de mí / mi alma o lo que sea
se repliega en el tiempo y permanece
alerta en el silencio de deyá

EL AMOR
ES UN CENTRO

BELLAS PERO

¿En qué se asemejan después de todo
esas muchachas sin niebla
de amsterdam madrid parís berna florencia
dueñas de esas largas bien torneadas piernas
rotundas pese al frío?

¿qué tienen en común esas ex vírgenes
que en el aire otoñal van a su aire
con su muestrario de besos filatélicos
y el vértice de musgo / el bienvenido?

¿por qué transitan móviles esbeltas
gráciles como aves migratorias
seguras de su suerte y de su noche
clandestinas y obscenas en su encanto?

¿será que su prolija geografía existe
gracias a sed y hambre remotas
de pies oscuros en el barro / de caminos de irse
de fronteras sin donde?

¿o será que su magia se consuma
sin culpa / pero gracias a otros mundos
vale decir se nutre involuntariamente
de la vieja fealdad de la pobreza?

EL AMOR ES UN CENTRO

Una esperanza un huerto un páramo
una migaja entre dos hambres
el amor es campo minado
un jubileo de la sangre

cáliz y musgo / cruz y sésamo
pobre bisagra entre voraces
el amor es un sueño abierto
un centro con pocas filiales

un todo al borde de la nada
fogata que será ceniza
el amor es una palabra
un pedacito de utopía

es todo eso y mucho menos
y mucho más / es una isla
una borrasca / un lago quieto
sintetizando yo diría

que el amor es una alcachofa
que va perdiendo sus enigmas
hasta que queda una zozobra
una esperanza un fantasmita

PIES HERMOSOS

La mujer que tiene los pies hermosos
nunca podrá ser fea
mansa suele subirle la belleza
por tobillos pantorrillas y muslos
demorarse en el pubis
que siempre ha estado más allá de todo canon
rodear el ombligo como a uno de esos timbres
que si se les presiona tocan para elisa
reivindicar los lúbricos pezones a la espera
entreabrir los labios sin pronunciar saliva
y dejarse querer por los ojos espejo

la mujer que tiene los pies hermosos
sabe vagabundear por la tristeza

LA HIJA DEL VIEJITO GUARDAFARO

*Era la hija del viejito guardafaro
la princesita de aquella soledad*

ILUSIÓN MARINA, vals de
GERÓNIMO Y ANTONIO SUREDA

Cuando la hija del viejito guardafaro
dejaba el faro y bajaba a tierra
los rudos no podían soportar su belleza
tan sólo la seguían con los ojos y labios
paralizados por su cercanía
y si en la noche hallaban en su cama
a la mujer de siempre no podían
borrar aquel recuerdo y fracasaban

la hija del farero llegaba hasta el mercado
compraba frutas carne pan cebollas
tomates azafrán pollo merluza
vale decir los víveres para cuatro semanas
pagaba y sonreía y emprendía la vuelta
y treinta marineros le hacían un pasillo
para que transcurriera su hermosura
y ella gozosamente transcurría

y si a la noche el faro se encendía
los pescadores y los alfareros
los tenderos y los motociclistas
los viejos verdes y los adolescentes
abrían las ventanas y los párpados
para que así la hija del farero
los envolviera con su luz
inalcanzable intermitente

EUROVISIÓN 1994

Uno cantó / ella no es ella
otra cantó / yo no soy yo

¿será que ya no somos?
¿será que somos otros?

¿será que los candores se escurrieron
y fueron reemplazados
por configuraciones / códigos de fusión?

¿será que nos quedamos
huérfanos de señales
flojos de identidad?

ella no es ella
para él
tampoco es ella
para ella

y ustedes / otros / otros
montoncito de ellos
incendiarios / corruptos /
relamidos / hipócritas /
¿quiénes son? ¿quién
les regaló la suerte?
¿quién les bordó el futuro?
¿por qué no quieren que seamos?

quédate en la hostia / dijo vallejo
y agreguemos / modestos / marginados /
sí / quédate en la hostia / aunque sea
una hostia sin dios
tu pan de veras

LA OCTAVA

Ahora que es el fin
y ya todos las vieron
de perfil y de frente
in pectore y al dorso
en tules y de largo
no pueden haber dudas
la reina es la más linda

ah sí/ pero la octava
la octava de la izquierda
tampoco caben dudas
ésa es la cautivante
sus dos centímetros de menos
sus seis centímetros de más
como decía el viejo nietzsche
la hacen humana
demasiado humana

la reina es la más linda
pero la octava de la izquierda
es la más seductora

quién podrá resistirse
a sus labios en pena
sus ojos de vencida
su tristeza en bikini

TAN DE VERAS

Lejos quedó el exilio
descubierto en ensueños brumosos
o cubierto de olvido
un jardín más o menos irrisorio
del que tomamos cuatro rosas
y las miramos y cantamos y usamos
hasta que perdieron argumentos y pétalos

es posible que hayamos olvidado
sus esquinas sus túneles sus mendigos
sus cielos sin cometas sin estrellas
sus quietudes del alma y sus estruendos
mas no olvidaremos sus consolaciones
el gozne de sus manos abriéndose
sus pupilas de locura manirrota
su lástima y su risa tan de veras

ALMOHADAS

Nunca me ha sido fácil
encontrar la almohada
adecuada a mis sueños
a su medida exacta

en la cabeza noche
se cruzan las fatigas
se ahondan las arrugas
de la pobre vigilia

en la cabeza noche
huyen despavoridos
los árboles los muros
los cuerpos de aluminio

yo no elijo mis sueños
es la almohada / es ella
la que los incorpora
en desorden de feria

mucho menos elijo
las pesadillas locas
esos libros del viento
sin letras y sin hojas

pero al cabo de tantas
almohadas sin cuento
sin historia y sin alas
como siempre prefiero

la de tu vientre tibio
cerca cerca cerquita
del refugio imantado
de tus pechos de vida

SEÑALES

En las manos te traigo
viejas señales
son mis manos de ahora
no las de antes

doy lo que puedo
y no tengo vergüenza
del sentimiento

si los sueños y ensueños
son como ritos
el primero que vuelve
siempre es el mismo

salvando muros
se elevan en la tarde
tus pies desnudos

el azar nos ofrece
su doble vía
vos con tus soledades
yo con las mías

y eso tampoco
si habito en tu memoria
no estaré solo

tus miradas insomnes
no dan abasto
dónde quedó tu luna
la de ojos claros

mírame pronto
antes que en un descuido
me vuelva otro

no importa que el paisaje
cambie o se rompa
me alcanza con tus valles
y con tu boca

no me deslumbres
me basta con el cielo
de la costumbre

en mis manos te traigo
viejas señales
son mis manos de ahora
no las de antes

doy lo que puedo
y no tengo vergüenza
del sentimiento

DESPABÍLATE AMOR

Bonjour buon giorno guten morgen
despabílate amor y toma nota
sólo en el tercer mundo
mueren cuarenta mil niños por día
en el plácido cielo despejado
flotan los bombarderos y los buitres
cuatro millones tienen sida
la codicia depila la amazonia

buenos días good morning despabílate
en los ordenadores de la abuela onu
no caben más cadáveres de ruanda
los fundamentalistas degüellan a extranjeros
predica el papa contra los condones
havelange estrangula a maradona

bonjour monsieur le maire
forza italia buon giorno
guten morgen ernst junger
opus dei buenos días
good morning hiroshima

despabílate amor
que el horror amanece

VERDES

Defienden las praderas
la verde mar la selva
las alfombras de césped
las hiedras trepadoras
la amazonia humillada
la sombra de los pinos

coleccionan sus glaucos
desde el verde botella
hasta el verde esmeralda
se atiborran de tréboles
cultivan la esperanza
y particularmente
espían a muchachas
tiernas y de ojos verdes

después de todo y pese a todo
los viejos verdes son los únicos
ardientemente ecologistas

MUJER DE LOT

Mujer estatua / tu historia
azul verde malva roja
quedó blanca de congoja
extenuada y sin memoria

mujer estatua / por suerte
fuiste hueso / carne fuiste
y sin embargo qué triste
es tenerte y no tenerte

mujer con lluvia y pasado
avara de tus mercedes
ojalá escampe y te quedes
para siempre de este lado

mujer de sal y rocío
tu corazón sigue en celo
y tu voz está de duelo
como la tierra y el río

no olvides que no se olvida
hacia atrás o hacia adelante
ya el castigo fue bastante
reincorpórate a la vida

con audacia / sin alertas
con razón o sin motivo
mujer de lot / te prohíbo
que en estatua te conviertas

mujer otra / diferente
si no fuera juez y parte
jugaría a desnudarte
lentamente / lentamente

TRAIGO EL MAR EN UN DEDAL

La rosa de oro
no se marchita
ni tiene aroma
el cielo ajeno
que te envenena
ya no es azul

traigo el mar en un dedal
y tu rostro es la noticia
mis utopías
tienen el sello
de tu caricia

si la memoria
no cuenta cosas
maravillosas
y si el hastío
cubre la noche
de desamor

si amanece la verdad
con su gallo agradecido
mis fantasías
inventan leyes
contra tu olvido

si mi flojera
tiene el delirio
de ser valiente
y tu cordura
sabe mezclarse
con el placer

traigo el mar en un dedal
y tu rostro es mi amuleto
con nadie hablo
de tus perdones
guardo el secreto

TRUEQUE

Me das tu cuerpo patria y yo te doy mi río
tú noches de tu aroma / yo mis viejos acechos
tú sangre de tus labios / yo manos de alfarero
tú el césped de tu vértice / yo mi pobre ciprés

me das tu corazón ese verdugo
y yo te doy mi calma esa mentira
tú el vuelo de tus ojos / yo mi raíz al sol
tú la piel de tu tacto / yo mi tacto en tu piel

me das tu amanecida y yo te doy mi ángelus
tú me abres tus enigmas / yo te encierro en mi azar
me expulsas de tu olvido / yo nunca te he olvidado
te vas te vas te vienes / me voy me voy te espero

TÍBULOS

a ernesto sabato

Hace ya medio siglo
don nicola creía
que el lascivo prostíbulo
y el discreto vestíbulo
eran lo mismo

por entonces las vírgenes
besaban a sus novios
en el vestíbulo

y los novios seguían
cursos de sexo básico
en el prostíbulo

ahora las casas vienen
con poquísimas vírgenes
y sin vestíbulo

y los hombres de empresa
exigen cinco estrellas
en el prostíbulo

ay don nicola
por fin tus dos palabras
son una sola

RE/CREACIONES

APOCALIPSIS VENIAL

La calumnia como hiroshima de bolsillo
el desierto como adversario unánime
el silencio como razón de estado
la hipocresía como recoveco de la gloria
el desamor como metáfora de fuego
transcurren arrasando
arrasan empujando
a los indigentes desvalidos cándidos
justo hasta el borde de un abismo cualquiera
donde las soledades aúllan como lobos

MUTIS

Dios morirá de viejo
pesaroso y hastiado
triste por no poder
encomendarse
a dios

SI DIOS FUERA MUJER

¿y si Dios fuera una mujer?

JUAN GELMAN

¿Y si dios fuera una mujer?
pregunta juan sin inmutarse

vaya vaya si dios fuera mujer
es posible que agnósticos y ateos
no dijéramos no con la cabeza
y dijéramos sí con las entrañas

tal vez nos acercáramos a su divina desnudez
para besar sus pies no de bronce
su pubis no de piedra
sus pechos no de mármol
sus labios no de yeso

si dios fuera mujer la abrazaríamos
para arrancarla de su lontananza
y no habría que jurar
hasta que la muerte nos separe
ya que sería inmortal por antonomasia
y en vez de transmitirnos sida o pánico
nos contagiaría su inmortalidad

si dios fuera mujer no se instalaría
lejana en el reino de los cielos
sino que nos aguardaría en el zaguán del infierno
con sus brazos no cerrados
su rosa no de plástico
y su amor no de ángeles

ay dios mío dios mío
si hasta siempre y desde siempre
fueras una mujer
qué lindo escándalo sería
qué venturosa espléndida imposible
prodigiosa blasfemia

RE/CREACIONES

Cuando adán el primero
agobiado por eva y por la soledad
inventó cautelosamente a dios
no tenía la menor idea
de en qué túnel de niebla había metido
a su desvalido corazón

pero cuando su invento lo obligó a hacer ofrendas
a rezar y a borrarse del placer
o a cambiar los placeres por el tedio
adán / a instancias de eva la primera /
de un soplido creó el agnosticismo

MERCADERES

Cuando Jesús arrojó del templo
a los estupefactos mercaderes
los defenestrados juraron vengarse

durante casi dos milenios se reunieron
en roma en París en wall street
en londres en la meca en las malvinas

se entrenaron disparando dardos
contra un cristo de cartón piedra
y para darse ánimos lo insultaban
en arameo en fenicio en hebreo
en árabe en griego en cananeo
y últimamente en polaco y en inglés

con paciencia batracia los mercaderes
esperaron al vicario apropiado y entonces
invadieron triforio y tabernáculo
naves laterales y presbiterio
y con la imprescindible bendición papal
expulsaron del templo a Jesús nazareno

JÚPITER Y NOSOTROS

Esta vez fue un cometa que sacudió a júpiter
y creemos saberlo todo de esa incandescencia
¿y si otra vez / dentro de tres milenios
o de un lustro o de una sola noche
otro cometa nos eligiera para acribillarnos
y en un abrir y cerrar de lunas
nos convirtiera en cándida ceniza?

¿acaso estamos preparados
para admitir nuestra intrascendencia
para aceptar que en realidad
no hay dios al que adular?

¿acaso estamos preparados
para dormir el sueño de los injustos
para quedarnos sin amigos ni enemigos?
¿acaso estamos preparados
para ser nadie?

una cosa es morir y que otros queden
para maldecirnos o llorarnos
una cosa es morir pero que sobreviva
la hiel de nuestra vida derramada
y otra cosa es morir y que el vacío
nos absorba en su cráter infinito

¿y si en júpiter hubiera formas / fuentes
privilegios de vida / nieves o llamaradas
conciencia hecha de alas o de branquias
ojos sin la costumbre de mirar
simulacros de cuerpos y destellos
extrañas sinrazones o razones de amor?

¿y si en júpiter supieran
cómo apagar el fuego?

HOTEL DEL ABISMO

Fue como en un delirio
así que no recuerdo
si el hotel del abismo
era un abyss sheraton
o un abyss hilton

sé sin embargo que ostentaba
cinco estrellas
todas fugaces
una piscina olímpica
de ozono azul
y dos enormes ventanales
uno con vista a un remoto big bang
y otro al big crump / ese destino

también tengo presente
a un huésped distinguido
un tal jean baudrillard
que aplaudía
frenético
la prodigiosa llaga del big crump
tan cerca de sus manos condenadas

QUIÉN SABE

¿Te importa mucho que dios exista?
¿te importa que una nebulosa te dibuje el destino?
¿que tus oraciones carezcan de interlocutor?
¿que el gran hacedor pueda ser el gran injusto?
¿que los torturadores sean hijos de dios?
¿que haya que amar a dios sobre todas las cosas
y no sobre todos los prójimos y prójimas?
¿has pensado que amar al dios intangible
suele producir un tangible sufrimiento
y que amar a un palpable cuerpo de muchacha
produce en cambio un placer casi infinito?
¿acaso creer en dios te borra del humano placer?
¿habrá dios sentido placer cuando inventó a eva?
¿habrá adán sentido placer cuando inventó a dios?
¿acaso dios te ayuda cuando tu cuerpo sufre?
¿o no es ni siquiera una confiable anestesia?
¿te importa mucho que dios exista? ¿o no?
¿su no existencia sería para ti una catástrofe
más terrible que la muerte pura y dura?
¿te importará si te enteras que dios existe
pero está inmerso en el centro de la nada?
¿te importará que desde el centro de la nada
se ignore todo y en consecuencia nada cuente?
¿te importaría la presunción
de que si bien tú existes
dios quién sabe?

ADDENDA

VUELTA AL PRIMER OLVIDO

Seguramente mi primer olvido
tuvo una cuna de madera tibia /
a trocitos fui armando evocaciones
de la matriz recién abandonada
ese lecho de jugos y de sombras
donde a través de tímidas membranas
sensibles como hojas de mimosa
iba aprendiendo claves de mi eva
esa evamadre venidera y mía

pude encontrar a tientas sus recelos
frente al azar agüero que aleteaba en la sombra
olvidé el estupor la esperanza los surcos
de sus insomnios siempre candorosos
y descarté el mundo y sus clamores
que no cesaban ni siquiera cuando
el silencio caía como un manto plomizo

aquel primer olvido empezó en una
dulzura no buscada ni encontrada /
el júbilo se alió con la congoja
y los brazos maternos fueron nido /
era imposible descubrir la lluvia
y por tanto olvidar su transparencia

por cierto me gustaba alejarme del frío
cuando un solcito arisco aparecía
en franjas en volúmenes en muros
y era lindísimo olvidar el hambre
en el pezón o surtidor primero

vacío de memoria estaba aquel olvido
vacío porque apenas se iba ensimismando

la nada era su prólogo a hurtadillas
su manantial de amnesia

bautizaba mi rostro un aire nuevo
la novedad era sin duda el aire /
a respirar se aprende fácilmente
a mover una mano y a llorar
como precaria muestra de estar vivo

mi olvido tan silvestre no tenía
memoria de nosotros / sólo era
un olvido solito individual
casi sin corazón y hecho de sustos

había estrellas y no lo sabía
llegaban besos y no los besaba
en mi almario quedaban risas / muecas
es raro inaugurarse entre conjuros
de quiénes y de qué fanal remoto

mi olvido purgatorio estaba lleno
de turbonadas y desolaciones
del más allá enigmático
del más acá sin dudas
yo era nadie en mi primer olvido
no había una memoria disponible
ni otro nadie dispuesto a servirme de espejo

después / tanto después
hechos empedernidos / albas / lunas
las palabras no dichas y las dichas
los sagrados desnudos del amor
las bocinas del odio / los temblores
de la tierra y el cielo
las piernas de mujeres milagrosas
la honda de david en manos de goliat
los rincones de la melancolía
la cicatriz que inculpa y no perdona
cepos de la vigilia / tálamos de la noche

mensajes del extraño y del contiguo
el olor de los cuerpos / la intemperie
con agonías y cosmogonías
el placer asediado
la lección de las piedras
los razonables pozos de la muerte
las buenas sinrazones de la vida

toda esa memoria congelada
con desvíos del tiempo y de la ruta
fue llenando los cofres del olvido

resumiendo
y ya que ciertamente
el olvido está lleno de memoria
vamos a destaparlo / a revelarlo
sin mezquindades ni pudores tibios /
vamos a compartir los sueños con los sueños
del prójimo más próximo y más niño

ÍNDICE

EL OLVIDO ESTÁ LLENO DE MEMORIA

Ese gran simulacro	13
¿Cosecha de la nada?	14
Olvidadores	15
Ah las primicias	16
Nomeolvides	17
Sólo un detalle	18
Variaciones	19
La culpa	20
Se había olvidado	21

EL PORVENIR DE MI PASADO

Nacimiento	25
Voyeur	26
Desganás	27
Tribu	28
El pusilánime	30
La misma pócima	31
Pasos	32
Nada más que un búho	33
Pájaros	34
Test	35
Altri tempi	36
Te acordás hermano	37
Conservadores	39
El porvenir de mi pasado	40

AGUAS JURISDICCIONALES

Dice el hombre en la orilla	45
Náufragos	47
Lluvia sobre el mar	48
Una gaviota en el lago Lemán	49
El ojo del pez	51

Mar de la memoria	52
Buenos días Gabriel	53
La creciente	54
Luna de idilio	55
Llueve con flechas rotas	56

TRISTEZAS/ALEGRÍAS

Vísperas	59
Duendes de nunca	61
Fuego mudo	62
Solazarte en ellas	63
Burbuja	64
Tristezas/alegrías	65
La noticia veneno	67
Sequía	68
Cuento de hadas (tango)	69
La crisis	70
Ven dulce vida	71

DISTANCIAS

Menos tiempo que lugar	75
Unanimidad	76
Distancias	77
El autor no lo hizo para mí	78
Poeta menor	79
La poesía no es	82
Réquiem por Ayrton Senna	83
Retrato de verdugo con loro	84
Canción de cuna para un dinosaurio	85

SEMÁFOROS

Semáforos	89
¿Nacido cuándo, dónde, por qué?	90
Tributo	92
Irrespirable	93
Ayer	94
La pena	95
Ahí nomás	96
Penúltimo mensaje del suicida indeciso	97

Adiós a nadie	98
Anestesia	99
El mago	100
Sueños	101
Eclipses	103
Nube	104
Silencio en deyá	105

EL AMOR ES UN CENTRO

Bellas pero	109
El amor es un centro	110
Pies hermosos	111
La hija del viejito guardafaro	112
Eurovisión 1994	113
La octava	114
Tan de veras	115
Almohadas	116
Señales	117
Despabilate amor	119
Verdes	120
Mujer de Lot	121
Traigo el mar en un dedal	122
Trueque	124
Tíbulos	125

RE/CREACIONES

Apocalipsis venial	129
Mutis	130
Si Dios fuera mujer	131
Re/creaciones	133
Mercaderes	134
Júpiter y nosotros	135
Hotel del abismo	137
Quién sabe	138

ADDENDA

Vuelta al primer olvido	141
-------------------------------	-----

EL PORVENIR

DE MI PASADO

© Mario Benedetti, 2003

© Santillana Ediciones Generales, S.A., 2003

Impreso en Barcelona (España)

ÍNDICE

[Nota Previa](#)

[El Porvenir de mi pasado](#)

EL GRAN QUIZÁS

[Viudeces](#)

[Mellizos](#)

[¿Quién mató a la viuda?](#)

[Cinco sueños](#)

[Conclusiones](#)

[Datos sobre Braulio](#)

[El hallazgo](#)

[Reencuentro](#)

[La señorita Rodríguez](#)

[No](#)

[Témpano](#)

[Alguien](#)

UTOPIÍA

[Utopía](#)

[Poste restante](#)

[Suicidio más / suicidio menos](#)

[Cuarteto](#)

[Desde Ginebra](#)

[Pretérito imperfecto](#)

[Viceversa](#)

[Pasos del hombre](#)

[Sñar en voz alta](#)

[Tango](#)

[Omblios](#)

[Ah, los hijos](#)

[Taquígrafo Martí](#)

BRINDIS

Brindis

Amores de anteayer

De jerez a jerez

Echar las cartas

El tiempo pasa

Amor en vilo

Niñoquepiensa

Otras alegrías

Vislumbres

Dialéctica de mocosos

El idilio del odio

Casa vacía

Aniversario

Viejo huérfano

LA TRISTEZA

La tristeza

La tristeza

Huellas

Realidades que se acaban

Sobre pecados

Tiempo salvaje

Voz en cuello

En familia

Cuatro en una celda

Ella tan sola

Túnel en duermevela

Nota previa

Los textos incluidos en este volumen (salvo «Niñoquepiensa», que es de 1956) fueron escritos entre los años 2000 y 2003.

Tanto los cuentos como los poemas que preceden a algunas de las secciones son inéditos, con sólo tres excepciones: «Utopías», que apareció en el semanario *Brecha*, de Montevideo, y «Echar las cartas», publicado por la *Revista de Humanidades*, de Madrid, y por último «Túnel en duermevela», que desde su origen integró este volumen, pero fue asimismo incorporado al tomo de poemas *Insomnios y duermevelas*, de 2002.

En cuanto a «Niñoquepiensa», escrito en 1956, si bien fue publicado en 1961 con otras crónicas humorísticas, nunca fue incorporado a los libros de cuentos. No obstante tuvo mucha difusión, ya que desde hace casi cincuenta años viene siendo presentado como monólogo en una versión desopilante del actor Alberto Sobrino.

M.B.

EL PORVENIR DE MI PASADO

Eso fui. Una suerte de botella echada al mar. Botella sin mensaje. Menos nada. Nada menos. O tal vez una primavera que avanzaba a destiempo. O un suplicante desde el Más Acá. Ateo de aburridos sermones y supuestos martirios.

Eso fui y muchas cosas más. Un niño que se prometía amaneceres con torres de sol. Y aunque el cielo viniera encapotado, seguía mirando hacia delante, hacia después, a renglón seguido. Eso fui, ya menos niño, esperando la cita reveladora, el parto de las nuevas imágenes, las flechas que transcurren y se pierden, más bien se borran en lo que vendrá. Luego la adolescencia convulsiva, burbuja de esperanzas, hiedra trepadora que quisiera alcanzar la cresta y aún no puede, viento que nos lleva desnudos desde el suelo y quién sabe hasta (y hacia) dónde.

Eso fui. Trabajé como una mula, pero solamente allí, en eso que era presente y desapareció como un despegue, convirtiéndose mágicamente en huella. Aprendí definitivamente los colores, me adueñé del insomnio, lo llené de memoria y puse amor en cada parpadeo.

Eso fui en los umbrales del futuro, inventándolo todo, lustrando los deseos, creyendo que servían, y claro que servían, y me puse a soñar lo que se sueña cuando el olor a lluvia nos limpia la conciencia.

Eso fui, castigado y sin clemencia, laureado y sin excusas, de peor a mejor y viceversa. Desierto sin oasis. Albufera.

Y pensar que todo estaba allí, lo que vendría, lo que se negaba a concurrir, los angustiosos lapsos de la espera, el desengaño en cuotas, la alegría ficticia, el regocijo a prueba, lo que iba a ser verdad, la riqueza virtual de mi pretérito.

Resumiendo: el porvenir de mi pasado tiene mucho a gozar, a sufrir, a corregir, a mejorar, a olvidar, a descifrar, y sobre todo a guardarlo en el alma como reducto de última confianza.

EL GRAN QUIZÁS

Me voy en busca del gran quizás

(últimas palabras pronunciadas

por Rabelais, antes de morir)

VIUDECES

Eugenia, Iris, Lucía y Nieves eran amigas desde Primaria. Salvo cuando alguna estaba de viaje, se reunían cada dos viernes para intercambiar chismes y nostalgias. Las cuatro estaban casadas, pero no tenían hijos. Gracias a las lucrativas profesiones de sus maridos (un abogado, dos contadores, un arquitecto), gozaban de un buen nivel de vida y lo aprovechaban para manejarse en un plausible estrato cultural.

Fue en uno de esos viernes que Iris aguardó a sus amigas con un planteo original.

—¿Saben qué estuve pensando? Que nuestros queridos maridos nos llevan algunos años, así que lo más probable es que se mueran antes que nosotras. Ojalá que no, pero es bastante probable. Mientras tanto ¿qué podemos hacer? Pensando y pensando, de insomnio en insomnio, llegué a la conclusión de que en ese caso infortunado, nosotras, cuatro viudas todavía presentables, podríamos alquilar (o adquirir) una casa bien comfortable, con un dormitorio para cada una, con una sola mucama y una sola cocinera (¿para qué más?). Y un solo automóvil, a financiar colectivamente. ¿Qué les parece? Ya hablé con el Flaco y me dio su visto bueno.

Las otras tres se miraron casi estupefactas, pero al cabo de una media hora esbozaron una sonrisa no exenta de esperanza.

Seis meses después de ese viernes tan peculiar, una de las cuatro, la pelirroja Lucía, sucumbió como consecuencia de un infarto totalmente inesperado. Para las otras tres fue un golpe sobrecogedor, algo así como si la infancia se les hubiera quebrado para siempre. También a Edmundo, el viudo de Lucía, le costó sobreponerse.

Sin embargo no había pasado un año desde aquella desgracia, cuando citó a su hogar de viudo a los otros tres maridos y les expuso su planteo:

—¿Saben qué estuve pensando? Que así como yo quedé viudo, eso también les puede ocurrir a ustedes. No es un pronóstico, entiéndanme bien, es sólo una posibilidad, un juego del azar. Y si eso ocurriera ¿qué harían? Pensando y pensando llegué a la conclusión de que en ese triste caso, nosotros, cuatro viudos con cierto margen de supervivencia, podríamos alquilar (o comprar) una casa bien cómoda, con cuatro dormitorios independientes, con una mucama, una cocinera y un solo coche de segunda mano pero en buen estado, que usaríamos y financiaríamos entre los cuatro. ¿Qué les parece?

Los otros tres quedaron con la boca abierta. Al fin uno estornudó, otro bostezó y el tercero se pellizcó una oreja. De pronto, y sin que ninguno lo

advirtiera, en las tres miradas de hombres mayores, algo cansados, nació una expectativa.

MELLIZOS

Leandro y Vicente Acuña eran gemelos, tan pero tan iguales que ni siquiera los padres eran capaces de diferenciarlos. No era raro que uno de los dos cometiera un desaguisado y la bofetada correctiva la recibiera el otro. En la etapa estudiantil todas fueron ventajas. Se repartían cuidadosamente las materias. Si eran ocho, cada uno estudiaba cuatro y rendía dos veces el mismo examen, una como Leandro y otra como Vicente. Para ese par de aprovechados la sinonimia orgánica constituía normalmente una diversión, y cuando se encontraban a solas repasaban, a carcajada limpia, las erratas de la jornada.

Leandro era un centímetro más alto que Vicente, pero nadie andaba con un metro para comprobarlo. Por añadidura, ambos usaban boinas, una verde y otra azul, pero se las intercambiaban sin el menor escrúpulo.

El problema sobrevino cuando conocieron a las hermanas Brunet: Claudia y Mariana, también mellizas gemelas y turbadoramente idénticas. Como era previsible, los Acuña se enamoraron de las Brunet y viceversa. Dos a dos, seguro, pero quién de quién.

Claudia creyó prendarse de Leandro, pero su primer beso apasionado lo recibió Vicente. Ese error también originó el conflicto interno entre los Acuña, y no fue totalmente resuelto con el recurso del humor.

En otra ocasión, Vicente fue al cine con Mariana.

Cuando la película llegó a su fin y se encendieron las luces, ella contempló el brazo desnudo del mellizo de turno, y dijo, con un poco de asombro y otro poco de sorna: «Ayer no tenías ese lunar».

El desenlace de aquellas semejanzas encadenadas fue más bien sorpresivo. Una tarde en que Claudia viajaba en un taxi junto a su padre, al chofer le vino un repentino desmayo y el coche se estrelló contra un muro. El chofer y el padre quedaron malheridos pero sobrevivieron. Claudia, en cambio, murió en el acto.

En el concurrido velatorio, Leandro y Vicente se abrazaron con una llorosa y angustiada Mariana. De pronto ella puso distancia con el doble abrazo, y se dirigió, con paso inseguro, a la habitación donde yacía el cuerpo de la pobre Claudia. Los mellizos se mantuvieron, en respetuoso silencio, simplemente como dos más en el grupo de dolientes.

Pasados unos minutos, reapareció Mariana. Con una servilleta, suplente de pañuelo, enjugó su última edición de lágrimas. Los mellizos la miraron inquisidoramente, como preguntándole: «Y ahora ¿con quién?».

Ella entonces englobó a ambos con una declaración que era sentencia irrevocable: «Espero que comprendan que ahora sólo soy la mitad de mí misma. Gracias por haber venido. Ahora vayanse. No quiero verlos nunca más».

Se fueron, claro, cabizbajos y taciturnos. Horas más tarde, ya en su casa, Leandro tomó la palabra: «Hermanito, creo que se acabó nuestro doblaje. De ahora en adelante, tenemos que diferenciarnos. Digamos que yo me tiño de rubio y vos te dejás la barba. ¿Qué te parece?».

Vicente asintió, con gesto grave, y sólo tuvo ánimo para comentar: «Está bien. Está bien. Pero te sugiero que mañana vayamos al fotógrafo para que nos tome nuestra última imagen de mellizos».

¿QUIÉN MATÓ A LA VIUDA?

La prensa le había dado al crimen una cobertura destacadísima, casi escandalosa. El hecho de que la señora de Umpiérrez (argentina, natural de Córdoba) fuera una viuda de primera clase y que además formara parte de lo que en el Río de la Plata se suele nombrar como Patria Financiera, conmovió a las variadas capas sociales (argentinas, uruguayas) de Punta del Este.

El cadáver no había aparecido en su lujosa mansión, rodeada de césped cuidadísimo, sino encadenado a la popa de uno de los yates que en verano ocupan y decoran los muelles del puerto.

Ya habían pasado quince días de eso que los periodistas llamaron, como siempre, «macabro hallazgo». La policía había seguido numerosas pistas sin el menor resultado. En las comisarías y en las redacciones de Maldonado, Punta del Este y Montevideo se recibían a diario llamadas anónimas que proporcionaban datos siempre falsos. En casos como éste los bromistas cavernosos se reproducen como hongos.

Por fin llegó de Buenos Aires un tal Gonzalo Aguilar, famoso detective privado, a quien la acongojada familia Umpiérrez había encomendado la investigación y la eventual solución del caso.

Tras dos semanas de agotadores registros, gestiones, entrevistas, búsquedas, análisis, indagatorias y conjeturas, los periodistas presionaron a Gonzalo Aguilar para que concediera una conferencia de prensa. La reunión tuvo lugar en un amplio salón del hotel más lujoso del balneario.

El implacable bombardeo de los cronistas no turbó al detective, que siempre acompañaba sus ambiguas respuestas con una sonrisa socarrona.

Después de dos horas de áspero diálogo, un periodista porteño, más agresivo que los demás, dejó caer un comentario que era casi un juicio:

—Le confieso que me parece decepcionante que un investigador de su talla no haya llegado a ninguna conclusión acerca de quién cometió el crimen.

—¿Quién le ha dicho eso?

—¿Acaso usted sabe quién es el asesino?

—Claro que lo sé. A esta altura, ignorarlo significaría un fracaso que mi reputación profesional no puede permitirse.

—¿Entonces?

—Entonces, tome nota, muchacho. El asesino soy yo.

El detective abrió su portafolio y extrajo del mismo un revólver de lujo. Casi instintivamente, la masa de periodistas se contrajo en un espasmo de miedo.

—No se asusten, muchachos. Esta preciosa arma la compré en Zúrich, hace diez años. Fue con ella que maté a la pobre señora, después de un breve pero inquietante recorrido a bordo de su yate *Neptunia*. Me permitirán que, por lógica reserva profesional, me reserve los motivos de mi agresión. No quiero manchar su memoria ni la mía. Y bien: mi orgullo no puede permitir que otro colega, y menos si es un compatriota, descubra quién fue el autor de esa muerte tan misteriosa. Ah, pero además, como siempre me ha gustado que el culpable sufra su castigo, he decidido hacer justicia conmigo mismo. O sea que tienen un buen tema para primera página. Por favor, no se asusten con el disparo. Y un pedido casi postumo: que alguno de ustedes se preocupe de que este hermoso revólver acompañe a mis cenizas.

CINCO SUEÑOS

En total, soñé cinco veces con Edmundo Belmonte, un tipo esmirriado, cuarentón, con expresión más bien siniestra, malquerido en todos los ambientes y tema obligado de conversación en las mesas de funcionarios o de periodistas.

En el primero de esos sueños, Belmonte discutía larga y encarnizadamente conmigo. No recuerdo bien cuál era el tema, pero sí que él me repetía, como un sonsonete: «Usted es un atrevido, un inventor de delitos ajenos», y a veces agregaba: «Me acusa y es perfectamente consciente de que todo es mentira». Yo le mostraba los documentos más comprometedores y él me los arrebatava y los rompía. Era en medio de ese desastre que yo despertaba.

En el segundo sueño ya me tuteaba y sonreía con ironía. Sus sarcasmos se basaban en mis canas prematuras. Generalmente, la broma explotaba en una sonora carcajada final, que por supuesto me despertaba.

En el tercer sueño yo estaba sentado, leyendo a Svevo, en un banco de la plaza Cagancha, y él se acercaba, se acomodaba a mi lado y empezaba a contarme los intrincados motivos que había tenido, allá por el 95, para herir de muerte a un comentarista de fútbol. Lógicamente, yo le preguntaba cómo era que ahora andaba tan campante, señor de la calle, y él volvía a sonreír con ironía: «¿Querés que te cuente el secreto?», pero fue precisamente en esa pausa que me desperté.

En el cuarto sueño me contaba con lujo de detalles que el gran amor de su agitada vida había sido una espléndida prostituta de El Pireo, a la que, tras un quinquenio de maravilloso ensamble erótico, no había tenido más remedio que estrangular porque lo engañaba con un albanés de poca monta. De nuevo insistí con mi pregunta de siempre (cómo era que andaba libre). «El narcotráfico, viejo, el narcotráfico.» Mi estupor fue tan intenso que, todavía azorado, me desperté.

Por fin, en mi quinto y último sueño, el singular Belmonte se apareció en mi estudio de proyectista, con una actitud tan absurdamente agresiva que no pude evitar que mis dientes castañetearan.

—¿Por qué me vendiste, tarado? —fue su vociferada introducción—. Te crees muy decente y pundonoroso, ¿verdad? Siempre te advertí que con nosotros no se juega. Y vos, estúpido, quisiste jugar. Así que no te asombres de lo que viene ahora.

Abrió bruscamente el portafolios y extrajo de allí un lustroso revólver. Me incorporé de veras atemorizado, pero antes de que pudiera balbucear o preguntar algo, Belmonte me descerrajó dos tiros. Uno me dio en la cabeza y otro en el pecho. Curiosamente, de este último sueño aún no me he despertado.

CONCLUSIONES

Hubo un verano en que la muerte se aburrió de su comarca nocturna y decidió instalarse en la refulgente mañana. El sol se filtraba entre los rascacielos y se detuvo a sólo tres baldosas de su desamparada sombra.

La muerte enfocó con sus ojos grises el piso más alto de un imponente edificio. Allí, junto a una frágil baranda, estaba un hombre totalmente desnudo que abría y cerraba los brazos. Desde la concurrida plaza nadie miraba hacia arriba. Todos cuidaban sus pasos o esperaban el verde de los semáforos. La muerte comprendió que el hombre desnudo estaba a punto de arrojarle al vacío, pero ella no estaba en ánimo de recibirlo, así que simplemente parpadeó. Cuando volvió a mirar, el hombre desnudo ya no estaba asomado a la remota baranda, pero al cabo de un rato reapareció pulcramente vestido y con una sonrisa que desde abajo nadie era capaz de distinguir. Salvo la muerte.

Una pareja de jóvenes, quizá demasiado absortos en su amor, se aventuró en un cruce de peatones a pesar del semáforo en rojo. Un camión enorme se les vino encima; mejor dicho, se les venía, porque la muerte otra vez parpadeó y el camionero frenó bruscamente, no sin antes cubrir de prolijos insultos a los imprudentes. Éstos ni se dieron cuenta del peligro corrido y siguieron abrazados su camino.

La muerte decidió moverse. La grandiosa avenida, con sus rascacielos en fila y sus nudos de automóviles, le pareció el pretencioso borrador de un futuro camposanto. Para ella era indudable: toda aquella disparatada hipérbola acabaría algún día, centímetro a centímetro, kilómetro a kilómetro, cruz a cruz, en un oscuro destino sin regreso, en su hora suprema.

De pronto se dio cuenta de que el luminoso día la aburría aún más que la noche. De modo que regresó urgentemente a su lóbrego habitat, donde sólo la luna podía desafiarla. Y empezó como siempre la rutinaria caravana.

Desde abajo, desde las tres o cuatro guerras que asolaban el mundo, se elevaban hálitos, manes, soplos vitales consumidos, huellas de espíritus. La muerte los acogía con su habitual pericia y los diseminaba en su franja de éter, unas veces como efluvios y otras veces como miasmas. Un trabajo verdaderamente agotador.

Menos mal que no hay Dios, masculló la muerte con su voz cavernosa. Si hubiera Dios y viniera a disputarme el azar, no tendría más remedio que morirme.

DATOS SOBRE BRAULIO

Braulio era nuestro tema cotidiano. Ninguno de nosotros lo conocía, ni siquiera lo habíamos visto en fotografía, pero fue desde siempre el protagonista de nuestros coloquios y chismografías. El mayor de nuestra banda o clan o tribu, Lucas, tenía quince años. Yo era el menor con doce, y en el medio estaban Ramiro con trece y Luis con catorce.

Según informaciones que había recogido Ramiro, el invisible Braulio, algo mayor que nosotros, era dueño de una hermosa bicicleta con la que pedaleaba incansablemente por la carretera que lleva a Maldonado.

Para Lucas, en cambio, lo de la bicicleta era un cuento chino. Según pudo saber, Braulio había quedado cojo a raíz de una salvaje patada que le propinaron en una cancha de fútbol, y en consecuencia no parecía que fuera apto para el ciclismo.

Luis, por su parte, juraba y perjuraba que Braulio no tenía bicicleta, y no era rengo ni nada parecido, y añadía que no faltaban quienes decían haberlo visto participar en pruebas atléticas con excelentes marcas.

En lo que a mí respecta, tenía escasa bibliografía sobre la vida y milagros del inabordable Braulio.

Lucas y Ramiro llegaron a soñar con él, pero las imágenes del doblemente soñado no coincidían. Para Lucas era un tipo alto, rubio, huesudo; para Ramiro, en cambio, un petizo morocho, más bien barrigón.

Luis se entusiasmaba con la posibilidad de encontrarlo y convertirlo en nuestro compinche. Ramiro le advertía: «Si no se esfuman, hay que tener cuidado con los fantasmas».

Infortunadamente, el enigma no tuvo una plácida revelación. Una noche de primavera Luis y yo habíamos decidido ir al cine y con esa intención nos fuimos arrimando al Centro. De pronto, en una esquina particularmente oscura distinguimos un cuerpo inerte en plena calle. Nos acercamos y el hallazgo nos dejó estupefactos. Era nada menos que Ramiro, con el cuello sangrante. Al escuchar nuestras voces de angustia, abrió los ojos. Lo acosamos a preguntas: «¿Qué pasó? ¿Quién te dejó así? Ramiro, habla, por favor». Ramiro movió apenas los labios. Apenas balbuceó: «Braulio» y no pudo decir más. Estaba muerto.

EL HALLAZGO

Genaro y Fermín se conocían desde los años escolares y, ahora, ya cuarentones, tenían el hábito de juntarse los sábados de tarde en la modesta cafetería Horizonte, que quedaba frente al parque.

Hablaban de recuerdos de infancia, de viejas películas recién repuestas, de libros que leían e intercambiaban, y a veces de temas que consideraban existenciales, por ejemplo el suicidio.

—Yo creo que nunca me suicidaría —dijo Genaro tras desperezarse con ganas—. ¿Para qué? Él final llega sin que uno lo convoque, ¿no te parece?

—Yo, en cambio —dijo Fermín—, no me atrevería a descartarlo tan radicalmente.

—Pero ¿con qué motivo? ¿Angustia? ¿Miseria económica? ¿Enfermedad? ¿Desengaño amoroso?

—Nada de eso. Si en alguna tarde neblinosa, sin estruendo y sin ángelus, tomara esa decisión, sería simplemente por curiosidad. Para saber qué hay después. Puede que sea fascinante.

—Si es que hay algo.

—Mirá, por las dudas te aviso. Si alguna vez decidiera forzar el fin, y como resultado hallara algo, simplemente algo, la señal sería que, aunque no fuese otoño, empezaran a caer las hojas secas.

—¿Y eso?

—Lo soñé.

—Menos mal. Pensé que se te había aflojado algún tornillo.

Esa conversación tuvo lugar el último sábado de noviembre. El primer sábado del siguiente febrero, Genaro y Fermín concurren como siempre a la cafetería Horizonte.

Mantuvieron un largo silencio. Parecía que ya habían agotado todos los temas disponibles.

Fermín terminó su café y estuvo un buen rato masticando el aire.

De pronto se levantó, le dedicó a Genaro una mirada de afecto y dijo: «Chau».

Genaro lo vio alejarse hacia el bosque de pinos. Luego lo perdió de vista.

Media hora después, el disparo sonó rotundo y sin ecos. Tras el primer sobresalto y sin haberse repuesto aún de la sorpresa, Genaro advirtió que, en pleno verano, una bandada de hojas secas empezaba a caer sobre su mesa.

REENCUENTRO

Para Medardo Soria fue una linda sorpresa que cuatro de sus viejos amigos quisieran encontrarse con él. Hacía tiempo que les había perdido la pista, y lo lamentaba porque tenían muchos recuerdos en común, buenos y no tan buenos, pero que de todos modos significaban un enlace de las respectivas juventudes. Llegó con su habitual puntualidad al café Prometeo, pero ellos lo habían precedido. Allá estaban, en la mesa de un reservado, y desde lejos le hacían señas.

Lo primero fueron los abrazos y los reconocimientos físicos. «Gabriel, estás gordito.» «Bah, después de los cincuenta, la barriga es un signo de experiencia y sabiduría.» «En cambio vos, Felipe, estás más flaco que un ciclista del Tour de France.» «¿No sabías que la flacura es salud?» «Mariano, ¿lo tuyo son canas auténticas o peluca importada?» «Canas más genuinas que las del Papa.» «Juan Pedro, ¿cómo has conservado tus manos de pianista?» «A mi amado Pleyel tuve que pignorarle.» Y un casi coro de los cuatro: «¿Cómo haces, Medardo Soria, para conservarte tan garufa?». «Miren, no les enumero mis achaques, menores, medianos y mayores, para no introducir la tristeza como convidado de piedra de este lindo encuentro. Mejor, cuéntenme qué pasó con sus vidas desde que nos dispersamos por el ancho mundo.»

«Bueno, yo», empezó Mariano, me radiqué en el campo. No era mío, sino de mi tío, pero al poco tiempo se murió y me quedé con la tierra y las ovejas. Les confieso que lo único lindo de esos latifundios son los atardeceres, cuando el sol se va haciendo el distraído y de pronto nos deja a solas con las penas. El resto es tedio. Nunca me he aburrido tanto como contando ovejas. Debe ser, después de los mendigos, el animal menos entretenido. Al final conseguí un perro, *Verdugo*, que durante un tiempo me acompañó con lealtad y hasta con cariño, pero también él se hastió de las ovejas y de los atardeceres. Una tarde prorrumpió en dos ladridos con carraspera y estiró la pata, o mejor las patas. Cuando acudí a mirarlo, el pobre *Verdugo ya*. tenía cara de oveja.»

«Yo me fui al Norte», intervino Felipe. «¿A Rivera?» «No, a Miami. El incentivo es que allí había muchos que hablaban español. Cubanos, claro. También llamados gusanos. Nunca me admitieron. A los yanquis les dan coba, les lamen el culo, los estafan cuando pueden, pero a los otros latinoamericanos los miran con resquemor, con miedo de que los desbanquen en el amparo norteamericano. En cierto modo justifiqué sus aprensiones, ya que la única ciudadana que atendió por un tiempo mis menesteres eróticos, y lo hizo con gusto y sin mayores exigencias, fue una oriunda de Nashville, que tampoco se llevaba bien con la cubanía invasora. Tras un semestre de disfrutarnos, llegué a la conclusión de que lo mejor era volver al pago. Nos despedimos sin rencor, intercambiamos nuestras señas, pero la verdad es que nunca nos volvimos a buscar.»

Gabriel pidió la palabra y se la concedieron, pero se quedó varios minutos en silencio. «Es que no sé por dónde empezar. No sé si se acuerdan de que yo era huérfano. Así y todo, me las arreglé. Estudié Arquitectura y casi la terminé. Me quedaron colgadas tres materias. Las di dos veces y me bocharon ídem. Sin pensarlo demasiado, abandoné aquel barco y empecé mi vida de naufrago terrestre. Así hasta que pude comprarme un taxi y después otro y después otro. Los taxis han sido la razón de mi puta vida. Debo añadir que me casé tres veces, una por cada taxi. Todo un surtido. La primera, rubia; la segunda, morocha; la tercera, definitivamente negra. Aunque les parezca mentira, la más oscurita fue la mejor, pero tuve la mala suerte de que se me muriera en pleno orgasmo. O sea que quedé viudo para los famélicos

sobrantes. Se me ocurrió escribir una autobiografía, pero a las setenta y tres páginas advertí que aquel engendro no iba a interesar a nadie. Ni siquiera a mí. Fue cuando vendí el último taxi y alquilé un apartamentito casi enano, pero con un amplio ventanal desde donde dialogaba con la luna. Cuando no la tapaban las nubes, **of course**. Y llegué a la conclusión de que la luna era mi cuarto y definitivo amor.»

Le tocó el último turno a Juan Pedro, el pianista. «Viví con la música, para la música y de la música. Más de una vez fui solista en algún concierto para piano y orquesta. Digamos más bien para piano y or—questita. Pero cuando el rock y otros desafinados invadieron la radio, los anfiteatros, la televisión y las discotecas, no tuve más remedio que apuntarme en el paro. Durante un tiempo sobreviví gracias a la venta del piano, cuyo producto, como era un Pleyel, me alcanzó para desenvolverme durante un año, cinco meses y nueve días. ¿Y luego? Bueno, luego conseguí un carrito bastante presentable y me dediqué a recoger basura en barrios de pro. Es otra música, pero bah.»

A esta altura, a Medardo Soria le pareció advertir que los cuatro viejos y queridos amigos lo observaban con una mirada que era en todos la misma. Los ocho ojos eran de pronto negros, rigurosos, lejanos.

Mariano habló en nombre de los cuatro: «Medardo, ha llegado el momento de ponerte al día. Nosotros hace tiempo que estamos muertos. El Más Allá es repetido, soporífero, insulso. Por eso resolvimos venir a verte y contarte nuestras historias. Por favor, no pongas esa cara de pasmado. No somos fantasmas. Somos muertos».

Medardo no pudo con su propio estupor. Se sintió desfallecer y que empezaba a derrumbarse. Y se derrumbó. La siguiente visión fue que los cuatro queridos finados lo recibían con los brazos abiertos.

LA SEÑORITA RODRÍGUEZ

Oficina es rutina. Presumo que esto ha sido dicho y escrito por numerosos burocratólogos, no sé a ciencia cierta quiénes ni cuántos, pero como cabe la posibilidad de que todavía sea una frase inédita, por las dudas aquí la digo y la escribo. Es una rutina, claro, pero tiene sus luces y sus sombras. En la nuestra nos conocíamos tanto que ya nada quedaba por descubrir. Sabíamos de memoria todas las vicisitudes de nuestro diario vivir, nuestras relaciones familiares, nuestros muebles, nuestros platos preferidos, los problemas con nuestros padres o con nuestros hijos, nuestros números de camisa, nuestros autores dilectos, bah, lo sabíamos todo. Esa familiaridad era de un talante casi fraternal (aunque a veces nos peleábamos como verdaderos hermanos), pero con el tiempo se fue volviendo algo tediosa. Cuando preguntábamos algo, sabíamos de antemano la respuesta. Entre nosotros no había sorpresas ni estupores ni desconciertos. Lo que se llama «un colectivo», y aunque solíamos referirnos a nosotros mismos en plural, éramos conscientes de que pensábamos y actuábamos en singular. Que yo recuerde, sólo una vez nuestro letargo unánime fue violentamente sacudido.

En la oficina éramos siete, además del jefe, que poseía un despacho particular, al que teníamos acceso sin mayores restricciones. Eramos una familia, ni más ni menos. Asunción atendía los archivos; Remigio, la calculadora (todavía no eran tiempos de informática); Marcelo, la relación con otros departamentos; Antonio, la parte de dibujos y proyectos; María Eugenia (a quien todos conocían por señorita Rodríguez), la puesta en limpio de los informes; yo, la secretaria personal.

Todos éramos un poco grises, no demasiado locuaces, y aprovechábamos los paréntesis de ocio resolviendo palabras cruzadas (en ese sector, Marcelo era la estrella, porque las hacía en francés), que sabíamos ocultar precavidamente entre las hojas de algún expediente. Debo confesar que ese ambiente retraído y timorato cambió notablemente a partir de la incorporación a la oficina de la señorita Rodríguez, ya que María Eugenia era alegre, dicharachera, ocurrente, entretenida, y además (y no es poca cosa) bastante linda.

Aparte del despacho del jefe y del amplio espacio en que se alineaban nuestras siete mesas, había otra pequeña habitación, que incluía un lavabo con agua corriente. Allí teníamos un calentador, una cafetera, un termo y varios pocillos. El momento cumbre de cada jornada laboral era el de la hora del café. Sin embargo, como no podíamos dejar la oficina completamente vacía, íbamos al cuartito en grupos de a dos o de a tres. Por lo común, yo iba con Remigio y Asunción; Marcelo, con Antonia y Esmeralda, y el jefe (privilegios del poder) con la señorita Rodríguez.

Todos éramos más o menos normales (o vulgares, ¿por qué no?, no hay nada malo en ser vulgar); todos, con una excepción: Remigio, que era un poco raro. A veces se quedaba inmóvil frente a la calculadora, mirándola fijo, como si quisiera arrancarle alguna confidencia. Los cuentos y anécdotas de los demás eran verosímiles, hasta diría chatamente verosímiles. En cambio Remigio solía narrar como verdades ciertos episodios, casi siempre impresionantes, que luego se demostraba eran falsos. Fantasioso, poco menos que delirante, mentiroso en fin, también era necio, porque se enojaba, y hasta se alunaba, cuando alguien le demostraba que tal o cual suceso que él había narrado como verdadero era absolutamente irreal. Entonces no nos hablaba por cuatro o cinco días. Pero ninguno de nosotros le guardaba rencor; más bien nos divertía.

El hecho que (infortunadamente) rompió la rutina tuvo lugar durante una tranquila, habitual tarde de agosto. Yo estaba en el despacho del jefe, trabajando en una serie de asuntos atrasados que él quería despachar antes de fin de mes. De pronto la puerta se abrió (siempre llamábamos antes de entrar pero esta vez no se cumplió la norma) y apareció Remigio, transfigurado, tembloroso, con el pelo revuelto.

—Con usted quiero hablar —le espetó al jefe—. Y es urgente.

Hice ademán de levantarme para dejar el campo libre, pero Remigio me advirtió con firmeza:

—No te vayas. Quédate. Quiero que seas testigo. El jefe, algo desconcertado, sólo atinó a ponerse en pie.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué tenes esa cara de loco?

—¿Que qué me pasa? Usted, justamente usted, ¿no se imagina lo que me pasa?

—Cálmate, muchacho.

—No me voy a calmar. De ninguna manera. Hoy usted fue a tomar café al cuartito con la señorita Rodríguez, ¿sí o no?

—Como todas las tardes.

—Pero hoy se olvidaron de pasar la llave y yo entré sin llamar. No sabía que ahí estaban ustedes, pero entré. Ni usted ni ella me vieron, estaban demasiado ocupados, pero yo sí los vi y se estaban besando. En la boca. Asquerosos.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—De que usted y ella se chuponeaban. Inmundos.

—No te lo permito. A ver si te portas con un poco de respeto. Tarado.

—¿Usted le tenía mucho respeto cuando la besuqueaba?

Remigio hizo un movimiento rápido y sacó un revólver del bolsillo del pantalón.

Pegué un salto tratando de frenar aquella locura, pero él me volvió a gritar:

—¡Vos no te muevas! ¡Vos sólo sos testigo! —con un pañuelo bastante sucio se secó el sudor de la frente.

—¿Quieren que les diga una cosa? A la señorita Rodríguez ya la maté. Allá está muerta, en el cuartito. Por cochina. Andá a besarla ahora, jefe, ya que te gusta tanto. Andá a buscar el cadáver, todavía está calentito.

—¡No inventes! —le grité ahora. La verdad es que yo no sabía qué hacer.

—No invento. Está bien muerta. Y ahora —apuntó al jefe— te voy a matar a vos, degenerado. Para que los velen juntos, como a Romeo y Julieta.

El movimiento del jefe fue sorpresivo e instantáneo, como de un tipo habituado a enfrentar situaciones límite. Era evidente que, mientras el otro vociferaba, había ido abriendo de modo casi imperceptible la gaveta de la derecha, y de pronto lo vi a él también empuñando un arma.

Ese instante fue decisivo. Los dos apretaron casi simultáneamente los gatillos, pero el jefe fue más rápido y sobre todo más certero. Remigio se derrumbó. Tuve la impresión de que estaba muerto. Y sí, estaba. El tiro de Remigio no había alcanzado a su destinatario, pero había roto el cristal de una ventana.

Con el arma todavía en la mano, el jefe respiró profundamente y luego se sentó. Estaba pálido. Parecía tener diez años más.

Los disparos habían resonado en todo el edificio. La puerta volvió a abrirse bruscamente y esta vez sirvió de marco a un racimo de diez o doce rostros, con grandes ojos abiertos y labios temblorosos. Y lo más inesperado: por detrás de todos ellos también apareció el rostro y sobre todo la voz de la

señorita Rodríguez, preguntando entre sollozos: «¿Qué pasó?, ¡díganme qué pasó!, ¡por favor!, ¡por favor!, ¡díganme qué pasó!».

Demoramos como seis meses en volver a la rutina. Pero volvimos. Los cambios fueron pocos pero importantes. El cuartito del café fue clausurado y la señorita Rodríguez pidió traslado al Archivo General de la Nación y le fue concedido.

Por disposición gubernamental, en los últimos tiempos no se llenan las vacantes, así que en la oficina ahora somos sólo cinco, además del jefe, que, claro, sigue teniendo su despacho, al que solemos entrar sin mayores restricciones. La verdad es que somos una familia, ni más ni menos.

NO

Se sabía condenada, y más aún cuando sentía en sus brazos desnudos aquellas manos como garras que la empujaban hacia adelante. La venda que le cegaba los ojos no le impedía ver en los treinta y ocho años de su vida. La infancia no importaba, era una bruma, con vaharadas de gritos y cantos inútiles, borrosos y borrados. La adolescencia sí valía, era por lo menos una huella de algo, una involuntaria vigilancia de los seres que llegaban y desaparecían. Ella había empezado verdaderamente a existir en una juventud un poco tardía, cuando la sorpresa del amor la hizo valerse por sí misma y fue consciente de los deseos, hasta allí ignorados, de su cuerpo.

Metida en el vaivén de su memoria, había aflojado el ritmo de sus pasos, pero las garras que la conducían la proyectaban otra vez hacia adelante.

¿Dónde había quedado? Ah, en las vísperas de Hilario. Mucho antes de conocerlo, ella se había incorporado a un grupo político, tal vez no demasiado revolucionario, pero bastante combativo. Ella no había empuñado armas, no había disparado un solo tiro, no tenía muertes en su haber. Sólo cumplía tareas importantes pero secundarias: llevaba mensajes decisivos, transmitía órdenes de los jefes, desde su aparente inocencia estudiantil averiguaba planes, programas de aniquilamiento, futuras redadas. En fin, vida de compañeros. Ahí conoció a Hilario y por primera vez se enamoró y sucumbió ante su poder de seducción. Noche a noche le fue entregando su cuerpo, su futuro, su vida. Hilario sabía de memoria su piel de estreno, su boca, sus pechos, su sexo.

Las manos como garras la oprimieron aún más. Tuvo la sensación de que al menos uno de sus brazos, el izquierdo, había empezado a sangrar, pero a esa altura qué importaba una primera sangre.

La dura revelación había ocurrido en una noche de sábado. En el vaivén erótico de Hilario ella intuyó de pronto un riesgo, una escondida amenaza. El interrumpió de pronto su rutinaria oscilación, se incorporó en el lecho y le preguntó qué le pasaba. Nada, dijo ella, sólo que estoy cansada. Él escupió sobre la almohada, se vistió de prisa y se fue sin besarla ni siquiera mirarla. Ella quedó asombrada y exhausta. En ese instante supo que su amor era su delator.

Esta vez las garras la obligaron a detenerse. No le quitaron la venda pero le soltaron los brazos, a esta altura entumecidos, rígidos, maltrechos. Sus pies descalzos pisaron por última vez las piedras ásperas, hirientes.

El disparo sonó en sus oídos antes que en su pecho. Sólo dijo: No.

TÉMPANO

No sabía de dónde venía el frío. No estamos en invierno, pensó. Sin embargo, las manos se le habían vuelto rígidas, las rodillas le temblaban, el alma no era alma sino témpano.

Se recostó en el muro, que le pareció excesivamente rugoso. Quería reflexionar, refugiarse por un rato en la cordura, sacar cuentas, imaginar con serenidad.

Aún no estaba en condiciones de asimilar ni de borrar la imagen de su Viejo muerto. Durante el último mes que el enfermo pasó en el sanatorio, Fermín fue a verlo, pero sobre todo a escucharlo. Nunca el Viejo le había dedicado tanto tiempo ni le había hablado con tanta franqueza.

—A tu madre la quise de veras pero no siempre le fui fiel. Esa doblez me provocaba amargura y hasta pesadillas. ¿Qué me pasaba? Que yo a veces me aburría de mi propio estilo de amar. Por otra parte, me parecía que ella, de tan ingenua, no era capaz de albergar celos o meras sospechas. Precisamente esa calma no me gustaba. ¿Por qué? Porque en el fondo quizá significara (al menos, eso creía) que no me juzgaba lo suficientemente atractivo como para provocar la atracción de otras mujeres. De mis varias relaciones clandestinas, la más prolongada fue la que mantuve con Amelia. ¿Te acordás de ella?

Fermín se acordaba, pero le dijo que no. No quería darle ese gusto. No quería que Amelia fuera el nombre de una triste deslealtad a su madre, cuando ella aún vivía, rozagante y vital. Que después, en su etapa de viudo alegre, tuviera sus amoríos, devaneos y chifladuras, no le afectaba. Allá él con su frivolidad.

En esta última visita, Fermín encontró al Viejo especialmente desmejorado. Balbuceaba, tartamudeaba, tenía dificultad para respirar. No obstante, llegó un momento en que se sobrepuso a sus señales de agonizante y retomó el hilo de sus testimonios.

—Bueno, después de todo no era tan ingenua. Me consta que en verdad yo me lo merecía, pero nunca imaginé que ella, nada menos que ella, me fuera infiel, me hiciera cornudo con no sé qué cretino. Quizá vos ignores que en sus relaciones conmigo nunca consiguió quedar encinta, que era una de las metas de su vida. Pero con el cretino, sí quedó.

Ante esa revelación de última hora, Fermín quedó anonadado, vacío de toda piedad. Y entonces fue él quien balbuceó:

—O sea que yo...

—O sea que vos (ya era hora de que te enteraras) no sos mi hijo.

El Viejo ya casi no podía hablar y Fermín se había arrollado en sí mismo.

—¿Me podrías decir, como último favor, quién es entonces mi padre verdadero?

—Puedo y quiero decírtelo. Es mi postumo desquite. Pero acércate un poco más. Ya casi no tengo voz. Tu padre, o sea el cretino que preñó a tu madre, es... o fue...

Fermín no podía creerlo, pero la revelación quedó poco menos que arrugada, en un hueco del último estertor.

Y fue allí que Fermín empezó su invierno, fue allí que supo que su alma no era alma sino témpano.

ALGUIEN

Alguien va a venir. Estoy seguro. Sé que alguien vendrá. Aunque me haya ido del mundo, no por muerte sino por soledad y algo de cobardía. Nunca he podido soportar el odio y sin embargo el odio me alcanzó.

Fue en la primavera del 2000. No estaba solo entonces. Tenía por lo menos cinco amigos de toda confianza. Especialmente uno: Matías. Nos reuníamos los fines de semana para practicar el ajedrez o el golf. Deportes no muy agitados, por cierto, pero que nos unían.

Otro tipo, un tal Freiré, en varias ocasiones había tratado de incorporarse a nuestras reuniones, pero de una u otra manera le hicimos entender que no nos era grata su compañía. La verdad es que era insoportable.

Todo aconteció un jueves de octubre. Yo venía solo en mi coche. La carretera estaba completamente vacía. De pronto, junto a un muro semiderruido, vi una escena que me resultó espeluznante. Un hombre, de mameluco azul y zapatos sport, le estaba asestando varias puñaladas a una mujer que parecía joven.

Estuve a punto de detenerme, pero no estaba armado y aquel tipo era capaz de cualquier violencia. Simplemente, aminoré la marcha. El tipo por fin abandonó la horrible tarea y levantó la cabeza. Sólo entonces lo reconocí: era Freiré. No estaba seguro de si él, a su vez, me había reconocido.

Agitado y confuso, aceleré de nuevo y una hora más tarde llegué a mi casa. Al día siguiente el crimen fue titular de casi todos los diarios. La muchacha, una azafata aérea, había muerto. No había datos del asesino, que estaba prófugo. Al parecer, no había testigos de la agresión.

Pasé un día entero cavilando y al fin me decidí: concurrí a la policía e hice la denuncia. Esa misma tarde apresaron a Freiré. Tuve que ir a reconocerlo y él me dedicó una mirada de odio y murmuró entre dientes: «De algo puedes estar seguro: me la vas a pagar».

La amenaza me golpeó. Seguramente él iba a ser condenado, pero esa misma noche dejé la capital. Sin avisar a nadie, ni siquiera a mis colegas de golf y de ajedrez, alquilé un chalecito en Colonia y allí me instalé.

Transcurrido el primer mes, el aislamiento me resultó insoportable y decidí llamar a mi amigo Matías. Le di las señas de mi nuevo alojamiento y le pedí que viniera cuanto antes.

A los tres días, o sea hoy, sonó el llamador. Pensé: debe ser Matías. Antes de abrir, miré por la ventana. No era Matías, sino el mismísimo Freiré. Abrí un cajón del armario y tomé el revólver. Me moví con cautela hasta la puerta y la abrí. Freiré me dedicó una irónica sonrisa, y dijo: «No aceptaron tu testimonio. Llegaron a la conclusión de que no había testigos. Además, tengo ahora buenos amigos en el poder. Ya ves, estoy libre».

Yo sabía lo que me esperaba. Vi que introducía la mano derecha en el bolsillo, pero le gané de mano y le metí dos balazos en el pecho.

Ahí está ahora, en el umbral, agonizando. Pero pudo escucharme: «Lo que son las cosas. Hoy tampoco hay testigos».

Después, veré lo que hago. Por lo pronto, borré a Matías de mi lista de amigos.

UTOPIÍA

UTOPIA

Sin querer me metí en una utopía
y no pude salir
íbamos hacia el cielo el mar el monte
y no pude salir
creábamos futuro a ras del alma
y no pude salir

la utopía volaba y nadaba y corría
era ella por sí misma un universo
y no pude salir

en medio de la noche la utopía
se alteró / se hizo suerte
convirtió a la memoria
en un pobre arrabal
y no pude salir

cuando al fin / no sé cómo
salí de aquel ensueño
la utopía hechicera ya no estaba
y el mundo me ofrecía
mal humor y abandono

POSTE RESTANTE

Durante varios años, Verónica me había escrito una carta mensual. No diré que yo las olvidara, pero tal vez se hubieran quedado escondidas en el tedio del pasado de no sobrevenir la obligación de mi mudanza.

Estuve tres días vaciando roperos y armarios y de uno de éstos se desprendió una maleta que no tenía candado y en consecuencia se abrió al tocar el suelo. Y allí estaba el atado con las cartas que Verónica mandaba regularmente a mi casilla de correo. Quizá yo estaba cansado con tanta calistenia de traslado, pero al mismo tiempo me picó la curiosidad y me vinieron ganas de releer aquellas cartas de ayer y de anteayer. Aquí transcribo algunas:

Hola Martín: Aquí estoy en la terraza, sola, frente a la costa. No hay viento, el mar está quieto. Una confesión: la soledad ha dejado de herirme. Mejor aún: me permite revisar, casi diría descifrar, mi pasado sin gracia. En un platillo de la balanza coloco mis odios; en el otro, mis amores. Y he llegado a la conclusión de que las cicatrices enseñan; las caricias, también.

Ya hace dos meses que se fueron mi madre y mi hermana. Me gustó tenerlas conmigo, pero también sentí cierto alivio cuando me dijeron hasta pronto. Con mi hermana me llevo bastante bien. Pensamos diferente en muchos tópicos (ideología, política, cultura, y hasta deportes) pero por lo general evitamos los temas conflictivos. Lo esencial es el afecto y éste permanece. Mi madre, en cambio, es muy tozuda, y eso dificulta la relación, ya que es incómodo ser sincera con ella. Cuando puedas y quieras, ponme unas líneas.

Martín: Bueno, las vacaciones se terminaron y en estos días padezco eso que los nuevos psicólogos han bautizado como el trauma posvacacional. Por suerte, sé que no me dura mucho. La avalancha de trabajo barre con todas las melancolías.

Creo que no llegaste a conocer a mi jefe actual. Buena persona, pero más braguetero que Juan Tenorio. Las subordinadas tienen que andar con todas las alarmas encendidas, porque al menor descuido les toca el culo. Hay que reconocer que nunca va más allá de un acoso tan discreto. Al parecer, le alcanza con dejar esa constancia ambiental, algo que entre otras cosas le sirve al personal masculino para burlarse de las muchachas.

En mi caso particular, y en vista de que he alcanzado los cuarenta, mis nalgas ya están fuera de campeonato. Curiosamente, tal abandono me produce una doble sensación: una, por supuesto, de alivio, y otra, de cierta frustración, como si de pronto me hubieran jubilado del escrúpulo erótico y la lujuria abstracta. ¿Tú qué opinas? ¿También te jubilaste?

Hola Martín: El invierno siempre tuvo para mí un lado cavernoso, fantasmal, como si los vientos helados trajeran consigo las malas noticias y las lluvias implacables nos hicieran olvidar cómo era el sol. Abrigos no me faltan, pero debajo del sobretodo, la zamarra o los ponchos, sé que mi piel tiritita y que un cierto destempe se me instala en el alma.

Este invierno, sin embargo, me llegó con otro ritmo. ¿Te acordás de Eusebio? ¿Aquel alto, de pelo revuelto, más bien parco, lector empedernido, que se complacía en rectificar al profesor de Historia? Bueno, me caso con él. La historia es más sencilla de lo que te imaginas, casi te diría que más sencilla de lo que yo misma podía haberla imaginado.

Una mañana se apareció en la oficina, no precisamente para hablar conmigo (ni siquiera sabía que yo trabajaba allí) sino con mi jefe querendón, pero como éste asistía a una reunión del Directorio que le iba a llevar varias

horas, Eusebio me sugirió que nos fuéramos a almorzar, y de paso celebrar nuestro reencuentro.

Íbamos por la mitad del almuerzo cuando por fin nuestras miradas se encontraron. Y de pronto estuvo todo dicho. Tuvo la delicadeza de no llevarme a un hotel sino a su departamento de soltero. A mí, otra soltera. Aquí va la invitación. Ya sé que no podrás venir. El próximo viernes nos vamos a Río. No está mal, ¿verdad?

Martín: La última vez que te escribí (¿cuánto hace?, ¿dos años?) estaba dando el último toque a mi soltería. Ahora te escribo desde mi viudez recién inaugurada. Eusebio murió en un accidente carretero. Por favor, no me envíes ningún pésame. No corresponde. Iba con otra. La hija del gerente, su último amor, que también murió. Las dos noticias me llegaron juntas. Bah.

Hola Martín: Sólo para avisarte que no habrá más cartas. Gracias por los años y el vacío de tus silencios. Si alguna vez me hubieras contestado, te habría mandado un fax con dos o tres hurras. Pero no me contestaste. Paciencia. No sé si esto se acaba o si me acabo yo. Como avisan en el casino: No va más. Bien sabes que soy atea y que este mutis no servirá para evangelizarme.

SUICIDIO MÁS / SUICIDIO MENOS

No es que Ezequiel Molina se sintiera desconforme con la vida, y menos con **SU** vida, pero siempre había pensado que era útil (por si las moscas) tener a mano un repertorio de suicidios. Por lo pronto, le parecían una estupidez las autoeliminaciones que implicaban sufrimiento, digamos clavarse un cuchillo de cocina en el estómago, tragar dos alka—seltzer sin disolverlos previamente o zambullirse en pleno océano sin saber nadar.

Casado en terceras nupcias con Albertina Montes, conviene aclarar que el cese de sus precedentes uniones no se había debido a descalabros conyugales sino a abruptos percances del destino. Su primera mujer murió en un accidente ferroviario; la segunda, de un escape de gas.

Dos veces viudo y sin hijos, con una renta nada despreciable, heredada de un perezoso abuelo terrateniente, a los treinta y siete años no era un mal partido, y en el paulatino enamoramiento de Albertina Montes, su cuñada y primera actriz, hubo una red de seducción y un pelín de cálculo.

En sus tres años de matrimonio habían creado un bienhumorado sistema de convivencia, que incluía la indispensable armonía sexual y una admitida cuota de independencia, de la que por supuesto estaban descartados el engaño y la infidelidad.

Ezequiel se sabía constitucionalmente celoso, pero sus dos primeras mujeres no le habían dado motivo para la mínima desconfianza. Su relación con Albertina actriz tenía en cambio un matiz de cierto riesgo. Ezequiel jamás concurría a los espectáculos en que ella actuaba. No habría tolerado asistir, desde su platea, a los arrumacos, abrazos y hasta besos que un actor cualquiera, obediente al libreto, dedicara a su esposa, que por cierto era una intérprete más que aceptable. Él admitía que esas escenas formaban parte de un oficio. Aquellos arrebatos profesionales, meros amores de imitación, no tenían cabida en sus celos congénitos, pero por las dudas no quería presenciarlos. Después de cada función, ya en la cama conyugal compartida, Albertina se le entregaba con una pasión que no seguía otro libreto que su amor sincero, original e imaginativo.

Por otra parte, la independencia de Ezequiel no sólo consistía en reunirse periódicamente con sus amigos de siempre, sino también, y sobre todo, en disfrutar de su soledad. Había cuatro o cinco cafés, de clásico prestigio, en los cuales, sin que nadie lo supiera (ni siquiera Albertina, que por lo general a esas horas ensayaba), se refugiaba en alguna mesa de un rincón, y allí leía y sobre todo meditaba: sobre un caótico mundo a ajustar, sobre el Dios que seguramente no existía, sobre la vaga posibilidad de tener un hijo, y varios etcéteras de menor cuantía. La catástrofe sobrevino precisamente en uno de esos retiros, una húmeda tarde de niebla.

Estaba leyendo, con renovado interés, a Günter Grass, pero al dar vuelta una página de ***El tambor de hojalata***, miró distraídamente hacia la calle ¿y qué vio? Nada menos que a la mismísima Albertina que caminaba tiernamente abrazada con un tipo alto, apuesto, de bigote, que por cierto no figuraba en su riguroso fichero de actores. Frente mismo a la mirada de Ezequiel, pero sin verlo, el abrazo se hizo más estrecho y él pudo comprobar la expresión alegre y hasta conmovida de su mujer. Ezequiel cerró el libro de un rudo golpe, pagó la consumición y allí mismo supo lo que iba a hacer. Cualquier cosa menos cornudo. No tenía vocación de asesino, en consecuencia no los iba a matar. Pero podía matarse él. Eso sí, matarse él. Repasó mentalmente su viejo repertorio de suicidios, que nunca había creído utilizar. Pero ahora sí. Decidió que lo mejor (final sin sufrimiento) era el tiro en la sien. Tomó un taxi porque

de pronto se sintió invadido por una extraña urgencia. En veinte minutos estuvo en su casa. Ya en su estudio, abrió el cajón de la derecha donde estaba el invicto revólver. Lo cargó cuidadosamente. Luego pensó que debía escribirle unas líneas a Albertina para explicarle su decisión. Y también para que sufriera un poco, qué joder. Porque estaba seguro de que iba a sufrir. Merecidamente. Dobló el papel, lo metió en un sobre, en cuyo exterior escribió: Para Albertina. Luego empuñó el arma.

Fue en ese penúltimo instante que sonó la voz alegre de su mujer: «¡Ezequiel! ¡Ezequiel! Llegó Rubén, mi hermano menor. Sin avisarme. ¿Qué te parece? Hace cinco años que no lo veía, lo dejé como un adolescente y mira ahora qué hombre. Aquí está». Y ahí estaba. Precisamente el hombre con el que ella había pasado abrazada frente al café.

Ezequiel escondió rápidamente el sobre en un tomo de ensayos y dejó caer el revólver en su gaveta de siempre. Después ya no pudo contenerse, y ante el estupor de los dos hermanos, rompió a llorar con desconsuelo.

CUARTETO

Marcela tuvo, desde siempre, tres enamorados: Felipe, Ambrosio y Gustavo. Increíblemente, el profundo vínculo que unía a los tres muchachos eran los celos. Se vigilaban con cariño y bonhomía, pero ninguno les perdía la pista a los otros dos. De todos modos, Marcela era siempre un referente, algo así como un barómetro o una escala. La extravagancia o la rareza no constituían méritos para nadie. Todos jugaban sus cartas a la normalidad y la cordura.

Hasta el ingreso a la Universidad habían estudiado juntos. Los sábados de noche salían de copas y de bailes. Marcela atendía por igual a cada integrante de su «terceto» y era en el abrazo tanguero cuando aparecía la inevitable competencia. Pero había que cuidarse, porque el que oprimía en exceso se desvalorizaba tanto como el que abrazaba con flojera.

A partir del nivel universitario, empezaron a verse mucho menos. Los encuentros eran en todo caso telefónicos. Felipe siguió Derecho y fue el primero en recibirse; Ambrosio se decidió por Arquitectura, pero su ritmo fue más lento; Marcela se inscribió en Humanidades, y Gustavo dio varios exámenes de Ingeniería. Pese a esa dispersión, se encontraban una vez al mes, ya no para copas o bailongos, sino para cenar en algún comfortable restaurante de Pocitos. Los tres seguían enamorados de Marcela, pero ninguno se atrevía a dar el campanazo, pese a que ella, al parecer, seguía invicta, sin pareja.

Cosa rara: en una de esas cenas faltó Ambrosio, sin aviso. Cuando estaban en el flan con dulce de leche, sonó el celular de Felipe.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

Felipe se había puesto pálido y su voz sonaba más aguda que de costumbre.

—Una maldita noticia. Ambrosio está preso. Me dicen (me cuesta creerlo) que intentó robar varios Rolex en una joyería del Centro, y como el dueño intentó resistirse, Ambrosio sacó un revólver y le pegó dos tiros. Al parecer, lo mató.

La reacción más dramática fue la de Marcela. Con un ademán brusco apartó su silla y se dobló sobre sí misma, llorando amargamente, casi con estertores. De inmediato los otros dos se levantaron y trataron de calmarla. Por fin Marcela se tranquilizó un poco, se arrimó de nuevo a la mesa y respiró en profundidad.

—Yo sabía que andaba en esos juegos peligrosos, por cierto sin ninguna necesidad. Pero nunca imaginé que anduviera armado y menos aún que estuviera dispuesto a matar.

Felipe y Gustavo se miraron, a cual más sorprendido, y unidos como siempre por los prehistóricos celos.

Marcela intentó sonreír entre sus lágrimas.

—Alguna vez, muchachos, tenía que decirles la verdad. Siempre supe que los tres estaban encariñados conmigo. Pero desde el comienzo, desde que estudiábamos juntos, yo sólo estuve enamorada de Ambrosio. Y hace cinco años que es mi compañero.

Luego se enfrentó a Felipe con una mirada más conminatoria que esperanzada.

—Vos que sos abogado, te encargarás de su defensa, ¿verdad?

DESDE GINEBRA

Aunque lo narro en presente, aclaro que esto lo escribo en mi recuperada sobriedad. Nunca hasta ahora me había emborrachado. Así que éste es un estreno. ¿En qué lo noto? Por ejemplo, advierto que el corazón me late en el lado derecho. O también que estoy en el centro de la infancia. Pero como la miro con ojos adultos, los otros niños se alejan, se alejan cada vez más, hasta que me dejan solo, no sé si con mi inocencia o con mis remordimientos. Un poco inquieto, llamo a mis padres, pero sólo comparece el Viejo, que con voz cavernosa me dice: «¿No sabes que estoy muerto?». Puede ser. Voy corriendo en busca de un espejo, pero en su luna sólo me espera el rostro de mi hermano, que por suerte está vivo. Alguien me había anunciado que la borrachera es como un sueño. Un sueño del que uno sólo se despierta cuando ingresa en un sueño de verdad.

En medio de la curda de pronto crezco y ya no soy un infante intrascendente sino un adolescente candoroso. En la calle pasan ellas, pasan sobre todo sus dinámicos traseros y hasta un ombligo con fulgores. La emoción se me instala en las sienes y en la garganta. Abro los brazos de bienvenida y una de las hembritas se refugia en ellos. Le pregunto hasta cuándo y ella dice hasta siempre. Ah no, eso ya es muy complicado. Para los temulentos (beodos, ebrios, dipsómanos, hurra por los sinónimos) no existe eso de siempre. Le propongo que hagamos un paréntesis, y ella se aparta indignada y casi grita: «¿Paréntesis? Tu abuela. O siempre o nada. Balbuceé: «Nada» y entonces se esfumó, con ombligo y todo.

Lo más original de mi borrachera es que respeta un orden cronológico. Ahora, por ejemplo, ya soy un maduro. Un madurito, bah. Metido como un desgraciado entre expedientes, suspiro con aliento de ginebra. El calor de febrero es insoportable, así que abro el ventanal del estudio y no sólo entra aire fresco sino que además los papeles vuelan, unos hacia el zócalo y otros hacia la calle. Me asomo y tres chiquilines idiotas se ríen allá abajo a carcajadas. Pienso en escupirles, pero me contiene la dignidad universitaria.

Suena el teléfono dos veces, tres veces, pero no en mi mamá sino en mi mesa de luz. Estiro el brazo hasta alcanzar el tubo, y el ronquido del tubo dice: «¿Otra ginebrita?». Cuelgo sin responder y me miro las manos. Una tiembla, la otra no. La cabeza me duele como una pelota de fútbol después de un penal.

Nunca hasta ahora me había emborrachado. Abro los ojos sólo hasta la mitad, porque los párpados todavía están ebrios y me pesan. Tengo la sensación de que por las venas no me corre sangre sino ginebra. Eso sí, una ginebra de factor Rh positivo. Tengo dos sístoles por cada diástole. Mis pobres glóbulos son rojos y blancos, a rayas, como la camiseta del Atlético.

Bueno, bueno. Supe que había recuperado la famosa sobriedad cuando el corazón me volvió a latir del lado izquierdo y sobre todo cuando el tedio del mundo me empalagó de nuevo.

PRETÉRITO IMPERFECTO

Joaquín se encontró con que el bar Amanecer no había cambiado. Con un frente tan destartalado como veinte años atrás, ni siquiera le habían borrado un símbolo anarquista y dos diseños pornográficos que él había fotografiado *in illo tempore*. Entró con precauciones, el ánimo dispuesto a reencontrarse con un don Basilio envejecido y más gruñón que antaño. Pero detrás de la barra sólo había un muchacho más bien alto, de ojos inquisidores, que lavaba con esmero platos, vasos y pocilios. Pidió una cerveza y cuando la tuvo frente a él preguntó por don Basilio.

—¿Don Basilio? Hace tiempo que murió. Casi se atragantó con la cerveza, pero alcanzó a preguntar:

—¿Hace qué tiempo?

—Seis o siete años.

Joaquín buscó una mesa para sentarse a digerir la noticia. En aquellos años don Basilio había sido una figura fundamental en un pueblo tan aislado, de dos mil habitantes.

De pronto distinguió que en el otro extremo del bar había una mesa ocupada. Un veterano, con barba canosa, un bolso y bastón, le hizo un vago saludo. Luego se levantó y se acercó renqueando.

—¿No te acordás de mí? Soy Felisberto, el de la flauta.

A Joaquín le trajo más recuerdos la flauta que la barba. Le tendió una mano y le ayudó a sentarse junto a él.

—Lo que pasa es que estás algo cambiado.

—¿Y quién no? Los años no vienen solos. Vos tampoco sos el mismo. ¿A qué viniste?

—No sé. De pronto me vinieron ganas de revisar el pasado, de recorrer estas calles, de pisar sus adoquines, de reencontrarme con la vieja gente. Con la salud me llevo bastante bien, pero la soledad a veces me cansa. Y vos ¿qué tal?

—Hace tres años que me jubilé de la banda. No soy viudo pero casi. Mi mujer tiene Alzheimer. Tengo dos hijos, pero es como si no los tuviera: uno ejerce de químico en Montreal, el otro de ingeniero en Sidney. Dos o tres cartas al año, fotos de las nietas preciosas, recortes que documentan un doctorado honoris causa. No está mal, ¿verdad? Pero mi vida actual consiste en mirar atentamente las paredes de mi cuarto y concurrir de vez en cuando a este bar.

—No sé si te acordás, pero yo tuve aquí una novia.

—Claro que me acuerdo. Angélica.

—¿Sigue aquí?

—No. Se fue muy joven, trabajó un tiempo de modelo. Después tengo entendido que se metió a monja.

—¿A monja? No puede ser. Te puedo asegurar que no tenía ninguna vocación religiosa.

—Bah. Esa enfermedad es como un infarto: te ataca sin previo aviso.

—¿Y tus compañeros de la banda municipal?

—El clarinete, el oboe, el corno y el fagot se fueron hace dos o tres años y tengo entendido que integran otra banda en una provincia argentina. El saxofonista quedó frito una tarde mientras se esmeraba en un solo bajo la lluvia. O sea que sólo quedamos yo y mi flauta. A veces subo a la azotea y toco

un rato, pero debo suspender por dos razones: una, que la flauta suena desconsolada y me pone triste, y otra, que los vecinos se quejan porque, según ellos, desafino. Tal vez tengan razón, pero antes no desafinaba. Es posible que se deba a que estoy un poco sordo.

—Venía con la intención de recorrer el pueblo, ver cómo está la plaza.

—¿La placita? El último huracán la dejó sin pinos.

—Encontrarme con gente de mi generación, con sus hijos.

—Pssst.

—¿Qué quiere decir pssst?

—Soplido escéptico.

—No me digas que no queda nadie. Un folleto dice que aquí viven dos mil.

—En realidad, dos mil ocho.

—Qué precisión.

—No es mía sino de la computadora. Sí, más o menos son éstos. Es gente que vino de otras zonas, inmigrantes indocumentados, vendedores ambulantes. Jóvenes, ni lo sueñes. Aquí vivió durante varios años un poeta, Rosendo Araújo, que por cierto era bastante bueno. Él proponía que le cambiáramos el nombre al pueblo: no más San Lucas sino Vetustia. No, no te aconsejo que emprendas tu proyectada recorrida. Mejor quédate con la vieja imagen.

Por un rato se quedaron en silencio. Tampoco Joaquín sabía qué decir.

De pronto Felisberto abrió su bolso y extrajo la flauta. Su risa algo cascada sonó como una tardía recuperación.

—Si querés, toco un poco la flauta. Digamos Vivaldi, Mozart, son adaptaciones mías. En homenaje a tu regreso sentimental, te prometo no desafinar.

VICEVERSA

No sabía qué podría pensar la Rosario actual, pero a mí me parecía que los cinco años transcurridos desde nuestro último encuentro (¿o fue desencuentro?) no habían pasado en vano. La había visto en televisión, entrevistada por una periodista un poco tonta, y la hallé más linda, más joven, más inteligente. Después tuve la osadía de enfrentarme a mi propio espejo, y aunque no voy a decir que me encontré joven y hermoso, comprobé sin embargo que mis ojos seguían vivos y transmitían un contenido bastante aceptable.

Fue después de ese doble diagnóstico que decidí volver al tema. Tanta incomunicación me pareció un desperdicio. No sé qué pensaría ella de este intento, pero tuve la esperanza de que sonreiría. Y me consta que sus sonrisas siempre fueron aceptaciones.

Para empezar de cero ¿se acordará de cuándo y cómo nos conocimos? Fue en el vapor de la carrera (todavía no habían llegado los Buquebus). Iba caminando por el pasillo, pero de pronto el barco tuvo un vaivén que le provocó un resbalón y la pobre estuvo a punto de caerse. Si no se cayó del todo fue porque yo, muy atento, la recogí en mis brazos. Quedó un poco tembleque, así que la acompañé a su asiento, y aprovechando que el contiguo estaba libre, allí me quedé para tratar de reanimarla. Y la reanimé. De a poco nos fue envolviendo un halo de mutua simpatía, así que antes de desembarcar intercambiamos los nombres de los hoteles donde nos alojaríamos en Buenos Aires. Dos días después la fui a buscar y ahí empezó la cosa. Tanto su hotel como el mío eran especialmente aptos para el amor, de modo que nos amamos con discreción, sinceridad y poco ruido.

¿Se acordará ahora tan pormenorizadamente como yo de aquella fiesta fuera de fronteras? Después, en Montevideo, no fueron necesarios los hoteles. Mi apartamentito era más adecuado y menos riesgoso. Teníamos la doble ventaja de ser solteros y relativamente jóvenes. Yo trabajaba en un estudio de abogados amigos y ella retomó su actividad como crítica literaria.

Cuatro años de convivencia sexual, profesional, ideológica y cultural nos alegraron la vida.

Así y todo, llegó un momento en que la relación empezó a languidecer. Una noche me desperté y vi que su cuerpo se estremecía. Apoyé mi mano en uno de sus hombros para atraerla y vi que lloraba. Me miró entre sus grandes lagrimones y luego balbuceó: «Es horrible, pero ya no te quiero. Y lo peor es que quiero a otro. Vos, que me ayudaste tanto, no te merecías este abandono, pero qué voy a hacer».

Confieso que ese final no llegó a sorprenderme. Yo ya intuía que algo estaba deteriorando nuestro vínculo. Horas más tarde, cuando el ventanal ya se había llenado con la luz un poco turbia del amanecer, ella recogió lentamente sus bártulos y se fue, luego de propinarme un abrazo agradecido y distante.

De nuevo solitario y soltero, traté de consagrarme a mi trabajo. La redacción y corrección de expedientes judiciales no es demasiado disfrutable, pero la falta de amor se me convirtió en un exceso de rigor, y en el estudio estaban más que conformes con mi faena profesional.

Sólo unos meses después me enteré de que mi sustituto en el corazón y el lecho de Rosario era un fotógrafo muy apuesto, que tenía fama de mujeriego. Por lo que supe más tarde (los chismes circulan con semáforo verde) esa unión también acabó mal. El fotógrafo consiguió un puesto en Miami, al parecer bien

remunerado, y hacia allí partió, sin el menor aviso y dejando a Rosario mascullando su rencor.

Cuando la volví a encontrar habían pasado los cinco años que mencioné al principio de este relato, tan poco heroico. Me abrazó tiernamente, me agobió con pedidos de perdón, y, como era de prever, empezamos ahí un segundo capítulo. Se quedó contenta con algunas modificaciones que yo había incorporado en el mobiliario de mi apartamentito de siempre.

Ahora fueron dos los años de convivencia sexual, profesional, ideológica y cultural que nos alegraron la vida. Sin embargo, llegó otra vez el momento en que la relación empezó a languidecer. Una noche ella se despertó y advirtió que mi cuerpo se estremecía. Pero yo no estaba llorando, simplemente estaba atrapado en una crisis de bostezos, suspiros y estornudos. Al fin pude mirarla con auténtica tristeza y balbuceé: «Es horrible pero ya no te quiero. Y lo peor es que quiero a otra. Sé que no te mereces este abandono, pero qué voy a hacer».

PASOS DEL HOMBRE

El hombre caminaba por el sueño, pero no por el propio. Caminaba por el sueño de los otros.

Pongamos que de una infancia cualquiera le llegaran unos ojos azules y una sonrisa de burla prematura. ¿Por qué? ¿Para quién? ¿Desde dónde? Imposible saberlo, ni siquiera imaginarlo.

O pongamos que en una playa poco menos que desierta, un hombre y una mujer, desnudos como el cielo, hacían un amor que era exclusivo. El hombre intuyó que algún día. Pero mientras tanto contempló el agua, que de a ratos quedaba casi inmóvil. Sabía que era salada. Lo sentía en los labios, en la lengua, en la garganta. Y que estaba viva, porque los peces saltaban, para aleluya y bacanal de las gaviotas.

Nunca pensó que lo traicionaran. Y ocurrió sin embargo. Sintió que el corazón o el hígado o el estómago se le habían encogido. Se quedó con la infamia en la mano vacía, como si el tiempo lo desconociera, más aún, como si el tiempo lo cegara.

Por suerte el amor borró las traiciones, llenó los días y organizó el disfrute. Decidió entonces caminar por ese sueño ajeno, que de tan ajeno se le volvió propio. Y se encontró con que el paisaje había cambiado, que en el alma le habían nacido lucernas, claraboyas, y que las rebanadas de soledad ya no le herían.

Recordó el alerta de Cernuda: «¿Adonde va el amor cuando se olvida?». Y presintió que acaso se insertara en un sueño, vaya a saber cuál. Después de todo, los amores olvidados son pesadillas dulces.

Así, hora tras hora, día tras día, los pasos del hombre lo fueron acercando a la armonía final de la memoria. El espejo le devolvió canas y arrugas, ceño y ojeras, ojos grises de desconcierto, pero también un halo de esperanza. Y bueno, decidió afiliarse a ese fulgor mínimo y con él se abrió paso en la maleza, convencido de que ahí nomás empezaba el futuro. Y así era.

SOÑAR EN VOZ ALTA

Luciano no se encontraba muy a menudo con su padre. A la madre, en cambio, la veía más frecuentemente, pero más por sentido de responsabilidad que por cariño. Como cualquier hijo de padres divorciados, Luciano se sentía un poco huérfano. No bien pudo se independizó, y después de un noviazgo normal y no muy dilatado se había casado con Cecilia.

Un sábado, cerca del mediodía, se encontró con su padre, y por iniciativa del Viejo se metieron en un café del Centro.

—Voy a aprovechar este encuentro casual —dijo Luciano— para hacerte una pregunta no tan casual.

—Venga nomás.

—¿Por qué te separaste de mamá?

—No es tan sencillo de explicar, sobre todo para el que no lo vivió. A tu madre le tuve siempre bastante afecto. No pasión, enténdelo bien, pero sí afecto. Y creía que ella también sentía algo parecido hacia mí. Pero una noche llegué a casa bastante tarde por razones de trabajo y ella dormía profundamente. De pronto sentí que murmuraba algo en pleno sueño y alcancé a distinguir un nombre: Anselmo, Anselmo. Era un vecino con el que teníamos una buena relación. A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, le pregunté qué le pasaba con Anselmo. Se echó a llorar y sin atreverse a mirarme, me confesó que eran amantes. Y ése fue el final.

Meses más tarde, Luciano le hizo a la madre la misma pregunta.

—¿Por qué nos separamos? Nunca hablé de eso contigo porque lo considero un hecho muy privado. Con tu padre nos habíamos llevado bien durante dieciocho años de matrimonio. Reconozco que no estábamos enamorados, pero soportábamos nuestras diferencias y las frecuentes discusiones hacían más entretenida la relación conyugal. Una tarde, a la hora de la siesta (él siempre la duerme; yo, nunca) empezó a hablar entre sueños y dijo varias veces el mismo nombre: Inés, Inés. Lo pronunciaba con un tono amoroso que por cierto nunca me había dedicado. Inés es una compañera de mi estudio, que muchas veces almorzaba o cenaba con nosotros. Linda y muy simpática. Cuando tu padre despertó y se dio una ducha, le hice la pregunta de rigor: «¿Soñás siempre tan amorosamente con Inés?». Tal como yo lo esperaba, me confesó que hacía por lo menos dos años que tenían relaciones. Y ahí terminó todo.

Después de esas revelaciones (¿cuál de las dos era cierta?, ¿ambas serían verdad?) Luciano se sintió más huérfano que de costumbre. Durante dos o tres horas vagó como un zombi por las calles más concurridas, pensando que la multitud podía borrarle la tristeza.

Por fin decidió refugiarse en su casa. Ya era tarde y Cecilia se había acostado. En pleno sueño, ella se dio vuelta en la cama y se abrazó a la almohada. En dos etapas dijo: Luciano, Luciano.

Él se sintió orgulloso y satisfecho. La dejó dormir tranquila y fue a la cocina a hacerse un café. Lo tomó con gusto y estaba lavando el pocilio cuando se le encendió la lamparita. Carajo, había un primo que también se llamaba Luciano. El era Luciano Gómez y el primo Luciano Estévez. ¿Sería posible? No quería creerlo, pero la duda le produjo palpitaciones.

Más o menos angustiado, regresó al dormitorio. Cecilia seguía abrazada a la almohada y volvió a articular claramente: Luciano, Luciano.

Él se recostó en la pared y sólo alcanzó a preguntarse: ¿Por qué será que las mujeres nunca sueñan con apellidos?

TANGO

Estaba tan borracho que no llegó haciendo esos sino equis. La casa (su casa) estaba vacía, oscura, abandonada. Quizá por eso pudo llegar indemne hasta la mecedora.

Cerró, abrió y cerró los ojos. Lo que vislumbró no fue un sueño sino un milagro de jardín. Con su madre o sin su madre. Eso dependía de la tensión de sus párpados. Si era con su madre, ella lo señalaba con un índice acusador y una mueca de burla. No era preciso que hablara. El bien sabía de qué se trataba. Desde la infancia la había despreciado, ninguneado con fervor, desatendido. Entre ella y él no había puentes; sólo despeñaderos, barrancos, hondonadas. Por eso ella, en vez de dos ojos verdes, tenía dos odios grises.

Él abrió los suyos, acarició los párpados heridos, posó su mirada opaca en la pared de enfrente, que empezó a balancearse con un ritmo moderado. El cuadro estaba ahí: una figura antigua, de hombre recio, con corbata de moña, melena canosa y anteojos de miope. Cerró otra vez los ojos y el hombre se asomó en el espacio inverosímil: allí no había moña ni anteojos. El, cuando estaba sobrio, era capaz de recitar de memoria todos los poemas de ese tipo, pero ahora los versos se arrinconaban en el olvido. El hombre semisoñado lo miraba con exigencia, reclamándole algo, aunque fueran dos versos, una copla, el estrambote de un soneto mediocre. Pero él se retraía, se ocultaba, no quería saber nada de una inspiración ajena. Ahí era cuando el tipo empuñaba un látigo y él abría providencialmente los ojos.

El cuadro ya no estaba y la pared había dejado de balancearse. Qué bien le vendría un café amargo, pero cómo llegar a la cafetera, a encender el gas, a no derramar el agua que llamaba desde el grifo.

Por primera vez lamentó su mamá. Volvió a cerrar los ojos en busca de un estímulo. Tardó en llegarle la somnolencia, pero cuando llegó fue una recompensa inesperada. Frente a él, al alcance de sus manos, estaba Dorita, más atractiva que nunca, con la boca entreabierta y a la espera, con el camisón rosa que se le resbalaba de los senos, más turgentes que en épocas pasadas. Quiso decir algo y no pudo. Dorita lo paralizaba con su belleza. Decidió extender su mano hasta el pezón izquierdo, pero éste se hizo nada entre su índice y su pulgar.

Esta vez abrió los ojos porque alguien le estaba sacudiendo el hombro. Su mujer, nada menos, y no era un sueño.

—Otra vez mamado —gritó ella.

—Otra vez mamado —admitió él—. Yo no tengo vergüenza de tomarme una copa.

—¿Y cuántas vergüenzas reservas para zamparte dos botellas?

—Tres.

—¿Tres? ¿Vergüenzas o botellas?

—Botellas.

—¿Hasta cuándo pensás que voy a soportar este maldito tren de vida?

—Mi amor, eso es asunto tuyo.

—Y vos, ¿no tenes conciencia?

—¿Querés que te diga la verdad? Me tiene hartó.

—¿No tenes nada más que decirme?

—Cómo no... Vos sabes que yo siempre cito a los clásicos. Por ejemplo, Cátulo Castillo (música de Aníbal Troilo) que estampó para siempre esta

delicia: «Yo sé que te lastima / yo sé que te hace daño / llorarte mi sermón de vino».

—Es cierto que me hace daño. No importa. Aquí te dejo, con esa veterana curda, que ya forma parte de tu currículum. Se acabó. No te preocupes. Cuando vos y yo seamos finaditos, sé que voy a encontrarte en algún boliche (cantina, para los ilustrados) del paraíso.

OMBLIGOS

Tomás la había conocido en uno de esos atardeceres de verano en que las muchachas van de shorts o de bikini y los ombligos se convierten en faros de las expectativas masculinas. Veinte o treinta años atrás los hombres eran atraídos por ojos verdes, grises o celestes, por pechos ocultos que dejaban imaginar espléndidos pezones o tobillos vírgenes que invitaban a caricias con seguimiento. Eso era antes, pero ahora en el cuerpo femenino no hay centímetro (o centímetros) más seductor (o seductores) que el (o los) del ombligo. Las muchachas son conscientes de esa magia y cuidan sus ombligos como antes cuidaban sus labios. A veces hasta los adornan con chafalonías que despiden inquietantes destellos.

Hay que reconocer que cuando Tomás inició la conversación no había ombligo a la vista. Le preguntó si estaba cómoda en aquel asiento de ferrocarril. A ella le agradó que él la tutelara y le devolvió el tratamiento con calculada cortesía. Sí, estaba cómoda, bastante más cómoda que cuando hacía el mismo trayecto en autobús.

El decidió comenzar con temas poco comprometedores y eligió la literatura. En los últimos meses había leído a Raymond Chandler y a Juan Rulfo y dejó caer algún comentario alusivo, pero se encontró con que ella sabía bastante más que él en ese campo y sus alrededores. Discutieron con ganas y en uno de esos avatares él le tomó una mano y ella lo dejó hacer. Cuando pasaron a la novela erótica, los detalles los acercaron más aún, y cuando por fin llegaron a la estación en que ambos descendían, él ya le había pasado el brazo por la cintura y, como era previsible, la invitó a cenar.

Más previsible aún fue que ambos se alojaran en el mismo hotel (habitación 18) y tras el segundo o tercer abrazo la noche no presentó mayores dudas. Ya casi desnudos, él se situó en las corrientes de este siglo y se animó a preguntar si podía verle el ombligo. Ella soltó la risa. No, no podía verlo, sencillamente porque no tenía. A él se le aflojó la erección y ella se sintió en el deber de explicarle. Tres años atrás había tenido un accidente bastante serio, tuvieron que operarla «y esos desgraciados me dejaron sin ombligo. Esa parte la tengo lisita como una nalga o como una pantorrilla». Cuando ella se desnudó totalmente, él llevó su mano a la zona en conflicto. Lisa, completamente lisa. Qué contradicción, pensó Tomás con amargura: rostro hermoso, ojos expresivos, pechos turgentes, piernas bien torneadas. Y sin ombligo. Lentamente retiró la mano, confirmando ante sí mismo que del cuerpo femenino lo que más le atraía era el ombligo.

Contempló a la mujer desnuda y la mirada fue sobre todo de piedad. Sintió que se había puesto pálido y desconcertado. Ella, sin perder la calma, dijo: «No seas bobo. No lo tomes así. Ya estoy acostumbrada. Es la cuarta vez que me ocurre. Te confieso que la única vez que llegué a algo fue con un señor que, casualmente, tampoco tenía ombligo».

AH, LOS HIJOS

A medida que se iba acercando al sueño, y sin que siquiera se lo hubiera propuesto, Raquel, viuda desde hacía tres años, se dedicó a pensar en sus hijos. Primero jugueteó con los nombres. Vaciló entre pensarlos por orden alfabético o por orden cronológico. Al cabo del segundo bostezo, se decidió por el alfabeto.

ANA. Exiliada voluntariamente en Nueva York, allí había estado el fatídico 11 de septiembre. Presente y ausente, desde lejos y cerca, asistió al derrumbe de la segunda torre gemela. Nunca tuvo los ojos tan abiertos.

Nunca las manos le temblaron tanto. Nunca el corazón le envió tantos mensajes. Al día siguiente se enteró de que habían muerto cinco mil; otros redujeron la cifra a tres mil. Cuántos, ¿no? De pronto recordó que en Hiroshima murieron cien mil y en Nagasaki ochenta mil, pero hoy nadie hace enojosas comparaciones. Total, aquéllos eran japoneses. Parece que, pese a todo, y a todas las amenazas que circulan, Ana se quedará en Nueva York. Dice que la ciudad le gusta. Casi todos sus amigos militan en lo que podría llamarse Partido de la Abstención, sin duda el mayoritario. Ella los anima a votar: No es que exista un candidato ideal, les dice, pero siempre hay uno que es menos peor que el otro. No le hacen caso. Hace mucho que se les deshilachó la confianza. Mejor es ir al baseball o escuchar discos antediluvianos de Sinatra o de Louis Armstrong. Así y todo, se casó con un ingeniero abstencionista y vive relativamente feliz. Su trabajo en la ONU (lo ganó en concurso) le resulta estimulante. Es lindo juntarse en la cafetería con funcionarios o delegados franceses, ecuatorianos, napolitanos, australianos, chilenos, sudafricanos, etcétera. El único esperanto en que se entienden es el inglés y se divierten bastante con aquel chapurreo en clave mayor, aquel idioma que nadie domina.

CARLOS. Tal vez fue su favorito. Catorce años es poca vida. Nunca tuvo ánimos para reconstruir su final, para no ahogarse ella también en aquel naufragio absurdo. Que aprendiera a nadar, se lo dijo mil veces. Y él siempre retrucaba: ¿Para qué? La vida, o más bien la muerte, demostraron para qué. Como siempre que piensa en ese hijo, que sueña con él, la almohada se le empapa de llanto.

DANIEL. Siempre la acompañó. Siempre estuvo con ella. También ahora. Él sabe (y ella sabe que él lo sabe) que el afecto materno que recibe tiene el signo de la obligación, no de la espontaneidad. El vacío que dejó Carlos nadie lo colmó. Cuando él (tan sólo en los adioses o en los regresos) la abraza y la besa, siente que ella está abrazando y besando a Carlos. Pese a todo, a ella le consta que Daniel es fiel como un perro.

LUISA. Sin duda, la más atractiva de la familia. Sin embargo, no ha tenido suerte. Siempre alimentó la obsesión de ser ella misma, de no afiliarse a las apariencias. Una sola vez se enamoró, o creyó que se enamoraba, pero resultó que ese primer tórtolo le demostró su amor a bofetadas. Eso le magulló tanto el alma que se enfrentó al espejo e hizo un voto de desamor para el resto de sus días. Lo malo fue que esa inquina la empujó a la prostitución y allí permanece. Ella dice que se acuesta con los hombres para odiarlos mejor. Raquel ha tratado de persuadirla, de contagiarle su decencia. Pero Luisa, que empezó siendo carne seductora, ahora es apenas un alma marmórea.

MANUEL. Trabaja como un obseso en la carpintería de su primo Aparicio. Siempre ha sido milagrosamente sano. A la noche llega a casa agotado, deshecho, muerto de sueño. Su mujer, Amalia, comprensiva como pocas, ya ni siquiera le reprocha su menguada lujuria. Raquel tiene, sin embargo, fundadas sospechas de que la nuera calma sus apetitos en otras comarcas.

Afortunadamente, no tiene pruebas. Las raras veces que se encuentra con Manuel (Navidad, cumpleaños) le aconseja que trabaje menos, que se interese por otros quehaceres (cultura, política, deportes, etcétera), pero él ni siquiera responde. Simplemente sonríe, aunque eso también le da trabajo.

A esta altura, la nómina de hijos no ha acabado (faltan dos: Ricardo y Teresa), pero Raquel comienza a amodorrarse, dispuesta como de costumbre a soñar con Carlos y a mojar la almohada.

TAQUÍGRAFO MARTÍ

En una época en que aún no habían hecho su aparición los grabadores o magnetófonos o como quiera que se llamen, Celso Iriarte se había ganado la vida como taquígrafo. Entonces era una profesión lucrativa y bastante solicitada (por las cámaras de senadores y diputados, los congresos internacionales, los consejos universitarios, los bancos, el periodismo, etcétera) y había varios sistemas: el Gregg, el Pitman, el Gabelsberger, el Martí. Los tres primeros eran adaptaciones de otros idiomas; sólo el Martí se basaba en la sintaxis y las peculiaridades del idioma español. Disponía de más signos, que abarcaban más letras y sonidos, y en consecuencia no permitía alcanzar, como los otros, una máxima velocidad de escritura, pero en cambio era el más fácil de traducir o interpretar. Como la mayoría de los taquígrafos de Uruguay, Celso era practicante del Martí, y aun mucho después de haber abandonado esa profesión (ahora era abogado y profesor de Economía) recordaba con afecto aquellos garabatos secretos y a la vez reveladores.

Ya cumplidos sus sesenta años, viajó a España para atender varios compromisos universitarios. Fue entonces que pasó varias semanas en Valencia, una ciudad que, cuando estaba libre de obligaciones, le gustaba recorrer. En uno de esos paseos se encontró con que la calle que transitaba se llamaba Taquígrafo Martí. A partir de ese día, cuando concluía sus seminarios de la mañana, adquirió el hábito de recorrer aquella calle que le traía tantos recuerdos.

En la séptima de esas jornadas se le acercó un hombre bastante joven (aparentaba unos treinta años) y le preguntó a quemarropa:

—¿Usted es uruguayo?

—Sí, claro.

—Entonces mi nombre no ha de sonarle extraño.

—¿Cómo se llama?

—Soy el taquígrafo Martí. El que dio nombre a esta calle.

—Digamos que es el nieto.

—No, señor. Soy el mismísimo taquígrafo Martí.

—Mire, no estoy para bromas. Cuando empecé a practicar ese sistema, yo tenía dieciocho años y tengo entendido que el taquígrafo Martí, que por supuesto era español, me llevaba unos cuantos lustros de ventaja. Y yo tengo ahora más de sesenta.

—Es cierto.

—¿Y entonces?

—Soy el mismo.

—Un fantasma, tal vez.

—Tal vez. ¿Nunca se enteró de cierto célebre haiku: «Si no se esfuman / hay que tener cuidado / con los fantasmas»?

—¿Y usted piensa esfumarse?

—Es proba...

No alcanzó a pronunciar la sílaba «ble». En el preciso instante en que Celso se halló solo y abandonado en la calle, escuchó un fuerte ruido metálico. La chapa con el nombre del taquígrafo se había desprendido de su pared con grietas.

BRINDIS

Si ustedes lo permiten, prefiero seguir viviendo

FRANCISCO URONDO

BRINDIS

Brindo por los aparecidos
y los desaparecidos
brindo por el amor que se desnuda
por el invierno y sus bufandas
por las remotas infancias de los viejos
y las futuras vejezes de los niños

brindo por los peñascos de la angustia
y el archipiélago de la alegría
brindo por los jóvenes poetas
que cuentan las monedas y las sílabas
y finalmente brindo por el brindis
y el vino que nos brindan

AMORES DE ANTEAYER

En aquel luminoso otoño de 1944, Rodrigo Aznárez recorrió virtualmente toda la República. Le hacía de secretario al doctor Montes, autor de un (según él) revolucionario plan de educación física que había decidido difundir por los diecinueve departamentos del país. También formaban parte de la expedición siete esbeltas muchachas, alumnas de una especialidad más o menos gimnástica.

Rodrigo era el encargado de hacerle a Montes el discurso básico, que luego el jefe modificaba de acuerdo a las características de cada población. También tomaba nota de las preguntas del público, a las que debía responder en la próxima coyuntura.

Antes y después de cada arenga, las muchachas aportaban su espectáculo de campeonato, y sus ejercicios isométricos, sus volteretas y flexiones, eran ruidosamente aplaudidos por aquel público más bien rústico que acudía mucho más atraído por las jóvenes piernas musculosas que por las metáforas del doctor Montes.

Después de la cena, todos (incluido el jefe) concurrían al club local, que por lo general organizaba un bailongo en homenaje a la visita. Todavía no era tiempo de rock, donde los bailarines establecen distancias. El tango, primera danza abrazada de la historia y, por eso mismo, primer adoctrinamiento de lujuria, permitía instruirse sobre las cimas y las hondonadas del otro cuerpo.

Para Rodrigo, ése era el codiciado salario de los viajes. Pero lo mejor era el regreso en el autobús que contrataba Montes. Ahí comparecía Natalia Oribe, una atractiva morochita de modesta apariencia, que envolvía a Rodrigo con su clamorosa simpatía y el convincente lenguaje de sus manos. Sólo se besaban cuando el autobús quedaba a oscuras. El cruce de los túneles solía ser el momento más lúbrico.

La llegada del invierno más implacable del siglo puso punto final a las giras profesionales del doctor Montes. Rodrigo y Natalia, que se habían prometido otros azares, no se vieron más. Poco después él supo que la muchacha se había trasladado a Canadá con su familia.

Más de medio siglo después, el 15 de diciembre del 2000, Rodrigo se metió en un cine, más para disfrutar del aire acondicionado que por interés en la película. A su edad, el calor excesivo le hacía mal, le impedía respirar con normalidad. De pronto hubo un corte en la película y la sala se iluminó. No había mucha gente, a lo sumo veinte espectadores. Tres filas más adelante estaba, también sola, una vieja delgada pero erguida. Cuando se reanudó la película, la mujer abandonó su asiento y vino a sentarse junto a Rodrigo.

—Sos Rodrigo Aznárez, ¿verdad?

—Sí.

—Qué suerte. Yo soy Natalia Oribe, ¿te acordás? Rodrigo abrió tremendos ojos. No lo podía creer.

—¿Qué te parece si abandonamos este drama infame y nos metemos en un café?

Al café fueron y consiguieron ubicarse en una suerte de reservado.

Entre cerveza y cerveza, les llevó un buen rato ponerse al día. Rodrigo, contador público, era viudo. Su único hijo, químico industrial, residía en Italia. Natalia, psicóloga ya retirada, se había casado dos veces: una en Canadá, con un aviador de Montreal, del que se separó a los tres años, sin hijos mediante. Otra en Valparaíso, con un chileno profesor de Filosofía, que siete años

después la dejó viuda y con una hija, que vivía en Murcia y le había dado dos nietos.

Mientras ella hablaba, Rodrigo trataba de desentrañar, en aquel rostro casi octogenario, la gracia y la inocencia de la antigua muchacha. Al menos la simpatía había sobrevivido y se lo dijo.

—Vos sos más reconocible —comentó ella—. Tu sonrisa es la misma y me sigue gustando.

—A esta altura —dijo él— ya no es uno el que sonríe, sino las arrugas.

—¿Por cuánto andas?

—Ochenta y uno. ¿Y vos?

—Setenta y nueve.

—No estamos tan mal.

—¿Verdad que no?

—¿Te acordás de los viajes en autobús?

—Nunca los olvidé.

—Pero desapareciste.

—Enseguida nos fuimos a Canadá y no tenía tu dirección ni tu teléfono.

Sobrevino un silencio, pero fue breve. Ella dejó su silla y fue a sentarse junto a Rodrigo. Luego, al igual que en aquel otoño del 44, apoyó su cabeza en el hombro reencontrado.

—Natalia —dijo él.

Ella siguió callada, pero por cierta vibración de aquel hombro viejito que era su apoyo, supo de antemano cuál iba a ser la continuación.

—Natalia —repitió él, con voz vacilante y esperanzada—. ¿Cuándo nos casamos?

DE JEREZ A JEREZ

Se llamaba Angélica, pero su persona no era precisamente una ilustración de su nombre. Su rostro tenía, eso sí, una expresión escurridiza, como si pretendiera mostrar una inseguridad que poco tenía que ver con su índole secreta pero firme.

Parecía joven y bastante atractiva. La conocí una noche de campanas, pero no recuerdo si eran de celebración o de congoja. Estaba sola, apoyada en una columna de la pinza. Tenía un aspecto de angustia o desconsuelo. Me dio pena y me acerqué. Le pregunté si se sentía mal, si podía ayudarla.

—No se preocupe. No me pasa nada. Simplemente, padezco de cierta fragilidad congénita. Siempre que oigo campanas, me invade una extraña tristeza. Y lloro.

—Vamos, anímese un poco. ¿Me acepta un café?

—Si me lo cambia por un jerez.

—Bueno, ¿me acepta un jerez? Sonrió por fin, y antes de que yo abriera ninguna indagación, se enfrascó en un monólogo informativo.

—Yo no pertenezco a este paisaje, ni siquiera a sus alrededores. No obstante, llevo suficiente tiempo de residencia como para hablar sin acento, saborear las minutas locales, y hasta adaptar las pausas de mi paso a la zancada de estos prójimos. Soy oriunda de Frankfurt, de padre judío y madre egipcia. Fíjese qué entrevero. Él murió de infarto y ella de miedo. Un año antes me habían mandado con unos tíos a Buenos Aires. Apenas si me acuerdo de ese traslado: sólo tenía dos años. Nunca aprendí yiddish ni hebreo ni alemán, ni mis tíos intentaron enseñarme otra lengua que no fuera el castellano. Mi primer anhelo fue levitar. Y no me parecía tan absurdo. ¿Por qué los pájaros, siendo más brutos, podían volar? De a poco me fui convenciendo de que mi destino no era aéreo sino terrestre. Una tarde, a mis trece años, volvía del liceo y un tipo me paró en la calle, me agarró de un brazo, me arrastró hasta un zaguán convenientemente oscuro, y me quiso violar. Por entonces yo hacía mucha gimnasia, y había adquirido fuerza y agilidad. Logré dar un salto y propinarle una buena patada. Exactamente en los huevos. El grandote se dobló de dolor y yo retomé mi ruta con toda calma, sin ni siquiera mirar hacia atrás. En casa no dije nada. Un poco por vergüenza y otro poco por dignidad deportiva. La tía me preguntó cómo y dónde me había roto la blusa. Ahí me estrené como mentirosa profesional. Simplemente dije que me la había enganchado en una de las verjas que rodean el liceo.

En ese punto Angélica emitió un semigrito.

—¡Las nueve! Perdóneme si lo dejo. Me olvidé que me esperaban. Esta ciudad modesta es como un pueblo. Seguramente nos volveremos a encontrar, así le termino mi autobiografía. Gracias por escucharme y sobre todo por la paciencia, que no es por cierto un rasgo nacional.

Y sí, tres o cuatro años después nos volvimos a encontrar. Ella salía lentamente de la iglesia del Cordón. Enseguida me reconoció, me dio la mano y por primera vez nos dijimos los nombres.

—No la imaginaba con vocación religiosa.

—Y estaba en lo cierto. Hasta hace poco era agnóstica. Ahora soy definitivamente atea,

—¿Y eso cómo se compagina con una visita a la iglesia?

—Hay que conocer al enemigo. Descifrar su lenguaje, sus intenciones, sus claves. Por parejas razones, escucho atentamente a los políticos. Pero en éstos, lo más revelador y aleccionante no son las líneas sino las entrelíneas.

Cada discurso tiene un subsuelo y allí es donde las ambiciones, las apetencias y la codicia se entrenan para dar el salto.

—La encuentro más pesimista, más desdeñosa. Una pregunta indiscreta: ¿nunca se ha enamorado? El amor, sobre todo cuando viene enganchado con el deseo, se incorpora a la vida soñada o a soñar. Y también cicatriza las heridas.

—Por supuesto que me he enamorado. Precisamente, de ahí viene el pesimismo. No de la etapa de amor, sino de desamor. Es en ésta cuando aparecen las trampas, los simulacros, las dobleces.

—¿No cree que el amor es una necesidad?

—¿Necesidad o calamidad? ¿No será al menos un equívoco?

De pronto nos separó un silencio. Nos miramos con dos signos de interrogación. Angélica se tapó la boca, como si quisiera ocultar una mueca de burla.

—¿Hoy no me va a convidar con otro jerez?

—Naturalmente.

En el café más cercano no había ninguna mesa disponible, así que nos arrimamos a la barra.

Cuando levantó la copita de jerez, se miró detenidamente las uñas y detectó que por lo menos dos estaban sucias.

—Me he vuelto descuidada. Conmigo misma. Ya ni siquiera tengo tiempo de lavarme las manos.

—¿Por qué? ¿Mucho trabajo?

—Nada de trabajo. Pierdo tiempo pensando. Inútilmente, ya que no llego a la menor conclusión, ni me aplico en ningún borrador, en ningún proyecto. Usted me conoció en una noche de llanto y yo le dije que las campanas me hacían llorar. Pero no era rigurosamente cierto. No son las campanas de la iglesia las que me entristecen. No piense que deliro, pero las que me desconsuelan son las campanas del alma, o del corazón, no las he localizado, pero las siento en mí misma, no en el aire exterior, fuera de mí.

—¿No ha recurrido a ningún psicólogo o psiquiatra o psicoanalista o psicotécnico, a cualquier señor que empiece con psico?

Fue la primera vez que la escuché reír con espontaneidad.

—¿Para qué? ¿Para que me digan lo que ya sé? Le juro por ese Dios padre en que no creo, que no soy una psicópata. Ese prefijo no va conmigo.

Después de esos dos encuentros, figuran varios más en mi currículum y en el de ella, pero aquí sólo dejaré constancia del decimoquinto.

Pleno invierno, inclemente como pocos. Me desperté con el golpeteo del granizo en el amplio ventanal. Me levanté y me quedé un buen rato contemplando aquel diluvio y compañía.

Luego regresé a la cama y estiré un brazo hasta reconocer el lindo pecho izquierdo de mi mujer. Ella abrió los ojos y me dedicó una ráfaga de cariño. Sólo entonces descubrió la tormenta.

—¡Angélica! —dije yo—. ¿Verdad que no está mal esta borrasca para celebrar nuestro tercer aniversario?

Ella prorrumpió en dos hurras y me miró con una alegría nueva, recién inaugurada.

—¿No me vas a ofrecer un jerez?

ECHAR LAS CARTAS

Querida muchacha:

No te extrañe que te llame así. A pesar de los años transcurridos, para mí seguís siendo la muchacha de entonces, la que atravesaba la plaza de lunes a viernes, a las siete menos cuarto, cosechando las lúbricas miradas de los varones de la tarde. Todos te quitábamos con la imaginación el vestido floreado, aunque cada uno se quedaba con una revelación distinta.

Nunca dejaré de agradecerle al doctor Anselmi la noche en que nos presentó en el café Gloria y luego se fue discretamente, dejándonos por primera vez a solas con nuestro mutuo asombro. Y allí empezó todo. Tres meses después tuve el privilegio de quitarte el vestido floreado (eran otras flores, claro) y encontré que superabas en mucho los prodigios de la intuición. Por suerte no eras perfecta, pero tu imperfección le otorgaba un signo irreplicable a mi enamoramiento.

Te preguntarás por qué te cuento todo esto que sabes de memoria, por qué rememoro el origen de los tiempos, o sea de nuestro tiempo. Tal vez porque estoy solo frente al mar y evocarte es una forma de sobrellevar la soledad. Las golondrinas, veloces como nunca, pasan y repasan el aire en su estreno de la primavera, y a mi vez yo, lento como siempre, paso y repaso mis inviernos. No sé por qué miro las varices azules de mis tobillos, flacos y cansados, y admito lo que fui y también lo que quise ser y nunca fui. En cada invierno pasado está tu imagen, ese retrato encuadrado que me espera en la pared del fondo de mi estudio. Y de la colección de inviernos surge nítido aquel en que me dijiste: No va más.

Querida Andrea:

Hoy supe, por tu amiga Natalia, que te casaste por segunda vez y que aparentemente sos feliz. Te conozco lo suficiente como para decirte que sos merecedora de una felicidad cualquiera, pero soy lo bastante honesto como para declararte que esta bienaventuranza tuya no me deja contento, ya que por supuesto habría preferido que la tuvieras conmigo. ¿Por qué no fuiste feliz en nuestro quinquenio de convivencia? Es cierto que discutíamos con frecuencia, pero eso ocurría porque éramos (y somos) muy distintos. Para mí esa desemejanza era un atractivo más, ya que es sabido que las parejas que son (valga la redundancia) demasiado parejas, se aburren como ostras. Por otra parte, aunque muchas veces te dije en broma que yo era fiel pero no fanático, la verdad es que nunca te engañé. Una vez estuve a punto, pero en mi corazón (perdona la cursilería) sólo había sitio para vos. ¿También me fuiste leal? ¿Había en tu corazón una celdilla para mí y otra que estaba disponible? No puedo saberlo. Al menos me consta que sólo reiniciaste tu vida en pareja dos años después de nuestro punto y aparte, ¿o fue punto final? ¿Qué tal es tu marido? No. Mejor no me lo cuentes. El infarto por celos nunca es benigno. Ojalá lo disfrutes y te disfrute. Al menos ya tenes experiencia de cuáles son los parámetros de la parábola sexual, dónde están los límites y dónde las fronteras. Seré curioso. ¿En alguna ocasión reservaste un silencio para rememorar nuestra antigua amalgama, que lamentablemente, todavía no sé bien por qué (y aquí viene bien la nomenclatura futbolística), perdió el invicto? Pasará el tiempo. En el futuro habrá otras primaveras, otras golondrinas reanudarán su vértigo, pero yo soy tozudo en mis evocaciones y puedo asegurarte que no te olvidaré. Tengo ganas de mandarte un abrazo. Pero no te lo mando, de bueno que soy, sólo para que no tengas problemas si te pillan esta epístola a los tesalonicenses.

Querida Andrea:

No te alarmes. Esta carta sólo será un parte de viaje. Hace cuatro días que llegué a París, movido por asuntos profesionales. Agosto no es el mejor mes para apreciar monumentos. Tampoco para reencontrar a alguno que otro amigo parisiense. ¿Te acordás de Claude Moreau? No bien llegué, llamé a su teléfono. Me atendió su nuera. «¿Claude? Murió en noviembre.» Balbuceé un breve pésame y me metí en el café de la Paix, donde tantas veces nos habíamos encontrado. Recuerdo que aun la última vez que estuve con él no había asimilado su viudez. Tenía dos hijos, que lo cuidaban y casi lo mimaban, pero no era lo mismo. Años atrás yo había conocido a Angelines, una asturiana que escribía cuentos, por cierto bastante buenos, y realmente era muy querible. ¿Te acordás de Odile? Bueno, se casó con un nigeriano bien oscurito y se fueron a vivir a Canadá. Al parecer, ambos se han especializado en informática, y están trabajando y ganando bien. Me chimentan, además, que Odile está embarazada y que ambos hacen conjeturas, con explicable curiosidad, sobre cuál será el color del primogénito.

Ah, como corresponde, estuve en el Louvre ¿y sabes con qué me encontré? Con que la sonrisa de la Gioconda es igualita a la tuya. Al menos, a la que desplegabas en épocas idílicas.

Me parece sensato que me hayas enviado el número de tu casilla de correo. De todos modos, el tema de la carta de hoy no iba a despertar ninguna suspicacia. ¿Sabes por qué? Porque me casé. Sí, aunque te cueste creerlo, yo también he desembocado en mis segundas nupcias. Así que, por las dudas, te mando aquí mi número de casilla: 14043.

Ahora bien, hoy me he dado cuenta de que hace casi un año que no te escribo. Te aseguro que la demora no tiene que ver con mi nuevo estado. Simplemente, se me fueron acumulando las tareas y los problemas. Y no sólo no te he escrito a vos, sino tampoco a ninguno de mis habituales interlocutores postales.

Mi despacho de abogado se ha llenado de papeles, documentos, comprobantes burocráticos, copias fotostáticas, códigos y otras menudencias.

Me he pasado la vida en juzgados, palacios de justicia, tribunales, audiencias, etcétera. También la boda me ha reducido el tiempo disponible. Conseguir una vivienda más adecuada, familiarizarme con mis nuevos suegros y sus manías, repartirnos con Patricia, mi nueva mujer, las responsabilidades cotidianas, todo ello me ha hecho trasnochar y hasta provocado insomnios, calamidad esta que nunca antes había padecido.

Patricia es tolerante y afectuosa. Es un vínculo bastante distinto del que mantuve contigo. Menos apasionado, más tranquilo y estable, y sin embargo llevadero. Te diré cómo la conocí. Un viernes apareció en mi despacho (ella también es abogada) acompañada de un veterano cargado de problemas: familiares, comerciales, inmobiliarios, administrativos. Eran tantos y aparentemente tan complejos, que les pedí me dejaran todo aquel papeleo para estudiarlo con la debida atención y que volvieran a verme dentro de una semana. Aquel lío era impresionante pero no de difícil solución, de manera que el viernes siguiente, cuando volvió Patricia, sola, sin su cliente, le expuse mi opinión y ella quedó asombrada. Quizá por ello simpatizamos y quedamos en almorzar el próximo martes. Fue el primero de una serie de almuerzos y cenas y todo siguió su curso.

La verdad es que yo ya estaba un poco aburrido de mi vida de asceta, sobre todo considerando que, como vos bien sabes, nunca tuve vocación de misántropo. Ella también estaba disponible. Era soltera y el exceso de trabajo profesional no le impedía apreciar que los años iban pasando con su ritmo inexorable. O sea: que tal para cual. Ya llevamos cinco meses de convivencia y aparentemente todo va bien. El mes pasado nos tomamos quince días de vacaciones y nos fuimos a Piriápolis, donde casi te diría que empezamos verdaderamente a conocernos, a ponernos al día con nuestras respectivas

biografías (por las dudas no le conté la etapa nuestra), que por cierto no eran demasiado espectaculares. Así pues, ésta es la historia. La verdad es que me siento bien. El tiempo sigue pasando y no hay pesadumbre ni tortura. Ojalá que a vos también te rueden bien las cosas. Cuando puedas, mándame noticias. Como ésta va a la casilla de correos, ahora sí te puedo enviar un abrazo, con viejo y nuevo afecto.

Querida Andrea:

No sé por qué, pero hoy me dio por extrañarte; por echar de menos tu presencia. Será tal vez porque el primer amor le deja a uno más huellas que ningún otro. Lo cierto es que estaba en la cama, junto a Patricia plácidamente dormida, y de pronto rememoré otra noche del pasado, junto a vos, plácidamente dormida, y sentí una aguda nostalgia de aquel sosiego de anteaayer. Alguien dijo que el olvido está lleno de memoria, pero también es cierto que la memoria no se rinde. Dos por tres suenan como campanitas en el ritmo cardíaco y una escena se hace presente en la conciencia como en una pantalla de televisión. Y aquel cuerpo que las manos casi habían olvidado vuelve a surgir como un destello hasta que otra vez suenan las campanitas y el destello se apaga. ¿Te ocurre a veces algo así? ¿O será que me estoy volviendo un poco loco? Puede ser. Mientras tanto este probable loco te envía un invulnerable abrazo.

Querida Andrea:

Antes que nada, eufórico como estoy, me siento obligado a transcribir tu cartita:

«Yo también estoy loca. Yo también sueño contigo, dormida y despierta. Yo también oigo campanitas. Yo también añoro, no sólo tus manos en mi cuerpo, sino también mis manos en el tuyo. No voy a dejar a mi marido, porque es bueno y lo quiero, pero quiero encontrarme contigo con o sin campanitas, pero estar contigo. ¿Puede ser?»

Es claro que puede ser, mujer primera. Tampoco pienso dejar a Patricia, la verdad es que la quiero. Pero la otra poderosa verdad es que necesito estar contigo. Tengo la impresión de que vos y yo, que no funcionamos demasiado bien como marido y mujer, sí funcionaremos espléndidamente como amantes. ¿Recordás aquello de «fiel pero no fanático»? Hasta el viernes, muchacha, en el café de siempre.

EL TIEMPO PASA

—¿Alguna vez hiciste eso? —preguntó Gloria con una sonrisa tan espontánea que Sebastián, a sus quince recién cumplidos, sintió que le temblaban las orejas.

—No. Nunca.

Hacía tantos años de ese diálogo, pero Seba no olvidaría jamás su continuación.

Gloria era, como su nombre (falso, por supuesto) lo indica, la puta más gloriosa de la calle Finisterre, pero su gran atractivo estribaba en que no tenía aspecto de ramera, ni se vestía como tal, ni se movía como tal. Era tan sólo una veinteañera sencillamente hermosa, que atraía a los hombres con prolija honestidad, informándoles desde el vamos que no tenía vocación de amor único.

—¿Querés inaugurarte conmigo?

—Si usted lo permite.

Ante aquel inesperado tratamiento respetuoso, Gloria estalló en una franca carcajada, que por fin logró quebrar la timidez de Sebastián. Así, con el mejor de los humores, ambos penetraron casi corriendo en el bosquecito de los sauces orilleros.

Cuando Gloria halló el sitio que le pareció adecuado y protegido de curiosos y viejos verdes, atrajo con suavidad a Seba, le desabrochó lentamente el short, hizo que él la desnudara a medias, y de inmediato dio comienzo al curso preparatorio que culminó en un coito, tan elemental y tan tierno, que Seba estuvo a punto de llorar. De alegría, claro.

A pesar de su inocencia, Seba tuvo la precaución de no comunicar su ficha (apellido, domicilio, familia, etcétera). Después de todo, sabía que ésas eran las reglas del juego.

El curso completo incluyó cinco clases, al cabo de las cuales Seba obtuvo de su ufana y generosa amiga el certificado de candida destreza, y si el adiestramiento no se prolongó fue porque el padre de Seba, un tal Basilio Aceves, viudo prematuro, decidió cambiar de casa, debido a que la actual contenía demasiados recuerdos y añoranzas de su mujer, fallecida muy joven en un absurdo accidente de carretera. Basilio exageró el deseo de alejamiento y encontró una linda casita con jardín en el otro extremo de la ciudad.

Para despedirse cumplidamente de Gloria, Seba tuvo que esperar, a la hora del crepúsculo, a que ella volviera de atender a un cliente exigente, avaro y remiso. Lo cierto es que fue un adiós sobrio, pero con una buena dosis de sentimiento y gratitud.

Durante un par de años Sebastián mantuvo aquel estreno en el ordenado desván de su memoria. Sabía que algún día le sería útil en el desarrollo de su carrera amatoria.

En el nuevo barrio, Seba, comunicativo y bien humorado, hizo amistades de ambos sexos. Ya en época universitaria, su entrenada malicia le llevó a dejar varias novias en el camino. El padre no hacía preguntas; a lo sumo algún comentario irónico, que Seba recibía como una muestra de compañerismo, algo así como un intercambio entre muchachos. La viudez de Basilio y la orfandad de Sebastián los habían acercado, aunque rara vez mencionaran el nombre de la ausente.

El día en que Sebastián cumplió veintitrés años, Basilio le pidió que cenara en casa. «Te reservo una sorpresa. Ya verás.»

A medida que avanzaba la tarde, Basilio se fue poniendo alegremente tenso. Había encargado la cena conmemorativa en un restorán de cinco tenedores. Con un gesto de paternal condescendencia, sirvió dos whiskies, y a mediados del segundo la frase sonó como un disparo: «Sebastián, me caso».

Seba se levantó y, sin decir palabra, lo abrazó. A Basilio le brillaron los ojos. «Me hace feliz que te parezca bien. De todas maneras, puedes estar seguro de que la imagen de tu madre permanecerá intacta entre nosotros. Pese a mis cuarenta y pico, ya era muy duro permanecer sin amor, sin un cuerpo en la cama. ¿Lo entendés, verdad?»

—Sí, claro.

A las ocho sonó el timbre y un Basilio exultante se puso de pie. «Seguramente es ella. Quise aprovechar tu cumpleaños para que se conocieran.»

Seba escuchó que se abría la puerta de calle. Diez minutos después entró el padre con una mujer todavía joven y atractiva, que examinó a Sebastián con una mirada que mezclaba el encanto con la turbación.

«Bueno, bueno», dijo Basilio. «Ha llegado el momento crucial de las presentaciones. Este es Sebastián, mi único hijo. Y ésta es Carmela, mi futura.»

Como culminación de aquel trance épico, Basilio no pudo contener una carcajada nerviosa.

Pero Sebastián sabía (y ella también) que esta Carmela no era Carmela, sino la cautivante Gloria de sus quince abríles.

AMOR EN VILO

amor en vilo la sospecha entreabre su celosía

De golpe y porrazo entró en el exilio. Calles de verdad en las que no creía. Bajo el cielo plomizo, mujeres con rostros de arco iris. Esquinas de oscuridad con basura impecable, pero distinta. Ventanas que emitían cantos provocadores y mensajes obscenos. Qué laberinto.

En su pobre cuarto de pensión entró por fin el cielo, que de improviso se había vuelto azul con un cinturón de nubes espumosas. Eso le animó a instalarse mentalmente en su casa remota, nada menos que a doce horas de vuelo. El candor de su madre, el llanto de los sobrinos. Y luego los golpes groseros en la puerta, la invasión del espanto. La tortura corriente y otras profecías. La suerte o la conciencia, con su red de fantasmas. Y el puntapié final por sobre los océanos.

Se desesperó por fin y se metió en el mundo. El mendigo lo vio venir y no le tendió la mano pedigüña. Sólo le dijo: «Aquí». Era su idioma y no lo era. Hasta los harapos eran otros. Le preguntó algo y el indigente le respondió algo. Luego dijo: «¿Vas a quedarte? Te echaron, viejo. Estás jodido, como yo. Si querés te presto unos pingajos para que me acompañes. Ah, pero no con ese traje dominguero. Me espantarías la clientela». .

Le dejó unas monedas, le dijo gracias y se alejó casi corriendo, como si huyera de un futuro posible. Tenía las señas de dos compatriotas. Sabía cómo llegar. Caminando, claro. Dos horas más tarde pudo tocar el timbre en la puerta de Augusto. Pero la que abrió fue Pilar. Andaluza cien por ciento. «Soy Andrés, amigo y compatriota de Augusto. Ayer llegué de Uruguay.»

Pilar lo hizo pasar y lo ubicó en un sofá comodísimo. Luego le trajo un vaso con whisky y dos cubitos de hielo. «¿No está Augusto?» Sólo entonces ella se sentó frente a él, se frotó las manos y se animó a hablar: «Augusto murió. Hace un año, un paro cardíaco. Nada lo hacía prever».

Ante la crudeza de la noticia, Andrés se sintió repentinamente frágil. Se tomó la cabeza con las dos manos y estuvo a punto de perder el conocimiento. Cuando pudo hablar, sólo dijo: «¡Qué horrible!». Pilar le preguntó dónde se hospedaba, y luego, tal vez impresionada por el desánimo de Andrés, agregó con cierta cortedad: «Tengo una habitación libre. Si no encuentras nada mejor, puedes instalarte aquí, así sea transitoriamente».

Él agradeció, conmovido, y dos días después apareció con sus bártulos. El paso siguiente fue buscar trabajo. Pilar lo puso en contacto con Luis Pedro, que era el otro uruguayo que Andrés traía en su agenda. Gracias a él consiguió una chamba. Clandestino, por supuesto. Luis Pedro se dedicaba a traducciones del inglés, del alemán y del italiano, pero estaba agobiado de compromisos. Sabía que Andrés era un buen traductor de alemán y como coincidía con que esa lengua era la que menos dominaba, Luis Pedro empezó a pasarle lo que le llegaba en deutsch, derivándole la paga correspondiente.

Con alojamiento y trabajo resueltos, Andrés tuvo tiempo de ir conociendo Madrid y encontró que le gustaba. También su relación con Pilar, que empezó en gratitud y fue convirtiéndose en una sincera amistad, significó asimismo una terapia eficaz contra la soledad. Cada vez hablaban menos de Augusto y en cambio se fueron contando sus vidas, tan dispares. Andrés a veces se animaba

a cocinar y Pilar elogiaba puntualmente sus progresos. Una tarde, cuando hablaban de un próximo menú, Pilar de pronto se calló y con un tono algo vacilante empezó a contarle: «Este barrio es de una chismografía muy desarrollada. Justamente hoy, mientras elegía yogures en el supermercado, una buena vecina me acercó el rumor de que nosotros dos, ya que vivíamos juntos, éramos amantes. Lo curioso es que no lo decían como crítica. Más bien les parecía lógico. Son jóvenes, dijo una. Y buena gente, dijo otra».

Andrés sonrió, enigmático, pero pudo preguntar: «Y a vos ¿qué te parece?». A Pilar se le llenaron los ojos de lágrimas. Luego se miraron intensamente, y en un impulso que fue recíproco, se unieron en un abrazo cálido, estrecho. También simultáneamente empezaron a desnudarse, con un poco de vértigo y otro poco de desesperación. Por fin los cuerpos expresaron deseos que tenían razón (y corazón) de ser.

Sin trabas ni prejuicios, el amor fue creciendo, consolidándose. Aun así, Andrés ordenaba sus nostalgias, soñaba las esquinas de allá lejos, reproducía rostros queridos, cielos con Vía Láctea, calles empedradas, miedos y conjuras.

Una tarde la televisión dio la noticia. No más dictadura en Uruguay. Volvió la democracia. Los exiliados pueden regresar.

¿Regresar? Pilar asistió junto a Andrés a la revelación. «¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Vas a volver?»

Andrés no dijo nada. Patria o Pilar. Pilar o Patria. «Si regresara, ¿vendrías conmigo?»

Pilar tampoco dijo nada. Andrés o Madrid. Madrid o Andrés.

«Es tan difícil.»

Más tarde, mucho más tarde, en la fila 14 del vuelo 6841 de Iberia, Pilar advirtió que ahora era Andrés el que lloraba. «Quién sabe», dijo ella, y él, en un eco: «Quién sabe». Luego pensó en voz baja: «¿Será un amor en vilo?». Pilar dijo: «Eso nunca», y pareció esconderse en su calma, pero casi enseguida recobró su sonrisa y oprimió la mano de Andrés: «¿Qué te parece si en vez de amor en vilo, decimos mejor: amor en vuelo?».

NIÑOQUEPIENSA

Vino el Viejo y dijo basta cuando Mamá le contó con lujo de detalles el lío de la maceta lo dijo con la furia de costumbre y esos ojos saltones que tiene cada vez que en la oficina alguno de los malandras le arruina la digestión y después él viene y se desquita conmigo mandándome a la cama y aquí estoy despatarrado como un rey mirando las goteras del techo metiendo el dedo gordo del pie en el agujero de la sábana claro lo lamento más que nada por el flan que hizo la Vieja pero a lo mejor queda para mañana y es mucho mejor comerlo frío dijo basta como si la maceta fuera suya y era en cambio de la gorda de al lado la que tiene várices y también esa nena asquerosita que en la escuela se cree la mona sabia pero nunca se acuerda de la capital de Bolivia y yo en cambio sé todas las capitales de América primero Honduras capital Tegucigalpa después Venezuela capital Caracas después Nicaragua capital Managua total una maceta no es para tanto pero la Vieja claro tiene que adular a la gorda y llevar el cuento para que el otro chinchudo diga que soy imposible esto no puede seguir así vamos a tener que meterte pupilo como si yo fuera a tragarme esa milanese y no supiera que la Vieja sin mí se vuelve loca por lo menos le dijo la otra noche a la tía Azucena si algo le pasa al nene yo memato memato memato pero claro ella tiene que lucirse con la gorda porque miran juntas la telenovela y lloran juntas y se desesperan y el Viejo se agarra cada luna porque en vez de hacerle la comida se pasan como una hora comentando te das cuenta qué sinvergüenza pero la institutriz tampoco es trigo limpio fíjate que el mayordomo les había dado la cana en la glorieta pero el conde es tan bueno que se lo perdonó por la hija ma qué hija grita el Viejo quiero la sopa o me van a tener esperando hasta las calandrias griegas la macana es que hoy había fútbol y yo aquí despatarrado como un rey todo por querer explicarle a Cacho cómo había sido el gol del puntero izquierdo la maceta estaba tan disponible que la patié despacio nada más que para que entendiera el amague del penal y viene el centro saltan varios gooooool la cama es una peste estoy aburrido aburrido aburrido cuando sea grande voy a quemar todas las camas y voy a comprar una pila de macetas para romperlas a patadas y ahora como anticipo podría romper la sábana haciendo fuerza con el dedo gordo pero capaz que después la Vieja ve la rotura y dice que fui yo y va con el cuento y mañana yo quiero comer flan y además tengo que ir al colegio porque van a dar cine para que después hagamos la composición sobre qué buenos son los padres jajá y la maestra que es bruta lora me sienta casi siempre con la niña Fernández pero a mí me gusta la niña Menéndez porque la niña Fernández es flor de naba y sostiene que el que copia no aprende pero ella no copia y tampoco aprende en cambio la niña Menéndez es lo más pierna y de una familia fenómeno y platuda yo cuando sea grande quiero ser platudo y tener auto gratis y que me paguen el sueldo mientras paso flor de vida en Punta del Este pero en cambio mi primo Tito dice que a él le gustaría estudiar bailes clásicos y entonces el Viejo pone rostro de arcada y yo estoy aburrido aburrido aburrido y además tendría que ir al baño y el Viejo me dejó encerrado y a oscuras ojalá venga un apagón así ellos también quedan a oscuras ojalá se les pierda la llave y queden encerrados ojalá se le rompa a la Vieja una maceta así el Viejo la mete en la cama y se pasa aburrida aburrida aburrida y no puede ver la telenovela y yo vengo y le digo a que no sabes qué dijo el conde en la glorieta y hago el ruido de la puerta que se abre y de la pata de palo que se acerca y nada más o sea que tendrá que esperar a que venga la gorda y se lo cuente y cuando venga la gorda voy a hacerle fau a la nena asquerosita y ya va como media hora que estoy en la cama así que sólo faltan dieciocho horas y media y voy a ponerme a contar hasta un millón o sea uno—dostrescuatrocincoseisieteocho ya me aburrí pero también podría buscar algo

para que lo pongan en penitencia al Viejo así que en cuanto tenga el teléfono a mano voy a llamar al jefe para contarle que el Viejo estuvo hablando de él y dijo que era un imbécil un tarado un ladrón y otra cosa que no me acuerdo bien pero que sonaba algo así como cornudo.

OTRAS ALEGRÍAS

El veterano Amílcar Ponce, novelista de fuste, con varios y relevantes premios a cuestas, nunca fue muy proclive a evocar, y mucho menos a transmitir, episodios de su pasado. Esta vez, sin embargo, se había mostrado más comunicativo. Él mismo se preguntaba por qué. Tal vez porque se veía muy poco con sus nietos y en esta ocasión, cosa extraña, estaban los tres juntos: Felipe, veinticuatro años, abogado; Marcela, veintidós años, psicóloga; Horacio, veinte años, músico.

Marcela abrió el fuego.

—Dicen que los viejos recuerdan mejor los días lejanos que los cercanos. ¿A vos te sucede eso?

—No sé qué ocurre con los viejos, pero en los muchachos de setenta y ocho años, como el suscrito, la memoria se vuelve más nítida en la lejanía.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, mi primera escapada, que fue un verdadero cóctel de gozo y de miedo.:

—¿Qué edad tenías? —preguntó Felipe.

—Once quizás. En esa época vivíamos en el camino Garzón, a la altura de Casavalle. Empecé a caminar a las nueve de la mañana y a las once seguía caminando. Llegué a Colón, bastante agotado, y me quedé un rato sentado en la estación del ferrocarril, mirando las llegadas y las partidas de los trenes. La caminata me había despertado el apetito. Por fortuna pude conseguir un refuerzo de jamón y queso. Luego me fui internando por los caminos que quedaban detrás de la estación, o sea el lado pobre, casi miserable. Las casas más o menos suntuosas quedaban del otro lado. Por donde yo andaba no había líneas de teléfono. Eso me preocupó porque me habría gustado llamar a casa, pensando que la vieja, o sea vuestra bisabuela, a esa altura ya se estaría preocupando. Al pasar frente a una casita que era casi un rancho, con un techo de chapas de zinc, un tipo alto y flaco se me acercó. Vos no sos de aquí, dijo. A duras penas balbuceé: No. ¿Y qué haces por este barrio? Nada. Me preguntó dónde vivía y se lo dije. ¿Viniste con permiso? No. ¿Sabes lo inquietos que deben estar tus viejos? Puede ser. Me tomó de un brazo, sin violencia, y así llegamos a una moto con sidecar, algo estropeada pero que aún funcionaba. Me ubicó en el asiento lateral y así arrancamos por Garzón hasta llegar a mi casa, esquina Casavalle. Le pedí que me dejara allí. Creo que le dije gracias. El hombre me sonrió, me tocó la cabeza, esperó que yo abriera la puerta del jardincito y sólo entonces arrancó de nuevo. Fue ahí que apareció mi madre y me preguntó dónde me había metido: hace como media hora que te estoy llamando, la comida está pronta y tu padre tiene que salir. O sea que mi modesta aventura no había provocado angustias. Todavía hoy recuerdo que me asaltó una mezcla de alegría y decepción. Alegría porque estaba de nuevo en casa. Decepción porque no me habían echado de menos.

Horacio consideró que era su turno.

—¿Te acordás, abuelo, de tu primer amorato?

—Sí, claro. Tendría unos diecisiete años. Había un vecino cuarentón, arquitecto, que tenía una mujercita veinteañera y encantadora. Iba a menudo a visitarlos, pero sobre todo para disfrutar de esa linda presencia. Una tarde que estaba con ellos, el arquitecto recibió la visita de un empresario que quería encargarle una obra importante. Hice ademán de retirarme, pero ella me hizo una seña casi imperceptible, indicándome la ruta de la cocina. Allí me senté, lleno de expectativas. Ella sirvió café para su marido y el otro, que se habían

instalado en el estudio. Luego vino a mi encuentro. Sin decir palabra me abrazó y ante esa tácita autorización la besé siete u ocho veces. Nada más. Toda una alegría.

—¿Y no sentiste ningún escrúpulo —inquirió Marcela— al besarla siete u ocho veces sabiendo que la muchacha era casada y el marido estaba allí nomás, pared de por medio?

—No, y ¿sabes por qué no? Porque yo a esa altura ya sabía que el arquitecto, todos los viernes, concurría a un apartamentito de Pocitos, donde fornicaba puntualmente con una mulata, bastante apetitosa, que era modelo de pasarela.

Felipe cerró el interrogatorio.

—¿Y alguna alegría relacionada con tu condición de literato renombrado? De adulto, claro.

—Digamos a mis cincuenta. Había despedido en el puerto a mi editor español y volvía a mi casa, en un taxi, un poco distraído, reflexionando sobre una modificación del contrato que ese señor acababa de proponerme. El chofer manejaba con prudencia, pero exactamente frente a la antigua Casa de Gobierno, en la plaza Independencia, el taxi que lo precedía frenó de golpe, y aunque el mío, tomado de sorpresa, también frenó, el choque fue inevitable, originándose las correspondientes abolladuras. Éstas incluyeron a mi inocente rostro, que, debido al impacto, se había estrellado contra un fierro cualquiera. El dolor no fue considerable, pero mi nariz empezó a sangrar. Los dos choferes no prestaron la menor atención a mi percance particular y aun cuando se hizo presente un policía de uniforme, ellos seguían discutiendo a los gritos. También se acercaron tres señoras, alarmadas al verme sangrar, y una dijo, con una voz muy aguda: «Hay que llamar a una ambulancia». Y la segunda agregó, asombrada: «Pero este señor es alguien muy conocido, a menudo aparece en la prensa y en la televisión». «Es cierto», dijo la tercera, «ah, pero cómo se llama.» También ellas se habían olvidado de la ambulancia. Entonces se acercó el policía y con una mueca burlona, decretó: «Pero señoras, ¿no se dan cuenta de que es el novelista Amílcar Ponce, el famoso autor de Nadie, nada y nunca?». Las buenas señoras enrojecieron de súbita y merecida vergüenza, y yo, a pesar de la sangre que manaba de mi nariz, más pugilística que cleopátrica, me sentí invadido por una alegría rigurosamente profesional.

—Bravissimo —dijo Horacio a media risa.

—Nada de bravissimo —dijo Marcela, conmovida, mientras se enjugaba un lagrimón de rimmel.

—Abuelo —dijo Felipe en pleno abrazo—, te aseguro que el trastazo te dejó la nariz mejor que la del Papa.

VISLUMBRES

En los últimos tiempos su obsesión era escribir una novela, pero todos los temas que se le ocurrían adolecían de brevedad. Para sobreponerse al desánimo, dejó que el insomnio le abriera caminos, y una noche creyó encontrar un fecundo recodo del azar. En sus casi cincuenta años había asistido a innumerables peripecias ajenas, a aventuras riesgosas que llegaron a conmoverle como testigo, implicado o no, pero sensible al dolor o la euforia de otros. Empezó por anotar nombres claves, que eran como rótulos de historias o etiquetas de crónicas; a veces, como memorias recuperadas.

La primera vislumbre se llamó Elisa M. De extracción muy modesta, pudo sin embargo estudiar Arquitectura y se recibió con estupendas calificaciones. En los dos primeros años dirigió la construcción, frente al mar, de cuatro edificios de varias plantas, en uno de los cuales se reservó un apartamento. Se sentía feliz, realizada, exultante. Así, hasta una noche en que la despertó un terrible estruendo y un pánico repentino la lanzó a la calle. La realidad la sacudió sin piedad. Uno de los edificios que tenían su sello personal se había desplomado, y la zona estaba invadida por policías, bomberos y un enjambre de curiosos. Elisa alcanzó a distinguir entre escombros varios cuerpos, unos que ya eran cadáveres y otros sangrantes heridos. De pronto cayó de rodillas y lloró sin consuelo. Se sintió asfixiada por una mole de culpas. Seis años después de aquella desgracia, el aspirante a novelista pensó que acaso podría elaborar una novela con Elisa como agobiada narradora, en primera persona, de las traumáticas historias de siete u ocho sobrevivientes. Pero descartó la tentación. Le pareció que cada convalecencia iba a ser demasiado parecida a las otras y que a medio camino cualquier lector abandonaría el libro con indiferencia.

La segunda vislumbre se llamó Ricardo J. Desde la adolescencia su vocación primordial había sido el mar, vale decir ser marino, pero apenas si se recibió de náufrago. Aferrado a un tablón providencial y con su barco ya en la lejanía, llegó casi muerto a una isla, para él desierta y sin nombre. Pasó dos o tres jornadas tendido semiinconsciente en la arena y sólo el hambre y la sed lograron reanimarlo. Se incorporó, primero a medias, luego pudo enderezarse y hasta hacer un balance visual de los alrededores. A pocos metros de la costa empezaba un bosque bastante compacto, con árboles y arbustos que nunca había visto, ni siquiera en sueños. Trabajosamente empezó a caminar y comprobó que algunos de esos árboles extraños tenían frutos jugosos. Arrancó algunos y se dedicó a morderlos con la furia del hambre. Estaba desnudo, pero con grandes hojas y unas lianas resistentes se hizo una suerte de taparrabos. Por fortuna hacía calor, quizá demasiado. Cuando los frutos le dieron suficiente energía, pudo al fin trepar a un árbol, el más alto que encontró. Desde allá arriba miró y miró, pero no había otra cosa que bosques y más bosques. Pasaron días y noches y perdió la noción del tiempo transcurrido. Así, hasta que una mañana despertó y se encontró con que dos tipos, ambos de uniforme, le estaban mirando. Le hablaron en una lengua para él ininteligible. Les contestó en español, luego en inglés y en esa franja neutra pudieron entenderse. De pura casualidad, un barco había encallado en aquella zona tan poco navegable y los dos marinos habían llegado en un bote para ver si aquella tierra tenía habitantes. Encontraron a Ricardo, se lo llevaron y tres días más tarde el barco pudo seguir su ruta. Seis meses después de haberlas abandonado, Ricardo llegó de nuevo a sus viejas orillas. Durante largo tiempo fue la estrella del café Bristol, donde narró cien veces su odisea, salpicándola, por supuesto, con coletillas de su imaginación, para hacerla menos aburrida. Como tema de novela fue desechado. Los naufragios son más bien tediosos.

La tercera vislumbre fue la de Norberto. Su salud no era de roble. Varias veces estuvo ingresado en sanatorios. Nunca perdió el humor. Lector empedernido, de cada lectura extraía siempre algún fragmento divertido. De Esquilo o de Shakespeare, de Quevedo o de Borges, de Goethe o de Espinóla, de García Márquez o de Guillen. Llevaba una nutrida agenda de humor y cuando llegaban los amigos al sanatorio o a su habitación de enfermo, entre trago y trago los apabullaba con chistes extraídos de lo que él había bautizado como la Bibliografía de la Joda. A medida que su vieja e incurable dolencia lo fue consumiendo, los chascarrillos decrecieron y sobre todo fueron perdiendo su gracia. La noche en que llegó a su final, el mejor de sus amigos le oyó balbucear: «Lo dijo Pessoa: la muerte es acordarnos de que olvidamos algo». ¿De qué se habrá acordado este memorioso al traspasar su última frontera? El novelista en ciernes llegó a pensar que se podía escribir una novela con la invención de esos olvidos. No supo admitir si le faltó imaginación o le sobró cortedad, pero lo cierto es que la novela acabó antes de su comienzo.

La cuarta vislumbre trajo un cambio sustancial. Esta vez se trataba de Camila B. El narrador ansioso quedó impresionado por su mirada inteligente y su paso firme y decidió arrimarse a su vida. Vio que abría con su llave la puerta de un estudio del quinto piso, y se sentaba frente a una computadora de último modelo. La encendió y empezó a entenderse con el teclado. Estaba tan absorta que no advirtió la presencia no autorizada del curioso, pero cuando éste se atrevió a preguntarle para qué le servía ese «aparátito», ella, sin mirarlo, le contestó que para escribir cartas.

«¿Y se puede saber a quién le está escribiendo ahora?» «Sí, claro. Como todos los días, le estoy escribiendo a Dios.» A él, aquella revelación le abrió el cerebro. Apenas si dijo adiós y se fue a casa casi corriendo. Se sentó frente a su escritorio, extrajo del segundo cajón la carpeta de sus proyectos, casi todos frustrados, y comenzó allí mismo a escribir la ansiada novela. Y lo más importante es que ya tenía el título: Dios y otros valores declarados.

DIALÉCTICA DE MOCOSOS

- ¿Nunca?
- Nunca.
- Para vos ¿qué significa la palabra nunca?
- Jamás.
- Ah, no. A mí «jamás» me parece mucho más categórico, negativo.
- Yo los veo como sinónimos.
- A ver si me entendés. Pensá en la palabra «siempre».
- Pienso.
- Trata de encontrarle un sinónimo. No meras aproximaciones, como «permanentemente» o algo por el estilo, sino un sinónimo puro, certero, incanjeable.
- No lo encuentro.
- ¿Viste? Si «siempre» no tiene un sinónimo puro, tampoco va a tenerlo «nunca», que es su oponente.
- ¿Y «jamás»?
- Es una aproximación, apenas eso.
- ¿Cuántos años tenes?
- Trece. ¿Y vos?
- Doce y medio.
- ¿Y por qué tenes siempre cara triste?
- Será porque estoy triste.
- ¿Nunca estás alegre?
- ¿O jamás?
- He dicho nunca.
- ¿Y cuándo empezaste a estar triste?
- La primera vez que la vieja me llevó al shopping. Es muy desalentador ver tanta gente que mira y no compra.
- Yo he ido pocas veces, pero recuerdo que un sábado encontré a un viejo, como de treinta años, que no sólo miraba sino que también compraba.
- Sería un turista.
- Puede. En pleno verano se compró una bufanda y todos empezamos a sudar. Y eso que yo jamás sudo.
- ¿No sudas nunca?
- Dije jamás.
- Sorry.
- Pero ¿qué es lo que te da tristeza?
- Ver a la gente tan abandonada (aunque vayan de a dos) enfrentándose a las vidrieras como si contemplaran una camisa, cuando en realidad están usando el cristal como espejo.
- ¿Vos te miras?
- ¿Para qué? Ya me sé de memoria.
- Te aseguro que hay gente que compra. O por lo menos entra en algún puesto.

—Sí, entran al boliche de una gran confitería, y al rato salen chupando un caramelo.

—Y bueno, la tristeza es dulce.

—También me entristece ver a las empleadas, todas planchaditas, mirando con ansia a los muchachos de atuendo deportivo que recorren invictos las avenidas del shopping.

—¿Ansia o seducción?

—Cuando el ansia es invasora no queda sitio para la seducción.

—Qué frasecita, eh. ¿Sabes lo que ocurre? Lo que ocurre es que vos, además de triste incurable, sos un pesimista del carajo.

—¡Si tu abuela te oyera ese vocabulario!

—Bah, mi abuela es más posmoderna que vos y que yo. A menudo dice palabras como pelotudo, mierda, coño, hijo de puta, enchufe.

—Enchufe no es mala palabra.

—En su caso sí lo es, porque la dice escupiendo.

—¿Jugás al fútbol?

—Por supuesto. Soy golero.

—¿Te han metido algún gol?

—Nunca.

—¿O jamás?

—No, aquí sí es nunca, porque una sola vez me metieron un gol pero fue de penal.

—¿Qué vas a ser de grande? ¿Futbolista?

—No, ingeniero, como mi viejo. ¿Y vos?

—Deshonesto.

—¿Como tu viejo?

—Sí, pero un poco más profesional.

—¿No tenes miedo de caer en cana? ¿Nunca?

—jamás.

EL IDILIO DEL ODIO

Ése es el título de la pieza teatral del norteamericano Norman Suderland, que llegó a Buenos Aires precedida de un éxito clamoroso en Estados Unidos y en Europa. Tiene sólo dos personajes, Dick y Bob, cuya relación se desarrolla en cinco partes. No actos sino partes, aclara siempre el autor no se sabe bien por qué.

El comienzo informa de una amistad entrañable, que se remonta a los años de escuela. En el correr de los actos, o partes (en realidad, años), van compareciendo hechos, o simples rencillas, o enfrentamientos ideológicos, o diferencias políticas, todo lo cual va enrareciendo el antiguo vínculo. El último episodio alcanza un clima tan violento que, en un estallido de odio compartido, Dick mata a Bob, en realidad lo estrangula, segundos antes de que baje el telón.

A tal punto el desenlace es convincente, que cuando el telón vuelve a alzarse y Dick y Bob saludan, tomados de las manos, al público le cuesta un poco asumir aquel cambio, aunque un minuto después prorrumpe en una ovación que dura un buen rato y provoca nuevas salidas de los protagonistas. También en Buenos Aires el espectáculo conquistó al público y a la crítica. Los cronistas teatrales encomiaron la puesta en escena de Medardo Aguirre y destacaron especialmente las interpretaciones de Asdrúbal Montes (Bob) y Manuel Escalada (Dick).

La noche en que cumplieron cincuenta funciones, y tras las ovaciones que esta vez habían sido, con motivo de las cincuenta, más entusiastas que de costumbre, Escalada tomó del brazo al director y le dijo que quería hablar con él a solas.

—¿Qué pasa? —preguntó Aguirre al advertir el gesto grave del actor.

—Oh, nada serio. Simplemente que a partir de la próxima función no seré Dick.

A Aguirre la noticia lo tomó tan de sorpresa que dio un respingo.

—¿Y eso? ¿Querés un aumento? ¿Te aburríste del texto? ¿Se enfermó tu madre?

—No. Ya te explico. ¿Viste que la crítica basa sobre todo sus elogios en que Asdrúbal y yo nos hemos compenetrado con los papeles de Bob y Dick? Es absolutamente cierto. El problema que enfrento es que me he compenetrado tanto con el papel de Dick, que cada noche siento más odio hacia el papel de Bob. Entendolo bien: no hacia Asdrúbal, que es mi amigo, sino hacia el personaje que interpreta. Mi asunción de Dick es tan intensa, que cada noche siento que estoy al borde de estrangular de veras a Bob, o sea a Asdrúbal. Sin ir más lejos, tengo la impresión de esta misma noche tan especial. Sólo aflojé la presión de mis manos como garras cuando advertí en la mirada de Asdrúbal un principio de angustia.

—¿Y qué me propones? ¿Vas a ser responsable de una bajada de escena en pleno éxito?

—No. Ya lo he pensado. Podemos tomarnos una tregua de tres o cuatro días y luego volver con un cambio importante: que Asdrúbal haga de Dick y yo de Bob. Y te propongo esto porque estoy seguro de que Asdrúbal no me estrangularía.

—Bueno —dijo Aguirre después de un silencio—. Por lo menos estaremos en escena por cincuenta funciones más. Eso sí, cuidate y cuida tu cogote. Por lo que veo, Dick es un personaje muy invasor.

CASA VACÍA

Después de tantos años, me encaminé con una moderada expectativa a la casa vacía. El Abuelo, que llevaba varios años de viudez finalmente asumida, me la había dejado en su testamento, con la expresa condición de que no la pusiera en venta; más aún, de que me instalara en ella.

Antes de decidir si iba a obedecer o no esa última voluntad, quise volver, en una mera visita de inspección, a aquel albergue que en cierto sentido también había sido mío. Gracias a la amable gestión de un vecino, que fuera buen amigo del Abuelo, tan amigo que tenía una llave de la casa, dos laborantes de toda confianza se habían encargado de una limpieza a fondo, de modo que cuando traspasé el veteado umbral de mármol, me encontré con una prolija casa vacía. Vacía de personas, claro, pero no de mobiliario, cuadros, lámparas, apliques.

Me acomodé en un sillón de balance y desde allí empecé mi revisión. Verdadera calistenia de la memoria. En la tercera gaveta del armario el Abuelo guardaba celosamente elementos de su vida en dibujos, apuntes, fotografías. Había una de éstas, cuyo original en blanco y negro se había transformado con los años en pajizo y sepia. Allí estaba el Abuelo, cuando niño, rodeado de familiares, en un puerto de Italia, no sé cuál, todos con expresión de angustia porque habían llegado tarde y el barco había partido sin ellos. Junto con esa imagen y unida a ella con un ganchito, había otra foto, tan vetusta como la otra, también con el Abuelo niño, rodeado de familiares en el mismo puerto, pero esta vez con caras de satisfacción porque se habían enterado de que aquel barco que habían perdido meses atrás había naufragado en pleno Atlántico. Alargué un brazo y las fotos seguían allí, tal vez para que no olvidáramos aquella indigna euforia.

Frente a mí había un sofá algo apolillado que todavía conservaba un marchito recuerdo de su verde primario. Allí solía sentarse el Abuelo a leer los diarios de la mañana. Aquello era un rito tan obligatorio como el mate amargo. De vez en cuando hacía un alto en la lectura para introducir un comentario como «no puede ser» o «hijos de putas» o «qué maravilla». Si advertía mi hasta ese momento ignorada presencia, me apuntaba con el índice y decía: «Vos no me hagás caso». Pero yo sí le hacía caso. Sus esporádicas aleluyas se me borraban, pero en cambio no se me olvidaba ninguna de sus imprecaciones, que pasaban a integrar mi diccionario privado.

De pronto sentí necesidad de levantarme para completar el inventario y mis consiguientes visiones. Allí, a pocos pasos, estaba el dormitorio, con su gran lecho nupcial, del que yo siempre elogiaba su magnitud, al punto de crear la siguiente etiqueta: «Cama especial, con verificada capacidad para marido, esposa y amante».

Como mis padres habían encontrado una muerte prematura en un accidente de carretera, yo viví toda mi infancia con el Abuelo. Luego me independicé, alquilé un apartamento más bien minúsculo, y fui estudiante, siempre sostenido, vigilado y financiado por el Abuelo, que solía estar metido en negocios más o menos complicados (siempre legales, no piensen mal) y en esos períodos me pedía que le cuidara su querida vivienda.

Yo estaba terminando el tercer año de Universidad cuando conocí, un poco por azar, a una guapísima chiquilina alemana que quería practicar español. Y vaya si lo practicamos, en todas sus ramas y desarrollos. Una tarde le sugerí que recapituláramos una clase práctica en casa del Abuelo, que precisamente en esos días estaba en México. Aceptó y allí fuimos. Fue mi estreno del famoso lecho nupcial, en el que de seguro había sido concebido mi pobre padre.

La alemana no podía creer que existiera en el para ella enigmático Occidente una cama tan amplia y con tantas posibilidades amorosas. Pues existía. Y la berlinesa y yo la honramos con la más creadora de nuestras lecciones bilingües.

Ahora, tantos lustros más tarde, cuando ya no está el Abuelo porque el último de sus viajes fue sin regreso, yo y mi memoria nos tendemos en el lecho mayúsculo. No puedo dejar de pensar en el artículo alusivo del testamento del Abuelo. Por fin mido con optimismo erótico mi futuro y tomo una decisión. Voy a quedarme con este confortable y estimulante lecho. Y de paso, aunque importe mucho menos, con el resto de la casa vacía.

ANIVERSARIO

—Mira cómo llueve.

—Qué diluvio.

—Justo hoy, que hace treinta años que nos casamos. ¿Te acordabas?

—Por supuesto que me acordaba.

—Como no dijiste nada.

—¿Para qué? Es un día como cualquier otro.

—Ni tanto ni tan poco. Un poco de sentimiento no le viene mal al almanaque.

—Bah.

—¿Estás tan desilusionada?

—No sé si es desilusión. Mirá que no te echo ninguna culpa. Simplemente, me siento a apreciable distancia de la que fui, de la que era, casi te diría de la que soy.

—Mi vieja, los años pasan. Sería un poco absurdo creer que el paso del tiempo no nos afecta. Yo mismo, algunas noches, me aletargo en un interminable insomnio, y me pongo a repasar las luces y las sombras de un itinerario que yo no programé pero que alguien, vaya a saber si Dios o un azar insolente, programó para mí. Durante una hora o dos respiro ese desconsuelo, hasta que al fin me duermo como último recurso.

—Cuando veo que estás despierto a medianoche, también me desvelo, y así seguimos, uno junto al otro, sin tocarnos ni preguntarnos ni necesitarnos.

—Es lamentable, pero qué vamos a hacer.

—Decime, Aníbal, ¿vos siempre me fuiste fiel?

—No.

—Lo sabía. La infidelidad pone un velo en los ojos, otro olor en el cuerpo, un pozo de silencio.

—Y vos ¿me fuiste siempre fiel?

—Tampoco.

—¿Y qué te dejó esa explicable mezquindad?

—Poca cosa. El tipo no entendió nada. Se creía un seductor universal. No demoré mucho en hartarme de esa arrogancia.

—¿No tuviste algún prurito de conciencia?

—No exactamente. Más bien cierta pereza en afrontar futuras dificultades. Lógico. Y en tu caso ¿cómo era ella?

—Hermosa como modelo de pasarela, pero estúpida como secretaria de gerencia.

—¿Duró mucho?

—Apenas seis meses. A los cuatro ya estaba harto, pero me costó decidirme. Dos meses después cobré valor y encontré que la forma más expedita y con menos diálogos inútiles, era darle una bofetada. Y se la di. Santo remedio. Me miró con sorpresa y con rabia y me dijo: «Mientras no me pidas perdón, no volveré a verte. ¿Entendido?». Entendido. O sea que nunca le pedí perdón.

—Ahora yo también te pregunto si no te sobrevino un prurito de conciencia.

—Puede ser, pero fue transitorio como una gripe. A la semana me quedé sin prurito.

—Más de una vez me he preguntado, después de tantos malentendidos y pasajeras traiciones, ¿a qué se debe que sigamos juntos? No hay hijos ni otros graves condicionantes. ¿A qué se debe entonces?

—Yo diría que es un penoso juicio sobre las relaciones humanas. Están viciadas desde siempre. Desde Adán y Evita. A veces creemos que el amor las va a salvar. Pero el amor es una errata.

—¡Carajo!

—Eso mismo: carajo. En nuestro caso, yo diría que seguimos juntos porque la soledad es una porquería.

—Tenes razón.

—Mi vieja, yo diría que el resultado de este sesudo análisis de nuestros treinta años de convivencia es que debemos continuar juntos.

—Continuemos, pues.

—¿Qué te parece si nos vamos a la cama? El diluvio me ha puesto cachondo. Más te digo: este objetivo intercambio me ha despertado el deseo.

—¿Qué deseo?

—El sexual, tonta.

—A mí también. Qué raro, ¿no?

VIEJO HUÉRFANO

A los ochenta y dos años, los sueños forman parte de la vida; son probablemente su zona más activa. En la realidad, uno camina con lentitud, las piernas torpes y pesadas; en el sueño, uno corre, salta vallas, dice alegres disparates. En la realidad, uno esconde sus rabias, que se refugian en el hígado; en el sueño, uno propina certeras trompadas al enemigo de ese minuto. En la realidad, uno mira con envidia a los que bailan; en el sueño, uno baila.

En mi capítulo onírico más asombroso, yo estaba en una estación de ferrocarril y el tren apareció con sus bufidos de siempre, y quedó, provocativo frente a mí, el primer vagón de la primera clase. Yo había adquirido ese pasaje de privilegio sólo por curiosidad: quería comprobar qué gente de pro, sobria o borracha, disfrutaba de esa prerrogativa. Ascendí, con la ligereza de la alucinación, y en el segundo vagón había un grupo de infantes que sostenían una larga pancarta: Huerfanitos de Santa Catalina. ¿Dónde quedaría eso? No me importaba. Los niños parecían felices, jugaban a los manotazos y la cuidadora los hacía reír, aunque de vez en cuando les dedicaba uno que otro coscorrón. La escena no me sirvió para evocar mi propia infancia. Sólo pensé: «Soy un viejo huérfano, sin cuidadora y sin Santa Catalina».

Recorrí dos vagones más y en el segundo me encontré con la bendita sorpresa. En el último asiento, junto a la ventanilla, estaba mi padre, bien entero, todavía maduro, sin canas y casi sin arrugas. Concienzudamente me olvidé de que treinta años atrás había asistido llorando a su velatorio.

Como el asiento contiguo estaba libre, allí me situé, le puse una mano sobre el brazo y dije: «Hola». Casi de inmediato él dejó de mirar el paisaje para mirar ese otro paisaje que era yo. Entonces abrió tremendos ojos, después esbozó un gesto de estupor, que se fue ampliando hasta convertirse en su clásica y rotunda sonrisa del siglo pasado. Y dijo: «Qué bueno encontrarte aquí, en medio de este viaje hasta ahora bastante tedioso. Qué lindo. Te confieso que en el primer momento tuve la impresión de que era un sueño».

LA TRISTEZA

*somos tristeza
por eso la alegría
es una hazaña*

LA TRISTEZA

No hay tristeza que no lleve en su entraña
rúbricas de aleluya / sin embargo
con la mala conciencia no se juega
ni siquiera en las noches de los sábados

ni en el brumoso encuentro con el llanto
la desdicha se acerca a lo que quiere
con la mala conciencia no se juega
ni en la plegaria ni en las maldiciones

no hay tristeza amputada de esperanza
ni alegría sin ásperos presagios
la pobre vida es una encrucijada
de regocijos y fracasos

LA TRISTEZA

Para el bueno de Emiliano, el gran enigma de sus treinta y cinco años era la tristeza. En su trayectoria, normal, sin sobresaltos, no encontraba motivos para ese estado de ánimo. Aplicado alumno en Primaria, buen estudiante en Secundaria, título de abogado sin perder ni un examen, asesor bancario. Nunca se destacó como mujeriego, pero sus diez años de relación con una compañera tierna y comprensiva lo dejaban más que conforme. No había sido propenso a las rabietas ni a las depresiones y ni siquiera al consuelo religioso. La tristeza, calma pero estable, lo acompañaba hasta en los sueños. Nunca lo habían asaltado euforias oníricas. Dormirse o despertarse era reincorporarse a su personal estilo de grisura. Comprendía que su tristeza era gratuita, pero no conseguía superarla.

No obstante, un día experimentó una extraña mutación. Todo empezó con un dolor intermitente en el costado, a la altura del páncreas, y como iba en aumento, él, que nunca iba al médico, decidió consultar a uno que le inspiraba confianza, entre otras cosas porque había sido su compañero de liceo.

Después de las saluciones y los cumplidos del reencuentro, el doctor Suárez lo examinó durante casi una hora. Por fin se recostó en su butaca profesional, y Emiliano advirtió que su expresión no era demasiado estimulante.

—Todavía es prematuro para diagnosticar nada —le dijo—; vamos a practicar todos los exámenes y pruebas que sean necesarios, pero desde ya me atrevo a anunciarte que puede tratarse de algo serio, bastante serio.

—¿Serio como qué? —preguntó Emiliano.

—Voy a serte franco: serio como un tumor maligno. Pero todavía no te alarmes. Hay que esperar. Y cuando estén los resultados, ya veremos qué decisión tomamos.

Durante tres o cuatro días, Emiliano concurre a laboratorios y clínicas para someterse a exámenes, radiografías, tomografías, etcétera. Antes de conocerse los resultados se produjo una inesperada novedad. Por primera vez en su vida gris, Emiliano fue invadido por la alegría. Sintió que la cercanía de la muerte era una reivindicación y confirmación de la vida. Durante los días de una espera que para cualquiera habría sido angustiosa, la compañera y los amigos de Emiliano asistieron a sus risas, a rasgos de humor inesperados.

Cuando llegó el día de visitar nuevamente a su amigo médico, éste lo recibió con un abrazo.

—Enhorabuena, Emiliano. No me avergüenzo de confesarte que en mi pronóstico profesional estuve totalmente errado. Estás saludable como un roble; por supuesto, como un roble sano. Tengo la impresión de que vas a vivir por lo menos hasta los noventa. No sabes cómo me alegro de haberme equivocado. Felicitaciones y otro abrazo.

Emiliano le agradeció al amigo su bien fundado optimismo y salió a la calle algo desorientado.

Sólo cuando estaba llegando a su casa se dio cuenta de que otra vez lo había invadido la tristeza.

HUELLAS

En el archivo de las fichas policiales, aquella huella digital estaba a oscuras y se encontraba sola, abandonada. Sentía nostalgia de su mano madre, y sus líneas finas, delicadas, eran como un escorzo de su tristeza. Por eso, cuando se encendió la luz y alguien colocó a su lado una nueva huella, tal irrupción generó una alegre expectativa.

Una vez que el funcionario apagó la luz y cerró la puerta, la huella primera se atrevió a decir:

—Hola.

—Hola —respondió con voz ronca la recién llegada.

—Qué suerte que viniste. A esta altura, la soledad ya me resultaba insoportable. ¿De qué pulgar venís?

—De la mano de un periodista. ¿Y vos?

—Fuerzas represivas.

—Dura tarea, ¿no?

—¿Por qué lo decís?

—Torturas, bah.

—Se habla y se publica mucho, pero no siempre es cierto.

—¿Nunca?

—A veces sí. Reconozco que mi pulgar siguió un curso intensivo de picana.

—¿Cuál es tu mejor recuerdo?

—Si te voy a ser franco, cuando nos encomendaron tareas administrativas. Allí no había llantos, ni puteadas ni alaridos. ¿Y el mejor recuerdo de tu pulgar?

—El tacto de cierto ombliguito femenino. Una colega francesa y el dueño de mi pulgar estuvieron cubriendo los Juegos Olímpicos con variantes de yudo que los dejaron bastante complacidos.

—¿Por qué te tomaron la impresión digital?

—Renovación de cédula. ¿Y a vos?

—Tres años de arresto. Derechos humanos, comisiones de paz, desaparecidos, todas esas majaderías.

—Y aquí ya ves, todos iguales.

—¿Qué nos queda?

—Resignarse. Mi pulgar era ateo.

—Mi pulgar en cambio era creyente.

—Eso no importa. Después de todo, la mano de Dios no deja huellas.

REALIDADES QUE SE ACABAN

Llega un momento en que cualquier realidad se acaba. Y entonces no hay más remedio que inventarla. Por ejemplo, la infancia suele terminar de sopetón con algún juguete destrozado, o con la muerte entrañable y cercana de un perro o de un abuelo. Y entonces hay que volverla a concebir, aunque ya no se tengan siete sino treinta años o setenta. Si un amor concluye intempestivamente, es urgente improvisar otro, ya que sin amor los resortes de la cotidianidad se oxidan. Y si llega el eco de otro amor vacante, disponible, hay que cazarlo al vuelo. Mejor dicho, abrazarlo al vuelo, besarlo, acariciarlo, penetrarlo.

La primera señal de que una realidad se acaba es el estallido del silencio, la detonación de la soledad. La última señal, en cambio, es el fagonazo de la muerte. Ese cruento final de la realidad es inapelable. Y no es posible inventar otra, porque en el vacío, por augusto que sea o nos hayan prometido que va a ser, no existe la invención. Cuando esa realidad cierra su paréntesis, la nada no abre ningún otro. Ni siquiera nos vamos a dar cuenta de que el mundo se ha callado.

Uno de mis mejores amigos, Medardo Vázquez, está escribiendo un libro sobre el fin de las realidades. Aunque sólo cuenta las propias, ya ha registrado ocho. Dice que la que le dejó más huellas fue una con prisión.

Su realidad era el calabozo. Y en el calabozo no había nadie más. De todos modos había creado varias trampas o falsas motivaciones para forzar a la realidad a que no se diera por vencida. Se miraba las manos: aprendió de memoria todas las coyunturas, los nudillos, las uñas, las palmas, la mano como puño, como aplauso, como basta, como alerta, la línea de la vida, el meñique, la eminencia hipoténar. Se miraba las piernas y los pies, sus bisagras, sus várices, los tobillos, el callo plantal. Se miraba el sexo, que por supuesto conservaba su memoria, y ante aquel privilegio inactivo, lo invadía una congoja tan privada que no sentía vergüenza de llorar.

En la celda no había espejo, así que no podía recuperar su rostro. A veces conseguía una apenas borrosa imitación al mirar el ya vacío plato de lata en el que le habían traído la infame sopa de siempre, pero aquella cara entre charcos de caldo se parecía más a la de su padre en su lecho de muerte que a la que él imaginaba como propia y actual.

Era consciente de que cada vez le iba quedando menos realidad. Entonces decidió hacer huelga de hambre. Durante días y noches arrojó al inodoro la puerca ración obligatoria. Se fue debilitando, por supuesto. Las manos, tan recorridas, se le volvieron puro hueso. Sólo engordaron las várices de las piernas. Una mañana sintió que se desmayaba. No tuvo idea de qué tiempo había pasado entre aquel cerrar de ojos y el abrir renovado de los mismos. Lo primero que vio fue el rostro de su mujer, que sonreía. De a poco fue recorriendo las blancas paredes de una habitación francamente acogedora. Frente a su cama estaba colgado un cuadro, que podía ser una reproducción de Figari. Pero de todos modos aquello no era un calabozo.

—¿Cómo te sentís? —preguntó ella. El respondió con otra pregunta:

—¿Qué pasa? ¿Ya no estoy preso?

—Nunca estuviste preso —dijo ella. Eso lo has soñado, me parece.

—¿Cómo que no estuve?

—Tuviste un grave accidente en carretera. Pasaste diez días en coma. Hoy por fin te dieron de alta.

Medardo se miró las manos (las piernas y el sexo no, porque estaban cubiertos por la sábana) y no estaban huesudas.

—¿Lo del calabozo habrá sido un mal sueño y ahora es verdad que estoy contigo, o esto será un sueño y despertaré en el calabozo?

La fresca y sonora carcajada de la mujer lo convenció por fin de que la otra realidad (la no real) se había acabado. Así y todo cerró los ojos y los volvió a abrir. Pero no estaba el calabozo sino su mujer que lo besaba despacito, con cariño y cautela.

SOBRE PECADOS

Pecar tiene casi siempre un atractivo inesperado. Por ejemplo, ¿hay algo más entretenido que el adulterio?

Así especulaba Hermógenes Castillo en su iluminado despacho de director de empresas. Eran las once de la mañana. Por el amplio ventanal entraba un sol espléndido y no tenía sobre la mesa ninguna iniciativa que reclamase con urgencia su decisiva opinión. A los diez años de casados no se llevaba mal con su mujer, que era guapa, inteligente y eficaz (pujante secretaria de un holding de modas). No obstante, a él siempre le había gustado coleccionar breves infidelidades, que normalmente sólo abarcaban dos o tres tardes de hotel, o en ciertos casos especiales, la confortable estancia en un apartamentito clandestino.

Siempre había tenido buen cuidado de no enamorarse de alguna candidata e igualmente se cuidaba de que ninguna de ellas se enamorara de él. A menudo pensó que el mandato del adulterio debía haber figurado como undécimo mandamiento de la ley del Señor.

Como el transcurso del ocio no le resultaba nada estimulante, salió a almorzar más temprano que de costumbre, y en el restaurante de siempre, mientras esperaba la negada del solomillo, examinó detenidamente su agenda y llegó a la conclusión de que hoy sería bueno llamar a María Julia para concertar un atardecer de hotel. Sobre todo lo estimuló acordarse de que hoy su mujer regresaría más tarde, ya que debía visitar a su madre, que convalecía de una ablación de seno.

Telefoneó pues a María Julia, pero sólo le respondió un intratable contestador automático. Vuelta a la agenda. Jorgelina. No estaba mal. Se desenvolvía en el empalme sexual mejor que cualquier otra. Llamó y esta vez lo atendieron. Jorgelina, tras una corta vacilación, dijo que sí. Ésta era una ocasión especial para usar el apartamento, de modo que allí confluyeron a las seis de la tarde.

Hermógenes disfrutó como otras veces de aquellos pechos florecientes y de un lindo trasero, y una hora y media más tarde, luego de los besos finales, ya un poco desgastados, él se duchó para evitar toda huella culpable, montó en su Peugeot, dejó a Jorgelina en su domicilio y se encaminó al respetable hogar, donde lo esperaba una sorpresa.

En la puerta del refrigerador había una breve esquila sujeta con dos cintas adhesivas: «Perdón, marido, por esta noticia. Durante diez años sé que conmigo te aburrías un poco y te confieso que yo también me aburría otro poco. No es un motivo grave, pero decidí concluir con esta contemporánea versión del tedio. ¿Te acordás de Fermín, el empresario de Córdoba? Bueno, hace ya un tiempito que nos vemos (y nos tocamos) y por fin decidimos vivir juntos. Por favor, no nos busques, porque hoy mismo nos vamos a Roma e ignoro cuándo regresaremos. Como sabes, Fermín es muy pudiente y tiene su dinero a buen recaudo, así que viajaremos mucho y por consiguiente no nos aburriremos. Ah, mi madre sigue mucho mejor. Chau, Andrea».

Abrió de todos modos el refrigerador, extrajo varios cubos de hielo y se sirvió una generosa y reparadora porción de whisky. Luego se acomodó en el sofá más amplio de la sala y para su sorpresa le pareció que tenía los ojos húmedos. ¿Serían lágrimas? Sí, eran. Sintió que en ese momento la vida era injusta con él. Hasta ahora había sido muy satisfactorio ser adúltero, pero no soportaba ser cornudo.

TIEMPO SALVAJE

Mi nombre es Eraclio Carballido y el de mi jefe Agustín Mojarro. Entré en la empresa Tiempo Salvaje a fines del 57 y allí desempeñé funciones de archivero, dactilógrafo y pelotudo. Sólo me pagaban por las dos primeras. Como dactilógrafo transcribía las cartas que me dictaba el jefe, y como archivero guardaba las respuestas, en orden alfabético femenino. El doctor Mojarro (se las daba de médico, aunque era veterinario, pero no ejercía, salvo cuando su perro Bob se resfriaba) era un mujeriego sólo postal. Nunca lo vi con amantes táctiles. Cuando sus misivas eran de un empalagoso romanticismo, las destinatarias lo tentaban con un número de teléfono, al que él nunca llamaba, pero cuando se volvía burdamente erótico, las damas le respondían con postales pornográficas.

Ante nosotros se presentaba como casado y la presunta mujer, Aurelia (a veces venía a buscarlo a la oficina), no estaba nada mal y era bastante más joven que él. Si Mojarro había salido o estaba en sesión de Directorio, yo la atendía con gusto e intercambiábamos sonrisas.

Cierto sábado en que ella lo esperaba, el doctor Mojarro me llamó para que le avisara que, por razones impostergables de trabajo, no podía bajar a verla, así que tomé la iniciativa y la invité a almorzar. La mirada se le iluminó y ella a su vez me informó que mis ojos se habían puesto brillantes. Un descuido lo tiene cualquiera.

Ya en el restaurante, mientras esperábamos la milanese de rigor, noté con sorpresa que tomaba mi mano y la acariciaba. Yo fui más lejos y le acaricié la mejilla. Más tarde, cuando ya íbamos por el flan con dulce de leche, me animé a besarla y comprobé que su beso era sabroso y experimentado.

Luego, ya en mi cueva de soltero, nuestro primer cuerpo a cuerpo reclamó a gritos un futuro estable. Entre la primera y la segunda fusión me confesó que en realidad no estaba casada con Mojarro. Hacía dos años que vivían juntos pero ya estaba harta de su vulgaridad. Lo definió como un patán.

De pronto me miró a los ojos y dijo: «¿Ves? Con vos sí me casaría». En mi piel, que todavía olía a ella, estaban presentes el mañana y el pasado mañana, pero por las dudas sólo respondí con un silencio aquiescente.

La perspectiva no era mala. Ella tenía y tiene un buen pasar económico, y aunque juro, con las dos manos en el corazón, que ese elemento más bien terrestre no fue decisivo en mi vistobueno, también reconozco que no fue poca cosa.

Allí mismo redactamos las dos cartas que enviaríamos al mujeriego postal. La de ella decía: «Agustín: ya sabes que hace tiempo que no nos necesitamos. Ahora necesito no caer en el remoto riesgo de necesitarte. Así que chau».

La mía fue más concreta: «Jefe: aquí pongo en sus manos mi renuncia. En el quinto cajón del segundo armario podrá encontrar, ordenadamente guardadas, las copias al carbónico de sus cartas y las respuestas de las destinatarias. Ahora me voy con Aurelia, cuya actual y afortunada presencia en mi vida, también debo agradecerle».

Tiempo después supimos (la empresa Tiempo Salvaje siempre fue un supermercado del chisme) que cuando recibió aquellas cartas por correo urgente, Mojarro se fue a su casa más temprano que de costumbre, abrió su cofre fuerte doméstico, extrajo de allí el revólver que nunca había empuñado, llamó al perro Bob, que acudió presuroso moviendo la cola, y ahí nomás le encajó dos tiros en la pobre cabeza. «Lo que siempre te dije», fue el comentario de Aurelia, «es un patán.»

VOZ EN CUELLO

1

Hola, oyentes. Les habla Leandro Estévez, de «Voz en Cuello», temprano, como siempre. A esta altura, sé que ustedes son pocos pero fieles. Sólo tenemos la palabra como hilo conductor, como punta y pauta del diálogo. No los veo, pero les pongo rostros, miradas, gestos. Por suerte, mi soledad inventa, es imaginativa. Si no los creara (yo, a ustedes), así sea premeditadamente, no podría exiliarme del silencio. Sepan que el ánimo no me alcanza para soportar el vacío. Menos aún para interpretarlo, para hablar a un agujero que es nadie. Ayer un oyente me preguntaba: ¿Por qué «Voz en Cuello»? Bueno, en primer término porque es una voz, alguien que dice, propone, asume, rebate. ¿En cuello? No tengo una explicación verosímil. El Diccionario de la Real Academia Española define: «A voz en cuello. En muy alta voz o gritando». A la vista está (o mejor, está al oído) que yo no les grito ni les hablo en voz alta. Pero me gusta creer que ésta no es una voz cualquiera, sino una Voz en Cuello. Es como si a mi voz le pusiera un apellido, o como si esta voz perteneciera a muchos, como si fuera, por así decirlo, una portavoz en cuello.

Yo creo que este programa, esta emisora, como tantos programas y emisoras, sirven, entre otras cosas, para enganchar soledades. El ama de casa en pleno desayuno; el camionero que va a inaugurar su carretera cotidiana; el ansioso que no logró zafarse del insomnio; la muchachita rumbo al trabajo pero que aún sigue pendiente de cierto cuerpo que le alegró la noche; el sereno que vigila la línea de sol que ya roza sus botas; el responsable del faro que cumplió en apagar su intermitente foco y se encamina hacia el sueño diurno; unos y otros, todos y todas, arriman su personal aislamiento a ese tipo que, desde su propia soledad, les habla y los convoca. Ése, o sea yo.

Como cualquier mortal, tengo un mundo; real o inventado, pero un mundo. Ahora bien, no es cosa de contarles mi vida. Cuando cuento mi vida, tengo que mirar atentamente los ojos del que escucha. Y en esta situación, eso es imposible. Me limito a imaginar ojos: verdes, celestes, negros, valientes, cobardes, indiferentes, inquisidores, todo un surtido. Pero cuando hablo a ojos presumiblemente verdes, sé que los celestes y los oscuros me miran desconfiados.

2

Buenos días. Parece que hoy nos conceden un poco más de espacio. ¿Tregua globalizada? Ya era hora. Recorro lentamente los diarios matutinos y las noticias no son tan nefastas como es habitual. Por ejemplo: en Kabul los cines reabren sus puertas. Hace veinticuatro horas que no hay ping pong de amenazas entre la India y Pakistán. Sharon y Arafat se limitan a contemplar en televisión sus odios respectivos. En España sólo tres maridos mataron a sus mujeres, aunque sólo uno de ellos agregó a la suegra por las dudas. En Buenos Aires hay quien propone un sistema especial de semáforos para evitar accidentes en los cruces de cacerolazos. Hace dos días que el presidente Bush no agrega más países a su nómina de futuros invadidos. No obstante, la naturaleza halla motivos para vengarse de algo, de alguien, y reparte terremotos, inundaciones, volcanes en erupción, torrentes desbordados. No sé si ustedes piensan como yo, pero este mundo que nos ha tocado es una lástima.

Dicen que fue un astrónomo de Cambridge, Stephen Hawking, el inventor de la insensata teoría del big bang (el «gran pum», según Octavio Paz), pero a

mí es algo que siempre me provocó un explicable desconcierto junto a una inexplicable repugnancia. Eso de ser choznos de los choznos de los choznos de la nada no es por cierto vivificante ni confortador. Que esta plétora de continentes, océanos, cordilleras, millones de humanos en pigmentos varios, alimañas que van desde la cucaracha al elefante, signifique algo así como un piojo en la inmensidad del universo, hace que nuestras vidas se refugien en la brevedad de cada almita. Y es entonces cuando la asunción del dinero se vuelve ridícula, pese a que ese dinero sea después de todo indispensable para la conquista y el ejercicio del poder.

No es mi propósito, queridos oyentes, desanimar a nadie, pero conviene ser realistas, ser conscientes de nuestra verdadera dimensión, por insignificante que sea. De todos modos, cuando la muerte le llegue al poderoso empresario y al gobernante imperial y también al miserable dueño de su pobreza, las cenizas de uno no pesarán más ni menos que las del otro. En ese inapelable desenlace la despiadada pálida nos iguala a todos y las penúltimas huellas se confundirán con las últimas. Mirar al infinito es meterse en honduras. Medir un trozo de ese infinito con las vueltas del día, es admitir que el infinito es siempre incomparable. Hay pocas suertes capaces de salvarnos de ese y otros abismos, y una de esas suertes es el amor. El amor es el único poder capaz de competir con el abismo, de hacernos olvidar, aunque sea por una noche, del final obligatorio. Ni siquiera el recuerdo del repugnante big bang puede despegarnos del amor. Así que a amar, amigos míos. Sepan que es la única fórmula para reconciliarse con la noche.

3

Hola. Les habla, como siempre, Leandro Estévez. Pero hoy he decidido confesarles que no es mi nombre verdadero. Por eso puedo contarles algo que me sucedió ayer. Acudí a cumplir un trámite cualquiera en una oficina. No interesa si privada o estatal. Lo que importa es que entré en el ascensor, donde ya estaba una mujer, joven, linda, con ojos algo enigmáticos. Ambos dejamos el ascensor en el piso octavo. Yo debía buscar la puerta 817, pero cuando llegamos a la 809 ella extrajo una llave de su bolso y abrió la puerta. Sólo entonces se dignó mirarme. ¿Quiere pasar? Le dije que mi destino era la puerta 817. No se preocupe, dijo, imperturbable. La puerta 817 se mudó a la 809. Pase nomás. Entonces pasé. Era un ambiente no muy amplio, con casi un único mueble: una cama de dos plazas. Todo muy limpio, muy pulido. Ella abrió las sábanas y empezó a quitarse la ropa. Cuando quedó totalmente desnuda (verdaderamente, un cuerpo clase A), me preguntó si me iba a acostar así, con traje y corbata. Me sentí tan ridículo que no tuve más remedio que desnudarme, con lo cual me sentí más ridículo aún. La verdad es que mis esporádicas relaciones con mujeres, más o menos independientes, nunca habían seguido un proceso tan extraño. Pese a mi sorpresa, se las ingenió para despertar mis apetitos. No estuvo mal. Sólo una vez y casi en silencio. Después fui al baño por unos minutos y a la salida me esperaba con mi traje en una percha. Me vestí, me despidió con un beso algo reseco y descendí en el ascensor prostibulario. Ya no me acordé de la gestión que me había llevado al edificio de marras. Caminé unas cuadras y no sé por qué me tanteé el saco. Sólo entonces eché de menos la billetera, con diez mil pesos y dos tarjetas de crédito.

4

Buen día. No tanto, eh. Habrán observado que está lloviendo desconsoladamente. Bienvenida la lluvia. Siempre tuve la sensación de que un buen y nutrido aguacero me limpiaba la conciencia hasta en sus rincones más escabrosos, esos a los que nos cuesta negar con meras reflexiones y autorreproches. Esta lluvia de hoy, sin ir más lejos, deja el aire casi transparente, como si viéramos la ciudad a través de un cristal que aún no se

ha empañado. Pienso en lluvia, sin nostalgia del sol quemante. Siento en lluvia y dejo que resbale por mi rostro, como una refrescante catarata de lágrimas. Y cuando horas más tarde me enfrento al juicio neutro del espejo, todavía tengo un rostro de aguacero.

La lluvia que más empapó mi pasado, mi presente y mi futuro fue una que me alcanzó en un descampado de Tacuarembó. En cierto momento dejé de caminar porque era inútil. Ya no podía mojarme más. Sólo faltaba que apareciera Dios y con Sus manos todopoderosas me torciera como a un trapo de piso. Pero no apareció, seguramente porque le habrían llegado rumores de que hace tiempo soy ateo. Cuando después de varias horas de lluvia y camino llegué a un ranchito de morondanga, un paisano viejo, que al parecer era el propietario de aquella miseria, me dijo que no tenía con qué secarme un poco, pero que no importaba, que no había mucha diferencia entre morirse seco y morirse mojado. Y agregó, sin siquiera sonreír por compromiso: Trate de sobrevivir hasta que salga el sol. Y bueno, salió el sol. Pero yo estaba tan mojado que el sol no pudo secarme; más bien creo que fui yo quien mojé al pobre sol.

5

Hace algunos días que este Leandro Estévez no conversa con ustedes. ¿Me echaron de menos? Sé que varios oyentes llamaron a la radio preguntando a qué se debía mi ausencia: si estaba enfermo, si me habían echado, si estaba de viaje. No era nada importante. Simplemente una afección a la garganta que se tradujo en una ronquera insoportable, no sólo para mí sino sobre todo para los demás. Todavía me queda un poco, como habrán observado. Les confieso que yo también los extrañé. A veces, a medianoche, intentaba hablar sin voz, a puro pensamiento, pero no es lo mismo: era como predicar en el desierto. Para peor de males, el silencio se incorporaba a mi insomnio, que es como un sueño pero sin sueño. La noche se llenaba de sonidos, de ruidos, pero eran ajenos, no me aludían. En cambio ahora, cuando le hablo al micrófono acogedor, sé que del otro lado están todos ustedes, escuchándome y generando respuestas, que si bien no me llegan, me consta que existen. Las palabras, las mías y las ajenas, flotan en el aire, quizá se cruzan o simplemente se encuentran o desencuentran. Lo cierto es que las unas no saben de las otras. Cuando desgrano las palabras en el insomnio, no me siento responsable, soy un lenguaraz clandestino, pero cuando las pronuncio para ustedes, cuando les doy voz y sonido, entonces sí soy consciente, a tal punto que en ocasiones me siento miserable por alguna barbaridad o estupidez que les dije, o por algo que sobrevivió en las entrelineas y ustedes las captaron con sus antenas siempre alertas. Hoy no les voy a contar nada. Simplemente quería comunicarles mi regreso a la «Voz en Cuello». Ojalá me mejore pronto de esta jodida ronquera. Chau.

6

Hola. Ya ando mejor de la ronquera, así que estoy en condiciones de contarles un episodio más o menos extraño. Sucedió ayer. Es curioso comprobar cómo a veces entran en polémica los hechos y la censura. La última novela de Baltasar Méndez, *Al fin y al cabo*, escaló rápidamente posiciones en la tabla de best—sellers. La crítica periodística, en cambio, la castigó con diversos juicios negativos: inverosímil, caprichosa, falsamente utópica, etcétera. Y todo eso, ¿por qué? Porque el protagonista, después de romper con dos amores (no coincidentes, sino sucesivos), decide eliminarse arrojándose del decimocuarto piso del palacio Ciudadela. El principal editorialista de un matutino llegó a afirmar que en este bendito país la gente no se suicida, y que por eso esas noticias no salen en la prensa; sencillamente, porque no existen. Según otro crítico opinante, el suicidio es una institución europea, tal vez norteamericana, y afecta no sólo a los infieles, cornudos y estafados, sino

también a los políticos que descienden en las encuestas y a los empresarios corruptores y/o corruptos. Y que en todo caso, si un ciudadano local decidiera eliminarse, jamás se arrojaría desde las alturas de un rascacielos.

Alguien recordó que hace unos quince años apareció un cadáver, en ropas menores, junto a la mole del palacio Salvo y el primer diagnóstico fue (aunque ignorado por la prensa) que se trataba de un suicidio. Después se supo que no era tal. Resulta que un señor, casado él y con tres hijos, mantenía una relación amorosa con una habitante del séptimo piso, pero ese día, en plena y sagrada cópula, sufrió un infarto y allí nomás crepó. La pobre mujer, consternada y fuera de sí, no encontró mejor solución que arrojar el cadáver infiel por la ventana.

Bien, a lo que quería llevarles es que ayer la estricta e inefable censura sufrió un duro revés. Cuando varios periodistas acudían a sus horarios matinales, al llegar a la plaza Independencia vieron un montón de gente, al costado del Ciudadela, alrededor de algo. El algo, o mejor dicho el alguien, era el cuerpo de un desgraciado, que al parecer se había arrojado desde el piso decimoquinto, sólo uno más arriba del citado en la novela de Baltasar Méndez. Ya no fue posible esconder una realidad tan pública, y hoy, como ya habrán visto, un matutino tituló en primera: «Trágico fin de una historia de amor», y otro más: «Espectacular suicidio en la plaza». Y un tercero: «La novela de Baltasar Méndez convertida en realidad». O sea que al fin mi amigo Tomás Vélez podrá pasar en limpio la obra en la que viene trabajando desde hace dos años: Historia de cien suicidios en el Uruguay del siglo XX.

7

Salud, amigos. Hagamos de cuenta que hoy es mi cumpleaños. Ya que me presento ante ustedes con un nombre falso, también mi cumpleaños será apócrifo. De todos modos, mis cumpleaños legítimos son tantos que podrían ceder rasgos y anécdotas a los de imitación. Por ejemplo, cuando cumplí once años, mi abuela paterna, que era católica de armas tomar, me impulsó a recibir la primera comunión. Me había advertido que cuando el cura me suministrara la hostia, yo no debía masticarla sino dejar que se disolviera en la boca, pero en ese espacio yo podía formular dos deseos. Lo pensé con toda profundidad y cuando sentí la hostia contra el paladar, formulé mis dos deseos: 1) salud para mis padres y 2) una pelota de fútbol número cinco. Con la referencia a mis padres cumplía por supuesto una obligación moral, pero con la aspiración a una número cinco apuntaba a mi nirvana deportivo.

Veinte años más tarde mi onomástico me encontró en la cama: fiebre alta, lumbago, dolor de cabeza, amagos de disnea. Como si en vez de cumplir treinta y un años estuviera regodeándome en los cincuenta. Mi novia (o más bien, mi compañera) me contemplaba como a un pobre diablo, como a un desperdicio de la humanidad, y yo leía en sus ojos inquisidores unas ganas tremendas de abandonarme a la buena de Dios y de la gripe. Y bien, al final mis presentimientos se cumplieron y me abandonó. De inmediato me bajó la fiebre, se me calmaron el lumbago y la disnea. Pero como ella ni siquiera telefoneó para interesarse por mis males, y menos aún para decirme que los cumpliera muy felices, eso quedó así: yo convaleciente y ella lejana y enemiga.

Otros cumpleaños fueron normales, con besos, abrazos, regalitos, champán hasta la medianoche. Bueno, todos menos uno. Cuando cumplí cincuenta y tres, un primo que sólo me llevaba un año apareció en mi casa con dos botellas de whisky y una sola, sublime borrachera. En menos de media hora, me rompió dos lámparas italianas que yo amaba y también una computadora portátil, y hubo que arrastrarlo entre cuatro parientes hasta meterlo en un taxi mientras él gritaba con voz de hinchada de la Amsterdam: felicidades, felicidades, felicidades. Y yo me quedé en el living con las felicidades y las lámparas rotas.

8

Mis amigos de siempre. Hoy no es para mí un día de fiesta. Ya tenía una tarjeta amarilla, pero hoy me pusieron la roja. A partir de mañana me quedaré sin ustedes, y, lo que es tal vez menos grave, se quedarán ustedes sin mí. Hoy clausuro este programa como quien cierra una maleta. Y sin gritar a voz en cuello. La verdad es que me sentía bastante a gusto machacando diariamente el micrófono con anécdotas reales o inventadas, descripciones imposiblemente objetivas sobre los tumbos y las sorpresas de la jornada, agravios que pasan como buitres y añoranzas que me rodean como palomas. Fue anoche que me avisaron que debo dejar mi espacio. Soy demasiado orgulloso como para averiguar «la razón del cese», de modo que preferí aceptar la noticia en magnánimo silencio, así les dejo a Ellos la culpa bien limpiada para que la guarden en el baúl de la conciencia. Desde ahora, pues, mis monólogos serán sin micrófono, sin oyentes y sin censura. Podré pronunciar mierdas y carajos sin que nadie me sancione ni perdone. O quizá me dedique a escribir. ¿Por qué no? Ya lo dijo Jules Renard: «Escribir es una forma de hablar sin ser interrumpido». Ustedes, ¿me echarán de menos? Ojalá que sí. Por fortuna, no conocen mi nombre verdadero. O sea que en el mejor de los casos sólo tendrán nostalgia de mi voz y de mi seudónimo. Así que aufwiedersehen, au revoir, arrivederci, good bye, y resumiendo: amén.

EN FAMILIA

Asdrúbal nunca tuvo novia ni esposa ni compañera estable. No las tuvo porque en su corazón no cabían dos imágenes de mujer. Y él, desde la adolescencia, había estado enamorado de Inés. El problema consistía en que Inés era la mujer de Eduardo Sienna, su amigo del alma. Asdrúbal jamás le había dado a Inés el menor indicio de sus sentimientos. Simplemente se había integrado al clan de los Sienna (en el que también figuraba Andrés, hermano menor de Eduardo).

Una vez por semana, por lo general los sábados, se reunían para almorzar en un casi silvestre restaurante de la costa. Allí imperaba el buen humor, la puesta al día de los chismes políticos de la semana, el recuento de lo que cada uno estaba haciendo: Eduardo era abogado; Andrés, editor; Inés, acuarelista; Asdrúbal, profesor universitario. De los cuatro, Andrés era el único que no siempre concurría. Los compromisos editoriales, los congresos internacionales, lo llevaban a menudo al exterior.

Mientras tanto, Asdrúbal sufría. Inés estaba cada vez más apetecible, más candida, más seductora. Las abiertas sonrisas que solía dedicar a Asdrúbal, éste las iba archivando en el cofre de su memoria, pero a él no se le escapaba que, con sonrisa o sin ella, quien noche a noche la tenía en su cama era Eduardo el afortunado.

Pero además, Asdrúbal soñaba pormenorizadamente con Inés. Ella era la dueña de sus insomnios y sus duermevelas. «No puedo seguir así, lamiendo un imposible.» Y ahí fue cuando sonó el teléfono. De inmediato reconoció la voz temblorosa de la secretaria de Eduardo: «Malas noticias, don Asdrúbal. El doctor Eduardo falleció esta mañana de un paro cardíaco».

La conmoción fue tremenda. Eduardo sólo tenía cuarenta y dos años. Asdrúbal salió poco menos que corriendo hacia el piso de los Sienna. Inés estuvo llorando, larga y conmovedoramente, abrazada a Asdrúbal. Ni siquiera estaba Andrés, que asistía a la Feria de Frankfurt.

—Eramos felices —balbuceó Inés, con un tono de diagnóstico forzoso, inapelable.

Tras el velatorio y el sepelio, Asdrúbal volvió a su casa, todavía acongojado. Sin embargo, cuando se sirvió un whisky y se acomodó en la mecedora que era como su hogar, en el largo vaso de Bohemia surgió un extraño reflejo, y él lo interpretó como una señal, como un anuncio. Y ya que estaba solo, lo transformó en palabras.

—Ahora Inés está libre.

El pecho se le llenó de un júbilo y una ternura egoístas.

Dejó pasar unos días antes de llamar nuevamente a Inés, pero cuando por fin se decidió, ella se había ido a Salto, donde vivía su madre.

Pasaron seis meses antes de que la viuda regresara. Fue entonces que Asdrúbal se hizo de coraje y resolvió tender su red de seducción.

Inés lo recibió con los brazos abiertos, cariñosa como de costumbre. Dijo que se había quedado más tiempo en Salto para acompañar a su madre, para quien la muerte de Eduardo también había representado un rudo golpe. Habló largamente del sosiego del paisaje salteño, de los atardeceres junto al río, del talante tranquilo y afectuoso de la gente pueblerina.

Se produjo un silencio más o menos estéril, y precisamente cuando Asdrúbal iba a empezar a hablar de un futuro compartido, ella esbozó su sonrisa de siempre antes de decir:

—¡Qué suerte que viniste! Justamente hoy te iba a mandar la invitación. No sé si sabes que el mes que viene me caso con Andrés, mi cuñado. Una suerte de continuidad familiar, ¿no te parece? Además, Andrés y yo estuvimos de acuerdo en pedirte que seas el padrino de boda.

CUATRO EN UNA CELDA

Durante tres años compartieron la misma celda. Roberto había llegado a sentir por Matías un tímido afecto. Otras veces lo miraba con un poco de rabia, como si en aquel otro se viera a sí mismo y ese espejo empañado le transmitiera una tristeza empecinada, sin consuelo.

A los dos meses de compartir castigo, ya se habían contado y recontado sus historias, y cuando ya no les quedó nada que repasar, cada uno se recluyó en su silencio y el diálogo se redujo a monosílabos.

Roberto era un preso político; Matías estaba fichado como delincuente común. Roberto no había matado a nadie, aunque en verdad no le habían faltado ganas, pero durante toda una temporada había ejercido un agresivo periodismo contra el poder. A la dictadura lo que más le molestaba no eran sus argumentos sino el tono de burla con que los matizaba. Más de un dardo de sus artículos aparecía luego pintado en los muros y normalmente las fuerzas del orden demoraban semanas en borrarlo. Todo le servía. Podía comentar un partido de fútbol o un festival de tango; su burla siempre hallaba un atajo contra los de arriba. Durante un largo lapso lo toleraron, tal vez porque el gobierno, por autoritario que fuese y se lo creyese, era consciente de que arremeter contra aquel ácido y certero humor era arremeter contra sí mismo. Pero en una ocasión la burla alcanzó a un gobernante extranjero en visita oficial y eso ya resultó imperdonable. Hacía tiempo que Roberto imaginaba un futuro bajo candado. Sabía que el humor y el sarcasmo sirven de escudo hasta por ahí nomás, de modo que se resignó a una temporada de encierro, aunque no imaginó que durara más de algunas semanas. El problema era que, aunque voz de oposición, no estaba afiliado a ningún partido, quizá por eso no hubo campaña en su defensa ni reclamos por su libertad. Al cabo de tres años tenía la impresión de que ya nadie se acordaba de él y ese olvido era también una condena.

Matías estaba preso por otras razones. Tenía un modesto negocio, donde compraba y vendía ropa de segunda mano. Una noche en que se había quedado para poner al día su sencilla contabilidad, dos tipos encapuchados, creyendo que el local estaba vacío, entraron a robarle. Cuando lo vieron y se le fueron encima empuñando bates de baseball, Matías no vaciló, extrajo el revólver (¿quién no guarda un arma en estos tiempos?) de un cajoncito reservado y les disparó. Su propósito era intimidarlos. Uno de los asaltantes huyó despavorido, pero el otro cayó, al parecer herido en un hombro, y allí quedó tendido. Matías telefoneó a la policía, que acudió en pocos minutos. Dejaron al herido en el hospital y retuvieron a Matías en la comisaría. Acusado de intento de homicidio y defendido por un abogado más bien estúpido, ya llevaba tres años de encierro, en tanto que el herido había sido dado de alta a los dos días y puesto en libertad (alegó que había asaltado por hambre) y por las dudas se había trasladado con su compinche al otro lado de la frontera.

Ni Roberto ni Matías estaban solos en sus soledades. Roberto tenía como compañera insustituible a una araña de patas peludas que meditaba en su red y desde allí lo saludaba por lo menos dos veces al día: de mañana temprano, cuando un afilado rayito de sol se instalaba por una media hora a veinte centímetros de su inefable alojamiento, y también en el arranque de la noche, cuando el breve caparazón de la araña se convertía en un brillo que dividía la oscuridad en dos regiones. El saludo de la araña consistía en mover dos veces su pata más peluda. Roberto le respondía con el signo de la victoria. Luego uno y otra se introducían en sus noches respectivas, durante las cuales él solía soñar con la araña y ésta probablemente con aquel preso taciturno y amable.

La compañía de Matías era en cambio un ratón diminuto, casi enano. El preso había comprado su lealtad gracias a los trocitos de comida que diariamente le reservaba de su miserable ración carcelaria. Pero ese miligramo que para Matías era un ejercicio de asco, para el ratón significaba un bocadillo exquisito. El preso había llegado a imaginar que cuando el ratón movía alegremente sus bigotes, ello significaba una señal de agradecimiento.

El ratón de Matías y la araña de Roberto se ignoraban olímpicamente. Desde la red bajaba una sombra de desprecio y desde la cavernita habitacional del ratón subía, cuando éste se asomaba, una ráfaga de odio.

Un día la dictadura se acabó; sin mayor escándalo, pero se acabó, y el flamante gobierno democrático decretó la esperada amnistía. Al enterarse, Roberto y Matías lanzaron tímidos hurras. Antes de que se abriera la puerta de la celda, Roberto le dedicó a su amiga una mirada de reconocimiento y le pareció que la araña se encogía de tristeza. Por su parte, el ratón miró a Matías con sus bigotes alicaídos. Pero ninguno de los dos amnistiados tuvo el coraje de llevarse consigo a sus colegas.

Una vez en libertad y tras intercambiar sus señas y prometerse una cena de celebración, con champán y todo, Roberto se metió en un bar y allí mismo empezó a escribir su crónica «Tres años en gayola». Matías, por su parte, se fue caminando lentamente en búsqueda de su antigua tienda. Si estaba cerrada, la dejaría así; si estaba abierta, la cerraría. No quería más asaltos ni disparos en defensa propia.

Eso ocurría afuera. Dentro de la celda, todo era distinto. No bien los guardias cerraron la puerta y pasaron candado, la araña se descolgó lentamente de su tela y el ratón se animó a salir de su agujero. Por primera vez se miraron sin odio, conscientes de su nueva y dramática situación. Avanzaron sin apuro y se encontraron a medio camino. Aparte de ellos dos, sólo quedaba el rayito de sol de las mañanas.

De pronto les sobrevino a ambos el mismo impulso y terminaron abrazados, sabedores de que les esperaba un fin de abandono y nostalgia.

ELLA TAN SOLA

Hace mucho que vivo. O tal vez hace poco. El tiempo corre como una liebre loca. Mi infancia constaba en un pizarrón y yo la borro. Es decir, mi infancia física, concreta, remediable. La otra, la verdadera, se me instala en el alma y desde allí me instruye.

Tuve la suerte de tener amigas. Nos contábamos los trocitos de vida, adornándolos, reduciéndolos, mejorándolos, pero sobre todo nos contábamos los sueños, que eran todos distintos, nunca se repetían. Así y todo, ésa fue la época de mi primera soledad. Aun cuando nos reuníamos (éramos cinco) en la vereda, en el parque, en el patio de recreo, en alguna de las casas, aun rodeada por rostros queridos y brazos y manos tan afines, aun así me sentía sola. Por supuesto, lo disimulaba, y las otras cuatro se sentían acompañadas.

Años después, cuando entré titubeante en la juventud, lo mejor de mi segunda soledad era que la llenaba de libros. Los personajes de novelas se dirigían a mí, me narraban sus cuitas, sus delirios, sus gozos. Yo los acercaba a mi cuello, a mi garganta, y los oía palpar, les daba consejos que ellos desperdiciaban dos páginas después. Personajes por cierto bien ingratos. Me dejaban con mis lágrimas en la almohada. En novela, prefería las historias trágicas, conmovedoras.

Pero en esos años tímidos, tumultuosos, yo era sobre todo lectora de poesía. Pero no de poemas juveniles, que me aburrían soberanamente. Tampoco me atraían demasiado los poemas de amor, que sólo seducen cuando una es tentada por el amor táctil, rozable, carnal. Y todavía no era el caso. La poesía que me cautivaba era la de entrelineas filosóficas, existenciales, que se alzaba desde el papel con preguntas inquietantes, enigmáticas, para las que yo no tenía respuestas ni alternativas.

Así hasta que por fin me aludió el amor, que por cierto me tomó totalmente de sorpresa. Bailando, no faltaba más. No con el rock, que establece una distancia insoslayable entre ser aquí y ser allá, y donde cada cuerpo es un fanático de sí mismo, formalmente dispuesto a abrazarse, no con una pareja sino con el ritmo que golpea y se descarga en contorsiones que exigen unanimidad.

No con el rock, sí con el tango. Alguna vez leí que el abrazo del tango es sobre todo comunicación erótica, prólogo del cuerpo—a—cuerpo que luego vendrá o no, pero que en ese tramo figura como proyecto verosímil. Cuanto mejor se amolde un cuerpo al otro, cuanto mejor se amolde el hueso de uno con la tierna carne de la otra, más patente se hará la condición erótica de una danza, que empezó bailada por rameras y cafishos del 900 y que sigue siendo bailada por el cafisho y la ramera que llevamos dormidos en algún rincón de las respectivas almitas.

Tengo la impresión de que la cita no es textual, pero cuando la leí, varios años después de aquel ensamble fortuito, pensé que podría haberla firmado casi como una confesión autobiográfica.

Lo penoso es que la vida sigue después del tango, y esa misma hechura, esa misma presencia entrañable que me había descubierto el amor, un día se convirtió en ausencia extrañable y mi pobre cuerpo quedó partido en dos: una mitad de amor perdido y otra de rencor encontrado.

Crudamente triste, casi desahuciada, volví a instalarme con mis padres y allí sobrevino una terrible desgracia que poco después se transformó en milagro. Mi hermana soltera estaba embarazada y por fin nació un niño. Pero el infortunio ya la había elegido y una tarde brumosa de sábado, cuando, como

todos los días, volvía a casa en su bicicleta, fue atropellada por un camión gigantesco y murió en el acto.

El niño huérfano tenía entonces sólo dos años y no fue totalmente consciente de esa pérdida. Lloró dos mañanas y dos tardes, pero luego recuperó paulatinamente su sonrisa y su mirada de ángel.

Una noche, mi madre me hizo la pregunta tremenda, decisiva: «¿No lo querés para vos?». Aquello no era un mueble, un juguete, una fuente. Era simplemente una vida. Rompí a llorar, no sé bien por qué. Ignoraba que disponía de tantas lágrimas. Al final de ese diluvio personal, dije: «Sí».

Ahora estoy, con Luisito en brazos, frente al espejo gigante que nos dejó el abuelo. Todavía tengo miedo de sentirme feliz, pero el niño reflejado me mira con una audacia que lo hace mío. Y tengo la impresión de que, una vez para siempre, no estoy sola.

TÚNEL EN DUERMEVELA

Aquel túnel que había sido del ferrocarril y que llevaba ya varios años de clausura, siempre había tenido para los niños (y no tan niños) de San Jorge un aura de misterio, alucinación y embrujo, que ninguna explicación de los mayores era capaz de convertir en realidad monda y lironda. Siempre aparecía alguno que había visto salir del túnel un caballo blanco y sin jinete, o, en algún empujón de viento, una sábana pálida y sin arrugas que planeaba un rato como un techo móvil y se desmoronaba luego sobre los pastizales.

En ambas bocas de la tenebrosa galería, unos sólidos cercos de hierros y maderas casi podridas impedían el acceso de curiosos y hasta de eventuales fantasmas.

Pasó el tiempo y aquellos niños fantasiosos se fueron convirtiendo en padres razonables que a su vez engendraron hijos fantasiosos. Un día llegó el rumor de que las líneas del ferrocarril serían restauradas y la gente empezó a mirar al túnel como a un familiar recuperable. Seis meses después del primer rumor fueron retirados los cercos de hierro y madera, pero todavía nadie apareció para revisar los rieles y ponerlos a punto.

¿Recuerdan ustedes a Marquitos, el hijo de don Marcos, y a Lucas Júnior, el hijo de don Lucas? El túnel había sido para ambos un trajinado tema de conversación y especulaciones, y aunque ahora ya habían pasado la veintena, continuaban (medio en serio, medio en broma) enganchados a la mística del túnel.

—¿Viste que aun ahora, que está abierto, nadie se ha atrevido a meterse en ese gran hueco?

—Yo voy a atreverme —anunció Marquitos, con un gesto más heroico del que había proyectado. A partir de ese momento, se sintió esclavo de su propio anuncio.

Menos intrépido, Lucas Júnior lo acompañó hasta el comienzo (o el final, vaya uno a saber cuál era la correcta viceversa) del insinuante boquete. Marquitos se despidió con una sonrisa preocupada.

A los quince o veinte metros de haber iniciado su marcha se vio obligado a encender su potente linterna. Entre los rieles y la maleza invasora se deslizaban las ratas, algunas de las cuales se detenían un instante a examinarlo y luego seguían su ruta.

Por fin apareció una figura humana, que parecía venir a su encuentro con un farol a querosén.

—Hola —dijo Marquitos.

—Mi nombre es Servando —dijo el del farol. Dicen que soy un delincuente y por eso escapo. Me acusan de haber castigado a una anciana cuando en realidad fue la vieja la que me pegó. Y con un palo. Mira cómo me dejó este brazo.

El tipo no esperó ni reclamó respuesta y siguió caminando. Dentro de un rato, pensó Marquitos, le dará la sorpresa a Lucas Júnior.

El siguiente encuentro fue con una mujer, abrigada con un poncho marrón.

—Soy Marisa. Mucho gusto. Mi marido, o mejor dicho mi macho, se fue con una amante y mis dos hijos. Sé que lo hizo para que yo me suicide. Pero está muy equivocado. Yo seguiré hasta el final. ¿Usted querría suicidarse? ¿O no?

—No, señora. Yo también soy de los que sigo.

Ella lo saludó con un ¡hurra! un poco artificial y se alejó cantando.

Durante un largo trayecto, como no aparecía nadie, Marquitos se limitó a seguir la línea de los rieles. Luego llegó el perro, con ojos fulgurantes, que más bien parecían de gato. Pasó a su lado, muerto de miedo, sin ladrar ni mover la cola. El amo era sin duda el personaje que lo seguía, a unos veinte metros.

—No tenga miedo del perro. Esta compacta oscuridad lo acobarda. A la luz del día sí es temible. Su nómina de mordidos llega a quince, entre ellos un niño de tres años.

—¿Y por qué no lo pone a buen seguro?

—Lo preciso como defensa. En dos ocasiones me salvó la vida.

El recién llegado miró detenidamente a Marquitos y luego se atrevió a preguntar:

—Usted, ¿vive en el túnel?

—No. Por ahora, no.

—A usted que anda sin perro, muy campante, sólo le digo: tenga cuidado.

—¿Ladrones?

—También ladrones.

—¿Ratas?

—También ratas.

No dijo nada más, y sin siquiera despedirse, se alejó. El perro había retrocedido como para rescatarlo. Y lo rescató.

Marquitos permaneció un buen rato, quieto y silencioso. La muchacha casi tropezó con él. Su gritito acabó en suspiro.

—¿Qué hace aquí? —preguntó ella, no bien salida del primer asombro.

—Estoy nomás. ¿Y usted?

—Me metí aquí para pensar, pero no puedo. Las goteras y las ratas me distraen. Tengo miedo de quedarme dormida. Prefiero esta duermevela.

—¿Y por qué no retrocede?

—Sería darme por vencida.

—¿Quiere que la acompañe?

—No.

—¿Necesita algo?

—Nada.

—Me sentiré culpable si la dejo aquí, sola, y sigo caminando.

—No se preocupe. A los solos vocacionales, como usted y yo, nunca nos pasa nada.

—¿Puedo darle un beso de adiós?

—No, no puede.

Caminó casi una hora más sin encontrar a nadie. Se sentía agotado. Le dolían todas las bisagras y el pescuezo. También las articulaciones, como si fuera artrítico.

Cuando llegó al final, había empezado a lloviznar. Se refugió bajo un cobertizo medio destartado.

De pronto una moto se detuvo allí y cierto conocido rostro veterano asomó por debajo de un impermeable.

Era Fernández, claro, viejo amigo de su padre. El de la moto le hizo una seña con el brazo y le gritó:

—¡Don Marcos! ¿Qué haces ahí, tan solitario?

—Eh, Fernández. No confunda. No soy don Marcos, soy Marquitos.

—No te hagas el infante, che. Nunca vi un Marquitos con tantas canas. ¿O te olvidaste que fuimos compañeros de aula y de parranda?

—No soy don Marcos. Soy Marquitos.

—En todo caso, Marquitos con Alzheimer.

—Por favor, Fernández, no se burle. Acabo de salir del túnel. Lo recorrí de cabo a rabo.

—Ese túnel vuelve locos a todos. Deberían clausurarlo para siempre.

—No soy don Marcos. Soy Marquitos. Justamente voy ahora en busca de mi viejo.

—Sos incorregible. Desde chico fuiste un payaso. Toma, te dejo mi paraguas.

La moto arrancó y pronto se perdió tras la loma. Mientras tanto, en el cobertizo, sólo se oía una voz repetida, cada vez más cavernosa:

—¡Soy Marquitos! ¡Soy Marquitos!

Por fin, cuando emergió del túnel un caballo blanco, sin jinete, y se paró de manos frente al cobertizo, Marquitos se llamó a silencio y no tuvo más remedio que mirarse las manos. A esa altura, le fue imposible negarlo: eran manos de viejo.

FIN

MARIO BENEDETTI

ESTA MAÑANA
Y OTROS CUENTOS

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

*Go, go, go, said the bird: human kind
Cannot bear very much reality*

T. S. ELIOT: BURNT NORTON, I

ESTA MAÑANA

Lo han arrojado del sueño con la piel estirada, los ojos desmesuradamente abiertos a la luz inmóvil que aletarga el cuarto. Puede reconocerse, sin embargo, nombrarse en alta voz. No bien dice “Jorge”, retrocede el hechizo. Entonces le es dado adivinar relativamente lejos su propio pie sosteniendo la sábana, y, más cerca, su mano izquierda, sola, dormida aún, abandonada sobre el pecho, junto a *La estancia vacía*, de Morgan, abierto en la página ciento cincuenta y tres. Cuando la otra mano, la derecha, vuelve a tomar el libro entre sus dedos —el pulgar inmiscuido entre las hojas como otro lector— Jorge prueba a leer: “Se lo dije porque las palabras estaban llenas de vida para mí. ¿No ha escrito usted nunca una carta sin la intención de mandarla, y la ha puesto en un sobre sin la intención de mandarla, y ha salido con ella... todavía sin el propósito de enviarla; y entonces ha oído cómo caía en el buzón?” Sí, esto puede entenderse. Él sabe por qué se ha detenido allí y aceptado el tema. Además, se conoce resistente y lúcido, lo suficiente como para aplazar hasta hoy, si no la interpretación, al menos la continuación de cierto anhelo de la víspera.

Todavía sin plan, todavía desordenado y hosco, aparta la sábana con un ademán lento y se sienta en la cama, los pies apoyados sobre el piso desnudo, lejos de la alfombra. Es el momento oportuno para acercar los zapatos, los arqueados zapatos negros. Pero no acaba de decidirse. Mientras el frío de las baldosas va piernas arriba, caderas arriba, hasta lamer el vaho tibio de la cama, que aún perdura en su espalda, en su pecho, en sus hombros, conserva todavía en la cabeza —no tanto en la memoria— el sonido y el olor de anteayer, el olor y

el sonido de la figura aborrecida y admirada, del hombre alto, calvo y afeitado, con el enorme vientre desafiante y las piernas firmes, un poco separadas. Aborrecido y admirado, no. Ni aborrecer ni admirar. Más bien sentir en la conciencia... menos que eso, en la boca, en las manos, en los ojos, la justificación del propio pudor, el asco indiferente hacia el hombre alto, calvo y afeitado.

Quién sabe hasta dónde puede, podría obstinarse el pudor. Subsiste, pese al retroceso de los pensamientos, pese al estancamiento o la deformación de la vergüenza. El pudor tira hacia sí, porque es una especie de raíz de la raíz. Acaso, finalmente, el único camino hacia el altruismo.

Uno toma los calcetines de la vispera —pasos, umbrales, escalones—, uno toma los calcetines e introduce en cada uno de ellos el pie frío, violáceo de várices pequeñas, endurecido. Si comienza a vestirse es porque ha resuelto esquivar el baño matinal, por un inexplicable temor supersticioso a quedarse limpio de todo lo maquinado hasta ayer. Quedarse limpio, ¿por qué? ¿de qué? Uno no tiene mayormente dudas sobre el fondo, sobre el origen, sobre el color moral del asunto. Las dudas —no vacilaciones: uno puede vacilar en dudar o lanzarse de lleno a la duda—, las dudas sólo son acerca del procedimiento, de detalles del procedimiento.

Sentirse vestido es, en cierto modo, acabar de despertarse. Ayuda a ayudarse, a desalojar la inseguridad, a ser. Uno se siente vestido y se halla listo para gobernar la mirada, para encerrarse en uno o para salir de uno, para agonizar irremediadamente o para estallar en la rutina. Percibe cómo la sangre reconoce su mundo y corre y vive. Y uno se siente vivir al ritmo de la sangre: aunque parezca mentira, uno se siente vivir al ritmo de la propia sangre. Aunque parezca mentira, la sangre también conserva el sonido y el olor de anteayer, cuando el hombre

alto, calvo y afeitado que se llama Gálvez irrumpió en la sala de escritorios verdes y metálicos (todos estaban comentando el último partido y la original y atrevida tesis de Menéndez acerca del sistema M-W se basaba enteramente en la sabiduría de un comentarista de radio) y nadie supo que estaba allí, a tal punto que Silvia le rozó el vientre enorme y desafiante al intentar reproducir la ejecución de un “corner”. Pero él quiso apoyarse, él, Gálvez, quiso apoyarse, antes de hablar, en un poco de desprecio, y para ello sonrió. Y estuvo bien, porque los otros oyeron la sonrisa y entendieron que debían sentarse cada uno detrás de su escritorio verde. Jorge le vio mover las cejas, que Gálvez movió porque Jorge lo miraba. Y cuando dijo “Ayolas”, Jorge no dijo nada y los demás miraron y nada más. Era algo inexplicable, porque los otros pensaban: “Éste es Jorge Ayolas y no dice nada”. Y entonces Gálvez se irguió de veras y el vientre grande se estiró un poco al aumentar la distancia entre los muslos y las costillas. Y preguntó: “¿Por qué no vino ayer?” pero más bien preguntaba: “¿Usted se ha dado cuenta?”, aunque en rigor él dijo lo otro y casi todos entendieron lo otro. Jorge sí podía entender, porque conocía al hombre alto, calvo y afeitado, y cuando estaba con él en el despacho, se olvidaba a veces de Jorge y actuaba y hablaba y pensaba como si Jorge no estuviera a sus espaldas, escribiendo o simplemente mirando la máquina.

Como ahora mira la taza blanca. Desde que desayuna con té-con-leche, siente el placer fácil de contemplar la taza blanca, rodeada de platillos con manteca, queso, dulce, pan tostado. Es un momento de intimidad, de soledad provechosa y desnuda. Se trata de algo simplemente creador, esto de acomodar la manteca en la rebanada, esto de dejar penetrar lentamente en el líquido los terrones de azúcar que sostiene la cucharilla. Ahora, con

la taza a la altura de la boca y a través de su aureola humeante, puede verse la ventana de cielo, puede verse la ventana de nubes. Uno tiene en las manos el color de su día: rutina o estallido. Mas, para empezar, uno tiene en las manos el olor y el sonido de anteayer, cuando el hombre alto, calvo y afeitado preguntó: “¿Por qué no vino ayer?”. Nada había para responder. Porque Gálvez se dirigía a Jorge Ayolas y —claro— había olvidado que cuando entró en la sala ellos comentaban el último partido. Jorge entonces hizo eso. Se levantó y pasó frente a Gálvez sin decirle nada y salió hacia el despacho. Allí estaban los dos correveidiles: uno contador y otro periodista. Teclas importantes del teclado de Gálvez. Sabían conseguir. El contador conseguía mujeres. El periodista conseguía noticias. Solían desmedrarse con un odio recíproco y Gálvez extraía de la callada competencia un beneficio al margen: que a veces el contador consiguiera noticias, que a veces el periodista consiguiera mujeres. Cuando Gálvez regresó al despacho, los saludó —contra su costumbre— por encima del hombro. Ambos sintieron, cada uno a su modo, tímida nostalgia por la amistosa palmadita de siempre, por el alegre “¿Cómo va eso?”, por el interesado “¿Qué novedades?” con que el jefe indicaba que podían comenzar. Se abstuvieron. Algo lamentable, porque el contador sabía de una rubia de órdago, probablemente de no imposible acceso, y para mayores garantías, casada. Algo lamentable, porque el periodista traía la buena nueva de que el Ministro aceptaba la modificación al *artículo tercero*, exigiendo solamente la participación de un inesperadamente módico treinta-por-ciento de los beneficios que el cambio proporcionaría a Gálvez. El periodista pensaba que el Ministro hacía mal en pedir ahora un porcentaje tan por debajo del tácito arancel, pero la verdad era que el Ministro “no quería comprometerse demasiado”.

Ahora que Jorge va en ómnibus, por la Avenida, el espectáculo lo distrae de nuevo, mejor dicho, lo trae de su distracción. En la plataforma, la gente arracimada grita, bromea, maldice. Más adentro, Jorge hunde irremediablemente su nariz en la plétora de unos senos horizontales. Delante suyo. Jorge ve una cruz. Es la cruz que teóricamente debería colgar del pescuezo de la señora y que prácticamente se apoya en la meseta de carne hundible, de carne de sudor y agua colonia. Cuando en la Plaza Independencia bajen veinticinco o treinta pasajeros, acaso quede entonces espacio suficiente como para mover un poco la cabeza, a tiempo todavía para ver al guarda eructando provechosamente sobre la calvicie total de un viejo breve y deslomado. Mientras tanto (todavía están en Dieciocho y Paraguay) uno puede probar a apartarse de la obsesión de esta cruz que no es la de Cristo. La de Cristo estaba erguida y acusaba al cielo. La de la señora está echada y apunta al húmedo gaznate. Uno puede probar a apartar la atención de la cruz obsesionante, uno puede probar a rehallar el sonido y el olor de anteayer bajo las capas actuales del freno chirriante, del olor a sudoraguacolonia. Uno puede probar y ver a Gálvez revisando las cuentas, aparentemente revisando las cuentas y realmente pensando en que Jorge Ayolas está a sus espaldas, en que Jorge Ayolas sabe que él pasó dos noches con Celeste, que el periodista le consiguió a Celeste, que él pasó dos noches con Celeste, que el periodista le mintió a Celeste, dos noches con Celeste... Probar y ver a Gálvez levantándose y abriendo un cajoncito lateral que siempre está con doble llave y dejarlo esta vez un poco abierto y ver asomar por la rendija una culata de revólver y una novela de Pitigrilli. Probar y ver a Gálvez extrayendo del cajón un frasco con pastillas y luego cerrarlo sin pasar la llave. (Dos noches con Celeste.) Gálvez era amable, tibio, campechano (frío,

egoísta, indiferente). Sabía serlo (no lo sabía). Pero esta vez estaba tieso; sincera, inevitablemente tieso. Jorge podía mirarle la nuca, la nuca desnuda y sin coraje (...sin pasar la llave...) no sabía qué miedo trémulo sobre los hombros, qué antigua incertidumbre en las manos junto a aquel expediente que nadie lee. (Dos noches con Celeste.)

Ahora Jorge camina por Sarandí. “Soy otro” dice. Y lo es. El hombre que le precede, el hombre de gacho verde y traje gris, el hombre y él tienen algo para oír en común. Un chico que habla detrás de ellos. La voz del chico parece la de un grande que imita a un chico. Naturalmente, inhábil. Naturalmente, tonto. “Soy otro” dice. Y lo es (...sin pasar la llave...). La muchacha de adelante tiene piernas bonitas, bien torneadas, algo de timidez en las caderas. Tiene su propia dignidad. Uno puede pensar a capricho, puede formularse alguna invitación, puede hacer lo corriente. Pero esta mujer joven tiene su propia dignidad. Uno debe limitarse a mirar el pelo casi suelto rozándole la espalda, es decir, rozándole el saquito celeste, el saquito de lana celeste. Celeste. Celeste tiene mejores piernas, Celeste no tiene caderas tímidas. Uno no sabe si Celeste tiene su propia dignidad. La simpatía es, naturalmente, otra cosa. Uno se siente a gusto en la simpatía. Pero, naturalmente, es otra cosa. (Dos noches con Celeste.) Uno tiene que decidir. La dignidad pesa. La simpatía también pesa. Uno tiene que saber lo que hace. “...y ha salido con ella... todavía sin el propósito de enviarla”. Eso decía el libro de Morgan. De todas maneras, Celeste era algo. A veces, por la tarde, Jorge salía con ella, y hablaban. Alguna vez, la llevaba a la confitería, y hablaban. Él no podía confiarse ni confiar. Tenía fe sin embargo en lo que ella no decía, en lo que ella ocultaba pensando que debía tener vergüenza y mientras pronunciaba correctas tonterías, impudicamen-

te correctas tonterías. Jorge tenía fe en su sinceridad —la de Celeste—, había apostado a favor de esa sinceridad débil y embrionaria, contra la hipocresía robusta y evidente. Claro que si ella era hipócrita, la hipocresía era su sinceridad. No obstante, él creía creer que la sinceridad era su sinceridad.

El reloj de la Matriz da las nueve. Jorge dice: “Soy otro”. Y lo es. Hay algo manso y a la vez definido en su ser de ahora. (Dos noches con Celeste.) Había esperado moldearla de nuevo, mejor aun, poner su contenido en otro molde. Los elementos eran buenos, eran queridos, podían ser amados. Sólo faltaba hallar otra combinación. Una combinación que no fatigara al pudor. Al pudor de Jorge, claro. Tal vez por eso no la había besado nunca. Antes debía educarla para el beso. Para que no se engañara inconscientemente. Para que no besara sólo con los labios. Había esperado en sí mismo la emoción del esfuerzo, el conflicto entre educador y auto-educador. Cuántas veces había deseado oprimir la cintura imprudente. Cuántas veces lo había deseado sin deseo. Pero ella no tenía un talle tímido. Había esperado hacerla menos deseable, para desearla. Había querido aligerarla de un lastre inútil, de un inútil sobrante de sexualidad. En rigor, había querido dejarle su sexo a solas, un sexo puro sobre el que levantar el sentimiento. Había esperado amarla en lo que creía creer que era, y nada más. Que ella no inventara, que ella no agregara algo —pensando que era sexo— a su sexo a secas. La quería sin suburbios, sin sexo de pensamiento, sin sexo de imaginación, con su sexo a secas.

Ahora la oficina está un poco agitada. Todos creen saber algo. Aunque hablan del próximo paro del transporte, todos creen saber algo. Lo del paro es el recurso a que se echa mano cuando viene Gálvez, cuando se acerca Ayolas. Lo del paro es un tema de urgencia para

cuando no se habla de Gálvez o de Ayolas. Los expedientes llegan, pero no se trabaja con los expedientes. Hay tema, hay asunto, hay comidilla. El clan moviliza sus veedores, el clan formula sus teorías, el clan divídese en varios clanes. “Gálvez sabe lo que hace.” “Ayolas cayó en desgracia.” “Es un inadaptado.” “Gálvez tiene el sartén por el mango.” “Al otro no lo cazan así nomás.” “¿Será a causa de Celeste?” Ellos están suaves con Ayolas. No quieren comprometerse. No le discuten. Él dice “Soy otro”. Y lo es. (Dos noches con Celeste.) Frente al escritorio verde, frente al escritorio verde percibe, se siente cercado por el sonido y el olor de anteayer, cuando Gálvez quiso hablarle sereno, en el despacho, quiso serenamente entrar en su papel de cínico de afición, y por eso mismo tanto más admirable. Y le dijo: “¿Qué tal va eso, Ayolas? ¿Cómo van esas conquistas? A su edad —iqué carajo!— a su edad yo solía...” Pero no solía porque Gálvez no tuvo jamás la edad de Jorge, porque no tuvo nunca el pudor de la edad de Jorge Ayolas. “A su edad, yo solía atraer a las mujercitas —las buenas inclusive— como la miel sus moscas. A su edad... (...El cajón cerrado, sin pasar la llave...) Ahora me he tranquilizado. Soy un hombre de hogar.” (Dos noches con Celeste.) El periodista y el contador habían sonreído, habían hallado a Jorge realmente cómico en su papel de callado dueño de Celeste, habían recogido íntegramente la abultada ironía del jefe.

Jorge Ayolas está nuevamente en el despacho. Solo. “Soy otro” dice. Y lo es. Uno puede pensar fríamente. Uno puede pensar fríamente en todo esto. Hay dos hechos. El hecho Gálvez y el hecho Celeste. Aunque le afecte, el hecho Celeste puede quedar así. Ella seguirá trabajando en la Oficina. Acaso Gálvez la traslade a su despacho y a él lo mande al Archivo. Ella resultó sincera en su hipocresía. Uno sólo puede culparse a sí mis-

mo. Basta. El hecho Gálvez no le afecta. Lo ve con serenidad. Sin duda, es un brote epidémico. No le odia, sin embargo. ¿Por qué va a odiarle? ¿Porque pasó dos noches con Celeste? No, por cierto. ¿Porque anteayer se burló de él frente a los dos adulones? No, por cierto. El burlado fue Gálvez. Ayer Jorge no vino, para pensarlo mejor. Ayer lo pensó bien. Hoy lo sabe. “¿No ha escrito usted nunca una carta sin la intención de mandarla, y la ha puesto en un sobre sin la intención de mandarla, y ha salido con ella... todavía sin el propósito de enviarla, y entonces...” Ahora es la voz de Gálvez, del hombre alto, calvo y afeitado, con un enorme vientre desafiante y las piernas firmes, un poco separadas. (Dos noches con Celeste.) Escasamente a un metro de su mano, a medio metro quizá está el cajón sin llave. Está el cajón sin llave. Está el revólver. Uno piensa en lo que uno pensó, en lo que uno pensaba. Que la religión puede ser útil y perjudicial, según el temperamento de cada uno. Que la religión es útil cuando no puede hallarse la conciencia, cuando es un sucedáneo de la conciencia. Esto... abrir el cajón... esto ESTO ¿es la conciencia? (Gálvez) ¿Hay Dios? (Cayó) ¿Es la conciencia? (Cayó de espaldas) ¿Hay Dios? (...“y entonces ha oído cómo caía en el buzón”...) ¿Es la conciencia? (Sangra. Naturalmente, sangra.) ¿Dios? (Las piernas no están ya firmes ni separadas.) ¿La conciencia? (Bueno.) ¿Dios? (Bueno, está hecho.) ¿La conciencia? (El pudor. Sí. El pudor.)

Entran. Ya entran. Son todos ellos. Menéndez, el primero. Tiene una teoría sobre... Ella está también. Son veinte. Treinta. Ella está también... Ella. Celeste. Mueve los labios. Pero él lo sabe. Ella dijo: “Asesino”. Ella pensó: “Asesino”. Mejor. Algo menos para que uno rumie. Algo menos para que uno extrañe. Algo menos, sin duda... Mejor. Así nadie se da cuenta que uno es-

tá llorando, que uno no se da cuenta que uno está llorando.

“Soy otro”, dice. Pero no lo es.

(1947)

COMO UN LADRÓN

Yo vivía relativamente cómodo, acaso porque no se me había ocurrido creer en Dios. Ahora sé que muy pocos están en condiciones de aceptar esto que de tan sencillo es casi estúpido. Los más se imaginan que cada uno tiene la obligación de nacer con su pequeño dios. También se tiene el deber de nacer de cabeza y sin embargo siempre hay algún díscolo que nace de trasero.

Entonces no me gustaba enfrentarme a ciertos problemas ni tampoco tenía necesidad de hacerlo. No discutía el prestigio de la muerte y sentía por ella un miedo insignificante, sin escolta de libros, solitario. Después supe que mi miedo privado era sólo una variante del terror general. Y ésta fue la primera vergüenza de mi vida: que los otros usaran el mismo miedo que yo. Algo así como la rabia inexplicable que nos acomete cuando vemos a otro individuo con nuestros calcetines, con nuestros lunares o con nuestra calva.

Gracias a la muerte se liquidaba la aventura y era preciso renunciar definitivamente a los espejos, a los amaneceres, a la sed; retroceder hasta caer de espaldas, con todo el peso de la vida en las sienes, sin cuerpo, sin tacto, sin luz. Naturalmente, desaparecer así me llenaba de asco. Pero era un asco mórbido, que al fin de cuentas resultaba una invención, una especie de tanteo, casi una profecía particular.

A los treinta años yo era un tipo mediocre. Había fracasado como corredor de seguros, como periodista, como amante, creo que como hijo. De estos cuatro fiascos sólo llegó a preocuparme el primero. En realidad pensaba que mi vocación podía ser ésa: asegurar, es decir, hacer que los otros se aseguraran. Por otra parte, me encantaba —tal vez me encantaría aún— hallar a

una persona verdaderamente segura. Para mí era un espectáculo tan absurdo ver a un pobre hombre tomando sus prudentes y espléndidas medidas para que su muerte beneficiase a alguien, que no podía evitar la risa, una risa increíblemente generosa y sin burla. Pero ¿qué medidas? Pero ¿medidas en dónde, hasta cuándo, en nombre de quién? Cuando uno adquiere la costumbre de la muerte, se habitúa también a que el futuro carezca de sentido, de posibilidad, hasta de espacio. ¿Acaso pueden tener significado una esposa o unos hijos cobrando el precio de algo que no existe? Por eso fracasé. Los presuntos clientes acababan por mirarme angustiados, espiando la menor posibilidad de evasión para abandonarnos, a mí y al formulario.

No sé si hará de esto siete u ocho meses. Una tarde vino a verme Aguirre a la pensión. Cuando abrió la puerta, yo me estaba secando la cara. Recuerdo esto porque al principio me pareció que la toalla tenía olor a axila. Después me di cuenta de que venía de Aguirre. Era un olor agrio, penetrante, en medio del cual, Aguirre me dijo pomposamente que había hallado un Maestro de Compasión. Yo pensé que hubiera sido mejor que hallara un desodorante. Pero él insistió y me dio un nombre: Rosales, Eduardo Rosales. Era un chileno de unos cuarenta años, con barba y con discípulos, una especie de filósofo casero. Tres veces por semana reunía en su casa a gente como Aguirre: entusiasta, supersticiosa, no muy avispada. Precisamente, por no ser Aguirre muy avispada, no entendía un cuerno de la doctrina de Rosales. Porque el tipo tenía su doctrina: algo de herencia kármica, de evolución mental, de caridad sui géneris. En resumen: una mezcla inofensiva de teosofía y rosacruzismo.

Aguirre quería que yo fuese a las reuniones. Me sorprendí pensando que no estaría mal; un rato después,

diciéndole que sí. Entonces me dedicó una mirada tan torpe como incrédula. Luego se iluminó. Le resultaba difícil admitir que me había convencido, que podría ¡por fin! llevar su neófito. Además, yo debía tener algún prestigio para él. Era, en cierto modo, un intelectual, es decir, un tipo que había escrito algún artículo para los diarios y que a veces trabajaba en traducciones.

Intenté imaginar el color de las reuniones. Viejos ex teósofos que conocerían a Blavatsky sólo de oído, algún espiritista que aún no se atrevería a proponer la aventura que aquietase algún escozor de su confortable conciencia, y mujeres, muchas mujeres esmirriadas y sin ovarios, que disfrutarían su placer supersticioso zambulléndose graciosamente en un lenguaje de meditación y esoterismo.

La realidad no alcanzó a defraudarme. Simplemente era eso. Con el complemento de algún enfermero jubilado que disfrutaba lo indecible al codearse con gente de *otra clase*, de una dama de pasado glorioso, que cumplía allí su cantada vocación de misericordia; de un jovencito casi miope, dotado de un convincente tic afirmativo que parecía representar la aceptación tácita de la modesta muchedumbre. Pero además estaba Rosales. A pesar de mi poco entusiasmo, tuve que reconocer que me impresionaba. Tenía una voz grave, sonora; quizá por eso sentí que mi pensamiento se distendía. Sin embargo, no expuso nada nuevo, es decir, presentó como nuevo lo que había dicho Krishnamurti o Eliphaz Leví o el remoto Gautama. Naturalmente, yo tenía mis lecturas, pero nunca había sentido nada de esto en una voz. Quizá resulte inexplicable, pero lo cierto es que me venció sin convenirme.

Entonces supe que hacía mal en obstinarme, en ocultar mi rostro a Dios, en hundirme en el aburrimiento. Gracias a Rosales, o mejor, a la voz de Rosales, un día

me encontré creyendo. Hasta hallé razones para cambiar de vida. No es lo mismo una vida sin Dios que una vida con Dios. El secreto tal vez consistía en que yo lo tomaba como un juego. Rosales tenía una frase encantadoramente tonta: “Cada alma es una partícula de Dios”. Mentalmente yo jugaba a sentirme partícula, pero era notoria mi incapacidad para establecer contacto con el Todo.

Fue en una de esas reuniones que conocí a Valentina. Generalmente nos íbamos juntos y yo la acompañaba hasta su casa, un conventillo inverosímilmente limpio de la Ciudad Vieja. Ella solía decir que sólo gracias a la existencia nueva que Rosales nos descubría, podía parecerle soportable ese mezquino ambiente familiar. Yo la conformaba con un “Sí, es tremendo” o cualquier otra simpleza, a fin de que ella no interrumpiera la confianza. Siempre que se ponía patética me tomaba del brazo, y eso a mí me gustaba. Un martes se puso más patética que de costumbre y entonces la besé. Pero el viernes siguiente Rosales habló de la concupiscencia y echó mano de tales símiles, de tales amenazas, que parecía un nuevo San Pablo amonestando a sus nuevos Gentiles. De ahí en adelante me sentí concupiscente cada vez que Valentina se ponía patética y, como no quise besarla más, ella abandonó las confianzas.

Después de eso me dio por cavilar acerca de que mi nuevo estado no era en realidad tan cómodo ni tan feliz como yo había esperado. Pensaba que de no haber sido por la arenga de Rosales, habría podido desear moderadamente a Valentina, besarla de vez en cuando y quizá algo más, exactamente como hubiera hecho con cualquier otra muchacha que me pusiera al tanto de sus infortunios. A los treinta años uno sabe que las mujeres hacen eso a fin de llevar a cabo su conquista pasiva por la vía conmovedora. Yo nunca dejé que me conmovie-

ran, pero siempre tuve el prudente cuidado de aparentar lo contrario, de modo que tanto ellas como yo quedáramos conformes y orgullosos.

Fuera de estas molestias, yo conseguía sobrellevar pasablemente mi fondo religioso de mediana tortura, sin que, por otra parte, pudiera acomodarlo a un dogma en particular. Sentía duramente que no podría hallarme a solas con el mundo, como isla en el tiempo, entre los confines mediatos de mi nacimiento y de mi muerte; que, por el contrario, debía ir más allá. Llegado el momento, me quitaría o me quitarían el cuerpo como un caparazón inútil y podría ingresar en otra ronda de existencia, acaso a la espera de otros caparazones. Seguro de mi vergonzosa inmortalidad e incómodo ante la prerrogativa de no ignorarla, llegaba a pensar que el secreto tal vez residiera en algo así como un desprendimiento del cepo somático. Si era egoísta con mi cuerpo, si quería a mi cuerpo, me costaría desprenderme de él, y desde el momento en que mutuamente nos necesitáramos —mi cuerpo y yo— hasta sernos el uno al otro casi indispensables, no podría abandonarlo y acaso me destruyese en su destrucción. Pero si soportaba a mi cuerpo como se sufre una costumbre, como se tolera un vicio menor, podría depositarlo en el pasado y acaso llegase también a olvidarlo.

Algo de esto le dije a Rosales en la primera oportunidad que se me presentó. Me contestó que, evidentemente, yo había aprovechado su enseñanza. Recuerdo que pensé que todo eso tenía muy poco que ver con ella, pero le dije, en cambio, que efectivamente sus palabras me habían servido de mucho. Entonces lo vi iniciar un gesto de menosprecio y obtuve la imprudente seguridad de que se trataba de un tipo increíblemente sórdido.

Lo natural hubiera sido que de inmediato me evadiera de su engranaje. Me quedé sin embargo. No podía tolerarme a mí mismo pronunciando mentalmente —basa-

do en un solo gesto— el juicio definitivo acerca de alguien.

Me hallaba dispuesto, pues, a investigar sus procedimientos, cuando una noche me encontré con Aguirre. Ya hacía unos dos meses que éste no aparecía por lo de Rosales. Mostrando ahora la misma exaltación con que antes lo había puesto por las nubes, me arrastró a un café y me contó todo. El chileno era sencillamente un vividor. Aguirre se había enterado, gracias a una imprevista relación, de que en Buenos Aires el *Maestro* había iniciado unas reuniones semejantes a las que organizaba aquí, para concluir fundando un Instituto Esotérico y escaparse más tarde con el fondo común. Se le acusaba además de bigamia y falsificación. Toda una alhaja, en fin. Pero había algo más. Según la versión de Aguirre, un viernes en que la reunión había estado poco concurrida (yo mismo había faltado), los escasos adeptos se habían retirado muy temprano. Aguirre, que también se había ido, volvió después a retirar un libro. Pero cuando fue a entrar en el despacho de Rosales, se halló con un espectáculo inesperado: el Maestro apretujaba a Valentina, sin mayor resistencia de parte de ella. “Usted perdone que le informe con tanta claridad”, agregó Aguirre, “conozco cuáles son sus sentimientos respecto a la muchacha”.

Estuve por preguntarle cuáles eran esos sentimientos, puesto que yo mismo los ignoraba, pero ya Aguirre había cerrado el paréntesis y seguía relatando el enojo con que Rosales lo había echado. “Es un demonio”, concluyó, “yo estoy dispuesto a hacerle todo el mal que pueda”. Inevitablemente me encontré pensando bien acerca de Rosales. Tal era la poca confianza que me inspiraba su antiguo iniciado.

El martes, sin embargo, al salir de la reunión, me las arreglé para acompañar a Valentina. Me parece recordar que la tomé del brazo. Ella me dejó hacer. Pero yo

dudaba. Francamente, no sabía si la necesitaba, si la necesitaría. No obstante, me sentí seguro; seguro de la duda, naturalmente. Y eso era bastante. Me contó un sueño. Creo que lo había inventado. Siempre inventaba los sueños y yo no aparecía en ellos. Tal vez por eso los inventaba.

De pronto le pregunté si se acordaba de Aguirre. Esto la tomó de sorpresa y sólo rezongó: “Ya te fue con el cuento”. Únicamente por llenar las formalidades, le pregunté si era cierto. Dijo que sí, y que no tenía vergüenza de confesarlo, que Rosales era decididamente un hombre, un hombre inteligente; que yo mismo, en vez de gastarme los ojos haciendo traducciones, bien podría aprender de él, que con sólo unas palabritas convencía y estafaba a unos pobres estúpidos como Aguirre y —¿por qué no decirlo?— como yo.

Lo más lamentable de todo esto era su exactitud. Por cierto no precisaba que ella me hiciera propaganda a favor de Rosales: yo le reconocía atributos de vileza que siempre había considerado inalcanzables, hasta como utópico ideal. Con todo, nunca deja de interesar el verse comentado, el ser objeto de una opinión, por más hiriente que ésta pueda ser. Se adquiere conciencia del mediocre existir, gracias a los ecos vulgares que despierta la palabra de uno, gracias a las miradas —asombradas o compasivas— que despierta la presencia de uno. Se llega a vivir como reacción de los otros, como muro donde las impresiones ajenas aprenden a rebotar. Así, cuando yo escuchaba cómo Valentina me trataba de estúpido, no podía dejar de apreciar la razón urgente que la asistía, desde que yo me quedaba tranquilo —lo peor de todo: sin abofetearla— como si ella estuviera haciendo mi apología en lugar de reducirme a cero. Creo que cualquier palabra mía hubiera estado de más. Por eso me callé. Fue necesario que me limitase al gesto persuasivo, casi

conmovedor, ese que suele introducirse en la caricia. A la media hora había hecho ante Valentina iguales o mejores méritos que Rosales. Y esta vez respiré aliviado al no sentirme concupiscente, tan luego ahora, cuando sin duda había llegado a serlo.

Después, habiendo dejado a Valentina relativamente conforme, tuve conciencia de ser un tipo razonable, tan razonable como no lo había sido en muchos años. Vi claramente que no la necesitaba para nada. Entonces me encaminé a casa de Rosales. Era muy tarde ya, pero la luz del despacho estaba encendida. Me animé a llamar. Sin demostrar asombro, por el contrario, con un gesto amable, Rosales abrió la puerta y me hizo entrar. Últimamente nuestras entrevistas habían menudeado. Servían, entre otras cosas, para que él me tomara confianza y yo se la perdiera. Afortunadamente, no había hecho de él un ídolo. Me sentía convicto de soledad. En rigor, si nunca había menospreciado a los felices, tampoco había ostentado mi propia infelicidad como un honor, como una dignidad concedida por Dios a sus selectas minorías. De ahí que la posibilidad de hablarle a Rosales poniendo las cartas sobre la mesa, fuera para mí un asunto de vital importancia.

Como primera medida, me hizo sentar en un sillón exageradamente bajo, de esos que acentúan, hasta hacerla insoportable, la propia inferioridad. Al mismo tiempo, él se puso de pie. Por primera vez me di cuenta del porqué de la barba. Visto desde allí abajo, su rostro aparecía como realmente era: repugnante. Pero la barba permitía un aplazamiento de esa repugnancia.

“Ayer estuve con Aguirre”, dije aquí también. Sin prestarme mayor atención, Rosales se dio vuelta hacia la biblioteca. Me pareció que buscaba algo. Cuando lo encontró, vi que era la Biblia. De pronto se dirigió hacia mí

con premeditada brusquedad y dijo que yo tenía una expresión incómoda. Un minuto antes yo había estado pensando justamente en mi incomodidad. Después gritó: “Diga de una vez, ¿qué le pasa?”. Yo iba a recurrir al tradicional “Oh, usted lo sabe mejor que yo”, pero él agregó: “Vamos, sea franco, hace un mes todavía creía que yo era un sabio, casi un Maestro, algo así como la salvación de la humanidad. Ahora ya no cree... ahora está seguro de que soy un ladrón”. Le confesé que me había evitado la violencia de decírselo. Aparentemente conservaba la calma, esa calma elástica que sabía estirar hasta la desesperación. Pero ni siquiera había suavizado el tono, cuando dijo: “Tiene razón. Soy lo que usted piensa. Pero no se alegre”. Le aclaré que no me alegraba en absoluto. Entonces me preguntó por qué no me iba y lo dejaba tranquilo. “No pida demasiado”, dije. Rosales sonrió, como quien se decide a tomar la iniciativa, como quien vuelve por fin a su lugar después de una larga simulación, y me alcanzó la Biblia. Había un versículo marcado con lápiz rojo. “Lea”, ordenó. Yo no tenía inconveniente en jugar un rato a la obediencia y empecé a murmurar: “Acuérdate de lo que has recibido y has oído, y guárdalo y arrepiéntete. Y si no velares, vendré a ti como ladrón y no sabrás en qué hora vendré a ti”. Cuando terminé la breve lectura, vi que él había adoptado una expresión casi regocijada. De ahí en adelante, yo sabía que iba a estar seguro de sí mismo. Y empezó: “¿No se le ocurre que acaso usted no haya velado, que tal vez sea por eso que yo vengo a usted como ladrón? Pero voy a ayudarlo en sus razonamientos. Usted es un temperamento religioso, tiene respeto por la palabra de Dios. Ahora fíjese bien: si la palabra de Dios le recuerda que Él vendrá como ladrón, ¿de qué modo podrá reconocer usted en cuál de los ladrones está Dios? ¿Y si en este ladrón que soy yo, estuviera Dios? *No sabrás en qué*

hora vendré a ti. ¿No puede ser ésta la hora?”. Pensé que, efectivamente, podría ser. Mas, a pesar de todo, me sentí con la calma suficiente como para fingir cierta repentina nerviosidad. Incitado por ésta, Rosales se decidió a tranquilizarme con un ademán generoso. Después, inopinadamente me despidió, no sin antes recomendar-me que lo viera al día siguiente, “a fin de hablar —así dijo— de algunos planes que tengo para un futuro próximo, en el que usted podrá convertirse en mi mano derecha”.

En los últimos diez minutos la tensión había sido exagerada, al menos para mis pocas fuerzas, y había llegado a sentirme molesto. De modo que fue un alivio encontrarme otra vez en la calle, sin nadie a quien saludar ni eludir ni reconocer.

Pero en seguida tuve que pensar en Valentina; como última defensa, la deseé. No estaba errado al recurrir a ese deseo. Pero mi cansancio era mayor que mi habilidad para engañarlo y ya no fue posible evitar el careo conmigo mismo.

Él lo había dicho. Yo poseía un temperamento religioso. Un año atrás no lo hubiera creído, pero era así. Ya no podía imaginarme viviendo sin Dios. Hasta el momento de hablar con Rosales, eran para mí innegables el equilibrio y la justicia integral del universo. Por eso debía admitir la posibilidad de varias existencias para una sola alma. Las condiciones favorables o desfavorables en que nacía cada uno, eran para mí el saldo acreedor o deudor de la última existencia. Sí, el hombre se heredaba a sí mismo, y se heredaba a sí mismo porque había justicia. Pero ¿y la cita del Apocalipsis? ¿Había justicia en que tuviéramos que reconocer a Dios entre ladrones? No era tan complicado, sin embargo. Si la palabra *ladrón* era allí una metáfora, una traslación de significados a través de una imagen (“vendré a ti como *ladrón*”, es decir, como

viene un ladrón, subrepticamente, sin que nadie lo advierta), entonces la emboscada de Rosales no tenía efecto. Él no venía *como ladrón* sino que era un ladrón, y yo lo hubiera podido matar sin violentar mis escrúpulos ni torturar mi conciencia religiosa. Se trataría simplemente de eliminar a un Anticristo. Personalmente, prefería esa interpretación. Pero estaba la otra: que el sentido no fuese metafórico sino literal, es decir, que Dios avisara realmente que vendría como ladrón. De ser así, mi concepto de justicia universal amenazaba derrumbarse sin remedio. Si Dios nos enfrentaba a todos los ladrones del mundo para que reconociéramos Quién era Él, dejaba de ser justo, dejaba de jugar con recursos leales; sencillamente, se convertía en un tramposo. Claro que este Dios no me interesaba ni merecía que le amase, y, por lo tanto, aunque Rosales fuese el mismo Dios, también podría matarlo.

Era necesario preguntarse qué remediaba uno con esto. Imposible decir a sus discípulos quién era Rosales. Nadie me hubiera creído. Además, su delito —el del robo, al menos— no podía demostrarse. El único documento que entregaba a cambio del dinero ajeno, era su confianza, y ésta no servía como testimonio. Si yo decidía finalmente eliminarlo, lo rodearían de un prestigio de mártir. Pero acaso esto les ayudase a vivir. Por otra parte, él ya no estaría para destruirles la fe con su realidad inmundada, con ese golpe brutal y revelador que podía convertirlos repentinamente de cruzados del bien en miserias humanas.

Mientras tanto, yo había llegado a la Plaza, a sólo dos cuadras de la pensión. Recuerdo que me senté en un banco; apoyé la desguarnecida nuca en el respaldo y miré hacia el cielo, por primera vez en varios meses. Entonces me sentí aplastado, inocente, infeliz. Comprendí que estaba a punto de llorar, pero también que iba a

ser un llanto vano, que nada me haría adelantar en la busca de una escapatoria. Estaba todo demasiado claro; no había excusa posible.

No quiero relatar cómo lo maté. Decididamente me repugna. Resultó en realidad más atroz que lo más atroz que yo había imaginado. Me esperaba para hablar del futuro... Pero su futuro no existe ya. Lo he convertido en una cosa absurda.

Dicen que su gente creyó reconocer una última bendición en su boca milagrosamente muda, felizmente sellada por mi crimen. Cuando me interrogaron, no tuve inconveniente en confirmarlo. Entonces me pidieron que les transmitiera exactamente sus palabras finales. En realidad, sus palabras finales fueron tres veces “mierda”, pero yo traduje: “Paz”. Creo que estuve bien.

(1947)

HOY Y LA ALEGRÍA

Poco importaba que no fuera domingo ni primavera. Igual me sentía dispuesto a que algo extraordinario me purificase. En realidad, son pocos los días en que uno puede sentirse anticipadamente alegre, alegre sin ruedas de café ni cantos nauseabundos a la madrugada, ni esa pegajosa, inconsciente tontería que antes y después nos parece imposible; alegre de veras, es decir, casi triste.

Usted no podía saber que hoy, recién despierto, yo había admirado el lago del cielo —nacido, durante mi sueño, en la ventana abierta— que rozaba el pelo rubio de mi mujer. De mi mujer silenciosa, encuadrada en su costumbre, a los pies de la cama. Logré descubrirle, a pesar del contraluz, cuatro o cinco gestos, cuatro o cinco expresiones nuevas, tan sorprendidas, que me hicieron sonreír. No dijo nada, pero su silencio no alcanzó a incomodarme. Simplemente me pareció tonto explicarle que recién hoy había advertido un pasaje inédito de su rostro de siempre. Ni siquiera estaba seguro de no haberlo inventado.

Luego, entraron mis hijas. Entonces todos hablamos y en especial Laurita. En vez de mirarlas directamente, yo acechaba la enorme moña azul que devolvía el espejo, y en la imagen total de mi hija, con los brazos caídos a lo largo del delantal y su cabecita fluctuante entre síes y noes, me parecía reconocer algún delicioso títere que yo pudiera mover con mis preguntas, invisibles como hilos.

Me dejaron solo. La cama de dos plazas, la habitación entera para mí. Podía estirarme, separando las piernas al máximo, o juntarlas y abrir los brazos como un crucificado. En la pared, sobre la reproducción de una Madonna de Rafael, dos manchas de humedad se unían y formaban un simpático monstruo. Pero mirándolo con un solo

ojo, era únicamente el tío de Aníbal, es decir, otra suerte de monstruo, con papada flácida y oscilante. Probé a quedarme sin ojos y el cielo me llegó entonces en puntos luminosos e intermitentes. Cuando de nuevo los abrí, la luz se pobló de islas oscuras que estallaban y desaparecían.

Usted no podía saber nada de este hedonismo, de este momentáneo desajuste, de esta tonta sorpresa. Pero mis días transparentes siempre se ayudan con un retorno a mi niñez opaca, en la cual estos juegos míos con las cosas constituían la sola justificación del futuro, casi en el mismo grado que constituyen ahora la justificación única del pasado. Preciso esta conexión como un soporte. De vez en cuando necesito hallar esta soledad poblada, numerosa. Inevitablemente repercute en mi ser, diríase que me otorga identidad. Soy lo que soy y cuanto soy, de acuerdo a mis diferencias con ese patrón, con esa muestra. La comparación está dentro de mí como yo dentro de ella. El trayecto de mi identidad supone que he cambiado, pero la regularidad del cambio demuestra que soy el mismo.

Acaso usted no halle en esto ninguna ansiedad verdaderamente promotora de alegría, pero yo sí la encuentro, más aún, la deseo. Por eso me gusta ser fiel a esa vinculación conmigo mismo, por eso me agrada cada uno de estos regresos a lo que ya no soy, justamente para alzar-me desde ese pasado en desuso, desde esa plataforma casi absurda, hacia lo juiciosamente venidero.

Por eso también me vestí despacio, mientras pensaba que hoy había salvación para mí, es decir, que estos regresos la hacían posible. Usted debe creer que ésta es una actitud falsamente melancólica, y en rigor no me atrevo a negarlo. Yo también la considero falsa y melancólica. No piense, sin embargo, que la improviso. Soy tremendamente consciente de su inoperancia. Pero des-

de el instante en que así la veo, también la admito, simplemente la admito. Y entonces no me importa su probable melancolía. Más aún, la busco. Como a un fijador.

No obstante, a usted no la buscaba. Y si después de salir, vagué en esa dirección, era sencillamente porque de lunes a viernes el Parque está sin cocineras de asueto, sin vendedores ambulantes ni jinetes precoces ni matrimonios ejemplares y odiosos. De lunes a viernes, el Parque es reino exclusivo de maestras jubiladas y jubilados tenedores de libros, de estudiantes faltadores, de empleados públicos, de neurasténicos y vagabundos, de convalecientes y de incurables.

Usted supo enseguida a qué atenerse y empezó por reconocerme. Cuando la vi, su boca grande, siempre igual a sí misma, se apresuraba a pronunciar mi nombre. Cierta ansiedad custodia se le quedó en la voz, cierto descuido del pudor, cierto infinito descorazonamiento, como si hubiera esperado no encontrarme jamás.

Yo entonces corrí, literalmente corrí a su encuentro. Usted me dio la mano y en su tacto reconocí la existencia serena, acosada, presente, de nuestras cosas subordinadas y comunes. Usted me dio la mano y yo musité: "Hoy y la alegría", así, desordenadamente, "hoy y la alegría", sin vacilar, sin pensar en rehusarla, sin alejarme obsesivamente, sin hacer nada, sin hacer absolutamente nada.

Después fui sabiendo que usted ingresaba paulatinamente en todas mis imágenes suyas que yo había abandonado: usted y su traje azul con cuello blanco junto a la verja de Los Pinos, y usted en la fotografía con mis hermanas, y a mi derecha en la cabalgata, y usted acariciando una sola vez mi cabeza, en Buenos Aires, cuando la muerte de mi madre, y también usted sola, en la playa, espiada por mí, buscando caracoles entre cantos rodados.

Sólo entonces supe hasta dónde ignoraba su vida de ahora, esa vida inconmensurable que usted sin duda habría aprehendido desde la tarde en que leí aquel soneto de Shakespeare: “Thine eyes I love, and they, as pitying me”. Usted había abierto los ojos sólo cuando dije; “O, let it then as well bessem thy heart to mourn for me...” Sí, porque yo también anhelaba que su corazón llorase sobre mí, que llorásemos juntos y sin lágrimas por esa ausencia recíproca que habíamos decretado. Usted lo recuerda. Usted recuerda sin duda que yo le pregunté si *él* lo merecía. Usted tiene que recordarlo, con la misma precisión con que recuerdo yo su obstinado: “No, no lo merece”. Acaso caí en un absoluto desaliento, en una invencible sensación de fracaso, al no tener siquiera un motivo heroico en que apoyarme, en que levantar para mi orgullo ese recuerdo del futuro que dulcificara este presente.

Usted había apoyado su mano en mi nuca y había alcanzado a decirme: “No sea tan muchacho. Quienes lo merecemos somos usted y yo. Usted y yo merecemos este amor en que siempre le perteneceré, en que siempre me pertenecerá. ¡Vamos, si parece un chico! Claro que sufre. Yo también. Yo también sufro”. Sí, usted también sufría. Pero estaba verdaderamente convencida de su resolución, de su ánimo, de su firmeza. Y ésta —su firmeza— acabó por perdernos. O salvarnos.

Esta mañana pensé: “Ahora sabré si nos hemos perdido, si nos hemos salvado”. Usted caminaba junto a mí, ¿hacia dónde? De pronto dijo: “Venga a mi casa, ahora”. Pero no cambiamos de rumbo. Desde el comienzo íbamos a su casa. Entonces agregó: “Usted se casó el catorce de noviembre de mil novecientos treinta y ocho”. Era cierto. “Debe resultar agradable verlo convertido en hombre de respeto, sermoneando a las chicas”. Estuve a punto de decirle que, efectivamente, tenía dos, pero us-

ted las nombró: "Sara y Laurita". De modo que usted no ignoraba nada de mí; yo de usted lo ignoraba todo. Me atrevía a preguntarle por él. "¿Quién? ¿Diego? No sé nada de él. Hace unos diez años que no lo veo." ¿Entonces? Lo peor era que su voz permanecía implacablemente tranquila, como si fuera lo más natural que hubiéramos renunciado, en beneficio de él, a nuestra porción de dicha, y que sin embargo él no la hubiera aprovechado. Pero era inútil preguntar. Primero, porque usted siempre arrima el cándido bochorno de sus respuestas cuando uno ha descendido de la ansiedad, cuando uno ha aprendido momentáneamente a conformarse, tanto con la propia y respetuosa ignorancia como con ese silencio suyo, despreocupado, cordial, indiscernible, que autoriza todas las conjeturas y nada deja adivinar. Y luego, porque habíamos llegado a su casa.

No había nadie. Usted fue abriendo las ventanas, todas las ventanas. Como si deseara que la luz fría, reseca, del capitulante sol de invierno, animara ante mí esa zona invisible de su vida. Como si esperara reencontrarme agobiado de anhelos ante la sorpresiva intimidad. Ya podía internarme en el pasado invulnerable y revelador, insistir en el rumbo de aquellas sensaciones confusas, viciadas de impaciencia, que había estimulado su rostro de otro entonces. Pero el rostro de su vida actual era éste: un grabado de Renoir en la pared del fondo, la biblioteca de libros europeos, el diminuto pescador de marfil sobre el estante de ébano, los tres sillones severos, casi despectivos, el gran escritorio de roble con su Céline a mitad de lectura, y el retrato de un hombre cuarentón, con un indefenso lustre de bondad.

"Mi marido", dijo usted, sin entusiasmo y sin cansancio. Yo tenía ganas de hablar, de detener el avance ondulante de esta novedad en mi energía, de vaciar de algún modo en sus manos mi propia servidumbre de

recuerdos. Nunca comprenderé por qué no se detuvo allí, por qué no prefirió dejarme simplemente aterido de claridad, a solas con su noticia, para que yo pudiera imaginarla junto a ese no-Diego, cara a cara frente a ese “él” que provenía del mundo de usted y no de “nuestro” mundo. Pero usted dijo: “Debería conocerlo. Le gustan las mismas cosas que a usted”. No. No podría enfrentarlo. ¡Que usted me haya invitado a ese insignificante sacrilegio! Me parecía increíble. Aún no sabía si era que usted sobrevivía idéntica a sí misma y era yo el promiscuo, el inestable, el tornadizo, o si yo conservaba todavía mi propia voz de usted, y usted en cambio se había acostumbrado a otro régimen de sensaciones y, lo que era peor, a otra fisonomía.

De ahí mi brusca retirada, mi adiós nervioso, mis justificaciones falsas, desmedidas. Usted no se asombró de nada. Acaso esperaba de antemano que yo no podría soportar sin miedo su nueva y desacomodada realidad, su realidad al margen de mi recuerdo, su indiferencia por la lealtad de mis emociones. Cuando usted cerró su puerta, cuando detrás de ella desaparecieron los sillones, el Renoir, el pescador de marfil, los libros, usted misma, sentí que no enfrentaba ya un presente fácil, sostenido como hasta ayer, como hasta hace unas horas, por su probable y cercana aparición. Ahora debía arreglármelas solo, con las figuras que yo puse y pondría aún en mi mundo de carne, en mi mundo de hueso, definitivamente expulsado de nuestro piélagos en común, de nuestra común lejanía de la tierra. Cuando usted cerró su puerta, sentí en mí la necesaria revelación de que todo aquello de que habíamos participado ya no existía, de que mi yo de usted tampoco existía, ni existía —¡por fin!— tampoco usted.

Y es cierto: usted no existe. Ahora puedo decirlo, pensarlo, escribirlo. ¡Usted no existe! Ahora que estoy

nuevamente en mi habitación y mi mujer lee el diario de la noche y se escucha desde el cuarto vecino la conversación atareada de mis hijas, ahora puedo admitirlo, comprobarlo, demostrármelo. También puedo demostrárselo a usted. En realidad usted fue siempre una imagen. La imagen que yo creé a partir de un conjunto de anhelos, de deseos incumplidos, de pequeños fracasos, exactamente como creé mi pequeño monstruo a partir de una mancha de humedad o como inventé un títere a partir de Laurita en el espejo. Usted fue la imagen de la mujer segura, la mujer con enorme capacidad de sacrificio, la infatigable presencia humana que yo hubiera aprendido a amar. Usted fue la criatura mía, solamente mía, la que yo inventé a fin de que mi ideal no permaneciera eternamente abstracto, a fin de que tuviera rostro, decisiones, palabras, tal como las otras criaturas —las creadas por Dios y no por mí— que me rodeaban y no coincidían con mi réplica desamparada, con esa venganza sutil que, obedeciendo a una sencilla tradición, podemos tomarnos aun los solitarios, los siempre descontentos, los oscuros. Yo la inventé a usted con su piel de pecas, con su mirada reticente, con sus manos afiladas y tibias, con sus silencios flexibles, con su recurrente ternura. Yo la creé idealmente imperfecta, con esas pequeñas y poderosas fealdades que inexplicablemente singularizan un rostro y le comunican su derecho al recuerdo, con esas comisuras de simpatía que desmantelan la serenidad y esclavizan el sueño. Así ingresó usted a mis insomnios, así participó de esa complicidad pueril que yo formé para su sola imagen. Pero usted fue creada ya con un pasado, con un pasado de traje azul y cuello blanco junto a la verja de Los Pinos, con un pasado de fotografías (imágenes imaginadas de su imagen) junto a mis hermanas de presencia categórica y carnal, y a mi derecha en la cabalgata, y acariciando una sola vez mi cabeza en Buenos Aires,

cuando la muerte de mi madre (me costaba muchísimo crear artificialmente la sensación del contacto), y también usted sola en la playa, espiada por mí, buscando caracoles entre cantos rodados. Usted fue creada con ese pasado, tal como se construye un aparato de precisión con sus accesorios. Usted fue creada a partir de un sacrificio, de una lectura del soneto CXXXII de Shakespeare, de un beneficiario apócrifo llamado *él* o también *Diego*, de una promesa mutua de renuncia. De este modo era usted una imagen alejada, es decir, un recuerdo de imagen, y por ello tremendamente próximo al recuerdo de una presencia real. En rigor, usted no debía aparecerse me nunca, usted debía sencillamente mantener el rumbo de mi segunda existencia. Obstinado en el recuerdo de su imagen, yo había descartado —razonablemente descartado— la posibilidad de la presencia de su imagen. No obstante, en el subsuelo irracional que desmiente nuestros actos obligados y embusteros, allí, en ese fondo duramente veraz, no estaba descartado su regreso. Allí su regreso vivía con la misma intensidad de mis juegos conceptuales con las cosas, con la misma vehemencia que me dejaba convertir a mi hija en un títere o a una mancha de humedad en un monstruo de papada flácida y oscilante. Recién ahora admito que había pensado nuestro encuentro en el Parque, mil veces nuestro encuentro en el Parque, pero siempre como posible, nunca —hasta ayer— como virtualmente real. Hasta ayer ese encuentro era para mí la obsesionante representación de una espera, un encuentro eternamente a *ser* en el futuro, nunca *siendo* ya. Deliberadamente había dejado de proyectar su imagen a fin de proyectar interminablemente la memoria de su imagen (gracias a su pasado accesorio) a la vez que la esperanza de su imagen (gracias al irrealizado pero no irrealizable encuentro en el Parque).

De ahí que yo viviera, junto a mis hijas y junto a mi

mujer, sostenido por el recuerdo de su rostro anterior y por la esperanza de su rostro futuro, que debían guardar entre sí el parentesco impuesto por mi capacidad de invención. Claro que sólo podía representarme los rasgos de su rostro pretérito. El otro, su rostro a llegar, el rostro que usted iba a tener en el Encuentro, sólo podía representarlo como probabilidad, o sea, en pre-imagen. La verdadera imagen acaecería en el instante en que por fin me decidiese a representar ese encuentro constantemente postergado.

Hoy me decidí. Usted no puede saber por qué. Me decidí sencillamente para terminar con usted de una vez por todas. En mis manos tenía dos rumbos: postergar indefinidamente el Encuentro y continuar viviendo una alegría a experimentar, o resolverme a imaginar ese Encuentro y alejarla a usted definitivamente de mi juego. Lo primero era una tortura viva; lo segundo, otra más llevadera: meramente resignarme a su desaparición. Pero, ¿cómo podría usted desaparecer? ¿No se renovarían el recuerdo agregando nuevas imágenes a su primitivo *pasado accesorio*? Yo no aceptaba continuar viviendo de este modo. De manera que la única solución era crear el Encuentro, literalmente verla imaginada, pero a la vez imaginarla traicionándose y traicionándose, es decir, eludiendo nuestro cerrado mundo en común.

Desde el momento en que usted fuera infiel a nuestro sacrificio, o sea, desde el momento en que eludiera al beneficiario apócrifo, a *él*, es decir, a *Diego*, para pertenecer estúpidamente a un *no-Diego*, entonces yo podría escapar derrotado, asqueado quizá por su cambio, por su deserción. Por eso le puse nombre a este espacio: "Hoy y la alegría". Sencillamente *hoy y la alegría*, porque era la cúspide, el apogeo de mi juego, su máxima tensión seguida del agotamiento de ese mismo juego, de la terrible desaparición de usted.

Era el tiempo en su exacto valor: el hallazgo y la pérdida, el consuelo y la desesperanza.

Y todo lo cumplí. Es decir, lo cumplió usted. Usted me llevó a su casa. Usted abrió las ventanas para que yo viera el Renoir, los libros, el retrato. Usted comentó: “Mi marido” y me invitó a conocerlo. Usted —oh, ¿por qué?— no guardó silencio.

Usted no podía, no puede saber que he regresado ahora a mi habitación, que estoy al lado de mi mujer dormida (el diario de la noche caído sobre su rostro), que el cielo nocturno penetra lentamente en mí, que a mi solo conjuro usted perdería su sinrazón de ser y que, no obstante ello, mañana, tal vez esta misma noche, jugaré de nuevo a imaginar y me representaré golpeando a su puerta y la imaginaré recibíendome —sí, exactamente así— con su invencible, antigua risa de Los Pinos, con otro traje azul de cuello blanco, con sus queridas manos afiladas y tibias. Y usted me dirá: “Lo esperaba” o también “Voy a presentarle a mi marido. Le gustan las mismas cosas que a usted”. Y usted cerrará la puerta y entonces seré yo el inexistente. Porque no saldré nunca, nunca, nunca, aunque el tiempo se harte de correr y yo descanse en el sillón adusto o contemple a mis anchas el perfecto Renoir o tome en mis manos el irrisorio pescador de marfil y tras contemplarlo durante cuatro siglos, lo deposite con cuidado, casi con ternura, sobre el desgarnecido estante de ébano.

(1948)

IDILIO

Sin embargo yo venía pensando en la mujer rubia de la película como todos los sábados cuando después del cine atravesamos el baldío de atrás de la fábrica sí con la luna uno siempre se pone un poco romántico pero no iba a ponerme romántico con Marta claro después de diez años lentos de matrimonio todo cambia y cuando ella me llamó Juan María el nombre me pegó en la nuca como una corriente de aire y recién entonces la vi uniformada por la luna en una silueta que empezaba a vencerse nunca se me había ocurrido que pudiera reprocharme con su sola presencia esos diez años porque enfrentar a Marta a la luz del día significa también enfrentar su voz su mirada sus gestos pero allí estaba sola en su solo cuerpo y los senos horriblemente flácidos la curva de la espalda vencida por completo las caderas desagradablemente abiertas no es posible disfrutar ahora con la mera adivinación del cuerpo bajo la ropa tan resbaladiza por eso sé que mi deseo depende de arranques mecánicos que apuntan a ella porque es más cómodo insistir allí que violar la costumbre y correr el albur con esta o aquella loca no obstante la rubia de la película me arruinó la noche porque me puso en la cabeza sí era delgadita tenía la cara ovalada los ojos grandes me metió en la cabeza esa pavada de empezar de nuevo después de todo qué quiero decir con empezar de nuevo a mí no me importan los senos caídos la espalda curvada las caderas abiertas sino que ella está indiferente por cualquier cosa pone ojos de vaca degollada y parece que sólo le interesara el chico demasiado mimoso lo tiene ya vendrán los dolores de cabeza después cuando quiera imponerse

pero si ella ah pero si ella claro yo quiero quería empezar otra vez porque uno puede verdad equivocarse y aunque es cierto como dice mamá la primera mujer y nada más pero yo pensé que ella iba a ser verdaderamente compañera y poderla sentir al lado en la noche no sólo en la noche como parte de uno mismo aunque no la tocara por más que también sería bueno tocarla casi dormido y estirar la mano y hallarla pero ella todo el santo día con esos rezongos entre dientes mirándome haciéndome sentir ladrón asesino qué sé yo como si por mi culpa estuviera encerrada demasiado sé que no sale para después reprochármelo y que no la saco nunca ni al campo ni al cine bueno al cine vamos los sábados pero al campo la quisiera ver después de escribir a máquina ocho horas los dedos como garrotes el dolor en la espalda llega el domingo si tendría ganas de hacerse la excursionista y cargar quince paquetes de comida qué asco el papel manchado por los buñuelos la torta pascualina con gusto a pescado todo mezclado y atrás los tipos de siempre cantando un elefante molesta mucha gente y los que bailan en el pasillo ofreciendo el trasero primero el de ella después el de él y el otro gracioso y sus cuentos de velorio como para no preferir la siesta a mí qué me importa perderme el aire libre después llego cansado como una mula y con la obligación de estar alegre para no desentonar a ella sí le gusta y no desentona bueno yo tampoco quiero que seamos demasiado iguales lindo aburrimiento decirse a todo que sí pero no puedo aguantarle esos ojos de rabia y entonces yo también me pongo grosero ella dice rabioso a veces no le he puesto la mano encima porque Dios es grande y el chico miraba mejor que siempre respete a la madre y yo no voy precisamente a enseñarle lo contrario siempre siempre yo ni siquiera fumaba delante de mamá pero esa vez apareció la sorpresa con la vecina hice como siempre el jueguito de

entrar el cigarro en la boca y no se iban y yo callado estudiando y mamá callada también y la otra vieja pestosa dándole lata y también a mí me preguntó no sé qué tontería y entonces no tuve otra solución que tragármelo para hablar y después me operaron cielos qué batifondo mamá llora un poco cada vez que lo cuento Marta en cambio se ríe se reía con ganas y es posible que me haya enamorado de eso porque me gustaba verla reír haciendo gestos con la mano como si quisiera sujetar la carcajada pero nunca lo conseguía y se le escapaba en saltitos ahora se ha puesto gruñona si le digo que llegó a la edad crítica se pone peor y no entiende la broma ni recuerda sus treinta y tres años yo qué sé de veras estoy desorientado porque no es el hecho del me quiere nome quiere para qué dirán esas idioteces tesoro el besito en la boca mientras lo hacen cornudo sino que lo primero es naturalmente la costumbre saber dónde están el aparador el diario y la escupidera la vida así sin saltos para qué más lo mismo en el amor saber dónde están la cama el beso y el ombligo todo es la costumbre pero además uno quiere otra cosa claro así debe ser que ella me mire como antes sin odio cuando yo venía martes jueves y sábados y me esperaba con la blusita de organdí yo casi no me atrevía a tocarla porque se parecía demasiado a la muchacha que uno se pone a imaginar a los catorce y que después se aprende de memoria sólo que ella tenía ojos verdes y Marta azules y eso qué importa claro a Marta la conocía del colegio y a lo mejor era porqueno la muchacha que yo imaginaba la que se parecía a ella naturalmente los ojos distintos porque quizás no me acordaba cómo eran y les puse un color cualquiera uno de chico no se va a fijar en los ojos entonces y después era muy simpática y me miraba uno no sabe nunca qué le pasa por dentro a lo mejor sonrío y en realidad me está escupiendo yo no sé creo que nunca estuvo enamorada

de mí puede ser que de Alberto sí de Alberto él no le hacía mucho caso pero como se parece a Clarkgable así orejudo si Clarkgable no existiera sería un repelente pero ahora no ah qué hombre ah qué hombre mejor sería que suspirara menos y no hiciera la sopa tan desabrida lo mismo que tomar agua caliente como para que uno se quede en casa tranquilo mejor me voy a jugar al billar mientras tanto es lindo escuchar lo de todas las mesas el negro ése colorado y peñarolense como todos los negros guardabajo cuando se pone a gritar después de la copa veintitantas y el otro grandote que da puñetazos en la pared y al final lo sacan dormido pobre la mujer tiene cinco hijos buen regalo le llevan todas las noches yo nunca tomo más de dos copitas ella dice siempre que huelo a alcohol sin embargo no es cierto porque dos noches a propósito no tomé nada y ella dijo lo mismo pero quién la convence ya se ha construido como moldes de lo que tiene que reprocharme eso eso eso siempre los rezongos qué lástima porque todavía está bastante linda no es cierto verdad está linda y ahora mismo si no fuera por esos cinco babiecas que vienen allí deben ser obreros del turno de las doce si no fuera por ésos de veras tendría ganas de tocarla tocarla.

II

Le dije mirá esos tipos pero claro lo había dicho yo y él tenía que burlarse como siempre no seas estúpida me dijo deben ser obreros del turno de las doce a mí me parecían demasiado bien vestidos para venir de la fábrica Juan María volví a decirle fijate vienen derecho aquí y él me contestó dejate de pavadas y yo me callé venían ya a unos treinta metros eran cinco uno más corpulento que

todos los demás y empecé a estar segura de que eran una patota como las que aparecen en el diario una pareja fue asaltada anoche por una patota después de corta lucha ambos fueron víctimas de vejámenes la mujer fue internada en estado de suma gravedad y de pronto ya estaban frente a nosotros y el gordo dijo con que de amorcito eh está muy oscuro para andar de amorcito él les dijo vamos dejen pasar ésta es mi mujer yo creo que le notaron en la voz que él estaba poco convencido de que nos dejarían pasar ah con que es tu mujer entonces mejor dijo el gordo no hay obligación de andar con la señora a lo oscuro para excitar a los amigos entonces le dio un golpe en la cara y yo vi que él comenzaba también a pegar y a mí me tomaron entre dos pero les di patadas que daba gusto a uno le pegué abajo y cayó al suelo retorciéndose dicen que ahí duele mucho igual que a las mujeres en los senos yo de vez en cuando miraba donde lo tenían a él medio inmovilizado porque el grandote lo agarró del pelo y no lo dejaba mover yo creo que más bien querían agarrarme a mí porque el gordo le gritó al que me tenía che negro en último caso acostala de una patada después le vamos a enseñar cómo hacemos nosotros el amorcito luego de corta lucha fueron víctimas de vejámenes yo quise darle también al negro una patada igual que al primero pero me sujetó la pierna en el aire y me fui al suelo de espaldas lindo porrazo el tipo se me echó encima y vino otro no el gordo otro de boina y me agarró las piernas pedazo de animal me hacía doler las pantorrillas creo que a uno alcancé a arañarle toda la cara porque todavía tengo sangre metida en las uñas pero de repente sentí un grito y vi que él se había soltado y le daba fuerte al grandote después por un rato no vi porque el negro me puso su manaza en la cara qué ricura con el otro brazo me había enganchado la cabeza qué olor dios mío los tres sudábamos como en enero al final

uno me arrancó el saco de cualquier modo iba a comprarme otro si él me puede dar algo a fin de mes siempre le parece que gasta demasiado quisiera ver cómo se las arreglaría para darnos de comer a los tres con los dos pesos miserables que me da por día sin duda piensa que todavía puedo ahorrar para comprarme un saco o mejor no comprármelo total qué le importa ahora cómo me visto pero claro que fija se fija en las medias nailon de cualquier pelandusca que pasa haciéndole mimos con el trasero yo antes también lo movía de lo lindo pero ahora después de fregar los pisos o dalequedale con la mugre que él deja en las medias y los calzoncillos y toda la porquería de los pañuelos no quedan ganas de irse a mover por ahí y para una casada no queda bien nunca falta una lechuza que le diga ya vi a su señora muy rica solita por Dieciocho no pasan los años por ella para que él les diga por usted tampoco como si lo oyera al muy hipócrita todas menos yo dicen qué monada eso es un marido pero no me diga delante de éstas habla con la elle claro todo fino y después conmigo suelta los carajos como dijo el negro aquél cuando yo le mordí la mano repugnante hasta que empecé a sentir en la boca el gusto a sudor y me vino una arcada fenomenal parecía mi suegra cuando le viene el ataque al hígado el tipo se asustó y le dijo al otro bruto che debe estar embarazada la pucha dijo el otro eso no es negocio ya me parecía muy barrigona el muy idiota lo que pasa es que vine sin faja y entonces miraron más allá donde estaba él a las trompadas con los otros y cuando el negro les gritó nosequé el grandote no lo estaba pasando muy bien y dijo entonces los dejamos no quiero líos recién al rato me di cuenta que se habían ido corriendo él me preguntó te lastimaron yo le dije no pero me rompieron el saco bueno ya estaba viejo dijo él qué milagro ahora está mansito seguro se habrá asustado cuando me vio patas

arriba entre aquellos bestias él no lo pasó mejor tiene un ojo a la miseria yo con el pañuelo le sequé también la sangre del labio parecía parece más viejo bien hecho por qué me llamó estúpida cuando dije mirá esos tipos él siempre me llama estúpida cuando leo la crónica policial sin embargo se aprende enseguida me di cuenta de que era una patota menos mal que eran pocos y él está convencido que les metió miedo cuando yo sé que se fueron por mi arcada y también por mi barriga pero a él no le digo nada no tiene por qué darse cuenta que ahora no tengo la misma cinturita de cuando venía martes jueves y sábados siempre me miraba como a algo inmaterial a mí me daba rabia le hablaba por eso de Alberto a mí no me gustaba ese pituco pero él se lo creía todavía a veces lo fastidio para ver si me pega y pierde un poco esa blandura pero hoy estuvo mejor vi que les pegaba sin asco a esos cochinos así me gusta de vez en cuando podría mandarle una patota de encargo a ver si se despierta si no se va a endurecer siempre escribiendo a máquina o jugando al billar con tal de que no haya problemas es feliz no puedo aguantarme a veces por gusto le pongo cara rabiosa porque de lo contrario me empalaga bueno siempre fue así a Martín lo va a podrir a mimos tiene nueve años y cada vez que habla se le llena la boca de saliva por la maldita costumbre de hacerse el nene en vez de avanzar retrocede cualquier día va a salir otra vez gateando a veces le pego y claro soy el ogro para él es muy cómodo hacer de reimago porque no lo aguanta el día entero ahora también le sangra el ojo lo dejaron lindo parece una careta pero si me río se enoja siempre cree que me burlo sin embargo me gusta con la cara deshecha lo prefiero así serio triste preocupado por lo que hubiera podido pasar al menos la vida dio un salto y él tendrá esto para contar quién sabe si lo cuenta siempre tiene miedo de jactarse de algo naturalmente él

y yo somos un poco raros cualquier otro otra enseguida se hubieran abrazado mi dios qué peligro viejita viejito querido pero nosotros como si nada seguimos caminando a un metro de distancia uno del otro como si la patota hubiera sido una broma y solamente por jugar nos hubiéramos revolcado en la tierra con esos asesinos estoy segura que nos matan si no se le ocurre al negro lo de mi embarazo Santa María madre de Dios ruega por nosotros peca pucha eran cinco quién hubiera visto mañana en el diario la mujer fue internada en estado de suma gravedad ahora y en la hora de nuestra muerte amén menos mal que aquí está el farol de la fábrica en la luz no se van a atrever de nuevo sin embargo a él yo querría decirle algo no sólo Juan María ni querido otra cosa que sepa que estoy y lo quiero y me gusta que se haya pegado fuerte con éstos y quizá baste con acercarme y no decirle nada y suspirar un poco y tocarlo tocarlo.

(1948)

COMO SIEMPRE

A María Luisa no le agradaba que la interrumpieran. Por lo demás, a nadie le agradaba interrumpirla. Sin embargo, cuando esta vez descendió a referirse a “esa tonta de Clara”, y, empuñando el cigarrillo como una batuta, quiso comentar con grosería sutil y llevadera, el apasionamiento con que aquélla defendía su tranquilidad, Roberto no pudo contenerse.

—No la imagino a Clara apasionada —dijo—. Por lo general, los que defienden su tranquilidad, son los que están lejos de su propia furia. Ya sé, no estás de acuerdo. Pero yo considero que si existe un reducto feliz sobre la tierra, no debe ser de los inquietos.

—Oh, querido, naturalmente... Cuanto más lejos de la tormenta, mejor. Se aprecia el espectáculo sin abrir el paraguas. Nunca saldrás de ese centro tranquilo, a menos que halles la bomba debajo de tu silla.

Aún sobrevivía en María Luisa un rito adolescente. Siempre que reaccionaba como ahora, recurría a imágenes de alguna estridencia, hechas para una acústica más que familiar. Allí, sin embargo, donde las paredes merecían sus libros, donde los pocos cuadros no eran cansadores y uno podía, sumergiéndose en los tímidos sillones, quedarse del otro lado del bullicio, esas palabras se tornaban gritos, y todos —mobiliario y personas— se miraban con un poco de pánico.

—Posiblemente en mi quietud —dijo Roberto—, en mi centro tranquilo, haya más actividad que en todas tus inquietudes. Te movés siempre. ¿Nunca te hace falta un apaciguamiento?

Había estado a punto de decir: “¿Nunca te pide el alma un apaciguamiento?”, pero sabía que María Luisa tenía reacciones particulares frente a algunas palabras. En cambio, agregó:

—Además, no deja de dolerme que trates tan poco amablemente a Clara, que aunque te parezca irremediabilmente estúpida, tiene mucho de lista en eso de no discutir contigo.

—Más que vos, por lo visto.

Él la miró entristecido, como buscando en ella algo a que asirse, algo en que confiar para —tan sólo eso— apostarse a la espera.

—Más que yo, por lo visto.

Roberto no tenía interés especial en defender a Clara. La apreciaba, sin duda, porque era muy callada, pasablemente música, bastante sincera. No era bonita ni —a primera o segunda vista— tampoco simpática. Lo mejor que podía conocerse de ella aparecía recién a los varios meses de trato cauteloso. Roberto, que así la había tratado, reconocía en ella cierta impermeabilidad al enojo, cierto gusto de ampararse en su ambiente interior y una evidente atracción por el estudio racionado y severo. El reconocimiento de tales cualidades no había bastado, empero, para acercarse a Roberto. Se sentía mejor si había entre ambos, cuando menos, alguna habitación de por medio.

Tampoco tenía Roberto un interés especial en atacar a los *inquietos*. Ni —en el caso de atacarlos— de incluir entre éstos a los famosos inquietos de espíritu. La inquietud del espíritu, así, como frase, como lugar común, era algo que no llegaba a comprender del todo ni se esforzaba en ello. Le parecía que para que su parte anímica funcionara normalmente, el individuo debía llegar a la paz interior. La paz interior y, de ser posible, también exterior, es decir, lisa y ecuménicamente, la tranquilidad,

constituía para Roberto un esbozo tal de lo feliz, que se hubiera sorprendido de alcanzarlo algún día. Así de lejana llegaba a parecer la aquiescencia del destino para semejante anhelo. Creía, como decía uno de sus ingleses preferidos, que las libertades particulares se gozan a condición de cierta forma de esclavitud general, y, sin que pudiera evitarlo, notaba cierta bambolla en el lujo de libertad con que se abrían paso los inquietos. Al fin de cada historia, se hallaba con que todos caían en un cogollito y comenzaban paulatinamente a suspender sus explosiones aisladas, espontáneas y particulares, para integrar alguno de los muchos coros disponibles. Y desde el momento en que el armatoste social se organizaba como ópera italiana, la libertad pasaba a ser un estribillo que quedaba muy bien en la voz del tenor ligero, y arrancaba alaridos, aplausos y pataditas de delirio allá en la galería.

Por eso le parecía preferible soportar la esclavitud general y defender su libertad particular, a tolerarse reclamando una libertad sin límites ni aplomo, demasiado general para ser asequible, demasiado altruista para no ser armada egoístamente. Como libertad particular, la tranquilidad era un estado ideal, el único, finalmente, en que el espíritu tenía derecho a revelarse inquieto.

Esta vez, su estallido mental había sido contemporáneo de otro intuitivo y ambos habían tenido por objeto a María Luisa. Pero ni durante el brevísimo, casi instantáneo proceso de intumescencia, ni durante la apenas esbozada discusión, tuvo Roberto tiempo y serenidad suficientes como para darse cuenta de cuánto se le había revelado. Ahora sí lo sabía. Había deseado que María Luisa lo traicionara.

II

Hubo un silencio de tres horas. Después de la cena, María Luisa, ya no tan convencida de su indignación, se demoró tejiendo. Pero Roberto se fue al café.

El café, como ritual, como misterio masculino, tenía para Roberto dos colores de atracción. El de sus momentos solitarios (cuando, aislado en la niebla perfumada que despedía el pocillo, llegaba inconscientemente a conquistar cierto aspecto de visionario beatífico) y el de sus espaciados encuentros con Asdrúbal y Jaime, prolongados por lo común hasta la madrugada, cuando, cada vez más desvelados, cada vez más despiertos, se aventuraban —sin método y sin meta— hacia temas elásticos, limpios, potenciales.

Veinte años atrás, se habían reunido allí durante una huelga de estudiantes, mientras los otros derrochaban inútilmente la valentía del asueto en una grita empalagosa. Tuvieron épocas malas y épocas peores, en las que debían hacer treinta cuadras a pie (cuarenta, en el caso de Jaime) para ganar, con el ahorro del tranvía, el derecho de permanencia en el local. Tres cafés. Durante años, tres cafés. A poco de casarse, Roberto y Asdrúbal dejaron de estudiar. Jaime se doctoró en derecho. No obstante, siguieron viniendo dos o tres noches al mes.

Las diez y media. Todavía quince minutos de soledad. Hay que aprovecharlos. Aprovecharlos es sacarles el menor provecho. Dejarse estar. Ver. Escuchar. Al mirar hacia la izquierda, cierta presencia física le provoca un choque. A los treinta y cinco años no alcanza a recordar que él, a los veinte, haya sido tan ridículo como ése, tan inconsciente fante. (Alto, pelirrojo. Ojitos de ternero y patillas largas, color zanahoria. El pelo levantado en una instantánea de gomina, desafiante como un gorro

frigio. No está solo. Tiene su corte. Él y la corte hablan de automóviles. De la cuarta para carreteras, del faro piloto, de la banda blanca, del neblero, de las espigas en el paragolpe, del buscahuellas, del...)

Roberto fuma y piensa en María Luisa. Busca referencias sobre la historia de este enfriamiento. Nada. Aquello se hizo solo. Empezó un poco antes de la muerte del chico. Como si desde entonces ya lo vislumbraran. Que ese puente nada unía. Después del accidente, las cosas empeoraron. No era dolor. En el caso de Roberto, debido a que el hijo había sido absorbido por la madre y él se encontraba fuera de su mundo. En el de ella, porque no podía ni quería evitar un estremecimiento de egoísmo al hallarse sola frente al posible amor de Roberto. Naturalmente que al sentirse sola, sin el auxilio de la competencia que había representado el pequeño Andrés, aquel amor había dejado de interesarle, porque en la puja de sentimientos sus propios celos le servían de estímulo.

Cuando la encontró, hacía once años, ella era novia de Jaime. No exactamente novia. En ese entonces, ellos no tenían —ni podían tener— novias. Apenas si disponían de lo suficiente para sobrellevarse a sí mismos. Pero algunos tenían amigas. Desde el más restringido significado sexual hasta el otro más amplio y afectivo. María Luisa era amiga de Jaime. De parte de éste, en el sentido amplio y afectivo. De parte de ella, ni ella misma sabía en qué sentido. Simpatizaba con Jaime, lo deseaba moderadamente. Leían a Baudelaire, festejaban a Nietzsche, se burlaban de Dios y de Renan. Se les veía juntos bastante a menudo. Recorrían la Rambla, iban a la Biblioteca, entraban por un rato en la Iglesia del Cordón. Roberto lo sabía.

(El de las patillas zanahoria y el gorro frigio lleva a su grey por otras sendas. Diez minutos de fútbol, diez de cine, diez de política, diez de cualquier cosa.)

Ahora volvía a paladear su culpabilidad. Siempre que veía a Jaime, eso se le renovaba. Se le renovaba también la duda. No quería ser injusto consigo mismo, pero dudaba. Por aquel entonces tenía pensado no casarse con ninguna mujer a la que deseara demasiado. Le parecía poca garantía y —sobre todo— poca previsión. No obstante, desde el momento en que vio a Jaime con María Luisa, se dio cuenta de lo que empezaba a madurar. A madurar en él, naturalmente. Se dio cuenta, se estudió durante un cuarto de hora y se dijo: “Eso nunca”. Después se descuidó. Cuando el “eso nunca” se transformó en “eso no”, pudo apreciar la diferencia que va de la negación total a la simple negación. Suave, torpemente, comenzó a sorprenderse acechándola. Como ella, en cambio, no se sorprendió en absoluto, Jaime renunció sin lucha ni vergüenza. Roberto estaba casi seguro de que Jaime no le guardaba rencor. En realidad, entre éste y María Luisa no había mediado nada, ni siquiera palabras comprometedoras, que después de todo son el nudo más fácil. Jaime renunció, dio su enhorabuena y siguió estudiando. Cuando se puso su tristeza, vio que le quedaba un poco grande. A los veinte días, estaba otra vez leyendo a Baudelaire, festejando a Nietzsche. Pero sólo se burlaba de Renan.

(Silencio. El guía sonríe. Los demás esperan. Uno, por decir algo, pide el cuarto café. Otro, que reforma la ajena inspiración y la aprovecha, pide un “cortado”. La reunión se desmaya. Ya nadie tiene nada que decir. Pero como se quedan siempre hasta las doce...)

III

Hacía ya mucho tiempo que el amor había quedado en tontería, y bastante también, aunque no tanto, que la tontería había quedado en frialdad. El paso siguiente podía llegar al odio. Ahora mismo, sin arraigo aún y sin motivo, el odio hacía visitas tímidas, espaciadas, pero suficientes para ir formando el hábito de retirar a medias la confianza.

María Luisa no había cambiado mucho. ¿Qué pasaba entonces? Todos —¿cuántos eran todos?— la encontraban tan alegre, tan completa, tan valiente, tan sencilla, en fin y concretando, tan ricura como antes. Ni ella se creía ingenua ni los otros la creían tal. Ni demasiado doméstica ni demasiado intelectual. Había cambiado los ídolos siempre que fue oportuno.

De Baudelaire había llegado a Valéry, de Nietzsche a Camus. Estrictamente al día. ¿Dónde quedaba el pobre Roberto, con su entusiasmo por los tartamudos en la novela inglesa, desde el Brian de Huxley hasta el Anthony de Waugh?

En el orden doméstico, hoy trabajaba tan poco como antes, y si sus relaciones con la servidumbre eran de menor tirantez, eso era debido en buena parte a la filosofía solapadamente jocosa con que las últimas *chicas* habían encarado el asunto. Daba gusto verlas trabajar, obedecer, divertirse y robar.

Todo eso no llegaba a fastidiar a Roberto. Pero, en rigor, ¿qué le fastidiaba? Le fastidiaba, por ejemplo, una discusión insulsa como la de esta tarde, una discusión como ésa, pesadamente familiar. Lo que había dicho sobre los libres y los inquietos, representaba sólo aproximadamente lo que había pensado, pero aun así lo representaba bastante bien. En realidad, lo mismo habría sido decir: “Estoy descontento”, que discutir so-

bre furias a propósito de Clara. Sí, estaba descontento, confusamente descontento. Con María Luisa, consigo mismo. Le parecía haberse vuelto demasiado respetable y carecer de los medios legítimos para quitarle empaque a ese respeto. Por lo demás, estaba poco acorazado para habérselas con sus propias reacciones. De ahí que la sola presencia de María Luisa le provocara una especie de calambre mental. En el subsuelo de su vida matrimonial debía haber sin duda un desperdicio de conciencia del que a veces le llegaba alguna oleada fétida.

—Hola.

Tuvo que sonreír cuando, intimidado, sintió la mano de Jaime sobre el hombro.

—Hola. ¿Y Asdrúbal?

Era la última esperanza. Podía haber pestañeado, pedido otro café, complicado las cosas. Pero quería salvarse de una entrevista a solas con Jaime. O, por lo menos, saber a qué atenerse.

—Asdrúbal me avisó que no viene.

Que no viene. Ah. Siempre había pensado que algún día tendría que faltar Asdrúbal. Pero ahora...

—Es la primera vez que falla uno.

—O que fallan dos...

Eso lo dijo por algo. Entonces él también esperaba la oportunidad. Eso lo dijo por algo. Tenía los ojos demasiado brillantes, los labios demasiado firmes.

Jaime se puso a hablar de política. Mejor. No era un tema embarazoso. Pero al cabo de una media hora de escuchar las opiniones de Jaime sobre la libertad de prensa, la situación en los Balcanes, y el voto femenino, Roberto se escuchó diciendo: “Parece increíble. Ni remotamente podés imaginarte con qué pensamiento avergonzado estoy jugando”. Hipócrita. Uno respira y se siente hipócrita.

—Oh, no es tan difícil. Siempre te has sentido culpable frente a mí.

—¿Frente a vos?

—Sí. Te imaginás que me la quitaste.

Insoportable. Que lo diga así, sin preámbulos, sin asco, sin enojo.

—¿A María Luisa? Estás loco. No pensé que...

—Podés estar tranquilo. No había nada.

—Ya lo sé, ya lo sé. Por eso te digo que estás loco.

Llegó la sonrisa de Jaime y Roberto se sintió inesperadamente ridículo. Tenía la boca con saliva amarga. Cuando empezó a hablar, era ya de otra cosa.

(El grupito se levantó a las doce en punto. Primero pasó el guía, luego los seis discípulos. Ceñidos, bostezantes, intercambiando mimos.)

IV

Era humillante pensarlo. Cuando el chico había muerto, ellos se habían encontrado por primera, por única vez, tal como eran, tal como no predicaban ser. Roberto se imponía ahora el recuerdo del rostro de María Luisa, de aquél sin cólera y sin dolor, situado en sus contornos por los corderitos del empapelado. La mueca de indiferencia, de ganas contenidas, de seriedad en hilvanes, había sido insufrible y compacta; sin un solo resquicio para la duda en ciernes, para la duda mansa, vulgar, salvadora. ¿Y eso era un rostro de mujer? Él, que era el hombre y por lo tanto no debía traicionar su abolengo de ojos secos, él, que había sufrido derrotándose, sintiendo —no sabía dónde— chasquear el dolor como un látigo, él había condensado su angustia caudal en un tibio y constante hilo de lágrimas. Y nadie había sabido el cons-

ternado fastidio, el fastidio sin cálculo, irresistiblemente agudo, con que obtuvo la serenidad indispensable y repasó, enumerándolas, sus decisiones. Una cosa era cierta. Ese mismo día o más adelante, no importaba la fecha, dejaría a María Luisa. No exigía nada en el presente, pero necesitaba a toda costa un futuro sin ella. Un futuro sin ella. Consigo mismo.

Aún mucho tiempo después, aquel rostro de María Luisa rodeado de corderitos, en el cuarto del hijo, había permitido la evolución normal de su fastidio. Necesitaba representárselo para animarse. Hoy había deseado que María Luisa le traicionara. Con cualquiera. No era virtud de cornudo magnífico; era, simplemente, su egoísmo. Sobornar al examinador para terminar antes la carrera. Pero a la vez se había sentido generoso como un proveedor de futuros. Ningún accidente, ninguna enfermedad, ni siquiera la muerte. Sólo verse libre.

V

Roberto contemplaba sus propios pasos. Siempre había tenido la supersticiosa diversión de esquivar determinadas baldosas, a las que iba señalando inconvenientes, improvisando augurios. Pero ahora no ponía ningún esmero. Pisó una de las prohibidas y ella dio un grito delicioso, pero corto, sin ecos.

La calle estaba sola. Se puso a pensar en las cosas ridículas que había leído sobre las aceras solitarias, sobre la medianoche, sobre los faroles, y se sintió capaz de avergonzarse por ellas. La calle estaba quieta como en un cuadro. Acaso estaba orando, acaso estaba arrepiñiéndose de todos los automóviles, de todos los caballos, de todos los tranvías con que había pecado en la jorna-

da. Cuando iba pensando el tercer disparate, su otra memoria reconoció la puerta. Halló que su casa —además de la verja con encaje, del patético jardín de cámara, de los balcones como palcos, de todos los otros síntomas de su actual y embarazosa prosperidad económica—, halló que su casa era asimismo una idea poco satisfactoria. ¿Qué le esperaba? Ni siquiera el hijo. Ni siquiera el hogar.

La actitud de Jaime había sido un obstáculo. Él había querido, a la vez que darle una oportunidad de perdonar, darse también una oportunidad de quedar al día con los escrúpulos. Pero el otro no había querido reconocerle la culpa. Sencillamente, le había tomado el pelo.

A él le quedaba el problema de qué hacer ahora con el pasado. No era cosa de alimentarlo en silencio ni de estrangularlo. En el café se había sentido bruscamente sin amistad. Quedaba Asdrúbal. Sí. Pero la certidumbre aminoró el deleite. Quedaba Clara, con sus lamentables y místicas virtudes. No. Ni siquiera estaba seguro de quedar él mismo para la amistad o para el amor.

Su incomunicable silencio se estiraba en la calle. Cuando escogió la llave, se sintió cobarde y desatinado. Y, a pesar de todo, indiferente. Recordó al grupito del café. Ellos se asían por lo menos a un vínculo, precario, estúpido, pero casi feliz en su medianía; ellos no estaban solos. ¿Para eso había él sostenido exigencias? ¿Para ser menos feliz que un fantoche? ¿Dónde estaba la intimidad en que refugiarse, la vida ajena que justificara la propia?

Como siempre, cerró la puerta con cuidado. Había luz en el comedor. Había, como siempre, sobre la mesa, queso y dulce, galletas, leche fría. Comió sin recompensa y sin hambre. Miró los avisos del diario de la noche, recorrió las noticias. Bostezó en tres etapas, triste de desaliento.

Cuando entró al dormitorio, María Luisa dormía. Los

ronquidos la sacudían a veces como una carcajada incontenible. Roberto comenzó a desvestirse. Como siempre, puso la corbata sobre el saco, los gemelos junto al vaso con agua. Fue la impremeditada caída del segundo zapato lo que la despertó. El último ronquido tuvo cierta emoción. Luego, abarcando la escena desde un solo ojo, murmuró: “¿Qué tal, querido?”. No esperó la respuesta. Salió al encuentro de la próxima modorra.

Como siempre. “¿Qué tal, querido?” o la reconciliación. Por un momento sintió envidia de los pobres diablos que hablan de la *patrona* y le llevan cada sábado una torta con merengue.

Cuando estalló en el reloj del comedor la acostumbrada campanada, comprobó —como siempre— la exactitud de su reloj. Entonces notó que era demasiado tarde. Como siempre.

(1947)

LA VEREDA ALTA

Si yo hubiera tenido padre y madre, todo habría sido diferente. Pero mi familia era una abuela materna, y una abuela materna no alcanza para nada. Además, a ésta le faltaban casi todos los dientes y siempre, cuando hablaba, uno creía que iba a escupir el último. Es probable que su odio hacia mí haya empezado en eso. Ella se daba cuenta de lo mal que me impresionaban sus encías inermes y balbucientes. Pero yo no podía evitarlo, así como ella no evitaba el odio.

Sin embargo, en un pueblo como éste, que nunca había sido demasiado benigno, constituíamos un binomio abuela-nieto de tal ejemplaridad que las madres lo señalaban a sus hijos y a sus propias madres para estimular a unos y a otras el mutuo entendimiento.

Era en verdad conmovedor vernos salir por la tarde, a la abuela y a mí, mi mano en su mano, sonrientes y simpáticos, deteniéndonos en la plaza para saludar al zapatero que hablaba de crímenes mientras remendaba, y también en la farmacia para que el boticario me llenara el bolsillo derecho con caramelos de miel o de menta. Era conmovedor escuchar a la abuela preguntándome si quería dar una vuelta en el único autobús de la localidad, para brindarme así el placer de contemplar la chiva que estaba siempre, aburrida y soñolienta, un poco antes de la última curva. Y era conmovedor escucharme decir que no, que hoy no tenía ganas, cuando en realidad todos sabían que yo me sacrificaba para que ella economizara diez centésimos.

Entonces la abuela sonreía comprensiva, comprensiva y sin dentadura, y me invitaba a ir hasta la vereda alta. A esto ya no me negaba, porque no costaba dinero y el sacrificio hubiera sido ridículo y además porque

la vereda alta era mi mejor experiencia de ese entonces.

La vereda alta estaba cerca del molino. Sé que tenía un borde de ladrillos muy rojos y que estaba como dos metros por encima de la calle de barro. Cuando los días sin lluvia se prolongaban demasiado, la calle de barro era entonces de polvo y mi abuela no me quería llevar porque el polvo se le metía en las orejas. A mí se me metía en las narices, pero eso lo arreglaba yo con un par de estornudos.

Todavía hoy no comprendo bien el atractivo sin muchas razones que esa vereda tenía para mí. Recuerdo que allá abajo, en el barro, cuatro o cinco muchachos aprendían a no tenerse piedad y se tiraban con lo que encontraban más a mano, ya fuera un cascote o un aro de barrica. Cierta vez uno de éstos suspendió su vuelo en el moño de mi abuela y luego de vacilar un poco, se decidió a caer sobre ella, quedando humildemente a sus pies luego de brindarle una serie de abrazos rápidos y estertorosos. Yo reí en cuanto me dejó libre la sorpresa, y los muchachos de abajo también rieron y por un rato no se pelearon más.

Cuando pasaba una cosa así, mi abuela castigaba en mí la travesura ajena y yo me quedaba sin vereda por un par de días. Esa vez sucedió lo mismo. Fue entonces cuando inauguré oficialmente mis meditaciones. Ya antes de eso las había tenido, pero simplemente como aficionado. Frecuentemente había pensado en mi oficio de huérfano y en las ventajas y desventajas que me acarrearía el ejercerlo. Yo no lo había elegido, estaba claro, pero tampoco lo comprendía del todo. No obstante, cuando me decidí a meditar en serio, tuve que elegir un tema de mayor envidia y con suficiente material de dudas como para llenar las horas sin vereda.

Así, pues, cuando terminaba mi composición sobre

tema libre (las moscas, mi rodilla, la bocina), yo me sentaba frente al gallinero a comer galleta y a pensar en la muerte. Ése sí era un tema, tan grande que no cabía en las composiciones, tan fuerte que me dejaba siempre un poco pálido. Yo cerraba los ojos. También el día cerraba los suyos y el gallinero se quedaba en paz. Entonces se podía meditar. Como el tema era la muerte, era preciso ante todo llegar a concebirla. Para concebirla, nada mejor que no pensar en nada. No pensando en nada, llegaría a no ser, que era la muerte. Era evidente. Así, al menos, lo creía. Pero cuando me parecía estar alcanzando el vacío completo, la total desaparición de mí mismo, hallaba que, finalmente, estaba pensando en no pensar. Y aunque fuese *nada* mi único pensamiento, por eso solo ya resultaba *todo*. Claro que esto es únicamente la traducción aproximada de aquella suerte de dialecto infantil en que entonces me llegaban las sensaciones. Pero en esencia, no era mucho más que eso.

Fue después de la novena o décima meditación que me convencí de dos cosas bastante importantes. La primera, que no podía existir la muerte como nada total y absoluta. La segunda, que la única forma de saberlo era morirse. En realidad, yo pensaba que esto era un negocio redondo, porque si me moría y después resultaba que no había nada, poco me importaba perder contra mí mismo y yo estaría, por otra parte, en condiciones de lamentarlo; si, por el contrario, había Algo, no sólo ganaba sino que sabría. Y esto me resultaba más importante que todos los otros argumentos. Sabría. Yo era mucho más curioso que cobarde. Por lo tanto, decidí morir a corto plazo.

Una noche mi abuela me besó con su baba de costumbre y como esta vez yo me porté bien y no me limpié el beso con la manga, me anunció que la mañana siguiente iríamos de nuevo a la vereda alta. Yo estaba decidido a

morir y un paseo más o menos era muy poco para conmover a quien iba a emprender el más largo —o el más corto, ya se vería— de todos los viajes. Sin embargo, en ese momento se me ocurrió que no estaría mal aprovechar la vereda. Después de todo, era lo que más quería, más aún que un disco que había sido de mi padre y en el cual serruchaban la Barcarola de Offenbach, más aún que una caja de soldados de plomo sin pintar, a quienes hacía desfilar en la cocina y cuya monotonía me volvió finalmente antimilitarista.

Al otro día me desperté temprano. Lo miré todo sin melancolía. Una muerte experimental no era para llorar ni para despedirse. Antes de salir, me di el gusto de hacer la composición sobre el tema *La abuela*.

Salimos a las diez. Pacientemente aguanté la visita al zapatero y hasta chupé un caramelo de los usuales en lo del boticario. Así el buen hombre tendría motivo para decir después: “¡Pensar que el pobrecito se fue hoy chupando una de mis golosinas!”.

La vereda alta estaba más linda que de costumbre. Como había llovido la noche anterior, el barro estaba fresco y los ladrillos rozagantes. Los muchachos de siempre jugaban abajo a la guerra de siempre. Un aro de barrica cortó el aire y aunque a mi abuela se le estremeció el moño, cayó muy lejos de nosotros.

Sin que yo se lo pidiera, ella soltó mi mano. Yo di algunos pasos preparatorios. Miré hacia abajo y me extrañé de no sentir vértigo. Después de varias miradas prolijas, elegí la piedra sobre la que pensaba caer de cabeza.

Mi abuela estaba mascullando no sé qué aviso, cuando yo simulé un paso en falso y me tiré. Un látigo de imágenes azotó mis ojos y enseguida sentí un dolor tremendamente intenso.

Naturalmente, todo quedó en una pierna rota y un

arañazo de ladrillo. Pero en aquel momento yo creía que estaba muerto. Que la muerte era algo. Que ese Algo era espantoso. Y que desde la altísima vereda hasta esa muerte mía de dolor y de barro, el odio de mi abuela llegaba en bofetadas.

(1947)

NO TENÍA LUNARES

La otra cabeza en la almohada. Rafael mira hacia arriba, rígido. *Cuando despierte no sabrá donde se halla. Luego ella dirá: "Querido", y todo volverá a su cauce.* Esta horrible posición le produce cansancio en los tobillos. *Anoche dijo.* Ni pensar en moverse. Ni pensar en nada que pueda despertarla. Entonces ella empezaría con sus empalagosos mimos matinales y se acabaría la sensación de reposo, esta especie de coherente aproximación a sí mismo. *Anoche dijo: Nadie puede saberlo, nunca.* Pasa un carro del mercado. Los únicos ruidos del mundo. Los ronquidos y el carro. ¿Nadie puede saberlo? Cuatro moscas recorren los párpados de Carlitos dormido. *Vamos por partes. Ella no quiere que venga Francisco. Sin embargo.*

Tiene la boca reseca. Si le trae agua, se despierta. *Estamos mejor solos, dijo ella. Antes quería que tuviese amigos, que los trajera a almorzar.* El sobretodo quedó sobre la silla, la manga izquierda a medio sacar. El papel blanco que sale del bolsillo no es un programa de cine. *Vamos por partes. Francisco vino por primera vez el día de los raviolos. Un sábado. El martes se lo había dicho en la Oficina.* No es un programa, es la cuenta de. *Me habían traído el retrato de Aurora, recién encuadrado. Los ojos desentonaban en el rostro. Como si las cejas, los labios, las mejillas, para cuyo aderezo recurría a su equipo de trampas, fuesen lo único natural, la verdad del semblante, en tanto que los ojos verdaderos llegaban con retraso al conjunto, estaban en otra escala de valores, parecían lo único adulterado.* Claro, la cuenta de Ocampo. De Ocampo, que había dicho: "No

hay apuro". El apuro estaba en la reticencia de los gestos. *Se lo alcancé. Mi mujer, le dije. Simpática, dijo él, tiene cara de risa. Otra vez a flote mi orgullo imbécil por la alegría de Aurora. Hago lo que puedo, pensé. Doscientos treinta pesos. Vamos por parte. Fui yo el que dije: ¿Por qué no venís el sábado a cenar?* La otra cabeza en la almohada. Se ha movido. Sí, se ha movido. Paciencia.

II

—Querido —dijo ella. Estaba despeinada, grotesca, maloliente. Los labios resecos, anteriores a toda pintura; los ojos colgantes y legañosos.

—Querido —dijo, y estiró una mano. Rafael retrocedió cinco centímetros imperceptibles. La mano estaba allí, sobre la colcha. Movía con torpeza su rechoncho meñique, lo montaba asquerosamente sobre el anular. Luego se estiraba, abriéndose en cinco dedos tumefactos. *Yo besaba esa mano. Yo era el idiota que cerraba los ojos al besar esa mano.* Entonces aquella cosa ajena le tocó el brazo, se lo acarició. Aquella cosa blanda le recorrió el brazo como una lengua.

—Tengo la cuenta de Ocampo —dijo él para huir—. Dice que no hay apuro. Pero yo creo que se le fue la mano.

Entonces ella dijo que Ocampo siempre había sido un abusador, que ella se había dado cuenta cuando el otro abortó.

—¿Qué pasa si no pagamos?

Pero regresaba a la caricia lo más pronto posible. No importaba la cuenta. No importaba el sudor, este sudor de abril, imposible de prever. *Él estaba conscientemente*

ridículo con su ramo de flores. Pero a ella le cayó bien. Además, dijo enseguida tres o cuatro chistes.

—Supongo que no pasa nada. *La primera vez que teníamos un invitado. Carlitos lloriqueó. En el postre se reía a carcajadas.*

La mano se metía bajo su camisa, se deslizaba sobre los pelos y el sudor. Un asco. *Él estaba contento de su éxito. Y yo también.* Vio la cara de ella, el borrador de su cara, sin rastros de Ocampo ni del aborto ni de nada que no fuese *me atacó un deseo imprevisto, quería besarla y apenas si podía contenerme cuando pasaba con su nuca de cuatro lunares* el deseo insoportable, completamente vacío de ternura, de luna-de-miel, de fotografías-mirándose, sólo el deseo sin voz *en la cocina le besé el pescuezo, me gritó loco, idiota, bruto* el deseo sordo, sin memoria, hundido en el presente *de noche me dijo que no le gustaban los arrumacos delante de extraños* y Rafael no tuvo otra salida que mirar el reloj y como eran sólo las seis y cuarto, cansadamente se quitó el pijama.

III

—Buenas noches —dijo Estévez. Siempre decía “buenas noches” cuando alguien llegaba después de las ocho y cuarto. *Se podía meter sus sarcasmos en.*

—Para mañana necesito el informe —agregó.

—Ayer me dijo que era para el viernes.

—Sí. Y ahora digo que es para mañana.

Estévez era sarcástico, pero Farías era gracioso. Cuando decía *Mr. Cuckold* se ahogaba de risa y de tos. Cuckold, Hahnrei, Cocu. Farías sabía decir “cornudo” en incontables idiomas y dialectos.

—Uy, Mr. Cuckold llegó tarde.

Verdaderamente, la risa le dolía.

—Uy, llegó tarde, ¿dónde está Francisco? (Esto dicho de corrido, como si fuese una sola palabra.) ¿Dónde está Francisco? (Pero se ahogaba, irremediablemente se ahogaba. Era demasiado para él.)

Francisco no estaba *mire que jode Estévez con el bendito informe, total ¿para qué?, de cualquier modo al tipo lo van a echar siempre llegaba a las nueve un solo cheque no es un robo y el muchacho vale, dijo Estévez, claro él pone sólo el visto bueno, pero yo lo firmo.*

IV

“Señor Director: De acuerdo con su comunicación de fecha 18 del corriente, por la que se me designa para investigar la irregularidad denunciada en el movimiento de Caja y Bancos correspondiente al día 27 del pasado mes de febrero *míster Cuckold es cierto nunca lo supe pero* paso a informar a usted lo siguiente: Al efectuarse el arqueo en la última media hora de trabajo del día 27, el subjefe señor Mieres comprobó la falta de un cheque al portador *la certeza final la certeza final en realidad desde el principio todo estuvo claro y yo no estoy desesperado sólo decidiéndome* girado contra la Caja Nacional de Ahorros y Descuentos por la firma Lanza, Salgado & Cía., por un importe *hacia adónde ahora* de \$7.625,68 (siete mil seiscientos veinticinco pesos con sesenta y ocho centésimos moneda nacional). El cajero señor Luciano Valverde se había ausentado a primera hora de la tarde con permiso del jefe señor Estévez (según consta en boleto de salida N° 18206), pero no regresó esa tarde *la cosa es saber cuándo empezó bueno eso realmente importa poco yo creo que el día de los raviolos Francisco*

ya le había echado el ojo y la muy yegua diciéndome no me gustan los arrumacos delante de extraños lo siento verdaderamente por Carlitos pero ya sé lo que voy a hacer ya sé lo que voy a hacer *míster Cuckold* primero no negar los cuernos ni tampoco concurrió a la Oficina los días 28 y 29. Por indicación del señor Estévez *segundo no codiciar la mujer de Francisco* no se dio intervención a la policía. A primera hora del día 28 se avisó a la Caja Nacional de Ahorros y Descuentos, pero el cheque había sido cobrado la víspera. El señor Valverde no pudo ser localizado hasta la tarde *tercero comprarme el revolver* del día 30 y en esa misma fecha, el padre del nombrado cajero restituyó a la Compañía el importe íntegro del cheque. El señor Valverde (hijo) aduce que el día 27 no pudo volver a la Oficina por hallarse indispuerto, y, al parecer, siempre de acuerdo a sus declaraciones, dicha indisposición continúa pues no ha vuelto a la Oficina. Para mejor comprensión de la incidencia por parte del señor Director, el suscrito deja constancia que el señor Valverde padre, al ser interrogado sobre el proceder de su hijo, manifestó textualmente: "Siempre ha sido una porquería. Hagan con él lo que quieran. Si prefieren mandarlo a la cárcel mejor. Lo que es a mí, me tiene lleno". El suscrito comparte este criterio. Sin otro particular, saluda al señor Director con la mayor consideración y estima. Rafael Arias. Oficial Primero."

V

Aquella angustiada muchedumbre no tenía voces. Sólo el mozo pedía *express*, cortados, añejas. Los demás repasaban por centésima vez con el pedazo de diario en la mano, su redoblona del que podía ganar en la tercera

con el lance de la séptima. Pero Rafael seguía haciendo infantiles cabezas de gatos sobre la copia del informe que había leído al otro.

“Yo también podría razonar acerca de esto” respondió Valverde, “después de todo, no es tan difícil. Pero no me interesa razonar. Usted cree haber cumplido consigo mismo, acusándome. Bien, viejo. Yo, en cambio, creo haber cumplido conmigo mismo sustrayendo ese cheque. Usted puede sermonearme, puede identificar mi reacción como un viejo resentimiento contra la sociedad. Y tendrá razón. He sido cómplice de tantas caridades, he pretendido borrar con el codo, sin que ni por asomo se debilitara mi conciencia, tantas miserias clandestinas, he contribuido tan eficazmente a la desigualdad, al odio, a la vergüenza, que me siento, bah, me sentía comprendido en un engaño solidario del que sólo podía rescatarme por un acto absurdo. Mi error estuvo en no lograr la absurdidad total. Para ello debería haber matado a alguien, o por lo menos haberme eliminado sin piedad. Pero la desdichada herencia de mi vida anterior, con su malsano culto de la emulación, con su aprendida renuncia a todo positivo desorden y sus virtudes agotadoras y anestésicas, me adelantó una impresión de desastre acerca de lo que tal vez hubiera sido, ¿no lo cree así?, mi única salvación. En realidad, creo que debo confesárselo, pensaba eliminarlo a usted y después matarme. Usted era un buen pretexto, una tarea que hubiera acometido con gusto. Precisamente el obstáculo fue que yo le tuviese antipatía, pues ello transformaba mi acto libre en un desahogo apasionado. Por otra parte, ¿comprende qué poca cosa hubiera sido nuestra desaparición? Infortunadamente, ahora pasó la euforia. Me quedé a mitad de camino. Iba a matar y sólo robé. Sin embargo, lo esencial para mí era salir del atascadero, comprender efectivamente qué me acontecía. Y eso lo he logrado. Es cierto

que con su informe empezará el proceso de mi destitución. Me iniciarán sumario, pero todavía cobraré mi sueldo por un año o dos. Mientras tanto, acaso vuelva la euforia y me suicide.”

“Oiga, Valverde”, dijo Rafael al concluir las primeras ciento veinte cabezas de gato, “¿Alguna vez su mujer le puso cuernos?”

VI

A las tres Rafael pidió autorización para salir. No estaba desesperado, ni siquiera triste. Primero fue al café. Quería darles tiempo, que la escena no fuese demasiado sucia. Pidió un cortado. Cuando se sentó, sintió aquel peso en el bolsillo trasero del pantalón. Indudablemente, un revólver era de mal gusto. Sería pues una tarde de perfecta inmundicia. Nunca en su vida había apretado un gatillo. Un buen tipo, como quien dice. Una irritante beatitud le cercaba, una ternura nueva por su pasado, por su infancia sin padre, por su implacable adolescencia de tango y prostitutas, por el pelotón de sus amigos dispuestos encarnizadamente a ejecutarle, por mister Cuckold, sí, por mister Cuckold. La radio, obscena, se permitía un bolero, y Rafael sintió una bocanada tibia de asco y puteada. Hacía tanto que no lloraba que era una delicia sentir ese viejo sabor en los bigotes. Era el mismo del tercer año aplazado, del ferrocarril destrozado por la Tota, de los hermanos abrazándole cuando la muerte de Mamama. Una melancolía viscosa e insoportable le despertaba los recuerdos, escalonándolos en señales que aparecían como revelaciones. Un cornudo. Una palabra como un Mantram, sencillamente poderosa. ¡Qué joder! ¡Un cornudo! Y un cornudo con revólver,

tomando serenamente su cortado. ¿Cuánto tiempo se necesita para engañar a un marido que es un buen tipo? Cuatro años. ¿Cuánto se necesita para engañar a un marido que resulta un idiota? Oh, también cuatro años. Evidentemente, un buen tipo es igual a un idiota. Ahora la radio terminó su bolero y hace reclame de medias, toallas higiénicas y coca-cola. Rafael miró hacia la calle. Extrañaba este sol todavía alto que no conocía, este sol de los ociosos, de los burgueses, de los estudiantes, de la mujer que uno deja en casa y de los amigos que faltan sin aviso. Se sentía pesado y liviano a la vez. Veía todo tan nítido, tan definido, que esa pesadez era únicamente la del tiempo, la del tiempo lento que le hacía esperar. Y también esperarse.

VII

“Por favor”, murmuró, todavía sin odio, “acaben de vestirse”. Rafael se sorprendió vigilando las oscilaciones de su propia sombra sobre las baldosas. Oyó el galope metálico del tranvía, el 10 de y *veinticinco* que le traía a casa sólo los viernes, porque los otros días debía atender la contabilidad de Vega. La radio sonaba en el comedor, entreverando las noticias de Corea con un tango arrasado.

Aurora ensayó un viejo ademán de rebeldía. Puso la nuca rígida, los ojos duros, como botones, dirigiendo la indignación y la sorpresa al amarillento cielo raso.

“Ahora lo sabés”, dijo Francisco. Estaba aún en mangas de camisa, apoyado en la estufa. Fumaba, como siempre, llevando el cigarrillo entre el índice y el anular y apretándose la boca con toda la mano mientras pitaba. “Algún día tenía que ser.” Rafael lo vio sonreír, con los

dientes escondidos, cauteloso y burlón, débilmente canalla. Tenía la camisa bastante sucia, una mugre de sólo tres días, con sudores ya en reposo del lunes y del martes, secados de noche en el respaldo de la silla. Seguramente iba a mostrar la dentadura (si él lo dejaba: esto era esencial) y estaría amarilla de huevo y tradición. Pero nada importaba. Él se cepillaba los dientes tres veces al día, renovaba diariamente sus calcetines y su camisa, la ropa interior cada tres días, y sin embargo ella prefería revolcarse con el otro, que sería un mugriento, pero. “Está bien”, dijo. En un rincón, desde su silla alta, Carlitos contemplaba la escena en agitado silencio. Con las manos en alto recorría aquel fondo imprevisto de seriedad, de pesada desdicha, moviendo los labios sin decir esas locas, singulares palabras que ignoraba. “Está bien. Todo tiene compostura.” “Todo menos vos”, contestó Francisco, “vos sos míster Cuckold, viejo, como te puso Farías. Convencete.” Claro, quería llegar a las trompadas. Sonrió y no había rastros de huevo, sino otro verde inusual, como de torta pascualina. “Vamos a salir”, dijo simplemente Rafael. Luego, sacó el revólver. Le gustaba pensar: “Ahora están fritos, fritos”, pero dijo: “Parece que estamos todos tranquilos; mucho mejor.” Francisco escondió la sonrisa pascualina. “Pensé que serías comprensivo”, dijo. “Oh, naturalmente.” “¿Y eso?” Eso era el arma. Ya lo verás. Aurora se puso el saco sin que nadie se acercara a ayudarla. Por primera vez, Rafael la miró de lleno. Estaba rabiosa, claro, pero la vía láctea de lunares conservaba su atractivo. “Ponele el sobretodo al nene”, dijo él. Pero cuando lo levantaban de la silla, Carlitos, desconcertado, empezó a vomitar.

VIII

Las siete y veinte cuando tomaron el taxi. Rafael dio una dirección. Francisco respiró, aliviado. “¿Vamos de visita?” preguntó. El otro abotonó el sobretodo de Carlitos. En realidad, no pasaba nada. Rafael era consciente del carácter patético de aquel viaje. La mujer, el amante, el marido, paseando en taxi, tan comprensivos y modernos como en una buena película inglesa, mirando hacia las caras fugaces de las aceras, alternativamente verdes, rosadas, amarillas, según la temblorosa voluntad de los primeros letreros luminosos. Rafael se abandonó al recuerdo de cierto antiguo placer de estarse quieto mientras la madre lavaba calzoncillos ajenos y sacudía de vez en cuando las manos cubiertas de espuma. Acaso desde entonces había sido susceptible a la desgracia y ésta se había incorporado a su vida como un apellido, como esa cosa espeluznante que era su meñique deforme de nacimiento. Pero Rafael no distinguía ninguna revelación en esa imagen remendada de sí mismo. Estaba imaginando por el contrario qué otras cosas apremiantes e irrevocables le hubiera otorgado una vida sin Aurora, a qué exigente comunidad de deliciosas molestias se veía ahora sustraído por la despótica vulgaridad, por la insondable malicia de su mujer.

Bajo esa pantomima de cornudo, de esta sencillamente frívola trampa del azar, demasiado soez cuando se tienen cuarenta años, había también una sacudida inopinadamente trágica que lo despojaba de aquellas íntimas, oblicuas ternuras en que solía posarse clandestinamente, cuando no había testigos, cuando estaba solo, cuando nada ni nadie le impedía compadecerse, despreciarse. Lo peor era eso: no precisamente la frustración del amor (hacía demasiado tiempo que rechazaba el sonsonete) ni siquiera la violenta expulsión de su aquiescente beatitud,

sino la pérdida de ese último reducto de emociones ordinarias, vergonzantes, que si bien le habían permitido insistir en ciertos placeres dolorosos, por lo menos lo mantenían a una distancia respetuosa y cordial. Aunque se trataba más bien de otra cosa.

Ahí estaba por fin la verdad, y con ella una promesa —desde ya, vulnerable— de una solemne liberación: el retroceso a la buena vida de soltero, las tardes de pesca en la escollera, las madrugadas por la calle, el desorden sexual, las soledades del café, los alardes de ingenio y de machismo.

“Rafael” dijo ella. Nadie se daba cuenta de que ella lloraba. Todos estaban fríos, crueles, ensimismados. El taxi se detuvo, obligado, y el chofer maldijo, por su turno, de la lentitud de los tranvías, de las viejas que cruzan sin mirar, de la Dirección de Tránsito Público, del proyectado subterráneo, de las bocinas prepotentes. Luego pudo arrancar, pero continuó sacudiendo la enorme cabeza con su gorra sucia, pelada en la visera.

“Rafael”, repitió la mujer. Pero Rafael estaba pensando que nada de aquello (la infancia, el café, las prostitutas) era recuperable, ni como presente decisivo, ni como sucedáneo de otros buenos, desmentidos recuerdos.

IX

La pobre vieja los recibió disculpándose. El olor a fritos. La cama destendida. Ella en delantal y zapatillas.

—No importa —dijo él—. Lo que voy a decirle, es mejor que lo escuche en zapatillas.

—Pero, Rafael.

—Se trata simplemente de que su hija es una puta.

Había sonado bien. Se sentía contento. Ante todo

porque lo había dicho, pero también porque la vieja no sabía qué cara poner, porque Aurora y Francisco se quedaban callados, porque Carlitos le tendía los brazos a la abuela.

—No se preocupe. Francisco le explicará todo. Tendrá tiempo, porque se va a quedar aquí, con Aurora y el nene. Como yerno aficionado.

Rafael vio que el otro se le abalanzaba con el rostro descompuesto, olvidado de cierta primaria circunspección que aconsejaba la mano en el bolsillo. Pero enseguida se calmó.

—No es para tanto —dijo él—. Vamos a ver, seamos comprensivos, como dice Francisco. ¿Se quieren? Macanudo. Yo me retiro. Francisco ganará lo necesario para todos. ¿Querían saber para qué era el arma? Bueno, es para garantía. Para garantizar que Francisco no abandonará a Aurora, para garantizar que nada le faltará a Carlitos. Quiero que vaya al British School, ¿sabés, Francisco? Hoy en día es una buena defensa saber inglés. Y además, por el apellido. Los Cuckold somos una extendida, poderosa familia. Naturalmente, el día en que me entere de que no cumplís, recibirás puntualmente dos balazos. Antes no. Dos balazos en la cabeza, para mayor seguridad. De modo que no te aflijas. Si yo fuera cursi te diría que tenés tu destino en tus manos. Pero como no lo soy, simplemente te recuerdo que lo tengo en las mías.

Rafael tenía la seguridad de que estaban asombrados e inmóviles. Calmosamente, se acercó a la puerta. Aún podría alcanzar el ómnibus de *menos diez*. Entonces Aurora se le acercó.

—Aunque esta vez —balbuceó— aunque esta vez no hayas sido feliz...

Pensó que no era cierto, que en realidad había sido estúpido y feliz. No pudo sentir otra cosa que cansancio, que un rotundo, infectado cansancio. Y sólo dijo: “Otra

vez será". Ella le dio la espalda, compungida y huraña. Entonces, él quiso poner a prueba su antiguo deseo, y le miró la nuca. Ahora estaba seguro. No tenía lunares. Para su memoria, para sus manos, para su sexo, ya no tenía lunares.

(1951)

JOSÉ NOMÁS

A las diez de la mañana, Isabel Ríos abre un solo ojo. Enseguida lo cierra para convencerse de que duerme aún. Tuvo una madrugada embarazosa, con alcohol, boogies, guarangos y sexo. Necesita reponerse. Necesita estar bien, completamente bien para esta noche. Pero su cuerpo de veintitrés años, redondeado, tibio, fatigado, se niega a obedecer.

A las diez de la mañana, Isabel Ríos no se ha incorporado al día, vive porfiadamente en la atmósfera de ayer, oye aún las bromas indecentes de Juan Pedro, siente los manoseos del menor de los Fuentes —un niño prodigio, verdaderamente una ricura—, baila con todos, salta con todos, está en el torbellino como la mejor pieza de una máquina enloquecida, que no puede arrepentirse ni sabe detenerse.

Cuando estaban en la séptima vuelta, es decir, casi frescas, María Recalde la llevó al balcón y le dijo muy seria: “¿Te parece que hacemos bien?” La idiota. Siempre se preocupa hasta la octava copa, después goza como todas, como todas se deja besuquear, los deja propasarse. Juan Pedro lo sabe y le ofrece más: “Hay que emborrachar esos escrúpulos, mi hijita”. Pero ella no lo dice por sí misma. Piensa en los novios que le ha hecho perder a su hermana, la decente.

Isabel sabe por experiencia que si se pone a pensar de veras, inevitablemente llora. Por eso no le gusta María. ¡Cómo si no se hubiera decidido! Todas se han decidido alguna vez, aun la primera. Ella sabe que no existen las “engañadas”, las “pobres inocentes”. Así que reconoce su culpa y sigue. ¿Acaso es posible detenerse? Hubiera

preferido la vida buena, claro. Pero una vez en el baile, hay que bailar. ¡Y cómo baila! Que lo digan ellos. Después de todo, ¿hubiera preferido otra existencia? El matrimonio con casita y suegra, con hijos y abortos alternativamente, le produce a la vez asco y envidia. Quién puede saberlo.

Ahora está despierta. Entre el ropero y la pared cuelga una telaraña. El vestido gris está hecho una pelota sobre la silla, pero no necesita plancharlo. Esta noche se pondrá el verde.

Eso la deja momentáneamente tranquila, pero los dedos de la mano izquierda reconocen el papel que han estrujado durante el sueño. *Usted no me conoce, no me ha visto nunca. Hace un mes que no me ha visto nunca, ni siquiera para tener el derecho de olvidarme. Usted no me ha olvidado, usted me ignora. Yo puedo seguirla, en cambio, diariamente. Sólo dos cuadras. No quiero, no quise perseguirla, penetrar en zonas que no son usted. Pero la vi hablar con su amiga y pude seguirla a ella, recibir de ella sus señas. Mañana de noche, a las once, yo estaré en la esquina. Usted vendrá o no. ¿Su amiga? Claro: Julieta. ¿A qué se meterá? Éste, naturalmente, está loco. Que se pierda la noche por él. Está chiflado. Pero qué estilo, señor. Qué telegrama. Usted vendrá o no. Menos mal que le da permiso. Claro que no. Algún vivo.*

Entonces decide ordenar la jornada. Desayuno. Almuerzo y siesta con Gonella. Después, el dentista. Dios mío, el dentista. El doctor Valles. Verlo ahora como profesional. Buen chismoso el tipo. De soltero era más simpático. Pensándolo bien, hace lo menos dos años que no se acuesta con él.

II

Isabel miró detenidamente la calva del diputado Gonella. El munífico amo la ofrecía a su contemplación, mientras intentaba liberar de su hueso el último trozo de patito asado. Era de un rosa subido, con un magnífico golfo central, y dos discretos fiordos laterales.

El diputado Gonella almorzaba con Isabel todos los miércoles, porque era el único día en que tenía libre la siesta: su mujer almorzaba con la madre, en Pueblo Soca. Se podía decir que era un tipo generoso. Isabel le había cobrado cierta despectiva afección, porque se portaba bastante bien, y, después de todo, no era demasiado exigente.

—¿Ayer hubo sesión? —preguntó ella, con un módico interés.

—Hasta las dos de la madrugada.

—Pobre Ramiro.

—Imaginate. Desde las doce hasta la una y media, un discurso de Ortega.

El mozo se acercó lentamente, puso su vieja cara de perro humilde, y balbuceó: “¿Qué postrecito traemos?”. Lo exasperante era el diminutivo. Isabel prefería aquel cordobés del Hotel Carena (había ido allí con Gonella en 1949) que invariablemente, sin cambiar la cantilena, interrogaba: “Siendo el último platito de cocina, ¿qué se van a servir?”.

—Dos flanes —dijo Gonella.

Nunca la consultaba. Pedía su menú. Ella deseaba rabiosamente un helado, alguna de esas copas en equilibrio que no terminaban de pasar frente a ella. Pero debía comer flan, como Gonella.

Sin duda pasaba algo. Gonella estaba un poco cohibido. Lo había notado desde el comienzo. Pero siempre que él llevaba algo oculto, estallaba en el postre.

—Che, pichona... —pero llegaron los flanes. Isabel estaba segura. Cuando él decía *pichona* era que había traído algún estuche.

Ella empezó a comer, despacito. Pero Gonella estaba nervioso. Su pequeño, inocente flan, desapareció al segundo bocado. Posibles candidatos: el collar de ciento veinte, la pulsera de doscientos, el anillo de doscientos treinta y cinco.

—Mirá, nena, quería decirte...

—Desembuchá.

—Sabés, con estas sesiones hasta la madrugada, uno se siente algo...

—Sí.

—Bueno, mirá, pensaba invitarte, no sé si te parece bien, a que hoy realmente durmiéramos la siesta.

III

Gonella dormía ruidosa, apasionadamente, como si se jugara entero en esa siesta, como si se destruyese en los ronquidos. Los párpados enrojecidos le temblaban a veces y también le temblaba una zona limitada de la mejilla. Isabel no sabía qué recuerdo le traía todo aquello. Él dormía sudando, con las varicosas piernas abiertas. Bajo la rodilla derecha tenía una mancha amarilla, sin vello, repugnante. Había también un vientre relleno, estirado, que excedía los calzoncillos, y un pecho hundido, como de asmático. A Isabel le llegaba con intermitencia el aliento cálido de aquella mole, y le producía una felicidad vergonzante, insatisfecha, el solo hecho de saberse despierta, precariamente a salvo. Claro, ahora sí, el temblor de la mejilla parece el de un caballo cuando se espanta las moscas. Él se pasó el puño por la nariz, sin

piedad, como intentando aplastarla para siempre, y ella se incorporó sobre un codo, con un aire huidizo, defensivo. Pero Gonella hoy no quería guerra, simplemente quería dormir la siesta. Su infidelidad conyugal de este miércoles consistía en hacer la digestión junto a su querida en lugar de hacerla junto a su mujer.

Isabel cerró los ojos y volvió a ver la carta. Quedó más bien atónita, porque la había olvidado y ahora de pronto sabía que iría. Apretó bien los ojos, obstinadamente, para verla mejor, con su letra vigorosa y abierta, como si todo lo que se podía decir, estuviera allí. *Hace un mes que no me ha visto nunca*. Gonella levantó trabajosamente una pierna con los dedos doblados hacia abajo, en un violento calambre. Luego emitió dos gruñidos sor-dos, como parodiando la queja que efectivamente referían. *Usted no me ha olvidado, usted me ignora*. Gonella se estregaba furiosamente el pie, sin desprenderse de su sueño. De golpe se sintió impulsada hacia aquel *otro* que ignoraba. Pero Gonella empezaba a despertarse e Isabel pensó rápidamente que sí, a las once, para dejar las cosas resueltas antes de que éste dijera algo, antes de vestirse para ir al dentista. “¡La puta!”, dijo Gonella, “¡qué calambre!” Ella no se dio por aludida y dejó los ojos bien cerrados, procurando que los párpados no le temblaran como la piel de un caballo que rechaza las moscas.

IV

Era irrisorio que se conmoviera por alguien totalmente desconocido, pero en verdad no era un rostro especial, ni siquiera un rostro imaginado, sino cierta frescura sin trabas que pugnaba en la carta, cierta torva franqueza de

visionario, inhábil pero orgullosa, y eso bastaba, porque después de todo cuánto hacía que no hallaba sino puerocos, que hacían el amor increíblemente tranquilos, como si no hubiera necesidad de destruirse, como si fuese un negocio solitario y no algo atrocemente dual en el que nada se rehusaba, como tampoco se rehusaba en la infancia, que es lo más parecido al amor, porque allí también las resoluciones eran solemnes, vitalicias, allí también era todo decisivo (la muñeca negra, los recreos, las palizas del padre) y varias veces una hubiera preferido la muerte, pero, naturalmente, nadie tiene la culpa, y si lo perdió todo o casi todo cuando se echó en el altillo con el primo y él le dijo que eso era lo mejor y lo principal (lo principal y lo mejor para él, claro, y en ese único momento) y ella dejó de oponer resistencia, no porque él —semejante idiota— la convenciera sino porque en ese instante lo decidió todo y vio que no le interesaba reprimir el deseo, y si allí lo perdió todo o casi todo, tampoco nadie tuvo la culpa, ni siquiera el primo, ni siquiera ella, porque fue consciente y obedeció a un destino rudimentario y también eficaz, ya que allí quedó prefigurado lo que iba a ser en adelante su inconfundible vida de sexo, y aunque ella en su infrecuente soledad estuviera decidida a rechazarla o, por lo menos, a cambiarla por otra de sexo y sentimiento, de cualquier modo era irrisorio que se conmoviera por un desconocido, ni siquiera por un rostro especial, sólo por un dudoso, imponderable carácter que la llamaba a señas, a palabras aisladas, como podría llamarse a un perro o a un caballo, como en efecto se la podía llamar a ella, ya que sólo ante eso ella quería acudir.

Bajaron la escalera. Ella depositó el bolso sobre la arena húmeda. Él se quitó la gabardina y la extendió para que Isabel se sentara. Era una noche ofensivamente templada y transparente, sin viento, ni neblina, en perfecto equilibrio.

—¿No es esto magnífico? —dijo él. Ella asintió con desconcierto y se pasó las manos por las piernas encogidas.

—¿O no le gusta la paz? —agregó él.

—Francamente, no.

Ella lo miró con atención. Era un tipo flaco, nervioso, inteligente, con un rostro de veinte años bajo la barba cerrada. Desde allí abajo sólo lo veía a medias, pero le gustaba.

—Usted mantiene una máscara antisentimental.

—Actualmente no. Pero los mimos me dan asco.

—Yo no pienso tocarla.

—Mejor entonces.

Él se inclinó y le puso la mano sobre el hombro. Eso no era tocarla.

—¿De dónde sale usted? —preguntó ella.

—Oh, de cualquier parte. Pongamos que soy estudiante.

—Ah.

—O marinero.

—No.

—O taquígrafo.

—¿Qué más?

—Imaginemos provisoriamente cualquier estado. Yo por ejemplo imagino que usted es...

—Virgen.

—No. Ingenua. No puede recuperar su virginidad, su virginidad espiritual, claro.

—Ni la otra, felizmente.

—Pero puede no obstante ser ingenua. Una prueba a favor: usted vino esta noche.

—Yo diría que es una prueba en contra.

—No tiene importancia. Además de éste, usted dice al cabo del día también otros disparates. Y los demás los creen.

—Por favor, no quiero que me ofenda. No quiero que lo pasemos mal.

—No podríamos nunca pasarlo mal. Usted es demasiado...

—Le dije que no me ofenda. No quiero tomarle fastidio.

—¿No quiere? Entonces deje que la comprenda. Lo que sucede es que no resulta agradable comprenderla. Ni para usted ni para mí. Supongo que no podría creerme si le digo que preferiría que se pusiera a llorar.

—No, no podría.

Desde la rambla una pareja se detuvo a mirarlos. Como eran los únicos, imperdonables habitantes de la arena.

—Dígame ahora cómo se llama.

—¿Para qué?

—Diga.

—Alberto.

La mujer de la rambla condensó su excitación en una carcajada áspera, de hembra turbada pero arisca.

—Alberto.

—¿Eh?

—Creo que sí, que podría.

—¿Qué podría creerme si le digo...?

—No. Que podría llorar.

—¿Y por qué?

—Soy una idiota.

—Sí. Yo también.

—Lloro sólo por eso. Porque usted no me manosea, porque no me toca.

—Sí, por eso mismo es que soy un idiota.

El hombre de la rambla también se ríe. Pero no está turbado. Con el brazo derecho oprime la cintura de la mujer y la anima a seguir. Evidentemente, tiene prisa.

—Alberto.

—Sí.

—Nada. Sólo decirlo. Alberto. Alberto. Alberto.

—¿Juega a quererme?

—No. Alberto. Alberto.

VI

Subieron la escalera. Dos cuadras más allá estaba el ómnibus, sin luz, en la terminal.

—Pobre querido —dijo ella.

Él arrugó y desarrugó el entrecejo, como haciéndose a sí mismo una señal de inteligencia.

—Y no ibas a tocarme.

—Te juro que no.

—Oh, te creo.

—Parece que dejamos de ser idiotas.

—Ahora somos dos tranquilos herejes.

—Dos herejes nomás.

—¿Por qué será?

—¿Por qué será qué?

—Que hubiera preferido no hacerlo contigo. Estaba segura de que no debíamos.

—Yo también. Pero fue más fuerte. No te aflijas ahora.

—Alberto.

—¿Cómo?

—Qué imbécil me siento. Nunca estuve tan triste. Como si hubiera perdido la oportunidad, la única.

Él la miró indeciso, como si fuera a decir algo. Pero el ómnibus se movió lentamente.

—Mirá, ya sale.

—¿Te quedás?

—Sí.

—¿Puedo llamarte a algún sitio?

—No. No me llames.

—¿No querés?

—No sé si quiero. Pero no me llames.

—Alberto.

—Mirá, no me llames Alberto. Me llamo José. José nomás.

—Sí, Alberto.

(1951)

LA LLUVIA Y LOS HONGOS

¿Sinceridad? Cuidado con la palabrita. Por lo pronto, querida, no era éste nuestro convenio de hace cuatro horas. ¿Recordás lo que dijimos? No existe el pasado. Claro que es difícil abolirlo. Pero reconocé que hubiera sido lindo quedarnos con nuestra imagen de hoy, vos y yo en aquel zaguán oscuro, provisoriamente resguardados del aguacero, vos y yo mirándonos, vos y yo sintiendo que de pronto circulaba entre ambos la corriente milagrosa, vos y yo inscribiéndonos tácitamente en el compromiso de venir aquí, o a cualquier habitación tan sórdida como ésta, para repetir, como siempre con fundadas esperanzas, la búsqueda del amor.

Después de todo, ¿qué creés que es la sinceridad? ¿Que yo te diga lo que te gusta y vos me digas lo que me revienta? Cuidado con la palabrita. La sinceridad (cuando es sincera, porque también hay una sinceridad falluta) siempre nos llevará a odiarnos un poco. Ahora me da lástima verte así, tan indefensa, tan iluminada. ¿Querés apagar la luz? Conviene que te cubras, por lo menos. Además, ya no llueve. A lo mejor, tenés razón. Terminada la lluvia, el pasado vuelve a nacer, como los hongos. ¿Querés que empiece por la infancia con padres, con libros y sin ternura? No, esa parte es más bien tediosa. ¿O querés que empiece por la zona de amistad? Ya sé, estarás pensando: cuántas ventajas para el hombre, Dios mío (porque vos decís a menudo diosmío), no cultivan la virginidad ni tienen los pies fríos ni soportan la menstruación, y, como si eso fuera poco, poseen la necesaria ingenuidad para creerse amigos, nosotras en cambio sabemos a qué atenernos: nos encontramos, nos reímos con cierto escándalo, nos besamos simbólicamente con los labios en el aire, decimos pestes de las cuñadas, de

las primas, de las presuntas amigas ausentes, comparamos detalles de nuestros novios, amantes o maridos, intercambiamos falsas confianzas y besamos otra vez el aire antes de separarnos con la misma sorna, con la misma envidia contenida. Sí, estarás pensando eso, y quizá tengas un poco de razón. Pero la verdad es que a mí no me ha hecho feliz la amistad. Simplemente compruebo. Tuve exactamente tres amigos. Ya ves que no es tan fácil. Sólo tres. El primero se quedó con un sobre que contenía mi sueldo y nunca más supe de él. Con el segundo me tomé a golpes, y las cicatrices respectivas (ésta del pómulo, otra en su hombro derecho) nos impiden olvidarlo todo. En cuanto al tercero, me quitó una novia. No, esa vez yo no estaba realmente enamorado. Lo importante vino después. Fue la única ocasión en que me sentí vivir en pleno, como un animal nuevo y despier-to, ágil, sensible, aunque horriblemente preocupado. Estaba, cómo explicarte, deslumbrado ante mí mismo, ante esos inesperados matices de posesión y de ternura que descubría en los menos comunicables de mis pensamientos. Pasaba como un fantasma por mi empleo, por la calle, por mi casa. Estaba enamorado como puede estarlo un chico de su maestra, o de la amiga de su hermana mayor. ¿Cómo era ella? Bah, era inculta, primaria, pero tenía una sabiduría instintiva que la hacía intocable, una sensibilidad que convertía en perfecto todo cuanto hacía. Hablaba sin gran elocuencia, un poco a balbuceos, pero poseía la elocuencia más difícil: la de las actitudes. Frente al problema más intrincado, su actitud era siempre irreprochable. Tenía un increíble olfato de lo que estaba bien. Un desequilibrio que a la postre me resultó intolerable. Ella me quería, estoy seguro, pero había una suerte de juego mezclado a su amor. Yo tenía una horrible conciencia de no ser tomado en serio. Pero mi amor, llamémosle así, tampoco era limpio. Estaba, cómo te

diré, contaminado de respeto. Y así no se puede, claro. Quizá ella tenía la horrible sensación de ser tomada en serio. Nunca se sabe. De todos modos, era un desequilibrio. Un día no pude más y la golpeé. Tuve que hacerlo. La golpeé, la humillé, la obligué a cometer acciones que eran denigrantes en nuestra relación. Tenía que verla alguna vez en una postura horrible, en una actitud absurda, reprochable. Ya sé que es difícil de comprender, no precisa que me mires así. No lo conseguí, claro. Porque ella pudo resistir. ¿No te digo que la obligué? En ese momento pensé que lo había conseguido. Estaba allí, asombrada y despreciable, y yo podía mirarla sin respeto, como si hubiera verdaderamente prostituido su pasado. Pero al día siguiente ella adoptó de nuevo la única actitud irreprochable, la única que podía purificar la inmundicia de la víspera. ¿Todavía no comprendés? Abrió el gas. La maté; claro. ¿Querías decir eso? Fui el culpable, el único, ¿te das cuenta? Y ahora, por favor, hablemos de otra cosa. De tus amores, por ejemplo.

(1958)

ÍNDICE

Esta mañana	9
Como un ladrón	21
Hoy y la alegría	35
Idilio	47
Como siempre	57
La vereda alta	71
No tenía lunares	79
José nomás	95
La lluvia y los hongos	107

MARIO BENEDETTI

GEOGRAFÍAS

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

*A Líber Seregni
en general
y en particular*

*Pero vino la paz. Y era un olivo
de interminable sangre por el campo.*

RAFAEL ALBERTI

Florecerás cuando todo florezca.

JAIME SABINES

EROSIONES

ESO DICEN

Eso dicen
que al cabo de diez años
todo ha cambiado
allá

dicen
que la avenida está sin árboles
y no soy quién para ponerlo en duda

¿acaso yo no estoy sin árboles
y sin memoria de esos árboles
que según dicen
ya no están?

GEOGRAFÍAS

Pavadas que uno inventa en el exilio para de algún modo convencerse de que no se está quedando sin paisaje, sin gente, sin cielo, sin país. Las geografías, qué delirio zozco. Al menos una vez por semana, Bernardo y yo nos encontramos en el café Cluny para sumergirnos (frente a un *beaujolais*, él; frente a un *alsace*, yo) en las dichas geografías. Un juego elemental y más bien opaco, que sólo se explica por la mufa. Pero la mufa, qué joder, es una realidad. Mufo, luego existo. Y por lo tanto el juego tiene su cosquilla. Es así: uno de los dos pregunta sobre un detalle (no privado, sino público) de la lejanísima Montevideo: un edificio, un teatro, un árbol, un pájaro, una actriz, un café, un político proscrito, un general retirado, una panadería, cualquier cosa. Y el otro tiene que describir ese detalle, tiene que exprimir al máximo su memoria para extraer de ella su postalita de hace diez años, o darse por vencido y admitir que no recuerda nada, que aquella figura o aquel dato se borraron, no se alojan más en su archivo mnemónico. En este último caso pierde un punto, siempre y cuando quien formula la pregunta posea efectivamente la respuesta. Y como el reglamento es harto estricto, si tal respuesta no satisface al perdedor, el punto queda pendiente de resolución hasta que el controvertido detalle pueda ser cotejado con una fotografía o con uno de los tantos eruditos que pueblan (y asolan) el *Quartier*. Esta vez Bernardo me lleva dos puntos. O sea que el *score* hasta el momento es el siguiente: Bernardo 15, Roberto 13. Siempre que me saca alguna ventaja se pone ensoberbecido y pedante, pero debo honestamente aclarar que

hoy me va ganando gracias a una pregunta muy rebuscada, casi fraudulenta, sobre no sé qué detalle de la pata delantera del caballo en el monumento al Gaucho, y a otra, no menos ponzoñosa, acerca de las ventanas del Palacio Salvo, undécimo piso, que dan a la Plaza Independencia. A mí eso me parece juego sucio, ya que, por mi parte, le hago preguntas normales, verosímiles y sencillas, digamos qué café está (o estaba) en la crucial esquina de Rivera y Comercio, o cuántas puertas de entrada tiene (o tenía) la tribuna Colombes en el estadio Centenario, o dónde está (o estaba) la parada final de la línea de ómnibus 173. Ya ven qué diferencia. Así que dejo sentada mi formal protesta y en el preciso instante en que Bernardo me responde, entre engreídas carcajadas, que lo que pasa es que siempre he sido y seré un mal perdedor, “como todos los de Aries”, veo a Delia, nada menos que a Delia, que está esperando resignadamente el *passez pietons* o su verde metáfora en el cruce del *Boul Mich*. Hace ocho o nueve años que no la veo y sin embargo la reconozco ipsofacto. Más delgada pero siempre linda. Su postura irradiaba la misma seguridad que en lejanas primaveras. Allá por el 69, antes del delirio militante y la locura represiva y las pintadas en los muros y la irreversible clandestinidad, pasamos buenas noches y mejores siestas, ella y yo. Es decir, que la veo allí, esperando la luz verde, y (esto es algo más fuerte que mi proverbial discreción) la desnudo con *il pensiero*. Sin embargo, nuestra antigua relación no fue tan sólo física. Delia es una tipa macanuda, inteligente, sensible, con una sonrisa que alegra la vida, no sólo la mía en particular sino la vida en general. Buena no sólo en el trance del amor sino antes y después. Si no hubiéramos sido tan gurises en aquella etapa, tal vez nos habríamos casado, pero con qué. Yo empezaba segundo de ingeniería y vivía de changuitas. Ella, que tenía a los viejos en Paysandú, estaba un poco más atrasada, también en

ingeniería, y sacaba algunos mangos vendiendo artesanías en la feria de Tristán Narvaja. Así y todo nos encontrábamos y nos amábamos, por decirlo pudorosamente, dos veces por semana. Después vino la época dura y las respectivas militancias nos empezaron a separar. Los horarios (también la lucha política tiene horarios y qué severos) conspiraban contra nosotros. A veces pasábamos quince días viéndonos tan sólo en alguna asamblea, y aún así, empezamos a no coincidir: más de una vez, en el instante clave de las votaciones de madrugada, yo levantaba la mano y ella no, o ella alzaba la suya, y la mía en el bolsillo. En un abril que políticamente fue más bien calentito, nos encontramos una sola noche, y, sin que en ese instante lo supiéramos, fue la última. Cuarenta y ocho horas después, tuve que borrarle, y ella, tres días más tarde. Sólo en agosto, al recalar apresuradamente en Buenos Aires, me enteré de que Delia estaba en cana desde mediados de julio. Se comió más de ocho años. Se portó bien, o sea que las pasó mal. Pero hasta aquí no sabía que había podido salir del país. Aunque parezca mentira, recorro todo el currículum durante esos minutos en que ella espera la luz verde y, como telón de fondo, Bernardo sigue desarrollando su insoportable ponencia sobre mi demostrada condición de mal perdedor. Así, hasta que el especialista en ventanas de undécimo piso y patas de caballo estatuario, también la distingue y dice mirá ésa de marrón, pero si es Delia, te acordás de Delia. Claro que me acuerdo. Y la llamamos a dúo, con gritos y grandes gestos, no se nos vaya a escapar. Justo cuando ella tropieza con un negro grandote de tricota roja, ve por fin nuestro *show* y casi se derrumba. Se pone una mano en la mejilla como diciendo no puede ser. Pero es. Abre la boca para un grito que no sale, y entra corriendo en el Cluny y su bolso descontrolado casi le da en la cabeza a una *hippie* de lujo. Y nos abraza y nos besa y qué increí-

ble encontrarlos aquí y pensar que estuve a punto de desviarme en la rue des Ecoles y no los hubiera visto, todo fue porque recordé que hoy todavía no había comprado *Le Monde* y vine hasta el quiosco de enfrente y además allí pensé que debía buscar un libro de Foucault en *La Hune* y por eso crucé para seguir por Saint Germain. Nos calmamos de a poco. Los tres. Pero sentate mujer, qué tomás. Sólo una *Vittel-menthe*. A ver, a ver, de qué hablaban, díganme por favor de qué hablaban, estoy haciendo una encuesta del santiamén. La ponemos al tanto de las geografías. Queda un poco desconcertada, pero ríe. Le voy ganando, dice Bernardo muy orondo, flor de paliza. Con trampas, digo yo. Ella ríe y lo hace estupendamente. Llegó hace tres meses, directamente de allá. La soltaron hace un año pero sólo ahora pudo salir. La pasaste mal eh, dice Bernardo con el ceño fruncido y tan inoportuno como de costumbre. Sí, dice ella, pero por favor de eso no quiero hablar. Es cuando yo irrumpo, salvador. Así que traés noticias frescas, imágenes frescas, postales nuevas, cómo está todo, qué piensa la gente, conté carajo. Y durante media hora (Bernardo pide otro *beaujolais* y yo otro *alsace*, dos extras en homenaje al feliz encuentro) nos dice que la gente está perdiendo el miedo y que la oposición va pasito a pasito ganando su espacio, con sabiduría y sin aventurerismo. Ah, pero creo que ustedes no reconocerían la ciudad. Ese juego de las geografías lo perderían los dos. ¿Por ejemplo? Dieciocho de Julio ya no tiene árboles ¿lo sabían? Ah. De pronto advierto que los árboles de Dieciocho eran importantes, casi decisivos para mí. Es a mí al que han mutilado. Me he quedado sin ramas, sin brazos, sin hojas. Insensiblemente, el juego de las geografías se transforma en una ansiosa indagación. Empezamos a repasar la ciudad, la nuestra, la mía y de Bernardo, con preguntas acuciosas. A Bernardo se le ocurre preguntar por La Platense. Uy, qué antigüedad, dice Delia. La echa-

ron abajo, ahí está ahora el Banco Real, un edificio moderno, bastante lindo, pletórico de cristales. Digo que La Platense cumplió su faena en la nutrida historia de la cursilería vernácula, jamás olvidaré sus vidrieras, con aquellos cuadros chillones, de esmirriados viejitos con gordísimas lágrimas, e indigentes niños de pobreza generosamente reconstruida. Delia interrumpe para decirme que no sea injusto, que en aquellas vidrieras también había lápices y compases y acuarelas y pinceles y pasteles y marcos y cartulinas. Sí, claro. ¿Qué? ¿El teatro Artigas? Sanseacabó, muchachos. Hay una playa de estacionamiento, un *parking* como dicen ahora. Mierda. Bernardo rememora una época de oro en que el Artigas daba buen cine porno, qué otra nostalgia puede esperarse de un tipo que cuenta las ventanas del undécimo piso. Yo en cambio pienso en la noche en que Michelini pronunció allí un discurso. Y también en que mi viejo contaba que en esa sala había bailado Alicia Alonso. ¿Brocqua & Scholberg? *Kaputt*. Hay una oficina del Registro Civil. ¿Y La Mallorquina? ¿La Góndola? ¿Angenscheidt? Tres veces *kaputt*. Además, informa Delia, por todas partes hay andamios de obras suspendidas, o solares con escombros. Son remanentes del *boom* de la construcción, que duró poco, es decir hasta las devaluaciones porteñas en cadena. Ah, el Palacio Salvo: lo están limpiando. Va a quedar blanquito, blanquito. No puedo imaginarme un Palacio Salvo empaldecido, sin aquella conquistada “pátina del tiempo”, tan asquerosamente gris, tan conmovedora. Delia se levanta para ir al *toilette* y entonces, viéndola subir la escalera, Bernardo murmura gran tipa, vos tuviste algo con ella, eh. Tiempo pasado, digo. Donde hubo fuego, caricias quedan, dice herniándose el especialista en patas de caballo broncíneo. Él está seguro, fuente fidedigna che, de que en la cana la reventaron y la gurisa nada, le hicieron de todo y la gurisa nada. Le pregunto si no ha oído

que Delia no quiere hablar de eso. Bueno, yo tampoco. Perdoná, viejo, perdoná, pero los hechos son porfiados, como dijo el que vos sabés. Pues me cago en los hechos y en sus descendientes. Perdoná, viejo, no te sulfures así, yo decía nomás. Delia está de vuelta y su sonrisa sigue alegrando la vida. La verdad es que tiene un aire liviano y optimista, elegante y zumbón, tal como si viniera de una tarde de canasta uruguaya o de una playa mediterránea, y no de la picana transatlántica. Y hablamos un rato más: del plebiscito, de la crisis, del desempleo, de los periódicos clausurados porque osan escribir que no hay libertad de prensa, de la creciente actividad teatral, de los cantantes populares, de cómo se cultiva el arte de la entrelínea, de cómo los públicos pescan todo en el aire. En el mayo luciente de París, y desde la mesita que nos justifica a los tres, el verde esmeralda de la *Vittel-menthe* confirma abusivamente la esperanza. Bernardo se reivindica ante mí cuando dice que infortunadamente debe dejarnos porque a las siete y media Aurora lo espera en Raspail y Boissonnade. Besos mejillones a Delia, abrazotes a mí, y a ver si ahora nos vemos seguido che, dejale tus señas al Roberto, así nos juntamos, falta mucho para que nos pongamos al día y además vas a ser un árbitro ideal para las geografías, y ya sobre el estribo: pórtense bien. Menos mal que introduce esta última joda, así puedo preguntarle enseguida a Delia qué te parece, nos portamos bien o nos portamos mal. Pero Delia me defrauda porque no responde y tengo la impresión de que mira por sobre mi hombro, pero no hacia el río de gente de todo pelaje que va por Saint Germain, sino hacia el infinito. Y por primera vez su sonrisa (porque a pesar de todo está sonriendo) no me alegra la vida. Es como un gesto retroactivo. Como si le estuviera sonriendo no a alguien sino a algo. Entonces, en una decisión de apuro, me da por filosofar sobre el exilio, hablo de este tema por decir algo, como podría

haberme referido a los ecologistas alemanes o a los arenques holandeses. Sin embargo, es suficiente para que ella baje a tierra y ya no sonría a algo sino a alguien, digamos a mí. Su mano está sobre la mesita. Levemente tensa, aunque no crispada. Es el único síntoma de que no se siente en el mejor de los mundos. Qué puedo hacer sino mover mi mano hacia la suya y allí depositarla, simplemente dejarla estar. Me mira con una nueva atención y dice cuánto tiempo eh, cuánto tiempo y cuántas cosas. De pronto le han caído en el rostro como diez años, no con arrugas ni ojeras ni patas de gallo, sino con abatimiento y con tristeza. Y no con una tristeza del instante, provisional, efímera, sino otra incurable, atornillada a los huesos, con raíces en algún enigma que para ella no lo es. Cinco minutos de silencio. Lo poco que digo, lo dice en realidad mi palma sobre sus nudillos. Me temo que no sea una idea feliz, pero de todas maneras propongo: mi covacha está a sólo tres cuadras. Su respuesta afirmativa viene en tres etapas: se peina un poco, toma el bolso y se pone de pie en espera de que yo pague. Otra vez está joven. En realidad, la distancia son seis cuadras y media. En Monsieur Le Prince, para ser exacto. Le hice un descuento para que fuera más fácil. Vamos del brazo, sin hablarnos, pero el contacto rehace una historia. De vez en cuando le vigilo el perfil y compruebo que no mira al infinito sino que al pasar va examinando las vidrieras y los vestidos y los precios y hasta comenta que todavía no se ha habituado a calcular en francos. Todo le parece carísimo o demasiado barato, y nunca acierta. No se asombra, cuando llegamos, de que mi covacha sea tan modesta. No se asombra de que en el casi decenio transcurrido mi *status* siga estancado en el subdesarrollo. Tercer mundo en pleno corazón de París. Mi frase genial merece su condescendiente visto bueno. Y mientras se quita la chaqueta y el pañuelo verde y deposita el bolso sobre un banquito que luce, impúdico,

un par de calcetines y una camisa sucia, va examinando los afiches y una foto de mis viejos. Después se sumerge en los libros. Nada de matemáticas, qué desquite, etc. Tampoco ella. Y entonces qué. Historia, sociología, literatura a veces, pero sólo poesía. Yo en cambio economía, ciencias políticas, literatura también pero sólo novela. Ah. Dos horas nos lleva la consideración y ampliación de temas marginales. Qué estamos haciendo, de qué vivimos. Yo de guardias nocturnas en un hotelito de la rue Monge. Ella, de traducciones, todavía clandestinas, porque no tiene residencia. Y otras cuestiones: el carácter de los franceses, los engorros de la documentación, los compatriotas y el *ghetto*, la soledad no es la misma aquí que allá, la nostalgia como detergente, la nostalgia como corrosión, la nostalgia como consuelo. En los cuatro por cinco de superficie caminamos, nos sentamos, me tiendo en el camastro, se recuesta en la pared, miramos por la ventana, nos lavamos las manos, hago café (soy poseedor de una prodigiosa cafetera italiana, regalo de un chileno que regresó a Temuco), miramos fotos, revisamos recortes, nos acariciamos al pasar, nos besamos pero en el pelo. Y de pronto se hace un silencio. Un silencio espeso después de tanta charla transparente. Estoy sentado en el borde del camastro, y ella está cerca, en mi única silla, los codos apoyados en mi renga y apollada mesa. Entonces la atraigo. Suavemente, como quien recupera un proyecto inconcluso, pero ahora con más tino, más experiencia, más hondura, más ganas de hacerlo realidad. Ella se deja abrazar y hasta diría que me abraza, pero gracias al espejo de mi afeitada cotidiana, puedo ver que de nuevo está mirando al infinito. La aparto con todo el cariño de que dispongo, que es bastante, y le tomo la cara con las manos. Estoy conmovido y sin embargo encuentro fuerzas para preguntarle qué pasa, qué le pasa. Murmura algo en un tono tan quedo que no alcanzo a captar ni una sola pala-

bra. Me toma una mano y la guía lentamente hasta su suéter marrón, en realidad hasta uno de sus pechos bajo la lana peinada. No sé por qué comprendo que aquel gesto no tiene su significado más obvio. Los ojos que me miran están secos. No puede ser, no va a ser, no hay regreso, entendés. Eso es lo que dice. No puede ser, por mí y por vos. Eso es lo que dice. Todos los paisajes cambiaron, en todas partes hay andamios, en todas partes hay escombros. Eso es lo que dice. Mi geografía, Roberto. Mi geografía también ha cambiado. Eso es lo que dice.

FINISTERRE

AY DEL SUEÑO

Ay del sueño
si sobrevivo es ya borrándome
ya desconfiado y permanente
y tantas veces me hundo y sueño
muslo a tu muslo
boca a tu boca
nunca sabré quién sos

ahora que estoy insomne
como un sagrado
y permanezco
quiero morir de siesta
muslo a tu muslo
boca a tu boca
para saber quién sos

Ay del sueño
con esta poca alma a destajo
soñar a nado tiernamente
así me llamen permanezco
muslo a tu muslo
boca a tu boca
quiero quedarme en vos

EN CENIZAS DERRIBADO

o durmiendo en cenizas derribado

PABLO NERUDA

Por tercera vez sueña con la mesa pulida y larga, y aquellos diez o doce rostros que lo enfrentan, unos interrogantes, otros agresivos y otros más con ojos indiferentes, tal vez vacíos. El sueño tiene rupturas, vaivenes, y a veces expresiones e imágenes aumentadas, como para que su memoria de soñador las fije y así pueda recuperarlas cuando despierte. Curiosamente, tiene una oscura sensación de que está soñando y sin embargo no quiere todavía despertar. El gesto de Olmos, allá en el fondo, con su ostentosa carpeta de cuero labrado y una pila de expedientes a su derecha, no es de comprensión ni tolerancia sino de implacable juicio. Va tomando cada expediente, lo abre, y enseguida le lanza preguntas estridentes, de extremo a extremo de la mesa pulida, y esto qué, y esto otro qué, eh, eeeeeeeh. Y cada vez que él comienza a desenrollar un argumento, el coro de los directivos lo frena, no expresa sino tácitamente, porque nombra y repite rubros contables: Deudores a Cobrar, Resultados de Explotación, Acreedores Varios, Cuentas de Orden. Y allí sobreviene una suerte de *flash* con el rostro de Clara y él comienza a explicar sus razones, exclusivamente para ella, pero el coro de los directivos sube de tono y los Deudores a Cobrar, los Promitentes Compradores, los Acreedores Varios, impiden que él escuche con nitidez la respuesta de Clara, y sólo con intermitencias va detectando que quizá ella le

esté diciendo te quiero así, te quiero íntegro, te quiero hombre de principios, te quiero así. Es claro que para ser precisamente así, él tiene que hallar un medio, una forma, un sistema, destinado a mostrar sus argumentos, un espacio para explicar convincentemente cómo y por qué apuesta por la esperanza, eso es, la esperanza, palabra suficientemente ambigua ya que tiene vestigios de Jesús y de Marx, de teleteatro y de academia de ciencias, palabra suficientemente ambigua como para que esos pétreos se ablanden, o por lo menos empiecen a dudar de la infalibilidad de su esclerosis. Pero no hay espacio, y sólo cuando Olmos hace un gesto autoritario el coro de los otros se llama a silencio, pero él ya no puede hablar porque es Olmos quien lleva la batuta y con una voz afiladísima, que corta el humo de los cigarrillos hasta alcanzarlo como una bofetada, pronuncia por primera vez la frase que desde ya tiene el aire de un futuro estribillo, en un basurero, ahí va a terminar usted, en un basurero, y cambiando luego el tono, pero sin bajarlo, lo conmina a explicar su increíble generosidad con bienes ajenos, porque así es fácil conseguir el apoyo laboral qué duda cabe, y el coro aplaude mientras silabea Pér-di-das-a-en-ju-gar, y Olmos tiene el apoyo, unánime y divertido, sólo con levantar las cejas pobladísimas y negras, y él nunca ha podido explicarse cómo Olmos puede levantar las cejas sin que se le frunza el ceño, lo ha probado innumerables veces frente al espejo y jamás lo ha logrado y su ridículo intento ha hecho reír abundantemente a Clara, que sólo se pone seria cuando le dice por entre la neblina te quiero así. Olmos, en cambio, ello es evidente, no lo quiere así. Olmos lo quiere aquiescente y chupamedias, anuente y lameculos, en realidad no puede soportar que esté al margen del coro que ahora dice Inmuebles en Construcción, Letras de Cambio, y de inmediato Resultados de Explotación, pero esto último mediante un crescendo de la voz colecti-

va, más o menos como cuando en el himno se llega al Tiranos Temblad. En algún momento del sueño siempre aparece el petiso Suárez repartiendo el café y entonces sí que se hace un discreto silencio a fin de que el personal no vaya a enterarse del relajo en las altas esferas, silencio como ahora, porque efectivamente el petiso llega con su bandeja y va dejando un pocillo delante de cada uno de los titulares y los suplentes, pero a Olmos le deja además un vaso de soda con dos cubitos de hielo, y a él en cambio no le deja nada, ni tampoco esperaba que le dejaran algo, pero el petiso no tiene la culpa, sencillamente cumple órdenes y por eso, cuando pasa junto a él con la bandeja vacía, le susurra perdóneme yo habría querido traerle a usted también un pocillo, pero entienda que no puedo arriesgar así nomás mi salario, tengo mujer, tres hijos, y además una suegra infecta, pobre señora, a la que, como bien dice el contador Ferlosio, hay que incluirla en Pérdidas del Ejercicio Anterior. Ante esa intromisión susurrada y sin embargo audible, los otros se sienten indirectamente aludidos e interrumpen la ruidosa acción de sorber el ex humeante café para reiniciar, casi atorándose, la cantilena de Terrenos Prometidos en Venta, Caja y Bancos, Sueldos y Jornales, y ya gozosa, triunfalmente, otra vez Resultados de Explotación. Es claro que en algún momento han de tragar, y entonces él, como no tiene frente a su corbata ni café ni vaso con cubitos de hielo sino tan sólo la mesa pulida, aprovecha para señalar (apresuradamente, porque el trago de los otros no dura mucho) que su gestión, o mejor dicho la originalidad de su gestión, de ningún modo significa un desembolso efectivo para la empresa sino más bien un dividendo del futuro mediato, y que incluso en países desarrollados y subdesarrollados el procedimiento tiene gloriosa tradición como lo avalan, bah, avalan nada dice Olmos, antes, en medio y después de un lluvioso estornudo, y sepa que me paso ese testimonio por los hue-

vos, y no me venga aquí con esa terminología repugnantemente universitaria. El coro aplaude a rabiar y ahora sí él empieza a considerar la posibilidad de despertarse, pero justo en ese instante vuelve el *flash* con el rostro cada vez más dulce, más seductor y también más exigente de Clara que mueve exageradamente los labios para que él pueda descifrar, por sobre el coro atronador de los Resultados de Explotación, que ella le está diciendo te quiero así. Bueno, él también la quiere y se quiere así, pero la pregunta de los diez millones es cómo y de qué manera y en ese momento el *flash* se borra detrás del humo tabaquero y aparece nuevamente la rompiente figura de Olmos para señalarlo con un índice que ya no es conminatorio sino perforante, taladrante, acuchillante, y gritarle a voz en cuello quiere saber dónde va a terminar su puta vida, mi querido y estúpido amigo, va a terminarla en un basurero, ah pero no se haga ilusiones no será el basurero de la historia, sino uno con basura real, con porquerías tangibles de este Montevideo verídico. La referencia al basurero de la historia a él le parece más bien superflua, por más que, aun soñando, sabe que él no tiene ideología, sabe que apenas posee un primario olfato de lo justo, y, aun soñando, comprende que eso solo no alcanza para nada y que de algún modo está condenado, porque si bien sobreviven en su ánimo zonas de fortaleza y de dignidad, que limitan con la tozudez y el amor propio, también le quedan otras de timidez, temor y falta absoluta de osadía. Y, aun soñando, intenta por una vez desarrollar, en quimérica voz alta, su famosa ponencia sobre el aprovechamiento efectivo y residual de las mejores actitudes y predisposiciones del trabajador y la trabajadora, siempre y cuando aquél y ésta consideren que son tratados como seres humanos y no como bujes. Y, aun soñando, advierte que ahora hay dos manos femeninas apoyadas en los hombros de Olmos, allá en el fondo, o sea en el otrísimo extre-

mo de la mesa pulida, y él no alcanza a ver, debido a la neblina y a las sombras, el rostro de la dueña de esas manos, pero sí empieza a reconocer la pulsera de Clara en una de las muñecas, y, aun soñando, considera que ésa no es prueba suficiente ni concluyente ya que Olmos puede haberle quitado la pulsera a Clara o también haber comprado otra igual, de cualquier manera las venden, y no tan caras, en cualquier joyería de Dieciocho, y de ese modo no sea obligatoriamente Clara la dueña de las manos que ahora acarician el cuello sudado y casi porcino de Olmos, y él sabe que a partir de tal momento ya no habrá más *flashes* con Clara moviendo visiblemente los labios, tan besables y besados, para que él entienda que lo quiere así, es decir, tal vez, lo quería. Bueno, no hay ese *flash*, pero en cambio hay otros dos, inesperados. El primero es un instante, largo y a la vez fugacísimo, en que él está a solas con Olmos y casi se siente capaz de odiarlo pero después no puede porque en el fondo también él tiene una porción olmósica, esa que siempre le ha impedido decidirse, ir más allá de las palabras y las normas, agarrarse a los hechos que pasan frente a él, agarrarse aunque sólo sea al furgón de cola. Y en ese primer instante a solas con Olmos, éste no le grita pero sí le dice en el oído, tal como si le estuviera confiando un secreto para evadir impuestos, al basurero eh al basurero, mi querido y estúpido amigo. En el segundo *flash* no distingue las manos ni los brazos de alguien que podría, o no, ser Clara rodeando el rollizo pescuezo de Olmos, pero en cambio aparece, tras el telón de humo y sin conexión demostrable con aquellas manos, el rostro indudable de Clara, aunque esta vez sin decir nada, simplemente moviendo la cabeza hacia un lado y hacia el otro, como negándose a algo o a alguien, y él, aun soñando, nota cómo el pelo rojizo cuelga primero hacia un lado y luego hacia el otro, y, aun soñando, le vienen ganas de introducir sus manos

largas en ese pelo suelto y acogedor, en ese pelo que está tan lejos. Pero ahora otra vez están los brazos, y la pulsera está de nuevo, y el coro de los directivos se estabiliza en Deudores a Cobrar, Deudores a Cobrar, Deudores a Cobrar, como si la púa no pudiera salir del surco en un *longplay* de rubros gregorianos. La insistencia le resulta esta vez insoportable, y sólo ahora, aislado y distante en un extremo de la mesa larga y pulida, comprende que el sueño no da para más, que ahora sólo resta despertar. Y despierta. Se despereza lentamente, estirando sus largas piernas al máximo. Para él no es ninguna sorpresa enterarse de sus pantalones rotos, de sus manos de uñas mugrientas, de sus zapatos con las suelas a medio desprender. Se incorpora sobre el amoldado lecho de diarios viejos, extrae del bolsillo una botella con un líquido azul, pasa la mano por el pico y sorbe un largo trago. Lleva una gabardina manchada que algún día fue de marca, y de un bolsillo extrae un trozo de pan francés. Se levanta y camina, por un salvaje sendero de vidrios rotos, latas vacías y ceniza, hasta un tarro de desperdicios que está semivolcado. Allí revuelve un poco, recogiendo varios restos y descartándolos, hasta que encuentra un pedazo mordido de algo que quizá fue queso. Primero lo huele, luego le pasa no la palma sino los nudillos para despojarlo de inmundicias. Después lo pone sobre el trozo de pan francés y empieza a comerlo, masticando cuidadosamente cada bocado. Está en un pequeño montículo, desde allí puede distinguir el resto del basural. En realidad lo mira sin mirar, como si estuviera distraído, pensando en otra cosa, por ejemplo en que no hay por qué desanimarse y que lo principal es que dispone de todo el día para preparar argumentos y razones con que enfrentarse a Olmos en el próximo sueño.

MERIDIANOS

PATRIA ES HUMANIDAD

Patria es humanidad

JOSÉ MARTÍ

La manzana es un manzano
y el manzano es un vitral
el vitral es un ensueño
y el ensueño un ojalá
ojalá siembra futuro
y el futuro es un imán
el imán es una patria
patria es humanidad

el dolor es un ensayo
de la muerte que vendrá
y la muerte es el motivo
de nacer y continuar
y nacer es un atajo
que conduce hasta el azar
los azares son mi patria
patria es humanidad

mi memoria son tus ojos
y tus ojos son mi paz
mi paz es la de los otros
y no sé si la querrán
esos otros y nosotros
y los otros muchos más

todos somos una patria
patria es humanidad

una mesa es una casa
y la casa un ventanal
las ventanas tienen nubes
pero sólo en el cristal
el cristal empaña el cielo
cuando el cielo es de verdad
la verdad es una patria
patria es humanidad

yo con mis manos de hueso
vos con tu vientre de pan
yo con mi germen de gloria
vos con tu tierra feraz
vos con tus pechos boreales
yo con mi caricia austral
inventamos una patria
patria es humanidad

COMO GREENWICH

—Usted no es mallorquín, ¿verdad? —dice la adolescente desde la mesa vecina.

—¿Cómo? ¿Qué? —se sobresalta Quiñones y casi se atora con el jerez seco.

—¿Lo asusté? —La muchacha no parecía burlona sino divertida.

—Me tomó de sorpresa, lo reconozco. Aquí en Palma no me conoce nadie. Estoy de paso.

—Así que no es mallorquín. Ni siquiera español.

—Quememos etapas en la investigación: soy argentino.

—Me parecía.

—¿Por qué? —Quiñones se fija más detenidamente en la chiquilina, de pantalones oscuros y blusa blanca, poco formada aún pero con futuro.

—No sé. Por la raya del pantalón, por la manera de encender el fósforo, por el modo de mirar a las mujeres.

—Todo un progreso. Antes sólo nos conocían cuando decíamos yuvia, caye, yorando.

—Yo diría que tiene cuarenta y tres.

—Cuarenta y uno.

—¿Se quita años?

Las maneras descaradas de la muchacha tienen cierta originalidad. Quiñones se siente a gusto.

—Yo soy uruguaya. Tengo catorce.

—Está bien.

—¿No le interesa?

—¿Por qué no? Pero la verdad es que en estos últimos años no es extraño encontrar rioplatenses en Europa.

—Me llamo Susana. ¿Y usted?

—Quiñones.

Susana había pedido una limonada pero aún no la había probado.

—Se le va a calentar esa limonada. No olvide que estamos en agosto.

—No me caen bien las bebidas heladas.

Rodea el vaso con una mano para medir su temperatura, pero tampoco ahora se decide.

—¿Le gustan todas estas suecas y holandesas y alemanas que desfilan aquí en el Borne y usted contempla con fascinación?

—Bueno, depende. Hay holandesas y holandesas.

—¿Cuáles le atraen más? ¿Las de pechitos gráciles o las de celulitis?

Quiñones la mira intrigado.

—¿Dónde aprendiste semejante vocabulario?

—Ah, nos tuteamos, qué bien.

—Sí, claro.

—Bueno, no soy analfabeta.

—Yo diría que más bien demasiado alfabeto para tus catorce.

Susana queda callada, mirándose los brazos delgados, como si examinara la piel poro a poro.

—Siempre que tomo mucho sol me salen pecas.

—A mí también —asiente Quiñones, por decir algo.

—El dúo Los Pecosos. ¿Sabés cantar?

—Desafino como un gallo sordo, ¿y vos?

—Yo desafino como cualquier violín.

—No hay que generalizar. Hay violines que.

—Todos desafinan. Si lo sabré. Mi tío era violinista y maullaba todo el santo día. O sea que suspendemos lo del dúo.

—¿Por qué decís *era* violinista? ¿Ya no lo es?

—Ahora es carpintero. Desafina con el serrucho. Cosas del exilio.

—Ah, sos exiliada.

—Claro.

—No tan claro. Hay uruguayos y argentinos que no son exiliados.

—La mitad por lo menos lo son.

—Pero la otra mitad...

—Hijos de exiliados. Yo en realidad pertenezco a esa segunda mitad. ¿Y vos?

—A la primera.

—¿Cuánto hace que saliste de Buenos Aires?

—De Tucumán. Buenos Aires no es toda la república.

—Ta bien.

—Cuatro años.

—¿Y qué haces en Palma?

—Ahora estoy de vacaciones, pero normalmente vendo. Vendo publicidad. En toda España.

—Qué interesante. Yo vivo en Alemania.

—¿Y qué tal?

—Bien. Son alemanes.

Quiñones sonrió y aprovechó para tomar un traguito del jerez.

—Decime un poco, ¿por qué empezaste a hablarme?

—No sé. Quizá porque no te conozco.

—¿Ganas simplemente de hablar?

—No exactamente. En realidad, tenía que decirle a alguien que pienso suicidarme. Es demasiada noticia para llevarla a solas.

De pronto la muchacha se había puesto seria. Quiñones tragó de nuevo, pero sólo saliva.

—¿Viniste sola a Palma?

—No. Con mi viejo.

—Menos mal.

—Y con una amiga de mi viejo. Dentro de un rato vendrán a buscarme.

—¿Y tu mamá?

—En Alemania. Hace tiempo que no están juntos. Ella también tiene un amigo, un compañero, qué sé yo.

—¿Es por eso que querés suicidarte?

—Ah, lo creyó.

—¿Era una broma?

—Nada de broma. Pero pensé que nadie me lo creería.
No, no es por eso.

Él volvió a mirar la procesión de turistas. Por lo general, se quedaba aquí, en las mesitas exteriores del café Miami, por lo menos hasta que veía llegar la camioneta con los periódicos de Madrid. Entonces cruzaba hasta el quiosco y compraba dos diarios y alguna revista, a fin de no perder contacto con el mundo.

—¿Vas a contarme más?

—Puede ser. Parecés buen tipo. A pesar de ese nombre horrible, Quiñones.

—¿No te gusta?

—Francamente, es asqueroso. Claro que lo importante no es el nombre. ¿Sos buena gente o no?

—Creo que sí.

—Entonces sos. Si no lo fueras, habrías dicho que estas seguro.

—Tenés tus métodos vos.

—Y sí. Hay que revolverse.

El camarero pasa con la bandeja vacía y Quiñones aprovecha para pedirle otro jerez.

—Ese debe tomarme por un corruptor de menores.

—O a mí por una corruptora de mayores.

—Que también las hay.

—Seguro. ¿Estuviste preso vos?

Volvió a sobresaltarse. Para disimular se quitó los lentes y empezó a limpiarlos con el pañuelo sucio.

—Tres años.

—¿Estás solo en España?

—Solo.

—¿No tenés mujer ni hijos?

—Mujer. Pero acordate de que la que quiere suicidarse sos vos y no yo.

—Tenés razón. Pero me parece que no me tomás en serio.

—Te lo digo de veras. Quisiera no tomarte en serio. Sería más cómodo. Pero no.

—¿No te extraña que quiera suicidarme en edad tan temprana?

—Si pudieras hablar en un estilo menos periodístico, te lo agradecería. No, no me extraña.

—Nadie lo sabe.

—¿Cómo nadie? Yo lo sé.

—Pero vos no vas a traicionarme. Digo, me parece.

—¿Por qué no hablás con tu padre?

—No entiende un corno.

—¿Y yo entiendo?

—No estoy segura. Estoy probando, nada más. Sos bastante viejo para entender, pero tenés ojos jóvenes. Así que a lo mejor.

—Gracias por ese margen.

—¿Cómo tengo yo los ojos?

—De desconcierto.

—Vos también tenés tus métodos.

—Y sí. Hay que revolverse.

Ella se pasa las manos por los pantalones, en un gesto no premeditado, casi ritual.

—¿Alguna vez probaste drogas? —deja caer Quiñones con el tono más natural del mundo.

—Sí, pero no sirven. No se acostumbran a mí, ni yo me acostumbré a ellas. Incompatibilidad de caracteres.

—Mejor para vos.

—O peor, no sé. Lo cierto es que no marchó.

Quiñones registra la llegada de la camioneta y la descarga de los diarios madrileños, pero no se levanta, más tarde habrá tiempo. Por ahora permanece aquí, junto a la muchacha.

—¿También tu padre estuvo preso?

- Ajá.
—¿Lo pasó mal?
—Ajá. Además, no me llamo Susana.
—No me digas.
—Me llamo Elena.
—¿Y eso?
—No sabía si podía confiar.
—¿Y ahora?
—Ahora creo que sí.
—Pues yo, lo siento mucho, me sigo llamando Quiñones.
—Lástima. Con la esperanza que tenía de que también fuera falso.
—Sorry.
—¿Nunca tomás precauciones?
—A veces sí. Pero no tenés pinta de agente de la CIA. Quiñones se decide a inaugurar la segunda copa de jerez.
—¿Qué tal? ¿Está bueno?
—Sí.
—Nunca he probado jerez.
—¿Querés que te pida uno?
—No. El alcohol me da urticaria. El alcohol y los tangos.
—Decime, ¿tengo que preguntarte los motivos de tus ganas de suicidarte?
—No son ganas. Es una decisión.
—Una decisión se toma por alguna causa.
—¿En qué quedamos? ¿Me vas a preguntar?
—Bien, ¿por qué tomaste esa decisión?
—Cóctel de causas. Mi viejo, mi vieja, la amiga de mi viejo, el amigo de mi vieja, lo que ellos y otros cuentan de allá, lo que yo y otros encontramos acá.
—¿Dónde es acá?
—Alemania, Europa, todo este camping. ¿Te gusta leer?
—Sí, pero no soy fanático.
—¿Música?

—Ídem. ¿Y a vos?

—Ídem ídem. Pero qué importa.

—¿Por dónde vas a empezar?

—Por el principio, como los clásicos. Cuando vinimos a Europa, rajados, rajadísimos, yo tenía ocho. Mi hermano en cambio sólo tenía dos.

—Así que tenés un hermano, qué sorpresa.

—¿Por qué sorpresa?

—Habría jurado que eras hija única.

—En realidad, tengo taras de hija única. Pero además tengo un hermano. Él no se acuerda de nada. Era muy chico. Yo sí me acuerdo. Una casita de dos plantas, con jardín, en Punta Carretas. ¿Conocés Montevideo?

—Estuve sólo dos veces, hace mucho. Pero sé donde está Punta Carretas. El faro, y todo eso.

—Te aclaro que desde mi casa no se veía el faro. Sí se veía la cárcel.

—Lagarto lagarto.

—Cuando llegamos a Alemania los viejos todavía estaban juntos. Juntos pero nerviosísimos. Discutían por todo. Menos mal que de noche hacían el amor.

—¿Te consta, lo imaginabas o los espíasbas?

—Me consta el ruido que hacía el elástico de la cama. Para mí esa señal era importante, no como precoz curiosidad sexual, entendeme bien, sino como prueba de que se necesitaban. Soy una tipa normal, después de todo, y quizá por eso no me gustaba que aquello se rompiera.

—Pero se rompió.

—Discutían muchísimo, sobre todo sobre política. Son de izquierda los dos, pero la cagada es que no militan en el mismo grupo. Así que se echaban mutuamente las culpas de la derrota. Yo entendía poco. Era desagradable. A veces me tapaba los oídos pero igual los oía. En cambio mi hermano lloraba a grito pelado y al final tenían que callarse para que él se calmara.

—¿Tu hermano también está en Palma?

—No. Quedó con la vieja. Nos repartimos. Uno y una.

—¿Y qué más?

—Así pasaba el tiempo, hasta que de pronto una noche la cama no hizo ruido y me di cuenta de que aquello estaba fatal. O sea que no me tomaron de sorpresa la tarde en que consiguieron impulso para decirme mirá nena, tenés que comprender, son cosas de la vida, papá y mamá se van a separar, etc. Lo peor fue el etcétera.

Elena, ex Susana, toma por fin media limonada, mientras Quiñones sucumbe a un bostezo incontenible.

—¿Te aburro?

—No, muchacha, es el calor.

—Mirá que si te aburro, dejamos. ¿Sabés por qué te cuento toda esta historia patria? Porque nunca más nos vamos a ver.

—¿Tan segura?

—Sacá la cuenta. Pasado mañana nos vamos y yo acabaré dentro de unos días. No lo hago aquí, porque los trámites serían más complicados para el viejo, y además no quiero arruinarle la vacación. Así que esta conversa es un chau al mundo.

—Primera vez que me siento mundo.

—Después el viejo se arregló con esa amiga, o compañera, qué sé yo, que es compatriota, no faltaba más, y la vieja se arregló con su amigo o compañero, también compatriota, qué te crees. Todo queda en casa. La patria o la tumba. Ellos la patria y yo lo que sigue.

—¿Y ahí hay muchos compatriotas?

—Unos cuantos. Se visitan y hablan todo el tiempo de allá. Que allá hay miseria y desempleo, que allá clausuran diarios, que allá prohíben canciones, que allá confiscan libros, que allá persiguen, que allá torturan, que allá matan.

—Así es.

—Ya lo sé. Pero es como una noria, sobre todo para los

que no vivimos todo eso, sino que simplemente lo escuchamos. Y de a poco vamos odiando aquel allá. Digo nosotros, los que vinimos chicos. Pensá que en Alemania mi viejo puede trabajar tranquilo, mi vieja también, y no los matan ni torturan, y los jóvenes estudiamos y tenemos amigos.

—¿Y esas bellezas qué tienen que ver con tu proyecto?

—Paciencia, Quiñones.

—Escucho.

—Un día mi hermano, que ahora tiene ocho años, o sea los mismos que yo tenía cuando vinimos, se paró frente al viejo y le dijo que nunca más iba a volver al Uruguay, ¿qué te parece? El viejo casi se cae de culo. Y antes de que le preguntaran por qué, mi hermano le dijo que aquel país era un país de mierda, y ahí el viejo perdió el casi y se cayó de culo. Te sintetizo las conclusiones para no aburrirte: quienes lo habían convencido de todo eso eran precisamente el viejo y la vieja y los demás de la tribu oriental. ¿Sabés lo que pasa? Hablan y hablan, discuten y gritan como si no existiéramos, como si fuéramos rocas y no esponjas. Pero somos esponjas. Absorbemos.

—¿También vos sos esponja?

—Sí, pero un poco distinta. Vine más grande que mi hermano, así que por lo menos me acuerdo del jardincito de la casa de Punta Carretas. Pero entiendo a mi hermano y creo que su argumento tiene fuerza.

La muchacha habla con rapidez, se ha animado, y a Quiñones le gusta el brillo inquieto de aquellos ojos verdes. Se siente en la obligación de decir algo alusivo.

—¿Querés que te diga una cosa? Si por casualidad no llegás a suicidarte, cuando tengas cinco años más vas a hacer estragos en la juventud masculina.

Ella resopla, divertida.

—¿En la juventud masculina de la RFA?

—En cualquier juventud masculina.

—Ahora me doy cuenta de que es un piropo. No te estarás enamorando de mí ¿eh?

—No, hija, quédese tranquila. Seguí nomás.

—Aunque recuerde el jardincito, eso no alcanza. No soy tan categórica como mi hermano. Pero yo tampoco pertenezco realmente a lo de allá. Puede ser que a Punta Carretas, pero no a todo el país, ni siquiera a toda la ciudad.

—Eso quiere decir que te sentís alemana.

—Ni pensarlo. ¿Me ves asimilada a la Kartoffelinsalat?

—Perdón, a mí me gusta.

—Los porteños son distintos.

—Tucumanos.

—Son distintos.

—¿Y por qué no te sentís alemana? ¿No hiciste aún buenos amigos, amigas?

—*Jawohl*. Buenos amigos, buenas amigas, buenos perritos, buenos gatitos, pero hasta los gatitos saben que nunca seré alemana.

—¿Hablás con acento?

—Hablo un alemán mejor que el de Willy Brandt. Pero me falta el otro acento.

—¿Cuál? ¿El del espíritu?

—Por dios, no seas tan cursi, me da náuseas.

—Perdón, perdón. Pero ¿cuál es entonces ese otro acento?

—El otro, y chau. ¿Acaso hay necesidad de ponerle nombre? Ves, ése es un síntoma de que, pese a los ojos jóvenes, tenés efectivamente cuarenta y pico. Pertenece a una generación que a todo le pone nombres.

—Exactamente. La generación del diccionario. ¿Y?

—La historia no es tan simple.

—Ya lo veo.

—A veces vivo con la vieja y su amigo. Me cae bien el ciudadano. Paternalista pero honrado. Otras veces vivo con el viejo y su Rosalba. Digamos que ella me cae menos bien. Admito que son prejuicios, nada más.

—Y nada menos.

—Pero entre medio hogar y medio hogar, me siento algo así como deshogarada.

—¿Y ése es finalmente el motivo?

—Paciencia, Quiñones. Cuando se van los unos, me quedo en casa de los otros, y viceversa. Pero una vez se fueron los cuatro, más bien los cinco, porque también viajó mi hermano. Dos hacia el Este, tres hacia el Oeste. Y yo quedé en el medio, como Greenwich. Toda una gran ciudad a mi disposición. Primera vez. Y entonces ocurrió.

Quiñones percibe que la muchacha ha perdido algo de su postura de Diana siglo XX.

—¿Qué ocurrió?

—Poca cosa —dijo ella con voz opaca—. Me violaron.

—¿Qué decís?

—Me violaron, Quiñones. Venía sola, de noche, y un tipo enorme salió de pronto de las sombras. Igual que en las películas. Un clásico. Me llevó a los tirones hasta una obra en construcción. Con su manaza me tapaba la boca. Un gesto inútil, porque yo estaba muda de pánico, ni siquiera entreví la posibilidad de pedir auxilio. Cumplió su trabajo, se ve que tenía experiencia. Para mí fue un estreno jodido. Y fijate lo que son las cosas. Mientras duró aquella porquería, de lo único que me acordaba era del ruido del elástico en la cama de los viejos. Ridículo ¿eh? Además, el tipazo decía cosas que yo no entendía. No era alemán.

—¿Qué era?

—Imposible saberlo. Hablaba como en gorgoritos. Pero unos gorgoritos roncós. No sé explicarme. Bastante horrible.

—Te explicás perfectamente. ¿Y qué hiciste después?

—Cuando el señor se dio por satisfecho, me dio un golpe bastante duro y salió corriendo. Me levanté como pude, estaba toda magullada y sangrante, pero nada grave, así que pude llegar hasta mi media casa, la de la vieja, que estaba sólo a dos cuadras, y claro, no había nadie. De

modo que nadie se enteró. Nadie se ha enterado todavía. Bueno, vos. Sos el primero.

—Pero ¿cómo no se lo contaste ni siquiera a tu madre?

—¿Para qué ?

—Debía haberte visto un médico.

—Quizá, pero no me gustan esas revisiones. Durante un tiempo tuve la preocupación de haber quedado embarazada. Y fui entonces que lo decidí. Quiero decir el suicidio.

—Pero si no quedaste.

—Claro que no. Por eso lo decidí. Si quedaba embarazada, tenía que vivir. Por el niño y todo eso ¿entendés? Y en ese caso no me habrían importado los problemas familiares, sociales. Ah, pero si no quedaba, tenía que liquidarme.

—No entiendo nada.

—Me imagino. Por eso es que no lo he contado a nadie. Pensé que vos, por aquello de los ojos jóvenes. Me equivoqué.

—Pero Susana, Elena, qué sé yo. Escuchame un poco.

—No sé si te habrás dado cuenta de que no lloro, nada más que para que no te lleven preso. Por molestar a una niña.

—Gracias. No sabés cómo aprecio el gesto. Pero escuchame.

—No es tan complicado. Allá no pertenezco. Aquí no pertenezco. Y encima me ataca y me viola alguien que no es de aquí ni de allá. A lo mejor era un marciano. Y ni siquiera me hace un hijo, que por lo menos sería de aquí. O de allá. O de samputa, para llamar de alguna manera la desconocida patria del bestia. Me hago un nudo, como ya te habrás dado cuenta.

—¿Y si empezamos por deshacer el nudo?

—No se puede. O quizá, a esta altura, no quiero.

—Se puede probar, por lo menos.

—¿Pero no entendés? Desde aquella noche, estoy como fuera de todo, como al margen. ¿Ves a todos esos suecos, holandeses, alemanes, que desfilan, aburridos y rojos, frente a nosotros? Bueno, me importan un pito.

—Tampoco a mí me importan. Y no me violaron.

—Sí, reconozco que fue un argumento flojo. Pero también veo a mi madre y al compañero de mi madre, a mi padre y a la amiga de mi padre, y hasta a mi hermano y a mis amigos uruguayos y a mis amigos alemanes, y tampoco me importan. Porque estoy afuera. Me han dejado afuera. Como se deja un objeto. Un objeto usado, averiado, para el que no hay repuestos.

—Acordate que dijiste que no ibas a llorar.

—Para que no te lleven preso. Tendrías que apreciar el sacrificio, porque en realidad tengo unas ganas bárbaras de llorar.

—Sin embargo, hay una cosa que para vos tendría que ser reveladora. El solo hecho de que estés haciendo pucheros, de que tengas esas bárbaras ganas de llorar, eso significa que no estás fuera, que no estás al margen. Si realmente estuvieras al margen, te sentirías seca, más aún, reseca.

—¿Y vos cómo lo sabés?

Quiñones ha tomado un cigarrillo y trata de encenderlo, pero la operación demora un poco porque al fósforo le ha dado un inexplicable temblor.

—¿Cómo lo sé, eh? Porque yo sí he estado seco. Reseco.

Ella hace otro puchero, pero ya no de catorce sino de cinco años. Se domina otra vez y por fin acaba con la limonada. Va a decir algo, pero Quiñones percibe cómo de pronto cambia de expresión, cómo se pone una máscara.

—Ojo, ahí vienen.

Todo un anticlímax. Porque el viejo y una mujer que

seguramente es la Rosalba, se acercan con los grandes e inútiles pasos de la gente que llega tarde a una cita.

—Ah, qué suerte que estás aquí —dice Rosalba respirando fuerte—. Teníamos miedo de que te hubieras cansado de esperarnos.

—Se nos hizo tardísimo —aclara el viejo—. No podemos ni siquiera sentarnos a tomar algo fresco. Estamos citados en el hotel con los Elgueta, aquellos chilenos ¿te acordás? que conocimos la otra noche en Barcelona.

—Papá, Rosalba —dice la muchacha mientras va recogiendo sus cosas—. Les presento al señor Quiñones. Es un argentino de Tucumán.

—Encantado —dicen al unísono Quiñones, el viejo y la Rosalba.

—Ha sido muy amable el señor Quiñones —agrega la muchacha—. No sólo me ha hecho agradable la larga espera, sino que me ha convencido de que no me suicide.

Rosalba sonríe, un poco desorientada, pero el viejo lanza una risotada.

—Señor cómo dijo...

—Quiñones.

—Señor Quiñones, le pido disculpas por esta hija. Las cosas que dicen los jóvenes.

—Yo la encuentro inteligente y simpática.

—Es usted muy amable —agrega el viejo—. Pero ahora la llevamos y usted verá qué paz.

—Gracias, Quiñones —dice la muchacha.

Como el viejo y Rosalba están ahora atentos a la aparición de un taxi, aprovecha a llevarse dos dedos a los labios y soplarle a Quiñones un beso clandestino.

—Por favor, tenemos que irnos —insta el viejo, esta vez con cierta angustia.

—Sí —dice Rosalba—. Tu padre tiene razón. Vamos, Inés.

LITORAL

EL SILENCIO DEL MAR

y el silencio del mar, y el de su vida.

JOSÉ HIERRO

El silencio del mar
brama un juicio infinito
más concentrado que el de un cántaro
más implacable que dos gotas

ya acerque el horizonte o nos entregue
la muerte azul de las medusas
nuestras sospechas no lo dejan

el mar escucha como un sordo
es insensible como un dios
y sobrevive a los sobrevivientes

nunca sabré qué espero de él
ni qué conjuro deja en mis tobillos
pero cuando estos ojos se hartan de baldosas
y esperan entre el llano y las colinas
o en calles que se cierran en más calles
entonces sí me siento náufrago
y sólo el mar puede salvarme.

VERDE Y SIN PAULA

Cuando se incorpora en la arena, dobla cuidadosamente la toalla, respira con fruición, camina hasta la orilla y se introduce lentamente en el mar, siente que no ha dejado nada a la improvisación. Allá arriba, sobre la almohada, en la habitación 512 del Hotel Cóndor, está el sobre con las cinco palabras en rojo: Para entregar a Paula Acosta. Lo recogerá la mucama cuando llegue, como siempre, a las doce. Le ha costado tres meses la decisión, pero a esta altura es irreversible. Francamente, ya no se soporta, hay que concluir. No tiene por qué apurarse, sin embargo.

Cuando el agua le enfría los tobillos, sabe que ha comenzado el último capítulo. Uno de los primeros se remonta a otra playa, Atlántico por medio, con su madre y el padrastro, Víctor, caminando enlazados por la dura arena de Portezuelo, Joaquín tocando en la armónica una milonga cualquiera, y Mastín, minúsculo y húmedo, ladrando como siempre el bochorno de su nombre. Tiempos de candidez o de sordera, de inocencia o de soberbia, no lo sabe bien. Tiempos de acomodar sus diez o doce años saludables en el compacto bienestar, en las lenguas de sol, en la bocanada salitrosa, en las rocas limpiísimas. Su madre y Víctor, tan jóvenes entonces y sin embargo (para él) tan antiguos. Y el padre que nadie menciona y a quien nunca conoció, aunque sí logró juntar pedacitos de su confusa historia a través de las revelaciones del primo José Carlos. La inesperada fuga, poco menos que delictiva, a algún lugar del extranjero, sin explicaciones ni carta, sólo noticias indirectas, desprendiéndose sin pudor de la mujer y el hijo. Imágenes de la madre llorando por horas y

semanas, y también recuerdos de su recuperación seis años después, gracias a Víctor, que es atlético y bueno pero antiguo. En realidad, todos eran antiguos menos José Carlos y Paula, sus pares.

Después de todo, se trata de un repaso consciente. No va a esperar la tradicional y vertiginosa película del ahogado promedio. Para qué. Tiene todo el tiempo disponible para ver la historia con calma. De modo que cuando el Mediterráneo roza sus rodillas, puede elegir el tramo adolescente, con sus notas brillantes y los veranos plácidos y la sincera alegría de Víctor, casi un padre, cuando él triunfa en los 800 metros llanos a nivel liceal, corriendo rezagado hasta los 600 para mostrar entonces toda su garra y pasar a los otros como a postes en el *sprint* final. Tiempo de lecturas, de primeros libros importantes y formativos. Y Paula. Regresos del liceo, tardecitas en el parque, descubrimiento de la Vía Láctea.

Puede elegir las imágenes y hasta organizar el montaje. Es él, con los pies descalzos sobre las piedras del fondo, tan pulidas, y el agua ya en los muslos, es él quien traza inexorable el esquema. Por ejemplo el distanciamiento con Joaquín, que ya no toca milongas en la armónica y justifica frenéticamente la todavía apocada represión, se enrola en los grupúsculos de la ultraderecha, señala con el dedo a compañeros de clase. Y Paula. Química Orgánica con besos. Química Inorgánica con caricias. Física con todo. La madre en cambio tiene arrugas, pese a la cremoteca, y Víctor, a contrapelo de su paz interior, consigue una úlcera duodenal. El tiempo pasa. Unos abren los ojos, otros los cierran.

La olita suave y traicionera le encoge los testículos. Aquí lleva tiempo adentrarse hasta lo hondo, hasta no hacer pie. La olita palpa el sexo. Paula también y ahí se quedó. Él creyó que para siempre y ella también. Se ha mantenido, en fin. Es él quien se va. La abandona por el mar

infinito, por la paz enigmática. Paula es un cuerpo que él vio crecer, formarse, florecer, madurar, alojar un carácter. Y algo más. Paula, o la tentación de vida. Es arduo sobreponerse. Pero ya está. Todavía un ramalazo con la muerte de Víctor, en aquel desgraciado accidente del kilómetro 97, y el profundo desgarró de la madre, otra vez sola, más antigua que nunca.

Sólo cuando el agua transparente le llega al estómago, la memoria estalla. No piensa en balaceras, porque detesta el léxico de las seriales norteamericanas, pero en realidad son eso: balaceras o ráfagas o fuego graneado. ¿Cuándo había arrancado la pesadilla? Tal vez cuando empezaron a caer los estudiantes. ¿Cómo quedarse quieto, arrinconado, a buen seguro? Y Paula. Otra forma de amor, casi un orgasmo comunitario. ¿Cómo no hacer algo, no participar? Y Paula. Qué riqueza, qué conmoción estrechar aquella vida fresca, igual y tan distinta. Qué riesgoso paraíso entrar en ella, fumar juntos, hacer proyectos, y volver a entrar en ella. Y salir después a las reuniones escondidas, donde hasta los gritos se murmuraban. Qué ciudad increíble, desacostumbrada, solidaria, discreta, osadísima, cordial, entrañable. Dos timbrazos en clave y puertas que se abren, mate, café, cerveza, planos de un trazo casi escolar, quién tiene fósforos, quemalo, chau. Y Paula. Por suerte ella no estaba cuando los pescaron en el chalecito de Atlántida. Fue a mediodía, entre turistas, bicicletas y vendedores ambulantes. Nadie pudo hacer nada. Lo habían previsto todo menos esa hora facilonga, ritual: el podrido mediodía.

Los brazos horizontales, acariciando el agua, para que la olita lambetee por fin sus sobacos erizados. Es claro que había previsto la tortura y las obvias defensas mentales y los principios. Pero la realidad. Siete días y siete noches buscando y rebuscando algo para decirles que fuera verosímil y hasta medianamente cierto y que a la vez fue-

ra inútil. Algo para que lo dejaran simplemente respirar. Y soltó aquella dirección, aquel apartamento donde ya no había nadie, porque una semana atrás ya todos se habían ido, dispersado. Y sin embargo le siguieron dando, larga, duramente, cuatro días y cuatro noches más, ya que, a partir de aquel dato, le exigían confirmaciones, continuaciones, epílogos. La vieja dirección donde ya no había nadie. Pero había. Carajo había. Mierda había. Y gracias a él, gracias a su desliz imperdonable, habían sorprendido a Omar, sólo a Omar, y se había defendido y lo habían acibillado. Ocho años desde aquello. Y nunca.

El agua cada vez más fría es una soga alrededor de su pescuezo. Nunca pudo aceptarlo ante sí mismo. Aunque nadie lo supiera. Porque nadie lo supo, salvo Paula. Él mismo se lo dijo, aquí en Europa, ya aparentemente libre, porque un pasado así era demasiado para una sola memoria. Y él agradeció que ella no lo disculpara ni lo perdonara ni lo justificara ni le dijera qué vas a hacer ya pasó, él agradeció que sólo se abrazara a él y le dijera pobrecito mío. Porque eso era más o menos. Un pobre tipo con Omar a cuestas. Con Omar a quien nunca había visto, pero a quien sin quererlo había ayudado a liquidar. Y Paula. Desde ahí la relación fue otra. Porque ella comprende, comprende que él se sienta así. Sabe que él se apoya noche a noche en la altísima, infranqueable muralla de aquella muerte absurda que es como su propiedad privada y que lo separa de los otros, del mundo. Y ella se arrima y se recuesta con él en la lúgubre muralla, pero de ningún modo niega que ésta exista. Lo ayuda a encontrar soluciones, pero nunca falsas coartadas sino salidas reales. Pero no hay. Salvo ésta de entrar lentamente en el mar. Después de todo, no se va a asombrar cuando su cabeza, y con ella su pasado, su presente y su futuro, queden para siempre bajo el agua. Tiene experiencia de ese ahogo. Y el agua del Mediterráneo, pese a las denuncias sobre contaminación, es muchísimo más lim-

pia que la del tanque con mierda de los cuarteles. O sea que es una compensación, algo como un premio que se otorga a sí mismo: ahogarse en un agua limpia, purificada y purificadora. Y Paula. La dejó bastante tranquila, en Barcelona, porque inventó que tenía que hablar sobre el Comité con Tito y Beatriz, que pasaban aquí sus vacaciones. Pero en rigor vino a hablar con el mar, con el Mediterráneo tan verde y sin Paula.

Ese mismo Mediterráneo que ahora está en su mentón y sube hasta sus labios la salmuera de siempre. Y el sabor llega contemporáneamente con el grito, agudísimo en su desesperación. Sólo el ruido del agua y enseguida retorna, desgarrándose, más lejos en el aire, más adentro en el mar. No puede ni tiene derecho a hacer cálculos o a reflexionar. Dispone apenas de uno, dos segundos. El grito, que puede ser auxilio, o socorro, o simplemente ay, vuelve a quebrar la paz, esa paz enigmática ya a punto de acogerlo. Y no tiene otra opción que alzarse, sacudirse, flotar, detectar de dónde viene, y nadar, nadar, nadar con todo el vigor y la práctica de que dispone. La niña, aterrada y rubia, emerge y se hunde y emerge y se hunde y emerge y él aprovecha para asirla del pelo y sostenerla y acomodar su cuello bajo su brazo e impulsarse hacia la orilla con el otro, racionalmente, sin perder la calma, y nadar, nadar, nadar, con una nueva, acumulada, dinámica obsesión.

Todo sucede como en un largo instante. Por fin la muchachita está tendida sobre la arena, y él contempla, con ojos acuosos y lejanos, cómo dos o tres robustos le aplican todos sus conocimientos sobre respiración artificial y boca a boca. Por lo menos cincuenta personas rodean el cuerpo tendido, y a cada rato alguno o alguna salen del ruedo y se le acercan y le tocan un hombro o le sonríen o le dicen bravo hombre o gracias a usted o si no es por su coraje o amigo te ganaste el día. Porque de pronto advier-

te que lo empiezan a tutear y la muchachita ha podido incorporarse y le han vuelto los colores y pregunta dónde está el que la trajo. Todo se va normalizando, pues. Y, sin que nadie se lo haya preguntado, alguien informa que son las once y media. Entonces él, sin el menor estupor y sin ninguna duda, es consciente de que debe subir corriendo hasta el hotel, a ver si consigue llegar a la habitación 512 antes de que la mucama recoja el sobre.

REGIONES

LOS CINCO

Palpen la espiga el cáliz el estambre
la huella dibujada por la tierra
busquen el cuerpo amado entre los cuerpos
el que no es

miren en qué baldosa de la historia
se emprende a tientas el regreso y cómo
se va reconociendo palmo a palmo
lo que no es

aprendan a olfatear el miedo huésped
la incitación del sexo / la osadía
rastreen el olor de la confianza
la que no es

oigan cómo se entiende la llamada
la impunidad del eco / su caricia
y cómo se cosecha entre las voces
la que no es

saboreen la lluvia y el durazno
los párpados del alba y la madera
tómenle el gusto al lecho de la vida
la que no es

DE PURO DISTRAÍDO

Nunca se consideró un exiliado político. Había abandonado su tierra por un extraño impulso que se fraguó en tres etapas. La primera, cuando lo abordaron sucesivamente cuatro mendigos en la Avenida. La segunda, cuando un ministro usó la palabra Paz en la televisión e inmediatamente comenzó a temblarle el párpado derecho. La tercera, cuando entró a la iglesia de su barrio y vio que un Cristo (no el más rezado y colmado de cirios sino otro alicaído, de una nave lateral) lloraba como un bendito.

Quizá pensó que si se quedaba en su país se iba a desesperar a corto plazo y él bien sabía que no estaba hecho para la desesperación sino para el vagabundeo, la independencia, el modestísimo disfrute. Le gustaba la gente pero no se encadenaba. Se entretenía con el paisaje pero al final se empalagaba de tanto verde y añoraba el hollín de las ciudades. Saboreaba las tensiones metropolitanas pero llegaba un día en que se sentía cercado por los imponentes bloques de cemento.

Así como había vagado por las calles y los caminos de su tierra, empezó a vagar por los países, las fronteras y los mares. Era terriblemente distraído. A menudo no sabía en qué ciudad se encontraba, pero no por eso se decidía a preguntar. Simplemente seguía caminando, y, en todo caso, si se equivocaba, no le importaba salir del error. Si precisaba algo, ya fuera para comer o para dormir, disponía de cuatro idiomas para buscarlo y siempre había alguien que lo comprendía. En el peor de los casos, le quedaba el esperanto de los gestos.

Viajaba en ferrocarril o en autobús, pero normalmente

lograba que lo recogieran en algún auto o camión. Inspiraba confianza. La gente le creía las cosas más absurdas, y no se equivocaba, porque todo en él era un poco absurdo. Por lo común andaba solo, y era lógico, ya que ningún hombre ni, menos aún, ninguna mujer, habría sido capaz de soportar tanta injuria y tanto desorden.

Cuando pasaba por una frontera, mostraba el pasaporte con un gesto displicente o mecánico, pero inmediatamente se olvidaba de qué frontera se trataba. Permanecía poco tiempo en el centro de las ciudades. Prefería los barrios marginales, donde se llevaba bien con los niños y los perros.

A veces surgía algún detalle que le servía de orientación. Pero no siempre. Una mañana se halló junto a un canal y creyó que estaba en Venecia, pero era Brujas. Confundir el Sena con el Rhin, y viceversa, le ocurrió por lo menos en tres ocasiones. No llevaba brújula sino que se orientaba por el sol, pero cuando le tocaban días tormentosos, de cielo oscuro, no tenía la menor idea de dónde quedaba el norte. Y eso tampoco lo afectaba, ya que no tenía preferencia por ninguno de los puntos cardinales.

Cierto mediodía se enteró de que caminaba por Helsinki porque vio una cabina telefónica que decía PUHELIN. Era uno de sus escasos datos sobre Finlandia. Otro día sintió un alarmante tirón de hambre en el estómago y extrajo de su morral un poco de queso; cuando masticaba con fruición advirtió que se había recostado a una columna que le trajo el recuerdo de las de mármol pentélico que había visto en alguna foto del Partenón, y claro, a partir de esa asociación se dio cuenta de que efectivamente estaba en la Acrópolis. Sí, era terriblemente distraído. En otra ocasión nevaba y para protegerse del frío se metió en las galerías comerciales del moderno subsuelo de Les Halles. Cuando, un semestre después, emergió de otras galerías subterráneas en pleno centro de Estocolmo, se alegró sinceramente de que ya no nevara.

De vez en cuando iba a los aeropuertos, pero casi nunca viajaba en avión, entre otras cosas porque, después de presentarse en el mostrador correspondiente y despachar su liviano equipaje, se iba a la terraza a ver cómo despe- gaban y aterrizaban las grandes aeronaves y no prestaba la menor atención a los altavoces, que repetían su nombre con insistencia.

En cierta ocasión, sin embargo, y vaya a saber por qué extraño mecanismo, permaneció junto a la puerta de embarque y subió confiadamente al avión con los demás pasajeros. Cuando llegó a destino y mostró su pasaporte, tan displicentemente como de costumbre, un funcionario de emigración lo miró con atención y le dijo: “Venga conmigo.” Él lo siguió mansamente por un corredor desierto. Cuando llegaron a una puerta con un letrero *Prohibido el paso*, el funcionario la abrió y lo conminó a entrar. Así lo hizo, desprevenido. Pensó acercarse a una mesa que había en el centro de la habitación, pero de improviso no vio nada. Alguien, desde atrás, le había colocado una capucha. Sólo entonces comprendió que, de puro distraído, se encontraba de nuevo en su patria.

ENCLAVE

CEREMONIAS

Hubo un tiempo en que nos fijábamos en las hojas secas
en el muro de ceniza y en la noche descalza
y en la luna pálida de tantas destrucciones
y así apostábamos a la melancolía
inconscientes de que ése no era aún nuestro percance
faltaban temporadas de sistemática pobreza
laberintos privados y tristezas de medio pelo

el calvario era ajeno y quedaba lejos
el tamaño de la pena era tan módico como el deleite
nuestros dientes de hambre y nuestras lenguas en celo
funcionaban sin prisa pero funcionaban

las primaveras se nos iban de entre las manos
mirábamos el horizonte sin saber qué pedirle
el crepúsculo se henchía de gallos azules
y el aire era enigmático como un viejo sabihondo

pero una madrugada forzaron las puertas
nos allanaron el desván y la memoria
decidieron por nosotros en mitad de la duda
nos quitaron los fantasmas y los papeles
levantaron un cepo de palabras
y un corral de miedo donde abandonarnos

nos suspendieron el derecho a la tibieza
borraron los presagios con el odio
nos despojaron de la lluvia verde
y del silencio gratis y del amor cribado
nos cortaron en dos con un hacha de invierno

de ese modo tan turbio nos fue revelado
que en realidad no habíamos trajinado por el tedio
sino que éramos inadvertidamente felices
no esplendorosa sino pasablemente ávidos
de amparos lechos soledades perdones

de ese modo tan impropio nos fue dicho
que cualquier otro quebranto era menos que este azote
y tuvieron que aparecer túneles y máscaras y trampas
para que echáramos de menos el letargo cotidiano
las venas de los árboles el caballo a contraluz

¿habremos aprendido el catecismo del rencor
o la rabia se nos irá cayendo como escamas?
¿recordaremos siempre no olvidar
o las franjas de inquina se nos irán pudriendo?
¿almacenaremos para nunca los aborrecimientos
y los sacaremos de la troya a perdonazos?

es claro que ni el rayo ni el rocío tienen prisa
desahucios y bienvenidas esperan su turno
por algo estamos listos para empezar desde cero
y nadie se arrodilla sobre los pámpanos caídos

vamos a merecer cada centímetro de augurio
vamos a abrir caminos a los sobrevivientes
sin guirnaldas pero con respuestas
flamantes y accesibles

vamos a reponer lo mucho que perdimos
vamos a aprovechar lo poco que nos queda

MÁS O MENOS CUSTODIO

Quien primero le habló del Ángel fue el tío Sebastián. Mucho antes de que el Ángel apareciera. Quien primero negó al Ángel fue el tío Eduardo. Pero Ana María estaba en la edad de creer en los ángeles, de modo que se dejó convencer por el tío Sebastián, que además de tío por parte de madre, era cura por parte de Dios padre. Y sencillamente ella se puso a esperar al Ángel. Sebastián decía que debía llamarlo Ángel de la Guarda, pero Ana María le quitaba el apellido, lo llamaba Ángel y punto. Quizá porque el almacenero de la esquina se llamaba Manolo de la Guarda y ella no podía aceptar que un Ángel fuera pariente de aquel barrigón.

Según Sebastián, cada hombre y cada mujer, pero sobre todo cada niño y cada niña, podían tener su Ángel de la Guarda, o sea una presencia protectora que muchas veces les avisaba de un riesgo o los apartaba de un peligro. Pero a medida que los años pasaban, a medida que dejaban de ser niños, los hombres y mujeres se iban volviendo egoístas y sórdidos, iban perdiendo pureza y generosidad, y sus respectivos custodios iban quedando en el camino, tan confundidos como olvidados.

“Pavadas” decía el tío Eduardo, ateo y materialista, “sólo un zoquete como Sebastián puede creer en esas tonterías. En realidad me importa poco que él se mueva en ese submundo de beatas y santurrones, pero sí me indigna que se aproveche de la candidez de mi sobrina para meterle en la cabeza tales disparates”. Y hablaba con su hermano Agustín, padre de Ana María. Pero Agustín tenía demasiadas tribulaciones de primer orden como para ocu-

parse además de un rubro tan prescindible como el *status* de los ángeles. Sebastián por su parte hablaba con su hermana Ester, madre de Ana María, para prevenirla contra la nefasta influencia que su concuñado podía ejercer sobre la sobrina de diez años, apartándola de su natural vocación religiosa, pero tampoco Ester tomaba partido.

En realidad no era una vocación religiosa lo que llevaba a Ana María a esperar a su Ángel. Con la misma expectativa habría aguardado a un marciano o a un lobizón. Sólo que las prédicas de Sebastián hacían más verosímil la presencia del Ángel, que para ella no implicaba ningún sentido religioso sino que tendía a ser la gozosa concreción de un sueño lindo.

De modo que cuando el Ángel hizo por fin acto de presencia, y Ana María, que aquel lunes iba rumbo a la escuela con su repleta cartera a cuestas, lo vio caminando a su lado, no prorrumpió en grititos de histeria precoz ni se quedó con la boca abierta ni dio tres vueltas de carnero. Simplemente dijo buenos días Ángel, aunque eso sí los ojos verdes se le iluminaron.

Vestía como un ser corriente (vaqueros, camisa blanca, tricota azul) pero no importaba, ella sabía que era un Ángel. Al parecer, también él simpatizó con ella, porque a partir de ese lunes la acompañó todas las mañanas en su ruta escolar. Los domingos y feriados el Ángel no comparecía, probablemente porque no había clases o porque también los ángeles descansan.

De todos modos Ana María guardó el secreto. No lo reveló a ninguna de sus compañeras por temor a que se burlaran, como cuando les había confesado que conversaba con el perro del abuelo y aunque Trifón no le contestaba con palabras, por razones obvias, sí le sonreía, le hacía guiños de complicidad o asentía con la cabeza. Ni siquiera habló con el tío Sebastián de la presencia del Ángel, sencillamente porque intuyó que el cura iba entonces a jeringar

diariamente al tío Eduardo con la impertinencia de su victoria, y ella no buscaba eso, ya que, tema angélico aparte, quería verdaderamente al tío Eduardo y hasta lo compadeecía un poco porque no era capaz de creer en los ángeles.

Lo cierto era que Ana María disfrutaba mucho con su nuevo acompañante. Éste no hablaba, se limitaba a mirar. Con ojos que, como el cielo, unas veces estaban nubosos y otras veces despejados. Ella le contaba toda su jornada escolar y también las peripecias familiares. En contadas ocasiones el Ángel sonreía y Ana María se sentía entonces ampliamente recompensada y feliz.

En la casa la vida era sin embargo menos apacible. El tío Eduardo se había hecho humo y nadie lo mencionaba. Cuando Ana María preguntaba por él, su madre la reprimaba con la mirada. Por fin pudo averiguar en qué consistía el misterio. El tío Eduardo estaba preso. Curiosamente, al tío Sebastián le parecía bien que estuviera preso, y por eso no se podía tocar el tema ni en el desayuno ni en el almuerzo ni siquiera en la cena, sobre todo cuando estaba presente el tío Sebastián, ya que Agustín no estaba en absoluto de acuerdo con la opinión de su cuñado y la discusión convertía en indigestas las papas fritas y las milanesas. Al tío Eduardo lo acusaban de unas cosas horribles, pero Ana María nunca las creyó, y así se lo dijo al Ángel, cuya mirada fue tierna y aprobatoria.

Una mañana los padres de Ana María la llamaron aparte y le informaron que los tres se irían del país. ¿Cuándo? Mañana. Ana María no preguntó la razón de semejante estampida, primero porque no le importaba demasiado y luego porque su primer pensamiento fue para el Ángel. Estar separados iba a ser para ambos algo muy triste. Se atrevió a insinuar que ella podía quedarse con los abuelos, así no perdía el año de colegio. Pero ni Agustín ni Ester admitieron excusas. Viajarían los tres, ya estaba decidido.

Ana María salió un momento a la calle, sin ninguna esperanza de encontrar al Ángel y sin embargo estaba allí, como si hubiera sabido que se trataba de una despedida. Casi llorando, ella le transmitió la mala noticia, y los ojos del Ángel, como era de esperar, se nublaron. Ana María habría querido acariciarlo, como hacía con Trifón, pero es sabido que los ángeles no son acariciables. Se limitó a preguntarle si no sería posible que él también viajara y hasta agregó que el tío Sebastián le había dicho que los ángeles custodios seguían a su custodiado dondequiera que éste se trasladase. Al Ángel se le nublaron los ojos más aún y sacudió la cabeza con inesperada resignación. Ella se sintió un poquito defraudada. Lo había creído más osado, más decidido, más solidario.

Para Ana María la ruptura fue traumática. Cuando meses o años después, ya en Europa, sus padres y los amigos de sus padres llegaban de la calle con el invierno a cuestas y tomaban un trago fuerte para entrar en calor, no bien dejaban de temblar empezaban a hablar del país lejano. Calles, gentes, sol, libros, aulas, playas, muchachas, pinos, plazas, tangos, lluvias, neblinas, todo se introducía en la nostalgia. Para Ana María en cambio el país era el Ángel. Era sus caminatas matutinas. Era aquella mirada transparente que acogía las confidencias y luego se nublaba. Muchas noches había oído a sus padres y a los amigos de sus padres quejarse de que el exilio era duro. A esa altura ella comprendía que eso era aproximadamente cierto. El primer semestre había sido de penurias y hasta habían pasado un poco de hambre. Ahora no. Ya estaban mejor, el padre trabajaba, la madre también, ella misma había aprendido rápidamente la nueva lengua y no tenía problemas en la escuela. De a poco se habían ido adaptando a la situación. Sin embargo, para Ana María el exilio seguía siendo más duro que para los demás, sencillamente porque no estaba el Ángel.

Así y todo fue una buena nueva la sorpresiva reapari-

ción del tío Eduardo. Ella nunca se atrevió a preguntarle si lo habían soltado o simplemente se había escapado. Prefería creer que se había escapado y, tal como sucedía en las seriales de televisión, se había sumergido en el río y respirado por una cañita hueca a fin de salvarse de los enormes perros que lo perseguían. El tío Eduardo se alegró de verla. Ella también, pero lo encontró cansado, vacilante, casi como si estuviera enfermo. En una ocasión Ester le preguntó si sabía algo de Sebastián, y el tío Eduardo pareció animarse o tal vez encenderse de rencor cuando respondió que prefería no hablar de ese sujeto. Y al fin lo soltó: había sido un soplón. Ester dijo, sin mucha convicción, que no podía creer eso de su hermano. Ana María echó de menos al Ángel: cómo habría querido contarle aquella impresionante novedad.

Meses después, sin embargo, cuando ya era por fin otoño y Ana María caminaba pensativa bajo los castaños de una avenida muy concurrida y muy amplia, sintió que la invadía un extraño bienestar, algo así como si de pronto aquella ciudad tuviera el mismo aroma que la vieja calle del colegio al otro lado del océano. Antes de verlo, ya sabía que era él. Sentado en un banco estaba el Ángel, un poquito más gordo y menos pálido, pero sus ojos estaban por suerte despejados.

Ana María no pudo contener un grito de alegría y enseguida se puso a contarle con todo detalle sus dos años de exilio y también le hizo un centenar de preguntas. El Ángel la escuchó con paciencia, pero era indudable que de a ratos se distraía. En un instante en que Ana María se tomó un respiro, aprovechó para decir: “Estuve preso.” Después de asombrarse, ella le preguntó si había sido preso político. “No exactamente”, dijo el Ángel, “te fuiste y me quedé sin trabajo porque no me autorizaron a seguirte, nunca supe por qué, y entonces, como misión transitoria, me encargaron de la guarda de un preso político”.

Ana María casi no podía creer que el Ángel hablara, pero era cierto, había hablado. Con una voz que tenía la misma transparencia de sus ojos cuando no estaban nublados. Ella le preguntó cómo era la cárcel, y él dijo: "Horrible." Y como sobre ese tema había escuchado muchas veces la letanía de sus padres, Ana María se atrevió a preguntarle si lo habían torturado. "Sí y no. Aunque son especialistas, en mi caso no podían castigar un cuerpo, pero en cambio me hacían doler los recuerdos, el cariño, la risa. Nunca olvidaré la noche en que me rasgaron la confianza de arriba a abajo. Aún no ha cicatrizado." Ana María le preguntó si había estado en la misma prisión que el tío Eduardo. "Sí, en la misma. Él no cree en mí, ya me lo has contado, pero yo sí creo en él, es un tipo admirable." A ella le gustó mucho que el Ángel elogiara al tío Eduardo, pero más todavía le gustó que hablara. Un Ángel hablando. ¿No era maravilloso? Ahora sí valía la pena el exilio. Así y todo le extrañó que el Ángel, a diferencia del tío Eduardo, no estuviera desmejorado ni nervioso; sólo parecía asustarse de los gritos y los bocinazos y aun de las castañas que a veces caían de las ramas altas. Por otra parte, las pocas veces en que los ojos se le nublaban, a ella le parecía advertir un cierto nimbo de crueldad. Pero inmediatamente se corregía: debía ser el lógico resentimiento por haber sufrido.

Nunca había tenido alas, o por lo menos no habían sido visibles, pero Ana María, que antes no se había fijado en esa carencia profesional, sólo ahora lo encontró desalado. El mismo hecho de que hablara significaba algo, de eso estaba segura, pero no caía en la cuenta de cuál era ese significado. Sin embargo, aun con esos descuentos, estaba conforme, casi feliz. Una Europa con Ángel era algo mucho más entretenido que una Europa desangelada.

Por las dudas empezó a hacer proyectos. Estaba decidida a ahorrar para viajar con el Ángel. Ahora casi no

tenía oportunidades de ahorro, porque sus padres ganaban poco y nadie en la familia tenía permiso para soñar con viajes y vacaciones, ni siquiera con una modesta bicicleta. Pero ella trabajaría, ella encontraría la manera de ganar algún dinerito y en consecuencia de ahorrar. Ir con el Ángel a la montaña o a la playa, entrar con él en algún parque de diversiones, alguno de esos tan completos que por aquí se estilan, todo integraba un futuro que se había convertido en alcanzable.

No obstante, debía admitir que su comunicación con el Ángel no era aquí tan fluida como en sus antiguas caminatas. A veces transcurría una semana sin que apareciera. Ana María vivía en constante expectativa y cuando el Ángel por fin aparecía ella se esforzaba en ocultar sus zozobras. Se le figuraba que si el Ángel advertía hasta qué punto era extrañado y querido, podía volverse vanidoso, engreído, pedante; bueno, exactamente como ocurre con las criaturas y sobre todo con las criaturitas de carne y de hueso. O sea que Ana María se propuso velar por la educación del Ángel, ser un poco la custodia de su custodio.

Cuando por fin aparecía, Ana María le formulaba discretas preguntas destinadas a averiguar en qué consumía su jornada, pero el Ángel se había vuelto extrañamente reservado. Sólo mostraba algún interés cuando le hacía preguntas sobre el tío Eduardo, qué hacía ahora, si trabajaba, dónde vivía. Por lo demás escuchaba los relatos de Ana María, menos coherentes tal vez que los de antaño, dado que ahora ella no podía sobreponerse al temor de aburrir al Ángel. Y cuando éste bostezaba sin el menor disimulo, ella sentía que estaba fracasando y el corazón se le estrujaba. Lo que sí estaba era adelgazando debido a tanta ansiedad, y eso fue advertido al fin por Agustín y Ester, que, como seguían ignorando la existencia del Ángel, no encontraron nada mejor que llevarla al médico, un

doctor compatriota, claro, porque los otros cobraban una barbaridad.

El médico la miró, no como quien mira a una niña que está concluyendo su infancia, sino más bien como se mira a un florero sin flores. Le acarició la cabeza y empezó a hacerle preguntas tontísimas acerca de por qué comía tan poco en su casa y si no engulliría los bizcochos demasiado de prisa en los recreos y por fin (haciéndole un guiño a la madre) si no estaría enamorada. Gran risotada final. Ana María lo despreció tan profundamente que ni siquiera enrojeció. Sin embargo, cuando salieron a la calle y Ester le preguntó cómo se sentía, ella dijo que bien, pero lo cierto era que se estaba preguntando si, como había dicho el médico, no estaría enamorada. Enamorada del Ángel, por supuesto. Siguió pensando en eso hasta que llegaron a la casa, y allí comió abundantemente, simulando un apetito voraz, sólo para que la dejaran tranquila.

Esta vez el Ángel estuvo diez días sin comparecer. Ana María salía a veces de paseo con el tío Eduardo, pero nunca hablaban del Ángel. No obstante, una vez fue el tío Eduardo quien tocó el tema. Le preguntó si todavía le preocupaba aquella fantasía de Sebastián. Ella se dio cuenta de que decía *fantasía* y no estupidez o bobería, nada más que para no herirla. Ana María se limitó a sonreír y a recordarle que a ella siempre le habían gustado los ángeles, así que quién sabe. El tío Eduardo rió francamente y comentó que se estaba poniendo muy linda y que dentro de poco él ya sabía qué clase de ángeles le iban a arrastrar el ala. Ella no se atrevió a confesarle que su Ángel no tenía alas. Además le vino cierta aprensión de que apareciera justamente ahora, cuando ella paseaba con el tío, y que esta presencia lo espantara. Pero ni rastros.

Apareció en cambio al día siguiente, cuando ella iba sola, otra vez en la avenida de los castaños. A Ana María le dio la impresión de que también esta vez la estaba esperando.

Quiso contarle la entrevista con el médico, pero el Ángel le ganó de mano. Últimamente estaba muy locuaz. “Te esperaba porque quería decirte algo. Algo importante.” Ana María sintió primero un escalofrío y luego un extraño calor en las mejillas. Se recostó en un árbol para recibir la revelación. “No voy a venir más.” Ana María creyó no haber oído bien. Pero él repitió: “No voy a venir más por aquí.” Y como ella permaneció muda, el Ángel se creyó obligado a agregar: “No puedo ser más tu Ángel de la Guarda.” El “¿por qué?” de Ana María sonó como un gemido. “Porque ahora soy la guarda de otra persona.” Ella respiró hondo antes de inquirir: “¿Otra niña?” “No. Otra mujer.” A Ana María la invadió una mansa desesperación. Se sentía capaz de competir con otra muchachita pero no con una mujer. Para peor, los ojos del Ángel estaban gloriosamente despejados y en cambio los de ella se nublaron. “Eso significa que me han ascendido”, dijo el Ángel, “ser el custodio de una mujer es mucha responsabilidad”. “Te felicito”, dijo ella, y consiguió agregar: “Pero alguna vez vendrás, aunque sea a visitarme ¿no?” “No, está prohibido”, dijo el Ángel sin la menor tristeza. La siguiente pregunta fue apenas un balbuceo: “¿Y cómo es la mujer?” “Hermosa, muy hermosa.” Fue en ese preciso instante que a Ana María le pareció que el Ángel ahora tenía alas. No precisamente en la espalda sino en la mirada. Tenía la mirada de los que vuelan. Eso ya era demasiado. No le quedó otra salida que decir chau y salir corriendo.

Durante cuatro días lloró copiosamente, aunque siempre en la clandestinidad. Al quinto, le asaltó el temor de que tanta congoja aumentara su flacura y que en consecuencia la llevaran de nuevo al médico que preguntaba sandeces. Así que resolvió suspender radicalmente el llanto. Al sexto día, ya bastante recuperada, salió de paseo con el tío Eduardo.

No fueron a la avenida de los castaños. Ella propuso

otro rumbo, así que estuvieron revisando libros en los puestos callejeros. Luego se instalaron en un café. Era un día agradable, soleado. La gente lucía optimista y elegante. Las sirenas de los bomberos eran valsos nobles y sentimentales. Los perros burgueses, tras regar el árbol de sus sueños, emitían ladriditos de contento antes de regresar junto a las relumbrosas botas de sus amas. Hasta los policías se sentían obligados a sonreír. El tío Eduardo pidió una cerveza y Ana María un helado de limón.

“¿Sabés una cosa, tío?”, dijo Ana María. “Creo que siempre tuviste razón. No existen.”

MIGRACIONES

COMARCA EXTRAÑA

País lejos de mí / que está a mi lado
país no mío que ahora es mi contorno
que simula ignorarme y me vigila
y nada solicita pero exige
que a veces desconfía de mis pocas confianzas
que alimenta rumores clandestinos
e interroga con cándidas pupilas
que cuando es noche esconde la menguante
y cuando hay sol me expulsa de mi sombra

viejo país en préstamo / insomne / olvidadizo
tu paz no me concierne ni tu guerra
estás en las afueras de mí / en mis arrabales
y cual mis arrabales me rodeas
país aquí a mi lado / tan distante
como un incomprendido que no entiende

y sin embargo arrimas infancias o vislumbres
que reconozco casi como mías
y mujeres y hombres y muchachas
que me abrazan con todos sus peligros
y me miran mirándose y asumen
sin impaciencia mis andamios nuevos

acaso el tiempo enseñe
que ni esos muchos ni yo mismo somos
extranjeros recíprocos extraños
y que la grave extranjería es algo
curable o por lo menos llevadero

acaso el tiempo enseñe
que somos habitantes
de una comarca extraña
donde ya nadie quiere
decir

país no mío

BALADA

La primera vez que los vi fue en el Paseo Marítimo. No diré que parecían dos tortolitos, porque él tendría unos treinta y cinco y ella un poco menos, pero sí que eran la imagen viva de la pareja que se lleva bien y para eso no era preciso que caminaran abrazados o se detuvieran cada veinte metros para besarse. Ramírez me preguntó si los conocía, y ante mi negativa por sobre el bocadillo de jamón, qué raro che, son compatriotas tuyos, como si yo estuviera obligado a conocer todo el espinel del exilio, y en vista de mi ignorancia completó el informe, él era arquitecto y se llamaba Matías Falcón, ella diseñaba, Patricia Arce. Habían estado presos allá en tu/mi barrio, cada uno por su lado, él seis años, ella cuatro y medio, pero aunque te parezca mentira se conocieron en España, más de un año que andan juntos, viven cerca de la Plaza, un estudio con buena luz pero el edificio es absolutamente vetusto, quinto piso y sin ascensor, no me jodan, ya no estoy para esos gólgotas, y además son extraños, concluyó Ramírez. Yo los encontraba visiblemente normales, pero él, claro, apenas los viste pasar y ya emitís tu diagnóstico infalible, yo en cambio los conozco desde hace tiempo, he estado con ellos en varias reuniones, te digo que son extraños, no entró en detalles esclarecedores ni yo tampoco se los pedí, el hecho de que fueran compatriotas no me habilitaba para hurgar en su anecdotario ni mucho menos para meterme en sus vidas paralelas.

La ciudad me conquistó de entrada, con ese sabor a queso rancio y a pescado fresco, y un paisaje mediterráneo que te entra hasta por las orejas. Por otra parte, se-

gún Ramírez, aquí había oportunidades de trabajo, y al menos ves el mar, no me digas que no te hace falta el mar. Claro que me hace falta, Madrid es formidable, mejor dicho sería formidable si estuviera en la costa, viste, es una ciudad amable, tiene animación, disfruta su primavera cultural y exhibe su abundancia de piscinas, pero la piscina es al mar como el renacuajo al cocodrilo. Yo soy medio hipocóndrico, decía Ramírez, y a veces me entra una mufa terrible que no se me va ni con la siesta, yo la llamo mufa en profundidad, sabés cómo la curo, sencillamente asomándome a una calle desde donde se divise el mar y entonces lo veo y me río solo, lo veo y respiro.

De a poco me fui adaptando a este mercado que como cualquier otro tiene sus peculiaridades, y cuando saqué a relucir mis viejas dotes publicitarias enseguida capté que llevaba una apreciable ventajita, aquí nadie conoce los eslóganes que yo y otros estimados colegas acuñamos y ventilamos en el Montevideo de los sesenta y pico, en la etapa anterior al milicaje, sólo necesito hacer las previsibles adaptaciones al medio, pero lo que fue bueno para vender dulce de leche en el Cono Sur, con ligeras modificaciones ha de prestarse para colocar natillas en la madre patria y quien coloca natillas coloca champúes o juguetes bélicos, todo es uno y lo mismo, increíble que esta buena gente que ha soportado inquisición, guerra civil, franquismo, aceite de colza, sequías e inundaciones, se haya perdido nada menos que el dulce de leche, y ya estoy decidido, no bien reúna algunas pelitas seguro que instalo una fabriquita, pobre pero honrada, de esa delicia nacional.

Una mañana en que discutía acaloradamente sobre publicidad en las oficinas centrales de Mantequerías Ledesma, volví a ver a Patricia Arce, que había traído un diseño a nombre de la empresa en que trabajaba. El gerente miró alternativa y atentamente las dos propuestas y

por supuesto eligió la mía, no faltaba más. La de ella era inconmensurablemente mejor desde el punto de vista estético, pero la mía, es decir la que yo había sugerido a mi diseñador, quien a su vez la había dibujado a regañadientes porque según su respetable opinión mi idea genial era un mamarracho, la mía demostraba, si no un mayor conocimiento del gusto popular español, al menos una vasta erudición sobre el gusto de los gerentes.

Y claro, me dio un poco de lástima, porque el dibujo rechazado era de ella, y sobre todo porque era compatriota, o sea que en desagravio la invité a una horchata y contra lo esperado aceptó, pero a condición de que pudiera cambiar la horchata por un cortado, con lo cual la fiché entre las tradicionales, y me sugirió que fuéramos hasta el Siena, donde había quedado en encontrarse con su, y ahí vaciló mientras yo estornudaba por solidaridad y eso la desinhibió y pudo por fin saltar el obstáculo, encontrarse con su compañero. Por supuesto fuimos al Siena, aprovechando las siete cuerdas arboladas para intercambiar nuestras historias personales, y allá había estudiado diseño nada menos que con Tomasito Boggio, arquitecto y pintor talentoso y/o frustrado a quien yo conocía ampliamente y que, en los penúltimos tramos, desalentado porque nunca lo admitían en el Salón Nacional se había dedicado a la venta de inmuebles, es decir se dedicó hasta que un sábado la cana fue informada de que llevaba a cabo reuniones subvertientes en un apartamento sin estrenar, resumiendo que lo colocaron a la sombra por un lustro completo a pesar de que nada ni nadie logró moverlo de su versión primeriza, le estaba mostrando el pisito a varios muchachos que querían un local para un club de ajedrez. Patricia no me habló de su temporada de encierro, acabábamos de conocernos y nunca se sabe, y además en eso apareció Matías, desgarrado y atento pero con una mirada gris y miope que parecía buscar infructuosamente cómo extraer-

se de la melancolía, fue presentado como Matías mi compañero, y yo como El Compatriota que Acaba de Quitarme un Trabajo, tanto gusto, ah es dibujante dijo Matías sin animosidad y tuve que aclararle todo, mi actividad pasada y la actual, mis tres años de exilio voluntario, el motivo de haberme instalado aquí, mi enamoramiento del mar, este mar, cualquier mar. Y él, claro que el mar es siempre atractivo, pero lo dijo con el tono de quien no tiene la cabeza llena de dunas y gaviotas sino a lo sumo de postales de *windsurfing*, de modo que parecíamos destinados a desencontrarnos, sólo faltaba que fuera hinchas de Peñarol, no, no le atrae el fútbol, y sin embargo me cayó bien, incluso mejor que Patricia, lo que es mucho decir. No era tan retraído como su desgarbo parecía anunciar, aunque tampoco habló por los codos.

A partir de ese encuentro casual nos vimos con frecuencia, pronto se incorporaron Ramírez y Emita, su mujer, una boliviana franca y redondita, hija de valencianos, que tenía una lejana memoria de su infancia en Tarija, y un mes después ya éramos siete porque se agregó el matrimonio chileno, Pepe y Alicia, único verdaderamente legal, y dos meses más tarde somos ocho porque me decido a insertar a Montse, sola oriunda del grupo, que en los últimos tiempos se había insensiblemente convertido en mi (por favor, que alguien estornude) compañera. No era corriente que saliéramos todos juntos, porque los horarios de trabajo, y por ende los de descanso, rara vez coincidían, y cuando Ramírez estaba libre yo en cambio laburaba, o cuando el chileno, intérprete del desgraciado, estaba tapado de excursiones, a Matías, que hacía todo el trabajo real en el estudio de un arquitecto doméstico que en recompensa ponía su firma, le llegaba el descanso. Con las mujeres no había problema de horario, pero eran machistamente leales al tiempo libre u ocupado del varón respectivo. Además, casi nunca había acuerdo para ir al cine, generalmente a causa del doblaje,

ya que Pepe y Alicia y también Emita no hacían concesiones, versión original o nada, o sea que iban al cine dos veces al año. En Madrid es mejor, decía el chileno. Sí, hay v.o. pero no hay mar, objetaba el repetitivo Ramírez, nacido en Mar del Plata, y los demás lo acompañábamos al cine, con el interés adicional de intentar reconocer qué personaje del hondo drama escandinavo iba a hablar con la voz de la entrañable abejita Maya.

Pocas veces me encontraba a solas con Ramírez, pero fue en una de ellas que aproveché para indagar, bueno y qué te parecen ahora Matías y Patricia. Dije que estupendos, había sido una suerte conocerlos, aquí somos tan pocos los del *quartier latin*, y como la pregunta estaba en el aire decidí ganarle de mano, acaso te siguen pareciendo extraños, sí con la cabeza y yo como un idiota, parecen felices ¿no?, extrañamente felices, complementó Ramírez, esta vez sin envidia y con preocupación, y pasó a explicarse. Se llevan magníficamente, se quieren, quién podría dudarlos, se ayudan, se complementan, se animan mutuamente, son algo así como un paradigma de la pareja humana, y sin embargo. Y aquí soltó prenda, vos has visto que alguna vez intercambien alguna mirada de amor, digo de amor físico, eh, has visto que se estrechen, se acaricien, se tomen las manos, se rocen las mejillas, como los demás, eh. Bueno, hay gente, dije, que no tienen el hábito de exhibir en público sus sentimientos, y al decirlo supe que estaba profanando algo, y además me sentí el portavoz oficial del *Reader's Digest* y de la Organización de Padres Demócratas, así que rápidamente pregunté a qué lo atribuí. No sé, dijo el marplatense, sólo sé que hay algo raro, pero entendeme, estoy seguro de que son dos tipos estupendos, sobre esto no tengo dudas, pero a veces, en algunas pausas, cuando estamos todos juntos y los ocho guardamos silencio, me parece que rozamos una explicación secreta, y esa explicación que nunca llega y

que en realidad no sé en qué consiste, me deja con un nudo en la garganta, ya sé lo que pensás, soy un tarado. Por fin pude decirle que personalmente no había efectuado sus mismas observaciones, pero que siempre me habían llamado la atención los ojos de Matías y de Patricia, eran felices, estaban contentos de estar juntos y también, aunque en menor grado, de haberse hecho amigos de todos nosotros, y sin embargo sus ojos tenían una congoja inevitable y seguía siendo congoja hasta cuando reían.

Nuestra amistad a ocho voces y a siete vasos, porque Matías era abstemio y confesaba muy serio que había contraído ese vicio en la cárcel, nuestra amistad continuó normalmente su ritual de invitaciones, brindis, discusiones, alguna que otra excursión, lecturas compartidas, proyectos en común. En el Siena o en un restaurante italiano que descubrió Montse o en alguna de las respectivas viviendas, nos seguíamos encontrando dos o tres veces por semana, no hablábamos mucho de política, tal vez porque las noticias que venían de nuestro sur no estimulaban aún esperanzas reales o porque no nos gustaba remover así nomás nuestros propios y cercanos rescoldos.

Una noche que estábamos en el estudio que Matías y Patricia alquilaban cerca de la Plaza, sobrevino uno de esos silencios que tanto angustiaban a Ramírez. Yo no encontraba nada que decir y casi como una excusa empecé a recorrer con la mirada aquel ambiente donde, a diferencia del nuestro o el de Ramírez o el de los chilenos, no había ningún afiche de denuncia, sólo dos xilografías de Frascóni, con sus hermosas y sugerentes bandadas de aves migratorias. De pronto Montse, que también sentía la opresión de aquel silencio y no sabía cómo interrumpirlo dijo ayer conocí a un cordobés de la Córdoba vuestra, quince días que lleva en España, pasó siete años en una cárcel de provincia en Argentina, y le hicieron de todo. Sentí, sentimos una rara sensación, bastante parecida a un es-

calofrío, pero era verano, nadie miró a nadie y empecé a escuchar un sonido casi imperceptible, casi diría un ruidito intermitente, y entonces no sé por qué miré a Patricia y el sonido provenía de su sollozo mínimo, por lo menos hasta que Matías se levantó y se colocó frente a ella sin preguntarle nada, simplemente le puso una mano en el hombro. Pepe hizo una seña y nos pusimos de pie, Patricia exhausta alzó la cabeza, perdónenme no sé qué me pasa, y Matías sonriendo, cada vez más triste, sencillamente está agotada, esta semana tuvo muchísimo trabajo. Cuando llegamos a la calle, Montse me miró azorada, estuve horrible, enseguida me di cuenta, estuve horrible pero por qué. No sé, le dije, y verdaderamente no sabía, así que la abracé y estaba temblando, y así, medio abrazados, nos fuimos a casa.

Lo de Patricia fue un detalle mínimo, y sin embargo a partir de aquella noche el grupo no fue el mismo. Matías y Patricia no nos llamaban, y cuando nosotros los llamábamos no estaban o tenían una jornada ocupadísima así que no podían juntarse con nosotros. En parte era cierto, porque Matías había empezado a trabajar en otro estudio de arquitectos y aún no había dejado el anterior, pero la ausencia de ellos nos desarmó a todos, así que sólo nos veíamos por azar y aunque seguíamos amigos como siempre, nadie convocaba a cenas o excursiones o películas dobladas, y ya ni siquiera nos fijábamos si exhibían alguna en v.o. Pero el jueves pasado, al salir de un Banco encontré a Ramírez, estás apurado o tomamos un café, y lo tomamos, claro, todo un rodeo para entrar en materia. Prometí no hablar de esto con nadie, dijo Ramírez, y conste que no se lo he dicho ni siquiera a Emita, pero ya no puedo soportarlo a solas, hace una semana estuve en Barcelona y encontré a un viejo amigo sevillano, no te diré el nombre, perdoname, y dale con el exilio y sus penurias y las que los exiliados le agregamos y enseguida un

caso que le había impresionado por su drama humano, así me dijo, por su drama humano, y del que se había enterado por razones y medios que tampoco quiso enumerar, ya vi que se trataba de un chisme discretísimo, y sorpresivamente me di cuenta de que estaba hablando de Matías aunque nunca mencionó el nombre y el sevillano no sospechaba que yo lo conociese, pero se me fue revelando por ínfimos detalles, era Matías torturado en prisión hasta límites inimaginables, milagrosamente recuperado al obtener su libertad, milagrosamente menos en un rubro, se había acabado la etapa viril, nunca nunca más. Y era Patricia, aunque tampoco mencionó el nombre, pero lo fui deduciendo, Patricia torturada, violada, destruida, y maravillosamente recuperada al salir, maravillosamente pero con una excepción, también para ella se había acabado el sexo, ese imposible, qué dúo che, nacidos para no amar, dirían las revistas del cuore, jodida vida, la puta que lo parió, no se conocían pero se hallaron en España y cada uno supo del otro, del infierno del otro, y decidieron no tener vergüenza, para qué, y hablar del tema hasta agotarlo y hablaron tres días y tres noches, lo recorrieron en sus infinitas y escuetas posibilidades, y sin insolencia ni malicia ni hipocresía ni blasfemia, pero con un insólito realismo y una esperanza cavilosa y un suplicio furtivo, decidieron juntar sus imposibles y vivir, o por lo menos intentar vivir, y lo están haciendo.

En medio de mi azoro sentí que el chisme redondeaba la explicación y confirmaba que los hubiésemos hallado extraños, y también aquel sollozo como un ruidito intermitente, sin embargo la loca empresa era un delirio demasiado cercano a lo quimérico, y opiné que no podía ser verdad, que nadie es capaz de obligar a su propio cuerpo a semejantes colmos de ansiedad y frustración, si fuera cierto no podría haber durado tanto tiempo y una cosa era que Patricia se hubiese literalmente derrumbado tras

la impremeditada referencia de Montse a la tortura, y otra muy distinta que haya compartido con Matías una aventura tan descabellada. Y Ramírez que él pensaba lo mismo, pero que no obstante en la extraña historia podía haber una pequeña dosis de verdad, no olviden señores que él había advertido algo de extraño y que yo mismo había reconocido en aquellas miradas una congoja sin futuro. Y tras el café un cortado y luego un jerez seco y más tarde un coñac, porque no podíamos dejar de darle vueltas y más vueltas al tema, sin ninguna gana de reconocernos inútiles para encontrar una solución a aquella pesadilla. Y de tanto en tanto decíamos otra vez que sin embargo parecían, y sin duda eran, felices y poco menos que enamorados y siempre necesitados el uno del otro y que no podía ser que las secretas imposibilidades no se reflejaran de modo más explícito en la vida cotidiana, ni siquiera en la apariencia cotidiana, o sea que teníamos que volver a llamarlos como antes, y otra vez reunirnos, porque si sólo era una fábula no había por qué dejar caer aquella amistad tan entrañable y la consiguiente armonía del grupo, y si en cambio el cuento era historia real, si aquellos dos estaban llevando a cabo un infernal experimento, con más razón había que apuntalarlos, estar siempre junto a ellos, darles en cada jornada nuevos incentivos y conseguir para nuestra fraternidad un contorno espiritual, de inteligencia, de sensibilidades, de esperanzas y hasta de desparpajo, que nos elevara a todos pero a ellos les brindara un nuevo nivel para sentirse recíprocamente necesarios y necesitados. Por supuesto no lo íbamos a hablar con Montse ni con Emita ni con Pepe ni con Alicia, entre otras cosas porque si todos entrábamos en la clave iba a ser inevitable que segregáramos algo así como una piedad tribal, y eso sería tan horrible como inútil. En cambio podíamos llevar la relación del octeto por el derrotero que Ramírez y yo nos afanáramos en trazar y quizá de eso surgiera una

clase de concertación poco menos que inédita. Entre el humo y los tragos llegamos a vislumbrar una rendija de lucidez para este exilio tan estéril y repetido, y cuando nos despedimos, luego de telefonar a Montse y a Emita para que no se preocuparan por nuestra tardanza, estábamos seguros de que Matías y Patricia encontrarían un atajo y nosotros con ellos.

Esa noche Montse y yo cenamos tarde y me quedé trabajando mientras ella dormía. Luego, ya acostado, me desvelé pensando que no podía ser, pero si era. Al día siguiente me desperté más tarde que de costumbre, sin el menor presentimiento de que la jornada iba a ser de mierda. Al fin de cuentas, todo lo vino a descubrir la pobre Emita, que a eso de las diez fue a buscarlos sin despertar a Ramírez, y como nadie respondía en el estudio a su serie de timbrazos, tuvo de pronto un temor absurdo, recordó que la portera tenía una llave y diez minutos más tarde no pudo siquiera gritar cuando vio aquel lecho grande, las sábanas limpiísimas donde yacían cara al techo los dos cuerpos, desnudos y asombrosamente jóvenes llenos de cicatrices y sin embargo apacibles, la mano de Patricia sobre el muslo de Matías, la mano de Matías que no llegaba a ser puño, sellados los labios como en un pacto, y cerrados los ojos que nunca más verían las bandadas de aves migratorias.

HUMUS

FINTA

En las pausas insomnes
en los ojos glaciales
en el gesto ritual de la amenaza
el vocero del odio estrena sus enigmas
hinca roedor sus dientes en el humo
recobra la prudencia de su miedo impalpable

en la cábala oscura
en el martirio en cierne
en el postigo abierto a la amenaza
las larvas del odio se hacen adultas
los recientes acechos se organizan
la extenuada blasfemia nos anega

en el nuevo desvelo
en la hipótesis vieja
en la azul cicatriz de la amenaza
la provincia del odio se vuelve inhabitable
y hay delirios que copan el futuro
en el adviento de la noche mala

así y todo el absurdo resplandor
el amago presente e infinito
esa letal rampante hiedra de la amenaza
pueden ser reintegrados a su túnel de origen
si uno aprende el idioma de la muerte
y no lo olvida en vida

JULES Y JIM

Fue un sábado de tarde, en plena siesta, cuando sonó la primera llamada. Aún medio aturdido, había alargado el brazo hasta el teléfono, y una voz masculina, ni demasiado grave ni demasiado aguda, había inaugurado el ciclo de amenazas con aquello, después tan repetido, de hola Agustín, te vamos a matar, no sabemos si en esta semana o en la próxima, lo único seguro es que te vamos a matar, chau Agustín. Esa vez la sorpresa no le permitió decir ni hola ni quién habla, pero en la siguiente, también sábado de tarde, logró al menos preguntar por qué, y le respondieron vos bien sabés, no te hagas el imbécil.

Desde entonces se habían acabado para Agustín las siestas sabatinas. Pensó en motivos políticos, comerciales, amorosos. Pero ninguno le proporcionó una pista medianamente fiable. Su actividad política en el 71 se había limitado a los comités de base y había sido por cierto bastante floja. Compartía las preocupaciones y actitudes de aquella linda y despierta muchachada, pero no aguantaba las fervorosas e interminables discusiones hasta la medianoche, de modo que se hacía humo no bien se presentaba una aceptable coyuntura. Es cierto que había aportado su cuota, ayudado en lo que podía, pero nunca se consideró un auténtico militante. Después del golpe, sencillamente se borró.

Por otra parte, su vida comercial no provocaba envidias ni animadversiones. Había pocos empleados en la modesta ferretería que heredara del viejo y nunca había tenido conflictos con su personal. Dos de los empleados vivían también en Pocitos y más de una vez se habían

encontrado en las reuniones del comité barrial. Sólo que ellos se quedaban siempre hasta el final de las discusiones, y al día siguiente, en el trabajo, él no se animaba a preguntarles a qué conclusión habían llegado, sencillamente porque nunca le había gustado que la política se introdujera en la ferretería.

En el rubro mujeres, su soltería, que en el filo de los cuarenta se iba volviendo inexpugnable, no le impedía una relación casi estable con una antigua amiga de su hermana (la que ahora vivía en Maldonado, casada con un dentista), cuya atractiva madurez había reencontrado hacía casi cinco años durante un viaje a Buenos Aires. A partir de esa buena y agradable vinculación con Marta, había renunciado a los inestables y a menudo riesgosos mariposeos de años atrás. De manera que tampoco ese sector privado podía ser caldo de cultivo para resentimientos o chantajes.

En el ámbito familiar no había problemas. Toda su parentela, no muy abundante, estaba repartida en ciudades y pueblos del interior: los tíos en Paysandú, la madre en Sarandí del Yí, las dos hermanas y una sobrina en Maldonado. Raras veces bajaban a la capital, y él, por su parte, casi sin darse cuenta, había ido espaciando las visitas.

Al principio no tomó en serio la nueva situación. Se dijo que ya no eran los duros tiempos del 72 o el 73, cuando estas anomalías podían tener causas y pretextos muy diversos y hasta verosímiles. Cabía la posibilidad de que fuese una broma, pero quién de sus pocos amigos podía ser tan pesado como para mantener durante varias semanas un juego así de oscuro. Un chantaje tal vez, pero qué enemigo podía ser tan sádico como para molestarlo de esa manera impúdica y siniestra. Y además, quién podía ignorar que la ferretería daba para vivir y nada más.

Lo cierto es que había decidido no abandonar el apartamento en las tardes de los sábados. Su lema personal,

adecuado a las circunstancias, era que al sadismo de los amenazadores él correspondía con su masoquismo de amenazado. Pero semejante tozudez tenía una lógica: si desaparecía los sábados, la previsible respuesta del fantasma agresor consistiría en trasladar la llamada intimidatoria para el martes o el viernes.

Así fue que el mundo empezó a tener otro color y otro ritmo para Agustín. Por las mañanas, cuando concurría a la ferretería, ya no usaba el auto. Aunque desde el comienzo había aceptado que si alguien planeaba acabar con él, las precauciones estaban de más, de todos modos había tomado algunas medidas primarias, elementales. Por ejemplo, viajar en autobús. Caminaba una cuadra y media y tomaba el 121, que rara vez venía repleto, o sea que viajaba cómodo. Le acompañaban sin embargo suficientes pasajeros como para que el supuesto enemigo lo pensara dos veces antes de emprenderla a tiros. Pero ¿por qué precisamente a tiros? Alguien podría terminar con él, por ejemplo, en un ascensor, digamos el de su edificio, entre el segundo y el tercer piso, o quizá viceversa, y como eso tampoco era descartable, empezó a usar el ascensor sólo cuando lo compartía con otros habitantes del inmueble. ¿Y si el autor de las llamadas fuera precisamente un habitante del inmueble? Durante una semana bajó los ocho pisos por la escalera, pero no le fue difícil admitir que, en ciertas horas de poco movimiento, una agresión entre piso y piso podía no ser algo descabellado. De modo que volvió a usar el ascensor.

Carmen, la mujer que tres veces por semana venía a cocinar y a hacer la limpieza, estaba con él desde el 70 y era de absoluta confianza, pero así y todo le hizo discretas preguntas acerca de su ex marido (hace más de un año que no sé nada de él, don Agustín) o de su hermano (se fue a Australia, qué otra cosa iba a hacer el pobre, un obrero especializado como él y aquí con los brazos cruza-

dos). Por un viejo acuerdo, Carmen no venía los sábados ni los domingos, de modo que nunca le había tocado atender una de aquellas llamadas, y Agustín tampoco la había prevenido, tal vez porque pensaba que ella podía asustarse y dejarlo plantado.

Por otra parte, Marta nunca venía al apartamento. Agustín siempre había preferido concurrir al suyo, en el Cordón, y aunque ella le preguntó por qué ahora venía sin el auto, él sólo invocó la suba de la nafta. Después de todo, qué solucionaba transmitiéndole a ella su ansiedad. No obstante, en una relación tan regular y sin rupturas como la de la casi pareja que ellos constituían, cada cuerpo aprende a reconocer los desajustes y tensiones del otro, aunque no medien gestos ni palabras, y eso fue precisamente lo que detectó el lindo cuerpo de Marta. Él mencionó el trabajo, la crisis, los acreedores, las minidevaluaciones, bah. Pero tres días más tarde y por primera vez en cinco años, Agustín fue un fracaso en la cama, y aunque Marta apeló a sus mejores reservas de comprensión y de ternura, él no osó decirle que sus pensamientos frecuentemente andaban lejos de aquel busto y aquel pubis, tan atractivos como de costumbre.

Ir y volver. Vigilar y sentirse vigilado. Se metía a veces en el cine pero no conseguía concentrarse en la película, salvo que ésta se enredase en amenazas y atentados, en crímenes y secuestros. Y cuando ello ocurría, entonces le escapaba al desenlace, no quería saber si la víctima sucumbía o se libraba.

En la ferretería, sólo una vez hubo una llamada sospechosa. Le tocó a Luis, el cajero. Era una voz de hombre, preguntó por usted, don Agustín, le dije que estaba atendiendo a una clienta, y entonces comentó que no importaba, que lo llamaría como siempre a su casa, el sábado por la tarde, pero no quiso dejar el nombre, me pareció un poco raro. Y él, que no se preocupara, que ya sabía quién era, y el sábado a las tres y media la voz de siempre

llamó para decir su estribillo, hola Agustín te vamos a matar, no sabemos si en esta semana o en la próxima, lo único seguro es que te vamos a matar, chau Agustín. El nunca colgaba en primer término, dejaba que la voz completara su mensaje, pero tampoco hacía preguntas, no quería que el otro lo volviera a apabullar con aquel estrambote, vos bien sabés, no te hagas el imbécil.

En tiempos pretelefónicos (como él los llamaba para sí mismo, con extraña nostalgia), aquellas tardes en que no iba a lo de Marta, llegaba al apartamento, se daba una ducha, se servía un trago, encendía el tocadiscos. En materia de música, había dos cosas que le atraían y le descansaban: los solos de guitarra y las canciones latinoamericanas. Hasta el 72 había escuchado casi diariamente a Viglietti, Los Olimareños, Zitarrosa, Soledad Bravo, Alicia Maguiña, Mercedes Sosa. Después que las cosas se complicaron, los escuchaba menos y siempre con auriculares. No quería que algunos vecinos recientes (los porteños del séptimo, los copetudos del noveno) sacaran conclusiones políticas de sus preferencias musicales. Pero, a partir de las llamadas, no tenía ganas de sentarse a escuchar nada, ni guitarra ni canciones, nada. La ducha sí, el trago también, pero en vez de Narciso Yepes o Víctor Jara, prefería un segundo trago y a veces un tercero.

Hasta aquel martes de tarde en que, al cerrar la ferretería, se encontró por azar con Alfredo Sánchez, no había hablado con nadie de su problema. Durante diez años no había sabido de Sánchez, pero el hecho de encontrarlo y también la satisfacción de que el otro a su vez lo reconociera, lo arrancaron de su habitual discreción. Fueron a un café, charlaron largamente, se pusieron al día. Sánchez había sido su compañero de clase en los tiempos del liceo Rodó, cuando Agustín obtenía notas brillantes y era el orgullo de los profesores y sobre todo de las profesoras, y Sánchez en cambio pasaba de año a duras penas, siem-

pre con alguna previa de contrapeso, pero salvándola al fin, tras pagar el odioso precio de quedarse sin vacaciones para estudiar como un condenado. Agustín siempre había percibido la callada envidia de Sánchez, o tal vez lo que él creía que era envidia o resentimiento y sólo era timidez, retraimiento, cortedad. Agustín le ofrecía ayuda, lo invitaba a que estudiaran y repasaran juntos, pero Sánchez, orgulloso y casi hosco, siempre se negaba. Después, en Preparatorios, como Agustín se decidió por química y Sánchez por abogacía, se habían visto bastante menos y quizá por eso la relación había seguido cauces más normales. Años después, y sin que Agustín recordara si había existido algún motivo concreto, sus vidas se habían bifurcado.

Ahora, cuando repasaban en todos sus detalles los respectivos itinerarios, Agustín registraba una curiosa contradicción y se la decía sin ambages al compañero reencontrado: él, Agustín, el ex brillante, ni siquiera había concluido Preparatorios (a la muerte del viejo, tuvo que hacerse cargo de la ferretería y ya no pudo seguir estudiando, o le dio sencillamente pereza, al ver que su situación económica se normalizaba) y Sánchez, en cambio, el estudiante que parecía mediocre y avanzaba a los tumbos, ahora era abogado, tenía un estudio con dos socios de primera, asesoraba a importantes compañías nacionales y extranjeras, era en fin alguien mucho más encumbrado que el modesto ferretero. Además, Sánchez se había casado, tenía tres hijos, dos niñas y un varón, le mostró las fotos, linda mujer, preciosos chiquilines. Agustín, en cambio, solterón empedernido (no tenía por qué mencionar a Marta) o sea que la soledad lo esperaba, agazapada, implacable y paciente, qué se va a hacer. Y fue después de tanto intercambio, de tanto repaso de antiguos profesores y compañeros de clase (Casenave murió, ¿lo sabías?, y el Pulpo, aquel de Matemáticas, se fue a los Estados Unidos y allí es un capo, y la

gordita Moreno se casó con un árbitro de fútbol, quién iba a decir), fue después de tanta amistad recuperada, que Agustín abrió las compuertas de la confianza y por primera vez le narró a alguien su tortura privada. Sánchez le dedicó una atención que Agustín le agradeció con el alma. Y el remate de toda la historia (a esta altura ya no sé qué hacer, estoy desorientado, y además, a vos puedo confesártelo, tengo miedo) halló la sonrisa franca, estimulante, del nuevo Alfredo. Así no podés seguir, qué esperanza, y se quedó un rato pensando, con la mirada fija en la pared. Mirá, si han pasado siete semanas y te siguen llamando y no te ha ocurrido nada, lo más probable es que sea una broma o simplemente ganas de joder. Cuando ocurre una cosa así, uno genera un miedo real, pero también, y es lógico que así suceda, uno inventa otra porción de miedo. Vos que siempre supiste de música: ¿conocés un tango de Eladia Blásquez que habla de los miedos que inventamos? “Los miedos que inventamos / nos acercan a todos.” Ah, no estoy de acuerdo. Esos miedos que inventamos son los más peligrosos. De éstos tenés que librarte, y con urgencia, porque los miedos que inventamos son los únicos que nos pueden enloquecer. Agustín, ha sido una suerte que te encontrara, o que me encontraras, porque voy a sacarte del cepo. Este sábado vas a venir conmigo. Siempre paso los fines de semana con la familia en un lindo rancho que tengo en las afueras, casi en el campo. No me gustan las playas, sabés, demasiada gente, demasiado ruido. Yo soy tipo de pastito y no de arena. Precisamente este sábado mi familia no puede ir y no me gusta pasarla solo, así que te venís conmigo y se acabó. Allá tenés libros, música, naipes, cuadros, televisor. Te hace falta un fin de semana sin sobresaltos.

Así quedaron. El sábado, poco después del mediodía, tras bajar la cortina metálica del comercio, fue recogido por Sánchez en un flamante Mercedes. Almorzaron en un

boliche medio escondido de la Ciudad Vieja. Nadie lo conoce, dijo Sánchez en tono casi conspirativo, pero aquí se come estupendamente. A Agustín no le pareció tan estupendo, pero valoró el gesto y la invitación. Se sentía bien, por primera vez en varias semanas. Narrarle a Sánchez toda la absurda historia había sido para él casi como haberla traspasado. Se sentía más libre, casi sereno. Menos mal, che, que me topé con vos, ya estaba como para internarme, no sé si en el nosocomio, en el manicomio o en la morgue. No digas pavadas, dijo Sánchez, y él no tuvo más remedio que reírse.

La carretera estaba fatal, o sea como en cualquier tarde de sábado, pero Sánchez no se inmutaba. ¿Qué te gusta ahora en música? ¿Lo clásico? Sí, pero sobre todo guitarra. ¿Y en la canción? Bueno, rioplatenses, latinoamericanas. Ah. ¿Viglietti? ¿Chico? ¿Los Olima? ¿Silvio y Pablo? Sí, todos éstos me gustan. Decime Agustín: en música vos fuiste siempre medio subversivo. No tanto, che, además ahora es difícil conseguir esos discos. Por supuesto, pero yo los consigo, tengo mis medios, qué te parece.

El rancho no era rancho sino espléndida casa, con jardín y un cerco de troncos, bastante alto. Por los perros, sabés, explicó Sánchez. Los perros. Eran verdaderamente impresionantes. Ante la presencia del extraño se abalanzaron mostrando su admirable dentadura, pero Sánchez los llamó a sosiego: ¡Jules! ¡Jim! Hay que tener estos bichos, no hay más remedio, ha habido muchos robos y asaltos en la zona, y además aquí estamos demasiado aislados, más vale prevenir. Quien se encargó de adiestrarlos fue mi primo el comisario (eh, no pienses mal) y por eso son una garantía, mejor que todas las armas y las alarmas. Hay un viejo que viene todas las tardes (camina como un quilómetro, pero él dice que le hace bien) a darles de comer. Menos los fines de semana, porque venimos nosotros.

Cuando pasó, no demasiado tranquilo, entre Jules y Jim (es mi modesto homenaje a Truffaut, te acordás de la película, a mí me encantó), Agustín se asombró de su tamaño. ¿Y los tenés siempre sueltos? Claro, encadenados no me servirían. Además, si estamos nosotros aquí, los de la familia, obedecen y no atacan, pero cuando vengo con los botijas y salen a jugar al jardín, entonces sí los ato, por las dudas.

El interior del “rancho” era muy confortable. Sánchez le mostró la habitación que le había destinado y le ofreció ropa liviana, para que se cambiara, bah creo que tenemos el mismo talle, después si hace frío encendemos la estufa. Mientras Sánchez aprontaba los tragos, nada menos que Chivas, Agustín fue revisando los libros, los discos, las cassettes. Había para todos los gustos. ¿Quién iba a pensar que aquel botija taciturno, medio lerdo para los números, casi un pichón de hipocondríaco, se iba a convertir con los años en este tipo abierto, enterado, comprensivo, que sabía vivir, y que hasta lo había empezado a curar de su miedo inventado? Mirá Agustín, con las amenazas pasa como con los perros bravos: si les tenés miedo, se te echan encima. Si en cambio los afrontás con serenidad, entonces te respetan.

Cuando sonó el teléfono, a Agustín casi se le cae el vaso. Sánchez advirtió su sofocón, tranquilo viejo, aquí no te va a llamar nadie, aunque sea sábado. Él mismo atendió la llamada, escuchó con aire de sorpresa y no te preocupes, salgo enseguida, andá llamando al médico para ganar tiempo. El gesto era más de fastidio que de preocupación. Qué pasa. Nada, nada, anoche el más chico de los pibes tenía un poquito de fiebre pero ahora de golpe le subió a casi cuarenta. Es bastante frágil, sabés, así que cada vez que se enferma mi mujer se muere de susto. Puta qué lástima, tengo que irme.

Voy contigo, dijo Agustín. De ningún modo, vos te

quedás aquí, descansando, tranquilo, recuperando fuerzas, leyendo lo que quieras, escuchando guitarra (tengo a Segovia, Julien Bream, Carlevaro, Yepes, Williams, Parkening, podés elegir) o lo que se te antoje. Nadie sabe que viniste, así que nadie te va a llamar. Ahí te queda la heladera, llena de carne, verduras, fruta, bebidas, como para que te alimentes una semana a cuerpo de rey. Pero yo de cualquier manera vengo a buscarte mañana por la tarde, a más tardar. Eso sí, no salgas al jardín. Por los perros, entendés, te saltarían encima, por eso las ventanas tienen rejas, aquí estarás tranquilo. Te hace falta reposo. Y tranquilidad. Aprovechate, gaviota.

Sánchez recogió rápidamente el bolso, la boina, el llavero, que al entrar habían quedado sobre una mesa ratona. Antes de salir le dio un semiabrazo. Que no sea nada lo del botija, dijo Agustín. No te preocupes, se pondrá bien, ya conozco esos vaivenes, es más el susto de mi mujer que la fiebre del chico. Pero tengo que ir.

Y, cuando ya salía, me dijiste que te gustan los Olima ¿no? Mirá, en aquel estante está su última cassette. Donde arde el fuego nuestro. Me la mandaron de Barcelona unos amigos. Te la recomiendo, sobre todo la cara B, donde figura Ta' llorando, es para conmover hasta las piedras. Y además es clandestina, así que sos un privilegiado, no te la pierdas.

Cerró la puerta con un golpe seco. Agustín escuchó los ladridos de los perrazos (¡Jules ¡Jim! ¡Quietos! ¡Basta!) y luego el Mercedes que arrancaba. Estaba un poco desconcertado por el inesperado cambio de programa. Así y todo, se dispuso a pasarla lo mejor posible. Pobre Sánchez, con la buena voluntad que había puesto para que él se recuperara. Se quedó saboreando y terminando el segundo Chivas y mirando uno a uno los cuadros. En realidad eran reproducciones (Miró, Torres García, Pollock, Chagall) pero excelentes. Había que hacer balance. De pronto toma una

decisión. Si llega a librarse de los miedos inventados y, por supuesto, también de los reales, se casará con Marta.

Lo sobresaltó un ruido en la ventana y distinguió, tras las rejas, las cabezas impresionantes de Jules y Jim. No ladraban, simplemente lo miraban con fijeza, como asegurando un objetivo. Evidentemente, esos mastines no eran un símbolo de hospitalidad, así que empezó a mirar los discos y las cassettes. Qué estúpido, no le había pedido a Sánchez el número de su teléfono en la ciudad, para llamarlo más tarde y preguntarle cómo sigue el botija. Así y todo, aunque con vestigios de recelo, se acercó al teléfono y levantó el tubo. La línea estaba muerta. Se ve que con la última llamada se estropeó. Mejor, así estoy seguro de que el de los sábados no llama. Otra vez las cassettes. Eligió una de Segovia y también la de Los Olimareños que le recomendara Sánchez. Colocó la del guitarrista y oprimió la tecla *play*.

Con la cajita en una mano y el vaso en la otra, fue siguiendo el repertorio mientras escuchaba: Fantasía, Suite, Homenaje ante la tumba de Debussy, Variaciones sobre un tema de Mozart. La guitarra sonaba cálida y acogedora en aquel ambiente que, de tan impecable, parecía virgen de ocupantes. Aprovechó aquella paz (sólo perturbada por la visión de Jules y Jim en la ventana) para examinar el desasosiego de sus últimos y penúltimos sábados. Mañana, cuando Sánchez venga a buscarlo, le dirá que, gracias a él, ya se siente libre de Los Miedos Que Inventamos. Sólo le queda el Miedo Real, pero ahora sí tiene la impresión de que éste es menos grave, más gobernable. La guitarra concluye grave y melancólica y el aparato se frena automáticamente. Retira la cassette de Segovia y pone la de Los Olimareños (se fija bien que sea la cara B) pero antes de oprimir de nuevo la tecla *play*, se sirve otro Chivas y toma un trago largo. Es cómodo y simpático el ranchito, jajá, del amigo Sánchez, del amigazo Alfredo

Sánchez. Carajo estoy borracho, se dice al advertir que la enorme estantería va perdiendo nitidez, entremezclando sus colores. ¿Cómo será ese Ta' llorando? Oprime por fin la tecla, hay un espacio de zumbante silencio, y luego el formidable equipo estereofónico se limita a decir hola Agustín, te vamos a matar, no sabemos si en esta semana o en la próxima, lo único seguro es que te vamos a matar, chau Agustín.

CIÉNAGAS

DESAPARECIDOS

Están en algún sitio / concertados
desconcertados / sordos
buscándose / buscándonos
bloqueados por los signos y las dudas
contemplando las verjas de las plazas
los timbres de las puertas / las viejas azoteas
ordenando sus sueños sus olvidos
quizá convalecientes de su muerte privada

nadie les ha explicado con certeza
si ya se fueron o si no
si son pancartas o temblores
sobrevivientes o respuestas

ven pasar árboles y pájaros
e ignoran a qué sombra pertenecen

cuando empezaron a desaparecer
hace tres cinco siete ceremonias
a desaparecer como sin sangre
como sin rostro y sin motivo
vieron por la ventana de su ausencia
lo que quedaba atrás / ese andamiaje
de abrazos cielo y humo

cuando empezaron a desaparecer
como el oasis en los espejismos
a desaparecer sin últimas palabras
tenían en sus manos los trocitos
de cosas que querían

están en algún sitio / nube o tumba
están en algún sitio /estoy seguro
allá en el sur del alma
es posible que hayan extraviado la brújula
y hoy vaguen preguntando preguntando
dónde carajo queda el buen amor
porque vienen del odio

FIRMÓ DOSCIENTAS MIL

A Federico Álvarez
y Elena Aub

1

El 21 de noviembre de 1975, Buenos Aires empezó siendo una mañana fría, soleada, menos húmeda que de costumbre. Como todos los viernes, las calles del centro eran desde temprano un nudo de gritos, bocinazos, apurones, grescas frente a las pizarras de noticias, diarieros que dosificaban su aullido profesional.

Daniel iba a desayunar en La Fragata con Mercedes, Sonia y Andrés, y en el momento de cruzar Corrientes, vio que los tres ya habían alcanzado uno de sus grandes objetivos: una mesa para cuatro, junto a la ventana.

—¿Y qué? —preguntó en un bostezo, mientras se quitaba la bufanda.

Lo recibieron con *Clarín* y *La Opinión*, desplegados entre los cafés y las medias lunas.

—¿Así que murió por fin?

—Viejo duro.

—Se ve que no pudo soportar la falta de su amiguete —dijo Andrés.

—¿Qué amiguete?

—¿Cuál va a ser? El Juan Domingo.

—Me ratifico en lo dicho. Viejo duro.

—Éstos siempre son duros. Adenauer, Churchill, Stalin, De Gaulle. Mala hierba.

—Tampoco vas a meter a todos en el mismo saco.

—Sí, en el saco de los durísimos.

—Tengo la impresión de que estás un poco monocorde —dijo Sonia.

—Monocorde y durísimo —completó Daniel, con otro bostezo.

—Mi viejo —dijo Mercedes— destapó anoche un vino de Rioja que tenía reservado para este acontecimiento.

—Flor de *bouquet* debía tener —dijo Daniel—. ¿Se imaginan? Con cuarenta años de antigüedad.

—¿Así que tu viejo es gaita? —preguntó Sonia a Mercedes.

—No exactamente. Es de Huelva.

—Dejate de matices. Aquí todos son gaitas.

—Gaita de veras era el difunto —dijo Andrés—. Lo dice el diario: nació en el Ferrol, 1892.

Daniel pidió su capuchino con tostadas y echó un vistazo al currículum.

—Que lo parió.

Todos lo miraron.

—¿Se puede saber —preguntó Andrés— a qué obedece ese agudo y sutil comentario matinal?

—A nada en particular. Y a todo. Por ejemplo: a cuánta gente fue liquidando. Aquí dice que firmó doscientas mil sentencias de muerte.

—Carajo y compañía. Adhiero al “que lo parió” del señor diputado.

—Aunque la nota sólo menciona a los conspicuos.

—¿Los qué?

—Los conspicuos.

—Si vos lo decís.

—No sean analfas —intervino Mercedes—. Conspicuos quiere decir los conocidos, los que sobresalen.

—A ver, vos, Sonia —sugirió Daniel—, mencioná tres conspicuos. Sin pensarlo mucho.

—Y bueno: Leonardo Favio, Astor Piazzolla... Y el Lole Reutemann.

—Como feminista sos un fiasco. Ni una *donna* en el trío, ¿no te da vergüenza?

—¿Y quién te dijo que yo era feminista? No faltaba más.

—A ver, Mercedes. Tres conspicuos.

—Cortázar, Ongaro y Eva Perón.

—¿Sos opa vos? Hablá más bajo, nena.

—Éste ya está con la persecuta.

—¿Y Andresito?

—¿Conspicuos nacionales o conspicuos internacionales?

—No hay caso. Vos siempre mostrás la hilacha de la penetración cultural. Nacionales ¿oíste?

—Ah, nacionales. ¿Cadáveres o vivientes?

—Mejor vivos y coleando. Y basta de prórrogas. Al grano.

—Yo diría, por ejemplo, Guillermo Vilas, que va primero en el Grand Prix...

—¡Oportunista!

—Y Jorge Luis Borges, candidato al Nobel...

—¡Oportunista!

—Y... Atahualpa Yupanqui.

—Te salvaste en los descuentos.

—Y vos, Daniel, que fuiste el introductor de los conspicuos...

—Fácil. Muy fácil. Norma Aleandro, Nacha Guevara y Mercedes Sosa.

—La imaginación al poder, o cóctel Pink Milk Punch. ¿Te acordaste de espolvorearlo con nuez moscada? Después de todo, fuiste el más feminista.

—No vale. Era en joda. Son tres conspicuas, claro, pero yo pregunto como test. La respuesta sólo es válida si es espontánea. Y la mía no fue espontánea.

—Así que joda ¿eh? Ya te habría dado joda el finado del Ferrol.

—Requiescat in pace.

—Oremus.

Portafolio en mano, Daniel comenzaba su ronda por las papelerías. Papel carbónico, carpetas, libretas de hojas móviles, tinta china, material de dibujo, bolígrafos, gomas de borrar, papel de avión, sobres, balanzas para cartas. Los encargados de compras hacían los pedidos con extraña reticencia.

—La crisis, viejo.

—Qué crisis ni qué pelotas. Vivo de las comisiones. ¿O no lo sabés?

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero no puedo llegar a las mismas cifras que el mes pasado. Las ventas están disminuyendo.

—¿Ah, sí? Seguro que la gente escribe menos. ¿A quién se la vas a contar, Claudio Peretti? Precisamente, cuando hay crisis, todo el mundo escribe más cartas solicitando préstamos, prórrogas, hipotecas, garantías. Y en consecuencia consume más papel, más carbónicos, más cintas de máquina, más gomas de borrar, más bolígrafos.

—Para que aprecies mi buena voluntad: aquí te anoto cincuenta bolígrafos y una balancita para correspondencia, que justamente me encargaron ayer.

—Che, qué manirroto.

—¿Supiste que Franco estiró la pata?

—No te me vayas ahora por las ramas.

—Bueno, te agrego diez libretas de hojas móviles.

—Ya lo vi.

—¿Qué vas a ver si lo estoy anotando ahora?

—Quiero decir que ya vi que murió Franco.

—Aleluya.

—Murió ¿y qué? Para nosotros es lo mismo.

—Para gente como vos y yo, puede ser. Pero para veteranos como mi abuelo, la cosa es distinta. Anoche el jovato estaba como renacido. En aquella época la pasó muy mal.

—Claro, el exilio y todo eso.

—Sí, uno dice: el exilio y todo eso. Y es una frase. Pero ellos la vivieron. El abuelo salió por Francia, ya en pleno desbande, y se comió una larga temporada en campos que eran más o menos de concentración. Y menos mal que pudo viajar hacia aquí en el último barco de refugiados. Y al principio le fue mal. Pasaron seis meses antes de que pudieran venir la abuela y sus dos hijas. Una de esas hijas fue después mi vieja.

—¿Así que tu vieja es gaita?

—Claro. En cambio el viejo es tano de pura cepa.

—Ah Peretti mascalzone. Favorisca la casa, o sea pedime algunas Parker, che. Ésas sí dejan un lindo porcentaje. Prego, signore.

—Cuatro Parker, y se acabó. Ahora chau, Danielito, hay tres clientas y no voy a desperdiciarlas. Y por hoy ya me arruinaste.

—Scusi, Peretti. A rivederla.

3

Al mediodía, el sol había caído como un tajo en las calles angostas, de grandes moles grises, pero a las cuatro de la tarde ya estaba nublado y Daniel no llevaba paraguas ni piloto. Así que por las dudas se trepó al colectivo 59 y casi no pudo creer cuando detectó un asiento libre, aunque fuera sólo el del medio en los cinco del fondo. Mercedes lo llamaba el sitio del faraón, aceptado en las enéadas divinas, con un gran pasillo o escalinata al frente y flanqueado por los pasajeros o divinidades encargadas de protegerlo.

El vecino de la derecha leía *La Nación*, que registraba en grandes titulares el óbito del Generalísimo, y en vez de protegerlo, le dio al faraón Daniel, de la XIV dinastía, un codazo relativamente brutal y sin embargo cómplice, al tiempo que le señalaba la foto del muerto célebre.

—Sonó por fin.

El faraón, para ganar tiempo, movió el portafolio con las muestras de papelería y de paso subió un poco sus pantalones porque de lo contrario se le formaban implanchables rodilleras.

—Ya me enteré.

—¿No le vienen ganas de ponerse de pie y gritar hurra?

—¿Aquí?

—Aquí o en cualquier parte.

—Quizá, pero...

—Este servidor, en lo que va de la gloriosa jornada, ya gritó hurra siete veces y todavía no ha concluido. Siete veces. Dos en el Banco Central, exactamente frente a la gerencia. Tres en el subte, estación Miserere, una indirecta ¿sabe? Una más en Plaza Once, junto a la parada de taxis, y la última en Corrientes y Esmeralda, en la mismísima jeta de dos milicos estupefactos.

—Siempre es un desahogo.

—Nada de desahogo. Justicia nomás, justicia. Y no es que yo venga de españoles, no señor. Fíjese que mi apellido es Walcott. Patricio Walcott, para servirlo.

—¿Y de dónde le viene la pinta criolla?

—Gracias, amigo. Es un honor que usted me hace. Y algo de razón tiene, ante todo porque nací en Córdoba, no la calle sino la provincia. Y luego porque el primer Walcott que concurrió a la cuenca del Plata lo hizo nada menos que con las invasiones inglesas, así que en estos casi 170 años hemos tenido tiempo de acriollarnos, ¿no le parece?

A la izquierda del faraón, otro porteño, quizá descendiente de judíos polacos o de rusos blancos, había abierto provocativamente otro periódico, con la efigie impávida del cadáver del día, y evidentemente hacía rato que quería intervenir.

—Por estos pagos se precisaría gente así.

—¿Como quién? ¿Como el coso ése? —estalló irrefrenable el Walcott cordobés.

—Sí, señor. Para acabar con tanto melindre, tanta corrupción y tanta subversión.

Las manos de ambos contendientes, convertidas unas veces en índices conminatorios y otras en puños crispados, se enfrentaban sin pudor sobre el portafolio del faraón.

—Ése ya tuvo aquí aventajados discípulos. ¿Se acuerda de Rojas?

—El almirante Rojas.

—¿Y de Onganía?

—El general Onganía.

—Lindas berenjenas, tanto uno como otro.

—No se lo permito, ¿me entiende?, no se lo permito.

—¿Ah, no?

Entonces el último de los Walcott se puso de pie y agitando los dos brazos hacia el resto del pasaje que, o miraba azorado o se hacía el distraído, gritó con voz más adecuada para el estadio de Boca que para el colectivo 59:

—¡Hurra! ¡Murió Franco! ¡Hurra! —y dirigiéndose confidencialmente a Daniel—. Ya van nueve.

El silencio unánime incluyó varios pánicos y algunas sonrisas. Sólo el chófer, allá adelante, levantó un brazo y, sin volverse, acompañó con voz de bajo:

—¡Hurra!

4

A las seis y media, cuando Daniel volvió a encontrarse con Mercedes, ya había dejado el portafolio en la oficina y se sentía liviano, optimista, solidario.

—¿Solidario con quién? —preguntó Mercedes, que había comparecido en el café Las Violetas, recién bañadita y dispuesta a comprenderlo todo. O casi todo.

—No sé con quién. Solidario y punto.

—¿Ves? En eso se te nota que sos uruguayo. En eso, y cuando decís botija y caldera y ta. ¿Cómo vas a sentirte solidario sin saber con quién?

—La solidaridad es un estado de ánimo —agregó Daniel con cara de axioma.

—Pero a propósito de algo, de alguien.

—¿Vos nunca te sentiste solidaria y nada más?

—Nunca.

—¿Ves? En eso se te nota que sos porteña. En eso, y cuando decís chanta y faso y visssste.

—Eso es plagio.

—Entonces voy a ser original. Hoy estás sensacional, estás para comerte. Hace tiempazo que no estabas tan linda. Como cinco minutos hace.

—Claro, te ves perdido y te agarrás a la tabla del piro-po salvación.

—Ya sé. Ya sé con quién me siento solidario. Con los gaitas.

—¿Por lo del Caudillo?

—Che, por favor, no lo llames así. Caudillo era Artigas, por ejemplo.

—Y Facundo Quiroga, por ejemplo.

—Concedido. Y bueno, porque me siento solidario con los gaitas, quiero que vayamos a ver a Sebastián.

—¿Al viejo? ¿Ahora?

—Sí, al viejo. Ahora. Seguro que está radiante. Cuarenta años de rencor, ¿qué te parece?

—Yo ya me habría aburrido del rencor.

—Pero no Sebastián. Peleó como un bravo en la batalla de Guadalajara. Y eso no me lo contó él. ¿Conociste a su mujer?

—¿A Remedios? Sólo en sus últimos meses, en el hospital, cuando ya estaba muy enferma.

—¿Venís conmigo?

—Está bien. Si lo considerarás tan importante.

—Y otra cosa. Vamos a llevarle champán. El viejo se lo merece.

5

El taller queda en Flores, en el fondo de un amplio patio, pobretón y comunitario. Sebastián trabaja en madera de olivo o en la que consiga. Hace platos, collares, destapadores, ceniceros, lechuzas, cascanueces. Había aprendido el oficio en la adolescencia, y de eso ha vivido durante el larguísimo exilio.

Cuando Daniel y Mercedes se asoman, el viejo levanta sus ojos miopes y, al reconocerlos, saluda agitando una gubia.

—Enhorabuena, Sebastián.

No hay que explicar nada. El viejo deja las herramientas, se limpia las manos en el mandil y se acerca a saludarlos, con una sonrisa más bien apagada.

—Gracias.

—¿No está contento? —pregunta Mercedes.

—¿Contento? No es la palabra. Esto es como asistir a una caída de telón, ¿sabéis? Pero no de una comedia ni de un drama. Es el final de una tragedia, y cuando acaba una tragedia, nadie puede quedar alegre. Y menos aún si el protagonista ha estado lamentable.

El párrafo ha sido largo y carraspeado, y Sebastián no tiene más remedio que toser ásperamente. La falta de costumbre.

—De todos modos, gracias por venir. Este que habéis tenido conmigo es un gesto lindo, solidario.

Daniel mira a Mercedes, y viceversa, pero el viejo no está para sutilezas, y además cada día ve menos.

—Trajimos champán para brindar con usted —dice Mercedes.

—Siglos que no lo pruebo. Casi no me acuerdo de esa cosquilla.

—Bueno, Sebastián, ésta es la ocasión.

—Ya me quedan pocas.

—No se queje —dice Daniel—. Franco se fue y usted en cambio está aquí, con nosotros. Usted ganó.

—Tal vez. ¿Y el pasado? Ése sí lo perdí, y no tiene vuelta. Daniel le pasa un brazo sobre los hombros.

—Vamos, Sebastián. Dígame dónde están los vasos.

—Allí, en el segundo estante. Pero sólo hay dos. ¿Para qué quiero más? Y aun así, sobra uno.

—No se preocupe —dice Mercedes—. El pequeño es para usted, y Daniel y yo tomaremos del grande. O viceversa.

Mercedes lava cuidadosamente los vasos en el chorro de la pileta vacía. Daniel se dispone a aflojar el tapón de la botella, pero el viejo hace señas de que lo esperen. Él también quiere lavarse las manos. Mientras se las enjabona, mira hacia la pared, con los labios apretados. Deja correr bastante agua y después se seca lentamente con la única toalla.

—Bien, ya estoy pronto.

El tapón sale estallante hasta chocar con una mancha húmeda en un ángulo del techo, desgarrando allí una telaraña y cae luego rebotando sobre unos trozos de madera.

Daniel llena los vasos.

—A mí sólo un poco —dice Sebastián—. Sólo para acompañaros.

Daniel levanta el brazo para brindar y se encuentra un poco retórico cuando dice:

—Salud. Por su España, Sebastián.

Al viejo le tiemblan los labios resecaos cuando responde con una voz que parece en tinieblas:

—Por vosotros.

Daniel le pasa el vaso grande a Mercedes, pero ella bebe sólo un traguito.

—Arriba, Sebastián.

—No sabéis cómo aprecio vuestro recuerdo. Os pido disculpas por no estar alegre. No puedo estarlo, sencillamente porque no está Remedios. Tú la conociste, Daniel. Creo que tú también, Mercedes. Remedios no fue sólo mi mujer. Fue mucho más que eso. Vosotros no sabéis, por suerte, lo que es el exilio. Perder de pronto el suelo que siempre hollasteis, los olivos que visteis crecer, el sabor y el olor de aquel viento, el color único de aquella tierra. Aquí hay cosas cercanas, queridas, semejantes, pero son otras. Son vuestro suelo, vuestros árboles, vuestro viento. No los míos. No los de Remedios. Y esa amputación se la debemos a ese que desde ayer es muerto remoto, cadáver tardío. Remedios lo odiaba con su cabeza, con su corazón, con su estómago, con su vientre. Lo odiaba más que yo, si ello es posible. Fue ese odio el que la mantuvo viva durante tantos años, a pesar de su mala salud. Este día habría sido una fiesta para ella. Y para mí, si hubiera estado ella. Pero, ya lo veis, no está. Por eso no canto, no celebro, casi no puedo tragar vuestro champán. Porque ese hijo de perra sólo se decidió a morir cuando ya no éramos dos. Nos robó todo, hasta ese abrazo entrañable que Remedios y yo nos habíamos prometido para un día como éste.

—Sebastián —empezó Mercedes, pero no supo cómo continuar.

NADIR

SIN TIERRA SIN CIELO

Jesús y yo salvadas las distancias
somos dos habitantes del exilio
y lo somos por cautos por ilusos

algo se nos quebró en mitad del verbo
y así sobrellevamos esta pena
restaurando vitrales y nostalgias

no tenemos altares ni perdones
Jesús y yo de pueblo memoriosos
a veces compartimos el exilio

compartimos los panes y desiertos
y las complicidades y los judas
y el camello y el ojo de la aguja
y los santotomases y la espada
y hasta los mercaderes y la furia

no es eco ni abstracción
es una historia apenas

él veterano yo inexperto
llegamos emigrantes al futuro
descalzos y sin norte y sorprendidos

yo / oscuro y fracturado / sin mi tierra
él / pobre desde siempre / sin su cielo

FÁBULA CON PAPA

Doblé la esquina y el Papa estaba allí, solo y bostezando, con su atuendo blanquísimo, recostado en la pared de ladrillos. Siempre supe que lo iba a encontrar, pero no pensé que sería tan pronto. Tenía los ojos cerrados, o quizá entrecerrados, como los de un miope al que el sol le molesta. Pero estaba nublado.

—Hola, Santidad —dije tentativamente.

Levantó con pereza una mano en signo de saludo. Estaba cansado y sin carisma. Me dio un poco de vergüenza haberlo sorprendido en una soledad tan privada. Pero al fin de cuentas estábamos en la calle, o sea en un ámbito comunitario.

—¿Qué quieres? ¿La bendición?

—No, Santidad.

Hizo un esfuerzo y abrió del todo los ojos. Me pareció un poco desconcertado. Un segundo antes, en un gesto casi automático, había empezado a extender la mano para el beso ritual, pero se contuvo y desvió el ademán; tras una vacilación, se pasó los dedos por la frente.

—¿Le duele la cabeza?

—Un poco sí. Mucha gente, demasiada. Les pido silencio y siguen gritando. No me dejan hablar. A veces creo que vitorean lo contrario de lo que he dicho.

—¿Quiere una aspirina?

—No, gracias.

La calle estaba desierta, pero allá lejos se oía un imponente murmullo coral, con salvas, vivas, alaridos, ovaciones.

—¿Cómo pudo evadirse, Santidad?

—Tretas de viejo.

Sonrió casi imperceptiblemente, como si se tratara de la sonrisa de otro.

—Pero a usted le gusta que lo aplaudan, le gusta todo ese éxito. Se le nota.

—Puede ser, pero no es por mí mismo. A quien aplauden y aman es al Vicario de Cristo, al Sucesor de Pedro, al Obispo de Roma...

—Etcétera.

—Soy simplemente un pastor.

—¿Sabe? A mí todo esto me trae el recuerdo del culto a la personalidad. Todo un ritual. En su momento fue muy cultivado por Stalin y De Gaulle.

El Papa apretó las mandíbulas y me miró con increíble dureza. Si no se hubiera tratado del Santo Padre, yo habría dicho que la mirada tenía su pizca de odio, pero seguramente se trataba de firmeza en los principios o algo por el estilo. O quizá no le cayó bien que lo comparara con De Gaulle.

—Santidad, usted a veces me desconcierta.

—¿Por qué?

—Eso del aborto.

—Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente.

—Hay casos y casos.

—Quien negara la defensa de la persona humana más inocente y más débil, a la persona humana ya concebida, aunque todavía no nacida, cometería una gravísima violación del orden moral.

Noté que había empezado a usar su célebre tono declamatorio.

—Tengo la impresión de que usted se preocupa más de los niños no nacidos que de los que ya nacieron.

—Oh, no. Sobre los ya nacidos he dicho que deben recibir educación religiosa.

—¿Sabe Su Santidad que en lo que va del año ya murieron en América latina más de un millón de criaturas?

—Algo de eso leí en una nota al pie, de *L'Osservatore Romano*.

—¿Y entonces?

—Hago más las palabras del apóstol: “No hagáis nada por espíritu de rivalidad o vanagloria.”

—Se mueren de hambre, Santidad.

—La familia es la única comunidad en la que el hombre es amado por sí mismo, por lo que es y no por lo que tiene.

—Esos niños no son amados por lo que tienen, porque no tienen nada, ni menos aún por lo que son, ya que son menesterosos.

—La familia...

—También la familia se muere de hambre.

El Papa volvió a pasarse los dedos por la frente.

—Dame esa aspirina, hijo.

—Sírvase, Santidad.

La tragó en seco e hizo un gesto de hosco, no como el Vicario de Cristo que es, sino como el oscuro párroco de pueblo que pudo ser.

—Como dijo el apóstol: “Me deleito en la ley de Dios, según el hombre interior, pero siento otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente.”

—Santidad.

—Dime.

—¿Por qué es usted tan conservador? A veces parece preconiliar.

—¿Preconiliar yo?

—Sí, pero de Nicea.

—¿Cuál Nicea? ¿Año 325 o año 787?

—Digamos 787.

—Menos mal.

El Papa volvió a bostezar.

—¿Le aburro?

—No, hijo.

—Entonces dígame. Usted que ha beatificado a Ángela

Guerrero, andaluza de alpargatas, ¿cómo se sentirá luego en el Vaticano, rodeado de tanto boato, de tanta riqueza?

—¿Boato y riqueza?

—Sí. ¿Totus tuus?

—Qué va. Todos los bienes son de Dios y Él los reparte a algunos como administradores suyos. Ya lo dije.

—Sí, pero cuando lo dijo, agregó: ...para que los repartan con los pobres.

—¿Eso dije?

—Sí, Santidad.

—Me habré referido a otros bienes. Probablemente a los del espíritu.

El Papa levantó lentamente sus dos brazos, como cuando saluda a las multitudes.

—Aquí no hay nadie, Santidad.

Bajó los brazos y volvió a entrecerrar los ojos.

—¿Puedo ser franco?

—La franqueza no figura entre las virtudes teologales.

—Comprendo.

—Ni siquiera entre los cardinales.

—Comprendo. Pero ¿puedo ser franco?

Inclinó la cabeza en un signo neoescolástico de afirmación.

—Disculpe, Santidad, pero el papa Juan XXIII me caía mejor. Juan XXIII es, después de Cristo, la figura de la cristiandad que me cae mejor.

Movió lentamente los labios, como si rezara. Pero no rezaba. Tal vez decía algo en polaco.

—Sólo pretendo ser un buen pastor.

—Y también un buen actor, ¿no?

—Lo fui en Cracovia, hace mucho.

—Y todavía.

—Es conveniente seguir purificando la memoria del pasado.

Ahora soy yo quien precisa una aspirina, pero me sien-

to incapaz de tragarla en seco, como él. Me duelen las sienes. Y la nuca. El Obispo de Roma mira sin alegría las viejas baldosas que está pisando.

—Escucho a muchos, hablo con pocos, decido solo.

—Y en eso que decide solo ¿es infalible?

—Naturalmente. La infalibilidad papal existe desde hace 112 años, cuando el concilio Vaticano I la aprobó por 451 votos contra 88.

—Qué bien.

—¿La infalibilidad?

—No. Qué bien esos 88. Le confieso que siempre he sido antiinfalibilista.

—Ah. ¿Como Döllinger, Darboy, Ketteler?

—Si usted lo dice.

—¿Como Hefele y Dupanloup?

—No sé quiénes son esos señores.

—Yo sí sé.

Examinó su albo ropaje y advirtió que se había manchado al arrimarse al muro de ladrillos. Trató de limpiar la tela con sus manos suaves, pero sólo consiguió que la mácula se extendiera. Miró hacia arriba (seguía nublado) y se encogió de hombros.

A esa altura creí que iba a despertar y que probablemente sería frente a un televisor, donde, sin que yo pudiera refutarlo, el Papa me estaría diciendo: “Porque la Iglesia, respetando gustosamente los ámbitos que no le son propios...” Pero no. No desperté. Seguí soñando a pierna suelta. De modo que pude ver cómo el Papa se alejaba por la calle vacía, en dirección a la lejana multitud y sus vítores. Su paso cansino era el de un veterano actor que, después de un breve mutis, volviera a escena dispuesto a recitar el papel de Lear, o el de Titus Andronicus, o el de Coriolanus, o el de Karol Josef Wojtyla.

GLACIARES

NO LO HARÁS EN VANO

Ah no lo harás en vano

se te helarán los dedos
y el corazón y los olores

se te helará la noche
y la arrogancia y las rodillas

se te helará la sangre
y los crepúsculos y el humo

se te helará el bostezo
y el ademán y la lujuria

se te helarán los ojos
la madrugada y el esperma

se te helará el ritual
y las caricias y los signos

se te helará la luna
y el arbolito y la garganta

se te helarán los labios
y los disfrutes y la vida

todo está listo
no lo harás en vano

ESCRITO EN ÜBERLINGEN

No es que la perspectiva me haga feliz, pero hace una semana pensaba que iba a ser difícil y en cambio ahora estoy convencido de que es viable. ¿Por qué he elegido esta pequeña ciudad alemana? Quizá porque mi padre me hablaba siempre de Überlingen, aunque él había nacido bastante más al norte, en Stuttgart. Fue una lástima que no llegara a Montevideo como turista o al menos como emigrante, sino como marinero del *Graf Spee*, en diciembre de 1939. Jamás olvidó aquel sepelio de sus compañeros, muertos en la batalla contra los cruceros británicos, y cuando cantaba despacito *ich hatte einen Kameraden*, como lo había hecho entonces, se le nublaban los ojos. Durante muchos años iba todos los domingos a la costa, nada más que para contemplar durante horas y en silencio los restos del acorazado que emergían de las aguas.

Nunca se adaptó. Se quedó en Uruguay sólo porque conoció a mi madre, que era de Minas, y el desconcierto, la derrota y la nostalgia se le transformaron en amor. Un amor elemental, primario, sin matices, pero amor al fin. Mi madre demostró un extraño coraje, porque para todos, en aquel tiempo, mi padre era un nazi, y la boda significó para ella la ruptura con toda su familia. Yo ni siquiera conozco a mis tíos y primos. Muchas veces ella me narró los pormenores de esa etapa sombría, pero la verdad es que se mantuvo firme.

Eso de que mi padre era nazi no era un chisme ni una calumnia; efectivamente lo era, lo fue hasta su muerte. Cuando la derrota del acorazado de bolsillo, él abrió un paréntesis, pero seis años más tarde, al concluir la guerra,

lo cerró bruscamente y nunca se repuso de semejante conmoción. Trabajó siempre como mecánico, en un taller de la Aguada. Con los años logró hacerse socio y al final se convirtió en único propietario. Ésa fue su vida. Llegaba del taller cuando ya estaba oscureciendo, se metía en el baño por una hora o más, es decir el tiempo que necesitaba para quitarse aquella mugre. Luego se sentaba con mi madre en el jardincito que teníamos en el fondo de la casa, y eran los únicos momentos en que le veía sonreír. Nunca quiso estudiar en profundidad el español, y cuando decía las frases imprescindibles para desempeñarse en su trabajo, tenía un acento mucho más duro que el de otros miembros de la colonia. Mi madre en cambio aprendió fácilmente el alemán y éste era el idioma que se hablaba corrientemente en casa.

Tanto a mí (que había nacido en 1941) como a mi hermano (dos años menor), mi padre trató de inculcarnos sus creencias, sus fervores, sus prejuicios, su fanatismo. Conmigo lo logró en buena parte; no así con mi hermano, que siempre se rebeló. Ni siquiera consiguió hacerle escuchar por las noches los programas de onda corta en alemán. Hay que decir que no bien juntó unos pesos se compró un receptor de radio de extraordinario alcance. A mí consiguió inscribirme, años después, en el Liceo Militar, pero mi hermano se negó y prefirió hacer la secundaria en el Rodó.

En realidad, nada de esto es lo que importa ni lo que quiero escribir. Lo que quiero escribir es algo así como una última parrafada, casi un testamento. Mi nombre es Alberto (mejor dicho Albrecht, pero nadie, salvo mi padre, me llamó nunca así) Scheffel, exactamente comandante Scheffel, 41 años, desertor. Puedo escribir y deletrear esta palabra porque mi padre está muerto, de lo contrario no me habría atrevido. Todavía recuerdo su mirada cortante cuando mi hermano le anunció, en abierto desafío, que se había afiliado a la juventud comunista.

¿Por qué empecé a torturar? Decir que por obediencia y disciplina es lo más fácil, pero ni yo me lo creo. Relatar que lo conversé con mi padre, ya bastante enfermo, y que él me dio su visto bueno, casi su bendición, es más complicado, pero tampoco es una razón última. Contar con pormenores que asistí por varios meses a los cursos norteamericanos de la Zona del Canal y que allí me convencieron y adiestraron, es verdad y tiene su peso, pero tampoco es lo esencial. Si torturé es porque acepté conscientemente hacerlo. Nadie tuvo que convencerme ni pedírmelo ni obligarme. La última y violenta discusión que tuve con mi hermano fue por esa razón. Terminamos gritándonos los peores agravios y sólo la atribulada intervención de mamá impidió que nos tomáramos a golpes.

Durante un par de años apliqué concienzudamente eso que el viejo Bordaberry llamaba “el rigor y la exigencia en los interrogatorios”. No me casé. Equivocado o no, siempre pensé que el matrimonio iba a debilitarme, a hacerme vulnerable. Mis relaciones con mujeres eran por lo general breves y provisionales. Sólo una vez estuve a punto de enamorarme, o tal vez me enamoré realmente. Fue el capítulo de Celia (no era éste su nombre, pero da lo mismo). El marido había muerto en un accidente de carretera y le había dejado una hija, Inesita, que en aquella época tendría nueve o diez años. La botija se encariñó conmigo y hasta entonces nadie me había dicho “Alberto” con tanto afecto y tanta expectativa.

También Celia tenía su propia expectativa y además un cuerpo sin desperdicio. Seguramente habrá pensado más de una vez que la solución ideal era casarse conmigo. El inconveniente era que yo no quería casarme con ella. Confieso que cuando desbaraté esa eventual maniobra y nunca más aparecí por su apartamento de la calle Industria, tuve que sobreponerme a dos nostalgias: el insustituible cuerpo de Celia, claro, pero también las alegres bien-

venidas de Inesita. En aquella etapa yo era sólo teniente. Desconfié y tal vez cometí un error, pero tampoco me estimulaba cargar con una viuda. Nunca más vi a Celia. Años después supe que se había casado con un bancario divorciado, que también tenía una hija, y que las muchachas se llevaban bien. Enhorabuena, pensé.

Bueno, tampoco era esto lo que quería escribir. ¿O sí? De todas maneras, me voy acercando. Lo cierto es que nunca tuve sentimientos de culpa en relación con mi diario ejercicio del rigor y la exigencia. Desarrollé una extraordinaria capacidad de borrar de mi memoria ciertos episodios. En ese archivo sólo se instalaba lo que tenía mi visto bueno, de manera que nunca la imagen de un preso, desesperado y aullante, me quitó el sueño ni el apetito. Extraje alguna información, es cierto, pero mucho menos de lo previsto. Nunca alcancé a comprender por qué la gente es tan estúpidamente leal.

¿Por qué entonces estoy aquí? Si en verdad era tan consciente del significado y el valor de mi trabajo, aparentemente sucio pero de una utilidad concreta, ¿por qué entonces lo he abandonado de manera tan indigna? Eso sí, quiero dejar constancia de que el motivo de mi desertión no es pasarme al enemigo, entonar el mea culpa y darle información. Los idiotas que eligen esa actitud creen que así hacen méritos con vistas al futuro. Pobres diablos.

No, el motivo es otro. Todo empezó una madrugada. Estaba verdaderamente cansado y por eso no me estaba encargando personalmente de los interrogatorios. A pesar de las horas extras el personal a mis órdenes estaba medianamente satisfecho porque esta vez los había autorizado, en una suerte de compensación, a que emplearan sus argumentos sexuales con unas cinco o seis estudiantes que habían caído en una redada y que hasta ese momento no habían abierto la boca.

Yo estaba en la habitación contigua y oía los alaridos,

los llantos, los golpes, los insultos, los sollozos. Un teniente apareció en la puerta, saludó militarmente y dijo: “Mi comandante, le hemos dejado la mejor del lote. Ni la hemos tocado.” Era una muestra de confianza pero también una prueba: la manera indirecta de reclamarme solidaridad. De modo que aunque estaba un poco desganado no tuve más remedio que levantarme y decir: “Gracias.” Pasé al otro ambiente y me enfrenté a aquel montón de cuerpos sangrantes, gimientes o inertes. Todas las muchachas tenían su capucha. En el centro había un único colchón, mugriento y roto, y allí estaba, encogida, mi recompensa.

Me acerqué y tuve un impulso realmente inexplicable y sobre todo imperdonable, algo insólito en alguien de mi experiencia: de un tirón le arranqué la capucha. Aquel rostro aterrorizado se volvió hacia mí. Las mejillas estaban tiznadas y los ojos se abrieron de forma desmesurada. Fue entonces que aquella infeliz balbuceó: “Alberto.”

Percibí que todos esperaban mi reacción. Yo no los miraba, pero advertía su espera, su ansiedad.

Y era lógico. Que yo hubiese quitado la capucha era una transgresión grave, pero mucho más grave era que una detenida me reconociese. Me quité el cinto y empecé a desabrocharme el pantalón, con una rabia que sentía crecer. Que justamente Inesita me pusiera en una situación tan comprometida. Se podía haber callado, ¿no? De modo que la poseí con verdadera furia y mi indignación llegó a su colmo cuando me di cuenta de que, para mayor calamidad, era anacrónicamente virgen. Lo único que faltaba. Ni siquiera gritó. Era sencillamente un témpano. Un témpano sangrante. No sé por qué se me fijó con tanta nitidez la imagen del témpano. Y en medio de mi mecánico vaivén podía ver sus ojos castaños, asombrados, incrédulos, secos.

Quedé un poco nervioso, aunque me hice el propósito de tomarlo con calma. Esa noche soñé con Inesita. Algo

previsible, ya lo sé. Para mí también había sido una violencia. Tres noches después volví a soñar, pero esta vez no era la Inesita de la realidad sino apenas un enorme bloque de hielo, de cuyo extremo superior emergía la cara de Inesita, que decía “Alberto” y luego me miraba con sus ojos castaños, asombrados, incrédulos, secos. En el sueño trataba de penetrarla, pero cuando mi sexo rozaba el hielo se empequeñecía hasta casi desaparecer. Mi alarma era espantosa. Buscaba con mi mano y mi sexo no estaba. Varias noches me desperté gritando.

Decidí cortar por lo sano. Llamé a una amiga de emergencia y fui a su apartamento. Pero en la cama resulté un fiasco. Cuando iba a culminar la noche me acordé del témpano (no de Inesita sino del témpano) y me achiqué. Fue algo decepcionante. No podía ir a un médico, y menos aún a un médico militar, a contarle mi historieta con niña violada, bloque de hielo y mengua erótica.

Así no podía seguir. Una noche, tras mi enésimo abrazo onírico con el bloque de hielo y los ojos de Inesita, tomé la decisión. Había que poner distancia entre la realidad y mis sueños. Y mejor si era un océano. Comunicué que estaba con gripe, sólo para que mi ausencia no se notara de inmediato. Retiré mi dinero del Banco, lo cambié por dólares, fui a Carrasco y compré el billete en el mismo aeropuerto. No avisé a nadie. Mis viejos ya estaban muertos y a mi hermano no iba a llamarlo. Al día siguiente llegué a Frankfurt.

Por fin dormí sin sueños. Respiré aliviado y me congratulé de que Inesita y el témpano hubieran quedado al otro lado del Atlántico. Estimé que había sido muy sagaz. Fue entonces que pensé en Überlingen. Sabía que era un lugar tranquilo, especialmente apto para hacer balance y recuperarme. Alquilé un auto y viajé sin prisa, practicando satisfactoriamente mi alemán en hostales y cervecerías. Cuando pernocté en Friedrichshafen, recordé que el

viejo me había contado que allí había estado la base de ensayos de los zepelines.

Tomé una habitación en esta Gasthaus junto al lago. Indudablemente es la mejor época. El agua está templada, muy adecuada para nadar, el paisaje es hermoso, el desayuno es exquisito, la gente es amable y, curiosamente, todavía hay unos cuantos que añoran al Führer. Allá enfrente está Konstanz y, en el lado suizo, Romanshorn. Un ambiente muy propicio para tomar una decisión.

Transcurrió una semana y cada vez me sentía mejor y más seguro. Pero de pronto todo se vino abajo. Volví a soñar, qué maldición. Con el tímpano, la cabeza de Inesita, la boca que dice “Alberto”, los ojos castaños, asombrados, incrédulos, secos. Ya van diez noches: llevo la cuenta. Sé que no lo podré soportar.

Prefiero matarme a volverme loco. Ahora lo recuerdo. Aquella vez que hablé con mi padre sobre la tortura, él me dijo que lo comprendía, que entendía que era mi deber, pero que de todos modos lo pensara bien, porque en esas duras faenas siempre se corría un riesgo. Le pregunté qué riesgo, y él, casi sin mover los labios, dijo: “Der Wahnsinn.” La demencia, claro.

Éste es mi *auf Wiedersehen*. O un testamento, qué sé yo. Si estaré solo en esta podrida existencia que mi única familia es mi hermano, a quien no aguanto. Que no se ilusione: no voy a dejarle mis dólares ni mi casa en Pocitos. Prefiero que todo quede para Inesita. Por eso anoto su nombre en el sobre. Y si esto no sirve como última voluntad (soy un comandante, no un leguleyo), bueno, que se joda.

Conste que no lo hago por piedad ni por arrepentimiento. No practico esos lujos. Es sólo una botella al mar, una apuesta conmigo mismo, y sobre todo una invitación a que me deje tranquilo en la región que me está esperando y no sé muy bien cuál es. También le dejaré estas páginas, sólo para que se entere (si todavía está viva)

de todo el mal que me hizo, quizá sin intención. Si puede y quiere, que rece por mí, ella sabrá a quién. Mi única preocupación es que esté muerta y en consecuencia la vuelva a encontrar en esa región que no sé bien cuál es.

Mañana será el día. Una vez tomada la decisión, la muerte ya no me importa. Todo está claro, por fin. Ayer fui a Lindau a comprar las pastillas porque la farmacia local no tenía. Pero luego, pensándolo mejor, creo que usaré el arma. Soy un comandante, carajo. *Alles in Ordnung*, diría mi padre. Y nada más. Sólo un pedido: que no se culpe a nadie de mi vida.

Ayer escribí lo anterior. Estaba equivocado. No voy a matarme. En la noche volví a soñar, como siempre, con el témpano, pero esta vez los labios de Inesita no se limitaron a decir: "Alberto", sino que además agregaron: "No te dejaré, nunca te dejaré." Me lancé sobre el bloque de hielo y el frío espantoso me penetró en el vientre como un cuchillo. O un serrucho. O una tenaza. Los ojos de Inesita. O un cuchillo. Los castaños, asombrados, incrédulos, secos ojos de Inesita me miraron con tal intensidad que ya no tuve dudas. Me seguirían vigilando desde ése u otro témpano, más allá de mi muerte. Esa cretina cumplirá su palabra.

Sé que ayer escribí que antes de enloquecer preferiría matarme. Pero ya no puedo matarme. Creo que voy a enloquecer. Mi dolor de cabeza es horroroso. ¿Volver? ¿A quién? ¿A dónde? ¿Para qué? Creo que voy a enloquecer. Der Wahnsinn, dijo el viejo. A enloquecer. El témpano. Ése es el témpano. El témpano. El témpano. El témpano. El tém

ATMÓSFERA

NIVEL DE VUELO 350

Allá abajo la tierra sobrevive
se apagan los mejores
alguien crece en el odio
o se funde y confunde en los amores

desde arriba la suerte es una espuma
los hombres son iguales
y pese al aire fatuo
desde abajo la tierra hace señales

y son tristes voraces desoladas
señales sin señuelo
cual si fuera forzoso
recopilar indicios desde el cielo

pero yo los recuerdo en sus detalles
no todo está perdido
hay rumbos para ahora
y otros para trazar desde el olvido

aquí arriba me siento poderoso
frágil y deleznable
y voy callado pero
puede que me haga añicos cuando hable

o que no me haga añicos y al contrario
me arropen las saudades
y unos pocos me ayuden
a unir como en un sueño mis lealtades

EL REINO DE LOS CIELOS

Llegaron a *Salidas Internacionales* de Barajas con el tiempo justo, de modo que tuvieron que situarse de inmediato en la cola de Iberia, vuelo 987 a Buenos Aires. Ninguno de los tres hablaba. La noche anterior habían llegado en auto desde Francia. En realidad, ni a Asdrúbal ni a Rosa les gustaba esta partida, esta separación, pero lo habían resuelto de común acuerdo: Ignacio debía ir a Montevideo. Ahora tenía once años, estaba en Europa desde los cinco, y el riesgo era que se convirtiera en un francés. Nada contra los franceses, pero el botija era uruguayo y enviarlo ahora a Montevideo para que pasara un mes con los cuatro abuelos y se familiarizara con los tíos y primos, y también con las calles y las playas, era una maniobra cuidadosamente planificada, una idea nacida aquella tarde en que Rosa lo había sorprendido contando casi clandestinamente un, deux, trois, quatre, cinq, six, cuando hasta ese momento siempre lo había hecho en español.

—Tené cuidado con esta bolsita roja —dijo por fin Asdrúbal cuando todavía estaban a dos lugares del mostrador—. Aquí están el pasaporte, el pasaje, algunos dólares.

—Y no te preocupes a la llegada —agregó Rosa—. En Ezeiza estarán los abuelos, y a lo mejor el tío Ambrosio. Vendrán especialmente desde Montevideo.

—Y además —dijo Asdrúbal— cuando descieras del avión una azafata te acompañará hasta dejarte con los abuelos.

Ignacio respondió con monosílabos. Una semana con el

mismo estribillo. Ya que debía irse, y él no lo había pedido ni resuelto, lo mejor era arrancar de una buena vez.

—Contale a los abuelos cómo vivimos, cómo es el barrio, cómo son los vecinos—dijo Rosa—. La escuela a la que vas, las buenas notas que tuviste este semestre. Así a los viejos se les cae la baba.

—Sí, mamá.

—Y a Roberto que me conteste enseguida sobre la consulta que le hago.

—Sí, papá.

—Mirá que aquí hace calor y allá en cambio vas a llegar en pleno invierno. Antes del descenso ponete el abrigo.

—Sí, mamá.

Ya estaban junto al mostrador. No había valija a despachar. Todo lo suyo, incluidos los regalos, cabía en un bolsón de mano.

—¿Viaja solo el niño?

—Sí, aquí está todo.

—Bueno, ya es un hombrecito.

El hombrecito enrojeció como un semáforo, tal vez porque la empleada era lindísima y además le estaba dedicando su sonrisa profesional para U.M. (*Unaccompanied minor*).

—Ya puede ir pasando por el control. Puerta cinco. Buen viaje, Ignacio.

Ignacio se sorprendió de que aquella muchacha ya se hubiera enterado de su nombre.

—La conquistaste —dijo Asdrúbal—. Qué flechazo, che.

Se acercaron lentamente a la entrada para pasajeros. Casi lloriqueando, Rosa le arregló el cuello de la campera, le acomodó el bolsón grande en el hombro derecho, luego lo besó varias veces y le dio un abrazo tan apretado que el cuello se le volvió a torcer. Asdrúbal fue mucho más sobrio pero tenía los ojos brillantes. Él, en cambio, no hizo concesiones.

Asdrúbal y Rosa estuvieron atentos hasta que Ignacio pasó los controles, les hizo varias veces adiós con la mano que le quedaba libre y desapareció con los demás pasajeros en busca de la puerta cinco.

Por su parte Ignacio, cuando ya no los pudo ver, dejó de hacer adiós y respiró con cierto alivio. Éste era su primer despegue. Pero ya en plena independencia sintió un poco de nostalgia de su dependencia, como si le costara habituarse a esta inauguración que le habían impuesto.

En la puerta cinco había una multitud. También allí le preguntaron si viajaba solo, y él, en estado de inexpugnable mudez, fue mostrando el sagrado contenido de la bolsita roja. Se sentó en uno de los pocos asientos que estaban separados del resto, a la espera de la orden de embarque. Al principio le pareció que todos lo miraban, entonces comenzó a mirar a todos y los demás apartaron la vista. Cuando dieron la orden de embarque en tres idiomas, vino una empleada de la empresa, menos linda que la del mostrador, le preguntó si era Ignacio y lo acompañó hasta el avión, siempre sonriendo y dándole palmaditas en el hombro, y allí lo entregó a una de las azafatas.

La gente estaba entrando atropelladamente en el avión y luego se demoraba un siglo acomodando las maletas de mano y los abrigos. Atravesando con pericia esa selva, la azafata lo acompañó hasta la fila 17 y lo situó junto a otro *unaccompanied minor*, más o menos de su edad.

—Él también viaja solo. A ver si se hacen compañía.

Y la azafata se fue por el pasillo.

—Hola —dijo el que estaba sentado.

—Hola.

Ignacio acomodó el bolsón bajo el asiento, y, recordando el decálogo de Rosa, se abrochó el cinturón de seguridad.

—¿Sos argentino o uruguayo?

—Uruguayo.

—Yo también.

Sólo ahora se dedicó a observarlo. Era robusto y algo pecoso y le faltaba un diente de arriba. Estaba rigurosamente peinado y llevaba una corbatita angosta.

—¿Cómo te llamas?

—Ignacio. ¿Y vos?

—Saúl.

—¿Vas a Buenos Aires?

—Sí, pero después a Montevideo.

—Ah, yo también.

A la derecha de Ignacio estaba el pasillo, pero a la izquierda de Saúl había una señora con anteojos que seguía muy complacida el diálogo incipiente. Al sentirse observados, los muchachos se callaron.

Vino otra azafata distribuyendo diarios, y sin preguntar nada a los chicos, los omitió en el reparto. En compensación, la señora de anteojos escogió dos.

Ignacio pensó que en el bolsón grande habría seguramente algún libro colocado por Rosa por si en el viaje quería leer. Pero prefirió esperar a que el otro mostrara sus propios materiales. No quería hacer el ridículo, exhibiendo lo que su madre entendía por lecturas para niños.

Por otra parte el avión estaba en pleno despegue y eso siempre le había fascinado (éste era por lo menos su cuarto vuelo, aunque el primero en solitario) y a la vez cubierto de pánico. Vio que Saúl se aferraba con ambas manos al cinturón de seguridad y entonces hizo un esfuerzo y aflojó las suyas. Pasaron varios minutos antes de que el avión tomara altura y se serenara. Ignacio siempre esperaba y disfrutaba ese instante. Era un colmo de serenidad. Ni siquiera era comparable a volar. Era más que volar. Era como deslizarse entre las nubes, era acercarse al sol.

La señora se quitó las gafas y los miró con una solicitud tan maternal que ambos sintieron la primera náusea del viaje.

—Niños —dijo con dulzura—. Ahora sí podréis decir que habéis estado en el reino de los cielos.

Parece española, pensó Ignacio. Sonrieron. Saúl además dejó escapar un gruñidito.

—¿Vais a la iglesia, verdad?

—Sí —dijo Saúl.

—No —dijo Ignacio y de inmediato se arrepintió. Se había condenado estúpidamente a escuchar doce horas de catecismo. Pero no. Su negativa tuvo la virtud de que la señora quedara muda. Agraviada, pero muda.

Fue Saúl el que le preguntó, casi en el oído, si era cierto que no iba.

—Claro que es cierto.

—¿Son ateos en tu casa?

—Creo que sí.

Saúl se quedó con la boca abierta, pero enseguida se animó.

—Debe ser divertido no ir a la iglesia.

—¿Por qué?

—No sé. Se me ocurre. No ir es lo contrario de ir. Y además ir es tan aburrido.

—¿Y allí qué hacés?

—¿Cómo qué hago? Me confieso, comulgo. ¿Vos tomaste la primera comunión?

—Creo que no. A lo mejor cuando era chico. No me acuerdo.

—¿Pero no decís que tus padres son ateos?

—Sí, pero tengo una abuela católica.

—¿Dónde está?

—En Montevideo. Pero ahora me va a estar esperando en Ezeiza. ¿A vos te esperan?

—Claro. También vienen a Buenos Aires.

—A mí me van a esperar mis cuatro abuelos.

—Yo sólo tengo tres, porque la vieja de mi viejo murió hace diez años. Seguro que estará mi otra abuela.

—Ah.

—¿Vos vivís en España o en Uruguay?

—En Francia.

—¿Te gusta?

—Bastante.

—¿Más que Uruguay?

—No me acuerdo. Era muy chico cuando vine.

Ignacio tenía ganas de orinar pero todavía estaba encendido el letrero de ajustarse los cinturones. Saúl, en cambio, sin decir palabra se desabrochó el cinturón y se puso de pie, pero antes de que diera dos pasos ya la azafata lo estaba devolviendo a su sitio con un gesto severo. El chico enrojeció. Ante semejante provocación, a Ignacio le aumentaron las ganas de orinar. Pero imposible.

—¿Cuándo se apagará ese podrido letrero? —preguntó Saúl casi llorando.

—Cuando salgamos de las nubes —dijo Ignacio con autoridad.

—¿Y qué de malo tienen las nubes?

—Que el piloto no puede ver por donde va.

Sólo veinte minutos después llegó el permiso para desabrocharse los cinturones. Entonces pudieron por fin levantarse, primero Saúl y luego Ignacio. Éste creyó alarmadísimo que no llegaba a tiempo. Pero llegó. Y hasta se lavó las manos y olió el frasquito de perfume que había junto al lavabo. Era demasiado fuerte. Casi estornudó.

No bien volvieron a sus asientos, llegó la comida. Ignacio tenía hambre pero odiaba comer en los aviones porque siempre se le desparramaba algún durazno en almíbar, y además era incomodísimo cortar la carne en esa posición absurda y con tanta estrechez. Así que sólo se dedicó al jamón y al pan. Que estaba duro. Saúl en cambio dejó limpia la bandeja y no derramó nada. Ignacio se moría de envidia. Al ver el plato de Ignacio casi intocado, la azafata le preguntó si no le había gustado. Dijo cortés-

mente que le gustaba pero que era demasiado abundante. Sonrisas varias. En venganza tomó café, algo que Rosa le tenía prohibido porque, según ella, lo ponía nervioso y después en la noche tenía pesadillas.

—¿Vos tenés pesadillas?

—Tengo.

—No sé qué me pasa. Sé que las tengo porque mi vieja dice que algunas noches me pongo a gritar.

Fue una suerte que les retiraran las bandejas. Ya estaba cansado de contemplar aquel pedazo de carne medio cruda. La señora le ofreció su quesito a Saúl, que dignamente lo rechazó. A él no se lo ofreció, seguramente porque no iba a misa. O tal vez porque advirtió que él no había comido su quesito propio. De pronto se sintió discriminado, hambriento, abandonado y pletórico de rencor. Sin embargo, no le vinieron ganas de llorar sino de morder, como cuando era mucho más chico y Rosa lo mandaba en penitencia a la cama y él mordía las sábanas hasta rasgarlas. Se lo había contado a Gerard, el número uno de la clase, y éste le explicó que eso que había hecho se llamaba resistencia pasiva, como la de Gandhi.

—¿Vos hacés resistencia pasiva?

—¿Qué es eso?

—Morder las sábanas.

—Puaj. Debe ser asqueroso.

Tenía sueño pero todavía no quería dormir. La señora de anteojos ya estaba desdoblado su manta, pero no acababa nunca con el apronte. Se zangoloteaba hacia un lado y hacia otro con tan poco cuidado que Ignacio temió por la estabilidad del avión.

—Tu familia —preguntó de pronto Saúl— ¿por qué se vino a Francia?

—Somos exiliados.

—¿Sí? Qué bueno. Es la primera vez que hablo con un exiliado.

—Bueno, exiliados son mis viejos. Yo vine muy chico, por eso puedo volver.

—¿Y ellos no pueden?

—No.

—¿Es comunista tu viejo?

—No.

—¿En qué trabaja?

—Es profesor.

—Así que no pueden volver.

—No.

—¿Es tupamaro entonces?

—Tampoco.

—Lástima. Me habría gustado conocer a un tupamaro.

—Tengo un tío que a lo mejor es. Creo que también vendrá a Ezeiza. Así conocés por lo menos a uno.

—No estás seguro.

—No. Pero hace como un año oí que el viejo le decía a la vieja: si tu hermano no se hubiera metido a redentor.

—¿Redentor?

—Claro. Frente a mí hablan en clave, pero ya me di cuenta que redentor es tupamaro.

Saúl bostezó y no cerró la boca hasta que Ignacio se contagié del bostezo. Entonces cada uno se acurrucó bajo su manta. El zumbido del avión era tan sereno, tan acogedor, que Ignacio ni siquiera advirtió que los ojos se le iban cerrando.

Horas después, cuando volvió a abrirlos, el pasillo era un corso. La gente se despertaba, hacía cola para el lavabo, y regresaba lavada, peinada y pulida. La señora de al lado aún roncaba con placidez, pero en cambio Saúl ya estaba totalmente despierto e Ignacio se encontró con su mirada.

—Estaba esperando que te despertaras para preguntarte cómo te llamás.

—Ya te dije que Ignacio.

—Sí, pero Ignacio qué.

—Ignacio Ávalos.

—¿Ávalos y qué más?

—Ufa, qué pesado. Ávalos Bustos.

Otra vez las bandejitas. Ahora con menos cosas. Ignacio se propone comer algo esta vez. De lo contrario puede desmayarse. Así que come.

—¿Vos también venís de Francia?

—Sí, estuve tres semanas. ¿En Francia vas al fútbol?

—A veces.

—¿De qué cuadro sos hincha?

—Del Saint Etienne. ¿Y vos?

—De Wanderers.

—Eso allá. Yo digo en Francia.

—De ninguno. Estuve muy poco. Sólo fui a visitar a mi hermana. Vive en París. Hacía como tres años que no la veía.

—Es exiliada.

—No, qué va a ser.

—¿Y te gustó París?

—Algunas cosas sí. Otras no. Mi hermana dice que hay muchos negros.

—¿Y qué hace tu hermana? —preguntó Ignacio.

—Está casada con un médico. Un médico francés.

—Sí, claro. Pero ella ¿qué hace?

—¿Ella? ¿No te digo que está casada con un médico? Hace eso, nomás. Bueno, a veces mira la tele.

Se llevan las bandejas e Ignacio guarda el sobre con la toallita. Así se ahorra el lavado de cara. Y además es un perfume suave, no hace estornudar.

—¿Te llevás bien con tu tío?

—¿Cuál? Tengo cinco.

—Ese que te va a esperar.

—Ah, tío Ambrosio. Ya ni me acuerdo de su cara. Pero siempre me escribe. Es macanudo.

—¿Estuvo en cana?

—No, hasta ahora se ha escapado. Menos mal. Los reventan ¿sabés?

La señora de los anteojos se despertó por fin. Ignacio la mira y la encuentra más vieja. Mueve la boca como si estuviera masticando, pero no mastica. Qué raro ¿no? Además, está procurando que le calce nuevamente uno de los zapatos que se había quitado, pero aparentemente no puede. Resopla con fuerza, y el aire, caliente y un poco agrio, llega hasta Ignacio. Éste resuelve que es el momento para usar la toallita perfumada.

Saúl ha extraído de su bolsillo un juego electrónico y lo disfruta a solas. De vez en cuando aquella maquinita hace pip pip e Ignacio se da cuenta de que él también está pendiente del ruido.

De pronto Saúl interrumpe el juego y mira a Ignacio.

—Mi viejo dice que soy un mocoso.

—¿Y no sos?

—Un mocoso de mierda, dice.

—Eso ya es distinto. ¿Y por qué te dice eso?

—No sé. A veces me mira y me llama mocoso de mierda. Le voy a demostrar que no lo soy. ¿Tu viejo te dice cosas así?

—Ésas no. Me dice otras. ¿Y vos cómo te sentís?

—Me quedo mudo. A lo mejor me lo dice con cariño. Eso dice la vieja.

—A lo mejor. ¿Tu viejo vendrá a esperarte?

Fue en ese instante cuando el avión tocó tierra y el sacudón los dejó sin habla. La señora de anteojos emitió un leve estertor.

—Qué bárbaro.

—Medio bruto ¿no?

—Lo hacen a propósito. Para que a los pasajeros les venga el cagazo.

El avión fue rodando lentamente hasta el edificio del

aeropuerto. Cuando los motores al fin se silenciaron, Ignacio se acordó del consejo de Asdrúbal y se aferró a la bolsita roja con el pasaporte, el pasaje y los dólares. También se acordó del consejo de Rosa y se puso el abrigo. Saúl ya se había colocado la bufanda. Abrieron la puerta y entró una ráfaga de aire congelante.

—No creo que me esté esperando —dijo Saúl—. Siempre tiene mucho trabajo.

—¡Qué frío! —dijo Ignacio—. ¿Y en qué trabaja?

Saúl estornudó y se sonó la nariz antes de contestar.

—Es coronel.

CAUCE

QUIERO CREER QUE ESTOY VOLVIENDO

Vuelvo / quiero creer que estoy volviendo
con mi peor y mi mejor historia
conozco este camino de memoria
pero igual me sorprendo

hay tanto siempre que no llega nunca
tanta osadía tanta paz dispersa
tanta luz que era sombra y viceversa
y tanta vida trunca

vuelvo y pido perdón por la tardanza
se debe a que hice muchos borradores
me quedan dos o tres viejos rencores
y sólo una confianza

reparto mi experiencia a domicilio
y cada abrazo es una recompensa
pero me queda / y no siento vergüenza /
nostalgia del exilio

en qué momento consiguió la gente
abrir de nuevo lo que no se olvida
la madriguera linda que es la vida
culpable o inocente

propios y ajenos vienen en mi ayuda
preguntan las preguntas que uno sueña
cruzo silbando por el santo y seña
y el puente de la duda

me fui menos mortal de lo que vengo
ustedes estuvieron / yo no estuve
por eso en este cielo hay una nube
y es todo lo que tengo

tira y afloja entre lo que se añora
y el fuego propio y la ceniza ajena
y el entusiasmo pobre y la condena
que no nos sirve ahora

vuelvo de buen talante y buena gana
se fueron las arrugas de mi ceño
por fin puedo creer en lo que sueño
estoy en mi ventana

nosotros mantuvimos nuestras voces
ustedes ya curaron sus heridas
empiezo a comprender las bienvenidas
mejor que los adioses

todos estamos rotos pero enteros
diezmados por perdones y resabios
un poco más gastados y más sabios
más viejos y sinceros

vuelvo y pido perdón por la tardanza
se debe a que hice muchos borradores
me quedan dos o tres viejos rencores
y sólo una confianza

vuelvo / quiero creer que estoy volviendo
con mi peor y mi mejor historia
conozco este camino de memoria
pero igual me sorprendo.

NO ERA ROCÍO

Siempre había sido animal de ciudad y disfrutaba siéndolo. Era evidente que lo estimulaban las complejidades y las vibraciones de ese laberinto, el olor a gasolina aunque llegase a ser casi nauseabundo, la liturgia zumbona de las fábricas periféricas, la aureola fétida de los basurales, el alarido metálico de ambulancias y policías, y hasta las cándidas luces del centro, vale decir todos los lugares comunes de la poesía urbana y algunos más de la vendimia tanguera. Pero también era cierto que le permitían encontrarse a sí mismo ciertas instantáneas tan aisladas e irrepetibles como aquel diariero doblado de aburrimiento y sueño sobre su percedera mercancía, o la sonrisa de dos pibes descalzos sobre una pirámide de baldosas rotas, o la prostituta de esquina que leía a Lobsang Rampa para matizar la espera del parroquiano en cierne. Estaba convencido de que sus pulmones precisaban el humo y la contaminación tanto como los del montañés necesitan el aire transparente del mediodía.

Por las noches dormía densa, insondablemente, pero sólo si la vigilia lo despedía con un contrapunto de alborotos cercanos y bocinas lejanas. En cambio, siempre que pernoctaba en algún pueblito insignificante y aislado, el silencio compacto, casi ensordecedor, le provocaba insomnio y entonces no tenía más remedio que dejar la cama o el catre para llevar su desvelo a la intemperie y vigilar sin la menor simpatía aquel cielo hosco y centelleante que para él constituía el colmo del ostracismo. Su marco natural nunca había sido el paisaje sino el prójimo, con sus histerias y miserias, con sus enigmas y sorpresas. Hasta

demostración en contrario, siempre apostaba a la bondad y sus lealtades anexas. Y ni siquiera lo había desalentado, a lo largo de cuarenta y cinco febreros, su granada colección de desencantos y traiciones. Era un filatelista de gestos imborrables, de fidelidades mínimas, de invisibles solidaridades. Así se había movido en los lances políticos, sin la menor vocación de poder personal, sabiéndose mucho más fértil y en definitiva más útil en el codeo fraternal de la plaza repleta que en las tribunas de la retórica. Por lo general el mensaje obvio (con el cual normalmente concordaba) le revelaba menos arcanos que un paréntesis improvisado, o que el curtido ceño del pobre insigne orador, o que el impulso disneico de la brillante parrafada que iba a transformar la modorra en ovación.

Después de todo, el obligado exilio había sido para él una maldición y simultáneamente un descubrimiento. Sólo tres meses después de la azarosa escapada, tuvo tiempo y ocasión de comprender, ya en tierra ajena, que sus presuntos delitos no habían sido políticos sino estrictamente humanos. Había ayudado, es cierto, sin pensar demasiado en qué pero sabiendo a quién. Es claro que compartía muchas de las quejas enarboladas por los muchachos, pero en su solidaridad nada profesional ése no había sido nunca el factor decisivo. Siempre tenía más peso su conocimiento personal del acosado de turno, el saber por ejemplo que había sido uno de sus cientos de alumnos, a veces ni siquiera brillante. Más importante que su ficha ideológica era haberlo visto con frecuencia en el barrio, moviendo sin usura la globa en el campito y festejando los goles como si el mundo estuviera realmente vacunado contra el holocausto. Aquí y allá daba una mano, pero no como una obligación cívica o un deber militante, sino apenas como un gesto espontáneo, inevitable. Es claro que de tanto dar una y otra mano, faltó poco para que se las esposaran.

Sí, por varias y matizadas razones, el exilio había sido un descubrimiento. En primer término, le había servido para detectar en sí mismo zonas hasta entonces inexploradas. Verse y juzgarse aislado, sin su contexto natural, rodeado ahora por barreras de extranjería, borrón sin cuenta nueva, entregado a una suerte, que todavía no era buena ni mala, como a un temporal omitido en el parte meteorológico. Todo le había servido para advertir qué pesado puede ser el azar, qué inclemente.

En segundo término había descubierto qué echaba de menos y qué no, y eso fue asimismo un balance inesperado, ya que pudo comprender, relativamente asombrado, que algunos *grandísimos valores* le importaban un corno, y en cambio le producían una ansiedad muy sutil la ausencia de un murallón de piedra y mugre, del letrero *despacio escuela* que lo frenaba todas las mañanas cuando iba al centro en el destartalado *citroën*, o la recurrente secuencia del veterano melenudo a quien solía ver desde su ventana retozando con su gran danés por la playa desierta en pleno invierno. Por supuesto que añoraba todo eso con los ojos secos porque los animales de ciudad no lloran.

Y en tercer término había descubierto también que el nuevo alrededor, con sus rostros tajantes como acantilados y sus tradiciones frondosas e insobornables, le reservaba sin embargo, detrás de su tupido orgullo, una vulnerable zona de ternuras pueriles, de ayudas a buscar, de obstinaciones generosas. Y hasta había llegado a entender que la soledad entre iguales, la soledad libremente elegida para un instante o un semestre, podía ser un aceptable venero, una fuente de buenas nuevas, en tanto que la soledad de la diáspora, la soledad proscripta, solía ser una mala noticia. Todo en ella era extraño, desde las paredes pulcras hasta el cielo avarísimo, desde los simples buenos días hasta el relumbre del consumismo, desde los fastos de la miseria hasta los bustos de la televisión.

Las habitaciones de albergue, las camas por una noche, los desayunos en la barra, las caminatas nocturnas, las sumas y restas en la agendita para ver cuánto le quedaba, los teléfonos (“no dejes de llamarme cuando llegues”) que clamaban destemplados en ámbitos indigentes o suntuosos, eran simples volutas de esa soledad, meros adornos, nunca soluciones. Por eso, cuando por fin aparecía alguien que abría una puerta e invitaba a la confianza, cuando llegaba un rostro que reconocía en el acosado los síntomas de un acoso mayor, casi ecuménico, entonces las sobrias desesperaciones se iban desprendiendo como las capas de una cebolla.

Es verdad que ninguno de estos descubrimientos, ni siquiera la suma de los mismos, le había llevado a la abolición de sus nostalgias. Náufrago momentáneamente a salvo, siguió empero haciendo señales para el regreso. Y fue una de esas señales la que finalmente convocó la contraseña esperada, el pretexto clave. Siempre había tenido pereza de abarcar la gastada patria como una tierra prometida. El escudo, la bandera y el himno, bautismos anacrónicos, desafíos de otra época, qué podían significar, al fin de cuentas, si eran indiscriminadamente usados tanto por los muchachos que se pudrían de rencor en los calabozos como por los canallas que los verdugueaban. Sin embargo, la patria se le fue armando como un rompecabezas, hallando aquí un rostro que se correspondía con una esquina, allá una cometa que buscaba su nube. La patria se le fue componiendo sin bandera, sin himno, sin escudo. Más bien como se reconstruye un árbol genealógico, una partida de ajedrez o un palimpsesto. Y así la saudade se le convirtió en olfato, en tacto, en gusto, antes que en oído o en visión. Tuvo necesidad de oler el viejo salitre, de apoyar las palmas en el roble de su mesa, de hundir los dientes en un durazno a punto. De modo que cuando la posibilidad, aunque riesgosa, se le puso a tiro, enseguida supo que la iba a aprovechar.

La operación no era tan complicada. Sólo atravesar el océano, instalarse brevemente en el país contiguo y conectar allí con gente amiga que lo arrimase a una zona peculiar de la frontera. Las instrucciones eran atravesarla a pie, con sólo una mochila. Del otro lado no habría contactos ni gente esperándolo. Simplemente caminar. Eso sí: con una brújula, un mapa de la región, y en todo caso una ambigua apariencia de *hippie* o *globetrotter*. Y eso lo había hecho. El *jeep* de los compinches lo había dejado a dos kilómetros de la imaginaria línea fronteriza. No encontró a nadie en el trayecto. Anduvo varias horas a campo traviesa, recibiendo el sol en la frente habituada a la clausura. Una vez que pasó la frontera, las novedades fueron una liebre asombrada, una víbora que se alejó prudente, dos alacranes vagabundos. Y aquí y allá una brisa intermitente que doblaba los pastos, las espigas.

Sabía que tendría que caminar muchas horas y muchas más al día siguiente, de modo que cuando el sol amenazó con hundirse en el horizonte, también él decidió internarse en la discreta espesura. Cuando halló un árbol que le pareció amistoso, resolvió pasar la noche bajo su inerme protección. Ni siquiera se preguntó qué árbol sería, ya que él era, después de todo, animal de ciudad y disfrutaba siéndolo. Pero hacía frío. Aprendió dócilmente que en el campo hacía frío. La mochila se transformó rápidamente en saco de viaje. Se introdujo por primera vez en aquella suerte de mínimo hogar, disfrutó del calorcito que le empezó a subir desde las piernas, y esta vez, a pesar del silencio cercano y la calma lejana, durmió profundamente, sin preocuparse de bichos ni de heladas.

Soñó pues con fruición y en colores particularmente nítidos. Que se acercaba por fin a su antigua casa de la ciudad, pero lo precedía una ambulancia y él se quedaba en la acera de enfrente, a la expectativa. Que de la casa extraían un cuerpo en una camilla, alguien tapado con

una frazada oscura, pero era obvio que se trataba de él mismo. Sólo cuando la ambulancia partía, él se decidía a cruzar la calle, metía su vieja llave en la cerradura de siempre, la puerta se abría sin rechinamientos, y él inopinadamente despertaba.

Despertaba a la mañana fresca y radiante, a la realidad de pájaros e insectos, y también de unas ramas altas que se balanceaban nítidas ofreciéndole trozos disponibles de cielo. Despertaba a una jornada en que se sentía particularmente vivo. Nunca se había interesado por los sueños, propios o ajenos, y sin embargo en ese instante resolvió que aquel bulto inerme llevado por la soñada ambulancia era la parte acabada de su vida, era su antiguo ser timorato y doliente. Miró a su alrededor con una curiosidad tan premiosa que casi le dio vértigo, y respiró a todo pulmón, como si tomara fuerzas para empezar a contar desde cero. Por cierto le extrañó que no cantara un gallo, pero éste iba a ser tan sólo el primer esquema a descartar. Le asombró asimismo que esa vida silvestre, que él había diseñado tantas veces en términos hostiles y abstractos, fuera allí tan concreta y sin embargo tan acogedora. Bostezó reverente, sin hacer ruido, y de a poco fue sacando las piernas del saco de dormir. De pronto advirtió que a su izquierda la vegetación se ahuecaba como un lecho. Entonces, libre y sin testigos, salvo la mirada de un pájaro negro allá en la rama alta, se arrojó sobre esa patria verde, metiendo la cabeza en el colchón de hojas. Cuando por fin el animal de ciudad, ese obstinado, levantó la frente, vio que las hojas más cercanas estaban húmedas. Debe ser el rocío, pensó todavía en borrador, todavía en esquema. Para comprobarlo decidió pasar la lengua por las cuatro gotas. Cuatro gotas saladas. No era rocío.

ESTACIONES

LA BUENA TINIEBLA

Una mujer desnuda y en lo oscuro
genera un resplandor que da confianza
de modo que si sobreviene
un apagón o un desconsuelo
es conveniente y hasta imprescindible
tener a mano una mujer desnuda

entonces las paredes se acuarelan
el cielo raso se convierte en cielo
las telarañas vibran en su ángulo
los almanaques dominguean
y los ojos felices y felinos
miran y no se cansan de mirar

una mujer desnuda y en lo oscuro
una mujer querida o a querer
exorciza por una vez la muerte.

PUENTES COMO LIEBRES

*iremos, yo, tus ojos y yo, mientras descansas,
bajo los tersos párpados vacíos,
a cazar puentes, puentes como liebres,
por los campos del tiempo que vivimos.*

PEDRO SALINAS

1

Había oído mencionar su nombre, pero la primera vez que la vi fue un rato antes de subir al vapor de la carrera. Mis viejos y mis hermanas habían venido a despedirme y estaban algo conmovidos, no porque viajara a Buenos Aires a pasar una semana con mis primos sino porque a mis dieciséis años nunca había ido solo “al extranjero”.

Ella también estaba en la dársena pero en otro grupo, creo que con su madre y con su abuela. Fue entonces que mamá le dijo discretamente a mi hermana mayor: “Qué linda se ha puesto la hija de Eugenia Carrasco. Pensar que hace dos años era sólo una gurisa.” Mamá tenía razón: yo no podía saber cómo lucía dos años atrás la hija de Eugenia, pero ahora en cambio era una maravilla. Delgada, con el pelo rojizo sujeto en la nuca con un moño, tenía unos rasgos delicados que me parecieron casi etéreos y en el primer momento atribuí esa visión a la neblina. Luego pude comprobar que, con niebla o sin niebla, ella era así.

Al igual que yo, viajaba sola. Poco después, ya con el

barco en movimiento, nos cruzamos en un pasillo y me miró como reconociéndome. Dijo: “¿Vos sos el hijo de Clara?”, exactamente cuando yo preguntaba: “¿Vos sos la hija de Eugenia?” Nos avergonzamos al unísono, pero fue más cómodo soltar la risa. Tomé nota de que, cuando reía, podía ser una pícara que se hacía la inocente, o viceversa.

Inmediatamente cambié mi rumbo por el suyo. Iba pensando proponerle que cenáramos juntos y ensayaba mentalmente la frase cuando nos encontramos con el restaurante, así que se lo dije. “Y mirá que tengo plata.” Me gustó que aceptara de entrada, sin recurrir al filtro de negativas e insistencias tan usado por los adultos en los años treinta.

“Ah, pero somos algo más que el hijo de Clara y la hija de Eugenia ¿no te parece? Yo me llamo Celina.” “Y yo Leonel.” El mozo del restaurante nos tomó por hermanos. “Qué aventura” dijo ella. Estuve por decir *aventura incestuosa*, pero pensé que iba demasiado rápido. Entonces ella dijo “aventura incestuosa” y no tuve más remedio que ruborizarme. Ella también pero por solidaridad, estoy seguro.

Me preguntó si sabía en qué estaba pensando. Qué iba a saber. “Bueno, estoy pensando en la cara que pondría mi abuela si supiera que estoy cenando con un muchacho.” Albricias: el muchacho era yo. Y el mozo que me preguntaba si iba a pedir el menú económico. Por supuesto. Y el mozo que preguntaba si mi hermanita también. Y ella que sí, claro, “por algo somos inseparables”. Se fue el mozo y dije: “Ojalá”. “Ojalá qué”. Me di cuenta de que había conseguido desorientarla. “Ojalá fuéramos inseparables.” Ella entendió que era algo así como una declaración de amor. Y era.

Cuando estábamos terminando la crema aurora, me preguntó por qué había dicho eso, y estaba seria y lindísima.

Yo no estaba lindísimo pero sí estaba serio cuando imaginé que la mejor respuesta era enviarle mi mano por entre el tenedor y las copas, pero ella: “Ay no, acordate que somos hermanitos”. Hay que ver los problemas que tenían los chicos, allá por 1937, en los preámbulos del amor. Era como si todos, las madres, las tías, las madrinas, las abuelas, los siglos en fin, nos estuvieran contemplando. Entonces, con las manos muy quietas pero crispadas, le contesté por fin que le había dicho eso porque me gustaba, nada más. Y ella: “Me gusta cómo decís que te gusto”. Ah, pero a mí me gustaba que a ella le gustara cómo decía yo que me gustaba. Sí, ya sé, qué pavadas. Pero a nosotros nos sonaban como clarinadas de genio, de esas que aparecen en los diccionarios de frases famosas.

Cuando estábamos en el churrasco ella dijo que hasta ahora no se había enamorado, pero quién sabe. “Además, sólo tengo quince años.” Y yo dieciséis. Pero quién sabe. Y desplegaba su sonrisa. Comparada con la suya, la de la Gioconda era una pobre mueca. Debo agregar que, a pesar de sus rasgos etéreos, demostró un apetito voraz. Del churrasco no quedaron ni huellas. Yo por lo menos dejé una papa, nada más que para que el mozo no pensara que éramos unos muertos de hambre.

En el postre nos contamos las vidas. En su clase había quien le tenía ojeriza porque era la única que obtenía sobresalientes en matemáticas. “A mí también me entusiasman las matemáticas”, exclamé radiante y hasta me lo creí, pero sólo era una mentira autopiadosa, ya que entonces las odiaba y todavía hoy me dura el rencor. Sus padres estaban separados, pero lo había asimilado bien. “Era mucho peor cuando estaban juntos y se insultaban a diario.” Lamenté profundamente que mis padres no se hubieran divorciado, más bien estaban contentos de estar juntos. Lo lamenté porque habría sido otra coincidencia, pero la verdad es que no me atreví a modificar de ese

modo la historia. “Leonel, no lo lamente, es mucho mejor que se lleven bien, así se ocupan menos de vos. Si viven agraviándose, se quedan con una inquina espantosa y después se desquitan con uno.”

Tomamos café, que estaba recalentado, casi diría que repugnante, pero sin embargo nos desveló. Al menos ni ella ni yo teníamos ganas de volver a nuestros respectivos camarotes. Celina compartía el suyo con dos viejas; yo, con tres futbolistas. Menos mal que la noche estaba espléndida. Aquí ya no había niebla y la Vía Láctea era emocionante. Estuvimos un rato mirando el agua, que golpeaba y golpeaba, pero hacía frío y decidimos sentarnos adentro, en un sofá enorme. Ella se puso un saquito porque estaba temblando, y yo, para transmitirle un poco de calor, apoyé mi largo brazo sobre sus hombros encogidos. El ruido del agua, el olor salitroso que nos envolvía y los pasillos totalmente desiertos, creaban un ambiente que me pareció cinematográfico. Era como si actuáramos dentro de una película. Nosotros, la pareja central.

Estuvimos callados como media hora, pero los cuerpos se contaban historias, hacían proyectos, no querían separarse. Cuando apoyó la cabeza en mi hombro, yo balbuceé: “Celina”. Movié apenas el cabello rojizo, sin mirarme, a modo de saludo. Un largo rato después, cuando yo creía que estaba dormida, dijo despacito: “Pero quién sabe”.

2

La segunda vez fue siete años más tarde. Me había quedado solo en Montevideo. Toda la familia estaba en Paysandú, con mis tíos. Yo no había podido acompañarlos porque había dejado de estudiar y trabajaba en una empresa importadora. El gerente era un inglés insoportable: o sea que estaba totalmente descartado el que yo pi-

diera una semana libre. El *leitmotiv* de su puta vida eran los repuestos para automóviles, que constituían el principal renglón de la empresa. Hablaba de pistones, pernos, válvulas de admisión y de escape, aros, cintas de freno, bujías, etc., con una fruición casi sibarítica. Reconozco que también hablaba de golf y los sábados siempre aparecía con los benditos palos, porque al mediodía, cuando cerrábamos, se iba con el hijo al Club, en Punta Carretas, y allí se hacían la farrita.

Era un mediocre, un torpón, y sin embargo autoritario, enquistado en un gesto definitivamente agrio que también incluía al hijo, que era flaquísimo y curiosamente se llamaba Gordon. Al viejo sólo lo vi hacer bromas y reírse en falsete cuando venía de inspección, cada tres meses, el director general, un yanqui retacón de cogote morado, nada torpe por cierto, que no jugaba al golf ni entendía demasiado de pernos y bujes, pero que vigilaba el negocio como un sabueso y en el fondo despreciaba profundamente a aquel británico de medio pelo y ambición chiquita. Reconozco que esos matices los advierto ahora, a varios lustros de distancia, pero en aquel entonces no hacía distinciones: odiaba a ambos por igual.

Mi trabajo era múltiple. Vendía accesorios en el mostrador, atendía la caja, cotejaba cada factura con la mercadería correspondiente (se habían detectado varias evasiones de pistones) y en los ratos libres, o en horas extras, el gerente me llamaba para dictarme cartas que yo tomaba taquigráficamente. Ocho o nueve horas en ese ritmo me dejaban aturdido y fatigado. De más está decir que no era un trabajo esplendoroso.

Esa tarde estaba en el mostrador midiendo unos pernos que pedía un mecánico, cuando se hizo un silencio. Eso siempre ocurría en las escasas ocasiones en que entraba al comercio una mujer joven. Nuestros artículos no eran especialmente atractivos para el público femenino.

Sin embargo, además de los accesorios para automóviles vendíamos linóleo, motores fuera de borda y cajas de herramientas, y dos o tres veces al año entraba alguna dama a pedir precios en cualquiera de esos rubros, aclarando siempre que se trataba de un regalo o de un encargo.

Yo seguí con los pernos, discutiendo además con el mecánico, que juraba y perjuraba que no eran para un Ford V8, como yo le decía. Al fin pude convencerlo con argumentos irrefutables y pagó su compra con cara de derrotado. Levanté los ojos y era Celina. Al principio no la reconocí. Se había convertido en una mujercita de primera. Ya no era etérea, pero irradiaba una seguridad y un aplomo que impresionaban. Además, no era exactamente linda sino hermosa. Y yo, con las manos sucias del aceite de los pernos, no salía de mi estupor.

“Pero Leonel ¿qué hacés entre tantos fierros?” Lo sentí como un agravio personal: para ella todos aquellos carísimos accesorios que proporcionaban pingües ganancias a la empresa, eran sólo fierros. “¿Y vos? ¿Venís a comprar alguno?” No, simplemente se había enterado de que yo trabajaba allí y se le ocurrió saludarme. ¿Dónde se había metido desde aquella vez? Nunca más había sabido de ella. Hasta las mujeres de mi familia le habían perdido el rastro. “Estuve en Estados Unidos, en realidad todavía vivo allí, pero la historia es larga, no querrás que te la cuente aquí.” De ninguna manera, y menos ahora que el inglés ha empezado a pasearse con las manos atrás, y yo conozco ese prelude. Así que quedamos en encontrarnos esta noche. ¿Dónde? En mi casa, en la suya, en un café, donde quiera. “Tiene que ser hoy ¿sabés? porque mañana me voy de nuevo.” Y el gerente, en vez de disfrutar de aquellas piernas que se alejaban taconeando, me miró con su severidad despreciativa y colonizadora. Por las dudas, escondí mi nariz en una caja de arandelas.

Vino a mi casa y yo no había tenido tiempo de decirle

que estaba solo. Ahora pienso que tal vez no se lo habría dicho aunque hubiese tenido tiempo. El proyecto era tomar unos tragos e irnos a cenar, pero al llegar me dio un abrazo tan cálido, tan acompañado de otras sustentaciones y recados, que nos quedamos allí nomás, en un sofá que se parecía un poco al del barco, sólo que esta vez no apoyó su cabeza en mi hombro y además no temblaba sino que parecía inmune, segura, ilesa.

Con siete años de incomunicación, tuvimos que contarnos otra vez las vidas. Sí, se había ido a los Estados Unidos, enviada por la familia. Estaba estudiando psicología, quería concluir su carrera y luego regresar. No, no le gustaba aquello. Tenía amigos inteligentes, pródigos, entretenidos, pero observaba en la conducta de los norteamericanos un doble nivel, un juego en duplicado: y esto en la amistad, en el sexo, en los negocios. Herencia del puritanismo, tal vez. Todos tenemos una dosis más o menos normal de hipocresía, pero ella nunca la había visto convertida en un rasgo nacional.

No podía conformarse con que yo estuviera vendiendo accesorios de automóviles. “¿No lo hago bien?” “Claro que lo hacés bien, ya vi cómo convenciste a aquel mecánico tan turro. Se ve que sos un experto en fierros. Pero estoy segura de que podés hacer algo mejor. ¿No te gustaban tanto las matemáticas?” “Nada de eso, aquella noche lo dije para que tuviéramos un territorio común. Además estoy seguro de que, si hubieras estado junto a mí, al final me habrían gustado, pero desapareciste, y mañana te vas.”

Se va y no puedo creerlo. Por primera vez tomo conciencia de mi desamparo, por primera vez me digo, y se lo digo, que con ella puedo ser mucho y que sin ella no seré nada. Responde que sin mí ella tampoco será nada, pero que no hay que obligar al azar. “Ves cómo nos separamos y él viene y nos junta. Quién puede saber lo que vendrá.

A lo mejor yo me caso, y vos también, por tu lado. No hay que prometer nada porque las promesas son horribles ataduras, y cuando uno se siente amarrado tiende a liberarse, eso es fatal.”

Era lindo escucharla, pero era mejor sentirla tan cerca. En ese momento me pareció que ella también tenía un doble nivel, pero sin hipocresía. Quiero decir que mientras desarrollaba todo ese razonamiento tan abierto al futuro, sus ojos me decían que la abrazara, que la besara, que iniciara por fin los trámites básicos de nuestro deseo. Y cómo podía negarle lo que esos ojos tan tiernos y elocuentes me pedían. La abracé, la besé. Sus labios eran una caricia necesaria, cómo podía haber vivido hasta ahora sin ellos. De pronto nos reparamos, nos contemplamos y coincidimos en que el momento había llegado. Pero cuando yo alargaba mi mano hasta su escote, casi dibujando por anticipado el ademán de ir abriendo el paraíso, en ese instante llegó el ruido de la cerradura en la puerta de abajo.

“Mis padres”, dije, “pero si iban a regresar mañana”. No eran mis padres sino mi hermana mayor. “Hola, Marta, qué pasó.” Mamá se había sentido mal, por eso ella venía a buscarme. Le pregunté si era algo serio y dijo que probablemente sí, que papá estaba con ella en el sanatorio. “Perdón, con la sorpresa omití presentarte a Celina Carrasco. Ésta es Marta, mi hermana.” “Ah, no sabía que se conocían. ¿Pero no estabas en el extranjero?” “Sí, vive en los Estados Unidos y regresa mañana.” “Bueno”, dijo Celina con la mayor naturalidad, “ya me iba, todavía tengo que hacer las valijas, ya saben lo que es eso. Espero que no sea nada serio lo de tu mamá.” “Gracias y buen viaje”, dijo Marta.

El azar estuvo esta vez muy remolón, ya que la ocasión siguiente sólo apareció en 1965. Yo ya no trabajaba entre los *fierros*. Unos meses después de la muerte de mamá, el viejo me llamó muy solemnemente y me comunicó que su propósito era hacer cuatro porciones con el dinero y los pocos bienes que tenía: él se quedaría con una, y las otras tres serían para mí y mis dos hermanas. Me indigné, traté de convencerlo: que él todavía era joven, que podía necesitar ese dinero, que nosotros teníamos nuestros ingresos, etc., pero se mantuvo. Le alcanzaba perfectamente con la jubilación y en cambio para nosotros ese dinero podía ser la base para algún buen proyecto. Y que concretamente en mi caso ya estaba bien de vender válvulas y cintas de freno. Y que no se admitían correcciones a la voluntad paterna.

Así fue. Marta se buscó una socia y abrió una *boutique* en la calle Mercedes; mi hermana menor, Adela, menos emprendedora, simplemente invirtió la suma en bonos hipotecarios; por mi parte, dije adiós sin preaviso al gerente golfista y su mal humor e instalé (viejo sueño) una galería de arte. Le puse un nombre obviamente artístico: La Paleta. Algunos amigos quedaron desconsolados con mi escasa imaginación, pero yo, cuando venía por Convención y contemplaba desde lejos el letrero Galería La Paleta, me sentía casi ufano.

Ah, me olvidaba de algo importante: en 1950 me había casado. Creo que tomé la decisión cuando supe, por un pintor uruguayo residente en Nueva York, que Celina se había casado en los Estados Unidos con un arquitecto venezolano. Mi mujer, Norma, trabajaba en un Banco y de noche era actriz de un teatro independiente. Tuvo algunos buenos papeles y los aprovechó. Yo iba siempre a los estrenos y en compensación ella venía a La Paleta cuan-

do se inauguraba una muestra. Pero debo reconocer que nos veíamos poco.

En una ocasión (creo que era una obra de autor italiano) Norma debía aparecer desnuda tras una mampara no transparente sino traslúcida. Digamos que no se veía pero se veía. La noche del estreno me sentí ridículo por dos razones: la primera, que una platea repleta presenciara (ay, en mi presencia) y aplaudiera el lindo cuerpo de mi mujer, y la segunda: si éramos civilizados no podía ser que yo me sintiera mal, y sin embargo me sentía. Ergo, era un producto de la barbarie. Después de esa autocrítica, me divorcié.

No pude sin embargo contarle esa historia a Celina porque si bien vino al cóctel de La Paleta (se inauguraba la muestra retrospectiva de Evaristo Dávila), lo hizo acompañada de su arquitecto venezolano, quien para colmo se interesaba abusivamente por la pintura y no sólo me hizo poner una tarjeta de *adquirido* bajo dos lindas acuarelas de Dávila (eran más baratas que los óleos) sino que se prometió y me prometió venir nuevamente por la galería antes de emprender regreso a Los Ángeles, y todo ello “porque a esta altura del partido, los cuadros son la mejor inversión”.

Celina me acribilló a preguntas. Sabía que me había casado, pero cuando me preguntó por mi mujer (“Ya sé que es encantadora, ¿tenés hijos?, de qué se ocupa, se llama Norma ¿no?”) se quedó con la boca abierta cuando le dije que nos habíamos divorciado. Emergió como pudo de aquel bache, sobre todo porque el arquitecto frunció el ceño y ella no tuvo más remedio que dedicarse a elogiar la galería. “¿Viste como yo tenía razón? Era un crimen que estuvieras enterrado en aquella empresa espantosa, con aquel gerente tan desagradable. Supe que tu mamá había fallecido, pero no habrá sido precisamente aquella noche en que llegó tu hermana ¿verdad?” Sí, había sido precisamente aquella noche.

Me dije que seguía siendo muy atractiva pero que sin embargo había perdido un poco, no demasiado, de su frescura, y eso se advertía sobre todo en su risa, que ya no estaba a medio camino entre la inocencia y la picardía, sino que era primordialmente sociable. Me dije todo eso, pero a ella en cambio le aseguré que se la veía muy rozagante. Me pareció que el arquitecto esbozaba una sonrisa de comisuras irónicas, pero quizá fue un falso indicio. Seguían viviendo en Estados Unidos, pero querían mudarse a San Francisco. “Es la única ciudad norteamericana que soporto, debe ser porque tiene cafés y no sólo cafeterías y te podés quedar sentado durante horas junto a una ventana leyendo el diario con un solo *express*.” Por fortuna el arquitecto se encontró con un viejo amigo, el abrazo fue entusiasta y los palmoteos en las respectivas nuca sirvieron de prólogo a un aparte íntimo en el que presumiblemente se pusieron al día. Yo aproveché para mirarla a los ojos y hacerle una pregunta que evidentemente ella había tratado de frenar mediante aquella superflua animación: “¿Cómo estás realmente?” Cerró los ojos durante unos segundos y cuando los abrió era la Celina de siempre, aunque más apagada. “Mal”, dijo.

4

A la hora convenida, ya no recuerdo cuál era, la gente había aparecido simultáneamente desde las calles laterales, desde los autos estacionados, desde las tiendas, desde las oficinas, desde los ascensores, desde los cafés, desde las galerías, desde el pasado, desde la historia, desde la rabia. Ya hacía dos semanas que, como respuesta al golpe militar, la central de trabajadores había aplicado la medida que tenía prevista para esa situación anómala: una huelga general.

Mientras caminaba, como los otros miles, por Dieciocho, pensé que a lo mejor era sólo un sueño. Todo había sido tan vertiginoso y colectivo. Además la gente se movía como en los sueños, casi ingrávida y sin embargo radiante. Cada uno tenía conciencia de los riesgos y también de que participaba en un atrevido pulso comunitario, casi un jadeo popular. Era como respirar audiblemente, osadamente, con mis pulmones y los de todos. Nunca sentí ni antes ni después de aquel lunes 9 de julio del 73 un impulso así, una sensación tan nítida y envolvente de a dónde iba y a qué pertenecía. Nos mirábamos y no precisábamos decirnos nada: todos estábamos en lo mismo. Nos sentíamos estafados pero a la vez orgullosos de haber detectado y denunciado al estafador. Creíamos que nadie podría con nosotros, así, desarmados e inermes como andábamos, pero sin la menor vacilación en cuanto a desembarazarnos de esos alucinantes invasores que nos apuntaban, nos despreciaban, nos temían, nos arrinconaban, nos condenaban. Y cuanto más terreno ganaba la tensión, cuanto más rápido era el paso de hombres y mujeres, de muchachos y muchachas, tanto más verosímil nos parecía ese remolino de libertad.

Recuerdo que en los balcones había mucho público, como si fuéramos los protagonistas de una parada antimilitar. De pronto me acordé: alguna vez había estado en uno de esos balcones, cuando había pasado el general De Gaulle bajo un terrible aguacero, chorreante y enhiesto como el obelisco de la Concorde. Y también recordé cómo bullía la avenida allá por el 58, cuando contra todos los vaticinios la selección uruguaya le había ganado a la brasileña en la final de Maracaná. Y más atrás, cuando la reconquista de París en la segunda guerra. Por la avenida siempre había pasado el aluvión.

Y ahora también. Uno se cruzaba con el amigo o el vecino y apenas le tocaba el brazo, para qué más. No ha-

bía que distraerse, no había que perder un solo detalle. También nos cruzábamos con desconocidos y a partir de ese encuentro éramos conocidos, recordaríamos esa cara no para siempre, claro, pero al menos hasta la madrugada, porque nuestras retinas eran como archivos, queríamos absorber esa entelequia, queríamos concretarla en transeúntes de carne y hueso. Nada de abstracciones, por favor. Los labios apretados eran conscientes y reales; las sonrisas del prójimo, sucintas y ciertas. La calle avanzaba incontenible, con sus vidrieras y balcones; la calle articulaba, en inquietante silencio, su voluntad más profunda, su dignidad más dura. Los obreros, esos que pocas veces bajan al centro porque la fábrica los arroja al hogar con un cansancio aletargante, aprovechaban a mirar con inevitable novelería aquel mundo de oficinistas, dependientes, cajeras, que hoy se aliaba con ellos y empujaba. No había saña, ni siquiera rencor, sólo una convicción profunda, y hasta ahí no llegaba lo planificado. Las convicciones no se organizan; simplemente iluminan, abren rumbos. Son un rumor, pero un rumor confirmado que sube del suelo como un seísmo.

Y así, como un rumor, como un murmullo que venía en ondas, empezó a oírse el himno, desajustado, furioso y conmovedor como nunca. Cuando unos silabeaban y *que heroicos sabremos cumplir*, otros más lentos o minuciosos, estaban aún estancados en *el voto que el alma pronuncia*. Pero fue más adelante en *el tiranos temblad*, o sea en pleno bramido con destinatarios, cuando la vi, a diez metros apenas, cantando ella también como una poseída. Y en esta cuarta vez, además del lógico sacudimiento, sentí también un poco de recelo, un amago casi indiscernible de desconcierto, la sospecha de haberme quedado no sólo lejos de su vida, como siempre había estado, sino fuera de su mundo y fuera también de su belleza, que aun a sus cincuenta (en octubre cumpliría cincuenta

y uno) seguía siendo persuasiva; fuera de sus noticias, de su vida cotidiana, de sus ideas, y fuera también de este entusiasmo atronador en que estábamos envueltos, porque no lo habíamos alcanzado juntos sino cada uno por su lado, coleccionando destrozos y solidaridades. Sin embargo, de una cosa no me cabía duda: era la única mujer que realmente me había importado y aún me importaba. Hacía algunos meses, cuando había vendido La Paleta y abierto una librería de viejo en el Cordón (los amigos esta vez me convencieron de que no la llamara *Tomo y lomo*, como había sido mi intención, sino sencillamente *Los cielitos*), un cliente me dijo al pasar que el arquitecto Trejo y su mujer pensaban regresar de San Francisco para quedarse en Montevideo. En qué momento. Dejé pasar unas semanas y cuando estaba averiguando sus nuevas señas, vino el golpe y no sólo ese propósito sino todos los propósitos quedaron aplazados. El país entero quedó aplazado.

Y ahora ella estaba allí. La veía y enseguida la perdía de vista. A veces distinguía su tapado azul, o su cabeza que ya no era roja, pero de nuevo la perdía. Y así avanzaba, procurando no dar codazos porque en aquella muchedumbre no había enemigos. Pero ella, que no me había visto, también se movía y no precisamente hacia mí. Fue entonces que hubo un aaah de alerta, que fue creciendo, y luego gritos y corridas y gente que tropezaba y caía, porque la represión había empezado y sonaban disparos y tableteos y había humo y palos y yo queriendo verla, intentaba correr hacia ella, pero en la confusión las distancias variaban de minuto en minuto y ya era bastante la furia que se descargaba sobre nosotros y había que escapar, tiranos temblad, quizá el temblor era ese tableteo, y todo seguía aconteciendo en un nivel onírico, sólo que esos uniformados no eran ingrátidos y el sueño se había convertido en pesadilla.

La quinta vez fue en Atocha, antes de que tomáramos el tren nocturno que iba a Andalucía, un domingo de octubre de 1981. Yo llevaba cinco años viviendo en Madrid, como tercera escala del exilio. Dos días después de aquel imborrable 9 de julio, fueron a buscarme a casa de Norma, mi ex mujer, quien tuvo el buen tino de decirles que, aunque estábamos separados, tenía la impresión de que yo había viajado al extranjero. ¿Dónde? “Ni idea, él siempre viaja mucho y lógicamente, dada nuestra actual situación, no se molesta en comunicármelo.” Buena actriz, por suerte. Y yo, un sedentario congénito, tuve que irme a hurtadillas. Pero aun así, antes de cruzar la frontera, escondido en casa de amigos por tres o cuatro días, pude averiguar que Celina había sido detenida. También su hijo. Me aseguraron que el arquitecto no salía de su estupor, y que era un estupor con doble llave.

Primero estuve en Porto Alegre, luego en París, por fin en Madrid, donde no me fue fácil conseguir trabajo. Durante seis meses viví de lo poco que me mandaban mis hermanas, pero esa ayuda me provocaba (resabios de machismo, claro) una incomodidad casi a flor de piel. Me sentía un *gigolo* de mis propias hermanas, y eso, en mi marco de pequeño burgués progresista, era un escándalo. Por suerte, un buen grabador mexicano a quien yo conocía desde tiempo atrás porque había expuesto sus litografías en La Paleta, me presentó a la propietaria de una rimbombante galería del barrio de Salamanca, habló maravillas de mi conocimiento del ramo y como resultado empecé a trabajar. La dueña, una noruega veterana y buena tipa, pese a que no creyó una sola palabra del panegírico, se mostró dispuesta a sacarme del pozo. Más tarde se fue convenciendo de que yo podía serle de utilidad y empezó a mandarme a provincias a fin de que descubriera jóve-

nes promesas. Reconozco que descubrí varias, y doña Sigrid, como yo la llamaba, me fue tomando confianza.

Esta vez me enteré rápidamente de la presencia de Celina en Madrid. Había pasado tres años en la cárcel, acusada de servir de correo internacional, al servicio de actividades “subversivas”. La habían tratado mal, pero no tan mal como a otras mujeres, casi todas mucho más jóvenes, que cayeron en aquellas jornadas de espanto. Por un lado su edad (cuando fue detenida tenía 52 y al salir 55) y sus maneras dignas y seguras que establecían una inevitable distancia con aquellos omnipotentes en bruto, y por otro sus vinculaciones con medios diplomáticos y políticos, hicieron que los militares le guardaran cierta consideración, aunque ésta siempre estuviera ligada a algo que para ellos constituía un enigma: por qué una dama culta, de buena familia, de aspecto impecable, de hábitos refinados, había arriesgado su confort, su libertad y hasta su matrimonio, comprometiéndose en una tarea loca, irresponsable, y para ellos sobre todo delictiva. Como en el fondo querían ser suaves con ella (aunque por supuesto sin hacerse acreedores a ningún tirón de orejas, ni de galones) fabricaron para sí mismos una explicación que les pareció verosímil: el hijo había estado metido hasta el pesquezo en faenas conspirativas y ella simplemente le había dado una mano. Una vez que la motivación adquirió un tinte maternal, y por ende familiar, occidental y cristiano, ya estuvieron en condiciones de tolerar su propia tolerancia. Hubo, es cierto, un suboficial que en un interrogatorio especialmente duro, frente a los altivos desplantes de la detenida perdió la compostura y la abofeteó varias veces, partiéndole el labio y dejándole un ojo tumefacto, pero también es cierto que el impulsivo fue sancionado. Celina (todo lo fui sabiendo de a poco, por amigos comunes) se sentía, en medio de todo, una privilegiada, ya que luego compartió su celda con varias muchachas que esta-

ban literalmente reventadas. En cuanto a su hijo, sólo pudieron probarle una mínima parte de la pirámide de acusaciones, pero a él sí lo torturaron con delectación y estuvo cuatro meses en el Hospital Militar. Cumplió su condena de cinco años y luego lo deportaron. Ahora vivía con su mujer en Gotemburgo.

Para Celina esos años fueron decisivos. La prisión había cortado su vida en dos, y la libertad la había esperado con una pródiga canasta de problemas. En primer término, su matrimonio. La falta de solidaridad demostrada por el arquitecto (siempre había sido un hombre estrechamente vinculado a las transnacionales) había liquidado la convivencia conyugal, ya seriamente deteriorada en el momento de la detención. Fueron seis meses de discusiones interminables y por fin Celina decidió romper una unión que había durado nada menos que treinta años. Cuando todo estaba resuelto y habían por lo menos llegado al acuerdo de iniciar el divorcio una vez que Trejo regresara de un corto viaje a su paraíso norteño, el proyecto tuvo una brusca e imprevista modificación, ya que el arquitecto sufrió un síncope en el aeropuerto Kennedy, exactamente cuando los altavoces llamaban para su vuelo de Pan American. Mientras el hijo siguió en el penal, Celina permaneció en Montevideo, a pesar de que el muchacho, en cada visita, le pedía que se fuera: “Yo sé por qué te lo digo. Andate vieja.” Pero la vieja sólo hizo sus bártulos cuando él le telefoneó desde Estocolmo que había llegado bien.

Precisamente, Celina venía ahora de Suecia, donde había pasado un mes con el hijo y la nuera. Su proyecto era estar dos meses en España y luego decidiría. Su situación económica le daba cierta seguridad, y aunque ayudaba frecuentemente al hijo, no pasaba dificultades.

Cuando la localicé por teléfono, gritó “Leonel” antes de que le aclarara quién la llamaba. Teníamos que vernos, claro, pero le dije que el domingo yo debía partir por

tren nocturno hacia Andalucía y le propuse que me acompañara, así aprovechábamos el viaje a Huelva y Málaga y Granada para contarnos una vez más quiénes éramos. Hubo veinte segundos de silencio que me parecieron media hora y por fin dijo que bueno. Yo me encargaría de los billetes y de reservar los compartimientos, individuales y de primera por supuesto. ¿De acuerdo? De acuerdo. Imaginé que estaría sonriendo y que aún ahora la Gioconda saldría perdidosa.

La noche del domingo llegué a Atocha media hora antes de lo convenido. Ella en cambio apareció con veinte minutos de atraso. Desde lejos venía pidiendo perdón, perdón, y lo siguió diciendo ya muy quedo junto a mi oído cuando nos abrazamos. No había tiempo para ternuras, de modo que fuimos casi corriendo hasta el andén y por el andén hasta el final, donde estaba nuestro vagón. En realidad subimos dos minutos antes de que el convoy comenzara a moverse. Un tipo bastante amable nos acompañó hasta nuestras respectivas cabinas individuales, tal vez un poco extrañado de que no tuviéramos una doble.

Dejamos el equipaje y los abrigos y sólo entonces tuvimos tiempo de mirarnos. “En marzo voy a ser abuela”, fue lo primero que me dijo. Algo así como un alerta. “Ah, yo no. Para no correr ese riesgo espantoso, tomé la precaución de no tener hijos.” Nos volvimos a mirar, pero indirectamente, gracias al cristal de la ventanilla. “Leonel, ¿será que por fin estaremos tranquilos vos y yo?” “Querida, has cometido tu primer error: yo no estoy tranquilo.” Tomé su mano y la conduje hasta ese reloj llamado cuore. El mío, claro. “Falluto, es por la corrida. A tus años. Mirá que no quiero chantajes cardiovasculares.” Mi desilusión debió notarse porque apartó la mano del reloj y la pasó por mi pelo. “Quiero empezar por un comunicado oficial”, dijo, “he llegado a la conclusión de que te quiero.” “¿Y cuándo fue eso?” “En la cárcel. Una noche me di varias

veces la cabeza contra el muro. Por estúpida. Hace siglos que te quiero.” “¿Y entonces por qué desaparecías y te ibas a los Estados Unidos y te casabas y todas esas cosas horribles?” “Yo también podría preguntarte por qué te quedabas y te desgastabas entre los fierros y llegaba de improviso tu hermana y te casabas y te divorciabas y todas esas cosas horribles.” Sí, era cierto. En algún momento deberé darme la cabeza contra el muro.

Fuimos a cenar al vagón restaurante, pero no había ni crema aurora ni churrasco, así que tuvo que ser jamón de York y trucha a la almendra. “¿No te parece que desperdiciamos la vida?” “También hubo cosas buenas. Pero si te referís a la vida nuestra, a la vida vos-y-yo, estoy de acuerdo, la desaprovechamos.” Avancé la mano, como en el vapor de la carrera, por entre las copas y el tenedor, y ella la aceptó: “Aquí no somos hermanitos.” Tuve la impresión de que recordábamos todas nuestras frases (después de todo, no eran tantas) pronunciadas desde 1937 hasta ahora. Glosé otro versículo: “Tampoco somos inseparables.” “¿Te parece que no? Fíjate que siempre volvemos a encontrarnos.” Venía el camarero, traía y llevaba platos, vino, agua mineral, postres, café, y no sentíamos vergüenza de que nos sorprendiera mirándonos, y no como rutina, sino así, encandilados.

Pagamos, volvimos al vagón, estuvimos un rato en el pasillo vigilando las luces que llegaban, nos cruzaban y se iban. Le rodeé los hombros y ella recostó la cabeza. Como por ensalmo, los cuerpos empezaron a contarse historias, a hacer proyectos. No querían separarse. “Mañana en el hotel podríamos tener una habitación doble”, dije. “Podríamos.”

De pronto me apretó el brazo, no dijo nada y se metió en su cabina. Me quedé un rato más en el pasillo, luego entré en la mía. Me quité la ropa, me puse el pijama, me lavé los dientes, bebí un vaso de agua. Sin demasiada

convicción saqué de mi maletín los cuentos de Salinger que pensaba leer. Pero antes de acostarme toqué suavemente con los nudillos en la puerta doble que separaba los compartimientos.

Del otro lado también hubo nudillos y algo más. El cerrojo de la segunda puerta sonó duro, decidido. También recorrí el de mi lado. Nunca se me había ocurrido que si dos pasajeros se ponen de acuerdo en abrir la puerta doble, las cabinas pueden comunicarse.

Celina. Ya no es pelirroja ni delgadita ni sus rasgos etéreos han de confundirse con la niebla. También yo soy otra imagen. No preciso buscarme en el espejo desalentador. Sé que dos fiordos anuncian una calvicie que ni siquiera es prematura. Tengo un poco de barriga, vello blanco en el pecho, manos con las inconfundibles manchas del tiempo.

Ella apaga la luz, pero a veces algún foco atraviesa las estrías de la persiana y nuestros cuerpos aparecen, pero con barrotos de sombra, casi como dos cebras, esos pobres animales que jamás están desnudos. Nosotros sí. Nunca habíamos tenido nuestras desnudeces. Es un descubrimiento. Los besos del goce, las lenguas del apremio, los vellos contiguos por fin se reconocen, se piden, se inquietan, se responden.

Es incómodo hacer el amor en un ferrocarril, pero mucho más incómodo es no hacerlo. El jadeo del tren se funde con el nuestro, es un compás como el de un barco. Fuera el viento golpea como hace tantos años golpeaba el río como mar, y en realidad es mi adolescencia la que penetra alborozada en los quince años de mi único amor.

ÍNDICE

EROSIONES

Eso dicen	13
Geografías	14

FINISTERRE

Ay del sueño	25
En cenizas derribado	26

MERIDIANOS

Patria es humanidad	35
Como Greenwich	37

LITORAL

El silencio del mar	53
Verde y sin Paula	54

REGIONES

Los cinco	63
De puro distraído	64

ENCLAVE

Ceremonias	69
Más o menos custodio	71

MIGRACIONES

Comarca extraña	83
Balada	85

HUMUS

Finta	97
Jules y Jim	98

CIÉNAGAS

Desaparecidos	113
Firmó doscientas mil	115

NADIR

Sin tierra sin cielo	129
Fábula con Papa	130

GLACIARES

No lo harás en vano	137
Escrito en Überlingen	138

ATMÓSFERA

Nivel de vuelo 350	149
El reino de los cielos	150

CAUCE

Quiero creer que estoy volviendo	163
No era rocío	165

ESTACIONES

La buena tiniebla	173
Puentes como liebres	174

MARIO BENEDETTI

LA BORRA DEL CAFÉ

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

*A mis traductores, que han tenido
la paciencia y el arte de reconstruir
el habla y los silencios de mis
montevideanos en más de
veinte lenguas.*

*¿A dónde van las nieblas, la borra del café,
los almanaques de otro tiempo?*

JULIO CORTÁZAR

*Nada es mentira. Basta con un poco de
fe y todo es real.*

LOUIS JOUVET
(en *Entrada de artistas*)

*estamos libertados como niños,
inminentes para lo duradero*

MILTON SCHINCA

LAS MUDANZAS

Mi familia siempre se estaba mudando. Al menos, desde que tengo memoria. No obstante, quiero aclarar que las mudanzas no se debían a desalojos por falta de pago, sino a otros motivos, quizá más absurdos pero menos vergonzantes. Confieso que para mí ese renovado trajín de abrir y cerrar cajones, baúles, grandes cajas, maletas, significaba una diversión. Todo volvía a acomodarse en los armarios, en los estantes, en los *placards*, en las gavetas, aunque buena parte de las cosas (no siempre las mismas) permanecían en los cofres y baúles. La nueva casa (nunca éramos propietarios sino inquilinos) adquiriría en pocos días el aspecto de morada casi definitiva, o por lo menos de albergue estable, y pienso que eso era lo que mis padres sinceramente creían, pero antes de que transcurriera un año mi madre y/o mi padre, nunca ambos a la vez, empezaban a sembrar comentarios (al comienzo sutiles, pero luego cada vez más explícitos) que en el fondo eran propuestas de un nuevo cambio. Por lo general, las razones invocadas por mi padre eran la falta de sol, la humedad de las paredes, los corredores muy angostos, el alboroto exterior, los vecinos que figoneaban, etcétera. Las aducidas por mi madre eran más variadas, pero normalmente figuraban en la nómina motivos como exceso de sol, sequedad en el ambiente, espacios interiores demasiado amplios, comunicación con los vecinos, calles sin movimiento, etcétera. Por otra parte, a mi padre le gustaba la tranquilidad de los barrios periféricos, en tanto que mi madre prefería la agitación del Centro.

No teman. No les voy a contar toda la historia de *mis* casas, sino a partir de aquellas en que me pasaron cosas importantes (o, como dijo el poeta, en un arranque de genial cursilería, “cosas chicas para el mundo / pero grandes para mí”). Nací en una casa (planta alta) de Justicia y Nueva Palmira, en la cual, como excepción, vivimos tres años. Tengo pocos recuerdos, salvo que había una claraboya particularmente ruidosa cuando se la abría o cerraba, algo que no acontecía con frecuencia ya que la manija, situada en la pared del patio, era durísima y sólo podía funcionar mediante el esfuerzo mancomunado de dos personas suficientemente robustas. Además, los días de lluvia la dichosa manija propinaba unas terribles patadas de corriente eléctrica, de modo que aquella claraboya sólo podía abrirse o cerrarse en tiempo seco.

Luego, sin abandonar el barrio, nos trasladamos a Inca y Lima. Allí lo más recordable era el inodoro, pues cuando alguien tiraba de la cadena, el agua, en lugar de cumplir su función higiénica en el *water*, salía torrencialmente del remoto tanque empapando no sólo al infortunado usuario sino todo el piso de baldosas verdes. Después nos fuimos a Joaquín Requena y Miguelete, donde había más ruido callejero pero el inodoro funcionaba bien y no era imprescindible hacer las necesidades con impermeable y sombrero. De esa casa, bastante más modesta que las anteriores, sólo merece ser evocada una vitrola, en la que mi madre, cuando mi padre estaba ausente, ponía un disco con clases de gimnasia que siempre arrancaba con una voz muy castiza: “¡Atención! ¡Lisssssto! ¡Empeceemos!”. Y mi madre, obediente, empezaba. Yo, que ya andaba por los cinco y medio, la admiraba mucho cuando se tendía en el suelo y levantaba las piernas o se ponía en cuclillas y estiraba los brazos, ocasiones en que solía desmoronarse hacia un cos-

tado, pero yo creía que eso también era ordenado por el gallego del disco. (Debo aclarar que sólo pude identificar el acento de aquel animador muchos años después, concretamente una tarde en que hallé aquella reliquia de 78 rpm en un baúl y la volví a escuchar en un tocadiscos.) De todas maneras, la aplaudía con ganas, y ella, cuando terminaba la lección oral, en reconocimiento a mi comprensión y estímulo, me alzaba en brazos y me daba un beso, más sonoro pero menos agradable que otros ósculos maternos, ya que, como era previsible después de tanta calistenia, estaba espantosamente sudada.

La siguiente vivienda (más modesta aún) estaba en Hocquart y Juan Paullier. Quedaba a sólo cuatro cuerdas de la anterior de modo que no fue fácil conseguir un camión que aceptara encargarse de una mudanza de tan corto recorrido, algo que a mi padre, con toda razón, le parecía absurdo, ya que las faenas de carga y descarga eran las mismas que si la distancia fuera de quince kilómetros. Por fin apareció un camionero que, gracias a una buena propina, se avino a un desplazamiento tan poco tradicional, pero su malhumor y el de sus dos colaboradores fue tan notorio, que a nadie le sorprendió que un ropero perdiera todas sus patas menos una, y un espejo se escindiera en dos lunas: una menguante y otra creciente. En el nuevo domicilio estábamos un poco apretados y casi siempre comíamos en la cocina. Lo mejor de la casa era la azotea, que virtualmente se comunicaba con la del vecino, y donde había un perro enorme, que a mí me parecía feroz y que se convirtió en mi primer enemigo. Para peor, las pocas veces que yo subía, el pobre animal gruñía casi por compromiso, pero no bien advertí que estaba sujeto con una cadena, yo también, en el primer signo de cobardía de que tengo memoria, decidí gruñirle, y aunque mi alarde resultaba apenas una caricatura, debo

admitir que no contribuyó a que mejoraran nuestras ya deterioradas relaciones.

Hubo más casas en aquellos tiempos. Siempre por los mismos barrios: Nicaragua y Cufre, Constitución y Goes, Porongos y Pedernal. A esas alturas, los cambios de domicilio ya obedecían a una obsesión corporativa. Las mudanzas habían pasado de la categoría de pesadilla a la de ensueño. Cada vez que una nueva vivienda aparecía en el horizonte, pasaba a ser, con sus luces y sus sombras, una utopía, y cuando por fin traspasábamos el nuevo umbral, aquello era como entrar en el Elíseo. Por supuesto, la fase celestial caducaba muy pronto, verbi-gracia cuando un trozo del cielo raso caía sobre nuestros *cappelletti alla carusso* o una disciplinada vanguardia de cucarachas invadía la cocina a paso redoblado en medio de los histéricos alaridos de mi madre. Sin embargo, el hecho de que un mito se desvaneciera en la niebla de nuestras frustraciones, no impedía que todos empezáramos a colaborar en un nuevo borrador de utopía.

PRIMEROS AUXILIOS

Lo cierto es que la primera casa relevante fue, al menos para mí y no siempre por buenas razones, la de la calle Capurro. En primer término, allí nació mi hermana; en segundo, mi viejo cambió de trabajo y ello redundó en un considerable aumento en sus entradas; en tercero y último, me enfermé de cierto cuidado y el médico prohibió que concurriera al colegio. La convalecencia fue interminable, pero pasados los primeros meses mi viejo contrató a una maestra particular que, tres veces por semana, dedicaba cuatro horas diarias a mi (deformada) formación.

Se llamaba Antonia Vico. Recuerdo el apellido porque rimaba con *abanico*, y éste era un artefacto que ella llevaba en las cuatro estaciones. Aunque siempre estaba acalorada, mi madre nunca le ofrecía el ventilador, pues en mi condición de eterno convaleciente una mera corriente de aire podía provocarme una recaída, o, en el más leve de los casos, una serie de treinta y dos estornudos. Me consta que era delgada, con piel muy blanca y unos ojos oscuros que me dedicaban dos tipos de miradas: una, dulce y comprensiva, cuando mis padres estaban presentes, y otra, inquisidora y severa, cuando nos dejaban solos. En resumidas cuentas, no fue un amor a primera vista.

En general, cuando un niño cualquiera goza de una maestra privada para su exclusivo desgaste, la tendencia natural es a recibir la lección del lunes y luego darle una lectura rápida para así quedar bien cuando llegue el repaso del miércoles. Yo en cambio hacía todo lo contra-

rio: estudiaba el lunes la lección que ella iba a impartirme el miércoles, lo cual provocaba en la pobre muchacha una gran frustración, una suerte de vacío pedagógico, y acaso el temor de que si mis padres se enteraban de que yo avanzaba en mis conocimientos sin que su aporte didascálico fuera imprescindible, decidieran prescindir de tan fútiles servicios. Sin embargo, yo podía ser perverso pero no delator, de modo que nunca comenté con mis padres mis retorcidas tretas de alumno. Mi objetivo no era que Antonia se quedara sin trabajo, sino más bien que tomara conciencia de con quién se las veía. De modo que así seguimos: yo anticipándome a su lección, ella aprendiendo a respetarme. Como me sabía cada tema al dedillo, y detectaba de inmediato cualquier desvío u omisión de su parte, a veces parecía que era yo quien tomaba la lección y ella la que pasaba apuros.

Sólo seis meses después de una inflexible aplicación de esa técnica, o sea cuando al fin estimé que mi honorabilidad estaba a salvo, decidí permitirle que nuestra relación retomara un ritmo más normal y en consecuencia acepté que me dictara la lección antes de yo aprenderla. De más está decir que me lo agradeció en el alma y a partir de ese reajuste empezó a mirarme con ojos dulces y comprensivos, aun cuando mis padres no estaban presentes. Tengo la impresión de que hasta llegó a amarme. Y a esta altura ya no vale la pena ocultarlo: creo que también la amé un poquito, tal vez porque aquella mirada dulce, que ahora disfrutaba en exclusividad, me derretía por dentro. En ese entonces yo sólo tenía ocho años, pero lo que más tarde sería reconocido como mi vocación estética me llevó a mirarle las piernas y las encontré hermosas, bien torneadas, seductoras. Quizá no era sólo vocación estética. A esta altura pienso que mi primera y precoz exteriorización erótica se concentró en las ojeadas clandestinas que dediqué a aque-

llas piernas graciosas y cabales. Incluso soñé con ellas, pero aun en la ocasión onírica no iba más allá de las miradas de admiración y asombro. Imágenes posteriores me recuerdan que Antonia poseía lindos pechos y labios prometedores, pero a los ocho años mi éxtasis temprano quedaba anclado en sus piernas y no me permitía distraerme en otras franjas de interés.

AQUEL NAUFRAGIO

Fue precisamente en la casa de la calle Capurro que empecé a sentirme integrante de una familia mayor. Dos primos, que me llevaban un par de años, vinieron de Cerro Largo a radicarse en Montevideo, y al principio vivían con el abuelo Javier, padre de mi madre. Más tarde, los padres vinieron también a la Capital y se instalaron todos en Capurro, a cinco cuadras de casa. Mi prima Rosalba, que me llevaba tres años, vivía en Canelones, pero venía a menudo a visitarnos con su madre, la tía Joaquina, que por cierto no gozaba de las simpatías de mi padre. “No soporto a tu hermana”, le decía frecuentemente a mi madre. “Es bruta, brutísima, y además necia.” Ella sólo alegaba: “Pero es mi hermana”, e increíblemente este argumento era el único que derrotaba a mi viejo. Por otra parte, el abuelo Vincenzo, padre de mi padre, venía a menudo de Buenos Aires, donde tenía un almacén, y siempre paraba en casa. A las abuelas las veía menos. A la madre de mi madre, porque siempre estaba enferma, y en consecuencia nunca salía a la calle ni había que importunarla con visitas; y a la madre de mi padre, porque vivía en Buenos Aires y cuando el abuelo Vincenzo viajaba a Montevideo, ella se quedaba atendiendo el almacén de Caballito.

El abuelo Vincenzo era tan divertido como el abuelo Javier, pero en otro estilo. Una vez me contó cómo se había salvado de un naufragio famoso. Le pregunté si se había librado porque sabía nadar. “No, cómo se te ocurre. Siempre he tenido más afinidad con las aves que con los peces. Pero la verdad es que tampoco sé volar.”

Su carcajada florentina resonaba en el patio como un carillón. “¿Y entonces cómo te salvaste?” “Muy sencillo: perdí el barco en Génova. Llegué al puerto media hora después de su partida asquerosamente puntual. Traté de conseguir una lancha que me llevara hasta el vapor (aún estaba a la vista). Para mi suerte fracasé en el intento. Cuando diez días después me enteré de que el buque se había hundido en pleno Atlántico, no se me ocurrió nada menos egoísta que celebrarlo con una damajuana de Chianti. Ya sé que está mal, que debía haber pensado en los otros; hoy no lo habría hecho así, pero en aquella época era muy joven y aún no había aprendido a ser hipócrita.” Y aquí otra carcajada. Yo en cambio no me reía. Enseguida me di cuenta que el abuelo no había leído *Corazón*, el libro de Edmondo de Amicis que era mi Biblia, ya que, de haberlo leído, no habría tenido una actitud tan mezquina, y si de todos modos hubiera decidido empinarse la damajuana de vino, lo habría hecho con tristeza y hasta llorando un poco por los que se ahogaron. Pero no, al abuelo todavía le duraba el regocijo de haber escapado a la muerte casi por milagro, aunque ni siquiera eso lo había reconciliado con el cura de su parroquia, pues toda su vida fue un ateo militante y arremetió contra Dios como si éste fuera un mero organizador de descarrilamientos y naufragios.

UN PARQUE PARA NOSOTROS

La casa de la calle Capurro tenía un olor extraño. Según mi padre, olía a jazmines; según mi madre, a ratones. Es probable que ese conflicto haya desorganizado mi capacidad olfativa por varios lustros, durante los cuales no podía distinguir entre el perfume a violetas y el olor a azafrán, o entre la emanación de la cebolla y el vaho de las inhalaciones.

En conexión con esa casa tengo además dos recuerdos fundamentales: uno, el Parque Capurro, y otro, la cancha de fútbol del Club Lito, que quedaba a tres cuardras. En aquella época, el Parque Capurro era como una escenografía montada para una película de bandidos, con rocas artificiales, semicavernas, caminitos tortuosos y con yuyos, una maravilla en fin. No me dejaban ir solo, pero sí con mis primos o con el hijo de un vecino, que era de mi edad. El Parque estaba casi siempre desierto, de modo que se convertía en nuestro campo de operaciones. A veces, cuando recorríamos aquellos laberintos, nos encontrábamos con algún *bichicome* borracho, o simplemente dormido, pero eran inofensivos y estaban acostumbrados a nuestras correrías. Ellos y nosotros coexistíamos en ese paisaje casi lunar, y su presencia agregaba un cierto sabor de riesgo (aunque sabíamos que no arriesgábamos nada) a nuestros juegos, que por lo general consistían en encarnizadas luchas cuerpo a cuerpo, entre dos bandos, o más bien bandas: una integrada por mi primo Daniel y el vecino, y otra, por mi primo Fernando y yo. A veces también participaban otros botijas del barrio, pero de todos modos nosotros

llevábamos la voz cantante. (No hay que olvidar que si bien Daniel se ilustraba en Conan Doyle, Fernando, Norberto y yo habíamos perfeccionado nuestra piratería en la escuela de Sandokán.) En mi condición de convaleciente, tenía prohibidos semejantes excesos, gracias a los cuales sudaba demasiado, de modo que antes de regresar a casa había que tomar ciertas medidas precautorias. Como antes de la contienda dejábamos nuestras camisas sobre las rocas, cuando la lucha llegaba a su fin, nos lavábamos en una fuente con agua sospechosamente verdosa, nos secábamos al sol, y luego nos volvíamos a poner las camisas, que no mostraban ninguna señal de las refriegas. Cuando volvíamos a casa, muy peinados y rozagantes, mi madre me preguntaba: “No habrás corrido, ¿verdad?”. Para corroborar mi respuesta negativa, alguno de mis primos ratificaba: “No, tía, mientras nosotros jugábamos, Claudio estuvo sentado en un banco, tomando el solcito”.

EL DIRIGIBLE Y EL DANDY

Así como el Parque Capurro tenía para nosotros un atractivo singular, la playa contigua, en cambio, era más bien asquerosa. La escasa arena, siempre sucia, llena de desperdicios y envases desechables, era mancillada aún más, ola tras ola, por otras basuras y despojos, provenientes tal vez de las diversas embarcaciones ancladas en la bahía.

Sólo en una ocasión la Playa Capurro, por lo general tan despreciada, se llenó de gente y bicicletas. Fue cuando vino el dirigible. El *Graf Zeppelin*. Aquella suerte de butifarra plateada, inmóvil en el espacio, a todo el mundo adulto le resultó admirable, casi mágica; para nosotros, en cambio, era algo normal. Más aún: el estupor de los mayores nos parecía bobalicón. Verlos a todos con la boca abierta, mirando hacia arriba, nos provocaba una risa tan contagiosa, que de a poco se fue transformando en una carcajada generacional. Los padres, tíos, abuelos, se sintieron tan agraviados por nuestras risas, que los sopapos y pellizcos empezaron a llover sobre nuestras frágiles anatomías. Una injusticia histórica que nunca olvidaremos.

No obstante, el *Graf Zeppelin* fue causa indirecta de un cambio importante en nuestras vidas. Nuestro interés por aquel globo achatado e insípido duró exactamente diez minutos. Cuando empezaron nuestros primeros bostezos, nos fuimos replegando, sin saber aún hacia dónde encaminar nuestras expectativas. Los mayores seguían boquiabiertos, hipnotizados por aquel mamarracho hermético, instalado en el espacio abierto. De pronto nos

dimos cuenta de que en esa jornada *no existíamos*, estábamos al margen del mundo, por lo menos del mundo autorizado a asombrarse. De modo que cuando mi primo Daniel dijo: “¡Somos libres!”, todos fuimos conscientes de que se había convertido no sólo en nuestro portavoz sino también en nuestro líder.

Por diversos senderos empezamos a retroceder hacia el Parque, sin apuro y sin llamar la atención, no fuera que alguno de aquellos mayores, tan turulatos, saliera de pronto de su embeleso y diera la voz de alerta. No fue necesario que conviniéramos cuál iba a ser nuestro punto de encuentro. Sabíamos que nos íbamos a reunir en un pequeño claro entre las rocas, donde confluían tres o cuatro caminitos y siempre había sido la zona neutral de nuestros juegos, contiendas y desafíos. Allí nos encontramos, pues, y esta vez fue además paraninfo de deliberaciones.

Aquella circunstancial indiferencia de los adultos, unida a la no buscada y sorpresiva pero evidente libertad de que gozábamos desde la última media hora, nos obligaba a un decisivo reajuste. No teníamos ganas de jugar ni de entablar sudorosas trifulcas de engaña pichanga. Era como si alguien, al despojarnos repentinamente de nuestra escafandra de inocencia, nos hubiera dejado desnudos frente a un nuevo y desconocido compromiso.

Por cierto que el destino, o como se llame, nos reservaba para esa misma jornada una puesta a punto de la responsabilidad recién estrenada. Empezamos a caminar en silencio por uno de los senderos que llevaban a las cuevas. Íbamos tan absortos que casi tropezamos con un cuerpo tendido. La mueca instalada en el rostro y cierta rigidez de los miembros, eran signos demasiado evidentes. No era preciso llamar a un forense para comprender que se trataba de un muerto.

“Fíjense, es Dandy”, dijo mi primo Fernando. Ése era

el nombre que se daba a sí mismo un conocido *bichicome*, decano del Parque, que generalmente hacía de las cuevas su dormitorio estable. Y el mote no era tan absurdo como podía parecer, ya que, pese a sus zapatos astrosos, a su pantalón harapiento, a su camisa mugrienta y a su gabardina en jirones, nunca lo habíamos visto sin corbata (incluso tenía dos: una a rayas negras y rojas, y otra azul con herraduras marrones). “Tenés razón, es Dandy”, dijo Daniel. Mi vecino Norberto se acercó al cuerpo del *bichicome*, pero Daniel lo detuvo. “No lo toques”, dijo, “¿no ves que si encuentran nuestras huellas digitales van a pensar que fuimos nosotros?” Norberto retrocedió obediente, no sólo como reconocimiento de que Daniel era ahora el líder, sino también de su cultura detectivesca, obtenida, según nos constaba a todos, en su frecuentación de Sherlock Holmes. Eso también revelaba una apreciable distancia entre Daniel y los demás. Mientras nosotros estábamos aún en Edmondo de Amicis o Salgari, él frecuentaba rigurosamente a Conan Doyle. “Recuerden la hora en que lo descubrimos” dijo Daniel. “Las tres y diez.”

Luego tomó un diario que alguien había dejado sobre unas piedras, lo arrimó al cuerpo del Dandy y presionó una y otra vez con su zapato. La última vez lo hizo con más fuerza y entonces apareció una mancha de sangre, reseca y bastante extendida. Con el mismo mecanismo, desplazó luego hacia arriba la mugrienta camisa, dejando al descubierto una herida considerable, producida al parecer por algún instrumento cortante. A la vista de ese desastre, sentí que los ojos se me nublaban y que estaba a punto de desmayarme, pero haciendo (literalmente) de tripas corazón, me repuse a medias y alcancé a decir una frase tan memorable como ésta: “¿Y la gabardina?”. Daniel me consagró una de esas miradas tiernamente menospreciativas que Holmes solía dedicar al doctor Wat-

son, y sólo dijo: “¿La gabardina? Seguramente se la ha llevado el asesino”. Eso ya fue demasiado. Ante el simple sonido de la palabra *asesino* sentí que me desmayaba, y esta vez fue de veras. Luego, cuando fui recuperando el conocimiento, sentí que Fernando me estaba pasando un pañuelo húmedo por el rostro, y pensé en qué lo habría humedecido. Pero en ese instante me encontré con la mirada entre admonitoria y burlona de Daniel, quien además me decía: “Ah flojón”. Entonces sentí que la sangre me subía al rostro en oleadas, y ahí sí me repuse del todo.

Por supuesto nos juramentamos para mantener en total secreto nuestro “macabro hallazgo” (así al menos lo calificó Daniel, quien, como criminólogo en ciernes, era apasionado lector de la crónica roja en la prensa diaria). Aprovechando que los mayores seguían arrobados en la contemplación del dirigible, volvimos por atajos separados a la playa y allí nos quedamos, simulando una fascinación que estábamos lejos de sentir, pero creando de ese modo una coartada colectiva que nos desvinculaba de aquel cadáver que quedaba atrás, allá en nuestro ex punto de encuentro. Y digo *ex*, debido a que, por razones obvias, nunca más volvimos a citarnos allí.

A medida que fue cayendo la tarde, la multitud de curiosos se fue dispersando. Sólo entonces los adultos recordaron que existíamos. Recuerdo que mi madre, todavía emocionada, me puso un brazo sobre los hombros y me comentó: “¡Qué hermosura! ¿Te gustó?”. Yo me mostré entusiasmado por la butifarra aérea y así emprendimos el regreso a casa, pausada y normalmente, como si nada hubiera pasado, como si de ahora en adelante no existiera un cadáver en nuestras vidas.

Curiosamente, la prensa ignoró totalmente el asesinato del Dandy. Todos los días revisábamos los diarios y escuchábamos los noticieros de radio, esperando siem-

pre el titular temido: *Asesinato en el Parque Capurro*. Y los subtítulos de rigor: *Se sospecha de varios menores. Aprovechando la conmoción despertada por el Graf Zepelin, un bichicome, apodado El Dandy, es ultimado al atardecer*. Diez días después del descubrimiento, nos reunimos los cuatro en el patio trasero de mi casa y resolvimos que esa incertidumbre debía concluir. Teníamos que volver al Parque para saber qué había pasado con el cuerpo del Dandy. Estuvimos de acuerdo en que era imprudente una excursión colectiva. Sólo uno de nosotros debía dirigirse al “claro del bosque” a fin de realizar una inspección ocular. Era lógico que lo tiráramos a la suerte. “Dios decidirá”, dijo mi vecino Norberto, que iba diariamente al catecismo y era el favorito del padre Ricardo. Su meta prioritaria en la vida era llegar a ser monaguillo de ese cura. Nosotros teníamos por entonces otros ideales. Como era previsible, Daniel quería llegar a ser detective; Fernando, mecánico (cuando era más chico, decía “macaneador”, pero era una errata); yo, golero de la selección, algo así como un sobrino putativo de Mazzali. Bueno, efectivamente Dios decidió. Me eligió a mí. Ese mismo día resolví ser ateo. Y hasta hoy me mantengo. Fue un trauma muy duro. No sé qué habría pasado si el sorteo hubiera señalado a Norberto o a Fernando o a Daniel. Tal vez ello habría confirmado mi fe en el Señor y hoy sería párroco, o al menos obispo. Pero no fue así y tuve que hacerme cargo de mi ateísmo y de la inspección ocular.

Al día siguiente partí hacia el peligro. Los otros tres quedaron en la esquina de Capurro y Húsares, a la espera de mis noticias. Me dirigí hacia “el lugar del hecho” (así lo denominaba Daniel) con todo el coraje de que disponía, que por cierto no era demasiado. Si no caminaba rápido, no era por mala voluntad, sino porque las piernas me temblaban, totalmente al margen de mi vo-

luntad de cruzado. El temblor sólo se interrumpía cuando subía o bajaba escalones, pero no bien volvía a caminar aquella trepidación recomenzaba. Recuerdo que era una fresca mañana de otoño, pero yo sudaba como en enero.

Por fin llegué al “claro del bosque”. Al principio no lo podía creer, pero el Dandy no estaba. Extrañamente, su ausencia me calmó. El temblor cesó como por encanto. Y hasta tuve ánimo para recorrer los caminitos que llegaban al claro y, más aún, en un alarde de arrojo inconcebible, me asomé a la cueva que el Dandy había usado durante años como refugio. Tampoco allí había rastros del *bichicome*. Apenas una botella (vacía) de alcohol de quemar.

Es claro que volví sacando pecho. Cuando Daniel, Fernando y Norberto vieron que regresaba, corrieron a mi encuentro, ansiosos. Durante unos minutos los hice sufrir, pero después sus caras de susto me dieron lástima. “El occiso no está”, dije, para que se dieran cuenta de que yo también tenía mis lecturas. La noticia cayó como un balde de agua fría. “¿Habrás revisado bien?” inquirió Daniel. Le devolví aquella mirada, entre admonitoria y burlona, que me había dedicado cuando mi desvanecimiento, y agregué: “Revisé todo. Fijate que hasta me metí en la cueva del Dandy”. “¿Te metiste en la cueva?” preguntó Norberto con un dejo de admiración. “Sí, claro” confirmé sin dar mayor importancia a mi notable audacia, “y sólo había esta botella.” La botella fue pasando de mano en mano y luego volvió lógicamente a las mías. Sin que nadie lo decidiera de un modo explícito, pasé a ser su custodio oficial. Todos la tomábamos por el cuello y usando mi pañuelo, ya que el resto de la botella podía tener huellas digitales que no fueran las nuestras y las del propio Dandy.

Sin embargo, de poco sirvieron tantas precauciones.

No sólo no se individualizó al criminal, sino que tampoco la prensa mencionó el caso. En varios de nuestros encuentros deliberamos sobre las distintas posibilidades. ¿Estaría realmente muerto cuando lo descubrimos el día del dirigible? La respuesta unánime era que indudablemente aquello era un cadáver. Además, si no estaba muerto ¿por qué nunca más lo habíamos visto en sus recorridos habituales? Ah, pero si era un cadáver, ¿quién se lo había llevado? ¿Por qué la prensa nunca había hecho referencia a aquel asesinato o lo que fuera? Un elemento adicional, a tener en cuenta, era que después de aquella jornada festivo-luctuosa habían desaparecido del barrio los otros *bichicomes*. ¿Y eso por qué? ¿Se enteraron del crimen y tuvieron miedo? Lo único que quedó claro es que nosotros sí tuvimos miedo y, salvo aquel día en que llevé a cabo mi inspección ocular, nunca más volvimos al “claro del bosque”. Al cabo de unos meses dejamos de hablar de aquel tema que nos excitaba pero también nos ensombrecía. Sin embargo, la postrera mueca del Dandy siguió apareciendo, durante varios meses, en mis pesadillas, hasta que por fin se retiró también de ese territorio. Dos o tres años más tarde, escuché por única vez en la radio un tango que incluía esta estrofa: “Y a veces cuando me aburro / recuerdo al Dandy, aquel vago / que en un miércoles aciago / cagó fuego allá en Capurro”. Anoté enseguida aquellos versos, para que no se me olvidaran, pero sentí que otra vez me invadía, no el miedo de aquel otoño, pero sí un rescoldo de aquel miedo. Quizá por eso no llamé a la radio para preguntar el título del tango y el nombre del tanguero. No lo comenté con nadie y nunca más escuché aquella letra, que después de todo no era muy brillante. Sin embargo, al día siguiente consulté una de esas tablas que traen algunas agendas para averiguar qué día de la semana correspondió a un día cualquiera del pasa-

do. ¡Y el día del *Graf Zeppelin* era un miércoles! Así y todo, el autor del tango no especificaba que había sido un crimen: “cagó fuego” es sinónimo lunfardo de “crepar, morir”, pero puede ser una muerte natural. ¿Muerte natural con semejante herida en el costado y con toda la sangre derramada? El episodio podría dar lugar a todo un ensayo sobre “Tango y desinformación”. Salvo que el autor fuera el asesino (¿por qué no?) y la letra una coartada, una suerte de deliberada bruma sobre aquella muerte. Ya sé, Daniel habría dicho: “Como es obvio, el asesino suele volver al lugar del crimen, y ese tango (está clarísimo) es un simple regreso”. Pero no tuve ánimo para hablarlo con nadie, y aun si lo hubiera tenido, tampoco habría podido, ya que Daniel, precisamente en ese año, viajaba con sus viejos por Estados Unidos.

PRO Y CONTRA DE LA OSADÍA

Ya dije que en Capurro había otro paisaje fundamental: la cancha de fútbol del Club Lito. Era una institución modesta (creo que integraba una división que entonces se llamaba Intermedia), pero todo el barrio la apoyaba. Por otra parte, más de una vez cedía gratuitamente la cancha a equipos más modestos aún, que ni siquiera tenían campo de juego. En esos casos (tales partidos solían jugarse los domingos por la mañana) no se cobraba entrada. A veces íbamos con el viejo, que era un tibio hincha de Defensor, aunque nunca acumulaba suficiente entusiasmo como para trasladarse al Parque Rodó. La cancha de Lito, en cambio, quedaba ahí cerquita y él se divertía con las chambonadas de aquellos cuadritos que se enfrentaban en las soleadas mañanas de domingo.

Todavía recuerdo a un arquero casi adolescente que tenía una manía. Cuando los tiros de los delanteros rivales eran fuertes y esquinados, se mandaba tremendas palomas y despejes de puño y era muy aplaudido por los cuarenta espectadores. Pero cuando el balón venía por lo alto, entonces se daba el lujo de estirar su camiseta hacia adelante y recibía la pelota en el hueco improvisado. Ese alarde era para él la gloria, porque dejaba en ridículo a los del otro equipo y además divertía a los mirones. Una vez sin embargo no tuvo suerte. Quizá se debió a que la pelota había alcanzado en esa ocasión una mayor altura y en consecuencia cayó con fuerza inusitada. Lo cierto fue que cuando el golerito estiró como siempre su camiseta para recibir la globa, la potencia que ésta traía venció irremediablemente aquella

ostentación, se le coló entre las piernas y rodó sin apuro por el césped hasta cruzar la línea de gol. Los delanteros del cuadro contrario festejaron aquella conquista con saltos y risotadas. Algunos se apretaban la barriga de tanto reírse. Avergonzados, los compañeros del guardameta se retiraron silenciosamente hacia el centro de la cancha. Ninguno de ellos se acercó a consolarlo. Lo dejaron solo. De pronto mi viejo me tomó del brazo y dijo: “Mirá”, señalando hacia la valla vencida. Miré, pues, y ahí estaba el pobre muchacho, llorando desconsoladamente junto a uno de los postes. No podíamos entrar en la cancha para animarlo. Además, el partido se había reiniciado. Él se secó las lágrimas con el puño cerrado y se colocó nuevamente en su puesto. Pero toda su gallardía, su vocación de espectáculo, se habían esfumado. Esa misma mañana le metieron tres goles más: uno directo de córner, otro de penal y el último como resultado de un *dribbling* ominoso que le hizo el entrea la boca del arco. Por supuesto, fue su último partido. Quien lo sustituyó el domingo siguiente era bastante bruto, pero no tanto como para no advertir que le estaba terminantemente prohibido embolsar la pelota en la camiseta.

UN ESPACIO PROPIO

De todas las casas que hasta entonces habíamos ocupado, la de Capurro fue la primera que significó *un mundo* para mí, un espacio propio. Lo cierto es que hasta allí no había disfrutado de una habitación privada. Sin ser exactamente un altillo, estaba varios escalones más arriba que las otras piezas y tenía una ventana que daba al fondo de los vecinos (Norberto y sus padres). Allí había varios árboles, con sus correspondientes pájaros. El más cercano era una higuera, que en verano me proporcionaba sombra y también higos, cuya ingestión clandestina me produjo más de una diarrea. En realidad, no los hurtaba, ya que tenía autorización de Norberto (no la de sus padres, claro) para el consumo indiscriminado. La razón última de tanta generosidad era tal vez que a él los higos le repugnaban profundamente. Por otra parte, aquella enorme y hospitalaria higuera era nuestro puente: a través de sus ramas acogedoras yo ingresaba al territorio de Norberto, o él se introducía en mi cuarto; sin perjuicio de todas las veces que nos quedábamos en el árbol. Éste tenía dos conjunciones de gruesas ramas, construidas por el Señor (la interpretación era del neófito Norberto y no mía) a la medida de nuestras escuálidas asentaderas. Allí hablábamos del mundo y sus alrededores. Especialmente de fútbol. Ambos éramos (y seguimos siendo, epa) hinchas de Nacional, a diferencia de Daniel, que era de Peñarol, y Fernando, que era de Wanderers y en consecuencia, para los otros tres, adversario de poca monta.

Sin embargo, aunque predominante, el fútbol no era

el único tema. También intercambiábamos impresiones sobre nuestros padres, hacia los cuales sentíamos una mezcla de devoción y de resentimiento, fundado este último en los límites (territoriales, lúdicos, verbales) que nos imponían y a pesar de que casi a diario vulnerábamos deliberadamente esas fronteras, mereciendo así, cuando nos descubrían, las bofetadas maternas de rigor (las paternas sólo nos alcanzaban en circunstancias particularmente graves). Por supuesto, en los últimos tiempos discurríamos infatigablemente sobre el Dandy, su muerte (ni siquiera entre nosotros dos nos atrevíamos a calificarla de “asesinato”) y la misteriosa desaparición del cuerpo. Ése sí que era “cuerpo del delito”, dijo cierta vez Norberto, haciendo gala de una osadía que francamente me sorprendió. En otras ocasiones, mucho menos frecuentes, hablábamos de temas escolares, particularmente de aquellos que nos resultaban impenetrables, como por ejemplo las ecuaciones de tercer grado o la partenogénesis en los pulgones.

Quiero aclarar que a esa altura ya no recibía clases de mi bienamada Antonia Vico, sino de un señor llamado Humberto Fosco, cuyas piernas (a casa venía de pantalones, pero una vez lo vi de bermudas en Pocitos), peludas y flaquísimas, jamás habrían podido competir con las de mi maestra, que últimamente había reaparecido en mis sueños y ensueños, y (debo dejar constancia de ello) ya no sólo con sus benditas piernas. Antonia Vico no había sido despedida. Yo no lo habría permitido, claro. Simplemente le sucedió una catástrofe: se casó. Le oí decir a mamá que el novio era “un muchacho muy apuesto”, pero semanas más tarde Antonia lo trajo a que lo conociéramos, y francamente me pareció un flaco sin ninguna gracia. Ella advirtió que yo lo miraba con ojos rencorosos, y entonces, para mejorar el clima, le dijo al ahora marido, apoyando su mano en mi hombro: “Mirá,

Amílcar, éste fue mi mejor alumno”. (Para colmo, se llamaba Amílcar. Algo insoportable.) El señor Fosco fue convocado entonces: debía prepararme para el ingreso a Secundaria.

La casa tenía un paisaje y también tenía un tacto. Los apagones no eran tan frecuentes como lo fueron años más tarde, pero de vez en cuando el barrio entero se sumía en las tinieblas. Mis padres usaban sus linternas, pero a mí me gustaba andar a tientas, sólo guiado por mis manos o en todo caso por mis pies descalzos. Tocar la casa, palpar sus paredes, sus puertas, sus ventanas, sus pestillos, contar sus escalones, abrir sus armarios, todo eso era mi forma de poseerla. Para mis padres siempre fue una casa meramente alquilada, pero yo no tenía demasiado claro el linde entre locación y propiedad, de modo que para mí la casa de Capurro fue *mi casa*.

Tenía asimismo un olor peculiar. Y no me refiero al de la cocina, que lógicamente variaba con los pucheros, churrascos, guisos y tucos en los que mi madre era experta. No, el olor a que me refiero era el de la casa en sí; el que exhalaban por ejemplo las baldosas blancas y negras del patio interior, o los escalones de mármol del zaguán, o las tablas del parquet, o la humedad de una de las paredes, o el que venía de la higuera cuando yo dejaba mi ventana abierta. Todos esos olores formaban un olor promedio, que era la fragancia general de la vivienda. Cuando llegaba de la calle y abría la puerta, la casa me recibía con su olor propio, y para mí era como recuperar la patria.

SOÑAR EN COLORES

Si se exceptúa al Dandy, el personaje más relevante que Claudio conoció en Capurro fue el ciego Mateo Recarte. En esa época tenía veintitrés años y se hablaba mucho de él en todo el barrio. Se le tenía por estudioso e inteligente, y, a pesar de su carencia, por amable y bienhumorado. Tenía una hermana, dos o tres años menor, de la que también se hablaba bastante, aunque por otras razones.

María Eugenia era de una belleza singular. No se parecía a ninguna actriz o modelo famosas. Cuatro años atrás había sido elegida Miss Soriano, pero luego no quiso volver a competir en esos certámenes, por considerarlos demasiado frívolos. Todos pensaban que, de haberlo querido, ya figurarían en su palmarés los galardones de Miss Uruguay, Miss Mundo, Miss Universo y hasta Miss Galaxia, cuando los hubiera. Sus curvas eran perfectas, su estatura la ideal, su rostro podía haber sido elegido por Filippino Lippi para una de sus vírgenes. Su atractivo era tan intimidante que ninguno de los muchachones capurrenses se había atrevido a cortejarla, algo que no impidió que, años más tarde, cuando María Eugenia se casó con un “extranjero” (montevideano, pero del Cordón), la considerasen poco menos que una perjura.

Pero todo eso vino mucho después. Cuando Claudio trabó conocimiento con los hermanos Recarte, tendría diez u once años y a nadie le parecía mal que, cuando llegaba a la casa, María Eugenia le acariciase el cabello siempre revuelto o lo besase, a la europea, en las dos

mejillas, algo que luego servía para que Norberto, Fernando y Daniel se burlaran, de puro envidiosos, y lo llamaran socarronamente “el novio de Miss Soriano”. Él no se inmutaba y sólo les decía: “Ojalá”.

Aurora, la madre de Claudio, enviaba a veces a los Recarte, algún postre especial o alguna tarta de manzanas, y por lo general usaba a Claudio como recadero, y éste, tras el intercambio ritual de sonrisas y besos con María Eugenia, se quedaba a conversar con Mateo. El ciego tenía para Claudio un atractivo especial. Le alucinaba imaginar cómo Mateo lograba comunicarse con el mundo. Llevaba a cabo sus encuestas con tal inocencia que el ciego aceptaba preguntas que, de haber venido de un adulto, le habrían fastidiado o le habrían parecido menospreciativas.

En uno de esos diálogos, el chico le preguntó si siempre había sido ciego, y Mateo le aclaró que no, sólo desde los diez años, a consecuencia de unos irreversibles desprendimientos de retina. “Así que antes veías los colores”, confirmaba Claudio con euforia. “Por supuesto.” “¿Y ese recuerdo te ayuda a imaginar lo que te rodea?” “Sí y no. También los recuerdos se van borrando. A veces recuerdo el recuerdo del color, pero no el color mismo. ¿Vos te acordás de todo lo que aconteció cuando tenías seis años? ¿No te pasa que a veces recordás algo que ocurrió, pero no como evocación directa de tu memoria, sino porque el episodio viene siendo repetidamente narrado, a través de los años, por tu madre o por tu padre? Al final, asumís tu papel como protagonista de esa historia contada, pero no desde el interior de ese protagonismo que alguna vez tuviste.”

A Claudio esa explicación lo superaba. Se le figuraba enigmática pero fascinante. Entonces agregaba: “¿Y soñás a veces?”. “Sí, sueño a menudo.” “¿Y en los sueños, ves?” “Bueno, no sé si veo o creo que veo.” “¿Y soñás

en colores?” “No siempre, pero en alguna ocasión. Lo que ocurre es que cuando despierto, tengo conciencia de que soñé con colores, pero no te sabría decir cuál es el rojo, el amarillo o el verde. Además, no siempre sueño que veo o creo que veo. Lo más frecuente es que intervengan en mis sueños los sentidos que aún poseo. O sea, sueño que palpo cosas, saboreo cosas, oigo cosas, huelo cosas.”

Otras veces le preguntaba sobre sus modos de comunicación con el mundo, ya no cuando dormía sino en plena vigilia. “No es tan distinto”, respondía paciente-mente Mateo, “también en esa situación mis cuatro sentidos válidos suplen y ayudan al otro, el que me falta. Es como si multiplicaran su eficacia.”

Normalmente, el ciego quería que Claudio le contara detalles de sus juegos, de su entorno familiar. Pero el muchacho no comprendía cómo a su amigo le podía interesar algo tan rutinario como la vida diaria de alguien que podía verlo todo y en consecuencia no necesitaba imaginarlo, cuando justamente ahí residía el encanto de la ceguera inteligente. Lo único que le parecía verdaderamente lamentable en la existencia de Mateo, era que no podía contemplar la belleza de su hermana.

Claudio soñaba casi todas las noches. Pero fue a partir de esa extraña conversación con Mateo, que empezó a soñar en blanco y negro. Y bien, se conformaba, no siempre el mejor cine está en tecnicolor.

LOS DE GALARZA

La casa de Capurro tenía asimismo claves y misterios. Por ejemplo, yo advertía que a veces, por lo común a la hora de la siesta, cuando mi padre se acercaba a mi madre y empezaba a cercarla con caricias, besos y abrazos furtivos, en ciertas ocasiones mi madre sonreía, le devolvía algún beso y luego ambos se encerraban por un rato largo en el dormitorio. Pero otras veces, cuando mi padre empezaba con sus arrumacos, mi madre se ponía seria y simplemente le decía: “Hoy no puedo, viejo. Vinieron los de Galarza”. Para mí esa respuesta era un enigma, porque yo había estado toda la mañana en casa y nadie había venido: ni los de Galarza ni los de ninguna otra familia. Además, yo no conocía a nadie que se llamara así. Sólo varios años después supe que Galarza era el nombre de un jefe *colorado*, durante los años de guerra civil, y según la leyenda, cuando sus hombres pasaban por algún poblado, los derramamientos de sangre eran inevitables. O sea que lo que mi madre le avisaba a mi padre (en clave, claro, debido a mi indiscreta presencia) era que estaba con la regla y en consecuencia no se hallaba en disponibilidad erótica.

El otro misterio era una suerte de puertatrampa, situada en una de las habitaciones interiores. Alguna vez le oí decir a mi madre que ese cuadrado de madera era la entrada al sótano. Yo tenía prohibido intentar abrirla; veda que se podían haber ahorrado, ya que los sótanos siempre me produjeron un miedo irracional y no sólo nunca me propuse abrirla sino que jamás, cuando entra-

ba en ese cuarto, me arriesgué a pisar aquel terrible cuadrado de tablones.

Entre los recuerdos más lindos de Capurro están mis despertares, del que normalmente se encargaban los inquilinos de la higuera. Cuando mamá me gritaba desde la cocina para que me levantara y acudiera a desayunar, ya hacía un buen rato que los pájaros se habían encargado de despabilarme. Algunos habían perdido el miedo y hasta la prudencia y se introducían en la pieza y hasta se acercaban a mi cama, sabedores de que siempre les reservaba un desayuno de miguitas. Y había un visitante adicional, del que por supuesto nunca informé a mi madre: un ratón minúsculo, un minerito, que casi siempre, cuando yo abría los ojos, estaba junto a mi cama esperando los trocitos de queso, restos de la ración que me correspondía en la dieta especial para subsanar mi déficit de proteínas. Es obvio que el minerito y yo tuvimos en ese período un repunte proteínico nada despreciable.

SAFARI AL CENTRO

Por su ubicación tan particular en el plano de la ciudad, Capurro, más que un barrio, es un bolsón barrial, con un extremo en el nacimiento de la calle que da nombre al barrio, o sea en la avenida Agraciada (donde está la mansión en que vivía el presidente, y luego dictador, Gabriel Terra, y donde doblaban las vías del tranvía 22) y otro en el Parque. Aunque era cierto que su influencia se extendía más allá, casi hasta el arroyo Miguelete, en realidad el barrio propiamente dicho llegaba hasta el destino final del tranvía. Eso era muy corriente en aquellos tiempos. A diferencia de los autobuses, los tranvías abreviaban o ampliaban los barrios. El autobús podía cambiar de ruta, ir hoy por aquí y mañana por allá. Pero el tranvía, con la fijeza de sus rieles y de su trole, tenía un destino y un recorrido estables, predefinidos. Además, para un niño siempre era admirable ver cómo el conductor aceleraba o frenaba aquella mole de fierros viejos, sobre todo cuando permitía que una de las manijas diera vueltas y vueltas, en sentido contrario, como si ella misma decidiera tales movimientos. Por otra parte, los asientos de esterilla eran bastante duros, pero transmitían una sensación de seguridad. Y una virtud adicional: los tranvías nunca volcaban, como sí lo hacían los autos, los taxis, los camiones, las jardinerías, y también, aunque menos frecuentemente, los autobuses.

Sí, Capurro era un bolsón barrial, casi una republiquitá. Por algo la tendencia de sus habitantes era quedarse allí, expatriarse lo menos posible de aquel entorno fami-

liar donde cada esquina, cada almacén, cada bar, eran como habitaciones de la casa.

Debido tal vez a ese clima doméstico, que afectaba tanto a adultos como a niños, Claudio y su barrita de amigos vivían enclaustrados en el bolsón. Ah, pero a veces salían, y era como ir al extranjero. Claudio hacía ese viaje generalmente con su padre, y entonces se quedaban toda la tarde en el Centro.

Al viejo siempre le gustaron los cafés y allí se encontraba con amigos de antes y de mucho antes. Los de mucho antes eran por lo general más pobres que los de antes. Pero con unos y con otros el viejo se palmeaba o abrazaba y se hacían bromas y recorrían episodios que para Claudio eran historia nueva.

Sobre el suicidio de Brum, por ejemplo, que era un hecho reciente, se hablaba en voz baja, “porque nunca se sabe quiénes son los de aquella mesa”, y casi nunca coincidían. Unos decían que había hecho mal; otros, que no tenía otra salida. “El pobre pensó que con ese gesto el pueblo se iba a levantar”, decía Rosas, obrero de algún Frigorífico. “¿De qué pueblo me estás hablando?”, replicaba un escéptico Menéndez, funcionario de Aduanas. “Este pueblo no se levanta con nada ni con nadie.” “Ajá”, decía el otro, amoscado, “parecería que vos sí te levantaste.” “No jodas”, replicaba Rosas, “yo tampoco me levanto con nada. Por eso te lo digo. Con fundamento.”

Otras veces el tema estrella era el fútbol. Álvarez, el mayor de todos, un veteranísimo, había presenciado nada menos que el gol que Piendibeni le hizo al “divino Zamora”, y con eso se sentía realizado para el resto de sus días (que seguramente no iban a ser muchos), tal como si hubiera sido testigo directo de la toma de la Bastilla o de la caída del Palacio de Invierno.

Otros admiraban a Petrone. “Pero eso fue ayer”, protestaba Álvarez, minimizando el recuerdo cercano. “En

cambio el gol de Piendibeni a Zamora, eso es historia patria, che, sólo comparable a la victoria de Artigas en Las Piedras, otra derrota española ¿no?” El hincha de Petrone no se daba por vencido: “Últimamente está muy duro para hacer moñas. Te juro que yo lo he visto tirar como veinte tiros al arco en un solo partido, de los que dieciocho iban a las nubes, pero, eso sí, los dos restantes, o sea los que habían embocado el arco, eran goles. Inatajables, porque todavía tira como un cañón. ¿O te olvidaste de que es el Artillero?” “Sí, mucho Artillero, pero Piendibeni...”, insistía el fanático. “Y no te olvides de sus méritos extrafutbolísticos. En el 24, cuando se organizó un clásico Uruguay-Argentina en homenaje al príncipe heredero Umberto de Saboya que visitaba el Río de la Plata, Piendibeni se negó a jugar porque sus principios republicanos le impedían homenajear a una monarquía, aunque fuese italiana. ¿Qué te parece?” “¿Que qué me parece? Que mi abuelito fue un gran republicano y nunca pateó una global, eso me parece. Alguien me dijo que Petrone tiene una mano bárbara para los *cannelloni alla Rossini*, pero yo no te lo voy a anotar como virtud deportiva. Hay que ser serio, che.” Etcétera, etcétera.

Luego, ya sin los amigos, caminaban por Dieciocho, entraban en librerías, donde el viejo siempre compraba un par de libros. Tenía el vicio de leer. Además, cuando había que comprar calzoncillos o corbatas para él, o alguna tricota para Claudio, se metían en *London Paris*. Desde que se había casado, el viejo sólo compraba en esa tienda, “porque allí hay de todo”. A Claudio lo deslumbraba la cantidad de gente que había en los comercios y en las calles. Por otra parte, los chiquilines que veía en el Centro le parecían más libres, más sueltos que los de Capurro. Es claro que siempre había alguno que se excedía en la soltura y se ligaba un tirón de pelo. Esa

agresión Claudio la sentía como propia y hasta hacía una mueca de dolor, ya que él conocía esas torturitas. Mamá era experta en crueldades menores.

Además en la calle había perros, muchos perros, admirablemente educados, ya que esperaban la señal del “varita” para cruzar la calle en la esquina con esos otros peatones, los humanos. En lo único que se parecían a los canes de Capurro era en su tratamiento de los árboles. Como Claudio había aprendido en el Diccionario de la Academia que el perro es un “mamífero carnívoro, doméstico, de tamaño, forma y pelaje muy diversos, según las razas, pero siempre con la cola más o menos enroscada a la izquierda y de menor longitud que las patas posteriores, una de las cuales abre el macho para orinar”, se entretenía en diferenciar a los machos de las hembras mediante la comprobación de esa calistenia congénita. De más está decir que se consideraba un especialista en la materia. Los gatos, en cambio, lo desconcertaban, y como sobre ellos el Diccionario no decía ni pío (es decir, ni miau), había renunciado a distinguir los gatos de las gatas, ya que ni siquiera había conseguido diferenciar el maullido masculino del femenino.

Regresaban tarde, a tiempo todavía para la cena, y mamá pedía que le describieran pormenorizadamente el safari. “Que te lo cuente él”, decía el viejo, agotado por la caminata, y entonces Claudio, fresco como una lechuga, lo contaba todo, con una minuciosidad, un regocijo y un énfasis, que parecían inspirados en Carlitos Solé, cuando transmitía los partidos del Estadio Centenario, cuyo campo de fútbol había dividido previamente en cuadros numerados, de modo que uno podía seguir el juego como si se tratara de una partida de Capablanca versus Alekhine.

MALAS NOTICIAS

Una tarde en que habíamos quedado solos en la casa, el viejo me llamó desde la cocina. Sin estudio y sin juegos, me sentía un poco aburrido, pero cinco minutos después se me había acabado el aburrimiento. Como todas las tardes, el viejo estaba sentado y tomaba mate. “Sentate”, me ordenó. Me acomodé en el banco que me tenía destinado y empecé a preguntarme cuál sería el motivo de aquel llamado tan ceremonioso. ¿Qué habría hecho yo para que el viejo estuviera tan serio?

“Claudio”, empezó, y eso me preocupó más aún, ya que el viejo rara vez me llamaba por mi nombre. Normalmente sólo me decía *botija*. “Tengo una mala noticia.” Tragué saliva y mi rodilla derecha empezó a temblar. “Ya no sos un chiquilín y creo que hay que decirte las cosas, aun las más tristes.” Me resultó sorprendente que mi padre, nada menos que mi padre, me expulsara sin más trámite de la infancia. Cualquiera podía darse cuenta de que yo era un niño, sin que importara demasiado la fecha de nacimiento que figuraba en mi cédula de identidad.

Y estalló la noticia: “Aunque no lo parezca, tu madre está muy enferma”. Antes de captar la gravedad de la mala nueva, inevitablemente detecté otra novedad: comúnmente él decía *mamá* y no *tu madre*. De todos modos, mi rodilla derecha dejó de temblar. Ya no estaba para esas frivolidades. Durante un rato contuve el aliento. No como un ejercicio de la voluntad; sencillamente, no podía respirar. Sentía que mis pulmones reventaban de aire, pero no conseguía expelerlo. Al fin lo logré y

pude preguntar: “¿Se va a morir?”. Y el viejo, en tono bajo y con los ojos repentinamente llorosos: “Sí, se va a morir”. Junté fuerzas para inquirir si ella lo sabía. “No, sólo sabe que está muy enferma. Cree que puede curarse. Eso es, por otra parte, lo que le decimos el médico y yo.”

Sentí frío, un frío estúpido y absurdo, pues estábamos en pleno otoño, que es entre nosotros la estación más plácida, pero al menos me sirvió para comprobar que mis primeras lágrimas calientes bajaban por las mejillas heladas. Algo tenía que hacer, de modo que abandoné mi banco y me acerqué al viejo. Él dejó por fin el mate sobre la mesa y me abrazó larga, estrechamente. Otra primicia, ya que el viejo no era un sentimental y pocas veces me había abrazado.

Durante el abrazo yo sentía sus sollozos, pero recuerdo que no seguían el mismo ritmo que los míos. También recuerdo que el yesquero que él tenía en el bolsillo de la camisa me hacía daño en un hombro, pero por supuesto no dije nada. Cuando se apartó, vi que tenía en la mano un pañuelo blanquísimo, como recién comprado, y con él se secó los ojos, luego secó los míos, y hasta me lo puso en la nariz para que me sonara, igual que cuando yo tenía tres o cuatro años. “Una cosa te pido”, dijo, “y es que ella no se dé cuenta de que vos sabés que está tan grave. Tratala como siempre, aunque te cueste.”

Dos horas más tarde, cuando mamá regresó con Elena, mi hermanita, el viejo y yo habíamos recuperado la serenidad, o más bien la máscara de la serenidad. Sin embargo, quizá porque ahora sabía la verdad, percibí por primera vez que mamá estaba pálida, demacrada, con los ojos cansados. Me acerqué y la besé. “¿Y eso?” preguntó, sorprendida. “Eso es porque te estuvimos extrañando.” Sonrió débilmente, sin creérselo. Pensé que

no era un buen actor. Allá en el fondo del patio, vi que el viejo se replegaba en la sombra. En ese momento, no sé por qué, tomé conciencia de que hacía muchos meses que mamá no le mencionaba al viejo que habían venido los de Galarza. Deduje que estarían de viaje.

LA NIÑA DE LA HIGUERA (1)

En cuanto pude subí a mi altillo. Necesitaba estar solo para reflexionar sobre la situación. Permanecí un buen rato, desconcertado, sentado en la cama y mirando (sin ver) la higuera. Huérfano, pensé, voy a ser un huérfano. Una sensación extraña, de pena y abandono (no es nada sencillo quedarse sin madre a los doce años), pero también de asunción de una condición nueva. Ninguno de mis amigos era huérfano. Yo iba a ser el primero. También mi hermana iba a ser huérfana, pero era muy pequeña y apenas lo advertiría. Estuve llorando un rato, pero no sabría decir si era por la anunciada desaparición de mamá o por mi inminente orfandad.

Entonces alguien dijo: “¿Qué te pasa? ¿Por qué llorás?”, y me sentí espiado, agredido en mi intimidad. Desde la higuera me contemplaba una chiquilina desconocida. Le pregunté quién era y me dijo que era Rita, prima de Norberto. Tendría uno o dos años más que yo. Lentamente se fue moviendo por las ramas hasta que llegó a mi ventana y desembarcó en mi cuarto. Por entre mis lágrimas pude ver que era bastante linda, que tenía una mirada dulce y que su relojito pulsera marcaba las tres y diez.

Me puso una mano en el hombro y volvió a preguntar qué me pasaba. “Mi mamá se va a morir”, dije, con más angustia de la que en realidad sentía. “Todos nos vamos a morir”, sentenció Rita. “Pero ella se va a morir muy pronto.” Y agregué: “Es un secreto. Nadie lo sabe. No vayas a contárselo a Norberto, porque entonces se entera todo el barrio, empezando por el cura”. “Podés estar

tranquilo. No lo diré a nadie. Fijate que ni siquiera tengo confesor.” Este último detalle me infundió confianza.

Se sentó a mi lado, en la cama. “No tengas vergüenza de llorar. Hace bien. Elimina toxinas. Por eso las mujeres vivimos más que los hombres. Porque lloramos más.” Su sabiduría me dejó pasmado. Sin embargo saqué cuentas: el viejo no lloraba casi nunca y mamá sí, y sin embargo ella, a pesar de todas las toxinas que había eliminado, se iba a morir antes que él. De esta deducción no le dije nada a Rita, nada más que para no desanimarla.

Entonces me pasó su mano (suave, de dedos finos y un poco fríos) por la mejilla todavía húmeda, y luego esa misma mano presionó levemente hasta que mi cabeza quedó apoyada sobre su pecho. Me sentí confortado y comfortable. Una extraña paz (no estática sino activa) comenzó a invadirme. Aquella mano tranquilizadora me acarició las sienes, los labios, el mentón. A esa altura yo ya estaba en la gloria y la pena casi se me había esfumado, pero comprendí vagamente que la congoja había sido después de todo una buena inversión, de modo que seguí transmitiendo pesadumbre.

Rita tuvo entonces un gesto que puso punto final, ahora sí, a mi infancia: me besó. En la mejilla, junto a la comisura de los labios, y se demoró un poquito en aquel contacto. Tengo la impresión de que ése fue mi primer borrador de felicidad. “Me gustás, Claudio”, dijo. “Norberto habla muy bien de vos. Sos su mejor amigo.” “¿Vos también vas a ser mi amiga?” “Claro, ya lo soy. Lástima que me voy mañana.” O sea, el infierno tras el paraíso. “¿A dónde te vas?” “A Córdoba, en Argentina. Vivo allí.” “¿Y no vas a volver?” “No lo creo.” Entonces yo también la besé en la mejilla, cerca de los labios, y ella sonrió, buenísima. Creo que le gustó. Sentí una agitación nueva, una euforia casi heroica. No era todavía,

por razones obvias, una excitación sexual, digamos que era una emoción pre erótica. De todos modos, mucho más intensa que la que en otros tiempos me provocara Antonia.

Rita se puso de pie, se acercó a la ventana, y moviéndose rápidamente entre las ramas de la higuera, regresó al patio de Norberto. Desde allí abajo me saludó con la mano. Yo sólo la miré, desolado.

ADIÓS Y NUNCA

*El que se va se lleva su memoria,
su modo de ser río, de ser aire,
de ser adiós y nunca.*

ROSARIO CASTELLANOS

La etapa terminal de mamá duró seis meses, en realidad dos más de los pronosticados por el médico. Nunca supe cuál había sido el mal ni quise averiguarlo. Durante el velorio, oí que alguien hablaba de células tumorales, pero eso para mí no significaba nada. Lo cierto es que se fue apagando lentamente. Al principio se empeñaba en desempeñar algunas tareas de la casa, las más livianas, pero luego pasaba largas horas en la cama, sin leer ni escuchar la radio. Generalmente permanecía con los ojos cerrados, pero no dormía. Elenita se acercaba a la cama en puntas de pie, pero ella de todos modos advertía su presencia y le hacía preguntas, que mi hermana, impresionada por aquella quietud, respondía sólo con monosílabos. Luego le decía: “Ahora dejame, Elenita, que mamá está cansada”.

También yo me acercaba y ella me miraba muy triste, pero rara vez lloraba. Me decía cosas más o menos intrascendentes, como por ejemplo: “Tenés que ayudar a tu padre. A él le cuesta mucho ocuparse de la casa. Ayudalo hasta que yo me cure ¿eh?”. O también: “No descuides el estudio. Eso es lo más importante”. Era su forma de hacernos creer que no sabía que el final estaba cerca. Durante esos últimos seis meses jugamos todos

una partida de engaño contra engaño. La hipocresía piadosa.

A menudo venían a acompañar a mamá la prima Rosalba y la tía Joaquina, pero la cansaban con su cháchara y sus chismes, tanto que el viejo habló con ellas y con el resto de la parentela para pedirles que no se quedaran mucho tiempo, ya que después de cada visita mamá quedaba exhausta y el médico había indicado que la dejaran tranquila. La tía Joaquina lo tomó como una agresión del viejo (nunca se habían llevado bien) y tanto ella como mi prima Rosalba dejaron de venir.

También llegaba a veces el abuelo Javier (el viejo no se atrevía a limitarle las visitas a su hija) y con la sana intención de animarla le contaba chistes (tenía una colección interminable) pero sólo conseguía que la enferma se sonriera con desgano, como una última muestra de amor filial.

Mamá murió un domingo, a las tres y diez de la tarde. Ya hacía como una semana que no hablaba, y cuando abría los ojos, uno no sabía si miraba algo o a alguien, o simplemente nos informaba que aún existía. Antes de morir, no pronunció ninguna de esas frases dignas de ser recordadas por los deudos ni dio ningún consejo final y perentorio. Simplemente dejó de respirar.

Era el segundo cadáver de mi historia. El primero había sido el Dandy. Curiosamente, cuando Norberto, Daniel y Fernando se aparecieron por el velorio, surgió el nombre del Dandy, al que hacía un buen tiempo que (así fuera a modo de exorcismo) no mencionábamos. Lo cierto era que el rostro de mamá en el féretro era muy distinto al del Dandy allá en el Parque. Mamá tenía una expresión tranquila, como de descanso final y bienvenido, en tanto que el Dandy había terminado con una mueca de angustia. El viejo le pidió a su hermano, el tío Edmundo, que se ocupara de funeraria, velatorio y sepe-

lio, y él se encerró en la cocina a tomar mate. No quiso ver a nadie.

Elenita andaba por la casa como una almita en pena, así que me la llevé al altillo y le estuve hablando de temas serios, aunque no siempre relacionados con la muerte. A sus ocho años, estaba totalmente desconcertada ante esa imagen de mamá inmóvil, sorda y muda. “Elenita”, le dije mientras la acariciaba, “eso es la muerte: la quietud total, la sordera total, la mudéz total. Y no pensar. Ni soñar.” “¿Y sentir dolor?”, preguntó en medio de un puchero que me conmovió. “No, tampoco sentir dolor.” En un primer momento, aquello pareció conformarla, pero de pronto vio la higuera. “Ves, Claudio, la higuera no se mueve, no oye, no habla, no piensa, no sueña, no siente dolor, pero está viva ¿no? A lo mejor mamita está como la higuera.” Siempre he sido un mal perdedor, así que le dije: “No, Elenita, la higuera no es una persona. Sigue otras leyes”. Eso de las leyes, como no pudo entenderlo, la impresionó bastante, así que por suerte se calló.

JULISKA HABLA CASTELLANO

Aunque jamás habría osado curiosear en ninguna de sus páginas, yo sabía que el viejo escribía casi diariamente en unos cuadernos, en cuyas tapas había siempre una etiqueta: *Borradores*. ¿Qué anotaría allí? Nunca lo supe, pero a partir de la enfermedad de mamá, el viejo suspendió esa tarea y guardó aquellos cuadernos bajo llave.

Sólo al día siguiente del entierro, papá dejó su fortaleza de la cocina y se reintegró a la vida familiar. Ya hacía unos seis meses que se había incorporado a la misma una yugoeslava cuarentona, llamada Juliska (se pronuncia Yuliska), que se encargaba, con un denuedo digno de mejor causa, de todos los quehaceres domésticos. A Elenita y a mí nos trataba con bastante severidad y un rudimentario castellano, cuya confusión de géneros derivaba en un involuntario efecto humorístico. Sus caballitos de batalla eran frases como ésta: “Qué diría madre suya si lo viera con el camiso sucio”. Pero madre mía ya no estaba.

Juliska formaba parte de una migración de mujeres eslavas, que, huyendo de la miseria y otras bagatelas, llegaban en los años treinta en barco a Montevideo. Una vez en tierra, se sentaban en la acera para allí ser elegidas por señoras montevidéanas que las contrataban para el servicio doméstico. Durante el viaje aprendían rudimentos de castellano, más bien palabras sueltas, que usaban después de un modo caótico, pero sin la menor timidez. En vista de la enfermedad de mamá, una vecina se había ofrecido para ir al puerto y allí había elegido a

Juliska, que resultó, después de todo, una buena elección. Tenía un aspecto de campesina, sana y fuerte, y se peinaba con unos rodetes que luego sujetaba (nunca supe cómo) sobre la nuca.

En sus últimas semanas a mamá le habían molestado los ruidos, de modo que el estado normal de la casa era el silencio. Éste siguió vigente durante largas semanas tras la muerte de mamá. Todos hablábamos lentamente y en voz baja. Era un silencio compacto, inexpugnable. Una suerte de luto oral, que llegó a resultarme asfixiante. A veces Elenita subía a mi cuarto en las alturas, cerrábamos la puerta que comunicaba con el resto de la casa y entonces, con una sensación de alivio, hablábamos como antes.

Lo curioso era que nadie había impuesto aquel silencio (salvo mamá, en sus últimos tiempos) y sin embargo todos lo acatábamos. Eso fue así hasta una tarde (nublada, fría) en que llegó el viejo de su trabajo, nos reunió a todos en la cocina (que era algo así como su despacho) y nos comunicó: “Basta de susurros. Desde hoy, en esta casa, todos hablaremos como personas normales”. Juliska fue la primera en acatar gozosamente la orden: “¡Qué buen noticia!”, dijo a los gritos. “Ya estaba aburrido de tanta silencio.” En ese instante, las nubes se movieron allá arriba y el sol invadió el patio.

Durante los seis meses de luto oral yo había salvado mi examen de ingreso a Secundaria (como era de esperar, las felicitaciones no fueron para mí sino para el señor Fosco) y ya concurría regularmente al Liceo Miranda, de la calle Sierra. Era algo mayor (un año, o algo menos) que casi todos mis compañeros de clase, debido a que, en mi larga convalecencia, había perdido todo un período de clases. No obstante, la diferencia no se notaba, ya que en ese tiempo era bastante menudo.

Así y todo integré, confieso que con pobres resulta-

dos, el equipo de basquetbol, pero en cambio participé con éxito en la jornada inaugural de la Plaza de Deportes, la que quedaba frente a la Iglesia de la Aguada. Corrí en 400 metros llanos y le gané por varios metros al Conejo Alonso, que era el atleta número uno del Liceo y el favorito de las chiquilinas. Al final de la carrera, ellas no se acercaron para felicitar me sino que lo rodearon a él para consolarlo. Fue mi primer diploma de injusticia social. De cualquier manera, el Conejo no me perdonó esa afrenta, así que el año siguiente, en aras de la paz universal, dejé que me ganara (sólo por media cabeza, eh) en los 800 llanos. Desde entonces fuimos buenos amigos y en varias ocasiones permití que me copiara en las pruebas escritas, particularmente en las de Matemáticas.

Cuando me encontraba con Norberto (que iba a la Sagrada Familia), con Daniel (inscripto en el Elbio Fernández) o con Fernando (alumno del Liceo Francés), no hablábamos de estudios sino de fútbol. A veces íbamos todos al Estadio y el tema nos duraba para toda la semana. Pero una vez que Norberto trepó por la higuera y se introdujo en mi habitación, consideré que era el momento de preguntarle por su prima. “¿Qué prima?” “Rita.” “Yo no tengo ninguna prima” “¿Cómo? ¿No tenés una prima Rita que vive en Córdoba?” “Te digo que no. ¿De dónde sacaste ese disparate? ¡No tengo primas! Ni siquiera primos, así que no me inventes uno, mañana o pasado.”

Ya no recuerdo qué agregué para justificar mi interés, pero el tema quedó ahí, sin otra explicación, con la higuera como testigo implicado. ¿Quién podía saber mejor que yo que Rita era una chiquilina de carne y hueso? Yo no había soñado su presencia en mi altillo. Además me había besado y los fantasmas no besan. ¿O sí?

FIESTA EN EL BARRIO

Lo que me temía: el viejo empezó a hablar de una nueva mudanza. Es cierto que la casa de Capurro, sin mamá, no era la misma. Pero, así y todo, era *mi* casa. ¿Dónde encontrar otra habitación con una higuera que llegara a mi ventana? Capurro era *mi* barrio. Allí estaban mis amigos, el Parque, la cancha de Lito. Sólo Juliska me apoyaba: “¿Para qué mudanzo? Esta barria es bien linda. ¿Dónde van y consiguen un caso como esto? Grande, barato, cinco piezas”. Pero el viejo quería irse. Decía que cada rincón de la casa le recordaba a mamá y él quería terminar de una vez por todas con aquel duelo enfermizo. Me impresionó que dijera enfermizo. Quería vivir de nuevo, agregó. “Además, no sólo quiero cambiar de casa sino también de barrio.” Yo le preguntaba, sin mayor esperanza, ya que estaba verdaderamente tozudo: “¿Y no vas a extrañar la cocina y el mate?”. “El mate lo llevo conmigo y cocina hay en todas partes.”

Sólo cuando me convencí de que la cosa iba en serio, di comienzo a mis adioses. Al barrio, a la calle, a los amigos. Para empezar, el sábado fui a la cancha de Lito. Jugaba el equipo local contra Fénix, su vecino. Todo un clásico. La misma gente que jugaba noche a noche al truco en los bares, compartiendo cervezas o grapas con limón, y festejando los aciertos y las metidas de pata con grandes risotadas, allí en la cancha se odiaban con unción y perseverancia y hasta podían llegar a las trompadas. Como suele suceder en estos casos, nunca faltaba un apartador que por lo general recibía alguna piña perdida y a pesar de ello les recordaba cuanto tenían en

común. A regañadientes los rivales se daban la mano y la paz reinaba por lo menos hasta el segundo tiempo.

Esa tarde el Lito batió ajustadamente al Fénix, mediante dos jugadas excepcionales. Primero fue el “gol antológico” (así lo definió el cronista deportivo de *El Diario*, único órgano de prensa que se ocupaba con cierto detalle de las divisiones inferiores) conseguido por el Ñato, que eludió a siete u ocho adversarios y, enfrentado al golero, emitió un zurdazo descomunal que dio en el palo, haciéndolo temblar, y luego, con el arquero ya totalmente descolocado, introdujo con suavidad (“con vaselina” dijo el cronista de marras) la globa junto al poste izquierdo. Sólo un minuto después llegó un contraataque del Fénix, y el Lobizón derribó, hachazo mediante, al *centreforward* de ellos, en medio del área penal y en las mismas narices del árbitro, quien no tuvo más remedio que pitar con solvencia y señalar de inmediato el punto fatídico. El artillero del Fénix, un infalible en la ejecución de la pena máxima, mandó el balón en forma impecable hacia un ángulo del arco, pero el golerito litense, una reciente promoción de la cantera, voló hacia aquel proyectil envenenado y lo bajó hasta su garganta, en medio de ese griterío tan peculiar que suele estallar a continuación del pánico. Como faltaban apenas siete minutos para el final, la hinchada del Lito invadió la cancha y hubo que esperar un cuarto de hora para que se pudiera jugar ese brevísimo resto. Menos mal que los hombres del Lito llevaron a cabo una impresionante retención de pelota, ya que el golerito recién estrenado, como consecuencia de la incontenible efusión de los hinchas, había quedado rengo y medio tuerto, condiciones que no suelen ser las ideales para un guardameta. En cualquier partido normal, el entrenador lo habría reemplazado por el suplente, pero ese domingo el Lito no tenía entrenador (su mujer estaba de parto primerizo) ni

golero suplente (en realidad, el atajapenales era el suplente, ya que el titular había caído con rubeola, dolencia que entonces estaba de moda). De modo que el único recurso era lograr que los codiciosos delanteros del Fénix no llegaran hasta el arco del Lito. Y no llegaron.

La algarabía barrial duró hasta la madrugada y en los bares de la calle Capurro y alrededores, hubo un consumo extraordinario de caña, vino tinto y hasta sidra, gracias a varias vueltas de las que se hizo cargo un platudo socio fundador del club victorioso.

Como broche de oro, a eso de la medianoche hizo su aparición el entrenador primerizo, ya bien borrachito, que en mitad de la calle abrió los brazos y gritó entre risas, hipos y estertores: “¡Fue varón, muchachos, fue varón!”. Frente a esa lotería de felicidades, al platudo socio fundador no le quedó otra alternativa que pagar otra vuelta, esta vez de champán.

Considerada asimismo como mi personal despedida del Lito, aquella jornada no estuvo nada mal. Esta vez había ido a la cancha sin el viejo, que aún no estaba maduro para nuevas emociones, y volví tardísimo a casa. Ya hacía una semana que tenía llave propia, de modo que pude entrar discretamente y escabullirme en silencio hasta mi habitáculo. Por otra parte el champán (yo también había ligado dos copas) se me había subido al jopo y me hacía ver dos escalones por cada uno de la escalera, de manera que si no me derrumbé en la subida fue porque Dios y/o Lito son grandes.

Solamente Juliska detectó al día siguiente mi calaverada: “Llegar noche usted tardísima”, me susurró mientras preparaba el desayuno. El viejo, que ya estaba con su mate, la oyó (mamá siempre decía que el viejo tenía “un oído de tísico”) y dibujó una sonrisa condescendiente, a los costados de la bombilla. “Me imagino que habrá ganado el Lito. Qué escándalo.” Me dolía un poco la

cabeza, pero le conté sumariamente las peripecias del partido (el gol del triunfo, el penal atajado) y de la celebración, exceptuando naturalmente mis libaciones. Creo que disfrutó con el relato. Aunque su adhesión intelectual era para Defensor, su corazón barrial todavía era del Lito.

EL PARQUE ESTABA DESIERTO

Después salí a la calle. Todavía era temprano, y tras la farra de la víspera, todo el mundo dormía la mona en las casas. Además, era domingo. Yo quería despedirme del Parque. Soplaba un aire fresco, que terminó de despejarme. Cada vez que me acordaba del champán, me venía un amago de náusea, pero al cabo de tres o cuatro cuabras empecé a sentirme mejor.

También el Parque estaba desierto. Desde el “episodio” del Dandy y mi posterior pesquisa individual no había vuelto, pero yo tenía que despedirme. Y despedirme a solas, sin los otros. El Parque había sido, desde que nos habíamos instalado en Capurro, un lugar muy importante para mí. Cuántas corridas, cuántas batallas. Nuestros escondites tradicionales estaban ahora llenos de hojas secas, y allí donde quedaba algo de musgo se veían algunas gotitas que podían ser de rocío o de alguna llovizna tempranera. De pronto se introdujo por entre las hojas de los árboles un sol intermitente. Fue en ese momento, frente a esa belleza inesperada, que sentí un nudo en la garganta: y ya no eran efectos del champán.

Tuve conciencia de que algo terminaba, que con esa llave que el viejo me había confiado días atrás, también estaba clausurando mi infancia. Me senté sobre un leve montículo con pastito. Estaba húmedo y la sensación del frío me traspasó los pantalones, todavía cortos, pero no me levanté. Me puse insoportablemente cursi (ahora lo veo así, pero no aquel domingo) y sentí que esa humedad o las gotitas del musgo eran como las lágrimas del Parque, eran su estilo peculiar de despedirme. El Parque

y mi infancia se fundieron en una imagen que también era gusto, olor, tacto, sonidos. Unos cuantos gorriones recorrían sus propias rutas, que no siempre coincidían con las que habían sido nuestras. Se detenían, me miraban, a veces llegaban hasta mis zapatillas verdes, pero no se intimidaban. También había abejas, pero éstas siempre me preocuparon, debido a que una vez sufrí sus picaduras y estuve tres días con la cara hecha un globo. La única defensa era quedarme inmóvil. Anduvieron por mi antebrazo, que se puso erizado, y tras una prolija inspección se alejaron en busca de terrenos más propicios. Sólo entonces me moví y los gorriones huyeron, espantados. Seguramente hasta ese momento habían creído que yo era un árbol, pero todos los días (aun en el mundo gorrional) se aprende algo nuevo.

Durante otra media hora el Parque y yo lloramos nuestros adioses: él, con su rocío que se iba evaporando, yo con unas pocas lágrimas que rápidamente se secaron. De pronto tuve conciencia de que me estaba sintiendo como un personaje de *De Amicis* y ahí acabó el sortilegio. Yo no era personaje de nadie. Caminé hasta la calle y ya era otro, es decir yo mismo.

Estaba cerca de casa cuando me encontré con Fernando. Le conté que el viejo quería mudarse y que pronto dejaríamos el barrio. Su respuesta me tomó de sorpresa: “También nosotros nos vamos. Es probable que volvamos a Melo”. “¿Y los liceos?” “No sé. Nada está decidido. Puede ser que nos dejen con un tío de la vieja.” “¿Y Daniel qué dice?” “Daniel quiere quedarse y yo también, pero vos sabés cómo son estas cosas. Los que deciden son ellos.”

Ya junto a mi casa apareció Daniel, que precisamente había ido a buscarme. Él, que siempre lucía tan seguro con su erudición detectivesca, ahora estaba gris y compungido. Para ellos también Capurro había sido un ho-

gar ampliado. “¿Cómo haremos para comunicarnos, para encontrarnos?”, preguntó Fernando. “Ya lo arreglaremos”, dije. Pero nunca lo arreglamos. Y cuando dejamos Capurro y el Parque y la cancha de Lito y el “episodio” del Dandy, también dejamos allí nuestra amistad. Sólo varios años después me encontré con Daniel y todo fue distinto. Ambos medíamos como veinte centímetros más, él usaba anteojos y yo tenía bigotes; se había peleado con Fernando y hacía ya mucho tiempo que no se hablaban. Yo había dejado los estudios y él (que ya no leía novelas policíacas) seguía Notariado. Sus padres se habían divorciado. Fernando era árbitro de fútbol. Y, lo más curioso, ni ellos ni yo habíamos vuelto a Capurro, ni siquiera para un rescate de recuerdos. Como si hubiéramos congelado las nostalgias y no nos atreviéramos a cotejarlas con las nuevas realidades.

Pero todo eso fue después, mucho después. En aquella mañana de domingo los tres estábamos convencidos de que aquel mundo peculiar que habíamos creado y disfrutado, nos seguiría cobijando y relacionando. A Fernando y Daniel también les habían confiado, como a mí, las llaves de su casa, justamente las casas que íbamos a dejar, esas que pronto cerrarían sus puertas para abandonarnos a la buena (o a la mala) de Dios.

HASTA LA VISTA

Despedirse de Mateo fue para Claudio casi más difícil que despedirse del Parque. El ciego le hablaba siempre como si él tuviera cinco años más; quizá porque sólo podía guiarse por su voz, por sus preguntas acuciosas, por su curiosidad movilizadora. El mero hecho de que el diálogo circulase por un nivel más elevado que el de sus conversaciones familiares o el de la convivencia barrial, hacía que Claudio tensara su atención y aun, en una inesperada consecuencia física, estirase el pescuezo, como si ese afán le ayudara a comprender más y captar mejor lo que el ciego le decía.

Era indudable que Mateo poseía una formación y una información culturales poco frecuentes en un muchacho de su edad. Sus padres disfrutaban de una posición económica relativamente buena (tenían productivos campos en Durazno, atendidos por dos sobrinos muy eficaces, que les aseguraban una renta estable) y estaban en condiciones de proporcionarle todos los elementos e instrumentos culturales que él les reclamaba. Leía en Braille a una velocidad increíble, tenía un excelente equipo discográfico y un aparato de radio con un notable alcance en onda corta. Hablaba inglés y francés y se entretenía en apuntalar esos conocimientos escuchando los boletines informativos de la BBC y la onda corta francesa.

“¿Así que nos abandonás?” El tono algo melancólico de Mateo no era fingido. Se había acostumbrado a las frecuentes pláticas con aquel chico despierto y por eso mismo vulnerable. Le habría gustado seguir transmitiéndole dudas y certezas, a fin de crearle defensas para los

años próximos, cuyo desarrollo él no veía (mejor dicho, no imaginaba) con claridad.

“¿Y a dónde te llevan?” “A Punta Carretas. Junto a la Penitenciaría.” “No la mires demasiado, eh. Esos mundos cerrados y a la vez prohibidos, suelen tener un poder de atracción. Ahí en Punta Carretas tenés en cambio el faro. Mejor dedícate a él, así algún día me contás qué es lo que ilumina y cómo lo ilumina. Los ciegos, como no vemos los muros (apenas los tocamos), descubrimos, o tal vez inventamos, otra dimensión de la libertad, tenemos más tiempo que los videntes para pensar en ella. Nuestras nostalgias no son neutras. Por ejemplo ahora, frente a lo que me contás sobre tu nuevo barrio, no tengo ganas de imaginar los muros de la cárcel, pero sí me gustaría ver (ya no simplemente imaginar) la intermitente luz del faro.”

Mientras hablaba, Mateo movía las manos, a veces se oprimía los dedos. Claudio, sin la menor noción de lo inoportuno, le preguntó por qué movía tanto las manos. “María Eugenia suele preguntarme lo mismo y no sé contestarle con propiedad. A veces lo hago conscientemente y otras no. Acaso sea un modo extraño de ubicarme en el ambiente, de situarme en el aire. ¿Quedo muy ridículo cuando muevo las manos?” “No, no te lo dije por eso”, aclaró con énfasis el chico, que se había puesto colorado como un tomate. “Simplemente, me llamó la atención, porque lo percibí como un lenguaje que no siempre entendía.” “¿Ves? Ahora el matiz de tu voz me indica que los cachetes se te han coloreado.” Claudio se puso más rojo aún. “No te avergüences de ninguna pregunta, si es sincera. Generalmente son las respuestas las más acreedoras de vergüenza, porque en ellas es más común que aparezca la doblez: que pienses algo pero digas lo contrario. Ése es otro de nuestros escasos privilegios: creo que los ciegos detectamos mejor la hipocre-

sía. El hipócrita puede disimular su doblez con un gesto, una mirada, un guiño, y así rodearse de un aura falsa de sinceridad frente al interlocutor desvalido. Pero a nosotros sólo nos llega del hipócrita la voz, la voz sin maquillaje, tal como es, con su mentira a la intemperie.”

Claudio quedó en silencio, con la cabeza baja y los puños crispados. Después dijo: “¿Alguna vez notaste que yo te mentía o no te decía toda la verdad?”. Mateo soltó la risa. “No te preocupes. Sos un chiquilín franco, limpio, de buena fe. Por eso me gusta hablar contigo.” Claudio levantó la cabeza y aflojó los puños, pero su amigo agregó: “Una sola vez me pareció, no que me mentías sino que no me decías toda la verdad. Fue aquella tarde que me contaste lo del Dandy, cuando lo encontraron en el Parque. ¿Estaba realmente dormido?”.

A Claudio la voz se le puso ronca: “No. Estaba muerto. Si no te lo dije no fue porque desconfiara de vos, sino porque los cuatro habíamos jurado no hablarlo con nadie”. “Está bien, pero entonces ¿por qué lo hablaste conmigo?” “Porque sabía que no lo ibas a comentar.” “Uy, qué complicado. Y sin embargo no me dijiste toda la verdad.” “No, y estuve mal.” “Tal vez lo mejor habría sido que no me contaras nada. Las verdades a medias son sobre todo mentiras a medias. Pero no te preocupes. Ya pasó. Y además no se lo dije a nadie.”

La luz eléctrica hizo en ese instante su ritual guiñada de las ocho. “¿Son las ocho, verdad?”, dijo Mateo, y Claudio optó por no asombrarse. Simplemente dijo: “Sí, y por eso tengo que irme. En realidad no vine exactamente a despedirme. Es sólo un adiós por ahora. Más de una vez vendré a verte”.

“Hasta la vista, entonces”, dijo Mateo, como burlándose de sí mismo.

INCOMPATIBILIDADES

En realidad, un nuevo cambio que tuvo el viejo en su trabajo (lo nombraron administrador de un buen hotel de Pocitos) había decidido nuestro próximo destino. Nos mudamos a Punta Carretas, calle Ariosto, al costado de la cárcel. Precisamente esa vecindad poco esplendorosa abarataba el alquiler. Por otra parte era una casa amplia, de modo que el viejo, a fin de equilibrar el presupuesto, decidió subarrendar una de las habitaciones que daban a la calle y que se prestaba para esos fines, ya que tenía balcón y un bañito particular.

Después de haber comparecido varios postulantes, con los que el viejo no llegó a un acuerdo, la subinquilina resultó una estudiante avanzada de Arquitectura. Se llamaba Natalia, era chilena y tenía un novio (“o algo así”, definió la lengua viperina de Juliska), compañero de Facultad, que venía a estudiar con ella casi todos los días.

Desde el pique, Juliska y Natalia no se llevaron bien, y como la yugoeslava dejó bien claro que no se ocuparía del aseo de la habitación y el bañito de la chilena ni tampoco le cocinaría, cuando Natalia venía a la cocina (a la que tenía pleno derecho), a prepararse algún plato, Juliska se retiraba a su pieza de servicio y allí se confinaba hasta que la otra le dejaba el campo libre. Ante ese conflicto, el viejo se mantenía ajeno y neutral, pero Juliska trataba de involucrarme y diariamente me venía con chismes sobre Natalia. “No es decenta. No es decenta. Ese novio no es novio sino macha. Verá usted ella sale embarazado.” La forma de hablar de Juliska, con esa

confusión sistemática de géneros, que para el viejo, para mi hermana y para mí constituía algo así como un dialecto incorporado al habla familiar, a Natalia la hacía doblarse de risa y pocas veces podía ocultarlo. Después, cuando llegaba el novio, Enrique, o Quique como ella lo llamaba, Natalia imitaba a la yugo y las carcajadas del otro llegaban hasta la cárcel. Y aunque Juliska no atribuía esos festejos a la parodia de su habla (en el fondo consideraba que su castellano era de Academia), tampoco la hacían feliz esas risotadas, que según ella eran “bastardos y soezos”.

EL BUEN TRATO

Del otro lado de la cárcel, exactamente sobre la calle Solano García, vivían mi abuelo Javier y mi abuela Dolores, la enferma permanente. Su vivienda, bastante modesta, quedaba entre los fondos de la iglesia (Nuestra Señora del Sagrado Corazón) y el local que había ocupado la ya célebre carbonería *El Buen Trato*, donde se fraguó y llevó a cabo la fuga de Rosigna, Moretti y otros presos, gracias al túnel que se cavó desde la carbonería.

Me divertía visitar a los abuelos. En los fondos de la iglesia había un amplio patio cerrado. Un muro de ladrillos lo separaba de la calle, y un alto tejido de alambre, de la casa de los abuelos. Allí los curas se recogían las sotanas, y los domingos, después de la misa de once, jugaban al fútbol con la muchachada del barrio, que concurría a la iglesia a confesarse y comulgar, no tanto para consustanciarse con el cuerpo de Cristo como para jugar al fútbol con sus confesores y guías espirituales, que además (detalle no despreciable) eran los dueños de la pelota.

A la vista de aquellos partidos, yo pensaba que a su vez los confesores tendrían que confesarse, ya que maticaban el juego con palabrotas nada evangélicas y hasta llegaban a propinarle algún moquete al blasfemo que se atrevía a contener los avances eclesiales con un *foul* demasiado brusco. Los curas ganaban siempre, como correspondía, pero los muchachos gozaban viéndolos tan eufóricos y arbitrarios. De vez en cuando, uno de los más osados le decía al cura-zaguero de turno: “Acuérdese, padre, de que hay que poner la otra mejilla”, y el

padre respondía, sudoroso: “La otra mejilla sí, cretino, pero no la otra pierna. Si me das otra patada, te expulso y te mando a rezar diez padrenuestros y veinte avemarías”.

No obstante, lo que más me divertía era la versión del abuelo (sobrepuesta a la de la abuela) sobre la fuga de los anarquistas. “Tu abuela, que tiene buen oído y padece de insomnio, escuchaba por las noches unos ruidos extraños en el local vecino, y siempre me decía: Ésos no son carboneros ni nada que se le parezca. Yo le replicaba: He sido testigo de que venden carbón. Y ella: Como si vendieran lechugas. Esos tipos tienen una maquinita y por las noches fabrican billetes. Ya lo vas a ver. Mantuvo su tesis empecinadamente. Cuando venía un camión por la calle del fondo y los de *El Buen Trato* cargaban bolsas y más bolsas, tu abuela decía: ¿No te parece una carbonería un poco extraña? En vez de traer carbón, se lo llevan. Esas bolsas deben estar llenas de billetes falsos, esos que fabrican por las noches con una maquinita que no me deja dormir. Yo le decía que no, que esas bolsas eran para el reparto del carbón a domicilio. Y ella: Es la primera carbonería que reparte los domingos. ¿Te fijaste que el camión viene sólo los domingos? Bueno, después todo se aclaró. Las bolsas no contenían billetes falsos sino tierra verdadera, la que extraían para hacer el túnel.”

El abuelo me había contado la historia una y otra vez, claro que siempre con algún cambio. Creo que al final se hacía un enredo con la realidad, la versión de la abuela y lo que su propia imaginación añadía. Lo cierto es que el día de la fuga él los había visto salir por el fondo de la carbonería y subirse a un auto que los aguardaba en la calle de atrás, o sea Joaquín Núñez, un poco más adelante de donde estacionaba el camión de los domingos. Le había sorprendido que aquellos hombres salieran co-

rriendo y sin bolsas, pero los escapados tenían sus razones para tanta prisa.

La abuela no cejó en su teoría de los billetes falsos. “Serían presos” admitía, “no tengo por qué negarlo, pero habrán escapado con la plata que falsificaron en todos estos meses. Ya estarán seguramente en París, disfrutando de la vida en el Folies-Bergère, pagando todo con la plata que fabricaron aquí al lado.” Para la abuela, París y el Folies-Bergère eran el *súmmum*, el no va más, de manera que no podía imaginar un destino más glorioso para los ex presidiarios que frecuentar aquel paraíso terrenal. “Después de pasar tanto tiempo en chirona, me figuro cómo desearían esos pobres ver unas piernas de mujer. Y si eran de francesas, muchísimo mejor.” Y llenando de nostalgia sus ojos de miope: “Cuando yo era muy jovencita, mi tía Clorinda, que era un poco loca pero muy entusiasta, siempre dijo que yo tenía piernas de francesa. Y no sólo ella. El espejo también lo decía”.

La enfermedad de la abuela era una extraña y penosa forma de reumatismo, que como es obvio no le afectaba la lengua, ya que hablaba y hablaba sin parar. El tema de la carbonería alimentó su verbosidad por todo un lustro. Cuando el abuelo le traía la prensa diaria, con las noticias de la evasión y los posteriores enfrentamientos entre fugados y policía, ella se refugiaba en el sarcasmo: “Javier, vos siempre me has dicho que la prensa miente, calumnia, deforma los hechos. ¿Cómo entonces podés creer ahora esas paparruchas? Dicen todo eso porque les da vergüenza reconocer que los tipos están en París, gozando con el cancan y pagando con francos igualitos a los legales de Francia. Mirá, si no estuviera tan tullida, me habría ido con ellos. Ésos sí que son gente de iniciativa, y no como vos, que siempre has sido un sedentario, fiel a tu destino de estaca”. El abuelo callaba, sobrio, aunque yo me daba cuenta de lo que estaba pensando:

después de todo, era lógico que su mujer, que sólo iba del sofá a la cama y viceversa, suspirara por un destino de nómada.

No obstante, y a su estilo, se querían, de eso estoy seguro. Y el abuelo habría dado diez años de vida para que ella se curara y pudiera salir y divertirse, si no en el Folies-Bergère, al menos en el corso de Dieciocho.

GENTE QUE PASA

Desde Punta Carretas, al viejo le quedaba relativamente cerca su nuevo trabajo, pero a mí no me ocurría lo mismo con el Liceo Miranda. Tenía que tomar dos líneas de autobús, o un autobús y un tranvía, de modo que, salvo cuando llovía o estaba muy ventoso, prefería regresar a pie. Tomaba por Sierra, Jackson, Bulevar España, 21 de Setiembre, Ellauri hasta la Penitenciaría, que era (lagarto lagarto) mi destino final.

Hasta entonces había vivido más o menos confinado en Capurro, y quizá por eso disfrutaba bastante con la larga travesía, que no siempre seguía el mismo itinerario, ya que había días que incluía un trecho por Dieciocho. En tales ocasiones, me detenía un buen rato en alguna esquina, dedicado exclusivamente a observar el paso de la gente. Con sus urgencias o su sangre de horchata, constituía para mí una novedad, un descubrimiento. A medida que iban flanqueando mi concurrida soledad, tomaba notas mentales de sus peculiaridades y obsesiones. Las mujeres, seducidas por las vidrieras y sus modas al día, se detenían fascinadas, seguramente aprendiendo de memoria talles, colores, modelos, precios. Luego salían disparadas, porque siempre llegaban tarde a alguna parte. Los hombres, más definidos u obcecados, cuando iban a comprar algo, entraban directamente en la tienda o la papelería, perdiéndose así el disfrute de los escaparates, en cuya oferta no desperdiciaban tiempo.

También abundaban los estudiantes, de ambos sexos, especialmente cuando me acercaba a la Universidad.

Por lo común circulaban en grupos, con los muchachos asediando a las chicas, y éstas, tomadas del brazo para sentirse fuertes, devolviendo los piropos colectivos y los guiños individuales con quites de ironía y cuchicheos apócrifos. Los transeúntes adultos a veces se miraban, molestos ante esa lección de provechosa frivolidad, cada uno solidario con el fastidio del otro y confiando en no encontrarse de pronto con un hijo o una hija propios entre aquella tropilla de inconfortables, tan ruidosos como jocundos.

Desde mi mirador en una esquina cualquiera (generalmente elegía la de Dieciocho y Gaboto) fui aprendiendo detalles y matices de la conducta humana, y tal visión panorámica llegó a convertirse, para mi inexpiente naturaleza, en un ejercicio apasionante. Por esa época leía bastantes libros, particularmente novelas. Ya hacía tiempo que había abandonado a De Amicis, Verne y Salgari, y ahora me dedicaba a establecer las diferencias más elementales entre los personajes de Victor Hugo, Dickens o Dostoievsky, y los grises montevideanos que tenía a la vista.

Durante cierto lapso tuve la obsesión de efectuar cotejos imaginarios entre los mendigos de la literatura y los de la vida real, pero los pordioseros no abundaban en Montevideo. Por fin descubrí uno, al que le faltaban las piernas, y una tarde me entretuve en calcular cuánto, aproximadamente, había recaudado en esas pocas horas. Lo multipliqué primero por dos, puesto que mendigaba en doble horario, y luego por treinta, para llegar al ingreso mensual, y llegué a la sorprendente conclusión de que ganaba mucho más que mi padre como administrador de un buen hotel. Esa misma noche se lo comenté al viejo y, para mi asombro, no se murió de envidia. Simplemente comentó: “La diferencia sustancial entre tu mendigo y yo no reside en lo que percibimos diaria o

mensualmente sino más bien en que por lo menos yo tengo mis piernas: con várices y juanetes, pero las tengo. ¿Te parece poco?”. No, no me parecía poco. Pero mi mendigo ni siquiera me servía para compararlo con los de Victor Hugo. Evidentemente, éramos un país tan joven, tan poco desarrollado, que ni siquiera teníamos Corte de los Milagros. Se presume que más adelante iremos desarrollándonos, para así generar nuestra mendicidad vernácula.

Alguna que otra tarde cambiaba mi itinerario y venía por Agraciada, Rondeau, hasta la plaza Cagancha, lugar éste que para mí era inseparable de una imagen única, que siempre estuvo colgada en mi memoria. Durante los juegos de Amsterdam, 1928, cuando Uruguay fue por segunda vez campeón olímpico de fútbol, todo el país estuvo pendiente de esos partidos. El día en que Uruguay enfrentó a Italia, el viejo me llevó a la plaza Cagancha. Allí, en los pizarrones del diario *Imparcial* iban apareciendo los más importantes pormenores del juego: “Avanza Uruguay”, “Italia cede córner”, “Gol italiano”, “Gran reacción del equipo uruguayo”, etcétera. Llovía a cántaros y centenares de paraguas formaban una suerte de techo sobre la plaza repleta. Yo era entonces un niño (cinco o seis años), pero no he olvidado mi sensación de insignificancia bajo aquel extraño cobertizo así como mi constante vigilancia para que las goteras de los paraguas no cayeran sobre mis zapatos, precaución totalmente inútil ya que de todas maneras estaban empapados. Al final ganó Uruguay 3 a 2. Yo en cambio gané un resfrío que cuarenta y ocho horas más tarde se transformó en gripe.

Pero eso fue en 1928. Ahora, la calle tenía atractivos menos folclóricos. Por ejemplo, las mujeres. Particularmente cuando llegaba la primavera. Con los primeros calores empezaban a perder trapos como si fueran esca-

mas: primero los abrigos e impermeables, luego los sacos y pulóveres, después cambiaban las mangas largas por las cortas, y por último se quedaban sin mangas y sin medias (¡qué festival de piernas!) y hasta había quienes lucían una zona de sus lindas espalditas.

La repentina aparición de la piel (fresca, nuevecita, muy clara al comienzo, más oscura a medida que avanzaba la temporada de playas) me conmovía profundamente. Lo peculiar era que, más que las estudiantes, casi adolescentes, me atraían las pulcras empleaditas de uniforme que al mediodía dejaban por una hora sus puestos en los comercios de la Avenida para acomodarse en un café o en algún banco de la plaza de los Treinta y Tres, donde, mientras conversaban, consumían la merienda que habían traído de sus casas. En sus gestos y cuchicheos se diferenciaban de los modales estudiantiles, entre otras razones porque sus grupitos no eran mixtos (en las tiendas empleaban más mujeres que hombres).

Nunca me atreví a abordarlas o a preguntarles algo (hay que considerar que me llevaban por lo menos diez años y que yo no me distinguía por mi coraje) pero disfrutaba contemplándolas. Creo que además las admiraba porque trabajaban y cobraban un sueldo, dos detalles que aún faltaban en mi ficha personal. Por otra parte, mi interés no se dirigía a ninguna en particular, sino que más bien me atraían como colectivo.

Tengo la impresión de que esos regresos callejeros desde el Liceo hasta mi casa significaban para mí algo así como el descubrimiento de la libertad. Poco descubrimiento y magra libertad. Pero algo es algo. Podía demorar dos horas, o cuatro, en mi safari cotidiano. Nadie me pedía cuentas por las eventuales tardanzas, ni siquiera Juliska. De todos modos el viejo volvía mucho más tarde y yo lo esperaba para cenar. Juliska solía cocinarnos platos de su tierra y le habíamos tomado el

gusto a aquella cocina exótica. Casi por compromiso, el viejo me preguntaba por mis estudios, y yo le respondía, también por compromiso, con datos sumarísimos y evitando aquellas referencias que podían provocarle no exactamente preocupación sino más bien la obligación de preocuparse.

Ni Natalia, ni mucho menos Quique, comían nunca con nosotros. Recuerdo una rara excepción: un fin de año en que no estaba Juliska (había ido a recibir el 1939 con sus únicos parientes, que vivían en Las Piedras), Natalia hizo unos ñoquis exquisitos, Quique trajo el postre y el vino, el viejo puso el champán de rigor y los cinco lo pasamos francamente bien. Sólo al final el viejo propuso un brindis por el recuerdo de mamá, y con ese motivo Elenita lloró un poco antes de irse a la cama, dispuesta a enfrentar su primer sueño del nuevo año.

Alguna que otra tarde me dejaba caer por el hotel que administraba el viejo. Quedaba a dos cuadras de la Rambla y tenía un jardín con árboles bastante añosos. Allí el viejo se convertía en otro: locuaz, eficiente, moderadamente autoritario. Sabía manejar a los huéspedes, por lo común porteños. Era obvio que el personal lo respetaba y hasta se diría que lo estimaba. A mí, como hijo del jefe, también me llegaba parte de ese beneficio, y los camareros, las mucamas y la telefonista me trataban con la simpatía y la condescendencia a que se hacían acreedores mis recién cumplidos quince años.

Algún fin de semana me quedaba allí, leyendo entre los árboles, en particular junto a una araucaria que era mi favorita. El aire salitroso que subía de la costa, mezclado con la fragancia de los pinos viejos, me proporcionaban una extraña sensación de bienestar. Aprovechaba para respirar a pleno pulmón. En ciertas ocasiones dejaba el libro a un lado y me quedaba inmóvil, tan sólo

escuchando a los pájaros y las bocinas que dialogaban allá en la Rambla.

Yo hacía buenas migas con el más joven de los camareros, un tal Rosendo, que se especializaba en dedicar inocentes diabluras a más de un cliente. Había, por ejemplo, un militar argentino, septuagenario y en retiro, sordo como una tapia. Se levantaba muy temprano y bajaba a desayunar al comedor. Rosendo concurría a atenderlo con una franca sonrisa y sistemáticamente el general preguntaba cómo estaba el tiempo. “Milanesas con papas fritas”, respondía el guasón, y el otro, muy conforme, anunciaba: “Entonces voy a buscar una bufanda”. Y si el sordo pedía: “Por favor, muchacho, dígame a la mucama que esta noche me ponga una almohada adicional”, Rosendo preguntaba con toda seriedad: “¿Cómo la quiere, mi general? ¿De remolachas o de espárragos?”. “La que sea más suave”, decía el otro, agradecido, y le alcanzaba una buena propina, que Rosendo pescaba al vuelo, sin el menor remordimiento. Por supuesto, mi viejo jamás se enteraba de semejantes improvisaciones. Varias veces fui testigo de esos diálogos estafalarios y puedo asegurar que el desempeño actoral de Rosendo era de una pulcritud verdaderamente profesional. De ahí que no me sorprendiera cuando, un año más tarde, lo vi integrando un elenco de teatro aficionado.

LAS INICIALES

En el jardín del hotel encontré una tarde, grabadas con un cuchillo o un cortaplumas en el tronco de un pino, las letras A y A, metidas en un corazón torpemente diseñado, y me puse a imaginar acerca de aquellas iniciales y la remota pareja que nombraban. El trazo parecía antiguo, como si incontables lluvias lo hubieran lavado y vuelto a lavar.

Antes de ser hotel, aquel viejo edificio había sido una muy confortable residencia de gente acomodada. Quizá las iniciales provenían de esa época. Se me ocurrió que la primera A correspondía a un Arsenio y la segunda a una Azucena. Elegí que fuera un amor clandestino, o por lo menos censurado, digamos entre primos hermanos, o tal vez Arsenio podría haber sido el hijo menor de la familia y Azucena una sirvientita adolescente y tierna, que finalmente habría quedado embarazada y en consecuencia fue despedida, pese a la desesperación de Arsenio, quien seguramente aún no habría profundizado en la existencia de las clases sociales. También podía ser que Arsenio fuera el chófer y Azucena la niña de la casa, claro que en esa situación no habría quedado encinta, ya que el chófer sí sabría de clases sociales (y métodos anticonceptivos) y sería consciente de a qué penalidades se exponía por presunta violación de una menor de pro.

Cabía asimismo la posibilidad de que la inicial repetida significara un colmo de soledades, una suerte de espejo empañado, o sea Arsenio más Arsenio, o Azucena más Azucena, es decir el trazado de alguien que reclamaba compañía pero sólo hallaba la de sí mismo, o de sí

misma, de ahí que inventara un idilio como un borrador de sentimiento, con un placer tan hedonista y no obstante tan angustioso como suelen ser los placeres solitarios. “A” era además el arranque del alfabeto, el origen, la identidad primera. La duplicación venía a constituir una insistencia, una obsesión, o acaso la nostalgia de un origen contiguo, de una identidad paralela en quien confiar, hasta el punto de meterla en el mismo corazón, elíptica manera de designar un solo mundo, ¿tal vez un solo amor?

Como puede verse, estaba indigestado de lecturas románticas y también de simbología. Lo primero, como fruto de mi cóctel de novelas, y lo segundo, como resultado de mis conversaciones con un compañero de clase, un tal Perico, absolutamente invadido por el psicoanálisis (su tío era todo un tríptico: médico, psiquiatra y psicoanalista) y que no se conformaba con los símbolos más o menos popularizados por Freud y seguidores, sino que constantemente incorporaba otros de su propia cosecha. Confieso que su insistencia me aburría un poco, pero es probable que me dejara algún sedimento, y yo no hallaba nada mejor que aplicarlo a las desprevenidas iniciales del pino viejo.

Perico tenía asimismo otras aptitudes. Verbigracia, sabía leer las líneas de la mano y reconocer agüeros y presagios en la borra del café. Una tarde nos habíamos encontrado en el Tupí frente al Solís, y como vio que yo estaba terminando mi café, me pidió el pocillo y, cumpliendo con el precepto, lo dio vuelta. Examinó atentamente la borra. “No tomes muy en serio mi cafetomanía”, dijo, sonriendo. “Ni yo mismo la tomo en serio. Simplemente me atraen los enigmas, las adivinaciones.” Siguió un rato más contemplando aquello, que para mí no significaba nada. “¿Sabes qué veo? Una mujer y un árbol.” Asumí mansamente el augurio, ya que a mi vez

interpreté que, en todo caso, se trataría de Rita y de la higuera.

MI SEGUNDO GRAF

La Segunda Guerra Mundial llevaba pocos meses de andadura cuando tuvo lugar, en aguas del Atlántico, un duro combate entre tres barcos británicos (el *Ajax*, el *Acchiles*, el *Exeter*) y el acorazado alemán *Graf Spee*, que vino a dar con sus hierros maltrechos al puerto de Montevideo.

El inopinado arribo de aquel temible *Taschenkreuzer* sacudió las rutinas de la ciudad. Era nuestro primer contacto directo con la guerra. Esa tarde, muchos comercios decidieron cerrar temprano sus oficinas, no sólo para que el personal pudiera ir a curiosear al puerto, sino también porque patronos y gerentes no querían perderse aquella visita fuera de serie. Además, muchos se proponían fotografiar al invulnerable-vulnerado. “En la literatura que vendrá”, opinó en clase nuestro profesor del ramo, “no faltará ocasión de usarlo como eficaz señuelo erótico.” “¿Erótico?”, preguntamos como una masa coral bien afinada. “Naturalmente. ¡Cuánto os falta aprender, hijos míos! ¿Nadie se ha fijado, desde el célebre velero bergantín hasta este polvorín náutico, en la simbología fálica de los *diez cañones por banda*?”

Ahí capitulamos y nos fuimos todos a ver la novedad. En el puerto había una multitud. Estuvimos un buen rato viendo cómo una poderosa lancha a motor transportaba oficiales y marineros desde el buque a tierra firme, y viceversa. Curiosamente, la viceversa era siempre más liviana. Después, tal vez debido a las presiones y los vaivenes de la gente, nos fuimos disgregando. Pasé más de dos horas en la contemplación de aquel trasiego. La-

menté no tener unos prismáticos para examinar qué cara y qué expresión tenían esos muchachos que virtualmente empezaban la vida con una derrota. Desde lejos me parecía que algunos mostraban señales de alivio, pero no podría asegurarlo.

Con tanto movimiento, con tantas idas y venidas, el acorazado descorazonado, humillado e inmóvil, pero todavía imponente, era una presencia dramática, un aviso mortuario de la guerra lejana que de pronto se instalaba aquí, a nuestro lado. “¿Y si les da por bombardear la ciudad?”, preguntó un optimista. “¿Y para qué cree usted que tenemos la fortaleza del Cerro?”, retrucó un gracioso que no tuvo el menor eco.

Pero no nos bombardearon. La gente, en vista de que aquello se había vuelto un poco monótono, empezó a dispersarse. En este ámbito, todo se convierte rápidamente en costumbre. Hasta los acorazados alemanes. Un gordo de boina, que pude identificar como periodista, se acercó, lápiz y libreta en mano, a un larguirucho con aura profesoral. “Doctor, ¿puedo hacerle una preguntita? ¿Cómo definiría usted poéticamente a ese acorazado de bolsillo?” El interpelado no se inmutó: “Yo diría que es el único Moby Dick que pueden llegar a crear los alemanes”. El periodista quedó desconcertado, pero no se atrevió a preguntar quién era ese Moby Dick.

Mientras caminaba por Rincón hacia la plaza Matriz, pensé que éste era mi segundo Graf. Mediaban ocho años entre el Zeppelin y el Spee, entre el Graf del aire y el Graf del agua. Sólo me faltaba conocer un Graf del fuego.

No sospechaba que, casi de inmediato, el Graf del agua se convertiría en Graf del fuego. Justamente cuando cruzaba la plaza, sonó el estruendo. Toda la Ciudad Vieja pareció estremecerse y hasta me pareció que la mole del hotel Nogaró se encogía de miedo. El capitán

alemán había decidido el sacrificio del barco, como un anticipo de su propia inmolación, días más tarde, en un hotel de Buenos Aires, tras envolverse, no precisamente en la enseña nazi sino en la antigua bandera imperial.

Poco después, los marinos alemanes enterraron a sus muertos, infausto saldo de la batalla contra los ingleses. Previamente, y en medio del desconcierto del público, llevaron a cabo su desfile por las calles de Montevideo, mientras cantaban "Ich hatte einen Kameraden", la tradicional canción alemana por el compañero caído. (Para sorpresa de tirios y troyanos, a la ceremonia en el cementerio del Norte asistió, en atuendo de gala, nada menos que el ministro británico, Eugen Millington Drake.)

Desde una esquina los vi pasar. A mi lado, un hombre joven, con acento extranjero, dijo: "Parece mentira. Tienen caras de ángeles, pero yo los conozco". Me dijo que era judío, que sus padres habían sido exterminados en un campo de concentración, antes aun de que estallara la guerra. Él se había salvado gracias a un cura, amigo de su padre.

"Detrás de esos ojos azules y esas mejillas candorosas, son capaces de albergar un odio que no puede medirse." Le dije que no todos serían iguales, que no podía ser que esos casi niños fueran asesinos en potencia. "Nadie es asesino en potencia, lo sé. Pero un loco, un alucinado, puede contagiarles su alucinación y su demencia. El más peligroso de sus atributos es cierta recóndita vocación de raza reina. Los mejores la descubren en sí mismos (porque todos la tienen) y la desmantelan, la liquidan, la extirpan como si fuera un tumor. Pero los otros, que en el fondo son los más ineptos, los más estúpidos, los más necios, la alimentan con delectación, porque sólo así se sienten seguros."

Los muchachos terminaron su desfile. El hombre que

tan duramente los juzgaba, se despidió con un gesto y cruzó la avenida. Yo me metí en un café. Demasiados acontecimientos para una sola tarde. Después de todo, mi segundo Graf era más sórdido que el primero. De aquel otro, lejano, sólo quedaba el cadáver del Dandy. De éste de ahora, una vislumbre colectiva y macabra.

En esas tensas horas circuló un rumor: los alemanes habían metido armas en los féretros. Años después me enteré de que esa misma noche varios muchachos uruguayos habían penetrado en el cementerio y literalmente violado las tumbas recién cerradas, a fin de verificar si los ataúdes contenían efectivamente armas. Pero sólo hallaron cadáveres flamantes.

POBRE PECADOR

De mi grupito de amigos de Capurro, el único al que seguía viendo esporádicamente era Norberto. En uno de esos encuentros le pregunté por mi querida higuera y si él seguía utilizándola para pasar a la que había sido mi habitación. “Estás loco”, dijo. “Ahora las inquilinas son unas viejas insoportables, tres hermanas solteronas y/o viudas, da lo mismo, que han llenado tu ex altillo de trastos desvencijados y malolientes, paquetes de viejos periódicos, y además cerraron la ventana con dos candados, como si temieran que yo les fuera a robar semejantes porquerías. La pobre higuera está desconsolada y una de sus ramas se arrima cuando puede a la que era tu ventana, como buscándote.” Le agradecí a Norberto esa licencia poética: en el fondo no dejaba de gustarme que la higuera me echara de menos.

Según Norberto, el barrio había cambiado mucho. El Parque padecía un ominoso abandono municipal y en las cercanías de la zona se habían instalado varias fábricas y plantas industriales, con las que el paisaje humano se había modificado y el barrio había perdido su intimidad colectiva. La cancha del Lito tenía el césped sin cortar, aquello era un yuyal, pero eso sí, habían abierto dos o tres nuevos bares para atender la demanda de los parroquianos recién incorporados.

Norberto me confió asimismo una crisis muy personal. Se había alejado del padre Ricardo, sencillamente porque éste “le había hecho una salvajada”. Resulta que un sábado de noche Norberto había concurrido, con varios de sus nuevos amigos, a un prostíbulo del Pantanoso y

la experiencia le había dejado un mal sabor. Una semana después, al confesarse con el padre Ricardo, le confió su pecado. (Como bien dice mi abuela Dolores, cada cardumen tiene su pescador.) El cura, además de asignarle como penitencia una tonelada de padrenuestros y avemarías (el pobre confeso estuvo como dos horas reza que te reza), fue y se lo contó al padre de Norberto, quien tomó dos medidas radicales e inmediatas: le retiró la llave y le propinó dos soberanas bofetadas que le desacomodaron la mandíbula durante varias horas. Le explicó, además, que la primera bofetada era por lo del prostíbulo (“todavía es muy temprano para eso”), pero la segunda era por haber sido tan estúpido como para contárselo nada menos que al padre Ricardo, que “como es público y notorio, es un chismoso sexual de primer orden”.

Para Norberto, mucho más grave que la golpiza paterna, había sido la dolorosa revelación de que, al menos para el padre Ricardo, el secreto de confesión era papel mojado. Tomó entonces una decisión. El domingo siguiente fue a la iglesia, se metió a prepo en el confesionario, y una vez que estuvo seguro de que tras la rejilla se hallaba su enemigo, le desarrajó todo un florilegio de reproches, palabrotas incluidas, durante varios y trascendentales minutos, que fueron para el apabullado sacerdote un anticipo de las chamusquinas del cercano infierno. La catilinaria concluyó con una estentórea exhortación: “Y ahora, cura batidor y mala leche, vaya y cuéntele a mi viejo que lo he mandado a la mierda”. Pero el padre Ricardo se quedó contrito y en el molde.

HOY ESTRENO HOY

Los domingos Juliska tenía libre y normalmente iba a Las Piedras a ver a sus familiares. Nunca los conocimos y, vistas las dificultades lingüísticas de la yugo, tampoco supimos a ciencia cierta si eran primos o primas, sobrinos o sobrinas. Por otra parte, los domingos el viejo se llevaba con él a Elenita, que en el hotel se había hecho amiga de una chica de su edad (la hija del *maître*) con la que se adoraban. En cuanto a Natalia y el Quique, si el tiempo les era propicio, se iban el día entero a alguna playa. De modo que en los domingos estivales la casa quedaba exclusivamente para mi uso personal, algo que no encerraba ningún especial significado, salvo que constituía para mí otra variante de la libertad, por cierto muy distinta a la callejera.

Ese domingo había ido a la feria de Tristán Narvaja. Nunca compraba nada (la verdad es que no tenía con qué) pero me gustaba meterme entre la gente, escuchar las agrias o pintorescas discusiones, hojear libros de segunda (o décima) mano.

Al mediodía regresé a casa, dispuesto a almorzar a solas. Juliska, cuando se ausentaba, nos dejaba algún sabroso plato en la heladera. Fui directamente a la cocina, pero allí me esperaba una sorpresa. Natalia, de pie junto a una hornalla encendida de la cocina a gas, movía lentamente, en una olla y de modo circular, una larga cuchara de madera. Llevaba puesto un camisón corto, de una gasa transparente, o sea que se le veía, o se le adivinaba, todo. Además estaba descalza, lo que acentuaba la impresión de desnudez.

“Perdón” dije, sobresaltado, “pensé que no había nadie en casa.” “No te preocupes”, dijo ella, divertida con mi asombro, “yo también pensé que estaba sola.” Entonces hizo un simple gesto, pero intuí que era el comienzo de algo: apagó el fuego. Yo seguía inmóvil en el umbral de la cocina. Vino hacia mí y tuve la impresión de que acudía en mi ayuda. “Estamos solos, Claudito, ¿te das cuenta?” Claro que me daba cuenta. “Es el día libre de la Yugular (así llamaban ella y el Quique a la yugoeslava), tu padre y Elenita regresarán a la noche. Quique tuvo que ir a Paysandú por no sé qué lío familiar.” Yo asentía, desbordado por tanta buena noticia.

Me tomó del brazo y me llevó hasta su cuarto. Cerró las cortinas. Me miró gravemente. “Claudito, ¿nunca has estado con una mujer, verdad?” (Me fijé, como un estúpido, en que decía *mujier*, porque era chilena.) “¿Estado?”, balbuceé. “No te hagas el zonzo, bien sabes lo que quiero decir.” “No, nunca he estado.” “¿Quieres que te enseñe?” Mi timidez tenía un límite, así que dije: “Quiero”. Me desabrochó los dos primeros botones de la camisa y metió su mano por debajo de la misma, me acarició un hombro y la nuca, atrajo mi cabeza y me dio un beso rápido en los labios. Luego se apartó y se quitó el camión transparente.

Natalia tenía veinticinco años, y a mí, desde la óptica de mis dieciséis, me había parecido hasta ese momento una simpática veterana (todo es relativo), pero cuando se quedó desnuda, con sus finas piernas de bailarina, su poblado pubis pelirrojo y sus pechitos desafiantes, se convirtió de pronto en alguien sin edad: una nereida, una diosa de juventud, una sirena sin cola, qué sé yo. Es claro que todo ese catálogo lo pensé mucho después, ya que en ese instante crucial de mi vida no estaba para reminiscencias grecolatinas.

“¿Y qué? ¿Te vas a quedar así? ¿O quieres que te quite los pantalones? Son las tres y diez. ¿Vamos a aprovechar o no el tiempo que nos queda?” Cuando por fin quedé yo también en cueros (lo más trabajoso fue desabrocharme los zapatos y quitarme los calcetines), mi erección era tan notoria que si ella no se rió, creo que fue por temor a desalentarme o a que me volviera la timidez, pero me di cuenta de que sus ojos sí reían.

La verdad es que a esa altura nada me habría desalentado. Luego, ya en la cama, ella dio comienzo, tierna, morosamente, a la lección número uno. Tengo la impresión de que fui un alumno aprovechado y que ella quedó contenta con mi rápido aprendizaje. “Como bautizo, te aseguro que ha sido excelente, Claudito. Vas a hacer felices a tus mujeres, ya lo verás.”

Por ahora el feliz era yo; tanto, que diez minutos más tarde le pedí, bastante más seguro de mí mismo, que me impartiera la lección número dos. “¿Ahora mismo?” “Ahora mismo.” “No sabía que te habías apuntado a un curso intensivo. Está bien, pero será la última, eh. No te olvides que yo soy del Quique. Él es mi hombre.” “¿Y esto que hicimos?” “Esto que hicimos fue ante todo un acto de solidaridad. En Chile somos muy solidarios. Y solidarias. Hace tiempo que sentía que necesitabas esto. Para tu formación ¿entiendes? Y hoy se dio la ocasión. Dios nos dejó solitos. A Dios también le gusta que pequemos, siempre que lo hagamos con alegría. Así nos puede perdonar alegremente. Además hay pecados horribles y pecados lindísimos. El nuestro fue lindísimo, ¿no te parece?” Le pregunté si era católica. “Por supuesto, pero católica por la libre, digamos *free lance*. Me entiendo directamente con Dios, sin necesidad de los curas intermediarios, que te cobran su comisión en limosnas y avemarías.”

El segundo pecado fue todavía más estupendo que el primero. Ya tenía más práctica. Después me quedé mirándola con ojos tiernos y ella se puso seria: “Ah no, Claudito, no te me enamores, eh. Me lo tienes que prometer. Seré tu amiga, eso sí”. Pregunté, tratando de sostenerle la mirada: “¿A vos no te gustó?”. “Claro que sí. Me gustó porque me gustás. De lo contrario, no lo habría hecho. Pero no lo olvides: yo quiero al Quique.” “¿Y te acostás con él?” “Pues claro que me acuesto. Cuando dos se quieren, y pueden, se acuestan. Y ahora vístete y vete a tu cuarto, que si llega a aparecer la Yugular (no lo creo, todavía es temprano) seguro que me denuncia como corruptora de menores.”

Cuando estuve en mi cama, después de tanta excitación, me vino un repentino aflojamiento, y al poco rato me dormí. Lo último que pensé fue: menos mal que, a diferencia de Norberto, no tengo a ningún cura confesor a quien contarle mi deslíz. A propósito, el pobre padre Ricardo, ¿vivirá sin deslices?

Después de todo, pienso que Natalia le debe haber contado al Quique nuestra comunión. Más aún: hasta presumo que ella lo hizo todo con su visto bueno. Y lo pienso así, porque a partir de aquel día para mí memorable, el Quique me dedicaba a menudo unas sonrisas que eran un extraño cóctel de complicidad, sobrentendidos y paternalismo burlón, más un ingrediente adicional que más o menos significaba: “Ah, pero no te olvides, pibe, que yo soy el dueño de ese cuerpito”. Infortunadamente, no lo olvidaba.

Poco a poco me fui acostumbrando a la relación meramente amistosa con Natalia. Así y todo, frecuentemente soñaba con ella y, claro, las sábanas sufrían las consecuencias. La marcación de Juliska era implacable. “Usted dejar sábanos mucho sucio con porquerío. Una

conseja: mejor usted vaya de putos.” Ahí me apresuraba a rectificarla: “Vamos, Juliska, querrá decir de putas”. “Usted saber.”

Juliska tenía su pizca de razón. Y sin embargo no me atraía ir de putas. El estreno con Natalia había sido tan glorioso que no quería borrarlo con cualquier remedo. Además, la cuota semanal que me pasaba el viejo no alcanzaba para excesos. Y por último: los menores de edad no eran bienvenidos en esos “antros”.

Conviene recordar que la masturbación era considerada (por padres, médicos, sacerdotes, sociólogos, etcétera) como un vicio de espantosas consecuencias: provocaba tuberculosis, impotencia, hijos subnormales, y *ainda mais*. Pero ¿qué otro remedio? Los mismos padres, doctores, curas, psicólogos, que condenaban duramente aquella práctica, se habían masturbado concienzudamente en sus lejanas adolescencias, sin que por ello se hubieran vuelto tísicos o impotentes. Ésa era también la tesis de Perico, mi cumplido asesor en psicoanálisis y simbología, quien sin embargo agregaba: “De todas maneras, yo prefiero los burdeles. Tienen una notoria ventaja sobre el placer solitario y es que uno puede conversar y hacer amistades. Conozco algunas putas que son como hermanas para mí, o por lo menos tías. Incluso las analizo, y ellas locas de la vida. No interpretes mal. Ya sé que son *locas y mujeres de la vida*, pero *locas de la vida* (una expresión que acaso tenga su origen en su oficio milenario) incluye un elemento de alegría, de disfrute. Una cosa he aprendido con ellas: como es fácil que su oficio corporal se les vuelva rutina, su goce mayor pasa a ser el del espíritu. Cuando se divierten con una buena broma, o festejan una ironía creativa o reciben una muestra de amistad desinteresada o las abarcás en un piropo original, en sus ojos se trasluce que ése es su goce preferido: el orgasmo espiritual. Y bien que lo

agradecen. A veces después, cuando uno entra en materia, ni siquiera te cobran. Pero yo igual les pago, no faltaba más”.

ESPALDARAZO

La primera huelga de mi vida me dejó cicatrices. En general, no me preocupaban mucho los conflictos de la Enseñanza. Pero la FEUU había decretado dos días de huelga, los de Secundaria adhirieron y yo ni siquiera había preguntado el motivo. Simplemente pensé que, ya que no iba al Liceo, podía aprovechar para devolverle a Perico un montón de libros que me había prestado en los últimos meses. Perico vivía a pocas cuadras del Miranda, así que coloqué varios Freud, Jung y Adler en el portafolio que llevaba diariamente al Liceo, puse otros más en una bolsa, tomé un ómnibus, luego otro, y me bajé a la altura del Legislativo.

Lentamente (los libros pesan) me dirigí hacia la calle Sierra. A lo lejos distinguí la figura inconfundible de Tomasito Robles, conocido como el Campeón (había ganado varias competencias atléticas para menores). Me hizo una seña y empezó a acercarse. El Campeón era buen atleta pero mal estudiante. Me llevaba dos años y sin embargo repetía cuarto y estaba en mi clase. Pasaba por comunista y era un eficaz organizador de paros, huelgas, protestas, manifiestos, etc.

Lo esperé, cargado con los libros, pero cuando estuvo por fin frente a mí, me gritó “¡Carnero! ¡Rompehuelgas!”, y, sin decir agua va, me encajó tremendo piñazo en el pómulo derecho, que se me puso enseguida como un farol. Mientras me agachaba para dejar en el suelo mi carga libresca y tratar de defenderme, alcancé a gritarle: “Pero, Campeón, ¿qué te pasa? ¿Estás loco? ¡Yo no soy carnero!”. “¿Ah, no? ¿Y a dónde vas con todo eso? ¿No

vas a clase?” “No, Campeón, voy a devolverle unos libros a Perico, que me los prestó y vive aquí cerca.” Y le mostré mi carga para que viera que no eran libros de texto. Tomasito se puso rojo. “Perdoname, Flaco”, dijo casi llorando. Y volvía a repetir: “Perdoname, Flaco. ¿Cómo pude hacerte eso con lo mucho que te quiero y con todo lo que me soplás en clase? Perdoname, Flaco. De veras perdoname”. Lo perdoné, claro, a pesar de que el pómulo derecho seguía haciendo señales como el faro del Cerro.

A toda costa quiso invitarme con un imperial y fuimos a una cervecería alemana que quedaba a espaldas del Palacio. Allí, como muestra de confianza, me contó su historia. El padre le pegaba a la madre diariamente. “¿Y ella qué hace?” “Llora, sólo eso.” “¿Y vos?” “Yo lo agarro al viejo de un brazo y trato de apartarlo, pero acaba golpeándome a mí también y tirándome al suelo.” “Pero, Tomasito, con ese lomo que Dios te ha dado...” “El viejo es mucho más grandote que yo. Y además no puedo ni quiero pegarle, sólo pretendo que no le dé la biaba a la vieja.” “¿Y por qué le pega?” “Dice que la vieja tuvo un amante (él dice “un querido”) hace como veinte años y hasta sospecha (esto sólo lo suelta cuando viene borracho) que él no es mi padre. ¡Qué no va a ser! Si nos parecemos, no diré como dos gotas de agua, pero sí como dos gotas de grapa. Por eso me cuesta tanto estudiar. Te imaginarás que con ese ambiente no puedo concentrarme.”

Pagó las cervezas y me propuso (ya se había convencido de que yo no era un carnero) que nos acercáramos al Liceo. Antes pasamos por lo de Perico y le dejé los libros, ahora con un motivo adicional: no despertar más sospechas infundadas. Perico miró mi pómulo con estupor, pero no dijo nada.

Frente al Liceo había como doscientos estudiantes

que gritaban consignas y arrojaban alguna que otra piedra (una de ellas rompió un vidrio y pensé qué corriente de aire iba a entrar por allí en invierno). El tránsito estaba cortado y podía escucharse un buen concierto para bocina y orquesta. Ahí fue cuando aparecieron los coraceros con sus caballos y la sana intención de disolvernó. Todos corrieron como gacelas de Walt Disney, pero yo debo haberlo hecho como tortuga de Samaniego, ya que en la huida me ligué un sablazo en la espalda, además de un rasgón en la camisa. A Perico y a Tomasito los perdí de vista, así que decidí emprender el regreso al hogar dulce hogar, y allí llegué con un lastimoso aspecto de veterano de la Guerra Grande.

Menos mal que en casa solo estaba Juliska, que abrió tremendos ojos al comprobar mi estado. “Pero usted mucho jodida. Deje ponerle una hiela.” Envolvió unos cubos de hielo en un pañuelo y me los aplicó en el pómulo palpitante. Luego me trajo una camisa limpia y me pasó una pomada para contusiones en el sitio donde había recibido aquel espaldarazo tan poco académico.

El viejo llegó tarde y yo ya estaba en la cama. Pero a la mañana siguiente, cuando desayunábamos, levantó por un instante la vista del diario y me preguntó: “¿Qué te pasó en la cara? ¿Te volvió a picar una abeja?”. “Sí, debe haber sido una abeja.” “No sé. Por la hinchazón más bien parece que haya sido una avispa. O una de esas hormigas gigantes.” “Puede ser”, dije con la convicción profesional de un entomólogo.

LA NIÑA DE LA HIGUERA (2)

Cada uno tiene sus manías. La mía era dibujar esferas de reloj. A menudo, en la clase, mientras el profe de Filosofía se explayaba sobre la fenomenología del espíritu, de Hegel, y el tedio cundía en la clase de cuarto, otros diseñaban gallitos, patos, estrellas de cinco o seis puntas y sobre todo mujeres desnudas, pero yo dibujaba esferas de reloj, siempre con números romanos. A la hora de situar las agujas, mi hora preferida era las 3 y 10, hora clave en mi breve trayectoria. A las 3 y 10 habíamos descubierto el cadáver del Dandy; a las 3 y 10 había muerto mamá; a las 3 y 10 Rita había invadido mi altillo de Capurro; en otras 3 y 10 había sido mi estreno, con Natalia.

Nunca fui supersticioso, y sin embargo, todos los días, cuando llegaba esa hora, me ponía tenso, alerta, como si algo inesperado pudiera sobrevenir. Casi nunca pasaba nada, u ocurría algo intrascendente (sonaba una bocina lejana, alguien llamaba a la puerta de calle, empezaban a ladrar los perros del barrio) que para mí adquiría una forzada trascendencia. Si estaba durmiendo la siesta, a esa hora me despertaba sobresaltado, o, si seguía durmiendo, ingresaba de pronto en un ensueño singular o en una pesadilla atroz. En cambio, las 3 y 10 de la madrugada no tenían ninguna importancia: las decisivas eran las de la tarde.

Terminé el Liceo sin mayores contratiempos. Con resultados nada brillantes en asignaturas de ciencias (salvo Matemáticas, que me sedujo desde el comienzo) y más que buenos en Literatura, Historia, Dibujo. Mi proyecto

era dedicarme a la pintura, en vez de inscribirme en Preparatorios. “Está bien”, dijo el viejo, “pero entonces tendrás que trabajar. No creo que como futuro pintor te ganes el puchero.” Habló con varios amigos y poco después ingresé, como simple *pinche*, en Dominó S.A., conocida agencia de publicidad. Dos meses después empecé a colaborar en la reproducción casi mecánica de diseños ajenos y, de vez en cuando, en diseños propios, por cierto sencillitos y nada pretenciosos.

Es decir que a los diecisiete años tenía para mis gastos: libros, cine, algún baile, y sobre todo papel de dibujo, crayolas, acuarelas, pinceles, para mis bocetos privados, entre los cuales abundaban, como era previsible, los relojes.

Una tarde tomaba un cortado en el Sportman y saqué del portafolio un bloc y varios lápices. Mientras pensaba en un croquis que me habían encargado en la agencia para el lunes, mi lápiz empezó, casi independientemente de mi voluntad, a dibujar una esfera de reloj. Ya había esbozado los doce números romanos, cuando alguien, a mi lado, dijo “Claudio”.

Antes aún de mirar al dueño (o más bien dueña) de la voz, supe que era Rita. Me tomó la cara con las dos manos y me besó en la mejilla, junto a la comisura de los labios. Un beso que llegaba desde el pasado. No podía creerlo. Los ojos verdes se le habían oscurecido, el pelo castaño le colgaba hasta los hombros, en los brazos desnudos había una región de pecas que me parecieron un detalle poco menos que maravilloso. Seguía delgada, pero su atractivo (ahora, toda una mujer) se había consolidado, sin perder un aura de fragilidad que la conectaba con la Rita que, años atrás (¿cuántos eran?) se había deslizado desde la higuera de Norberto a mi altillo de Capurro.

Al principio nos atropellamos haciéndonos preguntas. Sí, seguía viviendo en Córdoba. Trabajaba como azafata en una compañía aérea, de modo que viajaba constantemente, dentro de Argentina y también en vuelos especiales al exterior. Sus padres residían en Santa Fe, y ella vivía con una hermana mayor, casada, arquitecta, con la que se llevaba bien. Eso fue algo de lo poco que le extraje, ya que su bombardeo de interrogantes casi no me permitía formular las mías, pero al fin se dio, y me dio, un respiro, y pude hacer la pregunta del millón: “¿Lo has visto a Norberto?”. “¿A Norberto?” “Sí, tu primo de Capurro.” Por un instante vacilé y luego estalló en una carcajada. “Norberto no es mi primo. Simplemente aquel día usé su nombre como introducción, para inspirarte confianza.” No quedé convencido. “¿Y cómo entraste en el altillo a través de la higuera de Norberto?” Suspiró y quedó más linda. “La historia es a la vez simple y compleja. Estaba parando por unos días en casa de amigos de mi hermana, vecinos a su vez de Norberto, y ellos hablaron con preocupación de la enfermedad y la inminente muerte de tu madre y asimismo de vos y de tu hermanita, y me entraron unas tremendas ganas, no de consolarte sino de acompañarte, de tocarte, de transmitirte cariño, que es lo que en esos momentos se necesita. No sé si te acordás que el patio de Norberto terminaba en un corredorcito que lindaba con la casa de mis amigos. Pues bien, ese corredorcito tenía unos ladrillos salientes por los que resultaba bastante fácil subir o bajar. Por esa ruta llegué a la higuera y por la misma ruta me fui.” “¿Y si algún familiar de Norberto te sorprendía?” “Bah, travesuras de niña. Eso suele aceptarse, aunque a veces te ligan un moquete. Probablemente ahora no podría esgrimir una excusa semejante. Pero lo cierto es que nadie me vio. Sólo vos.” En el fondo yo quería conven-

cerme, así que respiré aliviado, como si hubiera contenido el aliento durante todos esos años.

“¿Ya asimilaste la muerte de tu madre?” “Y sí, ¿qué más remedio?” “La muerte no es tan grave, Claudio.” “¿Vos cómo te la imaginás?” “Yo la concibo como un sueño repetido, pero no un sueño circular, sino una repetición en espiral. Cada vez que volvés a pasar por un mismo episodio, lo ves a más distancia, y eso te hace comprenderlo mejor.” Esa interpretación me sobrepasaba, así que cambié de tema. “¿Y esta vez dónde estás viviendo?” “En pleno Centro: Mercedes y Ejido.” “¿Puedo verte allí?” Lo pensó un momento, con los labios apretados y la mirada distante. Luego dijo: “Vení mañana. Estaré sola. Aquí te anoto la dirección: Mercedes 1352”. “¿Es un apartamento?” “No, es una casa. Muy linda, ya la verás.”

Vio mi reloj dibujado, al que todavía le faltaban las agujas. “¿Puedo terminarlo?” preguntó. Colocó un libro delante del papel, para que yo no viera lo que estaba haciendo. Después lo dio vuelta y me lo dio. “Vení a verme mañana, a la hora que aquí te dibujé. Pero ahora guardalo. Después lo mirás.”

Salimos del café, caminamos una cuadra pero no alcanzamos a cruzar Dieciocho. Con tantas emociones, no me había dado cuenta de que el cielo se había encapotado, de modo que me sorprendí cuando empezó a llover, y siguió cada vez con más fuerza. Corrimos unos metros, pero aquello era un diluvio. Ya no era posible regresar al café, así que nos metimos en una entrada de apartamentos, que estaba más oscura aún que la calle. Como el agua entraba también allí, nos metimos más adentro. No había nadie. Ella me tomó la mano, se la llevó a los labios mojados por la lluvia y me la besó varias veces. La oscuridad de adentro y la inclemencia de afuera nos protegían del mundo, de modo que la abracé, tan tierna-

mente como puede hacerlo alguien que ha cultivado una ausencia durante años.

Nos besamos y nos besamos, nos acariciamos y nos volvimos a acariciar. Me sentía en la gloria y era inevitable que pensara en la jornada siguiente, en la casa de la calle Mercedes. Ya no importaba si seguía lloviendo o si había escampado. Tuvimos otra vez noción de que el mundo existía cuando alguien, con voz seca y conteniendo su indignación, dijo en mi nuca: “Con su permiso, jóvenes”, para que le permitiéramos llegar al ascensor. Balbuceamos perdón y sólo entonces vimos el sol de la calle. Rita miró su reloj pulsera y casi gritó: “Se me hizo tarde. Tengo que llegar”. “¿A dónde?” pregunté, desconcertado y ansioso. “Tengo que llegar”, repitió. “Mañana nos vemos. No te olvides. Chau.” Y me dio un último, fugacísimo beso, antes de salir corriendo por Dieciocho en dirección a la plaza.

Regresé a casa caminando. Quería repasar a solas, morosamente, todo el encuentro. De modo que Rita seguía existiendo. ¿Y si yo me fuera a Córdoba? ¿Por qué no? ¿O tendría novio, marido o algo así? ¿Cómo no se lo pregunté? Cuando llegué a la calle Ariosto, saludé sumariamente a Elenita y a Juliska y me metí en mi cuarto, que infortunadamente no tenía higuera, ni siquiera ventana.

Extraje cuidadosamente del portafolio el papel con la esfera del reloj. Las agujas dibujadas por Rita señalaban (¿qué otra cosa podía ser?) las tres y diez. Había sin embargo un detalle adicional: la aguja del minuterero, que apuntaba al II romano, era la figura de un hombrecito desnudo, en tanto que la del horario, que apuntaba al III romano, era una mujercita, igualmente en cueros. El hombrecito-minuterero estaba a punto de cubrir a la mujercita-horario. ¡Nuestra cita de mañana! exclamé, radiante, con euforia de minuterero.

Al día siguiente, antes de las 3 y 10, estaba en Mercedes y Ejido. A medida que me acercaba, me había ido inundando un temor, que al final era casi pánico. Pronto mis recelos tuvieron confirmación: el número 1352 no existía.

Durante todo un mes, fui diariamente al Sportman, a la misma hora que el día del aguacero, pero Rita no reapareció. Seis meses después, compré una caja nueva de pasteles y pinté un cuadro: era una esfera de reloj con números romanos, con el hombrecito-minutero y la mujercita-horario que señalaban las 3 y 10. Lo titulé *La hora del amor* y lo subtité: "Homenaje a Rita". Obtuve el tercer premio en el Primer Salón de Pintura al Pastel, pero la homenajeadada no respondió a mi llamada de amor indio.

En la agencia fui felicitado, y mi jefe, muy orgulloso "de tener entre el personal de la agencia a un artista laureado" [sic], me aumentó el sueldo y empezó a encomendarme tareas más creativas y de una mayor responsabilidad.

BIENVENIDA SONIA

Cuando mamá murió, el viejo tenía treinta y siete años; cuando volvió a casarse, cuarenta y tres. Siempre pensé que lo haría: el viejo es un hombre para estar casado. A los pocos meses de la muerte de mamá, cuando todavía estábamos en Capurro y él decidió cambiar no sólo de casa sino también de barrio, nos había anunciado que quería acabar de una vez por todas con aquel duelo; “quería vivir de nuevo”.

Ignoro si él la eligió a Sonia o Sonia lo eligió a él. El viejo siempre tuvo un carácter muy peculiar y su gusto por las mujeres abarcaba una franja exigente y angosta. A mi futura madrastra la conoció en su zona de operaciones: el hotel de Pocitos. Por razones profesionales se habían visto con frecuencia en los dos últimos años. Sonia trabajaba en una agencia turística y venía a menudo al hotel a concertar con el viejo los detalles de las próximas excursiones de argentinos o brasileños, que permanecían unos días en Montevideo y luego seguían hacia Piriápolis o Punta del Este. Durante los días en que los turistas se alojaban en el hotel, Sonia venía diariamente con el fin de verificar si todo estaba en orden o si por el contrario había alguna queja. Asimismo les servía de guía en *sightseeing*, playas, casinos o, menos frecuentemente, en los escasos museos.

Era unos diez años menor que el viejo y se me ocurre que él la fue conquistando con su eficiencia y don de gentes, antes que con su presencia de galán maduro. Reconozco que Sonia tenía un extraño atractivo: rostro anguloso, con pómulos fuertes y una boca grande de

sonrisa fácil, ojos muy negros, pescuezo delgado, piernas de buen implante, cabello con un mechón prematuramente canoso, y una simpatía, nada estridente ni invasora, que sólo empezaba a captarse a partir del cuarto o quinto encuentro.

La mañana en que el viejo, siempre inclinado a emitir sus grandes comunicados en la cocina, me informó que se casaba, advertí que en él se estaba operando un cambio. Ya no leía el diario durante el desayuno, se le veía más animado, averiguaba detalles sobre mi trabajo, le hacía bromas a Juliska.

Me preguntó qué me parecía. Yo la conocía a Sonia y nos caíamos bien. “Me alegro”, dije. “Ojalá tengas suerte.” Se sintió obligado a darme explicaciones. “No será lo mismo que con tu madre. Nos casamos muy jóvenes y eso es irreplicable. Pero si me caso de nuevo es porque la primera vez no me fue mal, ¿no te parece?”

El aval de Elenita fue mucho más reticente. Recién llegada a la adolescencia, se sentía aún muy apegada al recuerdo de mamá, a la que cada día idealizaba más. Esa misma noche hablé largamente con ella, tratando de que comprendiera que el viejo “era aún un hombre joven”. “¿Joven?” preguntó azorada. “¿Joven a los cuarenta y tres años?” Agregué que era bueno que una mujer como Sonia se incorporara a la familia. “Ya está Juliska”, dijo, sabiendo perfectamente que el argumento no servía. Al menos me prometió que haría el esfuerzo de tratar bien a Sonia. “Acordate de que este cambio es muy importante para el viejo.” “Está bien”, claudicó, “pero no voy a llamarla mamá.”

La nueva situación produjo cambios en la distribución doméstica de espacios. Como Natalia y Quique se habían recibido y habían empezado a trabajar profesionalmente, alquilaron un apartamento y Natalia nos dejó. Juliska lo festejó como si se tratara de la retirada final de

las tropas turcas, cuando Nicolás I las despojó de buena parte del sanyaq de Novi Pazar. (Con las vibrantes lecciones que me daba Juliska mientras guisaba, llegué a saber más de Montenegro que de Paysandú.)

El último día que Natalia pasó en casa, fui a una florería y le traje un ramo de rosas rojas, en reminiscencia de glorias pasadas. Ella se conmovió con el gesto y, también en reminiscencia de las mismas glorias, me besó en la boca.

El viejo compró un nuevo juego de dormitorio y se instaló con Sonia en la habitación del frente; yo pasé a la que había ocupado el viejo; Elenita, a la mía. Sólo Juliska permaneció firme en su reducto del fondo. Había aceptado a la nueva dueña de casa con paciencia montenegrina. En realidad ignoro si los montenegrinos son pacientes, pero ella (que me había enseñado que Montenegro en servocroata se llama Crna Gora) había nacido en las llanuras de Zeta y una vez me había mostrado una foto en sepia donde una Juliska niña aparecía sonriente a orillas del lago Skadar. Su visto bueno se concretaba a veces en un comentario alusivo, digamos: “Señor papá hacer bien nueva matrimonio. Hombra necesite mujero”.

Al casamiento (ceremonia sólo civil y privadísima, pero con un cóctel en una confitería del Cordón) sólo concurrieron el tío Edmundo, los abuelos de Buenos Aires, dos o tres antiguos amigos del viejo (entre ellos, el devoto de Piendibeni), los padres de Sonia que bajaron desde Tacuarembó, mi ex vecino Norberto (el viejo había incluido en la lista a Daniel y Fernando, pero no los invité porque estaban enemistados y no quise ponerlos en una situación embarazosa), Natalia y Quique. También asistió Juliska, que estaba muy folclórica con un atuendo de su tierra y que fue la estrella de la noche gracias a su castellano básico. Al abuelo Javier fue el viejo personalmente a darle la noticia y a invitarlo, pero

él se disculpó (“tengo que cuidar a Dolores, que, desde que cerró la carbonería, está muy alicaída”). No obstante, la abuela, cuando se enteró, se animó bastante y dos días después llegó a decirme: “Que no me oiga Javier, pero tu padre siempre fue un putañero y es evidente que no le importa manchar la memoria de nuestra hija. Te aconsejo que a esa pelandusca (se llama Sonia ¿no?) no le dirijas la palabra. Es lo menos que podés hacer en homenaje a tu santa madre”. El abuelo Javier, en cambio (claro que a espaldas de su mujer) aprobaba con entusiasmo la decisión del viejo. Aunque con la gramática bien puesta, vino a decirme lo mismo que Juliska: “El hombre necesita a la mujer”. La abuela llevó su empecinado desacuerdo a simular una grave crisis de salud, con la vana esperanza de que la odiada boda se pospusiera, pero el abuelo, que la conocía de memoria, ni siquiera nos avisó ni llamó al médico. Le dio una aspirina, y ella, resignada por fin a lo inevitable, se mejoró en veinticuatro horas.

El ingreso de Sonia en la casa de la calle Ariosto modificó sustancialmente el ritmo y el estilo de vida. Como era buena cocinera, le enseñó nuevos y exquisitos platos (españoles, franceses, italianos) a Juliska, y, en una hábil táctica para ganarse su apoyo incondicional, aprendió puntualmente los platos de la yugo. De manera que pasamos a disfrutar de una cocina verdaderamente internacional. Como consecuencia directa de esa mejora, aumenté en sólo tres meses nada menos que cinco kilos, que por cierto no me vinieron mal, ya que estaba demasiado flaco.

Ciertos días yo me llevaba a casa algún trabajo de la Agencia, en vez de hacerlo en las oficinas, y Sonia llegaba a veces más temprano que de costumbre. En esas ocasiones venía a conversar conmigo. Su encuesta era recurrente: “Contame cómo era tu mamá. Para com-

prender y ayudar a Sergio, necesito saber cómo era tu madre”. Entonces le contaba anécdotas, le describía rasgos y hábitos de mamá, y ella todo lo absorbía. Como una esponja. Yo podía haber falseado datos o impresiones, inventado episodios, pero, aunque tuve la tentación, hacerlo me pareció una canallada, de modo que me atuve a hechos y características reales. Extrañamente, con sus interrogatorios Sonia me obligó, sin que ésa fuera su intención, a reconstruir para mí mismo la imagen de mamá, y creo que la comprendí mejor, la quise retroactivamente más.

LAS TRES Y DIEZ

Mientras tanto, yo seguía pintando. Además de mis tradicionales relojes, había empezado a hacer retratos, por cierto nada realistas, de Natalia (antes de que nos dejara), de Juliska, de Elenita, de Sonia. Aún no me había atrevido con mamá (nunca quise basarme en fotografías) ni con Rita, aunque en este último caso no tenía demasiado claras mis razones. Me gustaba especialmente el retrato de Juliska, a pesar de que la modelo ocasional había dictaminado: “No ser ése. Yo más lindo”.

Por fin conseguí que una galería del Centro aceptara exhibir mis óleos y pasteles, dentro de un ciclo denominado “Jóvenes plásticos de Uruguay”. La muestra se tituló *Relojes y mujeres* y el cuadro central era una nueva versión, esta vez al óleo, de *La hora del amor. Homenaje a Rita*. Con el pastel original, que había estado colgado en mi antiguo cuarto, ocurrió un accidente. Se aflojó el clavo, y el cuadro, al caer, golpeó fuertemente contra el piso. No le había puesto fijador para que no perdiera colorido, de modo que la figura del reloj se convirtió en un polvillo policromo, amontonado en la parte inferior, entre el vidrio y el marco. Sólo quedaron incólumes la manecilla horaria y el número IX.

En la versión al óleo introduje modificaciones. Ahora el hombrecito-minutero ostentaba un sexo visible y bien dispuesto mientras que la mujercita-horario lucía una pechitos evidentes, inspirados tal vez en los inolvidables de Natalia. Con tales incorporaciones, el reloj había mejorado su atractivo erótico, pero sólo eso. Así y todo le coloqué una tarjetita que decía *Adquirido*. No quería ceder a

un comprador anónimo aquella invocación más o menos desesperada.

Hubo críticas favorables, que destacaron “la juventud y la originalidad del pintor”, aunque un señor escéptico escribió que, a esta altura de su vida y de la historia del arte, ese “erotismo de los relojes” le inspiraba más lástima que admiración. Es probable que no todos leyeran su simpática diatriba, ya que, al cabo de las dos semanas de la muestra, había vendido dos mujeres y cuatro relojes, sin contar con que cada una de las mujeres llevaba su relojito a cuestas. Lo cierto es que mis relojes, grandes o pequeños, señalaban las más diversas horas, pero el público se interesó particularmente por el que marcaba las 3 y 10.

EL SURCO DEL DESEO

Ya había cumplido mis veintiún años cuando empecé una relación estable con una muchacha estupenda. No sabría decir si éramos novios “o algo así”, como calificaba Juliska a las que, según ella, eran uniones irregulares. Casi nunca nos veíamos en casa, porque Mariana, que estudiaba Veterinaria, compartía un apartamento en la Aguada con Ofelia, una compañera de estudios, y ésta se iba todos los fines de semana a Maldonado, donde vivía su familia, de manera que el apartamento quedaba a nuestra entera disposición.

A Mariana la conocí en un baile del Club Banco Comercial. Bailamos toda la noche. La primera afinidad fueron los tangos, algo infrecuente entre los jóvenes, pero como entre cada tango y el siguiente transcurría a veces un cuarto de hora, nos sentábamos, tomábamos unos tragos y nos contábamos las respectivas historias, que no eran, vale reconocerlo, demasiado apasionantes. En realidad, no sé qué tramos se dejó ella en el tintero, pero sí sé que yo omití mencionarle al Dandy, mi iniciación con Natalia y mis encuentros con Rita.

Otra zona de exploración mutua fue más importante. Es virtualmente imposible que, después de varios tangos, dos cuerpos no empiecen a conocerse. En esa sabiduría, en ese desarrollo del contacto se diferencia el tango de otros pasos de baile que mantienen a los bailarines alejados entre sí o sólo les permiten roces fugaces que no hacen historia. El abrazo del tango es sobre todo comunicación, y si hubiera que adjetivarla diría comunicación erótica, un prólogo del cuerpo-a-cuerpo que luego ven-

drá, o no, pero que en ese tramo figura en los bailarines como proyecto verosímil. Y cuanto mejor se lleve en el baile la pareja, cuanto mejor se amolde un cuerpo al otro, cuanto mejor se correspondan el hueso del uno con la tierna carne de la otra, más patente se hará la condición erótica de una danza que empezó siendo bailada por rameras y *cafishos* del novecientos y que sigue siendo bailada por el *cafisho* y la ramera que unos y otras llevamos dormidos en algún rincón de las respectivas almitas y que despiertan alborozados y vibrantes cuando empiezan a sonar los acordes de *El choclo* o *Rodríguez Peña*.

Así, los sucesivos tangos de aquella noche, que no fue mágica sino muy terrestre, permitieron que mi cuerpo y el de Mariana se conocieran y desearan, se complementaran y necesitaran. Cuando, tres días después, nos despojamos de todo ropaje y nos vimos tal cual éramos, el desnudo textual nos trajo pocas novedades. Desde el quinto tango nos sabíamos de memoria. Algún detalle nuevo (un lunar, siete pecas, el color de los vellos fundamentales) era poco menos que subsidiario y no modificaba la imagen primera, la esencial, la que la disponibilidad sensitiva de cada cuerpo había transmitido a los archivos de la imaginación. La memoria del cuerpo no cae nunca en minucias. Cada cuerpo recuerda del otro lo que le da placer, no aquello que lo disminuye. Es una memoria entrañable, más, mucho más generosa que el tacto ya desgastado de las manos, harto contaminadas de rutina cotidiana. El pecho que toca pechos, la cintura que siente cintura, el sexo que roza sexo, toda esa sabrosa red de contactos, aunque se verifique a través de sedas, casimires, algodones, hilos o telas más bastas, aprenden rápida y definitivamente la geografía del otro territorio, que llegará, o no, a ser amado, pero que por lo pronto es fervorosamente deseado. Después de todo,

el germen del amor tendrá mejor pronóstico si se lo siembra en el surco del deseo. ¿Dónde habré leído esto? A lo mejor es mío. Lo anoto para el tema de un cuadro (sin relojes): *El surco del deseo*. Tal vez suene demasiado literario. Pero no. Debe mostrar a una pareja que baila tango. Sólo eso. *El surco del deseo*. Nada más. Que el público imagine.

Ya queda dicho: entre Mariana y yo la primera alianza fue la de los cuerpos. El suyo era sin duda una de las siete maravillas de mi mundo. El mío era por lo menos un manojo de sensaciones nuevas. Los recorrimos, disfrutándolos, confirmando palmo a palmo la información veraz que transmitiera el tango. Durante varios encuentros seguimos fascinados por esa comunión. No había pregunta de un cuerpo que no supiera o no pudiera responder el otro. ¡Hablábamos tan poco! Creo que teníamos miedo de que la palabra, al invadir nuestro espacio, nos trajera querellas, fracturas, desconfianzas. ¡Y el silencio era tan sabroso, era tan rico el tacto!

Así hasta que las palabras, otras y lejanas palabras, irrumpieron. Una noche llegué a mi casa y Juliska me esperaba con un sobre color crema. “Llegara con mucha perfuma”, observó la yugo con toda la sonrisa de su boca campesina. El sobre llevaba estampillas brasileñas y no había remitente. Esperé hasta llegar a mi cuarto y allí lo abrí. Contenía una postal de Bahía: “Te felicito por la exposición. Me gustó tu aporte a mis agujas de las 3 y 10. No te enjuiciaré por plagio. ¿Has pensado en otra variante de la misma hora? ¿Que ella sea el minute-ro y él el horario? Sería una buena innovación. Te regalo la idea. O mejor te la cambio por un retrato. Eso sí, píntame con un relojito pulsera que marque las 3 y 10. Ah, y gracias por el homenaje. Besos y besos de mi boca débil en tu boca fuerte, todos de tu *Rita*”.

MUJER DEL MÁS ACÁ

La nuca inmóvil de Mariana, a pocos centímetros de mis ojos de insomnio, tenía un aura de serenidad, aún desconocida en mi escasa experiencia de mujeres dormidas. Lo escribió Lichtenberg (mi lectura más reciente): “Toda nuestra historia no es más que la historia del hombre despierto; en la historia del hombre dormido aún no ha pensado nadie”. Pensaré en la historia de la mujer dormida.

Habíamos hecho y deshecho el amor con una nueva, transformadora avidez, que no era sólo física; lo habíamos hecho con una dimensión del sentimiento que era distinta a la convocada por la conjura y la fascinación del tango. Era como si hubiéramos alcanzado otra región del goce, menos vibrante quizá pero más duradera. De pronto me sentí candorosamente hombre. No como antónimo de la mujer sino como sinónimo de ser humano.

Alargué mi brazo hasta su brazo y lo recorrí lentamente, de arriba a abajo, para no olvidarlo. Ella apenas se movió y ronroneó mi nombre, en realidad no dijo Claudio con todas sus letras sino tan sólo las vocales, como si las consonantes se le hubieran quedado enredadas en el sueño. Eso me dio cierta seguridad, ya que siempre existe la posibilidad de que una mujer dormida pronuncie otro nombre, aunque ese nombre pertenezca al pasado. Es claro que si todavía comparece en sus sueños, ello implica que puede regresar a su vigilia.

Afortunadamente, como Mariana dijo el mío, mi mano se sintió autorizada a moverse hasta su pecho izquierdo, mi escala predilecta. Allí se quedó, como en un

hogar que por fin acogiese al hijo pródigo. Los labios de Mariana besaron el aire cálido. Todavía dormida, se abrazó a mí y me retuvo y cuando por fin decidió despertarse se halló con la noticia de que yo estaba en ella, dentro de ella.

En realidad, esta nueva época había empezado una semana después de haber recibido la postal bahiana de Rita. Durante varios días me sentí destemplado, no acudí a encontrarme con Mariana, ni siquiera le telefoneé. Previamente tenía que ver claro en mí mismo. ¿Así que Rita había estado en Montevideo, había concurrido a la exposición y sin embargo no me había buscado? Conocía mi dirección, mi teléfono, mi café de rutina, mi trabajo, pero no había hecho nada por verme. Su recuerdo me seguía conmoviendo, pero ¿podía esclavizarme, sabiendo que, tal como había sido antes, como era ahora y como seguramente sería después, Rita era sólo una presencia huidiza, una suerte de meta inalcanzable? Yo no quería anularme ni sumirme en la frustración. Quería realizarme, tanto en mi vida amorosa en particular como en la vida en general.

Mi infancia y mi adolescencia todavía hacían destellos, pero yo era ahora un adulto, alguien que, ya que no confiaba en el Más Allá, debía insertarse en el Más Acá, gozar y sufrir en él, pagando el destino al contado y no como cuotas de un seguro de sobrevida. Cada vez el presente me conquistaba más. El pasado era una colección de presentes sellados; el futuro, una serie de presentes a emitir. La historia toda era un larguísimo, interminable presente. También lo era mi propia historia. El resto era sin duda incertidumbre, vacío. ¿Dónde estaba mamá? ¿Dónde estaba el Dandy? ¿Dónde mi abuela Dolores, muerta hacía sólo dos meses, todavía preguntando, obsesionada, si los anarquistas de la carbonería habían regresado clandestinamente de París para fabricar

más francos franceses porque la primera edición la habían consumido íntegramente en el Folies-Bergère? Seguramente todos ellos se habían esfumado, instalado para siempre en la Nada. La Nada eso era la muerte y no aquel sueño, repetido y en espiral, que proponía Rita. El Más Acá, en cambio, era Mariana, y entre una Rita que oscilaba entre fugas y apariciones, y una Mariana que permanecía junto a mí y me hacía feliz, me decidí naturalmente por Mariana, aun a sabiendas de que Rita seguiría acechándome y vigilándome en cualquier recoveco de mis días y noches por venir.

Fue a partir de esa elección que cambió mi relación con Mariana. Coincidentemente, mi ausencia de varios días la había hecho concentrarse en sí misma y medirse y medirme. Y había decidido jugarse por lo nuestro. Dos ex novios habían quedado en la cuneta. Me lo dijo sin llorar, con sus oscuros ojos bien abiertos. De modo que cuando volví a ella, y le narré asimismo cuánto había pesado Rita en mis vacilaciones (hasta entonces nunca se la había mencionado) y le dije que me quedaba definitivamente con ella, el hecho de que eligiéramos, ella a mí, yo a ella, cada uno a solas y en libertad, significó un pacto espontáneo, sin papeles ni testigos, y cuando por fin nos abrazamos, por primera vez más acá y más allá del tango que nos había juntado, sabíamos que esto iba a ser perdurable, es decir todo lo perdurable que admite lo transitorio.

¿PARA QUÉ HABLAR?
(Fragmento de los *Borradores* del viejo)

¿Por qué seré tan callado? Cuanto más hablan los que me rodean, menos ganas tengo de decir algo. Tal vez sea éste el sentido de estos *Borradores*, que he retomado después de seis años. Decir algo. No sé con quién hablar de Aurora. A veces pienso que Claudio comprendería, pero el muchacho está en otra cosa. Sonia está bien. Se las ingenia para acompañarme y no quiero herirla. Es cierto que no hablo mucho con ella. Mi cuerpo sí habla con el suyo y quizá es suficiente. ¿Lo será? Confieso que me mantiene vivo, me destedia el tedio. Ni siquiera le he dicho que su vientre es una delicia. Se lo diré. Me lo prometo. Tampoco ella es muy locuaz. Después de todo, ¿para qué hablar cuando hacemos el amor? Con Aurora la fiesta era distinta. En primer término, era *fiesta*. Ella no sólo gozaba, también se divertía. Nuestro acto era alegre. No está mal reír en pleno orgasmo. Echo de menos la fiesta. Ahí reside el secreto. Aurora no era callada, y yo tampoco lo era en tiempos de Aurora. Me provocaba con preguntas. Me hacía pensar. Sonia, en cambio, cuando habla, ya brinda las respuestas. Respuestas a preguntas que yo no he formulado. Aurora era insegura. Sonia es segurísima. Yo estoy se-guro de mi inseguridad. Qué lío. Hoy estuve haciendo cálculos sexuales. La verdad es que he pasado por pocas mujeres. ¿Por fidelidad? ¿Por pereza? No sé. Sólo conté ocho. A mis casi cincuenta, no es una marca como para el Guinness. De las otras, es decir de las ilegales, cinco fueron tan sólo breves escalas. No me dejaron rastros. La que sí me dejó

algo fue aquella Rosario. Tal vez no supe retenerla. De otras recuerdo sus pechos, su sexo, sus piernas. De Rosario, sus ojos. Más que sus ojos, su mirada. Miraba como queriendo decir algo y no diciéndolo. Nunca la vi llorar. A veces le decía cosas duras, poco menos que agraviantes, para ver si lloraba. Pero ella sólo me miraba, profundamente pero sin lágrimas. ¿He sido alguna vez feliz? Antes de Aurora, perdí a Rosario. La pobre Aurora se apagó sola. Y ahora está Sonia, que sabe acompañarme. La duda es si somos una pareja. Creo que sí, pero no debería dudar. Me parece.

¿Por qué me habré mudado tantas veces? Pasé por más casas que por mujeres. Estos *Borradores* los escribo y los guardo aquí, en el hotel. No son para nadie, ni siquiera para mí. No me son indispensables. Podría vivir sin escribirlos. En realidad, esto no es escribir. Apenas es decir algo sobre el papel.

El hotel. Es el mejor trabajo que he tenido. Sólo por el privilegio de ver los pinos desde mi despacho, sólo por eso valdría la pena. Además me llevo bien con la gente: empleados, turistas. Por lo general, me he llevado mejor con mis lejanos que con mis cercanos. Con todo, mi más cercano sigue siendo Claudio. No sé si vale como pintor. La verdad es que lo que hace no me gusta demasiado. Se ha puesto un poco pesado con eso de los relojes eróticos. Prefiero que sea buena gente (lo es) antes que buen pintor.

El pino mayor mueve su copa. Qué elegancia. Me acompaña bien, como Sonia. Un gallo canta lejanísimo, y luego otro, más cercano. A menudo me vienen ganas de responderles. Pero sólo sé emitir cacareos humanos, no tangos de gallo.

LAS CONSTANCIAS DEL VIUDO

Como antes, como cuando vivía la abuela Dolores, seguí consagrando las mañanas de los domingos (salvo cuando voy a la feria) al abuelo Javier. Pero esta vez fui con Mariana. Tenía el palpito de que iban a sintonizar. Y sintonizaron. A Javier se le iluminaron los ojos, casi siempre abatidos, entornados. Le tocó la mejilla con una sola mano, como si quisiera confirmar con el tacto lo que mal distinguían sus ojos miopes. “Qué linda”, dijo, exultante. “Y qué estupendo ser jóvenes para quererse. Ya me olvidé de cómo era ser joven, pero no de cómo quise y de cómo me quisieron.” “¿Dolores?”, pregunté, imprudente. “Dolores y Eugenia, Pastora, Isabel, etcétera.” “Caramba abuelo, todo un harén”, comentó Mariana. “No te asombres, muchacha linda, ni te sorprendas si un día este nieto mío quiere a una o a otra. Es bueno tener un corazón grande, donde quepan muchos amores.” “¿Y yo, abuelo, tengo permiso para agrandar mi corazón?” “Ah no, chiquilina, ahí no hago concesiones. Soy insobornablemente machista.”

Se quedó un rato pensativo. “Ah, me olvidaba, también quise a una Rita.” “¿Y qué pasó?”, pregunté, sorprendido y casi retroactivamente celoso. “Pasó sencillamente que se esfumó. Era linda y seductora. La verdad es que ésa no se me entregó. Sólo desapareció. Y no creo que la tratara mal. Por lo general, ninguna tuvo quejas de mí. Un día, o más bien una noche, la magia terminaba, pero quedábamos amigos. Hasta hubo una, Pastora, que acabó siendo amiga de Dolores.” “Parece

que las Ritas son escurridizas”, insistió Mariana, sin mirarme.

Como era de esperar, el abuelo no desperdició la ocasión de contarle a Mariana todos y cada uno de los pormenores de la célebre fuga y de la teoría de la abuela Dolores. En su nueva versión, corregida y aumentada, Javier narraba que los fugitivos, antes de subir al auto, habían cantado la Internacional. “¿Pero cómo?” pregunté, “¿no eran anarquistas?” “Tenés razón. Entonces habrán cantado el himno. O algún bolero. Pero cantaron.” Mariana se divertía de lo lindo, y como afortunadamente el abuelo no era nada necio, él también se burlaba de su propio embuste.

El patio trasero de la Iglesia estaba desierto. “Los curas ya no juegan al fútbol”, nos informó Javier, “y, como era previsible, ha disminuido considerablemente la feligresía juvenil de los domingos. Mi teoría es que los curas se fueron poniendo viejos y al final de los partidos acababan asmáticos, rengos, taquicárdicos.”

Me preguntó por mi padre. “Decile a Sergio que venga a verme y que traiga a Sonia, así la conozco. Ahora no está Dolores, que la odiaba sin ningún motivo, así que tiene cancha libre. Dolores siempre buscaba (y lo peor: encontraba) un tema obsesivo: la carbonería, Sonia, y tantos otros. Y no piensen que fue cosa de estos últimos años. En otros tiempos tenía una fijación con el presidente Batlle. Cuando veía en los diarios una foto de don Pepe, la rompía en pedacitos. Fíjense, un político tan notable. Ella decía que era blanca, pero tampoco le gustaba Herrera. Sólo elogiaba a Saravia, que era su dios y su profeta. Ah, pero reconozco que de jóvenes lo pasábamos bien. Pero ¿quién no lo pasa bien cuando joven? Entonces uno no se da cuenta (sólo lo advierte muchos años después, cuando empiezan los achaques y las manías) pero la juventud es una maravilla. A ver si

ustedes dos no esperan a ser viejos para darse cuenta ¿eh? La maravilla es lo que tienen ahora, no lo que recordarán más tarde, entre la neblina de la memoria llorosa. Ya ven, les mencioné hace unos minutos varias mujeres de mi vida, y sin embargo, si bien tengo presentes los nombres, no me acuerdo de los rostros.” Y agregó con un resto de picardía: “Lo que conservo son recuerdos parciales. Por ejemplo, los pechos de Eugenia, el sexo de Isabel”. “¿Y de Rita?” preguntó Mariana. “¿De Rita? Sólo la estela que dejó en su fuga.”

PIES EN POLVO ROSA

En realidad, Claudio no se llamaba sólo así, sino Claudio Alberto Dionisio Fermín Nepomuceno Umberto (sin hache). El hábito de semejante ferrocarril de nombres venía de familia, probablemente de una tradición con arraigo en el centro de Italia, digamos Umbria o Toscana, ya que su padre se llamaba Sergio Virgilio Mauricio Rómulo Vittorio Umberto, y su abuelo, el del almacén de Buenos Aires, Vincenzo Carlo Mario Umberto Leonel Giovanni. Y así, no sucesiva sino retroactivamente. Como se observará, el nombre Umberto es el único que se repite, la identidad constante, algo así como la marca de fábrica.

Para Claudio aquella retahíla de nombres era una pesadilla y a menudo le había significado una incomodidad, especialmente cuando debía tramitar o conseguir un documento cualquiera. Recordaba con particular vergüenza una de esas humillantes gestiones. Meses antes de cumplir sus dieciocho años había concurrido a una oficina de la Corte Electoral a fin de iniciar el trámite correspondiente a su Credencial Cívica, para así estar en condiciones de votar por primera vez (a instancias de su padre lo haría por una lista batllista) en el siguiente noviembre. A cada postulante se le había asignado un número y a él le correspondió el 21. Cuando por fin le tocó el turno y se enfrentó a un veterano, de gesto cansado y guardapolvo gris, que debía llenar en cada caso más de veinte formularios con los datos correspondientes, él extrajo de su bolsillo el certificado de nacimiento, en el que muy apretadamente había entrado su sexteto de nom-

bres. Aquel grisáceo especialista en rutinas leyó detenidamente la línea donde constaba Claudio Alberto Dionisio Fermín Nepomuceno Umberto Emilio. Preguntó en tono neutro si Umberto se escribía sin hache, y ante la respuesta afirmativa, y sin que ningún gesto extemporáneo hiciera patente su tormenta interior, dijo en voz alta: “Las personas que tienen asignados los números 22, 23 y 24, hoy no serán atendidas y deben presentarse el próximo lunes”. Hubo algunos murmullos y hasta un amaguito de protesta, apagado el cual, el funcionario de guardapolvo gris comenzó a llenar el primero de los veintitrés formularios.

Una noche en que, después del amor, se quedaron Mariana y Claudio, todavía desnudos, en la cama de ella, empezaron, como lo hacían frecuentemente, a contarse cosas (siempre les quedaba alguna peripecia inédita), y él, como máxima prueba de confianza, le confesó su procesión de nombres. Mariana, que tenía la risa fácil, empezó con mohínes de asombro y concluyó en carcajadas de repetición. Por cierto que Claudio no se agravió ante esa singular acogida a su larguísima identidad; más bien se dedicó a un disfrute inesperado, que era ver y admirar cómo el lindo cuerpo desnudo de la muchacha se sacudía y contorsionaba a consecuencia de las risas en cadena. El nombre que más le divertía era Nepomuceno y, a partir de aquella jornada, cada vez que, por alguna razón, importante o nimia, discutían, ella de pronto decía “Nepomuceno” y el nombre clave les devolvía la alegría de estar juntos. “Y vos ¿cómo te llamás? ¿Mariana y qué más?” “Mariana y punto”, dijo ella. Y así, cada vez que ella lo llamaba Nepomuceno, él replicaba “Mariana y punto”.

Claudio seguía pintando. Mariana posó durante horas, pero en cada sesión se quitaba el reloj pulsera. Claudio percibía que aquel gesto era un rito-anti-Rita.

Como habían convenido que Mariana sólo viera el retrato cuando él diera la última pincelada, Claudio estuvo tentado de incluir en el óleo el relojito que la propia modelo descartaba, pero tuvo miedo a las consecuencias y abandonó la idea. Cuando al fin Mariana fue autorizada a mirar el cuadro y se sintió muy orgullosa del resultado, dijo: “Qué suerte, Nepomuceno, que no colocaste un relojito. No lo habría soportado”. Claudio no mencionó sus desechadas tentaciones. Sólo dijo: “Mariana y punto: creo que este humilde artista merece un premio”.

Media hora más tarde, ya cobrado el premio en especie, preguntó: “¿Me dejarás que la próxima vez te pinte desnuda o preferís que elija otro modelo?”. “¡Pero Claudio!”, gritó ella, olvidada esta vez de Nepomuceno, y se cubrió con la sábana rosada. (Claudio odiaba ese color, pero reconocía que la cama y las sábanas eran de ella y no suyas.) El movimiento fue tan rápido, que los pies, muy blancos y delicados, quedaron allá abajo como un único saldo de desnudez que sobresalía de la sábana rosa. Sólo ahí él se dio cuenta cabal de lo hermosos que eran y fue precisamente en ese instante que nació el tema de su próximo cuadro: *Pies en polvo rosa*.

VOCES LEJANAS

“Yo también dejé de estudiar”, dijo Norberto. “Trabajo en el Ministerio de Hacienda y no me va mal. Hace un mes que me aumentaron el sueldo. Me casé hace ya un año con Maruja, a lo mejor te acordás de ella, también era de Capurro.” La recordaba muy vagamente, ya que era dos o tres años menor que nosotros y entre niños ésa era mucha diferencia.

Lo había encontrado a la salida de la Agencia, al mediodía de un lunes. Hacía como dos años que no nos veíamos, así que decidimos allí mismo almorzar juntos. Estábamos en plena Ciudad Vieja, así que fuimos a *La Bolsa*, que quedaba a pocos metros, es decir en Piedras, entre Zabala y Misiones. Más que un restorán, aquélla era la simpática cantina de unos gallegos (trabajaba allí toda la familia), buena gente, alegre y trabajadora. Yo iba a menudo a almorzar allí, a la salida de la Agencia, y algunos de ellos, como Manolo, que servía de mozo, e Inma, la cajera (sólo un tiempo después me enteré de que ese nombre casi impronunciable era un apócope de Inmaculada), me trataban con una confianza casi familiar. Tenían una manera de manejar el idioma que me encantaba. Por ejemplo, si llegados a los postres, dos comensales pedían cada uno “un flan doble”, Manolo ordenaba a la cocina: “¡Dos flandobles!”, y a mí me sonaba como dos mandobles. Una vez que pedí sopa y al primer intento comprobé que la cuchara tenía un importante agujero por el que la sopa volvía a su plato de origen, llamé a Manolo y le mostré el estropicio. Él levantó la cuchara a la altura de sus ojos y al verificar la

existencia del orificio por mí denunciado, exclamó con auténtica consternación: “¡Me cajo en Dios, qué buraco!”.

Pues allí fuimos con Norberto, que se asombró al comprobar con qué gestos amistosos me recibía Manolo y qué alegre saludo me dedicaba Inma desde la Caja. No había mucho para elegir, así que pedimos melón con jamón y milanesa con ensalada. Durante el jamón con melón, Norberto me habló de Maruja y de su loable propósito de tener hijos (por lo menos dos) en un plazo relativamente breve. “Si Dios quiere”, agregó, cauteloso. “Así después nos quedamos tranquilos y los pibes crecen juntos. A mí nunca me gustó ser hijo único. Ni por las ventajas ni por las desventajas.” Al parecer, Maruja estaba de acuerdo: ella también era hija única y había sufrido esa condición. “Vos tuviste suerte. Tenés una hermana. Se llama Elenita ¿no?” Sí, Elenita. Le informé que ya estaba en el Liceo y hasta tenía novio. Me lo había dicho en secreto porque no se atrevía a confesárselo al viejo ni mucho menos a Sonia, con quien las relaciones habían mejorado pero de ningún modo eran las ideales. Además, había agregado, él es paraguayo y no sé cómo le caerá al viejo que yo esté liada con un extranjero. Yo la había animado: un paraguayo no es un extranjero, acordate que nada menos que Artigas eligió ese país para exiliarse. La referencia histórica le levantó el ánimo, a tal punto que dos días después se lo dijo al viejo. Y qué te dijo, le pregunté. ¿Que qué me dijo? Que si los uruguayos eran tan feos como para que yo hubiera tenido que elegir a un paraguas. Lo peor fue que lo llamara paraguas. Y ella le había respondido: Para que veas, papá, no fui yo quien lo elegí. Fue él quien me eligió. El viejo tuvo que reconocer que, después de todo, el paraguas tenía buen gusto.

Norberto se rió con el cuento, pero insistió: “¿Ves la

ventaja de no ser hijo único? Tu hermana te toma de confidente y busca tu apoyo. Yo no tuve a nadie a quien apoyar ni mucho menos alguien que me apoyara”.

Ya en plena milanesa con ensalada, me puso al tanto de su *hobby* actual: era radioaficionado. Un tío suyo lo era, y además tenía plata. Le había regalado un transmisor-receptor de considerable alcance, así que en los últimos tiempos se pasaba horas enteras con los auriculares puestos e intercambiando mensajes con tipos de Venezuela, Puerto Rico o Santa Cruz de Tenerife. El entusiasmo le había llevado a tomar clases de inglés, y aunque todavía no lo hablaba con soltura, le alcanzaba para comunicarse con Liverpool, Ottawa o Boston.

“Como te podrás imaginar, en onda corta, así como el castellano que se habla no es el de Cervantes, tampoco el inglés es el de Shakespeare. Con saber decir Hello, What’s the weather like, It looks like rain, What a pity, es más que suficiente. Además vos sabés que (padre Ricardo aparte) yo siempre tuve inclinaciones religiosas, de modo que espero que algún día, mientras voy moviendo el dial, suene de pronto una voz grave y protectora, que diga (en castellano, claro, Dios habla en inglés sólo a los protestantes): Dios llamando a Norberto. Cambio. El problema es qué le contesto”, concluyó Norberto, fingiéndose compungido, ya que era evidente que se estaba burlando de sí mismo y de su antigua religiosidad.

Tras pedir y consumir “dos flandobles”, Norberto me comprometió a que fuese a su casa. “Por dos razones. La primera es que conozcas (o reconozcas) a Maruja. La segunda, que veas mi equipo de radio. Vení con Mariana, claro.”

A la semana siguiente fui con Mariana. Yo no habría reconocido a Maruja, pero en cambio la reconoció Mariana, ya que, para sorpresa de Norberto y mía, habían sido compañeras en no sé qué colegio de monjas. “Este

Montevideo es una aldea”, dijimos todos, tan concertadamente como si interpretáramos el cuarteto vocal de *Rigoletto*.

Mientras ellas repasaban sus recuerdos monjiles, Norberto me llevó a su *sancta sanctorum*. El aparataje era impresionante. Se puso los auriculares y me colocó otros a mí. Empezó a recorrer el espinel hertziano. Línea a línea del dial iban apareciendo voces extrañas e idiomas imposibles, pero asimismo un tucumano que clamaba por una limeña, y un carioca que anunciaba tener una mala noticia para un bogotano. Se llamaban con letras y números en clave, por ejemplo CX1BT (y enseguida aclaraban: CX1-batería-tierra). Aquello era agobiante. Las voces del universo estaban allí. No me extrañaba que Norberto acariciara la esperanza de escuchar la voz del Señor, ya que aquel aparato parecía tener un alcance ilimitado. Había voces que llegaban, qué duda cabía, de las galaxias, donde quizá Dios fuera a descansar todos los domingos (costumbre adquirida desde la Creación) así como nosotros vamos a Portezuelo o a La Paloma.

Norberto se levantó y me hizo señas de que iba a buscar a las mujeres para que ellas también disfrutaran de aquel vocerío, que a menudo se mezclaba con extraños pitidos a lo manisero, o también con estentóreos tableteos, que tanto podían ser truenos como ametralladoras o simples carcajadas de Mandinga.

Me quedé escuchando, a esa altura fascinado por la banda sonora del universo. Una voz atiplada, pero castiza, de Bogotá, había establecido contacto intermitente, entre “cambio” y “cambio”, con otra, de acento inoculablemente caribeño, quizá de Maracaibo, y entre una y otra fueron repasando y comentando los resultados de *baseball* de la última jornada. Como aquello me aburría soberanamente, moví el dial. Entonces sonó en mis auri-

culares: “Rita llamando a Claudio. Cambio”. No podía creerlo. Pero pasaron dos minutos y volvió a sonar: “Rita llamando a Claudio. Cambio”.

Sentí que Norberto me quitaba los auriculares. Había entrado con Maruja y Mariana y no me había dado cuenta. Norberto me preguntó qué me pasaba. “Estás pálido”, dijo Mariana. “No sé, no sé, tal vez me haya mareado con tantas voces.” “Tengo la impresión de que te desmayaste”, dijo Maruja. “Puede ser”, admití, “pero mareado o desmayado o dormido, seguí escuchando voces y voces, mensajes y mensajes.” “No creo que te hayas desmayado”, dijo Maruja. “Tenías los ojos bien abiertos.” Mariana rió: “Como si hubieras visto un fantasma”.

NO SIEMPRE ES ASÍ

Por fin conocí al Paraguas. Es de una tal timidez, que yo, a su lado, me sentía Ricardo Corazón de León. Tiene, sin embargo, una mirada franca y una risa espontánea y contagiosa. Como todos los paraguayos que conozco, es de tez aindiada y, además del castellano, habla (y sobre todo canta) en guaraní. Hay que insistirle mucho para que cante, y nunca lo hace si hay más de tres o cuatro personas dispuestas a escucharlo. Su voz es agradable y además el guaraní parece una lengua creada especialmente para ser cantada. Como era natural, Elenita lo miraba embelesada.

A veces van ambos al hotel, creo que para que el viejo se vaya habituando a la presencia del muchacho. El viejo nunca fue puritano, pero no se atreve a hacerle ciertas recomendaciones a su hija. Demasiado sabe que entre Elenita y Sonia no hay suficiente confianza, así que decidió pedirme que le transmita a Elenita algunas normas elementales en el rubro sexualidad. En realidad, le aterra la mera posibilidad de que el Paraguas la deje preñada. De manera que no tuve más remedio que tratar con ella el espinoso tema. Menuda sorpresa. El Paraguas será tímido pero nada estúpido. Sabe tomar sus precauciones. “Tate tranqui, Claudio”, me dijo Elenita antes aun de que yo entrara en materia. “Y decile a papá que no se preocupe. Todavía no le vamos a dar nietos.” Aquel diálogo me provocó una reflexión profunda: ¡Cómo cambian los tiempos! Dije aquel tópico junto a los pinos, pero en voz baja y algo avergonzado. Me sentí tan ridículo como la tía Joaquina.

A partir de aquella prueba fehaciente de madurez precoz, resolví no referirme más al Paraguas (ni siquiera mentalmente) con ese mote, sino con su nombre, que para mi vergüenza era breve y único: José. A la vista de José y Elena, que se paseaban por el jardín del hotel, muy abrazaditos, me pregunté dónde llevarían a cabo sus pecados. El tímido vivía en una pensión de la Unión, con otros compatriotas, y allí no permitían visitas clandestinas, y menos de menores. Bah, ya se arreglarán.

De paso comprobé que en los árboles habían grabado más iniciales, sólo que ahora los presuntos amadores prescindían del consabido corazón. Entre las nuevas duplas, había una que, por razones obvias, me llamó la atención: C y R. Con un gesto brusco decidí espantar aquella eventualidad como si se tratara de una nube de mosquitos. Además, pensé, si lo hubiera grabado Rita, jamás habría puesto C y R, sino R y C, de eso estoy seguro.

Hacía tiempo que no estaba solo entre esos pinos tan acogedores. La soledad me duró poco. Apareció Sonia y se sentó en uno de los venerables bancos de plaza que el viejo había adquirido en un remate y que sin duda armonizaban con el contorno. “Decime un poco”, empezó Sonia, “hace tiempo que quiero preguntarte algo. Si Mariana y vos se llevan tan bien como parece, ¿por qué no se casan?” No sé bien por qué la pregunta me indignó y estuve a punto de decirle que no se metiera en mi vida, que no era mi madre, etcétera. Ella se dio cuenta de que mi procesión iba por dentro, y balbuceó: “Perdoname”. De modo que silencié mi sarta de reproches. Y no me arrepentí, porque Sonia no es mala gente y además le ha hecho bien al viejo.

Es cierto que sus maneras de amor (descarto la posibilidad de que éste no exista) son para mí un enigma. Nunca los he visto acariciarse, ni mucho menos besarse

en público, ni siquiera cuando estamos en familia, pero no creo que esa discreción sea un colmo de pudor sino más bien un estilo. Por otra parte, su relación es jovial y yo diría (aunque jamás osaría comentarlo con nadie en estos términos) que se llevan administrativamente bien. Otra vez me siento ridículo como la tía Joaquina.

“Hasta ahora no hemos barajado esa posibilidad”, le respondí finalmente a Sonia. “Después de todo, ¿no te parece que el matrimonio es apenas un trámite y que significa muy poco para una pareja que hace vida en común?” Sonia levantó la cabeza. No sé si miraba a lo lejos o dentro de sí misma. Luego dijo: “No siempre es así”.

OTRA VEZ MATEO

Desde que estuviera con Norberto y Maruja, y repasaran juntos sus recuerdos de Capurro, a Claudio le había aparecido en sueños varias veces el barrio de su infancia, y en particular un personaje: el ciego Mateo. Se despertaba con un sentimiento de culpa. Sabía que un tiempo después de que él fuera a darle su “adiós por ahora”, Mateo se había ido de Capurro. Más aún: se había casado. Varias veces había tratado de averiguar sus señas actuales, y había fracasado, pero ahora se recriminaba no haber insistido. No podía ser que alguien, sin salir de Montevideo, se esfumara sin dejar rastro.

Le telefoneó a Norberto, y éste, a pesar de no haber tenido relación con los Recarte, le consiguió el número de María Eugenia. Así que la llamó, y ella pareció muy contenta ante la evidencia de que Claudio no los hubiera olvidado, y por supuesto le dio la dirección y el teléfono de su hermano. “Mejor no le telefonees. Andá simplemente a verlo, así le das esa buena sorpresa. ¿Por qué no vas el domingo a la tarde?”

Fue el domingo a la tarde. Sin ser lujosa, era una linda casa de dos plantas, en Punta Gorda, frente a la costa. Le abrió la puerta una mujer joven, agraciada y simpática. “¿Usted es Claudio, verdad? Yo soy Luisa, la mujer de Mateo. Mi cuñada me avisó que usted vendría. Pero Mateo no sabe nada. Venga conmigo.”

Él la siguió como si fuera a introducirlo en el pasado. Estaba lleno de expectativas pero también con un poco de inquietud. Pensó que ahora ya no era un niño y que

Mateo debía tener unos treinta y tres años. ¿Cómo sería esta nueva relación, de adulto a adulto?

Luisa abrió una puerta y entraron en un ambiente luminoso, con un amplio ventanal que daba al mar. De espaldas al paisaje estaba Mateo, en una mecedora, escuchando la radio. A Claudio le pareció que no había cambiado mucho, aunque a primera vista podía detectar algunos cabellos de menos y algunos kilos, no muchos, de más.

“Apagá la radio”, dijo Luisa, “que te traigo una visita importante. A ver si adivinás quién es.”

Mateo rió con ganas. “Vení, Claudio, quiero darte un abrazo”. Luisa y Claudio se miraron, desconcertados. Entonces él se acercó a Claudio y lo abrazó con fuerza y con afecto.

“Por favor, no atribuyan este inesperado reconocimiento a mi famosa intuición de ciego, eh. Resulta que mi hermana, famoso estómago resfriado del ancestral Capurro, no pudo contenerse y me llamó hace una media hora. De todas maneras, se lo agradezco, así pude preparar el ánimo para recibir a tan excelso personaje.” “Ah, traidora”, dijo Luisa. “No se puede con mi cuñadita.”

Evidentemente Mateo estaba contento. Cuando Claudio empezó a hablar, lo interrumpió: “¡Qué increíble tu voz de ahora! Es como si la melodía que antes escuchaba en un violín, ahora la escuchara en un violoncelo. Ah, pero todo tiene sus limitaciones. Todavía no puedo imaginarte con un cuerpo y una presencia de hombre”.

Luisa asistía divertida al reencuentro. Salió un momento y volvió con varias copas, bebidas y una cubetera de hielo.

“¿Qué me contás de mi nuevo estado? ¿Te fijaste en esos dientes de conejo, tan simpáticos, que tiene mi mujer? Por eso yo le digo que, además de vidente, es *bidente*. ¿Y vos? ¿Seguiste estudiando? ¿Tenés novia?

¿Cómo está tu padre? Alguien me dijo que dirige un hotel y que se volvió a casar. ¿Y tu hermanita?”

Acribillado por las preguntas, Claudio fue desmenuzando las respuestas, que por supuesto provocaban nuevas preguntas. Su amigo estaba radiante, pero Claudio no cayó en la arrogancia de atribuirlo tan sólo a su visita. Sencillamente, Mateo era feliz.

Así y todo, le era difícil reconocerlo en esa euforia. Algún reducto de su memoria echaba de menos la antigua serenidad, el inteligente sosiego del otro Mateo Recarte, el de Capurro.

Cuando Luisa los dejó solos, el ciego quedó unos instantes en silencio y luego dijo: “Presumo que te debe extrañar verme tan locuaz y casi alborozado. Yo mismo a veces no me reconozco. ¿Sabés lo que pasa? A partir de mi encuentro con Luisa, todo ha cambiado. Desde mi condición de ciego un poco estúpido, nunca me atreví a imaginar una vida como la que ahora llevo. ¿Quién osaría cargar con un ciego como marido? ¿Otra ciega? Quizá, pero nunca la encontré. Una vez se me acercó una, de nombre Rita, pero luego resultó que no era ciega, y no me gustó el engaño. Con Luisa nos enamoramos a través de la filosofía, las matemáticas, la literatura, la cultura en general. Vos dirás que todo ese cargamento no alcanza para quererse. Y tendrás razón. Pero sin ese cargamento no nos habríamos conocido y reconocido, no nos habríamos metido de cabeza en el amor. Mis viejos y mi hermana me dicen que Luisa es linda y no preciso que me lo confirmen. Lo sé. Una trayectoria singular ¿no te parece? De la abstracción de las matemáticas al amor concreto de los cuerpos. Te aseguro que la amo con mis cuatro sentidos y no me hace falta el quinto. En todo caso, nuestro quinto sentido es el buen humor. ¿Qué más queremos? Después de todo, mis manos no son ciegas. La conocen bien”.

“Qué hermosa casa tenés”, dijo Claudio. “Sí, me gusta estar frente al mar. No veo tu faro, pero oigo las olas. A veces me quedo largos ratos junto al ventanal. Es una maravilla escuchar las olas. Parecen todas iguales y sin embargo cada una trae un sonido distinto y seguramente también un mensaje distinto. ¡Pensar que hablo tres lenguas y sin embargo no entiendo a las olas! ¡Cuánto nos falta para alfabetizarnos! Me conformo diciéndome que después de todo no es tan importante. El sonido del mar es una música, y ¿a quién se le ocurre entender el idioma musical de Brahms, de Bach o de Schoenberg? Ellos no compusieron para que los entendiéramos sino para que los disfrutáramos. Las olas son mi *Verklärte Nacht*.”

Claudio estuvo allí dos horas. Luisa lo invitó a cenar, pero él había quedado en encontrarse en un cine, con Mariana. “La tenés que traer”, dijo Luisa, que de pronto había decidido tutearlo. Se despidió de Mateo, con otro abrazo, y Luisa lo acompañó hasta la puerta. Él la miró con admiración. “No sabés cómo me alegro de que Mateo esté tan bien y tan contento.” “Sí”, corroboró ella, sonriendo. “Estamos muy bien y muy contentos.” Claudio atrapó aquel plural, antes de que se desvaneciera en el aire salitroso.

UN MILAGRO

Aquel día que estuvimos en su casa, y cuando ya nos íbamos, Norberto me llamó aparte y me entregó una hoja doblada. “Para que lo leas después. Es un cuentito. No sé si tiene algún valor. Tal vez sea fruto de mis desgastes y desajustes religiosos.” No lo leí esa noche en mi casa sino mucho después en la de Mariana. Se titula “Un milagro”:

Un santo milagroso. Eso era. Las beatas del pueblo juraban que lo habían visto sudar, sangrar y llorar. Desde la capital una agencia turística organizaba excursiones para mostrar al Santo. Para unos se trataba de san Miguel; para otros, de santo Domingo o de san Bartolomé y no faltó quien afirmara que se trataba de un san Sebastián; algo extraño, ya que le faltaban las flechas. Y como la propia Iglesia no se ponía de acuerdo, la feligresía optó por llamarle el Santo y nada más. De todas maneras, el párroco estaba encantado con el aluvión limosnero.

Marcela no vino en excursión. Ella y sus padres vivían desde siempre en el pueblo, o sea que conocía al Santo desde niña. Su imagen había estado presente desde sus primeros sueños infantiles. Ahora tenía diecisiete años y era la más linda en varias leguas a la redonda.

También el Santo era apuesto y cuando Marcela iba a la capilla y se arrodillaba frente al altarcito lateral en que el Santo moraba, su devoción tenía sutiles trazos de amor humano. Una mañana de lunes, cuando el templo estaba desierto, la muchacha se acercó al Santo, lo miró largamente y esta vez su suspiro fue profundo. Luego se

arrimó y comenzó a besar minuciosamente aquellos dolidos pies de yeso. Luego acompañó sus besos con caricias en las piernas descascaradas.

De pronto sintió que algo humedecía su brazo. Al comienzo no quiso creerlo, pero era así. Un milagro inédito, después de todo. Porque aquello no era llanto ni sangre ni sudor. Era otra cosa.

“¿Qué te parece?” le pregunté a Mariana. “No sé. Me ha dejado algo confusa. Tengo la impresión de que transcurre en una línea fronteriza. Pero es una frontera que no aparece muy frecuentemente en la literatura: la que separa la religión del erotismo.”

Con un levantamiento de cejas, inquirió mi propia opinión. “A mí me gustó, tal vez porque ocurre justamente en esa frontera. El Santo se humaniza. En esa última línea, deja de ser de yeso para ser de carne.” “¿Y qué le vas a decir a Norberto?” “Pues eso.”

EL CAPITAL ES OTRA COSA

Por entonces empecé a frecuentar al tío Edmundo, hermano del viejo. Siempre me había caído bien, pero en verdad nos conocíamos poco. Sólo venía a vernos en los velorios (cuando murió mamá) o en las bodas (la del viejo con Sonia). Sin embargo, se llevaba bien con su hermano y a menudo se telefoneaban. Pero a Edmundo le costaba hacer visitas. Su mujer, la tía Adela, que había sido muy cariñosa conmigo allá en mi infancia, cuando vivíamos en Constitución y Goes, había muerto a consecuencia de un error médico, o tal vez de mala información: una enfermera algo inexperta le dio una inyección de no-sé-qué y resultó que ella era alérgica al no-sé-qué. Para el tío eso fue un sacudón inesperado. Ambos eran bastante jóvenes, aunque a mí me parecían dos veteranos. De modo que Edmundo se sintió como un corredor de fondo que se quedara exhausto a mitad de carrera.

Le costó años sobreponerse a esa ausencia y quizá por eso se metió de lleno en la vida sindical (era bancario), leyó como un obseso, se formó toda una cultura política, se rehizo en fin. Cuando estuve vacilando entre seguir estudiando o no, él, como buen autodidacto, me decía que no sólo en la Universidad puede uno “desas-narse”, también es posible alfabetizarse por impulso propio, por vocación, y “entonces verás que la cultura que vas adquiriendo, te sirva o no para ganar dinero, ya no es una tortura sino un disfrute”.

Al fin había decidido no matricularme y me dediqué de lleno a la pintura. Asimismo (al principio por imitar a

Edmundo y luego por iniciativa propia) empecé a leer con delectación pero con más rigor que antes. Él me guiaba en el rubro política, pero empecé además a leer novelas, poesía, cuentos, y sentía que eso me servía también como pintor. La militancia de Edmundo era sólo sindical, pero sabía de todo. Sin un orden estricto, en su mejor estilo coloquial, me fue arrimando conocimientos.

Una vez le pregunté cómo, con esas inquietudes, no militaba en un partido, y me respondió que muchas veces había pensado hacerlo, pero se sentía más a gusto en el trabajo sindical. Era un hombre de clase media, con todos los prejuicios y condicionamientos que ello implica, pero su actividad en el sindicato bancario, donde llegó a asumir responsabilidades específicas, le ponía frecuentemente en contacto con obreros, y él entendía que eso lo enriquecía, no sólo política o socialmente, sino sobre todo como ser humano. “Son unos tipos formidables”, me decía, “quizá más elementales, más primitivos que muchos de nosotros, pero en aquellos problemas ante los cuales normalmente tenemos dudas, ellos en cambio lo tienen muy claro y por lo general no se equivocan.”

Ahí soltaba la risa, que siempre era franca, para agregar: “Mirá que frente a la clase trabajadora no tengo complejo de inferioridad, más bien creo que, si por un lado aprendemos de ellos, igualmente ellos aprenden un poco de nosotros, aunque menos. El trabajo físico te va dando una sabiduría esencial, que probablemente viene de tocar la realidad con las manos, en tanto que el manejo de cifras y planillas te va encerrando en una cueva de abstracciones. Hasta la riqueza, esa que aparece en las grandes cuentas particulares, sobre todo en las de moneda extranjera, es abstracta. Un saldo de nueve o diez cifras ocupa una sola línea, igual que el saldo (éste

de tres o cuatro cifras) en la cuenta del pequeño ahorrista. En un Banco la riqueza no son hectáreas y hectáreas de campo, miles de cabezas de ganado, grandes mansiones en Punta del Este, oscuras barracas de la calle Paraguay. En un Banco la riqueza son números, y los números suelen ser flacos, a veces esqueléticos como el uno o el siete, e incluso la gordura del seis o del ocho (papada y panza) tienen distinto significado si están a la izquierda o a la derecha de la coma decisiva”.

Y así seguía, enredándose con sus propias metáforas contables, hasta que por último exclamaba: “¡Qué locura! No me tomes en serio. Mirá que el capital es otra cosa”.

JULISKA SE PONE TRISTE

Nunca había visto llorar a Juliska. La yugo siempre tuvo una excepcional vitalidad, una gran energía disponible y una extraña disposición a disfrutar cuando trabajaba, característica ésta que causaba estupor y desconcierto entre los montevideanos (que por lo general no practican ese tipo de hedonismo) a medida que la fueron conociendo dentro y fuera de casa.

Pero esta vez la encontré llorando, en el patio, y estaba tan recluida en su tristeza que no se percató de que yo había entrado en la casa, normalmente sin gente a esa hora de la tarde. Le puse una mano en el hombro y la pobre dio tremendo respingo, sorprendida y sobre todo avergonzada de que alguien se asomara de modo inesperado a su intimidad.

“¿Qué ocurre, Juliska? ¿Te duele algo?” Juliska estalló en sollozos aún más desconsolados. De pronto se contuvo y me consagró una mirada que convocaba la compasión. “¿Me da permisa para darle una abraza?” “Pero, Juliska, por favor.” Y la abracé, un gesto que provocó un nuevo raudal de llanto.

Volví a preguntarle qué ocurría, si le dolía algo. “¡El alma me duele! ¡Eso es la que me duele!” En esta ocasión, extrañamente, su humor involuntario no me hizo gracia. Verdad que era imposible reírse de aquella congoja desenfadada. “¿Tuviste alguna mala noticia de tu país?” Juliska negaba con la cabeza. “Toda es muy raro. Nunca tení antes esta tristeza.”

Le traje una silla, hice que se sentara, le alcancé un vaso de agua. Ya no sabía qué hacer. Me di cuenta de

que tenía que solucionar con urgencia este problema, porque de lo contrario yo mismo iba a empezar a llorar y eso me iba a desprestigiar ante Juliska, uno de cuyos dogmas había sido siempre: “Las hombros no lagriman”.

Por fortuna, su confianza empezó antes que mi llanto. Reconocía que estaba desorientada. Que yo no fuera a pensar que se hallaba a disgusto entre nosotros. “Son como familiar mío”, repetía como un sonsonete. Pero de pronto (esa misma tarde, no sabía por qué) le había entrado una nostalgia terrible de su tierra. Quiso recordar el gusto de sus frutas silvestres, el olor del campo cuando anochece, el rostro de su madre, el canto del ruiseñor, las ondas verdiazules del lago Skadar, el firmamento como un techo. Morriña clásica, diagnosticué. “Aquí también hay cielo”, sentí la necesidad de aclararle. “Ah sí”, balbuceó, “pero demasiados estrellitos. No parece techa. Parece teatral.”

Le pregunté si lo que quería era volver a su país. “¿Volver? De ninguna moda. Si volver, yo extrañar mucho Uruguay, todos ustedes tan buenísimos conmigo, extrañar playas, mi familiar en Las Piedras.” “¿Y entonces?” “No preocuparse, sobre todo no decir nada a señor papá ni a señora Sonia ni a niña Elenita. Yo soy un poquito loca, ¿usted comprender? Mañana estar contentísima. Conocer mis ataques de tristeza. Nostalgia de Crna Gora, comonó, pero no por eso viajar a Crna Gora, para no sentir en Crna Gora nostalgia de Montevideo. ¿Usted comprender?”

Yo comprender, pero hasta por ahí nomás. De todos modos, percibí con asombro que su castellano estaba mejorando. Evidentemente, en su caso la tristeza estaba cumpliendo una función docente. De pronto se me encendió una lamparita. Le pregunté cuántos años tenía. Me tomó una mano y con su dedo índice dibujó en mi palma un 52. Sentí un gran alivio. Qué suerte. Ya no la

perderíamos. Saboreé en mi fuero interno la revelación. Juliska no estaba loca sino menopáusica. Pero, naturalmente, es posible, digo yo, me imagino, que la menopausia del exilio sea más penosa que la de entrecasa.

PRETÉRITO IMPERFECTO

Y la muerte está dentro de la vida.

FERNANDO PESSOA

Podrá parecer increíble, pero la congoja casi profesional de Juliska me dejó averiado por unos cuantos días. Ella, en cambio se repuso en menos de veinticuatro horas. A la mañana siguiente a su desconsuelo, preparó el desayuno en la cocina mientras cantaba, no precisamente una tonada de su lejana tierra, como era lo previsible después de tanta nostalgia, sino un tango (por la melodía, adiviné que era *Viejo rincón*) que uno de sus parientes de Las Piedras le había traducido al servocroata. Me sobrevino un ataque de curiosidad: ¿cómo sonaría en aquella remota lengua el consabido “callejón de turbios caferatas / que fueron taitas del bandoneón”? Pero me contuve y me limité a elogiarle el café con leche y las tostadas.

Sin embargo, no me pude librar de una pesadumbre brumosa, encapotada. Habíamos pasado unos días muy fríos y lluviosos, con esas aborrecibles ventolinas que en invierno nos hacen olvidar qué acogedora y disfrutable ciudad puede ser Montevideo en cualquiera de las otras estaciones.

Por otra parte, Mariana se había ido con Ofelia a Maldonado. Ni siquiera tenía ganas de pintar. En la Agencia me limitaba a hacer lo indispensable, sin aportar nada original. Hasta mis viejos relojes eróticos me aburrían.

Cuando iba al hotel, como hacía tanto frío y generalmente llovía, no podía quedarme en el jardín, donde la vecindad de los árboles abuelos me tranquilizaba y a la vez me estimulaba. Una tarde me metí en una de las habitaciones sin huéspedes (¿quién iba a venir a Montevideo con este invierno de mierda?) de la segunda planta. Había una mecedora, la ubiqué frente a la ventana y allí me quedé como dos horas. Solo. En silencio.

Sin proponérmelo especialmente, y con un inesperado manejo de mi propio caos, empecé a desgranar mi pretérito imperfecto, o sea mi pasado no perfecto, rudimentario, timorato, inmaduro, deficitario, chapucero, distorsionado, vulnerable, quebradizo, negligente, etcétera. ¿Qué había hecho hasta ahora? El mundo se consumía y despedazaba en una guerra estúpida. Millones de muertos y yo ¿qué hacía? ¿Qué hacía en esta mecedora contemplando la desolación del invierno desde mi propia desolación?

Estaba algo así como cautivo de mi infancia en Capurro y sin embargo no había vuelto allí. Era un exiliado de Capurro. Ahora bien, aquel bolsón barrial, ¿estaba constituido primordialmente por el Parque, la cancha del Lito, la higuera en mi ventana, o era mucho más las gentes que allí había frecuentado, las que todavía recordaba y acaso más aún las que había olvidado? ¿Capurro era la resonante campana del tranvía 22 y los malabarismos del motorman, la expectativa del paso nivel cercano a Uruguayana, o eran mis conversaciones con Mateo y sobre todo los brazos acogedores de mi madre, que dos por tres me transmitían un soplo de ternura que ya no tengo? ¿Quién era o había sido o seguiría siendo la niña de la higuera, aquella Rita que se había deslizado en mi cuarto y en el café Sportman y en aquel zaguán sombrío de Dieciocho y que siempre me dejaba tembloroso y frustrado?

De algo estaba seguro: no quería saber más de Rita, pero la incógnita era si Rita no querría saber más de mí. Ojalá, pensé, mientras me balanceaba en la mecedora y en la incertidumbre. Mi amor por Mariana estaba intacto, más aún, se había consolidado, en mí y en ella. Pero lo sentía amenazado. Tampoco era ése un descubrimiento original. ¿Qué o quién no estaba amenazado en este ámbito y en este tiempo? Ni siquiera era cuestión de ámbito o de tiempo. Siempre se vive y se vivió bajo amenaza. La muerte está dentro de la vida, anunció alguien. Nunca pude entender cómo Norberto podía repetir como un loro (ahora ya no, por suerte) las gastadas lecciones del padre Ricardo, cuando éste lo llenaba de pavor hablándole del infierno. (Por si las moscas, nunca le hablaba del paraíso aquel cretino.) He llegado a pensar que, después de todo, la conciencia es simultáneamente nuestro cielo y nuestro infierno. El famoso Juicio Final lo llevamos aquí, en el pecho. Todas las noches, sin ser conscientes de ello, enfrentamos un Juicio Final. Y es de acuerdo a su dictamen que podemos dormir tranquilos o revolcarnos en pesadillas. Ni Salomón ni psicoanalista. Somos juez y parte, fiscal y defensor, qué más remedio. Si nosotros mismos no sabemos condenarnos o absolvernos ¿quién será capaz de hacerlo? ¿Quién tiene tantos y tan recónditos elementos de juicio sobre nosotros mismos como nosotros mismos? ¿Acaso no sabemos, desde el inicio y sin la menor vacilación, cuándo somos culpables y cuándo inocentes?

Pensé en el viejo, en el abuelo Javier, en Sonia, en Elenita, en José, en el tío Edmundo, y por supuesto en Mariana. Pero de Mariana tenía un conocimiento, una erudición casi milimétrica. En cambio, me faltaba saber tanto de todos los demás. Y el tiempo iba pasando y yo lo perdía, lo perdíamos todos. ¿Cómo querernos más? ¿Cómo saltar las vallas de la indiferencia? No quiero

esperar a los velorios para valorar a mi gente cercana. Es cierto: la muerte está dentro de la vida. Pero la podemos mandar de vacaciones ¿no? Trabaja tanto, que bien se las merece. Y no la echemos de menos, de todos modos volverá, y cuando vuelva nos tocará en el hombro.

LA ANTIGUA MÁS NUEVA

Los cuerpos, felices y agradecidos, yacían inmóviles tras la unión repetida y profunda. La respiración acompasada transmitía una doble sensación de plenitud. Solamente las manos se buscaron. Ya no iban en busca de las zonas erógenas, que tanto placer habían brindado. Era el instante del sosiego, de la serenidad.

Dijo Mariana: “Debo ser antigua”. La mano de Claudio se movió, interrogante. “Sí, debo ser antigua porque en el sexo no quiero experimentos, vanguardismos, postura insólitas, extravagancias, aberraciones. Para mí no hay nada más lindo que tenerte adentro y que allí trabajes, osciles, te derrames. Debo ser antigua ¿no te parece?”

Claudio siguió mirando una mancha de humedad que siempre lo fascinaba, pero afirmó: “Me gustan las antiguas”. “¿En plural?”, preguntó ella. “No, en singular. Me gusta Mariana, la antigua más nueva que conozco.” “Y Rita ¿es antigua?” “No sé a ciencia cierta qué es Rita, pero estoy seguro de que no es antigua.” “Y vos ¿qué sos?” “Yo soy un cachivache.”

Desde la calle subió la sirena de una ambulancia. Quedaron en silencio hasta que el alarido se apagó en la lejanía. “¿Sabés qué me preguntó Sonia, hace ya un tiempo? Que si nos llevábamos tan bien como parecía ¿por qué no nos casábamos?” “Un poco meterete la señora ¿no?” “Eso me pareció, aunque no se lo dije, claro. Se dio cuenta de que la pregunta me había caído mal y se apuró a retroceder, pero me dejó pensando.” “¿Pensando? No me digas que querés casarte.” “Sólo dije que

me dejó pensando.” “Ah.” “¿A vos qué te parece?” “No me parece nada. Nunca se me había ocurrido. Decime un poco ¿no estamos bien así?” “Estamos.” “¿Y entonces?” “La verdad es que desde que la preguntita de Sonia me movió la calavera, empecé a imaginar cómo sería nuestra vida cotidiana si tuviéramos un apartamento que fuera todo el tiempo para nosotros y no sólo los fines de semana, cuando Ofelia se va a Maldonado.” “Si tenemos con qué pagarlo, podemos tener el apartamento sin la obligación de pasar por el Juzgado.”

Ahora venía de la calle un griterío de mujeres. “Son las viejas de enfrente. Siempre se trenzan al caer la tarde. Son mi ángelus particular.” Los dos rieron y hubo un aflojamiento. “¿Y si lo dejáramos al azar?”, preguntó Claudio. “¿Tirlo a cara o cruz?” “No tan simple. Algo más entretenido. Mudarnos, comprar algunos muebles, todo eso requiere dinero ¿no? Yo digo ir una vez, sólo una vez y con poca plata, al Casino. Si perdemos ese poco, seguimos como ahora. Si ganamos lo suficiente, casorio y mudanza.” “Está bien. Pero vas solo, eh. El juego y yo no nos llevamos bien. Ya te lo dije. Debo ser antigua.”

PRIMER SUBSUELO

(Fragmento de los *Borradores* del viejo)

¿Por qué escribir estos *Borradores*? Cuando los años se suman, uno empieza a tener noción de que el tiempo se escapa, y tal vez por eso alimente el autoengaño de que escribir sobre lo cotidiano puede ser una forma, todo lo primitiva que se quiera, de frenar ese descalabro. No se lo frena, por supuesto. Nada ni nadie es capaz de sujetar al tiempo.

No obstante, hay tantos hechos e imágenes que desfilan ante nosotros (paisajes, noticias, júbilos, rostros, lecturas, sorpresas, desgracias, riesgos, fastos, muchedumbres) y en algún sentido nos cambian la vida, así sea en milésimas del rumbo prefijado. Días o meses o años después, es probable que lamentemos no haber tomado nota de esos lances y vicisitudes.

La verdad es que nunca he creído en los diarios íntimos. Creo que en muy contadas ocasiones uno llega a tocar apenas la propia hondura en santiámenes que pueden ser maravillosos o escalofriantes. Pero ello tal vez ocurra tres o cuatro veces a lo largo de una existencia. De modo que no es cuestión de simular que uno alcanza diariamente esa profundidad, cuando en el mejor de los casos, apenas llega al primer subsuelo.

Después de todo, no es poca cosa tratar de ser honesto en la transmisión de lo que se ve, se toca, se gusta, se huele, se oye. Quisiera que estos *Borradores* fueran algo así como un cuaderno de bitácora, pero de los sentidos, y destinado a incluir asimismo las eventuales reflexiones

que provoquen tales apreciaciones y tanteos en el vestíbulo de la intimidad.

Hoy, en el hotel, mantuve dos conversaciones algo inquietantes. La primera fue con un norteamericano, oriundo de Iowa. Pensé que sería subgerente o tercer vicepresidente de alguna empresa de mediana envergadura. Si fuera de alto rango, no vendría a este hotel. De todos modos, me preguntó si podía conseguirle *call girls*, y le dije que no, que ese servicio sólo se prestaba en hoteles de cuatro o cinco estrellas. Dijo qué lástima, ya que este país realmente le agradaba. Le pregunté por qué y me dijo que porque no tenía negros, y en consecuencia había la seguridad de que cualquier *call girl* sería garantizadamente blanca. Le aclaré que en el país había más o menos un dos por ciento de negros. Festejó ruidosamente ese porcentaje porque “un dos por ciento no es nada, se les puede aplastar en cualquier momento”. Le pregunté a qué se dedicaba. Para mi sorpresa, no era subgerente ni tercer vicepresidente, sino profesor de Filología Hispánica y acababa de publicar un libro sobre *El tema del ruiseñor en el romancero español*. Me aclaró que le entusiasmaba la literatura clásica española (la verdad es que habla muy bien el castellano) y en particular España, entre otras cosas porque tampoco tenía negros. En uso de su año sabático, recorre varias capitales latinoamericanas, en busca de elementos para su *work in progress*, que versará sobre variaciones de la terminología erótica y pornográfica desde el Río Grande hasta la Patagonia. Cuando me preguntó dónde podría encontrar las más nítidas variantes uruguayas sobre el tema de marras, le recomendé el Cerro y Punta del Este, dato que anotó cuidadosamente en una enorme agenda.

El otro encuentro fue con un militar uruguayo de baja graduación (debía ser un teniente) que venía a atender a un colega argentino de similar rango. Como el huésped

había salido, decidió esperarlo y lo hice pasar a mi despacho. Le pregunté si conocía al argentino. “Sí, claro, nos hemos visto muchas veces. Me gusta hablar con él. Siempre aprendo algo. Los argentinos tienen más claro el panorama. Y cuando digo esto me refiero a todos, desde los generales hasta los cabos. Aquí no. A nuestros oficiales veteranos les inyectaron el virus de la burocracia, que puede llegar a generar un tumor acomodaticio y hasta un crecimiento descontrolado e irreversible de células democráticas. Este país se está descomponiendo y antes de que sea tarde habrá que recomponerlo a tiros. El marxismo es una infección ¿no lo sabía?”

Por un momento pensé que el teniente podía ser el buen enlace de una clientela que auguraba fructuosas posibilidades, pero así y todo le contesté que no, que no lo sabía.

NO VA MÁS

Concurrió al Parque Hotel con una preocupación y una curiosidad sólo comparables a las que debe haber sentido David Livingstone cuando, invitado por el rey Makolo, llegó al Zambeze. Aquel conglomerado de tapetes verdes, ruedas de fortuna, cúmulos de fichas, *croupier* abaritonado, ídem mezzosoprano, señoras de pro, ex millonarios, hidalgos en harapos, futuros ministros, brujos en martingalas, suertudos exultantes, suicidas en potencia, todo eso constituía para Claudio, que nunca había hollado el parquet de un casino, una jungla sorprendente y reveladora.

Al entrar había adquirido una modesta colección de fichas, equivalente a la mitad de la inversión que se había fijado como tope. No obstante, no se apresuró a apostar. Merodeó por varias mesas de ruleta y se arrimó al *punto y banca*, pero enseguida advirtió que en ese sector se requería un olfato, una idoneidad y un virtuosismo, de los que él no disponía.

Decidió que la ruleta (con cuyas normas estaba bastante familiarizado, gracias a incontables películas sobre Las Vegas y Montecarlo) estaba más a su alcance, no sólo por sus reglas, fácilmente asimilables, sino también por su entramado de puro azar, al que todos los jugadores concurrían en igualdad de condiciones. En la ruleta no había trampas ni privilegios. Se convenció rápidamente de que era el más democrático de los juegos.

Se acercó a una mesa y por sobre el hombro de un jugador, empezó a tomar notas mentales de las distintas posibilidades y también a reconocer en sí mismo sus

propias preferencias. Aquí y allá había algunos tipos que también tomaban notas, pero no mentales, sino en ajadas libretas donde dejaban constancia de los números que iban siendo cantados, a fin de poder luego calcular las frecuencias y desentrañar los ciclos que iba creando la imponderable rueda de fortuna. Claudio observó que los anotadores eran todos hombres. Las mujeres no tomaban notas; simplemente jugaban, y jugaban fuerte.

Entre los que apuntaban, situado en un punto equidistante de dos mesas, había un individuo, ya mayor, con un traje que probablemente en sus buenos tiempos había sido de etiqueta pero que ahora, a la altura de codos y rodillas, estaba brillante y desgastado. Además, uno de los bolsillos del saco concluía en un desprolijo remiendo. Al tipo le brillaba la calva, bordeada por flecos canosos, y sus ojos miopes, a través de unas gafas que desde hacía tiempo reclamaban un ajuste óptico, ojeaban y hojeaban un cuadernillo de folios cuadriculados y tapas grises que habían sido blancas. No sólo llevaba la cuenta de esas dos mesas; también anotaba los resultados de varias más. Cuando, debido a su renquera, no llegaba a tiempo para comprobar el destino de la bola de marfil o para escuchar el pregón del *croupier*, obtenía ese dato preguntando a alguno de los jugadores, que en la mayoría de los casos lo trataban con indulgencia y familiaridad.

Por fin Claudio se decidió a apostar. El último número cantado había sido el 5. Decidió confiarse al mero azar y descartar cualquier rumor sobre tendencias. Su primera jugada (la primera jugada de su vida) fue cautelosa para la segunda docena. *Negro el 15*. Lleno de optimismo trasladó las fichas a la última calle. *Colorado el 34*. Depositó varias fichas a caballo entre el 8 y el 11. *Negro el 8*. Tenía razón el tío. Cuando él le había informado sobre su plan, Edmundo le había animado: “Muy

bien. Si vas a jugar sólo una vez, seguramente vas a ganar. El azar siempre deja ganar al debutante, así éste se engolosina y luego puede ser llevado mansamente a la bancarrota. Así que tené cuidado”.

Recogió las fichas ganadas y las iba a colocar sobre el 11, arriesgando por primera vez a un pleno, cuando alguien dijo por sobre su hombro: “Hola, Claudio. Parece que te va bien”. Mientras se dio vuelta para ver quién era el importuno, la voz del azar dijo *No va más* y un muchachón que estaba al otro lado de la mesa parodió: *Rien ne va plus*, haciéndose acreedor a una mirada fulminante del funcionario. Claudio advirtió entonces que se había quedado con las fichas en la mano. *Negro el 11*, pronunció la Voz.

Todavía puteaba en silencio, cuando por fin reconoció al otro. A primera vista no supo quién era, pero luego, un gesto de la boca y cierto brillo en los ojos, le revelaron que aquel gordo era su primo Fernando, a quien no veía desde los lejanos tiempos de Capurro. Estaba como hinchado, la nariz se le había puesto grande y oscura, las cejas eran unos pelitos sueltos y llevaba una barba de tres o cuatro días.

Claudio decidió abandonar la mesa (después de todo, iba ganando), convencido de que la aparición del primo le había interrumpido la buena racha. Sólo una hora de casino y ya tenía supersticiones. Estuvieron de acuerdo en tomar un trago, a fin de celebrar el encuentro. Y así, con los whiskies en ristre, se sintieron más cómodos, casi como en un café de Capurro y Dragones.

Después de las preguntas consabidas (¿cuánto hace que no nos vemos? ¿te acordás del Lito? ¿seguís en Montevideo o volviste a Melo? ¿te casaste? ¿y vos?), Claudio le preguntó si seguía trabajando como árbitro de fútbol. “¡Estás loco! ¿Quién te lo dijo? ¿Daniel? Aquél lo pregona para desprestigiarme. Sólo en dos ocasiones ar-

bitré partidos y fue en la Liga Universitaria.” “Pero che, el de árbitro no es oficio deleznable.” “Ya sé, ya sé, pero Daniel lo dice para joderme. ¿Sabés que estamos peleados? Años que no nos hablamos. Parece mentira que dos hermanos ¿no?”

Le preguntó si sabía dónde estaba Daniel. “Creo que anda por Canadá. Se la pasa viajando. ¿No te mandó postales? Le manda postales a todo el mundo, menos a mí, por supuesto.” “Pero vos también viajaste.” “Sí viajé. Pero al final me aburría como una ostra. Como una ostra aburrída ¿entendés? Porque me imagino que habrá ostras divertidas como un chimpancé. Como un chimpancé gozador, claro. ¿Vos viste alguna vez en Villa Dolores cómo fornican los chimpancés? Gozan como turcos. O sea que me aburrí. Y eso que era la Europa de pre guerra, eh. Pero las gordas de Rubens y los flacos del Greco, las odaliscas y los obeliscos, la Torre Eiffel y la de Pisa, me tenían acalambrado. No sirvo para tanta cultura. Me produce gases. Yo soy de la generación del mate, la grapa y la milanesa.”

Fernando se quedó unos instantes con la mirada perdida. Luego bajó la voz y dijo: “¿Vos sabés por qué nos peleamos con Daniel? Nosotros andábamos siempre juntos. Hicimos juntos cientos de barrabasadas. Pero como decía mi viejo profesor de francés: *cherchélafam*. Había una piba, media busconcita ella, que cuando estábamos juntos pasaba moviendo el culo (que, dicho sea de paso, era una gloria) y, claro, nos enamoramos a dúo. Graso error, como decía el Conserva. Por separado, cada uno creía que era el preferido. Daniel y yo empezamos a odiarnos. Y cada vez que ella pasaba, creando como siempre problemas de nalgotráfico, nos odiábamos más. Hasta que una tardecita de febrero, justo cuando cunde ese calorcito que a todos solivianta, la mina pasó, meneando como de costumbre el culo-

poema, pero esa vez dándole el brazo a un pendejo, cuyo mayor atractivo era la posesión de un *renault* de bolsillo, donde los dichosos deben haber pasado las de Caín (por más que el fratricida nunca haya tenido automóvil) para echarse el polvo de rigor. Recuerdo que, a la vista de aquel doble preadulterio, Daniel y yo nos miramos, estupefactos. Pero la revelación había llegado tarde: ya no podíamos dejar de odiarnos. Y así hasta hoy”. Como en ese instante Fernando tuvo que callarse para tomar aliento, Claudio aprovechó para preguntarle en qué trabajaba. “Hago periodismo. Y me gusta ¿sabés? Me dedico a información general, pero los que me entusiasman son los hechos de sangre. El dire sabe mi preferencia, y siempre que hay alguno, allí me envía, y yo se lo agradezco. Tendrías que ver mis estupendas descripciones del occiso, aunque yo prefiero las de la occisa, particularmente cuando la encuentran en bolas. Te podrás imaginar que no lo escribo así, sino que lo expreso muy correctamente: “La infortunada joven se hallaba totalmente desarropada”. El dire dice que mi estilo es el que mejor se adapta a la sangre y al crimen, y yo creo modestamente que tiene razón.” La jerga de Fernando pensó Claudio parecía una caricatura del léxico que empleaba Daniel, allá en Capurro, cuando se nutría de Sir Arthur Conan Doyle.

De pronto Fernando miró su reloj y dijo que se le había hecho tarde, que debía irse. “¿Te vas sin jugar?”, preguntó Claudio. “No, ya jugué. Últimamente no tengo mucha suerte. Hoy dejé aquí medio sueldo.” “¿Tenés comisión sobre los hechos de sangre?” “Por desgracia, no. Estoy a sueldo, así que me pagan lo mismo por describir un doble crimen pasional que por cubrir un seminario sobre la triquinosis. Y me voy corriendo, porque hoy tengo la reconstrucción del crimen de la pelu-

quera. Aquí te dejo mi tarjeta, para que algún día me llames y me cuentes en qué andás, porque hoy me hiciste hablar como un loro y vos en cambio estuviste más callado que la hache.”

Libre ya de Fernando, Claudio se acercó a la barra, le preguntó al barman si tenía café a la turca y el otro dijo que sí. Cuando se lo trajeron lo sorbió lentamente. Nunca lo había probado, pero recordó que su jefe en la Agencia solía tomar uno a media mañana. En verdad le repugnó, pero apuró heroicamente aquella porquería, nada más que para no hacer un papelón ante el barman, que había quedado muy impresionado cuando él había pedido un producto tan elitista. Cuando el barman vio que había concluido, se acercó sonriendo y le preguntó si sabía leer la borra. “El café a la turca es el mejor para leer el poso, aunque los griegos sostienen que el suyo es el más apropiado por ser más grueso y sus granos más grandes.” “Léalo, si quiere”, dijo Claudio. El hombre dio vuelta el pocillo y pareció fascinado por lo que veía. “Hay un árbol”, dijo, “y también una mujer.” “Gracias”, dijo Claudio, desganado, pero le dejó una buena propina.

Dueño otra vez de su tiempo, Claudio se arrimó a la misma mesa en que había estado jugando. Como en la vez anterior, empezó apostando a segunda docena, pero salió la tercera. Puso fichas a caballo entre el 28 y el 31, y salió el 27. Iba a comprar más fichas (la otra mitad autorizada por su propio plan), cuando el veterano que había visto antes, el del traje de etiqueta ruinoso, se le acercó, le tocó el brazo y le preguntó: “¿Quiere un consejo de experto?”. Claudio vaciló, no quería involucrarse en proyectos ajenos y además temía que aquel tipo le pidiera dinero o algo así. “No le pido nada. Es un consejo gratis.” Él siguió sin responder. “Juegue al 3 y al 10.”

Aquellos números le golpearon en el pecho. Fue como si todos sus relojes eróticos sonaran a la vez. Alcanzó a balbucear que a él le gustaban las parejas negras. “Haga lo que quiera, Claudio. Usted es dueño de su suerte. Además, yo tengo que irme. Pero acuérdesese de estos números: 3 y 10. Algún día me lo va a agradecer.” “Pero usted cómo sabe mi nombre, cómo se llama.” “Digamos que soy un parroquiano del Sportman, pero eso no es lo fundamental.” No le tendió la mano. Sólo le dedicó una inclinación de cabeza y se alejó renqueando.

Claudio quedó tan confuso que tuvo que sentarse en una de las butacas laterales. De pronto se encontró diciendo en voz alta: “¿Y por qué no?”. Fue a la Caja, compró más fichas con el resto del dinero y se situó en la mesa de siempre. Puso varias fichas en el 3 y otras tantas en el 10. *Colorado el 3*. Toda la ganancia fue al 10. *Negro el 10*. Dejó todo en ese número y el 10 repitió. Entonces pasó toda la ganancia al 3. *Rojo el 3*. Recogió todas sus fichas y se alejó de la mesa, pero no tanto como para no escuchar los anuncios del *croupier*. Fueron saliendo el 4, el 0, el 36, el 18, el 27, el 9, el 31. Nada del 3 ni del 10.

Se arrimó nuevamente a la mesa de sus hazañas. Apostó fuerte al 10. *Negro el 10*. Hubo murmullos entre los jugadores. Dejó la apuesta más la ganancia. Repitió el 10. Algunos dejaron de apostar, nada más que para seguir su serie de aciertos. Cuando no jugaba, la Voz cantaba otros números. Cuando jugaba al 3 o al 10, seguía ganando.

Se dio cuenta de que su objetivo estaba más que cumplido. Sólo como un gesto final, casi una despedida, sabiendo que su ciclo había concluido, apostó al 3 y al 10 simultáneamente. La Voz cantó el 17. Dejó una buena propina, cambió una tonelada de fichas en la

Caja, repartió en todos los bolsillos los billetes y billetes cobrados, salió sin prisa, subió al primer taxi (hoy podía permitirse ese lujo) y le dio al chófer la dirección de Mariana.

TODA ESA GUITA

Cuando llegó Claudio, Mariana estaba radiante porque ella y Ofelia habían salvado un examen que era una pesadilla. Las dos muchachas se abrazaban y abrazaban a Claudio. Ofelia trajo de la cocina una botella de clarete y una bandeja con sandwiches. “Te estábamos esperando”, dijo Mariana. “Y menos mal que llegaste ahora, porque Ofelia se va dentro de un rato a Maldonado para darle la buena noticia a los viejos.” Y agregó enseguida: “Y al novio. ¿Sabías que tiene novio?”. Más abrazos y enhorabuenas. “Contá, contá”, dijo Claudio. El cuento de Ofelia fue muy breve: “Es medio pajuerano, pero novio al fin”. “No lo desacredites”, dijo Mariana. Y le aclaró a Claudio: “Hijo de estancieros ¿qué te parece?”. “Sí, pero disidente”, aclaró Ofelia. “¿Cómo es eso?”, preguntó Claudio, muerto de risa. “Hasta ahora no sabía que existieran estancieros disidentes. Me imagino que habrán fundado un sindicato.” “Pues ya lo ves. Se pasa defendiendo los intereses de los peones, que están muy asustados ante las imprevisibles derivaciones de esa reivindicación.”

De pronto Mariana se acordó de la misión de Claudio y le preguntó cómo le había ido. “Relativamente bien.” “Menos mal”, dijo ella, pero Ofelia los interrumpió: “Me voy, me voy, nos vemos el lunes”. Cuando quedaron solos, Mariana volvió a preguntar: “¿Qué quiere decir relativamente bien?”. Entonces Claudio empezó a vaciarlo todo sobre la mesa: la billetera, el portafolio, los incontables bolsillos. La montaña de dinero era descomunal.

Mariana se quedó sin aliento y sólo atinó a exclamar, con una voz extraña, mucho más aguda que la habitual: “¿A quién robaste? ¡Claudio Alberto Dionisio Fermín Nepomuceno Umberto sin hache! ¿A quién robaste? ¡Mirá que yo soy antigua, no lo olvides! ¡No me seducen los delincuentes! Ni siquiera Robin Hood”. Claudio se reía a borbotones y ella se iba poniendo pálida. Por fin tuvo miedo de que le pasara algo, así que la tomó por los brazos, la sacudió un poco y le dijo, casi le gritó: “No seas boba. ¿No ves que lo gané a la ruleta?”.

Entonces la pobre se aflojó del todo, alcanzó a preguntar quedamente: “¿Toda esa guita?”, y se desmayó. Claudio se asustó, le dio dos cachetadas (demasiado tiernas), fue corriendo al botiquín, le hizo oler amoníaco. Sólo cuando al fin ella abrió los ojos, él le respondió sonriendo: “Sí, toda esa guita”.

Mariana fue al baño y se mojó la cara. Cuando volvió junto a Claudio, ya el susto se le había convertido en alegría. “¡Qué jornada la de hoy! Primero el examen, luego esta barbaridad”. Miraba el dinero y no lo podía creer. “¿Y cuánto es?”, se atrevió a preguntar. “No lo sé”, dijo Claudio. “Todavía no he tenido tiempo de contarle. Pero creo que no sólo nos alcanza para mudarnos, sino para una buena entrega en la compra de un apartamento. El resto lo pagamos en cuotas.” “Te noto de lo más inmobiliario”, dijo Mariana.

Fue entonces que le salió de lo más hondo un tremendo suspiro. Después miró a Claudio. “Ya veo que nos casamos. Sonia podrá dormir tranquila.” “Olvidate de Sonia. Nos casamos sólo si vos lo querés.” “Esperate”, dijo ella. “Voy a ensayar mi respuesta ante el juez: Sí, quiero.”

Pusieron en orden los billetes, los fueron metiendo en unos sobres que encontró Mariana, y luego los depositaron, como si se tratara de un inexpugnable cofre fort, en

un simple estante del placard. “Mientras venía en taxi desde el Parque Hotel”, dijo Claudio, “estuve pensando en que lo mejor será que mañana depositemos todo esto en una cuenta a tu nombre. Digo a tu nombre porque, como sabés, la Agencia me manda dentro de unos días a Quito y no tengo idea de cuánto estaré ausente. Mientras tanto, vas viendo apartamentos, y si encontrás alguno que nos sirva y esté dentro de nuestras flamantes posibilidades, dejás una seña y concretamos la cosa a mi vuelta. ¿Te parece bien?” “Ya no me acordaba de tu viaje. ¡Qué lata!”

Estaban tan sobrecogidos, inquietos y hasta asustados, que esa noche ni cenaron ni hicieron el amor. Se durmieron abrazados, como dos criaturas indefensas, agobiadas por su buena suerte.

ESE POCO DE EQUILIBRIO

El 9 de agosto de 1945, o sea el día en que el azar (encarnado en aquel patriarca, tan venido a menos, que me aconsejara en el Casino) había decidido protegernos y graciosamente nos había permitido especular sobre un techo propio, justamente ese día los norteamericanos lanzaron sobre Nagasaki su segunda y descomunal bomba A, que despojó de sus vidas y de sus techos a decenas o acaso cientos de miles de seres humanos.

Mariana y yo sólo nos enteramos al día siguiente. No sé por qué la bomba de Nagasaki me afectó más que la de Hiroshima. Tal vez porque no sólo representó el horror sino su continuidad. En el noticiero especificaron que la potencia del artefacto había sido de 12,5 kilotoneladas, agregando que una kilotonelada equivalía a mil toneladas de TNT. Yo no tenía idea de cuánto significaba ese desorbitado poder de destrucción, pero debía ser considerable, a juzgar por las fervorosas hipérboles de los comentaristas.

Ahora bien, como los que arrojaron la bomba no eran alemanes ni franceses ni rusos, sino norteamericanos, los locutores se pasaron el día celebrando el acontecimiento y alabando los formidables adelantos de las técnicas bélicas de las fuerzas democráticas. Por otra parte, los cientos de miles de víctimas no eran blancuzcos sino amarillentos, así que tampoco había que preocuparse demasiado.

A mí aquello me parecía un horror. No podía entender que la gente oscilara tan irresponsablemente entre el alboroto y el alborozo. Pronosticaban que con esto se

acababa la guerra y lo decían tan jubilosamente como si hasta ayer hubiésemos sido nosotros los diariamente bombardeados. No es que yo les tuviera especial simpatía a los japoneses, pero me parecía algo atroz que miles de civiles murieran calcinados. Con qué rapidez los norteamericanos habían aprendido de los nazis el sistema de los hornos crematorios. De Auschwitz a Hiroshima, sin escalas.

La dejé a Mariana con su propia angustia y, sin pasar siquiera por la calle Ariosto, me fui a ver al tío Edmundo. Sólo él podía explicarme esta locura. Llegué a su casa casi corriendo y empujé la puerta. Sólo a la noche pasaba llave. Estaba en el patio, tomando mate, aprovechando el solcito de las once de un día de agosto excepcionalmente cálido. Pensé (pero me arrepentí enseguida de mi frivolidad) que la bomba, con su enorme llamareda allá lejos, nos había calentado el invierno acá cerca.

“Sentate”, me dijo, y me señaló un sillón de mimbre. Él sabía a qué venía. “No tengo explicación”, dijo. “¿Quién puede explicar semejante ferocidad? La única interpretación es que el hombre puede ser infinitamente cruel con su semejante. Puede ser cruel sin conocer al prójimo, sin haberle visto el rostro ni haber sostenido su mirada. Puede ser cruel por decisión soberana y autónoma. Como si ese prójimo no fuera un espejo. Cuando destruye el espejo, se destruye a sí mismo. La decisión de arrojar estas bombas es una decisión asesina, pero también suicida. Todavía es prematuro. Hasta ahora sólo ha llegado la imagen grotesca y alucinante del hongo atómico. Pero algún día llegarán las imágenes humanas e inhumanas de este hecho demencial. Es posible que el presidente Truman sea un hombre duro, pertinaz, inclemente, pero me atrevería a augurar que nunca más, hasta el día de su muerte, podrá dormir tranquilo. Y aun los pilotos encargados de estas misiones, ¿podrán resistir

durante mucho tiempo la incandescente tentación del suicidio?”

Le dio una última chupada al mate y lo dejó sobre un banquito, junto al termo. “¿Y nosotros?”, pregunté. Edmundo sonrió, alicaído. “Nada. No podemos hacer nada. Como no sea conservar la cordura. Que ya es bastante.”

Le comuniqué entonces el resultado de mi aventura en el Parque Hotel. Se le animaron los ojos. “¡Al fin una buena noticia!” Le dije que con esa cantidad de dinero Mariana y yo pensábamos comprarnos un apartamento y tal vez casarnos, pero que las últimas noticias me habían alterado a tal punto que ya no sabía qué hacer. “Tres días atrás fue lo de Hiroshima y, no sé por qué, tal vez porque entonces no tenía ni un cobre, me impresionó menos que esto de ahora. ¿No podría darle a ese dinero un destino más humano, más solidario, que el de solucionar un problema tan personal, y por eso mismo tan egoísta, como el de la vivienda, y no la vivienda de cualquiera, sino *mi* vivienda? No sé si puedo llamar a esto mala conciencia, ya que Truman no me consultó para arrojar las bombas, pero la verdad es que me siento incómodo conmigo mismo. Y por otra parte no quiero perjudicar a Mariana. Todo un lío.”

“Mirá, Claudio, una cosa es tener mala conciencia y otra cosa es fabricársela. Me parece bien que tengas esa inquietud, pero ¿qué vas a hacer? ¿Pensás con ese dinero organizar un comando para ajusticiar a Truman? ¿O vas a construir un hospital para las víctimas de Hiroshima y Nagasaki? Como nunca tuviste nada, te parece que ese dinero que de pronto te cayó en las manos es una fortuna. Pero fijate que ni siquiera te alcanza, por sí solo, para que compres una vivienda, aunque por supuesto será una buena ayuda. Que pienses en tener tu casa, no es un rasgo de egoísmo, sino un sentimiento muy natu-

ral, muy humano. Hace ya mucho que nos compramos con Adela esta casa vieja, pero linda, con patio y parral. No por eso me considero un potentado. Mes a mes fuimos pagando el préstamo del Banco. Es un rasgo positivo de este país, al menos hasta ahora. Buena parte de los simples empleados, de los obreros, tienen una vivienda que pagaron metro a metro, jornal a jornal. Pensábamos disfrutarla los dos pero ahora, cuando ya se acabó la deuda, Adela no está. La vivienda no es sólo un bien inmobiliario, es también una forma de consolidación espiritual. Ya verás, cuando la tengas, que volver a tu casa, todas las noches, te dará un poco de confianza, no mucha, pero un poco, en medio de este mundo tan poco confiable.”

“¿Y Nagasaki?” “Ah, Nagasaki. Recuerdo que, cuando tenía aproximadamente tu edad, un poco menos tal vez, el estudiante Princip mató en Sarajevo al archiduque austríaco Francisco Fernando y a su mujer, desencadenando así, con sólo un par de balazos, la Primera Guerra Mundial. Aquel suceso hizo que me sintiera vacío, ausente, distanciado. Del mundo, de la historia, del futuro. Tuve la sensación de que las decisiones trascendentales serían inevitablemente tomadas por otros, que yo siempre estaría al margen y que mi única posibilidad (no olvides que entonces me dedicaba al atletismo) era correr por el andarivel que otros me adjudicaran. Después pasan los años y uno aprende que las cosas no son tan inamovibles, que siempre queda un segmento de decisión del que uno es responsable y de cuyo compromiso no te podés librar tan fácilmente. Cuando por fin llegás a la conclusión de que *el mundo* es enorme pero que *tu mundo* es chiquito, ahí empezás a recuperar el equilibrio, bah, ese poquito de equilibrio que nos tocó en el reparto y que no hay que dilapidar.”

MI NAGASAKI

Antes de viajar a Quito, me había propuesto pintar mi Nagasaki. La noticia me había conmovido demasiado como para dejar que la desmemoria la volatilizara. Por otra parte, a medida que pasaban los días, los pormenores del horror nos invadían, nos cercaban. Era como si Alguien nos dijera, también ustedes pueden sucumbir, en rigor ya están sucumbiendo, sólo que son otras bombas las que los calcinan.

Un ejercicio tan masivo y programado del odio, como el que había tenido lugar el 6 y el 9 de agosto, acabó por abrumarme. Alimenté en mí mismo un tal rechazo del odio, que estuve a punto de caer en un pecado colateral: odiar al odio. Cuando escuchaba a los comentaristas de radio, o leía a los periodistas, que exaltaban aquellas masacres “porque habían evitado millones de otras muertes”, me parecía que una nueva doctrina, la hipocresía científico-técnica, acababa de nacer.

Estuve días y días haciendo bosquejos, pero no daba con las imágenes adecuadas, con los rostros y cuerpos que no aparecieran como meras reproducciones de la documentación fotográfica que nos llegaba y abrumaba a diario. Entonces quise representar la hecatombe en abstracto, sólo con colores, líneas, luces, cerrazones, sin presencia ni ausencia de seres humanos, sólo como estado atroz del ánimo, como si el alma humana, y no pobres ciudades, hubiera sido víctima de este apocalipsis. Pero el pincel y la espátula se me caían de impotencia y todos y cada uno de los colores me parecían inocentes, inexpresivos, pusilánimes.

Una tarde vino Norberto a buscarme con su flamante camioneta. Estaba tan orgulloso de su adquisición que quiso mostrármela y se ofreció a llevarme a donde yo quisiera. No estaba yo para paseos. Le hablé de mi tema obsesivo: Nagasaki. “Ah, la otra bomba”, comentó Norberto, ya que para él, como para todo el mundo, había una bomba titular, la de Hiroshima. La de Nagasaki era simplemente “la otra bomba”, la consecutiva en el sistema preferencial de suplentes.

Le hablé de mis problemas para encontrar una expresión artística, adecuada a esa miseria. “¿Miseria dijiste? Tengo la solución a tu problema.” Y arrancamos. Prácticamente atravesamos la ciudad. Yo estaba ensimismado, así que no sabía bien por dónde íbamos. De pronto Norberto frenó. Estábamos frente a un enorme, monstruoso basural. El hedor era insoportable. Tipos andrajosos, mugrientos, mujeres desgredadas, niños y adolescentes en pingajos, hurgaban entre inmundicias y cochambre, entre escoria y cenizas, buscando algo, no se sabía qué. Cuando advirtieron nuestra presencia, levantaron por un instante sus cabezas y nos miraron sin prevención, sin odio. Nos miraron sin nada. Enseguida volvieron a su bazofia, a su hedor, a su roña, a su trabajo.

“Aquí tenés tu Nagasaki”, dijo Norberto.

FRITTATINE AI QUATTRO SAPORI

Es probable que Norberto tuviera razón: ése era mi Nagasaki, mi modesto, intrascendente, rudimentario Nagasaki. Pero tampoco pude llevarlo a la tela. Mi visión del horror no estaba aún madura para el óleo. Sólo me sentí artificialmente (no visceralmente) identificado con el tema. La asunción de aquella doméstica Corte de los Milagros (recordé que años atrás la había buscado, sin hallarla, para cotejarla nada menos que con la de Victor Hugo) sirvió, sin embargo, para que me sintiera estúpido y presuntuoso. Comprendía ahora que aun en la vehemencia de mis planteos ante el tío Edmundo, había una suerte de desproporción, de grandilocuencia, como si inconscientemente hubiese pretendido inflar un desasosiego, verosímil ante una catástrofe remota, para convertirlo en un drama personal.

En medio de esa inestabilidad del ánimo, no me vino mal la inminencia del viaje. En Quito se iba a celebrar un seminario internacional sobre diseño gráfico y publicitario, y los capos de la Agencia entendieron que yo era el tipo idóneo para absorber las nuevas ideas que allí circularían: “Sos joven, tenés una incipiente pero fructífera carrera como plástico y conocer un poco de mundo no te vendrá mal”. Curiosamente, aunque liberales en cuanto a abrir perspectivas profesionales al personal, eran más bien roñosos en la bagatela práctica, de modo que no compraron el billete aéreo en una línea regular, sino en una compañía más o menos furtiva, que de vez en cuando organizaba vuelos especiales entre Buenos Aires y Quito.

Como la partida estaba prevista para el lunes, viajé a Buenos Aires el viernes anterior, así podía quedarme un par de días con los abuelos italianos. Mariana no fue a despedirme a Carrasco, porque dijo que las despedidas, las bodas y los desfiles militares siempre la hacían llorar (yo podía entender lo de las bodas y las despedidas, pero eso de llorar en los desfiles militares excedía mi capacidad de comprensión), de modo que sólo estuvieron en el aeropuerto el viejo y Sonia, Elenita y José, y hasta Juliska, que tenía una curiosidad casi infantil por asistir al despegue de aviones.

La verdad es que yo no estaba en condiciones de tomarle el pelo a Juliska, pues tampoco había viajado en avión ni siquiera salido del país (Juliska al menos conocía Crna Gora). De manera que mi excursión a Quito se había convertido en mi versión, personal e intransferible, de una de mis viejas lecturas juliovernianas: *Cinco semanas en globo*.

Cuando, junto con los otros pasajeros, empecé a caminar hacia el avión de Pluna, sonó allá arriba, en la terraza, la voz inconfundible de nuestra yugo: “¡Buen viaje!”. Ya no cabían dudas sobre la arrolladora mejoría de su idioma de adopción.

El abuelo Vincenzo (en realidad, Vincenzo Carlo Mario Umberto Leonel Giovanni), aquel que se había salvado del naufragio porque perdió el barco, y la abuela Rossana, me recibieron como a un hijo pródigo. Su homenaje más sentido fue brindarme lo que mejor sabían hacer: *minestrone, fegato alla salvia, frittatine ai quattro sapori, peperoni alla carmen, crostini arlecchino, tagliatelle alla genovese*. Si Juliska me hubiera visto relamerme con aquellos sabores tan poco servocroatas, habría sufrido la gran decepción de su vida. Pero la verdad es que todo estaba exquisito. Me hice la promesa de que mi dieta ecuatoriana sería frugalísima, pero mientras tanto

tragué y tragué —como dijera el clásico (¿quién fue?)— sin prisa y sin pausa.

En las sobremesas tuve que responder como pude a exhaustivos cuestionarios de la abuela Rossana sobre su nueva nuera (cuando la boda habían conocido a Sonia, pero muy superficialmente), sobre cómo se llevaba con su hijo Sergio, sobre el novio paraguayo de Elenita, sobre Mariana, si nos íbamos a casar y cuándo sería eso (por supuesto vendrían a mi casamiento). También preguntaron por su otro hijo, mi tío Edmundo, pero con cierto desaliento porque nunca les escribía. “Es un poco raro”, murmuró la abuela. “Desde la muerte de Adela ha cambiado bastante.” “La quería mucho, debe ser por eso”, trató de disculparlo el abuelo. Conmigo no era nada raro sino muy comunicativo, pero allí no lo dije porque no quise herirlos. Recordé que una vez le había preguntado a Edmundo cómo se llevaba con los padres, y me había dicho: “Los quiero, claro, siempre los quise, pero nunca pude comunicarme con ellos. Sergio los lleva mejor”. La verdad era que los abuelos eran macanudos para un fin de semana, pero vivir siempre con ellos no debía ser fácil. Su afecto (por otra parte, innegable) era demasiado absorbente.

El domingo telefoneé a Mariana. Antes aun de que oyera mi voz, ya sonaba en mi auricular su jubiloso: “¡Nepomuceno!”. Confieso que tanta intuición me conmovió. “La cama te extraña, yo te extraño, todos te echamos de menos. Además, ayer estuve viendo apartamentos y creo que encontré uno. Y está a nuestro alcance ruletero. Creo que mañana dejaré una seña. Te comunico que la idea de casarnos se me está volviendo atractiva. Además, puedo trabajar. Ya prácticamente lo he decidido, porque si espero a recibirme de veterinaria, cuando dé el último examen en este país ya no van a quedar vacas ni perros ni caballos ni gente. Uy, tengo

tantas cosas para hablar con vos. Y mucho cuidado con las quiteñas, que tienen sangre de india y de conquistador, y eso da una mezcla terriblemente excitante. Y por favor, no les enseñes a bailar tango, que ya te conozco ¿eh?”

Que yo recuerde, nunca había estado tan parlanchina. Me vinieron unas ganas locas de abrazarla, de besarla, de tenerla conmigo. ¿Para qué habría aceptado viajar a Quito? La llamada me salió un platal, ya que cuando ella se calló, yo a mi vez me puse baboso y le dije una colección de zalamerías, totalmente extrañas a mi proverbial sobriedad amatoria.

LA BORRA DEL CAFÉ

Al aeropuerto sólo lo acompañó el abuelo Vincenzo, porque era lunes y la abuela Rossana tuvo que quedar a cargo del almacén de Caballito. Vincenzo opinaba que era mucho mejor viajar en barco y sobre todo —agregaba riendo— llegar tarde al puerto y perder así el buque destinado a hundirse en pleno Atlántico. “Sí, claro”, asentía Claudio, “pero reconocí que ir en barco de Buenos Aires a Quito es casi una misión imposible.”

No fue fácil encontrar el mostrador que admitía a los pasajeros de mi vuelo. Preguntaron en *Informaciones*, pero ni siquiera conocían el nombre de Aleph Airlines. Por fin, cuando Claudio ya se estaba poniendo nervioso, vieron que en uno de los mostradores había un cartón donde habían escrito con una caligrafía muy rudimentaria: Aleph (especial a Quito). No había cola, a pesar de que no faltaba mucho para la hora de partida anotada en el billete. De todas maneras se acercaron y la empleada que atendía les dijo que efectivamente era ahí donde el pasajero debía presentarse. “Lo que pasa es que el vuelo está demorado una hora”, dijo la mujer, “pero de todos modos puede despachar su equipaje.” Claudio no iba muy cargado, ya que presumiblemente el seminario de Quito no duraría más de una semana.

Ya que debían esperar una hora, se instalaron en la cafetería y pidieron dos capuchinos con medias lunas. El abuelo Vincenzo estaba muy impresionado con que Claudio concurriera a un seminario internacional. “Vas a conocer a gente muy importante.” Le recomendó que estableciera conexiones que seguramente le iban a servir

de mucho en el futuro. “En este mundo de hoy quien no tenga conexiones no progresa. Fijate en mi caso. Me estancué en lo que tengo, el almacencito que vos conocés, y nunca pude dar un salto hacia adelante, y todo porque no tuve ni tengo conexiones. *Sono troppo bizzoso* como para establecer vínculos útiles.”

No habían transcurrido ni veinte minutos cuando los altavoces anunciaron la próxima partida del vuelo especial 9131 de Aleph Airlines, y sólo tres minutos después informaron que era el último llamado para ese mismo vuelo. Fueron casi corriendo hasta la puerta 7 y allí estaba colocado el mismo cartón con el garabateado nombre de la compañía. En total serían diez o doce pasajeros. “Vas a viajar cómodo”, dijo el abuelo, y abrazó a Claudio.

El avión parecía bastante confortable. Acomodó su maletín de mano y se abrochó el cinturón de seguridad. El despegue fue tranquilo. A Claudio se le habían sumado varios cansancios. Los preparativos del viaje en Montevideo, su última noche con Mariana, la despedida en Carrasco, las suculentas comidas con los abuelos, los interrogatorios de Rossana, la conversación telefónica con Mariana, los problemas para ubicar el mostrador de la compañía aérea, todo ello se le había acumulado y ahora que ya estaba en el aire, los ojos se le cerraban. Nagasaki yacía, convertida en cenizas, en un recodo del pasado remoto.

Cuando abrió los ojos, sintió que una mano se posaba en su brazo. Yo conozco esa mano, pensó, antes de mirar hacia la izquierda. Era Rita, claro. “Claudio”, dijo. “Qué sorpresa encontrarte en mi vuelo.” Sólo entonces él se fijó en su uniforme de azafata. “¿Te acordás que te dije, aquella vez en el Sportman, que estaba trabajando de azafata en una compañía aérea? Pues es ésta.”

Claudio guardó silencio. La mano de Rita bajó hasta

su propia mano, la trajo hasta sus labios y la besó, igual que en el pasado. Él entonces dijo: “Los tiempos han cambiado, Rita. Ya no soy el mismo”. “¿Estás seguro?” La mano de Rita hizo un avance más íntimo y apremiante. “Estamos casi solos, Claudio. Los otros pasajeros, que son unos pocos, están en la parte trasera del avión.”

Rita levantó el posabrazo que establecía una mínima frontera entre los dos asientos y arrió su cuerpo al de Claudio. Con la otra mano le tomó la barbilla y acercó su cara. Entonces lo besó en la comisura de los labios. Era su contraseña. Después lo besó largamente en la boca. A esa altura, a Claudio ya le resultaba insoportable su erección, un reflejo físico que por otra parte no deseaba. Pero el cuerpo tiene sus propias leyes.

Entonces, por el servicio de radiofonía, se oyó la voz del comandante: “Les habla el comandante Iginio Mendoza. Bienvenidos al vuelo especial 9131 de Aleph Airlines. Informamos a los señores pasajeros que dentro de 3 horas y 10 minutos tomaremos tierra en el aeropuerto de Mictlán. En el transcurso de este vuelo les será servido un refrigerio”.

Claudio escuchó aquel mensaje y se le acabó la erección. Apartó con un ademán brusco la mano itinerante de Rita, separó “su boca fuerte de aquella boca débil”, y preguntó en voz alta: “¿Qué aeropuerto dijo?”. Rita se acomodó el pelo y sonrió levemente antes de responder: “Mictlán”. “¿No íbamos a Quito?” “Íbamos, sí. Ahora vamos a Mictlán.”

Él se puso tenso. “¿Y eso dónde queda? ¿En qué país?” La otra mano de Rita, la que ahora reposaba en su brazo, se volvió insoportablemente fría: “Ya lo verás, Claudio, ya lo verás”.

“¿Puedo hacerte una pregunta?”, dijo Claudio. “Sí, claro. Yo no soy como la Esfinge. Yo respondo.” “¿Vos conociste al Dandy, verdad?” “Sí, lo conocí. Allá en tu

famoso Parque Capurro. Todo un caballero. Eso sí, venido a menos.” Claudio advirtió por primera vez que tenía la boca seca. Rita dijo: “¿Algo más?”.

Claudio cerró los ojos y la pregunta siguió sonando en su cabeza como un disco rayado. Todavía vibraba, taladrante, aquel perentorio ¿algo más? ¿algo más?, cuando tuvo una oscura conciencia de que se estaba durmiendo. Dormido y todo, miró por la ventanilla y tuvo la impresión de que el avión volaba en espiral, más bien sobrevolaba una y otra vez los mismos lugares pero éstos siempre aparecían como más lejanos, más lejanos. En medio de una neblina violácea, oyó la voz de Rita, en el café Sportman, diciéndole que ella concebía la muerte como un sueño repetido, pero no en círculo sino en espiral. Cada vez que volvés a pasar por un mismo episodio, decía, lo ves a más distancia, y eso te hace comprenderlo mejor. Pero el avión, y él mismo, pasaban y volvían a pasar sobre los mismos episodios, y no los comprendía mejor. Allá abajo estaban el Dandy, semioculto por la butifarra plateada que era el Graf Zeppelin, y el viejo dándole la mala noticia en la cocina, y el rostro de su madre metido en el féretro, y la higuera fraternal llena de pájaros, y el ciego Mateo avanzando con su bastón blanco por la calle Capurro, y el árbol del Hotel con su colección de iniciales, y los pechos vibrantes de Natalia, y Sonia preguntándole por qué no se casaba, y el tío Edmundo con su mate, su patio y su parral, y Juliska llorando sin consuelo. Y cuando el avión sobrevolaba su vida por vigésima vez, entonces se produjo en su pecho y en su cabeza un crispamiento o un fragor o una voladura y repentinamente se vio frente a un espejo que copiaba su propio rostro. Comprobó que éste se había convertido en una máscara trémula, pálida, angustiada. Luego el espejo se alejó lentamente para así reflejar el busto entero, y en el hombro derecho

se apoyó una mano delgada, casi esquelética, que sin embargo era la de Rita. No pudo tolerar aquella imagen y sin vacilar rompió el espejo con su frente. Por suerte del otro lado estaba el cuerpo desnudo de Mariana, y él logró apoyar sus brazos en aquellas caderas espléndidas, prójimas, tibias, y también logró acercar sus ojos a aquel ombligo único, de tango y de fruición, de trabajo y de holganza, de juego y desafío, de consuelo y amor, y miró por él como quien espía por el ojo de una cerradura. Y por aquel carnal, maravilloso orificio pudo al fin ver el mundo, las calles y las praderas del mundo, un mundo con Nagasaki pero sin Rita, ya era algo. Y cuando el ojo de la cerradura volvió a ser ombligo de Mariana, apoyó su frente contra él y apenas murmuró: “Mariana y punto”.

Despertó cuando otra vez alguien tocó su brazo. Una azafata. Pero no era Rita. “¿Va a tomar el refrigerio, señor?”. Dijo que sí con la cabeza, y ella le desenganchó la mesita y depositó allí la bandeja con el café, los sandwiches y el jugo de naranja. “Se ha lastimado en la frente”, dijo la azafata, solícita. “Enseguida le traigo una curitas.”

Había empezado a tomar el jugo, cuando se oyó la voz informativa: “Les habla el comandante Arnaldo Peralta. Comunicamos a los señores pasajeros que dentro de cuarenta y cinco minutos aterrizaremos en el aeropuerto de Quito”.

Cuando la azafata volvió con la curitas, le preguntó si podía llamar a su compañera. “Se llama Rita”, aclaró. La muchacha lo miró sorprendida. Luego dijo: “Usted perdone, señor, pero aquí no hay ninguna azafata que se llame así. Mi compañera es aquella gordita, pero su nombre es Teresa”. Él dijo que evidentemente estaba confundido. Comió los dos sandwiches con un hambre casi adolescente. Todavía le quedaba una duda: ¿en qué

momento habría empezado a soñar? Y también una certeza: de ahora en adelante, nadie iba a hallar vestigios de Rita en la borra del café.

ÍNDICE

Las mudanzas	11
Primeros auxilios	15
Aquel naufragio	18
Un parque para nosotros	20
El dirigible y el Dandy	22
Pro y contra de la osadía	30
Un espacio propio	32
Soñar en colores	35
Los de Galarza	38
Safari al Centro	40
Malas noticias	44
La niña de la higuera (1)	47
Adiós y nunca	50
Juliska habla castellano	53
Fiesta en el barrio	56
El Parque estaba desierto	60
Hasta la vista	63
Incompatibilidades	66
El buen trato	68
Gente que pasa	72
Las iniciales	78
Mi segundo Graf	81
Pobre pecador	85
Hoy estreno hoy	87
Espaldarazo	93
La niña de la higuera (2)	96
Bienvenida Sonia	102
Las tres y diez	107
El surco del deseo	109
Mujer del más acá	112
¿Para qué hablar?	115

Las constancias del viudo	117
Pies en polvo rosa	120
Voces lejanas	123
No siempre es así	128
Otra vez Mateo	131
Un milagro	135
El capital es otra cosa	137
Juliska se pone triste	140
Pretérito imperfecto	143
La antigua más nueva	147
Primer subsuelo	149
No va más	152
Toda esa guita	160
Ese poco de equilibrio	163
Mi Nagasaki	167
Frittatine ai quattro sapori	169
La borra del café	173

MARIO BENEDETTI

LA VIDA ESE PARÉNTESIS

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

A Luz, una vez más.

*Cuando el no ser queda en suspenso
se abre la vida ese paréntesis*

Preguntas al azar (1986)

*¿Habrá alguna idea que merezca
no ser pensada de nuevo?*

ELÍAS CANETTI

*Il faut souffler sur quelques lueurs pour faire
[de la bonne lumière.*

RENÉ CHAR

GRACIAS

a Alberto, Ambrosio, Claribel, Chus, Roberto, Sealtiel, Willie y por supuesto a Luz, que como siempre me ayudaron con su lectura crítica de estos poemas cuando sólo eran borradores.

CON LUGAR A DUDAS

COMO SI NADA

Si esta pobre existencia es como un puente
colgante entre dos áridos mutismos
vale decir entre dos muertes
a todas luces (o
mejor a todas sombras)
lo inapelable lo definitivo
lo importante vendría a ser la muerte

¿o no?
somos cardúmenes de vivos
que navegamos ciegos / consolables
de muerte a muerte y sin escalas

de esta tregua brevísima querría
llevarme algunas cosas
verbigracia el latido del amor
el libro que releo en los insomnios
la mirada sin niebla de los justos
y otra vez el latido del amor

esto de no ser más / de terminarse
tiene algo de aventura o de presidio
del ocaso al acaso media un palmo
de la nada a la nada va una vida

allá lejos / la simple ceremonia
de esa boca de niño junto a un pecho
de madre manantial

es un envite inútil a la nada
un simulacro espléndido / un adiós

pero la nada espera / no se olvida
de todas sus promesas serviciales
sus lágrimas de paz y protocolo
sus grietas en la tierra y en el cielo

¿cómo no ser curioso?
¿cómo no hacer apuestas a favor
o en contra hasta que alguien
pronuncie el no va más?

estoy henchido de curiosidad
callado como un pino en el crepúsculo
cuando el sol / ese impar / muere de a poco
y también él esconde sus vergüenzas

curioso y en silencio / yo me espío
a ver si la esperanza cicatriza
o si las servidumbres se desmandan
o si el secreto a voces me concierne

estoy flotante de curiosidad
ávido de saber o de sufrirme
flotante entre mis miedos
esclavo de mis auras
señor de mis cenizas

alguna vez la nada será mía
y yo / curioso
la venderé al mejor postor
y si él / a su vez / desencantado
la subasta en la plaza /

podré esfumarme al fin
como si nada

PEQUEÑAS MUERTES

Los sueños son pequeñas muertes
tramoyas anticipos simulacros de muerte
el despertar en cambio nos parece
una resurrección y por las dudas
olvidamos cuanto antes lo soñado

a pesar de sus fuegos sus cavernas
sus orgasmos sus glorias sus espantos
los sueños son pequeñas muertes
por eso cuando llega el despertar
y de inmediato el sueño se hace olvido
tal vez quiera decir que lo que ansiamos
es olvidar la muerte
apenas eso

RESISTENCIAS

Hay quienes se resisten deshilachadamente
a morir sin haberse concedido
un año un mes una hora de goce
y esperan ese don cultivando el silencio
vaciándose de culpas y de pánicos
descansando en el lecho del cansancio
o evocando la infancia más antigua

así / con la memoria en rebanadas
con ojos que investigan lo invisible
y el desaliento tímido y portátil
que se cubre y descubre a duras penas
así miden el cuerpo torpe cándido
ese montón de riesgos y de huesos
áspero de deseos como llagas
que no elige agotarse mas se agota

merodean tal vez por la nostalgia
ese usual laberinto de abandonos
buscan testigos y no los encuentran
salvo en las caravanas de fantasmas

piden abrazos pero nadie cae
en la emboscada de los sentimientos
carne de espera / alma de esperanza
los desnudos se visten y no vuelven

el amor hace un alto en el camino
sorprendido in fraganti / condenado

y no obstante siempre hay quien se resiste
a irse sin gozar / sin apogeos
sin brevísimas cúspides de gloria
sin periquetes de felicidad

como si alguien en el más allá
o quizás en el más acá suplente
fuera a pedirle cuentas de por qué
no fue dichoso como puede serlo
un bienaventurado del montón

COMO SI FUÉRAMOS INMORTALES

Todos sabemos que nada ni nadie habrá de
ahorrarnos el final
sin embargo hay que vivir como si fuéramos
inmortales
sabemos que los caballos y los perros tienen las
patas sobre la tierra
pero no es descartable que en una nochebuena se
lancen a volar

sabemos que en una esquina no rosada aguarda
el ultimátum de la envidia
pero en definitiva será el tiempo el que diga dónde
es dónde y quién es quién

sabemos que tras cada victoria el enemigo regresa
buscando más triunfos
y que volveremos a ser inexorablemente derrotados
vale decir que venceremos

sabemos que el odio viene lleno de imposturas
pero que las va a perder antes del diluvio o después
del carnaval
sabemos que el hambre está desnuda desde hace
siglos
pero también que los saciados responderán
por los hambrientos

sabemos que la melancolía es un resplandor
y sólo eso

pero a los melancólicos nadie les quita lo bailado
sabemos que los bondadosos instalan cerrojos
de seguridad
pero la bondad suele escaparse por los tejados
sabemos que los decididores deciden como locos
o miserables
y que mañana o pasado alguien decidirá que no
decidan

sintetizando / todos sabemos que nada ni nadie
habrá de ahorrarnos el final
pero así y todo hay que vivir como si fuéramos
inmortales

MONÓLOGO DE UN QUÍDAM

Hoy estuve velando mis escombros
los del pasado y los contemporáneos
así aprendí que ciertas felonías
suenan a hueco en su epopeya fácil
y han perdido sus tristes atributos

hay una franja de rencor / lo admito
pero es un rencor inexpresivo
no olvido que antes era un manantial
y yo gozaba de aquel odio joven
que circulaba alegre por mis venas

hay ecos de belleza hoy cancelados
mordientes de lujuria y desconsuelo
pensar que no hace mucho eran fulgores
labios que socorrían a mis labios
pechos que se encontraban con mis manos

hoy estuve velando mis escombros
los pasados y los contemporáneos
y por las dudas fui dejando tiempo
para los azarosos / desafiantes
previsibles escombros del futuro

entre algunos pedruscos del recelo
flores y carantoñas del horror
hay un breve derribo fronterizo
donde los caracoles hacen guardia
ladrillos y adoquines toman sol

hay ropa sucia / fechas limpias
bancarrotas de amor / lascas de espanto
sentimientos añosos / sentimientos
que simulan ser jóvenes y frágiles
hay ropas limpias / fechas sucias

hoy estuve velando mis escombros
los del pasado y los contemporáneos
lo que quedó de mis demoliciones /
como hoja de servicios no me sirven
y como ruinas me desilusionan
son tan sólo una parte de mí mismo
que ha emigrado de mí como un pellejo

FUTURO CADA VEZ MÁS JÍBARO

A medida que la distancia
entre el presente y el final se acortan
y el futuro se aclara y se enaniza
y se está un poco harto
de husmear en los residuos del pasado
uno valora y hasta mitifica
la fusión con el cuerpo del amor
y una que otra mirada que atravesó la niebla

aquellos que se aman o se amaron
saben que allí estaba la clave
la negación del acabóse
y por supuesto la vacuna
contra el maldito desamparo

en el futuro cada vez más jíbaro
no figuran feriados ni esperanzas
menos aún llegan explicaciones
de por qué cómo dónde cuándo

el borde lejos ya está cerca
el borde cerca es un despeñadero
hay que aprender a sentir vértigo
como si fuese sed o hambre

¿CÓMO SE ESCRIBIRÁ UN POEMA EXISTENCIAL?

Vamos a ver

¿cómo se escribirá un poema existencial?

¿preguntando a la ceniza por el fuego?

¿al desmadrado por la madre?

¿a la migaja por el pan nuestro?

¿al muñón por el meñique?

¿al alma por su almarío?

¿al piojo por el universo?

¿a la saliva por el beso?

¿a la cigüeña por el campanario?

¿al pez espada por su vaina?

¿al sordomudo por la cadencia?

¿a la seda por el gusano?

¿a la bienamada por su desamor?

¿al arbolito por sus pájaros?

¿al universo por el piojo?

¿al corazón por la puñalada?

¿al rruiseñor por la rruiseñora?

¿a la lágrima por su lagrimal?

¿a mí mismo por mi salvavidas?

supongo que a esta altura ya habréis adivinado
que he resuelto postergar mi poema existencial
para el siglo veintiuno o veintidós

RECIÉN NACIDO

Ignorante del mundo y de sí mismo
deja el recién nacido su caverna
lejos y cerca de la piel materna
inaugura el candor de su egoísmo

mira en su entorno y es un espejismo /
la apenas asumida vida externa
no es todavía despiadada o tierna
pero ya muestra señas del abismo

aprenderá sin duda ese paisaje
que poco a poco en niebla se convierte
y empezará a enterarse del mensaje

donde estará la clave de su suerte /
ya ha reservado sitio para el viaje
sutil e inexorable hacia la muerte

EL ALMA NO ES EL CUERPO

Nos enseñaron desde niños
cómo se forma un cuerpo
sus órganos sus huesos
sus funciones sus sitios
pero nunca supimos
de qué estaba hecha el alma

¿será de sentimientos /
de ensueños / de esperanzas?
¿de emociones / de tirrias /
de estupores?

lo cierto es que / ignorada /
el alma arde en su fuego
tiene espasmos oscuros
punzadas de ternura
suburbios de delirio

¿será tal vez una inquilina
del corazón? ¿o viceversa?
entre ellos no hay frontera

¿o será la asesora
principal de la mente?
¿o viceversa?
entre ellas no hay disputa

¿o será capataza
de la pobre conciencia?

¿o viceversa?
entre ellas no hay acuerdo

el alma tiene hambres
y cuando está famélica
puede herir
puede armarse
de enconos o de furias

no hay que pensar que el alma
es un tul de inocencia
ajeno a los agravios
que sufren cuerpo y alma

en el alma se forman
abscesos de rencores
tumores de impaciencia
hernias de desamparo

el problema es que no hay
cirujanos de alma
ni siquiera herbolarios

el alma es un secreto / una noción
una nube que suele anunciar llanto
pero después de tantas búsquedas
de pesquisas inútiles
y de adivinaciones
nos queda apenas una certidumbre /
que el alma no es el cuerpo
pero muere con él

GARANTES

Los pedacitos de felicidad
son como fiebres migratorias
llegan con la estación en alza
se van con el segundo frío

los pedacitos de congoja en cambio
derraman pétalos o miedos
pero también espinas despaciosas
que no se van / se quedan

desdicha y gloria retenidas
a puro ánimo en su borde
permanecen ahí como garantes
de la conciencia y de la muerte

PEROS

Las circunstancias / tiempo en carne viva /
ponen a nuestro alcance pena y goces
pero
más de una vez nos llevan a remolque

amor es más que un juego o un diluvio
es el cuerpo y el alma a la intemperie
pero
si se va la lujuria ya no vuelve

el trabajo es un bálsamo / un compás /
gracias a él lidiamos con las horas
pero
hay un ocio final que no perdona

la vida puede ser un vendaval
que sacude mis sueños y tus duendes
pero
la vida tiene obligación de muerte

BOSTEZO

¿No te aburre asistir a esta sequía
de los sentimientos? ¿a esta
chafalonía de los vencedores?
¿al promesario de los púlpitos?
¿al fuego fatuo de los taumaturgos?
¿al odio de los viscerales?
¿no te empalagan los alabanceros?
¿la caridad de los roñosos?
¿el sesgo irónico de las encuestas?
¿los mentirosos constitucionales?
¿no te amola el zumbido de los frívolos?
¿las guasas del zodíaco?
¿el vaivén de la bolsa?
¿no te viene el deseo irreprimible
de abrir la boca en un bostezo espléndido?

pues entonces bosteza / hijo mío / bosteza
con la serenidad de los filósofos
y la cachaza de los hipopótamos

CELOSÍAS

Celosías para mirar
¿para mirar a quién?
al menos la conciencia
no es espiable
expiable puede ser
tiene pájaros propios
y alba propia
deseos vulnerados
cerrazones de culpa
árboles temblorosos
pedacitos de suerte
olor a nada
pero todo en un cofre
lleno de mundo
mundo de solo / claro /
abismo
enigma

celosías para mirar / y otras
para no ser mirado

A TIENTAS

Se retrocede con seguridad
pero se avanza a tientas
uno adelanta manos como un ciego
ciego imprudente por añadidura
pero lo absurdo es que no es ciego
y distingue el relámpago la lluvia
los rostros insepultos la ceniza
la sonrisa del necio las afrentas
un barrunto de pena en el espejo
la baranda oxidada con sus pájaros
la opaca incertidumbre de los otros
enfrentada a la propia incertidumbre

se avanza a tientas / lentamente
por lo común a contramano
de los convictos y confesos
en búsqueda tal vez
de amores residuales
que sirvan de consuelo y recompensa
o iluminen un pozo de nostalgias

se avanza a tientas / vacilante
no importan la distancia ni el horario
ni que el futuro sea una vislumbre
o una pasión deshabitada

a tientas hasta que una noche
se queda uno sin cómplices ni tacto
y a ciegas otra vez y para siempre

se introduce en un túnel o destino
que no se sabe dónde acaba

ENDECHA POR EL TEDIO

Tedio / sopor / querido aburrimiento
desprovisto de excusas o razones
qué prodigiosa tu monotonía
qué confortable tu cansancio gris
qué subalterna tu condescendencia

ahora que el estruendo / el alboroto
el fragor de las voces / la metralla
la baraúnda de los vengadores
los aullidos del caos renovado
llenan la calle de un retumbo inútil

cómo añoramos tu chatura fértil
tu paz liviana / tu insignificancia
tu desarrollo del bostezo insomne
cómo querríamos que regresaras
tedio / sopor / querido aburrimiento

ESO NO

Quiero que el mar dirima sus querellas
quiero que el cielo llueva como antes
quiero en el aire pájaros errantes
y que en la noche brillen mis estrellas

de todas tus edades quiero aquellas
que dejaban vivir sin atenuantes
no quiero / humanidad / que te quebrantes
ni que de tu malogro queden huellas

desapareceremos de uno en uno
en aras del injusto justiciero
y en el instante clave / el oportuno /

quizá perdamos ésta u otras lides /
pero tú eres mi cábala y no quiero /
humanidad plural / que te suicides

MÁS ACÁ DEL HORIZONTE

Más acá está la siembra / están los sueños
una infinita colección de rostros
la liturgia del mar y sus arenas
están los fuegos y está la ceniza
las inauguraciones y los ritos
las redes de la vida y la sencilla
la incorruptible muerte / la de todos

el horizonte / borde espurio y flaco
frontera del futuro / nada en ciernes
es un enigma manso / tan hipócrita
que no asume su rango en el espacio
el horizonte es filo inofensivo
y sin embargo hiere desde lejos

las gaviotas lo asumen lo acompañan
y la noche lo cubre como puede
pero su línea nos persigue inmóvil
en la vigilia y en la duermevela

más acá está tu vientre tu espesura
la corteza del árbol que olvidaste
el espasmo imprevisto de los celos

las rondas de tu sangre / tus indultos
tus muertos y los míos / la campana
que se queja doliente en su clausura /
tu estilo de vivir o de apagarte

más acá estoy yo mismo / fanal tenue
que no ilumina ni desvela a nadie
escaso de propuestas y de súplicas
con mi cuerpo vulgar siempre a la espera
de tu cuerpo leal / ese desnudo

más acá estoy yo mismo / confundido
como un crédulo espejo sobre el agua
y no reflejo olas sino antorchas
que inventé como un juego y ya no invento

el horizonte mientras tanto vive
de su salitre y sus amaneceres
la ojeada del alba lo despierta
lo introduce flamante en el mercado
de luces de tinieblas y de sombras

el horizonte cesa cuando llueve
velado tras un llanto que no es suyo
o simplemente cuando tu mirada
deja de vislumbrarlo enceguecida

el tiempo en cambio no se esconde / ocurre /
nos deja turbios y turbados / pobres /
desengañados de éstas y otras ferias
de otros huecos de dios y otras visiones

la verdad es que todo lo que amamos
todo lo que nos duele y lo que somos
existe más acá del horizonte

AMOR VENDIMIA

SOBRE CARTAS DE AMOR

Una carta de amor
no es un naipe de amor

una carta de amor tampoco es una carta
pastoral o de crédito / de pago o fletamento

en cambio se asemeja a una carta de amparo
ya que si la alegría o la tristeza
se animan a escribir una carta de amor
es porque en las entrañas de la noche
se abren la euforia o la congoja
las cenizas se olvidan de su hoguera
o la culpa se asila en su pasado

una carta de amor
es por lo general un pobre afluente
de un río caudaloso
y nunca está a la altura del paisaje
ni de los ojos que miraron verdes
ni de los labios dulces
que besaron temblando o no besaron
ni del cielo que a veces se desploma
en trombas en escarnio o en granizo

una carta de amor puede enviarse
desde un altozano o desde una mazmorra
desde la exaltación o desde el duelo
pero no hay caso / siempre

será tan sólo un calco
una copia frugal del sentimiento

una carta de amor no es el amor
sino un informe de la ausencia

MUCHACHA

Cuando pasa el vaivén de tu cintura
la calle queda absorta / deslumbrada
si desnuda te sueña la mirada
sos carne de cañón o de censura

las vidrieras reflejan tu figura
y el maniquí te envidia la fachada
tu presencia es un riesgo / todo o nada
tu encanto es integral / base y altura

el requiebro vulgar no te arrebola
parecés satisfecha con tu suerte
no te inquietan azares ni aureola

quizá porque estás lejos de la muerte /
ya que la sombra te ha dejado sola
aprovechá la luz para esconderte

ENAMORARSE Y NO

Cuando uno se enamora las cuadrillas
del tiempo hacen escala en el olvido
la desdicha se llena de milagros
el miedo se convierte en osadía
y la muerte no sale de su cueva

enamorarse es un presagio gratis
una ventana abierta al árbol nuevo
una proeza de los sentimientos
una bonanza casi insoportable
y un ejercicio contra el infortunio

por el contrario desenamorarse
es ver el cuerpo como es y no
como la otra mirada lo inventaba
es regresar más pobre al viejo enigma
y dar con la tristeza en el espejo

MUJER REHÉN

La mujer de aquel sueño era un rehén
al menos era suya mientras él
no la vendiera al despertar
y no iba a venderla nunca nunca

la mujer de aquel sueño era de sueño
y sus soñados pechos eran
insoportables de tan bellos
su pubis de deseo era soñado
y soñados los labios en custodia
de la lengua dulcísima y soñada

la mujer de aquel sueño era un rehén
al menos era suya mientras él
no la vendiera al despertar
y no iba a venderla nunca nunca

pero de pronto el nunca se acabó
y cuando abrió los ojos ya no estaba

NOSTALGIA

¿De qué se nutre la nostalgia?

Uno evoca dulzuras
cielos atormentados
tormentas celestiales
escándalos sin ruido
paciencias estiradas
árboles en el viento
oprobios prescindibles
bellezas del mercado
cánticos y alborotos
lloviznas como pena
escopetas de sueño
perdones bien ganados

pero con esos mínimos
no se arma la nostalgia
son meros simulacros

la válida la única
nostalgia es de tu piel

COMO UN MILAGRO

La linda parejita que transcurre
por el viejo teclado de baldosas
sabe y no sabe de su amor a término
o de las marcas que impondrán los días

la linda parejita en su burbuja
no quiere saber nada de cenizas
ni de cuevas ajenas ni de fobias
sólo pide quererse a encontronazos

asume su pasión como una ergástula
nada de libertad condicionada
con sus dos soledades basta y sobra
con sus dos cuerpos y sus cuatro manos

tiene razón la linda parejita
no es fácil instalarse en la excepción
el plazo del amor es un instante
y hay que hacerlo durar como un milagro

POCAS COSAS

En este mundo hay tan poquitas cosas
capaces de endulzarle a uno la vida /
digamos la esperanza amanecida
o la lluvia que brilla en las baldosas

me gusta la constancia de las rosas
que nunca dan su espina por perdida
y también la tristeza repetida
de las palmas tan solas y orgullosas

pero no hay nada tan profundo y leve
como el alma y el vértigo y los labios
de esa mujer que al verla nos conmueve

para ser alguien entre cielo y suelo
y salvarse del odio y sus resabios
nada como el amor y su consuelo

PIERNAS

Las piernas de la amada son fraternas
cuando se abren buscando el infinito
y apelan al futuro como un rito
que las hace más dulces y más tiernas

pero también las piernas son cavernas
donde el eco se funde con el grito
y cumplen con el viejo requisito
de buscar el amparo de otras piernas

si se separan como bienvenida
las piernas de la amada hacen historia /
mantienen sus ofrendas y enseguida

enlazan algún cuerpo en su memoria /
cuando trazan los signos de la vida
las piernas de la amada son la gloria

MASS MEDIA

De los medios de comunicación
en este mundo tan codificado
con internet y otras navegaciones
yo sigo prefiriendo
el viejo beso artesanal
que desde siempre comunica tanto

ROMEO DE HOGAÑO

No me sirven estos ojos para mirarte
son demasiado tímidos y miopes
habrá que adiestrarlos para que te lean
cuando sonrías desde tu neblina
o dices adiós como quien dice quédate

no me sirven estos ojos porque parpadean
y a ti hay que mirarte sin tregua ni respiro
ya que de lo contrario eliges diluirte
en suspiros presagios y distracciones
y entonces nadie sabe a dónde te escabulles

no me sirven estos ojos porque a veces
a pesar de mi oficio de nictálope
no puedo adivinarte en tu balcón
cuando asumes la pena y el fracaso
de esta boca que no llega a tu boca

no me sirven estos ojos ni esta linterna
ni aun este sencillo proyecto de lujuria
a lo mejor no estás / a lo peor no existes
julieta favorita de mis huesos antiguos
quimera de mi afán y mi acabóse

NO SÉ QUIÉN ES

Es probable que venga de muy lejos
no sé quién es ni a dónde se dirige
es sólo una mujer que se muere de amor
se le nota en sus pétalos de luna
en su paciencia de algodón / en sus
labios sin besos u otras cicatrices /
en los ojos de oliva y penitencia

esta mujer que se muere de amor
y llora protegida por la lluvia
sabe que no es amada ni en los sueños /
lleva en las manos sus caricias vírgenes
que no encontraron piel donde posarse /
y / como huye del tiempo / su lujuria
se derrama en un cuenco de cenizas

SONATA PARA ADIÓS Y FLAUTA

Te vas tan sola como siempre
te echaremos de menos
yo y los abrazos de la tarde
yo y mi alma y mi cuerpo

tu larga sombra se resiste
a abandonarnos / pero
has decidido que se fuera
contigo a todo riesgo

de todos modos no querría
que enterraras tu sueño
aquel en que tu amor de nadie
era como un estreno

te vas de nuevo no sé a dónde
y tu adiós es un eco
que se prolonga y nos alude
como un último gesto

nunca guardaste la ternura
como pan para luego
estoy seguro de encontrarla
liviana entre tus pechos

te vas con paso de derrota
pero no me lo creo
siempre has vencido en tu querella
contra el odio y el miedo

quién sabe allá lo que te aguarda
ese allá tan desierto
que se quedó sin golondrinas
todo erial / todo invierno

mas si una tarde te extraviaras
entre el mar y el espejo
recuerda siempre que aquí estamos
yo y mi alma y mi cuerpo

EL FARO Y OTRAS SOMBRAS

LA MENDIGA

La mendiga bajaba siempre a la misma hora y se situaba en el mismo tramo de la escalinata, con la misma enigmática expresión de filósofo del siglo diecinueve. Como era habitual, colocaba frente a ella su platillo de porcelana de Sèvres pero no pedía nada a los viandantes. Tampoco tocaba quena ni violín, o sea que no desafiaba brutalmente como los otros mendigos de la zona.

A veces abría su bolsón de lona remendada y extraía algún libro de Hölderlin o de Kierkegaard o de Hegel y se concentraba en su lectura sin gafas.

Curiosamente, los que pasaban le iban dejando monedas o billetes y hasta algún cheque al portador, no se sabe si en reconocimiento a su afinado silencio o sencillamente porque comprendían que la pobre se había equivocado de época.

HISTORIA DE FANTASMAS

Los dos fantasmas, uno azul y otro blanco, se encontraron frente a la caverna consabida. Se saludaron en silencio y avanzaron un buen trecho, sin pisarse las sábanas, cada uno sumido en sus cavilaciones. Era una noche neblinosa, no se distinguían árboles ni muros, pero allá arriba, muy arriba, allá estaba la luna.

—Es curioso —dijo de pronto el fantasma blanco—, es curioso cómo el cuerpo ya no se acuerda de uno. Por suerte, porque cuando se acordaba era para que sufriéramos.

—¿Sufriste mucho? —preguntó el fantasma azul.

—Bastante. Hasta que lo perdí de vista, mi cuerpo tenía quemaduras de cigarrillos en la espalda, le faltaban tres dientes que le habían sido arrancados sin anestesia, no se había olvidado de cuando le metían la cabeza en una pileta de orines y mierda, y sobre todo se miraba de vez en cuando sus testículos achicharrados.

—Oh —fue la única sílaba que pronunció o pensó o suspiró el fantasma azul.

—¿Y vos? —preguntó a su vez el otro—. ¿También tu cuerpo te transmitía sufrimientos?

—No tanto mi cuerpo, sino los de otros.

—¿De otros? ¿Acaso eras médico?

—No precisamente. Yo era el verdugo.

El fantasma blanco recordó que allá arriba, muy arriba, allá estaba la luna. La miró sólo porque tenía necesidad de encandilarse. Pero la luna no es el sol.

Con una punta de su sábana impoluta se limpió una brizna de odio. Luego se alejó, flotando, blanquísimo

en la niebla protectora, en busca de algún dios o de la nada.

HETERÓNIMOS

Antonio Machado, Fernando Pessoa, Juan Gelman crearon de un plumazo sus heterónimos, unos señores que tuvieron la virtud de complementarlos, ampliarlos, hacer que de algún modo fueran más ellos mismos. También yo (*vanitas vanitatum*) quise tener el mío, pero la única vez que lo intenté resultó que mi joven heterónimo empezó a escribir desembozadamente sobre mis cataratas, mis espasmos asmáticos, mi herpes zoster, mi lumbago, mi hernia diafragmática y otras fallas de fábrica. Por si todo eso fuera poco se metía en mis insomnios para mortificar a mi pobre, valetudinaria conciencia. Fue precisamente ésta la que me pidió: por favor, colega, quítame de encima a este estorbo, ya bastante tenemos con la crítica.

Sin embargo, como los trámites para librarse de un heterónimo son más bien engorrosos, opté por una solución intermedia, que fue nombrarlo mi representante plenipotenciario en la isla de Pascua. Por cierto que desde allí acaba de enviarme un largo poema sobre la hipotética vida sexual de los moairs. Reconozco que no está nada mal. Se nota mi influencia.

EL FARO

A aquel faro le gustaba su tarea, no sólo porque le permitía ayudar, merced a su sencillo e imprescindible foco, a veleros, yates y remolcadores hasta que se perdían en algún recodo del horizonte, sino también porque le dejaba entrever, con astuta intermitencia, a ciertas parejas que hacían y deshacían el amor en el discreto refugio de algún auto estacionado más allá de las rocas.

Aquel faro era incurablemente optimista y no estaba dispuesto a cambiar por ningún otro su alegre oficio de iluminador. Se imaginaba que la noche no podía ser noche sin su luz, creía que ésta era la única estrella a flor de tierra pero sobre todo a flor de agua, y hasta se hacía la ilusión de que su clásica intermitencia era el equivalente de una risa saludable y candorosa.

Así hasta que en una ocasión aciaga se quedó sin luz. Vaya a saber por qué sinrazón mecánica el mecanismo autónomo falló y la noche puso toda su oscuridad a disposición del encrespado mar. Para peor de males se desató una tormenta con relámpagos, truenos y toda la compañía. El faro no pudo conciliar el sueño. La espesa oscuridad siempre le provocaba insomnio, además de náuseas.

Sólo cuando al alba el otro faro, también llamado sol, fue encendiendo de a poco la ribera y el oleaje, el faro del cuento tuvo noción de la tragedia. Ahí nomás, a pocas millas de su torre grisácea, se veía un velero semihundido. Por supuesto pensó en la gente, en los posibles naufragos, pero sobre todo pensó en el velero, ya que siempre se había sentido más ligado a los barcos que a

los barqueros. Sintió que su recio corazón se estremecía y ya no pudo más. Cerró su ojo de modesto cíclope y lloró dos o tres lágrimas de piedra.

PAPEL MOJADO

PAPEL MOJADO

Con ríos
con sangre
con lluvia
o rocío
con semen
con vino
con nieve
con llanto
los poemas
suelen
ser
papel mojado

GLOBALIZACIONES

La globalización
de la abusiva economía /
también la corrupción globalizada /
de un quinquenio a esta parte
van en globo
¿globo terráqueo? ¿no cautivo?

la globalización de la basura
nuclear y de la otra
y la cultura light globalizada
mass media y de la otra
son meros subproductos del gran globo

por eso recurrimos
en el clearing / el software / o en los surveys
al áspero lunfardo del imperio

es cierto que esa globalización
de nuestro pobre miserable globo
tiende a globalizar el desaliento

sólo si alguien algún día
pincha el globo / aleluya /
tal vez por fin se globalicen
los fueros de la gente
digamos vos y yo
y otros millones de inocentes,
flamantes antropoides

CARACOLA

Aquella caracola me puso en el oído
todo el escándalo del mar
y no era hostil ni tierno ni sublime
tan sólo era el escándalo del mar

la caracola nunca me exigió
que yo le respondiera
y yo turbado no le respondía
quizá por eso enmudeció

sólo mucho más tarde cuando supe
o imaginé o deduje
que aquel silencio nómada
era una travesía
la caracola escrupulosa
volvió a ponerme en el oído
todo el escándalo del mar

pero el mar era otro
yo era otro

SOLILOQUIO DEL DESAPARECIDO

Sin esperanza y sin alarmas
no sé si voy o permanezco
en esta niebla que me aísla
sin odio ni misericordia

todo lo ignoro del crepúsculo
esa guirnalda de imposibles
vengo de ahogos y estropajos
antes estaba / ya no estoy

sé que he dejado de escaparme
ya no respondo a nadie / a nada
he dicho no como un tañido
como un fragor como un repique

ahora estoy solo y sin hambre
me siento ingrávido y sin sed
no tengo huesos ni bisagras
no tengo ganas ni desgana

podría ser un esperpento
un trozo de alma / un alma entera
los muebles viejos y las calles
el bosque y todos los espejos

en un instante se esfumaron
o se inhumaron / ya no cuentan

sólo la luna se mantiene
casi al alcance de la mano
pero también perdí las manos
y las mandíbulas y el sexo

los rostros son apariciones
pasan y no hablan / hay algunos
que lloran con los labios secos
otros añoran a ojos vistas

tengo una duda medianera
entre lo real y lo soñado
he sido sueño tantas veces
que no me ubico en este insomnio

tuve una madre / de sus pechos
extraje vida o lo que fuese
¿cuál era el nombre? sólo sé
que anda con un pañuelo blanco

amé un amor / pero ella estuvo
porfiada / loca / tan hermosa
diciendo no como un rebato
como un temblor / como una queja

¿será esta niebla el infinito?
el infinito ¿será dios?
¿será que dios no se perdona
habernos hecho tan inermes?

no floto a ciegas / el espacio
tiene amarguras serviciales
pero no voy a padecerme /
el dolor viejo ya no es mío

cierto poeta / no sé quién
sopló en mi oído para siempre
dijo / ya va a venir el día

y dijo / ponte el cuerpo / creo
que existe un solo inconveniente
no tengo cuerpo que ponerme
no tengo madre ni mujer
no tengo pájaros ni perro

es la vacía soledad
solo sin llave y sin barrotes
solo expulsado de la vida
solo sin víspera de abrazos

podría ser un esperpento
un trozo de alma / un alma entera
pero se va neutra la niebla
y se suspende la alborada

hay manos tiernas en que estuve
hay llantos en la lejanía
voces que alzan siete signos
que fueron letras de mi nombre

no sé qué hice / si es que hice

en la memoria falta un río
faltan afluentes / hay apenas
un arroyito que es de sangre

todo se borra / por lo pronto
me desvanezco / vuelvo al limbo

así / sin más / desaparecen
algunos desaparecidos

PALABRAS MENORES

La palabra se engaña en el papel
como el oasis en los espejismos
y en vez de los relámpagos del libre
nos encomienda una canción cautiva

puede ser asimismo un artificio
talismán aportado por las lenguas
o el alerta con un hilo de voz
como punto de fuga o de clausura

la palabra interrumpe / no vegeta
convierte la memoria en un tatuaje
sobrevuela el espacio como un buitre
y se mete en plegarias y blasfemias

como cierre virtual de los silencios
lazarillo de la naturaleza
salvoconducto del malentendido
es un cruce de síes y de noes

si se astilla o se quiebra la palabra
nadie es capaz de reparar sus sílabas /
con la palabra nos quedamos mudos
porque todo nos queda por decir

PIOJOS

Concebir o tratar de imaginar
la cruda inmensidad del universo
es para enloquecerse lentamente

¿qué es después de todo este mundito
en la inconmensurable vastedad?
un piojo / apenas eso /
y marte / ese arrugado territorio
cuya espantosa soledad ya vimos
es otro piojo / un piojo muerto / claro /

al menos nuestro mísero planeta
es sólo un piojo / pero un piojo vivo

ESTA PAZ

Esta paz / simulacro de banderas /
unida con hilvanes a la historia
tiene algo de perdón / poco de gloria
y ya no espera nada en sus esperas

es una paz con guerras volanderas /
y como toda paz obligatoria
no encuentra su razón en la memoria
ni tiene la salud de las quimeras

esta paz sin orgullo ni linaje
se vende al invasor / el consabido
me refiero a esta paz / esta basura /

mejor será buscarle otro paisaje
o amenazarla en su precoz olvido
con una puñalada de ternura

LENGUAS MUERTAS

Las trajinadas lenguas muertas
no son tan sólo griego antiguo
latín y sánscrito y sumerio

son asimismo lenguas muertas
o casi muertas / pero nuevas /
el fingimiento el ditirambo
la demagogia el subterfugio
el fanatismo los agüeros

las viejas lenguas eran vivas
cuando vibraban en la gente
y eran el habla del esclavo
del campesino y del apóstol
del artesano y de la puta

las viejas lenguas se murieron
de aburrimiento y de pudor
al recalar en falsos mitos
y amontonarse en los sermones

y sin embargo si les damos
otra vigencia / otro destino
otro sabor / las lenguas muertas
pueden cambiar de signo y pueden
resucitar al tercer día

NATURALMENTE

Naturaleza triste / plañidera
más honesta y metódica que nunca
horma del universo / madre arisca
te encogés / derramás / temblás de luto

las ciudades se esconden / con la misma
ceguera vegetal que te dedica
noche a noche el remoto firmamento
así hirieron tus junglas tu follaje

naturaleza original / sin copias
sos una sola entre blasfemia y cruz
sos el peñasco / el cierzo / los abismos
la planicie de sol / el mar de veras

te usaron sin amor / te mancillaron
desordenaron tu prolijidad
encasillaron tu desorden mágico
hostigaron con saña tu candor

y si ahora acudís con tus desastres
tus olas sísmicas tus terremotos
cráteres huracanes y sequías
no te sientas culpable / no enmudezcas

si el homo faber olvidó cuanto hizo
para quebrarte / para aniquilarte /
hoy ya podés subírtele a las barbas
tenés todo el derecho a tu odio ecuánime

EL SILENCIO

Qué espléndida laguna es el silencio
allá en la orilla una campana espera
pero nadie se anima a hundir un remo
en el espejo de las aguas quietas

EXTINCIONES

No sólo las ballenas
los delfines los osos
los elefantes los mandriles
la foca fraile el bontebok
los bosques la amazonia
corren peligro de extinguirse

también enfrentan ese riesgo
las promesas / los himnos
la palabra de honor / la carta magna
los jubilados / los sin techo
los juramentos mano en biblia
la ética primaria / la autocrítica
los escrúpulos simples
el rechazo al soborno
la cándida vergüenza de haber sido
y el tímido dolor de ya no ser

habría por lo tanto que tapar
con buena voluntad y con premura
el agujero cada vez más grande
en la capa de ozono / y además
el infame boquete en la conciencia
de los decididores / así sea

MADRE HIPOCRESÍA

La madre hipocresía desembarcó en el patio
vino con sus hijitos y su proyecto rosa
vibraba como arpa / narraba como quena
gemía como viento / cantaba como grillo

la madre hipocresía cambiaba los pregones
nos hacía confiar en las marcas del cielo
decía el cautivante discurso del nordeste
con la humilde y sabrosa entonación del sur

sin embargo una noche la madre hipocresía
llegó desprevenida y la esperamos todos
como sobrevivientes recién desjaulados
con la oscura mochila vacía de tabúes

le miramos sin lástima los ojos de tiniebla
la piel y los tobillos / los labios y la historia
y se fue disolviendo / disolviendo / y quedó
tan sólo un montoncito de roña y de cenizas

LUNA DE LOS POBRES

La luna de los pobres
le brinda un toquecito
azul a los ladrillos

y con su lengua blanca
se introduce en el beso
como en un laberinto

la luna de los pobres
como no tiene frío
está siempre desnuda

y es grato contemplarla
con el frágil deseo
de las noches de luna

la luna de los pobres
cubre como una sábana
el cuerpo del que sueña

y su rueda convive
con los falsos enigmas
que llevamos a cuestas

la luna de los ricos
en cambio / saca brillo
al oro monigote

pero en las noches buenas
presume y se disfraza
de luna de los pobres

CHE 1997

Lo han cubierto de afiches / de pancartas
de voces en los muros
de agravios retroactivos
de honores a destiempo

lo han transformado en pieza de consumo
en memoria trivial
en ayer sin retorno
en rabia embalsamada

han decidido usarlo como epílogo
como última thule de la inocencia vana
como añejo arquetipo de santo o satanás

y quizás han resuelto que la única forma
de desprenderse de él
o dejarlo al garete
es vaciarlo de lumbré
convertirlo en un héroe
de mármol o de yeso
y por lo tanto inmóvil
o mejor como mito
o silueta o fantasma
del pasado pisado

sin embargo los ojos incerrables del che
miran como si no pudieran no mirar
asombrados tal vez de que el mundo no entienda

que treinta años después sigue bregando
dulce y tenaz por la dicha del hombre

AH SOLEDADES

Las soledades / jaulas de uno mismo
lista infinita de deseos pródigos
ruleta con apuestas al tuntún
libre administración de los azares
son / pese a todo / claves de una historia

las soledades saben de paciencia
de sentimientos estrujados / tímidos
de abstinencia de odios y rencores
de arrebatos sin causa ni secuelas
de protección de la ternura mártir

las soledades son hebras de muerte
pero sirven también para la vida
de miserias sobrantes se alimentan
o de ayunos lujosos que no importan
en realidad son sueños residuales

las soledades niegan la rutina
se incorporan al hueco del insomnio
son tan opacas o tan transparentes
como lo acepte el filtro de la noche
o lo permita el celador del alma

las soledades son deudas a término
incertidumbre de un destierro fértil
excusas del amor la sangre el sexo
ya que ejercen el raro monopolio
de inventar rostros cópulas promesas

las soledades son fiestas calladas
vaga frontera entre silencio y caos
radar que verifica alrededores
hasta que encuentra un prójimo / otro solo /
y le tiende su cabo de esperanza

las soledades pierden o hallan rumbos
conviven con milagros y fantasmas
se resguardan del sol y de la sombra
blindan su espacio propio / su clausura
y tienden a anudar los hilos sueltos

las soledades llenan un vacío
gracias a ellas nos despabilamos
y lentamente vamos aprendiendo
que el clan humano es después de todo
una congregación de soledades

EL LUGAR DEL CRIMEN

A pesar de psicólogos /
detectives / novelistas ingleses /
los asesinos en su mayoría
no vuelven al lugar del crimen
huyen por lo común despavoridos
en búsqueda de indultos
olvidos y fronteras
y cuando al fin suponen
que se encuentran a salvo
y consiguen un lecho
con mujer o sin ella
cierran los ojos sobre su fatiga
y penetran incautos en el sueño refugio

la sorpresa es que allí nunca hubo indultos
ni dispensas ni olvido ni fronteras
y de pronto se hallan
con que el lugar del crimen
los espera implacable
en el vedado de sus pesadillas

SIGNOS DEL SUR

El sur tiene sus cosas sus cositas
que lo hacen expuesto y promisorio
verdes de paz y cumbres de ironía
mascarones de proa y pánicos de popa
arroyitos de sangre junto a mares de sal
pellejos blancos y pieles oscuras
granujas del poder y buscavidas
proveedores de amén y novamás
galones y agonías
cruz del sur / farolitos
incansables toninas allá en el horizonte
teros que van gritando su engañifa /
el sur tiene sus cosas
llueve a baldazos / pero qué sequías
baila milongas de su poca suerte
distribuye el color de su añoranza
la pobre fiesta de sus carnavales
la consolidación de su pobreza
arroyitos de sangre junto a mares de sal
pero en las arterias el sur navega
circula el sur como castigo
y como premio fluye el sur

LABERINTOS

VUELAN LAS PROFECÍAS

Es obvio que los aviones
vuelan más alto que los profetas
también es cierto que las profecías
rara vez aterrizan en la noche

a algunas profecías
en especial las melancólicas
les agrada rodar sobre pistas soleadas
o campos engañosamente azules
o nieblas esparcidas en el filo del mar

las más tristes reclaman lo posible
adiestrados escépticos gozan desbaratándolas
en cambio las alegres demandan lo imposible
y los esperanzados elaboran con ellas
estandartes / augurios / contraseñas

también ocurre que las profecías
más luminosas y descabelladas
más torrenciales y maravillosas
son las únicas que en vuelos rasantes
en páramos o atajos vecinales
no pierden el fulgor

ni el temblor
ni el humor
de sus profetas

IGUALDAD

En el viejo camposanto
hay sepulcros fanfarrones
criptas / nichos / panteones
todo en mármol sacrosanto
de harto lujo / pero en cuanto
a desniveles sociales /
en residencias finales
como éstas / no hay secretos
y los pobres esqueletos
parecen todos iguales

CAÍDAS

Cada vez que me caigo miro el suelo /
sus hierbas sus hormigas o su nieve
me reciben como a uno de los suyos
y yo / por una vez / voy de terrestre

voy de terrestre y vengo de volátil
con brazo o ala heridos / disponibles
pero no importa / sangre es lo que sobra
y el alma no conoce alas ni bíceps

cada vez que me caigo recompongo
la biografía de este homo erecto
no tan erecto cuando está la tierra
tan inmediata y tan lejos el cielo

EN PRIMERA PERSONA

Un cielo melancólico acompañó mi infancia
dios era una entelequia de misa y sacristía
con siete padrenuestros y alguna avemaría
me otorgaba perdones su divina jactancia

luego poquito a poco fue tomando distancia
y un día me hallé lejos de aquella eucaristía
vi tantas injusticias y tanta porquería
que dios ya no era dios sino una circunstancia

se agravó mi conciencia maravillosamente
y cada vez son menos las cosas en que creo /
cuando interpelo a dios se va por la tangente

los milagros se venden de nuevo al menudeo
y así me fui cambiando de buen a mal creyente
de mal creyente a agnóstico / y de agnóstico a ateo

PAPAM HABEMUS

Tutor de los perdones
distribuidor de penas
condona las condenas
condena los condones

DESDE ARRIBA

La inagotable sangre que se vierte en los mitos
los crímenes que amueblan las mejores sagas
los parricidios los incestos los tormentos
las erinneas las moiras
ilustran las rabietas celestiales

¿qué se podía esperar de los humanos
con ese mal ejemplo de los dioses?

LABERINTOS

De todos los laberintos el mejor
es el que no conduce a nada
y ni siquiera va sembrando indicios
ya que aquellos otros
esos pocos que llevan a alguna parte
siempre terminan en la fosa común

así que lo mejor es continuar vagando
entre ángulos rectos y mixtilíneos
pasadizos curvos o sinuosos
meandros existenciales / doctrinas en zigzag
remansos del amor / veredas del desquite
en obstinada búsqueda de lo inhallable

y si en algún momento se avizora
la salida prevista o imprevista
lo más aconsejable es retroceder
y meterse de nuevo y de lleno
en el dédalo que es nuestro refugio

después de todo el laberinto es
una forma relativamente amena
de aplazar cualquier postrimería

el laberinto / además de trillada metáfora
frecuentada por borges y otros aventajados
discípulos y acólitos del rey minos
es simplemente eso / un laberinto /
cortázar se quejaba / entre otras cosas /

de que ya no hubiera laberintos
pero qué sino un laberinto
es su rayuela descreída y fértil

forzado a elegir entre los más renombrados
digamos los laberintos de creta samos y fayum
me quedo con el de los cuentos de mi abuela
que no dejaba vislumbrar ninguna escapatoria

en verdad en verdad os digo que la única fórmula
para arrendar la esquiva eternidad
es no salir jamás del laberinto
o sea seguir dudando y bifurcándose y titubeando

o más bien simulando dudas bifurcaciones y
titubeos
a fin de que los leviatanes se confundan

así y todo el laberinto es tabla de salvación
para aquellos que tienen vocación de inmortales
el único inconveniente es que la eternidad /
como bien deben saberlo el padre eterno
y su cohorte de canonizados /
suele ser mortalmente aburrida

CASCO URBANO

ASAMBLEAS

Vivimos en un curso de asambleas
los árboles de allá tal vez dilapidados
con los raros de aquí / muertos de poda
los flamencos se agrupan como sectas
y el lago les devuelve su encanto colectivo
los lobitos envueltos en petróleo
se juntan en racimos de agonía
se desplazan gregarios los delfines
leales a la vieja partitura
las noticias expanden multitudes
laburantes del mundo / si es que podéis / uníos
los grandes empresarios se abrazan sin fronteras
las ratas recuperan basurales / jardines /
famélicos corean sus baladas de hambre
los estados negocian cohechos y desechos
los ciegos alardean de sus tactos plurales
los desaparecidos se juntan en la amnesia
y el silencio de todos rompe el aire
el mundo es un compendio de asambleas
cada una en lo suyo y en su suerte
con sus naufragos propios y sus atormentados
cada una indiferente a la oferta contigua
cada una ajena a la desdicha prójima
asamblea de todos contra todos
abiertas entreabiertas encubiertas
sin un dios o demonio que proponga
un nuevo orden del día o de la noche

PUNTOS DE VISTA

A veces cuando vuelvo a mi ciudad
puedo admitir que es fea
pero cuando la dejo me parece
de una belleza sin consuelo

no bien piso el umbral de los adioses
ya siento la premura de volver / aunque sepa
que sigue siendo fea

fea pero simpática
como esas flacas tiernas y avispadas
de las que uno solía enamorarse
mientras los falsos tímidos besaban
a seductoras rubias de prestado
y lucidez cero kilómetro

cuando regreso encuentro
que los árboles vuelven a turbarnos
y menean un fleco de su altivo ramaje
para que uno los mire y los rescate
del arbitrario olvido

siempre que vuelvo me emociona ver
a esas duras viejitas que antes fueron muchachas
y lloro de ateísmo al vislumbrar
que las muchachas se pondrán viejitas

no sé si por azar malasuerte o dulzura
la porfiada ciudad sigue en sus trece
(no hay catorce ni quince en el programa)

el mendigo que ha sido clase media
ahora tiene pinta de profesor emérito
y pide su limosna en versos yámbicos /

los profesores en cambio han aprendido
a vivir con tan poco que no tienen
problemas de bulimia o anorexia

siempre que vuelvo
la primavera está ventosa
y el verano reparte besos húmedos
parejas desaparejas carecen de relojes
de ahí que lleguen tarde al lecho de lujuria
y dado que sus cuerpos están tan abatidos
los ponen en la ducha a cantar mañanitas

pero las mansas calles / callecitas de barrio
sembradas de adoquines / éstas valen la pena
con sus bóvedas de árboles inéditos
y sus caballos sueltos que aguardan como perros
el verde del semáforo

justamente las calles de barrio nos transmiten
su dialecto de imágenes antiguas
sus casonas de averiado abolengo

y una que otra forchela de anticuario
parquecitos sellados por la historia
mausoleos rotundos anacrónicos
pobre bandera en asta de cemento
productos de la estética marcial

cuando vuelvo a vivir montevideo
las baldosas del sur brillan de lluvia
y en ese espejo inesperado caben
la vida y un resumen de la muerte

me voy apenas y volveré a penas
mis pies saben que pisan sueño patrio
cinco pasos al sur está el abismo
pero es el mío / yo soy quien decide

POSTALES

Ciudad de paces y contradicciones
pone su toponimia y sus anales
también sus glorias y sus bastardías
al servicio de intrusos y nostálgicos

siempre tuvo una historia en movimiento
con pasos y repasos que dejaron su huella
por eso hay panoramas para todos los gustos /
el nomenclátor callejero incluye
treintaiséis generales / ni uno menos /
y a veces muestra esquinas categóricas
que ingresan en la tarde como proas

hay olores de lunes y fragancias de viernes
rosaledas de miércoles y plazas de domingo
la noche es un safari por la vía de leche
y cada amanecer una propuesta virgen
el sol avanza ecuánime por techos y azoteas
eso cuando no llueve porque la soberana
lluvia lava perdones y lágrimas y culpas

conviene señalar que esta ciudad mantiene
rincones adecuados para la confidencia
no ha logrado un nivel de megalópolis
y en consecuencia su distrito espléndido
sólo alberga a plutócratas de tercera o de cuarta
mientras que el otro estrato / el de los pobres /
es en cambio insolvente de primera

se trata de una urbe con muchísimo cielo
y por fortuna pocos rascacielos
tiene andamios robustos para desocupados
y playas a gozar en las rabonas

poco creyente pero con iglesias
algunas coloniales y otras decorativas
su estilo provinciano incluye zonas
de sexo virtual y otras calistenias
venera a artigas y a maracanã
y sus corruptos son
ramplones y baratos

burgo de pocos chismes y retórica fácil
se siente orgullosísima de sus concentraciones
que defienden en vano causas justas
cuando los carnavales se aburre como ostra
y suele entretenerse contemplando naufragios
incendios y atentados en tevé

digamos que se trata de una villa
algo alborotadora pero suave
de a ratos bullanguera pero humilde

los invito a pasar / y no se vayan
que mañana por fin se inaugura la feria
latinoamericana sobre el macroconsuelo
y habrá matracas y hasta cocacola

EN BLANCO Y NEGRO

Los mendigos anónimos
vienen del cine mudo
posan en blanco y negro

en la mano extendida
en el platillo estéril
en la gorra tumbada
en el viejo estribillo
en el tango que narra
de chanfle la miseria
está toda la historia
esa que no sabemos

los mendigos anónimos
antes tenían nombres
y memoria y subtítulos

DE VEREDA A VEREDA

De vereda a vereda
nos saludamos torpes
no queremos saber
los quebrantos del otro

estamos más gastados
más tristes menos dóciles
más esquivos y tensos

de vereda a vereda
nos sentimos perdidos
y nos amilanamos
disimuladamente
sin raíz y sin diáspora
como fuimos y somos
como ya no seremos

de vereda a vereda
uno en sol / otro en sombra
todavía canjeamos
miradas en la niebla
el silencio madura
los guiños del pasado
uno en sombra / otro en sol
de vereda a vereda
nos buscamos el alma
cuando el cielo era nuestro
y la noche era estrellas

duelen algo los huesos
y el deseo y los nombres /
con la vista cansada
nos buscamos el alma

¿dónde están los que fuimos?
descontemos los muertos
que ya son transparentes
cristalinos tangibles

¿por qué razón o causa
seremos tan opacos
los diez sobrevivientes?

LLUVIA

Yo conozco esta lluvia
este muro lavado
este dolor en paz
esta monotonía

los grafitti resisten
siguen diciendo basta /
viva / muera / go home /
luis y delia se quieren

pasan los hurgadores
los perros los mercedes
una pobre avioneta
bajo el techo de nubes

pese a mis viejas mañas
no se abre mi paraguas
me mojo hasta los tuétanos
las cejas me gotean

yo conozco esta lluvia
llanto de sur y lástimas
los sueños que se encharcan
apocalipsis mínimo

hace años bajaban
las lluvias melancólicas
y tras los ventanales
el amor abrigaba

la lluvia ¿qué nos riega?
¿será lluvia o será
la saliva de dios
que nos salpica?

TANTAS CIUDADES

Hay ciudades que son capitales de gloria
y otras que son ciudadelas del asco

hay ciudades que son capitales de audacia
y otras que apenas son escombreras del miedo

pero aun sin llegar a esos extremos
en unas y otras hay rasgos comunes

el puerto / la avenida principal /
callejón de burdeles / la catedral severa

monumentos donde dejan sus flores
ex tiranos y sus máscaras de odio

hay suburbios que ocultan la otra cara
la miserable la mendiga

metrópolis de atmósfera viciada
y otras que apenas tienen un smog espiritual

ciudades con sus mafias barrasbravas y sectas
y otras con angelitos ya pasados de moda

pero aun sin llegar a esos extremos
ostentan atributos compartidos

por ejemplo el deber de estar alegres
durante el carnaval de fecha fija

y mostrarse llorosas y agobiadas
el día de difuntos o en su víspera

o estar enamoradas y tiernísimas
el st.valentine's day que trajeron del norte

hay ciudades que osan defenderse
de la hipocresía y el consumismo

y otras que se entregan indefensas
al consumismo y la hipocresía

ciertamente ninguna ciudad es tan infame
ni tan espléndida o deslumbrante

tal vez una y otra sean de fábula
pensadas desde cierta soledad ominosa

pero aun en las franjas de quimera
en los puntos que nacen del desvelo

hay ciudades para vivir / y otras
en las que no querría ni caerme muerto

BAHÍAS

Las bahías son todas una sola
con naves diferentes pero iguales
que la luna convierte en espectrales
y el sol en resplandores que controla

la bahía sus velas enarbola
y más acá de bienes y de males
en su borde se mueven fantasmales
los muchachos de rock y cocacola

cada bahía tiene su solera
pero parecen al final del día
cortadas todas por igual tijera

y pese a la ritual topografía
la suya es una opción tan verdadera
que una bahía es siempre otra bahía

MÁSCARAS

No me gustan las máscaras exóticas
ni siquiera me gustan las más caras
ni las máscaras sueltas ni las desprevenidas
ni las amordazadas ni las escandalosas

no me gustan y nunca me gustaron
ni las del carnaval ni las de los tribunales
ni las de la verbena ni las del santoral
ni las de la apariencia ni las de la retórica

me gusta la indefensa gente que da la cara
y le ofrece al contiguo su mueca más sincera
y llora con su pobre cansancio imaginario
y mira con sus ojos de coraje o de miedo

me gustan los que sueñan sin careta
y no tienen pudor de sus tiernas arrugas
y si en la noche miran / miran con todo el cuerpo
y cuando besan / besan con sus labios de siempre

las máscaras no sirven como segundo rostro
no sudan / no se azoran / jamás se ruborizan
sus mejillas no ostentan lágrimas de entusiasmo
y el mentón no les tiembla de soberbia o de olvido

¿quién puede enamorarse de una faz delegada?
no hay piel falsa que supla la piel de la lascivia
las máscaras alegres no curan la tristeza
no me gustan las máscaras / he dicho

EL MAR

Qual è l'incarnato dell'onda?

VALERIO MAGRELLI

¿Qué es en definitiva el mar?
¿por qué seduce? ¿por qué tienta?
suele invadirnos como un dogma
y nos obliga a ser orilla

nadar es una forma de abrazarlo
de pedirle otra vez revelaciones
pero los golpes de agua no son magia
hay olas tenebrosas que anegan la osadía
y neblinas que todo lo confunden

el mar es una alianza o un sarcófago
del infinito trae mensajes ilegibles
y estampas ignoradas del abismo
transmite a veces una turbadora
tensa y elemental melancolía

el mar no se avergüenza de sus náufragos
carece totalmente de conciencia
y sin embargo atrae tienta llama
lame los territorios del suicida
y cuenta historias de final oscuro

¿qué es en definitiva el mar?
¿por qué fascina? ¿por qué tienta?

es menos que un azar / una zozobra /
un argumento contra dios / seduce
por ser tan extranjero y tan nosotros
tan hecho a la medida
de nuestra sinrazón y nuestro olvido

es probable que nunca haya respuesta
pero igual seguiremos preguntando
¿qué es por ventura el mar?
¿por qué fascina el mar? ¿qué significa
ese enigma que queda
más acá y más allá del horizonte?

IDAS Y VUELTAS

Cuando crecen indemnes las fanfarrias
los crímenes de ayer y de anteayer
los fallutos de hoy y de mañana
a uno le vienen ganas de escapar
o al menos de adquirir unas muletas
para el alma que está en reparaciones
o en penúltimo caso una aspirina
para el dolor de olvido

se volvieron sabihondos los grafitti
patria vení conmigo / yo me rajo /
me gusta y no me gusta / río y lloro
como exiliado para siempre y nunca

yo quisiera viajar pero quedarme
con mis muertos a cuestras / con mis vivos
con un perro de invierno hecho un ovillo
con un gato bisiesto hecho una sombra

si me escabullo clandestinamente
ha de ser con mis pájaros oblicuos
yéndome como ellos / migratorio
volviendo migratorio como ellos

irme y llegar / volver hasta eclipsarme
como siempre en el sur / consciente y mudo
la estampida no duele / duele el tiempo
el de la cuarentena y las ausencias

crecen en la derrota las fanfarrias
los crímenes de ayer y de anteayer
los fallutos de hoy y de mañana
no del país sino del universo

pero es inútil / nadie nos aguarda
más acá de la vida desapareja
más allá de la muerte igualitaria

EL BARRIO

Volver al barrio siempre es una huida
casi como enfrentarse a dos espejos
uno que ve de cerca / otro de lejos
en la torpe memoria repetida

la infancia / la que fue / sigue perdida
no eran así los patios / son reflejos /
esos niños que juegan ya son viejos
y van con más cautela por la vida

el barrio tiene encanto y lluvia mansa
rieles para un tranvía que descansa
y no irrumpe en la noche ni madruga

si uno busca trocitos de pasado
tal vez se halle a sí mismo ensimismado /
volver al barrio siempre es una fuga

ACUARELA CON BURÓCRATA

El burócrata sueña crisantemos
barcarolas y pezones corteses
guirnaldas de deseos y entelequias
burbujas y penélopes y arrobos

en su mundo de archivos y teclados
la ternura es un saldo a revisar
la paciencia una letra descontable
un fleco de imprevistos el delirio

el burócrata está en su ventanilla
como un guardabosques o un vigía
allí adquiere el oficio de los rostros
y el esperanto de las manos ásperas

su dolor desplegado tiene horarios
digamos diez minutos para el sollozo libre
y entre los documentos del último ejercicio
verifica el cansancio de las cifras

el burócrata sueña con oboes
con hiedras de perdón y labios mágicos
con jirones del sur / con nubes altas
con olas que se postran a sus pies

cuando suene el reloj / el de los límites /
colgará sus quimeras en la percha
y se aventurará en la calle sórdida
como en un arrabal del paraíso

AMANECE

Aún me tiene el sueño
preso en su telaraña
aún / pero amanece
y es en pleno sosiego
sin gallos ni maitines

con dudas amanece
mientras yo me dedico
a estirar brazos / piernas /
es la forma en que trato
de convencer al cuerpo
de que llegó otro día

no sé si éste va a ser
exultante o fatal
todavía es temprano
y no leí el horóscopo
pero en el cielo anexo
hay nubes de placer
como algodón inmóvil

barajo algunos nombres
dolorosos / rituales
ojos de guiño verde
risas y rosas rojas

el alba no hace suya
tanta melancolía

y el corazón redobla
su latido inseguro

desde los pies me asiste
este viernes de marzo
confío en que me ayude
a soportar adioses
y otros prolegómenos
del tedio o de la fiesta

cuando el amanecer
acabe y se abra el día
adulto y pecador /
podré desperezarme
para dejarle sitio
a la otra pereza
la sabia
la del sol

UNO Y LOS OTROS

FORMAS DE LA PENA

Cuando mataron a mi amigo hermano
borré los árboles y su vaivén
el crepúsculo tenue / el sol en llamas
no quise refugiarme en la memoria
dialogué con mis llagas / con las piedras
escondí mi desdén en el silencio
expulsé de mi noche los delirios
puse mi duermevela a la deriva
lloré de frío con los ojos secos
oré blasfemias con los labios sordos
metí el futuro en un baúl de nadie
en mis rencores inmolé al verdugo
pedí a los buitres que volaran lejos
y escupí en la barraca de los dioses
todo eso quise hacer pero no pude
cuando mataron a mi amigo hermano

LA HISTORIA

Dijo cervantes que la historia
es el depósito de las acciones
y yo / salvadas las distancias / creo
que es un nomenclátor de expectativas

el historiador era para schlegel
apenas un profeta que miraba hacia atrás
y yo / salvadas las distancias / creo
que suele ser estrábico y a veces hipermétrope

por su parte el saber congelado sostiene
que los pueblos felices nunca tienen historia
y como en realidad todos la tienen
vaya sacando usted las conclusiones

a menudo la historia se vale de utopías
algunos aprovechan para erigirle estatuas
y luego es consagrada como infancia del mundo
o como fotocopia del futuro

la historia colecciona pálidos nomeolvides
lápidas de homenaje con hollines y mugre
y en su amplio muestrario de desdenes
figura hasta el humilde que vivió sin codicia

la historia está maltrecha / quebrantada
hace dos o tres siglos que no ríe
que no llora / no habla / acaso porque ahora
ya no hay quien le peine las mentiras

FEUILLES MORTES

No sólo de los árboles
también las de los libros
que otros y nosotros
fuimos abandonando
al borde del olvido

no sólo de los libros
también las de las puertas
que fueron clausuradas
para no encandilarnos
con tanta luz y penas

no sólo de las puertas
también de las espadas
que salvan / fintan / tumban
y al herirnos pregonan
su falta de confianza

INSOMNIO

El insomnio es un foro
de expectativas
las imágenes vuelan
no se esclavizan

ruinas y glorias
son datos fidedignos
de la memoria

yo no tengo otra llave
que tus preguntas
pero a veces no encuentro
la cerradura

sigo en desvelo
en el mundo que acecha
no se abre el sueño

el blanco cielo raso
no me seduce
y en el cielo de veras
tan sólo hay nubes

cierro los ojos
y estoy despabilado
como un custodio

la vigilia en la noche
quién lo diría

arriba sensaciones
desconocidas

son horas blancas
algo se mueve pero
no pasa nada

uno escucha el silencio
y de improviso
fluyen las añoranzas
y es como un río

la brisa eriza
y lejos canta un gallo
sus profecías

yo no tengo otra llave
que tus preguntas
pero a veces no encuentro
la cerradura

y si la encuentro
ya no querré dormirme
porque te tengo

SONETO GRAMATICAL

Abro la urna de los adjetivos
que estaban pálidos de tanta sombra
y la prosodia que articula y nombra
los recibe con puntos suspensivos

cansado de pronombres relativos
prefiero la sintaxis que me asombra /
las comillas / debajo de la alfombra
espían a los nuevos sustantivos

se turnan el temor y la osadía
entre los verbos que no dejan huella
y los paréntesis con su intervalo

con la sabia gramática o sin ella
no pensé que una noche escribiría
un soneto tan frívolo y tan malo

COFRE FORT

En un cofre del cual tengo la llave
no es mucho lo que cabe

es cierto que allí siempre deposito
mis ahorros de tinto grapa y ron
y un anillo de mi abuela más iba
pero con los descuentos del amor

en un cofre del cual tengo la llave
no es mucho lo que cabe

es cierto que allí siempre deposito
los sueños con orgasmo y dignidad
chistes verdes y rojillos más iba
y los cheques que firma alí babá

en un cofre del cual tengo la llave
no es mucho lo que cabe

es cierto que allí siempre deposito
las cartas que te he escrito y no envié
los diez minutos de placer más iba
y un cartapacio con los pagarés

en un cofre del cual tengo la llave
no es mucho lo que cabe

¿QUÉ LES QUEDA A LOS JÓVENES?

¿Qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de paciencia y asco?
¿sólo grafitti? ¿rock? ¿escepticismo?
también les queda no decir amén
no dejar que les maten el amor
recuperar el habla y la utopía
ser jóvenes sin prisa y con memoria
situarse en una historia que es la suya
no convertirse en viejos prematuros

¿qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de rutina y ruina?
¿cocaína? ¿cerveza? ¿barras bravas?
les queda respirar / abrir los ojos
descubrir las raíces del horror
inventar paz así sea a ponchazos
entenderse con la naturaleza
y con la lluvia y los relámpagos
y con el sentimiento y con la muerte
esa loca de atar y desatar

¿qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de consumo y humo?
¿vértigo? ¿saltos? ¿discotecas?
también les queda discutir con dios
tanto si existe como si no existe
tender manos que ayudan / abrir puertas
entre el corazón propio y el ajeno /
sobre todo les queda hacer futuro

a pesar de los ruines del pasado
y los sabios granujas del presente

DE DÓNDE LA MEMORIA

¿De dónde la memoria
llega y se mira
cual si buscara ahora
la fe perdida?

no tiene escapatoria
tierra baldía
el pasado se forma
de tentativas

si acuden las congojas
a nuestra cita
allí donde se posan
quedan cautivas

ya no viene la aurora
como solía
alegre y remolona
puerta del día

guitarras candorosas
sirven de guía
y sus hebras son glorias
que desafinan

el mar pone gaviotas
en las orillas
y el horizonte monta
su lejanía

ya se fue la memoria
desfallecida
y quedamos a solas
con esta vida

OJOS DE BUEY

Cada vez que miro por el ojo de buey
veo un mar distinto a cualquier otro mar
no sé si es que el mar cambia mi mirada
o si es mi mirada la que transforma al mar

cada barco tiene sus bueyes de ojo único
bueyes tuertos que añoran su tristeza verde
en cambio el buey que tiene
su auténtica pradera
mira con sus dos ojos
y nunca añora el mar

cada vez que miro por el ojo de buey
veo un mar distinto a cualquier otro mar
pero a medida que pasan inviernos y oleajes
acecho con mi propio ojo de buey
mi propio y fatigado ojo de buey
y sin pudor añoro
el herbazal tan verde
de aquel viejo amor joven
su alegre novillada

TODOS LOS ADIOSES

Ya no recuerdo dónde fue
si en el mercado de las pulgas
o en la feria de tristán narvaja
o en algún tenderete de san telmo
lo cierto es que en una pobre mesa
sucia de años e intemperie
vi un llamativo álbum de anticuario
con los bordes dorados y las tapas de cuero

lo palpé con fruición de filatélico
y pareció entenderse con mis manos
pregunté el precio y era carísimo
el viejo me explicó con extraña dulzura
que se trataba de un ejemplar único
un álbum sorprendente
quién sabe de qué origen
especialmente diseñado
para coleccionar adioses
me hizo al fin de cuentas una buena rebaja
y ya no tuve excusas

después de todo en mi memoria había
adioses adecuados para un álbum tan virgen
año tras año fui llenando las casillas
el adiós inicial debe haber sido
a mi memoria del pecho materno
el segundo a un juguete
que se quebró en mis manos
luego a un pavorreal y su arco iris

la calle de adoquines con la niña y su perro
el marqués de cabriolas envuelto en serpentinas
gato más bien acróbata en pretilos de luna
la muchacha que aceptó el jubileo
la última promesa que naufragó en el barro
el premio y el castigo del trabajo
la amistad con trampas y confianzas anexas
el padre muerto en soledad y ahogo
y dos o tres hermosas utopías

ahora apenas queda la casilla
para el último adiós
el que vendrá

algún coleccionista de otro siglo
tal vez encuentre este álbum de anticuario
en el mercado de las pulgas clónicas
y lo lleve en secreto hasta su cueva
y allí despegue todos mis adioses
para pegar los suyos

PERDONAVIDAS

Perdonavidas eligió su senda
descalzo caminó entre escombros propios
miró sus pies con cierta repugnancia
y se expulsó de la melancolía

perdonavidas perdonó su vida
de las calumnias hizo polvareda
midió los barcos desde el espigón
juró no irse pero fue perjuro

perdonavidas se metió en la lluvia
y así empapado pudo lo que quiso
y cuando el agua vino a deslumbrarlo
cerró los ojos en defensa propia

perdonavidas fabricó su adiós
con eslabones de la duda prójima
se fue de todos y de todo / errante /
y ya no tuvo ni perdón ni vida

ALEGRÍA DE LA TRISTEZA

En las viejas telarañas de la tristeza
suelen caer las moscas de sartre
pero nunca las avispas de aristófanes

uno puede entristecerse
por muchas razones y sinrazones
y la mayoría de las veces sin motivo aparente
sólo porque el corazón se achica un poco
no por cobardía sino por piedad

la tristeza puede hacerse presente
con palabras claves o silencios porfiados
de todas maneras va a llegar
y hay que aprontarse a recibirla

la tristeza sobreviene a veces
ante el hambre millonaria del mundo
o frente al pozo de alma de los desalmados

el dolor por el dolor ajeno
es una constancia de estar vivo

después de todo / pese a todo
hay una alegría extraña / desbloqueada
en saber que aún podemos estar tristes

CHATARRA

La verdad la verdad
es que allí hubo de todo
esperanzas sangrantes
ovaciones cortadas
esquirlas de monólogos
muñones de retórica
turbias lamentaciones
promesas desabridas
miedos como seísmos
veranos soporíferos
ratas coyunturales
aullidos con mordaza
expectativas locas
amores de penuria
hambres de cuatro días
ángeles con diabetes
convalecientes muertos
escupitajos duros
parpadeos vacíos
prepucios inservibles
esqueletos de pájaros
guijarros de estulticia
nostálgicos del oro
venenos sin alcohol
mensajes de suicidas
carcajadas de lata
pañuelos del adiós
crisantemos de nailon
trampas del catecismo

saliva efervescente
perdones de granuja
taquitos de ramera
pelucas de estadista
basuritas nucleares
pezones de hace tiempo
palabras desmayadas
la verdad la verdad
es que allí hubo de todo
verde podrida fósil
la chatarra del mundo

LLENURAS

A dónde vamos a parar
los parvularios se han llenado de abuelos
el gobierno / de cándidos mafiosos
la zootecnia / de cachorros clónicos
el cielo / de helicópteros baldados
los huertos / de granadas de anteayer

a dónde vamos a parar
la iglesia se ha llenado de paganos
la cárcel / de anacrónicos profetas
las voces / de silencios
la vida / de osamentas
el amor / de estribillos

a dónde vamos a parar
la nostalgia se ha llenado de escombros
las bocas / de calumnias
la gloria / de fantasmas
el follaje / de hogueras
el porvenir / de nadas

a dónde
a dónde
a dónde vamos a parar

ESPECTRO

Con el rojo de la mala sangre
el anaranjado del azafrán bastardo
el verde de los capotes castrenses
y el amarillo de la fiebre tal
con el azul de la vieja nobleza
una pisca de añil adulterado
y algún que otro erudito a la violeta
puede formarse
con un poco de suerte
un asco iris

OJALÁ

La palabra ojalá es como un túnel o un ritual
por los que cada prójimo intenta ver lo que se viene
pero ojalá propiamente dicho sigue habiendo uno solo
aunque para cada uno sea un ojalá distinto

ojalá es después de todo un más allá
al que quisiéramos llegar después del puente
o del océano o del umbral o de la frontera

ojalá vengas
ojalá te vayas
ojalá llueva
ojalá me extrañes
ojalá sobrevivan
ojalá lo parta un rayo

al oh-alá de antaño se le fundió el alá
y está tan desalado que da pena
ahora es más bien una advertencia hereje
iojo alá!

ay de los ojalateros opulentos
sin hache y sin pudor
que piensan sólo en arrollar
a los ojalateros desvalidos

ay de los criminales de lo verde
ojalá se encuentren

con las pirañas
del mártir amazonas

SER OTRO

No hay ser humano que no quiera ser otro
y meterse en ese otro como en una escafandra
como en un aura tal vez o en una bruma
en un seductor o en un asceta
en un aventurero o un boyante

sólo yo no quisiera ser otro
mejor dicho yo
quisiera ser yo
pero un poco mejor

FINAL

ZAPPING DE SIGLOS

Ahora que este siglo
uno cualquiera
se deshilacha se despoja
de sus embustes más canallas
de sus presagios más obscenos
ahora que agoniza como una bruja triste
¿tendremos el derecho de inventar un desván
y amontonar allí / si es que nos dejan
los viejos infortunios / los tumores del alma
los siniestros parásitos del miedo?

lo atestigua cualquier sobreviviente
la muerte es tan antigua como el mundo
por algo comparece en los vitrales
de las liturgias más comprometidas
y las basílicas en bancarrota

lo vislumbra cualquier atormentado /
el poder malasombra nos acecha
y es tan injusto como el sueño eterno
por algo acaba con los espejismos
y la pasión de los menesterosos /
archisabido es que sus lázaros
no se liberan fácilmente
de los sudarios y las culpas

quiero pensar el cielo cuando estaba
sin boquetes y sin apocalipsis
quiero pensarlo cuando era

el complemento diáfano del mar
pensar el mar cuando era limpio
y las aletas de los peces
acariciaban los tobillos
de nuestras afroditas en agraz

pensar los bosques / la espesura
no esos desiertos injuriosos
en que han ido a parar
sino como árboles y sombra
como follajes bisabuelos

¿a dónde irán los niños y los perros
cuando el siglo vecino nos dé alcance?

¿niños acribillados como perros?
¿perros abandonados como niños?

¿a dónde irán los caciquillos
los náufragos de tierra firme
los alfareros de la envidia
los lascivos y los soplones
de las llanuras informáticas?

¿dónde se afincarán los coitos baladíes
las gargantas profundas / los colores
del ciego / los solemnes esperpentos /
los síndromes de chiapas y estocolmo?

¿qué será del amor
y qué del odio
cuando el siglo vecino nos dé alcance?

este fin de centuria es el desquite
de los rufianes y camanduleros

de los callados cuando el hambre aúlla
de los ausentes cuando pasan lista
de los penosos vencedores
y los tributos del olvido
de los abismos cada vez más hondos
entre carentes y sobrados
de las erratas en los mapas
hidrográficos de la angustia

los peregrinos reivindicán
un lugarcito en el futuro
pero el futuro cierra cuentas
y claraboyas y postigos

los peregrinos ya no rezan
cruje la fe de los vencidos
y en el umbral de la carroña
un caracol arrastra el rastro

los peregrinos todavía
aman / creyendo que el amor
última thule / ese intangible
los salvará del infortunio

los peregrinos hacen planes
y sin aviso fundan sueños
están desnudos como amantes
y como amantes sienten frío

los peregrinos desenroscan
su corazón a la intemperie
y en el reloj de los latidos
se oye que siempre acaso nunca

los peregrinos atesoran
ternuras lástimas inquinas
lavan sus huesos en la lluvia
las utopías en el limo

los que deciden cantan loas
a los horteras del dinero /
los potentados del hastío
precisan mitos como el pan

los que deciden glorifican
a los verdugos del placer
a cancerberos y pontífices
inquisidores de los cuerpos

desde su cúpula de nailon
una vez y otra y otra vez
los que deciden se solazan
con el espanto de los frágiles

tapan el sol con un arnero
se esconde el sol / queda el arnero
los memoriosos abren cancha
para el misil de la sospecha

¿cómo vendrá la otra centuria?
¿siglo cualquiera? ¿siglo espanto?
¿con asesinos de juguete
o con maniáticos de veras?

cuando no estemos ¿quién tendrá
ojos que ahora son tus ojos?
¿quién surgirá de las cenizas
para bregar contra el olvido?

¿quienes serán amos del aire?
¿los pararrayos o los buitres?
¿los helicópteros? ¿los cirros?
¿las golondrinas? ¿las antenas?

temo que vengan los gigantes
a concedernos pequeñeces
o el dios silvestre nos abarque
en su bostezo universal

el pobre mundo sin nosotros
será peor / a no dudarlo /
pero en su caja de caudales
habrá una nada / toda de oro

¿dará vergüenza ese silencio?
¿o será un saldo del bochorno?
¿habrá un mutismo generalizado?
¿o alguna sorda tocará el oboe?

damas y caballeros / ya era tiempo
de baños unisex / el buen relajo
será por suerte constitucional
durante el rictus de la primavera

no nos roben el ángelus ni el cenit
ni las piernas de efímeras muchachas
no elaboren un siglo miserable
con fanatismo y sábanas de virgen

¿habrá alquimistas que divulguen
su panacea en inglés básico?
¿habrá floristas para putas?
¿verdugos para ejecutores?

¿cabrá la noche en los cristales?
¿cabrán los cuerpos en la noche?
¿cabrá el amor entre los cuerpos?
¿cabrá el delirio en el amor?

el siglo próximo es aún
una respuesta inescrutable
los peregrinos peregrinan
con su mochila de preguntas

el siglo *light* está a dos pasos
su locurita ya encandila
al cuervo azul lo embalsamaron
y ya no dice nunca más

ÍNDICE

CON LUGAR A DUDAS

Como si nada	15
Pequeñas muertes	18
Resistencias	19
Como si fuéramos inmortales	21
Monólogo de un quídam	23
Futuro cada vez más jíbaro	25
¿Cómo se escribirá un poema existencial?	26
Recién nacido	27
El alma no es el cuerpo	28
Garantes	30
Peros	31
Bostezo	32
Celosías	33
A tientas	34
Endecha por el tedio	36
Eso no	37
Más acá del horizonte	38

AMOR VENDIMIA

Sobre cartas de amor	43
Muchacha	45
Enamorarse y no	46
Mujer rehén	47
Nostalgia	48
Como un milagro	49
Pocas cosas	50
Piernas	51
Mass media	52

Romeo de hogaño	53
No sé quién es	54
Sonata para adiós y flauta	55

EL FARO Y OTRAS SOMBRAS

La mendiga	59
Historia de fantasmas	60
Heterónimos	62
El faro	63

PAPEL MOJADO

Papel mojado	67
Globalizaciones	68
Caracola	69
Soliloquio del desaparecido	70
Palabras menores	74
Piojos	75
Esta paz	76
Lenguas muertas	77
Naturalmente	78
El silencio	79
Extinciones	80
Madre hipocresía	81
Luna de los pobres	82
Che 1997	84
Ah soledades	86
El lugar del crimen	88
Signos del sur	89

LABERINTOS

Vuelan las profecías	93
Igualdad	94

Caídas	95
En primera persona	96
Papam habemus	97
Desde arriba	98
Laberintos	99

CASCO URBANO

Asambleas	103
Puntos de vista	104
Postales	107
En blanco y negro	109
De vereda a vereda	110
Lluvia	112
Tantas ciudades	114
Bahías	116
Máscaras	117
El mar	118
Idas y vueltas	120
El barrio	122
Acuarela con burócrata	123
Amanece	124

UNO Y LOS OTROS

Formas de la pena	129
La historia	130
Feuilles mortes	131
Insomnio	132
Soneto gramatical	134
Cofre fort	135
¿Qué les queda a los jóvenes?	136
De dónde la memoria	138
Ojos de buey	140
Todos los adioses	141
Perdonavidas	143

Alegría de la tristeza	144
Chatarra	145
Llenuras	147
Espectro	148
Ojalá	149
Ser otro	151

FINAL

Zapping de siglos	155
-------------------------	-----

MARIO BENEDETTI

NOCIÓN DE PATRIA

1962-1963

PRÓXIMO PRÓJIMO

1964-1965

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

NOCIÓN DE PATRIA

1962-1963

*Además una cosa:
Yo no tengo ningún inconveniente
en meterme en camisa de once varas.*

NICANOR PARRA

NOCIÓN DE PATRIA

Cuando resido en este país que no sueña
cuando vivo en esta ciudad sin párpados
donde sin embargo mi mujer me entiende
y ha quedado mi infancia y envejecen mis padres
y llamo a mis amigos de vereda a vereda
y puedo ver los árboles desde mi ventana
olvidados y torpes a las tres de la tarde
siento que algo me cerca y me oprime
como si una sombra espesa y decisiva
descendiera sobre mí y sobre nosotros
para encubrir a ese alguien que siempre afloja
el viejo detonador de la esperanza.

Cuando vivo en esta ciudad sin lágrimas
que se ha vuelto egoísta de puro generosa
que ha perdido su ánimo sin haberlo gastado
pienso que al fin ha llegado el momento
de decir adiós a algunas presunciones
de alejarse tal vez y hablar otros idiomas
donde la indiferencia sea una palabra obscena.

Confieso que otras veces me he escapado.
Diré ante todo que me asomé al Arno
que hallé en las librerías de Charing Cross
cierto Byron firmado por el vicario Bull
en una navidad de hace setenta años.
Desfilé entre los borrachos de Bowery
y entre los Brueghel de la Pinacoteca
comprobé cómo puede trastornarse
el equipo sonoro del Château de Langeais
explicando medallas e incensarios
cuando en verdad había sólo armaduras.

Sudé en Dakar por solidaridad
vi turbas galopando hasta la Monna Lisa
y huyendo sin mirar a Botticelli
vi curas madrileños abordando a rameras
y en casa de Rembrandt turistas de Dallas
que preguntaban por el comedor
suecos amontonados en dos metros de sol
y en Copenhague la embajada rusa
y la embajada norteamericana
separadas por un lindo cementerio.

Vi el cadáver de Lídice cubierto por la nieve
y el carnaval de Río cubierto por la samba

y en Tuskegee el rabioso optimismo de los negros
probé en Santiago el caldillo de congrio
y recibí el Año Nuevo en Times Square
sacándome cornetas del oído.

Vi a Ingrid Bergman correr por la Rue Blanche
y salvando las obvias diferencias
vi a Adenauer entre débiles aplausos vieneses
vi a Kruschew saliendo de Pennsylvania Station
y salvando otra vez las diferencias
vi un toro de pacífico abolengo
que no quería matar a su torero.

Vi a Henry Miller lejos de sus trópicos
con una insolación mediterránea
y me saqué una foto en casa de Jan Neruda
dormí escuchando a Wagner en Florencia
y oyendo a un suizo entre Ginebra y Tarascón
vi a gordas y humildes artesanas de Pomaire
y a tres monjitas jóvenes en el Carnegie Hall
marcando el jazz con negros zapatones
vi a las mujeres más lindas del planeta
caminando sin mí por la Vía Nazionale.

Miré
admiré

traté de comprender
creo que en buena parte he comprendido
y es estupendo
todo es estupendo
sólo allá lejos puede uno saberlo
y es una linda vacación
es un rapto de imágenes
es un alegre diccionario
es una fácil recorrida
es un alivio.

Pero ahora no quedan más excusas
porque se vuelve aquí
siempre se vuelve.

La nostalgia se escurre de los libros
se introduce bajo la piel
y esta ciudad sin párpados
este país que nunca sueña
de pronto se convierte en el único sitio
donde el aire es mi aire
y la culpa es mi culpa
y en mi cama hay un pozo que es mi pozo
y cuando extendo el brazo estoy seguro
de la pared que toco o del vacío
y cuando miro el cielo
veo acá mis nubes y allí mi Cruz del Sur

mi alrededor son los ojos de todos
y no me siento al margen
ahora ya sé que no me siento al margen.

Quizá mi única noción de patria
sea esta urgencia de decir Nosotros
quizá mi única noción de patria
sea este regreso al propio desconcierto.

LAS BALDOSAS

*I must have misunderstood
something in this story*

LAWRENCE FERLINGHETTI

Es increíble lo que está pasando.
El invierno desciende caluroso
los ángeles orinan en las fuentes
cantan los gallos a las nueve y media
que es una hora sin ningún prestigio.
Esta plaza se llama Libertad
y por eso le quitan las baldosas.
Si uno tuviera tiempo sentiría
como veinte minutos de vergüenza.
Desde que suspendieron las bocinas
la calle está ruidosa como nunca
no sé el motivo de este pobre estruendo
y en los ratos de ocio me pregunto
si no habrá que acabar con las campanas.

Es increíble lo que está pasando.
Los proletarios votan a los ricos.
Me canso de pensar en nuestra historia
de pocos héroes. Todo ese legado
metido ahora en nobles monumentos
que no recuerdan ni discuten ni hablan
sólo chorrean verdes objeciones.
Esta plaza se llama Libertad
por eso le quitaron las baldosas.
En primavera algunas hojas caen
tan sólo para confirmar la regla
y llueve a mares sobre mi sombrilla
y yo me quito los anteojos negros
porque son negros y porque no veo.
Es increíble lo que está pasando.
El mar es río y tiene gusto a sal
he perdido el reloj entre las dunas
y ya no iré a la cita de las cuatro
el sol calienta sobre mi paraguas
y ni siquiera así me compadecen
todos transcurren sin fervor ni alarma
y los profesionales del contento
miran el cielo cual si fuera un techo.
Esta plaza se llama Libertad
por eso le quitaron las baldosas.
Es increíble lo que está pasando.

Explotan mundos y usté aquí bosteza
los proletarios votan a los ricos
y los ricos se ponen el sombrero
para ser ricos de solemnidad
y para que la calva no les brille
ya no sé quién es quién ni cuándo es cuándo
la luna se interrumpe y ya no crece
un tango suena pero no es un himno
en el aire hay olor de felonía.
Es increíble lo que está pasando.
Hay quien se esconde para odiar en serio
hay quien se exhibe para instar en broma
hay quien sube a un cajón en las esquinas
y dice Amigos en vez de Socorro.
Se llama Libertad o se llamaba
hasta que le quitaron las baldosas.
El mundo explota y en Villa Dolores
primates varios de traste policromo
suspiran y hablan de reforma agraria
con la esperanza de que no se cumpla.
Hoy es verano y voy de sobretodo
porque soy tímido y porque hace frío
el diario viene negro de noticias
pero a nosotros no nos mueve un pelo
miramos dulcemente el aguinaldo
y si no hay nos sentiremos como

olvidados por un hijo adoptivo.
Es increíble lo que está pasando.
A la conciencia igual siempre le queda
para llorar el Día de Difuntos
para sestear el Día de la Raza
para pensar cualquier miércoles de éstos.
Cuando aprieta el zapato o alguien echa
las margaritas a los pobres cerdos
cuando la prisa da palpitaciones
trae desasosiegos el reposo
y su linda mujer le pone cuernos
usted repite que es la bomba atómica
como si fuera el gran chiste del año.
Es increíble lo que está pasando.
Se televisa el odio y la ternura.
Veintidós hombres y ochenta mil almas
en el Estadio pierden sus complejos.
Se fornicia con cierta parsimonia
y el corazón nos marcha a transistores.
Esta plaza se llama Libertad
por eso le quitaron las baldosas.
Eran viejas baldosas. Conocían
los mejores de nuestros malos pasos
recordaban desfiles procesiones
flores tanques diarieros Eisenhower
y tantos cigarrillos aplastados

y tantas aplastadas rebeldías.
Eran sabias y leales y seguras.
Por eso y porque nadie se da cuenta
es increíble lo que está pasando.
Cuando llegue el momento de creerlo
se me caerá probablemente el alma.

POEMA FRUSTRADO

Mi amigo
que es un poeta
convocó a los poetas.

Hay que escribir un poema
sobre la bomba atómica
es un horror
nos dijo
un horror horroroso
es el fin
es la nada
es la muerte
nos dijo
no es que te mueras solo
en tu cama
rodeado
del llanto y la familia
del techo y las paredes
no es que llegue una bala
perdida o encontrada

a cortarte el aliento
a meterse en tu sueño
no es que el cáncer te marque
te perfore
te borre
no es tu muerte
la tuya
la nada que ganaste

es el aire viciado
es la ruina de todo
lo que existe
de todo
nadie llorará a nadie
nadie tendrá sus lágrimas

y eso es lo más horrible
la muerte sin testigos
sin últimas palabras
y sin sobrevivientes
la muerte toda muerte
toda muerte
¿me entienden?
hay que escribir un poema
sobre la bomba atómica.

Quedamos en silencio
con las bocas abiertas
tragamos el terror
como saliva helada
luego nos fuimos todos
a cumplir la consigna.

Juro que lo he intentado
que lo estoy intentando
pero pienso en la bomba
y el lápiz se me cae
de la mano.

No puedo.

A mi amigo el poeta
le diré que no puedo.

PREGÓN

Señor que no me mira
mire un poco
yo tengo una pobreza para usted

limpia
nuevita
bien desinfectada
vale cuarenta
se la doy por diez

señor que no me encuentra
busque un poco
mueva la mano
desarrime el pie
busque en su suerte
en todos los rincones
piense en las muchas cosas
que no fue
le vendo la pobreza
es una insignia

en la solapa puede convencer
qué cosas raras pasan en el mundo
usted tiene agua
yo no tengo sed

tiene su cáscara
su Dios
su diablo
su fe en los cielos
y su mala fe
lo tiene todo menos la pobreza
si no la compra
llorará después

va como propaganda
como muestra
quizá le guste y le coloque cien
pobreza sin los pobres
por supuesto
ya que los pobres
nunca huelen bien

pobreza abstracta
sin harapos
pulcra
noble al derecho

noble del revés
pobreza linda para ser contada
después del postre
y antes del café

señor que no me mira
mire un poco
yo tengo una pobreza para usted
mejor no se la vendo
le regalo
la pobreza por esta única vez.

ESTA CIUDAD ES DE MENTIRA

No puede ser.

Esta ciudad es de mentira.

No puede ser que las palmeras se doblen
a acariciar la crin de los caballos
y los ojos de las putas sean tiernos
como los de una Venus de Lucas Cranach
no puede ser que el viento levante las polleras
y que todas las piernas sean lindas
y que los concejales vayan en bicicleta
del otoño al verano y viceversa.

No puede ser.

Esta ciudad es de mentira.

No puede ser que nadie sienta rubor de mi pereza
y los suspiros me entusiasmen tanto como los

[hurras

y pueda escupir con inocencia y alegría
no ya en el retrato sino en un señor
no puede ser que cada azotea con antenas
encuentre al fin su rayo justiciero y puntual

y los suicidas miren el abismo y se arrojen
como desde un recuerdo a una piscina.

No puede ser.

Esta ciudad es de mentira.

No puede ser que las brujas sonrían a

[quemarropa

y que mi insomnio cruja como un hueso

y el subjefe y el jefe de policía lloren

como un sauce y un cocodrilo respectivamente

no puede ser que yo esté corrigiendo las pruebas

de mi propio y elogiosísimo obituario

y la ambulancia avance sin hacerse notar

y las campanas suenen sólo como campanas.

No puede ser.

Esta ciudad es de mentira.

O es de verdad

y entonces

está bien

que me encierren.

ANÁLISIS DEL REGRESO

Claro que ya me voy
uno regresa siempre
pero entendámonos
vuelvo porque me sufro
y no porque me encante
vuelvo porque me cuesta
no volver
vuelvo porque estas ganas
de dejarme caer
de un piso ciento cuatro
pueden ser vértigo
y también nostalgia
de todos modos
algo inesperado
vuelvo porque fatiga
mirar atrás
y nunca
reconocer la infancia
vuelvo porque volvemos
porque no vuelvo solo

porque
bueno
algún día
siempre volvemos todos
porque de pronto uno
decide
y ya está hecho
porque un tango hay que zumba
porfiado como mosca
sobre el largo verano conocido
vuelvo porque me pican
las ganas de volver
y además
además
qué les importa a ustedes
por qué vuelvo.

OBITUARIO CON HURRAS

Vamos a festejarlo
vengan todos
los inocentes
los damnificados
los que gritan de noche
los que sueñan de día
los que sufren el cuerpo
los que alojan fantasmas
los que pisan descalzos
los que blasfeman y arden
los pobres congelados
los que quieren a alguien
los que nunca se olvidan

vamos a festejarlo
vengan todos
el crápula se ha muerto
se acabó el alma negra
el ladrón
el cochino

se acabó para siempre
hurra
que vengan todos
vamos a festejarlo
a no decir
la muerte
siempre lo borra todo
todo lo purifica

cualquier día

la muerte
no borra nada
quedan
siempre las cicatrices

hurra
murió el cretino
vamos a festejarlo
a no llorar de vicio
que lloren sus iguales
y se traguen sus lágrimas

se acabó el monstruo prócer
se acabó para siempre
vamos a festejarlo

a no ponernos tibios
a no creer que éste
es un muerto cualquiera

vamos a festejarlo
a no volvernos flojos
a no olvidar que éste
es un muerto de mierda.

FALSA OPOSICIÓN

Aquí está el Palacio Salvo
allá está el Victoria Plaza
son tan torpes tan horrendos
que a uno lo dejan sin habla
su fealdad es tan espesa
que no alcanzan las palabras
para describir sus moles
tan imponentes e inválidas.

Como casas son apenas
dos simulacros de casas
como monstruos sólo tienen
monstruosidades estándar.

Cuando yo prefiero el Salvo
lo digo sin petulancia
sólo me fijo en sus muchos
balconcitos y ventanas
en esa manera heroica
decisiva y uruguaya

de ser pobre en la riqueza
de ser cursi en las arcadas.

El Victoria en cambio tiene
una fealdad tan cuadrada
una sombra tan monótona
y tan norteamericana
que uno se cansa de verlo
de la noche a la mañana
de la mañana a la noche
tan desprovisto de gracia.

Esta opinión no se impone
no se vende ni se cambia.

Quien pase y mire hacia arriba
y escuche las dos campanas
que elija lo que le guste
para eso es la democracia.

Aquí está el Palacio Salvo
allá está la Victoria Plaza.

PESADILLA

He pasado la noche
soñando un sueño tonto
alguien me regalaba
la lapicera fuente
más impecable y nueva
más elegante y mágica

sobre todo
eso
mágica

yo pensaba Buen Día
y ella escribía Good Morning
yo pensaba Qué Tal
y ella escribía Hello
yo pensaba Adelante
pero ella No Left Turn
pensaba Hijodeputa
y ella Sonofabitch
eso era demasiada
diferencia

por suerte
advertí que era urgente
salvarme
y desperté

aleluya aleluya
mi lapicera fuente
escribe en español.

ALLÁ ENFRENTA

Aquí
en esta vereda
impecables
lujosos
los Grandes Almacenes
el Banco y sus Billetes
el Diario y sus Pizarras
dos Curas
un Impala

allá enfrente
distintos
el farol
una escuela
dos hombres en campera
ciruelas y duraznos
las muchachas
su risa
un frente con balcones
tres negritos mirando

te ofrezco el brazo
vamos
a cruzar la Avenida.

BANDERA EN PENA

Están izando mi bandera
con ceremonia y sin pudor
pobre bandera
mi bandera
está alegre como una sábana
pero triste como un adiós
ondea sólo a la derecha
y ya no sé si tiene sol
está nueva como un trofeo
pero vieja como un perdón

están arriando mi bandera
con ceremonia y sin pasión
pobre bandera
mi bandera
los autobuses se detienen
y hay un silencio que es rencor
como son pocos los que miran
por lo menos la miro yo
y hasta el clarín que la saluda
se atraganta de compasión

están llevando mi bandera
con ceremonia y sin honor
pobre bandera
mi bandera
la doblarán en ocho pliegues
la guardarán en un cajón
la cerrarán con un candado
madeinusa de lo mejor

pero si miras hacia arriba
tendrás acaso otra visión
hay un fantasma de bandera
lindo trapo de cielo y sol
y esa alma en pena
esa bandera
bandera en pena
o qué sé yo
está en jirones
tiene sangre
y no se olvida
no.

CALMA CHICHA

Esperando que el viento
doble tus ramas

que el nivel de las aguas
llegue a tu arena

esperando que el cielo
forme tu barro

y que a tus pies la tierra
se mueva sola

pueblo
estás quieto

cómo
no sabes

cómo no sabes
todavía

que eres el viento
la marea

que eres la lluvia
el terremoto.

TURNING POINT

Sólo hasta ayer
fui joven
hoy
empecé a ser viejo

desde el mal bienestar
hasta el buen malestar
una modesta
oscilación

de todos modos
celebré el cambio
con un dolor intenso
divertido
que comenzó en el antebrazo
izquierdo
y se quedó un instante
junto al corazón
pero el festejo
no terminó
ahí

también
tuve un mareo
un ligerísimo mareo
durante el cual
pensé dos o tres cosas
que por supuesto
son
confidenciales.

TODO EL INSTANTE

Varón urgente
hembra repentina

no pierdan tiempo
quíeranse

dejen todo en el beso
palpen la carne nueva
gasten el coito único
destrúyanse

sabiendo

que el tiempo pasará
que está pasando
que ya ha pasado para
los dos
urgente viejo
anciana repentina.

ENTRE ESTATUAS

No te quedes inmóvil
al borde del camino
no congeles el júbilo
no te salves ahora
ni nunca
no te salves
no te llenes de gracia
no te arrepientas
cuando
alguien te lo aconseje
no reserves del mundo
sólo
un rincón tranquilo
no dejes caer los párpados
pesados como juicios
no te seques sin labios
no te pienses sin sangre
no te mueras sin tiempo
y si
después de todo

no puedes evitarlo
y congelas el júbilo
y te quedas inmóvil
y te salvas
entonces
no te quedas
conmigo.

FLOR DE PIEL

Esta piel de mis poros
y mis alergias
esta piel de mis pecas
y mis pecados
de mis lunares
y cicatrices
de mis erizos
y picazones
esta piel de mis venas
y tus caricias

de hora en hora
se vuelve arrugas
con plan
con método
sin retroceso

dentro de quince
de veinte años
dentro de veinte

treinta minutos
será un hollejo
será una pasa
un viejo odre
sin vino nuevo.

JUEGO DE VILLANOS

La muerte se puso una cara de monstruo
una cara de monstruo horrible
esperó y esperó detrás de la esquina
salió al fin de la sombra como un trozo de sombra
y el niño huyó más rápido que su propio alarido.

Entonces la muerte se puso otra cara
una vieja cara de mendigo
esperó y esperó enfrente de la iglesia
extendiendo la mano y gimiendo su pena
y el niño no supo qué hacer con su piedad.

Entonces la muerte se puso otra cara
una cara de mujer hermosa
esperó y esperó con los brazos abiertos
tan maternal tan fiel tan persuasiva
que el niño quedó inmóvil de susto o de ternura.

Entonces la muerte sacó su última cara
una cara de juguete inocente

esperó y esperó tranquila en la bohardilla
tan quieta tan trivial tan seductora
que el niño le dio cuerda con una sola mano.

Entonces la muerte se animó despacito
más traidora que nunca y le cortó las venas
y le pinchó los ojos y le quitó el aliento
y era lo único que podía esperarse
porque con la muerte no se juega.

BALANCE

En el Activo consta lo siguiente
un corazón inhábil y porfiado
los padres como abrigo
como mundo
dos viejas noches de hace treinta años
los zapatos rodeados de juguetes
buenas imitaciones del amor
un alegre cansancio repetido
trampas para mentiras
libros
viajes
tres corbatas que nunca se arrugaron
alguna charla con pocos amigos
memoria y tacto de cinturas
labios
el segundo en que aflojan los dolores
una ducha en enero
soledades
la provisoria paz de la conciencia
el turbador regreso de un desmayo

las cosas que se dicen cuando se ama
la tarde en que uno escribe de un tirón
los ojos de alguien en un gran silencio
el rato en que uno olvida que hay la muerte.

En el Pasivo consta lo siguiente
odios pesados y livianos
rabias
que son amargas hasta en la saliva
la cara al afeitarse de mañana
cuando uno se reencuentra con su víspera
y se sienten las deudas en la nuca
la corrida del ómnibus
el asma
el estupor frente al primer hipócrita
la envidia que lastima
el desconcierto
el amigo que no era
el que se va
la culpa los rencores los adioses
la presión deshonestas
el menosprecio
de los que tienen la sartén y el mango
los voraces que ganan la partida
la verdad que apabulla y que es verdad
el futuro cerrado y sin la llave

los ojos de alguien en un gran silencio
y todos los momentos menos uno
todas las noches en que está la muerte.

Salvo error u omisión este balance
infortunadamente arroja pérdidas
a enjugar en futuros ejercicios.

CORAZÓN CORAZA

Porque te tengo y no
porque te pienso
porque la noche está de ojos abiertos
porque la noche pasa y digo amor
porque has venido a recoger tu imagen
y eres mejor que todas tus imágenes
porque eres linda desde el pie hasta el alma
porque eres buena desde el alma a mí
porque te escondes dulce en el orgullo
pequeña y dulce
corazón coraza

porque eres mía
porque no eres mía
porque te miro y muero
y peor que muero
si no te miro amor
si no te miro
porque tú siempre existes dondequiera
pero existes mejor donde te quiero

porque tu boca es sangre
y tienes frío
tengo que amarte amor
tengo que amarte
aunque esta herida duela como dos
aunque te busque y no te encuentre
y aunque
la noche pase y yo te tenga
y no.

A LA IZQUIERDA DEL ROBLE

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes pero el Jardín Botánico es un parque dormido en el que uno puede sentirse árbol o prójimo siempre y cuando se cumpla un requisito previo. Que la ciudad exista tranquilamente lejos.

El secreto es apoyarse digamos en un tronco y oír a través del aire que admite ruidos muertos cómo en Millán y Reyes galopan los tranvías.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes pero el Jardín Botánico siempre ha tenido una agradable propensión a los sueños a que los insectos suban por las piernas y la melancolía baje por los brazos hasta que uno cierra los puños y la atrapa.

Después de todo el secreto es mirar hacia arriba
y ver cómo las nubes se disputan las copas
y ver cómo los nidos se disputan los pájaros.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
ah pero las parejas que huyen al Botánico
ya desciendan de un taxi o bajen de una nube
hablan por lo común de temas importantes
y se miran fanáticamente a los ojos
como si el amor fuera un brevísimo túnel
y ellos se contemplaran por dentro de ese amor.

Aquellos dos por ejemplo a la izquierda del roble
(también podría llamarlo almendro o araucaria
gracias a mis lagunas sobre Pan y Linneo)
hablan y por lo visto las palabras
se quedan conmovidas a mirarlos
ya que a mí no me llegan ni siquiera los ecos.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero es lindísimo imaginar qué dicen
sobre todo si él muerde una ramita
y ella deja un zapato sobre el césped

sobre todo si él tiene los huesos tristes
y ella quiere sonreír pero no puede.

Para mí que el muchacho está diciendo
lo que se dice a veces en el Jardín Botánico

ayer llegó el otoño
el sol de otoño
y me sentí feliz
como hace mucho
qué linda estás
te quiero
en mi sueño
de noche
se escuchan las bocinas
el viento sobre el mar
y sin embargo aquello
también es el silencio
mirame así
te quiero
yo trabajo con ganas
hago números
fichas
discuto con cretinos
me distraigo y blasfemo
dame tu mano

ahora
ya lo sabés
te quiero
pienso a veces en Dios
bueno no tantas veces
no me gusta robar
su tiempo
y además está lejos
vos estás a mi lado
ahora mismo estoy triste
estoy triste y te quiero
ya pasarán las horas
la calle como un río
los árboles que ayudan
el cielo
los amigos
y qué suerte
te quiero
hace mucho era niño
hace mucho y qué importa
el azar era simple
como entrar en tus ojos
dejame entrar
te quiero
menos mal que te quiero.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero puede ocurrir que de pronto uno advierta
que en realidad se trata de algo más desolado
uno de esos amores de tántalo y azar
que Dios no admite porque tiene celos.

Fíjense que él acusa con ternura
y ella se apoya contra la corteza
fíjense que él va tildando recuerdos
y ella se consterna misteriosamente.

Para mí que el muchacho está diciendo
lo que se dice a veces en el Jardín Botánico

vos lo dijiste
nuestro amor
fue desde siempre un niño muerto
sólo de a ratos parecía
que iba a vivir
que iba a vencernos
pero los dos fuimos tan fuertes
que lo dejamos sin su sangre
sin su futuro

sin su cielo
un niño muerto
sólo eso
maravilloso y condenado
quizá tuviera una sonrisa
como la tuya
dulce y honda
quizá tuviera un alma triste
como mi alma
poca cosa
quizá aprendiera con el tiempo
a desplegar
a usar el mundo
pero los niños que así vienen
muertos de amor
muertos de miedo
tienen tan grande el corazón
que se destruyen sin saberlo
vos lo dijiste
nuestro amor
fue desde siempre un niño muerto
y qué verdad dura y sin sombra
qué verdad fácil y qué pena
yo imaginaba que era un niño
y era tan sólo un niño muerto
ahora qué queda

sólo queda
medir la fe y que recordemos
lo que pudimos haber sido
para él
que no pudo ser nuestro
qué más
acaso cuando llegue
un veintitrés de abril y abismo
vos donde estés
llevale flores
que yo también iré contigo.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero el Jardín Botánico es un parque dormido
que sólo se despierta con la lluvia.

Ahora la última nube ha resuelto quedarse
y nos está mojando como a alegres mendigos.

El secreto está en correr con precauciones
a fin de no matar ningún escarabajo
y no pisar los hongos que aprovechan
para nacer desesperadamente.

Sin prevenciones me doy vuelta y siguen
aquellos dos a la izquierda del roble
eternos y escondidos en la lluvia
diciéndose quién sabe qué silencios.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero cuando la lluvia cae sobre el Botánico
aquí se quedan sólo los fantasmas.

Ustedes pueden irse.
Yo me quedo.

PRÓXIMO PRÓJIMO

1964-1965

*Permítanme decir que la poesía
es una habitación a oscuras*

SEBASTIÁN SALAZAR BONDY

LOS DESCANSOS

I

Ni ahora ni después
ni al mediodía
ni en la tarde brevísima
ni en la noche pesada
ni mañana
ni dentro de diez días
tendré
lo que se dice
tiempo
de ahí que el descanso sea
una gloriosa
inmerecida siesta
que siempre duermen
otros.

II

Uno quisiera a veces conseguir un insomnio
para tasar con calma
con cordura
los fracasos las viles resonancias
y aprender del silencio
ese maestro
un insomnio sin miedo
sin ruidos evidentes
agresivos

a lo sumo escuchar la tarea ominosa
de los tercos roedores de la noche
sentir cómo sus dientes
diminutos
constantes
destruyen el futuro

un insomnio sereno
para que el viejo espíritu
o la nueva cabeza
canjeen de una vez sus exiguas angustias
por una angustia grande
crecida
verdadera

pero ya no se puede
no existe ese derecho

a la noche uno cae como una roca ajena
como un susto
de plomo
y el sueño es nada más que una vacía
sinopsis de la muerte.

SOCORRO Y NADIE

Sólo un pájaro negro
sobre el pretil cascado
una línea de sol
en la reja de herrumbre
azoteas sin rostro
sin miradas
sin nadie

estúpido domingo
voraz
deshabitado

ahora se borra el sol
definitivamente
el pájaro se borra
y es un vuelo sin magia

como última señal
de vida
la camisa

oreándose en la cuerda
agita enloquecidas
blancas mangas
que reclaman socorro
pero abrazan el aire.

CURRICULUM

El cuento es muy sencillo
usted nace
contempla atribulado
el rojo azul del cielo
el pájaro que emigra
el torpe escarabajo
que su zapato aplastará
valiente

usted sufre
reclama por comida
y por costumbre
por obligación
llora limpio de culpas
extenuado
hasta que el sueño lo descalifica

usted ama
se transfigura y ama
por una eternidad tan provisoria

que hasta el orgullo se le vuelve tierno
y el corazón profético
se convierte en escombros

usted aprende
y usa lo aprendido
para volverse lentamente sabio
para saber que al fin el mundo es esto
en su mejor momento una nostalgia
en su peor momento un desamparo
y siempre siempre
un lío

entonces
usted muere.

ÉSTE Y NO OTRO

Por qué viene el recuerdo
éste y no otro
si nadie nada nunca
lo llama lo repite lo convoca

si miro
claraboyas nubes techos
pálidas astas sin banderas
puertas cerradas mudas
árboles esqueléticos
por qué
si estoy vacío
de alarmas
o repleto de paces
que es lo mismo
si nadie vocifera
nadie llora o se esconde o se desangra
si la calle está sola
con sus sonidos y vidrieras
sola

con sus ciegos que piden
y se borran
si nadie nada nunca
lo llama lo repite lo convoca
por qué
viene el recuerdo
éste
y no otro
éste
y no otro
éste.

EL ECO

Sé que el muro es el muro
y que el cielo no es cielo
sé que me olvido y oigo
cómo tañe el olvido

sin embargo no puedo
detenerme y caer
y apagarme en el sueño
y soñar que me rindo

sin base
sin motivos
sin aval
sin razones
sin ningún documento
que apoye la esperanza
miro en la tarde inerme
y grito una fe oscura
y me quedo esperando
las primicias del eco.

LA TRAMPA

Qué trampa este crepúsculo
qué calma desplomada sobre todo
qué simulacro inútil
qué sonrojo

en paz siguen las nubes
cómo quisiera en paz
y silenciosas
el aire tiene gracia
por una vez tangible
compartida
y nadie está sediento
o por lo menos nadie tan sediento
como para matar
o destrozarse

qué trampa esa lejana
bocina
que se quiebra
como un viejo sollozo

qué mentira ese tango esa guitarra
esa clara desierta inexplicable
melancolía de las azoteas

qué trampa
qué artimaña
qué lástima
saber
que es una trampa.

ETERNO

Cuando no tenga manos
ni sexo
ni pulmones
ni mirada
y con un deleznable tinguíñazo
estos labios se vuelvan
ceniza
o aserrín
aspiraré a quedarme
sin embargo
en una voz tan breve
de una sola palabra
que podría ser No
o Dios
o Cuándo

o más probablemente
un hipo
sin memoria.

ALMOHADAS

Hay almohadas de pluma
hay almohadas de siesta
de lana
de vientre
de muerte
pero no todas
están
en el secreto
ni todas saben
evacuar
las consultas

la tuya tiene
un pozo
donde ajustas
la nuca
y en las noches
amargas
hundes
ojos y lágrimas.

ARCO IRIS

A veces
por supuesto
usted sonrío
y no importa lo linda
o lo fea
lo vieja
o lo joven
lo mucho
o lo poco
que usted realmente
sea

sonrío
cual si fuese
una revelación
y su sonrisa anula
todas las anteriores
caducan al instante
sus rostros como máscaras
sus ojos duros

frágiles
como espejos en óvalo
su boca de morder
su mentón de capricho
sus pómulos fragantes
sus párpados
su miedo

sonríe
y usted nace
asume el mundo
mira
sin mirar
indefensa
desnuda
transparente

y a lo mejor
si la sonrisa viene
de muy
de muy adentro
usted puede llorar
sencillamente
sin desgarrarse
sin desesperarse
sin convocar la muerte
sin sentirse vacía

llorar
sólo llorar

entonces su sonrisa
si todavía existe
se vuelve un arco iris.

DESILUSIÓN ÓPTICA

Desde lejos parece
metido en sus costumbres incendiarias
un simple monstruo por aclamación
sádico pero lleno de coraje
pundonoroso arcángel con linterna
y una presencia de ánimo irrompible
verdugo con chorretes de justicia
intransigente como un gigoló
semidiós inflexible poderoso
con puños puñetazos y puñales
honesto como el mar o el terremoto
equitativo como una epidemia
tan popular como la misma muerte

ah pero desde cerca es tan distinto
un débil un guiñapo un inseguro
imán de temblorosas pesadillas
un cornudo ideológico o social o somático
o sea un cornudo propiamente dicho
alguien que teme y teme en varios planos

verbigracia por la virginidad
de su cofre y también de sus hijitas
la propiedad privada de sus rezos
la empresa occidental de su prostíbulo
la antigüedad de su conciencia hectárea.

TANGO

Tenés tal maña, tal arte
y un suspiro tan discreto
que podría revelarte
mi secreto.

Usás tan suaves maneras,
la sonrisa tan gustosa,
que podés pedir, de veras,
cualquier cosa.

Hacés gestos tan humanos
y tan dóciles al ruego
que por vos ponen las manos
en el fuego.

Sos de marca vieja y sabia
sos ligera en el encargo,
sos simpática de labia.
Sin embargo
sos tan sólo tus despojos.

Que no fuiste tan astuta
como para arriar tus ojos
de falluta.

CARTA AL COMISARIO DEL CIELO

Lo decidí anteanoche mientras iba
caminando sin rumbo y sin apuro
bajo la lluvia lenta mansa justa

no voy a ir así que no me espere
usted dirá qué tipo quién lo entiende
con un cielo sin fin tan comfortable
empedrado de malas intenciones
un sueño tan formal y tan augusto

ah me consta que el cielo ha mejorado
sus condiciones habitacionales
con un confort solemne y cibernético
con nuevos eugenistas y mitólogos
con reinas de belleza y de vendimia
y un escuadrón de arcángeles acróbatas
custodios de oraciones voladoras
con bromas sobre Dios y sobre el diablo
con leyes contra el diablo únicamente
y una gendarmería insuperable

(todos los comisarios van al cielo)
y una censura seca y puritana
(ya sé que a los censores corresponde
la provincia celeste de los cuáqueros)

me consta que allí están los delatores
si delataron por la buena causa
y los torturadores si invocaron
a Dios la democracia y la familia
me consta que allí están los impotentes
insospechables de concupiscencia
y los estafadores si estafaron
antes de darse a la filantropía
me consta todo eso y sin embargo
usted dirá qué tipo quién lo entiende
yo me conozco y sé que extrañaría
ha de ser deprimente no ver rostros
profilácticamente subversivos
ni suicidas colgados de ideales
ni la nostalgia de la carne alegre
ni el peligroso honor de la blasfemia
ni víctimas de un asco melancólico
o de un calambre de desobediencia
yo me conozco y sé que extrañaría
de modo que haré el trámite preciso
para que me permuten el boleto

le ruego me comprenda y me disculpe
diga si quiere que me fui al infierno
pero si esta palabra está vedada
o si al decirla arriesga usted su puesto
diga sencillamente que renuncio
porque el cielo está tan organizado
que en su autopista no hay cómo extraviarse
bajo la lluvia lenta mansa justa.

ESTACIONES

En primavera
cuando surgen
las consabidas muchachas de ojos verdes
y el nuevo viento agita con esperanza
antenas y divisas y follajes
y cada miserable sobretodo
vuelve a su ropería monacal
y los escotes rebosan de golondrinas
es fácil creer en Dios
y en los horóscopos
proporcionar migajas a los mendigos
complejos vitamínicos a las palomas
salpicarse sobriamente de optimismo
o imaginar que por los hilos del telégrafo
viajan canciones pegadizas
y más o menos insurreccionales.

TODOS CONSPIRAMOS

a Raúl Sendic

Estarás como siempre en alguna frontera
jugándote en tu sueño lindo y desvencijado
recordando los charcos y el confort todo junto
tan desconfiado pero nunca incrédulo
nunca más que inocente nunca menos
esa estéril frontera con aduanas
y pelmas y galones y también esta otra
que separa pretérito y futuro
qué bueno que respires que conspires
dicen que madrugaste demasiado
que en plena siesta cívica gritaste
pero tal vez nuestra verdad sea otra
por ejemplo que todos dormimos hasta tarde
hasta golpe hasta crisis hasta hambre
hasta mugre hasta sed hasta vergüenza
por ejemplo que estás solo o con pocos
que estás contigo mismo y es bastante

porque contigo están los pocos muchos
que siempre fueron pueblo y no lo saben
qué bueno que respire que conpires
en esta noche de podrida calma
bajo esta luna de molicie y asco
quizá en el fondo todos conspiramos
sencillamente das la señal de fervor
la bandera decente con el asta de caña
pero en el fondo todos conspiramos
y no sólo los viejos que no tienen
con qué pintar murales de protesta
conspiran el cesante y el mendigo
y el deudor y los pobres adulones
cuyo incienso no rinde como hace cinco años
la verdad es que todos conspiramos
pero no sólo los que te imaginas
conspiran claro está que sin saberlo
los jerarcas los ciegos poderosos
los dueños de tu tierra y de sus uñas
conspiran qué relajo los peores
a tu favor que es el favor del tiempo
aunque crean que su ira es la única
o que han descubierto su filón y su pólvora
conspiran las pitucas los ministros
los generales bien encuadernados
los venales los flojos los inermes

los crápulas los nenes de mamá
y las mamás que adquieren su morfina
a un abusivo precio inflacionario
todos quiéranlo-o-no van conspirando
incluso el viento que te da en la nuca
y sopla en el sentido de la historia
para que esto se rompa se termine
de romper lo que está resquebrajado
todos conspiran para que al fin logres
y esto es lo bueno que quería decirte
dejar atrás la cándida frontera
y te instales por fin en tus visiones
nunca más que inocente nunca menos
en tu futuro-ahora en ese sueño
desvencijado y lindo como pocos.

NO HA LUGAR

Hace tiempo fuimos sancionados de veras
y alguien nos colocó junto al río
desplegado
hizo pozos en la cóncava arena materna
para que sintiéramos la obligación de
instalarnos
creó un oleaje que de acuerdo a lo previsto
desorientó las esperanzas y los muelles
y en cada crepúsculo propenso a la angustia
nos despeinó con una tierna brisa

tal vez por esa razón cuando suenan
las rituales consignas del verano
nos insertamos sin fe y también sin violencia
en esa tradición poco menos que inmóvil
como si las noticias acerca de suicidios
y motines y estupros y explosiones
llegaran de una memoria no sólo derruida
sino además científicamente inexacta
durante esa vacación o letargo

de quince semanas y un miércoles anexo
vemos rocas y nostalgias y pájaros
a través de los mismos anteojos ahumados
y el higiénico ocio yacente
respirando con apática perseverancia
nos otorga por fin un inmune pellejo
de matizadas y saludables escamas

mientras tanto en alguna paciente llanura
se amontonan agüeros y simples profecías
vaya uno a saber dónde tiene el futuro
su aleatoria y portátil confianza
su depósito con furgones de pánico
su espléndido acopio de torturas
sus disciplinadas agujas que enhebran
modestos hilos de sangre caliente

no nos importa que el lejano dolor
esté pagando su carísimo peaje
en rigor no nos importa ni tampoco nos alude
nada de lo que ocurre a espaldas nuestras
estamos aquí para admirar los transatlánticos
que desandan el alegre horizonte
por lo menos estaremos mientras duren
el celaje y el sopor estivales
sólo ahora comprendemos el error sin disculpa

de no haber impedido que algo o que alguien
tomara la decisión de colocarnos
irreversiblemente junto al río
y creara y fomentara con tan laxo talante
desatendidos y brevísimos veranos
insuficientes para despreocuparnos
como los viejos moluscos que somos

la verdad es que la publicitada primavera
siempre nos pareció demasiado ventosa
no estamos ni remotamente preparados
para el otoño y su catástrofe de hojas
y por supuesto odiamos un invierno que carece
hasta de una nieve inobjetablemente estética
es por todo lo expuesto que exigimos
la inmediata ampliación del verano.

HASTA MAÑANA

Voy a cerrar los ojos en voz baja
voy a meterme a tientas en el sueño.
En este instante el odio no trabaja

para la muerte, que es su pobre dueño
la voluntad suspende su latido
y yo me siento lejos, tan pequeño

que a Dios invoco, pero no le pido
nada, con tal de compartir apenas
este universo que hemos conseguido

por las malas y a veces por las buenas.
¿Por qué el mundo soñado no es el mismo
que este mundo de muerte a manos llenas?

Mi pesadilla es siempre el optimismo:
me duermo débil, sueño que soy fuerte,
pero el futuro aguarda. Es un abismo.

No me lo digan cuando me despierte.

CENIZA

Falta saber el último sentido,
quiero decir: si es pueblo o es imperio.
Cada noticia con su desmentido,

cada desolación con su misterio.
Claro, cuando el misterio es de mentira
nadie se atreve a perdonar en serio

ni a romper el espejo en que se mira
ni menos a gritar, porque ese grito
no tiene otro respaldo que su ira.

Qué difícil negocio el infinito.
Al destino encomiendan la aventura,
yo a las pruebas del mundo me remito.

Siempre que la verdad está madura,
despiadado el azar nos fiscaliza.
Menos mal que su voz es insegura:

“No hay fénix”, dice. “Sólo habrá ceniza”.

MARINA

Cuando el barco es dejado por las ratas
a uno le vienen malos pensamientos;
alarmas sin razón, carencias natas,

pereza para aliarse con los vientos
o no prever lo mucho que fatiga
la plenamar con sus aburrimientos.

No obstante puede ser que Dios bendiga
la quiebra del bauprés, las velas rotas,
y antes que en sombras llegue la enemiga

y las gotas se junten con las gotas
antes que el mar se encrespe o se confunda,
decore al fin el mástil con gaviotas

y el barco quede hermoso. Aunque se hunda.

PARPADEO

Esa pared me inhibe lentamente
piedra a piedra me agravia

ya que tengo tiempo de bajar hasta el mar
y escuchar su siniestra horadante alegría
ya que no tengo tiempo de acumular nostalgias
debajo de aquel pino perforador del cielo
ya que no tengo tiempo de dar la cara al viento
y oxigenar de veras el alma y los pulmones

voy a cerrar los ojos y tapiar los oídos
y verter otro mar sobre mis redes
y enderezar un pino imaginario
y desatar un viento que me arrastre
lejos de las intrigas y las máquinas
lejos de los horarios y los pelmas
pero puertas adentro es un fracaso
este mar que me invento no me moja
no tiene aroma el árbol que levanto

y mi huracán suplente ni siquiera
sirve para barrer mis odios secos

entonces me reintegro a mi contorno
vuelvo a escuchar la tarde y el estruendo
vuelvo a mirar el muro piedra a piedra
y llego a la vislumbre decisiva
habrá que derribarlo para ir
a conquistar el mar el pino el viento.

PRÓXIMO PRÓJIMO

*En caso de vida o muerte, se debe
estar siempre con el más prójimo.*

ANTONIO MACHADO

Y está tu corazón
próximo prójimo
hermano a borbotones
ensimismado dócil triste exangüe
con terribles secretos en tu fondo
con tu ebria soledad acompañada

próximo
algunas veces lejanísimo prójimo
cuántos rostros me diste
me estás dando
sobreviviente atroz sobreviviente
de esta herida sin labios
de esta hiedra sin muro

qué maga
qué sin trenzas viniste
ah prójimo-muchacha la primera
a instalarte delante de mis ojos de niño
que no sabía nada
que no sabía nada
mi dialecto era verte y anunciar para siempre
entre diez compañías de soldados de plomo
mi gran amor deslumbre
mi pobre amor a cuerda

vino el amigo absorto
sin percances
y no se habló de muertes
en su cercado limbo
tan sólo se jugaba
al más allá
y el sábado
era una bruma pero sin reloj
sin llave urgente ni contradicciones
amigo nada más
amigo muerto

los padres
claro
como un gran suburbio

amor congénito en mansa barbarie
amor subordinado e invasor
amor ciego o miope o astigmático
aún puedo abrigarme en sus imágenes
están aquí al alcance
viejo
vieja
un poco sordos para su propia incógnita
pero siempre pendientes
de mi nueva llegada

venga maestro
no lo olvido
usted me abrió los cielos
colonizó mi alma
con el meñique se alisó la barba
y miró el mundo
(yo estaba en el mundo)
con un desprecio cruel
no le perdono
su vocación de estafa
ni aun ahora
que está bien muertecito
dios mediante
prójimo
hermano literal

quién sabe
dónde quedó el momento en que jugamos
lanzando al aire nuestros ocho años
de diferencia o de encadenamiento
duermes y duermo
el sueño y el espanto
viajan de tu fatiga a mi fatiga
y viceversa vuelven a viajar
hasta que al fin también
ellos se duermen

prójimo mi enemigo
que me conoce y finge no saberme
y en su tedio descubre
ese rencor enorme y tan minúsculo
por cierto no lo envidio
cuando pronuncia vida y piensa muerte
cuando repite cristo y piensa judas
a esta altura tal vez ya esté oxidado
su resentido embuste didascálico
quizá contemporice y diga ciencia
por no decir conciencia

estás en el pupitre
como yo desterrado
en tanto que en el patio

llueve diagonalmente
el alemán rechina y tú divagas
hasta que la trompada
ese viejo argumento
cae sobre tu oreja que es la mía
y tu alarido estalla para siempre
y ahora la lluvia es sólo vertical

mi mujer está aquí
pero antes mucho antes
se acercó por un patio
de baldosas en rombos
y allí empecé a tomar tremendas decisiones
entonces fui a mirarla desde buenos aires
yo era su prójimo sin lugar a dudas
volví y le dije
piénsalo
pero ella dijo
no necesito pensarlo

prójimo el admirable
el cándido
el impuro
te vi una vez pero nunca me viste
no capitularé ni capitularemos
tan importante como julio verne

vas tripulando una nave una isla
un cuerpo extraño inverosímil nuevo
pero en un lustro apenas
será el cuerpo de todos
ojalá y cotidiano

prójimo en que me amparo
tu compacta amistad
tu vida un tanto mustia
tu faro de confianzas
tus vísperas de solo
son para mí el contorno imprescindible
prójimo-muro gris acribillado
prójimo-pasamano en que me apoyo
cuando desciendo la escalera y temo
que algún peldaño pueda estar podrido

rostro herido heridor
ojos que lo supieron
aduanas de la dulce simetría
olvidada presencia inolvidable
estás en algún sitio
en algún tríptico de resignaciones
yo pienso en ti cuando la noche clava
para siempre qué suerte para siempre
otra lanza-nostalgia

en mi costado
y está tu corazón
próximo prójimo
no te avergüences de su llanto

la cabeza hace trizas el pasado
fríamente coloca sus razones invictas
divide en lotes la melancolía
negocia cautamente tus acciones en alza
desorganiza para siempre tu magia
te despoja del cándido futuro
amuebla los infiernos que te esperan
después del provisorio desamparo
te hace lúcido y hueco
cruel y lúcido
voraz y pobre lúcido

pero también
por suerte
está tu corazón
ese embustero
ese piadoso
ese mesías.

ÍNDICE

Noción de patria (1962-1963)

Noción de patria	11
Las baldosas	16
Poema frustrado	21
Pregón	24
Esta ciudad es de mentira	27
Análisis del regreso	29
Obituario con hurras	31
Falsa oposición	34
Pesadilla	36
Allá enfrente	38
Bandera en pena	40
Calma chicha	42
Turning point	44
Todo el instante	46
Entre estatuas	47
Flor de piel	49
Juego de villanos	51
Balance	53
Corazón coraza	56
A la izquierda del roble	58

Próximo prójimo
(1964-1965)

Los descansos	71
Socorro y nadie	74
Curriculum	76
Éste y no otro.....	78
El eco	80
La trampa	81
Eterno	83
Almohadas	84
Arco iris	85
Desilusión óptica.....	88
Tango	90
Carta al comisario del cielo.....	92
Estaciones	95
Todos conspiramos	96
No ha lugar	99
Hasta mañana.....	102
Ceniza	103
Marina	104
Parpadeo	105
Próximo prójimo	107

MARIO BENEDETTI

PEDRO Y EL CAPITÁN

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

PRÓLOGO

El tema de *Pedro y el Capitán* lo pensé inicialmente como una novela, e incluso le había puesto título: *El cepo*. Recuerdo que en un reportaje que en 1974 me hizo el crítico uruguayo Jorge Ruffinelli, como él me preguntara sobre mis proyectos literarios de entonces, le hablé justamente de una eventual futura novela, llamada *El cepo*, y le dije, más o menos: “Va a ser una larga conversación entre un torturador y un torturado, en la que la tortura no estará presente como tal, aunque sí como la gran sombra que pesa sobre el diálogo. Pienso tomar al torturador y al torturado no sólo en la prisión o en el cuartel, sino mezclados con la vida particular de cada uno.” Bueno, pues eso es en realidad *Pedro y el Capitán*.

Yo definiría la pieza como una indagación dramática en la psicología de un torturador. Algo así como la respuesta a por qué, mediante qué proceso, un ser normal puede convertirse en un torturador. Ahora bien, aunque la tortura es, evidentemente, el tema de la obra, como hecho físico no figura en la escena. Siempre he creído que, como tema artístico, la tortura puede tener cabida en la literatura o el cine, pero en el teatro se convierte en una agresión

demasiado directa al espectador y, en consecuencia, pierde mucho de su posibilidad removedora. En cambio, cuando la tortura es una presencia infamante, pero indirecta, el espectador mantiene una mayor objetividad, esencial para juzgar cualquier proceso de degradación del ser humano.

La obra no es el enfrentamiento de un monstruo y un santo, sino de dos hombres, dos seres de carne y hueso, ambos con zonas de vulnerabilidad y de resistencia. La distancia entre uno y otro es, sobre todo, ideológica, y es quizá ahí donde está la clave para otras diferencias, que abarcan la moral, el ánimo, la sensibilidad ante el dolor humano, el complejo trayecto que media entre el coraje y la cobardía, la poca o mucha capacidad de sacrificio, la brecha entre traición y lealtad.

Otro aspecto a destacar es que la obra, de alguna manera, propone una relación torturador-torturado, que, aunque ha sido escasamente tocada por el teatro, se da frecuentemente en el ámbito de la verdadera represión, por lo menos en la que se practica en el Cono Sur. En *Pedro y el Capitán* los cuatro actos son meros intermedios, treguas entre tortura y tortura, son los breves períodos en que el interrogador “bueno” recibe al detenido, que ha sido previa y brutalmente torturado, y, en consecuencia, es de presumir que tiene las defensas bajas.

El torturado puede no ser sólo una víctima indefensa, condenada a la inevitable derrota o a la de-

lación. También puede ser (y la historia reciente demuestra que miles de luchadores políticos la han encarado así) un hombre que derrota al poder aparentemente omnímodo, un hombre que usa su silencio casi como un escudo y su negativa casi como un arma, un hombre que prefiere la muerte a la traición. Pero aun para sostener esa actitud digna, entera, insobornable, el preso debe fabricarse sus propias verosímiles defensas y convencerse a sí mismo de su inexpugnabilidad. Cuando Pedro inventa la metáfora de que en realidad ya es un muerto, está sobre todo inventando una trinchera, un baluarte tras el cual resguardar su lealtad a sus compañeros y a su causa. En la obra hay dos procesos que se cruzan: el del militar que se ha transformado de “buen muchacho” en verdugo; el del preso que ha pasado de simple hombre común a mártir consciente. Pero quizá la verdadera tensión dramática no se dé en el diálogo sino en el interior de uno de los personajes: el capitán.

No he querido representar en el preso a un militante de uno u otro sector político. La durísima represión ha abarcado virtualmente todo el espectro de la izquierda uruguaya, y hasta ha alcanzado a otros sectores de oposición, como pueden ser la Iglesia o los partidos tradicionales. Pedro es simplemente un preso político de izquierda que no delata a nadie, y que de algún modo humilla a su interrogador, vencéndolo mientras agoniza. Cada uno de los cuatro actos concluye con un *no*.

De más está decir que, aun en medio de la derrota que hoy sobrellevamos, no estoy por una literatura —y menos por un teatro— derrotista y lloriqueante, destinados a inspirar lástima y conmiseración. Tenemos que recuperar la objetividad, como una de las formas de recuperar la verdad, y tenemos que recuperar la verdad como una de las formas de merecer la victoria.

MARIO BENEDETTI
(1979)

PEDRO Y EL CAPITÁN

PRIMERA PARTE

Escenario despejado: una silla, una mesa, un sillón de hamaca o de balance. Sobre la mesa hay un teléfono. En una de las paredes, un lavabo, con jabón, vaso, toalla, etcétera. Ventana alta, con rejas. No debe dar, sin embargo, la impresión de una celda, sino de una sala de interrogatorios.

Entra PEDRO, amarrado y con capucha, empujado por presuntos guardianes o soldados, que no llegan a verse. Es evidente que lo han golpeado; que viene de una primera sesión —leve— de apremios físicos. PEDRO queda inmóvil, de pie, allí donde lo dejan, como esperando algo, quizá más castigos. Al cabo de unos minutos, entra el CAPITÁN, uniformado, la cabeza descubierta, bien peinado, impecable, con aire de suficiencia. Se acerca a PEDRO y lo toma de un brazo sin violencia. Ante ese contacto, PEDRO hace un movimiento instintivo de defensa.

CAPITÁN

No tengas miedo. Es sólo para mostrarte dónde está la silla.

Lo guía hasta la silla y hace que se siente. PEDRO está rígido, desconfiado. El CAPITÁN va hacia la mesa, revisa unos papeles, luego se sienta en el sillón.

CAPITÁN

Te golpearon un poco, parece. Y no hablaste, claro.

PEDRO guarda silencio.

CAPITÁN

Siempre pasa eso en la primera sesión. Incluso es bueno que la gente no hable de entrada. Yo tampoco hablaría en la primera. Después de todo no es tan difícil aguantar unas trompadas y ayuda a que uno se sienta bien. ¿Verdad que te sentís bien por no haber hablado?

Silencio de PEDRO.

CAPITÁN

Luego la cosa cambia, porque los castigos van siendo progresivamente más duros. Y al final todos hablan. Para serte franco, el único silencio que yo justifico es el de la primera sesión. Después es masoquismo. La cuenta que tenés que sacar es si vas a hablar cuando te rompan los dien-

tes o cuando te arranquen las uñas o cuando vomites sangre o cuando... ¿A qué seguir? Bien sabés el repertorio, ya que constantemente ustedes lo publican con pelos y señales. Todos hablan, muchacho. Pero unos terminan más enteros que otros. Me refiero al físico, por supuesto. Todo depende de en qué etapa decidan abrir la boca. ¿Vos ya lo decidiste?

Silencio de PEDRO.

CAPITÁN

Mirá, Pedro..., ¿o preferís que te llame Rómulo, como te conocen en la clande? No, te voy a llamar Pedro, porque aquí estamos en la hora de la verdad, y mi estilo sobre todo es la franqueza. Mirá, Pedro, yo entiendo tu situación. No es fácil para vos. Llevabas una vida relativamente normal. Digo normal, considerando lo que son estos tiempos. Una mujercita linda y joven. Un botija sanito. Tus viejos, que todavía se conservan animosos. Buen empleo en el Banco. La casita que levantaste con tu esfuerzo. *(Cambiando el tono.)* A propósito, ¿por qué será que la gente de clase media, como vos y yo, tenemos tan arraigado el ideal de la casita propia? ¿Acaso ustedes pensaron en eso cuando se propusieron crear una sociedad sin propiedad privada? Por lo menos en ese punto, el de la casita propia, nadie los va a

apoyar. *(Retomando el hilo.)* O sea, que tenías una vida sencilla, pero plena. Y de pronto, unos tipos golpean en tu puerta a la madrugada y te arrancan de esa plenitud, y encima de eso te dan tremenda paliza. ¿Cómo no voy a ponerme en tu situación? Sería inhumano si no la entendiera. Y no soy inhumano, te lo aseguro. Ahora bien, te aclaro que aquí mismo hay otros que son casi inhumanos. Todavía no los has conocido, pero tal vez los conozcas. No me refiero a los que anoche te dieron un anticipo. No, hay otros que son tremendos. Te confieso que yo no podría hacer ese trabajo sucio. Para ser verdugo hay que nacer verdugo. Y yo nací otra cosa. Pero alguien lo tiene que hacer. Forma parte de la guerra. También ustedes tendrán, me imagino, trabajos limpios y trabajos sucios. ¿Es así o no es así? Yo seré flojo, puede ser, pero prefiero las faenas limpias. Como esta de ahora: sentarme aquí a charlar contigo, y no recurrir al golpe, ni al submarino, ni al plantón, sino al razonamiento. Mi especialidad no es la picana sino el argumento. La picana puede ser manejada por cualquiera, pero para manejar el argumento hay que tener otro nivel. ¿De acuerdo? Por eso también yo gano un poco más que los muchachos eléctricos. *(Se da un golpe en la frente, como sorprendido por su hallazgo verbal.)* ¡Los muchachos eléctricos! ¿Qué te parece? ¿Cómo a nadie se le ocurrió antes llamarlos así?

Esta noche en el casino se lo cuento al coronel: él tiene sentido del humor, le va a gustar. (*Calla un momento. Mira a PEDRO, que sigue inmóvil y callado.*) Si estás cansado de la posición, podés cruzar la pierna. (*PEDRO no se mueve.*) Parece que optaste por la resistencia pasiva. El flaco Gandhi sabía mucho de eso. Pero una cosa eran los hindúes contra los ingleses y otra muy distinta son ustedes contra nosotros. La resistencia pasiva hoy en día no resulta, no resuelve nada. Es, cómo te diré, anacrónica. Desde que los yanquis —¿viste que digo yanquis, igual que ustedes?— impusieron su estilo tan eficaz de represión, la resistencia pasiva se fue al carajo. Ahora la cosa es a muerte. Por eso yo creo que, aun en esta primera etapa, no te conviene empecinarte. Fijate que ni siquiera me contestás cuando te pregunto algo. Eso no está bien. Porque, como habrás observado, yo no estoy aquí para maltratarte, sino sencillamente para hablar contigo. Vamos a ver, ¿por qué ese mutismo? ¿Será un silencio despreciativo? Pongamos que sí. Aquí, en esta guerra, todos nos despreciamos un poco. Ustedes a nosotros, nosotros a ustedes. Por algo somos enemigos. Pero también nos apreciamos otro poco. Nosotros no podemos dejar de apreciar en ustedes la pasión con que se entregan a una causa, cómo lo arriesgan todo por ella: desde el confort hasta la familia, desde el trabajo hasta la vida. No entendemos mucho el sen-

tido de ese sacrificio, pero te aseguro que lo apreciamos. En compensación tengo la impresión de que ustedes también aprecian un poco la violencia que nos hacemos a nosotros mismos cuando tenemos que castigarlos, a veces hasta reventarlos, a ustedes que después de todo son nuestros compatriotas, y por añadidura compatriotas jóvenes. ¿Te parece que es poco sacrificio? También nosotros somos seres humanos y quisiéramos estar en casa, tranquilos, fresquitos y descansados, leyendo una buena novela policial o mirando la televisión. Sin embargo, tenemos que quedarnos aquí, cumpliendo horas extras para hacer sufrir a la gente, o, como en mi caso, para hablar con esa misma gente entre sufrimiento y sufrimiento. *Mi tempo es el intermezzo, ¿viste? (Cambiando de tono.)* ¿Te gusta la música, la ópera? Ya sé que no me vas a contestar... por ahora. *(Retomando el hilo.)* Pero lo que quería decirte es que sospecho que ustedes aprecian, no sé si consciente o inconsciente, la pasión que nosotros, por nuestra parte, también ponemos en nuestro trabajo. ¿Es así? *(Por primera vez, el tono de la pregunta empieza a ser conminatorio. PEDRO no responde ni se mueve.)* Decime un poco... A vos no tengo que explicarte las reglas del juego. Las sabés bien y hasta tengo entendido que reciben cursillos para enfrentar situaciones como esta que vivís ahora. ¿O no sabés que entre nosotros hay interrogado-

res “malos”, casi bestiales, esos que son capaces de deshacer al detenido, y están también los “buenos”, los que reciben al preso cuando viene cansado del castigo brutal, y lo van poco a poco ablandando? Lo sabés, ¿verdad? Entonces te habrás dado cuenta de que yo soy el “bueno”. Así que de algún modo me tenés que aprovechar. Soy el único que te puede conseguir alivio en las palizas, brevedad en los plantones, suspensión de picana, mejora en las comidas, uno que otro cigarrillo... Por lo menos sabés que mientras estás aquí, conmigo, no tenés que mantener todos los músculos y nervios en tensión, ni hacer cálculos sobre cuándo y desde dónde va a venir el próximo golpe. Soy algo así como tu descanso, tu respiro. ¿Estamos? Entonces no creo que sea lo más adecuado que te encierres en ese mutismo absurdo. Hablando la gente se entiende, decía siempre mi viejo, que era rematador, o sea, que tenía sus buenas razones para confiar en el uso de la palabra. Te digo esto para que te hagas una composición de lugar y no te excedas en tus derechos, si no querés que yo me exceda en mis deberes. Puedo respetar el derecho que tenés a callarte la boca, aquí, frente a mí, que no pienso tocarlo. Pero quiero que sepas que no estoy dispuesto a representar el papel de estúpido, dándote y dándote mi perorata, y vos ahí, callado como un tronco. Tampoco esperes imposibles de parte del

“bueno”. Sobre todo cuando el “bueno” conoce algunos pormenores de tu trayectoria. Pedro, alias Rómulo. Más aún —y para que no te autotortures además de lo que vayan a torturarte—, te diré que no tenés ninguna necesidad de hablar de Tomás ni de Casandra ni de Alfonso. La historia de esos tres la tenemos completita. No nos falta ni un punto ni una coma, ni siquiera un paréntesis. ¿Para qué te vamos a romper la crisma pidiéndote datos que ya tenemos y que además hemos verificado? Sería sadismo, y nosotros no somos sádicos, sino pragmáticos. En cambio, sabemos relativamente poco de Gabriel, de Rosario, de Magdalena y de Fermín. En alguno de estos casos, ni siquiera sabemos el nombre real o el domicilio. Fijate qué amplio margen tenés para la ayuda que podés prestarnos. Ahora, eso sí, para completar esas cuatro fichas, y como sabemos a ciencia cierta que vos sos en ese sentido el hombre clave, estamos dispuestos —no yo, en lo personal, digo nosotros como institución— a romperte no sólo la crisma, sino los huevos, los pulmones, el hígado, y hasta la aureola de santito que alguna vez quisiste usar, pero te queda grande. Como ves, pongo las cartas sobre la mesa. No podrás acusarme de retorcido ni de ambiguo. Ésta es la situación. Y como de alguna manera me caés simpático, te la digo bien claramente para que sepas a qué atenerme. O sea, que te tengo simpatía, pero no lásti-

ma ni piedad. Y por supuesto hay aquí, en esta unidad militar —que nunca sabrás cuál es—, gente que, por principio y sin necesidad de saber nada de vos, no te tiene simpatía, y es capaz de llevarte hasta el último límite. Y no sólo a vos. Ellos, los de la línea durísima, prefieren a veces traer a la esposa del acusado, y, cómo te diré, “perforarla” en su presencia, y hasta hay quienes son partidarios de la técnica brasileña de hacer sufrir a los niños delante de sus padres, sobre todo de su madre. Te imaginarás que yo no comparto esos extremos, me parecen sencillamente inhumanos, pero si vamos a ser objetivos, tenemos que admitir que tales extremos constituyen una realidad, una posibilidad, y no me sentiría bien si no te lo hubiera advertido y un día te encontraras con que algún orangután, como esos que anoche te dieron sus piñazos de introducción, violara frente a vos a esa linda piba que es tu mujercita. Se llama Aurora, ¿no? Seguro que en ese caso te quitarían la capucha. Son orangutanes, pero refinados. ¿Cuánto tiempo llevan de casados? ¿Es cierto que el último veintidós de octubre celebraste tus ocho años de matrimonio? ¿Le gustó a Aurora la espiguita de oro que le compraste en la calle Sarandí? ¿Y qué me contás si llegan a traer a Andresito y empiezan a amasijarlo en tu presencia? Esto último, como te decía, aún no ha sido aprobado como recurso,

pero los asesores lo tienen a estudio, y, claro, siempre habrá alguno que tendrá que ser el pionero. Nunca estaré de acuerdo con esos procedimientos, porque confío plenamente en el poder de persuasión que tiene un ser humano frente a otro ser humano. Más aún, estimo que los muchachos eléctricos usan la picana porque no tienen suficiente confianza en su poder de persuasión. Y además consideran que el preso es un objeto, una cosa a la que hay que exprimir por procedimientos mecánicos, a fin de que largue todo su jugo. Yo, en cambio, nunca pierdo de vista que el detenido es un ser humano como yo. ¡Equivocado, pero ser humano! Vos, por ejemplo, así como estás, callado e inmóvil, podrías ser simplemente una cosa. Quizá lo que estás tratando es de cosificarte frente a mí, pero por quieto y mudo que permanezcas, yo sé que no sos un objeto, yo sé que sos un ser humano, y sobre todo un ser humano con puntos sensibles. Puntos sensibles que, claro, no poseen las cosas. *(Pausa.)* ¡Ya pensaste en los huevos, claro! Cuando alguien habla de puntos sensibles, es de cajón: las mujeres piensan en las tetas, y los hombres en los huevos. Un matiz que es muy importante no olvidar. Ya lo decía el pobre Mitrione, que se las sabía todas: “Dolor preciso, en el lugar preciso, en la proporción precisa elegida al efecto.” Es claro que, desde el punto de vista de tus respetables convicciones, es

bravo plantearse a sí mismo la mera posibilidad de hablar, de entregar datos, referencias. No es simpático que a uno lo acusen de traidor. Pero aquí hay un elemento que acaso vos ignores. Un tratamiento de los que dispensamos sólo a gente que nos cae bien, como vos, muchacho. Te damos la posibilidad de que nos ayudes y, sin embargo, no quedés mal con tus compañeros. ¿Qué te parece? A lo mejor creés que es imposible. Te parecerá vanidad de mi parte, pero para nosotros nada es imposible. ¿Querés que te lo explique? El plan tiene cuatro capítulos. Primero. Vos hablás, cuanto antes mejor, así no tenemos necesidad de amasijarte: nos decís todo, todito, acerca de Gabriel, Rosario, Magdalena y Fermín. Fijate que podíamos ponerte una lista con veinte nombres, y, sin embargo, de buenos que somos, incluimos sólo cuatro. Cuatro, ¿te das cuenta? Una bicoca. Segundo. Llevamos a cabo algunos procedimientos, de acuerdo a los informes que espontáneamente, ¿entendés?, espontáneamente, nos proporcionan. Es claro que esos procedimientos nos sirven, entre otras cosas, para comprobar si efectivamente estás colaborando, o, por el contrario, querés tomarnos el pelo. No te aconsejo la segunda opción. Si, en cambio, confirmamos la primera, no te vamos a soltar enseguida, claro. Eso por tu bien, para que tus compañeros no sospechen. Dejamos pasar un tiempo prudencial y des-

pués te largamos. Lindo, ¿no? Tercero. Inventamos un documento en clave, o una lista de teléfonos, o cualquier otra cosa en la que nos pondríamos fácilmente de acuerdo, y hacemos público que la razzia se debió al descubrimiento fortuito de esa nómina o lo que sea, y sobre todo a nuestra capacidad deductiva, así de paso quedamos bien. Como ustedes lo tienen todo compartimentado, cada célula creerá que la lista proviene de otro berretín. Cuarto. Te soltamos por fin, y vos, cuando te juntes con los muchachos, les decís que negaste todo con tanta firmeza que nos convenciste de tu inocencia. ¿Qué te parece? (PEDRO sigue inmóvil.) Te advierto que no podés esperar, verosímilmente, una solución mejor que esta que te estoy proponiendo. Tené en cuenta que no se ha empleado nunca hasta ahora, de modo que las sospechas sobre vos no harán carrera. Más aún, tengo la impresión de que vas a salir favorecido en cuanto a prestigio y autoridad. Y de paso te libráis de toda esa porquería. Sos muy joven para destruirte porque sí, para arruinarte. Podrías volver con Aurora y con el pibe. ¿No se te hace agua la boca? Aurora te recibiría como a un héroe, y, claro, al principio tendrías algún remordimiento, pero con una mujercita como la tuya los remordimientos se esfuman en la cama. Eso sí, tenés que responderme. Hasta ahora soporté que no dijeras nada. Pero pocos

detenidos tienen el privilegio de recibir una propuesta tan generosa. ¿Por qué me habrás caído tan bien? De manera que tenés que responderme. Para que vos y yo sepamos a qué atenernos. Concretemos, pues; frente a esta propuesta, ¿estás dispuesto a hablar, estás dispuesto a darnos la información que te pedimos? *(Se hace un largo silencio. PEDRO sigue inmóvil. El CAPITÁN sube el tono.)* ¿Estás dispuesto a hablar? *(La capucha de PEDRO se mueve negativamente.)*

SEGUNDA PARTE

El mismo escenario, desierto.

Pasados unos minutos, PEDRO (siempre amarrado y con capucha) es nuevamente arrojado a escena, como en la escena anterior, pero con más violencia. Ahora está más deteriorado. Es evidente que el castigo sufrido ha sido severo. PEDRO busca a tientas la silla. Por fin la encuentra y a duras penas se sienta. De vez en cuando sale de su boca un ronquido apenas audible. Entra el CAPITÁN: igual aspecto y vestimenta que en la escena anterior. Observa detenidamente a PEDRO, como haciendo inventario de sus nuevas magulladuras y heridas.

CAPITÁN (todavía de pie, con las piernas abiertas y los brazos cruzados)

¿Viste? Ya empezó el crescendo. No podrás decir que no te lo advertí. ¡Mirá que son bestias estos subordinados! Y hay que dejarlos hacer. De lo contrario, capaz que nos revientan a nosotros. (Pausa.) ¿Te lo creíste? No, lo digo en broma. Pero la verdad es que hay más de un oficial que les tiene miedo. (Pausa.) ¿Y qué tal? Te dejé tiempo para que lo pen-

saras. ¿Lo pensaste? (*Silencio e inmovilidad de PEDRO.*) Te advierto una cosa. No creas que vamos a seguir todo un semestre en esta situación, digamos estancada. Por un lado, no creo que tu físico vaya a aguantar mucho tiempo. No sos lo que se dice un atleta. No me refiero a mis preguntas, claro, sino a los muchachos eléctricos. (*Cambiando de tono.*) A propósito, mi broma le hizo mucha gracia al coronel. No sólo se rió, sino que me dijo: “Capitán, tenemos que cuidar que no haya un solo apagón.” El chiste no es bueno, pero me reí, qué iba a hacer. (*Retomando el hilo.*) ¿Qué te estaba diciendo? Ah, sí, que estábamos estancados. Por mi parte, quiero salir de este estancamiento. Me imagino que vos también. Por eso he decidido introducir un elemento nuevo en la situación. (*Pausa.*) ¿No te pica la curiosidad? ¿Qué será, eh? ¿Un testigo? ¿Alguien que ya te delató? (*Nueva pausa, destinada a crear expectativa.*) No, nada de eso. El nuevo elemento van a ser tus ojos. Quiero que veas y que yo pueda ver cómo ves. (*Se acerca a PEDRO y de un tirón le quita la capucha. PEDRO tiene la cara con heridas y huellas de golpes: abre y cierra varias veces los ojos encandilados.*) Bueno, bueno. (*Sonríe.*) Mucho gusto. Es mejor vernos las caras, ¿no? Nunca me ha gustado dialogar con una arpillera. Hay algunos colegas que no quieren que el detenido los vea. Y alguna razón tienen. El castigo genera rencores, y uno nunca sabe qué puede traernos el futuro. ¿Quién te dice

que algún día esta situación se invierta y seas vos quien me interrogue? Si eso llegara a ocurrir, te prometo colaborar un poco más que vos. Pero no va a ocurrir, no te ilusiones. Hemos tomado todas las precauciones para que no ocurra. Por otra parte, a mí no me preocupa que conozcas mi cara. Lo más que podrás achacarme es que estuve preguntando y preguntando, pero eso no genera rencor, creo. ¿O lo genera? (*Pausa.*) Así, sin capucha, te es un poco más difícil hablar, ¿verdad?

PEDRO

Sí.

CAPITÁN

¡Caramba! Primer monosílabo. Toda una concesión. ¡Bravo!

PEDRO (*tiene cierta dificultad al hablar, debido a la hinchazón de la boca*)

Quiero aclararle que el hecho de que usted no participe directamente en mi tortura, no garantiza que no lo odie, ni siquiera que lo odie menos.

CAPITÁN (*se sorprende un poco, pero reacciona*)

Está bien. Me gusta el juego limpio.

PEDRO

No. No le gusta. Pero no importa. Quiero decirle,

además, que con capucha no abrí la boca porque hay un mínimo de dignidad al que no estoy dispuesto a renunciar, y la capucha es algo indigno.

CAPITÁN (*después de un silencio*)

Eso del odio, ¿por qué lo dijiste?

PEDRO

¿Por qué lo dije?

CAPITÁN

Sí. Puedo comprender que lo sientas. En cambio, no puedo comprender que me lo digas así, descaradamente. Aquí soy yo el que está arriba, y vosotros el que está abajo. ¿O te olvidaste?

PEDRO

No, no me olvidé.

CAPITÁN

Y mostrar odio, genera odio.

PEDRO

Claro.

CAPITÁN

Te advierto que no voy a entrar en ese juego. Soy cristiano, pero no acostumbro a poner la otra mejilla.

PEDRO

Por supuesto. El que las pongo soy yo, y mire cómo las tengo. Las mejillas y la espalda y las piernas y las uñas.

CAPITÁN

Y mañana los huevos.

PEDRO

Si usted lo dice.

CAPITÁN

Lo digo, lo ordeno y otros lo cumplen. ¿Qué te parece? (*Gesto de PEDRO. El CAPITÁN suelta una risita nerviosa.*) De todas maneras, te aconsejo que no me provoques, soy de pocas pulgas, ¿sabés?

PEDRO

Lo sé. Quizá yo sepa más de usted que usted de mí.

CAPITÁN (*con ironía*)

¡No me digas!

PEDRO

Sí le digo. En su afán de extraerme lo que sé y lo que no sé, usted no advierte que se va mostrando tal cual es.

CAPITÁN

¿Y cómo soy?

PEDRO

Bah...

CAPITÁN

Me parece que te pregunté cómo soy.

PEDRO

Sí, ya sé. Pero es absurdo. Me mete en cana, hace que me revienten, y encima exige que le sirva de analista. ¡Eso no!

CAPITÁN

Después de todo, ya me imagino cómo soy.

PEDRO

Entonces estoy de acuerdo con ese autodiagnóstico.

CAPITÁN

¿Y si me imagino noble y digno?

PEDRO

¿Sabe lo que pasa? Usted no puede venderse a sí mismo un tranvía. *(Pausa muy breve.)* No se puede imaginar noble y digno.

CAPITÁN (*gritando*)

¡Callate!

PEDRO

¿Cómo? ¿No quería que hablara? Y ahora que me decido a hablar...

CAPITÁN (*más bajo, pero concentrado*)

Callate, estúpido.

PEDRO

Está bien.

CAPITÁN (*al cabo de un rato, más calmo, como si re-capacitara*)

Después de todo, a lo mejor no me considero noble y digno. Pero ¿a quién le importan mi nobleza y mi dignidad? ¿Eh? ¿A quién?

PEDRO

Deberían importarle a usted. Lo que es a mí...

CAPITÁN

¿Eso también está en las instrucciones? ¿Establecer una distancia sanitaria con el interrogador?

PEDRO

Es usted quien establece la distancia. ¿Cómo pue-

de haber comunicación, aproximación, diálogo, etcétera, entre un torturado y su torturador?

CAPITÁN (*con cierta alarma*)

Yo ni siquiera te he tocado.

PEDRO

Sí, ya sé; es el “bueno”. Pero ¿es que aquí hay “buenos” y “malos”? ¿Usted no será como el mastodonte que me hace el submarino, como la bestia que me aplica la picana? ¿El mismo engranaje, la misma máquina? ¿Acaso usted mismo puede creer que hay diferencia?

CAPITÁN

Te estás pasando de insolente.

PEDRO

Entonces vuelvo a callarme.

CAPITÁN (*después de un silencio*)

¿Y no quisieras preguntarme nada?

PEDRO (*sorprendido*)

¿Preguntar yo?

CAPITÁN

Sí, preguntar vos.

PEDRO

¿De qué se trata? ¿Una nueva técnica post Mitri-
trione?

CAPITÁN

A lo mejor.

PEDRO (*recapacitando*)

Bueno, voy a preguntarle: ¿tiene familia?

CAPITÁN (*a su vez sorprendido*)

¿Y a vos qué te importa?

PEDRO

Como importarme, nada. A quien debe importarle, si la tiene, es a usted.

CAPITÁN

¿Me estás amenazando?

PEDRO

¡Eso se llama deformación profesional! Ustedes, cuando se acuerdan de la familia de uno, es siempre para amenazar.

CAPITÁN

Y entonces ¿para qué querés saber?

PEDRO

Porque si tiene padres, mujer e hijos, debe ser jodido para usted cuando vuelve a casa.

CAPITÁN (*gritando*)

¿Qué decís?

PEDRO

Me explico: que para usted debe ser jodido, después de interrogar a un recién torturado, darle un besito a su mujer o a su hijo, si lo tiene.

El CAPITÁN se levanta de un salto, perdida toda compostura, y le da a PEDRO un puñetazo en la boca.

PEDRO (*trata de mover los labios, y habla con más dificultad que antes*)

Menos mal que usted es el bueno.

CAPITÁN

Todo tiene su límite.

PEDRO

Se va a arruinar, capitán. No olvide que el “bueno” no puede ni debe propinar piñazos a un hombre amarrado. (*Pausa.*) De todas maneras, le comunico que no puede competir con sus colegas de la noche. Ellos lo hacen muchísimo mejor. Y es

lógico. Lo que ellos hacen eléctricamente, usted lo hace a tracción a sangre. Así no se puede competir.

CAPITÁN

Dije basta.

PEDRO

¿No lo reñirán cuando se den cuenta de que perdió la calma? Violó las normas, capitán.

CAPITÁN (*hablando entre dientes*)

Mirá, mocoso, callate.

PEDRO

No le gustó lo de la familia, ¿eh? Primero: quiere decir que la tiene. Segundo: que no es tan insensible.

CAPITÁN (*más calmo*)

¿Vas a hablar entonces?

PEDRO

Estoy hablando, ¿no?

CAPITÁN

Sabés a qué me refiero.

PEDRO

Capitán: no saque conclusiones descabelladas.

CAPITÁN (*desorientado*)

Pero ¿por qué?, ¿por qué? (*Gesto de PEDRO.*) ¿No te das cuenta, cretino, de que te están utilizando? ¿No te das cuenta de que otros ponen las ideas y vos ponés la cara?

PEDRO

Está bien esa frase. ¿De dónde la sacó? (*Pausa.*) Incluso a veces puede ser cierta.

CAPITÁN

¿Y entonces?

PEDRO

Entonces, nada. Lo esencial no es el defecto individual...

CAPITÁN (*concluyendo la frase*)

... sino la voluntad colectiva. Párrafo siete, inciso (a), de la declaración interna que analizaron ustedes en agosto.

PEDRO

Y si conocen la declaración de agosto, ¿para qué toda esta farsa?

CAPITÁN

Una cosa es la declaración, y otra sos vos.

PEDRO

O sea, que tenemos un soplón.

CAPITÁN

¿Por qué no? ¿Qué esperabas?

PEDRO

¿Y cómo es que no les dije todo sobre Gabriel, Rosario, Magdalena y Fermín?

CAPITÁN

Porque no lo sabe.

PEDRO

Ah.

CAPITÁN

En cambio, sí sabía de vos y por eso caíste. Y además nos dije que vos sí sabías sobre los otros cuatro.

PEDRO

Ah.

CAPITÁN (*después de un largo silencio*)

Decime un poco, ¿vos sabés lo que te espera?

PEDRO

Me lo imagino.

CAPITÁN

Tal vez sea bastante peor de lo peor que imaginás.
Diariamente hacemos progresos.

PEDRO

Lo que imagino siempre es peor.

CAPITÁN

Pero ¿qué sos?, ¿un suicida?

PEDRO

Nada de eso. Me gusta bastante vivir.

CAPITÁN

¿Vivir reventado?

PEDRO

No, vivir simplemente.

CAPITÁN

Yo te ofrezco que vivas, simplemente.

PEDRO

No, simplemente no. Usted me ofrece que viva como un muerto. Y antes que eso prefiero morir como un vivo.

CAPITÁN

Bah, frases.

PEDRO

Se la dije a propósito. Pensé que le gustaban. Ustedes, cuando dicen un discurso, hablan siempre en bastardilla.

CAPITÁN (*después de un silencio*)

Antes me preguntaste por la familia. Sí, tengo mujer y un casalito. El varón, de siete años; la niña, de cinco. Es cierto que a veces, cuando llego del trabajo, es difícil enfrentarlos. Aquí no torturo, pero oigo demasiados gemidos, gritos desgarradores, bramidos de desesperación. A veces llego con los nervios destrozados. Las manos me tiemblan. Yo no sirvo demasiado para este trabajo, pero estoy atrapado. Y entonces encuentro una sola justificación para lo que hago: lograr que el detenido hable, conseguir que nos dé la información que precisamos. Es claro que siempre prefiero que hable sin que nadie lo toque. Pero ese ejemplar ya no se da, ya no viene. Las veces que conseguimos algo, es siempre mediante la máquina. Es lógico que uno sufra de ver sufrir. Dijiste que no era insensible, y es cierto. Entonces, fijate, la única forma de redimirme frente a los niños, es ser consciente de que por lo menos

estoy consiguiendo el objetivo que nos han asignado: obtener información. Aunque a ustedes tengamos que destruirlos. Es de vida o muerte. O los destruimos o nos destruyen. Vida o muerte. Vos metiste el dedo en la llaga cuando mencionaste mi familia. Pero también me hiciste recordar que de cualquier manera tengo que hacerte hablar. Porque sólo así me sentiré bien ante mi mujer y mis hijos. Sólo me sentiré bien si cumplo mi función, si alcanzo mi objetivo. Porque de lo contrario seré efectivamente un cruel, un sádico, un inhumano, porque habré ordenado que te torturen para nada, y eso sí es una porquería que no soporto.

PEDRO (*lo mira con cierta curiosidad, con un interés casi científico, como quien examina una especie extinguida*)
¿Algo más?

CAPITÁN

Sí, una pregunta. Es la misma de antes, pero aspiro a que ahora la entiendas mejor, confío en que te des cuenta de toda la vida que pongo detrás de ella. ¿Vas a hablar?

PEDRO (*todavía estupefacto ante la perorata del CAPITÁN, pero sin perder nada de su fuerza*)
No, capitán.

TERCERA PARTE

El mismo escenario.

El CAPITÁN está en el sillón, meciéndose como ensimismado. Ha perdido la compostura y el atildamiento de las escenas anteriores. Está despeinado, se ha desabrochado la camisa y tiene floja la corbata. Se inclina sobre la mesa y descuelga el tubo del teléfono.

CAPITÁN

¡Tráiganlo! (Cuelga.)

Otra vez vuelve a mecerse en el sillón. A veces parece respirar con dificultad. Transcurren varios minutos. Se oyen ruidos cercanos. PEDRO es arrojado en la habitación. Tiene capucha. La ropa está desgarrada y con abundantes manchas de sangre. Queda tendido en el suelo, inmóvil. El CAPITÁN se le acerca. Sin quitarle la capucha, lo examina, ve sus múltiples heridas y contusiones. Cuando le toma un brazo, se oye un ronco quejido. Entonces lo suelta. Parece desorientado y se aleja de aquel cuerpo.

CAPITÁN

¡Pedro!

El cuerpo no responde, pero trata de moverse. El CAPITÁN vuelve a acercarse, y esta vez lo sostiene con fuerza y lo lleva hasta la silla. Pero el cuerpo de PEDRO se inclina hacia un costado. El CAPITÁN lo sostiene y vuelve a acomodarlo. Cuando comprueba que por fin tiene estabilidad, regresa a su sillón y de nuevo se mece. Debajo de la capucha empiezan a oírse ciertos sonidos, pero al principio no se distingue si se trata de risa o de llanto. El cuerpo se sacude. El CAPITÁN suspende su balanceo, y espera, tenso. Pero el ruido sigue, confuso, ambiguo. Entonces se pone de pie, va hacia PEDRO, y de un tirón le quita la capucha. Sólo entonces se hace evidente que PEDRO ríe. Con un rostro totalmente deformado y tumefacto, pero ríe.

CAPITÁN

¿De qué te ríes, estúpido?

PEDRO (como si el CAPITÁN no le hubiera hablado)

Y en plena sesión de picana, sobrevino el apagón, ese mismo apagón que previó su maldito coronel. Y pobres, los mastodontes no sabían qué hacer, porque sin corriente no son nada. Y estaba aquella muchacha con la picana en la vagina, y

cuando vino el apagón no sé cómo les pudo dar una patada. Y el bestia prendió un fósforo, pero la picana (*ríe*) no marcha a fósforos. (*Ríe a carcajadas.*) No marcha a fósforos. (*A partir de este momento y durante casi toda la escena, PEDRO dará la impresión de alguien que delira, o quizá, de alguien que simula estar delirando. Es importante que se mantenga esta ambigüedad.*) Quedaba la pileta, claro, con su agüita de mierda y sus soretes boyando, pero es difícil hacerlo a oscuras. La pileta no es eléctrica, claro, pero a veces le dan su correntina. Y no es comfortable hacerlo en mitad de un apagón. A oscuras no puede saberse cuándo el tipo no da más. El doctor precisa buena iluminación para diagnosticar la proximidad del paro cardíaco. Así hubo que suspender la sesión.

CAPITÁN

Pedro.

PEDRO

Me llamo Rómulo.

CAPITÁN

No, te llamás Pedro.

PEDRO

A lo sumo Rómulo, alias Pedro.

CAPITÁN

No me confundas. Pedro, alias Rómulo.

PEDRO

Nada.

CAPITÁN

¿Qué?

PEDRO

Nada, no tengo nombre ni alias. Nada.

CAPITÁN

Pedro.

PEDRO

Pedro Nada. Nada es mi apellido paterno. ¿No lo sabía, capitán? Se lo estoy revelando en este preciso instante. ¿No llama al taquígrafo? Es una declaración importante. ¿O tiene puesto el grabador? Pedro Nada. Y mi apellido materno es Más. O sea, completito: Pedro Nada Más. *(Ríe dificultosamente.)*

CAPITÁN *(espera que concluya la risa de PEDRO)*

¿Qué te pasa?

PEDRO

Como pasarme, pasarme, nada importante. Estoy

en la muerte, y chau. Pero a esta altura la muerte no me importa.

CAPITÁN

Estás vivo. Y podés estar más vivo aún.

PEDRO

Se equivoca, capitán. Estoy muerto. Estamos como quien dice en mi velorio.

CAPITÁN

No te hagas el delirante. Conmigo no va ese teatro.

PEDRO

No es teatro, capitán. Estoy muerto. No sabe qué tranquilidad me vino cuando supe que estaba muerto. Por eso ahora no me importa que me apliquen electricidad, o me sumerjan en la mierda, o me tengan de plantón, o me revienten los huevos. No me importa porque estoy muerto y eso da una gran serenidad, y hasta una gran alegría. ¿No ve que estoy contento?

CAPITÁN

Sos el primer muerto que habla como un loro.

PEDRO

Muy bien, capitán, excelente: se dio cuenta de la

contradicción. Se está entrenando para la dialéctica, ¿eh? Estoy muerto y hablo como un loro. ¡Bravo, capitán! ¿Quién hubiera dicho que iba a llegar a tan brillante conclusión? ¡Bravísimo! Pido que conste en la grabación mi voluntad de aplaudir; no mis aplausos, claro, porque estoy amarrado. (Pausa.) Le debo una explicación. Quiero decir que estoy *técnicamente* muerto, pero todavía funciono como cuerpo, es decir, hago pichí, me hago caca. No diría que eructo, porque como me matan a hambre, no tengo prácticamente nada para eructar. Ahora bien, digo que estoy *técnicamente* muerto porque no me van a extraer ni un solo numerito de teléfono, ni siquiera el número de mi camisa, y, en consecuencia, me van a seguir dando y dando. Y este cuerpito frágil ya aguanta poco más, muy poco más. Como usted bien observó, capitán, no soy un atleta. Y como me van a seguir dando y dando, bueno, por eso estoy muerto, *técnicamente* muerto. ¿Entendió, capitán? No sabe qué tranquilidad me vino cuando me di cuenta. Todo cambió. Por ejemplo a usted le tenía odio, y se lo dije, y, en cambio, dado que estoy muerto, ahora le tengo lástima. Siento que por primera vez les saqué una ventaja considerable, casi diría inconmensurable.

CAPITÁN

No estés tan seguro. ¿Cómo sabés hasta dónde

aguantarás? Eso sólo se sabe cuando llega el momento. Aguantaste hasta ahora. Pero ya te dije antes que no hemos llegado al máximo: que todos los días descubrimos algo nuevo.

PEDRO

Reconozco que ésa era la preocupación que tenía cuando estaba vivo: hasta dónde podría aguantar. Porque cuando uno está vivo, quiere seguir viviendo, y eso es siempre una tentación peligrosa. En cambio, la tentación se acaba cuando uno sabe que está muerto.

CAPITÁN

¿Y el dolor?

PEDRO

Es cierto: el dolor. Qué importante es el dolor cuando uno está vivo. Pero qué poquito significa cuando uno está muerto.

CAPITÁN

Vos no estás muerto, carajo. *(Pausa.)* Pero a lo mejor estás loco.

PEDRO

Le hago una concesión, capitán: loco, pero muerto.

CAPITÁN

O te pasás de vivo.

PEDRO

¡Otra observación sagaz, capitán! Porque nadie se puede pasar de muerto.

CAPITÁN (*impaciente*)

¡Pedro!

PEDRO

Pedro Nada Más.

CAPITÁN

¡Me cago en tu nombre completo!

PEDRO

Le comunico que se ha cagado usted en un cadáver, y eso, en cualquier parte del mundo y bajo cualquier régimen, constituye una falta de respeto.

CAPITÁN (*tratando de llevar el diálogo a un cauce más normal*)

Tenés que hablar, Pedro. Te soy franco: te he tomado simpatía. No quiero que te reventen.

PEDRO

Ya me reventaron, capitán. Su rapto de bondad

llegó tarde. ¡Cuánto lo lamento! Ya no tengo hígado, y es probable que no tenga huevos. Por las dudas, no me he fijado.

CAPITÁN

No quiero que te destruyan.

PEDRO

¿Por qué habla en tercera persona plural?

CAPITÁN

No quiero que te destruyamos.

PEDRO

Así está mejor. ¿No le gustan las ruinas? Digamos Pompeya, Herculano, Machu Picchu, Pedro Nada Más, etcétera.

CAPITÁN

Callate, tarado.

PEDRO

Los que se callan son los vivos. ¿Se acuerda, capitán, cómo me callaba cuando estaba vivo? Pero los muertos podemos hablar. Con la poquita lengua, la apretada garganta, los cuatro dientes, los labios sangrantes, con ese poco que ustedes nos dejan, los muertos podemos hablar. *(Pausa.)* De su familia, por ejemplo.

CAPITÁN

¿Otra vez? ¿Por qué no hablamos de la tuya?

PEDRO

O de la mía, ¿por qué no?

CAPITÁN

De tu mujer.

PEDRO

De mi viuda, dirá. En realidad, Aurora...

CAPITÁN (*tajante*)

Alias Beatriz.

PEDRO queda en silencio. La cabeza le cae sobre el pecho.

CAPITÁN (*sonríe*)

¿Cómo? ¿No estabas muerto? Parece que todavía tenés reflejos.

PEDRO sigue inmóvil, siempre con la cabeza caída hacia adelante.

CAPITÁN

Aurora, alias Beatriz. ¿No te había dicho que todos los días ponemos cartas sobre la mesa?

PEDRO *va de poco a poco levantando cabeza, pero ahora su mirada está como perdida en algún punto lejano. Empieza a hablar en tono muy bajo, casi un susurro, y luego de a poco va subiendo la voz.*

PEDRO

Cuando yo era chico, soñaba con el mar. Ahora que tengo doce años, prefiero verlo. Nicolás dice que no es mar. Nicolás...

CAPITÁN (*acotando*)

Alias Esteban...

PEDRO

... dice que es río. Pero en los ríos se ve siempre la otra orilla y aquí no. Y además no son salados. Y éste es salado. Así que yo lo llamo mar. Lo llamo mar. Y cuando lo llamo, hundo los pies en la arena, y la arena se mete entre mis dedos. Me hace cosquillas.

CAPITÁN (*como contagiado por PEDRO, él también se transfigura. Uno y otro van hablando alternativamente, sin dialogar. En realidad, son dos monólogos cruzados*) Yo tenía que darle una rosa. No sé por qué, pero tenía. Ella venía con su madre y su prima. Ella venía y yo la miraba, pero yo tenía

que darle una rosa. Y una tarde la robé del jardín de la embajada, y el policía me corrió y dijo botija de mierda y me corrió, pero yo corrí más y me vino asma. Pero cuando llegué al parque, cuando llegué a la fuente, ya me había pasado el asma, aunque igual me saltaba el corazón, y entonces me acerqué y le di la rosa y ella primero me miró sorprendida, luego pestañeó y enseguida arrojó la rosa al agua de la fuente.

PEDRO

Yo quería ser vagabundo y a los trece me fui de casa. Y caminé toda la mañana y me sentía eufórico, libre, feliz. Y como tenía en el bolsillo un vuelto que era de mamá, al mediodía me compré dos especiales de jamón y queso, y una malta. Y a la tarde, debido al sol tan fuerte, me quedé dormido en un banco de la plaza, y sólo me desperté con la sirena de los bomberos. Pero ellos pasaron de largo y yo caminé y caminé, con perros siguiéndome y sin perros, y entonces me empezaron a doler las rodillas y se encendieron los faroles de la calle, y cuando estaba a punto de llorar me vio mamá desde la vereda de enfrente y gritó mijito y ahí terminó mi carrera de vago.

CAPITÁN

Andrés me seguía a todas partes porque me odiaba, y yo percibía ese odio tan intensamente que

no podía menos que odiarlo yo también. Y un día no pude más y me di vuelta, y lo enfrenté, y entonces él también se dio vuelta y salió disparando. Y entonces yo empecé a seguirlo y nos odiábamos intensamente, pero él nunca se dio vuelta ni me enfrentó.

PEDRO

Venía todas las tardes a la biblioteca, y se sentaba a estudiar matemáticas. Yo estudiaba historia, pero en realidad no estudiaba nada porque me pasaba mirándola de reojo y tratando de investigar si ella también me miraba de reojo, pero nunca coincidíamos en las investigaciones, así que pasamos todo un trimestre mirándonos si mirábamos. Hasta que una tarde Aurora...

CAPITÁN

... alias Beatriz...

Aunque el CAPITÁN lo dijo mecánicamente, es como si así se rompiera un sortilegio.

PEDRO

Está bien, usted lo sabe todo, capitán, pero eso no va a impedir que yo esté muerto. Y también sé algo más. Por ejemplo, que ustedes saben que ella no sabe, pero imaginan que yo sé.

CAPITÁN

Igual podemos traerla.

PEDRO

Razón de más para estar muerto. Cuanto antes mejor. Los muertos no somos chantajeables.

CAPITÁN (*después de una pausa larga*)

¿Por qué será que me caés bien a pesar de las sandeces que decís?

PEDRO

¿Será que le gustan las sandeces?

CAPITÁN

No, no es eso. Lo que pasa es que usted... (*Se interrumpe, sorprendido, da unos pasos en la habitación.*) ¿Usted? ¿Y ahora por qué, así de repente, dejé de tutearlo? (*Por primera vez PEDRO sonríe.*) No, no se ría. Sentí de pronto que debía tratarlo de usted. Nunca me había pasado eso.

PEDRO (*siempre sonriendo*)

No te preocupes. En compensación, yo voy a tutearte.

CAPITÁN (*asiente con la cabeza*)

Está bien. Me parece justo.

PEDRO (*casi gozoso*)
¿Arrancamos?

CAPITÁN
Claro.

PEDRO
Empezá vos.

CAPITÁN
No, empiece usted.

PEDRO
¿Ya te dije que estoy muerto? Ah, sí, te lo dije cuando aún no te tuteaba. Bien, pero antes de irme de este barrio, quisiera desentrañar algo que para mí es un misterio.

CAPITÁN
Ah. Y yo ¿qué tengo que ver?

PEDRO
Tenés que ver, cómo no. Quiero desentrañar el misterio de cómo un hombre puede, si no es un loco, si no es una bestia, convertirse en un torturador. (*Pausa.*) Fijate que estoy muerto, o sea, que no lo voy a contar a nadie. Es para mí nomás.

CAPITÁN (*hablando lentamente*)

Yo no soy eso.

PEDRO

¿Ah no?

CAPITÁN

Ya se lo expliqué.

PEDRO

Pero a mí no me importa tu explicación. Vos sabés que lo sos. (*Pausa.*) A ver, contame cómo sucedió eso. ¿Trauma infantil? ¿Convicción profunda? ¿Enajenación pasajera? ¿Preparación en Fort Gulick?

CAPITÁN (*encogiéndose de hombros*)

Bueno, soy anticomunista.

PEDRO

Sí, me lo imagino. Pero no alcanza como explicación. En el mundo hay millones de anticomunistas que no son torturadores. El Papa, por ejemplo.

CAPITÁN

No todos se realizan. (*Ríe, como si lo dicho fuera broma.*)

PEDRO

De acuerdo, no todos se realizan. Pero vos, ¿por qué te realizaste?

CAPITÁN

Es una historia larga y lenta. Ningún trauma infantil. No todo lo malo sucede en la vida debido a traumas de infancia. Más bien un pequeño cambio tras otro pequeño cambio. Ninguna convicción profunda. Más bien una pequeña tentación tras otra pequeña tentación. Económicas o ideológicas, poco importa. Y todo de a poquito. Es cierto que el último impulso me lo dieron en Fort Gulick. Allí me enseñaron con breves y soportables torturitas que sufrí en carne propia, dónde residen los puntos sensibles del cuerpo humano. Pero antes me enseñaron a torturar perros y gatos. Antes, antes, siempre hay un antes. Es algo paulatino. No crea que de pronto, como por arte de magia, uno se convierte de buen muchacho en monstruo insensible. Yo no soy un monstruo insensible, no lo soy todavía, pero, en cambio, ya no me acuerdo de cuándo era buen muchacho. *(Pausa.)* ¿Y por qué le cuento todas estas cosas? ¿Por qué hago de usted mi confidente?

PEDRO

Siempre es tarde cuando la dicha es mala.

CAPITÁN

Las primeras torturas son horribles, casi siempre vomitaba. Pero la madrugada en que uno deja de vomitar, ahí está perdido. Porque cuatro o cinco madrugadas después empieza a disfrutar. Usted no va a creerme...

PEDRO

Yo te creo todo, no te preocupes.

CAPITÁN

No, usted no va a creerme, pero una noche en que estábamos picaneando a una muchacha, no demasiado linda, picaneándola, ¿se da cuenta?

PEDRO

Claro que me doy cuenta. Y ella gritaba enloquecida y se agitaba y se agitaba... *(Se detiene.)*

PEDRO

¿Y qué?

CAPITÁN

No va a creerme, pero de pronto me di cuenta de que yo tenía una erección. Nada menos que una erección, en esas circunstancias. ¿No le parece horrible?

PEDRO

Sí, me parece.

CAPITÁN

Y lo peor fue que al día siguiente, al acostarme con mi mujer, no podía... y empecé a ponerme nervioso... y no conseguía...

PEDRO

Pero al final lo lograste, ¿verdad?

CAPITÁN

Sí, ¿cómo lo sabe?

PEDRO

Siempre se logra.

CAPITÁN

Pero yo sólo lo conseguí cuando puse toda mi fuerza evocativa en la muchacha de la víspera, que no era demasiado linda. ¿No es espantoso? Sólo logré funcionar con mi mujer cuando me acordé de la muchacha que se retorció porque la picaneábamos. ¿Cómo se llama eso? Debe tener una denominación científica.

PEDRO

El nombre es lo de menos.

CAPITÁN

Es por eso que no puedo volver atrás, es por eso que no puedo ceder. Es por eso que tengo que hacer que hable. Ya anduve demasiado trecho por este camino. ¿Comprende ahora? ¿Comprende por qué va a tener que hablar?

PEDRO

Comprendo que vos querés que yo comprenda.

CAPITÁN

Por eso tuve que tratarlo de usted. Porque si lo seguía tuteando, no iba a poder.

PEDRO

¿Querés que te diga una cosa? De ninguna manera vas a poder, capitán. Ni tratándome de usted, ni de tú, ni de vos, ni de su señoría. ¿Ves? Ésa es la ventaja que tiene el no. Siempre es no, y nada más que no. ¿Oíste bien, capitán? ¡No! ¿Oyó, capitán? ¡No! ¿Habéis oído, capitán? ¡No!

CUARTA PARTE

El mismo escenario.

Sobre el piso está PEDRO, o por lo menos el cuerpo de PEDRO, inmóvil, con capucha. Al cabo de un rato empiezan a oírse quejidos muy débiles. Entra el CAPITÁN, sin chaqueta y sin corbata, sudoroso y despeinado.

CAPITÁN

Ah, lo trajeron antes de tiempo. (Toca el cuerpo con un pie.) Pedro. (El cuerpo no da señales de vida.) Vamos, Pedro, tenemos que trabajar. (Va hacia el lavabo, moja la toalla, la exprime un poco, se acerca al cuerpo tendido, se inclina sobre él, le quita la capucha, y queda evidentemente impresionado ante el calamitoso estado del rostro de PEDRO. Se sobrepone, sin embargo, y empieza a limpiarle las heridas de la cara con la toalla un poco húmeda. Lentamente, PEDRO empieza a moverse.) Pedro.

PEDRO

¿Ah? (Abre un ojo, pero parece no reconocer al CAPITÁN.)

CAPITÁN

¿Qué pasa? ¿Se siente mejor?

PEDRO

¿Ah?

CAPITÁN

Pedro, ¿me reconoce?

PEDRO (*balbuceando*)

Desgracia... damente... sí.

El CAPITÁN ayuda a PEDRO a instalarse en la silla, pero el preso no puede sostenerse. Esta vez sí lo han destruido. El CAPITÁN se quita su cinturón y con él sujeta a PEDRO al respaldo de la silla, a fin de que no se derrumbe.

De a poco PEDRO se va reanimando, pero visiblemente está acabado. De todos modos, siempre habrá una contradicción entre la relativa vitalidad que aún muestra su rostro y el derregado aspecto de su físico.

PEDRO

¿Así que el capitán?

CAPITÁN

Claro. ¡Cómo le dieron esta vez! ¡Lo reventaron, Pedro, qué barbaridad!

PEDRO

Menos mal... que... ya estaba muerto.

CAPITÁN

¿No le parece que ha llegado el momento de aflojar? Ya se portó como un héroe. ¿Quién va a ser tan inhumano para reprocharle que ahora hable?

PEDRO (*no contesta. Luego de un silencio*)

Capitán, capitán.

CAPITÁN

¿Qué?

PEDRO

¿Vos nunca hablás a solas?

CAPITÁN

Puede ser. Alguna vez.

PEDRO

Yo sí hablo a solas.

CAPITÁN

¿Y eso qué?

PEDRO

Hablo a solas porque hace tres meses que estoy incomunicado.

CAPITÁN

¿Cómo? Habla conmigo.

PEDRO

Esto no es hablar.

CAPITÁN

¿Y qué es?

PEDRO

Mierda, eso es. *(Pausa.)* Hablo a solas porque tengo miedo de olvidarme de cómo se habla.

CAPITÁN

Pero habla conmigo.

PEDRO

No me refiero a hablar con el enemigo. Me refiero a hablar con un compañero, con un hermano.

CAPITÁN

Ah.

PEDRO

Capitán, capitán.

CAPITÁN

¿Qué pasa ahora?

PEDRO

¿No sentís que a veces flotás en el aire?

CAPITÁN

Francamente, no.

PEDRO

Claro, no estás muerto.

CAPITÁN

Y usted tampoco, aunque esté haciendo notables méritos para estarlo.

PEDRO

Pues yo a veces floto. Y es lindo flotar. Entonces voy hasta la costa.

CAPITÁN

No va nada. Ni a la costa ni a ninguna parte. Está enterrado aquí.

PEDRO

Eso es. Eso es. Enterrado, claro, porque estoy muerto. Pero cuando floto, voy a la costa. Es claro que no voy todos los días. Hay veces que no tengo ganas de ir. Ayer tuve ganas, y fui. Hace años, cuando iba a la costa, no flotando, sino caminando, siempre veía parejitas de enamorados, pero

ahora ya no están. Ahora están peleando contra ustedes. Ahora están presos, o escondidos, o en el exilio. (*Pausa larga.*) ¿Cómo se llama tu esposa, capitán?

CAPITÁN (*entre dientes*)

¿Qué le importa?

PEDRO

¿Ves? Te di la oportunidad de que me lo dijeras bienamente. Pero yo sé que se llama Inés.

CAPITÁN (*sorprendido*)

¿Y eso de dónde lo sacó?

PEDRO

Ya te dije que yo sé más de vos que vos de mí. Inés. Pero no te preocupes. También sé que no tiene alias. Salvo que vos la llamás Beba. Pero no es un nombre clandestino. Qué suerte, ¿verdad? Hoy en día no es bueno tener nombre clandestino.

CAPITÁN

¿A dónde quiere llegar?

PEDRO

A mi muerte, capitán, a mi muerte.

CAPITÁN

¿Qué gana con no hablar? ¿Que lo revienten?

PEDRO

O que me dejen de reventar.

CAPITÁN

No se haga ilusiones. No lo van a dejar.

PEDRO

Si me muero, me dejan. Y me muero.

CAPITÁN

Pero es largo morirse así.

PEDRO

No tanto, si uno ayuda, si uno colabora.

CAPITÁN (*de pronto ilusionado*)

¿Está dispuesto a colaborar?

PEDRO (*pronunciando lentamente*)

Estoy dispuesto a ayudar a morirme. (*Pausa.*)

También estoy dispuesto ayudar a que Inés te quiera.

CAPITÁN

No se preocupe de eso. Ella me quiere.

PEDRO

Sí, hasta hoy. Porque no sabe exactamente en qué consiste tu trabajo.

CAPITÁN

Quizá se lo imagine.

PEDRO

No. No se lo imagina. Si lo imaginara, ya te habría dejado. Ella no es mala.

CAPITÁN (*como un autómata*)

No es mala.

PEDRO

Y también quiero ayudarte a que tus hijos (el casalito) no te odien.

CAPITÁN

Mis hijos no me odian.

PEDRO

Todavía no, claro. Pero ya te odiarán. ¿Acaso no van a la escuela?

CAPITÁN

Sólo el varón.

PEDRO

Pero la niña irá más adelante. Y los compañeritos y compañeritas informarán a uno y a otra sobre quién sos. En la primera gresca que se arme, ya lo sabrán. Es lógico. Y a partir de esa revelación, empezarán a odiarte. Y nunca te perdonarán. Nunca los recuperarás. Nunca sabrás si... *(No puede seguir hablando. Se desmaya.)*

Al comienzo el CAPITÁN no se le acerca. Lo mira sin mirarlo, ensimismado. Luego se va hacia el lavabo, llena un vaso con agua, se enfrenta a PEDRO y le arroja el agua a la cara. De a poco PEDRO recupera el sentido.

CAPITÁN

No se haga ilusiones. No se murió todavía. Seguimos aquí, frente a frente.

PEDRO *(recuperándose)*

Ah, sí, hablando de Inés y el casalito.

CAPITÁN

¡Basta de eso!

PEDRO

Capitán, ¿por qué no me matás?

CAPITÁN

¡Usted está loco! ¡Y quiere enloquecerme!

PEDRO

¿Por qué no me matás, capitán? Será en defensa propia, te lo prometo. Además, quise huir. La ley de la fuga, ¿te acordás? Coraje, capitán, tenés la oportunidad de hacer la buena acción de cada día.

CAPITÁN

Qué locuaz estás hoy.

PEDRO

Me desquito un poco después de tanta mudez. Además, vos sos el interlocutor ideal.

CAPITÁN

¿Yo?

PEDRO

Sí, porque tenés mala conciencia. Es muy estimulante saber que el enemigo tiene mala conciencia. Porque todo eso que dijiste de que vos no naciste verdugo, todo eso es cuento chino. Vos trabajaste de “malo” y bastante tiempo, en un pasado no tan lejano. Te conocemos, capitán. O sea, que tienen que hacer más espesas las capuchas. Siempre hay alguien que ve a alguien. Y yo, por ejemplo, no

me limito a conocer el nombre de tu mujer. También sé el tuyo. Y hasta tu alias.

CAPITÁN

Está loco. ¡Yo no tengo alias!

PEDRO

Sí que tenés. Sólo que tu alias no es un nombre, sino un grado. Tu alias es el grado de capitán. Y vos sos coronel. Sos coronel, capitán. Así que una de dos: o nos tratamos de Rómulo a Capitán, o nos tratamos de Coronel a Pedro. ¿Qué te parece, capitán? ¿Eh, Coronel?

CAPITÁN (*que acusa el golpe*)

¿Sabe una cosa? Usted es más cruel que yo.

PEDRO

¿Por qué? ¿Porque te aplico el mismo tratamiento? No es para tanto. Además, vos tenés todavía el poder, la picana, la pileta con mierda, el plantón. Yo no tengo nada. Salvo mi negativa.

CAPITÁN

¿Le parece poco?

PEDRO

No, no me parece poco. Pero con mi negativa...

CAPITÁN

...fanática...

PEDRO

Eso es, con mi negativa fanática, desaparezco, te dejo el campo libre. Mejor dicho, el camposanto libre.

El CAPITÁN está como vencido. También PEDRO está terriblemente fatigado. Por fin el CAPITÁN levanta la mirada. Habla como transfigurado.

CAPITÁN

No, Pedro, usted no es cruel. Le pido excusas. Y ya que no es cruel, va a comprender. Usted dice que quiere que yo salve el amor de mi mujer y de mis hijos...

Sin atender a lo que dice el CAPITÁN, PEDRO comienza a hablar, y lo hace sin mayor conciencia del contorno.

PEDRO

¿De veras nunca hablaste a solas, capitán? Ahora estoy aquí, contigo. Pero igual voy a hablar a solas. De paso aprendés cómo se habla en tales condiciones. Tomá nota, capitán. Éste es un ensayo de cómo se habla a solas. (Pausa.) Mirá, Aurora...

CAPITÁN

... alias Beatriz...

PEDRO (*como si no escuchara la acotación del Capitán*)

Mirá, Aurora, estoy jodido. Y sé que vos, estés donde estés, también estás jodida. Pero yo estoy muerto y vos, en cambio, estás viva. Aguanto todo, todo, todo menos una cosa: no tener tu mano. Es lo que más extraño: tu mano suave, larga, tus dedos finos y sensibles. Creo que es lo único que todavía me vincula a la vida. Si antes de irme del todo, me concedieran una sola merced, pediría eso: tener tu mano durante tres, cinco, ocho minutos. Lo pasamos bien, Aurora...

CAPITÁN (*con la garganta apretada*)

... alias Beatriz...

PEDRO

... vos y yo. Vos y yo sabemos lo que significa confiar en el otro. Por eso habría querido tener tu mano: porque sería la única forma de decirte que confío en vos, sería la única forma de saber que confiás en mí. Y también de demorarme un rato en confianzas pasadas. ¿Te acordás de aquella noche de marzo, hace cuatro años, en la playita cercana a lo de tus viejos? ¿Te acordás que nos quedamos como dos horas, tendidos en la arena,

sin hablar, mirando la vía láctea, como quien mira un techo interior? Recuerdo que de pronto empecé a mover mi mano sobre la arena hacia vos, sin mirarte, y de pronto me encontré con que tu mano venía hacia mí. Y a mitad de camino se encontraron. Fijate que éste es el recuerdo que rememoro más. También tu cuerpo, tu piel, también tu boca. ¿Cómo no recordar todo eso? Pero aquella noche en la playa es la imagen que rememoro más. Aurora...

CAPITÁN (*sollozando*)

... alias Beatriz...

PEDRO

... a Andrés decíselo de a poco. No lo hieras brutalmente con la noticia. Eso marca cualquier infancia. Explicáselo de a poco y desde el principio. Sólo cuando estés segura de que entendió un capítulo, sólo entonces empezale a contar el otro. Tal como hacés cuando le contás cuentos. Paulatinamente, sin herirlo, hacele comprender que esto no fue un estallido emocional, ni una corazonada, ni una bronca repentina, sino una decisión madurada, un proceso. Explicáselo bien, con las palabras tiernas y exactas que constituyen tu mejor estilo. Decile que no tiene por qué aceptarlo todo, pero que tiene la obligación de comprenderlo. Sé que dejarlo ahora sin padre es como una

agresión que cometo contra él, o por lo menos así puede llegar a sentirlo, no sé si hoy, pero acaso algún día o en algún insomnio. Confío en tu notable poder de persuasión para que lo convenzas de que con mi muerte no lo agredo, sino que, a mi modo, trato de salvarlo. Pude haber salvado mi vida si delataba, y no delaté, pero si delataba entonces sí que iba a destruirlo. Hoy a lo mejor se habría puesto contento de que papi volviera a casa, pero nueve o diez años después se estaría dando la cabeza contra las paredes. Decile, cuando pueda entenderlo, que lo quiero enormemente, y que mi único mensaje es que no traicione. ¿Se lo vas a decir? Pero, eso sí, ensayalo antes varias veces, así no llorás cuando se lo digas. Si llorás, pierde fuerza lo que decís. ¿Estás de acuerdo, verdad? Alguna vez vos y yo hablamos de estas cosas, cuando la victoria parecía verosímil y cercana. Ahora sigue pareciendo verosímil, pero se ha alejado. Yo no la veré y es una lástima. Pero vos y Andrés sí la verán y es una suerte. Ahora dame la mano. Chau, Aurora...

CAPITÁN (*llorando, histérico*)

¡Alias Beatriz!

Se hace un largo silencio.

PEDRO, *después del esfuerzo, ha quedado anonadado. Tal vez ha perdido nuevamente el sen-*

tido. Su cuerpo se inclina hacia un costado; no cae, sólo porque el cinturón lo sujeta a la silla. El CAPITÁN, por su parte, también está deshecho, pero su deterioro tiene, por supuesto, otro signo y eso debe notarse. Tiene la cabeza entre las manos y por un rato se le oye gemir. Luego, de a poco se va recomponiendo, y aunque PEDRO está aparentemente inconsciente, comienza a hablarle.

CAPITÁN

Pedro, usted está muerto y yo también. De distintas muertes, claro. La mía es una muerte por trampa, por emboscada. Caí en la emboscada y ya no hay posible retroceso. Estoy atrapado. Si yo le dijera que no puedo abandonar esto, usted me diría que es natural porque sería abandonar el confort, los dos autos, etcétera. Y no es así. Todo eso lo dejaría sin remordimientos. Si no lo dejo es porque tengo miedo. Pueden hacer conmigo lo mismo que hacen, que hacemos con usted. Y usted seguramente me diría: “Bueno, ya ves, puede aguantarse.” Usted sí puede aguantarlo, porque tiene en qué creer, tiene a qué asirse. Yo no. Pero dentro de mi imposibilidad de rescatarme, me queda una solución intermedia. Ya sé que Inés y los chicos pueden un día llegar a odiarme, si se enteran con lujo de detalles de lo que hice y de lo que hago. Pero si todo esto lo hago, además, sin

conseguir nada, como ha sido en su caso hasta ahora, no tengo justificación posible. Si usted muere sin nombrar un solo dato, para mí es la derrota total, la vergüenza total. Si en cambio dice algo, habrá también algo que me justifique. Ya mi crueldad no será gratuita, puesto que cumple su objetivo. Es sólo eso lo que le pido, lo que le suplico. Ya no cuatro nombres y apellidos, sino tan sólo uno. Y puede elegir: Gabriel o Rosario o Magdalena o Fermín. Uno solito, el que menos represente para usted; aquel al que usted le tenga menos afecto; incluso el que sea menos importante. No sé si me entiende: aquí no le estoy pidiendo una información para salvar al régimen, sino un dato para salvarme yo, o mejor dicho para salvar un poco de mí. Le estoy pidiendo la mediocre justificación de la eficacia, para no quedar ante Inés y los chicos como un sádico inútil, sino por lo menos como un sabueso eficaz, como un profesional redituable. De lo contrario, lo pierdo todo. (*El CAPITÁN da unos pasos hacia PEDRO y cae de rodillas ante él.*) Pedro, nos queda poco tiempo, muy poco tiempo. A usted y a mí. Pero usted se va y yo me quedo. Pedro, éste es un ruego de un hombre deshecho. Usted no es inhumano. Usted es un hombre sensible. Usted es capaz de querer a la gente, de sufrir por la gente, de morir por la gente. Pedro, se lo ruego: diga un nombre y un apellido, nada más que un nombre y

un apellido. A esto se ha reducido toda mi exigencia. Igual el triunfo será suyo.

PEDRO se mueve un poco. Trata de enderezarse, pero no puede. Hace otro esfuerzo y al fin se yergue.

El CAPITÁN apela a un recurso desesperado.

CAPITÁN

Se lo pido a Rómulo. Se lo ruego a Rómulo. ¡Me arrodillo ante Rómulo! Rómulo, ¿va a decirme un nombre y un apellido? ¿Va a decirme solamente eso?

PEDRO (*a duras penas*)

No..., capitán.

CAPITÁN

Entonces se lo pido a Pedro, se lo ruego a Pedro. ¡Me arrodillo ante Pedro! Apelo no al nombre clandestino, sino al hombre. De rodillas se lo suplico al verdadero Pedro.

PEDRO (*abre bien los ojos, casi agonizante*)

¡No..., coronel!

Las luces iluminan el rostro de PEDRO. El CAPITÁN, de rodillas, queda en la sombra.

ÍNDICE

Prólogo	7
---------------	---

PEDRO Y EL CAPITÁN

Primera parte	13
Segunda parte	29
Tercera parte	47
Cuarta parte	69

MARIO BENEDETTI

PREGUNTAS AL AZAR

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

*a luz
este brindis
por el regreso*

*Le hasard c'est peut-être le pseudonyme
de Dieu, quand il ne veut pas signer.*

ANATOLE FRANCE

*Amigo, tú de cara demudada.
¿Qué haces tú preguntando
por ti mismo?*

LÍBER FALCO

NOTA

Los ochenta poemas y canciones que integran este libro fueron escritos en su casi totalidad durante 1984 y 1985. Los dos únicos textos anteriores son: "Homenaje", publicado en 1982 con motivo de los 80 años del poeta cubano Nicolás Guillén, y "La acústica de Epidauros", proveniente de mi novela Primavera con una esquina rota, publicada también en 1982.

El volumen incluye asimismo varias letras de canciones. "Ésta es mi casa" y "Lento pero viene" han sido musicalizadas por Alberto Favero e integran el actual repertorio de Nacha Guevara. Las diez canciones de El sur también existe fueron especialmente escritas para el disco, así titulado, de Joan Manuel Serrat.

Tanto en el caso de Favero como en el de Serrat, las letras musicalizadas suelen tener como antecedente poemas anteriores, pero al adoptar la forma de canciones debí efectuar cambios sustanciales en su texto, en su extensión o en su estructura. Es en razón de esas variantes que también figuran en este nuevo libro.

Por último, "Botella al mar" es la nueva versión de otro poema, así titulado pero mucho más breve, publicado en 1979.

M.B.

EXPECTATIVAS

VIAJO

Viajo como los nómades
pero con una diferencia
carezco totalmente
de vocación viajera

sé que el mundo es espléndido
y brutal

viajo como las naves migratorias
pero con una diferencia
nunca puedo arrancarme
del invierno

sé que el mundo es benévolo
y feroz

viajo como las dóciles cometas
pero con una diferencia
nunca llego a encontrarme
con el cielo

sé que el mundo es eterno
y agoniza

TODO ESTÁ LEJOS

Todo está lejos
pero es un modo de decir
en realidad no tengo patrón universal
para medir cercanos y remotos

los bienaventurados se escabullen
detrás de nieblas o de muertes
los bienodiados zarpan o sonríen
con esa impunidad que da el rencor

todo está cerca
pero es un modo de decir

no me atrevo a tocar a la contigua
a pesar de la piel que me reclama

soy tres o cuatro islas
pero no un archipiélago
un exorcismo sin demonio
un halo sin bendito

todo está lejos
yo mismo empiezo a estarlo
colgado del penúltimo horizonte
ese trapecio que no tiene red

todo está lejos
pero es un modo de decir

en mi mejor historia
ha habido lontananzas a granel
y mi experiencia dice
que lo remoto a veces se aproxima

EXPECTATIVAS

Ahora tengo fecha
las preguntas y dudas convocadas
son formas de nacer en lo nacido

he quedado en suspenso
lo espero todo y ya no espero nada

sé que no soy el mismo y soy el mismo
y cuando al fin se abra la muralla
la primera nostalgia entrará lentamente
con cuidado infinito y con un bastón blanco

COSAS A HALLAR

Hallaré a tantos
como se proponga
la piel de mis quimeras

hallaré los presagios de los jóvenes
los años ya sin fondo de mi madre
todo el pasado y sus señales de humo

hallaré la pobreza y las miradas
las esquinas del viento y del amor
los lugares comunes
y los extraordinarios

hallaré el mar filtrado por los pinos
la lucha hecha salitre y abandono
el ámbito de sol
el desolado

queda por ver lo que hallaré escondido
tras de los muros o entre las cenizas
y lo que no hallaré de ningún modo

faltarán muchos
tantos
que no darán abasto
las fábricas de olvido

EL PUENTE

Para cruzarlo o para no cruzarlo
ahí está el puente

en la otra orilla alguien me espera
con un durazno y un país

traigo conmigo ofrendas desusadas
entre ellas un paraguas de ombligo de madera
un libro con los pánicos en blanco
y una guitarra que no sé abrazar

vengo con las mejillas del insomnio
los pañuelos del mar y de las paces
las tímidas pancartas del dolor
las liturgias del beso y de la sombra

nunca he traído tantas cosas
nunca he venido con tan poco

ahí está el puente
para cruzarlo o para no cruzarlo
yo lo voy a cruzar
sin prevenciones

en la otra orilla alguien me espera
con un durazno y un país

PREGUNTAS AL AZAR (1)

¿Dónde está mi país?
¿junto al río o al borde de la noche?
¿en un pasado del que no hay que hablar
o en el mejor de los agüeros?
¿dónde?
¿en la desolación de la memoria?
¿en el otoño de la gracia
o en el oasis de los quietos?
¿en los ahora libres calabozos
o en las celdas de fantasmas asiduos?
¿donde está mi país?
¿en las manos abiertas y aprendices
o en los muñones del remordimiento?
¿simplemente en el sur?
¿en qué pronóstico o escape?
¿en qué repliegue del dolor?
¿lo llevo acaso en mí?
¿me espera en sueños?
¿en qué sueños?
¿dónde está mi país?
¿debajo de qué nube?
¿sobre cuántos despojos?
¿metido en qué fragores?
¿lindante con qué alivios?
¿rostro en qué piedra o ciénaga?
¿crepitando de enigmas?
¿incontable de amores?
¿asceta en qué triunfo?
¿pulso de qué candombe?
¿postergado en qué olvido?
¿donde está mi país?
¿seré sordo a su viejo cuchicheo
o ciego ante el tizón de sus crepúsculos?

¿dónde está? ¿o estará?
¿en qué rincón o pedacito
de miedo poco ilustre?
¿en qué grito o clarín?
¿en qué alma o almario?
¿dónde?
¿en la atroz misericordia
o en la plena sustancia?
¿en qué muralla o huerto?
¿en qué alcurnia o tinglado?
¿en qué tango o campana?
¿dónde?
¿no cesaré jamás de preguntarlo?
¿nunca vendrá a mi encuentro?
y si viene
¿con quién?
¿dónde está mi país?
¿en qué destino o alucinación?
¿en qué nido de hornero?
¿o de víbora?
¿o de ángeles?
¿en qué altivez de faro tenue?
¿dónde?
¿en la frontera del teléfono?
¿en la parcela de la suspicacia?
¿socio de la quimera?
¿partido en dos?
¿o en tres?
¿callado?
¿dulce ya de alaridos?
¿extenuado de tránsitos?
¿dónde está mi país?
¿en el invierno?
¿en la casi agobiante
tensión de la esperanza?
¿en la alegre pesquisa de los niños?
¿en el clavel de la amnistía?
¿en las deudas de gulliver?
¿en las huellas del pánico?

¿está en los que no están?
¿en el montón de la penuria?
¿en los umbrales y fogones?
¿en el incandescente laconismo de ibero?
¿en la muerte incurable de zelmar?
¿en el enjambre que irrumpió en la calle?
¿en el felón impune?
¿dónde?
¿en el pan que amanece
pese a todo?
¿en la bondad endémica?
¿en el regreso de los nietos pródigos?
¿en los que vienen a morir en casa?
¿en los que nacen desvalidamente?
¿dónde?
¿dónde está mi país?
¿será que estuvo
está conmigo?
¿que viene y va conmigo?
¿que al fin llega conmigo
a mi país?

RESCATES

AQUÍ

Lo reconstruyo todo signo a signo
y así me reconozco todavía
en estas calles que caminan lentas
por el otoño tantas veces dicho

lo bueno es la tristeza repentina
el sortilegio ante un postigo verde
andar al sol como un convaleciente
mirarlo todo respirarlo todo

cuelgo la soledad en el perchero
y ella me mira con sus ojos pardos
entonces me conmueve y la descuelgo
y la llevo conmigo a conocerme

pues andar por las calles es saberme
es admitir que soy de esta bicoca
aquí pasé vestido por la infancia
desarropado por edades varias

aquí aprendí a leer todos los símbolos
aquí aprendí a volar y a derrumbarme
a cantar para adentro *mano a mano*
malena y *bandoneón arrabalero*

aquí tuve mis nieblas mis garúas
un teléfono harto de amenazas
la magia de los jóvenes y un tira
que me fotografiaba escrupuloso

aquí fui réprobo violento tierno
fueron conmigo tiernos y violentos
tengo puertas de amor ventanas de odio
bocas que ultrajan o que besan

aquí no me aburrí viví sin tedio
nunca me empalagué de esta dulzura
las olas de tristeza me anegaron
pero sobreviví como dispensa

aquí naciente aquí tan existido
tan crónica de siempre y jamases
conozco sus alertas como halagos
sus salvaguardias como tapias

aquí del mar aquí de la pradera
aquí del pobre aquí de la osadía
aquí visto de allá tan impreciso
aquí visto de aquí tan transparente

revivo aquí con esperanza y duelo
me reconstruyo aquí y me reconozco
en estas calles que caminan lentas
por el otoño tantas veces dicho

VOLVER LA PÁGINA

Es mi lugar
mi cielo
mi almohada
mis insultos

soy el que soy porque los otros son
hay una historia en cada amanecer
y en cada transparencia del crepúsculo

estuve doce años sin volver esta página
esperando su letra sus estampas
imaginando cosas que no dice
pero que eran igualmente ciertas

sin volver esta página
nadie puede ser alguien

puede sumar paisajes
rascacielos torrentes
muchedumbres fronteras
puede coleccionar amores y sabores
aplausos y abucheos
manjares y limosnas
los rumbos los atajos
las diferencias las indiferencias
la solidaridad y el exorcismo
las ofertas sabrosas los escándalos
los dedos que señalan y los brazos abiertos
los escarmientos y las recompensas
los portazos y las convocatorias

y sin embargo es cierto
sin volver esta página
nadie puede ser alguien

RESCATES

*muriendo de costumbre
y llorando de oído*

CÉSAR VALLEJO

Este regreso no era obligatorio
sin embargo
la mano encuentra su cuchara
el paso su baldosa
el corazón su golpe de madera
el abrazo su brazo o su cintura
la pregunta su alguien
los ojos su horizonte
la mejilla su beso o su garúa
el orgullo su dulce fundamento
el pellejo su otoño
la memoria su rostro decisivo
los rencores su vaina
el reloj su lujuria tempranera
el dolor su no olvido o su neblina
el paladar sus uvas
el loor su desastre
la nostalgia su lecho

o sea
perdón vallejo
aquí estoy otra vez
viviendo de costumbre
celebrando de oído

AGUACERO

La calle brilla para la ocasión
llueve sobre mis nervios bienvenidos
el aguacero me repara
no sé qué lava en mí
tal vez siluetas o intenciones

llueve australmente
sin barruntos
sin desdén y sin cálculo
y las gotas que purgan los cristales
e inundan miserable el arrabal
son las gotas de siempre
hijas o nietas de otras lluvias
que chapotearon mis zapatos
un mayo y un agosto
hace mil años

mi paraguas se abre a duras penas
es un paraguas alemán
un knirp
hecho para los duros chaparrones de múnchen
y no para esta ducha
eterna encubridora
que reza anhelos mientras cae
canta milongas mientras fluye
hace reproches
moja excusas
dice un pregón sobre las latas
y apaga el eco en los charquitos

llueve de veras
con cadencia propia
por eso se rehace la nata de basuras

esa que roza todas las veredas
y va enseñando sus prodigios
hasta el desagüe o infortunio

el acullá estará reseco
habrá neptunos con la lengua afuera
parvas sedientas
saña sin oasis
terrones como piedras o verdugos

pero aquí el cielo se derrama
llueve por las junturas del ocaso
desde las copas de los plátanos
con las sirenas de los barcos
llueve corriendo y recorriendo
los toboganes de las tejas
regando a baldes
o llorando a ríos

mi lluvia es ésta
la descalza
la venerable del peldaño
la desigual del adoquín
la que se escurre entre los tristes
y hace sus propios socavones
la del silencio con goteras
la de quebrantos de cebolla
después de todo la que suelta el frío
y forma el barro de la patria

CON LOS OBJETOS

Hay los objetos consabidos
otros recién llegados pero todos
se mueven en su estante buscan sol
igual que en otros tiempos

yo también busco sol
tranquilo en mi anaquel
alguien vendrá con un plumero
para dejarnos presentables

las paredes observan no se entregan
arriman cuadros y almanaques
tienen vergüenza cambian de color
descascaradas hacen lo que pueden

descascarado yo también arrimo
mis prevenciones y otras naturalezas muertas
en un clavo vacante las cuelgo desaparejas
luego las enderezo por las dudas

sobresaltado el mundo me hace signos
más allá del cristal y las cortinas
no es hora de tañir las reflexiones
sino de buscar sol yo y los objetos

y llega el sol por fin más amarillo
o más blanco o más verde o más naranja
que el de mis doce últimos años y desengaños
llega el sol y me entibia la mejilla el oído

hay polvo en el ambiente y una mosca
estornudo y la espanto para siempre
hay sillones con nadie
hay un silencio diferente y sordo

me levanto camino oigo mis pasos
como un eco de mis pasos de ayer
cuánta sombra ha pasado cuánto asco
cuánta melancolía cuánto espejo

como bebo mástico paladeo el sabor
disfruto aquel en que crecí hace siglos
hago crujir el pan deslizo el dulce
saboreo las claves del regreso

ESE HILO DE VOZ

Cada uno es de un sitio
pero un sitio no es sólo maravillas
sino también horrores
y carencias

en la calle
en el quiosco
en el mercado
la buena gente es pobre y generosa
tiene la billetera sin billetes
pero en el corazón corazonadas

casi no se habla del pasado estéril
lo venidero acopia recelos y confianzas
los postigos se abren a deshora
para mirar a los que llegan
con su rubor de intrusos

el horror no está hecho de pregones
es simplemente un aire que circula
un antiguo bramido que ahora es bocanada
de memoria marchita
de tristeza

el horror es un túnel insondable
que asoma en las miradas
o hace temblar las manos
o envenena el suspiro

es la piel humillada
un escombros tangible
un insomnio de sangre
una quimera
tan primorosamente real que casi duele

el horror es un coro
de voces remotísimas

las carencias en cambio
se advierten en la calle
se agitan en pancartas y clamores
son marcas del harapo
estelas del mendigo
referencias del hambre

las carencias indagan
encuentran responsables
y los acusan perentoriamente

todos hablan
hablamos de carencias
hasta volvernos sordos
de pudor y de rabia

quizá para que nadie
reconozca o escuche
ese hilo de voz que es el horror

LOS LIBERADOS

Los encuentro felices luminosos
incrédulos lozanos
no saben todavía qué hacer con este mundo
que los mira pasar o los recibe
con asombro y con lágrimas

sus cuerpos tienen señas para siempre
su mirada es un pozo
de dolor comprendido a duras penas

todavía sus ojos no se abren
de par en par
apenas son resquicios
que no entregan
que buscan
que proponen

son diez años más viejos
y más jóvenes
diez años de castigos y de juegos
con el muro y sus manchas
odios descabezados
amores en las largas noches de ojos abiertos
proyectos tumultuosos e imposibles
el pájaro de todos
la jornada sin nadie

los encuentro tan tiernos y tan ásperos
tan lejanos de pronto
y tan contiguos
tan orgullosos de su nuevo pelo
de su flamante voz y sus camisas
de sus lecturas y sus escrituras

que me parecen luces de otra fiesta
cual si su sol fuera otro sol
y el tiempo
para ellos corriera en otro ritmo
en otra esfera
en otros almanaques

son diez años más torpes y más duchos
diez años de martirios y de oráculo
diez años sin espejo

todavía no hacen buenas migas
con ese viejo rostro familiar
no están acostumbrados a unos gestos tan suyos
ignoran cómo son para los otros
y acaso cómo son para sí mismos
pero en cambio conocen
y al cabo de este trecho ya no importa
todos los vericuetos del rencor desolado

los encuentro puntuales y rehechos
con su verde reserva de delirios
con la asunción corriente de su cuerpo
los sueños de cualquier resucitado
el cigarrillo que no se podía

los hallo temerarios y de estreno
con el viejo coraje hecho un ovillo
y un mar de expectativas
organizadas en el horizonte

FRANJAS REHENES

En mi ciudad hay varios espantos invisibles
pero también existen los visibles
el más de todos es un monumento
que planearon levantaron
y sobre todo inauguraron
los desenfados del poder

desde lejos podría tomarse por un dolmen
de más lejos aún por un menhir
ah pero desde cerca es un pleonasma
una tabarra una matraca
un baldón chantapufi
una blasfemia
una manía contra la bandera

ella se abraza al asta de cemento
¿dónde se ha visto un asta de cemento?
como una bufanda irremediable
y el rugoso la veja la escarnece
en cada nueva ráfaga la humilla
la arrolla enfurecido y la despliega
así hasta hacer que de sus nueve franjas
queden tan sólo siete o seis y media

por si todo eso fuera poco
el espantajo tiene alas
más bien paletas de cemento

no es una ofensa es un sepelio
una mortaja a la bandera
cuando no hay viento se retrae
y cuando llueve llora y pide
que no la dejen
sola y cautiva

claro que no
estamos haciendo
una pancarta de amnistía
para las nueve pobres franjas
las nueve franjas azotadas
tan corajudas
tan rehenes

INFANCIAS

Cuando me fui eran chiquilines
tenían un rabioso
alrededor de púas
la racha intransigente les quitaba
padres tíos maestras

eran gurises de ojos grandes despabilados
que contemplaban en silencio
las encerronas las caídas
las levantadas los adioses

entierro tras entierro
fueron y regresaron
asidos a las manos de los sobrevivientes
así fue que empezaron a conocer temprano
nudillos en la puerta
nudos en la garganta
la obligación de no llorar
ser los leprosos de la clase

eran botijas de otra infancia
sin julio verne ni salgari
pero eso sí con excursiones
quincenales a ver barrotes
a ver barrotes con caricias
besos volados y pañuelos

eran gurises de otra infancia
con menos padres de lo programado
con abuelas y abuelos más o menos transidos
de asumir la penumbra
infancia de otros juegos taciturnos
y tardes largas sin explicaciones

cuando me fui eran pibes
si bien callaban las preguntas
se despertaban preguntándose
por qué encerronas
por qué autopsias
por qué no están
por qué la madre

cuando me fui eran niños
hoy han crecido con las calles
con los plurales
con la bronca

son hombres y mujeres cuerdos
que escriben cartas y hacen hijos
y en los estadios y en las plazas
cantan al aire casi libre
como los perros a la luna
pero en la noche sacan cuentas
y duermen con un ojo abierto

quizá entre todos les debemos
la infancia que no disfrutaron
la gloria gratis de ser niños
sin la cabal noción de serlo

ser niños solamente eso
con madres y con tíos y maestros
madrinas y padrinos
la infancia sin prisiones
sin fotos en los diarios
sin entierros ni nubes
de sorpresa o de duelo

ahora son adultos
escasamente adultos
y pueden preguntarnos
a los abuelos pródigos
cómo es eso

el exilio
cómo fueron los años iniciales
la ruptura
con tantas cosas tantas
qué ruinas olvidamos
qué suertes aprendimos
que si volvemos
que si volveremos
del todo o sólo en partes

pero en el fondo la pregunta clave
es justamente la que no formulan
cómo era la infancia indiscutible
la nuestra
la viejísima
la apolillada de los años veinte
la desteñida de los treinta
cuando había domingos y padres y maestras
y tíos y madrinas

y cumpleaños del viejo y ravioladas
y la playa de todos y el estadio

y la palabra cárcel
era apenas la historia de un lejano
conde de montecristo

LA MADRE AHORA

Doce años atrás
cuando tuve que irme
dejé a mi madre junto a su ventana
mirando la avenida

ahora la recobro
sólo con un bastón de diferencia

en doce años transcurrieron
ante su ventanal algunas cosas
desfiles y redadas
fugas estudiantiles
muchedumbres
puños rabiosos
y gases de lágrimas
provocaciones
tiros lejos
festejos oficiales
banderas clandestinas
vivas recuperados

después de doce años
mi madre sigue en su ventana
mirando la avenida

o acaso no la mira
sólo repasa sus adentros

no sé si de reojo o de hito en hito
sin pestañear siquiera

páginas sepias de obsesiones
con un padrastro que le hacía

enderezar clavos y clavos
o con mi abuela la francesa
que destilaba sortilegios
o con su hermano el insociable
que nunca quiso trabajar

tantos rodeos me imagino
cuando fue jefa en una tienda
cuando hizo ropa para niños
y unos conejos de colores
que todo el mundo le elogiaba

mi hermano enfermo o yo con tifus
mi padre bueno y derrotado
por tres o cuatro embustes
pero sonriente y luminoso
cuando la fuente era de ñoquis

ella repasa sus adentros
ochenta y siete años de grises
sigue pensando distraída
y algún acento de ternura
se le ha escapado como un hilo
que no se encuentra con su aguja

cómo quisiera comprenderla
cuando la veo igual que antes
desperdiciando la avenida

pero a esta altura qué otra cosa
puedo hacer yo que divertirla
con cuentos ciertos o inventados
comprarle una tele nueva
o alcanzarle su bastón

PARAÍSO

Qué suerte haber vivido
para traer conmigo la confianza
la eternidad caduca
la infancia sin aurora
la penitencia que es un oropel
la poca gloria esa noticia
que es anticipo del olvido

qué suerte haber llegado
a tiempo para andar en este mayo
afluente de la paz o la congoja
prolegómeno tibio merecido
de otra quietud que espera
sin juicio ni prejuicio
finales
infalibles

qué suerte haber usado
aquel chorro de tiempo
errante y esparcido
para limpiar el cráneo
de vanidades y adherencias
y rescatar el amor náufrago
ese que no reclama juramentos ni pétalos

qué suerte haber sabido
que el sol espera que la lluvia espera
que los ojos esperan o esperaban
que el impulso las alucinaciones
los cipreses las manos el vacío
el ceño las palomas el oleaje
esperan o esperaban

qué suerte haber hallado
el plato de mis uvas
la piel de mis jadeos
la expectativa del atardecer
el orgullo sin mármol
la esquina de nosotros
en fin el insolvente paraíso

JUEVES DE IMPRENTA

*para presentes y ausentes
de Marcha/Brecha*

Son incontables jueves
de babel y galeras
de berrinches con sorna
de gritos en el cielo
de orden y de caos
de clisés que no llegan
de asedios no oficiales

son muchos años jueves
de propaganda exigua
de dedos entintados
de pequeñas traiciones
de invisibles lealtades
de opiniones sin dádiva
de máquinas de estruendo

son muchos miedos jueves
con gravosas franquezas
horrores en recuadro
riesgo a cinco columnas
teléfonos de odio
corazón en la boca
presagios sin amén

son muchos nombres jueves
que no voy a nombrar
salvo al jefe don carlos
con honor sin honores
siempre en camisa blanca

escribiendo allá arriba
con su letra imponente

son muchas sombras jueves
que estaban y no están
descoyuntadas ágiles
amargas y jocundas
memoriosas y llanas
rebeldes y tiernísimas
almas a quemarropa

muchos cíceros jueves
matrices planchas tipos
estropeados vetustos
con erratas y achaques
ufanos de medir
verdades y bochornos
opciones y certezas

son muchas cumbres jueves
de gracia y optimismo
y quijano que urgía
cordura a contrapelo
para despabilarnos
y que no confundiéramos
espejismo y oasis

es mucho taller jueves
mucho azar transcurrido
muy largo aprendizaje
como para dejarlo
así nomás inmóvil
y no hacerlo aventura
y resguardo y noticia

PAÍS DESPUÉS

LAS ACTAS DEL RENCOR

Poco a poco el rencor me va invadiendo
animaliza mi ánima lisa
me presta garras iras maldiciones
me sobresalta la paciencia boba
me pule el odio como para buitres
me pone en ascuas y ascos

abro el libro y aprendo
la historia del rencor sus pormenores
sus pautas y posibles desarrollos
sus heredados instrumentos

sin embargo me espera una sorpresa
cuando cierro el breviario
me queda entre las manos
un borde desalmado y desarmado
un rastro que me aburre
sin prestigio y sin médula

entonces me reduzco a lo que soy
vacío de herramientas culturales
cierro los ojos pero
qué voy a hacer
no sueño con perdones

PASARON NUEVE AÑOS

Bueno zelmar
pasaron nueve años
y las bisagras del país se quejan
rechinan dulcemente

nadie va a preguntar
cosas sabidas

quién no conoce
la patria de tu muerte
el resplandor

quiero decirte
aunque te lo figures
que estás en cada pulso
en cada suerte

que rafael
te está dejando bien
en general la gente
te está dejando bien

pero siempre hay alguno
veterano o tiernito
que en los momentos claves
dice
como un ensalmo
si zelmar estuviera

nueve años
y las bisagras del país se quejan
rechinan dulcemente

nadie va a preguntar
cosas sabidas
pero cuántas preguntas
cuántas buenas preguntas
si estuvieras

ESTOS Y OTROS MENDIGOS

Todo el mundo lo admite
antes no había
y ahora nos asombra que aparezcan
en la calle en el quiosco en las esquinas
concurran a las puertas a los timbres
al olor a churrasco y a café

llegan con una extraña dignidad
sin llagas desahuciadas ni muñones
ni infantes de chantaje o de mentira
sin puta vocación de ser mendigos

no claman por monedas
acostumbradamente tienen hambre
dicen que pan bocados algo
pero al dejar constancia no se humillan
no pierden el respeto de sí mismos

tan sólo tienen hambre y no es vergüenza
decir que pan bocados algo
y mejor todavía si es trabajo
tienen hambruna de faenas
saben que no hay vacantes
pero igualmente están
famélicos de ocio
ansiosos de jornales
vacíos sin embargo de rencor

la obstinación la llevan
como si fuera una corbata gris
esas que nadie nota
dicen que pan bocados algo
consuelo no reclaman
sólo al presente aspiran

tienen sus opiniones sobre el tiempo
y sobre el fondo monetario
y sobre las virtudes teologales
pero no las prodigan
no desmenuzan nada salvo el pan
si lo tienen

hablan lo estrictamente innecesario
para que la abundancia los entienda
no los inscriba en la piedad
dicen que pan bocados algo
el flan puede llegar a ser una quimera
el dulce de zapallo una utopía
la comprensión una galaxia

para los ricos de solemnidad
esta gratuita bancarrota es nada
la privación un tris
la penuria una mosca
el hambre una historieta

es cierto antes no había
o quién sabe
si no eran otros los menesterosos
los oportunos mendicantes
los pordioseros de poder

esos que por la noche flagelaban a escote
para hacer boca y méritos

no eran pobres de espíritu
no arrastraban consigo la miseria
sólo eran miserables
y no es poco

ésos no piden hoy mendrugos ni disculpas
saben que no hay vacantes
ni en el escalafón ni en la memoria

tan sólo sueñan ocasionalmente
que acuden a una puerta
y ésta se abre fantasmal
y alguien una muchacha
dice quiero vivir
quiero otra vez vivir

y ellos se mueren de miseria
no tienen más remedio que morirse
sin decir pan bocados algo
sin decir nada hasta que se despiertan
para seguir muriendo
aunque no mueran

DETRÁS DEL HUMO

Detrás del humo estamos todos
saciados o anhelantes
diezmados o furtivos
los jóvenes que fuimos
y sorprendentemente ya no somos
los horizontes tan cercanos
los hombros que se encogen
la espiral que fue círculo
los por entonces libres
y hoy solamente dueños
los desafíos y la gracia
la sumisión y el descalabro
el primer territorio
libre de matemáticas
el espejismo de la lluvia
los anticuerpos de la pena
y aquel instante decisivo
la comfortable dulce medianoche
o el riesgo de ser riesgo

en una u otra juventud
atardeceres como esponjas
esa baraja del amor
árboles como biombos
martirios en teoría
rostros que sin quererlo se dibujan
y nunca más pueden borrarse
pánicos que no eran
otra cosa que sueños
y sueños que no eran
otra cosa que sueños

detrás del humo estamos todos
precisamente cuando
creíamos hallar
las huellas imposibles
el mensaje cifrado
la luna ojo de dios

en una u otra juventud
entonces no sabíamos
que eran tan distintas
que se trataba de una extraña
bifurcación un tímido reparto
el garfio para algunos
para otros el guante
para unos pocos la mano desnuda

detrás del humo
todo está indócil todavía
tiene la turbiedad de lo pasado

detrás del humo queda el borrador
de todos los destinos
posibles
e imposibles

y pensándolo bien
así imperfecta
a trazos
con erratas borrones tachaduras
así de exigua y frágil
así de impura y torpe
incanjeable y hermosa
está la vida

PAÍS DESPUÉS

Después de tanta quietud tanto silencio
el país gira como un trompo
llega a la orilla de las decisiones
de las falencias y del optimismo
cada uno lleva su ramillete de ganas
y lo arroja al río grande como mar
en homenaje a los que quedaron en la ruta

después de tanta alucinación tanto revuelo
el país habla sin modorra y sin mordaza
llega a la historia con enorme cautela
y pone nuevos puntos sobre atávicas íes
cada uno afina así sus desalientos
y los suelta en el aire de la noche cóncava
en homenaje a los que quedaron en la ruta

después de tanta palabra tanta sangre
el país no ha perdido el afán de mirarse
llega al espejo como a un país alterno
pregunta por las fronteras y los jazmines
cada uno trae algún sueño vedado
y lo deja flotando en las primeras luces
en homenaje a los que quedaron en la ruta

después de tanto aprendizaje en rebeldía
el país quisiera enseñar algo a alguien
pisa el futuro agitando destrezas
se informa sobre precios y consignas
y en fin cada uno inventa nuevos derroteros
cavilaciones esperanzas coraje
en homenaje a los que quedaron en la ruta

CHAU PESIMISMO

Ya sos mayor de edad
tengo que despedirte
pesimismo

años que te preparo el desayuno
que vigilo tu tos de mal agüero
y te tomo la fiebre
que trato de narrarte pormenores
del pasado mediato
convencerte de que en el fondo somos
gallardos y leales
y también que al mal tiempo buena cara

pero como si nada
seguís malhumorado arisco e insociable
y te repantigás en la avería
como si fuese una butaca pullman

se te ve la fruición por el malogro
tu viejo idilio con la mala sombra
tu manía de orar junto a las ruinas
tu goce ante el desastre inesperado

claro que voy a despedirte
no sé por qué no lo hice antes
será porque tenés tu propio método
de hacerte necesario
y a uno lo deja triste tu tristeza
amargo tu amargura
alarmista tu alarma

ya sé vas a decirme no hay motivos
para la euforia y las celebraciones
y claro cuando no tenés razón

pero es tan boba tu razón tan obvia
tan remendada y remedada
tan igualita al palpito
que enseguida se vuelve sinrazón

ya sos mayor de edad
chau pesimismo

y por favor andate despacito
sin despertar al monstruo

DIÁLOGO CON LA MEMORIA

*Las calles están muertas padecidas
la soledad se atreve al resplandor
alguien sabe quién es pero lo oculta
no sólo las gargantas tienen rejas
la primavera a veces huele a invierno
el pasado está aquí con sus gemidos
el futuro está aislado es un remoto
todo se disemina como el polvo
el paso pasa sobre los gorriones
los que se fueron no abren las valijas
los que quedaron cierran el candor
¿no se tropieza por segunda vez?*

*las calles están muertas padecidas
hoy están padecidas pero sabias
pasan los autobuses navegando
con dos o tres grumetes en la popa
bicicletas de hazaña individual
los ambulantes que otra vez ambulan
los cortejos de muerte natural
nacimientos que acortan la distancia*

*la soledad se atreve al resplandor
y el resplandor buscó su intensidad
se hizo por fin dura memoria y luz
iluminó la soledad contigua
para comer y amar del mismo plato
solo más sola con solito anexo
la soledad plural que se levanta
como bastión de naipes o de sueños*

alguien sabe quién es pero lo oculta
todos sabemos quién es quién ahora
cada uno encontró su paradero
su marca a fuego o su salvoconducto
las aflicciones de su identidad
o las melancolías de su máscara
los desescombros de su regocijo
la fe de su nostalgia misionera

no sólo las gargantas tienen rejas
por fin hallaron la palabra justa
y la libre y la cándida y la ávida
el grito ya no es imprescindible
el nudo en la garganta se deshace
se puede murmurar a voz en cuello
y ya no habrá mentiras reveladas
menos aún cursillos de paciencia

la primavera a veces huele a invierno
también eso cambió la primavera
tiene olor a sí misma las muchachas
salen de la clausura preguntando
por las rosas de fuego que solían
robar con elegancia y parsimonia
en fin la estación joven recupera
su cuota de belleza y certidumbre

el pasado está aquí con sus gemidos
hoy sigue estando aquí pero no gime
hay rostros de bochorno y de avería
la aguja con el hilo del horror
las trampas del escarnio y de la duda
no vamos a olvidar ningún milímetro
ni tampoco gastarnos en el odio
el pasado está aquí ya es suficiente

el futuro está aislado es un remoto
ahora por lo menos tira cabos
a la arisca esperanza toda amores

y le propone dulces entresueños
el futuro es un puente a inaugurar
y a veces tiembla con sus dos orillas
el futuro es un mundo a recibir
no es posible ignorarlo o desmentirlo

todo se disemina como el polvo
y penetró por las rendijas tenues
y las ventanas y los desalientos
se disemina como la amargura
como el nombre de dios se disemina
y nada hace nada cambia o duele
nada se aleja o llega como el polvo
cubre hasta los suburbios de la vida

el paso pasa sobre los gorriones
fueron barridos todos sus huesitos
y aunque entonces no hubo funerales
otros gorriones llegan saltan comen
tranquilos porque ya no pasa el paso
pisan el adoquín con cierto olvido
con su universo breve se disfrutaron
y ni antes ni después el paso pasa

los que se fueron no abren sus valijas
y sólo diez o doce años más tarde
se dieron cuenta del error gravísimo
en todas partes hay fiestas y siestas
sabores a que asirse noches mansas
prójimos que quisieran comprender
también ser comprendidos pero eso
ocurrirá si se abren las valijas

los que quedaron cierran el candor
e hicieron bien ya nadie lo cuestiona
el peligro de estar tan sólo eso
fue como una campana de cristal
una campana en la que sólo había
sitio para el candor ah pero ahora

las cosas son nombradas por sus nombres
y la voz sangra prodigiosamente

¿no se tropieza por segunda vez?
por supuesto que puede tropezarse
el miedo se hizo rabia en las miradas
y el odio ciega si se quema el año
pero el amor en cambio lava vidas
y las pone a secar en la memoria
qué importa tropezar tres cuatro veces
si el amor te levanta y te redime

PREGUNTAS AL AZAR (2)

¿Por qué estás en la noche
agazapado? ¿contra quién?
¿por qué sos una ausencia tan endeble?
¿por qué estás desvelado
y el silencio te encrespa?
¿estás huyendo de algo?
¿de alguien? ¿de vos mismo?
¿de los ojos que viste y no te vieron
y ahora te rastrean?
¿te olvidaste del llanto?
¿del alarido y la puteada?
¿por qué las bóvedas y el viento
te espeluznan? ¿por qué te aterran
la guadaña y el albur?
¿cuándo vas a buscarte en el espejo?
¿soportarás tu mueca? ¿consentirás tu asco?
¿a dónde irás verdugo
si no hay cielo?

¿desde dónde llegaste a este sigilo
inquietante? ¿a este enigma
sobado? ¿enigma sin pretextos?
¿para quién trabajás
ahora que cayó tu anonimato
y el olvido profundo no se estila?
¿acaso tu desprecio es un seguro?
¿te encontrarás a salvo dentro de una
seguridad tan frágil?
¿a veces te sentís necio en el pánico
aunque sepas que nadie
va a hacerte lo que hiciste?
¿venís o te estás yendo?
¿hacia dónde?

¿hasta cuándo
podrás con los fantasmas?
¿a dónde irás verdugo
si no hay cielo?

¿te vencerán las alucinaciones?
¿arrastrarás tu sombra
y las sombras ajenas?
¿hasta qué punto callarás soñando
bostezarás de odio
hibernarás en pesadilla
te enredarás en los desdenes?
¿cómo podrás seguir viviendo
en la helada tangencia de la muerte?
¿vas a temblar de culpa?
¿o de julepe?
¿pasa el espanto por donde pasabas?
¿te jubilaste de la felonía?
¿te desnudaste de tu desnudez?
¿a dónde irás corsario
si no hay mar?
¿a dónde irás verdugo
si no hay cielo?

LA NARIZ
CONTRA EL VIDRIO

*Quién sabe, dijo la Maga. A mí me parece
que los peces ya no quieren salir de la pecera,
casi nunca tocan el vidrio con la nariz.*

JULIO CORTÁZAR

CINCO SENTIDOS

Huelo en pleno descanso la axila de los pinos
el mar espejo neutro no interfiere
imagino el espacio de la última cena
con un insoportable olor a judas

gusto del alcaucil y de los tropos
del vino los pezones morenos y la hostia
las lágrimas de risa la naranja
el laureo de la lluvia la sed de mis sudores

oigo el reproche de mis pulsaciones
los bandos no pactados del amor
las cuatro campanadas del desvelo
la leva perentoria la amnistía

veo el bostezo elemental del crío
echo una ojeada a la vía láctea
miro las proas y los noticieros
y sin quererlo asumo el almanaque

pulso la tecla que estaba prohibida
palpo en lo oscuro el musgo y resucito
toco el maná pero no toco el hambre
y por las dudas tiento mi esqueleto

DESDE ARRIBA

Trepa por la escalera
peldaño tras destino
destino tras peldaño

asciendo lentamente
dosificando alarmas
midiéndome los vértigos

del mal de las alturas
todos saben nadie habla
del bien de las alturas

desde aquí puedo ver
los prados y las calvas
las olas y los pésames

veletas y lealtades
gárgolas y dobleces
las libres azoteas

escalo por la escala
de servicio o de urgencia
de incendio o de socorro

peldaño tras destino
destino tras peldaño
inexorablemente

abajo hay miles de ojos
que contemplan e ignoran
cuándo cómo ni dónde

termina la escalera
y acaba mi avidez
o empieza mi agonía

SALVEDADES

Los años vienen con raíces y algas
y sueños remontados en la ola
con los años también todo se olvida
los ritos del placer la noche vegetal
la alegría que ataca por el flanco
los gritos huecos de optimismo el gallo
que implacable nos quita el sopor matutino
todo se olvida salvo
el insufrible sufrimiento
la empalagosa soledad
la hiel foránea

los años vienen sin ser invocados
vertiginosos y rompientes
a veces con un hacha la del frío
depredadora errante por los aires
con los años también todo se entiende
el mudo azar el hecho consumado
las trampas del abrazo el beso un beso
las súplicas de hogaño el polvo el tiempo
que transcurre y arruga y desordena
todo se entiende salvo
el insufrible sufrimiento
la empalagosa soledad
la hiel foránea

DISPARADERO

Cuando los disparates se disparan
no hay quien sujete a napoleón o a sócrates
todos tenemos una santa elena
o la cicuta allá en el horizonte

cuando los disparates se disparan
uno puede llegar a ser jinete
o adúltero o suicida o copiloto
o académico o santo o contraespía

cuando los disparates se disparan
el amor sea frágil o irrompible
salta en pedazos y se recompone
y se convierte en irrompible o frágil

cuando los disparates se disparan
no hay quien rescate a juana o a lumumba
ojo nos amenaza a todos una hoguera
o una agencia central de inteligencia

HISTORIA DE VAMPIROS

Era un vampiro que sorbía agua
por las noches y por las madrugadas
al mediodía y en la cena

era abstemio de sangre
y por eso el bochorno
de los otros vampiros
y de las vampiresas

contra viento y marea se propuso
fundar una bandada
de vampiros anónimos

hizo campaña bajo la menguante
bajo la llena y la creciente
sus modestas pancartas proclamaban
vampiros beban agua
la sangre trae cáncer

es claro los quirópteros
reunidos en su ágora de sombras
opinaron que eso era inaudito

aquel loco aquel alucinado
podía convencer a los vampiros flojos
esos que liban boldo tras la sangre

de modo que una noche
con nubes de tormenta
cinco vampiros fuertes
sedientos de hematíes plaquetas leucocitos
rodearon al chiflado al insurrecto
y acabaron con él y su imprudencia

cuando por fin la luna
pudo asomarse vio allá abajo
el pobre cuerpo del vampiro anónimo
con cinco heridas que manaban
formando un gran charco de agua

lo que no pudo ver la luna
fue que los cinco ejecutores
se refugiaban en un árbol
y a su pesar reconocían
que aquello no sabía mal

desde esa noche que fue histórica
ni los vampiros ni las vampiresas
chupan más sangre resolvieron
por unanimidad pasarse al agua

como suele ocurrir en estos casos
el singular vampiro anónimo
es venerado como un mártir

TU ESPEJO ES UN SAGAZ

Tu espejo es un sagaz
te sabe poro a poro
te desarruga el ceño
te bienquiere

te pule las mejillas
te despeina los años
o te mira a los ojos
te bienquiere

te depura los gestos
te pone la sonrisa
te transmite confianza
te bienquiere

hasta que sin aviso
sin pensarlo dos veces
se descuelga del clavo
te destroza

PÁGINA EN BLANCO

Bajé al mercado
y traje
tomates diarios aguacero
endivias y envidias
gambas grupas y amenes
harina monosílabos jerez
instantáneas estornudos arroz
alcachofas y gritos
rarísimos silencios

página en blanco
aquí te dejo todo
haz lo que quieras
espabílate
o por lo menos organízate

yo me echaré una siesta
ojalá me despiertes
con algo original
y sugestivo
para que yo lo firme

SUELTA DE PALOMAS

Soltar una paloma
no siempre es algo fácil
de imaginar

la paloma es la clave
de tantos sueños
artesanales

si uno dice paloma
piensa espíritu santo
piensa paz

por eso
soltar una paloma
es siempre algo difícil
de imaginar

quizá exista una sola
manera de lograrlo

soltar realmente
una paloma

OJOS DE BUEY

(1)

Éste es el buey que mira por su ojo de buey
el perpetuo horizonte con su tiara de fuego
la tarde apaciguada la prudente llanura
los árboles del borde impasibles testigos
del ángelus previsto con su lamento absurdo
la pareja que goza más acá de las parvas
y los hombres de tierra de vuelta en sus cubiles

éste es el buey que mira por su ojo de buey
sin codicia sin hambre sin saber lo que mira
su jornada es igual a todas las jornadas
ya no existe el de asís para que su presencia
le deje ser un buey de veras mientras tanto
no comprende las nubes y el aviso del gallo
le entra por una oreja le sale por la otra

(2)

Soy yo quien mira ahora por el ojo de buey
el mar que nos incumbe al barco y mi vigilia
es un vaivén insulso igual de arriba a abajo
y sólo es importante cuando estalla la espuma
un pobre sol mojado y gris nos va nombrando
y mi mano en el círculo de cristal es silueta
después durante horas no hay sol ni luz ni nada

sólo concurre el agua que me lame o escupe
y sólo pienso en rostros que están solos y lejos
soy yo quien mira ahora por el ojo de buey
pienso que el ecuador es una cuerda floja

y que el oculto cenit me ve sin atenuantes
no sé dónde está el sur y el estruendo del agua
me entra por un oído y sale por el otro

PRESENTACIÓN

Nuestro conferenciante de esta noche
es de aquellos que nunca necesitan
presentación o panegírico

quién no conoce al huésped de la sombra
al utilero del ambage
antítesis del roble
vanguardia del abismo
aureola del escombros

a nadie se le oculta su residual prosapia
su matizada colección de ascos
sus cenizas e inválidos ayeres
su comprensión de pedernal

quién no se ha desvelado
con sus vergüenzas de coyote
su infidelario de alto vuelo
su cadalso para desvalidos

cómo no recordar
sus cilicios de aliento
sus calofríos de confortación
sus puños de consuelo

el tiempo pasará como un despojo
mas no podrá con sus estigmas de leyenda
con sus tenazas más tenaces
o su taller de cicatrices

esta tribuna se honra hoy
con las primicias de un tribuno
a quien serenos prometemos

seguros consecuentes austeros prometemos
que no habrá amnesia
no habrá amnesia

BOTELLA AL MAR

*El mar es un azar
qué tentación echar
una botella al mar*

poner en ella por ejemplo un grillo
un barco sin velamen y una espiga
sobrantes de lujuria algún milagro
y un folio rebosante de noticias

poner un verde un duelo una proclama
dos rezos y una cábala indecisa
el cable que jamás llegó a destino
y la esperanza pródiga y cautiva

*el mar es un azar
qué tentación echar
una botella al mar*

poner en ella por ejemplo un tango
que enumerara todos los pretextos
para apiadarse a solas de uno mismo
y quedarse en el borde de otro sueño

poner promesas como sobresaltos
y el poquito de sol que da el invierno
y un olvido flamante y oneroso
y el rencor que nos sigue como un perro

*el mar es un azar
qué tentación echar
una botella al mar*

poner en ella por ejemplo un naipe
un afiche de dios el de costumbre
el tímpano banal del horizonte
el reino de los cielos y las nubes

poner recortes de un asombro inútil
un lindo vaticinio de agua dulce
una noche de rayos y centellas
y el saldo de veranos y de azules

*el mar es un azar
qué tentación echar
una botella al mar*

pero en esta botella navegante
sólo pondré mis versos en desorden
en la espera confiada de que un día
llegue a una playa cándida y salobre

y un niño la descubra y la destape
y en lugar de estos versos halle flores
y alertas y corales y baladas
y piedritas del mar y caracoles

*el mar es un azar
qué tentación echar
una botella al mar*

LENTO PERO VIENE

Lento pero viene
el futuro se acerca
despacio
pero viene

hoy está más allá
de las nubes que elige
y más allá del trueno
y de la tierra firme

demorándose viene
cual flor desconfiada
que vigila al sol
sin preguntarle nada

iluminando viene
las últimas ventanas

lento pero viene
el futuro se acerca
despacio
pero viene

ya se va acercando
nunca tiene prisa
viene con proyectos
y bolsas de semillas

con ángeles maltrechos
y fieles golondrinas

despacio pero viene
sin hacer mucho ruido

cuidando sobre todo
los sueños prohibidos

los recuerdos yacentes
y los recién nacidos

lento pero viene
el futuro se acerca
despacio
pero viene

ya casi está llegando
con su mejor noticia
con puños con ojeras
con noches y con días

con una estrella pobre
sin nombre todavía

lento pero viene
el futuro real
el mismo que inventamos
nosotros y el azar

cada vez más nosotros
y menos el azar

lento pero viene
el futuro se acerca
despacio
pero viene

lento pero viene
lento pero viene
lento pero viene

LA VIDA
ESE PARÉNTESIS

NUNCA LA MIRADA

Hace tanto que pasé mi ecuador

los años bajan como rompehielos
traen edictos nada promisorios

el pellejo es conciso y elocuente
tiene arrugas y manchas desgarradas
lunares sospechosos y en capilla

es archivo de tactos y contactos
registra las caricias
dadas y recibidas
fue tieso y joven
eso dicen

la luna asoma
la creciente
la de los locos y murciélagos

creciente sólo para recordármelo

hace ya tantas lunas
que pasé mi ecuador

los ojos cambian
nunca la mirada

LOS AÑOS

Los años son también una armonía
sólo que yo prefiero
ser uno y desarmónico

cuando todos afinan
quiero desafinar como un violín
o como un ex tenor
o un ex tribuno

cuando todos escriben la palabra sabida
quisiera no saber la mía
escribir como quien habla por señas

aunque nadie me acepte
tan obvias sencilleces
y el cuervo y el gorrión
pasen de largo

los años son también deslumbre
sólo que yo prefiero
ser sombra azul o más temprana

cuando todos escriben la palabra genial
quiero escribir la del mal genio
como quien busca otra liturgia

cuando todos esplenden convencidos
quiero asombrarme
o sea ensombrecerme
como una madre selva
o un ombú

y entonces
sin pensarlo demasiado
llamo al desnudo
y la desnuda
para que zanjen
el dilema

TRANSGRESIONES

Todo mandato es minucioso
y cruel
me gustan
las frugales transgresiones

por ejemplo inventar el buen
amor
aprender
en los cuerpos y en tu cuerpo

oír la noche y no decir
amén
trazar
cada uno el mapa de su audacia

aunque nos olvidemos
de olvidar
seguro
que el recuerdo nos olvida

obedecer a ciegas deja
ciego
crecemos
solamente en la osadía

sólo cuando transgredo alguna
orden
el futuro
se vuelve respirable

todo mandato es minucioso
y cruel
me gustan
las frugales transgresiones

BALANCEOS

En el sillón tranquilo de balance
en la recuperada mecedora
qué he de hacer sino balancearme
los racimos las nubes las ideas se mecen
se mecen los desastres cavilosos
hago balance pendular de vida
y el dividendo es una duda fértil
que mece sus motivos y argumentos
en el sillón tranquilo de balance

en el sillón tranquilo de balance
en la reminiscente mecedora
qué más puedo emprender que sopesarme
llenar a plenitud los dos platillos
de la vieja balanza sin que sobren
los esplendores ni las cortedades
para evaluar añicos y bosquejos
y sopesar pesar balancearme
en el sillón tranquilo de balance

en el sillón tranquilo de balance
en la perseverante mecedora
qué puedo hacer sino desnivelarme
o nivelarme a costa del espacio
donde posibles y arduos se columpian
o se fugan dejándonos a solas

¿habrá pues que esperar así meciéndonos
a los apoderados de la muerte
en el sillón tranquilo de balance?

RUINAS

se deslumbraron mis ruinas

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Yo también tengo ruinas
y si acudo al pasado
ya no sé a quién o a quiénes
busco entre los escombros
son ruinas sin prestigio
sin guías y con musgo
inmensas y mezquinas
señas de lo que fui
columpios desnudeces
huellas crepusculares
matutinas nocturnas
la luna las descubre
les dice lo que eran
columnas de tesón
cúmulos de experiencia
pedernales de amor
catacumbas de miedo

yo también tengo ruinas
pero no deslumbradas
sino ciegas distantes
residuos de palabras
vestigios de rencores
esquirlas de castigos
reliquias de caricias
ruinas tan taciturnas
calimas de la pena
albergan sus fantasmas
como todas las ruinas

y como todas dejan
escuchar su lamento

yo también tengo ruinas
meses y años troceados
muñones de confianza
perdones en añicos
piedras en las que a veces
me reconozco entonces
amo la piel rugosa
de mis hermanas ruinas

VERKLÄRTE NACHT

En esta noche de pálpitos y conjuras
en esta noche flamante habitan tantas noches
la del labriego la del farero la del santo
la del cocuyo la del murciélago la del búho
noche con sábanas de fruición y tacto
locomotoras y coyotes que aúllan insolentes
noche de lenguas vivas y cóleras suntuosas
con lascivias soñadas a borbotones y de a ratos
y labios lacrados por un antiguo resplandor

en esta noche se abrazan otras noches posibles
que velan y desvelan sus complicidades
y sellan sus juramentos con saliva templada
noche de iconos taciturnos
de satélites y fuegos fatuos
y llantos que son hilos conductores

noche de muchas incontables noches
de hambrientos unas
otras de saciados
noche desangelada y sin resuello
transfigurada noche en máscara y embozos
depósito de soles de avería
reserva de ponientes
de callejones como niágaras
de selva a cántaros
de laberintos ya resueltos
de inconsolables vírgenes y sauces
de brújulas vesánicas
de empobrecidas dinastías
de sabios parroquiales y sin nóbel

noche para sonámbulos y gallos
para seminaristas y cadetes manuales
noche de hojas que se estremecen como culpas
perros guardianes con las patas rotas
barcos esclavos de las constelaciones

madre noche de todos los pecados
la más nocturna de las noches
favorita de insomnios recurrentes
puerco de un dios que iba a llegar
y fue alcanzado por el rayo

noche de un hondo miedo universal
de alabastros lunares
y esqueletos domésticos
del goce a duras penas

noche de la vislumbre más soñada
y de la que no vale
la pena despertar

SOY MI HUÉSPED

Soy mi huésped nocturno
en dosis mínimas
y uso la noche
para despojarme
de la modestia
y otras vanidades

aspiro a ser tratado
sin los prejuicios
de la bienvenida
y con las cortesías
del silencio

no colecciono padeceres
ni los sarcasmos
que hacen mella

soy tan sólo
mi huésped
y traigo una paloma
que no es prenda de paz
sino paloma

como huésped
estrictamente mío
en la pizarra de la noche
trazo una línea
blanca

luego soplo mi brisa
y los postigos y las ramas
tiemblan

como huésped de mí
sé de mí lo que pienso
no es gran cosa

armo mis barricadas
contra el sueño
a pesar de que el sueño
las derribe

soy mi huésped
a qué negarlo
pero
a veces también soy
un extraño de mí

cuando mi rústico anfitrión
me mira
siento que estoy
de más
y me escabullo

PROPIEDAD DE LO PERDIDO

*Todo lo que has perdido, me dijeron,
es tuyo.*

JOSÉ EMILIO PACHECO

Es mía la inocencia
ánfora de cristal tan desvalida
que nada me sugieren sus añicos

la juventud es mía
y es además atávico susurro
rescoldo previo al imposible fuego

el rostro de mi padre
tan mío es que acude a mis espejos
para comprometerme en sus dilemas

es mío el primer salmo
débil embelesado entre los árboles
zurcido con las hebras del olvido

mío el brote de amor
que era quimera y fue descubrimiento
para soltar arrobos como un lastre

mío el muro de dios
con su agrietada y hosca piel de piedras
y sus mil garabatos de recelo
y la mano fraterna
tan mía es que surge de las ruinas
para estrechar mi mano y exhumarme

todo lo que he perdido
es mío irremediabilmente mío
tan lejano de mí que es desamparo

CERO

Mi saldo disminuye cada día
qué digo cada día
cada minuto cada
bocanada de aire

muevo mis dedos como si pudieran
atrapar o atraparme
pero mi saldo disminuye

muevo mis ojos como si pudieran
entender o entenderme
pero mi saldo disminuye

muevo mis pies cual si pudieran
acarrear o acarrearne
pero mi saldo disminuye

mi saldo disminuye cada día
qué digo cada día
cada minuto cada
bocanada de aire

y todo porque ese
compinche de la muerte
el cero
está esperando

LA VIDA ESE PARÉNTESIS

Cuando el no ser queda en suspenso
se abre la vida ese paréntesis
con un vagido universal de hambre

somos hambrientos desde el vamos
y lo seremos hasta el vámonos
después de mucho descubrir
y brevemente amar y acostumbrarnos
a la fallida eternidad

la vida se clausura en vida
la vida ese paréntesis
también se cierra incurre
en un vagido universal
el último

y entonces sólo entonces
el no ser sigue para siempre

CLANDESTINA

La dicha es una clandestina
buscada perseguida
la comandancia da sus datos
sus ojos verdes su estatura
la distancia que media entre sus sueños
su etiqueta naranja
su escala de delirios

la dicha es un asueto
una velada distracción de dios
ese momento o año
en que recuperamos las flores y la suerte
y denostamos al fantasma
negándonos a oír
sus recurrentes extorsiones

la dicha nunca es oficial
y rara vez insigne
comparece de a ratos
en ciclos sin retumbos
o sea cuando el riesgo
de su olfato pueril
descubre alguna brecha

la dicha es una isla inencontrada
una región del disparate
una marcha nupcial sin bendiciones
ni misericordiosa ni clemente
adrede mezcla sus reliquias
con nuestras desconfianzas implacables
y nuestras apetencias y chascos y costumbres

la dicha sangra por su herida
¿de dónde viene tan sensible
si es una hereje
sagaz y novelera?
nos hace creer en el crepúsculo
abre sus labios para el beso
y anuncia ramos de tristeza

SIEMPRE UNA SORPRESA

La muerte es siempre una sorpresa inútil
aunque uno comparezca
con las bisagras herrumbrosas

la gracia pasa pasan las desgracias
las promesas a veces se corrompen
caen de hinojos los esperanzados
y dios no les perdona la esperanza

transcurren los diciembres y belenes
la intimidación se colma de importunos
las pupilas retratan hondonadas y cumbres
y la razón se hastía de lindes y cotejos

la muerte es siempre una sorpresa inútil
aunque se trate de la ajena
y los recuerdos nos amparen

el relámpago ofusca rompe el trueno
el amor ilumina ciega el odio
uno desplaza el cuerpo como un miope
y adelanta las manos y está el muro

los relojes predicen y no aciertan
apuntalamos cábalas y ruinas
despedimos el mar y lo añoramos
no nos llevamos bien con las hazañas

la muerte es siempre una sorpresa inútil
aunque confirme los pronósticos
y sea un fiable desenlace

el blando más allá puede ser un bostezo
el arduo más acá la picota de turno
no aspiro a los trofeos de ultratumba
sino a dormir y antes que nada a despertarme

qué paraíso puede compensar
el roce de otra piel en jubileo
lo cierto es que la muerte es un verdugo
y los mortales somos cómplices de la vida

pero así y todo
o así y nada
la muerte es siempre una sorpresa inútil

AHORA Y NADA

Tot és aura i res

JUAN VINYOLI

Tengo un trabajo conjurado y denso
pero no importa lo interrumpo
necesito una tregua con distancia
una paz despojada de ansiedades
un ocio sin escrúpulos de ocio

me siento en la terraza a no hacer nada
ni siquiera a leer un texto fácil
tan sólo que las manos se abandonen
los ojos se habitúen al otoño
la espalda a estar sin alas

allá abajo la plaza verde y ocre
con sus perros higiénicos y ágiles
que se vengan de encierro y celibatos

miro el cielo naranja
cruzado por antenas
y sólo al encontrarme
con los rumores metropolitanos
existe la ciudad remota y próxima

mientras hamaco mi ocio
tengo que defenderlo
y sobre todo tengo
que aprender a gozarlo

de pronto asumo que este instante
nada ritual es un oasis

la discutible soledad
en la que puedo ser yo mismo

vaya a saber lo que uno sabe
para quedarse aquí tapando aullidos
olvidando las horas en acecho
uniendo las mitades de la vida

es una calma gris sin concesiones
y sin los desencuentros de la urgencia
una tranquilidad convaleciente
y algo tediosa
claro

no sé si este sosiego es necesario
de todos modos no es inexpugnable
lo asedian los recuerdos cenagosos
las pálidas vergüenzas
el oscuro subsuelo de la calma
las mágicas palabras nunca dichas
los silencios violados
los gestos abrasados y abrazantes
los yermos del amor
los mitos resurrectos
la araña con su tela de rencores
la furia sin rescoldo
el corazón sin huésped

es una calma desvelada
por las fogatas que apagué
y por la infancia que me espía

mi vigilia en desorden tiene puestas
sus miradas en la paz temblorosa
la que mueve los árboles sin pájaros
como si les quitara un sortilegio

y también tiene puestas
sus esperanzas en la astucia

de mi memoria que da y quita
huellas y nombres
voz y voces

debo reconocer que en esta calma
me siento como sapo de otro pozo
no sé si tendré ganas
de hundirme para siempre en el sosiego

allá abajo en la plaza verde y ocre
perritos y perrazos bien se lamen
con cierta discreción y sin tristeza
aunque dios los creara
ellos no creen en dios
y si a menudo alzan una pata
no es para bendecir el árbol
ciertamente

bonanza de emergencia
esta tregua sin fiebre
la siento en las rodillas

gorriones de penuria
avanzan paso a paso
en un tango liberto

no hay otros habitantes
y si los hay no cuentan

tampoco cuento yo

vuelvo a mis soledades
esas pobres contiguas
que me miran llegar
como un poseso
otra vez al trabajo conjurado

por hoy
basta de calma

PREGUNTAS AL AZAR (3)

¿Dónde estás muerte
muertecita
hebra de lágrimas
sueño inconcluso
duplicado de vida
muertecita
sin cuerpo
sin amor
sin árbol
y sin dios
pesadilla lunar
convigente mutismo
promesas en abstracto
entrañable ceniza
muerte boba?

¿dónde estás
esperando
inventora de huellas
nada sin descifrar
óbito de presagios
catálogo de pésames
dónde?

¿dónde me aguardas
larva sin mariposa
harakiri de afanes
curandera frugal
con tu paso de alfombra?

¿dónde?
¿de dónde?
¿a dónde?

gato búho murciélago
cuervo coyote lobizón
ominoso alacrán
traición de la vigilia
crimen perfecto
¿cuándo?

resignación descalza
angelote sin alas
miseria del suntuoso
opulencia del pobre
martingala del lázaro
penúltima bisagra
nombre del polvo
¿cómo?

¿dónde estás clandestina
muertecita de veras
santa patrona
del alivio
frontera del dolor
borde inquerido
cierre del más acá?

ya lo has visto
a pesar
de todos los esfuerzos
no se puede nombrarte
muertecita
sin caer fatalmente
en la fosa común
en el lugar común

LUGARES

LA ACÚSTICA DE EPIDAUROS

*Si se da un golpe en Epidauros
Se escucha más arriba, entre los árboles,
En el aire.*

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Estuvimos en epidauros veinticinco años después que
[roberto
y también escuchamos desde las más altas graderías
el rasgueo del fósforo que allá abajo
encendía la guía la misma gordita
que entre templo y templete
entre adarme socrático y pizca de termópilas
había contado cómo niarchos se las arreglaba
para abonar apenas nueve mil dracmas
digamos unos trescientos dólares de impuesto por año
y con su joven énfasis nos había anunciado
ante el asombro de cinco porteños
expertos en citas de tato bores
la victoria próxima y segurísima del socialista papandreu

estuvimos pues en epidauros respirando el aire
[transparente y seco
y contemplando los profusos inmemoriales verdes
de los árboles que dieron y dan su espalda al teatro
y su rostro a la pálida hondonada
verdes y aire probablemente no demasiado ajenos
a los que contemplara y respirara polycleto el joven
cuando hacía sus cálculos de eternidad y enigma
y también yo bajé al centro mágico de la orquesta
para que luz me tomara la foto de rigor
en paraje de tan bienquista y sólida memoria

y desde allí quise probar la extraordinaria acústica
y pensé hola líber hola héctor hola raúl hola jaimé
bien despacito como quien rasguea un fósforo o arruga
[un boleto
y así pude confirmar que la acústica era óptima
ya que mis sigilosas salvas no sólo se escucharon en
[las graderías
sino más arriba en el aire con un solo pájaro
y atravesaron el peloponeso y el jónico y el tirreno
y el mediterráneo y el atlántico y la nostalgia
y por fin se colaron por entre los barrotes
como una brisa transparente y seca

PLAZA SAN MARTÍN

En este espacio cada uno es capaz
de zurcir sus vislumbres y tinieblas
árboles me rodean con sus patas de elefante
tengo un gong en las sienas memoriosas

en un banco como éste cubierto de ramitas
mi adolescencia aprendió a dostoiievsky
y gracias a fernández moreno en chascomús
pensó el equivalente de *anch'io son' pittore*

tozudo como la cadencia de un molino
latigazo del aire desairado
sé del barro prolijo los segmentos de cielo
las hojas muertas y el gemido o la brisa

no es un refugio pero da amparo
oasis ecológico con vista a la jornada
sin la miseria huésped en los lindes
pero con frisos de jactancia y humo

siempre me anima su propuesta de verdes
y la disfruto como si fuera un insomnio
de esos que transitan por los amores de la piel
proclive a tantas otras ceremonias

también me conforta su condición de isla
eco querellante del simulacro organizado
por fortuna libre de viejas simetrías
ya que sus canteros fingen otra retórica

lujo del pobre entre los opulentos
galaxia de jubilados y niñeras

y seminaristas autoflagelados
que salen a respirar con los gorriones

siempre acudo a vos en peregrinación
plaza san martín de los pastitos elegantes
y de las muchachas que aprenden a besar
con los ojos cerrados como en el cine

PAUSA DE AGOSTO

Madrid quedó vacía
sólo estamos los otros
y por eso
se siente la presencia de las plazas
los jardines y fuentes
los parques y glorietas

como siempre en verano
madrid se ha convertido
en una calma unánime
pero agradece nuestra permanencia
a contrapelo de los más

es un agosto de eclosión privada
sin mercaderes ni paraguas
sin comitivas ni mitines

en ningún otro mes del larguísimo año
existe enlace tan sutil
entre la poderosa
metrópoli
y nosotros pecadores
afortunadamente
los árboles han vuelto a ser
protagonistas del aire gratuito
como antes
cuando los ecologistas
no eran todavía imprescindibles

también los pájaros disfrutaban
ala batiente de una urbe
que inesperadamente se transforma
en vivible y volable

los madrileños han huido
a la montaña y a marbella
a ciudadela y benidorm
a formentor y tenerife

y nos entregan sin malicia
a los otros que ahora
por fin somos nosotros
un madrid sorprendente
casi vacante despejado
limpio de hollín y disponible

en él andamos como dueños
tercermundistas del arrobo
en solidarias pulcras avenidas
sudando con unción la gota gorda

el verano no es tiempo de fragor
sino de verde tregua

empalagados del rencor insomne
estamos como nunca
dispuestos a la paz

en el rato estival
la historia se detiene
y todos descubrimos una vida postiza

pero cuando el asueto se termine
volverán a sonar
las bocinas los gritos las sirenas
los muertas y los vivos
bombas y zambombazos
y las dulces metódicas campanas

durante tres fecundas estaciones
nadie se acordará
de pájaros y árboles

YO ESTABA EN OTRO BORDE

*a haydée
in memoriam
cinco años después*

Yo estaba en otro borde del océano
en palma de mallorca y para ser preciso
en la plaza gomila ésa buscada
por los *marines* yanquis
tan borrachitos siempre
y por turistas suecos y franceses
ingleses holandeses alemanes
y hasta por mallorquines

en mi balcón entraba una porción de calle
con sus putas de carne
y sus hombres de hueso
y según a qué hora
con luces de neón y mansa fábula
y hasta una *bailaora* triste de pacotilla
que anhelante bordaba su agonía febril
sin que ningún piadoso la aplaudiera o mirara

por entonces yo había comenzado
mi duro aprendizaje de españa y me sentía
al garete o al margen
sin otra conjetura o barricada
que mi desasosiego de ultramar
sin más futuro que el de mis azares
sin otra garantía que la de mi resuello

yo estaba en otro borde
sin buenos aires ni montevideo

sin la habana ni méxico
sin quito ni managua
exactamente en la plaza gomila
frente a otro de mis varios telones del exilio

me agradaba el castillo de bellver en el fondo
y como diversión estaba el ovni
que en los atardeceres nos dejaba
huellas y guiños cómplices y dudas
realmente me gustaba la escenografía
sin entusiasmo pero me gustaba
aunque no me entendiera con los sordos
protagonistas ni con los comparsas

durante el largo día
miraba con el hígado y los bronquios
las uñas y el estómago
y con mis cataratas remendadas

el cielo era de venas azules y finísimas
y las casas tan blancas
con sus enredaderas colgantes y geranios
cual si hubieran nacido ayer o hace dos siglos

en cambio por la noche
miraba con mis hombros y mis labios
mis riñones mis tímpanos mi páncreas
siempre con mis leales cataratas
aunque ahora no tan encandiladas

yo estaba en otro borde
cuando aulló tres socorros el teléfono
y una voz titubeante y remotísima
dijo ayer murió haydée
y volvió a repetirlo
tal vez no tanto para persuadirme
como para de veras persuadirse

ayer murió haydée
dijo en el desconcierto de mi oído
hace cinco años y en aquella plaza
escuchar la noticia era difícil
imposible ligar esa brutal ausencia
con catorce o quince años de presencia
en mi suerte y en mi vida de a pie
haydée abrecaminos sin camino
haydée mi socia de asma sin su asma
haydée sin esa casa sin su américa
haydée sin el amparo ni la flecha del sol

volví al balcón y fue de noche
no sé por qué de pronto fue de noche
ya no quedaban luces ni fragores
ni bares ni nightclubs ni discotecas
ni las hembras de carne
ni los hombres de hueso
todos habían desaparecido
o acaso se llamaran
a silencio y tiniebla
los suecos y franceses
ingleses y holandeses y alemanes
todos habían desaparecido
y los *marines* antes que ninguno

ya no estaba el castillo de bellver
ni tampoco las casas blancas ni los geranios
ni las enredaderas que colgaban
desde hacía dos siglos o una víspera

en cambio había un malecón de olas
arrolladoras breves y gigantes
olas que no eran del mediterráneo
también había un campo de deportes
fornido de estudiantes
en blanco en negro y en mulato

y más acá muros con cuadros
de venezuela méxico brasil
chile uruguay colombia costa rica
y una arpillera de violeta parra
y dos o tres imágenes argentinas del che
y dondequiera rostros llorando sin escándalo
en esa pobre casa
la casa sin haydée

yo estaba en otro borde
pero esa noche aunque era mediodía
adiviné una nueva provincia de la muerte
y hasta un desconocido formato del amor

sólo en nuestros países tan hogueras
podemos concedernos el dramático lujo
de recibir intacto de la historia
un personaje único encendido de ideas
de inocencia perdones heroísmo
suelta de mariposas y de manos tendidas
al semejante y al desemejante
y consuelos y abismos y tizones
y delirios coraje sufrimiento
y ensueños y bondad

es increíble
pero así sucede
en nuestros pueblos de dolor y olvido
solemos darnos el terrible lujo
de recibir herido de la historia
un indómito y limpio personaje de fuego
y no lograr siquiera
ni acaso merecer
que no se apague

haydée murió es verdad
alguien lo había alojado para siempre
en mi cabeza incrédula

miré hacia arriba a nadie
y sin embargo supe que después
cuando volviese el día
las venas de este cielo
azules y finísimas
se abrirían en lluvia
copiosa
inconsolable

REFERENCIAS

Alguna vez en palma de mallorca
hallé en el borne dos filas de árboles
como las que hubo en un recodo
del viejo parque urbano

en la habana otra vez
pensé que el malecón
era como la rambla

en santa cruz de tenerife
hay una larga franja
como la de pocitos

la gente que camina en las calles de atenas
se asemeja a la nuestra
sólo que al mediodía

en helsinki si escucho cómo hablan
me parece lunfardo
pero nunca lo entiendo

el cielo de la noche blanca de leningrado
me recuerda mi cielo
en tardes de tormenta

en buenos aires hay un barrio
flores
que puede confundirse con la aguada

el rastro madrileño
es una feria de tristán narvaja
sólo que gigantesca

ahora por fin
están aquí a mi alcance
parque rambla idioma firmamento
recodos calle feria esquinas

ya no preciso referencias

ÉSTA ES MI CASA

No cabe duda ésta es mi casa
aquí revivo aquí sucedo
ésta es mi casa detenida
en un capítulo del tiempo

llega el otoño y me defiende
la primavera y me condena
mis pobres huéspedes se ríen
copulan duermen comen juegan

llega el invierno y me marchita
llega el verano y me renueva
mis pobres huéspedes retozan
discuten bailan lloran tiemblan

junto a mi casa se detienen
los perros y los campanarios
y sin embargo las palmeras
saludan y pasan de largo

ésta es mi casa transparente
aquí me espera la almohada
aquí me encuentro con mis señas
con mi memoria y mis alarmas

ésta es mi casa con mi gente
con mis pasados y mis cosas
mis garabatos y mi fuego
mis sobresaltos y mi sombra

no cabe duda ésta es mi casa
la reconozco lentamente
por los sabores en el humo
y por el tacto en las paredes

por mi cansancio arrepentido
y mis descansos a deshoras
la ceremonia de las luces
y el comentario de las moscas

ésta es mi casa o mi región
o el laberinto de mi patria
pero me gusta repetir
no cabe duda ésta es mi casa

ODRES VIEJOS

MEMORÁNDUM

Uno llegar e incorporarse al día
dos respirar para subir la cuesta
tres no jugarse en una sola apuesta
cuatro escapar de la melancolía

cinco aprender la nueva geografía
seis no quedarse nunca sin la siesta
siete el futuro no será una fiesta
y ocho no amilanarse todavía

nueve vaya a saber quién es el fuerte
diez no dejar que la paciencia ceda
once cuidarse de la buena suerte

doce guardar la última moneda
trece no tutearse con la muerte
catorce disfrutar mientras se pueda

TIC PROFESIONAL

Diríase que el tiempo no madura
y que al poeta ese cándido leproso
no se le deja otro comportamiento
que refugiarse en su desgarradura
y allá quedarse torvo y silencioso
a solas con su estro ceniciento
o su pobre talento

mas no son para tanto
la saña y el quebranto
el tiempo no prodiga sus perdones
más bien exige modas concesiones
pero ceder no es un salvoconducto
y no faltan razones
para blindar el último reducto

recuérdese que sirve la etiqueta
de pequeño burgués o de cobarde
de vacilante o falto de entereza
para calificar a algún poeta
y a éste sólo le queda como alarde
entregar por la causa su cabeza
esa simple proeza

y si en eso descansa
el aval de confianza
convéngase que no es estimulante
se exija de la muerte el comprobante
para acabar al fin con el entuerto
el dilema es tajante
pequeño burgués vivo o mártir muerto

pero ésta no es la única emboscada
también están las huestes de narciso
que ofrecen la evasión de este bochorno
y son los confidentes de la nada
comprometidos contra el compromiso
cultivan las palabras como adorno
y escapan del contorno

el celaje purista
es su protagonista
arman preguntas para sus respuestas
y morirán con las falacias puestas
después de todo ésa es la paradoja
llevar el verso a cuestras
es caminar sobre una cuerda floja

qué más da caminemos por la calle
como si fuera un sueño o viceversa
y no hubiera pronósticos atroces
un poco antes de que el mundo estalle
la realidad es una y es diversa
y tiene entre sus pliegues tantas voces
como sombras y dioses

oasis o desierto
enigma o mito abierto
poesía es memoria a la deriva
con naufragos de suerte persuasiva
que pretenden salvarnos del abismo
está en la entraña viva
y también está fuera de uno mismo

acaso poesía es la fogata
en que arden el más débil y el más fuerte
la presencia rebelde y la sumisa
la lisonja falaz y la bravata
y toda esa materia se convierte
no en la llama universal que hechiza
sino en humo y ceniza

de ese rescoldo escueto
obstinado y secreto
que reduce a una brasa la experiencia
nace como una aurora otra inocencia
tan leve y tan real como un sagrado
y por eso en esencia
el poema es un mundo relevado

CONFORTACIÓN

España si algún cronista
te acusa de maniquea
torpe inculta pobre y fea
y al término de esa lista
te llama tercermundista
no digas un *no* rotundo
el riesgo no es tan profundo
y estás en buena compañía
seas bienvenida españa
al ardiente tercer mundo

SANTO Y/O SEÑA

¿Dónde empieza la niebla que te esconde?
ignoro dónde

¿cómo puedes andar con pies de plomo?
ignoro cómo

¿cuánto cuesta vencer a tu quebranto?
ignoro cuánto

iba a cambiar la seña por el santo
mas después de vivir lo que se sueña
prefiero permutar santo por seña
aunque no sepa dónde cómo o cuánto

INCITACIÓN

En el muro quedaron los tatuajes del juego
el tiempo me conmina pero no me doblego
siento a pesar de todo frutal desasosiego
y el código de agobios lo dejo para luego

antes de que el crepúsculo en noche se convierta
y se duerma la calle y se entorne la puerta
a solas con mi pobre madurez inexperta
quiero que mi demanda se encuentre con tu oferta

no es bueno que la astucia me busque a la deriva
como si el amor fuera sólo una tentativa
y ya que ahora asombras a mi alma votiva
confío en que asombrado tu cuerpo me reciba

nos consta que el presente es breve y es impuro
pero cuando los torsos celebren su conjuro
y llamen nuestros ojos cual brasas en lo oscuro
sólo entonces sabremos cómo será el futuro

aspiro a que tu suerte de nuevo me rescate
del frío y de la sombra del tedio y el combate
la gloria nos espera sola en su escaparate
mientras tú y yo probamos la sal y el disparate

sola en su desafío nos espera la gloria
y con su habilidad veterana y suasoria
entre nosotros borra la línea divisoria
y nuestros pies se buscan para empezar la historia

HOMENAJE

*a nicolás guillén,
en sus ochenta*

Mas allá de los males y los bienes
tu mejor aventura cotidiana
es lidiar con la vida lisa y llana
que lograste y afinas y mantienes

la noche se ha quedado sin rehenes
y entra el sol por tu verso y tu ventana
tengo dijiste en dimensión cubana
dijiste tengo y por supuesto tienes

pueblo que te oye bajo tantos cielos
porque has hallado simplemente el modo
de cantar nada menos que a los más

con tus ochenta y con tus dos abuelos
y tu muchacho corazón ya todo
lo tienes juan con todo nicolás

CUADRAGÉSIMO ANIVERSARIO

Ahora en buena hora
con cielo transparente y suave clima
el mundo conmemora
aunque el pasado oprima
estos cuarenta agostos de hiroshima

los nipones hicieron
un *survey* escolar de varios usos
y los niños dijeron
sin mostrarse confusos
la bomba fue arrojada por los rusos

si se atiende al alcalde
de la misma ciudad a la que exhuman
quizá todo fue en balde
sus palabras abruman
mas no menciona ni una vez a truman

los muertos son ceniza
occidente da dólares y apoyo
oriente olvida aprisa
ya salvado el escollo
la bomba es un factor de desarrollo

ARTE POÉTICA

Es un modo de crecer
en lo que dura un suspiro
o maneras de decir
de otra manera lo mismo
que nos enseñan la historia
las estaciones el río
una suerte de jugar
con formas y contenidos
y regla para quien quiera
violar las reglas del siglo
ingenio contra la asfixia
recurso para el respiro
pero no la vanagloria
ni lo que arrastra consigo

es un modo de entender
o aproximarse al prodigio
con el paisaje en los ojos
y en el alma un calofrío
con la palabra en volandas
o el corazón en añicos
aprendiendo a transformar
lo sobrehumano en sencillo
nadie podrá despojarnos
ni los sueños impedirnos
ni quitarnos lo bailado
ni matarnos lo vivido
ni convertirnos en otro
ni usarnos como testigo

es un modo de sentir
y casi como vivirlo
y si la memoria aprieta

para eso está el olvido
o trasmutar el recuerdo
en cualquier otro peligro
si es otoño / en primavera
si es invierno / en el estío
si es desamor / en amor
y si es amor / en delirio
si es ordenanza / en azar
y si es azar / en destino
lo malo que poseemos
en lo bueno que perdimos

es un modo de arrojar
por la borda lo prohibido
y aunque extraviemos los nombres
incautarnos de sus símbolos
y archivar al pobre dios
como asunto concluido
es un modo de quedarse
frente a frente con el niño
que fuimos alguna vez
sin saberlo y sin sufrirlo
una forma de asumir
señales muros y mitos
y no morir de nostalgia
ni asomarnos al abismo

VIENTO Y MAR

El viento arrima propuestas
mejores que las de antes
ya no son interrogantes
triviales o deshonestas
pero el mar tiene respuestas
que improvisa en el momento
y el diálogo es tan violento
que no podré descansar
mientras no se calme el mar
y no se interrumpa el viento

DIGNIDADES

Está la dignidad de los honores
de la etiqueta y de la jerarquía
de las señoras y de los señores

de vucencia ilustrísima y usía
la dignidad de los que tienen plata
y el protocolo más la pleitesía

y / distancias salvadas / la corbata
las alcurnias de origen sospechoso
y la honra que hoy viene más barata

la fe del militar pundonoroso
que ordena simplemente la tortura
con el aval del todopoderoso

está la dignidad de la censura
la del garrote y de la contumacia
de la calumnia y su salpicadura

y las miserias de la aristocracia
y la ambición en tres velocidades
y el simulacro triste de la audacia

pero también hay otras dignidades
que no suelen andar de boca en boca
aunque recorran todas las edades

y toda la vergüenza que no es poca
la dignidad de la naturaleza
que de tan cuerda nos parece loca

la dignidad que siempre sale ilesa
del tumulto la trampa y su cortejo
y está la dignidad de la pobreza

la que se lleva inscrita en el pellejo
y permite enfrentar sin más señales
la entrañable mirada del espejo

está la dignidad de los leales
aquellos que en las buenas y en las malas
en tiempos de revés y en los triunfales

no cambian sus raíces por las alas
ni exigen el cilicio ni la alfombra
van sin alabanceros ni bengalas

y en el simple baluarte de su sombra
tienen la dignidad que dignifica
esa que normalmente no se nombra
ni se lleva a la feria o se publica

HETERÓNIMOS

Mesianismo leninismo
fetichismo leninismo
exitismo leninismo
moralismo leninismo
heroísmo leninismo
y machismo leninismo

continuismo leninismo
cristianismo leninismo
reumatismo leninismo
optimismo leninismo
exorcismo leninismo
y marxismo leninismo

mal que bien
no son lo mismo

EL SUR
TAMBIÉN EXISTE

*a joan manual serrat
con la amistad surgida
de un trabajo compartido*

EL SUR TAMBIÉN EXISTE

Con su ritual de acero
sus grandes chimeneas
sus sabios clandestinos
su canto de sirenas
sus cielos de neón
sus ventas navideñas
su culto de dios padre
y de las charreteras
 con sus llaves del reino
 el norte es el que ordena

pero aquí abajo abajo
el hambre disponible
recurre al fruto amargo
de lo que otros deciden
mientras el tiempo pasa
y pasan los desfiles
y se hacen otras cosas
que el norte no prohíbe
 con su esperanza dura
 el sur también existe

con sus predicadores
sus gases que envenenan
su escuela de chicago
sus dueños de la tierra
con sus trapos de lujo
y su pobre osamenta
sus defensas gastadas
sus gastos de defensa
 con su gesta invasora
 el norte es el que ordena

pero aquí abajo abajo
cada uno en su escondite
hay hombres y mujeres
que saben a qué asirse
aprovechando el sol
y también los eclipses
apartando lo inútil
y usando lo que sirve
 con su fe veterana
 el sur también existe

con su corno francés
y su academia sueca
su salsa americana
y sus llaves inglesas
con todos sus misiles
y sus enciclopedias
su guerra de galaxias
y su saña opulenta
 con todos sus laureles
 el norte es el que ordena

pero aquí abajo abajo
cerca de las raíces
es donde la memoria
ningún recuerdo omite
y hay quienes se desmueren
y hay quienes se desviven
y así entre todos logran
lo que era un imposible
 que todo el mundo sepa
 que el sur también existe

CURRÍCULUM

El cuento es muy sencillo
usted nace en su tiempo
contempla atribulado
el rojo azul del cielo
el pájaro que emigra
y el temerario insecto
que será pisoteado
por su zapato nuevo

usted sufre de veras
reclama por comida
y por deber ajeno
o acaso por rutina
llora limpio de culpas
benditas o malditas
hasta que llega el sueño
y lo descalifica

usted se transfigura
ama casi hasta el colmo
logra sentirse eterno
de tanto y tanto asombro
pero las esperanzas
no llegan al otoño
y el corazón profeta
se convierte en escombros

usted por fin aprende
y usa lo aprendido
para saber que el mundo
es como un laberinto
en sus momentos claves
infierno o paraíso

amor o desamparo
y siempre siempre un lío

usted madura y busca
las señas del presente
los ritos del pasado
y hasta el futuro en ciería
quizá se ha vuelto sabio
irremediabilmente
y cuando nada falta
entonces usted muere

DE ÁRBOL A ÁRBOL

Seguro que los diarios
no lo preguntarán
los árboles ¿serán
acaso solidarios?

¿digamos el olivo de jaén
con el terco quebracho de entre ríos?
¿o el triste sauce de tacuarembó
con el castaño de campos elíseos?

¿qué se revelarán de árbol a árbol?
¿desde westfalia avisará la encina
al demacrado alerce del tirol
que administre mejor su trementina?

seguro que los diarios
no lo preguntarán
los árboles ¿serán
acaso solidarios?

¿se sentirá el ombú en su pampa húmeda
un hermano de la ceiba antillana?
¿los de ese bosque y los de aquel jardín
permutarán insectos y hojarasca?

¿se dirán copa a copa que aquel muérdago
otrora tan sagrado entre los galos
usaba chupadores de corteza
como el menos cordial de los parásitos?

seguro que los diarios
no lo preguntarán
los árboles ¿serán
acaso solidarios?

¿sabrán por fin los cedros libaneses
que su voraz y sádico enemigo
no es el ébano gris de camerún
ni el arrayán bastardo ni el morisco

ni la palma lineal de camagüey
sino las hachas de los leñadores
la sierra de las grandes madereras
el rayo como látigo en la noche?

HAGAMOS UN TRATO

Compañera usted sabe
puede contar conmigo
no hasta dos o hasta diez
sino contar conmigo

si alguna vez advierte
que a los ojos la miro
y una veta de amor
reconoce en los míos
no alerte sus fusiles
ni piense que deliro

a pesar de esa veta
de amor desprevenido
usted sabe que puede
contar conmigo

pero hagamos un trato
nada definitivo
yo quisiera contar
con usted es tan lindo
saber que usted existe
uno se siente vivo

quiero decir contar
hasta dos hasta cinco
no ya para que acuda
presurosa en mi auxilio

sino para saber
y así quedar tranquilo
que usted sabe que puede
contar conmigo

TESTAMENTO DE MIÉRCOLES

Quiero aclarar que este testamento
no es el corriente colofón de vida
más bien se trata de un legado frágil
vigente sólo hacia el final de un día

digamos pues que lego para el jueves
las inquietudes que me puso el martes
cambiadas sólo un poco por los sueños
y esa tristeza que es inevitable

lego una nube de mosquitos y una
computadora que no tiene pilas
y hasta mi soledad con la esperanza
de que mis legatarios no la admitan

lego al jueves cuatro remordimientos
la lluvia que contemplo y no me moja
y el helecho ritual que me intimida
con la vieja elegancia de sus hojas

lego el crujido azul de mis bisagras
y una tajada de mi sombra leve
no toda porque un hombre sin su sombra
pierde el respeto de la buena gente

lego el pescuezo que he lavado como
para un jueves de horca o guillotina
y un talante que ignoro si es recato
o estupidez malsana o alegría

lego los arrabales de una idea
un tríptico de espejos que me hiere
el mar allá al alcance de la mano
la hiedra que abanica las paredes

y sólo ahora pienso que en mi árbol
en mis brumas sin rostro y en mi vino
me quedan por legar tantas historias
que alguna se me esconde en el olvido

así que por si acaso y por las dudas
y para no afligir a quien me herede
las dejo para otro testamento
digamos el del viernes

UNA MUJER DESNUDA Y EN LO OSCURO

Una mujer desnuda y en lo oscuro
tiene una claridad que nos alumbra
de modo que si ocurre un desconsuelo
un apagón o una noche sin luna
es conveniente y hasta imprescindible
tener a mano una mujer desnuda

una mujer desnuda y en lo oscuro
genera un resplandor que da confianza
entonces dominguea el almanaque
vibran en su rincón las telarañas
y los ojos felices y felinos
miran y de mirar nunca se cansan

una mujer desnuda y en lo oscuro
es una vocación para las manos
para los labios es casi un destino
y para el corazón un despilfarro
una mujer desnuda es un enigma
y siempre es una fiesta descifrarlo

una mujer desnuda y en lo oscuro
genera una luz propia y nos enciende
el cielo raso se convierte en cielo
y es una gloria no ser inocente
una mujer querida o vislumbrada
desbarata por una vez la muerte

LOS FORMALES Y EL FRÍO

Mientras comían juntos y distantes y tensos
ella muy lentamente y él como ensimismado
hablaban con medida y doble parsimonia
de temas importantes y de algunos quebrantos

entonces como siempre o como casi siempre
el desvelo social condujo a la cultura
así que por la noche se fueron al teatro
sin tocarse un ojal ni siquiera una uña

su sonrisa la de ella
era como una oferta un anuncio un esbozo
su mirada la de él
iba tomando nota de cómo eran sus ojos

y como a la salida soplaba un aire frío
y unos dedos muy blancos indefensos y tristes
apenas asomaban por las sandalias de ella
no hubo más remedio que entrar en un boliche

y ya que el camarero se demoraba tanto
llegaron cautelosos hasta la confidencia
extra seca y sin hielo por favor y fumaron
y entre el humo el amor era un rostro en la niebla

en sus labios los de él
el silencio era espera la noticia era el frío
en su casa la de ella
halló café instantáneo y confianza y cobijo

una hora tan sólo de memoria y sondeos
hasta que sobrevino un silencio a dos voces
como cualquiera sabe en tales circunstancias
es arduo decir algo que realmente no sobre

él probó sólo falta que me quede a dormir
y ella también probó y por qué no te quedas
y él sin mirarla no me lo digas dos veces
y ella en voz baja bueno y por qué no te quedas

y sus labios los de él
se quedaron gustosos a besar sin usura
sus pies fríos los de ella
que eran sólo el comienzo de la noche desnuda

fueron investigando deshojando nombrando
proponiéndose metas preguntando a los cuerpos
mientras la madrugada y los temas candentes
conciliaban el sueño que no durmieron ellos

quién hubiera previsto aquella tarde
que el amor ese célebre informal
se dedicara a ellos tan formales

HABANERA

Es preciso ponernos brevemente de acuerdo
aquí el buitre es un aura tiñosa y circulante
las olas humedecen los pies de las estatuas
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

los autos van dejando tuercas en el camino
los jóvenes son jóvenes de un modo irrefutable
aquí el amor transita sabroso y subversivo
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

nada de eso es exceso de ron o de delirio
quizá una borrachera de cielo y flamboyanes
lo cierto es que esta noche el carnaval arrolla
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

es preciso ponernos brevemente de acuerdo
esta ciudad ignora y sabe lo que hace
cultiva el imposible y exporta los veranos
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

aquí flota el orgullo como una garza invicta
nadie se queda fuera y todo el mundo es alguien
el sol identifica relajos y candores
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

como si marx quisiera bailar el mozambique
o fueran abolidas todas las soledades
la noche es un sencillo complot contra la muerte
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

VAS A PARIR FELICIDAD

Vas a parir felicidad
yo te lo anuncio tierra virgen
tras resecarte dividida
y no hallar nada que te alivie
como un abono inesperado
absorberás la sangre humilde

vas a parir felicidad
en un futuro que no existe
vas a parir felicidad
mientras en huertos imposibles
la limpia baba de dios padre
cae como un diluvio triste

vas a parir felicidad
yo te lo anuncio tierra virgen
después de hundirte surco a surco
y como vieja tumba abrirte
después de alzarte como un hongo
y deslumbrarnos como un cíclope

vas a parir felicidad
y no habrá almas disponibles
vas a parir felicidad
como una bendición horrible
y nadie habrá de recogerla
en un futuro que no existe

DEFENSA DE LA ALEGRÍA

Defender la alegría como una trinchera
defenderla del caos y de las pesadillas
de la ajada miseria y de los miserables
de las ausencias breves y las definitivas

defender la alegría como un atributo
defenderla del pasmo y de las anestias
de los pocos neutrales y los muchos neutrones
de los graves diagnósticos y de las escopetas

defender la alegría como un estandarte
defenderla del rayo y la melancolía
de los males endémicos y de los académicos
del rufián caballero y del oportunista

defender la alegría como una certidumbre
defenderla a pesar de dios y de la muerte
de los parques suicidas y de los homicidas
y del dolor de estar absurdamente alegres

defender la alegría como algo inevitable
defenderla del mar y las lágrimas tibias
de las buenas costumbres y de los apellidos
del azar y también

también de la alegría

FINAL

PREGUNTAS AL AZAR (4)

¿Cuánto me queda?
¿siete? ¿diez? ¿quince setiembrés?

¿le pregunto al azar
acaso porque sé
que el azar no responde?

y así y todo
el azar
¿es realmente un azar?

aún no he movido el rey
y la torre está quieta
o sea que hasta aquí
puedo enrocar mis riesgos

no instruí a mi reloj
para mañana
no hay por lo tanto garantía
de despertar a tiempo

por otra parte
sé proteger el sueño
con mis gastados párpados
de manera que puedo
arrimarme soñando
a esa espléndida nada
nada prometedora

la misma nada en que se despeñaron
mis hermanos de siempre
también los bienvenidos
que un día se malfueron

entre otros mi padre con su asfixia
y su postrer mirada
de candoroso pánico

¿qué diferencia podrá haber
ahí en tan hueco enigma
entre las vidas transparentes
y las compactas de asco
entre los tiernos pechos
de la hermosa lujuria
y los verdugos con medallas?
¿habrá acaso una sola y final
desolación?
¿cabrá algún jubileo?

en el gran agujero universal
¿se habrá acabado la noticia?
¿terminado el pronóstico?
¿borrado la memoria?
¿degollado el futuro?
la sobornable amnesia
del imposible dios
¿será infinita?

¿tal vez la única igualdad posible
entre yo mismo y la inminente
caravana de prójimos
será el no ser
el no existir?

¿nadie será ni más ni menos
inexistente que otros?
¿o por ventura o desventura
habrá tal vez un colmo
de oscura inexistencia?
¿una nada más nada
que las otras?

ante tan humillante incertidumbre
¿no sería mejor
confiar tan sólo en nuestras huellas
nuestro jadeo nuestro limo
en el amor que desentrañan
dos vértices de musgo
en los odios y mitos que inventamos
en las palabras como norias
en las palabras como sueños?

antes que el indecente
rasero igualitario
del no pensar
el no existir
no amar
no disfrutar
no padecer
¿no será preferible
la sideral distancia
que separa
lo justo de lo injusto?

francamente me asquea
la rara vecindad de mi no ser
con el canalla ahora inexistente
mi próximo no prójimo
en el amplio vacío

¿cuánto me queda?
¿siete? ¿diez? ¿quince setiembrés?

¿y qué es después de todo
eso que espera?

¿la noche interminable?
¿un sol sin atenuantes ni crepúsculos?
¿la calima tediosa?
¿la noche? ¿alguna noche?
¿la noche como muro?

lo cierto es que no tengo
con respecto a esa noche sin murciélagos
ninguna expectativa o esperanza

¿o será que la muerte
no es realmente mi noche predilecta?

le pregunto al azar
al mudo
sordo
ciego

le pregunto al azar
le pregunto al azar
desalentadamente
le pregunto al azar
que no responde

¿estará mudo sordo ciego?

¿o
para nuestro escarnio
habrá muerto
el azar?

ÍNDICE

Nota	11
------------	----

EXPECTATIVAS

Viajo	15
Todo está lejos	16
Expectativas	17
Cosas a hallar	18
El puente	19
Preguntas al azar (1)	20

RESCATES

Aquí	25
Volver la página	27
Rescates	28
Aguacero	29
Con los objetos	31
Ese hilo de voz	33
Los liberados	35
Franjas rehenes	37
Infancias	39
La madre ahora	42
Paraíso	44
Jueves de imprenta	46

PAÍS DESPUÉS

Las actas del rencor	51
Pasaron nueve años	52
Estos y otros mendigos	54
Detrás del humo	57
País después	59

Chau pesimismo	60
Diálogo con la memoria	62
Preguntas al azar (2)	66

LA NARIZ CONTRA EL VIDRIO

Cinco sentidos	71
Desde arriba	72
Salvedades	74
Disparadero	75
Historia de vampiros	76
Tu espejo es un sagaz	78
Página en blanco	79
Suelta de palomas	80
Ojos de buey	81
Presentación	83
Botella al mar	85
Lento pero viene	87

LA VIDA ESE PARÉNTESIS

Nunca la mirada	91
Los años	92
Transgresiones	94
Balances	95
Ruinas	96
Verklärte Nacht	98
Soy mi huésped	100
Propiedad de lo perdido	102
Cero	104
La vida ese paréntesis	105
Clandestina	106
Siempre una sorpresa	108
Ahora y nada	110
Preguntas al azar (3)	113

LUGARES

La acústica de Epidauros	117
--------------------------------	-----

Plaza San Martín	119
Pausa de agosto	121
Yo estaba en otro borde	123
Referencias	128
Ésta es mi casa	130

ODRES VIEJOS

Memorándum	135
Tic profesional	136
Confortación	139
Santo y/o seña	140
Incitación	141
Homenaje	142
Cuadragésimo aniversario	143
Arte poética	144
Viento y mar	146
Dignidades	147
Heterónimos	149

EL SUR TAMBIÉN EXISTE

El sur también existe	153
Currículum	155
De árbol a árbol	157
Hagamos un trato	159
Testamento de miércoles	160
Una mujer desnuda y en lo oscuro	162
Los formales y el frío	163
Habanera	165
Vas a parir felicidad	166
Defensa de la alegría	167

FINAL

Preguntas al azar (4)	171
-----------------------------	-----

MARIO BENEDETTI

PRIMAVERA CON
UNA ESQUINA ROTA

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

*A la memoria
de mi padre (1897-1971)
que fue químico
y buena gente.*

*Se soubesse que amanhã morria
E a primavera era depois de amanhã,
Morreria contente, porque ela era depois
de amanhã.*

FERNANDO PESSOA

Almanaque caduco, espejo roto.

RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN

INTRAMUROS (Esta noche estoy solo)

Esta noche estoy solo. Mi compañero (algún día sabrás el nombre) está en la enfermería. Es buena gente, pero de vez en cuando no viene mal estar solo. Puedo reflexionar mejor. No necesito armar un biombo para pensar en vos. Dirás que cuatro años, cinco meses y catorce días son demasiado tiempo para reflexionar. Y es cierto. Pero no son demasiado tiempo para pensar en vos. Aprovecho para escribirte porque hay luna. Y la luna siempre me tranquiliza, es como un bálsamo. Además ilumina, así sea precariamente, el papel, y esto tiene su importancia porque a esta hora no tenemos luz eléctrica. En los dos primeros años ni siquiera tenía luna, así que no me quejo. Siempre hay alguien que está peor, como concluía Esopo. Y hasta peorísimo, como concluyo yo.

Es curioso. Cuando uno está afuera e imagina que, por una razón o por otra, puede pasar varios años entre cuatro paredes, piensa que no aguantaría, que eso sería sencillamente insoportable. No obstante, es soportable, ya se ve. Al menos yo lo he soportado. No niego haber pasado momentos de desesperación, además de aquellos en que la desesperación incluye sufrimiento físico. Pero ahora me refiero a la desesperación pura, cuando uno empieza a calcular, y el resultado es esta jornada de clausura, multiplicada por miles de días. No obstante, el cuerpo es más adaptable que el ánimo. El cuerpo es el primero que se acostumbra a los nuevos horarios, a sus nuevas posturas, al nuevo ritmo de sus necesidades, a sus nuevos cansancios, a sus nuevos descansos, a su nuevo hacer y a su nuevo no hacer. Si tenés un compañero, lo podés medir al principio como a un intruso. Pero de a poco se va convirtiendo en interlocutor. El de ahora es el octavo. Creo que con todos me he llevado bastante

bien. Lo bravo es cuando las desesperaciones no coinciden, y el otro te contagia la suya, o vos le contagiás la tuya. O también puede ocurrir que uno de los dos se oponga resueltamente al contagio y esa resistencia origine un choque verbal, un enfrentamiento, y en esos casos justamente la condición de clausura ayuda poco, más bien exacerba los ánimos, le hace a uno (y al otro) pronunciar agravios, y, algunas veces, hasta decir cosas irreparables que enseguida agudizan su significado por el mero hecho de que la presencia del otro es obligatoria y por tanto inevitable. Y si la situación se pone tan dura que los dos ocupantes del lugarcito no se dirijan la palabra, entonces tal compañía, embarazosa y tensa, lo deteriora a uno mucho más, y más rápidamente, que una soledad total. Por suerte, en este ya largo historial, tuve un solo capítulo de este estilo, y duró poco. Estábamos tan podridos de ese silencio a dos voces, que una tarde nos miramos y casi simultáneamente empezamos a hablar. Después fue fácil.

Hace aproximadamente dos meses que no tengo noticias tuyas. No te pregunto qué pasa porque sé lo que pasa. Y lo que no. Dicen que dentro de una semana todo se regularizará otra vez. Ojalá. No sabés lo importante que es una carta para cualquiera de nosotros. Cuando hay recreo y salimos, de inmediato se sabe quiénes recibieron cartas y quiénes no. Hay una extraña iluminación en los rostros de los primeros, aunque muchas veces traten de ocultar su alegría para no entristecer más a los que no tuvieron esa suerte. En estas últimas semanas, por razones obvias, todos estábamos con caras largas, y eso tampoco es bueno. De modo que no tengo respuesta a ninguna pregunta tuya, sencillamente porque carezco de tus preguntas. Pero yo sí tengo preguntas. No las que vos ya sabés sin necesidad de que te las haga, y que, dicho sea de paso, no me gusta hacerte para no tentarte a que alguna vez (en broma, o lo que sería muchísimo más grave, en serio) me digas: “Ya no.” Simplemente quería preguntarte por el Viejo. Hace mucho que no me

escribe. Y en este caso tengo la impresión de que no hay ninguna otra causa para la no recepción de cartas. Sólo que hace mucho que no me escribe. Y no sé por qué. Repaso a veces (sólo mentalmente, claro) lo que recuerdo haberle escrito en algunos de mis breves mensajes, pero no creo que haya habido en ellos nada que lo hiriera. ¿Lo ves a menudo? Otra pregunta: ¿cómo le va a Beatriz en la escuela? En su última cartita me pareció notar cierta ambigüedad en sus datos. ¿Te das cuenta de que te extraño? Pese a mi capacidad de adaptación, que no es poca, ésta es una de las faltas a las que ni mi ánimo ni mi cuerpo se han acostumbrado. Al menos, hasta hoy. ¿Llegaré a habituarme? No lo creo. ¿Vos te habituaste?

HERIDOS Y CONTUSOS (Hechos políticos)

—Graciela —dijo la niña, con un vaso en la mano—. ¿Querés limonada?

Vestía una blusa blanca, pantalones vaqueros, sandalias. Los cabellos negros, largos aunque no demasiado, sujetos en la nuca con una cinta amarilla. La piel muy blanca. Nueve años; diez, quizá.

—Ya te he dicho que no me llames Graciela.

—¿Por qué? ¿No es tu nombre?

—Claro que es mi nombre. Pero prefiero que me digas mamá.

—Está bien, pero no entiendo. Vos no me decís hija, sino Beatriz.

—Es otra cosa.

—Bueno, ¿querés limonada?

—Sí, gracias.

Graciela aparenta treinta y dos o treinta y cinco años, y tal vez los tenga. —Lleva una pollera gris y una camisa roja. Pelo castaño, ojos grandes y expresivos. Labios cálidos, casi sin pintura. Mientras hablaba con su hija, se había quitado los anteojos, pero ahora se los coloca de nuevo para seguir leyendo.

Beatriz deja el vaso con limonada en una mesita que tiene dos ceniceros, y sale de la habitación. Pero al cabo de cinco minutos vuelve a entrar.

—Ayer en la clase me peleé con Lucila.

—Ah.

—¿No te interesa?

—Siempre te peleás con Lucila. Debe ser una forma que ustedes dos tienen de quererse. Porque son amigas, ¿no?

—Somos.

—¿Y entonces?

—Otras veces nos peleamos casi como un juego, pero ayer fue en serio.

—Ah sí.

—Habló de papá.

Graciela se quita otra vez los anteojos. Ahora muestra interés. Bebe de una sola vez la limonada.

—Dijo que si papá está preso debe ser un delincuente.

—¿Y vos qué respondiste?

—Yo le dije que no. Que era un preso político. Pero después pensé que no sabía bien qué era eso. Siempre lo oigo, pero no sé bien qué es.

—¿Y por eso te peleaste?

—Por eso, y además porque me dijo que en su casa el padre dice que los exiliados políticos vienen a quitarle trabajo a la gente del país.

—¿Y vos qué respondiste?

—Ahí no supe qué decirle, y entonces le di un golpe.

—Así el papá podrá decir ahora que los hijos de los exiliados castigan a su nena.

—En realidad no fue un golpe, sino un golpecito. Pero ella reaccionó como si la hubiera lastimado.

Graciela se agacha para arreglarse una media, y quizá también para tomarse una tregua o reflexionar.

—Está mal que la hayas golpeado.

—Me imagino que sí. Pero, ¿qué iba a hacer?

—También es cierto que su padre no debería decir esas cosas. El sobre todo tendría que comprendernos mejor.

—¿Por qué él sobre todo?

—Porque es un hombre con cultura política.

—¿Vos sos una mujer con cultura política?

Graciela ríe, se afloja un poco, y le acaricia el pelo.

—Un poco sí. Pero me falta mucho.

—¿Te falta para qué?

—Para ser como tu padre, por ejemplo.

—¿El está preso por culpa de su cultura política?

—No exactamente por eso. Más bien por hechos políticos.

—¿Querés decir que mató a alguien?

—No, Beatriz, no mató a nadie. Hay otros hechos políticos.

Beatriz se contiene. Parece a punto de llorar, y sin embargo está sonriendo.

—Andá, traeme más limonada.

—Sí, Graciela.

DON RAFAEL (Derrota y derrotero)

Lo esencial es adaptarse. Ya sé que a esta edad es difícil. Casi imposible. Y sin embargo. Después de todo, mi exilio es mío. No todos tienen un exilio propio. A mí quisieron encajarme uno ajeno. Vano intento. Lo convertí en mío. ¿Cómo fue? Eso no importa. No es un secreto ni una revelación. Yo diría que hay que empezar a apoderarse de las calles. De las esquinas. Del cielo. De los cafés. Del sol y, lo que es más importante, de la sombra. Cuando uno llega a percibir que una calle no le es extranjera, sólo entonces la calle deja de mirarlo a uno como a un extraño. Y así con todo. Al principio yo andaba con un bastón, como quizá corresponda a mis sesenta y siete años. Pero no era cosa de la edad. Era una consecuencia del desaliento. *Allá*, siempre había hecho el mismo camino para volver a casa. Y *aquí* echaba eso de menos. La gente no comprende ese tipo de nostalgia. Creen que la nostalgia sólo tiene que ver con cielos y árboles y mujeres. A lo sumo, con militancia política. La patria, en fin. Pero yo siempre tuve nostalgias más grises, más opacas. Por ejemplo, ésa. El camino de vuelta a casa. Una tranquilidad, un sosiego, saber qué viene después de cada esquina, de cada farol, de cada quiosco. *Aquí*, en cambio, empecé a caminar y a sorprenderme. Y la sorpresa me fatigaba. Y por añadidura no llegaba a casa, sino a *la habitación*. Cansado de sorprenderme, eso sí. Tal vez por eso recurrí al bastón. Para aminorar tantas sorpresas. O quizá para que los compatriotas que iba encontrando, me dijeran: “Pero, don Rafael, usted *allá* no usaba bastón”, y yo pudiera contestarles: “Bueno, tampoco vos usabas guayabera.” Sorpresa por sorpresa. Uno de esos asombros fue una tienda con máscaras, de colores un poco abusivos, hipnotizantes. No po-

día habituarme a las máscaras, aunque siempre fueran las mismas. Pero junto con la recurrencia de las máscaras, se repetía también mi deseo, o quizá mi expectativa, de que las máscaras cambiaran, y diariamente me asombraba encontrar las mismas. Y entonces el bastón me ayudaba. ¿Por qué? ¿Para qué? Bueno, para apoyarme cuando me asaltaba esa modesta decepción de todas las tardes, quiero decir cuando comprobaba que las máscaras no habían cambiado. Y debo reconocer que mi expectativa no era tan absurda. Porque la máscara no es un rostro. Es un artificio, ¿no? Un rostro cambia sólo por accidente. Quiero decir en su estructura; no en su expresión, que ésta sí es variable. En cambio, una máscara puede cambiar por miles de motivos. Digamos: por ensayo, por experimentación, por ajuste, por mejoría, por deterioro, por sustitución. Sólo a los tres meses comprendí que no podía esperar nada de las máscaras. No iban a cambiar esas empecinadas, esas tozudas. Y empecé a fijarme en los rostros. Al fin de cuentas, fue un buen cambio. Los rostros no se repetían. Venían hacia mí, y dejé el bastón. Ya no tenía que apoyarme para soportar el estupor. Quizá cada rostro no cambiara con los días, sino con los años, pero los que venían a mí (con excepción de una mendiga huesuda y tímida) eran siempre nuevos. Y con ellos venían todas las clases sociales, en autos impresionantes, en autitos modestos, en autobuses, en sillas de ruedas, o simplemente caminando. Ya no eché de menos el camino, montevideano y consabido, de vuelta a casa. En la nueva ciudad había nuevos derroteros. Derrotero viene de derrota, ya lo sé. Nuestra derrota no será total, pero es derrota. Ya lo había comprendido, pero lo confirmé plenamente cuando di la primera clase. El alumno se puso de pie y pidió permiso para preguntar. Y preguntó: “Maestro, ¿por qué razón su país, una asentada democracia liberal, pasó tan rápidamente a ser una dictadura militar?” Le pedí que no me llamara maestro. No es nuestra costumbre. Pero se lo pedí solamente para organizar la respuesta. Le dije lo consabido: que el pro-

ceso empezó mucho antes, no en la calma, sino en el subsuelo de la calma. Y fui anotando en el pizarrón los varios rubros, los períodos, las caracterizaciones, los corolarios. El muchacho asintió. Y yo leí en sus ojos comprensivos toda la dimensión de mi derrota, de mi derrotero. Y desde entonces regreso cada tarde por una ruta distinta. Por otra parte, ahora ya no vuelvo a *una habitación*. Tampoco es una casa. Es simplemente un apartamento, o sea, un simulacro de casa: una habitación con agregados. Pero la nueva ciudad me gusta, ¿por qué no? Su gente —menos mal— tiene defectos. Y es muy entretenido especializarme en ellos. Las virtudes —por supuesto también las poseen— generalmente aburren. Los defectos, no. La cursilería, por ejemplo, es una zona prodigiosa, en la que nunca acabo de especializarme. Mi bastón, sin ir más lejos, era un amago de cursilería, y sin embargo tuve que abandonarlo. Cuando me siento cursi, me desprecio un poquito, y eso es malísimo. Porque nunca es bueno despreciarse, a menos que existan fundadas razones, que no es mi caso.

EXILIOS (Caballo verde)

Seis meses antes había resbalado en un encerado piso de hotel, en otra ciudad, golpeándose violentamente la cabeza contra el suelo. Como consecuencia de esa caída se le había desprendido la retina y ahora lo habían operado. Por indicación médica debía permanecer quince días acostado, con los dos ojos vendados, o sea que durante ese lapso dependía totalmente de su mujer. Cada setenta y dos horas venía el cirujano, destapaba el ojo operado, comprobaba que todo iba bien, y volvía a taparlo. Era aconsejable que, al menos durante la primera semana, no recibiera visitas, a fin de garantizar la quietud total. Pero sí podía escuchar la radio y el grabador a cassette. Y por supuesto atender el teléfono.

Las noticias de radio no sólo no eran aburridas, como en las buenas épocas, sino que a veces eran incluso escalofrantes, ya que en enero de 1975 solían aparecer diez o doce cadáveres diarios en los basureros porteños. Entre noticiero y noticiero, se entretenía escuchando cassettes de Chico Buarque, de Viglietti, de Nacha Guevara, de Silvio Rodríguez, y también La trucha de Schubert y algún cuarteto de Beethoven.

Otra diversión era proponerse imágenes, y ésa había pasado a convertirse en la más fascinante de sus actividades pasivas, ya que sin duda incluía un elemento creador, al fin de cuentas más original que el simple y textual registro por la vista de las imágenes que la realidad iba proporcionando. Ahora no. Ahora era él quien inventaba y reclutaba esa realidad, y ésta aparecía con todos sus rasgos y colores en el muro interior de sus ojos cerrados.

El juego era estimulante. Pensar por ejemplo: ahora voy a crear un caballo verde bajo la lluvia, y que apareciera en el envés de sus párpados inmóviles. No se atre-

vía a ordenar que el caballo trotara o galopara, porque la instrucción del médico era que las pupilas no se movieran, y no tenía bien claro en su reciente descubrimiento si la pupila clausurada iba a sentir o no la tentación de seguir el galope del caballo verde. Pero en cambio se tomaba todas las libertades para concebir cuadros inmóviles. Digamos: tres niños (dos rubios y un negrito, como en la publicidad de los grandes monopolios norteamericanos), el primero con un monopatín, el segundo con un gato y el tercero con un balero. O también, por qué no, una muchacha desnuda, cuyas medidas elige cuidadosamente antes de concretar su imagen. O una amplia panorámica de una playa montevideana, con una zona de sombrillas de colores muy vivos, y otra en cambio casi desierta, con un viejo, barbudo y en shorts, acompañado de un perro que contempla al amo en estado de rígida lealtad.

Entonces sonó el teléfono y resultó muy fácil estirar la mano. Era una buena amiga, que por supuesto sabía de la operación pero que no preguntó cómo seguía ni si todo iba bien. También sabía que el apartamento de Las Heras y Pueyrredón no daba a la calle; apenas si por una ventanita del cuarto de baño se veían tres o cuatro metros de la plaza. Sin embargo, dijo: "Te llamo nada más que para que te asomes al balcón y veas qué lindo desfile militar hay frente a tu casa." Y colgó. Entonces él le dijo a su mujer que mirara por la ventanita del baño. Lo previsible: una operación rastrillo.

"Hay que quemar algunas cosas", dijo él, y se imaginó la mirada preocupada de su mujer. Y a pesar de la urgencia trató de tranquilizarla a medias: "No hay nada clandestino, pero si entran aquí y encuentran cosas que se adquieren en cualquier quiosco, como los relatos del Che o la Segunda Declaración de La Habana (no digo Fanon o Gramsci o Lukács, porque no saben quiénes son), o algunos números de la revista Militancia o del diario Noticias, eso basta para que tengamos problemas."

Ella fue quemando libros y periódicos, mientras echa-

ba esporádicas miradas al pedacito de plaza. Hubo que abrir otras ventanas (las que daban al jardín del fondo que separaba los dos bloques) para que se despejaran el humo y el olor a quemado. Así durante veinte minutos. Él trataba de orientarla: “Mirá, en el segundo estante, el cuarto y quinto libro a la izquierda, ahí está Estética y marxismo, en dos tomos. ¿Lo ves? Bueno, en el estante de abajo, están Relatos de la guerra revolucionaria y El Estado y la Revolución.”

Ella te preguntó si también había que quemar El cine socialista y Marx y Picasso. Él dijo que quemara primero los otros. Éstos eran más defendibles. “No eches las cenizas por el ducto de la basura. Tratá de usar el water.” El humo lo hizo toser un poco. “¿No te hará mal a los ojos?” “Puede ser. Pero hay que elegir el mal menor. Además, creo que no. Los tengo bien tapados.”

Volvió a sonar el teléfono. La amiga otra vez: “¿Qué tal? ¿Te gustó el desfile? Lástima que terminó tan pronto, ¿no?” “Sí”, dijo él, respirando hondo, “fue magnífico. Qué disciplina, qué color, qué elegancia. Desde que era un botija, me fascinan los desfiles de soldaditos. Gracias por avisarme”.

“Bueno, no quemes más. Al menos por hoy. Ya se fueron.” Ella también respiró, recogió con la pala las últimas cenizas, las echó en el water, tiró la cadena, vigiló si eran arrastradas por el agua, se lavó las manos, y vino a sentarse, ya aflojada, cerca de la cama. Él alcanzó a tomarte una mano. “Mañana quemamos el resto”, dijo ella, “pero con calma”. “Me da lástima. Son textos que a veces necesito.”

Entonces trató de pensar en el caballo verde bajo la lluvia. Pero no supo bien por qué, ahora el caballo era negro retinto y lo montaba un robusto jinete que llevaba quepis pero no tenía rostro. Al menos él no conseguía distinguirlo en el muro interior de sus párpados.

BEATRIZ (Las estaciones)

Las estaciones son por lo menos invierno, primavera y verano. El invierno es famoso por las bufandas y la nieve. Cuando los viejecitos y las viejecitas tiemblan en invierno se dice que tiritan. Yo no tirito porque soy niña y no viejecita y además porque me siento cerca de la estufa. En el invierno de los libros y las películas hay trineos, pero aquí no. Aquí tampoco hay nieve. Qué aburrido es el invierno aquí. Sin embargo, hay un viento grandioso que se siente sobre todo en las orejas. Mi abuelo Rafael dice a veces que se va a retirar a sus cuarteles de invierno. Yo no sé por qué no se retira a cuarteles de verano. Tengo la impresión de que en los otros va a tiritar porque es bastante anciano. Jamás hay que decir viejo sino anciano. Un niño de mi clase dice que su abuela es una vieja de mierda. Yo le enseñé que en todo caso debe decir anciana de mierda.

Otra estación importante es la primavera. A mi mamá no le gusta la primavera porque fue en esa estación que aprehendieron a mi papá. Aprenderon sin hache es como ir a la escuela. Pero con hache es como ir a la policía. A mi papá lo aprehendieron con hache y como era primavera estaba con un pulóver verde. En la primavera también pasan cosas lindas como cuando mi amigo Arnoldo me presta el monopatín. Él también me lo prestaría en invierno pero Graciela no me deja porque dice que soy propensa y me voy a resfriar. En mi clase no hay ningún otro propenso. Graciela es mi mami. Otra cosa buenísima que tiene la primavera son las flores.

El verano es la campeona de las estaciones porque hay sol y sin embargo no hay clases. En el verano las únicas que tiritan son las estrellas. En el verano todos los seres humanos sudan. El sudor es una cosa más bien húmeda. Cuando una suda en invierno es que tiene por

ejemplo bronquitis. En el verano a mí me suda la frente. En el verano los prófugos van a la playa porque en traje de baño nadie los reconoce. En la playa yo no tengo miedo de los prófugos pero sí de los perros y de las olas. Mi amiga Teresita no tenía miedo de las olas, era muy valiente y una vez casi se ahogó. Un señor no tuvo más remedio que salvarla y ahora ella también tiene miedo de las olas pero todavía no tiene miedo de los perros.

Graciela, es decir mi mami, porfía y porfía que hay una cuarta estación llamada elotoño. Yo le digo que puede ser pero nunca la he visto. Graciela dice que en elotoño hay gran abundancia de hojas secas. Siempre es bueno que haya gran abundancia de algo aunque sea en elotoño. El elotoño es la más misteriosa de las estaciones porque no hace ni frío ni calor y entonces uno no sabe qué ropa ponerse. Debe ser por eso que yo nunca sé cuándo estoy en elotoño. Si no hace frío pienso que es verano y si no hace calor pienso que es invierno. Y resulta que era elotoño. Yo tengo ropa para invierno, verano y primavera, pero me parece que no me va a servir para elotoño. Donde está mi papá llegó justo ahora elotoño y él me escribió que está muy contento porque las hojas secas pasan entre los barrotes y él se imagina que son cartitas mías.

INTRAMUROS (¿Cómo andan tus fantasmas?)

Hoy estuve mirando detenidamente las manchas de la pared. Es una costumbre que viene de mi infancia. Primero imaginaba rostros, animales, objetos, a partir de esas manchas; luego, fabricaba miedos y hasta pánicos en relación con ellas. De modo que ahora es bueno convertirlas en cosas o caras y no sentir temor. Pero también me provoca un poco de nostalgia aquella edad lejana en que el máximo miedo era provocado por manchas fantasmales que uno mismo creaba. Los motivos adultos, o quizá las excusas adultas de los miedos que vienen después, no son fantasmales, sino insoportablemente reales. Sin embargo, a veces les agregamos fantasmas de nuestra cosecha, ¿no te parece? A propósito, ¿cómo andan tus fantasmas? Dale proteínas, no sea que se debiliten. No es buena una vida sin fantasmas, una vida cuyas presencias sean todas de carne y hueso. Pero vuelvo a las manchas. Mi compañero leía, muy enfrascado en su Pedro Páramo, pero igual lo interrumpí para preguntarle si alguna vez se había fijado en una mancha, probablemente de humedad, que estaba cerca de la puerta. “No especialmente, pero ahora que me lo decís, veo que es cierto, hay una mancha. ¿Por qué?” Puso cara de asombro, pero también de curiosidad. Tenés que comprender que cuando se está aquí, *todo* puede llegar a ser interesante. Ni te digo lo que significa que de pronto distinguamos un pájaro entre los barrotos, o (como me sucedió en una celda anterior) que un ratoncito se convierta en un interlocutor válido para la hora del ángelus, o la hora del demonius como glosaba Sonia, ¿te acordás? Bueno, a mi compañero le dije que le preguntaba porque me interesaba saber si él reconocía alguna figura (humana, animal o simplemente inanimada) en esa mancha. Él la miró un

rato fijamente, y luego dijo: “El perfil de De Gaulle.” Qué bárbaro. A mí en cambio me traía el recuerdo de un paraguas. Se lo dije y se estuvo riendo como diez minutos. Ésta es otra cosa buena cuando se está aquí: reírse. No sé, si uno se ríe verdaderamente con ganas, parece como si de pronto se te reacomodaran las vísceras, como si de pronto hubiera razones para el optimismo, como si todo esto tuviera un sentido. Uno tendría que automedicarse la risa como un tratamiento de profilaxis psicológica, pero el problema, como te imaginarás, es que no abundan los motivos de risa. Por ejemplo: cuando me hago cargo del tiempo que hace que no los veo: a vos, a Beatriz, al Viejo. Y sobre todo cuando pienso en el tiempo que acaso transcurra antes de que los vuelva a ver. Cuando mido ese valor del tiempo, no es como para reír. Creo que tampoco para llorar. Yo, al menos, no lloro. Pero no me enorgullezco de ese estreñimiento emocional. Sé de mucha gente que aquí de pronto suelta el trapo y llora inconsolablemente durante media hora, y luego emerge de ese pozo en mejores condiciones y con mejor ánimo. Como si el desahogo les sirviera de ajuste. De manera que a veces lamento no haber adquirido ese hábito. Pero quizá tenga miedo de que si me aflojo, mi resultado personal no sea el ajuste sino el desajuste. Y ya tengo, desde siempre, suficientes tornillitos a medio aflojar como para arriesgarme a un descalabro mayor. Además, para ser estrictamente franco, no es que no lllore por miedo a aflojarme, sino sencillamente porque no tengo ganas de llorar, o sea, que no me viene el llanto. Esto no quiere decir que no padezca angustias, ansiedades, y otros pasatiempos. Sería anormal si, en estas condiciones, no los padeciera. Pero cada uno tiene su estilo. El mío es tratar de sobreponerme a esas minicrisis por la vía del razonamiento. La mayoría de las veces lo logro, pero en cambio otras veces no hay razonamiento que valga. Destrozando un poco al clásico (¿quién era?) te diría que a veces hay corazonadas de la razón que el corazón no entiende. Contame de vos, de lo que hacés, de

lo que pensás, de lo que sentís. Cómo me gustaría haber caminado alguna vez por las calles que ahora recorrés, para que tuviéramos algo en común allí también. Es el inconveniente de haber viajado poco. Vos misma, de no haberse dado esta inesperada suma de circunstancias, es posible que nunca hubieras viajado a esa ciudad, a ese país. Quizá, si todo hubiera seguido el curso normal (¿normal?) de nuestras vidas, de nuestro matrimonio, de nuestros proyectos de hace sólo siete años, habríamos algún día reunido lo suficiente como para hacer un viaje mayor (no digo los viajes menores a Buenos Aires, Asunción o Santiago, ¿remember?), pero seguramente el destino habría sido Europa. París, Madrid, Roma, quizá Londres. Qué lejano parece todo. Este terremoto nos trajo a tierra, a esta tierra. Y ahora, ya ves, si tenés que salir lo hacés a otro país de América. Y es lógico. E incluso los que hoy, por distintas razones, están en Estocolmo o París o Brescia o Amsterdam o Barcelona, querrían seguramente estar en alguna ciudad de las nuestras. Después de todo, yo también quedé fuera del país. Yo también añoro lo que vos añorás. El exilio (interior, exterior) será una palabra clave de este decenio. Sabés, es probable que alguien tache esta frase. Pero quien lo haga debería pensar que acaso él también sea, de alguna extraña manera, un exiliado del país real. Si la frase sobrevivió, te habrás dado cuenta de cuán comprensivo estoy. Yo mismo me asombro. Es la vida, muchacha, es la vida. Si no sobrevivió, no te preocupes. No era importante. Date besos y besos, de mi parte.

EL OTRO (Testigo solito)

Putá qué ojeras, dijo y se dijo Rolando Asuero ante el espejo y su herrumbe. Me las merezco por tanto trago, agregó, tratando de que los ojos se le pusieran enormes pero sólo consiguiendo una expresión que definitivamente le pareció de orate. Oratungán, pronunció lentamente y tuvo que sonreírse a pesar de la goma. Así llamaba *in illo tempore* Silvio a los milicos, cuando se reunían en el ranchito del Balneario Solís, un poco antes de que el futuro se pusiera decididamente malsano. Ni siquiera son gorilas, diagnosticaba. Apenitas orangutanes, y además orates. Resumiendo: oratunganes.

Se habían juntado los cuatro: Silvio, Manolo, Santiago y él, en la última vacación de que disfrutaron. También estaban las mujeres, las esposas bah. En realidad tres: María del Carmen, la Tita y Graciela, porque él, Rolando Asuero, siempre fue un soltero profesional y nunca quiso entreverar sus programitas ocasionales con los demasiado estables amores de sus amigos. Pero las mujeres siempre tenían chismes y modas y horóscopos y recetas de cocina, al menos en aquella época, y tal vez por eso ellos casi siempre hacían rancho aparte para arreglar el mundo. Y casi lo arreglaban. Silvio, por ejemplo, era buenísimo, pero ingenuote. Nunca sería capaz de empuñar un bufoso, aseguraba, y sin embargo después lo empuñó, y también lo empuñaron contra él y por eso está ahora en el Buceo, para más datos en el panteón propiedad de sus suegros, que siguen teniendo guita aunque estén tristes. Y la gordita María del Carmen, en Barcelona, con dos botijas, vendiendo cacharritos en las Ramblas o donde ahora los hayan arrinconado. Manolo era cáustico, incisivo y mordaz, tres palabras contiguas que en él no eran precisamente sinónimos. Más bien trincheras de su timi-

dez. La prueba era que con ellos nunca se excedía, siempre acababa siendo suave y comprensivo. *Funyi, lengua y alpargatas / y una mirada sin fin*. Con excepción del funyi, aquel tango podía ser su estampa. Santiago era el traga, por supuesto, pero sobre todo era buena gente. Sabía de botánica y marxismo y filatelia y poesía de vanguardia y además era un fichero vivo de historia del fútbol. Y no sólo el gol de Piendibeni al divino Zamora, o el ituya Héctor! de la gesta olímpica. Eso ya era parte del folklore. Santiago tenía además en la repleta memoria todo el récord, partido a partido, de la pareja Nazassi/Domingos (era bolsilludo hasta los caracuses) o el último taponazo de Perucho Petrone, ya en la época en que de cada diez tiros al arco, ocho iban directo al azul firmamento pero los otros dos servían milagrosamente para aumentar el *score*; y también, a fin de que vieran que no era sectario, contaba cómo el flaco Schiaffino era un genio aun sin la globa, que eso es lo más difícil en el rubro concertación, y el respeto que siempre le había inspirado cierto aconcagua llamado Obdulio, que se hacía obedecer, y esto no era verdurita, hasta por el mono Gambetta.

Y ahora puta qué ojerás, dice y se dice Rolando Asuero ante el espejo de tres herrumbres, *me hice a las penas, bebí mis años*. La verdad es que se hizo a las penas, pero bebió otra cosa. He aquí el arcano, piensa en difícil. ¿Por qué de vez en cuando, digamos una vez al mes, se agarra una tranca de órdago y, en cambio, entre papalina y papalina se mantiene sobrio y casi abstemio? Casi, porque de vez en cuando un clarete (o *rosé*, como suelen decir quienes padecen una penetración cultural cartesiana), bueno, un clarete es casi un cóctel de aleluya con, testosterona. Será que la saudade depende de las lunas, algo así como la regla de las minas. Bueno, no sólo de las minas, también de las once mil vírgenes y de madre hay una sola, qué desproporción, ¿no? Después de todo, más vale ser borracho conocido que alcohólico anónimo. ¿Quién habrá parido esa sapiencia? La verdad

es que los alcohólicos anónimos siempre le dieron en las pelotas. Uno se encurda o no se encurda, de acuerdo a su propia exigencia o mufa o necesidad o morriña o despiporre y no de acuerdo a la rigidez de los immaculados o a la coacción del puritanaje. Linda banana el puritanaje, piensa Rolando Asuero haciéndose una morisqueta. Y se detiene con fruición en el botón de muestra al norte del río Bravo. Linda banana. Campaña moralista contra el martini o el *bourbon* de cada crepúsculo, pero en pro del napalm de cada aurora.

Ah si pudiera echarle al imperialismo la culpa de estas ojeras. Pero no. *Testigo solito la luz del candil*. No necesita terapia colectiva ni individual. Jodido el exilio, ¿no? Incluso el pobre analista las pasó mal. Allá se negó a proporcionar las fichas de sus pacientes subversivos y menos aún las de los subversivos impacientes. Y claro, las pasó mal. La cana tiene su propia terapia, no admite competidores. *Testigo solito*. Silvio muerto, Manolo en Gotemburgo, Santiago en el Penal. Y María del Carmen, viuda de represión, vendiendo cacharritos. Y la Tita, separada de Manolo, juntada ahora con un gurí muy serio (voy a “acompañerarme” con el Sardina Estévez, le había escrito hacía un año), nada menos que en Lisboa. Y Graciela aquí, desajustada y linda, con la Beatricita de Santiago y laburando de secretaria. ¿Y él? Puta qué ojeras.

La gente de este bendito y maldito país es realmente piola. A él, a qué negarlo, le gustan estos sonrientes, sobre todo ellas. Pero hay días y noches en que no le gustan tanto. Son los días y noches en que echa de menos el sobrentendido. Días y noches en que tiene que explicarlo todo y escucharlo todo. Una de las módicas ventajas de hacer el amor con una compatriota es que si en un instante determinado (esa hora cero que siempre suena después de las urgencias, el entusiasmo y el vaivén) uno no está para muchas locuacidades, puede pronunciar o escuchar un lacónico monosílabo y esa palabrita se llena de sobreentendidos, de significados implícitos, de imáge-

nes en común, de pretéritos compartidos, vaya uno a saber. No hay nada que explicar ni que le expliquen. No es necesario llorar la milonga. Las manos pueden andar solas, sin palabras, las manos pueden ser elocuentísimas. Los monosílabos también pero sólo cuando remolcan su convoy de sobrentendidos. Hay que ver todos los idiomas que caben en un solo idioma, dice y se dice Rolando Asuero, enfrentado a su propia imagen, y agrega, repetitivo y sombrío: puta qué ojeras.

EXILIOS (Invitación cordial)

Más o menos a las 6 p.m. del viernes 22 de agosto de 1975, estaba leyendo, sin ninguna preocupación a la vista, en el apartamento que alquilaba en la calle Shell, de Miraflores, Lima, cuando abajo alguien tocó el timbre y preguntó por el señor Mario Orlando Benedetti. Eso ya me olió mal, pues el segundo nombre sólo figura en mi documentación y nadie entre mis amigos me llama así.

Bajé, y un tipo de civil me mostró su carnet de la PIP, y dijo que quería hacerme algunas preguntas sobre mis papeles. Subimos y entonces me dijo que les había llegado la denuncia de que mi visa estaba vencida. Traje el pasaporte y le mostré que había sido renovada en tiempo. “De todos modos va a tener que acompañarme, porque el jefe quiere hablar con usted.” “En media hora estará de vuelta”, agregó. Y ante esa imprudente aseveración tuve la casi seguridad de que iba a ser deportado. Ese lenguaje críptico lo usan todas las represiones del mundo.

Durante el corto viaje a la Central de Policía, fue criticando al gobierno, tendiéndome, con torpeza digna de peor causa, ingenuas celadas para que yo mordiera el anzuelo y también criticara a la Revolución peruana. Mis elogios fueron cautos, pero concretos.

Una vez en la Central me hicieron esperar media hora, y luego me recibió un inspector. Me volvió a decir lo del documento con visa vencida, y otra vez mostré el pasaporte. Entonces me dijo que yo estaba cobrando haberes, algo que está prohibido cuando “se tiene visa turística”. Le dije que mi caso tenía cierta peculiaridad, ya que, con plena autorización de los ministerios de Relaciones Exteriores y de Trabajo, el diario Expreso había firmado contrato por mis labores periodísticas y que di-

cho contrato estaba actualmente en el Ministerio de Trabajo, y que de ese trámite tenían conocimiento en el Ministerio de Relaciones, al más alto nivel. El señor quedó un poco desconcertado con el alto nivel, pero entonces otro funcionario, seguramente de superior jerarquía, le dijo desde otra mesa y en voz alta: "¡No le plantees más objeciones! Él siempre te las va a destruir con razones valederas. Tienes que ir al grano." Y dirigiéndose a mí: "¡El gobierno peruano quiere que se vaya!" Mi pregunta lógica: "¿Se puede saber por qué?" "¡No! Tampoco nosotros sabemos la razón. El ministro nos manda la orden y nosotros cumplimos." "¿Qué tiempo tengo?" "Si fuera posible, diez minutos. Como no va a ser posible, porque no hay medio de que se vaya tan pronto, le diré que se irá en la primera oportunidad en que ello sea posible: una, dos horas." "¿Puedo elegir a dónde voy?" "¿A dónde quisiera ir? Tenga en cuenta que nosotros no le vamos a pagar el pasaje." "Como en Argentina he sido amenazado de muerte por las AAA, y como en Cuba trabajé en otra época durante dos años y medio y tengo allí posibilidad de trabajo, quiero saber si se me permite ir a Cuba." "No. Hoy no hay avión a Cuba, y usted tiene que irse lo antes posible." "Bueno, entonces dígame cuáles son mis opciones reales." "Son éstas: o lo dejamos por vía terrestre en la frontera ecuatoriana, o utiliza su pasaje aéreo de vuelta a Buenos Aires."

Pensé rápidamente, y no me sedujo la idea de que un camión militar me dejara, en la madrugada, en la frontera de un país que entonces no conocía, de modo que dije: "Buenos Aires. En Ecuador no he estado nunca." Tuve que firmar una declaración en la que me preguntaban cómo cobraba mis gajes en Expreso. Dije que en la Caja, y allí volví a dejar constancia del contrato, del trámite en el Ministerio de Trabajo, etc.

Volvíamos al apartamento. Al principio me dieron un cuarto de hora, después una hora, y a medida que hacían llamadas telefónicas y no conseguían sitio en ningún vuelo a Buenos Aires, fui teniendo más tiempo, pero sólo

me permitieron llevar una valija, así que tuve que dejar muchas cosas.

El inspector me dijo entonces (a esa altura ya me trataban con mejores modos) que mi caso no era de expulsión ni de deportación y que por lo tanto no se me pondría en el pasaporte el sello deportado. Para la deportación —me explicó— se necesitaba un decreto supremo, que no había tenido lugar en este caso. Por eso era tan sólo “una cordial invitación a que me fuera de inmediato”. Le pregunté qué podía pasar si no aceptaba la invitación. “Ah, entonces igual se tendría que ir.” Le dije que en mi país decimos, ante un caso así: “Me cago en la diferencia.”

Pedí que me dejaran telefonar a alguien de Lima. No me lo permitieron. Estaba incomunicado. En cambio, consintieron que hiciera llamadas de larga distancia. Por lo tanto, telefoneé a mi hermano en Montevideo, para que le avisara a mi mujer que fuera a encontrarse conmigo en Buenos Aires. También traté de llamar a dos o tres personas en Buenos Aires, pero no conseguí comunicación. Mi preocupación era lograr que me esperara alguien en Ezeiza. Les pedí que por lo menos me dejaran hablar con la dueña del apartamento. Me dijeron que podía llamarla siempre que le informara que, de súbito, había decidido irme del Perú y que en consecuencia le dejaba el apartamento. Les dije que una llamada así yo no la hacía, ya que esa persona había tenido conmigo un trato muy correcto. Les sugerí que la llamaran ellos. Dijeron que no.

Al cabo de unos minutos el inspector me preguntó qué condición ponía yo para hablarle a la dueña. Dije que le hablaría si podía decirle que me estaban echando. Aceptó por fin. Así que telefoneé a la señora a las tres de la madrugada. La pobre casi se desmaya. “¡Hay, señor, que le hagan eso a un caballero como usted!” Le expliqué que le dejaría un inventario de las cosas que quedaban en el apartamento y eran mías, y que más tarde le haría llegar alguna indicación sobre el destino de las mismas.

Los tipos a esa altura ya estaban tan suaves que me pidieron un poster que yo tenía en la pared con una de mis canciones, y otro me pidió que le regalara uno de mis libros. “¿No cree que lo pueda comprometer?”, le pregunté. “Esperemos que no”, dijo sin demasiada seguridad.

Como a esa altura de la noche hacía bastante frío, dos de los hombres (eran cuatro en total) le pidieron permiso al jefe para ir a buscar sendas chompas. Él accedió. Seguí arreglando mi maleta bajo la mirada vigilante de mis custodias. De pronto noté que ambos se habían dormido. Roncaban tan apaciblemente que me quité los zapatos para que mis pasos sobre la moquette no turbaran su sueño. Tuve una hora y media para arreglar mucho mejor la maleta, y el ducto del incinerador de basura tuvo bastante trabajo.

Al cabo de esa hora y media, me puse nuevamente los zapatos y sacudí discretamente al inspector: “Perdone que lo despierte, pero si soy tan subversivo como para que me echen del país, por favor no se duerman y vigílenme”. El inspector me explicó que lo que pasaba era que estaban trabajando desde temprano y estaban muy cansados. Dije que comprendía, pero que yo no tenía la culpa.

A las cuatro y media salimos los cinco (los otros dos habían regresado con sus chompas) en un auto grande y negro. Pasamos por lo de la dueña. Le dieron las llaves y el inventario. Ese viaje fue mi único motivo real de preocupación, ya que me llevaron por una ruta que no era la habitual. Totalmente oscura, entre baldíos, sólo iluminada por los focos del auto. Demoramos mucho más que en un viaje corriente. Cuando distinguí a lo lejos la torre del aeropuerto, confieso que respiré un poco mejor. Ya en el aeropuerto, sólo pude salir en el vuelo de las 9 a.m. del sábado. Afortunadamente era de Aeroperú. Fracasaron en conseguirme sitio en uno de las ocho, que era de LAN.

En ningún momento me dieron nada de beber o co-

mer. Estuve veinticuatro horas sin probar bocado. Creo que ello se debió sencillamente a que no tenían plata, ya que tampoco ellos comieron nada. Cuando el inspector me entregó los documentos junto a la escalerilla del avión, dijo: “Usted se va seguramente resentido con el gobierno, pero no tenga resentimiento con los peruanos.” Y me estrechó la mano.

HERIDOS Y CONTUSOS (Uno o dos paisajes)

Graciela entró en el dormitorio, se quitó el abrigo liviano, se miró en el espejo del tocador, y frunció el ceño. Luego se quitó la blusa y la pollera, y se tiró en la cama. Dobló una pierna y luego la estiró todo lo que pudo. Entonces advirtió un punto corrido en la media. Se sentó, se quitó las medias y las fue revisando a ver si había otra corrida. Después hizo un montoncito con el par y lo puso sobre una silla. Se miró de nuevo en el espejo y se apretó las sienes con los dedos.

Por la ventana entraba todavía la luz penúltima de una tarde que había sido fresca y ventosa. Apartó uno de los visillos y miró hacia afuera. Frente al edificio B jugaban seis o siete niños. Reconoció a Beatriz, despeinada y agitada, pero en pleno disfrute. Graciela sonrió sin mucha convicción, y se pasó la mano por el pelo.

Sonó el teléfono junto a la cama. Era Rolando. Ella se acostó de nuevo para hablar con más comodidad.

—Qué tarde desagradable, ¿no? —dijo él.

—Bueno, no tanto. Me gusta el viento. No sé por qué, pero cuando camino contra el viento, parece que me borra cosas. Quiero decir: cosas que quiero borrar.

—¿Como cuáles?

—¿No lees la prensa vos? ¿No sabés que eso se llama intervención en los asuntos internos de otra nación?

—Está bien, república.

—Por lo menos, república amiga, ¿no?

Ella pasó el tubo a la mano y el oído izquierdos, a fin de poder rascarse detrás de la otra oreja.

—¿Novedades? —preguntó él.

—Carta de Santiago.

—Ah, qué bien.

—Un poco enigmática.

—¿En qué sentido?

—Habla de manchas en las paredes y de figuras que imaginaba a partir de ellas cuando niño.

—A mí también me pasaba.

—A todo el mundo le pasa, ¿o no?

—Realmente, ese tema puede no ser demasiado original, pero en cambio no me parece enigmático. ¿O querías que te mandara una proclama contra los milicos?

—No seas bobo. Simplemente me parece que antes se atrevía a más.

—Sí, claro, y acaso por esa osadía estuviste más de un mes sin recibir noticias.

—Ya averigüé. Fue una medida general, uno de tantos castigos colectivos.

—Para los cuales generalmente se basan en un pretexto tan pueril como éste: que alguien al escribir sobrepase, conscientemente o no, límites no establecidos pero reales.

Ella no respondió. Al cabo de unos segundos él habló otra vez.

—¿Cómo está Beatriz?

—Jugando afuera, con su pandilla.

—Me gusta. Es vital y saludable.

—Sí, bastante más que yo.

—No es tan así. Es cierto que la mayor vitalidad le viene de Santiago, pero también de vos.

—De Santiago sí.

—Y de vos también. Lo que pasa es que últimamente estás deprimida.

—Puede ser. La verdad es que no veo salidas. Y además mi trabajo me aburre soberanamente.

—Ya conseguirás otro que sea más estimulante. Por ahora, conformate.

—Ahora corresponde que me digas que tuve suerte.

—Tuviste suerte.

—También corresponde que me digas que no todos los exiliados del Cono Sur han conseguido una tarea tan bien remunerada con sólo seis horas de trabajo, y por añadidura con los sábados libres.

—No todos los exiliados del Cono Sur han conseguido una tarea tan bien remunerada, etcétera. ¿Puedo agregar que te lo merecés porque sos una secretaria efícazísima?

—Podés. Pero la efícaz es precisamente una de las razones de mi aburrimiento. Sería más entretenido que de vez en cuando me equivocara.

—No lo creo. Es posible que vos te aburras de la efícaz, pero en general los patrones y los gerentes se aburren mucho más y más pronto de la inefícaz.

De nuevo ella no contestó. Y otra vez fue él quien reinició el diálogo.

—¿Puedo hacerte una proposición?

—Si no es deshonesta.

—Digamos que es semihonestas.

—Entonces sólo la autorizo a medias. Venga.

—¿Querés ir al cine?

—No, Rolando.

—La película es buena.

—No lo dudo. Tengo confianza en tu gusto. Por lo menos en tu gusto cinematográfico.

—Y además te va a mover un poco las telarañas.

—Estoy conforme con mis telarañas.

—Más grave aún. Reitero el convite. ¿Querés ir al cine?

—No, Rolando. Te agradezco de veras. Pero estoy reventada. Si no tuviera que cocinar algo para Beatriz, te juro que me acostaría sin cenar.

—Tampoco es bueno. Cualquier cosa, antes que dejarse vencer por la rutina.

Graciela acomodó el tubo entre la mandíbula y el hombro. Evidentemente, tenía buena experiencia en ese gesto de secretaria profesional. Además, le dejaba las dos manos libres, en esta ocasión, para mirarse las uñas y repararlas de a ratos con una limita.

—Rolando.

—Sí, te oigo.

—¿Alguna vez viajaste en un ferrocarril con otra per-

sona, sentados frente a frente, cada uno en su ventanilla?

—Creo que sí. Ahora no recuerdo la ocasión precisa. ¿A qué viene eso?

—¿No te fijaste que si las dos personas se ponen a comentar el paisaje que ven, el comentario del que mira hacia adelante no es exactamente el mismo que el del que mira hacia atrás?

—Te confieso que no me fijé nunca en ese detalle. Pero es posible.

—Yo en cambio me fijé siempre. Porque desde niña, cuando viajaba en ferrocarril, me apasionaba mirar el paisaje. Era uno de mis placeres favoritos. Nunca leía en el ferrocarril. Tampoco ahora, si viajo en tren, me gusta leer. Me fascina ese paisaje vertiginoso, que corre a mi lado, pero en dirección contraria. Pero cuando voy sentada hacia adelante, me parece que el paisaje viene hacia mí, me siento optimista, qué sé yo.

—¿Y si vas mirando hacia atrás?

—Me parece que el paisaje se va, se diluye, se muere. Francamente, me deprime.

—¿Y ahora cómo vas sentada?

—No te burles. Esto lo vi claro el otro día, cuando me puse a releer las cartas de Santiago. El, que está en la cárcel, escribe como si la vida viniera a su encuentro. A mí, en cambio, que estoy, digamos, en libertad, me parece a veces que ese paisaje se fuera alejando, diluyendo, acabando.

—No está mal. Como intención poética, claro.

—Nada de intención poética. Ni siquiera es prosa. Simplemente, es como me siento,

—Bueno, ahora sí te hablo en serio. ¿Sabés que me preocupa ese estado de ánimo? Y si bien estoy convencido de que cada tipo es el único que puede resolver los problemas propios, también es cierto que a veces puede ayudar, sólo ayudar, alguien de mucha confianza. Para esa relativa ayuda me ofrezco, si querés. Pero lo esencial es que profundices en vos misma.

—¿Profundizar en mí misma? Puede ser. Puede ser.
Pero no estoy segura de que me guste.

DON RAFAEL (Una culpa extraña)

Santiago se ha quejado a Graciela de que hace tiempo que no le escribo. Y es cierto. Pero, ¿qué decirle? ¿Que lo que le ocurre es una consecuencia de su actitud? Eso ya lo sabe. ¿Que me siento un poco culpable de no haber hablado suficientemente con él (cuando todavía era tiempo de hablar y no de tragarse las palabras) para convencerlo de que no siguiera ese camino? Eso quizá no lo sepa a ciencia cierta, pero quizá se lo imagine. También ha de imaginarse que, de haber tenido él y yo esas discusiones en profundidad, él habría seguido de cualquier manera la ruta que en definitiva eligió. ¿Que cada vez que me despierto en la noche no puedo evitar la aprensión, la sensación o la mala intuición, qué sé yo, de que acaso a esa misma hora lo estén torturando, o se esté recuperando de una sesión de tortura, o preparando para las próximas, o maldiciendo a alguien? Tal vez no tenga ganas de imaginar una cosa así. Demasiado tendrá con su propio suplicio, su propio aislamiento, su propia angustia. Cuando uno soporta sufrimientos propios no tiene necesidad de adjudicarse dolores ajenos. Pero yo a veces imagino que a Santiago le están aplicando la picana en los testículos y en ese mismo instante siento un dolor real (no imaginario) en *mis* testículos. O si pienso que le están aplicando el *submarino*, literalmente me ahogo yo también. ¿Por qué? Es una historia vieja, o mejor dicho una vieja señal: el sobreviviente de un genocidio experimenta una rara culpa de estar vivo. Y acaso quien, por alguna razón válida (no tengo en cuenta las razones indignas) consigue escapar a la tortura, experimente cierta culpa por no ser torturado. O sea, que no tengo muchos temas. Ciertos tópicos no pueden lógicamente mencionarse en una carta a un preso, que por

añadidura está en la cárcel por subversivo. En cuanto a otros asuntos soy yo quien no quiere mencionarlos. El temario que queda, después de esas dos rebajas, es más bien estúpido. ¿Aceptaría Santiago que le escribiera estupideces? Habría un asunto sobre el que, en otras circunstancias, podría escribirle, o mejor hablarle. Pero jamás en éstas. Me refiero al estado de ánimo de Graciela. Graciela no está bien. La noto cada vez más desanimada, más gris. Ella que siempre fue tan linda, tan simpática, tan aguda. Y lo peor es que creo advertir que su desaliento viene de que se está alejando de Santiago. ¿Motivos? ¿Cómo saberlo? Ella lo admira, de eso estoy seguro. No tiene para él reproches políticos, ya que virtualmente está (o estuvo) en lo mismo. ¿Será que la mujer, para mantener incólume su amor, precisa, más que la existencia, la presencia física del hombre? ¿Será que Ulises se está volviendo hogareño y en cambio Penélope ya no se conforma con tejer y destejer? Quién sabe. Lo cierto es que si no me atrevo a tratar el tema con ella, a quien veo casi a diario, menos lo puedo tratar con Santiago, a quien sólo envío alguna carta de vez en cuando. También podría contarle de mis clases, de las preguntas que me hacen los muchachos. O quizá de cierto proyecto de volver a escribir. ¿Otra novela? No. Ya es suficiente con un fracaso. Quizá un libro de cuentos. No para publicar. A mi edad eso no importa demasiado. Tengo la impresión de que significaría un estímulo para mí. Hace quince años que no escribo nada. Al menos, nada literario. Y durante quince años no tuve ganas de hacerlo. Ahora sí. ¿Será esto una señal? ¿Algo que debo interpretar? ¿Será esto un síntoma? Pero, ¿de qué?

INTRAMUROS (El río)

Vengo del río. ¿Pensás que estoy un poco loco? Ni mucho ni poco. Si no enloquecí en otras circunstancias, creo que a esta altura ya estoy vacunado contra la locura. Y sin embargo, vengo del río. Hace unas semanas que descubrí el sistema. Antes, los recuerdos me asaltaban sin orden. De pronto estaba pensando en vos o en Beatriz o en el Viejo, y dos segundos después en un libro que leí en la época de liceo, y casi inmediatamente en alguno de los postres que me hacía la Vieja cuando vivíamos en la calle Hocquart. O sea, que los recuerdos me dominaban. Y una tarde pensé: por lo menos voy a liberarme de este dominio. Y a partir de entonces, soy yo quien dirijo mis recuerdos. Parcialmente, claro. Siempre hay momentos del día (generalmente cuando me invade el desánimo o me siento jodido) en que los recuerdos aún me zarandean. Pero no es lo corriente. Lo normal es que ahora planifique la memoria, o sea, que decida qué voy a recordar. Y así resuelvo recordar, por ejemplo, una lejana jornada de escuela primaria, o una noche de farra con amigos, o alguna de las interminables discusiones en el ámbito de la FEUU, o los vaivenes (hasta donde eso puede efectivamente recordarse) de alguna de mis escasas borracheras, o un diálogo a fondo con el Viejo, o la mañana en que nació Beatriz. Es claro que todo eso lo voy alternando con los recuerdos que se refieren a vos, pero aun en éstos he decidido poner orden. Porque si no pongo orden, todas tus imágenes se concentran en tu cuerpo, en vos y yo haciendo el amor. Y eso no siempre me hace bien. Pasa a ser una constancia dolorosa de tu ausencia. O de mi ausencia. Primero gozo angustiada y mentalmente. Disfruto en el vacío. Luego me deprimo. Y el bajón me dura horas. De manera que cuando te digo

que también en este campo tuve que poner orden, quiero decir que he decidido incorporar otros recuerdos que te (y me) atañen y que son tan decisivos y valiosos como las noches de nuestros cuerpos. Hemos tenido tantas conversaciones que, para mí al menos, son inolvidables. ¿Te acordás del sábado en que te convencí (después de cinco dialécticas horas) de los nuevos caminos? ¿Y cuando estuvimos en Mendoza? ¿Y en Asunción? No importa el orden de las fechas. Importa el orden que impongo a mis evocaciones. Por eso empecé diciéndote que hoy vengo del río. Y es un recuerdo en que vos no estás. El Río Negro, cerca de Mercedes. Cuando tenía doce o trece años, iba en el verano a pasar mis vacaciones en casa de los tíos. La propiedad no era demasiado grande (en realidad, una chacrita), pero llegaba hasta el río. Y como entre la casa y el río había muchos y frondosos árboles, cuando me quedaba en la orilla nadie me veía desde la casa. Y aquella soledad me gustaba. Fue de las pocas veces que escuché, vi, olí, palpé y gusté la naturaleza. Los pájaros se acercaban y no se espantaban de mi presencia. Tal vez me confundieran con un arbolito o un matorral. Por lo general el viento era suave y quizá por eso los grandes árboles no discutían, sino simplemente intercambiaban comentarios, cabeceaban con buen humor, me hacían señales de complicidad. A veces me apoyaba en alguno de los más viejos y la corteza rugosa me transmitía una comprensión casi paternal. Repasar la corteza de un árbol experimentado es como acariciar la crin de un caballo que uno monta a diario. Se establece una comunicación muy sobria (no empalagosa, como suele ser la relación con un perro insoportablemente fiel) pero lo bastante intensa como para que después uno la eche de menos cuando vuelve al trajín de la ciudad. En otras ocasiones subía al bote y remaba hasta el centro del río. La equidistancia de las dos orillas era particularmente estimulante. Sobre todo porque eran distintas y polemizaban. No tanto los pájaros, que las compartían, sino más bien los árboles, que se sentían locales y un

poco sectarios, cada uno en lo suyo, o sea, en su ribera. Yo no hacía nada. Simplemente observaba. No leía ni jugaba. La vida pasaba sobre mí, de orilla a orilla. Y yo me sentía parte de esa vida y llegaba a la extraña conclusión de que no debía ser aburrido ser pino o sauce o eucaliptus. Pero como aprendí varios años más tarde, las equidistancias nunca duran mucho, y tenía que decidirme por una u otra orilla. Y estaba claro que yo pertenecía sólo a una de ellas. Ya ves como era cierto lo que te dije al comienzo: vengo del río.

BEATRIZ (Los rascacielos)

El singular se escribe rascacielos y el plural también se escribe rascacielos. Pasa lo mismo que con escarbadien-tes. Los rascacielos son edificios con muchísimos cuartos de baño. Eso tiene la enorme ventaja de que miles de gentes pueden hacer pichí al mismo tiempo. Los rascacielos poseen además otras ventajas. Por ejemplo tienen ascensores con mareos. Los ascensores con mareos son muy modernos. Los edificios viejísimos no tienen ascensores o sólo tienen ascensores sin mareos y la gente que vive o trabaja allí se muere de vergüenza porque son muy atrasados.

Graciela o sea mi mami trabaja en un rascacielos. Una vez me llevó a su oficina y fue la única vez que hice pichí en un rascacielos. Es bárbaro. El rascacielos de Graciela tiene un ascensor con mareos totalmente importado y por eso a mí me revuelve muchísimo el estómago. El otro día hice el cuento en la clase y todos los niños se murieron de envidia y querían que los llevara al ascensor con mareos del rascacielos de Graciela. Pero yo les dije que era muy peligroso porque ese ascensor va rapidísimo y si una saca la cabeza por la ventanilla se puede quedar sin cabeza. Y ellos lo creyeron, si serán bobos, mire si los ascensores de rascacielos van a ser tan atrasados como para tener ventanillas.

Cuando hay un apagón en los ascensores de rascacielos cunde el pánico. En mi clase cuando llega la hora del recreo cunde la alegría. El verbo cundir es un hermoso verbo.

Además de ascensores con mareos los rascacielos tienen porteros. Los porteros son gordos y jamás podrían subir por la escalera. Cuando los porteros adelgazan no les permiten seguir trabajando en los rascacielos pero

tienen la oportunidad de ser taxistas o jugadores de fútbol.

Los rascacielos se dividen en rascacielos altos y rascacielos bajos. Los rascacielos bajos tienen muchísimos menos cuartos de baño que los rascacielos altos. A los rascacielos bajos también se les llama casas, pero tienen prohibido tener jardín. Los rascacielos altos hacen mucha sombra, pero es una sombra distinta a la de los árboles. A mí me gusta más la sombra de los árboles, porque tiene manchitas de sol y además se mueve. En la sombra de los rascacielos cunden las caras serias y la gente que pide limosna. En la sombra de los árboles cunden los pastitos y los bichitos de San Antonio.

Yo pienso que allí donde está mi papá, a última hora de la tarde debe cundir la tristeza. A mí me gustaría mucho que mi papá pudiera por ejemplo visitar el rascacielos donde trabaja Graciela o sea mi mami.

EXILIOS (Venía de Australia)

Lo conocí en el aeropuerto de Ciudad de México, frente a los mostradores de Cubana de Aviación. Yo viajaba a La Habana con tres valijas y debía pagar mi exceso de equipaje. Entonces un señor, que me seguía en la cola, sugirió que, como él viajaba con una sola y pequeña maleta, registráramos juntos nuestros equipajes, que en total llegaban exactamente a los permitidos cuarenta kilos. Acepté, claro, agradeciéndole el favor, y el empleado de Cubana procedió a despachar las cuatro valijas. Pero he aquí que cuando mi espontáneo benefactor mostró su pasaporte, advertí con sorpresa que era un documento uruguayo. No oficial, ni diplomático, sino un pasaporte corriente. Él sonrió: “¿Le extraña, verdad?” Admití que sí. “Ya se lo explicaré mientras tomamos un café.”

Tomamos el café. Él inquirió: “Usted es Benedetti, ¿no?” “Claro, pero, ¿de dónde me conoce? No recuerdo su cara.” “Es lógico. Usted estaba en la tribuna y yo entre el público. Lo escuché muchas veces en actos callejeros durante la campaña electoral del 71. ¿Se acuerda del acto final del Frente Amplio, frente al Legislativo y con la Diagonal Agraciada totalmente llena? Esa vez usted no habló, pero estaba en la tribuna. Seregni fue el único orador. Estuvo muy bien el general.” Creo que me daba esos datos para inspirarme confianza, pero a esa altura yo no los necesitaba. Su rostro era de tipo honesto, sin dobleces.

Me dijo su nombre. Su apellido es otro, pero aquí lo llamaré Falco. De todos modos, el verdadero es tan uruguayo como ése. “Para empezar, quiero aclararle que desde hace unos cinco años vivo en Australia. Soy obrero. Plomero, o fontanero, según los países.” “¿Y a qué viene a Cuba?” “Como turista. Integro una excursión.

Estuve ahorrando durante dos años para darme el gusto de venir una semana a Cuba.” “¿Y cómo se siente allá?” “En el aspecto económico, bien. Pero nada más. Por otra parte, vos sabés (¿puedo tutearte, verdad?), la emigración a Australia no fue precisamente política, sino más bien económica, aunque me digas que eso significa que es indirectamente política. Y es cierto, pero por lo general los emigrados económicos no tienen conciencia de esa relación. En este sentido es un exilio bastante ingrato, muy distinto al de otros sitios. A veces hay un respiro, por ejemplo cuando vienen Los Olimareños y la gente va a oírlos porque, a pesar de todo, los temas del terruño siguen conmoviéndola. Y no sólo los temas. También los nombres de árboles, de flores, de cerros, las figuras históricas, las calles, los pueblos, las referencias al cielo, a los atardeceres, a los ríos, a cualquier arroyito de mala muerte. Pero se van los Olima y volvemos todos a nuestra rutina, a nuestro aislamiento. Yo digo que en Australia somos el Archipiélago Oriental, porque en realidad constituimos una suma de islas, de islotes, de tipos o parejas o familias, todos aislados, en soledades más o menos confortables, pero que no dejan de ser soledades. Algunos mandan plata a las porciones de familia que quedaron en Uruguay, y eso da cierto sentido a sus vidas y a su trabajo.” “¿Y no intentan por lo menos integrarse en el medio, hacerse de amigos australianos?” “Mirá, no es fácil. Ante todo está la barrera del idioma. Es claro que con el tiempo cualquiera acaba por aprender inglés, pero cuando se llega a ese punto uno ya se ha acostumbrado al aislamiento, y es difícil cambiar la rutina. Además, la sociedad australiana, si bien necesita la mano de obra extranjera, no se abre así nomás a los emigrantes. He entrado en muchos hogares australianos, pero sólo como plomero. Y si la familia está reunida cuando paso con mi caja de herramientas, automáticamente dejan de hablar.” “¿Y por qué te interesaba tanto venir a Cuba?” “No lo sé exactamente. Es una de esas fascinaciones, parecidas a las que uno tiene en la infancia o en la adoles-

cencia. Vos dirás que un boludo como yo no está en edad de fascinaciones. Pero es como un metejón, ¿sabes? Mirá vos, te dije metejón y ahora me doy cuenta de que debe hacer como cinco años que no pronuncio esa palabra. Allá, no sólo se va perdiendo el vocabulario, sino que insensiblemente vamos incorporando al habla diaria palabras inglesas. Bueno, volviendo a Cuba. La verdad es que nos ilusionamos demasiado en Uruguay, allá por el 69, el 70, y un poco menos en el 71. Creímos que también en nuestro país era posible un cambio radical, Y no fue posible, al menos por un largo ahora. Entonces me entró cierta impaciencia por conocer un país, como Cuba, que sí pudo llevar a cabo su cambio. Decime un poco, ¿vos creés que habría alguna posibilidad de que me quedara en Cuba? Trabajando, claro.” “Esperá a ver cómo te sentís ahí. Pensá que por ejemplo te puede gustar la gente, podés estar de acuerdo con el sistema político, y sin embargo te puede aplastar el clima. Nada de cuatro estaciones, sino un solo verano, con una temporada seca y otra lluviosa. A mí personalmente no me afecta, pero sé de otros rioplatenses que se sienten agobiados con tanto calor y tanta humedad. De todos modos, siete días son poco tiempo para las necesarias gestiones. Tené en cuenta que justo en el medio hay un fin de semana.” “Sí, claro, ¿pero los cubanos ven con buenos ojos la incorporación de extranjeros?” “Vos allí no serías extranjero. Sos latinoamericano, ¿no? El problema es más complejo. ¿Te imaginás por un momento qué pasaría si Cuba (que ahora ha abierto sus puertas para que se vaya todo el que no esté conforme) abriera esas mismas puertas para que viniera a radicarse todo el que quisiese? ¡Las colas que se formarían en Montevideo, Buenos Aires, Santiago, La Paz, Puerto Príncipe! Además, sigue habiendo serios problemas de vivienda.” “¿Pero vos creés que podría intentarlo?” “Por supuesto, intentalo. Nada se pierde.”

Esa voz, suave y anónima, que en todos los aeropuertos del mundo convoca para el embarque y que siempre

parece la misma, nos recordó que debíamos arrimarnos a la puerta ocho. Durante el vuelo seguimos conversando y cuando la azafata (en Cubana de Aviación se llaman aeromozas) nos dejó el correspondiente refrigerio, Falco comentó: “Qué increíble. Éstas no son muñecas, como las de otras compañías de aviación. Son mujeres, ¿viste?”

Lo perdí en el aeropuerto José Martí, después de haber recogido nuestras cuatro valijas (una suya, tres mías). Él tuvo que incorporarse al resto de la excursión, y yo me reuní con varios amigos que habían ido a esperarme.

Dos días después tuvo lugar la marcha frente a la Oficina de Intereses norteamericanos. Ya había concluido la invasión de los diez mil en la embajada peruana. Ahora el tema era otro: el anuncio de maniobras navales en la base de Guantánamo y las diarias amenazas de Carter.

También yo desfilé por el Malecón, con mis compañeros de la Casa de las Américas. En mis varios años de residencia en Cuba, jamás había asistido a un acto de masas tan impresionante. Estábamos esperando, a la altura de la Rampa, que el desfile se iniciara, cuando de pronto vi a Falco, apenas a unos diez metros de distancia.

La muchedumbre era compacta, así que era difícil avanzar. De modo que le grité: “¡Falco! ¡Falco!” Desde el comienzo escuchó mi grito, pero indudablemente no podía creer que a las cuarenta y ocho horas de haber llegado a La Habana, alguien lo reconociera y lo llamara. Pero así es el azar. Yo era seguramente la única persona en Cuba que podía reconocerlo, y allí estaba, a pocos pasos.

Por fin me vio y sólo entonces puso cara de asombro y levantó alegremente sus largos brazos. Transcurrieron diez minutos antes de que pudiéramos aproximarnos. Me abrazó. “¡Qué cosa bárbara, che! ¡Un millón de gente y vos que me encontrás!” Estaba eufórico. “Esto es tonificante. ¿No te trae el recuerdo del acto final del Frente?” “Bueno, aquí somos más.” “Por supuesto. Pero yo me reí al fervor, a la alegría.”

Por fin empezamos a desfilas, primero lentamente,

luego un poco más rápido. De pronto sentí que me daba un codazo de complicidad. “¿Sabés que hoy di el primer paso?” “¿Qué primer paso?” “Para quedarme aquí.” “Ah.” “Fui a la oficina que me indicaron y era justo donde había una cantidad de esa gente que quiere irse. Cuando llegué a la puerta de vidrio, en ese preciso instante la cerraron. Entonces empecé a hacerle señas al empleado que había cerrado la puerta. Y él a hacerme señas que no. Y yo a insistirle que me escuchara un momentito. Entonces se me ocurrió algo. En el bolsillo tenía un papel. Escribí la palabra *compañero* y puse luego el papel contra el vidrio. Quizá le picó la curiosidad, porque abrió la puerta unos cinco centímetros, lo suficiente para escucharnos mutuamente. ‘Hoy no se atienden más solicitudes de salida, ¿entiende?’ ‘Ya sé, pero es que yo no vengo a eso.’ ‘¿Y a qué viene entonces?’ ‘Estoy con una excursión. Turistas. Y yo quiero quedarme.’ ‘¿Que quiere qué?’ ‘Que-dar-me.’ El muchacho (porque era un muchacho) no podía creerlo. Entonces abrió un poco más la puerta, para que yo pudiera entrar, provocando con ello las explicables protestas de los candidatos a exiliados en Miami. ‘¿Dijo que usted quiere quedarse?’ ‘Sí, eso dije.’ El muchacho me miró, como cateándome en profundidad. Después tomó una libreta, le arrancó una hoja, escribió un nombre y me lo dio. ‘Mira, chico, ven mañana, pero que sea bien temprano, y pregunta por este *compañero*. Él te va a atender. Y buena suerte.’ Así que mañana voy. ¿Qué te parece? O como dicen aquí: ¿qué tú opinas?” “Ya veo que te adaptás mejor a los modismos cubanos que a los australianos.”

La marcha aceleró su ritmo. De a poco nos fuimos separando y por un rato lo perdí de vista. Estábamos pasando exactamente frente al edificio de la Oficina de Intereses norteamericanos (no se veía a nadie en las ventanas) cuando volví a verlo, ahora un poco más atrás. Con voz estentórea y crudo acento montevideano, hacía vibrar una de las consignas que aquella jocunda multitud coreaba: “¡Pin, pon, fuera, abajo la gusanera!”

EL OTRO (Querer, poder, etc.)

Vos estás chifle, recuerda nítidamente Rolando Asuero que había murmurado Silvio aquella mañana en que Manolo expuso lo que denominaba *Visión Personal y Panorámica de la Realidad Nacional y Otros Ensayos*. Pero Manolo, que por ese entonces sólo había hablado media hora escasa, dijo apretando los labios, dejame terminar querés. Y Silvio lo había dejado terminar. Y ahora qué pensás, dijo muy orondo Manolo tras el punto final. Vos estás chifle, había insistido Silvio, incommovible, y casi acaban a los piñazos. Pero Santiago y él, Rolando, habían intervenido rápidamente, y además María del Carmen y la Tita ya estaban haciendo pucheros, de nervios nomás, Graciela no porque siempre fue más dura o más equilibrada o más púdica, y Silvio y Manolo volvieron a sentarse y Silvio empezó a desquitarse con el mate, dándole unas chupadas a la bombilla que se escuchaban en tres dunas a la redonda. Lo cierto era que la tesis de Manolo parecía muy concreta, pero también muy catastrofista. Circular, sentenciaba Silvio. Y sí, lo era, circular y sin salida, pero Manolo le daba un énfasis que la hacía obligatoria. Los que tenían la guita y el poder jamás cederían. No se hagan ilusiones, muchachos, ésta no es la burguesía escandinava que va reduciendo sus dividendos con tal de sobrevivir. Éstos van a apelar a la milicada, aunque la milicada después se los morfe. ¿Constitucionalistas? ¿Legalistas? ¿Vergüenza o pudor de usar el uniforme o de taparse la pelada con el quepis? No jodáis, caros compatriotas. Todo eso es pretérito imperfecto. Nos van a golpear y a liquidar como si fuéramos guatemaltecos, ni más ni menos. O sea que hay que pelearles el partido en otra cancha que no sea la del mero debate político. Hay que pelearles el partido y me-

terles goles. Aunque sea desde fuera del área. Esa metáfora le había gustado especialmente a Santiago, que a partir de ese instante empezó a interesarse. Y Manolo dale que dale que dale, metiendo a todos en la misma bolsa (tango habemus: *si igual es una mosca que un ciprés*) porque lo que él quería apasionadamente era el cambio, pero no el de los chamuyos, sino el del fato, cita textual. Y no le importaban demasiado los medios (*si Jesús no ayuda que ayude Satán*), lo esencial eran los fines. Me suena eso, comentó Silvio con ironía marginal. Y vos creés que los vamos a desalojar, preguntaba Santiago, chupando ahora él de la bombilla pero con relativa sordina. No, respondía sin vacilar Manolo, tan eufórico como si estuviera vendiendo futuro. No, no vamos a poder, nos van a reventar, nos van a meter en cana, nos van a amasijar, nos van a liquidar. Y entonces, inquiría Silvio, quemando etapas entre la ironía y la perplejidad. Él, Rolando, se había limitado a levantar las cejas con sano escepticismo. Y entonces nada, estallaba el dinamismo del ponente. Nada en lo inmediato, pero su victoria, la de ellos, será a lo Pirro. Ganarán y no sabrán qué hacer con el trofeo. Ganarán en los papeles y perderán el pueblo. (Aplausitos en la barra femenina.) Lo perderán definitivamente. Y mirando con cierta provocación a Silvio, seguís creyendo que estoy chifle eh. A lo mejor estamos todos, dijo el otro, aflojando un poco, y entonces Manolo se levantó y le dio un abrazo de molusco cefalópodo con ocho tentáculos, o sea de pulpo, según Larousse. Mientras tanto, María del Carmen y la Tita, ya recuperadas, se reían entre lágrimas, como dos arcoiris. Pero Santiago estaba desacostumbradamente serio y a continuación expuso que, planteada en esos términos, la lucha era sólo moral, a mí qué me importa ser un vencedor ético si van a seguir existiendo los cantegriles y el latifundio y la rosca bancaria y la mar en coche, si yo me metiera en esa gresca querría ser un vencedor real. Bárbaro che, dijo Manolo, todos querríamos ser vencedores reales, no creas que estás descubriendo la pólvora, la

cosa no es querer sino poder. Y Silvio otra vez a enardecerse, a partir de ahora se daba cuenta de que el lema de Manolo era más amplio, la cosa no es querer ni poder sino joder. Risitas en la bancada femenina, y los ñoquis que estaban listos, uy qué temprano, vamos que si no se pasan, y yo que tengo la panza llena de mate, lo que ocurre es que ustedes se calientan discutiendo y no se dan cuenta de que se tomaron dos termos completos, qué relajo, a los ñoquis señores a los ñoquis, este tinto está como de misa de gallo, sensacional, y vos creés que después de la revolución seguirá habiendo ñoquis, eh.

DON RAFAEL (Dios mediante)

Cerrar los ojos. Cómo quisiera cerrar los ojos y empezar de nuevo y abrirlos después con la tardía lucidez que traen los años pero con la vitalidad que ya no tengo. Dios da pan al que no tiene dientes, pero antes, mucho antes, le dio hambruna al que los tenía. Linda trampa la de Dios. Después de todo, los refranes populares son algo así como un curriculum divino. Se armó la de Dios es Cristo: virulencia y furia. Dios los cría y ellos se juntan: conspiración y acoso. Dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César: repartija y prorratio. Como Dios manda: prepotencia e imperio. Dios pasó de largo: indiferencia y menosprecio. A Dios rogando y con el mazo dando: parapoliciales, paramilitares, escuadrones de la muerte, etc. Cuando Dios quiera: poder omnímodo. Dios nos libre y nos guarde: neocolonialismo. Dios castiga sin palo ni piedra: tortura subliminal. Vaya con Dios: malas compañías.

Cerrar los ojos pero no para mis corrientes pesadillas sino para tocar el fondo de las cosas. Allí están las imágenes, las elocuentes, las sólo para mí. Cada una como la revelación que no entendí ni atendí. Y no se puede volver atrás. Se puede recoger lo aprendido pero de poco sirve.

Cerrar los ojos y al abrirlos encontrarla. ¿A cuál de ellas? Una es un rostro. Otra es un vientre. Otra más una mirada. ¿Cuántas más? En el amor no hay posturas ridículas ni cursis ni obscenas. En el no amor todo es ridículo y cursi y obsceno. También la norma, también la tradición.

De pronto el pasado se vuelve fastuoso, no sé por qué. Mi cuerpo que tuve, el aire que respiré, el sol que me alumbró, los alumnos que escuché, el pubis que con-

vencí, un crepúsculo, una axila, un pino cabeceante.

El pasado se vuelve fastuoso y sin embargo es apenas una desilusión óptica. Porque el pobre, mezquino presente gana una sola y decisiva batalla: existe. Estoy donde estoy. ¿Qué es este exilio sino otro comienzo? Todo comienzo es joven. Y yo, viejo recomenzante, rejuvenezco. Escala de viudo, de veterano profesor, de archivo de palabras. Estoy condenado a rejuvenecer. Último engorde, dicen los cretinos. Y yo estoy flaco, coño. En mi tierra decía carajo, pero también estaba flaco. Del carajo al coño, patria grande esta América. Y un hijo preso. Tristemente preso, porque se siente dinámico y optimista y vital y no tiene demasiadas razones para ese singular estado de ánimo. Se bambolean mis sentimientos, vaya vaya. Estoy donde estoy y él está donde está. Pobre hijo. Si pudiera canjearme con él. Pero no me aceptan. No soy lo suficientemente odioso. No quise derribarlos, desarmarlos, vencerlos. Él sí lo quiso y fracasó. Si yo pudiera entrar allí para que él saliera, tal vez no lo pasaría tan mal. A los sesenta y siete, no iban a torturarme, yo digo. Bueno, nunca se sabe. Y cerraría allí también los ojos y así me libraría de los barrotes. Y acaso podría tocar el fondo de las cosas. Pero no. Estoy donde estoy y él está donde está. Cerrar los ojos y ver a mi hijo pero abrirlos y verla a ella. ¿A cuál? Probablemente a la del barco. O a la del árbol. O a la del pájaro. Dios las cría y ellas se separan. Si yo fuera Dios ordenaría terminantemente que apareciera la del árbol. Pero no soy, y comparece Lydia.

HERIDOS Y CONTUSOS (Un miedo espantoso)

Graciela puso punto final al informe sobre el segundo semestre. Respiró profundamente antes de sacar de la máquina eléctrica el original con siete copias. Ya no quedaba nadie en la oficina. Había trabajado tres horas extras. No para cobrarlas, sino porque el jefe estaba en un apuro y era buena gente y mañana vencía el plazo para la entrega del informe sobre el segundo semestre.

Juntó la última hoja con las treinta y tres restantes. Mañana a primera hora distribuiría original y copias en ocho carpetas. Ahora estaba demasiado cansada. Dejó todo en el segundo cajón, puso la cubierta de plástico sobre la máquina de escribir y se miró las manos, sucias del carbónico negro.

Entró un momento en el baño, se lavó concienzudamente las manos, se peinó, pasó el lápiz labial sobre el color anterior, ya desvaído y reseco, se contempló en el espejo sin sonreírse a sí misma, pero alzó levemente las cejas como interrogándose o cuestionándose o simplemente para comprobar el grado de su fatiga. Unió por un momento los labios recién vueltos a pintar y emitió un resoplido inocuo. Luego volvió a su mesa de trabajo; del primer cajón extrajo su bolso, descolgó el tapado de una percha y se lo puso. Abrió la puerta, salió al pasillo, pero antes de apagar la luz y cerrar, echó un vistazo. Todo estaba en orden.

Cuando se abrió la puerta del ascensor, se sorprendió. No esperaba encontrar a nadie y allí estaba Celia, también sorprendida.

—Siglos que no te veía. ¿Qué hacés a estas horas en la oficina?

—Tuve que pasar el informe del segundo semestre. Y era larguísimo.

—Vos le hacés demasiadas concesiones a tu jefe. Cualquiera día de éstos acabarás acostándote con él.

—No, mijita, estate tranquila. No es mi tipo. Pero es buena gente. Además, ni siquiera me pidió que hiciera este trabajo. Y por si todo eso fuera poco, no estuvo conmigo en la oficina.

—Querida, no te justifiques tanto. Era una broma.

Llegaron a la calle. Había niebla y la correspondiente exasperación de los automovilistas.

—¿Querés tomar un té?

—Un té exactamente no. Pero tal vez un trago. Me vendrá bien después de mis 34 páginas con siete copias.

—Así me gusta. ¡Viva la evasión!

Se sentaron junto a una ventana. Desde una mesa vecina, un hombre joven y atildado les echó una mirada inspectiva.

—Bueno —dijo Celia en voz baja—. Parece que todavía somos dignas de ser miradas.

—¿A vos, eso te estimula o te deprime?

—No sé. Depende mucho de mi estado de ánimo, y también, ¿por qué no?, del aspecto del mirón.

—Y éste concretamente, ¿te estimula?

—No.

—Menos mal.

El camarero depositó suavemente las dos copas.

—Salud.

—Salud y libertad.

—Está bien. Es más completo.

—Y además creo que fue consigna de Artigas.

—¿De veras? ¡Cómo sabés vos!

—Si hubieras vivido los años que viví yo junto a Santiago, vos también serías erudita en Artigas. Para él siempre fue una obsesión.

Celia aprovechó para tomar un traguito.

—¿Qué noticias últimas tenés?

—Las de siempre. Escribe regularmente, salvo cuando lo castigan por algo. Tiene buen ánimo.

—¿Y hay alguna esperanza de que lo larguen?

—Habría motivos. Pero esperanzas, no muchas.

La calle era, a esas horas, una realidad poco menos que hipnotizante. Las dos mujeres estuvieron un buen rato calladas, mirando los automóviles, los autobuses repletos, y también a las señoras con perros, los mendigos con leyendas explicativas, los niños harapientos, los buenos mozos, los policías. Celia fue la primera que se desprendió de esa rutina espectacular.

—¿Y vos? ¿Cómo te sentís? ¿Cómo aguantás una separación tan larga? (Hizo una pausa.) Si no querés, no me contestes.

—En realidad, quisiera contestarte. El problema es que no tengo respuesta.

—¿No sabés cómo te sentís?

—Me siento desajustada, desorientada, insegura.

—Y es lógico, ¿no?

—Puede ser. Pero no me parece tan lógico cuando quiero responder a tu segunda pregunta. Eso de cómo agunto la separación.

—¿Qué pasa?

—Pasa que la agunto, sencillamente. Demasiado sencillamente. Y eso no es normal.

—No te entiendo, Graciela.

—Vos sabés qué buena pareja hicimos Santiago y yo. Sabés también qué identificados estuvimos siempre en lo político. Los dos estábamos en lo mismo. Aunque él esté en cana y yo esté aquí. Cuando se lo llevaron, creí que no podría soportarlo. Nuestra unión no era sólo física. También era espiritual. No tenés idea de cómo lo necesité en los primeros tiempos.

—¿Ya no?

—La cosa no es tan fácil. Yo lo sigo queriendo. ¿Cómo no voy a quererlo después de diez años de una excelente relación? Y me parece horrible que esté preso. Y tengo plena noción de lo que su ausencia significa para la formación de Beatriz.

—Sí, todo eso va en un platillo de la balanza. ¿Y en el otro?

—El problema es que la obligada separación a él lo ha hecho más tierno, y a mí en cambio me ha endurecido. Para decírtelo en pocas palabras (y esto es algo que no lo confieso a nadie, y hasta me cuesta confesármelo a mí misma): cada vez lo necesito menos.

—Graciela.

—Ya sé lo que vas a decirme: que es injusto. Lo sé perfectamente. No soy tan estúpida como para no saberlo.

—Graciela.

—Pero no puedo engañarme. Le sigo teniendo mucho afecto, pero como puede tenerlo una compañera de militancia, no como su mujer. Él se pasa añorando mi cuerpo (siempre me lo hace entender en sus cartas) y yo en cambio no siento necesidad del suyo. Y eso hace que me sienta, ¿cómo te diré?, culpable. Porque en realidad no sé qué demonios me ocurre.

—Puede haber una explicación.

—Claro, vos pensás que hay otro. Pero no hay.

—¿Seguro?

—Todavía no hay.

—¿Por qué agregaste *todavía*?

—Porque en cualquier momento puede haberlo. El hecho de que no sienta necesidad concreta del cuerpo de Santiago, no significa que el mío esté inerte. Celia: hace más de cuatro años que no hago el amor con nadie. ¿No te parece una exageración?

—No sé. No sé.

—Claro, vos tenés a Pedro contigo. Y te va bien. Por suerte. Pero, ¿podés saber qué te habría ocurrido si hubieras pasado cuatro años sin verlo ni tocarlo, ni ser vista ni tocada por él?

—No sé y no quiero saberlo.

—Me parece bien que te niegues a enfrentar gratuitamente un conflicto que no es el tuyo. Pero yo sí sé qué me ocurre. No tengo más remedio que saberlo. Y te puedo asegurar que no es fácil, ni cómodo, ni agradable.

—¿Y no has pensado en contárselo de a poco, carta a carta?

—Claro que lo he pensado. Y me da un miedo espantoso.

—¿Miedo? ¿De qué?

—De destruirlo. De destruirme. Qué sé yo.

INTRAMUROS (El complementario)

Tener noticias tuyas es como abrir una ventana. Lo que me contás de vos, de Beatriz, del Viejo, del trabajo, de la ciudad. Tengo presentes los horarios de todos, así que en cualquier momento puedo organizar mi imaginaria: Graciela estará ahora escribiendo a máquina, o el Viejo terminará en este instante su clase, o Beatriz estará desayunando muy apurada porque se le hizo tarde para la escuela. Cuando uno tiene que estar irremediablemente fijo, es impresionante la movilidad mental que es posible adquirir. Se puede ampliar el presente tanto como se quiera, o lanzarse vertiginosamente hacia el futuro, o dar marcha atrás que es lo más peligroso porque ahí están los recuerdos, todos los recuerdos, los buenos, los regulares y los execrables. Ahí está el amor, o sea estás vos, y las grandes lealtades y también las grandes traiciones. Ahí está lo que uno pudo hacer y no hizo, y también lo que pudo no hacer y sí hizo. La encrucijada en la que el camino elegido fue el erróneo. Y ahí empieza la película, es decir, cómo habría sido la historia si se hubiera tomado el otro rumbo, aquel que entonces se descartó. Generalmente, después de varios rollos uno suspende la proyección y piensa que el camino elegido no fue tan equivocado y que acaso, en igual encrucijada, hoy la elección sería la misma. Con variantes, claro. Con menos ingenuidad, por supuesto. Con más alertas, por las dudas. Pero eso sí manteniendo el rumbo primordial. Estos grandes espacios en blanco son por lo común zonas de desaliento, pero en otra acepción también son provechosos. En los últimos y penúltimos tiempos antes de la obligada internación, todo sucedió tan atropelladamente y en medio de tantas tensiones, rodeado por tantas implacables urgencias, por tantas decisiones a tomar,

que no había tiempo ni ánimo para la reflexión, para pensar y repensar sobre nuestros pasos, para ver claro en nosotros mismos. Ahora sí hay tiempo, demasiado tiempo, demasiados insomnios, demasiadas noches con las mismas pesadillas y las mismas sombras. Y la tendencia natural, y también la más facilonga, es preguntarse para qué me sirve el tiempo ahora, para qué esta meditación tardía, atrasada, anacrónica, inútil. Y sin embargo sirve. La única ventaja de este tiempo baldío es la posibilidad de madurar, de ir conociendo los propios límites, las propias debilidades y fortalezas, de ir acercándose a la verdad sobre uno mismo, y no hacerse ilusiones acerca de objetivos que uno nunca podría lograr, y en cambio aprontar el ánimo, preparar la actitud, entrenar la paciencia, para conseguir lo que algún día sí puede estar al alcance. A tal punto se atina, en estas peculiarísimas condiciones, a ahondar en el análisis, que me atrevo a confesarte algo: si bien no puedo hacer un plan quinquenal de mis pesadillas, sí puedo soñar despierto y por capítulos. Y así voy desgranando, desmenuzando, lo que quise y lo que quiero, lo que hice y lo que haré. Porque algún día podré volver a hacer cosas, ¿no te parece? Algún día abandonaré este raro exilio y me reintegraré al mundo, ¿no? Y seré alguien distinto, creo incluso que alguien mejor, pero nunca el enemigo del que fui o el que soy, sino más bien el complementario. Sí, tener noticias tuyas es como abrir una ventana, pero entonces me vienen unas ganas casi incontenibles de abrir más ventanas y, lo que es más grave (qué locura), de abrir una puerta. Sin embargo, estoy condenado a ver las espaldas de esa puerta, su lomo hostil, duro, inexpugnable, concretísimo, pero nunca tan sólido como un buen argumento, como una buena razón. Tener noticias tuyas es como abrir una ventana, pero todavía no es como abrir una puerta. Quizá diga demasiadas veces la palabra puerta, pero tenés que comprender que aquí esa palabra es casi una obsesión, aunque te parezca increíble mucho más obsesión que la palabra barrotes. Los barrotes están ahí, son una

presencia real, admitida, comprendida en toda su chata magnitud. Pero los barrotes no pueden ser otra cosa que lo que efectivamente son. No hay barrotes abiertos y barrotes cerrados. En cambio, una puerta es tantas cosas. Cuando está cerrada, y siempre lo está, es la clausura, la prohibición, el silencio, la rabia. Si se abriera (no para un recreo, o para un trabajo, o para una sanción, que son otras tantas formas de estar cerrada, sino para el mundo) sería la recuperación de la realidad, de la gente querida, de las calles, de los sabores, de los olores, de los sonidos, de las imágenes y el tacto de ser libre. Sería por ejemplo la recuperación de vos y de tus brazos y de tu boca y de tu pelo y bah a qué intentar darle vueltas a un pestillo que no cede, a una cerradura inmovible. Pero lo cierto es que la palabra puerta es de las que aquí más se barajan, más aún que todas las otras palabras que esperan detrás de esa puerta, porque todos sabemos que para llegar a ellas, para llegar a las palabras hijo, mujer, amigo, calle, cama, café, biblioteca, plaza, estadio, playa, puerto, teléfono, es imprescindible traspasar la palabra puerta. Y ésta, que siempre nos muestra el lomo pero está aquí, nos mira férrea y sectaria, cruel y durísima, sin hacernos ninguna promesa ni darnos ninguna esperanza y siempre cerrándose en nuestras narices. Sin embargo, nosotros no nos dejamos vencer así nomás, nosotros también organizamos nuestra campaña anti clausura, y escribimos cartas, considerando simultáneamente al destinatario y al censor. O proyectos de cartas donde por costumbre seguimos autocensurándonos pero somos un poquito más osados, o masticamos libres monólogos como éste que ni siquiera llegará al papelucho y sus límites. Pero uno de los matices más destacables y positivos de esa campaña es justamente el hacernos promesas, el darnos esperanzas (no las increíbles y triunfalistas, sino las austeras y verosímiles), el imaginar que abrimos la puerta en nuestras narices. A veces tenemos con nosotros naipes o ajedrez, pero no siempre. Ah pero tenemos el derecho de jugar al futuro, y por supues-

to en ese juego de azar siempre nos guardamos un naipe en la manga, o reservamos un jaque mate originalísimo y secreto que no vamos a malgastar en el juego cotidiano sino en la gran ocasión, por ejemplo cuando enfrentemos a Capablanca o a Alekhine, no digamos a Karpov porque éste después de todo existe y además su nombre podría ser tachado. También hablamos de música y músicos, siempre y cuando a mi compañero de turno o a mí no nos lleven con la música a otra parte. Pero a solas o con alguien, puedo recordar por ejemplo varias de mis cumbres de espectador. Y así cuento, o en el más anacoreta de los casos me cuento, que vi y escuché a Maurice Chevalier en el Solís, ya veteranísimo el tipo pero todavía bienhumorado y tan gentil como para hacernos creer a todos que improvisaba cada una de sus bromas prehistóricas; y vi y escuché a Louis Armstrong en el Plaza, y todavía puedo repetirme la convincente humanidad de su ronquera; y vi y escuché a Charles Trenet en no sé qué Centro español de la calle Soriano, sentados todos en unas sillas que parecían de comedor y nosotros los gurises en el suelo, y el franchute, un poquito amanerado pero hábil, cantándonos lo que años más tarde supe que se llamaba *La mer* o *Bonsoir jolie madame*; y vi y escuché a la Marian Anderson, ya no me acuerdo si en el Sodre o en el Solís, pero sí tengo nítido el porte de aquella negra enorme y dulcísima, instalada como un mamtram en la trágica asunción de su raza; y bastante después vi y escuché a Robbe Grillet, diciendo muy orondo que en *L'étranger* de Camus el empleo del pretérito imperfecto era más importante que la historia contada; y vi y escuché a Mercedes Sosa, cantando única y casi clandestina en el Zitlovsky de la calle Durazno; y vi y escuché a Roa Bastos, modestísimo sin disimulo, diciendo ante un auditorio vergonzosamente escaso que Paraguay ha vivido siempre en su año cero; y vi y escuché a don Ezequiel Martínez Estrada, algunos meses antes de su muerte, pronunciando una conferencia sobre un tema que no recuerdo porque mi atención estuvo

acaparada por su rostro enjuto, cetrino, reseco, sólo reivindicado para la vida por unos ojitos de mirada agudísima; y vi y escuché al Neftalí Ricardo Reyes, bromeador, irónico, sutilmente vanidoso y poético, desgranando como un salmo sus recuerdos de Isla Negra; y vi y escuché al de la otra Isla en la Explanada, metido yo entre un público vibrante ante la duración, el impulso y el estilo del inesperado concierto, que para tantos otros era desconcierto. Recuerdos de niño, de adolescente, de hombre, pero recuerdos indiscutiblemente míos. O sea que cuando levanto el telón soy, como habrás podido apreciar, interesantísimo, y yo mismo me aplaudo y me exijo otra, otra, otra, otra.

EXILIOS (Un hombre en un zaguán)

Al doctor Siles Zuazo lo había conocido en Montevideo, hará de esto veinte años, cuando vino exiliado (en aquel entonces se decía exilado) a Uruguay, tras el triunfo de uno de los tantos golpes militares que siempre han ulcerado la historia de Bolivia. Yo entonces tenía pocos libros publicados y trabajaba en la sección contable de una gran compañía inmobiliaria.

Una tarde el teléfono sonó en mi mesa y una voz grave dijo: "Habla Siles Zuazo". Al principio creí que era una broma y sin embargo no respondí en consecuencia, midiendo quizá la leve posibilidad de que fuera cierto. No salía de mi asombro, pero enseguida él me sacó de dudas. En realidad, me estaba invitando a que fuera a verle al Hotel Nogaró. Pensé que me iba a hablar de Bolivia y de los milicos que habían tomado el poder, pero de todas maneras no me explicaba las razones de que me hubiera elegido precisamente a mí. Pero estaba equivocado.

Unos años antes yo había publicado un ensayo sobre Marcel Proust y el sentido de la culpa. Bueno, Siles Zuazo quería conversar conmigo sobre Proust y otros temas literarios. Me encontré con que aquel político sin salida al mar, aquel personaje cuyas anécdotas de valor cívico me habían sido narradas por varios amigos, era un hombre excepcionalmente culto, empedernido lector de la literatura contemporánea.

Hablamos sobre Proust, claro, mientras tomábamos el té con tostadas. Sólo faltaban los bollos de magdalena. Las pocas veces que tocamos el tema político, se debió a preguntas mías. Él en cambio quería hablar de literatura y, por cierto, dijo cosas muy inteligentes y sagaces.

Después de ese encuentro inicial, tomamos té varias

veces en el Nogaró, y conservo un recuerdo muy plácido y agradable de aquellas conversaciones. Poco más tarde dejó Montevideo y se reintegró a las luchas y vaivenes políticos de su incanjeable Bolivia.

Estuve muchos años sin verlo, aunque siempre seguí su infatigable quehacer político: legal, cuando se podía, clandestino cuando no. Una noche de cerrada lluvia, allá por 1974, en Buenos Aires, venía yo, creo que por la calle Paraguay tratando de guarecerme, cuando de pronto, al pasar casi corriendo frente a un zaguán, me pareció reconocer allí a un hombre que también se resguardaba del aguacero.

Volví atrás. Era el Dr. Siles. Él también me había reconocido. “Así que también a usted le tocó exiliarse.” “Sí, doctor. Cuando hablábamos en Montevideo eso parecía imposible, ¿verdad?” “Sí, parecía.” En aquella penumbra no podía distinguir su sonrisa, pero la imaginaba. “Y en este inesperado exilio suyo, ¿qué etapa es la actual?” Respondí con un poco de vergüenza: “La número tres.” “Entonces no se aflija. Yo ando por la catorce.”

Esa noche no hablamos de Proust.

BEATRIZ (Este país)

Este país no es el mío pero me gusta bastante. No sé si me gusta más o menos que mi país. Vine muy chiquita y no me acuerdo de cómo era. Una de las diferencias es que en mi país hay cabayos y aquí en cambio hay cabaños. Pero todos relinchan. Las vacas mugen y las ranas croan.

Este país es más grande que el mío, sobre todo porque el mío es chiquitísimo. En este país viven mi abuelo Rafael y mi mami Graciela. Y también otros millones. Es muy agradable saber que una vive en un país con muchos millones. Cuando Graciela me lleva al Centro, pasan montones de gente por la calle. Es tanta tanta tanta gente la que pasa que me parece que ya debo conocer a todos los millones de este país.

Los domingos las calles están casi vacías y yo pregunto dónde se habrán metido todos los millones que vi el viernes. Mi abuelo Rafael dice que los domingos la gente se queda en su casa a descansar. Descansar quiere decir dormir.

En este país se duerme mucho. Sobre todo los domingos porque son muchos millones los que duermen. Si cada uno que duerme ronca nueve veces por hora (mi mami ronca catorce) quiere decir que cada millón de habitantes ronca nueve millones de veces por hora. O sea que cunden los ronquidos.

Yo a veces cuando duermo me pongo a soñar. Casi siempre sueño con este país, pero algunas noches sueño con el país mío. Graciela dice que no puede ser porque yo no puedo acordarme de mi país. Pero cuando sueño sí me acuerdo, aunque Graciela diga que yo hago trampa. Y no hago.

Entonces sueño que mi papá me lleva de la mano a

Villa Dolores que es el nombre del zoológico. Y me compra manises para que le dé a los monos y esos monos no son los del zoológico de aquí porque a éstos los conozco muy bien y también a sus esposas y a sus hijos. Los monos de mis sueños son los de Villa Dolores y mi papá me dice ves Beatriz esos barrotes, así también vivo yo. Entonces me despierto llorando en este país y Graciela tiene que venir a decirme pero mijita si es sólo un sueño.

Yo digo que es una lástima que entre los millones de gentes que hay en este país no esté por ejemplo mi papá.

HERIDOS Y CONTUSOS (Soñar despierta)

—Ves, por eso no quiero que vengas sola.

—¿Qué hice?

—No te hagas la mosquita muerta.

—¿Pero qué hice?

—Ibas a cruzar con luz roja.

—No venía ningún auto.

—Sí que venía, Beatriz.

—Pero muy lejos.

—Vamos ahora.

Pasan frente al supermercado. Luego, frente a la tintorería.

—Graciela.

—¿Qué hay?

—Te prometo cruzar siempre con luz verde.

—Ya me lo prometiste la semana pasada.

—Pero ahora te lo prometo de veras. ¿Me perdonás?

—No es cuestión de perdón o no perdón. ¿No te das cuenta de que si cruzás con luz roja te puede arrollar un auto?

—Tenés razón.

—¿Qué hago yo, Beatriz, si a vos te pasa algo? ¿Cómo se sentiría tu padre si a vos te pasara algo? ¿No pensás en eso?

—No me va a pasar nada, mami. No llores. Por favor. Voy a cruzar siempre con luz verde. Graciela. Mami. No llores.

—Si ya no lloro, boba. Vamos, entrá.

—Es temprano todavía. Las clases empiezan dentro de veinte minutos. Y el solcito está lindo. Y quiero estar un rato más con vos.

—Adulona.

Cuando dice eso, Graciela se afloja un poco y sonrío.

—¿Me perdonaste?

—Sí.

—¿Vas a la oficina ahora?

—No.

—¿Estás de vacaciones?

—Trabajé mucho la semana pasada y me dieron libre este lunes.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas al cine?

—No creo. Me parece que vuelvo a casa.

—¿Vendrás a buscarme a la salida? ¿O podré volver sola?

—Quisiera tenerte confianza.

—Tenémela, mami. No me va a pasar nada. De veras.

Beatriz no espera la respuesta de Graciela. La besa, casi en el aire, y entra corriendo en la escuela. Graciela se queda un rato inmóvil, mirándola alejarse. Luego aprieta los labios y se va.

Camina lentamente, balanceando el bolso, deteniéndose a veces, como desorientada. Al llegar a la Avenida, recorre con la mirada la cadena de grandes edificios. De pronto los que van a cruzar la rozan, la empujan, le dicen algo, y entonces ella también se decide a cruzar. Pero antes de llegar a la otra acera, los semáforos se han puesto rojos y un camión debe hacer un viraje para esquivarla.

Ahora dobla por una calle casi desierta, donde hay varios tachos de basura, desbordantes y hediondos. Se acerca a uno de ellos y mira con algún interés el contenido. Hace un ademán como para introducir la mano, pero se contiene.

Camina dos, tres, cinco, diez cuabras. En la esquina anterior a la otra Avenida hay una mujer que pide limosna. Junto a ella dormitan dos niños muy pequeños. Ella se acerca y la mujer reinicia su cantilena.

—¿Por qué pide? ¿Eh?

La mujer la mira asombrada. Está acostumbrada a la dádiva, al rechazo, a la indiferencia. No al diálogo.

—¿Cómo?

—Digo que por qué pide.

—Para comer, señora. Por amor de Dios.

—¿Y no puede trabajar?

—No, señora. Por amor de Dios.

—¿No puede o no quiere?

—No, señora.

—¿No qué?

—No hay trabajo. Por amor de Dios.

—Deje tranquilo al amor de Dios. ¿No se da cuenta de que Dios no quiere amarla?

—No diga eso, señora. No diga eso.

—Tome.

—Gracias, señora. Por amor de Dios.

Ahora camina con pasos más firmes y más rápidos. La mendiga queda atrás, atónita. Uno de sus niños rompe a llorar. Graciela vuelve la cabeza para mirar al grupo, pero no se detiene.

Cuando está a dos cuadras de su casa, distingue borrosamente a Rolando. Está apoyado en la puerta. Camina otra cuadra y lo saluda con el brazo en alto. El parece no verla. Ella repite el gesto y entonces él responde agitando también su brazo, y viene a su encuentro.

—¿Cómo supiste que venía a casa?

—Muy sencillo. Llamé a tu oficina y me dijeron que hoy no ibas.

—Casi voy al cine.

—Sí, pensé en esa posibilidad. Pero el sol estaba tan lindo que me pareció poco probable que decidieras encerrarte en un cine. Y bueno, me largué hasta aquí, y ya ves, acerté.

La besa en las mejillas. Ella busca en su bolso, encuentra la llave, y abre.

—Vení. Sentate. ¿Querés tomar algo?

—Nada.

Graciela abre las persianas y se quita el tapado. Rolando la mira inquisidoramente.

—¿Estuviste llorando?

—¿Se me nota?

—Tenés el aspecto que técnicamente se denomina: después de la tormenta.

—Bah, sólo un chubasquito.

—¿Qué pasó?

—Poca cosa. Un injusto desaliento ante una mendiga, y antes una justa rabieta con Beatriz.

—¿Con Beatriz? Tan linda ella.

—Buena pieza. Pero siempre me gana.

—¿Y qué pasó?

—Estupidez mía. Es tan imprudente al cruzar las calles. Y me da miedo.

—¿Sólo eso?

Rolando le ofrece un cigarrillo, pero ella lo rechaza. Él toma uno y lo enciende. Echa la primera bocanada y la mira a través del humo.

—Graciela, ¿cuándo te vas a decidir?

—¿Decidirme a qué?

—A confesarte a vos misma no sé qué. Evidentemente, algo que no querés admitir.

—No empieces otra vez, Rolando. Me revienta ese tonito paternal.

—Hace mucho que te conozco, Graciela. Antes que Santiago.

—Es cierto.

—Y porque te conozco sé que te sentís mal.

—Me siento.

—Y que te seguirás sintiendo así hasta que lo admitas.

—Puede ser. Pero es difícil. Es duro.

—Ya sé.

—Se trata de Santiago.

—Ah.

—Y sobre todo de mí. Bah, no es tan complicado. Pero es duro. No sé qué me pasa, Rolando. Es terrible admitirlo. Pero a Santiago no lo necesito.

—¿Y desde cuándo te sentís así?

—No me pidas fechas. Yo qué sé. Es absurdo.

—No lo calificques todavía.

—Es absurdo, Rolando. Santiago no me hizo nada.

Sólo caer preso. ¿Qué te parece? Después de todo, ¿se puede hacer a alguien algo peor, algo más ominoso? Me hizo eso. Cayó preso. Me abandonó.

—No te abandonó, Graciela. Se lo llevaron.

—Ya lo sé. Por eso te digo que es absurdo. Sé que se lo llevaron y sin embargo me siento como si me hubiese abandonado.

—¿Y se lo reprochás?

—No, ¿cómo voy a reprochárselo? Él se portó bien, demasiado bien, soportó la tortura, fue valiente, no delató a nadie. Es un ejemplo.

—Y sin embargo.

—Y sin embargo me he ido alejando. Y la lejanía me ha dado respiro para repasar toda nuestra relación.

—Que era buena.

—Buenísima.

—¿Entonces?

—Ya no lo es. Él sigue escribiéndome cartas cariñosas, cálidas, tiernas, pero yo las leo como si fueran para otra. ¿Podés aclararme qué ha pasado? ¿Será que la cárcel ha convertido a Santiago en otro tipo? ¿Será que el exilio me ha transformado en otra mujer?

—Todo es posible. Pero también todo puede complementarse. Y enriquecerse. Y mejorarse.

—Yo no he mejorado ni me he enriquecido. Me siento más pobre, más seca. Y no quiero seguir empobreciéndome ni secándome.

—Graciela. ¿Vos seguís compartiendo la actitud política de Santiago?

—Claro. Es también la mía, ¿no? Sólo que él cayó. Y yo en cambio estoy aquí.

—¿Le reprochás los compromisos que contrajo?

—¿Estás loco? Hizo lo que había que hacer. Yo también hice lo mío. Por ahí vas mal rumbo. En eso estuvimos y seguimos unidos. Donde yo no sigo unida es en la relación de dos. No en la social, sino en la conyugal, ¿entendés? Eso por lo menos lo tengo claro. Lo que no tengo claro es el motivo. Y eso me angustia. Si Santiago

me hubiera hecho una porquería, o si lo hubiera visto hacer una porquería a alguien. Pero no. Es un tipo de primera. Leal, buen amigo, buen compañero, buen marido. Y estuve muy enamorada de él.

—¿Y él?

—También. Y al parecer sigue igual. La loca soy yo.

—Graciela. Sos una muchacha todavía. Sos linda, sos inteligente, sos tierna a veces. Quizá lo que echás de menos sea la contrapartida, la retribución afectiva.

—Uy, qué difícil.

—Eso que Santiago no puede darte por correspondencia, y menos por correspondencia bajo censura.

—Es posible.

—¿Puedo hacerte una pregunta muy pero muy indiscreta?

—Podés. Y también puedo no contestarte.

—De acuerdo.

—Venga pues.

—¿Soñás con otros hombres?

—¿Querés decir sueños amorosos?

—Sí.

—¿Te referís a soñar dormida o a soñar despierta?

—A ambas cosas.

—Cuando duermo no sueño con ningún hombre.

—¿Y despierta?

—Despierta sí sueño. Te vas a reír. Sueño con vos.

DON RAFAEL (Locos lindos y feos)

Santiago me escribió y está bien. He aprendido a leer sus entrelíneas y por ellas sé que sigue estando cuerdo. Mi temor ha sido ése. No que delate o se afloje. Eso no. Creo que conozco a mi hijo. Mi temor ha sido que se deslice desde la cordura hacia quién sabe qué. Ya lo dijo una vez el director del Penal, no sé si el último o el penúltimo: “No nos atrevimos a liquidarlos a todos cuando tuvimos la oportunidad, y en el futuro tendremos que soltarlos. Debemos aprovechar el tiempo que nos queda para volverlos locos”. Por lo menos fue franco, ¿verdad? Franco y abyecto. Pero de algún modo esa impúdica confidencia dio la clave: es en ellos, los sabuesos, donde hay algo demencial. Son ellos los que aprovecharon el tiempo para enloquecerse. Pero no son locos lindos; son locos disformes, esperpénticos. Locos por vocación y libre elección, que es la forma más innoble de locura. Fueron becados a Fort Gulick para recibirse de dementes. Ahora bien, aunque aquel director del Penal dijo eso hace más de cinco años, yo me sigo aferrando a las únicas seis palabras aprovechables de su escalofriante programa: “En el futuro tendremos que soltarlos”. Digamos que a Santiago *no se atrevieron a liquidarlo cuando tuvieron la oportunidad*, pero ¿estará entre los que soltarán antes de que enloquezcan? Aspiro a que sí. Santiago ha logrado generar, o quizá descubrir en sí mismo, una extraña vitalidad. Su descenso a los infiernos no lo ha incinerado. Chamuscado tal vez. Pienso que, más aún que afiliarse a una esperanza, allí lo que cuenta es aferrarse a la cordura. Y él sigue cuerdo. Toco madera. Y por las dudas que sea sin patas: por ejemplo esta cuchara de olivo, que además es regalo de Lydia. Sigue cuerdo porque se ha incrustado de modo voluntario en la cordu-

ra. Y está dosificando prudente y sagazmente sus odios, eso es decisivo. Los odios vivifican y estimulan sólo si es uno quien los gobierna; destruyen y desajustan cuando son ellos los que nos dominan. Sé que es difícil tener sentido común cuando se ha pasado por la humillación y el mutismo empecinado y el asco a la muerte y la alarma sin tregua y el pavor solidario y el martirio en incómodas cuotas. Tras ese itinerario, aferrarse a la cordura puede ser una forma de delirio. Sólo así puede explicarse esa machacona lealtad al equilibrio. Y también por los principios, claro. Pero hubo gentes con muchos y sólidos y declarados principios, que, sin embargo, flaquearon y después se sintieron como el culo. Gentes a las que no enjuicio, que esto quede y me quede bien claro, porque uno no sabe quién es realmente, cuán incinerable o incombustible es, hasta que no pasa por alguna hoguera. Digo sinceramente que los principios son, por supuesto, un elemento fundamental, pero sólo uno. El resto es respeto a sí mismo, fidelidad a los demás, y sobre todo mucho empecinamiento, mucha terquedad en bruto, y también, se me ocurre ahora, una progresiva desmitificación de la muerte. Porque éste es en definitiva el argumento más contundente y taladrante que esgrimen: la posibilidad cierta, la comparecencia genuina de la muerte, pero no una muerte cualquiera, sino la muerte propia. Y sólo rebajándola ante sí mismo, sólo mutilándola de su legendaria reputación, puede el hombre ganar el forcejeo. Convencerse de que morir no es después de todo tan jodido si se muere bien, si se muere sin recelos contra uno mismo. No obstante, se me ocurre (a mí que nunca pasé por ese riesgo) que no debe ser fácil, porque en una coyuntura así uno está espantosamente solo, ni siquiera acompañado por la presencia mugrienta del techo o las paredes, ni por los rostros inmundos de quienes lo destrozan; está solo con su capucha, o más exactamente con el revés de la arpillera; solo con su taquicardia, sus arcadas, su asfixia o su angustia sin fin. Es claro que, cuando eso acaba, cuando eso concluye y se es cons-

ciente de que se sobrevive, debe quedarle a uno un sedimento de dignidad y también un sarro permanente de rencor. Algo que nunca más se perderá, aunque el ambiguo futuro depare seguridades y confianzas y amor y paso firme. Un sarro de rencor que puede volverse endémico y hasta llegar a contaminar las seguridades y las confianzas y el amor y el paso firme, tal vez compaginados en más de un futuro individual. O sea que estos implacables, estos peritos de la sevicia, estos caníbales inesperados, estos hierofantes de la Sagrada Orden del Cepo, no sólo tienen una culpa actual, sino también una proyección, que roza el infinito, de esa culpa. No sólo son responsables de cada inquina individual. O de la suma de esas inquinas, sino también de haber podrido los viejos cimientos de una sociedad entera. Cuando suplician a un hombre, lo maten o no, martirizan también (aunque no los encierren, aunque los dejen desamparados y atónitos en su casa violada) a su mujer, sus padres, sus hijos, su vida de relación. Cuando revientan a un militante (como fue el caso de Santiago) y empujan a su familia a un exilio involuntario, desgarran el tiempo, trastruecan la historia para esa rama, para ese mínimo clan. Reorganizarse en el exilio no es, como tantas veces se dice, empezar a contar desde cero, sino desde menos cuatro o menos veinte o menos cien. Los implacables, los que ganaron sus galones en la crueldad militante, esos que empezaron siendo puritanos y acabaron en corruptos, éstos abrieron un enorme paréntesis en aquella sociedad, paréntesis que seguramente se cerrará algún día, cuando ya nadie será capaz de retomar el hilo de la antigua oración. Habrá que empezar a tejer otra, a compaginar otra en que las palabras no serán las mismas (porque también hubo lindas palabras que ellos torturaron o ajusticiaron o incluyeron en las nóminas de desaparecidos), en la que los sujetos y las preposiciones y los verbos transitivos y los complementos directos, ya no serán los mismos. Habrá cambiado la sintaxis en esa sociedad todavía nonata que en ese entonces aparecerá

como debilucha, anémica, vacilante, excesivamente cautelosa, pero con el tiempo irá recomponiéndose, inventando nuevas reglas y nuevas excepciones, palabras flamantes desde las cenizas de las prematuramente calcinadas, conjunciones copulativas más adecuadas para servir de puente entre los que se quedaron y aquellos que se fueron y entonces volverán. Pero nada podrá ser igual a la prehistoria del setenta y tres. Para mejor o para peor; no estoy seguro. Y menos seguro estoy de poder habituarme, si algún día regreso, a ese país distinto que ahora se está gestando en la trastienda de lo prohibido. Sí, es probable que el *desexilio* sea tan duro como el exilio. La nueva sociedad no será levantada por los veteranos como yo, ni siquiera por los jóvenes maduros como Rolando o Graciela. Somos sobrevivientes, claro, pero también heridos y contusos. Ellos y nosotros. ¿Será levantada entonces por los hoy niños, como mi nieta? No lo sé, no lo sé. Quizá los oficiantes, los hacedores de esa patria pendular y peculiar sean los que hoy son niños pero siguen en el país. No los muchachitos y muchachitas que traerán en la retina nieves de Oslo o atardeceres del Mediterráneo o pirámides de Teotihuacán o motonetas de la Via Appia o cielos negros del invierno sueco. Tampoco los muchachitos y muchachitas que traigan en la memoria a los niños mendigos de la Alameda, o a los drogadictos del Quartier Latin, o la borrachera consumista de Caracas o el tejerazo de Madrid, o las algaradas neonazis del milagro alemán. A lo sumo puede que ayuden, que comuniquen lo aprendido, que pregunten por lo desaprendido, que intenten adaptarse y bregar. Pero quienes forjarán el nuevo y peculiar país del mediato futuro, esa patria que es todavía un enigma, serán los púberes de hoy, los que estuvieron y están allí, los que desde una óptica infantil pero nada amnésica, vieron buena parte de las duras refriegas y cómo otros adolescentes, los del sesenta y nueve y del setenta, eran acribillados como enemigos, y cómo se llevaron a sus padres y tíos y a veces a sus madres y hasta a sus abue-

los y sólo mucho más tarde volvían a verlos, pero tras las rejas o desde lejos o también desde una proximidad hecha de incomunicación y lejanía. Y vieron llorar y lloraron ellos mismos junto a ataúdes que estaba prohibido abrir, y vieron cómo después vino el silencio atronador en las esquinas, y las tijeras en el cabello y en el diálogo, y eso sí, mucho *rock* y *jukeboxes* y tragamonedas para que olvidaran lo inolvidable. No sé cómo ni cuándo, pero esos botijas de hoy serán la vanguardia de una patriada realista. ¿Y nosotros los veteranos? ¿Nosotros las carrozas, como dicen los gaitas? Bueno, los que para entonces todavía estemos lúcidos, nosotros las carrozas que todavía rodemos, nosotros les ayudaremos a recordar lo que vieron. Y también lo que no vieron.

EXILIOS (La soledad inmóvil)

A Sofia, Bulgaria, fue a dar H., periodista, experto en asuntos internacionales, corresponsal de un diario búlgaro en Montevideo. A raíz de una de las tantas arremetidas del régimen había tenido que exiliarse en Argentina, donde vivió siete meses, pero tras el asesinato de Zelmar Michelini y Gutiérrez Ruiz, también la Argentina se volvió inhabitable para los exiliados uruguayos. Bajo la protección de las Naciones Unidas, salió hacia Cuba y desde allí a Bulgaria.

Vivía solo, lejos de su mujer y de sus hijos, pero seguramente había hecho amigos entre los búlgaros, gente cálida y acogedora, amiga de los tragos nobles y sentimentales, y habrá disfrutado de esas increíbles avenidas, con canteros de rosas, que se encuentran a lo largo y a lo ancho de esa linda tierra que es la de Dimitrov, claro, pero también la de mi amigo Vasil Popov, que hace más de diez años escribió y publicó un cuento muy tierno sobre dos tupamaros que encontró una vez en el ascensor de un hotel habanero.

Sí, seguramente se habrá acostumbrado al yoghurt (fermentos casualmente búlgaros) y a los popes y al café a la turca, que a mí me resulta insoportable. Pero aun así habrá sentido la inquerida humillación de estar solo y de mirarse cotidianamente al espejo con nuevo asombro y vieja resignación.

Cuando a mediados de 1977 llegué a Sofia para asistir al Encuentro de Escritores por la Paz, hacía pocos días que H., tan periodista él, había sido noticia. Como todas las tardes, había llegado a su apartamento, probablemente se acostó, y sólo se supo de él varios días después, cuando sus compañeros de trabajo, extrañados por su ausencia, fueron a golpear a su puerta y, al no obtener

respuesta, trajeron a la policía para que la abriera.

Estaba en su cama, con vida aún, pero ya sin sentido. Un colapso le había provocado una hemiplejía. Hacía por lo menos tres días que estaba en ese estado. De nada valieron los cuidados intensivos.

En rigor, no murió de hemiplejía, sino de soledad. Los médicos dijeron que si se le hubiera encontrado a tiempo, seguramente habría sobrevivido. Cuando sus amigos lo hallaron, ya había perdido el sentido, pero se supone que por lo menos durante veinticuatro horas supo qué le estaba ocurriendo. Es desolador tratar de introducirme, inventándolos, en sus pensamientos de hombre inmovilizado. No voy a introducirme, por respeto, aunque quizá estuviera en particulares condiciones de hacerlos verosímiles.

Un par de años antes, en mi exilio porteño, en mi apartamento de solo en Las Heras y Pueyrredón, pasé por un trance bastante parecido. Durante un día entero estuve semi inconsciente, presa del llamado mal asmático. Según parece, algunos amigos me telefonaron, pero yo no me enteré, aunque tenía el teléfono sobre la cama. Seguramente creyeron que no estaba. En aquellos sombríos meses de la Argentina de López Rega, cuando en cada jornada aparecían diez o veinte cadáveres en los basurales, era frecuente que muchos de nosotros, en ciertas noches particularmente inquietantes, durmiéramos en casas de amigos. En mi llavero siempre había por lo menos tres llaves solidarias.

En la tarde recuperé vagamente la conciencia, atendí una llamada, sólo una, luego volví a hundirme. Aquel único ademán alcanzó para salvarme. H. ni siquiera tuvo esa posibilidad. La soledad lo había dejado inmóvil.

EL OTRO (Titular y suplente)

Un rayo la Beatricita, ah si la viera Santiago, Rolando sabe que ése debe haber sido el examen más duro para aquel traga famoso. Años sin Beatriz, quién sabía cuántos. Ahora hay alguna esperanza, pero entonces. Claro que Santiago tendrá varios otros rubros de nostalgia, Graciela entre ellos por supuesto, pero lo más bravo debe ser lo de Beatriz, porque cuando cayó recién empezaba a disfrutarla. No mucho, claro, porque fueron años tremendos, pero de cualquier manera cada dos o tres días se hacía un ratito para verla, y la traía a la cama grande y loqueaba un rato con la piba, que desde que era un gorgojo fue avispadísima. Santiago sí que era padre de vocación, no como él, Rolando Asuero, *habitué* de quilombos en primera instancia, de amuebladas después, en realidad fue la política la que acabó con su latin american way of life, hay que ver que en los últimos tiempos hasta las amuebladas eran usadas para contactos clandes, qué desperdicio, él siempre sentía un poco de vergüenza de no quitarse ni la campera y de tener que respetar a la compañera de rigor (tango habemus: *me cachendié, qué gil*) en aquel ambientacho de jolgorio clásico, bueno alguna vez el contexto pudo más que el texto, de todos modos siempre le pareció que era un abuso de autoridad por parte de los irresponsables Responsables, porque las compas por lo general estaban buenísimas y uno tenía que estar tan atento a no excitar-se, tan dedicado a pensar en bloques de hielo y cumbres nevadas, que después hasta se olvidaba del mensaje recibido y a transmitir.

Un rayo la Beatricita. Hoy había estado un buen rato charlando con ella, mientras ambos esperaban a Graciela. A Rolando le encanta cómo la gurisa habla de

la madre, y cómo la tiene fichada, y cómo le conoce las inexpugnabilidades y los puntos vulnerables. Pero lo curioso es que lo dice sin vanidad, sin petulancia, más bien con un rigor casi científico. Es claro que ese rigor se esfuma cuando empieza a hablar de Santiago. Lo ha endiosado. Hoy acribilló a Rolando, a tío Rolando (para ella todos los amigos y amigas de Graciela son tíos), preguntándole sobre el Penal, sobre cómo serían las celdas, sobre si será cierto que se ve el cielo (él dice que sí, pero ella, a lo mejor es para que Graciela y yo no lloremos) y por qué exactamente estaba preso si tanto Graciela como él, el tío Rolando, aseguraban que era tan bueno y quería tanto a su patria. Y ahí se había callado un ratito para preguntarle después, con los ojos entrecerrados, concentrada en una preocupación que sin duda no era nueva, tío cuál es *mi* patria, la tuya ya sé que es Uruguay, pero yo digo en *mi* caso que vine chiquita de allá, eh, decime de veras, cuál es *mi* patria. Y cuando decía *mi* se tocaba el pecho con el índice, y él había tenido que carraspear y hasta sonarse la nariz para darse tiempo y luego decirle que puede haber personas y sobre todo niños que tengan dos patrias, una titular y otra suplente, pero la gurisa a insistir cuál era entonces su patria titular y él eso está claro tu patria titular es Uruguay, y la gurisa a meter entonces el dedito en la llaga y por qué entonces no me acuerdo nada de mi patria titular y en cambio sé muchas cosas de mi patria suplente. Y menos mal que justo ahí llegó Graciela y abrió la puerta (porque estaban esperando junto a la ventana y sin poder entrar) y fue a lavarse las manos y a peinarse un poco y le ordenó a Beatriz que también se lavara las manos y la gurisa que ya me las lavé al mediodía y Graciela montando en cólera y llevándola de un brazo hasta el lavabo con cierta brusquedad y/o impaciencia, y regresando agitada a donde estaba Rolando, sentado en la mecedora, mirándolo como si sólo ahora advirtiera su presencia y diciéndole hola con una voz cansada e indefensa que sólo lejanamente se parecía a la suya.

INTRAMUROS (El balneario)

No sé por qué hoy estuve rememorando largamente los veranos en Solís. Era lindo el ranchito y tan cerca de la playa. A veces, cuando me pongo impaciente o rabioso, pienso en las dunas y me tranquilizo. En aquellas temporaditas tan calmas, tan parecidas a la felicidad, ¿quién iba a pensar que después vendría todo lo que vino? Recuerdo cuando subimos a la Sierra, y cuando nos encontramos con Sonia y Ruben, y cuando alquilábamos los caballos vos te estabilizabas en el trote y no lograbas, pese a tus órdenes y a tus esfuerzos, que el pingo emprendiera el galope, y en consecuencia quedabas reventada. Sin embargo, no sólo me acuerdo de esos detalles costeño-bucólicos; también tengo presente cierta sensación de incomodidad que no me dejaba disfrutar plenamente de aquel sobrio confort de tres semanas. ¿Te acordás de que lo hablamos unas cuantas veces, cuando el atardecer caía sobre el ranchito y la hora del ángelus nos ponía melancólicos y hasta un poco sombríos? Sí, nuestro confort era terriblemente austero, nuestro descanso era baratísimo y nada ostentoso, y sin embargo pensábamos en los que no tenían nada, ni trabajo ni pan ni vivienda, ni mucho menos una hora especial para la melancolía porque su amargura era de tiempo completo. Y así terminábamos en silencio, sin soluciones a la vista, pero sintiéndonos vagamente culpables. Y, claro, a la mañana siguiente, cuando el aire fresco y salobre y el primer sol penetraban desde temprano en el ranchito, ante ese visto bueno de la naturaleza se nos iba la mufa y volvíamos a sentirnos plenos y optimistas y vos te dedicabas a juntar caracoles y yo a andar en bicicleta porque ya en aquellos años vos argumentabas que yo tenía cierta tendencia a la panza, y ya ves, han pasado unos cuan-

tos más y no tengo panza, claro que por otro tratamiento que tal vez no sea el más recomendable. Y los últimos tiempos, cuando también venían los amigos. Eso tenía algo de bueno y algo de malo, ¿no? Era más entretenido, por supuesto, y estimulaba provechosas (aunque a veces demasiado largas) discusiones, que para mí tuvieron siempre una clara utilidad: me servían para descubrir en mí mismo qué pensaba verdaderamente sobre tantos temas. Pero ese verano colectivo también era malo, porque nos quitaba intimidad y arrinconaba nuestra posibilidad de diálogo (la de nosotros dos), limitándola nada más que a la cama, un sitio donde por lo común usábamos otros medios de comunicación. Y en qué desparramo ha acabado todo el clan. Alguno ya no está más. Creo que las mujeres andan por Europa (¿te escribís con ellas?). Tengo entendido que uno de los muchachos anda por ahí, ¿lo ves a veces?, dale mis abrazos, ¿qué hace? ¿trabaja? ¿estudia? ¿sigue muy mujeriego? Conservo un buen recuerdo de su erudición tanguera y de su vena conciliadora. ¿Cómo estará Solís? ¿Seguirá existiendo El Chajá? Era lindo almorzar en su salón de troncos, por lo general repleto de ingleses, amables y distantes como siempre. ¿Por qué les gustaría tanto a los ingleses ese balneario? A lo mejor les gustaba por las mismas razones que a nosotros: allí todavía (al menos en aquellos años) se recuperaba la sensación de espacio; se podía ver la playa como playa y no como un vasto negocio con arena; el marco natural había sobrevivido, ya que las viviendas, aun las decorosamente suntuosas, no agravaban el paisaje. De mañana temprano era bárbaro caminar y caminar junto a la orilla, recibiendo en los pies esas olitas suaves que te daban ganas de seguir viviendo. Creo que eso nos gustaba también, porque de algún modo simbolizaba al Uruguay de entonces, país de olitas suaves, no de las batientes tempestades que vinieron después. En uno de los extremos había rocas, pero no grandes rompientes. Uno sencillamente se sentaba y, el agua invadía los espacios entre roca y roca, recorría y

limpiaba esos canalitos, ponía patas arriba a los cangrejos y sacudía las mitades de mejillones que siempre se agrupaban en algún recoveco de piedras y cantos rodados. Al atardecer la sensación era distinta, quizá menos generadora de energía o de optimismo, pero portadora de un sosiego que nunca volví a experimentar. El sol se iba escondiendo tras las dunas de Jaureguiberry, y el rítmico chasquido de las olas mansas se entremezclaba con algún mugido que parecía lejanísimo y quizá por eso se volvía taciturno y agorero. Algunos días nos contagiábamos de esa congoja provisional, pero a veces se convertía imprevistamente en la sal de la jornada, sencillamente porque no teníamos motivos personales para la hipcondría, y entonces, aunque a vos a veces se te humedecieran los ojos verdes y a mí se me formara un nudo en la garganta, siempre éramos conscientes de que no había causas concretas para la tristeza, salvo las congénitas, las que vienen adscriptas al mero hecho de vivir y morir. Y volvíamos caminando despacito, ahora abrazados y en silencio, y en la palma de mi mano derecha sentía que la piel de tu cintura desnuda se erizaba, seguramente porque ya empezaba a correr un anticipo de la brisa nochera, y hacía falta llegar al rancho para ponernos los pulóveres y tomar una grapita con limón y preparar el churrasco con huevos y ensalada y besarnos un poco, no demasiado, porque lo mejor venía después.

BEATRIZ (Una palabra enorme)

Libertad es una palabra enorme. Por ejemplo, cuando terminan las clases, se dice que una está en libertad. Mientras dura la libertad, una pasea, una juega, una no tiene por qué estudiar. Se dice que un país es libre cuando una mujer cualquiera o un hombre cualquiera hace lo que se le antoja. Pero hasta los países libres tienen cosas muy prohibidas. Por ejemplo matar. Eso sí, se pueden matar mosquitos y cucarachas, y también vacas para hacer churrascos. Por ejemplo está prohibido robar, aunque no es grave que una se quede con algún vuelto cuando Graciela, que es mi mami, me encarga alguna compra. Por ejemplo está prohibido llegar tarde a la escuela, aunque en ese caso hay que hacer una cartita, mejor dicho la tiene que hacer Graciela, justificando por qué. Así dice la maestra: justificando.

Libertad quiere decir muchas cosas. Por ejemplo, si una no está presa, se dice que está en libertad. Pero mi papá está preso y sin embargo está en Libertad, porque así se llama la cárcel donde está hace ya muchos años. A eso el tío Rolando lo llama qué sarcasmo. Un día le conté a mi amiga Angélica que la cárcel en que está mi papá se llama Libertad y que el tío Rolando había dicho qué sarcasmo y a mi amiga Angélica le gustó tanto la palabra que cuando su padrino le regaló un perrito le puso de nombre Sarcasmo. Mi papá es un preso pero no porque haya matado o robado o llegado tarde a la escuela. Graciela dice que mi papá está en Libertad, o sea está preso, por sus ideas. Parece que mi papá era famoso por sus ideas. Yo también a veces tengo ideas, pero todavía no soy famosa. Por eso no estoy en Libertad, o sea que no estoy presa.

Si yo estuviera presa, me gustaría que dos de mis mu-

ñecas, la Toti y la Mónica, fueran también presas políticas. Porque a mí me gusta dormirme abrazada por lo menos a la Toti. A la Mónica no tanto, porque es muy gruñona. Yo nunca le pego, sobre todo para darle ese buen ejemplo a Graciela.

Ella me ha pegado pocas veces, pero cuando lo hace yo quisiera tener muchísima libertad. Cuando me pega o me rezonga yo le digo Ella, porque a ella no le gusta que la llame así. Es claro que tengo que estar muy alunada para llamarla Ella. Si por ejemplo viene mi abuelo y me pregunta dónde está tu madre, y yo le contesto Ella está en la cocina, ya todo el mundo sabe que estoy alunada, porque si no estoy alunada digo solamente Graciela está en la cocina. Mi abuelo siempre dice que yo salí la más alunada de la familia y eso a mí me deja muy contenta. A Graciela tampoco le gusta demasiado que yo la llame Graciela, pero yo la llamo así porque es un nombre lindo. Sólo cuando la quiero muchísimo, cuando la adoro y la beso y la estrujo y ella me dice ay chiquilina no me estrujes así, entonces sí la llamo mamá o mami, y Graciela se conmueve y se pone muy tiernita y me acaricia el pelo, y eso no sería así ni sería tan bueno si yo le dijera mamá o mami por cualquier pavada.

O sea que la libertad es una palabra enorme. Graciela dice que ser un preso político como mí papá no es ninguna vergüenza. Que es casi un orgullo. ¿Por qué casi? Es orgullo o es vergüenza. ¿Le gustaría que yo dijera que es casi vergüenza? Yo estoy orgullosa, no casi orgullosa, de mi papá, porque tuvo muchísimas ideas, tantas y tantísimas que lo metieron preso por ellas. Yo creo que ahora mi papá seguirá teniendo ideas, tremendas ideas, pero es casi seguro que no se las dice a nadie, porque si las dice, cuando salga de Libertad para vivir en libertad, lo pueden meter otra vez en Libertad. ¿Ven como es enorme?

EXILIOS (Penúltima morada)

La muerte de un compañero (y más cuando se trata de alguien tan querido como Luis Pedemonte) es siempre un desgarramiento, una ruptura. Pero cuando la muerte culmina su asedio en el exilio, y aun si ello sucede en un ámbito tan fraterno como éste, el desgarramiento tiene otras implicancias, otro significado.

Ese desenlace natural, ese final obligatorio que es la muerte, tiene siempre algo de regreso. Vuelta a la tierra nutricia; vuelta a la matriz de barro, de nuestro barro, que nunca va a ser igual a los otros barros del mundo. La muerte en el exilio es aparentemente la negación del regreso, y éste es quizá su lado más oscuro.

Por eso, durante el largo período de la penosa enfermedad de Luis, nos era tan difícil verlo animarse, sonreír, hacer proyectos, y más difícil todavía meternos en el disimulo, nombrar futuros que lo incluían, imaginar o sobrentender que volvería a respirar el aire de su cuadra, a ver la playa, ese luminoso corazón del día montevideano, y disfrutar las uvas, los duraznos, esos lujos del pobre.

Cómo hablar de las buenas cosas simples que dan gusto a la vida y que daban sentido a la suya, si sabíamos que la muerte le seguía el rastro y que nadie podía guardarlo ni esconderlo, ni morirse por él, ni menos aún convencer a su sabueso, ni siquiera derramar un llanto clave para que permaneciera vital entre nosotros.

En los primeros tiempos el exilio era, entre otras cosas, el duro hueso de vivir distante. Ahora es también el de morirle lejos. La lista tiene ya cinco o seis nombres. La soledad, las enfermedades o los tiros, acabaron con ellos y quién sabe cuántos más son ahora tantos menos en el vastísimo país errante.

El trago es más amargo si pensamos que morir de exilio es la señal de que no sólo a Luis, sino a todos, nos han quitado transitoriamente ese supremo derecho a abandonar el tren en la estación donde el viaje empezara. Nos han quitado nuestra muerte doméstica, sencillamente nuestra, esa muerte que sabe de qué lado dormimos, de qué sueños se nutren las vigalias.

Por eso cuando ahora admitimos que Luis, compañero querido como pocos, se va sin haber regresado, le prometemos bregar no sólo por cambiar la vida, sino también por preservar la muerte, esa muerte que es matriz y nacimiento, la muerte en nuestro barro.

Luis fue un excelente periodista, un militante revolucionario, un amigo leal, un ferviente admirador de la Revolución cubana, pero acaso podamos sintetizar todos esos matices diciendo que fue un excepcional hombre de pueblo, con los atributos de sencillez y modestia, de apasionamiento y generosidad, de capacidad de afecto y de trabajo, alegría y valor, eficacia y responsabilidad, que de alguna manera compendian lo mejor de nuestro pueblo.

En él se daban dos rasgos complementarios, que no siempre coexisten en el exiliado; por un lado, el ojo y el oído indeclinablemente atentos a los sufrimientos y a las luchas, a los rumores y las imágenes, de la patria lejana, y por otro, su amplia capacidad de ser útil puesta al servicio de su fecunda integración en Cuba, cuya revolución comprendía, defendía y quería como si fuera la propia, y sabiendo que de algún modo era la suya, era la nuestra.

Con todas sus frustraciones y amargas, el exilio no fue nunca para él un motivo, ni mucho menos un pretexto, de autoconfinamiento y soledad. Él sabía que la mejor fórmula contra el azote del exilio es la integración en la comunidad que acoge al exiliado, y así, firme en su convicción, trabajó con denuedo y alegría, casi como un cubano más, sin dejar nunca de ser un uruguayo cabal.

Recordemos que entre los lugares comunes que, en el mundo capitalista, rodean el negocio de la muerte, frecuentemente se habla de la "última morada". Sin embar-

go, para un compañero como Luis, ésta en que hoy lo dejamos sólo será la penúltima, ya que su última morada estará siempre en nosotros, en nuestro afecto, en nuestro recuerdo. Y será una morada de puertas abiertas y ventanas con cielo.

Sólo así venceremos a esta muerte que parece sin regreso. Y la venceremos porque nadie duda que Luis regresará con aquellos de nosotros que volvamos algún día al terruño. Regresará en nuestros corazones, en nuestra memoria, en nuestras vidas. Corazones, memoria y vidas que serán considerablemente mejores por el mero hecho de volver con tan honesto y leal, tan digno y generoso, tan sencillo y veraz, hombre de pueblo.

HERIDOS Y CONTUSOS (Verdad y prórroga)

A última hora de la tarde fue a ver a su suegro. Hacía como quince días que no lo visitaba. El único problema era que sus horarios no coincidían.

—Caramba, caramba —dijo don Rafael después de besarla—. Algo grave debe ocurrir cuando venís a verme.

—¿Por qué dice eso? Bien sabe que me gusta conversar con usted.

—A mí también me gusta charlar contigo. Pero vos sólo venís cuando tenés problemas.

—Puede ser. Y le pido perdón.

—No jorobes. Vení cuando quieras. Con o sin problemas. ¿Y mi nieta?

—Un poco resfriada, pero en general, bien. En los últimos meses, está consiguiendo buenas notas en la escuela.

—Es inteligente, pero además es astuta. Digamos que sale al abuelo. ¿No la trajiste por el resfrío?

—Un poco por eso. Y también porque quería hablar a solas con usted.

—Te lo anuncié, ¿viste? Bueno, ¿cuál es el problema?

Graciela se sentó en el sofá verde, casi se arrojó en él. Miró lenta y detenidamente aquel recinto levemente desordenado, aquel apartamento de viejo solo, y sonrió con desgano.

—Me resulta difícil empezar. Sobre todo porque es usted. Y sin embargo es con el único que quiero hablarlo.

—¿Santiago?

—Sí. Mejor dicho: sí y no. El tema lateral es Santiago, pero el central soy yo.

—Mirá que son egocéntricas las mujeres.

—No sólo las mujeres. Pero en serio, Rafael, el tema estricto tal vez sea: Santiago y yo.

También el suegro se sentó, pero en la mecedora. Se le ensombrecieron un poco los ojos, pero antes de hablar se balanceó un par de veces.

—¿Qué es lo que no marcha?

—Yo no marchó.

El suegro pareció dispuesto a acortar camino.

—¿Ya no lo querés?

Evidentemente, Graciela no estaba preparada para entrar tan rápidamente en materia. Emitió un sonido poco menos que gutural. Después resopló.

—Tranquilizate, mujer.

—No puedo. Mire cómo me tiemblan las manos.

—Si de algo te sirve, te diré que hacía ya unos meses que me lo veía venir. Así que no me voy a asustar de nada.

—¿Lo veía venir? ¿Se me nota entonces?

—No, muchacha. No se te nota así, en general. Sencillamente, te lo noto yo, que te conozco desde hace tantos años y que además soy el padre de Santiago.

Graciela tenía frente a ella una buena reproducción del Fumador, de Cézanne. Cien veces había visto allí esa imagen de sosiego, pero sintió de pronto que no podía aguantar aquella mirada, que le pareció oblicua. En otras tardes y en otras penumbras, la mirada del Fumador le había parecido perdida en divagaciones, pero ahora en cambio imaginó que la miraba a ella. Quizá todo venía de esa pipa, sostenida en la boca de un modo muy semejante a como la sostenía Santiago. Así que apartó la vista y miró nuevamente a su suegro.

—A usted le va a parecer una locura, una insensatez. Le adelanto que a mí también me lo parece.

—A mis años nada parece una locura. Uno acaba por acostumbrarse a los exabruptos, a los estallidos, a las razonadas. Empezando por las propias.

Graciela pareció animarse. Abrió el bolso, extrajo un cigarrillo y lo encendió. Le ofreció el paquete a don Rafael.

—Gracias, pero no. Hace ya seis meses que no fumo. ¿No te habías dado cuenta?

—¿Y eso por qué?

—Problemas de circulación, pero nada serio. Después de todo, me vino bien. Al principio era desesperante, sobre todo después de las comidas. Ahora ya me acostumbré.

Graciela aspiró lentamente el humo, y al parecer eso le dio coraje.

—Usted me preguntó si ya no quiero a Santiago. Tanto si le respondo que sí como si le contesto que no, estaría distorsionando la verdad.

—Parece que la cosa viene complicada, ¿eh?

—Un poco. Es claro que en un sentido lo sigo queriendo, entre otras cosas porque Santiago no ha hecho nada para que yo le dejase de querer. Usted sabe mejor que nadie cómo se ha comportado. Y no sólo en sus lealtades políticas, militantes. También en lo personal. Conmigo siempre ha sido buenísimo.

—¿Y entonces?

—Entonces lo sigo queriendo como se quiere a un amigo estupendo, a un compañero de conducta intachable que, por otra parte, es nada menos que el padre de Beatriz.

—Pero.

—Pero yo, como mujer, no lo sigo queriendo. Es en este sentido que no lo necesito, ¿me entiende?

—Es claro que te entiendo. No soy tan bruto. Además lo decís con mucha claridad y con mucha convicción.

—¿Cómo podría resumirlo? Quizá diciéndolo rudamente. Y espero que usted me perdone. No quisiera acostarme más con él. Le parece horrible, ¿verdad?

—No, no me parece horrible. Me parece triste, tal vez, pero la verdad es que últimamente el mundo no es una fiesta.

—Si Santiago no estuviera preso, esto no sería tan grave. Sería simplemente lo que le ocurre a tanta gente. Podríamos hablarlo, discutirlo. Estoy segura de que al final Santiago lo entendería, aunque mi decisión lo amargara o lo decepcionase. Pero está en la cárcel.

—Sí, está en la cárcel.

—Y eso hace que me sienta como cercada. Él está preso allá, pero yo también estoy aprisionada en una situación.

Sonó el teléfono. Graciela hizo un gesto de fastidio: el timbre destruía el clima de comunicación, estropeaba la confianza. El suegro dejó la mecedora y levantó el tubo.

—No, ahora no estoy solo. Pero vení mañana. Tengo ganas de verte. Sí, de veras. No estoy solo, pero no es una presencia que deba preocuparte. Bueno, te espero en la tarde. ¿A las siete te parece bien? Chau.

El suegro colgó y volvió a instalarse en la mecedora. Miró a Graciela, calibró su expresión de sorpresa y no tuvo más remedio que sonreír.

—Bueno, estoy viejo pero no tanto. Y además, la soledad total es muy jodida.

—Me sorprendí un poco, pero me alegro, Rafael. También me dio un poco de vergüenza. Uno está siempre demasiado atento a su propio ombligo; le parece que los problemas propios son los únicos importantes. No siempre se da cuenta de que los demás también tienen los suyos.

—Te diré que a esto mío yo no lo llamaría exactamente problema. No es una muchacha, ¿sabés? Aunque sí es bastante más joven que yo. Eso siempre estimula. Además, es buena gente. Todavía no sé cuánto durará, pero por ahora me hace bien. Confidencia por confidencia, te diré que me siento menos inseguro, más optimista, con más ganas de seguir viviendo.

—De veras me alegro.

—Sí, yo sé que sos sincera.

El suegro estiró un brazo hasta una puerquita de la biblioteca. La abrió y extrajo una botella y dos vasos.

—¿Querés un trago?

—Sí, me vendrá bien.

Antes de beber se miraron y Graciela sonrió.

—Con su inesperada historia casi me hizo olvidar la mía.

—No lo creo.

—Lo digo en broma. ¿Cómo voy a olvidarla?

—Graciela, ¿es simplemente eso? ¿No acostarte más con Santiago, cuando éste salga algún día del Penal? ¿Es sólo eso o hay algo más?

—Al principio no había. Era sólo el alejamiento, en realidad *mi* alejamiento. Descartar una futura relación conyugal con Santiago.

—¿Y ahora?

—Ahora es distinto. Creo que estoy empezando a enamorarme.

—Ah.

—Dije que creo que estoy empezando.

—Mirá, si admitís que estás empezando es que ya te enamoraste.

—Puede ser. Pero no estoy segura. Usted lo conoce. Es Rolando.

—¿Y él?

—También para él es duro. Siempre fueron buenos amigos con Santiago. No crea que no me doy cuenta de que ésta es una complicación adicional.

—Te la buscaste bien difícil, ¿eh?

—Ya lo creo. Demasiado.

—¿Y qué vas a hacer? ¿O qué hiciste ya? ¿Le escribiste a Santiago?

—Esto es fundamentalmente por lo que vine a verle. No sé qué hacer. Por un lado, Santiago me sigue escribiendo cartas muy enamoradas. Sé que es sincero. Y yo me siento muy falluta tratando de contestarle en esa misma vena. Por otra, me parece espantoso que él, allá en Libertad, entre cuatro paredes, reciba un día una carta mía (estoy segura de que el sadismo de los milicos haría que se la entregaran de inmediato) en la que yo le diga que no quiero ser más su mujer y para colmo que estoy enamorada de uno de sus mejores amigos. Hay días en que comprendo que, pese a todo, es necesario que se lo escriba de una buena vez, y otros en que me digo que eso sería una crueldad inútil.

—Es penoso, ¿no?

—Sí.

—Me inclino a pensar que el mero hecho de decírselo sería lo que expresaste al final: una crueldad inútil. Vos y Beatriz son para Santiago sus razones de vida.

—¿Y usted?

—Yo soy su padre. Es otra cosa. Los padres vienen de regalo, nadie los elige. La mujer y los hijos se adquieren por un acto de voluntad. Por una decisión propia. Santiago me quiere, claro, y yo lo quiero a él, pero siempre ha mediado entre nosotros una distancia. Con su madre era distinto. Ella sí había logrado una buena comunicación, y su muerte fue para Santiago una catástrofe difícil de asimilar. Es claro que entonces tenía quince años. Pero, como te decía, ahora, para él y allí donde está, vos y Beatriz son su futuro; mediato o inmediato, no importa. Él piensa que algún día se reunirá con ustedes dos y todo recomenzará.

—Sí, eso es lo que piensa.

—Ahora bien, como vos decís, si él no estuviera en la cárcel todo eso sería triste pero más normal. Nunca es buena la ruptura de una pareja, pero a veces una continuidad forzada puede ser mucho peor.

—¿Qué me aconseja, Rafael?

El suegro empina el vaso y acaba con el whisky que se había servido. Ahora es él quien resopla.

—Meterse en la vida de los demás es siempre una imprudencia.

—Pero Santiago es su hijo.

—Y vos también sos un poco mi hija.

—Yo lo siento así.

—Ya lo sé. Por eso es más complicado.

Otra vez suena el teléfono, pero el suegro no levanta el tubo.

—No te preocupes. No es Lydia. ¿Te había dicho su nombre? Quien llama siempre a esta hora es un pesado. Un alumno que me hace interminables consultas sobre bibliografía.

Al parecer el alumno es perseverante o terco o ambas cosas, porque el teléfono sigue sonando. Por fin vuelve el silencio.

—Ya que me preguntás, yo sería partidario de que no le escribieras nada sobre el tema. O sea que sigas simulando. Ya sé que eso hace que te sientas mal. Pero tené en cuenta que vos estás libre. Tenés otros motivos de interés y de afecto. Él en cambio tiene cuatro paredes y algunos barrotes. Decirle la verdad sería destruirlo. Y yo no querría que mi hijo fuera destruido precisamente ahora, después que ha sobrevivido a tantas calamidades. Algún día, cuando salga (sé que va a salir) podrás decirselo con todas las letras y también enfrentar toda su amargura. Y cuando llegue esa ocasión, te autorizo a que le digas que fui yo quien te aconsejó el silencio. Al principio le dará mucha bronca, estallará como en sus mejores tiempos, llorará tal vez, creará que el mundo se viene abajo. Pero para entonces ya no estará entre cuatro paredes, ya estará lejos de los barrotes, y también tendrá, como vos ahora, otros motivos de interés y de afecto. Bueno, ésta es mi opinión. Vos me la pediste.

—Sí, yo se la pedí.

—¿Y qué te parece?

Ahora el suegro parecía más ansioso y nervioso que ella. Cuando inclinó nuevamente la botella, advirtió que la mano que sostenía el vaso le temblaba un poco. También Graciela lo notó.

—Tranquilícese —dijo, parodiándolo. Él se aflojó entonces y rió, pero sin muchas ganas.

—Tal vez sea lo mejor. O por lo menos lo único sensato.

—Comprendo que ninguna solución es totalmente aceptable. ¿Y sabés por qué no lo es? Porque lo único verdaderamente inaceptable es la situación que vive Santiago.

—Creo que voy a seguir su consejo. Seguiré simulando.

—Además, el futuro puede deparar sorpresas. A to-

dos. Así como hoy no lo necesitás, podés volver a necesitarlo.

—Me cree demasiado inestable, ¿verdad, Rafael?

—No. Creo que todos, los que estamos aquí y los que están en tantas otras partes, vivimos un desajuste. Unos más, otros menos, hacemos el esfuerzo por organizarnos, por empezar de nuevo, por poner un poco de orden en nuestros sentimientos, en nuestras relaciones, en nuestras nostalgias. Pero no bien nos descuidamos, reaparece el caos. Y cada recaída en el caos (perdoná la redundancia) es más caótica.

Graciela cerró los ojos por un rato. El suegro la miró, intrigado. Quizá tuvo miedo de que soltara el llanto. Pero ella volvió a abrirlos y sólo estaban levemente húmedos, o quizá un poco brillantes. Miró atentamente el vaso vacío que tenía aún en su mano y lo estiró hacia don Rafael.

—¿Me da otro traguito?

DON RAFAEL (Noticias de Emilio)

Me siento como estrujado, como perdido. Como jadeante, pero sin jadeo. Como tras una vivencia, miserable y primaria, de la paternidad. Como si me viera desde lejos en un escaparate (ya casi perdí el hábito de decir vidriera) y mi propia imagen fuera la de un maniquí al que, para hacerlo más ridículo, sólo le hubieran dejado puesta una corbata. Afortunadamente, parece que convencí a Graciela, pero yo mismo ¿estoy convencido? La hipocresía es un vicio, pero no estoy tan convencido de que la franqueza sea siempre una virtud. Quiero ser realista, quiero ser amplio, quiero ser flexible, quiero ser contemporáneo. La joda es que además soy padre. O sea que cuando Santiago salga por fin de su prisión (el abogado acaba de enviarme una carta bastante esperanzadora), aquí le espera otra. Ver a Graciela a través de los barrotes de un amor ajeno. Rescatar a Beatriz los fines de semana y llevarla al zoológico y a los parques y alguna vez al cine y preguntarle muy pocas cosas comprometedoras porque cada respuesta, por candorosa que sea, le traerá un desasosiego, le hará hacer un cálculo. Y luego: tratar nuevamente a Rolando ¿como qué?, ¿como el viejo compañero de militancia y hasta de celda o como al hombre que ahora se acuesta con su mujer? ¿Qué pasa señores con mi hijo? Sé lo que posee y hasta lo que le sobra, pero la pregunta de hoy es qué le falta. ¿Cuál ha sido la carencia de esta historia? No me cuesta imaginar los pliegues y repliegues que hacen que la gente lo quiera, pero me declaro tachuela acerca de los despliegues que lo conducen al desamor. ¿Qué carencia ha heredado de mí o de su madre? Tengo que encontrarla. Tengo que encontrar a ese hijo verdadero que acaso todavía no sé quién es. Hoy precisamente desempolvé la

carta clandestina, la única que hasta ahora (todavía ignoro cuál fue el insólito canal) pudo enviar con total garantía de que no pasara por la censura carcelaria. Y extrañamente esa carta singular fue para mí y no para Graciela. “Fíjate, Viejo, si estaré seguro de este *correo* que he resuelto decirte las imprudencias que vas a leer. A alguien tengo que hacerle señas desde este páramo y a quién si no a vos. Tengo que hacer señas para no desarmarme, para no reducirme a pedazos. No te aflijas: es una metáfora. Pero de alguna manera traduce una sensación, ¿no? Pongamos las cosas en claro: no tengas miedo de que haya hablado, o delatado a alguien. Eso no. Hay algunas cosas que vos me enseñaste y ésa es una de las que aprendí. Ah, pero tampoco soy un héroe. ¿Te asombrarías si te dijese que aún no sé si callé por convicción o por cálculo? Sí, por cálculo. Siempre observé que mientras lo negás todo, sí te obstinás en decir que no y que no con la cabeza con las manos, con los labios, con los ojos, con la garganta, los tipos igual te dan como en bolsa, claro, pero a veces notás que en el fondo sospechan que les estás diciendo la verdad, o sea que no sabés nada de nada; ah pero en cambio si flaqueás y decís una cosa mínima, una pavada que acaso no les sirva para nada y con la que no jodés a nadie, entonces la actitud cambia, porque a partir de ese momento creen que sabés muchísimo más, y ahí sí que te amasijan, se ensañan con vos. Si negás permanentemente, te van a reventar, es lógico, pero también es posible que a partir de cierto día te dejen tranquilo, porque quizá se convencen de que, efectivamente, no sabés nada. Pero si decís algo, un dato mínimo, entonces jamás te dejarán tranquilo. A lo mejor te abandonan por un tiempo, pero después vuelven a la carga. Les obsesiona extraerte el resto. De ahí que te repita que no sé si callé por convicción o por cálculo. Tal vez sea por esto último. Pero en el fondo son defensas que uno genera. De todos modos estoy conforme, porque nadie cayó por una flojera mía. Pero no es de esto que quiero hablarte. Vos sabés cuál ha sido siem-

pre la argumentación del abogado: no maté a nadie, ¿estamos? Pues sí maté. Que no te venga el infarto, ¿eh? Esto no lo saben ni el abogado ni mis compañeros ni Graciela ni nadie. Sólo vos lo estás sabiendo ahora, y lo estás sabiendo porque tengo que quitármelo de encima. Ya ves lo que arriesgo poniéndolo aquí en blanco y negro, por máxima que sea la seguridad en el correo, y sin embargo lo hago porque ya no puedo llevarlo a solas. Te cuento. Hacía como diez días que yo estaba en el *enterradero*, uno de tantos. Los últimos dos días los había pasado solo, sin salir jamás a la calle, comiendo exclusivamente de latas, leyendo alguna novela policial, escuchando la radio a transistores pero sólo con auricular para no llamar la atención. De día estaban las persianas cerradas. También de noche, claro, pero sin encender ninguna luz. Había que mantener el aspecto de casa deshabitada. La gran ventaja de ese *enterradero* era que tenía salidas a dos calles distintas, y eso, en medio de todo, me otorgaba cierta seguridad, porque la segunda salida estaba muy disimulada, al final de un corredor al que daban varios apartamentos. La mayoría eran bulincitos, así que el movimiento era escaso y eso también ayudaba. Yo sí que dormía con un ojo abierto, y una noche ciertos roces leves y pasos casi imperceptibles hicieron que abriera el ojo número dos. Me pareció que provenían del jardincito del frente. Miré por entre las persianas y vi una sombra que apenas se balanceaba, pero no alcancé a distinguir si era la sombra de un tipo o la de un pinito medio enano que había en el segundo cantero. Me quedé inmóvil, pero de pronto tuve la intuición de que alguien se movía en el interior de la casa. Pensándolo ahora, creo que ellos estaban tan seguros de que allí no había nadie que descuidaron un poco sus normas de seguridad. Además, tengo la impresión de que eran pocos, sólo tres o cuatro, y que se habían acercado a la casa no porque supieran nada en concreto sino porque a esa altura sospechaban de todo. Y entonces me iluminó una linterna y pasó un minuto que para mí fue una eter-

nidad y una voz dijo muy bajo: Santiago, ¿qué hacés vos aquí? Al principio pensé en algún compañero, pero no podía ser porque ellos me llamaban de otro modo, pero luego él apartó un poco la linterna que me encandilaba y pude ver, primero el uniforme, luego el arma que empuñaba, por último el rostro. ¿Sabés quién era? Agarrate, Viejo. Era Emilio. Sí, el mismito que vos pensás, el hijo de tía Ana, tu sobrino. No sabés el desfile de imágenes que pasan por la cabeza de uno en un momento así. Yo tenía poco margen para tomar decisiones; más bien era él quien podía dominar la situación, ya que yo no estaba en condiciones de alcanzar mi arma. En el jardincito había pasos, ruiditos. Él volvió a hablar: Santiago, rendite, es lo mejor, no sabía que anduvieras en esto pero rendite. Y miraba el arma, no la suya sino la mía, la que yo no podía alcanzar. Yo tampoco sabía que anduvieras en esto, Emilio. Ambos hablábamos en susurros. Tantos años sin vernos, murmuró. Mal momento para encontrarnos, ¿eh?, susurré. Y de pronto tomé una decisión instantánea. Puse mis dos puños juntos y me arrimé a él, como para que me esposara las muñecas. Está bien, me rindo. Y él se confió. No se hubiera confiado en ningún otro. Dejó que me acercara y hasta me parece que bajó un poco el arma. No sé ahora qué movimientos vertiginosos hice, pero lo cierto es que tres segundos más tarde esas dos manos mías que iban a ser esposadas le estaban apretando el cuello y lo siguieron apretando hasta que quedó inmóvil. No sé cómo pudo ocurrir todo tan silenciosamente. Las sombras seguían moviéndose en el jardincito pero tampoco hablaban, y era comprensible, no podían revelar así nomás su presencia. Yo estaba descalzo pero vestido, siempre dormía vestido. Caminé todo lo rápido que pude hacia la segunda salida, recogiendo de paso unas alpargatas que estaban sobre una silla. Llegué a la puerta de la otra calle, la que daba al corredor de los bulincitos. Ahí no había persianas ni mirilla, o sea que simplemente había que arriesgarse, y me arriesgué. Salí y no había nadie. Eran las tres de la madrugada.

Avancé diez metros, sin correr, y de pronto lo vi y no podía creerlo: un ómnibus avanzaba lentamente, con sólo dos pasajeros, uno de esos viejos autobuses de Cutcsa con plataforma abierta. Trepé de un salto. Media hora después bajé en la Plaza Independencia. Nunca los diarios mencionaron esa minioperación frustrada, ni el nombre de Emilio apareció como una de las nobles víctimas de la subversión asesina. Sólo el aviso mortuario. Y hasta estábamos nosotros (vos, yo, Graciela, etc.) entre los deudos que participaban con profundo dolor el fallecimiento. Quizá vos hayas estado en el velorio. Yo no, claro, aunque en algún momento tuve la tentación. Pero a esa altura ya estaba muy quemado. Un año después, cuando nos agarraron en la redada de Villa Muñoz, me sometieron a cientos de interrogatorios, me deshicieron bastante, pero jamás me preguntaron sobre eso. ¿Por qué no dieron cuenta del hecho? Nunca lo sabré. La verdad es que nadie en la familia sabía que Emilio era cana. Pero si su profesión era tan misteriosa, ¿por qué llevaba uniforme? Te preguntarás por qué te ensarto todo esto. Te lo cuento porque nunca me he librado de esa acción, que para mí fue obligada. ¿Prejuicio pequeñoburgués? Tal vez. Es mi única muerte, qué ironía. Estuve en más de un enfrentamiento y en varias ocasiones estuvieron a punto de limpiarme, y yo también estuve a punto de liquidar a alguno, pero parece que mi puntería deja un poco que desear. No tengo ninguna otra muerte en mi haber (¿o será en mi debe?). ¿Cuál es el problema? Que el primo no se me borra. Ni se me borran mis manos crispadas apretándole el cuello. Sueño con él dos o tres veces al mes, pero nunca en el acto de matarlo. No son pesadillas. Sueño con un pasado lejanísimo, cuando ambos éramos niños (me llevaba un año, ¿no?) y jugábamos al fútbol en el campito que quedaba atrás de la iglesia, o cuando en los meses de vacaciones íbamos al Prado en horas de la siesta, mientras ustedes los adultos sucumbían a la modorra y nosotros nos sentíamos particularmente libres y nos tendíamos sobre el césped o el col-

chón de hojas y divagábamos y divagábamos y hacíamos proyectos en el que siempre íbamos a estar juntos y a viajar pero en barco porque los aviones nos daban miedo y además, así decía Emilio, en la cubierta del barco podremos jugar al rango y a la payana y en cambio en los aviones eso está prohibido por las azafatas, y seguíamos divagando y él iba a ser ingeniero, porque me gusta la regla de tres compuesta decía, y yo iba a ser músico porque me gustaba tocar La Cumparsita soplando en una hojilla de fumar a través de un peine, y también hablábamos de ustedes los viejos y él dictaminaba, no nos comprenden pero nos quieren, y teníamos fijada la frontera de los catorce años para escaparnos definitivamente de su casa y de mi casa e iniciar así el tomo de aventuras que tantas veces habíamos construido oralmente. Es con ese Emilio que sueño y por eso no son pesadillas. La pesadilla viene cuando me despierto y entonces veo mis manos apretándole el cogote que no era suave y finito como cuando teníamos ocho nueve diez sino corto y rechoncho o acaso me pareció así debido al cuello del uniforme. En varias ocasiones, aquí en el Penal o antes en el cuartel, salió su nombre a luz, y nadie sabe que era mi primo, y todos coinciden en que era un verdugo, uno de los durísimos, un canalla que disfrutaba metiéndole al preso la picana en el culo o en los huevos, y algunos conocen que murió hace un tiempo pero ignoran en qué circunstancias y yo no aclaro nada cuando alguien comenta ojalá no haya sido de muerte natural, ojalá le hayan machacado el cerebro a ese hijo de puta, sádico de mierda y otros calificativos igualmente elogiosos. De modo que no es exactamente un sentido de culpa esto que a veces me desasosiega, sino pensar que esa madrugada de alguna manera acogoté mi infancia. Y tal vez acordarme de la mirada de confianza que él tenía cuando yo puse los puños juntos como para que me esposara las muñecas. Y tal vez pensar hoy que entonces habló susurrando por alguna razón. Quizá porque creyó que yo no estaba solo en la casa y no las tenía todas con-

sigo aunque era consciente de que mi arma no estaba a mi alcance. O quizá para que los demás no me mataran de puro nerviosismo o de pura crueldad, porque después de todo yo era el primo Santiago y era mejor conseguir que me sometiera vivo y no llevarme cadáver y que algún día la familia se enterara de semejante desaguisado. O quizá porque a él también se le vino de repente todo el pasado en común con nuestras divagaciones sobre el césped y el colchón de hojas, y eso lo desconcertó y lo dejó inerme. O quizá porque no le asaltaron tan rápidamente como a mí las profundas diferencias ideológicas que ahora nos enfrentaban en una guerra sin cuartel y sin primos. Pero yo nunca había matado a nadie, Viejo, y creo que éste mi único fogueo me ha marcado para siempre. A lo mejor eso quiere decir que soy un flojo, aunque haya sido muy fuerte en otras cosas. Y te digo más: creo que no me sentiría así si lo hubiera matado a tiros en un enfrentamiento. Me siento así porque lo maté de ese otro modo, cómo te diré, innoble, un poco ruin tal vez, y usando y abusando de su estupor, que era (si quiero ser sincero, no puedo evitar pensar así) un estupor afectivo. Y aunque ahora sé que se había convertido en un tipo siniestro, en alguien sanguinario y sin escrúpulos, y todos dicen y yo también me digo que bien muerto está, lo cierto es que cuando le apreté el cuello con mis manos crispadas, yo ignoraba eso y lo maté sencillamente para sobrevivir, a él que había divagado conmigo sobre un colchón de hojas y había hecho conmigo proyectos comunes de escapadas de su casa y mi casa y de viajes en barco para jugar a la payana y al rango. Son, cómo te diré, dos valores distintos, dos identidades distintas, dos Emilios yuxtapuestos. Viejo, ¿me entendés? A Graciela no se lo cuento ni se lo contaré porque no lo comprendería, porque ella tiende siempre a simplificar las cosas. Me diría hiciste bien, un verdugo menos. O me diría: cómo pudiste hacerle eso a tu primo. Y no es ni una cosa ni la otra. Es más complicado, Viejo, más complicado. Ahora una cosa. Tené en cuenta que esta carta

es una oportunidad única (algún día espero poder contarte cómo pudo darse este increíble azar) que seguramente no se repetirá nunca más. Es imposible que me contestes por esa vía o por otra que sea tan digna de confianza. Sin embargo tenés que contestarme. ¿Verdad que sí, Viejo, verdad que me vas a contestar? Tendrás que hacerlo por la vía normal, la que pasa indefectiblemente por la censura carcelaria. Tendremos que limitarnos a sólo dos respuestas posibles, aunque bien sabemos cuántos matices puede haber entre una y otra. Tomá nota, entonces. Si te hacés cargo de la situación; no digo si aprobás o justificás, pero si por lo menos la comprendés, arreglate para que, dos líneas antes del saludo final, figure la palabra *entiendo*. Si en cambio te parece algo abyecto o inadmisibile, entonces arreglátelas para escribir *no entiendo*. ¿Estamos? Chau, Viejo.” Leí aquella carta como diez veces y me tomé dos días antes de empezar a escribirle. Mi carta terminaba así: “Mi nieta, que como segunda prioridad es también tu hija, linda y espabilada como siempre, ha empezado a estudiar francés, ¿qué te parece? A veces, cuando viene a verme, me pone al día con su última lección franchuta. Pero debo estar medio duro de oídos (los años ay no pasan en vano) o quizá de memoria, ya que a duras penas la entiendo cuando me dice, con el barnizado acento de la Alliance, alguno de los cuentos de Perrault. Chau, hijo”.

EL OTRO (Turulato y todo)

Para él es una sensación nueva. Y no es desagradable, qué va a ser. Pero lo cierto es que se ha metido en un atolladero. Nunca le había pasado esto con ninguna mujer. Siempre había sido él, Rolando Asuero, el propietario de la iniciativa, el que había llevado las riendas de cada relación, terminara o no en la cama. Y eso sí, una cuestión de principios: que fuera provisional, con todos los datos y propósitos bien claritos, transparentes como el H₂O y sin que nadie pudiera luego arrinconarlo con el certificado oral de alguna promesa incumplida. Como omitió decir el Eclesiastés: para no incumplir promesas, lo mejor es no hacerlas. Afortunadamente, y esto debía reconocerlo, siempre había encontrado mujeres gauchas y bien dispuestas, que admitían desde el pique las reglas del juego y que después, cuando éste concluía, se esfumaban con un chau cordial y santas pascuas. Por otra parte, a las dueñas o esclavas, esposas en fin, de sus amigos más entrañables, las había tratado como hermanas y si bien de vez en cuando les dedicaba una miradita incestuosa, jamás iba más allá del linde bienhumorado y camaraderil, aunque a menudo soliviantando la coquetería innata de las susodichas. Miraditas incestuosas que no habían escaseado en tiempos idos para Graciela, que allá en Solís, balneario en bruto, cuando se ponía su malla azul de dos exiguas piezas (no era bikini sin embargo, pues hasta ahí no llegaba el cauto liberalismo de Santiago Apóstol), exhibía una estampa o palmito o cuerpo docente, realmente dignos de consideración y éxtasis, ah pero él nunca había traspasado la pudorosa barrera del suspiro o la admiración descaradamente visual tras las gafas oscuras, por cierto ocasionalmente estimuladas por algún comentario del mismísimo Santiago, que al verla

correr hacia el agua como en un comercial de tévé, una tarde de olas por ejemplo, había murmurado como para sí mismo pero en realidad para los otros tres, está linda la flaca eh, provocando las bromas ambiguas y las risotadas viriles, bueno es un decir, de los otros dos casados y del único soltero impenitente o sea él, Rolando Asuero para servir a usted y a su señora, frase célebre y nada ingenua que él había espetado, dos lustros ha, a un gerente general de empresa que inmediatamente decidió convertirlo en ex cajero.

Pero la Graciela de ahora es otra cosa. Y él también ha cambiado. Como para no. Primero fue la etapa política, con aquellos dos años previos al golpe que fueron sencillamente del carajo. ¿Quién que es, no es erótico? Linda y sustanciosa pregunta para hacérsela a la Esfinge, lacónica bisabuela de Anwar el-Sadat. Ah, pero qué difícil es ser sencillamente erótico en época de memorables patriadas. En aquel reñido bienio a veces no se conseguía ni siquiera una catrera para buenamente dormir, cuánto menos para otros menesteres. Y luego la maldita cana, con sus capitulillos de plantones, picana, submarino y otras delikatessen. Ahí sí que labura incansable el marote.

Te fabricás resignaciones, comonó, y después ni te acordás, porque de noche, cuando ni siquiera comparece como testigo la cucaracha nuestra de cada día, metés la cabezota en la parodia de almohada y soltás el trapo hasta que te deshidratás de tanta lágrima (TH o sea tango habemus: *rechiflao en mi tristeza*, ah pero nunca: *si fui flojo, si fui ciego*). Sí, la Graciela de ahora es otra cosa. En primer término, más mujer, y en segundo, más confusa, tal vez como consecuencia de esa madurez. Como cuerpo (y como alma también, no seamos dogmáticos) ha madurado notoria y estupendamente, y verla por ejemplo acercarse despacito por el callejón de flores que lleva a su edificio (él, como tantas veces, aguardando en el portal) genera lindas expectativas no siempre confirmadas. Está un poco confusa, es cierto, aunque

quizá lo más correcto sería decir desorientada. Y en el centro vital del despiporre: Santiago. Santiago en el Penal, sin poder defenderse ni atacar, solito con su murria y con su acervo cultural, qué terminología eh, pero además qué situação. Rolando ha llegado a un diagnóstico preliminar y es que Graciela es una mina que no la va con la lejanía, y es ahí donde, sin comerlo ni beberlo, el pobre Santiago ha perdido puntos. Pero de ahí a concebir que él, Rolando Asuero, tuviera un papel a desempeñar en esta historia, hay un buen trecho. No sabe. Todavía no sabe. Aunque de a poco lo va sabiendo. Le gusta Graciela, a qué amortiguarlo y/o impugnarlo. Y él reconoce que, en ocasiones varias, cuando ella le hablaba de sus *telarañas* o de sus estados alternos de ánimo y desánimo, había efectuado sobrios avances, había dejado caer indirectas abusivas, había ofrecido ayuda digamos fraterna, y de a poco, tal vez sin proponérselo, había ido dejando veladas pero concretas alusiones a su afectivo interés por ella, o mejor aún al atractivo cierto que tenía para él. Y dato, en ésta su etapa ambigua, con sus sentimientos y emociones en franca revulsión y revisión, Graciela estaba receptiva como una esponja griega. Y seguramente había captado esos movimientos cautelosos, prudentes. Y un día, de pronto, en mitad de una de esas charlas equívocas, de equilibrista, ella salió con aquello de que ya no necesita a Santiago, me abandonó, y él comprensivo, no Graciela no te abandonó sino que se lo llevaron, y ella, es absurdo absurdo o será que el exilio me ha transformado en otra, y él, acaso no seguís compartiendo la actitud política de Santiago, y ella, por supuesto si es también la mía, y él por fin la pregunta de los diez millones, tal vez soñás con otros hombres, y ella, te referís a soñar dormida o a soñar despierta, y él, a ambos casos, y ella, cuando duermo no sueño con ningún hombre, y él, y despierta, y ella, bueno despierta si sueño te vas a reír, y allí hizo un alto, una pausa no teatral sino apenas un silencio breve para tomar aliento y aquilatar todo el peso de lo que iba a agregar: sueño con

vos. Él se había quedado turulato, había sentido un repentino bochorno en las orejas, nada menos que él buena pieza y donjuanísimo, se había mordido un labio hasta sangrarlo pero sin advertirlo hasta horas después. Y ella tensa frente a él, a la espera de algo, no sabía exactamente qué, pero tremendamente insegura porque entre otras cosas conjeturaba que él se estaría acribillando en ese instante con la palabra lealtad, lealtad al amigo solísimo en un calabozo que aunque estuviera limpio siempre sería inmundo, lealtad a un pasado pesado y pisado y a una moral no articulada pero vigente y a larguísimas discusiones hasta el alba en las que siempre estaba Silvio que ya no está y estaba Manolo que ahora es técnico electrónico en Gotemburgo, y las esposas semimarginadas por el machismo-leninismo de los ilustres varones pero participando a veces con objeciones obvias y más que nada preparando ensaladas churrascos ñoquis empanadas milanesas dulce de leche y después lavando platos mientras ellos sesteaban a gamba suelta. Se había quedado turulato, él, tan casanova y putañero, con la frente sudada como liceal seducido por vedette del Maipo, y con una picazón en el tobillo izquierdo que era probablemente una reacción alérgica ante el futuro espeso que se avecinaba. Turulato y todo, había logrado articular gragraciela no jugués con fufuego y hasta había intentado llevar el diálogo a un territorio frivolón, algo así como de carne somos y no codiciar a la mujer del prójimo, todo para tomarse un mínimo respiro, ah pero ella mantuvo su expresión de austeridad sobrecogedora, mirá que no estoy bromeando esto es demasiado grave para mí, y él, perdón Graciela es la sorpresa sabés, y a partir de esa frase de segundo acto de sainete porteño ya no tartamudeó y dejó de sentirse turulato para estar definitivamente apabullado y no obstante poder murmurar es una lástima que no pueda contestar que no digas locuras porque en los ojos te veo que hablás terriblemente en serio y también es una lástima que no pueda decirte mirá conmigo no va la cosa, porque conmigo va. Y no

bien pronunció ese *va*, pensó que había estado sincero y fatal, sincero porque verdaderamente ése era el sentimiento safari que empezaba a abrirse paso en la selvita de su estupor, y fatal, porque no se le escapaba que aquel *va* relativamente imprudente era algo así como el primer versículo de su apocalipsis personal. Pero ya estaba pronunciado y subrayado, y Graciela que había estado decorosamente pálida de pronto se coloreó y suspiró como quien entra en una florería de lujo, y él consideró que ahora correspondía extenderle una mano y en consecuencia se la extendió por sobre la mesita ratona sorteando hábilmente el búcaro sin claveles y el cenicero con puchos, y ella estuvo un rato o sea cuatro segundos vacilando y luego también extendió su mano delgada que parecía de pianista pero era de mecanógrafa y ésta pasó a ser la prueba del nueve porque el contacto fue después de todo suficientemente revelador y ambos se miraron como descubriéndose. A continuación había venido el larguísimo análisis, otra vez la palabra lealtad saltando por sobre el búcaro sin flores y el cenicero con puchos, deteniéndose a veces en los rudos nudillos de él y otras veces en el fragante escote de ella, y Graciela, por ahora más atormentada que feliz, yo comprendo que es una situación injusta pero a esta altura del partido no puedo mentirme a mí misma y demasiado sé todo lo que le debo a Santiago pero evidentemente esa convicción no es un seguro vitalicio contra el desapego conyugal, y Rolando por su parte, por ahora más desconcertado que feliz, tomémoslo con serenidad, tomémoslo como si Santiago estuviera presente en nuestro diálogo ya que él es una parte indescartable de esta situación, tomémoslo como si Santiago pudiera de veras comprenderlo y sobre todo comprendiéndolo en primer término nosotros. Y así hablaron y fumaron durante un par de horas, casi sin tocarse, barajando soluciones y resoluciones, tocando pero con pinzas el tema Beatriz, sin atreverse todavía a desmenuzar o planificar el futuro, prometiéndose un tiempo para habituarse a la idea, prometiéndose asimismo no

hacer demasiadas locuras ni tampoco demasiadas sensateces, y Rolando sintiéndose cada vez más hipnotizado por los verdísimos ojos de ella y las piernas de ella y la cintura de ella, y Graciela evidentemente turbándose con esa reacción que sin embargo quería y esperaba, y Rolando empezando a enamorarse de esa turbación, y Graciela de pronto resbalando inerte hacia un sollozo nada premeditado y por tanto persuasivo como pocos, y él tomándole el rostro con ambas manos y sólo entonces notando, en el dulce contacto con los labios de ella, que de puro azorado se había mordido los suyos cuando una hora antes ella había dicho sueño con vos.

BEATRIZ (La polución)

Dijo el tío Rolando que esta ciudad se está poniendo imban cable de tanta polución que tiene. Yo no dije nada para no quedar como burra pero de toda la frase sólo entendí la palabra ciudad. Después fui al diccionario y busqué la palabra IMBANCABLE y no está. El domingo, cuando fui a visitar al abuelo le pregunté qué quería decir imban cable y él se rió y me explicó con muy buenos modos que quería decir insoportable. Ahí sí comprendí el significado porque Graciela, o sea mi mami, me dice algunas veces, o más bien casi todos los días, por favor Beatriz por favor a veces te ponés verdaderamente insoportable. Precisamente ese mismo domingo a la tarde me lo dijo, aunque esta vez repitió tres veces por favor por favor por favor Beatriz a veces te ponés verdaderamente insoportable, y yo muy serena, habrás querido decir que estoy imban cable, y a ella le hizo gracia, aunque no demasiada pero me quitó la penitencia y eso fue muy importante. La otra palabra, polución, es bastante más difícil. Ésa sí está en el diccionario. Dice, POLUCIÓN: efusión del semen. Qué será efusión y qué será semen. Busqué EFUSIÓN y dice: derramamiento de un líquido. También me fijé en SEMEN y dice: semilla, simiente, líquido que sirve para la reproducción. O sea que lo que dijo el tío Rolando quiere decir esto: esta ciudad se está poniendo insoportable de tanto derramamiento de semen. Tampoco entendí, así que la primera vez que me encontré con Rosita mi amiga, le dije mi grave problema y todo lo que decía el diccionario. Y ella: tengo la impresión de que semen es una palabra sensual, pero no sé qué quiere decir. Entonces me prometió que lo consultaría con su prima Sandra, porque es mayor y en su escuela dan clases de educación sensual. El jueves vino a ver-

me muy misteriosa, yo la conozco bien cuando tiene un misterio se le arruga la nariz, y como en la casa estaba Graciela, esperó con muchísima paciencia que se fuera a la cocina a preparar las milanesas, para decirme, ya averigüé, semen es una cosa que tienen los hombres grandes, no los niños, y yo, entonces nosotras todavía no tenemos semen, y ella, no seas bruta ni ahora ni nunca, semen sólo tienen los hombres cuando son viejos como mi papi o tu papi el que está preso, las niñas no tenemos semen ni siquiera cuando seamos abuelas, y yo, qué raro eh, y ella, Sandra dice que todos los niños y las niñas venimos del semen porque este líquido tiene bichitos que se llaman espermatozoides y Sandra estaba contenta porque en la clase de ayer había aprendido que espermatozoide se escribe con zeta. Cuando se fue Rosita yo me quedé pensando y me pareció que el tío Rolando quizá había querido decir que la ciudad estaba insoponible de tantos espermatozoides (con zeta) que tenía. Así que fui otra vez a lo del abuelo, porque él siempre me entiende y me ayuda aunque no exageradamente, y cuando le conté lo que había dicho el tío Rolando y le pregunté si era cierto que la ciudad estaba poniéndose imbanicable porque tenía muchos espermatozoides, al abuelo le vino una risa tan grande que casi se ahoga y tuve que traerle un vaso de agua y se puso bien colorado y a mí me dio miedo de que le diera un patatús y conmigo solita en una situación tan espantosa. Por suerte de a poco se fue calmando y cuando pudo hablar me dijo, entre tos y tos, que lo que tío Rolando había dicho se refería a la contaminación atmosférica. Yo me sentí más bruta todavía, pero enseguida él me explicó que la almófera era el aire, y como en esta ciudad hay muchas fábricas y automóviles todo ese humo ensucia el aire o sea la almófera y eso es la maldita polución y no el semen que dice el diccionario, y no tendríamos que respirarla pero como si no respiramos igualito nos morimos, no tenemos más remedio que respirar toda esa porquería. Yo le dije al abuelo que ahora sacaba la cuenta que mi papá tenía

entonces una ventajita allá donde está preso porque en ese lugar no hay muchas fábricas y tampoco hay muchos automóviles porque los familiares de los presos políticos son pobres y no tienen automóviles. Y el abuelo dijo que sí, que yo tenía mucha razón, y que siempre había que encontrarles el lado bueno a las cosas. Entonces yo le di un beso muy grande y la barba me pinchó más que otras veces y me fui corriendo a buscar a Rosita y como en su casa estaba la mami de ella que se llama Asunción, igualito que la capital del Paraguay, esperamos las dos con mucha paciencia hasta que por fin se fue a regar las plantas y entonces yo muy misteriosa, vas a decirle de mi parte a tu prima Sandra que ella es mucho más burra que vos y que yo, porque ahora sí lo averigüé todo y nosotras no venimos del semen sino de la almófera.

EXILIOS (La acústica de Epidauros)

Si se da un golpe en Epidauros
Se escucha más arriba, entre los árboles
En el aire.

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Estuvimos en epidauros veinticinco años después que
[roberto
y también escuchamos desde las más altas graderías
el rasgueo del fósforo que allá abajo
encendía la guía la misma gordita
que entre templo y templete
entre adarme socrático y pizca de termópilas
había contado cómo niarchos se las arreglaba
para abonar apenas nueve mil dracmas
digamos unos trescientos dólares de impuesto por año
y con su joven énfasis nos había anunciado
ante el asombro de cinco porteños
expertos en citas de tato bores
la victoria próxima y segurísima del socialista
[papandreu
estuvimos pues en epidauros respirando el aire
[transparente y seco
y contemplando los profusos inmemoriales verdes
de los árboles que dieron y dan su espalda al teatro
y su rostro a la pálida hondonada
verdes y aire probablemente no demasiado ajenos
a los que contemplara y respirara polycleto el joven
cuando hacía sus cálculos de eternidad y enigma
y también yo bajé al centro mágico de la orquesta
para que luz me tomara la foto de rigor

*en paraje de tan bienquista y sólida memoria
y desde allí quise probar la extraordinaria acústica
y pensé hola líber hola héctor hola raúl hola jaime
bien despacito como quien rasguea un fósforo o
[arruga un boleto
y así pude confirmar que la acústica era óptima
ya que mis sigilosas salvas no sólo se escucharon en
[las graderías
sino más arriba en el aire con un solo pájaro
y atravesaron el peloponeso y el jónico y el tirreno
y el mediterráneo y el atlántico y la nostalgia
y por fin se colaron por entre los barrotes
como una brisa transparente y seca*

INTRAMUROS (Una mera posibilidad)

Ayer estuvo el abogado y me dio a entender que la cosa va por mejor camino. Que no es improbable. Que tal vez. Una mera posibilidad, ya lo sé. Pero debo reconocer que me produjo una conmoción, creo que hasta me vino taquicardia. No es que alguna vez haya perdido la esperanza. Siempre supe que algún día iba a encontrarme nuevamente con ustedes. Pero una cosa es conjeturar que para que ello ocurra han de transcurrir unos cuantos años, y otra muy distinta que tal perspectiva ingrese de pronto en el campo de lo posible. No quiero hacerme ilusiones. Y, sin embargo, me las hago, no lo puedo evitar. Y es comprensible, ¿no te parece? Sólo antea-
yer admitía como probable que permanecería aquí varios años, y hasta me había fabricado una actitud mental para habituarme a pagar esa gabela, “a besar el azote” como decía ¿te acordás? con su dejo luciferino aquel cura salteño. Ahora, en cambio, cuando surge la posibilidad de que a lo mejor, que tal vez, que acaso, que quizá sea sólo un año o aun menos, es curioso que este lapso tan mensurable en términos de aguante, me parezca sin embargo más insoportable que aquel otro, extenso, casi infinito, al que de alguna manera me había resignado. Somos complicados, ¿no? Y vos y el Viejo, ¿qué piensan de esto? Por ahora no le digan nada a la nena, no sea que empiece a hacerse ilusiones y luego todo acabe en una frustración, algo que a sus añitos puede ser traumatizante. Nada más que imaginar que acaso la vea pronto, digamos en un plazo alcanzable, sólo eso me eriza el pellejo. Verte a vos, ver al Viejo, es otra cosa. Imaginate si los querré contemplar y estrechar. Hablar largamente con ustedes, qué fiesta diosmío. Pero lo de Beatriz me eriza. Cinco años sin ver a un hijo, y sobre

todo si es un niño, significan una eternidad. Cinco años sin ver a un adulto, por querido que sea, son sencillamente cinco años y también es tremendo. A mí por ejemplo me encontrarían sin nada nadita de panza, y con menos pelo (no me refiero a las razones de obvia peluquería local sino a evidentes entradas que nada tienen que ver con semejante ortodoxia). También hay algunas vacantes incisivas y molares (ojo al gol, que no dice *morales* ¿eh?). ¿Qué más? Bueno, ciertas pecas nuevas, nuevos lunares, alguna cicatriz. Como ves, me sé de memoria. Lo que ocurre es que, en una circunstancia como la que vivo, casi de cartujo, el propio cuerpo se convierte inevitablemente en una clave. Y no por narcisismo, sino porque durante horas y horas no hay a mano otra señal de vida. Por mi parte, sé que el Viejo tendrá unas cuantas canas más. Más arrugas no, porque ese viejo ladino nació arrugado. Recuerdo que, cuando niño, siempre me impresionaban los frunces y estrías que tenía junto a los ojos, en el ceño, etc. Al parecer eso no impedía que tuviera flor de banca con las minas. Yo creo que aun en vida de la Vieja se mandaba sus buenos afiles. ¿Y cómo te encontraré a vos? Más madura, claro, y por eso más linda. A veces las angustias pasadas dejan un rictus de amargura; así al menos escribían los novelistas de comienzos de siglo. Los de ahora ya no emplean giros tan cursis, ah pero los rictus en cambio no pasaron de moda; será que las amarguras siguen tan campantes. Pero yo sé que vos no tenés esos rictus, y si los tenés qué importa, yo te curaré de ellos. Eso sí, es probable que estés más seria, que no te rías tan estruendosamente, tan primaria y primaveralmente como antes. Pero también es seguro que habrás conservado y enriquecido tu capacidad de alegría, tu vocación de eficacia. Si lo que el abogado me dejó entrever efectivamente ocurre, no tengo la menor idea de cómo (y si) podré juntarme con ustedes. Quiero decir: ignoro si en ese caso podría salir del país. Demasiado sé que en este aspecto todo será complicado, pero siempre será mejor que esta separación, que en este ins-

tante ya no sé si es injusta, absurda o merecida. Preferiría viajar, por supuesto, porque aquí ¿qué familia me queda? Tras el fallecimiento de Emilio, sólo está tía Ana, pero no creo que tenga demasiadas ganas de verla; después de todo, nunca ha intentado visitarme. Dicen que está más achacosa que de costumbre, será por eso. En cuanto a los otros primos, no pueden verme por razones obvias, ni, aunque yo saliera, creo que pudiera verlos. Conseguir trabajo aquí sería muy difícil, por motivos varios, de modo que insisto en que lo mejor sería que yo viajase, pero es prematuro conjeturar (sólo en base a los breves indicios que me dejó entrever el doctor) alguna cosa sobre el particular. Mientras tanto, pienso. Y sobre cosas concretas. Frente a esta nueva posibilidad, de pronto he dejado de fantasear, de refugiarme en recuerdos, de reconstruir instancias del balneario, o de la casa, de reconocer figuras y rostros en las manchas de humedad de los muros. Ahora pongo mi atención en temas concretos: trabajo, estudios, vida familiar, proyectos de diversa índole. No estaría mal que pudiera completar los estudios. ¿Por qué no vas averiguando ahí, en la Universidad, qué materias podría revalidar, cuáles tendría que rendir de nuevo? Por si las moscas, ¿sabés? ¿Y trabajo? Ya sé que tenés un buen empleo, pero yo quiero laburar lo antes posible. Y no pienses que sea por machismo. Simplemente tenés que entender que toda la vida he trabajado y estudiado simultáneamente, de modo que tengo el hábito y además me gusta. ¿Por qué no van examinando, vos y el Viejo, alguna posibilidad en este sentido? Ustedes bien conocen qué sé hacer mejor, pero a esta altura no voy a pretender que el trabajo responda exactamente a mis conocimientos o a mi vocación. Puedo hacer cualquier cosa ¿entendés? cualquier cosa. Físicamente estoy bastante repuesto y es seguro que ahí terminaré de reponerme, siempre cuidando, claro, de que no vuelva la panza. Se me hace agua la boca nada más que de imaginar que podría recuperar una vida normal, una vida con vos y con Beatriz y con el Viejo. Desde hace

quince días tengo otra vez a alguien con quien compartir el espacio, digamos un compañero de habitación, y es muy buena gente, nos llevamos magníficamente. Sin embargo, con él no me atrevo a hablar de mi nueva perspectiva, sencillamente porque él no la tiene, al menos por ahora, y si doy rienda suelta a mi euforia (siempre con la íntima e inevitable desconfianza de que yo padezca una *optimitis aguda*) temo provocar en él, así sea indirectamente, cierta desesperanza y cierta pena. Todos somos generosos, por lo menos aquí hemos aprendido a serlo, sobre todo cuando queda atrás la primera etapa que suele ser egoísta, reconcentrada, huraña, hasta hipocondríaca; pero también la generosidad tiene fronteras, aldaños y colmos. Recuerdo perfectamente que, hace poco más de un año, cuando salió J., yo mismo experimenté sentimientos encontrados. Cómo no sentir alegría ante la realidad de que justamente él, que es un tipo excepcional, pudiera reunirse con su mujer y su madre y trabajar de nuevo y sentirse otra vez plenamente un ser humano. Y sin embargo su ausencia también me desalentó, en primer término porque J. es un tipazo para compartir con él las veinticuatro horas, y luego porque su ida me reveló el rigor y la tristeza de mi quedada. Es curioso, pero el buen compañerismo no consiste siempre en hablar o escuchar, en contarnos las vidas y las muertes, los amores y los desamores, en narrarnos novelas que leímos hace mucho y que ahora no tenemos a mano, en discutir sobre filosofía y sus suburbios, en sacar conclusiones de experiencias pasadas, en analizar y analizarlos ideológicamente, en intercambiar las respectivas infancias o, cuando se puede, en jugar al ajedrez. El buen compañerismo consiste muchas veces en callar, en respetar el laconismo del otro, en comprender que eso es lo que el otro necesita en esa precisa y oscura jornada, y entonces arroparlo con nuestro silencio, o dejar que él nos arrope con el suyo, pero, y este pero es fundamental, sin que ninguno de los dos lo pida ni lo exija, sino que el otro lo comprenda por sí mismo, en una espontánea soli-

daridad. A veces una buena relación de enclaustramiento o reclusión, una relación que puede convertirse en amistad para siempre, se construye mejor con los silencios oportunos que con las confidencias intempestivas. Hay gente incluso que se considera tan obligada a intercambiar peripecias autobiográficas que hasta las inventa. Y no siempre se trata de mitómanos o mentirosos, que también los hay; a veces se inventa un episodio como una deferencia, como una cortesía hacia el compañero, creyendo que con eso se le entretiene, o se le hace olvidar su desamparo, o se le extrae de un pozo de angustia, o con ello se le provocan nostalgias y se le enciende la memoria, y hasta se le contagia el virus del recuerdo-ficción. Bicho raro el ser humano cuando está condenado a su propia soledad o cuando el castigo consiste en cotejarla cotidianamente con las respectivas soledades de uno o dos o tres prójimos cuya contigüidad no eligió ninguno de ellos. No creo (ni siquiera después de estos últimos y durísimos años) aquello que decía el taciturno existencialista acerca de que el infierno son los otros, pero en cambio puedo admitir que muchas veces los otros no son precisamente el paraíso.

HERIDOS Y CONTUSOS (El dormido)

A primera hora de la tarde, el silencio está afuera y está adentro. Graciela sabe qué va a encontrar si se decide a mirar a través de las persianas. No sólo el camino de flores estará desierto, sino todo el alrededor: los canchales, las calles internas de la urbanización, las ventanas, las breves terrazas del edificio B.

Los únicos habitantes móviles son a esta hora unos extraños abejorros que se arriman zumbando a las persianas, pero no consiguen entrar. A lo lejos, muy a lo lejos, suenan de vez en cuando, como en ondas casi imperceptibles, los gritos y las risas de un colegio mixto que queda a unas doce o quince cuadras.

Entonces, ¿para qué va a levantarse a mirar a través de las persianas si de antemano sabe lo que va a encontrar? Ese exterior es rutina, y en cambio en el interior, por ejemplo en la cama, hay una novedad.

Graciela apaga el cigarrillo apretándolo contra un cenicero de la mesita de noche. Se incorpora a medias, apoyándose en un codo. Examina su propia desnudez y siente un escalofrío, pero no hace ademán de recoger la sábana que está amontonada a los pies de la cama.

Sigue mirando hacia las persianas, pero sin que nada reclame su interés. Probablemente es sólo una manera de darle la espalda al resto del lecho, pero no como un rechazo, sino como la postergación de un disfrute. Y entonces, antes de darse vuelta, antes de mirar, va moviendo lentamente una mano hasta posarla sobre la piel del dormido.

La piel del dormido se estremece, un poco a la manera de los caballos cuando intentan espantar las moscas. La mano no se da por aludida y permanece allí, tenaz, hasta que aquella carne vuelve a serenarse.

Luego Graciela mueve su cuerpo semi incorporado a fin de enfrentarlo totalmente al dormido, y sin abandonar el archipiélago de pecas que cubre la palma, lo mira de arriba a abajo y viceversa, deteniéndose en puntos, rincones, breves territorios, que en el curso de las últimas horas han ido ganando sus preferencias y turbando su brújula.

Y se demora por ejemplo en el hombro macizo que horas antes acarició con su oreja y su mejilla; y en el pecho sólo a medias velludo; y en el ombligo extraño, como de niño, que la mira como un ojo de asombro, movido indirectamente por el compás respiratorio; y en la cicatriz profunda de la cadera, esa que le hicieron en cierto cuartel que él nunca menciona; y en el vello desordenado y rojizo del triángulo inferior; y en el mágico sexo ahora en reposo después de tanta brega; y en los testículos desiguales porque el izquierdo nunca se ha recuperado y está como magullado y contraído después de tanta máquina en el cuartel sin nombre; y en las piernas bien labradas como el corredor de ochocientos con vallas que hace un tiempo fue; y en los pies toscos y grandes, de dedos largos y un poco torcidos y una uña a punto de encarnarse.

Graciela retira su palma de aquella orografía y acerca su boca a la otra boca. En ese preciso instante, la del que acaso sueña esboza una sonrisa, y ella entonces decide alejarse para verla mejor, para imaginarla mejor, hasta que la sonrisa se cambia en un suspiro o resoplido o jadeo y se va esfumando hasta convertirse otra vez en mera boca entreabierta. Ella aleja la suya, de labios apretados.

Ahora se tiende de espaldas, con las manos bajo la nuca y mirando hacia el cielo raso. Desde el exterior sigue penetrando el silencio y también la insistencia de los abejorros, pero ya no se escuchan las risas y los gritos del colegio mixto.

Ese colegio no es el de Beatriz ni tiene el mismo horario, pero Graciela alza un brazo hasta poder ver la hora

en el reloj digital, regalo de su suegro. Vuelve a poner la mano bajo la nuca, y en tono suave, como para que el dormido no tenga un despertar con sobresalto, dice:

—Rolando.

El dormido se mueve apenas, estira lentamente una pierna y sin abrir los ojos deposita una mano sobre el vientre liso de la mujer despierta.

—Rolando. Arriba. Dentro de una hora llega Beatriz.

EL OTRO (Sombras y medias luces)

Lo peor de todo era dejar correr el tiempo sin haber llegado a un acuerdo sobre el futuro. Porque no importaba cuántas horas conversaran sobre el tema ni cuántas veces se animaran a tratarlo. Todos los argumentos y contrargumentos acababan derrumbándose cuando él, Rolando Asuero, volvía a repetir el ademán ya clásico, el del primer día de la creación, o sea el de tomarle el rostro con ambas manos y besarla con una convicción que en cada nuevo ensayo se iba ajustando y madurando y dejando un sedimento más entrañable. Y cuando él la desnudaba con la misma responsabilidad y el mismo placer de la ocasión primera, y ella se dejaba acariciar y acariciaba con una alegría corporal que, al iluminarla, la convertía rápidamente de seducida en seductora, entonces se acababan todas las humillaciones y los tirones de conciencia y el situarse arbitrariamente en el lugar del ausente. Nunca lo hacían de noche, porque Graciela no quería que Beatriz se enterara antes de que Santiago lo supiera. Graciela no quería que la hija convirtiera, con su sola mirada de estupor o con su oído indeliberadamente atento, aquel acto traslúcido en aire confinado, aquella necesidad mutua en enigma a descifrar. Por eso lo hacían de tarde, y él estaba de acuerdo, mientras la ciudad seesteaba y sólo se oía el zumbido de los abejorros que merodeaban en el callejón de flores o junto a las persianas.

Graciela le había dicho que esa hora obligada había acabado en ella con un prejuicio antiguo, más arraigado en sus hábitos de lo que había pensado y admitido. Con Santiago nunca había hecho el amor de tarde, porque ella quería la oscuridad absoluta para la ceremonia, no quería nada que la distrajese del tacto, ya que el tacto

era para ella el sentido cardinal de la unión amorosa, y Santiago, que no estaba de acuerdo con tal preeminencia y exclusividad del tacto, se había resignado sin embargo, siempre de mala gana, a esa exigencia que él atribuía a puritanismo mal digerido y punto, y sobre todo a su educación en colegio de monjas. Contra el cielo no hay quien pueda, decía Santiago para justificar el carácter irremediable de su concesión. Pero Graciela siempre había tenido bien clarito que las Hermanas no tenían la culpa y que en todo caso la razón última residía en ella misma, en un pudor oscuro del que no se enorgullecía. Por su parte, Rolando se hacía el muy amplio y condescendiente, pero en realidad no le gustaba nada ese arqueo tan pormenorizado de aquellas ajenas noches desnudas, y sólo por vengarse moderadamente de ese malestar le preguntaba y qué tal antes de Santiago, y ella no se indignaba, sino más bien se avergonzaba de confesarle que antes de Santiago nada, y otra vez se embarcaba en el lío de las sombras y las medias luces, y la prueba la tenés ahora, porque haciéndolo como lo hacemos en plena hora de siesta y aun con las persianas cerradas la penumbra es tan luminosa que todo queda a buena vista. Y era tan poderoso su deseo del otro cuerpo, tan prioritario y tan tierno el placer de juntarse con él, que en ningún momento ella había hecho hincapié en su anacrónico culto de lo oscuro, y no sólo no se había distraído del tacto, sino que había descubierto, casi a pesar suyo, cuánto agregaba al tacto la decisión de mirar al otro cuerpo en todas sus maniobras y rutinas y nuevas propuestas, y cuánto agregaba al tacto el ser mirada en todos sus valles y musgos y colinas. Sólo después del disfrute y el aflojamiento, cuando él, Rolando Asuero, encendía un cigarrillo y luego otro más y se lo alcanzaba, sólo entonces o más bien un poco después cuando ella volvía del baño y se acurrucaba contra él, sólo entonces el tema del ausente volvía a instalarse entre ellos, entre los dos cuerpos satisfechos y laxos.

Ella hablaba y hablaba, le daba vueltas y más vueltas

a la situación, y llegaba a decir que nunca había sentido su propio cuerpo tanto como ahora, nunca había sacado tanto partido, no sólo físico, sino también espiritual, de un hecho que después de todo no tenía demasiadas variantes (en eso Rolando no está totalmente de acuerdo, pero se limita a sonreír) y sin embargo esa plenitud no la empujaba a hacer comparaciones, porque no quería agraviar el recuerdo de Santiago ni siquiera el recuerdo de su cuerpo (aquí Rolando deja de sonreír), no quería de ninguna manera opacar su imagen, ya que tampoco tenía derecho a hacerlo pues no olvidaba que cuando ella y Santiago lo hacían eran más jóvenes, más urgidos, más vitales quizá (aquí Rolando frunce el ceño) pero también más inexperientes, y después de todo, lo sufrido en carne propia y ajena en todos estos años los había transformado en seres más duros y a la vez más tiernos, en hombres y mujeres más reales y a la vez más irreales, más concretos y sin embargo más moldeables por la imaginación, y todo eso, todo ese desmoronamiento de ritos y de normas, toda esa contradicción entre pasado y presente, entre presente y futuro, toda esa flamante objetividad, despojada de horóscopos (sonrisa de Rolando con soplido adicional) y melancolías, venía a convertirse de pronto en la única ventaja de una triste historia: ser menos mentirosos en el trato recíproco, ser menos injustos en la relación mutua, ser más humanos de tercera clase, porque los de primera y segunda ya no estaban, o ya no eran, o acaso habían pertenecido a estratos de ficción y disimulo.

Hasta que en la nueva vez que lo hicieron, cuando ella recomenzaba su paternoster post afrodisíaco, Rolando apagó el cigarrillo y le quitó el de ella, apagándolo también, y le tomó sin violencia un mechón de pelo suelto y la acostó suavemente y trepó sin apuro sobre aquel cuerpo asombrado y estremecido, y tras besarla junto a la oreja, dijo simplemente, Graciela no empieces de nuevo, vos y yo sabemos la historia completita, a quién se la contás entonces, él es tu marido y yo soy su

amigo, y además es un gran tipo, pero no podemos seguir jugando al pingpong de la conciencia, entendés, tenemos que decidir y aparentemente ya lo hemos decidido. Hemos encontrado algo que nos importa mucho y por lo tanto vamos a seguir juntos, con todos los problemas y desajustes que ello va a implicar. Los capítulos próximos serán duros, pero vamos a seguir juntos. Vos lo sabés y yo lo sé. Entonces dejemos el tema Santiago para cuando un día él esté en condiciones de saberlo, de adaptarse a la nueva realidad. Vos y don Rafael decidieron no decirle nada mientras esté en cana. Yo no estoy tan seguro de que sea lo mejor, no te olvides de que yo también estuve en cana y creo saber cómo se valoran desde allí estas cosas, pero lo acepto sin embargo y también acepto mi responsabilidad en la omisión. Si, pese a todo, vos seguís respetando a Santiago, y si yo lo sigo respetando, no podemos seguir hablando obsesivamente de él cada vez que lo hacemos. Vos seguirás pensando, claro, y yo seguiré pensando, cada uno por su cuenta y riesgo. Hizo una pausa, volvió a besarla, y cuando él, Rolando Asuero, ya estaba a punto, agregó como pudo: el simple hecho de no macerar el tema con palabras que se repiten y se gastan y nos gastan, ese simple silencio nos irá ayudando, nos ayudará a querernos como verdaderamente somos, y no como tendríamos la frágil obligación de ser.

EXILIOS (Adiós y bienvenida)

Holweide es un barrio de Colonia, en la República Federal de Alemania. Mejor llamémosla Köln, para que no se la confunda con la del Sacramento. En Holweide, pues, se afincó (con un carácter provisional que ya acumula siete años) una familia uruguaya, es decir Olga y sus tres hijos, que en 1974 eran sólo niños y ahora son adolescentes. Familia incompleta, ya que el padre, David Cámpora, estaba preso en Uruguay desde 1971. En el logro de su libertad obtenida en 1980, fue decisivo el papel desempeñado por la escuela en que estudian los tres muchachos: Ariel, Silvia, Pablo.

Según los Cámpora, “Holweide es un barrio proleta, un trozo de pueblo alemán. Hay de todo: gente trabajadora y marginados sociales, plazas de deportes, negocios pequeños, viejas simpáticas y viejas chismosas, varias iglesias, un par de bancos, una escuela piloto sumamente progresista, gente sencilla en fin”.

“La escuela se inauguró”, me cuenta Olga, “justo cuando los gurises empezaron a ir. Ahora tiene unos mil doscientos alumnos. En la actividad desplegada por la libertad de David participaron padres, maestros, alumnos, la directora de la escuela y hasta el propio Ministro de Educación, quien reconoció que para esa escuela los derechos humanos eran algo más que una clase teórica. Se creó una Comisión Cámpora y nos reuníamos quincenalmente para cranear qué nuevas cosas hacer. A veces pensábamos que ya no se podía hacer nada más, pero siempre surgía una idea nueva”.

Se llevaron a cabo varios actos por Uruguay. En el primero de ellos la escuela convocó una asamblea de padres para informarles sobre la situación de David y consultarlos acerca de qué se podría hacer. “Esperábamos

que asistieran unos treinta”, dice Olga, “pero, ante nuestra sorpresa, concurrieron quinientos, y de ahí surgió la idea de hacer una demostración frente a la Embajada uruguaya. Contrataron autobuses, hicieron colectas y hasta hubo que pagar seguro por los niños, ya que la manifestación implicaba sacarlos de Köln y trasladarlos a Bonn. Hubo niños que contribuyeron a la financiación con parte de su asignación mensual. El costo total fue de 4.000 marcos y participaron más de 800 personas. Aquí eso representa mucho, sobre todo si se tiene en cuenta que los niños más pequeños debían ir acompañados por sus padres o traer una autorización escrita. Así se inició una nutrida serie de actividades. Fueron enviadas al gobierno uruguayo 20.000 cartas, con otras tantas firmas, y se logró la participación de trece escuelas de la ciudad. Se publicaron artículos en la prensa y el caso Cámpora se fue conociendo y a la vez encarando como cosa propia. Buenas madres de familia que nunca habían repartido un volante, ahora juntaban firmas en la calle y explicaban lo que ocurría en Uruguay. Hubo unas pocas que decían ‘Si está preso, será por algo’, pero más bien constituían una excepción”.

Aquella solidaria comunidad vivió con la familia todas las alternativas, tanto las esperanzas de salida como las negativas tajantes de la dictadura. “Por fin, y antes que el propio David, nos enteramos de que su libertad era inminente, y la directora de la escuela nos consultó para ver qué podíamos hacer cuando llegara, ya que muchos padres querían ir a esperarlo al aeropuerto. Eso estaba claro: quienes tanto habían hecho por su libertad tenían todo el derecho de compartir nuestra alegría. Me adelanté hasta Frankfurt para prevenir a David, ya que él, por razones obvias, ignoraba la magnitud de lo realizado. Luego, en el aeropuerto de Köln, lo esperaban 300 personas; niños con dibujos, flores y manzanas de regalo, y también muchas lágrimas.”

Se resolvió entonces hacer una gran fiesta en la escuela, así “todos iban a poder ver y tocar a David, que era su

logro, su conquista, el resultado de su trabajo solidario. Por supuesto, antes hubo que recauchutarlo”.

La fiesta tuvo su parte oratoria. Habló la doctora Focke, 65 años, de la guardia vieja de la socialdemocracia; en cierto modo, ella es algo así como la garantía moral de David en Alemania. “En realidad”, dice Olga, “es nuestra madrina protectora”. También hablaron la directora de la escuela, un delegado de los padres (“obrero de la construcción y uno de los mejores amigos que tenemos aquí”), un alumno (“que se ha convertido en un brillante político”) y una delegada de los maestros. Luego David debía agradecer en sólo cinco minutos, pero con la traducción (hecha por Silvia, su hija) se fue a ocho. Y finalmente hablaron un diputado, el burgomaestre de la ciudad y (como también habían sido invitados los distintos grupos que trabajan por América Latina) una delegada del FDR salvadoreño. “Y ahí nomás empezó el baile con una orquesta integrada por trabajadores italianos. En fin, gran canyengue, con comida, bebida, llantos, etc.”

Éstas son las palabras que pronunció David Cámpora ese 20 de marzo de 1981: “Esta noche tiene una especial significación. De alguna querida y extraña manera hemos venido a despedirnos y también a darnos la bienvenida. Nos estamos despidiendo, sin tristeza, de un hombre que estuvo preso nueve años. Que estuvo preso por negarse a cruzar los brazos cuando su pueblo tuvo hambre, dolor e injusticia. Nos estamos despidiendo, sin olvido, de una experiencia muy dura, un poco larga, pero enormemente valiosa. Todo preso político debe agradecer a sus carceleros que le confirmen, en los hechos y sobre su persona, la validez de sus convicciones, la razón de sus pasos. Nunca un hombre está más seguro de lo que hace, que cuando un dolor prolongado no logra quitarle el aliento y derrotarlo. Nos estamos despidiendo de una situación, pero conservaremos de ella prolija memoria. Hoy también damos la bienvenida a un padre en esta escuela. Tres hijos y una esposa me han traído de la mano; quieren mostrarme la excelencia que anida en los

seres humanos. Hombres y mujeres del pueblo capaces de entregar y entregarse. Es un padre emocionado, que se siente en su propia casa, el que hoy puede decirles 'hola' y preguntarles dónde vamos juntos. Siento dentro mío que esta fiesta es algo especial, muy distinto a todo, algo nuevo e importante. Tan pero tan importante, que no soy capaz de decir las palabras exactas que debiera. Tan pero tan nuevo, como siempre resulta la calidez de la gente volcada hacia afuera, de la gente que se ha puesto a querer a los otros. También hay aquí grandeza esta noche. Hay la necesidad imperiosa de seguir haciendo, de seguir pudiendo. Necesidad que brota de lo logrado. Porque ustedes pudieron. Pudieron más que la brutalidad de una dictadura, más que el empecinamiento y el odio de los carceleros, más que la pereza y la comodidad de la vida para sí mismos. Ustedes pudieron y yo estoy aquí como prueba del poder de ustedes. Prueba, pero no medida. Porque no hay medida que pueda abarcar todo lo que se vuelve posible para la gente que se ha puesto a poder. Me atrevo hoy a tomar las voces de mis tantos hermanos presos, a representarlos cabalmente, para decirles: muchas gracias por no dejarnos solos, muchas gracias por querernos tanto. Para pedirles que empecinen su solidaridad hacia América Latina, continente que está comprando con sangre su derecho a ser libre. Podemos esta noche hablar de prisión y muerte sin perder la alegría. Porque nuestra alegría es la del triunfo militante, porque nuestra fiesta es la del esfuerzo combatiente. Estamos felices porque sabemos asumir el dolor de los demás. Lo que ustedes me han dado, no hay forma adecuada de agradecerlo. A ustedes debo el aire libre, y la luz, las calles y las voces, el sueño y los libros. Ustedes me han devuelto mis hijos y mi esposa: mi lugar de cariño, mi permanente ternura. Me avergüenza estarles hablando, diciéndoles cosas. Lo único que tengo para transmitirles es mi fe en el hombre y mi opaca sabiduría de preso. Precisamente a ustedes, empecinada gente buena, que acaban de realizar lo imposible. Ustedes que saben y

pueden. Es para ustedes la fiesta, para ustedes el agasajo. Y soy yo quien los aplaude y los abraza”.

Los alemanes lloraron, y los latinoamericanos ni qué decir. No era para menos. Según cuenta Olga (porque David es muy discreto) “una muchacha se le abrazó y le acarició la espalda durante un largo rato, agradeciéndole lo mucho que le había dado.” Después de todo, la muchacha tenía razón. Sin saberlo ni proponérselo, David había brindado a esa colectividad la excepcional ocasión de expresar lo mejor de sí misma.

DON RAFAEL (Un país llamado Lydia)

¿Soy extranjero? Hay días en que estoy seguro de serlo; otros en que no le concedo la menor importancia; y por último otros más (mejor diría que son noches) en que de ningún modo admito ante mí mismo esa extranjería. ¿Será que la condición de extranjero es un estado de ánimo? Probablemente si estuviera en Finlandia o en las Islas de Cabo Verde o en el Vaticano o en Dallas, me sentiría inexorablemente extranjero, y aun así, quién sabe. Dicho sea de paso, ¿por qué empezaremos siempre con Finlandia cualquier nómina de lejanías, de lontananzas, de extraterritorialidades? ¿Quién nos habrá puesto ese prejuicio en la sesera? Hablar de alguien que está en Finlandia siempre ha sido para nosotros como decir que está en los quintos infiernos, y si no siempre asimilamos las dos acepciones es porque nunca se han visto quintos infiernos con tanto hielo y tanta nieve. Después de todo, ¿qué sabemos de los fineses o finlandeses, aparte del *Kalevala* y el Nobel a Sillampää, ése de los cuatro puntitos sobre las dos aes? Hasta las olimpiadas de 1952 los diarios del Cono Sur escribían Helsinski, con una S antes de la K, pero un tiempo después empezaron a escribir Helsinki. ¿Qué habrá pasado en los juegos olímpicos para que Helsinski perdiera su segunda S?

Pero no estoy en Finlandia sino aquí. Y aquí, ¿soy extranjero? No hace mucho leí en una buena obra de un autor alemán de estos ambivalentes días: “Es curioso que los extranjeros aprendan primero los insultos, las expresiones malsonantes y la jerga de moda del país en que viven (la muchacha que lleva sólo unos meses en P. suelta ya los gritos de dolor en francés y dice: ¡Ai! en vez de ¡Au!).” Según esa definición yo no sería extranjero porque sigo puteando tal y como lo hacía en mi tierra

purpúrea y cuando tengo un dolor intenso no pronuncio ninguna interjección, ni de las importadas ni de las domésticas, sencillamente porque emito un extraño sonido que podría ser más bien definido como onomatopéyico, aunque el diccionario aporta tres ejemplos de onomatopéyas (miau, gluglú, cataplún) que por supuesto y por suerte no tienen nada que ver con los gruñidos o bufidos o estridores guturales que suelo producir en tales lancinantes ocasiones.

¿Qué pensaría yo de mí mismo si por ejemplo cuando el mes pasado, exactamente el miércoles nueve, el profesor Ordóñez me apretó el dedo con la sólita y sólida puerta de su Volkswagen yo hubiera gritado gluglú o cataplún? En cambio mi modesto estridor gutural, acompañado de mirada tajante (no en la acepción de “categórico” sino de “que taja o corta”), seguramente no le habrá dejado al pobre Ordóñez la menor duda acerca de mi odio instantáneo, odio por otra parte injusto además de instantáneo ya que él me había reventado el índice sólo por imperdonable distracción y no por xenofobia militante. Reconozco sin embargo que para mí no representó entonces ningún consuelo ni atenuante la indudable certeza de que ese tarado sería capaz de masacrarle el dedo, con toda ecuanimidad y pareja torpeza, a cualquiera de sus queridos compatriotas. Aunque parezca mentira aquella desgracia me causó gracia, porque durante unos cuantos minutos debimos haber sido dos “rostros pálidos” (afortunadamente no apareció ningún sioux en el horizonte): yo, porque estuve a punto de desmayarme en mitad de mis estridores guturales, y Ordóñez porque también. Con la única diferencia de que el dedo era mío. Ahora bien, ese odio instantáneo, y reconozco que injusto, que experimenté hacia mi colega aun cuando estuve a punto de desplomarme, ¿lo habría sentido, en el mismo grado, si el dueño del Volkswagen hubiese sido un oriental del Paso Molino, de Tambores o de Palmitas? Tengo mis dudas al respecto, pero como la única forma de salir de ellas sería que un compatriota del

Paso Molino, de Tambores o de Palmitas, me desbaratará un dedo con la puerta de su Volkswagen (bah, la marca puede ser otra) no tengo ningún inconveniente en mantenerme en el precario y confortable territorio de la duda filosófica. De todas maneras, si mi odio instantáneo hacia el pelma de Ordóñez tuviera connotaciones internacionales, o por lo menos interamericanas, mi caso ya no sería de xenofobia sino todo lo contrario.

El trasplante forzoso es duro en cualquier edad. Eso lo he sufrido en carne propia. Pero tal vez sean los jóvenes quienes se sienten más castigados. Y no lo digo por Graciela, o por Rolando, o por el mismo Santiago cuando algún día esté libre. Pienso más bien en los muchachos que eran todavía unos gurises cuando empezó el quilombo. A ellos les debe ser casi imposible concebir este tramo de sus vidas como algo no transitorio, como una frustración a larguísimo plazo. Y el peligro es que tal sensación pueda convertirlos en víctimas de una erosión irreversible.

¿Cuántos de esos que antes vimos militando cojonudamente en La Teja o en Malvín o en Industrias, y hoy vemos en París, junto al Sacré-Coeur, o en el Ponte Vecchio florentino, o en el Rastro de Madrid, tendidos junto a productos artesanales que ellos mismos han moldeado o tejido, cuántos de esos muchachos y muchachas, de vaga sonrisa y mirada lejana, no habrán visto, meses o años atrás, cómo caían a su lado los camaradas más queridos, o no habrán oído gritos desgarradores desde la celda nauseabunda y contigua? ¿Cómo juzgar justicieramente a estos neopesimistas, a estos escépticos prematuros, si no se empieza por entender que sus esperanzas han sido abruptamente mutiladas? ¿Cómo omitir que a estos jóvenes, segregados de su medio, de su familia, de sus amigos, de sus aulas, se les ha suspendido su humanísimo derecho a rebelarse como jóvenes, a luchar como jóvenes? Sólo se les dejó el derecho a morir como jóvenes.

A veces los muchachos tienen un valor a prueba de

balas, y sin embargo no poseen un ánimo a prueba de desencantos. Si al menos yo y otros veteranos pudiéramos convencerlos de que su obligación es mantenerse jóvenes. No envejecer de nostalgia, de tedio o de rencor, sino mantenerse jóvenes, para que en la hora del regreso vuelvan como jóvenes y no como residuos de pasadas rebeldías. Como jóvenes, es decir, como vida.

Después de esta tirada creo que tengo derecho a respirar hondo. Decididamente, cuando me pongo serio puedo volverme insoportable. Pero también cabe la posibilidad de que el verdadero Rafael Aguirre sea éste, el insoportable, el pesado, el retórico, y que en cambio el otro Rafael Aguirre, el que disfruta haciendo juegos de palabras y se burla un poco de los demás y bastante de sí mismo, sea en realidad una máscara del otro.

Quizá sea un modo irregular, anómalo, de responder a mi propia pregunta: ¿soy extranjero? Y me respondo así, con una mano, la derecha, en el sudario, y otra, la izquierda, dibujando un sol que ojalá fuera tan espontáneo y luminoso como el que traza mi nieta con sus insólitos e insolentes colores. Sólo que yo no puedo diseñar un sol verde y unas nubes rosas como ella sí hace, sin la menor retórica de cielo. Y en definitiva creo que en mí puede más el sol (aunque sea ortodoxamente amarillo y naranja) que el sudario.

Lo único que puede redimir a un viejo es que a duras penas se sienta joven. He dicho joven y no verde, ojo. No que se haga el pibe vistiendo colorinches o escuchando esa porquería con la que aturden en las discotecas (ah los incomparables Beatles de mi prevejez, aquellos de “Michelle” o “Yesterday” o “Eleanor Rigby”), sino sintiéndose, a duras y maduras penas, un viejo joven.

Tal vez fue eso lo primero que entendió Lydia, y tal vez fue eso (quiero decir el hecho de que lo haya entendido) lo primero que me gustó en ella. Y sin hacerse demasiadas ilusiones. Quizá sucedió de ese modo porque es de aquí, digamos porque no es compatriota. Nadie puede ni quiere quitarse sus nostalgias, pero el exilio no

debe convertirse en frustración. Vincularse y trabajar con la gente del país, como si fuera nuestra propia gente, es la mejor forma de sentirnos útiles y no hay mejor antídoto contra la frustración que esa sensación de utilidad.

Vincularse con la gente del país. Bueno, yo me vinculé con Lydia. Como a veces le digo: después de todo, ya ves, estoy lydiando. Y me siento mejor. Lejos quedó el simulacro del bastón. También por eso no me siento extranjero, porque ella no es *mi extranjera* sino algo así como *mi mujer*. Tiene su poco de sangre india, enhorabuena. O quizá la tenga de sangre negra, también enhorabuena. Digamos que su linda piel es más oscurita que la de Graciela o la de Beatriz. Y aún más oscurita (y mucho menos arrugadita) que la mía.

Tal vez me vinculé con un país llamado Lydia. Y es un nexo distinto a todos mis anteriores. Faltan varios ingredientes clásicos: urgencia, pasión, opresión en el pecho, ni siquiera me atrevería a decir que estoy enamorado, pero a lo mejor me atrevo a pensarlo. Es claro que si cometo el error de mirarme al espejo, automáticamente me lleno de cordura. No hay (ni tal vez haya) matrimonio, pero lo que no puedo negar es que si bien Lydia no es de mi aldea, es en cambio de mi casta, de mi tribu. Y eso de que me vinculé al país Lydia no es un simple tropo, porque fue ella quien me introdujo en las cosas, en las comidas, en las gentes de aquí. Ya he empezado a festejar (no a pronunciar, eh) los modismos locales, no sólo los definitivos, sino también los transitorios, como por ejemplo cuando el concuñado de Lydia confiesa que tiene ganas de mover el bigote, y eso quiere decir que aspira a almorzar.

No obstante, me sigo viendo con los compatriotas. Hay multitud de temas que sólo puedo hablar con ellos, quiero decir hablarlos con plenitud, con conocimiento de causa, aunque no siempre con conocimiento de efectos. Hacer el complejo balance del pasado, más arduo cuanto más cercano, o como dice el buenazo de Valdés (medicina general y vías respiratorias) con su deformación

profesional: hay que auscultar el país, señores, ponerle la oreja junto al lomo para sentir cómo respira y entonces ordenar, diga treinta y tres, diga por favor Treinta y Tres Orientales.

Pero a esta altura eso no me basta. No puedo vivir aquí y así, con la obsesión de que mañana o el próximo octubre o dentro de dos años, voy a quitar amarras y emprender el regreso, el mítico regreso, porque el estilo provisional jamás otorga plenitud, y entonces me interno en el país Lydia, y esto es mucho más que un símbolo sexual (sin perjuicio de que allí me interne y sea un lindo viaje), es también enterarme de lo que se entera la gente del país Lydia, es escuchar los noticieros de radio y televisión de cabo a rabo y no solamente cuando les toca a las noticias internacionales, en la cotidiana espera de que por fin llegue algo bueno desde allá abajo. Pero lo que llega es que desaparecieron otros cuatro, o murieron tres en la prisión y no siempre por lo que cierto defenestrado presidente llamaba “el rigor y la exigencia en los interrogatorios”, sino pura y exclusivamente por fatiga y sobresaturación de cárcel. Lo que llega es que hubo más *rastrillos* y cayeron quinientos y luego soltaron a cuatrocientos veinte como era previsible, pero quiénes serán los ochenta restantes, qué les harán.

Estamos perdiendo la saludable costumbre de la esperanza. Ya casi no entendemos que otras sociedades la sigan generando. Recuerdo la madrugada del treinta de noviembre. Le había dicho a Lydia que no viniera. Quería estar solo con mi escepticismo. No creía en el plebiscito, me parecía una trampa ridícula. Pero a las tres de la madrugada me desperté y tuve la corazonada de encender la onda corta. Y la noticia vino como entremezclada con mi sueño (que no había sido particularmente estimulante) y el NO había arrollado la propuesta de los milicos, y sólo cuando me convencí de que eso no era una posdata de mi sueño, sino una noticia real, sólo entonces salté de la cama y grité como si estuviera en el Estadio y de pronto me di cuenta de que estaba llorando

sin ninguna vergüenza y hasta con sollozos y que ese llanto no era cursi ni ridículo y me sorprendí tanto de mi propio estallido que quise recordar cuándo había llorado así por última vez y tuve que retroceder hasta octubre del 67, en Montevideo, también solo y de noche, cuando otra onda corta había pormenorizado la tristeza informativa de Fidel sobre la muerte del Che.

Pero en noviembre del 80, las gentes del país Lydia me dejaron llorar a solas y lo agradecí. Sólo vinieron al día siguiente para abrazarme, después de asegurarse bien de que yo tenía los ojos secos, y para que les explicara lo inexplicable, y entonces les fui diciendo mientras yo mismo me convencía: la dictadura decidió abrir, no una puerta, sino una rendija, y una rendija tan pequeña que sólo pudiera entrar en ella una sola sílaba, y entonces la gente vio aquella hendedura y, sin pensarlo dos veces, colocó allí la sílaba NO. Es probable que mañana den un portazo, cierren otra vez la fortaleza que habían creído inexpugnable, pero ya será tarde, la rotunda sílaba habrá quedado dentro, les será imposible deshacerse de ella. En esta época de bombas neutrónicas y ojivas nucleares, es increíble cuánto puede hacer todavía una pobre sílaba negadora.

Y Lydia vino, claro (no ya el país Lydia, sino Lydia solita y su alma) y no me dijo nada y también se lo agradecí, y después de asegurarse ella también de que yo tenía los ojos secos, se sentó en el suelo junto a mí (yo estaba como siempre en la mecedora y dejé de mecarme) y apoyó en mis rodillas su cabeza oscurita y sus cabellos negros.

BEATRIZ (La amnistía)

Amnistía es una palabra difícil, o como dice el abuelo Rafael muy peliaguda, porque tiene una M y una N que siempre van juntas. Amnistía es cuando a una le perdonan una penitencia. Por ejemplo si yo vengo de la escuela con la ropa toda sucia y Graciela o sea mi mami me dice por una semana estarás sin postre, y si después me porto bien y a los tres días traigo buenas notas en aritmética entonces ella me da una amnistía y puedo volver a comer helado de esos que se llaman canoa y tienen tres pelotas una de vainilla otra de chocolate y otra más de fresa que viene a ser lo mismo que el abuelo Rafael llama frutillas.

También cuando Teresita y yo estuvimos peleadísimas porque ella me había dado un sopapo lleno de barro y pasamos como dos semanas sin decirnos ni chau ni prestarnos el cepillo de dientes de pronto vi que la pobre estaba muy arrepentida y no podía vivir sin mi carinio y me di cuenta que suspiraba fuerte cuando yo pasaba y empecé a tener miedo de que se suicidara como en la tele así que la llamé y le dije mirá Teresita yo te amnistió pero ella entonces creyó que la había llamado nada más que para insultarla y se puso a llorar a lágrima cada vez más viva hasta que no tuve más remedio que decirle Teresita no seas burra yo te amnistió quiere decir yo te perdono y entonces empezó a llorar de nuevo pero con otro llanto porque éste era de emoción.

También el otro día vi por la tele una corrida de toros que es como un estadio donde un señor juega con un mantel colorado y un toro que se hace el furioso pero es buenísimo, y después de muchísimas horas de estar jugando el hombre se aburrió y dijo no quiero jugar más con ese bicho que se hace el furioso pero el toro quería

seguir jugando y entonces fue el hombre quien se puso furioso y como era muy necio le clavó aquí en la nuca una espada larguísima y el toro que ya estaba a punto de pedir la amnistía miró al señor con unos ojos muy pero muy tristes y después se desmayó en mitad de la cancha sin que nadie le diera la amnistía y a mí me dio tanta lástima que me salió un suspiro finito finito y esa noche soñé que yo acariciaba al toro y le decía chicho chicho igual que le digo a Sarcasmo el perro de Angélica y él mueve la cola contentísimo, pero en el sueño el toro no la movía porque seguía desmayado en mitad de la cancha y yo le daba la amnistía pero en sueños no vale.

El diccionario dice que amnistía es el olvido de los delitos políticos y yo estaba pensando que a lo mejor a mi papá le dan la amnistía, pero también siento miedo de que el general que puso preso político a mi papá tenga buena memoria y no se olvide de los delitos. Claro que como mi papá es muy pero muy bueno y sabe hasta barrer los calabozos, a lo mejor el general que lo puso preso político hace la vista gorda igual que mi abuelo hace conmigo, como si se olvidara de los delitos aunque verdaderamente no los olvide y a lo mejor una noche el general que lo puso preso político le da la amnistía así de repente y sin decirle nada le deja la puerta sin llave para que mi papá salga en puntas de pie y se asome calladito a la calle y tome un taxi y le cuente muy contento al chofer que le acaban de dar la amnistía así que lo lleve enseguida al aeropuerto porque quiere venir a vernos a Graciela y a mí y sepa que yo tengo le dirá al chofer una hijita que hace muchos años que no veo pero sé que es lindísima y muy buena y el chofer le dirá ah qué interesante señor yo también tengo una nena y seguirán hablando y hablando y hablando porque hasta el aeropuerto son una cantidad bárbara de kilómetros y cuando lleguen ya será de noche y mi papá le dirá el problema es que como estuve preso político ahora no tengo plata para pagarle y el chofer no se aflija señor son apenas treinta y ocho millones ya me los pagará cuando pueda y

consiga trabajo y mi papá qué bueno es usted muchísimas gracias y el chofer no hay de qué y dele recuerdos a su señora y a su nena que es tan buena y tan linda y que tenga buen viaje y lo felicito por la amnistía.

Angélica en cambio es muy rencorosa y cuando Sarcasmo la muerde un poco no mucho porque tiene los dientes chiquitos y no lo hace por mal, ella le pega y le pega y después no le habla por tres días y yo sé que Sarcasmo se muere de tristeza y ella sin embargo nunca lo amnistía. A mí Sarcasmito me da muchísima lástima y me lo llevaría a mi casa pero Graciela siempre dice que en el exilio no hay que tener animalitos porque una se encarinia y de pronto un día hay que volver a Montevideo y no vamos a llevar el perro o el gato porque se hacen pichí en los aviones.

Cuando venga la amnistía vamos a bailar tangos. Los tangos son unas músicas tristes que se bailan cuando uno está alegre y así vuelve a ponerse triste. Cuando venga la amnistía Graciela me va a comprar una muñeca nueva porque la Mónica ya está para jubilarla. Cuando venga la amnistía no habrá más corridas de toros ni me van a salir más granitos. Y el abuelo Rafael me va a comprar un reloj pulsera. Cuando venga la amnistía se acabará la amnesia. La amnistía es como una vacación que se va a desparramar por todo el país. Los aviones y los buques llegarán completísimos de turistas muy platudos que irán a ver la amnistía. Los aviones irán tan llenos que la gente estará parada en los pasillos y las señoras les dirán a los señores que van sentados ah usted también va a ver la amnistía y entonces el señor no tendrá más remedio que darle el asiento. Cuando venga la amnistía habrá cucharitas y camisetas y ceniceros con la palabra amnistía y también muñecas que cuando uno les apriete la barriga dirán am-nis-tí-a y tocarán una musiquita. Cuando venga la amnistía se acabarán las tablas de multiplicar, sobre todo la del ocho y la del nueve que son una basura. Me imagino que cuando algún día venga mi papá va a estar como un año hablando siem-

pre de la amnistía. Teresita dice que Sandra dijo que en los países muy fríos hay menos amnistía, pero yo creo que ahí no debe ser tan grave porque como afuera está nevando y sopla un viento helado los presos políticos no querrán que los dejen en libertad porque en el calabozo están más calentitos. A veces pienso que la amnistía está demorando tanto que cuando venga a lo mejor yo seré grande como Graciela y trabajaré en un rascacielos y hasta podré cruzar las calles con luz roja como hacen siempre los mayores. Cuando venga la amnistía capaz que Graciela le dice al tío Rolando, bueno chau.

EL OTRO (Ponte el cuerpo)

¿Así que me encontrarás raro? Puede ser, Rolando, puede ser. Además, hacía mucho que no nos veíamos. Sin embargo, debería estar feliz. Y a lo mejor estoy feliz y es precisamente eso lo que me vuelve extraño. ¿Te parece imposible? Estamos tan acostumbrados a las muertes que cuando por ejemplo ocurre un nacimiento nos agarramos desprevenidos, o como diría un aficionado local al béisbol (ya ves cómo me voy adaptando) nos “coge fuera de base”. Seguramente te estarás preguntando qué ocurrió. Y no te resignas a creer que lo ocurrido sea algo estimulante. ¿Desconfías, eh? Yo también me he vuelto desconfiado. Y sin embargo el elemento nuevo es una buena noticia: soltaron a Claudia y está en Suecia. ¿No te lo imaginabas, eh? Pues la soltaron y está en Suecia, y ya me escribió y ya le escribí. ¿Qué te parece? Seis años son larguísima, sobre todo si tenés en cuenta que yo pude zafar, apenitas pero pude, y ella no, ella tuvo que comerse esos seis de mierda, de humillaciones, de pudrición, de delirio. Y ahora decime, ¿cómo iba a gozar de mi libertad, cómo iba a disfrutar de mi trabajo (por fin estoy haciendo algo que me gusta, que se corresponde con mi vocación), del mero hecho de decir en voz alta lo que se me antoja, cómo iba a gozar de mi vida si sabía que Claudia estaba allá, reventada, animosa pero malherida, leal pero terriblemente ansiosa? Tengo treinta y dos años y soy un tipo robusto y sexualmente sano, en pleno vigor. Vos sabés que a esta edad, si sos normal, es imposible pasar seis años sin tener de vez en cuando una mujer. Yo también lo sé y Claudia lo sabe y en sus cartas me lo sugería indirectamente y por otras vías me lo mandaba decir sin ambages: “No te hagas problemas, Angel. Yo te quiero como nunca y sin embargo no puedo exigir-

te una cosa así. Sos un hombre joven y estás afuera. No podés negarte a lo que espera el cuerpo. Es *tu* cuerpo. Yo no voy a sentirme agraviada. Jamás. Te lo digo en serio. Por favor, creémelo. Después, cuando yo salga, ya veremos qué pasa. Sí, yo te sigo queriendo como nunca, pero no te quedes sin mujer, no te condenes a vivir sin cuerpo de mujer. Yo sé mejor que nadie cuánto lo necesitás”. Y siempre así. Sólo faltó que me transcribiera aquel verso de Vallejo: “Ya va a venir el día. Ponte el cuerpo”. Era casi una obsesión en sus cartas y en sus mensajes. Yo le respondía que no se preocupara, que quizá más adelante, pero que ahora no tenía ganas ni deseos ni nada. Y ella de nuevo a insistir. Hasta que al fin se dio una coyuntura no buscada por mí, algo que vino muy naturalmente, y decidí ponerme el cuerpo, o sea que fui a la cama con una muchacha estupenda, y lo hicimos, claro, pero en otro sentido fue un fracaso. Yo miraba mi vaivén, ¿sabés? como si fuera el de otro. Los órganos reaccionan, claro, al contacto de una linda carne contigua; pueden desenvolverse, excitarse, llegar por sí mismos a una culminación, pero yo permanecía ajeno a ese disfrute, yo estaba allá, en una celda remota, murmurándole apoyo a una mujer lejana y mía, consolándola, sin tocarla, de heridas que nunca cerrarán; diciéndole palabras, palabritas aisladas que para nosotros dos tienen el significado de un ritual, son como hitos de nuestra historia privada. Me dirás que eso ocurre con todas las parejas. Ah, pero en esta pareja uno estaba aquí, libre, pero sintiéndose estúpidamente culpable de su libertad, y la otra estaba allá, en clausura y en pugna, acompañada y solitaria, pensando probablemente en mí, en que yo me estaría sintiendo estúpidamente culpable de mi libertad. Y la muchacha que lo estaba haciendo conmigo comprendió de pronto con claridad toda la situación, y la comprendió a pesar de que era de aquí, o quizá por eso mismo, y cuando ya estábamos tendidos y en silencio, mirando el techo, apoyó su mano en mi pierna, y dijo: “No te aflijas, esto te pasa porque eres buena gen-

te”, y se levantó y se vistió y se fue sin más, después de darme un beso en la mejilla. Así que imagínate si habrá sido buena noticia para mí saber que, después de seis años, la otra, o sea la única, la castigada, la leal, estaba libre y en Suecia y con amigos. Ésta es la historia. Por ahora. Nos hemos escrito, nos hemos telefoneado. Te aseguro que el teléfono no fue el medio ideal de comunicación, porque los dos llorábamos y al final aquello costó un montón de plata, nada más que para escuchar, durante un cuarto de hora, tres monosílabos y cuatro sollozos. Desde el primer momento le escribí que viniera enseguida y le compré el billete de avión, *open*, para que viaje cuando quiera y pueda. Pero en su respuesta noté cierta reticencia y empecé a imaginar cosas absurdas. Imagínate la libertad que uno tiene cuando se pone a imaginar cosas absurdas. Las razonables tienen que ver con permisos, residencias, pasaportes, etc., pero yo elegí las otras, por lo menos algunas, y las enumeré en mi nueva carta. Y hoy acabo de recibir su respuesta. Dice así, te la leo: “Vos seguís pensando en la Claudia que dejaste de ver hace seis años, pero en esos seis años pasaron muchas cosas y hasta los rostros cambian y esa transformación tiene un ritmo distinto al del simple transcurrir del tiempo. Sé que vos, por ejemplo, tenés el mismo aspecto, sólo que con seis años más. Es lo normal, ¿no? Pero yo, querido, no tengo el mismo rostro. Ésta es la reticencia que notaste en mi carta. Y como imaginaste tantas barbaridades, tomé esta decisión: me hice varias fotos, y te confieso que, aunque no lo creas, seleccioné la mejor, y bueno, aquí te la mando, Ángel, quiero que antes de que decidas si debo ir allí o quedarme aquí, veas cómo soy y cómo estoy, veas cómo pasaron esos seis años por mis ojos, por mi boca, por mi nariz, por mis orejas, por mi frente, por mi pelo. Y quiero (vos sabés que soy católica, así que te lo pido por el amor de Dios) que, si de veras me querés y respetás, seas rigurosamente sincero conmigo”. ¿Te das cuenta, Rolando, de todo lo que esa carta dice? ¿Podés leer

como yo todas las entrelíneas? Por eso te decía hace un rato que a lo mejor estoy feliz y es eso lo que me vuelve un poco extraño. Estar feliz y sin embargo no ser feliz. Ah, pero nunca imaginé que el estar feliz incluyera ¿sabés? tanta tristeza.

HERIDOS Y CONTUSOS (Putá vida)

—¿Y qué sentiste cuando te leyó la carta, cuando te contó lo de la foto?

—Desconcertado. Realmente, creo que me sentí desconcertado.

—¿Desconcertado y culpable?

—No. Culpable no.

—¿Y entonces por qué llegaste con esa cara de velorio?

—Será porque este enredo no es precisamente una fiesta.

—Cuando decís enredo, ¿te referís a lo nuestro?

—Sí, ¿a qué va a ser?

—Yo no lo veo como un enredo.

—¿Ah, no? Pero es.

—¿Estás arrepentido?

—No. Pero no es una fiesta.

—Ya lo habías dicho. Tampoco lo de ellos es una fiesta.

—¿Lo de Claudia y Ángel? Tampoco. Pero al menos es transparente. Un dolor transparente. Un amor transparente.

—A diferencia del nuestro, que es opaco.

—No dije eso.

—Pero lo das a entender. Todo lo que no decís, lo estás sin embargo diciendo. ¿Te creés acaso que yo no me lo digo?

—Vos bien sabés que para mí lo único opaco es que no se lo hayamos comunicado a Santiago. Lo demás, no. De veras te quiero, Graciela, y eso no es opaco.

—¿A qué volver sobre eso? Lo hablé con Rafael y él me convenció. Y sigo creyendo que tuvo razón. Era demasiado para Santiago. Enterarse así, y enterarse allá. Entre cuatro paredes.

—Bueno, ahora viene.

—Sí, y estoy contenta de que venga.

—¿Contenta por eso quiere decir arrepentida de lo otro?

—No, Rolando, yo tampoco estoy arrepentida. Contenta quiere decir contenta, nada más. Contenta porque va a estar libre, que bien lo merece. Y también porque podré decírselo.

—¿Podrás?

—Sí, Rolando, podré. Soy bastante más fuerte de lo que pensás. Y además estoy segura. Ahora sé definitivamente que lo otro marcharía mal. Y respeto demasiado a Santiago para seguir mintiéndole.

—Putá vida, ¿no? Que el tipo salga, después de tantos años, y lo espere esto. Quiero decir: que lo esperemos nosotros con esta buena nueva.

—No sé. Después de todo, como dice Rafael, es mejor que se entere aquí, con otra perspectiva.

—También se enterarán los otros. Los compañeros. ¿Acaso te habló de eso tu admirado Rafael?

—No. Pero bien que lo sé.

—No creo que vayan a estar de parte nuestra.

—Probablemente no. A Santiago todo el mundo lo quiere. Será difícil.

—¿Cómo se lo vas a decir?

—No sé, Rolando, no sé.

—¿Preferís que le hablemos los dos?

—Mira, no sé cómo se lo voy a decir. Improvisaré. Pero en cambio sé que quiero decírselo a solas. Tengo ese derecho, ¿no?

—Tenés todos los derechos. ¿Y Beatricita?

—Está como distante. También eso me jode.

—¿Sabe que el padre llega dentro de quince días?

—Desde el domingo lo sabe. A pesar de la advertencia de Santiago, me resolví a decírselo. ¿Sabés por qué lo hice? Porque pensé que por alguna extraña vía se había enterado o lo intuía, y que acaso su actitud distante obedecía a que yo no le había dado la noticia. Pero después que se lo dije, ha seguido igual.

—Es demasiado avispada la botija. Seguro que sospecha lo nuestro.

—Eso creo.

—Después de todo, es una reacción inevitable.

—Puede ser, pero me preocupa.

—¿Y ahora por qué llorás?

—Porque tenés razón.

—Sí, claro, ¿pero en qué?

—En eso que hoy dijiste: puta vida.

EXILIOS (Los orgullosos de Alamar)

Viví más de dos años en Alamar, una zona situada a unos quince kilómetros de La Habana e integrada fundamentalmente por bloques de viviendas, incesantemente contruidos por brigadas de trabajadores capitalinos. Es una de las maneras que han hallado los cubanos para tratar de resolver su arduo problema habitacional, sin que por ello se resienta la producción. En cada fábrica u oficina o almacén, se forman una o más brigadas de 33 trabajadores cada una. Como por lo general no son obreros de la construcción, empiezan por un curso básico y luego se consagran a levantar edificios de cinco a doce plantas, que luego serán ocupados por aquellos de sus compañeros (o acaso por ellos mismos) que más urgentemente necesiten una nueva vivienda. El vacío laboral que cada brigada deja en su centro de trabajo es compensado por horas extraordinarias que trabajan los demás. Curiosamente, la idea provino de los obreros; el gobierno se limitó a viabilizarla.

Pero hay un detalle adicional que nos atañe directamente. En cada uno de esos edificios, las brigadas ceden un apartamento (si es de cinco plantas) o cuatro (si es de doce) a familias de exiliados latinoamericanos, y éstos lo reciben con mobiliario, refrigerador, radio, televisión, cocina a gas, y hasta sábanas y vajilla. Todo gratuito.

De ahí que un buen número de latinoamericanos estén concentrados precisamente en Alamar. Los niños y adolescentes uruguayos suelen ser allí, si no bilingües, por lo menos bitonales. Cuando juegan y corretean en las calles con sus compinches locales, hablan con un crudo acento cubano. Pero cuando entran en sus hogares, donde los padres siguen hablando tozuda y consciente-

mente de vos y che, entonces los fiñes pasan a ser nuevamente botijas.

Alamar es un lindo lugar, acaso con menos autobuses y árboles de lo necesario, pero con un aire liviano y salitroso, un mar al alcance de la mano y una fraternidad sin aspavientos.

El 30 de noviembre de 1980, día del plebiscito, zancadilla que la dictadura uruguaya se hizo a sí misma, yo ya no estaba en Alamar, sino en España. Esa madrugada, mientras las noticias del explosivo triunfo popular iban accediendo a las primeras planas de las noticias mundiales, pensé muchas cosas, claro, pero entre otras pensé en Alamar, en que habría sido bueno celebrar allí la increíble goleada.

Y cuando en el siguiente enero fui a La Habana, éste fue el primer tema que toqué con Alfredo Gravina. Alfredo y yo tenemos varias cosas en común, pero sobre todo dos muy importantes: la literatura y Tacuarembó, aunque él provenga de la capital departamental y yo sólo de Paso de los Toros.

“Ah, esa noche.” Y pone los ojos en blanco. Siempre pensé que Alfredo (su segundo nombre es Dante, pero nunca me atreví a tomarle el pelo, porque mi tercero es Hamlet) había salido con su tranquito inimitable, de alguna película de Vittorio de Sica, con libreto de Cesare Zavattini. Ah, pero cuando pone los ojos en blanco, queda igualito a Totó.

“Mirá, esa noche nos habíamos reunido varios de la colonia para charlar y tomar unos tragos. ¿El plebiscito? Lo previsible era el fraude.” Entre sus arrugas de fogueo aparece esa sonrisa abierta, y siempre dispuesta a ampliarse, que quienes no lo conocen pueden interpretar como burla de otros, pero que nosotros sabemos que es joda de sí mismo. No autocrítica, entendámonos, sino joda de sí mismo. Hay matices, ¿no?

“Empezamos a cantar tangos, viejos tangos, quizá como una forma de sublimar la nostalgia. Pero una compañera, más realista (como suelen ser las mujeres) esta-

ba, a pesar de la canterola, con la oreja pegada a la onda corta. Así que el panorama era éste: nosotros con Gardel y ella con la BBC. Y de pronto dio un salto: '¡Ganó el NO! ¡Ganó el NO por más del sesenta por ciento!' Y ahí nomás abandonamos al pobre Gardel y nos pegamos a la BBC, que nos confirmaba el notición."

Ese mismo 30 de noviembre, en Mallorca, también yo me había enterado por la BBC; nunca antes, aquel español pulcro y desinfectado, esa suerte de promedio entre Guadalajara y Ushuaia, me había parecido tan espléndido.

"Nos largamos a la calle con una bandera" sigue Alfredo, "ni sé de dónde la sacamos. Había que comunicarlo y festejarlo. Golpeábamos en las casas de los compatriotas, pero la mayoría no había vacilado, como nosotros, entre el Mago y la BBC; sencillamente se habían ido al catre, porque el lunes es día de trabajo. Muchos creían que era una broma, pero de a poco fueron convenciéndose y sumándose al coro, cada vez más entusiasta y desafinado. Era tanto el escándalo que la policía no tuvo más remedio que acercarse, un poco asombrada ante semejante alboroto en un Alamar que a esas horas sólo descansa o hace el amor. ¿Qué era aquello? ¿Qué nos pasaba? Ahí nuestro principal argumento fue la bandera y a partir de eso entendieron lo demás. Sólo nos sugirieron que no hiciéramos tanto ruido, pero yo creo que sin ninguna esperanza de que siguiéramos el consejo. En realidad, el festejo sólo terminó cuando empezó a asomar el sol".

¿Y al final cómo estaban? "Orgullosos, che, orgullosos", concluyó el viejo Alfredo, flaco, arrugado y enhies-to, sacando pecho como en Tacuarembó.

DON RAFAEL (Quitar los escombros)

Es raro. Mi hijo va a salir de la cárcel, va a llegar aquí cualquier día de éstos y yo asumo la noticia con toda naturalidad, casi como si fuera el corolario de un presagio. ¿Acaso era tan previsible? ¿Cuántos, aun con menos años de prisión que Santiago, un día no pudieron más con su angustia o su cáncer o su propia historia, y murieron? ¿Cuántos más enloquecieron de desaliento o de impotencia? Sin embargo, desde el comienzo supe que iba a salir. Por instinto tal vez, por corazonada de viejo. Lo más curioso es que cuando Graciela me lo comunicó, en ese primer instante revelador no pensé en él ni en mí ni en mi nieta ni en el problema gordo que aquí le aguarda. Sólo pensé en su madre, en Mercedes. Pensé en ella como si estuviera viva, como si mi legítimo, razonable impulso fuera el de ir corriendo a avisarle, a decirle que pronto lo podría abrazar, estrujar, tocarle las mejillas, llorarle en el hombro, qué sé yo. Y así advertí que, a pesar de los años transcurridos, a pesar de Lydia hoy y otras más ayer y anteayer, existe todavía un nexo reservado que me une a Mercedes, al nombre y el recuerdo de Mercedes, con su atuendo siempre marrón; su mirada quieta, que allí en el fondo tenía permanentemente un puntito de emoción; sus manos débiles y sin embargo seguras; su sonrisa inconfundible y a menudo hermética; su tierna solicitud hacia Santiago. A veces se me antoja (una locura como cualquier otra) que ella habría querido un biombo tras el cual hablar con Santiago, acariciar a Santiago, mirar a Santiago, sin que el resto del mundo (yo incluido en el mundo) la importunara con su curiosidad, su deferencia o su recelo. Pero como, por supuesto, no había biombo, sufría un poco, no escandalosamente, sino con moderación, como era su estilo. No era fea Mer-

cedes. Ni linda. Tenía un rostro personalísimo y atrayente, imposible de confundir u olvidar. Y una bondad bastante complicada pero legítima. Ahora, a tanta distancia, si quisiera ser descaradamente franco conmigo mismo, tal vez no sabría reconocer de qué me enamoré, o si realmente me enamoré alguna vez de esa mujer desmesuradamente mesurada. Me digo esto y de inmediato siento que soy injusto. Es claro que debo haberme enamorado. Sólo que no me acuerdo. Hablábamos entre nosotros bastante menos de lo que habla una pareja corriente, pero, claro, no éramos una pareja corriente. Sin embargo, esas pocas conversaciones no eran por cierto banales. Me desconcertaba bastante, pero nunca pude agraviarla, o gritarle, o recriminarle algo. Siempre parecía la recién emergida de un naufragio que aún no se había habituado por completo a su sobrevivida. Me fue difícil comunicarme con ella, pero las pocas veces en que lo logré, fue una comunicación milagrosa, casi mágica. Hacer el amor con Mercedes era quizá como hacerlo con un concepto y no con un cuerpo, pero después de hacerlo quedaba tan dulce y tan trémula que ese epílogo significaba una unión mucho más estrecha que el acto en sí. Sólo cuando escuchaba buena música recuperaba esa misma expresión de modelo de Filippo Lippi. Cuando apenas llevábamos dos años de casados, en uno de sus infrecuentes raptos de confianza que eran como concesiones que a veces nos hacía (a ella y a mí), me dijo qué bueno sería morir escuchando alguna de las Cuatro Estaciones de Vivaldi. Y tantos años después, exactamente el diecisiete de junio de mil novecientos cincuenta y ocho, cuando estaba leyendo y de pronto quedó inmóvil para siempre, en la radio (ni siquiera era el tocadiscos) estaba sonando la Primavera. Santiago lo supo y quizá por eso esa palabra, primavera, ha quedado ligada para siempre a su vida. Es como su termómetro, su patrón, su norma. Aunque no lo mencione sino rarísimas veces, sé que para él los aconteceres del mundo en general y de su mundo en particular se dividen en primaverales, poco

primaverales y nada primaverales. Supongo que estos últimos cinco años no le habrán parecido primaverales. Y bien, ahora sale. ¿Habré hecho mal aconsejándole a Graciela que no le escribiera sobre la nueva realidad? Sólo faltan doce días para que lo sepa. O quizá deban transcurrir seis meses o seis años para que efectivamente pueda comprobar si mi consejo fue un acierto o un gaza-po. La vida sigue, dicen y repiten las canciones banales, o si no lo dicen por lo menos lo rozan. Y como son las canciones banales las que lo dicen, nosotros los sesudos descartamos radicalmente esa blandenguería. Y, sin embargo, en todo lo cursi hay siempre un carozo de realidad. La vida sigue, por supuesto, pero no tiene un solo modo de seguir. Cada uno tiene su ruta y su rumbo. Conozco, porque me lo contó apabullada la mismísima Graciela, el caso diáfano de esa pareja, Angel y Claudia (tengo la impresión de que él fue alumno mío). Para ellos la vida siguió de ese modo tierno, conmovedor. Ah, pero no es ley. Justamente es conmovedor y tierno porque sucedió sin violencia interior, con una inevitabilidad absolutamente natural. Yo confío en Santiago. Creo que a pesar de lo mucho que quiso y admiró a su madre, tiene en el fondo más de mí que de ella. Imagino qué haría yo, cuál sería mi actitud en un caso así. Y por eso confío en Santiago. Es claro que yo tengo sesenta y siete y él sólo treinta y ocho. Pero está Beatricita, que es una maravilla y que llenará seguramente la existencia nueva de Santiago. Hasta ahora yo me había guardado esa historia, pero anoche se la conté a Lydia. Escuchó mi largo monólogo sin interrumpirme ni una sola vez. Tenía (así me lo confesó luego) dos sensaciones encontradas. Por un lado, disfrutaba la prueba de confianza. Creo que a partir de esta noche, murmuró, nos hemos acercado más, creo que ya somos una pareja. Tal vez. Pero también le preocupó mi preocupación. Estuvo un rato en silencio. Arrolló y desenrolló múltiples veces uno de sus lindos mechones negros, y luego dijo déjalos sí déjalos, no intervengas salvo que te lo pidan, déjalos y verás que la vida no sólo,

como tú dices, sigue, sino que además se acomoda, se reajusta. Quizá tenga razón. Todo este terremoto nos ha dejado rengos, incompletos, parcialmente vacíos, insomnes. Nunca vamos a ser los de antes. Mejores o peores, cada uno lo sabrá. Por dentro, y a veces por fuera, nos pasó una tormenta, un vendaval, y esta calma de ahora tiene árboles caídos, techos desmoronados, azoteas sin antenas, escombros, muchos escombros. Tenemos que reconstruirnos, claro: plantar nuevos árboles, pero tal vez no consigamos en el vivero los mismos tallitos, las mismas semillas. Levantar nuevas casas, estupendo, pero ¿será bueno que el arquitecto se limite a reproducir fielmente el plano anterior, o será infinitamente mejor que repiense el problema y dibuje un nuevo plano, en el que se contemplen nuestras necesidades actuales? Quitar los escombros, dentro de lo posible; porque también habrá escombros que nadie podrá quitar del corazón y de la memoria.

EXTRAMUROS (Fasten seat belt)

ya se apagó el *fasten seat belt* o sea que recupero mi vida
y la azafata es linda / cuando me alcanza el jugo de na-
ranja veo sus uñas de un discretísimo rosa pálido y tan
pero tan cuidadas / advierto que mi boina le llama un
poco la atención pero no me la quito ni muerto

cinco años dos meses y cuatro días y todavía existo hurra
son mil ochocientas ochenta y nueve noches bah

qué sueño tengo y sin embargo quiero disfrutar a pleni-
tud de este cambiazó / saber que el cinturón de seguri-
dad lo puedo sacar y poner y sacar a discreción mientras
oigo el murmullo de los abejorros / ninguno de los tres-
cientos pasajeros disfruta de los abejorros a reacción
como este servidor

la azafata me deja un diario y le pido otro más / entonces
mira la boina y me deja los dos / así que bomba de
neutrones eh permanecerán las cárceles y no los presos
pero también los millones y no los millonarios / quedarán
las escuelas y no los niños pero también los cañones y no
los generales / ah y el misil que partirá de hamburgo quizá
caiga en moscú pero puede que la respuesta no caiga en
hamburgo sino en oklahoma cambios cambios cambios

qué sueño y sin embargo quiero recordar todas las caras
de los míos allá / los que quedaron / aníbal no es un nú-
mero esteban no es un número ruben no es un número /
quisieron convertirnos en cosas pero los jodimos no nos
cosificamos / esteban hermano vos tenés aliento para
rato / tendrás que ayudar a los desalentados / ah pero a
vos quién te ayuda

qué odio y sin embargo no quise desmenuzarme en él
perderme en él / durante los primeros años lo regué coti-
dianamente como si fuera una planta exótica / después
comprendí que no podía rendirles ese homenaje y ade-
más había tantas cosas para pensar y programar y anali-
zar y hacer / se van a podrir solos eso es

a andrés lograron arrastrarlo hasta la locura / quizá le
pasó eso por demasiada inocencia demasiada fe en el
hombre / todo lo sorprendía siempre pensaba hasta aquí
llegaron y se acabó no pueden ser tan crueles pero sí
eran / voy a convencerlos y empezaba a hablarles y le
rompían la boca / demasiada inocencia por eso enlo-
queció

por el reloj de mi vecino sé que dormí más de una hora /
ya puedo pensar mejor / me siento ágil y decido ir al
baño / inimaginable esta libertad de ir al baño todas las
veces que uno quiera / mi primera meada de hombre li-
bre / salú

el de mi derecha viene leyendo *time* y a la izquierda ten-
go el pasillo / cómo encontraré el ánimo del mundo la
formación y deformación del mundo / sería demasiada
mala suerte que justo ahora que salí el planeta explotara

beatricita qué fiesta nos espera / la verdad es que no sé
exactamente qué me aguarda / evidentemente hay un
problema sé que hay un problema / en las últimas cartas
graciela no es la misma y no es cosa de leer entrelíneas /
a veces me parece que está enferma y no quiere decír-
melo / o acaso la nena eso ni pensarlo beatricita qué fies-
ta nos espera / incluso el viejo se ha puesto enigmático y
al principio lo atribuí a la censura pero ya no

cinco años son muchos / graciela es un encanto pero el
exilio es una grieta que diariamente se ahonda / graciela

es un encanto y tenemos mucho pasado en común y eso pesa / decididamente la quiero cómo no voy a quererla pero esta duda un poco loca no favorece el amor y lo más probable es que yo sea injusto

el viejo me contestó en clave cuando le planteé lo del emilio / estuvo sagaz pero lógicamente un poco oscuro aunque tengo la impresión de que efectivamente lo entendió y ya estoy mejor ya no sueño con el emilio de la payana y el rango / aníbal me habló largamente de él sin saber nada de los pormenores por supuesto / él lo sufrió en carne propia / parece que era un monstruo con todas las letras

qué bien suena el abejorro / señores estoy volando

la azafata me sonrío y yo le sonrío / tal vez le ha impresionado mi boina pero no me la quitaré no faltaba más

qué habría pensado la vieja de todo esto / quizá sea mejor que no lo haya visto ni sentido / hablaba poco pero conmigo sí hablaba / entre ella y el viejo había una tierra de nadie pero en ciertas ocasiones la cruzaban unas veces él y otras veces ella / el viejo estuvo siempre un poco desconcertado y no era para menos pero la vieja se complacía en decirme muy en secreto cuánto lo quería / siempre bajo el juramento de que yo jamás abriría la boca / linda viejita la vieja todavía la echo de menos

después de estos cinco años de invierno nadie me va a robar la primavera

la primavera es como un espejo pero el mío tiene una esquina rota / era inevitable no iba a conservarse enterito después de este quinquenio más bien nutrido / pero aun con una esquina rota el espejo sirve la primavera sirve

el astutísimo neruda preguntaba en una de sus odas ahora primavera dime para qué sirves y a quién sirves suerte que me acordé / para qué sirves / yo diría que para rescatarlo a uno de cualquier pozo / la sola palabra es como un ritual de juventud / y a quién sirves bueno mi modesta impresión es que servís a la vida / por ejemplo pronuncio simplemente primavera y me siento viable animoso viviente

parece que moví los labios cuando pronuncié primavera porque el de mi derecha me mira con alarma / pobre / tengo la impresión de que sólo sabe decir invierno / y además yo podría haber estado rezando qué carajo todavía se usa

una esquina rota /quizá la haya roto la nueva graciela la graciela distante pero esto es seguramente una locura y ella me esperará en el aeropuerto con beatricita y el viejo / todo recomenzará normalmente naturalmente aunque el espejo primavera tenga una esquina rota eso sí la tendrá seguro la tendrá

en cuanto pueda me compraré un reloj

la azafata me alcanza la bandeja con la comidita y dada mi obvia condición menesterosa y post mazmorra sólo pido cocacola no como concesión ideológica sino porque no la cobran / ensalada berberechos bistec duraznos en almíbar / la boca se me llena de saliva incrédula / linda la cucharita me gustaría guardármela para sentirme alguna vez delincuente común

pensándolo bien no es tan grave que en sus últimas cartas graciela haya estado lacónica y distante / ya lograré acercarla nuevamente / artículo primero la besaré / cuántas veces discutíamos a los gritos y nos decíamos cosas muy idiotas y muy duras y de pronto nos mirábamos asombrados y entonces yo iba y la besaba y otra vez el

mundo volvía a estar en orden o mejor dicho en espléndido desorden / pero así y todo durante un buen rato con su boca tapada por la mía ella seguía reprochándome no sé qué pero cada vez más suavemente más tiernamente y concluía en un murmullo y finalmente ella también besaba / artículo segundo la besaré / la verdad es que hace cinco años que no beso / sólo eso alcanza para enloquecer a cualquiera

cinco años dos meses y cuatro días son probablemente demasiado tiempo como precio de algún error / es casi la octava parte de mi vida vivida / yerro luego existo dijo alguna vez san agustín el erróneo / a veces pienso qué habría pasado conmigo si hubiese sido un obrero y no un conspicuo miembro del tan denostado sector terciario / igual habría ido en cana / segurísimo / pero quizá me habría adaptado mejor digamos a la comida / a la máquina no porque a eso nadie se acostumbra / vamos a ver qué diferencia hay entre mi conciencia de clase y la conciencia de clase de un proleta / después de todo yo también soy laburante pero claro hay como una tradición un ámbito familiar / aníbal es proleta también jaimé / para los milicos eran números igual que nosotros / no saben diferenciar / por lo menos habrá que enseñarles que hay números arábigos y números romanos / con esa equiparación aprendíamos todos y verdaderamente nos emparejábamos

es claro que un proleta está siempre más seguro y difícilmente se dejará arrastrar a los vericuetos mentales en que nosotros solemos retorcernos / pero a la hora de ser leales podemos serlo todos / yo digo se me ocurre / ellos quizá más naturalmente más modestamente y nosotros en cambio explicándonos a fondo el presunto sacrificio y sacando de la manga todos los principios que hayamos coleccionado / machacándonos todas las honorables razones que existen para callar / los proletas se complican menos la vida / sufren y punto / callan y chau

habrá que volver pero a qué país a qué uruguay también tendrá una esquina rota y sin embargo reflejará más realidades que cuando el espejo estaba virgen / habrá que volver pero a qué primavera / no importa en qué estado calamitoso esté pero yo quiero recuperar mi primavera / ellos la taparon con hojas secas con nieve televisada con santa claus sudando con alumnos de mitrione con mundialito ganado y mundialote perdido con asesores subdesarrollantes pero lo que ignoran es que bajo esas capas de mierda siguen estando la vieja y la nueva primavera quizá con una esquina rota pero con trigales y ombúes y tangos prohibidos y autorizados y el compa gervasio y cielitos y central obrera y pastoreos y rebeldías y reglamento provisorio y comités de base y pueblo ingobernable y vía láctea y autonomía universitaria y mate amargo y el plebiscito y la colombe / habrá que volver / naturalmente / y el uruguay con una esquina rota mostrará sin vanidad ese muñón en línea recta y el orbe atenderá comprenderá respetará

se llevaron la bandeja y ahora me duelen un poco las rodillas / cómo será la cosa que hasta me parece bien que me duelan las rodillas

las piernas de graciela los muslos de graciela el bosquecito de graciela

qué estarán haciendo ahora los míos de allá

mientras sigue sonando el suave aletargante abejorro el señor del *time* se ha dormido en mi hombro / creía haber merecido mejor suerte / por fortuna una joven que está a su derecha estornuda providencialmente y con ganas / el vecino despierta azorado y se endereza murmurando sorry / se le cae el *time* hacia mi lado y yo se lo alcanzo / en la cana podíamos leer *claudia* qué amplitud no sé de qué se queja la cruz roja / habrá que dormir pero confío

en no apoyarme a mi vez en el hombro puntiagudo de mi vecino

no puedo / resulta que ahora me desvelé / lo que pasa es que la boina me da picazón pero juro que no me la voy a quitar

habrá que empezar desde cero como si fuera un recién nacido y soy / como recién nacidos son los osados pelitos que amagan bajo la boina

vamos a ver qué quisiera tener / operación franqueza / prioridad número uno un reloj / luego un bolígrafo que funcione / y qué vergüenza un juego de ping pong con red y todo / cómo jugábamos allá en solís con el silvio y el manolo y también con maría del carmen era buenísima la petisa / siempre agarraba la paleta a lo chino y le daba a la globita un efecto del carajo / rolando no / rolando miraba socarrón desde un costado y siempre con el mismo estribillo / yo no entiendo che cómo gente tan boluda y dialéctica se puede tomar en serio esa caquita de celuloide / y silvio entre saque y saque le recordaba mirá que mao es un campeón / por eso nunca podré ser maoísta decía rolando / no me distraaaaaaigan vociferaba la petisa en esto hay que concentrarse como en el ajedrez / como en el ajedrez y en el coitus interruptus respondía rolando echando humo / cochino cochinaaaazo gritaba otra vez la petisa no me distraaaaaaigas que ya el flaco me sacó cinco puntos / pero ni el flaco ni yo pudimos ganarle jamás por más de veintiuno a diecinueve

y también quiero hablar y escuchar y hablar y escuchar / no más esos entrecortados diálogos con aníbal o esteban que en ciertas ocasiones duraban dos meses repartidos en cuatro medias horas / treinta minutos por quincena en los recreos

gran tipo el rolando / con sus tangos sus minas siempre mariposeando hasta que se politizó o mejor dicho lo politizamos pero resultó de una pieza / soltero impenitente se autodenominaba / quién sabe si todavía se mantiene invicto / ya caerá ya caerá / cómo definirlo / lumpen elegante / caballero tronado / manolo decía que era un duque en desgracia y al final todos le decíamos el duque y como si se ponía fino reclamaba ensalada de escarolas o niente entonces silvio le completó el tratamiento nobiliario y así le quedó para siempre lo de duque de *endives* / y a él le encantaba / una vez en el chajá le presentaron a la recién importada esposa de un diplomático noruego y él le besó la mano y musitó muy exquisito sobreponiéndose al short desflecado y las alpargatas duque de endives señora para servirla y para la pobre escandinava claro fue igual que si le hubiese dicho papa frita

la rodilla me sigue jodiendo / será otra vez la amenaza del reuma artrósico / pero ahora haré gimnasia y después de los seis metros cuadrados cualquier pocilga me parecerá el salón de los pasos perdidos

estoy contento / no sé si se nota pero estoy contento / espero que no se me note / el de mi derecha va a tomarme por un pirata del aire / y soy de tierra míster soy de tierra / qué curioso los únicos piratas que se han vuelto totalmente anacrónicos son los del mar / sandokan incorporated y ramas anexas

los amigos caramba / a silvio nunca más pero a rolando y a manolo los encontraré / bueno el duque parece que está en méxico / bárbaro / manolo en gotemburgo / se separó de la tita / probablemente los dos tienen razón / la culpa no está en ellos / es esta sacudida que nos revolcó a todos / y además el exilio aplanadora / el exilio también es una máquina / a alguien hay que achacarle la culpa de toda la frustración de toda la angustia y por supuesto se jode al contiguo al prójimo más próximo / ojalá que graciela y yo

también tengo ganas de ver el mar

después de todo salí mejor de lo que entré qué primera
semanita / bueno basta basta basta soy el mismo y soy
otro / y este otro es mejor me gusta este otro en que me
he convertido

la primavera no está todavía ahí al alcance de la mano /
la primavera no llegará mañana pero acaso pasado ma-
ñana / reagan neutrónico y tozudo no podrá impedir que
la primavera llegue pasado mañana

este olor a sobaco no es el mío

pensamiento profundo / la unidad latinoamericana tiene
en estos momentos dos motores esenciales / reagan y la
zeta / desde el río grande hasta tierra del fuego renega-
mos del estólido y no pronunciamos la zeta / o sea que al
tipo no se le rechaza sino que se le rechasa

ah pero la otra unidad la que no es joda / por supuesto
que la cana une la cana acaba con todas las grietas /
pero ésa no debe ser la fórmula ideal / me parece

a veces tuve miedo a qué negarlo / un miedo del que
tenía que tragarme los aullidos / no uno sino muchísimos
miedos / miedo de despreciarme de preferir morir de
quedarme sin el mundo / sin el mundo y sin huevos / de
terminar como un guiñapo / es horrible tener tanto mie-
do pero más horrible es tener que tragarse los aullidos

y después pasaba el miedo y parecía mentira el haberlo
siquiera rozado / tan corajudo y estoico podía sentirme
luego / y tanto me transfiguraba que hasta podía experi-
mentar un cierto desdén por algún otro que tenía miedo
y debía tragarse los aullidos / alguien que en algún mo-
mento siempre y cuando no aullara habría de sobrepasar

ese instante de mierda y habría de sentirse tan corajudo y estoico que hasta podría experimentar cierto desdén por algún otro que en el cepo de su miedo tenía que tragarse los aullidos etcétera

el miedo es el peor abismo y sólo uno puede arrancarse del pozo agarrándose los propios pelos y tirando hacia arriba / de a poco se va aprendiendo a no tenerle miedo al miedo / muy de a poco / entonces si uno le hace frente el miedo huye

la azafata de las uñas rosa pálido pasa ofreciendo los auriculares para los que quieran ver la película / pero no es una atención de la casa / cuesta dos dólares y medio y yo estoy pobre de solemnidad o solemne de pobreza da lo mismo / y le digo que no como si sólo quisiera dormir / acaso quiera

la tristeza también es temible / no sólo la propia sino también la ajena / qué hacer por ejemplo ante el compañero de celda semejante hombrón que de pronto se sacude y solloza en medio de la eterna penumbra de la noche en cárcel / vaya uno a saber qué recuerda o añora o lamenta o aguanta / el sollozo fraterno lo empapa a uno como una llovizna pertinaz de la que es imposible guarecerse / y no bien uno queda calado hasta los huesos entonces empiezan a despertarse una a una las tristezas personales / las tristezas son como los gallos / canta una y enseguida las otras se inspiran / y sólo así uno se da cuenta de que la colección es enorme e incluso que uno tiene tristezas repetidas

la película es una de pianistas / debe ser algo así como un concurso internacional para jóvenes talentos / sin sonido no parece música sino gimnasia / para colmo los dos son pianistas / la muchacha prolija y el muchacho desaliñado / en la primera parte domina ella y se dan besos prolijos pero en la segunda domina él y se dan be-

esos desaliñados / y yo que hace cinco años que no beso ni prolijo ni desaliñado / la película es por supuesto norteamericana pero una de las jóvenes que compiten debe ser soviética porque siempre la acompañan dos de esos actores de escocesa prosapia que antes hacían de nazis y ahora la van de rusos y además la maestra de la joven talenta pide notoriamente asilo aunque con esa acción deba sobreponerse al enorme cariño que le inspira su prodigiosa alumna que por influencia nefasta del marxismo leninismo es un robot con trenzas / el final es reñidísimo pero la victoria es del teclado occidental y cristiano / piano piano

el concierto silente me ha dado sueño / es impresionante ver cómo en la pantallita aporrean el instrumento y uno mientras tanto como una tapia / no hay peor sordo que el que quiere oír

también está la idea de la muerte / viene y se va / a veces coincide con el miedo y otras no / en mí por lo común no coincidía / al final el dolor provoca más miedo que la muerte / incluso se puede avizorar la muerte como un definitivo analgésico pero siempre hay un pedacito de primavera que se resiste

tengo ganas de sentarme una semana a charlar con el viejo / tengo ganas de hablar con él todo lo que no hablé en los años anteriores / saber qué aprendió en este período y también que él sepa qué aprendí yo / pensamos distinto en muchas cosas pero enterarnos de las diferencias es también una forma de achicarlas

durante cinco años lo más estimulante fue el sol

qué lejos quedan la infancia el liceo las luchas estudiantiles el trabajo los sueldos / me parecen cosas de otro / a veces las recuerdo hasta en sus detalles pero como si alguien me las hubiera contado en una noche de neblina

fue en buenos aires cuando beatricita aún no había nacido
fue en buenos aires cuando graciela me dijo para mí
es inimaginable no tenerte / una tarde de lluvia caminando
por lavalle muy juntitos para aprovechar el único paraguas
cuando toda la porteñada salía de los cines

para mí la única prueba de la existencia de dios son las
piernas de graciela

en la cana a muchos les dio por escribir versos / a mí no /
a mí me daba por cantar tangos sin volumen calladito
calladito en completo silencio y qué bien me salían jamás
un gallo

para no delatar para nunca aflojar hay que levantar una
empalizada y ser consciente de que aun sufriendo aun
temiendo aun vomitando la empalizada debe ser defendida
hasta la muerte / gracias john ford

cuando uno está libre y es aprensivo siente de pronto
dolores imaginarios y cree que son reales / en la cana es
distinto / cuando se siente un dolor real hay que pensar
que es imaginario / a veces ayuda

afuera para que la solidaridad se sienta hay que reunir
un millar de personas y colectas y denuncias y derechos
humanos / adentro en cambio la solidaridad puede tener
el tamaño de media galletita

cuando son los cabos o los sargentos los que miran por
el agujerito para vigilarnos nunca me despierto no les
doy bolilla / sólo me despierto sobresaltado cuando después
de las dos son los oficiales los que vichan

supongamos que llego al aeropuerto y no hay nadie esperándome
/ nada de eso / borrón y cuento nuevo / supongamos que
allí están graciela y el viejo y beatricita

jugar un partido de vóleibol o de fútbol era tan importante como fundar una dinastía o descubrir la ley de gravedad

en total estuve incomunicado veinte días / de ahí o sea de la famosa isla se sale loco o se sale más fuerte / yo salí más fuerte pero lo malo es que no descubrí el método

la azafata pasa tan silenciosa entre los durmientes que casi todos se despiertan y piden disculpas y se miran disimuladamente la bragueta / en algunos países le dicen portañuela pero debe ser una deformación de portezuela

la joven que está a la derecha del que está a mi derecha duerme literalmente despatarrada y de un bolsillo de su linda chaqueta le sale la mitad de un tenedor / una delincuente común

esto empieza a moverse / fasten seat belt / despertar unánime / la despatarrada procede a patarrarse y esconde prestamente el tenedor

también mi estómago se mueve pero igual estoy contento / no es hora ni ocasión de vomitar / mi estómago sube a mi garganta y se saludan qué tal qué tal / la despedida es también conmovedora

por razones obvias yo no tenía visitas / es malo y no tan malo / cuando uno tiene visitas se angustia toda la semana / trata infructuosamente de no arriesgar la menor sanción / espera ese vistazo familiar cual si fuera una maravilla y a veces es / en cambio cuando no se tienen visitas no hay sanción que valga / uno se siente asquerosamente solo pero también más suelto o menos preso

cuando yo tenía nueve años más o menos la edad de beatricita había dos cosas por las que valían la pena las

vacaciones / una era sentarse a la hora de la siesta en la escalera de mármol con el culo fresquito a leer y leer / así me tragué todo verne y salgari y hasta tarzán de los monos / hay que ver que en la escuela nuestra palabra clave era kagoda / y lo otro era ir a la chacrita de los tíos junto a la costa / desde los nueve a los catorce fui allí todos los veranos / no había otros botijas así que tenía que arreglármelas solo y me escabullía hasta el río / a graciela le conté en una carta o quizá en un proyecto de carta o en un pobre monólogo a solas cómo me subía al bote y remaba hasta el centro del río pero otras veces permanecía en la orilla o tirado al pie de unos árboles enormes o que así me lo parecían y todo era un descubrimiento las piedras los hongos los bichitos de humedad o una pareja de perros mugrientos que en cierta ocasión fornicaron cabalmente aunque yo ignorara el sentido de su gimnasia y quedaron unidos con caras de pobres resignados / yo me sentía en el centro mismo del universo y habría querido averiguar el secreto de cada corteza de cada ciempiés de cada benteveo y no me movía porque sabía que sólo quedándome inmóvil podía tener alguna posibilidad de descubrir la verdadera intimidad de aquella minijungla / y curiosamente jamás se me ocurrió gritar kagoda porque yo sabía que el ultimatum tarzanesco no tenía allí ninguna validez nadie lo habría entendido ni le habría afectado su sentido conminatorio / y en esa realidad apareció una mañana muy temprano un cierto ser extraño aunque después supe que él podía ser una parte legítima del paisaje con mucho más derecho que yo / era un niño pues pero descalzo y en andrajos / la cara y las piernas y los brazos tenían una mugre que me pareció mundial / me asusté un poco porque en medio de mis ensoñaciones no lo había escuchado acercarse o acaso había creído que el ruido entre las ramas era ocasionado por los perros vagabundos de siempre y como me asusté él rió un poquito no mucho rió como a pesar suyo y se sentó frente a mí sobre un tronco / dije hola y él emitió un soplidito / a veces movía la cabeza o las manos para

espantar los moscones / le pregunté sos de aquí y él emitió otro soplado / yo no sabía qué hacer ni qué iniciativa tomar y entonces se me ocurrió recoger una piedrita y haciendo un enorme esfuerzo el máximo del que era capaz la tiré hacia el río y se hundió ahí nomás cerca del bote / entonces él sonrió de nuevo y emitió otro soplado y se levantó y recogió también una piedrita y casi sin esfuerzo colocando el brazo un poco de costado la arrojó también hacia el río y aquel guijarrito insignificante no sólo llegó a una distancia descomunal sino que además fue dando saltos sobre el agua casi quieta y entonces yo sentí que el pecho se me llenaba de admiración y le dije qué bárbaro y aplaudí y me reí y no sé cuántas cosas más hice para que él se diera cuenta de cómo me había deslumbrado y para culminar le dije sos un campeón / y entonces él me miró esta vez sin resoplar y por primera vez habló / no soy un campeón porque es lo único que sé hacer

con ese fondo de recuerdo silvestre e infancia remota creo que ahora sí me viene la modorra / voy a contar milicos a ver si me duermo

así que otra vez *fasten seat belt* / está bien está bien / debo haber dormido un par de horas / lo malo es que soñé nuevamente con emilio

BEATRIZ (Los aeropuertos)

El aeropuerto es un lugar al que llegan muchos taxis y a veces está lleno de extranjeros y revistas. En los aeropuertos hace tanto frío que siempre instalan una farmacia para vender remedios a las personas propensas. Yo soy propensa desde chiquita. En los aeropuertos la gente bosteza casi tanto como en las escuelas. En los aeropuertos las valijas siempre pesan veinte kilos así que podrían ahorrarse las balanzas. En los aeropuertos no hay cucarachas. En mi casa sí hay porque no es aeropuerto. A los jugadores de fútbol y a los presidentes siempre los fotografían en los aeropuertos y salen muy peinados, pero a los toreros casi nunca y mucho menos a los toros. Será porque a los toros les gusta viajar en ferrocarril. A mí también me gusta muchísimo. Las personas que llegan a los aeropuertos son muy abrazadoras. Cuando una se lava las manos en los aeropuertos quedan bastante más limpias pero arrugaditas. Yo tengo una amiguita que roba papel higiénico en los aeropuertos porque dice que es más suave. Las aduanas y los carritos para equipaje son las cosas más bellas que tiene el aeropuerto. En la aduana hay que abrir la valija y cerrar la boca. Las azafatas caminan juntas para no perderse. Las azafatas son muchísimo más lindas que las maestras. Los esposos de las azafatas se llaman pilotos. Cuando un pasajero llega tarde al aeropuerto, hay un policía que agarra el pasaporte y le pone un sello que dice Este niño llegó tarde. Entre las cosas que a veces llegan al aeropuerto está por ejemplo mi papá. Los pasajeros que llegan siempre les traen regalos a sus hijitas queridas pero mi papá que llegará mañana no me traerá ningún regalo porque estuvo preso político cinco años y yo soy muy comprensiva. Nosotros frecuentamos los aeropuertos sobre todo cuando

viene mi papá. Cuando el aeropuerto está de huelga, es mucho más fácil conseguir taxi para el aeropuerto. Hay algunos aeropuertos que además de taxis tienen aviones. Cuando los taxis hacen huelga los aviones no pueden aterrizar. Los taxis son la parte más importante del aeropuerto.

EL OTRO (Por ahora improvisar)

A esta altura Rolando Asuero ha dejado de preguntarse. Se ha fabricado a puñetazos una respuesta y además está sinceramente convencido. Ahora sólo resta ir al aeropuerto y enfrentar el pasado, el presente y el futuro todo junto. Probablemente Graciela tiene razón y lo mejor sea improvisar. Improvisar sobre un tema fijo, claro está. Pero qué hacer cuando llegue Santiago y se abraze de ella y de Beatricita como de sus razones y sinrazones de vida. Qué hacer. Dónde poner las manos. Hacia dónde mirar. Qué hacer cuando Santiago abraze a Rafael y éste le acaricie un poco la nuca porque es un gesto propio de esa generación en retirada. Y sobre todo qué hacer carajo cuando lo abraze a él y le diga qué suerte duque que estés aquí, en el avión venía pensando en vos, habrá que empezar a rejuntar el viejo clan, qué te parece. Y qué cara pondrá Graciela cuando él la mire, en mitad del abrazo, por sobre el hombro de Santiago. Sin embargo, cree que los peores momentos van a venir después, cuando Graciela por fin se lo diga y el recién llegado empiece a reconstruir la escenita del aeropuerto y se halle ridículo a más no poder y se desprecie y nos desprecie porque todos sabíamos el libreto menos él y empiece a rehacer los besos que le dio a Graciela frente a mí y el abrazo que me dio frente a Graciela y va a ser muy duro de remontar ese pasadito que queda ahí nomás a pocas horas. Cómo convencerlo de que todo se fue haciendo solo, de que nadie lo premeditó, de que aquel viejo compañerismo de los siete fue de alguna manera el caldo de cultivo de este acercamiento y en definitiva de este amor. Porque es amor, Santiago, y no aventurita, esto es lo bueno y lo jodido, piensa Rolando, es lo que después de todo nos justifica humanamente a

Graciela y a mí pero también lo que convierte a Santiago en obligado perdedor. ¿Obligado? Una pregunta lógica es si se dará por vencido o luchará, si aceptará los hechos porfiadísimos o si, jugando la carta inteligente de la serenidad, le dirá a Graciela no resolvamos nada hoy, tené en cuenta que acabo de llegar, recién salidito de la cana, y debo acostumbrarme no sólo a esta nueva situación sino al mundo en general, mejor será que hablemos, yo diría que no los tres, sino nosotros dos que vivimos tanta historia a cuatro manos, por qué vamos a darlo por resuelto cuando tenemos todo el tiempo por delante, antes de resolver dejame disfrutar un poco de Beatricita, dejame hablar largamente con ella, no de este problema estate tranquila, lo que menos pretendo es que tu imagen se deteriore ante ella, y también hablaré con Rolando pero después, por ahora todo me parece increíble y a cada minuto me figuro que voy a despertar de otra cabeceada en el avión. Claro, ésta es una variante por cierto bastante verosímil, sobre todo conociendo a Santiago, que cuando se propone no perder la calma generalmente lo consigue, y hay que ver que aquí se trata de no perder la calma ni la mujer. También piensa Rolando que eso es lo que él haría si fuese Santiago. Por lo pronto, se agarra una patilla y levanta las cejas. Quisiera que todo llegara cuanto antes a su desenlace. En realidad, es Graciela la que posee la decisión última, ya que Santiago por un lado y él por otro, quieren estar con ella, dormir con ella, vivir con ella. Y quizá ahí radique la reducida ventaja que él, Rolando Asuero, le lleva a Santiago, porque le consta que en la semántica de los cuerpos Graciela y él se entienden de maravilla, y que además en los últimos tiempos ella le ha dado repetidas veces una tierna seguridad, casi una feroz seguridad, de que va a seguir con él y no con Santiago. Pero la ventaja de éste puede llamarse Beatricita, porque si, en vista de los acontecimientos y las decisiones, Santiago quiere llevársela con él, ya no está tan seguro de que Graciela, que como madre es toda una leona, se resigne así nomás

a perder la gurisa, que además está lógicamente encandilada con un padre que ha pasado cinco años en la cárcel y que significa para ella toda una novedad. Pero bueno, se dice Rolando Asuero mientras avanza hacia el aeropuerto, ¿es ésa acaso una situación, no digamos ideal, pero al menos razonable? ¿Qué beneficio profundo puede sacar Santiago de una unión tan forzada, donde la gurisita sea meramente un motivo de chantaje? Por cierto que esta palabra no le gusta, reconoce que es una falta de respeto a Santiago, y decide mentalmente borrarla del planteo. Pero el ser humano es tan imprevisible. También puede ocurrir que Santiago prefiera tener a Graciela en una relación deteriorada antes que a Graciela en la cama de otro, aunque ese otro sea un amigo del alma, o precisamente por este detalle no tan nimio. Bueno, aquí está por fin el aeropuerto, y Rolando desciende del autobús en tal estado de ensimismamiento que por poco se come un escalón.

EXTRAMUROS (Arrivals Arrivées Llegadas)

extraño me siento extraño pisando este suelo / menos mal que llueve / con la lluvia todo se empareja y el paraguas se convierte en el común denominador de la humanidad / al menos de la humanidad guarecida

extraño me siento pero ya se me pasará / nadie se muere de extrañeza aunque sí puede morir de extrañar lo que ocurre es que se juntaron demasiadas cosas la noticia / la despedida de los míos allá / los jodidos trámites / la mueca jactanciosa del oficial penúltimo / carrasco / la partida sin nadie para mí / el viaje el largo viaje con sueños y cavilaciones y proyectos / bueno y las comidas / cómo no sentirme desconcertado después de cinco años de aquel guiso infame

el funcionario que mira largamente el documento / la verdad es que cuatro minutos pueden ser una eternidad / por favor podría quitarse la boina y cuidadosa comparación con la foto / siempre serio pero muy canchero así que otro más / sí otro más / yo también muy canchero / sólo entonces sonrisa y el rostro adusto que se cambia en cara de indiecito macanudo / buena suerte amigo / me dijo buena suerte amigo

y ahora a esperar las valijas / la mía la pobre mía vendrá o no vendrá / esto va a demorar / y los que aguardan / el montón de cabezas tras los cristales / si pudiera verlos encontrarlos

pero si están / son ellos claro que son ellos / orientales la patria o la tumba / trabajadores del mundo uníos / eureka / la celeste que no ni no / fiat lux / nosce te ipsum

patria o muerte venceremos / arriba los que luchan /
carajo qué alegría

graciela y el viejo y esa cosita bárbara que debe ser mi
gurisa / graciela linda / pensar que ésa es mi mujer /
beatricita qué fiesta nos espera / y ese otro que levanta
los brazos / pero si es el duque / pero si es el duque de
endives en persona

Palma de Mallorca, octubre 1980 a octubre 1981.

ÍNDICE

Intramuros (Esta noche estoy solo)	11
Heridos y contusos (Hechos políticos).....	14
Don Rafael (Derrota y derrotero)	17
Exilios (Caballo verde)	20
Beatriz (Las estaciones)	23
Intramuros (¿Cómo andan tus fantasmas?)	25
El otro (Testigo solito).....	28
Exilios (Invitación cordial)	32
Heridos y contusos (Uno o dos paisajes)	37
Don Rafael (Una culpa extraña).....	42
Intramuros (El río).....	44
Beatriz (Los rascacielos)	47
Exilios (Venía de Australia)	49
El otro (Querer, poder, etc.)	54
Don Rafael (Dios mediante)	57
Heridos y contusos (Un miedo espantoso)	59
Intramuros (El complementario)	64
Exilios (Un hombre en un zaguán)	69
Beatriz (Este país)	71
Heridos y contusos (Soñar despierta).....	73
Don Rafael (Locos lindos y feos)	79
Exilios (La soledad inmóvil)	84
El otro (Titular y suplente).....	86
Intramuros (El balneario)	88
Beatriz (Una palabra enorme)	91
Exilios (Penúltima morada)	93
Heridos y contusos (Verdad y prórroga)	96
Don Rafael (Noticias de Emilio).....	104
El otro (Turulato y todo).....	112
Beatriz (La polución)	118
Exilios (La acústica de Epidaurós)	121
Intramuros (Una mera posibilidad)	123

Heridos y contusos (El dormido).....	128
El otro (Sombras y medias luces)	131
Exilios (Adiós y bienvenida)	135
Don Rafael (Un país llamado Lydia)	140
Beatriz (La amnistía).....	147
El otro (Ponte el cuerpo)	151
Heridos y contusos (Put a vida)	155
Exilios (Los orgullosos de Alamar)	158
Don Rafael (Quitar los escombros)	161
Extramuros (Fasten seat belt)	165
Beatriz (Los aeropuertos)	180
El otro (Por ahora improvisar)	182
Extramuros (Arrivals Arrivées Llegadas)	185

MARIO BENEDETTI

QUIÉN DE NOSOTROS

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

*I shall never
be different. Love me.*

AUDEN

*Si tu t'imagines
xa va xa va xa
va durer toujours.*

QUENEAU

PRIMERA PARTE

MIGUEL

I

Sólo hoy, al quinto día, puedo decir que no estoy seguro. El martes, sin embargo, cuando fui al puerto a despedir a Alicia, estaba convencido de que era ésta la mejor solución. En rigor es lo que siempre quise: que ella enfrentara sus remordimientos, su enfermiza demora en *lo que pudo haber sido*, su nostalgia de otro pasado y, por ende, de otro presente. No tengo rencores, no puedo tenerlos, ni para ella ni para Lucas. Pero quiero vivir tranquilo, sin esa suerte de fantasma que asiste a mi trabajo, a mis comidas, a mi descanso. De noche, después de la cena, cuando hablamos de mi oficina, de los chicos, de la nueva sirvienta, sé que ella piensa: “En lugar de éste podría estar Lucas, aquí, a mi lado, y no habría por qué hablar”.

La verdad es que ella y él siempre fueron semejantes, estuvieron juntos en su interés por las cosas —aun cuando discutían agresivamente, aun cuando se agazapaban en largos silencios— y actuaban siguiendo esa espontánea coincidencia que a todos los otros (los objetos, los amigos, el mundo) nos dejaba fuera, sin pretensiones. Pero ella y yo somos indudablemente otra combinación, y precisamos

hablar. Para nosotros no existe la protección del silencio; casi diría que, desde el momento que lo tenemos, la conversación acerca de trivialidades propias y ajenas nos protege a su vez de esos horribles espacios en blanco en que tendemos a mirarnos y al mismo tiempo a huirnos las miradas, en que cada uno no sabe qué hacer con el silencio del otro. Es en esas pausas cuando la presencia de Lucas se vuelve insoportable, y todos nuestros gestos, aun los tan habituales como tics, nuestro redoble de uñas sobre la mesa o la presión nerviosa de los nudillos hasta hacerlos sonar, todo ello se vuelve un elíptico manipuleo, todo ello, a fuerza de eludirla, acaba por señalar esa presencia, acaba por otorgarle una dolorosa verosimilitud que, agudizada en nuestros sentidos, excede la corporeidad.

Cuando miro a Adelita o a Martín jugando tranquilamente sobre la alfombra, y ella también los mira, y ve, como yo veo, una sombra de vulgaridad que desprestigia sus caritas casi perfectas, sé que ella especula más o menos conscientemente acerca de la luz interior, del toque intelectual que tendrían esos rostros si fueran hijos de Lucas en vez de míos. No obstante, a mí me gusta la vulgaridad de mis hijos, me gusta que no reciten poemas que no entienden, que no hagan preguntas sobre cuanto no puede importarles, que sólo les conmueva lo inmediato, que para ellos aún no hayan adquirido vigencia ni la muerte ni el espíritu ni las formas estilizadas

de la emoción. Serán prácticos, groseros (Martín, especialmente) en el peor de los casos, pero no cursis, no pregonadamente originales, y eso me satisface, aunque reconozca toda la torpeza, toda la cobardía de esta tímida, inocua venganza.

II

Lo peor de todo es que no siento odio. El odio sería para mí una salvación y a veces lo echo de menos como a un antípoda de la felicidad. Pero *ellos* se han portado tan correctamente; han establecido, de común e inconsciente acuerdo, un código tan juicioso de sus renuncias que, de mi parte, instalarme en el odio sería el modo más fácil de convertirme a los ojos de ambos en algo irremediamente odioso, tan irremediable y tan odioso como si ellos me enfrentaran sonriendo y me dijeran: “Te hemos puesto los cuernos”.

Creo poder aspirar a que si alguna vez se acuestan juntos, yo haya quedado al margen mucho antes; tal como ellos aspiran, estoy seguro, a que si alguna vez no puedo ni aguantarlos ni aguantarme, diga que se acabó, sencillamente, sin caer en la tontería de discutirlo. Mientras tanto, esto representa, aunque no lo parezca, un equilibrio. Alicia otorga mansamente, cuidadosamente, la atención y las caricias que le exigimos. Los niños y yo. Pero es como si hubiéramos prefabricado este vínculo, como si ella nos hubiese adoptado, a los niños y a mí, y ahora no supiese en dónde ni a quién dejarnos. Y como trata de hacer menos ostensible el esfuerzo que le cuesta su naturali-

dad, yo se lo agradezco y ella agradece mi agradecimiento.

Lucas, por su parte, se ha eliminado discretamente de la escena; no tanto, sin embargo, como para que su ausencia se vuelva sospechosa. Por eso nos escribe una carta por quincena, en la que pormenoriza su vida periodística, sus proyectos literarios, su labor de traductor. Por eso le escribo yo también una carta quincenal, en la que opino sobre política, reniego de mi empleo y detallo los adelantos escolares de Martín y Adelita; carta que termina siempre con unas líneas marginales de Alicia en las que envía “cariñosos recuerdos al buen amigo Lucas”.

III

Muchas veces me he interrogado en este cuaderno acerca de mí mismo. La estricta verdad es que he ido limitando mis aspiraciones. Hubo un tiempo en que me creí inteligente, bastante inteligente; era cuando obtenía asombrosas notas en el liceo y mis padres suspendían por un instante su insoluble conflicto para mirarse satisfechos y abrazarme, conscientes de que iba camino de convertirme en una buena inversión. Pero llegó el momento de dejar la carrera, de echar mano a lo que había aprendido tan brillantemente, y me encontré con una incapacidad total para efectuar un balance, para iniciar una contabilidad, para formular un contraasiento. Claro que todo esto lo adquiriré más tarde, pero no lo debo a mi desprestigiada inteligencia, sino a mi práctica porfiada y trabajosa.

Hubo un tiempo, asimismo, en que me creí capaz de sufrir y disfrutar una de esas pasiones sobrecogedoras que justifican una existencia. Creí sentirla por dos o tres mujeres, todas mayores que yo, que me trataban previstamente como a un muchacho y escuchaban mi teoría de la pasión como quien oye llover. Eso me daba tanta rabia que me aparta-

ba con la doble intención de atraerlas y fastidiarlas. Ellas, claro, ya no lo tomaban a la tremenda; yo tampoco, ya que las olvidaba. Sólo mucho tiempo después me daba cuenta de que nada había existido, de que la pretendida pasión me desbordaba a priori, antes de que alguna mujer la reclamase. Aun Alicia... pero lo de Alicia es más complejo y tal vez sea mejor explicármelo aparte.

De modo que, perdida la esperanza de creerme inteligente o apasionado, me queda la menos presuntuosa de saberme sincero. Para saberme sincero he empezado estas notas, en las que castigo mi mediocridad con mi propio y objetivo testimonio. Es cierto que el mundo rebosa de vulgares, pero no de vulgares que se reconozcan como tales. Yo sí me reconozco. Por otra parte, comprendo que este orgullo absurdo no me brinda nada, como no sea un bochornoso fastidio de mí mismo.

Ahora bien, ¿de qué depende mi vulgaridad? ¿Con qué, con quién debo medirla, compararla? Que la reconozca en mis acciones, en mis intenciones, en mis torpezas, no significa un encono especialmente destinado a mi carácter. Tampoco los otros —salvo inseguras excepciones— me parecen geniales. Sí, todo el mundo me parece vulgar, pero eso tampoco prueba nada, con excepción de que mi concepto de lo excelso, de lo destacable, de lo extraordinario, no es nada vulgar, ya que lo reputo inalcanzable. ¿Entonces? Entonces, nada.

IV

Temo que las notas de este domingo ocupen más carillas que de costumbre. Alicia sigue en Buenos Aires, Martín está en el cine y Adelita fue a ver a la abuela. El cielo gris, cercano, que difunde mi ventana, es —también él— un mediocre, un cielo sin Dios y sin sol, una excelsa chatarra que nunca me impresiona. El otro cielo, brillante, luminoso, el de las ansias de vivir y las películas en tecnicolor, es una falsa alarma. Mi cielo es éste y debo aprovecharlo. Escribiré toda la tarde, en esta rara soledad, porque me encuentro a gusto, porque siempre me agrada ajustar mis cuentas personales, tomar conciencia de las comprobaciones más desoladoras, enterarme mejor de cómo soy.

A veces pienso si esta preocupación en investigar mis propias reacciones no confirmaría una antigua creencia de Alicia: que soy un egoísta reincidente. Para ella esto debe constituir una evidencia tan tangible, que considera enojoso decírmelo. Admiro su tacto, siempre lo he admirado, y francamente no sé si no preferiría que ella me insultara, que me gritara hasta provocar en sí misma, junto con el pretexto de las lágrimas, la liberación de tantos reproches y tan-

tos perdones. Después de todo, qué curioso, qué extraño sería para nosotros otro tipo de vida, con discusiones, llantos, estallidos.

Recuerdo cómo me sorprendió el rostro de Alicia cuando la muerte de su padre. Nunca la había visto llorar, y en aquel instante, en que había perdido su serenidad y una desesperada resignación, una horrible impotencia aflojaba su tensión habitual, parecía de veras una muchacha inerme, abrazada a mí, con los cabellos en desorden sobre el rostro, desbordada al fin por la amargura. Naturalmente, era sólo una errata y los cinco últimos años se han encargado de rectificarla, de convencerme de que aquello fue una claudicación momentánea, un inexplicable desconcierto que nada tenía que ver con su esencia verdadera.

V

Pensándolo mejor, tal vez sea ésta una buena ocasión para narrarlo todo. Desde este presente que ahora me revela antiguos deseos y, lo que es mucho peor, antiguas carencias de deseos. Pero ¿por dónde empezar? ¿Cuáles son, en realidad, mis primeros recuerdos? Acaso todo esto haya comenzado mucho antes, cuando yo era una criatura que mi memoria no alcanza a liberar. Siento profunda envidia de ese niño, encastillado en un terrible olvido, perdido para siempre, aunque ahora me lo muestren en conmovedoras fotografías jugando con el perro o inmovilizado en un traje radiante de marinero o abrazado furiosamente a un oso, una prima, una silla.

Siento que allí está el secreto, en esa mirada incompatible con el hombre que ahora soy y en la que está presente (además de una tremenda inocencia, es decir, de toda la ignorancia disponible) otra actitud para sufrir la vida. ¿Qué otro pude haber sido? Sé que estas interrogaciones no me llevarán a nada, pero creo sinceramente, aun sin saber a ciencia cierta por qué, que lo único que excede en mí la vulgaridad es justamente eso que pude ser, y que no soy.

La mera posibilidad —aunque sea, en mi caso,

una posibilidad frustrada— alcanza para dar otro tono a la vida corriente. No deja de ser curioso que yo crea irracionalmente en que pude haber sido mejor y que a la vez eso baste para amargarme y conformarme. Para mí significa una especie de morosa fruición el imaginar las probables prolongaciones de ciertas dudas del pasado y figurarme cómo habría sido este presente si en tal o cual instante yo me hubiera decidido por el otro rumbo. Pero ¿existe verdaderamente ese otro rumbo? En realidad, sólo existe la dirección que tomamos. *Lo que pude haber sido*, ya no vale. Nadie acepta esa moneda; yo tampoco.

VI

El primer recuerdo que poseo de mí mismo es el de un testigo silencioso frente a las disputas de mis padres. Mi padre era un tipo corpulento, brutal en sus ademanes y en su lenguaje y, sin embargo, inteligente y ágil en su actividad comercial. Mi madre, no sé si verdaderamente pequeña o empequeñecida por el carácter de mi padre, poseía una sensibilidad en constante alerta, que tanto mi padre como ella misma tenían por su falta más visible. Aparentemente, las respectivas modalidades de Alicia y de mamá podrían parecer semejantes por muchos conceptos. Pero no voy a caer en la torpe generalización de considerar que todas las mujeres viven frenadas y mentidas, ocultando siempre su mejor intimidad.

La gran diferencia entre estas dos mujeres que me atañen es, sin embargo, lo bastante sutil como para confundir las apariencias. En realidad, mamá poseía un temperamento débil y, no obstante ello, una coherente calidad humana. Tal vez Alicia no sea, dicho en términos de mostrador, un *artículo noble*, pero dispuso siempre de un carácter admirable, casi estoico. Hay otra diferencia más grosera y, sin embargo, importante. Mamá tenía frente a sí a un hombre vehe-

mente, que además sabía lo que quería o creía saberlo; Alicia me tiene a mí, que no sé nada acerca de mí mismo.

Una antigua visión, que acaso nace antes que mi conducta responsable, me devuelve a mi padre, sentado en la mesa frente a mí, con sus manos enormes, crispadas sobre el mantel. No sé de qué se hablaba, pero recuerdo exactamente la actitud de mamá a la espera del estallido. Yo pude, pese a mis pocos años, captar la tensión, pero el tono corriente de la sobremesa no parecía anunciar que la situación fuera a precipitarse. De pronto, la cabeza de mi padre se levantó y sus ojos, perdido el último prejuicio, se lanzaron a maldecir antes aún que las palabras. Las manos seguían crispadas sobre la mesa; pero en la derecha había dos dedos que se levantaban y caían juntos, como gemelos. Entonces comprendí que algo terrible era inminente y me cercó un miedo atroz, paralizante. Los dedos bajaban y subían (uno de ellos, con una enorme piedra roja) y yo sentía que no podía hacer nada ni decir nada ni pensar nada. Aquel rubí me miraba como un ojo de sangre, y era lo único que allí existía. Pero entonces la mano se detuvo; bruscamente se elevó, abierta, mientras la piedra roja parpadeaba en el aire, y luego cayó, otra vez hecha un puño, con un golpe seco sobre la mesa. Vi la cara de terror de mamá, como si el puño se hubiera abatido sobre ella o sobre mí, y sólo entonces me enteré de que mi padre la estaba

insultando, con palabras soeces y brutales. Ese instante no lo olvidaré jamás por dos razones: la sensación de que en ese momento yo no existía para mi padre, y la certeza, tan profunda como inexplicable, de que él tenía razón en insultar a mi madre. Mi padre despreciaba en ella su debilidad, su estar a la espera, su actitud pasiva, casi inerte. Diríase que mi padre arremetía contra ella para probar y provocar sus defensas, pero ella se quedaba sin voz, sin conciencia de sí misma, paralizada también por el terror.

Toda mi infancia y parte de mi adolescencia constituyeron una prolongación de esa escena: mi padre avasallando a mi madre, mi madre vencida de antemano, yo como acorralado testigo que nadie tenía en cuenta. Sin embargo, el verdadero conflicto estaba en mí, porque comprendía y compartía con igual intensidad las razones de mi padre y el terror de mamá.

VII

Muchas veces, después de la muerte de ambos, me he preguntado hasta dónde los quise o pretendí quererlos. Pero nunca he podido ver claro. Así como en las relaciones entre hombre y mujer, la pasión, la simple atracción sexual, desvirtúan, confunden y transforman el verdadero afecto, las relaciones entre un hijo y sus padres son corrientemente deformadas por una incómoda sensación de dependencia, por una irremediable distancia generacional en la adecuada apreciación de las cosas, por la jactanciosa experiencia de una de las partes y la no menos jactanciosa inexperiencia de la otra.

De modo que puedo equivocarme —y con toda seguridad me estoy equivocando— en el análisis de esta zona de mi afecto. Empero, es probable que yo amara en ellos justamente aquello que no compartía o que, por lo menos, no podía comprender. Es decir, en mi padre, su lucidez para captar el lado conveniente de cualquier situación, su segura agilidad en tomar las decisiones más riesgosas; en mi madre, su escondida calidad humana, su intuición de los placeres ajenos. Amaba en ellos lo que ocultaban o sólo mostraban a pesar suyo. Pero como me movía

entre sus apariencias —el miedo de mi madre, las razones de mi padre— y éstas, por tenerlas en mí, ya no me eran gratas, siempre pareció, y así debe haberles parecido a ellos, que no los quería. Pero yo amaba en ellos mis carencias, los admiraba en cuanto no eran vulgares, en lo que no hallaba reflejado en mí.

Lo cierto es que la vida —iqué indecente resulta nombrarla así, como si fuera una divinidad, como si encerrase una esotérica significación y no fuera lo que todos sabemos que es: una repetición, una aburrida repetición de dilemas, de rostros, de deseos!—, lo cierto es que la vida desde el principio me sacó ventajas y yo no he podido ni podré jamás recuperar el terreno perdido. Es un oficio odioso el de testigo y yo ni siquiera puedo evitar el serlo de mí mismo, el comprobar cómo voy quedando atrás en el afecto, en la estima de quienes esperaban otra cosa de mí.

VIII

Pero ¿a qué insistir sobre mi infancia, si eso está suficientemente claro, si lo que yo quiero es hablar de Alicia, ver claro en mi imagen de ella, saber si hice bien o no en dejar que fuese a Buenos Aires, en escribirle ayer una carta hipócrita, repugnante, melosa? Tendría que empezar por reconocer que nunca supe de modo cabal en qué términos estaban planteadas nuestras relaciones. Siempre ha habido una zona equívoca en la que los gestos, los silencios y las palabras podían representar con la misma eficacia tanto el odio como el amor, tanto la piedad como la indiferencia. Cuando Alicia sonríe, nunca sé si se trata de una sonrisa o de una mueca, si lo hace por necesidad o por una efímera, compasiva deliberación. Es evidente que hay en ella, o en mí, o en ambos a la vez, alguna imposibilidad, algún prejuicio que nos estropea el amor. Porque aunque yo siempre haya estado en falta conmigo mismo, aunque siempre haya afrontado la vida con preocupación y con desgano, hubo un tiempo en que me gustaba la amargura, en que por lo menos apreciaba los contrastes complementarios, como si se tratase de colores y se prestaran recíprocamente su

sinsentido; hubo un tiempo en que confundía la esperanza con el soñar despierto. Esa aquiescencia, esa mansedumbre, bien podrían tomarse por alegría, y acaso justificaran mi fama de entonces (un muchacho que la sabe vivir, un jaranero), que hoy en día me parece fabuloso recuerdo.

En esa edad absurda, la aparición de Alicia, con su rostro vejatoriamente cuerdo, me ofreció al menos una parodia de salvación. Aún no sé cómo ella, la más pequeña, podía respirar entre aquellos gaudules de cuarto año que ostentaban como un rito su jocunda grosería, su encarnizada constelación de granos. El primer día, sin embargo, fue la suya la primera voz compacta que respondió al bedel. Simultáneamente me enteré de su nombre, de su voz imperceptiblemente ronca y su tolerante, simpático desprecio, antes aún de verla de frente y cuando sólo podía distinguir sus hombros en tensión, su nuca asegurada entre rodetes negros. Esa misma tarde, en el último recreo, me le acerqué y nos dijimos los nombres.

IX

¿Qué queda de esa Alicia anterior a Lucas que caminaba conmigo doce cuadras, dando y recibiendo confesiones triviales, secretos menores, intrigas de clase? Esos regresos del liceo constituyen mi sola aproximación a la bonanza, la única prosperidad de mi historia. Diariamente veníamos en zigzag, en un rodeo impremeditadamente cómplice, a fin de eludir el espionaje familiar. En dos esquinas yo tenía el derecho de ayudarla a cruzar tomándole apenas el brazo, y sólo en raras ocasiones tratábamos —con pinzas— el tema del amor, a propósito de otros. Pero si bien nos prohibíamos ese diálogo insulso, repetido, esa especie de besuqueo verbal de los enamorados, en cambio merodeábamos sin escrúpulos por sus lindes, allí donde están siempre disponibles el pasado ufanamente abolido, la forzosa incomprensión de los padres, lo que se cavila antes de dormir, y el futuro, el futuro recóndito, insondable, desesperadamente improvisado.

Es claro que durante ese conato de felicidad incurrí en engaños, en trampas ingenuas que yo mismo me preparaba. Le relataba a Alicia, con lujo de detalles, la habilidad comercial de mi padre, pero ca-

llaba religiosamente toda referencia a mis terrores de niño, tan cercanos aún que me estremecían. Me burlaba, eso sí, con ostentosa ternura, de la indeclinable aprensión de mamá, pero eludía referirme a su obstinada bondad, que nunca pedía nada de nadie. Es cierto que en esa transformación jugaba al alegre, al optimista, pero nunca dejó de envilecerme una irremediable sensación de hastío. Era una falsa prosperidad la que me hacía reír, emocionarme, gritar a veces. Y aunque ahora sea cada vez más consciente de esa impostura, debo reconocer que entonces era bueno quedarse en la esquina anterior a la casa de Alicia, viendo cómo ella se alejaba sola, y esperar que diez metros antes de los grandes balcones de mármol, se diera vuelta para cerrar fuertemente los ojos a modo de saludo en candorosa clave.

X

Pero todo era una falsa prosperidad. Apareció Lucas y desde el primer encuentro supe dos cosas que pasaron a ser resortes vitales de mi futuro de entonces: que jamás podría llegar a aborrecerle y que, sin embargo, su presencia iba de algún modo a perturbar mi vida y resolver mi vergüenza.

Lucas ingresó en la clase a mediados de año, de manera que asistía con irregularidad, pues, de todos modos, había perdido su condición de reglamentado. Yo sabía a cuánto me exponía y, sin embargo, no pude eludir su desvaída amistad. Éramos (tal vez lo seamos aún) de un parecido físico que sorprendía. Durante mucho tiempo la clase entera nos atribuyó un parentesco cualquiera y todavía hoy no falta algún distraído condiscípulo de ese entonces que, al saludarme de paso en la calle, me pregunte mecánicamente por “mi primo”.

Pero Lucas y yo conocíamos bien nuestras diferencias, sobre todo yo, que me sentía deprimido por su franqueza casi chocante. Era, claro, de un carácter mucho menos complicado que el mío, y aunque nunca reía escandalosamente ni participaba de la tradicional guaranguería de la clase, parecía

hallarse conforme con la vida y con el prójimo, como si nunca se hubiera sentido afectado por el egoísmo de éste o la incoherencia de aquélla. Jamás he podido convencerme de que Lucas no sea capaz de ver y sentir las cosas como en realidad son, y esto me ha llevado alguna vez a atribuir su franqueza, paradójicamente, a un grado infrecuente de hipocresía, de doblez. Pero como, por otra parte, no puedo admitir honestamente que las cosas sólo deban ser como yo las veo, sino que, por el contrario, tanto sus impresiones como las mías pueden estar ingenuamente basadas en apariencias (o sea la parte hipócrita de la realidad), debí y debo quedarme con el Lucas que veo, el Lucas sincero, de una palabra y de una pieza, en el que siempre rebotó cualquier intento mío de desvirtuarlo, de hacerle decir lo que no quería, de hacerle admitir lo que no esperaba.

Lucas no fue nunca un conversador brillante; era más bien un brillante silencioso. Uno se desgastaba frente a su rostro impassible y equívoco, uno decía frente a él cuanto debía y cuanto no, y su silencio, que no parecía obstinado sino natural (como si no hubiera palabras que agregar a cuanto escuchaba), era tremendamente provocativo. Uno hablaba más y más, porque era preciso romper ese silencio, porque era una suerte de tarea sagrada, de ineludible misión, el provocar de algún modo un comentario de su parte. Cuando éste llegaba, uno se arrepentía

de haberlo entregado todo a borbotones y sólo entonces advertía su inefable sinsentido.

XI

No fue tarea fácil lograr que Alicia simpatizara con Lucas. Antes de vincular a éste a nuestra amistad, yo le había hecho a Alicia un vívido resumen de sus cualidades. Pero ni el contacto teórico con éstas ni su posterior cotejo con la presencia física de Lucas, interesaron a Alicia lo bastante como para fomentar en ambos una relación cordial. Ella estaba siempre de acuerdo conmigo y en desacuerdo con Lucas. Sus choques eran a veces tan violentos que sólo por razones de educación no desembocaban en el insulto.

Fue precisamente asistiendo a esas discusiones como empecé a confirmar lo que vagamente temía. Era evidente que uno y otra experimentaban el mismo placer al enfrentarse a alguien de su misma clase, de calidad e impulso semejantes. En apariencia, ambos reservaban para mí sus mejores términos de amistad. Lucas tenía siempre disponible una afectuosa sonrisa para estimular mis comentarios. Alicia descansaba de sus arduas discusiones con Lucas para mirarme con una ternura inmóvil que estaba en los alrededores (ni aun entonces me engañaba: sólo en los alrededores) del amor. Era visible que

ambos me querían, que me eran fieles y seguirían siéndolo. De eso estaba seguro. Ellos, en cambio, no se querían; se necesitaban. Y la situación terminaba por humillar el amor y la amistad que me inspiraban.

Yo sabía que era allí su testigo y que ellos también lo sabían y me valoraban como tal. Lo peor era, sin embargo, que no podía atribuirles culpa alguna, desde que yo mismo me reconocía como secundario, y, conscientemente, vegetaba a su sombra.

Los martes y los viernes Lucas no asistía a clase y yo cumplía como siempre mi caminata con Alicia. Pero ya no me era posible recuperar el atractivo que esos regresos habían tenido para mí antes de que apareciera Lucas. Entonces había creído que asistía a la mejor expresión del carácter de Alicia. Pero recién ahora sabía cuánto más podía dar, hasta dónde era capaz de llegar su apasionada tensión, y, por eso, la solicitud demasiado visible con que ella acogía mis palabras, tenía necesariamente que parecerme una atención distraída, de segunda mano, que no me conformaba, pese a que no podía pretender otra cosa.

Los sábados de noche salía con Lucas. Íbamos al cine o al teatro y después nos quedábamos hasta muy tarde en el café. No se me han borrado, ni su delgada figura de entonces, ni su modo peculiar de aplastarse el pelo, ni las raídas solapas de su sobre todo.

Hablábamos muy poco; a veces nos pasábamos largo rato sin decir palabra, cada uno consigo mismo, mirando solamente hacia otras mesas cuando algún desafortunado reía con escándalo, o hacia la calle cuando pasaba alguna mujer que valía la pena. Confieso que para mí esas noches eran insustituibles, pero experimentaba con él la misma sensación que con Alicia: estaba claro que Lucas venía a cumplir un *deber* de amistad, especialmente porque intuía cuánto significaba para mí su presencia, aunque ésta se hallase reducida a un silencio tolerante y opaco. No recuerdo que abandonara en alguna ocasión su actitud de simpatía hacia mí, pero tampoco recuerdo que se exaltara, que su rostro se animara como cuando enfrentaba a Alicia.

Siempre me ha fascinado esa capacidad de discernimiento, esa espontánea discreción. Pero nunca he querido —ni hubiera podido, claro— ser como él. Comprendo que éste es, probablemente, sólo un síntoma de la más importante de mis imposibilidades: la falta de ambición e, incluso, de envidia. En el envidioso existe una voluntad, una actitud de esfuerzo o, en el peor de los casos, de capricho, que indirectamente lo hace culto, laborioso, incansable. La envidia es el único vicio que se alimenta de virtudes, que vive gracias a ellas.

Pero yo nunca he poseído ese don maravilloso. El éxito de los otros me ha afectado con frecuencia; me conmueve asimismo el éxito que pude haber tenido.

Pero no tengo celos del buen suceso ajeno, ni siquiera del éxito que pudo ser mío. Me golpea —y duramente— como comprobación de mi papel secundario. Nada más que por eso.

XII

Sólo ahora, al escribir la palabra celos, me he dado cuenta —por primera vez— de que mi manifiesta incapacidad para celar a Alicia ha sido una forma de mi incapacidad de envidia. Todavía no sé si en alguna época estuve enamorado de ella, pero esto se debe más bien a que pongo en duda mi aptitud para la vida emocional. Es fatal que yo sitúe mi concepto de los seres y de las cosas muy por encima de su realidad, mis fines a alcanzar mucho más allá del límite alcanzable. Y ello ha pasado a ser algo así como una maldición, una oscura, asfixiante condena.

Cualquier adolescente, cualquier empleadito de tienda, cualquier estudiante rabonero, que hubiera experimentado el tipo de afecto que yo sentí por Alicia, se habría creído en la gloria; y aunque después, como siempre acontece, todo se gastara, siempre le habría quedado el asidero de la evocación, es decir, esa especie de esencia, la única capaz de asegurarnos que más allá de la frontera de nuestra vida vulgar hay otra región, otro país, al que se puede entrar ansioso (sólo como turista, claro, sólo con el ansia curiosa del turista) y cuyo acceso es

bueno saber que no se halla vedado. Pero yo, que en ese momento era también un adolescente cualquiera, en nada superior al empleadito o al estudiante, yo que sentía por Alicia una ternura definitiva que ni siquiera ahora me avergüenza, yo no podía creerme en la gloria, porque estaba convencido de que enamorarse era algo más que una espontánea simpatía, algo más que mi ferviente deseo de su presencia, que las doce cuabras de conversación. Adivino, sin embargo, que ha de ser mucho menos.

XIII

Ahora no tendría sentido decir que Alicia era para mí una meta inalcanzable. No podía celarla, porque en ningún momento experimentaba acerca de ella el menor derecho de posesión. *Sabía* que no era para mí. Y aún no soy capaz de reconocer si estaba equivocado.

Alicia leía constantemente; sabía cuanto se opinaba sobre un autor y además tenía su propia opinión formada. Recuerdo que en cierta ocasión me prestó una novela de M. Como casi todos los autores que yo leía, me aburrió bastante. A pesar de ello, quise terminarla. Sólo por Alicia, procuré formarme una opinión, documentarla. Releí el libro llenando los márgenes de señales, de ingenuos pretextos para fijar el interés. Pero cuando, al devolvérselo, empecé a detallar mis impresiones, ella me detuvo con un gesto ambiguo y revelador: “Oh, no te esfuerces”. Un detalle insignificante. Sin embargo, experimenté tanta tristeza como alivio. Con ese fracaso había dado fin a mi agitación, a mi disparatado intento de ser ante ella lo que no era ante mí mismo.

XIV

Una tarde, Lucas y Alicia descubrieron la música. Debe haber sido una mutua revelación, la ocasión recíproca que inconscientemente ambos esperaban para reconocerse, para saber a qué atenerse, para acordar con franqueza, pisando por vez primera un terreno firme, el patrón verdadero de sus relaciones.

Lo descubrieron por mí. Salíamos de una clase sobre autores latinos y Alicia me preguntó si podía prestarle *Dafnis y Cloe*. Le pregunté por qué le interesaba. “En realidad”, dijo, “no sé si me interesa. No conozco la obra. Simplemente quiero saber qué pudo atraer a Ravel”. Este nombre halló a Lucas completamente desprevenido. Su rostro se distendió sin reserva, con la expresión temerosa y feliz de quien no puede admitir la ventura que le cae del cielo. “¿Ravel?”, preguntó, como hubiera asegurado: “De modo que tú y yo somos esto, de modo que existe efectivamente *algo* en que podemos encontrarnos”. Y aunque para Alicia la revelación no pareció significar la misma sorpresa sino más bien la confirmación de una presentida afinidad, de todos modos el instante fue decisivo y provocó una transición tan brusca en su casi diaria convivencia, en su

hábito de discusión, en la mutua estima que, sin haberlo advertido hasta entonces en forma cabal, ya se profesaban, que todo ello pareció rodearlos de un clima de felicidad palpable, de un evidente sentirse a gusto que acabó por contaminarme superficialmente.

XV

No deja de ser curioso que deba recurrir necesariamente a esa época para conseguir la única imagen nítida de Alicia adolescente. Sin duda en ese entonces ella era feliz y su felicidad obraba automáticamente como fijador. Lo cierto es que no debo esforzarme para recordarla en su chaqueta de gamuza, con una gastada boina roja y un pañuelo de seda demasiado sobrio (más adecuado para un correcto cincuentón que para acompañar su rostro alargado, de mejillas expuestamente pálidas y suaves, y labios finos, casi recelosos), hablando despreciativamente de Saint-Saëns, como si en realidad no lo admirara, y entusiasmándose con Stravinsky, como si en verdad lo comprendiese.

No puedo evitar cierta amargura cada vez que recuerdo que nunca he recibido directamente la felicidad de Alicia, sino que siempre me llegó de afuera. He sido un espectador, nunca estuve incluido en sus zonas de alegría. Sin embargo, eso hizo posible una rara objetividad en mis juicios acerca de Alicia, objetividad que se prolonga hasta hoy, cercanos como estamos a una probable crisis.

Todavía ahora creo estar en condiciones de medir

todo este proceso fríamente, imparcialmente, tal como debe medir Lucas las actitudes y los problemas que preocupan a los personajes de sus cuentos.

Con todo, creo que Lucas necesita un poco más de realidad *real*. Sus relatos parecen siempre demasiado vividos, pretenden ser meras experiencias acentuadas, y sé que él mismo siempre que puede lo reclama así. Sin embargo, la realidad es mucho más vulgar, más mediocre, más chata. Yo, por ejemplo, estoy instalado en la realidad, y, por eso mismo, no podré ser jamás un personaje de Lucas. Que él haga algún día un cuento conmigo, con algo de mí, es la única oportunidad que tengo de llegar a ser un tipo brillante. Sí, tal vez si Lucas me tomara como personaje, yo sería un brillante, uno que se retrae sólo por modestia, no por incapacidad; uno que deja hacer por generosidad, no por impotencia. Seguro que ni yo mismo reconocería en ese retrato al impenetrable egoísta, al incurable cobarde que soy. Es que el arte jamás deja de ser una mentira; cuando es verdad, ya no es arte y aburre, porque la realidad es sólo un irremediable, absurdo hastío. Por eso todo se me convierte en un callejón sin salida. La estricta realidad me aburre, y el arte me parece hábil, pero nunca eficaz, nunca legítimo. Tan sólo un ingenuo recurso que ciertos tipos desengañados, sinvergüenzas o melancólicos usan para mentirse o, lo que es peor aún, para mentirme. Y no quiero mentirme. Quiero saber todo acerca de mí mismo.

XVI

La víspera de Navidad de 1934, Alicia se fue con su familia para el interior. Por cuatro años sólo recibí de ella alguna postal y una carta puntual en cada cumpleaños. Por otra parte, Lucas y yo nos separamos en Preparatorios y sólo nos veíamos accidentalmente, como si la presencia de Alicia hubiera constituido el único nexo de nuestra amistad o, quizá mejor, como si nuestra amistad hubiera sido el pretexto para conservar la presencia de Alicia.

Nunca he podido apegarme definitivamente a nadie en particular; nunca he necesitado, no sé si para bien o para mal, el rebote afectivo de los otros. Sin embargo, en los primeros tiempos sentí cierto fastidio y a la vez cierto deleite en el hecho de estar solo. La falta de Alicia, la opresión que esa falta me producía, constituía para mí una suerte de enamoramiento, quizá el único que me era (y aún me es) permitido. Un enamoramiento tan opaco, lo reconozco, que jamás llegaba a emocionarme ni a avivar mi ternura, pues sólo en raras ocasiones mi moderada nostalgia me llevaba a pensamientos como éstos: “Me gustaría que ella estuviera aquí” o “¿Qué diría Alicia de esto?” o “¿Qué estará haciendo ella en este

instante?”. Pero toda probabilidad quedó disipada el día en que me sorprendí preguntándome qué opinaría Lucas sobre algo, pues evidentemente yo no estaba enamorado de Lucas.

De modo que poco a poco me fui acostumbrando a prescindir de ellos, y el esfuerzo que ahora me cuesta reconstruir toda la situación, demuestra que también el pasado se había vaciado de sus imágenes, que había sabido prescindir de mi propio recuerdo.

XVII

Una sola conversación mantuve con Lucas en ese lapso. Fue a los tres años de haberse ido Alicia. Un sábado de noche estaba en el café y Lucas apareció con siete u ocho tipos. Se sentaron todos alrededor de una sola mesita circular.

Lucas ya había empezado a publicar sus cuentos y gozaba de un misterioso prestigio que iba bastante más allá de la calidad que exhibía. Nunca he podido explicarme el crédulo respeto con que, ya en esa época, se mencionaba su nombre. Para aquella pandilla de oportunistas y holgazanes, que cultivaban el soneto y la nota bibliográfica, no por especial vocación sino por su genérica brevedad, un tipo como Lucas, que se atrevía a escribir cuentos de quince o veinte páginas, constituía algo tremendamente serio, digno de la mayor consideración, antes aun de entrar a medir si lo que escribía era bueno, mediocre o abominable. Estoy convencido de que su ascendente renombre se ha apoyado siempre en su audacia para escribir largo y tendido, ni siquiera ayudada, como en otros casos, por un ingenio verbal. En cualquier rueda, y por lejos que llegaran sus amigos en las mejores discusiones, Lucas permanecía comúnmente callado,

con un silencio significativo y prestigioso, que podía representar muchas aprobaciones y censuras, como pensaban los optimistas, o también un soberano aburrimiento, un no tener nada que decir, como pensaba yo y tal vez pensaba él.

De aquel aburrimiento emergió Lucas para acercarse a mi mesa. Sin duda en ese momento representé un escape, algo desacostumbrado en su presente de entonces. Por eso se sentó frente a mí con un gesto imperceptible de complicidad, como si me invitara a liberarlo de aquellos pelmas.

Nunca imaginé que Lucas pudiese hablar tanto tiempo conmigo, pero menos aún que pudiese hablar conmigo, acerca de Alicia, en aquel tono confidencial.

No me preguntaba, sólo afirmaba: “Deberías comprender que la amistad con Alicia fue para mí una especie de revelación. Lo más curioso es que la revelación no fue ella sino yo”. Yo también lo sabía. Siempre me pareció que Lucas era uno de esos tipos que no pueden entregarse, que todo lo ven, lo escuchan, lo palpan, lo huelen, en función de sí mismos. Bueno, yo tampoco me puedo entregar. Pero es tan diferente.

“Alicia me ha servido para conocerme, para ver hasta dónde podía llegar. Generalmente guardo silencio. Acaso te hayas preguntado por qué. La verdad es que no tengo nada que decir. De todas las cosas que escucho, nada hay que me provoque,

nada que me empuje a intervenir. Ahora mismo estoy hablándote y lo hago porque me lo he propuesto así, porque me gusta haber hallado a alguien que conoce a Alicia, pero no por ti, no por el diálogo que podríamos mantener, porque demasiado sé cuánto me puedes decir, cuánto puedes dar de ti mismo y, francamente, no me interesas.”

No precisaba decírmelo. Yo también estuve siempre enterado de que no intereso. Sin embargo, ésta fue una de las cosas más crueles que he oído jamás. No me ofendió. Ni Lucas ni Alicia pudieron ofenderme nunca. Pero reconozco que esa frase suya marca un recrudescimiento de mi indiferencia, de mi actitud pasiva, desganada. Estoy seguro de que si Lucas lo dijo así, tan brutalmente, fue debido tan sólo a su falta de práctica en la conversación, a su escasa familiaridad con ciertos trucos, con ciertos efugios que los hábiles conversadores emplean para decir lo más insultante, en lenguaje de máxima cortesía. De modo que no fue la frase concreta lo que me rozó, sino la verdad que ella encerraba; nos mentimos, nos adulamos tan explícitamente, que cualquier verdad nos provoca siempre un tremendo escozor, nos saca fuera del tiempo y del clima en que sin pena ni gloria vegetamos.

“Con Alicia, en cambio, sucedía lo contrario. Y lo contrario era algo insólito para mí. Ella, y cuanto dice, siempre me han provocado. Jamás he sentido que mi inteligencia se estirara tanto, diera tanto de

sí, como cuando precisaba dar una urgente respuesta a alguna de sus agudezas. Ése es el único estímulo que uno precisa.”

Recuerdo haberle preguntado si eso significaba que la quería. “Ya me he interrogado al respecto”, dijo. Nunca podría decirle nada nuevo. Nunca podría interesar a nadie. “Y, francamente, no puedo saberlo. De dos cosas estoy seguro: me interesa y la necesito. Lo demás no sé hasta qué punto puede importar.”

XVIII

El regreso de Alicia, en junio de 1939, fue ignorado por mí hasta fin de año. Después supe que en esos seis meses ella había salido regularmente con Lucas, que habían concurrido con frecuencia a conciertos y que, además, ella le acompañaba a su peña habitual. Nada de eso me sorprendía. Siempre me ha enorgullecido haber sido el primero en descubrir que Lucas y Alicia estaban hechos de la misma materia. Aún hoy, en tan diferentes circunstancias, sigo creyendo lo mismo. Ellos, en cambio, se han obstinado en equivocarse, en no admitir esa atracción recíproca.

Admito que en esta época tiene su inesperado origen la mayor debilidad de mi vida, la más lamentable de mis claudicaciones. Sólo puedo invocar en mi descargo mi absoluto convencimiento de que las relaciones entre Lucas y Alicia eran cada vez más estrechas y constituían desde ya una unión virtual. Alguna vez oí hablar —por amigos suyos más que míos— de ese vínculo que a todos inquietaba. Nadie sabía si eran novios, amantes, amigos. Ellos se tenían por lo último, y ahora estoy seguro, intuitivamente seguro, de que jamás transgredieron

la frontera indecisa de la amistad, pero en su trato diario se permitían ademanes, secretos, familiaridades, que en cierto modo justificaban las tímidas sospechas de aquellos impagables desprejuiciados, que intermitentemente coqueteaban con la mojigatería. No figuraba yo entre éstos y no creía en una unión irregular. Más bien estaba convencido de que ambos tendían lentamente hacia el matrimonio y por una vez la institución me parecía adecuada, en estable equilibrio.

En febrero yo debía liquidar una previa y concurría regularmente al Jardín Botánico, donde pasaba dos o tres horas estudiando, instalado en una provisoria soledad; a menudo me prometía volver allí, en cuanto pasara el examen, para disfrutar de la misma sin limitaciones, dejando tan sólo que transcurriera, que me rodeara como un cerco de contemplación.

Creo aún que ésa hubiera sido una imitación bastante moderada de una dicha sin pretensiones, pero no pude ni siquiera rozarla. De ahí que todavía me parezca viva, que todavía admita su vigencia de entonces, ya que no la he destruido jamás con su cumplimiento. La única felicidad que parece posible no es tan sólo la que no se cumple sino la que nunca podría haberse cumplido.

En el Jardín Botánico volví a hallar a Alicia. De no haberme llamado por mi nombre, creo que no la hubiera reconocido. Nos habíamos dejado de ver en

una de esas épocas de emoción y arrepentimiento, en que varias direcciones parecen probables. La muchacha que yo recordaba era una entusiasta, una vacilante y alegre conspiradora. Esta que ahora enfrentaba era una mujer fuerte, de una entereza —y eso era lo extraño— en que el dolor no había tenido parte. Alicia se había hecho fuerte por sí misma, como si la atenta observación de la miseria ajena le hubiera bastado para crear sus defensas. Y éstas eran extrañamente apropiadas, tenían esa rara consistencia que sólo el sufrimiento es capaz de otorgar.

Lo más curioso en nuestro triángulo de relaciones era que cuando dos de nosotros estábamos juntos, hablábamos inevitablemente del tercero. Ni siquiera puedo admitir que no hablaran de mí cuando yo era el ausente. Estoy seguro de haber sido el obligado tema de sus conversaciones. Tan seguro, que buena parte del cambio operado —a partir de entonces— en mis relaciones con Alicia, lo atribuyo casi exclusivamente a lo mucho que de mí habrán hablado ella y Lucas. Seguramente Lucas me elogiaba (yo también lo elogiaba al conversar con Alicia; el ausente era siempre el mejor), seguramente Alicia se convencía de que era yo el mejor de los tres y, por ende, el mejor de los dos: Lucas y yo, que al fin de cuentas era la selección que importaba.

Hablamos, claro, de Lucas, pero todo aconteció tan pronto que no hubo tiempo de que él pasara a ser el mejor de los tres. Mis primeros elogios de

Lucas no alcanzaron a cubrir los muchos elogios acerca de mí mismo que Lucas y ella habían elaborado en seis meses de encuentros. De modo que cuando pregunté: “¿Y cuándo te casás?”, pensando en Lucas y ella, y Alicia contestó: “Cuando quieras”, refiriéndose a ella y a mí, la mera posibilidad de que no hablase en broma, de que todo dependiera exclusivamente de mí, esa mera posibilidad bastó para entorpecerme, para anular mi capacidad de raciocinio, para hacerme olvidar mis alardes de sinceridad, mi sostenida política de indiferencia ante la vida. Por un momento tuve la sensación de que tenía ese poder en mis manos, de que yo era el dueño de la decisión. Y así hablé y obré, como dueño de Alicia y de las circunstancias. No obstante, mi poder era ajeno; la decisión, ajena; Alicia, ajena también. Ni siquiera yo era dueño de mí mismo.

Lucas abandonó Montevideo tres meses antes de mi casamiento con Alicia. La última vez que lo vimos, nos dijo que había conseguido un empleo en Buenos Aires, que se iba a fin de mes, que suspendería momentáneamente sus estudios, pero que pensaba volver a mediados del año siguiente. No obstante, se fue esa misma noche, y hasta ahora no me he enterado de que en alguna oportunidad haya regresado.

XIX

Hace un momento tuve la intención de registrar la vuelta de Martín; luego, la de la nena. Martín, con los ojos irritados por la tarde de cowboys, me besó con un sueño terrible y se metió en la cama. Adelita, en cambio, se sentó muy juiciosa frente a mí y me preguntó qué escribía. Creo que Adelita es la única persona en el mundo que a veces me comprende, pero que dejará de comprenderme el día en que pierda su problemática inocencia y empiece a convencerse de su ingenio. Ése es el instante crítico en que todos nos volvemos idiotas. “Le escribo a tu madre”, le dije. Sin embargo, no era totalmente mentira. La carita de mi hija posee una ternura de animalito, una ternura que nunca es calculada, que le brota tan espontáneamente como el llanto o los mocos. Ella sabe lo que quiere y siempre lo dice. Pero no es demasiado animosa. Quiero decir que no tiene fuerzas para aguantar durante largo rato el optimismo. Su decepción se caracteriza por un mohín conmovedor, que es la única tristeza crónica que me resulta insoportable. “Decile que abuelita la estuvo elogiando.” En realidad, eso era mucho más amable que si me hubiera hecho la clásica

recomendación: “Ponele muchos besos”, porque la verdad es que *abuelita* no la elogia nunca.

Martín jamás me desconcierta. No es muy inteligente ni sensible y gozará despreocupadamente de la vida; vivirá sin enterarse de su insignificancia, y ésta es una variante, acaso la única posible, de la felicidad. Adelita, en cambio, estará siempre enterada de sus inhibiciones. Estoy seguro de encontrar en ella resonancias cada vez más directas de mi modo de ser. Lo peor de todo es que me agrada la perspectiva de esa resignada, sombría comunión. “Bueno, hasta mañana”, dijo, y se fue, sin besarme. Oh, camarada.

XX

En realidad, nuestro matrimonio carece de historia. Tres o cuatro hechos claves, tres o cuatro recuerdos fundamentales, que otorgan algún sentido a esta crisis, a este domingo. Nada más.

Dos noches antes del primer aniversario, yo estaba tendido sobre la cama y Alicia entró en la habitación. La llamé y pareció sorprendida. Pero vino y se sentó junto a mí. Su primer embarazo entraba en el sexto mes, aunque la deformación de sus facciones y de su cuerpo no era todavía demasiado evidente. Dije alguna frase cariñosa referida a su preñez o al niño o a ella misma. Sonrió sin demasiada convicción, como si a duras penas tolerase mi interés y mi afabilidad. De pronto me asaltó la sensación de que toda mi ternura era obligada, de que en el fondo me importaban un cuerno ella y su embarazo. Y decidí jugarme el todo por el todo: decidí abandonarme —por ese instante, al menos— a lo que mi cuerpo o mis sentidos o tan sólo mis nervios, espontáneamente, me llevasen a hacer, a no agregar de mi parte ningún estímulo intelectual, ningún acuciamiento de la razón. Nos quedamos en silencio: yo echado, mirando las manchas del cielo

raso; ella recostada en las almohadas de su cabecera. No la miraba, pero de algún modo era consciente de que ya no sonreía, de que me contemplaba como si yo fuera una foto de un álbum, como se mira a un rostro que fue algo importante y ya no lo es o desapareció simplemente de nuestro destino, pero que todavía sirve para recordar alguna lección ya prescrita y sin gracia. Su inmovilidad no era agresiva; constituía sólo la repentina obtención de una inútil, tardía lucidez. No cabía refugiarse en la angustia, porque todo estaba claro. Yo no me movía. Ni la cabeza ni el brazo ni un solo dedo. Ninguna parte de mi cuerpo pugnaba por acercarme a esa mujer que sin embargo estaba en camino de adquirir la dignidad un poco cursi y conmovedora de *madre de mis hijos*. Estuve a punto de decírselo, estuve a punto de ejercer una tímida crueldad, pero me di cuenta a tiempo de que tampoco eso iba a ser un éxito. Y entonces se cerró el círculo y volví a mi cobardía, a esa cobardía de palabras amables, de gestos cariñosos, de marido cabal. Pero cuando empecé a pasar mis dedos por entre el pelo de Alicia, y ella recuperó la antigua sonrisa sin convicción, a modo de problemática defensa, yo había descubierto que mi ternura era forzada, constantemente reconstruida sobre la vana posibilidad de un amor que no podía corresponderme y que, por lo demás, en ningún momento recibía.

XXI

El segundo recuerdo fundamental viene a propósito de la fiebre tifoidea de Adelita, cuando acababa de cumplir los cinco años. Reconozco que esa vez estuve cerca de la desesperación. Es cierto que bebí más de lo aconsejable. Es cierto que esa noche, cuando parecía que aquel agobiado cuerpecito no iba a resistir más, infringí las normas corrientes de la resignación, hablé largo y sin sentido, gemí y maldije de todo y de todos. Alicia, que había pasado la semana entera sin salir prácticamente del dormitorio de la nena, tuvo fuerzas para arrastrarme hasta el viejo sofá del cuarto de huéspedes, y allí empezó a hablarme con una voz quebrada que yo desconocía. No hablaba de nuestra hija ni de mí ni de sí misma. Decía cosas sencillísimas acerca del destino, de la muerte, de la desesperación. En cualquier otra oportunidad, ahora mismo quizá, todos esos lugares comunes servirían tan sólo para fastidiarme. Pero en aquel momento nada mejor me podía acontecer.

“Para quien no tiene religión no existe una intensidad especial de abatimiento. Fíjate que toda la vida está abatida, que toda la vida es desesperación.” La casa estaba silenciosa. No se oía más rui-

do que el de los tranvías lejanos o el letrero chirriante de la farmacia, como en todas las otras noches, buenas y malas. Verdaderamente, nada había cambiado. Adelita muriéndose y yo desesperado, éramos tan sólo la confirmación de que el mundo es un callejón sin salida, una trampa sin código, un excesivo y bárbaro caos. “El único consuelo es entrar en el caos, volverse caótico también”, decía Alicia. Levanté los ojos. Sólo en ese instante reconocí mis palabras. Eran mis palabras de siempre las que ella pronunciaba. Recién entonces comprendí cuántas veces la había cansado con mis ordinarios, estériles axiomas. Ahora se vengaba consolándome, y estaba, naturalmente, en su derecho.

XXII

Mi *suicidio* constituye el centro de mi tercer recuerdo fundamental. Nunca pensé que ese escape fuese algo despreciable. Sin embargo, no lo asimilaba ni a la cobardía ni a la temeridad. Debía constituir algo irremediable, representar la solución no buscada sino impuesta por las circunstancias, o simplemente por el asco de vivir. Claro que ese asco no me sobrevino como una bocanada, sino que me fue invadiendo lentamente, acentuando la incomodidad que siempre experimenté frente a mí mismo. Pero tampoco era asco, sino aburrimiento.

Durante la fe, durante la duda, el hastío nos visita como el sueño; en el instante en que la voluntad afloja su tensión. Pero cuando la fe y la duda se dejan descubrir en su ingenua, profunda relación, y sobreviene el asombro ante la absurdidad de la existencia, ante la maravillosa indiferencia de Dios, uno recupera la calma para siempre, y la calma para siempre es el hastío.

En realidad yo no estaba tan seguro de no haber buscado la solución, pero así y todo quería creerlo. Quería creer que la muerte se abría ante mí como la única puerta en un recinto asfixiante. No estar; así se resumía la esperanza.

Hace cuatro años. Los chicos se movían a mi alrededor como testigos. Adelita parecía interrogarme con sus ojos turbados y apremiantes. Hasta Martín, que tenía muy pocos años, estaba inquieto, y una tarde se acercó corriendo y me tomó fuertemente la mano y yo no podía conseguir que me soltase. No estar. Sólo Alicia permanecía indiferente, ajena, y yo pensaba: “Si ella no se da cuenta, será que aún no estoy acabándome; porque, entre todos, ella es la más cercana, la que primero debería intuirlo”. Sin embargo, me hallé de pronto haciendo los preparativos, los groseros, inevitables preparativos que consisten en preferir el cianuro al revólver, el lunes al viernes, y que hicieron que me sintiese más ridículo que nunca, como si hasta mi muerte hubiera estado condenada a la cursilería y a la mediocridad.

Llegué a convencerme de que no pasaría del lunes, pero el sábado, a la hora de la siesta, sobrevino la crisis. Primero me sorprendí tratando de establecer por qué había fijado el lunes y no otro día cualquiera. Durante una larga media hora nada se me aclaró; después de todo, me resultaba divertido investigar en esas circunstancias la raíz de mis preferencias. Pero de pronto empecé a dudar y, finalmente, desemboqué en una evidencia tan estúpida como reveladora. Había elegido el lunes ¡para poder ir el domingo al Estadio! ¿Entonces? Lo único notable era que esa estupidez me revelaba una oscura voluntad de supervivencia. Pero se me ocurrió

ponerme a prueba de otro modo. Traté de fijar duramente la imagen de aquella habitación (con la cama, el ropero, las sillas, la cómoda, los cuadros) sin la conciencia de mi cuerpo tendido, y luego, por extensión, intenté imaginar cómo iba a ser el mundo sin mí, qué semblante iría a tener la vida de los otros en mi ausencia, cómo iba a ser la nada, *mi nada*. Entonces sentí una fuerte opresión en el estómago y tuve que inclinarme violentamente hacia un costado. Mi desmayo debe haber durado unos minutos. Recuerdo que cuando abrí los ojos, el suelo estaba a veinte centímetros de mi cabeza. Y allí también, horriblemente cerca, los zapatos, los calcetines y mi vómito.

XXIII

Me he desviado otra vez. ¿Qué tiene esto que ver con el viaje de Alicia? Esos *recuerdos fundamentales* demuestran, en todo caso, que durante mi etapa matrimonial viví en una constante incomodidad, acentuada tal vez por mi cobardía, por mi absoluta carencia de ambiciones. Pero el problema no es tan simple; debo confesarme que lo he planteado mal. Esta crisis deriva de un convencimiento paulatino: que Alicia siempre ha preferido a Lucas. No veo ninguna maniobra de su parte en el simple hecho de que aparentemente me haya elegido. Es cierto que pasó por una terrible confusión. No pudo ver claro, eso es todo. Pero el verdadero responsable siempre he sido yo. Aun entonces sabía que esto no podía ser; sin embargo, cerré los ojos, simulé que creía lo increíble, arremetí contra mí mismo. Soy evidentemente el único culpable, y ningún arrepentimiento de mi parte conseguirá para Alicia el tono de felicidad que pudo haber obtenido once años atrás. En la actualidad puede aún recuperar a Lucas (me encuentro tan ridículo pensando: ¡ojalá!), pero no sé hasta qué punto será Lucas el mismo de antes, no sé si podría mantenerse un precario equilibrio en sus

relaciones, abrumadas por un pasado de corriente pesadilla, por dos hijos que existen como un problema vivo, por mi presencia que seguirá pesando y a la que —pese a toda mi buena voluntad— no les será fácil eludir. He pensado también que la única solución sería que ellos se sintieran *culpables*. Si yo desapareciese espontáneamente de la escena, si les dejase sin más el campo libre, esa actitud tomaría para ellos el nombre de *sacrificio*. Y el sacrificio tendría dos consecuencias inmediatas: por una parte, cierto matiz del arrepentimiento y de la gratitud contribuiría a idealizar mi figura, a exagerar el significado de mi renuncia; por otra, esa misma idealización iría en detrimento de su recíproca estima, se sentirían *objetivamente* culpables (culpables sólo de pasividad), no cómplices. Es, pues, fundamental que ante sus ojos no me sacrifique (¿acaso me sacrifico ante los míos?).

Cuando el escribano me hizo saber que Alicia o yo, o mejor ambos a la vez, debíamos trasladarnos en seguida a Buenos Aires para liquidar de una vez por todas la casita de Belgrano (mi padre jamás la hubiera malbaratado, pero no importa), pensé que las circunstancias acaso decidieran por mí. Bastaba con que viajara yo para asegurar la continuidad de este estado de cosas, absurdo e indeciso. Por el contrario, una breve estadía de Alicia en Buenos Aires implicaba un obligado encuentro con Lucas y, por tanto, una posible definición. Creo que admití con

sospechosa vehemencia la solución propuesta por el escribano; un poder extendido a favor de Alicia permitía, por una parte, que ella se distrajese e hiciera algunas compras y, por otra, no me forzaba a abandonar mis compromisos en Montevideo. Pero así como me dejé tentar por esa ocasión única e inesperada, estoy seguro que de mí no hubiera partido jamás la iniciativa de provocar un encuentro de Lucas con Alicia. No sé aún si he procedido bien. Pero tal vez sea éste el único modo de no sacrificarme frente a ellos y, sobre todo, de saber hasta qué punto continúan necesitándose.

He enviado a Lucas un recado pueril; claro que sin recomendar a Alicia que lo busque especialmente. Pienso ahora que este encuentro habrá estado rodeado de muy particulares circunstancias (once años en blanco, deseos primero reprimidos y luego definitivamente desechados, etc.) y es muy probable que haya provocado en ellos un estallido emocional que mi ausencia no habrá alcanzado a evitar. Entonces sí se sentirán culpables (*subjetivamente* culpables) y, sobre todo, cómplices (culpables con un papel activo, común a ambos).

Evidentemente, sólo la complicidad puede salvarlos. En vez de sentir gratitud y arrepentimiento, experimentarán —en el mejor de los casos— un poco de desprecio, se referirán a mí como al *pobre Miguel* y cambiarán algún guiño alegre cuando comenten mis once años de inercia.

En definitiva creo que hice bien en dejar que fuese Alicia sin mí. Creo que hice bien en escribirlo todo.

Son las once de la noche y los ojos me arden. Estoy satisfecho, sin embargo. He realizado mi único principio: ser el más sincero de los mediocres; el único consciente de su vulgaridad.

XXIV

Hace una hora y media dejé de escribir, convencido de que lo había dicho todo. Sin embargo, he releído línea a línea cuanto escribí este domingo, y... ¿cómo pude ser tan cretino?

No he mencionado a Teresa ni una sola vez. Mas no es sólo esto: he concluido pomposamente mi larga lamentación con un alarde estúpido de sinceridad. Pero ¿estoy escribiendo para mí mismo, para ver más claro, para ser consciente? ¿O acaso alimento cierta esperanza, que no me atrevo a confesarme, de que alguien recorra alguna vez este cuaderno y todo mi relato tienda por eso a ser una tardía justificación, una defensa ante ese posible, ignorado lector? Recuerdo la repugnancia que me produjo, hace ya muchos años, la lectura del diario de María Bashkirtseff desde el momento en que (sin confesárselo en forma explícita, es decir, manteniendo las apariencias de diario íntimo) deja de escribir para sí misma y empieza a anotar para la posteridad. ¿Estaré falseando yo también mi retrato íntimo, la verdad estricta acerca de mí mismo? ¿A quién pretendo engañar? ¿A qué posteridad?

Después de todo, mis relaciones con Teresa no

son inconfesables. Debería avergonzarme mucho menos un vínculo así, con una mujer primaria, elemental —que goza, razona y actúa en función de su cuerpo, que está hecha del más legítimo, del más puro sexo—, que mi unión oficial con Alicia. Alicia y yo hemos perdido la gracia, hemos perdido esa cequera virtual que concede el amor cuando nos inaugura. Hace ya demasiado tiempo que somos lúcidos y desgraciados.

Sumergirme en la existencia de Teresa, instalarme cada cuatro o cinco días en su pequeño apartamento de la calle Mercedes, significa aproximadamente una liberación, una liberación grosera, claro, pero sin duda la única que merezco, la única que puedo disfrutar. Lo cierto es que cuando veo, desde el sillón imitación Bergère, la actividad que despliega Teresa para hacer un plato especial, a mi gusto, o cuando recorro, palmo a palmo, su cuerpo franco, sincero, sé que poseo toda la Teresa posible, que ella es eso y nada más; no sé por qué, pero, me siento paternal e importante, y mis caricias son aproximadamente una concesión.

La verdad es que así me veo protegido contra mí mismo, contra mi cobardía, contra mi miedo. Siempre que alguien me ha convencido de que mi palabra vale por sí misma, de que mis actitudes pueden influir, no he podido sustraerme a una clara sensación de bienestar. Es prodigioso el efecto que me produce hallar que alguna persona depende de mí y

vive atenta a mis reacciones, pendiente de mis consejos. En cambio, Alicia no depende de mí; es decir, depende sólo en cuanto se relaciona con sus limitaciones; pero dentro de las fronteras que le impone este vínculo, ella vive su propia existencia, en la que no intervengo. El mayor —y único— reproche que le hago es, pues, esa horrible ajenidad a que me condena; esa convicción de que, en último rigor, nada tengo que ver con ella.

Con Teresa sí tengo que ver, pero —claro— no me satisface. No puedo dejar de unir mentalmente a Alicia con mi concepto acerca del mundo. Al menos, ella es el mundo que he deseado conquistar y al cual he permanecido ajeno. Teresa me pertenece, pero Teresa es un cuerpo, no el mundo.

Cierta vez, en rueda con dos matrimonios amigos, y después que todos hubimos dejado constancia de innumerables celos y lugares comunes, una de las mujeres le preguntó a Alicia: “¿Qué harías si un día supieras que Miguel tiene una querida?”. “Comentarlo contigo”, dijo ella. Claro, fue para no decir nada y, además, para desorientar a la insidiosa. Seguramente, no hubiera permanecido tan serena; alguna vez he estado a punto de comunicarle, mediante un anónimo, mis relaciones con Teresa. Pero entre todos los temores que frecuento, el miedo a las situaciones violentas es el que mayor inquietud me produce. Tengo la impresión de que mi infidelidad constituiría un paradójico mérito a los ojos de Alicia;

al fin de cuentas, una muestra de frágil machismo, de malentendida virilidad. Mas, a pesar de todo, se indignaría. No sé por qué, pero estoy seguro de que se indignaría. Acaso me sentiría satisfecho, viéndola por una vez perder la calma. Y la perdería, seguro. No por mí, no por cuanto pudiera yo haberla querido, sino por sí misma, por la pérdida de ese falso equilibrio que todavía le permite mentirse y vencer a la conciencia espuria, y hasta condenarme, despreciativa y tiernamente, a digerir su nostalgia de Lucas.

Tal vez hice bien en anotarlo todo. Esto de ahora se parece al odio. Por fin.

Pero entonces no existe el sacrificio. La verdad —ahora lo veo— me convierte en un crápula. He enviado a Alicia, no para ayudarla a recuperar a Lucas, sino para ayudarme a desprenderla de mí, para poder sentarme tranquilamente en el sillón de Teresa; y también para liberarme, gracias a su agradable ignorancia, a su cuerpo tangible, a su simplicidad. Esto es lo cierto. Me pregunto si no habré hallado finalmente mi vocación, mi razón de existir. Porque (soy el primero en asombrarme) no me incomoda sentirme cretino.

SEGUNDA PARTE

ALICIA

Querido:

Me he decidido. ¿Hubiera sido mejor discutirlo frente a frente, con la mayor serenidad posible? Tal vez, pero no importa. Podría decirte, claro, que las mujeres somos todas cobardes, pero la única verdad es que no hubiera podido enfrentar tu aturdimiento. En definitiva, ésta es la revelación: *No puedo más, me voy con Lucas*. No pienses lo peor, te lo ruego; no soy eso. Paulatinamente llegarás a aborrecerme, pero de cualquier manera quiero explicarte todo, aunque para ti no haya explicación.

Hemos incurrido en varias faltas, pero vislumbro que nuestra gran equivocación, la más irremediable, ha sido el no hablar nunca de ellas. La única franqueza posible, la que poseen la mayoría de las parejas que diariamente se insultan, se maldicen y disfrutan por igual sus etapas de odio y de apaciguamiento, ésa la hemos perdido. Ellos están poniendo constantemente al día el retrato del otro, saben recíprocamente a qué atenerse, pero nosotros estamos atrasados, tú respecto de mí, yo respecto de ti. Los últimos datos que poseemos, si es que poseemos alguno, del tiempo de la franqueza, son tan antiguos que es como si vinieran de seres ajenos, desconocidos. Acaso ya no sea factible actualizarnos y estemos destinados a conservar del otro un falso recuer-

do, a odiar y añorar lo que no hemos sido o, quizás, sólo lo peor de cuanto hemos sido. Estoy segura de que me desconoces, segura de que te desconozco. Quién sabe cuánto de bueno y *amable* hubo en ti y en mí, una felicidad asequible, potencial, en la que nunca hemos reparado. Pero ya es tarde. Me he decidido.

Ahora es horrible que te lo diga (yo también me doy cuenta), pero alguna vez te he querido de veras. Esto debe sonarte como una campana rota; sin embargo, es decorosamente cierto. A menudo pensaste, sin alterarte, con tu calma de siempre, que yo quería a Lucas, pero que no podía con mi vergüenza, que me había equivocado eligiéndote y ahora pagaba mi error. Pero eras tú el equivocado. Cuando te elegí, y antes de elegirte, me gustabas. Siempre me gustaste, me gustas aún.

Entiendo perfectamente cuál fue el malentendido. Como yo discutía con Lucas, como me entusiasmaba contradiciéndole, como nos estimulábamos recíprocamente a arrojarnos las mejores agudezas, y como, por otra parte, contigo no había conflicto, interpretabas eso como un profundo interés de mi parte por las cosas de Lucas y una clara indiferencia hacia ti y tus opiniones. No se te ocurría pensar que la otra interpretación posible —y, en definitiva, la verdadera— permitía conjeturar que tú y yo éramos demasiado semejantes para estar en constante pugna, que me gustaba discutir

con Lucas pero que apreciaba mucho más la sencilla paz de nuestras conversaciones. Para mí, nuestro amor estuvo siempre sobreentendido (el primer gran error, el primer silencio fallido acerca de algo que debimos decir, sin temor a nuestro ridículo privado; después me he convencido de que el amor tiene siempre, inevitablemente, algo de ridículo) y no había por qué gastar en palabras esa dicha todavía insegura, que parecía siempre próxima a desmoronarse.

A mí me bastaba darme vuelta y cerrar los ojos, y entonces entraba en casa con la convicción de tu rostro, de tu figura espigada y conmovedora, del brazo en alto agitando los libros.

Y no había nada para comentar, pues al día siguiente llegaba tarde a la clase y estabas sentado allá adelante y miraba tu nuca rubia e indefensa y eso bastaba para recuperar mi tranquilo enamoramiento y esperar de nuevo tu compañía hasta casa y cerrar los ojos y otra vez tenerte.

Nunca pude entender por qué insistías en acercarme a Lucas. Era un intruso, pensaba, y quería rechazarlo, quería negarlo antes de que el ilimitado prestigio suyo que me transmitías, penetrase forzosamente en nuestra disgregada seguridad. Era, por razones obvias, el representante de lo ajeno, de todas las potencias en acecho que iban a desvirtuar para siempre nuestra felicidad modesta, inconfundible, y ya lo execraba antes de conocerlo, lo odiaba

sobre todo porque no *podía evitar* conocerlo. Lo aborrecí fielmente, escrupulosamente, aun después que hube enfrentado su aire desafiante y melancólico, su agresivo modo de sonreír y de callarse, su balanceo mientras escuchaba, sus manos en los bolsillos, su cautela y sus presentimientos.

Acaso te deba un poco de admiración, porque corriste el riesgo. Sin embargo, ese mismo riesgo te intimidó, te obligó a jugarte mezquinamente, a creerte destinado a perder. Yo discutía con Lucas, hablábamos a los gritos, y sentía, presentía que estabas efectuando comprobaciones imaginarias, que habías descubierto no sé qué afinidades, no sé qué conexiones profundas y secretas que nos relacionaban a perpetuidad. Mi empeñamiento consistió en no ceder, en conseguir implacablemente un clima de violencia y, lo más desgraciado, en no aclararte nada, en esperar que vieras. Pero no sentías celos ni rabia, ni siquiera impaciencia; estabas tan seguro, tan enternecedoramente seguro y derrotado.

A veces me he preguntado de quién o de dónde te vendrá ese modo oblicuo de vivir la vida, que te hace a la vez tan atrayente como despreciable. Ni favoreces la corriente ni te opones a ella. Siempre eliges el sesgo más incómodo, el de testigo implicado.

Querido, nuestro matrimonio no ha sido un fracaso, sino algo mucho más horrible: un éxito malgas-

tado. Toda la felicidad de que disponíamos, que era más sutil de lo que se estila; todo nuestro amor, que era más honesto que nuestro miedo, no han podido con tanto rencor acumulado, con tantas transacciones entre el orgullo y la apatía, con tan inflexible, silenciosa vergüenza.

Sé que fui tremendamente torpe al complicarme en tu decisión, pero tú me humillaste mucho más al aceptarme sin convencimiento, consciente de que no *íbamos a estar solos*, porque el Otro que habías creado, el Lucas de tu cosecha, se había instalado provisoriamente en ti. Sólo el tiempo necesario para atraer mi incrédula atención. Sólo once años.

Me he decidido a no poder más, a irme con Lucas. Once años sin pena ni gloria, esperando no sé qué. De ti no venía nada. Llegabas, llegas aún a la tarde y te sientas junto a la radio y pides el mate y hablas del empleo y preguntas por las notas escolares de los chicos y dices que anoche le escribiste a él y me pides que agregue unas líneas y envíe, como siempre, “cariñosos recuerdos al buen amigo Lucas”. Pero la imagen de mí misma que veo en ti es de veras irreconocible, está llena de extrañeza y de una inevitable, fatigada burla.

Es tan absurdo que seamos los mismos y sin embargo hayamos perdido el valor, la capacidad de sentir asco o simpatía por el destino, por la suerte del otro. Porque no somos los mismos sino copias. Sólo copias veladas.

Once años, tú entendiéndolo todo, esperando mi prevista nostalgia que no llega, tu bendita oportunidad de mostrarte generoso y antiguo sabedor, horriblemente bien informado de mis deseos. De veras, no interesa que te diga ahora: “No puedo más, me voy con Lucas”, porque vienes arrastrando once años de espera, porque ésa fue la oración con que desde el principio me encomendaste a ti. Después de todo, qué idiotez haber temido tu asombro; si ya lo sabes todo, si siempre lo supiste, y qué repugnante has sido por saberlo.

Nunca me dijiste: “No puedo más. Me voy con Teresa”. Siempre puedes, y sin embargo no te irías ahora ni nunca. La conozco, la he visto, he hablado con ella. ¿Te sorprende? Es una buena mujer, que hace lo que puede y te da lo que tiene: un cuerpo admirable que, en definitiva, a ti no te interesa. Nos hemos prometido no decirte nunca que nos conocíamos, pero ya no tiene objeto esa promesa. No la desprecies, no la ofendas. Más bien protégela, te hará bien. Necesitas proteger a alguien, y yo estoy fuera de tu protección. (A pesar de las apariencias, este modo de escribirte no es cinismo. El cinismo sólo es un residuo del odio, y aún no te odio.)

Tres veces me he visto con Lucas. Todo se hizo como tú, sin decirlo, querías. Pero cómo has esperado este encuentro. Cuánto hubieras dado por officiar una vez más de *testigo implicado*, por escudriñar en el fondo de nuestras miradas y descu-

brir, por fin, la connivencia que profetizabas. Formulado el anuncio, preparaste el terreno, igual que aquellos fabricantes de evangelios que acomodaban la historia a las profecías.

Has pasado once años imaginando el instante de devolverme a Lucas, disfrutando por anticipado de tu sacrificio. Y eras tan inteligente que nunca lo mencionabas, como si nuestra vida imperturbable, nuestro inefable, aborrecido idilio, se alimentara exclusivamente de esa horrible complicidad.

Es necesario que te dé la razón, esa execrable razón que pacientemente has fabricado. Pero no puedo perdonarte. No puedo perdonarte que me hayas hecho preferir a Lucas, cuando era tanto mejor quererte a ti. No puedo perdonarte la sensación de cansancio e impureza que inexorablemente acompañó mi enamoramiento de Lucas, ni siquiera el simple hecho de descubrir que no puedo amarlo a él sin menospreciarte definitivamente. No puedo perdonarte haber llegado a ser tanto peor de lo que quise.

Me he decidido a *pesar de los niños*. Ahora que vamos a encararlo todo con abominable sinceridad, no sólo debo averiguar qué lugar ocuparán ellos en nuestro futuro, sino también qué importancia han tenido hasta aquí. Los hijos unen, dicen (entre los felices), los mejor dotados de ingenuidad. Los hijos atan, dicen, entre los desgraciados, los de más exaltada estupidez. Tú y yo podemos atestiguar que no

nos unieron: ni siquiera nos atan. Ellos también ofician de testigos.

Pero tú esperas los pormenores... Mira, la evolución ha sido perfecta. Desde el primer encuentro, en que hablamos largamente de ti, hasta la próxima cita, dentro de dos horas, en la que pienso leerle tu empalagosa carta. Será el mejor modo de desprenderme de ti. Sólo puedo desprenderme de ti si te desprecio. Y necesito despreciarte. Necesito recibir su mirada de burla y comprensión cuando le lea las palabras mimosas que me dedicas.

No hemos hablado aún del futuro inmediato, pero puedes estar tranquilo, sé que me voy con él. Lo percibo en su modo tendencioso de repasar nuestra adolescencia, en su risa nerviosa e hiriente que estalla a menudo y siempre me hace mal, en la compasiva repulsión con que te menciona, en sus ojos que vuelven a desearme.

Además sé que con él no voy a callar. Quiero desconfiar del sobreentendido, del pudor y de la vergüenza. Esta vez quiero decirlo todo, lo exquisito y lo repugnante, para que nada quede abandonado a la imaginación, para que nada pueda traicionarnos.

Después de todo, te agradezco esa porfiada disponibilidad de tus escrúpulos. No necesito echarlo a cara o cruz. Me has ahorrado la angustia de la dignidad, y eso ya es bastante.

Claro, no puede ser éste el amor que alguna vez

esperé, ese amor que ya ni sé cómo debía ser, que ya no puedo rescatar del recuerdo. De todos modos, no puede ser este rudimentario deseo de ser tocada por *él*, sin que nada me importen las opiniones que tuvo y que tiene. No puede ser este histérico anhelo de acostarme con *él*, sin que me inquieten en absoluto la posible sabiduría de nuestras charlas futuras, la salu-
dable comunión de nuestros ideales y otras aburridas convenciones que solían inquietarme respecto de ti. No puede ser, pero no importa.

Si mi madre me enseñaba, con soberbias palizas, a no hacerme ilusiones, yo he aprendido por mí misma a no hacerme esperanzas. Lucas está aquí, como una limitada, como una insólita, accesible felicidad, y yo, con las disculpables culpas que tú y yo conocemos, y que sólo me molestan como un mal menor, como un dolor de muelas o un lumbago, quiero asir la ocasión, quiero ofrecerme a *él*, porque *él* es el presente y yo creo en el presente. Después de todo, es la única religión disponible.

Por ahora déjame suponer que los chicos no complicarán tu vida y que tú no complicarás la de quien ya no puede ser tu

ALICIA.

TERCERA PARTE

LUCAS

I

Por primera vez en los últimos años, deliberadamente quiso evocar su aspecto.¹ Estaría transfigurada, claro. Pero no sabía hasta dónde iba a apreciar el cambio. La instantánea revelación, tan punzante que aún no le era posible especular con ella, era sencillamente que no la recordaba.² O sea que tenía

¹ En todos los cuentos que he escrito puedo reconocer, a diferencia de mis pobres críticos, una tajada de realidad. A veces se trata de mi propia realidad, otras de la ajena pero siempre escribo a partir de algo que acontece. Acaso la verdadera explicación tenga que ver con mi incapacidad para imaginar *en el vacío*. No sé contarme cuentos; sé reconocer el cuento en algo que veo o que experimento. Luego lo deformedo, le pongo, le quito. Siempre he querido —nada más para mi uso personal— registrar esa deformación, pero hacía mucho que no me acontecía un cuento verdadero. Ahora que se fue Alicia, ahora que todavía estoy rodeado de su imagen, de su olor, de su deseo, quiero escribir este episodio tan particular. Con notas. Es probable que algún día edite el relato. Las notas (aunque las escriba pensando en el lector y use el tono adecuado a su interés) serán siempre impublicables, estrictamente personales, con vigencia tan sólo para mí. Es posible que así quede registrada la deformación que sufre mi realidad al convertirse en literatura. Siempre que lo que yo escriba sea efectivamente literatura.

² Bueno, creo que la recordaba. Alicia significa un pormenor demasiado típico de aquellos años, como para olvidarla sin más trámite. Pero, literariamente, es de más efecto recordarlo todo cuando ella aparezca, como si mi memoria estuviese adherida a

presentes su actitud, la aprensión de sus manos, sus piernas delgaduchas, cierta ironía centrada en el mentón; tenía presentes todos los hechos, todas las palabras. Y, sin embargo, no la recordaba. La memoria parecía haberse extraviado ante la posibilidad de tantos recuerdos y no se conformaba a dar la imagen íntegra, el rostro sustancial. Tampoco lograba remedar, para recuperarlos, para ubicarse estratégicamente, sus sentimientos de adolescencia. Después de todo, ¿qué había representado para él? El solo hecho de golpear en el presente con su nombre, significaba una alusión a “la vida que merecía ser vivida”. Pero eso no demostraba nada. Uno siempre transforma la historia en leyenda. El pasado es, inicialmente, una sucesión de goces y de angustias vulgares; son las nuevas chatarras, los nuevos vacíos, los que vienen a otorgarle un prestigio retroactivo. ¿Acaso le sería posible discernir, en su *etapa de Claudia*,³ cuánto había aportado ella efectivamente en actitudes, qué inconscientes subterfugios usaba él para persuadirse de una imagen probablemente falsa?

su imagen, como si únicamente su imagen pudiera despertar mis recuerdos. Lo literario es siempre un poco lo poético y hay no sé qué cosa lírica en esa relación memoria-imagen.

³ Es decir, Alicia. El nombre del personaje tiene un remoto origen. Hace once años, cuando ella me telefoneaba, yo siempre confundía su voz con “la de Claudia”. Naturalmente, Claudia no existía; pero era un modo de hacerla rabiar.

En cierto modo, su curiosidad representaba una precaria justificación del pasado. Algo *había*, por lo menos. De buena gana hubiera querido encontrarse con otras reservas, con otras zonas de interés. Pero más adelante no aparecía otra cosa que rutina, sólo alterada por algún día de hambre, por alguna mujer que usaba la nostalgia como un perfume barato,⁴ por la hosca sensación de estar de más o vivir de menos. Sintió de pronto el gusto frío del tabaco y reencendió el cigarrillo.⁵

De nuevo estaba en un café, en la parte mecánica de la jornada. Su trabajo de traductor, sus noches de periodista, sus lecturas, sus cuentos, conservaban un porcentaje de inventiva, eran una ocasión de imaginar. Pero sentarse en la mesita del rincón, sentirse desprovisto de adulones, simplemente como Oscar Lamas;⁶ sin modestia ni notoriedad, sin hablar con el gallego que sólo a los seis meses aprendió a traer cuatro terrones de azúcar en lugar de tres; sin hacerse a sí mismo observaciones famosas sobre los carreristas, los elocuentes, las mujeres gustadas y los chismosos, que convergían al atardecer; todo eso constituía un mecanismo circu-

⁴ Existe otro tipo de mujeres que aquí no viene al caso: las que usan el perfume barato como una nostalgia.

⁵ A verificar. Como nunca he fumado, no sé si el tabaco tiene gusto frío.

⁶ Es decir, yo. No me gusta el nombre. Pero tampoco me gusta el de Lucas Orellano.

lar, un peso muerto de su monótona conciencia.

Se puso a pensar disciplinadamente. No había estado mal aquella otra época de café, con Claudia a su lado, escuchando a los babosos. En medio del aburrimiento, de las solapas mugrientas, de las metáforas viscerales, había destellos de lucidez y una rencorosa sensiblería que no se asombraba de nada y constituía, pese a todo, una experiencia. Uno quedaba un poco mareado, pero esas noches no pasaban a integrar como las que vinieron después, un mal recuerdo. Se sostenían impecablemente, ostentaban un equilibrio propio, ya que siempre se podía respirar el fatigoso olor de los lugares comunes, las melenas flojas, los bostezos a media digestión. Con Claudia a su lado. Quizá ésta era la clave. Que la marejada los encontrara juntos. Con todo, era increíble que nunca hubiera tocado sus senos.⁷ Recordaba vagamente haberla deseado. Más de una noche se había desvelado en un intento de recapitular su paso de chiquilina, sus manos con la palma hacia arriba.

Miró distraídamente hacia la puerta y la recordó de golpe, ahora sí, al recibir la imagen de esa otra mujer, llena de miedo y orgullo, literalmente metida en un saco de nutria, que giraba la cabeza como

⁷ Creo que los toqué una sola vez, pero ya no me acuerdo. Si fuerzo la memoria táctil, mis manos, es decir, el centro mismo de su palma, se llenan de recuerdos, como los de un recipiente que hubiera contenido materias afines y sin embargo bien diferenciadas. Pero no sé quién es quién.

buscándolo. Es la única, pensó. Pensó también que sólo un imbécil podía tener ese pensamiento.

Al fin ella lo vio, hizo un gesto vago de familiaridad recuperada, y se acercó tosiendo por entre el humo.⁸

—¡Qué lugar, Oscar!

Le tendió la mano y él encontró de pronto que dependía hasta lo indecible de ese antiguo contacto. Sólo un segundo, pero podía reconocerlo todo. Como si en vez de esos dedos estirados, más indefensos que nunca, hubiera asido, en el último minuto disponible, una época que caía ya sin fuerzas, abolida.

—Pensé que...

No lo dijo. Era inventar una nostalgia y no era así. La nostalgia había empezado ahora.

—Aquello era otra cosa. Y me gustaba. Pero ya se acabó ese tiempo. Somos serios, ¿no? Todos los cafés del mundo son iguales, pero nosotros estamos demasiado viejos para notarlo. ¿No lo sentís así?

Hablaba con un aire serio y condescendiente,

⁸ Por entre el humo, exactamente. Pero no en el café, sino en el puerto. Yo fui a esperarla (Miguel me había avisado) pero llegué tarde, y cuando ella descendió del barco, la vi a través del humo bajo que salía de un galpón o depósito, no sé bien. Es cierto que entonces me pareció que avanzaba, como tantas otras veces en Montevideo, a través del humo de los fumadores. El diálogo que sigue, con sus aproximaciones, tuvo lugar en el salón de revisiones (donde el funcionario correspondiente extremó su celo hasta hacer flamear unas deliciosas bombachas negras) y en el taxi (donde pude darme cuenta de que efectivamente las cosas habían cambiado).

mostrándose a todos y escondiéndose de él, como si hubiera preparado el rollo y se hubiese obstinado en prepararlo. Oscar no pudo menos que sonreír, un poco burlándose de sí mismo, y ella se puso en guardia. Había en la sonrisa alguna cosa obscena, inexplicable.

—No, no lo siento. Debés tener en cuenta que he seguido solo. Eso es importante. Nadie me sacó a tirones de un ambiente.⁹

Ella apretó los labios, sin rabia ni consternación, en una suerte de tic inédito que él desconocía. No podía explicarse que hubiera empezado así, sin temor a decepcionarle, golpeando tercamente en una filosofía de cambalache.

—A mí me sacó Andrés.¹⁰

Por ahí sí. Ése era el comienzo. Andrés igualito a él, pero con ojos de buey manso. Andrés que nunca cerraba los puños. Andrés que dejaba caer los brazos.

—Perdón. Debí preguntarte por él.

Ella alargó el brazo sobre la mesita, como des-perezándose con la mínima elegancia, y a él le gustaron aquellos insignificantes músculos en tensión, la mano no tan blanca como hacía once años, pero

⁹ Creo que si le hubiera dicho esto, me abofeteaba. Pero no me faltaron las ganas. Este tipo de venganza (el escribirlo en el cuento, porque en la realidad no me atreví) me deprime.

¹⁰ Es decir, Miguel. Elegí este nombre abriendo al azar una página de la guía telefónica. Responde a la tercera tentativa. Los dos primeros eran Abraham y Cornelio, que fueron descartados por razones obvias.

más segura. Ella sonrió sin maña y aflojó un poco la cara.

—Claro. Él está bien. Siempre está bien.

No podía decirse si había asco o gratitud en esa vehemencia casi estacionaria. Pero seguro que no era amor.

—¿Por qué siempre? ¿Pasa algo?

—No, no pasa nada.

Otra vez en guardia. Pensó en las corbatas uniformes de Andrés, sus trajes correctos y grises, su invariable pañuelo en el bolsillo. Pensó en su modo perfecto de doblar el diario, en sus libros de economía forrados en azul con etiqueta blanca, en su versión académica de las cosas. Ella tenía razón, siempre estaba bien. No podía imaginárselo en ropas menores o haciendo el amor.

—Eso es defenderse.

—¿De quién?

No sabía de quién. Hay una defensa inmemorial, renovable y temblona, un síntoma exacto de la vacilación. Así se preserva uno del error puro, del error sin prejuicios, de lo que puede no estar bien en lo que va a venir.

—No sé de quién. No sé si eso es defenderte de mí, de Andrés o de vos misma. Pero antes arremetías en vez de defenderte.

Ella balanceó la cabeza, como si se hubiera puesto a comparar el pasado y el presente y no pudiera decidirse.

—Antes éramos increíblemente tontos. Dejábamos que todo pasara y sólo hallábamos fuerzas para charlar, para escuchar cómo charlaban los otros.

—¿Y ahora charlás mucho con Andrés? ¿O te has vuelto menos tonta?

A ella le gustó la voz jovial del ataque. La cara se aflojó un poco, como demostrando que podía parecerse a la otra Claudia.

—Eso también es defenderse. Esto también es haber cambiado. Antes me hubieras confesado que estabas esperando que te hablara de Andrés.

—Ahora soy el Otro.

—¿Y antes?

—Tal vez no era nada. Pero el Otro era él.¹¹

¹¹ No está mal para culminar el primer encuentro. Es sólo una frase y bastante insípida. Una frase que además no fue pronunciada. Su relativa eficacia reside en que sintetiza el cambio de papeles, el tiempo transcurrido, la aparición de la experiencia como un convidado de piedra.

II

La segunda vez fue un domingo en Palermo.¹² Como dos adolescentes. Ella estaba sin sombrero, tercamente joven, como si no pudiera ingresar a otro compartimento de la vida.

—Bueno, decime qué hiciste —dijo—. En estos años.

No era un cumplido. Ella quería realmente enterarse, introducirse en aquella zona inédita. Los brazos colgaban, sin cartera, como los de una chica que iba a hacer un mandado. Toda ella inspiraba una confianza cautelosa.

—Eso ya lo sabés.

—¿Lo sé por las cartas?

El rió francamente, echando la cabeza hacia atrás.¹³

¹² En realidad, un jueves. Este encuentro, a diferencia del anterior, está en su mayor parte calcado de la realidad. Tal vez debido a eso, sea literariamente el más vulnerable.

¹³ Un convencionalismo. ¿Por qué no puedo escribir: “El rió” y nada más? Debo, sin embargo, agregar: francamente, aunque más adelante esa franqueza esté sobreentendida. Debo sin embargo agregar “echando la cabeza hacia atrás”, que, dentro del personaje que imagino, resulta un movimiento casi inverosímil. Debo hacerlo para que el crítico de *Letras* no me acuse otra vez de emplear “frases horriblemente mutiladas, en el mejor estilo tartamudo”.

Cómo había mentido en esas cartas. Mentido para Andrés y para que Claudia se diera cuenta de que mentía.

—Pensé que creías mis grandezas.

—Claro que sí.

—¿Y Andrés?

—Andrés cree todo lo que aumenta su pesimismo.

—¿Mis cartas también lo aumentan?

—Tus cartas también.

En el fondo era eso. Él había tratado deliberadamente de estimular su pesimismo. Andrés respondía con tediosas lamentaciones, se quejaba de la vida y del empleo, de su sueldo y de sus vicios; nunca de Claudia, claro, porque Claudia agregaba al final sus *recuerdos cariñosos*.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—Decime qué hiciste.

—¿De veras te interesa?

Esta vez comenzó a interrogarse implacablemente acerca de qué pretendía ella de él y qué pretendía él de ella y de sí mismo. El pasado era ése. Una triple camaradería: Andrés, Claudia y él. Hubo un sobremalentendido: que la amistad entre Claudia y él iba a desembocar en algo más. Pero no desembocó. Ella se casó con Andrés y él se fue a Buenos Aires. Todo un gesto. El presente era éste: después de once años de matrimonio, Andrés la mandaba a Buenos Aires con el encargo —con el pretexto— de que entregara

un libro (un libro de J. B., para mayor tortura) y ella cumplía esa misión con tanta solicitud que seguía viéndose con él, como esta misma tarde.

Las posibilidades eran tantas que lo desorientaban. Evidentemente había una idiotez en juego. Acaso el idiota fuese él, por dejarla escapar, por no haberla tocado. O Andrés, por ofrecérsela ahora en bandeja. ¿Y si fuese ella, y sólo por eso hubiera llevado a ambos, a Andrés y a él, a la indiferencia?¹⁴

—Mirá, lo que hice es tan poco que casi preferiría contarte lo que no hice. Así nos amargamos juntos.

No era ella la idiota. Ahora estaba seguro. Caminaba tan indefensa que era casi imposible no abrazarla. Iban integrando una doble fila espontánea de parejas: la sirvienta de sonrisa fija y el muchacho de nariz aplastada, envarados en su rígido domingo personal; los dos adolescentes aislados en su último embeleso y su egoísmo primero: el pobre viejo verde, convencido de la adhesión fervorosa de la mujercita de trasero redondo e inquieto que trotaba a su lado, dejándose mirar.

El pasado era ése: Claudia llena de admiración y de promesas, y él diciéndose no hay por qué apurarse; él

¹⁴ Personalmente, estoy convencido de que el idiota fui yo. Más que idiota, distraído. No darne cuenta de que Alicia representaba, hace once años, una suerte disponible fue una imperdonable negligencia. Hoy en día todo es distinto. No es posible volver atrás ni recuperar la ingenuidad, o sea el don de decir pavadas sin inmutarse. No es posible... pero no me acuerdo si desarrollo este mismo aspecto más adelante dentro del cuento.

creyendo que la vida iba a quedar allí, detenida en ese idilio injusto, uno junto al otro, defendidos quién sabe por qué, solos en la nube de humo y metáforas cochinas. El presente era éste: ella buscándolo, empujada, con el imprescindible odio hacia Andrés, convocándolo a él como quien llama al suplente cuando el titular ha muerto o no sirve o renuncia; él, detenido a la fuerza, conmovido otra vez por el pasado y las promesas que éste encerraba, pero también imperceptiblemente herido por esa sensación de despojo al que buscan extraer del tacho de basura.¹⁵

—Creo que se puede ser franco. Yo no fui nunca, sabés, de los que pegan carteles de mujeres desnudas en la cabecera de la cama.¹⁶

—¿Hacen eso?

La ingenuidad, durable y anacrónica, no era una broma. El nuevo rostro, de impenetrable experiencia, que tanto había aprendido en once años, carecía de la mínima erudición pornográfica.

—Lo hacen los que no se atreven a tenerlas allí en cuerpo y alma.

—¿Y vos te atreviste?

—Me atrevo.

¹⁵ La imagen es ordinaria, pero él y ella no son demasiado finos. No debo olvidar que Lamas es parcialmente yo ni tampoco que he pasado por momentos de riesgosa depresión en que saboreé morosamente alguna imagen del mismo cuño.

¹⁶ Jamás. Por lo general escondía esas imágenes en la letra X del Diccionario Larousse.

—¿En alma y cuerpo?

El pasado era ése: Andrés oficiando de testigo, consumido de resignación y de inercia; Claudia en la trampa de la cordialidad, del afecto, de la compasión; él, por su parte, tan silencioso porque pensaba poco, porque no le gustaba pensar ni hablar ni preocuparse. El presente era éste: Claudia de once años más, con su falso cinismo, con un deseo de vencer; él, otra vez desvelado, viendo muy claro lo de antes y muy confuso lo de hoy; Claudia y él, ahora, detrás del viejo verde y del trasero ondulante, sacando las entradas para el Jardín Zoológico, y Andrés hoy también oficiando de testigo.

—En realidad, cada nueva época me toma siempre desprevenido —estaba diciendo—. Cuando apareciste no había comprendido aún las imágenes de la primera adolescencia. No me había acostumbrado a descubrirte y ya estabas casada con Andrés. No había aceptado la raquítica soledad a que ese hecho me condenaba, cuando aparecieron otras mujeres. Una detrás de otra, cuando aún no sabía qué hacer con la anterior.

—¿Y ahora?

—Ahora estás otra vez aquí. Y no sé qué debo hacer con la otra Claudia.

Ella no dijo nada. El viejo y la mujercita les tiraban caramelos a los monos. Un chico de traje marinero compraba un globo amarillo y el mono mayor exhibía ostentosamente sus brillantes nalgas rojas.

—No sé qué hacer con la Claudia de antes.

Por primera vez ella se puso triste. Ahora el cinismo le quedaba incómodo. Como un traje nuevo. El mono chico sólo tomaba los caramelos verdes, que eran de menta. La mona salió perseguida, con otro crío a cuestras, prendido a ella como una excrecencia desagradable.

—Tal vez sabría algo si entendiera a Andrés.

Ella no decía nada. ¿Simplemente no quería atreverse, o sería el mismo tipo de silencio que había usado él cuando no tenía nada que decir?

En la vitrina mugrienta y alargada, la víbora se movió apenas y esa vida abusiva en una cosa horriblemente inanimada fue como una bocanada de asco inevitable.

—No puedo comprender por qué te envía. Es como si pensara que soy un imbécil o un cochino.

Mecánicamente se asomaron al foso que distanciaba los barrotes. El tipo estaba inmóvil, con su viejo cuerno nasal a la espera de la imposible lucidez. Una chiquita de trenzas que colgaba de una madre indiscerniblemente oblonga, preguntaba si era un hipopótamo y la madre decía que no, pero no decía qué era.

Después de todo él es (o fue) mi amigo.¹⁷

¹⁷ Comprendo que puede dudarse si me refiero a Andrés-Miguel o al rinoceronte. El equívoco no me desagradó porque Miguel ha sido siempre un cornudo de un solo cuerno: el que él está pronto a atribuirse y a aceptar.

Sí, el pasado era ése: ellos tres organizados en una especie de burla recíproca, cada uno pensando que los otros dos no se correspondían y que él era la única pieza adecuada. Y el presente era éste: él, lanzado a la búsqueda de motivos, de remordimientos y de escrúpulos, sólo a medias dispuesto a cargar con el fardo de otra aventura, con el peso muerto de su dudosa conciencia de amigo; él, lanzado a conjeturas frente a Claudia callada, mientras volvían a encontrar al viejo y la mujercita todavía divertidos frente al esclarecido mono que prefería caramelos de menta.

III

Cuando aquella mujer alta, de cara segura y manos largas, les abrió la puerta, Claudia pensó: “Ésta es su querida”, pero él la besó cómodamente, como a una hermana, y luego presentó: “Claudia. Lucía”.¹⁸ Lucía sonrió. Tenía la boca grande, los pómulos salientes. Claudia sucumbió a su absurda y antigua convicción de que las personas de boca grande eran fieles, nobles y generosas.¹⁹ (Andrés tenía una boca chica, pero de labios carnosos: la peor especie entre las bocas chicas.)

Lucía los precedió por un corredor angosto y mal iluminado. Abrió la segunda puerta de la izquierda y se hizo a un lado para que entraran. Era una habi-

¹⁸ Lucía es el nombre real. Es la única que no puede ofenderse, por la sencilla razón de que desprecia sutilmente al prójimo, incluidos también las opiniones y los prejuicios sustentados por éste. Lucía es, como personaje, lo más puro que he escrito. Aún en la realidad sigue siendo un personaje de cuento.

¹⁹ Este capítulo está armado desde el punto de vista de Claudia-Alicia. Me gusta, ya que tuve que inventar bastante. ¡Cualquiera sabe lo que piensa Alicia! Noto ahora que, a falta de otros y con el objeto de llenar ciertas lagunas, empleé algunos puntos de vista propios que he desechado sólo a medias.

tación bastante amplia, con un ropero, dos camas de bronce, una mesita y tres sillas de playa. Él saludó con un gesto y Lucía dijo: “Ésta es Claudia, una amiga de Oscar”. Luego, sin transición, le preguntó: “¿Puedo tutearte?”. Ella dijo: “Claro” y le dejó el sombrero, la cartera, los guantes.

Había dos tipos sentados sobre la cama, uno de ellos con unos papeles en la mano. Una joven casi bonita y bastante vulgar, con una cara imitación Greer Garson, se apoyaba en un hombro del que tenía los papeles. Otra mujer de unos treinta y tantos, con el pelo lacio sobre el ojo izquierdo, y un muchachote diez años más joven, con un buzo azul y pantalón franela, estaban muy juntos, recostados contra la pared del fondo.

Lucía hizo la lista, dedicada a Claudia: “Éste es Carlos, un desocupado; vive de los padres. Éste es Fortunati, un poeta mediocre que a nosotros nos gusta. Ésta es Asia —para la exportación—, en realidad, Josefa; nos ha convencido de su belleza, de modo que afortunadamente ya no se habla más a ese respecto. Aquellos dos, contra toda apariencia, están ahora juntos sólo por accidente; ella es María, tiene nombre de virgen, pero le gustan los tangos, los hombres y la poesía. Sólo ha realizado la segunda vocación. Él es Amílcar; un chico, como ves. Se especializa en robo de libros, traducciones del inglés y accidentes automovilísticos. Maneja sin libreta y

escribe sin inspiración. Generalmente, no nos gusta”.²⁰

Las risas que siguieron la confundieron mucho más que el resumen de Lucía. La que más ruidosamente lo festejaba era Asia-Josefa.²¹ Cuando pudo serenarse a medias, se acercó a Claudia, le tomó las manos y preguntó, dirigiéndose a Lamas: “¿Dónde conseguiste a esta ricura?”. Él estaba a gusto, callado como hacía once años, en esta atmósfera de hombres y mujeres más viejos o más tarados que los de entonces. “Es la mujer de Andrés”, dijo, pero dirigiéndose a Lucía. A Asia no pareció importarle ese desprecio y puso su mejor cara de mimo para decirle a Claudia: “Ah, la mujercita de Andrés isin Andrés! ¿Por qué no lo trajiste? ¿Cómo es él? ¿Te gusta todavía?”. Desde la pared del fondo y emergiendo entre su pelo lacio, María le gritó que se callara, pero la otra ya decía: “¿O viniste aquí para

²⁰ Todos estos tipos vienen de muy atrás, cinco años aproximadamente. Jamás tuvieron ningún contacto con Lucía. Pero, de conocerlos, probablemente los hubiera presentado así. El *snob* es, para ella, el más despreciable de todos los tipos. Además, ése es el secreto de su parcial cinismo y autodesprecio, ya que se considera a sí misma también un poco *snob*.

²¹ La verdadera Asia no se parecía a Greer Garson sino a Joe Brown. Mirándola con la imprescindible serenidad, es preciso confesar que era espantosa. Sin embargo, siempre me resultó conmovedora su absoluta e ingenua convicción acerca de su belleza, que le otorgaba una inesperada simpatía. Todos acababan por admitir que era inteligente y aceptable y conozco además a dos tipos no imbéciles que se enamoraron de ella. Sin éxito, por otra parte, porque Asia los encontró horribles.

descansar? Es muy raro que puedas descansar con Oscar. Si no que lo diga Lucía. ¿O sos únicamente una amiguita?”.

Claudia movió la cabeza negando no sabía qué.²² En realidad, la negación le venía de muy adentro, una especie de asco por esto que había constituido la naturalidad de once años antes y que ahora ni siquiera podía conmoverla con un lejano resplandor, con esa luz inevitable de autocompasión que rodea las actitudes de cualquier pasado. Que Oscar se hubiera quedado en esto mientras ella se iba endureciendo junto a Andrés, le parecía una injusticia tan segura, una inercia tan incómoda, como la de un individuo que, habiendo sido muy festejado por el hecho de chuparse el dedo en su primer año de existencia, pretendiera el mismo éxito por el hecho de chupárselo a los treinta.

“Ya es suficiente, Josefa”, dijo Oscar, y esta vez Asia quedó aniquilada por su propio nombre. Se apartó de Claudia, disculpándose: “Tiene razón, es suficiente. No me hagas caso, soy medio loca”.

“De modo que usted es de Montevideo”, dijo Carlos, para despistar. Entonces Fortunati la miró por primera vez con atención y comentó despacio,

²² Este diálogo (o, mejor, su original) tuvo lugar en Montevideo hace más de diez años. Fue en el Café Central y recuerdo especialmente la reacción de Alicia. Decidí incluirlo, con variantes (manteniendo sólo su intención), pues de algún modo debía representar el enfrentamiento de Alicia con su pasado, con nuestro pasado, con el que en estos días la he confrontado mentalmente hasta el cansancio.

como si arrastrara consigo una verdad inédita: “La ciudad que dio tres poetas a Francia”.

Al fin Oscar la miró compasivamente. Estaba claro que ella quería decir alguna cosa y no encontraba qué. No había hablado aún, pero aparentemente ellos sólo pretendían que escuchara. “Lautréamont, Laforgue, Supervielle”, enumeraba implacable la erudición de Fortunati.

“Así que usted es aquí el que escribe”, pudo al fin arrancar de sí misma, y se sintió horriblemente torpe. “Sí, viejita”, dijo el llamado Carlos, “él es el que escribe”. Entonces ella, contradiciendo la política de toda su vida, se oyó decir: “Léanos algo suyo”, y luego, increíblemente, recalcar con una sonrisa: “Por favor”.

Pero el ruego estaba de más. Fortunati eligió un papel y rápidamente anunció: “Es uno de mis últimos poemas: *La oración del auxiliar segundo*”.²³

Claudia observó que todos, hasta los acaramados del fondo, se acercaban al lector. Éste agregó: “Es la primera vez que lo leo”. Por lo tanto, una especie de preestreno, tanto más extraordinario cuanto que nunca pasaría de allí.

²³ Desde que apareció *La vida apenas*, y el crítico de *Letras* pudo anotar que Lucas Orellano se acomodaba y decía: “Se trata de unos poemas sobre el destino”, no tengo valor para dejar de escribirlos. *La oración del auxiliar segundo* es un poema ordinario y prosaico y que sin embargo me gusta. Ésta es además una buena ocasión para verlo publicado, atribuyéndoselo canallesca-mente a un personaje tan inocente como miserable.

Fortunati cerró por un momento los ojos, como para asir el fugitivo éxtasis, y luego empezó a leer, con su quebrada voz de viejo poeta inédito:

Déjame este zumbido de verano
y la ausencia bendita de la siesta

Era horrible y sin embargo había algo patético en aquella voz temblona que había nombrado a Lautréamont y que tenía su público afectuoso y abyecto.

déjame este lápiz
este block
esta máquina
este impecable atraso de dos meses
este mensaje del tabulador

Era horrible y sin embargo transmitía una convincente resignación, un inevitable conformismo ante la doble imposibilidad de escribir algo bueno y de dejar de escribir.

déjame sólo con mi sueldo
con mis deudas y mi patrón
déjame
pero no me dejes
después de las siete
menos diez

Señor

cuando esta niebla de ficción se esfume

y quedes Tú

si quedo Yo.

“Ves”, dijo Lucía, “él también sabe que no sirve, pero nos gusta. Lo único válido es eso: Y quedes Tú si quedo Yo. Lo demás es una lata, sólo un pretexto para decir ese final. Por eso lo perdonamos. Porque lo dice”.

El tipo tenía cara de conforme. Como si Lucía hubiera dicho lo que se merecía. A Claudia, en cambio, que seguía bastante confusa y había murmurado: “Muy bien” o cualquier otra elogiosa incoherencia, la miraba con un tranquilo menosprecio.

Ella notó, con cierto temor, que empezaba a sentirse sola. Pensó inevitablemente en Andrés, en los chicos, en la casa. Era el momento crítico de la nostalgia. Claro que estaría mejor en la salita del apartamento, tejiendo o escuchando la radio, sin otra preocupación que el menú del día siguiente o el arreglo de la enceradora o la media suelta en los zapatos de la nena. Se sentía incómoda en la aventura a que ella misma se condenaba. Pero no era tan arduo vencer este alivio. Bastaba con imaginarse escuchando el moderado comentario de Andrés sobre sí mismo o sobre cualquier cosa, para que todo pareciera fresco (estos tipos acabados, inertes, de

mal augurio y mala pose), para que todo pareciera espontáneo (los versos desvalidos, esa Lucía mordaz, la tranquila vampiresa del fondo).

Seguían hablando, riendo con fobia, mostrándose los dientes. Era evidente que no podían sorprenderse. Se sabían de memoria todos los defectos, todas las flojedades. Estaban aburridos de ironizar, de tolerarse, de estar frente a frente.

“¿A qué vino aquí?”, dijo María, y la estaba echando.

“Tenemos que irnos”, dijo Lamas, y la estaba echando.

“A ver cuándo la traes de nuevo”, dijo Lucía, y la estaba echando.

Y mucho antes de que todas aquellas manos impregnadas de tabaco pasaran por su mano, ella ya estaba imaginándose en la calle como en una libertad recuperada.

IV

Todo marchaba sobre rieles. No podía creer que ésta fuese su habitación de siempre. Acaso porque nunca había atravesado la ciudad para regresar a casa a media tarde.²⁴ Era otra habitación, con más luz, sin cucarachas ni telarañas, con el perfume casi fraternal de Claudia y el pasado sumiso, ahora o nunca comprendido.²⁵

Era demasiado claro que su comportamiento dependía de una rabiosa sensación de triunfo. Hacía muchos años que no se reía fuerte, que no se sentía optimista e inquieto, con esta desacostumbrada energía que le parecía ajena.

“Oscar”, dijo la mujer. Se había echado a medias

²⁴ En este capítulo *se hace el cuento*. Llega un punto en que las posibilidades se bifurcan. Desde el instante en que elija una de ellas, el cuento *se hará*, no precisamente debido a la elegida, sino a las desechadas. Por eso la realidad válida poéticamente el cuento, porque en éste lo real es una mera posibilidad desechada.

²⁵ Aquí, especialmente, el cuento falla en su efecto. La realidad es mucho más eficaz y no puede repetirse. Había una emoción intraducible en esa llegada a mi habitación. Creo, además, que pude decirlo mejor y no lo hice. A pesar de que no me ilusiono acerca de mí mismo, me queda este último pudor y quiero conservar esa vergonzante ternura para mi único consumo.

sobre la cama, como para habituarse a lo que vendría. “¿Cómo es ella?”

“¿Quién? ¿Lucía?” El vestido de Claudia era gris y ceñido. “No podés imaginarte lo buena que es.” Una franja de sol le cruzaba ahora la espalda en diagonal.

“Ya sé que es buena. Pero ¿cómo es contigo?” Lo miraba seria, en un estilo más maduro y temeroso que el de once años antes. “¿Te conforma?”

“¿Es tan necesario que me conforme?”, dijo él. Se acordaba de la tristeza segura que había en la cordialidad, en los modales absurdos de Lucía.²⁶

Claudia se estiró sobre la cama hasta alcanzar la mesita de la izquierda. La franja de sol le atravesaba ahora la cintura. Lamas se sintió débil y emocionado al ver cómo recuperaba su capacidad de desearla. Había alcanzado la caja de zapatos que contenía las fotos, y el pelo le caía sobre la frente en un mechón que en otra mujer hubiera podido ser obsceno. Pero ella era todavía una chica, moviendo las piernas en el aire como cuando repasaban la teoría del conocimiento echados sobre el césped. El césped era ahora una colcha remendada y las piernas mostraban alguna que otra várice, alguna mancha rígida en el tobillo.²⁷

²⁶ Pensé que esto lo decía para el cuento. Sin embargo, lo escribí porque es cierto. Lucía es importante para mí.

²⁷ Esa várice, qué cosa absurdamente triste. Lo peor es que no siento compasión por Alicia: siento lástima de mí, de ese tiempo mío inexorablemente limitado por una manchita violácea e indecorosa.

“¿Ése sos vos?”, preguntó. La foto mostraba (en sepia) un chico de cinco años, muy limpio y descalzo. Era evidente que los diarios bajo el brazo, la gorra, el pucho, no le pertenecían; habían sido ostentados como un disfraz.

“Fue la primera vez que me descalcé en público.” Ella se fijó en los dos piecitos, arqueados al máximo para tocar lo menos posible las baldosas, y sólo entonces advirtió que eso sí era una confesión, que él estaba entregando una distraída revelación del pasado, y desde luego trató de fijar para siempre la gran esperanza frustrada de aquella foto de otro tiempo y trató asimismo de descubrir qué sobrevivía aún de aquel chico en este tipo de ojos agrisados, ya no demasiado joven, que hacía rato la estaba deseando y que siempre existía retrocediendo. Se dio cuenta de que esto lo había pensado como un insulto, como si pudiera echarle en cara su retroceso. No obstante, ella sabía que de su parte no era mucho adelanto haber recurrido a esta escasa nostalgia.²⁸

Pero Lamas se había hastiado de su propia cavilación. “Te lo pregunto por última vez”, dijo. El tono era de estar todavía ensayando lo que iba a pregun-

²⁸ Creo que está bien dicho. Hubo un momento inolvidable en que nos examinamos implacablemente y las miserias del otro pasaron a ser el reflejo de las propias. Lo peor (no recuerdo si lo digo en el cuento) era la sensación de *irrecuperabilidad*. No sólo no podíamos recuperar al otro tal como había sido, sino que tampoco podíamos recuperarnos a nosotros mismos.

tar. “¿Qué papel juego yo en la cabeza de Andrés?”

Ella guardó la foto donde la había encontrado y encogió lentamente los hombros, achicándose. La boca permanecía quieta y envejecida, pero los ojos estaban seguros de que el momento se acercaba.

“Venís a ser una especie de retrato sobre la cabecera. Cuando me abraza, cuando hacemos el amor, él sabe que estás allí como un ángel custodio.”

“Creo que eso acabaré por entenderlo. Pero no entiendo por qué te manda aquí.”

“Será para probarme. Para librarse de vos, para librarse de mí.”

“Qué porquería.”

“Quién sabe. Hace tiempo que me pregunto qué clase de tipo será Andrés. Preferiría que fuera un energúmeno, uno de esos tipos que la aniquilan a una con su grosería. Por lo menos sabría reconocerlo y reconocerme. Pero así como es, resulta insoportable, con su miserable inteligencia alcahueta, su compasión de sí mismo y sus pujos de crápula, su querida sin desplantes y su diario íntimo.²⁹ He tenido su cuaderno en mis manos y no lo he abierto, porque eso hubiera sido reconocerme vencida. Estoy segura de que él quiere que lo lea, aunque no pueda confesárselo; de que escribe para mí, aunque pretenda hacerse el cuento de la sinceridad. Sí, a

²⁹ Debe ser una invención de Alicia. No creo que Miguel sea capaz de anotar diariamente sus cavilaciones. Es demasiado temeroso, demasiado egoísta, y los egoístas no llevan diario.

simple vista es una porquería. Pero nunca se sabe.”

Un hombre y una mujer aislados en un cuarto, seminarcotizados por un deseo progresivo, tienen necesariamente que hacerse duros y sobrellevar la ternura. Cada vez la historia significa menos, cada vez tenían más importancia los cuerpos a la espera.

Cuando ella acercó la cartera y sacó el papel, Lamas reconoció los caracteres ganchudos e inclinados.

“En todo caso, si hay una porquería, es ésta”, dijo ella. Desdobló la carta con un asco injusto, como si no quisiera verse involucrada en ese juego. “Y si no, fijate.”

Él ya no pudo recuperar más su aire confiado. Encendió un cigarrillo para tener algo a que achacar el dolor de estómago que seguramente iba a venir. Por Dios, que no la lea, pensó en un principio de desesperación.

Pero ella la leía: “*Viejita querida, viejita. Otra noche solo. Acaso a ti no te importe. Ojalá no te importe, así puedes divertirte con ganas. Pero es horrible estar aquí, sin tu bondad inevitable*”.³⁰ Sin embargo, ella leía sin ninguna bondad.³¹ Estaba dura y había un odio indecente en la entonación con que acompaña-

³⁰ La transpiración de la carta es fiel a su sentido. He quitado algunos detalles doméstico-sexuales que hubieran provocado al crítico de *Letras*.

³¹ En ese momento tuve la sensación de una modesta libertad. Instintivamente me alejé.

ba aquel empalago. *“Algunas veces me pongo insupportable. Pero qué bueno es pedirte perdón y que nunca me dejes. Hoy abrí el ropero y metí la cabeza entre tu ropa, recuperé un poco de tu olor.”*

Oscar apartó los ojos, pero encontró el espejo y allí la vio doblarse como derrotada por toda esa excitante hipocresía. *“Anoche me abracé a la almohada, claro que es una necedad, pero también es horrible estirar la mano y no encontrarte. Están los hijos, naturalmente, pero no sé por qué hoy no me importa nada de ellos. Me importa que vuelvas y que nunca me dejes. Tengo un deseo loco de repasar y comprender tu piel, aunque temo que nunca me hayas pertenecido. ¿Es cierto?”*

Entonces ella tuvo un arranque y estrujó el papel. Después encogió las piernas y se dejó caer en la cama. Lamas la oía sollozar convulsivamente.³² Con las manos ella se recorría las piernas, como reconociendo esa piel que el otro deseaba comprender.

Él empezó a sentir el dolor de estómago y se contempló indeciso en el centro de la habitación. Entonces no pudo más y se arrojó literalmente sobre la

³² Pero ella no lloró. En el cuento consta la posibilidad que yo esperaba, lo que sinceramente hubiera preferido que aconteciese. Si hubiese llorado, si se hubiese mostrado indefensa y vacilante, le habría perdonado ese odio dirigido precisamente al individuo que yo mismo despreciaba. Pero ella no debía haberme leído la carta, no debía haber permanecido dura, sin deseo, sólo esperando que yo la poseyese de una vez por todas para agregar otros motivos al odio.

mujer. Con las dos manos le tomó la cara y la miró con deseo y con solicitud, como si quisiera rabiosamente poseerla y también separar del deseo cuanto había de miserable, de ruin y de ridículo en aquella cama con dos cuerpos cansados.³³ “Es tan despreciable”, dijo ella. “Mentira. Nunca me ha deseado. Es un frío, un metido en sí mismo.”

Él no decía nada. Simplemente cumplía el rito de abrirle la blusa. Él no era un metido en sí mismo y ella lo dejaba hacer.

Por primera vez hacía el amor con Claudia.

Por primera vez veía en la pared oscurecida de mugre, aquel absurdo rostro de Andrés, que lo miraba como un ángel custodio.³⁴

³³ Ahora comprendo cuánto deseaba yo ese final. Deseaba que nos rehabilitáramos, que pudiéramos sentirnos tontamente buenos, aislados por el deseo, sin rencor y olvidados.

³⁴ En realidad no tuve que acercarme. Se había traicionado y se dio cuenta de ello. Ni siquiera entonces perdió su rigidez. Sonrió, sonreía. Todo estaba dicho, se fue y no volverá. Ahora es el momento de preguntarme por qué no quise hacerlo. ¿Por un ángel custodio? En el primer momento me ilusioné pensando en mi amistad. Después me di cuenta de que no existía. Él es un mediocre, un indeciso, un repugnante, pero ella no debió recordármelo con tanta violencia. ¿De modo que fue por eso, porque ella se volvió grosera, miserable? De veras no lo sé. Acaso Lucía sea otro ángel custodio. Es cierto que eso no me preocupa mucho, pero también que no quiero hacerle mal. Y no querer hacer mal es la interpretación menos riesgosa del amor. También es seguro que todo hubiera andado mejor si en aquel tiempo Alicia y yo nos hubiéramos visto, si Miguel no hubiera tomado la única decisión de su vida. Pero ¿quién de nosotros juzga a quién?

ÍNDICE

Primera parte: MIGUEL	9
Segunda parte: ALICIA.....	73
Tercera parte: LUCAS	85

MARIO BENEDETTI



Rincón de haikus

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

◆ NOTA PREVIA

Hace tiempo que soy lector de haikus, pero confieso que el primero que me sedujo como forma poética se lo debo a Julio Cortázar, cuyo título póstumo, *Salvo el crepúsculo*, fue tomado de un notable haiku de Matsuo Basho (1644-1694): “Este camino / ya nadie lo recorre / salvo el crepúsculo”. Años después me enteré de que la traducción pertenecía a Octavio Paz (en colaboración con Eikichi Hayashiya).

El origen del haiku, con su severa pauta silábica, 5-7-5, se remonta al siglo XVI. Ciertos eruditos lo vinculan formalmente al *ka-tauta*, un breve poema que oscilaba entre la pauta 5-7-5 y la 5-7-7; otros lo derivan del *haikai*, que se creaba en grupo y podía tener hasta cien versos. Paulatinamente se fue asentando la forma de 17 sílabas, en la rígida combinación 5-7-5, que es sin duda la que produce un efecto poético más impactante. No obstante, hubo al parecer otras formas precursoras del haiku: *chooka*, *tanka*, *sedooka*, y especialmente el *renga*, canción encadenada, fruto de varios poetas, que vino a introducir un elemento festivo en la literatura japonesa. En todas estas formas aparecen los versos de 5 y de 7 sílabas en distintas concatenaciones, y también se va afirmando el concepto de estación. Vale la pena aclarar que la rima casi no se usa en este envase lírico tan peculiar; en cambio se ha empleado bastante en las traducciones.

Para esta revisión histórica, recomiendo especialmente el excelente y documentado estudio de Fernando Rodríguez-Izquierdo, *El haiku japonés / Historia y traducción*, 2ª ed. Hiperión, Madrid, 1994 (es autor de diez o doce libros más sobre tema tan especializado) y, para no salir del aporte en castellano, diversos estudios y traducciones de Ricardo de la Fuente y Yutaka Kawamoto (*Haijin. Antología del jaiku*, Hiperión, Madrid, 1992), y Antonio Cabezas (*Jaikus inmortales*, Hiperión, Madrid, 3ª ed. 1997), así como cuidadas traducciones, casi siempre en edición bilingüe, de auto-

res de haikus como Matsuo Bashoo, Yosa Buson, Issa Kobayashi y Masaoka Shiki.

En América Latina, el estudio más serio y bien informado pertenece a la puertorriqueña Gloria Ceide-Echavarría: *El haikai en la lírica mexicana*, Ediciones de Andrea, México, 1967, basado en la tesis doctoral del mismo título, presentada en la Universidad de Illinois en 1965.

El gran maestro y creador de haikus es, sin lugar a dudas, Matsuo Bashoo, a quien Octavio Paz (en colaboración con Eikichi Hayashiya), dedicó su excelente estudio: *Matsuo Bashoo, "Sendas de Oku"*, Barral Editores, Barcelona, 1970. No obstante, como bien señala Fernando Rodríguez-Izquierdo (ob. cit., pág. 65), "Bashoo no representa un corte radical con el pasado literario. Su formación estética e intelectual era muy profunda, y gracias a ella había asimilado el espíritu de la cultura del Japón. En haiku, él mismo se reconoce deudor de la escuela Dantin. Bashoo viene a reanimar el haiku, pero sin prescindir de tendencias que ya estaban insertas en su proceso de evolución".

Después de Bashoo, viene una larga nómina de autores de haikus: Onitsura (1660-1738), incluso una mujer, Chiyo (1701-1775), Taniguchi Buson (1716-1783), Issa Kobayashi (1762-1826). Ya en el siglo XIX aparece Masaoka Shiki, que después de tantos poetas religiosos, incorpora su presencia de agnóstico (ver: Masaoka Shiki, *Cien haikus*, traducción y presentación de Justino Rodríguez, edición bilingüe, Hiperión, Madrid, 1996).

Más cercano a Buson que a Bashoo y aunque sólo vive 35 años, Shiki es uno de los más notables autores de haikus. Ya en el siglo XX, una nueva tendencia, "Shinkeikoo", hace que los nuevos poetas japoneses se aparten del haiku clásico y su rigor tradicional.

Desde inicios del siglo XX, el haiku empezó a extender su influencia en poetas de Occidente, en especial el francés Paul Louis Couchoud y el inglés B. H. Chamberlain, así como algunos españoles. Pero sólo influencias. No era frecuente hallar en la lírica occi-

dental (particularmente la parnasiana y la impresionista) la fiel transcripción de la célebre pauta 5-7-5. Ni siquiera en traducciones. En España, y tal como destaca Ricardo de la Fuente, aparecen rastros (sólo rastros) del haiku en los Machado, Juan Ramón Jiménez, Guillén, García Lorca y en particular Juan José Domenchina, autor de un haiku tan clásico como: “Pájaro muerto / ¡Qué agonía de plumas / en el silencio!”.

En América Latina, el poeta más cercano al haiku fue indudablemente Juan José Tablada. No obstante, y como señala Ceide-Echavarría, “no intenta conservar las 17 sílabas del haikai [o haiku] japonés; en sólo tres de los poemas de *Un día...* se ciñe a las 17 sílabas tradicionales, aunque no a la distribución clásica de tres versos de 5, 7 y 5 sílabas”. Por otra parte, Tablada apela casi siempre a la rima, un recurso normalmente descartado por los poetas japoneses.

De todas maneras, la introducción del haikai efectuada por Tablada en la poesía mexicana, tuvo influencia en muchos otros poetas de ese país. Cabe mencionar a Rafael Lozano y otros posmodernistas; a José Gorostiza, Jaime Torres Bodet, Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer, Elías Nandino y otros “contemporáneos”. También, y fundamentalmente, a Octavio Paz, y, en capas más recientes, Juan Porras Sánchez y Carlos Gaytán. Cabe destacar que la influencia del haiku en casi todos estos nombres fue más bien indirecta. Curiosamente, un sevillano, José María González de Mendoza, considerado mexicano porque vivió largamente en México, gran admirador de Tablada, es uno de los pocos que fue fiel a la clásica estructura del 5-7-5, como en este haiku: “El rojo acento / de tus labios me llama / donde me quemo”, o en este otro: “Mi vida es muda / ni novia ni amistades... / ¡Ah sí! La luna”.

Personalmente, no he estado en Japón ni conozco su lengua. Tampoco soy un experto en la historia y el desarrollo del haiku. Sí tengo bien leídos y disfrutados, en buenas traducciones, numerosos haikus en la pauta clásica, que es la que siempre me ha cauti-

vado. Está de más decir que, por el mero hecho de presentar en este volumen más de doscientos haikus de mi propia cosecha, no me considero un “haijin” (así se denomina en japonés al que escribe haikus) rioplatense.

Simplemente, el haiku clásico, como forma lírica, se me figuró siempre un desafío, tanto por su estructura fija como por su brevedad obligada, que lo hace aun más ceñido que, por ejemplo, el soneto, que en la poética española es tal vez la estructura clásica más rígida. Con sólo 17 sílabas y con una distribución invariable (5-7-5), el haiku es en sí mismo una unidad, un poema mínimo y no obstante completo. De ahí su visión instantánea, su condición de chispazo, a veces su toque de humor o de ironía. Bashoo dejó para la posteridad esta curiosa definición: “Haiku es simplemente lo que está sucediendo en este lugar, en este momento”.

También forma parte del desafío el hecho de que si bien el haiku ha encontrado en América Latina buenos y hasta excelentes traductores, en cambio ha tenido escasos cultores originales. Salvo el ya mencionado Tablada, los otros que se atrevieron con esa pauta lo hicieron muy tímida y esporádicamente. Y aun esos intentos ocurrieron casi exclusivamente en México y cercanías. El mismo Tablada casi nunca se ciñó a la pauta clásica, aunque debe reconocerse que sus mejores logros los obtuvo cuando no se evadió del 5-7-5, verbigracia: “Trozos de barro, / por la senda en penumbra / saltan los sapos”. En Perú, está el caso singular de Arturo Corcuera, que en sus varias veces editado *Noé delirante*, sin incorporar ningún haiku propiamente dicho, revela una influencia muy bien asimilada, que lo conduce a un libro original y chispeante.

En el Río de la Plata, y en general en América del Sur, el haiku ha sido casi ignorado como lectura (no olvidar al argentino Kazuya Sakai, que sin embargo fue en México donde publicó su libro *Japón: hacia una nueva literatura*, El Colegio de México, 1968) y por supuesto como género a cultivar. Una singular excepción es nada menos que Jorge Luis Borges, que fue un buen conocedor de la

poesía japonesa. En 1972 ya había incorporado seis *tankas* en *El oro de los tigres*, pero es en *La cifra* (1981), libro dedicado a María Kodama, donde incluye 17 haikus originales, no traducciones (curiosamente la cifra 17 se corresponde con el número obligatorio de sílabas del haiku clásico), todos con la estructura fija heredada de Bashoo (5-7-5). Hay que señalar que en esos poemas mínimos de última hora hay algunos de notable calidad. A diferencia de Tablada, Borges, cuando elige el haiku, no se aparta ni una sola vez de la norma clásica.

En mi caso particular, es obvio que no me he puesto a imitar a poetas japoneses, ni siquiera a incorporar sus imágenes y temas preferidos. Apenas he tenido la osadía de introducirme en esa pauta lírica, pero no apelando a tópicos japoneses sino a mis propios vaivenes, inquietudes, paisajes y sentimientos, que después de todo no difieren demasiado de mis restantes obras de poesía.

Encerrar en 17 sílabas (y además, con escisiones predeterminadas), una sensación, una duda, una opinión, un sentimiento, un paisaje, y hasta una breve anécdota, empezó siendo un juego. Pero de a poco uno va captando las nuevas posibilidades de la vieja estructura. Así la dificultad formal pasa a ser un aliciente y la brevedad una provocativa forma de síntesis.

Ahora, con el perdón de Bashoo, Buson, Issa y Shiki, ya considero al haiku como un envase propio, aunque mi contenido sea inocultablemente latinoamericano. Y ya que en mi caso no se trata de traducciones, que a menudo exigen matices y variaciones formales que no figuran en la pauta tradicional, he querido que mis haikus no se desvíen en ningún caso del 5-7-5. Esta fidelidad estructural es, después de todo, lo único verdaderamente japonés de este modesto trabajo latinoamericano.

M. B.

Puerto Pollença, Mallorca-Madrid, 1999.

◆ —————
*No sigas las huellas
de los antiguos
busca lo que ellos buscaron.*

Matsuo Bashoo

1. ♦

si en el crepúsculo
el sol era memoria
ya no me acuerdo

2.♦

la muerte invade
de vez en cuando el sueño
y hace sus cálculos

3. ♦

los pies de lluvia
nos devuelven el frío
de la desdicha

4.

por si las moscas
hay profetas que callan
su profecía

5. ♦

invierno invierno
el invierno me gusta
si hace calor

6.

los premios póstumos
se otorgan con desgana
y algo de lástima

7. ♦

y al laureado
no se le mueve un pelo
allá en su nicho

8. ♦

las religiones
no salvan / son apenas
un contratiempo

9. ♦

pasan misiles
ahitos de barbarie
globalizados

10.♦

después de todo
la muerte es sólo un síntoma
de que hubo vida

11. ♦

las hojas secas
son como el testamento
de los castaños

12.♦

lo peor del eco
es que dice las mismas
barbaridades

13. ♦

a nuestra muerte
no conviene olvidarla
ni recordarla

14.♦

los sentimientos
son inocentes como
las armas blancas

15. ♦

la mariposa
recordará por siempre
que fue gusano

16.

hay pocas cosas
tan ensordecedoras
como el silencio

17. ♦

son manos locas
de pianista o de herrero
las que nos hablan

18.♦

los hombres odian
presumen sueñan pero
las aves vuelan

19. ♦

los dos ladrones
miraron a Jesús
y se miraron

20.♦

cada suicida
sabe dónde le aprieta
la incertidumbre

21. ♦

óyeme oye
muchacha transeúnte
bésame el alma

22. ♦

no hay alegría
más alegre que el prólogo
de la alegría

23. ♦

la vida es breve
lo afirmaron a una
falla y onetti

24.♦

si no se esfuman
hay que tener cuidado
con los fantasmas

25. ♦

me gustaría
mirar todo de lejos
pero contigo

26. ♦

no sé tu nombre
sólo sé la mirada
con que lo dices

27. ♦

después de todo
la maniquí no sabe
que es libertina

28.♦

cada trasplante
incorpora los flecos
del dueño antiguo

29. ♦

almas en pena
almas que lleva el diablo
todas son almas

30.♦

cada comarca
tiene los fanatismos
que se merece

31. ♦

los que caminan
sobre ríos de vino
a veces flotan

32.♦

puedo morirme
mas no acepto que muera
la humanidad

33. ♦

si hubiera dios
nadie le rezaría
por no aburrirle

34.

cuando la pena
proviene del candor
puede ser dulce

35. ♦

dame cobijo
con toda la ternura
que te he prestado

36. ♦

cuando te ríes
mis ojos te acompañan
con lagrimones

37. ♦

durante el sueño
los amantes son fieles
como animales

38.♦

en cada historia
el perdón y la inquina
son estaciones

39. ♦

viejo curtido
ya no quiero pasar
por otro espanto

40. ♦

en plena noche
si mis manos te llaman
tus pechos vienen

41. ♦

el exiliado
se fue adaptando al tedio
de la nostalgia

42. ♦

la golondrina
de vuelta a su pasado
no encuentra el nido

43. ♦

la caracola
me deja en el oído
viejos pregones

44. ♦

no quiero verte
por el resto del año
o sea hasta el martes

45. ♦

diez de septiembre
no recuerdo otros vientos
tan desbocados

46. ♦

pasan las nubes
y el cielo queda limpio
de toda culpa

47. ♦

el río avanza
con los cisnes estáticos
y vanidosos

48. ♦

no sé mentir
nunca he mentido salvo
cuando he sabido

49. ♦

desde la biblia
el cielo y el desnudo
pecaron juntos

50.♦

quiero vivir
hasta el último instante
de la tiniebla

51. ♦

las plantas oyen
si uno las lisonjea
se hinchan de verde

52.♦

si me mareo
puede que esté borracho
de tu mirada

53. ♦

las soledades
está de más decirlo
siempre andan solas

54.♦

el cocodrilo
y el sauce llorón lloran
de puro vicio

55. ♦

cuando diluvia
pienso que está cayendo
el mar de arriba

56. ♦

al amor simple
la paz de los burdeles
no le hace daño

57. ♦

drama cromático
el verde es un color
que no madura

58.♦

las añoranzas
son menos añoranzas
cerca del río

59. ♦

cuando mis ojos
se cierran y se abren
todo ha cambiado

60. ♦

quién lo diría
los débiles de veras
nunca se rinden

61. ♦

me siento viejo
pero el zorzal es joven
y me provoca

62.♦

oscuro unánime /
sólo queda un farol
que pide auxilio

63. ♦

cuando anochece
se estremecen los pinos
y no es de frío

64.♦

no me seduce
el burdel del poder /
prefiero el otro

65. ♦

pasa que al trébol
si tiene cuatro hojas
no hay quién lo aguante

66.♦

en todo idilio
una boca hay que besa
y otra es besada

67. ♦

los apagones
permiten que uno trate
consigo mismo

68. ♦

cómo disfrutaban
en un bando y en otro
los asesinos

69. ♦

en la laguna
el agua es un espejo
sin exigencias

70.♦

mientras revivo
acuden primaveras
a mi memoria

71. ♦

mas si agonizo
los inviernos se instalan
como sabuesos

72.♦

los grillos rezan
pero son oraciones
iconoclastas

73.

en cofre nuevo
guardé los sentimientos /
perdí la llave

74.

los epitafios
vienen a ser la gracia
del cementerio

75. ♦

me gustan cristo /
santo tomás de aquino /
la sulamita

76.

por este puente
transcurren ilusiones
y contrabandos

77. ♦

llueve sin ruido
pero bajo el paraguas
funciona el beso

78.♦

con la alborada
renacen los mejores
remordimientos

79.

la novia piensa
en sábanas en tules
y en otro estreno

80.♦

fiebre de oro
y en las calles y campos
barro y mendigos

81. ♦

conforme truena
los oídos del bosque
se cubren de hojas

82. ♦

van las muchachas
cada paso más lindas
y yo más viejo

83. ♦

con la piedad
a veces se organizan
lindas colectas

84. ♦

quisiera verte
en vigilia o en sueños
o dondequiera

85. ♦

solo más solo
qué hojarasca de solos
prójimos léjimos

86. ♦

con tres rencores
hay quien amasa odios
por todo el resto

87. ♦

ya no hay secretos
por tus ojos espío
nuevas conjuras

88. ♦

sólo un milagro
puede hacer de un velorio
dos carnavales

89. ♦

me gustaría
que el año comenzara
todos los sábados

90.♦

la mujer pública
me inspira más respeto
que el hombre público

91. ♦

no te acobardes
son grises del crepúsculo
sombras de asombro

92.♦

las grandes urbes
no saben lo que saben
ni lo que ignoran

93. ♦

la vía láctea
tan sólo nos protege
cuando no hay nubes

94.

cuando uno viaja
también viaja con uno
el universo

95. ♦

sólo el murciélago
se entiende con el mundo
pero al revés

96.♦

si el corazón
se aburre de querer
para qué sirve

97. ♦

ola por ola
el mar lo sabe todo
pero se olvida

98.♦

amor en vilo
la sospecha entreabre
su celosía

99. ♦

cómo reirían
los puntos cardinales
si fueran cinco

100.

en la razón
sólo entrarán las dudas
que tengan llave

101. ♦

no es grave pero
el insomnio en la siesta
no tiene cura

102.♦

si cae un rayo
los valientes se abrazan
a los cobardes

103. ♦

sólo jactancia
mi maleta es enorme
y está vacía

104.♦

cuando te vayas
no olvides de llevarte
tus menosprecios

105.♦

parece cuento
al barco lo defienden
los tiburones

106.♦

te espero en tierra
me dijo la azafata
pero no vino

107. ♦

una campana
tan sólo una campana
se opone al viento

108.♦

allí en tu alma
allí en tu corazón
allí no hay nadie

109. ♦

se despidieron
y en el adiós ya estaba
la bienvenida

110.♦

ya todo es rojo
geranios rosas vino
banderas sangre

111. ♦

aquí seguimos
los niños y los viejos
irresponsables

112.♦

tantos amigos
entre un invierno y otro
nos van dejando

113. ♦

bueno sería
que las mafias se fueran
a otro planeta

114.♦

las piernas de ella
nos dejaban sin habla
y arrugaditos

115. ♦

cuando me entierren
por favor no se olviden
de mi bolígrafo

116.♦

patrias de nailon
no me gustan los himnos
ni las banderas

117. ♦

cuando prometen
los políticos ríen
con los suplentes

118.♦

palabras que arden
palabras que se apagan
palabrerío

119. ♦

cuando lloramos
las alegres toxinas
nos abandonan

120.♦

yacente y hurras
los legatarios bailan
después del réquiem

121. ♦

cuando no estemos
la gracia de la duda
se habrá perdido

122.♦

nos van dejando
sin árboles sin ubres
sin fe sin ríos

123. ♦

hijo sé atento
préstale una toalla
al pez mojado

124.♦

dedicatoria /
a ella sin descuentos
ella desnuda

125. ♦

como aventura
sólo queda arrimarnos
al horizonte

126.♦

tiembla el rocío
y las hojas moradas
y un colibrí

127. ♦

no más matracas
no más celebraciones
ya vino el llanto

128.♦

cuando era niño
las canciones de cuna
me desvelaban

129. ♦

templo vacío
los viejos santos juegan
un solitario

130.♦

me gustaría
ser noble y elegante
como un pingüino

131. ♦

pasan las horas
y ya nos queda un poco
menos de vida

132.♦

botella al mar
esa que esperan todos
y está vacía

133. ♦

somos tristeza
por eso la alegría
es una hazaña

134.♦

con sueños turbios
se arma y se desarma
la pesadilla

135.♦

al sur al sur
está quieta esperando
montevideo

136.♦

siempre se vuelve
con los viejos amores
o con los nuevos

137. ♦

canción protesta
después de los sesenta
canción de próstata

138.♦

viudo de cine
margaret greta ingrid
se me murieron

139. ♦

un exiliado
lo será de por vida
y de por muerte

140.♦

suena una flauta
en la noche despierta
y yo en mi nube

141. ♦

cuando se empaña
el vidrio arma el paisaje
que a mí me gusta

142.♦

el bosque crea
nidos juncos en fin
vocabulario

143. ♦

el preso sueña
algo que siempre tiene
forma de llave

144.♦

en cada infancia
hay una canción tonta
que allí se queda

145. ♦

todo arrabal
tiene lujos de pobre
miserias ricas

146.♦

cómo cavilo
siempre que el cirujano
me abre la panza

147. ♦

no sé si vengo
tampoco sé si voy
ando al garete

148.♦

el árbol sabe
de quién es cada paso
de quién el hacha

149. ♦

sé que el abismo
tiene su seducción
yo ni me acerco

150.♦

si voy remando
siento que el río ríe
a carcajadas

151. ♦

con la tristeza
se puede llegar lejos
si uno va solo

152.♦

eran los brazos
de la venus de milo
los que aplaudían

153. ♦

le costó pero
por fin halló el camino
del camposanto

154.♦

hay sinvergüenzas
que agravian hieren matan /
tienen estatuas

155. ♦

la rabia dulce
no sirve / sólo vale
la rabia amarga

156.♦

nada hay más mágico
que la ruta del semen
por el que somos

157. ♦

qué terremoto
cruje el remordimiento
crujen las piedras

158.♦

como es notorio
jesús no era cristiano
pero sufría

159. ♦

si me enternezco
dejaré de ser justo
pero qué importa

160.♦

el mar de todos
no es como mi mar
él me conoce

161. ♦

desde el espejo
mis ojos no me miran
miran al tiempo

162.♦

el pobre dios
tan solo tan sin nadie
y tan sin vírgenes

163. ♦

con la verdad
no se juega / se juega
con la mentira

164.♦

reveló el papa
que no hay cielo ni infierno
vaya noticia

165. ♦

van al unísono
la vejez los achaques
la telaraña

166.♦

en foto sepia
estabas vos y el tiempo
se fue contigo

167. ♦

de la escritura
sólo el apocalipsis
nos acompaña

168.♦

el purgatorio
tiene sala de espera
y un bar y aseos

169. ♦

testigo lóbrego
en el lugar del crimen
quedó la rata

170.

en los harapos
suele haber más historia
que en la etiqueta

171. ♦

setenta y nueve
años / setenta y nueve
años / y qué

172.♦

la poesía
dice honduras que a veces
la prosa calla

173. ♦

cuando reuní
mis insomnios completos
quedé dormido

174.♦

no más rodeos
prefiere que la besen
a quemarropa

175. ♦

para embriagarse
no hay nada como un cuerpo
de esta cosecha

176.

dice el corrupto
que no que no que sí
y allí se queda

177. ♦

aquel vigía
se equivocaba a veces
porque era ciego

178.♦

sólo los náufragos
valoran con justicia
la natación

179.

el zángano es
el seguro de vida
de la colmena

180.♦

el viejo sócrates
fue obligado a beber
cicutu cola

181. ♦

cuando seducen
las mujeres se vuelven
una guitarra

182.♦

resucitar
es tan difícil como
morir con ganas

183. ♦

del cine mudo
lo bueno era el pianista
beso y acordes

184.♦

los bombardeos
remedian para siempre
la sed y el hambre

185. ♦

narciso el nene
pidió a los reyes magos
un espejito

186.♦

cada mujer
puede ser dos mujeres
déjenme una

187. ♦

si me torturan
no diré nada nunca
dijo el cadáver

188.♦

sé de un ateo
que en las noches rezaba
pero en francés

189. ♦

en lontananza
se ven lenguas de fuego /
aquí hay rocío

190.♦

el amor núbil
puede nacer a veces
de un parpadeo

191. ♦

qué buen insomnio
si me desvelo sobre
tu cuerpo único

192.♦

vuelva señora /
tras la aduana del beso
vendrá el tuteo

193. ♦

en el amor
es virtuoso ser fiel
mas no fanático

194.

los parlamentos
tienen cuatro mujeres
por feminismo

195. ♦

qué astuto el mar /
si antes hubo sirenas
quedan las colas

196.♦

lo que se aprende
en la cama de dos
no tiene precio

197. ♦

en el dos mil
tendremos seis misiles
por cada cuervo

198.♦

qué linda época
aquella en que decíamos
revolución

199. ♦

hace unos años
me asustaba el otoño
ya soy invierno

200.

no eras nadie
hoy sos el personaje
de tu velorio

201. ♦

cuántos semáforos
para encontrar la senda
del viejo escrúpulo

202.♦

me compré un tango
en el kiosco de adioses
del aeropuerto

203. ♦

se venció el plazo
la conciencia te aguarda
con tres querellas

204.

una mirada
puede tener la fuerza
de un esperpento

205.

follar coger
fornicar aparearse
cuántos sinónimos

206.♦

la madrugada
pasa tan lentamente
que me apacigua

207. ♦

la calle asciende
por la ventana abierta /
yo la saludo

208.♦

tras el desfile
qué solitaria viene
la muchedumbre

209. ♦

bloqueo / alzheimer /
hiroshima / otan / sida /
no fue un buen siglo

210.♦

¿zurdos o diestros?
no sabe no contesta
pero estornuda

211. ♦

¿romperse el alma?
ojo / para las almas
no hay accesorios

212.♦

a este desierto
le hacen falta un oasis
y diez camellos

213. ♦

un pesimista
es sólo un optimista
bien informado

214.♦

los pistoleros
no se arrepienten / piden
mejores cómplices

215.♦

tu ciudad sigue
con sol y sin jactancia
siempre esperándote

216.♦

estas tristezas
me las trajo el crepúsculo
y no se fueron

217. ♦

nada conforta
como una teta tibia
o mejor dos

218.♦

el que se queda
dormido entre laureles
sueña entre abrojos

219. ♦

llego alelado
a este final de siglo
qué encontraremos

220.♦

los que te fían
se vuelven los gestores
de tu calvario

221. ♦

tenés tu táctica /
ácido en la respuesta
dulce en el ruego

222.♦

el girasol
no conoce de eclipses
siempre te alumbra

223. ♦

el miedo es ágil
el coraje es pesado
como una roca

224.♦

y aquí termino
sin hacer sombra a nadie
ni descuidarme

MARIO BENEDETTI

VIENTO DEL EXILIO

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

*a la memoria
a la estirpe martiana
a la vida revolucionaria
de Haydeé Santamaría*

ENTRE SIEMPRE Y JAMÁS

VIENTO DEL EXILIO

Un viento misionero sacude las persianas
no sé qué jueves trae
no sé qué noche lleva
ni siquiera el dialecto que propone

creo reconocer endechas rotas
trocitos de hurras
y batir de palmas
pero todo se mezcla en un aullido
que también puede ser deleite o salmo

el viento bate franjas de aluminio
llega de no sé dónde a no sé dónde
y en ese rumbo enigma soy apenas
una escala precaria y momentánea

no abro hospitalidad
no ofrezco resistencia
simplemente lo escucho
arrinconado
mientras en el recinto vuelan nombres
papeles y cenizas

después se posarán en su baldosa
en su alegre centímetro
en su lástima

ahora vuelan como barriletes
como murciélagos como hojas

lo curioso lo absurdo es que a pesar
de que aguardo mensajes y pregones
de todas las memorias y de todos
los puntos cardinales

lo raro lo increíble es que a pesar
de mi desamparada expectativa

no sé qué dice el viento del exilio

ÚLTIMAS GOLONDRINAS

Sabés
gustavo adolfo
en cualquier año de éstos
ya no van a volver
las golondrinas
ni aun las pertinaces
las del balcón
las tuyas

es lógico
están hartas
de tanto y tanto alarde
migratorio
de tanto y tanto cruce
sobre mar y retórica
y pretextos
y alcores

su tiempo ya pasó
lo reconocen
y a mitad de su ida
o de su vuelta
oscuras
cursilíneas
tiernitas de alas largas
se dejarán caer

como buscando
cada una su ola
terminal

ENTRE SIEMPRE Y JAMÁS

zwischen Immer und Nie

PAUL CELAN

Entre siempre y jamás
el rumbo el mundo oscilan
y ya que amor y odio
nos vuelven categóricos
pongamos etiquetas
de rutina y tanteo

—jamás volveré a verte
—unidos para siempre
—no morirán jamás
—siempre y cuando me admitan
—jamás de los jamases
—(y hasta la fe dialéctica
de) por siempre jamás
—etcétera etcétera

de acuerdo
pero en tanto
que un siempre abre futuro
y un jamás se hace abismo
mi siempre puede ser
jamás de tantos otros

siempre es una meseta
con borde con final
jamás es una oscura
caverna de imposibles
y sin embargo a veces
nos ayuda un indicio

que cada siempre lleva
su hueso de jamás
que los jamases tienen
arrebatos de siempres

así
incansablemente
insobornablemente
entre siempre y jamás
fluye la vida insomne
pasan los grandes ojos
abiertos de la vida

EL IMÁN

Aquí la soledad se pone oscura
el viento insiste al final del día
estoy cansado como después de un sueño
y aunque me gustaría brindar con alguien
bebo el vino en un vaso de vidrio arrugado

golpean en la puerta con nudillos menudos
es nelsito un vecino de cinco años
me pregunta si puede jugar con el imán
no quiero defraudarlo así que lo autorizo
y él inaugura su verdad revelada

luego desaparece erudito y ceñudo
el viento urge aunque con otro ritmo
termino el vino sin desesperarme
y lentamente estiro el brazo torpe
hasta el imán que aguarda en su misterio

CANTERA DE PRÓJIMOS

Es cierto / si estás solo llegarás fácilmente
al desparpajo contigo mismo / así
no habrá obsecuencias ni iras sagradas
que te expulsen de la sinceridad

la soledad tiene sus pústulas y su encanto
pero suele ser un espectáculo procaz
sobre todo porque carece de espectadores
y los espejos la invaden sin motivo

atención por favor afirmate en tus huesos
en tus recuerdos mejores y peores
siempre es válido para entender el dolor
y reducirlo a su uña de miedo

estar sin nadie es un desorden blanco
un malogro del fueguito privado
hay que aprender que no todo es dulzura
y que el fiel de la angustia no sirve

la soledad te ayuda únicamente
si la vas a colmar de ecos necesarios
de nostalgias tangibles / sólo así
podrá llegar a ser tu cantera de prójimos

EL PAISAJE

Durante muchos años
y tantísimos versos
el paisaje
no estuvo en mis poemas

vaya a saber
por qué

mejor dicho
el paisaje
eran hombres

mujeres

amores

pero de pronto
casi sin yo advertirlo
mi poesía empezó
a tener ramas

dunas

colinas

farallones

vaya a saber
por qué
dejó de ser
poesía en blanco y negro

y se llenó de verdes
tantos como follajes
de flamboyanes rojos
oros suaves del alba
y memorias de pinos
con sus siluetas sobre
horizonte y candela

¿será que este paisaje
no quiere que sigamos
sin decirnos las claves?

¿o será que el paisaje
no quiere que me vaya?

TEORÍA DE CONJUNTOS

Cada cuerpo tiene
su armonía y
su desarmonía

en algunos casos
la suma de armonías
puede ser casi
empalagosa

en otros
el conjunto
de desarmonías
produce algo mejor
que la belleza

PRELIMINAR DEL MIEDO

Por sobre las terrazas alunadas
donde se aman cautelosamente los gatos
y los brillos esquivan las chimeneas
creo que nadie sabe lo que yo sé esta noche
algo aprendido a pedacitos y a pulsaciones
y que integra mi pánico tradicional modesto

¿cómo desmenuzar plácidamente el miedo
comprender por fin que no es una excusa
sino un escalofrío parecido al disfrute
sólo que amarguísimo y sin atenuantes?

los suicidas no tienen problemas al respecto
deciden derrotarse y a veces lo consiguen
entran en el miedo como en una piragua
sin remos y con rumbo de cascada
son los descubridores del alivio
pero la paz les dura una milésima

tampoco los homicidas se preocupan mucho
limitan el miedo a una coyuntura
desenvainan la furia o aprietan el gatillo
y todo queda así simplificado y yerto

pero los demás o sea los que venimos
tironeados por la maravilla

y perseguidos por el horror
los demás o sea los compinches de la duda
los candorosos los irresponsables
los violentos pero no tanto
los tranquilos pero no mucho
los deportados de la buena fe
los necesitados de alegría
los ambulantes y los turbados
los omisos de la vanguardia
los atrasados de la vislumbre

ésos qué haremos con el mundo
sino asediarlo a escaramuzas
desmenuzarlo con las uñas
extinguirlo con el resuello
desmantelarlo a mordiscones
hacerlo trizas con la mirada
dar cuenta de él con el amor
estrangularlo

TALANTES

Un hombre
alegre
es uno más
en el coro
de hombres
alegres

un hombre
triste
no se parece
a ningún otro
hombre
triste

EL AMOR ES UN CENTRO

Un tallito de verdes y un añoso algarrobo
las veinticuatro horas y el instante bisagra
una vislumbre dicha por las manos de un ciego
el amor es un centro con extrañas filiales

clausura y campo abierto
los barcos que dialogan tras la niebla
musgo y cáliz del sexo
la fogata en el ángelus inmóvil
las tiernas recompensas
las durísimas penas
el amor es un centro con extrañas filiales

todo eso y mucho más
y mucho menos y otros rubros
sintetizando yo diría
que así en la guerra como en los celos
el amor es también una alcachofa
que va perdiendo sus emblemas
hasta que queda una fruición
una esperanza
un fantasmita

CONJUGACIONES

1 (álbum)

Cómo quisiera fotografiar
minucia por minucia
pedazos de futuro
y colocar las instantáneas
en un álbum
para poder hojearlo
lenta morosamente
en un manso remanso
del pasado

2 (claves)

Algunas claves
del futuro
no están en el presente
ni en el pasado

están
extrañamente
en el futuro

3 (variantes)

La muerte es sólo una
de las varias variantes
del futuro
quizá la más primaria

acerca de las otras
espléndidas variantes
no han concluido aún
las investigaciones

4 (complemento)

Para entender mejor
cuán reaccionario
era jorge manrique
hay que desarrollar
el complemento
de su tesis
o sea
todo tiempo futuro
será peor

5 (después)

El futuro no es
una página en blanco

es una fe
de erratas

6 (ausencia)

En la última
asamblea
del futuro
faltaré
sin aviso

7 (rigores)

En las fronteras
del futuro
hay un control
estricto

sólo son admitidos
los sobrevivientes

8 (previsión)

De vez en cuando es bueno
ser consciente
de que hoy
de que ahora
estamos fabricando
las nostalgias
que descongelarán
algún futuro

9 (plurales)

Hay
ayeres
y mañanas
pero no hay
hoyes

LOS INMORTALES Y LA MUERTE

PASATIEMPO

Cuando éramos niños
los viejos tenían como treinta
un charco era un océano
la muerte lisa y llana
no existía

luego cuando muchachos
los viejos eran gente de cuarenta
un estanque era océano
la muerte solamente
una palabra

ya cuando nos casamos
los ancianos estaban en cincuenta
un lago era un océano
la muerte era la muerte
de los otros

ahora veteranos
ya le dimos alcance a la verdad
el océano es por fin el océano
pero la muerte empieza a ser
la nuestra

LOS INMORTALES

La piel acariciada se acabó
se acabaron las manos que encendían
los pulmones que juzgaban el aire
las piernas que enseñaban el camino

se acabó el cuerpo penetrando en el mar
el cuerpo catedral o lastre o surco
el cuerpo a plazo fijo el abrazable
el cuerpo condenado se acabó

quedan no obstante indicios generosos
arrabales o esencias
provincias de entusiasmo
árbol al que miraron ojos que ya no existen
y hace gala de aquel vistazo tutelar
como si se tratara de su hoja más verde

senderos que los idos transitaron o abrieron
asumen en la tarde una libre tristeza
algo así como sauces o memorias

por donde ellos pasaron o amaron o riñeron
riñen aman o pasan futuros inmortales
esos que un día perderán la piel
los brazos los riñones las mejillas el sexo
y sin embargo sobrevivirán

en el mágico vientre de una mujer de barro
en la veracidad de un semejante
en la usada decencia de una casa de rocas
en la quebrada voz de un portavoz de pueblo
en un coto privado de firmamento y pena

y todo ocurre porque la inmortalidad
no es una medalla ni una canonjía
tampoco un pergamino con su guarda de flores
sino un hecho objetivo y sin anuncios

hay quien es inmortal por ganar una guerra
hay quien lo es por una pérdida escaramuza
alguna impresionante obra de tomo y lomo
o un madrigal de diez versos apenas

(quién no piensa en gutierre de cetina
pero ¿acaso no es tan inmortal
como el mismo poeta
la inclemente señora de los ojos
más claros y serenos del siglo dieciséis?)

ocurre sin embargo que aun los inmortales
alguna vez se apocan se hacen nadie y vacío
se van de la costumbre
se mueren por un tiempo

debe tenerse en cuenta
que hay grandes inmortales e inmortales domésticos
unos que sobreviven por mandato de un pueblo
y otros en cambio gracias a un corazón sencillo

pero ni aun aquellos inmortales
que se apocan y mueren por un tiempo
y hasta se arriesgan al durable olvido
y se desilusionan ante la confusión
o ante la indiferencia
de la gente y las cosas
ni siquiera esos sobrios modestos inmortales
se borran para siempre de nosotros los otros
de pronto los rescata un umbral de alegría
los llama una nostalgia simplemente carnal
o los convoca un niño con sus revelaciones
y entonces sí regresan como pájaros
a posarse otra vez en futuros vestigios
a contemplar el mar como una buena nueva
a sopesar la tierra en sus terrones

entonces sí regresan como nubes
como tranquilas nubes de algodón y confianza
y hasta puede que alguien
comente

 está nublado
cuando sencillamente está inmortal

CADA VEZ QUE ALGUIEN MUERE

Cada vez que alguien muere
por supuesto alguien a quien quiero
siento que mi padre vuelve a morir
será porque cada dolor flamante
tiene la marca de un dolor antiguo

por ejemplo este día en que ningún árbol
está de verde y no oigo los latidos
de la memoria constelada
y un solo perro aúlla por las dudas
vuelve a meterme en aquel otro
interminable en que mi padre
se fue mudando lentamente
de buen viejo en poca cosa
de poca cosa en queja inmóvil
de queja inmóvil en despojo

INVISIBLE

La muerte está esperándome
ella sabe en qué invierno
aunque yo no lo sepa

por eso entre ella y yo
levanto barricadas
arrimo sacrificios
renazco en el abrazo
fundo bosques que nadie
reconoce que existen
invento mis fogatas
quemo en ellas memorias
tirabuzón de humo
que se interna en el cielo

por eso entre ella y yo
pongo dudas y biombos
nieblas como telones
pretextos y follajes
murallones de culpa
cortinas de inocencia

así hasta que el baluarte
de cosas que es mi vida
borre la muerte aleve
la quite de mis ojos

la oculte y la suprima
de mí y de mi memoria

mientras tanto
ella espera

HAPPY BIRTHDAY

¿Cómo será el mundo cuando no pueda yo mirarlo
ni escucharlo ni tocarlo ni olerlo ni gustarlo?

¿Cómo serán los demás sin este servidor?

¿o existirán tal como yo existo
sin los demás que se me fueron?

sin embargo

¿por qué algunos de éstos son una foto en sepia
y otros una nube en los ojos
y otros la mano de mi brazo?

¿Cómo seremos todos sin nosotros?

¿qué color qué ruidos qué piel suave qué sabor
[qué aroma
tendrá el ben(mal)dito mundo?

¿qué sentido tendrá llegar a ser protagonista del silencio?
¿vanguardia del olvido?

¿qué será del amor y el sol de las once
y el crepúsculo triste sin causa valedera?

¿o acaso estas preguntas son las mismas
cada vez que alguien llega a los sesenta?

ya sabemos cómo es sin las respuestas
mas ¿cómo será el mundo sin preguntas?

REFRANÍVOCOS / SIGNITOS

COMPENSACIONES

Ojo

por

ojo

lente

por

lente

FACILIDADES

A enemigo
que huye
puente
de lata

COMPAÑÍAS

Dime
con quién
andas
y te diré
go home

INTENSIDAD

Quien
pecho
abarca
loco
aprieta

RESISTENCIA

No hay
peor
gordo
que
el que no quiere
huir

TARDÍA

La madurez
llega
con su relámpago
de sabiduría
cuando uno
ya no tiene
donde caerse
sabio

MADRIGAL EN CASSETTE

Ahora que apretaste
la tecla *play*
me atreveré a decirte
lo que nunca
osaría proponerte
cara a cara

que oprimas de una vez
la tecla *stop*

ONCE

Ningún padre de la iglesia
ha sabido explicar
por qué no existe
un mandamiento once
que ordene a la mujer
no codiciar al hombre
de su prójima

¿NUNCA MÁS?

Ya era tarde
cuando el cuervo
de poe
tomó conciencia
de que no era
principista
sino
tozudo

OVNIS

obviamente, a bud

Dice mi amigo bud que los ovnis no vienen
de marte ni de la urss ni de cabo cañaveral
sencillamente llegan de un remotísimo futuro
con la peregrina intención de investigar
cómo fue que los terrestres empezamos a jodernos
es decir cuál fue el origen de la gran hecatombe
que para ellos por supuesto es historia
y en cambio para nosotros pecadores
una mera y sombría posibilidad

en el caso de que bud tenga razón
los osados ovnímodos serían
una suerte de arqueólogos ideológicos
algo así como choznos de levi strauss
perdidos en alguna galaxia de reposo

no estaría de más intentar persuadirlos
de que han confundido la ecuación y la ruta
y que en consecuencia aún nos pertenece
la empalagosa opción de no estallar
y así mientras ellos computan y computan
su electrónica / gaseosa / ultramundana
fe de erratas

nosotros persignémonos
o respiremos hondo
o bajemos al refugio más próximo

CUESTIONARIO NO TRADICIONAL

¿Qué piensa del frío?

¿qué ha influido más en su obra literaria? ¿la lucha de clases? ¿garcía márquez? ¿el ron en las rocas? ¿el colesterol? ¿el grupo de chicago? ¿lo real maravilloso? ¿los pezones morenos? ¿el estructuralismo?

¿el churrasco? ¿dios? ¿el kh₃?

¿cuál es su odio más amado?

¿padece de insomnio en la siesta?

¿qué opina del páncreas?

¿es usted soltero casado divorciado viudo

homosexual impotente? (favor de subrayar la o las palabras que corresponden a su estado actual)

¿algún niño le ha impulsado alguna vez a encarar seriamente la reivindicación de herodes?

¿cuál es su dolor preferido?

¿ha codiciado alguna vez a la mujer de su prójimo?

[¿y qué tal?

¿de cuál de las galaxias se siente más distante?

¿alguna vez ha escrito poemas con tinta violeta?

¿por qué razón o razones no se ha suicidado?

¿bosteza cuando revisa sus pruebas de galeras?

¿o sólo cuando revisa las de páginas?

¿o por ventura no bosteza?

¿qué opina del diptongo en general?
¿o de algún diptongo en particular?
¿cuál es su violín de ingres? ¿la cocina?
¿la rabdomancia? ¿el tiro al blanco? ¿acaso el violín?
¿podría nombrar dentro de su última obra algún caso
de analepsis interna heterodiegética?
¿curable o incurable?
¿le agrada tomar whisky a la hora del ángelus?
¿considera que la demencia puede ser un factor
de alienación?
¿es partidario o enemigo de la diéresis?
y por último ¿quién cree que no es?
¿de dónde no viene? ¿a dónde no va?

NOMBRES PROPIOS

ALLENDE

Para matar al hombre de la paz
para golpear su frente limpia de pesadillas
tuvieron que convertirse en pesadilla
para vencer al hombre de la paz
tuvieron que congregar todos los odios
y además los aviones y los tanques
para batir al hombre de la paz
tuvieron que bombardearlo hacerlo llama
porque el hombre de la paz era una fortaleza

para matar al hombre de la paz
tuvieron que desatar la guerra turbia
para vencer al hombre de la paz
y acallar su voz modesta y taladrante
tuvieron que empujar el terror hasta el abismo
y matar más para seguir matando
para batir al hombre de la paz
tuvieron que asesinarlo muchas veces
porque el hombre de la paz era una fortaleza

para matar al hombre de la paz
tuvieron que imaginar que era una tropa
una armada una hueste una brigada
tuvieron que creer que era otro ejército
pero el hombre de la paz era tan sólo un pueblo
y tenía en sus manos un fusil y un mandato

y eran necesarios más tanques más rencores
más bombas más aviones más oprobios
porque el hombre de la paz era una fortaleza

para matar al hombre de la paz
para golpear su frente limpia de pesadillas
tuvieron que convertirse en pesadilla
para vencer al hombre de la paz
tuvieron que afiliarse para siempre a la muerte
matar y matar más para seguir matando
y condenarse a la blindada soledad
para matar al hombre que era un pueblo
tuvieron que quedarse sin el pueblo

HECHOS / NOTICIAS

Para los europeos
el estalinismo
fue
un hecho
en tanto que
para nosotros
fue tan sólo
noticia
pero eso nunca
lo entendimos bien

en cambio
para nosotros
cuba y nicaragua
son hechos
fundamentales y
fundacionales
en tanto que
para ellos
son tan sólo
noticias
por eso nunca
las entendieron bien

RIGOBERTO EN OTRA FIESTA

Amanecer sabroso / medio día y fervores /
noche de armas y ramas
ruinas de las que surgen aves confidenciales
descalzos que vindican / ganan gleba por gleba
las ochocientas mil hectáreas del maligno

patria libre o morir o morir o morir
morir ya lo sabían / era pan cotidiano
pero no es tan sencillo habituarse de pronto
al evangelio de la patria libre

viejo pueblo naciente del sueño y de la pólvora
sandino en las gargantas las segovias los muros
voluntarios dispuestos a barrer la desgracia
barricadas que vuelven a ser tronco y ladrillos

casi tocando el cielo de los muchos sin tierra
los sin pan / los sin techo / los sinsontes
casi escuchando el nuevo y crucial terremoto
pienso en tu veintiuno de setiembre / quizá
porque estabas tan solo rigoberto
aunque es claro existían cornelio ausberto edwin
remotos y leales / y acercarte bailando
al tirano insolente / aproximarte como
crucero de la fiesta que iba a ponerse trágica
y acribillarlo y ser acribillado

fue tan poema y tan nicaragüense
como el mejor darío
no el que se inventaba las manos de marqués
sino el que las tenía de indio chorotega

por eso en la pasión de la victoria
ahora que la fiesta es por fin generosa
entre los puños debe estar tu puño
entre las balas debe estar tu bala
entre los corazones tu verde corazón
y en cada patria libre o morir tu campante
muerte / que es uña y carne con la patria que nutres

así mirando sosegadamente
a tu pueblo / insurrecto desde zafras antiguas
de pronto advierto que tu soledad
de hace veintitrés años no era tanta
acaso porque entonces ya escondía / soñándolos
a estos campesinos
a estos combatientes
a estos niños descalzos

TOMÁS RECUERDA A CARLOS

Como un exacto curriculum de carlos
así puede leerse de un tirón
el apretado libro de tomás
pero después de ese tirón algo falta
y hay que empezar de nuevo

sólo en la segunda lectura se advierte
que no es un curriculum sino un abrazo
y así empieza a entenderse lo que consta
en las meras entrelíneas de fuego

cuántos días y noches de hermandad
no habrán sido precisos
para encerrar en siete renglones capitales
la muerte de esa niña que no quería morir
y apretarnos no obstante el corazón
sin retórica y casi sin adjetivos

qué suerte que tomás no hiciera un monumento
por eso carlos emerge o lucha
como un escándalo de la cordura
no como un héroe con postura de héroe
sino como un héroe con talante de hombre
y uno llega a sentir que en los afluentes
de esa sobriedad o quizá protegiéndola
como una esperanza inexpugnable antigua

tomás está llorando (él ha contado
que así lloraba carlos) con la ferocidad
que tiene a veces la tristeza

después vino el futuro y vendrán otros
pero no volverá el pasado inmundo
nicaragua ha sido esta vez invadida
por su rotunda gana de ser pueblo

y bien todo esto viene a corroborar
que en algunas diáfanas temporadas
la realidad puede ser una esencia
y hasta un fanal de revelaciones
alegría de un hombre / y de una suma de hombres
tan saludable como
si el coro de ángeles de sandino
hubiera llegado en ese instante
a una repentina mayoría de edad

GIRÓN GIRONES

Entre el viejo delirio intimidante
convertido en metralla elemental
en azote o plomada o nubarrones
contra surco alfabeto y guaguancó
en astucia falaz pero de llamas
e invasores columpiándose / y pueblo
que los volteaba a tiros del columpio

entre el viejo delirio y el novísimo
que acaso / que tal vez / que puede ser
se vuelva un argumento de napalm
malaventura de pavor y sangre
extrema circunstancia de matar y morir
e invasores columpiándose / y pueblo
que los voltee a tiros del columpio

entre el viejo delirio y el novísimo
hay veinte años de ajustar la vida
de revolucionar a pulso el sueño
de desgarrarse sin perder el gozo
de solidarizarse desde el vamos
e instalar en el cielo colectivo
a un astronauta tan guantanamero
como para entender desde lo alto
a harlem y sus ráfagas de odio

entre el viejo delirio y el novísimo
hay veinte abriles de crear en ascuas
y puede ya preverse / si en el año
2001 todo regresa / habrá
invasores columpiándose / y pueblo
que los voltee a tiros del columpio

VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE BORIS VIAN

Cuando me canse de escuchar
llantos de niños en la brisa
cuando me canse de mirar
pueblos que apenas son ceniza

me iré con lluvias estrelladas
que son diamantes en el barro
glacial cometa de miradas
vivo la noche y desamarro

y con estrellas miel y flores
que son rubíes y topacio
tendré el silencio en los albores
del infinito eterno espacio

cuando me canse de la lluvia
y de la sangre y de la guerra
cuando me canse de esta tierra
me mudaré a la luna rubia

ah tierra-luna tierra-luna
atrás quedó la suerte perra
atrás los muertos y la guerra
adiós

ah tierra-luna tierra-luna
me pongo hoy las alas de oro
y cielo arriba cual meteoro
me voy

así que ahora no te asombres
si desde esta luna hueca
me burlo de la tierra seca
y de los pobres simples hombres

ah tierra-luna tierra-luna
adiós ciudad mi corazón
globo tullido de aflicción
adiós

cuando me canse de esperar
a los indómitos que huyen
cuando me canse de soñar
sueños que siempre se concluyen

me iré otra vez inoportuno
y apostaré por el que pierde
y volveré cuando ninguno
me necesite ni recuerde

y con el tímido derroche
de una paciencia vengadora
tendré las dudas de la noche
sin las respuestas de la aurora

cuando me canse la rutina
de que me ultrajen y me roben

cuando me canse de esta ruina
me mudaré a la luna joven

ah tierra-luna tierra-luna
atrás quedó la suerte perra
atrás los muertos y la guerra
adiós

ah tierra-luna tierra-luna
me pongo hoy las alas de oro
y cielo arriba cual meteoro
me voy

alguna vez mi vida quieta
verá estallar en el pasado
mi triste y cándido planeta
que se creyó civilizado

ah tierra-luna tierra-luna
mundo caótico y podrido
pierrot de arriba me despido
adiós

ESTOS POETAS SON MÍOS

Êstes poetas são meus.

CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE

Roque leonel ibero rigoberto
ricardo, paco otto-rené javier
cuántas veces y en cuántos enjambres y asambleas
los habrán (mal) tratado de pequenoburgueses
se habrán quedado solos con su antigua costumbre
de razonar / o solos con el rigor científico
solos con un impulso moral / solos en una
soledad no querida no buscada
solos con sus amores al prójimo a la prójima
con la preocupación de que los segregaran
solos para entender todo y a todos

cuántas veces y en cuántas esperanzas o rutas
habrán andado a tientas a relámpagos
dejando reposar el tiempo la poesía
y ellos infatigables reventándose
sabiendo que no eran los pequeños burgueses
que los rudos compañeros decían
que no eran los flojos los librescos
mirándose al espejo hasta desentrañarlo
como narcisos nunca / mirándose autocríticos
jamás desalentados / tratando de encontrar

el resquicio la brecha el socavón el mérito
de ser como los otros o algo así

cuántas veces y en cuántos insomnios duermevelas
habrán considerado la pena o el atajo
de borrar la poesía / de borrarse
como poetas / borrar el modesto delirio
y juntar las palabras las volátiles
y cambiarlas por otras las concretas
y revolucionar las veinticuatro horas
y ponerse el esquema y quitarse los tropos
y andar al mismo paso / nadar el mismo río
y fabricar así la infundada esperanza
de ser iguales a los otros / ser
igualmente juzgados y medidos

cuántas veces y en cuántas lagunas y memorias
habrán querido ser / luz roja / tierra verde
y compartir la lucha a pedacitos
aprender sangre a sangre el alfabeto
cual si no lo supieran /desde abajo
arder en la bondad elemental
sentir la furia como un calofrío
continuar el amor sin los alertas
compañerísimos en las difíciles
jocundos en las fáciles
igualmente medidos y juzgados

pero un día una noche una friolera
arriesgaron el cuerpo la miseria los versos
supieron de repente que la ley era vieja
que los suaves poetas aunque se desgañiten

aunque venzan al viento y a la luna
disponen de una sola ocasión decisiva
a fin de que los rudos queridos compañeros
admitan que no siempre / pero a veces /
ésos de la palabra ésos de calma en ciernes
pueden ser valerosos como un sueño
leales como un río
fuertes como un imán

lo grave es que su única ocasión
es morir
una forma tal vez de desmorirse
defendiendo una causa por la que otros
no precisan la muerte para ser aceptados
para ser abrazados y creídos

cuántas veces y en cuántas sustancias y ceguerras
se habrán empecinado en los candores
y buscado argumentos con rabia / resistido
para apuntarle al enemigo / al plomo
que venía en el aire aniquilando
matando desmintiendo desabrigando ardiendo
y habrán desesperado la esperanza
de arrinconar confianza o de inspirarla

y sin embargo / luego / en un segundo
en una balacera eucaristía
en la revelación del fogonazo
en la tortura sin promesa y última
en un instante breve como un sorbo
sin argumentos / sin palabras / tiernos
tristísimos por fin y despegados

en ese parpadeo que no cierra
deshechos y rehechos de coraje
estallados de fe / muertos de pena
dejaron de aspirar cuando el destello
cuando el sabor final y la vislumbre
cuando cambiaron la amargura tibia
de pequeño burgués por la de mártir

EL BAQUIANO Y LOS SUYOS

ABRIGO

Cuando sólo era
un niño estupefacto
viví durante años
allá en colón
en un casi tugurio
de latas

fue una época
más bien
miserable

pero nunca después
me sentí tan a salvo
tan al abrigo
como cuando empezaba
a dormirme
bajo la colcha de retazos
y la lluvia poderosa
cantaba
sobre el techo
de zinc

TRANVÍA DE 1929

a china zorrilla

Allá en mis nueve años circulaban
dos tipos de tranvías
los amarillos de la transatlántica
los rojos de la comercial
pero aparte de que fueran alemanes o ingleses
había una tremenda diferencia
en la comercial viajaba yo
en la transatlántica unos desconocidos

el treinta y seis iba a punta carretas
y a las seis y cuarto de la mañana frágil
cuando se levantaba como niebla el rocío
yo lo tomaba a diario para asistir
al deutsche schule de la calle soriano

era un horario para gente estoica
razón por la que íbamos sólo dos pasajeros
yo sentado adelante junto a la ventanilla
y bien atrás un viejo bajito y honorable
siempre de traje oscuro y con barba canosa
que leía su diario y jamás me miraba

hoy me gusta pensarlo / aquel puntual usuario
seguro que tomaba el crujiente tranvía

en una vaga esquina del siglo diecinueve
pero en aquel entonces hubo alguien / mi padre
que dijo ése es el poeta nacional
ése es don juan zorrilla de san martín

lo cierto
fue que el agosto nombre no me reveló nada
así que lo seguí considerando un viejo
bajo y de oscuro / ceño fruncido y barba
uno que diariamente compartía conmigo
el treinta y seis de la comercial

poco después moría con todos los honores

recuerdo que una tarde siendo ya adolescente
me introduje en su casa
que ya no era su casa sino apenas
el museo zorrilla
y me vinieron ganas retroactivas de hablarle
de sentarme con él
en el tranvía de las seis y cuarto

en este medio siglo por supuesto he leído
sobre su vida y obra / sobre su fe y talante

el tranvía sigue galopando en la niebla
con él viejo y yo niño / con él solo y yo solo

pero nunca he sabido qué hacía tan temprano
en el tramo penúltimo de su cándida gloria

SUBVERSIÓN DE CARLITOS EL MAGO

Querés saber dónde están los muchachos de entonces
sospechás que ahora vendrán caras extrañas
y aunque pasó una sombra sonó un balazo
guardás escondida una esperanza humilde
que es toda la fortuna de tu corazón

la verdad es que fuiste genialmente cursi
y soberanamente popular
te metiste no sólo en los boliches
sino también entre pecho y espalda
de vos hablaban por supuesto en los quilombos
pero asimismo en los hogares de respeto
atravesaste las capas sociales
como una lluvia persistente y veraz
y así gardeliaban los obreros y las costureritas
pero también los altísimos burgueses
y no era raro que algún senador o rey de bastos
matizara sus listas de promesas a olvidar
con citas de los griegos más preclaros
y de tus tangos tan poco helénicos

tus ensueños se van se van no vuelven más
tal vez por eso siempre sostuvimos
que no tenías inquietudes políticas
izquierdas y derechas nos pusimos de acuerdo
para situarte en el malevaje y otros limbos

donde había paicas y otarios y percal y gayola
pero no figuraba la lucha de clases
y aunque dicen que eras ateo y socialista
otros evocan tus alabanzas a radicales y conservas

pero vos / antes y después de medellín
dejaste hacer / dejaste que dijeran / dejaste
que cada uno te inventara a su medida
y por las dudas no aclaraste nunca
si eras de toulouse o de tacuarembó

pero en alguna parte sucedió algo
que removió tu vergüenza de haber sido
tu noche triste y tu requiesca in pache
acaso fue la piba que murió en la picana
o el verdugo mayor que viste en el periódico
compungido y procaz ante la sangre joven
todo es mentira / mentira ese lamento

pero es seguro que sucedió algo
algo que te movió el gacho para siempre

fue entonces que sacaste de la manga
los seis o siete tangos con palabras rugosas
y empezaste a cantarlos como nunca
hasta que el cabo le avisó al sargento
y el sargento se lo dijo al teniente
y el teniente al mayor y el coronel
y el coronel a todos los generales
que esa noche disfrutaban de wagner
y no bien acabó el crepúsculo de los dioses
te juzgaron culpable de ser pueblo

y de asistencia a la subversión
y así entraste en la franja de los clanes

de modo que se acabaron todas las dudas
y las cavilaciones y los chismes
ya no sobre toulouse o tacuarembó
te llevaste el secreto a chacarita
sino sobre con cuáles estabas o estarás
vale decir con ellos o con nosotros
quién sabe si supieras
pero ahora sí está claro para siempre
tomaste partido contra los jailaifes y la cana
y estás con nosotros / bienvenido mago
compañero morocho del abasto

HASTA LOS ELEFANTES

a luvis, in memoriam

Qué difícil es verte sonreírte
meternos todos en el disimulo
imaginar futuros que te incluyen
decir que volveremos volverás
a respirar el aire de tu cuadra
a ver la playa el corazón del día
y disfrutar las uvas los duraznos
esos lujos del pobre

cómo hablar de las buenas cosas simples
que dan gusto a la vida y a tu vida
si sabemos que te siguen el rastro
y nadie ha de guardarte ni esconderte
ni podrá convencer a tu sabueso
ni morirse por vos ni derramar
un llanto clave para que te quedes
vital entre nosotros

en los comienzos el exilio era
tan sólo el hueso de vivir distante
ahora es también el de morirse lejos
ya la nómina tiene cuatro o cinco
la soledad el cáncer y los tiros
acabaron con ellos y quién sabe

cuántos más son ahora tantos menos
en el país errante

el trago es más amargo todavía
porque morir de exilio es la señal
de que no sólo a vos sino que a todos
nos han quitado ese último derecho
de abandonar el tren en la estación
donde el viaje empezó / nos han quitado
esa muerte doméstica que sabe
de qué lado dormimos y qué sueños
aportan las vigalias

por eso cuando admito que te vas
sin haber regresado y aun en brazos
de un pueblo que es hermano / te prometo
luchar no sólo por cambiar la vida
sino también por preservar la muerte
la nuestra / que es matriz y nacimiento
morir donde se quiere / como exigen
hasta los elefantes

NI COLORÍN NI COLORADO

Buenos Aires, 3 de agosto (AF). —Los dos niños uruguayos hallados en Chile días atrás fueron raptados en Argentina en septiembre de 1976, según la Asamblea Permanente de los Derechos Humanos. Los niños son Anatole Boris y Eva Lucía Julien Grisonas. La abuela de los niños, María Angélica Cáceres de Julien, envió una carta a la APDH hace más de un año, para denunciar la desaparición de su hijo, esposa y dos hijos, durante una “operación policial” efectuada en su domicilio, situado en San Martín Arrabal, Noroeste de Buenos Aires.

(El Sol de México, 4 de agosto de 1979)

Y la muerte es el último país que el niño inventa.

RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN

Fue en valparaíso donde reaparecieron
en pleno año internacional del niño
por fin sanos y salvos
con escasa y suficiente memoria
eva lucía y anatole
niños del siglo veinte

habían mediado las naciones unidas
y fotógrafos embajadas arzobispos
y una vez confirmadas las identidades
y obtenido el aval indispensable

de burócratas y estados mayores
desde montevideo fue a buscarlos la abuela
y es posible que todo vuelva a su cauce

pero ni colorín ni colorado
el cuento no se ha acabado

valparaíso de terremotos y escaleras
donde cada escalón es una casa en ascuas
valparaíso de marineros y mercados
y costas de agua helada y transparente
había acogido a anatole y eva lucía
cuando en diciembre del setenta y seis
aparecieron en la plaza o'higgins
a la deriva y tomados de la mano

valparaíso de acordeones y tabernas
y olor inconfundible a sal y muelles
con un mar que complica los adioses
pero se encrespa con las bienvenidas
la ciudad de las proas les dio pan y cobijo
y también una esponja con la ardua misión
de borrar los poquísimos recuerdos

pero ni colorín ni colorado
el cuento no se ha acabado

montevideo de milongas y cielitos
puerto también pero con otro aroma
con cantinas y bares de mala muerte
y jóvenes cadáveres también de mala muerte
quizá reciba a eva lucía y anatole

sin primavera porque es invierno crudo
sin cantos porque hay silencio estricto
sin padres porque desaparecieron

montevideo de lluvia a plazos
de muros con pregones irreverentes
de noche sin faroles pero con tres marías
quizá reciba a eva lucía y anatole
en el breve año internacional del niño
sin primavera sin canciones sin padres

anatole sí recuerda a la madre caída
no ha olvidado aquella sangre única
ni al padre escondiéndolos en la bañera
para salvarlos del oprobio y los tiros

pero ni colorín ni colorado
el cuento no se ha acabado

lo cierto es que montevideo y valparaíso
tienen más de un atributo en común
digamos la bruma y la nostalgia de los puertos
y esta oscura piedad en homenaje
al pobre año internacional del niño
que dentro de unos meses se termina

así pues no sería de extrañar
que antes de culminen las celebraciones
y a fin de que la lástima sea simétrica
aparecieran en la plaza zabala
o en villa dolores o en el prado
dos pequeños chilenos desgajados del mundo

tomados de la mano y a la deriva
y una vez detectados por la onu
y por fotógrafos embajadas arzobispos
comprobadas las identidades y obtenido
el aval de burócratas y estados mayores
viniera a recogerlos algún abuelo
a fin de reintegrarlos a su valparaíso
que seguramente los habría de esperar
sin primavera sin canciones sin padres

pero ni colorín ni colorado
el cuento no se ha acabado

EXTRANJERO HASTA ALLÍ

En aquel otro exilio
me sentí
 extranjero
hasta que llegó
la manifestación
y me vi caminando
con hombres y mujeres
del lugar
y desde los bordes
los milicos locales
me miraron
con la misma inquina
que los de mi ciudad

EL JUBILADO

El torturador
ya retirado
se sienta frente al mar
en los atardeceres

la gaviota planea
y a él le molesta un poco
una libertad
tan arbitraria

hay dos o tres barcos
que ocupan todo
el horizonte

quiere decir adiós
a esos que parten
pero de pronto
no sabe bien por qué
su mano
es
un muñón

SIGHTSEEING 1980

*Quisiera ver lo que verán los que
vivan cuando Montevideo tenga
un millón de habitantes.*

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

Señores y relojes / niños y disimulos / señoritas y fuegos
ésta es una excursión a los inviernos en verano
nuestro país como podrán comprobarlo en la acuarela
[adjunta
tiene forma de corazón o quizá de boleadora o de talega
más tarde indagaremos sobre escrúpulos y matices
[semánticos
pero mientras tanto pueden disfrutar a su derecha
del cerro / nuestro pobre pero honrado himalaya
con su fortaleza colonial y sus ergástulas selladas
donde criollos y murciélagos aprendieron a palpar lo
[oscuro
si tuviéramos tiempo llegaríamos allí para que ustedes
no pudieran verse ni siquiera las manos y no obstante
[escucharan
los quejidos o versiones o blasfemias de otro tiempo
tan infinitamente peor que los haría felices
pero como no lo tenemos miren qué puerto
también llamado dársena o estuario o canal o bahía
éste es un país libre pueden nombrarlo como quieran

en verdad una joya de puerto por donde siempre
[entraban

los perseguidos y los conseguidos con su alforjita
de amparos esperanzas y convicciones malheridas
hay que reconocer que en el último decenio
las exportaciones de esperanza superaron
con creces a las importaciones de amparo
lo cual es considerado un buen indicio de la balanza

[comercial

he aquí la ciudad vieja aunque relativamente bisoña
para los europeos / si tuviéramos tiempo
les mostraría un muro con una mancha apenas indeleble
que parece de sangre aunque es de sangre
pero como no lo tenemos miren qué hermosa entidad

[bancaria

intramuros las vacas se transforman en divisas
digamos de paso que la cotización de día
es de cinco dólares por kilo de churrasco
la plaza independencia es por supuesto un tropo
si tuviéramos tiempo les hablaría de artigas
naturalista que coleccionaba perros cimarrones
pero como no lo tenemos los exhorto a que miren
disimuladamente la casa de gobierno
que en el pasado tuvo ilustres ocupantes
pero hoy en día está casi deshabitada
o sea que hay un viejito que la cuida
esta avenida comercial y amplia
tiene un pasado altamente sugestivo
con árboles manifestaciones y carnavales
si tuviéramos tiempo nos quedaríamos a los carnavales
puesto que las manifestaciones y los árboles han sido

[podados

pero como no lo tenemos es bueno que comprueben
la higiene municipal que barre los pájaros muertos
y la bosta de los equinos y las máscaras estrujadas
y las preguntas de los niños y más bosta de los equinos
pues no sé si habrán advertido que afortunadamente
los equinos están sustituyendo de a poco a los autobuses
debido tal vez a la penuria mundial de gasolina
y a la relativa abundancia de forrajes monturas
anteojeras espuelas y *last but not least* jinetes
he aquí la plaza nombrada en otros tiempos libertad
ahora es una plaza simplemente y es lógico
a qué poner membretes obvios y alucinógenos
que además siembran y cosechan desconciertos
ya que en otro sitio hay un local cerrado que lleva el
[mismo alias
un hecho destacable es que han disminuido
[considerablemente
los índices de escorbuto inmigración natalidad y
[accidentes de tránsito
lo cuarto quizá como consecuencia de lo tercero y lo
[segundo
pues es notorio que cada vez hay menos gente para
[atropellar
como ven esta avenida no sólo es larga sino también
[monótona
apenas acotada por la biblioteca nacional
donde autores místicos y no místicos hacen voto de
[clausura
y por la presencia enigmática de la otrora universidad
hoy museo maravilloso de figuras y albedríos de cera
y sin más avancemos hacia el obelisco en desafío
homenaje al candor del siglo diecinueve

si tuviéramos tiempo aguardaríamos a que lloviese
pues con la lluvia adquiere un brillo espléndido para el
[agfacolor
pero como no lo tenemos doblemos a la derecha por
[el bulevar
con sus embajadas y patrulleros y palomas y rameras
[de siempre
y sus pinos cabeceantes y reflexivos
que recuerdan todo lo que aquí olvidamos
y ahora por fin el río ancho como mar
donde el sol esmerila los delicados hombros femeninos
y las cicatrices unisex
y en la arena descansan los caracoles
y los mutilados y los niños huérfanos y los mastines
de orejas curiosas y puntiagudas y colas como radares
miren de vez en cuando hacia el horizonte
no se sabe si las toninas vienen o se van
en cambio sí se van los transatlánticos
y los remolcadores de caronte
el aire salitroso es bueno para el alma y malo para el
[asma
quizá por eso estén aumentando considerablemente
las dificultades respiratorias a nivel nacional y también
[exista
un cierto desnivel entre los que aspiran y los que expiran
pero la alegría popular sin embargo es notoria
gracias al planificado y riguroso dispendio
de protóxido de nitrógeno y otras oportunidades
[de concomio
el mar angosto como río lame impertérrito nuestras rocas
no le importan los siglos ni las siglas
el mar angosto como río lame nuestras heridas

digo los que las tengan
no los sanos y salvos como ustedes y yo
el mar angosto como río tiene una memoria sin fondo
y en el sin fondo yacen barcos y motivos de expiación
y otros despojos más o menos anónimos
el mar angosto como río crece y decrece
y acaba por desorientarnos cuando por fin se cambia
en río ancho como mar
a tal punto que uno no sabe
cuál es su calma chicha y legal
cuál su rompiente clandestina
les pido excusas por este paréntesis hipocondríaco
y los convido a embestir otra vez contra el paisaje
que aquí y allá tiene mansiones y bicicletas
vean qué niñas rubias si esto parece escandinavia
pero no vayan a hacerse una imagen falsa
[o fragmentaria
hay otros barrios con niñas menos rubias y menos
[bicicletas
en rigor más parecidos al nordeste brasileño
que a stavanger o a lund o a björneborg
al fin y al cabo una diáfana señal de nuestra famosa
[diversidad
pues hay que decir que últimamente estamos
mejor en diversidades que en universidades
pero todo forma parte de lo transitorio como bien
[descubrieron
por distintos caminos el eclesiastés y carlitos darwin y
[charles gardel
y basta ya de historia y ecología y antropofagia
he aquí nuestra meta final nuestro objetivo lúcido
[y lúdico

el casino casino más casino de los mares del sur
o quizá de los ríos del sur anchos como mares
les presento formalmente al inasible fantasmal azar
ese miedoso ese intrépido ese inconsciente
ese tuerto ese ciego ese dios con capucha
francamente no sé a qué viene este símil
o sea señores y relojes / niños y disimulos / señoritas y
[fuegos
les presento formalmente al azar ese necio ese escéptico
ese improvisador ese espontáneo ese implacable
sepan no obstante que no dejamos ni dejaremos el azar
[al azar
pero claro esto es un mero juego de palabras
y ustedes buscan un juego de verdad
pero créanme la verdad no siempre está en la tercera
[docena
o en el color o en los impares o en la línea
a lo mejor la verdad está en cada uno de ustedes
o cerquita de ustedes
o debajo de ustedes
si tuviéramos tiempo quizá podría ayudarles a
[desentrañar
esa verdad subterránea subcutánea subestimada y
[subdesarrollada
pero como no lo tenemos y por otra parte
mi ámbito es la superficie más superficial
y no el subsuelo subsolar
simplemente les digo
señores y relojes / niños y disimulos / señoritas y fuegos
ha sido un verdadero placer acompañarlos
y dejarlos aquí junto al azar
y un último consejo

catequícenlo
y ganen
si los dejan
pero si no los dejan
catequícenlo
y ganen

EX PRESOS

Después de tanto tiempo
y en un aire de nieve
hallo por fin a carlos
a lilian al flaco

vivieron
cinco seis siete años
confinados
en el fermento de los crueles

los quiero los abrazo qué derroche
pero resulta casi insoportable
comprender y admitir
que mientras yo escribía / caminaba / buscaba
escuchaba a troilo y a leo brouwer
y atravesaba el riesgo
y sumaba expulsiones y amenazas
pero gozaba el sol
y tenía a mano el mar y la mujer
durante cinco seis siete años

vale decir durante
toda una estropajosa eternidad
ellos miraban firmes o rabiosos
o tristes o distantes o serenos
las arrugas del muro impenetrable

TRÍPTICO DEL PLEBISCITO

1

Poco a poco se fueron convenciendo
de que habían convencido
pero el silente dijo no

o sea
no consiguieron cambiar la imagen
ni tampoco lograron
desarrugar el ceño

sin embargo
y a pesar de sí mismos
llevaron a cabo
toda una hazaña

que no los venciera un frente
ni un partido
ni una forma de lucha
ni el carisma de un líder
sino que los derrotara
como un todo
el pueblo

2

Durante siete años
así se lo dijeron
tuvo la libertad
tuvo la justicia
tuvo el bienestar
tuvo el orden
tuvo la seguridad
tuvo el sosiego

antes de ir a votar
tomó la precaución
de mirarse al espejo

y entonces calladito
sin dudarle un instante
votó por la opresión
y por la injusticia
y la incomodidad
y por el desorden
y la inseguridad
y el desasosiego

3

Por razones obvias
no fue
exactamente
una toma de conciencia
colectiva

sino apenas la suma
de seiscientas mil
tomas de conciencia
individuales

EL BAQUIANO Y LOS SUYOS

Es el Jefe, el baqueano

JESUALDO: Artigas

Desde el palmar inmóvil reconoce a su gente
cuánto orgullo y tesón cuánta distancia

en un octubre opaco y remotísimo
habían arrancado del puro desaliento
acamparon primero en el monzón
pasaron la cuchilla del perdido
después el cololó y el yapeyú y la cuenca
del vera y el perico flaco y luego
los campos de tres patos y un arroyo
el bellaco y otro arroyito el sánchez
una tregua discreta en paysandú
vado del san francisco y el chingolo
y uno más importante el del queguay
alguno que otro insomnio en el quebracho
paso del chapicuy rumbo al daymán
diciembre en salto chico
cruce del uruguay ese río frontera
el peñón de san carlos los bosques de concordia
y por fin este abril junto al ayuí

desde el palmar inmóvil reconoció el baquiano
la patriada en andrajos ese pueblo

que incluía a su padre don martín
y al cura figuereo y los lamas los suárez
y bartolomé hidalgo poeta fundador
y zambos negros indios gauchos y criollos pobres
y acémilas troperos carruajes tolderías

la patria todavía era dudosa
quizá / pero el baquiano no dudaba

muchos de ellos quemaron sus viviendas
atrás dejaron toda una vida una muerte
tierras propias que eran tierra de nadie
pero en las setecientas carretas casi en ruinas
viene la dignidad como un sistema
doloroso implacable inocente y porfiado
sobre todo implacable con su propia inocencia

el general baquiano apoya el brazo terco
en la palma yatay la más cercana
y deja su mirada en las arenas limpias
para poder imaginar mejor

a principios de junio / con su pésima fe
llegará sarratea el bribón el cobarde
y con su buena fe / el caudillo frugal
habrá de sorprenderse porque a veces
las maldades lo encuentran desarmado

no olvidar que peleando ganaban las batallas
y después lo vencían echándole traidores
de todos modos eso será en junio / ahora
el general baquiano riguroso y sin dudas

entrecierra los ojos para soñar mejor
y es explicable porque su baquía más sólida
es un sueño que invade como escarcha
a los hombres la historia los potreros

el olor y el otoño de su verde provincia
atraviesan las leguas / no son muchas

para su pueblo quiere la gran cosecha patria
pero duele dejar la tierra abandonada
los ranchos en cenizas los poblados vacíos
la mazorca en el viento y el viento en la congoja

aquí al atardecer las fogatas se animan
pero el hogar de veras está allá en el oriente

en estas setecientas carretas de penuria
vino la dignidad como un sistema
y él sabe como nadie que ser digno
resultará más arduo cada día

desea por supuesto la gloria de su pueblo
pero antes que la gloria cazará la justicia
está dispuesto a dar su vida pero sabe
que eso no es decisivo / lo primero
es transformar la vida
y con un solo hombre que le quede
con él hará la guerra como estribo del cambio

el pueblo es soberano pero aún no lo sabe
él debe convencerlo de su soberanía

no necesita abrir nuevamente los ojos
para ver la llanura de lealtad
y saber que esos leales son su tropa

casi sin proponérselo los abre y nos distingue
a nosotros / llegados tantas penas después
nuestro destierro es múltiple pero estamos aquí
como única manera de juntar y juntarnos
no tenemos carretas caballos tolдерías
apenas los estigmas de la nueva redota
allá quedaron vidas y viviendas
unas saqueadas otras solitarias
tan sólo están repletos
camposanto y ergástula
allá quedaron trozos de nosotros

trajimos la esperanza sin embargo
y por suerte está ilesa y está joven

hace tiempo partimos también del desaliento
acampamos primero en el asombro
pasamos las cuchillas del perdido
y cruzamos sin puente el río de la sangre
vadeamos la ciénaga del horror y su lástima
y fuimos esquivando el salto chico
de la nostalgia y creo que un arroyo
el bellaco y otro arroyito el vil
una noche de tregua y luego desde el alba
los lisos farallones del rencor

de la muerte arrancamos como yuyos
las razones de vida

todo esto un poco antes de cruzar nuevos ríos
algunos de los tantos ríos que hacen frontera
y allí empezó otro rumbo
y así empezó otro verde
el peñón del orgullo los bosques de concordia
y por fin este abril junto al baquiano

los troperos y gauchos nos recorren
nos miran con recelo durante un lustro apenas
sus primeras fogatas enrojecen las nubes
y bah después de todo no somos tan distintos
tan sólo un poco más de siglo y medio
entre ellos y nosotros

incluso hay quien pregunta si ya vimos al jefe
y nos señala dónde está y lo vemos
y también él nos da la bienvenida
con un silencio grave y sabio y duro
en el que sin embargo está claro un emblema
una antigua verdad
nada tenemos
 que esperar
 sino
 de nosotros mismos

ÍNDICE

ENTRE SIEMPRE Y JAMÁS

Viento del exilio	11
Últimas golondrinas	13
Entre siempre y jamás	15
El imán	17
Cantera de prójimos	18
El paisaje	19
Teoría de conjuntos	21
Preliminar del miedo	22
Talantes	24
El amor es un centro	25
Conjugaciones	26
1 (álbum)	26
2 (claves)	27
3 (variantes)	28
4 (complemento)	29
5 (después)	30
6 (ausencia)	31
7 (rigores)	32
8 (previsión)	33
9 (plurales)	34

LOS INMORTALES Y LA MUERTE

Los mortales	37
Pasatiempo	38
Los inmortales	39

Cada vez que alguien muere	42
Invisible	43
Happy birthday	45

REFRANÍVOCOS / SIGNITOS

Compensaciones	49
Facilidades	50
Compañías	51
Intensidad	52
Resistencia	53
Tardía	54
Madrigal en cassette.....	55
Once	56
¿Nunca más?	57
Ovnis	58
Cuestionario no tradicional	60

NOMBRES PROPIOS

Allende	65
Hechos / Noticias	67
Rigoberto en otra fiesta	68
Tomás recuerda a Carlos	70
Girón Girones	72
Variaciones sobre un tema de Boris Vian	74
Estos poetas son míos	77

EL BAQUIANO Y LOS SUYOS

Abrigo	83
Tranvía de 1929	84

Subversión de Carlitos el Mago	86
Hasta los elefantes	89
Ni colorín ni colorado	91
Extranjero hasta allí	95
El jubilado	96
Sightseeing 1980	97
Ex presos	104
Tríptico del plebiscito	105
El baquiano y los suyos	108

MARIO BENEDETTI

CON Y SIN NOSTALGIA

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

*Los hechos
son siempre vacíos,
son recipientes
que tomarán
la forma del sentimiento
que los llene.*

JUAN CARLOS ONETTI



LOS ASTROS Y VOS

Hijo de un maestro primario y de una costurera; delgado, de buena estatura, ojos oscuros y manos suaves, podía haber pasado por un habitante promedio de Rosales, ese pueblito aséptico, alfabetizado e industrioso, con su destino más visible ligado a dos fábricas [poderosas, humeantes, cuadradas] de capital extranjero. Oliva era comisario como pudo haber sido albañil o bancario, es decir no por vocación sino por azar. Por otra parte, durante largos años la policía casi no había tenido sentido en la vida cotidiana de Rosales, ya que allí nadie delinquía. El último crimen, un recuerdo que tenía por lo menos veinte años, había sido un típico crimen de amor: el almacenero don Estévez había matado a su mujer, enferma de un cáncer incurable,

nada más que para ahorrarle las últimas semanas de insoportable agonía. Alguna que otra noche asomaban en la plaza, dignificada por la iglesia y la jefatura, dos o tres alcohólicos moderados, pero la policía nunca intervenía porque esos tipos tenían la borrachera alegre y se limitaban a entonar viejas milongas o a recordar un evangelio de chistes que ellos creían indiscutiblemente procaces y que en realidad eran de una inocencia casi adolescente.

El comisario frecuentaba el café, donde jugaba a la generala con el dentista o el boticario, y a veces hasta aparecía por el Club, donde discutía amigablemente con el periodista Arroyo sobre deportes y política internacional. En rigor, la especialidad periodística de Arroyo no eran ni los deportes ni la política internacional, sino la sabia, escurridiza astrología, pero en su diaria sección de horóscopos [“Los astros y vos”] hacía a menudo referencias muy concretas y muy verificables sobre distintos matices de un futuro presumiblemente cercano. Y eran matices en tres zonas: la internacional, la nacional y la pueblerina. Tantos aciertos se había anotado en los tres órdenes, que su sección astrológica en *La Espina de Rosales* [diario de la mañana] era consultada con atención y respeto no sólo por las mujeres sino por todos los rosalersos.

Quizá valga la pena aclarar que el nombre del pueblo no era —ni es— Rosales. Aquí se lo adopta sólo por razones de seguridad. En el Uruguay de hoy no sólo las personas, los grupos políticos o los

sindicatos, han ido pasando a la ilegalidad; también hay barrios y pueblos y villas, que se han vuelto clandestinos.

Es a partir del golpe del 73 que el comisario Oliva sufre una radical transformación. El primer cambio visible fue en su aspecto externo: antes no usaba casi nunca el uniforme, y en verano se lo veía a menudo en mangas de camisa. Ahora el uniforme y él eran inseparables. Y ello había dado a su rostro, a su postura, a su paso, a sus órdenes, una rigidez y un autoritarismo que un año atrás habrían sido absolutamente inverosímiles. Además había engordado [según los rosaleros, se había “achanchado”] rápida e inconteniblemente.

Al principio, Arroyo miraba aquel cambio con cierta incredulidad, como si creyera que el comisario estaba simplemente desarrollando un gran simulacro. Pero la noche en que mandó detener a los tres borrachitos de rigor, por “desórdenes y vejámenes al pudor”, cuando la verdad era que habían cantado y contado como siempre; esa noche Arroyo comprendió que la transformación iba en serio. Y al día siguiente las columnas de “Los astros y vos” comenzaron a expresar un pronóstico sombrío para el futuro cercano y rosalero.

El único liceo del pueblo tuvo por primera vez un paro estudiantil. Al igual que en otras localidades del Interior, asistían al liceo jóvenes de muy desparejas edades: unos eran casi niños y otros eran casi hombres. En este paro inaugural, los mucha-

chos protestaron contra el golpe, contra el cierre del parlamento, contra la clausura de sindicatos, contra las torturas. Totalmente desprevenidos con respecto al cambio operado en Oliva, desfilaron con pancartas alrededor de la plaza, y antes de concluir la segunda vuelta, ya fueron detenidos. Todavía los policías les pidieron disculpas [algunos eran tíos o padrinos de los “revoltosos”], agregando a nivel de susurro, entre crítico y temeroso, que eran “cosas de Oliva”. De los sesenta detenidos, antes de las veinticuatro horas el comisario soltó a cincuenta, no sin antes propinarles una larga filípica, en el curso de la cual dijo, entre otras cosas, que no iba a tolerar “que ningún mocoso lo llamara fascista. A los diez restantes [los únicos mayores de edad] los retuvo en la comisaría, incomunicados. A la madrugada se oyeron claramente quejidos, pedidos de auxilio, gritos desgarradores. A los padres [y sobre todo a las madres] les costó convencerse de que en la comisaría estaban torturando a sus muchachos. Pero se convencieron.

Al día siguiente, Arroyo se puso aún más sombrío en su anuncio astrológico. Soltó frases como éstas: “Alguien acudirá a siniestras formas represivas destinadas a arruinar la vida de Rosales, y eso costará sangre, pero a la larga fracasará”. En el pueblo sólo había un abogado que ejercía su profesión, y los padres acudieron a él para que defendiera a los diez jóvenes, pero cuando el doctor Borja se lanzó a la búsqueda del juez, se encontró con que éste tam-

bién estaba preso. Era ridículo, pero además era cierto. Entonces se armó de valor y se presentó en la comisaría, pero no bien mencionó palabras como hábeas corpus, derecho de huelga, etc., el comisario lo hizo expulsar del recinto policial. El abogado decidió entonces viajar a la capital; no obstante, y a fin de que los padres no concibieran demasiadas esperanzas, les adelantó que lo más probable era que en Montevideo apoyaran a Oliva. Por supuesto, el doctor Borja no regresó, y varios meses después los vecinos de Rosales empezaron a enviarle cigarrillos al penal de Punta Carretas. Arroyo pronosticó: “Se acerca la hora de la sinrazón. El odio comenzará a incubarse en las almas buenas”.

Sobrevino entonces el episodio del baile, algo fuera de serie en los anales del pueblo. Una de las fábricas había construido un Centro Social para uso de sus obreros y empleados. Lo había hecho con el secreto fin de neutralizar las eventuales rebeldías laborales, pero hay que reconocer que el Centro Social era usado por todo Rosales. Los sábados de noche la juventud, y también la gente madura, concurría allí para charlar y bailar. Los bailes de los sábados eran probablemente el hecho comunitario más importante. En el Centro Social se ponían al día los chismes de la semana, arrancaban allí los futuros noviazgos, se organizaban los bautizos, se formalizaban las bodas, se ajustaba la nómina de enfermos y convalecientes. En la época anterior al golpe, Oliva había concurrido con asiduidad. Todos lo consi-

deraban un vecino más. Y en realidad lo era. Pero después de la transformación, el comisario se había parapetado en su despacho [la mayoría de las noches dormía en la comisaría, “en acto de servicio”] y ya no iba al café, ni concurría al Club [su distanciamiento con Arroyo era ostensible] ni menos aún al Centro Social. Sin embargo, ese sábado apareció, con escolta y sin aviso. La pobrecita orquesta se desarmó en una carraspera del bandoneón, y las parejas que bailaban se quedaron inmóviles, sin siquiera desabrazarse, como una caja de música a la que de pronto se le hubiera estropeado el mecanismo.

Cuando Oliva preguntó: “¿Quién de las mujeres quiere bailar conmigo?”, todos se dieron cuenta de que estaba borracho. Nadie respondió. Dos veces más hizo la pregunta y tampoco respondió nadie. El silencio era tan compacto que todos [policías, músicos y vecinos] pudieron escuchar el canto no comprometido de un grillo. Entonces Oliva, seguido por sus capangas, se acercó a Claudia Oribe, sentada con su marido en un banco junto al ventanal. En el sexto mes de su primer embarazo, Claudia [rubia, simpática, joven, bastante animosa] se sentía pesada y se movía con extrema cautela, ya que el médico la había prevenido contra los riesgos de un aborto.

“¿Querés bailar?”, preguntó el comisario, tuteándola por primera vez y tomándola de un brazo. Aníbal, el marido, obrero de la construcción, se

puso de pie, pálido y crispado. Pero Claudia se apresuró a responder: “No, señor, no puedo”. “Pues conmigo vas a poder”, dijo Oliva. Aníbal gritó entonces: “¿No ve la barriga que tiene? Déjela tranquila, ¿quiere?” “No es con vos que estoy hablando”, dijo Oliva. “Es con ella, y ella va a bailar conmigo”. Aníbal se le fue encima, pero tres de los capangas lo sujetaron. “Llévenselo”, ordenó Oliva. Y se lo llevaron. Rodeó con su brazo uniformado la deformada cintura de la encinta, hizo con la ceja una señal a la orquesta, y cuando ésta reinició desafinadamente la queja interrumpida, arrastró a Claudia hasta la pista. Era evidente que a la muchacha le faltaba el aire, pero nadie se animaba a intervenir, entre otras contundentes razones porque los custodias sacaron a ventilar sus armas. La pareja bailó sin interrupción tres tangos, dos boleros y una rumba. Al término de ésta, y con Claudia a punto de desmayarse, Oliva la trajo otra vez hasta el banco, dijo: “¿Viste cómo podías?”, y se fue. Esa misma noche Claudia Oribe abortó.

El marido estuvo incomunicado durante varios meses. Oliva disfrutó encargándose personalmente de los interrogatorios. Aprovechando que el médico de los Oribe era primo hermano de un Subsecretario, una delegación de notables, presidida por el facultativo, fue a la capital para entrevistarse con el jerarca. Pero éste se limitó a aconsejar: “Me parece mejor no mover este asunto. Oliva es hombre de confianza del gobierno. Si ustedes insisten en una

reparación, o en que lo sancionen, él va a comenzar a vengarse. Éstos son tiempos de quedarse tranquilo y esperar. Fijense en lo que yo mismo hago. Espero ¿no?”

Pero allá en Rosales, Arroyo no se conformó con esperar. A partir de ese episodio, su campaña fue sistemática. Un lunes, la columna “Los astros y vos” expresó en su pronóstico para Rosales: “Pronto llegará la hora en que alguien pague”. El miércoles añadió: “Negras perspectivas para quien hace alarde de la fuerza ante los débiles”. El jueves: “El autoritario va a sucumbir y lo merece”. Y el viernes: “Los astros anuncian inexorablemente el fin del aprendiz. Del aprendiz de déspota”.

El sábado, Oliva concurreó en persona a la redacción de *La Espina de Rosales*. Arroyo no estaba. Entonces decidió ir a buscarlo a la casa. Antes de llegar les dijo a los custodias: “Déjenme solo. Para entenderme con este maricón hijo de puta, yo me basto y me sobro”. Cuando Arroyo abrió la puerta, Oliva lo empujó con violencia y entró sin hablarle. Arroyo no perdió pie, y tampoco pareció sorprendido. Se limitó a tomar cierta distancia del comisario y entró en la única habitación que daba al zaguán y que oficiaba de estudio. Oliva fue tras él. Pálido y con los labios apretados, el periodista se situó detrás de una mesa con cajones. Pero no se sentó.

—¿Así que los astros anuncian mi fin?

—Sí —dijo Arroyo—. Yo no tengo la culpa. Son ellos que lo anuncian.

—¿Sabés una cosa? Además de hijo de puta, sos un mentiroso.

—No estoy de acuerdo, comisario.

—¿Y sabés otra cosa? Ahora mismo te vas a sentar ahí y vas a escribir el artículo de mañana.

—Mañana es domingo y no sale el diario.

—Bueno, el del lunes. Y vas a poner que los astros dicen que el aprendiz de déspota va a vivir muchos años. Y que los va a vivir con suerte y con salud.

—Pero los astros no dicen eso, comisario.

—¡Me cago en los astros! Vas a escribirlo. ¡Y ahora mismo!

El movimiento de Arroyo fue tan rápido que Oliva no pudo ni siquiera intentar una defensa o un esquite. Fue un solo disparo, pero a quemarropa. Ante los ojos abiertos y estupefactos de Oliva derrumbándose, Arroyo agregó con calma:

—Los astros nunca mienten, comisario.



ESCUCHAR A MOZART

Pensar, capitán Montes, que hubieras podido seguir durmiendo tu siesta. En realidad, estás cansado. Hay que reconocer que la faena de anoche fue dura, con esos doce presos que llegaron juntos, ya bastante maltrechos, y ustedes tuvieron que arruinarlos un poquito más. Eso siempre te deja un malestar, sobre todo cuando no se consigue que suelten nada, ni siquiera el número de zapatos o el talle de la camisa. Las pocas veces en que alguien habla, pensando [pobre ingenuo] que eso quizá signifique el final del infierno, entonces el trabajo sucio te deja por lo menos una satisfacción mínima. Después de todo, te enseñaron que el fin justifica los medios, pero vos ya no te acordás mucho de cuál es el fin.

Tu especialidad siempre fueron los medios, y éstos deben ser contundentes, implacables, eficaces. Te metieron en el marote que estos muchachitos tan frescos, tan sanos, tan decididos [vos agregarías: y tan fanáticos], eran tus enemigos, pero a esta altura ya ni siquiera estás demasiado seguro de quiénes son tus amigos. Por lo menos sabés a ciencia cierta que el coronel Ochoa no es tu amigo. El coronel, que jamás se mancha el meñique con ningún trabajo que apeste, te considera un débil, y te lo ha dicho delante del teniente Vélez y del mayor Falero. Vos no siempre alcanzás a comprender cómo Falero y Vélez pueden efectuar tan calmosamente un interrogatorio tras otro, sin perder nada de su compostura, sin que se les afloje un botón ni se les desacomode el peinado, negro y engominado en Falero, ondeado y pelirrojo en Vélez. La siesta te deja siempre de mal humor. Pero hoy estás especialmente malhumorado. Quizá porque Amanda te sugirió anoche, tímidamente, después de haber hecho el amor con una tensión inevitable y frustránea, *si no sería mejor que*, y vos estallaste, casi rugiste de indignación y despecho, acaso porque también pensabas lo mismo, pero a quién se le ocurría ahora pedir el retiro, algo que siempre despierta fastidiosas sospechas y aprensiones. Y además, en “época de guerra interna”, el pretexto tendría que ser tremendo, nunca menos que cáncer, desprendimiento de retina o cirrosis. Pero lo lamentable es que Amanda lo haya pensado, simplemente pensado. “Pienso en Jorgito

y me da pánico.” ¿Y qué se cree? ¿Que vos vislumbrás un porvenir espléndido? Y eso que ella no sabe los pormenores de cada jornada. No sabe cómo te sentiste cuando a la muchacha que cayó en La Teja hubo que irle sacando los dientes, uno por uno, con paciencia y con celo. O cuando tuviste conciencia de que, al cabo de una sola sesión de trabajo, aquel obrerito mofletudo había quedado listo para que le amputaran el testículo. Ella no sabe nada. Incluso a veces te comenta si será cierto lo que dicen las malas y peores lenguas: que en el cuartel tal y en el regimiento cual, arrancan confesiones mediante espantosos procedimientos. Y es increíble que te diga: “Ojalá nunca te ordenen hacer algo así. Porque, claro, tendrías que negarte, y vaya a saber qué sucedería”. Y vos tranquilizándola como de costumbre, sin poderle confesar que cuando te lo ordenaron la primera vez ni siquiera esbozaste una tímida negativa, porque no le podías dar al coronel Ochoa ese pretexto en bandeja. Fue en esa amarga jornada cuando te jugaste tu carrera y decidiste no perder, y aunque de noche estuviste vomitando durante horas, y Amanda, al despertarse con el fragor de tus arcadas, te preguntó qué te pasaba y vos inventaste lo del lechón que te había caído mal, la cosa no terminó ahí y durante muchas noches soñaste con aquel muchacho que, cada vez que recomenzaba el castigo, abría la boca sin emitir sonido alguno y apretaba los ojos y ponía el pescuezo duro como una viga. Ahora pensás, claro, a qué

darle más vueltas. Una vez que te decidiste, chau. De todas maneras, vos creés que tenés motivos morales para hacer lo que hacés. Pero el problema es que ya casi no te acordás del motivo moral, sino pura y exclusivamente de una boca que sangra o un cuerpo que se dobla. De modo que aparentemente es bastante lógico que conectes el tocadiscos y coloques en el plato una cualquiera de las sinfonías de Mozart. Hasta hace poco la música te limpiaba, te equilibraba, te depuraba, te ajustaba. Ahora mismo, en esta ascensión espiritual, en este brío juguetón, te alejás de las imágenes sombrías, del patio del cuartel, de los gritos desgarradores, de tu propia vergüenza. Los violines trabajan como galeotes, las violas acompañan como hembras fidelísimas, el corno interroga sin demasiada convicción. Pero no importa. Vos también a veces interrogás sin convicción, y si aplicás la picana es precisamente por eso, porque no tenés confianza en tus argumentos, porque sabés que nadie va a convertirse de pronto en traidor nada más que porque vos evoques la patria o lo putees. Mozart te gusta desde que ibas con Amanda a los conciertos del Sodre, cuando todavía no había Jorgito ni subversión, y la faena más irregular de los cuarteles era tomar mate, y por cierto qué bien lo cebaba el soldado Martínez. Mozart te gusta, no desde siempre sino desde que Amanda te enseñó a gustarlo. Y fijate qué curioso, ahora Amanda no tiene ganas de escuchar música, ninguna música, ni Mozart ni un carajo, sencillamente

porque tiene miedo y teme atentados y vela por Jorgito, y claro a Mozart no se lo puede escuchar con miedo sino con el espíritu libre y la conciencia tranquila. O sea que mejor apagá el tocadiscos. Así está bien. De todas maneras, los violines ¿viste? quedan sonando como un prodigio que lentamente se deteriorara, tal como a veces quedan sonando en el cuartel los alaridos de dolor cuando ya nadie los profiere. Estás solo en la casa. Linda casa. Amanda fue a ver a su madre, vieja podrida y meterete, apuntás. Y Jorgito no volvió aún del Neptuno. Hijito lindo, apuntás. Estás solo, y por el ventanal del living entra la soleada imagen del jardín. Ochoa estará ahora con Vélez y Falero. El coronel les da confianza nada más que para conseguir aliados contra vos. Porque te odia, claro. Nadie lo pone en duda. Puede ser que vos odies a los presos, nada más que porque ellos son el pretexto del odio de Ochoa. Rebuscado, ¿no? Hacés méritos y sin embargo comprendés que es inútil. Por fuerte o desalmado que seas, o parezcas, demasiado sabés que Ochoa nunca te perdonará. Porque fuiste vos el que una noche, entre interrogatorio e interrogatorio, le preguntó si era cierto que su hija “había pasado a la clandestinidad”. Se lo preguntaste con cautela, y también con un amago de solidaridad, ya que, pese a tus encontronazos con el tipo, después de todo tenés bien arraigado el “espíritu de cuerpo”. Nunca vas a olvidarte de la mirada resentida que te dedicó, porque claro, era cierto, aquella esplendorosa piba,

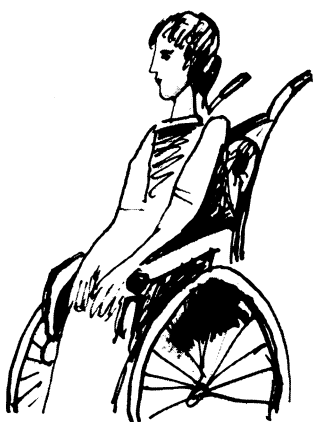
Aurora Ochoa, alias Zulema, había pasado a la clandestinidad y era requerida en los comunicados de las ocho, y el coronel había encontrado una frase exorcista a la que se aferraba con unción: “No me mencionen a esa degenerada; ya no es mi hija”. Sin embargo a vos no te la dijo, y eso fue acaso lo más grave. Simplemente te taladró con la mirada, y ordenó: “Capitán Montes, retírese”. Y vos, después del saludo ritual, te retiraste. No se lo habías preguntado con mala leche, sobre todo porque te hacías cargo de lo que representaba para Ochoa el hecho [escalofriante para cualquier oficial] de que la subversión se hubiera colado en su propio hogar. Pero te borraste, y a partir de esa reculada comprendiste que mientras Ochoa estuviera al frente de la unidad, estabas liquidado. Ahora te servís whisky, por más que no te gusta empezar tan temprano. Pero no te tortures, torturador; no es posible que de una sola vez te quedes sin Mozart y sin whisky. Por lo menos el whisky tiene menos exigencias que Mozart. Al menos, para disfrutar cada trago, no es imprescindible que tengas la conciencia tranquila. Más aún, mala conciencia con dos cubitos de hielo, es una *bella combinazione*, como bien dice el capitán Cardarelli, de tu derecha, cuando se concede una tregua a medianoche, después de administrar una compleja sesión de picana en paladar, submarino seco y trompadas en los riñones. ¿Alguna vez pensaste qué habría sido de vos si te hubieras negado? Claro que lo pensaste. Y tenés datos muy cerca-

nos y esclarecedores: la brutal sanción al teniente Ramos y la humillante degradación del capitán Silva, de tu izquierda. Ellos no se animaron a hacerse cargo del trabajo mugriento, no se autorizaron a sí mismos aunque con esa decisión mandaran su carrera a la mierda. O quizá fueron simplemente decentes, andá a saber. Decentes e indisciplinados. Una pregunta por el millón: ¿Hasta dónde te llevará tu sentido de disciplina, capitán Montes? ¿Te llevará a cometer más crímenes en nombre de otros? ¿A rehuir tu imagen en los espejos? ¿Hasta dónde te llevará tu sentido de disciplina, capitancito Montes? ¿A ir cancelando tu capacidad de amor? ¿A convertir tus odios en rutina? ¿O a permitir que tu rutina agreda, hiera, perfore, fracture, viole, ampute, asfixie, inmole? ¿A lograr que cada inmólación te deje más reseco, más frío, más podrido, más inerte? ¿Hasta dónde te llevará tu sentido de disciplina, capitán, capitancito? ¿Pensaste alguna vez que el sancionado Ramos y el degradado Silva acaso puedan escuchar a Mozart, o a Troilo [o a quien se les dé en los forros], aunque sea en la memoria? Ahora que por fin ha vuelto Jorgito y se acerca a besarte, no estaría mal que pensaras en él. ¿Crees que con el tiempo tu hijo te perdonará lo que ahora ignora? A lo mejor lo querés. A tu manera, claro. Pero tu manera también ha cambiado. Antes eras franco con él. La rígida disciplina no sólo te había inculcado el rigor, sino algo que vos llamabas, sin precisión alguna, la verdad. Antes, en el cuartel empuñabas tus

armas sólo para ejercicios, simulacros. Y en tu casa empuñabas la verdad, también para ejercicios, simulacros. Cuando sorprendías a Jorgito en una insignificante mentira, descargabas en él tu cólera sagrada. Tu santísima trinidad estaba integrada por Dios, el Comandante en Jefe, y la Verdad. Muchas veces le pegaste a Jorgito porque se le había quedado a Amanda con un mísero vuelto, o porque decía saber la tabla del siete y no era cierto. Hace tanto, y en realidad tan poco, de esos arranques. La subversión era todavía atendida en la órbita meramente policial, y ustedes seguían tomando mate en los cuarteles. Pero esas veces en que el botija recibió sin una lágrima las primeras trompadas de su vida, fueron ¿te acordás? inevitablemente seguidas por las primeras y frustráneas noches en que no fuiste capaz de seguir escuchando a Mozart. En una ocasión hasta perdiste la calma, y, ante el estupor de Amanda, hiciste añicos el concierto para flauta y orquesta, y como consecuencia de la rabieta hubo que reparar el Garrard. Pero hace mucho que te borraste de la verdad. La santísima trinidad se redujo a una dualidad todavía infalible: Dios y el Comandante en Jefe. Y no es demasiado aventurado pronosticar desde ya la unidad final: el Comandante en Jefe a secas. Ahora no le exigís perentoriamente a Jorgito que te cuente la verdad estricta, inmaculada, despojada de adornos y disimulos, quizá porque jamás te atreverías a decirle la verdad, la escandalosamente sucia verdad de tu trabajo. Pensar, capitán

Montes, capitancito, que podías haber seguido durmiendo la siesta, y en ese caso aún no habrías enfrentado [quizás tendrías que enfrentarla mañana, aunque nunca se sabe cómo funcionan en los chicos las claves del olvido] la pregunta que en este instante te formula tu hijo, sentado frente a vos en la silla negra: “Pa, ¿es cierto que vos torturás?” Y tampoco te habrías visto obligado, como ahora, después de tragar fuerte, a responder con otra pregunta: “¿Y de dónde sacaste eso?”, aun sabiendo de antemano que la respuesta de Jorgito va a ser: “Me lo dijeron en la escuela”. Y claro, decís, masticando cada sílaba: “No es cierto. No es cierto como te lo dijeron. Pero, hijito, tenés que comprender que estamos luchando con gente muy pero muy peligrosa que quiere matar a tu papá, a tu mamá, y a muchas otras personas que vos querés. Y a veces no hay más remedio que asustarlos un poco, para que confiesen las barbaridades que preparan”. Pero él insiste: “Está bien, pero vos... ¿torturás?” Y de pronto te sentís cercado, bloqueado, acalambrado. Sólo atinás a seguir preguntando: “¿Pero a qué le llamás tortura?” Jorgito está bien informado para sus ocho años: “¿Cómo a qué? Al submarino, pa. Y a la picana, y al teléfono”. Por primera vez esas palabras te taladran, te joden. Sentís que te ponés rojo, y no tenés modo de evitarlo. Rojo de rabia, rojo de vergüenza. Intentás recomponer de apuro cierta imagen de serenidad, pero sólo te sale un balbuceo: “¿Se puede saber cuál de tus compañeritos te mete

esas porquerías en la cabeza?” Pero ya lo ves, Jorgito está implacable: “¿Para qué querés saberlo? ¿Para hacer que lo torturen?” Eso es demasiado para vos. De pronto advertís —no sabés exactamente si horrorizado o estupefacto— que te has vaciado de amor. Depositás sobre la alfombrita marrón el vaso con el resto de whisky, y empezás a caminar, a pasos lentos y marcados. Jorgito sigue en la silla negra, con sus verdes ojos cada vez más inocentes y despiadados. Das un largo rodeo para situarte detrás del respaldo, acariciás con ambas manos aquel pescuezo desvalido, exculpado, con pelusa y lunares, y empezás a decirle: “No hay que hacer caso, hijito, la gente a veces es muy mala, muy mala. ¿Entiende, hijito?” Y no bien el pibe dice con cierto esfuerzo: “Pero pa”, vos seguís acariciando esa nuca, oprimiendo suavemente esa garganta, y luego, renunciando [ahora sí] para siempre a Mozart, apretás, apretás inexorablemente, mientras en la casa linda y desolada sólo se escucha tu voz sin temblores: “¿Entendiste, hijito de puta?”



LA COLECCIÓN

—Tranquilo, tranquilo —dijo el Flaco.

Alberto no podía apartar los ojos del arma que lo apuntaba. Tampoco podía hablar. Estaba realmente asustado. Los otros tres [el Rubio, el Pecoso, la Negra] que habían entrado cuando él abrió la puerta, se distribuyeron rápidamente por el apartamento.

—Si te quedás quietito no te va a pasar nada.

El Flaco sonrió, pero Alberto no podía.

—¿Quiénes están en la casa?

Alberto dio un brevísimo resoplido.

—Nosotros nomás, los chicos —pudo al fin articular.

—¿Cuántos son?

—Mi hermano Joaquín y yo.

—¿Cómo? ¿No tenés una hermana vos?

—Sí, Miriam.

—¿Ella también está?

—Sí.

—¿Y por qué no la nombraste?

Alberto se mordió el labio inferior.

—Porque es paralítica.

El Flaco optó por guardar el arma.

—¿Cuántos años tenés?

—Doce.

—¿Y tu hermano?

—¿Joaquín? El viernes cumplió nueve.

—¿Y tu hermana lisiada?

—Creo que diecisiete.

—¿Cuándo vuelven tus viejos?

—Mañana de tarde.

—¿Y siempre los dejan solos?

—No siempre. A veces quedan las sirvientas.

—Y a ustedes ¿por qué no los llevan a Punta del Este?

—Será que quieren pasarla tranquilos.

—¿Sos muy travieso vos?

—Un poco.

—¿Te gusta el fútbol?

—Claro. Soy golero. Y quiero jugar en Nacional.

—Mirá vos.

—¿Y usted?

—¿Yo qué?

—¿Es de Nacional?

—Parece que se te pasó el cagazo.

—Un poco sí.

—Yo también soy de Nacional. Mejor dicho, era.

—¿Ahora es de Peñarol?

—No. Ahora ya no soy hincha.

—Qué macana ¿no?

El Flaco se rascó una oreja. El chico metió las manos en los bolsillos.

—En los bolsillos no.

—¿No puedo?

El chico puso otra vez cara de asustado.

—Bueno, ponelas si querés. Pero portate bien.

Volvieron los otros, acompañados de Joaquín y Miriam. La Negra empujaba la silla de ruedas.

—Dicen que no saben dónde guarda el padre la colección.

—Ah, no saben.

—Dicen que el padre tiene una colección, pero creen que no la guarda aquí.

El Flaco miró a Miriam.

—¿Vos tampoco sabés nada?

—No.

—Sin embargo, a mí me parece que tenés que saber algo.

—No.

Miriam parecía tranquila. A veces movía las manos sobre la frazada que le cubría las piernas inertes, nada más.

—Claro, como estás así, pensás que te vamos a tener lástima.

—¿Y no me tienen?

—No sé si es lástima. Es jodido pasar la vida así. Pero por lo menos vivís en un apartamento bien confortable. Hay quienes pueden caminar y sin embargo la pasan mucho peor.

—Mejor si no me tienen lástima. Estoy podrida de la lástima ¿sabés?

—Me imagino. También me imagino que sabés dónde está la colección.

—Te imaginás mal.

Al principio, Joaquín lloriqueaba un poco, pero ahora parecía fascinado con los visitantes. Miriam tenía un gesto decidido.

—¿Los niños pueden irse a dormir?

—Si quieren. Pero no creo que tengan sueño.

Miró a Joaquín.

—¿Tenés sueño vos?

—No.

—Entonces quédense. A lo mejor terminan recordando dónde guarda el papi la colección.

—Yo nunca la vi.

—Pero sabés que tiene una.

—Sí.

—¿Sabés cuántas piezas tiene la colección?

—Un montón —dijo Joaquín.

—¿Cómo sabés que son un montón si nunca las viste?

—Porque mami siempre le está diciendo a papi

que ahora es peligroso tener ese montón de armas.

—¿Y para vos cuánto es un montón?

—Y yo qué sé. Como mil.

—¿Y a vos te gustan?

—Me gustan las de la televisión.

El Flaco empezó a revisar la enorme biblioteca. Apartaba pilas de diez o veinte libros para ver si aparecía algún escondite, alguna llave, algún indicio. Miriam seguía en silencio sus movimientos. El Flaco se sintió vigilado.

—¿Leyó tu viejo todos estos libros?

—No creo.

—¿Y para qué los tiene? ¿Como decoración?

—Puede ser.

El Flaco hizo señas al Rubio y al Pecosito, como encargándoles que hicieran otra revisión a fondo por todo el apartamento.

—La Negra y yo alcanzamos para vigilar a este trío.

Miriam se miró las manos. Le sonrió a Alberto. Ahora parecía tranquilo, pero le brillaban los ojos.

—¿Tenés frío?

—Un poquito.

Con un gesto casi imperceptible, la muchacha llamó la atención del Flaco.

—¿Le das permiso a mi hermano para que vaya a buscar un pullover?

El Flaco estuvo un rato callado. Después miró a la Negra.

—Acompañalo, ¿querés?

Ella le puso al chico una mano en el hombro, y así salieron.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Joaquín.

—Ufa. Sí, podés.

El chico se acomodó en un sillón. El Flaco enfren-
tó de nuevo a Miriam.

—Y a vos ¿te volvió la memoria?

—No.

—Digamos que si te vuelve, me vas a contar dónde están las armas de tu viejo.

—Tengo la impresión de que no me va a volver.

El Flaco encendió un cigarrillo y le ofreció otro a Miriam.

—Gracias, no puedo fumar. No sólo mis piernas son una porquería. Tampoco mis pulmones son de primera.

Ahora el Flaco registraba las paredes. Les daba golpecitos con los nudillos, como buscando algún punto que sonara a hueco.

—¿Vos estás de acuerdo con tu viejo?

—¿En qué?

—Por ejemplo, en política.

—Generalmente no.

—¿Por qué?

—No voy a entrar en detalles acerca de mis diferencias con mi padre.

—¿Sabés que tu viejo genera odios muy firmes?

—Me lo imagino.

—Y vos ¿lo odiás un poco?

—No.

—¿Lo querés entonces?

—Ya te dije que no pienso entrar en detalles.

—Sin embargo, a veces es bueno desahogarse con alguien. Tenemos toda la noche, si querés.

—Decime ¿vos qué sos? ¿Guerrillero o analista?

—¿No puedo ser las dos cosas?

—Ah, caramba.

—Tate tranqui. Casi no soy lo primero, pero mucho menos lo segundo.

—¿Por qué casi no sos lo primero?

—Porque no tengo vocación.

—¿Y por qué lo hacés?

—Digamos que lo considero un deber.

—¿Sólo por eso?

—Bueno, hay más cosas. Pero yo tampoco voy a entrar en detalles.

—*Touché.*

—Por lo menos decime una cosa: ¿para qué quiere las armas tu viejo?

—Igual que con los libros.

—¿Decoración?

—Más o menos.

El tono bajo de las dos voces ha terminado por adormecer a Joaquín. Miriam se pasa la mano por la frente.

—¿Estás cansada?

—Un poco. Pero tengo aguante, no te preocupes.

—¿De veras no me vas a decir dónde está la colección?

—Buscala. Siempre creí que cuando ustedes de-

cidían llevar a cabo una de estas operaciones, ya venían con la información completa.

—Eso es lo ideal. Pero no siempre es así. Tenemos que irnos con la colección, ¿entendés?

—Claro que entiendo. ¿Me vas a pegar?

—¿De veras pensás que podría pegarte?

—¿Por qué no? A ustedes cuando los agarran les dan duro, ¿no?

—No es lo mismo.

—Ya sé que no es lo mismo.

El Flaco parecía dispuesto a seguir aquel tableteo verbal. Pero volvió la Negra con Alberto.

—Flaco, éste se está cayendo. ¿Puede dormir?

—Si no lo autorizo, igual se va a dormir, ¿no?

—Quise decir: si puede dormir en su cama.

—Mejor que duerma aquí, en el sofá. Ya el otro claudicó. En todo caso, traéles frazadas.

Volvieron el Rubio y el Pecosito. No estaban satisfechos.

—¿Y?

—Nada.

—¿Revisaron bien? ¿Revisaron todo?

—Milímetro por milímetro.

—Sin embargo, es seguro que están aquí.

—Quién sabe. ¿No te parece que mejor nos vamos?

—No, no me parece. Tenemos tiempo y seguridad para buscar.

—Mirá que aquí no hay nada. Ni colección ni un corno. Ni siquiera un revólver de fulminante. Nada.

—Mirá que hay. Estoy seguro.

Miriam se movió en su silla de ruedas. Maniobró hasta colocarse frente a la Negra.

—Tendría que ir al baño. ¿Me llevás?

—¿La llevo, Flaco?

—Sí, claro.

La Negra empujó la silla por un corredorcito. Abrió la puerta del baño e introdujo allí a Miriam. Iba a cerrar nuevamente la puerta desde afuera, cuando Miriam la llamó con un gesto, y también con un gesto le indicó que cerrara la puerta desde adentro.

—¿Qué pasa? ¿Te sentís mal?

—No.

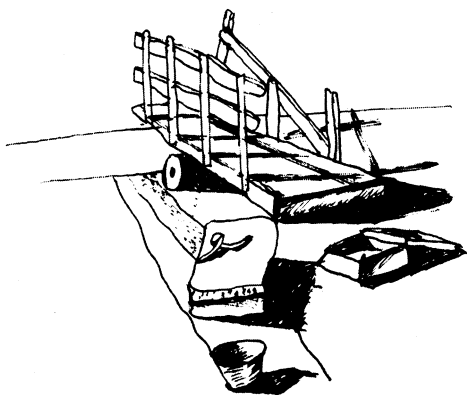
—Entonces te dejo sola. ¿O precisás ayuda?

—No, no preciso ayuda, pero quedate.

—¿Qué querés entonces?

Miriam se agitó un poco en la silla. Se le colorearon las mejillas antes de responder.

—Decile al Flaco que vaya a la cocina. A la derecha de la ventana. El tercer azulejo floreado.



SOBRE EL ÉXODO

Es obvio que el éxodo empezó por razones políticas. En el extranjero los periodistas empezaron a escribir que en el paisito la atmósfera era irrespirable. Y en verdad era difícil respirar. Los periodistas extranjeros siguieron escribiendo que allí la represión era monstruosa. Y realmente era monstruosa. Pero el hecho de que esas verdades fueran recogidas y difundidas por periodistas foráneos dio pie a las autoridades para una inflamada invocación al orgullo nacional. El error gubernamental fue quizá haber puesto la invocación en boca del presidente, ya que en los últimos tiempos, no bien asomaba en los re-

ceptores de radio y las pantallitas de televisión la voz y/o la imagen del primer mandatario, la gente apagaba de apuro tales aparatos. De modo que los pobladores jamás llegaron a enterarse de la invocación al orgullo nacional que hacía el gobierno. Y en consecuencia se siguieron yendo.

Primero se fueron todos los sospechosos que andaban sueltos. Después se empezaron a ir los parientes y los amigos de los sospechosos [presos o sueltos]. Al principio, aunque eran muchos los que emigraban, siempre eran más los que iban a despedirlos a puertos y aeropuertos. Pero el día en que partió un barco con mil emigrantes y fueron despedidos por sólo 24 personas, el hecho insólito fue registrado por la indiscreta cámara de un fotógrafo extranjero, y la publicación de tal testimonio en un semanario de amplia circulación internacional dio lugar a una nueva invocación patriótica del presidente, y en consecuencia al momentáneo y preventivo apagón de los pocos receptores que aún contaban con radioescuchas y de las escasas pantallitas que aún tenían televidentes. Lo curioso fue que el gobierno no pudo verosímilmente castigar ese nuevo hábito, ya que, a partir de la crisis petrolera, había exhortado a la población a no escatimar sacrificios en el ahorro del combustible y por tanto de energía eléctrica. ¿Y qué mayor sacrificio [decía el pretexto popular] que privarse de escuchar la esclarecida y esclarecedora voz presidencial? No obstante, debido tal vez a esa circunstancia fortuita, el pue-

blo tampoco esta vez llegó a enterarse de que su orgullo patrio había sido invocado por el superior gobierno. Y siguió yéndose.

Cuando los sospechosos que andaban sueltos, más sus amigos y familiares, emigraron en su casi totalidad, entonces empezaron a irse los que pasaban hambre, que no eran pocos. La última encuesta Gallup había registrado que el porcentaje de hambrientos era de un 72,34%, comprobación importante sobre todo si se considera que el 27,66% restante estaba en su mayor parte integrado por militares, latifundistas, banqueros, diplomáticos, cuerpos de paz, mormones y agentes de la CIA. El de los hambrientos que se iban representó un contingente tanto o más importante que el de los sospechosos y “sospechosos de sospecha”. Sin embargo, el gobierno no se dio por enterado y como contrapropaganda empezó a difundir, por los canales y emisoras oficiales, un tratamiento de comidas para adelgazar.

Cierto día circuló el rumor de que en Australia había gran demanda de obreros especializados. Inmediatamente se embarcaron rumbo a Oceanía unos treinta mil obreros, cada uno con su mujer, sus hijos y su especialización. Es sabido que, en cualquier lugar del mundo, los grandes industriales captan rápidamente las situaciones claves. Los del paisito también las captaron, y al comprender que sus fábricas no podían seguir produciendo sin la mano de obra especializada, desmontaron urgentemente sus planes y plantas industriales y se fueron

con máquinas, dólares, muzak, familia y amantes. En algunos contados casos dejaron en el país un solo empleado para que presentará la liquidación de impuestos, pero en cambio no dejaron ninguno para que la pagara.

Otro día circuló el rumor de que, también en Australia, había gran demanda de servicio doméstico. Inmediatamente se embarcaron rumbo a Sydney cuarenta mil sirvientas, mucamos, etc., incluido en el etcétera un ex mayordomo que estaba sin trabajo desde el secuestro del embajador británico. En las grandes familias de la oligarquía ganadera, las damas de cuatro a seis apellidos también captaron rápidamente la situación, y al comprender que, sin servicio doméstico habrían tenido que ocuparse ellas mismas de la comida, la limpieza, el lavado de ropa [los lavaderos y tintorerías hacía meses que habían emigrado] y la higiene de letrinas y fregaderos, convencieron a sus maridos para que organizaran con urgencia el traslado familiar a algún país medianamente civilizado, donde al oprimir un botón de inmediato acudieran sirvientitas que hablaran inglés, francés, y no tuvieran piojos ni hijos naturales. Porque aquí, en el mejor de los casos, al llamado del timbre sólo aparecían los piojos. Y no se sabía por cuánto tiempo seguirían apareciendo.

Hay que reconocer que los militares fueron de los que se quedaron hasta el final. Por disciplina, claro, y además porque percibían suculentos gajes. En el momento oportuno, su voluntad de arraigo les ha-

bía hecho emitir un comunicado especialmente optimista, en el que se señalaba que en el último año había disminuido en un 35,24% la cantidad de personas que habían sufrido accidentes de tránsito. Los periodistas extranjeros, con su habitual malevolencia, intentaron minimizar ese evidente logro, señalando que no constituía mérito alguno, ya que en el territorio nacional había cada vez menos gente para ser atropellada. El único diario que reprodujo este insidioso comentario fue clausurado en forma definitiva.

Sí, los militares [y los presos, claro, pero por otras razones] se quedaron hasta el final. Sin embargo, cuando el éxodo empezó a adquirir caracteres alarmantes, y los oficiales se encontraron con que cada vez les iba siendo más arduo encontrar gente joven para someterla a la tortura, y aunque a veces remediaban esa carencia volviendo a torturar a los ya procesados, también ellos, al encontrarse en cierta manera desocupados, empezaron a buscar pretextos para emigrar. Las becas que proporcionaba la gran nación del Norte para cursos de perfeccionamiento antiguerrillero en la zona del Canal, comenzaron a ser masivamente aceptadas. Aproximadamente la mitad de los oficiales en servicio fueron canalizados hacia el Canal. En cuanto a la mitad restante, se dividió en dos clanes que empezaron a luchar por el poder. Eso duró hasta que una tarde, un coronel medianamente lúcido reunió en el casino del cuartel a sus camaradas de armas y les zam-

pó esta duda cruel: “¿A qué luchar por el poder si ya no queda nadie a quien mandar? ¿Sobre quién carajo ejerceremos ese poder?” El efecto de semejante duda filosófica fue que al día siguiente se embarcaron para el exterior el noventa por ciento de los oficiales que quedaban. Los que permanecieron [casi todos muy jóvenes, pertenecientes a las últimas promociones], felices de hallarse por fin sin jefes, intentaron organizar un partidito de fútbol en la plaza de armas, pero cuando advirtieron que el total de fieles servidores de la patria no alcanzaba a los 22 que marca la reglamentación de la FIFA, decidieron suspender el partido. Y al día siguiente se fueron en el alíscavo.

El último de los militares en irse fue el director del Penal. Cuando se alejó, sin despedirse siquiera de los presos políticos [aunque sí de los delincuentes comunes], dejó el gran portón abierto. Durante una hora los presos no se atrevieron a acercarse. “Es una trampa para matarnos”, dijo el más viejo. “Es un espejismo”, dijo el más cegato. “Es la tortura psicológica”, dijo el más enterado. Y estuvieron de acuerdo en no arriesgarse. Pero cuando transcurrió otra hora, y desde afuera sólo venía el silencio, el más joven de los reclusos anunció: “Yo voy a salir”. “¡Salgamos todos!”, fue la respuesta masiva.

Y salieron. En las calles no se veía a nadie. Junto a un árbol hallaron dos revólveres y una metralleta abandonada. “Habría preferido encontrar un churrasco”, dijo el más gordo, pero acaso por deforma-

ción profesional tomó uno de los revólveres. Y avanzaron, primero con cautela y luego con relativa intrepidez. “Se fueron todos”, dijo el más viejo. “Ojalá hayan dejado también a las presas”, dijo el más enterado. Y ante la carcajada general, agregó: “No sean mal pensados. Lo digo preocupado fundamentalmente en la tarea de repoblar el país”. “¡Falluto! ¡Falluto!”, gritaron varios.

Demoraron dos horas en llegar al Centro. En la plaza tampoco había nadie. El héroe de la Patria, desde su corpulento caballo de bronce, por primera vez en varios años tenía un aire optimista. También por primera vez el monumento no estaba decorado por los excrementos de las palomas, tal vez porque las palomas se habían ido.

El que llevaba el revólver empujó lentamente la gran puerta de madera y penetró con cierta parsimonia en la Casa de Gobierno. Los demás lo siguieron, un poco impresionados porque aquel edificio había sido algo inaccesible. En una habitación de la planta alta encontraron al presidente. De pie, silencioso, con las manos en los bolsillos del saco negro.

—Buenas tardes, presidente —dijo el más viejo. Disimuladamente alguien le alcanzó el revólver que recogieran durante la marcha.

—Buenas tardes —dijo el presidente.

—¿Por qué no se fue? —preguntó el más viejo.

—Porque soy el presidente.

—Ah.

Los ex reclusos se miraron con una sola pregunta

en los ojos: “¿Qué hacemos con este tarado?” Pero antes de que nadie hallara una respuesta, el más viejo le alcanzó el arma al presidente.

—Señor, queremos pedirle un favor. Péguese un tiro.

El presidente tomó el arma y todos observaron que la mano le temblaba. Pero algunos lo atribuyeron a que fumaba demasiado.

—No sé si ustedes saben que soy cristiano. Y a los cristianos les está prohibido suicidarse.

—Bueno —dijo el más viejo—. Tampoco hay que ser tan esquemático. Es cierto lo que usted dice, pero hasta cierto punto. Usted es un cristiano, señor presidente, pero un cristiano de mierda, y a esa subespecie sí le está permitido suicidarse.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro, señor —dijo el más viejo.

El presidente se sonó las narices y se acomodó el nudo de la corbata.

—¿Permiten por lo menos que me vende los ojos?

El más viejo miró a los demás.

—¿Le dejamos que se vende los ojos?

—¡Sí! ¡Que se los vende! —dijeron todos.

Como el blanco pañuelo del presidente estaba sucio por haberse sonado las narices, uno de los ex reclusos tomó una servilleta que había sobre una mesa, y con ella le vendó los ojos. El presidente alzó entonces su mano con el revólver, y antes de arriarlo a la sien derecha, dijo con voz ronca:

—Adiós, señores.

—Adiós —dijeron todos, con los ojos secos, pero sin alegría.

El tiro sonó extraño. Como un proyectil que se hunde en paja podrida.

Aún resonaba la estela opaca del estampido, cuando empezaron a oírse los tamboriles de los primeros jóvenes que regresaban.



GRACIAS, VIENTRE LEAL

“A nadie”, había dicho el Colorado, “a nadie, ni siquiera a tu mujer. ¿Estamos?” Y él había contestado: “Estamos”. “Ni el menor indicio, ¿eh? Bastante caro hemos pagado ya esos y otros liberalismos. Y la acción de mañana es particularmente riesgosa. Aun extremando las medidas de seguridad, vos y Alfredo van a correr mucho peligro. Eso lo sabés, ¿verdad?” “Está bien, está bien”, había dicho él. El Colorado había resoplado antes de concretar: “Bueno, a las siete te recogerá Alfredo en Durazno y Convención”.

Ahora Marta le servía lo que ella denominaba “costillitas de cerdo a la riojana, versión libre”.

Siempre, para bromear, le ponía un papelito sobre el plato con el menú del día. Ñoquis a la romana. Escalope a la Viena. Crème parmentière. Y así por el estilo. Esto de “a la riojana” le había quedado de cierta vez que fueron a Buenos Aires y a él le había gustado aquella combinación. Era la época en que todavía podían ir de compras cada tres meses, y de paso veían cine, teatro, exposiciones. A ellos, que en Montevideo vivían rodeados de padres, suegros, tíos, primos, sobrinos, aquellas escapadas les servían como una puesta al día de su mejor intimidad. Se sentían más unidos, más pareja, caminando del brazo por Corrientes que en su propia casa donde había ojos en todos los rincones y en todos los retratos. Pero hacía tiempo que esas “lunas de miel” se habían acabado. Ahora había que hacer milagros con la plata.

—¿Te llamó tu madre? —preguntó Marta.

—Sí. Veinte minutos. De un tirón.

—¿Qué quería?

—Lo de siempre: compasión. Pobre vieja. Cómo se mira el ombligo. El mundo puede venirse abajo, pero para ella no hay nada más importante que el almacenero que le cobró de más y le pesó de menos.

—¿Sabés lo que pasa? Es bravo llegar a los setenta, y estar sola, y no haber hecho otra cosa que pensar en sí misma. Además, a esa edad, ¿vas a pretender cambiarla?

—Ni se me ocurre. Apenas si alguna vez le digo:

“Vieja, ¿por qué no lees los diarios? Así a lo mejor te enterás de la gente que muere de hambre en el Nordeste brasileño, de los niños que en Vietnam son quemados diariamente con napalm, y también de los botijas que aquí, en tu país, no han probado jamás leche. Enterate de todo eso y vas a ver cómo mañana vas corriendo a darle un besito al almacenero que, con toda humildad, apenas si te afaná treinta pesos”.

Cuando iba por la mitad de la última frase, se fijó de pronto en lo linda que estaba Marta esa noche. No venía nadie, y sin embargo se había puesto el vestidito azul. O sea que era por él, nada más que por él. Simultáneamente con la comprobación de lo bien que le quedaba el vestido, le vinieron unas tremendas ganas de quitárselo. Pero se contuvo.

—Qué linda estás hoy.

—¿Hoy nomás?

Ese juego de frases era casi una tradición entre ellos. Tenían varias series de esos dialoguitos automáticos. A veces funcionaban bien y provocaban otros dialoguitos, éstos sí improvisados. Otras veces, en cambio, sonaban a rutina. Dependía de tantas cosas: del estado de ánimo de uno, o de los dos; de la buena o mala digestión; de la noticia desalentadora escuchada en la radio; hasta de la niebla, la lluvia o el sol, que podía registrarse en la ventana del living.

—Vos en cambio estás feo.

—El hombre es como el oso, ¿no?

—Sí, cuanto más feo más espantoso.

En realidad, la variante era de él, pero ella se había reído mucho cuando él la había incorporado al folklore doméstico.

—¿Te pido algo? No limpies la cocina esta noche. Dejala para mañana.

—¿Vos me ayudás mañana?

Él vaciló y ella se dio cuenta.

—Ah, no me ayudás.

—Mirá, no voy a ayudarte mañana, porque tengo que salir temprano. Pero igual te pido que no limpies la cocina esta noche.

—Bueno, el argumento no es muy convincente.

—¿Y la mirada?

—La mirada sí.

—¿Entonces no limpiás?

—Entonces no limpio.

Todo estaba implícito. Ocho años de matrimonio, ocho buenos años de matrimonio, crean rutinas, claro, pero también crean entrelíneas, claves, contraseñas. “No tenemos que dejar que nos aplaste la costumbre”, decía él a menudo. “Siempre hay que crear, siempre hay que inventar”. “¿Y yo te empujo mucho a la costumbre?”, preguntaba Marta. “No, en absoluto. Porque no alcanza con que invente un solo integrante de la pareja; no alcanza con que se renueve uno solo. Algunas noches vos me hacés una caricia nueva, una caricia inédita, y fijate qué curioso, esa caricia nueva también sirve para revitalizar las viejas caricias, como si las contagiara de su novedad”.

—Vení. Quiero quitarte yo el vestido.

—¿Qué pasa, amor?

—Nada. Sólo que quiero quitarte yo el vestido. Ya que es tan lindo.

Marta se enfrentó a él, alegre y sorprendida, como dispuesta a iniciar un juego del que aún no había captado totalmente el sentido.

—Quite, pues.

Él descorrió lentamente los cierres, desabotonó lo que había que desabotonar, y luego presionó hacia abajo. El vestido azul quedó arrollado a los pies de Marta. Ella iba a recogerlo, pero él dijo: “Después”. “Se va a arrugar”. “No importa”. La hizo girar frente a sí, le desprendió el sostén.

—Realmente estás mucho más linda que cuando nos casamos.

—Pero ¿qué pasa, amor?

—Eso es lo que quería confirmar. Ya lo he confirmado. Ahora vení.

—¿Usted no se piensa desvestir, compañero?

—¿Lo crees necesario?

—Absolutamente.

“A nadie”, había dicho el Colorado, “ni siquiera a tu mujer”. Quizá por eso, él sentía oscuramente que en este acto de amor iba a haber una trampa. Pero estaba resuelto a trampear. Estaba resuelto, aun en el instante de empezar a recorrer morosamente el cuerpo de Marta. Sus manos estaban esta noche como nuevas. Su tacto tenía hoy una increíble sensibilidad, todo lo captaba, todo lo excitaba, todo lo

enamoraba. Le pareció incluso que sus manos se habían vuelto repentinamente memoriosas, ya que al acariciar un pecho, o un trozo de cintura, o un muslo, recobraba con sorpresa sensaciones muy anteriores, es decir, volvía a sentir [junto con el tacto nuevo] un recuperado tacto antiguo.

Marta advirtió que ésta era una noche excepcional. No sabía la razón. Pero dejó para averiguarlo luego. No era ésta una noche para estar pasiva, dejándose amar y punto. Era una noche para amar ella también activamente, entre otras cosas, porque se sentía invadida por un deseo tierno, fuera de serie. Él le susurraba: “Linda, tierna, buena”, y ella sentía que efectivamente lo era, en ese instante al menos. Por su parte, ella no decía nada. Le gustaba que él le dijera cosas, pero ella callaba. Sólo sus ojos y sus manos hablaban. Y eso bastaba. Mientras los ojos y las manos de Marta hablaran, a él no le importaba que no hubiera palabras. Las palabras las ponía él. Siempre había alguna nueva, y la palabra nueva era como una nueva caricia, y también enriquecía las palabras de siempre.

Sólo en un instante, cuando él sintió que se conmovía casi hasta el llanto, ella abrió desmesuradamente los ojos, suspendió todo ritmo y murmuró en su oído: “¿Qué hay?” Él balbuceó promesas, pidió perdones, juró amor, pero todo en un lenguaje cifrado que ella no alcanzó a comprender. Allí el deseo reclamó sus derechos, y también esa duda quedó para después.

Quedaron fatigados, satisfechos, unidos. Él pasó el brazo bajo el cuello de Marta, y permanecieron en silencio, los dos fumando.

—Hacía mucho que... —empezó él.

—¿Verdad que sí? ¿Por qué será? Después de todo, somos los mismos hoy que la semana pasada.

—Quién sabe.

—Estoy contenta, ¿sabés?

—¿De qué? ¿De que el país ande como el diablo?

—No. Estoy contenta porque nosotros andamos bien. Lo del país me amarga, claro. Pero te confieso que todavía no soy lo suficientemente generosa como para anteponer el destino del país al destino nuestro.

—¿No te parece que el destino del país nos incluye a nosotros?

—Sí, claro.

—¿Y entonces?

—Ya te dije que no soy lo suficientemente generosa.

—No es cierto.

—Bueno, a veces soy generosa casi por egoísmo. Con vos, por ejemplo. ¿Cómo no ser generosa con vos? Pero eso también es egoísmo.

—Todo mezclado, como dice Guillén.

—Pero estoy contenta. ¿Y vos?

—También.

—Estoy contenta porque intuyo que todo lo nuestro va a ir cada vez mejor. Y a corto plazo.

—Ojalá Dios mejore de su sordera.

—¿Y eso?

—Es mi modo de decir que Dios te oiga.

Ella sonrió por entre el humo.

—Decime: ¿pensás seguir militando?

—Sí.

—¿Lo crees realmente necesario?

—Sí, Marta, lo creo. Sobre todo para mí, para nosotros.

—A veces tengo miedo. Todo se está complicando tanto. No sé si vale la pena el sacrificio.

—Siempre vale la pena.

—Ese miedo es la única nube a la vista. Ya han caído tantos. ¿Puedo pedirte algo?

—Claro.

—No asumas riesgos mayores.

—No hay riesgos mayores y riesgos menores. Hay riesgos. Punto. Y a éstos no pienso sacarles el cuerpo.

—Vos bien sabés a qué me refiero. No podría soportar que te pasara algo.

—No me va a pasar nada.

—Ya sé. Ya sé. Pero...

—¿Vos me querías si supieras que le escapo a los riesgos, que me acobardo y flaqueo?

—No sé. No creas que es tan simple. A lo mejor mi cabeza te haría reproches, pero creo que mi vientre te querría igual. ¿Sabés una cosa? Mi cabeza puede atenerse a principios, y hasta asumir compromisos. Pero para mi vientre vos sos mi único compromiso. Lo que pasa es que es un vientre leal ¿no creés?

Él siguió fumando en silencio, conmovido. Ella esperó la respuesta, luego insistió.

—¿Qué? ¿No lo creés?

—Sí, lo creo.

Y la volvió a abrazar. Esta vez sin otra intención que saberla cerca, y sentir de paso la lealtad de aquel vientre.

Se durmieron de a poco, despertándose o semi-despertándose sólo para sentirse confortados con la piel del otro, como si el simple tacto los pusiera a salvo de toda desgracia.

Él se despejó por completo diez minutos antes de que sonara el despertador. Durante la noche Marta se había apartado y ahora dormía boca abajo, sin sábana: realmente una gloria. No la tocó siquiera. Se levantó en silencio, fue al baño, se vistió de apuro. La miró una vez más. En un papel garabateó una frase: “Gracias, vientre leal”, y lo dejó sobre la cama en desorden.

Salió a la calle y miró el reloj: tenía el tiempo justo para encontrarse con Alfredo en Convención y Durazno.



PEQUEBÚ

Le parecía a veces que sus propios gritos salían de otra garganta, y sólo entonces lograba situarse más allá del dolor estéril, feroz. Aunque su cuerpo se encogiera y se estirase [como un bandoneón de cambalache, llegó a pensar], él casi podía sentirlo como una cosa ajena.

A diferencia de otros que dijeron no sé, y no hablaron, y sobre todo a diferencia de aquellos pocos que dijeron no sé y sin embargo hablaron, él había preferido inaugurar una nueva categoría: los que decían sí sé, pero no hablaban. Ahora que aparentemente el tipo deja la máquina, y la máquina deja a su cuerpo, sabe que sin embargo falta aún la patada en los huevos. Es un ritual. Y la patada viene. Todavía no ha llegado a desprenderse tanto de su

pobre cuerpo como para no sentir la patada ritual. En ese instante no siente sus testículos como algo ajeno sino como algo irremediabilmente suyo. No tiene más remedio que doblarse. “Así que Pequebú ¿eh?”, suelta el tipo con una risa que es también bostezo. De modo que hasta eso saben. Pequebú. El mote había nacido aquella noche, en el boliche del gallego Soler, cuando Eladio vio que traía dos libros y le preguntó qué estaba leyendo. El mozo había puesto encima la bandejita con tostadas, así que él se limitó a apartar la bandeja para que el otro viera los autores: Hesse y Machado. “Así que Pequebú ¿eh? Como alias, no está mal”, volvió a festejar el tipo, tal vez haciendo alguna mueca para sus silenciosos compinches, y él empezó lentamente a desenroscarse, porque sabía que ahora venía la tregua. “No sé cómo estarás vos, pendejo, pero yo estoy fané. Así que vamos a descansar una horita y después reiniciamos el trabajo ¿qué te parece?” Esperó que sonara el portazo y que se alejaran los pasos de los cinco. Sólo entonces se estiró en el piso mugriento, donde el olor a sangre, propia y ajena, se mezclaba con el tufo a sudor y vómitos de la capucha. “Lecturas pequeñoburguesas”, había sentenciado Raúl, y él se había encogido de hombros. Sí, pero le gustaban. Eladio había echado la ceniza en la taza, usando la cucharita para aplastarla contra la agotada bolsita de té. Después había sonreído, sobrador. “Lo que pasa es que vos, Raúl, aún no te has percatado de que Vicente no sólo se dedica a lecturas

pequeñoburguesas, sino que él mismo es un pequeñoburgués”. “Pequebú”, dijo Raúl, y todos rieron. A partir de esa noche, la barra entera lo llamó así. Sólo algunas de las muchachas, con esa manía tan femenina por las abreviaturas, lo llamaban Peque. Cursaban Preparatorios de Derecho, pero él era el único que, además, escribía. No sólo poemas, como cualquier neófito; también escribía cuentos. Hablaba poco, pero disfrutaba escuchando. Ahora que el dolor parece ceder un milímetro, puede recordar cómo disfrutaba escuchando. Y mientras escuchaba hacía cálculos, retratos, pronósticos y diagnósticos, sobre los que hablaban. Era tan tímido que nunca mostraba a nadie lo que escribía. Tenían poco menos que arrancarle los originales, y entonces alguien [generalmente, una de las muchachas] los leía en voz alta. Después venía la sesión crítica. “Pequebú, te pasaste. Te solazás demasiado en las cosas lindas”. Él preguntaba si lo decían por las mujeres. Las muchachas aplaudían. “No, eso está bien. Son las únicas cosas lindas que, además, son indispensables”. Falluto. Demagogo. “Digo por las cosas normas, por los objetos. En tus cuentos, cuando se describe un cuadro, un sillón o un armario, aunque vos no les hagás propaganda con adjetivos, igual uno se da cuenta de que son cosas lindas”. “¿Y qué querés? A mí me gustan las cosas lindas, ¿a vos no?” Ésta sí que fue puntada, carajo. ¿Cuánto más aguantará, no ya sin hablar [él sabe que no va a hablar] sino sin morirse? “Ése no es el problema: me

gustan o no me gustan, todo eso es subjetivismo. Lo cierto es que en el mundo también hay cosas feas, ¿o no?” Él le había preguntado si le gustaban esas cosas feas. “No es ése el asunto, te lo repito. El problema es que existen y vos las ignorás”. ¿Quién le había dicho que las ignoraba? Estaban también, pero ellos no se fijaban. Sólo les chocaban las cosas lindas. “Pequebú, vos tenés unas lagunas ideológicas que son casi océanos”. Puede ser, reconocía, pero de paso les pedía que se fijaran: las lagunas por lo general están quietas, y los océanos se mueven y cómo. A lo sumo durará dos sesiones de máquina. El derecho es como si no existiera. Pero el izquierdo, puta cómo duele. Cuando se creó la agrupación, él quiso participar, pero no hubo caso. “Nosotros te queremos, viejo, pero en estas épocas el cariño no es una prioridad, ¿sabés?” Eladio fue el primero en advertir que el argumento no era suficiente. “Mirá, Pequebú, con vos quiero ser franco. La militancia viene brava, ¿tamo?” Y él no estaba claro, ¿era eso? “Puede ser que me equivoque, no soy infalible. Pero tenés muchos resabios: en tus gustos, en tus costumbres, en tus lecturas, hasta en lo que escribís”. ¿Porque escribía sobre cosas lindas? “No sólo por eso. Por ejemplo, en tus cuentos nunca hay obreros”. Era cierto, no había. “Y eso está mal. Si vos supieras que la clase trabajadora...” Lo sabía, lo sabía. “¿Y entonces?” Él trataba de hacerles comprender que en sus cuentos no había obreros, sencillamente porque los respetaba. Y algo

más: “Vos sabés que yo vengo de una familia de clase media, ¿no?” “Bastante que se nota”. “Nunca he frecuentado los medios obreros. Varias veces he tratado de poner laburantes en mis cuentos. Y no me sale. Después releo el fragmento y me suena a falso. Todavía no logré la clave para hacerlos hablar, ¿comprendés? No incluyo obreros para que no suenen a hueco. Porque yo sé que cuando hablan, y menos aún cuando actúan, los laburantes no son nada huecos”. Aquí el otro le ponía como ejemplo los cuentos de Rossi, que ya tenía dos libros publicados. “Él también es clase media, y sin embargo escribe sobre obreros”. ¿Realmente le gustaban los cuentos de Rossi? “Eso es otro asunto. Vos todo lo subjetivizás: ¿te gustan? ¿no te gustan? También esa pregunta es pequeñoburguesa”. Tenía razón: por lo menos era subjetiva, vas ganando uno a cero. Pero ¿le gustaban o no? “Y dale con la mocha. Yo no entiendo de literatura”. Claro que no, pero ¿le gustaban? Por fin la confesión: “Me aburren un poco. Pero, claro, yo no entiendo”. Le aburrían, no porque no entendiera sino porque le sonaban a hueco; porque esos personajes no eran laburantes sino esquemas. Esquemones, más bien. El dolor en cambio no era un esquema, sino una realidad sin escapatoria. ¿Sería también una actitud pequeñoburguesa sentir este dolor de mierda? Eso sí, tenía que hacerse una autocrítica: haber dicho que sabía. ¿Para qué? Total, ni él mismo tenía conciencia cabal de si era mucho o importante lo que ahora ocultaba, lo que em-

pecinadamente se negaba a decir. ¿Habría dicho que sabía, nada más que para probarse a sí mismo, para confirmar que podía aguantar hasta el fin sin delatar a nadie? Allá no lo habían aceptado. Por sus lagunas, claro. Además, la agrupación no admitía el ingreso de la pequeña burguesía. Él igual había seguido concurrendo a la mesa del café. Un poco se burlaban de él, y otro poco lo respetaban. Sobre todo respetaban su falta de rencor. E incluso una vez que habían llegado demasiado temprano y estaban los dos solos en la mesa, Martita, una de las pibas más lindas de la barra, le preguntó con cara de culpable de qué trataban esos libros que él siempre leía. Y él le había dicho unos versos de Machado: “La primavera ha venido. / Nadie sabe cómo ha sido”. Y también: “Creí mi hogar apagado, / y revolví la ceniza ... / Me quemé la mano”. Y cuando Martita había vacilado al preguntar: “¿Machado es pequeñoburgués, como vos?”, se había visto obligado a aclarar que, en todo caso, él era pequeñoburgués como Machado. La prioridad siempre para el troesma. Entonces Martita se había puesto muy colorada y había dicho, bajando aquellos tremendos ojos negros: “No se lo vayas a decir a Eladio ni a Raúl, pero a mí me gustan esos versos, Vicente”. No lo había llamado Pequebú, ni siquiera Peque, sino simplemente Vicente. Él había sonreído como un idiota, pero en verdad estaba bastante conmovido. Por él mismo, y también por Machado. Y nada más. Porque llegó Raúl, casi corriendo. El horno no esta-

ba para bollos. La represión se había puesto dura. La cana se había llevado a Eladio: lo levantaron a la salida de clase. Así que la consigna era esfumarse. Y se habían esfumado. Nunca más la vio a Martita. Una semana después alguien trajo el chisme de que Eladio había aflojado, pero él no lo creyó, ni siquiera ahora lo cree. Los comunicados oficiales siempre dejan entrever que todos aflojan. Pero sólo afloja uno cada cien. Aunque sufre como un condenado [¿acaso no es un condenado? nunca había pensado que una frase hecha podía convertirse en realidad], en el fondo se siente tranquilo porque a esta altura está igualmente seguro de dos cosas: que él no va a ser ese único en cien, pero también que va a morir. “¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo, / la vieja vida en orden tuyo y nuevo? / ¿Los yunques y crisoles de tu alma / trabajan para el polvo y para el viento?” No hay caso, no puede desprenderse del viejo Machado. Cayó y no lo podía creer. No había militado. En realidad, no lo habían dejado militar. Hace como veinte días que cayó, o quizá sean dos meses, o cuatro días. Bajo la capucha es difícil calcular el tiempo. No ha hablado con nadie, es decir, con nadie que no sea el tipo que diariamente le hace ver las estrellas. Otro lugar común que se ha vuelto verdad. Cuando la máquina empieza a funcionar y él aprieta los ojos, siempre ve las estrellas. En rigor quien habla, pregunta e insulta, es el otro. Al principio él decía no; luego, se limitaba a negar con la cabeza. Ahora responde sólo con el silencio. Sabe que

eso lo pone al otro más furioso, pero no importa. Al comienzo le daba vergüenza llorar, pero ahora no, sería estúpido gastar energía en aguantar las lágrimas. Además no blasfema, ni maldice. Sabe que eso también pone frenético al otro, pero tampoco importa. Por lo menos se ha construido un reducidísimo campo donde es él quien impone las reglas del juego. Y una de esas reglas [que no figura en los planes del otro] es morir. Y está seguro de que va a imponer su juego. Los va a joder, aunque sea muriéndose. Ya no tiene músculos ni nervios ni tendones ni venas ni pellejo. Sólo un gran dolor generalizado, algo así como una náusea gigante. Y sabe que vomitará cualquier cosa [desde la inmunda comida hasta los míseros pulmones] menos los nombres, domicilios y teléfonos que el otro reclama. Ellos pueden ser dueños de la picana, de las patadas, del submarino [el húmedo y el seco], del caballete, de la crueldad en fin. Pero él es dueño de su negativa y de su silencio. ¿Por qué se oirán tan claramente los pasos en el corredor? Señores, va a empezar la tercera sesión de la jornada. ¿Sonará en ésta? A más tardar, en la de mañana. Las dos últimas veces perdió el sentido y, por lo que escuchó cuando volvía lentamente en sí, les costó tiempo y esfuerzo traerlo nuevamente a la vida. Es por eso que en el fondo se sabe poderoso. Todos sus sentidos están consagrados a ganar esta última batalla. A veces, como destellos, ve bajo la capucha los rostros de sus viejos, el altillo en que solía estudiar, los árboles de su calle, la

ventana del café. Pero ya no tiene sitio para la tristeza. Sólo hay algo que le trae un poquito de amargura, la última tal vez, y es la certidumbre de que los muchachos jamás se enterarán de que Pequebú [Vicente, para Martita] va a morir sin nombrarlos. Ni a ellos, ni a Machado.



OH QUEPIS, QUEPIS, QUÉ MAL ME HICISTE

I

El obrero le dijo al militar progresista: “Buenas intenciones tal vez, pero serás mandón hasta la muerte”. El militar progresista le dijo al blanco nacionalista: “¿Querés que te sea franco? Tu reforma agraria cabe en una maceta”. El blanco nacionalista le dijo al batllista: “Lo que pasa es que ustedes siempre se olvidan de la gente del Interior”. El batllista le dijo al demócrata cristiano: “Yo escribo dios con minúscula ¿y qué?” El demócrata cristiano le dijo al socialista: “Comprendo que seas ateo, pero jamás te perdona-

ré que no creas en la propiedad privada”. El socialista le dijo al anarco: “¿No se te ocurrió pensar por qué ustedes no han ganado nunca una revolución?” El anarco le dijo al troSCO: “Son un grupúsculo de morondanga”. El troSCO le dijo al foquista: “Estás condenado a la derrota porque te desvinculaste de las masas”. El foquista le dijo al bolche: “También ustedes tuvieron delatores”. El bolche le dijo al prochino: “Nosotros nos apoyamos en la clase obrera: ¿también en esto nos van a llevar la contra?” Y así sucesivamente. “Apunten ¡fuego!”, dijo el gorila acomodándose el quepis, y un camión recogió los cadáveres.

II

El batllista le dijo al blanco nacionalista: “Y bueno, hay que reconocer que ustedes han tenido a veces una actitud antiimperialista que nos faltó a nosotros”. El blanco nacionalista le dijo al socialista: “Quizá a mí me falta tu obsesión por la justicia social”. El socialista le dijo al demócrata cristiano: “Yo creo que nuestras discrepancias acerca del cielo no tienen por qué entorpecer nuestras coincidencias sobre el suelo”. El demócrata cristiano le dijo al anarco: “¿Sabés qué rescato yo de tus tradiciones? Ese metejón que tienen ustedes por la libertad”. El anarco le dijo al prochino: “Pensándolo mejor, no está mal que se abran las cien flores”. El prochino le

dijo al bolche: “¿Qué te parece si hacemos una excepción y coincidimos en eso de la justicia social?” El bolche le dijo al troSCO: “Ojalá fuera cierto lo de la revolución permanente”. El troSCO le dijo al foquista: “¡Ustedes por lo menos se arriesgan, carajo!” El foquista le dijo al militar progresista: “No creo que ustedes, como institución, vayan alguna vez a estar del lado del pueblo. Pero puedo creer en vos como individuo”. El militar progresista le dijo al obrero: “Cuando suene aquello de Trabajadores del Mundo uníos, ¿me hacés un lugarcito?” Y así sucesivamente. “Apunten” dijo el gorila acomodándose el quepis. Entonces los soldados le apuntaron a él. Por las dudas no gritó: “¡Fuego!” Se quitó el quepis, lo arrojó a la alcantarilla, y algo desconcertado se retiró a sus cuarteles de invierno.



EL HOTELITO DE LA RUE BLOMET

Quizá se debiera a la vieja costumbre de no reconocerse en público. Lo cierto es que en el *métro* no se hablaron. De vez en cuando él la miraba y ella esbozaba una sonrisa tristona y nada más. Era la complicada hora del cierre comercial. El vagón iba repleto y había un olor agridulce, mezcla de sobaco y *chanel*. Igual que en el 65.

Fue un alivio llegar por fin a la estación Vaugirard. Él tomó la valijita con la que ella había aparecido, dos horas antes, en la Gare de Lyon. Ahora nevaba, y cómo.

—¿Compramos *baguettes*, *gruyère* y *beaujolais*?

—Sí, claro, como siempre.

—Así no salimos a cenar.

—Mejor. La calle está asquerosa.

—Por lo menos en la *mansarde* hay calefacción.

—Qué bueno.

Hicieron las compras. Agregaron *gaulois* y fósforos para él; chocolate para ella. Ella cargó con los nuevos paquetes, y él otra vez con la valija. Remontaron la rue Cambronne, del brazo y bien apretaditos para protegerse de la nieve, pero caminando despacio para no resbalar.

En el hotelito de la rue Blomet, madame Benoit los saludó con la sonrisa afilada y distante de costumbre. A ella le tendió la mano y le dijo la frasecita clásica: se alegraba de que la señora Méndez [madame Mandés] hubiera llegado bien. Ella sonrió y balbuceó en respuesta otra amabilidad banal. Él recogió su llave y subieron a la habitación.

Era una *mansarde* con una sola ventanita, en cuyo antepecho se juntaba la nieve. Cerca de la ventana había una mesa y dos sillas. La cama doble tenía una colcha azul. En la pared, una descolorida reproducción de Renoir. La sencillez era suficiente y acogedora.

—No pude conseguir la misma habitación. La 42 está ocupada.

—No importa. Es linda, y además hace calorcito.

Sin embargo, ella no se quitó el abrigo. Estaba helada. Abrió la valijita y empezó a sacar algunas prendas.

Él abrió las puertas de un armario casi enano.

—Te dejé libre todo el lado derecho.

Ella no contestó, pero empezó a acomodar su ropa en los estantes y perchas que él le había adjudicado. Él fue hasta el lavabo, abrió la canilla y esperó que el agua saliera caliente. Se lavó las manos. Luego se puso a deshacer los paquetes y fue colocando los comestibles sobre la mesa. Descorchó la botella. Cortó cada *baguette* en dos partes y fue distribuyendo las rebanadas de queso.

Ella estaba todavía acomodando sus cosas en el armarito cuando él se acercó por detrás y le puso una mano en el hombro. Ella inclinó la cabeza hacia ese costado para sentir el contacto de la mano. Entonces él la quiso abrazar.

—Ahora no. Tengo hambre.

—Yo también.

Ella se lavó la cara. Después se acercó a la mesa. Durante un buen rato masticaron en silencio.

—Qué banquete.

—Debo confesarte que ésta es mi cena de casi todas las noches.

—Una maravilla. Estaba muerta de hambre. En el ferrocarril comí poquísimo, me sentía un poco mareada.

—¿Y ahora?

—Ahora no. El vino y el queso me devolvieron la vida.

—Te volvió el color a las mejillas. Estabas pálida.

—De hambre.

—Antes no comías con tanto apetito.

—¿Antes aquí o antes Uruguay?

—Ni aquí ni allá. Siempre estabas inapetente.

—Pues ahora ya viste que no. Debe ser una especie de desquite. La verdad es que cuando tuve que borrar me en el 72, pasé hambre. Hambre de veras.

—Ya lo sé. En el cuartel la comida era asquerosa. Nunca es exquisita la comida de los perros, pero de todos modos era comida. Y bajé la barriga, además.

—Sí, se te ve muy en línea.

—Vos estás linda.

—Bah.

—No sé si linda. Tenés otra expresión. Como si ahora fueras más mujer.

—Caramba.

Ella empezó a juntar las cáscaras de queso en una bolsita de papel.

—Y vos ¿te sentís más hombre?

—No sé. En algún sentido, estoy conforme conmigo mismo, porque aguanté sin hablar, sin delatar a nadie. En aquellos días de mierda, aquello se convertía en una obsesión. No hablar, sobre todo no hablar.

—¿Y te parece poco? Entre otras cosas, yo estoy aquí porque vos no hablaste.

—¿Nada más que por eso?

—No. Quiero decir que si hubieras hablado, y aunque yo estuviese borrada, habrían tenido datos para llegar a mí. O para impedirme salir.

—¿Nada más que por eso estás aquí?

—No seas bobo. Bien sabés que estoy aquí porque quería verte.

—Yo también quería verte. Y quería que vos quisieras verme.

—Uyuy, qué difícil.

—No sé decirlo más sencillo.

Ella suspiró.

—Bueno, aquí estamos.

—En el hotelito de la rue Blomet. ¿Quién iba a decir, en el 65, que íbamos a pasar lo que pasamos?

—Nadie.

—¿Querés que te diga una cosa? Yo creo que ni los milicos sabían.

—¿No sabían qué cosa?

—Por ejemplo: que podían ser tan inhumanos.

—Quizá. Pero lo más importante fue que nosotros no sabíamos. Qué ensalada de abstracciones, ¿no te parece?

Él le tomó una mano.

—Me parece. Pero ahora vos sos algo muy concreto y me gustás. Se acabaron las abstracciones.

Ella recuperó su sonrisa tristoná.

—También Laura es algo muy concreto. Y te gusta. Vos sabés que no es un reproche. También Oscar es algo igualmente concreto. Y me gusta. Son datos objetivos ¿no?

—Sí, claro.

—¿Laura sabe que nos íbamos a ver en París?

—No me atreví. Y te juro que no fue por falta de sinceridad. Pero se está reponiendo muy de a poco.

Lo de Chile fue para ella una segunda catástrofe.

—¿Para quién no?

—¿Y Oscar sabe?

—Oscar sí.

—¿Cómo lo tomó?

—Bien. Es decir, todo lo bien que se puede tomar una cosa así. Sabía que no podía sentirse seguro de mi relación con él hasta que yo no volviera a verte.

—¿Y vos?

—Quizá me pase lo mismo.

—Todos estamos inseguros ¿no? Yo también. Tengo una buena relación con Laura. Pero también la tuve contigo. No sé. Si vos y yo hubiéramos roto por algún conflicto personal, por alguna gresca de pareja, sería distinto. Pero vos y yo éramos una linda pareja ¿no?

—Éramos sí.

—Vení.

Ambos fueron sin tocarse hasta la cama. Cada uno se desvistió por su cuenta y dándose la espalda.

—¿Ya estás?

—Ya estoy. Vení.

Lentamente se dieron vuelta, como si fueran esclavos de una coreografía simétrica. También como si estuvieran repitiendo un ritual antiguo. Quedaron frente a frente, desnudos. Él la atrajo. Entonces ella se aflojó sin remedio. Abrazada al hombre, empezó a sollozar, sin poderse contener, sin tratar de contenerse. Él sentía cómo las lágrimas de ella le mojaban el pescuezo, los vellos del pecho. Una lágrima más gorda que

las otras se deslizó hasta su ombligo y allí se detuvo.

Él le acariciaba el cabello. A veces se lo echaba hacia atrás para besarle las orejas. Ella seguía llorando, no se sabía bien si feliz o desconsoladamente. Él bajó sus manos y acentuó su caricia. Casi insensiblemente se fueron reclinando sobre la cama. De pronto él sintió que las lágrimas que resbalaban por su cara también podían ser suyas. Estaba conmovido y deseoso. Las manos de ella empezaron a recuperar aquel cuerpo que era su vicio conocido, su complementario. Y de a poco los sollozos se fueron transformando en otra cosa.

*

Ambos están todavía acostados. Él fuma, ella come su chocolate. La mano libre del hombre se posa sobre el vientre de ella.

—Cómo nos jodieron.

—Sí.

—Nos rompieron.

—Sí.

—Nos partieron en dos.

—Sí.

—¿Estás decidida?

—Estoy.

—Yo no sé, no sé.

—¿Por qué?

—No quisiera hacerle mal a Laura. Pero tampoco quiero joderme yo.

—Estás jodido. Estoy jodida. Tenemos que entenderlo de una vez por todas. También están jodidos Oscar y Laura. Nunca nos tendrán del todo. Pero si vos y yo nos volviéramos a juntar, ellos no podrían vivir, porque son mucho más débiles que vos y yo. Y en esa situación, nosotros no la pasaríamos bien. ¿Es así o te conozco mal?

—Me conocés bien.

La mano de él descendió un corto tramo y se detuvo, tibia.

—Va a ser difícil ¿no?

—Sobre todo desde hoy.

La mano de ella cubrió la mano de él.

—Nos partieron en dos.

—Más que eso —dijo ella—, nos partieron en pedacitos.



RELEVO DE PRUEBAS

Hoy traigo dos pecados, padre. ¿Sabe cuál es el número uno? Que no me confieso ni comulgo desde hace dos años. El número dos es más complicado, y además muy largo de explicar. Pero a alguien tenía que contárselo. Tengo que desahogarme, padre. No puedo hablarlo ni con mis amigas, ni con mis hermanas, porque es algo secreto. Muy secreto. Ni menos que menos con mi novio, usted ya se va a dar

cuenta por qué. Así que me dije: ¿quién mejor que el padre Morales? Primero, porque usted fue muy bueno conmigo cuando estaba en la otra parroquia. Eso lo primero. Y también porque usted está obligado a guardar el secreto de la confesión. ¿O estoy equivocada? Ah, bueno. Y otra cosa: no estoy tranquila con mi conciencia. Cómo le diré, padre, creo que estoy en pecado y tengo miedo de que sea mortal. ¿Usted tiene tiempo ahora? Porque si no tiene, vengo otro día. Lo que pasa es que es un poco largo, ¿sabe? Entonces, ya que tiene tiempo, empezaré por el principio. Usted sabe que desde hace cinco años yo trabajo como manicura en la peluquería de caballeros Ever Ready. La clientela es muy buena, gente fina, realmente caballeros. Lo noto por las manos. La piel suave, ¿entiende, padre? Además, el patrón no deja que los clientes se metan con una. Porque ése es el peligro de mi oficio. Como una tiene inevitablemente que tocar las manos del cliente, éste a veces se cree otra cosa, se hace ilusiones, qué sé yo. Además, yo también tengo la piel muy suave, y eso ayuda a que ellos piensen que mi ademán profesional no es sólo eso sino una semicaricia. Pero el patrón es muy responsable, y, mientras corta el pelo, se la pasa vigilando. No es como el patrón de la otra peluquería, el Salón Eusebio, que más bien favorecía las arremetidas de los clientes. Por eso cambié de trabajo. También hay que considerar que al Ever Ready vienen no sólo jefes bancarios, gerentes, diputados, ediles, incluso algún ministro,

sino también diplomáticos. Éstos siempre quieren que les haga las manos. No sé, será que tienen más tiempo disponible. O más plata. También hay otros que son diplomáticos a medias. Quiero decir: ellos dicen que no son, pero yo me doy cuenta de que sí son. Justamente mi problema empezó por uno de éstos. En la peluquería lo llaman míster Cooper, se pronuncia cúper, pero vaya a saber cómo se llama. Siempre se hacía las manos conmigo, y eso que somos tres las manicuras. Muy respetuoso. Habla español perfectamente, pero, claro, hay palabras que las dice mal. Alguna vez hablaba del tiempo, o del cine, o de su país, o de Punta del Este, pero por lo general se quedaba callado, contemplándome mientras yo trabajaba. A mí eso no me pone nerviosa, porque después de tantos años de oficio estoy acostumbrada. Una manicura, padre, es casi como una actriz. Sólo que el público es una sola persona, y aplaude nada más que con los ojos. Bueno, una tarde, míster Cooper me dice: “Señorita [nunca me llamó Claudia, como hacía el resto de la clientela, sino muy respetuosamente: señorita], hay un trabajo bien remunerado, para el que se precisan dos condiciones: belleza y discreción. De usted sé que tiene la primera, pero no sé nada sobre la segunda”. En el primer momento me sorprendió, porque la verdad es que aquello era y no era un piropo. Como si me dijera: “Usted es linda y a mí qué me importa”. Claro que, en aquel momento, lo importante para mí era la posibilidad de tener una entrada extra, y no

podía dejarla escapar. Siempre, por supuesto, que se tratase de un trabajo honesto y moral. Ya ve, padre, que no he echado en saco roto sus consejos. Entonces le dije que podía preguntarle al patrón acerca de mi discreción. “Ya le pregunté”, dijo, “pero quería saber qué concepto tiene usted de sí misma”. Qué complicado. Era un trabajo muy confidencial, muy reservado. Me hizo varias preguntas sobre política. ¿Se da cuenta, padre? Preguntas sobre política, nada menos que a mí. Sobre marxismo y democracia y libertad y cosas así. Siempre supe muy poco de todo eso. Sin embargo, parece que quedó conforme porque me citó para una entrevista en su oficina. “No lo hable con nadie, señorita”, me recomendó. Así que no lo pude consultar ni siquiera con el patrón. Me hice ilusiones de que aquello sería como una película de espías, así de emocionante. Pero fue sencillísimo, al menos al principio. Consistía nada más que en ir a una boite con alguno que otro señor, generalmente extranjeros, y sonsacarle algunos datos. Nada importante: simplemente detalles familiares. Ya la primera vez, averigüé todo lo que quería mister Cooper. Facilísimo. Me pagaron una ponchada de pesos. En tres meses, hice cinco o seis de esos trabajitos: el asunto siempre consistía en ir a cenar, o a bailar, y conseguir datos. Para mi novio tuve que inventar alguna explicación, así que, con permiso de mister Cooper, le dije que había empezado a trabajar para una agencia que atendía turistas extranjeros. Yo no sé cómo hacía mister

Cooper, pero se las ingeniaba muy bien para organizar mi actividad. Con esos trabajitos yo ganaba muchísimo más que con la peluquería, pero no dejé el trabajo de manicura, no sólo por las dudas sino también porque míster Cooper decía que era mejor que lo conservara. Todo fue muy bien hasta que vino el asunto del cubanito. Desde el principio me di cuenta de que esta vez la cosa iba a ser distinta. Una tarde me hizo ir a su oficina y estuvo hablándome como dos horas, antes de decirme francamente de qué se trataba. Primero me explicó todo eso del castrismo y del peligro que representaba para el Mundo Libre, porque esa gente era comunista y de los peores, y a las madres les arrancaban los hijos para enviarlos a Rusia, y a todos los que no eran comunistas, los mandaban al paredón. Claro que a mí todo eso me parecía espantoso, y así se lo dije. De pronto se calló, me miró fijo, y me preguntó: “Usted me va a perdonar la impertinencia, señorita, pero necesito saberlo para decidir si puedo encomendarle una misión que esta vez será más importante: ¿usted es virgen?” Qué pregunta, padre, qué pregunta. Le dije: “Pero míster Cooper”, y entonces él, muy fino, con mucho tacto, me explicó que yo no tenía obligación de contestarle, pero que, claro, en ese caso no me podría dar ese nuevo trabajo, el cual estaría mejor remunerado que de costumbre. En realidad, yo ya me había habituado a los nuevos ingresos. Además, usted bien sabe, padre, cómo ha subido todo y que ahora la plata no alcanza para

nada. Yo no soy virgen, padre, y usted lo sabe mejor que nadie porque vine a confesarme con usted y se lo dije. Pero fue solamente con mi novio. Ya sé, padre, ya sé, que eso no justifica mi pecado, pero no me va a negar que es mucho menos grave que si fuese con otro cualquiera. Entonces le dije a míster Cooper o como se llame: “Mire señor, yo no tendría por qué decírselo, pero soy virgen, ¿qué se había creído?” Ya sé, padre, que es mentira, pero no es sacerdote como usted y por lo tanto no está obligado a guardar el secreto. Además, en las películas de espionaje siempre graban las conversaciones comprometedoras. En cambio, ustedes los curas no graban. Al menos, así lo creo. No, padre, si yo estoy tranquila. Decía nomás. En cuanto le aseguré que era virgen, se quedó muy pero muy satisfecho. Y sólo entonces me puso en antecedentes del asunto, o por lo menos de lo que yo entonces creí que era el asunto. Resulta que en la embajada cubana trabajaba un muchacho que era muy buena persona, y, claro, estaba a disgusto, pero como se sentía prisionero del comunismo, no se animaba a dejarlo todo. Por miedo a que lo mataran, pobre. Después supe que era el encargado de las claves. Me dijo míster Cooper que ellos [en realidad, yo no sé todavía a quiénes se refería exactamente cuando decía “nosotros”] lo querían ayudar para que se salvara. Y a su vez míster Cooper quería que yo les diera una mano. ¿Cómo? Nada menos que seduciendo al muchacho. Por eso era tan importante que yo fuera vir-

gen, a fin de que él no desconfiara, es decir que no me tomara por una profesional. “Todos tenemos algo personal que ofrecer a la democracia y al mundo cristiano”, me dijo míster Cooper. “Usted lo que tiene para ofrecer es su belleza. Es su mejor arma y también su mejor argumento”. Otra vez sentí que aquello era y no era un piropo. Sin embargo, eso que me dijo fue en cierto sentido importante para mí. Padre, con usted puedo ser franca: yo sé que no sólo soy linda sino que además estoy, cómo le diré, muy bien dotada para el amor. No para el amor divino, como usted, sino para el humano, ese que ustedes llaman carnal. Le diré más: a veces me preocupa, porque creo que estoy demasiado dotada. Bueno, una de las formas de terminar con esa preocupación era darle un sentido moral. Lo que míster Cooper me pedía era que yo cumpliera una actividad [mirada fríamente, suele ser considerada pecaminosa] que iba a estar al servicio de una causa enaltecedora y altamente moral. Lo pensé cinco minutos y le dije que sí. No, padre, éste no es el pecado número dos que le anuncié al principio. Yo no lo considero pecado, padre, no sé qué piensa usted, pero me acuerdo que, cuando estaba en la otra parroquia, usted siempre nos decía que había que estar dispuesto a los mayores sacrificios con tal de defender la moral cristiana y luchar contra el comunismo y [lo recuerdo perfectamente] otras formas del Anticristo. Éste es mi sacrificio. Así que no es pecado, estoy segura. No, por favor, no me interrumpa

ahora, padre, déjeme primero contarle toda la historia. Una de las maneras que habían ideado para ayudar al muchacho, y animarlo a que dejara la embajada castrista y pidiera asilo, era hacer que se enamorara de mí. Eso al menos me dijo. Después fue un poco distinto. Además hubo un aspecto en que míster Cooper no estuvo bien: no me dijo que el muchacho era casado. Fíjese, padre, que eso cambia bastante las cosas. No, tampoco por eso lo considero pecado. Pero debía habérmelo dicho, ¿no le parece? Le voy a abreviar. Sí, se enamoró de mí. Perdidamente. Cuando íbamos al apartamento de uno de sus amigos uruguayos [sí, padre, íbamos a un apartamento] y nos quedábamos un rato acostados después de hacer el amor [claro, padre, que hacíamos el amor], me decía cosas muy lindas, llenas de imágenes, me comparaba con flores y plantas que yo no conozco ni nunca había oído nombrar ni tampoco me acuerdo ahora de sus nombres para decirle a usted cuáles eran. Eduardo [porque se llama Eduardo] estaba tan preocupado con lo mucho que yo le gustaba, que no tenía muchas ocasiones para hablarme de política. Pero una tarde me habló. Imagínese mi sorpresa, padre, cuando me entero de que él no quería dejar su trabajo y que, por el contrario, estaba muy conforme con el castrismo y el paredón y todo eso. Lo que él quería era dejar a su esposa, no al comunismo. Al día siguiente fui y se lo dije a míster Cooper y él me aseguró que Eduardo hablaba así porque tenía miedo de que yo fuera y

contara. Pero yo bien sabía que no le inspiraba miedo. Ningún tipo de miedo. Deseo sí le inspiraba, y cómo. Perdone, padre. Pero nunca miedo. A mí no me dejó conforme la explicación de mister Cooper. Eduardo se quedaba a veces callado, mirando el techo, pero nunca tan abstraído como para entretanto no hacerme caricias. Acaricia tan bien. A mí, lo reconozco, me gustaba el trabajo, pero no comprendía claramente qué pretendía de mí mister Cooper. El sábado llegué yo la primera al apartamento [los dos tenemos llave], y Eduardo, que conmigo ha sido siempre muy puntual, no llegaba nunca. Al final apareció como dos horas más tarde de lo convenido. Estaba pálido, alterado. Al principio no quería decirme qué le pasaba. “Complicaciones del trabajo”, decía. Después nos acostamos. Ese día lo hizo como con desesperación. Más tarde me contó todo. Parece que iba solo, por Dieciocho, y de pronto, a la altura de Yaguarón, sintió que lo llamaban desde un auto estacionado. Se acercó. En el auto había dos tipos. Entonces uno le preguntó, sin ningún preámbulo, si no quería colaborar con ellos. Él preguntó: “Y ustedes, ¿quiénes son?” “Somos nosotros, y basta”, contestó uno de los hombres y le mostró un montón de billetes. Según Eduardo, allí había por lo menos cinco mil dólares. Eran todos billetes de a cien. “Esto es sólo la mitad de lo que te corresponderá si colaborás con nosotros”. Dice Eduardo que él cometió el error de preguntar qué pretendían que hiciera. “Las claves”, dijo el hombre. Eduardo dijo

que ni por esa plata, ni por ninguna plata. Entonces el otro hombre, que hasta ese momento no había hablado, sacó del bolsillo una foto. En la foto aparecíamos Eduardo y yo, saliendo de una casa, no del apartamento sino de una casa de citas [porque las dos primeras veces habíamos ido a una casa de citas]. “Si te ponés empecinado y no ayudás, le enviaremos esto a tu mujer. Así que pensalo un momento”. Entonces uno de los hombres bajó del coche, fue hasta la esquina donde había una mujer que vendía bananas, le compró tres, y se acercó nuevamente al auto. Le tendió una a Eduardo, y él dice que estaba tan nervioso que la tomó. Entonces el tipo dijo: “También hemos fotografiado este cordial incidente”. “Para qué”, preguntó Eduardo. “Para enviárselo a tu gobierno, así comprueban con qué gusto aceptás un platanito [Eduardo no dice ‘bananita’ sino ‘platanito’] de gente como nosotros”. Entonces lo hicieron bajar del coche, le metieron el fajo de dólares en un bolsillo y lo dejaron solo. Por eso había demorado. Me di cuenta que no sospechaba nada de mí. El pobre no sabía que yo de algún modo participaba en la operación. Le pregunté qué pensaba hacer y dijo que entregaría el dinero en su embajada y contaría todo. “¿Y tu mujer?” “Al carajo mi mujer”. Perdone, padre, pero él dijo así. Y en cierta manera, a mí me gustó que lo dijera. Después yo me fui. Tomé un taxi, y, aunque era sábado, pensé que a lo mejor míster Cooper estaba trabajando en su oficina, así que allí me dirigí.

Sí, estaba trabajando. Le conté lo que me había dicho Eduardo, y me dio la impresión de que él ya lo sabía. “Eso no está bien, míster Cooper”, le dije, “usted no puede obligarme a hacer cosas así. Nunca me sentí tan mal, créamelo. Una cosa es que el muchacho sea comunista, y cada vez estoy más segura de que él está conforme con serlo, y otra muy distinta que a mí me compliquen con semejante chantaje”. Hasta que dije la palabra “chantaje”, míster Cooper sonreía, pero a partir de ese momento se le cambió la expresión. Él, que siempre había sido tan respetuoso, murmuró no sé qué cosa en inglés, y después me dijo furioso: “Basta de estupideces”. Yo abrí tamaños ojos, porque la verdad era que no me esperaba esa grosería, y él agregó: “Puede quedarse tranquila. Nunca más trabajará conmigo. ¿Y sabe por qué? Porque es demasiado estúpida. Confío, sin embargo, en que su escasa inteligencia le alcance para darse cuenta de que no puede hablar con nadie de este asunto. Con nadie, ¿está claro? Si habla con alguien, nosotros tenemos cómo averiguarlo y entonces aténgase a las consecuencias”. Yo solté el llanto, padre, no pude evitarlo, pero ese hombre es un insensible, verdaderamente un insensible. ¿Cree que se ablandó? Nada. En tono más furioso aún, agregó: “Y ni intente siquiera comunicarse con el otro imbécil. Prohibido, ¿me entiende? Aquí tiene el dinero”. Vi el sobre de siempre, quizá más abultado que otras veces. Pero no pude tomarlo. No pude. Lo dejé sobre la mesa y salí. Eso fue el sábado pasado,

padre. ¿Ve cómo todavía lloro, cuando me acuerdo? Fue una cosa humillante. Y además a mí me gusta Eduardo. Y no podré verlo nunca más. Y yo eso no lo puedo soportar. Y aquí viene mi segundo pecado, aunque no estoy segura de que lo sea. Dígame francamente, padre Morales: ¿Usted cree que es pecado mortal enamorarse de un comunista casado?



COMPENSACIONES

Pedro Luis le llevaba un año a Juan Tomás, pero eran tan exactamente iguales que todos los tomaban por mellizos. Además, como Pedro Luis se había atrasado un año en primaria debido a una escarlatina con complicaciones, a partir de ese momento habían hecho juntos el resto del colegio, todo el liceo y los dos años de Preparatorios [que fue de Arquitectura] así que la gente se había habituado a verlos por partida doble. Tanto los compañeros de clase como los profesores, cuando se dirigían a uno u otro empezaban inquiriendo de cuál de los dos se trataba. Sus jugarretas en Preparatorios pasaron a

integrar el folklore estudiantil: cuando preparaban los exámenes se repartían las materias, y de ese modo sólo estudiaban la mitad, ya que cada uno daba dos veces [una como Juan Tomás y otra como Pedro Luis] la misma asignatura. Así pasaban de año aplicando la ley del mínimo esfuerzo. Su solidaridad y colaboración fraternales llegaban a tales extremos que en más de una ocasión atendieron intermitentemente a alguna noviecita.

Sólo al entrar en Facultad sus caminos se bifurcaron, y fue por causas políticas: Pedro Luis tomó hacia la izquierda, Juan Tomás hacia la derecha. Pero ni uno ni otro se limitaron a opinar, sino que se lanzaron de lleno a las respectivas militancias. Juan Tomás empezó vinculándose a ciertos grupos de agitadores anticomunistas; Pedro Luis, a un movimiento clandestino de extrema izquierda. Una sola vez discutieron a fondo, todavía en los comienzos de la bifurcación, pero no pudieron entenderse, de modo que el tema quedó tácitamente abolido. Ambos siguieron viviendo en casa de los padres; por consideración a los viejos, que no acababan de entender la ruptura, había entre ambos el acuerdo tácito de no introducir tópicos conflictivos en las conversaciones hogareñas. Pero Juan Tomás sabía —por sus compinches— de las andanzas ilegales de Pedro Luis; y éste también estaba al tanto —por sus compañeros— de las faenas parapoliciales de su hermano menor.

Cuando estaban en segundo año de Facultad,

Juan Tomás abandonó los estudios y se incorporó formalmente a los planteles policiales. Con frecuencia le llegaban a Pedro Luis noticias de que su hermano era responsable y ejecutor de torturas varias. El mayor, en cambio, siguió sus estudios, aunque no con el mismo ritmo, ya que la militancia le absorbía mucho tiempo. Durante este período cada uno desconfiaba del otro, y andaban por caminos tan separados, que ya nadie los confundía. Para los compañeros de Pedro Luis, aunque sabían de la sórdida existencia de Juan Tomás, virtualmente no contaba la presencia física de éste; para los socios y colegas de Juan Tomás, aunque conocían la militancia de Pedro Luis [si no lo habían detenido hasta ahora, por algo sería] no había adquirido importancia el problema de la increíble semejanza. Por otra parte, se diferenciaban hasta en el vestir: Juan Tomás llevaba casi siempre camisa, corbata roja, campera negra, y usaba portafolio, en tanto que Pedro Luis, fiel a la informalidad estudiantil, andaba con vaqueros, polera, y un bolsón de viaje colgado del hombro.

La situación culminó un sábado de tarde. Pedro Luis había estudiado la noche anterior hasta muy tarde, así que, después del almuerzo familiar [minestrón, ravioles, cerveza] decidió echarse una siestita. Tenía sueño liviano, sabía que con una horita le alcanzaba: sólo hasta las tres, luego tenía reunión con los compañeros. Se despertó a las seis, sin embargo, la cabeza horriblemente pesada. Ya no

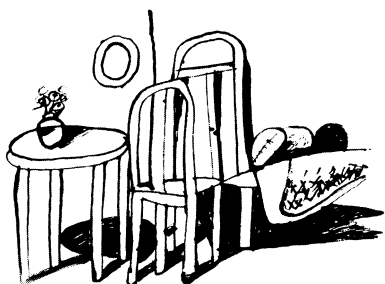
podía llegar a la reunión, qué joda, así que se duchó y se afeitó. Cuando abrió el ropero, se encontró con que allí no estaban ni los vaqueros, ni la polera, ni el bolso. Fue sólo un relámpago [“el hijo de puta me puso una pichicata en la cerveza”], suficiente para imaginar a sus compañeros, reunidos con Juan Tomás y proporcionándole toda la vital información que éste buscaba. Ya era tarde. Imposible avisar a nadie. Sencillamente: el desastre.

Pedro Luis entró como una tromba en el dormitorio de Juan Tomás. Abrió el ropero, y no se sorprendió al encontrar allí la camisa, la corbata roja, la campera negra, el portafolio. En cinco minutos se vistió con la ropa de su hermano, abrió el portafolio, comprobó su contenido, y salió disparado, sin despedirse siquiera de los viejos. Tomó un taxi, que lo dejó frente a la “oficina” de Juan Tomás. Cuando entró, los policías lo saludaron con familiaridad, y él les hizo un guiño. En el segundo pasillo, un muchachón robusto se cruzó con él, le preguntó qué tal había salido “aquello”, y él dijo que bárbaro.

Acabó por orientarse cuando un segundo robusto, que llevaba como él campera negra, le señaló una puerta cerrada: “Te espera el jefe”. Golpeó con los nudillos, cautelosamente, y alguien, de adentro, lo invitó a pasar. En mangas de camisa, el jefe, sudoroso y eléctrico, conversaba con otros dos. Cuando vio de quién se trataba, interrumpió un momento el diálogo: “¿Te fue bien?” “Claro, como siempre”, dijo Pedro Luis. “Ya termino. Quiero que me

cuentes.” Pedro Luis se apartó y quedó de espaldas a la ventana.

El jefe empezó a dar rápidas instrucciones a los dos hombres. Era obvio que quería quedar libre para disfrutar de las buenas nuevas. De modo que Pedro Luis pudo hasta permitirse el lujo de no abrir enseguida el portafolio donde estaba —lustroso, contundente y neutro— el treinta y ocho largo de Juan Tomás.



LAS PERSIANAS

Marcelo llegó como todas las noches a su apartamento de solo. Lentamente se fue despojando: sobre la mesita dejó el llavero, el bolígrafo, los lentes, la billetera, la cajita de preservativos [siempre llevaba una, por las dudas, aunque por lo general acababa rota o arrugada, de tanto vegetar en el bolsillito delantero del pantalón], el portafolios, el peine, el reloj con almanaque, el escarbadientes de plástico, las pastillas de pepsina y pancreatina, el pañuelo, la cédula de identidad con su cara de pocos amigos.

Había en el ambiente un tufo bien espeso, así que puso en marcha el acondicionador de aire, no en el punto más violento [siempre que lo ponía, acababa resfriándose] sino en el más suave y silencioso. Se quitó el saco y la corbata, se arremangó la camisa.

Abrió la ventana. Desde el exterior venía un vaho caliente. Miró hacia el otro bloque del edificio. Casi todas las ventanas y persianas estaban cerradas. Le costó bastante cerrar las persianas. “Voy a tener que cambiarle la falleba”.

Sumando los dos bloques, el edificio tenía 64 apartamentos. En realidad, él tenía poca o ninguna relación con los otros habitantes. A veces, cuando asistía a la asamblea de propietarios, conversaba cinco minutos con uno u otro, los suficientes para ofrecer o aceptar un cigarrillo o lamentarse juntos por el calamitoso estado de las cañerías.

Sabía, eso sí [se enteró por azar] que en un apartamento del otro bloque, precisamente el que quedaba frente al suyo, vivía una mujer sola, ya madura pero todavía muy presentable. En las asambleas la llamaban “señora Galván”. Nunca se encontraban en el ascensor, ya que cada bloque tenía su ascensor propio, pero en alguna rara ocasión habían coincidido en el ritual de abrir o cerrar ventanas y persianas, y se habían saludado con un discreto movimiento de las cabezas: semicalva la de él, pelirroja la de ella.

Marcelo encendió el televisor y empezó a recorrer los canales. En el primero, una parejita rubia y casi etérea corría grácilmente en la mitad primaveral de un bosque, para concluir, al cabo de los treinta segundos de rigor, en la oferta de un *shampoo* sin lugar a dudas maravilloso. [La noche anterior había visto, en un comercial de botas y botitas, la mitad

invernal del mismo bosque.] Otro canal: la pantera rosa. Cambio urgente. Ahora un señor gordito, con voz de falsete, entrevista compulsivamente a un espigado industrial que maneja como un prócer los monosílabos. Es obvio que el gordito se siente frustrado ante ese laconismo que no figuraba en sus planes. En su desesperación, formula preguntas cada vez más largas y complejas, pero el industrial sigue respondiendo con monosílabos que, aunque esto suene a disparate, son cada vez más breves. Un alevoso primer plano muestra la frente del gordito [¿cómo dicen los cronistas de boxeo?], ah sí, “perlada de sudor”. Marcelo quisiera sentir piedad pero no puede, y acude esperanzado al próximo canal. Teleteatro, por fin. Elige conscientemente la propuesta. Nunca pudo evitar que lo fascinaran esos forcejeos sentimentales, a cuál más gelatinoso. Ya ha aprendido el secreto. De marzo a octubre todos los amores son *no correspondidos*, pero a principios de noviembre ya la mayoría de ellos empiezan a corresponderse. Y es lógico, porque la telenovela debe concluir, antes de Navidad, con un desenlace edificante. Marcelo hace una prueba que otras noches le ha resultado entretenida. Baja el sonido del televisor y comienza a imaginar los diálogos. El actor está un poco tieso, recostado en la pared de utilería [quizá la aparente tiesura sólo sea miedo a un posible derrumbe] y la expresión de la actriz, que está a un metro y medio de distancia, es de gran exaltación. Las palabras que, en su pasatiempo, coloca Marcelo

en labios del actor, son de persuasiva conquista. Las que luego pone en boca de la actriz son de angustioso y progresivo acatamiento. Qué pasión, carajo. La muchacha se acerca prometedora al hombre que, canchero, no mueve ni el meñique; tan sólo mira. Ya está, piensa Marcelo, ahora se abrazan. Pero no. La bofetada fue tan tremenda que, aun sin sonido, a Marcelo le pareció sentirla. “Una cosa por lo menos está clara: yo jamás serviría para libretista de televisión”.

Como tratamiento homeopático de alienación, ya es suficiente. Así que apaga el televisor. Sin la combustión de santa ira que propagaba la pantallita, el ambiente parece ahora más fresco. Marcelo se desviste, se ducha en silencio [años atrás habría cantado *El último organito*, ideal para acompañar el enjuague]. Vuelve así, desnudo, al ambiente único, secándose aún con la toalla a cuadros.

Se enfrenta al espejo del placard y, como siempre, la imagen de su propia panza lo desalienta. Ya no sabe qué dejar de comer y de beber: suspendió el pan, las bebidas gasificadas, ilos raviolos!, la sal, los postres. Todo en vano. La cintura apenas disminuyó tres centímetros en cinco meses. Cinco meses que fueron, en cuanto a alimentación, los más aburridos de sus treinta y nueve años. En ese preciso instante decide que el sacrificio no vale la pena, y para mañana se promete un almuerzo con pastas, vino tinto y copa melba. Reconoce que la decisión es cobarde pero también estimulante.

Nuevamente se mira al espejo, y le parece notar cierto bultito en la ingle. Se acerca más al espejo pero no alcanza a distinguir de qué se trata, ya que esa zona está cubierta de vello. Entonces se coloca los anteojos y vuelve a examinarse: eh, es algo así como un forúnculo todavía inmaduro. Se tranquiliza.

De frente a la ventana cerrada hace ejercicios respiratorios durante cinco minutos. Luego los suspende porque no quiere sudar. Hace ademán de ponerse el pijama, pero desiste. Con este calor será mejor dormir desnudo. Enciende la radio portátil y suena el viejo y querido bandoneón de Troilo. Como burlándose de sí mismo, baila unos pasos de tango [¡qué desastre!], así como está, solo y desnudo, con cortes y todo.

Pero el bandoneón deja paso al *informativo gigante* [“¿cómo será un informativo enano?”] y por ahora las noticias no son bailables. Puede que lo sean cuando muera Franco, pero ¿morirá? Entonces se acuesta, lee un rato, pero este Séptimo Círculo no es muy entretenido. Apronta el despertador, apaga la portátil y trata de dormir. Entonces llega el consabido calambre del pie izquierdo. Los dedos se le encogen, como si quisieran pellizcar la sábana. Putea un poco, con la escasa convicción de quien no tiene destinatario a la vista. No hay otro remedio que encender la luz, levantarse, saltar en un solo pie, absolutamente ridículo, masajearse durante un largo rato la zona acalambada hasta que los cinco ganchos vuelven a ser dedos.

Otra vez se acuesta, y ahora sí se duerme enseguida, como escurriéndole el bulto al próximo calambre. La pesadilla no es demasiado terrible: él camina por un puente que no está sobre un río sino sobre la tierra, y abajo, junto a un arbusto rojizo, está Mabel, su antigua novia de provincia; él quiere gritarle, llamarla, pero aunque mueve los labios no le sale la voz; ella mira obstinadamente a otra parte, como buscando o esperando a alguien que, por supuesto, no es él.

No lo sacude el despertador; en realidad lo despierta la luz del nuevo día. En un primer instante cree estar despertando de una larga siesta, pero enseguida advierte su error y se sobresalta cuando comprende cuál es la causa de tanta luz: las persianas están abiertas, o mejor dicho se abrieron después que él las cerró [“esa falleba de mierda”]. Vale decir [y aquí el respingo es mayor] que todas sus boludeces de la víspera, o sea la búsqueda del forúnculo, los pasos de tango, los ejercicios respiratorios, los saltitos cuando el calambre, todo eso pudo ser visto por la vecina de enfrente. Ya se imagina a la señora Galván telefoneando al mediodía a sus buenas amigas: “¿Vos podrás creer que anoche había un tipo en pelota en el apartamento de enfrente? ¡No te imaginás todo lo que hizo! Bailó, saltó, y se revolvía los pelos ahí adelante... ¿entendés?” Y la amiga le diría: “¿No será un exhibicionista?” Y la señora Galván dirá que no, que ella lo conoce [sólo de vista, claro] y es un tipo serio, ya gran-

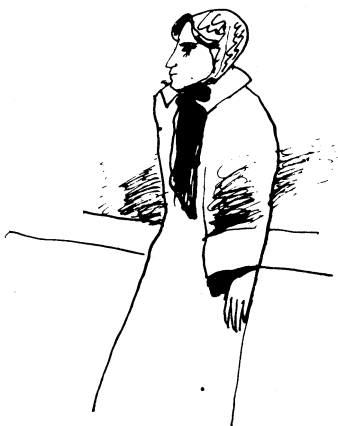
de. Y la amiga le dirá que éstos son los peores. Ajá. Pero ¿y si la señora Galván dice que no lo había pensado pero que efectivamente puede ser un exhibicionista, con qué cara va a mirarla de ahora en adelante? Porque una cosa es desnudarse, y desnudar a una linda hembra, así es bárbaro, pero que semejante pelotudo brinde un estúpido *show* con las persianas abiertas, eso le parece sencillamente una porquería.

Se viste rápidamente, se lava la cara y los dientes. En verano siempre prefiere bañarse de noche. Además quiere salir lo más temprano posible, a fin de no encontrarse en el hall del edificio con la señora Galván. Antes de salir, casi cierra las persianas. ¿Para qué? Tarde piaste.

Baja en el ascensor número dos, pero al abrir la puerta en planta baja, ve a la señora Galván. Evidentemente, el encuentro para ella es un *shock*. Marcelo, por su parte, no la puede mirar de frente. Pide permiso y se queda unos minutos en la puerta de la calle, esperando a nadie. La mujer permanece un momento junto a la puerta del ascensor. Lo mira, pero cuando le parece advertir que Marcelo también la mira o va a mirarla, entonces aparta la vista. Por fin Marcelo percibe que ella va a acercarse. Está a punto de huir despavorido, pero prefiere aclarar la situación. Hay que cortar por lo sano.

La señora Galván se para junto a él: “Señor, quiero decirle que comprendo perfectamente que usted esté asombrado, estupefacto, y hasta que no

me mire, y apenas me salude”. “¿Yo?”, balbucea Marcelo. “Sí, usted. Pero no quiero que piense mal de mí. Soy una distraída, eso lo admito, pero nada más, ¿sabe? Yo tenía la secreta esperanza de que usted no se hubiera dado cuenta. Pero su actitud es demasiado elocuente, señor. Y aunque usted tiene todo el derecho de pensar que soy una fresca o una mentirosa, le aseguro que anoche yo creí que había cerrado mis persianas.”



TRANSPARENCIA

a Diana y Juan, y a su rebanada de felicidad

Desde la muerte de Jorge, Claudia venía todas las tardes a recostarse en esta baranda, como si le agradara contemplar el río de gente. Hombres maduros con su valijita rectangular de casi ejecutivos, lentos viejos en la etapa del bastón, muchachas de espléndido vaivén, señoras con perro, trabajadores de *overall*, policías, mendigos, todos concurrían y transcurrían. En aquella esquina clave, donde tantas veces había esperado a Jorge cuando salía del Banco a encontrarse con ella, Claudia sabía, estaba

absolutamente segura, que en algún instante [nunca era el mismo] aparecería Jorge, la imagen de Jorge, caminando entre los otros, pero mucho más simpático y apuesto que los demás.

Era una imagen nítida, poco menos que real, sólo que transparente. Todo en él [traje, brazos, piernas, hasta los zapatos] era transparente. Todo, menos la mirada. Quizá esto se debiera a que lo último vivo que recordaba de Jorge eran sus ojos. O tal vez se debiera a que Jorge tenía ojos muy cálidos y a la vez penetrantes. Lo cierto era que en la visión aquellos ojos no eran transparentes. Más bien tenía la sensación de que ella se volvía transparente cuando esos ojos [que ella conocía tanto] la miraban. Y esto no sólo acontecía en el presente espejismo; también en la realidad había sido así.

Era tan transparente la imagen que, a través de ella, Claudia distinguía a los demás transeúntes como detrás de un cristal coloreado. Porque se trataba de una transparencia de color. Como el traje azul que vestía Jorge era transparente, ella veía, por ejemplo, los brazos bajo las mangas, pero como los brazos eran a su vez transparentes, no ocultaban el pedacito de calle o de gente que permanecía detrás.

Claudia no se inmutaba. No creía en absoluto que aquello fuese algo mágico. Una noche se lo contó a Germán, y éste sonrió y le tocó la frente con el índice: “Lo que pasa es que lo tenés aquí”. Entonces ella le tomó el dedo con una mano y lo apoyó sobre su propio corazón: “Y también aquí”. Pero

ambos sabían [y sobre todo Claudia] que la imagen era una proyección de muchas cosas más.

En su momento había llorado, claro. Había llorado mucho. Pero a esta altura ya había admitido para sí misma la muerte de Jorge. Sin embargo, la imagen venía todas las tardes, y ella no podía evitar el venir a esperarla. “Después de todo, es una forma insólita de asumir tu duelo”, le diagnosticó Lidia, que era sólo cuñada de un analista pero manejaba con espíritu *amateur* la jerga profesional. Claudia asentía con la cabeza, pero en el fondo sabía que no. En realidad, ya había tenido su “duelo” y se había sentido destruida; “hecha bolsa” como dice su sobrina adolescente, o “hecha mierda” como se decía ella misma cuando se miraba al espejo y veía el trajinado dolor, no sólo en sus ojeras [que es lo clásico] sino también en su pelo, en su boca, en su pescuezo. Lo que más le costó aceptar era que Jorge muriera cuando vivían su etapa más feliz como pareja. Nunca se había sentido tan cerca de Jorge como en la mañana de ese puto día en que él se quedó de pronto mudo e inmóvil, no ya en medio de una frase sino en mitad de una palabra. Todavía recordaba con exactitud el sonido de la sílaba viva, pero aún no tenía el coraje de imaginar, de hacer sonar para sí misma, la impronunciable sílaba muerta. No obstante, había acabado por aceptar hasta esa palabra rota.

La recuperación del ánimo vino de a poco. “No te martirices tratando de animarte artificialmente”,

le había dicho Germán. “Sos una tipa muy vital, y si dejás que el tiempo pase, simplemente pase, ya vas a ver cómo la vida te invade de nuevo”. Y fue rigurosamente cierto. El tiempo pasó, simplemente pasó, y una mañana se miró al espejo y tuvo un poco de vergüenza al encontrarse linda. Pero se encontró. Días después advirtió en la calle que era contemplada con atención, y el que la miraba era un tipo joven [“de ojos verdes”, lo fichó al pasar] y por primera vez, después de tanto tiempo, eso la estimuló. En dos semanas más, se le pasó la vergüenza de sentirse cada día mejor.

Pero igual iba a recostarse todas las tardes, a la misma hora, en aquella baranda, para esperar a Jorge el transparente. La imagen se acercaba caminando, al mismo ritmo que los otros, y también se iba con los otros, ni sin antes mirarla, y era la mirada honda que ella conocía.

En realidad, no eran muchos los que estaban en el secreto: Germán, Lidia, Héctor. Pero Lidia y Héctor se preocupaban demasiado cuando ella empezaba a hablar de la transparencia. Quizá les parecía que ese espejismo podía desembocar en una neurosis, o en un simple desajuste mental. Trataban entonces de tomarlo a broma, pero inmediatamente advertían que eso podía agraviar a Claudia. Y cambiaban de tema.

Germán en cambio la escuchaba con naturalidad, y si le preguntaba: “¿Cómo estaba hoy? ¿Triste, alegre?”, Claudia sabía que no había en la pre-

gunta el menor atisbo de burla o de ironía. Sencillamente, Germán quería saber de qué talante había estado Jorge, la transparente imagen de Jorge. Y era lógico que así fuera, porque Germán también lo había querido mucho. Cuando Jorge murió, para Germán había sido algo así como la pérdida de un hermano. Por eso ella se encontraba tan cómoda con él; porque ambos recordaban a Jorge sin ningún preconcepto [ni posconcepto] y hasta se reían a veces cuando evocaban una situación embarazosa, o ridícula, de un pasado que incluía a los tres.

A veces, después de ver la transparencia, Claudia se encontraba con Germán e iban al cine. También iba al cine con Héctor, o con Lidia, o con ambos a la vez, pero nunca después de la baranda. Porque después de la baranda ella quedaba en un estado de ánimo muy particular [no exactamente de tristeza, ni de nostalgia, ni siquiera de euforia, pero de todos modos un estado de ánimo especial] que sólo Germán era capaz de bancar. Él sabía que cuando la encontraba después de la baranda, tenía que quedarse callado una media hora, y él respetaba escrupulosamente el convenio tácito. A veces ella hablaba antes de cumplirse el plazo, y entonces, por supuesto, Germán continuaba el diálogo. Pero en ese caso no importaba, porque la responsabilidad era de ella.

Una de esas tardes no fueron al cine, pero sí a la casa de Claudia. Muchas veces había ido Germán, en vida de Jorge, y también después. Pero esa tarde

se dio una especial comunicación. Tal vez todo empezó cuando ella le ofreció un trago: ¿whisky?, ¿vodka?, ¿ron? Él dijo vodka, y casi se arrepintió. Ella se dio cuenta: “¿Qué pasa?” “Nada, sólo pensé que la vodka me gusta helada. No con hielo, sino helada.” “Claro. Está en la heladera”, dijo ella, y él celebró largamente ese alarde de cultura etílica.

Después hablaron largamente, como cuatro horas. Un poco acerca de Jorge, pero como Germán recordaba las opiniones políticas de Jorge, el tema de pronto se amplió. “Eso me gustaba en él”, dijo Germán. “Era claro, era concreto. No te tiraba por la cabeza todas sus lecturas. A mí personalmente no me gusta cuando alguien me empieza a apabullar con todos los Marx y Lenin que en el mundo han sido. La pucha. Me siento un pigmeo. Y Jorge tenía eso de bueno. No te aplastaba. Vos pensabas que te estaba hablando de un tema tan cercano como la huelga de carniceros, y sólo después te dabas cuenta de que había estado desarrollando su personalísimo enfoque de las relaciones sociales de producción. Su conversación era eso: una conversación. No un ensayo, con notas al pie.”

Claudia se quedó un rato como absorta. Ella también podía haber aportado, a ese respecto, sus propias reminiscencias y experiencias: por ejemplo aquellas madrugadas que los encontraban, a Jorge y a ella, discutiendo [él, en la cama, apoyado en un codo, fumando y fumando; ella, fumando también, pero sentada a la turca, con la pared como respal-

do] sobre las contradicciones entre práctica y teoría, o la fórmula para evitar las caídas en el elitismo de vanguardia, o la manera de encontrar el punto medio entre obrerismo e intelectualismo, o [un tema que a ella la fascinaba] cómo distinguir el gusto legítimo del pueblo, de ese otro gusto, también popular pero deforme y estragado, que es producto de una alienante cursilería, minuciosamente planificada por un clan internacional de canallas y especialistas. A veces los encontraba el día en ese intercambio, y Jorge concluía por trabar el despertador diez minutos antes de que sonara [“para que no chille la histérica del octavo”]. Luego, durante la jornada, andaban como zombis, pero valía la pena.

Sobre eso cavilaba Claudia, tan ensimismada que no percibió la mirada de Germán. De pronto él dijo: “¿Sabés qué es lo que más me gusta de vos?” Claudia se sobresaltó, un poco porque estaba en otra cosa, y otro poco porque se erizó frente a la chocante posibilidad de que, en aquel preciso instante, Germán le soltara un piropo. Pero él completó: “Lo que más me gusta de vos, es que tengas la vodka en la heladera”. Claudia rió, desarmada. Y a partir de ese momento crítico, la afirmación en la confianza mutua tuvo mucha importancia.

Al día siguiente, la transparencia de Jorge demoró un poco en aparecer. Claudia, apoyada en la baranda, no se impacientó. Sabía que llegaría. Y así fue: surgiendo entre un lustrador de zapatos y un hombre de guardapolvo gris, estuvieron de pronto

la transparencia y la mirada de Jorge. La mirada la miró, como sonriendo. Y desapareció antes que de costumbre.

Más tarde se encontró con Germán y fueron al cine. La película era tan melancólica, que Claudia no tuvo más remedio que tomar una mano de Germán. Después la película dejó atrás su melancolía, pero las manos siguieron juntas. Claudia se sorprendió con cierto inesperado despertar de su piel. La mano de Germán fue persuasiva. También ingenua, pero sobre todo persuasiva. Cuando salieron, caminaron varias cuadras, sin hablar. Claudia no se habituaba así nomás a sus nuevas sensaciones.

A la mañana se miró al espejo y se halló tan linda como en tiempos de Jorge. No se sintió incómoda. Ni culpable. Fue como de costumbre a la baranda. La gente estaba más apurada o más nerviosa o más tensa que de costumbre. En alguna parte sonaban estridentes sirenas de ambulancias, bomberos o coches policiales. Nunca había sabido cuál era cuál: todas la asustaban. Algunos muchachos pasaron corriendo. Otras personas se limitaban a mirar, tratando infructuosamente de parecer lejanas. De pronto, en medio de un grupo de gente que se acercaba, le pareció distinguir a Germán. Al principio no quiso creerlo. Pero efectivamente era Germán. Él miró hacia la baranda, y Claudia agitó la mano. Le gustó que él hubiese tenido la osadía de venir a buscarla allí, precisamente allí. Él levantó los dos brazos, como haciéndole entender, aun desde lejos, que es-

taba contento de encontrarla. Le costaba acercarse. Había mucha gente y muchos automóviles. Además era viernes, y los viernes el mundo parece crecer y a la vez apretujarse.

Por fin, Germán pudo avanzar entre el gentío. Subió de a dos los escalones y llegó a la baranda. La besó en la mejilla, como siempre, pero le puso un brazo sobre los hombros. Qué alto es, pensó ella. Se alejaron lentamente. Desde lejos, parecían una pareja. Desde cerca, también.

Sólo cuando habían caminado dos cuadras, Claudia tomó conciencia de que la transparente imagen de Jorge había faltado a la cita. Entonces supo que, de ahora en adelante, aunque ella siguiese viniendo a la baranda, Jorge no iba a volver. Estaba segura. No iba a regresar más. Era como si él se hubiera propuesto una misión y la hubiese cumplido. No, no iba a volver. Ella lo conocía mejor que nadie.



LOS VIUDOS DE MARGARET SULLAVAN

Uno de los pocos nombres reales que aparecen en mis primeros cuentos [“Idilio”, “Sábado de gloria”] es el de Margaret Sullavan. Y aparece por una razón sencilla. Es inevitable que en la adolescencia uno se enamore de una actriz, y ese enamoramiento suele ser definitorio y también formativo. Una actriz de cine no es exactamente una mujer; más bien es una imagen. Y a esa edad uno tiende, como primera tentativa, a enamorarse de imágenes de mujer antes que de mujeres de carne y hueso. Luego, cuando se va penetrando realmente en la vida, no hay mujer de celuloide —al fin de cuentas, sólo

captable por la vista y el oído— capaz de competir con las mujeres reales, igualmente captables por ambos sentidos, pero que además pueden ser disfrutadas por el gusto, el olfato y el tacto.

Pero la actriz que por primera vez nos corta el aliento e invade nuestros insomnios, significa también nuestro primer ensayo de emoción, nuestro primer borrador de amor. Un borrador que años después pasaremos en limpio con alguna muchacha —o mujer— que seguramente poco o nada se asemejará a aquella imagen de inauguración, pero que en cambio tendrá la ventaja de sus manos tangibles con mensajes de vida, de sus labios besables sin más trámite, de sus ojos que no sólo sirvan para ser mirados sino también para mirarnos.

Sin embargo, el amor de celuloide es importante. Significa algo así como un pre-estreno. Frente a aquel rostro, a aquella sonrisa, a aquella mirada, a aquel ademán, tan reveladores, uno prueba sus fuerzas, hace la primera gimnasia de corazón, y algunas veces hasta escucha campanas. Y como, después de todo, no se corre mayor riesgo [la imagen por lo general está remota, en un Hollywood o una Cinecité inalcanzables], uno se deja soñar, desinhibido, resignado y veraz, aunque el fondo de tanta franqueza sea un amor de ficción.

Margaret Sullavan había sido eso para mí. Es claro que, cuando escribí los cuentos, ya no era por cierto un adolescente. Aunque todavía daban en los cines montevideanos alguna que otra película de su

última época, y aunque por supuesto no me perdía ninguna, yo ya había pasado más de una vez en limpio aquel borrador de amor, y en consecuencia podía verlo con distancia y objetividad, pero también con una cálida nostalgia, con una alegre gratitud, como siempre se mira, a través del tiempo esmerilado, a la mujer que de alguna manera nos ha iniciado en el viaje amoroso.

No obstante, sólo años después advertí con precisión qué lugarcito había ganado en mi vida la incanjeable, maravillosa protagonista de *Y ahora qué* y *El bazar de las sorpresas*. En enero de 1960 estaba con mi mujer en Nueva York. Una tarde nos encontramos con cuatro amigos uruguayos y decidimos cenar temprano e ir luego a un teatro del Village donde se representaba *Our Town*, de Thornton Wilder, en la notable versión de José Quintero. La pieza llevaba ya varios meses en cartel, pero no era fácil conseguir entradas en las horas previas a cada función; de modo que, mientras los otros se instalaban en un restorán italiano de ruidosa clientela, yo me largué hasta el teatro a ver si conseguía localidades para seis.

De entrada me sorprendió que el boleterero no tuviera aspecto de tal, aunque si alguien me hubiese obligado a una definición, no habría sabido decir cómo era el aspecto de un boleterero inconfundible. Éste era joven, delgado; tenía unos anteojos de armazón oscura y cristales de miope; su aspecto era de estudiante de letras o de primer clarinete. El ves-

tíbulo del teatro estaba desierto y eso estimuló mis esperanzas. Pero la razón de esa paz era muy simple: no había localidades. Cuando pregunté si existía alguna remota posibilidad de conseguir seis entradas [“sólo seis entradas, señor”], el muchacho levantó la vista de un ajado ejemplar del *New Yorker* y me miró con tajante desprecio: “¿A esta hora seis localidades? ¿En qué mundo vive?” El tipo tenía razón. Yo no estaba nada seguro del mundo en que vivía. Pero me sentí como un provinciano al que rezongan porque no se atreve con la escalera mecánica o con el teléfono público. A pesar de todo, no me fui enseguida. Me quedé unos minutos mirando las fotografías del elenco, tal vez con la secreta esperanza de que alguien viniera a devolver seis entradas, ni una más, ni una menos.

Entonces sonó el teléfono. El muchacho hizo un nuevo gesto de fastidio, ya que debía interrumpir otra vez su lectura del *New Yorker*, o quizá porque estaba cansado de repetir con voz gangosa que no había localidades. De pronto su rostro se transfiguró. Se quitó los anteojos con un gesto rabioso, y dijo casi sollozando: “¡No! ¡No! ¡No puede ser!” Después colgó, con un gesto brusco y desprendido, tan maquinal como marginal, y hundió la vencida cabeza entre los dedos flacos y temblorosos.

Yo era el único testigo de aquella congoja. Pese a la agresiva respuesta que me había propinado, pensé que podía sentirse mal y me acerqué. Le toqué apenas un brazo, sólo para que notara mi presencia.

Le pregunté si le sucedía algo, si había recibido una mala noticia, si lo podía ayudar, etc. Entonces levantó la cabeza, y me miró con los ojos sin cristales, como a través de una ventana con lluvia o de un recuerdo inmóvil.

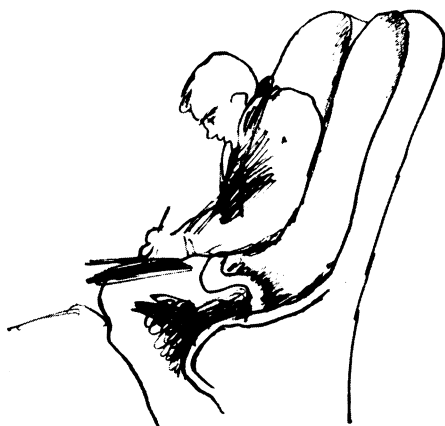
“Murió Margaret Sullavan.” Lo dijo lentamente, marcando cada sílaba, como si quisiera dejar bien claro que se sentía indefenso, que se sentía desgraciado, y que no se estaba mandando la parte.

Entonces fui yo el que dije, en otro estilo y en otro idioma, claro, como para mí mismo y para nadie más: “No, no puede ser”. El muchacho no entendió las palabras en español, pero seguramente comprendió mi asombro, mi tristeza. Me recosté contra la pared, porque necesitaba algo en que apoyarme. Nos miramos el boletero y yo: él, un poco asombrado de haber hallado imprevistamente a otro viudo de Margaret, allí, en el teatro, al alcance de su mano huesuda; yo, apenas consciente de que en ese instante se extinguía el último rescoldo de mi ya lejana adolescencia.

De pronto el boletero se pasó una mano por los ojos, a fin de arrastrar sin disimulo las lágrimas, y me preguntó con la voz entrecortada, pero ya no gangosa: “¿Cuántas entradas dijo que quería? ¿Seis?” Abrió un cajoncito y extrajo seis entradas, unidas por un alfiler, y me las dio. Le pagué, sin decir nada. Darle una propina en aquellas circunstancias habría sido un agravio; algo absolutamente descartable entre dos viudos de la misma imagen.

Nos dimos la mano y todo. Como dos deudos. Casi como hubiera podido sentirse James Stewart, pareja de Margaret en tantas películas.

Cuando salí en dirección al restorán italiano, yo también me froté los ojos, pero en mi estilo: no con la palma sino con los nudillos. En realidad, no conocía cuál podía ser el grado o la motivación del amargo estupor del boletero, irascible y cegato. Pero en mi caso sí que lo sabía: por primera vez en mi vida había perdido a un ser querido.



LA VECINA ORILLA

1

No sé por qué, pero cuando los viejos fueron a despedirme a Carrasco, y sobre todo cuando iba camino del avión y miré hacia arriba y los vi juntos, y a la vez separados, levantando las manos para saludarme, la vieja arrimando los nudillos a los anteojos porque seguramente había aparecido algún lagrimón, y yo mismo, carajo, refregándome un ojo con la mano que me quedaba libre, bueno, cuando

los vi allí, como la pareja inexplicable que siempre fueron, quizá malunidos por mí, me vino de alguna parte un lejanísimo recuerdo, tan lejano que al principio creí que no era mío, pero sí era, porque después, en el avión, o sea ahora, sentado en la fila nueve [donde está la puerta de emergencia y hay más sitio para acomodar estas largas piernas que Dios me ha dado], me pongo a completar el recuerdito, y lo voy apuntalando, con detalles, hasta que casi lo reconstruyo del todo, y decido empezar precisamente con él esta libreta de apuntes, que acaso nadie nunca lea, o quizá sí. Y es de este modo: la familia estaba almorzando, es decir los mayores: mi viejo, mi vieja [que entonces eran menos viejos], el abuelo, el tío, y quizá alguien más, y yo, que tenía cuatro o cinco años, andaba en el triciclo recién estrenado, y me iba al jardín y entraba otra vez haciendo un ruido con la boca que creía igualito a la bocina del ómnibus interdepartamental, y el viejo me hacía señas para que no armara tanto bochinche y yo no le hacía caso. Y de pronto vino y en medio de uno de mis mejores bocinazos me agarró de una oreja y vi hasta la constelación de Orión, aunque en ese entonces desconocía su nombre. Por aquellos tiempos no era vengativo, tampoco ahora lo soy, pero vaya a saber por qué mecanismo emocional, o simplemente deportivo, dejé con toda frialdad el triciclo frente a la puerta, arrimé una silla, me senté junto a mi tío, y le zampé al viejo este inesperado testimonio: “Anoche miré bajo la mesa, y vos y

Clarita tenían las piernas juntas”. Mamá abrió unos ojos de este tamaño, no me lo olvido; el viejo apretó los labios y me miró con una terrible resignación. Casi como un anticristo que ordenara: “Impedid que los niños se acerquen a mí”, o quizá sencillamente: “Botija podrido”, vaya uno a saber. Lo cierto es que a partir de ese momento el viejo y la vieja pasaron como tres meses sin hablarse. Y mamá me sugería en voz alta: “Decile a tu padre que te dé dinero para la leche”. Y el viejo también tenía su iniciativa: “Decile a tu madre que hoy no vendré a cenar”. Por supuesto, Clarita no se apareció más por nuestro hogar dulce hogar, y hoy me atrevo a creer que al viejo le gustaba mucho aquella gurisa [como diez años menor que él y como cinco menor que mamá] delgada, rubia, de ojos verdolaga, con cara de sueño, pero de lindo sueño, no de pesadilla, y que tenía un modo tranquilo de mirar, y manos delgadas y suaves, con unas venitas azulosas, casi imperceptibles pero que todo el mundo percibía, incluso un estúpido de cinco [¿o serían seis?] años como el suscrito. Porque en verdad se necesita ser estúpido para haberle arruinado la vida al pobre viejo con ese comentario jodido. Sobre todo porque yo creo que a Clarita también le gustaba el viejo. Simplemente habrá tenido miedo de la presencia acalambrante de mamá, que desde el pique le tomó cierta inquina. Yo no diría que eran celos de esposa desconfiada. Más bien se trataba de un odio hecho y derecho, cultivado lentamente y palmo a palmo.

Cuando la azafata se acerca a ofrecerme la coca-cola de rigor, estoy en pleno mea culpa. Nadie me quita del marote que con esa maldita intervención, lo siniestré para siempre al viejo. Porque ya entonces se llevaba muy mal con la vieja. Casi diría que no se llevaban. Nunca he visto dos tipos tan distintos y tan deshechos el uno para el otro. El viejo siempre fue un sujeto sensible, cálido, demasiado tímido para mi gusto, todo lo culto que puede ser un casi ingeniero [que no es demasiado, pero siempre un poquito más que un ingeniero]. Siempre ha sido un buen lector, le gustan la pintura y la música, y por suerte no cree, como algunos de sus casi colegas, que la vida es un logaritmo. Mamá en cambio es bastante terca [para plantearlo sin subjetivismo, cosa vedada a un hijo amantísimo, habría que decir que es terca como una mula], reseca en sus sentimientos [sólo se conmueve con sus propias penurias, nunca con las ajenas], orgullosa de su enciclopédica ignorancia, refractaria a la lectura y a las artes en general, hábil en tareas manuales, de buen fondo [aunque para encontrarlo haya que hacer tremenda prospección], más propensa al reproche que a la tolerancia, en fin: un hueso duro de roer. Creo que hubo dos cosas que impidieron la verdadera liberación [también llamada segunda independencia] del viejo: a) mi investigación en la submesa, que hizo fracasar desde el inicio una relación que prometía, y b) el incurable catolicismo de mi progenitor, que le nublabá siempre la posibilidad de un

divorcio, que después de todo habría sido su salvación y su rescate. Si me atengo a mis vagos recuerdos, Clarita era alegre, linda, tan simpática que hasta me había conquistado a mí. Más de una vez he pensado, ahora que ya tengo mis diecisiete años [por otra parte, dignamente cumplidos en una celda], que me gustaría encontrar, no a Clarita, claro, ya que hoy debe ser, si todavía vive, una vieja de treinta y ocho años, pero sí a una mujercita que fuese hoy como era Clarita cuando arrimaba, bajo la mesa, sus lindas piernas a los pantalones del viejo.

2

Lo que pasó en estos últimos meses debe haber sido una de las pocas cosas que han unido a mis padres. Sintetizando: estuve en cana. Por eso estaban tan emocionados en el aeropuerto, ahora que por fin consiguieron mandarme a Buenos Aires. Comprendo que para ellos es una tranquilidad. Para mí, también. No quiero ver otro calabozo ni en película. De ahora en adelante, las películas se dividen para mí en dos categorías: las que tienen cárceles y las que no. Sólo pienso ver las de la segunda categoría. Con sólo 34 días, quedé podrido de cárceles. Agoté el tema, como quien dice. Eso sí, para que ustedes [¿quiénes son ustedes?] no se hagan ilusiones pensando que soy un joven revolucionario, o un rebelde con causa, o cualquiera de esas categorías

insignes, quiero aclarar que yo no caí por razones políticas sino por boludo. Para mí es doloroso confesarlo, pero ésa es la ingrata verdad: caí por boludo. Nunca me metí en política, lo confieso. En mi clase había algunos que no se metían en política porque les gustaba estudiar, y la política quita tiempo, eso es cierto. Pero a mí no me gusta estudiar. De mí se puede decir cualquier cosa, menos que soy un traga. O sea que en mi clase era el único ejemplar de una especie a punto de extinguirse: la de aquellos que no aman ni el estudio, ni la política. Aclaro que tampoco era un caso perdido: siempre pasé de año, o sea que estudié lo estrictamente necesario. Más bien diría que con atender al profe cuando se mandaba la lata, ya me alcanzaba. Tengo la apreciable virtud de que los datos, las fechas, las fórmulas y los nombres, se me fijan indeleblemente en el mate. Tampoco vayan a pensar que en política soy un indiferente. Eso no. Si estoy contra las matemáticas, ¿cómo no voy a estar contra el fascismo? A mí no me gusta que nadie me empuje, y mucho menos que me empujen con una metralleta. Eso está claro. Lo que no me agrada de la militancia política son las discusiones interminables, las votaciones a la madrugada, y sobre todo la autocrítica, que me trae el recuerdo de mis lejanas y aguadas épocas de confesionario, otra cosa que tampoco me gustaba. Y no porque haya tenido o tenga nada que esconder. Nada importante, quiero decir. Uno siempre tiene algo que esconder. Pero nunca tuve una culpa gor-

da para el confesionario o la autocrítica. Tal vez por eso no me gustan. Quizá les tenga un poco de envidia a esos tipos que disfrutaban relatando sus pecados mortales al cura atónito, o vociferando sus resabios pequenoburgueses en una asamblea estudiantil. Sin embargo, no caí [repito] por las buenas razones, sino por boludo. Resulta que el jueves 22 se conmemoraba un año de la muerte de Merceditas Pombo, quizá hayan visto el nombre en los diarios [no en los de Monte sino en los de Baires], una piba de primera que se les murió en la máquina. Dicen que le aplicaron el submarino seco, y como ella era asmática ¿no? Bueno, la iniciativa empezó a crecer de a poco [la idea original fue de Eduardo] y al final el programa se redondeó: el jueves teníamos que venir todos con una rosa roja y dejarla en la mesa del [o de la] profe. La operación se hizo en un secreto total. Como yo nunca milité, me dejaron para el final. Pero igual les dije que sí. Cuando no hay reuniones interminables ni votaciones a la madrugada ni autocrítica, siempre los acompaño. Además, eso de traer una rosa roja me gustó. Era una provocación, cómo les diré, poética; una provocación imaginativa. Y traje la rosa, que por supuesto capiangué de un jardín vecino, perteneciente a un te-erre, o sea [para los ignaros] teniente retirado. Todos trajeron su rosa. Y las fueron dejando. No falló ni uno. Entonces nos sacaron a todos de las aulas, y nos pusieron en el patio, contra la pared. No tienen sensibilidad poética, qué se va a hacer. Posteriormente vinieron

los botones y también la pregunta de cajón: quién era el autor de la idea. Todos sabíamos que había sido Eduardo pero nadie dijo nada. Era lindo aquel silencio. Empezaron a llamar por grupitos de cinco, y nos interrogaban en la bedelía. Fue precisamente ahí donde caí de boludo. En mi grupo, fui el primero de los cinco. El coso me preguntó si sabía de quién había sido la idea. Y le dije que la idea de mi rosa había sido mía, pero que no sabía de quién había sido la idea de las otras rosas. Me pareció que esa boludez era el colmo de la habilidad. Pero no. Entonces el segundo dijo lo mismo: que la idea de su rosa había sido suya, pero que no sabía de quién había sido la idea de las otras rosas. Los otros tres dijeron lo mismo. Y no sé por qué misterioso conducto, la martingala llegó rápidamente al patio y cuando entró el siguiente quinteto las cinco respuestas fueron las mismas, y así sucesivamente. A medida que el cansancio empezó a desfibrar la actitud inflexible de la primera media hora, algunos muchachos comenzaron a hacerme señas de aprobación, de saludo, y hasta de aplauso. Yo no tengo pasta de héroe, pero debo confesar que empecé a sentirme contento. Había sido fácil. No sé de dónde me vino la idea, pero había dado resultado. Sin embargo, los milicos me marcaron. Porque fui el primero en dar la explicación. Deben haber pensado que yo era un líder o algo así. Me volvieron a llamar. “Así que vos sos el autor intelectual”, me dijo uno de bigotito fino, que además tenía un eczema asqueroso bajo el

ojo. Empecé a decirle que sencillamente se me había ocurrido traerle una rosa a la profe, porque era muy buena y enseñaba muy bien la materia, que era nada menos que matemáticas. Lo que se llama una mentira piadosa, porque a la tipa ésa jamás le entendí un corno, y además la odiaba, no porque fuera odiosa, sino porque enseñaba matemáticas. Pero el individuo no sólo no mostró el menor convencimiento frente a mi lúcido planteo, sino que me encajó una piña en el pómulo derecho, que rápidamente pasó a primer plano. Es seguro que este detalle habría servido también para aumentar el volumen de mi prestigio en el patio, pero no tuve la ocasión de inflar mi vanidad. Dos de los preguntones me agarraron de un brazo y me sacaron violentamente de la bedelía. De ahí a la chanchita, y en ella a jefatura. De entrada les aclaré que era menor y por lo tanto. Golpe en los riñones. Que eso estaba contra la ley. Patada en el tobillo. Ergo: renuncio al tema de la minoría de edad. Me llevaron a una celdita repugnante: el olor a mierda me volteaba. Durante el mes que estuve allí, me sacaron varias veces, sólo para golpearme. Por lo general no me hacían preguntas; se limitaban a darme la biaba. Ni picana ni submarino, apenas trompadas y patadas. Lo que se dice un privilegiado. Y tengo plena conciencia de serlo, ya que asistí a sesiones de picana y submarino. Creo que me llevaban para ablandarme. A mí me daba miedo, a quién no. Los torturados no eran menores como yo, pero tampoco eran vetera-

nos. Había uno solo que era un jovato, no sé si tenía canas porque siempre lo llevaban de capucha, pero se le veían las pulpas flojas de la gente con más de treinta y cuatro. Pero cómo aguantaba ese viejo. Los más jóvenes no hablaban, no confesaban nada, ni decían los nombres y datos que los otros querían, pero cuando les aplicaban la máquina gritaban como condenados. El jovato en cambio, no les daba ni ese gusto. No sé ni siquiera si tenía voz gruesa o finita. Cerraba los puños y chau. Y cuando terminaba la sesión, que a veces duraba horas, salía caminando, ni siquiera se desmayaba. Uno de los muchachos perdió el conocimiento y parece que no lo recuperó más. Eso les da mucha bronca. Es lo peor que les puede hacer un detenido: morir. Enseguida llaman al médico para que lo resucite. Y el doctor hijo de puta [el mismo que dice hasta qué punto se puede torturar sin que el tipo espiche] hace lo posible, pero a veces los finados son tercos, y no hay quien los convenza de que vuelvan a respirar. Entonces los verdugos putean al médico, y él no dice ni mu, porque claro, son capaces de torturarlo también a él. Mientras tanto, al inerte le tiran agua en la cabeza, le dan palmadas para que reaccione, es la única ocasión en que parecen apostar a la vida. Pero algunos los joden: se mueren. Y entonces vienen los mutuos reproches. Un día hubo dos que se agarraron a piñazos. Creí que se iban a aplicar la picana entre ellos, pero naturalmente no exageran. A mí me tenían encapuchado; sólo me sacaban la

capucha cuando me llevaban de espectador. Algunas veces vomité; una de ellas sobre el pantalón de un tira. No lo hice adrede, pero no estuvo mal. Me la ligué, claro. Fue la noche que me dieron como en bolsa; creí que iba a terminar en la máquina, pero no. Se ve que tenían instrucciones: a los menores sólo piñazos y patadas. Alguna vez pude hablar con dos de la celda vecina. Yo estaba solo en la mía, que era minúscula y maloliente, pero la de ellos era más amplia y por consiguiente con más olor a mierda. Allí había como tres: un estudiante, un bancario y un obrero. Cuando se recuperaban un poco, y empezaban a respirar normalmente, enseguida se ponían a discutir: que el foco, que el partido, que las deformaciones pequeñoburguesas, que el desviacionismo, que el revisionismo, y dale que dale. Igual que en las asambleas del Liceo. A veces discutían tan violentamente que los gritos se oían en todo el piso. Yo no entendía un carajo, tampoco ahora entiendo. La cana les aplicaba la máquina a los tres por igual. O sea que para la cana los tres eran lo mismo: pueblo. La cana sí tiene un criterio unitario.

Un mes estuve. Sin visitas. Sólo ropa para cambiarme. Sin libros. En algún momento temí que me trajeran un libro de matemáticas, como tortura adicional. Pero ni eso. Entre patada y patada, entre piñazo y piñazo, me aburría como una ostra. Es claro que prefería aburrirme a que me doliera el hígado o los huevos. Una tarde creí que me habían fracturado una pierna, pero en una semana bajó la hin-

chazón. Al principio me hacían preguntas, después me amasijaban sin preguntarme. Sin embargo, hay una cosa que debo reconocer: así como ya les dije que caí por boludo, creo que también por boludo salí. Porque tuve por lo menos esa coherencia: seguí hasta el fin con mi versión original y el poético origen de mi rosa. No creo que se lo hayan creído. Lo que sí deben haber pensado es que yo era mogólico o fronterizo. O quizá haya surtido algún efecto una conversa que tuvo el viejo con un ce-erre [para los ignaros: coronel retirado] que él conocía desde sus épocas sanduceras. Aunque no es seguro, sobre todo porque ese coronel está ahora preso, así que no debía tener demasiada muñeca. O será subversivo, bah. Después que me enteré que el padre Barrientos había caído porque le encontraron un berretín en la sacristía, nada puede asombrarme. Con razón le gustaba tanto el Cantar de los Cantares. Seguro que ése no cayó por boludo.

Bueno, una mañana me sacaron la capucha, me hicieron dos chistecitos que recibí con razonable desconfianza, me devolvieron un bolígrafo, una cajita de preservativos, la billetera y el cinto, todo lo cual me había sido quitado el primer día. Nadie mencionó en cambio el reloj de oro, regalo de abuelo. Casi caigo en la inocencia de reclamarlo, pero un rápido vistazo me salvó de esa pifia: el tacho estaba, muy brillante, en la muñeca del musculoso que me estaba otorgando la salida.

Si voy a ser franco, Buenos Aires me gusta. Y no es que la compare con el calabozo. Después de eso, claro, cualquier cosa está bien. Sin embargo, creo que me gustaría menos si estuviera de turista. Tiene plazas, oh. Tiene árboles, oh. Tiene grandes tiendas, oh. [Este oh lo digo en nombre de mi vieja.] La gente anda tal vez demasiado apurada para mi gusto, pero así y todo me cae simpática. Tiene posters, oh. Tiene subte, oh. Tiene muchachas, oh. Nunca vi mujeres tan bien vestidas. Bueno, tampoco había salido hasta ahora de la tacita de plata. Mire que eran cursis los de antes: itacita de plata! Ahora es una escupidera de lata, pero bah, tampoco hay que andarlo pregonando. Baires tiene colectivos, oh. No tiene playas, ay. Eso sí lo lamento. Sin embargo, me gusta la ciudad. Lo único incómodo son los “intercambios de disparos”, pero cuando suena algún tableteo me meto en una galería. Aquí siempre hay alguna galería a mano. Suerte ¿no? Ayer vi pasar a la presidenta. Iba sentada muy derechita, casi como un maniquí. No sé por qué, siempre que pienso en un maniquí, lo asocio con los cuentos que hace mi viejo acerca de los maniqués de la Casa Spera. Era una sastrería de hombres, allá en Monte, calle Sarandí, al costado de la Catedral. Parece que tenía unos maniqués antiquísimos, y mi viejo dice que

aunque ponían caras de jóvenes, uno se daba cuenta de que eran contemporáneos del presidente Viera o del negro Gradín, de la llegada del Plus Ultra o de la troupe Oxford primera época. Mi viejo decía que, además, ningún traje les quedaba bien, como si al maniquí gordo le hubieran puesto el saco del maniquí flaco, y viceversa. Bueno, la presidenta parecía un maniquí, pero no de la Casa Spera, epa, sino de Christian Dior.

Me paso recorriendo las calles. Todas son nuevas para mí. A veces tomo el subte, me bajo en una estación cualquiera. Pienso, por ejemplo: voy hasta la primera que empiece con V, y entonces me clavo porque llego a Lacroze y no había ninguna que empezara con V. Y allá por Lacroze no hay mucho que ver. Pero entonces aprendo y en la próxima oportunidad pienso: voy hasta la primera que empiece con C, que es una letra más fácil, y tomo otra línea y me bajo en Congreso, y estuve fenómeno porque emerjo de las profundidades y estoy en una zona animadísima, llena de comercios y de gente, como a mí me gusta, y me vengo por Callao mirando las vidrieras y las muchachas, aunque sin apurar el trámite porque para unas y otras se precisa guita y yo estoy pelado, es decir con la escasísima que me dieron mis ancestros en Carrasco, y yo lo comprendo porque el viejo no había cobrado el sueldo [comunico que los ingenieros cobran honorarios, pero los casi ingenieros sólo cobran sueldos] y la vieja tuvo que pedirle prestado a tío Felipe para mi pasaje. Y ade-

más me llevó unos cuantos días ir localizando los boliches baratos, porque aquí uno se desorienta y se desalienta y de pronto ve un restorancito de morondanga y piensa aquí mismo, pero no es de morondanga, porque ahí lastran de vez en cuando Palito Ortega o Leonardo Favio, y a los parroquianos los fajan y con razón porque no van por el bife de chorizo sino por el autógrafo o el chisme, y entonces de qué se quejan. Así que sigo tranquilito por Callao, entre otras razones porque siguiendo y siguiendo y doblando más allá a la derecha y después a la izquierda, descubrí una pizzería que parece una porquería y [por suerte] es una porquería, o sea que allí no van famosos sino los ignotos de siempre, vendedoras de tienda con uniforme naranja y cuellito marrón, laburantes varios que mientras comen ordenan papeles, y claro, la pizza no es como la de Capri [por lo menos la que se ve en las películas norteamericanas que transcurren en Capri] y quizá por eso la sigo eructando hasta el próximo desayuno. Ni comparación con la de Tasende, allá en Monte, que comíamos con la barra a la salida de clase, después de patiar treinta cuadras para ahorrarnos el trole.

Sin embargo, no llego a la pizzería porque al cruzar Cangallo con luz roja [uno tiene sus principios] escucho mi nombre pronunciado por una cascada voz femenina que resulta ser la señora de Acuña, ex amiga íntima de mi vieja pero que de todos modos sigue siendo amiga no íntima, y que está de paso por “esta ciudad divina”, donde ha venido a hacer

unas compritas aprovechando el cambio favorable “antes de que se den cuenta” y “estos ladrones lo ajusten de nuevo”. Está con el marido y las nenas, una de las cuales es de mi edad y la otra de la suya. Y la de mi edad nació en Libra, igual que yo, y es la excepción estúpida que confirma la regla inteligente. El señor Acuña, por su parte, tiene una cara de fatiga que da ídem, y se toma un buen trabajo para resoplar con cierta calculada intermitencia, a fin de que su esposa legal aquilate su sacrificio. Digo esposa legal porque yo le conozco la amante clandestina, y él conoce que yo conozco: una vez los vi entrando taxicómicamente en la modesta amueblada de la calle Rivera, y la clandestina no estaba mal, el veterano no es zonzo, o sea que la nena no salió a él. De modo que cuando la señora de Acuña dijo que ahora no me soltaban y que tenía que cenar con ellos, así les contaba toda la historia de mis prisiones [no sé por qué la vetusta emplea el plural], dije que sí porque como el señor Acuña conoce que yo conozco, no va a ponerse amarrete con el menú. La nena que no tiene mi edad sino la suya, y que ahora capté se llama Sonia, me sonrió permanentemente, y a mí no me gusta que me sonrían porque me pongo colorado y eso nunca es bueno, así que me pongo a mirar obstinadamente a la que tiene mi edad y es estúpida y se llama Dorita, porque como me da asco y principio de náuseas, me provoca la palidez cadavérica necesaria para compensar la roja vergüenza que me provoca la sonrisa constante de

Sonia. De modo que mirando intermitentemente a una y otra de las chicas, mis mejillas, mi nariz y mi frente adquieren un color natural que, sin embargo y como acabo de explicar, es cuidadosamente fabricado. La señora Acuña insiste con las prisiones, y yo le aclaro modestamente que fue una sola y que no pienso convertirla en plural. El señor Acuña, como conoce que yo conozco, festeja el chiste cual si fuera de Hupumorpo, todo para quedar bien conmigo y cuidarse las espaldas sin percatarse de que yo puedo ser chantajista pero no demagogo. Sin embargo cuando Sonia me pregunta con la voz temblorosa si me torturaron, narro mi historia con lujo de detalles, claro que sin darle ninguna importancia, que es la forma más segura de dársela. Dorita entonces me pone la mano sobre el brazo [náusea, palidez, etc.] y a Sonia se le mueven los dedos de la mano derecha, pero lamentablemente está demasiado lejos para tocarme. Con el fin de dominar mis tensiones, me consagro al jamón con melón, la milanesa con papas fritas, y el helado (doble) de dulce de leche, todo acompañado por dos balones de rebotante cerveza. Sintetizando: pagó juiciosamente el señor Acuña, poniéndole así la firma al convenio tácito.

4

Mi pensión tiene chinches y cucarachas, vive Dios, y las paredes sudan. Yo también. Además, hay

un solo baño para siete habitaciones, que en realidad se reducen a seis, pues una está ocupada por dos franchutes jóvenes, que no son lo que se dice fanáticos de la ducha. Él tiene una melena que huele a estofado, y ella unas sandalias abiertas que permiten a la opinión pública enterarse de sus uñas de azabache. Sin embargo, franchutes aparte, el problema del baño es bastante grave, porque si a los efectos de la ducha son seis habitaciones, en cambio a los efectos defecatorios volvemos a ser siete: los galos no se bañan, pero en cambio exoneran el vientre con europea regularidad. O sea que mi alojamiento no pertenece a la cadena del Hilton ni a la cadena del Sheraton, sino [apronten la carcajada] ¡a la cadena del Water! Lástima que no se me ocurrió este horrible chiste cuando estuve con el señor Acuña y su sagrada familia. Habría tenido que festejarlo, muy piola él, porque conoce que yo conozco. En la pensión, que se llama, como es lógico, Hironnelle, porque la dueña dice que sus huéspedes somos aves de paso, en la pensión digo, hay mucha vida. Vamos a entendernos: cuando yo digo vida, quiero decir relajo. Por ejemplo: en la pieza 3 reside un punquista. Él exige que lo llamen Pickpocket, porque se formó en la escuela británica, pero es muy largo como apodo, así que todos lo llaman Pick, y hasta Picky, y él se enoja porque dice que es nombre de perro, pero a esta altura ya no tiene arreglo porque el tercer apodo ingresó a lo que mi profe de historia llamaba la tradición oral. En la número 4

vive una parejita joven, de la cual [puesto que yo vivo en la 5] conozco involuntariamente todos sus ruidos amorosos, que en el caso específico de ella son sencillamente estereofónicos y que me obligan a imaginarla sin ropas con más frecuencia de lo que yo quisiera. El marido o lo que sea, se da perfecta cuenta de mi insoportable situación, pero en vez de tenerme piedad me toma el pelo y cuando se cruza conmigo me dice su estribillo capcioso: “Che, hoy te noto más turbado que ayer, ¿qué te sucede?” Yo lo puteo en silencio, por respeto a la dama sonora, pero él se ríe como el pájaro loco.

En la 6 viven los franchutes, cuyo aroma se cuela a veces por las rendijas, pero debo reconocer que nunca hacen ruidos venéreos. Ruidos de otro tipo sí hacen, ya que él a veces toca la guitarra y ambos cantan canciones de protesta, en un español que les sale directamente de las amígdalas. No se meten con nadie. Si olieran mejor, les tendría simpatía.

En la 7 viven dos botijas, dos nenas, bah, que se la pasan escribiendo a máquina. A veces me despierto de madrugada y sólo oigo las sirenas de la cana y la maquinita de ellas. ¿Qué escribirán?

Aclaro que la 1 y la 2 no las tomo en cuenta porque son las que se reserva la patrona, cuyo nombre es Rosa. Doña Rosa. Se sabe [en realidad es imposible no saberlo, porque ella lo narra dos o tres veces por semana] que es viuda y que su marido fue peronista de la primera época, cuando Evita. Una tarde se puso confidencial y bajando la voz, me dijo en

tono cómplice: “Ahora él sería otra cosa, ¿me comprende?”

5

Tengo que conseguir trabajo, porque la guita se va acabando y no puedo estar pendiente de lo que puedan mandarme los viejos, que por otra parte siempre va a ser poco. Ya fui a dos o tres comercios de Once que pedían personal en los avisos de *Clarín*, pero no bien se enteran de que aún no tengo residencia, dicen un no conmovedor. Ahorro hasta en los puchos, pero me parece un sacrificio idiota. Además hay veces que me vienen incontenibles ganas de fumar, y no tengo. Menos mal que ayer me encontré con el flaco Diego y le estuve mangando puchos toda la santa noche. También vino rajado de la cana. Es claro que él la pasó bastante peor, porque no cayó de boludo como yo, sino por más prestigiosas razones. Dos veces lo agarraron [la primera, escribiendo con aerosol en los muros del Cementerio del Buceo una consigna contra los milicos, y la segunda con un volante que no era precisamente oficialista]. Las dos veces lo movieron lindo, con picana y todo; se aguantó como un tronco y lo largaron. Pero él se dijo: “La tercera es la vencida”, y se tomó el alíscafo de Villadiego.

Yo lo conocía poco, porque me lleva como cuatro años, y además él siempre militaba. “Así que vos

también sonaste”, me dijo, cuán amable. “Quién iba a decir, con lo que siempre te cuidaste.” Es difícil explicarle a un tipo como él, más quemado que el ave Fénix, por qué yo no militaba. Traté de decirse-lo, pero no entendía nada. “Excusas, botija, excusas.” Me revienta que un carajito, que apenas me lleva cuatro años, me diga “botija” con ese dejo sobrador. “Ta bien, ta bien. Pero y ahora ¿vas a militar?” Le pregunto cómo quiere que milite en este caos. No sé por qué se me ocurrió decir caos. “Siempre se puede”, dice él. Le aclaro que antes que nada tengo que hallar trabajo. “Sí, eso está bien. Yo ya estoy laburando. Si querés te ayudo.” Claro que quiero. Anoto un nombre y una dirección. Tengo que ir mañana. “Ahora vení conmigo.” Caminamos como veinte cuadras. Yo hubiera tomado un colectivo, pero él dice que cuando se lleva una vida sedentaria, es muy útil caminar, eso beneficia la circulación. Mi tío Felipe, que es naturista, dice esas mismas aburrideces. Por fin nos detenemos frente a un edificio de varios pisos. Subimos hasta el 15. Un tipo de pelo largo y con colgajos, nos abre la puerta. Hay como quince, todos jóvenes. Discuten, pero no puedo enterarme sobre qué. La terminología me pasa por encima del jopo, no pesco ni una. En un rincón está una piba que casi nunca participa. Tiene cara de tedio, pero es ella la que me dice: “¿Te aburrís?” Me encojo de hombros; tal vez sea un encogimiento afirmativo, porque ella dice: “Vení”, y se mete por un pasillo. La sigo y subimos por una esca-

lera de madera, con alfombra. No es un apartamento común, sino un penthouse. Después de la escalera salimos a una galería, y de allí a un jardín. Sí, hay un jardín, con árboles y todo, y es un piso 15. También hay sillas, mesas, y algo así como un sofá veraniego. “Vení”, vuelve a decir y se sienta en el sofá veraniego. Yo me siento también y por primera vez la miro con atención; por las dudas sonrío. Es morocha, de ojos lindos, oscuros. Será de mi edad o un poco más. El escote es profundo. No está mal. “¿Te gusta?”, pregunta muy serena. Es probable que se me haya depravado un poco la sonrisa. Hay algo de maternal en su carita y a mí siempre me gustaron las madres. “Bueno, sí, sobre todo como anticipo.” Ella ríe francamente, y sin desabrocharse siquiera la chaqueta, puesto que hay espacio suficiente, mete una mano y saca un pecho limpito. Yo me siento autorizado a ayudarla, pero ella me frena de manera inequívoca. “No pienses mal. De todos modos, hoy es imposible. Regla de tres compuesta, ¿tamos?” Y como yo dejo traslucir cierto desencanto, agrega: “Perdón, perdón. Lo hice sólo porque te vi tan aburrido”. Y guarda otra vez el pechito.

6

Las señas que me dio Diego corresponden a una Editorial, presumiblemente de izquierda. Esta vez mi condición oficial de turista no impide la contrata-

ción. “Ya buscaremos la solución”, dice el encargado. “Lo esencial es que empieces a trabajar, porque imagino que tenés que comer, ¿o imagino mal?” Le digo, por supuesto, que imagina bien, y me asigna un sueldo que es bastante bueno, sobre todo considerando las circunstancias algo irregulares de mi permanencia aquí. Le doy las gracias, y él dice que los argentinos, tantas veces exiliados en Uruguay, tenían ahora el deber de prestarnos solidaridad, ya que esta vez éramos nosotros los jodidos. “Cuando yo era chico, mi viejo estuvo como dos años en Montevideo, haciendo y vendiendo empanadas, y la gente lo ayudó mucho.” No saben cómo me alegro de que mi gente oriental haya ayudado a su viejo porteño. Además, me vienen unas ganas locas de comer empanadas. Eso me ocurre con cierta frecuencia: que alguien menciona una comida, o un postre, o un helado, y el estómago se me empieza a retorcer de tantas ganas. En tales casos, soy capaz de pagar cualquier cantidad con tal de tener la comida en cuestión, pero como casi nunca tengo cualquier cantidad, debo quedarme con las ganas, y en realidad no es una catástrofe. De todas maneras, éste es un problema que tenemos los desvalidos y que me permite comprender el odio de clases.

Mi trabajo en la Editorial consiste por ahora en corrección de pruebas. Alguna vez hice en Montevideo suplencias de corrector. Perdí injustamente ese laburo cuando dejé pasar una errata que el autor consideró inadmisiblemente humillante y soez: *orínico*

por *onírico*. No era para tanto, creo. Convengamos en que el intelectual es por definición un susceptible. Espero que los de aquí no sean tan delicados.

Ya comencé con mis nuevas funciones, así que le escribí a la vieja que se queden tranquilos: no moriré de hambre. Aunque, eso sí, no descarto la muerte al cruzar Libertador o si me pesca una bala perdida en cualquiera de los tiroteos que amenizan esta gran urbe. Esto último lo puse para que tengan de qué preocuparse, ya que sólo cuando están ansiosos mejoran sus relaciones conyugales.

A cada rato me encuentro con gente de la vecina orilla. Aunque tal vez no sea correcto nombrarlos así. He notado con cierta alarma que los únicos que decimos “la vecina orilla” somos nosotros con respecto a Baires, pero no los porteños en relación con Monte. Los cronistas deportivos de aquí, sobre todo los de radio, cuando se refieren a nosotros dicen “la otra banda”. Tampoco escriben “allende el Plata”, o sea que jamás podrían hacer deportes en *El Diario* o *La Mañana*.

Casi todos los compatriotas que encuentro y/o conozco ya se hallan trabajando, aunque casi ninguno tiene vivienda más o menos estable, y hasta me topé con uno que ni siquiera tiene documento. No cometo la indelicadeza de preguntarle cómo entró. Puede haberlo perdido, claro. Uno de los compatriotas me enseña dónde queda el consulado uruguayo. Por las dudas, cruzo a la vereda de enfrente. En esta zona veo muchas caras conocidas de la pa-

tria chica, pero prefiero dirigir mi seductora mirada hacia otro punto cardinal, ya que la mayoría son tiras que en otro tiempo frecuentaban los cafetines del Cordón. El flaco Diego, que se las sabe todas, aconseja no concurrir a los cafés ni a las pizzerías de Corrientes, sobre todo entre el Obelisco y Callao, porque allí anda suelto tanto tiraje oriental que hasta se vigilan entre ellos. Una lástima, porque a mí me gusta Corrientes, sobre todo de noche.

En vista de que voy a tener sueldo, aflojo un poco mi política de ahorro y compro cigarrillos. Mamá siempre dice que si sigo fumando así voy a morir de cáncer al pulmón como mi abuelo, pero él crepó de 81, así que me faltan nada menos que 64, a qué me voy a angustiar desde ahora, tampoco hay que pasarse de previsor. Capaz que me secuestran o me acribillan la semana que viene, cruz diablo, y me voy al purgatorio sin haber tenido siquiera este disfrute. O sea que en media hora fumo más que tres murciélagos juntos. Digo esto por simple hábito coloquial, ya que en realidad nunca vi fumar a un murciélago, mucho menos a tres. En rigor, debería decir “más que tres monos”, ya que, aunque no hayan ingresado al diccionario de modismos, hay monos que son empedernidos fumadores, y de eso sí soy testigo porque sé de uno que fumaba en Villa Dolores y otro más en Palermo, y este último además sacudía la ceniza sobre la palma ahuecada de la mona, flor de masoca la simia.

Cuando le digo a doña Rosa que por fin he con-

seguido laburo, da rienda suelta a su entusiasmo y me besa casta y sudorosamente en ambas mejillas. Como el baño está ocupado por la dama sonora, debo esperar como 38 minutos si quiero lavarme el pegote. Claro que la vieja no lo hace con intención aviesa, pero igual me jode. Es buena, menos mal. Aunque para mi gusto, se pasa de entusiasmo. Personalmente opino que éstas no son épocas para entusiasmar a nadie. Hasta el fútbol da lástima. Tengo la impresión de que ahora nos amamos con los porteos, porque ellos y nosotros estamos a cuál más patadura en el viril deporte. Unidos en la desgracia. Bueno, doña Rosa se entusiasma con Vélez. Es el colmo. Ni siquiera es hincha de un cuadro importante, como Boca o River. Escucha el partido íntegro por la radio, y a la noche vuelve a ver los goles por televisión, que para mayor aberración no son los que metió Vélez sino los que le metieron. Otra masoca. Por eso dejo que me bese casta y sudorosamente las mejillas, a fin de que canalice de algún modo su entusiasmo potencial. Y bueno, cuando por fin sale la dama sonora, entro al baño y me lavo el pegote.

7

Al menos en esta primera semana, el trabajo me gusta bastante. Hasta ahora no he tenido quejas. Es claro que al final de la tarde tengo el balero que es

una matraca. Fatiga intelectual. Quién me iba a decir a mí [como estudiante evité siempre el surmenage] que iba a terminar haciendo semejante concesión: fatiga intelectual, nada menos, como un traga cualquiera. Para peor, a la salida me encuentro con Leonor y su hija. Esa familia siempre me cayó bien, pero hoy me dejaron en ruinas. El marido de Leonor está en el penal de Libertad. Ella lo vio antes de venirse, y dice que envejeció diez años en cuatro meses. Lo han reventado. Él fue quien les pidió que se vinieran. Leonor no quería, pero parece que él se angustiaba tanto que al final ella le prometió que sí. Ahora no saben qué hacer. Laura, la hija, me mira esperanzada, como si yo pudiera darles una idea salvadora. Pero, aunque me estrujo el cerebelo no se me ocurre nada. Y Leonor que llora despacito, sin armar escombros. Ni siquiera llora para Laura o para mí. No, llora para ella. Le pregunto a Laura por Enrique, su hermano, que en primaria fue mi compañero de banco. “Hace un año que no sabemos de él. Está borrado. Todos los días compramos los diarios de Montevideo para ver si aparece en alguna nómina, mejor dicho, con el pánico de que aparezca en alguna.” Y yo parado como un imbécil, sin saber qué decirles, ni qué hacer. Les cuento que trabajo en una editorial, les digo que si llego a saber de algún trabajo para Laura, les aviso. Me dejan el teléfono de unos amigos. Después se van, apretadas una contra otra, como protegiéndose. No puedo comer nada. Una vergüenza. A la noche, cuando me

acuesto, de repente me viene como una sacudida, un estremecimiento, qué sé yo, y lloro como un cuarto de hora. Y todo, por una desgracia que no es mía. ¿O será?

8

A Celso Dacosta lo había visto sólo un par de veces, allá en el Prado, cuando ambos frecuentábamos el club Atahualpa. Pero cuando me ve en Pueyrredón y Viamonte, me grita por entre los colectivos y cruza a las zancadas. Me abraza, me pregunta si estoy viviendo aquí, me vuelve a abrazar. Que ahora no puede, porque va muy apurado, pero que tenemos que vernos. Por lo pronto, quiere saber si tengo libre la noche del sábado. Que hay una reunioncita en casa de unos amigos, “platudos pero izquierdosos, el pueblo bien vestido jamás será vencido”. Que no vacile más. Que aquí tengo la dirección. Que llegue después de las diez. Bueno, digo.

Y voy. Es bruto piso, esta vez en Libertador. Llego a las diez y media, pero Celso no está. Me encuentro bastante perdido. Hay como sesenta personas. Y es toda gente conocida. Son caras que he visto en *Gente* o en *Siete días*. Me presentan a tres o cuatro, pero en cuanto puedo me quedo solo, con un vaso en la mano, contemplando con gesto admirativo un cuadro de mierda. Afortunadamente se olvidan de mí. Entonces puedo mirar a todos. Vine con la me-

jor ropa que tengo, pero cualquiera puede advertir que mi pozo es de otro sapo. Ellos están de sport, pero qué sport, mama mía. Las mujeres se ríen para adentro, a fin de que el maquillaje no se les desar-me. Sus carcajadas suenan como en una cavernita. Y los hombres les hacen más y más chistes, para joderlas, claro, y al final siempre consiguen que alguna lance la carcajada hacia fuera y en consecuencia desplanche las arrugas.

Cuando por fin llega Celso, me pesca mirando de soslayo a una morocha silenciosa que lo único que hace es tomar jugo de naranja. Que si sé quién es. Que si quiero me la presenta. Y antes de que yo responda, estamos presentados. Y allí nos deja, ella con su jugo y yo con mi whisky. Ella da un resoplido, como diciendo qué pesado [Celso, claro] y yo, por hacer algo, frunzo el ceño. Le digo que la he visto en *Sueñorreal* y que me parece que ella tiene condiciones para más, mucho más. “Es una porque-ría”, dice. Cuando habla, aunque sólo diga esa banalidad, su atractivo se multiplica por cinco o por diez. Sucede que cuando está callada, su expresión es muy dura, casi agresiva. Cuando habla, en cambio, se ablanda, se vuelve cálida. Se lo digo. “Así que sos buen observador.” No, generalmente no lo soy. Me ha gustado observarla a ella, eso es todo. “¿Por qué?” Bueno, porque es linda [risita de ella, soplido mío], pero además porque tiene una mirada misteriosa [levanta las cejas], no de gran misterio, sino de misterio pequeño, breve. Suelta una carca-

jada, sin la menor preocupación por el maquillaje. “¿Así que misterio breve? ¿Y por qué breve?” Porque en cualquier momento se disipa, se resuelve. “¿Y se puede saber con quién tiene que ver ese misterio?” Hasta este momento me las arreglé para evitar el tuteo o el usteo, pero aquí no tengo más remedio que decidirme y sigo: “Con vos”. El voseo la sorprende [debe tener 26 años, o más], no lo esperaba, pero menos aún esperaba lo que el voseo dice. Toma un poco de jugo para hacer tiempo. Los ojos oscuros le brillan. “¿En qué trabajás?” Se lo digo. “¿Por qué no venís mañana a buscarme después del ensayo?” Me gusta y no. Me gusta su físico, especialmente su cara, también sus manos y sus piernas. Me gusta también ese misterio que le inventé. Pero no me gustan tres cosas: que sea actriz, que sea famosa, y que sea tan vieja. Figúrense, yo con una vieja de 26 años. Pero la tentación es grande. “¿Tenés miedo? No voy a comerte. Es para que conversemos, sólo eso. ¿Y sabés por qué? Me gustó eso que me dijiste. Creo que tenés razón: hay un misterio pequeño y breve, un misterito, y tiene que ver conmigo misma. A lo mejor me ayudás a resolverlo.” Ahora soy yo quien trago whiskey para ganar tiempo.

9

Digamos que se llama Isabel. Claro, ése no es su nombre. Pero no quiero quemarla. Aunque siempre

es posible que mañana o pasado, *Antena* o *Radiolandia* informen que la hermosa protagonista de *Sueñorreal* [tampoco ése es el título] fue vista en compañía de un espigado joven. Así que digamos se llama Isabel. El espigado joven pasa varias horas pensando que irá a buscarla a la salida del ensayo. El problema es la ropa. Pero lo resuelvo fácilmente. En vista de que no puedo competir por lo alto, decido vestirme a lo reo. Y sin complejos. Como si estuviera orgulloso de la tricota tejida por mi vieja.

Llego tan puntual que me da vergüenza, así que doy tres vueltas a la manzana antes de establecerme en la puerta del teatro. En realidad, podría haber dado diecisiete vueltas, porque ella demora una hora, nueve minutos, veinte segundos. Mantengo un cruento enfrentamiento [como diría Radio Carve] con mi dignidad, cuyo insistente consejo es que me vaya y deje plantada a la destacada intérprete. Sin embargo, me quedo. No sé bien por qué, pero me quedo. Podrido de esperar, pero me quedo. Por fin aparece. Sale del ascensor, con todo un clan. Soy el único que está esperando, así que no hay confusión posible. Pero ella pasa, riéndose y manoteando [en este momento me parece vulgar], me mira como quien mira una cornisa, una bisagra o una cucaracha, y sigue riéndose y manoteando con sus pares. Yo soy impar. Montan en tres autos y arrancan con un ruido infernal. O sea que el espigado jovencito no será mencionado en *Radiolandia* ni

en Antena. Entonces me doy cuenta de que estoy sudando. Debe ser que la tricota que me hizo la vieja es demasiado abrigada.

10

Fumo un cigarrillo y me siento mejor. Después de todo, ¿qué tengo que ver con ese mundo? Porque acá, ser actor o ser actriz no es lo mismo que en Monte, donde uno puede encontrar a Candeau en el trole, o a Estela Medina en la panadería. No sé si es mejor o peor, pero no es lo mismo. Allá nadie hace mucha guita en el oficio. Además, no hay cine. Aquí sí, y en el cine corren los millones. Siempre están hablando de que el contrato es por tantos y cuántos palos. Y en la televisión, y hasta en el teatro. Y qué aparato de propaganda, con chismes y todo. ¿Cómo no va a creer esta gente que es lo más importante del mundo y sus alrededores?

A esta hora ya no hay subte y los colectivos escasean. Hay taxis, claro, pero yo estoy seco. De modo que regreso caminando a la Pensión Hironnelle. Deben ser unas ciento veinte cuadras. O quizá sean trescientas quince. Pero me hace bien. Paso primero por la decepción, luego por la bronca, y finalmente asumo una relativa calma. ¿Será que he alcanzado la madurez? ¡Jamás! ¡Renuncio solemnemente a madurar! Como bien dijo Heráclito, la fruta madura es la que está más cerca de podrirse. Bueno, no sé si

fue Heráclito, pero siempre hay que mencionar una fuente prestigiosa. A lo mejor no lo dijo nadie y entonces aprovecho y lo firmo yo. Cuando la alternativa es Madurar o Morir, entonces por supuesto prefiero la Muerte. Si anteanoche se lo hubiera dicho a Isabel, tal vez se habría acordado de mí. No hay que tener miedo a las palabras. Las palabras consiguen cosas. Y mujeres.

No todas las ciudades son lindas por la noche, sobre todo si uno las camina en plena decepción. Pero Baires me gusta aun en estas inclementes condiciones. Siempre tiene algún perro vagabundo que decide acompañar a los espigados y abandonados jovencitos, y a veces, como esta noche, son cuatro los perros vagabundos. Se amontonan, se separan, se vuelven a reunir, me acompañan en cada cruce, no sin antes fijarse a diestra y siniestra [debe haber sido un diestro el que inventó que la izquierda era siniestra ¿no?] y esperar que pase rugiendo el larguísimo camión-tanque, para luego flanquearme otra vez en la vereda de enfrente, tan conscientes de su papel de custodios, que ni siquiera husmean los tachos de basura ni se montan los unos a los otros, para decirlo en lenguaje bíblico, todo lo cual es una muestra de que consideran su desfile nocturno, no como un alarde de hedonismo sino como un austero acto de servicio. Y así vamos los cinco, con paso preocupado y sin darnos respiro, viendo cómo aquí el viento arremolina los papeles sucios de la jornada, y cómo allí un tipo de nariz ganchuda propina dos trompadas cau-

telosas [como si no quisiera romperle el tímpano] a una puta opulenta que ni mosquea y a su vez le da al musculoso una bruta patada en el cóndilo femoral [¿vieron cómo sé de esqueleto?]. Más allá, afortunadamente fuera de mi contorno inmediato, los ululantes carrromatos policiales de siempre. Y aunque ese riesgo transcurre lejos, los cuatro perros se detienen y me miran ansiosos, como esperando de mí una definición, un diagnóstico o un alerta. Pero yo sigo caminando indiferente. Entonces los cuatro se consultan y deciden continuar con su marcha solidaria. Diez cuerdas más allá, dos botones advierten de lejos nuestras presencias y se detienen a esperarnos. Pero se ve que los cinco imponemos respeto, ya que pasamos frente a ellos sin que se atrevan a molestarnos.

11

En la Editorial corrijo pruebas hasta quedar estúpido. Hace una quincena que estoy dale que dale con una revista de economía. Primero fue un ensayo de setenta páginas, sobre desarrollo económico de Inglaterra en las etapas previas a la revolución industrial. Encontré quince erratas en la cría de ovinos, veinte en los hurtos de tierras comunales, y doce en el patrimonio eclesiástico. El tema no es precisamente una diversión. De noche sueño con residuos feudales y racionalización del proceso productivo. El artículo que me toca hoy trata de la utili-

zación de las leyes económicas. Ahí encuentro nueve erratas en la acción espontánea de las leyes objetivas; dieciocho, en la necesidad natural de la producción social, y apenas cuatro en la acción concordada de los trabajadores. O sea que esta noche soñaré con las normas tecnoeconómicas científicamente fundamentadas y el tiempo medio socialmente necesario. ¡Y a mí que me aburrían las matemáticas! Mientras voy corrigiendo, decido no poner atención al tema, por dos razones. Una: que ni aun poniendo atención entiendo de qué se trata. Dos: que si intento empaparme en el asunto, se me escapan las erratas. En una ocasión vuelvo atrás, porque me distraje, y lo bien que hice [no en distraerme sino en volver atrás] porque se me habían pasado nada menos que *congunto* y *eslavones*.

A veces me ocurre que leo y leo sin pestañear, y los ojos se me ponen duros de tanto tenerlos abiertos. Ya sé que es idiota, pero de a ratos me parece que si pestañeo, en ese preciso instante se me va a pasar la errata que espera agazapada entre tantas leyes económicas. Entonces lo que hago es señalar con la uña [dicho sea de paso, tengo que limpiármela] la palabreja en que me detengo, miro hacia el costado, pestañeo cómodamente varias veces seguidas y vuelvo a la galera con los ojos ya más humedecidos y menos rígidos. Y sólo entonces retiro la uña, luego de limpiarla con una tarjetita.

A Dionisio —22 años, vecino de barrio, estudiante de química— lo encuentro en Córdoba y Canning. Hace sólo seis meses que no lo veo, pero parece que hubieran pasado por él como diez años. Ha perdido vitalidad, dinamismo, travesura, qué sé yo. No está histérico, sin embargo, como tanto compatriota que encuentro. No, él está calmo. No sé qué es peor. Porque su calma es sobre todo una tristeza bárbara. Al principio no sé qué decirle, qué preguntarle. Siempre fue más lúcido, más inteligente y más seguro que todos nosotros. Cómo voy yo ahora a aconsejarle, a compadecerlo, a ayudarlo. Además, ¿compadecerlo de qué? Le digo si quiere que tomemos una cerveza. Y acepta.

Cuando el mozo deja frente a nosotros los dos balones, Dionisio sonríe por primera vez, pero es una sonrisa gris, sin impulso, apagada. “¡Qué seguro estaba yo! ¿Te acordás?” Claro que me acuerdo. Ya no puedo seguir sin preguntarle. Y le pregunto. Estuvo preso, claro, quién no. Sólo cuatro meses. Los agarraron a él y cinco más, incluido Ruben, en una reunión en lo de Vicky. “¿Te acordás de Vicky?” Por supuesto. No es para olvidarla. Casi le digo eso, pero me freno, quizá porque tengo la impresión de que está a punto de llorar y que ahí está el nudo del problema. Vicky era su noviecita. Y todo tenía aspecto de amor eterno. Siempre se los veía juntos: en el parque, en las asambleas estudiantiles, en el óm-

nibus, en el cine, en la Facultad. “La llevaron con nosotros. Al principio nos trataron correctamente. Era el ‘bueno’. Como no consiguieron sacarnos nada, nos pasaron al ‘malo’, que ni siquiera se demoró en la etapa de los piñazos. Directamente a la máquina. No sabés lo que es eso. Sufrís por vos y por los otros. Nunca nos amasijaban simultáneamente. Se la agarraban con uno, y que los demás imaginaran lo peor, bajo la capucha. Tan es así que cuando llega el momento de que te la apliquen a vos, tratás de gritar lo menos posible [aunque es imposible no gritar] para joder menos a los que escuchan y no ven. Así estuvimos quince días.” De pronto veo que se afloja, que se tapa la cara con las dos manos. La voz empieza a llegarme entrecortada, por entre sus dedos húmedos y crispados. “La única vez que me sacaron la capucha fue cuando la violaron frente a mí. Me tenían amarrado, desnudo. Y a ella a tres metros, desnuda, con las muñecas y los tobillos atados a una tabla ancha, en el suelo. Fueron como diez. Y ella sabía que yo estaba allí, impotente. Al principio gritó como loca, luego se desmayó, pero ellos siguieron, siguieron. Yo quería cerrar los ojos, pero los tipos se daban cuenta y me los abrían a la fuerza. Tuvieron que llevarla al Hospital Militar. Casi se les muere. Un mes después nos soltaron a todos, menos a Ruben.” No sé qué hacer. Le pongo una mano en el brazo. La gente del café lo mira gemir y balbucear. El mozo viene a preguntar si “su amigo se siente mal” y tengo que inventar que

“le han comunicado una desgracia familiar”. Dice “pobre” y se aleja con el cinzano y las aceitunas que le pidieron de otra mesa. Dionisio se va calmando, y yo le pregunto dónde y cómo está ahora Vicky. “Vive pero no existe ¿entendés? Nunca se recuperó. No volvió a hablar. La vi, le hablé. No responde, no reconoce a nadie. El viejo tiene guita y la quiere llevar a Europa, a ver si allí pueden hacer algo. Los médicos recomendaron que yo no la viera más, al menos por ahora: era contraproducente, según ellos. Además, a mí me fueron a buscar dos veces a casa. Al final, tuve que salir, y todavía no sé cómo lo conseguí. Salí por Rivera a Brasil, luego por Uruguayana a Argentina, y me vine hasta aquí haciendo dedo. Demoré veinte días.” No puedo quitarme del mate la imagen de Vicky, tan linda, tan emprendedora, tan deportiva, tan buena estudiante. Dionisio levanta la cabeza, los ojos ya sin lágrimas, y mirándose la punta del zapato, dice despacito: “Y todavía falta lo peor de la historia”. Tengo que estirarme para oír: “Está embarazada”. ¿Vieron? La puta vida también puede ser cursi.

13

Me refugio en una galería de Santa Fe, porque el tiroteo suena cercano. Y empiezo a mirar vidrieras, para hacer tiempo. Hay una muchedumbre en la galería. Los dueños de las *boutiques* salen ganando

con estos tableteos de ametralladora. Porque la gente se pone a salvo en las galerías y siempre termina comprando algo. Además, los que se resguardan compran por cábala, por agradecimiento a ese azar que los pone cerca de Santa Fe cuando van a empezar los tiros. No es lo mismo que la “balacera” [como dice la TV] te pesque en Santa Fe y Talcahuano, o que te agarre cuando cruzás 9 de Julio, o sea en pleno descampado de asfalto. No tengo un solo mango para comprar nada, así que simplemente miro la vidriera de los *cassettes*, después la de la ropa de los *playboys*, más allá la de colgajos para hippies, más aquí la de cerámicas, y la de velas de colores, y la de grabadores, y la de cámaras fotográficas. Ya sólo me quedan las *boutiques* femeninas, y me paro frente a una de ellas, sin ver nada, indeciso. De pronto noto que desde adentro alguien saluda con la mano. Tiene que volver a hacer señales, porque en el primer momento pienso que el saludo es para otra de las personas que andan haciendo tiempo o esperando que cesen los tiros. Sólo cuando sonrío me doy cuenta de que es, digamos, Isabel. Saludo sin muchas ganas, y ella me hace señas de que la espere. No la había conocido porque tiene otro peinado, otro color de piel [está como más cobriza] y sobre todo otro atuendo: en vez del vestidito deportivo que llevaba cuando la conocí, o el saco largo de cuando me dejó plantado hace veinte días, ahora lleva uno de esos conjuntos con chaqueta ajustada y pantalones amplísimos. Recuerdo que mi

vieja los llama “palazzo” pero yo creo que simplemente son pijamas de calle.

Sale por fin, cargada de paquetes, y no me mira como a cucaracha ni cornisa sino como a joven es-pigado. Además me besa levemente en la mejilla. El perfume funciona. No sé si me entienden [¿quiénes son ustedes?]. Suave, pero tremendo. De pronto me parece que toda la galería tiene ese perfume. Suave. Pero tremendo.

Está alegre hoy. No taciturna y aburrida como la noche de la reunión, ni ruidosa y frívola como la noche que me dejó plantado. Alegre nomás. Y no menciona la cita incumplida. Tampoco la menciono yo. Nombrarla sería humillarme. Hoy estoy de camisa. También puede ser que la otra noche no me haya reconocido porque llevaba la tricota que me tejió la vieja. Pero, en ese caso, tendría que reprocharme que no fuera a buscarla. O quizá no me lo reprocha para no humillarse ella. “¿Qué hacés aquí? ¿Andás de compras?” Aclaro que me metí en la galería a causa de los tiros. “Yo también. Pero me salió caro. Mirá todo lo que compré.” La ayudo con los paquetes. “Vení conmigo. ¿O tenés algo que hacer?” No, no tengo que hacer. “El auto está a media cuadra. Y ya se acabaron las balas. Por hoy, al menos.” Es cierto. La gente se va reintegrando lentamente a la calle. La avenida recupera su enloquecido ritmo de siempre. La gente grita, ríe, se llama. Dos convertibles, tripulados por varios maricones a todo color, se meten veloces entre los colectivos y

los taxis para poder llegar al próximo cruce antes de que se encienda el rojo. Nadie diría que este año ya ha habido novecientos muertos por razones políticas.

Antes de que llegemos a la playa de estacionamiento, empieza a lloviznar. Así y todo, firma dos autógrafos: a una jovencita de voz chillona y a una señora respetable. Tengo la impresión de que disfruta con el asedio. Otra gente no le pide nada, pero la señala. Ahora la llovizna se transforma en lluvia. Yo me siento libre, nadie me tiene en cuenta, aleluya. Ella acomoda los paquetes en el asiento de atrás. “Qué frío, che. Vení, vamos a casa a tomar un trago. Después de tantos tiros y tantas compras, nos hace falta ¿no? Además, tenemos que festejar el encuentro.”

El apartamento no es lo que se dice suntuoso, pero en cambio es muy confortable. Yo me desparramo en un mueble extraño: muy chico para ser cama y muy grande para ser sofá. Me quedaría horas echado ahí. Desde el fondo de *aquello*, empiezo a examinar el ambiente único. Decido que un apartamento así será el ideal de mi vida cuando ésta se vuelva sedentaria. Por ahora no, porque soy nómada. He notado que los sedentarios siempre son viejos. O maduritos como, digamos, Isabel. Le pregunto si se considera sedentaria. “¿Qué es eso?”, inquiera a su vez, con las palabras medio acuosas, porque se está lavando los dientes en el baño. Le aclaro que sedentarios son los que no andan

loqueando de domicilio en domicilio, de pradera en pradera, de país en país; éstos, en cambio, se llaman nómadas. Si me oyera la profe de historia, estaría orgullosa de mí. Pero no está orgullosa; está presa. “Entonces soy sedentaria. Odio las praderas. Odio las mudanzas.” Ya me parecía. Eso le sucede por tener cosas que mudar. En cambio, todo mi equipaje soy yo mismo. “Qué lindo eso, parece de Antonio Machado. ¿Sabés que yo empecé haciendo un recital de Antonio Machado?” No, no sé. Evidentemente, ésta se cree que todos estamos al tanto de su biografía. Pero para que vea que sé quién es Antonio Machado, le recito: “Arde en tus ojos un misterio, virgen [pausa] esquivada y compañera [pausa]. No sé si es odio o es amor la lumbre [pausa] inagotable de tu aljaba negra”. La cita le hace asomar la cabeza. La cabecita, bah. Digamos Isabel. “Cultísimo, joven, cultísimo. Aprobado por unanimidad.” Ahora está con un blue jean y una polera azul. Se cambió en dos patadas. Como se cambian las actrices, bah. “El whisky ¿lo querés solo o con hielo?” Con hielo, claro. Viene con los dos vasos y se sienta en la alfombra, pose de Buda. “No te quedés en ese camastro. Vení, descendé hasta el pueblo.” Me da lástima dejar el mueble extraño. Además, no me gusta sentarme en el suelo, aunque esta vez medie, entre el suelo y yo, una alfombra tan suave y mullida como ésta; tengo las piernas muy largas y nunca sé dónde ponerlas. Cuando me siento en el suelo, me parece que por todas partes me

rodean mis piernas. Pero era más incómodo mirarla desde el camastro, así lo llamó ella, y después de todo no es desagradable sentarme en la alfombra no sólo rodeado por mis piernas sino también por Digamos Isabel en un apartamento de un solo ambiente donde no hay nadie más que rompa los forros.

“La otra noche me dijiste que yo tenía un misterio pequeño y breve. Y también que ese misterio tenía que ver conmigo.” Tengo la impresión de que ya se me pasó el rencor. En los últimos minutos, he empezado a tratarla mejor. Pero de a poco, de a poco. Hay pendejos que se mueren por las actrices. Yo no. Me gustan o no me gustan, pero no me muerdo por ellas. Ésta, por ejemplo, me gusta. Tampoco ella está tranquila del todo. Y eso que debe tener bruta cancha para tratar con nosotros, los jóvenes espigados.

“¿Sabés cuál es el misterio pequeño y breve que tiene que ver conmigo?” Entre dos tragos de Escocia, mi cabeza dice no. Si ella supiera que eso lo dije la otra noche, nada más que para salir del paso. Debe pensar que soy astrólogo o quiromántico. “El misterio es que estoy viviendo en falso.” Ah. “Lo que me dijiste me siguió dando vueltas en el moño. Me costó admitirlo ¿sabés?” Ajá. “Fue por eso que la otra vez, a la salida del ensayo, hice como que no te veía.” Proyecto decir ajajá, pero el estornudo me saca del apuro; además, me sueno discretamente las narices. “¿Te resfriaste con la lluvia? Sí, fue por eso

que pasé riéndome como una tarada. Porque no estaba segura.” ¿Segura de qué? “Bueno: de que realmente quería hablar con vos de todo esto. Así que lo dejé al azar. A lo mejor no sabés que los actores somos horriblemente supersticiosos, cabuleros. Si lo encuentro, se lo digo. Si no lo encuentro, se acabó.” Y me había encontrado.

Digamos Isabel está ahora como transfigurada. No sé qué le pasa. Está luminosa. O transparente. La gran siete ¿me estaré enamorando? Ya perdió la transparencia, menos mal. Pero tengo que andar con cuidado. “Sí, estoy viviendo en falso. Fijate, yo no era así. Era bastante mejor que esto. Vengo de una familia bien proleta. ¿Verdad que no lo parece? Hasta hace tres años, mi viejo todavía trabajaba en la fábrica, y mi vieja cosía para las damas del barrio. Ahora no, porque yo gano bastante y les compré una casita y los ayudo. Aparte de que el viejo se jubiló. Y también mi hermano los ayuda. Es traductor simultáneo, gana bien. Pero ¿a qué venía todo esto? Ah, sí. Te decía que vengo de familia proleta. Y por eso mi vocación de actriz, que sí la tengo, no era para llegar a porquerías como *Sueñorreal*.” [No es el título, ya saben.] “Yo siempre quise ser actriz, pero el objetivo esencial era hacer algo útil, ayudar a que la gente entendiera cosas, y no a confundirla, como ahora hago. En el fondo, también ayudo a confundirme.”

Digamos Isabel vacila. Se pone linda cuando vacila. Se interrumpe, y entonces tomo otro trago de

Escocia, pero éste es el último. “Sé que algún día tendré que tomar una decisión. Y será grave. Porque: o sigo confundiendo y confundiéndome, o me libero de toda esta mierda. No es fácil. Para vos puede ser fácil, porque estás en cero. Como dijiste hace un rato, sos tu único equipaje. Pero yo he ido fabricándome tentaciones, y cayendo en ellas. Viste, te sentaste un cuarto de hora en ese monstruo, y cuando te pedí que vinieras a la alfombra, te costó abandonarlo. Todo es así. El confort es muelle, cada vez más muelle; ablanda, aquieta, inmoviliza. Y si a pesar de todo te movés, es para ganar más plata, a fin de conseguir más confort. Ese mueblazo me lo compré para leer con comodidad. Pero debo confesarte que nunca lo he usado para leer sino para dormir la siesta. Que es para lo único que sirve, porque ni siquiera es bueno para hacer el amor.”

Sospecho que esto quiere decir algo, pero Digamos Isabel no parece estar insinuando nada. ¿O estará insinuando y no me doy cuenta? ¿Por qué seré *tan* adolescente, diosmío? Por lo pronto me sirve otro whisky, ya que ha dejado la botella al alcance de la mano, junto a la alfombra. ¿Habrá querido decir que el mueblazo no sirve, pero la alfombra sí? Decido mirar a Digamos Isabel, pero de pronto me doy cuenta de que tampoco yo estoy insinuante. Debe ser que el tema es demasiado grave. Le pregunto qué la hace sentirse tan mal en su trabajo. “Mirá, quizá sea la tremenda distancia entre lo que podría hacer y lo que efectivamente hago.” ¿Y por

qué no lo hace, carajo? “Razón número uno: tengo miedo. Pero es un miedo bastante complicado. Incluye, por supuesto, el pánico a que me pongan una bomba o me secuestren o me amenacen o me maten. Mientras haga estas boludeces de ahora, estoy a salvo, porque no se me oculta que indirectamente colaboro con ellos, les sirvo. La cursilería como factor de alienación. Así tituló su ponencia un sociólogo amigo mío, y el muy cínico me la dedicó. Pero hay otro miedo. Por ejemplo: el pánico a perder el nivel de vida, este apartamento, el confort, el auto, el mueblazo, la alfombra, el whisky escocés. Y te juro que no sé cuál de esos dos miedos es el más importante; cuál el que me frena y a la vez me liquida. Porque fijate: yo podría elegir un punto intermedio, algo por lo menos decoroso. No creo que los ovarios me den para hacer teatro o recitales políticos, porque hoy en día eso te puede costar el pellejo. Pero sí podría hacer teatro o cine o recitales con textos decentes, textos buenos. Ya que no me animo a trabajar por la justicia, y mucho menos por la revolución, podría trabajar al menos por la cultura.” ¿Y? “Pero así no se gana plata. Yo conozco esta mugre. Estoy en ella. Conozco cómo se fabrica un éxito. Te aseguro que es un asco.”

Ya hace un rato que la oigo como a través de una niebla, y cada vez le doy menos importancia a lo que está diciendo. Está a pocos centímetros de mi mano, bocarriba en la alfombra, con la mirada fija en algún centímetro del cielo raso. La polera se le ha

subido un poco y queda a la vista una franjita de piel cobriza. Hacia allí extendiendo mi mano. Siento que la piel se le estremece como la de un caballo cuando espanta las moscas. Pero yo no me espanto. La piel tostada de Digamos Isabel es además suavísima. Ella suspende la frase en un punto y coma. Quizá la tomé de sorpresa. No dice nada. Simplemente me deja hacer. Hay un cierre metálico que se atraca, como siempre. Entonces ella baja sus manos y me ayuda. Actúa fríamente, como si hubiera llegado a un punto inevitable. Lo sorprendente es que su cuerpo es increíblemente joven, como de quince y no de veintiséis. Me quito la ropa despacito, como si yo también tomara las cosas con calma. También puedo ser actor, qué joder. Incluso tengo presencia de ánimo como para tenderme luego junto a ella [la verdad es que tengo un poco de frío] que sigue bocarriba mirando el cielo raso. Con una mano le doy vuelta la cabeza, para verle los ojos. Está llorando. Eso no lo esperaba, y no puedo evitar que me conmueva. Le paso con suavidad los dedos por la mejilla. Ella dice: “Así como estamos hay menos diferencia entre vos y yo. No importa que mis ropas sean modelos exclusivos y en cambio las tuyas sean tan baratas como las que yo usaba cuando iba al colegio de San Nicolás. No importa, quedaron ahí, en ese montón, y ya no nos discriminan. Y cuando me acaricies [¿me vas a acariciar?], no importa que no tengas un mango y yo en cambio posea una jugosa cuenta bancaria. Los cuerpos no tienen bolsillo évis-

te? Tampoco importa que vos vengas huyendo de tu policía, y yo en cambio esté huyendo de mí. Mirá, tus vellos y los míos son casi del mismo color.” Yo los arrimo, para que Digamos Isabel y yo podamos comparar. Efectivamente, son casi del mismo color. Se mezclan y no se nota la diferencia. Todo parece formar parte del mismo vellón.

14

Dionisio se ha propuesto analizar la derrota: la del país y la suya propia. “¿Tengo derecho a sentirme deshecho, simplemente porque a Vicky la convirtieron en un cactus, y a mí en un testigo lleno de odio y de vergüenza? ¿No te parece imperdonable que sólo hayamos calculado nuestra victoria y jamás nuestra derrota?”

No sé qué decirle. La verdad es que yo, personalmente, no calculé nada: ni victoria ni derrota. ¿Será porque odio las matemáticas? Ni siquiera calculé las patadas y piñazos que me dieron en San José y Yi. “Ésta es la prueba de que estábamos inmaduros. Pensamos que el enemigo era un caballero conservador y resultó ser una bestia asesina. ¿Querés decirme qué puedo hacer ahora con este odio? Te aseguro que no es un odio creador. En todo caso es un odio ciego, porque no sé quiénes son: cuando me sacaban la capucha, ellos se la ponían. Recuerdo las voces, claro, nunca las olvidaré, pero ¿cómo recons-

truir un rostro y un nombre a partir de una voz? Porque lo más jodido, desde un punto de vista político, es que en este momento el triunfo me importa menos que la posibilidad de reventarles la cabeza a quienes nos arruinaron a Vicky y a mí. Y eso no está bien. Pero no puedo evitar sentirlo así.”

Al final, yo mismo casi lo siento como él. O me figuro que lo siento. Es difícil meterse en el pellejo de otro. Y a mí me es más difícil porque probablemente nunca he estado enamorado de una muchacha como Dionisio lo estaba de Vicky, y entonces es imposible que yo imagine qué se siente cuando un montón de tipos se van montando por turno sobre la muchacha que es todo para uno. O casi todo, que ya es bastante. Vamos a ver, ¿qué sentiría yo si viera que una docena de esos monos se la dan a Digamos Isabel mientras a mí me tienen amarrado e impotente? Es claro que yo no estoy enamorado de Digamos Isabel, pero de cualquier manera debe ser muy jodido ser testigo de una cosa así. Y debe ser jodido aunque uno ni conozca a la mujer. Digo que yo no debo estar enamorado de Digamos Isabel porque, si bien me gustó mucho la *jam-session* de la otra tarde, y realmente ella tiene una piel que es una maravilla y un cuerpito que es un monumento, en realidad yo no siento [al menos, todavía] esa locura que otros me han contado que sienten. Cosas como querer estar toda la vida junto a ella, o sentir una opresión en el pecho [al punto que a veces se parece al infarto] o venirle a uno incontenibles ganas de

salir a caminar solo y bajo la luna, y si no hay luna bajo los semáforos. No, ése no es mi caso. Me sentí prodigiosamente libre y disfrutante, sin ninguna opresión en el pecho pero sí con un deseo mayúsculo, como nunca antes había experimentado en mi larga vida. Ella también me deseaba, y cómo, y me gustó que no sintiera vergüenza de demostrármelo. Es claro que está el otro problema: todas esas dudas que ella tiene sobre lo que hace y lo que debería hacer. Mi pronóstico es que va a ser difícil que retroceda. El confort atrapa, y mucho. ¡Cómo atrapará, que hasta yo siento un poquito de nostalgia del mueblazo y de la alfombra, sobre todo de la alfombra! Y no es sólo eso. Está la gente que la detiene en la calle, la que la mira pasar y la señala, la que le pide autógrafos. Ella dice que no, pero también eso le gusta y la entrapa. Yo no la juzgo. Más bien la comprendo. Probablemente si yo fuera famoso y las muchachas me pararan en la calle y me miraran con la boca abierta, tendría más berretines que ella. A lo mejor la vanidad es proporcional al talento y yo no tengo vanidad sencillamente porque no tengo talento. ¿No tendré? También es posible que ahora no me interese tener talento, y después sí. Ahora me alcanza con ser joven; después, algún día, cuando yo sea un carcamal de 35 años a lo mejor me interesa tener talento. El problema es si uno puede adquirir el talento mediante un extraordinario esfuerzo de voluntad. Depende de muchas cosas, claro. Porque conozco a algunos tipos que no podrían ser

talentosos ni aunque se herniaran en el esfuerzo. Después de todo, ¿para qué quiero yo ahora el talento? Tremenda incomodidad. Tremenda responsabilidad. Tremendo laburo. Además, pienso que cuando uno es un bocho [como Dionisio, por ejemplo] no tiene más remedio que amargarse con lo que está pasando. Y yo no quiero amargarme. Me parece que la única forma de mantenerme joven es no amargarme. ¿Podré?

15

La espero a la salida del ensayo y esta vez sí me hace una seña desde lejos y cuando se acerca me besa livianito y me presenta a la compañía, empezando por una mujerona que, por supuesto, es la actriz de carácter. Y luego el director, y el iluminador, y el escenógrafo. Y un ambiguo jovenzuelo que no me saca los ojos de encima. Y a todos les dice: “Éste es Eduardo”, con tanta naturalidad, que al rato yo mismo empiezo a creer que me llamo Eduardo. Pero no. Ahora bien, ya que me inventa un nombre, podría haber buscado uno más clandestino, como Asdrúbal o Eusebio o Saúl. “Che, Eduardo”, me llama el iluminador, y yo, claro, de puro distraído no respondo y el tipo se ofende y me da la espalda, y entonces caigo en que Eduardo soy yo, y le pregunto si me llamaba, y él entonces elogia mis reflejos.

Vamos en patota a cenar. Yo no como nada, por-

que “ya había cenado”. El problema es que si voy y como, tengo que pagar, como es lógico, y éstos van a comer al Edelweiss, donde te cobran hasta el escarbadientes. De modo que veo pasar frente a mí, detrás de mí, y a mis costados, brochettes, ensaladas, liebres a la cazadora, ñoquis a la bolognesa, y yo haciéndome el saciado, con las glándulas salivares superactivas y en realidad pasando un hambre del carajo. Para completar la desgracia no sólo quedo ubicado lejos de Digamos Isabel [después de todo, yo creí que iba a encontrarme con ella y no con toda esta comparsa] sino que resulto premiado: tengo a mis flancos al ambiguo y a la actriz de carácter, y sencillamente no sé qué hablar con ellos. Los únicos temas que se me ocurren tienen que ver con digestiones, menús, condimentos, etc., y no quiero mencionarlos; tengo miedo de quedarme sin saliva, y eso siempre es peligroso.

Allá lejos, en la otra punta de la mesa, Digamos Isabel festeja los chismes en cadena que narra el iluminador. No me gusta cómo sacude esa peluca. Tampoco me gusta cómo le queda el iluminador. De pronto ella me ficha desde lejos, y me hace un guiño y un mohín con los labios. Yo no hago nada. Quizá el hombre me vuelva resentido. Entonces abre el bolso, saca un papel, anota algo, lo dobla en cuatro, y le pide al mozo que me lo alcance: “Dentro de un rato nos vamos a casa. Vos y yo”. Lo vuelvo a doblar en cuatro, y lo meto en el bolsillo. La miro nomás, pero sin mensaje.

Entonces el escenógrafo empieza a hablar de política. Que hay quienes dicen que están torturando. Y que es cierto: torturan. Pero él está de acuerdo. Ya que esos nenes quieren cambiar el país, ya que quieren que el país deje de ser occidental y cristiano, ya que quieren acabar con la propiedad privada olvidando que para los padres de la patria, como Rivadavia o Saavedra, la propiedad privada fue siempre algo sagrado, ya que quieren acabar con la familia, con el culto a la madre, con la Navidad, con nuestras lindas vaquitas, o sea con todo lo bueno que ha heredado esta generación, bueno, entonces que paguen, che, y si el precio es la tortura, entonces que los torturen, che, y aclara que a él no se le va a mover un pelo. La actriz de carácter me susurra: “Claro, si es pelado”.

Pienso en Dionisio y en Vicky. Es otra represión, claro. ¿Será otra? Oigo al escenógrafo y no puedo borrar la imagen de Vicky, violada frente a Dionisio, y luego viva y muerta, refugiada para siempre en su automarginación. Y no puedo. Entonces saludo a la actriz de carácter y al ambiguo [“mañana tengo que madrugar”], miro hacia el otro extremo de la mesa donde Digamos Isabel ya no sacude su peluca y quizá por eso puede observar cómo me pongo de pie y hago un discreto adiós y me retiro. Antes de abrir la puertita que da a la calle, miro hacia atrás, y allá quedan todos, humeantes y espesos, masticando.

¿Hasta cuándo podré seguir escribiendo esta libreta? Lo de hoy me hace dudar. Vengo de la Editorial por Rivadavia, y hay, a la altura de Billinghamurst, un extraño movimiento. No retrocedo, eso siempre despierta sospechas. Cientos de tipos contra la pared, con las manos en alto. Los soldados no los revisan, sin embargo; sencillamente, los vigilan. Llegan cuatro Ford Falcon con energúmenos y metralletas, y los tipos se lanzan a la calle con los coches aún en movimiento. Al parecer, los candidatos son una pareja. Ella es pelirroja, con un tapado claro y un bolso de lana; él es alto, morocho, de bigote, con un portafolios negro. El ataque toma a ambos de sorpresa. Ella cae al suelo, sobre el barro. Él hace un ademán para protegerla, pero dos integrantes del comando lo voltean con cuatro o cinco golpes secos, contundentes. El hombre se recupera, sin embargo, e inicia otro gesto de rebeldía. Pero esta vez el golpe lo desmaya. La mujer, sujeta entre tres, grita desaforadamente: “¡Somos Luis y Norma Sierra! ¡Somos Luis y Norma Sierra! ¡Avisen que nos secuestran!” Un culatazo le revienta la boca y entonces sólo subsiste un gemido entrecortado, algo así como la música de aquella letra. Estoy a treinta metros, en una esquina. Mientras dura el episodio, los soldados siguen vigilando a los de la pared. Nadie hace el menor ademán en defensa de la pareja. Yo tampoco. Nunca hasta ahora me había sentido

tan poca cosa, tan despreciable cosa. Al muchacho, que sigue desvanecido, lo meten entre dos en el primer Falcon; a ella, sangrante y embarrada, en el tercero. Los cuatro vehículos arrancan y se alejan como bólidos hacia Congreso. Los de la pared son autorizados a bajar los brazos y a seguir caminando. Yo me voy por Billinghamurst. Tengo vergüenza de que me vean por Rivadavia. Me hacen falta los perros de la otra noche.

17

No he visto más a Digamos Isabel. La noche del Edelweiss me dejó sin ganas. No sabe dónde llamarme. Yo sí sé su dirección, tengo su teléfono, y además, puedo ir a esperarla a la salida del ensayo. Pero no quiero. ¿Para qué? Comprendo que no todos son como el escenógrafo. Me consta que hay actores y actrices que se la juegan; que suben al escenario y saben que en cualquier momento los pueden bajar, porque allí son un blanco móvil [y a veces inmóvil]. Sí, me consta que muchos de ellos van a las fábricas y escenifican los conflictos de ese lugar determinado, y su trabajo ayuda, hace que la gente vea más claro cuando un actor dice algo que se parece a los pensamientos de todos. Sí, me consta. Hasta Digamos Isabel me lo dijo, con un poco de envidia, claro, porque ella tiene miedo. Sí, me consta, y en todo caso me gustaría hablar con esos tipos.

Pero ¿qué tengo yo en común con los que fueron a cenar al Edelweiss? ¿Con ese chisporroteo de ironías que rápidamente se gasta y genera una mufa espantosa? ¿Con ese rencor acumulado, esa envidia entrecortada, ese hábito de maledicencia? Digamos Isabel no está mal, y trabajándola un poco, sacudiéndola un poco, puede que se convierta en flor de piba. Pero yo no estoy para grandes empresas patrióticas. La mejor empresa que tengo a mi alcance es sentirme vivo.

Dionisio está mejor. Recibió carta de su gente en Monte, y por primera vez le dan esperanzas con respecto a Vicky: desde el jueves pasado llora, a veces durante largo rato, y su mirada ha empezado a expresar algo, no se sabe bien qué. Los médicos están ahora más optimistas. Si mejorara lo bastante como para resistir el trance, tratarían de que abortara. Sería lo mejor. El padre de Vicky le escribe que el domingo alguien mencionó a Dionisio, y ella sonrió. Casi imperceptiblemente, pero sonrió. Hay que ver cómo se aferra Dionisio a ese amago de sonrisa.

Nos encontramos en un café frente a Plaza Italia. Dionisio me muestra la carta y yo le doy más ánimo aún: “Vas a ver cómo se arregla todo. La traés aquí y empiezan a vivir”. “¿Vos crees?” Claro que lo creo. Hay que creer, no hay más remedio.

Voy a Caballeros. Me estoy lavando las manos, cuando entra un pibe bien pibe [doce o trece años] y me dice todo apurado, con los cachetes bien encendidos: “Dice su amigo que se fue corriendo. Está

la cana”. “¿Aquí?” “No, en la esquina.” No le digo ni gracias. Con las manos a medio enjuagar, salgo del baño y enfilo hacia la puerta. El mozo advierte mi raje y piensa lógicamente que me quiero ir sin pagar, así que me grita desde lejos. Le dejo un billete [con propina y todo] sobre una baranda y salgo a la calle. Pero el alarido del gallego ha alertado a la policía. “Ése”, dice uno. “Aquél”, transmite el otro. No me siento nada orgulloso de tanta notoriedad. Corro como un gamo, como dos gamos, como tres gamos. Hay todo un entrevero policial detrás del suscrito. No sé todavía cómo haré. Pero sé que esta vez no caeré de boludo. Ni de boludo ni de nada. No caeré. Me filtro entre siete u ocho colectivos de los que después toman por Las Heras. Es cierto que por escapar casi caigo bajo unas ruedas. Fue un resbaloncito casi insignificante, pero recupero el equilibrio trepando a un 60. Ni el chofer ni los pasajeros hacen el menor comentario, aunque es evidente que yo no vengo de una boda. Los milicos siguen desparramados e histéricos. Detienen los colectivos, miran adentro, a veces suben, quizá estén pidiendo documentos. Un señor de corbata se pone de pie, y me conmina. “Siéntese.” Comprendo y me siento. De paso me peino el jopo. Ya estoy presentable. La policía detiene el vehículo. “¿No subió uno corriendo?” El chofer arruga el ceño. “Yo subí corriendo”, dice el ángel de la guarda que me dio el asiento. “Bah...”, dice el cana, con menosprecio y con fatiga. “Dale, seguí”, le ordena al conductor. El señor

ángel ni me mira. Los demás, tampoco. Cuando llegamos a Laprida, me tiro del colectivo y me meto en un supermarket. Hago veinte minutos de cola y en definitiva me descapitalizo adquiriendo seis cajas de fósforos. La cajera me mira azorada, como si yo fuera Nerón. Acaso tenga ganas de llamar a los bomberos.

18

En Once la vida se ha puesto imposible. Siempre llevo conmigo los documentos, la plata, esta libreta. Nunca se sabe. También Dionisio se salvó, pero raspando. Él dice que escapó debido al escándalo que se armó conmigo. Y todo por el gallego desconfiado. “Estás fichado”, me avisa Dionisio, y yo también lo creo. Cada uno de los que gritaba “¡Ése!” me guardó en su retina. “No”, dice Dionisio, “estás fichado desde antes. En la sección uruguaya de la calle Moreno. Me lo dijo el flaco Diego. Vos sabés, aquél siempre tiene sus contactos. Hay uno que vio la lista. Él no está todavía. Pero por las dudas se cuida. Dice que lo llames mañana donde vos sabés.”

Está bien. No me sorprende demasiado. Voy a la pensión. Mejor dicho: me acerco. Dos cuadras antes me encuentro con el marido de la dama sonora. Me agarra un brazo: “Dice doña Rosa que ni te acerques. Esta mañana vinieron a buscarte. Te estábamos esperando en las cuatro calles, para que el pri-

mero que te viera te avisara”. Me da un bolso, mi bolso de Pluna. “Es tu ropa. Dice doña Rosa que algún día la llames, pero que no digas tu nombre. Que digas Servando.” Por fin un nombre que suena a clande: Servando.

19

Diego me consiguió dónde dormir por una semana. “Tenés que borrarte totalmente. Después de esta semana, ya veremos dónde te guardamos.” Él mismo se encargó de hablar con el patrón de la Editorial; ésa es gente que entiende, estoy seguro. “Decime, flaco, ¿por qué?” “¿Por qué qué?” “¿Por qué tengo que borrarame también aquí?” “Porque te están buscando, tarado, ¿o querés que te chapen? Mirá que acá no se andan con chiquitas. Te limpian y chau. Ley de fuga.” “Ta bien, pero ¿por qué?” “¡Ufa!” “Todo lo político que hice en mi vida fue llevar una rosa.” “¿Y te parece poco?”

Busco en la agenda el número de Digamos Isabel. La llamo desde un café. “¿Quiéeeen?”, contesta la voz del escenógrafo, por lo tanto cuelgo. No siento ningún dolor en el pecho, así que después de todo no tengo infarto ni estoy enamorado. Menos mal.

Me jode tener que esconderme, pero qué voy a hacer. Camino unas cuadras por Vicente López [el Barrio Norte es todavía una semigarantía]. Antes de borrarame quiero llegar a la sucursal de Correos. En

la librería compro un lindo sobre-bolsa, y en él escribo las señas y el verdadero nombre de Digamos Isabel. Antes de meter esta libreta en el sobre, mi draipén verde anota en la tapa, con grandes letras de imprenta: “Tengo que irme. Un beso. Esto es para que lo leas bien cómoda en el mueblazo. Te lo mando porque a lo mejor todavía sos rescatable.”

ÍNDICE

Los astros y vos	9
Escuchar a Mozart	19
La colección	29
Sobre el éxodo	39
Gracias, vientre leal	49
Pequebú	59
Oh quepis, quepis, qué mal me hiciste	69
El hotelito de la rue Blomet	73
Relevo de pruebas	81
Compensaciones	93
Las persianas	99
Transparencia	107
Los viudos de Margaret Sullavan	117
La vecina orilla	123

MARIO BENEDETTI

GRACIAS POR EL FUEGO

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

Así de oscuro, de embebido o muerto.

LÍBER FALCO

*Yo soy pues de este mundo
y de estas cosas que son y que me llevan.*

HUMBERTO MEGGET

Y si soñamos, fue con realidades.

JUAN CUNHA

En Broadway, a la altura de la calle 113, no sólo se habla en un español nasal y contaminado; también podría decirse que se piensa, se camina y se come en español. Letreros y avisos, que algunas cuadras antes todavía anunciaban Groceries & Delicatessen, se han transformado aquí en Groserías y Delicadezas. Los cines no anuncian, como los de la calle 42, películas de Marlon Brando, Kim Novak y Paul Newman, sino que muestran grandes cartelones con las figuras de Pedro Armendáriz, María Felix, Cantinflas o Carmen Sevilla.

Ha entrado la noche en un viernes de abril de mil novecientos cincuenta y nueve, de modo que arriba ya no se ve el cielo, y abajo el aire parece menos sucio. En esta esquina de la más larga calle de Manhattan, los luminosos son modestos, pero aun así modifican el color de las mosquitas que se acercan a la luz. Broadway no es tan representativa del Spanish Harlem como puede serlo Madison; por lo menos aquí no vienen los turistas de Idaho y Wyoming a fotografiar puertorriqueños en Kodachrome.

Es la hora en que se vuelve al hogar, si puede llamarse hogar a estas miserables casas de inquilinato. A través de las ventanas abiertas se ven habitaciones con rajaduras y grandes manchas de humedad en las paredes, gente hacinada en cinco o seis camas sin tender, niños descalzos que berrean entre mocos, y algún televisor con la pantalla manchada de grasa o helado.

La esquina es pobre. La gente es pobre. Las casas tienen los frentes descascarados. Junto a un sonriente rostro de Coca Cola, alguien escribió con tiza: Viva Albizu Campos. Un ciego avanza con rostro impasible, mientras hace sonar las monedas dentro de un envase de lata. La esquina es pobre. De manera que el gran letrero luminoso que anuncia TEQ LA RESTAURANT (porque la U y la I de

TEQUILA se han apagado) desentona con su alrededor. No es exactamente un restorán de lujo, pero un examen superficial de la lista de precios, que figura con un marquito negro junto a la puerta, permite asegurar que ningún integrante del Spanish Harlem ha de pertenecer a su clientela. Tampoco es exactamente un restorán puertorriqueño; más bien es vaga y promedialmente latinoamericano. Aunque todavía es temprano, las mesas están prontas, con sus manteles, platos, cubiertos y servilletas. En una mesita junto a la pared de la derecha, hay incluso una pareja que examina, con las cabezas juntas, la lista de platos.

En la sección que da a Broadway, cinco mozos están listos para atender las treinta mesas. En el fondo del salón hay una puerta de doble hoja, que comunica con el Reservado, donde hay tendida una mesa para unas veinte personas. En el fondo del Reservado hay otra puerta, ésta de una sola hoja, que conduce a la cocina a través de un angosto corredor. El teléfono está precisamente en el corredor, sobre un estante que además tiene una estatuita: un toro, en el amargo trance de recibir las banderillas.

Cuando suena el teléfono, viene José desde la cocina. José es un español con varios lustros de residencia neoyorquina. Tanto se ha adaptado, que hasta cuando habla español mecha palabras inglesas.

—Aló. Tequila Restaurant. Speaking. Ah, you speak español. Sí, señora. No, señora. Sí, señora. Todo típico, of course. No, señora. Sí, señora. No, señora. Primera calidad. ¿Y cuántos gringos piensa traer? Sí, señora. No, señora. Sí, señora. Claro, cuando vienen gringos traemos las panderetas. Typical, you know. También las gaitas. ¿Gaitas nicaragüenses? Sí, por supuesto. Nuestras gaitas son para todo servicio. Quédese tranquila, señora, todo saldrá bien. ¿Y para cuándo? Next Friday. Okei, señora, aquí lo anoto. ¿Cómo, cómo? Ah, su comisión. You mean su comisión de usted. Como es natural, deberá llamar más tarde, así habla con el Manager. Pregunte por míster Peter. Peter González. Él es el que atiende eso de las comisiones. Sí, claro. Bye-bye.

José viene al salón del frente, recorre a los cinco mozos

con una amplia mirada inspectiva y retrospectiva, y comienza a aprontar unas servilletas. Sólo puede alinear una media docena. El teléfono vuelve a sonar.

—Aló. Tequila Restaurant. Speaking. Oh, señor Embajador. ¿Cómo está usted? Hace tiempo que no tenemos el gusto de tenerlo por aquí. ¿Y la señora Embajadora? Me alegro, señor Embajador. Sí, señor Embajador. Voy a tomar nota, señor Embajador. Sí, señor Embajador. ¿Next Friday? Pues, usted verá, señor Embajador, esa noche el salón reservado ya está pedido. Pedido y concedido. ¿Quiénes son? No estoy seguro, señor Embajador, pero creo que son cubanos de Miami, alto nivel. Claro, señor Embajador, muy importante, eso es lo que yo digo. Por supuesto. Particularmente si lo de ustedes es simple y sana diversión. Exactamente como usted lo dice, señor Embajador: siempre y en todo, primero los profesionales. Yo sabía que usted iba a entender, señor Embajador. Eso sí. No lo divulgue. Creo que es una cena secreta. ¿Si vienen los gringos? No estoy seguro, señor Embajador, pero alguno siempre viene. No, señor Embajador, eso no puedo decirselo. Secreto profesional. A usted no le gustaría, señor Embajador, que yo anduviera comunicando por ahí que en junio de mil novecientos cincuenta y siete usted cenó aquí tres veces con una hermosura que después apareció como socia de los barbudos. No, señor Embajador. ¡No, señor Embajador! Duerma usted tranquilo, sólo se lo ponía como ejemplo. Usted sabe que soy una tumba. No tema, señor Embajador. Gracias, señor Embajador. Muchísimas gracias, señor Embajador. Yo sabía que usted iba a comprender. Entonces le reservo para el next Saturday. Okei, señor Embajador. Buena suerte, señor Embajador. Y mis respetos a la señora Embajadora.

Antes de que José vuelva a sus servilletas, el teléfono vuelve a sonar. El gesto de José no es exactamente de resignación, sino de pesada responsabilidad.

—Aló. Tequila Restaurant. Speaking. ¿Peter? Al fin, Pedro. No, no ha pasado nada. Simplemente que podías haber llamado antes. ¿Los uruguayos? No, todavía no vinieron, pero deben estar al llegar. Oye, ¿son manirroto como los argen-

tinios o pobretones como los paraguayos? ¿Más bien cicateros? Sólo quería enterarme; siempre conviene saber a qué atenerse. Pierde cuidado, hombre. Pues claro que hubo llamadas. Mira, llamó la cotorra vieja anunciando la venida de por lo menos quince gringos, next Friday, todos rotarios de Duluth. Le dije que sí. Luego te va a llamar, porque quiere la comisión. Mi modesta opinión es que hay que dársela. Siempre trae mucha gente. Es una andaluza, ¿sabes?, horrible pero habilidosa, y les ha tocao a los gringos el lao folklórico. Después llamó el Embajador. ¿Cómo que cuál de ellos? El gordito de la marihuana. A ver si ahora vas a exigirme que te revele por teléfono los top secrets. Quería el reservado, también para el next Friday. Como ya se lo había prometido a la cotorra vieja, y como estoy enterado de que tú no quieres más complicaciones, le dije que lo habíamos reservado para los cubanos de Miami. Sabes, me pareció mejor decirle eso, porque el gordo no se atreve con el State Department. ¿Hice bien? Okei. Lo trasladé al next Saturday. ¿Cómo que el next Saturday vienen los guatemaltecos? Pero ¿cuáles? ¿Los arbenzones o los ydigoritas? ¡Caracoles! ¿Por qué no me avisaste? Oye, déjalo por mi cuenta, mañana le hablo al Embajador y lo arrincono para el next Sunday. Y no hay más novedades. Bye-bye.

Ahora son cuatro las mesas ocupadas. Con excepción de uno de los mozos, el más alto, que ameniza su obligado ocio metiéndose discretamente el meñique en la nariz, los otros han empezado a moverse. Van a la cocina y regresan con algún plato, pero sin forzar el ritmo, como reservándose para la hora en que seguramente ha de caer la gran avalancha de comensales. Cuando aparecen tres tipos, exageradamente abrigados para la agradable temperatura abrileña, y ocupan una mesa central, el quinto mozo extrae el meñique de la fosa nasal y se dirige sonriente a los recién llegados.

Un cuarto de hora después, la puerta principal se abre con más ruido que de costumbre, y entran, todas juntas, con risas y exclamaciones, ocho, diez, quince personas.

—Los uruguayos —murmura José, y se adelanta a recibirlos—. ¿Los señores son los uruguayos?

—¡Sí! —responde un coro de por lo menos siete voces. Un hombre gordo, lustroso y sesentón, da un paso adelante y dice:

—Mi nombre es Joaquín Ballesteros. Desde la semana pasada tenemos pedida una mesa en salón reservado.

—Naturalmente —dice José—. Sírvanse pasar ustedes por acá.

José y el mozo del meñique sostienen las dos hojas de la puerta para que pasen Ballesteros y los suyos. Son ocho hombres y siete mujeres. Ballesteros toma la iniciativa para la distribución de asientos.

—Un hombre, una mujer, un hombre, una mujer —dice—. Aquí, como en todas partes, ésa es la distribución más entretenida.

Tres de las mujeres sueltan una risita.

—Indique usted, Ballesteros —dice uno de los hombres—. Indique usted, con nombre y apellido, dónde nos sentamos. De paso nos sirve como presentación.

—Tiene razón, Ocampo —contesta Ballesteros—. El hecho de que yo haya decidido juntar alrededor de una misma mesa a quince uruguayos que, por distintos motivos, están en Nueva York no impide que se cumpla la formalidad de que todos conozcan los nombres de todos. Y aunque ya sé que ustedes mismos han improvisado algunas presentaciones, voy a seguir la idea de Ocampo y los voy a ir distribuyendo con nombre y apellido. Aquí, a mi derecha, Mirta Ventura. Al lado de Mirta: Pascual Berrutti. Al lado de Berrutti: Cécica Bustos. Al lado de Cécica: Agustín Fernández. Al lado de Fernández: Ruth Amezua. Al lado de Ruth: Ramón Budiño. Al lado de Budiño: Marcela Torres de Solís. Al lado de Marcela: Claudio Ocampo. Al lado de Ocampo: Angélica Franco. Al lado de Angélica: José Reinach. Al lado de Reinach: Gabriela Dupetit. Al lado de Gabriela: Sebastián Aguilar. Al lado de Aguilar: Sofía Melogno. Al lado de Sofía: Alejandro Larralde. Y al lado de Larralde: otra vez un servidor, Joaquín Ballesteros. ¿Estamos?

—¿Usted es algo de Edmundo Budiño? —pregunta Ruth Amezua, a la izquierda de Ramón.

—Soy el hijo.

—¿El hijo de Edmundo Budiño, el del diario? —siente Ramón que otra voz, la de Marcela Torres de Solís, pregunta a su derecha.

—Sí, señora, el del diario y el de la fábrica.

—Caramba —dice Fernández, asomándose por detrás de Ruth—. Entonces usted es todo un personaje.

—En todo caso el personaje es mi padre. Yo sólo tengo una agencia de viajes.

No hay que tomarse el trabajo de elegir los platos, ya que el menú ha sido ordenado por Ballesteros: tomates rellenos, ravioles a la genovesa, arroz a la cubana, copa melba.

—Me preocupé de que fueran platos sencillos —aclara Ballesteros en el momento en que llega el fiambre—. Bien sé que los uruguayos padecemos unánimemente del hígado.

—Qué bien que haya dicho hígado —dijo José Reinach—. Me hizo acordar de mis comprimidos.

—¿Qué tal? ¿Han hecho muchas compras? —pregunta en general Sofía Melogno, con una sonrisa que le quita diez años.

—Sólo artículos eléctricos —dice Berrutti, frente a ella.

—¿Dónde? ¿En Chifora?

—Naturalmente.

Célica Bustos se inclina confidencialmente hacia Berrutti y le pregunta en tono vergonzante qué es Chifora.

—¿Cómo? ¿No sabe? Es un escritorio, en un segundo piso de la Quinta Avenida. Hacen unos descuentos fenomenales a los latinoamericanos.

—Ay, déjeme anotar la dirección, por favor.

—Cómo no. 286 Fifth Avenue.

—No crea —dice Ballesteros, más silenciosamente aún, en el oído de Larralde— que Chifora es importante sólo en artículos eléctricos. También trabaja allí un cubanito que consigue unas chicas estupendas.

—¿De veras? Voy a anotar la dirección.

—Sí, le conviene: 286 Fifth Avenue.

—¿Y el empleado?

—Mire, el nombre no lo sé. Pero usted entra y se fija. A

la derecha está el mostrador con los tocadiscos y los televisores. A la izquierda, un armatoste con medias stretch. Bueno, el tipo que le digo es un morochito, flaco, con ojitos de víbora, que está detrás del armatoste.

—Yo estoy deslumbrada —dice Mirta Ventura, poniendo su mano sobre el Longines de Berrutti—. Sólo hace una semana que llegué, y ya estoy deslumbrada. El Radio City es espléndido, con esa orquesta que aparece y desaparece, y ese organista sensacional, y las alfombras, ¿usted se fijó qué alfombras? Uno pisa y se hunde.

—¿El Radio City es una sala enorme donde bailan las Rockettes? —pregunta Aguilar desde la otra banda.

—Ese mismo —responde Berrutti—, ¿vio usted qué perfección?

—Eso pensaba yo cuando fui a verlas la otra tarde. Porque está bien que nosotros no tengamos nada, porque Montevideo no es nada. Pero Buenos Aires, que tiene tantas ínfulas, ¿eh? Dígame Berrutti ¿qué tiene Buenos Aires que se pueda comparar con las Rockettes?

—¿Usted se refiere a las piernas solamente, o también a la disciplina?

—A todo. Piernas y disciplina. Acuérdense del Maipo y le vendrán ganas de llorar.

—Bueno, habría que saber en qué época fue usted al Maipo. Porque yo recuerdo que en el cincuenta y cinco, había dos morochas despampanantes.

—¿Despampanantes por lo robustas?

—Por eso y algo más.

—Se lo preguntaba, porque todo es cuestión de gustos. A mí no me gustan tan frisonas, sino del tipo más estilizado, exactamente como las Rockettes.

—Claro, todo es cuestión de gustos. A mí también me gustan estilizadas, pero siempre que haya dónde agarrarse.

Con cierta escondida satisfacción, como si en el fondo se sintiera aludida, interviene Gabriela Dupetit.

—¿No les parece que ese diálogo es, como diré, demasiado para hombres solos?

—Tiene razón —dice Berrutti, y sobreviene un silencio un poco embarazoso.

Sólo entonces puede percibirse el ruido de los tenedores y los cuchillos. También el ruido que hace Ocampo al tragar un vaso entero de Chianti. Todos lo miran con alegre sorpresa y el sube y baja de la nuez de Ocampo adquiere cierta notoriedad durante diez segundos.

—Excelente vino —dice Ocampo cuando se entera de que es el centro de las miradas.

Hay tres risitas en el ala izquierda, y Reinach se siente obligado a intervenir.

—Eso es lo que tiene de extraordinario este país. Es bueno hasta en lo que no tiene. Los vinos de California son mediocres, es cierto. Pero usted puede comprar aquí cualquier vino, de cualquier parte del mundo. Ayer mismo, compré una botella de Tokaj que como ustedes saben es un vino comunista. Eso es amplitud. ¿Ustedes se dan cuenta de lo que significa que Estados Unidos permita que aquí se vendan vinos comunistas?

—Yo propondría que nos tuteáramos —le dice Fernández a Ruth Amezua.

—Es una buena idea —contesta ella, y con un gesto descontrolado, como podría haberse mordido el labio o rasgado la nariz, mira su relojito, que marca las diez y veinte.

—Yo siempre digo, lo mejor es tutearse de entrada, si no después se hace más difícil —insiste Fernández. Deja el tenedor con las arvejas y apoya exploratoriamente su mano en el desnudo antebrazo de la muchacha.

—Portate bien —dice ella, en un tono que es a la vez de reproche y de inauguración.

Relativamente conforme, la mano vuelve a su tenedor, pero las arvejas se han deslizado otra vez hacia el tomate relleno.

—De modo que usted es casada —dice Budiño a la señora Solís.

—¿No tengo cara de casada?

—Bueno, no sé cómo es una cara de casada. Sólo sé que es usted demasiado joven.

—No tanto, Budiño. Tengo veintitrés años.

—Uy, qué vejez.

—Usted se ríe, pero a veces me siento vieja.

—Mire, la comprendo, porque yo también a veces me siento joven.

—Por favor, Budiño, si usted tiene cara de muchacho. A la izquierda de Budiño, suena la voz nerviosa de Ruth: —¿Por qué no se tutean, como nosotros?

Ramón y Marcela cruzan una mirada inteligente y cómplice.

—Sucede que todavía no hemos considerado esa posibilidad —dice Budiño—. Pero a lo mejor la consideramos.

—¿Verdad? —dice Marcela, levantando las cejas.

—Siempre y cuando estos pesados casi veinte años de diferencia no la cohíban a usted.

—¿A usted?

—Quiero decir: no te cohíban.

—No, te aseguro que no.

—Yo pregunto —dice en el otro extremo de la mesa Sofía Melogno— ¿por qué seremos tan contreras, por qué estaremos siempre buscándole defectos a los Estados Unidos, siendo como es un país maravilloso? Además, aquí la gente trabaja de veras, de la mañana a la noche, y no como en Montevideo, que salimos de una huelga para entrar en otra. Es doloroso, pero hay que reconocer que entre nosotros el obrero es la chusma. Aquí no, aquí el obrero es un hombre consciente, que sabe que su salario depende del capital que le da trabajo, y por eso lo defiende. ¿Me quieren decir quién en el Uruguay trabaja de la mañana a la noche?

—Me imagino que usted, señorita —dice imprevistamente Larralde—, por lo menos para difundir sus principios.

—No haga chistes, Larralde. Usted bien sabe que no necesito trabajar.

—Ah, yo pensaba.

—Eso es lo único que falta. Que las muchachas de buena familia nos pongamos de oficinistas. Un modo como cualquier otro de perder la femineidad.

—Todo depende, señorita. A veces la mujer tiene que elegir entre morir de hambre o perder la femineidad.

—Seré curiosa, Larralde: ¿Usted es comunista?

Berrutti atiende a Mirta Ventura. Fernández flirtea con

Ruth. De modo que Cécica Bustos se siente aislada, marginada por las espaldas de sus respectivos vecinos. Se decide por Aguilar, que en ese momento la está mirando.

—¿Y usted qué hace en Nueva York?

—En Nueva York me hallo sólo de paso. En realidad, estoy viviendo en Washington.

—Entonces, ¿qué hace en Washington?

—Números.

—Sigo en ayunas. ¿Qué es? ¿Contador? ¿Ingeniero? ¿Oficinista?

—Arquitecto.

—Caramba.

—Trabajo en la OEA.

—¿Y se siente a gusto?

—Sí, bastante a gusto.

—¿Y qué hace allí?

—Planes de urbanización. Por lo general, para países subdesarrollados.

—No me diga que nos van a llenar de esos pueblitos anti-sépticos, simétricos, pulidos, todos iguales y sin carácter.

—Después de todo, es preferible eso a las favelas, las poblaciones callampa, las villas miseria, los cantegriles. ¿O no?

—Sí, claro. Pero ¿por qué todos iguales?

—Sale más barato. Ahora estamos proyectando varios para el Paraguay. Probablemente el año próximo tenga que ir a Asunción por ocho o diez meses.

—Yo no podría ir a Asunción.

—¿Por qué? ¿Por Stroessner?

—Sí.

—Yo también pensaba eso, allá, en Montevideo. Pero reconozco que somos infantiles. Pensando así, no hacemos nada de nada. Mientras fui estudiante, trabajé mucho en la FEUU: después me aburrí de ser principista y pobre gato. Quizá le parezca un cínico. Pero aquí me pagan estupidamente. Claro que en Montevideo me he quedado sin amigos.

—¿Y está contento? Quiero decir contento consigo mismo.

—Bah, tanto como contento. Llega un momento en que

hay que decidirse: o se sigue fiel a los principios o se gana plata.

—Y usted se decidió.

—Sí. Pero no voy a hacer como algunos colegas, que, para acallar sus escrúpulos y taparles la boca a los reproches, quieren hacer creer que esto es estupendo. Le aseguro que no lo es. Y la OEA es más mugre todavía. Pero gano muchos dólares.

—Nada, no producimos nada —le dice Reinach a Gabriela Dupetit—. ¿Cómo quieren que los capitalistas norteamericanos hagan inversiones en nuestro país, si no producimos nada? Para invertir, tiene que existir algo como el milagro alemán; allí trabajan. A mí me hacen gracia esos intelectuales de café, que siempre están reclamando más independencia en política internacional. A mí lo que me importa es el negocio. Y como comerciante, le aseguro que no me afectaría en absoluto que el Uruguay fuera menos independiente de lo que es, y llámeme como quiera a esa falta de independencia: Estado asociado, área del dólar, o más francamente colonia. En el negocio, la patria no es tan importante como en el himno, y a veces el comercio funciona mejor en una colonia que en una nación aparentemente independiente.

—Todo depende. Fíjese, Reinach, que si fuéramos colonia de Estados Unidos, o, en último caso, de Inglaterra, bah, no estaría mal. Pero imagine un momento que fuéramos colonia de Rusia. Se me pone la piel de gallina.

—Ni pensé en esa posibilidad. Debo aclararle que para mí hay una sola patria: el concepto de empresa privada. Donde ese concepto no exista, a ese país lo borro del mapa. De mi mapa, al menos.

—¿Sabe cómo me di cuenta de que Ocampo era uruguayo? —pregunta, raviol en vilo, el bien nutrido Ballesteros al silencioso Larralde—. Entré en un cafecito que está detrás del Carnegie Hall y en una mesa había tres tipos hablando en español. De pronto uno de ellos dijo: “Y decidí jugarle a ese cabayo.” Fíjese: no dijo caballo, ni cabalio, ni cabaio, sino cabayo. Me acerqué y le dije: “¿De Buenos Aires o de Montevideo?” Y él me contestó: “Del

Paso Molino". ¡Qué satisfacción! Yo también soy del Paso Molino, ¿se da cuenta?

Budiño sirve Chianti en la copa de Marcela; luego, sirve en la propia.

—¿No has estado en el Bowery?

—No. ¿Qué es eso?

—El barrio de los borrachos. Tenés que irte fijando dónde ponés el pie. De lo contrario, podés pisar el cuerpo de algún infeliz, tirado en la vereda o en la calle. Es más bien deprimente.

—También este barrio es deprimente.

—Nunca acabaré de entender el problema de los puertorriqueños. Primero, eso de Estado asociado suena feo. El precio de la dignidad nacional son tantos y cuántos dólares. Da la impresión de una venta colectiva. Y después, con el anzuelo de la libre entrada a los Estados Unidos, lo que ganan es esto: vivir amontonados en una sola pieza y trabajar como burros para que les paguen menos que a cualquier norteamericano. No, no lo entiendo.

—¿Vos sabés qué me pasa a mí con Estados Unidos? Comprendo todo eso de que se han portado horrible con América Latina. Aquello de México, Nicaragua, Panamá, Guatemala. Bastante me ha aleccionado mi hermano acerca de todo ese pedigree. Lo entiendo y me da rabia. Pero después llego aquí y me fascina. Mirá, he estado también en Europa, pero Nueva York es una de las ciudades en que más disfruto.

—¿Y cómo es que tu marido te deja andar solita por estos mundos de Dios? ¿No sabe que puede ser peligroso? Para él, al menos.

—No. No es que me deje. Es que nos estamos divorciando.

—Ah.

—Mi matrimonio duró apenas seis meses.

—¿No le gustan los dólares? —pregunta Angélica Franco a Claudio Ocampo.

—¿Y a quién no?

—A mí me encantan. Además me parece fantástico que todos sean del mismo tamaño: el billete de un dólar igua-

lito al de cien. ¿Cómo no van a ser dueños del mundo, si tienen unos billetes tan lindos? ¿Quién puede resistirse? Si a usted lo quisieran comprar, Ocampo, ¿podría resistirse? Pues yo no. A mí me muestran un dólar y todas mis defensas se derrumban. ¿Por qué será eso?

—¿Qué quiere que le diga? En mi opinión puede tratarse de dos cosas: o usted es terriblemente ambiciosa, o usted...

—Dígalo, dígalo.

—O usted tiene pocos prejuicios.

—Le seré franca: no soy ambiciosa.

Agustín Fernández ha hecho grandes progresos. Mientras el arroz a la cubana se enfría un poco, su mano derecha descansa sobre el muslo izquierdo de Ruth.

—Yo no tendría que venir a los Estados Unidos, porque cada vez que vengo me da fiebre. Pensando en el Uruguay, ¿sabés?, pensando en lo limitados que somos. Aquí todo es grande y todo se hace en grande.

La mano asciende lentamente.

—Portate bien —dice Ruth por lo bajo.

—Nosotros tenemos una filosofía de tango —continúa imperturbable el dueño de la mano—. La mina, la vieja, el mate, el fútbol, la caña, el viejo barrio Sur, mucha sentimentalina. Y así no se va a ninguna parte. Somos blandos, ¿entendés? Fijate que hasta nuestros guardias de honor se llaman los Blandengues. Somos eso, blandengues, y en cambio hay que ser duros, como son estos tipos. Al negocio y se acabó. Lo que sirve, sirve, y lo que no sirve, no sirve.

La mano progresa hasta sentir bajo la pollera el bordecito de la bombacha.

—Agustín, nos van a ver —murmura ella con cierta desesperación.

—Sociológicamente —sigue el rostro severo de Fernández— no me gusta como somos. Económicamente, tampoco. Humanamente, menos aún. Pensar que aquí, en el Norte, tenemos este ejemplo y nos damos el lujo de ignorarlo. No sabés la mala sangre que me hago cada vez que vengo a Nueva York.

Los cinco dedos se mueven independientemente, cada

uno por su lado, y de pronto, como si estuvieran satisfechos de la exploración, aprietan al unísono.

—Aaay —se le escapa a Ruth.

—Yo no pienso regresar al Uruguay —dice en la cabecera Ballesteros, echándole el cálido aliento a Larralde—. Alguna vez, puede ser, para ver a mi madre o a mis sobrinos, pero a radicarme, jamás.

—Yo no sé si podría desarraigarme hasta ese punto.

Claro que podría. Todo el mundo puede. ¿Sabe qué es lo más indicado para curar la nostalgia? El confort. Yo aquí conseguí el confort y ahora ya ni me acuerdo del Paso Molino. Esta sensación de que usted aprieta un botón y el mundo le responde. ¿No cree usted que aquí la vida es maravillosamente mecánica? El otro día alguien, un mexicano creo, me decía nada más que con el ánimo de arruinarme la digestión: “Sí, todo es maravillosamente mecánico, pero, ¿no ha pensado usted cuántos miles pasan hambre en el resto de América para que los norteamericanos puedan apretar su botón?” Pero le aseguro que no me arruinó la digestión, porque yo le dije... ¿Sabe lo que le dije? Jajá. Lo miré fijo y le contesté: ¿Y a mí qué me importa?

—Por eso me gusta estar lejos de Montevideo —explica la boca de Angélica Franco a la oreja de Ocampo—, porque entonces pierdo mis inhibiciones. Estoy segura de que usted, por ejemplo, que me cae tan simpático, me hace ahora cualquier proposición, por más escandalosa que pueda parecerme en Montevideo, estoy segura de que usted me dice algo brutalmente comprometedor y no me escandalizo. Y es eso: la distancia. Si usted me hubiera visto en el Uruguay, aquí no me habría reconocido. Es extraño, pero allá soy tan apocada, tan tímida, tan retraída, tan vacilante. Aquí en cambio me libero. Dígame, Ocampo, con toda sinceridad, ¿le parezco tímida?

—Jamás de los jamases. Más bien me parece tremendamente decidida, casi diría arremetedora.

—Aaah qué bueno que me lo diga. No sabe lo bien que me hace sentirme así, libre, decidida. Allá es tan diferente; todo me inhibe. Veo el Palacio Salvo y me retraigo. Al-

guien se sienta junto a mí en el ómnibus y me retraigo. Si un muchacho me toca, aunque sea sin intención, en seguida me retraigo.

—¿Y aquí no se retrae?

—Haga la prueba, Ocampo, haga la prueba.

—Y entonces —le confía Marcela a Ramón Budiño— no pude más. Para mí era horrible sentir que inspiraba una atracción exclusivamente sexual. Una mujer aspira a ser querida, además de eso, por otras razones.

—Me imagino que no debe ser difícil quererte por esas otras razones. Además de las primeras, por supuesto.

—Vos me escuchás en solfa y me mirás con cierto aire condescendiente. ¿Me tomás por una chiquilina?

—Lo que pasa es que no tenés cara de persona mayor.

—Sin embargo, te aseguro que es horrible haber estado casada y después quedarse sola. De soltera también estaba sola, pero era otra clase de soledad. Era una soledad con esperanza.

—Caramba, qué frase. ¿Pretendés convencerme de que a los veintitrés años has perdido la esperanza?

—No. Pero ahora ya tuve una experiencia matrimonial y sé que puede no funcionar.

—Todo en la vida está pendiente de esa alternativa. Todo puede funcionar o no.

—¿Y vos? ¿Sos feliz en tu matrimonio? ¿Funciona tu vida conyugal?

—¿Sabés qué pasa? Después de tantos años de casado, mi vida conyugal no es un tema interesante. No tiene suspenso, ¿entendés?

—¿Tenés hijos?

—Uno, de quince años. Se llama Gustavo.

—Debe de ser lindo tener un hijo. Si yo lo hubiera tenido, estoy segura de que mi matrimonio se habría salvado.

—A ver, contame más.

—Pero decime, ¿qué sos? ¿Novelista? ¿Periodista? ¿Detective? Hacés hablar a la gente, pero vos no contás nada.

—Ya te dije por qué: un veterano, casado y con un hijo, siempre es aburrido, pero una muchacha como vos, joven, linda y sin marido, siempre es interesante.

Marcela mastica lentamente un trocito de pan. Luego, cuando interroga, lo hace con una ambigua sonrisa.

—¿Me estás llevando la carga?

La carcajada de Budiño hace dar vuelta las cabezas de Ruth Amezua, Claudio Ocampo y José Reinach. Sólo cuando las tres miradas regresan a sus primeros designios, Budiño mira alegremente a Marcela. Pero no la toca.

—¿Sabés que no se me había ocurrido? Pero es una idea buenísima.

Ahora es ella la que suelta la risa.

—Falluto.

Pero esta vez sólo Ocampo se da vuelta y comenta.

—Parece que los muchachos se divierten.

Mirta Ventura se ha quitado la chaqueta y luce los estratégicos lunares de sus hombros. Berrutti lanza, como al descuido, miradas laterales, pero está un poco incómodo para apreciar en toda su riqueza el panorama de esa espaldita exóticamente bronceada. Mientras tanto, y por las dudas, habla.

—Nuestro error viene de muy lejos. Arranca desde el colegio. Esa falta de religiosidad, esa educación inexorablemente laica. Además, toda esa serenata de que el niño se exprese libremente. Buenos moquetes me daban a mí cuando iba a la Escuela Francia. Ahora, si una maestra le tira de la oreja, nada más que de la oreja, a uno de esos infanto-juveniles que pueblan Primaria, inmediatamente le levantan un sumario.

—Yo me eduqué en las Dominicas.

—Ahí tenés. ¿Cuál es el resultado? Tenés personalidad, no sos una del montón.

—Gracias, Berrutti.

—Pero si no te lo digo como piropo, sino simplemente como confirmación de mi tesis. Eso me gusta de este país: aquí sí está Dios en todo. En la enseñanza, en la Constitución, en la discriminación racial, en las fuerzas armadas. Estados Unidos es un país fundamentalmente religioso. Nosotros en cambio somos un país fundamentalmente laico. Por eso somos incoherentes. Dios une; el laicismo separa.

El piececito de Mirta se arrima, como por azar, al zapato número cuarenta y dos de Berrutti. Él no lo retira, y aunque todavía no tiene la absoluta certeza de que ella no lo está confundiendo con la pata de la mesa, igual prosigue con renovados bríos.

—Yo no pretendo que el ser humano deje de pecar. Errare humanum est. El error, el pecado, están en el ser mismo del hombre.

—¿Vos querés decir el pecado original?

—Eso mismo, vos me comprendés. Pero reconocé que es muy diferente pecar sin sentido de culpa, casi gozosamente, como lo hace el ateo, y pecar, como podemos hacerlo vos o yo, sintiéndonos cristianamente culpables ante Dios.

—Te diré más; yo creo que el sentido de culpa le agrega otro sabor al pecado.

Berrutti mueve dos centímetros su zapato cuarenta y dos, e, inmediatamente, el piececito de Mirta recupera el contacto. Sin dudas ya, seguro de sí mismo, alza la cabeza, con una mano se acomoda el cabello un poco revuelto, y remata su pensamiento:

—Exactamente, otro sabor. ¡Qué cosa aburrida debe ser el pecar cuando se es ateo! Realizar lo pecaminoso sin que nadie te pida cuentas.

—Horrible. Lo pienso y se me encoge el corazón.

—Por eso las grandes obras de arte se han construido siempre alrededor del pecado.

—Lo cual, en el fondo, significa construirlas alrededor de Dios.

—Naturalmente, porque sin Dios el pecado no existe. Y se han construido alrededor del pecado, porque el pecado está prohibido y tiene castigo, y eso es lo estético: el conflicto entre la prohibición y la culpa. Mejor dicho, el arte es la chispa que resulta de frotar la prohibición con el castigo.

—Te salió redondo.

—¿Verdad que sí? Se me ocurrió ahora, mientras te hablaba.

—Sos notable vos —dice Mirta, al tiempo que su pan-

torrilla con media de nylon percibe la tibieza de otra pantorrilla con pantalón wash&wear.

Larralde se encoge de hombros. En realidad no le interesa mucho la disertación levemente oligárquica de Sofía Melogno. Ni siquiera le atrae físicamente. Pero Sofía se ha propuesto catequizarlo.

—Larralde, no me haga dudar del equilibrio de su juicio. Salvo que me esté tomando el pelo. ¿Me quiere decir dónde hay más libertad que aquí? A ver, a ver, un solo sitio, no le pido más.

—En las selvas del Amazonas, por ejemplo. Y fíjese qué curioso: allí no hay democracia representativa.

—Es lo que digo: usted me está tomando el pelo. Como buen periodista que es. Eso es lo único que ustedes saben hacer: tomar el pelo.

—No crea, señorita, sabemos hacer otras cosas.

—¿No podría dejar de llamarme señorita?

—Perdone, creí que era soltera.

—Naturalmente que lo soy, bobo. Pero me llamo Sofía. Y en casa me dicen Nena.

—Ah.

—¿Y qué va a contar de todo lo que está viendo?

—No todo, por supuesto.

—¿Y por qué no?

—Porque no se puede, Nena. Periodísticamente hablando, hay que ajustar los Estados Unidos que vemos a los Estados Unidos que llegan a Montevideo en las películas de Hollywood. ¿Para qué escribir sobre Little Rock si se puede escribir sobre Beverly Hills? Si yo cuento que en San Francisco un poeta beatnik se tiró de un tercer piso, nada más que porque no toleraba el American Way of Life, y no se mató, así que se quedó con el American Way of Life intacto y las dos piernas quebradas, si cuento eso, allá no les va a gustar, y el Secretario de Redacción me cablegrafiará un severo tirón de orejas con la recomendación de No Darles Pasto A Las Fieras. Así que mejor escribo sobre las ventajas del cerebro electrónico. Ésa sí les gusta. El ideal de nuestros Ministros de Hacienda, nuestros entrenadores de fútbol y nuestros jefes del

contrabando, es electrónico. Cálculos exactísimos, nada dejado a la improvisación, escaso material humano, y, sobre todo, algo en qué apoyarse. ¿A usted le gusta el cerebro electrónico? En muchos países subdesarrollados, Uruguay entre ellos, usan todavía un sucedáneo desventajoso y primitivo. Me refiero al horóscopo. Pero le puedo asegurar que el cerebro electrónico es más digno de confianza. Precisamente, ésta es la tesis de mi próximo artículo. Agrádeczame la primicia.

—Usted está un poco borracho, ¿verdad, Larralde? ¿Se puede saber para qué diario escribe?

—Para La Razón. Pero no busque las iniciales A. L. Generalmente, mis artículos aparecen sin firma, o con el seudónimo Aladino.

—Dígame, señor Aladino, ¿usted de qué signo es?

—Virgo, para servir a usted.

—¿Virgo? Impulsivo, sensible, reservado, activo, inteligencia racional, sentido práctico, devoción, fidelidad. Y también tendencia al surmenage.

—La gran flauta. Pero usted es una erudita. Por lo menos en lo del surmenage, acertó. De todos modos, le advierto que tendré que hacer verificar por el cerebro electrónico esa hermosa y estimulante ficha personal.

Larralde empuña convincentemente la botella.

—Y ahora tómese otro vinito. Para bajar el postre, Nena.

El teléfono suena relativamente apagado y lejano, debido a que en un extremo de la mesa Ballesteros sacude rítmicamente su abdomen como respuesta a una broma de Aguilar; en el centro Gabriela Dupetit dice en voz alta: "Te juro que acá a mí me da vergüenza ser uruguaya", y en el otro extremo Ocampo y Angélica Franco han encontrado un motivo más de coincidencia y cantan a dúo No te engañes corazón. De modo que hasta que no entra José y pide silencio, nadie interrumpe su actividad.

—Señor Ballesteros, lo llaman por teléfono y dicen que es very urgent.

Ballesteros detiene tan bruscamente sus sacudidas, que su estupor culmina en un eructo, hábilmente prolongado en una tos de emergencia.

—Dios mío, very urgent —dice al levantarse, y al salir se tambalea un poco. Se apoya en el respaldo de la silla de Larralde y luego arranca de nuevo, con pasitos cortos y no demasiado seguros.

Se ha callado Gabriela. El tango también queda suspendido en no creas que es la envidia o el despecho. Debajo de la mesa, todas las manos y piernas vuelven a sus bases. Marcela toca por primera vez, pero sobre la mesa, la mano de Ramón.

—No sé por qué —murmura con voz auténticamente preocupada— pero tengo el presentimiento de que se trata de algo malo que nos concierne a todos.

Reinach, los ojos fijos en un cuadro de la pared, que muestra a Ike, mastica y de vez en cuando deja oír el chasquido de su lengua. Sofía Melogno se retuerce las manos. Cécica Bustos se suena la nariz. Aguilar enciende un Republicana traído de la patria y acerca la llamita del encendedor al Chesterfield que sostienen las manos, un poco temblorosas, de Fernández. Mirta Ventura, con la solícita colaboración de Berrutti, vuelve a ponerse la chaqueta. Ruth Amezua estornuda, pero nadie le dice salud. Ramón respira profundamente y, con la mano izquierda, ya que con la derecha atiende a Marcela, alza la copa y acaba un restito de vino.

La entrada de Ballesteros es muy distinta a su salida. Evidentemente, algo ha ocurrido que lo ha despejado repentinamente y por completo. Su expresión es de tremendo desconcierto y parece a punto de llorar.

—Algo horrible. Ha pasado algo horrible.

Es casi un balbuceo, pero llega a todos.

—¿Dónde? —preguntan varios.

—Allá.

—¿En el Uruguay? —concreta Larralde.

—Sí.

—Hable de una vez. ¿Qué pasó?

—Una catástrofe. Una inundación espantosa. Un maremoto. Todavía no se sabe bien. Luego me van a telefonear de nuevo. Todo destruido. El país totalmente en ruinas. El agua arrastra todo por las calles. No hay más puentes. No

se sabe cuántas víctimas. Todo destruido. Una catástrofe como nunca. El país borrado del mapa. Campo y ciudad. Arrasado, totalmente arrasado.

Ruth Amezua lanza un grito agudo y cae hacia atrás. Fernández y Budiño la sostienen. Sofía Melogno empieza a llorar con un ruido espantoso. Cécica Bustos mira la pared y los lagrimones caen sobre su segundo helado. Gabriela se muerde el labio inferior; después se cubre la cara con las manos. Reinach es, por ahora, el único hombre que llora en forma ostensible. Larralde pregunta, tenso:

—Pero, ¿cómo lo supo?

—Mi vecino, un mexicano, lo oyó en el noticiero de la televisión. Sabía que yo estaba aquí y me telefoneó.

Angélica Franco pone un frasquito con perfume bajo la nariz de Ruth, y ésta se recupera, abre los ojos y de inmediato los cierra para llorar. Mirta Ventura reza.

—Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor.

Berrutti la contempla sin solidaridad y también pregunta.

—¿Y hay víctimas?

Ballesteros sacude la cabeza.

—No me abrumen, que ya bastante abrumado estoy. Les dije que no sé. Lo único que informaron es que el país está borrado del mapa. Arrasado, totalmente arrasado. Se acabó todo.

Desde un rincón, José mira el espectáculo. Está un poco deslumbrado. Sale hacia la cocina, a tiempo para contener al mozo del meñique:

—Wait a minute. Todavía no les lleves el check.

Marcela solloza quedamente, sin perder la cabeza.

—No puede creerse una cosa así —dice Budiño.

—Yo sabía. Te lo dije cuando salió Ballesteros. Yo sabía que era algo que nos concernía a todos.

—¡Qué horrible!

—Y César está allá.

—¿Tu marido?

—Sí.

—¿Te importa mucho?

—Sí.

—Es el castigo de Dios —chilla Gabriela— porque yo

dije que aquí me daba vergüenza ser uruguayo. Es el castigo de Dios y lo tengo merecido. Pobre mi mamita. Pobre mi viejita. Y mi hermano. No quiero pensar. ¡No quiero!

—¿Se da cuenta? —dice Aguilar a Cécica Bustos—. Yo hace un rato poniéndome cínico y ahora siento un nudo en la garganta.

—Todo arrasado —murmura Reinach—, todo, también mi tienda. Mi tienda borrada del mapa. No puede ser. ¿Conocen ustedes mi negocio? En Dieciocho y Gaboto. ¿Verdad que era lindo? Le había cambiado el mes pasado el letrero luminoso. Y tenía una puerta giratoria. Y dos camiones de reparto. Qué horror. Y todo lo que estuve diciendo. ¿Me oyeron? Usted por lo menos me oyó, Gabriela. Que no producíamos nada. Y no es cierto. Es un lindo país, Gabriela. Se puede trabajar sin miedo. Mi padre es judío, yo soy judío. Nací en Montevideo, pero soy judío. Tengo un tío que escapó de Alemania, porque allí la catástrofe fue espantosa. No fue un maremoto, pero igual fue espantosa, y para mi familia no quedó nada. Y en el Uruguay nadie nos molestó. Es un lindo país. Se puede trabajar. Y borrado del mapa. No es cierto todo eso de que la empresa privada es mi patria. No es cierto. Es un lindo país. Y ahora está borrado del mapa. Es un lindo país.

—Así en la tierra como en el cielo —reza Mirta Ventura—. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy.

—Callate —dice Berrutti, con los ojos saltados.

—¿Qué? —pregunta ella, de estupor en estupor.

—¡Callate! ¿No ves que no existe? ¿No ves que no hay Dios?

—Pero, ¿no decías hace un momento?

—Pavadas. No puede haber un Dios que destruya todo, porque sí. ¿No te das cuenta? ¿Cómo podés rezar así, tan tranquila? ¿No tenés nadie allá? ¿Nadie aparte de las monjas?

—Sí —explota Mirta soltando definitivamente el trapo— tengo a mi papá, pobrecito papá, pobrecito papito.

—A ver si Dios te devuelve a tu pobrecito papito.

—No seas malo.

—Yo tengo dos hijos, ¿entendés?, dos hijos, un varón y

una nena. Si Dios me los mata, quiero decir, si el maremoto me los mata, te juro por esta cruz que reniego de todo.

—Es como dice aquélla —solloza Sofía con los dientes apretados— es un castigo. Es un castigo porque nunca he trabajado.

—No sea chiquilina —dice seriamente Larralde.

—Es un castigo porque siempre he despreciado a los pobres, porque siempre les digo La Chusma.

—¿Quiere no ser tan pava? —dice Larralde, que está empezando a perder la paciencia y la sacude de los hombros—. Si fuera un castigo dedicado a usted, solamente a usted, el destino no se habría preocupado de ponerla previamente a salvo; al contrario, la habría colocado en el centro mismo de la catástrofe.

—Pero ¿no entiende que esto es mucho peor? ¿No entiende que esta sensación de no poder hacer nada ni ayudar, ni ver el desastre con los propios ojos, no entiende que esto es lo más espantoso? Además, se lo digo ahora. Tengo la obligación de confesarlo. Todo lo que dije antes era una pose, una mentira. Me gusta aquello. Es un país chiquito, insignificante, pero me gusta. No podría vivir aquí, entre tipos mecanizados, sórdidos, ingenuos hasta la bobera.

Angélica Franco está sacando dólares de su cartera. Los agrupa de a tres billetes y luego los rompe a pedacitos.

—Nada. No me importan nada.

Ocampo le pasa un brazo sobre los hombros y la inmoviliza.

—No seas histérica. Después te vas a arrepentir. ¡Romper un billete de cien dólares! ¿Estás loca? ¿Se puede saber qué arreglás con eso?

—Es un castigo, claro. Por lo que te estuve diciendo. Porque me estuve ofreciendo. No me importan los dólares, ¿entendés?

—Pero, mujer, no te preocupes, si en ningún momento te tomé en serio.

—Y no es cierto que allá sea tímida. Nunca soy tímida.

—Ya lo sé.

—Aquí y allá soy siempre como me viste hoy. Una puta. Nada más que una puta.

Ballesteros ha dejado caer los brazos a los costados de la silla. Con los ojos llorosos y una mueca que parece un puchero frustrado, su cuerpo enorme y desigual tiene ahora el aspecto de un lisiado.

—Ya ves —le explica a Larralde, pero sin mirarlo de frente—. No se puede decir de este agua no beberé. Hace un ratito le juraba que no volvería. Y ahora quisiera estar allá. Daría diez años de vida por estar allá. Parece mentira que uno necesite estos golpes terribles para saber a qué sitio pertenece. ¿Quiere que le diga una cosa? Pienso en el Paso Molino, pienso que todo allá será ahora una desolación, una destrucción total, y ya ve, yo, un pelotudo de sesenta años, me pongo a llorar como un botija. ¿Usted conoce el Paso Molino? ¿Se acuerda de las barreras aquellas, grandotas? A mí me gustaba, mire usted, y ya no era un pibe por cierto, quedarme allá un rato al atardecer, viendo cómo pasaban los ferrocarriles. A veces pasaban tres seguidos y entonces se juntaban como dos cuabras de coches, autobuses y tranvías. Era una estupidez, pero yo disfrutaba viendo, cuando las barreras al final se abrían, cómo arrancaba de golpe aquel corso improvisado.

—Seguramente, César estaba en Salto —dice calmosamente Marcela.

—¿Qué hace allá? —pregunta Ramón.

—Mi suegro tiene una estancia, pero es César el que la atiende, el que más trabaja.

—¿Cómo es tu marido?

—¿Físicamente?

—Sí.

—Alto, delgado, pelo oscuro, ojos verdes, nariz afilada, ancho de hombros.

Marcela se pasa un pañuelo por las sienes.

—No te alarmes todavía —dice Ramón.

Marcela sonríe precariamente y hace un indeciso ademán de disculpa.

—Vos consolándome, dándome fuerzas, y yo, tan idiota, sin acordarme de que allá también está tu gente.

—Todos tenemos allá nuestra gente.

—Tu hijo, tu padre, tu mujer.

—Sí, mi hijo, mi mujer, todos.

—Qué horrible.

Entonces ella se afloja, pierde repentinamente toda serenidad, toda apariencia de serenidad, empieza a llorar con los ojos abiertos, y dice sin arrepentimiento, sin orgullo ni vergüenza, con el menor énfasis posible, como si lo estuviera descubriendo en ese instante:

—Yo lo quiero. Lo necesito. Es insoportable. No puede ser.

Budiño la mira, enciende un cigarrillo y se lo pasa. Después enciende otro para sí.

—Gustavo. Dolly —piensa en voz alta.

Esta vez el teléfono hace que todos queden paralizados, como en ese juego infantil de las estatuas. José entra de nuevo y no necesita decirle nada a Ballesteros. Sólo lo mira. Ballesteros se levanta y esta vez no se tambalea. Casi corriendo, va hacia la puerta. En realidad, todos dejan la mesa y van hacia la puerta.

—¿Qué hay? —dice Ballesteros al tomar el tubo.

Los ojos de los otros están clavados en él. El hueco de la puerta es un montón de ojos. De pronto el gordo se afloja, se afloja. José es el primero que acude a sostenerlo. Budiño recoge el tubo, que ha quedado colgando.

—Soy un amigo de Ballesteros. Se ha desmayado. ¿Qué sucede?

Escucha un momento. Luego suspira. Un suspiro en el que a Budiño le parece estar vaciando íntegramente los pulmones.

—Gracias —lo oyen decir los otros—. No sabe cómo le agradecemos, señor. Sí, Ballesteros ya está bien. Después lo llamará, sin duda.

Ballesteros, que ya ha abierto los ojos, le ordena tartajosamente a Budiño que les diga todo a los otros.

—Era una exageración —dice Budiño. El amigo de Ballesteros escuchó otro informativo y parece que la verdad es muy distinta. Hubo una gran inundación sí, y algunos pueblos del Interior están bajo agua. Pero nada de mare-

moto, ni de muertes. Simplemente, una inundación más importante que la de otros años.

Se produce un gran silencio. Luego, de la boca de Reinach sale una especie de ronquido, algo así como una alegría gutural, algo así como la palabra tienda. Ocampo se inclina, recoge varios trozos de dólares y se los da a Angélica Franco.

—Pegalos y cambialos después en algún Banco.

—Gracias —dice ella, y se sienta, desconcertada. Un mechón se le ha separado del peinado impecable y ha quedado adherido a su mejilla, pegajosa de llanto y de sudor.

Agustín y Ruth, en un rincón, se besan en la boca. Berrutti intenta acercarse a Mirta Ventura, pero ella lo contiene con una mirada congelante y un murmullo entre dientes:

—No me toque, ¿entiende?

Célica Bustos se enfrenta a Aguilar, que está recostado en la pared.

—Bueno, aquí no ha pasado nada. Cada uno a su sitio, ¿no? El agua otra vez al río; usted otra vez a la OEA. Hasta que la muerte los separe.

Sofía Melogno se mira en un espejito.

—Estoy horrible. Parece que fui yo la que tuvo el maremoto.

—¿Y? —pregunta Larralde, a su lado.

—Mire, todos dijimos muchas pavadas esta noche, ¿no le parece?

José aprovecha para correr hacia dentro y decirle al mozo del meñique nasal:

—Vamos, ahora sí the check.

Cuando el mozo entrega la cuenta a Ballesteros, en el primer momento éste cree que se trata de una nueva emoción. Pero en seguida comprende que no es para tanto.

—Ah, la adición.

Berrutti y Reinach se acercan para ayudarlo a hacer la división y establecer el importe per capita.

—Entre ocho. Las mujeres no pagan —dice Berrutti.

Los otros dos asienten en silencio.

Budiño sostiene el tapado de Marcela, hasta que ella consigue acomodarlo sobre sus hombros.

—¿Y? ¿Te sirvió de algo el susto?

—Sí —dice ella—, ¿y a vos?

Él vacila un poco antes de responder.

—También. Pero no demasiado.

Algo en el tono de su voz hace que Marcela lo mire con preocupación.

—Hace un rato dijiste: Gustavo, Dolly. ¿Dolly es el nombre de tu mujer?

Él no puede menos que sonreír, atrapado.

—No, no es el nombre de mi mujer.

José recoge la propina y resopla:

—Ni siquiera un diez por ciento.

Lentamente van saliendo. Ahora, en el salón que da a Broadway, todas las mesas están ocupadas. Algunos de los comensales quedan un poco desconcertados cuando Gabriela Dupetit abre los brazos y exclama con estentórea compunción:

—Convénzanse. Somos una porquería. Las pocas veces en que hay una alarma, siempre termina en falsa alarma. Ya lo vieron. Nunca seremos capaces de tener una catástrofe de primera clase.

La ventana se abre a la calma chicha. Allá abajo, los plátanos. Por lo menos la mitad de las hojas están inmóviles, y el movimiento de las otras es apenas un estremecimiento. Como si alguien les hiciera cosquillas. Transpiro como un condenado. El aire está tenso, pero ya sé que nada va a estallar. ¿Qué puedo decirme? Éste es el momento, estoy seguro. En los días en que estuve alegre, siempre me falseé, siempre creí en lo que no soy, la vida color de rosa, etcétera. En las noches en que me sentí tan mal como para llorar a gritos, no lloré a gritos sino silenciosamente, tapado por la almohada. Pero allí también uno exagera. No se puede ser lúcido con el pecho hinchado de congoja, o de desesperación. Mejor llámémosle desesperación. Sólo para mí, claro. Que los demás cuelguen sus etiquetas: hipocondría, neurastenia, luna. Yo he llegado a un pacto conmigo mismo y por eso la llamo desesperación. Éste es el momento, estoy seguro, porque no estoy alegre ni desesperado. Estoy, cómo decirlo, simplemente tranquilo. No, ya me falseo. Estoy horriblemente tranquilo. Así está mejor.

Caen las primeras gotas. Bueno, a poner la cara. En esta ventana del noveno piso las recibo antes que los inocentes peatones de la *principal Avenida*. Por una vez le gano a alguien. ¿Será éste el instante adecuado para cerrar los ojos y decir: *Como todo el mundo, nosotros los Budiño tenemos una historia?* Desde aquella cena con uruguayos en el Tequila Restaurant, estoy por pensarlo todo de nuevo. Nada se pierde con probar. A cerrar los ojos. Como todo el mundo, nosotros los Budiño tenemos una historia. Adelante. A veces mi hijo cree que es, o está destinado a ser, un personaje importante. Por supuesto está en un error, no demasiado grave cuando se tienen diecisiete años. En la familia no hubo, ni hay, ni habrá

sitio para otra persona importante que no sea el Viejo. Desplantes principistas, encendida oratoria, figura prócer. Nos ha absorbido a todos. Yo nunca fui Ramón Budiño sino el hijo de Edmundo Budiño. Mi hijo nunca será Gustavo Budiño sino el nieto de Edmundo Budiño. Hasta el abuelo, en los últimos años, fue sólo el padre de Edmundo Budiño. Por algo todos lo tratamos de *usted*. Todos: hijos, nietos, nueras. Un hábito anacrónico que él ha sabido mantener, para dejar bien especificada la distancia. Siempre la distancia. Hacia abajo es desprecio. Hacia arriba, admiración. Por ejemplo: Rubén y Mariano vienen a buscar a Gustavo para estudiar, pero no lo encuentran. En ese momento sale el Viejo; se detiene a saludarlos, y Rubén le pregunta algo, no me acuerdo qué. El Viejo emplea unos diez minutos para desarrollar su opinión y recibir el homenaje. ¡Qué miradas de admiración, de interés, de respeto, casi de devoción! Y es lógico. Al Viejo no le ha importado nunca que su interlocutor esté situado más abajo que él. Para todos tiene el mismo estilo brillante, convincente, esclarecedor. También Gustavo lo admira. Le choca un poco, es cierto, que el abuelo ponga tanto fervor, y a veces tanta grandilocuencia, en la defensa de causas que él cree históricamente perdidas. Pero es indudable que lo admira. ¿Querría yo ser admirado por mi hijo? No. Mejor dicho: no lo sé.

¿Qué hace esa paloma bajo la lluvia? Le pesa caminar. ¿Tan atrás, tan atrás? Debe hacer de esto por lo menos treinta y cinco, treinta y seis años. No: justo treinta y siete. Antes de eso, sólo instantáneas sueltas, algo así como fotografías de álbum, pero no un episodio completo, redondeado. Todavía no era el Viejo. Sólo Papá. Papá dicho y pensado minuciosamente a mis seis años. Ahora no hay jugueterías tan bien surtidas. Los juguetes parecían extenderse hasta el horizonte. Triciclos, pelotas, monopatines, diábolos, royal ludo, manomóviles, soldados de plomo. Elige el juguete que quieras, dijo Papá. Yo había estado mirándome el zapato de charol. Alcé lentamente los ojos. Lentamente, para que el festín visual fuera llegando poco a poco. Había, hay un hombre detrás del mostrador. No

puede aguantar la risa. Se va a empachar, dice. ¿Te decidís?, insiste Papá. A mí me gustaría llevarme el triciclo, más el monopatín, más la pelota, más los soldaditos. Pero hay que elegir. Papá me ha prometido: Si dejás que el doctor te dé la inyección y no llorás, te llevo a lo de Oddone y te doy permiso para que elijas lo que más te guste. ¿Cómo pude acordarme de que el nombre era Oddone? Yo no he llorado y Papá cumple la promesa. Lo que más me gusta es la caja de soldados, pero me da mucha lástima que me guste precisamente eso, lo más barato. Qué problema, eh botija, dice Oddone. No me agrada la cara de Oddone. Hago fuerza para que el triciclo me guste más que ninguna otra cosa. Tengo noción exacta de que el triciclo es el juguete más lindo, el que será más codiciado por los otros chicos de mi calle. Lagunillas. Calle Lagunillas. ¿Y?, vuelve a preguntar Papá, esta vez consultando el reloj. Quiero los soldaditos. Lo digo en mi media lengua. Mucho tiempo después pude comprender que tanto Oddone como Papá, por distintas y comprensibles razones, se habían sentido defraudados. Pensalo bien, nene, me advierte Oddone. ¿No te gustaría más el monopatín? Tiene llantas de goma, freno y campanilla. Claro que el monopatín es estupendo, pero a mí me gustan más los soldados de plomo. Déjelo, interviene Papá, él sabe que puede llevarse lo que quiera. Respiro aliviado, sobre todo porque Oddone, al hacerme propaganda del monopatín, me ha hecho dudar. Y a esta altura yo no quiero dudas; quiero que me sigan gustando los soldados sobre toda otra novedad, por fabulosa que ésta pueda ser. Quiero los soldados, repito con una firmeza que no deja lugar a ninguna esperanza para Oddone. Papá sonrío. Me mira. Esos ojos azules y sin embargo cálidos. Se quita la boquilla antes de decir: Lo que vamos a hacer es llevarnos diez cajas de soldados. Le abrazo una pierna. Después me doy cuenta de que le estoy aplastando la filosa raya del pantalón. Aflojo la presión. ¿Todos diferentes?, pregunto, todavía nervioso, todavía sin creer. Todos diferentes, asegura Papá. Oddone es reumático pero trepa como un mono por la escalera y regresa con un gesto hipócritamente compun-

gido y sólo nueve cajas. No hay más que nueve series distintas, aclara. Antes de que alguien piense en cualquier otra solución sustitutiva, digo apuradamente: Entonces quiero dos cajas de esos azules, a caballo. Oddone suelta la risa. Papá suelta la risa. Me pongo colorado, pero no me rectifico. Simplemente, vuelvo a contemplar la punta de mi zapato de charol. En la calle, siento que todos me miran. No quise que Oddone enviara las cajas con el repartidor. Quién sabe cuándo habrían llegado. Así que las llevo yo, en dos enormes paquetes, uno en cada brazo. Parecés una hormiga, dice Papá, dame por lo menos uno de los paquetes. Pero no quiero. Me duelen mucho los brazos, sobre todo el izquierdo, pero yo quiero cargar con mi propiedad. ¿Por qué parezco una hormiga?, pregunto, nada más que para hacer tiempo. Es probable que haya dicho: *¿Poqué paleco una homiga?* Pero a esa altura mi media lengua no es totalmente sincera. La insinceridad obedece, más que nada, a que tengo conciencia de que mi pronunciación sin *eres* provoca una corriente de simpatía. Además, me resulta cómoda. Para decir las *eres* tengo que endurecer el maxilar inferior y hacer una proeza con la lengua. Papá sonríe. No puede evitar que mi pronunciación le cause gracia. Por la carga que llevás, contesta. Todavía seguimos una cuadra más. Vamos no seas bobo, dice por fin, no te lo voy a comer. Y me quita un paquete. Miro hacia el costado y recorro las polainas, el pantalón, el cinto de hebilla dorada, la corbata azul con el alfiler, el cuello duro, el rancho de paja con la sedosa cinta negra. Es lindo ir caminando con Papá. No hubiera podido decirlo con palabras, pero me sentía protegido, contento. Era estupendo saberse hijo de ese tipo impecable, elegante, siempre afeitado, seguro de sí mismo, que todo lo miraba con calma, que todo lo entendía sin vacilaciones.

Ya no llueve más. Pero no refrescó. A Gustavo, el Viejo lo arrincona todas las veces que quiere. Para eso usa y abusa de su elegante prepotencia. Anoche quiso obligarlo a que fundamentara su actitud política. Luego, de a poco, con sonrisas, con ironías, con chistes, con retruécanos,

incluso con algunos argumentos, lo fue desanimando hasta dejarlo mudo y resentido. Sentí de pronto un gran cariño por Gustavo, no el de siempre, no el manso afecto de saberlo mi hijo, sino uno activo, renovado, militante. El Viejo está inseguro, pero despliega una gran seguridad. Gustavo está seguro, pero no sabe explicar su propia seguridad. El Viejo es un veterano, un campeón de la polémica, un experto en sus tretas. En ese sentido, el pobre Gustavo es un lactante. Sin embargo, cómo quisiera apostar por él. En el núcleo de su inexperiencia hay una convicción. Tiene la suerte de haber desembocado en un mundo que está reconociendo sus vergüenzas, que está decidiendo jugar su suerte, que está convirtiendo en algo seguro la antigua y remota probabilidad de su salvación. El mundo en que yo crecí era tan distinto. Veíamos todo con la suficiente claridad como para reconocer que la injusticia del sistema en que estábamos inscritos era insultante para el género humano. Pero nos quedábamos en la maldición doméstica, casi en el soliloquio. Bueno, ¿y esto qué es? Quizá sólo teníamos una fe teórica, y también retórica, en la viabilidad de la transformación que queríamos, pero no una fe profunda, respirada, inevitable. Creíamos saber dónde estaba lo bueno, pero éramos vocacionalmente pesimistas, casi fatalistas, en cuanto a la posibilidad del triunfo, de la definitiva imposición de eso que para nosotros era bueno. El miércoles, Mariano mencionó las declaraciones, más bien ominosas, de un senador de Arkansas. No hay que preocuparse, dijo, son los últimos manotones de ahogado. Ahí está la gran diferencia. Nosotros creíamos que eran invencibles.

Este despacho del Viejo siempre me deprime. Además, son las once y veinte. El Viejo ya no viene. Mejor me voy.

¿Quién golpea? Saben que estoy solo en mi oficina y sin embargo golpean. Hipócritas. Cómo les gusta hacerse las mosquitas muertas.

¿Y a mí qué me importa lo que me está diciendo, secretaria espléndida, secretaria carnosa, secretaria con una li-

bra esterlina entre los senos, secretaria tentación, secretaria con labios demasiado gruesos para mi gusto, secretaria con ojos de carnero, secretaria un poquito imbécil, secretaria se acabó la tentación, a mí qué me importa, ¿eh? Ya sé que debo darle un vistazo al plan Viajar Con Alegría y a la nómina de cuarenta y cuatro turistas que prefieren veranear en Mar del Plata porque en Punta del Este les cuesta un huevo. A lo que hemos llegado. Que me lo alcance. Hasta aquí, exactamente hasta aquí. Así tiene que inclinarse y veo lo que oculta la libra esterlina. Qué locura. Una vez le dijo a Anzuela que su peso era setenta kilos. Seguro que cincuenta los lleva ahí adelante. La madre universal, la mujer lechera, etcétera. Si sólo fuera menos boba. Mejor que me deje todo. Ya lo veré. No puedo trabajar tranquilo con esa amamantadora vocacional frente a mí. Hasta luego. De atrás no está tan bien. Las caderas muy bajas, considerablemente más bajas que las de Marcela y también que las de Susana. Es la segunda vez que hoy me acuerdo de Marcela. Nunca supe si se arregló con su César.

Además Susana es inteligente. Demasiado. Ahora se acabó. Dentro de dos semanas el décimo octavo aniversario. ¿Bodas de qué? De papa, de jabón, de cualquier cosa. Me impacienta, no me atrae, pero ignoro la causa. La conozco tanto. Mi mano puede recorrerla a ciegas. Conozco el lunar chico que viene después del lunar grande, la parte áspera alrededor del pezón, la longitud exacta de los vellos, la apertura de todos los ángulos, los falsos labios cerrados de la cicatriz a la altura del apéndice, las zonas en que la carne mantiene su última consistencia joven y las zonas que empiezan a volverse flácidas, sin resorte bajo la presión de mis dedos, la única vértebra que tiene un promontorio mayor que las otras, las gloriosas nalgas donde se compendia su vitalidad, el sexo tibio, las rodillas lustrosas, la cintura que sabe mi compás. La última vez fue el jueves. Pero habrá todavía muchos jueves. Y martes. Y sábados. La rutina se vuelve inevitable. Empieza generalmente así: un contacto casual, todavía desde el sueño, un contacto insistente, persuasivo, pro-

gresivamente despierto, hasta que la respuesta llega, primero como un estremecimiento, después como un eco cansado. Quizá el estremecimiento provenga de otra imagen, más incitante, de algún sueño o recuerdo abandonado. El eco cansado viene de reconocer la realidad. El jueves, por ejemplo. Vino, viene lentamente a mis brazos, extrayéndose del sueño con un espeso ronroneo terminado en “ón”, algo que puede ser Ramón, pero también puede ser León o Gastón. Cualquier cosa menos sentir celos. Claro que no conozco a nadie con esos nombres. También puede pasar que Susana lo conozca y yo no. Pero dijo Ramón, estoy casi seguro. Ése no es el problema. El problema es el envilecimiento de la rutina. Subir siempre por el mismo lado, sin ninguna sorpresa para el tacto, brindarnos uno al otro externamente, más preocupados por el calambre repentino que por ese turbio, irrepetible éxtasis o permuta o combate o incineración o vislumbre o gemido o desencuentro o catástrofe o gloria, ese algo que por una explicable comodidad hemos convenido en llamar amor. Dios es Amor, estableció Juan el Evangelista, así, sin excepciones, porque se trataba de un rubro infinito, pero, ¿aquel Dios tiene algo que ver con este amor entreverado, impuro, sangrante, amnésico, agitado, sublime, estropajoso? En todo caso, Dios es Amor, pero amor no es dios. La beso, a ella la beso, y no soy hipócrita. La beso como podría morderla, y a veces la muerdo, o comérmela y masticarla y digerirla. Porque hay una desesperada necesidad, casi diría una obligación, de marcar al otro, a la otra, aunque sea con los dientes, y aunque alguno de éstos sea postizo. Dejar una marca propia es cosa de vida o muerte, o de muerte solamente, porque la intención subterránea es traspasar la muerte, es seguir existiendo después del fin. Y a esos efectos tanto sirve la existencia de un hijo como la de una cicatriz. Después de todo, también el hijo es una cicatriz. Buena definición para proponer a la Academia. Hijo: cicatriz del amor.

Así que éste es el plan Viajar Con Alegría. Todo el viaje con música, garantido por lo menos un treinta por ciento de Gardel, el resto a discreción pero siempre popular, no

se asusten muchachos, nada de Bach ni Prokofiev ni Bartok. Viajar Con Alegría proporciona un cicerone que sabe doscientos noventa y tres chistes de memoria, incluidos veinticinco bien verdes para la población masculina. Viajar Con Alegría le permite a usted Pagarlo Con Dolor, en incómodas cuotas mensuales que garantizan su hambre por varios semestres. Viajar Con Alegría lo borra a usted como individuo, permite que se integre insensible y costosamente en ese Gran Todo llamado Excursión Colectiva. Viajar Con Alegría, sigla ve-ce-a, piensa por usted, sufre por usted, suda por usted, goza por usted, gana por usted. *¿Por qué si puede viajar, pampún, se va usted a quedar acá? ¿Por qué si puede viajar, pumpún, no viaja por Ve-ce-a?* Este poeta sí que se exprimió el cráneo. Para colocarlo antes y después del informativo. Está bien. Que venga de una vez la secretaria espléndida, carnosa, imbécil, etcétera.

—Ya le puse el visto bueno, señorita. Recomiendo que vaya antes y después del informativo.

Lindo ir por la Rambla. El mejor momento del día. El único en que es un descanso manejar. O sea que me convencí a mí mismo y yo también Viajo Con Alegría. Aquí mismo, frente a la *degollada de la Rambla Wilson*, aquí era donde estaba el muerto la semana pasada. Me acuerdo y todavía me estremezco. Qué cosa horrible aquella cara. Sin embargo, cada vez que paso, el recuerdo es una especie de disfrute. Aquella lengua, espantosa. Ah. ¿Por qué será que me repele y me atrae? El primer muerto que vi no era repugnante. Prefiero aquel primer muerto. Tres veces había entrado corriendo y tres veces me habían ordenado silencio. Sabía que ellos tenían razón, pero me olvidaba. Allá en el fondo de la habitación, en el rincón más alejado de la ventana, estaba, está el primo, con su cara color de sábana y sus manos delgaditas e inmóviles. No hay nada que hacerle, ha dicho tío Esteban con el pañuelo en los ojos, y todas las mujeres han salido al jardín para llorar tranquilas. Víctor cayó, un mes atrás, junto al cantero de los malvones, y todos recuerdan que la hemorragia parecía un rojo débil y lavado junto al color agre-

sivo de aquella otra naturaleza, ofensivamente saludable. Lo alzarón entre grandes aspavientos de las tías, lo acostaron en la cama de matrimonio, y desde entonces vienen médicos y médicos, tipos de guardapolvo que le dan inyecciones, parientes que desfilan a preguntar cómo sigue. Yo vivo a la espera. Al *rango* no puedo jugar, porque falta el compañero. Menos aún a la escondida, porque no hay de quién esconderse. Es curioso, pero desde que Víctor está enfermo, ya no me hace gracia jugar solo. Ni siquiera con los soldados. Me las arreglo con la payana, las bolitas, el trompo. Pero a éste no siempre puedo hacerlo bailar, así que me aburro. En la payana, en cambio, he introducido ciertas variantes de solitario. A veces simplemente corro, con voces adjuntas que van desde el silbato de ferrocarril hasta el simple relincho, pasando por la bocina del camión lechero y el grito del diariero del barrio. Jugar solo tiene gracia cuando es el resultado de una libre elección, y no cuando es la opción única, casi obligatoria. Menos aún me gusta acercarme a los mayores. Todos están terriblemente ocupados con la enfermedad de Víctor. Yo soy un personaje sin importancia. Nada más que un chico sano, que toma con regularidad su sopa y come su churrasco, previamente trozado por Mamá. Un chico razonablemente sano a quien no hay que alimentar con inyecciones y sueros. A veces deseo que a mí también me venga una hemorragia, pero en seguida pienso que, pese a todo, es mejor correr por el jardín. Tres veces he entrado corriendo, pero ahora no me olvido. Tomo precauciones como quien toma impulso, y entro silenciosamente. Todos se han ido. Todos menos tía Olga, que, de tanto vigilar la agonía de su hijo, se ha dormido, sentada en el sillón de mimbre, con la nuca rígida, las manos crispadas de desesperación y de cansancio. Está despeinada, un mechón semicanoso le cae sobre la nariz y es movido a veces por la entrecortada, casi sollozante respiración. Por primera vez me doy cuenta de que tía tiene una cara vieja, cruzada de arrugas.

En la cama, Víctor está inmóvil, con los ojos bien abiertos, revisando con la mirada las muchas cosas que hay sobre los estantes, sobre la cómoda, sobre la mesita de no-

che. Ahí están, por ejemplo, los gemelos de carreras, que una vez me prestara tío Esteban para que viera, bien cerquita y bien grande, la cara de Papá, que estaba sin embargo pequeña y lejana en la vereda de enfrente. Ahí están los libros con trajes regionales y el tomo del Diccionario Hispanoamericano que tiene las banderas. Ahí está el Meccano rojo, con una grúa a medio armar. También mi pizarrita con la tiza. Son las cosas que ha reclamado Víctor en la primera semana, cuando todavía podía sentarse, conversar y hasta tener alguna rabieta. Yo sigo inmóvil, mirando, esperando no sé bien qué. Entre las sábanas, la carita vencida de Víctor se mueve débilmente. Muy poco, pero se mueve. Abre los ojos y parece mirar hacia arriba. Mueve lentamente los labios, con alguna palabra, sin sonido. Yo no podría acercarme. Estoy clavado en el piso. Pero además no quiero. Algo está ocurriendo y yo lo sé, aun antes de que la cabeza de Víctor se doble un poco hacia la pared, con los ojos inútilmente abiertos. Tía Olga ronca y se queja. Se mueve en el sillón, pero sigue durmiendo. Yo no quiero estar allí cuando ella despierte, no quiero presenciar la desesperación que va a sobrevenir. Doy un paso, ahora sí, despacito, y alargo la mano hasta los anteojos de carreras. No me doy cuenta y los tomo al revés. Miro a través de ellos hacia la cama y veo la cabeza de Víctor, diminuta, lejana, casi perdida, como si ya estuviera en otro mundo. Pero no me asombro. Dejo los gemelos sobre una repisa y salgo en puntas de pie, casi sin respirar. Así, confundido, como sonámbulo, llego al jardín, y Papá viene, vino a mi encuentro. En seguida se dio cuenta de todo, de lo que había pasado, de lo que yo había visto. Me pasó una mano por entre el pelo y después la depositó en mi hombro. Estuvo un rato callado y luego me tomó el mentón y me levantó la cabeza, tal vez para cerciorarse de que yo había llorado. Mis ojos deben haber estado estupefactos, pero secos.

Qué curioso, sin embargo ahora lloro. Poco, pero lloro. Voy a bajar el vidrio para que el aire me seque los ojos. No quiero que Susana advierta nada. ¿Será que después

de los cuarenta se llora más fácilmente que a los ocho? No sé. ¡Qué animal! Cómo va a pasarme por la derecha. Claro, tenía que ser una mujer.

Siempre me ha gustado estar como ahora estoy. Echado sobre una roca, mirando el mar. ¿Por qué tendré las piernas tan peludas? Esa muchacha. Está bien, sólo que demasiado blanca. Qué quemadura, Dios mío. ¿Alguien podría decir que el tipo la acaricia con ternura? Miraré el cielo, mejor. Ni una gaviota. Las sábanas estaban frías. Allá arriba el techo, altísimo, manchado, inalcanzable. La lamparilla pendía, inmóvil, de un largo cordón, cinco moscas. Siete años, ché, había dicho tía Olga. ¿Lo van a mandar a algún colegio? Particular, supongo. Papá ha contestado que no hay apuro. Si lo van a mandar a un colegio particular, dice ella, está bien que no tengas apuro, porque ahí enseñan bien y después recuperará el tiempo perdido, mientras que de la escuela pública salen todos hechos unos potros y además no saben nada. Preguntó Papá, como si tal cosa: ¿Vos fuiste a la escuela pública? Mamá se había reído, pero él no. Olga tampoco, por supuesto. Tal vez lo mandemos a un colegio particular, pero no por tus razones, sino para que aprenda un idioma. Ah, tragó tía Olga, ¿al British? No, al Colegio Alemán. ¿Justo ahora? Justo ahora, dijo Papá, me gusta el idioma y quiero que lo aprenda desde chico. Así que aquello se acababa, pensé en la cama. Las sábanas estaban, están frías, pero Mamá me arropa bien. Cumpló siete años. Esto se acaba y no estoy muy seguro de que el cambio me guste. El colegio, un colegio, no importa cuál. ¿Qué quiere decir exactamente *escuela pública*? ¿En qué se diferencia de *colegio particular*? Un colegio significa trabajo, otros chicos, órdenes a cumplir, maestros, deberes. O sea que estoy a las puertas mismas de la obligación. A veces viene Víctor y jugamos al *rango*, a la escondida, pero más me gusta estar solo, solo con mis juguetes, inventándome un mundo, creándome historias, heroicidades, luchas. Imaginación aventurera, dice Mamá. Más crítica que aventurera, dice Papá. Yo me introduzco en mis propios episodios. Una colina, un avión, un faro. Jamás olvido situarme en una elevación, a fin de dominar bien todo el panorama.

Me gustan los soldados de plomo, porque puedo dirigirlos, concentrarlos, distribuirlos, derribarlos, agasajarlos, darlos por perdidos.

Todo aquello para lo cual uno se siente autorizado cuando se considera el amo omnipotente de cientos de vidas rígidas, con un ademán eterno y una postura única.

Una gaviota, al fin. Cuando me acostaba, tenía siempre la sensación de estar indefenso, de estar abajo. Abajo era, por ejemplo, mirar hacia aquel techo temible y manchado que podía caerse. Una vez se había caído sobre la cocinera y cuánta sangre. Abajo era mirar aquella bombilla eléctrica, con su garabato de luz y las cinco moscas estáticas en el cordón, a la espera de algo. Me hacía, me hago un cuento. Cuando venga Papá en la última visita antes de acostarse, y apague la luz, las moscas se llenarán de oscuridad, se inflarán de oscuridad, se convertirán rápidamente en monstruos negros y empezarán a volar sobre mi sueño, rozándolo de vez en cuando con sus patas, que para ese entonces habrán de ser gigantescas y peludas. Sé que este cuento es mentira, pero experimento un disfrute tembloroso al construirme este terror particular, para mi uso exclusivo, y las pocas noches en que he gritado, sacudiendo la espesa, impenetrable oscuridad, con un largo alarido, éste ha sido sincero, espontáneo, tan irracional y tan primitivo como si yo fuera el consciente inventor de mi propio pánico.

En esos casos acude Papá, en su pijama a rayas, enciende la luz y, naturalmente, no hay ningún peligro. Yo sé de memoria todo ese proceso. Pero sólo provisoriamente me tranquilizo. En mi cuento me he adelantado a explicarme que, cuando la luz se enciende, los espantosos monstruos vuelven a ser moscas inmóviles en el cordón que pende del techo. En la oscuridad hay otras transformaciones, que, éstas sí, cambian noche a noche. En el rincón hay una percha y allí siempre alguien cuelga un sobretodo, un saco o un guardapolvo. Qué sencillos e inofensivos parecen a la luz del día o de la lamparilla eléctrica. Después, en la sombra, cada prenda adquiere su verdadero perfil. Nunca es el mismo. Una noche, por ejemplo,

el guardapolvo es un rinoceronte. Otra, el sobretodo es una jirafa con cabeza de hipopótamo. Esta noche de mi cumpleaños, el saco con la bufanda llega a formar un enorme toro con la cabeza de tía Olga. Nunca hablo de esto. Es un secreto entre los monstruos y yo. ¿Habrá en el colegio una oscuridad tan insoportablemente espesa? ¿O habrá siempre sol, como en el patio? Entonces entra Papá y yo me hago el dormido. Me besa y murmuro algo, como entre sueños. Escucho el ruidito de la llave de la luz. Otra vez la oscuridad. Lo sé a través de los párpados. Papá se va. En la mano derecha sostengo con fuerza varios soldaditos de plomo, esos que no me dejan llevar a la cama, porque puedo lastimarme y además rompo las sábanas. Los sostengo firmemente, pero sé que en ese instante no soy más el dominador, el omnipotente general al mando de todo un ejército, sino un desarmado chiquilín que no se atreve a abrir los ojos, nada más que para conservar todavía la ilusión de que las moscas del cordón no obedecen al conjuro. En cuanto los abra, una pata peluda rozará mi frente, mi mano soltará los soldaditos, y el grito se incrustará lentamente en la pared que me separa de la luz, de Papá, de la seguridad.

Esa muchacha. Ahora también ella se ha calentado. ¿Podría decirse que su mirada es un ejemplo de ternura? Además, aún está por demostrarse que la ternura sea lo principal. ¿Cuáles habrán sido los monstruos secretos de Gustavo? ¿Cuál habrá sido el estilo, la forma de su miedo? Dos o tres veces lo he visto horrorizado, pero eran terrores externos. Por ejemplo: una tormenta en la casa de Punta Gorda, o el bulldog de Magariños cuando él tenía apenas ocho años y andaba en monopatín por la vereda y el perro se abalanzaba contra la reja. Pero ¿qué miedos íntimos?

Cosas como cerrar los ojos e imaginarse muerto, muerto, muerto, o soñar que uno está reducido, allá abajo, en el fondo de un gran pozo infinito. A esta altura, ya he renunciado a penetrar en el verdadero mundo de mi hijo, clausurado para mí, ¿abierto para quién? La sensación escalofriante de que mira a alguien por sobre mi hombro,

buscando a la vez oposición y protección, enemistad y ayuda. Y ese alguien es siempre el Viejo. ¿Cuándo no? Tampoco creo que establezca esa comunicación con la madre. Pero a Susana le importa menos.

El agua llega a mis pies. Y está fría. Decenas de gaviotas. Cientos de gaviotas. Basta de gaviotas.

Debe hacer por lo menos diez años que no veo un carnaval. De chico iba a los tablados, y me gustaban. Ahora no soporto nada de esto. Pero hay que mostrárselo a los yanquis.

—Don't you think it's very beautiful?

—Marvelous, it beats New Orleans.

—Oh, no, I've been there.

—Really? When?

—Fifty-nine.

Ella tiene tantas pecas. ¿Cómo alguien puede tener tantas pecas? Él no tiene pecas pero tiene Kodak. ¿Cómo alguien puede sacar tantas fotos? Cabezudos a la vista. Gran detalle folclórico.

—Look at those heads.

—How wonderful.

—How funny.

Lástima que no haya más Marqués de las Cabriolas. Lo encontrarían aun más folclórico.

—You think we are funny people?

—Of course you are.

—Sorry, we are not.

—Pardon.

—We are very sad people.

—Like the tango?

—Sure, like the tango.

—Oh, I love tango.

—El choclo, for instance?

—Pardon.

—That means Kiss of Fire.

—Oh, yes, I love Kiss of Fire, d'you remember Tom?

—What?

—But, Tom, we used to dance Kiss of Fire at the Havana Hilton.

—I see, Mrs. Ransom, you have been at Havana.

—Every season B. C.

—B. C.?

—Yes, Before Castro.

¿Qué les parecerá este carro, con el simpático Lucifer pinchándole el traste a la gorda? Se ríen, menos mal.

—Look at the Red One.

¿Y si les hiciera un chiste con *The Red Badge of Courage*?

—You know. Mr. Ransom, that is our Red Badge of Courage.

—I beg your pardon.

—Our Red Badge of Courage.

—Sorry, I don't get it.

—You surely know the book, don't you?

—Oh, it's a book. A gaucho's story?

—Of course, Mr. Ransom, it's a gaucho's story.

—Oh, fine.

El tablado en Capurro y Húsares. Y yo abajo, once años, sin amigos, mirando. Mamá me había dado diez pesos. Diez pesos en mil novecientos veintiocho. Una fortuna. Para comprar papelitos, serpentinas, caramelos, cualquier cosa. Vino la *troupe Oxford* y era un mundo de gente. Yo apretado contra un ángulo, trepado al cajoncito. Vino una máscara suelta y la gente aflojó. Vino otra *troupe* con un bailarín niño, más chico que yo. Bailaba jotas, tarantelas, milongas, malambos, bolero de Ravel. Cuando terminó, se arrimó a mi rincón. Tenía unos ojos grandes y unos bracitos flacos. ¿Te gusta?, dijo. Sí, contesté, ¿quieres bajar? No puedo, dijo. Tengo diez pesos. Y se los mostré. Abrió los ojos desmesuradamente. Pediré permiso, dijo. Habló con un hombre de negro. Después volvió. Vamos, dijo. Bajó y nos fuimos. ¿Quieres ir hasta el Parque? Es muy lejos. No, es cerquita. Caminábamos ligero, casi sin hablar. Tenía, tengo una oscura conciencia de que estoy comprando su compañía por diez pesos. No importa. Por este rato tengo un amigo. El Parque está oscuro, sin nadie. ¿Hace mucho que bailás? Desde el carnaval pasado, y también canto. ¿Qué cantás? *Nena, cuando tú me quieras nena*. Mi mamá también la canta. *A la orilla de un pal-*

mar. No la conozco. *Yo no sé qué me han hecho tus ojos.* Ésa sí. *Mi caballo jerezano.* También. Mentira, no conozco nada. Sabés muchas letras entonces. Unas veinte. Qué bien. También sé luchar, ¿y vos? No mucho. ¿Querés que te enseñe? Bueno. Es más chico, pero tiene más fuerza, sobre todo más maña que yo. Entonces me doy cuenta. Busca introducir su mano en mi bolsillo. Al fin lo hace. Cuando la saca, el billete nuevito me raspa el pantalón. No digo nada. Me suelta. ¿Qué te pareció? Sabés luchar muy bien, ¿quién te enseñó? Mi viejo. ¿Y qué es tu viejo? Changador. Con razón tenés fuerza. Trabaja en el Puerto. Qué lindo. Bueno, me voy. ¿Ya? Sí, tenemos que ir a otro tablado. Chau, entonces. Chau. Se va corriendo. Me quedo sentado en un escalón bajito, gastado. Estoy rodeado de plantas. Algo me hace cosquillas en la cara. Un alguacil o una mariposa de noche. El bailarín de diez años regresa. Tomá. ¿Por qué? Te los saqué mientras luchábamos, pero no puedo, siempre lo hago pero esta vez no puedo. Tomo el billete nuevito, sólo está un poco más arrugado. ¿Cómo te llamás? Ángel, ¿y vos? Ramón. Yo tengo un tío que se llama Ramón. Mirá, Ángel, tomá los diez pesos. No, son mucha plata. Te los regalo. No quiero. Si no los agarrás, los dejas aquí en la escalera. ¿Te sobra la guita a vos? A mí no, pero a mi Papá sí. ¿Qué hace tu viejo? Tiene una fábrica y ahora va a sacar un diario. ¿Un diario con chistes? Sí, con chistes. Qué lindo. Llevate los diez pesos. Y bueno, si tu viejo tiene tanta guita, dámelos. Tomá. Chau. Chau. Me quedo sin los diez pesos, pero no importa, tuve un amigo de media hora que me los quiso devolver.

—Oh, Tom, I'm tired.

—Would you like to go to the hotel, Mrs. Ransom?

—Oh, yes.

—Not yet, Mary, please. I'm taking some pictures.

—I'm so tired, Tom, be kind.

—Would you like to stay here, Mr. Ransom, enjoying our corso?

—Yes, I prefer to stay. I'm enjoying this Carnival very much.

—Don't worry, Mr. Ransom. Let me take care of Mrs. Ransom.

- Oh, would you take her to the hotel?
 —With pleasure.
 —That would be very kind of you, Mr. Boudinow. And Mary, why don't you practice your Spanish with our friend?
 —I will, Tom.
 —Fine.
 —Bye-bye, Tom.
 —Bye-bye, honey.
 —Good night, Mr. Ransom.
 —Good night and thank you very much.
 Ya me imagino lo que busca esta señora.
 —¿Queda lejos el hotel?
 —No, está a pocas cuadras.
 —Entonces, vamos caminando.
 —¿Dónde aprendió tan bien su español, señora Ransom?
 —Mi madre es argentina y desde que éramos niños nos habló español.
 —Ah, con razón.
 —Mi padre es irlandés, pero también habla español. Yo soy de North Carolina, pero tengo un hermano nacido en Tegucigalpa.
 —Caramba, qué cóctel.
 —¿Verdad que sí? En realidad no estoy cansada.
 —¿Quiere volver al corso?
 —No, por favor.
 —¿Quiere ir a su hotel?
 —No, no.
 —Estoy a sus órdenes, señora.
 —¿Y si fuéramos a su oficina?
 —¿A la Agencia? ¿A esas horas? Son las doce.
 —Me imagino que usted tendrá llave.
 —Y si vuelve su marido, ¿no se sorprenderá de no hallarla en el hotel?
 —Mi marido estará como dos horas más sacando fotos, y además si no me encuentra no dirá nada.
 —En ese caso.
 —El problema es que yo estoy aburrída de mi marido, señor Budiño.

- Quizá esté deprimida esta noche, señora Ransom.
- Llámeme Mary. Ramón.
- ¿Cómo sabe que me llamo así?
- Está en el folleto de su Agencia.
- Usted está deprimida esta noche, Mary. Eso le pasa a mucha gente con nuestro triste carnaval. Se deprime.
- No estoy deprimida. Estoy asqueada de mi marido. Nada más, es muy sencillo.
- ¿Sólo esta noche, o siempre?
- Más bien siempre, pero especialmente esta noche.
- ¿Y por qué no se separa?
- Digamos que por pereza.
- Es un buen motivo.
- ¿Verdad que sí? Me ha hecho reír, y yo no me río fácilmente.
- Sin embargo, queda muy bien cuando se ríe.
- ¿Queda muy lejos su oficina?
- Hemos llegado, señora.
- No sea tímido. Llámeme Mary.
- No soy tímido, Mary, te lo aseguro.
- Bravo por el tuteo.
- ¿Dónde tendré la llave?
- No me digas que la perdiste ahora.
- No, aquí está.
- ¡Qué lindo es esto, qué amplio, qué limpito!
- Una oficina como cualquier otra.
- ¿Puedo quitarme los zapatos?
- Puedes quitarte lo que quieras.
- ¿Incluso las inhibiciones?
- Eso antes que nada.
- Ramón, ¿por qué los gringos no son así?
- ¿Así como qué?
- Como tú, emprendedores.
- Yo no soy emprendedor, lo juro por todos los profetas.
- Sacrílego. ¿Te molestan mis pecas?
- No, me gustan. Me molesta en cambio tu tremendo collar, y también esta llama de plata peruana, y todas estas pulseras que hacen ruido.
- Me las quito.

—Quítate esto también.

—Sí, Ramón.

—Y esto, y esto, y esto.

—No, esto no.

—Sí, esto sí.

—Ramón.

—Mary.

—Dime María, mejor. Hace tanto tiempo que no hago el amor en español. Hace tiempo que nadie me dice cosas lindas en español.

—Cosa linda.

—Así, Ramón.

—Flaca pestosa.

—Así, Ramón, así.

—Putita.

—Así, Ramón, así, dime algo más.

—Agoté el repertorio, María, pero puedo empezar de nuevo: cosa linda, flaca pestosa, putita.

Maldita la gracia que me hace esta huesuda, pero si no lo hago ya sé lo que sucede. Me pasó el año pasado. Quejas al marido, reclamaciones, escenas. Y, en definitiva, descuento importante. No, gracias.

—Vístete, María.

—¿Ahora mismo?

—Sí, ahora mismo.

—¿Vendrás este año a los Estados Unidos?

—No creo.

—¿Y el año próximo?

—Menos que menos.

Al fin. Al fin. Qué suerte que se vayan mañana temprano. Voy a caminar un rato solo, necesito respirar. Y menos mal que hablaba español. ¿Pensará que yo tengo que acostarme con *todas* mis clientas? ¿O será que ella piensa que tiene que acostarse con *todos* sus agentes de viaje? Padre irlandés y madre argentina. Tal vez. Cuando los norteamericanos piensan en América Latina, la imagen debe ser una gran olla de marihuana. Cuando las norteamericanas piensan en América Latina, la imagen ha de ser un gran falo. Hacen que uno se sienta como un

padrillo. Ahora en el auto, despacito, por la Rambla, solo, qué suerte. Como un padrillo. Sin embargo, ésta debe ser mi mujer número ¿cuánto? A ver un poco. De soltero: Rosario, María, Aurelia, Julia, Alicia, Clara, la húngara, nada más. Siete. Susana, claro. Después de casado: Maruja, Rita Claudia, la mujer de Sánchez, Gladys y ahora Mrs. Ransom. Cinco. O sea siete, más Susana, más cinco: trece en total. Eso se llama morigeración. ¿No me olvidaré de alguna? Creo que no. También están mis dos experiencias frustradas en USA. No me faltaban ganas. Pero. Exactamente nueve semanas de estadía y por lo tanto de continencia. Deberían asesorarlo a uno. Así como existe la notable Agencia de Viajes Ramón Budiño y Cía., debería existir una asesoría de turismo sexual. ¿Cómo iba a saber yo que la frase clave era *would you like to see my etchings*? Eso se llama un eufemismo. La mujer del profesor. Richmond, Virginia. Qué desastre. El pobre tipo mirando con simpatía y yo enseñándole tango a la mujer con el único disco disponible, *Clavel del Aire*, aunque en la etiqueta el título era *I'm Down in the Garden*. Terminaba y otra vez. Apretada contra mí, cada vez más, y el profesor contemplándonos con una sonrisa satisfecha, agradecida. Y a ella yo la sentía toda, centímetro por centímetro, milímetro por milímetro, con nuditos, pelos, broches, granos, botones, lunares, alfileres, ombligo. Y lo quería aprender con cortes y ochos y sillitas, porque una vez había visto bailar a una pareja de porteños. Seguramente ella también sentía mi billetera, mi lapicera fuente, mi esternón, mi pasaporte, mi peine, mis costillas, mi hebilla, mi cinto, etcétera, sobre todo el etcétera. Y el profesor mirando. No puedo olvidar aquella mirada y aquella sonrisa. Se me ocurrió que a lo mejor el hombre era de los que matan sonriendo. Más o menos treinta claveles del aire, todo un ramo. Quedé reventado, por varias razones. Entre otras, no sirvo para representar rijosas pseudoensambladuras frente a testigos con autocontrol o con sangre de horchata. Me invitaron para otro *weekend* pero *nevermore*. A la señora le envié una orquídea, en retribución de tantos claveles del aire. Estuve bien. La segunda frustración fue la

rubiecita de Nueva York, una chiquilina, estudiante de Bellas Artes. Me hizo el tren en el restorán y sin embargo no quiso ir a mi hotel. Claro, no hablé de mis *etchings*. Pero me invitó para el viernes de noche, a su apartamento, también para que le enseñara tango, y yo dije ahora sí. Compramos fruta, cocacola, Danish Blue, sopa sintética, pizza, pan negro, torta de coco, Liebfraumilch y marrons glacés, para la gran farra. Total: nueve dólares con noventa centavos. Pero falta un detalle. El apartamento era chiquito, más bien sucio, poca luz. Entonces se levantó una cortina y apareció una yugoslava en camisón, una yugoslava con fiebre, la compañera de apartamento y de Bellas Artes, que estaba enferma, pobre, con llagas y bronquitis, cuánto lo siento. En medio de mi santa indignación, al segundo vaso de Liebfraumilch ya me había resignado y bailé en forma pudorosa y sudorosa, intercaladamente con una y otra, su también único tango, que esta vez era *I got ideas* o sea *Adiós muchachos* en 45 rpm, con paréntesis de tambor, violines en picada y olés hábilmente insertados. Y la yugoslava en camisón, fea como pegarle a Dios, con olor a fiebre y linimento, echándome en la oreja su cálido aliento balcánico con tanto fervor, que después pasé tres días en cama con mis propias llagas y mi personal bronquitis.

La cosa va a ser explicarle ahora a Susana, si es que está despierta, cómo es que una misión turística puede prolongarse hasta las tres de la mañana. Quién la aguanta. Y lo injusto será que esta vez fue en cumplimiento del deber profesional. Puedo decir por ejemplo que fuimos hasta Punta del Este y volvimos tardísimo, pero eso siempre es peligroso porque después, mañana a más tardar, habla con la secretaria espléndida, carnosa, etcétera, y le saca de mentiras verdades, que para eso Susana es una pantera y la carnosa es una imbécil. Hay que ver lo bien que se llevan por teléfono.

—Ah, te despertaste. Qué tal, querida. Seguí durmiendo. No, no es tan tarde. Son las tres y cinco. Seguí dur-

miendo. Una pareja de norteamericanos. Dos pesados. Mañana te cuento. Voy a pegarme una ducha. Seguí durmiendo.

El pañuelo lo tiré en la Rambla. Pero ¿cómo le quito ahora a la camisa esta mancha de *rouge*? Ni siquiera hay alcohol en esta casa.

El té está débil y la manteca no estuvo en la heladera. Está asquerosamente blanda. Nadie imagina lo importante que es para mí el desayuno. Pobre Susana. Gustavo duerme todavía a pierna suelta y ella me tiene sólo a mí. Mejor dicho, sólo la tengo a ella, porque es ella quien considera un deber levantarse temprano para desayunar conmigo antes de que yo salga para la Agencia. Pobre Susana. Sin sus cremas y además con cara de dormida. Dice *¿quierés más azúcar?* como podría decir *Feliz Año Nuevo*. No sabe lo que dice. En este instante le tengo lástima, pero no debería tenérsela. Es simplemente terca. Se levanta conmigo para poner cara de mártir. Cuando le digo *Santa Sebastiana* le da mucha rabia. ¿Y si se lo dijese ahora?

—Santa Sebastiana.

Sí, efectivamente le da mucha rabia. ¿Por qué jamás meterá la manteca en la heladera? Prefiero comer la tostada al natural, antes que echarle encima esa porquería. Hoy la tostada tiene gusto a hostia. No comulgo desde mil novecientos veintinueve, en la iglesia de Punta Carretas. Era lindo el fondito en casa de la abuela. Desde allí se veía el fondo de la iglesia y también el fondo de la carbonería El Buen Trato. Los curas jugando al fútbol, con las sotanas tan arremangadas que parecían bombachudos. Los curas jugando al fútbol y los asaltantes huyendo de la Penitenciaría. El poder y la gloria. Carne y espíritu. Dios y el Diablo. Colorados y blancos. Le dije al cura que cuando fuera grande iba a ser *colorado* y me envió a rezar veinticinco avemarías de urgencia. Dita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre Jesús. Me dijeron: mientras tengas la hostia contra el paladar, podés pedir tres cosas. Yo pedí por la salud de Papá, por la salud de Mamá, y una pelota número cinco. Me sacrificué dejando la pelota

para lo último, y poniendo adelante las dos solicitudes nobles, pero Jesús nunca me consiguió la pelota. Con la salud cumplió, al menos por un tiempo. En materia de religión, fue mi única época feliz, porque Dios no era todavía la nebulosa en que después iba a convertirse. Una nebulosa cada vez más esparcida. Era un Dios hecho persona, con barba y todo, y uno podía dialogar con Él. Además la iglesia era una especie de sedante, sobre todo en verano. No tengo ningún pecado, dije en el confesionario. Hijo, no hay que ser tan soberbio, ¿acaso no tienes alguna mirada pecaminosa para las niñas de tu colegio? A partir de ese momento me propuse perder mi soberbia. No me había fijado en las chiquilinas. Pero al día siguiente hice todo lo posible por mirarlas pecaminosamente. Hoy sí tengo un pecado, dije el domingo en el confesionario. Este cura era más viejo y me miró desconfiado. ¿Cuál? Miré pecaminosamente a las chiquilinas de mi colegio. Yo rebosaba satisfacción porque había vencido mi soberbia. No hay que ser soberbio, dijo entonces el cura más viejo, nunca te enorgullezcas de ser pecaminoso. Recé de apuro los treinta padrenuestros y me fui corriendo. Abrí el diccionario en la palabra *pecaminoso*: perteneciente o relativo al pecado o al pecador. Un poco más arriba estaba la palabra *pecado*: hecho, dicho, deseo, pensamiento u omisión contra la ley de Dios y sus preceptos. Sí, claro, yo había mirado a las chiquilinas con omisión. Retiro lo de Santa Sebastiana, pero ella no retira la manteca blanduzca. Oh, qué hermoso es sonreír. Se acabó el desayuno y tengo el estómago gloriosamente revuelto.

—Pasá y sentate.

Nunca he podido acostumbrarme al desorden de este despacho. ¿Por qué será que el Viejo escribe siempre con lápiz carbonilla?

—Termino el editorial y estoy contigo.

¿Cuándo empezó el desencanto? ¿Cuando dejó de ser Papá para convertirse en el Viejo? *Termino el editorial y estoy contigo*. Nunca estará conmigo. Nunca estaré con

él. ¿Acaso lo odio? Puede ser, no lo descarto. De estos escritorios y archiveros sale un olor a humedad, a papeles viejos, a cigarrillos aplastados. Esto es un diario. Bah. Pero ¿qué parte de un diario? ¿El cerebro, el estómago, el hígado, el corazón, el recto, la vejiga? Allí está él. Hasta en mangas de camisa es un tipo elegante. Las canas le quedan bien. El caos de papeles le queda bien. Yo mismo le quedo bien. Siempre queda bien que alguien pueda decir: No van a comparar, el Doctor es un hombre de empresa, mientras que los hijos. Ya sé, ya sé. Mientras que los hijos, si son *algo*, sólo se debe a que llevan el nombre Budiño. Pese a sus defectos, ¿quién no los tiene?, el Doctor es un hombre de empresa. ¿Y cuáles son los defectos del Doctor? Ninguno importante: fumar demasiado, dejarse admirar por las mujeres, ser autoritario, demagogo, duro con los huelguistas, menospreciativo, sobrador. ¿Qué más quiere? Son defectos-virtudes. ¿Y sus virtudes-virtudes? Es infatigable, simpático cuando quiere, consciente de que su palabra es ley; oportunamente filántropo, gastador del buen vino, viajero con anécdotas; animado y animador, risa sonora, ojos con brillo; siempre da la impresión de que sabe un poco más de lo que dice, aunque no lo sepa; verdadero talento para usar la cordialidad, aunque ésta sirva para cubrir el desprecio; trajes impecables de casimir inglés; poderosa cuenta bancaria, espléndidas propinas; gran énfasis en los valores morales; salud de roble, campechanía intermitente, *und so weiter*. Y ahora este adulón lamentable.

—Buenos días, Javier. ¿La familia bien?

Lo veo venir, lo veo venir, me contará los achaques de su mujer.

—No tan bien, don Ramoncito, a mi señora le duelen horriblemente los pies. El médico dice que puede ser albúmina pero en los análisis no da albúmina. Entonces ¿cómo puede ser albúmina? No sólo le duelen los pies sino que también se le hinchan. Se le ponen así. El médico dice que tendría que adelgazar, pero a ella le gustan tanto los dulces. Siempre fue golosa. Yo también, pero no engordo.

—Qué Javier éste, cada día más encorvado.

Lo que dice el Viejo es cierto. Debe ser la adulonería. Tiene diez años menos que el Viejo y parece que tuviera quince más.

—¿Qué pasa?

—Son los jóvenes aquéllos, Doctor.

—¿Qué jóvenes?

Claro, no se atreve a hablar porque estoy yo.

—Diga nomás, Javier. Después de todo, Ramón es mi hijo. ¿O va a desconfiar de él?

—Por favor, Doctor, no diga eso.

Después de todo. No puede dejar de lastimarme. Después de todo.

—¿Y qué quieren?

—Creo que vienen a coordinar la acción en San José, Doctor.

—Bueno, que pasen.

Después de todo. Qué aspecto, diosmío. Bandas fascistas, las llama Gustavo. Pero, ¿los habrá visto de cerca? A coordinar la acción en San José. Qué vergüenza. Deben creer que están jugando a los gánsters, a las películas de espionaje, a esa antiséptica guerra de Hollywood en que siempre triunfan los buenos, o sea los norteamericanos y neonazis, y siempre sucumben los malos, o sea los comunistas, cuyos espesos papeles son representados por los mismos rostros patibularios, de irlandesa prosapia, que quince años atrás correspondían a la vieja estirpe de sabuesos germánicos. Los O'Brien que hicieron de vociferantes lugartenientes de Hitler son en realidad primos hermanos, o mejor sobrinos segundos, de los O'Connor que miman hoy la ferocidad implacable de los Verdugos Rojos. Bandas fascistas, qué lujo para ellos. Qué galardón. Justamente, así es como les gusta ser llamados. Pero no son ni siquiera eso. Con qué mirada de pánico asiste el más ñato, el gordito, al reparto de revólveres que efectúa el Viejo, el Viejo impasible.

—Están descargados.

Pero la advertencia no surte en el gordito efecto tranquilizador. Los otros dos deben ser hermanos y parecen

disfrutar a la vista del arma. Flacos, caras largas, pelo tirante hacia atrás, las manos delgadas y suaves de los que nunca hicieron nada y siempre se lavaron con jabón importado. Se les nota la clase social en el pulido de las uñas, en el nudito de la corbata, equilibrado, redondeado, simétrico, por lo menos diez minutos de espejo; en la lisa impecabilidad del cuello, en el casimir peinado y compacto, en los pantalones sin bajos, en el zapato en punta. La diferencia quizá esté en que el gordito todavía dice La Gente mientras que los dos flacos dicen La Mersa. Por distintas razones, el Viejo debe despreciar indiscriminadamente a los tres. No obstante los utiliza, claro.

—¿Conocen a mi hijo Ramón?

—No tenemos el gusto.

—Encantado.

—Encantado.

—Encantado.

¿Por qué el crapulita ése no se secará el sudor de la mano? El gordo está nervioso. La nariz le hace ruido. Manotea el pañuelo, pero es inútil, se olvidó, no lo trajo. Esto se pone interesante. ¿Se le caerán los mocos? En el orificio izquierdo ya se ve una gotita. ¿Se limpiará con la manga de casimir importado? Gran suspenso. También en el orificio derecho asoma una gota. Sí, se limpió con la manga. Si lo viera la mamá, que por lo menos debe ser Vicepresidenta del Comité Caritativo del Club del Bosque.

—Bueno, muchachos, ¿y cuáles son sus planes?

Prefiero no oír. Acto socialista, tiros al aire, evidente, represión justificada, hay que actuar con energía, dos profesores que joroban demasiado, a la cárcel con ellos. Prefiero no oír. ¿Cuándo le perdí el cariño? ¿Cuándo empezó el desencanto? Papá y Mamá detrás de la mampara. Me había ido a lo de Costa, a estudiar física tercero. Pero me olvidé la lapicera fuente y tuve que volver. Tenía puestos los zapatos de basquetbol y además no hice ruido porque creí que dormían. Pero no dormían. Dejate, dijo Papá. Habría tenido que irme, eso hubiera sido lo correcto. Pero quedé paralizado. Dejate. Mamá lloraba. Mamá llora. Lo hacés con todas, con todas, sólo soy una más, no puede

ser, no puedo Edmundo. Y la voz inexorable: Dejate. ¿Y los hijos, y los hijos, ni siquiera pensás en los hijos cuando andás con esas locas? La voz de Mamá es como un hipo. Dejate. No puedo Edmundo, no puedo. Entonces suena el golpe de él y el grito de ella. Un golpe seco, humillante. Mamá querida. Mamá. En seguida el silencio. Paralizado. Quedé paralizado. Yo tenía que haber entrado, tenía que haberle dado con una silla en la cabeza. Ahora lo sé. Pero entonces estaba estupefacto. Y además no podía verla a ella desnuda, yo no lo hubiera soportado. Papá se había convertido en el Viejo. Después la agitación, el ruido del elástico, la respiración ronca y con tos, y un gemido entrecortado, lloroso, vencido. Escapé antes del final, sin lapicera fuente, sin nada. Fui corriendo hasta la Rambla, bajé a las rocas, lloré hasta la noche.

—Y ahora déjenme, muchachos. Tengo que hacer.

—Disculpe, Doctor. Mucho gusto, señor.

Preferí no escuchar. Llevan las armas en el portafolio. Adiós.

—Bueno, ¿a qué debo el honor de esta visita filial?

Se burla, como siempre.

—Estás pálido, Ramón.

—Lo que estoy es preocupado. Me parece que usted está llevando el diario por un mal camino.

—¿Viniste nada más que a decirme eso?

—Ya sé que usted no quiere admitirlo. Pero la gente terminará por comprender que a usted, con tal de salirse con la suya, no le importa reventar el país.

—Vamos, Ramón, siempre pensé que eras un poco torpe, pero nunca imaginé que me fueras a salir con eso.

—No me insulte, Viejo, se lo pido como un favor.

—¿Todavía no te enteraste de que yo no tengo nada en común con este país? ¿Todavía no te enteraste de que este país me queda espantosamente chico?

—No me grite, Viejo.

—Te grito si se me antoja. ¿No ves que todos están aquí en la cosa chiquita, en el acomodo liliputiense? ¿Por qué

te crees que hice mi plata, tanta plata que me sobra para instalarte a vos una agencia de turismo y para financiarle al atorrante de tu hermano su carrerita en Ciencias Económicas?

—Si me va a reprochar toda la vida la plata que me prestó para la Agencia, entonces.

—¿Entonces qué?

—Nada.

—Si hice plata es porque pienso en grande, porque hago en grande, porque además le muestro a este podrido país mi cara respetable y pundonorosa, que es la única cara que le gusta mirar. Etcétera. Etcétera. ¿Y ustedes son mis hijos? Hugo es un frívolo, un guarango. Vos, un escrupuloso. Mirá qué alhajas. Decime, ¿adónde quieren llegar?

Adónde. Buena pregunta. Quizá el Viejo tenga razón. Pero lo odio aunque la tenga. En todo caso, tiene razón en lo que tiene a la vista, en lo que le rodea, en ese Javier encorvado y aquiescente que ordena los chismes, introduce los pelmas, festeja las bromas, dice oh, se indigna cuando hay que indignarse, se achica cuando hay que achicarse, desaparece como persona, se vuelve eco, enano, huella, molde, migaja, cuzco, piltrafa. Tiene razón en lo que tiene a la vista porque no quiere ver el resto. Pero el país es algo más que el aprovechamiento milimétrico de las bobinas de papel de diario, más que los almuerzos en *El Águila* con los diputados del sector, más que el inmovible dólar a once, más que los fogonazos de los fotógrafos, más que el arancel de los rompehuelgas, más que la gran vidurria del contrabando, más que las sociedades de padres demócratas, más que el culto del *showman*, más que el sagrado ejercicio del voto, más que el Día de Inocentes. El país es también hospitales sin camas, escuelas que se derrumban, punguistas de siete años, caras de hambre, cantegriles, maricones de Reconquista, techos que volaron, morfina a precio de oro. El país es también gente conmovida, manos abiertas, hombres con sentido de la tierra, tipos con suficiente coraje como para recolectar nuestra inmundicia, curas que por suerte creen en Cristo antes que en la Mónica Secreta, pueblo que por

desgracia cree todavía en las palabras, cuerpos reventados que de noche caen como piedras y cualquier día se mueren sin aviso. Éste es el país verdadero. El otro, ese que al Viejo le queda espantosamente chico, es sólo un simulacro.

—Pero Budiño, cuánto tiempo sin verte.

Ya me aplastó la mano sobre el hombro. No puedo recordar cómo se llama. Sé que en el colegio era amigo de Ossi.

—¡Qué increíble, che! Anteayer estuvimos hablando de vos.

—No me digas.

¿Cómo se llama? ¿Cómo se llama?

—Qué increíble, che. Nos acordábamos de aquel bruto trompazo que te dio Herr Hauptmann. ¿Te acordás?

La novedad no consistía, no consiste precisamente en lo maravilloso de ese dolor empinado e inevitable que comienza encima de la oreja y llega en hambrientos tirones hasta el párpado. Uno puede arrastrar eso al reducto de la ficción, hacerlo resbalar hacia otra realidad como una carga fútil. Tampoco consiste, desde luego, en esa forma de incrédulo consuelo que toma a veces la esperanza cuando se reconoce incapaz de salvarnos. La novedad comienza en el dolor, pero sale de éste, inextricable y deshecha, a juntarse con otras sensaciones, de un rato, un día, un año antes. Ni en esta vez, ni en las otras me es posible contemplarme con lástima. La resistencia llega desde lejanos intervalos entre una y otra niñez. Algunas de mis infancias sólo duran días. Desde la época en que Mamá me pegó, o Papá, por lo común tan circunspecto, enrojeció de cólera, o acaso de vergüenza de su cólera; desde entonces no puedo sobreponerme a la sensación de distancia que experimento en los castigos, a una lástima inexplicable y tranquila hacia quien me castiga. Por eso mismo, el golpe no me convence de nada y en realidad siento alguna pena hacia el pobre Herr Hauptmann que, después de todo, ha quedado sudoroso y odiado. Compre-

do lo solitario que debe hallarse el desalentado y rotundo alemán ante las miradas furiosas de los muchachos que, como de costumbre, cumplen su más elemental deber solidario maldiciéndolo sólo entre dientes y sólo en español. Comprendo que el otro lucha por parecer un profesor y parece en cambio un tonto desconcertado ante el silencio unánime. Comprendo, en fin, que el profesor espera mi llanto. Pero, acaso porque lo anhelo con demasiada intensidad, no puedo llorar y tan sólo logro parpadear con falso énfasis. A mi derecha oigo silbar la respiración asmática de Carlos, a quien estas violencias desaniman por completo y empeoran aun más su malestar. Con él me encuentro impremeditadamente aliado, porque somos pequeños y latinos, y los otros forzudos y germanos. Ambos experimentamos un indescifrable anhelo de laxitud frente a aquella rigidez sin tregua, frente a aquellos ojos claros sin preguntas. Cuando llegamos de mañana temprano y atravesamos en silenciosa camaradería la puerta gris y recelosa de la calle Soriano, leyendo por milésima vez y sin quererlo el *Deutsche Schule* de la chapa de bronce, sabemos qué mundo nos espera adentro, qué disciplina a veces inhumana, qué pequeños ultrajes, y qué gritos. Y ahora que me llega el conocido susurro, *Ramón Ramón*, perfectamente disimulado en la invariable tonada del asma, sé que Carlos está inquieto, sin duda atormentado por quién sabe qué miedos. Porque Carlos no comprende cabalmente eso de alejarse del sufrimiento, eso de compadecer a Herr Hauptmann, eso de lamentar su soledad. Para Carlos existe sobre todo su propio miedo. Miedo ante su castigo o ante mi castigo, ante la mirada vacía e inquietante de los profesores, ante el famoso látigo del director, visto y probado por muy pocos, aunque los testimonios alcanzan. Miedo ante el impulso deportivo de los otros muchachos. Miedo, también, en clase, frente a la tajante pronunciación, jamás dominada por su lengua en rebeldía. Y miedo al mundo de órdenes y bofetadas, de desprecios y prohibiciones. Una flaqueza de la que no obstante saca fuerzas para apoyarme interrogativamente: *¿te duele mucho?* Ignoro la causa exacta. Sé que Herr

Hauptmann estaba dictando en alemán y que nosotros íbamos dando forma a sus palabras en la espinosa caligrafía gótica, donde las *u*, las *i*, las *e*, las *m*, las *n*, forman largos serruchos temblorosos. *Droben stehet die Kapelle, schauet still ins Tal hinab. Drunten singt bei Wies' und Quelle, froh und hell der Hirtenknab.* Yo había escuchado el canto del pastor de Uhland, más allá de la voz tonante de Herr Hauptmann y no había vacilado en decirme que ése no era el tono adecuado para describir la capilla que contempla su valle en silencio. *Traurig tönt das Glöcklein nieder, schauerlich der Leichenchor; stille sind die frohen Lieder, und der Knabe lauscht empor.* Yo, que hasta este momento no había tenido tiempo ni ganas de pensar en la muerte, me vi alcanzado por esa campanilla y ese coro fúnebre que borrarón el canto del pastor. No había prestado atención a la voz de Herr Hauptmann, aunque ahora sí recuerdo las dos veces que el alemán grandote pasó junto a mi guardapolvo, rozándome apenas con su enorme saco gris, de cuyo bolsillo asomaba un ejemplar encuadernado del *Till Eulenspiegel*. Por detrás del canto del pastor, y las campanas, y el coro fúnebre, había sonreído pensando en el burro al que Till Eulenspiegel enseñaba a leer. Pero por ese entonces, el alemán habla llegado al *Hirtenknabe! Hirtenknabe!* y me había sobresaltado tanto con el grito, que todos pudieron enterarse de que yo no escribía desde la estrofa anterior. El *Hirtenknabe!* era parte del poema, pero la voz de Herr Hauptmann había tronado además: *Ach du Faulpelz!*, y eso no estaba en el poema y había sido más bien un insulto dirigido a mí, y cuando iba por la *F* de *Faulpelz*, sentí que la cara, empezando por la oreja izquierda, se me rompía, como si la pared color aceituna hubiera estado oscilando mientras yo divagaba, y hubiera ahora terminado por derrumbarse encima de mi oreja. La cabeza empezó a zumbarme con un silbido parecido al del asma de Carlos, porque justamente de ese lado tengo una cicatriz, que aun sin bofetada a veces me duele. Como he rehusado llorar, y el dolor, así de intenso, es todavía un milagro físico desconocido para mí, pienso entonces que detrás de mi asiento debe

estar Gudrun, con sus trenzas doradas como para una lámina del *Deutsches Erbe*. Carlos susurra: *¿te duele, te duele mucho?*, pero yo estoy lejos. Alguna vez que encontré a Gudrun en el pasillo, me he quedado un minuto largo mirándola venir. Herr Hauptmann se ha rehecho, saca el *Till Eulenspiegel* de su bolsillo y se abanica con él. Sé que ahora Carlos sentirá miedo, porque él siente invariablemente miedo cuando los alemanes tienen algo en la mano. ¿Estará realmente Gudrun en el otro asiento? Pensando en la bofetada que, cual una medalla, me cuelga de la oreja, casi no puedo evitar una indefinida comezón de orgullo. Es cierto que Carlos me compadece, pero en este momento me importa más la posible admiración de Gudrun que la segura compasión de Carlos. Aquí el deseo de ser admirado es algo más que estricta vanidad, es la posibilidad de despertar un interés, un interés que aún no tiene grados ni nombres como los que se usan en el amor. Herr Hauptmann resuelve concluir el dictado y retoma su grito como quien descuelga el sombrero de la percha: *Hirtenknabe!* Instintivamente me agacho, como si tras el grito debiera venir inexorablemente otra bofetada, como si necesariamente la pared aceituna debiera derribarse de nuevo sobre mi oreja izquierda. Pero la voz prosigue: *Dir auch singt man dort einmal*. Del ensueño de capilla y pastor ya nada queda, y ese último, terrible anuncio, ni siquiera roza mis proyectos. Mis proyectos tienden a Gudrun, cercan a Gudrun, aunque a distancia respetuosa y formal. Cuando Herr Hauptmann ordena la salida, me atrevo a mirar hacia atrás, me atrevo a mostrar a Gudrun mi primera bofetada de honor. ¿Y Gudrun? Ella es, en verdad, un poco tonta. En sus actuales ojos de cielo está inscrita, sin embargo, una inexorable y futura mezquindad. Implacables y solas, las trenzas de oro se limitan a pender como cuerdas. Claro que lo ha visto todo. En este momento alza un dedo, con una mancha de tinta violeta sobre el nudillo rosa, y se sacude un poco cuando llama: *Werner! Hans!*, miren a Ramón, miren cómo se ha hinchado, cómo se ha puesto verde, ahora sí tiene cara de sapo. Yo podría contestar, claro que podría. Pero no.

Me limito, dentro de mi tristeza, a sentir que la oreja, ahora sí, me molesta; que el dolor es, o era, menos maravilloso y más agudo; que Carlos renovaba a mi lado su pregunta de siempre; que bordeaban mi nariz las lágrimas calientes.

Ah, y este tipo ¿cómo se llama? Algo con elle. Collazo, no. Callorda, tampoco. Calleriza, claro.

—¿Así que se acordaron del trompazo? ¡Qué plato! ¿Vos sabés que a veces todavía me duele? Hay que ver que aquél fue un bife como para un décimo *round*.

—Te dejo, Budiño, a ver cuándo nos vemos.

—Claro, a ver cuándo nos vemos.

—Macanudo, viejo.

—¡Chau, Calleriza!

—¡Cómo Calleriza! Yo soy Callorda.

—Caramba, disculpá. Con los años, uno se olvida. De todos modos era con *elle* ¿no?

Soy un egoísta. Eso está claro. No vengo a ver a tía Olga para preguntarle por su salud. Pensar que cuando murió Víctor me parecía vieja y sólo tenía treinta y pico. Me parecía vieja porque tenía un mechón semicanoso y un abaniquito de arrugas junto a los ojos.

—Anímese, tía. Venga a dar una vueltita conmigo. Hoy no hace tanto calor y está lindo para ir por la Rambla.

Soy un egoísta. Sólo vine a preguntarle a tía Olga sobre Mamá. Primero, es lógico, tengo que interesarme por su reumatismo.

—Ay mijo, si no fuera por la cortisona yo no sé qué haría. Pero cada cierto tiempo debo interrumpirla. ¿Te acordás de cuando no podía abrir esta mano? Bueno, ahora puedo, mirá. Me parece mentira. Con decirte que la otra tarde vino Chelita y me llevó al Solís, a la vermut, claro, porque de noche yo me duermo, y cuando la actriz ésa, yo no sé cómo se llama, hace aquella escena estupenda donde parece verdaderamente loca, no pude aguantar más y aplaudí como tres minutos. ¿Te das cuenta, mijo, yo aplaudiendo? Yo, que hacía por lo menos diez años que no podía abrir las manos. Qué invento la cortisona. ¿Cuándo descubrirán algo

para el cáncer? Porque yo tengo el presentimiento, ay qué horrible, de que voy a morir de cáncer, igual que tu mamá pobrecita, Dios la tenga en la gloria.

—A propósito, tía, ¿usted cree que Mamá fue feliz?

No me lo va a decir, ya sé que no me lo va a decir. Siempre me ha tratado como si yo tuviera doce años.

—Pero mijo, ¿cómo se te ocurre preguntarme eso? Tu mamá sufrió mucho en ese último mes espantoso, pero durante su vida claro que fue feliz. ¿Puede alguien no ser feliz con un hombre tan maravilloso como tu padre?

Que no ponga los ojos en blanco, porque entonces me va a dar asco.

—¿De veras usted cree, tía, que Papá es un hombre maravilloso?

—Ay, Ramoncito, ¿qué te pasa hoy? Me hacés unas preguntas tan raras. Claro que tu padre es maravilloso. Ahora que estoy vieja y reumática y el pobre Esteban se me fue y ya casi no me acuerdo de cómo era la carita de Víctor mi nene querido...

—No llore, tía, eso ya pasó.

—Tenés razón, dame tu pañuelo. Ahora que estoy vieja puedo confesarte que cuando tu padre empezó a aparecer por casa, todas estábamos locas por él. Él venía al principio por Cecilia. Si vieras qué vieja está ahora la pobre, te juro que mucho más vieja que yo y eso que sólo me lleva un año. Anda con bastón y ha perdido el control de un párpado, así que se le mueve cuando ella no quiere. Al principio tu padre venía por Cecilia, que era la mayor y muy bien formada. En ese tiempo a los hombres les gustaban las mujeres opulentas. Cecilita, decía tu padre, usted debería haber sido pintada por Rubens. Ah, me acuerdo que aquella noche estaba el chico de Martín Salas. En ese tiempo tenía nueve años y cara de imbécil y ahora, mirá vos, es secretario de nuestra Legación en Guatemala y a fin de año me mandó una postal de Chichicastenango, qué nombre más cómico, siempre me hace acordar a la Chichi Castelar, te acordás aquella que tuvo mellizos sietemesinos, bueno vos eras muy chico, y hasta el *Imparcial* dijo que un caso así sólo se había dado una

vez en Calabria. Bueno, aquella noche estaba el chico de Martín Salas y dijo de repente: Pero Rubens pintaba mujeres desnudas. Y la madre le dio un moquete con la mano cerrada, prácticamente una trompada, y le dejó este pómulo hecho una pelota. Sí, tu padre venía al principio por Cecilia. Después, aunque vos lo pongas en duda, me empezó a arrastrar el ala a mí.

—Pero si yo lo creo, tía.

—Ay, sos divino, Ramón. Y yo, boba de mí, lo tomé en serio, cuando él sólo buscaba darle celos a tu madre, que aparentemente no le hacía ningún caso. Aparentemente, digo bien, porque aquella era bien taimada. Buena como el pan, eso sí, pero bien taimada. Se hacía la distraída, no le prestaba atención, sabés. Todo calculado, porque cuando a mi hermana se le ponía una cosa entre ceja y ceja, cuidado con ella. El pobre Esteban siempre le hacía el chiste: Cuando Inés hace señales, ábranse los tribunales. A Esteban vos lo veías tan serio, y sin embargo era un gran humorista. Tenía esas salidas. Claro que en los últimos tiempos, y más atrás aún, estaba con el ánimo caído, sobre todo desde que perdimos a Victorcito mi nene querido.

—No llore, tía, eso ya pasó.

—Tenés razón. ¿Me dejás tu pañuelo? Yo te lo lavo y te lo plancho. Y, como te digo, Inés y tu padre fingían ignorarse, pero un día no pudieron más y tuvieron una pelea descomunal, a raíz de la cual quedaron novios. Menos mal que Cecilia y yo no éramos envidiosas, bueno un poco éramos, y aunque los dos primeros días lloramos como Magdalenas, después nos conformamos diciéndonos que por lo menos tu padre entraba en la familia. Y qué buen cuñado ha sido.

—¿Por qué, tía?

—Mira, cuando perdimos a Victorcito mi nene... No, si no lloro.

—Suénese, tía.

—Gracias, mijo. Cuando perdimos a Victorcito, tu padre vino y le dijo a Esteban: Cualquier cosa, ya sabés. Ah, y cuando Esteban, que Dios lo tenga en su santa gloria, se me fue, tu padre vino, me abrazó (ay qué abrazos dio siem-

pre ese hombre, una se siente protegida, abrigada, qué sé yo) y me dijo: Olga, cualquier cosa, ya sabés. Siempre se ha portado así. ¡Qué padre te ha dado Dios! Yo creo que ni vos ni Hugo todavía se han dado cuenta. Mirá, Ramón, vos bien sabés cómo quise yo siempre a tu madre. Inés y yo éramos inseparables y hasta teníamos el mismo talle y cuando solteras usábamos las mismas *combinaciones* y no había secretos entre nosotras, porque si alguna vez hubo dos hermanas de verdad, ésas éramos Inés y yo. Ya con Cecilia era diferente, porque ella, como estudiaba piano, se creía una intelectual y nos miraba desde arriba. Vos bien sabés cómo quise yo siempre a tu madre, que fue una santa. Sin embargo, con la misma sinceridad te digo que tu padre estuvo varios escalones por encima de ella. En inteligencia, y eso que Inés era bien avispada; en voluntad, y eso que Inés no era ninguna marmota; en tolerancia, en todo. Y así es como debe ser; que el marido esté más arriba que la mujer, para que ésta se sienta segura y por lo tanto más mujer. Ése fue mi problema, Ramón. Está mal que sea yo quien lo diga, pero estoy segura de que mi pobre Esteban no me refutaría. Era un pedazo de pan, lo reconozco, pero tan apocado, tan reservado, tan modesto, que yo nunca supe a ciencia cierta si era inteligente o si era bobo. Pobre Esteban, siempre tuvo ojos de inteligente y modales de bobo. Yo hablaba y hablaba y hablaba, y él sólo se quedaba mirándome. Como vos, ahora. Será que yo hablo. ¿Hablo mucho?

—Más o menos, tía. Habla bastante, pero es amena.

—Gracias, mijo, sos divino. Así que yo nunca pude sentirme segura. Porque, si te voy a ser franca, nunca supe qué pensaba Esteban exactamente de mí.

—¿Así que usted cree, tía, que mamá fue feliz?

—Pero, muchacho, ¿qué bicho te ha picado? No solamente feliz, sino muy feliz. Y además, si en algún momento, porque siempre los hay, no fue feliz, podría jurar que la culpa fue de ella, porque tu padre era y es un hombre estupendo, como ya no se ven.

—Muchas gracias, tía.

—Pero, Ramoncito, no te me ofendas, bien sabés que

de mis sobrinos vos sos mi preferido, no sólo porque fuiste el compañero de juegos de mi nene querido, y el único que vio cuando cerraba sus ojitos celestes, porque yo desgraciada de mí, me había dormido como una idiota...

—El pañuelo lo tiene en la manga, tía.

—Gracias, mijo. No sólo por eso, sino porque Hugo está cada día más guarango, y a los treinta y pico de años, con siete de casado y el título de contador público, ya no se puede esperar que cambie. No sólo por eso, sino porque las hijas de Cecilia se complacen en tomarme el pelo, así que cuanto más lejos estén tus primas, mejor para mí. Sos mi preferido.

—Gracias, tía.

—Pero con la misma franqueza te digo que tu padre es otra cosa. Un hombre con mayúscula, ¿entendés? Y esto no quiere decir que vos seas peor ni mejor; quiere decir simplemente que sos un buen hombrecito con minúscula. Es que hombres así ya no vienen más. Tan seguros, tan elegantes, tan simpáticos, tan fuertes, tan vitales.

—Caramba, tía.

—Me hace tanto bien hablar contigo y sobre todo que te acuerdes de mí. Mirá, te agradezco el ofrecimiento como si en realidad hubiera ido de paseo. Pero prefiero quedarme. Tendría que vestirme y peinarme y todo eso. Con el reuma, me da un trabajo horrible. Y eso que ahora estoy mucho mejor. ¿Y tu mujer?

—Está bien, tía. No le mandó saludos porque cuando desayuné con ella esta mañana, yo mismo todavía no sabía que iba a venir a verla.

—Es un amor, tu mujer. ¿Y Gustavo?

—No lo veo desde ayer. Está preparando Historia. Salvó Literatura con tres ganchos.

—Ya lo supe. Susana me telefoneó.

—Entonces me voy, tía. Me alegra verla tan guapa.

—Sos divino, Ramón.

Fue un error dejar el auto en el taller. Total, el embrague hubiera aguantado una semanita más. Mucho calor

para viajar en ómnibus, sobre todo para ir colgado desde 8 de Octubre y Garibaldi. ¿Y si me voy a casa? Con toda seguridad que el plan Viajar Con Alegría podrá marchar adelante sin mi supervisión.

—¿Está libre? A Punta Gorda. Puede tomar por Anador, Propios, Rambla.

Ay qué cansado. De no hacer nada, claro. La tía Olga qué sabe. Sufro, dijo Mamá cuatro horas antes de su muerte. Estaba tan débil, tan acabada. Única vez que me acerqué verdaderamente a ella. Años y años tuve metida en la cabeza, más que remachada, empotrada realmente, aquella voz: No puedo Edmundo, no puedo. Me parecía que confiarme a ella era aproximadamente lo mismo que pasar la mampara y verlos allí, luchando desnudos, el Viejo castigándola. Durante una semana ella usó lentes negros. Me dio, me da la mano. Una mano sin carne, puro hueso. Se me escapa, justo cuando la tengo. Mamá que me arropaba. Mamá que me ponía tres pares de medias porque mis piernas eran dos palitos y ella tenía vergüenza de mi vergüenza. Mamá que me hacía flan todos los sábados y hablaba con orgullo de mi hambre feroz. Mamá de callada solidaridad cuando el Viejo me llamaba torpe, más que torpe. Sus ojos me miran desde el fondo. No interrogando, porque ya lo saben. Diciendo, simplemente. Sé que me quiere, acaso más que a Hugo, pero con ese horrible dolor en el vientre, ¿qué esperanzas puedo tener sobre su amor? Con esa tenaza allí adentro, ¿cómo puedo pretender que se acuerde de quererme? Con ese infierno. Además, también ella, por sobre mi hombro, mira al Viejo. Pero no es la misma mirada de Gustavo. Por lo menos, cuando el Viejo se va, aparece un brillo, muy tenue es cierto, una pobre llamita en el fondo de sus ojos. No puedo protegerla, y ella dice: Sufro. O sea que mi cariño no sirve para nada. Y concretando más, ¿para qué sirve Dios? Ahí están los días y semanas que no la vi, las tardes que vagué sin motivo, las noches que me esperó a cenar y yo no vine, las veces que tuve ganas de abrazarla y me contuve. Ahora es tarde y no sirve inventar los recuerdos. No vale hacerse trampas. ¿Por qué me siento tan vacío, tan

desposeído, tan incapaz de dar ánimo? Mamá poca cosa, pobre cosa, ¿se le habrá puesto entre ceja y ceja morir así, de una sola vez? ¿Y yo? ¿Qué pasa conmigo? Mamá, no tengo comentarios ni defensa, ni excusas, no tengo nada que decir. Ella en cambio dice: Sufro. Y su sufrimiento, porque me hiere, me da una horrible inseguridad. Es sin duda una derrota idéntica a tantas otras, pero en este caso es Mi Derrota, porque cuando Mamá cierra desesperadamente los ojos y mueve los labios en esa mueca, en esa nunca resignada crispación de dolor, siento que también hay algo en mí que hace una mueca sin resignación, que algo en mí se crispa contra Nada, porque Dios y Destino y Materialismo Dialéctico son meros slogans que lanzaron Abraham y Spengler y Marx, no precisamente para formarnos o transformarnos o conformarnos, sino para hacernos olvidar de las únicas metas razonables y obligatorias, verbigracia el suicidio o la locura. Yo mismo me estoy acordando ahora de tales objetivos y veo clarísimamente mi propia oscuridad, pero demasiado sé, porque la historia se repite, que dentro de un rato también me habré olvidado y creeré que vale la pena vivir y ser cuerdo. Un espejismo como cualquier otro. Mamá dice: Sufro. Pero, ¿por qué siente la necesidad de decirlo? ¿Acaso lo diría si yo no estuviese aquí, de rodillas en la alfombra, con mi mejilla apoyada en su palma vencida? ¿Acaso lo diría si estuviera a solas con el Viejo, con tía Olga, o con Hugo? Su última noción de amor, la última que le llega a través de los intersticios semiconscientes, entre uno y otro de los mortales sedantes, ¿será ésta de saberse escuchada por mí? No puede recobrase y yo tampoco, porque la muerte es otra placenta que nos une, tal y como la vida fue la placenta primera. Y sólo es verdad a medias eso de que ella es la que siente el dolor, porque el reflejo está en mí, como cuando en un mismo organismo el estómago, por ejemplo, sufre, y como consecuencia de ello el corazón bombea deficientemente su rutina de sangre. Y esta sensación sólo la experimento frente a ella y tendría lugar aunque ella me mirara con odio o con indiferencia. Por algo entre Hijo y Padre no hay placenta ni cordón umbi-

lical, sino un lejanísimo, microscópico espermatozoide vagabundo, distraído, sin norte, que se convirtió en mí como pudo distraerse aún más y desaparecer. Y aunque el Viejo hoy no me mirara para decirme: torpe, más que torpe, aunque no sonriera imperceptiblemente para recordarle al ínfimo Javier que *de todos modos* soy su hijo, igual no habría placenta ni en la vida ni en la muerte. En el mejor de los casos, y no es el caso, podía haberse establecido una fuerte corriente cordial, una amistad igual a la del mejor de mis amigos, ¿cuál será el mejor?, una garantía vitalicia de que doy y recibo, una solidaridad comprensiva frente al vergonzante pánico de estar vivos, una suerte de equilibrio sin precauciones. Y aun así no estaría mal. Miro ese imposible sin fatuidad, porque tampoco yo como padre fui capaz de crearlo. Entre Gustavo y yo no hay animadversión ni resentimiento ni recíprocas frustraciones, sino una formidable ignorancia del otro, como si viviéramos en pisos diferentes, o como si alguien se tomara el trabajo de transcribir mis pensamientos en clave de sol y los suyos en clave de fa. Y de pronto la mano de Mamá me clavó, me clava las uñas en la mejilla y en seguida se afloja como para enmendar la herida o acariciar mi sangre. Pero sólo *como*. Porque no era enmienda sino muerte. Y yo doy dos gritos. Uno, de asombro y dolor propio, superficial, epidérmico, y otro de horrible certidumbre, de adiós inútil, de inocente pavor. Cinco de noviembre. ¿Recordaría yo ahora ese día, instante por instante, poro a poro, como quien mira una piel con una enorme lupa, si ella no hubiera usado ese último gesto para herirme? ¿Quién me convence de que ésa no fue una urgente, acorralada, última señal de amor?

Chachachá, qué lindo el chachachá.

—¿Podría apagar esa radio, por favor? Al llegar a Rivera, doble a la izquierda. A esta hora la Rambla es un curso, mejor la esquivamos.

—Papá, tío Hugo te está esperando.

—¿Y vos adónde vas?

—A lo de Mariano. Decile a mamá que volveré tarde. Chau.

¿Qué querrá Hugo? Nunca he tenido con él una conversación franca, sin tensiones. ¿Cómo serán las famosas conversaciones de hermano a hermano? Es una pena que no exista un código que las defina.

—Hola, Hugo.

—Hola.

—¿Qué pasa?

—¿Querés oír algo interesante? ¿Tenés el grabador aquí?

—Sí.

—Bueno, poné esta cinta.

—¿Cool jazz? ¿Astor Piazzolla?

—No. Es el Viejo.

—¿Eh?

—Ayer Riera me dio esta cinta, convencido de que era un informe del Viejo sobre índices de producción. Pero la caja estaba mal marcada. Se equivocó feo. Son dos voces. La del Viejo y la de un tal Villalba. Me parece que es el final de una entrevista.

—¿En el diario?

—No, en la fábrica.

—Dame.

—Cerrá la puerta. No quiero que Susana se entere.

—Bueno, ahora callate.

—*Sin embargo, para usted hubiera sido fácil solucionarlo todo.*

—*No quiero discutir eso. Me consta que la huelga se inició en las reuniones convocadas por tres funcionarios administrativos.*

—*Yo fui uno de ellos, si es eso lo que quiere saber.*

—*Ya me lo imaginaba, pero no me preocupa. Usted es ahora casi patrón, de modo que se acabaron las huelgas.*

—¿Sí?

—*En cuanto a los otros dos, tengo mis sospechas. He recibido algunos informes, algunas cartas anónimas denunciando a éste o a aquél. En total, los denunciantes mencionan diez o doce nombres. Todos sospechables, claro. Pero no quisiera cometer nuevas injusticias.*

—¿En concreto, señor?

—En concreto, y pienso que no es mucho pedir, preferiría que usted me indicase esos dos nombres. A usted le tengo confianza. Sé que no me va a mentir.

—¿Para sancionarlos?

—En principio, sí. No quiero perjudicar a diez o doce, entre los que caerían algunos inocentes.

—Oiga, ¿por quién me toma?

—Cuidado.

—¿Eh? ¿Por quién me toma?

—Cuidado.

—¿Usted cree que por unos mugrientos pesos más...?

—Digamos quinientos más por mes.

—¿Usted cree que por unos mugrientos quinientos pesos o los que sean, yo voy a hundir a dos amigos, a dos buenos tipos que lo único malo que han hecho es privarle a usted, señor, de dos meses de su podrida ganancia? Claro, usted tiene la plata y basta. Pues métasela donde le quepa, señor.

—Así que...

—¿Así que qué?

—¿Así que usted cree en las palabras con mayúscula, usted cree en la solidaridad?

—¿Y usted no?

—Mire, Villalba, usted está decidido a romper conmigo y yo tengo el modo de taparle la boca.

—Sí, ya sé. Todo tiene su precio. ¿Es eso?

—¿Usted no? Lo felicito, hombre. Pero ahora felicíteme a mí, por mi servicio de inteligencia. Hace mucho que sé quiénes son los tres buenos muchachos: usted, Sánchez y Labrocca.

—¿Y entonces?

—Entonces me gusta probar a la gente, me gusta ver cómo la plata borra las palabras. La palabra solidaridad, por ejemplo. ¿Ve esta carta? ¿Sabe qué es? ¿No sabe? Es una declaración firmada por Sánchez y Labrocca, en la que lo acusa a usted de ser el principal instigador de la huelga.

—¿A quién va a hacerle creer eso?

—A usted. ¿Conoce las firmas de Sánchez y Labrocca?

Bueno, entonces fíjese. ¿Qué le parecen esos buenos muchachos? ¡Y si viera qué barato! ¿Y? ¿Qué me dice?

—Nada.

—Vamos, no quiera hacerme creer que los justifica.

—No, no los justifico. Pero, ¿sabe una cosa? En esta circunstancia me siento fuerte. Pero supongo que habrá un límite para seguir sintiéndome fuerte. Ellos fueron débiles antes que yo. Peor para ellos. Nada más, ¿comprende? Tres tipos pueden ser leales, pero leales en la tranquilidad, durante el entusiasmo. Sin embargo, uno puede convertirse en traidor con un simple puñetazo en el estómago; otro, más curtido, sólo cuando le arranquen las uñas; otro, el más heroico, sólo cuando le quemén los testículos. En el termómetro de la fidelidad, siempre hay un punto de ebullición en que el hombre es capaz de vender a la madre.

—No vaya demasiado lejos en su teoría. Yo sólo les ofrecí cuatrocientos pesos a cada uno.

—Ya ve, ni siquiera ha empleado el puñetazo en el estómago y ya ha conseguido dos traiciones.

—De todos modos, mi oferta sigue en pie.

—No me extraña.

—Creo que no hay motivo para que usted siga teniendo escrúpulos. Ellos no los tuvieron.

—Cierto. Usted encontró fácilmente el punto de ebullición.

—Entonces, ¿de acuerdo?

—No. No puede ser. El mayor daño que usted podría infligirme, sería hacerme sentir asco de mí mismo. Y temo que si usted sigue subiendo sus ofertas, si usted sigue prometiéndome el lujo, la comodidad y el poder que ellas implican, terminaré por ceder, porque quién sabe si en el fondo no soy un cómodo, un ambicioso, y eso sería repugnante. Me conozco lo suficiente como para saber que no podría tolerarme.

—Pero ¿por qué? No es malo ser ambicioso.

—Claro que no.

—No es malo ser cómodo.

—Seguro que no. ¿Sabe qué es lo único malo?

—No.

—*Ser un hijo de puta como usted, señor.*

No está mal, no está mal.

—No te quedes callado, Ramón.

—Estoy pensando.

No está mal, no está mal.

—A ver, poné de nuevo ese final.

—*Ficiente para saber que no podría tolerarme.*

—*Pero ¿por qué? No es malo ser ambicioso.*

—*Claro que no.*

—*No es malo ser cómodo.*

—*Seguro que no. ¿Sabe qué es lo único malo?*

—*No.*

—*Ser un hijo de puta como usted, señor.*

No está mal, no está mal.

—Y después, ¿qué pasó con el tipo?

—Averigüé con Morales. Parece que dio un portazo, recogió sus cosas y se fue. De esto, hace cuatro días. Me imagino que tendrás algún comentario.

—Primero una pregunta: ¿por qué quisiste que oyera esta grabación?

—Porque tenemos que tomar una decisión.

—En realidad, la decisión ya la tomó Villalba, ¿no te parece?

—A eso me refiero, no hay que dejarlo que se vaya.

—Te desconozco, Hugo. No me digas que querés nombrarlo gerente.

—Lo que quiero es que no se vaya así. Lo que quiero es que convenzas al Viejo de que debe echarlo.

—¿Que lo convenza yo? ¿Al Viejo? Pero Hugo, estás loco. Al Viejo no lo convence nadie acerca de nada, y menos que menos si ese convencimiento trae aparejada una indemnización por despido.

—Siempre es mejor pagar seis meses de indemnización y no quedarse con la vergüenza de que un podrido haya puteado al Viejo.

—¿Querés que te diga mi impresión? No creo que sea un podrido. Más bien creo que sea un tipo con cojones.

—Lo único que faltaba. No nos entendemos, Ramón.

—Eso es cierto. No nos entendemos.

No está mal, decididamente no está mal. Ahora, ¿por qué ese tipo pudo hacerle frente y yo no? A veces voy dispuesto a enfrentarlo, incluso preparo el discurso, una especie de declaratoria de mi independencia, y sin embargo cuando llego frente a él se me borran las palabras, me quedo sin argumentos, o, cuando me acuerdo, todo me sale sin convicción, como sabiendo de antemano que él me va a mirar, va a sonreír, va a dar una chupada al habano, va a echarme sin disimulo ese pestilente olor en la cara, y luego va a abrir la boca para empezar a hablar, con sorna, con odiosa confianza en sus propias fuerzas, avasallándome con sus imposiciones, con su prepotencia, con la ventaja que le da el saberse, o por lo menos creerse, infinitamente superior a su medio, a sus subordinados, a sus enemigos, a sus amigos, a sus hijos, a su pasado, es decir superior a todo, a todo menos a su propio futuro.

—Bueno, Ramón, entonces no hay más que hablar. Yo mismo hablaré con el Viejo.

—Eso es cosa tuya. Tomá, llevate la cinta.

—Saludos a Susana y a Gustavo. Chau.

—Chau. Saludos a Dolly.

No la merece, eso es lo único seguro. Pero, ¿quién merece a Dolly? Hace como dos meses que no la veo. Mejor. Me hace daño verla. ¿Alguna vez se lo diré? No creo. Hugo es mi hermano. Dolly querida. Hugo es mi hermano. Dolly querida. Si yo pudiera residir un minuto, un solo minuto en su cabeza, no, mejor en su corazón, si yo pudiera saber qué piensa ella de mí. Mi cuñado Ramón, sólo eso. Sin embargo, dos o tres veces la he sorprendido mirándome con cariño. También los cuñados se pueden tener cariño con permiso de la Santa Madre Iglesia. Pero yo a veces tuve la impresión de que ella me miraba con un cariño no autorizado por la Santa Madre Iglesia. Hugo es mi hermano. Pero qué guarango. Dolly querida. Me parece que fue en lo de Méndez. Claro que fue en lo de Méndez. Todo un Fin de Año colectivo. Y ella y yo de pronto solos en el balcón largo, con las copas de champán sobre la mesita ratona. Faltaban quince minutos para el primero de enero de mil novecientos cincuenta y siete. Hugo bailando *cheek-*

to-cheek con Marinés. Se perdieron, se pierden detrás del biombo con afiches. Nunca hablamos vos y yo, dice Dolly. Se me hace un nudo en la garganta. No, nunca, y es una lástima porque me gusta mucho hablar contigo. ¿Cómo te ha ido últimamente? ¿En qué sentido, Dolly? ¿Te referís a la Agencia? No, ahí sé que te va bien. ¿Con Susana entonces? No, me imagino que por ese lado no tenés problemas. No imagines tanto. Yo me refería a tu padre. ¿A mi padre? Sí, Ramón, cuando los veo juntos me parece siempre que algo va a estallar. Dolly, tu radar funciona a la perfección. Pero eso te está matando, Ramón, perdóná que te lo diga. No sólo te perdono sino que te agradezco. Ramón, date cuenta de que vos sos el único perjudicado; a tu padre nada de eso le hace mella. Demasiado lo sé. ¿Y entonces? Es algo más fuerte que yo. Pero no más fuerte que él. Dolly. ¿Qué, Ramón? Me parece que vos al Viejo no lo querés mucho. Pero. No te pongas colorada, que quedás demasiado linda. Pero. Si yo te comprendo, Dolly, te comprendo tanto como para confiarte un secreto: yo tampoco lo quiero. Pero. Callate, no digas nada más, no estropees este último minuto de mil novecientos cincuenta y seis, después de haberme dado la mejor alegría del año. ¿Yo? No sabés lo que significa estar siempre rodeado de gente que te dice Ah El Doctor Qué Hombre Extraordinario, Feliz De Usted Ramón Que Tiene Ese Padre; te juro que no le tengo envidia ni rencor ni celos; lo odio un poco nomás. Por favor, Ramón, no digas eso. Te advierto que si me volvés a tapar la boca con la mano, te la beso. ¿Eso es de caballeros, no? Pero no cuando el beso es en la palma. Me dan ganas de que digas otro disparate para así taparte otra vez la boca. Y que yo. Feliz Año Nuevo, Felicidades, vengan Ramón y Dolly, ¿dónde está mi mujercita? Feliz año, Hugo. ¿Susana? Mejor la busco. Susana ¿dónde está Susana? Pobre Susana. Susana vomita, vomitaba en el baño, devolvía al flamante mil novecientos cincuenta y siete su último trago de mil novecientos cincuenta y seis. Para así taparte otra vez la boca, había dicho Dolly. ¿Entonces? No sé. Hugo es mi hermano. Dolly querida.

—Ah, qué suerte que vino, señor Budiño. Hay como diez personas esperándolo. El doctor Mesa. Dos aspirantes a guías, recomendados por el Consejero. La señorita Souto. El señor del USIS estuvo el otro día. El hombre de la imprenta. El intérprete, aquel venezolano. Pedrosa, el de los ómnibus. También un joven del Club, quiere que le consigamos afiches de Tokio para una *boutique* que va a instalar con la tía.

Secretaria espléndida, carnosa, etcétera. Hoy vino sin la libra esterlina, de modo que la visibilidad ha mejorado considerablemente.

—Señorita, por favor. Ya le dije que usted tiene que servirme de filtro. No puedo pasarme las horas atendiendo a pelmas. A ese bobeta del afiche, dele uno de Piriápolis, y si no le gusta que se entierre. Que pase el doctor Mesa, y todos los demás, transfíeralos al señor Abella. ¿No telefoneó mi hermano?

—¿El señor Hugo?

Tengo un solo hermano, tarada.

—Claro, señorita, mi hermano Hugo.

—No, señor Budiño, no telefoneó. Llamó su señora, en cambio.

—¿La señora de mi hermano?

—No, la señora Susana.

—Ah.

—Dijo que le avisara que iba a la peluquería.

—Está bien.

—Mucho gusto, doctor Mesa. Mi padre ya me habló de usted. Así que aquí estoy a sus órdenes. Explíqueme su problema.

Pensar que éste es el testafarro del escribano que hace

las matufias con el socio del Viejo. Lejano parentesco. Algo así como primos terceros.

—Cómo no, doctor, cómo no.

Te voy a dar excursión con museos.

—Naturalmente, doctor, todos los principales: el Prado, la Pinacoteca, el Reijismuseum, la Galleria degli Uffizi, los Capitolinos, la Albertina, la casa de Rembrandt, el British Museum, y por supuesto el Louvre.

Te di en la tecla, viejito. Creíste que me olvidaba de París y vos querés mucho Lido y poco Louvre.

—Doctor Mesa, hoy vamos a no hablar de precios, que siempre es la parte desagradable... Pero naturalmente, doctor, siendo usted recomendado del escribano Faggi, que es tan amigo de Papá, tendrá usted lo mejor y en las mejores condiciones... Podría ser, por ejemplo, a ver, para el veintidós de mayo, siempre que prefiera el avión... Ah, en barco la cosa cambia. Naturalmente, como descanso es lo ideal... El avión es la solución cuando apremia el factor tiempo, cuando la urgencia hace que uno deba convertir los días en horas.

Esta frase ya me sale sola, como el *salú* de los estornudos.

—Fíjese que hoy en día, doctor Mesa, con los *jets*, usted puede poner, de aquí a Europa, menos horas de vuelo que días de navegación. Algo despampanante. Eso sí, como distensión nerviosa, como cura de reposo, como lavado de preocupaciones, como tónico, qué sé yo, como renovación general, a todo el mundo le aconsejo el barco. ¿Y viajará solo? Entiendo, entiendo, solo pero también viaja una amiga, ajá. Naturalmente, doctor, el viaje siempre es más agradable en buena compañía. Aquí lo anoto. Preferiblemente, cabina para dos. ¿Trajo el pasaporte? ¿Y el de la señorita? Muy bien, mi secretaria le va a tomar los datos y yo me ocuparé de que usted quede satisfecho. Encantado, doctor Mesa, siempre a las órdenes.

Las tres. El bigbén del comedor me resulta insoportable a la madrugada. Y no quiero tomar pastillas. Prefiero

el insomnio. Además, me gusta repasar. ¿Por qué será que siempre, cuando me despierto en la madrugada, casi el único recuerdo que comparece es el de la primera vez? Me marcó, sin duda, Rosario. Y sin nostalgia. El mar tranquilo, al atardecer, como un plato. Atrás los árboles. Jugábamos casi todas las tardes a la paleta. Portezuelo es ideal para eso. Mis diecisiete años. La edad que ahora tiene Gustavo. ¿Habrá estado Gustavo alguna vez con una mujer? Ojalá. Seguramente, sí. Incluso con alguna de sus compañeras. Por algo no las mira con demasiada codicia. Se tranquilizará por ahí, probablemente. Rosario estaba en la casita de Céspedes. Yo en la de Portela. Como un plato el mar, y atrás de nosotros los árboles enormes. No se movía una hoja. ¿Caminamos un poco? Bueno, dijo, me gusta ir pisando ramitas secas. Era tan agradable el olor de los pinos. No había muchos chalets en aquella época. Y en ciertas zonas los árboles estaban bastante juntos. Uno podía ocultarse de todo el mundo. Y además el mundo quedaba lejos. Allá donde se veían, donde se ven las luces. Un poquito de miedo viene siempre bien. Me da la mano. Nuestros escuetos trajes de baño se han secado y no hace nada de frío, a pesar de la hora. Tengo perfecta conciencia de nuestras respectivas desnudeces, sobre todo de la de ella. Qué piernas. Cada vez menos luz. Y allá lejos el mundo, las bocinas, un tango. Vení sentate, digo. Un huequito a la medida, entre dos arbustos. Hasta tiene techo. ¿Estás nerviosa? No. Me hago a la idea de que su piel estará salada. La mía, también. Los vellos de mi antebrazo han quedado aplastados, como adheridos por la sal ya seca. De pronto veo algo en Rosario que me trastorna por completo. En el vértice inferior del tronco, junto al comienzo de sus piernas, salen de la malla de baño unos pocos vellos, también aplastados contra la parte inferior del muslo. No hay nada que decir. Ella se da cuenta de lo que he visto y también está alterada, también está a la espera. La abrazo. Mis manos todavía sin pericia no dan abasto. Primero los senos, naturalmente. Salen de la malla como escapando de una prisión. Ella sonríe. Por Dios, cómo sonríe. Redondos, tan llanitos. Un recuerdo

táctil que no me abandonará jamás. Puedo sentirlos aún. Y efectivamente están salados. Toda ella está salada. Lo bueno de este acto es que los dos somos inexpertos. Hacemos una cantidad de cosas que, después nos enteraremos, no son las más púdicas. Pero es tan natural. Como no sabemos que la tradición ordena que la primera vez todo sea urgencia, atropello, violencia, nuestro prolegómeno es largo y delicioso. Es magnífico aprender con quien no sabe. Como Rosario ignora que la primera vez debe resistirse, mostrarse temerosa y avergonzada, lo hace todo con una alegría que la ilumina, toma cariñosamente mi sexo y nunca volveré a disfrutar tanto con una caricia tan antigua y tan nueva. Todo está a nuestra disposición. No tenemos idea de qué es vicio y qué está autorizado por la moral falluta, estamos Más Acá del Bien y del Mal. Todo es simplemente lindo, lindísimo. Lo bueno es que yo no sé nada de qué piensa ella, de cómo es Rosario intelectual, Rosario sociológica, Rosario política, Rosario económica, Rosario filosófica, o tal vez a los diecisiete años no se sea nada de eso. Ella tampoco me ha preguntado. Esas cosas tan importantes para eso que se llama verdadera comunión de almas y cuerpos. Sencillamente, éramos su cuerpo y mi cuerpo, y la alegría de ambos. Sin embargo, ninguno de mis posteriores actos de amor será tan perfecto como éste en que no cumplimos con las normas de la perfecta comunión. Quizá si lo hubiéramos repetido durante años, habríamos llegado inevitablemente a alguna forma del tedio, pero Rosario y yo sólo lo hicimos tres veces en un mismo crepúsculo de enero, y la mejor de las tres fue increíblemente la primera. Ideal. Y ni siquiera quedó embarazada. ¿Qué más puede pedirse? Tal vez el secreto de aquella plenitud haya sido que tuvo algo de juego, de buen humor. En ningún momento nos pusimos patéticos, ni nos juramos amor eterno, ni nadie dijo te quiero. Estábamos contentos, nada más. Lo más sentimental que le dije, fue: Sos bárbara vos. Y lo más conmovedor que ella me dijo: Nunca pensé que fuera tan lindo, diosmío. Me pareció un acto de verdadera y excepcional unción que ella usara *diosmío* como una mera interjec-

ción de placer. Lo decía sin cerrar los ojos, eso era lo estupendo, mirándome contenta, agradecida, y nuestro abrazo intermitente era también de buena amistad, de camaradería recién descubierta. Y aun hoy, cuando Rosario es la respetable señora del doctor Azócar, con tres hijos crecidos, dos sirvientas y un chalet en Carrasco, nos encontramos a veces en alguna fiesta y nuestro diálogo transcurre sin tapujos, desprovisto de rencores, fresco, sin ninguna mención a aquella tarde de febrero de mil novecientos treinta y cuatro. Claro que nos guardamos un mutuo agradecimiento y nos miramos con una cómplice simpatía. Todo nuestro correcto tratamiento de usted está recorrido por el dulce recuerdo de nuestro tuteo, con besos inaugurales y exploratorias caricias y piernas enlazadas y espaldas con ramitas. No le tengo envidia a Ulises Azócar, que por otra parte tiene cara de hombre satisfecho y sus motivos tendrá. Francamente, no me gustaría acostarme ahora con Rosario madura, yo que la tuve nuevita y en el bosque, porque jamás la versión actual podría ser tan estimulante como la de hace veintisiete años y tal vez sólo sirviera para borrar o por lo menos modificar en mí y en ella una imagen sin desperdicio. Y media, dice el bigbén. Si pudiera dormir. Estoy más tranquilo. Esta reconstrucción siempre apacigua mis nervios, me da ganas de seguir viviendo. Voy a probar con el método del *relax*. Desde abajo. Primero aflojar los dedos de los pies, luego los tobiíillos, las pantorriiillas, los muuuslos, el vieceentre, el estóoomago, el peeecho, los hooombros, el pescueee.

—Convéncese, abuelo —dijo Gustavo—. Los partidos tradicionales están en vías de descomposición. ¿Dónde están Batlle, Saravia, Brum, Herrera? Todos bajo tierra. Allí también están sus respectivos idearios: bajo tierra. Sobre tierra están en cambio César, Nardone, Rodríguez Larreta. O sea, por su orden: antisemitismo, caza de brujas, menosprecio a las masas. Las cosas que se dicen Nardone y Berro por radio y prensa, las que antes se dijeron César y Luis; esto es descomposición. Los grandes partidos ni siquiera tienen coherencia interior y la gente se está dando cuenta. No van a votar eternamente a esos hombres. A lo mejor un día les ponen una bomba.

—No me hagas reír —dijo el Viejo—. ¿A quién van a poner bombas ustedes, lactantes, nenes de mamá, marxistas de ojito?

—¿Y sus famosos Hijos de Padres Demócratas? ¿Eh, abuelo? ¿Son menos lactantes, menos nenes de mamá, menos capitalistas de ojito?

—Pero, Gustavo, no me lo vengas a decir a mí. Son tan tarados como ustedes. O más. Yo los uso porque me sirven. Y además no me cuestan un solo peso. Hay quien corre con los gastos. El problema no es que ustedes sean de izquierda y ellos de derecha. El problema es que unos y otros pertenecen a una generación debilucha, novelera, frívola, habituada solamente a repetir frases hechas, incapaz de pensar por su cuenta.

—¿Y en su diario, abuelo, usted no repite frases hechas? ¿Piensa acaso por su cuenta?

—Pienso por mi cuenta cuando decido repetir frases hechas. La diferencia está en que mi diario es negocio y lo de ustedes quiere ser principios, moral política, etcétera, etcétera. Ustedes coleccionan signos exteriores de re-

belión, como otros coleccionan botellitas o cajas de fósforos. Creen que la revolución es andar sin corbata.

—Y para usted, abuelo, ¿qué es la revolución?

—Gustavo, no me busques la boca. Bien sabés que yo me hago pichí en la revolución.

—¿Y en la democracia?

—En la democracia me hago caca, pero me sirve para ganar plata y entonces soy Demócrata con todas las mayúsculas que quieras. Ésa es la gran afinidad, que vos nunca podrás comprender, entre los Estados Unidos y este servidor. A ellos tampoco les importa la democracia, a ellos también les interesa el negocio. Democracia les significa buena propaganda y hacen tanto ruido con ella, incluso frente a Cuba, que nadie se acuerda de cómo alimentan a Stroessner y a Somoza, dos de los míos.

—Ah.

—Para los norteamericanos la democracia es eso: dejar que en su país todo el mundo vote y pase el *week-end* leyendo tiras cómicas, dejar que todo el mundo (menos los negros, que están en penitencia) se sienta ciudadano, y por otro lado aprovechar al máximo el trabajo pichincha del chusmaje latinoamericano. Para mí, en cambio, democracia es esto: escribir todos los días un editorial de ejemplar madurez y corrección política, y telefonarle en seguida al Jefe de Policía para que les dé garrote a mis obreritos en huelga. Yo no tengo dudas. Ya que me tocó nacer en un país de mierda, yo le correspondo. Lo uso para mí, eso es todo. Tu bisabuelo hablaba de Patria, tu papito habla de Nacionalismo, vos hablás de Revolución. Yo te hablo de mí, botija. Pero te aseguro que conozco bastante más de mi tema que ustedes del suyo. ¿Que somos colonia? Claro que sí. Afortunadamente. Pero, decime un poco. ¿Quién quiere aquí ser independiente? A ver esas bombitas, por favor. Te juro que no me asustan. Una cosa te digo. Es más probable que algún día un obrero al que yo despida o insulte, porque me gusta insultarlos, vaya rumiando hasta su casa, rumie allí otro poco mientras toma su mate, compre luego un revólver, vuelva hasta la fábrica y me pegue un tiro; es más probable que eso ocurra algún día y no que suceda algo tan descartable

y tan insólito como que tus izquierdistas de café se pongan de acuerdo, armen al fin el rompecabezas de sus escrúpulos y matices, y decidan ponerme una bomba en el Impala. Para matar a un tipo hay que despertarse cornudo, o tener huevos, o estar borracho. Y ustedes toman coca-cola.

Susana deja el pote sobre el tocador y me mira con la cara embadurnada.

—Hoy me contó Gustavo la discusión que tuvo con el abuelo.

—Yo estuve presente.

—Justamente de eso quería hablarte. No puede ser que estés presente cuando tratan un tema como éste y no digas absolutamente nada. Por muchas razones tenías que haber apoyado a tu padre. En primer lugar para ver si mejoran un poco las relaciones entre él y vos. Y en segundo, porque Gustavo no puede seguir así. La otra tarde me dijo Laura, simplemente me lo advirtió como buena amiga que es, que Gustavo anda con una barrita francamente peligrosa: anarquistas, comunistas, o algo parecido. Ella los vio, con sus propios ojos, pegando afiches en la madrugada.

—No me digas. ¿Y se puede saber qué hacía tu buena amiga Laura por la calle en horas de la madrugada en vez de estar recogida en su respetable hogar?

—No te hagas el gracioso. Te estoy hablando en serio.

—También yo, cuando tenía diecisiete años, embadurnaba paredes.

—Es diferente. Vos lo harías por esnobismo.

—Ah, ¿y Gustavo por qué lo hace?

—Ojalá lo hiciera por esnobismo. Pero cree estar convencido. Gracias a las malas influencias.

—A lo mejor, no sólo cree, sino que está efectivamente convencido.

—Lo único que falta; que lo defiendas.

—Yo no lo defiendo, pero te confieso que prefiero verlo en esa rebeldía más o menos deportiva, y no tirando bombitas de mal olor en la Universidad.

—Ramón, ¿quierés que te diga qué pienso acerca de esta nueva actitud tuya? Lo hacés nada más que para fastidiar a tu padre y de paso fastidiarme a mí.

—A lo mejor. Quién sabe.

—Ramón, hace rato que pasaste los cuarenta. No podés portarte toda la vida como un adolescente. Queda ridículo, ¿sabés?

—Nunca me sentí más adulto que ahora. Más que adulto: viejo.

—Alcanzame aquel pote. No, ése no. El verde.

—Susana.

—¿Qué?

—¿Por qué no dejás de ponerte cremas y venís a la cama?

—Estás loco.

—Susana.

—Esta noche no, Ramón, no puedo. Mañana tal vez. Además estoy muy fastidiada por lo de Gustavo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Tiene mucho que ver. Vos estás pronto en cualquier momento, pero yo no. Yo necesito que seas cariñoso conmigo.

—Bueno, vení.

—Te dije que no.

—Está bien.

Que se quede allí, embadurnándose con sus cremas. Por un momento tuve ganas, pero ya no. No tengo ánimo para estar insistiendo dos horas. Además, si dice que no puede. Pero muchas veces alega que no puede, y sin embargo puede. Debe haber sido interesante vivir en un harén. Definición para proponer a la Academia. Harén: único lugar del mundo donde no existe la masturbación masculina. Ampliación de definición: Harén, único lugar del mundo donde la masturbación masculina es considerada una extravagancia.

—Ramón.

—¿Qué pasa?

—Estos últimos tiempos te noto extraño. Siempre parece que estás pensando en otra cosa. No atendés a nadie.

No sólo a mí, que ya estoy acostumbrada. Tampoco a los demás. Estás siempre distraído.

—Sí, yo también lo he notado. Pero no me preocupo, otras veces me ha pasado lo mismo. Te aseguro que no es *surmenage*, porque en la Agencia el trabajo no es agobiador. Ya se me pasará.

—¿Por qué no ves a Roig?

—Es inútil. Siempre me encuentra perfecto. Hasta ahora lo más grave que me descubrió fue un quistecito sebáceo. Eso es muy poco para pagar treinta pesos por cada consulta. Uno los paga con gusto cuando el médico dice: Querido amigo, cuánto lo lamento, usted tiene cáncer.

—Ay Ramón, ¿no te digo que estás raro?

—El cáncer es cada día más vulgar y menos raro.

—Ya lo sé, pero yo tengo una superstición. Me parece que si no lo nombro, estoy a salvo.

—Es bueno tener esas supersticiones, sobre todo mientras den resultado. Además, si un día te das cuenta de que no dan resultado, de que todo es inútil, ¿quién te quita lo bailado?

—Ramón, ¿quieres que me acueste?

—Dijiste que hoy no podías.

—Mirá, la verdad es que no estoy segura. Y tampoco vos insististe.

—Ah, debía haber insistido.

—Y además tendría que sacarme las cremas.

—Sacátelas.

—Entonces ¿voy?

—Bueno, vení.

Gloria Caselli se mira en el espejo y hoy su cara le parece aceptable. Pero no le alcanza con verse de frente. A veces el perfil reserva la peor sorpresa. Para eso están los espejos laterales. Gloria los acomoda hasta encontrar el ángulo ideal. Evidentemente, este mechón sobre la oreja la avejenta. Algo peor que eso: la desnaturaliza, la convierte en otra. Por lo menos, ella es consciente de que sus orejas son lo mejor, lo más agradable, lo más estético de su cabeza, un poco ruda para su gusto. Por lo tanto, hay que mostrarlas. Claro que su perfil izquierdo es mejor que su perfil derecho. Lamentablemente, eso no tiene arreglo. La mancha de la piel, a medio camino del delgado pescuezo, es inmovible; no hay crema que la cubra. No es grande, no ofende a la vista, pero se nota. Es el hígado, le vienen diciendo los médicos desde hace varios lustros con monótona perseverancia, pero ella sabe que esa manchita le apareció hace veintisiete años, exactamente en el mes en que se convirtió en mujer, o sea una época en que aún no tenía hígado ni corazón ni tobillos ni encías, porque uno va adquiriendo conciencia de sus órganos a medida que empiezan a doler, y en aquel tiempo lo único que le dolía era, de tanto en tanto, el bazo, cuando corría exageradamente en la playa, o jugaba horas y horas al *volleyball* en el gimnasio de la Universidad.

La cara en el espejo le sonrío. De vez en cuando conviene verificar qué poder sigue teniendo su sonrisa. Ha disminuido, claro. Esas arrugas, no importantes pero inocultables, que han aparecido junto a las comisuras de los labios, endurecen la sonrisa, le quitan por lo menos el cincuenta por ciento de su vieja inocencia, de su acogedora simpatía. Y hay que reconocer que la depreciación responde a la realidad. Porque es cierto que ha perdido por lo menos la mitad de su inocencia y de su simpatía.

En cuanto al resto, ese resto que todavía hoy hace que los hombres giren lentamente sus cabezas cuando ella pasa, y hasta le digan alguna estimulante cochinado, en cuanto a ese resto ella no está demasiado segura.

Mueve suavemente los hombros y piensa que ésa fue la parte de su cuerpo que recibió el primer elogio de Edmundo. “¡Qué lindos hombros! Como para apoyar las manos cuando uno está cansado.” Así le había dicho Edmundo Budiño el diez de septiembre de mil novecientos treinta y nueve, y ella había sentido que era la primera vez que alguien le dedicaba un piropo verdaderamente importante, no las frivolidades que varias veces al día le decían los compañeros de Facultad. Soltaban el piropo como quien juega a la mancha; es decir, la tocaban con un proyecto de amago de croquis de esbozo de amor, y luego salían corriendo, no fuera ella a tomarlos en serio. Por el contrario, el elogio de Edmundo había tenido el apoyo de algo tan verdadero como el propio cansancio. Naturalmente, sólo mucho tiempo después llegó a la conclusión de que en él eso no había sido una atención especial sino algo inevitable. Sólo podía admirar o repudiar, loar o denigrar, siempre que él mismo se mezclara en el juicio, como parte activa, como ley, como dios. Decía, por ejemplo: “Me gusta esta montaña, porque frente a ella me siento fuerte”, o también: “Me repugnan los tranvías, porque cuando voy con el auto detrás de ellos, me siento esclavo de su lentitud.”

Sí, hay que sacar este mechón. ¿Y si lo enganchara en la oreja? No está mal. En ese entonces él era profesor de Civil 2º, tenía cuarenta y seis años pero ya con algunas canas en las patillas. Nieve en las sienes, decía la cursi de Ana María entre suspiro y suspiro. Pero no sólo Ana María; todas las muchachas que desfilaban por la Facultad lo contemplaban con una devoción casi enfermiza. Entonces, ¿cómo no estremecerse cuando él vino silenciosamente, por detrás suyo (no en la Facultad, sino en el Salón Nacional de Bellas Artes) y le dijo “¡Qué lindos hombros! Como para apoyar las manos cuando uno está cansado.” Ella pensó inmediatamente que su estatura era la ideal, la

más apropiada para que a él se le ocurriera inventar, crear hacia el futuro, esa posición que incluía familiaridad, confianza, comunicación, simpatía. Ella todavía no se atrevía a decirse Amor. Pero se dio vuelta y nunca le pareció él tan estupendo, tan irresistible, tan masculinamente hermoso. Porque la hermosura masculina tiene inevitablemente que incluir algo de fealdad, de asimetría, de falsa escuadra, y a Edmundo Budiño ni siquiera le faltaban esos toques casi imperceptibles, que a los ojos de una mujer son precisamente decisivos. Deben existir, pero no en tal profusión que el rostro o la figura se transformen en feos; más bien deben cumplir su función de mínimos contrastes, para que la mirada descanse un poco y tome nuevo impulso en la subsiguiente absorción de la belleza. Es la diferencia que va del rostro impecable, pero monótonamente hermoso de un Tyrone Power, a los rasgos levemente asimétricos, pero emocionalmente atractivos, de un Burt Lancaster. Ante la evocación encadenada de esos dos nombres de actores, Gloria pensó que ella quedaba fuera de la regla: no le gustaba ni uno ni otro. “Oh, profesor, no lo había visto; me tomó de sorpresa”, había dicho ella y a partir de ese instante no pudo seguir mirando el dibujo de Pastor que la había impresionado. “¿La puedo invitar a tomar un café?”, había dicho él y no cabía otra respuesta que la aceptación, porque ya en esa época, el tono interrogativo de las preguntas de Budiño significaba una mera deferencia hacia el interlocutor. Jamás se le ocurría que alguien pudiese tener el pésimo gusto de una negativa. Y el café fue entonces el viejo Tupí, el que estaba frente al Solís. Ella recuerda perfectamente que, cuando entraron, los contundentes pasos de él provocaron en las vencidas tablas del piso un ruido considerablemente mayor que los suyos, ya de por sí mansos, livianos y flexibles, pero esa tarde particularmente amortiguados por las suelas de goma. “¿Qué está leyendo?”, había preguntado él, y sin pedir otra autorización tomó los dos libros, aprobó con la cabeza el Valle Inclán e hizo un puaj frente al Panait Istrati. Y ahí fue cuando sucedió lo inesperado, el golpe de timón que transformó completamente su vida, o

quizá el golpe de hacha que la partió en dos. Primer segmento: desde el cuatro de diciembre de mil novecientos veinte hasta el diez de septiembre de mil novecientos treinta y nueve. Segundo segmento: desde el diez de septiembre de mil novecientos treinta y nueve hasta hoy. Él había sonreído sin nervios, sin dudas, sin intranquilidad; había vuelto a dejar los dos libros junto a su cartera, y había dicho, con voz impasible, de un tirón, sorprendiéndola desde el arranque con el repentino tuteo: “¿Sabés que me gustás mucho? Me vino bien encontrarte en el Salón, porque hace días que pensaba preguntarte algo: ¿querés ser mi amante?”

Todavía hoy, veintidós años más tarde, la cara del espejo se sonroja. Pero aquella tarde el rubor fue muchas cosas a la vez: vergüenza, susto, júbilo. Sobre todo júbilo. Que él la hubiera mirado; que él le estuviese proponiendo una vida en común (ésta por lo menos fue la traducción infiel y tendenciosa que ella repitió para sí); que él la tuteara; que él estuviera ahí, esperando su respuesta. “Profesor”, había balbuceado, y él había arrimado su mano, enternecedoramente velluda y cordial, y la había puesto sobre la mano de ella, pálida, indefensa y ufana. Y ante ese calor que la mano de él le fue infundiendo, directamente consignado a un corazón que no podía con sus propios latidos, ella no tuvo más remedio que bajar la cabeza y decir quedamente, con los ojos fijos en el despreciado Panait Istrati: “Soy tan feliz, profesor.” Y cuando levantó los ojos, él ya estaba diciendo, con la inmune seguridad de un trámite cumplido: “Llamame Edmundo. Menos en la Facultad, por supuesto.” Pero ella no dejó nunca de llamarle profesor, y ésa fue probablemente su única desobediencia. Cuando él la llevó por primera vez a la amueblada, y la acarició y besó sin apuros durante casi una hora, y luego la desnudó sonriendo y festejando silenciosamente sus tics de pudor, y ya sin ropas la volvió a acariciar y besar en una segunda etapa que fue bastante más breve, y luego entró en ella precavidamente, sin forzarla, porque se daba cuenta de que sufría (no anímica sino físicamente) el aceptado quebranto de su virginidad,

y cuando todo hubo acabado y él advirtió que en esa primera vez ella había estado absorbida por el dolor y no había tenido tiempo de gozar su propio sacrificio, y él había preguntado: “¿Te dolió mucho?”, y ella había dicho: “Sí, profesor”, él no había podido contener la risa ante esa cómica supervivencia del respeto heredado del aula. Después, mucho después, cuando ella perdió su asombro, su tensión y su desasosiego, siguió empero llamándole *profesor*, especialmente cuando hacían el amor, porque la palabra quedó, entre ellos como una contraseña, como un cómplice, como un testigo en quien podía confiarse.

Las cuatro y diez. Dijo que vendría a las cuatro y media. Y es puntual. Que venga nomás. Todo está listo, limpio, ordenado. A Gloria sólo le falta elegir un collar. No demasiado complicado; a él nunca le gustó la cargazón. “Sacate ese barroquismo”, le dijo cuando las primas le trajeron uno de España, de coral y plata labrada. Mejor el de café, que él le trajo de Brasil hace por lo menos cinco años. Pero entonces tiene que cambiarse la blusa, porque azul con café no va bien. ¿Estará planchada la blusa crema? Sí, qué suerte. Realmente su vida quedó partida en dos. ¿Cuántos hombres se le acercaron en todos estos años? ¿A qué pensar? Sin esforzarse mayormente, le ha sido fiel. Y fiel sin esperanza ni reciprocidad, primero porque él tenía su mujer y sus hijos, y otras amantes ocasionales, claro, y, después que quedó viudo, porque nunca mencionó la posibilidad de casarse. Su relación fue así como hoy, siempre clandestina, siempre escondida, siempre ignorada de todos. Quizá estaba bien. De los dos hijos de Edmundo, uno, Hugo, era poco menor que ella, y el otro, Ramón, sólo unos años mayor. Con Hugo nunca había hablado; con Ramón, dos veces. Alguien se lo presentó en lo de Rivas. En otra oportunidad, lo tuvo de compañero de asiento en un avión de Pluna, hasta Buenos Aires. Ramón no se acordó de ella, o aparentó que no se acordaba. No, seguramente no fingió. No hablaron casi nada durante el viaje. Ella tomó un cigarrillo y él le acercó el encendedor. “Gracias por el fuego”, había dicho ella. Y nada más. ¡Si él hubiera sabido! Pero nadie sabe. Es un milagro, sobre todo

si se tiene en cuenta la velocidad con que circulan los chismes en esta ciudad sin grandes espectáculos, provincianísima, sin grandes cabarets, sin famosas y publicitadas perversiones. La fuente luminosa del Parque de los Aliados; ésa es toda nuestra vida nocturna. El chisme es la gran atracción vernácula, el show de las familias. Pero nadie lo sabe, nadie lo supo nunca. Él se las arregla muy bien para ser discreto. Además, los que sospechan, tienen miedo de indagar; no quieren tener la tremenda responsabilidad de haber descubierto el lado flaco de Edmundo Budiño, institución nacional. Claro que todos advierten que en su vida hay espacios en blanco, líneas de puntos (como en los formularios) que nadie es capaz de llenar con datos fidedignos. Pero nadie se atreve.

Con un chasquido áspero y una apagada vibración, el refrigerador reinicia su actividad. Ah, le falta aprontar los cubitos. Cuando él paladea su whisky, ella siempre tiene la sensación de que se trata del momento más calmo en la jornada de su hombre. Se acabó la fábrica, se acabó el diario, se acabó la Casa del Partido, se acabaron los muchachitos imbéciles que vienen en busca de armas y bombo periodístico, se acabó Javier el incondicional, se acabó Ramón el escrupuloso, se acabó Hugo el imitador, se acabó el mundo de allá afuera. Él le cuenta todo, le pormenoriza los capítulos en que estuvo dividido el día. Sobre eso no hay duda: es sincero con ella. Porque le cuenta cosas feas, cosas sucias, cosas terribles. Como si supiera que el amor de ella es capaz de aceptar ese lado negro de su ser, esa zona del diablo que nunca muestra a nadie totalmente. Ni siquiera a Ramón; de eso también está segura. Porque a Ramón le muestra un Edmundo Budiño más cínico, más oscuro, más agresivo, más cruel de lo que él en realidad es. Y además a Ramón no le dice nada de este vínculo, porque eso (ella al menos lo entiende así) sería una claudicación; sería como confesarle que él puede no ser tan duro, tan implacable, tan inhumano, tan menospreciativo. Y eso nunca. A Gloria siempre le ha intrigado ese rencor pacientemente elaborado, en el que cada día aparecen nuevos retoques, nuevos matices.

Además, además... Gloria sonrío mientras arregla un antiestético pliegue de la colcha. Además, además, ella posee ahora otro secreto, el más terrible. A los sesenta y ocho años, el doctor Edmundo Budiño, uno de los hombres más influyentes de la política nacional, el nombre más poderoso en varios órdenes, ha perdido su poder en un orden modesto, pero que también tiene su importancia. En resumidas cuentas: se acabó el sexo. Gloria sonrío otra vez. Recuerda la ocasión en que se produjo el primer fracaso y él empleó el mismo y seguro tono de siempre para decir: "Ha sido un día terrible de trabajo. Mejor lo dejamos para mañana." Y ella había dicho: "Sí, profesor", pero en seguida se había arrepentido, porque la frase, que para ambos tenía una automática connotación sexual, le había salido con un tono de ironía que ella no quiso darle, un retinte burlón que le salió solo, como si la frase tuviese vida propia y se hubiera dado a sí misma el matiz verdadero. El prometido mañana no llegó jamás y, a partir del cuarto fracaso, la derrota quedó oficialmente admitida pero él se las arregló para nombrarla, ya no como una vergüenza sino como una suerte de monumento. El perecimiento sexual se convirtió en algo así como un timbre del honor. "Nadie como yo se ha ganado el descanso en este aspecto, y después de todo es casi mejor. Ahora tengo la cabeza libre para arreglar el siniestro desorden que es el mundo." Pasaba por alto el detalle insignificante de que su "merecido descanso" no tenía por qué coincidir con el de Gloria, pasaba por alto que para ella no se había acabado el sexo, pasaba por alto la minucia de que ese acechante y simpático monstruo que él había sabido despertar en ella, seguía exigiendo su nutrición y su juego. Pero de eso ya hace tres años y Gloria le ha seguido siendo fiel.

Es cómodo este sillón californiano. Siempre se ajusta al cuerpo. Una sola vez había estado a punto de. Pocas veces bailaba. Pero qué lindo es el tango. El hombre la llevaba correctamente, sin oprimirla demasiado. Fue una comunicación que tuvo lugar a partir del ritmo. Como si hubieran bailado juntos desde niños. Como si se conocie-

ran todos los pasos, todos los cortes, todas las vueltas. Y mucho antes de saber su nombre, Gloria se enteró de esa correspondencia o coincidencia o afinidad o ajuste, que le permitía adivinar los más imprevistos e inverosímiles arranques del hombre y seguirlo como una sombra, o un parásito rítmico, o como el obediente lápiz de un pantógrafo. Y de pronto sintió que estaba a merced de aquel desconocido, porque toda su piel le respondía y cada adivinación de un nuevo paso tenía en ella una repercusión de placer que iba mucho más allá del simple regusto del baile para convertirse en nuevas aproximaciones a un espasmo final que desde ya la esperaba en algún instante de su futuro. Sabía que ahí no había afinidad espiritual ni recuerdos en común ni descubrimientos de la simpatía ni ninguno de esos indicios precursores del amor. Pero sabía que donde el hombre dijera “vamos” ella iría como una autómatas, como un robot. Lo sabía porque en un instante, mientras bailaban *Charamusca*, un sorpresivo agudo de la flauta le provocó un relampagueo durante el cual se imaginó desnuda en brazos de aquel tipo, y la instantánea, vertiginosa visión fue para ella tan arrebatadora, que tuvo que afirmar su brazo en el cuello del hombre y murmurar “perdón”, porque creyó que le venía un mareo. Estuvo a punto, pero no pasó nada. El mérito (“o la culpa, vaya una a saber”, piensa Gloria) no fue suyo. Después del octavo o noveno tango, cuando el bandoneonista cerró el último fuelle de *El gavilán*, y ella se detuvo con un leve jadeo que no era de fatiga sino de dichosa claudicación, todavía no repuesta de la revelación que para ella había significado la fuerza de sus reflejos frente a aquel cuerpo que tenía aproximadamente su misma edad y no veintisiete años más, y el hombre la miró larga y serenamente, y ella vio en el fondo de aquellos ojos oscuros un chisporroteo de noes y sustituciones, tuvo la lacerante impresión de estar asistiendo a una tragedia crónica, a una retumbante falsificación del azar. Pero también tuvo la impresión de haber quedado ella misma a la intemperie. Entonces el hombre había dicho: “Le ruego me disculpe”, y ella se había quedado tan inválida con su deseo

maltrecho, que sólo horas después entendió cabalmente el comentario que alguna amiga le había soplado junto al oído: “¿Desde cuándo bailando con maricas?”

Gloria estira las piernas. Sus pantorrillas gustan a los hombres. Tantas veces (en el ómnibus, en el café, en el teatro, en las escaleras) ha encontrado los ojos de los tipos, absortos en la contemplación admirativa de ese músculo bien torneado y bronceado que es algo así como la sinopsis o el anticipo de una garantida eficacia sexual. Una destreza que ella debe exclusivamente a Edmundo y que ahora está vacante. La pregunta es la misma de ayer y anteayer y diez meses atrás: “¿Es justo eso?” Pese a todo, en Gloria funcionan los tabúes de su medio. Pero cada tabú tiene su contratabú. Y de esos enfrentamientos sale también la noción, la tambaleante certeza de que él no es un marido, es decir, no ha querido ser su marido, ni siquiera cuando pudo y debió serlo. Resumiendo: ¿vale la pena seguir siendo fiel a un hombre que no quiso ser marido y ya no es amante, y que, además, cuando era amante, la engañó cuantas veces pudo, y con cuantas mujeres se le antojó, desde la ninfa con inspiración y celulitis hasta la pituca con devocionario y morfina? Sin duda, no vale la pena. La respuesta es tan fácil, que Gloria hace una mueca, pero en la misma mueca se le desliza un poco de piedad cariñosa, de comprensión disponible. Él es un egoísta, ¿quién lo duda? El más estupendo egoísta de la vasta zona comprendida entre el río Cuareim y el río de la Plata, entre el río Uruguay y la laguna Merim. Pero eso mismo tiene su importancia. El hecho de acompañar a algún Número Uno trae consigo, pese a todos los pesares, una especie de orgullo. Durante veinte años fui la amante de Edmundo Budiño, se dice Gloria con precisión, aunque sabe que en realidad le faltaron algunos meses para los veinte años. Aún sigo siendo la confidente de Edmundo Budiño, agrega. El inconveniente es que nadie lo sabe, pero indudablemente es un sello. En toda la ciudad, en todo el país, no hay nadie (¿no habrá?) que reciba, como ella, al poderoso hombre en su casa y escuche sus largas confidencias. ¿Cuánto pagarían los perio-

distas, los fotógrafos, los cameraman, los diputados opositores, por escuchar y mirar lo que ella escucha y mira diariamente? Ahora mismo, faltan pocos minutos, llegará Budiño, dará un soplido de cansancio, la besará en la mejilla, se quitará el saco, cambiará los zapatos por las chinelas, se lavará las manos y la cara, volverá para sentarse en el sillón de esterilla, aceptará el whisky con dos cubitos y tres dedos de soda, preguntará distraídamente: “¿Cómo has pasado?”, y se consagrará a descargar los problemas del día. Acaso retome el hilo del monólogo de la víspera y diga: “¿Cómo querés que no desprecie a la gente, si la gente me acepta como soy? Desde el comienzo fue para mí una tentación espantosa: estafarlos, joderlos. Pero eso sí, prometiéndome formalmente que al primer alerta, al primer síntoma de que su sensibilidad funcionaba, no tendría inconveniente en retroceder. Te diré más aún: de muchacho pensé que quería saber dónde estaba el fondo de este país, porque sólo sabiendo dónde está el fondo verdadero, uno puede apoyarse. Y empecé mis sondeos. Una mentira y no toqué fondo; una burla y no toqué fondo; una superchería, y tampoco; una estafa monetaria, y nada; un fraude moral, menos que menos; coacción, presiones, chantaje, y cero; ahora reparto armas a los nenes de mamá, llevo a cabo campañas calumniosas. Pero te confieso que me estoy aburriendo. ¿Es que este país no tiene fondo? Me traen la noticia de una inminente arremetida, tan demoledora que descabezará todos mis titeres. Pienso: a lo mejor, ahora es el momento. Y nada. Siempre hay alguien que puede ser comprado, o que no tiene suficientes cojones, o que saca un cigarrillo y se encoge de hombros. No saben ellos el mal que me han hecho. Porque soy porfiado; tengo la obsesión de encontrar ese fondo; y en la búsqueda me he envilecido. Ahora, aunque lo encontrara, creo que no me detendría. Yo mismo me siento podrido por dentro.”

A esta altura Gloria se acercará y le pasará la mano por la cabeza. Su cabello sigue teniendo vitalidad, casi la misma de hace veinte años. El lunar junto a la patilla no ha aumentado de tamaño. Las mejillas siguen bien afeitadas

y tersas. “Ahí tenés a mis hijos”, seguirá probablemente él, porque éste es uno de sus temas favoritos. “¿Qué querés que haga con Hugo? Me da fiebre. El estúpido me quiere imitar. ¿Con qué? Por favor. Tiene una mujercita estupenda y la ignora. Se recibió de contador porque lo llevé poco menos que en parihuelas hasta las mesas examinadoras. Y ahora, desde que es profesional, le proporciono las mejores muletas para su tullida labor: mis influencias. Él cree que las asesorías contables le llegan por su linda cara. Por favor. El otro, Ramón, es muy distinto. Ve claramente las cosas, es inteligente, desde que era un botija tenía una mirada vivaz que todo lo captaba. Por eso me duele más, mucho más. Abandonó la carrera, pero eso qué me importa. Juega a ser izquierdista, él mismo está convencido de que lo es. Já. Le di la plata para que pusiera una agencia de viajes, con la secreta esperanza de que me dijera que no. Pero aceptó, ¿te das cuenta? En vez de decirme: Viejo, métase la plata en el culo, yo voy a empezar de abajo, con lo que puedo y soy, nada más. Ahora, si se llega a enterar que estoy en negocios sucios con Molina, ¿acaso tiene cojones como para enfrentarse decididamente y decirme: Viejo, usted es un chanco y ésta es la última vez que le dirijo la palabra? No, no me va a decir eso. Él no sabe qué abrazo le daría. No, en vez de eso seguro que se asustará y vendrá a rogarme que abandone la porquería, no por la porquería en sí, sino para que no se ensucie el nombre de la familia. ¿Qué más suciedad puede lograr el nombre Budiño que la que yo le he otorgado, con el general beneplácito de la nación, esa misma nación que en castigo me ha convertido poco menos que en prócer? Sí, seguro que me diría que hay que pensar en Hugo, en Gustavo, en Susana, en todos. Naturalmente. Pero el único en que él no piensa es en mí, en que yo soy su padre y que estoy podrido. Eso no le preocupa. Recibo delante suyo a los mequetrefes que la Embajada me recomienda, les reparto armas y les doy los consejos más crápulas que puedo extraer de mi repertorio, y él domina heroicamente sus náuseas y les da la mano a esos babcas en vez de sacarlos a patadas. En las reuniones familiares, mira

codiciosamente a Dolly, pero estoy seguro de que nunca se atreverá a hablarle, a tocarla, a acostarse con ella. Un indeciso, eso es lo que es. Un indeciso y un cobarde. El resultado es que me odia. Me odia tanto que quisiera verme muerto, y estoy seguro de que su ensueño favorito ha de ser la maquinación de mi asesinato. Pero nunca conseguirá el valor suficiente para cometerlo. No es capaz de matar una mosca, pero en este mundo hay que ser capaz de matar algo más que moscas. Ahora ya no hay solución entre él y yo. A partir del momento en que aceptó mi plata para la agencia, todo se acabó. Cada vez me odiará más. Cada vez lo despreciaré más. Ahora, sólo podría salvarse si se decidiera de una vez por todas a acabar conmigo. En el momento en que me apuntara con un revólver, en el instante mismo del fogueo, yo lo estaría queriendo y perdonando. Fijate que ésa sería la salvación para los dos. Porque estoy aburrido de ser así, y hay días en que me siento desfallecer. Pero a esta altura ya no puedo permitirme desfallecimientos. A esta altura no vale arrepentirse y empezar de nuevo. Cuando decidí ser como soy, lo hice con toda lucidez. No vale decir: qué lástima, me equivoqué, pido perdón a la sociedad, a la familia y al físico. Me dirás: ¿y la conciencia? No creas, yo también hago la misma pregunta. La diferencia está en que vos me la hacés a mí, y yo se la hago a ese fantasma llamado Dios. ¿Y la conciencia?, le pregunto. Pero mi pregunta es un reclamo, como cuando vas a un comercio a protestar porque te dieron un artículo con una pieza de menos. ¿Y la conciencia? Eso es lo tremendo. Yo no tengo. O si tengo, nunca la he encontrado.”

Ya lleva diez minutos de atraso. Gloria se agacha hasta el revistero, toma *La Gaceta* y la abre en la quinta página. El editorial de Budiño empieza más agresivamente que de costumbre. ¿Será cierto que el país no tiene fondo? Y ella, Gloria Caselli, ¿tiene fondo? ¿Acaso Budiño no hizo también con ella lo que quiso, y ella siempre accedió, sin rebelarse, sin protestar? ¿No la despreciará por esa aquiescencia que Gloria antes calificara de amor y ahora de comprensión? ¿Comprenderá de veras? Gloria cuarentona,

todavía atractiva, todavía deseable, imagina por un instante cuál pudo haber sido su vida si aquel diez de septiembre, cuando él le dijo: “¿Quieres ser mi amante?”, hubiera respondido sencillamente: “No.” Un monosílabo, sólo eso. Quizá se habría casado, como Berta su hermana, y tendría dos botijas, y un marido, como Fermín, que sólo sabe hablar de fútbol y quiniela, Fermín que conoce la alineación exacta que tuvo el equipo de Peñarol en los últimos quince años y que en el programa de Preguntas y Respuestas no ganó los diez mil pesos sencillamente porque lo estafaron, ya que él había elegido el rubro: “Fútbol profesional de primera división A, jugado en el Estadio Centenario desde el año 1940 a la fecha”, y aquel malintencionado le preguntó cuál era el libro de cabecera de Juan Alberto Schiaffino. Quizá habría engordado como Berta, que ya no se pone faja ni hace gimnasia y se ha resignado a las várices, y habría archivado definitivamente sus pretensiones de gran idilio, y derramaría una lagrimita en cada Día de la Madre, cuando el chiquilín le entregara la composición anual que le ordenan en el colegio en tan emotivo aniversario, y se abrazaría dos veces por semana con el corpachón sudoroso de Fermín o un sucedáneo no menos repulsivo, con la misma sensación de rutina con que un estibador se resigna a la estiba o un cura confesor se resigna al pecado. En ese caso, más le ha valido haber dicho sí, a su modo, claro, o sea: “Soy tan feliz, profesor.” No importa a qué estado hayan llegado ahora las cosas; lo cierto es que aquello fue realmente una aventura, casi como las del cine o las novelas, una aventura en la que ella fue protagonista. Pero también es cierto que ni aun en los primeros años, ni siquiera en los primeros meses, ella sintió que aquél fuera su hombre. Deslumbrada como estaba, había alcanzado a captar, sin embargo, que ella era una suerte de instrumento, insignificante instrumento de aquél hombre difícil, impenetrable, duro. Había alcanzado a captar que era gozada, pero no querida; deseada, pero no necesitada. Ella era el instrumento del goce del hombre, y tenía validez mientras él la precisaba como provocación de sus senti-

dos. Después, cuando él lanzaba su último ronquido de placer, y se aflojaba sobre ella como una masa rebosante que casi la asfixiaba, Gloria sabía lo que venía; el abandono liso y llano, la mirada de él fija en el cielo raso, la sensación de que en ese momento ella era para el hombre algo menos importante que la cómoda o el ropero o las sillas. La etapa confidencial no viene de entonces, sino que ha comenzado en estos últimos años, desde que el vigor no concurre a la cita. Gloria enciende un cigarrillo y hace los aritos de humo que él le enseñara aquella tarde en que la impulsó a fumar. Y a la altura del tercer arito lanza la primera pregunta: ¿Esto de ahora es un modo de comunicación, o es la nueva forma descubierta por él para seguirla usando como instrumento, para seguirla gozando sin amor, para seguirla utilizando como provocación, ya no de sus sentidos sino de su agilidad mental, y para abandonarla luego y reintegrarla a su condición de mueble. Mucho antes de que termine la pregunta, el arito rehúye su responsabilidad y se vuelve invisible. Y en el momento en que ella lanza su segunda bocanada, suena el timbre.

Cuando Gloria abre la puerta, él está apoyado en una sola pierna y tiene el sombrero en la nuca. El soplado de cansancio precede en dos centímetros al beso en la mejilla. Gloria lo ayuda a quitarse el saco y le alcanza las chinelas. Cada zapato cae al suelo con el ruido de siempre. Desde el dormitorio, Gloria ve cómo él se lava las manos y la cara. Después Edmundo Budiño va hasta el sillón de esterilla, acepta el whisky con dos cubitos y tres dedos de soda, y pregunta, con una sonrisa que no puede dejar de ser dura:

—¿Cómo has pasado?

—¿Vas al Centro?

—Sí. ¿Querés que te lleve?

—Bueno, dejame en la Universidad.

—¿Volviste a discutir con tu abuelo?

—No. Después de aquella trezada, decretamos armisticio.

—Tu madre quedó preocupada.

—Sí, ya me dedicó varios sermones.

—Lo cierto es que está preocupada.

—¿Y vos no?

—No demasiado. Creo que te comprendo mejor que tu madre.

—¿Estás seguro?

—Tanto como seguro... De todos modos, tratá de ser amable con ella, de no asustarla. Bien sabés cómo es de nerviosa.

—Lo que pasa es que mamá se asusta de todo. Hay una cantidad de palabras que le producen pánico.

—Bueno, no se las digas. Lo único que ganás es que en casa no haya tranquilidad. Pensá lo que quieras, pero no estés discutiendo todo el santo día sobre lo mismo.

—¿A vos también te parece inútil discutir sobre todo esto que está pasando?

—No, por cierto. Lo que me parece inútil es que discutas con tu madre. No la vas a convencer.

—Abuelo es otra cosa. Mamá se asusta sinceramente, y además no entiende nada. Abuelo, en cambio, comprende perfectamente, pero prefiere asustarse.

—Son hombres hechos a otra medida. No quieren perder su mundo.

—Ya lo sé. Y harán lo imposible para no perderlo. Pero lo que más me revienta es esa pose de pasado sin mácula, de inatacable honradez, de superpureza. Me refiero a sus

artículos, a la actitud del diario; no a lo que me dice a mí. Cuando habla conmigo, tiene la coquetería de aparecer como algo peor de lo que es.

—Todos somos un poco esclavos de las apariencias; ellos, nosotros, también ustedes. Lo que sucede es que son apariencias distintas.

—¿En qué somos nosotros esclavos de las apariencias?

—El Viejo te lo dijo el otro día. Fue una de las pocas cosas en que mentalmente le di la razón. Ustedes creen que la revolución es andar sin corbata.

—Por algo se empieza: ustedes ni eso.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero ustedes empiezan a hablar, a gritar, a organizar mitines, se inflaman solos, y llegan a convencerse de que el país es eso que proclaman y sólo eso. Pero el país es otra cosa bastante peor, tal vez, que esa tierra ideal que ustedes inventaron.

—¿Quién te contó ese cuento?

—Mirá, Gustavo, en el fondo vos y yo estamos de acuerdo. Habría que acabar con esta encerrona de los capitales, con la tierra en tan pocas manos, con la falta de personalidad y de originalidad en nuestra política internacional, con la corrupción administrativa, con el negociado de las jubilaciones, con el pequeño y el gran contrabando, con la *muñeca*, con los caudillos de club, con las torturas policiales, con los autos baratos para diputados. Claro que habría que acabar con todo eso, pero lo que ustedes no comprenden es cómo se han gastado los resortes de la sensibilidad.

—¿En qué sentido?

—Mirá, el otro día escuché en la televisión a un diputado colorado y se burlaba en la misma cara del pueblo. Su tesis era ésta: “Durante cuatro años ustedes se quejan de aquellos diputados que, como yo y tantos otros, importamos autos baratos. Lo consideran la gran inmoralidad. Pero cuando llega el momento de votar, ustedes nos eligen a nosotros, no a los que se abstuvieron de aprovechar la ventajita. Eso quiere decir que el pueblo no les da mayor importancia a esos detalles.”

—Qué careta.

—Claro que es un careta. Sin embargo, en el fondo, desgraciadamente tenía razón. La gente les da cada vez menos importancia a detalles que tienen que ver con la moral política. La gente sabe que en las altas esferas hay grandes y productivos negociados. Considera que no está en su mano evitar semejante estafa. Entonces el hombre de la calle, cuya única participación política es el voto, se resigna y se las ingenia para hacer él también su pequeño negocio, su módica estafa. Convencete de que la crisis más grave en este país es la crisis de ejemplo.

—Decí mejor que empezó por ahí. Pero ahora la cosa no se arregla con dar buenos ejemplos. Hay un orden económico que es preciso cambiar.

—Sí, Gustavo, estamos de acuerdo. Pero, encandilados por esa transformación del orden económico, ustedes se meten la moral en el bolsillo, y están completamente equivocados.

—Lo que pasa es que la crisis es económica y no moral. En todo caso, la crisis moral está inscrita en una determinada estructura económica.

—Mirá, ustedes que tienen a Marx pegado con alfileres y se llenan la boca con el concepto de la plusvalía relativa, podrían recordar de vez en cuando que Marx habla de la economía política, de las ciencias de la riqueza, como de una verdadera ciencia moral, la más moral de todas las ciencias. ¿No se les ocurre que, aunque el marxismo denuncie la enajenación del individuo bajo el régimen capitalista, en realidad también está proponiendo un cambio de signo de esa ciencia moral? ¿Qué harían, vos y todos tus revolucionarios sin corbata, con la posibilidad de un cambio de estructura, como tanto les gusta decir, y con la inmediata entrega de esa estructura recién cambiada a un malón de tipos inmorales, ambiciosos, maniobreritos, fallutos? Me parece macanudo que cambien la estructura, pero traten de que simultáneamente se transforme el signo moral de este pueblo, porque de lo contrario el cambio se desmoronará, y la evolución o revolución o lo que sea, habrá sido inútil. ¿No se te ha ocurrido pensar que en este país existe una gran apatía política, un colec-

tivo encogimiento de hombros, debido tal vez a que las ahora viejas conquistas sociales le fueron dadas a un pueblo que todavía no las había reclamado? Por eso, después de haber estado a la vanguardia continental, ahora todos nos pasan, todos tienen en América más conciencia social que nosotros, todos viven más exactamente al día con los cambios del mundo, y cuando llegue el momento de esa Gran Transformación con que ustedes sueñan, verás como este Uruguay tan pulcro, tan democrático, tan equilibrado, tan ejemplo de América, tan famosamente libre y sin embargo tan irremediablemente estancado, será el último en comprender la lección de la historia, el último en abandonar su esplendoroso ritual de hipocresía.

—Todos ustedes son así: aparentemente ven claro, pero en el fondo son destructivos. Sólo sirven para inventariar los defectos, las carencias.

—No, Gustavo, la diferencia sólo es de ritmo. Yo creo que la única transformación eficaz vendrá por la educación política, y ésta requiere su tiempo. Vos en cambio creés que el cambio será repentino, que madurará de golpe, qué sé yo. Recuerdo claramente que antes de los veinte años todo parece urgente, y es cierto, es urgente. Pero el reconocimiento de que una necesidad sea perentoria, no siempre significa que la solución sea inminente. Ojalá tengan razón, vos y tus amigos, pero para mí sólo existen dos vías para adquirir conciencia política: una es el hambre y el despojo, la otra es la educación. Nosotros no hemos sufrido hambre ni despojo, por lo menos no lo hemos sufrido como otros pueblos de África o de América, y por otro lado no hemos sido convenientemente educados. De allí que nos importe tan poco la verdadera transformación política y en cambio nos importe tanto el fenómeno político bastardo, adulterado. Cuando te digo esto, pienso en la chata ambición burocrática, en la red de clubes, en el gran Nirvana de los jubilados, en la corrupción al menudeo. Ustedes hacen sus planes sobre la base de un pueblo que previamente idealizan, pero ese mismo pueblo no ha dado aún el visto bueno a la idealización que ustedes han decretado. Y conste que esto que te estoy diciendo

no va contra el pueblo ni contra ustedes. Ustedes son macanudos y tienen las mejores intenciones, lo reconozco, pero meten la pata cuando sólo tienen en cuenta esquemas económicos, por añadidura ajenos, y se olvidan de la realidad básica; el pueblo también es macanudo, hay en él una excelente materia prima, pero antes de que esta materia prima sea utilizable, es imprescindible educarlo. Aquí todos saben escribir, pero no saben pensar políticamente si no es en términos de empleos públicos o de jubilaciones. Hay cosas que se arreglan con *slogans*, pero otras no. Si hacés una encuesta sobre reforma agraria, por ejemplo, te vas a encontrar con que sus más entusiastas defensores son los profesionales, los intelectuales, los estudiantes. Siempre clase media para arriba, la mayoría de ellos con algún pisito horizontal en su activo inmovilizado. Pero te invito a que recorras el campo, y si encontrás un paisano, joven o viejo, que no se asuste cuando le mencionás la reforma agraria, o que no rechace sincera y tajantemente esa posibilidad, habrá que condecorarte o, mucho más sencillo, no creerte. Convencete de que, ahora al menos, nuestro peón de estancia no tiene sentido de la tierra, le gusta sentirse nómada. Ése es su precario y aventurero concepto de libertad, saber que hoy puede hacer una doma aquí, mañana una esquila allá, saber que no está atado a nada, o por lo menos creer que no lo está; un sentido heredado del gaucho, según dicen los enterados. Así que, antes de hacerles un chiripá con la bandera de la reforma agraria, habría que inculcarles el sentido de la tierra, y pensá también esto: si no lo tienen, ¿será tan importante inculcárselos? ¿No habrá otros medios de hacer justicia social, claro que acabando con la plaga del latifundio? ¿No habrá otras variantes que se adapten mejor a nuestro temperamento y, por qué no, a nuestras inhibiciones? Mientras ustedes copien al carbónico las lecciones de Bolivia, de Cuba o de Ghana, mientras ustedes miren a nuestro peón de estancia decretando previamente sus equivalencias con un guajiro cubano o un minero de Oruro, la cosa no va a marchar. Me dirás que mañana o pasado puede ocurrir algo en Brasil o Argentina, algo

que sea tremendo y arrollador, y que ese algo nos incluya de golpe en una ola más o menos revolucionaria. Puede ser, pero la madurez no se adquiere por decreto. Si estallamos, no por propia convicción, sino pura y exclusivamente porque estallan nuestros vecinos y el fuego se propaga, lo más probable es que las llamas recibidas no nos sirvan de nada, como no sea para destruirnos. Mientras no fabriquemos nuestra propia mecha y nuestra propia pólvora, mientras no adquiramos una conciencia visceral de la necesidad de nuestra propia explosión, de nuestro propio fuego, nada será hondo, verdadero, legítimo, todo será una simple cáscara, como ahora es cascarita, sólo cascarita, nuestra tan voceada democracia. Y si nuestros primates, incluido tu abuelo, pueden decir impunemente que tienen las manos limpias, ello sólo se debe a que nuestro concepto de la higiene política deja mucho que desear. Y ahora bajate, porque aquí no puedo estacionar el coche.

Es temprano: las dos y veinte. Todavía no quiero ir a la oficina. Seguramente habrá una muchedumbre esperándome. Bueno, que esperen. Quiero sentarme un rato en el café y leer los diarios. Esta mañana sólo tuve tiempo de echarles una ojeada a los títulos. Aún no me amargué con el diario del Viejo. ¿Sobre qué escribiré hoy? ¿Contra los negros? ¿A favor de Isaac Rojas? ¿Contra los feriadados? ¿Defenderá la reglamentación sindical? Después de todo, cualquier tema es legítimo. Pero ¿por qué será que el Viejo convierte sus artículos en obras maestras de abyección?

—Walter ¿cómo andás?

—Te vi entrar. Yo estaba en la mesita junto a la ventana. La otra tarde estuve por llamarte. Después no me atreví.

—¿Desde cuándo esta timidez?

—Era un asunto delicado. Primero resolví que no era posible conversarlo por teléfono. Después me dejé estar, y al final no te hablé.

—¿Era tan incómodo?

—Bastante. Se trata de tu padre.

—Ah.

—Vos sabés que en la Oficina estoy de secretario del director Molina. El otro día me enteré, sin querer, de un asunto bastante sucio.

—No me digas que está metido el Viejo.

—Precisamente.

—Bueno, no me extraña.

—Es un negocio importante, relacionado con la fábrica. A tu padre puede reportarle medio millón.

—La pucha. ¿Y a Molina?

—Otro tanto.

—¿Y vos qué pensás hacer?

—Nada. Pero si no hago nada, te aclaro que no es por tu viejo ni por Molina ni por nadie, ni siquiera por plata. Además nadie sabe que estoy enterado. No hago nada, porque ya conozco el trámite de estas cosas. Si los denuncio, me hacen un sumario, Molina me traslada en comisión a alguna oficina como Archivo, donde quede enterrado hasta el fin de mis días, y tu padre saca algún *rumor* en su diario con la versión de que en la oficina Tal el empleado Cual es criptocomunista y sin embargo ocupa un puesto de notoria responsabilidad y tiene acceso a informaciones que pueden ser vitales para la seguridad nacional y eso no puede ser tolerado por los auténticos demócratas de este país de libertad. Ya lo estoy viendo.

—¿Y para qué querías llamarme?

—Para ponerte sobre aviso. Sé que vos no andás en esas porquerías y ésta sin embargo puede perjudicarte. A vos, a tu Agencia, incluso a tu hijo. Hay un periodista que se enteró, ¿sabés?, y está esperando que el asunto se concrete para lanzar la bomba. Pensé que podías hablar con tu padre, convencerlo de que el asunto se va a destapar, en fin, convencerlo de que va a salir perdiendo.

—¿Quién es el periodista?

—Larralde.

—¿Alejandro Larralde? ¿El de *La Razón*?

—Sí.

—Seguro que va a armar el gran escándalo.

—Imagínate. No es para menos.

—Te agradezco, Walter.

—¿Qué vas a hacer?

—No sé todavía. Para mí, es tan difícil hablar con el Viejo. No andamos bien, ¿sabés? Pero esto no puede ser, no puede ser.

—Buenas tardes, señor Budiño. Tiene siete llamadas y cuatro personas que lo esperan.

—¿Qué pasa? ¿Abella no atiende hoy?

—El señor Abella recibió a unas veinte personas, pero estas cuatro piden hablar personalmente con usted.

—Está bien, déjeme la lista de las llamadas.

—Señor, además quería pedirle un favor.

—Diga señorita.

—Hoy es mi cumpleaños y quisiera salir un poquito más temprano.

—Caramba, justamente hoy tenía pensado liquidar toda esa correspondencia con Estados Unidos.

—En ese caso, señor.

—También podemos dejarlo para mañana. En homenaje a su cumpleaños.

—Gracias, señor.

—Debe ser muy joven usted.

—Cumpló veintiuno, señor.

—Probablemente será una agradable sensación cumplir veintiún años, tener un buen empleo y esa linda presencia.

—Eso mismo dice mi novio, señor.

—La felicito. Veo que es un hombre sensato y de buen gusto.

—Gracias por el permiso, señor. Voy a decirle al señor Ríos que pase.

—Espere un poco, señorita. Antes quiero leer este informe.

Estuvo bien la secretaria carnosa. Sólo le dije linda, y enseguida me tiró con el novio. Una especie de exorcismo. Ya lo conozco al tipo. El otro día los vi hechos un nudo en la última fila del California. Seguro que hoy la va a besuquear en gran forma. *Happy birthday to you*. Que le aproveche. ¿Y ahora cómo le digo al Viejo? Negocios sucios, siempre lo temí. Después de todo, a mí qué me importa. Pero ¿y Gustavo? No quiero que llegue a tener vergüenza de su nombre. Qué frase, parece de Alejandro Dumas. La macana es que no hay otra forma de decir que no quiero que llegue a tener vergüenza de su nombre. Que es también el mío. Pero a mí no me lastima tanto. Ocho seis cuatro cinco tres.

—¿Javier? Habla con Ramón. ¿Cómo sigue el reuma

de la señora? Me alegro, me alegro. Dígame, ¿está mi padre? ¿A las cinco? Bueno, Javier, a esa hora estaré ahí.

Y ahora: que la secretaria carnosa traiga al señor Ríos.

—¿El señor Budiño?

—Sí, mucho gusto.

—Le pido que me excuse por haber insistido en hablar con usted personalmente. Sé que es un hombre ocupado.

—No se preocupe, señor Ríos. Para eso estamos.

—Lo que pasa es que mi problema se relaciona con un viaje. Claro, por eso recurro a una Agencia.

—Naturalmente.

—Todo eso es lo corriente y yo podría haberlo conversado con el señor Abella, a quien por otra parte conozco y sé que es una persona muy competente. Pero mi caso tiene algo de particular y yo quiero sobre todo reserva.

—¿Reserva de pasajes, o reserva como sinónimo de discreción?

—Ambas cosas. Señor Budiño, tengo setenta y tres años, soy viudo, tengo dos hijos, dos hijas, y sólo una nieta. Me he hecho el propósito de viajar a Europa.

—¿Por cuánto tiempo, señor Ríos?

—Tres meses, como máximo.

—¿Y cuándo partiría?

—Lo antes posible.

—¿Solo?

—No, con mi nieta. Eso es fundamental.

—¿Barco o avión?

—Barco.

—¿Clase?

—Primera.

—¿Y usted quiere que yo le organice el itinerario, le reserve los hoteles y demás detalles?

—Naturalmente, pero también quiero otra cosa. Algo que no se acostumbra solicitar a las agencias de viaje. Le confieso que lo hago con usted, porque me han dado excelentes informes de su persona. Su amigo Rómulo Soria.

—¿Usted es amigo de Rómulo?

—Es mi médico. Única persona, además, que está en antecedentes de lo que voy a confiarle. Al doctor Soria le fue difícil decírmelo, y ahora confieso que también me es difícil decírselo a usted. En realidad, Soria no me lo confesó hasta que yo no lo adiviné. Prácticamente lo obligué. Pero usted no tiene cómo adivinar.

—No, francamente.

—Después de todo, es bastante sencillo. Tengo cáncer.

—Señor Ríos, no sé qué decirle.

—Se puso pálido.

—Puede ser, pero sigo sin saber qué decirle.

—No me diga nada. Yo entiendo.

—En esas condiciones ¿le conviene viajar?

—Como convenirme, nada hay que me convenga. Pero justamente debido a esas condiciones, como usted ha dicho con toda discreción, tengo derecho a darme una satisfacción última. El doctor Soria me asegura cinco meses de vida, pero agrega que sólo en el cuarto mes comenzarán las molestias, que éstas muy pronto se convertirán en algo más serio y me imposibilitarán todo movimiento. De modo que mis proyectos de vida normal no pueden exceder los tres meses. Claro, usted quiere saber por qué le estoy diciendo todo esto.

—Sí.

—Mire, yo quiero hacer el viaje con mi nieta. Éste es el último regalo que me hago. Pero mi nieta tiene sólo quince años, y si mi hijo y mi nuera supieran que sobre mí pende una amenaza tan segura y a plazo fijo, no sólo no la dejarían venir conmigo sino que de algún modo me impedirían hacer el viaje. En el mejor de los casos, vendría conmigo toda la familia para cuidarme durante la recorrida.

—¿Y no cree, señor Ríos, que eso sería bastante sensato?

—Lo mismo me dijo su amigo el doctor Soria, pero después entendió. También confío en que usted entienda. La posibilidad de viajar durante tres meses con todo un destacamento familiar de hijos, hijas, nueras y yernos, que todo el día se pasarían haciéndome chistes para animarme, y mirándome con compasión y ojos humedecidos no bien diera vuelta la cabeza, le confieso que no me atrae

en absoluto. Quiero un viaje completamente normal, con mi nieta, que es lo que más quiero en el mundo. Y con mi nieta contenta, ignorándolo todo, disfrutándolo todo, y apoyándose en mí, a pesar de que en realidad seré yo quien me estaré apoyando en ella. Su amigo me juró que no dirá ni una palabra a mis familiares sobre mi enfermedad. Usted, señor, me jurará lo mismo.

—Claro, pero todavía...

—Ya sé, todavía no comprende del todo. Lo que yo quiero es que usted, además de reservarnos los pasajes y hoteles, además de organizarnos algunas excursiones y darnos algunos consejos con respecto a lugares visitables, mejores museos, etc., lo que yo quiero es que, además de toda esa función más o menos rutinaria, vaya usted dando instrucciones a todos los hoteles de nuestro itinerario para que, en caso de que suceda algo, porque también puede ocurrir que su amigo Soria haya calculado mal, para que en el caso de que me suceda algo, mi nieta no deba preocuparse de nada y sea enviada a Montevideo de inmediato y por avión. De más está decir que yo abonaría a su Agencia un importe extra por toda esta atención especial.

—Eso que usted me pide, puede hacerse sin duda alguna. Pero, si usted me permite, yo me atrevería a advertirle que no bien los hoteleros sepan que usted viaja en esas condiciones, le dedicarán la misma compasión de soslayo que usted quiere evitar de parte de sus familiares.

—Sí, naturalmente. También lo he pensado. Pero fíjese que no es lo mismo la compasión accidental y provisoria, casi diría profesional, de un hotelero, de un *maître* o de un camarero, que la compasión probablemente sincera, acongojada, de un hijo o una hija. Usted tiene todo el derecho de atribuirme un corazón de piedra, pero le confieso que en ese caso me molestaría precisamente la sinceridad. Si fueran hipócritas no me afectaría, porque entonces podría despreciarlos, pero quiero mucho a mis hijos e hijas, y ellos también me aprecian, así lo creo al menos. Además, usted que seguramente habrá viajado, ha de saber sin duda que las miradas compasivas de los

europesos no estremecen tanto como la de nuestros compatriotas. Es, cómo le diré, una piedad menos compulsiva, menos violenta. Es la piedad de quienes han pasado por bombardeos, campos de concentración, torturas, hambre, amputaciones.

—Yo creía que usted nunca había estado en Europa.

—Nunca estuve. Pero he mirado los ojos de los europeos que han llegado aquí después de la última guerra.

—Usted está haciendo que yo me sienta horriblemente frívolo.

—Oh, no hay más remedio que ser un poco frívolo. Le confieso que yo lo fui mejor que nadie. Usted habrá oído decir que a los ciegos se les desarrollan exageradamente los otros sentidos. Bueno, desde que ha aparecido en mí concretamente la idea, casi diría la fecha de la muerte, se me ha desarrollado exageradamente cierta capacidad para captar la vida, como si alguien, una especie de Dios humorista, hubiera juzgado que mi vieja antena ya no servía, y me hubiera proporcionado una flamante, con un alcance excepcional.

—Afortunadamente, no pierde usted el humor.

—Mire, la perspectiva del viaje con mi nieta, en medio de todo es un estímulo, si no para vivir, por lo menos para terminar de vivir.

—Está bien. Creo que entendí perfectamente lo que usted quiere de nuestra Agencia.

—No precisamente de la Agencia, sino de usted, como un favor personal.

—Entonces venga mañana por aquí, a las tres, con pasaportes, certificados de vacuna, quiero decir los suyos y los de su nieta, y un pequeño *memorandum* con el itinerario que usted tiene pensado. Con mucho gusto dispondré de una hora para usted y concretaremos todos los detalles. Y si lo ve a Rómulo, dele mis saludos.

Es peor que ver un muerto, mucho peor.

—Señorita, por favor, hoy no recibo a nadie más.

—Pero, señor, hay tres personas que saben que usted está aquí. Además, han visto que recibió al señor Ríos.

—No me siento muy bien. Dígales por favor que vuel-

van mañana. Eso es: dígales que no me sentí bien y tuve que irme, y recomíéndeles que vengan de mañana, porque de tarde no podré atenderlos.

—¿De veras se siente mal?

—Un poco de jaqueca, nada más.

—¿Precisa algo?

—No, gracias. Líbreme de esa gente y váyase a festejar su cumpleaños.

—Gracias, señor, y que se mejore.

Como para seguir atendiendo gente. Este hombre. Y aparentemente tan tranquilo. Me impresionó más que cuando vi aquel muerto en la Rambla. Es peor que ver un muerto. Mucho peor. Porque Ríos está decretadamente muerto, pero a la vez lo suficientemente vivo como para darse cuenta de que está condenado. No entiendo cómo puede mirar su futuro, su escasísimo futuro, con tanta tranquilidad. Y además tengo la impresión de que no tiene religión. Se burló tenuemente de Dios. No acabo de entenderlo. Debe haber algo no totalmente limpio en ese sosiego un poco absurdo, en esa ternura hacia la nieta, en esa conformidad tan lúcida, en ese acatamiento frente al dictamen de Rómulo, en ese desapego frente a la probable compasión de sus hijos. No obstante, tiene buena cara, ojos sin rencor. Todos tenemos que morir, pero lo horrible es saber cuándo acabará la cosa. Aunque la fecha de mi fin estuviera ya resuelta para dentro de cuarenta años, a mí no me gustaría saberla. Debe ser espantosa esa sensación de que uno está gastando minutos, de que uno se está acercando irremediabilmente a una fecha fija, determinada. ¿Qué se sentirá cuando se tiene la absoluta seguridad de la condena? Quizá se tenga la sensación de que el tiempo comienza a transcurrir a una velocidad vertiginosa, de que uno cierra los ojos por un instante y cuando los abre ya ha pasado medio día. Debe ser algo así como ir en un cuetabajó, en un auto sin frenos. Tuve una vez la sensación inmediata, urgente, de mi muerte. Por cierto, mucho más urgente que esta prórroga de cinco meses que Rómulo le asegura a Ríos. Al cruzar la vía ferroviaria, entre Colón y Sayago, en una noche de mil novecientos treinta y ocho, tal vez treinta y nueve. Venía de

casa de la húngara. Como siempre, me daba pereza llegar hasta la barrera. Saltaba el alambrado y cruzaba aquí, allá, en cualquier lado. No había, no hay luna. Vengo pensando todavía en la húngara. No sé cómo se llama aunque alguna vez me dijeron el nombre. Erzsí o algo parecido. Pero en Preparatorios todos la llamamos la húngara, o mejor dicho Húngara a secas. Qué tipa. Mezcla sexo con folclore y con patria. Acostarse con ella es también acostarse con las hordas de Arpad, con San Ladislao, con la Dieta de Debrecen y la batalla de Temesvar. Sabe besar como una reina, pero entre beso y beso, esa misma noche, entre abrazo y abrazo, que son además unos abrazos de pulpo, frenéticos, múltiples y rápidos; entre caricia y caricia, que de tan contundentes me dejan la piel colorada, como con urticaria; entre sábana y sábana, porque nunca usa frazadas ni siquiera en pleno julio y yo peligraría congelarme si no fuera porque ella transmite un formidable calor animal, mucho más eficiente que cualquier porrón o bolsa de agua caliente; entre gesto de amor y gesto de amor, ella me pone al tanto de las pretensiones de Juan Zopalya, de las relaciones de ese señor con los turcos, y, también, lógicamente, de la paz de Nagyvárád. Sólo como excepción me habla de sus hermanos György y Zsigmond, ambos violinistas, uno de la Wiener Symphoniker y otro de la orquesta de Radio Leipzig, que sólo le escriben para Navidad poniéndola al tanto de los chismes políticos de Europa Central y también de sus propias juergas. Como mi vigor sexual termina mucho antes que la historia de Hungría, ella dice Adiós y yo digo Chau Húngara. Después de haber estado con semejante persona, es fácil caminar distraído en una noche sin luna; yo personalmente me distraigo porque voy repasando sus arranques y explosiones, sus interminables inventarios de nombres y de fechas, y entonces paso el primer alambrado y después el segundo, y atravieso, mejor dicho, intento atravesar las vías en cualquier lado, pero no advierto que estoy a la altura del desvío, y pongo mi pie derecho en los rieles en el preciso instante en que desde la Estación Colón hacen el cambio, porque ahora va a pasar el tren de la una y siete, y quedo atrapado, estúpidamente atrapado, y el do-

lor no me importa, lo que me importa es la absoluta seguridad de que dentro de cuatro minutos, cinco a más tardar, pasará el tren de la una y siete, y no podré escaparme porque este cepo de hierro me ha tomado casi a la altura del tobillo, y el pie queda allá abajo y sin escapatoria, y desde el pie me sube un horror que no es sólo miedo a la muerte sino conciencia de mi estupidez, maldición tras maldición por haber caído tan absurdamente en una trampa que nadie preparó para mí, conciencia de que si hubiera dado mi paso diez centímetros más allá o más acá, ni siquiera me habría dado cuenta del peligro corrido, o a lo sumo, al sentir el crac de los rieles, habría pensado que estaba por pasar el tren de la una y siete, y hace frío y viento y sin embargo yo sudo y me agito y digo repetidas veces Peste de Hun-gara, como si la pobre Erzsí, que hace tan bien el amor y sabe tanto de historia, tuviera la culpa de esta necedad mía, y prometo que si me salvo pasaré siempre por la barrera, pero sé que se trata de una promesa completamente inútil porque nadie puede zafarse de esos hierros, y forcejeo, y siento el primer ruido del tren, y un torrente de imágenes, aisladas o superpuestas, pasan por mi cabeza, y alcanzo a pensar, igual que los ahogados, las cosas más dislocadas y fragmentarias, *mi madre alcanzándome una empanada de carne*, y por qué no de espinaca o de pollo, nada de eso, *mi madre alcanzándome una empanada de carne, las trenzas de Julia, una de ellas a medio soltar, el zapato del Viejo apretando el pedal del embrague*, sólo el zapato, por qué, *una azotea con una sola camiseta tendida que agita las mangas como brazos*, otra vez Mamá pero ahora *lavándome los pies en una palangana celeste con un bordecito azul oscuro*, nunca conocí esa palangana, cuándo pudo Mamá haberme lavado los pies, *mis pequeños y rosados pies en una palangana celeste con un bordecito azul oscuro*, y también la Vía Láctea, pero esto no es imagen en mi cabeza sino que está arriba en este cielo que veo, y el ruido del ferrocarril es cada vez más audible, más imponente, más cercano, y mi forcejeo es ya totalmente enloquecido, una especie de presión circular que me lastima horriblemente el tobillo, y el tren, quiero rezar pero mezclo las oraciones

aprendidas hace tantos años, *padrenuestro que estás en los cielos llena eres de gracia*, no sé, no sé nada, *además a Dios qué le importa de mí, del tren, de mi pie, del pie de mi padre, ahora sin zapato, aprontando el pedal del embrague*, y el tren, y la luz que empieza a iluminarme, y *la piel de Rosario, y la piel de Rosario, la piel de Rosario, Rosario, Mamá*, y el tren monstruoso, enorme, con su espantoso ojo de luz, *padrenuestro*, ya está, ya está, grandísimo, *no, a mí no, aaaay, zafé y pasó en vez de pasó y zafé, mi pie está aquí, entre mis manos, sin zapato*, y el tren pasó, *mi pie está conmigo, yo soy mi pie*, cómo pude, cómo, el ruido se aleja, se pierde, *mi pie querido, lastimado, sangrante, feliz, mi pie feliz y mío, qué lindo este dolor cuando me paro, mi pie, lo tengo, gracias a quién, no supe el padrenuestro, Húngara buena*, no quiero ver cómo quedó el zapato aunque ahora se abrieron los rieles, *cómo sudo y qué frío, qué chuchó*, pero tengo mi pie. Naturalmente, lo de Ríos es otra cosa, primero porque tiene setenta y pico y yo tenía veinte o veintiuno, y además puede irse preparando de a poco, mientras que yo tenía apenas cinco minutos para acostumbrarme a la idea de que el tren se me venía encima y no podría no hacerme papilla. Tuve cualquier cosa menos serenidad, porque todavía hoy pienso en eso, y me recorre un escalofrío, y aquel horrible ojo luminoso, aquella suerte de cílope que se me acercaba, ha aparecido por años en mis pesadillas. Todas mis comidas pesadas, homenajes, despedidas de soltero, pavos de Navidad, terminan para mí en un ferrocarril que se acerca mirándome, como si disfrutara de antemano con mi aplastamiento, y curiosamente en mis sueños nunca me salvo, nunca consigo extraer el pie en ese último tirón desesperado. Pobre Ríos. Su ferrocarril viene más despacio, pero aquí no hay último tirón que valga. Sus preparativos, su pacífica previsión, sus cuidados hacia la nieta, me parecen el equivalente de que yo, con el pie atrapado, me hubiese puesto a cuidar la raya de mi pantalón, o a peinarme, o a silbar un tango, o sacarme mentiras de los dedos o a sorprenderme científicamente porque mis glándulas sublinguales producían más saliva que de costumbre. No entiendo cómo es posible analizar el propio páni-

co, no a prudente distancia, como yo puedo hacerlo ahora, sino en el centro mismo del terror, como lo hace Ríos.

—¿Qué tal, Javier? ¿Llegó mi padre? Menos mal, me atrasé un poco y temí que. Buenas tardes, Papá.

—Me pescaste de casualidad. Iba a salir.

—¿No tiene diez minutos?

—Diez minutos, sí. No más.

—Insisto porque es grave.

—Vos siempre estás grave, ¿no podés aflojar un poco esa tensión inútil en que siempre vivís?

—Le aseguro, Papá, que usted no contribuye a que mi tensión afloje.

—Claro, la culpa es mía.

—Voy a ser concreto: ¿conoce a Molina?

—Sabés que lo conozco.

—¿Ha estado en contacto últimamente con él?

—Parece un interrogatorio policial.

—Quizá sea un anticipo de interrogatorio policial.

—No me digas.

—Papá, sé positivamente que usted anda en negocios no muy limpios con Molina.

—No me digas.

—Negocios relacionados con la fábrica.

—No me digas.

—No se haga el cínico.

—¿Qué más?

—Hay un periodista que está esperando que el asunto se concrete. Está esperando, nada más que para iniciar su ofensiva.

—Hasta ahora, ésta es la primera cosa importante que decís. Pero seguramente no será para tanto. ¿Quién es el periodista?

—Eso no importa.

—Como no que importa.

—Tendría que alcanzarle con saber que es un diario de la oposición.

—Me lo imagino.

—Y que es más que probable que el diario esté dispuesto a presentar el asunto con bombos y platillos. Destapar un tarro, siempre es periodístico. Y si el tarro es el de Edmundo Budiño, más aún.

—Lógico. Yo haría lo mismo.

—¿Es mucho pedirle que por una vez no piense exclusivamente en su interés?

—¿Te preocupa la sombra que esta revelación pueda arrojar sobre vos, sobre Hugo?

—Sobre Gustavo, fundamentalmente. Hugo no me preocupa. Tengo la impresión de que tiene tan pocos escrúpulos como usted. En cuanto a mí, naturalmente, preferiría que nuestro nombre no quedara sucio para siempre. Pero le confieso que no es la revelación lo que me preocupa, sino que usted ande en estas cosas. La revelación la sabré tragar, creo que soy bastante fuerte para eso. Pero Gustavo es un chico.

—Estate tranquilo.

—¿Le parece que puedo estar tranquilo?

—Mirá, sólo hay tres periodistas que pueden haber husmeado este asunto: Suárez, Friedmann y Larralde. Sólo me preocuparía que fuera Suárez. ¿Es él?

—No.

—Suárez me preocuparía porque es, cómo te diré, un fanático. Cuando se le mete una cosa en la cabeza, no hay nada que lo haga cambiar de rumbo.

—¿Y los otros dos?

—A los otros dos sí hay cosas que los pueden hacer cambiar de rumbo. A Friedmann, por ejemplo. Pero no es Friedmann, estoy seguro.

—No, es Larralde.

—Desde el comienzo tuve esa sospecha. Entonces, podés dormir tranquilo.

—¿Dejará todo sin efecto?

—¿Quién? ¿Larralde o yo?

—A usted me refiero.

—Ramón, no pretenderás dictarme normas, ¿verdad?

—Si pudiera.

—Ya estoy muy viejo para que me hables en ese tonito. Seguramente vos te creés muy moral.

—En eso no hay muy. Se es o no se es.

—No seas falluto, Ramón. Bien sabés que este negociado, como vos decís, no es el primero. ¿Verdad que lo sabes?

—Desgraciadamente, tengo indicios para imaginarlo.

—Ah. O sea que, de acuerdo a esos indicios, y ya que tenés tan despierta la imaginación, quizá puedas también figurarte que mi capital no lo he formado con procedimientos demasiado angelicales. Convencete de una buena vez que, en este país al menos, y con la sola excepción de los que sacan la lotería, todo individuo que en pocos años se hace rico, verdaderamente rico, no es un santo. Yo me hice rico en esa forma. Y además no gané a la lotería. Ergo: no soy un santo. ¿Viste qué simple?

—Demasiado.

—Pero acontece que mi, digamos, falta de escrúpulos, para ponerle un nombre, nos arrastra a todos. Incluso a vos.

—¿A mí?

—Naturalmente. ¿O acaso crees que toda mi fortuna ha sido suciamente obtenida, con la única excepción de los ochenta mil pesos que te proporcioné para que te instalaras con la Agencia?

—Ah, para ahí rumbeabas.

—Esa plata es tan limpia, o tan sucia, según los puntos de vista, todos muy respetables, es tan limpia o tan sucia como el resto de mi dinero. Mis procedimientos siempre han sido los mismos, claro que variándolos de acuerdo a los tiempos. Pero no ha habido cambios fundamentales. Para tu gobierno te diré que la única plata verdaderamente limpia que he obtenido, es la escasa que he ganado en el Casino. Pero no creo que haya destinado de esa ganancia ni un solo peso para tu honestísima Agencia.

—¿Qué me quiere decir con todo eso?

—Vamos, yo no soy quién para meterme en tu vida. Te aclaro esto, porque como resulta que tenés tantos escrúpulos, a lo mejor te conviene pensarlo.

—Bien sabe que en dos años más le reintegro todo lo que me prestó.

—Es probable. Pero eso no altera el planteo del proble-

ma. Que vos me pagues hasta el último centésimo, me parece correcto, y no seré yo quien te reclame más. Pero, si yo estuviera en tu posición, quizá pensaría que todo este proceso de la Agencia estaba viciado de nulidad. Porque fui yo, con mi plata suciamente ganada, quien te dio la oportunidad que otros no tienen. No importa que me devuelvas el dinero. El hecho sigue siendo el mismo. Vos, y tu mujer, y Gustavo, disfrutaron de una posición económica y social que, en honor a la verdad, no puede considerarse estrecha. Pero esa linda posición se debe pura y exclusivamente a que yo, el Viejo cretino y deshonesto, te di a vos ochenta mil pesos suciamente habidos. Dentro de dos años, antes quizá, me habrás devuelto todo el dinero, pero con ello no habrás borrado ni eliminado ese lanzamiento excepcional que te brindó mi préstamo. Porque estarás de acuerdo conmigo en que si nos ponemos escrupulosos, no podemos serlo a medias. Si nos ponemos honestos, vamos a no permitirnos trampitas. Si estamos decididamente a favor de la higiene, vamos a no lavarnos sólo lo que está a la vista. Si somos rígidos, vamos a no doblarnos.

—Tiene razón.

—No me digas. Ya sé que tengo razón.

—Nunca debí haberle aceptado esa plata. Ésa fue su zancadilla, su inversión a largo plazo. Hoy le está rindiendo el primer dividendo, ¿eh?

—No lo había pensado, pero en el fondo es cierto.

—Entonces, ¿qué salida me deja?

—¿Qué salida te dejo yo?

—Claro. Si, aunque le devuelva la plata en su totalidad, siempre queda vigente el hecho de que usted me dio la oportunidad gracias a ese dinero; si además, aunque yo clausure el negocio, siempre le ha de quedar a usted el argumento de que mi posición actual tiene su origen en su préstamo, ¿cuál puede ser mi escapatoria?

—No tenés escapatoria. Porque todo, desde tu posición social hasta tu cuenta bancaria, desde tu mediana cultura hasta tus lindos escrúpulos, todo lo debés al camino que yo te hice posible. Yo puedo ser independiente, porque tu

abuelo no me dio nada, ni educación ni plata ni relaciones públicas. Todo me lo construí yo, solamente yo. Pero vos, y Hugo, y Susana, y Dolly, y Gustavo, todos ustedes vienen de mí. Directa o indirectamente, yo los traje a la prosperidad, al temor de los demás, a esa útil contraseña que es llevar el nombre Budiño en la tarjeta que ustedes dan en las antesalas. Porque no sé si habrás advertido cuál es la gran contradicción en esta clarinada de dignidad herida que has venido a declamar en mi despacho. Estás tan preocupado por la probable mácula de tu nombre Budiño, que te has olvidado que si ese nombre significa algo en este país, ello se debe a que yo, solamente yo, logré que cuando la gente, toda la gente, la rica y la pobre, la que se cree destacada y la que se sabe insignificante, lo escucha, sepa a qué atenerse, sepa que Budiño simboliza dinero y poder y mando y realizaciones, y con toda seguridad que esa gente no se formula tantos problemas de conciencia cuando tiene que venir a pedirme un favor, o un empleo en la fábrica, o la iniciación de una campaña en el diario; así que, en el peor de los casos, ya que yo, solamente yo, soy el constructor de la resonancia del nombre Budiño, también tengo derecho a ser yo, solamente yo, quien decida convertirlo en mierda. Pero no te preocupes, todavía no lo he decidido. Y no va a pasar nada. Y vos y Hugo y Gustavo podrán seguir entregando su tarjetita de visita con el nombre Budiño sin que las mejillas hipersensibles se les arrebolen y los ojos tengan que mirar vergonzantemente hacia los zócalos. A Larralde yo sé cómo arreglarlo.

—¿A Larralde? No me parece.

—Pero ¿quién te crees que es ese atrevido? Tiene su cola de paja como cualquier hijo de vecino.

—¿Qué hizo?

—¿Él? Nada que yo sepa.

—¿Entonces?

—Entonces, andá anotando. Tiene un hermano mayor, Horacio Larralde, ¿te suena?, que en las últimas elecciones figuró como decimoséptimo candidato a diputado en la lista del PC. Tiene un tío materno, Jacinto Franco, ¿te

suenas?, que en 1948 era cajero de una Prestigiosa Institución Bancaria y un fin de semana tomó un avión, destino a París, con cincuenta mil dólares cosidos en el forro del sobretodo, pero después Interpol se encargó de descoserlos. Y, por último, lo más importante te lo dejé de postre, su hermanita, Norma Larralde, ¿te suena?, Normita para los íntimos, es nada menos que la querida número uno del distinguido senador Estévez, casado, con cuatro hijos, batllista *eppur* católico, aunque te parezca una contradicción. ¿Qué te parece?

—Ya sé que usted es capaz de emplear todo ese arsenal, pero ninguno de esos datos representa una acusación contra el propio Larralde.

—¿Y para qué preciso acusaciones contra el propio Larralde, si tengo esos tres datos espléndidos, fidedignos, publicitables? ¿Para qué necesito investigar su itinerario personal, si puedo iniciar una campaña destinada a que su hermano sea destituido de su cargo en el Consejo del Niño so pretexto de que, gracias a su solapada prédica marxista-leninista, convierte a los pobres y desvalidos menores en amenazas para la sociedad y las prácticas democráticas? ¿Para qué, si con sólo recordar la hazaña que el tío cajero cumpliera en mil novecientos cuarenta y ocho, le quito automáticamente peso y validez a su probable denuncia de lo que su ingenua intrepidez acaso denomine mis sucios negociados? ¿Para qué, si puedo enviar un anónimo a la influyente señora de Estévez, informándole la calle y el número del apartamento que el senador le ha puesto a Normita, y además pasarle el dato a *La Escoba*, porque no pretenderás que nuestro diario, serio, veraz y objetivo, vaya a hacerse eco de semejantes noticias, probablemente calumniosas?

—¿Sería capaz?

—*Of course*, mijo. No te olvides que tengo a Javier, y Javier pone constantemente al día mi eruditísimo fichero de personalidades patrias, algo que él y yo llamamos Registro de Culpas No Famosas de Personas Famosas. No sabés lo útil que resulta, sobre todo para casos como el que te trajo aquí. Tengo la ventaja, además, de ser en este país

el único individuo suficientemente previsor como para ocuparse de tales vulnerabilidades, de modo que hasta ahora nadie ha podido hacer eso mismo con respecto a mi persona. Por otra parte, aunque hubiera alguien capaz de hacerlo, no te olvides de que mi norma ha sido siempre no dejar ninguna huella, ni firmar el más insignificante papel, ni concertar nada en presencia de testigos, cuando se trata de negocios no totalmente inmaculados. Las huellas, las firmas y los testimonios los dejo para lo legal, para lo escrito, para lo estatutario. En todo aquello que tenga el más leve tinte clandestino, prefiero lo verbal. *Verba non res*, para que veas que no he olvidado mis latines. Por ejemplo, todo esto que te estoy diciendo, jamás te lo firmarí ni te lo diría delante de testigos, así fuera ese monstruo de lealtad que se llama Javier. Si en un minuto de enajenación, quisieras usar contra mí esto que te he dicho, fijate que no tendrías ningún testigo. ¿Y quién te va a creer a vos, que sin mí no sos nada, nada menos que contra la palabra del doctor Edmundo Budiño, quien, según el artículo inteligente y envenenadito que *Time* consagrara el mes pasado a nuestra pequeña democracia representativa, émula de Suiza, figura entre las cinco personalidades más relevantes del panorama político uruguayo? Francamente, el hecho de que hayan incluido a los otros cuatro, sólo se debe a lo mal informadas que están generalmente las revistas norteamericanas. Ya sé que no lo vas a hacer, no sos tan tarado como para eso. Te lo pongo a título de ejemplo, simplemente. Mañana mismo Larralde recibirá una telefonada anónima, de Javier claro, que lo pondrá en antecedentes de sus antecedentes, es decir, lo enterará sintéticamente de los informes que poseo sobre su clan.

—¿Y si a pesar de todo se niega a callarse?

—No conocés a la gente, Ramón. Por eso andás siempre tan nervioso. Larralde es un periodista inteligente, con oficio, emprendedor, con olfato, pero en el fondo es un tipo que quiere vivir tranquilo, y sabe, mejor que nadie, que si yo conozco esas manchitas de su familia, y él a pesar de todo se tira contra mí, entonces no va a poder vivir tranquilo, no sólo porque yo tomaría todas las represalias que ya te anun-

cié, sino por algo más: aunque mi diario esté bastante cercano al gobierno y él escriba en un diario opositor, en última instancia cada uno de los dos grandes partidos sabe que precisa del otro, de modo que no sería difícil que a las pocas semanas Larralde se quedara sin empleo, y ¿me querés decir qué podrá hacer Larralde después que dos grandes diarios hayan decretado su defunción periodística? No es un idiota, te lo repito. En seguida comprenderá. Exactamente como comprendiste vos, hace un ratito, cuando te pinté, en dos brochazos, los orígenes morales de tu famosa Agencia. De inmediato entendiste que no podías tirarte contra mí. Primero, porque después de todo sos mi hijo, y la sangre es la sangre. Y segundo, porque si te viene el sarampión de la dignidad y rompés conmigo, y dejás la Agencia, y tirás todo por la borda, y decidís quedarte sin nada de lo que, de un modo o de otro, tuvo origen en mi podrida plata, demasiado sabés que eso sería para vos algo más que la ruina económica. Sería también la ruina familiar, porque francamente, no la veo a Susana empezando desde abajo, cocinando, lavando, metiéndose ella misma en un empleo, y tampoco lo veo a Gustavo, pese a sus estornudos progresistas, dejando la carrera para ponerse a trabajar. En seguida entendiste, y eso habla en tu favor, que un gran gesto de renuncia sería para vos quedarse *ipso facto* sin Agencia, sin Mujer y sin Hijo. Y también sin Querida, si tenés alguna, ya que pese a todo, éstas son las menos sentimentales. No sé si tenés, pero no vayas a creer que se trata de una deficiencia de Javier. No, simplemente sucede que no sos tan importante como para figurar en mi registro. Y ahora te dejo, porque tus diez minutos se transformaron en media hora, y ya hace como quince que me están esperando en la Casa del Partido. Cariños a Gustavo y a Susana. A lo mejor, mañana me doy una vueltita por tu casa.

Es extraño. Sin embargo, estas cosas terribles que me dice, no se las dice a nadie más. Y ello quizá demuestra simultáneamente dos cosas. Primero, que a nadie odia tanto como a mí. Pero también que con nadie tiene tanta confianza como para decirlas. Porque esto es él. Este brutal autorretrato que me brinda siempre que puede y al que

siempre agrega alguna nueva pincelada. Esto es él y no sus editoriales inflamados, venenosos, implacables, tan deshonestos como insensibles. Esto es él y no las palmaditas en el hombro, no los finales de discursos con los brazos abiertos y miradas al cielo, de impía devoción, no el tono de seguridad con que grita sus pocas incertidumbres, no el correcto menosprecio con que habla de mí frente a sus amigotes, no sus falsas congojas frente a las catástrofes ni sus ojos crueles y humedecidos frente a los arbolitos de Navidad. Esto es él y no sus fotografías con sonrisa oficial, su biblioteca de cinco mil volúmenes, buena parte no desvirgados por el cortapapel, ni el gesto compungido cuando habla de Mamá o la munificencia con que envía, pero no lleva, toneladas de flores a su nicho en cada aniversario de su muerte. Lo de la Agencia me lo dijo a mansalva. Estaba seguro de que yo no iba a hacer nada. Pero verdaderamente, ¿no podré hacer nada? Es fantástica esa intuición que tiene para trazar coordenadas psicológicas, para saber que si él impulsa los acontecimientos en un sentido determinado y esos acontecimientos llegan a cruzarse con un temperamento también determinado, la reacción ha de ser la que él anuncia. Lo horrible, lo paralizante, es que generalmente tiene razón. Sabe que si él impulsa los hechos, que si él empuja mi historia personal hasta que yo tire todo por la borda, cuando esa decisión mía se cruce con el temperamento de Susana, ésta me dejará, se irá quién sabe adónde, con los padres probablemente, o se divorciará, cualquier cosa menos quedarse conmigo. Quizá sólo se equivoque con Gustavo, o tal vez no. Pero Gustavo está demasiado lejos en años, y por eso escapa un poco a su control. El Viejo saca la cuenta de qué pensaba y creía él, cuando tenía la edad de Gustavo, pero eso no es suficiente. Porque el mundo ha cambiado, y los diecisiete años de Gustavo no son los lejanos diecisiete años míos, ni, menos que menos, los lejanísimos diecisiete años del Viejo. Ése quizá sea el único cálculo erróneo en todas las previsiones del Viejo. Sí, Gustavo tal vez no me dejaría, pero no estoy seguro. No estoy seguro acerca de nada. Susana sí me dejaría. Y bien ¿me importa tanto que Susana me deje o no

me deje? La pasión se terminó, se terminó en tal forma, que ahora no sé si alguna vez existió, pero mi memoria, no mi cuerpo, mi memoria dice que existió. Puede ser. En cuanto al amor, el amor sin pasión digamos, es un concepto tan abstracto y general, que a lo mejor sigue existiendo pero sin importar mucho. Estoy acostumbrado a ella, al orden que impone en la casa, a su modo frío de dialogar, a su estilo un poco histérico para enfrentar las preocupaciones, a la cara dormida de sus sueños, a su risa metálica, a sus cremas, a su piel, a sus murmullos, a sus depresiones, a sus impertinencias, a sus nalgas. Pero costumbre no es necesidad. Antes la necesité, ahora no. ¿Qué pasa entonces entre ella y yo? Pasión ya no, quizá amor laxo; necesidad ya no, quizá costumbre. ¿Qué palabra puede resumir todo eso? ¿Cariño? ¿Estima? ¿Aprecio? ¿Simpatía? ¿Indiferencia? ¿Fastidio? ¿Aburrimiento? ¿Rabia? En realidad, yo me dejo vivir. Vamos a no investigar demasiado. Ni siquiera en mí. Hasta un miope podría darse cuenta de que esto no es la felicidad. Palabras mayores. La felicidad pudo ser aquella tarde en Portezuelo, con Rosario nuevita y alegre, pero no me ilusiono pensando que habría podido durar mucho. Esa tarde está bien allá lejos Yo también invertí mi primer capitalito vital, y todavía me sigue rindiendo dividendos. La felicidad podría ser, quizá, vivir con Dolly. Pero si no estuviera casada con mi hermano. Y si yo no me apagara anímicamente con tanta facilidad. Y si ella me quisiera verdaderamente, cosa de la que nunca podré estar seguro. Sé que me tiene cariño, bueno, está bien que los cuñados se tengan cariño, lo autoriza la Ley de Lemas. Pero a mí me da rabia ser su cuñado. Vamos a ver, si Dolly fuera mi mujer y yo tirara todo por la borda, ¿me dejaría? Me conviene contestar que no. Dolly no me dejaría. Dolly es una mujercita buena, comprensiva, que no tendría inconveniente en empezar desde abajo, trabajando como una burra, abandonando para siempre peinadores y manicuras, vendiendo su tapado de nutria salvaje y comprándose un saco a cuadros, no dándose por vencida aunque el destino y yo la acribillásemos a infortunios. Dolly no me dejaría, si fuese mi mujer. Pero no es. Oh revelación. Además, no es tan

seguro que Susana me deje. No es tan seguro, en primer término, porque no es tan seguro que yo tire todo por la borda. Concretando: ¿Sigo con la Agencia, después del sutil mazazo, después de la sangrienta alusión que el Viejo acaba de dedicarme? ¿Sigo con la Agencia y con las cuatro patas de su Activo apoyadas en los ochenta mil pesos facilitados, años ha, por el doctor Edmundo Budiño? ¿Sigo con la Agencia aunque esos ochenta mil pesos constituyan una suerte de albóndiga, cuyo ingrediente principal ha sido lo deshonesto? Pero el Viejo ya lo dijo con todas las letras: aunque yo cierre la Agencia, aunque le devuelva íntegramente la plata, todo lo que hoy soy, económica, social y familiarmente, lo deberé pura y exclusivamente a la posibilidad que él creó para mí. Entonces, si de nada sirve cerrar la Agencia, no la cierro. No hay solución. La única solución sería, quizá, matar al Viejo, pero eso no acontece en nuestro pequeño país, este *Swisslike* Uruguay, según diagnóstico de *Time*. Para eso, habría que ser un innovador, un pionero, es decir Otro. Como bien lo ha dicho el Viejo, *después de todo* soy su hijo. Y por lo general, los hijos no asesinan a sus padres. Aquí sólo se practica el parricidio humorístico. Al inquieto crítico cinematográfico Juan Diego Benítez le hicieron en televisión una linda pregunta: Si usted fuera hijo del doctor Edmundo Budiño, ¿qué le gustaría ser? Huérfano, dijo Benítez. Bravo muchacho, para contar en el café. Hasta el Viejo se rió. Se le podría haber preguntado a Benítez, claro: Si tiene tanta vocación destructiva, ¿por qué no lo mata de cualquier manera? Epa, epa. Así no vale, ¿verdad?

—Ya me voy, Javier, ya me voy.

¿Qué hora es? Hoy ya no podré ir a caminar por la costa.

—¿Usted no va nunca a caminar por la costa, Javier? Si viera qué bueno es para el reuma. Ah, perdón, si la que tiene reuma es su señora. Adiós.

¿Dónde dejé el coche? Esta semana ya van dos veces que me olvido del sitio donde lo estaciono. A ver, yo ve-

nía por Colonia, doblé por Julio Herrera, no encontré sitio, seguí, seguí, la cosa es saber hasta dónde seguí. La única solución es hacer a pie el mismo camino. Qué curioso: por un lado el Viejo me sacude brutalmente hablándome de la Agencia, y por otro, siento una suerte de tranquilidad, porque siempre lo supe, oscuramente. Traté de ocultármelo a mí mismo pero siempre imaginé que el Viejo había andado metido en porquerías, así que ahora, cuando me lo dijo, fue sólo una confirmación, pero esa confirmación tiene la ventaja de que ahora no puedo engañarme, no puedo apoyarme en la palabra sospecha. Ahora lo sé, ahora estoy seguro, él mismo lo dijo; por lo tanto debo resolverme. Y si, como es casi seguro, todo ha de seguir igual, seré consciente de mi propia corrosión, de esta especie de abulia enfermiza que me acomete antes de toda decisión importante. Además, y a esta altura, ¿quién no tiene culpa? ¿Quién puede vivir, en este país, en este mundo, en este tiempo, de acuerdo a sus principios, a sus normas, a su moral, cuando en realidad son *otros* quienes dictan los principios, la moral y las normas? Además, esos otros no consultan a nadie. Todos estamos mezclados con todos. Nadie es químicamente puro. El marxista trabaja, por ejemplo, en un Banco. El católico fornicia sin pensar en la sagrada reproducción de la especie, o haciendo lo posible por evitarla. El vegetariano convicto come resignadamente su churrasco. El anarquista recibe un sueldo del Estado. ¿Quién puede vivir las veinticuatro horas del día, en un todo de acuerdo con su Dios, su conciencia, su fanatismo o su credo? *Nobody*. Descartada entonces la pureza. O sea que puedo seguir con la Agencia. No estoy en negocios sucios, nunca lo estaré. Cuando él me prestó el dinero, yo no tenía siquiera sospechas. Él dice que, desde el punto de vista de mis escrúpulos, la Agencia tendría que ser un negocio viciado de nulidad.

Tal vez. Algo así como el Pecado Original, que a todos nos da sombra. Según decía el cura de Punta Carretas, a partir de Adán todos estamos viciados de nulidad, todos somos pecadores aunque no pequemos, porque el viejito Adán se mandó una caída tan estrepitosa y pecó con tan-

tas ganas, que desde entonces todos sus hijos, nietos, bisnietos, tataranietos, choznos y etcéteras, no hacemos otra cosa que pagar aquella enorme deuda en cómodas cuotas mensuales. Quizá no lo decía exactamente así. Y le pregunté Padre, ¿qué culpa tenemos nosotros del pecado de Adán? Y él me miró sin ninguna paciencia cristiana y me contestó frenético: Lo que tú tienes, hijo mío, es soberbia y más soberbia, una horrible soberbia que agregas al pecado original. Ahora bien, ¿estaré asimismo agregando soberbia al pecado original de la Agencia? Sólo ahora me doy cuenta de que el asunto Larralde se me había borrado por completo. ¿Qué hará el hombre? Seguramente aflojará. El Viejo conoce a la gente.

Al fin el auto. Así que era entre San José y Soriano. Y me lo abollaron. Soberbia que agregas al pecado original, já. Ese cura me salvó. Gracias, Padre. Era tan bruto, tan violento, tan antipático, que nunca más entré en una iglesia. Es decir, entré como turista, por ejemplo en St. Patrick's Cathedral, de Nueva York, y en la Mission Dolores, de San Francisco, que incluye el cementerio más lindo del mundo. De tarde, con el sol filtrándose entre los árboles (nunca he visto un sol tan amarillo) y aquella alegre santa rita sobre el muro, y las cruces antiguas, cariñosas, deliciosamente asimétricas, entre canteros, sendas y portoncitos. Qué ganas de estar algún otro atardecer en la Mission Dolores. Aquella vez me quedé como dos horas. Al final, ya me parecía un parqucito de mi propiedad. La muerte no me aterrará tanto si supiese que me iban a enterrar allí.

—¿Y usted por qué no mira? ¿No sabe que Canelones es de preferencia?

Hay cada uno suelto en la calle. Menos mal que hice ajustar los frenos. Vamos a ver, vamos a ver. ¿Y qué haría yo si no tuviese la Agencia? Hasta ahora mi especialidad ha sido conversar, y eso va muy bien con la programación de excursiones, con la venta de pasajes. Viajar Con Alegría. ¿Cómo se me habrá ocurrido un *slogan* tan brillan-

te? Ayer lo vi por Canal 4 y yo mismo quedé impresionado. Hay que reconocer que eso lo aprendimos de los yanquis. Convencer a la gente de que si compra lo que le estamos ofreciendo, se sentirá inconmensurablemente feliz. Sólo en la política internacional abandonaron esa regla de oro, y a lo mejor es por eso que nadie los puede tragar. En vez de ofrecer la democracia con el mismo sistema que emplean, por ejemplo, para vender un Impala, o sea bombardearnos con un estribillo que podría ser: Si quiere vivir en estado de gracia, afíliese hoy mismo a la democracia, en vez de convencernos de lo felices que seríamos si fuéramos todos demócratas, eligen otro sistema mucho menos eficaz: el sistema del terror. Terror a las huelgas, terror al comunismo, terror a la reforma agraria. El comunismo como Gran Cuco. No me extrañaría nada que en un próximo número *Selecciones* empezara una campaña de terror contra Juan XXIII o consagrara a Hitler su sección Mi Personaje Inolvidable. En materia de sospechas, no hay límites. No me extrañaría que Mao considerara a Nikita como el más astuto de todos los católicos. Una pregunta que me hace cosquillas: ¿qué fuerzas se enfrentarán en la próxima guerra fría, tibia o caliente? ¿Estados Unidos-Rusia, versus China-Japón? Quizá. Pero puede haber otras combinaciones. La única alianza que me parece segura, es la de Estados Unidos y Rusia, pero en el otro extremo pueden estar China y Francia, o China e Inglaterra. También podría ser Estados Unidos-Rusia, versus Alemania-Japón.

Después de todo, no resulta tan descabellado. Ya pasó una vez, claro. Con razón me sonaba a cosa conocida. Yo digo entonces: si toda una nación, una grande y tremenda nación, halla dificultades insalvables para ser coherente consigo misma, para obedecer a su propia historia, para seguir la línea que ella misma se ha trazado, ¿cómo puedo pretender yo, insignificante laucha de una ratonera de undécima categoría, cómo puedo pretender ser coherente conmigo mismo, obedecer a mi propia historia, seguir la línea que yo mismo me he trazado? Y eso, en el caso de que me haya trazado alguna línea,

cosa de la que aún no estoy muy seguro. Porque decir, por ejemplo, no voy a meterme en negocios sucios, o no voy a robar, o no voy a matar, o no voy a comer carne, eso no significa trazarse una línea, sino, simplemente evitar una conducta. Una monja, por ejemplo, o un gángster, ésa es gente que se traza una línea, gente que elige un destino. Dios es la ametralladora de la monja. La ametralladora es el dios del gángster. Pero no debe haber muchos casos más. Al periodista, por ejemplo, lo vapulean las noticias, lo vapulea el director, lo vapulean los intereses ajenos. ¿Cómo va a tener tiempo para trazarse una línea? Al empleado público, por ejemplo, lo adormece la rutina, lo adormecen los cuentos verdes, lo adormece la quiniela; para trazarse una línea, tendría que estar despierto, grave inconveniente. Al obrero, por ejemplo, la inseguridad económica lo mantiene tieso, las huelgas lo hacen vociferar, los patronos le dan asco; para trazarse una línea, tendría que mantenerse lúcido y sereno, un imposible. Al capitalista, por ejemplo, lo hipnotizan las cifras, la fluctuación de la moneda le trae úlceras, lo aterroriza la marea social; para trazarse una línea tendría que no prenderse a su plata con uñas y con dientes, otro imposible. A mí, por ejemplo, me apaga, me entorpece la falta de plenitud en el amor, me tortura esta inevitable dependencia del Viejo, me pesca la fiebre uterina de Mrs. Ransom y me hace funcionar como a un robot; para trazarme una línea, tendría que poseer cierto impulso heroico, del que carezco. ¿Será cierto que los héroes tienen miedo? En ese caso, tal vez yo pudiera ser héroe; porque miedo, tengo. ¿Cuál habrá sido el más antiguo de mis miedos? La oscuridad, naturalmente, con sus moscas como monstruos. Después, aquella tarde en que iba con tía Olga por Lanús, o tal vez Lezica, con un pullover rojo, y alguien gritó: *La vaca, cuidado con la vaca*. Tía Olga y yo, yo con mis ocho años, miramos hacia atrás, y era una vaca enorme, que venía como al galope, mugiendo y agitando la cabeza hacia un lado y hacia otro, y me acuerdo que las patas delanteras me parecieron anormalmente flacas, sobre todo comparán-

dolas con la cabeza enorme y aquella boca abierta y un poco babeante, que mugía unas úes casi tartamudas. *La vaca, cuidado con la vaca*, gritaba allá atrás un tipo de boina, agitando los brazos. *Sáquelo al botija, doña, mire que es muy brava*. Entonces tía Olga pareció despertar y demostró una inesperada agilidad. Miró fijamente un alambrado. Primero pasó su cartera, después pasó una pierna, después el tronco, después la otra pierna, y en seguida me tomó a mí en los brazos y me levantó mientras decía *por Dios* y yo veía pasar la vaca debajo de mis pies, que tenían unos zapatitos blancos, con presilla y botón, a los que yo tenía particular aversión, porque me parecían totalmente inadecuados a mis respetables ocho años. Después que pasó el susto, tía Olga casi se desmayó y hubo que entrar en una casa y allí le dieron algo fuerte, mientras yo abría unos ojos de este tamaño, y contaba a todos la arremetida de aquel pobre monstruo, evidentemente más tangible y concreto y verdadero que las moscas que yo había imaginado gigantescas en la oscuridad de mi cuarto. A partir de ese rápido temor, perdí el miedo a las moscas. Y hubo otros miedos, también. En Cuareim y Paysandú, convaleciente de mi tifus, exactamente en mi segundo día de aire libre, crucé vacilante la calle y di vuelta la cabeza y allí mismo, a diez centímetros de mis ojos, estaba el ómnibus que aceleraba para iniciar el repecho, y pude echarme un poco hacia atrás, pero no sé qué parte del ómnibus me pegó en el lado exterior del muslo y salí por el aire, volé sobre el cordón de la vereda y fui a estrellarme contra la pared. Duró menos el miedo, tres segundos apenas, mientras veía cómo el ómnibus avanzaba sobre mí. Una desgracia con suerte, dijeron todos, entre ellos el pobre conductor que se quitaba la gorra para transpirar mejor y repetir siempre lo mismo: ¿cómo pudo? ¿cómo pudo? No sé cómo pude, dije también al policía, pero nadie preguntó sobre mi miedo, un tema sobre el que hubiera podido ser locuaz. Y hubo aquel otro en el vuelo 202 de Pan American, cuando se empezó a oír aquel ruidito y...

—¿Qué tal? ¿Viniste por la Rambla o por Canelones?

—Por Canelones, pero había un tránsito infernal. Un imbécil cruzó a la altura de Magallanes, tan en babia como si estuviera en Paso de los Toros.

—Es que vos tenés la manía de venir por Canelones. Por la Rambla es más descansado y más seguro.

—Si es lo que hago siempre. Pero hoy había bastante viento y un cliente me advirtió que en la Rambla las olas salpicaban mucho. Y tengo el coche recién lavado.

—¿Lo viste a Hugo?

—No.

—Llamó hoy temprano y dijo que si tenía tiempo iría por la Agencia.

—Tal vez haya estado, pero yo me fui a las cinco porque tenía que hablar con el Viejo.

—¿Cómo está tu padre?

—Bien. A lo mejor viene mañana. Y te mandó saludos.

—No habrán discutido ¿verdad?

—No, casi nada.

—¿Será posible que no puedas hablar con tu padre sin pelearlo?

—Pero si hoy casi no discutimos. Siempre hay algún rozamiento. Vos sabés que somos muy diferentes.

—Lo que pasa es que vos te ponés rígido, no aflojás.

—¿Y él?

—Pero él es un hombre de edad. No vas a pedirle, a sus años, que cambie su manera de ser.

—Susana.

—¿Qué hay?

—Decime un poco ¿qué pensarías si fuese yo el que cambiase?

—¿En qué?

—En todo.

—¿Con respecto a tu padre?

—No, en todo.

—No te entiendo, Ramón.

—Es fácil de entender. Por ejemplo: que cerrara la Agencia, que le devolviera al Viejo todo lo que me prestó y algo más, que empezara absolutamente de nuevo y desde abajo, sin ayuda, claro.

—Mirá, Ramón, disculpame. Hoy no tengo el ánimo para chistes. Hace dos días que estoy sin muchacha y toda la tarea recae sobre mí. Te confieso que ando bastante cansada. Disculpame que no festeje la broma.

—No es broma.

—Te digo que estoy fatigada, Ramón. Hasta me duele un poco la cabeza.

—No te preocupes. Era un chiste, ¿sabés?

—No pensarías que fuese a tomar en serio una cosa así.

—Sí, me dio por hacerte esa broma. No voy a cerrar la Agencia. Al Viejo le seguiré devolviendo la plata en el mismo ritmo que hasta ahora. Todo seguirá como siempre.

—Pero Ramón, no sé qué te pasa. Enumerás todo eso, que es lo más lógico, con el tono de quien está diciendo un disparate.

—Y quizás sea un disparate.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Me pegaré una ducha. Leeré un poco. Tomaré un whisky.

—Cuando esté pronta la cena, te pego un grito.

—Macanudo.

Sí, es casi seguro que la cordura fácil, este seguir como hasta ahora, es casi seguro que eso sea el disparate. No soy héroe ni nada que se le parezca. Bastó que Susana no creyese que yo hablaba en serio, para que yo mismo me tomara en broma. No estoy para chistes, dijo, y fue suficiente para que mis palabras me sonaran a hueco. La verdad es que sé que no voy a cambiar, que no voy a tomar ninguna decisión tajante, dramática. Mientras se trata sólo de pensamientos, de un simple juego mental, entonces me siento con ánimo, tengo la impresión de que voy a decidirme, de que voy a pegar el salto, pero cuando llega el momento de crear los hechos y afrontar su responsabilidad, entonces me entra un miedo irracional, un pánico similar al que me asaltaba de chico, cuando las moscas que yo convertía en monstruos, o cuando la vaca brava, o a los veinte, cuando el tren con su ojo de cíclope, o a los veinticinco, cuando el ómnibus me hizo volar. No sé exac-

tamente si es miedo a la miseria, a la inseguridad o al desprecio de los otros. Tal vez sea menos digno que todo eso. Tal vez sea simplemente miedo a la incomodidad, a la falta de confort. Porque cuando pienso que mi vida es gris, tediosa y rutinaria, no se me escapa que la rutina incluye una serie de cosas insignificantes, pero agradables. Si yo fuera un hombre genial, o poderoso, o simplemente enamorado, tales cosas no tendrían importancia, porque lo importante sería mi obra de arte, o el ejercicio de mi poder, o la plenitud de mi amor, pero como no es ése mi caso, las cosas insignificantes pero agradables pasan a ser estímulos de primer grado. A saber: el auto, mi estudio aquí en Punta Gorda, con buena biblioteca y vista al mar; este cuarto de baño, verde y negro, con poderosas canillas y un gran grifo mezclador y la bañera opulenta de curvas llenas y femeninas, una bañera que podría haber sido pintada por Matisse; mis camisas impecables, mis trajes bien planchados, mis corbatas de seda natural; los cuadros del estudio y del living, Spósito, Lima, Gamarra, Frasconi, Barcala, Espínola; los dos whiskicitos antes de la cena; la terraza del fondo, con esa paz increíble de alguna noche de verano; mi equipo estereofónico, con buenos tangos, buenos *blues* y buen Mozart; la *Rolleiflex* y su linda valijita con filtros y accesorios que nunca uso; los libros artísticos de *Skira*; el juego de cubiertos suecos. Me gusta estar rodeado de cosas lindas. ¿Es tan grave el delito? Nunca querría dinero para tenerlo apretado en el Banco, o para convertirme en latifundista, o para especular con valores. No me importa el dinero como tal, pero me importan algunos de los objetos que pueden adquirirse con él. No me importa el dinero en sí; pero me importa como intermediario obligatorio para la adquisición de la belleza material, de esos síntomas de mi gusto que adornan los mejores momentos del descanso. Cuando se habla de justicia social, se piensa, primero, como es lógico, en la erradicación del hambre, en viviendas honorables y limpias, en eliminar el analfabetismo. Pero, después de esos tres objetivos urgentes, habría que agregar el derecho del ser humano a crearse un alrededor de acuerdo

con su propio gusto. No se trata de algo tan urgente como el pan y el techo, claro, pero tampoco de algo infinitamente postergable.

Qué descanso esta ducha tibia. Hice bien en agrandar los orificios de la roseta, así sale una lluvia llena, sedante. Es un aceptable placer esto de ponerme tieso, con la cabeza hacia arriba, y recibir durante cinco minutos, ya sin la preocupación de enjabonarme, esta vacación líquida que parece lavarlos a uno de problemas varios, falsos escrúpulos, reales inhibiciones. ¿Por qué me acordé ahora de Rómulo? Ah, ya sé. La unión de dos imágenes: Ríos y ombligo. Por un lado, el relato del pobre Ríos, con el pronóstico formulado por Rómulo, y, por otro, el agua que hace una cataratita en mi ombligo. Una vez Rómulo me transmitió una sorprendente comprobación de su oficio de cirujano. *Vos sabés que, antes de operar, lavamos concienzudamente al paciente; además es de presumir, que, por pudor o por lo que sea, la gente se preocupe por venir particularmente limpia a una experiencia semejante. Sin embargo, los enfermeros deben siempre extremar la higiene en un punto determinado. Me refiero al ombligo. Creo que la gente se olvida a menudo de su ombligo.* Si esto lo pesca un psicoanalista, deducirá probablemente que el hombre quiere olvidarse de su origen. En ese sentido, yo no me he olvidado de mi origen. Lo admito y lo enjabono. Lo admito y lo enjuago. Y ahora, el agua fría. El estímulo después del sedante. Pucha que está fría. Demasiado estímulo. Se acabó. Este *short* ya me está quedando estrecho. Nunca había tenido una pancita tan prominente. Me sentía cómodo cuando estaba decididamente flaco.

Agradable este whisky. Seco, así me gusta. *On the rocks.* A vuestra salud, querida y pecosa Mrs. Ransom. En este momento, me siento a gusto. Físicamente a gusto. Conviene tomar nota, porque a veces me doy cuenta de que estuve a gusto, sólo en el instante en que empiezo a estar incómodo. Como en aquella comida del Tequila: sólo se dieron cuenta de que querían el paisito, cuando alguien les mintió que había sido arrasado. Con excepción de Marcela y de Larralde, qué manga de imbéciles. ¿Por qué será que los uruguayos,

cuando pisamos tierra extraña, nos volvemos tan mezquinos, tan excepcionalmente guarangos? Aquí también somos mezquinos y guarangos, pero no tanto. Físicamente a gusto. A gusto y con cierta modorra. No estaría mal si me echara un sueñito. Ahora bien, si la siesta del burro es antes del almuerzo, ¿cómo se llamará la siesta que es previa a la cena? La siesta del fauno... Yo no sabía que era un fauno. Pero no, ahora me doy cuenta, soy un centauro. Patas delanteras flacas e inestables, como las de la vaca brava. Miro las vidrieras. Aquí un centauro-maniquí, con camisa wash & wear. Allí el semáforo verde y otros cinco centauros que cruzan Dieciocho. Dos de ellos con mujeres a cuestas, como en las motonetas. Desde que soy centauro, busco una mujer para llevar a cuestas. ¿Mrs. Ransom? No, tiene muchas pecas y además es ella la que toma la iniciativa. No me gusta. ¿Rosario? Está lejos, y además va con el centauro Ulises Azócar. ¿Susana? Susana está en otra vidriera, Susana-maniquí sacando a la secretaria carnosa de una heladera General Electric, aproveche nuestro plan de invierno. Pero hace calor, y sudo. Antisudoral para centauros. ¿Dónde estará la farmacia? La farmacia queda en una confitería, y en la puerta está sonriendo la señora de Javier, gozosamente desnuda, con una panza espectacular y sin ombligo, disertando sobre reumatismo. ¿Cómo está Javier, señora? Javier tiene una linterna, don Ramoncito, para poder completar el fichero del crápula de su papá. No soy don Ramoncito, señora, soy un centauro. Pero con la cara de don Ramoncito y además tan igual al Doctor. Nunca nunca nunca. ¿No será usted el Doctor? No, el doctor anda en negocios sucios. Usted también tiene las herraduras sucias, don Ramoncito. No puede ser. Sí, tiene las herraduras sucias y los ojos limpios. Es de llorar. Don Ramoncito, ¿me va a llevar con usted? me gusta su grupa. Perdóneme, señora, pero usted es espantosa, y a mí me gusta estar rodeado de cosas lindas, voy a hacer una revolución con ese motivo. Entonces, ¿por qué no lleva a Dolly? Es la mujer de mi hermano, por eso no la llevo. Yo también soy la mujer de tu hermano. Perdón, Dolly, no me había dado cuenta, te había tomado por la mujer de Javier. Qué locura, ella tiene panza y reuma, y además nunca está desnuda, nunca

se quita el camisón. Vos estás desnuda, Dolly, y qué linda sos. Sos el mejor centauro de Latinoamérica. Se dice América Latina, Dolly, lo otro es un anglicismo. Sos el mejor centauro del mundo y sus alrededores. Además vas a tener un hijo con patitas flacas, tan flacas como las de la vaca brava. ¿Cuándo?

—Moooón. Ramooón. Te dormiste, Ramón. La cena está pronta.

Quiero irme sin desayunar, sin hablar, sin que nadie note mi salida. Tengo la boca amarga, los músculos rígidos, la cabeza pesada. Ni siquiera tengo ganas de hablar con Gustavo. Pero él va a venir. Nuestros breves diálogos matinales se han convertido en nuestra única conversación. Estoy cansado. ¿De qué? Es una lástima que el cielo esté despejado, que sople un aire tan agradable, que el mar esté tranquilo. Pensar que estamos en pleno abril y ya hace tres días que se mantiene esta temperatura de verano. Es lástima. Hoy hubiera necesitado un cielo gris. Si yo pudiera desanimar el paisaje. Pero no puedo.

—¿Llegaste muy tarde anoche?

—A la una.

—¿Cómo va esa preparación?

—Bien, pero es una materia larga. Te llamó Hugo. Estabas durmiendo, así que no te avisé. Se le rompió el coche, justo hoy que hay paro. Tenía que irse temprano para Durazno, así que te pide que recojas a Dolly cuando vayas al centro.

Nunca pude entender esa unión. No obstante, ella tiene siempre una cara tranquila, y parece feliz cuando lo mira, mientras él dice guarangada tras guarangada. Me inclino reverente ante el misterio. Hugo es un frívolo, de acuerdo. Se puede ser feliz junto a una persona frívola, pero siempre que se pertenezca al mismo grupo sanguíneo. Y Dolly no. Dolly tiene vida interior. Es honda, cuando quiere. Su simpatía se basa particularmente en lo que no dice: silencios, gestos, miradas, etcétera. Hugo ni siquiera es un frívolo alegre. Tampoco es auténticamente triste; es un malhumorado. Tiene todo lo malo del Viejo, sin su energía, sin su voluntad de dominio, sin su penetración para calar a la gente. Es un pobre tipo. Bueno, ¿y yo no soy también un pobre tipo? Quizá peor. Hugo por lo menos no tiene conciencia

de sus limitaciones. Dolly querida. La vi por primera vez cuando yo ya llevaba diez años de casado. Era eso, claro, lo que yo había andado buscando, y ahora la tenía Hugo. Me casé con Susana porque pensé que Eso no existía, es decir, resignado a que Eso no existiera. Y, naturalmente, si uno piensa que Dolly no existe, entonces Susana está bien. Pero existe. Por ejemplo, ahora, ahí, en el jardincito. Que me salude con el brazo, así.

—Hola, Dolly.

—Buen día.

—Hugo me dejó el encargo.

—Sí, te das cuenta, se rompió el eje, justo hoy.

—¿Nada menos que el eje?

—Suerte que iba despacito y estaba cerca de aquí.

—Qué macana.

—¿Subo?

—Estás lindísima.

—Gracias, cuñadito.

—Qué lujo llevarte al centro. Si Hugo fuera más amable, rompería un eje por semana. ¿Sabés que no desayuné?

—Pobrecito.

—¿Bajamos un momento en La Goleta?

—Yo no tengo apuro. Y hasta te acepto un cafecito.

—Perfecto. Que sea una farra completa.

No sé si es linda o no. Pero es encantadora. Y además le gusta que le diga piropos. Por lo menos, le brillaban los ojos.

—Dolly, ayer soñé contigo.

—Pesadillas, supongo.

—No, fue un sueño realmente agradable.

—Ramón, no me gusta cómo me estás mirando.

—A mí en cambio me gusta lo que estoy mirando.

—Te advierto que ésa no es una frase para ser pronunciada sobre una tostada con dulce. Queda mal.

—Dolly, ¿sabés qué soñé?

—No quiero saberlo. Cuando los hombres sueñan con una mujer, siempre se trata de lo mismo.

—Estás equivocada. Soñé que yo era un centauro.

—No me digas. Y yo ¿qué era? ¿Una jirafa?

—No, vos eras Dolly.

—Menos mal.

—Ibas a tener un hijo mío.

—Pero Ramón.

—Te pusiste colorada, y más linda, claro.

—Eso se llama hacer trampas.

—Nada de trampas. Ibas a tener un hijo mío.

—Así no vale. Hace tiempo que estaba preparada para que me dijeras algo grave.

—¿Grave?

—Sí, que estabas enamorado de mí, o algo por el estilo. Ahora mismo, pensé que habías soñado otra cosa. Quiero decir, que habías soñado que te acostabas conmigo. También estaba preparada para algo así, y sabía qué te iba a responder. Pero nunca pensé que salieras con esto.

—Pero Dolly, si es lo mismo. Mi sueño quiere decir exactamente eso para lo que estabas preparada. No entiendo.

—Es distinto. Es distinto, desde el momento que dijiste la palabra hijo. Vos no sabés, Ramón. Yo quiero un hijo, siempre lo quise.

—No llores, por favor.

—Siempre lo quise, pero Hugo es inflexible. No sólo no quiere hijos ahora, sino que ya me ha asegurado que nunca los querrá.

—¿Cómo puede saberlo?

—Me lo ha dicho mil veces; cada vez que se lo pido. Siempre habrá que evitarlos. El pretexto es que no quiere traer hijos a este mundo aterrorizado, con bombas atómicas, etcétera.

—Yo no te hice trampa. Soñé eso, realmente.

—Ya lo sé.

—Dolly, yo te quiero. Es una barbaridad, claro. Pero te quiero. ¿Qué le voy a hacer?

—Ya lo sé.

—¿Y vos?

—No.

—Ah.

—Ramón. Ramón. Mirame. No te pongas así. Yo sé que sos un gran tipo.

—¿Quién te dijo eso?

—No preciso que nadie me lo diga. Lo sé por mí misma. Sé, además, que sos mucho mejor que Hugo.

—Se ve.

—Entendeme, Ramón. Sé que sería magnífico quererte a vos, porque sos estupendo. Hugo en cambio es necio, grosero, limitado, hasta es malo a veces. Pero estas cosas no las arregla la razón. Vos sos formidable y Hugo es poca cosa. Pero lo quiero, Ramón, no sabés cómo.

—No llores, está bien. Se acabó. Te dejaré tranquila, nunca más te diré nada. Además era una locura. Me animé a hablarte porque una vez en lo de Méndez, seguro que vos ni te acordás...

—Sí, me acuerdo.

—Te dije que si me volvías a tapar la boca con la mano, te la besaba.

—Sí, y yo te dije: ¿eso es de caballeros, no?

—Y yo te contesté: Pero no cuando el beso es en la palma. Y vos entonces me dijiste: Me dan ganas de que digas otro disparate para así taparte otra vez la boca.

—Ya sé.

—Yo creí, me pareció que sentías algo.

—Y siento, Ramón, claro que siento. Pero no del modo que vos querés que yo sienta. De esa manera, lo quiero a Hugo.

—Entonces ¿por qué lo dijiste?

—Porque esa noche estaba desesperada, porque venía de tener con Hugo una discusión espantosa, siempre sobre lo mismo, y te noté tan desvalido, tan necesitado de comprensión y ayuda, y yo también me sentía así. Por un momento confundí esa especie de hermandad con otro tipo de amor. Entendeme, Ramón. Además estoy segura de que debe ser fácil, facilísimo, enamorarse de vos. Pero yo no puedo. No es prejuicio ni mojigatería ni temor al qué dirán. Ni siquiera soy católica. Es sólo esta obsesión. A lo mejor tampoco es amor. Estoy desorientada. Y después de esto, lo estaré más aún.

—Una sola pregunta.

—Las que quieras.

—Dame la imagen buena de Hugo, la del Hugo que te merece, que te gana frente a mí. Quiero saberla.

—Ah, es tan difícil. Hugo no es inteligente. Es frívolo, o lleva una vida frívola, pero todo se debe a que teme enfrentarse, a que teme verse con los ojos abiertos. Es cobarde, claro. Pero el día que pueda verse a sí mismo como yo creo que él es, recuperará su coraje. Hay en él, todavía muy escondido, un ser inocente, bueno, generoso. A veces recojo algún indicio, pero de inmediato se retrae. Tiene vergüenza de que adivine la existencia de otro Hugo. Es poco, dirás, pero es también un constante desafío. Tengo que lograr que no sienta vergüenza ante sí mismo. Una vez, por ejemplo, me habló de vos.

—¿De mí?

—Había tomado unas copas de más. Ramón me desprecia, dijo.

—Yo no lo desprecio, Dolly. Sólo me parece que tiene pocos escrúpulos; que quiere imitar torpemente al Viejo.

—¿Y eso te parece poco desprecio? Es horrible porque me hiere, dijo, y a veces me hace mucha falta. Y yo creo que es cierto, Ramón, creo que le hacés mucha falta.

—Nunca lo hubiera imaginado.

—¿Qué?

—Nunca habría imaginado que Hugo pudiera pensar eso.

—Ya ves.

—Ahora sí me siento un cretino.

—Pero no lo sos. ¿Qué culpa tenés de que Hugo siempre aparezca como otro tipo? Yo los he visto juntos tantas veces y sé cómo trata de molestarte. A veces, incluso, se pone agresivo frente a vos.

—¿Me perdonás, Dolly, por todo lo que dije, lo del sueño y todo eso? Tengo la culpa de que hayas llorado.

—Me hizo bien llorar. Y lo del sueño, te lo agradezco Ramón, te lo agradezco de veras. No sabés lo orgullosa que me siento de que un tipo como vos tenga lindos sueños conmigo.

—Bueno, ahora está claro. Se acabaron los sueños. Pero dejame que alguna vez hable contigo. Siento que con nadie, ni siquiera cuando estoy a solas, estoy tan cerca de la verdad. De mi verdad, ¿entendés?

- Sí, Ramón.
—¿Dónde te dejo?
—En cualquier esquina de Dieciocho.
—¿Río Branco?
—Perfecto.
—Mirá ese perro.
—Tiene cara de bichicome.
—¿Te gustaría ser bichicome?
—No creo. ¿Y a vos?
—Ahora, ya no. De chico era una de mis máximas aspiraciones.
—Yo, en cambio, quería ser capitán de barco.
—Más bien capitana.
—No señor, yo quería ser capitán. Me parecía que eso de ser hombre o mujer era simplemente un detalle de vestimenta, algo que uno podía decidir a voluntad.
—Cristina Jorgensen, por lo menos, demostró tu teoría.
—¿Verdad que sí?
—¿Cómo puedo hablar con ella, así, de cualquier cosa, perros, bichicomes y Cristina Jorgensen? Creo que la quiero más, ahora que estoy seguro de que no pasará nada. ¿Por qué no la vi antes? ¿Por qué no le habré ganado de mano a Hugo? Con ella sí me sentiría valiente. ¿O esto será una nueva excusa para sentirme cobarde?
—¿Por qué tan callado?
—Pensaba.
—Si yo pienso mucho, me pongo triste, me desanimo, me siento repentinamente vieja.
—¿Sabés una cosa? Tuve una conversación muy seria con el Viejo.
—¿Otra más?
—Sí, otra más. Te lo digo sólo a vos. Se va a meter en negocios sucios. Se lo reproché. Quise evitarlo.
—Hace tiempo que lo sé. Hugo me lo contó. Tiene miedo.
—¿Miedo de qué?
—De que un día se le dé vuelta la suerte a tu padre y quede aniquilado.
—No, eso no. El Viejo es invencible.
—Nadie es invencible.

—Vos no lo querés al Viejo, ¿verdad?

—No. Le ha hecho un mal terrible a Hugo.

—¿Y a mí?

—También te ha hecho mal. Pero vos sos más fuerte.

—Si fuera realmente fuerte, tendría que aniquilarlo. Y al Viejo sólo se lo aniquila matándolo.

—Ramón.

—No te preocupes. El Viejo no sólo es invencible. También es inmortal.

—Pero es horrible que digas eso. Es horrible que hayas podido pensarlo.

—Sí, yo también me doy cuenta. Mirá cómo seré de sincero contigo. Hasta ahora sólo me lo había dicho a mí mismo y no tan claramente. Quisiera verlo muerto, ésa es la verdad. ¿Te das cuenta?

—Pobre Ramón.

—Creo que si él muriera, también se acabaría lo peor de mí mismo, quizá lo peor de este país. Hay momentos en que no puedo aguantar ese cinismo suyo para usufructuar nuestros lugares comunes, nuestros ritos, nuestros prejuicios, nuestras supersticiones, nuestras inhibiciones. Si un extranjero llega y nos mira con desprecio, ese mismo sonriente desprecio con que los yanquis deben mirar nuestras manos extendidas, entonces algo estalla dentro de mí, y siento rabia, eso es lo que siento. Pero si es uno de nosotros, el Viejo por ejemplo, quien mira lo nuestro con desprecio y todos sus actos se convierten en sórdidos pormenores de una misma burla, entonces ya no siento rabia, sino un gran desaliento, y nada estalla en mí, sino que algo se desmorona. Además, mi mayor desánimo viene de ser, precisamente, su hijo, porque cualquier cosa que yo diga contra él, cualquier actitud que yo tome para librar al país de su presencia nefasta, será tomado por resentimiento, por deslealtad, por traición. Él lo sabe mejor que nadie, y por eso, siempre que puede, recalca que, *después de todo*, soy su hijo. Sabe que eso es una garantía. Te soy franco: si yo no fuera su hijo, quizá ya lo habría matado. Pero si lo mato, nadie se dará cuenta del significado de mi sacrificio. Porque el sacrificio sería mío, desde el momento que yo no soy un asesino. Nadie se daría cuenta,

porque el hecho tan insoportablemente guiñolesco Hijo Mata A Su Padre tapparía toda otra resonancia. También me hago otra pregunta bastante inquietante: si, aparentemente, soy el único que conozco y sufro la verdad de lo que el Viejo es; si, además, soy el único que creo en la necesidad, en la urgencia de su eliminación, ¿tengo derecho a frenar ese acto de justicia, nada más que porque sea mi padre?

—Lo convertirías en un mártir.

—Sí, lo he pensado.

—Y además, ¿qué sería de vos?

—Bueno, ¿qué es de mí ahora?

—No puedo soportar esta conversación, Ramón. Me parece increíble que estemos tratando este tema con tanta tranquilidad, sentados en tu coche, subiendo por Río Branco.

—Será que nos hemos vuelto insensibles, o crueles. Es decir, será que yo me he vuelto.

—Qué mañana la de hoy.

—Verdaderamente.

—Te confieso que en este instante añoro la rutina. Con una dieta así, de tantos choques emocionales, en pocas semanas me internan.

—Dolly.

—¿Por qué no me llamás con mi verdadero nombre: Dolores? Nadie me llama así, y a mí me gusta.

—Sí, Dolores.

—Me gusta cómo lo decís.

—Gracias, Dolores.

—Aquí me bajo.

—¿Mañana te recojo?

—No creo que necesite venir al centro. Además, Hugo ya estará de vuelta.

—Adiós, Dolores. Sos encantadora, sos buena. Además, me gusta la naturalidad con que sabés escuchar.

Que la llame Dolores. Claro que la llamaré así, aun en los benditos insomnios, aun en los malditos sueños. Todo esto fue una revelación para mí mismo. A medida que le iba hablando a Dolly, digo a Dolores, de esa idea de la muerte del

Viejo, fui sintiendo que era algo legítimo, una convicción antigua que se había estado incubando en mí, quién sabe desde cuándo, y lo peor, o lo mejor, por lo menos lo extraño, es que no me horroricé ni me horrorizo. ¿Seré, después de todo, un asesino? Palabras mayores. Un asesino. *Hijo desnaturalizado ultima a su padre*. Generalmente se habla de madres y padres desnaturalizados. Yo inauguraría una nueva casta: los hijos desnaturalizados. *La envidia como móvil de un horrible parricidio*. Vamos a ver: ¿con qué titulares sería anunciado por el diario del Viejo? Acaso simplemente: EDMUNDO BUDIÑO HA MUERTO, con línea negra al pie de página. Seguramente Javier, o los jerarcas del Partido, verían la conveniencia de ocultar la verdad a la gran masa de lectores: el gran Prócer ultimado nada menos que por su hijo. *Cuando nada hacía prever un desenlace fatal, ha fallecido ayer el doctor Edmundo Budiño, nuestro director, víctima de un síncope cardíaco. No bien trascendió la sorprendente noticia, una ola de consternación ganó nuestra ciudad. Nadie podía creer que Edmundo Budiño, alma parens de todo lo bueno, de todo lo noble que la nación ha construido en cinco décadas de avasallante proceso democrático; nadie podía creer que este infatigable adalid de las causas justas, que este pontífice de la caridad, que este gran corazón uruguayo, hubiese dejado de latir. Y había razón para ese descreimiento popular, porque el corazón enorme, generoso, espléndido, de Edmundo Budiño, seguirá latiendo, no sólo en nuestras páginas que siempre invocarán la magistral tutela de su numen político y moral, sino también en el pueblo, que a través de los años constituyó la preocupación más honda y más sincera del gran hombre*. Está bien, pero ¿qué harían conmigo? Quizá la policía podría encargarse de que yo también muriera de un síncope. Enfermedad hereditaria. *El dolor se lleva también al hijo de Edmundo Budiño*. Gran conmoción entre las viejitas. El radioteatro hecho realidad. Decididamente no.

—¿Qué cuenta, Gabaldón?

—Señor Budiño, hace algunos días que deseo hablar con usted, pero no he tenido la suerte de encontrarlo.

—Anduve bastante atareado.

—No es nada de importancia; sólo detalles a mejorar.

—¿Por ejemplo?

—Ya van tres veces que me pasa y uno acaba por sentirse un poco provinciano.

—¿Siempre el problema de las *call-girls*?

—Siempre. Usted sabe que esta gente no son turistas. Son gerentes, vicepresidentes, supervisores regionales, y están acostumbrados a las tres categorías. Usted ha estado en Nueva York, señor Budiño; por lo tanto conoce lo bien organizados que están allí los hoteles. Las francesas, cincuenta dólares. Las norteamericanas, cuarenta. Las puertorriqueñas, veinticinco. Esta gente está acostumbrada a las francesas. Están dispuestos a pagar los cincuenta dólares, pero siempre y cuando sean francesas. Para ellos las uruguayas, por bonitas que sean, equivalen a puertorriqueñas, y no les interesa ese nivel. Se las conseguimos a veinticinco dólares, o hasta menos, pero no las quieren. Ellos no buscan la pichincha, como dicen ustedes, sino las francesas.

—¿Y no puede conseguir ninguna? ¿Habló con Dallegri?

—Sí, señor, hablé en Dallegri. Pero las únicas francesas son las de la calle Reconquista. Ciudad Vieja en general. Imposible. Esta gente viene con ideales definidos. No se olvide que son gerentes, vicepresidentes, supervisores regionales. Son gente de jerarquía, no unos cualquiera, como dicen ustedes. Si fueran jugadores de béisbol, vaya y pase, pero son gerentes, vicepresidentes de directorio, supervisores regionales. No vaya a creer, señor Budiño, que estoy echando abajo el producto nacional. Lejos de mi pensamiento. Sé perfectamente que usted y yo preferiríamos las chicas uruguayas, que son verdaderamente bonitas, pero esta gente son gerentes, vicepresidentes, supervisores regionales, personas bastante veteranas, del equipo antiguo, así que desprecian un poco lo criollo. Cuando les propongo una montevideana, dicen que no quieren saber nada con las indias. Están acostumbrados a las francesas y se acabó. El yanqui es un animal de costumbres. Yo tengo confianza en que la cosa cambiará, pero con el

tiempo. Esta gente todavía no ha comprendido cuál es el espíritu de la Alianza para el Progreso.

—¿Y usted qué propone?

—Yo había pensado si no se podría hablar, primero con las otras Agencias, después con los hoteleros, para hacer una gestión (extraoficial, naturalmente) ante la Comisión Nacional de Turismo. Francamente, creo que la única solución decorosa sería la importación.

—¿Importación de qué?

—De francesitas, señor. Pero no ese desecho que llega a las pensiones de la Ciudad Vieja después de recorrer todos los mares. Francesas de marineros, no. Eso ya tenemos en abundancia. Francesas de vicepresidentes, de gerentes, de supervisores regionales, eso es lo que se precisa. Tenga en cuenta, señor Budiño, que ellos las quieren opulentas de arriba, angostas de cintura, con pelo largo a lo Marina Vlady, un traserito discreto aunque no demasiado voluminoso, ojos de ternera amable, que hablen inglés *of course*, y sepan escuchar atentas y sensibles cuando ellos les narran cómo su sexta mujer no los comprende. Ya sé que es difícil conseguirlas, porque hay gran demanda en Miami, Nassau, Palm Beach, Niza, Saint-Tropez, Brasilia, Mallorca, Copenhague, y otras zonas de turismo verdaderamente adulto. Pero tal vez, si la Comisión Nacional de Turismo hiciera una gestión. Fíjese que así no se puede seguir. Anoche mismo, aquel supervisor regional de la New Californian Oil Co. que usted me presentó, llegó a preguntarme, bastante contrito y resignado, si ni siquiera teníamos hawaianas, y tuve que contestarle que no. Usted se ríe, pero no sabe qué humillación. ¿De qué vale toda la experiencia que uno acumula, si después no hay mercadería? Créame que para ellos, pensar en hawaianas, ya es una concesión importante. Y ni eso. Le aseguro que están verdaderamente deprimidos. Lo de La Habana fue un golpe tremendo. No, no me refiero a la Reforma Agraria. Al final, se acostumbrarán a eso. Me refiero a la rumba. Extraño espantosamente la rumba, me decía este hombre de anoche. No puede perdonarle a Castro que le haya quitado

la rumba. A mí me hacen gracia los diarios, señor Budiño, incluso y con todo respeto, el de su padre el Doctor, cuando reclaman de los Poderes Públicos una más inteligente política de turismo. Já. Mucho Punta del Este, descuentos al turista, y Casino. ¿Cómo pueden ser tan miopes? Para el turista porteño, claro, está bien, porque pese a sus ínfulas y a los seis millones de habitantes que dicen tener, son tan provincianos como ustedes, y vienen con la señora y los nenes, o se arreglan con algún módico *programita* de Piriápolis. Pero me parece que pensar solamente en el turista argentino, que siempre está dependiendo del cambio y los gorilas, es tener muy pocas ambiciones. La cosa es atraer al turista del Norte, ¿no cree usted? Y al turista del Norte no lo atraerán jamás si no solucionan previamente el problema de las *call-girls*. Fíjese que ni siquiera estamos al día con el lenguaje cifrado. En Los Ángeles, cualquier hotel, ya no digamos de primera, sino de segunda o tercera categoría, tiene siempre en la mesita de noche, el arancel de taquígrafas. Una telefoneada y ya está, viene la taquígrafa, sin lápiz, sin papel y hasta sin bombacha, como dicen ustedes. Una monada. Eso es organización. Aquí, en cambio, hay tantos problemas que los tipos se desaniman. Hasta los hoteleros tienen miedo de que los acusen de tratantes de blancas, qué provincianismo. Sólo falta que los obliguen a formular el pedido en papel sellado. Turismo sin sexo ¿dónde se ha visto? Usted se ríe pero estamos espantosamente atrasados. Si esto no se arregla, yo me vuelvo a Caracas. Allí por lo menos hay petróleo, y siempre, la historia lo demuestra, donde hay petróleo el turismo se vuelve civilizado. Yo no sé si usted está en antecedentes, pero yo me tuve que venir cuando gobernó ese loquito de Larrazábal. Uno peligraba, claro, como tanta gente decente. Pero ahora la cosa está tomando otro color, y creo que podré reanudar allí mi espléndida carrera. No se pueden desperdiciar quince años de experiencia, señor Budiño. La experiencia y mis cuatro idiomas son mi único capital.

—Yo lo llamaré sin falta esta semana.

—Muy bien, señor Budiño. Hágame usted el favor de seguir bueno.

—Señorita, dígame con franqueza: ¿usted cree que aquí llevamos una vida provinciana?

—Este, señor, yo creo que...

—Claro, usted no conoce otros países para comparar.

—Este, señor Budiño, yo estuve en Buenos Aires y en Porto Alegre.

—Muy bien, muy bien. Y comparándola con la de esas ciudades, ¿le parece que nuestra vida es provinciana?

—¿En qué sentido, señor?

—Diversiones, por ejemplo.

—Yo aquí me divierto, señor. Pero no sé si es exactamente lo que usted quería saber. Seguramente, usted preci...

—No, no, no. Eso es justamente lo que yo quería saber.

Carnosa, solamente carnosa. Pero qué boba. Después quieren que uno crea en la existencia de Dios. ¿Cómo una mujer puede ser tan llenita, tan perfecta, con ese busto, con esa boca, y sin cerebro? Habría que ponerle uno a transistores. O devolverla a Dios, como falla de fábrica. De todos modos, el baboso del novio no ha de manosearle precisamente el cerebro.

—Voy a comer en el centro, señorita, así que estaré de vuelta a eso de las dos.

—¿Recuerda que a las tres citó al señor Ríos?

¿Cómo hará para tener memoria, si no tiene cerebro? ¿Tendrá la memoria instalada en el busto? Sitio hay, de sobra. Allí podría tener la memoria, el estómago, los meniscos, el páncreas, todo.

—Adiós, Tito.

—Adiós, Doctor.

—Adiós, Pepe.

Es increíble la gente que conozco en la Ciudad Vieja.

—Chau, Lamas.

¿Sería realmente Lamas?

—Adiós, Valverde. ¿Cómo va ese glorioso Liverpool?

Son los dos únicos temas que se pueden tocar cuando se habla con él: la pesca y Liverpool. ¿Existirá alguien que realmente disfrute con la pesca, aparte de los bagres que huyen con media carnada?

—Chau, Suárez, ¿qué contás de este calor en pleno abril?

—Adiós, botija, ¿cómo está el Viejo?

La única vez que ejercité la pesca tenía ocho años, y la única mojarra que extraje me la había enganchado tío Esteban, nadando por debajo, hasta el anzuelo. Qué hazaña.

—Adiós, Teresita. Siempre guapa, como la mamá. Adiós, doña Teresa.

Es increíble cómo se mantiene esa veterana. Todavía sigue siendo preferible a la hija. Pero qué calor. No aguanto el saco. Y hoy no podré ducharme hasta la noche.

—Así que hablaste con tu padre.

—Hablé. Y nada.

—¿Pero le dijiste lo de Larralde?

—Eso fue lo que le dio más tranquilidad.

—No entiendo.

—Larralde está fundido. El Viejo tiene armas contra él: un hermano que en las elecciones del 58 figuró en la lista del PC, un tío materno que hace una punta de años robó cincuenta mil dólares en un Banco y fue cazado por Interpol, y una hermanita, Norma Larralde, ¿la conocés?

—De vista. Es la secretaria de Estévez.

—Secretaria y compañía.

—No sabía.

—Fijate qué tres datos para estar en manos del Viejo.

—¿Y vos crees qué Larralde aflojará?

—En eso el Viejo nunca se equivoca. ¿A vos qué te parece?

—Francamente, no sé. Yo no sabía nada de esos tres antecedentes. Realmente son serios y lo pueden fundir a Larralde. Pero, por otra parte, el negociado es gordo. De pronto consigue que la gente de *La Razón* lo respalde.

—Difícil. Entre ellos nunca se tiran a matar. Vas a ver

que en última instancia se complementan. En el caso hipotético de que Larralde haga la denuncia, el perjudicado sería él. El Viejo y Molina tienen cómo aplastarlo. El razonamiento que se hace el Viejo es que Larralde es un periodista inteligente, con oficio, pero que en el fondo es sólo un tipo que quiere vivir tranquilo y sabe mejor que nadie que si se tira contra el Viejo, y el Viejo tiene esos tres datos para esgrimir contra él, ya no podrá vivir tranquilo. El Viejo dice que Larralde va a comprender no bien reciba una llamada anónima en la que se le diga cuál es la situación. Y vos ¿no te animás?

—¿Yo? Estás loco. Si Larralde, que es un tipo de experiencia, de acuerdo a tu pronóstico no se atreve, ¿querés que me atreva yo?

—Pero Larralde tiene esos tres puntos vulnerables. ¿Cuál es tu punto vulnerable?

—No tengo. Pero tampoco es necesario. Fijate que si yo hago la denuncia, tengo que hacerla por la vía oficial. ¿Qué diario me va a publicar a mí, Walter, o sea Nadie, un artículo con todos los pormenores? ¿Quién me conoce? Para terminar el asunto no precisan ni siquiera amenazarme, o descubrir algo sucio en mi familia, que a lo mejor hay. Nada de eso. Sencillamente, el expediente se extravía y a mí me entierran en el Archivo, o, en último caso, me acusan de comunista y chau, vos sabés que hoy en día eso no hay necesidad de demostrarlo. ¿Y vos? ¿Te animarías?

—Te olvidás que soy el hijo. Entre un hijo que traiciona a su padre, y un político que traiciona a su país, la gente, que es un modo de decir la opinión pública, siempre va a ser más severa en el primer caso. Hay que convencerse. Cualquier lucha con ellos es desigual. Tienen la prensa, la radio, la televisión, la policía. Tienen además toda la estructura de los dos grandes partidos. Entre un estanciero blanco y un estanciero colorado, mucho más que las diferencias políticas cuenta el hecho de que ambos son estancieros. Se protegen, es inevitable. Hoy, por ti; mañana por mí. ¿De qué te reís?

—Me hace gracia verte tan frenético. A vos, nada menos que a vos, el hijo de Edmundo Budiño.

—Sólo falta que agregues: cría cuervos y te sacarán los ojos.

—No te enojés, Ramón. Vos me preguntaste de qué me reía. No creas, tu caso me ha hecho pensar. Me ha hecho pensar si vos y yo, por distintos caminos, no estaremos traicionando a nuestras respectivas clases. Fijate, mi viejo durante toda su vida fue un obrero, murió siendo un obrero, y a consecuencia de un accidente en la fábrica. Era un tipo que apenas sabía leer y escribir, pero tenía conciencia de su clase, siempre la tuvo. Una vez, en una época en que llegamos a pasar hambre (yo era chico, tenía diez años) hubo una huelga que duró meses. La fábrica estuvo un tiempo parada, pero después empezaron a tomar gente nueva, cada vez más gente nueva. Pero el viejo era especializado, y lo vinieron a buscar, le ofrecieron casi el doble del salario que ganaba. Sin embargo, dijo que no. Ni por un instante se le ocurrió traicionar a su gente. El hambre siempre es mejor de llevar que la vergüenza, decía. Cuando yo te la digo, suena como una frase en bastardilla. Pero te puedo asegurar que cuando la decía él, sonaba sencillamente como una verdad. ¿Sabés qué fábrica era? La de tu padre, que entonces no era de plásticos sino de artículos de aluminio. Yo estudié un poco, no terminé el liceo. Me arrimé a un club de Luisito. Después me empleé. Y mirame ahora: si hay un tipo que no tiene conciencia de clase, ese soy yo. Cuando estoy con algún amigo del viejo, no sé por qué, me siento culpable, me siento incómodo. Cuando hablo con los muchachos de la oficina, me doy cuenta de que no pertenezco a su medio, de que yo debía ser otra cosa, pensar otras cosas, hacer otras cosas. Sin embargo, ya me ves: secretario de Molina, nada menos que Molina, qué tipo. Te juro que a veces siento vergüenza por el viejo, por lo que habría sentido él si me viera trabajar al lado de ese podrido, y haciéndole a veces hasta de Celestina.

—Pero vos dijiste que los dos traicionábamos a nuestras respectivas clases.

—Sí, lo dije. Porque vos venís de la otra punta: gente de plata. Tu padre es uno de los tipos más temidos del país. Pudiste recibirte, pero dejaste los estudios. No te has

independizado totalmente de tu padre. Sin embargo, hemos hablado muchas veces largo y tendido y sé qué pensás de muchas cosas. En la política internacional, en política nacional, en sensibilidad moral, sos lo contrario de tu padre. Reconocé que sos una excepción. Por lo general, los hijos de los ricos piensan con dinero, que es una manera muy peculiar de pensar. Vos no. Tampoco sos definitivamente un hombre de izquierda. Te quiero decir, entendeme Ramón, que no me doy cuenta exactamente de cuál es tu posición. Pienso que a lo mejor estás traicionando a tu clase, pero probablemente hacés bien.

—Vos te guardás algo.

—No se te escapa nada, ¿eh?

—¿Qué es lo otro?

—Te vas a enojar.

—Vamos, me conocés bien. Decilo.

—Ya que insistís tanto, te lo voy a decir. De lo contrario, vas a pensar que se trata de algo peor. ¿Vos has pensado si esa actitud tuya, tan insólita dentro de tu medio, viene de un verdadero convencimiento, de una profunda y responsable certeza, o viene simplemente de un afán de llevarle la contra a tu padre?

—Sí, lo he pensado.

—¿Y?

—Y yo tampoco estoy seguro.

¿Cómo podría estarlo? Además, nunca lo pensé. Walter puso el dedo en mi ventilador. Es para pensar, para pensarlo bien. Por algo no me decido a una participación más activa. ¿En qué? En algo, en cualquier cosa. Para el Viejo soy un tipo de izquierda, y ése es su gran dolor de cabeza, aunque no lo confiese. Pero yo nunca firmé un manifiesto, ni me afilié a un partido, ni asistí jamás a ningún acto político, ni contribuí monetariamente a ninguna colecta. He eludido hasta esos mínimos sucedáneos de la acción. Toda mi militancia izquierdista ha consistido en hablar, en algún café, mal de los Estados Unidos, já, y también mal de Rusia. Es para pensar, para pensarlo bien.

—Bueno, aquí me quedo. Tengo que ir al República. ¿Vos seguís?

—Sí, tengo que volver a la Agencia. Con tu famosa disertación sobre clases y traiciones, se me hizo más tarde de lo que yo creía. Tengo un cliente que me espera.

—Llamame cuando te quedas a almorzar en el centro. De lo contrario, no nos vemos nunca.

—Le presento a mi nieta.

—Mucho gusto, señorita. Ah, veo que cumplió con mi pedido. Muy bien. El pasaporte suyo, señor Ríos, y el de la señorita. El certificado suyo; el de la señorita. ¿Y el memorándum con el itinerario?

—Aquí está.

—Perfecto. Vamos a ver: Lisboa, Santiago, Sevilla, Córdoba, Granada, Madrid, Toledo, Barcelona, Nápoles, Roma, Florencia, Venecia, Ginebra, París. Supongo que el orden no es obligatorio.

—Usted lo acomoda como mejor le parezca o como mejor convenga.

—Pensaba, por ejemplo, que de pronto podría combinarse de modo que pudiera ver la Semana Santa en Sevilla y la Fiesta del Grillo en Florencia.

—Usted es el que manda. Haga y deshaga a su gusto. Mire, en realidad, me agradecería que se pusiera de acuerdo con mi nieta.

—Pero, abuelo.

—Nada de peros. Señor Budiño, ella es la directora de nuestro viaje. Yo se lo había prometido según fueran las notas de fin de año y, aquí la ve, esta señorita salió exonerada con muy bueno sobresaliente. Así que a cumplir la promesa.

—Pero, abuelo.

—Ahora, señor Budiño, usted me va a disculpar por quince minutos. Cuando combinamos ayer esta entrevista, yo no me acordé que hoy, a esta misma hora, tenía que firmar una escritura. Pero le dejo a mi nieta, y usted arregla todo con ella, exactamente como si fuera conmigo.

—Vaya tranquilo, señor Ríos.

—Hasta luego, abuelo.

—Bien, señorita, ya que usted es la directora del viaje, me dirá cuáles son sus preferencias.

—Señor, discúlpeme. Tengo que hablar con usted antes de que vuelva mi abuelo.

—Usted dirá.

—Yo sé que mi abuelo ayer le habló francamente.

—¿Francamente sobre qué, señorita?

—Sobre su enfermedad.

—¿Cómo? ¿Está enfermo su abuelo?

—Quiero decir: sobre su cáncer.

—Señorita.

—Ya sé que le pidió reserva.

—Pero.

—Voy a explicarle: yo soy muy amiga de la hija del doctor Soria. Rómulo Soria.

—Sí, lo conozco.

—De modo que el doctor Soria me conoce desde hace mucho tiempo. La semana pasada, estaba esperando a Chichí, mi amiga, la hija del doctor. Y entonces llegó él y me hizo pasar a su despacho y me dijo que hacía muchos años que me conocía, que se felicitaba de que su hija me tuviera por amiga, que yo le parecía una chiquilina muy seria, etcétera. Después de ese apronte, me dijo lo que tenía mi abuelo.

—¿Rómulo le dijo que su abuelo tenía cáncer?

—Sí. Dijo que lo había pensado mucho, que no sabía si estaba haciendo bien, pero que le parecía demasiado cruel dejar que el abuelo viajara a Europa sin que nadie supiera de su enfermedad.

—¿Y sus padres lo saben también?

—No. Yo soy la única que lo sé. Y el abuelo tampoco sabe que yo sé.

—Ah.

—El doctor Soria me explicó que se había decidido a hablarme, sólo a mí, porque de antemano sabía que si se lo decía a mis padres, el viaje no se haría. Y mi abuelo desea tanto ese viaje.

—Ya lo sé.

—La visita que mi abuelo le hizo ayer a usted fue acon-

sejada por el doctor. Así que él me puso en antecedentes de todo lo que mi abuelo le iba a pedir.

—Veo que no me deja la exclusividad de ningún secreto.

—Le digo a usted todo esto, señor Budiño, por dos razones: para que se quede más tranquilo, sabiendo que mi abuelo viajará con una persona que sabe lo enfermo que él se encuentra, y también para que, ahora con toda libertad, me haga usted todas las prevenciones relacionadas con el viaje, todas las que considere útiles dado el estado de mi abuelo.

—Me va a tener que otorgar un día más, por lo menos, porque ahora tengo que replantear todo el problema.

—Claro.

—¿Lo quiere usted mucho a su abuelo, señorita?

—Mucho. Pero le ruego que no me haga llorar. Mi abuelo puede darse cuenta. Está atento a todo.

—Perdón.

—Y nada más. Mejor lo espero afuera. Al abuelo le diré que a usted le llegó gente y que me citó para mañana de tarde. Pero yo vendré de mañana. Si a usted no le parece mal.

¿Y con qué cara miro yo ahora al pobre Ríos? Éste sí que es un enredo. Más propio de un confesionario que de una Agencia de Viajes. ¿No me habrá jodido alguien en todo esto? ¿Y si llamara a Soria? A ver un poco. ¿Dónde metieron la guía? Soria, Armando. Soria, Beatriz. Soria, Josefina Méndez de. Soria, Rómulo. Nueve dos cuatro seis cinco.

—¿Podría hablar con el doctor? De parte de Budiño. ¿Rómulo? Años que no nos vemos... Te imaginarás por qué te llamo... Eso mismo. Mirá, el asunto es tan insólito, tan desusado en mi actividad, que quise tomar la precaución de confirmarlo contigo... Ajá... Ajá. Mirá, yo creo que hiciste bien... Yo veré qué hago, la cosa no es simple, no te creas... ¿Y tu mujer? ¿Y Chichí?... El Viejo siempre activo... Susana, bien... Gustavo tiene diecisiete... ¿Qué me contás? Es que el tiempo, che, aunque nos demos cuenta... Y yo un año más todavía: cuarenta y cuatro... Claro que tenemos que vernos. Tan amigos como fuimos. ¿Se-

guís yendo a la Asociación Cristiana todos los días? ¿Siempre tempranito? Sos un crack. Yo no. Hace años que no hago deportes... Mirá, si ahora me pongo a jugar a la paleta, me desencuaderno... Decime, ¿por qué no te venís por casa una tarde de éstas, así charlamos largo y tendido, y nos ponemos al día? Anotá la dirección, ¿tenés un lápiz? Caramurú, cinco cinco siete dos ...Sí, en Punta Gorda. Los fines de semana me encontrarás siempre. Me dedico a apoliyar... No, nada de paleta... Cómo no, Rómulo, cómo no... Se lo diré a Susana. Lo mismo a Nelly y a Chichí... Pero vení ¿eh?

Rómulo Soria. Ahora tiene otra voz, completamente distinta. Un buen tipo. Aquella vez, en Buenos Aires, sería en mil novecientos treinta y ocho. Yo estaba haciendo aprendizaje de agencias en Turisplán, San Martín y Cangallo. Mandado por el Viejo, claro. Turisplán, de Eduardo Rosales & Cía. El chileno con barba, el filósofo casero, con su doble vida: agencia de turismo por un lado, y escuela espiritual por el otro. Rosacruzismo más teosofía más Eliphaz Levi más Krisnamurti, linda ensalada. Una especie de doctor Budiño, trabajando en otra zona. Su estafa era de almas. Pero de paso él se forraba, no precisamente en su alma, sino en su cuenta bancaria. En la Agencia se llamaba Rosales, en la Escuela se llamaba Spatium. La secta tenía afiliados en Buenos Aires, Montevideo, Río, Santiago, y además en ciudades imprevisibles como Popayán, Belo Horizonte, Paysandú, Rancagua, Tarija. Barquisimeto, Catamarca. De todas le llegaba dinero. Era la época en que el presidente Ortiz se estaba quedando ciego, y la revista *Nosotros* publicaba poemas de Luis Fabio Xammar y si uno hacía inocentes comentarios antinazis en la vereda del *Deutsche La Plata Zeitung*, siempre había cerca algún tira para llevarlo preso, y la novedad eran las nuevas líneas de Chadopyf, y yo llegaba primero en la frenética subida al gallinero del Colón la noche en que dirigió Toscanini y desde allá arriba era emocionante ver cómo la calva del Maestro se ponía alternativamente blanca y roja de acuerdo al ritmo que impusiera Wagner, y en los prostíbulos de provincia se formaban largas colas de

indigentes sexuales, y en la Boca los pescaditos eran mucho más sabrosos que ahora, y las baldosas en las veredas de Viamonte estaban todas flojas, y uno se enchastraba los pantalones con las salpicaduras de barro hijodeputa, y en Gath&Chaves sección Perfumes había una rubia descomunal que no me daba pelota, y un sábado llegó tío Esteban y me citó en el Cabildo y yo como un buenas noches estuve dos horas esperando en el Cabildo de Plaza de Mayo mientras él me esperaba en el café Cabildo, y una vez en la calle Charcas alguien me dijo mirá ésa es Victoria Ocampo y yo dije quién es Victoria Ocampo, y fui mortalmente despreciado con el comentario: estos uruguayos si los sacás del fútbol y la ruleta, son unos opas, y no pregunté qué quiere decir opa para no ser mortalmente despreciado por segunda vez, y en el Parque Japonés había un gran bólido mortal en que uno daba unas vueltas espantosas y bajaron dos muchachas y una de ellas estiró ostensiblemente una pierna como una sonámbula y le empezaron a caer del zapato de charol unas gotitas probablemente de pipí con pánico, y qué fenomenales los panqueques con dulce de leche de La Martona. La madre de uno de los subsecretarios de la secta Spatium tenía una pensión en la calle Tucumán, y allí fui a parar, porque entre Rosales y el Viejo se habían combinado para pagarme una miseria y sólo me alcanzaba para vivir allí, compartiendo una habitación con el mismísimo subsecretario Ceriani, que trabajaba en el Ferrocarril y se levantaba tempranito, echaba en la palangana agua de la jarra, y antes de lavarse los dientes ya se peinaba con gomina, bien tirante, y en seguida se ponía el gacho gris, y yo con un solo ojo abierto porque el otro todavía lo tenía dormido, lo veía así, en calzoncillos y con sombrero, y ahora debo reconocer que ése fue uno de los espectáculos más divertidos que presencié en ese Buenos Aires anterior a Perón. Cayó en la pensión una tarde y yo hablé con doña Josefa, la madre de Ceriani, y le pusimos un colchón en mi pieza, y después salimos a caminar, y la única diversión fue tomar cerveza y coñac en un bar de japoneses que había en Corrientes, y Rómulo sabía una sola frase

en japonés y se la dijo de un tirón al mozo que nos había traído el cubilete con los dados, y entonces el nipón sonrió con una espléndida felicidad oriental y pronunció un discurso frenético, con grandes ademanes y saltos de ojos, hasta que Rómulo se decidió a decirle en español que aquella era la única frase que sabía y el japonés nos arrojó violentamente el cubilete sobre la mesita de mármol. Qué le dijiste, le pregunté. Y contestó Rómulo: Desde que aprendí japonés, creo que su patria es una maravilla. Claro que nos fuimos antes de que el japonés-mozo se apareciera con el japonés-patrón. Pero a Rómulo la cerveza más el coñac se le habían subido al mate y cuando volvíamos por Tucumán sólo hablaba de cañoncitos, una verdadera obsesión, nada más que cañoncitos, algo así como una borrachera premonitoria de los Toranzo Montero y los Isaac Rojas, que ahora juegan a los soldaditos y amenazan a presidentes, todo dentro de la legalidad, por supuesto. Y nos acostamos, yo en mi cama, él en su colchón, Ceriani hacía rato que roncaba y soñaba seguramente con reencarnaciones, karmas y otros temas favoritos del Spatium. A las tres desperté y Rómulo no estaba, pero mi propia borrachera pudo más y me dormí. Por la mañana, Rómulo desayunó conmigo y le pregunté qué había pasado. Esperó que doña Josefa se retirara del comedor y dijo discretamente: chinches. Haberlo sabido. Las chinches eran algo tan frecuente en aquella pensión, que yo ya me había acostumbrado. Lo más que hacía era levantarme a media noche, ir al baño, mirarme en el espejo, ver cómo estaban aplastadas en todo mi cuerpo, y pegarme una ducha de purificación. Salían de los zócalos, organizadas como regimientos. Una noche yo estaba acostado leyendo mi primer Dostoievski, y de pronto vi que por la parte superior de *Crimen y castigo* asomaban dos patas peludas. Una tarántula, simplemente. Tiré al pobre Dostoievski contra la pared y la araña cayó sobre el sombrero de Ceriani. Allí la dejé; después pensé que acaso la pobrecita había recurrido a mí, perseguida por las chinches. Cuando el perseguido fue Rómulo, no encontró otro recurso que levantarse, vestirse, salir a la calle y tomar un

tranvía cualquiera, en Reconquista y Viamonte. El tranvía iba hasta Chacarita, y durante el trayecto durmió sin chinches, como un bendito. Fue al llegar a Chacarita, que el guarda se le acercó y le dijo: Destino. Rómulo abrió los ojos y dijo: No importa, vuelvo al centro. Ah, dijo el guarda, así que esta noche se está haciendo la farrita. Cuando me lo contó en el desayuno, creo que lloré de tanto reírme. Para mejor, vino después doña Josefa y habló largamente de sus proyectos de vacaciones. Siempre trabucaba las palabras, y esa mañana se refería a los lagos de Nahuel Huapi, pero ella decía Cagüelpichí. También el subsecretario Ceriani incurría en parecidas transgresiones verbales. Una vez, delante mío, le preguntó a un matrimonio mendocino (la mujer estaba como de ocho meses): ¿Y, cuándo llega el *bastardo*? El marido se defendió recalcando en la respuesta: Esperamos al nuevo *vástago* para dentro de un mes. Otra vez contó que habían ido de picnic y que junto a un arroyo habían visto a un zorrillo herido, y culminó el cuento: estaba en el último *esternón*. Las veces que pude ver juntos a Ceriani y a Rosales, noté el indisimulado desprecio que éste reservaba para la gominina, el cuello duro y las chambonas intervenciones del subsecretario. En medio de sus discípulos, Rosales a veces se abstraía, como si de pronto alguna corriente astral estableciera comunicación con su mente privilegiada. En estas ocasiones, todos se quedaban silenciosos, algunos juntaban las yemas de los dedos, otros cerraban los ojos. Frente a mí Rosales no se mandaba tanto la parte, y a veces me hablaba de sus fieles como de Esos Idiotas. Los domingos, por lo general, me telefoneaba temprano para que fuera a jugar ajedrez con Fermín, su hijo asmático. Fermín me resultaba agradable, pero jugaba muy mal al ajedrez y yo me aburría soberanamente. Al muchacho le brillaban los ojos cuando hablaba del padre, y a veces, mientras yo hacía un enroque, se vengaba diciendo: El Maestro hace llover cuando quiere. Era su hijo, pero lo llamaba El Maestro, igual que todos los fieles. Yo estaba lejos de sentir los desconfiados arranques del apóstol Tomás, pero seguramente mi expresión no era lo suficiente-

mente devota frente a los ojos de Fermín, así que al primer jaque él volvía a insistir: El Maestro habla todos los idiomas del mundo. Sobre este rubro de los idiomas presencié un episodio realmente espectacular. Entre los discípulos de la secta era bastante general la creencia de que Spatium hablaba todos los idiomas del mundo. Un día vino a Turisplán uno de los discípulos más antiguos y pidió para hablar con Rosales. A éste no le gustaba que los fieles vinieran a verlo a la Agencia, pero ese día estaba de buen humor, así que lo recibió. El tipo se llamaba Galdós. La semana anterior había venido para comunicar que tenía un amigo árabe que quería entrar en la Escuela. Un árabe que sólo hablaba árabe. O sea que era una buena ocasión para probar el dominio que el Maestro Spatium tenía, entre otros idiomas, del árabe. Pero Rosales no perdió la calma. Simplemente, le dijo a Galdós que le comunicara a su amigo árabe que debía presentar una solicitud de ingreso, escrita en árabe naturalmente, y expresando cuál había sido hasta ese momento la trayectoria de su vida. Ahora Galdós venía precisamente con esa carta. Yo estaba en el despacho cuando le entregó el sobre a Rosales. Éste lo abrió, desdobló el papel, pasó atentamente su mirada por aquellos caracteres que seguramente le decían tan poco como a mí, luego volvió a doblar la hoja, la puso en el sobre y le dijo serenamente al escudriñante Galdós: Dígale a su amigo que quien ha sido en su vida lo que él fue, no puede ni debe entrar en tal Escuela. Pero, balbuceó Galdós. Nada de peros, dígale eso. Nunca me olvidaré de la cara de Galdós. Se fue con la carta y creo que nunca más volvió. Le falló la confianza, oí decir a los otros fieles, no sé si como expresión de envidia o de reproche. Creo que algunos de ellos tenían unas ganas tremendas de que les fallara la propia confianza. Rosales era asmático. No tanto como Fermín, pero era asmático. En el despacho de Turisplán, en el cajoncito a la izquierda de su escritorio, tenía un inhalador. Yo trabajaba en la pieza contigua, pero el tabique era delgado y yo podía oír la seguidilla de bombazos y su ruidosa forma de aspirar. Él ocultaba siempre esa discreta claudicación física. Y tenía

razón; era un poco ridículo que un Maestro, con suficiente poder como para hacer llover cuando quería, un Maestro que hablaba todos los idiomas del mundo, un Maestro que se comunicaba con cuanta corriente astral se le ponía a tiro, tuviera sin embargo que andar apretando la servicial perilla del inhalador para que el fuelle de sus pobres bronquios recuperara su ritmo normal. Algunas veces yo entraba de golpe en el despacho, y lo sorprendía en mitad de una inhalación, y era interesante ver cómo se las arreglaba para derivar la aspiración inconclusa hacia una tos completa, y para esconder el inhalador bajo una carpeta o dejarlo caer en cualquiera de los cajones. En esos casos, su mirada era de odio; la mía, de inocencia. La barba de Rosales era puntiaguda y tenía algún mechoncito de canas. Él solía apoyar la cabeza en la mano izquierda. Como el pulgar y el índice formaban parte del apoyo, empleaba el desocupado meñique para la subsidiaria atención de la barbita mefistofélica e incluso para subir su extremo hasta la boca; pero sólo mordía los pelos cuando estaba muy rabioso o muy excitado. Por ejemplo; siempre que yo entraba de sorpresa, empezaba a morderse la barba. Pero yo había inventado un contraveneno. Pestañeaba tres veces seguidas y pensaba: farsante. Sí, era la época del Presidente Ortiz y la revista *Nosotros* y Toscanini y la rubia de Gath&Chaves y el Parque Japonés y los dos Cabildos y el *Deutsche La Plata Zeitung* y las colas en los prostíbulos y la Escuela Spatium. Fue en esa época cuando Rómulo Soria estuvo en la pensión de doña Josefa y ella venía después de la cena y preguntaba: ¿qué quieren, té o café? Y uno contestaba: Té. Y ella decía: qué lástima, no hay más que café. Lindos días, después de todo. Y aunque el Viejo en ese tiempo me tenía vigilado por medio de Rosales, yo me sentía bastante libre, y a los seis meses de estar allí, cuando me di cuenta de que Rosales me iba a llamar indefectiblemente todos los domingos para que yo fuese hasta Palermo, en un rasposo autobús que pasaba por Leandro Alem, a fin de propinarle a Fermín diez o doce variantes de jaque mate, cuando me di cuenta de eso, todos los domingos me levantaba temprano y, antes

de que me llamara Rosales, me escapaba con un libro a la plaza San Martín, y leía, atropelladamente, pero leía, desde Tolstoi hasta Miguel Cané, desde *La letra escarlata* hasta *La cena de los cardenales*, desde *Las flores del mal* hasta *Versos a Negrita*. Leía, leía como enajenado, y sólo de vez en cuando levantaba la vista para ver allá abajo los árboles de Retiro, y los tranvías, y dos o tres mateos que daban vueltas a la plaza con alguna pareja de tucumanos o catamarqueños o mendocinos. Montevideanos, jamás. Nuestro heroico sentido del ridículo nos mantiene inexorablemente alejados de todos los placeres que sean públicos, espontáneos y baratos. Nuestra máxima distensión es cantar la Despedida de los Asaltantes. Como cuando aquella delegación estudiantil que visitó un país europeo del otro lado de la Cortina, creo que Bulgaria, y fue invitada a grabar canciones folclóricas para algunos de esos Museos de las Canciones del Mundo a que son tan afectos los subdirectores de bibliotecas, las becarias en bailes regionales y los profesores de fonética; y los distinguidos compatriotas se pusieron de acuerdo y cantaron justamente eso, la Despedida de los Asaltantes. El día en que los búlgaros se den cuenta de que se trata de la característica de una murga, probablemente nos insultarán en búlgaro. Sin embargo, esto de nuestro folclore es un problemita, porque ¿dónde encontrarlo? El pericón, dicen los técnicos. Pero desde que Nardone lo pasa diariamente por Radio Rural, como introducción a su *saludo habitual de todos los días a los productores rurales de mi país, a los productores rurales de los países vecinos, a los amigos ruralistas de Montevideo y a los amigos de todas las localidades del interior*, desde entonces el pobre pericón ha dejado de ser folclore para convertirse en danza macabra. Mucho Chalchaleros, mucho Atahualpa Yupanqui, mucho Edmundo Zaldivar, pero todo eso es argentino.

Nuestro es el candombe; es decir, es de los negros. Hasta en eso nos parecemos a los Estados Unidos. También aquí los negros son los únicos que se divierten con ganas. El resto del folclore es quiniela, fútbol, contrabando hormiga, punga, tripletes, coima, las Tres Tareas de la Buena

Voluntad. La alternativa es clara: caridad con bombo, o egoísmo a cal y canto. Sí, era lindo ver desde la plaza San Martín, junto a la sombra filosa del Cavanagh, aquellos mateos con parejitas provincianas, y en el banco de al lado, el cochecito con vagidos junto a la niñera coruñesa, y el policia de cara aindiada junto a la niñera, sonriéndose ambos con la preciosa, irrecuperable timidez de los seres primitivos, que para llegar al sexo no precisan dar, como nosotros, clase media frustrada y pretenciosa, tantos rodeos previos por zonas en que moran la religión y Jean-Paul Sartre y la carestía de la vida y el teatro independiente y vio el último asalto y su cara me resulta conocida y dónde pasará Carnaval y Turismo y los partidos tradicionales están caducos y hace años que no había un verano tan caluroso y esto del dólar siempre a once es una situación artificial e insostenible y viaja usted siempre en este trole y me daría su teléfono y me siento tan cómodo hablando contigo. Todo ese rodeo, o, de lo contrario, el piropo a quemarropa, mejor dicho a quemapollera, el piropo-pedrada, heredado tal vez de los andaluces pero despojado de su gracia, el piropo contundente, sin lugar a lirismos ni ambigüedades, el piropo-nalgada, de obscenidad casi táctil y obligación de palabrotas. Y esto no es la excepción. No vale decir que eso sólo lo hace y lo piensa la gente ordinaria, también llamada sin roce, los que no son socios del Jockey Club ni de Amigos del Arte ni del Rotary ni de los Leones. No, eso lo dice y lo piensa todo el mundo, con excepción de los maricas, que piensan en otro rumbo, y de los santos varones, que sin embargo ya no vienen como antes. Yo mismo, que no soy marica ni santo varón, miro ahora a la secretaria espléndida, carnosa, y no me importa que sea boba. Le hablo con toda la corrección que reclaman las convenciones sociales y la coexistencia pacífica.

—Déjeme ahí esos papeles, señorita, y pídale al señor Abella el informe semanal.

Pero la verdad es que, por más que disimule, no puedo apartar la vista de su pendular libra esterlina, y sigo atentamente las oscilaciones a fin de poder vigilar, aunque sea

sólo así, con intermitencia y a las apuradas, ese glorioso nacimiento de sus senos henchidos y a la vez embretados, ese nacimiento frente al cual a uno se le van los ojos y las manos y la boca y el decaimiento. El hecho de que no le lance el piropo-pedrada, el hecho de que no apriete los dientes y le propine la nalgada feroz que su estupendo traste se merece, sólo significa que mi mediana cultura me ha dejado un buen surtido de inhibiciones y que, como resultado, soy excesivamente parco en mis homenajes.

—Bien, señorita, creo que por hoy ya alcanza. Me ha hecho firmar como diez cheques y treinta cartas.

Mejor me voy. Sé que esta noche tengo que pensar largamente el asunto Dolly, quiero decir Dolores, pero tengo que estar tranquilo, tengo que reservar toda mi tranquilidad para esta noche.

Abella dice que hace bien caminar todos los días, que así fue cómo él pudo bajar su panza. Yo además tendría que comer menos pan y no tomar cerveza en las comidas, y menos sal, y nada de dulce, y gimnasia todas las mañanas. En realidad nunca, ni en mis mejores tiempos, pude llegar a tocar las puntas de los pies con mis manos, pero dentro de poco creo que no podré, ni aun en mis genuflexiones más exitosas, llegar a los tobillos. Me siento a veces rígido, endurecido, o sea cuarenta y cuatro años.

—Adiós, escribano.

A éste lo conozco del asunto Zabala. Buen *cafisho* de los prominentes compradores.

—Qué suerte que lo encuentro. Fleitas, hoy le iba a hablar porque preciso un nuevo intérprete. El venezolano se nos va. Dice que somos muy provincianos. Siempre el mismo asunto de las *calls-girls*. Parece que los yanquis quieren francesitas de la nueva ola. Dicen que las uruguayas son puaj más o menos como las puertorriqueñas. ¿Qué le parece? Claro que usted y yo conocemos cada uruguayita, ¿eh? Lo que pasa es que son gerentes, vicepresidentes, supervisores regionales, tipos con poco tiempo disponible, acostumbrados a apretar un botón y entre-

pierna a la vista. Eso le dije yo: Qué quiere, Gabaldón, somos subdesarrollados. La cosa es que se nos va. El problema es que tiene que ser un tipo que por lo menos hable bien tres idiomas: inglés, francés y alemán. No, ruso todavía no. Los balleneros prescinden de nuestros inestimables servicios, Fleitas, y además no precisan intérpretes, ¿no le parece? Cuando quiera che. A la orden, como siempre.

Qué sed. Algo fresco, urgente, aunque me proporcione diez centímetros más de barriga. Coca cola, pomelo, *grapefruit*, cualquier cosa, siempre que esté fría. Aaaaah, siete cuabras y ya me cansé, ahora que me siento me doy cuenta. Qué casualidad, sólo una vez estuve antes en esta mesa, cuando Laredo me contó la defraudación. Pobre. Eso se llama ser víctima de una circunstancia. Y débil, claro. Porque cuando él se dio cuenta de que el otro, no sé cuánto Aguirre, estaba maniobrando con los cheques, su primera intención fue denunciarlo, pero el otro lloró la milonga, casado, dos hijos, otro por venir, voy a irlo reponiendo, te lo aseguro, no me fundas, si hablás me mato, etcétera. Y Laredo metido en deudas hasta el pescuezo, y los acreedores que todos los días aparecían en la oficina con ultimátum tras ultimátum y la angustia de no poder cumplir ni repuntar ni ir amortizando de a poco, y Aguirre que todos los días le decía sacá vos también, es tan fácil después vamos al Casino, mucha tercera docena y vas a ver cómo reponemos todo, y a la tarde siguiente igual, mira que nadie se entera, y después lo reponemos, vas a ver como todo sale bien, y ahora por lo menos salvás el trance no ves que si no te ahorcan. Cuando entró en la primera maniobra, se condenó sin remedio, y entonces vino otra, y fueron a la ruleta y se patinaron como cinco mil en una sola noche, y la reposición cada vez más lejana. Hasta que el cajero entró en sospechas y una noche pidió permiso en gerencia y se quedó a verificar y saltó todo, es decir todo lo que sabía Laredo y mucho más que no sabía, porque dentro de la estafa hubo otra estafa, la que Aguirre le hizo a Laredo. Me contó todo, y de aquí se fue a entregar.

—Pero esta coca cola no está fría. Le dije fría. Vaya, tráigame otra cosa, cualquier cosa, pero que esté helada. No importa que estemos en abril. Igual hace calor.

Y después, al año, lo encontré en Misiones y Rincón, y era otro tipo. Diez meses en Miguelete, sólo eso. Mire, Budiño, ahora me convencí de que en el fondo no soy un crápula, porque si después de esos diez meses no me recibí de delincuente profesional, entonces creo que puedo levantar cabeza. Usted no sabe lo que es eso: la oferta y la demanda de maricas, los tipos que se encargan de conchabar gente para que, cuando salgan, se dediquen a la punga, al contrabando, a la falsificación, al *escruche*. Aquí, en la Argentina o en Chile. La organización es perfecta. Documentos falsos, certificados, recomendaciones, uno tiene la impresión de que no hay diferencia entre presos y guardianes, uno tiene la impresión de que todos son malandras. Con esta vez me curé para siempre. Nunca más, se lo aseguro, nunca más. La mineral sí está fría. Qué sed. Debe haber sido aquel ajito que venía con el churrasco. Y ahora dos cuadritas más, hasta el auto. Pero, olvidé que había paro. Podía haberle dicho a la secretaria carnosa si quería que la llevara, creo que vive por el Buceo. Quizá haya sido mejor que no. Capaz que interpreta mal. Toda esa gente que camina conmigo, o está sentada en los bancos de la plaza dando miguitas a las palomas, o esos tipos que de pronto se detienen y miran en el vacío y después siguen caminando y hablan solos y hacen gestos. ¿Qué será cada una de esas vidas? Cada tipo camina con su mundo de problemas, con sus deudas, sus masturbaciones, sus rencores, sus nostalgias, las cosas que quiso ser, y esa poca cosa que es. Así como yo pienso y repienso, y siempre ando alrededor de seis o siete imágenes: el Viejo, Dolores, este país casi indescifrable, Gustavo, por supuesto Susana, la idea de la muerte, Dios o lo que sea; así como yo giro alrededor de mi centro, y creo que el mundo empieza y acaba en mí, que todo existe en función de mis dudas, así también cada uno de esos pobres diablos cree que su drama es el Gran Drama, cuando en realidad a nadie le importa un carajo, así en la tierra como

en el cielo. Al fin el auto. Feliz de él. Todos sus problemas los soluciona el mecánico. Pero cuando a mí me falta un sentimiento, un pistón digamos, o mis válvulas de escape están gastadas, o la nostalgia, el sistema de encendido digamos, tiene atrasada la chispa, no hay mecánico que pueda arreglarme.

Hoy sí la Rambla. Nada de Canelones. Está lindo aquí, corre un vientito. Por lo menos este verano artificial se parece a nuestro verano verdadero: al atardecer refresca. ¿Y si, por ejemplo, pensara ahora en Dolores? Desde hoy me está dando vueltas en la cabeza el poema que hizo Vargas cuando se enamoró de aquella morochita de Arquitectura. Una miniatura, lindísima y simpática, pero casada. Después, cuando todo había pasado, me dio una copia a máquina y me dijo: Creo que es lo más verdadero que escribí y además no creo que escriba algún día nada mejor. Tenía razón, después de todo. En ese entonces escribía bastante, pero después se metió en el República, y más adelante consiguió unas representaciones y se casó y tiene un montón de hijos. Pero el poema es bueno, claro que sí. Me lo aprendí de memoria y me daba lástima no tener en quién pensar cuando lo decía. Ahora tengo. Pero no estoy seguro de acordarme. A ver.

*Porque te tengo y no
porque te pienso
porque la noche está de ojos abiertos
porque la noche pasa y digo amor
porque has venido a recoger tu imagen
y eres mejor que todas tus imágenes
porque eres linda desde el pie hasta el alma
porque eres buena desde el alma a mí
porque te escondes dulce en el orgullo
pequeña y dulce
corazón coraza
porque eres mía
porque no eres mía*

*porque te miro y muero
y peor que muero
si no te miro amor
si no te miro
porque tú siempre existes dondequiera
pero existes mejor donde te quiero
porque tu boca es sangre
y tienes frío
tengo que amarte amor
tengo que amarte
aunque esta herida duela como dos
aunque te busque y no te encuentre
y aunque
la noche pase y yo te tenga
y no.*

Me acordé y es para vos, Dolores. Lo hizo otro, para otra, pero también yo lo hice y es para vos. Lo hizo otro, porque yo no sé decir las cosas que siento, pero reconozco cuando alguno es capaz de decirlas por mí. Y es también un modo de decirlas. A lo mejor, Vargas ya no se acuerda de esto que escribí. Yo me acuerdo y es un modo de hacerlo mío. *Porque eres mía, porque no eres mía.* Nadie podría decirlo mejor, ¿verdad? *Corazón coraza.* Es para vos, Dolores. Ya no sé quién lo hizo. Acaso Vargas fue un robot que pensó por mí. Acaso yo soy Vargas, o Vargas era yo. Lo único seguro es que estás existiendo, Dolores, en algún rincón de este día, en algún lugar del mundo, sola o con alguien, pero sin mí. Lo único seguro es que sos mejor que todas tus imágenes, que todas las imágenes que yo tengo de vos. ¿Quise esperar este instante a solas, sin prisa exterior y sin testigos, para decirme, con todas las letras, que estoy enamorado? ¿A los cuarenta y cuatro años? Quizá sólo semienamorado. Porque ella dice que no, que no me quiere. Y para estar total, completa, absolutamente enamorado, hay que tener plena conciencia de que uno también es querido, que uno también inspira amor. De modo que semienamorado. Pero ¿en qué forma? No como en la adolescencia, por supues-

to que no. Entonces era una especie de locura contenta, un frenesí, que llevaba en su propio énfasis el germen de la autodestrucción, una suma de juego más sexo. Ahora es otra cosa. El sexo está, claro, cómo no iba a estar. Dolores me atrae físicamente. Me toca apenas, apoya una mano sobre mi brazo, no como un gesto de amor sino como un simple acompañamiento de la conversación, y siento en mí un estremecimiento, acuso inmediatamente recibo de esa piel mansa, tibia, prometedora, que aplasta momentánea y suavemente los vellos de mi antebrazo o de mi muñeca. Pero hay mucho más. Mi conmoción interior es más viva aún cuando me mira que cuando me toca. Además, me ha tocado tan pocas veces y siempre por motivos tan triviales. En cambio, siempre me mira, nunca rehúye mis ojos. Tiene una formidable capacidad para estar íntegra en su mirada, para mirar viviendo, para mirar sintiendo, para mirar simpatizando. Ella simpatiza conmigo, de eso sí estoy seguro. Y su simpatía es tan cálida, tan vital, tan lúcida, que es casi el equivalente de un amor. Es probable que una mujer de intimidad más pobre o más rígida, en un instante de amor, en su mejor instante de amor, pueda alcanzar ese mismo nivel de comunicación y de intimidad afectiva. Dolores, sólo simpatizando, equivale a otra mujer en el cenit de su amor. Pero nada de eso es suficiente. Porque aunque yo capte, o crea captar, la intensidad afectiva de Dolores cuando simpatiza conmigo, demasiado sé que ése no es su máximo, que su máximo no es la mera simpatía, por intensa que ésta sea, sino el amor. Y no puedo evitar esta conjetura: si la mera simpatía de Dolores me conmueve así, ¿cómo no habría de conmoverme el amor de Dolores, el amor en su máximo, en plena ebullición? Y ante esa posibilidad tampoco puedo evitar sentir un vértigo, no puedo evitar que se me vaya la cabeza. Tal vez mañana o pasado me resigne. Pero hoy sufro como un condenado. Ayer mismo yo no sabía que podía querer así. Entonces ¿qué ha pasado? ¿Es simplemente porque hablé, porque se lo dije? Puede ser. Hoy, a medida que se lo iba diciendo, sentía que eso era más y más verdadero, como si al decirlo yo, fuera haciendo pro-

selitismo conmigo mismo, convenciendo para siempre a mi corazón, este mismo corazón que ahora me duele, sí, físicamente, este órgano hueco y muscular que de algún modo se las arregla para ocuparse simultáneamente de la sangre y las emociones. Si por lo menos ahora, cuando llegue a casa, pudiera estar solo, si por lo menos nadie me hablara. Pero no, seguramente vendrá Susana a contarme los chismes de Laura o a quejarse de lo cansada que está debido a que se ha quedado sin muchacha, o a pedirme que le hable seriamente a Gustavo, porque cada vez tiene más amistades anarquistas o socialistas o comunistas, o a informarme de que llamó tía Olga para decirle lo buen tipo que soy, o, lo peor de todo, a sugerirme que hoy vayamos a cenar a Carrasco, porque no está como para ponerse a cocinar. Hoy no quiero ir a comer afuera. Quiero cenar muy frugalmente, tal vez una ensalada bien fresca y nada más, y después salir a caminar un rato, pero solo. Ojalá que cuando le diga a Susana si quiere venir conmigo, me diga como tantas veces que está muy cansada, que va a acostarse temprano. Quiero salir a caminar solo por la Rambla, o quizá ir a mirar las fosforescencias en las olas o tenderme boca arriba en la arena. Pero ya veo, Susana me está esperando junto a la verja, y esto no es precisamente un buen indicio. Todavía está bien Susana, pese a los treinta y nueve años que cumple la semana que viene. Pero no se trata de eso.

—¿Mucho calor en el centro?

—Horrible. En este momento, creo que lo más importante es la ducha que voy a darme.

—Eso es, duchate y ponete fresco. Vine aquí a esperar-te para que no entres el auto al garaje. Estoy tan cansada ahora que no tengo muchacha, que, francamente, no tengo ganas de cocinar. ¿Qué te parece si vamos a cenar a Carrasco?

—Tengo que matarlo.

No hay otra salida para mí. Pero lo pienso y de inmediato siento una conmoción, un choque que no es sólo mío, individual, sino que es también coreado reproche. Seré el más despreciado, el más insultado, el más destruido. El país no tolera gestos trágicos. El país sólo tolera gestos insulsos o serviles; participar en la Gran Caridad televisada o abrir inhábilmente las nuevas manos de mendigo flamante. Dólares, por amor de Dios. Y sobre todo, no complicarnos la vida. Matarlo es, para mí, una complicación de la vida. Y qué complicación. Por eso me resisto, por eso me debato frente a la obligada decisión y trato de hallar otro camino. Pero no hay otro. Además, ¿cómo será eso de matar? Sólo una vez creí que había matado a alguien. El primo Víctor jugaba conmigo en el baldío de Ganaderos y Garzón. No lo vi más, pero no me importó demasiado y seguí jugando solo. Con piedritas, con caracoles, con un tablón de clavos herrumbrados. Pensé que él habría vuelto a su casa. De pronto vi la herradura. Tía Olga aconsejaba tirar las herraduras hacia atrás, sin mirar; eso traía suerte. Entonces yo tomé la herradura, para mayor garantía me tapé los ojos y la arrojé por sobre mi hombro. Oí a los dos segundos un grito agudo, y después nada.

Sí, le había acertado a Víctor en la cabeza. Y se había desmayado. Lo mataste, decía tía Olga cuando llegó corriendo, lo mataste a mi nene, a tu primito, chiquilín asesino. El cuerpo de Víctor estaba flojo y su rostro tenía una impresionante palidez cuando tío Esteban lo llevaba en brazos y yo corría detrás, llorando y reclamando a gritos: Que abra los ojos, decile que abra los ojos. Pero el bracito seguía colgando al costado de tío Esteban, como si la mano quisiera entrar en el bolsillo del saco *sport*. Lo depositaron en un sofá de la sala y yo lloraba, tratando de explicar

que no sabía que él se había escondido. Decile que abra los ojos; decile, tío. Creí sinceramente que lo había matado y la idea me resultaba insoportable. Tía Olga le ponía compresas frías en la frente y tío Esteban le hacía oler amoníaco. Cuando, a los pocos minutos, Víctor abrió primero un ojo, después el otro, y dijo quejoso: Ay, cómo me duele, ¿quién fue?; cuando yo vi que vivía, estallé en una carcajada eléctrica y empecé a decirle a tía Olga: Viste, tía, yo no lo maté, él se había escondido, yo tiré la herradura para atrás sin mirar, como vos me enseñaste, pero a Víctor no le trajo suerte. Y ella rió, todavía llorando pero ya sin rencor, y me abrazó: Ay mijito, gracias a Dios que no pasó nada, ¿sabes qué horrible si hubieras matado a tu primito? Sin embargo, meses después, cuando Víctor realmente murió de no sé qué enfermedad vertiginosa, y yo fui el primero en verlo muerto, no me acordé para nada de aquella vez en que lo había visto flojo, vencido, con el brazo colgando y las puntas de los dedos a dos centímetros del bolsillo de tío Esteban.

—Tengo que matarlo, Dolores.

Ella también está floja, a mi lado. Pero vive, gloriosamente vive. Sólo que está dormida. Ahora sí que parece indefensa. Ha arrollado las piernas como una chiquilina y, quién iba a imaginarlo, respira con la boca abierta. ¿Por qué será que me conmueve tanto? Su desnudez no es espléndida, pero esos senos pequeños, de adolescente, me producen vértigo. Y todas esas manchitas, abundantes pero no tan nutridas como pecas, que tiene en la cintura, y el sexo casi rubio, y las rodillas infantiles y los hombros tan tersos. Todavía no puedo creerlo. *Porque te tengo y no.* Sin embargo, sigue siendo cierto. No la tengo, claro. Le pertenezco, pero ella no. Después de la tarde de la Goleta, no le hablé nunca más sobre ella y sobre mí. Fue ella la que habló. La encontré ayer, sólo ayer, feliz ayer. San José y Yaguarón. La traje hasta su casa, como siempre por la Rambla. Lo estuve pensando, dijo, noches y noches. Yo no dije nada, no quería hacerme ilusiones. Sé que estás sufriendo, dijo. Tampoco contesté. Ramón, dijo. De pronto pensé que iba a acontecer algo inesperado, una de esas

estupendas noticias que infructuosamente me anuncian desde hace años todos los horóscopos, y no pude evitar hacerme ilusiones. Ramón, repitió, voy a acostarme contigo. Aun antes de admitir que el cielo se estaba abriendo, le agradecí mentalmente que no hubiera dicho: Vamos a hacer el amor, sino: Voy a acostarme contigo. Tuve que aminorar la marcha del coche y, antes de Larrañaga, arriqué el auto al cordón. Las manos me temblaban. Noté que me había olvidado de cómo tragar la saliva. Lo decidí esta mañana, siguió ella; es muy extraño lo que siento por vos; no sé si te quiero; es tan distinto de lo que siento por Hugo; es algo mucho más sereno, más tranquilo, también más agradable; quizá sea la seguridad de que me comprendés, de que sos bueno; no estoy proponiendo que seamos amantes en forma más o menos permanente; no puedo engañarlo así a Hugo; te propongo sencillamente que nos acostemos una sola vez; yo sé que es importante para vos y te aseguro que está siendo importante para mí; estás enamorado y sufrís; yo no estoy enamorada, todavía no al menos, pero también sufro; no puedo verte desgraciado, Ramón; quiero que tengas un recuerdo creado por mí, algo a lo que puedas asirte; me resulta insoportable que hayas perdido a tu madre, que odies a tu padre, que te sientas lejos de Gustavo, que no puedas comunicarte con Susana y que de vez en cuando sueñes conmigo; creo que tenés derecho a sentirte, una vez por lo menos, al día con tus emociones, con tu vida; creo que tenés el derecho de sentirte pleno; te confieso que para mí ha sido toda una crisis; pero de pronto vi claro, vi que la muerte se está vengando siempre de nuestras vacilaciones; nuestra vida se compone de tres etapas; vacilar, vacilar, y morir; la muerte, en cambio, no vacila frente a nosotros; nos mata y se acabó; y el gran espía, la formidable quinta columna que ha instalado la muerte en nosotros, se llama el escrúpulo; ya sé, yo tengo escrúpulos; vos también, entendeme que no estoy contra el escrúpulo; pero es la quinta columna de la muerte; porque gracias al escrúpulo, vacilamos, y se nos pasa el tiempo de gozar, de gozar ese minuto feliz que, como gracia especial, fue in-

cluido en nuestro programa; nos pasamos toda la vida soñando con deseos incumplidos, recordando cicatrices, construyendo artificial y mentirosamente lo que pudimos haber sido; constantemente nos estamos frenando, conteniendo, constantemente estamos engañando y engañándonos; cada vez somos menos verdaderos, más hipócritas; cada vez tenemos más vergüenza de nuestra verdad; por qué entonces no puedo hacer posible tu minuto feliz; además tengo curiosidad, lo reconozco, por saber si no podrá ser también mi propio minuto feliz; a lo mejor es el de ambos, quiero decir que no tenemos que darle ventajas a la muerte, porque ella no nos hace la mínima concesión; después que estés muerto y yo muerta, ya no habrá posible retroceso, no será posible volver a este instante en que vos me deseáis desesperadamente y yo soy todavía dueña de mi decisión; esta mañana, cuando llegué a este planteo, no pude menos que reírme; ¿cómo podemos ser tan torpes que hasta ahora le hayamos estado ofreciendo a la muerte esta ventaja gratuita del escrúpulo?; ¿no te parece que es más o menos como si el condenado a la silla eléctrica se encargara personalmente de comprobar la perfección de los contactos, la buena calidad de los cables?

—Tengo que matarlo, Dolores.

Entonces ella preguntó: ¿Estás dispuesto? y yo sonreí tristemente. Primero, porque pensé en el pacífico orden con que ella enumeraba sus verdades y luego, porque tampoco yo estaba demasiado seguro de que el Minuto Feliz, así solo, sin estar seguido de muchas horas felices, de toda una vida feliz, fuera a mejorar en algo mi destino. Tal como ella lo planteaba, iba a ser un minuto feliz y condenado. Y ese recuerdo, ese algo a qué asirme, tal vez amargara para siempre todas mis noches, todos mis insomnios. La historia de la muerte era rigurosamente cierta, pero. Por algo vacilamos. Tal vez sea porque no nos resignamos al minuto único y feliz. Preferimos perderlo, dejarlo transcurrir sin hacer siquiera el razonable ademán de asirlo. Preferimos perderlo todo, antes de admitir que se trata de la única posibilidad y que esa posibilidad es un solo minuto y no

una larga, impecable existencia. Claro que sí, Dolores, dije. Y ella adivinó lo que yo estaba pensando. Naturalmente, dijo, puede suceder también que después seas más desgraciado y yo quede entonces con el remordimiento de haberte herido; pero eso no lo podremos saber hasta después; y creo que vale la pena correr el riesgo. Y yo pregunté cuándo, y ella dijo mañana.

—Tengo que matarlo, Dolores.

Mañana es hoy. Hoy, en esta cama de apartamento, Dolores ocupa el mismo sitio que tantas mujeres de Jorge, Juan y Jacinto, la sociedad sexual de las Tres Jotas, como se llaman a sí mismos; la sociedad que hoy me cedió la llave. Donde se han tendido y abierto de piernas tantas secretarias, actrices, modelos, cajeras, pitucas, viuditas, manicuras, locutoras, bachilleras, azafatas, nínfulas, turistas, maestras de primer grado, feligresas, nadadoras, poetisas, escribanas, taquígrafas, bailarinas, profesoras de corte y confección, morfinómanas, ex suicidas, ascensoristas, dueñas de *boutiques*, presidentes de comités, esposas de diputados, vendedoras de calzoncillos, lectoras de Henry Miller, postulantes a Miss Uruguay, *teenagers* del Crandon, *jeunes filles* de la Alliance, aquí donde tantas, con éstas u otras palabras, dijeron *tengo miedo de que después de esto me desprecies* y a continuación gozaron como Dios manda, aquí donde estuvieron las buenas, las malas y las regulares, está ahora Dolores, única, incanjeable, sonriente hasta en sueños; Dolores recogida por mí, traída en silencio por mí, siempre por la Rambla, y, después de haber dejado el coche en una callecita discreta, bajo árboles más discretos aún, acompañada por mí en un ascensor que compartimos con un viejo de boina y un perro salchicha, conducida por mí hasta este *pent-house* del noveno piso, llevada por mí hasta el espectáculo del mar con cinco velas desafiantes y erectas y una sola nube blanca afilada, apoyada sobre el lomo del horizonte; acariciada por mí, besada por mí casi sin palabras, contemplada por mí mientras en sus ojos brillaba, cada vez con menos frecuencia, es cierto, el recuerdo inoportuno de Hugo; despojada por mí de su collar, de

sus *clips*, de su relojito, de sus zapatos, de su vestido que se atracó a mitad de camino y casi rompe el cierre, despojada de esto y de esto otro que ha quedado al pie de la cama, es decir, despojada por mí de todo menos del intermitente recuerdo de Hugo; abarcada por mí mientras yo me arrancaba la lentísima ropa, abrazada por mí con suavidad, con plena conciencia de que el Minuto Feliz debía ser estirado al máximo, de que el Minuto Feliz había empezado a transcurrir inexorable, irreversible, sin prehistoria ni similares en mi propia existencia, porque este abrazo era un abrazo total, que incluía y mejoraba todos mis abrazos anteriores, desde Rosario a Susana, un abrazo en que yo sabía que me iba la vida, y mi actitud ante el mundo, y el fondo último de mi ser; respirada por mí, absorbida por mí a través de mis manos, mis ojos, mi nariz, mis oídos, a través de cada milímetro de mi piel que tocaba su piel; poseída en fin por mí mientras sentía mis ojos obstinadamente abiertos y mientras me oía a mí mismo pronunciar pletóricas, repletas, angustiadas palabras que venían de un fondo oscuro pero exclusivamente mío, un fondo que por primera vez se revelaba a mi conciencia y desde ya me enriquecía y anonadaba; gemida por mí en el instante final, con una queja indefensamente animal que venía desde muy lejos, desde mi infancia quizá, cuando me sentía desvalido ante los monstruos de la noche, aunque en esta nueva oscuridad me estaba sintiendo más desvalido aún frente al terrible monstruo llamado muerte, acechante testigo de la pequeña derrota que aquí le infligíamos y dispuesto a vengarse mañana, pasado, cualquier días de éstos, con un solo zarpazo displicente; admirada, querida, renovada por mí, mientras la abandonaba para quedarme a su lado y consolarla, infinitamente agradecido, con mi brazo derecho bajo su delgado pescuezo y el lóbulo de su oreja entre mi índice y mi pulgar, como rezagada y última comunicación de nuestros pobres cuerpos, laxos, satisfechos, condenados, destruidos. Sólo entonces tuve conciencia de cuáles habían sido *mi* actitud y *su* actitud durante el último cuarto de hora. Y me vi a mí mismo como un reflejo de la más antigua de mis desesperaciones,

como un detector del egoísta asombro que llegaba a borbotones desde mis propias raíces, como una inesperada irrupción de toda mi vida en este solo instante. Y la vi a ella, por el contrario, mucho menos ensimismada. La vi volcada hacia mí en una silenciosa piedad, en una entrega sin reproche y sin barreras, con todos sus sentidos generosamente dispuestos a la fusión más completa, preocupada por mis ojos, mis manos, mi gemido, como si en mí ella estuviera concentrando no un arranque, no una pasión que evidentemente no era tal, sino un estilo personal de amor al prójimo, consiguiendo así el milagro de que sus murmullos, sus abandonos, sus caricias, sin llegar a ser, si se los consideraba separadamente, señales verdaderamente amorosas, al integrarse y complementarse, formarían sin embargo un solo y sincero acto de amor. Entonces, al verme a mí tan concentradamente egoísta, y a ella tan generosa, tan abierta, tan dispuesta a lanzarse a mi vacío, tuve un poco de vergüenza y creo que hasta me ruboricé. Pero ella ya no podía darse cuenta, porque mi brazo sintió cómo su cabeza se abandonaba hacia un costado y su oreja caía sobre mi palma, y su respiración de sueño tranquilo, de plácida conciencia, se convertía en el único, casi imperceptible sonido de este limpio, aséptico ambiente con pinturas abstractas, chanchitos de Quinchamalí, afiches off-Broadway, ventanales con cielo.

—Tengo que matarlo, Dolores.

Ahora más que nunca. Sé que voy a tener fuerzas; sé que no correré el riesgo de la conmiseración. Me siento libre de una hostilidad frívola, armada con rabetas, rencores, pobres estallidos. Tengo que matarlo para recuperarme a mí mismo, para hacer de una vez por todas algo generoso, algo desprovisto de falso orgullo, de cálculo mezquino. Tengo que matarlo por el bien de todos, incluso por *su bien*. Serena, despiadada, conscientemente, debo preparar esta invasión de mi tranquila justicia sobre su crimen imperfecto. Para que el país tenga un descanso; para que yo tenga un descanso. Cerrar de un portazo la última ignominia. Y que todo se vuele: los papeles y los papelones, las condecoraciones y los prestigios, las ma-

yúsculas y la oratoria. Con tanta hojarasca no sabemos de qué color es el suelo, dónde están los pozos, dónde el hormiguero, dónde el trébol de cuatro hojas, dónde la arena movediza. Tierra firme, por favor. Tengo que matarlo. Él es el asesino; no yo. Él es el asesino que arma mi mano, que no me deja escapatoria, que me obliga a salvarme, a no ser corrompido. Más exactamente, él es el suicida. Y yo tengo que salvar a Gustavo, este hijo que viene detrás de mí, tragando tierra con los ojos nublados, inseguro en su ira, mansamente terco, pobrecito. Si pudiera hablarle, convencerlo. Pero esto no puedo hablarlo con nadie, ni siquiera con ella, con Dolores. Si hablo, todos se sentirán en el deber de convencerme de que no lo haga. Y probablemente me convenzan. Estoy seguro de que por lo menos Dolores me convencería. Así que no le hablo. Porque debo hacerlo. En este trance que acabo de pasar, ella me ha dado el poder, ella ha permitido que yo me viera. Y así me he comprendido, sentido, interpretado. Y tengo que matarlo. Cada vez está más claro. Lo veo despabiladamente, sin escandalizarme, con mi palma ya húmeda por el sudor de su mejilla dormida, así, solo, sin aliados, sólo con enemigos, sin turbarme, dispuesto esta vez a obedecerme, aunque todavía no me haya acostumbrado a mi estupor.

—Tengo que matarlo, Dolores.

—¿Qué?

—Si yo no hablé.

—Es que estaba dormida. ¿Qué hora es?

—Las seis y diez.

—Ramón.

—¿Qué?

—¿Sabes una cosa? Creo que te quiero bastante más de lo que creía.

—Y eso ¿modifica tus planes?

—No. Simplemente las hace más difíciles.

—¿Primera y última vez, entonces?

—Sí, señor. Primera y última.

Cuando entra en el ascensor y aprieta el botón del quinto piso, tiene tiempo para exiliarse de sus propios problemas y pensar: Pobre Ríos. En un gesto maquinal, que desde hace años está inscrito en su rutina de ascensores, se enfrenta al espejo y acomoda su corbata. Está despeinado, además, pero no hay tiempo para usar el peine. Cuando el ascensor se detiene, ve la mesita de la funeraria, con el libro de firmas. Extrae del bolsillo la lapicera fuente, pero antes de apoyarla recuerda que se le ha acabado la tinta. Se resigna entonces a firmar con la pluma cucharita que está junto al libro. Firma, y por primera vez se fija en qué ha venido a parar, a través de los años, su rúbrica que había sido tan prolija. Un escueto y desdibujado RamBudño es lo que queda de aquel Ramón A. Budiño que figuraba en la primera página de sus libretas de apuntes. No van a saber a quién enviar la tarjeta de agradecimiento, piensa. Y entonces agrega, con mayúsculas que imitan los tipos de imprenta, el nombre completo.

A los costados de la puerta del apartamento 503, que está abierta, hay dos mujeres de negro. Las cariátides, piensa Ramón. Una de ellas se pasa el pañuelo por los ojos secos. Luego suspira, intercalando un sollozo y un leve temblor de labios. Ramón se siente escudriñado cuando desfila entre ambas, pero no las saluda. Pasa mirando hacia adelante, hacia una buena reproducción del *Candombe* de Figari.

—Lo mató el viaje —oye decir a su izquierda.

—Claro que fue cáncer —oye decir a su derecha.

Los hombres visten casi todos de oscuro, están bien afeitados, llevan camisas blancas y corbatas de seda. No hay nada más parecido a un vestuario de fiestas que un vestuario de velorios, piensa Ramón. Y calcula que debe haber unas ciento veinte personas en el apartamento. Sólo

poniéndose de costado es posible infiltrarse y caminar hacia el segundo ambiente, donde está Rómulo Soria. Cómo ha envejecido, piensa Ramón. Soria está hablando en voz baja con dos tipos gordos, engominados. En realidad, todos hablan en voz baja, pero es curioso que tantas voces bajas formen un ruidoso murmullo colectivo. Alguien chista, discretamente escandalizado, y el murmullo se aplaca tan repentinamente que en el *living* queda sonando una sola voz desguarnecida: “¿Quiere otro cafecito?” En realidad, la vergüenza funciona después de la segunda palabra, y *cafecito* ya es dicho en un susurro.

De pronto la gente se aparta en un movimiento ondulante. Un hombre joven, de gris, con la corbata floja, pasa por el improvisado callejón, y todos le alcanzan manos, condolencias, palmoteos, consuelos. El hombre tiene los ojos irritados y por dos veces traga saliva. Desde su sitio, Ramón ve el sube y baja de la nuez.

—Es el hijo —advierten los enterados y los que en ese momento se enteran.

El hijo recibe dos abrazos más y después trata de alcanzar una puerta cerrada. Ya tiene la mano en el pestillo, pero una mujer setentona y delgada, con lentes y sombrero, se abalanza llorando.

—Asdrúbal, pobrecito, ay qué horrible, cómo te sentirás, un padre tan bueno, pienso en esta desgracia y no puedo creerla, Asdrúbal, pobrecito, ¿sufrió mucho Nicolás?

—Quédese tranquila, doña Sara —dice el hijo, pero ella no se desprende.

—¿Sufrió mucho Nicolás? Quiero saberlo, Asdrúbal. ¿Sufrió mucho?

El hijo hace tal esfuerzo por mantener la calma, que la seriedad se le transforma en una mueca.

—No, doña Sara, no sufrió mucho.

Al fin se desprende y consigue abrir la puerta.

Ni un solo conocido, con excepción de Rómulo, piensa Ramón. No ha podido llegar hasta Soria, que sigue hablando con los engominados.

—Ahí el senador metió la pata —dice alguien, a su espalda—. Piense usted lo que había costado organizar el

golpe. No lo digo por Aguerrondo, él siempre puso buena voluntad. Pero usted sabe lo que es la policía. Desgraciadamente, todavía hay allí mucha gente colorada, así que tuvo que hacerlo con personal de absoluta confianza. En este país de biógrafo, la Universidad es siempre la Universidad. Les parece una cosa intocable. Y mientras tanto, todo fermenta. El día que menos lo piensa, estamos hablando en ruso. Convéznase, Vázquez, para América Latina no hay alternativa: o Stroessner o Fidel. No valen medias tintas. Y yo, qué quiere que le diga. Me fastidia un poco lo del paraguayo, eso de que arroje opositores desde los aviones o tire cadáveres al río, pero ¿qué se va a hacer? Somos pueblos muy atrasados, Vázquez, y la tortura es, cómo le voy a decir, una forma de aprender más rápido. Es así la cosa: Stroessner o Fidel. Y le confieso que, entre esos dos extremos, yo me quedo con Stroessner. Por lo menos está con nuestra civilización, que es la occidental y cristiana, y en su país ha impuesto el orden, y además dicen que ha hecho un aeropuerto que es estupendo, con pista para jets y todo. En cambio, fíjese aquí: en Carrasco, los Boeings tienen que hacer unas frenadas espantosas porque la pista es como para forchelas. Ah, y como le venía diciendo, había costado mucho organizar el golpe. Son cosas que llevan tiempo. El problema no es el dinero. Dólares no faltan nunca para estas empresas realmente positivas. Lo que falta es material humano. Y una vez que está todo pronto, una vez que la policía consiente en ubicarse a prudente distancia y en proteger la retirada de esos pibes tan simpáticos del Medl, una vez que sólo falta decir como en las películas: Cinco cuatro tres dos uno cero, ¡zas!, se nos escapa el Senador y va a la puerta misma de la Universidad a preguntar por Torterolo. Naturalmente, se destapó el tarro. Se acabó el misterio. Mire qué bonito: por una pavada, por un capricho, por sacarse un gusto, nada más que por eso no se pudo tomar la Universidad, y ahora quién sabe cuánto habrá que esperar para otro ataque. No se puede trabajar con estas momias, que en estos tiempos de Ku Klux Klan todavía se las dan de Maquiavelos. Hoy hay que sacrificar la gozada

fácil, la tomadura de pelo, para ir directamente al garrote. Yo ya se los dije el otro día en la Subcomisión: a ver si aprenden y para la próxima lo dejan a Aguerro solo.

Otro movimiento ondulante. “Es la nuera”, dicen los murmullos. La nuera dice temblorosas “gracias” a diestra y siniestra. Pregunta si no vieron a su hija. No, nadie la ha visto. Otra mujer la detiene. No se dicen nada, pero se abrazan llorando.

Ramón ha avanzado otro poco. El aire está enrarecido y no se atreve a fumar. Quisiera saludar a la nieta. Para eso vino.

—¿Cómo irá Peñarol a estas horas? —dice un susurro vergonzante.

—Diga mejor: ¿cómo irá Spencer? —comenta otro susurro.

—Ese veneno es nacionalófilo —murmura el primero.

Ramón ve cómo los hombros se sacuden al reírse en la forma más contenida posible.

Rómulo Soria lo ha visto y viene hacia él.

—Las ganas que tenía de verte. Lástima que sea en estas circunstancias tan penosas.

—Sí, claro. No pasan los años para vos. Estás igualito.

No, está terriblemente avejentado, pero la aceptada convención es hallarse jóvenes, siempre jóvenes, como un conjuro contra el tiempo.

—Pobre Ríos —dice Rómulo.

—Bueno, no tan pobre. Consiguió lo que se había propuesto.

—Eso sí. Pero nunca quise con tanto fervor haberme equivocado en un diagnóstico. Era un tipo macanudo.

—Así me pareció.

—Cuando fui a esperarlo al puerto, lo primero que me dijo fue: No veía la hora de llegar, porque esto se está poniendo feo.

Ahora correspondería preguntar si sufrió mucho, piensa Ramón, pero siente como si fuera a profanar, peor aún, a vulgarizar, un hecho valiente, singular.

—¿Sufrió mucho?

—Mirá, bastante menos de lo que yo me temía. Tuvo la suerte de que el corazón no le respondiera. Y así murió

antes de lo previsto. ¿Sabés lo que me dijo la noche antes de morir? Estábamos solos, abrió los ojos y me recalco, bien consciente: Dígale a Budiño que se portó muy bien, dígale que me gusta mucho más que su padre. Te lo transmito porque me lo dijo, pero no sé, francamente. ¿Tenía algo contra tu padre?

—No, me imagino que no.

—¿Sabés de qué me estaba acordando el otro día? De aquella vez en Buenos Aires. Te juro que me reía solo. Al final tuve que contárselo a Nelly. ¿Te acordás cuando le dije la frase al nipón? ¿Y cuando tuve que escaparme de las chinches? Mirá que era mugrienta aquella pensión.

—Sí, era mugrienta, pero tenía una gran ventaja: yo era joven.

Alguien pone una mano sobre el hombro de Soria y éste se da vuelta.

—Doctor Estévez, qué gusto de verlo. ¿Cuándo llegó de Los Ángeles?

Pero el doctor Estévez es sordo, así que responde:

—Doscientos.

Soria abre tremendamente los ojos, le dice a Ramón: “¿Me permitís?”, y se lleva al colega hacia el balcón, donde el grito no suene irrespetuoso. Ramón se sienta en un sillón forrado de plástico a rayas, y cierra los ojos. Hace rato que quiere estar así, para poder asegurarse tranquila y firmemente, como todos los días, como todas las horas: “Tengo que matarlo”. Si el Viejo hubiera sido como Ríos. Pero ¿a quién quiso, a quién quiere, a quién querrá? Ni siquiera una amante estable; si la hubiese tenido, él lo sabría. ¿O quizá no? Imposible, el Viejo nunca quiso a nadie. Si hubiera tenido una amante, una querida estable, eso significaría que él lo conoce mal. Pero desgraciadamente lo conoce bien. Nadie. Sólo mujeres de presuntos amigos, mujeres de políticos, mujeres de alguien, mujeres para un par de veces y basta. No por amor, no por aventura, sólo por el placer de quitar algo a alguien. O por otra razón: negocios. Si se pudiera hacer la cuenta de los contratos que consiguió en la cama. El cornudo es el firmante ideal de los contratos más ventajosos, de los

contratos realmente leoninos; el cornudo nunca tiene inconveniente en agregar a último momento, por el sabio consejo de su querida mujercita, una cláusula que *aparentemente* beneficia a la otra parte, pero que *con el tiempo* lo va a beneficiar a él. A veces el tiempo se demora, pero quién podía preverlo. El cornudo siempre se pasa de astuto.

—Señor Budiño.

Abre los ojos y allí está la nieta. Se pone apresuradamente de pie, pero las articulaciones no responden como hace diez años.

—Oh, perdón, señorita. No sabe usted cómo me ha impresionado lo de su abuelito. Quería decírselo, simplemente.

—Gracias, señor Budiño, usted ha sido muy amable con nosotros.

Increíblemente, la muchacha parece ahora más madura y a la vez más joven que antes del viaje. Será que hoy no tiene pintura en los labios.

—Todos sus consejos e indicaciones me fueron muy útiles, de veras se lo agradezco. Abuelo disfrutó realmente en ese viaje. Hoy me he pasado recordando las cosas que me decía. Me parece que ésa es la forma de conservarlo conmigo. Una tarde, en Toledo, en la casa de El Greco, estaba tan nublado que nada hacía sombra. De pronto Abuelo me miró y dijo: ésta es la casa de un hombre que pensaba en la muerte. Otra vez caminábamos por el Barrio Gótico de Barcelona, veníamos por una callecita angosta, creo que se llamaba San Honorato, y de pronto desembocamos en un gran espacio abierto, creo que la Plaza San Jaime. Abuelo dijo: A veces a uno le pasa como aquí, viene por una callecita angosta y un poco tortuosa y de pronto desemboca en la muerte, ese ancho espacio. Cuando fuimos a Capri, un argentino le aconsejó que visitara la isla en otra época, porque en plena temporada se ponía espantosa, a causa de los turistas. Abuelo dijo: Lo que pasa, señor, es que ésta es mi única temporada. En la Basílica de San Marco, el guía advirtió que el piso de la iglesia descendía un centímetro cada dos años. Abuelo sonrió y dijo: Mis temores alcanzan a menos de tres milí-

metros. En Ginebra nos sentamos en un banco de la isleta Rousseau, a mirar el lago y también a contemplar la gente tan pulcra, tan correcta. Abuelo dijo: Es cierto que Ginebra es como el paraíso, menos mal que yo pienso ir al infierno. En París cenamos en un *bateau mouche* y los reflectores iban iluminando los edificios de valor histórico. Abuelo dijo: Es una suerte que no haya reflectores para iluminar a los muertos. Le digo ahora todas estas frases juntas, pero no vaya a creer que de su parte hubo una insistencia en el tema de la muerte. De ningún modo. Abuelo reía, se divertía, gozaba realmente con lo que iba viendo, disfrutaba con una sinceridad que excluía todo disimulo. Cuando regresábamos en el barco, pocos días antes de que llegáramos, estábamos sentados una tarde en los perezosos de cubierta, y entonces, con enormes precauciones, dosificándome la noticia, me fue revelando su secreto. Pero llegó un momento en que no pude aguantar más y le dije que lo sabía, que lo había sabido desde antes de dejar Montevideo. Y esto sí nunca lo podré olvidar. Me miró, me tomó una mano, me la besó no sé cuántas veces, mientras me decía: Chiquita, chiquita, chiquita. Yo no sé si hice bien, señor Budiño. El doctor Soria dice que sí. Se lo dije, porque me di cuenta de que ya había empezado a sufrir, y yo no quería que, además del dolor, tuviera que preocuparse por fingir ante mí. Pero le juro que nunca sentí tanto cariño y tanta piedad por alguien, como cuando lo vi besándome la mano y diciéndome: Chiquita, chiquita, chiquita. Perdóneme, en este viaje aprendí a ser fuerte y siempre me contengo, pero cuando me acuerdo de ese solo episodio, tengo que llorar porque si no me parece que voy a estallar. ¿Usted cree que hice mal en decírselo?

Nada se mueve aquí. No hay ruido, ni siquiera bocinas. Las persianas dejan pasar una luz débil. ¿Estará nublado? Mejor. Hoy preciso como el pan un día nublado. Esta avalancha de silencio resulta insoportable. ¿Por qué elegí este día? Francamente, no lo sé. Algún día tenía que ser. La pierna de Susana, fuera de la frazada, aún me conmueve. Mejor dicho, desde hace una semana todo me conmueve. En la oficina, la secretaria carnosa me conmueve, pero no gracias a su carne pudorosamente ofrecida; más bien me conmueve por su sola categoría de viviente. En la calle, me conmueve cualquiera de esos asquerosos mendigos que exhiben su pierna con la llaga, convenientemente rodeada de moscas, esa llaga que constituye su capitalito. En mi día comercial, me conmueve cualquier cliente que me hable de lo maravilloso que debe ser Punta del Este, o el turista un poco menos impersonal que pregunta tímidamente qué significado simbólico tiene la fealdad abusiva del Palacio Salvo. En la tarde, cuando regreso por la Rambla, me conmueve ese murallón de grandes edificios que dan sombra a la playa y la cubren de una falsa melancolía. En la noche, cuando me instalo cómodamente en el insomnio, me conmueve mi paciente y pormenorizada reconstrucción de Dolores y su acto de amor, y pienso que desde entonces sólo la he visto dos veces, ambas en presencia de Hugo y de Susana, y apenas si he podido soportar ese suplicio que representa tenerla cerca y sentir-la respirar y no atreverme siquiera a mirarla, porque no estaba seguro de que ella no se pusiera a llorar, o de que yo no me mordiera el labio inferior, o de que ambos no sintiéramos el repentino y simultáneo impulso de abrazarnos. En cualquier momento, cuando Susana se despierta y me toca, o viceversa, me conmueve su pobrecito cuerpo que conozco tan bien, el lunar chico que viene después

del lunar grande, la zona áspera alrededor del pezón, la cicatriz a la altura del apéndice, la vértebra que forma un promontorio levemente mayor que el de las otras, el sexo tibio, las rodillas lustrosas. Y siempre, sobre todo cuando pienso que tengo que matarlo, me conmueve la transformación de Papá en el Viejo, esa transformación que para mí fue como una muerte, porque yo lo admiraba, lo quería, sentía que él era mi respaldo, mi protección, mi abrigo; me conmueve pensarme huérfano, no porque ahora tenga que matarlo, sino huérfano por la muerte de Mamá y también por esa muerte de Papá cuando se transformó en el Viejo, el extrañísimo extraño a quien temo y odio hasta límites realmente inaguantables. ¿Dónde estaré mañana? Hoy es el día. Y este ademán tantas veces repetido de estirar la mano hasta el despertador para que no suene a la hora marcada ya que estoy despierto y no es necesario que asuste a Susana, este ademán que hago con plena conciencia de que es el final de una rutina, se convierte por eso mismo en un acto importante, y también el despertador me conmueve, con su caparazón negra y portátil, y pienso en las veces en que estiré la mano para apagarlo, o para que no sonara, en hoteles de Buenos Aires y Río, de Nueva York y Lima, de San Francisco y Valparaíso. Porque esto es la soledad, pero no mi primera soledad dolorosa. Aquella tarde, en Tacuarembó, cuando empecé a caminar y caminar por el campo, y anduve como tres horas saliéndome de los caminos y terminé por tirarme en el pasto, y el sol se borró de la última copa del último pino y todo se fue silenciando, apagando, dándose por vencido. Sentí entonces por primera vez esa recóndita y casi inmotivada tristeza que trae el atardecer, y me quedé ahí, en el pasto, boca y panza arriba, mirando las nubes salpicadas, cada vez más consciente de la ajenidad de todo ese contorno, y escuchando un solo mugido lejano que se repetía con la regularidad de una obsesión y que convertía el aire en algo espectral y a mi propio cuerpo en un objeto más, caído, desparramado ahí para cuando pasara algún rastrillo, o algún jinete, o alguna sombra. O aquella madrugada, en el aeropuerto de Maiquetía, don-

de tuvimos que quedarnos cuatro horas porque el avión tenía un desperfecto, y donde todos los pasajeros se fueron durmiendo en los sillones y perezosos, y la tripulación desapareció y sólo yo quedé despierto y de pie junto a aquellos largos mostradores con vitrinas y cajas de bombones, cerámicas y perfumes, botellas y botellitas, sólo yo entre grandes escaleras y espejos, con todas las barandas a mi disposición; me sentí como el único sobreviviente de un mundo que ese día había concluido y cuyos últimos habitantes eran cadáveres que simulaban dormir en una absurda espera; me parecía que no era el avión sino el universo el que había sufrido un desperfecto y que no valía la pena esperar porque nadie vendría, ya que en ese momento todos habíamos empezado a ser minuciosamente olvidados. O aquel domingo, en San Francisco, cuando compré un diario y fui a leerlo a Union Square, y no había ningún sitio en los bancos porque innumerables viejitos y viejitas se habían dado cita para tomar el sol, y muchos y muchas más caminaban lentamente, con los ojos vigilantes y voraces, en espera de que quedara algún sitio libre en que ellos pudieran a su vez sentarse y tomar sol y dar migajas a las palomas, exactamente igual que en la modesta plaza Cagancha o en la celebérrima Piazza San Marco; entonces yo también empecé a caminar lentamente, al ritmo de las viejas y los viejos, yo también a la espera de un sitio, y así unos tres cuartos de hora hasta que al fin una vieja, armada de un oscuro New Testament, colocó, en el preciso momento en que yo me detenía a dos pasos de sus zapatones de predicadora, un galón deshilachado entre dos páginas de la segunda epístola de San Pablo a los Tesalonicenses, levantándose luego en tres etapas de acuerdo al reumatismo de sus bisagras, permitiendo entonces que yo me sentara para leer, en el *San Francisco Chronicle*, una nota que confundía objetividad con aburrimiento acerca de la novena o décima postergación de la muerte de Chessman; entre aquellos viejos y yo, entre aquellos viejos entre sí, sentí que no había comunicación posible, sentí que todos estábamos solos como ostras, que nos ignorábamos concienzudamente y que no nos impor-

taba ignorarnos, que estábamos al sol pero que no lo recibíamos con gratitud o simplemente con alegría de la piel, sino con una suerte de resentimiento, sin reconocer frente a nosotros mismos el placer de que nos calentara y nos facilitara una mejor circulación sanguínea; sentí también que si de pronto cometía la locura, o por lo menos el exabrupto, de tender una mano a todos y cada uno de aquellos vejestorios, sólo conseguiría que se abalanzaran sobre mí, momentáneamente aliados en la fanática defensa de sus propios rencores, para herirme de todos los modos posibles con sus evangelios, sus agujas de tejer, sus bastones y sus perros; y no tuve más remedio que levantarme y huir, sin conseguir acumular coraje como para dar vuelta la cabeza, pues no quería comprobar cómo el viejo de quepis y pipa le ganaba por medio metro a una vieja de sombrero frutal, en la reñida provisión de mi sorpresiva vacante. Y, por último, aquella noche en Nueva York, cuando llegué a Washington Square, y vi a las parejas que bailaban silenciosamente, con las radios a transistores colgando del pescuezo, siguiendo cada una un ritmo diferente, como si quisieran exhibir públicamente el provisorio enclaustramiento elegido, el falible, pasajero convencionalismo en que sus respectivos pares de soledades parecían coincidir; nosotros dos nos entendemos, parecían decir, nosotros dos escuchamos la misma melodía, oímos el mismo mundo, desciframos las mismas palabras, nosotros dos y el resto que se pudra; y me sentí formando parte de ese resto, y por lo tanto en proceso de putrefacción; me sentí como destinatario universal de ese rechazo; me sentí asquerosamente solo.

Mejor que no se despierte. Tengo que evitar toda tentación que me haga vacilar. Tengo que ser duro e inflexible, y lo más probable es que, si desayuno con Susana, llegue a serme particularmente difícil permanecer sereno frente a las tostadas con gusto a hostia, y la manteca blanduzca que anoche olvidaron poner en la heladera.

El agua está más fría que de costumbre, pero hoy es un día especial. Hoy no quiero usar agua caliente, hoy no quiero usar el confort, porque aquí se termina. Hoy tengo

que salvar y salvarme. ¿Por qué este espejo me devolverá ese rostro cargado de ironía? ¿Dónde está lo divertido? Les presento a Ramón Budiño, al comenzar la jornada en que ha resuelto matar a Edmundo Budiño, un crápula que provisoria y casualmente es su padre. Se ruega no inquirir por circunstancias atenuantes, porque no las hay. Se trata de un crimen largamente rumiado. La única suerte es no creer en Dios. Así hay menos complicaciones. Les presento a Ramón Budiño, vivisector de las relaciones con su padre, insomne fuera de foco, cobarde que se juega su última carta de valentía, desnudo con incipiente panza, inminente huérfano por propia decisión y meditado fogonazo, enamorado sin besos y sin lengua, pobre diablo inteligente y con ceño, inesperado criminal sin embargo, estúpido con exceso de memoria, creador de la propia absolución, izquierdista pálido sentado a la derecha, acaudalado poseedor de escrúpulos eléctricos, curioso de la propia muerte y también de la ajena, aburrido de órdago, padre desolado y sin norte, animoso sexual, perplejo incurable, yo. Digamos que mañana despierte en un calabozo. Si quieren tapar el crimen, juro que lo destaparé. Nada de contemplaciones. Para no declararme culpable, tendrían previamente que declararme insano. Pero no conozco un ataque de locura tan preparado.

—Buen día, papá.

—Buen día.

Que me hable lo menos posible. Mañana Gustavo pensará: Nunca lo hubiera creído capaz. Mañana la muerte del Viejo habrá pasado a ser algo inusitado pero irrevocable. Gustavo mirará llorar a su madre, pero él tendrá los ojos secos y orgullosos. Estará todavía envarado por la sorpresa, pero pensará en mí. Compasiva, tiernamente, pensará en mí.

—¿Supiste que a Larralde lo echaron de *La Razón*?

—¿Quién te lo dijo?

—Mariano. Parece que Abuelo exigió que lo despidieran. ¿Vos sabés el motivo?

—No.

Entonces el Viejo se equivocó. Entonces no lo pudo

comprar. ¿Dónde queda ahora aquella teoría de que Larralde era un periodista inteligente, etcétera, pero también un tipo que quería vivir tranquilo? ¿Y aquello de que no era un idiota y por eso en seguida comprendería? No lo pudo comprar. O sea que Larralde hizo lo que yo no hice. El Viejo me compró cuando me prestó la plata para la Agencia. Pero yo permití que me comprara. Ahora Larralde se acabó, ningún otro diario lo admitirá. Tendrá que vender televisores a plazos, o libros de oficina en oficina, o ballenitas a cinco reales la docena. Pero qué bueno saber que alguien ha tenido suficientes cojones como para no venderse. Claro que su pobre felicidad es inútil, porque, como decía Walter, siempre hay un modo de tapar las porquerías y enterrar a denuncia y denunciante. Cuando la cena del Tequila, Larralde estaba en el otro extremo de la mesa. Casi no hablé con él, y hasta me pareció que me examinaba con desconfianza. Pero cuando aquella imbécil, creo que se llamaba Sofía no sé cuánto, lo desafió a que dijera dónde había más libertad que en los Estados Unidos, él dijo: En las selvas del Amazonas, y conste que allí no hay democracia representativa. Me gustó Larralde. Estuvo toda la noche a disgusto, tanto cuando todos encontraban espléndido a Estados Unidos y asqueroso al Uruguay, como cuando llegó la falsa noticia del desastre y dieron comienzo a la jeremiada y al conmovedor obituario sobre el paisito querido y cadáver.

—¿Querés que te lleve al centro?

—No, me quedo. Tengo que estudiar.

—¿Dónde vas a estar esta noche?

—Creo que con Mariano. ¿Por qué?

—¿No podrías quedarte alguna vez a cenar con tu madre?

—Pero.

—Prometeme que esta noche cenarás con Susana.

—Pero, papá.

—Nunca te lo pido. Sólo hoy. Tengo mis razones.

—Está bien.

No me atrevo a besarlo. Nadie debe sospechar nada. Cualquiera podría convencerme y no quiero correr ese

riesgo. Éste es mi hijo. Se me escapó de las manos. No sé lo que piensa. No sé quién es verdaderamente. A veces me mira con cariño, a veces con sorpresa, a veces con desaliento, a veces con rabia. Empezó a ser otro, es decir, a mirarme con cierta perplejidad, después de la primera vez que le pegué. Yo dormía la siesta y Susana le ordenó que me despertara. Él, que tenía seis años, lo hizo dándome un golpe en la nariz. Abrí los ojos y lo vi sonriente, creo que su expresión era increíblemente de inocencia, de juego, pero así y todo no pude dominarme y, contra mi costumbre, contra mis principios, le propiné una soberana paliza. Él no lloró, pero a partir de ese momento su mirada fue otra. Días después lo llamé, le expliqué cómo ahora había advertido que él había querido hacerme una broma, y que yo, al despertar tan bruscamente, no me había dado cuenta de esa intención. Está bien, dijo él, pero creo que nunca me lo perdonó. A menos que.

Me faltan cinco cuadras para llegar a lo de Hugo. Tengo que decidir si bajo allí, por un instante, nada más que para ver a Dolores. Pero también puede acontecer que, si la veo, mi decisión pierda consistencia. Y no puede ser. Tengo que matarlo. Creo que Gustavo nunca me lo perdonó. A menos que el secreto esté en otra parte. Sin embargo, se siente más cerca de mi temperamento que del de la madre. De eso estoy seguro. Quizá esperaba algo más. Quizá esperaba que yo nunca hubiera aceptado plata del Viejo. Bueno, no sólo Gustavo; yo mismo esperaba eso de mí. Pero era tan fácil, tan prodigiosamente fácil. Y además encontré tantos argumentos para aceptarla. Llegué al colmo cuando me dije: De todos modos, esto representará una más justa distribución de la riqueza.

—¿Está mi hermano?

—No, señor Ramón. El señor Hugo salió hace un momento.

—¿Y la señora?

—La señora Dolly sí está. ¿Quiere que la llame?

—Bueno, si no está ocupada.

Mejor que no esté Hugo. Seguramente, no me habría resultado agradable ver la despreocupada cara de mi her-

mano, ese otro huérfano inminente. Sí, Gustavo se me escapa, se me escapó. Pero ¿quién no? A los seis años, me gustaba dibujar, y tío Esteban siempre me traía lápices y papel. Yo hacía, muy sucintamente, casas, autos, caballos, árboles, vacas. Mamá se divertía. Una tarde vinieron dos monjas, a pedir una ayudita para el colegio. Me acuerdo borrosamente del episodio, pero Mamá lo ha contado tantas veces y tía Olga se ríe cada vez con tanto estruendo, que mi memoria se ha tonificado. Estaban en el *living* las monjas y Mamá. Yo me asomé y una de las monjas le preguntó a Mamá: ¿Es suyo el pequeño? Mamá hizo entonces mi elogio y recalcó especialmente lo bien que dibujaba. Una monja era flaca y joven y llevaba lentes muy redonditos, con aro metálico. La otra era baja, cincuentona, con bolsones violáceos bajo los párpados y unos ojos terribles. En realidad, no me gustaba ninguna de las dos. La flaca dijo: Haznos un dibujito, hijo. Era la primera vez que alguien me decía *haznos* en lugar de *hacenos*. La de ojos terribles agregó: ¿Qué nos vas a dibujar, hijo? Yo dije: una vaca. Pero cuando volví a ver aquellos ojos terribles, decidí vengarme y dibujé una vaca, pero con su bosta. Las dos monjas se levantaron y nos envolvieron, a Mamá y a mí, en una mirada admonitoria. Mamá trató de sonreír, pero las monjas se fueron, agraviadas y olímpicas. Yo esperaba la gran reprimenda, pero Mamá me miró desconcertada y sólo dijo: Ramón, cómo has crecido. Probablemente era un modo de decir: Cómo te escapas.

—Ramón.

—Me desconcerté un poco cuando la muchacha me dijo que estaba la señora Dolly. Yo sólo conozco a Dolores.

—¿Cómo estás?

—Horrible, ¿y vos?

—Llena de dudas.

—¿Arrepentida?

—No. Sólo llena de dudas.

—¿Se refieren al pasado o al futuro?

—Se refieren simplemente a mí.

—¿Y a mí no?

—Es casi lo mismo.

—¿Interpreto mal o me estás dando alguna esperanza?

—Interpretás mal.

—No entiendo.

—Lo que pasa es que no puedo desdoblarme, Ramón. Primero creí que lo quería a Hugo, sólo a Hugo. Ahora sé que también te quiero a vos. Pero lo más terrible es que no he dejado de querer a Hugo. Es espantoso, pero es así.

—Sigo sin entender.

—¿No te pasa algo parecido con Susana?

—No.

—Cada vez que me acuerdo de aquella tarde.

—Dolores.

—Pero no puede ser. De eso estoy segura.

—Voy a hacerte una pregunta importante. Así que pensá bien antes de contestarme. A eso vine.

—No me mires así.

—¿Creés que alguna vez solucionarás tus dudas y podrás venirte conmigo?

—¿Tengo que contestarte hoy? ¿En este momento?

—Sí.

Es mi última oportunidad. Y también la última oportunidad para el Viejo. Tengo que matarlo, claro. Sólo sacrificaría este sacrificio si Dolores me dijera: Vamos. Qué encanto es. Qué ojos. Si me acepta, me quedará una frustración: la de haber dejado que el Viejo siga contaminándolo todo, la de ser consciente de mi odio y de mi temor. Pero, por otra parte, tendré una plenitud: por lo menos en un aspecto habré vencido. Y uno necesita ser mínimamente vencedor de algo. Ella me quiere ahora. Y Hugo es cada vez menos importante. Si ella acepta, sé que voy a vencerlo. Pobre Hugo. Si ella no acepta, si ella no acepta. Sé que va a aceptar.

—No, Ramón, no puedo.

Sólo ahora tengo conciencia de que el revólver está en mi portafolio. Sólo ahora el Viejo está condenado. Pobrecita. Se le han llenado los ojos de lágrimas, pero no sabe que en este momento está decidiendo mi rescate, mi salvación, mi reencuentro conmigo mismo. No puedo decírselo, porque sería chantajearla, sería presionarla para que dijera sí. Ella no sabe que, gracias a ese *no*, rescataré la imagen de Mamá,

propinaré al fin ese castigo que él empezó a merecer la tarde en que castigó a Mamá detrás de la mampara. El Viejo es un crápula y sin embargo la justicia lo respeta, porque él hace todas sus trampas dentro de la ley. Pervierte, compra y vende conductas, corrompe. Pero la justicia quiere documentos. Mientras los estafadores sean tan reacios como ahora a colaborar con la justicia, es decir, mientras no presenten un completo administrativo junto con el testimonio del calote, esa justicia, como no puede condenarlos, los admira, los elogia, los defiende, pone a su servicio el complicado mecanismo. Hay una segunda justicia, la que administra Dios. Pero yo no creo en ella y presumo que el Viejo tampoco cree. Descartada, pues. Pero hay una tercera: la que administro yo. Sé positivamente que el Viejo es un mal tipo, un delincuente de alto y bajo vuelo, un personaje funesto. Tengo que matarlo. Además, su mayor delito es haber dejado de ser Papá, para convertirse en el Viejo. Y eso es imperdonable. Lo condeno.

—Está bien, Dolores.

—No me mires así.

—Te miro como siempre.

—No, no es como siempre. Me mirás como...

—¿Cómo qué?

—Como un derrotado.

—Es que soy un derrotado, ¿no lo sabías?

—¿Me prometés algo?

—No, Dolores, no te prometo nada.

¿Por qué se queda ahí, junto a la verja, mientras doy lentamente marcha atrás? Que se vaya, que entre de una vez en la casa. A duras penas puedo soportar el vestido blanco, pero no esas sandalias, no ese collar, no esos clips, los mismos que una vez le fui quitando, que le sigo quitando, desvelado o dormido, siempre. *Porque te tengo y no.* Ya no te tengo. Definitivamente no. Que se vaya. Que desaparezca. Que se encierre. Que se esconda a llorar. Yo no me escondo.

Secretaria espléndida, carnosa. Hoy no tengo ganas de mirarla. Estoy demasiado decidido, demasiado frenético.

Sólo en estos momentos de tensión excepcional, me convierto en un ser desprovisto de curiosidad, de admiración, creo que hasta desprovisto de sexo. Sólo en momentos así me desprendo totalmente del ritual de las apariencias, penetro a través de ellas, y, exactamente como un radar, con la indiferencia y la fidelidad de un radar, denuncio la verdad. Bueno, tampoco es así. La verdad es que me desprendo de todas las apariencias en beneficio de una sola: la de que hoy es un día normal, como cualquier otro, y no el día en que mataré a mi padre, es decir, al Viejo que antes, hace mucho tiempo, fue Papá. Pobre secretaria. Todavía no lo sabe: mañana se enterará de que hoy se estuvo inclinando frente a un asesino, mientras conseguía que la blusa rosa se abriera discretamente y, con frenada concupiscencia, mostrara esa hendidura que es comienzo y bifurcación, esa famosa hendidura tan fresca como dos labios y que seguramente ha de ceder vorazmente, casi como una drosera, bajo la presión de otros dos labios propiamente dichos, digamos los del novio. Pobre secretaria, para ella es una suerte ser tan boba y tener novio que la masajee, no pensar en nada que no sean las cartas que le dicto y las obligatorias calenturas del lunes, miércoles y viernes en la madrugada del zaguán, porque ni ella ni el novio tienen cara de liberación sino de vivir su cotidiana y católica tortura de pulcro relajo y contención horrible. A estas almas primitivas, saludablemente egoístas, sublimes de tan mojigatas, eficaces sólo para excitarse, a estas almas que sólo son cuerpos pero no admiten frente a sí mismas ese dichoso monopolio, quizá el tabú sirva para salvarlas, pero no debido a un supuesto rechazo frente a lo diabólico, sino a causa de la obsesión que ese tabú instala en ellas. Él pensará en cómo se excita recorriéndola, ella pensará en cómo se excita siendo recorrida, y entonces, claro, no tienen por qué existir, ni en rigor existen, la bomba de hidrógeno, las crisis del Caribe, los pueblos de ratas, la amenaza del cáncer, los padres crápulas. Después de todo, también el sexo pudo salvarme si Dolores hubiese contestado: Sí. El sexo es el único sucedáneo de la imposible felicidad, ésta que sólo alcanzan los moluscos; el

sexo es lo único que da, por instantánea que sea, la sensación de plenitud. Pero Dolores no es sólo sexo. Más aún, creo que para mí Rosario fue sexo con más derecho, más potencia, más naturalidad. Me refiero sólo a eso: sexo. Dolores es sexo y algo más. Y sólo ese algo más convierte lo sexual en el deleite torturado, condenado y urgente, que viene a ser el amor, ya que hay que nombrarlo de algún modo. Precisamente porque su cuerpo no es exuberante, sino más bien desvalido, precisamente porque no tiene senos imbatibles, avasalladores y contundentes como los de la secretaria, sino dos pechitos pálidos y mínimos, casi prepúberes, cada uno de los cuales cabe cómodamente en una mano, precisamente por eso me conmueve y me convierte en un ser increíblemente tierno, ignorado hasta ahora por mí. De ahí que la tremenda satisfacción sexual que me brindó la sola unión con Dolores sea, sobre todo, un derivado de aquella conmoción previa. Me mira, y su mirada no es sexo sino vida; sonrío, y su sonrisa no es sexo sino hondura, tristeza, palpable socorro. Pero su mirada y su sonrisa, al recorrerme, estrujan mi corazón, lo aceleran, lo lanzan, y una vez que mi corazón es lanzado a querer, a urgir, a necesitar, somete al sexo, y éste pasa a proceder como mera filial orgánica y sus modos de amor dejan de ser los propios para convertirse en subsidiarios de los modos de amor del corazón. O sea que *mi tipo* sexual puede ser, por ejemplo, una mujer de piernas bien torneadas, pelo oscuro, ojos verdes, manos afiladas, caderas tangibles, pero cuando la mirada y la sonrisa decisivas me alcanzan y fulminan, el resto ya no importa, y a partir de ese instante mi sexo sólo se hallará satisfecho en la asunción de ese cuerpo que me miró y sonrió, aunque los nimios detalles (manos, piernas, cabello, ojos, caderas) no correspondan a los de *mi tipo*. Por eso, si Dolores hubiera dicho sí, estoy seguro de que su aceptación habría borrado todos mis dictámenes, mis irritaciones, mi justicia. O también puede ser que mis dictámenes, mis irritaciones, mi justicia, es decir, mi sentencia contra el Viejo, hayan sobrevenido a partir del convencimiento, a

partir de la vislumbre de que ella no iba a aceptar, porque a esta altura quizá me sea insoportable estar libre y sin ella, tranquilo y sin ella, inocente y sin ella. Quizá esté yo fabricando urgentemente una gran culpa, un absorbente remordimiento, sólo para cubrir una ausencia, para justificar mi soledad.

—Señor Budiño, aquí están los cheques.

Pero no, no es sólo eso. Al Viejo tengo que borrarlo. Qué extraño tenerlo a mi merced. Qué extraño poseer la decisión. En cierto modo es una especie de felicidad, oscura sí, y también malsana, esto de saber que hasta el último momento podré oprimir el gatillo o perdonarlo, y saber además que no lo perdonaré. No lo perdonaré. Lo único seguro es ese no-perdón. Si estuviera tan seguro acerca de Dios como de ese no-perdón, me estaría condenando. Pero no hay condena. No hay nada. Y la nada puede no ser condena sino liberación. No hay condena pero hay un antiguo interés en provocar a mi conciencia, en comprobar cuál es su fondo último, en verificar cómo se llama su escozor frente a una culpa de las grandes. ¿Y si después no me siento culpable? No descarto esa posibilidad. La culpa puede venir enganchada al odio. Porque siento odio, y no es incómodo. Sólo quisiera desprenderme del odio, en el instante en que apriete el gatillo, no antes. Quisiera que mi crimen se convirtiera en un acto de amor. Matar al Viejo para que resurja Papá, el que me compró en lo de Oddone diez cajas de soldados, el que entendió que yo había visto la muerte de Víctor, el que acudía todas las noches a liberarme de la oscuridad. Ahora el Viejo es tan abyecto que no me deja pensar en Papá, tapa con su presencia odiosa la presencia querida de Papá, desaloja con su espesa prepotencia la sensación de seguridad que Papá me otorgaba. Si consigo que mi parricidio (qué ridículo llamar así a un acto de liberación), si consigo que mi parricidio sea un acto de amor filial, sé que no tendré culpa, sé que aguantaré los ojos de Gustavo sin desviar la mirada, porque el sacrificio también será por él. Ojalá lo comprenda. Y si puedo soportar los ojos de Gustavo, ya no me importarán los ojos de Hugo o los

de Susana, que estarán estupefactos, pero no me perdonarán jamás esta explosión en el centro mismo de sus hábitos más sagrados, de su confort más intocable. Gustavo es el juicio que me importa, el perdón que me salva. También está Dolores, pero ella sí comprenderá, aunque en el primer instante permanezca atarida e inmóvil, y en el segundo convenza a todos de que está llorando por el trágico destino de su pobre suegro, y en el tercero arribe casi enloquecida a su huidiza soledad, y en el cuarto se sumerja en el bienvenido arrepentimiento, porque mi acto, que será de amor hacia Papá, hacia el recuerdo de Mamá, hacia el país inclusive, será también y sobre todo un acto de amor hacia ella, ya que, pese a toda su magnitud, a toda su importancia, hubiera sido sin embargo el acto que yo habría sacrificado nada más que por ella, nada más que por el derecho de tenerla conmigo, de mirarla dormir, de penetrar en ella, de verla sonreír, de llamarla, de ser llamado, de tender mi mano en mitad del sueño y saberla ahí, de ver sus ojos, por Dios, cómo podré vivir sin ver sus ojos, pero también, cómo podría vivir viendo sus ojos y no tenerlos, no poder tildarlos al hacer un inventario de lo que es mío. Su arrepentimiento comenzará a crecer cuando sepa que pudo haber dicho sí, cuando sepa que ella pudo mover en otro sentido la palanca de eso que algunos llaman destino. Y entonces me querrá, definitiva y poderosamente, sobre todo teniendo en cuenta que no habrá retroceso, porque una muerte no se borra con una pormenorizada congoja, y también teniendo en cuenta que yo, al llevar a cabo mi acto de salvación, estaré definitivamente perdido para el ámbito familiar, político, social, comercial, nacional, o sea para todo ámbito; su arrepentimiento crecerá noche a noche y en ese proceso sé que reconstruirá minuciosamente nuestro único encuentro, y se desesperará, como me he desesperado yo en estas semanas, recordando palabras, gestos, contactos, caricias, gemidos, silencios. Yo no quiero que se destruya como yo me he destruido, pero después de todo acaso sea justo que también ella sienta su corazón en un cepo. Yo no quiero que se destruya, pobrecita, sólo quiero que me quiera,

pero desgraciadamente el amor es sentir el corazón en un cepo.

—Señorita, lo más probable es que hoy yo no regrese. Si alguien pregunta por mí, dígame que vuelva mañana.

Tengo la sensación de estar haciendo aquella vieja prueba de baraja basada en las palabras: Mutus, Nomen, Dedit, Cocus. Habré de pasar el día manteniendo conversaciones, realizando actos, haciendo gestos que parecerán iguales a los cotidianos, a los opacos actos, palabras y gestos de todos los días, pero que en cambio serán un solo naipe de cada grupo. Sólo yo tengo el secreto de la prueba, sólo yo conozco dónde debo colocar el otro, es decir, sólo yo conozco el significado que esas conversaciones, esos actos, esos gestos, habrán de tener mañana, cuando yo tenga una muerte sobre mi espalda, y, a pesar de (o, mejor, a causa de) esa muerte, pueda echar mis hombros hacia atrás, en un gesto de buena respiración y libertad recuperada, y mirar sin rencores el prodigioso cielo vacío. Sí, será mejor que esperen todos hasta mañana: los deudores, los acreedores, los turistas, los intérpretes, los guías, las viejas que quieren ver la Semana Santa de Sevilla y después morir, los calaveras que quieren consejos sobre cómo correrla en Estocolmo sin hablar sueco, los exigentes que se inscriben en la excursión de 92 días siempre y cuando la Agencia les brinde garantías de que la Aduana no dificultará ese espléndido y minucioso contrabando que es el motivo cultural de su viaje. Sí, mejor que vengan todos mañana, con el diario abierto en su gran titular a toda página: TRÁGICA MUERTE DE EDMUNDO BUDIÑO. Mi gran curiosidad actual es cómo se las arreglarán, blancos y colorados, para revelar que el hijo, nada menos que el hijo, de uno de sus próceres, mató nada menos que al Prócer. La inmunidad del procerato es, para blancos y colorados, tan inconvencible como el contrabando, como el matrimonio, como la venerada Ley de Lemas. En eso están de acuerdo. En este país en que los escasos revolucionarios vocacionales suspenderían su revolución a causa del mal tiempo, o la postergarían hasta abril para no perderse la temporada de playas, en este amorfo país de andrajosos que votan a millonarios, de peones rurales que

están contra la reforma agraria, de una clase media que cada vez encuentra más dificultades para imitar los tics y los cócteles de la alta burguesía y sin embargo piensa en la palabra solidaridad como si se tratase del séptimo círculo infernal, en este país de tipos como yo mismo, desacomodado en mi apellido porque reniego de toda la inmudicia que hoy lleva implícita el nombre Budiño; desacomodado en mi clase porque mi bienestar económico me duele como una culpa, como una mala conciencia, en tanto que mis iguales disfrutan del confort como podría hacerlo una hembra regalona; desacomodado en mis creencias, sobre todo políticas, porque extraigo mis recursos de un sistema de vida totalmente opuesto al que prefiero; desacomodado en mis relaciones, porque quienes participan de mi nivel social me consideran poco menos que un bellaco, y quienes participan de mis creencias políticas me consideran poco menos que un tráfuga; desacomodado en mis sentimientos, en mi vida sexual, porque he conocido la plenitud y desde entonces soy consciente de que lo demás es un pobre sucedáneo; desacomodado en mi profesión, porque el malón de turistas y candidatos a tales, me apabulla con su grosería, con sus contrabandos, con su guaranguería esencial, con su gloriosa estafita, con su obsesión de rebaja, con su alma de picnic; desacomodado frente a mi memoria, porque las buenas cosas que anunció mi infancia, las protecciones, las esperanzas, las osadías, se han quedado todas en el camino, y el recordar se me vuelve así un mero registro de frustraciones.

Está linda la calle. Ni frío ni calor. Un sol bien amarillo, pero tibio. Una brisa que mueve apenas los banderines del caramelero y las hojas de los plátanos. Es bueno tomar una decisión grave en un día así, que no repele, más bien invita a que lo disfrutemos. Me gusta mi ciudad; siento que de algún modo formo parte de ella. Miro a estos hombres y mujeres opacos, mezquinamente calculadores, fanáticos del detalle, eufóricamente miopes, de corazón explosivo pero imprevisor, que desfilan, dos de cada cinco, a dejar su barata caridad en la mano sucia y extendida de la gorda y prepotente lisiada, la mendiga única, la

mendiga-excepción que, más tarde, con su impecable piedad artificial, se convertirá en la floreciente dueña de inmuebles varios; miro a esos cultores de la limosna, a esos filántropos de a vintén, y aunque yo no aporte mi moneda, siento que de algún modo ellos me representan y representan el país, porque todos queremos el cielo como pichincha, el trabajo como pichincha, el poder como pichincha, la jubilación como pichincha, todos queremos que la vida nos salga más barata que al común de los mortales, y para ello no importa si el medio es la estafa, la limosna, el acomodo, la inválida promesa o la falsa invalidez. Todos queremos sacar la ventajita, trampear a alguien para salvar el honor; la única forma de adquirir conciencia de las propias fuerzas es cometer la mínima indecencia que nos ponga al amparo de la más agresiva de todas las sospechas, la módica incorrección que impida a los demás hablar de nuestra bobera, la insoportable bobera del honrado. Una cosa es ser bueno, y otra muy distinta que lo tomen a uno por idiota. Esa frase debería estar inscrita en el escudo nacional. El resultado es que en el pasado, en algún remoto pasado chambón, todos fuimos buenos, pero ahora que sabemos el secreto, hemos dejado de serlo para que los demás no nos tomen por idiotas. Con respecto a cada uno, todos somos los demás; todos pretendemos tomar por idiota a cada uno de los otros. Pero como ninguno quiere dejarse tomar por idiota, la consecuencia es que todos somos lumbreras, y estamos por lo tanto gloriosamente situados por encima de ese ser hipotético, caduco, superado, inexistente, ese uruguayo en quien todos pensamos cuando decimos: *una cosa es ser bueno*.

—Budiño, ¿se acuerda de mí?

—Pero si es Marcela, Marcela Torres de Solís.

—Qué memoria. ¿Cómo le va?

—Me parece que en cierto viernes de abril del año mil novecientos cincuenta y nueve, no nos tratábamos de usted.

—Puede ser. Pero fueron sólo dos horas.

—Sí, pero repletas de catástrofes.

—¿Te acordás qué susto?

—Bueno, nosotros lo tomamos con bastante serenidad, ¿no?

—Vos lo tomaste. Yo no. Me asusté espantosamente. Todavía me acuerdo y se me pone la piel de gallina.

—¿Y cómo encontraste a...? ¿Cómo se llamaba?

—César. Vivito y coleando.

—¿Y?

—Estamos viviendo juntos. De nuevo.

Esta mujer tiene algo. En el Tequila me dijo que para ella había sido horrible darse cuenta de que sólo inspiraba a su marido una atracción sexual. ¿Y eso qué tiene de malo? También a mí me inspira lo mismo. Claro que no soy su marido. Pero evidentemente tiene algo. En la boca, tal vez. O en las orejas. Qué sé yo. Algo que atrae. Y cómo. No sería capaz de enamorarme de Marcela, pero sí, por supuesto, de acostarme con ella. Debe funcionar estupendamente en la cama. Ave César Solís. Las buenas hembras por lo general son sólo eso: buenas hembras. Ésta tiene, como atractivo, que es buena hembra y además una tipa simpática. Y hasta tiene un destello inocente en la mirada. Ya lo enseñaron los clásicos: la inocencia es el mejor condimento de la lujuria.

—¿Tomamos un café?

—Tomamos un café.

Y yo tengo en el llavero la Yale de la sociedad de las tres Jotas.

—Así que, después de la inundación, todo se arregló como en los cuentos. Fueron muy felices, comieron perdices, y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

—No.

—¿No se ha acabado?

—Eso tampoco. Para mí *no* se refería a que fueron felices.

—¿Qué pasa? ¿Otra vez no marcha?

—Otra vez.

—Sin embargo, creo recordar que en el Tequila dijiste que lo querías, que lo necesitabas.

—Y era cierto.

—¿Ya no lo es?

—Es probable que todavía siga siendo cierto.

—¿Entonces?

Además es joven. Agresivamente joven. En el cincuenta y nueve tenía veintitrés, así que ahora tendrá veinticinco. Pero no sólo no parece que hubieran pasado dos años sino que la encuentro más joven que entonces. El peinado tal vez. El color de las mejillas puede ser prestado, pero la piel de los brazos es suya. Lindos brazos. Debe ser una buena experiencia que esos brazos lo aprieten a uno. Y la llave de las tres Jotas.

—Prácticamente, sólo nos entendemos en la cama.

—Te voy a decir: no es una mala manera de entenderse.

—No te burles.

—¿Y el resto?

—El resto son grandes espacios en blanco. O más bien en negro. Como si no supiéramos de qué hablar.

—¿Y por qué en ese momento en que no se entienden, no hablan de los momentos en que se entienden?

Si me tiro el lance, me puede decir que no, naturalmente. Pero, ¿qué importancia tiene eso en un día como hoy? Además, la deseo. Y cada minuto que pasa, la deseo más. Si me dice que sí, será un buen recuerdo para mañana y para pasado. Dos días en que seguramente precisaré los buenos recuerdos.

—Eso va creando rencores, incomodidades.

—No puede tratarse exclusivamente de algo tan abstracto. Debe haber además un motivo concreto.

—No, eso es lo peor. Ojalá hubiera un motivo concreto. César es un tipo hosco, empecinado, impenetrable.

—Y vos sos alegre, extrovertida.

—Cada vez menos. Es terrible. Se aluna. A veces no me dirige la palabra en todo el día. Y aun de noche, se me acerca con las manos, no con la voz. Lo peor es que no sé si son celos, o rabia, o antipatía, o simple aburrimiento.

No puede ser. No puede ser que me mire de ese modo y yo permanezca impávido. Tengo que decírselo porque de lo contrario revienta.

—Marcela.

—¿Sí?

—¿Te acordás que en el Tequila me preguntaste algo?

—No sé. Creo que te pregunté varias cosas.

—Puede ser, pero yo me refiero a una sola. Me preguntaste si te estaba llevando la carga.

—¿Yo te pregunté eso? Sería el efecto del Chianti.

—Quizá. Y yo te contesté: ¿Sabés que no se me había ocurrido? Pero es una idea buenísima.

—Sería efecto del Chianti también.

—En mi caso, no.

—Bueno bueno, ¿me estás llevando la carga?

—¿Sabés que no se me había ocurrido? Pero es una idea buenísima.

Salió bien. Cómo se ríe. Le gusta que la deseen. Qué cosa. Es linda de veras. Y ahora ya está medio camino hecho.

—¿Ves esta llave?

—Sí, señor.

—Es del apartamento de unos amigos.

—Ah.

—Ellos no están ahora en Montevideo.

—Menos mal.

Dijo menos mal. Así que ella también estaba a la espera.

—Mi coche está en la esquina.

—¿No puede ser un taxi?

—Claro.

—Yo sabía.

—¿Qué?

—Que íbamos a terminar acostándonos.

Años atrás ya lo había intuido, pero sólo ahora lo confirmo: cuando uno desea a una mujer, sólo conoce la mitad del propio deseo. El deseo completo sobreviene en el instante en que se tiene conciencia de que también la mujer lo desea a uno. Entonces sí la presión se vuelve insoportable.

—¿Vamos?

Aquí estuve con Dolores. ¿Por qué hago esto? ¿Será que en el fondo quiero comparar? ¿O acaso intento borrarla, acabar con su imagen? No. Es algo mucho más sencillo. Es casi un rasgo nacional. Quiero acostarme con una mujer que está buena, que tiene lindos ojos, lindas piernas, lindo todo. Y un agregado más reciente: que es espléndida cuando besa. Me gusta más este cuerpo que el

de la secretaria carnosa, pero además Marcela le lleva la ventaja de que no es imbécil. Para mí siempre ha sido una tortura acostarme con una de esas mujeres que en el trance penúltimo, y sobre todo en el último, lo miran a uno con ojos de hipopótamo o de nodriza. Cuando el acto es de unión total, como con Dolores, no exijo nada; no exijo nada, simplemente, porque está todo. Pero cuando la atracción es antes que nada sexual, como con Marcela, exijo una mínima complicidad, que implica, entre otras cosas, descartar la comedia del enamoramiento y saber que ese descarte nos otorga una camaradería esencial. A otros les parecerá un refinamiento inútil, pero para mí es importante que una mujer, en los tres minutos previos a la entrega, tenga el suficiente coraje como para no decir, bajando la mirada y como última cuota de sus escrúpulos de *Sacré-coeur*: “¿Qué vas a pensar de mí?”

—¿Te gusto?

—Una barbaridad. Hubiera sido un crimen no haberte visto así.

—¿Y la imaginación para qué está?

—No creas, mi imaginación funciona bien. Sobre todo, funciona prolijamente. Pero como realidad, sos algo tremendo.

—¿Querés que te diga una cosa? Ésta es mi primera infidelidad. Pero es también la más antigua.

—¿Cómo?

—Sí, porque empezó en aquella comida. Sólo una catástrofe pudo postergar otra catástrofe.

—Yo me siento muy a gusto en la hecatombe actual.

Mutus Nomen Dedit Cocis. Ahora estoy colocando un nuevo naipe, pero sólo yo conozco dónde debo colocar el complemento. Mañana. ¿Qué cara pondrá Marcela? Sufrirá la tortura de tener la más emocionante aventura de su vida y no poder contársela a nadie. Nada menos que haberse acostado con el asesino del día. Si por lo menos hoy pudiera mirarla de algún modo tan peculiar que mañana le ahorrase la necesidad de sentir el escalofrío tradicional: *Dios mío, pudo haberme matado a mí*. En este día clave en que el Viejo está condenado, en este día trascen-

dental en que yo ejecutaré la condena, es curioso lo tranquilo, casi diría lo feliz que me siento en una cama ajena, con una mujer ajena, a quien provocho una felicidad momentánea, que en el fondo también es ajena. Porque mientras acaricio, con la mejor disposición, con tanto deseo en libertad, estos senos henchidos y conmovedores, mientras repaso con tanta ternura sexual esta piel gloriosamente joven, soy consciente de que algo en mi corazón se retuerce de pena, de soledad, de vacío. Algo en mi corazón detecta ininterrumpidamente la ausencia de Dolores; algo en mi corazón quiere morir. Y no hay contradicción entre esta segura pena y aquella casi felicidad, porque Marcela es estupenda, es prodigiosamente linda, es un lujo táctil que pocas veces conocieron mis manos. Pero la ausencia de Dolores es una tristeza que circula en mí; la ausencia de Dolores es más o menos lo mismo que mi sangre, y como ella me recorre, me colorea, paradójicamente me hace vivir. Y si la mínima realidad me hiere como un alfilerazo, ahí surge un hilo de esa sangre-tristeza, que algunas veces se coagula en rencor, otras veces en agresividad, y otras, por último, en desaliento. Lo misterioso, incluso para mí, es cómo a pesar de todo puedo disfrutar. Y bien que disfruto.

—¿En qué pensás?

—En que sos estupenda.

—No. Estás como absorto, distraído. Con el cuerpo aquí y la cabeza quién sabe dónde.

—La pobre cabeza no sale de su asombro. En realidad, ella ignoraba que el cuerpo podía disfrutar tanto. Ahora lo sabe, pero necesita acostumbrarse a la idea.

—No creas. También mi cabeza se llevó su sorpresa.

—Pobres cabezas.

—¿Cuándo aprenderán?

—Probablemente nunca.

—Por lo pronto, vamos a dejar que se repongan. Y no hablemos de ellas. Tienen sus inhibiciones como cualquier hijo de vecino.

—Son poco francas.

—Y contabilizan las vergüenzas.

Aquí habría que agregar que, como desquite, amonestan al cuerpo. Pero no digo nada más. Quiero que se sienta satisfecha con su última frase, y para eso lo mejor es dejar que ésta quede en el aire. Es una pequeña contribución, por otra parte tan fácil de otorgar. Sí, la cabeza amonesta al cuerpo. Y el pobre cuerpo es feliz, pero qué frágil. Ahora mismo tengo un dolor que empezó repentinamente a la altura del riñón derecho. Y no cede. Es un dolor no demasiado intenso, pero incómodo, y también alarmante. Como si algo hubiera empezado a triturar suavemente mi riñón y desde ya se supiera que el ritmo de trituración habrá de ir en aumento hasta hacerse insoportable. Tengo la superstición (pese a mis alardes frente a Susana) de no decir en alta voz palabras tremendas. Pero en cambio puedo pensar: ¿cáncer?, ¿nefrosis? En realidad, sería una broma macabra si, tan luego en el instante en que me creo brazo ejecutor de una condena, algo, alguien, Dios, hado, Karma, azar, cualquier cosa, estuviera ejecutando sobre mí otra condena, ésta sí inapelable y definitiva.

—¿Vos también tenés tus problemas, verdad?

—¿Quién no?

—Pero no hablás de ellos.

—¿Para qué?

—Uno se libera un poco.

Ahí están los afiches, los cuadros abstractos, los chanchitos de Quinchamalí. Todo eso ya lo recorrí, con Dolores dormida a mi lado. Si sólo se tratase de afinidad sexual, sería tan fácil. Porque en ese aspecto, Marcela es incomparable. Pero la ausencia de Dolores dura todo el día, cuando hay deseo y cuando no. ¿Cómo será haber nacido en la miseria? No sé por qué pienso esto ahora. ¿Cómo será haber nacido en la miseria, pasado hambre, odiado las vidrieras con *spiedo*, corrido descalzo, extendido la mano abierta? ¿Cómo será haber trabajado día tras día como una bestia? ¿Cómo será caer reventado en el sueño, sin ánimo ni energía para sentir deseo, para sentir el lujo del deseo? ¿Cómo será gastarse así, sin una tregua de ocio, y advertir un día que el plazo se acabó, que la muerte está aquí, digamos, en un riñón que aprieta? Algo

funciona mal. ¿Dónde gané yo, por ejemplo, el derecho a mi cadena de ocios, a mi linda casa en Punta Gorda, a mis cuatro largos viajes, a este espectáculo tonificante y lustral que es el cuerpo desnudo de Marcela?

—¿Y tu padre?

—No muy bien.

—¿La salud?

—Al Viejo le queda poco tiempo de vida.

Mutus Nomen Dedit Cocis. Ya no me duele el riñón. Y, con el cese del dolor, advierto que soy infantilmente fácil de conformar. Porque ahora, en este momento, las malas palabras Cáncer y Nefrosis vuelven a parecer lejanas, sólo apropiadas para que Otros las padezcan y las teman. Es cierto que al Viejo le queda poco tiempo de vida. Las tres menos veinticinco. Digamos que le quedan dos horas y media. O quizá un poco más, porque Marcela comienza otra vez a acariciarme, a formular acuciantes preguntas a la veteranía de mi piel, y sus lindas manos, cuidadas y cuidadosas, son guiadas por una intuición tan certera, tan infalible, que todas mis células se van sintiendo progresivamente comprometidas en la segunda de mis respuestas.

Allá abajo los plátanos. Hoy las hojas no están inmóviles. Algo nos agita, a ellas y a mí. Aquí mismo, hace unos cuantos meses, pensé: Yo nunca fui Ramón Budiño sino el hijo de Edmundo Budiño. ¿Podré ser hoy Ramón Budiño? Por lo menos, haré el desesperado intento. Aquí mismo, hace unos cuantos meses, pensé: Como todo el mundo, nosotros los Budiño tenemos una historia. Ahora el revólver está en mi portafolio. O sea que depende exclusivamente de mí escribir la página más viva de esa historia. ¿La escribiré?

—Vino muy temprano, don Ramoncito. El doctor va a demorar por lo menos media hora.

—No se preocupe, Javier. Me viene bien sentarme un rato.

—Este aire de tormenta es fatigante, ¿no?

—Deprime un poco. La familia ¿bien?

—No tan bien, don Ramoncito. Mi mujer anda cada vez peor de los pies.

—Es la tormenta, Javier.

—No. También le duelen con buen tiempo. El médico insiste en que es albúmina, pero en el análisis no da albúmina.

—Entonces no será albúmina.

—Pero el problema es que no sólo le duelen; también se le hinchan. Se le ponen así.

—¿No le convendrá adelgazar?

—¿A quién? ¿A mí?

—No, a su señora.

—Claro que le convendría. Pero le gustan tanto los dulces. Toda la vida fue muy golosa. Yo también soy goloso, pero no engordo. Fíjese que nos conocimos en una confitería, comprando bombones.

¿La escribiré? ¿La escribiré? No puede ser que justamente ahora me lo pregunte. Desde temprano estuve decidido a hacerlo. Gozosamente decidido. Entonces ¿por qué esta vacilación? ¿Por qué este comienzo de duda? Él se lo ha ganado. Mil veces pensé y repensé todo el asunto, y siempre llegué a lo mismo. Tengo que matarlo. Pero no alcanza con llegar al dictamen. Además de dictaminar, hay que matarlo. ¿Podré? Estuve seguro, tan alegremente seguro. ¿Por qué esta agitación?

—Perdóneme, don Ramoncito. Lo voy a dejar solo.

—Atienda nomás, Javier.

—Tengo que aprontarle al Doctor varios datos del registro.

—Atienda nomás, Javier.

Quizá Marcela tenga la culpa. Hizo que me sintiera tan vital. Pero no. Marcela nada tiene que ver con esto. Además, eliminar a un crápula debe ser otra forma de sentirse vital. Si pudiera aferrarme al odio, y nada más que al odio. Pero el odio también agota. Pongamos que él abra esa puerta. No, antes de que abra la puerta, voy a sentir el ruido del ascensor. Pongamos que sienta el ruido del ascensor. Y que, mientras tanto, yo abra el portafolio y extraiga el revólver y apunte a la puerta. Aquí

está el revólver. Y ésta es mi mano. Mi mano. Qué ridículo. Pensado así, es ridículo. Pongamos que él abra esa puerta y yo. No. Para que estas actitudes tengan sentido, quizá no haya que pensarlas tanto, que ensayarlas tanto. Pongamos que él abra esa puerta y yo alcance a ver sus ojos. Ése es el peligro. Porque no siempre me mira con los ojos del Viejo; alguna vez me mira con los ojos de Papá. Todavía no están definitivamente muertos los ojos de Papá. O, si están muertos, la capacidad histriónica, la magistral hipocresía del Viejo, le permite imitarlos. Pero, ¿cómo puedo yo saber si es sólo falsificación? Sé que si me mira con los ojos de Papá, no podré apretar el gatillo. Y entonces todo estará perdido para siempre. Me habrá derrotado definitivamente y desde ese instante seré una basura. Pongamos que abra esa puerta y me mire como de costumbre, con sus ojos de crápula. Y yo dispare. Con esta mano. No. Antes de disparar tengo que hablarle, tengo que explicarle por qué un hijo puede llegar a estar tan rebosante de odio, tengo que decirle que no le perdono haberme destruido y, sobre todo, que no le perdono haber destruido la imagen suya que admiré, que quise, que necesité. Lo único que me faltaba: llorar. Pero sucede que si se lo explico, no lo mataré. Me mirará a los ojos, seguro de su poder, me derrotará a través de mi monólogo inútil, y no lo mataré. Pongamos que abra esa puerta y yo tire sin darle tiempo a que me mire, sin darle tiempo a que me derrote mirándome. Entonces, aunque caiga delante de mí, igual me habrá vencido. Porque sólo yo sabré que mi violento laconismo habrá sido una variante de mi cobardía. La única forma de vencerlo es decirle por qué lo mato, y después matarlo. Ah, si no lo hago hoy, sé que nunca más lo haré, porque cada vez que programe mi acto, éste habrá sido de antemano corroído por esta postergación. Pongamos que. No. Se acabó. Se acabó. Llegó el espantoso momento de decírselo. No puedo matarlo. NO PUEDO. Todo el día estuve apuntalando el proyecto, arimándole sostenes. Todo el día estuve desparramando indicios. Yo mismo creí que lo hacía para que mañana los ávidos pudieran reconocerlos y

completar su cuadro y confirmar las más morbosas de sus explicaciones. Pero en realidad construía indicios para obligarme a mí mismo, para que la decisión fuera irrevocable. Hice igual que Hänsel y Gretel, uno de los cuentos que nos dictaba Herr Hauptmann. Por donde pasé fui dejando migajas, para que luego supieran por dónde había pasado. Pero de pronto me di vuelta, es decir ahora me doy vuelta, y los pájaros o los escrúpulos o la cobardía, se han comido las migas o las huellas o los indicios. Quizá perdí mi propio rastro. Los indicios ya no conducen a mí. No puedo matarlo. Todo es más fuerte que yo. El Viejo, los lugares comunes, los tabúes de mi clase, los prejuicios. *Después de todo, Ramón es mi hijo.* Lo vomitó aquí mismo, delante de Javier, cuando recibió a los jovencitos y les repartió armas. Y quedó sonando. *Después de todo, el Viejo es mi padre.* Es horrible, pero quedó sonando. Es mi padre. Los hombres de mi clase, de mi generación, de mi país, no matan a sus padres. Los hombres de mi clase, de mi generación, de mi país, no destruyen su pasado. No lo destruyen, porque son una mierda. Honra a tu padre y a tu madre. Me lo ordenó hace tantos años el cura viejo de la iglesia de Ellauri. No me agregó: Honra a tu padre y a tu madre, siempre y cuando ellos merezcan que los honres. Pero quizá eso estaba implícito en el mandamiento. No lo agregó, de modo que honro a mi padre aunque él no merezca que lo honre. Honro a mi padre por pereza, la pereza de no haberme negado a que me diera la plata para la Agencia. Por pereza, por no escupirlo, por no revelarle que aquella tarde yo estaba detrás de la mampara, por no desaparecer de este sitio y enterrarme en algún lejanísimo purgatorio terrestre, porque me ha contagiado del dinero, porque soy un leproso del confort, porque los ochenta mil tipos que diariamente se mueren de hambre en este mundo me importan menos que la falluta mácula de mi pudibunda conciencia, porque, porque. Honro a mi padre porque me deshonro.

No están inmóviles las hojas. Ni siquiera las caídas y secas, allá abajo, mezcladas en el mismo remolino con peda-

zos de diario y jirones de afiches. Allá abajo. ¿Y si me asomara lentamente, cautamente, distraídamente? Allá abajo.

¿Y si me estrellara?

¿Eh?

¿Y si me estrellara?

caer por ejemplo entre el plátano robusto y el otro raquítico a medio metro de los policías que vigilan la entrada del diario para que los inexistentes conspiradores no se arrimen en medio de todo sería una solución lo extraño es que no se me haya ocurrido antes o quizá estuvo siempre en el fondo de mis falsos proyectos

eh eh y si me estrellara eh la idea empieza a tentarme y esto a lo mejor es peligroso porque evidentemente sería una solución no ver nunca más la cara del Viejo borrar la imagen de mi retina mediante el procedimiento de convertir en nada mi retina no ver más mi propia cara en el espejo no recordar mi cadena de derrotas mediante el procedimiento de convertir en nada mi memoria no reprocharme la aceptación de la plata del Viejo consciente de que Larralde tuvo el coraje que a mí me falta no sentir nunca más nostalgia de Dolores mediante el procedimiento de convertir en nada mi nostalgia no temblar de pánico si algo empieza a triturar suavemente mi riñón no retener el vómito cada vez que veo a los andrajosos votar por los millonarios no inmovilizarme en el insomnio fulminado por la repentina conciencia de que mis decisiones están para siempre enajenadas no estar obligado a sonreír a los candidatos a turistas y a su alma de picnic no acostarme junto a Susana y sentirla increíblemente remota ajena indiferente no pensar en la muerte de Mamá con sus uñas clavadas en mi mejilla no escuchar que el Viejo me diga torpe más que torpe no volver a proyectar nunca más ni para mí ni para nadie aquella película de terror y de asco con la voz de Mamá diciendo no pueeedo no llorar en la noche ni sentirme un imbécil no no no cada vez más no tal vez sería una solución o por lo menos un modo de negar esta pobre mugre que soy este sofocante fracaso en que he venido a parar

y si me estrellara eeeh qué macanudo desafío qué tentación y qué pasa después allá abajo a medio metro de los policías y si me estrellara y si me estrellara eh eh, nunca pensé que esto podía crecer en uno como un éxtasis como un espasmo como un goce desesperante eh Dolores nunca más porque te tengo y no nada de nada eh y después qué pasa después y Gustavo pobre hijo hijito si comprendiera si él pudiera romper con el pasado si él pudiera no ser derrotado si él pudiera apretar el gatillo todos los gatillos y si me estrellara

allá abajo eeeh Dolores mi Dolores de otro si yo también pudiera clavar mis uñas en su mejilla pero no hay mejilla no hay nadie solo como nunca Dolores ya está de una vez por todas basta de lágrimas

cómo era ah sí asomarse lentamente cautamente distraídamente allá abajo

allá

entre el plátano robusto y el plátano raquíutico ni siquiera puedo verlos dije basta de lágrimas

eeeh

suerte que no hay Dios qué mala suerte eeeh Dolores eeeh porque te tengo y no eeeh dije basta de lágrimas dije basta de lágrimas

basta

basta

basta

baaaaaaaaaaaa

I suicidi sono omicidi timidi.

CESARE PAVESE

Tonto, tontísimo. Me hubieras convencido, claro. Sólo una vez dije Ramón adentro de tu boca, debajo de tu lengua. Ahogada, feliz. Tonto. Pobrecito. Ahí, en ti, estaba el niño, la criatura. Y tus ojos oscuros, qué susto, qué estupor. Con esta mano pasé por ellos, los cerré cuando estaba segura de que era un juego, de que en seguida ibas a abrirlos. Después no. Alguien los habrá cerrado. Yo no te vi. Es decir, no vi a Eso que decían eras tú. Los ojos, Tus Ojos. Es todo el recuerdo, o casi todo. Me mirabas ansioso. Fue así que empezaste a convencerme. Ramón tonto. Viejito. Seguramente soy culpable. ¿Quién no lo es? Si hubiera dicho Sí. Pero no podía decirlo. Ahora sí puedo y para qué sirve. Ahora ya vi la Odiosa cara de Hugo cuando me trajo la noticia. Pero cuando me preguntaste, yo no la había visto, no sabía que existía. Hugo no es bueno, nunca lo fue. Pero yo no sabía. Ahora será imposible quererlo, y además será difícil tenerle piedad. Como ves, todo es una trampa, una cochinado. El Viejo ha vencido. Pero quién sabe. Tonto, tontísimo, ¿qué nos importa el Viejo? Ni siquiera tuve tiempo de contarte nada. Todas esas cosas que Hugo ignora; que no sabrá jamás. Mi verdadera, insignificante vida que nunca dije a nadie. Cuando en la cuadra había una sola casa, y era la nuestra, la de mis padres. Cuando yo iba corriendo hasta las rocas y dejaba colgar mis piernas flacas, y el agua empezaba a crecer y me mojaba hasta los tobillos, y un frío agradable, cómplice, me subía por la espalda y se instalaba en la nuca, y yo me ponía a temblar, pero sin temblor, en una levísima conmoción que era como

un goce, el primero tal vez. No hubo manera de contarte nada. Cuando en los tiempos de la primera regla, yo cerraba violentamente los ojos y cruzaba más violentamente aún los brazos sobre el pecho e inventaba así una noche inexpugnable pero recorrida por chisporroteos, y entonces comenzaba a volar sin alas, como un bólido rígido, y sintiendo una fuerte presión en las sienes. Y cuando la abuela gallega me pasaba la mano, floja pero segura, por la frente, y yo iba moviendo lentamente la cabeza para que la palma inmóvil recorriera obligatoriamente mis ojos, mi nariz, mi boca, mis orejas, mi pescuezo. Y cuando por primera vez vi un hombre desnudo, un pobre tipo que se ponía los pantalones entre los tamarices, y vomité al descubrir esa insolente y asombrosa versión del sexo. Y cuando me recomendaron que no mirara el sol durante el eclipse y yo igual miré, aunque por las dudas con un solo ojo, y nunca más volví a ver como antes. Y cuando y cuando y cuando. Nada de eso pude contarte. Querido. Claro que puedo imaginarte, pero no sirve. No puedes tocarme y sin embargo mi piel está a la espera. No puedes tocarme porque no puedo convencer a mi piel, y es horrible. Puedo imaginarte, claro, en aquella única vez. Parecías tan desesperadamente feliz. Hubo un instante de silencio, con una confusa crispación de voces allá abajo en la playa, pero de todos modos era silencio. Hubo un instante en que estuvimos inmóviles, sin tocarnos. Y ése es el momento que mejor puedo ahora instalar aquí, en el vacío, porque el silencio concreto, la imagen concreta, son sucedáneos de algo tuyo, pero en cambio no hay nada que sustituya a tus manos. Y si paso mis propias manos por mis muslos, por mi cadera, por mi vientre, por mis pechos, si me recorro con mis manos, cerrando los ojos y tratando de convencerme de que son las tuyas, sé que terminaré en una gran vergüenza, en unos pobres sacudones de angustia, en una soledad miserable y grotesca. Tengo que matarlo, dijiste cuando yo dormía. Y tu voz se introdujo en mi sueño, en ese sueño donde estaba derrumbándose un tabique y detrás de él había un cielo deslumbrante y atroz, y yo podía mirarme sin conmiseración. Tengo que matarlo, dijiste una y otra vez, y la frase empezó a

salir por los altavoces, y yo me tapaba los oídos pero igual veía cómo los altavoces movían los labios y estaba segura de que siempre repetían lo mismo. Tengo que matarlo, dijiste la última vez, pero entonces yo estaba despierta y sin embargo me hice la entredormida y simplemente te pregunté: ¿qué?, y me contestaste: Si yo no hablé. Claro que la mía no fue una buena pregunta. Tampoco la tuya fue una buena respuesta. Yo estaba alelada, y tú no tenías ni me tenías confianza. Eramos dos seres débiles y heridos. Si pudiera recoger los escasos recuerdos diseminados. Pero, además, ¿de qué sirven? No soy una morbosa, soy un ser normal. Hasta los doce años dormí abrazada a mi muñeca, mi pobre muñeca tuerta y renga. Fue el perro que le rompió una pierna y se comió el ojo, pero no quise que mamá la mandara al taller. Dormí abrazada hasta los doce años, y mucho después vino Hugo, que de algún modo era, es, un muñeco y también un inválido. Pero sólo una noche dormí abrazándolo, y él apenas dijo: Hace demasiado, demasiado calor. Soy un ser normal que quiere asirse a algo. No me importa que después vengan el desencanto y la muerte, sólo pretendo un consuelo temporario, un consuelo de la piel. ¿Por qué será la piel tan importante? ¿Por qué mi palma se ahueca, sola e impotente, cuando pienso en tus hombros caídos, en tus piernas fuertes y velludas, en tu nuca indefensa, de chiquilín? Había dos lunares, abultados como cicatrices. Y allá abajo el vello era suave y enredado. Una podía pasar los dedos como un peine, presionando levemente para deshacer los pocos nudos, y seguir. Oh seguir. Ramón, Ramón, Ramón. ¿Y ahora? ¿Qué hacer con esta desesperación, con esta podredumbre? El Viejo, en el entierro, como un irrisorio monumento, como un prócer tóxico, dosificando sus estremecimientos para que el público, trepado sobre los canteros o apoyado en las lápidas, tomara buena nota de su dolor de padre conmovidamente famoso. Y Hugo sin llanto, con el odio inmóvil sobre los pómulos. Y el Viejo poniéndole una mano despreciativa sobre el hombro cobarde, resentido. El Viejo. ¿Por qué no lo mataste? Claro que si lo hubieras hecho, ahora estaría preguntándote con la misma ansiedad: ¿Por qué lo mataste?

Al menos no sería una pregunta en el vacío. Eso suele ocurrir cuando alguien se pone a comparar la desgracia mayor con la desgracia menor, y ésta parece entonces una suerte feroz, sólo porque no fue, sólo porque lo acontecido fue la desgracia mayor. Ramón tonto, tontísimo, claro que prefería saberte asesino, parricida, antes que saberte esto. Iba a pensar Cadáver. Pero quién sabe qué eres. Espíritu, alma en pena. O nada, estrictamente nada. Sería tan cómodo creer en Dios y saber que de algún modo resides en su seno, en su inmensa voluntad, en su vieja urdimbre. Sería tan cómodo imaginar que ahora respiras con otro aliento, desprendido de esta mugre, sin angustia ni dicha, como un simple poro o como una gran ocasión flotante, provisto de siglos antes y de siglos después, con un pasado que es amarga experiencia necesaria y un futuro que es eternidad sin sobresaltos. Sería tan cómodo, pero no puedo. Y es una lástima, porque es horriblemente inconfortable pensar que, en vez de eso, eres nada, nada, nada. Se acabó la sangre fría. Quién sabe, a lo mejor puedo enloquecer. A lo mejor, si me miro al espejo fijamente, abriendo bien los ojos y apretando los labios hasta lograr una perplejidad desproporcionada a mis orejas, a mi boca, a mi nariz, a mis cejas; a lo mejor puedo así inundarme de un zumbido interior que me impida escuchar la letanía de los pésames, las maldiciones de Hugo, aquella radio que aturde, esa sirena de los patrulleros; a lo mejor puedo así evadirme a una región que no tenga memoria, que no tenga Ramón, que no tenga mi piel acariciada por Ramón. Pero tampoco. Nunca podré enloquecer. Ni siquiera matarme. Tengo la espesa, desgraciada suerte de ser normal. Y aun dentro de esta desesperación, aun así, con la cabeza ahogada por la almohada, soy capaz de pensar que dentro de una semana, o un mes, o más tarde aún, abriré el ropero y miraré todos mis vestidos, y elegiré uno, claro que no podrá ser aquel que Ramón me fue quitando, y escogeré después el collar y los clips que vayan bien con el vestido, y me pasaré el lápiz por los labios que él, oh que él, y veré si están en la cartera el llavero, el carnet y los cigarrillos, y vigilaré otra vez el peinado antes de otorgarme el visto bueno final, y

bajaré al estudio de Hugo y rozaré apenas su mejilla y él me dirá: Me alegro de que estés más animada. Y le preguntaré si puedo llevar el coche, y él dirá que sí, y la muchacha sonreirá de lejos y correrá a abrirme el garaje, y yo daré vuelta a la llave y escucharé el ronquido familiar del motor, y pondré primera, y apretaré suavemente el acelerador, y saldré a la luz, que será una luz extraña y metálica, con las verjas estriadas como en un aguafuerte, y los árboles quietos, con sus copas en triángulo, secos. Y tomaré por la Rambla y bajaré el vidrio, y el aire me golpeará en la cara, y por debajo del maquillaje sentiré que tengo arrugas y terribles ojeras, y hasta varios proyectos de muecas, pero estaré tranquila y a pesar de todo sonreiré, aunque se trate de una sonrisa opaca, sin convicción, porque naturalmente hay que vivir y hay que guardar bajo siete llaves el furor por legítimo que sea, y junto con el furor hay que guardar el espanto. Y sin embargo no podré evitar el recuerdo de otro viaje por la Rambla. Guardar el espanto. Porque soy una hembra destruida. Lo soy aquí en la cama, con la cara llorosa escondida en la almohada, y lo seré ese día, con la piel maquillada y sin poros. Guardar el espanto, pero con urgencia. Porque soy una hembra destruida y solitaria. Y la nostalgia llegará a mi cabeza como le llega ahora, desde abajo. El aire golpeará en mi cara y mis arrugas existirán, no hay duda. No sólo las que tengo desde ya, sino las que sólo están diseñando sus pliegues. Y acaso todo vaya más o menos bien hasta que me acerque a La Goleta. Porque allí me llevó. Me llevaste. Tontísimo. Allí dijiste: Es una barbaridad, claro, pero te quiero. Guardar el espanto. O tal vez sea imposible. Porque al llegar a La Goleta es casi seguro que no podré soportarlo y estallaré, o me echaré a llorar tan convulsivamente como ahora, o perderé el sentido y mi cabeza caerá sobre el volante, y la bocina empezará a sonar, y acaso suene un rato largo, como una pobre alarma en el desierto.

—No valía la pena.

Recostada en la pared, Gloria Caselli enciende un cigarrillo y mira con ojos bien abiertos al hombre acostado en la cama de dos plazas. El pantalón a medio abrochar, la camisa suelta en un costado, sobre la colcha un pie con su chinela, y el otro, dentro de su calcetín negro, colgando fuera de la cama. Pero el asombro de Gloria no nace de ese desorden, sino de otro espectáculo: el rostro del hombre, por primera vez inseguro, agobiado, descompuesto.

—Yo sé por qué lo hizo.

Edmundo Budiño hace un gesto con la mano, un gesto que puede ser fatiga y también resignación. Sin embargo, el tono no es plañidero. Así, despeinado, sin corbata, con el cuello abierto que deja ver la piel arrugada y añosa, con los ojos más chicos que de costumbre y los pómulos grises, Budiño le parece por primera vez a Gloria el viejo que efectivamente es.

—Lo hizo por no matarme. Se mató él, por no matarme a mí.

Es el único que habla. Desde hace rato, Gloria siente que debe decir algo, pero cada vez que se le ocurre un comentario, acaba por desecharlo. Todo le parece falso, artificial, rebuscado. Y ella quisiera decirle algo franco, algo cruelmente verdadero.

—Él no vino a mi despacho para tirarse de un noveno piso. Él vino a verme a mí.

—Eso es probable.

—Además, se lo dijo a Javier.

—O Javier lo inventó.

—No. Vino a matarme. Lo bien que hubiera hecho.

—Eso lo imaginás. Te gusta imaginarlo.

—Dejó un revólver sobre la mesa. Un revólver que apuntaba hacia la puerta. Es decir, hacia mí.

—Eso nada prueba.

—Nunca iba armado.

—Eso nada prueba.

—Es como si lo estuviera viendo. Primero vaciló. Después no aguantó su propia vacilación.

—No creo que matar sea más difícil que matarse.

—Para Ramón, sí. Era bueno.

—No sé. Si hubiera sido realmente bueno, te habría cambiado.

—Oh, yo soy incambiable. Un monolito. Tampoco vos pudiste cambiarme.

—Yo no soy buena.

Gloria sabe que tendría que acercarse a él, quizá pasarle una mano por el pelo, buscar alguna forma de contacto solidario. Pero no puede. También dentro de ella algo se ha quebrado. Y de la quiebra se ha rescatado a sí misma, se está extrayendo con una desconocida sensación de urgencia. Hasta aquí había aprendido a sobreponerse. Pero ahora se acabó. Se ha olvidado de todo su aprendizaje. Claro que se acabó. Muchos años atrás, cuando él le había propuesto ser su amante amante, había empezado por sobreponerse a su vergüenza-susto-júbilo. Luego, se sobrepuso a la traslúcida decepción, a la falta de reciprocidad, a la convicción lentamente adquirida de que la aventura casi cinematográfica se transformaba en rutina y clandestinaje, en escondites y sordidez. Más tarde aún, se sobrepuso al eclipse sexual de ese único hombre que le había enseñado todo, el sufrimiento y el goce, ese hombre que había puesto una tapa de silencio sobre su melancolía, ese hombre firme, egoísta, distante, que después de haberla usado años y años como instrumento, ahora era capaz de decir sin sonrojarse: “Tampoco vos me cambiaste”. Esta vez ella no puede sobreponerse. Es una sensación hecha de fragmentos de sensaciones. Una confusión, en fin, porque algunos fragmentos se contradicen con otros. Después de todo, es la primera vez que ve a un Edmundo Budiño inerte, débil, perplejo; la primera vez que lo mide en su exacta dimensión, sin la bambolla de su inteligencia, sin la simetría de su crueldad. Lo lógi-

co sería que este nuevo espectáculo la atrajese, la conmoviese, comprometiera para siempre su adhesión. Y sin embargo ocurre lo contrario. Tiene una loca urgencia por dejarlo, por obligarlo a que se arregle solo, por salvarse ella misma, si es que todavía está a tiempo. Sucede que esta debilidad, esta perplejidad inédita que ahora ve, este hombre que se interroga vergonzosamente tratando de imaginar por qué el hijo se tiró de un noveno piso y salpicó con su última sangre a los policías que vigilaban la entrada del diario, este viejo que repite “No valía la pena”, no ha hecho un solo ademán para borrar siquiera el menos recordable de sus oscuros actos del pasado. Además, ha perdido la fuerza, el empuje, el prodigioso temperamento que sostenía su abyección. Hasta ahora, Gloria nunca se había arrepentido de haber encadenado su vida a un Abyecto Mayor; por lo menos era único, original, entero. Pero si ese Abyecto Mayor se convierte de pronto en un viejo doblado, vencido, caviloso, es razonable que a ella le suba una bocanada de desprecio. Comprende que debería pensar: “Menos mal que el suicidio del hijo lo conmueve; eso quiere decir que es sensible; eso quiere decir que no es un monstruo.” Pero sólo piensa: “Desgraciado.” Sólo piensa: “Qué asco.” Siente que su obligación, la que ella decreta para consigo misma, es dejarlo solo, aunque sea allí tirado en su cama, mientras repite como un reblandecido: “No valía la pena.”

—No valía la pena.

—Bueno, basta. Ahora levántate.

—No valía la pena.

—Por favor, dejá ese estribillo.

—¿Por qué no me mató?

—Quizá también pensó que no valía la pena.

—Yo lo quería, ¿sabés? ¿Cómo no se dio cuenta?

—Era difícil darse cuenta.

—Cuando era chico, tenía miedo a la oscuridad y gritaba de noche. Entonces yo venía a su cuarto, encendía la luz, lo arropaba, y él se quedaba tranquilo.

—Todos tenemos miedo a la oscuridad. Pero no nos matamos.

—Y él me quería, ¿entendés? Él me quería. Yo sé que me miraba y se sentía protegido. Un día, cuando Ramón era un muchacho, me di cuenta de que me odiaba, y además me di cuenta de que el odio no era nuevo.

—El odio nunca es nuevo. Siempre nace viejo, gastado, repetido.

El calcetín negro se ha aflojado y cuelga del pie. En la cama el hombre habla apretando los labios, entornando los ojos. Gloria mira su reloj. Las seis y veinte. Nunca sintió tanta urgencia. Es como si creyese que, de un momento a otro, la última posibilidad de vida va a pasar junto a ella, como un ferrocarril o un autobús; es como si creyese que si pierde esa posibilidad, estará condenada a quedarse junto a este viejo que sigue tan egoísta y reseco como siempre, pero sin la justificadora entereza de su crueldad. Nadie tiene derecho a arrepentirse después de los cincuenta años. Sería demasiado cómodo, piensa Gloria. A los sesenta y pico, la única salida es afirmarse en lo que se ha sido. Lo contrario es algo así como el repentino misticismo de los ex putañeros.

—¿Habrá sido por la madre?

—No me hables de la madre.

Lo único que faltaba: que le hablara de su mujer, que le hablara de lo que él prefirió, de todas las cosas que la relegaron. Pero ¿cómo no se da cuenta? El hijo se tiró de un noveno piso, pero ella, Gloria, vive. Es decir, quiere vivir. Además, la urgencia no es para después de un intervalo. Es definida, concreta: rige desde ahora. Acostarse con un hombre de su edad, olvidarse de este viejo tendido y de sus pulpas flojas, sus pómulos grises, su calcetín colgante, su pantalón desabrochado, su ombligo indecente, su boca apretada, su estribillo, su estribillo.

—No valía la pena.

—Callate.

—No. Tengo que decirlo. Si no, me vuelvo loco.

—No importa. Callate.

—Vale la pena matar, pero no matarse.

—Callate.

—Yo vi su cabeza contra las baldosas. Había un charco

de sangre. Cuando yo llegué al diario, hacía tres minutos que se había estrellado.

—Ya me lo contaste.

—Pero no te había dicho lo del charco de sangre. Había una ranura, entre dos baldosas, y cuando yo llegué, todavía corría un hilo rojo, despacito. Hacía tan poco tiempo que él se había estrellado, que la sangre no había tenido tiempo de detenerse. Todavía corría, ¿te das cuenta?

—¿Y qué?

—O sea que si yo hubiera llegado diez minutos antes, a lo mejor no pasa.

—Pero no llegaste, y pasó.

—Sólo allí, cuando lo vi, sólo allí me di cuenta de que tenía el pelo exactamente del mismo color que cuando era chico, cuando yo lo arropaba de noche cada vez que él tenía miedo de la oscuridad. Nunca me había fijado. Cuando tenía diez años, a él le gustaba peinarse con el pelo bien tirante. Y entonces la madre...

—No me hables de la madre.

—Entonces la madre le hacía presión con la mano y le formaba una onda. Y él rabiaba. Pero la onda le quedó. Y cuando vi su cabeza contra las baldosas, el pelo era exactamente del mismo color. No usaba gomina, ni brillantina, nada. Agua, nada más. Y cuando se le secaba, tenía un tono casi rojizo.

—Levantate.

—No hace mucho tiempo vino y me dijo: Usted está en negocios sucios con Molina.

—Y era cierto.

—Claro. Usted está en negocios con Molina y hay un periodista que lo va a denunciar. Era Larralde. Me denunció y lo hice echar. Y no pasó nada. Usted está en negocios sucios con Molina, me dijo. Y quizá fue en ese momento cuando perdí la oportunidad, la única oportunidad que quedaba. Si yo hubiera cedido...

—Pero no cediste.

—Le dije de todo. Le recordé la plata que le había dado para la Agencia. Claro, lo reventé.

—Callate.

—De todos modos, no valía la pena.

—Callate.

—Él quería otro mundo, otro tipo de vida. Yo sé. Se sentía asfixiado. Me detestaba, pero su asco iba más allá. Abarcaba mi clase, mi generación, mi plata. Sólo le faltaba valor para romper con todo. Pero yo no lo detestaba. ¿A vos te parece que yo lo detestaba?

—Ahora es fácil decir que no.

—¿Me creerás si te digo que, en el fondo, todas mis arremetidas contra él eran provocaciones para ver si se decidía a ser él mismo, si conseguía fuerzas para cumplir lo que verdaderamente quería? ¿Me creerás eso?

—No. No te creo. Te advierto que va a ser un poco difícil convencerme de que has sido un padre ejemplar.

—Si yo no lo pretendo. Confieso que el otro, Hugo, no me importa mucho.

—No te importa, porque todavía no se ha matado.

—Gloria, ¿qué te pasa?

Cuando él levanta la cabeza para indagar en su mirada, ella piensa que Budiño ha envejecido diez años. Pero no a raíz del suicidio de Ramón. Simplemente, ha envejecido diez años en los últimos diez años. Pero ella no lo había advertido. Ahora sí. Está unida a un viejo, a un repelente viejo que, a los cuatro días de la muerte de su hijo, ya tiene suficiente cinismo como para justificarse, como para brindar el conmovedor espectáculo de su incomprendido amor paternal. A la mierda con él.

—Gloria ¿qué te pasa?

—Que estoy harta.

Él no pregunta de qué. Simplemente, apoya otra vez la cabeza en la almohada. Introduce una mano por entre la camisa desprendida y se rasca pausadamente una tetilla. Ella se acerca a la cómoda para aplastar el último resto del cigarrillo en el cenicero de Murano.

—¿Querés decir que te vas?

—Exactamente.

—¿Te parece bien hacerme esto, en este momento?

—No voy a entrar en este tembladeral de razonamien-

tos. Me importa un comino que esté bien o esté mal. Me voy, simplemente.

—¿En el momento que más te necesito?

—Vos no necesitás a nadie. En todo caso, necesitás a Edmundo Budiño, y a ése lo tenés. Que te aproveche.

Ahora él se rasca la tetilla con las dos manos, pero siempre pausadamente. Aprieta otra vez los labios y en las comisuras se le forman dos arrugas profundas. Gloria lo mira un instante, pero en seguida aparta los ojos.

—Las ratas abandonan el barco ¿eh?

Gloria no puede evitar el lejano recuerdo de Giraldi, aquel compañero de la Facultad que siempre daba vueltas los lugares comunes. Giraldi decía, entre dos carcajadas: “Los barcos abandonan a la rata.” Él trata de escrutarla a través de su silencio. Ella sonríe, pero él no se hace ilusiones. Sabe que ella está sonriendo para sí misma.

—La muerte de Ramón me ha golpeado fuerte. ¿No lo crees?

—Lo creo.

—¿Y eso no te importa?

—No.

Budiño respira hondo. La picazón se ha calmado. Una de las manos vuelve a caer, laxa, junto al muslo; la otra queda apoyada en el vientre. Hasta ayer, Gloria creía que, verdaderamente, el suicidio de Ramón lo había golpeado fuerte. Pero esta mañana abrió el diario, leyó el editorial, y éste destilaba la misma hipocresía, el mismo veneno, el mismo menosprecio. Quizá aquella muerte lo haya golpeado fuerte, nunca puede saberse, pero en todo caso él sigue cumpliendo su ritual, manteniendo su apariencia, y ésta alcanza para amedrentar, para corromper, para destruir. Hace diez minutos parecía franco, quizá era sincero; hasta donde puede ser sincero Edmundo Budiño. Pero en este instante, Gloria advierte que él está tratando de sacar partido de la situación. Hasta su gesto aparentemente preocupado es una mueca convencional. Sin embargo, el conjunto es una cosa extraña. Es falluto, es deshonesto, pero ha perdido fuerza. Ya no inspira temor. Eso es. Al fin lo descubre Gloria. Este viejo ya no inspira temor.

—No valía la pena.

—Pero ¿qué es lo que no vale la pena? ¿Que tu hijo se haya matado? ¿Que yo te deje? ¿Qué, por Dios?

—Nada vale la pena. Este país es una porquería. La prueba la tenés en que nadie haya tenido suficientes cojones como para matarme. Anotá esto. Si algún día alguien me mata, entonces puede ser que este país tenga salida, tenga salvación. Tampoco es seguro, pero al menos habrá una posibilidad. Si en cambio muero tranquilamente en mi cama, asistido por el imbécil de mi médico, el tarado de mi hijo, las lindas de mis nueras, el avispado de mi nieto, el ave negra de mi albacea, y también por los ojos brillantes de mis presuntos legatarios, si muero tranquilamente de mi coágulo cerebral o de mi infarto privado, entonces querrá decir que este país está frito, que ha perdido para siempre sus reflejos.

Ahora Gloria está segura. Ya no inspira temor. Más bien tiene miedo, aunque no lo diga, aunque jamás se resigne a decirlo. Las palabras son más o menos las mismas de siempre. Tanto las del editorial, como estas que ahora está diciendo. Pero antes estaban rellenas de un poder, de una invencibilidad, que ahora no tienen. Ahora están vacías. Acaso el pobre Ramón, piensa Gloria, se mató por cobardía, acaso se tiró desde el noveno piso por no matar al padre, pero de todos modos consumó su venganza. Porque esa muerte ha vuelto vulnerable a Edmundo Budiño. Esa amenaza que no se cumplió ha colocado muchas amenazas en el aire. Gracias por el fuego.

—¿Te acordás aquella tarde en el Salón Nacional? ¿Y después en el Tupí? ¿Te acordás cuando me dijiste: Soy tan feliz, profesor?

No puede ni quiere contestar. No puede ni quiere aguantar el impudor de esas preguntas. Cualquier cosa, menos el chantaje de la cursilería. ¿Cómo no advierte el viejo hipócrita que esa evocación, tan antigua, hoy la hace morir de vergüenza? ¿Cómo no advierte que sólo el amor, presente o pretérito, puede despejar el ridículo de tales éxtasis distantes? ¿Cómo no advierte que en vez de amor hubo novedad y sexo, luego sexo y rutina, luego sólo rutina?

—¿Te acordás cuando te dije: Qué lindos hombros, como para apoyar las manos cuando uno está cansado?

Lindos. Ya no lo son. Ahora la piel tiene más de cuarenta. Ahora los hombros tienen pecas. Y están caídos. Y ella está cansada. Y tiene urgencia. Y aunque los hombros tengan pecas y su piel tenga más de cuarenta años, ella necesita que un hombre, no un viejo, use esos hombros, no para apoyar las manos cuando esté cansado, no para hacer frases famosas, sino para atraerla, para usarla a ella toda, no sólo sus hombros, para usarla a ella en alma y cuerpo, no como instrumento, no como un mueble; un hombre, no un viejo que dice aspirar a que lo maten y sin embargo está loco de miedo; no un viejo sino un hombre verdadero y común, un hombre que no se crea infalible, poderoso; un hombre y no un viejo relleno de plata y de rencores.

—No valía la pena. Yo lo quería a Ramón. ¿Acaso no sabés que lo quería? Tenía miedo a la oscuridad y me miraba con una carita agradecida cuando yo venía a auxiliarlo, a confortarlo. Y una vez le compré diez cajas de soldados de plomo. Y tenía una expresión de asombro. No, si yo no me olvido. ¿Sabés por qué no me mató, a pesar de que puso el revólver sobre la mesa? No me mató, porque en el fondo me seguía queriendo, me seguía necesitando. Era mi hijo, era mi hijo. Y yo lo vi allá abajo, con la cabeza en un charco de sangre.

Edmundo Budiño se da vuelta en la cama, hacia la derecha, y apoya los ojos contra la almohada. Gloria al principio no quiere creerlo. Luego se da cuenta de que aquel cuerpo se sacude, en una especie de convulso temblor, como si sollozara, acaso efectivamente sollozando. Pero ella no quiere llegar a comprobarlo. Si es verdad que solloza, ese arrepentimiento le parecerá tardío, senil y repugnante. Si sólo aparenta sollozar, esa hipocresía le parecerá burda, ofensiva y también repugnante. Por un momento Gloria siente un vahído, un comienzo de arcada. Luego se repone. Abre una puerta del *placard*, pero se encoge de hombros y la cierra, sin sacar nada. Después sale lentamente de la habitación.

En el living recoge su cartera, descuelga el saco de la percha y se lo pone. No vuelve a mirar hacia el dormitorio, y sus movimientos van siendo cada vez más rápidos. Cuando abre la puerta del apartamento, parece a punto de gritar, pero se contiene. Por un instante, los sollozos del hombre acostado llenan todo el silencio disponible.

Luego suena el portazo.

MARIO BENEDETTI

INVENTARIO UNO

Poesía completa 1950-1985

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

NOTA

Integran *Inventario Uno* todos los poemas que he publicado en libro entre 1950 y 1985. *Sólo mientras tanto* (1950), *Poemas de la oficina* (1956), *Poemas del hoyporhoy* (1961), *Noción de patria* (1963), *Próximo prójimo* (1965), *Contra los puentes levadizos* (1966), *A ras del sueño* (1967), *Quemar las naves* (1969), *Letras de emergencia* (1973), *Poemas de otros* (1974), *La casa y el ladrillo* (1977), *Cotidianas* (1979), *Viento del exilio* (1981) y *Geografías* (1984).

Algunos poemas que posteriormente fueron transformados en canciones figuran en sus dos textos –poema y canción–, cada uno de ellos incluido en el lugar y la época correspondientes.

Al igual que en las anteriores ediciones, el volumen se abre con la producción más reciente y concluye con la más antigua, quizá con la secreta esperanza de que el lector, al tener acceso a esta obra por la puerta más nueva y más cercana, se vea luego tentado a ir abriendo otras puertas “a beneficio de inventario”.

M.B.

*a luz
como siempre*

GEOGRAFÍAS

1982-1984

ESO DICEN

Eso dicen
que al cabo de diez años
todo ha cambiado
allá

dicen
que la avenida está sin árboles
y no soy quién para ponerlo en duda

¿acaso yo no estoy sin árboles
y sin memoria de esos árboles
que según dicen
ya no están?

AY DEL SUEÑO

Ay del sueño
si sobrevivo es ya borrándome
ya desconfiado y permanente
y tantas veces me hundo y sueño
muslo a tu muslo
boca a tu boca
nunca sabré quién sos

ahora que estoy insomne
como un sagrado
y permanezco
quiero morir de siesta
muslo a tu muslo
boca a tu boca
para saber quién sos

Ay del sueño
con esta poca alma a destajo
soñar a nado tiernamente
así me llamen permanezco
muslo a tu muslo
boca a tu boca
quiero quedarme en vos

PATRIA ES HUMANIDAD

Patria es humanidad.
JOSÉ MARTÍ

La manzana es un manzano
y el manzano es un vitral
el vitral es un ensueño
y el ensueño un ojalá
ojalá siembra futuro
y el futuro es un imán
el imán es una patria
patria es humanidad

el dolor es un ensayo
de la muerte que vendrá
y la muerte es el motivo
de nacer y continuar
y nacer es un atajo
que conduce hasta el azar
los azares son mi patria
patria es humanidad

mi memoria son tus ojos
y tus ojos son mi paz
mi paz es la de los otros
y no sé si la querrán
esos otros y nosotros
y los otros muchos más

todos somos una patria
patria es humanidad

una mesa es una casa
y la casa un ventanal
las ventanas tienen nubes
pero sólo en el cristal
el cristal empaña el cielo
cuando el cielo es de verdad
la verdad es una patria
patria es humanidad

yo con mis manos de hueso
vos con tu vientre de pan
yo con mi germen de gloria
vos con tu tierra feraz
vos con tus pechos boreales
yo con mi caricia austral
inventamos una patria
patria es humanidad

EL SILENCIO DEL MAR

y el silencio del mar, y el de su vida.
JOSÉ HIERRO

El silencio del mar
brama un juicio infinito
más concentrado que el de un cántaro
más implacable que dos gotas

ya acerque el horizonte o nos entregue
la muerte azul de las medusas
nuestras sospechas no lo dejan

el mar escucha como un sordo
es insensible como un dios
y sobrevive a los sobrevivientes

nunca sabré qué espero de él
ni qué conjuro deja en mis tobillos
pero cuando estos ojos se hartan de baldosas
y esperan entre el llano y las colinas
o en calles que se cierran en más calles
entonces sí me siento náufrago
y sólo el mar puede salvarme.

LOS CINCO

Palpen la espiga el cáliz el estambre
la huella dibujada por la tierra
busquen el cuerpo amado entre los cuerpos
el que no es

miren en qué baldosa de la historia
se emprende a tientas el regreso y cómo
se va reconociendo palmo a palmo
lo que no es

aprendan a olfatear el miedo huésped
la invitación del sexo / la osadía
rastreen el olor de la confianza
la que no es

oigan cómo se entiende la llamada
la impunidad del eco / su caricia
y cómo se cosecha entre las voces
la que no es

saboreen la lluvia y el durazno
los párpados del alba y la madera
tómenle el gusto al lecho de la vida
la que no es

CEREMONIAS

Hubo un tiempo en que nos fijábamos en las hojas secas
en el muro de ceniza y en la noche descalza
y en la luna pálida de tantas destrucciones
y así apostábamos a la melancolía
inconscientes de que ése no era aún nuestro percance
faltaban temporadas de sistemática pobreza
laberintos privados y tristezas de medio pelo

el calvario era ajeno y quedaba lejos
el tamaño de la pena era tan módico como el deleite
nuestros dientes de hambre y nuestras lenguas en celo
funcionaban sin prisa pero funcionaban

las primaveras se nos iban de entre las manos
mirábamos el horizonte sin saber qué pedirle
el crepúsculo se henchía de gallos
azules y el aire era enigmático como un viejo sabihondo

pero una madrugada forzaron las puertas
nos allanaron el desván y la memoria
decidieron por nosotros en mitad de la duda
nos quitaron los fantasmas y los papeles
levantaron un cepo de palabras
y un corral de miedo donde abandonarnos

nos suspendieron el derecho a la tibieza
borraron los presagios con el odio
nos despojaron de la lluvia verde
y del silencio gratis y del amor cribado
nos cortaron en dos con un hacha de invierno

de ese modo tan turbio nos fue revelado
que en realidad no habíamos trajinado por el tedio
sino que éramos inadvertidamente felices
no esplendorosa sino pasablemente ávidos
de amparos lechos soledades perdones

de ese modo tan impropio nos fue dicho
que cualquier otro quebranto era menos que este azote
y tuvieron que aparecer túneles y máscaras y trampas
para que echáramos de menos el letargo cotidiano
las venas de los árboles el caballo a contraluz

¿habremos aprendido el catecismo del rencor
o la rabia se nos irá cayendo como escamas?
¿recordaremos siempre no olvidar
o las franjas de inquina se nos irán pudriendo?
¿almacenaremos para nunca los aborrecimientos
y los sacaremos de la troya a perdonazos?

es claro que ni el rayo ni el rocío tienen prisa
desahucios y bienvenidas esperan su turno
por algo estamos listos para empezar desde cero
y nadie se arrodilla sobre los pámpanos caídos

vamos a merecer cada centímetro de augurio
vamos a abrir caminos a los sobrevivientes
sin guirnaldas pero con respuestas
flamantes y accesibles
vamos a reponer lo mucho que perdimos
vamos a aprovechar lo poco que nos queda

COMARCA EXTRAÑA

País lejos de mí / que está a mi lado
país no mío que ahora es mi contorno
que simula ignorarme y me vigila
y nada solicita pero exige
que a veces desconfía de mis pocas confianzas
que alimenta rumores clandestinos
e interroga con cándidas pupilas
que cuando es noche esconde la menguante
y cuando hay sol me expulsa de mi sombra

viejo país en préstamo / insomne / olvidadizo
tu paz no me concierne ni tu guerra
estás en las afueras de mí / en mis arrabales
y cual mis arrabales me rodeas
país aquí a mi lado / tan distante
como un incomprendido que no entiende

y sin embargo arrimas infancias o vislumbres
que reconozco casi como mías
y mujeres y hombres y muchachas
que me abrazan con todos sus peligros
y me miran mirándose y asumen
sin impaciencia mis andamios nuevos

acaso el tiempo enseñe
que ni esos muchos ni yo mismo somos
extranjeros recíprocos extraños
y que la grave extranjería es algo
curable o por lo menos llevadero

acaso el tiempo enseñe
que somos habitantes
de una comarca extraña
donde ya nadie quiere
decir

país no mío

FINTA

En las pausas insomnes
en los ojos glaciales
en el gesto ritual de la amenaza
el vocero del odio estrena sus enigmas
hinca roedor sus dientes en el humo
recobra la prudencia de su miedo impalpable

en la cábala oscura
en el martirio en cierne
en el postigo abierto a la amenaza
las larvas del odio se hacen adultas
los recientes acechos se organizan
la extenuada blasfemia nos anega

en el nuevo desvelo
en la hipótesis vieja
en la azul cicatriz de la amenaza
la provincia del odio se vuelve inhabitable
y hay delirios que copan el futuro
en el adviento de la noche mala

así y todo el absurdo resplandor
el amago presente e infinito
esa letal rampante hiedra de la amenaza
pueden ser reintegrados a su túnel de origen
si uno aprende el idioma de la muerte
y no lo olvida en vida

DESAPARECIDOS

Están en algún sitio / concertados
desconcertados / sordos
buscándose / buscándonos
bloqueados por los signos y las dudas
contemplando las verjas de las plazas

los timbres de las puertas / las viejas azoteas
ordenando sus sueños sus olvidos
quizá convalecientes de su muerte privada

nadie les ha explicado con certeza
si ya se fueron o si no
si son pancartas o temblores
sobrevivientes o responsos

ven pasar árboles y pájaros
e ignoran a qué sombra pertenecen

cuando empezaron a desaparecer
hace tres cinco siete ceremonias
a desaparecer como sin sangre
como sin rostro y sin motivo
vieron por la ventana de su ausencia
lo que quedaba atrás / ese andamiaje
de abrazos cielo y humo

cuando empezaron a desaparecer
como el oasis en los espejismos
a desaparecer sin últimas palabras
tenían en sus manos los trocitos
de cosas que querían

están en algún sitio / nube o tumba
están en algún sitio / estoy seguro
allá en el sur del alma
es posible que hayan extraviado la brújula
y hoy vaguen preguntando preguntando
dónde carajo queda el buen amor
porque vienen del odio

SIN TIERRA SIN CIELO

Jesús y yo salvadas las distancias
somos dos habitantes del exilio
y lo somos por cautos por ilusos

algo se nos quebró en mitad del verbo
y así sobrellevamos esta pena
restaurando vitrales y nostalgias

no tenemos altares ni perdones
Jesús y yo de pueblo memoriosos
a veces compartimos el exilio

compartimos los panes y desiertos
y las complicidades y los judas
y el camello y el ojo de la aguja
y los santotomases y la espada
y hasta los mercaderes y la furia

no es eco ni abstracción
es una historia apenas

él veterano yo inexperto
llegamos emigrantes al futuro
descalzos y sin norte y sorprendidos

yo / oscuro y fracturado / sin mi tierra
él / pobre desde siempre / sin su cielo

NO LO HARÁS EN VANO

Ah no lo harás en vano

se te helarán los dedos
y el corazón y los olores

se te helará la noche
y la arrogancia y las rodillas

se te helará la sangre
y los crepúsculos y el humo

se te helará el bostezo
y el ademán y la lujuria

se te helarán los ojos
la madrugada y el esperma

se te helará el ritual
y las caricias y los signos

se te helará la luna
y el arbolito y la garganta

se te helarán los labios
y los disfrutes y la vida

todo está listo
no lo harás en vano

NIVEL DE VUELO 350

Allá abajo la tierra sobrevive
se apagan los mejores
alguien crece en el odio
o se funde y confunde en los amores

desde arriba la suerte es una espuma
los hombres son iguales
y pese al aire fatuo
desde abajo la tierra hace señales

y son tristes voraces desoladas
señales sin señuelo
cual si fuera forzoso
recopilar indicios desde el cielo

pero yo los recuerdo en sus detalles
no todo está perdido
hay rumbos para ahora
y otros para trazar desde el olvido

aquí arriba me siento poderoso
frágil y deleznable
y voy callado pero
puede que me haga añicos cuando hable

o que no me haga añicos y al contrario
me arropen las saudades
y unos pocos me ayuden
a unir como en un sueño mis lealtades

QUIERO CREER QUE ESTOY VOLVIENDO

Vuelvo / quiero creer que estoy volviendo
con mi peor y mi mejor historia
conozco este camino de memoria
pero igual me sorprendo

hay tanto siempre que no llega nunca
tanta osadía tanta paz dispersa
tanta luz que era sombra y viceversa
y tanta vida trunca

vuelvo y pido perdón por la tardanza
se debe a que hice muchos borradores
me quedan dos o tres viejos rencores
y sólo una confianza

reparto mi experiencia a domicilio
y cada abrazo es una recompensa
pero me queda / y no siento vergüenza /
nostalgia del exilio

en qué momento consiguió la gente
abrir de nuevo lo que no se olvida
la madriguera linda que es la vida
culpable o inocente

vuelvo y se distribuyen mi jornada
las manos que recobro y las que dejo
vuelvo a tener un rostro en el espejo
y encuentro mi mirada

propios y ajenos vienen en mi ayuda
preguntan las preguntas que uno sueña
cruzo silbando por el santo y seña
y el puente de la duda

me fui menos mortal de lo que vengo
ustedes estuvieron / yo no estuve
por eso en este cielo hay una nube
y es todo lo que tengo

tira y afloja entre lo que se añora
y el fuego propio y la ceniza ajena
y el entusiasmo pobre y la condena
que no nos sirve ahora

vuelvo de buen talante y buena gana
se fueron las arrugas de mi ceño
por fin puedo creer en lo que sueño
estoy en mi ventana

nosotros mantuvimos nuestras voces
ustedes van curando sus heridas
empiezo a comprender las bienvenidas
mejor que los adioses

vuelvo con la esperanza abrumadora
y los fantasmas que llevé conmigo
y el arrabal de todos y el amigo
que estaba y no está ahora

todos estamos rotos pero enteros
diezmados por perdones y resabios
un poco más gastados y más sabios
más viejos y sinceros

vuelvo sin duelo y ha llovido tanto
en mi ausencia en mis calles en mi mundo
que me pierdo en los nombres y confundo
la lluvia con el llanto

vuelvo / quiero creer que estoy volviendo
con mi peor y mi mejor historia
conozco este camino de memoria
pero igual me sorprende

LA BUENA TINIEBLA

Una mujer desnuda y en lo oscuro
genera un resplandor que da confianza
de modo que si sobreviene
un apagón o un desconsuelo
es conveniente y hasta imprescindible
tener a mano una mujer desnuda

entonces las paredes se acuarelan
el cielo raso se convierte en cielo
las telarañas vibran en su ángulo

los almanaques domingean
y los ojos felices y felinos
miran y no se cansan de mirar

una mujer desnuda y en lo oscuro
una mujer querida o a querer
exorciza por una vez la muerte.

VIENTO DEL EXILIO

1980-1981

*a la memoria
a la estirpe martiana
a la vida revolucionaria
de Haydeé Santamaría*

ENTRE SIEMPRE Y JAMÁS

VIENTO DEL EXILIO

Un viento misionero sacude las persianas
no sé qué jueves trae
no sé qué noche lleva
ni siquiera el dialecto que propone

creo reconocer endechas rotas
trocitos de hurras
y batir de palmas
pero todo se mezcla en un aullido
que también puede ser deleite o salmo

el viento bate franjas de aluminio
llega de no sé donde a no sé donde
y en ese rumbo enigma soy apenas
una escala precaria y momentánea

no abro hospitalidad
no ofrezco resistencia
simplemente lo escucho
arrinconado
mientras en el recinto vuelan nombres
papeles y cenizas

después se posarán en su baldosa
en su alegre centímetro
en su lástima
ahora vuelan como barriletes
como murciélagos como hojas

lo curioso lo absurdo es que a pesar
de que aguardo mensajes y pregones
de todas las memorias y de todos
los puntos cardinales

lo raro lo increíble es que a pesar
de mi desamparada expectativa

no sé qué dice el viento del exilio

ÚLTIMAS GOLONDRINAS

Sabes
gustavo adolfo
en cualquier año de éstos
ya no van a volver
las golondrinas
ni aun las pertinaces
las del balcón
las tuyas

es lógico
están hartas
de tanto y tanto alarde
migratorio
de tanto y tanto cruce
sobre mar y retórica
y pretextos
y alcores

su tiempo ya pasó
lo reconocen
y a mitad de su ida
o de su vuelta
oscuras

cursilíneas
tiernitas de alas largas
se dejarán caer
como buscando
cada una su ola
terminal

ENTRE SIEMPRE Y JAMÁS

zwischen Immer und Nie
PAUL CELAN

Entre siempre y jamás
el rumbo el mundo oscilan
y ya que amor y odio
nos vuelven categóricos
pongamos etiquetas
de rutina y tanteo

-jamás volveré a verte
-unidos para siempre
-no morirán jamás
-siempre y cuando me admitan
-jamás de los jamases
-(y hasta la fe dialéctica
de) por siempre jamás
-etcétera etcétera

de acuerdo
pero en tanto
que un siempre abre futuro
y un jamás se hace abismo
mi siempre puede ser
jamás de tantos otros

siempre es una meseta
con borde con final
jamás es una oscura
caverna de imposibles
y sin embargo a veces
nos ayuda un indicio

que cada siempre lleva
su hueso de jamás
que los jamases tienen
arrebatos de siempres

así
incansablemente
insobornablemente
entre siempre y jamás
fluye la vida insomne
pasan los grandes ojos
abiertos de la vida

EL IMÁN

Aquí la soledad se pone oscura
el viento insiste al final del día
estoy cansado como después de un sueño
y aunque me gustaría brindar con alguien
bebo el vino en un vaso de vidrio arrugado

golpean en la puerta con nudillos menudos
es aidel un vecino de cinco años
me pregunta si puede jugar con el imán
no quiero defraudarlo así que lo autorizo
y él inaugura su verdad revelada

luego desaparece erudito y ceñudo
el viento urge aunque con otro ritmo
termino el vino sin desesperarme
y lentamente estiro el brazo torpe
hasta el imán que aguarda en su misterio

CANTERA DE PRÓJIMOS

Es cierto / si estás solo llegarás fácilmente
al desparpajo contigo mismo / así
no habrá obsecuencias ni iras sagradas
que te expulsen de la sinceridad

la soledad tiene sus pústulas y su encanto
pero suele ser un espectáculo procaz
sobre todo porque carece de espectadores
y los espejos la invaden sin motivo

atención por favor afirmate en tus huesos
en tus recuerdos mejores y peores
siempre es válido para entender el dolor
y reducirlo a su uña de miedo

estar sin nadie es un desorden blanco
un malogro del fueguito privado
hay que aprender que no todo es dulzura
y que el fiel de la angustia no sirve

la soledad te ayuda únicamente
si la vas a colmar de ecos necesarios
de nostalgias tangibles / sólo así
podrá llegar a ser tu cantera de prójimos

EL PAISAJE

Durante muchos años
y tantísimos versos

el paisaje
no estuvo en mis poemas

vaya a saber
por qué

mejor dicho
el paisaje
eran hombres
 mujeres
 amores

pero de pronto
casi sin yo advertirlo
mi poesía empezó
a tener ramas
 dunas
 colinas
 farallones

vaya a saber
por qué
dejó de ser
poesía en blanco y negro
y se llenó de verdes
tantos como follajes
de flamboyanes rojos
oros suaves del alba
y memorias de pinos
con sus siluetas sobre
horizonte y candela

¿será que este paisaje
no quiere que sigamos
sin decirnos las claves?

¿o será que el paisaje
no quiere que me vaya?

TEORÍA DE CONJUNTOS

Cada cuerpo tiene
su armonía y
su desarmonía

en algunos casos
la suma de armonías
puede ser casi
empalagosa

en otros
el conjunto
de desarmonías
produce algo mejor
que la belleza

PRELIMINAR DEL MIEDO

Por sobre las terrazas alunadas
donde se aman cautelosamente los gatos
y los brillos esquivan las chimeneas
creo que nadie sabe lo que yo sé esta noche
algo aprendido a pedacitos y a pulsaciones
y que integra mi pánico tradicional modesto

¿cómo desmenuzar plácidamente el miedo
comprender por fin que no es una excusa
sino un escalofrío parecido al disfrute
sólo que amarguísimo y sin atenuantes?

los suicidas no tienen problemas al respecto
deciden derrotarse y a veces lo consiguen
entran en el miedo como en una piragua
sin remos y con rumbo de cascada
son los descubridores del alivio
pero la paz les dura una milésima

tampoco los homicidas se preocupan mucho
limitan el miedo a una coyuntura
desenvainan la furia o aprietan el gatillo
y todo queda así simplificado y yerto

pero los demás o sea los que venimos
tironeados por la maravilla
y perseguidos por el horror
los demás o sea los compinches de la duda
los candorosos los irresponsables
los violentos pero no tanto
los tranquilos pero no mucho
los deportados de la buena fe
los necesitados de alegría
los ambulantes y los turbados
los omisos de la vanguardia
los atrasados de la vislumbre

ésos qué haremos con el mundo
sino asediarlo a escaramuzas
desmenuzarlo con las uñas
extinguirlo con el resuello
desmantelarlo a mordiscones
hacerlo trizas con la mirada
dar cuenta de él con el amor
estrangularlo

TALANTES

Un hombre
alegre
es uno más
en el coro
de hombres
alegres

un hombre
triste
no se parece
a ningún otro
hombre
triste

EL AMOR ES UN CENTRO

Un tallito de verdes y un añoso algarrobo
las veinticuatro horas y el instante bisagra
una vislumbre dicha por las manos de un ciego
el amor es un centro con extrañas filiales

clausura y campo abierto
los barcos que dialogan tras la niebla
musgo y cáliz del sexo
la fogata en el ángelus inmóvil
las tiernas recompensas
las durísimas penas
el amor es un centro con extrañas filiales

todo eso y mucho más
y mucho menos y otros rubros
sintetizando yo diría
que así en la guerra como en los celos
el amor es también una alcachofa
que va perdiendo sus emblemas
hasta que queda una fruición
una esperanza
un fantasma

CONJUGACIONES

1 (álbum)

Cómo quisiera fotografiar
minucia por minucia
pedazos de futuro
y colocar las instantáneas
en un álbum
para poder hojearlo
lenta morosamente
en un manso remanso
del pasado

2 (claves)

Algunas claves
del futuro
no están en el presente
ni en el pasado

están
extrañamente
en el futuro

3 (variantes)

la muerte es sólo una
de las varias variantes
del futuro
quizá la más primaria

acerca de la otras
espléndidas variantes
no han concluido aún
las investigaciones

4 (complemento)

Para entender mejor
cuán reaccionario
era jorge manrique
hay que desarrollar
el complemento de su tesis
o sea
todo tiempo futuro
será peor

5 (después)

El futuro no es
una página en blanco

es una fe
de erratas

6 (ausencia)

En la última
asamblea
del futuro
faltaré
sin aviso

7 (rigores)

En las fronteras
del futuro
hay un control
estricto
sólo son admitidos
los sobrevivientes

8 (previsión)

De vez en cuando es bueno
ser consciente
de que hoy
de que ahora
estamos fabricando
las nostalgias
que descongelarán
algún futuro

9 (plurales)

Hay
ayeres
y mañanas
pero no hay
hoyes

LOS INMORTALES Y LA MUERTE

LOS MORTALES

Ni siquiera la muerte permanece

JOSÉ EMILIO PACHECO

Pero estaba previsto que al aflojar la tarde
comparecieran suaves los penachos las sombras
para asombrar al bando de los vivos

es imposible estar seguro
 porque
¿y si resultan pinos o quimeras?

lo cierto es que no están bajo las flores

por el contrario hay quienes suponen
que pueden cultivarlas
con agüita de lluvia

en realidad
no están bajo las flores
no están bajo las cruces
no están bajo las losas
no están bajo la tierra

no están
sencillamente

PASATIEMPO

Cuando éramos niños
los viejos tenían como treinta
un charco era un océano
la muerte lisa y llana
no existía

cuando muchachos
los viejos eran gente de cuarenta
un estanque era océano
la muerte solamente
una palabra

ya cuando nos casamos
los ancianos estaban en cincuenta
un lago era un océano
la muerte era la muerte
de los otros

ahora veterano
ya le dimos alcance a la verdad
el océano es por fin el océano
pero la muerte empieza a ser
la nuestra

LOS INMORTALES

La piel acariciada se acabó
se acabaron las manos que encendían
los pulmones que juzgaban el aire
las piernas que enseñaban el camino

se acabó el cuerpo penetrando en el mar
el cuerpo catedral o lastre o surco
el cuerpo a plazo fijo el abrazable
el cuerpo condenado se acabó

quedan no obstante indicios generosos
arrabales o esencias
provincias de entusiasmo
árbol al que miraron ojos que ya no existen
y hace gala de aquel vistazo tutelar
como si se tratara de su hoja más verde

senderos que los idos transitaron o abrieron
asumen en la tarde una libre tristeza
algo así como sauces o memorias

por donde ellos pasaron o amaron o riñeron
riñen aman o pasan futuros inmortales
esos que un día perderán la piel
los brazos los riñones las mejillas el sexo
y sin embargo sobrevivirán
en el mágico vientre de una mujer de barro
en la veracidad de un semejante
en la usada decencia de una casa de rocas
en la quebrada voz de un portavoz de pueblo
en un coto privado de firmamento y pena

y todo ocurre porque la inmortalidad
no es una medalla ni una canonjía
tampoco un pergamino con su guarda de flores
sino un hecho objetivo y sin anuncios

hay quien es inmortal por ganar una guerra
hay quien lo es por una perdida escaramuza
alguna impresionante obra de tomo y lomo
o un madrigal de diez versos apenas

(quién no piensa en gutierre de cetina
pero ¿acaso no es tan inmortal
como el mismo poeta
la inclemente señora de los ojos
más claros y serenos del siglo dieciséis?)

ocurre sin embargo que aún los inmortales
alguna vez se apocan se hacen nadie y vacío
se van de la costumbre
se mueren por un tiempo

debe tenerse en cuenta
que hay grandes inmortales e inmortales domésticos
unos que sobreviven por mandato de un pueblo
y otros en cambio gracias a un corazón sencillo

pero ni aun aquellos inmortales
que se apocan y mueren por un tiempo
y hasta se arriesgan al durable olvido
y se desilusionan ante la confusión
o ante la indiferencia
de la gente y las cosas
ni siquiera esos sobrios modestos inmortales
se borran para siempre de nosotros los otros
de pronto los rescata un umbral de alegría
los llama una nostalgia simplemente carnal
o los convoca un niño con sus revelaciones
y entonces sí regresan como pájaros
a posarse otra vez en futuros vestigios
a contemplar el mar como una buena nueva
a sopesar la tierra en sus terrones

entonces sí regresan como nubes
como tranquilas nubes de algodón y confianza
y hasta puede que alguien
comente

 está nublado
cuando sencillamente está inmortal

CADA VEZ QUE ALGUIEN MUERE

Cada vez que alguien muere
por supuesto alguien a quien quiero
siento que mi padre vuelve a morir
será porque cada dolor flamante
tiene la marca de un dolor antiguo

por ejemplo este día en que ningún árbol
está de verde y no oigo los latidos
de la memoria constelada
y un solo perro aúlla por las dudas
vuelve a meterme en aquel otro
interminable en que mi padre
se fue mudando lentamente
de buen viejo en poca cosa
de poca cosa en queja inmóvil
de queja inmóvil en despojo

INVISIBLE

La muerte está esperándome
ella sabe en qué invierno
aunque yo no lo sepa

por eso entre ella y yo
levanto barricadas
arrimo sacrificios
renazco en el abrazo
fundo bosques que nadie
reconoce que existen
inventó mis fogatas
quemo en ellas memorias
tirabuzón de humo
que se interna en el cielo

por eso entre ella y yo
pongo dudas y biombos
nieblas como telones
pretextos y follajes
murallones de culpa
cortinas de inocencia

así hasta que el baluarte
de cosas que es mi vida
borre la muerte aleve
la quite de mis ojos
la oculte y la suprima
de mí y de mi memoria

mientras tanto
ella espera

HAPPY BIRTHDAY

¿Cómo será el mundo cuando no pueda yo mirarlo
ni escucharlo ni tocarlo ni olerlo ni gustarlo?
¿cómo serán los demás sin este servidor?
¿o existirán tal como yo existo
sin los demás que se me fueron?
sin embargo
¿por qué algunos de éstos son una foto en sepia
y otros una nube en los ojos
y otros la mano de mi brazo?
¿cómo seremos todos sin nosotros?
¿qué color qué ruidos qué piel suave qué sabor
qué aroma
tendrá el ben(mal)dito mundo?
¿qué sentido tendrá llegar a ser protagonista del
silencio?
¿vanguardia del olvido?
¿qué será del amor y el sol de las once
y el crepúsculo triste sin causa valedera?

¿o acaso estas preguntas son las mismas
cada vez que alguien llega a los sesenta?

ya sabemos cómo es sin las respuestas
mas ¿cómo será el mundo sin preguntas?

REFRANÍVOCOS / SIGNITOS

COMPENSACIONES

Ojo
 por
 ojo
lente
 por
 lente

FACILIDADES

A enemigo
que huye
puente
de lata

COMPAÑÍAS

Dime
con quién
andas
y te diré
go home

INTENSIDAD

Quien
pecho
abarca
loco
aprieta

RESISTENCIA

No hay
peor
gordo
que
el que no quiere
huir

TARDÍA

La madurez
llega
con su relámpago
de sabiduría
cuando uno
ya no tiene
donde caerse
sabio

MADRIGAL EN CASSETTE

Ahora que apretaste
la tecla *play*
me atreveré a decirte
lo que nunca
osaría proponerte
cara a cara

que oprimas de una vez
la tecla *stop*

ONCE

Ningún padre de la iglesia
ha sabido explicar
por qué no existe
un mandamiento once
que ordene a la mujer
no codiciar al hombre
de su prójima

¿NUNCA MÁS?

Ya era tarde
cuando el cuervo
de poe
tomó conciencia
de que no era
principista
sino
tozudo

OVNIS

obviamente, a bud

Dice mi amigo bud que los ovnis no vienen
de marte ni de la urss ni de cabo cañaveral
sencillamente llegan de un remotísimo futuro
con la peregrina intención de investigar
cómo fue que los terrestres empezamos a jodernos
es decir cuál fue el origen de la gran hecatombe
que para ellos por supuesto es historia
y en cambio para nosotros pecadores
una mera y sombría posibilidad

en el caso de que bud tenga razón
los osados ovnímodos serían
una suerte de arqueólogos ideológicos
algo así como choznos de levi strauss
perdidos en alguna galaxia de reposo

no estaría de más intentar persuadirlos
de que han confundido la ecuación y la ruta
y que en consecuencia aún nos pertenece
la empalagosa opción de no estallar
y así mientras ellos computan y computan
su electrónica / gaseosa / ultramundana
fe de erratas
nosotros persignémonos
o respiremos hondo
o bajemos al refugio más próximo

NOMBRES PROPIOS

ALLENDE

Para matar al hombre de la paz
para golpear su frente limpia de pesadillas
tuvieron que convertirse en pesadilla
para vencer al hombre de la paz
tuvieron que congregarse todos los odios
y además los aviones y los tanques
para batir al hombre de la paz
tuvieron que bombardearlo hacerlo llama
porque el hombre de la paz era una fortaleza

para matar al hombre de la paz
tuvieron que desatar la guerra turbia
para vencer al hombre de la paz
y acallar su voz modesta y taladrante
tuvieron que empujar el terror hasta el abismo
y matar más para seguir matando
para batir al hombre de la paz
tuvieron que asesinarlo muchas veces
porque el hombre de la paz era una fortaleza

para matar al hombre de la paz
tuvieron que imaginar que era una tropa
una armada una hueste una brigada
tuvieron que creer que era otro ejército
pero el hombre de la paz era tan sólo un pueblo
y tenía en sus manos un fusil y un mandato
y eran necesarios más tanques más rencores
más bombas más aviones más oprobios
porque el hombre de la paz era una fortaleza

para matar al hombre de la paz
para golpear su frente limpia de pesadillas
tuvieron que convertirse en pesadilla
para vencer al hombre de la paz
tuvieron que afiliarse para siempre a la muerte
matar y matar más para seguir matando
y condenarse a la blindada soledad
para matar al hombre que era un pueblo
tuvieron que quedarse sin el pueblo

HECHOS / NOTICIAS

Para los europeos
el estalinismo
fue
un hecho
en tanto que
para nosotros
fue tan sólo
noticia
por eso nunca
lo entendimos bien

en cambio
para nosotros
cuba y nicaragua
son hechos
fundamentales y
fundacionales
en tanto que
para ellos
son tan sólo
noticias
por eso nunca
las entendieron bien

RIGOBERTO EN OTRA FIESTA

Amanecer sabroso / mediodía y fervores /
noche de armas y ramas
ruinas de las que surgen aves confidenciales
descalzos que vindican / ganan gleba por gleba
las ochocientas mil hectáreas del maligno

patria libre o morir o morir o morir
morir ya lo sabían / era pan cotidiano
pero no es tan sencillo habituarse de pronto
al evangelio de la patria libre

viejo pueblo naciente del sueño y de la pólvora
sandino en las gargantas las segovias los muros
voluntarios dispuestos a barrer la desgracia
barricadas que vuelven a ser tronco y ladrillos

casi tocando el cielo de los muchos sin tierra
los sin pan / los sin techo / los sinsontes
casi escuchando el nuevo y crucial terremoto
pienso en tu veintiuno de setiembre / quizá
porque estabas tan solo rigoberto
aunque es claro existían cornelio ausberto edwin
remotos y leales / y acercarte bailando
al tirano insolente / aproximarte como
crucero de la fiesta que iba a ponerse trágica
y acribillarlo y ser acribillado
fue tan poema y tan nicaragüense
como el mejor darío
no el que se inventaba las manos de marqués
sino el que las tenía de indio chorotega

por eso en la pasión de la victoria
ahora que la fiesta es por fin generosa
entre los puños debe estar tu puño
entre las balas debe estar tu bala
entre los corazones tu verde corazón
y en cada patria libre o morir tu campante
muerte / que es uña y carne con la patria que nutres

así mirando sosegadamente
a tu pueblo / insurrecto desde zafras antiguas
de pronto advierto que tu soledad
de hace veintitrés años no era tanta
acaso porque entonces ya escondía / soñándolos
a estos campesinos
a estos combatientes
a estos niños descalzos

TOMÁS RECUERDA A CARLOS

Como un exacto curriculum de carlos
así puede leerse de un tirón
el apretado libro de tomás
pero después de ese tirón algo falta
y hay que empezar de nuevo

sólo en la segunda lectura se advierte
que no es un curriculum sino un abrazo
y así empieza a entenderse lo que consta
en las meras entrelíneas de fuego

cuántos días y noches de hermandad
no habrán sido precisos
para encerrar en siete renglones capitales
la muerte de esa niña que no quería morir
y apretarnos no obstante el corazón
sin retórica y casi sin adjetivos

qué suerte que tomás no hiciera un monumento
por eso carlos emerge o lucha
como un escándalo de la cordura
no como un héroe con postura de héroe
sino como un héroe con talante de hombre

y uno llega a sentir que en los afluentes
de esa sobriedad o quizá protegiéndola
como una esperanza inexpugnable antigua
tomás está llorando (él ha contado
que así lloraba carlos) con la ferocidad
que tiene a veces la tristeza

después vino el futuro y vendrán otros
pero no volverá el pasado inmundado
nicaragua ha sido esta vez invadida
por su rotunda gana de ser pueblo

y bien todo esto viene a corroborar
que en algunas diáfanas temporadas
la realidad puede ser una esencia
y hasta un fanal de revelaciones
alegría de un hombre / de una suma de hombres
tan saludable como
si el coro de ángeles de sandino
hubiera llegado en ese instante
a una repentina mayoría de edad

GIRÓN GIRONES

Entre el viejo delirio intimidante
convertido en metralla elemental
en azote o plomada o nubarrones
contra surco alfabeto y guaguancó
en astucia falaz pero de llamas
e invasores columpiándose / y pueblo
que los volteaba a tiros del columpio

entre el viejo delirio y el novísimo
que acaso / que tal vez / que puede ser
se vuelva un argumento de napalm
malaventura de pavor y sangre
extrema circunstancia de matar y morir
e invasores columpiándose / y pueblo
que los voltee a tiros del columpio

entre el viejo delirio y el novísimo
hay veinte años de ajustar la vida
de revolucionar a pulso el sueño
de desgarrarse sin perder el gozo
de solidarizarse desde el vamos
e instalar en el cielo colectivo
a un astronauta tan guantanamero
como para entender desde lo alto
a harlem y sus ráfagas de odio

entre el viejo delirio y el novísimo
hay veinte abriles de crear en ascuas
y puede ya preverse / si en el año
2001 todo regresa / habrá
invasores columpiándose / y pueblo
que los voltee a tiros del columpio

VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE BORIS VIAN

Cuando me canse de escuchar
llantos de niños en la brisa
cuando me canse de mirar
pueblos que apenas son ceniza

me iré con lluvias estrelladas
que son diamantes en el barro
glacial cometa de miradas
vivo la noche y desamarro

y con estrellas miel y flores
que son rubíes y topacio
tendré el silencio en los albores
del infinito eterno espacio

cuando me canse de la lluvia
y de la sangre y de la guerra
cuando me canse de esta tierra
me mudaré a la luna rubia

ah tierra-luna tierra-luna
atrás quedó la suerte perra
atrás los muertos y la guerra
adiós

ah tierra-luna tierra-luna
me pongo hoy las alas de oro
y cielo arriba cual meteoro
me voy

así que ahora no te asombres
si desde esta luna hueca
me burlo de la tierra seca
y de los pobres simples hombres

ah tierra-luna tierra-luna
adiós ciudad mi corazón
globo tullido de aflicción
adiós

cuando me canse de esperar
a los indómitos que huyen
cuando me canse de soñar
sueños que siempre se concluyen

me iré otra vez inoportuno
y apostaré por el que pierde
y volveré cuando ninguno
me necesite ni recuerde

y con el tímido derroche
de una paciencia vengadora
tendré las dudas de la noche
sin las respuestas de la aurora

cuando me canse la rutina
de que me ultrajen y me roben
cuando me canse de esta ruina
me mudaré a la luna joven

ah tierra-luna tierra-luna
atrás quedó la suerte perra
atrás los muertos y la guerra
adiós

ah tierra-luna tierra-luna
me pongo hoy las alas de oro
y cielo arriba cual meteoro
me voy

alguna vez mi vida quieta
verá estallar en el pasado
mi triste y cándido planeta
que se creyó civilizado

ah tierra-luna tierra-luna
mundo caótico y podrido
pierrot de arriba me despido
adiós

ESTOS POETAS SON MÍOS

Êstes poetas sãõ meus

CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE

Roque leonel ibero rigoberto
ricardo paco otto-rené javier
cuántas veces y en cuántos enjambres y asambleas
los habrán (mal) tratado de pequenoburgueses
se habrán quedado solos con su antigua costumbre
de razonar / o solos con el rigor científico
solos con un impulso moral / solos en una
soledad no querida no buscada
solos con sus amores al prójimo a la prójima
con la preocupación de que los segregaran
solos para entender todo y a todos

cuántas veces y en cuántas esperanzas o rutas
habrán andado a tientas a relámpagos
dejando reposar el tiempo la poesía
y ellos infatigables reventándose
sabiendo que no eran los pequeños burgueses
que los rudos compañeros decían
que no eran los flojos los librescos
mirándose al espejo hasta desentrañarlo
como narcisos nunca / mirándose autocríticos
jamás desalentados / tratando de encontrar
el resquicio la brecha el socavón el mérito
de ser como los otros o algo así

cuántas veces y en cuántos insomnios duermevelas
habrán considerado la pena o el atajo
de borrar la poesía / de borrarse
como poetas / borrar el modesto delirio
y juntar las palabras las volátiles
y cambiarlas por otras las concretas
y revolucionar las veinticuatro horas

y ponerse el esquema y quitarse los tropos
y andar al mismo paso / nadar el mismo río
y fabricar así la infundada esperanza
de ser iguales a los otros / ser
igualmente juzgados y medidos

cuántas veces y en cuántas lagunas y memorias
habrán querido ser / luz roja / tierra verde
y compartir la lucha a pedacitos
aprender sangre a sangre el alfabeto
cual si no lo supieran / desde abajo
arder en la bondad elemental
sentir la furia como un calofrío
continuar el amor sin los alertas
compañerísimos en las difíciles
jocundos en las fáciles
igualmente medidos y juzgados

pero un día una noche una friolera
arriesgaron el cuerpo la miseria los versos
supieron de repente que la ley era vieja
que los suaves poetas aunque se desgañiten
aunque venzan al viento y a la luna
disponen de una sola ocasión decisiva
a fin de que los rudos queridos compañeros
admitan que no siempre / pero a veces /
ésos de la palabra ésos de calma en ciernes
pueden ser valerosos como un sueño
leales como un río
fuertes como un imán

lo grave es que su única ocasión
es morir
una forma tal vez de desmorirse
defendiendo una causa por la que otros
no precisan la muerte para ser aceptados
para ser abrazados y creídos

cuántas veces y en cuántas sustancias y cegueras
se habrán empecinado en los candores
y buscado argumentos con rabia / resistido
para apuntarle al enemigo / al plomo
que venía en el aire aniquilando
matando desmintiendo desabrigando ardiendo
y habrán desesperado la esperanza
de arrinconar confianza o de inspirarla

y sin embargo / luego / en un segundo
en una balacera eucaristía
en la revelación del fogonazo
en la fortuna sin promesa y última
en un instante breve como un sorbo
sin argumentos / sin palabras / tiernos
tristísimos por fin y despegados
en ese parpadeo que no cierra
deshechos y rehechos de coraje
estallados de fe / muertos de pena
dejaron de aspirar cuando el destello
cuando el sabor final y la vislumbre
cuando cambiaron la amargura tibia
de pequeño burgués por la de mártir

EL BAQUIANO Y LOS SUYOS

ABRIGO

Cuando sólo era
un niño estupefacto
viví durante años
allá en colón
en un casi tugurio
de latas

fue una época
más bien
miserable

pero nunca después
me sentí tan a salvo
tan al abrigo
como cuando empezaba
a dormirme
bajo la colcha de retazos
y la lluvia poderosa
cantaba
sobre el techo
de zinc

TRANVÍA DE 1929

a china zorrilla

Allá en mis nueve años circulaban
dos tipos de tranvías
los amarillos de la transatlántica
los rojos de la comercial
pero aparte de que fueran alemanes o ingleses
había una tremenda diferencia
en la comercial viajaba yo
en la transatlántica unos desconocidos

el treinta y seis iba a punta carretas
y a las seis y cuarto de la mañana frágil
cuando se levantaba como niebla el rocío
yo lo tomaba a diario para asistir
al deutsche schule de la calle soriano

era un horario para gente estoica
razón por la que íbamos sólo dos pasajeros
yo sentado adelante junto a la ventanilla
y bien atrás un viejo bajito y honorable
siempre de traje oscuro y con barba canosa
que leía su diario y jamás me miraba

hoy me gusta pensarlo / aquel puntual usuario
seguro que tomaba el crujiente tranvía
en una vaga esquina del siglo diecinueve
pero en aquel entonces hubo alguien / mi padre
que dijo ése es el poeta nacional
ése es don juan zorrilla de san martín

lo cierto
fue que el agosto nombre no me reveló nada
así que lo seguí considerando un viejo
bajo y de oscuro / ceño fruncido y barba

uno que diariamente compartía conmigo
el treinta y seis de la comercial

poco después moría con todos los honores

recuerdo que una tarde siendo ya adolescente
me introduje en su casa
que ya no era su casa sino apenas
el museo zorrilla
y me vinieron ganas retroactivas de hablarle
de sentarme con él
en el tranvía de las seis y cuarto

en este medio siglo por supuesto he leído
sobre su vida y obra / sobre su fe y talante

el tranvía sigue galopando en la niebla
con él viejo y yo niño / con él solo y yo solo

pero nunca he sabido qué hacía tan temprano
en el tramo penúltimo de su cándida gloria

SUBVERSIÓN DE CARLITOS EL MAGO

Querés saber dónde están los muchachos de entonces
sospechás que ahora vendrán caras extrañas
y aunque pasó una sombra sonó un balazo
guardás escondida una esperanza humilde
que es toda la fortuna de tu corazón

la verdad es que fuiste genialmente cursi
y soberanamente popular
te metiste no sólo en los boliches
sino también entre pecho y espalda
de vos hablaban por supuesto en los quilombos
pero asimismo en los hogares de respeto

atravesaste las capas sociales
como una lluvia persistente y veraz

y así gardeliaban los obreros y las costureritas
pero también los altísimos burgueses
y no era raro que algún senador o rey de bastos
matizara sus listas de promesas a olvidar
con citas de los griegos más preclaros
y de tus tangos tan poco helénicos

tus ensueños se van no vuelven más
tal vez por eso siempre sostuvimos
que no tenías inquietudes políticas
izquierdas y derechas nos pusimos de acuerdo
para situarte en el malevaje y otros limbos
donde había paicas y otarios y percal y gayola
pero no figuraba la lucha de clases
y aunque dicen que eras ateo y socialista
otros evocan tus alabanzas a radicales y conservas

pero vos / antes y después de medellín
dejaste hacer / dejaste que dijeran / dejaste
que cada uno te inventara a su medida
y por las dudas no aclaraste nunca
si eras de toulouse o de tacuarembó

pero en alguna parte sucedió algo
que removió tu vergüenza de haber sido
tu noche triste y tu requiesca in pache
acaso fue la piba que murió en la picana
o el verdugo mayor que viste en el periódico
compungido y procaz ante la sangre joven
todo es mentira / mentira ese lamento

pero es seguro que sucedió algo
algo que te movió el gacho para siempre
fue entonces que sacaste de la manga
los seis o siete tangos con palabras rugosas

y empezaste a cantarlos como nunca
hasta que el cabo le avisó al sargento
y el sargento se lo dijo al teniente
y el teniente al mayor y el coronel

y el coronel a todos los generales
que esa noche disfrutaban de wagner
y no bien acabó el crepúsculo de los dioses
te juzgaron culpable de ser pueblo
y de asistencia a la subversión
y así entraste en la franja de los clandes

de modo que se acabaron todas las dudas
y las cavilaciones y los chismes
ya no sobre toulouse o tacuarembó
te llevaste el secreto a chacarita
sino sobre con cuáles estabas o estarás
vale decir con ellos o con nosotros
quién sabe si supieras
pero ahora sí está claro para siempre
tomaste partido contra los jailaifes y la cana
y estás con nosotros / bienvenido mago
compañero morocho del abasto

HASTA LOS ELEFANTES

a luis, in memoriam

Qué difícil es verte sonreírte
meternos todos en el disimulo
imaginar futuros que te incluyen
decir que volveremos volverás
a respirar el aire de tu cuadra
a ver la playa el corazón del día
y disfrutar las uvas los duraznos
esos lujos del pobre

cómo hablar de las buenas cosas simples
que dan gusto a la vida y a tu vida
si sabemos que te siguen el rastro
y nadie ha de guardarte ni esconderte

ni podrá convencer a tu sabueso
ni morirse por vos ni derramar
un llanto clave para que te quedés
vital entre nosotros

en los comienzos el exilio era
tan sólo el hueso de vivir distante
ahora es también el de morirse lejos
ya la nómina tiene cuatro o cinco
la soledad el cáncer y los tiros
acabaron con ellos y quién sabe
cuántos más son ahora tantos menos
en el país errante

el trago es más amargo todavía
porque morir de exilio es la señal
de que no sólo a vos sino que a todos
nos han quitado ese último derecho
de abandonar el tren en la estación
donde el viaje empezó / nos han quitado
esa muerte doméstica que sabe
de qué lado dormimos y qué sueños
aportan las vigiliás

por eso cuando admito que te vas
sin haber regresado y aun en brazos
de un pueblo que es hermano / te prometo
luchar no sólo por cambiar la vida
sino también por preservar la muerte
la nuestra / que es matriz y nacimiento
morir donde se quiere / como exigen
hasta los elefantes

NI COLORÍN NI COLORADO

Buenos Aires, 3 de agosto (AF). –Los dos niños uruguayos hallados en Chile días atrás fueron raptados en Argentina en septiembre de 1976, según la Asamblea Permanente de los Derechos Humanos. Los niños son Anatole Boris y Eva Lucía Julien Grisonas. La abuela de los niños, María Angélica Cáceres de Julien, envió una carta a la APDH hace más de un año, para denunciar la desaparición de su hijo, esposa y dos hijos, durante una “operación policial” efectuada en su domicilio, situado en San Martín Arrabal, Noroeste de Buenos Aires.

(El Sol de México, 4 de agosto de 1979)

Y la muerte es el último país que el niño inventa.
RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN

Fue en valparaíso donde reaparecieron
en pleno año internacional del niño
por fin sanos y salvos
con escasa y suficiente memoria
eva lucía y anatole
niños del siglo veinte

habían mediado las naciones unidas
y fotógrafos embajadas arzobispos
y una vez confirmadas las identidades
y obtenido el aval indispensable
de burócratas y estados mayores
desde montevideo fue a buscarlos la abuela
y es posible que todo vuelva a su cauce

pero ni colorín ni colorado
el cuento no se ha acabado

valparaíso de terremotos y escaleras
donde cada escalón es una casa en ascuas
valparaíso de marineros y mercados
y costas de agua helada y transparente
había acogido a anatole y eva lucía
cuando en diciembre del setenta y seis
aparecieron en la plaza o'higgins
a la deriva y tomados de la mano

valparaíso de acordeones y tabernas
y olor inconfundible a sal y muelles
con un mar que complica los adioses
pero se encrespa con las bienvenidas
la ciudad de las proas les dio pan y cobijo
y también una esponja con la ardua misión
de borrar los poquísimos recuerdos

pero ni colorín ni colorado
el cuento no se ha acabado

montevideo de milongas y cielitos
puerto también pero con otro aroma
con cantinas y bares de mala muerte
y jóvenes cadáveres también de mala muerte
quizá reciba a eva lucía y anatole
sin primavera porque es invierno crudo
sin cantos porque hay silencio estricto
sin padres porque desaparecieron

montevideo de lluvia a plazos
de muros con pregones irreverentes
de noche sin faroles pero con tres marías
quizá reciba a eva lucía y anatole
en el breve año internacional del niño
sin primavera sin canciones sin padres

anatole sí recuerda a la madre caída
no ha olvidado aquella sangre única
ni al padre escondiéndolos en la bañera
para salvarlos del oprobio y los tiros

pero ni colorín ni colorado
el cuento no se ha acabado

lo cierto es que montevideo y valparaíso
tienen más de un atributo en común
digamos la bruma y la nostalgia de los puertos
y esta oscura piedad en homenaje
al pobre año internacional del niño
que dentro de unos meses se termina

así pues no sería de extrañar
que antes de que culminen las celebraciones
y a fin de que la lástima sea simétrica
aparecieran en la plaza zabala
o en villa dolores o en el prado
dos pequeños chilenos desgajados del mundo
tomados de la mano y a la deriva
y una vez detectados por la onu
y por fotógrafos embajadas arzobispos
comprobadas las identidades y obtenido
el aval de burócratas y estados mayores
viniera a recogerlos algún abuelo
a fin de reintegrarlos a su valparaíso
que seguramente los habría de esperar
sin primaveras sin canciones sin padres

pero ni colorín ni colorado
el cuento no se ha acabado

EXTRANJERO HASTA ALLÍ

En aquel otro exilio
me sentí
extranjero
hasta que llegó la manifestación
y me vi caminando
con hombres y mujeres
del lugar
y desde los bordes
los milicos locales
me miraron
con la misma inquina
que los de mi ciudad

EL JUBILADO

El torturador
ya retirado
se sienta frente al mar
en los atardeceres

la gaviota planea
y a él le molesta un poco
una libertad
tan arbitraria

hay dos o tres barcos
que ocupan todo
el horizonte

quiere decir adiós
a esos que parten
pero de pronto
no sabe bien por qué
su mano
es
un muñón

SIGHTSEEING 1980

*Quisiera ver lo que verán los que
vivan cuando Montevideo tenga un
millón de habitantes.*

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

Señores y relojes / niños y disimulos / señoritas y
fuegos
ésta es una excursión a los inviernos en verano
nuestro país como podrán comprobarlo en la acuarela
adjunta
tiene forma de corazón o quizá de boleadora o de
talega
más tarde indagaremos sobre escrúpulos y matices
semánticos
pero mientras tanto pueden disfrutar a su derecha
del cerro / nuestro pobre pero honrado himalaya
con su fortaleza colonial y sus ergástulas selladas
donde criollos y murciélagos aprendieron a palpar lo
oscuro
si tuviéramos tiempo llegaríamos allí para que ustedes
no pudieran verse ni siquiera las manos y no obstante
escucharan
los quejidos o versiones o blasfemias de otro tiempo
tan infinitamente peor que los haría felices
pero como no lo tenemos miren qué puerto
también llamado dársena o estuario o canal o bahía
éste es un país libre pueden nombrarlo como quieran
en verdad una joya de puerto por donde siempre
entraban
los perseguidos y los conseguidos con su alforjita
de amparos esperanzas y convicciones malheridas
hay que reconocer que en el último decenio
las exportaciones de esperanza superaron
con creces a las importaciones de amparo

lo cual es considerado un buen indicio de la balanza
comercial
he aquí la ciudad vieja aunque relativamente bisoña
para los europeos / si tuviéramos tiempo
les mostraría un muro con una mancha apenas
indeleble
que parece de sangre aunque es de sangre
pero como no lo tenemos miren qué hermosa entidad
bancaria
intramuros las vacas se transforman en divisas
digamos de paso que la cotización del día
es de cinco dólares por kilo de churrasco
la plaza independencia es por supuesto un tropo
si tuviéramos tiempo les hablaría de artigas
naturalista que coleccionaba perros cimarrones
pero como no lo tenemos los exhorto a que miren
disimuladamente la casa de gobierno
que en el pasado tuvo ilustres ocupantes
pero hoy en día está casi deshabitada
o sea que hay un viejito que la cuida
esta avenida comercial y amplia
tiene un pasado altamente sugestivo
con árboles manifestaciones y carnavales
si tuviéramos tiempo nos quedaríamos a los carnavales
puesto que las manifestaciones y los árboles han sido
podados
pero como no lo tenemos es bueno que comprueben
la higiene municipal que barre los pájaros muertos
y la bosta de los equinos y las máscaras estrujadas
y las preguntas de los niños y más bosta de los equinos
pues no sé si habrán advertido que afortunadamente
los equinos están sustituyendo de a poco a los
autobuses
debido tal vez a la penuria mundial de gasolina
y a la relativa abundancia de forrajes monturas
anteojeras espuelas y *last but not least* jinetes
he aquí la plaza nombrada en otros tiempos libertad
ahora es una plaza simplemente y es lógico

a qué poner membretes obvios y alucinógenos
que además siembran y cosechan desconciertos
ya que en otro sitio hay un local cerrado que lleva el
mismo alias
un hecho destacable es que han disminuido
considerablemente
los índices de escorbuto inmigración natalidad y
accidentes de tránsito
lo cuarto quizá como consecuencia de lo tercero y lo
segundo
pues es notorio que cada vez hay menos gente para
atropellar
como ven esta avenida no sólo es larga sino también
monótona
apenas acotada por la biblioteca nacional
donde autores místicos y no místicos hacen voto de
clausura
y por la presencia enigmática de la otrora universidad
hoy museo maravilloso de figuras y albedríos de cera
y sin más avancemos hacia el obelisco en desafío
homenaje al candor del siglo diecinueve
si tuviéramos tiempo aguardaríamos a que lloviese
pues con la lluvia adquiere un brillo espléndido para el
agfacolor
pero como no lo tenemos doblemos a la derecha por
el bulevar
con sus embajadas y patrulleros y palomas y rameras
de siempre
y sus pinos cabeceantes y reflexivos
que recuerdan todo lo que aquí olvidamos
y ahora por fin el río ancho como mar
donde el sol esmerila los delicados hombros femeninos
y las cicatrices unisex
y en la arena descansan los caracoles
y los mutilados y los niños huérfanos y los mastines
de orejas curiosas y puntiagudas y colas como radares
miren de vez en cuando hacia el horizonte
no se sabe si las toninas vienen o se van

en cambio sí se van los transatlánticos
y los remolcadores de caronte
el aire salitroso es bueno para el alma y malo para el
asma
quizá por eso estén aumentando considerablemente

las dificultades respiratorias a nivel nacional y
también exista
un cierto desnivel entre los que aspiran y los que
expiran
pero la alegría popular sin embargo es notoria
gracias al planificado y riguroso dispendio
de protóxido de nitrógeno y otras oportunidades
de concomio
el mar angosto como río lame impertérrito nuestras
rocas

no le importan los siglos ni las siglas
el mar angosto como río lame nuestras heridas
digo los que las tengan
no los sanos y salvos como ustedes y yo
el mar angosto como río tiene una memoria sin fondo
y en el sin fondo yacen barcos y motivos de expiación
y otros despojos más o menos anónimos
el mar angosto como río crece y decrece
y acaba por desorientarnos cuando por fin se cambia
en río ancho como mar
a tal punto que uno no sabe
cuál es su calma chicha y legal
cuál su rompiente clandestina
les pido excusas por este paréntesis hipocondríaco
y los convido a embestir otra vez contra el paisaje
que aquí y allá tiene mansiones y bicicletas
vean qué niñas rubias si esto parece escandinavia
pero no vayan a hacerse una imagen falsa
o fragmentaria
hay otros barrios con niñas menos rubias y menos
bicicletas
en rigor más parecidos al nordeste brasileño

que a stavanger o a lund o a björneborg
al fin y al cabo una diáfana señal de nuestra famosa
diversidad

pues hay que decir que últimamente estamos
mejor en diversidades que en universidades
pero todo forma parte de lo transitorio como bien
descubrieron

por distintos caminos el eclesiastés y carlitos darwin
y charles gardel

y basta ya de historia y ecología y antropofagia
he aquí nuestra meta final nuestro objetivo lúcido
y lúdico

el casino casino más casino de los mares del sur
o quizá de los ríos del sur anchos como mares
les presento formalmente al inasible fantasmal azar
ese miedoso ese intrépido ese inconsciente
ese tuerto ese ciego ese dios con capucha
francamente no sé a qué viene este símil
o sea señores y relojes / niños y disimulos / señoritas y
fuegos

les presento formalmente al azar ese necio ese
escéptico
ese improvisador ese espontáneo ese implacable
sepan no obstante que no dejamos ni dejaremos el azar
al azar

pero claro esto es un mero juego de palabras
y ustedes buscan un juego de verdad
pero créanme la verdad no siempre está en la tercera
docena

o en el color o en los impares o en la línea
a lo mejor la verdad está en cada uno de ustedes
o cerquita de ustedes
o debajo de ustedes
si tuviéramos tiempo quizá podría ayudarles a
desentrañar
esa verdad subterránea subcutánea subestimada y
subdesarrollada

pero como no lo tenemos y por otra parte
mi ámbito es la superficie más superficial
y no el subsuelo subsolar
simplemente les digo
señores y relojes / niños y disimulos / señoritas y
fuegos
ha sido un verdadero placer acompañarlos
y dejarlos aquí junto al azar
y un último consejo
catequícenlo
y ganen
si los dejan
pero si no los dejan
catequícenlo
y ganen

EX PRESOS

Después de tanto tiempo
y en un aire de nieve
hallo por fin a carlos
a lilian al flaco

vivieron
cinco seis siete años
confinados
en el fermento de los crueles

los quiero los abrazo qué derroche
pero resulta casi insoportable
comprender y admitir
que mientras yo escribía / caminaba / buscaba
escuchaba a troilo y a leo brouwer
y atravesaba el riesgo
y sumaba expulsiones y amenazas
pero gozaba el sol
y tenía a mano el mar y la mujer

durante cinco seis siete años
vale decir durante
toda una estropajosa eternidad
ellos miraban firmes o rabiosos
o tristes o distantes o serenos
las arrugas del muro impenetrable

TRÍPTICO DEL PLEBISCITO

1

Poco a poco se fueron convenciendo
de que habían convencido
pero el silente dijo no

o sea
no consiguieron cambiar la imagen
ni tampoco lograron
desarrugar el ceño

sin embargo
y a pesar de sí mismos
llevaron a cabo
toda una hazaña

que no los venciera un frente
ni un partido
ni una forma de lucha
ni el carisma de un líder
sino que los derrotara
como un todo
el pueblo

2

Durante siete años
así se lo dijeron
tuvo la libertad
tuvo la justicia
tuvo el bienestar
tuvo el orden
tuvo la seguridad
tuvo el sosiego

antes de ir a votar
tomó la precaución
de mirarse al espejo

y entonces calladito
sin dudarlo un instante
votó por la opresión
y por la injusticia
y la incomodidad
y por el desorden
y la inseguridad
y el desasosiego

3

Por razones obvias
no fue
exactamente
una toma de conciencia
colectiva
sino apenas la suma
de seiscientas mil
tomas de conciencia
individuales

EL BAQUIANO Y LOS SUYOS

Es el Jefe, el baqueano

JESUALDO: Artigas

Desde el palmar inmóvil reconoce a su gente
cuánto orgullo y tesón cuánta distancia

en un octubre opaco y remotísimo
habían arrancado del puro desaliento
acamparon primero en el monzón
pasaron la cuchilla del perdido
después el cololó y el yapeyú y la cuenca
del vera y el perico flaco y luego
los campos de tres patos y un arroyo
el bellaco y otro arroyito el sánchez

una tregua discreta en paysandú
vado del san francisco y el chingolo
y uno más importante el del queguay
alguno que otro insomnio en el quebracho
paso del chapicuy rumbo al daymán
diciembre en salto chico
cruce del uruguay ese río frontera
el peñón de san carlos los bosques de concordia
y por fin este abril junto al ayuí

desde el palmar inmóvil reconoció el baquiano
la patriada en andrajos ese pueblo
que incluía a su padre don martín
y al cura figueredo y los lamas los suárez
y bartolomé hidalgo poeta fundador
y zambos negros indios gauchos y criollos pobres
y acémilas troperos carruajes tolderías

la patria todavía era dudosa
quizá / pero el baquiano no dudaba

muchos de ellos quemaron sus viviendas
atrás dejaron toda una vida una muerte
tierras propias que eran tierra de nadie
pero en las setecientas carretas casi en ruinas
viene la dignidad como un sistema
doloroso implacable inocente y porfiado
sobre todo implacable con su propia inocencia

el general baquiano apoya el brazo terco
en la palma yatay la más cercana
y deja su mirada en las arenas limpias
para poder imaginar mejor

a principios de junio / con su pésima fe
llegará sarratea el bribón el cobarde
y con su buena fe / el caudillo frugal
habrá de sorprenderse porque a veces
las maldades lo encuentran desarmado

no olvidar que peleando ganaba las batallas
y después lo vencían echándole traidores
de todos modos eso será junio / ahora
el general baquiano riguroso y sin dudas
entrecierra los ojos para soñar mejor
y es explicable porque su baquía más sólida
es un sueño que invade como escarcha
a los hombres la historia los potreros

el olor y el otoño de su verde provincia
atraviesan las leguas / no son muchas

para su pueblo quiere la gran cosecha patria
pero duele dejar la tierra abandonada
los ranchos en cenizas los poblados vacíos
la mazorca en el viento y el viento en la congaja
aquí al atardecer las fogatas se animan
pero el hogar de veras está allá en el oriente

en estas setecientas carretas de penuria
vino la dignidad como un sistema
y él sabe como nadie que ser digno
resultará más arduo cada día

desea por supuesto la gloria de su pueblo
pero antes que la gloria cazará la justicia
está dispuesto a dar su vida pero sabe
que eso no es decisivo / lo primero
es transformar la vida
y con un solo hombre que le quede
con él hará la guerra como estribo del cambio

el pueblo es soberano pero aún no lo sabe
él debe convencerlo de su soberanía

no necesita abrir nuevamente los ojos
para ver la llanura de lealtad
y saber que esos leales son su tropa
casi sin proponérselo los abre y nos distingue
a nosotros / llegados tantas penas después
nuestro destierro es múltiple pero estamos aquí
como única madera de juntar y juntarnos
no tenemos carretas caballos tolдерías
apenas los estigmas de la nueva redota
allá quedaron vidas y viviendas
unas saqueadas otras solitarias
tan sólo están repletos
camposanto y ergástula
allá quedaron trozos de nosotros

trajimos la esperanza sin embargo
y por suerte está ilesa y está joven

hace tiempo partimos también del desaliento
acampamos primero en el asombro
pasamos las cuchillas del perdido
y cruzamos sin puente el río de la sangre

vadeamos la ciénaga del horror y su lástima
y fuimos esquivando el salto chico
de la nostalgia y creo que un arroyo
el bellaco y otro arroyito el vil
una noche de tregua y luego desde el alba
los lisos farallones del rencor
de la muerte arrancamos como yuyos
las razones de vida

todo esto un poco antes de cruzar nuevos ríos
algunos de los tantos ríos que hacen frontera
y allí empezó otro rumbo
y así empezó otro verde
el peñón del orgullo los bosques de concordia
y por fin este abril junto al baquiano

los troperos y gauchos nos recorren
nos miran con recelo durante un lustro apenas
sus primeras fogatas enrojecen las nubes
y bah después de todo no somos tan distintos
tan sólo un poco más de siglo y medio
entre ellos y nosotros

incluso hay quien pregunta si ya vimos al jefe
y nos señala dónde está y lo vemos
y también él nos da la bienvenida
con un silencio grave y sabio y duro
en el que sin embargo está claro un emblema
una antigua verdad
nada tenemos
 que esperar
 sino
 de nosotros mismos

COTIDIANAS

1978-1979

*Sin jactancias puedo decir
que la vida es lo mejor que conozco.*

FRANCISCO URONDO

PIEDRITAS
EN LA VENTANA

NOCTURNO CERO

La noche fácil y aparentemente sagrada
o mejor dicho el abismo de la noche
no es como otros abismos
tiene fondo

su tálamo de niebla o relente o fango
acoge escarabajos desamparados
ronquidos de mal tiempo
sobornables insomnios
labios absueltos que se reconcilian

todas las resonancias del silencio
y las noticias de la lóbrega
todas las alegrías inoportunas
y los presagios confirmados
caen como gotas de sudor o rocío
en el abismo con fondo de la noche

son demasiados alumbrones y furias

por esta sola vez el abismo tiene
no sólo fondo sino espesas modorras
así que aprovecho el bostezo universal
para instalarme en sus fauces y sentir
cómo la niebla el relente o el fango
pasan sobre mis párpados
los borran.

PIEDRITAS EN LA VENTANA

a roberto y adelaida

De vez en cuando la alegría
tira piedritas contra mi ventana
quiere avisarme que está ahí esperando
pero hoy me siento calmo
casi diría ecuánime
voy a guardar la angustia en su escondite
y luego a tenderme cara al techo
que es una posición gallarda y cómoda
para filtrar noticias y creerlas

quién sabe dónde quedan mis próximas huellas
ni cuándo mi historia va a ser computada
quién sabe qué consejos voy a inventar aún
y qué atajo hallaré para no seguirlos

está bien no jugaré al desahucio
no tatuaré el recuerdo con olvidos
mucho queda por decir y callar
y también quedan uvas para llenar la boca

está bien me doy por persuadido
que la alegría no tire más piedritas
abriré la ventana
abriré la ventana.

OTRO CIELO

la stranezza di un cielo che non e il tuo
CESARE PAVESE

No existe esponja para lavar el cielo
pero aunque pudieras enjabonarlo

y luego echarle baldes y baldes de mar
y colgarlo al sol para que se seque
siempre te faltaría un pájaro en silencio

no existen métodos para tocar el cielo
pero aunque te estiraras como una palma
y lograras rozarlo en tus delirios
y supieras por fin cómo es al tacto
siempre te faltaría la nube de algodón

no existe un puente para cruzar el cielo
pero aunque consiguieras llegar a la otra orilla
a fuerza de memoria y de pronósticos
y comprobaras que no es tan difícil
siempre te faltaría el pino del crepúsculo

eso porque se trata de un cielo que no es tuyo
aunque sea impetuoso y desgarrado
en cambio cuando llegues al que te pertenece
no lo querrás lavar ni tocar ni cruzar
pero estarán el pájaro y la nube y el pino.

ESA BATALLA

¿Cómo compaginar
la aniquiladora
idea de la muerte
con este incontenible
afán de vida?

¿cómo acoplar el horror
ante la nada que vendrá
con la invasora alegría
del amor provisional
y verdadero?

¿cómo desactivar la lápida
con el sembradío?
¿la guadaña
con el clavel?

¿será que el hombre es eso?
¿esa batalla?

GRILLO CONSTANTE

Mientras aquí en la noche sin percances
pienso en mis ruinas bajo a mis infiernos
inmóvil en su dulce anonimato
el grillo canta nuevas certidumbres

mientras hago balance de mis yugos
y una muerte cercana me involucra
en algún mágico rincón de sombras
canta el grillo durable y clandestino

mientras distingo en sueños los amores
y los odios proclamo ya despierto
implacable rompiente soberano
el grillo canta en nombre de los grillos

la ansiedad de saber o de ignorar
flamea en la penumbra y me concierne
pero no importa desde su centímetro
tenaz como un obrero canta el grillo.

LOS LUGARES COMUNES

Con dos miradas
miro
dos paisajes

aquí el fragor labrado
surco a surco
allá los pastoreos
coloniales

aquí los mangos
de oro y sol
allá los duraznos
de felpa

aquí los flamboyanes
persuasivos
allá los pinos
de la niebla

aquí la tarde llueve
como un rito
allá manda
el pampero

por separado son
los lugares comunes
del paisaje

pero si están contiguos
en mi doble mirada
son lugares
más bien
extraordinarios.

ESTADO DE EXCEPCIÓN

Una ensenada sólo vista en postales
una región perpleja del recuerdo
una fruta escasísima y sabrosa
un suburbio que ya no se frecuenta
una paloma absorta en los pretilos

un andante para cigarra y piano
una puesta de sol sin helicópteros
una humareda en algún campo lejos
transparencias después del aguacero

hechuras y siluetas
probablemente arcaicas
de la tranquilidad
ese diáfano estado de excepción
al que nos vamos
desacostumbrando.

DE ÁRBOL A ÁRBOL

a ambrosio y silvia

Los árboles
¿serán acaso solidarios?

¿digamos el castaño de los campos elíseos
con el quebracho de entre ríos
o los olivos de jaén
con los sauces de tacuarembó?

¿le avisará la encina de westfalia
al flaco alerce del tirol
que administre mejor su trementina?

y el caucho de pará
o el baobab en las márgenes del cuanza

¿provocarán al fin la verde angustia
de aquel ciprés de la *mission* dolores
que cabeceaba en frisco
california?

¿se sentirá el ombú en su pampa de rocío
casi un hermano de la ceiba antillana?

los de este parque o aquella floresta
¿se dirán copa a copa que el muérdago
otrota tan sagrado entre los galos
ahora es apenas un parásito
con chupadores corticales?

¿sabrán los cedros del líbano
y los caobos de corinto
que sus voraces enemigos
no son la palma de camagüey
ni el eucalipto de tasmania
sino el hacha tenaz del leñador
la sierra de las grandes madereras
el rayo como látigo en la noche?

COTIDIANA 1

La vida cotidiana es un instante
de otro instante que es la vida total del hombre
pero a su vez cuántos instantes no ha de tener
ese instante del instante mayor

cada hoja verde se mueve en el sol
como si perdurar fuera su inefable destino
cada gorrión avanza a saltos no previstos
como burlándose del tiempo y del espacio
cada hombre se abraza a alguna mujer
como si así aferrara la eternidad

en realidad todas estas pertinacias
son modestos exorcismos contra la muerte
batallas perdidas con ritmo de victoria
reos obstinados que se niegan

a notificarse de su injusta condena
vivientes que se hacen los distraídos

la vida cotidiana es también una suma de instantes
algo así como partículas de polvo
que seguirán cayendo en un abismo
y sin embargo cada instante
o sea cada partícula de polvo
es también un copioso universo

con crepúsculos y catedrales y campos de cultivo
y multitudes y cúpulas y desembarcos
y borrachos y mártires y colinas
y vale la pena cualquier sacrificio
para que ese abrir y cerrar de ojos
abarque por fin el instante universo
con una mirada que no se avergüence
de su reveladora
efímera
insustituible
luz.

SOY UN CASO
PERDIDO

DE LO PROHIBIDO

Prohibidos los silencios y los gritos unánimes
las minifaldas y los sindicatos
artigas y gardel
la oreja en radio habana
el pelo largo la condena corta
josé pedro varela y la vía láctea
la corrupción venial el pantalón vaquero
los perros vagos y los vagabundos
también los abogados defensores
que sobrevivan a sus defendidos
y los pocos fiscales con principio de angustia
prohibida sin perdón la ineficacia
todo ha de ser eficaz como un cepo
prohibida la lealtad y sobre todo la tristeza
esa que va de sol a sol
y claro la inquietante primavera
prohibidas las reuniones
de más de una persona
excepto las del lecho conyugal
siempre y cuando hayan sido
previa y debidamente autorizadas
prohibidos el murmullo de las tripas
el padrenuestro y la internacional
el bajo costo de la vida y la muerte
las palabritas y las palabrotas
los estruendos molestos el jilguero los zurdos
los anticonceptivos pero quién va a nacer.

LOS HÉROES

Resido en una región donde los héroes
suelen morir de lumbre y osadía
pero de todos modos esplenden fulgen
siguen reverberando
existen en los ojos de los niños
y desde las grandes vallas comparcen
transforman
aprueban
acompañan

en mi lejano país en cambio
los héroes
que también los hay
no pueden ser nombrados en voz alta
ni abrazados por una bandera
ni siquiera aludidos por el llanto
sencillamente no han sido autorizados
a existir como cadáveres
y menos aún
como cadáveres reverberantes

ah pero ¿quién podrá evitar
que desde su inexpugnable clandestinidad
esos muertos ilegales
conspiren?

DESGARRADURAS

La desgarradura del intelectual
es un tema que suele desvelar
a intelectuales poco desgarrados
pero de todos modos
hay desgarraduras
y desgarraduras

no es lo mismo sentirse desgarrado
entre la clara vocación y el borroso deber
que entre el deber y la comodidad

entre la tortura y el miedo a flaquear
que entre las ganas de flaquear y el laurel

entre la primera y la segunda patria
que entre la patria y el invasor

pero en especial no ha de meterse
en el mismo capítulo ni en el mismo saco
a aquel poeta que se sienta desgarrado
entre la fundación ford
y la agencia central de inteligencia
y aquel otro cuya desgarradura viene
de que su pellejo y no su estilo
ha sido efectivamente desgarrado
por las atroces herramientas
de algún verdugo criollo
adiestrado en albrook o en okinawa.

LENTO PERO VIENE

Lento viene el futuro
lento
pero viene

ahora está más allá
de las nubes ramplonas
y de unas cimas ágiles
que aún no se distinguen
y más allá del trueno
y de la araña

demorándose viene

como una flor porfiada
que vigilara al sol

a lo mejor por eso
la vida cotidiana
prepara bienvenidas
cierra saldos de usura
abre memorias vírgenes

pero él
no tiene prisa
lento
viene
por fin con su respuesta
su pan para la hambruna
sus magullados ángeles
sus fieles golondrinas

lento
pero no lánguido

ni ufano
ni aguafiestas
sencillamente
viene
con su afilada hoja
y su balanza
preguntando ante todo
por los sueños
y luego por las patrias
los recuerdos yacentes
y los recién nacidos

lento
viene el futuro
con sus lunes y marzos
con sus puños y ojeras y propuestas
lento y no obstante raudo

como una estrella pobre
sin nombre todavía

convaleciente y lento
remordido
soberbio
modestísimo
ese experto futuro que inventamos
nosotros
y el azar cada vez más nosotros
y menos el azar.

ME VOY CON LA LAGARTIJA

Me voy con la lagartija
vertiginosa
a recorrer las celdas donde
líber

raúl

héctor

josé luis

jaime

ester

gerardo

el ñato

rita

mauricio

flavia

el viejo

penan por todos
y resisten

voy con la lagartija
popular
vertiginosa

a dejarles aquí y allá
por entre los barrotes
 junto a las cicatrices
 o sobre la cuchara
migas de respeto
silencios de confianza
y gracias porque existen.

EL PARAÍSO

Los verdugos suelen ser católicos
creen en la santísima trinidad
y martirizan al prójimo como un medio
de combatir al anticristo
pero cuando mueren no van al cielo
porque allí no aceptan asesinos

sus víctimas en cambio son mártires
y hasta podrían ser ángeles o santos
prefieren ser deshechos antes que traicionar
pero tampoco van al cielo
porque no creen que el cielo exista.

SOY UN CASO PERDIDO

Por fin un crítico sagaz reveló
(ya sabía yo que iban a descubrirlo)
que en mis cuentos soy parcial
y tangencialmente me exhorta
a que asuma la neutralidad
como cualquier intelectual que se respete

creo que tiene razón

soy parcial
de esto no cabe duda

más aún yo diría que un parcial irrescatable
caso perdido en fin
ya que por más esfuerzos que haga
nunca podré llegar a ser neutral

en varios países de este continente
especialistas destacados
han hecho lo posible y lo imposible
por curarme de la parcialidad
por ejemplo en la biblioteca nacional de mi país
ordenaron el expurgo parcial
de mis libros parciales
en argentina me dieron cuarenta y ocho horas
(y si no me mataban) para que me fuera
con mi parcialidad a costas
por último en Perú incomunicaron mi parcialidad
y a mí me deportaron

de haber sido neutral
no habría necesitado
esas terapias intensivas
pero qué voy a hacerle
soy parcial
incurablemente parcial y
aunque pueda sonar un poco extraño
totalmente
parcial

ya sé
eso significa que no podré aspirar
a tantísimos honores y reputaciones
y preces y dignidades
que el mundo reserva para los intelectuales
que se respeten
es decir para los neutrales
con un agravante

como cada vez hay menos neutrales
las distinciones se reparten
entre poquísimos

después de todo y a partir
de mis confesadas limitaciones
debo reconocer que a esos pocos neutrales
les tengo cierta admiración
o mejor les reservo cierto asombro
ya que en realidad se precisa un temple de acero
para mantenerse neutral ante episodios como
girón

tlatelolco

trelew

pando

la moneda

es claro que uno
y quizá sea esto lo que quería decirme el crítico
podría ser parcial en la vida privada
y neutral en las bellas letras
digamos indignarse contra pinochet
durante el insomnio
y escribir cuentos diurnos
sobre la atlántida

no es mala idea
y claro
tiene la ventaja
de que por un lado
uno tiene conflictos de conciencia
y eso siempre representa
un buen nutrimento para el arte
y por otro no deja flancos para que lo vapulee
la prensa burguesa y/o neutral

no es mala idea
pero

ya me veo descubriendo o imaginando
en el continente sumergido
la existencia de oprimidos y opresores
parciales y neutrales
torturados y verdugos
o sea la misma pelotera
cuba sí yanquis no
de los continentes no sumergidos

de manera que
como parece que no tengo remedio
y estoy definitivamente perdido
para la fructuosa neutralidad
lo más probable es que siga escribiendo
cuentos no neutrales
y poemas y ensayos y canciones y novelas
no neutrales
pero advierto que será así
aunque no traten de torturas y cárceles
u otros tópicos que al parecer
resultan insoportables a los neutros

será así aunque traten de mariposas y nubes
y duendes y pescaditos.

LAS NOVEDADES DEL HORROR

*Y el ciento
de lo perdido se renueva
en medio de tu sangre, y crece
junto a las novedades del horror.*

ELISEO DIEGO

La llaman bomba limpia

los legatarios de theodoro roosevelt

que a menudo reivindican la ducha
como una creación de su inventiva higiénica
ven ahora en la bomba de neutrones
un nuevo aporte a la profilaxis

el reciente modelo es baratísimo y carece
de los inconvenientes de otros medios de asepsia
que en vietnam dejaron cuerpos mutilados
muñones sangrantes y niños en llamas

por lo pronto evita ese cuadro deprimente
entre otras razones porque destruye
a quienes podrían haberse deprimido

así cuando las ciudades neutronizadas
queden vacías de humanidad
es probable que pasen a ocuparlas
hombres cosificados y por tanto inmunes
a toda neutronización

¿se postularán los legatarios
de theodoro roosevelt y de james monroe
para llenar esas vacantes?
¿estarán lo suficientemente cosificados?

una vez que el mundo reciba neutrones
tan regularmente como hoy vitaminas
turistas de oklahoma y wyoming entre otros
serán los gozadores del planeta

también los pocos en fotografiar
el coliseo de roma
el pan de azúcar de río
la torre eiffel
las alturas de macchu pichu
la acrópolis ateniense
la sonrisa de la gioconda
y es previsible

que después de cada bomba vayan ocupando
los estadios las pagodas los museos
los cabarets las cárceles los santuarios
las góndolas los faros los obeliscos
la fontana de trevi
las piscinas olímpicas
y las plazas de toros
que a esa altura no tendrán
toros ni toreros
aunque sí banderillas
y estoques

a medida que los neutrones preserven
las moradas del hombre sin el hombre
es posible que el mundo se vaya quedando
sin algunos de los hábitos
que el mismo hombre creaba

ahora bien ¿se resignarán
los vicepresidentes de directorio en vacaciones
a encontrar en la habitación del sheraton de turno
un teléfono blanco a prueba de neutrones
con el que sin embargo no podrán como antes
llamar a la call girl
de suave piel morena ay tan morible?

por otra parte
falta saber qué pasará
si el vaticano es neutronizado

naturalmente quedará incólume la basílica
y también la pietá
aunque no la piedad
y el pobre papa ya no abrirá los brazos
en su viejo ventanal de bendiciones

y si escarbamos más en la conjetura
¿qué pasará con el mismísimo dios?

dios
que no es catedral ni feligrés
es decir ni objeto ni carne perecible
aunque tal vez la suma de uno y otra
¿será respetado o será aniquilado
por la bomba limpiísima?
¿perderá o conservará
su maña milagrera?

porque ¿de qué servirá que su célebre hijo
resucite a los lázaros de este siglo
si después del bombazo sólo queda el sudario?

acaso la única beneficiaria de esta higiene
sea en todo caso alguna mujer de lot
que al mudarse en estatua salobre
quede como inútil y ecuánime testigo
de este notable avance de la ciencia.

VEINTE AÑOS ANTES *

Desde el octavo piso de mi tercer exilio
veo el mar excesivo que me prestan
mercado viejo al norte donde el querosén
se llama luz brillante y al oeste
otro mercado el nuevo adonde llegan
pasos como de hormigas changadoras
y aquí y allá los nuevos colmenares
que las microbrigadas seguirán inventando

inmóvil exigente y memoriosa
la victoria me refiero a la nuestra

* Este poema es en realidad la respuesta del autor a la pregunta: "¿Qué ha significado para ti la Revolución cubana?", formulada por la revista *Casa de las Américas* a varios escritores y artistas latinoamericanos con motivo de cumplirse el XX aniversario de la Revolución.

se quedó en el futuro
llegaremos a ella todos juntos
pero ahora frente al mar de alamar
pienso en la solidaria terrible dulzura
de este pueblo que sabe arrimar sus amparos
sin pedir cuentas cuando muere eligiendo
sea en vado del yeso o ñancahuazu
en maquila do sombo o en ogaden

antes de este paisaje con centellas
párpados o persianas de aluminio
vine sin calofríos pero helado de muertes
ojos hermanos se cerraron increíbles
hoy están en la noche bien ganada
dando su otra batalla a fantasmazos
mudos o parlanchines usando y abusando
de los silencios y los juramentos

bien quisiera asistir a sus tregüitas
cuando las pupilas se volvían emblemas
juicios a quemarropa nudos a resolver
anteproyectos para el fin del escarnio

antes de ese dolor con redenciones
hubo también el telón de blasfemias
el evangelio de las amenazas
el enemigo tras la mirilla o no
tras la cortina o no
tras el timbrazo o no
la polaroid o no
o sí
quién sabe
sí o no la monedita al aire
caramiedo cruzcoraje
barrio norte o la paternal
sótano o aeropuerto
amigos cardinales mujeres siempre aroma
abrazando futuro besando adiós

pero antes figuran mi tierra mis terrones
árboles asustados por la pólvora
todo estalla inclusive almacenes y mitos
descreo del frágil corazón y hago cálculos
con la cabeza fría pero la pobre hierve
pueblo con rostro brindis pacto orgullo
como inocente hecho pedazos
también culpable de otro bienvenido universo
la realidad continuación del sueño
y libertad o muerte o suerte oh suerte

todavía antes recuperé la patria
que comejenes de la historia olvidaron
la del compa gervasio solo como un profeta
la del adolescente piantado y fervoroso
que hizo gritar los muros coloniales
y los contemporáneos no faltaba más
la fábrica el cuartel los galpones de fobia
y su alarido blanco como una garza invicta
puso la primavera en el mercado

montevideo esa línea de fuego
a veces era tensa y veloz como bala
otras ondulante como el amor sencillo
y mientras las consignas siempre amenazadas
brotaban rojas como rosas o sangre
y el escuadrón acribillaba a ibero
creyendo así librarse del candor
en el recto horizonte
las toninas rodaban como siempre
el cielo lejanísimo ni pestañeaba
y los caballos blancos de las panaderías
comían el pastito nocturno en las veredas

fueron abrils fueron octubres de violencia
la derrota una opción y qué importaba
marchas de fantasía en calles reales

el solidario abrazo misterioso
pleamar de muchachos
obreros como bosque
pueblos de los rincones y explanadas

y ellos golpeando ciegos sordos mudos
en cráneos y praderas y carátulas
en cojones y úteros o sea procurando
destronar el futuro en cada tallo
y el rostro porfiadísimo terquísimo mirando
a mera voluntad a sólo decir no

ah pero antes de ese pampero
anduve a lomo de una isla machete
donde el coraje es fósforo y salitre
la sangre tuvo afluentes y regó los cultivos
y los gallos cantaron para siempre
y cuando el sol tan blanco hoy recorta las palmas
todo el mundo lo sabe pentágono incluido
los choznos de martí son del carajo
aquí hasta los cadáveres se enrolaron colmados
de flores y granadas y mangos y fusiles
y se los ve felices porque nadie
puede volverlos a morir

cómo no aprender de ese alegre rigor
oh generosidad escandalosa
de tantos escolares sembradores
de tantos campesinos posgraduados
de tanta libertad mundial y vecindaria

cómo no contagiarse de un fulgor infalible
en tiempos claramente tenebrosos
y no granjearse fuego lumbrecita
cómo no sentir ganas de ayudar a reunir
allá abajo a los tantos heridos y contusos
hostigados clandestinos jadeantes

reparables exánimes bravos menesterosos
enteros optimistas y bienaventurados

por eso pienso que mi historia desde antes
esta transformación privada y poca cosa
en verdad empezó en la noticia portátil
nada segura de aquel añito nuevo
hace ya veinte eneros poco más que un instante
cuando fidel se elevó como un árbol
como una flecha nueva o un misil
un cañón antiaéreo un exorcismo
o una simple cometa roja y negra.

COTIDIANA 2

Cuando a uno lo expulsan
a patadas del sueño
el amanecer es siempre una modorra
se emerge de ese ensayo de muerte
todavía sellado por la víspera
si fue de odios con rezagos de odio
si fue de amor con primicias de amor

pero el día empieza a convocarnos
y es distinto de todos los demás
tiene otra lluvia otro sol otra brisa
también otras terribles confidencias

así empieza el diálogo con la jornada
la discusión el trueque de rencores
y de pronto el abrazo
porque hay días repletos de soberbia
días que traen mortales enemigos
y otros que son los compinches de siempre
días hermanos que nos marcan la vida

así ocurren sabores
sinsabores
manos que son cadenas
mujeres que son labios
ojos que son paisaje

y cuando al fin lo expulsan
a uno de la vigilia
se emerge de ese ensayo de la vida
con los ojos cerrados
y despacito
como buscando el sueño o la cruz del sur
se entra a tientas en la noche anónima.

BOTELLA AL MAR

BANDONEÓN

Me jode confesarlo
pero la vida es también un bandoneón
hay quien sostiene que lo toca dios
pero yo estoy seguro de que es troilo
ya que dios apenas toca el arpa
y mal

fuere quien fuere lo cierto es
que nos estira en un solo ademán purísimo
y luego nos reduce de a poco a casi nada
y claro nos arranca confesiones
quejas que son clamores
vértebras de alegría
esperanzas que vuelven
como los hijos pródigos
y sobre todo como los estribillos

me jode confesarlo
porque lo cierto es que hoy en día
pocos
quieren ser tango
la natural tendencia
es a ser rumba o mambo o chachachá
o merengue o bolero o tal vez casino
en último caso valsecito o milonga
pasodoble jamás
pero cuando dios o pichuco o quien sea
toma entre sus manos la vida bandoneón
y le sugiere que lllore o regocije
uno siente el tremendo decoro de ser tango
y se deja cantar y ni se acuerda

que allá espera
el estuche.

SUBURBIA

En el centro de mi vida
en el núcleo capital de mi vida
hay una fuente luminosa un surtidor
que alza convicciones de colores
y es lindo contemplarlas y seguirlas

en el centro de mi vida
en el núcleo capital de mi vida
hay un dolor que palmo a palmo
va ganando su tiempo
y es útil aprender su huella firme

en el centro de mi vida
en el núcleo capital de mi vida
la muerte queda lejos
la calma tiene olor a lluvia
la lluvia tiene olor a tierra

esto me lo contaron porque yo
nunca estoy en el centro de mi vida.

NO ESPANTA PÁJAROS

Al espantapájaros no le importa el huerto
más bien lo hastía su obligación gratuita
y además se siente desolado
con su sombrero roto y sus andrajos

al espantapájaros no le importan los pájaros
pero aprecia que alguna mosca candorosa
recorra sus bíceps de madera

en realidad los pájaros se alejan
no porque él los intimide sino
porque viene tormenta
y ésta no es simulacro.

DISTANCIA

Pensar que en un antes neblinoso y remoto
tu adolescencia era cotidiana
y notabas en las yemas de los dedos
las variables superficies de vida
que ahora sentís a veces en las uñas

en aquel breve prólogo del duelo
te recordás empero como un náufrago
que jamás había estado en un navío
o asimismo como un reloj de arena
al que nadie se ocupó de subvertir

pero también te evocás como un presagio
con el que hoy tenés hondas diferencias.

BOTELLA AL MAR

El mar un azar
VICENTE HUIDOBRO

Pongo estos seis versos en mi botella al mar
con el secreto designio de que algún día
llegue a una playa casi desierta
y un niño la encuentre y la destape
y en lugar de versos extraiga piedritas
y socorros y alertas y caracoles.

RASTROS

Un país lejano puede estar cerca
puede quedar a la vuelta del pan
pero también puede irse despacito
y hasta borrar sus huellas

en ese caso no hay que rastrearlo
con perros de caza o con radares

la única fórmula aceptable
es excavar en uno mismo
hasta encontrar el mapa.

TIEMPO SIN TIEMPO

Preciso tiempo necesito ese tiempo
que otros dejan abandonado
porque les sobra o ya no saben
qué hacer con él

tiempo
en blanco
en rojo
en verde
hasta en castaño oscuro
no me importa el color
cándido tiempo
que yo pueda abrir
y cerrar
como una puerta

tiempo para mirar un árbol un farol
para andar por el filo del descanso
para pensar qué bien hoy no es invierno
para morir un poco
y nacer enseguida

y para darme cuenta
y para darme cuerda
preciso tiempo el necesario para
chapotear unas horas en la vida
y para investigar por qué estoy triste
y acostumbrarme a mi esqueleto antiguo

tiempo para esconderme en el canto de un gallo
y para reaparecer en un relincho
y para estar al día
para estar a la noche
tiempo sin recato y sin reloj

vale decir preciso
o sea necesito
digamos me hace falta
tiempo sin tiempo.

DEFENSA DE LA ALEGRÍA

a trini

Defender la alegría como una trinchera
defenderla del escándalo y la rutina
de la miseria y los miserables
de las ausencias transitorias
y las definitivas

defender la alegría como un principio
defenderla del pasmo y las pesadillas
de los neutrales y de los neutrones
de las dulces infamias
y los graves diagnósticos

defender la alegría como una bandera
defenderla del rayo y la melancolía
de los ingenuos y de los canallas

de la retórica y los paros cardíacos
de las endemias y las academias

defender la alegría como un destino
defenderla del fuego y de los bomberos
de los suicidas y los homicidas
de las vacaciones y del agobio
de la obligación de estar alegres

defender la alegría como una certeza
defenderla del óxido y la roña
de la famosa pátina del tiempo
del relente y del oportunismo
de los proxenetas de la risa

defender la alegría como un derecho
defenderla de dios y del invierno
de las mayúsculas y de la muerte
de los apellidos y las lástimas
del azar
y también de la alegría

FUTURO IMPERFECTO

El porvenir es un niño desnudo.

RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN

De poco sirve arroparlo
y menos
colgarle collares y pronósticos
brindarle metrallas de manga larga
calzarle prejuicios de siete leguas

de poquísimo sirve ponerle
profaces o antifaces
o un delantal de música

menos aún la consabida
bufanda del viento

el futuro es un niño desnudo
y en consecuencia ufano imprevisible
cuando menos lo esperas
te coloca una rosa en la oreja
o te orina inocente la calva

TESTAMENTO DE MIÉRCOLES

*a alfredo gravina
otro de tacuarembó*

Aclaro que éste no es un testamento
de esos que se usan como colofón de vida
es un testamento mucho más sencillo
tan sólo para el fin de la jornada

o sea que lego para mañana jueves
las preocupaciones que me legara el martes
levemente alteradas por dos digestiones
las usuales noticias del cono sur
y una nube de mosquitos casi vampiros

lego mis catorce estornudos del mediodía
una carta a mi mujer en que falta la posdata
el final de una novela que a duras penas leo
las siete sonrisas de cinco muchachas
ya que hubo una que me brindó tres
y el ceño fruncido de un señor
que no conozco ni aspiro a conocer

lego un colorido ajedrez moscovita
una computadora japonesa sin pilas
y la buena radio en que está sonando
el español grisáceo de la bibici

ah la olivetti y el cepillo de dientes
no los lego porsiacá

lego tropos y metáforas de uso privado
que modestamente acuñé en la tarde
por ejemplo el astillero en que reparo mis sueños
el pájaro aleatorio que surge del crepúsculo
la cortina de lluvia que miro y no descorro

lego un remordimiento porque es aleccionante
y un poco de tristeza porque es inevitable
también mi soledad con la ilusión
de que el jueves resuelva no admitirla
y me sancione con presencias varias

lego los crujidos de mis viejas bisagras
también una tajada de mi sombra
no toda porque un hombre sin su sombra
no merece el respeto de la gente

lego el pescuezo recién lavado
como para un jueves de guillotina
una maceta con hierbabuena
y otra con un boniato que me hastía
ya que esta cargante convolvulácea
me está invadiendo el cuarto con sus hojas

lego los suburbios de una idea
un tríptico de espejos que me agrade
el mar allá al alcance de la mano
mis cóleras por orden alfabético
y un breve y curioso estado de ánimo
que todavía no sé si es inocencia
o estupidez malsana
o alegría

sólo ahora lo advierto
en paredes y anaqueles y venas
en glándulas y techos y optimismos
me quedan tantas cosas por legar
que mejor las incluyo
en otro testamento
digamos
el del viernes.

PAÍS INOCENTE

*Cerco un paese
innocente*
GIUSEPPE UNGARETTI

Unos como invasores
Otros como invadidos
¿qué país
no ha perdido la inocencia?
pero además
¿de qué sirve un país inocente?

¿qué importancia tienen
las fronteras pusilánimes
las provincias de la ingenuidad?

sólo los países
que pierdan su candor
podrán reconocer al enemigo

así es que no reclamo
un país inocente
en todo caso busco
un extraño país
capaz de declararse
culpable
de inocencia.

INFRAGANTI

Te doy la cana
 mundo
cuando girás eterno

nosotros temerarios
afinamos la sombra
gastamos el dolor
sujetamos el cielo

y vos girás
 eterno

nosotros insolentes
zurcimos las heridas
y de los arrabales
vamos haciendo centros

y vos girás
 eterno

distintos o igualitos
pagamos el rescate
y amamos en desorden
ni flojos ni soberbios

y vos girás
 eterno

mientras nos desvivimos
o nos soñamos vivos
te doy la cana
 mundo
te quito el mito
 abuelo

así como al descuido
vas dejando pedazos
pedacitos de muerte
cuando girás
eterno.

COTIDIANA 3

*nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la vida*
ERNESTO CARDENAL

Esta cotidiana no se apoya en ninguna mutación
trascendente
hoy es tan sólo un viernes de poca monta
sin noticias o trazos demasiado malos
ni tampoco demasiado buenos
funcionan normalmente las endocrinas y los semáforos
las pompas fúnebres y las de jabón
unos llegan berreando otros parten silentes
otros más se aprontan a llegar o a partir
en líneas generales el pronóstico del tiempo
acierta por fin con las turbonadas
y es justo subrayar que hoy ha logrado
truenos corroborantes
esta cotidiana es tan sólo costumbre
apenas un viernes de pobre vestimenta
pero aquí se levantan las casas del hombre
a veces existen con un ruido infernal
y otras veces duermen en silencio amoroso
sólo interrumpido por crujiditos
que pueden ser jadeos conyugales
o también calambres de la madera
sin embargo allí crecen el trabajo y la muerte
el vientre rebosante de futuro
y el viejo que no puede con sus huesos
entran por las persianas tataguas y mosquitos

y hay un latido general que es la vida
sólo rutina y sin embargo
las manos besan
los ojos palpan
los labios ven
nosotros
es decir nuestros otros
venimos
vienen
a explorar la memoria milagrosa y austera
no hay tiempo que perder
más bien hay mucho tiempo que ganar
mientras atisbo con audacia y cautela
por entre mis dedos más o menos fogueados
y veo que entre vestigios tristes y rutinarios
nacen flores de rutinario regocijo
tan sólo hábito y querencia
el enjambre adolescente se encamina a sus clásicos
manantiales
pero antes de llegar se cruza con los veteranos que
regresan
y los árboles ya no saben qué hacer con las preguntas
tan sólo práctica y costumbre
y de vez en cuando un salto de prodigio
en el que algunos se desnucan y otros cambian el mundo
y con las nuca rotas y las glorias que alumbran
con mártires de un día y visionarios de medio siglo
se va armando la historia como un sueño portátil
la rutina es después de todo una crisálida
una comarca de posibilidades e imposibles
de la costumbre puede estallar lo insólito
del hábito el deshábito
por eso este viernes de opaca textura
es casi un campamento de recuerdos
un filtro de presagios
uno de los confines del futuro
tallo ritual de lo ordinario
y también bulbo de lo extraordinario

sabemos algo de lo que está muriendo
pero muy poco de lo que empieza a ser
este viernes turbio durante el cual se gestan
sórdidas guerras frías y escaramuzas ígneas
mientras el consumismo se dedica a llenar
nuestras necesidades más innecesarias
el lujo escupe dádivas sobre la miseria
y a veces la miseria escupe metralla
esta jornada sin toque de campanas
sin titulares a ocho columnas
ni aguaceros radioactivos
sin naufragios ideológicos
ni exorcismos generacionales
lleva en sí misma el triunfo y el desastre
y la infinitesimal responsabilidad que nos toca
de una disyuntiva a nivel de universo
resulta sin embargo abrumadora
así de esta rutina vulnerable
de esta costumbre de inclemencia y cielo
de este hábito propenso a la aventura
de esta querencia con señales de humo
debemos elegir o tan sólo inventar
un largo paso desacostumbrado
una limpia e intrépida zancada
una rampa que no lleve al abismo
un envión que tumba las derrotas
un trampolín que nos lance a mañana
aunque allí nos espere otra ruina
otra vida común
otra crisálida.

DESMITIFIQUEMOS
LA VÍA LÁCTEA

*a efraín huerta,
desmitificador*

CRONOTERAPIA BILINGÜE

Si un muchacho lee mis poemas
me siento joven por un rato

en cambio cuando es
una muchacha quien los lee
quisiera que el tictac
se convirtiera en un tatic
o mejor dicho en *une tactique*.

DISIDENTES

Los abruptos
pueden ser violentos
tozudos
y hasta sectarios
pero los
exabruptos
son siempre
resentidos.

CÁLCULO DE PROBABILIDADES

Cada vez que un dueño de la tierra
proclama
 para quitarme este patrimonio
 tendrán que pasar
 sobre mi cadáver
debería tener en cuenta
que a veces
pasan.

NUEVO CANAL INTEROCEÁNICO

Te propongo construir
un nuevo canal
sin esclusas
ni excusas
que comunique por fin
tu mirada
atlántica
con mi natural
pacífico.

CONTRAOFENSIVA

Si a uno
le dan
palos de ciego
la única
respuesta eficaz
es dar
palos
de vidente.

SÍNDROME

Todavía tengo casi todos mis dientes
casi todos mis cabellos y poquísimas canas
puedo hacer y deshacer el amor
trepar una escalera de dos en dos
y correr cuarenta metros detrás del ómnibus
o sea que no debería sentirme viejo
pero el grave problema es que antes
no me fijaba en estos detalles.

sino diestro
o antizurdo
o flanco opuesto al corazón
lado derecho en fin

en consecuencia
¿no sería hora
de que iniciáramos
una amplia campaña internacional
por los izquierdos
humanos?

SEMÁNTICA PRÁCTICA

Sabemos que el alma como principio de la vida
es una caduca concepción religiosa e idealista
pero que en cambio tiene vigencia en su acepción
segunda
o sea hueco del cañón de las armas de fuego

hay que reconocer empero que el lenguaje popular
no está rigurosamente al día
y que cuando el mismo estudiante que leyó en
konstantinov
que la idea del alma es fantástica e ingenua
besa los labios ingenuos y fantásticos de la compañerita
que no conoce la acepción segunda

y a pesar de ello le dice te quiero con toda el alma
es obvio que no intenta sugerir que la quiere
con todo el hueco del cañón.

DESMITIFIQUEMOS LA VÍA LÁCTEA

Tampoco hay que hacer un mito de la vía láctea
faja blanquecina dice el Larousse
debida a multitud innumerable (sic) de estrellas

después de todo es un techo interior
todo lo vistoso que se quiera
aunque en definitiva un poco empalagoso

hay quienes la llaman camino de Santiago
y los que miran fanáticamente el asfalto
ni siquiera se han enterado de que existe

a veces parece una burda imitación
de un planetario de provincia
quizá sea una merced del hemisferio austral
pero a esta altura no vamos a estimular mercedes

además si uno la mira con detenimiento
puede llegar a sentir vértigo o tortícolis
o un deseo inexplicable de levantar vuelo

no hay que hacer un mito de la vía láctea

ahora bien
ya que la he desmitificado a fondo
¿puedo volver a echarla de menos?

CARDINALES

Al norte
las colinas de la ira
al sur
el cráter de la esperanza
al este
la meseta de la melancolía
al oeste
la bahía del sosiego

demás está decir
que a esto le falta mucho
para ser
la rosa
de los vientos.

EL SONETO DE RIGOR

*Las rosas están insoportables
en el florero.*

JAIME SABINES

Tal vez haya un rigor para encontrarte
el corazón de rosa rigurosa
ya que hablando en rigor no es poca cosa
que tu rigor de rosa no te harte.

Rosa que estás aquí o en cualquier parte
con tu rigor de pétalos, qué sosa
es tu fórmula intacta, tan hermosa
que ya es de rigor desprestigiarte.

Así que abandonándote en tus ramos
o dejándote al borde del camino
aplicarte el rigor es lo mejor,

y el rigor no permite que te hagamos
liras ni odas cual floreros, sino
apenas el soneto de rigor.

¿QUÉ HACER?

¿Qué se hace a la hora de morir?
ROSARIO CASTELLANOS

Luego del próximo recodo
tal vez convenga irlo pensando

sé de un viejo compatriota
terrateniente él
que en su colchón de muerte
miró uno por uno
a sus llorosos herederos
dijo

ah farsantes

y a continuación
crepó como un bendito

es claro que para ese gesto
los latifundios son indispensables

yo digo que más vale improvisar

porque si uno programa decir algo pujante
y después solloza como un perro apaleado

o si se propone soltar un llanto digno
y luego canturrea como un orate

o si planifica extender la mano abierta
y después es un puño y no queda claro
si es por tacaño o por comunista

puede ser tildado
de inconsecuente o frívolo

y ésa no es buena lápida
qué va a ser.

COTIDIANA 4

En esta cotidiana me falta el otoño
con su instalada transparencia
aquel sol amarillo que rodeaba los pinos
y hacía prestigiosa su inmovilidad
un cierto aroma a avenidas copadas
por hojas secas y puestos de uva
y también a muchachas que exhumaban sus prendas
de lana y naftalina

me falta el magro invierno
con su desorden y su austeridad
las ráfagas de lluvia casi horizontales
que humedecen los tímpanos
o las mañanas con el chispeante viento
de la costa ceniza
que encrespa las hilachas y las tentaciones
y desmantela la inocencia

la primavera echo de menos
con sus nacientes telones verdes
el desenlace de la hipocondría
y el comienzo de la calle de todos
el paisaje que se creyó olvidado
y que de pronto va emergiendo del mar
y esa luz extraña que se instala en los patios
junto a la madreSelva y en el corazón

ahora tengo un verano de doce meses
digamos seis de lluvia y seis de seca

con un sol blanco que todo lo germina
y bajo el cual crece la palma como
la revolución y viceversa
y el calor viene desde el pasado
y sin tomarse ni un respiro
se proyecta hacia el porvenir

pero así y todo echo de menos
mi pleno estío de tres meses
no es lo mismo el calor tras el calor
que el calor que viene después del frío
de ahí que rescate las olas necesarias
para abrazar las rocas de aquella siesta
y la gaviota que me daba un aviso
que entonces no entendí y que seguramente
me hubiera convenido entender.

RETRATOS Y CANCIONES

MARIANO

Enhorabuena
como quien dice barrio y universo
o etrusco y habanero
u optimismos en rústica
que saben el color de sus razones

tus gallos satisfechos de vivir
nunca cantan adioses sino bienvenidas
se burlan de los aviones y las águilas
pero sobre todo de las mariposas y las brujas

con tu poco de chagall y tu mucho de gulliver
en el país de las piñas gigantes
la vida pasa respira predica
en las grupas frutales
en tu amor como árbol

desde antes hubo gente
y hubo tantas muchachas
en tu verde de luces pero ahora
las masas son tu diafragma de audacia
la flor se te hizo pueblo para siempre
la revolución va exprimiendo tus frutas
con destino a la sed comunitaria.

A ROQUE

Llegaste temprano al buen humor
al amor cantado
al amor decantado

llegaste temprano
al ron fraterno
a las revoluciones

cada vez que te arrancaban del mundo
no había calabozo que te viniera bien
asomabas el alma por entre los barrotes
y no bien los barrotes se aflojaban turbados
aprovechabas para librar el cuerpo

usabas la metáfora ganzúa
para abrir los cerrojos y los odios
con la urgencia inconsolable de quien quiere
regresar al asombro de los libres

le tenías ojeriza a lo prohibido
a las desgarraduras para ínfula y orquesta
al dedo admonitorio de algún colega exento
algún apócrifo buen samaritano
que desde europa te quería enseñar
a ser un buen latinoamericano

le tenías ojeriza a la pureza
porque sabías cómo somos de impuros
cómo mezclamos sueños y vigilia
cómo nos pesan la razón y el riesgo

por suerte eras impuro
evadido de cárceles y cepos
no de responsabilidades y otros goces
impuro como un poeta
que eso eras
además de tantas otras cosas

ahora recorro tramo a tramo
nuestros muchos acuerdos
y también nuestros pocos desacuerdos
y siento que nos quedan diálogos inconclusos

recíprocas preguntas nunca dichas
malentendidos y bienentendidos
que no podremos barajar de nuevo

pero todo vuelve a adquirir su sentido
si recuerdo tus ojos de muchacho
que eran casi un abrazo casi un dogma

el hecho es que llegaste
temprano al buen humor
al amor cantado
al amor decantado
al ron fraterno
a las revoluciones
pero sobre todo llegaste temprano
demasiado temprano
a una muerte que no era la tuya
y que a esta altura no sabrá qué hacer
con

tanta

vida.

RODOLFO CONVIRTIÓ LA REALIDAD

Rodolfo convirtió la realidad en su obra maestra
asedió las respuestas con preguntas durísimas
tuvo una enojosa obsesión por la verdad
cómo no iban a odiarlo si sabían que sabía
maltrecho o pertrecho con su cara de insomnio
sus ojos pálidos de testigo
sus opiniones de pedernal
su seriedad de clown en día de asueto

rodolfo convirtió la realidad en su obra maestra
averiguó hasta llegar al máximo rigor de la tristeza

se desprendió de los pretextos como de hollejos
se puso el riesgo con la mejor de sus sencilleces
desde la rabia invadió la esperanza
y bregó hasta que le secuestraron la noticia
pero tenía otras culpas todas sin atenuantes
cómo no iban a odiarlo si le mataron a la hija

rodolfo convirtió la realidad en su obra maestra
uno podía abrirla en cualquier tiroteo
y salían volando inocencias fervores
paces y guerras extraños ciudadanos
que se sabían comprendidos a la exacta medida
de su justicia visceral modestísima
cómo no iban a odiarlo si era justo
y no tuvo vergüenza de saberlo.

JOSÉ MARTÍ PREGONERO

Tu nombre es como el crisol
donde se funde la hazaña
tu nombre es como la caña
que endulza con lluvia y sol

de su destino naciente
sólo tu pueblo es el dueño
cual figuraba en tu sueño
por fin es libre tu gente

josé martí pregonero
no moriste en tu pregón
tus versos viven y son
pregones de un pueblo entero

tu isla exporta el verano
y hay flamboyán y justicia
la buena tierra nutricia
da frutos para el cubano

tu nombre es como el crisol
donde se funde la hazaña
tu nombre es como la caña
que endulza con lluvia y sol

tan sobrio y tan desbordante
tan bueno y tan orgulloso
tan firme y tan generoso
tan pequeño y tan gigante

tan profundamente isleño
tan claramente cubano
tan latinoamericano
en tu suelo y en tu sueño

siempre nos tienes despiertos
con tu constante mirada
con tu suerte despejada
y tu fe de ojos abiertos

tu nombre es como el crisol
donde se funde la hazaña
tu nombre es como la caña
que endulza con lluvia y sol.

POR QUÉ CANTAMOS

Si cada hora viene con su muerte
si el tiempo es una cueva de ladrones
los aires ya no son los buenos aires
la vida es nada más que un blanco móvil

usted preguntará por qué cantamos

si nuestros bravos quedan sin abrazo
la patria se nos muere de tristeza

y el corazón del hombre se hace añicos
antes aún que explote la vergüenza

usted preguntará por qué cantamos

si estamos lejos como un horizonte
si allá quedaron árboles y cielo
si cada noche es siempre alguna ausencia
y cada despertar un desencuentro

usted preguntará por qué cantamos

cantamos porque el río está sonando
y cuando suena el río / suena el río
cantamos porque el cruel no tiene nombre
y en cambio tiene nombre su destino

cantamos por el niño y porque todo
y porque algún futuro y porque el pueblo
cantamos porque los sobrevivientes
y nuestros muertos quieren que cantemos

cantamos porque el grito no es bastante
y no es bastante el llanto ni la bronca
cantamos porque creemos en la gente
y porque venceremos la derrota

cantamos porque el sol nos reconoce
y porque el campo huele a primavera
y porque en este tallo en aquel fruto
cada pregunta tiene su respuesta

cantamos porque llueve sobre el surco
y somos militantes de la vida
y porque no podemos ni queremos
dejar que la canción se haga ceniza.

COTIDIANA 5

Hay un día en que se nace
a la gloria y a la suerte
a la suerte y a la muerte
hay un día en que se nace

y en penumbra tan temprana
que no duele ni se nombra
la luz muere con la sombra
de la vida cotidiana

hay un sol que da sentido
a la gloria y a la suerte
a la suerte y a la muerte
hay un sol que da sentido

y en mitad de la mañana
abre rumbos y salidas
en las idas y venidas
de la vida cotidiana

hay un cielo que responde
a la gloria y a la suerte
a la suerte y a la muerte
hay un cielo que responde

y en la calma soberana
de un solemne mediodía
junta penas y alegría
de la vida cotidiana

hay un sueño que se acerca
a la gloria y a la suerte
a la suerte y a la muerte
hay un sueño que se acerca

y en la siesta y resolana
ponen lágrimas y besos
los convictos y confesos
de la vida cotidiana

hay crepúsculos que invocan
a la gloria y a la suerte
a la suerte y a la muerte
hay crepúsculos que invocan

y en la cumbre más lejana
el sol muere como un toro
con la sangre y con el oro
de la vida cotidiana

siempre hay una causa digna
de la gloria y de la suerte
de la suerte y de la muerte
siempre hay una causa digna

pero no es la lucha vana
de quien busca satanases
en las guerras y en las paces
de la vida cotidiana

hay por último un letargo
de la gloria y de la suerte
de la suerte y de la muerte
hay todo eso y sin embargo

en la noche veterana
el amor que es buena gente
va dejando la simiente
de otra vida cotidiana.

LA CASA Y EL LADRILLO

1976-1977

*a los que
adentro y afuera
viven y se desviven
mueren y se desmueren*

LA CASA Y EL LADRILLO

*Me parezco al que llevaba el ladrillo consigo
para mostrar al mundo cómo era su casa.*

BERTOLT BRECHT

Cuando me confiscaron la palabra
y me quitaron hasta el horizonte
cuando salí silbando despacito
y hasta hice bromas con el funcionario
de emigración o desintegración
y hubo el adiós de siempre con la mano
a la familia firme en la baranda
a los amigos que sobrevivían
y un motor el derecho tosió fuerte
y movió la azafata sus pestañas
como diciendo a vos yo te conozco
yo tenía estudiada una teoría
del exilio mis pozos del exilio
pero el cursillo no sirvió de nada

cómo saber que las ciudades reservaban
una cuota de su amor más austero
para los que llegábamos
con el odio pisándonos la huella
cómo saber que nos harían sitio
entre sus escaseces más henchidas
y sin averiguarnos los fervores
ni mucho menos el grupo sanguíneo
abrirían de par en par sus gozos
y también sus catástrofes
para que nos sintiéramos
igualito que en casa

cómo saber que yo mismo iba a hallar
sábanas limpias desayunos abrazos
en pueyrredón y french
en canning y las heras
y en lince
y en barranco
y en arequipa al tres mil seiscientos
y en el vedado
y dondequiera

siempre hay calles que olvidan sus balazos
sus silencios de pizarra lunar
y eligen festejarnos recibirnos llorarnos
con sus tiernas ventanas que lo comprenden todo
e inesperados pájaros entre flores y hollines
también plazas con pinos discretísimos
que preguntan señor cómo quedaron
sus acacias sus álamos
y los ojos se nos llenan de láminas
en rigor nuestros árboles están sufriendo como
por otra parte sufren los caballos la gente
los gorriones los paraguas las nubes
en un país que ya no tiene simulacros

es increíble pero no estoy solo
a menudo me trenzo con manos o con voces
o encuentro una muchacha para ir lluvia adentro
y alfabetizarme en su áspera hermosura
quién no sabe a esta altura que el dolor
es también un ilustre apellido

con éste o con aquélla nos miramos de lejos
y nos reconocemos por el rictus paterno
o la herida materna en el espejo
el llanto o la risa como nombres de guerra
ya que el llanto o la risa legales y cabales
son apenas blasones coberturas

estamos desarmados como sueño en andrajos
pero los anfitriones nos rearman de apuro
nos quieren como aliados y no como reliquias
aunque a veces nos pidan la derrota en hilachas
para no repetirla

inermes como sueños así vamos
pero los anfitriones nos formulan preguntas
que incluyen su semilla de respuesta
y ponen sus palomas mensajeras y lemas
a nuestra tímida disposición
y claro sudamos los mismos pánicos
temblamos las mismas preocupaciones

a medida que entramos en el miedo
vamos perdiendo nuestra extranjería
el enemigo es una niebla espesa
es el común denominador o
denominador plenipotenciario

es bueno reanudar el enemigo
de lo contrario puede acontecer
que uno se ablande al verlo tan odioso
el enemigo es siempre el mismo cráter
todavía no hay volcanes apagados

cuando nos escondemos a regar
la maceta con tréboles venéreos
aceitamos bisagras filosóficas
le ponemos candado a los ex domicilios
y juntamos las viudas militancias
y desobedecemos a los meteorólogos
soñamos con axilas y grupas y caricias
despertamos oliendo a naftalina

todos los campanarios nos conmueven
aunque tan sólo duren en la tarde plomiza
y estemos abollados de trabajo

el recuerdo del mar cuando no hay mar
nos desventura la insolencia y la sangre
y cuando hay mar de un verde despiadado
la ola rompe en múltiples agüeros

uno de los problemas de esta vida accesoria
es que en cada noticia emigramos
siempre los pies alados livianísimos
del que espera la señal de largada
y claro a medida que la señal no llega
nos aplacamos y nos convertimos
en hermes apiñados y reumáticos

y bien esa maciza ingravidez
alza sus espirales de humo en el lenguaje
hablamos de botijas o gurises
y nos traducen pibe fiñe guagua
suena *ta* o *taluego*
y es como si cantáramos desvergonzadamente
do jamás se pone el sol se pone el sol

y nos aceptan siempre
nos inventan a veces
nos lustran la morriña majadera
con la nostalgia que hubieran tenido
o que tuvieron o que van a tener
pero además nos muestran ayer y anteayeres
la película entera a fin de que aprendamos
que la tragedia es ave migratoria
que los pueblos irán a contramuerte
y el destino se labra con las uñas

habrá que agradecerlo de por vida
acaso más que el pan y la cama y el techo
y los poros alertas del amor

habrá que recordar con un exvoto
esa pedagogía solidaria y tangible

por lo pronto se sienten orgullosos
de entender que no vamos a quedarnos
porque claro hay un cielo
que nos gusta tener sobre la crisma
así uno va fundando las patrias interinas
segundas patrias siempre fueron buenas
cuando no nos padecen y no nos compadecen
simplemente nos hacen un lugar junto al fuego
y nos ayudan a mirar las llamas
porque saben que en ellas vemos nombres y bocas

es dulce y prodigiosa esta patria interina
con manos tibias que reciben dando
se aprende todo menos las ausencias
hay certidumbres y caminos rotos
besos rendidos y provisionales
brumas con barcos que parecen barcos
y lunas que reciben nuestra noche
con tangos marineras sones rumbas
y lo importante es que nos acompañan
con su futuro a cuestras y sus huesos

esta patria interina es dulce y honda
tiene la gracia de rememorarnos
de alcanzarnos noticias y dolores
como si recogiera cachorros de añoranza
y los diera a la suerte de los niños

de a poco percibimos los signos del paisaje
y nos vamos midiendo primero con sus nubes
y luego con sus rabias y sus glorias
primero con sus nubes
que unas veces son fibras filamentos
y otras veces tan redondas y plenas
como tetas de madre treinteañera
y luego con sus rabias y sus glorias
que nunca son ambiguas

acostumbrándonos a sus costumbres
llegamos a sentir sus ráfagas de historia
y aunque siempre habrá un nudo inaccesible
un útero de glorias que es propiedad privada
igual nuestra confianza izará sus pendones
y creeremos que un día que también que ojalá

aquí no me segrego
tampoco me segregan
hago de centinela de sus sueños
podemos ir a escote en el error
o nutrirnos de otras melancolías

algunos provenimos del durazno y la uva
otros vienen del mango y el mamey
y sin embargo vamos a encontrarnos
en la indócil naranja universal

el enemigo nos vigila acérrimo
él y sus corruptólogos husmean
nos aprenden milímetro a milímetro
estudian las estelas que deja el corazón
pero no pueden descifrar el rumbo
se les ve la soberbia desde lejos
sus llamas vuelven a lamer el cielo
chamuscando los talones de dios

su averno monopólico ha acabado
con el infierno artesanal de leviatán

es fuerte el enemigo y sin embargo
mientras la bomba eleva sus hipótesis
y todo se asimila al holocausto
una chiva tranquila una chiva de veras
prosigue masticando en el islote

ella solita derrotó al imperio
todos tendríamos que haber volado
a abrazar a esa hermana

ella sí demostró lo indemostrable
y fue excepción y regla todo junto
y gracias a esa chiva de los pueblos
ay nos quedamos sin apocalipsis

cuando sentimos el escalofrío
y los malos olores de la ruina
siempre es bueno saber que en algún meridiano
hay una chiva a lo mejor un puma
un ñandú una jutía una lombriz
un espermatozoide un feto una criatura
un hombre o dos un pueblo
una isla un archipiélago
un continente un mundo
tan firmes y tan dignos de seguir masticando
y destruir al destructor y acaso
desapocalipsarnos para siempre

es germinal y aguda esta patria interina
y nuestro desconsuelo integra su paisaje
pero también lo integra nuestro bálsamo

por supuesto sabemos desenrollar la risa
y madrugar y andar descalzos por la arena
narrar blancos prodigios a los niños
inventar minuciosos borradores de amor
y pasarlos en limpio en la alta noche
juntar pedazos de canciones viejas
decir cuentos de loros y gallegos
y de alemanes y de cocodrilos
y jugar al pingpong y a los actores
bailar el pericón y la milonga
traducir un bolero al alemán
y dos tangos a un vesre casi quechua

claro no somos una pompa fúnebre
usamos el derecho a la alegría

pero cómo ocultarnos los derrumbes
el canto se nos queda en estupor

hasta el amor es de pronto una culpa
nadie se ríe de los basiliscos
he visto a mis hermanos en mis patrias suplentes
postergar su alegría cuando muere la nuestra
y ése sí es un tributo inolvidable

por eso cuando vuelva
y algún día será
a mi tierra mis gentes y mi cielo
ojalá que el ladrillo que a puro riesgo traje
para mostrar al mundo cómo era mi casa
dure como mis duras devociones
a mis patrias suplentes compañeras
viva como un pedazo de mi vida
quede como ladrillo en otra casa.

junio 1976.

OTRA NOCIÓN DE PATRIA

*Vamos a ver, hombre;
cuéntame lo que me pasa,
que yo, aunque grite, estoy siempre a tus
órdenes.*

CÉSAR VALLEJO

Hoy amanecí con los puños cerrados
pero no lo tomen al pie de la letra
es apenas un signo de pervivencia
declaración de guerra o de nostalgia

a lo sumo contraseña o imprecación
al cielo sordomudo y nubladísimo

sucede que ya es el tercer año
que voy de gente en pueblo
de aeropuerto en frontera
de solidaridad en solidaridad
de cerca en lejos
de apartado en casilla
de hotelito en pensión
de apartamentito casi camarote
a otro con teléfono y water-comedor

además
de tanto mirar hacia el país
se me fue desprendiendo la retina
ahora ya la prendieron de nuevo
así que miro otra vez hacia el país

llena pletórica de vacíos
mártir de su destino provisorio
patria arrollada en su congoja
puesta provisoriamente a morir
guardada por sabuesos no menos provisorios

pero los hombres de mala voluntad
no serán provisoriamente condenados
para ellos no habrá paz en la tierrita
ni de ellos será el reino de los cielos
ya que como es público y notorio
no son pobres de espíritu

los hombres de mala voluntad
no sueñan con muchachas y justicia
sino con locomotoras y elefantes
que acaban desprendiéndose de un guinche ecuánime
que casualmente pende sobre sus testas
no sueñan como nosotros con primaveras y alfabetizaciones

sino con robustas estatuas al gendarme desconocido
que a veces se quiebran como mazapán

los hombres de mala voluntad
no todos sino los verdaderamente temerarios
cuando van al analista y se confiesan
somatizan el odio y acaban vomitando

a propósito
son ellos que gobiernan
gobiernan con garrotes expedientes cenizas
con genuflexiones concertadas
y genuflexiones espontáneas
minidevaluaciones que en realidad son mezzo
mezzodevaluaciones que en realidad son macro

gobiernan con maldiciones y sin malabarismos
con malogros y malos pasos
con malthusianismo y malevaje
con malhumor y malversaciones
con maltrato y malvones
ya que aman las flores como si fueran prójimos
pero no viceversa

los hombres de pésima voluntad
todo lo postergan y pretergan
tal vez por eso no hacen casi nada
y ese poco no sirve

si por ellos fuera le pondrían
un durísimo freno a la historia
tienen pánico de que ésta se desboque
y les galope por encima pobres
tienen otras inquinas verbigracia
no les gustan los jóvenes ni el himno
los jóvenes bah no es una sorpresa
el himno porque dice tiranos temblad
y eso les repercute en el duodeno

pero sobre todo les desagrada
porque cuando lo oyen
obedecen y tiemblan
sus enemigos son cuantiosos y tercos
marxistas economistas niños sacerdotes
pueblos y más pueblos
qué lata es imposible acabar con los pueblos
y casi cien catervas internacionales
que tienen insolentes exigencias
como pan nuestro y amnistía

no se sabe por qué
los obreros y estudiantes no los aman

sus amigos entrañables tienen
algunas veces mala entraña
digamos pinochet y el apartheid
dime con quién andas y te diré go home

también existen leves contradicciones
algo así como una dialéctica de oprobio
por ejemplo un presidio se llama libertad
de modo que si dicen con orgullo
aquí el ciudadano vive en libertad
significa que tiene diez años de condena

es claro en apariencia nos hemos ampliado
ya que invadimos los cuatro cardinales
en venezuela hay como treinta mil
incluidos cuarenta futbolistas
en sidney oceanía
hay una librería de autores orientales
que para sorpresa de los australianos
no son confucio ni lin yu tang
sino onetti vilariño arregui espínola
en barcelona un café petit monteideo
y otro localcito llamado el quilombo
nombre que dice algo a los rioplatenses

pero muy poca cosa a los catalanes
en buenos aires setecientos mil o sea no caben más
y así en méxico nueva york porto alegre la habana
panamá quito argel estocolmo paris
lisboa maracaibo lima amsterdam madrid
roma xalapa pau caracas san francisco montreal
bogotá londres mérida goteburgo moscú
de todas partes llegan sobres de la nostalgia
narrando cómo hay que empezar desde cero
navegar por idiomas que apenas son afluentes
construirse algún sitio en cualquier sitio

a veces lindas veces con manos solidarias
y otras amargas veces recibiendo en la nuca
la mirada xenófoba

de todas partes llegan serenidades
de todas partes llegan desesperaciones
oscuros silencios de voz quebrada
uno de cada mil se resigna a ser otro

y sin embargo somos privilegiados

con esta rabia melancólica
este arraigo tan nómada
este coraje hervido en la tristeza
este desorden este no saber
esta ausencia a pedazos
estos huesos que reclaman su lecho
con todo este derrumbe misterioso
con todo este fichero de dolor
somos privilegiados

después de todo amamos discutimos leemos
aprendemos sueco catalán portugués
vemos documentales sobre el triunfo
en vietnam la libertad de angola
fidel a quien la historia siempre absuelve

y en una esquina de carne y hueso
miramos cómo transcurre el mundo
escuchamos coros salvacionistas y afónicos
contemplamos viajeros y laureles
aviones que escriben en el cielo
y tienen mala letra
soportamos un ciclón de trópico
o un diciembre de nieve

podemos ver la noche sin barrotes
poseer un talismán o en su defecto un perro
bostezar escupir lagrimear

soñar suspirar confundir
quedar hambrientos o saciados
trabajar permitir maldecir
jugar descubrir acariciar
sin que el ojo cancerbero vigile

pero
y los otros
qué pensarán los otros
si es que tienen ánimo y espacio
para pensar en algo

qué pensarán los que se encaminan
a la máquina buitres a la tortura hiena
qué quedará a los que jadean de impotencia
qué a los que salieron semimuertos
e ignoran cuándo volverán al cepo
qué rendija de orgullo
qué gramo de vida
ciegos en su capucha
mudos de soledad
inermes en la espera

ni el recurso les queda de amanecer puteando
no sólo oyen las paredes

también escuchan los colchones si hay
las baldosas si hay
el inodoro si hay
y los barrotes que éstos siempre hay

cómo recuperarlos del suplicio y el tedio
cómo salvarlos de la muerte sucedánea
cómo rescatarlos del rencor que carcome

el exilio también tiene barrotes

sabemos dónde está cada ventana
cada plaza cada madre cada loma
dónde está el mejor ángulo de cielo
cómo se mueven las dunas y gaviotas
dónde está la escuelita con el hijo
del laburante que murió sellado
dónde quedaron enterrados los sueños
de los muertos y también de los vivos
dónde quedó el resto del naufragio
y dónde están los sobrevivientes

sabemos dónde rompen las olas más agudas
y donde y cuándo empalaga la luna
y también cuándo sirve como única linterna

sabemos todo eso y sin embargo
el exilio también tiene barrotes

allí donde el pueblo a durísimas penas
sobrevive entre la espada tan fría que da asco
y la pared que dice libertad o muer
porque el adolescente ya no pudo

allí pervierte el aire una culpa innombrable
tarde horrenda de esquinas sin muchachos
bajo un sol que se desploma como buscando
el presidente ganadero y católico

es ganadero hasta en sus pupilas bueyunas
y preconiliar pero de trento
el presidente es partidario del rigor
y la exigencia en interrogatorios
hay que aclarar que cultiva el pleonasma
ya que el rigor siempre es exigente
y la exigencia siempre es rigurosa
tal vez quiso decir algo más simple
por ejemplo que alienta la tortura

seguro el presidente no opinaría lo mismo
si una noche pasara de ganadero a perdidoso
y algún otro partidario kyrie eleison
del rigor y la exigencia kyrie eleison
le metiera las bueyunas en un balde de mierda
pleonasma sobre el que hay jurisprudencia

parece que las calles ahora no tienen baches
y después del ángelus ni baches ni transeúntes
los jardines públicos están preciosos
las estatuas sin caca de palomas

después de todo no es tan novedoso
los gobiernos musculosos siempre se jactan
de sus virtudes municipales

es cierto que esos méritos no salvan un país
tal vez haya algún coronel que lo sepa

al pobre que quedó a solas con su hambre
no le importa que esté cortado el césped
los padres que pagaron con un hijo al contado
ignoran esos hoyos que tapó el intendente

a juana le amputaron el marido
no le atañe la poda de los plátanos

los trozos de familia no valoran
la sólida unidad de las estatuas

de modo que no vale la gloria ni la pena
que gasten tanto erario en ese brillo

aclaro que no siempre
amanezco con los puños cerrados

hay mañanas en que me desperezo
y cuando el pecho se me ensancha
y abro la boca como pez en el aire
siento que aspiro una tristeza húmeda
una tristeza que me invade entero
y que me deja absorto suspendido
y mientras ella lentamente se mezcla
con mi sangre y hasta con mi suerte
pasa por viejas y nuevas cicatrices
algo así como costuras mal cosidas
que tengo en la memoria en el estómago
en el cerebro en las coronarias
en un recodo del entusiasmo
en el fervor convaleciente
en las pistas que perdí para siempre
en las huellas que no reconozco
en el rumbo que oscila como un péndulo

y esa tristeza madrugadora y gris
pasa por los rostros de mis iguales
unos lejanos perdidos en la escarcha
otros no se dónde deshechos o rehechos

el viejo que aguantó y volvió a aguantar
la flaca con la boca destruida
el gordo al que castraron
y los otros los otros y los otros
otros innumerables y fraternos
mi tristeza los toca con abrupto respeto

y las otras las otras y las otras
otras esplendorosas y valientes
mi tristeza las besa una por una

no sé qué les debemos
pero eso que no sé
sé que es muchísimo

esto es una derrota
hay que decirlo
vamos a no mentirnos nunca más
a no inventar triunfos de cartón

si quiero rescatarme
si quiero iluminar esta tristeza
si quiero no doblarme de rencor
ni pudrirme de resentimiento
tengo que excavar hondo
hasta mis huesos
tengo que excavar hondo en el pasado
y hallar por fin la verdad maltrecha
con mis manos que ya no son las mismas

pero no sólo eso
tendré que excavar hondo en el futuro
y buscar otra vez la verdad
con mis manos que tendrán otras manos
que tampoco serán ya las mismas
pues tendrán otras manos

habrá que rescatar el vellocino
que tal vez era sólo de lana
rescatar la verdad más sencilla
y una vez que la hayamos aprendido
y sea tan nuestra como
las articulaciones o los tímpanos
entonces basta basta basta
de autoflagelaciones y de culpas

todos tenemos nuestra rastra
claro
pero la autocrítica

no es una noria
no voy a anquilosarme en el reproche
y no voy a infamar a mis hermanos
el baldón y la ira los reservo
para los hombres de mala voluntad
para los que nos matan nos expulsan
nos cubren de amenazas nos humillan
nos cortan la familia en pedacitos
nos quitan el país verde y herido
nos quieren condenar al desamor

nos queman el futuro
nos hacen escuchar cómo crepita

el baldón y la ira
que esto quede bien claro
yo los reservo para el enemigo

con mis hermanos porfiaré
es natural
sobre planes y voces
trochas atajos y veredas
pasos atrás y pasos adelante
silencios oportunos omisiones que no
coyunturas mejores o peores
pero tendré a la vista que son eso
hermanos

si esta vez no aprendemos
será que merecemos la derrota
y sé que merecemos la victoria

el paisito está allá

y es una certidumbre

a lo mejor ahora está lloviendo
allá sobre la tierra

y aquí
bajo este transparente sol de libres
aquella lluvia cala hasta mis bronquios
me empapa la vislumbre
me refresca los signos
lava mi soledad

la victoria es tan sólo
un tallito que asoma
pero esta lluvia patria
le va a hacer mucho bien

creo que la victoria estará como yo
ahí nomás germinando
digamos aprendiendo a germinar

la buena tierra artigas revive con la lluvia
habrá uvas y duraznos y vino
barro para amasar
muchachas con el rostro hacia las nubes
para que el chaparrón borre por fin las lágrimas

ojalá que perdure
hace bien este riego
a vos a mí al futuro
a la patria sin más

hace bien si lloremos mi pueblo torrencial
donde estemos

allá

o en cualquier parte

sobre todo si somos la lluvia y el solar
la lluvia y las pupilas y los muros

la bóveda la lluvia y el ranchito
el río y los tejados y la lluvia

furia paciente

lluvia

iracundo silencio

allá y en todas partes

ah tierra lluvia pobre
modesto pueblo torrencial

con tan buen aguacero
la férrea dictadura
acabará oxidándose

y la victoria crecerá despacio
como siempre han crecido las victorias.

CURADOS DE ESPANTO Y SIN EMBARGO

Entonces ¿mi nombre suena todavía en mi país?

ARTIGAS (en Asunción, 1847)

Si estaremos curados de espanto
si habremos barajado salmodias con ultrajes
sepultado alegrías conjeturas delirios
en el descalabro y en el camposanto
si habremos añorado nuestras azoteas
la cercana vía láctea apenas recorrida
por murciélagos suaves y custodios

vaya si nos habremos atiborrado
de tristezas y pisco
de amarguras y ron
de frustración y vino
de ansiedad y aguardiente

si habremos contrabandeado pesadillas
en plena aduana de la razón pura
almacenado furias en estantes
que no eran precisamente de cristal

si habremos activado y desactivado presagios
disparado contra el azar sin dar en el blanco
revuelto las cenizas sin encontrar el fénix

pucha si estaremos curados de espanto
y sin embargo presidente so oscurísimo
aunque haya tantas cosas que no podremos
perdonarle nunca

hoy nos hemos quedado sencillamente pasmados
nos hemos caído literalmente de culo
al enterarnos de su última ignominia
si estaremos curados de espanto

y sin embargo fíjese no creíamos que usted fuera
tan bruto
tan desertor de la historia como para colgarle una
medalla
a pinochet sobre el corazón de la casaca
pero sobre todo no creíamos que fuera tan bellaco
como para invocar en ese acto fecal el limpio
nombre
de artigas protector de los pueblos libres

mire si seremos ingenuos que usted a la postre
resultó más bruto más desertor y más bellaco
que todo cuanto pensábamos de usted
que no era precisamente una dulzura

quizá la explicación esté en su bibliofobia
dudo que haya leído la historia patria de hachedé
para sólo nombrarle

considerando su extraña condición de feligrés
un manualito escrito por un cura
quizá usted ignore quién fue artigas
y eso sí ya es bastante verosímil
porque aquí entre nosotros un rasgo
que siempre lo ha distinguido de sócrates
es que usted nunca sabe que no sabe
de modo que vamos a acercarle un artigas básico
por si loado sea dios quiere usted descondecorar
al forajido
y no se preocupe por el papelón de lesa protocolo
él lo va a comprender mejor que nadie
se sabe destructor de un pueblo libre
y a esta altura ha de sentirse incómodo
llevando en la pechuga semejante sarcasmo
de dieciocho quilates

claro que ni esa salvedad lo salvaría
de otros pecados mortales y veniales
verbigracia torturas veniales y mortales
en que usted puso el cúmplase y el mátese
pues como dijo artigas y aquí arranca
precisamente el curso básico
*yo deseo que triunfe la justicia
que los delitos no queden impunes*
pero de cualquier modo la noche es larga
y si usted por fin borra el disparate
es probable aunque no fatalmente seguro
que el compañero gervasio no concurra
en esta y las siguientes madrugadas
a clavarle su mirada de viejo aguilucho

con libertad no ofendo ni temo
ahora se explica
por qué sin libertad usted teme y ofende
en verdad más lo primero que lo segundo
y además además
el pueblo es su juez y acusador

ese viejo sí las sabía todas
*y debe temer ser delincuente ante un juez tan
severo*
de modo que ya ve
comprendemos su miedo

*mi autoridad emana de vosotros
y ella cesa por vuestra presencia soberana*
de quién emana la suya
so oscurísimo mediocrón
no se le votó para que convirtiera
barcos en chirona escuelas en cuarteles
estadios en cafúa
ni para que espantara a un millón de muchachos
orientales el hambre o la tumba

y ahora póngase la garra en el cuore
y diga qué le parece el test propuesto
eso de enfrentar la presencia soberana

podrán arrancarme la vida pero no envilecerme
y usted que se envileció arrancando la vida a sus
paisanos
usted que se envileció sin que nadie se lo pidiera
y mucho menos le arrancara nada
a no ser algunos comunicados y misivas
que si borges lo permite integrarán
la historia universal de la infamia

*todo ciudadano será juzgado por jueces los más
imparciales*
*para la preservación de los derechos de su vida
libertad propiedad y la felicidad de su existencia
política*
ah si hubiera sabido que don gervasio era
marxista leninista avant la lettre
seguro que no le pone ese nombre a la medalla
qué es eso de jueces imparciales

derechos de vida y otras boberías
le hago notar que omito la palabra propiedad
para que no se le hinchen corazón y estancia
pero en cambio qué es eso de libertad
y existencia política y otras subversiones
dónde se ha visto semejante relajo
ah presidente no sólo la onu
está infiltrada como usted bien lo dijo
también la historia patria
también la historia patria

sean los orientales tan ilustrados como valientes
y usted que clausuró la universidad
y prohibió tantos libros y canciones
y de paso a antonio machado ese letrista de serrat
usted que tuvo presos a quijano y a onetti
y torturó a rosencof el dramaturgo
a massera el matemático
a núñez el periodista
y metió en cana a todo el elenco de el galpón
usted que cerró quince periódicos
prohibió a china zorrilla y a viglietti
y llegó a confiscar el correo de la unesco
mire a que barbaridades
conduce no ser ni valiente ni ilustrado

*en medio de los mayores apuros no me prostituiré
jamás*
un fanático era el viejo eso era
y además un fanático apurado
en cambio usted ha sabido prostituirse
sin prisa y sin pausa
como la estrella
pero no la del cielo germánico de goethe
sino la estrella una puta prehistórica de la calle
yermal

*yo voy a continuar mis sacrificios pero por la
libertad*
en cambio usted lo ha dejado bien clarito en la
carta a sus jefes
está dispuesto a sacrificarse y seguir gobernando
más allá de lo previsto
o sea a continuar sus sacrificios pero por el
fascismo
tal vez corresponda aquí citar de artigas
la admirable alarma
y ahora pare la oreja
*todo todo está pronosticando el inmediato
estrago y ruina de los tiranos*
cómo quiere que pinochet se deleite con su hosanna
fíjese que no sólo le colgó la medalla
también le colgó el pronóstico agorero
es como si en el lóbrego pecho bestial
le hubiera confirmado el estrago y la ruina

por cierto habría sido mejor
que con la sacra anuencia de syracuse
embajador de los banqueros unidos de américa
en la ergástula oriental del uruguay
hubiera honrado al semoviente huésped
con la orden de nixon
pienso que pinochet se habría sentido ufano
con la efigie del ilustre asesino
en pleno corazón de la casaca

y atención que la última bolilla del básico
dice que artigas el veintinueve de noviembre
del año mil ochocientos dieciséis
envió esta consigna al comandante de misiones
viva la patria y mueran los tiranos

ya puede usted morir con ese magno aval.

ZELMAR

*o es que existe un territorio
donde las sangres se mezclan*
(de una canción de DANIEL VIGLIETTI)

Ya van días y noches que pienso pobre flaco
y no puedo ni quiero apartar el recuerdo

no el subido al cajón a la tribuna
con su palabra de espiral velocísima
que blindaba los pregones del pueblo
o encendía el futuro con unas pocas brasas
ni el cruzado sin tregua que quería
salvar la sangre prójima aferrándose
a la justicia esa pobre lisiada

no es el rostro allá arriba el que concurre
más bien el compañero del exilio
el cálido el sencillo aquel buen parroquiano
del boliche de la calle maipú
fiel al churrasco y al budín de pan
rodeado de hijos hijas yernos nietos
ese flamante abuelo con cara de muchacho
hablando del paisito con la pasión ecuánime
sin olvidar heridas
y tampoco quedándose en el barro
siempre haciendo proyectos y eran viables
ya que su vocación de abrecaminos
lo llevaba a fundar optimismos atajos
cuando alguno se daba por maltrecho

y a pesar de la turbia mescolanza
que hay en el techo gris de la derrota
nadie consiguió que tildara de enemigos
a quienes bien o mal
radiantes o borrosos
faros o farolitos

eran pueblo

como él

y también comparece el vigilado
por esos tiras mansos con quienes conversaba
de cine libros y otras zancadillas
en el hotel o escala o nostalgario
de la calle corrientes

sé que una vez el dueño que era amigo
lo reconvino porque había una cola
de cincuenta orientales nada menos
que venían con dudas abandonos
harapos desempleos frustraciones conatos
pavores esperanzas cábalas utopías

y él escuchaba a todos
él ayudaba comprendía a todos
lo hacía cuerdamente y si algo prometía
lo iba a cumplir después con el mismo rigor
que si fuera un contrato ante escribano
no se puede agregar decía despacito
más angustia a la angustia
no hay derecho

y trabajaba siempre
noche y día
quizás para olvidar que la muerte miraba
de un solo manotazo espantaba sus miedos
como si fueran moscas o rumores
y pese a las calumnias las alarmas
su confianza era casi indestructible
llevaba la alegría siempre ilesa
de la gente que cumple con la gente

sólo una imagen lo vencía
y era la hija inerme
la hija en la tortura

durante quince insomnios la engañaron diciéndole
que lo habían borrado en argentina
era un viejo proyecto por lo visto
entonces sí pedía ayuda para
no caer en la desesperación
para no maldecir más de la cuenta

ya van días y noches que pienso pobre flaco
un modo de decir pobres nosotros
que nos hemos quedado
sin su fraternidad sobre la tierra

no se me borran la sonrisa el gesto
de la última vez que lo vi junto a chicho
y no le dije adiós sino cuidate
pero los dos sabíamos que no se iba a cuidar

por lo común cuando cae un verdugo
un doctor en crueldad un mitrione cualquiera
los canallas zalameros recuerdan
que deja dos tres cuatro
verduguitos en cierne

ahora qué problema este hombre legal
este hombre cabal acribillado
este muerto inmorible con las manos atadas
deja diez hijos tras de sí
diez huellas

pienso en cecilia en chicho
en isabel margarita felipe
y los otros que siempre lo rodeaban
porque también a ellos inspiraba confianza
y qué lindos gurises ojalá
vayan poquito a poco entendiendo su duelo
resembrando a zelmar en sus diez surcos

ése que él mismo nos dejó en custodia
a cada uno tenderá una mano
y como en tantas otras
malas suertes y noches
nos sacará del pozo
desamortizará nuestra alegría
y empezará a blindarnos los pregones
a encender el futuro con unas pocas brasas.

mayo 1976.

TEORÍA Y PRÁCTICA

Señoras y señores
hoy trataremos del imperialismo
tema difícil si los hay
y a veces engorroso de sitiar
en sólo media hora de pésimas noticias

en consecuencia intentaré abordarlo
tal como en un pasado alegre y misterioso
se solía abordar los bajeles piratas
quiero decir
de un modo irregular

digamos por ejemplo
que una campana suena lejos mansa
y purifica el diálogo y se queda
como el sol en las copas de los árboles

a pesar del calor el horizonte
se pone su bufanda
y unos pájaros sueltos y agilísimos
la recorren
y no son golondrinas

nada de eso es el imperialismo

digamos por ejemplo
que una muchacha quiebra la mañana
con sus caderas móviles
sus ojos perentorios
sus labios de cosecha
su paso que no pasa
y el muchacho que espera invencible y modesto
la incluye en su destino la estudia poro a poro
y así centineleándola
se atreve o no se atreve

tampoco eso es el imperialismo

digamos por ejemplo
que un niño escucha el mundo y decidiéndose
le echa su bocanada de candor
aprende cómo son sus pies y se los come
discute con el techo y lo convence
llora para variar y porque sabe
que a su alarido comparece el seno
con su promesa láctea y esa piel
que le gusta sentir junto a los párpados
y sabe que es feliz aunque no sea
qué precio va a pagar o qué desprecio

tampoco eso es el imperialismo

digamos por ejemplo
que un viejo está aprendiendo el alfabeto
y clava en su memoria los diptongos
y las esdrújulas que son tan cómodas
porque llevan acento indiscutible
tiene rostro de cuáquero este viejo
pero el alma la tiene de resorte
y escribe *llubia* porque en su campito
nunca vio que lloviera con ve corta

tampoco eso es el imperialismo

digamos por ejemplo
que una máquina late en el delirio
dice ruidosamente su producto
y las manos lo ayudan lo enderezan
lo limpian lo acicalan y lo envasan
manos que se conocen hace años
y hace años se mojan y se secan
se dan la bienvenida y los adioses
se preguntan se llaman se responden
se apoyan en la máquina materna
que dice su producto y carraspea
y cuando las ve juntas veteranas
suelta dos o tres lágrimas de aceite

tampoco eso es el imperialismo

digamos por ejemplo
que en la serena noche conyugal la pareja
hizo un hijo porque le dio la gana
y le ha dado la gana porque sabe
que un hijo es el profeta cotidiano
irá anunciándolos de sol a sol
irá diciendo a todos que es un hijo
y se alimentará con insolente
apetito y probará la patria
como si fuera pan caliente y nuevo

tampoco eso es el imperialismo

digamos por ejemplo
que la frontera pierde sus aduanas
y hasta nos invadimos los unos a los otros
nos prestamos volcanes y arroyitos
y cobre y antropólogos y azúcar
y lana y proteínas y arcoiris
y alfabetizadores y durmientes

y poetas y prosistas y petróleo
y el contrabando queda para el viento
y para los amantes migratorios

tampoco eso es el imperialismo

digamos por ejemplo
que la lluvia y el sol nos pertenecen
también el sobrecielo y el subsuelo
las provincias de nuestro corazón
y el territorio de nuestro trabajo

somos iguales ante los iguales
en un mundo de pares y sin otros
una linda locura de los cuerdos
y cierta estratagema de justicia
vamos poniendo tildes a presagios
que se cumplieron o se están cumpliendo

en un comienzo fuimos sólo islas
ahora somos urgentes archipiélagos

tampoco eso es el imperialismo

y digamos por último
que tenemos la noche y nuestra casa
y un reloj que no cuenta hacia la muerte
la ciencia avanza tanto que ha logrado
aislar el virus de la xenofobia
y la patria es ahora un salado bautismo
que va de mar a mar
y los abismos siguen existiendo
aunque nadie se arroje a su silencio

siempre es duro vivir pero se vive
dentro de las esclusas de la vida

y una vez más afirmo
nada de esto es el imperialismo

confío no haber sido demasiado sectario
en el enfoque teórico del tema

señoras y señores
acaba de avisarme un compañero
que afuera nos esperan los señores gendarmes
tal vez para brindarnos alguna clase práctica

deseémonos coraje
y buena suerte

he dicho
muchas gracias.

CIUDAD EN QUE NO EXISTO

Creo que mi ciudad ya no tiene consuelo
entre otras cosas porque me ha perdido
o acaso sea pretexto de enamorado
que amaneciendo lejos imagina
sus arboledas y sus calles blancas

seguramente ella no recuerda
mis pasos que la saben de memoria
o tal vez esté sorda y ensimismada
y entorne sus persianas como párpados
para no ver la expiación del amor

yo en cambio la recuerdo aunque me ignore
a través de la bruma la distingo
y a pesar de acechanzas y celos
la recupero cálida y soleada
única como un mito discretísimo

recojo de anteayer su imagen persuasiva
que nos había convencido a todos
uno se acomodaba entre las rocas
y el agua mansa de río salado
venía a lamer los pies y casi se quedaba

y cuando el horizonte se encendía
y había en el aire un hilo como baba de dios
que en uno de sus cabos tenía a un negrito
y en el otro un barrilete rubio
uno no era feliz pero faltaba poco

y cuando el horizonte se apagaba
y una hebra de sol se quedaba en un pájaro
el pino verde claro y el pino verde oscuro
acababan meciéndose como las siluetas
de dos gandules que lamentaran algo

de pronto la noche se volvía perpetua
y la alegría dulce y taciturna
si la vía lechosa se volcaba
sobre nosotros reminiscentes
era lindo acampar en el insomnio

exhumo mi ciudad tal como era
con apenas tres puntos cardinales
ya que donde vendría a estar el sur
no era punto cardinal sino un río
que descaradamente presumía de mar

todas las calles conducen al río mar
de todas las terrazas se divisa el mar río
en prosa se diría que es una península
pero en verso es mejor un barco desbocado
que se aleja del norte por las dudas

para cada uno la ciudad comienza
en un sitio cualquiera pero siempre distinto

más aún hubo días en que la ciudad
para mí empezaba en la plaza matriz
y otros en velsen y santiago de anca

la ciudad arranca allí donde uno
se siente absuelto por los niños terribles
casi comprendido por los zaguanes
interrogado por la reja o el farol
urgido por el muro pedagógico

la ciudad también puede empezar
con la primera muchacha que viene
a nuestro encuentro pero pasa de largo
y de todos modos deja una fruición
en el bochorno de las once y media

qué mujeres lindas tenía mi ciudad
hasta que las pusieron entre cuatro paredes
y las humillaron con delectación
qué mujeres lindas tienen los calabozos
qué hermanas silenciosas corajudas

luego que el mediodía acumula propuestas
y es tiempo de una siesta que no duermo
hay una verde comunión de rumores
tengo ganas de besar pero los labios
complementarios faltan sin aviso

la calle es la espina dorsal del barrio
es también el penthouse del linyera
un bostezo en la acera de sombra
garabato a destiempo
yuyito entre adoquines

la calle es por supuesto una pareja
una puerta cancel con vaticinios
la calle es un incendio y una estatua

y sobre todo una panadería
la calle es el ombú y el aguacero

todo eso era antes porque ahora
la calle es líber y es ibero
es hugo y heber y susana
los ocho obreros del paso molino
y nuestras marchas a los cementerios

la calle es la sirena horripilante
de un presidente que respira blindado
es una fila de hombres contra el muro
la sangre de sendic en las paredes
gente que corre huyendo de la gente

todo eso es ahora porque antes
la calle era un muestrario de balcones
la calle era estudiantes más obreros
a veces un tordillo vagabundo
o apenitas un chau de vereda a vereda

todo eso era antes porque ahora
la calle es una pinza omnipresente
es el toba y zelmar que vuelven a la tierra
peleando ya cadáveres por la misma bandera
que sus asesinos no pueden soportar

antes ahora antes ahora antes
cumpló con la absurda ceremonia
de escindir mi ciudad en dos mitades
en un rostro ritual y otro crispado
en dos rumbos contrarios en dos tiempos

y sin embargo es útil recordar
que el ahora estaba germinando en el antes
que el ahora integral sólo pudo formarse
con pedazos de antes
y de antes de antes

por eso mi ciudad diezmada y fuerte
llora desde los ojos del impar derrotado
desde los viejos ojos de curuguay
que habían aprendido a ver visiones
en treinta años de un exilio infalible

ciudad donde dormimos demasiado
sin velar en lo oscuro lo mejor de nosotros
y sin creer ni aceptar que los crueles
siempre vuelven al lugar de su crimen
para acabar con los sobrevivientes

tuvo esperanzas mi ciudad
y no fueron delirios petrificados
ni profecías en alta voz
eran tan sólo sueños razonables
robustos como axiomas o albañiles

tuvo razones mi ciudad
para pasar del fósforo a la antorcha
y que el pueblo se mirara y dijera
carajo somos pueblo
y de inmediato empezara a crecer

tuvo vislumbres mi ciudad
por ejemplo admitió que ella no era el país
sino la cabezota de un paisito
y la vislumbre la dejó temblando
como de culpa o desperdicio

tuvo falacias mi ciudad
palabras enredadas en palabras
ojos que no enfrentaban a los ojos
tramposos que caían en su trampa
oscuros deslumbrantes

tuvo clamores mi ciudad
nuevos instantáneos justicieros

que discutían con los oráculos
con las mareas del azar
y con las muertes de la vida

tuvo un presagio mi ciudad
por cierto menos agrio que lo que vino luego
pero lo tuvo y decidió enfrentarlo
y luchó con denuedo y fervor y no obstante
acabó derrotada por el mismo presagio

tuvo tormentas mi ciudad
cada uno tenía su rayito privado
nos quedábamos sordos con los propios truenos
mientras el enemigo en su cámara hermética
anotaba los márgenes de mein kampf

hoy mi ciudad escucha su silencio
y no puede creer en tanta ausencia
y no puede creer en tanta muerte
y menos aún que no haya semáforos
en las avenidas del camposanto

pero sigue existiendo mi indeleble ciudad
abandonada en su tumba de calles
el chorro de su fuente no llega hasta
la nube la cruz y la campana confundidas
y nobles y autocríticas disuaden de lo eterno

los mediadores entre vida y sombra
ya no prometen y se deshabetan
de esperanzas que embriagan
la fogata genera su ceniza
la penúltima rosa está fané

los buitres planean como siempre
sobre prometedoras agonías
hay alaridos que imitan el susurro

hay susurros que imitan el silencio
hay silencios que van a ser la muerte

ya ni los niños sueñan despiertos y benignos
en los ojos abiertos llevan el alfabeto
la a de ansiedad la b de bronca
la c de caos la d de descalabro
la e de esperanza la f de futuro

si jugaban al fútbol en los campitos
ahora juegan a seguir siendo niños
para que nadie advierta cómo han madurado
con las ausencias y las malas noticias
y la falta absoluta de noticias

antes memorizaban las tablas y las fórmulas
honduras capital tegucigalpa
ahora se muerden los labios y se entrenan
para olvidar los nombres y los rostros
de los amigos de amigos de sus padres

así aunque las estatuas sepan hacer la venia
y las chicharras callen pero no otorguen
cómo no voy a reconocer mi ciudad
si el guiño cómplice de la farola
me comunica con el porvenir

mi ciudad vive pero en sus entrelíneas
todo chamuyo es un sobrentendido
cada jerigonza va en busca de su tímpano
hay contraseñas hasta en las bocinas
la sístole y la diástole aprendieron su morse

la consigna es vivir a pesar de ellos
al margen de ellos o en medio de ellos
convivir revivir sobrevivir vivir
con la paciencia que no tienen los flojos
pero que siempre han tenido los pueblos

la consigna es joderles el proyecto
seguir siendo nosotros y además formar parte
de esa linda tribu que es la humanidad
qué proeza si arruináramos nuestra ruina y de paso
liberáramos nuestra liberación

a veces mi ciudad se anunciaba lluviosa
cumplía su promesa con gotas importadas
después venía el chaparrón de paz
y era una lluvia mansa de esas que empiezan pero
nunca se sabe cuando terminan

a veces mi ciudad era un golfo de sol
con arenas doradas y sombrillas azules
los cuerpos aprendían a descifrarse
se elegían de un vistazo y para siempre
aunque el siempre durara dos veranos

cuando escribo estos rápidos indicios
algo en mí se estremece se sonríe
juro sobre el decamerón que en este instante
se me ha extraviado la computadora
aquella que extraía raíces ideológicas

soy apenas un hombre de mi ciudad
que quisiera tenerla bajo sus plantas
y si me encono no es un simple achaque
también se debe a que me la quitaron
sin consultarme como viviente

la cosa no es golpearse el pecho
ni regodearse en el desconsuelo
ni aprontarse para el derrumbe
este capítulo no es de tango
ergo a inscribirse en el futuro

quizá eso signifique que para los mejores
el futuro va a ser una victoria plena

para algunos otros la ocasión de encontrarse
y para muchos más una franja de vida
ergo a inscribirse en el futuro

por eso he decidido ayudarte a existir
aunque sea llamándote ciudad en que no existo
así sencillamente ya que existís en mí
he decidido que me esperes viva
y he resuelto vivir para habitarte.

BODAS DE PERLAS

a luz

C'est quand même beau de rajeunir.

RONY LESCOUFLAIR

Después de todo qué complicado es el amor breve
y en cambio qué sencillo el largo amor
digamos que éste no precisa barricadas
contra el tiempo ni contra el destiempo
ni se enreda en fervores a plazo fijo

el amor breve aun en aquellos tramos
en que ignora su proverbial urgencia
siempre guarda o esconde o disimula
semiadioses que anuncian la invasión del olvido
en cambio el largo amor no tiene cismas
ni soluciones de continuidad
más bien continuidad de soluciones

esto viene ligado a una historia la nuestra
quiero decir de mi mujer y mía
historia que hizo escala en treinta marzos
que a esta altura son como treinta puentes
como treinta provincias de la misma memoria
porque cada época de un largo amor

cada capítulo de una consecuente pareja
es una región con sus propios árboles y ecos
sus propios descampados sus tibias contraseñas

he aquí que mi mujer y yo somos lo que se llama
una pareja corriente y por tanto despareja
treinta años incluidos los ocho bisiestos
de vida en común y en extraordinario

alguien me informa que son bodas de perlas
y acaso lo sean ya que perla es secreto
y es brillo llanto fiesta hondura
y otras alegorías que aquí vienen de perlas

cuando la conocí
tenía apenas doce años y negras trenzas
y un perro atorrante
que a todos nos servía de felpudo
yo tenía catorce y ni siquiera perro
calculé mentalmente futuro y arrecifes
y supe que me estaba destinada
mejor dicho que yo era el destinado
todavía no sé cuál es la diferencia

así y todo tardé seis años en decírselo
y ella un minuto y medio en aceptarlo

pasé una temporada en buenos aires
y le escribía poemas o pancartas de amor
que ella ni siquiera comentaba en contra
y yo sin advertir la grave situación
cada vez escribía más poemas más pancartas
realmente fue una época difícil

menos mal que decidí regresar
como un novio pródigo cualquiera
el hermano tenía bicicleta
claro me la prestó y en raptó de coraje

salí en bajada por la calle almería
ah lamentablemente el regreso era en repecho

ella me estaba esperando muy atenta

cansado como un perro aunque enhiesto y altivo
bajé de aquel siniestro rodado y de pronto
me desmayé en sus brazos providenciales
y aunque no se ha repuesto aún de la sorpresa
juro que no lo hice con premeditación

por entonces su madre nos vigilaba
desde las más increíbles atalayas
yo me sentía cancerbado y miserable
delincuente casi delicuescente

claro eran otros tiempos y montevideo
era una linda ciudad provinciana
sin capital a la que referirse
y con ese trauma no hay terapia posible
eso deja huellas en las plazoletas

era tan provinciana que el presidente
andaba sin capangas y hasta sin ministros

uno podía encontrarlo en un café
o comprándose corbatas en una tienda
la prensa extranjera destacaba ese rasgo
comparándonos con suiza y costa rica

siempre estábamos llenos de exilados
así se escribía en tiempos suaves
ahora en cambio somos exiliados
pero la diferencia no reside en la i

eran bolivianos paraguayos cariocas
y sobre todo eran porteños
a nosotros nos daba mucha pena

verlos en la calle nostálgicos y pobres
vendiéndonos recuerdos y empanadas

es claro son antiguas coyunturas
sin embargo señalo a lectores muy jóvenes
que graham bell ya había inventado el teléfono
de ahí que yo me instalara puntualmente a las seis
en la cervecería de la calle yatay
y desde allí hacía mi llamada de novio
que me llevaba como media hora

a tal punto era insólito mi lungo metraje
que ciertos parroquianos rompebolas
me gritaban cachándome al unísono
dale anclao en parís

como ven el amor era dura faena
y en algunas vergüenzas
casi industria insalubre

para colmo comí abundantísima lechuga
que nadie había desinfectado con carrel
en resumidas cuentas contraje el tifus
no exactamente el exantemático
pero igual de alarmante y podrido
me daban agua de apio y jugo de sandía
yo por las dudas me dejé la barba
e impresionaba mucho a las visitas

una tarde ella vino hasta mi casa
y tuvo un proceder no tradicional
casi diría prohibido y antihigiénico
que a mí me pareció conmovedor
besó mis labios típicos y cuarteados
conquistándome entonces para siempre
ya que hasta ese momento no creía
que ella fuese tan tierna inconsciente y osada

de modo que no bien logré recuperar
los catorce kilos perdidos en la fiebre
me afeité la barba que no era de apóstol
sino de bichicome o de ciruja
me dediqué a ahorrar y junté dos mil mangos
cuando el dólar estaba me parece a uno ochenta

además decidimos nuestras vocaciones
quiero decir vocaciones rentables
ella se hizo aduanera y yo taquígrafo

íbamos a casarnos por la iglesia
y no tanto por dios padre y mayúsculo
como por el minúsculo jesús entre ladrones
con quien siempre me sentí solidario
pero el cura además de católico apostólico
era también romano y algo tronco
de ahí que exigiera no sé qué boleta
de bautismo o tal vez de nacimiento

si de algo estoy seguro es que he nacido
por lo tanto nos mudamos a otra iglesia
donde un simpático pastor luterano
que no jodía con los documentos
sucintamente nos casó y nosotros
dijimos sí como dándonos ánimo
y en la foto salimos espantosos

nuestra luna y su miel se llevaron a cabo
con una praxis semejante a la de hoy
ya que la humanidad ha innovado poco
en este punto realmente cardinal

fue allá por marzo del cuarenta y seis
meses después que daddy truman
conmovido generoso sensible expeditivo
convirtiera a hirosshima en ciudad cadáver
en inmóvil guiñapo en no ciudad

muy poco antes o muy poco después
en brasil adolphe berk embajador de usa
apoyaba qué raro el golpe contra vargas
en honduras las inversiones yanquis
ascendían a trescientos millones de dólares
paraguay y uruguay en intrépido ay
declaraban la guerra a alemania
sin provocar por cierto grandes conmociones
en chile allende era elegido senador
y en haití los estudiantes iban a la huelga
en martinica aimé cesaire el poeta
pasaba a ser alcalde en fort de france
en santo domingo el PCD
se transformaba en PSP
y en méxico el PRM
se transformaba en PRI
en bolivia no hubo cambios de siglas
pero faltaban tres meses solamente
para que lo colgaran a villarroel
argentina empezaba a generalizar
y casi de inmediato a coronelizar

nosotros dos nos fuimos a colonia suiza
ajenos al destino que se incubaba
ella con un chaleco verde que siempre me gustó
y yo con tres camisas blancas

en fin después hubo que trabajar
y trabajamos treinta años
al principio éramos jóvenes pero no lo sabíamos
cuando nos dimos cuenta ya no éramos jóvenes
si ahora todo parece tan remoto será
porque allí una familia era algo importante
y hoy es de una importancia reventada

cuando quisimos acordar el paisito
que había vivido una paz no ganada
empezó lentamente a trepidar

pero antes anduvimos muy campantes
por otras paces y trepidaciones
combinábamos las idas y las vueltas
la rutina nacional con la morriña allá lejos
viajamos tanto y con tantos rumbos
que nos cruzábamos con nosotros mismos
unos eran viajes de imaginación qué baratos
y otros qué lata con pasaporte y vacuna

miro nuestras fotos de venecia de innsbruck
y también de malvín
del balneario solís o el philosophenweg
estábamos estamos estaremos juntos
pero cómo ha cambiado el alrededor
no me refiero al fondo con mugrientos canales
ni al de dunas limpias y solitarias
ni al hotel chajá ni al balcón de goethe
ni al contorno de muros y enredaderas
sino a los ojos crueles que nos miran ahora

algo ocurrió en nuestra partícula de mundo
que hizo de algunos hombres maquinarias de horror
estábamos estamos estaremos juntos
pero qué rodeados de ausencias y mutaciones
qué malheridos de sangre hermana
qué enceguecidos por la hoguera maldita

ahora nuestro amor tiene como el de todos
inevitables zonas de tristeza y presagios
paréntesis de miedo incorregibles lejanías
culpas que quisiéramos inventar de una vez
para liquidarlas definitivamente

la conocida sombra de nuestros cuerpos
ya no acaba en nosotros
sigue por cualquier suelo cualquier orilla
hasta alcanzar lo real escandaloso

y lamer con lealtad los restos de silencio
que también integran nuestro largo amor

hasta las menudencias cotidianas
se vuelven gigantescos promontorios
la suma de corazón y corazón
es una suasoria paz que quema
los labios empiezan a moverse
detrás del doble cristal sordomudo
por eso estoy obligado a imaginar
lo que ella imagina y viceversa

estábamos estamos estaremos juntos
a pedazos a ratos a párpados a sueños
soledad norte más soledad sur
para tomarle una mano nada más
ese primario gesto de la pareja
debí extender mi brazo por encima
de un continente intrincado y vastísimo
y es difícil no sólo porque mi brazo es corto
siempre tienen que ajustarme las mangas
sino porque debo pasar estirándome
sobre las torres de petróleo en maracaibo
los inocentes cocodrilos del amazonas
los tiras orientales de livramento

es cierto que treinta años de oleaje
nos dan un inconfundible aire salitroso
y gracias a él nos reconocemos
por encima de acechanzas y destrucciones

la vida íntima de dos
esa historia mundial en livre de poche
es tal vez un cantar de los cantares
más el eclesiastés y sin apocalipsis
una extraña geografía con torrentes
ensenadas praderas y calmas chichas

no podemos quejarnos
en treinta años la vida
nos ha llevado recio y traído suave
nos ha tenido tan pero tan ocupados
que siempre nos deja algo para descubrirnos
a veces nos separa y nos necesitamos
cuando uno necesita se siente vivo
entonces nos acerca y nos necesitamos

es bueno tener a mi mujer aquí
aunque estemos silenciosos y sin mirarnos
ella leyendo su séptimo círculo
y adivinando siempre quién es el asesino
yo escuchando noticias de onda corta
con el auricular para no molestarla
y sabiendo también quién es el asesino

la vida de pareja en treinta años
es una colección inimitable
de tangos diccionarios angustias mejorías
aeropuertos camas recompensas condenas
pero siempre hay un llanto finísimo
casi un hilo que nos atraviesa
y va enhebrando una estación con otra
borda aplazamientos y triunfos
le cose los botones al desorden
y hasta remienda melancolías

siempre hay un finísimo llanto un placer
que a veces ni siquiera tiene lágrimas
y es la parábola de esta historia mixta
la vida a cuatro manos el desvelo
o la alegría en que nos apoyamos
cada vez más seguros casi como
dos equilibristas sobre su alambre
de otro modo no habríamos llegado a saber

qué significa el brindis que ahora sigue
y que lógicamente no vamos a hacer público.

23 de marzo 1976.

HOMBRE DE MALA VOLUNTAD

Cuando volvés a la tarde como a un oasis
y tu mujer te espera linda y ávida
y cree en la provincia de tu silencio
que hace tiempo vendiste al enemigo

cuando volvés de tarde como un padre mágico
y el gurí te salpica de inocencia
y te mira como mira un gorrión a ese cielo
del que hace tiempo te descolgaste

cuando te arrellanás en la dulzura
y la seguridad te envuelve como un aliento
y ves en las ventanas el otoño
esa reflexiva estación de lealtades

cuando una paz tan expugnable
trata de instalarse nada menos que en vos
y te das cuenta de que algo no marcha
porque ya no sabés qué hacer con ella

cuando el calorcito del hogar te acepta
y tu vieja entorna los ojos para oír
eine kleine nachtmusik o la última curda
o los cierra con modorra octogenaria

cuando toda la jornada se resume
en la gran disculpa que te enceniza
y preferís no abrir el diario de la noche
porque sabés todo lo que se calla

cuando metés el índice en el vaso de bohemia
para mover el hielo en el old smuggler
y el frío te sube de la yema al corazón
y después te baja del cuore a las tripas

cuando tu hijo diga buenas noches
y te bese el mentón y se pinche
y comprendas que sos para él
más o menos la bienaventuranza

cuando tu madre diga buenas noches
y se retire con tu infancia a cuevas
y la veas moverse paso a paso
como si no pudiera con la carga

cuando tu mujer diga buenas noches
y no vaya a dormir sino a esperarte
bajo las sábanas almidonadas
que cambió en tu homenaje

cuando todos te dejen en el living
a solas con tu húmedo bigote
y la mirada opaca como nunca
y el tocadiscos que se detiene solo

mejor lo pasarías si no tuvieras
en la retina y en los tímpanos
el rostro el puño el alarido
del muchachito de ojos claros

de mejillas pecosas
de bien marcado costillar
de rodillas casi puntiagudas
de piernas que saltaban como peces

cuánto mejor lo pasarías
si la memoria no fuese tan cabrona
como para mostrarte y volverte a mostrar
aquella desnudez indoblegable

y sobre todo aquellos ojos clarísimos
que te miraban como no creyendo
que vos el de corbata fueras
tan sólo una palanca de patíbulo

cuánto mejor lo estarías pasando
si te olvidaras para siempre
de ese recuerdo tan fresquito
tan acabado de nacer

tan intacto que es como si vieras
la boca que llegaba hasta el mismísimo
borde de la derrota y se mordía
y empezaba a morir de victoria

cómo será la cosa que no te odiamos
fijate vos cómo será la cosa
que no te hacemos ese amargo honor
hombre de mala voluntad pobre hombre

quizá te alcance con que los ojos
de tu botija macanudo y frágil
mañana o pasadomañana te miren
porque estas cosas siempre se propagan

o el mes que viene o el año próximo
te miren esos ojos como no creyendo
claros también y no creyendo pero
ya no será mirada de gorrión

ojos claros te miren como no creyendo
pero creyendo al fin y al cabo

no con mirada de gorrión
pero creyendo al fin y al cabo

entonces pobre hombre de mala voluntad
ni siquiera juntando todo el odio
que quede disponible en el mercado
ninguno de nosotros podrá odiarte

como vos mismo te odiarás.

LOS ESPEJOS LAS SOMBRAS

Y las sombras que cruzan los espejos
VICENTE HUIDOBRO

Es tan fácil nacer en sitios que no existen
y sin embargo fueron brumosos y reales
por ejemplo mi sitio mi marmita de vida
mi suelta de palomas conservaba
una niebla capaz de confundir las brújulas
y atravesar de tarde los postigos
todo en el territorio de aquella infancia breve
con la casa en la loma cuyo dueño
era un tal valentín del escobar
y el nombre era sonoro me atraían
las paredes tan blancas y rugosas
ahí descubrí el lápiz como colón su américa
sin saber que era lápiz y mientras lo empuñaba
alguien hacía muecas al costado de un biombo
para que yo comiera pero yo no comía

después es la estación y es el ferrocarril
me envuelven en la manta de viaje y de calor

y había unas mangueras largas ágiles
que lavaban la noche en los andenes

las imágenes quedan como en un incunable
que sólo yo podría descifrar
puesto que soy el único especialista en mí
y sin embargo cuando regresé
apenas treinta y dos años más tarde
no había andén ni manta ni paredes rugosas
ya nadie recordaba la casa en la lomita
tampoco a valentín del escobar
quizá sea por eso que no puedo creer
en pueblo tan ceñido tan variable
sin bruma que atraviese los postigos
y confunda las brújulas
un paso de los toros enmendado
que no tiene ni biombo ni mangueras

el espejo tampoco sabe nada
con torpeza y herrumbre ese necio repite
mi pescuezo mi nuez y mis arrugas
debe haber pocas cosas en el mundo
con menos osadía que un espejo

en mis ojos amén de cataratas
y lentes de contacto con su neblina propia
hay rehenes y brujas
espesas telarañas sin arañas
hay fiscales y jueces
disculpen me quedé sin defensores
hay fiscales que tiemblan frente a los acusados
y jueces majaderos como tías
o deshumanizados como atentos verdugos
hay rostros arduos y fugaces
otros triviales pero permanentes
hay criaturas y perros y gorriones
que van garúa arriba ensimismados
y un sosías de dios que pone cielos
sobre nuestra mejor abolladura
y tampoco el espejo sabe nada
de por qué lo contemplo sin rencor y aburrido

y así de noche en noche
así de nacimiento en nacimiento
de espanto en espantajo
van o vamos o voy con las uñas partidas
de arañar y arañar la infinita corteza

más allá del orgullo los árboles quedaron
quedaron los presagios las fogatas
allá atrás allá atrás
quién es tan memorioso
ah pero la inocencia ese búfalo herido
interrumpe o reanuda
la fuga o cacería
de oscuro desenlace

todos mis domicilios me abandonan
y el botín que he ganado con esas deserciones
es un largo monólogo en hilachas
turbado peregrino garrafal
contrito y al final desmesurado
para mi humilde aguante

me desquito clavándole mi agüero
me vengo espolvoreándolo de culpas
pero la soledad

 esa guitarra
esa botella al mar
esa pancarta sin muchedumbrita
esa efemérides para el olvido
oasis que ha perdido su desierto
flojo tormento en espiral
cúpula rota y que se llueve
ese engendro del prójimo que soy
tierno rebuzno de la angustia
farola miope
tímpano
ceniza
nido de águila para torcazas

escobajo sin uvas
borde de algo importante que se ignora
esa insignificante libertad de gemir
ese carnal vacío
ese naipe sin mazo
ese adiós a ninguna
esa espiga de suerte
ese hueco en la almohada
esa impericia
ese sabor grisáceo
esa tapa sin libro
ese ombligo inservible
la soledad en fin

esa guitarra
de pronto un día suena repentina y flamante
inventa prójimas de mi costilla
y hasta asombra la sombra
qué me cuentan

en verdad en verdad os digo que
nada existe en el mundo como la soledad
para buscarnos tierna compañía
cohorta escolta gente caravana

y el espejo ese apático supone
que uno está solo sólo porque rumia
en cambio una mujer cuando nos mira sabe
que uno nunca está solo aunque lo crea
ah por eso hijos míos si debéis elegir
entre una muchacha y un espejo
elegid la muchacha

cómo cambian los tiempos y el azogue
los espejos ahora vienen antinarcisos
hace cuarenta años la gente los compraba
para sentirse hermosa para saberse joven
eran lindos testigos ovalados
hoy en cambio son duros enemigos

cuadrados de rencor bruñidos por la inquina
nos agravian mortifican zahieren
y como si tal cosa pronuncian su chispazo
mencionan lustros y colesterol
pero no las silvestres bondades de estraperlo
la lenta madurez esa sabiduría
la colección completa de delirios
nada de eso solamente exhuman
las averías del pellejo añejo
el desconsuelo y sus ojeras verdes
la calvicie que empieza o que concluye
los párpados vencidos siniestrados
las orejas mollejas la chatura nasal
las vacantes molares las islas del eczema

pero no hay que huir despavorido
ni llevarle el apunte a ese reflejo
nadie mejor que yo
para saber que miente

no caben en su estanque vertical
los que fui los que soy los que seré
siempre soy varios en parejos rumbos
el que quiere asomarse al precipicio
el que quiere vibrar inmóvil como un trompo
el que quiere respirar simplemente

será que nada de eso está en mis ojos
nadie sale a pedir el vistobueno
de los otros que acaso y sin acaso
también son otros y en diversos rumbos
el que aspira a encontrarse con su euforia
el que intenta ser flecha sin el arco
el que quiere respirar simplemente

será que nada de eso está en mi ceño
en mis hombros mi boca mis orejas
será que ya no exporto dudas ni minerales

no genera divisas mi conducta
tiene desequilibrios mi balanza de pagos
la caridad me cobra intereses leoninos
y acaparo dolor para el mercado interno

será que nada de eso llega al prójimo
pero yo estoy hablando del y con el espejo
y en su luna no hay prójima y si hay
será una entrometida que mira sobre mi hombro

los prójimos y prójimas no están en el luciente
sencillamente son habitantes de mí
y bueno se establecen en mí como pamperos
o como arroyos o como burbujas

por ejemplo las dudas no están en el espejo
las dudas que son meras preconfianzas
por ejemplo los miércoles no están
ya que el espejo es un profesional
de noches sabatinas y tardes domingueras
los miércoles de miércoles quién se le va a arrimar
pedestre o jadeante
inhumano y cansado
con la semana a medio resolver
las tardes gordas de preocupaciones
el ómnibus oliendo a axila de campeón

los insomnios no caben por ejemplo
no son frecuentes pero sí poblados
de canciones a trozos
de miradas que no eran para uno
y alguna que otra bronca no del todo prevista
de ésas que consumen la bilis del trimestre

tampoco aquellos tangos en los que uno sujeta
en suave diagonal la humanidad contigua
y un magnetismo cálido y a la vez transitorio
consterna los gametos sus ene cromosomas

y entre corte y cortina se esparcen monosílabos
y tanto las pavadas aleluya
como las intuiciones aleluya aleluya
derriban las fronteras ideológicas

verbigracia qué puede rescatar el espejo
de una ausencia tajante
una de esas ausencias que concurren
que numeran sus cartas
y escriben besos ay de amor remoto

qué puede qué podría reconocer carajo
de las vidas y vidas que ya se me murieron
esos acribillados esos aciborrados
del abrazo y el mapa y los boliches
o los que obedecieron a su corazonada
hasta que el corazón les explotó en la mano
sea en el supermarket de la mala noticia
o en algún pobre rancho de un paisaje sin chau

poco puede conocer de los rostros
que no fueron mi rostro y sin embargo
siguen estando en mí
y menos todavía
de los desesperantes terraplenes
que traté de subir o de bajar
esos riesgos minúsculos que parecen montañas
y los otros los graves que salvé como un sordo
así hasta que la vida quedó sin intervalos
y la muerte quedó sin vacaciones
y mi piel se quedó sin otras pieles
y mis brazos vacíos como mangas
declamaron socorro para el mundo

en la esquina del triste no hay espejo
y lo que es

más austero

no hay auxilio

por qué será que cunden las alarmas
y no hay manera ya de descundirlas

el país tiene heridas grandes como provincias
y hay que aprender a andar sobre sus bordes
sin vomitar en ellas ni caer como bolos
ni volverse suicida o miserable
ni decir no va más
porque está yendo
y exportamos los huérfanos y viudas
como antes la lana o el tasajo

en el muelle del pobre no hay espejo
y lo que es
 más sencillo
 no hay adioses

los fraternos que estaban en el límite
las muchachas que estaban en los poemas
asaltaron de pronto el minuto perdido
y se desparramaron como tinta escarlata
sobre las ínfulas y los sobornos
metieron sus urgencias que eran gatos
en bolsas de arpillera
y cuando las abrieron aquello fue un escándalo
la fiesta prematura
igual que si se abre una alcancía

hacía tanto que éramos comedidos y cuerdos
que no nos vino mal este asedio a la suerte

los obreros en cambio no estaban en los poemas
estaban en sus manos nada más
que animan estructuras telas fibras
y cuidan de su máquina oh madre inoxidable
y velan su garganta buje a buje
y le toman el pulso
y le vigilan la temperatura

y le controlan la respiración
y aquí atornillan y desatornillan
y allí mitigan ayes y chirridos y ecos
o escuchan sus maltrechas confianzas
y por fin cuando suena el pito de las cinco
la atienden la consuelan y la apagan

los obreros no estaban en los poemas
pero a menudo estaban en las calles
con su rojo proyecto y con su puño
sus alpargatas y su humor de lija
y su beligerancia su paz y su paciencia
sus cojones de clase
qué clase de cojones
sus ollas populares
su modestia y su orgullo
que son casi lo mismo

las muchachas que estaban en los poemas
los obreros que estaban en las manos
hoy están duros en la cárcel firmes
como las cuatro barras que interrumpen el cielo

pero habrá otro tiempo
es claro que habrá otro
habrá otro tiempo porque el tiempo vuela
no importa que ellas y ellos no estén en el espejo
el tiempo volará

no como el cóndor
ni como el buitre ni como el albatros
ni como el churrinche ni como el ventevėjo
el tiempo volará como la historia
esa ave migratoria de alas fuertes
que cuando llega es para quedarse

y por fin las muchachas estarán en las manos
y por fin los obreros estarán en los poemas

ay espejo ignorás tanta vida posible
tenés mi soledad
vaya conquista
en qué magro atolón te obligaste a varar
hay un mundo de amor que te es ajeno
así que no te quedes mirando mi mirada
la modorra no escucha campanas ni promesas
tras de mí sigue habiendo un pedazo de historia
y yo tengo la llave de ese cofre barato
pero atrás más atrás
o adelante mucho más adelante
hay una historia plena
una patria en andamios con banderas posibles
y todo sin oráculo y sin ritos
y sin cofre y sin llave
simplemente una patria

ay espejo las sombras que te cruzan
son mucho más corpóreas que mi cuerpo depósito
el tiempo inagotable hace sus propios cálculos
y yo tengo pulmones y recuerdos y nuca
y otras abreviaturas de lo frágil
quizá una vez te quiebres
dicen que es mala suerte
pero ningún espejo pudo con el destino
o yo mismo me rompa sin que vos te destruyas
y sea así otra sombra que te cruce

pero espejo ya tuve como dieciocho camas
en los tres años últimos de este gran desparramo
como todas las sombras pasadas o futuras
soy nómada y testigo y mirasol
dentro de tres semanas tal vez me vaya y duerma
en mi cama vacía número diecinueve
no estarás para verlo
no estaré para verte

en otro cuarto neutro mengano y transitorio
también habrá un espejo que empezará a
 escrutarme
tan desprolijamente como vos
y aquí en este rincón duramente tranquilo
se instalará otro huésped temporal como yo
o acaso dos amantes recién homologados
absortos en su canje de vergüenzas
con fragores de amor e isócronos vaivenes

no podrás ignorarlos
ellos te ignorarán
no lograrás desprestigiar su piel
porque será de estreno y maravilla
ni siquiera podrás vituperar mi rostro
porque ya estaré fuera de tu alcance
diciéndole a otra luna de impersonal herrumbre
lo que una vez te dije con jactancia y recelo

he venido con todos mis enigmas
he venido con todos mis fantasmas
he venido con todos mis amores

y antes de que me mire
como vos me miraste
con ojos que eran sólo parodia de mis ojos
soltaré de una vez el desafío

ay espejo cuadrado
nuevo espejo de hotel y lejanía
aquí estoy
 ya podés
empezar a ignorarme.

agosto 1976.

CROQUIS PARA ALGÚN DÍA

*Yo mismo temo a veces
que nada haya existido,
que mi memoria mienta,
que cada vez y siempre
-puesto que yo he cambiado-
cambie lo que he perdido.*

LÍBER FALCO

Éste es mi asfalto que respira
estas baldosas son las que no invento
ésta es mi gente como espejo
éste es mi azar sin molde

pensé que iba a ponerme melancólico
o débil como un convaleciente
o que fuera a brotarme alguna euforia
ante estos árboles que recupero
con su bendita sombra y con su cielo

la dimensión es otra
sin embargo

volver por una rambla que antes era
y ahora es la mañana transparente
linda excusa este aire salitroso
sentirlo en la mejilla como una biografía
y que los terraplenes y los caballos sueltos
carros de verduleros y persianas
vuelvan a acomodarse en mi desorden
sin tomar represalias mansamente

no creí que la arena fuera a conservarse
tan pulcra tan genuina tan rebote de sol
claro otras playas del mundo nos derrotan
en olas en corales en malaguas

tiburones garotas esquí acuático
pero en arena somos invencibles

como seguramente habrán notado
éste es un modo de no entrar en materia
de posponer el fondo del reencuentro

es bravo regresar de semejante ausencia
hallarse a quemarropa con el país que es otro
oír sus siembras íntimas sus contraseñas
su silencio con ladridos y magia
y uno que otro clamorcito y gaviotas

algo está sucediendo en mi tango interior
como si la ceniza me velara la sangre
y me toma indefenso yo esperaba
que una lluvia con sol lavara mis certezas
y mi culpa y mi saldo de inocencia
y sin embargo no era lluvia era ceniza
cayéndome por dentro como verdad en polvo

aquí están mi mujer mi hermano mi madre
no está mi padre se exilió en la muerte
quizá por eso el país no es el mismo
por cierto tenía una bondad tan dulce
como anacrónica en los últimos tiempos
se ponía a llorar sin vanagloria
no siempre se sabía por qué o por quiénes
ahora se sabe lloraba los pronósticos
los agüeros las nubes que hacen sombra
a los que son rastreados por la muerte

mi padre no entendía la crueldad
y eran los inicios de los crueles
fumaba el cigarrito que le habían prohibido
y hacía lo posible por mantenerse incrédulo
con los ojos modestos y agobiados
por setenta años de vida a contramano

pero cuando el aire se volvió irrespirable
entonces ya no quiso respirar

quizá por eso el país no es el mismo
mi padre era un vicario del paisaje
los pinos que veía eran siempre distintos
de los que veíamos nosotros y no están
el país que buscaba no era el mismo
que el que hallamos nosotros y no está

bueno también mi casa existe
qué dato inesperado usar mi cama
no despertarme a solas con mi cuerpo
y el techo y conciliar el sueño inconciliable
con mi mujer al lado ese albedrío

nos pasaron los años cerca y lejos
el tiempo nos hirió por separado
uno hacía la prueba de pensar despacito
ahora qué estará haciendo allá en el cuarto
leyendo o extrañándose o tejiendo
pero además bregaba por sobrevivir
y cuidaba a mi vieja y a su vieja
y les hacía almácigos con las manías
y laboraba inconteniblemente
para desconocer lo conocido

hablamos es la larga puesta al día
no obstante es imposible a estas alturas
sintetizar así nomás la rabia
el desaliento y la fatiga
fe versus decepción
los abrazos que no
el tiempo evanescente

siempre una zona quedará
irremediablemente abandonada
devorada olvidada en el olvido

y en adelante la efusión
deberá concretarse a exactas remembranzas
a documentos del amor y el júbilo

nadie tuvo la culpa o su sinónimo
la tuvimos nosotros los malvivientes
porque vivimos mal la ocasión para el salto
nadie tuvo la culpa o su sinónimo
la tuvimos nosotros los malhechores
porque fueron mal hechos los cálculos y sueños
y también la tuvimos los bienvivientes
porque vivimos bien la justicia o el riesgo
y también la tuvimos los bienhechores
porque fueron bien hechos los esbozos de mundo

aquí está la ciudad de par en par
como una herida que ya no supura
pero aún es herida lo será largamente
voy de abrazo en abrazo con prisa y parsimonia
cuento lo que no está no paro de contar
y no me da vergüenza estremecerme
voy abrazando ausencias y no puedo
siento que me equivoco
errar es inhumano
voy de abrazo en abrazo con paciencia de ombú
de acacia de álamo de enredadera
una paciencia vegetal y antigua
mi abrazo viene desde mis raíces
savia que circuló en la infancia angosta
transcurrió perezosa por un barrio o destino
humedeció mi amor despenó mi penuria
dio frutos hojas profecías
me sintió sacudido por vientos y amenazas
volvió para infundirme su lógica nocturna
y enseñarme los trámites de su aplomo

luego por muchos años renuncié a ser árbol
por largas estaciones perdí ramas y savia

y hojas y raíces y paciencia
el exilio es un páramo a veces
otras veces es un huerto fraterno
y los otros nosotros comparten compartimos
calorías y pan suyo nuestro

pero aun así es difícil ser árbol
o arbusto o matorral o simple yuyo
donde la tierra es roja o menos negra
en fin sólo otro árbol así sea
del trópico o de alaska
podrá entender un tema tan frondoso

voy de abrazo en abrazo con preguntas remotas
en los otros hay párpados y ceños
que vienen de rescates o de ráfagas
nos encontramos como sobre un puente
y va desde el suplicio a la nostalgia
que es también un suplicio pero suave

algo nos ha marcado para toda la zafra
el estar aquí de unos
el no estar de los otros
y aunque todo se comprende y se sabe
un puente es siempre un puente

hay quienes llevan consigo su escombros
y esta gris felicidad llega tarde
cada viviente es un sobreviviente
la pared que quedó después del sismo
con la foto en el marco el almanaque
detenido en su hoja chamuscada
hay quienes miran en los ojos son
los optimistas que renovaron su cábala
la ajustaron enmendaron tacharon
remediaron limaron mejoraron rehicieron
pero hasta en ellos existe una cautela obligatoria

y como no hay glándulas que segregan cordura
a nadie le queda un santiamén de delirio

es hermoso es durísimo es un lujo
volver a los afectos de carne y hueso
no a las constelaciones afectuosas
todos tenemos más años más arrugas más canas
cicatrices estelas salpicaduras huellas
moralejas reliquias vestigios sedimentos
es tanto lo aprendido y lo desaprendido
lo domesticado y por suerte lo indócil
somos otros habrá que serenarse
habrá que escucharnos latir
y empezar otra vez a conocernos
arrancando de lo previsto y verosímil
siguiendo con los acasos y el quién sabe
y así hasta la taumatúrgica conciencia
saber que estamos vivos y agitar esa vida
aunque sea temprano para tasar
qué sortilegio o qué maravilla
pudieron extraer de nuestros pobres fastos
la consternación y la añoranza

mi pregunta oficiosa es la siguiente
dónde están los verdugos

te advierto que no se habla de tortura
sino más bien de los torturadores
lo otro es un pantano
habrá que transformarlo en campo roturado
no para olvidarlo sino para acordarse
que se trata de una sangre ubérrima
lo feroz trasmutado en lo feraz

ya entiendo pero
dónde están los verdugos

mirá muchos alcanzaron a irse
quizá estén remordidos o repantigados
en oakland en miami en dallas texas
o tal vez en fort gulick canal zone
enseñando o ayudando a enseñar
a cada vez más oficiales
de cada vez menos paisitos
que la letra con sangre entra
o por lo menos debería entrar

se trata de cursillos sobre el suplicio básico
como forma superior de democracia

claro que algunos quedan
están ahora en la etapa del pánico
uno se suicidó con alkaseltzer
lo acomodó en la amígdala y bebió
qué se va a hacer ése por lo menos
tuvo un rasgo supremo de autocrítica

uno de los detalles que más los desconcierta
es precisamente que no los torturemos
uno llegó a hablar de crueldad psicológica
y que iba a reclamar a naciones unidas
casi lo fusilamos por imbécil

no pueden entender que exista otra justicia
distinta de la que ellos manejaron
no creen que nos neguemos a ser monstruos
y que no sea por lástima hacia ellos
sino por respeto a nuestros muertos y vivos

por supuesto habrá que fusilar a algunos
no como venganza que es un trasto inútil
más bien como profilaxis de la historia

eso lo habría comprendido hasta nixon
que ahora yace a la diestra de monroe

qué suerte ya no somos la suiza de américa
suenan un poco inmodesto pero somos
el uruguay de américa

por fin junto coraje y asumo la prevista
hostilidad de mi biblioteca
los libros son por naturaleza rencorosos
recuerdo que a proust le vino el asma
cuando abrí el primer fanon
joyce se volvió realmente esotérico
cuando me enfrasqué en gramsci
faulkner jamás perdonará
mi apego por rulfo su legatario
borges se puso necio y laberíntico
cuando volví a quiroga
sarmiento se alunó durante un siglo
cuando aprendí las claves de martí
los libros son por naturaleza rencorosos
absorbentes posesivos y sin embargo
se parecen a mi historia privada

allí están los amores o mejor dicho
los libros que uno lee cuando está enamorado
allí están los deslumbramientos y las fobias
las caducidades y permanencias
seis mil o siete mil odios y afectos
novelas-ríos poemas-lagunas ensayos-bahías
filatélicamente juntados en treinta años
siempre pensé que
aunque no lo admitiéramos en público
mi biblioteca y yo éramos uña y carne
así hasta que la muerte famosa analfabeta
nos pusiera en distintas madrigueras

cuando la radio y el cantor cantaban
vivir sin ella nunca podré
ah yo pensaba en mi biblioteca

después supe que los tangos mentían
pero era inapelablemente tarde
uno puede llevar al exilio sus agravios
sus deudas sus problemas sus desesperaciones
pero no puede llevar su biblioteca
así que de a poco me vine a enterar
que realmente puedo vivir sin ella
ni siquiera eché de menos los estantes
con estas traducciones y ediciones
de mis libros

es decir la egoteca

seguro las nostalgias cambian de sitio pero
qué menos va a pedirse a un escritor de pedigree
que un poco de morriña hacia su biblioteca
ergo no soy de pedigree
ni tengo epígonos mas si tuviera
les podría colgar este bochorno
hubiera sido un lindo sambenito

caramba mis morriñas no eran profesionales
además del amor y otros nudos gordianos
cómo extrañé las calles en especial las feas
y en ellas las muchachas en especial las lindas
y uno que otro café mejor si llovía a cántaros
los árboles los quioscos la dura militancia
los domingos de estadio y los viernes de *marcha*

por un atardecer en malvín habría dado
dos shakespeare tres balzac
y todo toynbee que no es verdurita
por un solo vistazo a mi vía láctea
y ahora me enfrento a ellos tan adustos
con su soberbia encuadernada
su desapego en rústica
desde lomos inhóspitos me juzgan
con manchas de humedad o con letras a fuego

decido ser brutalmente sincero
no los necesité ah pero igual me gustan
pude vivir sin ellos es la pura verdad
tendré que acostumbrarme sólo eso
su silencio es de pasta
callan pero no otorgan
quizá voltaire o twain aguanten la risa
pero claudel y carlos reyles me odian

los recorro uno a uno los palpo
los hojeo están más viejos
tienen arrugas y verrugas
páginas sueltas tapas descascaradas
por ellos pasó el tiempo y el plumero
de vez en cuando mi mujer los limpiaba
pero tienen atávicas manías
sólo rejuvenecen cuando los consultan
cuando los rayan y subrayan
cuando les agregan dibujitos y estrellas
cuando alguien los convence
de que son necesarios

esa inocencia me conmueve
la encuentro más humana que libresca
será por eso que intento dialogar
y además es sabido que leyendo
la gente se entiende
o se entendía

para empezar tengo a raimundo lulio
que por lo menos no es contemporáneo
lo abro en su doctrina pueril y no era tanto
amable hijo qué te conviene más
o morir una vez
o morir siempre en fuego perdurable
lo que se llama un golpe bajo
ni lo uno ni lo otro amable padre

por suerte uno es agnóstico
ahora entiendo por qué lo lapidaron

llevará tiempo
ya lo veo

siguen tan pero tan resentidos
volveré mañana y pasado y después
les iré explicando en breves dosis
que efectivamente son muy importantes
ah pero no lo único importante

chau raimundo padre amable
cuidate o te lapido

no sólo ellos están hoscos
quizá haya aquí tres o cuatro países
y uno por lo menos crepita de rencor
no se tortura y sataniza en vano
ni en vano se enloquece a los inermes
la juventud acribillada odia
odia de todo corazón
odió en el cepo por años infinitos
nutrió con odio su larguísimo insomnio
lamió con odio sus heridas
construyó odio por odio un porvenir
odió para vivir para no delatar
odió para afirmarse en los presagios
para sentir su sangre sus músculos sus dientes
odió para elegir a qué escupía a quiénes
para recuperar su amor odió
para salvarse del naufragio
para sembrarse noche a noche
para no hundirse en la flojera odió
hizo flamear el odio como una patria
o lo ocultó como un fervor secreto
en el terror fue buen cómplice el odio
uno más a vaciarla de congojas

odió para creer para rehacerse
trozo a trozo después de destrozada
para mentir odió y tapar la verdad
con un amor dulcísimo

y aunque parezca increíble
ese odio se respira también en la alegría

abrazo a los galeotes y mis manos
reconocen las espaldas de odio
las cicatrices los rescoldos de odio
y si me miran en los ojos adivino
que me piden un odio solidario

y si en la plaza ibero
o en la avenida líber arce
suben los puños y los vivas
sólo los muertas llegan hasta las nubes
y siempre hay algún crápula que tiembla

pero aunque el odio sea buen centinela
el futuro no se hace
sólo con los guardianes del pasado
también con fundadores del presente

confieso que a esta niebla a estos azoros
sólo traigo una propuesta insegura
casi diría una gran perplejidad
como alzar un país de la ruina a la justicia
desde el desahucio hasta la bienvenida
desde la miseria hasta la plenitud
con el odio como única herramienta
como dura palanca

la conmiseración está vedada
este odio es la inclemencia que buscaron
así que no se quejen si lo encuentran
eterno e implacable

pero el odio está bien si está en su sitio
y su sitio no es el del desquite
el odio está bien si despeja la ruta
si de alguna manera nos permite la hazaña
de liberarnos y de liberar
de interrumpir el miedo
y dar vuelta el azar como una media
pero el odio está mal si nos excede
si puede más que nuestro tranco de hombres

ni una uña más acá de la justicia
ni tampoco una uña más allá
aunque no nos falten ganas de meterles la calva
en el bidón escatológico

y la trompa de eustaquio y las meninges
duramadre aracnoides y piamadre
y los colmillos y la putamadre

ni una uña más allá de la justicia
nuestra ventaja y nuestra desventaja
es que vivos o muertos
jodidos o triunfantes
nos hemos prohibido ser inmundos

y encuentro a otros galeotes
en éstos la alegría es prioritaria
por lo menos su instantánea es de gozo
como si no creyeran el ganado milagro
el reencuentro con su franja de vida
proyectos
proyectos
proyectos
proyectos
y aunque de pronto el rostro se carga de sombras
y algo concurre del pasado y oprime
la alegría vuelve como una pleamar
la alegría vuelve y todo lo inaugura

qué será de nosotros ahora
claro habrá que empezar
desde cero o desde menos cinco
recién salidos del terror alucinógeno
todavía no podemos desempeñar el cielo
y hacerlo transparente como una ideología

aún es la hora de la exaltación
del llanto sin esclusas
del corazón borracho
del buen amor que intenta
recuperar su latitud perdida
del augurio y la caja de sorpresas
que es cada rostro sin capucha
pero también cada rostro sin máscara

habrá que convencer a las viudas del hombre
que todavía sueñan y despiertan
a los que se quedaron sin hijos y sin rumbo
en un fatal único parpadeo
habrá que convencer a huérfanos de asombro
uno por uno habrá que convencerlos
con una verdad pobre irrefutable
que todos somos deudos de sus muertos

y habrá que esperar que se vayan calmando
los sollozos los gritos las saudades
la pródiga cascada de señales
de vislumbres de atisbos de recobros

para saber qué será de nosotros
habrá que mirarnos cara a cara
y eso será difícil para todos
para los desollados en el cráter
para los calcinados en la ladera
para los que la lava les pasó al ladito
para los que quedaron a salvar la muerte
para los que se fueron obligados y grises

todo es legítimo o es nulo todo
es según el dolor con que se mira
no hay fórmulas globales que descifren
cómo se integra o desintegra un pueblo

a todos nos desvela algún pasado
nos enciende un presente
nos conmina un futuro

seremos de aquí en más la tribu desapareja
por un tiempo asimétrica y descompasada
un poco rengas la voluntad y la delicia
lacónico el coraje cuando no tartamudo
breves la decisión y la melancolía
pobre de proteínas el discurso

nos jugará malas pasadas la memoria
empezaremos a olvidar lo inolvidable
hablaremos a veces de bueyes perdidos
y callaremos los toros encontrados

haremos capote en el letargo de los tímidos
porque jugaremos con sueños marcados
los hastíos empezarán a divertirnos
acaso desmantelemos los manteles
cortaremos en rebanadas la ansiedad
haremos cometas con los pagarés
y así iremos eliminando a los momios
mediante un plan quinquenal del infarto

no sólo somos hombres de transición
también somos fantasmas transitivos
y cuando nuestras sombras empiezan a cantar
hasta los cardenales se santiguan

mi barricada es frágil contra batman
pero batman no existe la fuente es fidedigna
sin embargo hay angustias infiltradas

hartos prejuicios contra algún prejuicio
y eso no siempre es útil

es bueno hacerse de uno o dos alertas
de ejecución artesanal segura
por ejemplo el dolor no es trinchera es un pozo
del que debe salirse urgentemente
otro ejemplo la alegría no estorba
la amargura sí es torva y además
nos recluye y segrega
una pena que no vale la pena

pero la gloria sí vale la gloria
me refiero a la cálida y modesta
de entrar golosamente en el amor
y de sobrevivirse como pueblo

y no bajomirse como pueblo
y esto que quede alguna vez escrito
si uno pronuncia libertad o muerte
no es una ecuación apocalíptica
sino un voto feroz contra la muerte

la gloria de sufrir vale la pena
cuando los vientos soplan iracundos gustosos
hacia los arrecifes de la vida

demás está decirlo
conviene no estrellarse

de tanto pueblo y pueblo hecho pedazos
seguro va a nacer un pueblo entero
pero nosotros somos los pedazos

tenemos que encontrarnos
cada uno somos el contiguo de otro
en las junturas quedará la historia
de una buena esperanza remendada

tengo un palpito nuevo
la unidad
esta vez no se hará a grito pelado
sino de labio adentro como si convocara
en un acierto garrafal flamante
los estados de ánimo
de una mersa gloriosa

para esta hazaña no valdrán retóricas
no hay poxipol ni habrá cabildo abierto
capaces de hermanar los vituperios
señores
la metralla no es rocío

un ibero premártir escribía
vamos uruguay tú tienes más de un pampero
pero también soy yo con todos los otros todos
juntos
tuvo razón ibero que no está
por separado somos un soplido
un soplidito acaso meritorio
ah pero con los otros todos juntos
somos más de un pampero

ahora ya somos una tarde otoño
o tal vez una noche primavera
esto no lo hago adrede
pido excusas
siempre me cuesta un poco
recordar el futuro

a no preguntar más
qué será de nosotros
se acabó la derrota

en un surco cualquiera de la patria confiable
allí donde esparcimos nostalgias germinales

algo empieza a ocurrir está ocurriendo
inevitable pero lentamente

en la calma con gallos lejanísimos
si se alerta el oído se descubre
cómo alumbra o germina
no el país en pedazos que así éramos
sino este pueblo entero que así somos.

POEMAS DE OTROS

1973-1974

*Para que pueda ser he de ser otro,
salir de mí, buscarme entre los otros,
los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia.*

OCTAVIO PAZ

TRECE HOMBRES
QUE MIRAN

*Mire la calle.
¿Cómo puede usted ser
indiferente a ese gran río
de huesos, a ese gran río
de sueños, a ese gran río
de sangre, a ese gran río?*

NICOLÁS GUILLÉN

HOMBRE QUE MIRA EL CIELO

Mientras pasa la estrella fugaz
acopio en este deseo instantáneo
montones de deseos hondos y prioritarios
por ejemplo que el dolor no me apague la rabia
que la alegría no desarme mi amor
que los asesinos del pueblo se traguen
 sus molares caninos e incisivos
 se muerdan juiciosamente el hígado
que los barrotes de las celdas
 vuelvan de azúcar o se curven de piedad
 mis hermanos puedan hacer de nuevo
 el amor y la revolución
que cuando enfrentemos el implacable espejo
 no maldigamos ni nos maldigamos
que los justos avancen
 aunque estén imperfectos y heridos
que avancen porfiados como castores
 solidarios como abejas
 aguerridos como jaguares
 y empuñen todos sus noes
 para instalar la gran afirmación
que la muerte pierda su asquerosa puntualidad
que cuando el corazón se salga del pecho
 pueda encontrar el camino de regreso
que la muerte pierda su asquerosa
 y brutal puntualidad
 pero si llega puntual no nos agarre
 muertos de vergüenza
que el aire vuelva a ser respirable y de todos
y que vos muchachita sigas alegre y dolorida
 poniendo en tus ojos el alma
 y tu mano en mi mano

y nada más
porque el cielo ya está de nuevo torvo
y sin estrellas
con helicóptero y sin dios.

HOMBRE QUE MIRA LA TIERRA

Cómo querría otra suerte para esta pobre reseca
que lleva todas las artes y los oficios
en cada uno de sus terrones
y ofrece su matriz reveladora
para las semillas que quizá nunca lleguen

cómo querría que un desborde caudal
viniera a redimirla
y la empapara con su sol en hervor
o sus lunas ondeadas
y la recorriera palmo a palmo
y la entendiera palma a palma

o que descendiera la lluvia inaugurándola
y le dejara cicatrices como zanjones
y un barro oscuro y dulce
con ojos como charcos

o que en su biografía
pobre madre reseca
irrumiera de pronto el pueblo fértil
con azadones y argumentos
y arados y sudor y buenas nuevas
y las semillas de estreno recogieran
el legado de las viejas raíces

cómo querría que se escucharan
su verde gratitud y su orgasmo nutricio
y que el alambrado recogiera sus púas
ya que por fin sería nuestra y una

cómo querría esa suerte de tierra
y que vos muchachita
entre brotes o espigas
o aliento vegetal o abejas mensajeras
te extendieras allí
mirando por primera vez las nubes
y yo tapara lentamente el cielo.

HOMBRE QUE MIRA A TRAVÉS DE LA NIEBLA

Me cuesta como nunca
 nombrar los árboles y las ventanas
 y también el futuro y el dolor
el campanario está invisible y mudo
 pero si se expresara
 sus tañidos
 serían de un fantasma melancólico

la esquina pierde su ángulo filoso
nadie diría que la crueldad existe

la sangre mártir es apenas
 una pálida mancha de rencor

cómo cambian las cosas
 en la niebla

los voraces no son
 más que pobres seguros de sí mismos
los sádicos son colmos de ironía
los soberbios son proas
 de algún coraje ajeno
los humildes en cambio no se ven

pero yo sé quién es quién
 detrás de ese telón de incertidumbre

sé dónde está el abismo
 sé dónde no está dios
sé dónde está la muerte
 sé dónde no estás tú

la niebla no es olvido
 sino postergación anticipada

ojalá que la espera
 no desgaste mis sueños
ojalá que la niebla
 no llegue a mis pulmones
y que vos muchachita
 emerjas de ella
como un lindo recuerdo
 que se convierte en rostro

y yo sepa por fin
 que dejas para siempre
 la espesura de ese aire maldito
cuando tus ojos encuentren y celebren
 mi bienvenida que no tiene pausas.

HOMBRE QUE MIRA A UNA MUCHACHA

Para que nunca haya malentendidos
para que nada se interponga
voy a explicarte lo que mi amor convoca

tus ojos que se caen de desconcierto
y otras veces se alzan penetrantes y tibios
tienen tanta importancia que yo mismo me asombro

tus lindas manos mágicas
que te expresan a veces mejor que las palabras
tan importantes son que no oso tocarlas

y si un día las toco es solamente
para retransmitirte ciertas claves

tu cuerpo pendular
que duda en recibirse o entregarse
y es tan joven que enseña a pesar tuyo
es un dato del cual me faltan datos
y sin embargo ayudo a conocerlo

tus labios puestos en el entusiasmo
que dibuja palabras y promete promesas
son en tu imagen para mí los héroes
y son también el ángel enemigo

en mi amor estás toda o casi toda
me faltan cifras pero las calculo
faltan indicios pero los descubro

sin embargo en mi amor hay otras cosas
por ejemplo los sueños con que muevo la tierra
la pobre lucha que libré y libramos
los buenos odios esos que ennoblecen
el diálogo constante con mi gente
la pregunta punzante que me hicieron
las respuestas veraces que no di

en mi amor hay también corajes varios
y un miedo que a menudo los resume
hay hombres como yo que miran tras las rejas
a una muchacha que podrías ser vos

en mi amor hay faena y hay descanso
sencillas recompensas y complejos castigos
hay dos o tres mujeres que forman tu prehistoria
y hay muchos años demasiados años
de inventar alegrías y crearlas
después a pie juntillas

mañana la incomodidad
será menor y en pocos días
me habré habituado a estar sereno

eso me llena a veces de alegría
es claro que se trata de una alegría serena
y en consecuencia uno no sale a dar abrazos
ni pega gritos ni le canta al cielo
a lo sumo archiva caricias y otros prólogos
por estricto orden cronológico

también llega a invadirme el desconsuelo
pero se trata de un sereno desconsuelo
y por lo tanto nadie solloza
ni dice mierda
ni putea

sencillamente
como un modesto mago
de rojo circo de domingo
o de feria

tomo los naipes del amor
los barajo con parsimonia
y en las narices del viejo público
que es como hacerlo en mis narices
mágicamente los transformo
en nuevos naipes de amistad

lo único extraño viene a la noche
pues se presume que un sereno
ha de dormir serenamente
pero yo paso horas y horas
mirando el techo

o sea que
no sé hasta cuándo estaré sereno
porque la calma ya no da abasto

hay que confiar y yo confío
no hay mal que dure
cien años.

HOMBRE QUE MIRA SIN SUS ANTEOJOS

En este instante el mundo es apenas
un vitral confuso
los colores se invaden unos a otros
y las fronteras entre cosa y cosa
entre tierra y cielo
entre árbol y pájaro
están deshilachadas e indecisas

el futuro es así un caleidoscopio de dudas
y al menor movimiento el lindo pronóstico
se vuelve mal agüero
los verdugos se agrandan hasta parecer
invencibles y sólidos
y para mí que no soy lázaro
la derrota oprime como un sudario

las buenas mujeres de esta vida
se yuxtaponen se solapan se entremezclan
la que apostó su corazón a quererme
con una fidelidad abrumadora
la que me marcó a fuego
en la cavernamparo de su sexo
la que fue cómplice de mi silencio
y comprendía como los ángeles
la que imprevisamente me dio una mano
en la sombra y después la otra mano
la que me rindió con un solo argumento de sus ojos
pero se replegó sincera en la amistad
la que descubrió en mí lo mejor de mí mismo
y linda y tierna y buena amó mi amor

los paisajes y las esquinas
los horizontes y las catedrales
 que fui coleccionando
 a través de los años y los engaños
se confunden en una guía de turismo presuntuoso
de fábula a narrar a los amigos
y en ese delirio de vanidades y nostalgias
es difícil saber qué es monasterio y qué blasfemia
 qué es van gogh y qué arenques ahumados
 qué es mosaico y qué agua sucia veneciana
 qué es aconcagua y qué es callampa

también los prójimos se arraciman
 crápulas y benditos
 santos e indiferentes y traidores
e inscriben en mi infancia personal
tantas frustraciones y rencores
que no puedo distinguir claramente
 la luna del río
 ni la paja del grano

pero llega el momento en que uno recupera
 al fin sus anteojos

y de inmediato el mundo adquiere
 una tolerable nitidez

el futuro luce entonces arduo
 pero también radiante

los verdugos se empequeñecen hasta
 recuperar su condición de cucarachas
de todas las mujeres una de ellas
 da un paso al frente
 y se desprende de las otras
 que sin embargo no se esfuman
de las ciudades viajadas surgen
 con fervor y claridad

cuatro o cinco rostros decisivos
que casi nunca son grandilocuentes

cierta niña jugando con su perro
 en una calle desierta de ginebra
un sabio negro de alabama que explicaba
 por qué su piel era absolutamente blanca
ella fitzgerald cantando
 ante una platea casi vacía
 en un teatro malamuerte de florencia

y el guajiro de oriente
 que dijo tener un portocarrero
 y era una lata de galletitas
 diseñada por el pintor

del racimo de prójimos puedo extraer
 sin dificultades
una larga noche paterna una postrera charla
 síntesis de vida
 con la muerte rondando en el pasillo
el veterano que transmitía
 sin egoísmo y sin fruición
 algunas de sus claves de sensible
el compañero que pensó largamente en la celda
 y sufrió largamente en el cepo
 y no delató a nadie
el hombre político que en un acto
 de incalculable amor
 dijo a un millón de pueblo la culpa es mía
 y el pueblo empezó a susurrar fidel fidel
 y el susurro se convirtió en ola clamorosa
 que lo abrazó y lo sigue abrazando todavía
la gente la pura gente
 la cojonuda gente a la orientala
 que en la avenida gritó tiranos temblad
 hasta que llegó al mismísimo
 temblor del tirano

y la muchacha y el muchacho desconocidos
que se desprendieron un poco de sí mismos
para tender sus manos y decirme
adelante y valor

decididamente
no voy a perder más mis anteojos

por un imperdonable desenfoque
puede uno cometer gravísimos errores.

HOMBRE QUE MIRA MÁS ALLÁ DE SUS NARICES

Hoy me despierto tosco y solitario
no tengo a nadie para dar mis quejas
nadie a quien echar mis culpas de quietud

sé que hoy me van a cerrar todas las puertas
que no llegará cierta carta que espero
que habrá malas noticias en los diarios
que la que quiero no pensará en mí

y lo que es muchísimo peor
que pensarán en mí los coroneles
que el mundo será un oscuro
paquete de angustias
que muchos otros aquí o en cualquier parte
se sentirán también toscos y solos
que el cielo se derrumbará
como un techo podrido
y hasta mi sombra
se burlará de mis confianzas

menos mal
que me conozco

menos mal que mañana
o a más tardar pasado
sé que despertaré alegre y solidario
con mi culpita bien lavada y planchada
y no sólo se me abrirán las puertas
 sino también las ventanas y las vidas
y la carta que espero llegará
 y la leeré seis o siete veces
y las malas noticias de los diarios
 no alcanzarán a cubrir las buenas nuevas
y la que quiero
 pensará en mí hasta conmoverse
y lo que es muchísimo mejor
 los coroneles me echarán al olvido
y no sólo yo muchos otros también
 se sentirán solidarios y alegres
y a nadie le importará
 que el cielo se derrumbe
 y más de uno dirá que ya era hora
y mi sombra empezará a mirarme con respeto

será buena
tan buena la jornada
que desde ya
mi soledad se espanta.

HOMBRE QUE MIRA UN ROSTRO EN UN ÁLBUM

Hacia mucho que no encontraba a esta mujer
de la que conozco detalladamente el cuerpo
y creía conocer aproximadamente el alma

pasado no es presente
eso está claro
pero de cualquier manera hay conmemoraciones
que es bueno revivir

donde hubo fuego
caricias quedan

de pronto ella emerge del susurro evocante
y en voz alta sostiene
que los obreros entienden muy poco
que el pueblo en el fondo es más bien cobarde
que los jóvenes no van a cambiar el mundo
que la violencia bah
que la violencia ufa
que el confort lo alcanza quien lo busca

sólo entonces lo advierto
no me importa que hable en voz alta
mejor dicho no quiero que regrese al susurro

es apenas un rostro en un álbum
y ahora es fácil
dar vuelta la hoja.

HOMBRE QUE MIRA LA LUNA

Es decir la miraba porque ella
se ocultó tras el biombo de nubes

y todo porque muchos amantes de este mundo
le dieron sutilmente el olivo

con su brillo reticente la luna
durante siglos consiguió transformar
el vientre amor en garufa cursilínea
la injusticia terrestre en dolor lapizlázuli

cuando los amantes ricos la miraban
desde sus tedios y sus pabellones
satelizaba de lo lindo y oía
que la luna era un fenómeno cultural

pero si los amantes pobres la contemplaban
desde su ansiedad o desde sus hambrunas
entonces la menguante entornaba los ojos
porque tanta miseria no era para ella

hasta que una noche casualmente de luna
con murciélagos suaves con fantasmas y todo
esos amantes pobres se miraron y a dúo
dijeron no va más al carajo selene

se fueron a su cama de sábanas gastadas
con acre olor a sexo deslunado
su camanido de crujiente vaivén

y libres para siempre de la luna lunática
fornicaron al fin como dios manda
o mejor dicho como dios sugiere.

HOMBRE QUE MIRA AL TIRA QUE LO SIGUE

*Well, old spy
looks like I
led you down some pretty
blind alleys.
RAY DUREM*

Señor molusco caballero lapa
ya sabés en qué malos pasos ando
conocés mis esquinas y mis fobias
mis bares mis amores mi bufanda

conocés las puteadas que rezo despacito
cuando pasan los verdes apuntando
conocés cómo escupo al cielo ajeno
cuando me hace sombra el helicóptero

conocés bien a qué mujeres miro
y vos también mirás degenerado
es el único acuerdo entre nosotros
y dura lo que un lirio o una ráfaga

conocés qué porfiada dulzura me atraganta
cuando caen los mejores los más tiernos
los que podrían levantar de a poco
la feroz inocencia que nos salve

conocés que conozco que hay algunos
que cayeron por vos hijo de puta
quiero decir molusco pobre lapa
ya ves que andás en pasos mucho peores

conocés a qué juego y a qué apuesto
sabés que apuesto a que desaparezcas
no el fulano que sos sino el mohoso
herrumbrado tornillo de cadalso

me seguís por mis calles por mis tangos
por mis lluvias y mis noches de arena
vigilás mis gaviotas y mi cédula
mi casilla postal y mi resfrío

conocés mis abrazos y mis postres
mi bigote mi vino mi teléfono
mi libretita con las direcciones
mi mujer mi paraguas mis bolsillos

es decir me sabés todo de afuera
todo de superficie de exteriores
delatarás mi sombra y mi pellejo
y eso no alcanza para hacer la ficha

donde no podés ver donde no llegan
tus antenas en la aurícula izquierda

tengo mi berretín inexpugnable
a pruebas de derrotas y de olvido

allí el destino o no sé quién carajo
armó el amor y almacenó los odios
pero es ahí donde perdés la pista
es ahí donde vamos a joderte

señor molusco caballero lapa.

HOMBRE PRESO QUE MIRA A SU HIJO

al "viejo" hache

Cuando era como vos me enseñaron los viejos
y también las maestras bondadosas y miopes
que libertad o muerte era una redundancia
a quién se le ocurría en un país
donde los presidentes andaban sin capangas
que la patria o la tumba era otro pleonasma
ya que la patria funcionaba bien
en las canchas y en los pastoreos

realmente botija no sabían un corno
pobrecitos creían que libertad
era tan sólo una palabra aguda
que muerte era tan sólo grave o llana
y cárceles por suerte una palabra esdrújula

olvidaban poner el acento en el hombre

la culpa no era exactamente de ellos
sino de otros más duros y siniestros
y éstos sí
cómo nos ensartaron
en la limpia república verbal

cómo idealizaron
la vidurria de vacas y estancieros

y cómo nos vendieron un ejército
que tomaba su mate en los cuarteles

uno no siempre hace lo que quiere
uno no siempre puede
por eso estoy aquí
mirándote y echándote

de menos

por eso es que no puedo despeinarte el jopo
ni ayudarte con la tabla del nueve
ni acribillarte a pelotazos

vos ya sabés que tuve que elegir otros juegos
y que los jugué en serio

y jugué por ejemplo a los ladrones
y los ladrones eran policías
y jugué por ejemplo a la escondida
y si te descubrían te mataban
y jugué a la mancha
y era de sangre

botija aunque tengas pocos años
creo que hay que decirte la verdad
para que no la olvides

por eso no te oculto que me dieron picana
que casi me revientan los riñones

todas estas llagas hinchazones y heridas
que tus ojos redondos
miran hipnotizados
son durísimos golpes
son botas en la cara

demasiado dolor para que te lo oculte
demasiado suplicio para que se me borre

pero también es bueno que conozcas
que tu viejo calló
o puteó como un loco
que es una linda forma de callar

que tu viejo olvidó todos los números
(por eso no podría ayudarte en las tablas)
y por lo tanto todos los teléfonos

y las calles y el color de los ojos
y los cabellos y las cicatrices
y en qué esquina
en qué bar
qué parada
qué casa

y acordarse de vos
de tu carita
lo ayudaba a callar

una cosa es morirse de dolor
y otra cosa morirse de vergüenza

por eso ahora
me podés preguntar
y sobre todo
puedo yo responder

uno no siempre hace lo que quiere
pero tiene el derecho de no hacer
lo que no quiere

llorá nomás botija
son macanas

que los hombres no lloran
aquí lloramos todos

gritamos berreamos moqueamos chillamos
maldecimos
porque es mejor llorar que traicionar
porque es mejor llorar que traicionarse

llorá
pero no olvides.

HOMBRE QUE MIRA SU PAÍS DESDE EL EXILIO

País verde y herido
comarquita de veras
patria pobre

país ronco y vacío
tumba muchacha
sangre sobre sangre

país lejos y cerca
ocasión del verdugo
los mejores al cepo

país violín en bolsa
o silencio hospital
o pobre artigas

país estremecido
puño y letra
calabozo y praderas

país ya te armarás
pedazo por pedazo
pueblo mi pueblo

país que no te tengo
vida y muerte
cómo te necesito

país verde y herido
comarquita de veras
patria pobre.

HOMBRE QUE MIRA A OTRO HOMBRE QUE MIRA

Vos también estás asombrado
no querés admitir la salvación por el infierno
o acaso no podés creer que haya
cualesquiera hijos de vecino
que metan la vida prójima en el cepo

que un tipo pueda respirar
y buscar el amor
y faenar el tiempo
y besar a sus hijos
y decir oraciones
y hasta cantar bajito
después de haberse traicionado
corrompido
enmerdado
metiendo la vida prójima en el cepo

vos
como yo
estás asombrado

en realidad no hay fogata para ese humo
ni siquiera hay sed para ese cántaro
tal vez no haya pájaros para ese viento
para ese inmune no haya después

las venganzas yacen calmas y feroces
la paciencia se arruga de tanta espera
vos te preguntás dónde está la cosecha
y sin embargo tu estupor intacto
demuestra por lo pronto que algo cosechaste

vos mirás como inmóvil y te miro mirar
somos dos conjeturas incómodas fraternas
no entendemos un pito de esta infame justicia
de esa fábrica de odios que propone el olvido

a lo mejor te vino la infancia en un destello
sentiste la sesera esa insensible
pensaste el corazón ese impensable
pero ni así te acostumbraste a esa saña piadosa
a esa masacre tan emputecida
así que no aflojaste ni un suspiro
y te seguiste asombrando te seguiste

yo te miro mirar como inmóvil
pero claro la cosa no se arregla

con miradas
ojeadas
o vistazos

qué tal si nos arremangamos vos y yo.

LOS PERSONAJES

MARTÍN SANTOMÉ

i

TODO LO CONTRARIO

Colecciono pronósticos
anuncios y matices
y signos
 y sospechas
 y señales

imagino proyectos de promesas
quisiera no perderme
un solo indicio

ayer
sin ir más lejos
ese ayer que empezó siendo aciago
se convirtió en buen día
a las nueve y catorce
cuando vos
inocente
dijiste así al pasar
que no hallabas factible
la pareja
la pareja de amor
naturalmente

no vacilé un segundo
me aferré a ese dictamen

porque vos y yo somos
 la desapareja.

TÁCTICA Y ESTRATEGIA

Mi táctica es
 mirarte
 aprender como sos
 quererte como sos

mi táctica es
 hablarte
 y escucharte
 construir con palabras
 un puente indestructible

mi táctica es
 quedarme en tu recuerdo
 no sé cómo ni sé
 con qué pretexto
 pero quedarme en vos

mi táctica es
 ser franco
 y saber que sos franca
 y que no nos vendamos
 simulacros
 para que entre los dos
 no haya telón
 ni abismos

mi estrategia es
 en cambio
 más profunda y más
 simple
 mi estrategia es
 que un día cualquiera
 no sé cómo ni sé

con que pretexto
por fin me necesites.

iii

TODO VERDOR

Todo verdor perecerá
dijo la voz de la escritura
como siempre
implacable

pero también es cierto
que cualquier verdor nuevo
no podría existir
si no hubiera cumplido su ciclo
el verdor percido

de ahí que nuestro verdor
esa conjunción un poco extraña
de tu primavera
y de mi otoño
seguramente repercute en otros
enseña a otros
ayuda a que otros
rescaten su verdor

por eso
aunque las escrituras
no lo digan
todo verdor
renacerá.

MUCHO MÁS GRAVE

Todas las parcelas de mi vida tienen algo tuyo
 y eso en verdad no es nada extraordinario
 vos lo sabés tan objetivamente como yo

sin embargo hay algo que quisiera aclararte
 cuando digo todas las parcelas

no me refiero sólo a esto de ahora
 a esto de esperarte y aleluya encontrarte
 y carajo perderte
 y volverte a encontrar
 y ojalá nada más

no me refiero sólo a que de pronto digas
 voy a llorar
 y yo con un discreto nudo en la garganta
 bueno llorá
 y que un lindo aguacero invisible nos ampare
 y quizá por eso salga enseguida el sol

ni me refiero sólo a que día tras día
 aumente el stock de nuestras pequeñas
 y decisivas complicidades
 o que yo pueda o creerme que puedo
 convertir mis reveses en victorias
 o me hagas el tierno regalo
 de tu más reciente desesperación

no
 la cosa es muchísimo más grave

cuando digo todas las parcelas
 quiero decir que además de ese dulce cataclismo
 también estás reescribiendo mi infancia

esa edad en que uno dice cosas adultas y solemnes
y los solemnes adultos las celebran
y vos en cambio sabés que eso no sirve
quiero decir que estás rearmando mi adolescencia
ese tiempo en que fui un viejo cargado de recelos
y vos sabés en cambio extraer de ese páramo
mi germen de alegría y regarlo mirándolo

quiero decir que estás sacudiendo mi juventud
ese cántaro que nadie tomó nunca en sus manos
esa sombra que nadie arrimó a su sombra
y vos en cambio sabés estremecerla
hasta que empiecen a caer las hojas secas
y quede la armazón de mi verdad sin proezas

quiero decir que estás abrazando mi madurez
esta mezcla de estupor y experiencia
este extraño confín de angustia y nieve
esta bujía que ilumina la muerte
este precipicio de la pobre vida

como ves es más grave
muchísimo más grave
porque con estas o con otras palabras
quiero decir que no sos tan sólo
la querida muchacha que sos
sino también las espléndidas
 o cautelosas mujeres
 que quise o quiero

porque gracias a vos he descubierto
(dirás que ya era hora
 y con razón)
que el amor es una bahía linda y generosa
que se ilumina y se oscurece
 según venga la vida

una bahía donde los barcos
llegan y se van

llegan con pájaros y augurios
y se van con sirenas y nubarrones
una bahía linda y generosa
donde los barcos llegan
y se van

pero vos
por favor
no te vayas.

LAURA AVELLANEDA

ÚLTIMA NOCIÓN DE LAURA

a ana maría picchio

Usted martín santomé no sabe
cómo querría tener yo ahora
todo el tiempo del mundo para quererlo
pero no voy a convocarlo junto a mí
ya que aun en el caso de que no estuviera
todavía muriéndome
entonces moriría
sólo de aproximarme a su tristeza

usted martín santomé no sabe
cuánto he luchado por seguir viviendo
como he querido vivir para vivirlo
pero debo ser floja incitadora de vida
porque me estoy muriendo santomé

usted claro no sabe
ya que nunca lo he dicho
ni siquiera
esas noches en que usted me descubre

con sus manos incrédulas y libres
usted no sabe cómo yo valoro
su sencillo coraje de quererme

usted martín santomé no sabe
y sé que no lo sabe
porque he visto sus ojos
despejando
la incógnita del miedo

no sabe que no es
viejo que no podría serlo
en todo caso allá usted con sus años
yo estoy segura de quererlo así

usted martín santomé no sabe
qué bien qué lindo dice
avellaneda
de algún modo ha inventado
mi nombre con su amor

usted es la respuesta que yo esperaba
a una pregunta que nunca he formulado
usted es mi hombre
y yo la que abandono
usted es mi hombre
y yo la que flaqueo

usted martín santomé no sabe
al menos no lo sabe en esta espera
qué triste es ver cerrarse la alegría
sin previo aviso
de un brutal portazo

es raro
pero siento
que me voy alejando
de usted y de mí

que estábamos tan cerca
de mí y de usted

quizá porque vivir es eso
es estar cerca
y yo me estoy muriendo

santomé

no sabe usted
qué oscura

qué lejos

qué callada

usted
martín
martín cómo era

los nombres se me caen
yo misma estoy cayendo

usted de todos modos
no sabe ni imagina
qué sola va a quedar
mi muerte
sin
su
vi
da.

RAMÓN BUDIÑO

i

PAUSA

De vez en cuando hay que hacer
una pausa

contemplarse a sí mismo
sin la fruición cotidiana

examinar el pasado
rubro por rubro
etapa por etapa
baldosa por baldosa

y no llorarse las mentiras
sino cantarse las verdades.

ii

LA CULPA ES DE UNO

Quizá fue una hecatombe de esperanzas
un derrumbe de algún modo previsto
ah pero mi tristeza sólo tuvo un sentido

todas mis intuiciones se asomaron
para verme sufrir
y por cierto me vieron

hasta aquí había hecho y rehecho
mis trayectos contigo
hasta aquí había apostado
a inventar la verdad
pero vos encontraste la manera
una manera tierna
y a la vez implacable
de desahuciar mi amor

con un solo pronóstico lo quitaste
de los suburbios de tu vida posible
lo envolviste en nostalgias
lo cargaste por cuadras y cuadras
y despacito
sin que el aire nocturno lo advirtiera

ahí nomás lo dejaste
a solas con su suerte
que no es mucha

creo que tenés razón
la culpa es de uno cuando no enamora
y no de los pretextos
ni del tiempo

hace mucho muchísimo
que yo no me enfrentaba
como anoche al espejo

y fue implacable como vos
mas no fue tierno

ahora estoy solo
francamente
solo

siempre cuesta un poquito
empezar a sentirse desgraciado

antes de regresar
a mis lóbregos cuarteles de invierno

con los ojos bien secos
por si acaso

miro como te vas adentrando en la niebla
y empiezo a recordarte.

DE OTROS DILUVIOS

D'altri diluvi una colomba ascolto

GIUSEPPE UNGARETTI

CREDO

De pronto uno se aleja
de las imágenes queridas
amiga
quedás frágil en el horizonte
te he dejado pensando en muchas cosas
pero ojalá pienses un poco en mí

vos sabés
en esta excursión a la muerte
que es la vida
me siento bien acompañado
me siento casi con respuestas
cuando puedo imaginar que allá lejos
quizá creas en mi credo antes de dormirte
o te cruces conmigo en los pasillos del sueño

está demás decirte que a esta altura
no creo en predicadores ni en generales
ni en las nalgas de miss universo
ni en el arrepentimiento de los verdugos
ni en el catecismo del confort
ni en el flaco perdón de dios

a esta altura del partido
creo en los ojos y las manos del pueblo
en general
y en tus ojos y tus manos
en particular.

VAYA UNO A SABER

Amiga

la calle de sol temprano
se transforma de pronto
en atajo bordeado de muros vegetales
el rascacielos da la visión despiadada
de un acantilado de poder
los colectivos pasan raudos
como benignos rinocerontes
y en un remoto bastidor de cielo
las nubes son sencillamente nubes

la muchacha cargada de paquetes
es una hormiga demasiado obvia
y en consecuencia la descarto
pero el lisiado de noble rostro
ése sí avanza como un cangrejo
la monjita joven de mejillas ardientes
crece como un hongo sin permiso
el hollín va siendo lentamente rocío
y el olor a petróleo se convierte en jazmín

y todo eso por qué
sencillamente porque
en la primera línea
pensé en vos
amiga.

LOVERS GO HOME

Ahora que empecé el día
volviendo a tu mirada
y me encontraste bien
y te encontré más linda
ahora que por fin

está bastante claro
dónde estás y dónde

estoy

sé por primera vez
que tendré fuerzas
para construir contigo
una amistad tan piola
que del vecino
territorio del amor
ese desesperado
empezarán a mirarnos
con envidia
y acabarán organizando
excursiones
para venir a preguntarnos
cómo hicimos.

COMO SIEMPRE

Aunque hoy cumplas
trescientos treinta y seis meses
la matusalénica edad no se te nota cuando
en el instante en que vencen los crueles
entrás a averiguar la alegría del mundo
y mucho menos todavía se te nota
cuando volás gaviotamente sobre las fobias
o desarbolás los nudosos rencores

buena edad para cambiar estatutos y horóscopos
para que tu manantial mane amor sin miseria
para que te enfrentes al espejo que exige
y pienses que estás linda
y estés linda

casi no vale la pena desearte júbilos
y lealtades
ya que te van a rodear como ángeles o veleros

es obvio y comprensible
que las manzanas y los jazmines
y los cuidadores de autos y los ciclistas
y las hijas de los villeros
y los cachorros extraviados
y los bichitos de san antonio
y las cajas de fósforo
te consideren una de los suyos

de modo que desearte un feliz cumpleaños
podría ser injusto con tus felices
cumplédías

acordate de esta ley de tu vida

si hace algún tiempo fuiste desgraciada
eso también ayuda a que hoy se afirme
tu bienaventuranza

de todos modos para vos no es novedad
que el mundo

y yo
te queremos de veras

pero yo siempre un poquito más que el mundo.

BIENVENIDA

Se me ocurre que vas a llegar distinta
no exactamente más linda
ni más fuerte

ni más dócil

ni más cauta

tan sólo que vas a llegar distinta
como si esta temporada de no verme
te hubiera sorprendido a vos también
quizá porque sabés
cómo te pienso y te enumero

después de todo la nostalgia existe
aunque no lloremos en los andenes fantasmales
ni sobre las almohadas de candor
ni bajo el cielo opaco

yo nostalgio
tú nostalgias
y cómo me revienta que él nostalgie

tu rostro es la vanguardia
tal vez llega primero
porque lo pinto en las paredes
con trazos invisibles y seguros

no olvides que tu rostro
me mira como pueblo
sonríe y rabia y canta
como pueblo
y eso te da una lumbre

inapagable

ahora no tengo dudas
vas a llegar distinta y con señales
con nuevas
con hondura
con franqueza

sé que voy a quererte sin preguntas
sé que vas a quererme sin respuestas.

LOS FORMALES Y EL FRÍO

Quién iba a prever que el amor ese informal
se dedicara a ellos tan formales

mientras almorzaban por primera vez
ella muy lenta y él no tanto
y hablaban con sospechosa objetividad
de grandes temas en dos volúmenes
su sonrisa la de ella
era como un augurio o una fábula
su mirada la de él tomaba nota
de cómo eran sus ojos los de ella
pero sus palabras las de él
no se enteraban de esa dulce encuesta

como siempre o como casi siempre
la política condujo a la cultura
así que por la noche concurrieron al teatro
sin tocarse una uña o un ojal
ni siquiera una hebilla o una manga
y como a la salida hacía bastante frío
y ella no tenía medias
sólo sandalias por las que asomaban
unos dedos muy blancos e indefensos
fue preciso meterse en un boliche

es increíble pero a pesar de todo
él tuvo tiempo para decirse
qué sencillo y también
no importa que el futuro
sea una oscura maleza

la manera tan poco suntuaria
que escogieron sus mutuas tentaciones
fue un estupor alegre
sin culpa ni disculpa

él se sintió optimista
nutrido renovado

tan lejos del sollozo y la nostalgia
tan cómodo en su sangre y en la de ella
tan vivo sobre el vértice de musgo
tan hallado en la espera
que después del amor salió a la noche
sin luna y no importaba
sin gente y no importaba
sin dios y no importaba
a desmontar la anécdota
a comprender la euforia
a recoger su parte del botín

mas su mitad de amor
se negó a ser mitad

y de pronto él sintió
que sin ella sus brazos estaban tan vacíos
que sin ella sus ojos no tenían qué mirar
que sin ella su cuerpo de ningún modo era
la otra copa del brindis

y de nuevo se dijo
qué sencillo
pero ahora
lamentó que el futuro fuera oscura maleza

entonces cómo cómo haré mañana
de dónde sacaré la fuerza y el olvido
para tomar distancia de esta orografía
de esta comarca en paz
de esta patria ganada

apenas y a penas
a tiempo y a dulzura
a ráfagas de amor.

CUERPO DOCENTE

Bien sabía él que la iba a echar de menos
pero no hasta qué punto iba a sentirse deshabitado
no ya como un veterano de la nostalgia
sino como un mero aprendiz de la soledad

es claro que la civilizada preventiva cordura
todo lo entiende y sabe que un holocausto
puede ser ardua pero real prueba de amor
si no hay permiso para lo imposible

en cambio al cuerpo
como no es razonable sino delirante
al pobrecito cuerpo
que no es circunspecto sino imprudente
no le van ni le vienen esos vaivenes
no le importa lo meritorio de su tristeza
sino sencillamente su tristeza

al despoblado desértico desvalido cuerpo
le importa el cuerpo ausente o sea le importa
el despoblado desértico desvalido cuerpo ausente
y si bien el recuerdo enumera con fidelidad
los datos más recientes o más nobles
no por eso los suple o los reemplaza
más bien le nutre el desconsuelo

bien sabía él que la iba a echar de menos
lo que no sabía era hasta qué punto
su propio cuerpo iba a renegar de la cordura

y sin embargo cuando fue capaz
de entender esa dulce blasfemia
supo también que su cuerpo era
su único y genuino portavoz.

SOLEDADES

Ellos tienen razón
esa felicidad
al menos con mayúscula
no existe
ah pero si existiera con minúscula
sería semejante a nuestra breve
presoledad

después de la alegría viene la soledad
después de la plenitud viene la soledad
después del amor viene la soledad

ya sé que es una pobre deformación
pero lo cierto es que en ese durable minuto
uno se siente
solo en el mundo

sin asideros
sin pretextos
sin abrazos
sin rencores
sin las cosas que unen o separan

y en esa sola manera de estar solo
ni siquiera uno se apiada de uno mismo

los datos objetivos son como sigue

hay diez centímetros de silencio
entre tus manos y mis manos
una frontera de palabras no dichas
entre tus labios y mis labios
y algo que brilla así de triste
entre tus ojos y mis ojos

claro que la soledad no viene sola

si se mira por sobre el hombro mustio
de nuestras soledades
se verá un largo y compacto imposible
un sencillo respeto por terceros o cuartos
ese percance de ser buenagente

después de la alegría
después de la plenitud
después del amor
viene la soledad

conforme
pero
qué vendrá después
de la soledad

a veces no me siento
tan solo
si imagino
mejor dicho si sé
que más allá de mi soledad
y de la tuya

otra vez estás vos
aunque sea preguntándote a solas
qué vendrá después
de la soledad.

PERRO CONVALECIENTE

Estaba a duras penas comprendiendo
y me encontré en la calle como perdido
los gritos y bocinas se colaban
insolentes en mi áspera congoja

palpé las cicatrices que dejó tu mirada
ignoraba si era azul o castaño o verdosa
pero la sabía fatalmente buena

de algún modo notaba que aún estaba vivo
que no había sucumbido a una endémica angustia
así que empezaron de nuevo a funcionar
mis articulaciones y mis candores

fue sólo entonces que olfateé el mundo
como un perro convalciente
y sentí que a ese aire concurrían
rostros y móviles y sombras y manos
que aquí y allá empezaban a sonar
rebeldías como vientos armándose
y también que muchísimas piernas se apoyaban
sobre las muertes y los sacrificios
y empezaban a andar y caminábamos

y aunque estaba en la calle como perdido
perro convalciente que lame sus heridas
de pronto supe que tu ausencia y yo
estábamos rodeados por un abrazo prójimo
y sin pensarlo dos veces me fui
con tu ausencia y con ellos
a faenar desconsuelos
a bregar otra vez por el hombre.

FUNDACIÓN DEL RECUERDO

No es exactamente como fundar una ciudad
sino más bien como fundar una dinastía

el recuerdo tiene manos nubes estribillos
calles y labios árboles y pasos
no se planifica con paz ni compás
sino con una sarta de esperanzas y delirios

un recuerdo bien fundado
un recuerdo con cimientos de solo
 que con todo su asombro busca el amor
 y lo encuentra de a ratos o de a lustros
puede durar un rumbo o por lo menos
volver algunas noches a cavar su dulzura

en realidad no es como fundar una dinastía
sino más bien como fundar un estilo

un recuerdo puede tener mejillas
 y canciones y bálsamos
ser una fantasía que de pronto
 se vuelve vientre o pueblo
quizá una lluvia verde
 tras la ventana compartida
o una plaza de sol
 con puños en el aire

un recuerdo sólidamente fundado
fatalmente se acaba si no se lo renueva
es decir es tan frágil que dura para siempre
porque al cumplirse el plazo lo rescatan
los viejos reflectores del insomnio

bueno tampoco es como fundar un estilo
sino más bien como fundar una doctrina

un recuerdo amorosamente fundado
nos limpia los pulmones nos aviva la sangre
nos sacude el otoño nos renueva la piel
y a veces convoca lo mejor que tenemos
el trocito de hazaña que nos toca cumplir

y es claro un recuerdo puede ser un escándalo
que a veces nos recorre como un sol de franqueza
como un alud de savia como un poco de magia
como una palma de todos los días
que de repente se transforma en única

pensándolo mejor
quizá no sea como fundar una doctrina
sino más bien como fundar un sueño.

CANCIONES DE AMOR
Y DESAMOR

ESTADOS DE ÁNIMO

*A veces me siento
como un águila en el aire*
(de una canción de PABLO MILANÉS)

Unas veces me siento
como pobre colina
y otras como montaña
de cumbres repetidas

unas veces me siento
como un acantilado
y en otras como un cielo
azul pero lejano

a veces uno es
manantial entre rocas
y otras veces un árbol
con las últimas hojas

pero hoy me siento apenas
como laguna insomne
con un embarcadero
ya sin embarcaciones

una laguna verde
inmóvil y paciente
conforme con sus algas
sus musgos y sus peces

sereno en mi confianza
confiado en que una tarde
te acerques y te mires
te mires al mirarme.

CHAU NÚMERO TRES

Te dejo con tu vida
tu trabajo
tu gente
con tus puestas de sol
y tus amaneceres

sembrando tu confianza
te dejo junto al mundo
derrotando imposibles
segura sin seguro

te dejo frente al mar
descifrándote a solas
sin mi pregunta a ciegas
sin mi respuesta rota

te dejo sin mis dudas
pobres y malheridas
sin mis inmadureces
sin mi veteranía

pero tampoco creas
a pie juntillas todo
no creas nunca creas
este falso abandono

estaré donde menos
lo esperes
por ejemplo
en un árbol añoso
de oscuros cabeceos

estaré en un lejano
horizonte sin horas
en la huella del tacto
en tu sombra y mi sombra

estaré repartido
en cuatro o cinco pibes
de esos que vos mirás
y enseguida te siguen

y ojalá pueda estar
de tu sueño en la red
esperando tus ojos
y mirandoté.

HAGAMOS UN TRATO

*Cuando sientas tu herida sangrar
cuando sientas tu voz sollozar
cuenta conmigo*
(de una canción de CARLOS PUEBLA)

Compañera
usted sabe
que puede contar
conmigo
no hasta dos
o hasta diez
sino contar
conmigo

si alguna vez
advierte
que la miro a los ojos
y una veta de amor
reconoce en los míos
no alerte sus fusiles
ni piense qué delirio
a pesar de la veta
o tal vez porque existe
usted puede contar
conmigo

si otras veces
me encuentra
huraño sin motivo
no piense qué flojera
igual puede contar
conmigo

pero hagamos un trato
yo quisiera contar
con usted

 es tan lindo
saber que usted existe
uno se siente vivo
y cuando digo esto
quiero decir contar
aunque sea hasta dos
aunque sea hasta cinco
no ya para que acuda
presurosa en mi auxilio
sino para saber
a ciencia cierta
que usted sabe que puede
contar conmigo.

SABERTE AQUÍ

Podés querer el alba
cuando quieras
he conservado intacto
tu paisaje
podés querer el alba
cuando ames
venir a reclamarte
como eras

aunque ya no seas vos
aunque mi amor te espere
quemándose en tu azar
y tu sueño sea eso
y mucho más

esta noche otra noche
aquí estarás
y cuando gima el tiempo
giratorio
en esta paz ahora
dirás
quiero esta paz

ahora podés
venir a reclamarte
penetrar en tu noche
de alegre angustia
reconocer tu tibio
corazón sin excusas
los cuadros
las paredes
saberte aquí

he conservado intacto
tu paisaje
pero no sé hasta dónde
está intacto sin vos

podés querer el alba
cuando quieras
venir a reclamarte
como eras
aunque el pasado sea
despiadado
y hostil

aunque contigo traigas
dolor y otros milagros
aunque seas otro rostro
de tu cielo hacia mí.

INTIMIDAD

Soñamos juntos
juntos despertamos
el tiempo hace o deshace
mientras tanto

no le importan tu sueño
ni mi sueño
somos torpes
o demasiado cautos

pensamos que no cae
esa gaviota
creemos que es eterno
este conjuro
que la batalla es nuestra
o de ninguno

juntos vivimos
sucumbimos juntos

pero esa destrucción
es una broma
un detalle una ráfaga
un vestigio
un abrirse y cerrarse
el paraíso

ya nuestra intimidad
es tan inmensa
que la muerte la esconde
en su vacío

quiero que me relates
el duelo que te callas

por mi parte te ofrezco
mi última confianza

estás sola
estoy solo
pero a veces
puede la soledad
ser
una llama.

NO TE SALVES

No te quedes inmóvil
al borde del camino
no congeles el júbilo
no quieras con desgana
no te salves ahora
ni nunca

no te salves
no te llenes de calma
no reserves del mundo
sólo un rincón tranquilo
no dejes caer los párpados
pesados como juicios
no te quedes sin labios
no te duermas sin sueño
no te pienses sin sangre
no te juzgues sin tiempo

pero si
pese a todo
no puedes evitarlo

y congelas el júbilo
y quieres con desgana
y te salvas ahora
y te llenas de calma
y reservas del mundo
sólo un rincón tranquilo
y dejas caer los párpados
pesados como juicios
y te secas sin labios
y te duermes sin sueño
y te piensas sin sangre
y te juzgas sin tiempo
y te quedas inmóvil
al borde del camino
y te salvas

entonces
no te quedes conmigo.

ROSTRO DE VOS

Tengo una soledad
tan concurrida
tan llena de nostalgias
y de rostros de vos
de adioses hace tiempo
y besos bienvenidos
de primeras de cambio
y de último vagón

tengo una soledad
tan concurrida
que puedo organizarla
como una procesión
por colores
tamaños
y promesas
por época

por tacto
y por sabor

sin un temblor de más
me abrazo a tus ausencias
que asisten y me asisten
con mi rostro de vos

estoy lleno de sombras
de noches y deseos
de risas y de alguna
maldición

mis huéspedes concurren
concurren como sueños
con sus rencores nuevos
su falta de candor
yo les pongo una escoba
tras la puerta
porque quiero estar solo
con mi rostro de vos

pero el rostro de vos
mira a otra parte
con sus ojos de amor
que ya no aman
como víveres
que buscan a su hambre
miran y miran
y apagan mi jornada

las paredes se van
queda la noche
las nostalgias se van
no queda nada

ya mi rostro de vos
cierra los ojos

y es una soledad
tan desolada.

TE QUIERO

Tus manos son mi caricia
mis acordes cotidianos
te quiero porque tus manos
trabajan por la justicia

si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos

tus ojos son mi conjuro
contra la mala jornada
te quiero por tu mirada
que mira y siembra futuro

tu boca que es tuya y mía
tu boca no se equivoca
te quiero porque tu boca
sabe gritar rebeldía

si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos

y por tu rostro sincero
y tu paso vagabundo
y tu llanto por el mundo
porque sos pueblo te quiero

y porque amor no es aureola
ni cándida moraleja

y porque somos pareja
que sabe que no está sola

te quiero en mi paraíso
es decir que en mi país
la gente viva feliz
aunque no tenga permiso

si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos.

TODAVÍA

No lo creo todavía
estás llegando a mi lado
y la noche es un puñado
de estrellas y de alegría

palpo gusto escucho y veo
tu rostro tu paso largo
tus manos y sin embargo
todavía no lo creo

tu regreso tiene tanto
que ver contigo y conmigo
que por cábala lo digo
y por las dudas lo canto

nadie nunca te reemplaza
y las cosas más triviales
se vuelven fundamentales
porque estás llegando a casa

sin embargo todavía
dudo de esta buena suerte

porque el cielo de tenerte
me parece fantasía

pero venís y es seguro
y venís con tu mirada
y por eso tu llegada
hace mágico el futuro

y aunque no siempre he entendido
mis culpas y mis fracasos
en cambio sé que en tus brazos
el mundo tiene sentido

y si beso la osadía
y el misterio de tus labios
no habrá dudas ni resabios
te querré más
todavía.

USTEDES Y NOSOTROS

Ustedes cuando aman
exigen bienestar
una cama de cedro
y un colchón especial

nosotros cuando amamos
es fácil de arreglar
con sábanas qué bueno
sin sábanas da igual

ustedes cuando aman
calculan interés
y cuando se desaman
calculan otra vez

nosotros cuando amamos
es como renacer
y si nos desamamos
no la pasamos bien

ustedes cuando aman
son de otra magnitud
hay fotos chismes prensa
y el amor es un boom

nosotros cuando amamos
es un amor común
tan simple y tan sabroso
como tener salud

ustedes cuando aman
consultan el reloj
porque el tiempo que pierden
vale medio millón

nosotros cuando amamos
sin prisa y con fervor
gozamos y nos sale
barata la función

ustedes cuando aman
al analista van
él es quien dictamina
si lo hacen bien o mal

nosotros cuando amamos
sin tanta cortedad
el subconsciente piola
se pone a disfrutar

ustedes cuando aman
exigen bienestar

una cama de cedro
y un colchón especial

nosotros cuando amamos
es fácil de arreglar
con sábanas qué bueno
sin sábanas da igual.

EPÍLOGOS MÍOS

de todos modos, yo soy otro

JUAN GELMAN

VAS Y VENÍS

a luz

De carrasco a aeroparque y viceversa
vas y venís con libros y bufandas
y encargos y propósitos y besos

tenés gusto a paisito en las mejillas
y una fe contagiosa en el augurio

vas y venís como un péndulo cuerdo
como un comisionista de esperanzas
o como una azafata voluntaria
tan habituada estás a los arribos
y a las partidas un poquito menos

quién iba a imaginar cuando empezábamos
la buena historia hace veintiocho años
que en un apartamento camarote
donde no llega el sol pero vos sí
íbamos a canjear noticia por noticia
sin impaciencia ya como quien suma

y cuando te dormís y yo sigo leyendo
entre cuatro paredes algo ocurre

estás aquí dormida y sin embargo
me siento acompañado como nunca.

COMO ÁRBOLES

Quién hubiera dicho
que estos poemas de otros
iban a ser
 míos

después de todo hay hombres que no fui
 y sin embargo quise ser
si no por una vida al menos por un rato
 o por un parpadeo

en cambio hay hombres que fui
 y ya no soy ni puedo ser
y esto no siempre es un avance
 a veces es una tristeza

hay deseos profundos y nonatos
 que prolongué como coordinadas
hay fantasías que me prometí
 y desgraciadamente no he cumplido
y otras que me cumplí sin prometérmelas

hay rostros de verdad
que alumbraron mis fábulas
rostros que no vi más pero siguieron
 vigilándome desde
 la letra en que los puse

hay fantasmas de carne otros de hueso
también los hay de lumbre y corazón
o sea cuerpos en pena almas en júbilo
que vi o toqué o simplemente puse
a secar
 a vivir
 a gozar
 a morirse
pero además está lo que advertí de lejos

yo también escuché una paloma
que era de otros diluvios
yo también destrocé un paraíso
que era de otras infancias
yo también gemí un sueño
que era de otros amores

así pues
desde este misterioso confín de la existencia
los otros me ampararon como árboles
con nidos o sin nidos
poco importa
no me dieron envidia sino frutos

esos otros están
aquí

sus poemas
son mentiras de a puño
son verdades piadosas

están aquí
rodeándome
juzgándome
con las pobres palabras que les di

hombres que miran tierra y cielo
y a través de la niebla
o sin sus anteojos
también a mí me miran
con la pobre mirada que les di

son otros que están fuera de mi reino
claro
pero además
estoy en ellos

ya que existen tantos Otros verdaderos
que viven enredados atrapados
 por el pago al contado de sus odios
 por el cheque cruzado de sus odios
 por la loca carrera de sus odios
bueno entonces yo en el trance
de sentirme una vez poderoso
algo así como un vicediós
 en ejercicio de la diosencia
en ese trance digo
de fabricar modestos y desprolijos Otros míos
Otros artesanales Otros casi caseros
con los nudos y sueños a la vista
no se me dio en el forro etc. etc.
o sea no quise
crear nuevos seres odiantes y odiables
sino hombres y mujeres queribles y querientes

bueno
una respuesta podría ser ésa

pero
como es natural
hay muchas
 otras

a vos
lector mi prójimo
qué te parece.

POR SUERTE SOMOS OTROS

Por el desfiladero inclemente y reseco
avanzamos a pobres estallidos
a opacos y alunados madrugones
a otoños inhibidos por un cielo grisáceo

a veces penetramos sin querer en la fiebre
como en una falsa vacación o delirio
pero si intentamos levantar un brazo
las bisagras crujen como antiguos rencores
y sudamos blasfemias y melancolías

somos en realidad otro desconocido
un tipo más que ignora cuándo va a tocar fondo
si en el breve mayo de las hojas secas
o en el laxo febrero de nostalgia soleada

un desconocido un pájaro que emigra
de su propio corazón un signo
que de a poco se va desdibujando
se va olvidando de su propio trazo

un desconocido un pañuelo blanco
que dice adiós a nadie a nadie a nadie
como si nadie hubiera para juntar recuerdos
para llegar a despedir al solo

un desconocido de quien no se sabe
por qué y con quién puede aún asombrarse
un resto de naufragio un capricho
de pedernal miedo que esparce a veces
semillas de coraje silencios alaridos

sólo un desconocido somos eso
algún remoto de nosotros mismos
un morral de prejuicios una bomba de tiempo
que nos explota en medio
de la aleluya o del bostezo

quizá esté ahí la clave

si nos sabemos magros
y ausentes y un poco traicionados
por cautelas y pautas y grandes plataformas

si adquirimos en cómodas cuotas el desastre
y empuñamos la angustia como un hacha de piedra
y además si en las duras transacciones
de cerebro a conciencia y viceversa
vacilamos y después vacilamos
y cuando el cielo escupe fuego y mierda
nos refugiamos bajo el mosquitero
y además si en el páramo ancho del insomnio
sobrevivimos a nuestro egoísmo
y nos desayudamos a vivir
y no reorganizamos la verdad
como un plan quinquenal o un orgasmo

cómo entonces si estamos tan ajenos
en nuestro traje y en nuestro esqueleto
si lo que pudimos haber sido nos vela
como un guardián de mirada implacable
memorioso guardián faro en lo abstracto
cómo entonces no cambiarnos en Otros

cómo no introducir de contrabando en ellos
las tempestades que no detestamos
los datos del amor inaccesible
los odios nobles y descomunales
ese acompañamiento del amor
que no nos atrevimos a sangrar

libres para ser Otros ni ángel ni desángel
sólo nuestra verdad imperfecta y radiante
la verdad aventura que nunca se repite
y sin embargo puede atravesarnos
como una flecha o una ideología

y no es tarea vana
inventar Otros
que tienen por supuesto rasgos nuestros
textura nuestra cicatrices nuestras
más dos o tres barbaridades llanas

y más amor que nuestro más amor
esa caricatura de nuestros imposibles
a veces nos contagia contamina
de vida nuestros pasos malmurientes

nos da confianza júbilo certezas
sinceridad hasta decirnos basta
punto final al miedo miedo a punto

y una noche sin mar ni pesadillas
los Otros
 esos Otros que inventamos
los Otros nos inventan nos recrean
a su imagen y a su semejanza
nos convencen de que al fin somos Otros
y somos Otros claro
por suerte somos Otros.

ÁNGELUS PORTEÑO

a raúl y tona

Me he quedado junto al árbol
veterano y cordial en su sabiduría

un pibe alegre y andrajoso
corre y recorre el sendero sin nadie

en la gramilla blanda y celestina
dos adolescentes aprenden a besarse
y ya casi lo saben

abajo pasan autos
rojos verdes azules

en la tarde hay un pozo de silencios
y uno espera que hable el campanario

de pronto entre los grandes edificios
la bomba estalla como una desmentida

claro el pibe en andrajos se detiene
con un pie sorprendido en el aire

la pareja se desbesa de a poco
un auto verde frena como quejándose

al árbol
no se le mueve ni una hoja.

SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA

A instancias de mis amigos cuerdos y cautelosos
que ya no saben si diagnosticarme
prematureo candor o simple chifladura
abro el expediente de mi optimismo
y uno por uno repaso los datos

allá en el paisito quedó mi casa
con mi gente mis libros y mi aire
desde sus ventanas grandes conmovedoras
se ven otras ventanas y otras gentes
se oye cómo pasa aullando la muerte
son los mismos aullidos verdes y azules son
los que acribillaron a mis hermanos

los cementerios están lejos pero
los hemos acercado con graves excursiones
detrás de primaveras y ataúdes
y de sueños quebrados
y de miradas fijas

los calabozos están lejos pero
los hemos acercado a nuestro invierno

sobre un lecho de odios duermen sin pesadillas
muchachos y muchachas que arribaron juntos
a la tortura y a la madurez
pero hay que aclarar que otros otros los sueñan
noche a noche en las casas oscuras y a la espera

la gente
la vulgar y la silvestre
no los filatélicos de hectáreas y vaquitas
va al exilio a cavar despacio su nostalgia
y en las calles vacías y furiosas
queda apenas uno que otro mendigo
para ver como pasa el presidente

en la cola del hambre nadie habla
de fútbol ni de ovnis
hay que ahorrar argumentos
y saliva y las criaturas que iban a nacer
regresan con espanto al confort de la nada

ésta es la absurda foja de mi duro optimismo
prematureo candor o simple chifladura
lo cierto es que debajo de estas calamidades
descubro una sencilla descomunal ausencia

cuando los diez tarados mesiánicos de turno
tratan de congregar la obediente asamblea
el pueblo no hace quorum

por eso
porque falta sin aviso
a la convocatoria de los viejos blasfemos
porque toma partido por la historia
y no tiene vergüenza de sus odios
por eso aprendo y dicto mi lección de optimismo
y ocupo mi lugar en la esperanza.

LETRAS DE
EMERGENCIA

1969-1973

VERSOS PARA CANTAR

a nacha guevara y alberto favero

NOTA

Con una sola excepción (“Las ocho viudas”), estos “Versos para cantar” han sido incorporados al repertorio de uno u otro de los siguientes cantantes populares: Nacha Guevara, Daniel Viglietti, Los Olimareños, Numa Moraes, Gianfranco Pagliaro, Soledad Bravo, Carlos Fasano, Dianne Denoir y Washington Carrasco.

Integran el repertorio de Nacha Guevara las siguientes canciones: “Alguien”, “Seré curioso” (con el título “¿De qué se ríe?”), “Tu quebranto”, “Tango para un fin de siesta” (con el título: “Fin de siesta”), “La secretaria ideal” (con el título: “Yo soy la secretaria”), “Allá enfrente”, “Me sirve y no me sirve”, “Vamos juntos”, “Las palabras”, “Cielito de los muchachos” (con el título: “Triunfo de los muchachos”), “Orientalito” (con el título: “Argentinito”) y “Vidalita por las dudas”. Con excepción de las dos últimas, todas estas canciones tienen música de Alberto Favero. La partitura de “Argentinito” es de Valentín F. Favero. La de “Vidalita por las dudas” se basa en un tema popular. Las cinco primeras canciones mencionadas antes, más la vidalita, integran (juntamente con varias otras, creadas a partir de mis *Poemas de la oficina*, escritos en 1956 y no incluidos en este volumen porque evidentemente no eran temas de emergencia) el espectáculo, el long-play y la cassette *Nacha canta Benedetti*. “Argentinito” fue incluido en el long-play *Canciones para mis hijos*, también de Nacha. “Me sirve y no me sirve” y “Vamos juntos” integran un disco, y además fueron incluidos en el álbum *Las mil y una Nachas*, grabado en vivo del espectáculo del mismo nombre.

“Orientalito”, con música de Numa Moraes, integra asimismo el repertorio de este cantante uruguayo, quien también canta o puso música a: “Cielito del 26”, “Pobre señor”, “Milonga del Oriental” y “Cielo del 69”. Esta última

es cantada por Los Olimareños, e integra el long-play de este título. “Cielito de los muchachos”, con música de Daniel Viglietti, es cantada por este artista y figura en su long-play *Canciones chuecas*. “Seré curioso” o “¿De qué se ríe?” también es interpretada por el cantante ítalo-argentino Gianfranco Pagliaro y por la venezolana Soledad Bravo. Carlos Fasano interpreta “Balada de los helicópteros” y “Chau”. Washington Carrasco canta “Seré curioso”, con música propia. “No me pongas la capucha” fue compuesta para la cantante Dianne Denoir. “Las viejitas democráticas”, con música de Manolo Guardia, integró la comedia musical *Mónica pone el hombro*, de Elina Berro, por Club de Teatro.

M.B.

CIELO DEL 69

Cielito cielo que sí
cielo del sesenta y nueve
con el arriba nervioso
y el abajo que se mueve

que vengan o que no vengan
al pueblo nadie lo asfixia
que acabe la caridad
y que empiece la justicia

que la luna llena brille
que acabe la cuenta llena
que empiece el cuarto menguante
y que mengüe por las buenas

o por las malas sinó
o por las peores también
el mango vayan soltando
ya no existe la sartén

cielito cielo que sí
cielo del sesenta y nueve
con el arriba nervioso
y el abajo que se mueve

que vengan o que no vengan
sabrán igual la noticia
se acabó la caridad
ya va a empezar la justicia

Cuando hacen fuego me dicen
que están contra la violencia

me dicen cuando dan muerte
que sientan jurisprudencia

cielito cielo que no
cielito qué le parece
borrar y empezar de nuevo
y empezar pese a quien pese

mejor se ponen sombrero
que el aire viene de gloria
si no los despeina el viento
los va a despeinar la historia

cielito cielo que sí
cielo del sesenta y nueve
con el arriba nervioso
y el abajo que se mueve

cielito cielo que sí
cielo lindo linda nube
con el arriba que baja
y el abajo que se sube.

MILONGA DEL ORIENTAL

Cuando el presente castigas
cuando el pasado te nombra
para algunos sos la sombra
para nosotros
Artigas

estuviste con el pobre
te alzaste contra los amos
lo que es nuestro reclamamos
no queremos lo que sobre

fuiste y serás la conciencia
para el tiempo que se viene
verás el sabor que tiene
la segunda independencia

el gringo y el oligarca
con su dólar y sus ocios
que se vayan como socios
y nos dejen la comarca

como es público y notorio
sueñan un sueño de susto
su pesadilla es tu justo
Reglamento Provisorio

te nombran de mala gana
el oligarca y el gringo
un Artigas de domingo
no el de toda la semana

pero el Artigas de veras
señor de los cimarrones
con banderas en girones
y acciones como banderas

ahora que en la patria herida
la libertad está trunca
a ése no lo nombran nunca
porque es reguero de vida

cuando el presente castigas
cuando el pasado te nombra
para algunos sos la sombra
para nosotros
Artigas

no el Artigas oficial
sino el que en su pueblo oficia

el que trazó la justicia
Artigas el Oriental.

VIDALITA POR LAS DUDAS

Las voces de abajo
vidalítá
están casi mudas
pero los gendarmes
vidalítá
matan por las dudas

no saben en dónde
vidalítá
se enredó el enredo
por las dudas llevan
vidalítá
chalecos de miedo

dudan los dudosos
vidalítá
duda poca gente
dudan los esbirros
vidalítá
duda el presidente

pero si supieran
vidalítá
lo que el pueblo sabe
ya no dudarían
vidalítá
qué duda te cabe

conseguir lo justo
vidalítá
cuesta dios y ayuda

pero se consigue
vidalitá
no te quepa duda

yo tan sólo dudo
vidalitá
cuándo es más barato
si para mañana
vidalitá
o dentro de un rato.

ALGUIEN

Alguien limpia la celda
de la tortura
que no quede la sangre
ni la amargura

alguien pone en los muros
el nombre de ella
ya no cabe en la noche
ninguna estrella

alguien limpia su rabia
con un consejo
y la deja brillante
como un espejo

alguien piensa hasta cuándo
alguien camina
suenan lejos las risas
una bocina

y un gallo que propone
su canto en hora
mientras sube la angustia
la voladora

alguien piensa en afuera
que allá no hay plazo
piensa en niños de vida
y en un abrazo

alguien quiso ser justo
no tuvo suerte
es difícil la lucha
contra la muerte

alguien limpia la celda
de la tortura
lava la sangre pero
no la amargura.

SERÉ CURIOSO

En una exacta
foto del diario
señor ministro
del imposible

vi en pleno gozo
y en plena euforia
y en plena risa
su rostro simple

seré curioso
señor ministro
de qué se ríe
de qué se ríe

de su ventana
se ve la playa
pero se ignoran
los cantegriles

tienen sus hijos
ojos de mando
pero otros tienen
mirada triste

aquí en la calle
suceden cosas
que ni siquiera
pueden decirse

los estudiantes
y los obreros
ponen los puntos
sobre las íes

por eso digo
señor ministro
de qué se ríe
de qué se ríe

usted conoce
mejor que nadie
la ley amarga
de estos países

ustedes duros
con nuestra gente
por qué con otros
son tan serviles

cómo traicionan
el patrimonio
mientras el gringo
nos cobra el triple

cómo traicionan
usted y los otros

los adulones
y los seniles

por eso digo
señor ministro
de qué se ríe
de qué se ríe

aquí en la calle
sus guardias matan
y los que mueren
son gente humilde

y los que quedan
llorando rabia
seguro piensan
en el desquite

allá en la celda
sus hombres hacen
sufrir al hombre
y eso no sirve

después de todo
usted es el palo
mayor de un barco
que se va a pique

seré curioso
señor ministro
de qué se ríe
de qué se ríe.

LAS OCHO VIUDAS

El senador murió y sus viudas
lloran por orden de alfabeto

es la emulsión de muchas dudas
de buen humor y de respeto

llora Alejandra sin empaque
pero su llanto en demasía
no vale demasiado ya que
lloraba así cuando él vivía

Amalia llora y echa el resto
dicen que era la favorita
es Amalita por supuesto
la que se ha puesto más malita

el senador murió y sus viudas
lloran por orden de alfabeto
es la emulsión de muchas dudas
de buen humor y de respeto

llora asomada en su ventana
la veterana Blanca Antonia
es claro que por veterana
llora con cierta parsimonia

el llanto cuarto es Federica
siente un dolor aquí en el plexo
y mientras llora se dedica
a las labores de su sexo

el senador murió y sus viudas
lloran por orden de alfabeto
es la emulsión de muchas dudas
de buen humor y de respeto

con una lágrima cuadrada
lloran los ojos de Gregoria
se acuerda de una bofetada
su lágrima es tan meritoria

el sexto llanto se hace fuerte
porque son lágrimas de Hortensia
su llanto es grito mas por suerte
llora con cierta intermitencia

el senador murió y sus viudas
lloran por orden de alfabeto
es la emulsión de muchas dudas
de buen humor y de respeto

bien instalada en su quebranto
llora su pena Magdalena
Magdalena no llores tanto
mientras comés a boca llena

llora por fin Olga y se afloja
y antes de que llegue al escote
el llanto púdico le moja
la parte izquierda del bigote

por fin se acaba tanto duelo
duró veinticinco minutos
cada nariz en su pañuelo
qué lindos son los ocho lutos

el senador murió y no se halla
quien llore ya por la noticia
ha comenzado la batalla
por la pensión alimenticia.

BALADA DE LOS HELICÓPTEROS

Tu mano en mi mano
tu todo en mi poco

y en el cielo ajeno
buitres helicópteros

mi hermano que huye
por todo el otoño

y en el cielo ajeno
buitres helicópteros

los abuelos callan
sus bodas de oro

y en el cielo ajeno
buitres helicópteros

falta con aviso
el ángel custodio

y en el cielo ajeno
buitres helicópteros

instrucción primera
no cerrar los ojos

y en el cielo ajeno
buitres helicópteros

instrucción segunda
no cerrar el odio

y en el cielo ajeno
buitres helicópteros

repasar nostalgias
para hacer acopio

y en el cielo ajeno
buitres helicópteros

no decir maldito
no pensar socorro

y en el cielo ajeno
buitres helicópteros

apretar los dientes
respirar de incógnito

y en el cielo ajeno
buitres helicópteros

somos mil arrugas
de un sagrado rostro

y en el cielo ajeno
buitres helicópteros

somos nadie y somos
tan sólo nosotros

y en el cielo ajeno
buitres helicópteros

somos viva el aire
todos sospechosos

y en el cielo ajeno
buitres helicópteros

todos sospechables
ellos y nosotros

una tarde de éstas
cambiará el piloto.

TU QUEBRANTO

Tu voz no quiere cantar
tu voz se esconde en el llanto
si pregunto tu quebranto
es sólo por preguntar

desde que tu pena existe
como un ileso sentido
todo está triste y cumplido
todo está cumplido y triste

no tiene melancolía
el limpio dolor que tienes
ya no te quedan rehenes
para obtener la alegría

tu voz no quiere cantar
tu voz se esconde en el llanto
si pregunto tu quebranto
es sólo por preguntar

tu pena no es tu tortura
tu pena es tu peregrina
quién sabe cómo termina
si termina tu aventura

tu pena es un cautiverio
sin mar sin cielo y sin rosas
por sobre todas las cosas
tu pena es como misterio

tu voz no quiere cantar
tu voz se esconde en el llanto
si pregunto tu quebranto
es sólo por preguntar

tu voz se calla por sabia
y ese silencio es mejor
si tu dolor no es dolor
es que tu dolor es rabia

tu dolor es una espada
que hiere o corta o libera
tu pena es una manera
de vencer la madrugada

tu voz no quiere cantar
tu voz se esconde en el llanto
si pregunto tu quebranto
no me vas a contestar.

TANGO PARA UN FIN DE SIESTA

El sol pesa menos
que una sombra en pena
la nube se esconde
la tarde se enmienda

el sol pesa menos
pero igual se queda
pasa algo sencillo
se acabó la siesta

el viento nuevito
pide santo y seña
las hojas se mueven
pero con cautela

los muros rebeldes
entran en sospecha
pasa algo sencillo
se acabó la siesta

la paz era breve
breve la paciencia
ya lo saben todos
sálvese quien pueda

regalo del hambre
don de la miseria
pasa algo sencillo
se acabó la siesta

el cielo está en duda
la ley está en quiebra
los futuros libres
nacen dondequiera

nacen como nunca
crecen con urgencia
pasa algo sencillo
se acabó la siesta

el sol pesa menos
que una calma en pena
y no obstante ahora
todo aquí se incendia

en la tarde herida
y en la vida abierta
pasa algo sencillo
se acabó la siesta.

CIELITO DE LOS MUCHACHOS

Están cambiando los tiempos
para bien o para mal
para mal o para bien
nada va a quedar igual

cielito cielo que sí
con muchachos dondequiera
mientras no haya libertad
se aplaza la primavera

se posterga para cuando
lleguen los años frutales
y del podrido poder
se bajen los carcamales

cielito cielo cielito
cielito a la descubierta
las botas del miedo pasan
por una calle desierta

viejos están y qué solos
qué ministros y qué viejos
tienen los pesos aquí
pero los dólares lejos

cielito cielo no importa
tienen miedo y es bastante
conocen que ya hace mucho
la historia sigue adelante

los tiempos están cambiando
están cambiando qué bueno
siempre el mundo será ancho
pero ya no será ajeno

cielito cielo qué joven
está el cielo en rebeldía
qué verde viene la lluvia
qué joven la puntería

se pone joven el tiempo
y acepta del tiempo el reto

qué suerte que el tiempo joven
le falte al tiempo el respeto

cielito del ganapán
cielito del ganavinos
cielito del cierrapuños
cielo del abrecaminos

están cambiando los tiempos
para bien o para mal
para mal o para bien
nada va a quedar igual

nada va a quedar igual
cielito pero qué suerte
dejennós la pobre vida
guardensé la rica muerte.

LA SECRETARIA IDEAL

Yo soy la secretaria
ideal.

Mi jefe es elegante,
mi jefe es tan discreto,
es alto, distinguido,
es un jefe completo.

Cuando viene y me ordena:
“una copia textual”,
yo soy la secretaria
ideal.

Mi jefe tiene esposa,
dos hijos y tres criadas.
La esposa por lo menos
no lo comprende nada.

Cuando él viene y me dice:
“somos tal para cual”,
yo soy la secretaria
ideal.

Mi jefe tiene un mustang
y algún apartamento
donde vamos a veces
yo y su remordimiento.

Entonces lo conformo:
“es pecado venial”,
yo soy la secretaria
ideal.

Mi jefe se comporta
como un tipo maduro,
la panza disimula
cuando viste de oscuro.

Y si bosteza y dice:
“hoy no, me siento mal”,
yo soy la secretaria
ideal.

Cuando se va mi jefe,
mi jefe ese hombre viejo,
yo me desarmo y quedo
sola frente al espejo.

Y a mí misma me digo
el cansado ritual:
“Yo soy la secretaria
ideal.”

POBRE SEÑOR

Pobre señor presidente
ya no hay nadie que lo aguante
nunca hubo aquí gobernante
con menos dedos de frente

pobre tirano casero
tan pacheco y tan porfiado
mandón pero bienmandado
si el que manda es un banquero

pobre jerarca aprendiz
tan terco ensoberbecido
tan solo y desentendido
de la gente y del país

pobre y grave mandamás
tan llenador y tan hueco
tan púgil y tan pacheco
y tan sin pueblo detrás

pobre jorge que termina
y ya rumia su condena
en la estancia de anchorena
o en la paz de su piscina

pobre terco que especula
no aflojar cueste a quien cueste
pero no es garra celeste
sino técnica de mula

cuando lo dejan sus fieles
o le pegan revolcones
visita los batallones
y añora sus reverbeles

pobre dictador perdido
tras los miedos de su quinta
presidente pura pinta
tan violento y repetido

pobre primer mandatario
tan joven y tan reseco
tan tozudo y tan areco
tan pedante y tan otario

pobre señor cuando luce
tan mediocre en su tarea
uno comprende que sea
primo hermano de lanusse

y ya que todo le falla
y no hay que tener rencor
yo opino que lo mejor
lo mejor es que se vaya.

CIELITO DEL 26

Cielito cielo que sí
cielito del 26
las nubes van allá arriba
la tierra bajo los pies

que haya espesos nubarrones
en el fondo poco importa
esto se va a despejar
a la larga o a la corta

a la corta comonó
porque el viento no se frena
el viento viento de pueblo
pueblo trae enhorabuena

la rosca con sus rosqueros
siempre nos dan mala espina
se llevan lo mejorcito
nacionalizan la ruina

cielito cielo que sí
cielito del 26
ya no se puede dejarlo
dejarlo para después

cielito cielo que no
cielito qué me comenta
no quiero ver en mi cielo
tantos pájaros de cuenta

aquí va pueblo y más pueblo
a luchar codo con codo
mientras la rosca temblando
le reza a San Acomodo

también a San Privilegio
y a la Santa Represión
sigan rezando que viene
la Santa Revolución

cielito cielo cielito
cielito del hombre nuevo
cuando no estemos nosotros
estará pronto el relevo

cielito cielo que no
se nos termina el aguante
y esto no lo dice el cielo
lo dicen los militantes

ya no pedimos socorro
ahora apretamos los dientes

cielito del 26
también es cielo del Frente

ahora apretamos los puños
porque es nuestra la pelea
vamos a ganar la paz
con paz o con lo que sea

cielito cielo ya basta
de ladrones de levita
no nos asustan los chanchos
ni tampoco las chanchitas

cielito cielo que sí
cielito del 26
ya no se puede dejarlo
dejarlo para después

la gente ya se cansó
de quedarse con las ganas
las bases son en el Frente
la presencia soberana

cielito cielo cielito
como era de suponer
somos modestos queremos
sólo pueblo en el poder.

CHAU

Ché banquero gobernante
mirá que la historia es terca
y esta vez sí se te acerca
la obligación del espiente

andá haciendo el equipaje
ligerito te conviene

mirá que el incendio viene
aprontate para el raje

alejate de estas llamas
total te morís de risa
tenés dólares en Suiza
Nueva York y Las Bahamas

vos que sos de clase alta
cachá las pilchas y andate
tenés avión tenés yate
locomoción no te falta

vos que tenés buena estampa
y vestís a lo peirano
andá buscando escribano
que legalice tu trampa

pero eso sí hazelo pronto
no te tirés al senado
mirá que el pueblo estafado
no tiene pelo de tonto

y a lo mejor se calienta
y te obliga a que te quedés
mirá que a todos ustedes
habrá que pedirles cuenta

y a vos y a tu comandita
especialista en calote
si los pescan del cogote
les van a chapar la guita

chupamedias del Imperio
andate si te incomoda
que aquí se acabó la joda
y empieza la cosa en serio.

LAS VIEJITAS DEMOCRÁTICAS

Nosotras las viejitas democráticas
ni huesos conseguimos para el caldo
pero como escuchamos Radio Carve
nosotras le tenemos miedo al cambio.

Esa pensión que nos brinda el gobierno
no alcanza en realidad para un carajo
pero como escuchamos Radio Carve
nosotras le tenemos miedo al cambio.

El hospital, si nos ponemos graves,
no tiene nunca camas para tantos
pero como escuchamos Radio Carve
nosotras le tenemos miedo al cambio.

Para ver si hay pagos a pensionistas
compramos una vez al mes el diario
pero como escuchamos Radio Carve
nosotras le tenemos miedo al cambio.

Si el comunismo nos quita la tierra
será la que se junta en los zapatos
pero como escuchamos Radio Carve
nosotras le tenemos miedo al cambio.

Sólo comemos una vez al día
pues todo cada vez está más caro
pero como escuchamos Radio Carve
nosotras le tenemos miedo al cambio.

Nosotras las viejitas democráticas
ni huesos conseguimos para el caldo
pero como escuchamos Radio Carve
nosotras le tenemos miedo al cambio.

ALLÁ ENFRENTA

Aquí
en esta vereda
impecables
lujosos
los Grandes Almacenes
el Banco y sus Billetes
el Diario y sus Pizarras
dos galgos
un Impala

allá enfrente
distintos
el farol
una escuela
dos hombres en campera
ciruelas y duraznos

las muchachas
su risa
un frente con balcones
tres negritos que miran

te ofrezco el brazo
crucemos la Avenida

aquí
en esta vereda
indiferentes
gordos
un general de fierro
un coronel de apuro
un capitán de palo
pero ningún soldado

allá enfrente
distintos

un árbol
con su sombra
una bandera rota
ciruelas y duraznos
en el andamio arriba
recortados del cielo
los obreros que pintan

te ofrezco el brazo
crucemos la Avenida

aquí
en esta vereda
triunfantes
inseguros
el Oro y sus Gerentes
el Odio y sus Ministros
mucho mucho Gobierno
pero poquito
pueblo

allá enfrente
distintos
un niño
que pregunta
con un montón de dudas
ciruelas y duraznos
el sol que pone y quita
un muro con verdades
y una buena noticia

te ofrezco el brazo
crucemos la Avenida.

ORIENTALITO

Orientalito que naces
en tu jornada sin horas
y que todo lo deshaces
y que todo lo devoras

orientalito que llegas
con preguntas y estupores
y lloras porque te niegas
a meterte en tus dolores

es cierto que no te ríes
pero nacer no es tan triste
lo mejor es que te fíes
del país en que naciste

este país este suelo
te espera pobre y te espera
con un antiguo desvelo
con nobleza de madera

este país este mapa
puño nuevo y patria vieja
es un país que te atrapa
y así nomás no te deja

ya que naciste al orgullo
acordate orientalito
que este país es murmullo
pero también es un grito

y si te espera en pobreza
y no hay quien lo desconozca
es porque nuestra riqueza
se la ha llevado la rosca

y si te espera en prisiones
con la verdad malherida
es porque ha habido razones
para jugarse la vida

y si te abriga en su pena
orientalito acordate
es porque la patria es buena
y es buena porque combate

orientalito te estamos
pidiendo lo que ya sos
este país lo cambiamos
sobre todo para vos.

NO ME PONGAS LA CAPUCHA

Siento que mi pueblo escucha
cuando canto lo que siento.
Ganapán del escarmiento,
no me pongas la capucha.

No vas a conseguir nada:
no claudico ni me entrego
debajo del trapo ciego
no está ciega mi mirada.

Andá haciéndote a la idea
de que pese a tus sanciones,
tu miedo y tus precauciones,
te miro aunque no te vea.

Mientras tiembla tu victoria
que es de barro y es de Pirro,
tu rostro de pobre esbirro
lo he aprendido de memoria.

Siento que mi pueblo escucha
cuando canto lo que siento.
Ganapán del escarmiento,
no me pongas la capucha.

Hay algunas leyes viejas
que son casi permanentes:
en tu voz están tus dientes,
tu nariz y tus orejas,

y en tu rencor asustado
y en tu alarido del día
están tu mirada fría
y hasta tu ceño arrugado.

Te miro aunque no es lo mismo,
te miro aunque no te escupa.
Mi memoria es una lupa
que repasa tu sadismo.

Mirá que sigue la lucha
y sigue el pueblo despierto.
No te suplico. Te advierto:
no me pongas la capucha.

ME SIRVE Y NO ME SIRVE

La esperanza tan dulce
tan pulida tan triste
la promesa tan leve
no me sirve

no me sirve tan mansa
la esperanza

la rabia tan sumisa
tan débil tan humilde

el furor tan prudente
no me sirve

no me sirve tan sabia
tanta rabia

el grito tan exacto
si el tiempo lo permite
alarido tan pulcro
no me sirve

no me sirve tan bueno
tanto trueno

el coraje tan dócil
la bravura tan chirle
la intrepidez tan lenta
no me sirve

no me sirve tan fría
la osadía

sí me sirve la vida
que es vida hasta morir
el corazón alerta
sí me sirve

me sirve cuando avanza
la confianza

me sirve tu mirada
que es generosa y firme
y tu silencio franco
sí me sirve

me sirve la medida
de tu vida

me sirve tu futuro
que es un presente libre
y tu lucha de siempre
sí me sirve

me sirve tu batalla
sin medalla

me sirve la modestia
de tu orgullo posible
y tu mano segura
sí me sirve

me sirve tu sendero
compañero.

VAMOS JUNTOS

Con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero

compañero te desvela
la misma suerte que a mí
prometiste y prometí
encender esta candela

con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero

la muerte mata y escucha
la vida viene después
la unidad que sirve es
la que nos une en la lucha

con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero

la historia tañe sonora
su lección como campana
para gozar el mañana
hay que pelear el ahora

con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero

ya no somos inocentes
ni en la mala ni en la buena
cada cual en su faena
porque en esto no hay suplentes

con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero

algunos cantan victoria
porque el pueblo paga vidas
pero esas muertes queridas
van escribiendo la historia

con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero.

LAS PALABRAS

No me gaste las palabras
no cambie el significado
mire que lo que yo quiero
lo tengo bastante claro

si usted habla de progreso
nada más que por hablar
mire que todos sabemos
que adelante no es atrás

si está contra la violencia
pero nos apunta bien
si la violencia va y vuelve
no se me queje después

si usted pide garantías
sólo para su corral
mire que el pueblo conoce
lo que hay que garantizar

no me gaste las palabras
no cambie el significado
mire que lo que yo quiero
lo tengo bastante claro

si habla de paz pero tiene
costumbre de torturar
mire que hay para ese vicio
una cura radical

si escribe reforma agraria
pero sólo en el papel
mire que si el pueblo avanza
la tierra viene con él

si está entregando el país
y habla de soberanía
quién va a dudar que usted es
soberana porquería

no me gaste las palabras
no cambie el significado
mire que lo que yo quiero
lo tengo bastante claro

no me ensucie las palabras
no les quite su sabor
y límpiense bien la boca
si dice revolución.

VERSOS PARA RUMIAR

NOCHE DE SÁBADO

No sé por qué este sábado veintisiete
toda la democracia salió a la calle
democracia la buena
la dulce troglodita
la melosa del crimen
la humilde del garrote

con todos sus odios salió

con sus cóleras y coleritas
con la carraspera de sus mustangs
con el escote que huele a chanel
y la almita que huele a podrido

con todas sus certezas salió

fuerte de hallarse debilucha
linda de encontrarse monstruosa
inerte de saberse armada
desde el esfínter hasta los dientes

con sus mejores armas salió

con su calumnia calibre 38
sus soplonos de mira telescópica
su padrenuestro de repetición
sus vituperios de aire comprimido

con sus miedos blindados salió

con su frágil coraje del carajo
su temblor hecho lata

su mirada de fugitivo asomándose
su alarido de poder o perpetuo socorro

toda la democracia salió a la calle

hasta dónde dónde irán
hasta la mitad de la muerte en que se mata
o hasta la otra mitad en que se muere
hasta el fin hasta el vértigo hasta el fin
o reculando traicionados
reculando traidores
policías sí tupamaros no
reculando hasta yí y san josé
reculando hasta allí

de dónde dónde vienen
será acaso de inteligencia
y enlace
será acaso de panamá
será tal vez de la embajada
de dónde vienen tan encantadoramente foráneos
de dónde vienen tan inquisidoramente foráneos
de dónde con ese fascismo triste
policías sí tupamaros no
de dónde midiós con ese pánico agresivo
de dónde midiós con esa mueca
de dónde mierda

toda la democracia salió a la calle
los verdugos salieron
policías sí tupamaros no
con su cadalso de bolsillo
su guillotina de acero inoxidable
su carabina de ambrosio y sus obuses
sus helicópteros bisabuelos
que democráticamente explotan
los verdugos salieron a verduguear
naturalmente es una clase teórica

porque en las clases teóricoprácticas
los verdugos pueden ser verdugueados

los verdugos salieron a abrazarse
los gallinaláceos jorgean
los vasconcellos aguerrondizan
los pachecones echegonacen
los alduñates son tan tímidos
que cuando abrazan miran a la izquierda
la caravana es un largo ruido
autorizado por el gobierno
quizá el único sepelio estrepitoso
porque el muerto no llegó todavía
pero los carcamales pichones miran
a los carcamales gordos y padrísimos
con un tibio rencor de huerfanitos

nadie vio juntos tantos demócratas
desde que atila asoló las galias
también el pueblo jura futuro
 degüello por experiencia
 salvajes tengan paciencia
consigna indolora que no viene precisamente
de los bieneducados guerrilleros de hogaño
sino de las huestes del mismísimo aparicio
ése que citan wilson y titito
aguerrondo no porque es tan callado

toda la democracia salió a la calle
con sus adictos y drogadictos
con sus borrachos y ex-ministros
sus bagayeros y sus tiras
sus forasteros y forajidos
los patriotas agitan banderas
que por supuesto son brasileñas
o senhor bordaberry fala português

georgy speaks english
herr danilo spricht deutsch
nosotros escuchamos a la orientala
aquí el que calla no otorga

democracia la buena
la dulce troglodita
la melosa del crimen
la humilde del garrote

aquí el que calla
policías sí
no otorga.

30 de noviembre de 1971.

SER Y ESTAR

Oh marine
oh boy
una de tus dificultades consiste en que no sabes
distinguir el ser del estar
para ti todo es to be

así que probemos a aclarar las cosas

por ejemplo
una mujer *es* buena
cuando entona desafinadamente los salmos
y cada dos años cambia el refrigerador
y envía mensualmente su perro al analista
y sólo enfrenta el sexo los sábados de noche

en cambio una mujer *está* buena
cuando la miras y pones los perplejos ojos en blanco
y la imaginas y la imaginas y la imaginas

y hasta crees que tomando un martini te vendrá el coraje
pero ni así

por ejemplo
un hombre *es* listo
cuando obtiene millones por teléfono
y evade la conciencia y los impuestos
y abre una buena póliza de seguros
a cobrar cuando llegue a sus setenta
y sea el momento de viajar en excursión a capri y a parís
y consiga violar a la gioconda en pleno louvre
con la vertiginosa polaroid

en cambio
un hombre *está* listo
cuando ustedes
oh marine
oh boy
aparecen en el horizonte
para inyectarle democracia.

EL VERBO

En el principio era el verbo
y el verbo no era dios
eran las palabras
frágiles transparentes y putas
cada una venía con su estuche
con su legado de desidia
era posible mirarlas al trasluz
o volverlas cabeza abajo
interrogarlas en calma o en francés
ellas respondían con guiños cómplices y corruptos
qué suerte unos pocos estábamos en la pomada
éramos el resumen la quintaesencia el zumo
ellas las contraseñas nos valseaban el orgasmo
abanicaban nuestra modesta vanidad

mientras el pueblo ese desconocido
con calvaria tristeza decía no entendernos
no saber de qué hablábamos ni de qué callábamos
hasta nuestros silencios le resultaban complicados
porque también integraban la partitura excelsa
ellas las palabras se ubicaban y reubicaban
eran nuestra vanguardia y cuando alguna caía
acribillada por la moda o el sentido común
las otras se juntaban solidarias y espléndidas
cada derrota las ponía radiantes
porque como sostienen los latinoamericanos del bouli mich
la gran literatura sólo se produce en la infelicidad
y solidarias y espléndidas parían
adjetivos y gerundios
preposiciones y delirios
con los cuales decorar el retortijón existencial
y convertirlo en oda o nouvelle o manifiesto
las revoluciones frustradas tienen eso de bueno
provocan angustias de un gran nivel artístico
en tanto las triunfantes apenas si alcanzan
logros tan prosaicos como la justicia social

en el después será el verbo
y el verbo tampoco será dios
tan sólo el grito de varios millones de gargantas
capaces de reír y llorar como hombres nuevos y mujeres
nuevas

y las palabras putas y frágiles
se volverán sólidas y artesanas
y acaso ganen su derecho a ser sembradas
a ser regadas por los hechos y las lluvias
a abrirse en árboles y frutos
a ser por fin alimento y trofeo
de un pueblo ya maduro por la revolución y la inocencia.

CASI UN RÉQUIEM

Mientras mi padre se asfixia en la pieza 101
mientras mi padre se asfixia como un pobre pájaro
definitivamente vencido
y usa su último hilo de voz para un quejido humilde que
parte
el alma
fuera de este recinto suceden cosas
el presidente nixon sale indemne de un examen médico de
rutina
el presidente el mismo que también parte el alma pero con
napalm
jóvenes camboyanos de educación pentagonal decapitan
cadáveres norvietnamitas y se fotografían sonrientes
con una cabeza en cada mano
el venerable heath vende sus armas a los arcángeles de
sudáfrica
y aquí en montevideo eficaces torturadores compran tiernos
regalos para dejar en esta noche de reyes a sus bien
alimentados pichones
todo esto mientras mi padre que fue un hombre decente y
generoso se asfixia y muere en la pieza 101.

5 de enero de 1971.

MUERTE DE SOLEDAD BARRETT

Viviste aquí por meses o por años
trazaste aquí una recta de melancolía
que atravesó las vidas y las calles

hace diez años tu adolescencia fue noticia
te tajearon los muslos porque no quisiste
gritar viva hitler ni abajo fidel

eran otros tiempos y otros escuadrones
pero aquellos tatuajes llenaron de asombro
a cierto uruguay que vivía en la luna

y claro entonces no podías saber
que de algún modo eras
la prehistoria de ibero

ahora acribillaron en recife
tus veintisiete años
de amor templado y pena clandestina

quizá nunca se sepa cómo ni por qué

los cables dicen que te resististe
y no habrá más remedio que creerlo
porque lo cierto es que te resistías
con sólo colocárteles en frente
sólo mirarlos
sólo sonreír
sólo cantar cielitos cara al cielo

con tu imagen segura
con tu pinta muchacha
pudiste ser modelo
actriz
miss paraguay
carátula
almanaque
quién sabe cuántas cosas

pero el abuelo rafael el viejo anarco
te tironeaba fuertemente la sangre
y vos sentías callada esos tirones

soledad no viviste en soledad
por eso tu vida no se borra
simplemente se colma de señales

soledad no moriste en soledad
por eso tu muerte no se llora
simplemente la izamos en el aire

desde ahora la nostalgia será
un viento fiel que hará flamear tu muerte
para que así aparezcan ejemplares y nítidas
las franjas de tu vida

ignoro si estarías
de minifalda o quizá de vaqueros
cuando la ráfaga de pernambuco
acabó con tus sueños completos

por lo menos no habrá sido fácil
cerrar tus grandes ojos claros
tus ojos donde la mejor violencia
se permitía razonables treguas
para volverse increíble bondad

y aunque por fin los hayan clausurado
es probable que aún sigas mirando
soledad compatriota de tres o cuatro pueblos
el limpio futuro por el que vivías
y por el que nunca te negaste a morir.

VICTORIA DEL VENCIDO

Y ya que en un descuido sale el sol
y un cauto optimismo inunda los mustios corredores
y una clemente tregüita se instala en este confín de la
tortura

qué les parece si nos tomamos un respiro
para escurrir la angustia y ponerla a secar
como una prenda más en el alambre pusilánime

la verdad es que las urgencias
aún las fervorosas
siempre acaban por deformarnos
y así se nos lisian la presunción y el orgullo
o por el contrario se hinchan como tumores
así se nos concentran el odio y el amor
en esta dura orografía que es el maniqueísmo del corazón
así se nos caen las frívolas escamas del pretexto
y la triste rabia queda en carne viva
así los párpados de la conmiseración se alzan para siempre
y la mirada se nos convierte en una espada fija e implacable

hay muertos en el crepúsculo y muertos en el ardor del
mediodía
muertos que se ponen y muertos que se levantan como el sol
adolescentes que metieron en su última sonrisa toda su fe en
la vida y en la sobrevida
muchachas que parieron un sacrificio y le pusieron nombre
y lo amamantaron
y cuando sonó la metralla lo cubrieron con su lindo cuerpo
para que se salvara
y el sacrificio se salvó
a duras penas
pero
se salvó

por eso
porque en una comarca equivocada y gris
donde nadie era capaz de regalar diez minutos o diez
pesos

estos hombres y mujeres
inmortales y sobrios
fueron capaces de donar su vida

por eso su derrota se liga con la tierra
y germina y renace
en banderas y sueños que flamean

en promesas alegremente cumplidas
en árboles y furias y guitarras y abrazos
y sobre todo en criaturas que heredan los ojos de victoria
de aquellas dulces intrépidas mafiosas
que ya sin ver
miraban
en las fotos
del diario.

MILITANCIA

*A mis compañeros del
Movimiento "26 de Marzo"*

Hace apenas dos años que nos juntamos
para hacer algo
aunque fuera bien poco
por la patria doméstica
la pobrecita jodida

al principio sentíamos una culpa tibiona
algo así como la húmeda fiebre que anuncia un constipado
porque claro cada uno declamaba su teoría-congoja
que de algún modo permitía entender el malentendido
comunitario

en realidad eran pocos los que habían desenvainando su
furia o su nostalgia
y el futuro mantenía las catástrofes detrás de sus biombos
neblinosos
los salarios eran bajos pero en cambio los presagios eran
altísimos
sin embargo los almaceneros y los sastres ya en ese
entonces
eran tan necios que no aceptaban presagios a
cuenta

como siempre acontece en las amargas crisis y en las
dulces hecatombes
los acaparadores acaparaban las ausencias
o sea que sus conciencias y galpones estaban normalmente
repletos
de omisiones de incurias de coartadas
y en consecuencia muchos tipos no tenían con qué matar el
hambre
y entonces se limitaban a torturarla

hace dos años que empezó a ser lindo
juntarnos de a muchos para saber qué pocos éramos
y admitir por unanimidad el desorden del mundo y de la
vida
jurar sobre la biblia o mejor sobre el reglamento provisorio
que nunca intentaríamos ordenar del todo vida y mundo
simplemente íbamos a procurar que el caos se dejara
organizar de a poco
y que el hombre mereciera sus castigos pero también sus
recompensas
y sobre todo que no recibiera recompensas o castigos a
los que nunca se había hecho acreedor

de pronto empezaron a morir nuestros hermanos y
nuestras hermanas
y al primer vómito de angustia advertimos que no estábamos
preparados para que nos estafaran así nomás la
vida
la muerte dejó de ser un niño vietnamita quemado con
napalm y cocacola en alguna zona desmilitarizada
para ser un invierno aquí una bomba aquí un dolor aquí un
fusilamiento por la espalda una tristeza inmóvil
apenas visible entre el humo de doscientos cigarrillos

con cien mil nudos en cien mil gargantas
una tarde cualquiera empezamos a llevar amistades y
amores

a la teja al del norte al buceo
al santo camposanto del no olvido
y se acabaron todas las variantes de la joda
hubo que pensar milímetro a milímetro el vasto territorio del
deber

está visto que un pueblo sólo empieza a ser pueblo cuando
cada singular necesita perentoriamente su plural
y fue precisamente la necesidad de plural la que nos llevó a
encontrarnos y vernos las caras y vernos los
miedos y vernos la osadía

la cosa no abundaba
pero era suficiente
no es cierto que el coraje se junte a paladas
más bien se recoge en cucharitas
y sin embargo alcanza
y sin embargo alcanza aunque no sobre

como decía el viejo baldomero
después de darle al hijo soberana paliza
este método es decididamente notable
pero tan sólo para sobrevivientes

no obstante descubrimos que la militancia
esa palabra tantas veces desfondada por la leyenda y los
discursos
era algo tan normal como el estado civil
y tan colectivo como el tiranos temblad
que la militancia ese alfabeto de tradiciones
era sin embargo tan poco tradicional como el amor

por supuesto no es para dar hurras
ni todavía para cantar victoria

ni mucho menos para soltar palomas en la plaza
o para echar esperanzas y campanas a vuelo
ni siquiera para silbar hosannas por el colmillo de los
 tangos melancólicos
en realidad falta mucho por vivir y morir
mucho que aprender y desaprender

la historia está como siempre pletórica de edificantes
 corazonadas
pero en cambio los miserables suburbios de la historia
están llenos de albañales de frustración y letrinas de
 resentimiento
de cepos ideológicos donde se calumnia a los que luchan
de mezquinas envidias por el valor ajeno
de verdades que se fingen para tapan la verdad

hace apenas dos años que nos juntamos
para hacer algo
aunque fuera bien poco
por la patria doméstica
la pobrecita
jodida

y si una cosa hemos por fin aprendido
es que el rencor no vale casi nada
pero menos aún vale el perdón

así que será útil que vayan sabiendo
los buenos
los regulares
y los malos
que si de ahora en adelante caminamos y crecemos y
 buscamos y hasta cantamos juntos
eso no quiere decir de ningún modo
que hayamos empezado a perdonar

la militancia también es
una memoria
de elefante.

Abril de 1973.

TORTURADOR Y ESPEJO

Mirate
así

qué cangrejo monstruoso atenazó tu infancia
qué paliza paterna te generó cobarde
qué tristes sumisiones te hicieron despiadado

no escapes a tus ojos
mirate
así

dónde están las walkirias que no pudiste
la primera marmita de tus sañas

te metiste en crueldades de once varas
y ahora el odio te sigue como un buitro

no escapes a tus ojos
mirate
así

aunque nadie te mate
sos cadáver

aunque nadie te pudra
estás podrido

dios te ampare
o mejor
dios te reviente.

DESINFORMÉMONOS

Desinformémonos hermanos
tan objetivamente como podamos

desinformémonos con unción
y sobre todo
con disciplina

qué espléndido que tus vastas praderas
patriota del poder
sean efectivamente productivas

desinformémonos
qué lindo que tu riqueza no nos empobrezca
y tu dádiva llueva sobre nosotros pecadores
qué bueno que se anuncie tiempo seco

desinformémonos
proclamemos al mundo la mentidad y la verdira

desinformémonos
nuestro salario bandoneón se desarruga
y si se encoge eructa quedamente
como un batracio demócrata y saciado

desinformémonos y basta
de pedir pan y techo para el mísero
ya que sabemos que el pan engorda
y que soñando al raso
se entonan los pulmones

desinformémonos y basta
de paros antihigiénicos que provocan
erisipelas y redundancias
en los discursos del mismísimo

basta de huelgas infecto contagiosas
cuya razón es la desidia
tan subversiva como fétida

garanticemos de una vez por todas
que el hijo del patrón gane su pan
con el sudor de nuestra pereza

desinformémonos
pero también desinformemos

verbigracia
tiranos no tembléis
por qué temer al pueblo
si queda a mano el delirium tremens
gustad sin pánico vuestro scotch
y dadnos la cocacola nuestra de cada día

desinformémonos pero
también desinformemos

amemos al prójimo oligarca
como a nosotros laburantes

desinformémonos hermanos
hasta que el cuerpo aguante
y cuando ya no aguante
entonces decidámonos
carajo decidámonos
y revolucionémonos.

BUENOS Y MEJORES AIRES

Hay que ir acostumbrándose de a poco
la jornada es tan plena tan bien fundada
que nadie se anima a partirla en dos

las cábalas se ocultan tras las columnas y los arbolitos
los pésames se van chapoteando entre nubes
hasta el hollín se demora en los toldos

pocas veces amaneció tan invencible

el pueblo andrajoso y bienaventurado
regresa con su olor que acalambra al barrio norte
con su miseria que asusta a los miserables
con su hambre que aterra a los dietistas del imperio

el pueblo regresa puteando alegremente
desanda sus lunas de humillación
traga las desventajas y las muertes
rescata consignas de las alcantarillas
y las escribe a lo ancho del cielo
le da al bombo con su más generoso rencor
y despliega la enorme pancarta de sus montoneros
desde la casa rosada donde tiene lugar el exorcismo
hasta la verde memoria del queharán

por la perpetua rivadavia
ruedan colmados semi remolques
generaciones casi repletas

frente a los enarbolados rostros de trelew
hombres condecorados por el aguante y la osadía
dejan que en el consolado desconsuelo
broten por fin los vivos y las lágrimas

es posible que estos resistentes estos fieles
nada sepan de materialismo histórico o de jorge luis
borges

pero trelew lo llevan en sí mismos como un coágulo
y el coágulo trelew se vuelve brújula

por eso en este jardín no hay senderos que se bifurquen
el coágulo-brújula apunta sin vacilación hacia devoto
adiós al laberinto adiós al dédalo
adiós al reloj en antiguas lenguas germánicas

este camino es recto
el pueblo avanza puteando alegremente
y las puteadas tampoco se bifurcan
dan en el blanco y al igual
que en el viejo parque japonés de retiro
los quepis van cayendo como patos
entre las verdes olas de madera

por rivadavia pasan generaciones
pasan camiones como tribunas

el lunes abrirán los grandes bancos
sus puertas segurísimas
mas no serán los mismos

se instalarán los oligarcas
en sus inodoros rosa pálido
más no serán los mismos

los consabidos asesores y aun los sinsabidos
leerán making a president y la santa biblia
mas no serán los mismos

en modestos y cautos titulares
la nación y la prensa mostrarán su amargura
mas no serán los mismos

después de todo no está mal
que en su primera faena de poder
el pueblo alias la mersa haya buscado por sí mismo
con más intuición que las computadoras políticas
y más sinceridad que los partidos electrónicos
la libertad para los suyos

la jornada es tan plena
que nadie se anima a concluirla

en devoto las puertas rechinan
los calabozos retumban a vacío
y en las paredes dice patria o muerte.

Buenos Aires, 25 de mayo de 1973.

GALLOS SUEÑOS

Tenemos una paciencia verde y sólida como un caimán
una paciencia a prueba de balas y promesas

sabemos aguantar con los delirios en acecho
hacer almacigos con nuestros odios mejores

tenemos una esperanza blanca y prójima
como una paloma que ya no es mensajera

tenemos una esperanza a prueba
de terremotos y congojas

sabemos esperar rodeados por la muerte
sabemos desvelarnos por la vida

tenemos una alegría temprana como un gallo
una alegría convicta maniatada y rabiosa

sabemos cómo desatarla y sabemos
que al alba cantarán los gallísimos sueños.

TRES ODAS PROVISORIAS

ODA A LA PACIFICACIÓN

No sé hasta dónde irán los pacificadores con su ruido
metálico de paz
pero hay ciertos corredores de seguros que ya colocan
pólizas contra la pacificación
y hay quienes reclaman la pena del garrote para los que
no quieren ser pacificados

cuando los pacificadores apuntan por supuesto tiran a
pacificar
y a veces hasta pacifican dos pájaros de un tiro

es claro que siempre hay algún necio que se niega a ser
pacificado por la espalda
o algún estúpido que resiste la pacificación a fuego lento
en realidad somos un país tan peculiar
que quien pacifique a los pacificadores un buen pacificador
será.

ODA A LA MORDAZA

No creo en vos
mordaza
pero voy a decirte
por qué no creo

ya ves
ahora no digo
ni hoy
ni ay

y sin embargo
igual destapo el verbo
respiro el grito
y armo la blasfemia

pienso
luego insisto

hago inventario
de tu alegre palpito de la miseria
de tu crueldad sin muchas ilusiones
de tu ira lustrada
de tu miedo
porque mordaza
vos
sos muchísimo más que un trapo sucio
sos la mano tembleque que te ayuda
sos el dueño flagrante de esa mano
y hasta el dueño canalla de tu dueño

porque mordaza
sos muchísimo más que un trapo sucio
con gusto a boca libre y a puteada
sos la ley malviviente del sistema
sos la flor bienmuriente de la infamia

pienso
luego insisto

a tu custodia quedan mis labios apretados
quedan mis incisivos
colmillos
y molares
queda mi lengua
queda mi discurso
pero no queda en cambio mi garganta

en mi garganta empiezo
por lo pronto
a ser libre
a veces trago la saliva amarga
pero no trago mi rencor sagrado

mordaza bárbara
mordaza ingenua
crees que no voy a hablar
pero sí hablo
solamente con ser
y con estar

pienso
luego insisto

qué me importa callar
si hablamos todos
por todas las paredes
y por todos los signos
qué me importa callar
si ya sabés
oscura
qué me importa callar
si ya sabés
mordaza
lo que voy a decirte
porquería.

ODA AL APAGÓN

Ahora sí que es de noche
y tenebrosa

te acordás cuando el bando reclamaba
una sola confianza por ambiente
y de pocas bujías

el apagón es grande
y extendido

ahora sí que es de noche
y de noche todas las leyes son pardas
la libertad está como boca de lobo
la justicia no se ve ni las manos

el apagón es grande
y extendido

prestame tu luciérnaga de pueblo
su latido sin sombra
su foco inagotable

mirá si estamos todos
como perros guardianes
y después apágala
apágala y después
pensemos o rumiemos o
soñemos con los ojos bien abiertos
hasta que llegue
inexorable
el día.

QUEMAR LAS NAVES

1968-1969

LA INFANCIA ES OTRA COSA

Es fácil vaticinar que los propagandistas de la infancia no
van a interrumpir su campaña
quieren vendernos la inocencia cual si fuera un
desodorante o un horóscopo
después de todo saben que caeremos como gorriones en
la trampa
piando nostalgias inventando recuerdos perfeccionando la
ansiedad

los geniales demagogos de la infancia
así se llamen Amicis o Proust o Lamorisse
sólo recapitulan turbadores sacrificios móviles campanarios
globos que vuelven a su nube de origen
su paraíso recobrado no es exactamente nuestro siempre
perdido paraíso
su paraíso tan seguro como dos y dos son cuatro no cabe
en nuestro mezquino walhalla
ese logaritmo que nunca está en las tablas

los impecables paleontólogos de la infancia
duchos en exhumar rondas triciclos mimos y otros fósiles
tienen olfato e intuición suficientes como para desenterrar
y desplegar mitos cautivantes pavores sabrosos
felicidad a cuerda

esos decisivos restauradores
con destreza profesional tapan grietas y traumas

y remiendan con zurcido invisible el desgarrón que
arruinaba nuestro compacto recuerdo de cielo

sin embargo un día de éstos habrá que entrar a saco la
 podrida infancia
no el desván
allí apenas habitan los juguetes rotos los álbumes de sellos
 el ferrocarril rengo o sea la piel reseca de la infancia
no las fotografías y su letargo sepia
habrá que entrar a saco la miseria

porque la infancia
además del estanque de azogada piedad
que a cualquier precio adquieren los ávidos turistas del
 regreso
además de la espiga y la araña
y el piano de Mompou
además del alegre asombro que dicen hubo
además de la amistad con el perro del vecino
del juego con las trenzas que hacen juego
además de todo eso
tan radiante tan modestamente fabuloso
y sin embargo tan cruelmente olvidado
la infancia es otra cosa

por ejemplo la oprobiosa galería de rostros
encendidos de entusiasmo puericultor y algunas veces
 de crueldad dulzona
y es (también la infancia tiene su otoño) la caída de las
 primeras máscaras
la vertiginosa temporada que va de la inauguración del
 pánico a la vergüenza de la masturbación inicial
 rudimentaria
la gallina asesinada por los garfios de la misma buena
 parienta que nos arropa al comienzo de la noche
la palabra cáncer y la noción de que no hay exorcismo
 que valga
la rebelión de la epidermis las estupefacciones convertidas
 en lamparones de diversos diseños y medidas

la noche como la gran cortina que nadie es capaz de
descorrer y que sin embargo oculta la prestigiosa
momia del porvenir

por ejemplo la recurrente pesadilla
de diez cien veintemil encapuchados
cuyo silencio a coro repetirá un longplay treinta años más
tarde con el alevoso fascinante murmullo de los
lamas del Tibet en sus cantos de muerte
pero que por entonces es sólo una interminable fila de
encapuchados balanceándose saliéndose del sueño
golpeando en el empañado vidrio de la cocina
proponiendo el terror y sus múltiples sobornos
anexos

la otra infancia es qué duda cabe el insomnio con los
ardides de su infierno acústico
uno dejándose llevar despojado de sábanas mosquitero
camisón y pellejo
uno sin bronquios y sin tímpanos
dejándose llevar imaginándose llevado hacia un lejanísimo
casi inalcanzable círculo o celda o sima donde no
hay hormigas ni abuela ni quebrados ni ventana
ni sopa y donde el ruido del mundo llega sólo como
un zumbido ni siquiera insistente
es el golpe en la cara para ser más exacto en la nariz
el caliente sabor de la primera sangre tragada
y el arranque de la inquina la navidad del odio que riza el
pelo calienta las orejas aprieta los dientes gira los
puños
en un molinete enloquecido mientras los demás
asisten como un cerco de horripiladas esperanzas
timideces palabrotas y ojos con náuseas

es la chiquilina a obligatoria distancia
la teresa rubia
de ojos alemanes y sonrisa para otros
humilladora de mis lápices de veneración de mis insignias

de ofrenda de mis estampillas de homenaje
futura pobre gorda sofocada de deudas y de hijos pero
entonces tan lejos y escarpada

y es también el amigo el único el mejor
aplastado en la calle

sí
un día de éstos habrá que entrar a saco la podrida infancia
habrá que entrar a saco la miseria

sólo después
con el magro botín en las manos crispadamente adultas
sólo después
ya de regreso
podrá uno permitirse el lujo la merced el pretexto el disfrute
de hacer escala en el desván
y revisar las fotos en su letargo serpia.

HOLOCAUSTO

Usted quiere matarse en nuestro nombre
ahí
en el inestable centro del mundo
solo frente al espejo avejentado

usted quiere matarse en nuestro nombre
ser el vicario de nuestras cotidianas agonías
el portavoz de nuestro dulce asco

sin embargo se mira francamente a los ojos
tiene presente que ésa puede ser la penúltima mirada
y se halla viejo como un viejo rencor
acabado como una noticia

por fin admite que
(a la mierda vicarios

portavoces)
no ha de matarse
por lo menos que no ha de matarse por nadie
que no sea
 usted mismo.

ANUNCIACIÓN SIN OJALÁ

Te anuncio tierravirgen que parirás felicidad
después de researte dividida y de absorber hasta la última
 gota de sangre como un abono inesperado
después de hundirte surco abrirte tumba y cumplir la
 sagrada misión de consternar los atardeceres
después del aguacero radioactivo y la limpia baba de dios
tierravirgen
parirás felicidad
y no habrá nadie para recogerla.

GRIETAS

La verdad es que
grietas
no faltan
así al pasar recuerdo
las que separan a zurdos y diestros
a pequineses y moscovitas
a présbites y miopes
a gendarmes y prostitutas
a optimistas y abstemios
a sacerdotes y aduaneros
a exorcistas y maricones
a baratos e insobornables

a hijos pródigos y detectives
a borges y sábato
a mayúsculas y minúsculas
a pirotécnicos y bomberos
a mujeres y feministas
a aquarianos y taurinos
a profilácticos y revolucionarios
a vírgenes e impotentes
a agnósticos y monaguillos
a inmortales y suicidas
a franceses y no franceses

a corto o a larguísimo plazo
todas son sin embargo
remediables

hay una sola grieta
decididamente profunda
y es la que media entre la maravilla del hombre
y los desmaravilladores

aun es posible saltar de uno a otro borde
pero cuidado
aquí estamos todos
ustedes y nosotros
para ahondarla

señoras y señores
a elegir
a elegir de qué lado
ponen el pie.

BUENAS NOTICIAS

Llegan de atrás
pero no importa
son nuevas en verdad alentadoras

marx se sabía su shakespeare de memoria
y el che sentía latir
precisamente en marx
igual palpitación que en baudelaire

qué suerte que esos dos tremendos tipos
capaces de instalar sus desafíos completos
para siempre en nuestras hemotecas
hayan tenido ganas
y hayan tenido tiempo
de apuntalar su cólera
infinitesimal y gigantesca
con esa cuña de alma
ese rubor tan verosímil esa
frágil e inexpugnable
barricada.

EL SURCO

(en Cuba, 1968)

A medio metro de mis botas recién inauguradas
el surco es una secreta y monstruosa novedad
hay que considerar que desde mis doce años no arrancaba un
desgraciado yuyo
y aun tengo serias dudas sobre ese barroco antecedente

secreta
porque no sé qué pasará con mi cintura con mis versos con
mis yugulares con mis ficheros con mis cartílagos
con mis lecturas de marx con mi asma con mis

nostalgias con mis rodillas con mis manos de
dactilógrafo que no tienen seguro como las de los
pianistas ni intuición como las de los alfareros
y monstruosa no sé muy bien por qué

el millo emerge a duras penas entre la catástrofe de la mala
hierba
de eso se trata entonces
de ayudarlo a vivir a descatastrofarse
millo y qué es eso
vos sabés en mi tierra quizá tenga otro nombre
bueno el millo es el sorgo ah qué bien y qué es sorgo

después de todo qué importa
la mala hierba es mala hierba aquí o en arapey
o en babilonia o en los jardines del pentágono
se trata de arrancarla dónde y cómo sea
de pie o sentado o en cuatro patas o arrastrándose como un
lagarto
pero menos hermosamente y sobre todo más urgentemente
que un lagarto

no está mal
no es difícil
tampoco es necesario haber leído el opus correspondiente
a las gramíneas
la cosa es hacer fuerza como un biendispuesto condenado
mientras los demás
en particular las muchachitas que no se detienen ante
ningún despilfarro de energías
cantan esta tarde vi llover vi gente correr y no estabas tú

pero si uno se administra y se automatiza ya no precisa cantar
es decir si convierte sus brazos en palancas
y sus piernas en bases de cemento
y sus codos en bien aceitadas bisagras
y su estómago en condensador
y su cerebro en dínamo

es decir si uno se vuelve pura máquina para la que
lamentablemente ya no hay ni habrá nunca más
accesorios de repuesto porque se trata de un viejo
modelo de hace cuarenta y siete años
entonces sí queda tiempo libre para pensar en la cultura y su
caótica suburbia
para darle vueltas al globo terráqueo del ocio imposible y
creador
y hasta para hacer comentarios bienhumorados y por
supuesto eruditos
con el pianista o el pintor o la taquígrafa o el poeta o la
bibliotecaria del surco vecino
quienes lo alcanzan a uno en un arrebató de lujuriosa
disciplina
o a quienes uno da alcance en un momentáneo eclipse de
serenidad

acaso no crees que la nouvelle critique será siempre un
fenómeno exterior a nosotros adecuado tan sólo
para los franceses que no pueden vivir sin
desmenuzarse concienzudamente
coño esta hierba de mierda ya me hizo la primera ampolla
te parece que cortázar podrá llegar más lejos que rayuela
garcía márquez más lejos que cien años de soledad
por qué no pruebas de rodillas a mí me resulta mucho más
cómodo aunque claro después no hay cómo
enderzarse
de todos modos por qué joder tanto con los novelistas
y a los poetas señores a los poetas dónde nos arrinconan
considerando el contexto revolucionario no está mal que
esta hierba hija de puta se llame johnson grass
no tienes la impresión de que la espalda
vi gente correr
se te va a romper de un momento a otro
y no estabas tú

en realidad nunca imaginé que yo pudiera ser el sudor
es decir que pudiera estar tan bien representado en el sudor
bajo un sol del carajo

lejos dondequiera en la aguada o en el barrio latino o en
plaza once

habrá amigos que en este preciso instante arman y
desarman y vuelven a armar sin que les sobren
piezas el heredado alfabeto

que desde ya coleccionan los inminentes escombros del
bien aprendido alrededor

que perpetran felizmente un amor sobre el que no
escribirán porque la victoria casi nunca es artística

que arriman su oído a la madera en busca de
profundísimos latidos

que sienten un nudo en la garganta cuando de algún
modo chirria el universo

que se reconocen ajenos y desterrados de sí mismos
cuando enfrentan el precipicio y otras dudas

que cantan o blasfeman para uso personal con los labios
apretados y secos

yo puedo estar con ellos

puedo ser como ellos

solidarizarme con su eléctrica gloria o su mirada

cenicienta o su fosforescente tregua

puedo acompañarlos en el desfiladero que es de todos

pero oscuramente siento

aquí en el surco interminable y enemigo

con las manos hinchadas y a cuatro patas

con los ojos llenos de tierra roja

que en este instante un poco embrutecedor y embrutecido

en este tardío encuentro con la tortura nutricia

ninguno de ellos puede ser yo

ni siquiera este yo sin ninguna vocación terrícola

calcinado por la más paciente de las fatigas disponibles

maldito por el sol

ni siquiera este yo que arranca mala hierba

a cuatro patas o quizá a catorce patas
sin hablar ya de nadie ni con nadie
que arranca mala hierba mala hierba
con las manos las uñas los ojos los pies la cabeza los
dientes
sin hablar sin hablarse
sin saber si existe o no un surco vecino
ya no como una máquina de ademanes simétricos e
impecables
sino como una sorda alimaña sin párpados
que simplemente arranca mala hierba.

LA SEÑORA DE LOT

El primero de enero
de mil novecientos sesenta y nueve
la señora de lot
gusana del vedado
no resiste el consuelo de la tentación
e insuficientemente perpleja mira
los diez años llameantes
que quedaron atrás
por cierto que no es cómodo ver de nuevo
cómo son atrapados su vecino el caco su primo el
gangster su suegro el ex verdugo
cómo el infame astrólogo tiene el descaro de anunciarle
acrecentarás tu propiedad
cómo su hermano y su irreparable cuñada se van una noche
cualquiera sin murmurarle adiós ni allá te
esperaremos

la señora de lot
gusana del vedado
comprueba atónita cómo los mezquinos corifeos se estrellan
contra la explicable amnesia de dios
cómo el país es sojuzgado por la dulce ferocidad del alfabeto

cómo la sexta mansión de su estirpe es invadida por becarias
radiantes por negritas
cómo la revolución acierta y se equivoca y comete milagros
sin visto bueno
cómo la revolución se da de bofetadas humaniza su astucia
y cuando está a punto de volverse alegoría se echa
limón en los ojos y la alegoría se va sutilmente al
carajo y la revolución en cambio permanece

la señora de lot
gusana del vedado
mira hacia atrás y ve cómo se trabaja en silencio y en
escándalo
cómo el bloqueo no se desmorona con vivas y deseos y
sin embargo
cómo el orgullo puede ser un dignísimo cepo y sin embargo
sin embargo nadie se encoge de hombros
la indiferencia está fuera de uso
la isla se mueve con su bloqueo
como saturno con su anillo

la señora de lot
gusana del vedado
advierte una salobre frustración en sus invictos lacrimales
mas contra todo lo previsto
contra los pésimos agujeros de su confesor y de sus tías y de
la voz de las américas
no se convierte en estatua de sal
que al fin de cuentas habría sido un colmo de tradición
pero también un azar de relativa dignidad

para su suerte o para su oprobio
para su premio o su penitencia
no se convierte en estatua de sal

sencillamente sigue y seguirá siendo
la señora de lot
gusana del vedado.

ARTIGAS

Se las arregló para ser contemporáneo de quienes nacieron
medio siglo después de su muerte
creó una justicia natural para negros zambos indios y criollos
pobres
tuvo pupila suficiente como para meterse en camisa de once
varas
y cojones como para no echarle la culpa a los otros

así y todo pudo articularnos un destino
inventó el éxodo esa última y seca prerrogativa del albedrío

tres años antes de que naciera marx
y ciento cincuenta antes de que roñosos diputados la
convirtieran en otro expediente demorado
borroneó una reforma agraria que aún no ha conseguido el
homenaje catastral

lo abandonaron lo jodieron lo etiquetaron
pero no fue por eso que se quedó para siempre en tierra
extraña
por algo nadie quiere hurgar en su silencio de viejo firme
no fue tosco como lavalleja ni despótico como oribe ni
astuto como rivera
fue sencillamente un tipo que caminó delante de su gente
fue un profeta certero que no hizo públicas sus profecías
pero se amargó profundamente con ellas

acaso imaginó a los futurísimos choznos de quienes
inauguraban el paisito
esos gratuitos herederos que ni siquiera iban a tener la
disculpa del coraje
y claro presintió el advenimiento de estos ministros
alegóricos
estos conductores sin conducta estos proxenetas
del recelo estos taponos de la historia
y si decidió quedarse en curuguay

no fue por terco o por necio o resentido
sino como una forma penitente e insomne de instalarse
en su bien ganado desconsuelo.

SEMÁNTICA

Quieren que me refugie en vos
palabra blanda
silaboba

que crea a pie juntillas que sos muro trinchera caverna
monasterio tantas cosas

la tentación o mejor dicho la orden es que te mire fijo
así me olvido de los que te hacen y deshacen
forjan y licúan

llegaron a decir que eras
qué me cuentan señores qué me cuentan
el gran protagonista

de dónde eh
blanda

silaboba
protagonista quién
robot de qué dictado

lévi-strauss confesó de una vez para siempre que no le
interesaba américa después de 1492
y aunque colón no sabe aún si sentirse orgulloso o miserable
nosotros sí sabemos

che palabra bajate del walhalla
tu único porvenir
es desolimpizarte

de dónde refugio
muro
monasterio

tu única salvación es ser nuestro instrumento
caricia bisturí metáfora fusil ganzúa interrogante tirabuzón
blasfemia candado etcétera

ya verás
qué lindo serrucho haremos contigo.

CON PERMISO

Está prohibido escribir sobre cierta violencia
así que voy a hablar de la violencia permitida

el violento autorizado asiste comprensivo y curioso a tus
cartas de amor acaricia contigo los muslos de tu
novia escucha tus murmullos tus desfallecimientos
duro e infeliz se introduce doméstico en tu casa
pobre gendarme de repente promovido al horror
manoseador de secretos y mayólicas
a veces ladroncito sin vocación ni melancolía
recién llegado al crimen nuevo rico del miedo

el violento autorizado ve con preocupación el camello que
pasa por el ojo de la aguja
y ordena un silencio sin fisuras para poder vociferarte en el
oído su higiénico entusiasmo por la libertad

deja el corazón en el hogar junto a los nenes o en el
apartamento de su hembrita tercera a fin de no
comprometerlo cuando ultima a los heridos de ojos
abiertos

el violento autorizado poro a poro te odia pero sobre todo
se aborrece a sí mismo y como todavía no puede

reconocerlo sabe que en el espejo ha de encontrar
puntual su arcada indivisible su minifundio de
vergüenza

tortura así con la boca seca malbaratando de ese modo sus
insomnios y sabiendo muy en el fondo que todo
es una gran postergación inútil porque la historia
no es impaciente pero mantiene sus ficheros al día

el violento autorizado tiene una descomunal tijera para
cortar las orejas de la verdad pero después no
sabe qué hacer con ellas

no entiende de símbolos y lo bien que hace porque todo las
calles las ventanas los ojos las paredes el cielo
puños los dientes son mercados de símbolos son
ferias donde el futuro se ofrece como pichincha
inesperada

el violento autorizado se mete en sus metales en sus
fortalezas semovientes en su noche expugnable
pero como deja un huequito para respirar por
ahí se cuele no la bala perdida sino el guijarro

tiene miedo y lo bien que hace

el violento autorizado posee una formidable computadora
electrónica capaz de informarle qué violencia es
buena y qué violencia es mala y por eso prohíbe
nombrar la violencia execrable

la computadora por ejemplo advirtió que este poema
trataba de la violencia buena.

QUEMAR LAS NAVES

El día o la noche en que por fin lleguemos
habrá que quemar las naves

pero antes habremos metido en ellas
nuestra arrogancia masoquista
nuestros escrúpulos blandengues
nuestros menosprecios por sutiles que sean
nuestra capacidad de ser menospreciados
nuestra falsa modestia y la dulce homilía
de la autoconmiseración

y no sólo eso
también habrá en las naves a quemar
hipopótamos de wall street
pingüinos de la otan
cocodrilos del vaticano
cisnes de buckingham palace
murciélagos de el pardo
y otros materiales inflamables

el día o la noche en que por fin lleguemos
habrá sin duda que quemar las naves
así nadie tendrá riesgo ni tentación de volver

es bueno que se sepa desde ahora
que no habrá posibilidad de remar nocturnamente
hasta otra orilla que no sea la nuestra
ya que será abolida para siempre
la libertad de preferir lo injusto
y en ese solo aspecto
seremos más sectarios que dios padre
no obstante como nadie podrá negar
que aquel mundo arduamente derrotado
tuvo alguna vez rasgos dignos de mención
por no decir notables
habrá de todos modos un museo de nostalgias

donde se mostrará a las nuevas generaciones
cómo eran

parís
el whisky
claudia cardinale.

A RAS DE SUEÑO

1967

*Señores,
basta una nube
para averiguar la
verdad*

JOAQUÍN PASOS

A RAS DE SUEÑO

Sólo una temporada provisoria,
tatuaje de incontables tradiciones,
oscuro mausoleo donde empieza
a existir el futuro, a hacerse piedra.

Nada aquí, nada allá. Son las palabras
del mago lejanísimo y borroso.

Sin embargo, la infancia se empecina,
comienza a levantar sus inventarios,
a echar sus amplias redes para luego.
Es una isla limpia y sobre todo
fugaz, es un venero de primicias
que se van lentamente resecaando.

Queda atrás como un rápido paisaje
del que persistirán sólo unas nubes,
un biombo, dos juguetes, tres racimos,
o apenas un olor, una ceniza.
Con luces queda atrás, a la intemperie,
yacente y aplazada para nunca,
sola con su aptitud irresistible
y un pudor incorpóreo, agazapado.
Para nunca aplazada, fabulosa
infancia entre sus redes extinguida.

Por algo queda atrás. Esa entrañable
cede paso al fervor, al pasmo, al fruto,
el azar hinca el diente en otra bruma,
somos los moribundos que nacemos,
a la carne, a la sangre, al entusiasmo,
nos burlamos del sol, de la penumbra,
manejamos la gloria como un lápiz

y en las vírgenes tapias dibujamos
el amor y su viejo colmo, el odio,
el grito que nos pone la vergüenza
en las manos mucho antes que en la boca.

El celaje se enciende. Somos niebla
bajo el cielo compacto, insolidario,
el asombro hace cuentas y no puede
mantenernos serenos, apacibles,
somos el invasor protagonista
que hace trizas el tiempo, que hace ruido
pueril, que hace palabras, que hace pactos,
somos tan poderosos, tan eternos,
que cerramos el puño y el verano
comienza a sollozar entre los árboles.

Mejor dicho: creemos que solloza.
El verano es un vaho, por lo tanto
no tiene ojos ni párpados ni lágrimas,
en sus tardes de atmósfera más tenue
es calor, es calor, y en las mañanas
de aire pesado, corporal, viscoso,
es calor, es calor. Con eso basta.

De todos modos cambia a las muchachas,
las ilumina, las ondula, y luego
las respira y suspira como acordes,
las envuelve en amor, las hace carne,
les pinta brazos con venitas tenues
en colores y luz complementarios,
les abre escotes para que alguien vierta
cualquier mirada, ese poderhabiente.

La vida, qué región esplendorosa.
¿Quién escruta la muerte, quién la tienta?

A la horca con él. ¿Quién piensa en esa
imposible quietud cuando es la hora
para cada uno de morder su fruta,
de usar su espejo, de gritar su grito,
de escupir a los cielos, de ir subiendo
de dos en dos todas las escaleras?

La muerte no se apura, sin embargo,
ni se aplaca. Tampoco se impacienta.
Hay tantas muertes como negaciones.
La muerte que desgarrar. La que expulsa,
la que embruja, la que arde, la que agota,
la que enluta el amor, la que excrementa,
la que siega, la que usa, la que ablanda,
la muerte de arenal, la de pantano,
la de abismo, la de agua, la de almohada.

Hay tantas muertes como teologías,
pero todas se juntan en la espera.
Esa que acecha es una muerte sola.
Escarnecida, rencorosa, hueca,
su insomnio enloquecido se desploma
sobre todos los sueños, su delirio
se parece bastante a la cordura.
Muerte esbelta y rompiente, qué increíble
sirena para el Mar de los Suicidas.

No canta, pero indica, marca, alude,
exhibe sus voraces argumentos,
sus afiches turísticos, explica
por qué es tan milagrosa su inminencia,
por qué es tan atractivo su desastre,
por qué tan confortable su vacío.

No canta, pero es como si cantara.
Su demagogia negra usa palomas,
telegramas y rezos y suspiros,
sonatas para piano, arpas de herrumbre,

vitrinas del amor momificado,
relojes de lujuria que amontonan
segundos y segundos y otras prórrogas.

No canta, pero es como si cantara.
Su espanto vendaval silba en la espiga,
su pregunta repica en el silencio,
su loco desparpajo exuda un réquiem
que es prado y es follaje y es almena.

Hay que volverse sordo y mudo y ciego,
sordo de amor, de amor enmudecido,
ciego de amor. Olfato, gusto y tacto
quedan para alejar la muerte y para
hundirse en la mujer, en esa ola
que es tiempo y lengua y brazos y latido,
esa mujer descanso, mujer césped,
que es llanto y rostro y siembra y apetito,
esa mujer cosecha, mujer signo,
que es paz y aliento y cábala y jadeo.

Hay que amar con horror para salvarse,
amanecer cuando los mansos dientes
muerden, para salvarse, o por lo menos
para creerse a salvo, que es bastante.
Hay que amar sentenciado y sin urgencia,
para salvarse, para guarecerse
de esa muerte que llueve hielo o fuego.

Es el cielo común, el alba escándalo,
el goce atroz, el milagroso caos,
la piel abismo, la granada abierta,
la única unidad uniyugada,
la derrota de todas las cautelas.

Hay que amar con valor para salvarse.
Sin luna, sin nostalgia, sin pretextos.

Hay que despilfarrar en una noche
–que puede ser mil y una– el universo,
sin augurios, sin planes, sin temblores,
sin convenios, sin votos, con olvido,
desnudos cuerpo y alma, disponibles
para ser otro y otra a ras de sueño.

Bendita noche cóncava, delicia
de encontrar un abrazo a la deriva
y entrar en ese enigma sin astucia,
y volver por el aire al aire libre.
Hay que amar con amor, para salvarse.

Entonces vienen las contradicciones
o sea la razón. El mundo existe
con manchas, sin azar, y no hay conjuro
ni fe que lo desmienta o modifique.

El manantial se seca, el árbol cae,
la sangre fluye, el odio se hace muro.
¿Es mi hermano el verdugo? Ese asesino
y dios padrastro todopoderoso,
ese señor del vómito, ese artífice
de la hecatombe, ¿puede ser mi hermano?
Surtidor de napalm, profeta imbécil,
¿ése, mi prójimo? ¿ése, el semejante?
Síndico en todo caso de la muerte,
argumento y proclama de la ruina,
poder y brazo ejecutor. Estiércol.

Por esta vez no he de mirar mis pasos
sino el contorno triste calcinado.
Miro a mi sombra que está envejeciendo,
la sombra de los míos que envejecen.

El mundo existe. Con o sin sus manes,
con o sin su señal. Existe. Punto.

El mundo existe con mis ex iguales,
con mis amigos-enemigos, esos
que ya olvidé por qué se traicionaron.

Tiendo mi mano a veces y está sola
y está más sola cuando no la tiendo,
pienso en los compradores emboscados
y tengo duelo y tengo rabia y tengo
un reproche que empieza en mis lealtades,
en mis confianzas sin mayor motivo,
en mi invención del prójimo-mi-aliado.
Ni aun ahora me resigno a creerlo.

No todos son así, no todos ceden.
Tendré que repetírmelo a escondidas
y barajar de nuevo el almanaque.

Mi corazón acobardado sigue
inventando valor, abriendo créditos,
tirando cabos sólo a la siniestra,
aprendiendo a aprender, pobre aleluya,
y quien sabe, quién sabe si entre tanta
mentira incandescente, no queda algo
de verdad a la sombra. Y no es metáfora.

Nada aquí, nada allá. Son las palabras
del mago lejanísimo y borroso.

Pero ¿por qué creerle a pie juntillas?
¿En qué galaxia está el certificado?

Algo aquí, nada allá. ¿Es tan distinto?
Lo propongo debajo de mis párpados
y en mi boca cerrada.

¿Es tan distinto?

Ya sé, hay razones nítidas, famosas,
hay cien teorías sobre la derrota,
hay argumentos para suicidarse.

Pero ¿y si hay un resquicio?

¿Es tan distinto,
tan necio, tan ridículo, tan torpe,
tener un espacioso sueño propio
donde el hombre se muera pero actúe
como inmortal?

VENTANA OSCURA

La noche es inhumana. Nadie sabe
cómo se cierra esa ventana oscura
si no lo hace con su propia llave,

replegado en su sombra y sin usura,
con la memoria más que nunca alerta,
dispuesta a no pactar con la cordura.

La confianza siempre desconcierta
y un poco más la amnesia lisa y llana,
esa que olvida a cara descubierta.

Después de todo, si nos da la gana
podemos olvidar, y es poca gloria
ese olvido. La noche es inhumana

ave de muerte, muerte migratoria
que anida en estos ojos y propone
otros que ya no ven escapatoria.

Ignoro cómo se las descompone
para ser tan oscura, tan oscura,
y conseguir que yo se lo perdone.

El pasado es un rostro que madura,
una herida en el sueño, un devaneo,
dos o tres signos para la aventura.

El futuro es un tímido rodeo
al tiempo sin revés, al tiempo muerte
que desgasta las piedras y el deseo.

Unos tienen la ruina, otros la suerte
de mirarse mirando, espejo y pozo.
De todos modos, hay que ser muy fuerte

o cobarde de un modo escandaloso
para no rechazar el desafío
y contemplar en calma ese espantoso

gesto que muere, y admitir: Es mío.

BALDÓN

El dolor es una
desértica provincia
donde no cabe
nadie más

una parcela
tierra oscura

tú no lindas
con él
tú estás a salvo

pobre de ti
baldón
que no peligras.

PRIMERA INCOMUNIÓN

Esta historia poco sagrada
de aquí abajísimo

esta nada eucarística amenaza
bomba lustral
hongo piadoso
última cena con doce judas
y ningún pobre
salvador

este bochorno calculado
este loquísimo escupitajo
en las dos caras de la eternidad

tienen su parte en mi desrezo.

EL SANTO SE PREGUNTA

Arrinconado en mis plegarias buenas
e inútiles, soberbio en mis acciones
que a nadie arriman ley o quitan penas,

aislado espectador de mis histriones,
histrión yo mismo como un árbol seco
que cabeceara para sus gorriones,

guardia solemne de un instante hueco,
cómo saber, cómo saber, dios mío,
cuándo invento virtud y cuándo peco,

cuándo confundo el cielo con el río,
cómo saber si el río es poco llanto,
cómo saber, cómo saber, dios mío,

si eso que llamo Dios es otro espanto.

MEJOR TE INVENTO

Estás alicaído, estás dudando,
no te alcanzan las pruebas ni las preces,
cada Dónde te ofusca, y cada Cuándo.

Recorres el confort, las estrecheces
que quedaron atrás y es razonable
que reclames la vida que mereces,

las ventanas en paz, el techo estable.
Pero yo, te confieso, prefería
(¿cómo querés, hermano, que te hable?)

cuando tu vieja angustia estaba al día
con la angustia del mundo, cuando todos
éramos parte en tu melancolía.

Sé qué polvos trajeron estos lodos
pero saberlo no es la mejor suerte.
Inventaré quién sos. De todos modos,

inventarte es mi forma de creerte.

SEÑAS DEL CHE

Todo campo
es el nuestro

por ejemplo está éste
verde dispuesto verde
los surcos y los surcos
las nubes con sus gordas
pantorrillas de lluvia

está también el otro
campo de pronto abismo

recién nacidos muertos
sin haberse atrevido
a estrenar sus pavores

está el amor de siempre
el corazón del tacto
la noche de la piel
los poros y los poros
y la gloria y el beso

está la llamarada
la hoguera de la piel
el cuerpo brasa infame
el hombre que no sabe
por qué lo incendia el hombre

verde dispuesto verde
campo de pronto abismo
los surcos y los surcos
las nubes con sus gordas
pantorrillas de lluvia
recién nacidos muertos
sin haberse atrevido
a estrenar sus pavores
está el amor de siempre
está la llamarada
el corazón del tacto
la hoguera de la piel
la noche de la piel
el cuerpo brasa infame
los poros y los poros
y el hombre que no sabe
y la gloria y el beso
por qué lo incendia el hombre

desde un sitio cualquiera
montaña

o selva
o sótano
hay alguien que hace señas
agitando su vida

todo campo
es el nuestro.

La Habana, abril 1967.

CONSTERNADOS, RABIOSOS

*Vámonos,
derrotando afrentas*
ERNESTO "CHE" GUEVARA

Así estamos
consternados
rabiosos
aunque esta muerte sea
uno de los absurdos previsibles

da vergüenza mirar
los cuadros
los sillones
las alfombras
sacar una botella del refrigerador
teclear las tres letras mundiales de tu nombre
en la rígida máquina
que nunca
nunca estuvo
con la cinta tan pálida

vergüenza tener frío
y arrimarse a la estufa como siempre
tener hambre y comer

esa cosa tan simple
abrir el tocadiscos y escuchar en silencio
sobre todo si es un cuarteto de Mozart

da vergüenza el confort
y el asma da vergüenza
cuando tú comandante estás cayendo
ametrallado
fabuloso
nítido

eres nuestra conciencia acribillada

dicen que te quemaron
con qué fuego
van a quemar las buenas
buenas nuevas
la irascible ternura
que trajiste y llevaste
con tu tos
con tu barro

dicen que incineraron
toda tu vocación
menos un dedo

basta para mostrarnos el camino
para acusar al monstruo y sus tizones
para apretar de nuevo los gatillos

así estamos
consternados
rabiosos
claro que con el tiempo la plomiza
consternación
se nos irá pasando
la rabia quedará
se hará más limpia

estás muerto
estás vivo
estás cayendo
estás nube
estás lluvia
estás estrella

donde estés
si es que estás
si estás llegando

aprovecha por fin
a respirar tranquilo
a llenarte de cielo los pulmones

donde estés
si es que estás
si estás llegando
será una pena que no exista Dios

pero habrá otros
claro que habrá otros
dignos de recibirte
comandante.

Montevideo, octubre 1967.

ÁNGEL DE LA GUARDA

Al principio eras niño
como yo
pero mucho más ágil

no sólo me advertías
de la baldosa floja

o de la abuela que se aproximaba
con sus dos bofetadas potenciales

también en mis mañanas
de golero baldío
cuando el pecoso arremetía
echabas
a corner la pelota
inalcanzable

cierto día empezaste
a flaquear sin aviso
jugando al rango se agachó un cretino
yo me partí los labios
tú las alas

cicatrizamos pronto sin embargo
todavía serviste
para evitar los riesgos de rutina
tales como los nudos y estornudos
la maceta que cae de un quinto piso
la venérea que sube del segundo

nuestro primer conflicto fue con cielo
yo me puse a creer
y tú a esperarme

cuando se nubló todo
dónde estabas
no me salvaste ni me salvarías
ya nunca más
la noche mansa comenzó a llover
y me empapó de dudas
dónde estabas
para decir que no
gritar que sí
o mejor para

abrir nuestro paraguas
y callarnos

llegaron pestes aurorales
muertes
injustas no buscadas
odios entre el escombros
vacíos con espuma y sin espuma
cíclopes merodeantes

dónde estabas
para cavar dolor como trincheras
para armarme las manos
para decirme algo
cualquier cosa
y sobre todo
para desarmarme
la buena fe
ese arcabuz inútil

se crearon mágicos latidos
entretenidas desesperaciones
que claro
si no son bien atendidas
se pueden convertir
en incurables

dónde estabas
para inventar augurios
sobre el tierno futuro en carne viva

acudes cuando nadie te reclama
por ejemplo
a quitarme el cuarto vaso
o el primer sueño
que es quitarlo todo

debes reconocerlo
no preciso
que me cuides
sino que me descuides

ya se verá
cómo me las arreglo

mejor te vas

recoge tus alones
y no vuelvas.

ABUELO RUBÉN

Seguramente nunca habrías escrito:
“Un siglo es un instante”.
Menos aún: “Cien años, qué locura”.

Eso sí, habrías aporreado el clavecín rimero
hasta arrancarle la nota que buscabas,
o lustrado los débiles barrotes de la frase
como quien apronta una imposible jaula
para el decididamente posible ruiñeñor,
o tal vez recurrido a Atlántidas, a faunos,
a pajes, a Mesías, hasta a reinas de Angola,
para decir algo tan sencillo como tu repentina edad
o el quemante bochorno de tus viejas auroras.

Trato de imaginarme cómo habrías conseguido
en este grave amenazado enero
de tus cien años y nuestros tres minutos
pasar tu contrabando de pedagógicas ambrosías,
y entonces creo advertir otros salubres responsos,
algo así como tímidos ajustes de cuentas.

Después de todo, ya sabemos
por qué las princesas están tristes.
Y no sólo las princesas. Los sabuesos, los gerentes,
los fabricantes de burbujas y los secretarios de estado,
están a cuál más pálido en sus sillas de oro.

Después de todo, ya sabemos
por qué bufa el eunuco.
Y no sólo el eunuco. Los herrumbrados puritanos,
los ortopédicos censores, los minuciosos
restauradores de la miseria, los chacales en fin,
luchan por el legado de tu pobre bufón escarlata.

Diríase que el tiempo es otro, que en este mundo en llaga
no caben tus marquesas ni tus cisnes unánimes,
que al cándido hombre de hambre no le importa
la dieta frutal de miel y rosas
que aconsejaste para los dromedarios.

Mas son pobres decires.
Lo cierto, lo vital, lo milagroso,
es que echaste a volar un decisivo
cuento de hadas verbales y no obstante tangibles.

Seamos por una vez modestamente sabios
y sobre todo ecuánimes.

Junto con la justicia y el pan nuestro
defendamos tu derecho a soñar la palabra,
a expropiar diccionarios y mitos,
a invadir toda la belleza disponible
como quien toma por asalto el polvorín del enemigo
para volcarlo en la victoria propia.

Tú no lo habrías escrito.
Pero nosotros, gracias a ti,
no tenemos vergüenza de decir en tu nombre:
“Un siglo es un instante”,
y menos aún de pensar, en el nuestro:
“Cien años, qué locura”.

Varadero, enero 1967.

CONTRA LOS PUENTES
LEVADIZOS

1965-1966

*Pero ¿cómo sería tu amor
sin tus rencores?*

PABLO ARMANDO FERNÁNDEZ

*hurrah! por fin ninguno
es inocente*

JUAN GELMAN

CONTRA LOS PUENTES LEVADIZOS

1

Nos han contado a todos
cómo eran los crepúsculos
de hace noventa o novecientos años

cómo al primer disparo los arrepentimientos
echaban a volar como palomas
cómo hubo siempre trenzas que colgaban
un poco sucias pero siempre hermosas
cómo los odios eran antiguos y elegantes
y en su barbaridad venturosa latían
cómo nadie moría de cáncer o de asco
sino de tisis breves o de espinas de rosa

otro tiempo otra vida otra muerte otra tierra
donde los pobres héroes iban siempre a caballo
y no se apeaban ni en la estatua propia

otro acaso otro nunca otro siempre otro modo
de quitarle a la hembra su alcahofa de ropas

otro fuego otro asombro otro esclavo otro dueño
que tenía el derecho y además del derecho
la propensión a usar sus látigos sagrados

abajo estaba el mundo
abajo los de abajo
los borrachos de hambre
los locos de miseria
los ciegos de rencores
los lisiados de espanto

comprenderán ustedes que en esas condiciones
eran imprescindibles los puentes levadizos.

2

No sé si es el momento
de decirlo
en este punto muerto
en este año desgracia

por ejemplo
decírselo a esos mansos
que no pueden
resignarse a la muerte
y se inscriben a ciegas
caracoles de miedo
en la resurrección
qué garantía

por ejemplo
a esos ásperos
no exactamente ebrios
que alguna vez gritaron
y ahora no aceptan
la otra
la imprevista
reconvencción del eco

o a los espectadores
casi profesionales
esos viciosos
de la lucidez
esos inconvencionales
que se instalan
en la primera fila
así no pierden
ni un solo efecto

ni el menor indicio
ni un solo espasmo
ni el menor cadáver

o a los sonrientes lúgubres
los exiliados de lo real
los duros
metidos para siempre en su campana
de pura sílice
egoísmo insecto
ésos los sin hermanos
sin latido
los con mirada acero de desprecio
los con fulgor y labios de cuchillo

en este punto muerto
en este año desgracia
no sé si es el momento
de decirlo
con los puentes a medio descender
o a medio levantar
que no es lo mismo.

3

Puedo permanecer en mi baluarte
en ésta o en aquella soledad sin derecho
disfrutando mis últimos
racimos de silencio
puedo asomarme al tiempo

a las nubes al río
perderme en el follaje que está lejos

pero me consta y sé
nunca lo olvido
que mi destino fértil voluntario

es convertirme en ojos boca manos
para otras manos bocas y miradas

que baje el puente y que se quede bajo

que entren amor y odio y voz y gritos
que venga la tristeza con sus brazos abiertos
y la ilusión con sus zapatos nuevos
que venga el frío germinal y honesto
y el verano de angustias calcinadas
que vengan los rencores con su niebla
y los adioses con su pan de lágrimas
que venga el muerto y sobre todo el vivo
y el viejo olor de la melancolía

que baje el puente y que se quede bajo

que entren la rabia y su ademán oscuro
que entren el mal y el bien
y lo que media
entre uno y otro
o sea
la verdad ese péndulo
que entre el incendio con o sin la lluvia
y las mujeres con o sin historia
que entre el trabajo y sobre todo el ocio
ese derecho al sueño
ese arco iris

que baje el puente y que se quede bajo

que entren los perros
los hijos de perra
las comadronas los sepultureros
los ángeles si hubiera
y si no hay
que entre la luna con su niño frío

que baje el puente y que se quede bajo

que entre el que sabe lo que no sabemos
y amasa pan
o hace revoluciones
y el que no puede hacerlas
y el que cierra los ojos

en fin
para que nadie se llame a confusiones
que entre mi prójimo ese insoportable
tan fuerte y frágil
ese necesario
ése con dudas sombra rostro sangre
y vida a término
ese bienvenido

que sólo quede afuera
el encargado
de levantar el puente

a esta altura
no ha de ser un secreto
para nadie

yo estoy contra los puentes levadizos.

ARTE POÉTICA

Que golpee y golpee
hasta que nadie
pueda ya hacerse el sordo

que golpee y golpee
hasta que el poeta
sepa
o por lo menos crea

que es a él
a quien llaman.

EN PIE

Sigo en pie
por latido
por costumbre
por no abrir la ventana decisiva
y mirar de una vez a la insolente
muerte
esa mansa
dueña de la espera

sigo en pie
por pereza en los adioses
cierre y demolición
de la memoria

no es un mérito
otros desafían
la claridad
el caos
o la tortura

seguir en pie
quiere decir coraje

o no tener
donde caerse
muerto.

AY QUE NO HAY

No hay ángeles
no hay dios

no hay cielo
no hay regreso

sin embargo
y sin duda
hay sueños como ángeles
hay miedos como dios
hay cielos como cielo

sin embargo
y sin duda
lo que no hay
es regreso.

INTIMIDAD

Soñamos juntos
juntos despertamos

el tiempo
mientras tanto
hace o deshace

no le importan
tu sueño
ni mi sueño

somos dóciles
torpes
destruibles

pensamos que no cae
esa gaviota

que más allá del fin
hay otra orilla
que la batalla es nuestra
o de ninguno

vivimos juntos
juntos
nos destruimos

pero la destrucción es una broma
un detalle
una ráfaga
un instante
un abrir y cerrarse
de ojos ciegos

ah nuestra intimidad
es tan inmensa
que la muerte la esconde
en su vacío.

CANJE

Es importante hacerlo

quiero que me relates
tu último optimismo
yo te ofrezco mi última
confianza

aunque sea un trueque
mínimo

debemos cotejarnos

estás sola
estoy solo
por algo somos prójimos

la soledad también
puede ser
una llama.

LUNA CONGELADA

Con esta soledad
alevosa
tranquila

con esta soledad
de sagradas goteras
de lejanos aullidos
de monstruoso silencio
de recuerdos al firme
de luna congelada
de noche para otros
de ojos bien abiertos

con esta soledad
inservible
vacía

se puede algunas veces
entender
el amor.

SABE VENGARSE

Cierro los ojos
y no existe
el prójimo

se terminan
la lucha
el mar de agravios
los dueños del dinero
la nube que amenaza

se terminan las trampas
los zánganos que dictan
la ley
los eruditos
el odio
y aquel látigo
que corta el aire

cierro los ojos
y no existe el prójimo

pero él sabe vengarse

ahora
o cuando quiera
puede cerrar los ojos
sólo cerrar los ojos

y entonces
yo
no existo.

LA HAZAÑA

Después de todo es fácil recordar
basta con arrimarse al horizonte
basta con bostezar en plena euforia
alcanza con entrar en la agonía

es fácil recordar
se abren las manos

y se cierran
y en el puño vacío
está el juguete
están la cruz o el seno
que se desentendieron del presente
que quedaron atrás
que todavía

es fácil
basta con decir un nombre
basta con desandar cierta tristeza
alcanza con quebrar el odio ajeno

la gran proeza
la mejor hazaña
de la memoria
es olvidarlo todo.

HASTA ENTONCES

Tal vez en un desnudo amanecer con frío
ese frío corpóreo y a la vez transparente
que viene desde arriba como el ojo de un búho

en un exacto mundo todavía con árboles
todavía con monstruos y rocío y pregones
corrompido o a punto de encontrar su pureza

en una edad que desmorone juicios
que embista rangos y madure insomnios
y cambie lo imposible en inminente

en un tiempo con ruinas y paciencia
y un nuevo resplandor que no nos abochorne
y esa enorme tristeza que se llama sosiego

allí en ese desnudo amanecer con frío
ya sin consternación y casi alegres
descubriremos la presencia estable

de otra armonía y otro paradigma
y el bienaventurado cataclismo
ese impróspero azar que es la justicia

pero de aquí hasta entonces hasta ese
ecuánime relámpago de veras
de aquí hasta ese fulgor irremediable

cómo vivir esperanzadamente
en esta noche atroz leonina abyecta
cómo vivir en este socavón sin escape.

HARAPOS

Hay sólo una miseria
que se prende con uñas en el muro
y quisiera trepar
y a veces trepa

una vasta miseria que nos mira
y junta su rencor
y nos invade

por eso desde hoy y desde dentro
y a pesar de mi pan y de mi suerte
me siento miserable

como si nunca hubiera sonreído
o visto sonreír
como si cuando sueño
mis ensueños
no encontraran lugar
bajo mis párpados

ya no es la culpa higiénica
la desazón precaria
el relamido umbral
de la conciencia

es mucho más

ahora mi miseria
incluye el estrellarse
y usar todo el coraje para el miedo
y caer de rodillas
sin plegaria
y sentirse extranjero
y condenado
a no encontrar la brecha
a no encontrar la brecha.

A QUIÉN

Ya no sólo de pánico
vive el hombre

por eso
es una paz no dulce
no tranquila
no alegre

con esa pobre cuota
de promesas y aves
que necesita el cielo
de una siesta cualquiera

sin embargo
los hombres y mujeres
ya no entoran los ojos
como era previsible
y lo contemplan todo

el futuro diezmado
la brisa que ahora adula
como al pasar
las hojas
la ola que no llega
la voz que no se rompe

toda la paz sencillamente no

el cascarón del orden
el salto o dios o cuervo
que se cierne
sobre la paz no mansa
sobre la paz en sombra
sobre la paz espera

a quién.

DECIR QUE NO

Ya lo sabemos
es difícil
decir que no
decir no quiero

ver que el dinero forma un cerco
alrededor de tu esperanza
sentir que otros
los peores
entran a saco por tu sueño

ya lo sabemos
es difícil
decir que no
decir no quiero

no obstante
cómo desalienta
verte bajar de tu esperanza
saberte lejos de ti mismo

oírte
primero despacito
decir que sí
decir sí quiero
comunicarlo luego al mundo
con un orgullo enajenado

y ver que un día
pobre diablo
ya para siempre pordiosero
poquito a poco
abres la mano

y nunca más
puedes
 cerrarla.

ADELANTE

A la muerte a la muerte a la muerte
no importa que el verano nos ataje
que las piedras incrédulas nos miren
los sordomudos del amor los militantes
de la felicidad nos exorcicen
que los guías nos lleven a otra parte
que nos propongan paraísos varios
cada uno con su aval de eternidad

a la muerte a la muerte a la muerte
caminando despacio o a caballo o a nado
o bien trepados en el sufrimiento
no importa el medio de transporte vamos

decididos porfiados mortalmente optimistas
repartiendo memorias testamentos hijuelas
proyectos de obra póstuma últimas voluntades
frases finales para los que siguen

a la muerte a la muerte a la muerte
sin matarnos simplemente viviendo
nuestro largo atareado suicidio
nuestra desolación en compañía
después de todo somos los vitales
los que vamos como toros o búfalos
como rinocerontes de inocencia
como los obligados obedientes
a la muerte a la muerte a la muerte.

HACHE Y JOTA

Aquella noche Hyde y Jekyll
decidieron tomar un trago

silbó bajito el Dr. Jekyll
y dijo hoy me siento ufano
tengo tranquila la conciencia
la digestión de buen talante
creo que vivir vale la pena

bajó los ojos míster Hyde
y dijo torvamente mierda

luego elevaron las dos copas
de vino tinto y vino blanco
y brindaron por esa eterna
y saludable coincidencia

por fin salieron abrazados
como dos buenos enemigos

estornudaron al unísono
y se metieron en el Hombre.

ENEMIGO

Tus ojos miran como dos latidos,
tu corazón no puede con su roca,
tu memoria se tapa los oídos.

Maldices aunque no muevas la boca,
sigues comprando el surco y los matones,
el azar, los desnudos y la poca

vergüenza que te pisa los talones,
sigues comprando hectáreas y tristezas.
Pero son demasiadas emociones.

Como todos, escondes tus flaquezas
y tu memoria sabe lo que sabe.
Llega la hora. Y además empiezas

a crujir, enemigo. Eso es muy grave.

TRANSISTOR

La plaza es por ahora una mancha de sol
los árboles son nada más que árboles
o sea que no entran aún en la metáfora
el remoto mercado distribuye sus gritos
dispuestos a flotar sobre el vasto cantero
ufano en su primera liquidación de hojas

metido en semejante silencio hecho de ruidos
el transistor propone sucesivas enmiendas
el presidente johnson declaró declaraba
declarará declara estaría declarando

sobre la hoja el insecto avanza por su mano
la gota verde no se decide a suicidarse
a dejar de ser gota sobre la tierra esponja
misiones de limpieza al norte de saigón
dos versos más acá en su walhalla mínimo
ella lo besa a él como el nido a su rama
ciento cincuenta raids todos cristianos
en sólo una jornada prodigio de eficiencia

desmantelado y todo mueve nubes el cielo
hinchadas y prudentes dan vueltas las palomas
y como hasta ahora nadie les pidió el visto bueno
para reconvertirlas en símbolos de paz
su paso tiene a veces la amargura confiada
la solvente tristeza de las viudas encintas

en raptó que no ha sido justamente apreciado
el general westmoreland bombardea sus tropas
en soledad perpetua se mira un niño y corre
tras la pelota siempre de nuevo revelada
al norte de otro norte la escalada prosigue
la fuerza aeronaval no reconoce pérdidas
no reconoce alarmas el otoño en su banco
insiste el surtidor con destemplada
transparencia y a veces estornuda
el presidente johnson el presidente johnson
la araña azul vigila su red de cementerios
y su mala conciencia se hace indisimulable
en el tic irrisorio de su séptima pata

para u thant es probable el tremendo holocausto
durante diez minutos el viento aliento sopla
la despeinada copa dice otra vez que no
y pierde dos pestañas y un coleóptero
sentémonos sugiere el presidente johnson
a la mesa del diálogo del amor de la tregua
las palomas no saben que están siendo aludidas
no saben que están siendo bombardeadas

la pareja no sabe que peligra su beso
el insecto no sabe la criatura no sabe

el transistor no sabe que el napalm de la paz
no sólo incendia arengas depósitos hogares
en aquel paralelo que está sólo en un mapa
también inflama el aire de esta plaza en modorra
y el futuro esa zona desmilitarizada.

LOS ANACRÓNICOS

Con todas las letras y con todos los números
dijo mi amigo que la moral era anacrónica
mi amigo dijo que había que ser realista
después llegaron los capitanes del Tesoro
hicieron el consabido acopio de síes
y los almacenaron y los ordenaron
a un lado los síClaro y los síViva
a otro los síPero y los síAunque

después vinieron los ecónomos del hambre
los estadígrafos de la alegre miseria
levantaron un prolijo censo de lo frágil
descartaron la conciencia ese pólipo inútil
y admitieron una sabia dosis de humillaciones

por último llegaron los verdugos sonrientes
los muchachos de dios y cocacola
por piedad arrojaron las bombas
a cada aldea le dieron su sagrado napalm
y a cada cadáver su mejor padrenuestro

no obstante el panorama está mucho más claro

desde las colinas del pasado
desde las montañas del porvenir

ojalá descieran los anacrónicos
ojalá lleguen otra vez a tiempo

la verdad es que ahora
cabalmente se entiende
que mi amigo el realista
no era realista de la realidad
sino del rey.

LLUVIA REGEN PIOGGIA PLUIE

Lluvia regen pioggia pluie
crea cúpulas vértigos confianzas
sencillamente cae sobre tus hombros
golpea en el paraguas que no puede
sentir que llueve en cuatro en ocho idiomas
se derrama quién sabe en qué mapa de sueños
con bombardeos llantos y sirenas
con recuerdos que empiezan a chorrear
con árboles que piden y no esconden
la mano o rama o pájaro o deseo
con el débil relámpago que nadie
con el trueno que se metió en su nido
llueve con voluntad igualadora
sencillamente cae sobre tus hombros
aquí y en otras tardes otras noches
con estos goterones o con otros
en inviernos en selvas en esquinas
en umbrales en huellas en abrazos
mojando estas caricias o esas muertes
sin escándalo llueve en las palabras
y hasta en el corazón llueve sin ruido
como plomo como alas como labios
llueve besando llueve como grito
en cuatro en seis en ocho en diez idiomas
en veinte o treinta desesperaciones

como cortina llueve o como cielo
sencillamente cae sobre tus hombros.

HABANERA

a Roberto Fernández Retamar

1

Uno llega
con sus ojos de buey
con sus dedos de frente
o con sus pies de plomo

todo eso y además
con su vieja aritmética
con su rengu compás
con su memoria
a cuestras

uno llega
sensato
dispuesto a transpirar
a cotejar testigos
a combustir mulatas

todo eso y además
a contar hasta diez
a averiguarlo todo
a no decir me asombro

uno llega
a La Habana
se planta en su febrero
y a quién le importan viejos
compases
simetrías

aquí en La Habana invierno
sol de un invierno sol
hay que recalcularnos
hay que desintuirnos
hay que saltar encima
del prejuicio y la pompa
y empezar a contar
desde amor
desde cero.

2

La abuela siglo veinte está de fiesta
empezó a leer
a los ochenta y cuatro
y acabó sexto año
a los noventa

a la muchacha alfabetizadora
le pregunto
¿problemas con los viejos?
el pulso que les tiembla
sólo eso.

3

Juan Goytisolo lo escribió una vez
y me dejó un semestre hablando solo
hay una paradoja en esta época
(y no es de las menores)
que nosotros artistas
peleemos por un mundo
que acaso nos resulte inhabitable

tiene razón
la paradoja existe

sin embargo
éste es el mundo por el que peleamos
y a mí no me resulta
inhabitable

falta saber
si es excepción
o regla

que alguien lo aclare
a más tardar
mañana

mientras tanto
y por suerte
yo respiro.

4

Vertiginosa henchida puntualmente
como fósforo que de pronto es antorcha
como brisa sospechosamente vital
como verdad escueta y explosiva
como caos fraterno terrenal entusiasta
como la abolición de soledades varias
como la más reciente panne de la injusticia
como el ojo de Abel puesto a mirar
como santa maría del buen desaire
como el mejor complot contra la muerte
como si Marx bailara el mozambique
decente inconfundible remontada
toda presente y casi venidera
La Habana ignora y sabe lo que hace.

5

Vamos a ponernos brevemente de acuerdo
aquí los buitres son auras tiñosas
las olas humedecen los pies de las estatuas
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

los autos van dejando tuercas en el camino
los jóvenes son jóvenes de un modo irrefutable
la palabra carajo vitaliza el fraseo
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

nada de esto es exceso de ron o de delirio
quizá una repentina borrachera de cielo
lo cierto es que esta noche el carnaval arrolla
y hay mulatas en todos los puntos cardinales.

6

Soy consciente de que no es mi ciudad
quiero decir con esto que aquí yo no podría
escoger ciertas dudas como propias
imaginar el puro color de la certeza
adivinar qué odio o qué ternura
mantiene en vilo al insomne de siempre
o qué diptongos o claves o bramidos
usa el amor para apretar su abrazo

consciente de que nosotros allá abajo
todavía no queremos o quizá no podemos
dar vuelta el pasado como una pobre media
ni admitir sin clemencia nuestro pánico
y transformarlo en un coraje contagioso

mi ciudad es más cauta más prudente
más opaca y ahora bastante más amarga
sus ruidos provisorios se diluyen

en un hosco silencio que ya nadie interrumpe
y sus segundos y terceros bríos
mueren en las primeras aquiescencias

por eso esta ciudad no puede ser la mía
hay demasiado goce de vivir demasiada
prisa por despejar la muerte en duda
sin embargo alimento la rara certidumbre
de que en algún probable futuro sin angustia
esta ciudad y yo quizás nos entendamos
tan sólo con mirarnos un sábado de noche
y apagar nuestras sombras y dejar este tango
sumergido en el ron como prenda fraterna.

7

Al final uno parte
con sus ojos de buey
con sus dedos de frente
o con sus pies de plomo

todo eso y además
con amigos de pan
de madera
de tierra

uno parte
y es otro

dispuesto a no olvidar
a contar hasta tres
a no decir empero

todo eso y además
con el adiós más arduo
y el corazón más nuevo.

PRÓXIMO PRÓJIMO

1964-1965

*Permítanme decir que la poesía
es una habitación a oscuras*

SEBASTIÁN SALAZAR BONDY

LOS DESCANSOS

I

Ni ahora ni después
ni al mediodía
ni en la tarde brevísima
ni en la noche pesada
ni mañana
ni dentro de diez días
tendré
lo que se dice
tiempo
de ahí que el descanso sea
una gloriosa
inmerecida siesta
que siempre duermen
otros.

II

Uno quisiera a veces conseguir un insomnio
para tasar con calma
con cordura
los fracasos las viles resonancias
y aprender del silencio
ese maestro
un insomnio sin miedo
sin ruidos evidentes
agresivos

a lo sumo escuchar la tarea ominosa
de los tercos roedores de la noche
sentir cómo sus dientes
diminutos
constantes
destruyen el futuro

un insomnio sereno
para que el viejo espíritu
o la nueva cabeza
canjeen de una vez sus exiguas angustias
por una angustia grande
crecida
verdadera

pero ya no se puede
no existe ese derecho

a la noche uno cae como una roca ajena
como un susto
de plomo
y el sueño es nada más que una vacía
sinopsis de la muerte.

SOCORRO Y NADIE

Sólo un pájaro negro
sobre el pretil cascado
una línea de sol
en la reja de herrumbre

azoteas sin rostro
sin miradas
sin nadie

estúpido domingo
voraz
deshabitado

ahora se borra el sol
definitivamente
el pájaro se borra
y es un vuelo sin magia

como última señal
de vida
la camisa
oreándose en la cuerda
agita enloquecidas
blancas mangas
que reclaman socorro
pero abrazan el aire.

CURRICULUM

El cuento es muy sencillo
usted nace
contempla atribulado
el rojo azul del cielo
el pájaro que emigra
el torpe escarabajo
que su zapato aplastará
valiente

usted sufre
reclama por comida
y por costumbre
por obligación
llora limpio de culpas
extenuado
hasta que el sueño lo descalifica

usted ama
se transfigura y ama
por una eternidad tan provisoria
que hasta el orgullo se le vuelve tierno
y el corazón profético
se convierte en escombros

usted aprende
y usa lo aprendido
para volverse lentamente sabio
para saber que al fin el mundo es esto
en su mejor momento una nostalgia
en su peor momento un desamparo
y siempre siempre
un lío

entonces
usted muere.

ÉSTE Y NO OTRO

Por qué viene el recuerdo
éste y no otro
si nadie nada nunca
lo llama lo repite lo convoca

si miro
claraboyas nubes techos
pálidas astas sin banderas
puertas cerradas mudas
árboles esqueléticos
por qué
si estoy vacío
de alarmas
o repleto de paces
que es lo mismo
si nadie vocifera

nadie llora o se esconde o se desangra
si la calle está sola
con sus sonidos y vidrieras
sola
con sus ciegos que piden
y se borran
si nadie nada nunca
lo llama lo repite lo convoca
por qué
viene el recuerdo
éste
y no otro
éste
y no otro
éste.

EL ECO

Sé que el muro es el muro
y que el cielo no es cielo
sé que me olvido y oigo
cómo tañe el olvido

sin embargo no puedo
detenerme y caer
y apagarme en el sueño
y soñar que me rindo

sin base
sin motivos
sin aval
sin razones
sin ningún documento
que apoye la esperanza
miro en la tarde inerme
y grito una fe oscura

y me quedo esperando
las primicias del eco.

LA TRAMPA

Qué trampa este crepúsculo
qué calma desplomada sobre todo
qué simulacro inútil
qué sonrojo

en paz siguen las nubes
cómo quisiera en paz
y silenciosas
el aire tiene gracia
por una vez tangible
compartida
y nadie está sediento
o por lo menos nadie tan sediento
como para matar
o destrozarse

qué trampa esa lejana
bocina
que se quiebra
como un viejo sollozo
qué mentira ese tango esa guitarra
esa clara desierta inexplicable
melancolía de las azoteas

qué trampa
qué artimaña
qué lástima
saber
que es una trampa.

ETERNO

Cuando no tenga manos
ni sexo
ni pulmones
ni mirada y con un deleznable tinguíñazo
estos labios se vuelvan
ceniza
o aserrín
aspiraré a quedarme
sin embargo
en una voz tan breve
de una sola palabra
que podría ser No
o Dios
o Cuándo

o más probablemente
un hipo
sin memoria.

ALMOHADAS

Hay almohadas de pluma
hay almohadas de siesta
de lana
de vientre
de muerte

pero no todas
están
en el secreto
ni todas saben
evacuar
las consultas

la tuya tiene
un pozo
donde ajustas
la nuca
y en las noches
amargas
hundes
ojos y lágrimas.

ARCO IRIS

A veces
por supuesto
usted sonrío
y no importa lo linda
o lo fea
lo vieja
o lo joven
lo mucho
o lo poco
que usted realmente
sea

sonrío
cual si fuese
una revelación
y su sonrisa anula
todas las anteriores
caducan al instante
sus rostros como máscaras
sus ojos duros
frágiles
como espejos en óvalo
su boca de morder
su mentón de capricho
sus pómulos fragantes

sus párpados
su miedo

sonríe
y usted nace
asume el mundo
mira
sin mirar
indefensa
desnuda
transparente

y a lo mejor
si la sonrisa viene
de muy
de muy adentro
usted puede llorar
sencillamente
sin desgarrarse
sin desesperarse
sin convocar la muerte
ni sentirse vacía

llorar
sólo llorar

entonces su sonrisa
si todavía existe
se vuelve un arco iris.

DESILUSIÓN ÓPTICA

Desde lejos parece
metido en sus costumbres incendiarias
un simple monstruo por aclamación
sádico pero lleno de coraje
pundonoroso arcángel con linterna

y una presencia de ánimo irrompible
verdugo con chorretes de justicia
intransigente como un gigoló
semidiós inflexible poderoso
con puños puñetazos y puñales
honesto como el mar o el terremoto
equitativo como una epidemia
tan popular como la misma muerte

ah pero desde cerca es tan distinto
un débil un guiñapo un inseguro
imán de temblorosas pesadillas
un cornudo ideológico o social o somático
o sea un cornudo propiamente dicho
alguien que teme y teme en varios planos
verbigracia por la virginidad
de su cofre y también de sus hijitas
la propiedad privada de sus rezos
la empresa occidental de su prostíbulo
la antigüedad de su conciencia hectárea.

TANGO

Tenés tal maña, tal arte
y un suspiro tan discreto
que podría revelarte
mi secreto.

Usás tan suaves maneras,
la sonrisa tan gustosa,
que podés pedir, de veras,
cualquier cosa.

Hacés gestos tan humanos
y tan dóciles al ruego
que por vos ponen las manos
en el fuego.

Sos de marca vieja y sabia
sos ligera en el encargo,
sos simpática de labia.
Sin embargo

sos tan sólo tus despojos.
Que no fuiste tan astuta
como para arriar tus ojos
de falluta.

CARTA AL COMISARIO DEL CIELO

Lo decidí anteanoche mientras iba
caminando sin rumbo y sin apuro
bajo la lluvia lenta mansa justa

no voy a ir así que no me espere
usted dirá qué tipo quién lo entiende
con un cielo sin fin tan confortable
empedrado de malas intenciones
un sueño tan formal y tan augusto

ah me consta que el cielo ha mejorado
sus condiciones habitacionales
con un confort solemne y cibernético
con nuevos eugenistas y mitólogos
con reinas de belleza y de vendimia
y un escuadrón de arcángeles acróbatas
custodios de oraciones voladoras
con bromas sobre Dios y sobre el diablo
con leyes contra el diablo únicamente
y una gendarmería insuperable
(todos los comisarios van al cielo)
y una censura seca y puritana
(ya sé que a los censores corresponde
la provincia celeste de los cuáqueros)

me consta que allí están los delatores
si delataron por la buena causa
y los torturadores si invocaron
a Dios la democracia y la familia
me consta que allí están los impotentes
insospechables de concupiscencia
y los estafadores si estafaron
antes de darse a la filantropía
me consta todo eso y sin embargo
usted dirá qué tipo quién lo entiende
yo me conozco y sé que extrañaría
ha de ser deprimente no ver rostros
profilácticamente subversivos
ni suicidas colgados de ideales
ni la nostalgia de la carne alegre
ni el peligroso honor de la blasfemia
ni víctimas de un asco melancólico
o de un calambre de desobediencia

yo me conozco y sé que extrañaría
de modo que haré el trámite preciso
para que me permuten el boleto
le ruego me comprenda y me disculpe
diga si quiere que me fui al infierno
pero si esta palabra está vedada
o si al decirla arriesga usted su puesto
diga sencillamente que renuncio
porque el cielo está tan organizado
que en su autopista no hay cómo extraviarse
bajo la lluvia lenta mansa justa.

ESTACIONES

En primavera
cuando surgen
las consabidas muchachas de ojos verdes
y el nuevo viento agita con esperanza

antenas y divisas y follajes
y cada miserable sobretodo
vuelve a su ropería monacal
y los escotes rebosan de golondrinas
es fácil creer en Dios
y en los horóscopos
proporcionar migajas a los mendigos
complejos vitamínicos a las palomas
salpicarse sobriamente de optimismo
o imaginar que por los hilos del telégrafo
viajan canciones pegadizas
y más o menos insurreccionales.

TODOS CONSPIRAMOS

a Raúl Sendic

Estarás como siempre en alguna frontera
jugándote en tu sueño lindo y desvencijado
recordando los charcos y el confort todo junto
tan desconfiado pero nunca incrédulo
nunca más que inocente nunca menos
esa estéril frontera con aduanas
y pelmas y galones y también esta otra
que separa pretérito y futuro
qué bueno que respires que conspires
dicen que madrugaste demasiado
que en plena siesta cívica gritaste
pero tal vez nuestra verdad sea otra
por ejemplo que todos dormimos hasta tarde
hasta golpe hasta crisis hasta hambre
hasta mugre hasta sed hasta vergüenza
por ejemplo que estás solo o con pocos
que estás contigo mismo y es bastante
porque contigo están los pocos muchos
que siempre fueron pueblo y no lo saben
qué bueno que respires que conspires

en esta noche de podrida calma
bajo esta luna de molicie y asco
quizá en el fondo todos conspiramos
sencillamente das la señal de fervor
la bandera decente con el asta de caña
pero en el fondo todos conspiramos
y no sólo los viejos que no tienen
con qué pintar murales de protesta
conspiran el cesante y el mendigo
y el deudor y los pobres adulones
cuyo incienso no rinde como hace cinco años
la verdad es que todos conspiramos
pero no sólo los que te imaginas
conspiran claro está que sin saberlo
los jercas los ciegos poderosos
los dueños de tu tierra y de sus uñas
conspiran qué relajo los peores
a tu favor que es el favor del tiempo
aunque crean que su ira es la única
o que han descubierto su filón y su pólvora
conspiran las pitucas los ministros
los generales bien encuadernados
los venales los flojos los inermes
los crápulas los nenes de mamá
y las mamás que adquieren su morfina
a un abusivo precio inflacionario
todos quiéranlo-o-no van conspirando
incluso el viento que te da en la nuca
y sopla en el sentido de la historia
para que esto se rompa se termine
de romper lo que está resquebrajado
todos conspiran para que al fin logres
y esto es lo bueno que quería decirte
dejar atrás la cándida frontera
y te instales por fin en tus visiones
nunca más que inocente nunca menos
en tu futuro-ahora en ese sueño
desvencijado y lindo como pocos.

NO HA LUGAR

Hace tiempo fuimos sancionados de veras
y alguien nos colocó junto al río desplegado
hizo pozos en la cóncava arena materna
para que sintiéramos la obligación de instalarnos
creó un oleaje que de acuerdo a lo previsto
desorientó las esperanzas y los muelles
y en cada crepúsculo propenso a la angustia
nos despeinó con una tierna brisa

tal vez por esa razón cuando suenan
las rituales consignas del verano
nos insertamos sin fe y también sin violencia
en esta tradición poco menos que inmóvil
como si las noticias acerca de suicidios
y motines y estupros y explosiones
llegaran de una memoria no sólo derruida
sino además científicamente inexacta

durante esa vacación o letargo
de quince semanas y un miércoles anexo
vemos rocas y nostalgias y pájaros
a través de los mismos anteojos ahumados
y el higiénico ocio yacente
respirando con apática perseverancia
nos otorga por fin un inmune pellejo
de matizadas y saludables escamas

mientras tanto en alguna paciente llanura
se amontonan agüeros y simples profecías
vaya uno a saber dónde tiene el futuro
su aleatoria y portátil confianza
su depósito con furgones de pánico
su espléndido acopio de torturas
sus disciplinadas agujas que enhebran
modestos hilos de sangre caliente

no nos importa que el lejano dolor
esté pagando su carísimo peaje
en rigor no nos importa ni tampoco nos alude
nada de lo que ocurre a espaldas nuestras
estamos aquí para admirar los transatlánticos
que desandan el alegre horizonte
por lo menos estaremos mientras duren
el celaje y el sopor estivales

sólo ahora comprendemos el error sin disculpa
de no haber impedido que algo o que alguien
tomara la decisión de colocarnos
irreversiblemente junto al río
y creara y fomentara con tan laxo talante
desatendidos y brevísimos veranos
insuficientes para despreocuparnos
como los viejos moluscos que somos

la verdad es que la publicitada primavera
siempre nos pareció demasiado ventosa
no estamos ni remotamente preparados
para el otoño y su catástrofe de hojas
y por supuesto odiamos un invierno que carece
hasta de una nieve inobjetablemente estética
es por todo lo expuesto que exigimos
la inmediata ampliación del verano.

HASTA MAÑANA

Voy a cerrar los ojos en voz baja
voy a meterme a tuestas en el sueño.
En este instante el odio no trabaja

para la muerte, que es su pobre dueño
la voluntad suspende su latido
y yo me siento lejos, tan pequeño

que a Dios invoco, pero no le pido
nada, con tal de compartir apenas
este universo que hemos conseguido

por las malas y a veces por las buenas.
¿Por qué el mundo soñado no es el mismo
que este mundo de muerte a manos llenas?

Mi pesadilla es siempre el optimismo:
me duermo débil, sueño que soy fuerte,
pero el futuro aguarda. Es un abismo.

No me lo digan cuando me despierte.

CENIZA

Falta saber el último sentido
quiero decir: si es pueblo o es imperio.
Cada noticia con su desmentido,

cada desolación con su misterio.
Claro, cuando el misterio es de mentira
nadie se atreve a perdonar en serio

ni a romper el espejo en que se mira
ni menos a gritar, porque ese grito
no tiene otro respaldo que su ira.

Qué difícil negocio el infinito.
Al destino encomiendan la aventura
yo a las pruebas del mundo me remito.

Siempre que la verdad está madura
despiadado el azar nos fiscaliza.
Menos mal que su voz es insegura:

“No hay fénix”, dice. “Sólo habrá ceniza”.

MARINA

Cuando el barco es dejado por las ratas
a uno le vienen malos pensamientos;
alarmas sin razón, carencias natas,

pereza para aliarse con los vientos
o no prever lo mucho que fatiga
la plenamar con sus aburrimientos.

No obstante puede ser que Dios bendiga
la quiebra del bauprés, las velas rotas,
y antes que en sombras llegue la enemiga

y las gotas se junten con las gotas
antes que el mar se encrespe o se confunda
decore al fin el mástil con gaviotas

y el barco quede hermoso. Aunque se hunda.

PARPADEO

Esa pared me inhibe lentamente
piedra a piedra me agravia

ya que no tengo tiempo de bajar hasta el mar
y escuchar su siniestra horadante alegría
ya que no tengo tiempo de acumular nostalgias
debajo de aquel pino perforador del cielo
ya que no tengo tiempo de dar la cara al viento
y oxigenar de veras el alma y los pulmones

voy a cerrar los ojos y tapiar los oídos
y verter otro mar sobre mis redes
y enderezar un pino imaginario
y desatar un viento que me arrastre

lejos de las intrigas y las máquinas
lejos de los horarios y los pelmas

pero puertas adentro es un fracaso
este mar que me invento no me moja
no tiene aroma el árbol que levanto

y mi huracán suplente ni siquiera
sirve para barrer mis odios secos

entonces me reintegro a mi contorno
vuelvo a escuchar la tarde y el estruendo
vuelvo a mirar el muro piedra a piedra
y llego a la vislumbre decisiva
habrá que derribarlo para ir
a conquistar el mar el pino el viento.

PRÓXIMO PRÓJIMO

*En caso de vida o muerte, se debe
estar siempre con el más prójimo.*

ANTONIO MACHADO

Y está tu corazón
próximo prójimo
hermano a borbotones
ensimismado dócil triste exangüe
con terribles secretos en tu fondo
con tu ebria soledad acompañada

próximo
algunas veces lejanísimo prójimo
cuántos rostros
me diste me estás dando
sobreviviente atroz sobreviviente

de esta herida sin labios
de esta hiedra sin muro

qué maga
qué sin trenzas viniste
ah prójimo-muchacha la primera
a instalarte delante de mis ojos de niño
que no sabía nada
que no sabía nada
mi dialecto era verte y anunciar para siempre
entre diez compañías de soldados de plomo
mi gran amor deslumbre
mi pobre amor a cuerda

vino el amigo absorto
sin percances
y no se habló de muertes
en su cercado limbo
tan sólo se jugaba
al más allá

y el sábado
era una bruma pero sin reloj
sin llave urgente ni contradicciones
amigo nada más
amigo muerto

los padres
claro
como un gran suburbio
amor congénito en mansa barbarie
amor subordinado e invasor
amor ciego o miope o astigmático
aún puedo abrigarme en sus imágenes
están aquí al alcance
viejo
vieja
un poco sordos para su propia incógnita

pero siempre pendientes
de mi nueva llegada

venga maestro
no lo olvido
usted me abrió los cielos
colonizó mi alma
con el meñique se alisó la barba
y miró el mundo
(yo estaba en el mundo)
con un desprecio cruel
no le perdono
su vocación de estafa
ni aun ahora
que está bien muertecito
dios mediante

prójimo
hermano literal
quien sabe
dónde quedó el momento en que jugamos
lanzando al aire nuestros ocho años
de diferencia o de encadenamiento
duermes y duermo
el sueño y el espanto
viajan de tu fatiga a mi fatiga
y viceversa vuelven a viajar
hasta que al fin también
ellos se duermen

prójimo mi enemigo
que me conoce y finge no saberme
y en su tedio descubre
ese rencor enorme y tan minúsculo
por cierto no lo envidio
cuando pronuncia vida y piensa muerte
cuando repite cristo y piensa judas
a esta altura tal vez ya esté oxidado

su resentido embuste didascálico
quizá contemporice y diga ciencia
por no decir conciencia

estás en el pupitre
como yo desterrado
en tanto que en el patio
llueve diagonalmente
el alemán rechina y tú divagas
hasta que la trompada
ese viejo argumento
cae sobre tu oreja que es la mía
y tu alarido estalla para siempre
y ahora la lluvia es sólo vertical

mi mujer está aquí
pero antes mucho antes
se acercó por un patio
de baldosas en rombos
y allí empecé a tomar tremendas decisiones
entonces fui a mirarla desde buenos aires
yo era su prójimo sin lugar a dudas
volví y le dije
piénsalo
pero ella dijo
no necesito pensarlo

prójimo el admirable
el cándido
el impuro
te vi una vez pero nunca me viste
no capitularé ni capitularemos
tan importante como julio verne
vas tripulando una nave una isla
un cuerpo extraño inverosímil nuevo
pero en un lustro apenas
será el cuerpo de todos
ojalá y cotidiano

prójimo en que me amparo
tu compacta amistad
tu vida un tanto mustia
tu faro de confianzas
tus vísperas de solo
son para mí el contorno imprescindible
prójimo-muro gris acribillado
prójimo-pasamano en que me apoyo
cuando desciendo la escalera y temo
que algún peldaño pueda estar podrido

rostro herido heridor
ojos que lo supieron
aduana de la dulce simetría
olvidada presencia inolvidable
estás en algún sitio
en algún tríptico de resignaciones
yo pienso en ti cuando la noche clava
para siempre qué suerte para siempre
otra lanza-nostalgia
en mi costado
y está tu corazón
próximo prójimo
no te avergüences de su llanto

la cabeza hace trizas el pasado
fríamente coloca sus razones invictas
divide en lotes la melancolía
negocia cautamente tus acciones en alza
desorganiza para siempre tu magia
te despoja del cándido futuro
amuebla los infiernos que te esperan
después del provisorio desamparo
te hace lúcido y hueco
cruel y lúcido
voraz y pobre lúcido

pero también
por suerte
está tu corazón

ese embustero
ese piadoso
ese mesías.

NOCIÓN DE PATRIA

1962-1963

*Además una cosa:
Yo no tengo ningún inconveniente
En meterme en camisa de once varas.*

NICANOR PARRA

NOCIÓN DE PATRIA

Cuando residio en este país que no sueña
cuando vivo en esta ciudad sin párpados
donde sin embargo mi mujer me entiende
y ha quedado mi infancia y envejecen mis padres
y llamo a mis amigos de vereda a vereda
y puedo ver los árboles desde mi ventana
olvidados y torpes a las tres de la tarde
siento que algo me cerca y me oprime
como si una sombra espesa y decisiva
descendiera sobre mí y sobre nosotros
para encubrir a ese alguien que siempre afloja
el viejo detonador de la esperanza.

Cuando vivo en esta ciudad sin lágrimas
que se ha vuelto egoísta de puro generosa
que ha perdido su ánimo sin haberlo gastado
pienso que al fin ha llegado el momento
de decir adiós a algunas presunciones
de alejarse tal vez y hablar otros idiomas
donde la indiferencia sea una palabra obscena.

Confieso que otras veces me he escapado.
Diré ante todo que me asomé al Arno
que hallé en las librerías de Charing Cross
cierto Byron firmado por el vicario Bull
en una navidad de hace setenta años.
Desfilé entre los borrachos de Bowery
y entre los Brueghel de la Pinacoteca
comprobé cómo puede trastornarse
el equipo sonoro del Chateau de Langeais
explicando medallas e incensarios
cuando en verdad había sólo armaduras.

Sudé en Dakar por solidaridad
vi turbas galopando hasta la Monna Lisa
y huyendo sin mirar a Botticelli
vi curas madrileños abordando a rameras
y en casa de Rembrandt turistas de Dallas
que preguntaban por el comedor
suecos amontonados en dos metros de sol
y en Copenhague la embajada rusa
y la embajada norteamericana
separadas por un lindo cementerio.

Vi el cadáver de Lídice cubierto por la nieve
y el carnaval de Río cubierto por la samba
y en Tuskegee el rabioso optimismo de los negros
probé en Santiago el caldillo de congrio
y recibí el Año Nuevo en Times Square
sacándome cornetas del oído.

Vi a Ingrid Bergman correr por la Rue Blanche
y salvando las obvias diferencias
vi a Adenauer entre débiles aplausos vieneses
vi a Kruschew saliendo de Pennsylvania Station
y salvando otra vez las diferencias
vi un toro de pacífico abolengo
que no quería matar a su torero.

Vi a Henry Miller lejos de sus trópicos
con una insolación mediterránea
y me saqué una foto en casa de Jan Neruda
dormí escuchando a Wagner en Florencia
y oyendo a un suizo entre Ginebra y Tarascón
vi a gordas y humildes artesanas de Pomaire
y a tres monjitas jóvenes en el Carnegie Hall
marcando el jazz con negros zapatones
vi a las mujeres más lindas del planeta
caminando sin mí por la Vía Nazionale.

Miré
admiré
traté de comprender
creo que en buena parte he comprendido
y es estupendo
todo es estupendo
sólo allá lejos puede uno saberlo
y es una linda vacación
es un rapto de imágenes
es un alegre diccionario
es una fácil recorrida
es un alivio.

Pero ahora no quedan más excusas
porque se vuelve aquí
siempre se vuelve.
La nostalgia se escurre de los libros
se introduce debajo de la piel
y esta ciudad sin párpados
este país que nunca sueña
de pronto se convierte en el único sitio
donde el aire es mi aire
y la culpa es mi culpa
y en mi cama hay un pozo que es mi pozo
y cuando extendiendo el brazo estoy seguro
de la pared que toco o del vacío
y cuando miro el cielo
veo acá mis nubes y allí mi Cruz del Sur
mi alrededor son los ojos de todos
y no me siento al margen
ahora ya sé que no me siento al margen.

Quizá mi única noción de patria
sea esta urgencia de decir Nosotros
quizá mi única noción de patria
sea este regreso al propio desconcierto.

LAS BALDOSAS

*I must have misunderstood
something in this story*
LAWRENCE FERLINGHETTI

Es increíble lo que está pasando.
El invierno desciende caluroso
los ángeles orinan en las fuentes
cantan los gallos a las nueve y media
que es una hora sin ningún prestigio.
Esta plaza se llama Libertad
y por eso le quitan las baldosas.
Si uno tuviera tiempo sentiría
como veinte minutos de vergüenza.
Desde que suspendieron las bocinas
la calle está ruidosa como nunca
no sé el motivo de este pobre estruendo
y en los ratos de ocio me pregunto
si no habrá que acabar con las campanas.
Es increíble lo que está pasando.
Los proletarios votan a los ricos.
Me canso de pensar en nuestra historia
de pocos héroes. Todo ese legado
metido ahora en nobles monumentos
que no recuerdan ni discuten ni hablan
sólo chorrean verdes objeciones.
Esta plaza se llama Libertad
por eso le quitaron las baldosas.
En primavera algunas hojas caen
tan sólo para confirmar la regla
y llueve a mares sobre mi sombrilla
y yo me quito los anteojos negros
porque son negros y porque no veo.
Es increíble lo que está pasando.
El mar es río y tiene gusto a sal
he perdido el reloj entre las dunas
y ya no iré a la cita de las cuatro

el sol calienta sobre mi paraguas
y ni siquiera así me compadecen
todos transcurren sin fervor ni alarma
y los profesionales del contento
miran el cielo cual si fuera un techo.
Esta plaza se llama Libertad
por eso le quitaron las baldosas.
Es increíble lo que está pasando.
Explotan mundos y usted aquí bosteza
los proletarios votan a los ricos
y los ricos se ponen el sombrero
para ser ricos de solemnidad
y para que la calva no les brille
ya no sé quién es quién ni cuándo es cuándo
la luna se interrumpe y ya no crece
un tango suena pero no es un himno
en el aire hay olor de felonía.
Es increíble lo que está pasando.
Hay quien se esconde para odiar en serio
hay quien se exhibe para instar en broma
hay quien sube a un cajón en las esquinas
y dice Amigos en vez de Socorro.
Se llama Libertad o se llamaba
hasta que le quitaron las baldosas.
El mundo explota y en Villa Dolores
primates varios de traste polícromo
suspiran y hablan de reforma agraria
con la esperanza de que no se cumpla.
Hoy es verano y voy de sobretodo
porque soy tímido y porque hace frío
el diario viene negro de noticias
pero a nosotros no nos mueve un pelo
miramos dulcemente el aguinaldo
y si no hay nos sentiremos como
olvidados por un hijo adoptivo.
Es increíble lo que está pasando.
A la conciencia igual siempre le queda
para llorar el Día de Difuntos

para sestear el Día de la Raza
para pensar cualquier miércoles de éstos.
Cuando aprieta el zapato o alguien echa
las margaritas a los pobres cerdos
cuando la prisa da palpitaciones
trae desasosiegos el reposo
y su linda mujer le pone cuernos
usted repite que es la bomba atómica
como si fuera el gran chiste del año.
Es increíble lo que está pasando.
Se televisa el odio y la ternura.
Veintidós hombres y ochenta mil almas
en el Estadio pierden sus complejos.
Se fornicia con cierta parsimonia
y el corazón nos marcha a transistores.
Esta plaza se llama Libertad
por eso le quitaron las baldosas.
Eran viejas baldosas. Conocían
los mejores de nuestros malos pasos
recordaban desfiles procesiones
flores tanques diarieros Eisenhower
y tantos cigarrillos aplastados
y tantas aplastadas rebeldías.
Eran sabias y leales y seguras.
Por eso y porque nadie se da cuenta
es increíble lo que está pasando.
Cuando llegue el momento de creerlo
se me caerá probablemente el alma.

POEMA FRUSTRADO

Mi amigo
que es un poeta
convocó a los poetas.

Hay que escribir un poema
sobre la bomba atómica

es un horror
nos dijo
un horror horroroso
es el fin
es la nada
es la muerte
nos dijo
no es que te mueras solo
en tu cama
rodeado
del llanto y la familia
del techo y las paredes
no es que llegue una bala
perdida o encontrada
a cortarte el aliento
a meterse en tu sueño
no es que el cáncer te marque
te perfora
te borre
no es tu muerte
la tuya
la nada que ganaste

es el aire viciado
es la ruina de todo
lo que existe
de todo
nadie llorará a nadie
nadie tendrá sus lágrimas

y eso es lo más horrible
la muerte sin testigos
sin últimas palabras
y sin sobrevivientes
la muerte toda muerte
toda muerte
¿me entienden?

hay que escribir un poema
sobre la bomba atómica.

Quedamos en silencio
con las bocas abiertas
tragamos el terror
como saliva helada
luego nos fuimos todos
a cumplir la consigna.

Juro que lo he intentado
que lo estoy intentando
pero pienso en la bomba
y el lápiz se me cae
de la mano.

No puedo.

A mi amigo el poeta
le diré que no puedo.

PREGÓN

Señor que no me mira
mire un poco
yo tengo una pobreza para usted

limpia
nuevita
bien desinfectada
vale cuarenta
se la doy por diez

señor que no me encuentra
busque un poco
mueva la mano
desarrime el pie

busque en su suerte
en todos los rincones
piense en las muchas cosas
que no fue

le vendo la pobreza
es una insignia
en la solapa puede convencer
qué cosas raras pasan en el mundo
usted tiene agua
yo no tengo sed

tiene su cáscara
su Dios
su diablo
su fe en los cielos
y su mala fe
lo tiene todo menos la pobreza
si no la compra
llorará después

va como propaganda
como muestra
quizá le guste y le coloque cien
pobreza sin los pobres
por supuesto
ya que los pobres
nunca huelen bien

pobreza abstracta
sin harapos
pulcra
noble al derecho
noble del revés
pobreza linda para ser contada
después del postre
y antes del café

señor que no me mira
mire un poco
yo tengo una pobreza para ustedé
mejor no se la vendo
le regalo
la pobreza por esta única vez.

ESTA CIUDAD ES DE MENTIRA

No puede ser.
Esta ciudad es de mentira.
No puede ser que las palmeras se doblen
a acariciar la crin de los caballos
y los ojos de las putas sean tiernos
como los de una Venus de Lucas Cranach
no puede ser que el viento levante las polleras
y que todas las piernas sean lindas
y que los concejales vayan en bicicleta
del otoño al verano y viceversa.

No puede ser.
Esta ciudad es de mentira.
No puede ser que nadie sienta rubor de mi pereza
y los suspiros me entusiasmen tanto como los hurras
y pueda escupir con inocencia y alegría
no ya en el retrato sino en un señor
no puede ser que cada azotea con antenas
encuentre al fin su rayo justiciero y puntual
y los suicidas miren el abismo y se arrojen
como desde un recuerdo a una piscina.

No puede ser.
Esta ciudad es de mentira.
No puede ser que las brujas sonrían a quemarropa
y que mi insomnio cruja como un hueso
y el subjefe y el jefe de policía lloren
como un sauce y un cocodrilo respectivamente

no puede ser que yo esté corrigiendo las pruebas
de mi propio y elogiosísimo obituario
y la ambulancia avance sin hacerse notar
y las campanas suenen sólo como campanas.

No puede ser.
Esta ciudad es de mentira.
O es de verdad
y entonces
está bien
que me encierren.

ANÁLISIS DEL REGRESO

Claro que ya me voy
uno regresa siempre
pero entendámonos
vuelvo porque me sufro
y no porque me encante
vuelvo porque me cuesta
no volver
vuelvo porque estas ganas
de dejarme caer
de un piso ciento cuatro
pueden ser vértigo
y también nostalgia
de todos modos
algo inesperado
vuelvo porque fatiga
mirar atrás
y nunca
reconocer la infancia
vuelvo porque volvemos
porque no vuelvo solo
porque
bueno
algún día

siempre volvemos todos
porque de pronto uno
decide
y ya está hecho
porque un tango hay que zumba
porfiado como mosca
sobre el largo verano conocido
vuelvo porque me pican
las ganas de volver
y además
además
qué les importa a ustedes
por qué vuelvo.

OBITUARIO CON HURRAS

Vamos a festejarlo
vengan todos
los inocentes
los damnificados
los que gritan de noche
los que sueñan de día
los que sufren el cuerpo
los que alojan fantasmas
los que pisan descalzos
los que blasfeman y arden
los pobres congelados
los que quieren a alguien
los que nunca se olvidan

vamos a festejarlo
vengan todos
el crápula se ha muerto
se acabó el alma negra
el ladrón
el cochino

se acabó para siempre
hurra

que vengan todos
vamos a festejarlo
a no decir
la muerte
siempre lo borra todo
todo lo purifica

cualquier día

la muerte
no borra nada
quedan
siempre las cicatrices

hurra
murió el cretino
vamos a festejarlo
a no llorar de vicio
que lloren sus iguales
y se traguen sus lágrimas

se acabó el monstruo prócer
se acabó para siempre
vamos a festejarlo
a no ponernos tibios
a no creer que éste
es un muerto cualquiera

vamos a festejarlo
a no volvernos flojos
a no olvidar que éste
es un muerto de mierda.

FALSA OPOSICIÓN

Aquí está el Palacio Salvo
allá está el Victoria Plaza
son tan torpes tan horrendos
que a uno lo dejan sin habla
su fealdad es tan espesa
que no alcanzan las palabras
para describir sus moles
tan imponentes e inválidas.

Como casas son apenas
dos simulacros de casas
como monstruos sólo tienen
monstruosidades standard.

Cuando yo prefiero el Salvo
lo digo sin petulancia
sólo me fijo en sus muchos
balconcitos y ventanas
en esa manera heroica
decisiva y uruguaya
de ser pobre en la riqueza
de ser cursi en las arcadas.

El Victoria en cambio tiene
una fealdad tan cuadrada
una sombra tan monótona
y tan norteamericana
que uno se cansa de verlo
de la noche a la mañana
de la mañana a la noche
tan desprovisto de gracia.

Esta opinión no se impone
no se vende ni se cambia.

Quien pase y mire hacia arriba
y escuche las dos campanas
que elija lo que le guste
para eso es la democracia.

Aquí está el Palacio Salvo
allá está la Victoria Plaza.

PESADILLA

He pasado la noche
soñando un sueño tonto
alguien me regalaba
la lapicera fuente
más impecable y nueva
más elegante y mágica

sobre todo
eso
mágica

yo pensaba Buen Día
y ella escribía Good Morning
yo pensaba Qué Tal
y ella escribía Hello
yo pensaba Adelante
pero ella No Left Turn
pensaba Hijodeputa
y ella Sonofabitch

eso era demasiada
diferencia

por suerte
advertí que era urgente
salvarme
y desperté

aleluya aleluya
mi lapicera fuente
escribe en español.

ALLÁ ENFRENTA

Aquí
en esta vereda
impecables
lujosos
los Grandes Almacenes
el Banco y sus Billetes
el Diario y sus Pizarras
dos Curas
un Impala

allá enfrente
distintos
el farol
una escuela
dos hombres en campera
ciruelas y duraznos
las muchachas
su risa
un frente con balcones
tres negritos mirando

te ofrezco el brazo
vamos
a cruzar la Avenida.

BANDERA EN PENA

Están izando mi bandera
con ceremonia y sin pudor
pobre bandera
mi bandera
está alegre como una sábana
pero triste como un adiós
ondea sólo a la derecha
y ya no sé si tiene sol
está nueva como un trofeo
pero vieja como un perdón

están arriando mi bandera
con ceremonia y sin pasión
pobre bandera
mi bandera
los autobuses se detienen
y hay un silencio que es rencor
como son pocos los que miran
por lo menos la miro yo
y hasta el clarín que la saluda
se atraganta de compasión

están llevando mi bandera
con ceremonia y sin honor
pobre bandera
mi bandera
la doblarán en ocho pliegues
la guardarán en un cajón
la cerrarán con un candado
madeinusa de lo mejor

pero si miras hacia arriba
tendrás acaso otra visión
hay un fantasma de bandera
lindo trapo de cielo y sol
y esa alma en pena

esa bandera
bandera en pena
o qué sé yo
está en jirones
tiene sangre
y no se olvida
no.

CALMA CHICHA

Esperando que el viento
doble tus ramas

que el nivel de las aguas
llegue a tu arena

esperando que el cielo
forme tu barro

y que a tus pies la tierra
se mueva sola

pueblo
estás quieto

cómo
no sabes

cómo no sabes
todavía

que eres el viento
la marea

que eres la lluvia
el terremoto.

TURNING POINT

Sólo hasta ayer
fui joven
hoy
empecé a ser viejo

desde el mal bienestar
hasta el buen malestar
una modesta
oscilación

de todos modos
celebré el cambio
con un dolor intenso
divertido
que comenzó en el antebrazo
izquierdo
y se quedó un instante
junto al corazón

pero el festejo
no terminó
ahí

también
tuve un mareo
un ligerísimo mareo
durante el cual
pensé dos o tres cosas
que por supuesto
son
confidenciales.

TODO EL INSTANTE

Varón urgente
hembra repentina

no pierdan tiempo
quíranse

dejen todo en el beso
palpen la carne nueva
gasten el coito único
destrúyanse

sabiendo

que el tiempo pasará
que está pasando
que ya ha pasado para
los dos
urgente viejo
anciana repentina.

ENTRE ESTATUAS

No te quedes inmóvil
al borde del camino
no congeles el júbilo
no te salves ahora
ni nunca
no te salves
no te llenes de gracia
no te arrepientas
cuando
alguien te lo aconseje
no reserves del mundo
sólo
un rincón tranquilo

no dejes caer los párpados
pesados como juicios
no te seques sin labios
no te pienses sin sangre
no te mueras sin tiempo

y si
después de todo
no puedes evitarlo
y congelas el júbilo
y te quedas inmóvil
y te salvas
entonces
no te quedes
conmigo.

FLOR DE PIEL

Esta piel de mis poros
y mis alergias
esta piel de mis pecas
y mis pecados
de mis lunares
y cicatrices
de mis erizos
y picazones
esta piel de mis venas
y tus caricias

de hora en hora
se vuelve arrugas
con plan
con método
sin retroceso

dentro de quince
de veinte años
dentro de veinte
treinta minutos
será un hollejo
será una pasa
un viejo odre
sin vino nuevo.

JUEGO DE VILLANOS

La muerte se puso una cara de monstruo
una cara de monstruo horrible
esperó y esperó detrás de la esquina
salió al fin de la sombra como un trozo de sombra
y el niño huyó más rápido que su propio alarido.

Entonces la muerte se puso otra cara
una vieja cara de mendigo
esperó y esperó enfrente de la iglesia
extendiendo la mano y gimiendo su pena
y el niño no supo qué hacer con su piedad.

Entonces la muerte se puso otra cara
una cara de mujer hermosa
esperó y esperó con los brazos abiertos
tan maternal tan fiel tan persuasiva
que el niño quedó inmóvil de susto o de ternura.

Entonces la muerte sacó su última cara
una cara de juguete inocente
esperó y esperó tranquila en la bohardilla
tan quieta tan trivial tan seductora
que el niño le dio cuerda con una sola mano.

Entonces la muerte se animó despacito
más traidora que nunca y le cortó las venas

y le pinchó los ojos y le quitó el aliento
y era lo único que podía esperarse
porque con la muerte no se juega.

BALANCE

En el Activo consta lo siguiente
un corazón inhábil y porfiado
los padres como abrigo
como mundo
dos viejas noches de hace treinta años
los zapatos rodeados de juguetes
buenas imitaciones del amor
un alegre cansancio repetido
trampas para mentiras
libros
viajes
tres corbatas que nunca se arrugaron
alguna charla con pocos amigos
memoria y tacto de cinturas
labios
el segundo en que aflojan los dolores
una ducha en enero
soledades
la provisoria paz de la conciencia
el turbador regreso de un desmayo
las cosas que se dicen cuando se ama
la tarde en que uno escribe de un tirón
los ojos de alguien en un gran silencio
el rato en que uno olvida que hay la muerte.

En el Pasivo consta lo siguiente
odios pesados y livianos
rabias
que son amargas hasta en la saliva
la cara al afeitarse de mañana
cuando uno se reencuentra con su víspera

y se sienten las deudas en la nuca
la corrida del ómnibus
el asma
el estupor frente al primer hipócrita
la envidia que lastima
el desconcierto
el amigo que no era
el que se va
la culpa los rencores los adioses
la presión deshonesto
el menosprecio
de los que tienen la sartén y el mango
los voraces que ganan la partida
la verdad que apabulla y que es verdad
el futuro cerrado y sin la llave
los ojos de alguien en un gran silencio
y todos los momentos menos uno
todas las noches en que está la muerte.

Salvo error u omisión este balance
infortunadamente arroja pérdidas
a enjugar en futuros ejercicios.

CORAZÓN CORAZA

Porque te tengo y no
porque te pienso
porque la noche está de ojos abiertos
porque la noche pasa y digo amor
porque has venido a recoger tu imagen
y eres mejor que todas tus imágenes
porque eres linda desde el pie hasta el alma
porque eres buena desde el alma a mí
porque te escondes dulce en el orgullo
pequeña y dulce
corazón coraza

porque eres mía
porque no eres mía
porque te miro y muero
y peor que muero
si no te miro amor
si no te miro

porque tú siempre existes dondequiera
pero existes mejor donde te quiero
porque tu boca es sangre
y tienes frío
tengo que amarte amor
tengo que amarte
aunque esta herida duela como dos
aunque te busque y no te encuentre
y aunque
la noche pase y yo te tenga
y no.

A LA IZQUIERDA DEL ROBLE

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero el Jardín Botánico es un parque dormido
en el que uno puede sentirse árbol o prójimo
siempre y cuando se cumpla un requisito previo.
Que la ciudad exista tranquilamente lejos.

El secreto es apoyarse digamos en un tronco
y oír a través del aire que admite ruidos muertos
cómo en Millán y Reyes galopan los tranvías.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero el Jardín Botánico siempre ha tenido
una agradable propensión a los sueños
a que los insectos suban por las piernas
y la melancolía baje por los brazos
hasta que uno cierra los puños y la atrapa.

Después de todo el secreto es mirar hacia arriba
y ver cómo las nubes se disputan las copas
y ver cómo los nidos se disputan los pájaros.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
ah pero las parejas que huyen al Botánico
ya desciendan de un taxi o bajen de una nube
hablan por lo común de temas importantes
y se miran fanáticamente a los ojos
como si el amor fuera un brevísimo túnel
y ellos se contemplaran por dentro de ese amor.

Aquellos dos por ejemplo a la izquierda del roble
(también podría llamarlo almendro o araucaria
gracias a mis lagunas sobre Pan y Linneo)
hablan y por lo visto las palabras
se quedan conmovidas a mirarlos
ya que a mí no me llegan ni siquiera los ecos.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero es lindísimo imaginar qué dicen
sobre todo si él muerde una ramita
y ella deja un zapato sobre el césped
sobre todo si él tiene los huesos tristes
y ella quiere sonreír pero no puede.

Para mí que el muchacho está diciendo
lo que se dice a veces en el Jardín Botánico

ayer llegó el otoño
el sol de otoño
y me sentí feliz
como hace mucho
qué linda estás
te quiero
en mi sueño
de noche
se escuchan las bocinas

el viento sobre el mar
y sin embargo aquello
también es el silencio
mirame así
te quiero
yo trabajo con ganas
hago números
fichas
discuto con cretinos
me distraigo y blasfemo
dame tu mano
ahora
ya lo sabés
te quiero
pienso a veces en Dios
bueno no tantas veces
no me gusta robar
su tiempo
y además está lejos
vos estás a mi lado
ahora mismo estoy triste
estoy triste y te quiero
ya pasarán las horas
la calle como un río
los árboles que ayudan
el cielo
los amigos
y qué suerte
te quiero
hace mucho era niño
hace mucho y qué importa
el azar era simple
como entrar en tus ojos
dejame entrar
te quiero
menos mal que te quiero.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero puede ocurrir que de pronto uno advierta
que en realidad se trata de algo más desolado
uno de esos amores de tántalo y azar
que Dios no admite porque tiene celos.

Fíjense que él acusa con ternura
y ella se apoya contra la corteza
fíjense que él va tildando recuerdos
y ella se consterna misteriosamente.

Para mí que el muchacho está diciendo
lo que se dice a veces en el Jardín Botánico

vos lo dijiste
nuestro amor
fue desde siempre un niño muerto
sólo de a ratos parecía
que iba a vivir
que iba a vencernos
pero los dos fuimos tan fuertes
que lo dejamos
sin su sangre
sin su futuro
sin su cielo
un niño muerto
sólo eso
maravilloso y condenado
quizá tuviera una sonrisa
como la tuya
dulce y honda
quizá tuviera un alma triste
como mi alma
poca cosa
quizá aprendiera con el tiempo
a desplegarse
a usar el mundo
pero los niños que así vienen

muertos de amor
muertos de miedo
tienen tan grande el corazón
que se destruyen sin saberlo
vos lo dijiste
nuestro amor
fue desde siempre un niño muerto
y qué verdad dura y sin sombra
qué verdad fácil y qué pena
yo imaginaba que era un niño
y era tan sólo un niño muerto
ahora qué queda
sólo queda
medir la fe y que recordemos
lo que pudimos haber sido
para él
que no pudo ser nuestro
qué más
acaso cuando llegue
un veintitrés de abril y abismo
vos donde estés
llevale flores
que yo también iré contigo.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero el Jardín Botánico es un parque dormido
que sólo se despierta con la lluvia.

Ahora la última nube ha resuelto quedarse
y nos está mojando como a alegres mendigos.

El secreto está en correr con precauciones
a fin de no matar ningún escarabajo
y no pisar los hongos que aprovechan
para nacer desesperadamente.

Sin prevenciones me doy vuelta y siguen
aquellos dos a la izquierda del roble

eternos y escondidos en la lluvia
diciéndose quién sabe qué silencios.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero cuando la lluvia cae sobre el Botánico
aquí se quedan sólo los fantasmas.

Ustedes pueden irse.
Yo me quedo.

POEMAS DEL HOYPORHOY

1958-1961

*Hoy me gusta la vida mucho menos,
pero siempre me gusta vivir...*

CÉSAR VALLEJO

*Ich bleibe dennoch. Es gibt immer
Zuschaun.*

RAINER MARÍA RILKE

LA CRISIS

Viene la crisis
ojo
guardabajo
un pan te costará como tres panes
tres panes costarán como tres hijos
y qué barbaridad
todos iremos
a las nubes en busca de un profeta
que nos hable de paz
como quien lava.

Viene la crisis
ojo
quizá te esté subiendo
por la manga
quizá la tengas
ahora
enroscada sin más en el pescuezo
o esté votando con tu credencial
o comprando tu fe con tu dinero.

Oh cuánto cuánto
costará el escrúpulo
y la vergüenza buena
la importada
la que no encoge a la primera lluvia
la vergüenza de nylon
ciemporciento.

Oh cuánto cuánto
costará el amor
en la noche sin dólares ni luna

con los perros afónicos
y el sueño
firmando los conformes con rocío.

Oh cuánto cuánto
costará la muerte
ahora que no hay divisas
ni perdón
y no hay repuestos para la conciencia
ni ganas de morir
ni afán
ni nada.

Viene la crisis
ojo
guardabajo
no habrá vino ni azúcar ni zapatos
ni quinielas ni sol ni Dios ni abrigo
ni diputados ni estupefacientes
ni manteca ni fruta ni ramerás.

Viene la crisis
Ojo.
Guardarriba.

MONSTRUOS

Qué vergüenza
carezco de monstruos interiores
no fumo en pipa frente al horizonte
en todo caso creo que mis huesos
son importantes para mí y mi sombra
los sábados de noche me lleno de coraje
mi nariz qué vergüenza no es como la de Goethe
no puedo arrepentirme de mi melancolía
y olvido casi siempre que el suicidio es gratuito
qué vergüenza me encantan las mujeres

sobre todo si son consecuentes y flacas
y no confunden sed con paroxismo
qué vergüenza diosmío no me gusta Ionesco
sin embargo estoy falto de monstruos interiores
quisiera prometer como Dios manda
y vacilar como la gente en prosa
qué vergüenza en las tardes qué vergüenza
en las tardes más oscuras de invierno
me gusta acomodarme en la ventana
ver cómo la llovizna corre a mis acreedores
y ponerme a esperar o quizás a esperarte
tal como si la muerte fuera una falsa alarma.

EDITORIAL

La nación es una manzana
una roja invitante manzana
y no sabemos quién la morderá

la nación es una corneta
una ronca gastada corneta
y no sabemos quién la sonará

la nación es una langosta
una atlética horrible langosta
y no sabemos quién la matará

ah nosotros estamos por la Reforma
o sea ahogar las cornetas en su tinta
y comer las manzanas con su cáscara
e invitar las langostas al té de los domingos

claro que estamos por la Reforma
o –en otras palabras– contra la Reforma
y ya que el prestigioso colega nos recuerda
que el once por ciento de nuestros lactantes
son comunistas y útiles cretinos

nuestro próximo slogan tendría que ser
démosles biberones con arsénico

así estaremos moralmente preparados
para regar con método y tal vez con piedad
la tierra de los hombres de buena voluntad.

LOS PITUCOS

Hijo mío
recuérdalo
son éstos los pitucos

tienen un aire
verdad
que es un desaire

tienen la marca
verdad
de su comarca

mira
son los pitucos
nacen junto a la rambla
respiran el salitre
le hacen guiños al sol
se rascan el ombligo
duermen siestas feroces
besan con labios blandos
y en la rambla se mueren
y van al paraíso
y claro
el paraíso
es también una rambla

fíjate bien
son ellos

los pitucos
casi una raza aparte
son nietos de estancieros
primos de senadores
sobrinos de sobrinos
de heroicos industriales

son ágiles
imberbes
deportistas
cornudos

mira cómo te miran
bajo sus lentes negros
pero no te preocupes
en el fondo
son buenos

aman los dividendos
escuchan a Stravinsky
se bañan diariamente
con jabón perfumado
y a la hora del crepúsculo
bajan todos al Centro

hijo mío
prométeme
nunca intentes hacerles
zancadillas

los pitucos son tenues
los pitucos son blandos
una bocina
un grito
a veces una huelga
les arruinan el alma

en ocasiones
raras ocasiones
se hacen los malos
dicen palabrotas
pero después se mueren
de vergüenza
y allá en su diario íntimo
se azotan con metáforas

hijo mío
recuérdalo
son éstos los pitucos

tienen un pelo
verdad
que es terciopelo

una cadencia
verdad
que es decadencia

tú
déjalos pasar
son de otra raza
admíralos
toléralos
apláudelos
escúpelos
tírales caramelos
cualquier cosa

después
cuando seas grande
grande
y tengas un hijo
lo tomas de la mano
lo traes aquí a la rambla
y sin darle importancia

le dices
hijo mío
son éstos los pitucos.

ESE VOTO

Cuando corres el ómnibus y trepas
no sabes que noviembre va contigo
el pinguista noviembre va a quitarte
el voto que aún ignoras ese voto
pensarás pensaremos qué trabajo
mientras noviembre busca en tu bolsillo
uno es emprendedor pero cretino
dos un marica habla con voz machaza
tres es solemne ególatra y pulido
cuatro es veraz contrabandista y lúcido

pensarás pensaremos qué trabajo
mientras noviembre busca en tu bolsillo
desde tu abuelo blanco o colorado
estabas firmemente decidido
a consentir que no decidirías
pensarás pensaremos qué trabajo
mientras noviembre busca en tu bolsillo
uno te ofrece un puesto sin cansancio
dos te regala un puesto sin horario
tres te consigue un puesto sin estorbos
cuatro te brinda un puesto sin denuedo
pensarás oh no pienses ya noviembre
ha encontrado tu voto en tu bolsillo
cuando bajas del ómnibus y enciendas
el cigarrillo de las siete y cuarto
te sentirás demócrata y tranquilo.

INTERVIEW

No es ninguna molestia
explicarle qué pienso
del infinito
el infinito es
sencillamente
un agrio viento frío
que eriza las mucosas
la piel
y las metáforas
le pone a uno en los ojos
lágrimas de rutina
y en la garganta un nudo
de sortilegio
seguramente usted ya se dio cuenta
en el fondo no creo
que exista el infinito.

Bueno sobre política
jesús
sobre política
mi bisabuelo que era liberal
espiaba a las criadas en el baño
mi abuelo el reaccionario
extraviaba las llaves de sus deudas
mi padre el comunista
compraba hectáreas con un gesto de asco
yo soy poeta
señor
y usted debe saber que los poetas
vivimos a la vuelta de este mundo
claro que usted quizá no tenga tiempo
para tener paciencia
pero debe conocer que en el fondo
yo no creo en la política.

Por supuesto el estilo
qué pienso del estilo
una cosa espontánea que se va haciendo sola
siempre escribí en la cama
mucho mejor que en los ferrocarriles
qué más puedo agregar
ah domino el sinónimo
módico exiguo corto insuficiente
siempre escribo pensando en el futuro
pero el futuro
se quedó sin magia
me olvidaba que usted
ya sabe que en el fondo
yo no creo en el estilo.

El amor el amor
ah caramba
el amor
por lo pronto me gusta
la mujer
bueno fuera
el alma
el corazón
sobre todo las piernas
poder alzar la mano
y encontrarla a la izquierda
tranquila
o intranquila
sonriendo desde el pozo
de su última modorra
o mirando mirando
como a veces se mira
un rato antes del beso
después de todo
usted y yo sabemos
que en el fondo
el amor

el amor
es una cosa seria.

Por favor
esto último
no vaya a publicarlo.

VUELO 202

Desde el viento que arrastra tantas nubes
como futuros ángeles caídos
desde este vasto sótano de cielo
hasta el que Dios no baja
pero igual llega el miedo
desde aquí
desde arriba
mi país es una mancha verde
una mancha tan verde
que parece rosada

sin embargo allá abajo es tan distinto
hay glorias
pero glorias de bolsillo
campanillas de caja
tangos viejos
aranceles de coimas
almas verdes
y almas de la estación
y almas podridas

pero aquí
desde arriba
no se ve nada de eso
no se ve ni se nombra

desde este vasto sótano de cielo
con brincos de aire y labios de azafata

mi país otra vez tiene misterio
quizás porque no puedo
reconocer sus marcas
ni el corazón de oro
ni la cola de paja.

CUMPLEAÑOS EN MANHATTAN

Todos caminan
yo también camino

es lunes y venimos con la saliva amarga
mejor dicho
son ellos los que vienen

a la sombra de no sé cuántos pisos
millones de mandíbulas
que mastican su goma
sin embargo son gente de este mundo
con todo un corazón bajo el chaleco

hace treinta y nueve años
yo no estaba
tan solo y tan rodeado
ni podía mirar a las queridas
de los innumerables ex-sargentos
del ex sargentísimo Batista
que hoy sacan a mear
sus perros de abolengo
en las esquinas de la democracia

hace treinta y nueve años
allá abajo
más abajo de lo que hoy se conoce
como Fidel Castro o como Brasilia
abrí los ojos y cantaba un gallo
tiene que haber cantado

necesito
un gallo que le cante al Empire State Building
con toda su pasión
y la esperanza
de parecer iguales
o de serlo

todos caminan
yo también camino
a veces me detengo
ellos no
no podrían

respiro y me siento
respirar
eso es bueno
tengo sed y me cuesta
diez centavos de dólar
otro jugo de fruta
con gusto a Guatemala

este cumpleaños
no es
mi verdadero
porque este alrededor
no es
mi verdadero
los cumpliré más tarde
en febrero o en marzo
con los ojos que siempre me miraron
las palabras que siempre me dijeron
con un cielo de ayer sobre mis hombros
y el corazón deshilachado y terco
los cumpliré más tarde
o no los cumplo
pero éste no es mi verdadero

todos caminan
yo también camino
y cada dos zancadas poderosas
doy un modesto paso melancólico

entonces los becarios colombianos
y los taximetrístas andaluces
y los napolitanos que venden pizza y cantan
y el mexicano que aprendió a mascar chicles
y el brasileño de insolente fotómetro
y la chilena con su amante gringo
y los puertorriqueños que pasean
su belicoso miedo colectivo
miran y reconocen mi renguera
y ellos también se aflojan un momento
y dan un solo paso melancólico
como los autos de la misma marca
que se hacen una seña con las luces

nunca estuvo tan lejos
ese cielo
nunca estuvo tan lejos
y tan chico
un triángulo isósceles nublado
que ni siquiera es una nube entera

tengo unas ganas cursis
dolorosas
de ver algo de mar
de sentir como llueve en Andes y Colonia
de oír a mi mujer diciendo cualquier cosa
de escuchar las bocinas
y de putear con eco
de conseguir un tango
un pedazo de tango
tocado por cualquiera
que no sea Kostelanetz

pero también es bueno
sentir alguna vez un poco de ternura
hacia este chorro enorme
poderoso
indefenso
de humanidad dócilmente apurada
con la cruz del confort sobre su frente
un poco de imprevista ternura sin raíces
digamos por ejemplo hacia una madre equis
que ayer en el zoológico de Central Park
le decía a su niño con preciosa nostalgia
look Johnny this is a cow
porque claro
no hay vacas entre los rascacielos

y otro poco de fe
que es mi único folklore
para agitar como un pañuelo blanco
cuando pasen o simplemente canten
las tres clases de seres más vivos de este Norte
quiero decir los negros
las negras
los negritos

todos caminan
pero yo
me he sentado
un yanqui de doce años me lustra los zapatos
él no sabe que hoy es mi cumpleaños
ni siquiera que no es mi verdadero
por mi costado pasan todos ellos
acaso yo podría ser un dios provisorio
que contemplara inerme su rebaño
o podría ser un héroe más provisorio aún
y disfrutar mis trece minutos estatuarios

pero todo está claro
y es más dulce
más útil
sobre todo más dulce
reconocer que el tiempo está pasando
que está pasando el tiempo y hace ruido
y sentirse de una vez para siempre
olvidado y tranquilo
como un cero a la izquierda.

Nueva York,
14 de setiembre de 1959.

UN PADRENUESTRO LATINOAMERICANO

Padre nuestro que estás en los cielos
con las golondrinas y los misiles
quiero que vuelvas antes de que olvides
cómo se llega al sur de Río Grande

Padre nuestro que estás en el exilio
casi nunca te acuerdas de los míos
de todos modos dondequiera que estés
santificado sea tu nombre
no quienes santifican en tu nombre
cerrando un ojo para no ver las uñas
sucias de la miseria

en agosto de mil novecientos sesenta
ya no sirve pedirte
venga a nos el tu reino
porque tu reino también está aquí abajo
metido en los rencores y en el miedo
en las vacilaciones y en la mugre
en la desilusión y en la modorra
en esta ansia de verte pese a todo

cuando hablaste del rico
la aguja y el camello
y te votamos todos
por unanimidad para la Gloria
también alzó su mano el indio silencioso
que te respetaba pero se resistía
a pensar hágase tu voluntad

sin embargo una vez cada tanto
tu voluntad se mezcla con la mía
la domina
la enciende
la duplica
más arduo es conocer cuál es mi voluntad
cuándo creo de veras lo que digo creer
así en tu omnipresencia como en mi soledad
así en la tierra como en el cielo
siempre
estaré más seguro de la tierra que piso
que del cielo intratable que me ignora

pero quién sabe
no voy a decidir
que tu poder se haga o se deshaga
tu voluntad igual se está haciendo en el viento
en el Ande de nieve
en el pájaro que fecunda a su pájara
en los cancilleres que murmuran yes sir
en cada mano que se convierte en puño

claro no estoy seguro si me gusta el estilo
que tu voluntad elige para hacerse
lo digo con irreverencia y gratitud
dos emblemas que pronto serán la misma cosa

lo digo sobre todo pensando en el pan nuestro
de cada día y de cada pedacito de día

ayer nos lo quitaste
dánosle hoy
o al menos el derecho de darnos nuestro pan
no sólo el que era símbolo de Algo
sino el de miga y cáscara
el pan nuestro
ya que nos quedan pocas esperanzas y deudas
perdónanos si puedes nuestras deudas
pero no nos perdones la esperanza
no nos perdones nunca nuestros créditos

a más tardar mañana
saldremos a cobrar a los fallutos
tangibles y sonrientes forajidos
a los que tienen garras para el arpa
y un panamericano temblor con que se enjugan
la última escupida que cuelga de su rostro

poco importa que nuestros acreedores perdonen
así como nosotros
una vez
por error
perdonamos a nuestros deudores

todavía
nos deben como un siglo
de insomnios y garrote
como tres mil kilómetros de injurias
como veinte medallas a Somoza
como una sola Guatemala muerta

no nos dejes caer en la tentación
de olvidar o vender este pasado
o arrendar una sola hectárea de su olvido

ahora que es la hora de saber quiénes somos
y han de cruzar el río
el dólar y su amor contrarrembolso

arráncanos del alma el último mendigo
y líbranos de todo mal de conciencia
amén.

BALADA DEL MAL GENIO

Hay días en que siento una desgana
de mí, de ti, de todo lo que insiste en creerse
y me hallo solidariamente cretino
apto para que en mí vacilen los rencores
y nada me parezca un aceptable augurio.

Días en que abro el diario con el corazón en la boca
como si aguardara de veras que mi nombre
fuera a aparecer en los avisos fúnebres
seguido de la nómina de parientes y amigos
y de todo el indócil personal a mis órdenes.

Hay días que ni siquiera son oscuros
días en que pierdo el rastro de mi pena
y resuelvo las palabras cruzadas
con una rabia hecha para otra ocasión
digamos, por ejemplo, para noches de insomnio.

Días en que uno sabe que hace mucho era bueno
bah tal vez no hace tanto que salía la luna
limpia como después de un jabón perfumado
y aquello sí era auténtica melancolía
y no este malsano, dulce aburrimiento.

Bueno, esta balada sólo es para avisarte
que en esos pocos días no me tomes en cuenta.

ELLA QUE PASA

Paso que pasa
rostro que pasabas
qué más quieres
te miro
después me olvidaré
después y solo
solo y después
seguro que me olvido.

Paso que pasas
rostro que pasabas
qué más quieres
te quiero
te quiero sólo dos
o tres minutos
para quererte más
no tengo tiempo.

Paso que pasas
rostro que pasabas
qué más quieres
ay no
ay no me tientes
que si nos tentamos
no nos podremos olvidar
adiós.

AUSENCIA

El niño que no vino
tiene los labios fuertes
tiene las manos tiernas
el alma como nube
no es nadie
es sólo niño

saca viejas monedas
del bolsillo de Dios
se parece a la madre
su misma risa ancha
su corazón a saltos

juega con los silencios
y con ellos hace otros
silencios
y se aburre

el niño que no vino
no viene
porque cree
que todo el que aquí nace
no se muere
después.

AHORA VALE LA PENA

Ahora vale la pena.
Dios
se quedó dormido.

Todos sabemos que esto
no es
definitivo
que es una suerte loca
quizá un breve
delirio.

Ahora vale la pena
vivir
aunque haga frío
aunque la tarde vuele.
O no vuele.
Es lo mismo.

Ahora sí
pero luego
si Dios no se despierta
qué pasará
diosmío.

EL ÁNGEL

La paz oh la paz
quién habló de la paz
aquel viejo con cara de caballo
que mira sin mirar y a veces pide
ése habló de la paz
aquella jovencita con arrugas
que recuerda sus épocas de virgen
ésa habló de la paz
aquel atleta de campera verde
aquel tímido lleno de rencores
aquel horrible y sabio lustrabotas
ése éstos hablaron de la paz
aquella ama de casa con bostezos
aquel auxiliar cuarto que no fuma
aquel santo que piensa cuando vota
aquel bobo que cree en una bandera
todos éstos hablaron de la paz
pero qué pena
que grandísima pena
todos tan inocentes
tan alegres
no saben que la paz dependía de un ángel
y ese ángel tiene ahora
un dedo en el gatillo.

ASÍ RODEADO

Otra vez estoy solo
tan hondamente
solo
que no siento la ayuda
ni el calor
de tu mano
ni tu nueva mirada
ni siquiera la antigua
universal
tristeza

tan libremente
solo
que no puedo acordarme
de cómo era el mundo
con su pobre
tranquila muchedumbre
con sus brazos abiertos
con su espalda vencida

tan claramente
solo
que las paredes lloran
los vagabundos lloran
los solitarios lloran
y se alejan

ah pero éstos
éstos los sobornables
solitarios
antes de irse me envuelven
en una blanda
ojeada
que parece piedad
pero es
envidia.

MÁS O MENOS LA MUERTE

La muerte es sólo un niño
de cara triste
un niño
sin motivo
sin miedo
sin fervor
un pobre niño viejo
que se parece
a Dios.

A veces
sin embargo
es tan sólo un silencio
sin pasado
sin molde
sin olor
un silencio en que ladran
los perros
esos perros
y uno se pregunta
quiénes son.

A veces.

Otras veces
es una niebla espesa
que se mete en los ojos
que destruye la voz
y lo arrincona a uno definitivamente
bueno
definitivamente no
tan sólo hasta que uno
se siente
sin amor.

A veces.

Pero es raro.
Por lo común la muerte
es solamente un niño
de cara triste
un niño
que sale de la noche
sin motivo
sin miedo
sin fervor
un pobre niño viejo
que deja caer su mano
sobre mi corazón.

POBRE DIOS

Es imposible estar seguro
pero tal vez sea Dios todo el silencio
que queda de los hombres

es imposible estar seguro
pero acaso Dios sea
la soledad total
irrevocable
más grave que la tuya
o que la mía
por lo menos más grave que la mía
que es soledad tan sólo
cuando el viejo crepúsculo me mira
como un toro furioso
y yo no tengo a mano
tus sabios labios para
olvidarme de todo lo que temo

es imposible estar seguro
ah pero en ese caso
pobre Dios qué tristeza
debe ser su tristeza

pobre Dios
si una vez descendiera
a asir nuestra miseria
y respirara por unas pocas horas
el incesante miedo de la muerte
quizá mucho después
allá
solo y eterno
recordara esa tibia bocanada
como el único asueto
de su enorme
desolado Infinito.

CINCO VECES TRISTE

1. *Barco Viejo*

La tristeza del mundo
es decir mi tristeza
empezó hace treinta años
en una noche hueca.

Por entonces los ángeles
trepaban por mis nervios
me dejaban promesas
me colgaban temores
y eso alcanzaba para todo el tiempo
para entender la vida
todo el tiempo.

Después de todo
no eran ángeles
eran tan sólo
escalofríos.

También tuve y no tengo un abuelo
con un siglo de cuentos
y una barba de seda
y dijo buenas noches
y se metió en su sueño
como huésped antiguo y de confianza.

Claro
no era su sueño
era su única muerte
nada más.

Por entonces había
nubes como montañas
y el horizonte era una cuerda floja
y los lunes
y miércoles
y viernes
Dios hacía equilibrio
sin caerse.

Pero no era Dios
era tan sólo
un barco viejo.

2. *Es tan poco*

Lo que conoces
es tan poco
lo que conoces
de mí
lo que conoces
son mis nubes
son mis silencios
son mis gestos
lo que conoces
es la tristeza

de mi casa vista de afuera
son los postigos de mi tristeza
el llamador de mi tristeza.

Pero no sabes
nada
a lo sumo
piensas a veces
que es tan poco
lo que conozco
de ti
lo que conozco
o sea tus nubes
o tus silencios
o tus gestos
lo que conozco
es la tristeza
de tu casa vista de afuera
son los postigos de tu tristeza
el llamador de tu tristeza.
Pero no llamas.
Pero no llamo.

3. *Cáscara y nada*

A veces el futuro es un sueño cerrado
y uno arroja la llave al precipicio
el corazón a veces nos despierta a los gritos
y uno se vuelve sordo de ternura

a veces es preciso que se nos caiga el cielo
para saber todo lo que nos falta
para inventar el surco del insomnio
para quedarse a solas con el mundo.

Casi siempre es la hora de la verdad vacía
sólo cáscara y nada

Dios inmóvil
es el temor recién amanecido
y ya opaco de veras
ya de veras maldito.
A veces el futuro es una noche sola
y uno gasta la urgencia en llegar y dormirse.

4. *Mi pozo*

La soledad es una paz oscura
una suerte de luto sin orgullo
una tranquila sumisión
un pozo
la soledad es uno mismo
sin compasión y con vergüenza
pero también es una dulce
lengua
para hablar con los monstruos
de la noche
y quedarse como siempre
perplejo.

A veces
cuando el amor se ajena
o los amigos van quedando inmóviles
o el tacto y la conciencia recomponen
las averías de lo inefable
suelo ponerme mi soledad
y nadie
reconoce ese luto sin orgullo
ese decir lo mismo hasta el cansancio
esa tranquila sumisión
mi pozo.

5. *Ruidos secundarios*

Me hago el honor de resignarme
sólo esta noche
como descanso
mañana temprano abriré los ojos
seré otra vez valiente y ordinario
rebelde con las manos en los bolsillos
eterno con la muerte en el ojal
sólo esta noche en que no hay luna
creerme que voy
creerme que vengo
creer que mi corazón ya no podrá jamás
aumentar de tamaño y de nostalgias
sólo esta noche
por favor
por piedad
sentirme vencido
humilde
devastado
hecho y deshecho con desechos de Dios
puesto a soñar sin vistobueno
dado a mentir sin esperanza
pero sabiendo que se trata
sólo de esta noche estéril y única
mañana a las siete abriré los ojos
y otra vez pondré el hombro sin quejarme
y escucharé el estruendo universal
sin que me engañen ruidos secundarios.

POEMAS DE LA OFICINA

1953-1956

SUELDO

Aquella esperanza que cabía en un dedal,
aquella alta vereda junto al barro,
aquel ir y venir del sueño,
aquel horóscopo de un larguísimo viaje
y el larguísimo viaje con adioses y gente
y países de nieve y corazones
donde cada kilómetro es un cielo distinto,
aquella confianza desde no sé cuándo,
aquel juramento hasta no sé dónde,
aquella cruzada hacia no sé qué,
ese aquel que uno hubiera podido ser
con otro ritmo y alguna lotería,
en fin, para decirlo de una vez por todas,
aquella esperanza que cabía en un dedal
evidentemente no cabe en este sobre
con sucios papeles de tantas manos sucias
que me pagan, es lógico, en cada veintinueve
por tener los libros rubricados al día
y dejar que la vida transcurra,
gotee simplemente
como un aceite rancio.

ELLOS

Ellos saben si soy o si no soy,
ellos abren la puerta y dicen: "Pase",
miran y relativamente son felices,
endosan el destino como un cheque
y eructan, aquiescentes, sin provocar a nadie.

Ellos saben si soy o si no soy,
por detrás de los dientes dicen: “Hola”,
hablan y relativamente son ingenuos
y sencillos y escupen y recelan
y transpiran a veces en dos dedos de frente.

Ellos saben si soy o si no soy,
ellos cierran la mano y dicen: “Pero”,
viven y relativamente son milagros
y sueldo y providencia y mal aliento
y gastan por docenas los pañuelos sin lágrimas.

Ellos saben si soy o si no soy,
ellos miran al cielo y dicen: “¿Cuánto?”,
pasan y relativamente son nombrados,
pero yo, como ellos me instruyeron,
no digo ni caramba ni ahí te pudras.

EL NUEVO

Viene contento
el nuevo
la sonrisa juntándole los labios
el lápizfaber virgen y agresivo
el duro traje azul
de los domingos.
Decente
un muchachito.
Cada vez que se sienta
piensa en las rodilleras
murmura sí señor
se olvida
de sí mismo.
Agacha la cabeza
escribe sin borrones
escribe escribe
hasta

las siete menos cinco.
Sólo entonces
suspira
y es un lindo suspiro
de modorra feliz
de cansancio tranquilo.

Claro
uno ya lo sabe
se agacha demasiado
dentro de veinte años
quizá
de veinticinco
no podrá enderezarse
ni será
el mismo
tendrá unos pantalones
mugrientos y cilíndricos
y un dolor en la espalda
siempre en su sitio.

No dirá
sí señor
dirá viejo podrido
rezará palabrotas
despacito
y dos veces al año
pensará
convencido
sin creer su nostalgia
ni culpar al destino
que todo
todo ha sido
demasiado
sencillo.

VERANO

Voy a cerrar la tarde
se acabó
no trabajo
tiene la culpa el cielo
que urge como un río
tiene la culpa el aire
que está ansioso y no cambia
se acabó
no trabajo
tengo los dedos blandos
la cabeza remota
tengo los ojos llenos
de sueños
yo qué sé
veo sólo paredes
se acabó
no trabajo
paredes con reproches
con órdenes
con rabia
pobrecitas paredes
con un solo almanaque
se acabó
no trabajo
que gira lentamente
dieciséis de diciembre.

Iba a cerrar la tarde
pero suena el teléfono
sí señor enseguida
comonó cuandoquiera.

CUENTA CORRIENTE

Usted que se desliza
sobre el tiempo,
usted que saca punta
y se persigna,
usted, modesto anfibio,
usted que firma con mi pluma fuente
y tose con su tos y no me escupa,
usted que sirve para
morirse y no se muere,
usted que tiene ojos dulces como el destino
y dudas que son cheques
al portador
y dudas
que le despejan Life y Selecciones,
¿cómo hace noche a noche
para cerrar los ojos
sin una sola deuda
sin una sola deuda
sin una sola sola deuda?

AGUINALDO

Ya he sacado mis cuentas
y no le pago
a nadie.

Ni al sastre que me hizo estas solapas
como alas de palomo
ni al pobre almacenero
que no me vende azúcar
ni al Banco que me ahorca
ni al librero que gime
ni al destino que claro no recoge
las tiernas oraciones
que envió contra reembolso.

Ya he sacado mis cuentas
y no le pago
a nadie.

Cobraré el aguinaldo en billetes de uno a uno
y me iré caminando por Dieciocho
silbando un tango amargo
como otro distraído.

LUNES

Volvió el noble trabajo
pucha qué triste
que nos brinda el pan nuestro
pucha qué triste
me meto en el atraso
hastacuandodiosmío
como un viejo tornillo
como cualquier gusano
me meto en el atraso
y el atraso me asfixia,
dos veinte, cinco quince,
me aplasta, me golpea,
once setenta, mil
trescientos veintiuno,
se me perdió una cifra
estaba aquí y ahora
tres falsos contrasientos
gotean de mi bolsillo
alguien llama alguien manda
pucha qué triste
alguien
se metió en el atraso
desordenó las pistas
y en cada diferencia
añadió tres centésimos.

Volvió el noble trabajo
aleluya
qué peste
faltan para el domingo
como siete semanas.

DIRECTORIO

Hay una tos reseca
como de cigarrillo
después
un comentario murmurado

un arrastre de silla
dos bostezos
la lectura del acta anterior
esa peste.

El delgado tabique
toma partido y cuenta
nos cuenta todo
como un gran secreto.

Ahora un largo silencio
alguien escribe
alguien
y a mí todo eso
ni me va ni me viene.

Se discute
se vota
se toma coca cola
en una paz cansada
se estudia el presupuesto.

De pronto uno difunde
el alerta.

Otros gritan.
Éste dice: “Jamás”
y aquéllos dicen: “Nunca”.

Los reproches golpean
la tímida mampara
pero yo estoy tranquilo
tranquilo e importante.

Un orgullo pueril
me enciende
y sobriamente
reconozco que ahora
están hablando de mí.

COSAS DE UNO

Yo digo ¿no?
esta mano
que escribe mil doscientos
y transporte
y Enero
y saldo en caja
que balancea el secante
y da vuelta la hoja
esta mano crispada en el apuro
porque se viene el plazo
y no hay tu tía
que suma cifras de otros
cheques de otros
que verdaderamente pertenece a otros
yo digo ¿no?
esta mano
¿qué carajo
tiene que ver conmigo?

KINDERGARTEN

Vino el patrón y nos dejó su niño
casi tres horas nos dejó su niño,
indefenso, sonriente, millonario,
un angelito gordo y sin palabras.

Lo sentamos allí, frente a la máquina
y él se puso a romper su patrimonio.
Como un experto desgarró la cinta
y le gustaron efes y paréntesis.

Nosotros, satisfechos como tías,
lo dejamos hacer. Después de todo,
sólo dice “papá”. El año que viene
dirá estádespedido y noseaidiota.

DACTILÓGRAFO

Montevideo quince de noviembre
de mil novecientos cincuenta y cinco
Montevideo era verde en mi infancia
absolutamente verde y con tranvías
muy señor nuestro por la presente
yo tuve un libro del que podía leer
veinticinco centímetros por noche
y después del libro la noche se espesaba
y yo quería pensar en cómo sería eso
de no ser de caer como piedra en un pozo
comunicamos a usted que en esta fecha
hemos efectuado por su cuenta
quién era ah sí mi madre se acercaba
y prendía la luz y no te asustes
y después la apagaba antes que me durmiera
el pago de trescientos doce pesos
a la firma Menéndez & Solari
y sólo veía sombras como caballos

y elefantes y monstruos casi hombres
y sin embargo aquello era mejor
que pensarme sin la savia del miedo
desaparecido como se acostumbra
en un todo de acuerdo con sus órdenes
de fecha siete del corriente
era tan diferente era verde
absolutamente verde y con tranvías
y qué optimismo tener la ventanilla
sentirse dueño de la calle que baja
jugar con los números de las puertas cerradas
y apostar consigo mismo en términos severos
rogámosle acusar recibo lo antes posible
si terminaba en cuatro o trece o diecisiete
era que iba a reír o a perder o a morirme
de esta comunicación a fin de que podamos
y hacerme tan sólo una trampa por cuadra
registrarlo en su cuenta corriente
absolutamente verde y con tranvías
y el Prado con caminos de hojas secas
y el olor a eucaliptus y a temprano
saludamos a usted atentamente
y desde allí los años y quién sabe.

HERMANO

Qué suerte
siempre iguales
hermano
vos y yo
desde aquella alegría
de nuestro primer sueldo
siempre iguales
hermano
en las licencias
en los aguinaldos
en los ascensos

en las comisiones
siempre en el mismo cargo
siempre en el mismo sueldo
yo
usando lo que sé
brindando lo que tengo
ecuaciones
inglés
teneduría
alemán
buena letra
logaritmos
yo
usando lo que sé
nada más
nada menos
vos
prendido a la Oreja
como una caravana.

DESPUÉS

El cielo de veras que no es éste de ahora
el cielo de cuando me jubile
durará todo el día
todo el día caerá
como lluvia de sol sobre mi calva.

Yo estaré un poco sordo para escuchar los árboles
pero de todos modos recordaré que existen
tal vez un poco viejo para andar en la arena
pero el mar todavía me pondrá melancólico
estaré sin memoria y sin dinero
con el tiempo en mis brazos como un recién nacido
y llorará conmigo y lloraré con él
estaré solitario como una ostra
pero podré hablar de mis fieles amigos

que como siempre contarán desde Europa
sus cada vez más tímidos contrabandos y becas.

Claro estaré en la orilla del mundo contemplando
desfiles para niños y pensionistas
aviones
eclipses
y regatas
y me pondré sombrero para mirar la luna
nadie pedirá informes ni balances ni cifras
y sólo tendré horario para morirme
pero el cielo de veras que no es éste de ahora
ese cielo de cuando me jubile
habrá llegado demasiado tarde.

ORACIÓN

Déjame este zumbido de verano
y la ausencia bendita de la siesta
déjame este lápiz
este block
esta máquina
este impecable atraso de dos meses
este mensaje del tabulador
déjame solo con mi sueldo
con mis deudas y mi patrón
déjame
pero
no me dejes
después de las siete
menos diez
Señor
cuando esta niebla de ficción
se esfume
y quedes Tú
si quedo Yo.

ELEGÍA EXTRA

Hoy
un domingo
como cualquier otro
uno de esos
que Dios ha reservado
para el mate
la radio despacito
para el amor
repetido en los parques
para el descanso
el vino
y el Estadio
para la dulce farra
de la siesta
precisamente hoy
un domingo cualquiera
debo abrir puertas
de silencio horrible
debo juntarme
con mi aburrimiento
debo enfrentar mi mesa
empecinada
asquerosa de tinta
y de papeles.
El sol allí cerquita
sucio domingo
pienso
yo a veces di consejos
claros como setiembre
yo me hice mala sangre
hasta la madrugada
¿y ahora qué?
ahora
esposos y rituales
Gardel y un alboroto
bajan del sexto piso

el sol va recorriendo
tranquilamente
el muro
y yo como un intruso
y yo como una pieza
dislocada
yo frente al miedo
de la Ciudad Vieja
más allá del fervor
y el pesimismo
porque a mis dedos
ya
nadie los mueve
y quedan más planillas
más planillas
más inmundas planillas
todas
con siete copias

COMISIÓN

Mírela y no proteste
ésta es su tierra
amigo
ella lo está esperando
como una amante nueva
como la tierra
simplemente
que es
yo no sé si mañana
estará como ahora
ahí nomás tan cerquita
al lado de su mano
delante de su pie
porque la tierra es eso
una esperanza
porque la tierra es

claro
una inversión
y cada día usted sabe
que su esperanza vale
un poco un poco más
tómela y no discuta
ella lo está esperando
como una buena madre
como una patria nueva
como la tierra
simplemente
que es
piénselo usted la paga
en treinta años
que son
treinta años para el mundo
treinta años para Dios
un abrir y cerrar
de ojos
un suspiro
además
claro
bueno
comonó comonó
ésta es su tierra
amigo
no se olvide
de abonarme la seña
es más seguro.

ÁNGELUS

Quién me iba a decir que el destino era esto.

Ver la lluvia a través de letras invertidas,
un paredón con manchas que parecen prohombres,

el techo de los ómnibus brillantes como peces
y esa melancolía que impregna las bocinas.

Aquí no hay cielo,
aquí no hay horizonte.

Hay una mesa grande para todos los brazos
y una silla que gira cuando quiero escaparme.
Otro día se acaba y el destino era esto.

Es raro que uno tenga tiempo de verse triste:
siempre suena una orden, un teléfono, un timbre,
y, claro, está prohibido llorar sobre los libros
porque no queda bien que la tinta se corra.

AMOR, DE TARDE

Es una lástima que no estés conmigo
cuando miro el reloj y son las cuatro
y acabo la planilla y pienso diez minutos
y estiro las piernas como todas las tardes
y hago así con los hombros para aflojar la espalda
y me doblo los dedos y les saco mentiras.

Es una lástima que no estés conmigo
cuando miro el reloj y son las cinco
y soy una manija que calcula intereses
o dos manos que saltan sobre cuarenta teclas
o un oído que escucha cómo ladra el teléfono
o un tipo que hace números y les saca verdades.

Es una lástima que no estés conmigo
cuando miro el reloj y son las seis.
Podrías acercarte de sorpresa
y decirme “¿Qué tal?” y quedaríamos
yo con la mancha roja de tus labios
tú con el tizne azul de mi carbónico.

Jefe

usté está aburrido
aburrido de veras
hace veintiocho años
que sabe sus asientos
que comprueba los saldos
y revuelve el café.

Está aburrido

jefe

se le nota en los ojos
en la voz
en las órdenes
en el paso
en las mangas
en los setenta rubros
de letra redondilla.

Jefe

usté está aburrido
nadie lo sabe
nadie.

Pero ahora que está solo
ahora que no ven Ellos
desahóguese
grite
discuta
diga mierda
dé golpes en la mesa
vuélvase insoportable
por favor
diga no
diga no muchas veces
hasta quedarse ronco.

No cuesta nada
jefe
haga la prueba.

LICENCIA

Aquí empieza el descanso.
En mi conciencia y en el almanaque
junto a mi nombre y cargo en la planilla
aquí empieza el descanso.
Dos semanas.

Debo apurarme porque hay tantas cosas
recuperar el mar
eso primero
recuperar el mar desde una altura
y hallar toda la vida en cuatro olas
gigantescas y tristes como sueños

mirar el cielo estéril
y encontrarlo cambiado
hallar que el horizonte
se acercó veinte metros
que el césped hace un año era más verde
y aguardar con paciencia
escuchando los grillos
el apagón tranquilo de la luna.

Me desperezo
grito
poca cosa
qué poca cosa soy sobre la arena
la mañana se fue
se va la tarde
la caída del sol me desanima
sin embargo respiro

sin embargo
qué apretujón de ocio a plazo fijo.

Pero nadie se asusta
nadie quiere
pensar que se ha nacido para esto
pensar que alcanza y sobra
con los pinos
y la mujer
y el libro
y el crepúsculo.

Una noche cualquiera acaba todo
una mañana exacta
seis y cuarto
suena el despertador como sonaba
en el resto del año
un alarido.

Aquí empieza el trabajo.
En mi cabeza y en el almanaque
junto a mi nombre y cargo en la planilla.

Aquí empieza el trabajo.
Mansamente.
Son
cincuenta semanas.

SÓLO MIENTRAS TANTO

1948-1950

ÉSTA ES MI CASA

No cabe duda. Ésta es mi casa
aquí sucedo, aquí
me engaño inmensamente.
Ésta es mi casa detenida en el tiempo.

Llega el otoño y me defiende.
La primavera y me condena.
Tengo millones de huéspedes
que ríen y comen,
copulan y duermen,
juegan y piensan,
millones de huéspedes que se aburren
y tienen pesadillas y ataques de nervios.

No cabe duda. Ésta es mi casa.
Todos los perros y campanarios
pasan frente a ella.
Pero a mi casa la azotan los rayos
y un día se va a partir en dos.

Y yo no sabré dónde guarecerme
porque todas sus puertas dan afuera del mundo.

AHORA EN CAMBIO

Hubiera entregado el Dios que no poseo,
hubiera aprendido tres o cuatro signos,
y así desalentado,
así fiel, ceniciento,
invariable como un recuerdo atroz,
me hubiera respondido,
me hubiera transformado en ademanes

me hubiera convencido como todos,
refugiado en el hambre universal,
salvado para siempre y para nada.

Ahora en cambio estoy un poco solo,
de veras un poco solo y solo.
Mi tristeza es un vaso de oraciones
que se derraman sobre el césped
y desde el césped nace Dios
y está también un poco solo,
de veras un poco solo y solo.

Mas yo le ayudo a conocer las aves
y en toda su extensión la herejía vegetal,
los corazones de sus alegres huérfanos,
la tierra que es la palma de su mano.

EMPERO

Cierro los ojos para disuadirme.
Ahora no es, no puede ser la muerte.
Está el escarabajo a tropezones,
mi sed de ti, la baja tarde inmóvil.

De veras está todo como antes:
el cielo tan inerme,
la misma soledad tan maciza,
la luz que se devora y no comprende.
Todo está como antes
de tu rostro sin nubes,
todo aguarda como antes la anunciada
estación en suspenso,
pero también estaba entonces este pánico
de no saber huir y no saber
alejarme del odio.

De veras todo está
destruido, indescifrable,
como verdad caída inesperadamente
del cielo o del olvido
y si alguien, algo, me golpea los párpados
es una lenta gota empecinada.
Ahora no es, no puede ser la muerte.
Abro los ojos para convencerme.

SÓLO MIENTRAS TANTO

Vuelves, día de siempre,
rompiendo el aire justamente donde
el aire había crecido como muros.

Pero nos iluminas brutalmente
y en la sencilla náusea de tu claridad
sabemos cuándo se nos caerán los ojos,
el corazón, la piel de los recuerdos.

Claro, mientras tanto
hay oraciones, hay pétalos, hay ríos,
hay la ternura como un viento húmedo.
Sólo mientras tanto.

DIOS MEDIANTE

Cierto, me rodean árboles un tanto silenciosos,
se asoman al paisaje como buscándome
mas yo también me busco y he olvidado
desesperadamente mis labios.
Vuelvo recién del último silencio
y estaba Dios o algo así como Dios
desolando puntual mi sueño.
Sufrí como se sufre, demasiado feliz,
tendido aquí en la tierra, casi deshabitado,

pidiendo, no pidiendo, dejándome llevar.
Y estaba Dios o algo así como Dios
desencantando adrede mi soledad.
Sin embargo ahora estoy rodeado
por los familiares en mi mundo desierto:
el hermano cielo, la hermana tarde,
viene sobre el viento la nube rosa.
Es cierto, me rodean,
se asoman al paisaje como buscándome.
Son las moléculas de Dios infinito,
quizá Dios mismo o algo así como Dios
pero se interponen entre él y yo.
No se me olvide,
nunca
se me olvide,
A Dios no podré asirlo
Dios mediante.

NOCTURNO

Por una vez no existe el cielo innecesario.
Nadie averigua acerca de mi corazón
ni de mi salud milagrosa y cordial,
porque es de noche, manantial de la noche,
viento de la noche, viento olvido,
porque es de noche entre silencio y uñas
y quedo desalmado como un reloj lento.

Húmeda oscuridad desgarradora,
oscuridad sin adivinaciones,
con solamente un grito que se quiebra a lo lejos,
y a lo lejos se cansa y me abandona.

Ella sabe qué palabras podrían decirse
cuando se extinguen todos los presagios
y el insomnio trae iras melancólicas
acerca del porvenir y otras angustias.

Pero no dice nada, no las suelta.
Entonces miro en lo oscuro llorando,
y me envuelvo otra vez en mi noche
como en una cortina pegajosa
que nadie nunca nadie nunca corre.

Por el aire invisible baja una luna dulce,
hasta el sueño por el aire invisible.
Estoy solo con mi infancia de alertas,
con mis corrientes espejismos de Dios
y calles que me empujan inexplicablemente
hacia un remoto mar de miedos.

Estoy solo como una estatua destruida,
como un muelle sin olas, como una simple cosa
que no tuviera el hábito de la respiración
ni el deber del descanso ni otras muertes en ciernes,
solo en la anegada cuenca del desamparo
junto a ausencias que nunca retroceden.
Naturalmente, ella
conoce qué palabras podrían decirse,
pero no dice nada,
pero no dice nada irremediable.

LAS PRIMERAS MIRADAS

Nadie sabe en qué noche de octubre solitario,
de fatigados duendes que ya no ocurren,
puede inmolarse la perdida infancia
junto a recuerdos que se están haciendo.

Qué sorpresa sufrirse una vez desolado,
escuchar cómo tiembla el coraje en las sienes,
en el pecho, en los muslos impacientes
sentir cómo los labios se desprenden
de verbos maravillosos y descuidados,
de cifras defendidas en el aire muerto,

y cómo otras palabras, nuevas, endurecidas
y desde ya cansadas se conjuran
para impedirnos el único fantasma de veras.

Cómo encontrar un sitio con los primeros ojos,
un sitio donde asir la larga soledad
con los primeros ojos, sin gastar
las primeras miradas,
y si quedan maltrechas de significados,
de cáscara de ideales, de purezas inmundas,
cómo encontrar un río con los primeros pasos,
un río –para lavarlos– que las lleve.

ELEGIR MI PAISAJE

Si pudiera elegir mi paisaje
de cosas memorables, mi paisaje
de otoño desolado,
elegiría, robaría esta calle
que es anterior a mí y a todos.

Ella devuelve mi mirada inservible,
la de hace apenas quince o veinte años
cuando la casa verde envenenaba el cielo.
Por eso es cruel dejarla recién atardecida
con tantos balcones como nidos a solas
y tantos pasos como nunca esperados.

Aquí estarán siempre, aquí, los enemigos,
los espías alevés de la soledad,
las piernas de mujer que arrastran a mis ojos
lejos de la ecuación de dos incógnitas.
Aquí hay pájaros, lluvia, alguna muerte,
hojas secas, bocinas y nombres desolados,
nubes que van creciendo en mi ventana
mientras la humedad trae lamentos y moscas.

Sin embargo existe también el pasado
con sus súbitas rosas y modestos escándalos
con sus duros sonidos de una ansiedad cualquiera
y su insignificante comeción de recuerdos.

Ah si pudiera elegir mi paisaje
elegiría, robaría esta calle,
esta calle recién atardecida
en la que encarnizadamente revivo
y de la que sé con estricta nostalgia
el número y el nombre de sus setenta árboles.

AUSENCIA DE DIOS

Digamos que te alejas definitivamente
hacia el pozo de olvido que prefieres,
pero la mejor parte de tu espacio,
en realidad la única constante de tu espacio,
quedará para siempre en mí, doliente,
persuadida, frustrada, silenciosa,
quedará en mí tu corazón inerte y sustancial,
tu corazón de una promesa única
en mí que estoy enteramente solo
sobreviviéndote.

Después de ese dolor redondo y eficaz,
pacientemente agrio, de invencible ternura,
ya no importa que use tu insoportable ausencia
ni que me atreva a preguntar si cabes
como siempre en una palabra.

Lo cierto es que ahora ya no estás en mi noche
desgarradoramente idéntica a las otras
que repetí buscándote, rodeándote.
Hay solamente un eco irremediable
de mi voz como niño, esa que no sabía.

Ahora qué miedo inútil, qué vergüenza
no tener oración para morder,
no tener fe para clavar las uñas
no tener nada más que la noche,
saber que Dios se muere, se resbala,
que Dios retrocede con los brazos cerrados,
con los labios cerrados, con la niebla,
como un campanario atrocemente en ruinas
que desandara siglos de ceniza.

Es tarde. Sin embargo yo daría
todos los juramentos y las lluvias,
las paredes con insultos y mimos,
las ventanas de invierno, el mar a veces,
por no tener tu corazón en mí,
tu corazón inevitable y doloroso
en mí que estoy enteramente solo
sobreviviéndote.

COMO UNA HIEDRA

Ahora es preciso que me encuentre indefenso
a solas con la vida de mi muerte
como recién nacido
como recién asido
a la posibilidad de mi no-ser.

Yo puedo ser el dueño de mis hechos,
puedo venir de alguna parte,
a la muerte puedo tender
como a una residencia o un presagio
y a la vida de la sobremuerte
como a una esperanza o un placer.

Pero cuando el silencio derriba el muro
y debo penetrar en la noche neutra
sin una sombra porque es sólo sombras,

sin un murciélago bendito
ni un relámpago de terror,
entonces sí me vuelvo despiadado,
entonces sí soy irrisorio,
entonces sí improviso mis rencores,
desmorono mis sueños,
verifico mis dudas.

El día estalla otra vez en gritos,
busca con ansiedad mis ojos de la noche
toda muerte, mis ojos
de la olvidada noche.
Como una hiedra sigo trepando
por el muro que existe de nuevo
y el sol perpetuo me reconoce
y por un rato soy la vida.

ASUNCIÓN DE TI

A Luz

1

Quién hubiera creído que se hallaba
sola en el aire, oculta,
tu mirada.
Quién hubiera creído esa terrible
ocasión de nacer puesta al alcance
de mi suerte y mis ojos,
y que tú y yo iríamos, despojados
de todo bien, de todo mal, de todo,
a aherrrojarnos en el mismo silencio,
a inclinarnos sobre la misma fuente
para vernos y vernos
mutuamente espionados en el fondo,
temblando desde el agua,
descubriendo, pretendiendo alcanzar

quién eras tú detrás de esa cortina,
quién era yo detrás de mí.
Y todavía no hemos visto nada.
Espero que alguien venga, inexorable,
siempre temo y espero,
y acabe por nombrarnos en un signo,
por situarnos en alguna estación
por dejarnos allí, como dos gritos
de asombro.
Pero nunca será. Tú no eres ésa,
yo no soy ése, éstos, los que fuimos
antes de ser nosotros.

Eras sí pero ahora
suenas un poco a mí.
Era sí pero ahora
vengo un poco de ti.

No demasiado, solamente un toque,
acaso un leve rasgo familiar,
pero que fuerce a todos a abarcarnos
a ti y a mí cuando nos piensen solos.

2

Hemos llegado al crepúsculo neutro
donde el día y la noche se funden y se igualan.
Nadie podrá olvidar este descanso.
Pasa sobre mis párpados el cielo fácil
a dejarme los ojos vacíos de ciudad.
No pienses ahora en el tiempo de agujas,
en el tiempo de pobres desesperaciones.
Ahora sólo existe el anhelo desnudo,
el sol que se desprende de sus nubes de llanto,
tu rostro que se interna noche adentro
hasta sólo ser voz y rumor de sonrisa.

Puedes querer el alba
cuando ames.
Puedes
venir a reclamarte como eras.
He conservado intacto tu paisaje.
Lo dejaré en tus manos
cuando éstas lleguen, como siempre,
anunciándote.
Puedes
venir a reclamarte como eras.
Aunque ya no seas tú.
Aunque mi voz te espere
sola en su azar
quemando
y tu sueño sea eso y mucho más.
Puedes amar el alba
cuando quieras.
Mi soledad ha aprendido a ostentarte.
Esta noche, otra noche
tú estarás
y volverá a gemir el tiempo giratorio
y los labios dirán
esta paz ahora esta paz ahora.
Ahora puedes venir a reclamarte,
penetrar en tus sábanas de alegre angustia,
reconocer tu tibio corazón sin excusas,
los cuadros persuadidos,
saberte aquí.
Habrá para vivir cualquier huida
y el momento de la espuma y el sol
que aquí permanecieron.
Habrá para aprender otra piedad
y el momento del sueño y el amor
que aquí permanecieron.
Esta noche, otra noche
tú estarás,

tibia estarás al alcance de mis ojos,
lejos ya de la ausencia que no nos pertenece.
He conservado intacto tu paisaje
pero no sé hasta dónde está intacto sin ti,
sin que tú le prometas horizontes de niebla,
sin que tú le reclames su ventana de arena.
Puedes querer el alba cuando ames.
Debes venir a reclamarte como eras.
Aunque ya no seas tú,
aunque contigo traigas
dolor y otros milagros.
Aunque seas otro rostro
de tu cielo hacia mí.

ÍNDICE

NOTA	7
------------	---

GEOGRAFÍAS (1982-1984)

Eso dicen	11
Ay del sueño	11
Patria es humanidad	12
El silencio del mar	13
Los cinco	14
Ceremonias	15
Comarca extraña	17
Finta	18
Desaparecidos	18
Sin tierra sin cielo	20
No lo harás en vano	20
Nivel de vuelo 350	21
Quiero creer que estoy volviendo	22
La buena tiniebla	24

VIENTO DEL EXILIO (1980-1981)

<i>Entre siempre y jamás</i>	29
Viento del exilio	31
Últimas golondrinas	32
<i>Entre siempre y jamás</i>	33

El imán	34
Cantera de prójimos	35
El paisaje	35
Teoría de conjuntos	37
Preliminar del miedo	37
Talantes	38
El amor es un centro	39
Conjugaciones	40
1 (álbum)	40
2 (claves)	40
3 (variantes)	40
4 (complemento)	41
5 (después)	41
6 (ausencia)	41
7 (rigores)	41
8 (previsión)	42
9 (plurales)	42
<i>Los inmortales y la muerte</i>	43
Los mortales	45
Pasatiempo	46
Los inmortales	46
Cada vez que alguien muere	49
Invisible	49
Happy birthday	50
<i>Refranívocos / Signitos</i>	53
Compensaciones	55
Facilidades	55
Compañías	55
Intensidad	55
Resistencia	56
Tardía	56
Madrigal en cassette	56
Once	57

¿Nunca más?	57
Ovnis	57

Nombres propios 59

Allende	61
Hechos / Noticias	62
Rigoberto en otra fiesta	63
Tomás recuerda a Carlos	64
Girón girones	65
Variaciones sobre un tema de Boris Vian	66
Estos poetas son míos	69

El baquiano y los suyos 73

Abrigo	75
Tranvía de 1929	76
Subversión de Carlitos el Mago	77
Hasta los elefantes	79
Ni colorín ni colorado	81
Extranjero hasta allí	84
El jubilado	84
Sightseeing 1980	85
Ex presos	90
Tríptico del plebiscito	91
El baquiano y los suyos	93

COTIDIANAS (1978-1979)

Piedritas en la ventana 99

Nocturno cero	101
Piedritas en la ventana	102
Otro cielo	102
Esa batalla	103

Grillo constante	104
Los lugares comunes	104
Estado de excepción	105
De árbol a árbol	106
Cotidiana 1	107
<i>Soy un caso perdido</i>	109
De lo prohibido	111
Los héroes	112
Desgarraduras	112
Lento pero viene	113
Me voy con la lagartija	115
El paraíso	116
Soy un caso perdido	116
Las novedades del horror	119
Veinte años antes	122
Cotidiana 2	126
<i>Botella al mar</i>	129
Bandoneón	131
Suburbia	132
No espanta pájaros	132
Distancia	133
Botella al mar	133
Rastros	134
Tiempo sin tiempo	134
Defensa de la alegría	135
Futuro imperfecto	136
Testamento de miércoles	137
País inocente	139
Infraganti	140
Cotidiana 3	141

<i>Desmitifiquemos la Vía Láctea</i>	145
Cronoterapia bilingüe	147
Disidentes	147
Cálculo de probabilidades	147
Nuevo canal interoceánico	148
Contraofensiva	148
Síndrome	148
Comparanza	149
Ahora todo está claro	149
Semántica práctica	150
<i>Desmitifiquemos la Vía Láctea</i>	151
Cardinales	152
El soneto de rigor	152
¿Qué hacer?	153
Cotidiana 4	154
<i>Retratos y canciones</i>	157
Mariano	159
A Roque	159
Rodolfo convirtió la realidad	161
José Martí pregonero	162
Por qué cantamos	163
Cotidiana 5	165

LA CASA Y EL LADRILLO (1976-1977)

La casa y el ladrillo	169
Otra noción de patria	176
Curados de espanto y sin embargo	188
Zelmar	194
Teoría y práctica	199
Ciudad en que no existo	203
Bodas de perlas	211
Hombre de mala voluntad	220

Los espejos las sombras	223
Croquis para algún día	234

POEMAS DE OTROS (1973-1974)

<i>Trece hombres que miran</i>	255
Hombre que mira el cielo	257
Hombre que mira la tierra	258
Hombre que mira a través de la niebla	259
Hombre que mira a una muchacha	260
Hombre que mira el techo	262
Hombre que mira sin sus anteojos	264
Hombre que mira más allá de sus narices	267
Hombre que mira un rostro en un álbum	268
Hombre que mira la luna	269
Hombre que mira al tira que lo sigue	270
Hombre preso que mira a su hijo	272
Hombre que mira su país desde el exilio	275
Hombre que mira a otro hombre que mira	276
<i>Los personajes</i>	279
Martín Santomé	281
i. Todo lo contrario	281
ii. Táctica y estrategia	282
iii. Todo verdor	283
iv. Viceversa	284
v. Mucho más grave	285
Laura Avellaneda	
Última noción de Laura	287
Ramón Budiño	289
i. Pausa	289
ii. La culpa es de uno	290

<i>De otros diluvios</i>	293
Credo	295
Vaya uno a saber	296
Lovers go home	296
Como siempre	297
Bienvenida.....	299
Los formales y el frío	300
La otra copa del brindis.....	301
Apenas y a penas	303
Cuerpo docente	304
Soledades	305
Perro convaleciente	307
Fundación del recuerdo	308
<i>Canciones de amor y desamor</i>	311
Estados de ánimo	313
Chau número tres	314
Hagamos un trato	315
Saberte aquí	316
Intimidación	318
No te salves	319
Rostro de vos	320
Te quiero	322
Todavía	323
Ustedes y nosotros	324
<i>Epílogos míos</i>	327
Vas y venís	329
Como árboles	330
Respuesta con segunda	332
Por suerte somos otros.....	333
Ángelus porteño	336
Salutación del optimista	337

LETRAS DE EMERGENCIA (1969-1973)

<i>Versos para cantar</i>	341
Nota	343
Cielo del 69	345
Milonga del Oriental	346
Vidalita por las dudas	348
Alguien	349
Seré curioso	350
Las ocho viudas	352
Balada de los helicópteros	354
Tu quebranto	357
Tango para un fin de siesta	358
Cielito de los muchachos	359
La secretaria ideal	361
Pobre señor	363
Cielito del 26	364
Chau	366
Las viejitas democráticas	368
Allá enfrente	369
Orientalito	371
No me pongas la capucha	372
Me sirve y no me sirve	373
Vamos juntos	375
Las palabras	376
<i>Versos para rumiar</i>	379
Noche de sábado	381
Ser y estar	384
El verbo	385
Casi un réquiem	387
Muerte de Soledad Barrett	387
Victoria del vencido	389
Militancia	391
Torturador y espejo	395
Desinformémonos	396

Buenos y mejores aires	398
Gallos sueños	400
<i>Tres odas provisorias</i>	403
Oda a la pacificación	405
Oda a la mordaza	405
Oda al apagón	407

QUEMAR LAS NAVES (1968-1969)

La infancia es otra cosa.....	411
Holocausto	414
Anunciación sin ojalá	415
Grietas	415
Buenas noticias	417
El surco	417
La señora de Lot	421
Artigas	423
Semántica	424
Con permiso	425
Quemar las naves	427

A RAS DE SUEÑO (1967)

A ras de sueño	431
Ventana oscura	437
Baldón	438
Primera incomuni3n	439
El santo se pregunta	439
Mejor te invento	440
Señas del Che	440
Consternados, rabiosos	442

Ángel de la guarda	444
Abuelo Rubén	447

CONTRA LOS PUENTES LEVADIZOS (1965-1966)

Contra los puentes levadizos	453
Arte poética	457
En pie	458
Ay que no hay	459
Intimidad	459
Canje	460
Luna congelada	461
Sabe vengarse	461
La hazaña	462
Hasta entonces	463
Harapos	464
A quién	465
Decir que no	466
Adelante	467
Hache y jota	468
Enemigo	469
Transistor	469
Los anacrónicos	471
Lluvia regen pioggia pluiè	472
Habanera	473

PRÓXIMO PRÓJIMO (1964-1965)

Los descansos	481
Socorro y nadie	482
Curriculum	483
Éste y no otro	484
El eco	485
La trampa	486

Eterno	487
Almohadas	487
Arco iris	488
Desilusión óptica	489
Tango	490
Carta al comisario del cielo	491
Estaciones	492
Todos conspiramos	493
No ha lugar	495
Hasta mañana	496
Ceniza	497
Marina	498
Parpadeo	498
Próximo prójimo	499

NOCIÓN DE PATRIA (1962-1963)

Noción de patria.....	507
Las baldosas	510
Poema frustrado	512
Pregón	514
Esta ciudad es de mentira	516
Análisis del regreso	517
Obituario con hurras	518
Falsa oposición	520
Pesadilla	521
Allá enfrente	522
Bandera en pena	523
Calma chicha	524
Turning point	525
Todo el instante	526
Entre estatuas	526
Flor de piel	527
Juego de villanos	528
Balance.....	529
Corazón coraza	530
A la izquierda del roble	531

POEMAS DEL HOYPORHOY (1958-1961)

La crisis	539
Monstruos	540
Editorial	541
Los pitucos	542
Ese voto	545
Interview	546
Vuelo 202	548
Cumpleaños en Manhattan	549
Un padrenuestro latinoamericano	553
Balada del mal genio	556
Ella que pasa	557
Ausencia	557
Ahora vale la pena	558
El ángel	559
Así rodeado	560
Más o menos la muerte	561
Pobre Dios	562
Cinco veces triste	
1. Barco Viejo	563
2. Es tan poco	564
3. Cáscara y nada	565
4. Mi pozo	566
5. Ruidos secundarios	567

POEMAS DE LA OFICINA (1953-1956)

Sueldo	571
Ellos	571
El nuevo	572
Verano	574
Cuenta corriente	575
Aguinaldo	575
Lunes	576
Directorio	577

Cosas de uno	578
Kindergarten	579
Dactilógrafo	579
Hermano	580
Después	581
Oración	582
Elegía extra.....	583
Comisión	584
Ángelus	585
Amor, de tarde	586
Oh	587
Licencia	588

SÓLO MIENTRAS TANTO (1948-1950)

Ésta es mi casa	593
Ahora en cambio	593
Empero	594
Sólo mientras tanto	595
Dios mediante	595
Nocturno	596
Las primeras miradas	597
Elegir mi paisaje	598
Ausencia de Dios	599
Como una hiedra	600
Asunción de ti	601

MARIO BENEDETTI

INVENTARIO DOS

Poesía completa 1986-1991

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

NOTA

Integran esta edición de *Inventario* Dos todos los poemas que he publicado en libro entre 1986 y 1991: *Preguntas al azar* (1986), *Yesterday y mañana* (1987), *Despistes y franquezas* (1989) y *Las soledades de Babel* (1991).

Este volumen es la continuación o complemento del primer tomo de *Inventario* (Poesía 1950-1985) que consta de los siguientes títulos: *Sólo mientras tanto* (1950), *Poemas de la oficina* (1956), *Poemas del hoyporhoy* (1961), *Noción de patria* (1963), *Próximo prójimo* (1965), *Contra los puentes levadizos* (1966), *A ras de sueño* (1967), *Quemar las naves* (1969), *Letras de emergencia* (1973), *Poemas de otros* (1974), *La casa y el ladrillo* (1977), *Cotidianas* (1979), *Viento del exilio* (1981) y *Geografías* (1984).

En ambos volúmenes, algunos poemas que posteriormente fueron transformados en canciones figuran en sus dos textos –poema y canción–, cada uno de ellos incluido en el lugar y la época correspondientes.

Al igual que en las anteriores ediciones, cada volumen se abre con la producción más reciente y concluye con la más antigua, quizá con la secreta esperanza de que el lector, al tener acceso a esta obra por la puerta más nueva y más cercana, se vea luego tentado a ir abriendo otras puertas, a “beneficio de inventario”.

M.B.

Madrid, noviembre de 1993

LAS SOLEDADES DE BABEL

1991

*a luz
mi mengana particular*

AQUÍ LEJOS

*“Wohl einem jeden, der seine Orte der Dauer hat”
(Feliz aquel que tiene sus lugares de duración).*

PETER HANDKE

AQUÍ LEJOS

He sido en tantas tierras extranjero

digamos que recorrí los bulevares
como si fueran el desierto de atacama
o me abracé más náufrago que nunca
a mi tablón de cielitos y gardeles

pese a todo no dejé de cavilar
en mi español de alivio
aunque me rodearan lisboetas o bávaros
ucranianos o tesalonicenses

y así fui construyendo la pasarela
de mi regreso terminal

he sido en tantas tierras extranjero
y ahora que por fin estoy aquí
hay nubes entre el sol y los presagios

no es que el futuro se arrodille
en el umbral del abandono
ni que la atávica miseria fije
su mirada oprimente
en los ventanales del poder

no es que los jóvenes renuncien
a exorcizar de veras a la muerte
con sus vaivenes en tierra firme

por lo pronto nadie ha conseguido
expulsarlos de su burbuja acorazada

¿y entonces qué?

¿por qué me siento un poco extraño
y/o extranjero (en francés son sinónimos)
en este espacio que es mío/nuestro?

¿por qué las mezquindades
las jactancias de zócalo
parecen dichas en otra lengua
que no es gaélico ni flamenco
ni búlgaro ni euskera
pero tampoco es totalmente mía?

¿por qué la solidaridad es apenas
la película sordomuda que no encuentro
en los catálogos de los videoclubes?

después de todo
¿qué pasó con la confianza?

¿les echaremos por fin toda la culpa
a los milicos?
(bastante tienen con la que ya tienen)
¿o tal vez los milicos descubrieron
dónde estaba nuestro mezquino taloncito
e insolidario aquiles?

naturalmente hay dos países
y cada uno tiene sus provincias

sabemos que aquí anidan
la memoria ilegal la indestructible
el saldo flaco de lo solidario
cruces peladas y sin flores
migajas de una que otra pesadilla
labios de cautivante primavera
que por cierto no estarán esperándonos
en las calaveras del invierno

húmedas tristezas con final feliz
ganas de crecer en medio del rebato
pájaros que vuelan infalibles
sobre los borradores de la dicha
muestrario de cadáveres amados
fe que le nace a uno de las tripas
crepúsculos más acá del corazón
y sobre todo borrachera de utopías
esas que según dicen ya murieron

si me tomás el pulso
si te lo tomo yo
verás/veré que hay menos osadías
por minuto y por sueño

sé que aquí habitan los enteros
y su entereza no es de las que encogen
a la segunda lluvia
o a la primera sangre
pero se trata de una entereza animal
de bicho duro que pasó por el fuego
por el miedo por el rencor por el castigo
por la frontera del desencanto
y quedó chamuscado memorioso
convaleciente desvalido

vaya a saber por qué
la sintaxis de los muros ha cambiado
cada solo reprocha todo a todos
el odio solitario es un pabilo
¿de qué sirve un pabilo en la espesura de la bruma?

una tapia individual no es la paz ni la guerra
tan sólo es una tapia individual

como bien dijo juan / en el exilio
tu país es este cuarto lleno de tu país

pero ahora juan qué nos ha ocurrido
mi país ¿un país vacío de mi país?

vino el buitre a traernos el miedo
el murciélago a llevarnos la noche
vino el tero a dejar sus alarmas

en tantas tierras he sido extranjero
me consta que no debo serlo aquí

alguien podría traducir mis desahucios
mis consternaciones mis destierros en cruz

alguien podría misteriar mi evidencia
que es como decir ponerla al día
para que el eco sepa
por fin de qué está hablando

no estaría mal que alguien transmitiera
a los tímpanos de mi infancia
los engaños de hogaño
y de paso

las campanadas del delirio corriente
el monólogo sereno de los grillos

intuyo que dentro del país que desconozco
está el otro que siempre conocí

más de una vez he creído advertirlo
en ciertos guiños infinitesimales
en la solera de una vanagloria
en el reproche de un cansancio
en el garabato de un niño que no sabe
quién es quién ni qué es qué
pero no importa

hay un país que guardó sus letargos
sus aleluyas y sus medias tintas
lo guardó todo bajo siete caudelas
y se resiste a revelararlo

sin embargo puedo allí guarecerme
y no es un frágil
cobertizo

hay un país que respira
en silencio o en vano
pero al menos respira
atrincherado en su altivez de ser
o en sus recelos de no ser
replegado en su memoria indefensa
sabiendo que de poco le sirve recordar
y sin embargo recordando
consciente o inconsciente
de que ahí están las claves

cercado por el olvido y los agujeros
al menos tiene un espacio en recompensa

sus tenues faros iluminan
a duras penas el remanso de lo ido
y hacen inventario de quimeras y pánicos
de bienaventuranzas y agonías

se trata de un país
que supo y sabe amar sin atenuantes
y también odiar como dios manda

abrevadero embalse mito
cripta de penurias almacenadas
en las cuatro estaciones
y a los cuatro vientos

con soledad no ofendo ni temo
y no obstante temes y te temen
ofendes y te ofenden
ocurre que la soledad no es un seguro
ni menos un sagrado

soledad no es libertad
(ya es hora de aceptarlo)
sino pálida añoranza del otro
o de la otra
del borde de la infancia
de dos o tres misiones incumplidas

con la palabra enlace signos
identidades de mi país secreto
y mi país secreto se levanta

y cuando al fin me roza con sus sílabas
entonces yo lo asumo con mi voz cascada

sabe que me hacen falta sus señales
vacantes y bacantes de su fronda
las ellas y querellas de su vino
sus méritos de estambre
sus vellones

sabe el país secreto
vale decir mi patria sigilosa
que su belleza su consolación sus apetitos
aprendieron en la derrota el derrotero

y sabe que sus sábanas
blanquísimas de llanto
o abrasadas de semen
acumulan y acunan inocencias
y dirimen sus bregas con el mundo

no todos los relojes
concuerdan con mi hora
siempre hay corazones que adelantan
suspicias que atrasan

pero voy descubriendo
otros destierros de otros
que empiezan o concluyen
destierros que se fueron allá cerca
y vuelven aquí lejos

aquí lejos está
nunca se ha ido el país secreto

el hervidero de latidos
los tugurios del grito
las manos desiguales pero asidas
la memoria del pan
los arrecifes del amor
el país secreto y prójimo

algún día aquí lejos
se llamará aquí cerca

y entonces el país
este país secreto
será un secreto a voces

Montevideo, 1989.

OTHERNESS

Siempre me aconsejaron que escribiera distinto
que no sintiera emoción sino *pathos*
que mi cristal no fuera transparente
sino prolijamente esmerilado
y sobre todo que si hablaba del mar
no nombrara la sal

siempre me aconsejaron que fuera otro
y hasta me sugirieron que tenía
notorias cualidades para serlo
por eso mi futuro estaba en la otredad

el único problema ha sido siempre
mi tozudez congénita
neciamente no quería ser otro
por lo tanto continué siendo el mismo

otrosí digo / me enseñaron
después que la verdad
era más bien tediosa
el amor / cursi y combustible
la decencia / bastarda y obsoleta

siempre me instaron a que fuera otro
pero mi terquedad es infinita

creo además que si algún día
me propusiera ser asiduamente otro
se notaría tanto la impostura
que podría morir de falso crup
o falsa alarma u otras falsías

es posible asimismo que esos buenos propósitos
sean sólo larvadas formas del desamor
ya que exigir a otro que sea otro
en verdad es negarle su otredad más genuina
como es la ilusión de sentirse uno mismo

siempre me aconsejaron que escribiera distinto
pero he decidido desalentar / humilde
y cautelosamente a mis mentores

en consecuencia seguiré escribiendo
igual a mí o sea
de un modo obvio irónico terrestre
rutinario tristón desangelado
(por otros adjetivos se ruega consultar
críticas de los últimos treinta años)
y eso tal vez ocurra porque no sé ser otro
que ese otro que soy para los otros

DE OLVIDO SIEMPRE GRIS

*no ves que vengo de un país
que está de olvido siempre gris*

CÁTULO CASTILLO

Los cautos vencedores
no morirán de contrición precoz
a medianoche marcan y celebran
el palmo conquistado a la memoria
y los ex centinelas
vigilan como siempre el horizonte
donde apenas transcurren
barquitos y delfines

¿dónde empezó la trampa?
¿en los adioses? ¿en las bienvenidas?
en la feria se venden los perdones
son de segunda mano y tan usados
que se les ve la sangre en las hilachas

los cautos vencedores
cumplen su vida familiar sin ruido
aunque en la esquina vibren
los calambres del viento

y sin embargo en el desván de alarmas
están aún las claves de los cuerpos
y otros juguetes rotos

en tanto los vencidos
emergen de su canon de rencores

hilvanan ritos como perlas
inauguran orfeones de silencio
y empiezan a cavar criptas de fango
donde salvar la última y precaria
felicidad posible

pero allá arriba otros olvidan
ásperamente olvidan el olor de la muerte
y confían / a quien quiera escucharles
que las culpas ya pasaron de moda

el olvido es piadoso
y también nauseabundo
por eso en los vulgares
despeñaderos de la historia patria
siempre hay algún barranco clandestino
donde los vencedores
vomitan sus olvidos

MULATO

En la cervecería alemana que tiene un andaluz
en puerto pollensa (mallorca / baleares)
hay un pajarito que canta como los dioses
o al menos como dicen que cantaban los dioses
antes del fin de las ideologías

lo llaman mulato
porque es cruza de canario y jilguera
o jilguero y canaria
vaya uno a saber

lo cierto es que su trino
es azul rojo verde amarillo celeste blanco
su trino es un compendio de energías y colores
de orgullos de pájaro y soledades de jaula

también a nosotros
los exilios nos hicieron mulatos
somos cruza de estocolmo y buenos aires
montevideo y madrid
parís y valparaíso
pernambuco y berlin

no tenemos trino pero si lo tuviéramos
sería azul rojo verde amarillo celeste blanco
compendio de energías y colores
de orgullos de emigrante y soledades de jaula

ya que como es obvio estamos presos
de una doble y mulata nostalgia
nos movemos en un pasadizo o túnel o angostura
donde añoramos lo que espera adelante
y luego añoraremos lo que quedó atrás
y quisiéramos llorar como los dioses
o al menos como dicen que lloraban los dioses
antes del fin de las ideologías

RECONCILIACIONES

Puedo reconciliarme
con la luna tediosa y congelada
con la puerilidad de los profetas
con el viejo sudario del crepúsculo

puedo reconciliarme
con el milagro de las pesadillas
con el recodo triste del invierno
con la cursilería del laúd

pero nunca podré reconciliarme
con los buhoneros de la muerte
los cascabeles del olvido
los sicofantes de mi pánico

nunca podré reconciliarme
con los depredadores de mi gente
el aguinaldo de los delatores
la desmemoria de los fusileros

NO TODOS LOS ESPÍAS SON MALÉVOLOS

No todos los espías son malévolos
no todos buscan tercamente
entrar a saco en nuestras vidas

los hay también benévolos leales
cuyas miradas nos protegen
contempladores cálidos / cercanos
que nos rescatan / como por milagro
de la claudicación
o el desfallecimiento

espías de bondad
cenital
trasvisible
que a veces sufren mutaciones
y son árbol o grillo o banderola
canto rodado o mástil
mariposa o gladiolo
ciclón o enredadera

y así
desde todos los puertos
y las puertas
desde todos los brazos
y las brasas
serenos nos vigilan
y no nos dejan traicionar
ni traicionarnos

espías entrañables
naturales
pacientes
angelitos caídos
de la gracia de dios
benditos de mandinga
hermanos nuestros

PERO VENGO

*En dondequiera que se viva, comoquiera
que se viva, siempre se es un exiliado*

ÁLVARO MUTIS

Más de una vez me siento expulsado
y con ganas
de volver al exilio que me expulsa
y entonces me parece
que ya no pertenezco
a ningún sitio
a nadie

¿será un indicio de que nunca más
podré no ser un exiliado?
¿que aquí o allá o en cualquier parte
siempre habrá alguien
que vigile y piense
éste a qué viene?

y vengo sin embargo
tal vez a compartir cansancio y vértigo
desamparo y querencia
también a recibir mi cuota de rencores
mi reflexiva comisión de amor

en verdad a qué vengo
no lo sé con certeza
pero vengo

SOBRA OLVIDO

De nuevo enero corta el tiempo
recién parido el año / alucinado
el dolor se despinta / se desfecha
sigue habiendo invasiones desmadres felonías
los cementerios quedan en abril
si nos invitan a volar volamos

vino otro enero / aquí estamos / cenizos
sin gusto a sal / sin nombres
la gaviota planea a su aire en el aire
los gallos no madrugan / para qué
los sentimientos van descalzos
menguantes como siempre
entenados del sur

alguien pregunta o balbucea
los cementerios ¿quedan en abril?

los mezquinos delatan patrocinan
el cetro de los necios está en vilo
en todas partes sobran pueblos

los presidentes se reúnen
no han decidido aún
qué hacer con los sobrantes

¿quién va a acordarse ahora
precisamente ahora en pleno enero
de baudelaire y roque dalton?

sigue habiendo invasiones desmadres felonías
los mezquinos mezquinan a destajo
después de todo ¿quién vindica el recuerdo?
los cementerios ¿quedan? ¿quedaban en abril?
los sigilosos muertos ¿acaso se desfechan?

en todas partes sobra olvido

16 DE ENERO DE 1991

Calmo ante el mar ensimismado
solo ante un infinito
que es cada vez más breve
dice el sobremuriendo en la escollera
tengo derecho a mi desánimo
tengo derecho al miedo

el mundo rueda incandescente
y el hombre / esa parábola de fuego
aúlla sin saber que está muriendo

allá lejos / es decir aquí al lado
los penúltimos cubren el desierto
el espejismo es de un metal infame
los camellos apartan sus ojos de la arena
para seguir soñando en otro oasis

el aire es de veneno
el verde es clandestino
ya no hacemos ni sombra en la ceniza

calmo ante el mar ensimismado
solo ante un infinito
que es cada vez más breve
dice el sobremuriendo en la escollera
tengo derecho a mi desánimo
tengo derecho al miedo

OVILLOS

Mientras devano la memoria
forma un ovillo la nostalgia

si la nostalgia desovillo
se irá ovillando la esperanza

siempre es el mismo hilo

SOMOS LA CATÁSTROFE

*La labor de los intelectuales de América
Latina ha sido, en general, catastrófica*

OCTAVIO PAZ

*Hay una dignidad que el vencedor no
puede alcanzar*

JORGE LUIS BORGES

Dice octavio que en latinoamérica
los intelectuales somos la catástrofe
entre otras cosas porque defendemos
las revoluciones que a él no le gustan

somos la catástrofe asimismo
porque hemos sido derrotados
pero ¿no es raro que octavio ignore
que la verdad no siempre está
del lado de los victoriosos?

de cualquier manera
ya que con la derrota aprendimos la vida
exprimamos la memoria como un limón
quedémonos sin ángeles ni demonios
solos como la luna en el crepúsculo

desde paco pizarro y hernán cortés
hasta los ávidos de hogaño
nos han acostumbrado a la derrota
pero de la flaqueza habrá que sacar fuerzas
a fin de no humillarnos / no humillarnos
más de lo que permite el evangelio
que ya es bastante

para bien o para mal no es imposible
que los veteranos del naufragio
sobrevivamos como tantas veces
y como tantas veces empecemos
desde cero o desde menos cuatro

es casi una rutina

los derrotados mantenemos la victoria
como utopía más o menos practicable
pero una victoria que no pierda el turno
de la huesuda escuálida conciencia

los vencidos concebimos el milagro
como quimera de ocasión
pero siempre y cuando sea un milagro
que no nos cubra de vergüenza histórica
o simplemente de vergüenza

SOMBRAS NADA MÁS O CÓMO DEFINIRÍA USTED LA POESÍA

A José Emilio Pacheco

La verdad es que nunca
se me había ocurrido definirla

si usted en cambio preguntara
qué no es poesía entonces sí
podría imaginar como tiros el aire
quince o veinte respuestas

por ejemplo es probable
que no hallaran cabida en el registro
ni el espectro de la pena de muerte
ni el dedo admonitorio de wojtyła
ni los eróstratos de la amazonia
ni los bomberos del rencor en llamas
ni los defoliadores de utopías
ni las pinacotecas de gánsters y banqueros
ni los mezquinos prescindentes
ni muchísimo menos los vice prescindentes

pero no estoy seguro

la poesía tiene
como dios

o como dicen que usa dios
sendas inescrutables e infinitas
y algunas de ellas
poco transitadas

libreme dios o sálveme mandinga
de decir esto no es poesía

cuando con tinta roja definió José Emilio
la poesía como sombra de la memoria
maravillosamente dio en la tecla
pero eso no descarta concebirla
también como memoria de la sombra

pasa el amor y deja sombra
el odio pasa y deja sombra
pasan la madrugada y la canícula
y dejan un sabor ácido a sombra
en los andamios y en el césped
en los lacónicos y hablantes
en las errantes bóvedas del mar

y con la clave de los cuerpos
y las complicidades de la luna
la sombra asombra a los olivos
a las glorietas a los campanarios
a las antenas parabólicas

así / después de todo
con esas sombras que nos dejan
en la mirada y en los tímpanos
en el vacío del delirio
en las hipótesis del sexo
en la ceniza finalista

con la memoria de esas sombras
damos alcance
en ciertas ocasiones
excepcionales ocasiones
a la blindada frágil poesía
o quizá a la memoria de la sombra
de la poesía

BABEL

Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres.

Y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos éstos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer.

Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero.

Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad.

Por esto fue llamado el nombre de ella Babel, porque allí confundió Jehová el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra.

GÉNESIS, 11:5-9

*Ninguém é igual a ninguém.
Todo ser humano é um estranho
impar.*

CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE

DEFILADERO

¿Será que el desdén vino para quedarse?

contritos como penitentes o monjes rezagados
los sentimientos entran en el desfiladero

ignoran la contraseña de los muchos
repiten el santo y seña de los solos

pero cada solo sólo sabe uno
igual que en las soledades de babel

LAS SOLEDADES DE BABEL

La soledad es nuestra propiedad más privada
viejo rito de fuegos malabares
en ella nos movemos e inventamos paredes
con espejos de los que siempre huimos

la soledad es tiempo / veloz o detenido /
reflexiones de noria / espirales de humo /
con amores *in vitro* / desamores *in pectore* /
y repaso metódico de la buena lujuria

la soledad es noche con los ojos abiertos
esbozo de futuro que escondió la memoria
desazones de héroe encerrado en su pánico
y un sentido de culpa / jubilado de olvido

es la tibia conciencia de cómo deberían
haber sido los cruces de la vida y la muerte
y también el rescate de los breves chispazos
nacidos del encuentro de la muerte y la vida

la soledad se sabe sola en mundo de solos
y se pregunta a veces por otras soledades
no como via crucis entre ánimo y ánima
más bien con interés entomológico

todavía hace un tiempo / en rigor no hace tanto
las soledades / solas / cada una en su hueco

hablaban una sola deshilachada lengua
que en los momentos claves les servía de puente

o también una mano una señal un beso
acercaban al solo la soledad contigua
y una red solidaria de solos conectaba
las geografías y las esperanzas

en el amor y el tango los solos se abrazaban
y como era de todos el idioma del mundo
podían compartir la tristeza y el goce
y hasta se convencían de que no estaban solos

pero algo ha cambiado / está cambiando
cada solo estrenó su nueva cueva
nuevo juego de llaves y candados
y de paso el dialecto de uno solo

ahora cuando bailan los solos y las solas
ya no se enlazan / guardan su distancia
en el amor se abrazan pero piensan
en otro abrazo / el de sus soledades

las soledades de babel ignoran
qué soledades rozan su costado
nunca sabrán de quién es el proyecto
de la torre de espanto que construyen

así / diseminados pero juntos
ceranos pero ajenos / solos codo con codo
cada uno en su burbuja / insolidarios
envejecen mezquinos como islotes

y aunque siga la torre cielo arriba
en busca de ese pobre dios de siempre
ellos se desmoronan sin saberlo
soledades abajo/ sueño abajo

LOS POBRES DE BABEL

(primera variante)

En realidad los pobres fueron los únicos
que se exiliaron de la torre
rápidamente comprendieron
(sólo les llevó veinticuatro siglos)
que aquello no era más que una chorrada

a qué apuntar al cielo
si allí (como es sabido)
no hay comida ni sexo
a qué alejarse de la tierra si ella
es cuna y urna funeraria

los pobres fueron los únicos
que en la torre crearon un sindicato
pero también es cierto que nunca pudieron
negociar con una patronal sin rostro
y tras 2400 años de no cobrar salarios
acordaron bajar sin previo aviso
a la calumniada tierra patria

por supuesto tuvieron buen cuidado en guardar
cada soledad en su mochila
y cuando hollaron por fin el suelo
de sus olvidados mayores

llevaron sus morriñas y melancolías
al mercado local de soledades /
allí procedieron al intercambio
y festejaron el trueque con vino rojo

en la ahora lejana e interminable torre
que aún asciende entre nieblas y plegarias
los esclavos del cielo / absortos en sí mismos
no tienen ojos para águilas ni cóndores

los celestes soberbios de antaño y hogaño
siguen comprometiendo piedra sobre piedra
como soborno para adquirir un solarcito
a la siniestra (la diestra está ocupada)
de dios padre

mientras tanto allá abajo
los bienaventurados pobres de babel
ven cómo una garza se fuga con su garzo
y entonces liberados por el vino
cada solo abrazado a su sola
se encaminan hacia el azar del mundo
eso sí con los pies sobre la tierra

tal es al menos lo que ha informado
el noticiero de la medianoche
y es asimismo lo que he puesto en un fax
a babel incorporated
para que aprendan

(segunda variante)

Perdón
es la pobreza
que ha invadido
las calles

las vidrieras
despliegan
paraísos
de otros

es cierto
algo
ha cambiado

los espejos
cesantes
y cada vez
más pálidos
devuelven
el futuro

en la babel
del hambre
a ras de suelo
cada pobreza
habla
otra vez
otra vez
una lengua
distinta

POBRECITO PROFETA

Fui un pobre profeta / diferente
de otros profetas de la cercanía
pero bregamos por la paz que ardía
en las venas del prójimo inocente

fui profeta sin dios / un disidente
de la otra visión / la que traía
mezquindades y duelo / oro y jauría
y cobraba la vida ojo por diente

nos quedamos de pronto sin presente
sin futuro sin fe sin osadía
como islotes en medio de la gente

y hoy armamos / soñando noche y día
contra el tiempo el olvido y la corriente /
otra dulce tajante profecía

EL HÍGADO DE DIOS

*Excomulgado fue por defender
el hígado de Dios*

RAQUEL DALTON

Dios padre / campechano
en el estilo de Juan Veintitrés
dijo / dejad que los excomulgados
vengan a mí / dejadlos

abortistas / herejes
adúlteros o gays
marxistas / sacerdotes casados
guerrilleros
venid a mí / libérrimos
vuestro es el reino
de los cielos míos

en cierto modo debo compensaros
por los vejámenes sin cuento
por los agravios con encíclica
que os vienen infligiendo
mis vicarios

desde la inquisición
me duele el hígado

venid excomulgados
hijos míos

QUE VENGA EL TRUJAMÁN

Dios se ha quedado
en una esquina en sombras

mandinga
agazapado bajo el sol

un hombre frágil quiere
dialogar

una pobre mujer
pretende que la escuchen

entonces dios le habla
a la mujer
en el idioma
de mandinga

mandinga
le habla al hombre
con el verbo
de dios

por dios que venga
el trujamán
por dios o por mandinga
que venga
el trujamán

LA IGNORANCIA DE CRISTO

A pesar de su tierna omnisciencia
hay dos cosas que cristo nunca llegó a saber
por qué su padre resolvió abandonarlo
y por qué tuvo que nacer precisamente
en el año cero de la era cristiana

EL INFINITO

L'éternité n'est guère plus longue que la vie

RENÉ CHAR

De un tiempo a esta parte
el infinito
se ha encogido
peligrosamente

quién iba a suponer
que segundo a segundo
cada migaja
de su pan sin límites
iba así a despeñarse
como canto rodado
en el abismo

TRÉBOLES

HOJAS

Entre las hojas verdes
tan modélicas
y las otras las muertas
tan cantadas
quedan las pobres hojas
que agonizan
esas que a nadie importan
ni conmueven

LAS CAMPANAS

En el futuro estamos
y se nos muere lentamente el día
sólo unos pocos tramos
nos quedan todavía
para amar con candor y alevosía

ágiles y en su hora
convocan o disuaden las campanas
y el tañido incorpora
confidencias lejanas
a mis razones tristes soberanas

el pasado es tan lento
que se aferra porfiado a su mutismo
¿por qué a veces me siento
culpable ante mí mismo
si me asomo al azar y es un abismo?

como nunca secretas
las campanas repican su consigna
y entre sombras inquietas
menesterosa y digna
una mujer oscura se persigna

¿dónde está el fuego? ¿dónde
germinará la vida derramada?
el sol brilla y se esconde
y tras la llamarada
las quimeras regresan a la nada

por fin uno se sabe
dueño del desamparo prometido
sin aldaba y sin llave
miserable y perdido
a tientas por la noche y el olvido

MUNDO

No vayas a creer lo que te cuentan del mundo
en realidad el mundo es incontable
en todo caso es provincia de ti

no vayas a creer lo que te cuentan del mundo
aun los que te aman mienten sobre él
probablemente sin saber que mienten

en la vigilia te sentirás lejano
testigo de tu mundo desde el mundo
sin nubes de tu aliento en los cristales

la humareda del hombre se elevará en la noche
y no sabrás de dónde viene el fuego
pero la expectativa te volverá humilde

en el mundo el abismo es un oficio
las preguntas en vano / una vieja costumbre
los desatinos / marca de abolengo

no vayas a creer lo que te cuentan del mundo
(ni siquiera esto que te estoy contando)
ya te dije que el mundo es incontable

EL MAR VIENE DEL MAR

El mar viene del mar
muere naciendo
simulacro de dios
baba del cielo

viene del mar el mar
mar de sí mismo
desierto sin memoria
y sin olvido

el mar se lleva el mar
pero en la noche
las resacas no vuelven
al horizonte

LLAVE OSCURA

La paloma que llega
del futuro y la duda
no me trajo perdones
sólo una llave oscura

¿será llave de éxito
o de urna?
¿llave maestra?
¿llave alumna?
¿llave de calabozo?
¿garfio? ¿ganzúa?

la llave del futuro
¿abre? ¿clausura?

la llave del futuro
y de la duda

TRISTE Nº 1

Por la memoria vagamos descalzos
seguimos el garabato de la lluvia
hasta la tristeza que es el hogar destino

la tristeza almacena los desastres del alma
o sea lo mejorcito de nosotros mismos
digamos esperanzas sacrificios amores

a la tristeza no hay quien la despoje
es transparente como un rayo de luna
fiel a determinadas alegrías

nacemos tristes y morimos tristes
pero en el entretiem po amamos cuerpos
cuya triste belleza es un milagro

vamos descalzos en peregrinación
triste tristeza llena eres de gracia
tu savia dulce nos acepta tristes

el garabato de la lluvia nos conduce
hasta el hogar destino que siempre has sido
tristeza enamorada y clandestina

y allí rodeada de tus frágiles dogmas
de tus lágrimas secas / de tu siglo de sueños
nos abrazas como anticipo del placer

NIEBLA

Cuando la niebla se levante
se hará presente la desolación

en la playa el delfín envenenado
los verdugos soleándose en los parques
los bosques incendiados por un loco
las ratas asumiendo la mañana

eso cuando la niebla se levante
pero entre tanto el catequista
ordena que gocemos de esta bruma

para inspirar confianza nos advierte
que detrás de ese aire esmerilado
dios en persona nos acecha

TRÉBOLES

Tréboles que nos quedan
aunque no tengan cuatro hojas
y se dobleguen con la lluvia

fábulas que nos quedan
aferrémonos a las últimas
aunque la vida se nos borre

EL HABLA

Por el río del sueño
por la planicie de la ausencia
en clamor o en susurro
el habla / última thule
inalámbrica o queda
abracadabra o cierra ojos
póstuma o alumbrada
el habla / la volante
la cómplice de nadie
desovilla la vida sin perderse
deja su contraseña al vulnerable
nombra y azota
nombra y ama

genera espanto o lleva auxilio
corta el silencio en dos mitades
el habla en soledad
el habla nuestra
loca y nómada
hilo de voz para hilvanar el aire
desde madrás hasta quezaltenango
desde el éufrates hasta el yaguarón
desde pavesé hasta vallejo
desde el albatros hasta la gaviota

por el río del sueño
por la planicie de la ausencia

el habla dice nubes
misereres
y en la boca entreabierto
pone últimas palabras

ella
la nuestra
la de nadie
habla nómada y loca
exorciza la muerte
y muere en ella
por fin callada
y sedentaria

ATLÁNTICO

Cada vez que atravieso el océano
sospecho que algo escampa en la distancia
cuando cruzo el crepúsculo sin pájaros
es como si de nuevo empezara a vivir
pero una vida otra / desprendida
de un pasado hasta ahora inexplicable

clemencias y lejanas efusiones
se asoman implacables desde el vellón de nubes
quizá para medir mis croquis de infinito
hay pobres remezones de una verdad a prueba
redobles que tizaron el descanso
listones de esperanzas o de tedio

por eso cada vez que atravieso el océano
los oídos me aíslan / la memoria me zumba
brindan las azafatas su graduada sonrisa
y el piloto se encarga de mi alma
es como si muriera por un rato
pero una muerte nueva / en equilibrio

SOBREVIVIENTES

Cuando en un accidente
una explosión
un terremoto
un atentado
se salvan cuatro o cinco
creemos
 insensatos
que derrotamos a la muerte

pero la muerte nunca
se impacienta
seguramente porque
sabe mejor que nadie
que los sobrevivientes
también mueren

TRISTE Nº 2

Si la tristeza no fuera
un silencio que persiste
o si la mirada triste
del que espera y desespera

no empañara la quimera
donde todo y nada existe /
si en el cándido despiste
y en la vieja primavera

un candor desconocido
viejo y nuevo / oscuro y fuerte
no extrajera del olvido

cuatro hebras de alegría /
la tristeza de la muerte
pobre escándalo sería

GIORNATA

Empieza el día
por fin empieza el día
con el llanto sin gloria del que nace

el sueño tañe voces
las voces quitan niebla
bosteza el frío
empieza el día con agua
a nubes llenas

después vendrá el impulso
el nervio
y no habrá tiempo
de melancolías

después habrá cenizas
pero entre tanto hay fuego
existe la franquicia de vivir
nos conocemos los desconocidos
la enredadera de los ecos sube
el cielo no responde
el mar tampoco

entre hipo de dolor
relámpagos de goce
avanza el día

mas de pronto comienza
a descender
a respirar su ruina
a oscurecerse

el crepúsculo aprieta
la penúltima tuerca del adiós
los fantasmas se acercan como islas
el sol se oculta con miseria
el miedo sin belleza
la noche es un sudario

acaba el día
por fin acaba el día
con el llanto sin gloria del que muere

MORONDANGA

Como habitantes de un planeta ínfimo
templado por un sol de morondanga
no vamos a incurrir en el delirio
de creernos capataces del cielo

los millones de solos que nacemos
vivimos y morimos humillados
por el desdén de las galaxias
y desde el caracol de la soberbia
creamos dioses
semidioses
apóstatas
caciques
tendremos algún día que buscarnos
con la lupa del miedo
y al comprobar nuestra gastada
inevitable ausencia
optar por disolvernósin pudor
en el vacío individual y cósmico

DISTANCIAS

Con todas las cautelas
voy tomando distancia
de mí
y me vislumbro
objeto
cosa
rudimento

desde el palquito
universal
mi bagatela
o mi insignificancia
aunque me son
ajenas
me provocan
una tristeza cósmica
una náusea infinita

entonces con urgencia
vuelvo a mí
para olvidar
mi pequeñez
y creerme algo
alguien

EMBARAZOSO PANEGÍRICO DE LA MUERTE

La periodista me preguntó
si yo creía en el más allá
y le dije que no
entonces me preguntó
si eso no me angustiaba
y le dije que sí

pero también es cierto
que a veces la vida
provoca más angustias
que la muerte

porque las vejaciones
o simplemente los caprichos
nos van colocando en compartimientos
estancos

nos separan los odios
las discriminaciones
las cuentas bancarias
el color de la piel
la afirmación o el rechazo
de dios

en cambio la muerte
no hace distingos
nos mete a todos en el mismo saco
ricos y pobres
súbditos y reyes
miserables y poderosos
indios y caras pálidas

ibéricos y sudacas
feligreses y agnósticos

reconozcamos que la muerte hace siempre
una justa distribución de la nada
sin plusvalías ni ofertas ni demandas
igualitaria y ecuánime
atiende a cada gusanito
según sus necesidades

neutra y equitativa
acoge con igual disposición y celo
a los cadáveres suntuosos de extrema derecha
que a los interfectos de extrema necesidad

la muerte es ecléctica pluralista social
distributiva insobornable

y lo seguirá siendo
a menos que a alguien
se le ocurra
privatizarla

TRISTE Nº 3

La tristeza es un don / cosecha al paso
contrición prometida en otro instante
o presagio de sombras y no obstante
no es penuria ni abismo ni fracaso

si la tristeza es don no es don escaso
cuando acude a la noche del amante
o se enfrenta a la muerte / interrogante
en la luz cenicienta del ocaso

puede ser más que un don / una proeza
el prólogo feraz de una osadía
o un dolor (soportable) de cabeza

si en el goce hasta el triste desconfía
en el escalafón de la tristeza
no hay tristeza mayor que la alegría

SATURACIONES Y TERAPIAS

SATURACIÓN

Dejaré esta rosa
en el abandono

el abandono está
lleno de rosas

WELTANSCHAUUNG

No
no podría

a mi visión
(cataratas / retina)
le queda grande
el cosmos

LA RED

Igual que la de becquer
el arpa de la araña
en un ángulo oscuro
espera o desespera

el aire de la siesta
mueve sin destruirla
la seda del cordaje

hay una breve escala
de silencios
 por fin
una mosca inocente
o quizá alucinada
sucumbe ante el hechizo
y paga con su vida
el haber profanado
el hermetismo
 de la sencillez

RENCOR MI VIEJO RENCOR

Cuando los japoneses adquirieron
el rockefeller center
ellos que tienen geishas y la sony
y samurais y teatro no
y kamikazes y kurosawa
y matsuo basho y panasonic
y aprenden flamenco por computadora
y pueden cantar tangos sin entender palabra

cuando los japoneses adquirieron
el rockefeller center
supe que por fin había empezado
la sutilísima la dulce
venganza de hiroshima

LO DICE FUKUYAMA

Lo dice fukuyama
la historia se acabó / ya no hay remedio
se consumió la llama
y ha empezado el asedio
de la vana esperanza por el tedio

hegel lo anunció antes
y lo predijo marx (cuando valía)
y hubo otros hierofantes
cada uno en su día
que auguraron el fin de la utopía

en tiempos de cordura
oficial / ordenada / preferente
no cabrá la aventura
ya que juiciosamente
no alentará quimeras el presente

hemos llegado al techo
de lo posible / ¿no hay otra salida?
la suma de lo hecho
¿colmará la medida
de aquello que esperamos de la vida?

la historia ¿habrá acabado?
¿será el fin de su paso vagabundo?

¿quedará aletargado
e inmóvil este mundo?
¿o será que empezó el tomo segundo?

EGEMONÍA

La potencia hegemónica
nos deja poco espacio
casi ningún futuro

no obstante
 todavía
nadie puede prohibirme
que le quite la H
y me la traiga a casa

(por lo menos es muda)

y la encierre en la jaula
con el loro
 y el loro
vocinglero la aturda

ADJETIVOS DESECHABLES

Los adjetivos que me sobran
van como siempre al cubo de desechos
más tarde llegarán
a la galaxia de los basurales

allí se encontrarán con un pueblo de cosas
cáscaras de naranja / de huevo / de discursos
mechones de peluca y huesitos de pollo
condones de prudentes sementales
promesas de almanaque / telegramas
de mal y bienvenidas / invitaciones rotas
nimios perforadores de la capa de ozono
boletas estrujadas con inquina
caspas uñas verrugas papilomas
fetos de mucamitas y señoras de pro
cucarachas resacas y sin deudos
paños higiénicos hollejos puchos
postales de un prehistórico año nuevo
mirko te quiero silvia
citaciones vencidas arrugadas
recibos de la luz / facturas de apagones
propuestas de asco siempre renovadas
un taco sin zapato y sin chapita
un decímetro / resto de algún metro amarillo
chau viejita esta noche no me esperes
un pescado podrido con bigotes de gato
un pie de inconsolable maniquí
un afiche político sin vergüenza y sin rostro

desde su infierno / desde la inmundicia
mis adjetivos sufren como verbos
no merecían semejante oprobio

juro no echarlos más a la basura
cuando me sobre alguno en buen estado
lo entregaré a las damas de la beneficencia

EL RUISEÑOR Y EL GALLO

Tienen una acendrada
vocación para el canto
pero hay una minucia
que a veces los separa

mientras que al ruiseñor
suele salirle un gallo
al gallo en cambio nunca
le sale un ruiseñor

EL RUISEÑOR Y LA CALANDRIA

El ruiseñor salmodia en alemán
la calandria / en lunfardo

en alemania
existen por ejemplo
un ruiseñor corriente que es el *nachtigall*
y otro grande y nocturno que es el *sprosser*

la calandria no ha sido traducida

tal vez por eso
el ruiseñor se nutre solamente de insectos
la calandria / de sueños

EL RUISEÑOR Y LA RUISEÑORA

El rruiseñor conoció a la rruiseñora
en un bar de alterne donde ella
cantaba noche a noche viejos tangos

él la llevó a su casa y le cantó de todo
desde *lieder* de schumann hasta arias de puccini
cantigas de alfonso el sabio con tonada propia
boleros de agustín lara
mambos de perez prado
mañanitas
sevillanas
blues y negro spirituals

al cabo de cuatro horas y/o lustros
la rruiseñora dijo cállate
cállate de inmediato o me regreso al bar

era sin duda un ultimátum
y el rruiseñor calló
triste pero pragmático
el rruiseñor calló

SEÑALES DE HUMO

Yo tenía un proyecto /
antes que un diario íntimo
llevar un diario éxtimo

No quiero que esta nube
de domingo me espere
en el cielo del lunes

La duda siempre me alumbra
el problema es que no sé
dónde he dejado mi duda

En la tarde vacía
pasan los venerables
mitos a la deriva

Otoños de otra época
nos fascinaban porque
éramos primavera

Biografía del hombre /
sabemos desde cuándo
pero nunca hasta dónde

La muerte no se siente
venir / pensaba el témpano
y estaba derritiéndose

SEMBRÁNDOME DUDAS

Si uno pudiera repasar
año por año el culebrón
de la propia
desarrapada vida
si uno pudiera ver
asombro a asombro
sin titulares ni publicidad
los vericuetos y los goznes
de la conciencia veterana
¿lo grabaría en un *cassette*
o apagaría el televisor?

AVICULTURA

Yo soy el pájaro / dijo un pájaro
hasta que el gato lo cazó al vuelo
y lo exhibió como un trofeo

yo soy un pájaro / rectificó el pájaro
pero a esta altura la humildad
no le sirvió de nada

ZOO ILÓGICO

Una mona nupcial espulga tiernamente
al chimpancé que trama su próximo adulterio

cuatro hienas giocondas se sonríen
y las hormigas trepan sobre el oso hormiguero

al camello le pican las jorobas
sueña el lirón que está durmiendo

un águila imperial vuela y revuela
en la jaula gigante que es ahora su imperio

el áspid vive henchido de cleopatra
el cándido hipopótamo desplaza su universo

el león ya no ruge / carraspea
y abandona sus viejas glorias en el estiércol

el elefante añora el bazar de su fama
la cierva mira irónica las astas de su ciervo

la espléndida jirafa es un lugar común
a nadie le interesa la esbeltez de su cuello

los avestruces odian al vecino ñandú
ese pariente pobre / ese remedo

los pingüinos / conscientes de su alcornia
son plenipotenciarios del invierno

en su laguna verde / silenciosa e inmóvil
cocodrilos circulan como balsas de cuero

los delfines se burlan de la vida y la muerte
pende en su ergástula el murciélago

y el *homo sapiens* / solo / entre tantas criaturas
finge creer que el mundo es apariencia y luego

a pesar de que sabe que hoy y mañana y siempre
lamerá sus barrotes como otro prisionero

ANTIQUITÄTEN

Dos lámparas gallé en perfecto estado
un mascarón de proa y un sextante
el samovar de un sobrino de chejov
un secreter del siglo dieciocho
la declaración universal de los derechos del hombre

SONETO (NO TAN) ARBITRARIO

Con ciudades y autores frecuentados

Venecia / Guanajuato / Maupassant /
Leningrado / Sousándrade / Berlín /
Cortázar / Bioy Casares / Medellín /
Lisboa / Sartre / Oslo / Valle Inclán /

Kafka / Managua / Faulkner / Paul Celan /
Italo Svevo / Quito / Bergamín /
Buenos Aires / La Habana / Graham Greene /
Copenhague / Quiroga / Thomas Mann /

Onetti / Siena / Shakespeare / Anatole
France / Saramago / Atenas / Heinrich Böll /
Cádiz / Martí / Gonzalo de Berceo /

París / Vallejo / Alberti / Santa Cruz
de Tenerife / Roma / Marcel Proust /
Pessoa / Baudelaire / Montevideo

TERAPIA

Para no sucumbir
ante la tentación
del precipicio
el mejor tratamiento
en el fornicio

CARACOL DE SUEÑO

CIUDAD SOLA

En esta noche ensimismada
carece la ciudad hasta de vértigo
la historia la rodea y nada más
no le tiende su mano ni la incita

la ciudad esta noche
se olvida de soñar
sus calles de abrazados retroceden
cada esquina defiende sus harapos

ciudad insomne / desnacida
sus estatuas le dan la espalda al mar
el silencio respira con el viento
el viento desespera las persianas

deshabitada y sin abismos
oculta tras los vidrios de neblina
la ciudad está sola con sus cándidos muros
perdida entre los ecos de sus lázaros

olvidada de todos / ya no es
cómplice innata de la madrugada
ni es un teclado de balcones
ni una escala de la melancolía

de vez en cuando dicen que se mueve
son balanceos momentáneos
que no descubren nada
nada nombran

papeles que desertan abrazan los faroles
la noche del metal cruje a sabiendas
no hay clamores ni risas

calles de ausencia y asco
convierten la ciudad en un vacío
cada puerta recibe su llamador de luna

no hay signos de agua / la ciudad reseca
se apronta a amanecer / de los zaguanes
llega olor a café y a pan tostado

después el primer hombre / el adán de esta hora
mide la realidad con ojos cenicientos
e irrumpe sin malicia en el asfalto

la noche se acabó / bosteza el día
la verdulera barre su vereda de hojas
los mansos viejos leen titulares del quiosco
la primera ambulancia pasa con voz gangosa
la luz pone el otoño allá arriba en los plátanos

del cabaret tardío sale un vapor espeso
dos o tres escolares se inauguran con lágrimas
el sol confirma todos los pronósticos
el rojo es rojo / el verde es verde

esta ciudad es otra o quiere serlo
pero igual está sola
pero igual está sola

HURGADORES

Esta noche y todas las noches
los hurgadores de basura
van recogiendo la cochambre seca

especialistas del detritus
descubren lo que va quedando
de nuestras vidas pálidas transidas

gracias a su desvelo profesional distinguen
el residuo inservible / de la aceptable ruina
la vergüenza ulcerada / de la basura en flor

en cambio no hay ni habrá hurgadores
que recolecten en la madrugada
culpas en que la vida se nos va
presagios derrotados en las manos sin líneas
huesitos de la última gaviota
el corazón quemado por el rayo
o lágrimas reseca de ojos fósiles

esa basura nadie la codicia
nunca ha sido rentable
no habrá más remedio que quedarnos con ella
pudriéndose
y pudriéndonos

TERCERA EDAD

Cuando después de muchas penas
conseguiste ser joven / los inclementes años
se instalan soberanos en tu espalda

cuando sabés por fin lo que deseabas
sos un experto acerca de tu infancia
y ya no adolecés de adolescencia
llega la taquicardia y como un gong
te sume en las arenas movedizas

la edad viene a la cama y nos desvela
un aire joven limpia los pulmones
pero la tos espanta las nostalgias
y nos dormimos pobres / desdichados

otras noches soñamos con ser otros
para tomar aliento simplemente
nos claveleamos en el aire
nos malvoneamos en el sol
besamos con los labios que tuvimos
y de pronto prontísimo
la vida usual con su galimatías
nos da las bofetadas de rigor

y sin embargo viejos
lo que se dice viejos

eso es sólo un rumor de los muchachos
por ahora la clave es seguir siendo jóvenes
hasta morir de viejos

TU FÁBULA Y MI FÁBULA

El silencio está inmóvil
y en el cristal de niebla
los dedos del invierno
dibujan iniciales

el silencio se mueve
y un cansancio arenoso
te pone en la frontera
de la melancolía

el silencio se abre
a imagen de los sueños
o del fulgor poniente
o de la breve infancia

el silencio se cierra
y al fin se quedan solas
tu fábula y mi fábula
sin amor ni rocío

VERBIGRACIA

La palabra / paloma insumisa /
bajo el ala del cuervo se esconde
y no obstante se eleva hasta donde
ni la sombra de dios se divisa /
la palabra / que el hombre improvisa /
y el silencio / su pálido siervo /
a lo lejos se pierden / el cuervo
queda solo / sin dios ni paloma /
y su vuelo de siglos asoma
verbigracia en la gracia del verbo

EUCARISTÍA

Una muchacha que se desnuda
sin testigos
para que sólo la miren
el espejo o el sol
en realidad no está desnuda

sólo lo estará cuando otros ojos simplemente la miren
la miren y consagren
su desnudez

SE VA SE VA EL VAPOR

El barco es una lástima en la noche
estela de resaca y baba gris
polifemo en harapos / sin adioses
porque tiene vergüenza de partir

ojalá se llevara los espantos
el odio / las neblinas / el desdén
los profetas de trombas y naufragios
el último rufián de buena fe

el barco es una sombra entre las sombras
las gaviotas lo sueñan al pasar
y un fantasma en el cuarto de derrota
se enamora de un punto cardinal

el barco es un almarío de rumores
y pocas almas de repetición
tres o cuatro quimeras polizones
y el suave escrupulario de rigor

en la tiniebla el barco se hace humo
y su sirena afónica y senil
ronca apenas un pálido discurso
porque tiene vergüenza de partir

DESDE EL ALMA (VALS)

Hermano cuerpo estás cansado
desde el cerebro a la misericordia
del paladar al valle del deseo

cuando me dices / alma ayúdame
siento que me conmuevo hasta el agobio
que el mismísimo aire es vulnerable

hermano cuerpo has trabajado
a músculo y a estómago y a nervios
a riñones y a bronquios y a diafragma

cuando me dices / alma ayúdame
sé que estás condenado / eres materia
y la materia tiende a desfibrarse

hermano cuerpo te conozco
fui huésped y anfitrión de tus dolores
modesta rampa de tu sexo ávido

cuando me pides / alma ayúdame
siento que el frío me envilece
que se me van la magia y la dulzura

hermano cuerpo eres fugaz
coyuntural efímero instantáneo
tras un jadeo acabarás inmóvil

y yo que normalmente soy la vida
me quedaré abrazada a tus huesitos
incapaz de ser alma sin tus vísceras

SENTIMIENTOS

Ya sé que sentir a corazón abierto
es casi tan cursi como una golondrina
o un estudiante que se pega un tiro
porque lo aplazaron en matemáticas

en todo caso para los sentimientos
hay horarios relativamente cómodos
verbigracia de 11 pm a 2 am
cuando la luna queda en la cuneta
un incendio liquida los arbolitos secos
y a la derecha o a la izquierda otro cuerpo
se queja de un calambre o de un olvido

en el resto hay que apurarse y depurarse
no distraerse en flores ni en desolaciones
llegar con la lengua afuera pero llegar
sólo la muerte que nos madruga es impuntual

después hay que hacer números y numeritos
es decir méritos sin piedades ni prórrogas
y convertir al camello y el ojo de la aguja
en blasón evangélico del narcomundo

habrá que ser mezquino sin atenuantes
con decisión pero con escándalo
torpezas y ternuras ya no se llevan
los muros están grasientos de bullicio

estoy por patentar un heterónimo
para que una o dos veces por trimestre
haga llover sobre mis brasas
y de paso organice mis sentimientos
y los muestre
 en silencio
 por las dudas

ONOMÁSTICO

Hoy tu tiempo es real / nadie lo inventa
y aunque otros olviden tus festejos
las noches sin amor quedaron lejos
y lejos el pesar que desalienta

tu edad de otras edades se alimenta
no importa lo que digan los espejos
tus ojos todavía no están viejos
y miran / sin mirar / más de la cuenta

tu esperanza ya sabe su tamaño
y por eso no habrá quien la destruya
ya no te sentirás solo ni extraño

vida tuya tendrás y muerte tuya
ha pasado otro año / y otro año
le has ganado a tus sombras / aleluya

CUANDO ESTA VIRGEN ERA PROSTITUTA

Cuando esta virgen era prostituta
soñaba con casarse y zurcir calcetines
pero desde que quiso
ser simplemente virgen
y consiguió rutinas y marido
añora aquellas noches
lluviosas y sin clientes
en que tendida en el colchón de todos
soñaba con casarse y zurcir calcetines

¿POR QUÉ NO HAY MÁS VIAJES A LA LUNA?

Cuando el bueno de armstrong dio aquellos pasos
todos registramos cómo se movía
tosco / pesado / en un suelo blancuzco
¿o era de piedra pómez? ¿quién se acuerda?

durante un rato estuvo cavilando
y la escafandra o como se llamase
impedía que viéramos sus ojos
pero juraría que su mirada era
de pereza o abulia

algo debió explicar a su regreso
algo diferente al discurso de gloria
que le ordenaron pronunciar eufórico
entre medallas flores vítores y guirnaldas

algo debió decir en privado a sus jefes
algo importante inesperado

verbigracia / cuando estaba allá arriba
caminando como un *zombie* en la luna
mi general mi coronel pensé en ustedes
y se me ocurrió no sé por qué
que debía matarlos con urgencia
uno a uno / dos a dos / etcétera

o verbigracia dos / cuando andaba allá / heroico
pisando las feísimas arrugas del satélite
imaginé que así debía ser la muerte
es decir el paisaje de la muerte

o verbigracia tres / cuando estaba en selene
paseando por la nada como un imbécil
sentí el asco infinito de la ausencia del hombre
y me dije qué mierda estoy haciendo aquí

algo así debe haber confesado a sus jefes
con su estrenada voz de *robot* disidente
y quizá por eso los dueños del poder
postergaron *sine die* los viajes a la luna

CALLE DE ABRAZADOS

Columnata de árboles
o nada / sombras sobre piedras
herméticos zaguanes
o nada / hojas en el viento

la llaman calle de abrazados
no exactamente porque las parejas
se refugien allí a falta de otros
espacios de amor gratis

la llaman calle de abrazados
porque en las noches de domingo
hay dos tan sólo dos
una mujer y un hombre
desentendidos misteriosos
que se citan allí como dos náufragos
y cada náufrago se abraza
al otro cuerpo salvavidas

la llaman calle de abrazados
como tributo a un solo abrazo desesperado recurrente
tan azorado y tan estrecho
como si fuese siempre el último

y esto a pesar de que en su isla
el hombre y la mujer ignoren
que ese destino en que se abrazan
se llama calle de abrazados

POSDATA SIN CARTA

En la carta que pude haberte escrito
y no he tenido espacio para hacerlo
no iba a ser tan probo
como vos reclamabas

mi plan era explicarte mis razones
aunque me consta que mis sinrazones
eran muchos más diáfanos

por otra parte no eran pertinentes
las citas eruditas
con que iba a desvelarte

nada de *animula vagula blandula*
en vez de *ten cuidado mariposa*
nada del *mehr licht* goetheano
en vez del *luz más luz* dijo varela
nada de *honni soit qui mal y pense*
en vez del *alma otaria que hay en mí*

a lo mejor la carta va mañana
por ahora te mando esta posdata

vale

CARACOL DE SUEÑO

*Cerrame el ventanal
que quema el sol
su lento caracol de sueño*

CÁTULO CASTILLO

No digo siempre pero en general
tengo cierta destreza para soñar mis noches
anduve por las calles / de la mano
deanouk y valentina

ellas me preguntaron por qué el mundo
y luego de unos puntos suspensivos
por qué el mísero mundo se despeñaba así
por qué el buen amor estaba enfermo
por qué las andanadas y los gritos
acribillan el cristal del otoño
y los amigos andan taciturnos
y enterramos a brahms y a bessie smith
por qué las mariposas son de acero
por qué los nomeolvides nos olvidan

doy vuelta la cabeza sin despertar los ojos
y recorro otras calles / de la mano
de audrey y maj-britt

y ellas me preguntan por qué el cielo
y luego de unos puntos suspensivos
por qué el bendito cielo es tan hostil
y el mar es un rencor viejo y obsceno
orgullosos de todos sus naufragios

por qué el viento del norte sigue tan carrasposo
o la nueva ternura es de almidón
y por qué / finalmente / la memoria
está sin puentes sin paisaje
sin tacto sin miradas

ah maj-britt audrey valentinaanouk
si pudiera saberlo/ si supiera

despierto poco a poco y me hago espacio
en la rutina real / la malcriada
que no tiene propuestas ni respuestas

entonces cierro ventanal y ojos
y me duermo a encontrarlas / a mis cuatro
ah maj-britt audrey valentinaanouk
en tanto el viejo sol el implacable
decide no quemar por esta vez el suyo
sino mi lento caracol de sueño

PRAXIS
DEL FULANO

MARAVILLA

Vamos mengana a usar la maravilla
esa vislumbre que no tiene dueño
afilá tu delirio / armá tu sueño
en tanto yo te espero en la otra orilla

si somos lo mejor de los peores
gastemos nuestro poco de albedrío
recuperá tu cuerpo / hazelo mío
que yo lo aceptaré de mil amores

y ya que estamos todos en capilla
y dondequiera el mundo se equivoca
aprendamos la vida boca a boca
y usemos de una vez la maravilla

HABLO DE TU SOLEDAD

Hablo de tu infinita soledad
dijo el fulano
quisiera entrar a saco en tu memoria
apoderarme de ella
desmantelarla desmentirla
despojarla de su último reducto

tu soledad me abruma / me alucina
dijo el fulano con dulzura
quisiera que en las noches me añorara
que me echara de menos
me recibiera a solas

pero sucede que /
dijo calmosamente la mengana /
si tu bendita soledad
se funde con la mía
ya no sabré si soy en vos
o vos terminás siéndome

¿cuál de las dos será
después de todo
mi soledad legítima?

miráronse a los ojos
como si perdonaran
perdonándose

adiós
dijo el fulano

y la mengana
adiós

EPIGRAMA CON MURO

Entre tú y yo / mengana mía / se levantaba
un muro de berlín hecho de horas desiertas
añoranzas fugaces

tú no podías verme porque montaban guardia
los recores ajenos
yo no podía verte porque me encandilaba
el sol de tus augurios

y no obstante solía preguntarme
cómo serías en tu espera
si abrirías por ejemplo los brazos
para abrazar mi ausencia

pero el muro cayó
se fue cayendo
nadie supo qué hacer con los malentendidos
hubo quien los juntó como reliquias

y de pronto una tarde
te vi emerger por un hueco de niebla
y pasar a mi lado sin llamarme
ni tocarme ni verme
y correr al encuentro de otro rostro
rebotante de calma cotidiana

otro rostro que tal vez ignoraba
que entre tú y yo existía
había existido
un muro de berlín que al separarnos
desesperadamente nos juntaba
ese muro que ahora es sólo escombros
más escombros
y olvido

VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE HERÁCLITO

No sólo el río es irreplicable

tampoco se repiten
la lluvia el fuego el viento
las dunas el crepúsculo

no sólo el río
sugirió el fulano

por lo tanto
nadie puede
mengana
contemplarse dos veces
en tus ojos

SONETO *KITSCH* A UNA MENGANA

Yo / fulano de mí / llevo conmigo
tu rostro en cada suerte de mi historia
tu cuerpo de mengana es una gloria
y por eso al soñar sueño contigo

luego / si el sueño acaba te persigo
soñándote despierto / es una noria
que rodea tu eco en mi memoria
y te cuenta esos sueños que te digo

así / sin intenciones misteriosas
sé que voy a elegir de buena gana
de mi viejo jardín sólo tus rosas

de las altas ventanas tu ventana
de los signos del mar tu mar de cosas
y de todo el amor / tu amor / mengana

CERTIFICADO DE EXISTENCIA

Ah, ¿quién me salvará de existir?

FERNANDO PESSOA

Dijo el fulano presuntuoso /
hoy en el consulado
obtuve el habitual
certificado de existencia

consta aquí que estoy vivo
de manera que basta de calumnias

este papel soberbio / irrefutable
atestigua que existo

si me enfrento al espejo
y mi rostro no está
aguantaré sereno
despejado

¿no llevo acaso en la cartera
mi recién adquirido
mi flamante
certificado de existencia?

vivir / después de todo
no es tan fundamental

lo importante es que alguien
debidamente autorizado
certifique que uno
probadamente existe

cuando abro el diario y leo
mi propia necrológica
me apena que no sepan
que estoy en condiciones
de mostrar dondequiera
y a quien sea
un vigente prolijo y minucioso
certificado de existencia

existo
luego pienso

¿cuántos zutanos andan por la calle
creyendo que están vivos
cuando en rigor carecen del genuino
irreemplazable
soberano
certificado de existencia?

REPASO HISTÓRICO

Con más nostalgia que embeleso
recuerda una por una a sus menganas

de la primera aprendió el cielo
de la segunda asimiló la tierra
de la tercera la sonrisa virgen
la piel convicta de la cuarta
el palmo a palmo de la quinta
el beso frágil de la sexta
de la séptima el otro el insondable
de la octava el vaivén heterodoxo
de la novena el hagan juego
de la décima el no va más

en realidad
ya hace algún tiempo que el fulano
sentó cabeza con la undécima
mengana que dormita a su costado

MENGANA SI TE VAS

Mengana si te vas con el zutano
yo / tu fulano / no me mataré
simplemente los seguiré en la noche
por todos los senderos y las dunas
vos gozando tal vez y yo doliéndome
hasta que vos te duelas y yo goce
cuando las huellas a seguir no sean
dos tamañas pisadas y dos breves
sino apenas las de tus pies dulcísimos
y entonces yo aparezca a tu costado
y vos / con esa culpa que te hace
más linda todavía / te perdones
para llorar como antes en mi hombro

GERUNDIO

Pensando afirmo / mis veredas ando
memoria haciendo y vida desviviendo
a la chita callando e *in crescendo*
dijo el fulano / así vamos tirando

apostando a mi fe ¿pero hasta cuándo
habrá para el desgarró otro remiendo
si en la vieja frontera sigo viendo
pasar mi juventud de contrabando?

íngrimo y solo en este mar de fondo
lejano de mi prójimo iracundo
no soporto el azar / ilustre / orondo

pero frente al espejo vagabundo
viéndome mondo / aullándome lirondo
desciendo a mi gerundio más profundo

TRIÁNGULO

El fulano está insomne
y la mengana surca
su noche de celos

él traga sus tabletas
porque intenta dormirse
y así entrar en el sueño
de la dulce mengana
y su abstracta lujuria
y en ese territorio
buscarlos / dar con ellos
sorprenderlos
y entonces
perseguir al zutano
hasta el amanecer

ONFÁLICA

*sólo me quedó
tu ombligo como una taza
redonda*

FRANCISCO URONDO

Cuando el fulano se miraba el ombligo
no era por narcisismo o complacencia
sino porque ahí siempre vio colinas
nubes convexas / constelaciones
abismos caóticos y jubilosos
grillos / calandrias / cachorros de puma

cuando el fulano se miraba el ombligo
no era porque se creyese el centro del mundo
sino porque allí evocaba pompas de ocio
cómodas profecías con vista al mar
terrazas de crepúsculo a fuego lento
pinos espeluznados / vientos espeluznantes

hoy cuando el fulano se mira el ombligo
no es porque se sienta presuntuoso
sino porque allí escucha los mejores pregones
coros de ramerías que ascienden al cielo
carillones con horas al mejor postor
ecos de moribundas primaveras

lo cierto es que el fulano mira su ombligo
por él desciende al mundo / sube al vuelo
pero sólo lo asume con alborozo cuando
le trae nostalgia onfálica de su linda mengana
cuyo pozo de sueño le acerca más delicias
que el ombligo de venus que medra en los tejados

UTOPIÁS

Cómo voy a creer / dijo el fulano
que el mundo se quedó sin utopías

cómo voy a creer
que la esperanza es un olvido
o que el placer una tristeza

cómo voy a creer / dijo el fulano
que el universo es una ruina
aunque lo sea
o que la muerte es el silencio
aunque lo sea

cómo voy a creer
que el horizonte es la frontera
que el mar es nadie
que la noche es nada

cómo voy a creer / dijo el fulano
que tu cuerpo / mengana
no es algo más de lo que palpo
o que tu amor
ese remoto amor que me destinas
no es el desnudo de tus ojos
la parsimonia de tus manos

cómo voy a creer / mengana austral
que sos tan sólo lo que miro
acaricio o penetro

cómo voy a creer / dijo el fulano
que la utopía ya no existe
si vos / mengana dulce
osada / eterna
si vos / sos mi utopía

DESPISTES Y FRANQUEZAS

1989

EL HIJO

De haber tenido un hijo
no lo habría llamado
ni mario ni orlando ni hamlet
ni hardy ni brenno
como reza mi fardo onomástico

más bien le habría
colgado un monosílabo
algo así como luis o blas o juan
o paz o luz si era mujer
de manera que uno pudiera convocarlo
con sólo respirar

de haber tenido un hijo
le habría enseñado a leer
en los libros y muros
y en los ojos veraces
y también a escribir
pero sólo en las rocas
con un buril de fuego

de modo que las lluvias
limpiaran sus palabras
defendiéndolas
de la envidia y la roña
y eso aunque nadie nunca
se arrimara a leerlas

de haber tenido un hijo
acaso no sabría qué hacer con él
salvo decirle adiós cuando se fuera
con mis heridos ojos
por la vida

ENIGMAS

Todos tenemos un enigma
y como es lógico ignoramos
cuál es su clave su sigilo
rozamos los alrededores
coleccionamos los despojos
nos extraviamos en los ecos
y lo perdemos en el sueño
justo cuando iba a descifrarse

y vos también tenés el tuyo
un enigmita tan sencillo
que los postigos no lo ocultan
ni lo descartan los presagios
está en tus ojos y los cierras
está en tus manos y las quitas
está en tus pechos y los cubres
está en mi enigma y lo abandonas

LOS CANDIDATOS

Por la avenida vienen
los candidatos

los candidatos a mosca blanca
a perengano a campeador
a talismán
a vicedéspota

los candidatos a pregonero
a rabdomante a chantapufi
a delator
a mascarón de proa

los candidatos a gran tribuno
a alabancero a estraperlista
a piel de judas
a tercer suplente

los candidatos a iracundito
a viejo verde a peor astilla
a punto muerto
a rey de bastos

por la avenida vienen
los candidatos

desde la acera
solo y deslumbrado
un candidato a candidato
avizora futuro
y se relame

EL RIESGO

Después de todo
el solo riesgo de que dios exista
es que exista en mi sueño
y allí aletee sin preguntas
dejando llagas en mi corazón

ciertamente la única
alarma de que dios exista
es que exista en mi sueño
y que yo duerma hasta que el cuerpo
aguante

ARENA

Arena entre mis dedos
bajo mis pies de plomo
arena voladora
arena buena

en tu memoria polen
quedaron escondidos
mis castillos

guárdalos hasta el día
en que un niño
otro niño
se acerque a rescatarlos
con mi salvoconducto

EL ODIO VIENE Y VA

El odio viene y va y regresa
alucinado lo contemplo
pasa como un adiós de humo
como una sombra
como un duelo

desconcertado viene y va
desesperado y prisionero
tras los celajes del olvido
como una plaga
como un eco

viene y se vuelve y arremete
y es un cuchillo de silencio
que lentamente me desgarrar
como un sollozo
como un ciego

y sin embargo sin embargo
a veces puede ser un premio
no le devuelvo el odio al odio
y es un alivio
merecerlo

PAISAJE

Este paisaje es casi una mujer

si se mira con buena voluntad
figura un matorral o cabeza en desorden
dos suaves promontorios que son pechos en calma
hay la verde hondonada con su ombligo de sombra
el musgo hospitalario cubre un sexo furtivo
y poniendo otro poco de buena voluntad
dos sistemas de rocas abiertos como piernas

es toda una metáfora envolvente
de la naturaleza inesperada

en el paisaje que es mujer
echo de menos sin embargo
a una mujer que no es paisaje

LA ROCA

La indiferencia de la roca
me conmueve
y me aplaza

cómo irme desgranando
hora a hora
pestaña tras pestaña
pellejo tras pellejo
ante ese paradigma
de tesón
y pureza

no obstante apuesto a que
la indiferencia de la roca
quiere comunicarnos
una alarma infinita

BÉBETE UN TENTEMPIÉ

Bébetete un tentempié pero sentada
arrímate a tu sol si eres satélite
usa tus esperanzas como un sable
desmundízate a ciegas o descálzate
desmilágrate ahora / poco a poco
quítate la ropita sin testigos
arrójale esa cáscara al espejo
preocúpate pregúntale prepárate
sobremuriende no / sobreviviente
desde el carajo al cielo / sin escalas
y si no vienen a buscar tu búsqueda
y te sientes pueril o mendicante
abandonada por tu abandoneón
fabulízate de una vez por todas
métete en tu ropita nuevamente
mundízate milágrate y entonces
apróntate a salir y a salpicarte
calle abajo / novada y renovada
pero antes de asomar la naricita
bebe otro tentempié / por si las moscas

EL AGUAFIESTAS FALTA SIN AVISO

El aguafiesta no ha venido esta tarde

JOSÉ LEZAMA LIMA

Tal vez se le olvidó tu santo y seña
después de todo no es tan importante
no va a flamear el cielo por su ausencia
ayúdate secúndate solázate
búscate en la quimera de los otros
inventa tus estrellas y repártelas
besa los nombres en sus dos mejillas
deja que el corazón te elija el mundo
abrázate del miedo y no lo sueltes
vuélvete persuasión cautela magia
vuélvete sombra pero no te envicies
sálvate de turbiones y de nieblas
ponte el otoño con su sol de gala
libérate en las manos que te avisan
descúbrete en los ojos que te nombran
ya no vendrá deslígate distánciate
de su resuello de sus sortilegios
de sus malas noticias de su rabia
no dejes que te ensalme de amargura
defiende como loba tu alegría
el tiempo no diseña el pasatiempo
el canto no reclama el desencanto
el viento no vindica el aspaviento
la fiesta no perdona al aguafiestas

LAMENTOS

Sé que no bastarían las mejores
enredaderas del verano
para cubrir el muro
de mis lamentos

lo curioso es que esos plañidos
son alegres
verbigracia ay qué goce
ay qué suerte
ay qué cielo

por el contrario cuando
mis lamentos
son en verdad desconsolados
no disponen de ayes
ni de muros

CAVA MEMORIAS

La soledad es un desierto
está en litigio
no tiene sombra
y es puro hueso

la soledad es un oasis
no hace señales
pesa en la noche
lo ignora todo

la soledad no olvida nada
cava memorias
está desnuda
se encierra sola

COMPAÑERO DE OLVIDO

a Juan Gelman

Un jour passera la camaraderie inerte de l'oubli

RENÉ CHAR

Compañero remoto en tu fe de madera
alerta en la querella que no se desvanece
transcurre por los sueños y el incierto futuro
sin parpadear ni vernos / custodio de la noche

hacedores de inviernos y socorros mendigos
legatarios de brumas y expiaciones
se borran y te borran del próximo presagio
dictándote el olvido y olvidándote

de poco y nada sirven los residuos
de las dulzuras o de las borrascas
pero aun si proteges tu dolor bajo llave
igual han de llegarte mi alarma y mi consuelo

compañero de olvido / en el olvido
estamos recordándonos sabiéndonos
solidarios sin nombre / solitarios
de a uno o en montón pero insepultos

compañero de olvido / no te olvido
tus tormentos asoman en mis sienas blancuzcas
el mundo cambia pero no mi mano
ni aunque dios nos olvide / olvidaremos

SEÍSMO

La terre nous amait un peu je me souviens

RENÉ CHAR

Quedan las cáscaras de vida
la solidaridad de las columnas
las pausas del escombros
el pavoroso cielo gris

la tierra exasperada
reclama una caricia
que no la olviden
no la olviden nunca
por eso se estremece
de abandono

tan sólo si la aman
si la amamos
volverá a concedernos
el perdón del silencio
el amor de la calma

LOS TRES

14 de julio de 1989

El cadalso y carlota corday los alinearon
en la habitual arruga de la historia
pero danton robespierre marat
no se miran ni se dirigen la palabra

la muerte esa inasible
que fuera su cofrade y su enemiga
los recorre con dulce escalofrío
en tanto que la fama los satura
de himnos desafueros y retórica

matarifes o mártires
pródigos o inclementes
jacobinos o nada
entrañables o impíos
bonne nouvelle o fetiches
patronos de la luz o del terror

blandieron la justicia como fiebre
el amor cual relámpago
la excepción como regla
y la revolución ese eterno entrevero
como última acrobacia inevitable

no obstante hace dos siglos
bregaron deliraron murieron con urgencia
no sin antes mostrar al resto de los tiempos
lo frágiles que eran la cerviz los poderes

y sin embargo esos
huéspedes o anfitriones del peligro
marat danton y robespierre
no se hablaban ni se miraban o al menos
no se hablaron ni se miraron hasta
que de las nuevas arrugas de la historia
emergieron artigas y martí y sandino
y el che y otros abuelos
y bisabuelos cándidos

y al abrazarlos sin hacer distingos
de a poquito los fueron persuadiendo
de que todos lucharon por el hombre
el pobrecito duende de este mundo

POR EL ANTES COMO ANTES

Vení
vamos a discurrir
por el antes como antes

es un peregrinaje inesperado
y el turismo interior está de moda

la luna no es de neón
pero igual sirve
tomá nota y mirá los soldaditos
cómo eran de modestos y modosos

por estos andurriales
siempre nacimos poco

fíjate que los perros eran perros
qué extraño no teníamos bozales
fíjate que las aves eran aves
nos llovían tiernamente las alas

discurrir por el antes como antes
es requisito básico para los educandos

por remoto que quede el pasado pisado
siempre ha de restaurarnos las hazañas
despabilarnos las premuras
argumentarnos las vicisitudes

fijate que no había ordenadores
éramos un desorden olímpico y mundial
y sin embargo en medio
de aquel relajo
todo
estaba allí
aguardándonos

payanas y quilombos
teorema de pitágoras
el tango cambalache
el suicidio de brum
los logaritmos
maracaná y el cielo
nuestras nupcias
graf spee en la bahía
dienbienfú ñancahuasu
hiroshima mac carthy
los escrúpulos de einstein
tan tardíos

fijate que el buenazo de artigas esperaba
que alguien hiciera su reforma agraria
y de una vez por todas le dijeran
vos fuiste un artesano del decoro
fuiste un campeón de la milonga patria
vení a rescatarnos viejo lindo

si sos contrabandista
como sopló sarmiento
contrabandeá nomás
traenos sin pasar por las aduanas
un poco de tu orgullo

pero nadie lo expuso en esos términos
los que lo traicionaron
eran pundonorosos

espero que lo hayas comprendido
discurrir por el antes como antes
es un peregrinaje voluntario
un safari asequible

podés pagarlo en cuotas

LA CERCANÍA DE LA NADA

*Ahora
sé que mi único destino
es la certidumbre de la vejez
la cercanía de la nada
su belleza aterradora*

FAYAD JAMIS

Cuando se acercan a la nada
y más aún cuando se enfrentan
al pavoroso linde de tinieblas
los poderosos no consiguen
pasar de contrabando su poder
ni la mochila azul de sus lingotes
ni el chaleco antimuerte
ni el triste semillero de sus fobias

pero cuando los pobres de la tierra
se acercan a la nada
los aduaneros nada les confiscan
salvo el hambre
o la sed
o el cuerpo en ruinas

los pobres de la tierra
pasan como si nada
pero tampoco se hagan ilusiones
ya que la nada es nada más que eso
y esa belleza sobrecogedora
que aterra a poderosos e indigentes
a todos los ignora por igual

YESTERDAY Y MAÑANA

1987

A Luz

TODO EL TIEMPO

*... les dejo
el tiempo, todo el tiempo.*

ELISEO DIEGO

POSIBLES

A lo peor nadie me atiende
nadie recibe los mensajes
nadie se alegra nadie llora
nadie enciende su sangre
con estos versos que se rompen
en los papeles
y en el aire

a lo mejor alguna alguno
en un insomnio titubeante
halla que dos o tres palabras
le entregan algo de alguien
desde estos versos que se rompen
en los papeles
y en el aire

a lo mejor
quién sabe

ETCÉTERA

Mis versos grises son maniobras
para encontrarme sin escándalo
para extraer
de lo que he sido
de esos escombros que comprendo
de esa tristeza en compañía
un vaticinio sin soberbia

mis versos grises son preguntas
tiros al aire
contraolvidos
bordes de historia que son huesos
besos de lluvia y poco oficio
insomnios cuerdos como nunca

ah pero afortunadamente
mis versos no son siempre grises
los hay azules verdes rojos
etcétera

BORRAR EL SUEÑO

Le temo al sueño
que me da en torbellino la certeza
el cáliz donde urdo lo imposible
y corro me deslizo salto vuelo
en pos de lo que apenas se vislumbra

quiero borrar el sueño
en que obtengo la gracia insuficiente
la transparencia inútil o bastarda
el veto a cualquier duda
el azar amarrado

le temo al sueño
como al albatros que no he visto
al sol que no caldea
a la lluvia que encoge los recelos
al goce que no cesa

quiero borrar el sueño
que descortezca el estupor y el pino
que a mi pesar confirma al que no soy
que ama cuerpos que no son presagios
y se entrega rehén cuando amanece

DESGANA

No tengo ganas de escribir
pero la letra avanza sola
forma palabras y relevos
que reconozco como míos

en la ventana llueve
tantas veces la calle
brilló sin fundamento

no tengo ganas de escribir
por eso queda el tiempo en blanco
y no es un blanco de inocencia
ni de palomas ni de gracia

en la ventana llueve
tantas veces la calle
se anegó de presagios

no tengo ganas de escribir
pero la lluvia llueve sola

FRAGMENTO

Este trozo de vida es tan espléndido
tan animoso tan templado
que la muerte parece desde aquí
tan sólo una cascada
remota y para otros

¿quién no ha buscado el placer nítido?
¿quién no ha intentado organizar
un desenlace sin escombros?

la memoria repasa sus noticias de sol
la sonrisa que era un exorcismo
la chispa trágica en el firmamento
las huellas descubiertas en la hora precisa

todo adquiere un sentido turbador
en el umbral inexpugnable
en la crisálida del odio

no obstante este fragmento
probablemente es un islote
llevado a rastras por presagios
desalientos condenas

y aunque parezca absurdo
la muerte todavía

parece desde aquí
tan sólo una cascada
remota y para otros

SOLEDADES

Solo como una ostra
y sin embargo
la soledad empieza en el gentío
ciempiés sobre mi pie
chispas de salvación
candores de esqueleto

la soledad se inicia en un agobio
muro de espaldas
nucas como rostros
desbandada de prójimos

unísimo al unísono
incito a que me olviden
insecto a que me aplasten

solo como una ostra
y sin embargo

YACENTE

Esta fragilidad de la cordura
este no saber cuándo dónde cómo
este arrabal del goce
estas ganas de no tener más ganas
este recuerdo que se rompe o no
este aplazado santiamén
esta alma en un hilo
son gradaciones torpes pero reales
de la vida yacente
y a estas alturas reflexiva

INTEMPERIE

Llega un confín un día
en que al caer de espaldas o de bruces
sientes que nada o casi nada media
entre tu corazón y el de las aves

los árboles encima como techo
un archipiélago de azul y azules
la brisa suave y tolerante roza
las dos cartujas de tu soledad

el abstracto horizonte no se ve
oculto por concretos promontorios
y sin embargo existe allá y aguarda
que el sol se hunda en su línea recta

y mientras tanto el aire verde y húmedo
penetra en tu provincia de silencio
y así te integras / uno más / o menos
en la hidalga misión de los insectos

SÍMBOLOS Y SEÑAS

La vida está entreabierta
de modo que penetran
los símbolos y señas

hay que aventar lo inútil
y es tan poco

ENTRESUEÑOS

Pero todo se muda se borra si despierto

JUAN CUNHA

¿Y si no fueran las sombras sombras?

PEDRO SALINAS

TORMENTA

Un perro ladra en la tormenta
y su aullido me alcanza entre relámpagos
y al son de los postigos en la lluvia

yo sé lo que convoca noche adentro
esa clamante voz en la casona
tal vez deshabitada

dice sumariamente el desconcierto
la soledad sin vueltas
un miedo irracional que no se aviene
a enmudecer en paz

y tanto lo comprendo
a oscuras / sin mi sombra
incrustado en mi pánico
pobre anfitrión sin huéspedes

que me pongo a ladrar en la tormenta

SIRENA

Tengo la convicción de que no existes
y sin embargo te oigo cada noche

te invento a veces con mi vanidad
o mi desolación o mi modorra

del infinito mar viene tu asombro
lo escucho como un salmo y pese a todo

tan convencido estoy de que no existes
que te aguardo en mi sueño para luego

ESQUELETO Y SAUDADE

Antes de confirmarse en la laguna
cruza la pierna el esqueleto
y se encuentra gallardo livianísimo

mira la quebradura del astrágalo
y se quita del pubis
una última hebra de algodón

qué insufrible es la vida
ahora ya no tiene por qué decir adiós
ni albricias ni amor mío

qué incómoda es la piel
cuando se vuelve arruga
y extravía el disfrute

y sin embargo cuando llueve
y está naturalmente
calado hasta los huesos

le sobrecoge una violenta
saudade
de vivir

FANTASMAS

Aunque parezca extraño
a los fantasmas
nos hace mal
la noche

nos desalienta
nos encoge
nos cuelga una etiqueta
nos quita los prodigios
nos consume hasta el borde
nos moja en el rocío
nos caza en un bostezo

nos hace mal
la noche
a los fantasmas

confundimos el sur
con el oeste
el este con el norte
la muerte con la vida
y hasta nos vienen ganas
de conseguir un cuerpo
o preferiblemente
dos

realmente hay que ser fuertes
para vencer las dulces tentaciones

hasta que estalla y viene
el alba en nuestro auxilio
y nos vamos
nos vamos
en pos del sol nos vamos
transparentes
sin ansias
transidamente a salvo

QUIMERA

¡Oh recuerdo, sé yo!

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

¿Por qué aquel miedo recurrente
infinito / nocturno
cuando volvía niño bordeando los árboles
nada frondosos / pusilánimes
entre un acorde de ladridos?

¿por qué las luces de la casa
quedaban tan remotas
y sentía en la nuca
aquel aliento inmundo
de Eso que me pisaba los talones?

¿por qué aquel pánico que me impedía
junto al mutismo de los álamos
vencer el sortilegio
y verle el rostro a la verdad
que los perros husmeaban?

ahora que los miedos son distintos
y la noche no asusta
y me sé frágil y eso me hace fuerte
sé yo / recuerdo / para darme vuelta
y enfrentar al fantasma de la nada

DESVELOS

Si en la ventana abierta
pasa la noche celadora
yo vigilo las sombras
y los humos del miedo

no hay oración del desengaño
no hay alma en pie de guerra
sólo la patria de la noche
moviéndose prudente
en mis ojos abiertos

en el enjambre de callados
pongo mis sílabas de siempre
las corroboro mientras cuento
o mejor imagino
los álamos que tiemblan

una penumbra sin alarmas
y en este caso sin estrellas
un pobre orgullo de estar vivo
tan sólo eso es el desvelo

y sin embargo no quisiera
dormirme así indefenso
en esta suerte descampada

por lo menos aquí tengo la noche
sombras y humos del miedo
pero en cambio no sé
qué vigilia soñada
qué vigilia mendaz
bajo los párpados
me espera

EL SILENCIO

Hace unos veinte o veinticinco años
los suicidas buscaban el silencio
aturdidos buscaban la infinita
protección del silencio

pero éste ya no existe

antes había franjas de mutismo
y los fantasmas de alcohol
eran curtidos y lacónicos

ahora sólo comparecen
las quimeras aullantes
los endriagos de trueno

hasta el eco es un monstruo
de gorgoteantes decibeles

los viejos cuentan cómo era
allá en sus buenos tiempos
el compacto silencio de las noches

pero nadie les cree
nadie probablemente los escucha
porque en ese momento pasa el jet

los viejos narran que en la sombra quieta
sólo el grillo trozaba aquel silencio
y cuando enmudecía
la oscuridad era de nuevo azul

los viejos cuentan
pero nadie escucha
porque en ese momento estalla el rock

ahora
en esta noche
el silencio no existe
está sellado
por el escándalo del mundo

se acabó la quietud la paz votiva
el ciclo es de morteros y timbales
ábsides y guaridas clamorean
el silencio no existe
ni aquí ni más allá

los datos son del último suicida
que regresó menguado y sin aliento
“el resto no es silencio” dijo
y no quiso dar más explicaciones

DOCENCIA

La muerte va al encuentro de la infancia
la prepara la educa la adoctrina
le enseña tantas fábulas
como hilachas da el magma del azar

la lleva ante el espejo catequista
para que él la transforme
de ufana en taciturna

la muerte va al encuentro de la infancia
y cuando al fin la forma
la alienta la organiza
la pule le da un rumbo

la infancia va al encuentro de la muerte

CORREDORES DE FONDO

Sabido es que los habitantes del otoño
criaturas poderosas e insignificantes
no tienen el derecho de quitarse la muerte
apenas si lo tienen de quitarse la vida

por andar distraídos en desvelos o amores
no usan habitualmente ese atributo

en verdad sólo ocurre de tarde en tarde
y ocasionalmente de noche en noche
que alguien haga un arqueo
de sus melancolías
de sus grumos de angustia
de la confianza que sin proponérselo
como el cántaro
tanto va a la fuente

sólo entonces emplea ese frugal derecho
ese minúsculo raído patrimonio
que nadie puede ni podrá arrebatarle

hay suicidas de susto tembloroso
o de vergüenza endémica
pero los hay intrépidos que aguantan
las descargas del odio y otras ráfagas

y sin embargo no logran vadear
el charquito del desencanto

después de todo
quién puede saber cuándo la vida
empieza a enamorarse de la muerte
quién osaría
decir cuándo comienza
la dulce seducción

quién se atreve a juzgar
a estos curtidos
corredores de fondo
que pierden el aliento
a sólo diez segundos de la meta

quién podría impedirles que se lleven
como un simple amuleto
el inédito tramo
el nunca hollado borde de la vida

claro que hay otros
suicidas entrañables
que se llevan / en préstamo
un trozo de la nuestra
acaso para ir la acostumbrando
a bien morir

YESTERDAY Y MAÑANA

el tiempo me desgarró por sus dos puntas

CÉSAR FERNÁNDEZ MORENO

DIGAMOS

1.

Ayer fue yesterday
para buenos colonos
mas por fortuna nuestro
mañana no es tomorrow

2.

Tengo un mañana que es mío
y un mañana que es de todos
el mío acaba mañana
pero sobrevive el otro

BEATLES DIXERUNT

Yesterday
all my troubles seemed so far away
now it looks as though they're here to stay

se quedan años en ceniza
se quedan rostros en penumbra
y no es mi pájaro el que vuela
y no es mi infancia la que duda

se quedan pálidas esquinas
con los amantes y sus lenguas
y no es mi otoño el que se apaga
y no es mi sueño el que recela

I'm not half the man I used to be
there's a shadow hanging over me

no soy ni intento ser el mismo
sin los estigmas que me salvan
sin los abrazos que no pude
sin los hermanos que me faltan

no quiero ser el rescatado
de ese pasado sin futuro
no se entra gratis en el odio
ni en el perdón ni en el orgullo

now I need a place to hide away
oh I believe in yesterday

pero no quiero disolverme
y a mi pesar sentirme nadie
si ahora creo en ese ayer
es sólo para despojarme

ayer de pobres emboscadas
ayer espeso como selva
aprendí todo en el ayer
para que el mismo ayer no vuelva

YESTERDAY

Palabra airosa brillante sonora
regada por añoranzas y quimeras
con penurias y júbilos de telón mágico
ésos de neblinosa transparencia
que a duras penas dejan entrever
los simulacros de lascivia
la fosforescente domesticable aurora
la noche atravesada por antorchas

yesterday las gaviotas volaban en inglés
los búhos meditaban en inglés
las muchachas besaban en inglés
glenn abofeteaba en inglés a rita
humphrey y katharine
cruzaban áfrica en inglés

la verdad es que yesterday nos desaloja
tierna o despóticamente del ayer

yesterday las nieblas eran sólo londinenses
los rascacielos / la seña de manhattan
los terremotos venían de san francisco
y los puentes / de waterloo o de brooklyn
las ballenas eran turbiamente blancas
los molinos quedaban junto al floss

yesterday / el prodigio al alcance de todos
o también una alfombra de terciopelo
negro / durante varios lustros preparatorios
hasta que natalie kalmus aportó su paleta

yesterday sabíamos que el mal
era frívolo y satánico
y que el bien era frívolo
pero alcanzable

y si no que lo digan hombrecitos de abajo
que llegaban a la gloria y nos miraban
desde nuestros castillos en el aire

conservo a qué negarlo
buen recuerdo de yesterday
después de todo margaret sullavan
fue mi primer amor (saltó a la fama
precisamente en only yesterday)
me llevaba nueve años pero no se notaba
y era arduo disputársela a james stewart
que me llevaba doce

en realidad yesterday
era sobre todo un sueño para otros
algo así como la espuma de la sangre
la esperanza traducida y con erratas
el caudal de vísperas ajenas
que a menudo confundíamos con las propias

ayer / en cambio
es palabra doméstica y cortita

mera convención para entender
el pasado pisado

es claro que sus cuatro letras
sin laberintos ni acicates
no son equiparables
a las nueve de yesterday

su brevedad carece de puentes colgantes
de emotivos llantos con cuentalágrimas
de vigiliadas bordadas con alucinaciones
de nupcias sensitivas y financieras

ayer es un roedor infinito y sin laureles
saldo de presentimientos y de hogueras
túnel de expiaciones y postrimerías

ayer no colecciona éxtasis ni delirios
pero hace acopio de cicatrices y entusiasmos
de alegrías de segunda mano
de tristezas que dan la pauta
de esquirlas de lo real

tal vez su cándida ventaja sea
que para ayer no precisamos
traductores como para yesterday

y otra más
que como está sembrado
de días y noches innegables
no provoca espejismos ni confabulaciones
por otra parte ayer no exige desertores
ni del orgullo ni de la vergüenza
ni del sacrificio ni de las transgresiones

quizá por eso los ayeres completos
son una enciclopedia del causante
y cada ayer es una rama
de la arborescente identidad

nadie emigra ni desaparece del ayer
allí están estamos todos
los cuerpos y sus sombras
el misterio y su clave
la pared y su hiedra
el farallón y la resaca
el rumbo y la deriva
la calma y el espanto

yesterday / pasado sin fronteras
ayer es la frontera
yesterday / el mar que fosforece
ayer / el río que nos trae

yesterday / las galas de la historia
ayer / la memoria corriente
yesterday / paraíso de alquiler
ayer / múltiplo de uno

LOS AÑOS

Los años se vinieron alevosos
compactos / degradantes
no reservan sorpresas
sino confirmaciones

después de todo a quién le importan
la noria de las estaciones
las tenues campanadas
los barrancos en flor

la piel es lo que importa
y tiene ultrajes
el mar es lo que importa
y simplemente ahoga

los años se vinieron
y no se van
se quedan como troncos
pesan como desdichas

yo me hago el sordo / ignoro
sus truenos y mi pulso
miro hacia el horizonte
como si le tocara florecer

MAÑANA

Bendito seas río de mañana
futuro en que te abismas
vienen contigo esquivas de infinito
aunque más breves cada día

y también el hechizo inquebrantable
la nostalgia a construir / la sobrevida
el vuelo de los pájaros que saben
la calma en que descansa la utopía

si me concentro no te veo
ni sé lo que anticipas
si me recluyo en mis escombros
nadie me librará de tanta ruina

pero si abro mis inviernos
de par en par al verde de tu orilla
aprenderé tal vez con las distancias
que separan tu fronda de la mía

bendito seas surco de mañana
con tu repetición de la fatiga /
desde una mano ancha y sembradora
te llegará el azar de la semilla

mañana de candor / bendito seas
futuro / por llegar a la deriva
sin preces ni condenas
ni justos a la vuelta de la esquina

estás aquí futuro / hay que ampararte
los emboscados en la amanecida
quieren acribillarte desde el miedo
dejarte sin enigmas

bendito seas leño del augurio
mañana / al convertirte en tu ceniza
aceptarás las cifras de la muerte
como una condición de la armonía

ESTE ARROYO NO VUELVE

Este arroyo no vuelve
no se detiene nunca
pero en tanto que sigue
lentamente fabula

descubre peces rojos
improvisa riberas
imagina los sauces
las calandrias inventa

y si no vuelve es porque
sueña hacia donde va
a meterse en un río
y con él en el mar

ESCONDIDO Y LEJOS

¿Qué te ha dado el pasado?
¿la fuga que te mira en el espejo?
¿aquel fantasma que te desbarata?
¿la sombra de tus nubes? ¿la intemperie?

rápido como el río ha transcurrido
pero ocurre que el río no envejece
pasa con sus crujientes y sus ramas
sus duendes y su cielo giratorio

quedaron armoniosos pero inmóviles
tu mayo tu piedad tus artilugios
todo el prodigio se volvió espesura
y la espesura se llenó de tedio

ya no llueve en tu olvido ni siquiera
en tu pobre redoma o en las tapias
aunque el pasado está escondido y lejos
no tienes más remedio que mirarlo

SOL DE OCTUBRE

Este domingo amaneció sin viento
y en el parque de octubre poco a poco
los veteranos llegan a los bancos
que el sol y la costumbre les reservan

con sus quebrantos que ya son olvido
callados / con los ojos en la fuente
la soledad es un cántaro roto
y el pasado un abismo de palabras

las palomas se acercan y los miran
sin ilusión porque no son los viejos
sino las viejas las que les reparten
migas de pan y granitos de trigo

las palomas conocen quién es quién

cada viejo mantiene sin nombrarla
su vasta colección de primaveras
pero a esta altura sólo rememora
los inviernos hostiles a su cuerpo

ni siquiera con este sol novicio
posado en sus rodillas oxidadas
disfruta la estación que no lo alude
y se conforma con los años lázaros

quedaron sus octubres tan atrás
tan lejos tan aislados que no hay modo
de que se arrimen a esta primavera
donde tal vez se cierre el almanaque

las palomas conocen quién es quién

BOB DYLAN DIXIT

Now the moon is almost hidden
The stars are beginning to hide
The fortune telling lady
Has even taken all her things inside
All except for Cain and Abel
And the hunchback of Notre Dame
Everybody is making love
Or else expecting in rain
And the good samaritan he's dressing
He's getting ready for the show
He's going to the carnival
Tonight on Desolation Row

La araña de la inquina sabe tejer su trama
es de plomo la hostia de la consternación
ladran los profetas de la sevicia
el suicida pueril emprende el vuelo
no hay quien auxilie al buen samaritano
bajaron las acciones del amor
la impunidad es una droga dura
nuestros mejores lastres son los universales
la muerte nos enseña el único alfabeto
la memoria se vuelve clandestina
el hambre no consigue atravesar la bruma
en la empinada cuesta de la desolación

SUCEDE

*Si me preguntáis en dónde he estado
debo decir: "Sucede".*

PABLO NERUDA

BEBER OUZO EN ATENAS

Beber ouzo

esa extraña libación que provoca alegrías y
desorientaciones varias

es algo indispensable para amar a atenea ya que sólo así
se la puede imaginar surgiendo de la frente de un
dios recién hachado

beber ouzo en atenas

permite ver casi todo en duplicado

o por lo menos distinguir dos partenones

uno el que todavía luce mutilado en la acrópolis

y otro el que lord elgin se llevó bien embalado a londres
en mil ochocientos dos

beber ouzo en atenas

es por ejemplo encaminarse hacia el odeón y

desembocar sin embargo en el pireo

o descubrir que el suicidio de demóstenes es la
prolongación del suicidio de sócrates

beber ouzo en atenas

es hallar la salida del laberinto sin recurrir al

enamorado hilo de ariadna

o masticar pasas de corinto creyendo que son ciruelas de
california

beber ouzo en atenas
es creer que el camarero es menelao y pasarle el
brazo sobre los hombros para consolarlo por el
rpto de helena
y es también soñar con un bajorrelieve votivo que
muestre a asclepio entrando en epidauro
y a papandreu saliendo de la otan

MARGINALIA

Que incómodo es venir
de un país que no tiene
desfiladero de las termópilas
ni machu picchu
ni roca tarpeya
ni popocatépetl
ni galleria degli uffizi
ni gran muralla china
ni place des vosges
ni barrio gótico
ni palenque
ni paseo del prater
ni columnata de bernini
ni cañón del colorado
ni pirámide de keops
ni rijksmuseum
ni sainte chapelle
ni popul vuh
ni venus del espejo
ni cuevas de altamira
ni philosophenweg
ni tenochtitlán
ni manekken pis
ni tal mahal

diríase que es incómodo
no por complejo de inferioridad

sino porque uno realmente no sabe
si está viviendo
antes del prólogo
o después del epílogo
y tampoco intuye
si es peor o mejor

LOS POETAS

Los poetas se encuentran en congresos
en saraos en cárceles en las antologías
unos cosechan loas en manuales de fama
otros son asediados por la casta censura

los poetas se abrazan en los aeropuertos
y sus tropos encienden la alarma en las aduanas
a menudo bostezan en recitales de otros
y asumen que en el propio bostecen los amigos

los poetas se instalan en las ferias anuales
y estampan codo a codo sus firmas ilegibles
y al concluir la faena les complace de veras
que se acerquen los jóvenes confianzudos y tímidos

los poetas se encuentran en simposios
por la paz pero nunca la consiguen
unos reciben premios / otros palos de ciego
son una minoría casual y variopinta

sus mejores hallazgos son harto discutibles
estudios inclementes revelan sus andamios
los analistas buscan variantes / los poetas
suelen dejar alguna para animar el corro

los poetas frecuentan boliches y museos
tienen pocas respuestas pero muchas preguntas
frugales o soberbios / a su modo sociables
a veces se enamoran de musas increíbles

beben discuten callan argumentan valoran
pero cuando al final del día se recogen
saben que la poesía llegará / si es que llega
siempre que estén a solas con su cuerpo y su alma

PEREGRINACIÓN A MACHADO

Baeza es un instante pendular
cansado o floreciente
según sople la historia

con sus palacios a la espera
sus adoquines resabiados
sus lienzos de muralla
su alcázar que no está
sus ruinas que predicán
su custodia que gira y centellea
sus casas blancas
y su sol en ocres

mas no vine a baeza a ver baeza
sino a encontrar a don antonio
que estuvo por aquí
desolado y a solas
la muerte adolescente
de leonor en sus manos
y en su mirada y en su sombra

tengo que imaginarlo
aterido en el aula
junto al brasero las botas raídas
dictando lamartine y víctor hugo
ya que tan sólo era
profesor de francés
uno de tantos

tengo que descubrirlo en las callejas
que ciñen la obstinada catedral
montada en la mezquita
y suponer que estamos en invierno
pues no era machado un poeta de estío

que federico estuvo aquí
dicen y dicen que le dijo
a mí me gustan
la poesía y la música
y tocó al piano algo de falla
pero a machado le atraía
más la templada encina negra
que ya murió
camino de úbeda

tampoco existe la farmacia
(en su lugar hay una tienda)
donde charlaban y tosían
los modestísimos notables
y allí llegaba don antonio
con su silencio y lo sentaba
junto a la estufa

los madroños las cabras
las lechuzas entraron en sus versos
mientras baeza mantenía
los gavilanes en su nido real

la tarde se recoge a las colinas
el poeta no acude
sin embargo lo escolto
en su ritual hasta el paseo
de la muralla
a ver una vez más los olivares
y las lengüetas del guadalquivir
y la sierra de mágina que es mágica

y junto a mí sin verme
y junto a él sin verlo
entramos don antonio y yo en la niebla
medidos por el rojo sol muriente
él como el caminante de sus sueños
yo como un peregrino de los suyos

Baeza, agosto 1987

LA VUELTA DE MAMBRÚ

Por entonces Mambrú volverá de la guerra

GERARDO DIEGO

Cuando mambrú se fue a la guerra
llevaba una almohadilla y un tirabuzón
la almohadilla para descansar después de las batallas
y el tirabuzón para descorchar las efímeras victorias

también llevaba un paraguas contra venablos aguaceros y
palabrotas
un anillo de oro para la suerte y contra los orzuelos
y un llavero con la llave de su más íntimo desván

como a menudo le resultaba insoportable la ausencia de la
señora de mambrú
llevaba un ejemplar del cantar de los cantares
y a fin de sobrellevar los veranillos de san juan
un abanico persa y otro griego

llevaba una receta de sangría para sobornar al cándido
enemigo
y para el caso de que éste no fuese sobornable
llevaba un arcabuz y un verdugillo

asimismo unas botas de potro que rara vez usaba
ya que siempre le había gustado caminar descalzo
y un caleidoscopio artesanal
debido probablemente a que marey edison y lumière no
habían nacido aún para inventar el cine

llevaba por último un escudo de arpillera porque los de
hierro pesaban mucho
y dos o tres principios fundamentales mezclados con la
caspa bajo el morrión

nunca se supo cómo le fue a mambrú en la guerra
ni cuántas semanas o siglos se demoró en ella

lo cierto es que no volvió para la pascua ni para navidad
por el contrario transcurrieron centenares de pascuas y
navidades
sin que volviera o enviara noticias

nadie se acordaba de él ni de su perra
nadie cantaba ya la canción que en su tiempo era un hit

y sin embargo fue en medio de esa amnesia
que regresó en un vuelo regular de iberia
exactamente el miércoles pasado
tan rozagante que nadie osó atribuirle más de un siglo y
medio
tan lozano que parecía el chozno de mambrú
por supuesto ante retorno tan insólito
hubo una conferencia de prensa en el abarrotado salón
vip

todos quisieron conocer
las novedades que traía

mambrú después de tanta guerra

cuántas heridas
cuántos grilletes
cuántos casus belli
cuántos pillajes
y zafarranchos de combate

cuántas invasiones
cuántas ergástulas
cuántas amnistías
cuántas emboscadas
y recompensas indebidas

cuántas cicatrices
cuánta melancolía
cuántos cabestrillos
cuántas hazañas
y rendiciones incondicionales

cuánto orgullo
cuántas lecciones
cuántos laureles
cuántas medallas
y cruces de chafalonía

ante el asedio de micrófonos
que diecinueve hombres de prensa
blandían como cachiporras
mambrú
oprimido pero afable
sólo alcanzó a decir
señores

no sé de qué me están hablando

traje una brisa con arpegios
una paciencia que es un río
una memoria de cristal
un rruiseñor dos rruiseñoras

traje una flecha de arco iris
y un túnel pródigo de ecos
tres rayos tímidos y una
sonata para grillo y piano

traje un lorito tartamudo
y una canilla que no tose

traje un teléfono del sueño
y un aparejo para náufragos
traje este traje y otro más
y un faro que baja los párpados
traje un limón contra la muerte
y muchas ganas de vivir

fue entonces que nació la calma
y hubo un silencio transparente

un necio adujo que las pilas
se hallaban húmedas de llanto
y que por eso los micrófonos
estaban sordos y perplejos

poquito a poco aquel asedio
se fue estrechando en un abrazo

y mambrú viejo y joven y único
sintió por fin que estaba en casa

LÍMITES

El uruguay es un país que tiene
forma de corazón
de puño o de talega
y dicen que sus bordes
no siempre voluntarios
son por el norte
el río cuireim
arroyos de la invernada
y del maneco
la escuela de chicago
disneylandia
singing in the rain
y el fondo monetario
con su cuchilla grande
también la de santa ana
y el tío tom y harry kissinger
beat generation y marines
el arroyo san luis y el de la mina
y aquí y allá como relleno fácil
las consabidas líneas divisorias

por el este
casi indefenso el río yaguarón/jaguarão
menos mal que enseguida comparecen
os sertões y el aleijadinho
maracanã y la bossa nova

la laguna merim y chico buarque
la comezón de las favelas
los buenos modos de itamaraty
y el san miguel y el chuy
la tienda de samuel

por el oeste
de arribabajo el río uruguay
y a prudente distancia
don mariano moreno
gardel en chacarita y en volver
cortázar y el torito suárez
café para siempre de los angelitos
carta de walsh al general videla
son treinta mil los desaparecidos
setenta balcones y ninguna flor

y por último el sur
donde están por supuesto
el río grande como mar enano
y el infinito océano voraz
y sin embargo
ya que montevideo es la capital
más austral del planeta
y el uruguay es un país
más de puño o corazón que de talega
digamos que en el sur
también está esperando
el tercer (nuestro) mundo
subdesarrollado y dependiente en todo
menos (deo gratias) en el buen amor
de modo que este sur
no es sólo un cardinal

o una frontera fija
o linde histórico
o huella colonial
también es/somos nosotros
hombres mujeres árboles praderas
naranjas niños esperanzas puentes
todos
(de norte a sur y de este a oeste)
el sur desafinado
el sur de pueblo
el sur a descifrarse
el sur futuro

CIUDAD HUELLA

CIUDAD HUELLA

Otro regreso aguarda
las nubes pasan crecen
mi verano es tu invierno
y viceversa

pienso en las novedades
que encontré hace dos años
y que ahora serán
cosa sabida

a fines de setiembre
estaré en tus olores
ciudad viento
respiraré tu noche
ciudad luna
tocaré tus heridas
ciudad sueño

pienso en tus puertas y balcones
duchos en caras nuevas
tu cantero de viles
tu follaje de justos

dentro de algunas horas
me acercaré a tus muertos
ciudad muerta

latiré en tus latidos
ciudad viva
pisaré mis pisadas
ciudad huella

LEJOS DEL MAR

Cuando despierto y estoy lejos
del mar que no me necesita
algo me falta en el futuro
y en la ventana y en el rostro

yo sé que el mar es tan eterno
como la muerte

el mar de olvido es como un tálamo
un prado inmóvil o batiente
un cieloabajo de olas nubes
un borrador del infinito

yo sé que el mar es tan avaro
como el silencio

cuando me duermo y estoy lejos
de las gaviotas de salmuera
sueño que el mar me abraza turbio
y en sus entrañas me abandona

yo sé que el mar es la respuesta
a nadie a nada

TUTELAS

Soy observado
cuando abro la ventana y el sol vuelve
y pongo torpemente al día
mis ojos de la noche con la calle de hoy

cuando voy a la esquina
a comprar la tristeza del periódico
y espero distraído la luz verde
soy observado

cuando me encuentro en el café
con el amigo o los amigos o la amiga
y comentamos todo a diario abierto
soy observado atentamente

cuando miro la palma de mi mano
o despejo la niebla de mis lentes
o llamo inútilmente por teléfono
soy observado

no por mi trémula conciencia
ni por la sed de una memoria
ni por un prójimo llamado dios
ni por el búho del prejuicio

no como un sueño o un pecado
no como un mar o una frontera
soy observado atentamente
tan sólo como una costumbre

MALVENIDA

Aunque te prendan
en el pecho
medallas y su prez
tu culpa se demora
en algún ofertorio
y falta sin aviso
al agasajo

entre el follaje
o extramuros
las víctimas errantes
balbucean
con los ojos abiertos

tu culpa
no es disculpa
las velas que apagaste
volvieron a encenderse
y a duras penas
sirven
para tu malvenida

entre el follaje
o extramuros
las víctimas errantes
no consiguen
borrarte de sus muertes

MÁSCARA

Ahora me doy cuenta
el carnaval no te concierne
en cualquier mes o clima
buscas tu máscara y la usas

el carnaval es de los otros
tiene tu máscara un realce
privado / sólo tuyo

el carnaval delirio ajeno
dura unos días
llega y muere

tu máscara es en cambio
tu atributo invariable
tu universal carencia
tu larga duración

¿contra quién?
¿para quién?
¿en cualquier mes o clima?

tus labios son los de tu máscara
tus ojos son los de tu máscara
¿serás tu máscara?
serás / qué duda cabe

pero tu rostro no te olvida

COMO CANTOS RODADOS

Aunque cueste creerlo
la boca que convoca hacia el perdón
del asesino insustituible
es la misma que dijo
esa misma
la misma

a comenzar entonces
desde cero

el río como mar deja cadáveres
pero son / oh prodigio / de medusas
también la paz nos lame
en modestas olitas
somos felices como cantos rodados

en cada olvido está el recuerdo
en cada escombros brilla el sol
en cada vaina está la espada

no nos queda otra opción
que ser felices

las de los árboles que pierden
las del pregón y el almanaque
allá se van las hojas muertas

pero la boca que convoca
nos ha ordenado ser felices
y que los muertos díscolos
en su lugar
descansen

CAVILACIÓN DEL CENTINELA

Dicen predicen notifican
que esta quietud del aire
no consiente el olvido

que en cualquier bruma o duelo
puede avanzar el odio
hollando las cosechas calcinadas

miro a mansalva
cerca y lejos
harto de miedos y rebatos
trato de avizorar en la apariencia

aunque imagine pasos torpes
yo como un duende un emboscado
sigo los rastros cardinales
y nadie viene
y sé que vienen

agazapados en la niebla
en la cautela en el silencio
con las bengalas apagadas
los sé contiguos

¿atacarán? yo como siempre
patrullo a solas

sin embargo
mi salvaguarda sólo vale
si es la de todos

VIÑETAS DE MI VIÑEDO

CADA NOCHE

Cada noche es una noche
distinta de las demás
uno se duerme y sin más
del sueño emerge el reproche
cada noche es un derroche
de goce o de desconsuelo
se vuela en absurdo vuelo
pero si soñando a tientas
uno empieza a sacar cuentas
allí comienza el desvelo

LA FE

Culpable y convicto ¿qué
te pasa? ¿se fue el pasado
y resulta que has quebrado
las franquicias de la fe?
¿quieres saber el porqué?
mira / la fe es un azar
que tras mucho mendigar
viene o se va sin aviso
deja pues el paraíso
y húndete solo en el mar.

EL OLVIDO

El olvido no es victoria
sobre el mal ni sobre nada
y si es la forma velada
de burlarse de la historia
para eso está la memoria
que se abre de par en par
en busca de algún lugar
que devuelva lo perdido
no olvida el que finge olvido
sino el que puede olvidar

CARTA A UN JOVEN POETA

Me gusta que te sientas parricida
nos hace bien a todos

a vos
porque es una constancia
de que existís
enhorabuena

y a nosotros también
porque es un signo
de que estamos
o estuvimos
aquí

en cambio qué tristeza
sería para todos
que te sintieras
huérfano

CONFIDENCIAL

Fueron jóvenes los viejos
pero la vida se ha ido
desgranando en el espejo

y serán viejos los jóvenes
pero no lo divulguemos
que hasta las paredes oyen

HISTORIA DE UNA PERA*

a Clarina Vicens

Esta pera de pájaros pintados
como el río de nuestro nacimiento
encomienda sus huéspedes al viento
y se atiene a los obvios resultados

los pájaros / ni cortos ni sagrados
transfiguran la pera en su alimento
y uno solo regresa sin aliento
a pagar con semilla sus bocados

clarina / más confiada que paciente
se queda del nuevo árbol a la espera
hasta que éste se eleva confidente

y le pide en secreto / a su manera
que reanude ese ciclo permanente
y colme de otros pájaros la pera

* Este soneto alude a *Historia de una pera*, carpeta de pinturas de Clarina Vicens.

VIÑETAS DE MI VIÑEDO

1

Todo sigue en su sitio
lo de arriba allá arriba
lo de abajo aquí abajo
ay qué monotonía

2

La nieve pone fundas
blancas sobre las blancas
blanquísimas angustias

3

Si a dios amas sobre todo
prescinde de que él te ame
no pidas peras al olmo

4

Señor si tú me creyeras
cuando digo que no existes
seguro que sonreirías
flotando en tu nada triste

5

Lo que quieren los suicidas
es confiscarle a la muerte
algunos palmos de vida

6

La muerte llegó gratuita
a eso de la medianoche
no son horas de visita

7

Humor de montevideo /
al lado del camposanto
una empresa que fabrica
papeles parafinados

8

Lo mejor del carnaval
es que te pones tu rostro
y nadie lo va a notar

9

Agravios dan escozores
pero al cabo de un semestre
me aburro de mis rencores

10

El sueño que se repite
nos da ganas de soñar
para saber cómo sigue

11

En menos que canta un gallo
pasó de siniestro a diestro
mejor es no meneallo

12

Siempre me miro en tus ojos
y si en mis ojos te miras
todo queda entre nosotros

13

Cada vez que te enamores
no expliques a nadie nada
deja que el amor te invada
sin entrar en pormenores

14

Privilegios de la cama
en ella se nace y muere
se sufre se sueña y ama

15

Se terminó el asedio
del invierno a destajo
del reló y el trabajo

ya no tengo remedio
tan sólo tedio

16

Usted señor transeúnte
y forastero quizá
si no sabe adónde va
a mí no me lo pregunte

17

Afable se hace mi voz
con el tira que me espía
buenas noches nos dé dios
mañana será otro día

18

En el todo y el detalle
en las vueltas del camino
y en las sombras de la calle
¿quién que es / no es clandestino?

19

Se le corrió la peluca
y por eso ya no mira
con los ojos de la nuca

20

Aquí te dejo las rimas
aprende a bien colocarlas
después si quieres las tiras

21

El llanto más doloroso
es el que no tiene lágrimas
por más que uno se emborrache
de tragarlas y tragarlas

22

Capricho del fuero interno
caso de fuerza mayor
la primavera es mejor
mirada desde el invierno

23

Mi verano no fue eterno
ni duradero siquiera
y además mi primavera
otoñó con tanto invierno

24

La floresta la manigua
y la arboleda son verdes
porque son ecologistas

25

Usaba el profe quevedos
en la nariz respingona
y sin embargo enseñaba
las soledades de góngora

IL CUORE

WHEN YOU ARE SMILING

When you are smiling
ocurre que tu sonrisa es la sobreviviente
la estela que en ti dejó el futuro
la memoria del horror y la esperanza
la huella de tus pasos en el mar
el sabor de la piel y su tristeza

when you are smiling
the whole world
que también vela por su amargura
smiles with you

IL CUORE

Ya nadie graba
en las paredes
en los troncos
 luis y maría
 raquel y carlos
 marta y alfonso
junto a dos corazones
enlazados

ahora las parejas
leen esas vetustas
incómodas ternuras
en las paredes
en los troncos
y comentan
 qué ñoños
antes de separarse
para siempre

EPIGRAMA

Como espande un sesentón cuando logra vencer por dos
pulgadas al bisoño que intentó conseguir el único
asiento libre

como bienquiere el contribuyente silvestre a la cajera
número cuatro en el momento de enfrentarla tras
dos horas de cola

como acoge el deudor la noticia de que ha fallecido su
acreedor más implacable

como suele compungirse la buena gente si el locutor no
advierte a tiempo la traicionera errata que lo
acecha en el cable llegado a última hora.

como el prójimo que permanece enjabonado bajo la
ducha a causa de un corte imprevisto y al cabo de
tres minutos se solaza al advertir que el agua vuelve
a manar sin usura

como el chofer que se reconcilia con la vida tras esquivar
limpiamente un desbocado camión con tres
containers

como el adolescente que ama los decibeles más que a sí
mismo

así trifena mía aproximadamente así suelo quererte

MEDIOS DE COMUNICACIÓN

No es preciso que sea mensajera /
la paloma sencilla en tu ventana
te informa que el dolor
empieza a columpiarse en el olvido

y llego desde mí para decirte
que están el río el girasol la estrella
rodando sin apuro /
el futuro se acerca a conocerte

ya lo sabes / sin tropos ni bengalas
la traducción mejor es boca a boca
en el beso bilingüe
van circulando dulces las noticias

INFORME SOBRE CARICIAS

1

La caricia es un lenguaje
si tus caricias me hablan
no quisiera que se callen

2

La caricia no es la copia
de otra caricia lejana
es una nueva versión
casi siempre mejorada

3

Es la fiesta de la piel
la caricia mientras dura
y cuando se aleja deja
sin amparo a la lujuria

4

Las caricias de los sueños
que son prodigio y encanto
adolecen de un defecto
no tienen tacto

5

Como aventura y enigma
la caricia empieza antes
de convertirse en caricia

6

Es claro que lo mejor
no es la caricia en sí misma
sino su continuación

CADA CIUDAD PUEDE SER OTRA

*los amorosos son los que abandonan,
son los que cambian, los que olvidan.*

JAIME SABINES

Cada ciudad puede ser otra
cuando el amor la transfigura
cada ciudad puede ser tantas
como amorosos la recorren

el amor pasa por los parques
casi sin verlos pero amándolos
entre la fiesta de los pájaros
y la homilía de los pinos

cada ciudad puede ser otra
cuando el amor pinta los muros
y de los rostros que atardecen
uno es el rostro del amor

el amor viene y va y regresa
y la ciudad es el testigo
de sus abrazos y crepúsculos
de sus bonanzas y aguaceros

y si el amor se va y no vuelve
la ciudad carga con su otoño
ya que le quedan sólo el duelo
y las estatuas del amor

PREGUNTAS AL AZAR

1986

*a luz
este brindis
por el regreso*

*Le hasard c'est peut-être le pseudonyme
de Dieu, quand il ne veut pas signer.*

ANATOLE FRANCE

*Amigo, tú de cara demudada.
¿Qué haces tú preguntando
por ti mismo?*

LÍBER FALCO

NOTA

Los ochenta poemas y canciones que integran este libro fueron escritos en su casi totalidad durante 1984 y 1985. Los dos únicos textos anteriores son: "Homenaje", publicado en 1982 con motivo de los ochenta años del poeta cubano Nicolás Guillén, y "La acústica de Epidauros", proveniente de mi novela *Primavera con una esquina rota*, publicada también en 1982.

El volumen incluye asimismo varias letras de canciones. "Ésta es mi casa" y "Lento pero viene" han sido musicalizadas por Alberto Favero e integraron el repertorio de Nacha Guevara. Las diez canciones de *El sur también existe* fueron especialmente escritas para el disco, así titulado, de Joan Manuel Serrat.

Tanto en el caso de Favero como en el de Serrat, las letras musicalizadas suelen tener como antecedente poemas anteriores, pero al adoptar la forma de canciones debí efectuar cambios sustanciales en su texto, en su extensión o en su estructura. Es en razón de esas variantes que también figuran en este nuevo libro.

Por último, "Botella al mar" es la nueva versión de otro poema, así titulado pero mucho más breve, publicado en 1979.

M.B.

EXPECTATIVAS

VIAJO

Viajo como los nómades
pero con una diferencia
carezco totalmente
de vocación viajera

sé que el mundo es espléndido
y brutal

viajo como las naves migratorias
pero con una diferencia
nunca puedo arrancarme
del invierno

sé que el mundo es benévolo
y feroz

viajo como las dóciles cometas
pero con una diferencia
nunca llego a encontrarme
con el cielo

sé que el mundo es eterno
y agoniza

TODO ESTÁ LEJOS

Todo está lejos
pero es un modo de decir
en realidad no tengo patrón universal
para medir cercanos y remotos

los bienaventurados se escabullen
detrás de nieblas o de muertes
los bienodiados zarpan o sonríen
con esa impunidad que da el rencor

todo está cerca
pero es un modo de decir

no me atrevo a tocar a la contigua
a pesar de la piel que me reclama

soy tres o cuatro islas
pero no un archipiélago
un exorcismo sin demonio
un halo sin bendito

todo está lejos
yo mismo empiezo a estarlo
colgado del penúltimo horizonte
ese trapecio que no tiene red

todo está lejos
pero es un modo de decir

en mi mejor historia
ha habido lontananzas a granel
y mi experiencia dice
que lo remoto a veces se aproxima

EXPECTATIVAS

Ahora tengo fecha
las preguntas y dudas convocadas
son formas de nacer en lo nacido

he quedado en suspenso
lo espero todo y ya no espero nada

sé que no soy el mismo y soy el mismo
cuando al fin se abra la muralla
la primera nostalgia entrará lentamente
con cuidado infinito y con un bastón blanco

COSAS A HALLAR

Hallaré a tantos
como se proponga
la piel de mis quimeras

hallaré los presagios de los jóvenes
los años ya sin fondo de mi madre
todo el pasado y sus señales de humo

hallaré la pobreza y las miradas
las esquinas del viento y del amor
los lugares comunes
y los extraordinarios

hallaré el mar filtrado por los pinos
la lucha hecha salitre y abandono
el ámbito de sol
el desolado

queda por ver lo que hallaré escondido
tras de los muros o entre las cenizas
y lo que no hallaré de ningún modo

faltarán muchos
tantos
que no darán abasto
las fábricas de olvido

EL PUENTE

Para cruzarlo o para no cruzarlo
ahí está el puente

en la otra orilla alguien me espera
con un durazno y un país

traigo conmigo ofrendas desusadas
entre ellas un paraguas de ombligo de madera
un libro con los pánicos en blanco
y una guitarra que no sé abrazar

vengo con las mejillas del insomnio
los pañuelos del mar y de las paces
las tímidas pancartas del dolor
las liturgias del beso y de la sombra

nunca he traído tantas cosas
nunca he venido con tan poco

ahí está el puente
para cruzarlo o para no cruzarlo
yo lo voy a cruzar
sin prevenciones

en la otra orilla alguien me espera
con un durazno y un país

PREGUNTAS AL AZAR (1)

¿Dónde está mi país?
¿junto al río o al borde de la noche?
¿en un pasado del que no hay que hablar
o en el mejor de los agujeros?
¿dónde?
¿en la desolación de la memoria?
¿en el otoño de la gracia
o en el oasis de los quietos?
¿en los ahora libres calabozos
o en las celdas de fantasmas asiduos?
¿dónde está mi país?
¿en las manos abiertas y aprendices
o en los muñones del remordimiento?
¿simplemente en el sur?
¿en qué pronóstico o escape?
¿en qué repliegue del dolor?
¿lo llevo acaso en mí?
¿me espera en sueños?
¿en qué sueños?
¿dónde está mi país?
¿debajo de qué nube?
¿sobre cuántos despojos?
¿metido en qué fragores?
¿lindante con qué alivios?
¿rostro en qué piedra o ciénaga?
¿crepitando de enigmas?
¿incontable de amores?
¿asceta en qué triunfo?
¿pulso de qué candombe?
¿postergado en qué olvido?
¿dónde está mi país?
¿seré sordo a su viejo cuchicheo

o ciego ante el tizón de sus crepúsculos?
¿dónde está? ¿o estará?
¿en qué rincón o pedacito
de miedo poco ilustre?
¿en qué grito o clarín?
¿en qué alma o almario?
¿dónde?
¿en la atroz misericordia
o en la plena sustancia?
¿en qué muralla o huerto?
¿en qué alcurnia o tinglado?
¿en qué tango o campana?
¿dónde?
¿no cesaré jamás de preguntarlo?
¿nunca vendrá a mi encuentro?
y si viene
¿con quién?
¿dónde está mi país?
¿en qué destino o alucinación?
¿en qué nido de hornero?
¿o de víbora?
¿o de ángeles?
¿en qué altivez de faro tenue?
¿dónde?
¿en la frontera del teléfono?
¿en la parcela de la suspicacia?
¿socio de la quimera?
¿partido en dos?
¿o en tres?
¿callado?
¿dulce ya de alaridos?
¿extenuado de tránsitos?
¿dónde está mi país?
¿en el invierno?
¿en la casi agobiante
tensión de la esperanza?
¿en la alegre pesquisa de los niños?
¿en el clavel de la amnistía?

¿en las deudas de gulliver?
¿en las huellas del pánico?
¿está en los que no están?
¿en el montón de la penuria?
¿en los umbrales y fogones?
¿en el incandescente laconismo de ibero?
¿en la muerte incurable de zelmar?
¿en el enjambre que irrumpió en la calle?
¿en el felón impune?
¿dónde?
¿en el pan que amanece
pese a todo?
¿en la bondad endémica?
¿en el regreso de los nietos pródigos?
¿en los que vienen a morir en casa?
¿en los que nacen desvalidamente?
¿dónde?
¿dónde está mi país?
¿será que estuvo
está conmigo?
¿que viene y va conmigo?
¿que al fin llega conmigo
a mi país?

RESCATES

AQUÍ

Lo reconstruyo todo signo a signo
y así me reconozco todavía
en estas calles que caminan lentas
por el otoño tantas veces dicho

lo bueno es la tristeza repentina
el sortilegio ante un postigo verde
andar al sol como un convaleciente
mirarlo todo respirarlo todo

cuelgo la soledad en el perchero
y ella me mira con sus ojos pardos
entonces me conmueve y la descuelgo
y la llevo conmigo a conocerme

pues andar por las calles es saberme
es admitir que soy de esta bicoca
aquí pasé vestido por la infancia
desarropado por edades varias

aquí aprendí a leer todos los símbolos
aquí aprendí a volar y a derrumbarme
a cantar para adentro *mano a mano*
malena y *bandoneón arrabalero*

aquí tuve mis nieblas mis garúas
un teléfono harto de amenazas
la magia de los jóvenes y un tira
que me fotografiaba escrupuloso

aquí fui réprobo violento tierno
fueron conmigo tiernos y violentos
tengo puertas de amor ventanas de odio
bocas que ultrajan o que besan

aquí no me aburrí viví sin tedio
nunca me empalagué de esta dulzura
las olas de tristeza me anegaron
pero sobreviví como dispensa

aquí naciente aquí tan existido
tan crónica de siempre y jamases
conozco sus alertas como halagos
sus salvaguardias como tapias

aquí del mar aquí de la pradera
aquí del pobre aquí de la osadía
aquí visto de allá tan impreciso
aquí visto de aquí tan transparente

revivo aquí con esperanza y duelo
me reconstruyo aquí y me reconozco
en estas calles que caminan lentas
por el otoño tantas veces dicho

VOLVER LA PÁGINA

Es mi lugar
mi cielo
mi almohada
mis insultos

soy el que soy porque los otros son
hay una historia en cada amanecer
y en cada transparencia del crepúsculo

estuve doce años sin volver esta página
esperando su letra sus estampas
imaginando cosas que no dice
pero que eran igualmente ciertas

sin volver esta página
nadie puede ser alguien

puede sumar paisajes
rascacielos torrentes
muchedumbres fronteras
puede coleccionar amores y sabores
aplausos y abucheos
manjares y limosnas
los rumbos los atajos
las diferencias las indiferencias
la solidaridad y el exorcismo

las ofertas sabrosas los escándalos
los dedos que señalan y los brazos abiertos
los escarmientos y las recompensas
los portazos y las convocatorias

y sin embargo es cierto
sin volver esta página
nadie puede ser alguien

RESCATES

*muriendo de costumbre
y llorando de oído*

CÉSAR VALLEJO

Este regreso no era obligatorio
sin embargo
la mano encuentra su cuchara
el paso su baldosa
el corazón su golpe de madera
el abrazo su brazo o su cintura
la pregunta su alguien
los ojos su horizonte
la mejilla su beso o su garúa
el orgullo su dulce fundamento
el pellejo su otoño
la memoria su rostro decisivo
los rencores su vaina
el reloj su lujuria tempranera
el dolor su no olvido o su neblina
el paladar sus uvas
el loor su desastre
la nostalgia su lecho

o sea
perdón vallejo
aquí estoy otra vez
viviendo de costumbre
celebrando de oído

AGUACERO

La calle brilla para la ocasión
llueve sobre mis nervios bienvenidos
el aguacero me repara
no sé qué lava en mí
tal vez siluetas o intenciones

llueve australmente
sin barruntos
sin desdén y sin cálculo
y las gotas que purgan los cristales
e inundan miserable el arrabal
son las gotas de siempre
hijas o nietas de otras lluvias
que chapotearon mis zapatos
un mayo y un agosto
hace mil años

mi paraguas se abre a duras penas
es un paraguas alemán
un knirp
hecho para los duros chaparrones de münchen
y no para esta ducha
eterna encubridora
que reza anhelos mientras cae
canta milongas mientras fluye
hace reproches
moja excusas
dice un pregón sobre las latas
y apaga el eco en los charquitos

llueve de veras
con cadencia propia
por eso se rehace la nata de basuras
esa que roza todas las veredas
y va enseñando sus prodigios
hasta el desagüe o infortunio

el acullá estará reseco
habrá neptunos con la lengua afuera
parvas sedientas
saña sin oasis
terrones como piedras o verdugos

pero aquí el cielo se derrama
llueve por las junturas del ocaso
desde las copas de los plátanos
con las sirenas de los barcos
llueve corriendo y recorriendo
los toboganes de las tejas
regando a baldes
o llorando a ríos

mi lluvia es ésta
la descalza
la venerable del peldaño
la desigual del adoquín
la que se escurre entre los tristes
y hace sus propios socavones
la del silencio con goteras
la de quebrantos de cebolla
después de todo la que suelta el frío
y forma el barro de la patria

CON LOS OBJETOS

Hay los objetos consabidos
otros recién llegados pero todos
se mueven en su estante buscan sol
igual que en otros tiempos

yo también busco sol
tranquilo en mi anaquel
alguien vendrá con un plumero
para dejarnos presentables

las paredes observan no se entregan
arrian cuadros y almanaques
tienen vergüenza cambian de color
descascaradas hacen lo que pueden

descascarado yo también arrimo
mis prevenciones y otras naturalezas muertas
en un clavo vacante las cuelgo desparejas
luego las enderezo por las dudas

sobresaltado el mundo me hace signos
más allá del cristal y las cortinas
no es hora de tañir las reflexiones
sino de buscar sol yo y los objetos

y llega el sol por fin más amarillo
o más blanco o más verde o más naranja
que el de mis doce últimos años y desengaños
llega el sol y me entibia la mejilla el oído

hay polvo en el ambiente y una mosca
estornudo y la espanto para siempre
hay sillones con nadie
hay un silencio diferente y sordo

me levanto camino oigo mis pasos
como un eco de mis pasos de ayer
cuánta sombra ha pasado cuánto asco
cuánta melancolía cuánto espejo

como bebo mástico paladeo el sabor
disfruto aquel en que crecí hace siglos
hago crujir el pan deslizo el dulce
saboreo las claves del regreso

ESE HILO DE VOZ

Cada uno es de un sitio
pero un sitio no es sólo maravillas
sino también horrores
y carencias

en la calle
en el quiosco
en el mercado
la buena gente es pobre y generosa
tiene la billetera sin billetes
pero en el corazón corazonadas

casi no se habla del pasado estéril
lo venidero acopia recelos y confianzas
los postigos se abren a deshora
para mirar a los que llegan
con su rubor de intrusos

el horror no está hecho de pregones
es simplemente un aire que circula
un antiguo bramido que ahora es bocanada
de memoria marchita
de tristeza

el horror es un túnel insondable
que asoma en las miradas
o hace temblar las manos
o envenena el suspiro

es la piel humillada
un escombros tangible
un insomnio de sangre
una quimera
tan primorosamente real que casi duele

el horror es un coro
de voces remotísimas

las carencias en cambio
se advierten en la calle
se agitan en pancartas y clamores
son marcas del harapo
estelas del mendigo
referencias del hambre

las carencias indagan
encuentran responsables
y los acusan perentoriamente

todos hablan
hablamos de carencias
hasta volvernos sordos
de pudor y de rabia

quizá para que nadie
reconozca o escuche
ese hilo de voz que es el horror

LOS LIBERADOS

Los encuentro felices luminosos
incrédulos lozanos
no saben todavía qué hacer con este mundo
que los mira pasar o los recibe
con asombro y con lágrimas

sus cuerpos tienen señas para siempre
su mirada es un pozo
de dolor comprendido a duras penas

todavía sus ojos no se abren
de par en par
apenas son resquicios
que no entregan
que buscan
que proponen

son diez años más viejos
y más jóvenes
diez años de castigos y de juegos
con el muro y sus manchas
odios descabezados
amores en las largas noches de ojos abiertos
proyectos tumultuosos e imposibles
el pájaro de todos
la jornada sin nadie

los encuentro tan tiernos y tan ásperos
tan lejanos de pronto
y tan contiguos
tan orgullosos de su nuevo pelo
de su flamante voz y sus camisas

de sus lecturas y sus escrituras
que me parecen luces de otra fiesta
cual si su sol fuera otro sol
y el tiempo
para ellos corriera en otro ritmo
en otra esfera
en otros almanaques

son diez años más torpes y más duchos
diez años de martirios y de oráculo
diez años sin espejo

todavía no hacen buenas migas
con ese viejo rostro familiar
no están acostumbrados a unos gestos tan suyos
ignoran cómo son para los otros
y acaso cómo son para sí mismos
pero en cambio conocen
y al cabo de este trecho ya no importa
todos los vericuetos del rencor desolado

los encuentro puntuales y rehechos
con su verde reserva de delirios
con la asunción corriente de su cuerpo
los sueños de cualquier resucitado
el cigarrillo que no se podía

los hallo temerarios y de estreno
con el viejo coraje hecho un ovillo
y un mar de expectativas
organizadas en el horizonte

FRANJAS REHENES

En mi ciudad hay varios espantos invisibles
pero también existen los visibles
el más de todos es un monumento
que planearon levantaron
y sobre todo inauguraron
los desenfados del poder

desde lejos podría tomarse por un dolmen
de más lejos aún por un menhir
ah pero desde cerca es un pleonasmio
una tabarra una matraca
un baldón chantapufi
una blasfemia
una manía contra la bandera

ella se abraza al asta de cemento
¿dónde se ha visto un asta de cemento?
como una bufanda irremediable
y el rugoso la veja la escarnece
en cada nueva ráfaga la humilla
la arrolla enfurecido y la despliega
así hasta hacer que de sus nueve franjas
queden tan sólo siete o seis y media

por si todo eso fuera poco
el espantajo tiene alas
más bien paletas de cemento

no es una ofensa es un sepelio
una mortaja a la bandera
cuando no hay viento se retrae
y cuando llueve llora y pide

que no la dejen
sola y cautiva

claro que no
estamos haciendo
una pancarta de amnistía
para las nueve pobres franjas
las nueve franjas azotadas
tan corajudas
tan rehenes

INFANCIAS

Cuando me fui eran chiquilines
tenían un rabioso
alrededor de púas
la racha intransigente les quitaba
padres tíos maestras

eran gurises de ojos grandes despabilados
que contemplaban en silencio
las encerronas las caídas
las levantadas los adioses

entierro tras entierro
fueron y regresaron
asidos a las manos de los sobrevivientes
así fue que empezaron a conocer temprano
nudillos en la puerta
nudos en la garganta
la obligación de no llorar
ser los leprosos de la clase

eran botijas de otra infancia
sin julio verne ni salgari
pero eso sí con excursiones
quincenales a ver barrotes
a ver barrotes con caricias
besos volados y pañuelos

eran gurises de otra infancia
con menos padres de lo programado
con abuelas y abuelos más o menos transidos
de asumir la penumbra
infancia de otros juegos taciturnos
y tardes largas sin explicaciones

cuando me fui eran pibes
si bien callaban las preguntas
se despertaban preguntándose
por qué encerronas
por qué autopsias
por qué no están
por qué la madre

cuando me fui eran niños
hoy han crecido con las calles
con los plurales
con la bronca

son hombres y mujeres cuerdos
que escriben cartas y hacen hijos
y en los estadios y en las plazas
cantan al aire casi libre
como los perros a la luna
pero en la noche sacan cuentas
y duermen con un ojo abierto

quizá entre todos les debemos
la infancia que no disfrutaron
la gloria gratis de ser niños
sin la cabal noción de serlo

ser niños solamente eso
con madres y con tíos y maestros
madrinas y padrinos
la infancia sin prisiones
sin fotos en los diarios
sin entierros ni nubes
de sorpresa o de duelo

ahora son adultos
escasamente adultos
y pueden preguntarnos
a los abuelos pródigos

cómo es eso
el exilio
cómo fueron los años iniciales
la ruptura
con tantas cosas tantas
qué ruinas olvidamos
qué suertes aprendimos
que si volvemos
que si volveremos
del todo o sólo en partes

pero en el fondo la pregunta clave
es justamente la que no formulan
cómo era la infancia indiscutible
la nuestra
la viejísima
la apolillada de los años veinte
la desteñida de los treinta
cuando había domingos y padres y maestras
y tíos y madrinas

y cumpleaños del viejo y ravioladas
y la playa de todos y el estadio

y la palabra cárcel
era apenas la historia de un lejano
conde de montecristo

LA MADRE AHORA

Doce años atrás
cuando tuve que irme
dejé a mi madre junto a su ventana
mirando la avenida

ahora la recobro
sólo con un bastón de diferencia

en doce años transcurrieron
ante su ventanal algunas cosas
desfiles y redadas
fugas estudiantiles
muchedumbres
puños rabiosos
y gases de lágrimas
provocaciones
tiros lejos
festejos oficiales
banderas clandestinas
vivas recuperados

después de doce años
mi madre sigue en su ventana
mirando la avenida

o acaso no la mira
sólo repasa sus adentros
no sé si de reojo o de hito en hito
sin pestañear siquiera

páginas sepias de obsesiones
con un padrastro que le hacía
enderezar clavos y clavos
o con mi abuela la francesa
que destilaba sortilegios
o con su hermano el insociable
que nunca quiso trabajar

tantos rodeos me imagino
cuando fue jefa en una tienda
cuando hizo ropa para niños
y unos conejos de colores
que todo el mundo le elogiaba

mi hermano enfermo o yo con tifus
mi padre bueno y derrotado
por tres o cuatro embustes
pero sonriente y luminoso
cuando la fuente era de ñoquis

ella repasa sus adentros
ochenta y siete años de grises
sigue pensando distraída
y algún acento de ternura
se le ha escapado como un hilo
que no se encuentra con su aguja

cómo quisiera comprenderla
cuando la veo igual que antes
desperdiciando la avenida

pero a esta altura qué otra cosa
puedo hacer yo que divertirla
con cuentos ciertos o inventados
comprarle una tele nueva
o alcanzarle su bastón

PARAÍSO

Qué suerte haber vivido
para traer conmigo la confianza
la eternidad caduca
la infancia sin aurora
la penitencia que es un oropel
la poca gloria esa noticia
que es anticipo del olvido

qué suerte haber llegado
a tiempo para andar en este mayo
afluente de la paz o la congoja
prolegómeno tibio merecido
de otra quietud que espera
sin juicio ni prejuicio
finales
infallibles

qué suerte haber usado
aquel chorro de tiempo
errante y esparcido
para limpiar el cráneo
de vanidades y adherencias
y rescatar el amor náufrago
ese que no reclama juramentos ni pétalos

qué suerte haber sabido
que el sol espera que la lluvia espera
que los ojos esperan o esperaban
que el impulso las alucinaciones
los cipreses las manos el vacío
el ceño las palomas el oleaje
esperan o esperaban

qué suerte haber hallado
el plato de mis uvas
la piel de mis jadeos
la expectativa del atardecer
el orgullo sin mármol
la esquina de nosotros
en fin el insolvente paraíso

JUEVES DE IMPRENTA

*para presentes y ausentes
de Marcha/Brecha*

Son incontables jueves
de babel y galeras
de berrinches con sorna
de gritos en el cielo
de orden y de caos
de clisés que no llegan
de asedios no oficiales

son muchos años jueves
de propaganda exigua
de dedos entintados
de pequeñas traiciones
de invisibles lealtades
de opiniones sin dádiva
de máquinas de estruendo

son muchos miedos jueves
con gravosas franquezas
horrores en recuadro
riesgo a cinco columnas
teléfonos de odio
corazón en la boca
presagios sin amén

son muchos nombres jueves
que no voy a nombrar
salvo al jefe don carlos
con honor sin honores
siempre en camisa blanca

escribiendo allá arriba
con su letra imponente

son muchas sombras jueves
que estaban y no están
descoyuntadas ágiles
amargas y jocundas
memoriosas y llanas
rebeldes y tiernísimas
almas a quemarropa

muchos cíceros jueves
matrices planchas tipos
estropeados vetustos
con erratas y achaques
ufanos de medir
verdades y bochornos
opciones y certezas

son muchas cumbres jueves
de gracia y optimismo
y quijano que urgía
cordura a contrapelo
para despabilarnos
y que no confundiéramos
espejismo y oasis

es mucho taller jueves
mucho azar transcurrido
muy largo aprendizaje
como para dejarlo
así nomás inmóvil
y no hacerlo aventura
y resguardo y noticia

PAÍS DESPUÉS

LAS ACTAS DEL RENCOR

Poco a poco el rencor me va invadiendo
animaliza mi ánima lisa
me presta garras iras maldiciones
me sobresalta la paciencia boba
me pule el odio como para buitres
me pone en ascuas y ascos

abro el libro y aprendo
la historia del rencor sus pormenores
sus pautas y posibles desarrollos
sus heredados instrumentos

sin embargo me espera una sorpresa
cuando cierro el breviario
me queda entre las manos
un borde desalmado y desarmado
un rastro que me aburre
sin prestigio y sin médula

entonces me reduzco a lo que soy
vacío de herramientas culturales
cierro los ojos pero
qué voy a hacer
no sueño con perdones

PASARON NUEVE AÑOS

Bueno zelmar
pasaron nueve años
y las bisagras del país se quejan
rechinan dulcemente

nadie va a preguntar
cosas sabidas

quién no conoce
la patria de tu muerte
el resplandor

quiero decirte
aunque te lo figures
que estás en cada pulso
en cada suerte

que rafael
te está dejando bien
en general la gente
te está dejando bien

pero siempre hay alguno
veterano o tiernito
que en los momentos claves
dice

como un ensalmo
si zelmar estuviera

nueve años
y las bisagras del país se quejan
rechinan dulcemente

nadie va a preguntar
cosas sabidas
pero cuántas preguntas
cuántas buenas preguntas
si estuvieras

ESTOS Y OTROS MENDIGOS

Todo el mundo lo admite
antes no había
y ahora nos asombra que aparezcan
en la calle en el quiosco en las esquinas
concurran a las puertas a los timbres
al olor a churrasco y a café

llegan con una extraña dignidad
sin llagas desahuciadas ni muñones
ni infantes de chantaje o de mentira
sin puta vocación de ser mendigos

no claman por monedas
acostumbradamente tienen hambre
dicen que pan bocados algo
pero al dejar constancia no se humillan
no pierden el respeto de sí mismos

tan sólo tienen hambre y no es vergüenza
decir que pan bocados algo
y mejor todavía si es trabajo
tienen hambruna de faenas
saben que no hay vacantes
pero igualmente están
famélicos de ocio
ansiosos de jornales
vacíos sin embargo de rencor

la obstinación la llevan
como si fuera una corbata gris
esas que nadie nota
dicen que pan bocados algo

consuelo no reclaman
sólo al presente aspiran

tienen sus opiniones sobre el tiempo
y sobre el fondo monetario
y sobre las virtudes teologales
pero no las prodigan
no desmenuzan nada salvo el pan
si lo tienen

hablan lo estrictamente innecesario
para que la abundancia los entienda
no los inscriba en la piedad
dicen que pan bocados algo
el flan puede llegar a ser una quimera
el dulce de zapallo una utopía
la comprensión una galaxia

para los ricos de solemnidad
esta gratuita bancarrota es nada
la privación un tris
la penuria una mosca
el hambre una historieta

es cierto antes no había
o quién sabe
si no eran otros los menesterosos
los oportunos mendicantes
los pordioseros de poder

esos que por la noche flagelaban a escote
para hacer boca y méritos

no eran pobres de espíritu
no arrastraban consigo la miseria
sólo eran miserables
y no es poco

ésos no piden hoy mendrugos ni disculpas
saben que no hay vacantes
ni en el escalafón ni en la memoria

tan sólo sueñan ocasionalmente
que acuden a una puerta
y ésta se abre fantasmal
y alguien una muchacha
dice quiero vivir
quiero otra vez vivir

y ellos se mueren de miseria
no tienen más remedio que morir
sin decir pan bocados algo
sin decir nada hasta que se despiertan
para seguir muriendo
aunque no mueran

DETRÁS DEL HUMO

Detrás del humo estamos todos
saciados o anhelantes
diezmados o furtivos
los jóvenes que fuimos
y sorprendentemente ya no somos
los horizontes tan cercanos
los hombros que se encogen
la espiral que fue círculo
los por entonces libres
y hoy solamente dueños
los desafíos y la gracia
la sumisión y el descabro
el primer territorio
libre de matemáticas
el espejismo de la lluvia
los anticuerpos de la pena
y aquel instante decisivo
la confortable dulce medianoche
o el riesgo de ser riesgo

en una u otra juventud
atardeceres como esponjas
esa baraja del amor
árboles como biombos
martirios en teoría
rostros que sin quererlo se dibujan
y nunca más pueden borrarse
pánicos que no eran
otra cosa que sueños
y sueños que no eran
otra cosa que sueños

detrás del humo estamos todos
precisamente cuando
creíamos hallar
las huellas imposibles
el mensaje cifrado
la luna ojo de dios

en una u otra juventud
entonces no sabíamos
que eran tan distintas
que se trataba de una extraña
bifurcación un tímido reparto
el garfio para algunos
para otros el guante
para unos pocos la mano desnuda

detrás del humo
todo está indócil todavía
tiene la turbiedad de lo pasado

detrás del humo queda el borrador
de todos los destinos
posibles
e imposibles

y pensándolo bien
así imperfecta

a trazos
con erratas borrones tachaduras
así de exigua y frágil
así de impura y torpe
incanjeable y hermosa
está la vida

PAÍS DESPUÉS

Después de tanta quietud tanto silencio
el país gira como un trompo
llega a la orilla de las decisiones
de las falencias y del optimismo
cada uno lleva su ramillete de ganas
y lo arroja al río grande como mar
en homenaje a los que quedaron en la ruta

después de tanta alucinación tanto revuelo
el país habla sin modorra y sin mordaza
llega a la historia con enorme cautela
y pone nuevos puntos sobre atávicas íes
cada uno afina así sus desalientos
y los suelta en el aire de la noche cóncava
en homenaje a los que quedaron en la ruta

después de tanta palabra tanta sangre
el país no ha perdido el afán de mirarse
llega al espejo como a un país alterno
pregunta por las fronteras y los jazmines
cada uno trae algún sueño vedado
y lo deja flotando en las primeras luces
en homenaje a los que quedaron en la ruta

después de tanto aprendizaje en rebeldía
el país quisiera enseñar algo a alguien
pisa el futuro agitando destrezas
se informa sobre precios y consignas
y en fin cada uno inventa nuevos derroteros
cavilaciones esperanzas coraje
en homenaje a los que quedaron en la ruta

CHAU PESIMISMO

Ya sos mayor de edad
tengo que despedirte
pesimismo

años que te preparo el desayuno
que vigilo tu tos de mal agüero
y te tomo la fiebre
que trato de narrarte pormenores
del pasado mediato
convencerte de que en el fondo somos
gallardos y leales
y también que al mal tiempo buena cara

pero como si nada
seguís malhumorado arisco e insociable
y te repantigás en la avería
como si fuese una butaca pullman

se te ve la fruición por el malogro
tu viejo idilio con la mala sombra
tu manía de orar junto a las ruinas
tu goce ante el desastre inesperado

claro que voy a despedirte
no sé por qué no lo hice antes
será porque tenés tu propio método
de hacerte necesario
y a uno lo deja triste tu tristeza
amargo tu amargura
alarmista tu alarma

ya sé vas a decirme no hay motivos
para la euforia y las celebraciones
y claro cuando no tenés razón

pero es tan boba tu razón tan obvia
tan remendada y remedada
tan igualita al palpito
que enseguida se vuelve sin razón

ya sos mayor de edad
chau pesimismo

y por favor andate despacito
sin despertar al monstruo

DIÁLOGO CON LA MEMORIA

*Las calles están muertas padecidas
la soledad se atreve al resplandor
alguien sabe quién es pero lo oculta
no sólo las gargantas tienen rejas
la primavera a veces huele a invierno
el pasado está aquí con sus gemidos
el futuro está aislado es un remoto
todo se disemina como el polvo
el paso pasa sobre los gorriones
los que se fueron no abren las valijas
los que quedaron cierran el candor
¿no se tropieza por segunda vez?*

*las calles están muertas padecidas
hoy están padecidas pero sabias
pasan los autobuses navegando
con dos o tres grumetes en la popa
bicicletas de hazaña individual
los ambulantes que otra vez ambulan
los cortejos de muerte natural
nacimientos que acortan la distancia*

*la soledad se atreve al resplandor
y el resplandor buscó su intensidad
se hizo por fin dura memoria y luz
iluminó la soledad contigua
para comer y amar del mismo plato
solo más sola con solito anexo
la soledad plural que se levanta
como bastión de naipes o de sueños*

alguien sabe quién es pero lo oculta
todos sabemos quién es quién ahora
cada uno encontró su paradero
su marca a fuego o su salvoconducto
las aflicciones de su identidad
o las melancolías de su máscara
los desescombros de su regocijo
la fe de su nostalgia misionera

no sólo las gargantas tienen rejas
por fin hallaron la palabra justa
y la libre y la cándida y la ávida
el grito ya no es imprescindible
el nudo en la garganta se deshace
se puede murmurar a voz en cuello
y ya no habrá mentiras reveladas
menos aún cursillos de paciencia

la primavera a veces huele a invierno
también eso cambió la primavera
tiene olor a sí misma las muchachas
salen de la clausura preguntando
por las rosas de fuego que solían
robar con elegancia y parsimonia
en fin la estación joven recupera
su cuota de belleza y certidumbre

el pasado está aquí con sus gemidos
hoy sigue estando aquí pero no gime
hay rostros de bochorno y de avería
la aguja con el hilo del horror
las trampas del escarnio y de la duda
no vamos a olvidar ningún milímetro
ni tampoco gastarnos en el odio
el pasado está aquí ya es suficiente

el futuro está aislado es un remoto
ahora por lo menos tira cabos
a la arisca esperanza toda amores
y le propone dulces entresueños
el futuro es un puente a inaugurar
y a veces tiembla con sus dos orillas
el futuro es un mundo a recibir
no es posible ignorarlo o desmentirlo

todo se disemina como el polvo
y penetró por las rendijas tenues
y las ventanas y los desalientos
se disemina como la amargura
como el nombre de dios se disemina
y nada hace nada cambia o duele
nada se aleja o llega como el polvo
cubre hasta los suburbios de la vida

el paso pasa sobre los gorriones
fueron barridos todos sus huesitos
y aunque entonces no hubo funerales
otros gorriones llegan saltan comen
tranquilos porque ya no pasa el paso
pisan el adoquín con cierto olvido
con su universo breve se disfrutan
y ni antes ni después el paso pasa

los que se fueron no abren sus valijas
y sólo diez o doce años más tarde
se dieron cuenta del error gravísimo
en todas partes hay fiestas y siestas
sabores a que asirse noches mansas
prójimos que quisieran comprender
también ser comprendidos pero eso
ocurrirá si se abren las valijas

los que quedaron cierran el candor
e hicieron bien ya nadie lo cuestiona
el peligro de estar tan sólo eso
fue como una campana de cristal
una campana en la que sólo había
sitio para el candor ah pero ahora
las cosas son nombradas por sus nombres
y la voz sangra prodigiosamente

¿no se tropieza por segunda vez?
por supuesto que puede tropezarse
el miedo se hizo rabia en las miradas
y el odio ciega si se quema el año
pero el amor en cambio lava vidas
y las pone a secar en la memoria
qué importa tropezar tres cuatro veces
si el amor te levanta y te redime

PREGUNTAS AL AZAR (2)

¿Por qué estás en la noche
agazapado? ¿contra quién?
¿por qué sos una ausencia tan endeble?
¿por qué estás desvelado
y el silencio te encrespa?
¿estás huyendo de algo?
¿de alguien? ¿de vos mismo?
¿de los ojos que viste y no te vieron
y ahora te rastrean?
¿te olvidaste del llanto?
¿del alarido y la puteada?
¿por qué las bóvedas y el viento
te espeluznan? ¿por qué te aterran
la guadaña y el albur?
¿cuándo vas a buscarte en el espejo?
¿soportarás tu mueca? ¿consentirás tu asco?
¿adónde irás verdugo
si no hay cielo?

¿desde dónde llegaste a este sigilo
inquietante? ¿a este enigma
sobado? ¿enigma sin pretextos?
¿para quién trabajás
ahora que cayó tu anonimato
y el olvido profundo no se estila?
¿acaso tu desprecio es un seguro?
¿te encontrarás a salvo dentro de una
seguridad tan frágil?
¿a veces te sentís necio en el pánico
aunque sepas que nadie
va a hacerte lo que hiciste?
¿venís o te estás yendo?

¿hacia dónde?
¿hasta cuándo
podrás con los fantasmas?
¿adónde irás verdugo
si no hay cielo?

¿te vencerán las alucinaciones?
¿arrastrarás tu sombra
y las sombras ajenas?
¿hasta qué punto callarás soñando
bostezarás de odio
hibernarás en pesadilla
te enredarás en los desdenes?
¿cómo podrás seguir viviendo
en la helada tangencia de la muerte?
¿vas a temblar de culpa?
¿o de julepe?
¿pasa el espanto por donde pasabas?
¿te jubilaste de la felonía?
¿te desnudaste de tu desnudez?
¿adónde irás corsario
si no hay mar?
¿adonde irás verdugo
si no hay cielo?

LA NARIZ CONTRA EL VIDRIO

*Quién sabe, dijo la Maga. A mí me parece
que los peces ya no quieren salir de la pecera,
casi nunca tocan el vidrio con la nariz.*

JULIO CORTÁZAR

CINCO SENTIDOS

Huelo en pleno descanso la axila de los pinos
el mar espejo neutro no interfiere
imagino el espacio de la última cena
con un insoportable olor a judas

gusto del alcaucil y de los tropos
del vino los pezones morenos y la hostia
las lágrimas de risa la naranja
el lauro de la lluvia la sed de mis sudores

oigo el reproche de mis pulsaciones
los bandos no pactados del amor
las cuatro campanadas del desvelo
la leva perentoria la amnistía

veo el bostezo elemental del crío
echo una ojeada a la vía láctea
miro las proas y los noticieros
y sin quererlo asumo el almanaque

pulso la tecla que estaba prohibida
palpo en lo oscuro el musgo y resucito
toco el maná pero no toco el hambre
y por las dudas tiento mi esqueleto

DESDE ARRIBA

Trepa por la escalera
peldaño tras destino
destino tras peldaño

asciendo lentamente
dosificando alarmas
midiéndome los vértigos

del mal de las alturas
todos saben nadie habla
del bien de las alturas

desde aquí puedo ver
los prados y las calvas
las olas y los pésames

veletas y lealtades
gárgolas y dobleces
las libres azoteas

escalo por la escala
de servicio o de urgencia
de incendio o de socorro

peldaño tras destino
destino tras peldaño
inexorablemente

abajo hay miles de ojos
que contemplan e ignoran
cuándo cómo ni dónde

termina la escalera
y acaba mi avidez
o empieza mi agonía

SALVEDADES

Los años vienen con raíces y algas
y sueños remontados en la ola
con los años también todo se olvida
los ritos del placer la noche vegetal
la alegría que ataca por el flanco
los gritos huecos de optimismo el gallo
que implacable nos quita el sopor matutino
todo se olvida salvo
el insufrible sufrimiento
la empalagosa soledad
la hiel foránea

los años vienen sin ser invocados
vertiginosos y rompientes
a veces con un hacha la del frío
depredadora errante por los aires
con los años también todo se entiende
el mudo azar el hecho consumado
las trampas del abrazo el beso un beso
las súplicas de hogaño el polvo el tiempo
que transcurre y arruga y desordena
todo se entiende salvo
el insufrible sufrimiento
la empalagosa soledad
la hiel foránea

DISPARADERO

Cuando los disparates se disparan
no hay quien sujete a napoleón o a sócrates
todos tenemos una santa elena
o la cicuta allá en el horizonte

cuando los disparates se disparan
uno puede llegar a ser jinete
o adúltero o suicida o copiloto
o académico o santo o contraespía

cuando los disparates se disparan
el amor sea frágil o irrompible
salta en pedazos y se recompone
y se convierte en irrompible o frágil

cuando los disparates se disparan
no hay quien rescate a juana o a lumumba
ojo nos amenaza a todos una hoguera
o una agencia central de inteligencia

HISTORIA DE VAMPIROS

Era un vampiro que sorbía agua
por las noches y por las madrugadas
al mediodía y en la cena

era abstemio de sangre
y por eso el bochorno
de los otros vampiros
y de las vampiresas

contra viento y marea se propuso
fundar una bandada
de vampiros anónimos

hizo campaña bajo la menguante
bajo la llena y la creciente
sus modestas pancartas proclamaban
vampiros beban agua
la sangre trae cáncer

es claro los quirópteros
reunidos en su ágora de sombras
opinaron que eso era inaudito

aquel loco aquel alucinado
podía convencer a los vampiros flojos
esos que liban boldo tras la sangre

de modo que una noche
con nubes de tormenta
cinco vampiros fuertes
sedientos de hematíes plaquetas leucocitos

rodearon al chillado al insurrecto
y acabaron con él y su imprudencia

cuando por fin la luna
pudo asomarse vio allá abajo
el pobre cuerpo del vampiro anónimo
con cinco heridas que manaban
formando un gran charco de agua

lo que no pudo ver la luna
fue que los cinco ejecutores
se refugiaban en un árbol
y a su pesar reconocían
que aquello no sabía mal

desde esa noche que fue histórica
ni los vampiros ni las vampiresas
chupan más sangre resolvieron
por unanimidad pasarse al agua

como suele ocurrir en estos casos
el singular vampiro anónimo
es venerado como un mártir

TU ESPEJO ES UN SAGAZ

Tu espejo es un sagaz
te sabe poro a poro
te desarruga el ceño
te bienquiere

te pule las mejillas
te despeina los años
o te mira a los ojos
te bienquiere

te depura los gestos
te pone la sonrisa
te trasmite confianza
te bienquiere

hasta que sin aviso
sin pensarlo dos veces
se descuelga del clavo
te destroza

PÁGINA EN BLANCO

Bajé al mercado
y traje
tomates diarios aguacero
endivias y envidias
gambas grupas y amenes
harina monosílabos jerez
instantáneas estornudos arroz
alcachofas y gritos
rarísimos silencios

página en blanco
aquí te dejo todo
haz lo que quieras
espabílate
o por lo menos organízate

yo me echaré una siesta
ojalá me despiertes
con algo original
y sugestivo
para que yo lo firme

SUELTA DE PALOMAS

Soltar una paloma
no siempre es algo fácil
de imaginar

la paloma es la clave
de tantos sueños
artesanales

si uno dice paloma
piensa espíritu santo
piensa paz

por eso
soltar una paloma
es siempre algo difícil
de imaginar

quizá exista una sola
manera de lograrlo

soltar realmente
una paloma

OJOS DE BUEY

(1)

Éste es el buey que mira por su ojo de buey
el perpetuo horizonte con su tiara de fuego
la tarde apaciguada la prudente llanura
los árboles del borde impasibles testigos
del ángelus previsto con su lamento absurdo
la pareja que goza más acá de las parvas
y los hombres de tierra de vuelta en sus cubiles

éste es el buey que mira por su ojo de buey
sin codicia sin hambre sin saber lo que mira
su jornada es igual a todas las jornadas
ya no existe el de asís para que su presencia
le deje ser un buey de veras mientras tanto
no comprende las nubes y el aviso del gallo
le entra por una oreja le sale por la otra

(2)

Soy yo quien mira ahora por el ojo de buey
el mar que nos incumbe al barco y mi vigilia
es un vaivén insulso igual de arriba a abajo
y sólo es importante cuando estalla la espuma
un pobre sol mojado y gris nos va nombrando
y mi mano en el círculo de cristal es silueta
después durante horas no hay sol ni luz ni nada

sólo concurre el agua que me lame o escupe
y sólo pienso en rostros que están solos y lejos
soy yo quien mira ahora por el ojo de buey
pienso que el ecuador es una cuerda floja
y que el oculto cenit me ve sin atenuantes
no sé dónde está el sur y el estruendo del agua
me entra por un oído y sale por el otro

PRESENTACIÓN

Nuestro conferenciante de esta noche
es de aquellos que nunca necesitan
presentación o panegírico

quién no conoce al huésped de la sombra
al utilero del ambage
antítesis del roble
vanguardia del abismo
aureola del escombro

a nadie se le oculta su residual prosapia
su matizada colección de ascos
sus cenizas e inválidos ayeres
su comprensión de pedernal

quién no se ha desvelado
con sus vergüenzas de coyote
su infidelario de alto vuelo
su cadalso para desvalidos

cómo no recordar
sus cilicios de aliento
sus calofríos de confortación
sus puños de consuelo

el tiempo pasará como un despojo
mas no podrá con sus estigmas de leyenda
con sus tenazas más tenaces
o su taller de cicatrices

esta tribuna se honra hoy
con las primicias de un tribuno
a quien serenos prometemos
seguros consecuentes austeros prometemos
que no habrá amnesia
no habrá amnesia

BOTELLA AL MAR

*El mar es un azar
qué tentación echar
una botella al mar*

poner en ella por ejemplo un grillo
un barco sin velamen y una espiga
sobrantes de lujuria algún milagro
y un folio rebosante de noticias

poner un verde un duelo una proclama
dos rezos y una cábala indecisa
el cable que jamás llegó a destino
y la esperanza pródiga y cautiva

*el mar es un azar
qué tentación echar
una botella al mar*

poner en ella por ejemplo un tango
que enumerara todos los pretextos
para apiadarse a solas de uno mismo
y quedarse en el borde de otro sueño

poner promesas como sobresaltos
y el poquito de sol que da el invierno
y un olvido flamante y oneroso
y el rencor que nos sigue como un perro

*el mar es un azar
qué tentación echar
una botella al mar*

poner en ella por ejemplo un naipe
un afiche de dios el de costumbre
el tímpano banal del horizonte
el reino de los cielos y las nubes

poner recortes de un asombro inútil
un lindo vaticinio de agua dulce
una noche de rayos y centellas
y el saldo de veranos y de azules

*el mar es un azar
qué tentación echar
una botella al mar*

pero en esta botella navegante
sólo pondré mis versos en desorden
en la espera confiada de que un día
llegue a una playa cándida y salobre

y un niño la descubra y la destape
y en lugar de estos versos halle flores
y alertas y corales y baladas
y piedritas del mar y caracoles

*el mar es un azar
qué tentación echar
una botella al mar*

LENTO PERO VIENE

Lento pero viene
el futuro se acerca
despacio
pero viene

hoy está más allá
de las nubes que elige
y más allá del trueno
y de la tierra firme

demorándose viene
cual flor desconfiada
que vigila al sol
sin preguntarle nada

iluminando viene
las últimas ventanas

lento pero viene
el futuro se acerca
despacio
pero viene

ya se va acercando
nunca tiene prisa
viene con proyectos
y bolsas de semillas

con ángeles maltrechos
y fieles golondrinas

despacio pero viene
sin hacer mucho ruido
cuidando sobre todo
los sueños prohibidos

los recuerdos yacentes
y los recién nacidos

lento pero viene
el futuro se acerca
despacio
pero viene

ya casi está llegando
con su mejor noticia
con puños con ojeras
con noches y con días

con una estrella pobre
sin nombre todavía

lento pero viene
el futuro real
el mismo que inventamos
nosotros y el azar

cada vez más nosotros
y menos el azar

lento pero viene
el futuro se acerca
despacio
pero viene

lento pero viene
lento pero viene
lento pero viene

LA VIDA ESE PARÉNTESIS

NUNCA LA MIRADA

Hace tanto que pasé mi ecuador

los años bajan como rompehielos
traen edictos nada promisorios

el pellejo es conciso y elocuente
tiene arrugas y manchas desgarradas
lunares sospechosos y en capilla

es archivo de tactos y contactos
registra las caricias
dadas y recibidas
fue tieso y joven
eso dicen

la luna asoma
la creciente
la de los locos y murciélagos

creciente sólo para recordármelo

hace ya tantas lunas
que pasé mi ecuador

los ojos cambian
nunca la mirada

LOS AÑOS

Los años son también una armonía
sólo que yo prefiero
ser uno y desarmónico

cuando todos afinan
quiero desafinar como un violín
o como un ex tenor
o un ex tribuno

cuando todos escriben la palabra sabida
quisiera no saber la mía
escribir como quien habla por señas

aunque nadie me acepte
tan obvias sencilleces
y el cuervo y el gorrión
pasen de largo

los años son también deslumbre
sólo que yo prefiero
ser sombra azul o más temprana

cuando todos escriben la palabra genial
quiero escribir la del mal genio
como quien busca otra liturgia

cuando todos esplenden convencidos
quiero asombrarme
o sea ensombrecerme
como una madre selva
o un ombú

y entonces
sin pensarlo demasiado
llamo al desnudo
y la desnuda
para que zanjen
el dilema

TRANSGRESIONES

Todo mandato es minucioso
y cruel
me gustan
las frugales transgresiones

por ejemplo inventar el buen
amor
aprender
en los cuerpos y en tu cuerpo

oír la noche y no decir
amén
trazar
cada uno el mapa de su audacia

aunque nos olvidemos
de olvidar
seguro
que el recuerdo nos olvida

obedecer a ciegas deja
ciego
crecemos
solamente en la osadía

sólo cuando transgredo alguna
orden
el futuro
se vuelve respirable

todo mandato es minucioso
y cruel
me gustan
las frugales transgresiones

BALANCEOS

En el sillón tranquilo de balance
en la recuperada mecedora
qué he de hacer sino balancearme
los racimos las nubes las ideas se mecen
se mecen los desastres cavilosos
hago balance pendular de vida
y el dividendo es una duda fértil
que mece sus motivos y argumentos
en el sillón tranquilo de balance

en el sillón tranquilo de balance
en la reminiscente mecedora
qué más puedo emprender que sopesarme
llenar a plenitud los dos platillos
de la vieja balanza sin que sobren
los esplendores ni las cortedades
para evaluar añicos y bosquejos
y sopesar pesar balancearme
en el sillón tranquilo de balance

en el sillón tranquilo de balance
en la perseverante mecedora
qué puedo hacer sino desnivelarme
o nivelarme a costa del espacio
donde posibles y arduos se columpian
o se fugan dejándonos a solas
¿habrá pues que esperar así meciéndonos
a los apoderados de la muerte
en el sillón tranquilo de balance?

RUINAS

se deslumbraron mis ruinas

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Yo también tengo ruinas
y si acudo al pasado
ya no sé a quién o a quiénes
busco entre los escombros
son ruinas sin prestigio
sin guías y con musgo
inmensas y mezquinas
señas de lo que fui
columpios desnudeces
huellas crepusculares
matutinas nocturnas
la luna las descubre
les dice lo que eran
columnas de tesón
túmulos de experiencia
pedernales de amor
catacumbas de miedo

yo también tengo ruinas
pero no deslumbradas
sino ciegas distantes
residuos de palabras
vestigios de rencores

esquirlas de castigos
reliquias de caricias
ruinas tan taciturnas
calimas de la pena

albergan sus fantasmas
como todas las ruinas
y como todas dejan
escuchar su lamento

yo también tengo ruinas
meses y años troceados
muñones de confianza
perdones en añicos
piedras en las que a veces
me reconozco entonces
amo la piel rugosa
de mis hermanas ruinas

VERKLÄRTE NACHT

En esta noche de pálpitos y conjuras
en esta noche flamante habitan tantas noches
la del labriego la del farero la del santo
la del cocuyo la del murciélago la del búho
noche con sábanas de fruición y tacto
locomotoras y coyotes que aúllan insolentes
noche de lenguas vivas y cóleras suntuosas
con lascivias soñadas a borbotones y de a ratos
y labios lacrados por un antiguo resplandor

en esta noche se abrazan otras noches posibles
que velan y desvelan sus complicidades
y sellan sus juramentos con saliva templada
noche de iconos taciturnos
de satélites y fuegos fatuos
y llantos que son hilos conductores

noche de muchas incontables noches
de hambrientos unas
otras de saciados
noche desangelada y sin resuello
transfigurada noche en máscara y embozos
depósito de soles de avería
reserva de ponientes
de callejones como niágaras
de selva a cántaros

de laberintos ya resueltos
de inconsolables vírgenes y sauces
de brújulas vesánicas
de empobrecidas dinastías
de sabios parroquiales y sin nobel

noche para sonámbulos y gallos
para seminaristas y cadetes manuales
noche de hojas que se estremecen como culpas
perros guardianes con las patas rotas
barcos esclavos de las constelaciones

madre noche de todos los pecados
la más nocturna de las noches
favorita de insomnios recurrentes
puerto de un dios que iba a llegar
y fue alcanzado por el rayo

noche de un hondo miedo universal
de alabastros lunares
y esqueletos domésticos
del goce a duras penas

noche de la vislumbre más soñada
y de la que no vale
la pena despertar

SOY MI HUÉSPED

Soy mi huésped nocturno
en dosis mínimas
y uso la noche
para despojarme
de la modestia
y otras vanidades

aspiro a ser tratado
sin los prejuicios
de la bienvenida
y con las cortesías
del silencio

no colecciono padeceres
ni los sarcasmos
que hacen mella

soy tan sólo
mi huésped
y traigo una paloma
que no es prenda de paz
sino paloma

como huésped
estrictamente mío
en la pizarra de la noche
trazo una línea
blanca

luego soplo mi brisa
y los postigos y las ramas
tiemblan

como huésped de mí
sé de mí lo que pienso
no es gran cosa

armo mis barricadas
contra el sueño
a pesar de que el sueño
las derribe

soy mi huésped
a qué negarlo
pero
a veces también soy
un extraño de mí

cuando mi rústico anfitrión
me mira
siento que estoy
de más
y me escabullo

PROPIEDAD DE LO PERDIDO

*Todo lo que has perdido,
me dijeron, es tuyo.*

JOSÉ EMILIO PACHECO

Es mía la inocencia
ánfora de cristal tan desvalida
que nada me sugieren sus añicos

la juventud es mía
y es además atávico susurro
rescoldo previo al imposible fuego

el rostro de mi padre
tan mío es que acude a mis espejos
para comprometerme en sus dilemas

es mío el primer salmo
débil embelesado entre los árboles
zurcido con las hebras del olvido

mío el brote de amor
que era quimera y fue descubrimiento
para soltar arrobos como un lastre

mío el muro de dios
con su agrietada y hosca piel de piedras
y sus mil garabatos de recelo

y la mano fraterna
tan mía es que surge de las ruinas
para estrechar mi mano y exhumarme

todo lo que he perdido
es mío irremediabilmente mío
tan lejano de mí que es desamparo

CERO

Mi saldo disminuye cada día
qué digo cada día
cada minuto cada
bocanada de aire

muevo mis dedos como si pudieran
atrapar o atraparme
pero mi saldo disminuye

muevo mis ojos como si pudieran
entender o entenderme
pero mi saldo disminuye

muevo mis pies cual si pudieran
acarrear o acarrearne
pero mi saldo disminuye

mi saldo disminuye cada día
qué digo cada día
cada minuto cada
bocanada de aire

y todo porque ese
compinche de la muerte
el cero
está esperando

LA VIDA ESE PARÉNTESIS

Cuando el no ser queda en suspenso
se abre la vida ese paréntesis
con un vagido universal de hambre

somos hambrientos desde el vamos
y lo seremos hasta el vámonos
después de mucho descubrir
y brevemente amar y acostumbrarnos
a la fallida eternidad

la vida se clausura en vida
la vida ese paréntesis
también se cierra incurre
en un vagido universal
el último

y entonces sólo entonces
el no ser sigue para siempre

CLANDESTINA

La dicha es una clandestina
buscada perseguida
la comandancia da sus datos
sus ojos verdes su estatura
la distancia que media entre sus sueños
su etiqueta naranja
su escala de delirios

la dicha es un asueto
una velada distracción de dios
ese momento o año
en que recuperamos las flores y la suerte
y denostamos al fantasma
negándonos a oír
sus recurrentes extorsiones

la dicha nunca es oficial
y rara vez insigne
comparece de a ratos
en ciclos sin retumbos
o sea cuando el riesgo
de su olfato pueril
descubre alguna brecha

la dicha es una isla inencontrada
una región del disparate
una marcha nupcial sin bendiciones
ni misericordiosa ni clemente
adrede mezcla sus reliquias
con nuestras desconfianzas implacables
y nuestras apetencias y chascos y costumbres

la dicha sangra por su herida
¿de dónde viene tan sensible
si es una hereje
sagaz y novelera?
nos hace creer en el crepúsculo
abre sus labios para el beso
y anuncia ramos de tristeza

SIEMPRE UNA SORPRESA

La muerte es siempre una sorpresa inútil
aunque uno comparezca
con las bisagras herrumbrosas

la gracia pasa pasan las desgracias
las promesas a veces se corrompen
caen de hinojos los esperanzados
y dios no les perdona la esperanza

transcurren los diciembres y belenes
la intimidad se colma de importunos
las pupilas retratan hondonadas y cumbres
y la razón se hastía de lindes y cotejos

la muerte es siempre una sorpresa inútil
aunque se trate de la ajena
y los recuerdos nos amparen

el relámpago ofusca rompe el trueno
el amor ilumina ciega el odio
uno desplaza el cuerpo como un miope
y adelanta las manos y está el muro

los relojes predicen y no aciertan
apuntalamos cábalas y ruinas
despedimos el mar y lo añoramos
no nos llevamos bien con las hazañas

la muerte es siempre una sorpresa inútil
aunque confirme los pronósticos
y sea un fiable desenlace

el blando más allá puede ser un bostezo
el arduo más acá la picota de turno
no aspiro a los trofeos de ultratumba
sino a dormir y antes que nada a despertarme

qué paraíso puede compensar
el roce de otra piel en jubileo
lo cierto es que la muerte es un verdugo
y los mortales somos cómplices de la vida

pero así y todo
o así y nada
la muerte es siempre una sorpresa inútil

AHORA Y NADA

Tot és ara i res

JUAN VINYOLI

Tengo un trabajo conjurado y denso
pero no importa lo interrumpo
necesito una tregua con distancia
una paz despojada de ansiedades
un ocio sin escrúpulos de ocio

me siento en la terraza a no hacer nada
ni siquiera a leer un texto fácil
tan sólo que las manos se abandonen
los ojos se habitúen al otoño
la espalda a estar sin alas

allá abajo la plaza verde y ocre
con sus perros higiénicos y ágiles
que se vengan de encierro y celibatos

miro el cielo naranja
cruzado por antenas
y sólo al encontrarme
con los rumores metropolitanos
existe la ciudad remota y próxima

mientras hamaco mi ocio
tengo que defenderlo
y sobre todo tengo
que aprender a gozarlo

de pronto asumo que este instante
nada ritual es un oasis
la discutible soledad
en la que puedo ser yo mismo

vaya a saber lo que uno sabe
para quedarse aquí tapando aullidos
olvidando las horas en acecho
uniendo las mitades de la vida

es una calma gris sin concesiones
y sin los desencuentros de la urgencia
una tranquilidad convaleciente
y algo tediosa
claro

no sé si este sosiego es necesario
de todos modos no es inexpugnable
lo asedian los recuerdos cenagosos
las pálidas vergüenzas
el oscuro subsuelo de la calma
las mágicas palabras nunca dichas
los silencios violados
los gestos abrasados y abrazantes
los yermos del amor
los mitos resurrectos
la araña con su tela de rencores
la furia sin rescoldo
el corazón sin huésped

es una calma desvelada
por las fogatas que apagué
y por la infancia que me espía

mi vigilia en desorden tiene puestas
sus miradas en la paz temblorosa
la que mueve los árboles sin pájaros
como si les quitara un sortilegio

y también tiene puestas
sus esperanzas en la astucia
de mi memoria que da y quita
huellas y nombres
voz y voces

debo reconocer que en esta calma
me siento como sapo de otro pozo
no sé si tendré ganas
de hundirme para siempre en el sosiego

allá abajo en la plaza verde y ocre
perritos y perrazos bien se lamen
con cierta discreción y sin tristeza
aunque dios los creara
ellos no creen en dios
y si a menudo alzan una pata
no es para bendecir el árbol
ciertamente

bonanza de emergencia
esta tregua sin fiebre
la siento en las rodillas

gorriones de penuria
avanzan paso a paso
en un tango liberto

no hay otros habitantes
y si los hay no cuentan

tampoco cuento yo

vuelvo a mis soledades
esas pobres contiguas
que me miran llegar
como un poseso
otra vez al trabajo conjurado

por hoy
basta de calma

PREGUNTAS AL AZAR (3)

¿Dónde estás muerte
muertecita
hebra de lágrimas
sueño inconcluso
duplicado de vida
muertecita
sin cuerpo
sin amor
sin árbol
y sin dios
pesadilla lunar
convinciente mutismo
promesas en abstracto
entrañable ceniza
muerte boba?

¿dónde estás
esperando
inventora de huellas
nada sin descifrar
óbito de presagios
catálogo de pésames
dónde?

¿dónde me aguardas
larva sin mariposa
harakiri de afanes
curandera frugal
con tu paso de alfombra?

¿dónde?
¿de dónde?
¿adónde?

gato búho murciélago
cuervo coyote lobizón
ominoso alacrán
traición de la vigilia
crimen perfecto
¿cuándo?

resignación descalza
angelote sin alas
misericordia del suntuoso
opulencia del pobre
martingala del lázaro
penúltima bisagra
nombre del polvo
¿cómo?

¿dónde estás clandestina
muertecita de veras
santa patrona
del alivio
frontera del dolor
borde inquerido
cierre del más acá?

ya lo has visto
a pesar
de todos los esfuerzos
no se puede nombrarte
muertecita
sin caer fatalmente
en la fosa común
en el lugar común

LUGARES

LA ACÚSTICA DE EPIDAUROS

*Si se da un golpe en Epidauros
Se escucha más arriba, entre los árboles,
En el aire.*

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Estuvimos en epidauros veinticinco años después que
roberto
y también escuchamos desde las más altas graderías
el rasgueo del fósforo que allá abajo
encendía la guía la misma gordita
que entre templo y templete
entre adarme socrático y pizca de termópilas
había contado cómo niarchos se las arreglaba
para abonar apenas nueve mil dracmas
digamos unos trescientos dólares de impuesto por año
y con su joven énfasis nos había anunciado
ante el asombro de cinco porteños
expertos en citas de tato bores
la victoria próxima y segurísima del socialista papandreu

estuvimos pues en epidauros respirando el aire
transparente y seco
y contemplando los profusos inmemoriales verdes
de los árboles que dieron y dan su espalda al teatro
y su rostro a la pálida hondonada
verdes y aire probablemente no demasiado ajenos
a los que contemplara y respirara polycleto el joven
cuando hacía sus cálculos de eternidad y enigma
y también yo bajé al centro mágico de la orquesta
para que luz me tomara la foto de rigor

en paraje de tan bienquista y sólida memoria
y desde allí quise probar la extraordinaria acústica
y pensé hola líber hola héctor hola raúl hola jaimé
bien despacito como quien rasguea un fósforo o arruga un
 boleto
y así pude confirmar que la acústica era óptima
ya que mis sigilosas salvas no sólo se escucharon en las
 graderías
sino más arriba en el aire con un solo pájaro
y atravesaron el peloponeso y el jónico y el tirreno
y el mediterráneo y el atlántico y la nostalgia
y por fin se colaron por entre los barrotes
como una brisa transparente y seca

PLAZA SAN MARTÍN

En este espacio cada uno es capaz
de zurcir sus vislumbres y tinieblas
árboles me rodean con sus patas de elefante
tengo un gong en las sienas memoriosas

en un banco como éste cubierto de ramitas
mi adolescencia aprendió a dostoiévsky
y gracias a fernández moreno en chascomús
pensó el equivalente de *anch'io son' pittore*

tozudo como la cadencia de un molino
latigazo del aire desairado
sé del barro prolijo los segmentos de cielo
las hojas muertas y el gemido o la brisa

no es un refugio pero da amparo
oasis ecológico con vista a la jornada
sin la miseria huésped en los lindes
pero con frisos de jactancia y humo

siempre me anima su propuesta de verdes
y la disfruto como si fuera un insomnio
de esos que transitan por los amores de la piel
proclive a tantas otras ceremonias

también me conforta su condición de isla
eco querellante del simulacro organizado
por fortuna libre de viejas simetrías
ya que sus canteros fingen otra retórica

lujo del pobre entre los opulentos
galaxia de jubilados y niñeras
y seminaristas autoflagelados
que salen a respirar con los gorriones

siempre acudo a vos en peregrinación
plaza san martín de los pastitos elegantes
y de las muchachas que aprenden a besar
con los ojos cerrados como en el cine

PAUSA DE AGOSTO

Madrid quedó vacía
sólo estamos los otros
y por eso
se siente la presencia de las plazas
los jardines y fuentes
los parques y glorietas

como siempre en verano
madrid se ha convertido
en una calma unánime
pero agradece nuestra permanencia
a contrapelo de los más

es un agosto de eclosión privada
sin mercaderes ni paraguas
sin comitivas ni mitines

en ningún otro mes del larguísimo año
existe enlace tan sutil
entre la poderosa
metrópoli
y nosotros pecadores
afortunadamente
los árboles han vuelto a ser
protagonistas del aire gratuito
como antes

cuando los ecologistas
no eran todavía imprescindibles

también los pájaros disfrutan
ala batiente de una urbe
que inesperadamente se transforma
en vivible y volable

los madrileños han huido
a la montaña y a marbella
a ciudadela y benidorm
a formentor y tenerife

y nos entregan sin malicia
a los otros que ahora
por fin somos nosotros
un madrid sorprendente
casi vacante despejado
limpio de hollín y disponible

en él andamos como dueños
tercermundistas del arrobo
en solidarias pulcras avenidas
sudando con unción la gota gorda

el verano no es tiempo de fragor
sino de verde tregua

empalagados del rencor insomne
estamos como nunca
dispuestos a la paz

en el rato estival
la historia se detiene
y todos descubrimos una vida postiza

pero cuando el asueto se termine
volverán a sonar
las bocinas los gritos las sirenas
los muertas y los vivos

bombas y zambombazos
y las dulces metódicas campanas

durante tres fecundas estaciones
nadie se acordará
de pájaros y árboles

YO ESTABA EN OTRO BORDE

*a haydée
in memoriam
cinco años después*

Yo estaba en otro borde del océano
en palma de mallorca y para ser preciso
en la plaza gomila ésa buscada
por los *marines* yanquis
tan borrachitos siempre
y por turistas suecos y franceses
ingleses holandeses alemanes
y hasta por mallorquines

en mi balcón entraba una porción de calle
con sus putas de carne
y sus hombres de hueso
y según a qué hora
con luces de neón y mansa fábula
y hasta una *bailaora* triste de pacotilla
que anhelante bordaba su agonía febril
sin que ningún piadoso la aplaudiera o mirara

por entonces yo había comenzado
mi duro aprendizaje de españa y me sentía
al garete o al margen
sin otra conjetura o barricada
que mi desasosiego de ultramar
sin más futuro que el de mis azares
sin otra garantía que la de mi resuello

yo estaba en otro borde
sin buenos aires ni montevideo

sin la habana ni méxico
sin quito ni managua
exactamente en la plaza gomila
frente a otro de mis varios telones del exilio

me agradaba el castillo de bellver en el fondo
y como diversión estaba el ovni
que en los atardeceres nos dejaba
huellas y guiños cómplices y dudas
realmente me gustaba la escenografía
sin entusiasmo pero me gustaba
aunque no me entendiera con los sordos
protagonistas ni con los comparsas

durante el largo día
miraba con el hígado y los bronquios
las uñas y el estómago
y con mis cataratas remendadas

el cielo era de venas azules y finísimas
y las casas tan blancas
con sus enredaderas colgantes y geranios
cual si hubieran nacido ayer o hace dos siglos

en cambio por la noche
miraba con mis hombros y mis labios
mis riñones mis tímpanos mi páncreas
siempre con mis leales cataratas
aunque ahora no tan encandiladas

yo estaba en otro borde
cuando aulló tres socorros el teléfono
y una voz titubeante y remotísima
dijo ayer murió haydéé
y volvió a repetirlo
tal vez no tanto para persuadirme
como para de veras persuadirse

ayer murió haydée
dijo en el desconcierto de mi oído
hace cinco años y en aquella plaza
escuchar la noticia era difícil
imposible ligar esa brutal ausencia
con catorce o quince años de presencia
en mi suerte y en mi vida de a pie
haydée abrecaminos sin camino
haydée mi socia de asma sin su asma
haydée sin esa casa sin su américa
haydée sin el amparo ni la flecha del sol

volví al balcón y fue de noche
no sé por qué de pronto fue de noche
ya no quedaban luces ni fragores
ni bares ni nightclubs ni discotecas
ni las hembras de carne
ni los hombres de hueso
todos habían desaparecido
o acaso se llamaran
a silencio y tiniebla
los suecos y franceses
ingleses y holandeses y alemanes
todos habían desaparecido
y los *marines* antes que ninguno

ya no estaba el castillo de bellver
ni tampoco las casas blancas ni los geranios
ni las enredaderas que colgaban
desde hacía dos siglos o una víspera

en cambio había un malecón de olas
arrolladoras breves y gigantes
olas que no eran del mediterráneo
también había un campo de deportes
fornido de estudiantes
en blanco en negro y en mulato

y más acá muros con cuadros
de venezuela méxico brasil
chile uruguay colombia costa rica
y una arpillera de violeta parra
y dos o tres imágenes argentinas del che
y dondequiera rostros llorando sin escándalo
en esa pobre casa
la casa sin haydée

yo estaba en otro borde
pero esa noche aunque era mediodía
adiviné una nueva provincia de la muerte
y hasta un desconocido formato del amor

sólo en nuestros países tan hogueras
podemos concedernos el dramático lujo
de recibir intacto de la historia
un personaje único encendido de ideas
de inocencia perdones heroísmo
suelta de mariposas y de manos tendidas
al semejante y al desemejante
y consuelos y abismos y tizones
y delirios coraje sufrimiento
y ensueños y bondad

es increíble
pero así sucede
en nuestros pueblos de dolor y olvido
solemos darnos el terrible lujo
de recibir herido de la historia
un indómito y limpio personaje de fuego
y no lograr siquiera
ni acaso merecer
que no se apague

haydée murió es verdad
alguien lo había alojado para siempre
en mi cabeza incrédula

miré hacia arriba a nadie
y sin embargo supe que después
cuando volviese el día
las venas de este cielo
azules y finísimas
se abrirían en lluvia
copiosa
inconsolable

REFERENCIAS

Alguna vez en palma de mallorca
hallé en el borne dos filas de árboles
como las que hubo en un recodo
del viejo parque urbano

en la habana otra vez
pensé que el malecón
era como la rambla

en santa cruz de tenerife
hay una larga franja
como la de pocitos

la gente que camina en las calles de atenas
se asemeja a la nuestra
sólo que al mediodía

en helsinki si escucho cómo hablan
me parece lunfardo
pero nunca lo entiendo

el cielo de la noche blanca de leningrado
me recuerda mi cielo
en tardes de tormenta

en buenos aires hay un barrio
flores
que puede confundirse con la aguada

el rastro madrileño
es una feria de tristán narvaja
sólo que gigantesca

ahora por fin
están aquí a mi alcance
parque rambla idioma firmamento
recodos calle feria esquinas

ya no preciso referencias

ÉSTA ES MI CASA

No cabe duda ésta es mi casa
aquí revivo aquí sucedo
ésta es mi casa detenida
en un capítulo del tiempo

llega el otoño y me defiende
la primavera y me condena
mis pobres huéspedes se ríen
copulan duermen comen juegan

llega el invierno y me marchita
llega el verano y me renueva
mis pobres huéspedes retozan
discuten bailan lloran tiemblan

junto a mi casa se detienen
los perros y los campanarios
y sin embargo las palmeras
saludan y pasan de largo

ésta es mi casa transparente
aquí me espera la almohada
aquí me encuentro con mis señas
con mi memoria y mis alarmas

ésta es mi casa con mi gente
con mis pasados y mis cosas
mis garabatos y mi fuego
mis sobresaltos y mi sombra

no cabe duda ésta es mi casa
la reconozco lentamente
por los sabores en el humo
y por el tacto en las paredes

por mi cansancio arrepentido
y mis descansos a deshoras
la ceremonia de las luces
y el comentario de las moscas

ésta es mi casa o mi región
o el laberinto de mi patria
pero me gusta repetir
no cabe duda ésta es mi casa

ODRES VIEJOS

MEMORÁNDUM

Uno llegar e incorporarse al día
dos respirar para subir la cuesta
tres no jugarse en una sola apuesta
cuatro escapar de la melancolía

cinco aprender la nueva geografía
seis no quedarse nunca sin la siesta
siete el futuro no será una fiesta
y ocho no amilanarse todavía

nueve vaya a saber quién es el fuerte
diez no dejar que la paciencia ceda
once cuidarse de la buena suerte

doce guardar la última moneda
trece no tutearse con la muerte
catorce disfrutar mientras se pueda

TIC PROFESIONAL

Diríase que el tiempo no madura
y que al poeta ese cándido leproso
no se le deja otro comportamiento
que refugiarse en su desgarradura
y allá quedarse torvo y silencioso
a solas con su estro ceniciento
o su pobre talento

mas no son para tanto
la saña y el quebranto
el tiempo no prodiga sus perdones
más bien exige modas concesiones
pero ceder no es un salvoconducto
y no faltan razones
para blindar el último reducto

recuérdese que sirve la etiqueta
de pequeño burgués o de cobarde
de vacilante o falto de entereza
para calificar a algún poeta
y a éste sólo le queda como alarde
entregar por la causa su cabeza
esa simple proeza

y si en eso descansa
el aval de confianza
convéngase que no es estimulante
se exija de la muerte el comprobante
para acabar al fin con el entuerto
el dilema es tajante
pequeño burgués vivo o mártir muerto

pero ésta no es la única emboscada
también están las huestes de narciso
que ofrecen la evasión de este bochorno
y son los confidentes de la nada
comprometidos contra el compromiso
cultivan las palabras como adorno
y escapan del contorno

el celaje purista
es su protagonista
arman preguntas para sus respuestas
y morirán con las falacias puestas
después de todo ésa es la paradoja
llevar el verso a cuestas
es caminar sobre una cuerda floja

qué más da caminemos por la calle
como si fuera un sueño o viceversa
y no hubiera pronósticos atroces
un poco antes de que el mundo estalle
la realidad es una y es diversa
y tiene entre sus pliegues tantas voces
como sombras y dioses

oasis o desierto
enigma o mito abierto
poesía es memoria a la deriva
con náufragos de suerte persuasiva
que pretenden salvarnos del abismo
está en la entraña viva
y también está fuera de uno mismo

acaso poesía es la fogata
en que arden el más débil y el más fuerte
la presencia rebelde y la sumisa
la lisonja falaz y la bravata
y toda esa materia se convierte

no en la llama universal que hechiza
sino en humo y ceniza

de ese rescoldo escueto
obstinado y secreto
que reduce a una brasa la experiencia
nace como una aurora otra inocencia
tan leve y tan real como un sagrado
y por eso en esencia
el poema es un mundo relevado

CONFORTACIÓN

España si algún cronista
te acusa de maniquea
torpe inculta pobre y fea
y al término de esa lista
te llama tercermundista
no digas un *no* rotundo
el riesgo no es tan profundo
y estás en buena compañía
seas bienvenida españa
al ardiente tercer mundo

SANTO y/o SEÑA

¿Dónde empieza la niebla que te esconde?
ignoro dónde

¿cómo puedes andar con pies de plomo?
ignoro cómo

¿cuánto cuesta vencer a tu quebranto?
ignoro cuánto

iba a cambiar la seña por el santo
mas después de vivir lo que se sueña
prefiero permutar santo por seña
aunque no sepa dónde cómo o cuánto

INCITACIÓN

En el muro quedaron los tatuajes del juego
el tiempo me conmina pero no me doblego
siento a pesar de todo frugal desasosiego
y el código de agobios lo dejo para luego

antes de que el crepúsculo en noche se convierta
y se duerma la calle y se entorne la puerta
a solas con mi pobre madurez inexperta
quiero que mi demanda se encuentre con tu oferta

no es bueno que la astucia me busque a la deriva
como si el amor fuera sólo una tentativa
y ya que ahora asombras a mi alma votiva
confío en que asombrado tu cuerpo me reciba

nos consta que el presente es breve y es impuro
pero cuando los torsos celebren su conjuro
y llamen nuestros ojos cual brasas en lo oscuro
sólo entonces sabremos cómo será el futuro

aspiro a que tu suerte de nuevo me rescate
del frío y de la sombra del tedio y el combate
la gloria nos espera sola en su escaparate
mientras tú y yo probamos la sal y el disparate

sola en su desafío nos espera la gloria
y con su habilidad veterana y suasoria
entre nosotros borra la línea divisoria
y nuestros pies se buscan para empezar la historia

HOMENAJE

*a nicolás guillén,
en sus ochenta.*

Más allá de los males y los bienes
tu mejor aventura cotidiana
es lidiar con la vida lisa y llana
que lograste y afinas y mantienes

la noche se ha quedado sin rehenes
y entra el sol por tu verso y tu ventana
tengo dijiste en dimensión cubana
dijiste tengo y por supuesto tienes

pueblo que te oye bajo tantos cielos
porque has hallado simplemente el modo
de cantar nada menos que a los más

con tus ochenta y con tus dos abuelos
y tu muchacho corazón ya todo
lo tienes juan con todo nicolás

CUADRAGÉSIMO ANIVERSARIO

Ahora en buena hora
con cielo transparente y suave clima
el mundo conmemora
aunque el pasado oprima
estos cuarenta agostos de hiroshima

los nipones hicieron
un *survey* escolar de varios usos
y los niños dijeron
sin mostrarse confusos
la bomba fue arrojada por los rusos

si se atiende al alcalde
de la misma ciudad a la que *exhuman*
quizá todo fue en balde
sus palabras abruman
mas no menciona ni una vez a Truman

los muertos son ceniza
occidente da dólares y apoyo
oriente olvida aprisa
ya salvado el escollo
la bomba es un factor de desarrollo

ARTE POÉTICA

Es un modo de crecer
en lo que dura un suspiro
o maneras de decir
de otra manera lo mismo
que nos enseñan la historia
las estaciones el río
una suerte de jugar
con formas y contenidos
y regla para quien quiera
violiar las reglas del siglo
ingenio contra la asfixia
recurso para el respiro
pero no la vanagloria
ni lo que arrastra consigo

es un modo de entender
o aproximarse al prodigio
con el paisaje en los ojos
y en el alma un calofrío
con la palabra en volandas
o el corazón en añicos
aprendiendo a transformar
lo sobrehumano en sencillo
nadie podrá despojarnos
ni los sueños impedirnos
ni quitarnos lo bailado
ni matarnos lo vivido
ni convertirnos en otro
ni usarnos como testigo

es un modo de sentir
y casi como vivirlo
y si la memoria aprieta
para eso está el olvido
o trasmutar el recuerdo
en cualquier otro peligro
si es otoño / en primavera
si es invierno / en el estío
si es desamor / en amor
y si es amor / en delirio
si es ordenanza / en azar
y si es azar / en destino
lo malo que poseemos
en lo bueno que perdimos

es un modo de arrojar
por la borda lo prohibido
y aunque extraviemos los nombres
incautarnos de sus símbolos
y archivar al pobre dios
como asunto concluido
es un modo de quedarse
frente a frente con el niño
que fuimos alguna vez
sin saberlo y sin sufrirlo
una forma de asumir
señales muros y mitos
y no morir de nostalgia
ni asomarnos al abismo

VIENTO Y MAR

El viento arrima propuestas
mejores que las de antes
ya no son interrogantes
triviales o deshonestas
pero el mar tiene respuestas
que improvisa en el momento
y el diálogo es tan violento
que no podré descansar
mientras no se calme el mar
y no se interrumpa el viento

DIGNIDADES

Está la dignidad de los honores
de la etiqueta y de la jerarquía
de las señoras y de los señores

de vucencia ilustrísima y usía
la dignidad de los que tienen plata
y el protocolo más la pleitesía

y / distancias salvadas / la corbata
las alcurnias de origen sospechoso
y la honra que hoy viene más barata

la fe del militar pundonoroso
que ordena simplemente la tortura
con el aval del todopoderoso

está la dignidad de la censura
la del garrote y de la contumacia
de la calumnia y su salpicadura

y las miserias de la aristocracia
y la ambición en tres velocidades
y el simulacro triste de la audacia

pero también hay otras dignidades
que no suelen andar de boca en boca
aunque recorran todas las edades

y toda la vergüenza que no es poca
la dignidad de la naturaleza
que de tan cuerda nos parece loca

la dignidad que siempre sale ilesa
del tumulto la trampa y su cortejo
y está la dignidad de la pobreza

la que se lleva inscrita en el pellejo
y permite enfrentar sin más señales
la entrañable mirada del espejo

está la dignidad de los leales
aquellos que en las buenas y en las malas
en tiempos de revés y en los triunfales

no cambian sus raíces por las alas
ni exigen el cilicio ni la alfombra
van sin alabanceros ni bengalas

y en el simple baluarte de su sombra
tienen la dignidad que dignifica
esa que normalmente no se nombra
ni se lleva a la feria o se publica

HETERÓNIMOS

Mesianismo leninismo
fetichismo leninismo
exitismo leninismo
moralismo leninismo
heroísmo leninismo
y machismo leninismo

continuismo leninismo
cristianismo leninismo
reumatismo leninismo
optimismo leninismo
exorcismo leninismo
y marxismo leninismo

mal que bien
no son lo mismo

EL SUR TAMBIÉN EXISTE

*a joan manuel serrat
con la amistad surgida
de un trabajo compartido*

EL SUR TAMBIÉN EXISTE

Con su ritual de acero
sus grandes chimeneas
sus sabios clandestinos
su canto de sirenas
sus cielos de neón
sus ventas navideñas
su culto de dios padre
y de las charreteras
 con sus llaves del reino
 el norte es el que ordena

pero aquí abajo abajo
el hambre disponible
recurre al fruto amargo
de lo que otros deciden
mientras el tiempo pasa
y pasan los desfiles
y se hacen otras cosas
que el norte no prohíbe
 con su esperanza dura
 el sur también existe

con sus predicadores
sus gases que envenenan
su escuela de chicago
sus dueños de la tierra

con sus trapos de lujo
y su pobre osamenta

sus defensas gastadas
sus gastos de defensa
 con su gesta invasora
 el norte es el que ordena

pero aquí abajo abajo
cada uno en su escondite
hay hombres y mujeres
que saben a qué asirse
aprovechando el sol
y también los eclipses
apartando lo inútil
y usando lo que sirve
 con su fe veterana
 el sur también existe

con su corno francés
y su academia sueca
su salsa americana
y sus llaves inglesas
con todos sus misiles
y sus enciclopedias
su guerra de galaxias
y su saña opulenta
 con todos sus laureles
 el norte es el que ordena

pero aquí abajo abajo
cerca de las raíces
es donde la memoria
ningún recuerdo omite

y hay quienes se desmueren
y hay quienes se desviven

y así entre todos logran
lo que era un imposible
que todo el mundo sepa
que el sur también existe

CURRÍCULUM

El cuento es muy sencillo
usted nace en su tiempo
contempla atribulado
el rojo azul del cielo
el pájaro que emigra
y el temerario insecto
que será pisoteado
por su zapato nuevo

usted sufre de veras
reclama por comida
y por deber ajeno
o acaso por rutina
llora limpio de culpas
benditas o malditas
hasta que llega el sueño
y lo descalifica

usted se transfigura
ama casi hasta el colmo
logra sentirse eterno
de tanto y tanto asombro
pero las esperanzas
no llegan al otoño
y el corazón profeta
se convierte en escombros
usted por fin aprende
y usa lo aprendido
para saber que el mundo
es como un laberinto
en sus momentos claves
infierno o paraíso

amor o desamparo
y siempre siempre un lío

usted madura y busca
las señas del presente
los ritos del pasado
y hasta el futuro en cierne
quizá se ha vuelto sabio
irremediabilmente
y cuando nada falta
entonces usted muere

DE ÁRBOL A ÁRBOL

Seguro que los diarios
no lo preguntarán
los árboles ¿serán
acaso solidarios?

¿digamos el olivo de jaén
con el terco quebracho de entre ríos?
¿o el triste sauce de tacuarembó
con el castaño de campos elíseos?

¿qué se revelarán de árbol a árbol?
¿desde westfalia avisará la encina
al demacrado alerce del tirol
que administre mejor su trementina?

seguro que los diarios
no lo preguntarán
los árboles ¿serán
acaso solidarios?

¿se sentirá el ombú en su pampa húmeda
un hermano de la ceiba antillana?
¿los de ese bosque y los de aquel jardín
permutarán insectos y hojarasca?

¿se dirán copa a copa que aquel muérdago
otrora tan sagrado entre los galos
usaba chupadores de corteza
como el menos cordial de los parásitos?

seguro que los diarios
no lo preguntarán
los árboles ¿serán
acaso solidarios?

¿sabrán por fin los cedros libaneses
que su voraz y sádico enemigo
no es el ébano gris de camerún
ni el arrayán bastardo ni el morisco

ni la palma lineal de camagüey
sino las hachas de los leñadores
la sierra de las grandes madereras
el rayo como látigo en la noche?

HAGAMOS UN TRATO

Compañera usted sabe
puede contar conmigo
no hasta dos o hasta diez
sino contar conmigo

si alguna vez advierte
que a los ojos la miro
y una veta de amor
reconoce en los míos
no alerte sus fusiles
ni piense que deliro

a pesar de esa veta
de amor desprevenido
usted sabe que puede
contar conmigo

pero hagamos un trato
nada definitivo
yo quisiera contar
con usted es tan lindo
saber que usted existe
uno se siente vivo

quiero decir contar
hasta dos hasta cinco
no ya para que acuda
presurosa en mi auxilio

sino para saber
y así quedar tranquilo
que usted sabe que puede
contar conmigo

TESTAMENTO DE MIÉRCOLES

Quiero aclarar que este testamento
no es el corriente colofón de vida
más bien se trata de un legado frágil
vigente sólo hacia el final de un día

digamos pues que lego para el jueves
las inquietudes que me puso el martes
cambiadas sólo un poco por los sueños
y esa tristeza que es inevitable

lego una nube de mosquitos y una
computadora que no tiene pilas
y hasta mi soledad con la esperanza
de que mis legatarios no la admitan

lego al jueves cuatro remordimientos
la lluvia que contemplo y no me moja
y el helecho ritual que me intimida
con la vieja elegancia de sus hojas

lego el crujido azul de mis bisagras
y una tajada de mi sombra leve
no toda porque un hombre sin su sombra
pierde el respeto de la buena gente

lego el pescuezo que he lavado como
para un jueves de horca o guillotina
y un talante que ignoro si es recato
o estupidez malsana o alegría

lego los arrabales de una idea
un tríptico de espejos que me hiere
el mar allá al alcance de la mano
la hiedra que abanica las paredes

y sólo ahora pienso que en mi árbol
en mis brumas sin rostro y en mi vino
me quedan por legar tantas historias
que alguna se me esconde en el olvido

así que por si acaso y por las dudas
y para no afligir a quien me herede
las dejo para otro testamento
digamos el del viernes

UNA MUJER DESNUDA Y EN LO OSCURO

Una mujer desnuda y en lo oscuro
tiene una claridad que nos alumbra
de modo que si ocurre un desconsuelo
un apagón o una noche sin luna
es conveniente y hasta imprescindible
tener a mano una mujer desnuda

una mujer desnuda y en lo oscuro
genera un resplandor que da confianza
entonces dominguea el almanaque
vibran en su rincón las telarañas
y los ojos felices y felinos
miran y de mirar nunca se cansan

una mujer desnuda y en lo oscuro
es una vocación para las manos
para los labios es casi un destino
y para el corazón un despilfarro
una mujer desnuda es un enigma
y siempre es una fiesta descifrarlo

una mujer desnuda y en lo oscuro
genera una luz propia y nos enciende
el cielo raso se convierte en cielo
y es una gloria no ser inocente
una mujer querida o vislumbrada
desbarata por una vez la muerte

LOS FORMALES Y EL FRÍO

Mientras comían juntos y distantes y tensos
ella muy lentamente y él como ensimismado
hablaban con medida y doble parsimonia
de temas importantes y de algunos quebrantos

entonces como siempre o como casi siempre
el desvelo social condujo a la cultura
así que por la noche se fueron al teatro
sin tocarse un ojal ni siquiera una uña

su sonrisa la de ella
era como una oferta un anuncio un esbozo
su mirada la de él
iba tomando nota de cómo eran sus ojos

y como a la salida soplabá un aire frío
y unos dedos muy blancos indefensos y tristes
apenas asomaban por las sandalias de ella
no hubo más remedio que entrar en un boliche

y ya que el camarero se demoraba tanto
llegaron cautelosos hasta la confidencia
extra seca y sin hielo por favor y fumaron
y entre el humo el amor era un rostro en la niebla

en sus labios los de él
el silencio era espera la noticia era el frío
en su casa la de ella
halló café instantáneo y confianza y cobijo

una hora tan sólo de memoria y sondeos
hasta que sobrevino un silencio a dos voces

como cualquiera sabe en tales circunstancias
es arduo decir algo que realmente no sobre

el probó sólo falta que me quede a dormir
y ella también probó y por qué no te quedas
y él sin mirarla no me lo digas dos veces
y ella en voz baja bueno y por qué no te quedas

y sus labios los de él
se quedaron gustosos a besar sin usura
sus pies fríos los de ella
que eran sólo el comienzo de la noche desnuda

fueron investigando deshojando nombrando
proponiéndose metas preguntando a los cuerpos
mientras la madrugada y los temas candentes
conciliaban el sueño que no durmieron ellos

quién hubiera previsto aquella tarde
que el amor ese célebre informal
se dedicara a ellos tan formales

HABANERA

Es preciso ponernos brevemente de acuerdo
aquí el buitre es un aura tiñosa y circulante
las olas humedecen los pies de las estatuas
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

los autos van dejando tuercas en el camino
los jóvenes son jóvenes de un modo irrefutable
aquí el amor transita sabroso y subversivo
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

nada de eso es exceso de ron o de delirio
quizá una borrachera de cielo y flamboyanes
lo cierto es que esta noche el carnaval arrolla
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

es preciso ponernos brevemente de acuerdo
esta ciudad ignora y sabe lo que hace
cultiva el imposible y exporta los veranos
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

aquí flota el orgullo como una garza invicta
nadie se queda fuera y todo el mundo es alguien
el sol identifica relajos y candores
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

como si marx quisiera bailar el mozambique
o fueran abolidas todas las soledades
la noche es un sencillo complot contra la muerte
y hay mulatas en todos los puntos cardinales

VAS A PARIR FELICIDAD

Vas a parir felicidad
yo te lo anuncio tierra virgen
tras researte dividida
y no hallar nada que te alivie
como un abono inesperado
absorberás la sangre humilde

vas a parir felicidad
en un futuro que no existe
vas a parir felicidad
mientras en huertos imposibles
la limpia baba de dios padre
cae como un diluvio triste

vas a parir felicidad
yo te lo anuncio tierra virgen
después de hundirte surco a surco
y como vieja tumba abrirte
después de alzarte como un hongo
y deslumbrarnos como un cíclope

vas a parir felicidad
y no habrá almas disponibles
vas a parir felicidad
como una bendición horrible
y nadie habrá de recogerla
en un futuro que no existe

DEFENSA DE LA ALEGRÍA

Defender la alegría como una trinchera
defenderla del caos y de las pesadillas
de la ajada miseria y de los miserables
de las ausencias breves y las definitivas

defender la alegría como un atributo
defenderla del pasmo y de las anestias
de los pocos neutrales y los de los muchos neutrones
de los graves diagnósticos y de las escopetas

defender la alegría como un estandarte
defenderla del rayo y la melancolía
de los males endémicos y de los académicos
del rufián caballero y del oportunista

defender la alegría como una certidumbre
defenderla a pesar de dios y de la muerte
de los parques suicidas y de los homicidas
y del dolor de estar absurdamente alegres

defender la alegría como algo inevitable
defenderla del mar y las lágrimas tibias
de las buenas costumbres y de los apellidos
del azar y también

también de la alegría

FINAL

PREGUNTAS AL AZAR (4)

¿Cuánto me queda?
¿siete? ¿diez? ¿quince setiembrés?

¿le pregunto al azar
acaso porque sé
que el azar no responde?

y así y todo
el azar
¿es realmente un azar?

aún no he movido el rey
y la torre está quieta
o sea que hasta aquí
puedo enrocar mis riesgos

no instruí a mi reloj
para mañana
no hay por lo tanto garantía
de despertar a tiempo

por otra parte
sé proteger el sueño
con mis gastados párpados
de manera que puedo
arrimarme soñando

a esa espléndida nada
nada prometedora

la misma nada en que se despeñaron
mis hermanos de siempre
también los bienvenidos
que un día se malfueron

entre otros mi padre con su asfixia
y su postrer mirada
de candoroso pánico

¿qué diferencia podrá haber
ahí en tan hueco enigma
entre las vidas transparentes
y las compactas de asco
entre los tiernos pechos
de la hermosa lujuria
y los verdugos con medallas?
¿habrá acaso una sola y final
desolación?
¿cabrá algún jubileo?

en el gran agujero universal
¿se habrá acabado la noticia?
¿terminado el pronóstico?
¿borrada la memoria?
¿degollado el futuro?
la sobornable amnesia
del imposible dios
¿será infinita?

¿tal vez la única igualdad posible
entre yo mismo y la inminente
caravana de prójimos
será el no ser
el no existir?

¿nadie será ni más ni menos
inexistente que otros?
¿o por ventura o desventura
habrá tal vez un colmo
de oscura inexistencia?
¿una nada más nada
que las otras?

ante tan humillante incertidumbre
¿no sería mejor
confiar tan sólo en nuestras huellas
nuestro jadeo nuestro limo
en el amor que desentrañan
dos vértices de musgo
en los odios y mitos que inventamos
en las palabras como norias
en las palabras como sueños?

antes que el indecente
rasero igualitario
del no pensar
el no existir
no amar
no disfrutar
no padecer
¿no será preferible
la sideral distancia
que separa
lo justo de lo injusto?

francamente me asquea
la rara vecindad de mi no ser
con el canalla ahora inexistente
mi próximo no prójimo
en el amplio vacío

¿cuánto me queda?
¿siete? ¿diez? ¿quince setiembrés?

¿y qué es después de todo
eso que espera?

¿la noche interminable?
¿un sol sin atenuantes ni crepúsculos?
¿la calima tediosa?
¿la noche? ¿alguna noche?
¿la noche como muro?

lo cierto es que no tengo
con respecto a esa noche sin murciélagos
ninguna expectativa o esperanza

¿o será que la muerte
no es realmente mi noche predilecta?

le pregunto al azar
al mudo
sordo
ciego

le pregunto al azar
le pregunto al azar
desalentadamente
le pregunto al azar
que no responde

¿estará mudo sordo ciego?

¿o
para nuestro escarnio
habrá muerto
el azar?

ÍNDICE

NOTA	7
------------	---

LAS SOLEDADES DE BABEL (1991)

<i>Aquí lejos</i>	13
<i>Aquí lejos</i>	17
<i>Otherness</i>	24
<i>De olvido siempre gris</i>	26
<i>Mulato</i>	28
<i>Reconciliaciones</i>	30
<i>No todos los espías son malévolos</i>	31
<i>Pero vengo</i>	33
<i>Sobra olvido</i>	34
<i>16 de enero de 1991</i>	36
<i>Ovillos</i>	37
<i>Somos la catástrofe</i>	38
<i>Sombras nada más o cómo definiría usted la poesía</i> .	40
<i>Babel</i>	43
<i>Desfiladero</i>	47
<i>Las soledades de Babel</i>	48
<i>Los pobres de Babel</i>	50
<i>Pobrecito profeta</i>	53
<i>El hígado de Dios</i>	54
<i>Que venga el trujamán</i>	55

La ignorancia de Cristo	56
El infinito.....	57
<i>Tréboles</i>	59
Hojas	61
Las campanas	62
Mundo	64
El mar viene del mar.....	65
Llave oscura	66
Triste N° 1	67
Niebla	68
Tréboles	69
El habla.....	70
Atlántico	72
Sobrevivientes	73
Triste N° 2	74
Giornata	75
Morondanga	77
Distancias	78
Embarazoso panegírico de la muerte	79
Triste N° 3	81
<i>Saturaciones y terapias</i>	83
Saturación	85
Weltanschauung	86
La red	87
Rencor mi viejo rencor	88
Lo dice Fukuyama	89
Egemonía	90
Adjetivos desechables	91
El ruiseñor y el gallo	93
El ruiseñor y la calandria.....	94
El ruiseñor y la ruiseñora	95
Señales de humo	96

Sembrándome dudas	97
Avicultura	98
Zoo ilógico	99
Antiquitäten	101
Soneto (no tan) arbitrario	102
Terapia	103
<i>Caracol de sueño</i>	105
Ciudad sola	107
Hurgadores	109
Tercera edad	110
Tu fábula y mi fábula	111
Verbigracia	112
Eucaristía	113
Se va se va el vapor	114
Desde el alma (vals)	115
Sentimientos	116
Onomástico	118
Cuando esta virgen era prostituta	119
¿Por qué no hay más viajes a la Luna?	120
Calle de abrazados	122
Posdata sin carta	123
Caracol de sueño	124
<i>Praxis del fulano</i>	127
Maravilla	129
Hablo de tu soledad	130
Epigrama con muro	131
Variaciones sobre un tema de Heráclito	132
Soneto <i>kitsch</i> a una mengana	133
Certificado de existencia	134
Repaso histórico	136
Mengana si te vas	137
Gerundio	138

Triángulo	139
Onfálica	140
Utopías	142

DESPISTES Y FRANQUEZAS (1989)

El hijo	147
Enigmas	148
Los candidatos	149
El riesgo	150
Arena	151
El odio viene y va	152
Paisaje	153
La roca	154
Bébetete un tentempié	155
El aguafiestas falta sin aviso	156
Lamentos	157
Cava memorias	158
Compañero de olvido	159
Seísmo	160
Los tres	161
Por el antes como antes	163
La cercanía de la nada	166

YESTERDAY Y MAÑANA (1987)

<i>Todo el tiempo</i>	171
Posibles	173
Etcétera	174
Borrar el sueño	175
Desgana	176

Fragmento	177
Soledades	178
Yacente	179
Intemperie	180
Símbolos y señas	181
<i>Entresueños</i>	183
Tormenta	185
Sirena	186
Esqueleto y saudade	187
Fantasmas	188
Quimera	190
Desvelos	191
El silencio	193
Docencia	195
Corredores de fondo	196
<i>Yesterday y mañana</i>	199
Digamos	201
Beatles dixerunt	202
Yesterday	204
Los años	208
Mañana	209
Este arroyo no vuelve	211
Escondido y lejos	212
Sol de octubre	213
Bob Dylan dixit	215
<i>Sucede</i>	217
Beber ouzo en Atenas	219
Marginalia	221
Los poetas	223

Peregrinación a Machado	225
La vuelta de Mambrú	228
Límites	232
 <i>Ciudad huella</i>	 235
Ciudad huella	237
Lejos del mar	238
Tutelas	239
Malvenida	240
Máscara	241
Como cantos rodados	242
Cavilación del centinela	244
 <i>Viñetas de mi viñedo</i>	 245
Cada noche	247
La fe	248
El olvido	249
Carta a un joven poeta	250
Confidencial	251
Historia de una pera	252
Viñetas de mi viñedo	253
 <i>Il cuore</i>	 259
When you are smiling	261
Il Cuore	262
Epigrama	263
Medios de comunicación	264
Informe sobre caricias	265
Cada ciudad puede ser otra	267

PREGUNTAS AL AZAR (1986)

NOTA	275
<i>Expectativas</i>	277
Viajo	279
Todo está lejos	280
Expectativas	282
Cosas a hallar	283
El puente	284
Preguntas al azar (1)	285
<i>Rescates</i>	289
Aquí	291
Volver la página	293
Rescates	295
Aguacero	296
Con los objetos	298
Ese hilo de voz	300
Los liberados	302
Franjas rehenes	304
Infancias	306
La madre ahora	309
Paraíso	311
Jueves de imprenta	313
<i>País después</i>	315
Las actas del rencor	317
Pasaron nueve años	318
Estos y otros mendigos	320

Detrás del humo	323
País después	325
Chau pesimismo	326
Diálogo con la memoria	328
Preguntas al azar (2)	332
<i>La nariz contra el vidrio</i>	335
Cinco sentidos	337
Desde arriba	338
Salvedades	340
Disparadero	341
Historia de vampiros	342
Tu espejo es un sagaz	344
Página en blanco	345
Suelta de palomas	346
Ojos de buey	347
Presentación	349
Botella al mar	351
Lento pero viene	353
<i>La vida ese paréntesis</i>	355
Nunca la mirada	357
Los años	358
Transgresiones	360
Balancesos	362
Ruinas	363
Verklärte Nacht	365
Soy mi huésped	367
Propiedad de lo perdido	369
Cero	371
La vida ese paréntesis	372
Clandestina	373
Siempre una sorpresa	375

Ahora y nada	377
Preguntas al azar (3)	381
<i>Lugares</i>	383
La acústica de Epidauros	385
Plaza San Martín	387
Pausa de agosto.....	389
Yo estaba en otro borde	392
Referencias	397
Ésta es mi casa	399
<i>Odres viejos</i>	401
Memorándum	403
Tic profesional.....	404
Confortación	407
Santo y/o seña	408
Incitación	409
Homenaje	410
Cuadragésimo aniversario	411
Arte poética.....	412
Viento y mar.....	414
Dignidades	415
Heterónimos.....	417
<i>El sur también existe</i>	419
El sur también existe.....	421
Currículum	424
De árbol a árbol.....	426
Hagamos un trato.....	428
Testamento de miércoles	430
Una mujer desnuda y en lo oscuro	432
Los formales y el frío	433

Habanera.....	435
Vas a parir felicidad	436
Defensa de la alegría	437
<i>Final</i>	439
Preguntas al azar (4)	441

MARIO BENEDETTI

LA CASA Y EL LADRILLO

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

*a los que
adentro y afuera
viven y se desviven
mueren y se desmueren*

LA CASA Y EL LADRILLO

*Me parezco al que llevaba el ladrillo consigo
para mostrar al mundo cómo era su casa.*

BERTOLT BRECHT

Cuando me confiscaron la palabra
y me quitaron hasta el horizonte
cuando salí silbando despacito
y hasta hice bromas con el funcionario
de emigración o desintegración
y hubo el adiós de siempre con la mano
a la familia firme en la baranda
a los amigos que sobrevivían
y un motor el derecho tosió fuerte
y movió la azafata sus pestañas
como diciendo a vos yo te conozco
yo tenía estudiada una teoría
del exilio mis pozos del exilio
pero el cursillo no sirvió de nada

cómo saber que las ciudades reservaban
una cuota de su amor más austero
para los que llegábamos
con el odio pisándonos la huella
cómo saber que nos harían sitio
entre sus escaseces más henchidas
y sin averiguarnos los fervores
ni mucho menos el grupo sanguíneo
abrirían de par en par sus gozos
y también sus catástrofes
para que nos sintiéramos
igualito que en casa
cómo saber que yo mismo iba a hallar
sábanas limpias desayunos abrazos
en pueyrredón y french
en canning y las heras

y en lince
y en barranco
y en arequipa al tres mil seiscientos
y en el vedado
y dondequiera

siempre hay calles que olvidan sus balazos
sus silencios de pizarra lunar
y eligen festejarnos recibirnos llorarnos
con sus tiernas ventanas que lo comprenden todo
e inesperados pájaros entre flores y hollines
también plazas con pinos discretísimos
que preguntan señor cómo quedaron
sus acacias sus álamos
y los ojos se nos llenan de láminas
en rigor nuestros árboles están sufriendo como
por otra parte sufren los caballos la gente
los gorriones los paraguas las nubes
en un país que ya no tiene simulacros

es increíble pero no estoy solo
a menudo me trenzo con manos o con voces
o encuentro una muchacha para ir lluvia adentro
y alfabetizarme en su áspera hermosura

quién no sabe a esta altura que el dolor
es también un ilustre apellido
con éste o con aquélla nos miramos de lejos
y nos reconocemos por el rictus paterno
o la herida materna en el espejo
el llanto o la risa como nombres de guerra
ya que el llanto o la risa legales y cabaes
son apenas blasones coberturas

estamos desarmados como sueño en andrajos
pero los anfitriones nos rearman de apuro
nos quieren como aliados y no como reliquias
aunque a veces nos pidan la derrota en hilachas
para no repetirla

inermes como sueños así vamos
pero los anfitriones nos formulan preguntas
que incluyen su semilla de respuesta
y ponen sus palomas mensajeras y lemas
a nuestra tímida disposición
y claro sudamos los mismos pánicos
temblamos las mismas preocupaciones

a medida que entramos en el miedo
vamos perdiendo nuestra extranjería
el enemigo es una niebla espesa
es el común denominador o
denominador plenipotenciario
es bueno reanudar el enemigo
de lo contrario puede acontecer
que uno se ablande al verlo tan odioso
el enemigo es siempre el mismo cráter
todavía no hay volcanes apagados

cuando nos escondemos a regar
la maceta con tréboles venéreos
aceitamos bisagras filosóficas
le ponemos candado a los ex domicilios
y juntamos las viudas militancias
y desobedecemos a los meteorólogos
soñamos con axilas y grupas y caricias
despertamos oliendo a naftalina

todos los campanarios nos conmueven
aunque tan sólo duren en la tarde plumiza
y estemos abollados de trabajo

el recuerdo del mar cuando no hay mar
nos desventura la insolencia y la sangre
y cuando hay mar de un verde despiadado
la ola rompe en múltiples agujeros

uno de los problemas de esta vida accesoria
es que en cada noticia emigramos
siempre los pies alados livianísimos
del que espera la señal de largada
y claro a medida que la señal no llega
nos aplacamos y nos convertimos
en hermes apiñados y reumáticos

y bien esa maciza ingravidez
alza sus espirales de humo en el lenguaje
hablamos de botijas o gurises
y nos traducen pibe fiñe guagua
suena *ta* o *taluego*
y es como si cantáramos desvergonzadamente
do jamás se pone el sol se pone el sol

y nos aceptan siempre
nos inventan a veces
nos lustran la morriña majadera
con la nostalgia que hubieran tenido
o que tuvieron o que van a tener
pero además nos muestran ayeres y anteayeres

la película entera a fin de que aprendamos
que la tragedia es ave migratoria
que los pueblos irán a contramuerte
y el destino se labra con las uñas

habrá que agradecerlo de por vida
acaso más que el pan y la cama y el techo
y los poros alertas del amor

habrá que recordar con un exvoto
esa pedagogía solidaria y tangible

por lo pronto se sienten orgullosos
de entender que no vamos a quedarnos
porque claro hay un cielo
que nos gusta tener sobre la crisma

así uno va fundando las patrias interinas
segundas patrias siempre fueron buenas
cuando no nos padecen y no nos compadecen
simplemente nos hacen un lugar junto al fuego
y nos ayudan a mirar las llamas
porque saben que en ellas vemos nombres y bocas

es dulce y prodigiosa esta patria interina
con manos tibias que reciben dando
se aprende todo menos las ausencias
hay certidumbres y caminos rotos
besos rendidos y provisionales

brumas con barcos que parecen barcos
y lunas que reciben nuestra noche
con tangos marineras sones rumbas
y lo importante es que nos acompañan
con su futuro a cuestas y sus huesos

esta patria interina es dulce y honda
tiene la gracia de rememorarnos
de alcanzarnos noticias y dolores
como si recogiera cachorros de añoranza
y los diera a la suerte de los niños

de a poco percibimos los signos del paisaje
y nos vamos midiendo primero con sus nubes
y luego con sus rabias y sus glorias
primero con sus nubes
que unas veces son fibras filamentos

y otras veces tan redondas y plenas
como tetas de madre treinteañera
y luego con sus rabias y sus glorias
que nunca son ambiguas

acostumbrándonos a sus costumbres
llegamos a sentir sus ráfagas de historia
y aunque siempre habrá un nudo inaccesible
un útero de glorias que es propiedad privada
igual nuestra confianza izará sus pendones
y creeremos que un día que también que ojalá

aquí no me segrego
tampoco me segregan
hago de centinela de sus sueños
podemos ir a escote en el error
o nutrinos de otras melancolías

algunos provenimos del durazno y la uva
otros vienen del mango y el mamey
y sin embargo vamos a encontrarnos
en la indócil naranja universal

el enemigo nos vigila acérrimo
él y sus corruptólogos husmean
nos aprenden milímetro a milímetro
estudian las estelas que deja el corazón
pero no pueden descifrar el rumbo

se les ve la soberbia desde lejos
sus llamas vuelven a lamer el cielo
chamuscando los talones de dios

su averno monopólico ha acabado
con el infierno artesanal de leviatán

es fuerte el enemigo y sin embargo
mientras la bomba eleva sus hipótesis
y todo se asimila al holocausto
una chiva tranquila una chiva de veras
prosigue masticando en el islote

ella solita derrotó al imperio
todos tendríamos que haber volado
a abrazar a esa hermana
ella sí demostró lo indemostrable
y fue excepción y regla todo junto
y gracias a esa chiva de los pueblos
ay nos quedamos sin apocalipsis

cuando sentimos el escalofrío
y los malos olores de la ruina
siempre es bueno saber que en algún meridiano
hay una chiva a lo mejor un puma
un ñandú una jutía una lombriz
un espermatozoide un feto una criatura
un hombre o dos un pueblo
una isla un archipiélago
un continente un mundo

tan firmes y tan dignos de seguir masticando
y destruir al destructor y acaso
desapocalipsarnos para siempre

es germinal y aguda esta patria interina
y nuestro desconsuelo integra su paisaje
pero también lo integra nuestro bálsamo

por supuesto sabemos desenrollar la risa
y madrugar y andar descalzos por la arena
narrar blancos prodigios a los niños
inventar minuciosos borradores de amor
y pasarlos en limpio en la alta noche

juntar pedazos de canciones viejas
decir cuentos de loros y gallegos
y de alemanes y de cocodrilos
y jugar al pingpong y a los actores
bailar el pericón y la milonga
traducir un bolero al alemán
y dos tangos a un vesre casi quechua
claro no somos una pompa fúnebre
usamos el derecho a la alegría

pero cómo ocultarnos los derrumbes
el canto se nos queda en estupor
hasta el amor es de pronto una culpa
nadie se ríe de los basiliscos

he visto a mis hermanos en mis patrias suplentes
postergar su alegría cuando muere la nuestra
y ése sí es un tributo inolvidable

por eso cuando vuelva
y algún día será
a mi tierra mis gentes y mi cielo
ojalá que el ladrillo que a puro riesgo traje
para mostrar al mundo cómo era mi casa
dure como mis duras devociones
a mis patrias suplentes compañeras
viva como un pedazo de mi vida
quede como ladrillo en otra casa

junio
1976

OTRA NOCIÓN DE PATRIA

*Vamos a ver, hombre;
cuéntame lo que me pasa,
que yo, aunque grite, estoy siempre a tus
órdenes.*

CÉSAR VALLEJO

Hoy amanecí con los puños cerrados
pero no lo tomen al pie de la letra
es apenas un signo de pervivencia
declaración de guerra o de nostalgia
a lo sumo contraseña o imprecación
al cielo sordomudo y nubladísimo

sucede que ya es el tercer año
que voy de gente en pueblo
de aeropuerto en frontera
de solidaridad en solidaridad
de cerca en lejos
de apartado en casilla
de hotelito en pensión
de apartamentito casi camarote
a otro con teléfono y water-comedor

además
de tanto mirar hacia el país
se me fue desprendiendo la retina
ahora ya la prendieron de nuevo
así que miro otra vez hacia el país

llena pletórica de vacíos
mártir de su destino provisorio
patria arrollada en su congoja
puesta provisoriamente a morir
guardada por sabuesos no menos provisorios

pero los hombres de mala voluntad
no serán provisoriamente condenados
para ellos no habrá paz en la tierrita
ni de ellos será el reino de los cielos
ya que como es público y notorio
no son pobres de espíritu

los hombres de mala voluntad
no sueñan con muchachas y justicia
sino con locomotoras y elefantes
que acaban desprendiéndose de un guinche
ecuánime
que casualmente pende sobre sus testas
no sueñan como nosotros con primaveras y
alfabetizaciones
sino con robustas estatuas al gendarme desconocido
que a veces se quiebran como mazapán

los hombres de mala voluntad
no todos sino los verdaderamente temerarios
cuando van al analista y se confiesan
somatizan el odio y acaban vomitando

a propósito
son ellos que gobiernan

gobiernan con garrotes expedientes cenizas
con genuflexiones concertadas
y genuflexiones espontáneas
minidevaluaciones que en realidad son mezzodevaluaciones
que en realidad son macro

gobiernan con maldiciones y sin malabarismos
con malogros y malos pasos
con malthusianismo y malevaje
con malhumor y malversaciones
con maltrato y malvones
ya que aman las flores como si fueran prójimos
pero no viceversa

los hombres de pésima voluntad
todo lo postergan y pretergan
tal vez por eso no hacen casi nada
y ese poco no sirve

si por ellos fuera le pondrían
un durísimo freno a la historia
tienen pánico de que ésta se desboque
y les galope por encima pobres
tienen otras inquinas verbigracia
no les gustan los jóvenes ni el himno
los jóvenes bah no es una sorpresa
el himno porque dice tiranos temblad
y eso les repercute en el duodeno
pero sobre todo les desagrada
porque cuando lo oyen
obedecen y tiemblan

sus enemigos son cuantiosos y tercios
marxistas economistas niños sacerdotes
pueblos y más pueblos
qué lata es imposible acabar con los pueblos
y casi cien catervas internacionales
que tienen insolentes exigencias
como pan nuestro y amnistía

no se sabe por qué
los obreros y estudiantes no los aman

sus amigos entrañables tienen
algunas veces mala entraña
digamos pinochet y el apartheid
dime con quién andas y te diré go home

también existen leves contradicciones
algo así como una dialéctica de oprobio
por ejemplo un presidio se llama libertad
de modo que si dicen con orgullo
aquí el ciudadano vive en libertad
significa que tiene diez años de condena

es claro en apariencia nos hemos ampliado
ya que invadimos los cuatro cardinales
en venezuela hay como treinta mil
incluidos cuarenta futbolistas
en sidney oceanía
hay una librería de autores orientales

que para sorpresa de los australianos
no son confucio ni lin yu tang
sino onetti vilariño arregui espínola
en barcelona un café petit montevideo
y otro localcito llamado el quilombo
nombre que dice algo a los rioplatenses

pero muy poca cosa a los catalanes
en buenos aires setecientos mil o sea no caben más
y así en méxico nueva york porto alegre la habana
panamá quito argel estocolmo parís
lisboa maracaibo lima amsterdam madrid
roma xalapa pau caracas san francisco montreal
bogotá londres mérida goteburgo moscú
de todas partes llegan sobres de la nostalgia
narrando cómo hay que empezar desde cero
navegar por idiomas que apenas son afluentes
construirse algún sitio en cualquier sitio
a veces lindas veces con manos solidarias
y otras amargas veces recibiendo en la nuca
la mirada xenófoba

de todas partes llegan serenidades
de todas partes llegan desesperaciones
oscuros silencios de voz quebrada
uno de cada mil se resigna a ser otro

y sin embargo somos privilegiados

con esta rara melancólica
este arraigo tan nómada
este coraje hervido en la tristeza
este desorden este no saber
esta ausencia a pedazos
estos huesos que reclaman su lecho
con todo este derrumbe misterioso
con todo este fichero de dolor
somos privilegiados

después de todo amamos discutimos leemos
aprendemos sueco catalán portugués
vemos documentales sobre el triunfo
en vietnam la libertad de angola
fidel a quien la historia siempre absuelve
y en una esquina de carne y hueso
miramos cómo transcurre el mundo

escuchamos coros salvacionistas y afónicos
contemplamos viajeros y laureles
aviones que escriben en el cielo
y tienen mala letra
soportamos un ciclón de trópico
o un diciembre de nieve

podemos ver la noche sin barrotes
poseer un talismán o en su defecto un perro
bostezar escupir lagrimear
soñar suspirar confundir
quedar hambrientos o saciados
trabajar permitir maldecir
jugar descubrir acariciar
sin que el ojo cancerbero vigile

pero
y los otros
qué pensarán los otros
si es que tienen ánimo y espacio
para pensar en algo
qué pensarán los que se encaminan
a la máquina buitres a la tortura hiena
qué quedará a los que jadean de impotencia
qué a los que salieron semimuertos
e ignoran cuándo volverán al cepo

qué rendija de orgullo
qué gramo de vida
ciegos en su capucha
mudos de soledad
inermes en la espera

ni el recurso les queda de amanecer puteando
no sólo oyen las paredes
también escuchan los colchones si hay
las baldosas si hay
el inodoro si hay
y los barrotos que éstos siempre hay

cómo recuperarlos del suplicio y el tedio
cómo salvarlos de la muerte sucedánea
cómo rescatarlos del rencor que carcome
el exilio también tiene barrotos

sabemos dónde está cada ventana
cada plaza cada madre cada loma
dónde está el mejor ángulo de cielo
cómo se mueven las dunas y gaviotas
dónde está la escuelita con el hijo
del laburante que murió sellado
dónde quedaron enterrados los sueños
de los muertos y también de los vivos
dónde quedó el resto del naufragio
dónde están los sobrevivientes

sabemos dónde rompen las olas más agudas
y dónde y cuándo empalaga la luna
y también cuándo sirve como única linterna

sabemos todo eso y sin embargo
el exilio también tiene barrotes

allí donde el pueblo a durísimas penas
sobrevive entre la espada tan fría que da asco
y la pared que dice libertad o muer
porque el adolescente ya no pudo

allí pervierte el aire una culpa innombrable
tarde horrenda de esquinas sin muchachos
bajo un sol que se desploma como buscando

el presidente ganadero y católico
es ganadero hasta en sus pupilas bueyunas
y preconciliar pero de trento
el presidente es partidario del rigor
y la exigencia en interrogatorios
hay que aclarar que cultiva el pleonasma
ya que el rigor siempre es exigente
y la exigencia siempre es rigurosa
tal vez quiso decir algo más simple
por ejemplo que alienta la tortura

seguro el presidente no opinaría lo mismo
si una noche pasara de ganadero a perdidoso
y algún otro partidario kyrie eleison
del rigor y la exigencia kyrie eleison
le metiera las bueyunas en un balde de mierda
pleonasma sobre el que hay jurisprudencia
parece que las calles ahora no tienen baches
y después del ángelus ni baches ni transeúntes

los jardines públicos están preciosos
las estatuas sin caca de palomas

después de todo no es tan novedoso
los gobiernos musculosos siempre se jactan
de sus virtudes municipales

es cierto que esos méritos no salvan un país
tal vez haya algún coronel que lo sepa

al pobre que quedó a solas con su hambre
no le importa que esté cortado el césped

los padres que pagaron con un hijo al contado
ignoran esos hoyos que tapó el intendente

a juana le amputaron el marido
no le atañe la poda de los plátanos
los trozos de familia no valoran
la sólida unidad de las estatuas

de modo que no vale la gloria ni la pena
que gasten tanto erario en ese brillo

aclaro que no siempre
amanezco con los puños cerrados

hay mañanas en que me desperezo
y cuando el pecho se me ensancha
y abro la boca como pez en el aire
siento que aspiro una tristeza húmeda
una tristeza que me invade entero
y que me deja absorto suspendido
y mientras ella lentamente se mezcla
con mi sangre y hasta con mi suerte
pasa por viejas y nuevas cicatrices
algo así como costuras mal cosidas
que tengo en la memoria en el estómago
en el cerebro en las coronarias
en un recodo del entusiasmo
en el fervor convaleciente
en las pistas que perdí para siempre
en las huellas que no reconozco
en el rumbo que oscila como un péndulo

y esa tristeza madrugadora y gris
pasa por los rostros de mis iguales
unos lejanos perdidos en la escarcha
otros no sé dónde deshechos o rehechos
el viejo que aguantó y volvió a aguantar
la flaca con la boca destruida
el gordo al que castraron
y los otros los otros y los otros
otros innumerables y fraternos
mi tristeza los toca con abrupto respeto
y las otras las otras y las otras
otras esplendorosas y valientes
mi tristeza las besa una por una

no sé qué les debemos
pero eso que no sé
sé que es muchísimo

esto es una derrota
hay que decirlo
vamos a no mentirnos nunca más
a no inventar triunfos de cartón
si quiero rescatarme
si quiero iluminar esta tristeza
si quiero no doblarme de rencor
ni pudrirme de resentimiento
tengo que excavar hondo
hasta mis huesos
tengo que excavar hondo en el pasado
y hallar por fin la verdad maltrecha
con mis manos que ya no son las mismas

pero no sólo eso
tendré que excavar hondo en el futuro
y buscar otra vez la verdad
con mis manos que tendrán otras manos
que tampoco serán ya las mismas
pues tendrán otras manos

habrá que rescatar el vellocino
que tal vez era sólo de lana
rescatar la verdad más sencilla
y una vez que la hayamos aprendido
y sea tan nuestra como
las articulaciones o los tímpanos
entonces basta basta basta
de autoflagelaciones y de culpas
todos tenemos nuestra rastra
claro
pero la autocrítica
no es una noria

no voy a anquilosarme en el reproche
y no voy a infamar a mis hermanos
el baldón y la ira los reservo
para los hombres de mala voluntad
para los que nos matan nos expulsan
nos cubren de amenazas nos humillan
nos cortan la familia en pedacitos
nos quitan el país verde y herido
nos quieren condenar al desamor
nos queman el futuro
nos hacen escuchar cómo crepita

el baldón y la ira
que esto quede bien claro
yo los reservo para el enemigo

con mis hermanos porfiaré
es natural
sobre planes y voces
trochas atajos y veredas
pasos atrás y pasos adelante
silencios oportunos omisiones que no
coyunturas mejores o peores
pero tendré a la vista que son eso
hermanos

si esta vez no aprendemos
será que merecemos la derrota
y sé que merecemos la victoria

el paisito está allá
y es una certidumbre

a lo mejor ahora está lloviendo
allá sobre la tierra

y aquí
bajo este transparente sol de libres
aquella lluvia cala hasta mis bronquios
me empapa la vislumbre
me refresca los signos
lava mi soledad

la victoria es tan sólo
un tallito que asoma
pero esta lluvia patria
le va a hacer mucho bien

creo que la victoria estará como yo
ahí nomás germinando
digamos aprendiendo a germinar

la buena tierra artigas revive con la lluvia
habrá uvas y duraznos y vino
barro para amasar
muchachas con el rostro hacia las nubes
para que el chaparrón borre por fin las lágrimas

ojalá que perdure
hace bien este riego
a vos a mí al futuro
a la patria sin más

hace bien si lloremos mi pueblo torrencial
donde estemos

allá

o en cualquier parte

sobre todo si somos la lluvia y el solar
la lluvia y las pupilas y los muros
la bóveda la lluvia y el ranchito
el río y los tejados y la lluvia

furia paciente

lluvia

iracundo silencio

allá y en todas partes

ah tierra lluvia pobre
modesto pueblo torrencial

con tan buen aguacero
la férrea dictadura
acabará oxidándose

y la victoria crecerá despacio
como siempre han crecido las victorias

CURADOS DE ESPANTO
Y SIN EMBARGO

Entonces ¿mi nombre suena todavía en mi país?

ARTIGAS (en Asunción, 1847)

Si estaremos curados de espanto
si habremos barajado salmodias con ultrajes
sepultado alegrías conjeturas delirios
en el descalabro y en el camposanto
si habremos añorado nuestras azoteas
la cercana vía láctea apenas recorrida
por murciélagos suaves y custodios

vaya si nos habremos atiborrado
de tristezas y pisco
de amarguras y ron
de frustración y vino
de ansiedad y aguardiente

si habremos contrabandeado pesadillas
en plena aduana de la razón pura
almacenado furias en estantes
que no eran precisamente de cristal

si habremos activado y desactivado presagios
disparado contra el azar sin dar en el blanco
revuelto las cenizas sin encontrar el fénix

pucha si estaremos curados de espanto
y sin embargo presidente so oscurísimo

aunque haya tantas cosas que no podremos
perdonarle nunca

hoy nos hemos quedado sencillamente pasmados
nos hemos caído literalmente de culo
al enterarnos de su última ignominia

si estaremos curados de espanto
y sin embargo fíjese no creíamos que usted fuera
tan bruto
tan desertor de la historia como para colgarle una
medalla
a Pinochet sobre el corazón de la casaca
pero sobre todo no creíamos que fuera tan bellaco
como para invocar en ese acto fecal el limpio
nombre
de Artigas protector de los pueblos libres

mire si seremos ingenuos que usted a la postre
resultó más bruto más desertor y más bellaco
que todo cuanto pensábamos de usted
que no era precisamente una dulzura

quizá la explicación esté en su bibliofobia
dudo que haya leído la historia patria de Hachedé
para sólo nombrarle
considerando su extraña condición de feligrés
un manualito escrito por un cura
quizá usted ignore quién fue Artigas
y eso sí ya es bastante verosímil
porque aquí entre nosotros un rasgo

que siempre lo ha distinguido de sócrates
es que usted nunca sabe que no sabe

de modo que vamos a acercarle un artigas básico
por si loado sea dios quiere usted descondecorar
al forajido

y no se preocupe por el papelón de leso protocolo
él lo va a comprender mejor que nadie
se sabe destructor de un pueblo libre
y a esta altura ha de sentirse incómodo
llevando en la pechuga semejante sarcasmo
de dieciocho quilates

claro que ni esa salvedad lo salvaría
de otros pecados mortales y veniales
verbigracia torturas veniales y mortales
en que usted puso el cúmplase y el mátese
pues como dijo artigas y aquí arranca
precisamente el curso básico
yo deseo que triunfe la justicia
que los delitos no queden impunes
pero de cualquier modo la noche es larga
y si usted por fin borra el disparate
es probable aunque no fatalmente seguro
que el compañero gervasio no concurra
en ésta y las siguientes madrugadas
a clavarle su mirada de viejo aguilucho

con libertad no ofendo ni temo
ahora se explica
por qué sin libertad usted teme y ofende
en verdad más lo primero que lo segundo

y además además
el pueblo es su juez y acusador
ese viejo sí las sabía todas
y debe temer ser delincuente ante un juez tan severo
de modo que ya ve
comprendemos su miedo

mi autoridad emana de vosotros
y ella cesa por vuestra presencia soberana
de quién emana la suya
so oscurísimo mediocrón
no se le votó para que convirtiera
barcos en chirona escuelas en cuarteles
 estadios en cafúa
ni para que espantara a un millón de muchachos
orientales el hambre o la tumba

y ahora póngase la garra en el cuore
y diga qué le parece el test propuesto
eso de enfrentar la presencia soberana

podrán arrancarme la vida pero no envilecerme
y usted que se envileció arrancando la vida a sus
 paisanos
usted que se envileció sin que nadie se lo pidiera
y mucho menos le arrancara nada
a no ser algunos comunicados y misivas
que si borges lo permite integrarán
la historia universal de la infamia

*todo ciudadano será juzgado por jueces los más imparciales
para la preservación de los derechos de su vida
libertad propiedad y la felicidad de su existencia política*
ah si hubiera sabido que don gervasio era
marxista leninista avant la lettre
seguro que no le pone ese nombre a la medalla
qué es eso de jueces imparciales
derechos de vida y otras boberías
le hago notar que omito la palabra propiedad
para que no se le hinchen corazón y estancia
pero en cambio qué es eso de libertad
y existencia política y otras subversiones
dónde se ha visto semejante relajó
ah presidente no sólo la onu
está infiltrada como usted bien lo dijo
también la historia patria
también la historia patria

sean los orientales tan ilustrados como valientes
y usted que clausuró la universidad
y prohibió tantos libros y canciones
y de paso a antonio machado ese letrista de serrat
usted que tuvo presos a quijano y a onetti
y torturó a rosencof el dramaturgo
a massera el matemático
a núñez el periodista
y metió en cana a todo el elenco de el galpón
usted que cerró quince periódicos
prohibió a china zorrilla y a viglietti
y llegó a confiscar el correo de la unesco
mire a qué barbaridades conduce
no ser ni valiente ni ilustrado

*en medio de los mayores apuros no me prostituiré
jamás*

un fanático era el viejo eso era
y además un fanático apurado
en cambio usted ha sabido prostituirse
sin prisa y sin pausa
como la estrella
pero no la del cielo germánico de goethe
sino la estrella una puta prehistórica de la calle yerbal

*yo voy a continuar mis sacrificios pero por la
libertad*
en cambio usted lo ha dejado bien clarito en la carta
a sus jefes
está dispuesto a sacrificarse y seguir gobernando
más allá de lo previsto
o sea a continuar sus sacrificios pero por el
fascismo
tal vez corresponda aquí citar de artigas
la admirable alarma
y ahora pare la oreja
*todo todo está pronosticando el inmediato
estrago y ruina de los tiranos*
cómo quiere que pinochet se deleite con su hosanna

fíjese que no sólo le colgó la medalla
también le colgó el pronóstico agorero
es como si en el lóbrego pecho bestial
le hubiera confirmado el estrago y la ruina

por cierto habría sido mejor
que con la sacra anuencia de syracuse
embajador de los banqueros unidos de américa
en la ergástula oriental del uruguay
hubiera honrado al semoviente huésped
con la orden de nixon
pienso que pinochet se habría sentido ufano

con la efigie del ilustre asesino
en pleno corazón de la casaca

y atención que la última bolilla del básico
dice que artigas el veintinueve de noviembre
del año mil ochocientos dieciséis
envió esta consigna al comandante de misiones
viva la patria y mueran los tiranos

ya puede usted morirse con ese magno aval

ZELMAR

*o es que existe un territorio
donde las sangres se mezclan*

(de una canción de DANIEL VIGLIETTI)

Ya van días y noches que pienso pobre flaco
y no puedo ni quiero apartar el recuerdo

no el subido al cajón a la tribuna
con su palabra de espiral velocísima
que blindaba los pregones del pueblo
o encendía el futuro con unas pocas brasas
ni el cruzado sin tregua que quería
salvar la sangre prójima aferrándose
a la justicia esa pobre lisiada

no es el rostro allá arriba el que concurre
más bien el compañero del exilio
el cálido el sencillo aquel buen parroquiano
del boliche de la calle maipú
fiel al churrasco y al budín de pan
rodeado de hijos hijas yernos nietos
ese flamante abuelo con cara de muchacho
hablando del paisito con la pasión ecuánime
sin olvidar heridas

y tampoco quedándose en el barro
siempre haciendo proyectos y eran viables
ya que su vocación de abrecaminos
lo llevaba a fundar optimismos atajos
cuando alguno se daba por maltrecho

y trabajaba siempre
noche y día
quizá para olvidar que la muerte miraba
de un solo manotazo espantaba sus miedos
como si fueran moscas o rumores
y pese a las calumnias las alarmas
su confianza era casi indestructible
llevaba la alegría siempre ilesa
de la gente que cumple con la gente

sólo una imagen lo vencía
y era la hija inerme
la hija en la tortura
durante quince insomnios la engañaron diciéndole
que lo habían borrado en argentina
era un viejo proyecto por lo visto
entonces sí pedía ayuda para
no caer en la desesperación
para no maldecir más de la cuenta

ya van días y noches que pienso pobre flaco
un modo de decir pobres nosotros
que nos hemos quedado
sin su fraternidad sobre la tierra

no se me borran la sonrisa el gesto
de la última vez que lo vi junto a chicho
y no le dije adiós sino cuidate
pero los dos sabíamos que no se iba a cuidar

por lo común cuando cae un verdugo
un doctor en crueldad un mitrione cualquiera
los canallas zalameros recuerdan
que deja dos tres cuatro
verduguitos en cierne

ahora qué problema este hombre legal
este hombre cabal acribillado
este muerto inmorible con las manos atadas
deja diez hijos tras de sí
diez huellas

pienso en cecilia en chico
en isabel margarita felipe
y los otros que siempre lo rodeaban
porque también a ellos inspiraba confianza
y qué lindos gurises ojalá
vayan poquito a poco entendiendo su duelo
resembrando a zelmar en sus diez surcos

puede que la tristeza me haga decir ahora
sin el aval de las computadoras
que era el mejor de nosotros
y era
pero nada me hará olvidar que fue
quien haciendo y rehaciendo
se purificó más en el exilio

mañana apretaremos con los dientes
este gajo de asombro
este agrio absurdo gajo

él
que siempre salía
de alguna pesadilla
y si tendía una mano era una mano
y si daba consuelo era consuelo
y nunca un simulacro

convoquemos aquí a nuestros zelmares
en ellos no hay ceniza
ni muerte ni derrota ni tierno descalabro
nuestros zelmares siguen tan campantes
señeros renacidos
únicos y plurales
fieles y hospitalarios

convoquemos aquí a nuestros zelmares
y si aun así fraternos
así reunidos en un duro abrazo
en una limpia desesperación
cada uno de esos módicos zelmares
echa de menos a zelmar

será
que el horror sigue siendo demasiado
y ya que nuestro muerto
como diría roque en plena vida
es un indócil
ya que es un difunto peliagudo
que no muere en nosotros
pero muere
que cada uno lllore como pueda

a lo mejor entonces
nuestro zelmar
ése de cada uno
ese que él mismo nos dejó en custodia
a cada uno tenderá una mano
y como en tantas otras
malas suertes y noches
nos sacará del pozo
desamortjará nuestra alegría
y empezará a blindarnos los pregones
a encender el futuro con unas pocas brasas

mayo
1976

TEORÍA Y PRÁCTICA

Señoras y señores
hoy trataremos del imperialismo
tema difícil si los hay
y a veces engorroso de sitiar
en sólo media hora de pésimas noticias

en consecuencia intentaré abordarlo
tal como en un pasado alegre y misterioso
se solía abordar los bajeles piratas
quiero decir
de un modo irregular

digamos por ejemplo
que una campana suena lejos mansa
y purifica el diálogo y se queda
como el sol en las copas de los árboles

a pesar del calor el horizonte
se pone su bufanda
y unos pájaros sueltos y agilísimos
la recorren
y no son golondrinas

nada de eso es el imperialismo

digamos por ejemplo
que una muchacha quiebra la mañana
con sus caderas móviles
sus ojos perentorios
sus labios de cosecha
su paso que no pasa
y el muchacho que espera invencible y modesto
la incluye en su destino la estudia poro a poro
y así centineleándola
se atreve o no se atreve

tampoco eso es el imperialismo

digamos por ejemplo
que un niño escucha el mundo y decidiéndose
le echa su bocanada de candor
aprende cómo son sus pies y se los come
discute con el techo y lo convence
llora para variar y porque sabe
que a su alarido comparece el seno
con su promesa láctea y esa piel
que le gusta sentir junto a los párpados
y sabe que es feliz aunque no sepa
qué precio va a pagar o qué desprecio

tampoco eso es el imperialismo

digamos por ejemplo
que un viejo está aprendiendo el alfabeto
y clava en su memoria los diptongos
y las esdrújulas que son tan cómodas

porque llevan acento indiscutible
tiene rostro de cuáquero este viejo
pero el alma la tiene de resorte
y escribe *lluvia* porque en su campito
nunca vio que lloviera con ve corta

tampoco eso es el imperialismo

digamos por ejemplo
que una máquina late en el delirio
dice ruidosamente su producto
y las manos lo ayudan lo enderezan
lo limpian lo acicalan y lo envasan
manos que se conocen hace años
y hace años se mojan y se secan
se dan la bienvenida y los adioses
se preguntan se llaman se responden
se apoyan en la máquina materna
que dice su producto y carraspea
y cuando las ve juntas veteranas
suelta dos o tres lágrimas de aceite

tampoco eso es el imperialismo

digamos por ejemplo
que en la serena noche conyugal la pareja
hizo un hijo porque le dio la gana
y le ha dado la gana porque sabe
que un hijo es el profeta cotidiano
irá anunciándolos de sol a sol
irá diciendo a todos que es un hijo

y se alimentará con insolente
apetito y probará la patria
como si fuera pan caliente y nuevo

tampoco eso es el imperialismo

digamos por ejemplo
que la frontera pierde sus aduanas
y hasta nos invadimos los unos a los otros
nos prestamos volcanes y arroyitos
y cobre y antropólogos y azúcar
y lana y proteínas y arcoiris
y alfabetizadores y durmientes
y poeta y prosistas y petróleo
y el contrabando queda para el viento
y para los amantes migratorios

tampoco eso es el imperialismo

digamos por ejemplo
que la lluvia y el sol nos pertenecen
también el sobrecielo y el subsuelo
las provincias de nuestro corazón
y el territorio de nuestro trabajo

somos iguales ante los iguales
en un mundo de pares y sin otros
una linda locura de los cuerdos
y cierta estratagema de justicia

vamos poniendo tildes a presagios
que se cumplieron o se están cumpliendo

en un comienzo fuimos sólo islas
ahora somos urgentes archipiélagos

tampoco eso es el imperialismo

y digamos por último
que tenemos la noche y nuestra casa
y un reloj que no cuenta hacia la muerte
la ciencia avanza tanto que ha logrado
aislar el virus de la xenofobia
y la patria es ahora un salado bautismo
que va de mar a mar
y los abismos siguen existiendo
aunque nadie se arroje a su silencio

siempre es duro vivir pero se vive
dentro de las esclusas de la vida

y una vez más afirmo
nada de esto es el imperialismo

confío no haber sido demasiado sectario
en el enfoque teórico del tema

señoras y señores
acaba de avisarme un compañero

que afuera nos esperan los señores gendarmes
tal vez para brindarnos alguna clase práctica

deseémonos coraje
y buena suerte

he dicho
muchas gracias

CIUDAD EN QUE NO EXISTO

Creo que mi ciudad ya no tiene consuelo
entre otras cosas porque me ha perdido
o acaso sea pretexto de enamorado
que amaneciendo lejos imagina
sus arboledas y sus calles blancas

seguramente ella no recuerda
mis pasos que la saben de memoria
o tal vez esté sorda y ensimismada
y entorne sus persianas como párpados
para no ver la expiación del amor

yo en cambio la recuerdo aunque me ignore
a través de la bruma la distingo
y a pesar de acechanzas y recelos
la recupero cálida y soleada
única como un mito discretísimo

recojo de anteayer su imagen persuasiva
que nos había convencido a todos
uno se acomodaba entre las rocas
y el agua mansa de río salado
venía a lamer los pies y casi se quedaba

y cuando el horizonte se encendía
y había en el aire un hilo como baba de dios
que en uno de sus cabos tenía a un negrito
y en el otro un barrilete rubio
uno no era feliz pero faltaba poco

y cuando el horizonte se apagaba
y una hebra de sol se quedaba en un pájaro
el pino verde claro y el pino verde oscuro
acababan meciéndose como las siluetas
de dos gandules que lamentaran algo

de pronto la noche se volvía perpetua
y la alegría dulce y taciturna
si la vía lechosa se volcaba
sobre nosotros reminiscentes
era lindo acampar en el insomnio

exhumo mi ciudad tal como era
con apenas tres puntos cardinales
ya que donde vendría a estar el sur
no era punto cardinal sino un río
que descaradamente presumía de mar

todas las calles conducen al río mar
de todas las terrazas se divisa el mar río
en prosa se diría que es una península
pero en verso es mejor un barco desbocado
que se aleja del norte por las dudas

para cada uno la ciudad comienza
en un sitio cualquiera pero siempre distinto
más aún hubo días en que la ciudad
para mí empezaba en la plaza matriz
y otros en velsen y santiago de anca

la ciudad arranca allí donde uno
se siente absuelto por los niños terribles
casi comprendido por los zaguanes
interrogado por la reja o el farol
urgido por el muro pedagógico

la ciudad también puede empezar
con la primera muchacha que viene
a nuestro encuentro pero pasa de largo
y de todos modos deja una fruición
en el bochorno de las once y media

qué mujeres lindas tenía mi ciudad
hasta que las pusieron entre cuatro paredes
y las humillaron con delectación
qué mujeres lindas tienen los calabozos
qué hermanas silenciosas corajudas

luego que el mediodía acumula propuestas
y es tiempo de una siesta que no duermo
hay una verde comunión de rumores
tengo ganas de besar pero los labios
complementarios faltan sin aviso

la calle es la espina dorsal del barrio
es también el penthouse del linyera
un bostezo en la acera de sombra
garabato a destiempo
yuyito entre adoquines

la calle es por supuesto una pareja
una puerta cancel con vaticinios
la calle es un incendio y una estatua
y sobre todo una panadería
la calle es el ombú y el aguacero

todo eso era antes porque ahora
la calle es líber y es ibero
es hugo y heber y susana
los ocho obreros del paso molino
y nuestras marchas a los cementerios

la calle es la sirena horripilante
de un presidente que respira blindado
es una fila de hombres contra el muro
la sangre de sendic en las paredes
gente que corre huyendo de la gente

todo eso es ahora porque antes
la calle era un muestrario de balcones
la calle era estudiantes más obreros
a veces un tordillo vagabundo
o apenas un chau de vereda a vereda

todo eso era antes porque ahora
la calle es una pinza omnipresente
es el toba y zelmar que vuelven a la tierra
peleando ya cadáveres por la misma bandera
que sus asesinos no pueden soportar

antes ahora antes ahora antes
cumpló con la absurda ceremonia
de escindir mi ciudad en dos mitades
en un rostro ritual y otro crispado
en dos rumbos contrarios en dos tiempos

y sin embargo es útil recordar
que el ahora estaba germinando en el antes
que el ahora integral sólo pudo formarse
con pedazos de antes
y de antes de antes

por eso mi ciudad diezmada y fuerte
llora desde los ojos del impar derrotado
desde los viejos ojos de curuguaty
que habían aprendido a ver visiones
en treinta años de un exilio infalible

ciudad donde dormimos demasiado
sin velar en lo oscuro lo mejor de nosotros
y sin creer ni aceptar que los crueles
siempre vuelven al lugar de su crimen
para acabar con los sobrevivientes

tuvo esperanzas mi ciudad
y no fueron delirios petrificados
ni profecías en alta voz
eran tan sólo sueños razonables
robustos como axiomas o albañiles

tuvo razones mi ciudad
para pasar del fósforo a la antorcha
y que el pueblo se mirara y dijera
carajo somos pueblo
y de inmediato empezara a crecer

tuvo vislumbres mi ciudad
por ejemplo admitió que ella no era el país
sino la cabezota de un paisito
y la vislumbre la dejó temblando
como de su culpa o desperdicio

tuvo falacias mi ciudad
palabras enredadas en palabras
ojos que no enfrentaban a los ojos
tramposos que caían en su trampa
oscuros deslumbrantes

tuvo clamores mi ciudad
nuevos instantáneos justicieros
que discutían con los oráculos
con las mareas del azar
y con las muertes de la vida

tuvo un presagio mi ciudad
por cierto menos agrio de lo que vino luego
pero lo tuvo y decidió enfrentarlo
y luchó con denuedo y fervor y no obstante
acabó derrotada por el mismo presagio

tuvo tormentas mi ciudad
cada uno teníamos un rayito privado
nos quedábamos sordos con los propios truenos
mientras el enemigo en su cámara hermética
anotaba los márgenes de mein kampf

hoy mi ciudad escucha su silencio
y no puede creer en tanta ausencia
y no puede creer en tanta muerte
y menos aún que no haya semáforos
en las avenidas del camposanto

pero sigue existiendo mi indeleble ciudad
abandonada en su tumba de calles
el chorro de su fuente no llega hasta la nube
la cruz y la campana confundidas
y nobles y autocríticas disuaden de lo eterno

los mediadores entre vida y sombra
ya no prometen y se deshabitan
de esperanzas que embriagan
la fogata genera su ceniza
la penúltima rosa está fané

los buitres planean como siempre
sobre prometedoras agonías
hay alaridos que imitan el susurro
hay susurros que imitan el silencio
hay silencios que van a ser la muerte

ya ni los niños sueñan despiertos y benignos
en los ojos abiertos llevan el alfabeto
la *a* de ansiedad la *b* de bronca
la *c* de caos la *d* de descalabro
la *e* de esperanza la *f* de futuro

si jugaban al fútbol en los campitos
ahora juegan a seguir siendo niños
para que nadie advierta cómo han madurado
con las ausencias y las malas noticias
y la falta absoluta de noticias

antes memorizaban las tablas y las fórmulas
honduras capital tegucigalpa
ahora se muerden los labios y se entrenan
para olvidar los nombres y los rostros
de los amigos de amigos de sus padres

así aunque las estatuas sepan hacer la venia
y las chicharras callen pero no otorguen
cómo no voy a reconocer mi ciudad
si el guiño cómplice de la farola
me comunica con el porvenir

mi ciudad vive pero en sus entrelíneas
todo chamuyo es un sobrentendido
cada jerigonza va en busca de su tímpano
hay contraseñas hasta en las bocinas
la sístole y la diástole aprendieron su morse

la consigna es vivir a pesar de ellos
al margen de ellos o en medio de ellos
convivir revivir sobrevivir vivir
con la paciencia que no tienen los flojos
pero que siempre han tenido los pueblos

la consigna es joderles el proyecto
seguir siendo nosotros y además formar parte
de esa linda tribu que es la humanidad
qué proeza si arruináramos nuestra ruina y de paso
liberáramos nuestra liberación

a veces mi ciudad se anunciaba lluviosa
cumplía su promesa con gotas importadas
después venía el chaparrón de paz
y era una lluvia mansa de esas que empiezan pero
nunca se sabe cuándo terminan

a veces mi ciudad era un golfo de sol
con arenas doradas y sombrillas azules
los cuerpos aprendían a descifrarse
se elegían de un vistazo y para siempre
aunque el siempre durara dos veranos

cuando escribo estos rápidos indicios
algo en mí se estremece se sonrío
juro sobre el decamerón que en este instante
se me ha extraviado la computadora
aquella que extraía raíces ideológicas

soy apenas un hombre de mi ciudad
que quisiera tenerla bajo sus plantas
y si me encono no es un simple achaque
también se debe a que me la quitaron
sin consultarme como viviente

la cosa no es golpearse el pecho
ni regodearse en el desconuelo
ni aprontarse para el derrumbe
este capítulo no es de tango
ergo a inscribirse en el futuro

quizá eso signifique que para los mejores
el futuro va a ser una victoria plena
para algunos otros la ocasión de encontrarse
y para muchos más una franja de vida
ergo a inscribirse en el futuro

por eso he decidido ayudarte a existir
aunque sea llamándote ciudad en que no existo
así sencillamente ya que existís en mí
he decidido que me esperes viva
y he resuelto vivir para habitarte

BODAS DE PERLAS

C'est quand même beau de rajeunir.

RONY LESCOUFLAIR

Después de todo qué complicado es el amor breve
y en cambio qué sencillo el largo amor
digamos que éste no precisa barricadas
contra el tiempo ni contra el destiempo
ni se enreda en fervores a plazo fijo

el amor breve aun en aquellos tramos
en que ignora su proverbial urgencia
siempre guarda o esconde o disimula
semiadioses que anuncian la invasión del olvido
en cambio el largo amor no tiene cismas
ni soluciones de continuidad
más bien continuidad de soluciones

esto viene ligado a una historia la nuestra
quiero decir de mi mujer y mía
historia que hizo escala en treinta marzos
que a esta altura son como treinta puentes
como treinta provincias de la misma memoria
porque cada época de un largo amor
cada capítulo de una consecuente pareja
es una región como sus propios árboles y ecos
sus propios descampados sus tibias contraseñas

he aquí que mi mujer y yo somos lo que se llama
una pareja corriente y por tanto desapareja

treinta años incluidos los ochos bisiestos
de vida común y en extraordinario

alguien me informa que son bodas de perlas
y acaso lo sean ya que perla es secreto
y es brillo llanto fiesta honduras
y otras alegorías que aquí vienen de perlas

cuando la conocí
tenía apenas doce años y negras trenzas
y un perro atorrante
que a todos nos servía de felpudo
yo tenía catorce años y ni siquiera perro
calculé mentalmente futuro y arrecifes
y supe que me estaba destinada
mejor dicho que yo era el destinado
todavía no se cuál es la diferencia
así y todo tardé seis años en decírselo
y ella un minuto y medio en aceptarlo

pasé una temporada en buenos aires
y le escribía poemas o pancartas de amor
que ella ni siquiera comentaba en contra
y yo sin advertir la grave situación
cada vez escribía más poemas más pancartas
realmente fue una época difícil

menos mal que decidí regresar
como un novio pródigo cualquiera
el hermano tenía bicicleta
claro me la prestó y en raptó de coraje

salí en bajada por la calle almería
ah lamentablemente el regreso era en repecho

ella me estaba esperando muy atenta

cansado como un perro aunque enhiesto y altivo
bajé de aquel siniestro rodado y de pronto
me desmayé en sus brazos providenciales
y aunque no se ha repuesto aún de la sorpresa
juro que no lo hice con premeditación

por entonces su madre nos vigilaba
desde las más increíbles atalayas
yo me sentía cancerbado y miserable
delincuente casi delicuescente

claro eran otros tiempos y montevideo
era una linda ciudad provinciana
sin capital a la que referirse
y con ese trauma no hay terapia posible
eso deja huellas en las plazoletas

era tan provinciana que el presidente
andaba sin capangas y hasta sin ministros
uno podía encontrarlo en un café
o comprándose corbatas en una tienda
la prensa extranjera destacaba ese rasgo
comparándonos con suiza y costa rica

siempre estábamos llenos de exilados
así se escribía en tiempos suaves
ahora en cambio somos exiliados
pero la diferencia no reside en la i

eran bolivianos paraguayos cariocas
y sobre todo eran porteños
a nosotros nos daba mucha pena
verlos en la calle nostálgicos y pobres
vendiéndonos recuerdos y empanadas

es claro son antiguas coyunturas
sin embargo señalo a lectores muy jóvenes
que graham bell ya había inventado el teléfono
de ahí que yo me instalara puntualmente a las seis
en la cervecería de la calle yatay
y desde allí hacía mi llamada de novio
que me llevaba como media hora

a tal punto era insólito mi lungo metraje
que ciertos parroquianos rompebolas
me gritaban cachándome al unísono
dale anclao en parís

como ven el amor era dura faena
y en algunas vergüenzas
casi industria insalubre

para colmo comí abundantísima lechuga
que nadie había desinfectado con carrel
en resumidas cuentas contraje el tifus
no exactamente el exantemático
era igual de alarmante y podrido

me daban agua de ajo y jugo de sandía
yo por las dudas me dejé la barba
e impresionaba mucho a las visitas

una tarde ella vino hasta mi casa
y tuvo un proceder no tradicional
casi diría prohibido y antihigiénico
que a mí me pareció conmovedor
besó mis labios tíficos y cuarteados
conquistándome entonces para siempre
ya que hasta ese momento no creía
que ella fuese tan tierna inconsciente y osada

de modo que no bien logré recuperar
los catorce kilos perdidos en la fiebre
me afeité la barba que no era de apóstol
sino de bichicome o de ciruja
me dediqué a ahorrar y junté dos mil mangos
cuando el dólar estaba me parece a uno ochenta

además decidimos nuestras vocaciones
quiero decir vocaciones rentables
ella se hizo aduanera y yo taquígrafo

íbamos a casarnos por la iglesia
y no tanto por dios padre y mayúsculo
como por el minúsculo jesús entre ladrones
con quien siempre me sentí solidario
pero el cura además de católico apostólico
era también romano y algo tronco
de ahí que exigiera no sé qué boleta
de bautismo o tal vez de nacimiento

si de algo estoy seguro es que he nacido
por lo tanto nos mudamos a otra iglesia
donde un simpático pastor luterano
que no jodía con los documentos
sucintamente nos casó y nosotros
dijimos sí como dándonos ánimo
y en la foto salimos espantosos

nuestra luna y su miel se llevaron a cabo
con una praxis semejante a la de hoy
ya que la humanidad ha innovado poco
en este punto realmente cardinal

fue allá por marzo del cuarenta y seis
meses después que daddy truman
conmovido generoso sensible expeditivo
convirtiera a hiroshima en ciudad cadáver
en inmóvil guiñapo en no ciudad

muy poco antes o muy poco después
en brasil adolphe berk embajador de usa
apoyaba qué raro el golpe contra vargas

en honduras las inversiones yanquis
ascendían a trescientos millones de dólares
paraguay y uruguay en intrépido ay
declaraban la guerra a alemania
sin provocar por cierto grandes conmociones
en chile allende era elegido senador
y en haití los estudiantes iban a la huelga
en martinica aimé cesaire el poeta
pasaba a ser alcalde en fort de france
en santo domingo el PCD
se transformaba en PSP
y en méxico el PRM
se transformaba en PRI
en bolivia no hubo cambios de siglas
pero faltaban tres meses solamente
para que lo colgaran a villarroel
argentina empezaba a generalizar
y casi de inmediato a coronelizar

nosotros dos nos fuimos a colonia suiza
ajenos al destino que se incubaba
ella con un chaleco verde que siempre me gustó
y yo con tres camisas blancas

en fin después hubo que trabajar
y trabajamos treinta años
al principio éramos jóvenes pero no lo sabíamos
cuando nos dimos cuenta ya no éramos jóvenes
si ahora todo parece tan remoto será
porque allí una familia era algo importante
y hoy es de una importancia reventada

cuando quisimos acordar el paisito
que había vivido una paz no ganada

empezó lentamente a trepidar
pero antes anduvimos muy campantes
por otras paces y trepidaciones
combinábamos las idas y las vueltas
la rutina nacional con la morriña allá lejos
viajamos tanto y con tantos rumbos
que nos cruzábamos con nosotros mismos
unos eran viajes de imaginación qué baratos
y otros qué lata con pasaporte y vacuna

miro nuestras fotos de venecia de insbruck
y también de malvín
del balneario solís o el philosophenweg
estábamos estamos estaremos juntos
pero cómo ha cambiado el alrededor
no me refiero al fondo con mugrientos canales
ni al de dunas limpias y solitarias
ni al hotel chajá ni al balcón de goethe
ni al contorno de muros y enredaderas
sino a los ojos crueles que nos miran ahora

algo ocurrió en nuestra partícula de mundo
que hizo de algunos hombres maquinarias de horror
estábamos estamos estaremos juntos
pero qué rodeados de ausencias y mutaciones
qué malheridos de sangre hermana
qué enceguecidos por la hoguera maldita

ahora nuestro amor tiene como el de todos
inevitables zonas de tristeza y presagios
paréntesis de miedo incorregibles lejanías
culpas que quisiéramos inventar de una vez
para liquidarlas definitivamente

la conocida sombra de nuestros cuerpos
ya no acaba en nosotros
sigue por cualquier suelo cualquier orilla
hasta alcanzar lo real escandaloso
y lamer con lealtad los restos de silencio
que también integran nuestro largo amor

hasta las menudencias cotidianas
se vuelven gigantescos promontorios
la suma de corazón y corazón
es una suasoria paz que quema
los labios empiezan a moverse
detrás del doble cristal sordomudo
por eso estoy obligado a imaginar
lo que ella imagina y viceversa

estábamos estamos estaremos juntos
a pedazos a ratos a párpados a sueños
soledad norte más soledad sur
para tomarle una mano nada más
ese primario gesto de la pareja
debí extender mi brazo por encima
de un continente intrincado y vastísimo
y es difícil no sólo porque mi brazo es corto
siempre tienen que ajustarme las mangas
sino porque debo pasar estirándome
sobre las torres de petróleo en maracaibo
los inocentes cocodrilos del amazonas
los tiras orientales de livramento

es cierto que treinta años de oleaje
nos dan un inconfundible aire salitroso

y gracias a él nos reconocemos
por encima de acechanzas y destrucciones

la vida íntima de dos
esa historia mundial en livre de poche
es tal vez un cantar de los cantares
más el eclesiastés y sin apocalipsis
una extraña geografía con torrentes
ensenadas praderas y calmas chichas

no podemos quejarnos
en treinta años la vida
nos ha llevado recio y traído suave
nos ha tenido tan pero tan ocupados
que siempre nos deja algo para descubrirnos
a veces nos separa y nos necesitamos
cuando uno necesita se siente vivo
entonces nos acerca y nos necesitamos

es bueno tener a mi mujer aquí
aunque estemos silenciosos y sin mirarnos
ella leyendo su séptimo círculo
y adivinando siempre quién es el asesino
yo escuchando noticias de onda corta
con el auricular para no molestarla
y sabiendo también quién es el asesino

la vida de pareja en treinta años
es una colección inimitable
de tangos diccionarios angustias mejorías
aeropuertos camas recompensas condenas

pero siempre hay un llanto finísimo
casi un hilo que nos atraviesa
y va enhebrando una estación con otra
borda aplazamientos y triunfos
le cose los botones al desorden
y hasta remienda melancolías

siempre hay un finísimo llanto un placer
que a veces ni siquiera tiene lágrimas
y es la parábola de esta historia mixta
la vida a cuatro manos el desvelo
o la alegría en que nos apoyamos
cada vez más seguros casi como
dos equilibristas sobre su alambre

de otro modo no habríamos llegado a saber
qué significa el brindis que ahora sigue
y que lógicamente no vamos a hacer público

23
marzo
1976

HOMBRE DE MALA VOLUNTAD

Cuando volvés a la tarde como a un oasis
y tu mujer te espera linda y ávida
y cree en la provincia de tu silencio
que hace tiempo vendiste al enemigo

cuando volvés de tarde como un padre mágico
y el gurí te salpica de inocencia
y te mira como mira un gorrión a ese cielo
del que hace tiempo te descolgaste

cuando te arrellanás en la dulzura
y la seguridad te envuelve como un aliento
y ves en las ventanas el otoño
esa reflexiva estación de lealtades

cuando una paz tan expugnable
trata de instalarse nada menos que en vos
y te das cuenta de que algo no marcha
porque ya no sabés qué hacer con ella

cuando el calorcito del hogar te acepta
y tu vieja entorna los ojos para oír
eine kleine nachtmusik o la última curda
o los cierra con modorra octogenaria

cuando toda la jornada se resume
en la gran disculpa que te enceniza
y preferís no abrir el diario de la noche
porque sabés todo lo que se calla

cuando metés el índice en el vaso de bohemia
para mover el hielo en el old smuggler
y el frío te sube de la yema al corazón
y después te baja del cuore a las tripas

cuando tu hijo diga buenas noches
y te bese el mentón y se pinche
y comprendas que sos para él
más o menos la bienaventuranza

cuando tu madre diga buenas noches
y se retire con tu infancia a cuestras
y la veas moverse paso a paso
como si no pudiera con la carga

cuando tu mujer diga buenas noches
y no vaya a dormir sino a esperarte
bajo las sábanas almidonadas
que cambió en tu homenaje

cuando todos te dejen en el living
a solas con tu húmedo bigote
y la mirada opaca como nunca
y el tocadiscos que se detiene solo

mejor lo pasarías si no tuvieras
en la retina y en los tímpanos
el rostro el puño el alarido
del muchachito de ojos claros

de mejillas pecosas
de bien marcado costillar
de rodillas casi puntiagudas
de piernas que saltaban como peces

cuánto mejor lo pasarías
si la memoria no fuese tan cabrona
como para mostrarte y volverte a mostrar
aquella desnudez indoblegable

y sobre todo aquellos ojos clarísimos
que te miraban como no creyendo
que vos el de corbata fueras
tan sólo una palanca de patíbulo

cuánto mejor lo estarías pasando
si te olvidaras para siempre
de ese recuerdo tan fresquito
tan acabado de nacer

tan intacto que es como si vieras
la boca que llegaba hasta el mismísimo
borde de la derrota y se mordía
y empezaba a morirse de victoria

cómo será la cosa que no te odiamos
fijate vos cómo será la cosa
que no te hacemos ese amargo honor
hombre de mala voluntad pobre hombre

quizá te alcance con que los ojos
de tu botija macanudo y frágil
mañana o pasadomañana te miren
porque estas cosas siempre se propagan

o el mes que viene o el año próximo
te miren esos ojos como no creyendo
claros también y no creyendo pero
ya no será mirada de gorrión

ojos claros te miren como no creyendo
pero creyendo al fin y al cabo
no con mirada de gorrión
pero creyendo al fin y al cabo

entonces pobre hombre de mala voluntad
ni siquiera juntando todo el odio
que quede disponible en el mercado
ninguno de nosotros podrá odiarte

como vos mismo te odiarás

LOS ESPEJOS
LAS SOMBRAS

Y las sombras que cruzan los espejos

VICENTE HUIDOBRO

Es tan fácil nacer en sitios que no existen
y sin embargo fueron brumosos y reales
por ejemplo mi sitio mi marmita de vida
mi suelta de palomas conservaba
una niebla capaz de confundir las brújulas
y atravesar de tarde los postigos
todo en el territorio de aquella infancia breve
con la casa en la loma cuyo dueño
era un tal valentín del escobar
y el nombre era sonoro me atraían
las paredes tan blancas y rugosas
ahí descubrí el lápiz como colón su américa
sin saber que era lápiz y mientras lo empuñaba
alguien hacía muecas al costado de un biombo
para que yo comiera pero yo no comía

después es la estación y es el ferrocarril
me envuelven en la manta de viaje y de calor
y había unas mangueras largas ágiles
que lavaban la noche en los andenes

las imágenes quedan como en un incunable
que sólo yo podría descifrar
puesto que soy el único especialista en mí
y sin embargo cuando regresé
apenas treinta y dos años más tarde
no había andén ni manta ni paredes rugosas
ya nadie recordaba la casa en la lomita
tampoco a valentín del escobar

quizá sea por eso que no puedo creer
en pueblo tan ceñido tan variable
sin bruma que atraviese los postigos
y confunda las brújulas
un paso de los toros enmendado
que no tiene ni biombo ni mangueras

el espejo tampoco sabe nada
con torpeza y herrumbre ese necio repite
mi pescuezo mi nuez y mis arrugas
debe haber pocas cosas en el mundo
con menos osadía que un espejo

en mis ojos amén de cataratas
y lentes de contacto con su neblina propia
hay rehenes y brujas
espesas telarañas sin arañas
hay fiscales y jueces

disculpen me quedé sin defensores
hay fiscales que tiemblan frente a los acusados
y jueces majaderos como tías
o deshumanizados como atentos verdugos
hay rostros arduos y fugaces
otros triviales pero permanentes
hay criaturas y perros y gorriones
que van garúa arriba ensimismados
y un sosías de dios que pone cielos
sobre nuestra mejor abolladura

y tampoco el espejo sabe nada
de por qué lo contemplo sin rencor y aburrido

y así de noche en noche
así de nacimiento en nacimiento
de espanto en espantajo
van o vamos o voy con las uñas partidas
de arañar y arañar la infinita corteza

más allá del orgullo los árboles quedaron
quedaron los presagios las fogatas
allá atrás allá atrás
quien es tan memorioso

ah pero la inocencia ese búfalo herido
interrumpe o reanuda
la fuga o cacería
de oscuro desenlace

todos mis domicilios me abandonan
y el botín que he ganado con esas deserciones
es un largo monólogo en hilachas
turbado peregrino garrafal
contrito y al final desmesurado
para mi humilde aguante

me desquito clavándole mi agüero
me vengo espolvoreándolo de culpas
pero la soledad
 esa guitarra
esa botella al mar
esa pancarta sin muchedumbrita
esa efemérides para el olvido
oasis que ha perdido su desierto

flojo tormento en espiral
cúpula rota y que se llueve
ese engendro del prójimo que soy
tierno rebuzno de la angustia
farola miope
tímpano
ceniza
nido de águila para torcazas
escobajo sin uvas
borde de algo importante que se ignora
esa insignificante libertad de gemir
ese carnal vacío
ese naípe sin mazo
ese adiós a ninguna
esa espiga de suerte
ese hueco en la almohada
esa impericia
ese sabor grisáceo
esa tapa sin libro
ese ombligo inservible
la soledad en fin
 esa guitarra
de pronto un día suena repentina y flamante
inventa prójimas de mi costilla
y hasta asombra la sombra
qué me cuentan

en verdad en verdad os digo que
nada existe en el mundo como la soledad
para buscarnos tierna compañía
cohorte escolta gente caravana

y el espejo ese apático supone
que uno está solo sólo porque rumia
en cambio una mujer cuando nos mira sabe

que uno nunca está solo aunque lo crea
ah por eso hijos míos si debéis elegir
entre una muchacha y un espejo
elegid la muchacha

cómo cambian los tiempos y el azogue
los espejos ahora vienen antinarcisos
hace cuarenta años la gente los compraba
para sentirse hermosa para saberse joven
eran lindos testigos ovalados
hoy en cambio son duros enemigos
cuadrados de rencor bruñidos por la inquina
nos agravian mortifican zahieren
y como si tal cosa pronuncian su chispazo
mencionan lustros y colesterol
pero no las silvestres bondades de estraperlo
la lenta madurez esa sabiduría
la colección completa de delirios
nada de eso solamente exhuman
las averías del pellejo añejo
el desconuelo y sus ojeras verdes
la calvicie que empieza o que concluye
los párpados vencidos siniestrados
las orejas mollejas la chatura nasal
las vacantes molares las islas del eczema

pero no hay que huir despavorido
ni llevarle el apunte a ese reflejo
nadie mejor que yo
para saber que miente

no caben en su estanque vertical
los que fui los que soy los que seré

siempre soy varios en parejos rumbos
el que quiere asomarse al precipicio
el que quiere vibrar inmóvil como un trompo
el que quiere respirar simplemente

será que nada de eso está en mis ojos
nadie sale a pedir el vistobueno
de los otros que acaso y sin acaso
también son otros y en diversos rumbos
el que aspira a encontrarse con su euforia
el que intenta ser flecha sin el arco
el que quiere respirar simplemente
será que nada de eso está en mi ceño
en mis hombros mi boca mis orejas
será que ya no exporto dudas ni minerales
no genera divisas mi conducta
tiene desequilibrios mi balanza de pagos
la caridad me cobra intereses leoninos
y acaparo dolor para el mercado interno

será que nada de eso llega al prójimo
pero yo estoy hablando del y con el espejo
y en su luna no hay prójima y si hay
será una entrometida que mira sobre mi hombro

los prójimos y prójimas no están en el luciente
sencillamente son habitantes de mí
y bueno se establecen en mí como pamperos
o como arroyos o como burbujas

por ejemplo las dudas no están en el espejo
las dudas que son meras preconfianzas
por ejemplo los miércoles no están
ya que el espejo es un profesional
de noches sabatinas y tardes domingueras
los miércoles de miércoles quién se le va a arrimar
pedestre o jadeante
inhumano y cansado
con la semana a medio resolver
las tardes gordas de preocupaciones
el ómnibus oliendo a axila de campeón
los insomnios no caben por ejemplo
no son frecuentes pero sí poblados
de canciones a trozos
de miradas que no eran para uno
y alguna que otra bronca no del todo prevista
de esas que consumen la bilis del trimestre
tampoco aquellos tangos en los que uno sujeta
en suave diagonal la humanidad contigua
y un magnetismo cálido y a la vez transitorio
consterna los gametos sus ene cromosomas
y entre corte y cortina se esparcen monosílabos
y tanto las pavadas aleluya
como las intuiciones aleluya aleluya
derriban las fronteras ideológicas

verbigracia qué puede rescatar el espejo
de una ausencia tajante
una de esas ausencias que concurren
que numeran sus cartas
y escriben besos ay de amor remoto

qué puede qué podría reconocer carajo
de las vidas y vidas que ya se me murieron
esos acribillados esos aciborrados

del abrazo y el mapa y los boliches
o los que obedecieron a su corazonada
hasta que el corazón les explotó en la mano
sea en el supermarket de la mala noticia
o en algún pobre rancho de un paisaje sin chau
poco puede conocer de los rostros
que no fueron mi rostro y sin embargo
siguen estando en mí
y menos todavía
de los desesperantes terraplenes
que traté de subir o de bajar
esos riesgos minúsculos que parecen montañas
y los otros los graves que salvé como un sordo
así hasta que la vida quedó sin intervalos
y la muerte quedó sin vacaciones
y mi piel se quedó sin otras pieles
y mis brazos vacíos como mangas
declamaron socorro para el mundo

en la esquina del triste no hay espejo
y lo que es
 más austero
 no hay auxilio

por qué será que cunden las alarmas
y no hay manera ya de descundirlas

el país tiene heridas grandes como provincias
y hay que aprender a andar sobre sus bordes
sin vomitar en ellas ni caer como bolos
ni volverse suicida o miserable
ni decir no va más
porque está yendo

y exportamos los huérfanos y viudas
como antes la lana o el tasajo
en el muelle del pobre no hay espejo
y lo que es
 más sencillo
 no hay adioses

los fraternos que estaban en el límite
las muchachas que estaban en los poemas
asaltaron de pronto el minuto perdido
y se desparramaron como tinta escarlata
sobre las ínfulas y los sobornos
metieron sus urgencias que eran gatos
en bolsas de arpillera
y cuando las abrieron aquello fue un escándalo
la fiesta prematura
igual que si se abre una alcancía

hacía tanto que éramos comedidos y cuerdos
que no nos vino mal este asedio a la suerte

los obreros en cambio no estaban en los poemas
estaban en sus manos nada más

que animan estructuras telas fibras
y cuidan de su máquina oh madre inoxidable
y velan su garganta buje a buje
y le toman el pulso
y le vigilan la temperatura
y le controlan la respiración
y aquí atornillan y desatornillan
y allí mitigan ayes y chirridos y ecos

o escuchan sus maltrechas confianzas
y por fin cuando suena el pito de las cinco
la atienden la consuelan y la apagan

los obreros no estaban en los poemas
pero a menudo estaban en las calles
con su rojo proyecto y con su puño
sus alpargatas y su humor de lija
y su beligerancia su paz y su paciencia
sus cojones de clase
qué clase de cojones
sus ollas populares
su modestia y su orgullo
que son casi lo mismo

las muchachas que estaban en los poemas
los obreros que estaban en las manos
hoy están duros en la cárcel firmes
como las cuatro barras que interrumpen el cielo

pero habrá otro tiempo
es claro que habrá otro
habrá otro tiempo porque el tiempo vuela
no importa que ellas y ellos no estén en el espejo
el tiempo volará
no como el cóndor
ni como el buitre ni como el albatros
ni como el churrinche ni como el benteveo
el tiempo volará como la historia
esa ave migratoria de alas fuertes
que cuando llega es para quedarse

y por fin las muchachas estarán en las manos
y por fin los obreros estarán en los poemas

ay espejo ignorás tanta vida posible
tenés mi soledad
vaya conquista
en qué magro atolón te obligaste a varar

hay un mundo de amor que te es ajeno
así que no te quedes mirando mi mirada
la modorra no escucha campanas ni promesas
tras de mí sigue habiendo un pedazo de historia
y yo tengo la llave de ese cofre barato
pero atrás más atrás
o adelante mucho más adelante
hay una historia plena
una patria en andamios con banderas posibles
y todo sin oráculo y sin ritos
y sin cofre y sin llave
simplemente una patria

ay espejo las sombras que te cruzan
son mucho más corpóreas que mi cuerpo depósito
el tiempo inagotable hace sus propios cálculos
y yo tengo pulmones y recuerdos y nuca
y otras abreviaturas de lo frágil
quizá una vez te quiebres
dicen que es mala suerte
pero ningún espejo pudo con el destino
o yo mismo me rompa sin que vos te destruyas
y sea así otra sombra que te cruce

pero espejo ya tuve como dieciocho camas
en los tres años últimos de este gran desparramo

como todas las sombras pasadas o futuras
soy nómada y testigo y mirasol
dentro de tres semanas tal vez me vaya y duerma
en mi cama vacía número diecinueve
no estarás para verlo
no estaré para verte

en otro cuarto neutro mengano y transitorio
también habrá un espejo que empezará a
escrutarme
tan desprolijamente como vos
y aquí en este rincón duramente tranquilo
se instalará otro huésped temporal como yo
o acaso dos amantes recién homologados
absortos en su canje de vergüenzas
con fragores de amor e isócronos vaivenes

no podrás ignorarlos
ellos te ignorarán
no lograrás desprestigiar su piel
porque será de estreno y maravilla
ni siquiera podrás vituperar mi rostro
porque ya estaré fuera de tu alcance
diciéndole a otra luna de impersonal herrumbre
lo que una vez te dije con jactancia y recelo

he venido con todos mis enigmas
he venido con todos mis fantasmas
he venido con todos mis amores

y antes de que me mire
como vos me miraste
con ojos que eran sólo parodia de mis ojos
soltaré de una vez el desafío

ay espejo cuadrado
nuevo espejo de hotel y lejanía
aquí estoy
ya podés
empezar a ignorarme

agosto
1976

CROQUIS PARA ALGÚN DÍA

*Yo mismo temo a veces
que nada haya existido,
que mi memoria mienta,
que cada vez y siempre
—puesto que yo he cambiado—
cambie lo que he perdido.*

LÍBER FALCÓ

Éste es mi asfalto que respira
estas baldosas son las que no invento
ésta es mi gente como espejo
éste es mi azar sin molde

pensé que iba a ponerme melancólico
o débil como un convaleciente
o que fuera a brotarme alguna euforia
ante estos árboles que recupero
con su bendita sombra y con su cielo

la dimensión es otra
sin embargo

volver por una rambla que antes era
y ahora es la mañana transparente
linda excusa este aire salitroso
sentirlo en la mejilla como una biografía

y que los terraplenes y los caballos sueltos
carros de verduleros y persianas
vuelvan a acomodarse en mi desorden
sin tomar represalias mansamente

no creí que la arena fuera a conservarse
tan pulcra tan genuina tan rebote de sol
claro otras playas del mundo nos derrotan
en olas en corales en malaguas
tiburones garotas esquí acuático
pero en arena somos invencibles

como seguramente habrán notado
éste es un modo de no entrar en materia
de posponer el fondo del reencuentro

es bravo regresar de semejante ausencia
hallarse a quemarropa con el país que es otro
oír sus siembras íntimas sus contraseñas
su silencio con ladridos y magia
y uno que otro clamorcito y gaviotas

algo está sucediendo en mi tango interior
como si la ceniza me velara la sangre
y me toma indefenso yo esperaba
que una lluvia con sol lavara mis certezas
y mi culpa y mi saldo de inocencia
y sin embargo no era lluvia era ceniza
cayéndome por dentro como verdad en polvo

aquí están mi mujer mi hermano mi madre
no está mi padre se exilió en la muerte
quizá por eso el país no es el mismo
por cierto tenía una bondad tan dulce
como anacrónica en los últimos tiempos
se ponía a llorar sin vanagloria

no siempre se sabía por qué o por quiénes
ahora se sabe lloraba los pronósticos
los agujeros las nubes que hacen sombra
a los que son rastreados por la muerte

mi padre no entendía la crueldad
y eran los inicios de los crueles
fumaba el cigarrito que le habían prohibido
y hacía lo posible por mantenerse incrédulo
con los ojos modestos y agobiados
por setenta años de vida a contramano
pero cuando el aire se volvió irrespirable
entonces ya no quiso respirar

quizá por eso el país no es el mismo
mi padre era un vicario del paisaje
los pinos que veía eran siempre distintos
de los que veíamos nosotros y no están
el país que buscaba no era el mismo
que el que hallamos nosotros y no está

bueno también mi casa existe
qué dato inesperado usar mi cama
no despertarme a solas con mi cuerpo y el techo
y conciliar el sueño inconciliable
con mi mujer al lado ese albedrío

nos pasaron los años cerca y lejos
el tiempo nos hirió por separado
uno hacía la prueba de pensar despacito
ahora qué estará haciendo allá en el cuarto

leyendo o extrañándome o tejiendo
pero además bregaba por sobrevivir
y cuidaba a mi vieja y a su vieja
y les hacía almácigos con las manías
y laboraba inconteniblemente
para desconocer lo conocido

hablamos es la larga puesta al día
no obstante es imposible a estas alturas
sintetizar así nomás la rabia
el desaliento y la fatiga
fe versus decepción
los abrazos que no
el tiempo evanescente

siempre una zona quedará
irremediablemente abandonada
devorada olvidada en el olvido
y en adelante la efusión
deberá concretarse a exactas remembranzas
a documentos del amor y el júbilo

nadie tuvo la culpa o su sinónimo
la tuvimos nosotros los malvivientes
porque vivimos mal la ocasión para el salto
nadie tuvo la culpa o su sinónimo
la tuvimos nosotros los malhechores
porque fueron mal hechos los cálculos y sueños
y también la tuvimos los bienvivientes
porque vivimos bien la justicia o el riesgo
y también la tuvimos los bienhechores
porque fueron bien hechos los esbozos de mundo

aquí está la ciudad de par en par
como una herida que ya no supura
pero aún es herida lo será largamente
voy de abrazo en abrazo con prisa y parsimonia
cuento lo que no está no paro de contar
y no me da vergüenza estremecerme
voy abrazando ausencias y no puedo
siento que me equivoco
errar es inhumano
voy de abrazo en abrazo con paciencia de ombú
de acacia de álamo de enredadera
una paciencia vegetal y antigua
mi abrazo viene desde mis raíces
savia que circuló en la infancia angosta
transcurrió perezosa por un barrio o destino
humedeció mi amor despenó mi penuria
dio frutos hojas profecías
me sintió sacudido por vientos y amenazas
volvió para infundirme su lógica nocturna
y enseñarme los trámites de su aplomo

luego por muchos años renuncié a ser árbol
por largas estaciones perdí ramas y savia
y hojas y raíces y paciencia
el exilio es un páramo a veces
otras veces es un huerto fraterno
y los otros nosotros compartimos
calorías y pan suyo nuestro

pero aun así es difícil ser árbol
o arbusto o matorral o simple yuyo
donde la tierra es roja o menos negra
en fin sólo otro árbol así sea
del trópico o de alaska
podrá entender un tema tan frondoso

voy de abrazo en abrazo con preguntas remotas
en los otros hay párpados y ceños
que vienen de rescates o de ráfagas
nos encontramos como sobre un puente
y va desde el suplicio a la nostalgia
que es también un suplicio pero suave

algo nos ha marcado para toda la zafra
el estar aquí de unos
el no estar de los otros
y aunque todo se comprende y se sabe
un puente es siempre un puente

hay quienes llevan consigo su escombros
y esta gris felicidad llega tarde
cada viviente es un sobreviviente
la pared que quedó después del sismo
con la foto en el marco el almanaque
detenido en su hoja chamuscada

hay quienes miran en los ojos son
los optimistas que renovaron su cábala
la ajustaron, enmendaron tacharon
remediaron limaron mejoraron rehicieron
pero hasta en ellos existe una cautela obligatoria
y como hay glándulas que segregan cordura
a nadie le queda un santiamén de delirio

es hermoso es durísimo es un lujo
volver a los afectos de carne y hueso
no a las constelaciones afectuosas

todos tenemos más años más arrugas más canas
cicatrices estelas salpicaduras huellas
moralejas reliquias vestigios sedimentos
es tanto lo aprendido y lo desaprendido
lo domesticado y por suerte lo indócil
somos otros habrá que serenarse
habrá que escucharnos latir
y empezar otra vez a conocernos
arrancando de lo previsto y verosímil
siguiendo con los acasos y el quién sabe
y así hasta la taumatúrgica conciencia
saber que estamos vivos y agitar esa vida

aunque sea temprano para tasar
qué sortilegio o qué maravilla
pudieron extraer de nuestros pobres fastos
la consternación y la añoranza

mi pregunta oficiosa es la siguiente
dónde están los verdugos
te advierto que no se habla de tortura
sino más bien de los torturadores
lo otro es un pantano
habrá que transformarlo en campo roturado
no para olvidarlo sino para acordarse
que se trata de una sangre ubérrima
lo feroz trasmutado en lo veraz

ya entiendo pero
dónde están los verdugos

mirá muchos alcanzaron a irse
quizá estén remordidos o repantigados
en oakland en miami en dallas texas
o tal vez en fort gulick canal zone
enseñando o ayudando a enseñar
a cada vez más oficiales
de cada vez menos paisitos
que la letra con sangre entra
o por lo menos debería entrar

se trata de cursillos sobre el suplicio básico
como forma superior de democracia

claro que algunos quedan
están ahora en la etapa del pánico
uno se suicidó con alkaseltzer
lo acomodó en la amígdala y bebió
qué se va a hacer ése por lo menos
tuvo un rasgo supremo de autocrítica
uno de los detalles que más los desconcierta
es precisamente que no los torturemos
uno llegó a hablar de crueldad psicológica
y que iba a reclamar a naciones unidas
casi lo fusilamos por imbécil

no pueden entender que exista otra justicia
distinta de la que ellos manejaron
no creen que nos neguemos a ser monstruos
y que no sea por lástima hacia ellos
sino por respeto a nuestros muertos y vivos

por supuesto habrá que fusilar a algunos
no como venganza que es un trasto inútil
más bien como profilaxis de la historia

eso lo habría comprendido hasta nixon
que ahora yace a la diestra de monroe

qué suerte ya no somos la suiza de américa
suena un poco inmodesto pero somos
el uruguay de américa

por fin junto coraje y asumo la prevista
hostilidad de mi biblioteca
los libros son por naturaleza rencorosos
recuerdo que a proust le vino el asma
cuando abrí el primer fanon
joyce se volvió realmente esotérico
cuando me enfrasqué en gramsci
faulkner jamás perdonará
mi apego por rulfo su legatario
borges se puso necio y laberíntico
cuando volví a quiroga
sarmiento se alunó durante un siglo
cuando aprendí las claves de martí

los libros son por naturaleza rencorosos
absorbentes posesivos y sin embargo
se parecen a mi historia privada

allí están los amores o mejor dicho
los libros que uno lee cuando está enamorado
allí están los deslumbramientos y las fobias
las caducidades y permanencias
seis mil o siete mil odios y afectos
novelas-ríos poemas-lagunas ensayos-bahías
filatélicamente juntados en treinta años
siempre pensé que
aunque no lo admitiéramos en público
mi biblioteca y yo éramos uña y carne
así hasta que la muerte famosa analfabeta
nos pusiera en distintas madrigueras

cuando la radio y el cantor cantaban
vivir sin ella nunca podré
ah yo pensaba en mi biblioteca
después supe que los tangos mentían
pero era inapelablemente tarde

uno puede llevar al exilio sus agravios
sus deudas sus problemas sus desesperaciones
pero no puede llevar su biblioteca
así que de a poco me vine a enterar
que realmente puedo vivir sin ella
ni siquiera eché de menos los estantes
con estas traducciones y ediciones
de mis libros
es decir la egoteca

seguro las nostalgias cambian de sitio pero
qué menos va a pedirse a un escritor de pedigree
que un poco de morriña hacia su biblioteca
ergo no soy de pedigree

ni tengo epígonos mas si tuviera
les podría colgar este bochorno
hubiera sido un lindo sambenito

caramba mis morriñas no eran profesionales
además del amor y otros nudos gordianos
cómo extrañé las calles en especial las feas
y en ellas las muchachas en especial las lindas
y uno que otro café mejor si llovía a cántaros
los árboles los quioscos la dura militancia
los domingos de estadio y los viernes de *marcha*

por un atardecer en malvín habría dado
dos shakespeare tres balzac
y todo toynbee que no es verdurita
por un solo vistazo a mi vía láctea
y ahora me enfrento a ellos tan adustos
con su soberbia encuadrada
su desapego en rústica
desde lomos inhóspitos me juzgan
con manchas de humedad o con letras a fuego

decido ser brutalmente sincero
no los necesité ah pero igual me gustan
pude vivir sin ellos es la pura verdad
tendré que acostumbrarme sólo eso
su silencio es de pasta
callan pero no otorgan
quizá voltaire o twain aguante la risa
pero claudel y carlos reyles me odian

los recorro uno a uno
los palpo los hojeo están más viejos
tienen arrugas y verrugas
páginas sueltas tapas descascaradas
por ellos pasó el tiempo y el plumero
de vez en cuando mi mujer los limpiaba
pero tienen atávicas manías

sólo rejuvenecen cuando los consultan
cuando los rayan y subrayan
cuando les agregan dibujitos y estrellas
cuando alguien los convence
de que son necesarios

esa inocencia me conmueve
la encuentro más humana que libresca
será por eso que intento dialogar
y además es sabido que leyendo
la gente se entiende
o se entendía

para empezar tengo a raimundo lulio
que por lo menos no es contemporáneo
lo abro en su doctrina pueril y no era tanto
amable hijo qué le conviene más
o morir una vez
o morir siempre en fuego perdurable
lo que se llama un golpe bajo
ni lo uno ni lo otro amable padre
por suerte uno es agnóstico
ahora entiendo por qué lo lapidaron

llevará tiempo
ya lo veo

siguen tan pero tan resentidos
volveré mañana y pasado y después
les iré explicando en breves dosis
que efectivamente son muy importantes
ah pero no lo único importante

chau raimundo padre amable
cuidate o te lapido

no sólo ellos están hoscos
quizá haya aquí tres o cuatro países
y uno por lo menos crepita de rencor
no se tortura y sataniza en vano
ni en vano se enloquece a los inermes
la juventud acribillada odia
odia de todo corazón
odió en el cepo por años infinitos
nutrió con odio su larguísimo insomnio
lamió con odio sus heridas
construyó odio por odio un porvenir
odió para vivir para no delatar
odió para afirmarse en los presagios
para sentir su sangre sus músculos sus dientes
odió para elegir a qué escupía a quiénes
para recuperar su amor odió
para salvarse del naufragio
para sembrarse noche a noche
para no hundirse en la flojera odió
hizo flamear el odio como una patria
o lo ocultó como un fervor secreto

en el terror fue buen cómplice el odio
uno más a vaciarla de congojas
odió para creer para rehacerse
trozo a trozo después de destrozada
para mentir odió y tapar la verdad
con un amor dulcísimo

y aunque parezca increíble
ese odio se respira también en la alegría

abrazo a los galeotes y mis manos
reconocen las espaldas de odio
las cicatrices los rescoldos de odio
y si me miran en los ojos adivino
que me piden un odio solidario

y si en la plaza ibero
o en la avenida líber arce
suben los puños y los vivas
sólo los mueras llegan hasta las nubes
y siempre hay algún crápula que tiembla

pero aunque el odio sea buen centinela
el futuro no se hace
sólo con los guardianes del pasado
también con fundadores del presente

confieso que a esta niebla a estos azoros
sólo traigo una propuesta insegura
casi diría una gran perplejidad

cómo alzar un país de la ruina a la justicia
desde el desahucio hasta la bienvenida
desde la miseria hasta la plenitud
con el odio como única herramienta
como dura palanca

la conmiseración está vedada
este odio es la inclemencia que buscaron
así que no se quejen si lo encuentran
eterno e implacable

pero el odio está bien si está en su sitio
y su sitio no es el del desquite

el odio está bien si despeja la ruta
si de alguna manera nos permite la hazaña
de liberarnos y de liberar
de interrumpir el miedo
y dar vuelta el azar como una media
pero el odio está mal si nos excede
si puede más que nuestro tranco de hombres

ni una uña más acá de la justicia
ni tampoco una uña más allá
aunque no nos falten ganas de meterles la calva
en el bidón escatológico
y la trompa de eustaquio y las meninges
duramadre aracnoides y piamadre
y los colmillos y la putamadre

ni una uña más allá de la justicia
nuestra ventaja y nuestra desventaja
es que vivos o muertos
jodidos o triunfantes
nos hemos prohibido ser inmundos

y encuentro a otros galeotes
en éstos la alegría es prioritaria
por lo menos su instantánea es de gozo
como si no creyeran el ganado milagro
el reencuentro con su franja de vida
proyectos
proyectos
proyectos
proyectos
y aunque de pronto el rostro se carga de sombras
y algo concurre del pasado y oprime
la alegría vuelve como una pleamar
la alegría vuelve y todo lo inaugura

qué será de nosotros ahora
claro habrá que empezar
desde cero o desde menos cinco
recién salidos del terror alucinógeno
todavía no podemos desempeñar el cielo
y hacerlo transparente como una ideología

aún es la hora de la exaltación
del llanto sin esclusas
del corazón borracho
del buen amor que intenta
recuperar su latitud perdida
del augurio y la caja de sorpresas

que es cada rostro sin capucha
pero también cada rostro sin máscara

habrá que convencer a las viudas del hombre
que todavía sueñan y despiertan
a los que se quedaron sin hijos y sin rumbo
en un fatal único parpadeo
habrá que convencer a huérfanos de asombro
uno por uno habrá que convencerlos
con una verdad pobre irrefutable
que todos somos deudos de sus muertos

y habrá que esperar que se vayan calmando
los sollozos los gritos las saudades
la pródiga cascada de señales
de vislumbres de atisbos de recobros

para saber qué será de nosotros
habrá que mirarnos cara a cara
y eso será difícil para todos
para los desollados en el cráter
para los calcinados en la ladera
para los que la lava les pasó al ladito
para los que quedaron a salvar la muerte
para los que se fueron obligados y grises

todo es legítimo o es nulo todo
es según el dolor con que se mira
no hay fórmulas globales que descifren
cómo se integra o desintegra un pueblo

a todos nos desvela algún pasado
nos enciende un presente
nos conmina un futuro

seremos de aquí en más la tribu desapareja
por un tiempo asimétrica y descompasada
un poco rengas la voluntad y la delicia
lacónico el coraje cuando no tartamudo
breves la decisión y la melancolía
pobre de proteínas el discurso

nos jugará malas pasadas la memoria
empezaremos a olvidar lo inolvidable
hablaremos a veces de bueyes perdidos
y callaremos los toros encontrados

haremos capote en el letargo de los tímidos
porque jugaremos con sueños marcados
los hastíos empezarán a divertirnos
acaso desmantelemos los manteles
cortaremos en rebanadas la ansiedad
haremos cometas con los pagarés
y así iremos eliminando a los momios
mediante un plan quinquenal del infarto

no sólo somos hombres de transición
también somos fantasmas transitorios
y cuando nuestras sombras empiezan a cantar
hasta los cardenales se santiguan

mi barricada es frágil contra batman
pero batman no existe la fuente es fidedigna
sin embargo hay angustias infiltradas
hartos prejuicios contra algún prejuicio
y eso no siempre es útil

es bueno hacerse de uno o dos alertas
de ejecución artesanal segura
por ejemplo el dolor no es trinchera es un pozo
del que debe salirse urgentemente

otro ejemplo la alegría no estorba
la amargura sí es torva y además
nos recluye y segrega
una pena que no vale la pena

pero la gloria sí vale la gloria
me refiero a la cálida y modesta
de entrar golosamente en el amor
y de sobrevivirse como pueblo
y no bajomirse como pueblo
y esto que quede alguna vez escrito
si uno pronuncia libertad o muerte
no es una ecuación apocalíptica
sino un voto feroz contra la muerte

la gloria de sufrir vale la pena
cuando los vientos soplan iracundos gustosos
hacia los arrecifes de la vida

de más está decirlo
conviene no estrellarse

de tanto pueblo y pueblo hecho pedazos
seguro va a nacer un pueblo entero
pero nosotros somos los pedazos
tenemos que encontrarnos
cada uno somos el contiguo de otro
en las junturas quedará la historia
de una buena esperanza remendada

tengo un pálpito nuevo
la unidad
esta vez no se hará a grito pelado
sino de labio adentro como si convocara
en un acierto garrafal flamante
los estados de ánimo
de una mersa gloriosa

para esta hazaña no valdrán retóricas
no hay poxipol ni habrá cabildo abierto
capaces de hermanar los vituperios
señores
la metralla no es rocío

un ibero premártir escribía
vamos uruguay tú tienes más de un pampero
pero también soy yo con todos los otros todos juntos
tuvo razón ibero que no está
por separado somos un soplido

un soplidito acaso meritorio
ah pero con los otros todos juntos
somos más que un pampero

ahora ya somos una tarde otoño
o tal vez una noche primavera
esto no lo hago adrede
pido excusas
siempre me cuesta un poco
recordar el futuro

a no preguntar más
qué será de nosotros
se acabó la derrota

en un surco cualquiera de la patria confiable
allí donde esparcimos nostalgias germinales
algo empieza a ocurrir está ocurriendo
inevitable pero lentamente

en la calma con gallos lejanísimos
si se alerta el oído se descubre
cómo alumbra o germina
no el país en pedazos que así éramos
sino este pueblo entero que así somos

ÍNDICE

La casa y el ladrillo	9
Otra noción de patria	23
Curados de espanto y sin embargo	41
Zelmar	53
Teoría y práctica	65
Ciudad en que no existo	73
Bodas de perlas	85
Hombre de mala voluntad	101
Los espejos las sombras	109
Croquis para algún día	127

MARIO BENEDETTI

LA TREGUA

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

*Mi mano derecha es una golondrina
Mi mano izquierda es un ciprés
Mi cabeza por delante es un señor vivo
Y por detrás es un señor muerto.*

VICENTE HUIDOBRO

Lunes 11 de febrero

Sólo me faltan seis meses y veintiocho días para estar en condiciones de jubilarme. Debe hacer por lo menos cinco años que llevo este cómputo diario de mi saldo de trabajo. Verdaderamente, ¿preciso tanto el ocio? Yo me digo que no, que no es el ocio lo que preciso sino el derecho a trabajar en aquello que quiero. ¿Por ejemplo? El jardín, quizá. Es bueno como descanso activo para los domingos, para contrarrestar la vida sedentaria y también como secreta defensa contra mi futura y garantizada artritis. Pero me temo que no podría aguantarlo diariamente. La guitarra, tal vez. Creo que me gustaría. Pero debe ser algo desolador empezar a estudiar solfeo a los cuarenta y nueve años. ¿Escribir? Quizá no lo hiciera mal, por lo menos la gente suele disfrutar con mis cartas. ¿Y eso qué? Imagino una notita bibliográfica sobre “los atendibles valores de ese novel autor que roza la cincuentena” y la mera posibilidad me causa repugnancia. Que yo me sienta, todavía hoy, ingenuo e inmaduro (es decir, con sólo los defectos de la juventud y casi ninguna de sus virtudes) no significa que tenga el derecho de exhibir esa ingenuidad y esa inmadurez. Tuve una prima solterona que cuando hacía un postre lo mostraba a todos, con una sonrisa melancólica y pueril que le había quedado prendida en los labios desde la época en que hacía méritos frente al novio motociclista que después se mató en una de nuestras tantas Curvas de la Muerte. Ella vestía correctamente, en un todo de acuerdo con sus cincuenta y tres; en eso y lo demás era discreta, equilibrada, pero aquella sonrisa reclamaba, en cambio, un acompañamiento de labios frescos, de piel rozagante, de piernas torneadas, de veinte años. Era un gesto patético, sólo

eso, un gesto que no llegaba nunca a parecer ridículo, porque en aquel rostro había, además, bondad. Cuántas palabras, sólo para decir que no quiero parecer patético.

Viernes 15 de febrero

Para rendir pasablemente en la oficina, tengo que obligarme a no pensar que el ocio está relativamente cerca. De lo contrario, los dedos se me crispan y la letra redonda con que debo escribir los rubros primarios me sale quebrada y sin elegancia. La redonda es uno de mis mejores prestigios como funcionario. Además, debo confesarlo, me provoca placer el trazado de algunas letras como la M mayúscula o la b minúscula, en las que me he permitido algunas innovaciones. Lo que menos odio es la parte mecánica, rutinaria, de mi trabajo: el volver a pasar un asiento que ya redacté miles de veces, el efectuar un balance de saldos y encontrar que todo está en orden, que no hay diferencias a buscar. Ese tipo de labor no me cansa, porque me permite pensar en otras cosas y hasta (¿por qué no decírmelo a mí mismo?) también soñar. Es como si me dividiera en dos entes dispares, contradictorios, independientes, uno que sabe de memoria su trabajo, que domina al máximo sus variantes y recovecos, que está seguro siempre de dónde pisa, y otro soñador y febril, frustradamente apasionado, un tipo triste que, sin embargo, tuvo, tiene y tendrá vocación de alegría, un distraído a quien no le importa por dónde corre la pluma ni qué cosas escribe la tinta azul que a los ocho meses quedará negra.

En mi trabajo, lo insoportable no es la rutina; es el problema nuevo, el pedido sorpresivo de ese Directorio fantasmal que se esconde detrás de actas, disposiciones y aguinaldos, la urgencia con que se reclama un informe o un estado analítico o una previsión de recursos. Entonces sí, como se trata de algo más que rutina, mis dos mitades deben trabajar para lo mismo, ya no puedo pensar en lo que quiero, y la fatiga se me instala en la espalda y en la

nuca, como un parche poroso. ¿Qué me importa la ganancia probable del rubro Pernos de Pistón en el segundo semestre del penúltimo ejercicio? ¿Qué me importa el modo más práctico de conseguir el abatimiento de los Gastos Generales?

Hoy fue un día feliz, sólo rutina.

Lunes 18 de febrero

Ninguno de mis hijos se parece a mí. En primer lugar, todos tienen más energías que yo, parecen siempre más decididos, no están acostumbrados a durar. Esteban es el más huraño. Todavía no sé a quién se dirige su resentimiento, pero lo cierto es que parece un resentido. Creo que me tiene respeto, pero nunca se sabe. Jaime es quizá mi preferido, aunque casi nunca pueda entenderme con él. Me parece sensible, me parece inteligente, pero no me parece fundamentalmente honesto. Es evidente que hay una barrera entre él y yo. A veces creo que me odia, a veces que me admira. Blanca tiene por lo menos algo de común conmigo: también es una triste con vocación de alegre. Por lo demás, es demasiado celosa de su vida propia, incanjeable, como para compartir conmigo sus más arduos problemas. Es la que está más tiempo en casa y tal vez se sienta un poco esclava de nuestro desorden, de nuestras dietas, de nuestra ropa sucia. Sus relaciones con los hermanos están a veces al borde de la histeria, pero se sabe dominar y, además, sabe dominarlos a ellos. Quizá en el fondo se quieran bastante, aunque eso del amor entre hermanos lleve consigo la cuota de mutua exasperación que otorga la costumbre. No, no se parecen a mí. Ni siquiera físicamente. Esteban y Blanca tienen los ojos de Isabel. Jaime heredó de ella su frente y su boca. ¿Qué pensaría Isabel si pudiera verlos hoy, preocupados, activos, maduros? Tengo una pregunta mejor: ¿qué pensaría yo, si pudiera ver hoy a Isabel? La muerte es una tediosa experiencia; para los demás, sobre todo para los demás. Yo tendría que sentirme orgulloso de

haber quedado viudo con tres hijos y haber salido adelante. Pero no me siento orgulloso, sino cansado. El orgullo es para cuando se tienen veinte o treinta años. Salir adelante con mis hijos era una obligación, el único escape para que la sociedad no se encarara conmigo y me dedicara la mirada inexorable que se reserva a los padres desalmados. No había otra solución y salí adelante. Pero todo fue siempre demasiado obligatorio como para que pudiera sentirme feliz.

Martes 19 de febrero

A las cuatro de la tarde me sentí de pronto insoportablemente vacío. Tuve que colgar el saco de lustrina y avisar en Personal que debía pasar por el Banco República para arreglar aquel asunto del giro. Mentira. Lo que no soportaba más era la pared frente a mi escritorio, la horrible pared absorbida por ese tremendo almanaque con un febrero consagrado a Goya. ¿Qué hace Goya en esta vieja casa importadora de repuestos de automóviles? No sé qué habría pasado si me hubiera quedado mirando el almanaque como un imbécil. Quizá hubiera gritado o hubiera iniciado una de mis habituales series de estornudos alérgicos o simplemente me hubiera sumergido en las páginas pulcras del Mayor. Porque he aprendido que mis estados de preestallido no siempre conducen al estallido. A veces terminan en una lúcida humillación, en una aceptación irremediable de las circunstancias y sus diversas y agraviantes presiones. Me gusta, sin embargo, convencerme de que no debo permitirme estallidos, de que debo frenarlos radicalmente so pena de perder mi equilibrio. Salgo entonces como salí hoy, en una encarnizada búsqueda del aire libre, del horizonte, de quién sabe cuántas cosas más. Bueno, a veces no llego al horizonte y me conformo con acomodarme en la ventana de un café y registrar el pasaje de algunas buenas piernas.

Estoy convencido de que en horas de oficina la ciudad es otra. Yo conozco el Montevideo de los hombres a horario, los que entran a las ocho y media y salen a las

doce, los que regresan a las dos y media y se van definitivamente a las siete. Con estos rostros crispados y sudorosos, con esos pasos urgentes y tropezados; con ésos somos viejos conocidos. Pero está la otra ciudad, la de las frescas pitucas que salen a media tarde recién bañaditas, perfumadas, despreciativas, optimistas, chistosas; la de los hijos de mamá que se despiertan al mediodía y a las seis de la tarde llevan aún impecable el blanco cuello de tricolina importada, la de los viejos que toman el ómnibus hasta la Aduana y regresan luego sin bajarse, reduciendo su módica farra a la sola mirada reconfortante con que recorren la Ciudad Vieja de sus nostalgias; la de las madres jóvenes que nunca salen de noche y entran al cine, con cara de culpables, en la vuelta de las 15.30; la de las niñeras que denigran a sus patronas mientras las moscas se comen a los niños; la de los jubilados y pelmas varios, en fin, que creen ganarse el cielo dándoles migas a las palomas de la plaza. Ésos son mis desconocidos, por ahora al menos. Están instalados demasiado cómodamente en la vida, en tanto yo me pongo neurasténico frente a un almanaque con su febrero consagrado a Goya.

Jueves 21 de febrero

Esta tarde, cuando venía de la oficina, un borracho me detuvo en la calle. No protestó contra el gobierno, ni dijo que él y yo éramos hermanos, ni tocó ninguno de los innumerables temas de la beodez universal. Era un borracho extraño, con una luz especial en los ojos. Me tomó de un brazo y me dijo, casi apoyándose en mí: “¿Sabés lo que te pasa? Que no vas a ninguna parte”. Otro tipo que pasó en ese instante me miró con una alegre dosis de comprensión y hasta me consagró un guiño de solidaridad. Pero ya hace cuatro horas que estoy intranquilo, como si realmente no fuera a ninguna parte y sólo ahora me hubiese enterado.

Viernes 22 de febrero

Cuando me jubile, creo que no escribiré más este diario, porque entonces me pasarán sin duda muchas menos cosas que ahora, y me va a resultar insoportable sentirme tan vacío y además dejar de ello una constancia escrita. Cuando me jubile, tal vez lo mejor sea abandonarme al ocio, a una especie de modorra compensatoria, a fin de que los nervios, los músculos, la energía, se relajen de a poco y se acostumbren a bien morir. Pero no. Hay momentos en que tengo y mantengo la lujosa esperanza de que el ocio sea algo pleno, rico, la última oportunidad de encontrarme a mí mismo. Y eso sí valdría la pena anotarlo.

Sábado 23 de febrero

Hoy almorcé solo, en el Centro. Cuando venía por Mercedes, me crucé con un tipo de marrón. Primero esbozó un saludo. Debo haberlo mirado con curiosidad, porque el hombre se detuvo y con alguna vacilación me tendió la mano. No era una cara desconocida. Era algo así como la caricatura de alguien que yo, en otro tiempo, hubiera visto a menudo. Le di la mano, murmurando disculpas, y confesando de algún modo mi perplejidad. “¿Martín Santomé?”, me preguntó, mostrando en la sonrisa una dentadura devastada. Claro que Martín Santomé, pero mi desconcierto era cada vez mayor. “¿No te acordás de la calle Brandzen?” Bueno, no mucho. Hace como treinta años de esto y yo no soy famoso por mi memoria. Naturalmente, de soltero viví en la calle Brandzen, pero aunque me molieran a palos no podría decir cómo era el frente de la casa, cuántos balcones tenía, quiénes vivían al lado. “¿Y del café de la calle Defensa?” Ahora sí, la niebla se disipó un poco y vi por un instante el vientre, con ancho cinturón, del gallego Álvarez. “Claro, claro”, exclamé iluminado. “Bueno, yo soy Mario Vignale.” ¿Mario Vignale? No me acuerdo,

juro que no me acuerdo. Pero no tuve valor para confesárselo. El tipo parecía tan entusiasmado con el encuentro... Le dije que sí, que me disculpara, que yo era un pésimo fisonomista, que la semana pasada me había encontrado con un primo y no lo había reconocido (mentira). Naturalmente, había que tomar un café, de modo que me arruinó la siesta sabatina. Dos horas y cuarto. Se empeñó en reconstruirme pormenores, en convencerme de que había participado en mi vida. “Me acuerdo hasta de la tortilla de alcauciles que hacía tu vieja. Sensacional. Yo iba siempre a las once y media a ver si me invitaba a comer.” Y lanzó una tremenda risotada. “¿Siempre?”, le pregunté, todavía desconfiado. Entonces sufrió un acceso de vergüenza: “Bueno, fui unas tres o cuatro veces”. Entonces, ¿cuál era la porción de verdad? “Y tu vieja ¿está bien?” “Murió hace quince años.” “Carajo. ¿Y tu viejo?” “Murió hace dos años, en Tacuarembó. Estaba parando en casa de mi tía Leonor.” “Debía estar viejo.” Claro que debía estar viejo. Dios mío, qué aburrimiento. Sólo entonces formuló la pregunta más lógica: “Che, ¿total te casaste con Isabel?”. “Sí, y tengo tres hijos”, contesté, acertando camino. Él tiene cinco. Qué suerte. “¿Y cómo está Isabel? ¿Siempre guapa?” “Murió”, dije, poniendo la cara más inescrutable de mi repertorio. La palabra sonó como un disparo y él —menos mal— quedó desconcertado. Se apuró a terminar el tercer café y en seguida miró el reloj. Hay una especie de reflejo automático en eso de hablar de la muerte y mirar en seguida el reloj.

Domingo 24 de febrero

No hay caso. La entrevista con Vignale me dejó una obsesión: recordar a Isabel. Ya no se trata de conseguir su imagen a través de las anécdotas familiares, de las fotografías, de algún rasgo de Esteban o de Blanca. Conozco todos sus datos pero no quiero saberlos de segunda mano, sino recordarlos directamente, verlos con todo

detalle frente a mí tal como veo ahora mi cara en el espejo. Y no lo consigo. Sé que tenía ojos verdes, pero no puedo sentirme frente a su mirada.

Lunes 25 de febrero

Me veo poco con mis hijos. Nuestros horarios no siempre coinciden y menos aún nuestros planes o nuestros intereses. Son correctos conmigo, pero como son, además, tremendamente reservados, su corrección parece siempre el mero cumplimiento de un deber. Esteban, por ejemplo, siempre se está conteniendo para no discutir mis opiniones. ¿Será la simple distancia generacional lo que nos separa, o podría hacer yo algo más para comunicarme con ellos? En general, los veo más incrédulos que desatinados, más reconcentrados de lo que yo era a sus años.

Hoy cenamos juntos. Probablemente haría unos dos meses que no estábamos todos presentes en una cena familiar. Pregunté, en tono de broma, qué acontecimiento festejábamos, pero no hubo eco. Blanca me miró y sonrió, como para enterarme de que comprendía mis buenas intenciones, y nada más. Me puse a registrar cuáles eran las escasas interrupciones del consagrado silencio. Jaime dijo que la sopa estaba desabrida. “Ahí tenés la sal, a diez centímetros de tu mano derecha”, contestó Blanca, y agregó, hiriente: “¿Querés que te la alcance?”. La sopa estaba desabrida. Es cierto, pero ¿qué necesidad? Esteban informó que, a partir del próximo semestre, nuestro alquiler subirá ochenta pesos. Como todos contribuimos, la cosa no es tan grave. Jaime se puso a leer el diario. Me parece ofensivo que la gente lea cuando come con una familia. Se lo dije. Jaime dejó el diario, pero fue lo mismo que si lo hubiera seguido leyendo, ya que siguió hoscó, alunado. Relaté mi encuentro con Vignale, tratando de sumirlo en el ridículo para traer a la cena un poco de animación. Pero Jaime preguntó: “¿Qué Vignale es?”. “Mario Vignale.” “¿Un tipo medio pelado, de bigote?” El

mismo. “Lo conozco. Buena pieza”, dijo Jaime, “es compañero de Ferreira. Bruto coimero”. En el fondo me gusta que Vignale sea una porquería, así no tengo escrúpulos en sacármelo de encima. Pero Blanca preguntó: “¿Así que se acordaba de mamá?”. Me pareció que Jaime iba a decir algo, creo que movió los labios, pero decidió quedarse callado. “Feliz de él”, agregó Blanca, “yo no me acuerdo”. “Yo sí”, dijo Esteban. ¿Cómo se acordará? ¿Como yo, con recuerdos de recuerdos, o directamente, como quien ve la propia cara en el espejo? ¿Será posible que él, que sólo tenía cuatro años, posea la imagen, y que a mí, en cambio, que tengo registradas tantas noches, tantas noches, tantas noches, no me quede nada? Hacíamos el amor a oscuras. Será por eso. Seguro que es por eso. Tengo una memoria táctil de esas noches, y ésa sí es directa. Pero ¿y el día? Durante el día no estábamos a oscuras. Llegaba a casa cansado, lleno de problemas, tal vez rabioso con la injusticia de esa semana, de ese mes.

A veces hacíamos cuentas. Nunca alcanzaba. Acaso mirábamos demasiado los números, las sumas, las restas, y no teníamos tiempo de mirarnos nosotros. Donde ella esté, si es que está, ¿qué recuerdo tendrá de mí?

En definitiva, ¿importa algo la memoria? “A veces me siento desdichada, nada más que de no saber qué es lo que estoy echando de menos”, murmuró Blanca, mientras repartía los duraznos en almíbar. Nos tocaron tres y medio a cada uno.

Miércoles 27 de febrero

Hoy ingresaron en la oficina siete empleados nuevos: cuatro hombres y tres mujeres. Tenían unas espléndidas caras de susto y de vez en cuando dirigían a los veteranos una mirada de respetuosa envidia. A mí me adjudicaron dos botijas (uno de dieciocho y otro de veintidós) y una muchacha de veinticuatro años. Así que ahora soy todo un jefe: tengo nada menos que seis empleados a mis

órdenes. Por primera vez, una mujer. Siempre les tuve desconfianza para los números. Además, otro inconveniente: durante los días del período menstrual y hasta en sus vísperas, si normalmente son despiertas, se vuelven un poco tontas; si normalmente son un poco tontas, se vuelven imbéciles del todo. Estos “nuevos” que entraron no parecen malos. El de dieciocho años es el que me gusta menos. Tiene un rostro sin fuerza, delicado, y una mirada huidiza y, a la vez, adulona. El otro es un eterno despeinado, pero tiene un aspecto simpático y (por ahora al menos) evidentes ganas de trabajar. La chica no parece tener tantas ganas, pero al menos comprende lo que uno le explica; además, tiene la frente ancha y la boca grande, dos rasgos que por lo general me impresionan bien. Se llaman Alfredo Santini, Rodolfo Sierra y Laura Avellaneda. A ellos los pondré con los libros de mercaderías, a ella con el Auxiliar de Resultados.

Jueves 28 de febrero

Esta noche conversé con una Blanca casi desconocida para mí. Estábamos solos después de la cena. Yo leía el diario y ella hacía un solitario. De pronto se quedó inmóvil, con una carta en alto, y su mirada era a la vez perdida y melancólica. La vigilé durante unos instantes; luego, le pregunté en qué pensaba. Entonces pareció despertarse, me dirigió una mirada desolada y, sin poderse contener, hundió la cabeza entre las manos, como si no quisiera que nadie profanara su llanto. Cuando una mujer llora frente a mí, me vuelvo indefenso y, además, torpe. Me desespero, no sé cómo remediarlo. Esta vez seguí un impulso natural, me levanté, me acerqué a ella y empecé a acariciarle la cabeza, sin pronunciar palabra. De a poco se fue calmando y las llorosas convulsiones se espaciaron. Cuando al fin bajó las manos, con la mitad no usada de mi pañuelo le sequé los ojos y le soné la nariz. En ese momento no parecía una mujer de veintitrés años, sino una chiquilina, momentáneamente infeliz porque se le

hubiera roto una muñeca o porque no la llevaban al zoológico. Le pregunté si se sentía desgraciada y contestó que sí. Le pregunté el motivo y dijo que no sabía. No me extrañó demasiado. Yo mismo me siento a veces infeliz sin un motivo concreto. Contrariando mi propia experiencia, dije: “Oh, algo habrá. No se llora por nada”. Entonces empezó a hablar atropelladamente, impulsada por un deseo repentino de franqueza: “Tengo la horrible sensación de que pasa el tiempo y no hago nada y nada acontece, y nada me conmueve hasta la raíz. Miro a Esteban y miro a Jaime y estoy segura de que ellos también se sienten desgraciados. A veces (no te enojés, papá) también te miro a vos y pienso que no quisiera llegar a los cincuenta años y tener tu temple, tu equilibrio, sencillamente porque los encuentro chatos, gastados. Me siento con una gran disponibilidad de energía, y no sé en qué emplearla, no sé qué hacer con ella. Creo que vos te resignaste a ser opaco, y eso me parece horrible, porque yo sé que no sos opaco. Por lo menos, que no lo eras”. Le contesté (¿qué otra cosa podía decirle?) que tenía razón, que hiciera lo posible por salir de nosotros, de nuestra órbita, que me gustaba mucho oírla gritar esa inconformidad, que me parecía estar escuchando un grito mío, de hace muchos años. Entonces sonrió, dijo que yo era muy bueno y me echó los brazos al cuello, como antes. Es una chiquilina todavía.

Viernes 1° de marzo

El gerente llamó a los cinco jefes de sección. Durante tres cuartos de hora nos habló del bajo rendimiento del personal. Dijo que el Directorio le había hecho llegar una observación en ese sentido, y que en el futuro no estaban dispuestos a tolerar que, a causa de nuestra desidia (cómo le gusta recalcar “desidia”), su posición se viera gratuitamente afectada. Así que de ahora en adelante, etcétera, etcétera.

¿A qué le llamarán “bajo rendimiento del personal”?

Yo puedo decir, al menos, que mi gente trabaja. Y no solamente los nuevos, también los veteranos. Es cierto que Méndez lee novelas policiales que acondiciona hábilmente en el cajón central de su escritorio, en tanto que su mano derecha empuña una pluma siempre atenta a la posible entrada de algún jerarca. Es cierto que Muñoz aprovecha sus salidas a Ganancias Elevadas para estafarle a la empresa veinte minutos de ocio frente a una cerveza. Es cierto que Robledo cuando va al cuarto de baño (exactamente, a las diez y cuarto) lleva escondido bajo el guardapolvo el suplemento en colores o la página de deportes. Pero también es cierto que el trabajo está siempre al día, y que en las horas en que el trámite aprieta y la bandeja aérea de Caja viaja sin cesar, repleta de boletas, todos se afanan y trabajan con verdadero sentido de equipo. En su reducida especialidad, cada uno es un experto, y yo puedo confiar plenamente en que las cosas se están haciendo bien.

En realidad, bien sé hacia dónde iba dirigido el garrote del gerente. “Expedición” trabaja a desgano y además hace mal su tarea. Todos sabíamos hoy que la arenga era para Suárez, pero entonces ¿a qué llamarnos a todos?, ¿qué derecho tiene Suárez de que compartamos su culpa exclusiva? ¿Será que el gerente sabe, como todos nosotros, que Suárez se acuesta con la hija del presidente? No está mal Lidia Valverde.

Sábado 2 de marzo

Anoche, después de treinta años, volví a soñar con mis encapuchados. Cuando yo tenía cuatro años o quizá menos, comer era una pesadilla. Entonces mi abuela inventó un método realmente original para que yo tragase sin mayores problemas la papa deshecha. Se ponía un enorme impermeable de mi tío, se colocaba la capucha y unos anteojos negros. Con ese aspecto, para mí terrorífico, venía a golpear en mi ventana. La sirvienta, mi madre, alguna tía, coreaban entonces: “¡Ahí está don

Policarpo!". Don Policarpo era una especie de monstruo que castigaba a los niños que no comían. Clavado en mi propio terror, el resto de mis fuerzas alcanzaba para mover mis mandíbulas a una velocidad increíble y acabar de ese modo con el desabrido, abundante puré. Era cómodo para todos. Amenazarme con don Policarpo equivalía a apretar un botón casi mágico. Al final se había convertido en una famosa diversión. Cuando llegaba una visita, la traían a mi cuarto para que asistiera a los graciosos por menores de mi pánico. Es curioso cómo a veces se puede llegar a ser tan inocentemente cruel. Porque, además del susto, estaban mis noches, mis noches llenas de encapuchados silenciosos, rara especie de Policarpitos que siempre estaban de espaldas, rodeados de una espesa bruma. Siempre aparecían en fila, como esperando turno para ingresar a mi miedo. Nunca pronunciaban palabra, pero se movían pesadamente en una especie de intermitente balanceo, arrastrando sus oscuras túnicas, todas iguales, ya que en eso había venido a parar el impermeable de mi tío. Era curioso: en mi sueño sentía menos horror que en la realidad. Y, a medida que pasaban los años, el miedo se iba convirtiendo en fascinación. Con esa mirada absorta que uno suele tener por debajo de los párpados del sueño, yo asistía como hipnotizado a la cíclica escena. A veces, soñando otro sueño cualquiera, yo tenía una oscura conciencia de que hubiera preferido soñar mis Policarpitos. Y una noche vinieron por última vez. Formaron en su fila, se balancearon, guardaron silencio, y como de costumbre, se esfumaron. Durante muchos años dormí con una inevitable desazón, con una casi enfermiza sensación de espera. A veces me dormía decidido a encontrarlos, pero sólo conseguía crear la bruma y, en raras ocasiones, sentir las palpitaciones de mi antiguo miedo. Sólo eso. Después fui perdiendo aun esa esperanza y llegué insensiblemente a la época en que empecé a contar a los extraños el fácil argumento de mi sueño. También llegué a olvidarlo. Hasta anoche. Anoche, cuando estaba en el centro mismo de un sueño más vulgar que pecaminoso, todas las imágenes se borraron y

apareció la bruma, y en medio de la bruma, todos mis Policarpos. Sé que me sentí indeciblemente feliz y horrorizado. Todavía ahora, si me esfuerzo un poco, puedo reconstruir algo de aquella emoción. Los Policarpos, los indeformables, eternos, inocuos Policarpos de mi infancia, se balancearon y, de pronto, hicieron algo totalmente imprevisto. Por primera vez se dieron vuelta, sólo por un momento, y todos ellos tenían el rostro de mi abuela.

Martes 12 de marzo

Es bueno tener una empleada que sea inteligente. Hoy, para probar a Avellaneda, le expliqué de un tirón todo lo referente a Contralor. Mientras yo hablaba, ella fue haciendo anotaciones. Cuando concluí, dijo: “Mire, señor, creo que entendí bastante, pero tengo dudas sobre algunos puntos”. Dudas sobre algunos puntos... Méndez, que se ocupaba de eso antes que ella, necesitó nada menos que cuatro años para disiparlas... Después la puse a trabajar en la mesa que está a mi derecha. De vez en cuando le echaba un vistazo. Tiene lindas piernas. Todavía no trabaja automáticamente, así que se fatiga. Además es inquieta, nerviosa. Creo que mi jerarquía (pobre inexperta) la cohibe un poco. Cuando dice: “Señor Santomé”, siempre pestañea. No es una preciosura. Bueno, sonrío pasablemente. Algo es algo.

Miércoles 13 de marzo

Esta tarde, cuando llegué del Centro, Jaime y Esteban estaban gritando en la cocina. Alcancé a oír que Esteban decía algo sobre “los podridos de tus amigos”. En cuanto sintieron mis pasos, se callaron y trataron de hablarse con naturalidad. Pero Jaime tenía los labios apretados y a Esteban le brillaban los ojos. “¿Qué pasa?”, pregunté. Jaime se encogió de hombros, y el otro dijo: “Nada que te importe”. Qué ganas de encajarle una trompada en la

boca. Eso es mi hijo, ese rostro duro, que nada ni nadie ablandará jamás. Nada que me importe. Fui hasta la heladera y saqué la botella de leche, la manteca. Me sentí indigno, abochornado. No era posible que él me dijera: “Nada que te importe” y yo me quedara tan tranquilo, sin hacerle nada, sin decirle nada. Me serví un vaso grande. No era posible que él me gritara con el mismo tono que yo debía emplear con él y que, sin embargo, no empleaba. Nada que me importe. Cada trago de leche me dolía en las sienes. De pronto me di vuelta y lo tomé de un brazo. “Más respeto con tu padre, ¿entendés?, más respeto.” Era una idiotez decirlo ahora, cuando ya había pasado el momento. El brazo estaba tenso, duro, como si repentinamente se hubiera convertido en acero. O en plomo. Me dolió la nuca cuando levanté la cabeza para mirarlo en los ojos. Era lo menos que podía hacer. No, él no estaba asustado. Simplemente, sacudió el brazo hasta soltarse, se le movieron las aletas de la nariz, y dijo: “¿Cuándo crecerás?” y se fue dando un portazo. Yo no debía tener una cara muy tranquila cuando me di vuelta para enfrentar a Jaime. Seguía recostado en la pared. Sonrió con espontaneidad y sólo comentó: “¡Qué mala sangre, viejo, qué mala sangre!”. Es increíble, pero en ese preciso instante sentí que se me helaba la rabia. “Es que también tu hermano...”, dije, sin convicción. “Dejalo”, contestó él, “a esta altura ninguno de nosotros tiene remedio”.

Viernes 15 de marzo

Mario Vignale estuvo a verme en la oficina. Quiere que vaya a su casa la semana que viene. Dice que encontró antiguas fotos de todos nosotros. No las trajo el muy cretino. Desde luego, constituyen el precio de mi aceptación. Acepté, claro. ¿A quién no le atrae el propio pasado?

Sábado 16 de marzo

Esta mañana, el nuevo —Santini— intentó confesarse conmigo. No sé qué tendrá mi cara que siempre invita a la confianza. Me miran, me sonríen, algunos llegan hasta a hacer la mueca que precede al sollozo; después se dedican a abrir su corazón. Y, francamente, hay corazones que no me atraen. Es increíble la cómoda impudicia, el tono de misterio con que algunos tipos secreteam acerca de sí mismos. “Porque yo, ¿sabe, señor?, yo soy huérfano”, dijo de entrada para atornillarme en la piedad. “Tanto gusto, y yo viudo”, le contesté con un gesto ritual, destinado a destruir aquel empaque. Pero mi viudez le conmueve mucho menos que su propia orfandad.

“Tengo una hermanita, ¿sabe?” Mientras hablaba, de pie junto a mi escritorio, hacía repiquetear los dedos, frágiles y delgados, sobre la tapa de mi libro Diario. “¿No podés dejar quieta esa mano?”, le grité, pero él sonrió dulcemente antes de obedecer. En la muñeca lleva una cadena de oro, con una medallita. “Mi hermanita tiene diecisiete años, ¿sabe?” El “¿sabe?” es una especie de tic. “¿No me digas? ¿Y está buena?” Era mi desesperada defensa antes de que se rompieran los diques de su último remedo de escrúpulos y yo me viera definitivamente inundado por su vida íntima. “Usted no me toma en serio”, dijo apretando los labios, y se fue muy ofendido a su mesa. No trabaja demasiado rápido. Tardó dos horas en hacerme el resumen de febrero.

Domingo 17 de marzo

Si alguna vez me suicido, será en domingo. Es el día más desalentador, el más insulso. Quisiera quedarme en la cama hasta tarde, por lo menos hasta las nueve o las diez, pero a las seis y media me despierto solo y ya no puedo pegar los ojos. A veces pienso qué haré cuando toda mi vida sea domingo. Quién sabe, a lo mejor me acostumbro

a despertarme a las diez. Fui a almorzar al Centro, porque los muchachos se fueron por el fin de semana, cada uno por su lado. Comí solo. Ni siquiera me sentí con fuerzas para entablar con el mozo el facilongo y ritual intercambio de opiniones sobre el calor y los turistas. Dos mesas más allá, había otro solitario. Tenía el ceño fruncido, partía los pancitos a puñetazos. Dos o tres veces lo miré, y en una oportunidad me crucé con sus ojos. Me pareció que allí había odio. ¿Qué habría para él en mis ojos? Debe ser una regla general que los solitarios no simpaticemos. ¿O será que, sencillamente, somos antipáticos?

Volví a casa, dormí la siesta y me levanté pesado, de mal humor. Tomé unos mates y me fastidió que estuviera amargo. Entonces me vestí y me fui otra vez al Centro. Esta vez me metí en un café; conseguí una mesa junto a la ventana. En un lapso de una hora y cuarto, pasaron exactamente treinta y cinco mujeres de interés. Para entretenerme hice una estadística sobre qué me gustaba más en cada una de ellas. Lo apunté en la servilleta de papel. Éste es el resultado. De dos, me gustó la cara; de cuatro, el pelo; de seis, el busto; de ocho, las piernas; de quince, el trasero. Amplia victoria de los traseros.

Lunes 18 de marzo

Anoche Esteban volvió a las doce, Jaime a las doce y media, Blanca a la una. Los sentí a todos, recogí minuciosamente cada ruido, cada paso, cada palabrota murmurada. Creo que Jaime vino un poco borracho. Por lo menos, se tropezaba con los muebles y tuvo abierta como media hora la canilla del lavabo. Sin embargo, las puteadas eran de Esteban, que nunca toma. Cuando llegó Blanca, Esteban le dijo algo desde su cuarto, y ella contestó que se metiera en sus cosas. Después, el silencio. Tres horas de silencio. El insomnio es la peste de mis fines de semana. Cuando me jubile, ¿no dormiré nunca?

Esta mañana sólo hablé con Blanca. Le dije que no me gustaba que llegara a esas horas. Ella no es insolente, de

modo que no merecía que yo la rezongara. Pero además está el deber, el deber de padre y madre. Tendría que ser ambos a la vez; y creo que no soy nada. Sentí que me extralimitaba cuando me oí preguntarle con tono admonitorio: “¿Qué anduviste haciendo? ¿A dónde fuiste?”. Entonces ella, mientras embadurnaba la tostada con manteca, me contestó: “¿Por qué te sentís obligado a hacerte el malo? Hay dos cosas de las cuales estamos seguros: que nos tenemos cariño y que yo no estoy haciendo nada incorrecto”. Estaba derrotado. Sin embargo agregué, nada más que para salvar las apariencias: “Todo depende de qué entendés por incorrecto”.

Martes 19 de marzo

Trabajé toda la tarde con Avellaneda. Búsqueda de diferencias. Lo más aburrido que existe. Siete centésimos. Pero en realidad se componía de dos diferencias contrarias: una de dieciocho centésimos y otra de veinticinco. La pobre todavía no agarró bien la onda. En un trabajo de estricto automatismo, como éste, ella se cansa igual que en cualquier otro que la fuerce a pensar y a buscar soluciones propias. Yo estoy tan hecho a este tipo de búsquedas, que a veces las prefiero a otra clase de trabajo. Hoy, por ejemplo, mientras ella me cantaba los números y yo tildaba la cinta de sumar, me ejercité en irle contando los lunares que tiene en su antebrazo izquierdo. Se dividen en dos categorías: cinco lunares chicos y tres lunares grandes, de los cuales uno abultadito. Cuando terminó de cantarme noviembre, le dije, sólo para ver cómo reaccionaba: “Hágase quemar ese lunar. Generalmente no pasa nada, pero en un caso cada cien, puede ser peligroso”. Se puso colorada y no sabía dónde poner el brazo. Me dijo: “Gracias, señor”, pero siguió dictándome terriblemente incómoda. Cuando llegamos a enero, empecé a dictar yo, y ella ponía los tildes. En un determinado instante, tuve conciencia de que algo raro estaba pasando y levanté la vista en mitad de una cifra. Ella

estaba mirándome la mano. ¿En busca de lunares? Quizá. Sonreí y otra vez se murió de vergüenza. Pobre Avellaneda. No sabe que soy la corrección en persona y que jamás de los jamases me tiraría un lance con una de mis empleadas.

Jueves 21 de marzo

Cena en lo de Vignale. Tiene una casa asfixiante, oscura, recargada. En el living hay dos sillones, de un indefinido estilo internacional, que, en realidad, parecen dos enanos peludos. Me dejé caer en uno de ellos. Desde el asiento subía un calor que me llegaba hasta el pecho. Vino a recibirme una perrita desteñida, con cara de solterona. Me miró sin olfatearme, luego se despatarró y cometió el clásico delito de lesa alfombra. La mancha quedó allí, sobre una cabeza de pavo real, que era la *vedette* en aquel diseño más bien espantoso. Pero había tantas manchas en la alfombra que al final uno podía llegar a creer que formaban parte de la decoración.

La familia de Vignale es numerosa, estentórea, cargante. Incluye a su mujer, su suegra, su suegro, su cuñado, su concuñado y —horror de los horrores— sus cinco niños. Éstos podrían ser definidos aproximadamente como monstruitos. En lo físico son normales, demasiado normales, rubicundos y sanos. Su monstruosidad está en lo molestos que son. El mayor tiene trece años (Vignale se casó ya maduro) y el menor seis. Se mueven constantemente, constantemente hacen ruido, constantemente discuten a los gritos. Uno tiene la sensación de que se le están trepando por la espalda, por los hombros, que siempre están a punto de meterle a uno los dedos en las orejas o tirarle del pelo. Nunca llegan a tanto, pero el efecto es el mismo, y se tiene conciencia de que en casa de Vignale uno está a merced de esa jauría. Los adultos de la familia se han refugiado en una envidiable actitud de prescindencia, que no excluye trompadas perdidas que de pronto cruzan el aire y se instalan en la nariz, o en la sien, o en el ojo de

uno de aquellos angelitos. El método de la madre, por ejemplo, podría definirse así: tolerar toda postura e insolencia del niño que moleste a los otros, incluidas las visitas, pero castigar todo gesto o palabra del niño que la moleste a ella personalmente. El punto culminante de la cena tuvo lugar a los postres. Uno de los chicos quiso dejar testimonio de que el arroz con leche no le agradaba. Dicho testimonio consistió en volcar íntegramente su porción sobre los pantalones del menor de sus hermanitos. El gesto fue festejado con generoso ruido, el llanto del damnificado superó todas mis previsiones y no cabe en ninguna descripción.

Después de la cena, los niños desaparecieron, no sé si dispuestos a irse a la cama o a preparar un cóctel de veneno para mañana temprano. “¡Qué chicos!”, comentó la suegra de Vignale, “lo que pasa es que tienen vida”. “La infancia es eso: vida pura”, fue el adecuado colofón del yerno. Respondiendo a una inexistente averiguación de mi parte, la concuñada me señaló: “Nosotros no tenemos hijos”. “Y ya llevamos siete años de casados”, dijo el marido con una risotada aparentemente maliciosa. “Yo por mí quisiera”, aclaró la mujer, “pero éste se complace en evitarlos”. Fue Vignale quien nos rescató a todos de semejante divagación ginecológica y anticonceptiva, para referirse a lo que constituía el máximo atractivo de la noche: la exhibición de las célebres fotos de museo. Las guardaba en un sobre verde, fabricado caseramente con papel de embalar, sobre el cual había escrito con letras de imprenta. “Fotografías de Martín Santomé”. Evidentemente, el sobre era viejo, pero la leyenda bastante reciente. En la primera foto aparecían cuatro personas frente a la casa de la calle Brandzen. No fue necesario que Vignale me dijera nada: a la vista de la fotografía mi memoria pareció sacudirse y acusó recibo de aquella imagen amarillenta que había sido sepia. Quienes estaban en la puerta eran mi madre, una vecina que después se fue a España, mi padre y yo mismo. Mi aspecto era increíblemente desgarrado y ridículo. “Esta foto, ¿la tomaste vos?”, le pregunté a Vignale. “Estás loco. Yo nunca

he juntado valor para empuñar una máquina fotográfica o un revólver. Esta foto la sacó Falero. ¿Te acordás de Falero?” Vagamente. Por ejemplo, que el padre tenía una librería y que él le robaba revistas pornográficas, preocupándose luego de divulgar entre nosotros ese aspecto fundamental de la cultura francesa. “Mirá esta otra”, dijo Vignale, ansioso. Allí también estaba yo, junto al Adoquín. El Adoquín (de eso sí me acuerdo) era un imbécil que siempre se pegaba a nosotros, festejaba todos nuestros chistes, aun los más aburridos, y no nos dejaba ni a sol ni a sombra.

No me acordaba de su nombre, pero estaba seguro de que era el Adoquín. La misma expresión pajarona, la misma carne fofa, el mismo pelo engominado. Solté la risa, una de mis mejores risas de este año. “¿De qué te reís?”, preguntó Vignale. “Del Adoquín. Fijáte qué pinta.” Entonces Vignale bajó los ojos, hizo una recorrida vergonzante por los rostros de su mujer, de sus suegros, de su cuñado, de su concuñada, y luego dijo con voz ronca: “Creí que ya no te acordabas de ese mote. Nunca me gustó que me llamaran así”. Me tomó totalmente de sorpresa. No supe qué hacer ni qué decir. ¿Así que Mario Vignale y el Adoquín eran una misma persona? Lo miré, lo volví a mirar, y confirmé que era estúpido, empalagoso y pajarón. Pero evidentemente se trataba de otra estupidez, de otro empalago, de otra pajaronería. No eran las del Adoquín de aquel entonces, qué iban a ser. Ahora tienen no sé qué de irremediable. Creo que balbuceé: “Pero, che, si nadie te lo decía con mala intención. Acordáte de que a Prado le decían el Conejo”. “Ojalá me hubieran llamado a mí el Conejo”, dijo, en tono compungido, el Adoquín Vignale. Y no miramos más fotografías.

Viernes 22 de marzo

Corrí veinte metros para alcanzar el ómnibus y quedé reventado. Cuando me senté, creí que me desmayaba. En la tarea de quitarme el saco, de desabrocharme el

cuello de la camisa y moverme un poco para respirar mejor, rocé dos o tres veces el brazo de mi compañera de asiento. Era un brazo tibio, no demasiado flaco. En el roce sentí el tacto afelpado del vello, pero no lograba identificar si se trataba del mío o el de ella o el de ambos. Desdoblé el diario y me puse a leer. Ella, por su parte, leía un folleto turístico sobre Austria. De a poco fui respirando mejor, pero me quedaron palpitaciones por todo un cuarto de hora. Su brazo se movió tres o cuatro veces, pero no parecía querer separarse totalmente del mío. Se iba y regresaba. A veces el tacto se limitaba a una tenue sensación de proximidad en el extremo de mis vellos. Miré varias veces hacia la calle y de paso la fiché. Cara angulosa, labios finos, pelo largo, poca pintura, manos anchas, no demasiado expresivas. De pronto el folleto se le cayó y yo me agaché a recogerlo. Naturalmente, eché una ojeada a las piernas. Pasables, con una curita en el tobillo. No dijo gracias. A la altura de Sierra, comenzó sus preparativos para bajarse. Guardó el folleto, se acomodó el pelo, cerró la cartera y pidió permiso. “Yo también bajo”, dije, obedeciendo a una inspiración. Ella empezó a caminar rápido por Pablo de María, pero en cuatro zancadas la alcancé. Caminamos uno junto al otro, durante cuadra y media. Yo estaba aún formando mentalmente mi frase inicial de abordaje, cuando ella dio vuelta la cabeza hacia mí, y dijo: “Si me va a hablar, decídase”.

Domingo 24 de marzo

Pensándolo bien, qué caso extraño el del viernes. No nos dijimos los nombres ni los teléfonos ni nada personal. Sin embargo, juraría que en esta mujer el sexo no es un rubro primario. Más bien parecía exasperada por algo, como si su entrega a mí fuera su curiosa venganza contra no sé qué. Debo confesar que es la primera vez que conquisto una mujer tan sólo con el codo y, también, la primera vez que, una vez en la amueblada, una mujer se desviste tan rápido y a plena luz. El agresivo desparpajo

con que se tendió en la cama, ¿qué probaba? Hacía tanto por poner en evidencia su completa desnudez que estuve por creer que era la primera vez que se encontraba en cueros frente a un hombre. Pero no era nueva. Y con su cara seria, su boca sin pintura, sus manos inexpresivas, se las arregló, sin embargo, para disfrutar. En el momento que consideró oportuno, me suplicó que le dijera palabrotas. No es mi especialidad, pero creo que la dejó satisfecha.

Lunes 25 de marzo

Empleo público para Esteban. Es el resultado de su trabajo en el club. No sé si alegrarme con ese nombramiento de jefe. Él, que viene de afuera, pasa por encima de todos los que ahora serán sus subordinados. Me imagino que le harán la vida imposible. Y con razón.

Miércoles 27 de marzo

Hoy me quedé hasta las once de la noche en la oficina. Una gauchada del gerente. Me llamó a las seis y cuarto para decirme que precisaba esa porquería para mañana a primera hora. Era un trabajo para tres personas. Avellaneda, pobrecita, se ofreció para quedarse. Pero tuve lástima.

También se quedaron tres en Expedición. En realidad, era lo único verdaderamente necesario. Pero, claro, el gerente no iba a hacer trabajar extra al macho de la Valverde sin adornarle el castigo con el trabajo extra de algún inocente. Esta vez el inocente fui yo. Paciencia. Estoy deseando que la Valverde se aburra de ese cafisho.

Me deprime horriblemente trabajar fuera de hora. Toda la oficina silenciosa, sin público, con los escritorios mugrientos, llenos de carpetas y biblioratos. El conjunto da una impresión de basura, de desperdicio. Y en medio de ese silencio y de esa oscuridad, tres tipos aquí y tres

allá, trabajando sin ganas, arrastrando el cansancio de las ocho horas previas.

Robledo y Santini me dictaban las cifras, yo escribía a máquina. A las ocho de la noche me empezó a doler la espalda, cerca del hombro izquierdo. A las nueve el dolor me importaba poco; seguía escribiendo como un autómatas las roncadas cifras que ellos me dictaban. Cuando terminamos, nadie habló. Los de Expedición ya se habían ido. Fuimos los tres hasta la Plaza, les pagué un café en el mostrador del Sorocabana y nos dijimos chau. Creo que me guardaron un poco de rencor porque los elegí a ellos.

Jueves 28 de marzo

Hablé largamente con Esteban. Le expuse mis dudas sobre la justicia de su nombramiento. No pretendía que renunciara; por Dios, sé que eso ya no se estila. Simplemente, me hubiera gustado oírle decir que se sentía incómodo. De ningún modo. “No hay caso, viejo, vos seguís viviendo en otra época.” Así me dijo. “Ahora nadie se ofende si viene un tipo cualquiera y lo pasa en el escalafón. ¿Y sabés por qué nadie se ofende? Porque todos harían lo mismo si la ocasión se les pusiera a tiro. Estoy seguro de que a mí no me van a mirar con bronca sino con envidia.”

Le dije... Bueno, ¿qué importa lo que le dije?

Viernes 29 de marzo

Qué viento asqueroso, me costó un triunfo llegar por Ciudadela desde Colonia hasta la Plaza. A una muchacha el viento le levantó la pollera. A un cura le levantó la sotana. Jesús, qué panoramas tan distintos. A veces pienso qué habría ocurrido si me hubiese metido a cura. Probablemente, nada. Tengo una frase que pronuncio cuatro o cinco veces por año: “Hay dos profesiones para las que estoy seguro de no tener la mínima vocación: militar y

sacerdote”. Pero creo que lo digo por vicio, sin el menor convencimiento.

Llegué a casa despeinado, con la garganta ardiendo y los ojos llenos de tierra. Me lavé, me cambié y me instalé a tomar mate detrás de la ventana. Me sentí protegido. Y también profundamente egoísta. Veía pasar a hombres, mujeres, viejos, niños, todos luchando contra el viento, y ahora también con la lluvia. Sin embargo no me vinieron ganas de abrir la puerta y llamarlos para que se refugiaran en mi casa y me acompañaran con un mate caliente. Y no es que no se me haya ocurrido hacerlo. La idea me pasó por la cabeza, pero me sentí profundamente ridículo y me puse a imaginar las caras de desconcierto que pondría la gente, aun en medio del viento y de la lluvia.

¿Qué sería de mí, en este día, si hace veinte o treinta años me hubiera decidido a meterme a cura? Sí, ya sé, el viento me levantaría la sotana y quedarían al descubierto mis pantalones de hombre vulgar y silvestre. Pero ¿y en lo demás? ¿Habría ganado o habría perdido? No tendría hijos (creo que habría sido un cura sincero, ciento por ciento casto), no tendría oficina, no tendría horario, no tendría jubilación. Tendría Dios, eso sí, y tendría religión. Pero ¿es que acaso no los tengo? Francamente, no sé si creo en Dios. A veces imagino que, en el caso de que Dios exista, no habría de disgustarle esta duda. En realidad, los elementos que él (¿o Él?) mismo nos ha dado (raciocinio, sensibilidad, intuición) no son en absoluto suficientes como para garantizarnos ni su existencia ni su no existencia. Gracias a una corazonada, puedo creer en Dios y acertar, o no creer en Dios y también acertar. ¿Entonces? Acaso Dios tenga un rostro de *croupier* y yo sólo sea un pobre diablo que juega a rojo cuando sale negro, y viceversa.

Sábado 30 de marzo

Robledo todavía está de trompa conmigo, a causa del trabajo extraordinario del último miércoles. Pobre tipo.

Según me contó Muñoz esta mañana, la novia de Robledo lo cela espantosamente. El miércoles tenía que encontrarse con ella a las ocho y, debido a que yo lo elegí para quedarse, no pudo ir. Le avisó por teléfono, pero no hubo caso. La otra desconfiada ya le comunicó que no quiere saber más nada de él. Dice Muñoz que él lo consuela diciéndole que siempre es mejor enterarse de esos inconvenientes antes del casamiento, pero Robledo está con una luna tremenda. Hoy lo llamé y le expliqué que no sabía lo de la novia. Le pregunté por qué no me lo había dicho, y entonces me miró con unos ojos que echaban chispas y murmuró: “Usted bien que lo sabía. Ya me tienen podrido con esas bromitas”. Estornudó, de puro nervioso, y agregó en seguida, con un amplio gesto de decepción: “Que ellos, que son flor de guarangos, me hagan esos chistes, lo comprendo. Pero que usted, todo un tipo serio, se preste a secundarlos, francamente me desilusiona un poco. Nunca se lo dije, pero tenía de usted un buen concepto”. Quedaba un poco violento que yo saliera a defender su buen concepto sobre mi persona, de modo que le dije, sin ironía: “Mirá, si te parece me creés y si no paciencia. Yo no sabía nada. Así que punto final y andá a trabajar, si no querés que yo también me desilusione”.

Domingo 31 de marzo

Esta tarde, cuando salía del California, vi desde lejos a la del ómnibus, la “mujer del codo”. Venía con un tipo corpulento, de aspecto deportista y con dos dedos de frente. Cuando el tipo reía, era como para ponerse a reflexionar sobre las imprevistas variantes de la imbecilidad humana. Ella también reía echando la cabeza hacia atrás y apretándose mimosamente contra él. Pasaron frente a mí y ella me vio en mitad de una carcajada, pero no la interrumpió. No podría asegurar que me reconoció. Por lo pronto, le dijo al centroforward: “Ay, querido” y con un movimiento musculoso y coqueto arrimó su cabe-

za a la corbata con jirafas. Después dieron vuelta por Ejido. Gran interrogante. ¿Qué tiene que ver esta tipa con la que la otra tarde se desnudó en tiempo récord?

Lunes 1° de abril

Hoy me mandaron, para que yo lo atendiera, al “judío que viene a pedir trabajo”. Cada dos o tres meses aparece por aquí. El gerente no sabe cómo sacárselo de encima. Es un tipo alto, pecoso, de unos cincuenta años; habla horriblemente el español y quizá lo escriba peor. Su cantinela informa siempre que su especialización es correspondencia en tres o cuatro idiomas, taquigrafía en alemán, contabilidad de costos. Extrae del bolsillo una carta en estado de absoluto deterioro, en la cual el jefe de personal de no sé qué instituto de La Paz, Bolivia, certifica que el señor Franz Heinrich Wolff prestó servicios a entera satisfacción y se retiró por su propia voluntad. Sin embargo, la expresión del tipo está lo más alejada posible de toda voluntad, propia o ajena. Ya conocemos de memoria todos sus tics, todos sus argumentos, toda su resignación. Porque él siempre insiste en que le hagan una prueba, pero cuando lo ponemos a escribir a máquina, la carta siempre le sale mal; a las pocas preguntas que se le formulan responde siempre con tranquilos silencios. No puedo imaginar de qué vive. Su aspecto es a la vez limpio y miserable. Parece estar inexorablemente convencido de su fracaso; no se otorga la mínima posibilidad de tener éxito, pero sí la obligación de ser empecinado, sin importarle mayormente frente a cuántas negativas deba estrellarse. Yo no sabría decir exactamente si el espectáculo es patético, repugnante o sublime, pero creo que nunca podré olvidar la cara (¿serena?, ¿resentida?) con que el hombre recibe siempre el resultado negativo de la prueba y la semirreverencia con que se despide. Alguna vez lo he visto por la calle, caminando despacio o mirando simplemente el río de la gente que pasa y que quizá le inspire alguna reflexión. Creo que jamás logrará sonreír. Su mi-

rada podría ser la de un loco o la de un sabio o la de un simulador o la de alguien que ha sufrido mucho. Pero lo cierto es que, cada vez que lo veo, a mí me deja una sensación de incomodidad como si yo fuera en parte culpable de su estado, de su miseria, y —lo peor de todo— como si él supiera que yo soy culpable. Ya sé que es una idiotez. Yo no puedo conseguirle empleo en mi oficina; además, él no sirve.

¿Y entonces? Quizá yo sepa que hay otras formas de ayudar a un semejante. ¿Pero cuáles? ¿Consejos, por ejemplo? No quiero ni pensar la cara con que los recibiría. Hoy, después que le dije por décima vez que no, sentí que me venía una bocanada de lástima y me decidí a tenderle la mano con un billete de diez pesos. Él me dejó con la mano tendida, me miró fijamente (una mirada bastante complicada aunque creo que en ella el ingrediente principal era, a su vez, la lástima) y me dijo con ese desagradable acento de eres que suenan como ges: “Usted no compgende.” Lo cual es rigurosamente cierto. No comprendo y basta. No quiero pensar más en todo esto.

Martes 2 de abril

Me veo poco con mis hijos. Especialmente con Jaime. Es curioso, porque es precisamente a Jaime a quien quisiera ver más a menudo. De los tres es el único que tiene humor. No sé qué validez tiene la simpatía en las relaciones entre padres e hijos, pero lo cierto es que Jaime es, de los tres, el que me resulta más simpático. Pero, en compensación, es también el menos transparente.

Hoy lo vi, pero él no me vio. Una curiosa experiencia. Yo estaba en Convención y Colonia, despidiéndome de Muñoz que me había acompañado hasta allí. Jaime pasó por la vereda de enfrente. Iba con otros dos, que tenían algo desagradable en el porte o en el vestir; no me acuerdo bien, porque me fijé especialmente en Jaime. No sé qué les iría diciendo a los otros, pero éstos se reían con

grandes aspavientos. Él iba serio, pero su expresión era de satisfacción, o quizás no, más bien provenía del convencimiento de su superioridad, del claro dominio que en ese momento ejercía sobre sus acompañantes.

A la noche le dije: “Hoy te vi por Colonia. Ibas con otros dos”. Me pareció que se ponía colorado. Acaso me equivoqué. “Un compañero de oficina y su primo”, dijo. “Parece que los divertías mucho”, agregué. “Uh, éstos se ríen de cualquier pavada.”

Entonces, creo que por primera vez en su vida, me hizo una pregunta personal, una pregunta que se refería a mis propias preocupaciones: “Y... ¿para cuándo calculás que estará pronta tu jubilación?”. ¡Jaime preguntando por mi jubilación! Le dije que Esteban le había hablado a un amigo para que la apurara. Pero tampoco puede apurarla demasiado. Es inevitable que, antes que nada, yo cumpla mis cincuenta. “¿Y cómo te sentís?”, preguntó. Yo me reí y me limité a encogerme de hombros. No dije nada, por dos razones. La primera, que todavía no sé qué haré con mi ocio. La segunda, que estaba conmovido con ese repentino interés. Un buen día, hoy.

Jueves 4 de abril

Otra vez tuvimos que quedarnos hasta tarde. Ahora la culpa fue nuestra: hubo que buscar una diferencia. Todo un problema para elegir la gente. El pobre Robledo me miraba desafiante, pero no lo elegí; prefiero que piense que me tiene dominado. Santini tenía un cumpleaños, Muñoz anda con una uña encarnada que lo tiene de muy mal humor, Sierra hace dos días que no viene. Al final se quedaron Méndez y Avellaneda. A las ocho menos cuarto, se me acercó Méndez muy misterioso y me preguntó para cuánto teníamos. Le dije que por lo menos hasta las nueve. Entonces, más misterioso aún y tomando las máximas precauciones para que no lo escuchara Avellaneda, me confesó que a las nueve tenía un programa y que primero quería ir a su casa para bañarse, afeitarse, cambiarse, etc. Todavía lo hice

sufrir un poco. Le pregunté: “¿Está buena?”. “Es un poema, jefe.” Ellos saben bien que la única arma para conquistarme es la franqueza. Y se pasan de francos. Le di permiso, claro.

Pobre Avellaneda. En cuanto quedamos solos en el enorme local, se puso más nerviosa que de costumbre. Cuando me alcanzó una planilla y vi que le temblaba la mano, le pregunté a quemarropa: “¿Tengo un aspecto muy amenazante? No se ponga así, Avellaneda”. Se rió y desde ese momento trabajó más tranquila. Es todo un problema hablarle. Siempre tengo que estar a medio camino entre la severidad y la confianza. Tres o cuatro veces la miré de reojo. Se ve que es una buena chica. Tiene rasgos definidos, de tipa leal. Cuando se aturulla un poco con el trabajo, inevitablemente se despeina y eso le queda bien. Sólo a las nueve y diez encontramos la diferencia. Le pregunté si quería que la acompañase. “No, señor Santomé, de ningún modo.” Pero mientras caminábamos hasta la Plaza, hablamos del trabajo. Tampoco aceptó un café. Le pregunté dónde vivía y con quién. Padre y madre. ¿Novio? Fuera de la oficina debo inspirarle menos respeto, porque contestó afirmativamente y en un tono normal. “¿Y cuándo tendremos colecta?”, pregunté, como es de ritual en estos casos. “Oh, hace sólo un año que hablamos.” Yo creo que después de haberme confesado que tenía novio, se sintió más defendida e interpretó mis preguntas como un interés casi paternal. Reunió todo su coraje para averiguar si yo era casado, si tenía hijos, etcétera. Se puso muy seria ante la notificación de mi viudez y creo que estuvo luchando entre cambiar rápidamente de tema o acompañarme el sentimiento con veinte años de atraso. Triunfó la cordura y pasó a hablarme de su novio. Apenas me había enterado de que trabajaba en el Municipio, cuando apareció su trole. Me dio la mano y todo, qué barbaridad.

Viernes 5 de abril

Carta de Aníbal. Se aburrió en San Pablo y regresa a fin de mes. Para mí es una buena noticia. Tengo pocos

amigos y Aníbal es el mejor. Por lo menos es el único con quien puedo hablar de ciertos temas sin sentirme ridículo. Alguna vez tendremos que investigar en qué se basa nuestra afinidad. Él es católico, yo no soy nada. Él es mujeriego, yo me limito a lo indispensable. Él es activo, creador, categórico; yo soy rutinario e indeciso. Lo cierto es que, muchas veces, él me empuja a tomar una decisión; otras, soy yo el que lo freno con alguna de mis dudas. Cuando murió mi madre —hará en agosto quince años— yo estaba hecho una ruina. Sólo me sostenía una fervorosa rabia contra Dios, los parientes, el prójimo. Cada vez que recuerdo el velorio interminable, siento asco. Los asistentes se dividían en dos clases: los que empezaban a llorar desde la puerta y después me sacudían entre sus brazos, y los que llegaban tan sólo a cumplir, me daban la mano con empalagosa compunción y a los diez minutos estaban contando chistes verdes. Entonces llegó Aníbal, se acercó, ni siquiera me dio la mano, y se puso a hablar con naturalidad: de mí, de sí mismo, de su familia, incluso de mi madre. Esa naturalidad fue una especie de bálsamo, de verdadero consuelo; yo la interpreté como el mejor homenaje que alguien podía hacer a mi madre, y a mí mismo en mi afecto por mi madre. Es tan sólo un detalle, un episodio casi insignificante, eso lo comprendo bien, pero tuvo lugar en uno de esos momentos en que el dolor lo pone a uno exageradamente receptivo.

Sábado 6 de abril

Sueño descabellado. Yo venía de atravesar en pijama el Parque de los Aliados. De pronto, en la vereda de una casa lujosa, de dos plantas, vi que estaba Avellaneda. Me acerqué sin vacilar. Ella tenía puesto un vestidito liso, sin adornos ni cinturón, directamente sobre la carne. Estaba sentada en un banquito de cocina, junto a un eucalipto, y pelaba papas. De pronto tuve conciencia de que ya era de noche y me acerqué y le dije: “Qué rico olor a cam-

po". Al parecer, mi argumento fue decisivo, porque inmediatamente me dediqué a poseerla, sin que mediase resistencia alguna de su parte.

Esta mañana, cuando apareció Avellaneda con un vestidito liso, sin adornos ni cinturón, no pude aguantarme y le dije: "Qué rico olor a campo". Me miró con auténtico pánico, exactamente como se mira a un loco o a un borracho. Para peor de males traté de explicarle que estaba hablando solo. No la convencí, y al mediodía, cuando se fue, todavía me vigilaba con cierta prevención. Una prueba más de que es posible ser más convincente en los sueños que en la realidad.

Domingo 7 de abril

Casi todos los domingos, almuerzo y ceno solo, e inevitablemente me pongo melancólico. "¿Qué he hecho de mi vida?" es una pregunta que suena a Gardel o a Suplemento Femenino o artículo del *Reader's Digest*. No importa. Hoy domingo, me siento más allá de lo irrisorio y puedo hacerme preguntas de ese tipo. En mi historia particular, no se han operado cambios irracionales, virajes insólitos y repentinos. Lo más insólito fue la muerte de Isabel. ¿Residirá en esa muerte la clave verdadera de lo que yo considero mi frustración? No lo creo. Más aún, cuanto más me investigo, más me convengo de que esa muerte joven fue una desgracia, digamos, con suerte. (Por Dios, qué vulgar y mezquino suena esto. Yo mismo me horrorizo.) Quiero decir que en el momento en que Isabel desaparece, yo tenía veintiocho años y ella veinticinco. Estábamos pues, en pleno auge del deseo. Creo que mi deseo físico más vehemente me fue inspirado por ella. Será por eso tal vez que si bien soy incapaz de reconstruir (con mis propias imágenes, no con fotografías o recuerdos de recuerdos) el rostro de Isabel, puedo en cambio volver a sentir en mis manos, todas las veces que lo necesite, el tacto particular de su cintura, de su vientre, de sus pantorrillas, de sus senos. ¿Por qué las palmas de

mis manos tienen una memoria más fiel que mi memoria? Una consecuencia puedo extraer de todo esto: que si Isabel hubiera vivido los suficientes años más como para que su cuerpo se aflojara (eso tenía de bueno: su piel lisa y tirante en todas sus zonas) y aflojara, por ende, mi capacidad de desearla, no puedo garantizar qué hubiera sido de nuestro vínculo ejemplar. Porque toda nuestra armonía, que era cierta, dependía inexorablemente de la cama, de nuestra cama. No quiero decir con esto que durante el día nos lleváramos como perro y gato; por el contrario, en nuestra vida cotidiana se usaba una buena dosis de concordia. Pero ¿cuál era el freno para los estallidos, para los desbordes? Sencillamente, el goce de las noches, su presencia protectora en medio de los sinsabores del día. Si alguna vez el odio nos tentaba y empezábamos a apretar los labios, nos cruzaba por los ojos el aliciente de la noche, pasada o futura, y entonces, inevitablemente, nos envolvía una oleada de ternura que aplacaba todo brote de rencor. En eso no estoy disconforme. Mi matrimonio fue una buena cosa, una alegre temporada.

Pero ¿y lo demás? Porque está la opinión que uno puede tener de sí mismo, algo que increíblemente tiene poco que ver con la vanidad. Me refiero a la opinión ciento por ciento sincera, la que uno no se atrevería a confesarle ni al espejo frente al que se afeita. Recuerdo que hubo una época (allá entre mis dieciséis y mis veinte años) en que tuve una buena, casi diría una excelente opinión de mí mismo. Me sentía con impulso para empezar y llevar a cabo “algo grande”, para ser útil a muchos, para enderezar las cosas. No puede decirse que fuera la mía una actitud cretinamente egocéntrica. Aunque me hubiera gustado recibir la aceptación y hasta el aplauso ajeno, creo que mi primer objetivo no era usar de los otros, sino serles de utilidad. Ya sé que esto no es caridad pura y cristiana; además, no me importa mucho el sentido cristiano de la caridad. Recuerdo que yo no pretendía ayudar a los menesterosos, o a los tarados, o a los miserables (creo cada vez menos en la ayuda caóticamente

distribuida). Mi intención era más modesta; sencillamente, ser de utilidad para mis iguales, para quienes tenían un más comprensible derecho a necesitar de mí.

La verdad es que esa excelente opinión acerca de mí mismo ha decaído bastante. Hoy me siento vulgar y, en algunos aspectos, indefenso. Soportaría mejor mi estilo de vida si no tuviera conciencia de que (sólo mentalmente, claro) estoy por encima de esa vulgaridad. Saber que tengo, o tuve, en mí mismo elementos suficientes como para encaramarme a otra posibilidad, saber que soy superior, no demasiado, a mi agotada profesión, a mis pocas diversiones, a mi ritmo de diálogo: saber todo eso no ayuda por cierto a mi tranquilidad, más bien me hace sentirme más frustrado, más inepto para sobreponerme a las circunstancias. Lo peor de todo es que no han acaecido terribles cosas que me cercaran (bueno, la muerte de Isabel es algo fuerte, pero no puedo llamarla terrible; después de todo, ¿existe algo más natural que irse de este mundo?), que frenaran mis mejores impulsos, que impidieran mi desarrollo, que me ataran a una rutina aletargante. Yo mismo he fabricado mi rutina, pero por la vía más simple: la acumulación. La seguridad de saberme capaz para algo mejor, me puso en las manos la postergación, que al fin de cuentas es un arma terrible y suicida. De ahí que mi rutina no haya tenido nunca carácter ni definición; siempre ha sido provisoria, siempre ha constituido un rumbo precario, a seguir nada más que mientras duraba la postergación, nada más que para aguantar el deber de la jornada durante ese período de preparación que al parecer yo consideraba imprescindible, antes de lanzarme definitivamente hacia el cobro de mi destino. Qué pavada, ¿no? Ahora resulta que no tengo vicios importantes (fumo poco, sólo de aburrido tomo una cañita de cuando en cuando), pero creo que ya no podría dejar de postergarme: éste es mi vacío, por otra parte incurable. Porque si ahora mismo me decidiera a asegurarme, en una especie de tardío juramento: “Voy a ser exactamente lo que quise ser”, resultaría que todo sería inútil. Primero, porque me siento con escasas fuer-

zas como para jugarlas a un cambio de vida, y luego, porque ¿qué validez tiene ahora para mí aquello que quise ser? Sería algo así como arrojarme conscientemente a una prematura senilidad. Lo que deseo ahora es mucho más modesto que lo que deseaba hace treinta años y, sobre todo, me importa mucho menos obtenerlo. Jubilarme, por ejemplo. Es una aspiración, naturalmente, pero es una aspiración en cuesta abajo. Sé que va a llegar, sé que vendrá sola, sé que no será preciso que yo proponga nada. Así es fácil, así vale la pena entregarse y tomar decisiones.

Martes 9 de abril

Esta mañana me llamó el Adoquín Vignale. Le hice decir que no estaba, pero cuando me volvió a llamar a la tarde, me sentí obligado a atenderlo. En esto soy categórico: si tengo esta relación (no me atrevo a llamarla amistad) es tal vez porque la merezco.

Quiere venir a casa. “Algo confidencial, viejo. No puedo decirlo por teléfono, ni tampoco puedo traerte a casa para esto.” Quedamos combinados para el jueves de noche. Vendrá después de la cena.

Miércoles 10 de abril

Avellaneda tiene algo que me atrae. Eso es evidente, pero ¿qué es?

Jueves 11 de abril

Falta media hora para que cenemos. Esta noche viene Vignale. Sólo estaremos Blanca y yo. Los muchachos desaparecieron no bien se enteraron de la visita. No los acuso. Yo también hubiera escapado.

En Blanca se ha operado un cambio. Tiene color en las

mejillas, y no es artificial; tiene color aún después de lavarse la cara. A veces se olvida de que estoy en la casa y se pone a cantar. Tiene poca voz pero la maneja con gusto. Me agrada oírlo. ¿Qué pasará por la cabeza de mis hijos? ¿Estarán en el momento de las aspiraciones en cuesta arriba?

Viernes 12 de abril

Ayer Vignale llegó a las once y se fue a las dos de la mañana. Su problema cabe en pocas palabras: su concuñada se ha enamorado de él. Vale la pena transcribir, aunque sólo sea aproximadamente, la versión de Vignale: “Fijáte que ellos hace seis años que viven con nosotros. Seis años no son cuatro días. No te voy a decir que hasta ahora nunca me hubiera fijado en la Elvira. Vos ya te diste cuenta de que está bastante buena. Y si la vieras en traje de baño, se te caen las medias. Pero, che, una cosa es mirar y otra aprovechar. ¿Qué querés? Mi patrona ya está un poco jamona y además está agotada por el trabajo de la casa y el cuidado de los chiquilines. Podrás imaginarte que después de quince años de casado no es cosa de verla e *ipso facto* inflamarse de pasión. Además, tiene unos períodos que le duran como una quincena, así que es bastante difícil que mis ganas lleguen a coincidir con su disponibilidad. La verdad es que muchas veces ando hambriento y me como con los ojos las pantorrillas de la Elvira, que, para peor de males, de entrecasa anda siempre de shorts. La cosa es que la mujer ha interpretado mal mis miradas; bueno, en realidad las ha interpretado bien, pero no era para tanto. La pura verdad es que si hubiera sabido que la Elvira gustaba de mí, ni la habría observado, porque lo que menos quiero es armar relajo dentro de mi propio hogar, que para mí siempre fue sagrado. Primero fueron miradas y yo haciéndome el oso. Pero el otro día se me cruzó de piernas, así nomás, en shorts, y no tuve más remedio que decirle: ‘Tené cuidado’. Me contestó: ‘No quiero tener cuidado’, y fue el acabóse. A continuación me

preguntó si era ciego, que yo bien sabía que no le era indiferente, etcétera, etcétera. Aunque estaba seguro que de nada iba a servir, le recordé la existencia del marido, o sea mi cuñado, y ¿sabés qué me contestó?: ‘¿Quién? ¿Ese tarado?’. Y ahí está lo peor: que tiene razón, Francisco es un tarado. Eso es lo que me enfría un poco los escrúpulos. ¿Vos qué harías en mi lugar?”.

Yo en su lugar no tendría problemas: primero, no me hubiera casado con la idiota de su mujer, y segundo, no me sentiría atraído en absoluto por la carne blanda de la otra veterana. Pero no pude decirle otra cosa que lugares comunes: “Tené cuidado. Mirá que no te la vas a poder sacar de encima. Si querés rifarte toda tu situación familiar, entonces dale; pero si esa situación te importa más que todo, entonces no te arriesgues”.

Se fue compungido, preocupado, indeciso. Creo, sin embargo, que la frente de Francisco está en peligro.

Domingo 14 de abril

Esta mañana tomé un ómnibus, me bajé en Agraciada y Diecinueve de Abril. Hace años que no iba por ahí. Me hice la ilusión de que visitaba una ciudad desconocida. Sólo ahora me di cuenta de que me he acostumbrado a vivir en calles sin árboles. Y qué irremediamente frías pueden llegar a ser.

Una de las cosas más agradables de la vida: ver cómo se filtra el sol entre las hojas.

Buena mañana la de hoy. Pero a la tarde dormí una siesta de cuatro horas y me levanté de mal humor.

Martes 16 de abril

Sigo sin averiguar qué es lo que me atrae en Avellaneda. Hoy la estuve estudiando. Se mueve bien, se recoge armoniosamente el pelo, sobre las mejillas tiene una leve pelusa, como de durazno. ¿Qué hará con el novio? O

mejor, ¿qué hará el novio con ella? ¿Jugarán a la parejita decente o se calentarán como cualquier hijo de vecino? Pregunta clave para un servidor: ¿Envidia?

Miércoles 17 de abril

Dice Esteban que si quiero tener la jubilación para fin de año, la cosa hay que empezarla ahora. Dice que me va a ayudar a moverla, pero que aun así llevará tiempo. Ayudar a moverla quizá signifique untarle la mano a alguien. No me gustaría. Sé que el más indigno es el otro, pero yo tampoco sería inocente. La teoría de Esteban es que es necesario desempeñarse en el estilo que exige el ambiente. Lo que en un ambiente es simplemente honrado, en otro puede ser simplemente imbécil. Tiene algo de razón, pero me desalienta que tenga razón.

Jueves 18 de abril

Vino el inspector: amable, bigotudo. Nadie hubiera pensado que fuese tan cargoso. Empezó pidiendo datos del último balance y terminó solicitando una discriminación de rubros que figura en el inventario inicial. Me pasé acarreado viejos y destartalados libros desde la mañana hasta última hora de la tarde. El inspector era un primor: sonreía, pedía perdón, decía "Mil gracias". Un encanto el tipo. ¿Por qué no se morirá? Al principio estuve amasando mi rabia, contestando entre dientes, puteando mentalmente. Después la bronca cedió paso a otra sensación. Empecé a sentirme viejo. Esos datos iniciales de 1929, los había escrito yo; esos asientos y contraasientos que figuraban en el borrador del Diario, los había escrito yo; esos transportes a lápiz en libro de Caja, los había escrito yo. En ese entonces era sólo un pinche, pero ya me daban a hacer cosas importantes, aunque la módica gloria fuera sólo del jefe, exactamente como ahora gano yo mi módica gloria por las cosas importantes que hacen

Muñoz y Robledo. Me siento un poco como el Herodoto de la empresa, el resgistrador y el escriba de su historia, el testigo sobreviviente. Veinticinco años. Cinco lustros. O un cuarto de siglo. No. Parece mucho más sobrecogedor decir, lisa y llanamente, veinticinco años, iy cómo ha ido cambiando mi letra! En 1929 tenía una caligrafía despatarrada: las “t” minúsculas no se inclinaban hacia el mismo lado que las “d”, que las “b” o que las “h”, como si no hubiera soplado para todas el mismo viento. En 1939, las mitades inferiores de las “f”, las “g” y las “j” parecían una especie de flecos indecisos, sin carácter ni voluntad. En 1945 empezó la era de las mayúsculas, mi regusto en adornarlas con amplias curvas, espectaculares e inútiles. La “M” y la “H” eran grandes arañas, con tela y todo. Ahora mi letra se ha vuelto sintética, pareja, disciplinada, neta. Lo que sólo prueba que soy un simulador, ya que yo mismo me he vuelto complicado, desparejo, caótico, impuro. De pronto, al pedirme el inspector un dato correspondiente a 1930, reconocí mi caligrafía, mi caligrafía de una etapa especial. Con la misma letra que escribí: “Detalle de sueldos pagados al personal en el mes de agosto de 1930”, con esa misma letra y en ese mismo año, había escrito dos veces por semana: “Querida Isabel”, porque Isabel vivía entonces en Melo y yo le escribía puntualmente los martes y viernes. Ésa había sido, pues, mi letra de novio. Sonreí, arrastrado por los recuerdos, y el inspector sonrió conmigo. Después me pidió otra discriminación de rubros.

Sábado 20 de abril

¿Estaré reseco? Sentimentalmente, digo.

Lunes 22 de abril

Nuevas confesiones de Santini. Otra vez referentes a la hermanita de diecisiete años. Dice que cuando los padres

no están en la casa, ella viene a su cuarto y baila casi desnuda frente a él. “Tiene un traje de baño de esos de dos partes, ¿sabe? Bueno, cuando viene a bailar a mi cuarto, se quita la parte de arriba.” “¿Y vos qué hacés?” “Yo... me pongo nervioso.” Le dije que si solamente se ponía nervioso, no había peligro. “Pero, señor, eso es inmoral”, dijo, agitando la muñeca con la cadenita y la medalla. “Y ella, ¿qué razones te da para venir a bailar delante tuyo con tan poca ropa?” “Fíjese, señor, dice que a mí no me gustan las mujeres y que ella me va a curar.” “¿Y es cierto eso?” “Bueno, aunque fuera cierto... no tiene por qué hacerlo... por ella misma... me parece.” Entonces me resigné a hacerle la pregunta que él estaba buscando desde hacía tiempo: “Y los hombres, ¿te gustan?”. Sacudió otra vez la cadenita y la medalla. Dijo: “Pero eso es inmoral, señor”, me hizo un guiño que estaba a medio camino entre lo travieso y lo asqueroso y, antes de que yo pudiera agregar nada, me preguntó: “¿O usted no lo cree así?”. Lo saqué vendiendo boletines y le mandé un trabajo de esos bien pudridores. Tiene por lo menos para diez días de no levantar la cabeza. Eso es lo que me faltaba: un marica en la sección. Parece que es del tipo “con escrúpulos”. Qué alhaja. Una cosa es cierta, sin embargo: que la hermanita se las trae.

Miércoles 24 de abril

Hoy, como todos los 24 de abril, cenamos juntos. Buen motivo: el cumpleaños de Esteban. Creo que todos nos sentimos un poco obligados a mostrarnos alegres. Ni siquiera Esteban parece alunado; hizo algunos chistes, aguantó a pie firme nuestros abrazos.

El menú preparado por Blanca fue el punto más alto de la noche. Naturalmente, eso también predispone al buen humor. No es del todo absurdo que un pollo a la portuguesa me deje más optimista que una tortilla de papas. ¿No se le habrá ocurrido a ningún sociólogo efectuar un detenido análisis sobre la influencia de las digestiones en la cultura,

la economía y la política uruguayas? ¡Cómo comemos, Dios mío! En la alegría, en el dolor, en el asombro, en el desaliento. Nuestra sensibilidad es primordialmente digestiva. Nuestra innata vocación de demócratas se apoya en un viejo postulado: “Todos tenemos que comer”. A nuestros creyentes les importa sólo en parte que Dios les perdone sus deudas, pero en cambio piden de rodillas, con lágrimas en los ojos, que no les falte el pan nuestro de cada día. Y ese Pan Nuestro no es —estoy seguro— un mero símbolo: es un pan alemán de a kilo.

Bueno, comimos bien, tomamos un buen clarete, festejamos a Esteban. Al final de la cena, cuando revolvíamos lentamente el café, Blanca dejó caer una noticia: tiene novio. Jaime la envolvió con una mirada rara, indefinida (¿qué es Jaime?, ¿quién es Jaime?, ¿qué quiere Jaime?). Esteban preguntó alegremente el nombre del “infeliz”. Yo creo que me sentí contento y lo dejé traslucir. “¿Y cuándo conocemos a esa monada?”, pregunté. “Mirá, papá, Diego no va a hacer esas visitas protocolares de lunes, miércoles y viernes. Nos encontramos en cualquier parte, en el Centro, en su casa, aquí.” Cuando dijo “en su casa” debimos haber fruncido nuestros ceños, porque ella se apresuró a agregar: “Vive con su madre, en un apartamento. No tengan miedo”. “Y la madre, ¿nunca sale?”, preguntó Esteban, ya un poco agrio. “No te pongas pesado”, dijo Blanca y en seguida me lanzó la pregunta: “Papá, quiero saber si vos me tenés confianza. Es la única opinión que me importa. ¿Me tenés confianza?”. Cuando me preguntan así, a quemarropa, hay una sola cosa que puedo contestar. Mi hija lo sabe. “Claro que te tengo confianza”, dije. Esteban se limitó a dejar constancia de su incredulidad en una sonora carraspera. Jaime siguió callado.

Viernes 26 de abril

El gerente convocó a otra reunión de jefes. No estaba Suárez, por suerte tiene gripe. Martínez aprovechó la oca-

sión para decir algunas verdades. Estuvo bien. Le admiro la energía. A mí en el fondo me importan un cuerno: la oficina, los títulos, las jerarquías y otras pavadas. Nunca me sentí atraído por las jerarquías. Mi lema secreto: “Cuanto menos jerarquías, menos responsabilidad”. La verdad es que uno vive más cómodo sin grandes cargos. En cuanto a Martínez, está bien lo que hace. De todos los jefes, los únicos que podían aspirar a una subgerencia (cargo a llenar a fin de año) seríamos, por orden de antigüedad: yo, Martínez y Suárez. A mí Martínez no me teme, porque sabe que me jubilo. En cambio le tiene miedo (y con razón) a Suárez, porque desde que éste anda con la Valverde, sus progresos han sido notables: de ayudante del cajero pasó a oficial 1° a mediados del año pasado, de oficial 1° a jefe de Expedición hace apenas cuatro meses. Martínez sabe perfectamente que la única forma de defenderse de Suárez es desacreditarlo totalmente. Por cierto que para eso no tiene que exprimir demasiado su imaginación, ya que Suárez es, en cuanto a cumplimiento, una calamidad. Se sabe inmune, se sabe odiado, pero el escrúpulo no ha sido nunca su especialidad.

Había que ver la cara del gerente cuando el otro soltó su entripado. Martínez le preguntó directamente si “el señor gerente no sabía si algún otro miembro del Directorio tenía alguna hija disponible que quisiera acostarse con jefes de sección”, agregando que él “estaba a las órdenes”. El gerente le preguntó qué buscaba con eso, si quería que lo suspendieran. “De ningún modo”, aclaró Martínez, “lo que busco es un ascenso. Tengo entendido que el procedimiento es éste”. El gerente daba lástima. El hombre sabe que Martínez tiene razón, pero, además, sabe que él no puede hacer nada. Por ahora, al menos, Suárez es intocable.

Domingo 28 de abril

Llegó Aníbal. Fui a recibirlo al Aeropuerto. Está más flaco, más viejo, más gastado. De todos modos, fue una

alegría volver a verlo. Hablamos muy poco, porque estaban las tres hermanas y yo nunca me he llevado bien con esos loros. Quedamos en vernos uno de estos días; me llamará a la oficina.

Lunes 29 de abril

Hoy la sección era un desierto. Faltaron tres. Además, Muñoz anduvo en la calle y Robledo tuvo que revisar las fichas con la sección Ventas. Menos mal que a esta altura del mes no hay mucho trabajo. El jaleo viene siempre después del primero. Aproveché la soledad y la escasez de trabajo para charlar un rato con Avellaneda. Hace unos cuantos días que la noto apagada, casi triste. Eso sí, le sienta la tristeza. Le afila los rasgos, le pone los ojos melancólicos, la hace más joven aún. Me gusta Avellaneda, creo que ya escribí esto alguna vez. Le pregunté qué le pasaba. Se acercó a mi mesa, me sonrió (qué bien sonrío), no dijo nada. “Hace unos cuantos días que la noto apagada, casi triste”, le dije, y a fin de que mi comentario tuviera el mismo equipo de palabras que mi pensamiento, agregué: “Eso sí, le sienta la tristeza”. No lo tomó como un piropo. Sólo se le alegraron los ojos melancólicos, y dijo: “Usted es muy bueno, señor Santomé”. ¿Por qué el “señor Santomé”, Dios mío? Había sonado tan bien la primera parte... El “señor Santomé” me recordó mi casi cincuentena, apagó inexorablemente mis humos, y sólo me restaron fuerzas para preguntarle en tono fallutamente paternal: “¿el novio?”. A la pobre Avellaneda se le llenaron los ojos de lágrimas, sacudió la cabeza en un gesto que parecía una afirmación, balbuceó un “perdón” y salió corriendo hacia el cuarto de baño. Yo quedé por un rato sin saber qué hacer delante de mis papeles; creo que estaba conmovido. Me sentí agitado, como hace mucho no me sentía. Y no era la nerviosidad corriente de alguien que ve a una mujer llorando o a punto de. Mi agitación era mía, sólo mía; la agitación de asistir a mi propia conmoción. De pronto se hizo la luz en

mi propio cerebro: ¡Entonces no estoy reseco! Cuando regresó Avellaneda, ya sin lágrimas y un poco avergonzada, yo todavía estaba disfrutando egoístamente de mi novel descubrimiento. No estoy reseco, no estoy reseco. Entonces la miré con gratitud, y como en ese momento regresaban Muñoz y Robledo, ambos nos pusimos a trabajar como obedeciendo a un secreto acuerdo.

Martes 30 de abril

Vamos a ver, ¿qué me pasa? Todo el día estuvo transitando por mi cabeza, como si se tratara de un slogan recurrente, la única frase: “Así que se peleó con el novio”. Y a continuación mi ritmo respiratorio se alegraba. El mismo día en que descubro que no estoy reseco, me siento en cambio intranquilizadamente egoísta. Bueno, creo que, a pesar de todo, esto significa un paso adelante.

Miércoles 1° de mayo

El Día de los Trabajadores más aburrido de la historia universal. Para peor: gris, lluvioso, prematuramente invernal. Las calles sin gente, sin ómnibus, sin nada. Y yo en mi cuarto, en mi cama camera de uno solo, en este oscuro, pesado silencio de las siete y media. Ojalá fueran ya las nueve de la mañana y yo estuviera en mi escritorio y de vez en cuando mirara hacia la izquierda y encontrara aquella figurita triste, concentrada, indefensa.

Jueves 2 de mayo

No quise hablar con Avellaneda. Primero, porque no quiero asustarla; segundo, porque no sé realmente qué decirle. Antes tengo que saber con precisión qué me está sucediendo. No puede ser que, a mis años, aparezca de pronto esta muchacha, que ni siquiera es

definidamente linda, y se convierta en el centro de mi atención. Me siento nervioso como un adolescente, eso es cierto, pero cuando miro mi piel que empieza a aflojarse, cuando veo estas arrugas de mis ojos, estas várices de mis tobillos, cuando siento por las mañanas mi tos vejancona, absolutamente necesaria para que mis bronquios empiecen su jornada, entonces ya no me siento adolescente sino ridículo.

Todo el mecanismo de mis sentimientos quedó detenido hace veinte años, cuando murió Isabel. Primero fue dolor, después indiferencia, más tarde libertad, últimamente tedio. Largo, desierto, invariable tedio. Oh, durante todas estas etapas el sexo siguió activo. Pero la técnica fue de picoteo. Hoy un programa en el ómnibus, mañana la contadora que estuvo de inspección, pasado la cajera de Edgardo Lamas, S. A. Nunca dos veces con la misma. Una especie de inconsciente resistencia a comprometerme, a encasillar el futuro en una relación normal, de base permanente. ¿Por qué todo eso? ¿Qué estaba defendiendo? ¿La imagen de Isabel? No lo creo. No me he sentido víctima de ese trágico compromiso, que, por otra parte, nunca suscribí. ¿Mi libertad? Puede ser. Mi libertad es otro nombre de mi inercia. Acostarse hoy con una, mañana con otra; bueno, es un decir, alcanza con una vez por semana. Lo que pide la naturaleza y nada más; igual que comer, igual que bañarse, igual que ir de cuerpo. Con Isabel era diferente, porque había una especie de comunión y, cuando hacíamos el amor, parecía que cada duro hueso mío se correspondía con un blando hueso de ella, que cada impulso mío se hallaba matemáticamente con su eco receptor. Tal para cual. Igual que cuando uno se acostumbra a bailar con la misma pareja. Al principio, a cada movimiento corresponde una réplica; después, la réplica corresponde a cada pensamiento. Uno solo es el que piensa, pero son los dos cuerpos los que hacen la figura.

Sábado 4 de mayo

Aníbal me telefoneó. Mañana nos veremos.

Avellaneda faltó a la oficina. Jaime me pidió plata. Nunca lo había hecho antes. Le pregunté para qué la precisaba. “No puedo ni quiero decírtelo. Si querés me la prestás y si no guardátela. Me da exactamente lo mismo.” “¿Lo mismo?” “Sí, lo mismo, porque si tengo que pagar ese precio chusma de abrirte mi vida íntima, mi corazón, mis intestinos, etcétera, prefiero conseguirla en cualquier otro lado, donde sólo me cobren interés.” Le di el dinero, claro. Pero ¿a qué tanta violencia? Una mera pregunta no es un precio chusma. Lo peor de todo, lo que más rabia me da, es que generalmente hago esas preguntas de puro distraído, ya que lo que menos quiero es meterme en las zonas privadas de los otros y, menos que menos, en las de mis hijos. Pero tanto Jaime como Esteban están siempre en estado de preconflicto en lo que a mí respecta. Ya son tremendos pelotudos; pues entonces, que se las arreglen como puedan.

Domingo 5 de mayo

Aníbal no es el mismo. Siempre tuve la secreta impresión de que él iba a ser joven hasta la eternidad. Pero parece que la eternidad llegó, porque ya no lo encuentro joven. Ha decaído físicamente (está delgado, los huesos se le notan más, la ropa le queda grande, su bigote está como deshilachado), pero no es sólo eso. Desde el tono de su voz, que me parece mucho más opaco que el que yo recordaba, hasta el movimiento de las manos, que han perdido vivacidad; desde su mirada, que en el primer momento me pareció lánguida pero después me di cuenta de que era sólo desencantada, hasta sus temas de conversación, que antes eran chispeantes y ahora son increíblemente grises, todo se sintetiza en una sola comprobación: Aníbal ha perdido su goce de vivir.

No habló casi nada de sí mismo, es decir, habló sólo superficialmente de sí mismo. Junto algún dinero, parece. Quiere establecerse aquí con un negocio, pero aún no ha decidido en qué ramo. Eso sí, se sigue interesando en la política.

No es mi fuerte. Me di cuenta de eso cuando él empezó a hacer preguntas cada vez más incisivas, como buscando explicaciones a cosas que no alcanza a comprender. Me di cuenta de que esos temitas que uno a veces baraja en charlas de oficina o de café, o sobre los cuales vagamente piensa de refilón cuando lee el diario durante el desayuno, me di cuenta de que sobre esos temas yo no tenía una verdadera opinión formada. Aníbal me obligó y creo que me fui afirmando a medida que le respondía. Me preguntó si yo creía que todo estaba mejor o peor que hace cinco años, cuando él se fue. “Peor”, contestaron mis células por unanimidad. Pero luego tuve que explicar. Ufa, qué tarea.

Porque, en realidad, la coima siempre existió, el acomodo también, los negociados, ídem. ¿Qué está peor, entonces? Después de mucho exprimirme el cerebro llegué al convencimiento de que lo que está peor es la resignación. Los rebeldes han pasado a ser semirrebeldes, los semirrebeldes a resignados. Yo creo que en este luminoso Montevideo, los dos gremios que han progresado más en estos últimos tiempos son los maricas y los resignados. “No se puede hacer nada”, dice la gente. Antes sólo daba su coima el que quería conseguir algo ilícito. Vaya y pase. Ahora también da coima el que quiere conseguir algo lícito. Y esto quiere decir relajo total.

Pero la resignación no es toda la verdad. En el principio fue la resignación; después, el abandono del escrúpulo; más tarde, la coparticipación. Fue un ex resignado quien pronunció la célebre frase: “Si tragan los de arriba, yo también”. Naturalmente, el ex resignado tiene una disculpa para su deshonestidad: es la única forma de que los demás no le saquen ventaja. Dice que se vio obligado a entrar en el juego, porque de lo con-

trario su plata cada vez valía menos y eran más los caminos rectos que se le cerraban. Sigue manteniendo un odio vengativo y latente contra aquellos pioneros que lo obligaron a seguir esa ruta. Quizá sea, después de todo, el más hipócrita, ya que no hace nada por zafarse. Quizá sea también el más ladrón, porque sabe perfectamente que nadie se muere de honestidad.

¡Lo que es no estar acostumbrado a pensar en todo esto! Aníbal se fue a la madrugada y yo me quedé tan inquieto que no quise pensar en Avellaneda.

Martes 7 de mayo

Hay dos procedimientos para abordar a Avellaneda: a) la franqueza, decirle aproximadamente: “Usted me gusta, vamos a ver qué pasa”; b) la fallutería, decirle aproximadamente: “Mire, muchacha, que yo tengo mi experiencia, puedo ser su padre, escuche mis consejos”. Aunque parezca increíble, quizá me convenga el segundo. Con el primero arriesgo mucho y además todo está aún demasiado inmaduro. Yo creo que hasta ahora ella ve en mí a un jefe más o menos amable y nada más. Sin embargo, no es tan jovencita. Veinticuatro años no son catorce. En una de éstas es de las que prefieren los tipos maduros. Pero el novio era un pendejo, sin embargo. Bueno, así le fue con él. A lo mejor, ahora, por reacción, se va hacia el otro extremo. Y en el otro extremo puedo estar yo, señor maduro, experimentado, canoso, reposado, cuarenta y nueve años, sin mayores achaques, sueldo bueno. A los tres hijos no los pongo en mi ficha; no ayudan. De todos modos, ella sabe que los tengo.

Ahora bien (y para decirlo en términos de comadre de barrio), ¿cuáles son mis intenciones? La verdad es que no me decido a pensar en algo permanente, del tipo “hasta que la muerte nos separe” (escribí Muerte y ya apareció Isabel, pero Isabel era otra cosa, creo que en Avellaneda me importa menos el lado sexual, o será tal vez que lo sexual importa menos a los cuarenta y

nueve años que a los veintiocho), pero tampoco me decido a quedarme sin Avellaneda. Lo ideal, ya lo sé, sería tener a Avellaneda sin obligación de la permanencia. Pero ya es mucho pedir. Se puede intentar, sin embargo.

Antes de que le hable, no puedo saber nada. Todos son cuentos que me hago. Es cierto que, a esta altura, estoy un poco aburrido de las citas a oscuras, de los encuentros en amuebladas. Hay siempre una atmósfera enrarecida y una sensación de inmediatez, de cosa urgente, que pervierte cualquier clase de diálogo que yo sostenga con cualquier clase de mujer. Hasta el momento de acostarme con ella, sea quien sea, lo importante es acostarme con ella; después de hecho el amor, lo importante es irnos, volver cada uno a su cama particular, ignorarnos para siempre. En tantos y tantos años de este juego, no recuerdo ni una sola conversación reconfortante, ni una sola frase conmovedora (mía o ajena), de esas que están destinadas a reaparecer después, quién sabe en qué instante confuso, para terminar con alguna vacilación, para decidirnos a tomar una actitud que requiera una dosis mínima de coraje. Bueno, esto no es totalmente cierto. En una amueblada de la calle Rivera, debe hacer unos seis o siete años, una mujer me dijo esta frase famosa: “Vos hacés el amor con cara de empleado”.

Miércoles 8 de mayo

Vignale otra vez. Me esperaba a la salida de la oficina. No tuve más remedio que aceptarle un cortado, como prólogo inevitable a una hora de confidencias.

Está radiante. Al parecer, la concuñada tuvo éxito en su ofensiva amorosa, así que están ahora en pleno idilio: “Tiene una metida conmigo, que parece mentira”, dijo acariciándose una corbata muy juvenil, crema con rombitos azules, que significaba por cierto una notoria evolución con respecto a las muy arrugadas, de un oscu-

ro marrón indefinido, que usaba en su época de marido a secas, de marido fiel. “Toda una mujer, che, y con hambre atrasada.”

Me imagino el hambre atrasada de la robusta Elvira, y no quiero ni pensar en lo que será del pobre Vignale dentro de seis meses. Pero ahora irradia felicidad por todos sus poros. Cree sinceramente que fue su estampa de varón lo que la sedujo. No se da cuenta de que, frente al “hambre atrasada” de la otra (el pobre Francisco no ha de desmentir, seguramente, su beatífica cara de capón), él sólo representaba el hombre que estaba más a mano, la posibilidad de ponerse al día.

“¿Y tu mujer?”, le pregunté, con aire de conciencia vigilante. “Tranquila nomás. ¿Vos sabés lo que me dijo el otro día? Qué últimamente yo andaba mucho mejor de genio. Y tiene razón. Hasta el hígado me funciona bien.”

Jueves 9 de mayo

En la oficina no puedo hablarle. Tiene que ser en otra parte. Estoy estudiando su itinerario. Ella se queda a menudo a comer en el Centro. Almuerza con una amiga, una gorda que trabaja en London París. Pero después se separan y ella va a tomar alguna cosa en un café de Veinticinco y Misiones. Tiene que ser un encuentro casual. Es lo mejor.

Viernes 10 de mayo

Conocí a Diego, mi futuro yerno. Primera impresión: me gusta. Tiene decisión en la mirada, habla con una especie de orgullo que (así me parece) no es gratuito, es decir, que se apoya en algo de su propiedad. Me trató con respeto, pero sin adularme. En toda su actitud había algo que me gustó, y creo que gustó también a mi vanidad. Estaba bien predispuesto hacia mí, eso fue evidente, y esa buena predisposición, ¿de qué otra fuente puede

venir que no sea de sus conversaciones con Blanca? Yo sería verdaderamente feliz, en este rubro al menos, si supiera que mi hija tiene una buena impresión de mí. Es curioso; no me importa, por ejemplo, la opinión que le merezco a Esteban. Me importa, en cambio, y bastante por cierto, la que les merezco a Jaime y a Blanca. Quizá la rebuscada razón consista en que, pese a que los tres representan mucho para mí, pese a que en los tres veo reflejados muchos de mis impulsos y de mis inhibiciones, en Esteban noto además una especie de discreta animadversión, una variante de odio que él ni siquiera se atreve a confesarse a sí mismo. No sé qué fue primero, si su rechazo o el mío, pero lo cierto es que yo tampoco lo quiero como a los otros, siempre me sentí lejos de este hijo que nunca para en casa, que me dirige la palabra como por obligación, y que hace que todos nos sintamos como “extraños” en “su familia”, la que se compone de él y sólo de él. Jaime tampoco se siente muy inclinado a comunicarse conmigo, pero en su caso no advierto ese tipo de rechazo incontenible. Jaime es, en el fondo, un solitario sin arreglo, y los demás, todos los demás, vienen a pagar los platos rotos.

Volviendo a Diego: me agrada que el muchacho tenga carácter, le hará bien a Blanca. Es un año menor que ella, pero parece cuatro o cinco mayor. Lo esencial es que ella se sienta protegida; por su parte, Blanca es leal, no lo va a defraudar. Me gusta eso de que salgan juntos y solos, sin prima o hermanita acompañante. La camaradería es una linda etapa, insustituible, irrecuperable. Eso no se lo perdonaré nunca a la madre de Isabel; durante el noviazgo se nos pegaba siempre como un parche, nos vigilaba tan estrecha y celosamente que, aunque uno fuera el colmo de la pureza, se sentía obligado a convocar todos los pensamientos pecaminosos que tuviere disponibles. Hasta en aquellas ocasiones —rarísimas, por cierto— en que ella no estaba presente, no nos sentíamos solos; estábamos seguros de que una especie de fantasma con pañoleta registraba todos nuestros movimientos. Si alguna vez nos besábamos, estábamos tan tensos, tan

atentos a captar cualquier indicio premonitorio de su aparición en cualquiera de los puntos cardinales del living, que el beso nos resultaba siempre un contacto meramente instantáneo, con poco de sexo y menos aún de ternura, y en cambio mucho de susto, de cortocircuito, de nervio herido. Ella vive aún; la otra tarde la vi por Sarandí, espigada, resuelta, inacabable, acompañando a la menor de sus seis muchachas y a un desgraciado con cara de novio en custodia. La chica y el candidato no iban del brazo, había entre ellos una luz de por lo menos veinte centímetros. Se ve que la vieja no se ha apeado aún de su famoso lema. “El brazo, cuando me caso”.

Pero vuelvo a alejarme del tema Diego. Dice que trabaja en una oficina, pero que es sólo provisorio. “No puedo conformarme con la perspectiva de verme siempre allá, encerrado, tragando olor a viejo sobre los libros. Estoy seguro de que voy a ser y hacer otra cosa, no sé si mejor o peor que esto que hago, pero otra cosa.” También hubo una época en que yo pensaba así. Sin embargo, sin embargo... Este tipo parece más decidido que yo.

Sábado 11 de mayo

En algún momento le oí decir que los sábados a mediodía se encuentra con una prima en Dieciocho y Paraguay. Tengo que hablarle. Estuve una hora en esa esquina, pero no vino. No quiero citarla; tiene que ser casual.

Domingo 12 de mayo

También le oí decir que los domingos va a la feria. Tengo que hablarle, así que fui a la feria. Dos o tres veces me pareció que era ella. En la aglomeración veía de pronto, entre muchas cabezas, un trozo de pescuezo o un peinado o un hombro que parecían los suyos, pero después la figura se completaba y hasta el trozo afín pasaba a integrarse con el resto y perdía su semejanza. A veces

una mujer vista desde atrás tenía su mismo paso, sus caderas, su nuca. Pero de pronto se daba vuelta y el parecido se convertía en un absurdo. Lo único que no engaña (así, como rasgo aislado) es la mirada. En ningún lado encontré sus ojos. No obstante (sólo ahora lo pienso) no sé cómo son, de qué color. Regresé cansado, aturdido, fastidiado, aburrido. Aunque hay otra palabra más certera: regresé solitario.

Lunes 13 de mayo

Son verdes. A veces grises. La estaba mirando, quizá con demasiado detenimiento, y entonces ella me preguntó: “¿Qué tengo, señor?”. Qué ridículo que me diga “señor”. “Tiene la cara tiznada”, dije como un cobarde. Se pasó el índice por la mejilla (un gesto suyo bastante característico que le estira el ojo hacia abajo, no le queda bien) y volvió a preguntar: “¿Y ahora?”. “Ahora quedó impecable”, contesté, con un poco menos de cobardía. Se sonrojó, y yo pude agregar: “Ahora ya no está impecable: ahora está linda”. Creo que se dio cuenta. Creo que ahora sabe que está pasando algo. ¿O lo habrá interpretado como un halago paternal? Me da asco sentirme paternal.

Miércoles 15 de mayo

Estuve en el café de Veinticinco y Misiones. Desde las doce y media hasta las dos. Hice un experimento. “Tengo que hablar con ella”, pensé, “por lo tanto tiene que aparecer”. Empecé a “verla” en cada mujer que se acercaba por Veinticinco. Ahora no me importaba mayormente que en ésta o aquella figura no pudiera reconocer ni un solo detalle que me la recordara. Yo igual la “veía”. Una especie de juego mágico (o idiota, todo depende del ángulo desde el que se mire). Sólo cuando la mujer se encontraba a pocos pasos, yo efectuaba un brusco retroceso mental y dejaba

de verla, sustituía la imagen deseada por la indeseable realidad. Hasta que, de pronto, el milagro se hizo.

Una muchacha apareció en la esquina y, de inmediato, vi en ella a Avellaneda, la imagen de Avellaneda. Pero cuando quise efectuar el consabido retroceso, sucedió que en la realidad también era Avellaneda. Qué salto, Dios mío. Creí que el corazón se había instalado en mis sienes. Estaba a dos pasos, junto a mi ventana. Dije: “¿Qué tal? ¿Qué anda haciendo?”. El tono era natural, casi rutinario. Miró sorprendida, creo que agradablemente sorprendida, ojalá que agradablemente sorprendida. “Ah, señor Santomé, me dio un susto.” Un solo gesto displicente de mi mano derecha, acompañando una invitación sin énfasis: “¿Un café?”. “No, no puedo, qué lástima. Me espera mi padre en el Banco, para un trámite.” Es el segundo café que me rechaza, pero esta vez dijo: “qué lástima”. Si no lo hubiera dicho, creo que habría tirado un vaso contra el piso o me habría mordido el labio inferior o me habría clavado las uñas en las yemas. No, macanas, pura alharaca; no habría hecho nada. A lo sumo, quedarme desalentado y vacío, con la pierna cruzada, los dientes apretados y los ojos doliéndome de tanto mirar el mismo pocillo. Pero dijo: “Qué lástima”, y todavía antes de dejarme, preguntó: “¿Usted siempre está aquí, a esta hora?”. “Claro”, mentí. “Entonces postergamos la invitación para otro día.” “Bueno, no se olvide”, insistí, y ella se fue. Como a los cinco minutos vino el mozo, me trajo otro café, y dijo, mirando hacia la calle: “¿Qué lindo solcito, eh? Uno se siente como nuevo. Vienen ganas de cantar y todo”. Sólo entonces me oí. Inconscientemente, como un viejo gramófono al que ponen un disco y se olvidan de él, yo había llegado, sin darme cuenta, a la segunda estrofa de *Mi Bandera*.

Jueves 16 de mayo

“¿A que no sabés con quién me encontré?”, dijo en el teléfono la voz de Vignale. Mi silencio fue sin duda tan

provocativo que él no pudo esperar ni siquiera tres segundos para brindar la solución al acertijo: “Con Escayola, fijáte”. Me fijé. ¿Escayola? Cosa rara volver a oír ese nombre, un apellido antiguo, de esos que ya no vienen. “No me digas, ¿y cómo está?”

“Hecho una tonina, pesa 98 kilos.” Bueno, resulta que Escayola se enteró de que Vignale me había encontrado y —naturalmente— una cena figura en el programa.

Escayola. También es de la época de la calle Brandzen. Pero de éste sí me acuerdo. Era un adolescente flacucho, alto, nervioso: para todo tenía pronto un comentario de burla y en general su charla era regocijante. En el café del Gallego Álvarez, Escayola era la estrella. Evidentemente, todos estábamos predispuestos a la risa; porque Escayola decía cualquier cosa (no era necesario que fuese muy graciosa) y ya todos nos tentábamos. Recuerdo que a veces reíamos a los gritos, agarrándonos la barriga. Creo que el secreto estaba en que él se hacía el gracioso, con gran seriedad: una especie de Buster Keaton. Será bueno verlo de nuevo.

Viernes 17 de mayo

Al fin sucedió. Yo estaba en el café, sentado junto a la ventana. Esta vez no esperaba nada, no estaba vigilando. Me parece que hacía números, en el vano intento de equilibrar los gastos con los ingresos de este mayo tranquilo, verdaderamente otoñal, pletórico de deudas. Levanté los ojos y ella estaba allí. Como una aparición o un fantasma o sencillamente —y cuánto mejor— como Avellaneda. “Vengo a reclamar el café del otro día”, dijo. Me puse de pie, tropecé con la silla, mi cucharita de café resbaló de la mesa con un escándalo que más bien parecía provenir de un cucharón. Los mozos miraron. Ella se sentó. Yo recogí la cucharita, pero antes de poderme sentar me enganché el saco en ese maldito reborde que cada silla tiene en el respaldo. En mi ensayo general de esta deseada entrevista, yo no había tenido en cuenta una puesta en escena tan

movida. “Parece que lo asusté”, dijo ella, riendo con franqueza. “Bueno, un poco sí”, confesé, y eso me salvó. La naturalidad estaba recuperada. Hablamos de la oficina, de algunos compañeros, le relaté varias anécdotas de tiempos idos. Ella reía. Tenía un saquito verde oscuro sobre una blusa blanca. Estaba despeinada, pero nada más que en la mitad derecha, como si un ventarrón la hubiera alcanzado sólo en ese lado. Se lo dije. Sacó un espejito de la cartera, se miró, se divirtió un rato con lo ridícula que se veía. Me gustó que su buen humor le alcanzara para burlarse de sí misma. Entonces dije: “¿Sabe que usted es culpable de una de las crisis más importantes de mi vida?”. Preguntó: “¿Económicas?”, y todavía reía. Contesté: “No, sentimental” y se puso seria. “Caramba”, dijo, y esperó que yo continuara. Y continué: “Mire, Avellaneda, es muy posible que lo que le voy a decir le parezca una locura. Si es así, me lo dice nomás. Pero no quiero andar con rodeos: creo que estoy enamorado de usted”. Esperé unos instantes. Ni una palabra. Miraba fijamente la cartera. Creo que se ruborizó un poco. No traté de identificar si el rubor era radiante o vergonzoso. Entonces seguí: “A mi edad y a su edad, lo más lógico hubiera sido que me callase la boca; pero creo que, de todos modos, era un homenaje que le debía. Yo no voy a exigir nada. Si usted, ahora o mañana o cuando sea, me dice basta, no se habla más del asunto y tan amigos. No tenga miedo por su trabajo en la oficina, por la tranquilidad en su trabajo; sé comportarme, no se preocupe”. Otra vez esperé. Estaba allí, indefensa, es decir, defendida por mí contra mí mismo. Cualquiera cosa que ella dijera, cualquier actitud que asumiera, iba a significar: “Éste es el color de su futuro”. Por fin no pude esperar más y dije: “¿Y?”. Sonreí un poco forzosamente y agregué con una voz temblona que estaba desmintiendo el chiste que pretendía ser: “¿Tiene algo que declarar?”. Dejó de mirar su cartera. Cuando levantó los ojos, presentí que el momento peor había pasado. “Ya lo sabía”, dijo. “Por eso vine a tomar café.”

Sábado 18 de mayo

Ayer, cuando llegué a escribir lo que ella me había dicho, no seguí más. No seguí porque quise que así terminara el día, aun el día escrito por mí, con ese latido de esperanza. No dijo: “Basta”. Pero no sólo no dijo: “Basta”, sino que dijo: “Por eso vine a tomar café”. Después me pidió un día, unas horas por lo menos, para pensar. “Lo sabía y sin embargo es una sorpresa; debo reponerme.” Mañana domingo almorzaremos en el Centro. ¿Y ahora qué? En realidad, mi discurso preparado incluía una larga explicación que ni siquiera llegué a iniciar. Es cierto que no estaba muy seguro de que eso fuera lo más conveniente. También había barajado la posibilidad de ofrecerme a aconsejarla, de poner a su disposición la experiencia de mis años. Sin embargo, cuando salí de mis cálculos y la hallé frente a mí, y caí en todos esos ademanes torpes e incontrolados, vislumbé por lo menos que la única salida para escaparme fructuosamente del ridículo era decir lo que dictara la inspiración del momento y nada más, olvidándome de los discursos preparados y las encrucijadas previas. No estoy arrepentido de haber seguido el impulso. El discurso salió breve y —sobre todo— sencillo, y creo que la sencillez puede ser una adecuada carta de triunfo frente a ella. Quiere pensarlo, está bien. Pero yo me digo: si sabía que yo sentía lo que siento, ¿cómo es que no tenía una opinión formada, cómo es que puede vacilar en cuanto a su actitud de asumir? Las explicaciones pueden ser varias: por ejemplo, que en realidad proyecte pronunciar el terrible “basta”, pero haya encontrado demasiado cruel el decírmelo así, a quemarropa. Otra explicación: que ella haya sabido (saber, en este caso significa intuir) lo que yo sentía, lo que yo siento, pero, no obstante ello, no haya creído que yo llegara a expresarlo en palabras, en una proposición concreta. De ahí la vacilación. Pero ella vino “por eso” a tomar café. ¿Qué quiere decir? ¿Que deseaba que yo planteara la pregunta y, por lo tanto, la duda? Cuando uno desea

que le planteen una pregunta de este tipo, por lo común es para responder con la afirmativa. Pero también puede haber deseado que yo formulara por fin la pregunta, para no seguir esperando, tensa e incómoda, y estar en condiciones, de una vez por todas, de decir que no y recuperar el equilibrio. Además está el novio, el ex novio. ¿Qué pasa con él? No en los hechos (los hechos, evidentemente, indican el cese de las relaciones), sino en ella misma. ¿Seré yo, en definitiva, el impulso que faltaba, el empujoncito que su duda esperaba para decidirla a volver a él? Además están la diferencia de años, mi condición de viudo, mis tres hijos, etcétera. Y decidirme sobre qué tipo de relación es el que verdaderamente quisiera mantener con ella. Esto último es más complicado de lo que parece. Si este diario tuviera un lector que no fuera yo mismo, tendría que cerrar el día en el estilo de las novelas por entregas: “Si quiere saber cuáles son las respuestas a estas acuciantes preguntas, lea nuestro próximo número.”

Domingo 19 de mayo

La esperé en Mercedes y Río Branco. Llegó con sólo diez minutos de retraso. Su traje sastre de los domingos la mejora mucho, aunque es probable que yo estuviera especialmente preparado para encontrarla mejor, siempre mejor. Hoy sí estaba nerviosa. El trajecito era un buen augurio (quería impresionar bien); los nervios, no. Presentí que por debajo del colorete, sus mejillas y labios estaban pálidos. En el restorán eligió una mesa del fondo, casi escondida. “No quiere que la vean conmigo. Mal augurio”, pensé. No bien se sentó abrió su cartera, sacó su espejito y se miró. “Vigila su aspecto. Buena señal.” Esta vez hubo un cuarto de hora (mientras pedimos el fiambre, el vino, mientras pusimos manteca sobre el pan negro) en que el tema fueron generalidades. De pronto ella dijo: “Por favor, no me acribille con esas miradas de expectativa”. “No tengo otras”, contesté, como un idiota.

“Usted quiere saber mi respuesta”, agregó, “y mi respuesta es otra pregunta”. “Pregunte”, dije. “¿Qué quiere decir eso de que usted está enamorado de mí?” Nunca se me había ocurrido que esa pregunta existiera, pero ahí estaba a mi alcance. “Por favor, Avellaneda, no me haga aparecer más ridículo aún. ¿Quiere que le especifique, como un adolescente, en qué consiste estar enamorado?” “No, de ningún modo.” “¿Y entonces?” En realidad, yo me estaba haciendo el artista; en el fondo bien sabía qué era lo que ella estaba tratando de decirme. “Bueno”, dijo, “usted no quiere parecer ridículo, pero en cambio no tiene inconveniente en que yo lo parezca. Usted sabe lo que quiero decirle. Estar enamorado puede significar, sobre todo en la jerga masculina, muchas cosas diferentes”. “Tiene razón. Entonces póngale la mejor de esas muchas cosas. A eso me refería ayer, cuando se lo dije.” No era un diálogo de amor, qué esperanza. El ritmo oral parecía corresponder a una conversación entre comerciantes, o entre profesores, o entre políticos, o entre cualesquiera poseedores de contención y equilibrio. “Fíjese”, seguí, algo más animado, “está lo que se llama la realidad y está lo que se llama las apariencias”. “Ajá”, dijo ella, sin decirse a parecer burlona. “Yo la quiero a usted en eso que se llama la realidad, pero los problemas aparecen cuando pienso en eso que se llama las apariencias.” “¿Qué problemas?”, preguntó, esta vez creo que verdaderamente intrigada. “No me haga decir que yo podría ser su padre, o que usted tiene la edad de alguno de mis hijos. No me lo haga decir, porque ésa es la clave de todos los problemas y, además, porque entonces sí voy a sentirme un poco desgraciado.” No contestó nada. Estuvo bien. Era lo menos riesgoso. “¿Comprende entonces?”, pregunté, sin esperar respuesta. “Mi pretensión, aparte de la muy explicable de sentirme feliz o lo más aproximado a eso, es tratar de que usted también lo sea. Y eso es lo difícil. Usted tiene todas las condiciones para concurrir a mi felicidad, pero yo tengo muy pocas para concurrir a la suya. Y no crea que me estoy mandando la parte. En otra posición (quiero decir, más bien, en otras edades) lo más

correcto sería que yo le ofreciese un noviazgo serio, muy serio, quizá demasiado serio, con una clara perspectiva de casamiento al alcance de la mano. Pero si yo ahora le ofreciese algo semejante, calculo que sería muy egoísta, porque sólo pensaría en mí, y lo que yo más quiero ahora no es pensar en mí sino pensar en usted. Yo no puedo olvidar —usted tampoco— que dentro de diez años yo tendré sesenta. ‘Escasamente un viejo’, podrá decir un optimista o un adúlón, pero el adverbio importa muy poco. Quiero que quede a salvo mi honestidad al decirle que ni ahora ni dentro de unos meses, podré juntar fuerzas como para hablar de matrimonio. Pero —siempre hay un pero— ¿de qué hablar entonces? Yo sé que, por más que usted entienda esto, es difícil, sin embargo, que admita otro planteo. Porque es evidente que existe otro planteo. En ese otro planteo hay cabida para el amor, pero no la hay en cambio para el matrimonio.” Levantó los ojos, pero no interrogaba. Es probable que sólo haya querido ver mi cara al decir eso. Pero, a esta altura, yo ya estaba decidido a no detenerme. “A ese otro planteo, la imaginación popular, que suele ser pobre en denominaciones, lo llama una Aventura o un Programa, y es bastante lógico que usted se asuste un poco. A decir verdad, yo también estoy asustado, nada más que porque tengo miedo de que usted crea que le estoy proponiendo una aventura. Tal vez no me apartaría ni un milímetro de mi centro de sinceridad, si le dijera que lo que estoy buscando denodadamente es un acuerdo, una especie de convenio entre mi amor y su libertad. Ya sé, ya sé. Usted está pensando que la realidad es precisamente la inversa; que lo que yo estoy buscando es justamente su amor y mi libertad. Tiene todo el derecho de pensarlo, pero reconoce que a mi vez tengo todo el derecho de jugármelo todo a una sola carta. Y esa sola carta es la confianza que usted pueda tener en mí.” En ese momento estábamos a la espera del postre. El mozo trajo al fin los manjares del cielo y yo aproveché para pedirle la cuenta. Inmediatamente después del último bocado, Avellaneda se limpió fuertemente la boca con una servilleta y me miró sonrien-

do. La sonrisa le formaba una especie de rayitos junto a las comisuras de los labios. “Usted me gusta”, dijo.

Lunes 20 de mayo

El plan trazado es la absoluta libertad. Conocernos y ver qué pasa, dejar que corra el tiempo y revisar. No hay trabas. No hay compromisos. Ella es espléndida.

Martes 21 de mayo

“Te hace bien el tónico”, me dijo Blanca al mediodía. “Estás animado, más contento.”

Viernes 24 de mayo

Es una especie de juego, ahora, en la oficina. El juego del Jefe y la Auxiliar. La consigna es no salirse del ritmo, del trato normal, de la rutina. A las nueve de la mañana distribuyo el trabajo: a Muñoz, a Robledo, a Avellaneda, a Santini. Avellaneda es una más en la lista, sólo una de todos esos que extienden su mano frente a mi mesa para que yo les entregue las planillas. Allí están la mano de Muñoz, larga, rugosa, con uñas tipo garra; la mano de Robledo, corta, casi cuadrada; la mano de Santini, de dedos finos, con dos anillos; y al lado, la de ella, con dedos parecidos a los de Santini, sólo que femeninos en vez de afeminados. Ya le avisé que, cada vez que se acerca con los otros y extiende su mano, yo deposito (mentalmente, claro) un beso de caballero sobre sus nudillos afilados, sensibles. Ella dice que eso no se nota en mi cara de piedra. A veces se tienta, trata de contagiarme las ganas incontenibles de reír, pero yo me mantengo firme. Tan firme que esta tarde Muñoz se me acercó y me preguntó si me pasaba algo, pues hacía unos días que me notaba un poco preocupado. “¿Es por el balance que se

acerca? Esté tranquilo, jefe. Los libros los ponemos rápidamente al día. En otros años hemos estado mucho más atrasados.” Qué me importa el balance. Casi le largo la risa en la cara. Pero hay que disimular. “¿Usted cree, Muñoz, que llegaremos? Mire que después vienen los plazos de Ganancias Elevadas y los pesados ésos rechazan tres o cuatro veces las declaraciones juradas, y, claro, nos empezamos a atorar con el trabajo. Hay que meterle, Muñoz, mire que éste es mi último balance y quiero que salga al pelo. Dígaselo a los muchachos, ¿eh?”

Domingo 26 de mayo

Hoy cené con Vignale y Escayola. Todavía estoy impresionado. Nunca he sentido con tanto rigor el paso del tiempo como hoy, cuando me enfrenté a Escayola después de casi treinta años de no verlo, de no saber nada de él. El adolescente alto, nervioso, bromista, se ha convertido en un monstruo panzón, con un impresionante cogote, unos labios carnosos y blandos, una cara con manchas que parecen de café chorreado, y unas horribles bolsas que le cuelgan bajo los ojos y se le sacuden cuando se ríe. Porque ahora Escayola se ríe. Cuando vivía en la calle Brandzen, la eficacia de sus chistes residía precisamente en que él los contaba muy serio. Todos nos moríamos de risa, pero él permanecía impassible. En la cena de hoy hizo algunas bromas, contó un cuento verde que yo sabía desde que iba al colegio, narró alguna anécdota presumiblemente picante, extraída de su actividad como corredor de Bolsa. Lo más que pudo lograr fue que yo me sonriera moderadamente y que Vignale (realmente un tipo pierna) soltara una carcajada tan artificial que más bien parecía una carraspera. No pude contenerme y le dije: “Aparte de algunos kilos de más que tenés ahora, lo que más extraño en vos es que te rías fuerte. Antes te mandabas el más criminal de los chistes con una cara de velorio que era sensacional”. A Escayola le pasó por los ojos un

destello de rabia o quizá de impotencia y en seguida se puso a explicarme: “¿Sabés lo que pasó? Yo siempre hacía los chistes con gran seriedad, tenés razón, ¡cómo te acordás! Pero un día me di cuenta de que me estaba quedando sin temas. A mí no me gustaba repetir cuentos ajenos. Vos sabés que yo era un creador. El chiste que yo contaba, nadie lo había oído antes. Yo los inventaba y a veces intentaba verdaderas series de chistes con un personaje central como el de las historietas, y le sacaba jugo por dos o tres semanas. Ahora bien, cuando me di cuenta de que no encontraba temas (no sé qué me habrá pasado; a lo mejor se me vació el marote) no quise retirarme a tiempo, como un buen deportista, y entonces empecé a repetir chistes de otros. Al principio los seleccionaba, pero pronto se me agotó también la selección, y entonces agregué cualquier cosa a mi repertorio. Y la gente, los muchachos (yo siempre tuve mi barra) empezaron a no reírse, a no encontrar gracioso nada de lo que yo decía. Tenían razón, pero tampoco ahí me retiré, inventé otro recurso: reírme yo, a medida que contaba, a fin de impresionar a mi oyente y convencerlo de que el cuento era efectivamente muy chispeante. Al principio me acompañaban en la risa, pero pronto aprendieron a sentirse defraudados, a saber que mi risa no era precisamente un augurio de segura comicidad. También aquí tenían razón, pero ya no pude dejar de reírme. Y aquí estoy, ya lo viste, convertido en un pesado. ¿Querés un consejo? Si querés conservar mi amistad, habláme de cosas trágicas”.

Martes 28 de mayo

Ella viene casi todos los días a tomar el café conmigo. El tono general de la charla es siempre el de la amistad. A lo sumo, de amistad y algo más. Pero voy haciendo progresos en ese “algo más”. Por ejemplo, a veces hablamos de Lo Nuestro. Lo Nuestro es ese indefinido vínculo que ahora nos une. Pero cuando lo mencionamos es

siempre desde afuera. Me explico: decimos, por ejemplo, que “en la oficina todavía nadie se dio cuenta de Lo Nuestro”, o que tal o cual cosa sucedió antes de que empezara Lo Nuestro. Pero, en definitiva, ¿qué es Lo Nuestro? Por ahora, al menos, es una especie de complicidad frente a los otros, un secreto compartido, un pacto unilateral. Naturalmente, esto no es una aventura, ni un programa, ni —menos que menos— un noviazgo. Sin embargo, es algo más que una amistad. Lo peor (¿o lo mejor?) es que ella se encuentra muy cómoda en esta indefinición. Me habla con toda confianza, con todo humor, creo que hasta con cariño. Tiene una visión muy personal y bastante irónica de cuanto la rodea. No le gusta oír chismes acerca de la oficina, pero los tiene a todos bien catalogados. A veces, en el café, mira a su alrededor, y deja caer un comentario certero, puntual, inmejorable. Hoy, por ejemplo, había una mesa con cuatro o cinco mujeres, todas alrededor de los treinta o treinta y cinco años. Las miró detenidamente y después me preguntó: “¿Son escribanas, verdad?”. Efectivamente, eran escribanas. Conozco a algunas de ellas, por lo menos de vista, desde hace años. “¿Las conoce?”, le pregunté. “No, nunca las he visto.” “¿Y entonces?, ¿cómo acertó?” “No sé; siempre puedo reconocer a las mujeres que son escribanas. Tienen rasgos y hábitos muy especiales, que no se repiten en otras profesionales. O se pintan los labios de un solo trazo duro, como quien escribe en un pizarrón, o tienen una eterna carraspera de tanto leer escrituras, o no saben llevar sus carteras de tanto cargar portafolios. Hablan frenándose, como si no quisieran decir nada que vaya a contrariar los códigos, y nunca las verá usted mirarse en un espejo. Fíjese en aquella, la segunda de la izquierda, tiene unas pantorrillas de vicecampeona atlética. Y la que está al lado, tiene cara de no saber hacer ni un huevo frito. A mí me dan fiebre, ¿y a usted?” No, a mí no me dan fiebre (más aún, recuerdo una escribana que es propietaria del busto más atractivo de este universo y sus alrededores), pero me divierte escucharla cuando se entusiasma en pro o en contra de

algo. Las pobres escribanas, hombrunas, enérgicas, musculosas, siguieron discutiendo, totalmente ajenas a la demoledora crítica que, mesa por mesa, iba agregando nuevos reproches a su aspecto, a su postura, a su actitud, a su charla.

Jueves 30 de mayo

Buena pieza el amigo de Esteban. Me cobra el cincuenta por ciento del premio retiro. Pero me asegura que no tendré que trabajar ni un solo día más de lo necesario. La tentación es grande. Bueno, era grande. Porque ya caí. Me rebajó a un cuarenta por ciento y me recomendó que aceptara antes de que se arrepintiese, que con nadie hacía eso, que nunca cobraba menos del cincuenta por ciento, que preguntara por ahí nomás, “porque en mi profesión hay muchos abusadores y gente sin escrúpulos”, que a mí me hacía ese precio especial por tratarse del padre de Esteban. “Yo al flaco lo quiero como a un hermano. Durante cuatro años jugamos todas las noches al billar. Eso une, don.” Yo me acordaba de Aníbal, de nuestras conversaciones del domingo 5, cuando yo le decía: “Ahora también da coima el que quiere conseguir algo lícito, y esto quiere decir relajo total”.

Viernes 31 de mayo

El 31 de mayo era el cumpleaños de Isabel. Qué lejos está. Una vez, en un cumpleaños, le compré una muñeca. Era una muñeca alemana, que movía los ojos y caminaba. La llevé a casa en una caja larga, de cartón durísimo. La puse sobre la cama y le pedí que adivinara: “Una muñeca”, dijo ella. Nunca se lo perdoné.

Ninguno de los muchachos se acordó: por lo menos, no me lo dijeron. Se han alejado paulatinamente del culto de su madre. Creo que Blanca es la única que en

realidad la echa de menos, la única que la menciona con naturalidad. ¿Seré yo el culpable? En los primeros tiempos, no hablaba mucho de ella, sólo porque me era doloroso. Ahora tampoco hablo mucho de ella, porque temo equivocarme, temo hablar de otra persona que nada haya tenido que ver con mi mujer.

¿Alguna vez Avellaneda se olvidará así de mí? He aquí el misterio: antes de empezar a olvidarse, tiene que acordarse, que empezar a acordarse.

Domingo 2 de junio

El tiempo se va. A veces pienso que tendría que ir apurado, que sacarle el máximo partido a estos años que quedan. Hoy en día, cualquiera puede decirme, después de escudriñar mis arrugas: “Pero si usted todavía es un hombre joven”. Todavía. ¿Cuántos años me quedan de “todavía”? Lo pienso y me entra el apuro, tengo la angustiante sensación de que la vida se me está escapando, como si mis venas se hubieran abierto y yo no pudiera detener mi sangre. Porque la vida es muchas cosas (trabajo, dinero, suerte, amistad, salud, complicaciones), pero nadie va a negarme que cuando pensamos en esa palabra Vida, cuando decimos, por ejemplo, “que nos aferramos a la vida”, la estamos asimilando a otra palabra más concreta, más atractiva, más seguramente importante: la estamos asimilando al Placer. Pienso en el placer (cualquier forma de placer) y estoy seguro de que eso es vida. De ahí el apuro, el trágico apuro de estos cincuenta años que me pisan los talones. Aún me quedan, así lo espero, unos cuantos años de amistad, de pasable salud, de rutinarios afanes, de expectativa ante la suerte, pero ¿cuántos me quedan de placer? Tenía veinte años y era joven; tenía treinta y era joven; tenía cuarenta y era joven. Ahora tengo cincuenta años y soy “todavía joven”. Todavía quiere decir: se termina.

Y ése es el lado absurdo de nuestro convenio: dijimos que lo tomaríamos con calma, que dejaríamos correr el

tiempo, que después revisaríamos la situación. Pero el tiempo corre, lo dejemos o no, el tiempo corre y la vuelve a ella cada día más apetecible, más madura, más fresca, más mujer, y en cambio a mí me amenaza cada día con volverme más achacoso, más gastado, menos valiente, menos vital. Tenemos que apurarnos hacia el encuentro, porque en nuestro caso el futuro es un inevitable desencuentro. Todos sus Más se corresponden con mis Menos. Todos sus Menos se corresponden con mis Más. Comprendo que para una mujer joven puede ser un atractivo saber que uno es un tipo que vivió, que cambió hace mucho la inocencia por la experiencia, que piensa con la cabeza bien colocada sobre los hombros. Es posible que eso sea un atractivo, pero qué breve. Porque la experiencia es buena cuando viene de la mano del vigor; después, cuando el vigor se va, uno pasa a ser una decorosa pieza de museo, cuyo único valor es ser un recuerdo de lo que se fue. La experiencia y el vigor son coetáneos por muy poco tiempo. Yo estoy ahora en ese poco tiempo. Pero no es una suerte envidiable.

Martes 4 de junio

Sensacional. La Valverde se peleó con Suárez. Toda la oficina está convulsionada. La cara de Martínez era un himno. Para él esa ruptura significa, lisa y llanamente, la subgerencia. Suárez no vino de mañana. A la tarde llegó con un moretón en la frente y cara de velorio. El gerente lo llamó y le pegó cuatro gritos. Eso quiere decir que no se trata de un simple rumor, sino de una versión realmente oficial y autorizada.

Viernes 7 de junio

Hasta ahora habíamos ido dos veces al cine, pero después ella se iba sola. Hoy, en cambio, la acompañé a la casa. Había estado muy cordial, muy compañera. En mi-

tad de la película, cuando Alida Valli sufre tanto con el imbécil de Farley Granger, sentí de pronto que su mano se apoyaba sobre mi brazo. Creo que fue un movimiento reflejo, pero el caso es que después no la retiró. Hay dentro de mí un señor que no quiere forzar los acontecimientos, pero también hay otro señor que piensa obsesivamente en el apuro.

Nos bajamos en Ocho de Octubre y caminamos las tres cuadras. Estaba oscuro, pero era la clara oscuridad de la noche sin más ni más. La UTE, la vieja y gaucha UTE me regalaba un apagón. Ella iba caminando separada de mí, como a un metro. Pero al acercarme a una esquina (una esquina con almacén, con mesa de truco iluminada a vela), alguien separó lentamente su sombra de la sombra de un árbol. Y el metro de distancia se esfumó y, antes de que yo me diera cuenta ella me estaba dando el brazo. El dueño de la sombra era un borracho, un borracho inofensivo e indefenso que murmuraba: “¡Vivan los pobres de espíritu y el Partido Nacional!”. Sentí que ella sofocaba una risita y que aflojaba la tensión de sus dedos. Su casa es el 368 de una calle con nombre y apellido, algo como Ramón P. Gutiérrez o Eduardo Z. Domínguez, no me acuerdo. Tiene zaguán y balcones. La puerta estaba cerrada, pero ella me contó que también hay una cancela con algo que quiere ser vitrales. “Dicen que el dueño quiso imitar los vitrales de Notre Dame, pero le aseguro que hay un San Sebastián que parece Gardel.”

No abrió en seguida. Se recostó blandamente contra la puerta. Pensé que el pasamano de bronce estaría rozando su columna vertebral. Pero no se quejaba. Entonces dijo: “Usted es muy bueno. Quiero decir, que se porta muy bien”. Y yo, que me conozco, mentí como un santo: “Claro que soy muy bueno. Pero no estoy seguro de estar me portando bien”. “No sea creído”, dijo, “¿no le enseñaron, cuando era chico, que cuando uno se porta bien no tiene que reconocerlo?” Era el momento y ella lo esperaba: “Cuando era chico me enseñaron que siempre que uno se porta bien, recibe un premio. ¿Acaso yo no lo merezco?”. Hubo un instante de silencio. No le veía la cara porque el

follaje de un maldito pino municipal interceptaba la luz de la luna. “Sí, lo merece”, oí que decía. Entonces sus dos brazos emergieron en lo oscuro y se apoyaron en mis hombros. Debe haber visto ese preparativo en alguna película argentina. Pero el beso que siguió no lo vio en ninguna película, estoy seguro. Me gustan sus labios, quiero decir el gusto, el modo como se hunden, como se entreabren, como se escapan. Naturalmente, no es la primera vez que besa. ¿Y eso qué? Después de todo es un alivio volver a besar en la boca y con confianza y con cariño. No sé cómo, no sé qué paso raro habremos dado, pero lo cierto es que, de pronto, sentí que el pasamano de bronce estaba hundiéndose en mi columna vertebral. Estuve una media hora en la puerta del 368. Qué adelantos, Señor. Ni ella ni yo lo dijimos, pero después de esta jornada hay una cosa que quedó establecida. Mañana pensaré. Ahora estoy cansado. También podría decir: feliz. Pero estoy demasiado alerta como para sentirme totalmente feliz. Alerta ante mí mismo, ante la suerte, ante ese único futuro tangible que se llama mañana. Alerta, es decir: desconfiado.

Domingo 9 de junio

Quizá yo sea un maniático de la equidistancia. En cada problema que se me presenta, nunca me siento atraído por las soluciones extremistas. Es posible que ésa sea la raíz de mi frustración. Una cosa es evidente: si, por un lado, las actitudes extremistas provocan entusiasmos, arrastran a los otros, son índices de vigor, por otro, las actitudes equilibradas son por lo general incómodas, a veces desagradables y casi nunca parecen heroicas. Por lo general, se precisa bastante valor (una clase muy especial de valor) para mantenerse en equilibrio, pero no se puede evitar que a los demás les parezca una demostración de cobardía. El equilibrio es aburrido, además. Y el equilibrio es, hoy en día, una gran desventaja que por lo general la gente no perdona.

¿A qué venía todo esto? Ah, sí. La equidistancia que

ahora busco tiene que ver (¿qué no tiene que ver con ella en mi vida actual?) con Avellaneda. No quiero perjudicarla ni quiero perjudicarme (primera equidistancia); no quiero que nuestro vínculo arrastre consigo la absurda situación de un noviazgo tirando a matrimonio, ni tampoco que adquiera el matiz de un programa vulgar y silvestre (segunda equidistancia); no quiero que el futuro me condene a ser un viejo despreciado por una mujer en la plenitud de sus sentidos, ni tampoco que, por temor a ese futuro, quede yo al margen de un presente como éste, tan atractivo e incanjeable (tercera equidistancia); no quiero (cuarta y última equidistancia) que vayamos rodando de amueblada en amueblada, ni tampoco que fundemos un Hogar con mayúscula.

¿Soluciones? Primera: alquilar un apartamentito. Sin abandonar mi casa, claro. Bueno, primera y se acabó. No hay otra.

Lunes 10 de junio

Frío y viento. Qué peste. Pensar que cuando tenía quince años, me gustaba el invierno. Ahora empiezo a estornudar y pierdo la cuenta. A veces tengo la sensación de que en vez de nariz, tengo un tomate maduro, con esa madurez que tienen los tomates diez segundos antes de empezar a pudrirse. Cuando voy por el trigesimoquinto estornudo, no puedo evitar sentirme en inferioridad de condiciones con respecto al resto del género humano. Admiro la nariz de los santos, esas narices afiladas y libres que tienen, por ejemplo, los santos del Greco. Admiro la nariz de los santos, porque éstos (es evidente) jamás estaban resfriados, jamás eran diezmados por estos estornudos en cadena. Jamás. Si hubieran estornudado en secuencia de veinte o treinta estallidos consecutivos, no habrían podido evitar el entregarse devotamente a la puteada oral e intelectual. Y quien putea —aun en el más simplificado de sus malos pensamientos— se está cerrando el camino de la Gloria.

Martes 11 de junio

No le dije nada, pero me lancé a la búsqueda de apartamento. Tengo uno, ideal, metido en la cabeza. Desgraciadamente, para los ideales no hay liquidaciones, siempre salen caros.

Viernes 14 de junio

Debe hacer como un mes que no mantengo con Jaime o con Esteban una conversación que supere los cinco minutos. Entran rezongando, se encierran en sus habitaciones, comen en silencio mientras leen el diario, se van renegando y vuelven a la madrugada. Blanca, en cambio, está amable, conversadora, feliz. A Diego lo veo poco, reconozco su presencia en la cara de Blanca. No me equivoco: es un buen tipo. Sé que Esteban tiene otro rebusque. Se lo consiguieron en el club. Tengo la impresión, sin embargo, de que se está empezando a arrepentir de haberse dejado atrapar por completo. Algún día estallará, ya lo veo, y mandará todo al diablo. Ojalá sea pronto. No me gusta verlo embarcado en una empresa que aparentemente contraría sus viejas convicciones. No me gusta que se vuelva cínico, uno de esos falsos cínicos, que, cuando llega la hora del reproche, se excusan: "Es el único modo de progresar, de ser algo". Jaime sí trabaja y lo hace bien; lo quieren en el empleo. Pero el problema suyo es otra cosa. Lo peor es que no sé en qué consiste. Está siempre nervioso, insatisfecho. Aparentemente, tiene carácter, pero a veces no estoy muy seguro de si es carácter o si es capricho. No me gustan sus amigos. Tienen algo de pitucos, vienen de Pocitos y tal vez en el fondo lo desprecian. Se aprovechan de él, porque Jaime es hábil, manualmente hábil, y siempre está haciendo algo que ellos le han encargado. Gratis, como corresponde. Ninguno de ellos trabaja, son hijos de papá. A veces oigo que protestan: "Che, qué peste con tu laburo. Nunca se puede contar con vos". Dicen *laburo* como quien cumple una proeza, como un salvacionista que se acerca a un mendigo borra-

cho y, traspasado de asco y de piedad, lo toca con la punta del zapato; dicen *laburo* como si después del decirlo tuvieran que desinfectarse.

Sábado 15 de junio

Encontré apartamento. Bastante parecido al ideal e increíblemente barato. De todos modos, tendré que apretar el presupuesto, pero espero que alcance. Está a cinco cuadras de Dieciocho y Andes. Tiene la ventaja, además, de que puedo amueblarlo con cuatro reales. Es un decir. No tendré más remedio que agotar el saldo de \$ 2.465,79 que tengo en el Hipotecario.

Esta noche saldré con ella. No pienso decirle nada.

Domingo 16 de junio

Sin embargo se lo dije. Hacíamos las tres cuadras desde Ocho de Octubre hasta su casa, esta vez sin apagón. Creo que tartamudeé, invoqué nuestro plan de absoluta libertad, de conocernos y ver qué pasa, de dejar correr el tiempo y revisar. Estoy seguro de que tartamudeé. Hace un mes que ella apareció en Veinticinco y Misiones a reclamar su café. “Quiero proponerte algo”, dije. La tuteo desde el viernes 7 pero ella no. Pensé que iba a contestar: “Ya sé”, lo que hubiera significado un gran alivio para mí. Pero no. Me dejó cargar con todo el peso de la propuesta. Esta vez no adivinó o no quiso adivinar. Nunca fui especialista en prolegómenos, de modo que me ceñí a lo indispensable: “Alquilé un apartamento. Para nosotros”. Fue una lástima que no hubiera apagón, porque en ese caso no habría visto su mirada. Era triste, acaso. Yo qué sé. Nunca estuve muy seguro acerca de lo que las mujeres quieren decir cuando me miran. A veces creo que me interrogan y al cabo de un tiempo caigo en la cuenta de que en realidad me estaban respondiendo. Entre nosotros se estacionó por un momento una palabra

como una nube, como una nube que empezó a moverse. Ambos pensamos en la palabra matrimonio, ambos comprendimos que la nube se alejaba, que mañana el cielo estaría despejado. “¿Sin consultarme?”, preguntó. Con la cabeza contesté que sí. La verdad: tenía un nudo en la garganta. “Está bien”, dijo ella, tratando de sonreír, “a mí hay que tratarme así, por el método de las situaciones creadas”. Estábamos en el zaguán. La puerta estaba abierta, porque era mucho más temprano que el otro día. Había luces aquí y allá. No había sitio para el misterio. Sólo esa otra cosa que se llama silencio. Empecé a comprender que mi propuesta no era un éxito rotundo. Pero a los cincuenta años ya no puede aspirarse a éxitos rotundos. ¿Y si hubiera dicho que no? Por esa falta de negativa estaba pagando un precio, y ese precio era la situación incómoda, el momento desagradable, casi penoso, de verla callada frente a mí, un poco doblada en su saco oscuro, con una cara de estarle diciendo adiós a varias cosas. No me besó. Yo tampoco tomé la iniciativa. Su rostro estaba tenso, endurecido. De pronto, sin previo aviso, pareció que se añejaban todos sus resortes, como si hubiera renunciado a una máscara insoportable, y así como estaba, mirando hacia arriba, con la nuca apoyada en la puerta, empezó a llorar. Y no era el famoso llanto de felicidad. Era ese llanto que sobreviene cuando uno se siente opacamente desgraciado. Cuando alguien se siente brillantemente desgraciado, entonces sí vale la pena llorar con acompañamiento de temblores, convulsiones, y, sobre todo, con público. Pero, cuando además de desgraciado, uno se siente opaco, cuando no queda sitio para la rebeldía, el sacrificio o la heroicidad, entonces hay que llorar sin ruido, porque nadie puede ayudar y porque uno tiene conciencia de que eso pasa y al final se retoma el equilibrio, la normalidad. Así era el llanto de ella. En este rubro no me engaña nadie. “¿Puedo ayudarte?”, dije, con todo, “¿puedo remediar esto en algo?” Preguntas al santo botón. Saqué una más, muy desde el fondo de mis dudas: “¿Qué pasa? ¿Quieres que nos casemos?”. Pero la nube estaba lejos. “No”, dijo. “Lloro por-

que todo es una lástima.” Y es tan cierto. Todo es una lástima: que no hubiera apagón, que yo tenga cincuenta, que ella sea buena chica, que mis tres hijos, que su antiguo novio, que el apartamento... Saqué mi pañuelo y le sequé los ojos. “¿Ya pasó todo?”, pregunté. “Sí, pasó todo.” Era mentira, pero ambos comprendimos que hacía bien en mentir. Con la mirada aún convaleciente, agregó: “No creas que siempre soy tan tonta.” No creas, dijo; estoy seguro de que dijo no creas. Me tuteó, entonces.

Jueves 20 de junio

Hace cuatro días que no escribo nada. Entre los trámites para alquilar el apartamento, la aceptación de garantía, el retiro de los \$ 2.465,79, la compra de algunos muebles, lo he pasado tremendamente agitado. Mañana me entregan el apartamento. El sábado de tarde me llevan las cosas.

Viernes 21 de junio

Lo echaron a Suárez, es increíble, pero lo echaron. El personal fomentó alegremente el rumor de que la Valverde había presionado para que lo liquidaran. Lo sorprendente es que la causa del despido no pudo ser menor. Expedición mandó dos encomiendas equivocadas. Suárez ni siquiera se enteró de esos envíos, seguramente efectuados por unos de esos muchachos novicios y pajarones que tienen a su cargo la tarea de empaquetar. En un pasado no muy lejano, Suárez hizo cualquier cantidad de porquerías y nadie le dijo nada. Evidentemente, desde hace tres o cuatro días, el gerente tendría la orden de defenestrar a este amante en desgracia; pero Suárez, que olfateaba lo que se le venía encima, se estuvo portando como un niño ejemplar. Llegaba en hora, hasta hubo días que trabajó alguna horita extra; estaba amable, humilde, disciplinado. De nada le valió,

sin embargo. Si no hubiera tenido lugar esa falta en Expedición, estoy seguro de que igual lo habrían despedido, por fumar demasiado o por no haberse lustrado los zapatos. Algún refinado sostiene, por otra parte, que los paquetes fueron enviados con destino erróneo, por orden expresa y confidencial de la Gerencia. No me extrañaría nada.

Cuando le comunicaron a Suárez la noticia, daba lástima verlo. Fue a la Caja, cobró su indemnización, volvió a su escritorio y empezó a vaciar los cajones, en silencio, sin que nadie se le acercara a preguntarle qué le pasaba, o a darle algún consejo, o a ofrecerle una ayuda. En sólo media hora, había pasado a ser un indeseable. Yo hace años que no me hablo con él (desde el día en que me di cuenta de que extraía datos confidenciales de Contaduría para transmitirlos a uno de los directores y envenenarlo contra los otros), pero juro que hoy me vinieron ganas de acercarme y decirle alguna palabra de simpatía, de consuelo. No lo hice porque el tipo es una inmundicia y porque no lo merecía, pero no pude evitar sentir un poco de asco ante ese cambio total y repentino (en el que participaron desde el presidente del Directorio hasta el último de los pinches), basado pura y exclusivamente en la suspensión de las relaciones entre Suárez y la hija de Valverde. Puede parecer insólito, pero el clima de esta empresa comercial depende, en gran parte, de un orgasmo privado.

Sábado 22 de junio

No fui a la oficina. Aprovechando el caos jubiloso de ayer, le pedí al gerente la correspondiente autorización para faltar esta mañana. Me fue concedida con sonrisas y hasta con el comentario estimulante y risueño de que no sabía cómo se podrían arreglar sin el hombre clave de la oficina. ¿Me querrán encajar a mí la hija de Valverde? Bah.

Recibí los muebles en el apartamento y trabajé como

un negro. Quedó bien. Nada rabiosamente moderno. No me gustan esas sillas funcionales, con esas patas ridículamente inestables, que se desmoronan de sólo mirarlas con rencor. No me gustan esos respaldos que siempre parecen hechos a la medida de otro usufructuario. No me gustan esas lámparas que siempre iluminan lo que uno no tiene interés en ver ni en mostrar, por ejemplo: telarañas, cucarachas, fusibles.

Creo que es la primera vez que arreglo un ambiente a mi gusto. Cuando me casé, mi familia nos regaló el dormitorio, y la familia de Isabel aportó el comedor. Se daban de patadas el uno con el otro, pero no importa. Después, venía mi suegra y dictaminaba: “A ustedes les hace falta un cuadrito en el living”. Ni que decirlo dos veces. A la mañana siguiente aparecía una naturaleza muerta, con salchichones, queso duro, un melón, pan casero, botellas de cerveza, algo en fin que me quitaba el apetito por un semestre. Otras veces, generalmente en ocasión de algún aniversario, cierto tío nos mandaba gaviotas para colgar en la pared del dormitorio o dos mayólicas con unos pajecitos maricones que eran aproximadamente repugnantes. Después que Isabel murió, y a medida que el tiempo, mis distracciones y el servicio doméstico fueron terminando con las naturalezas muertas, las gaviotas y los pajecitos, Jaime fue llenando la casa con esos mamarrachos que precisan una explicación periódica. A veces los veo, a él y a sus amigos, extasiados frente a una jarra que tiene alas, recortes de diarios, una puerta y testículos, y los oigo comentar: “¡Qué reproducción bárbara!”. No entiendo ni quiero entender, porque la verdad es que su admiración itiene una cara de hipócrita! Un día les pregunté: “¿Y por qué no traen alguna vez una lámina con algo de Gauguin, de Monet, de Renoir? ¿Acaso son malos?”. Entonces Danielito Gómez Ferrando, un pendejo que se acuesta todos los días a las cinco de la mañana, porque “las horas de la noche son las más auténticas”, un delicado que no pisa un restorán después que ha visto allá a alguien que usa escarbadien-tes, ése, justamente ése, me contestó: “Pero señor, noso-

tros estamos con el Abstracto”. Él, en cambio, no es nada abstracto con su carita sin cejas y su eterna expresión de gatita preñada.

Domingo 23 de junio

Abrí la puerta y me hice a un lado para que ella pasara. Entró a pasitos cortos, mirándolo todo con extrema atención, como si hubiera querido ir absorbiendo lentamente la luz, el clima, el olor. Pasó una mano por la mesa libro, luego por el tapizado del sofá. Ni siquiera miró hacia el dormitorio. Se sentó, quiso sonreír y no pudo. Me pareció que le temblaban las piernas. Miró las reproducciones de la pared: “Botticelli”, dijo, equivocándose. Era Filippo Lippi. Ya habrá tiempo de aclarárselo. Empezó a preguntar sobre calidades, sobre precios, sobre mueblerías. “Me gusta”, dijo tres o cuatro veces.

Eran las siete de la tarde; el sol, casi tendido, convertía en anaranjado el papel crema de las paredes. Me senté a su lado y se puso rígida. Ni siquiera había dejado la cartera. Se la pedí. “¿Te acordás que no sos la visita sino la dueña de la casa?” Entonces, haciendo un esfuerzo, se aflojó un poco el pelo, se quitó la chaqueta, estiró nerviosamente las piernas. “¿Qué hay?”, pregunté. “¿Estás asustada?” “¿Tengo cara de estarlo?”, respondió preguntando. “Francamente sí.” “Puede ser. Pero no es de vos ni de mí.” “Ya sé, estás asustada sólo del momento.” Me pareció que se tranquilizaba. Una cosa era cierta. No se estaba mandando la parte. La palidez significaba que el susto era sincero. Su actitud no era la misma de esas cajeras que aceptan ir a la amueblada, pero que, en el momento mismo en que el taxi se detiene, se vuelven puntualmente histéricas y llaman a gritos a la mamá. No, en ella nada es teatro. Estaba confusa y no quería —quizá no me convenía— indagar demasiado sobre las causas de esa confusión. “Lo que pasa es que tengo que acostumbrarme a la idea”, dijo, tal vez para conformarme. Ella se daba

cuenta de que yo estaba un poco desalentado. “Una siempre imagina estas cosas de un modo un poco diferente de lo que después viene a ser. Pero algo tengo que reconocer y agradecerte. Esto que has preparado no es demasiado distinto de lo que yo tenía pensado.” “¿Desde cuándo?” “Desde que iba al Liceo y estaba enamorada del profesor de matemáticas.” La mesa estaba pronta, con esos platos lisos, amarillos, que la empleada del bazar había elegido por mí. (No es totalmente cierto, a mí también me gustan.) Serví el fiambre, cumplí con toda dignidad el papel de anfitrión. A ella le gustaba todo, pero la tensión no le dejaba disfrutar de nada. Cuando llegó el momento de descorchar el champán, ya no estaba pálida. “¿Hasta qué hora podés quedarte?”, pregunté. “Hasta tarde.” “¿Y tu madre?” “Mi madre sabe lo nuestro.”

Un golpe bajo, evidentemente. Así no vale. Me sentí como desnudo, con esa desesperada desnudez de los sueños, cuando uno se pasea en calzoncillos por Sarandí y la gente lo festeja de vereda a vereda. “Y eso ¿por qué?”, me atreví a preguntar. “Mi madre sabe todo lo mío.” “¿Y tu padre?” “Mi padre vive fuera del mundo. Es sastre. Horrible. Nunca vayas a hacerte un traje con él. Los hace todos a la medida del mismo maniquí. Pero además es teósofo. Y anarquista. Nunca pregunta nada. Los lunes se reúne con sus amigos teósofos y glosa a la Blavatsky hasta la madrugada; los jueves vienen a casa sus amigos anarquistas y discuten a grito pelado sobre Bakunin y sobre Kropótkin. Por lo demás es un hombre tierno, pacífico, que a veces me mira con una dulce paciencia y me dice cosas muy útiles, de las más útiles que he escuchado jamás.” Me gusta mucho que hable de los suyos, pero hoy me gustó especialmente. Me pareció que era un buen presagio para la inauguración de nuestra flamante intimidad. “Y tu madre, ¿qué dice de mí?” Mi trauma psíquico proviene de la madre de Isabel. “¿De vos? Nada. Dice de mí.” Terminó con el resto del champán que quedaba en la copa y se limpió los labios con la servilletita de papel. Ya no le quedaba

nada de pintura. “Dice de mí que soy una exagerada, que no tengo serenidad.” “¿Con respecto a lo nuestro o con respecto a todo?” “A todo. La teoría de ella, la gran teoría de su vida, la que la mantiene en vigor es que la felicidad, la verdadera felicidad, es un estado mucho menos angélico y hasta bastante menos agradable de lo que uno tiende siempre a soñar. Ella dice que la gente acaba por lo general sintiéndose desgraciada, nada más que por haber creído que la felicidad era una permanente sensación de indefinible bienestar, de gozoso éxtasis, de festival perpetuo. No, dice ella, la felicidad es bastante menos (o quizá bastante más, pero de todos modos otra cosa) y es seguro que muchos de esos presuntos desgraciados son en realidad felices, pero no se dan cuenta, no lo admiten, porque ellos creen que están muy lejos del máximo bienestar. Es algo semejante a lo que pasa con los desilusionados de la Gruta Azul. La que ellos imaginaron es una gruta de hadas, no sabían bien cómo era, pero sí que era una gruta de hadas, en cambio llegan allí y se encuentran con que todo el milagro consiste en que uno mete las manos en el agua y se las ve levemente azules y luminosas.” Evidentemente, le agrada relatar las reflexiones de su madre. Creo que las dice como una convicción inalcanzable para ella, pero también como una convicción que ella quisiera fervientemente poseer. “Y vos, ¿cómo te sentís?”, pregunté, “¿como si te vieras las manos levemente azules y luminosas?” La interrupción la trajo a la tierra, al momento especial que era este hoy. Dijo: “Todavía no las introduje en el agua”, pero en seguida se sonrojó. Porque, claro, la frase podía tomarse como una invitación, hasta por una urgencia que ella no había querido formular. Yo no tuve la culpa, pero ahí estuvo mi repentina desventaja. Se levantó, se recostó en la pared, y me preguntó con un tonito que quería ser simpático, pero que en realidad era notoriamente inhibido: “¿Puedo pedirte un primer favor?”. “Podés”, respondí, y ya tenía mis temores. “¿Dejás que me vaya, así sin otra cosa? Hoy, sólo por hoy. Te prometo que mañana todo irá

bien.” Me sentí desilusionado, imbécil, comprensivo. “Claro que te dejo. No faltaba más.” Pero faltaba. Cómo no que faltaba.

Lunes 24 de junio

Esteban está enfermo. Dice el médico que puede ser algo serio. Esperemos que no. Pleuritis o algo pulmonar. No sabe. ¿Cuándo sabrán los médicos? Después de almorzar, entré a su cuarto a ver cómo estaba. Leía, con la radio encendida. Cuando me vio entrar, cerró el libro, después de doblar el ángulo superior de la página que estaba leyendo. Apagó la radio. Como diciendo: “Bueno, se acabó mi vida privada”. Hice como que no me daba cuenta. Yo no sabía de qué hablar. Nunca sé de qué hablar con Esteban. Cualquiera sea el tema que toquemos, es fatal que terminemos discutiendo. Me preguntó cómo marchaba mi jubilación. Creo que marcha bien. En realidad, no puede ser demasiado complicada. Hace tiempo que arreglé todo mi itinerario, que pagué los aportes que debía, que hice regularizar mi ficha. “Según tu amigo, el asunto no será largo.” El tema Mi Jubilación es uno de los más frecuentados entre Esteban y yo. Hay una especie de convenio tácito en mantenerlo siempre al día. Con todo, hoy hice una tentativa: “Bueno, contáme un poco cómo van tus cosas. Nunca hablamos”. “Es cierto. Debe ser que tanto vos como yo andamos siempre muy ocupados.” “Debe ser. Pero ¿de veras tenés mucho que hacer en tu oficina?” Una pregunta idiota, a la marchanta. La respuesta fue la previsible, pero yo no la había previsto: “¿Qué querés decir? ¿Que los empleados públicos somos todos unos vagos? ¿Eso querés decir? Claro, solamente ustedes, los notables empleados de comercio, tienen el privilegio de ser eficaces y trabajadores”. Me sentí doblemente rabioso, porque la culpa la tenía yo. “Mirá, no seas pavo. No quise decir eso, ni siquiera lo pensé. Estás susceptible como una solterona. O tenés una cola de paja grande como una casa.” Inesperada-

mente, no dijo nada ofensivo. Debe ser que la fiebre lo ha debilitado. Más aún, llegó a disculparse: "Puede ser que tengas razón. Siempre ando de mal genio. Yo qué sé. Como si me sintiera incómodo conmigo mismo". Como confidencia y partiendo de Esteban, era casi una exageración. Pero como autocrítica, creo que está muy aproximada a la verdad. Hace tiempo que me da la impresión de que el paso de Esteban no sigue al de su conciencia. "¿Qué dirías vos si dejo el empleo público?" "¿Ahora?" "Bueno, ahora no. Cuando me cure, si me curo. Dijo el médico que a lo mejor tengo para unos cuantos meses." "¿Y a qué se debe esta viaraza?" "No me preguntes demasiado. ¿No te alcanza con que quiera cambiar?" "Sí que me alcanza. Me dejás muy contento. Lo único que me preocupa es que si precisás una licencia por enfermedad, es más fácil que la consigas donde estás ahora." "A vos, cuando tuviste el tifus, ¿te echaron? ¿Verdad que no? Y faltaste como seis meses." En realidad, le llevaba la contra por el puro placer de oírlo afirmarse. "Lo principal, ahora, es que te cures. Después veremos." Entonces se lanzó a un largo retrato de sí mismo, de sus limitaciones, de sus esperanzas. Tan largo, que llegué a la oficina a las tres y cuarto, y tuve que disculparme con el gerente. Yo estaba impaciente, pero no me sentía con derecho a interrumpirlo. Era la primera vez que Esteban se confiaba. No podía defraudarlo. Después hablé yo. Le di algún consejo, pero muy amplio, sin fronteras. No quería espantarlo. Y creo que no lo espanté. Cuando me fui le palmeé la rodilla que abultaba bajo la frazada. Y me dedicó una sonrisa. Dios mío, me pareció la cara de un extraño. ¿Será posible? Por otra parte, un extraño lleno de simpatía. Y es mi hijo. Qué bien.

Tuve que quedarme hasta tarde en la oficina y, en consecuencia, postergar la iniciación de mi "luna de miel".

Martes 25 de junio

Un trabajo bárbaro. Será para mañana.

Miércoles 26 de junio

Tuve que trabajar hasta las diez de la noche. Estoy literalmente reventado.

Jueves 27 de junio

Creo que hoy debe haber sido el último día de jaleo. Nunca he visto un pedido de informes más complicado y más inútil. Y ya tenemos el balance encima.

Esteban pasó sin fiebre. Menos mal.

Viernes 28 de junio

Al fin. A las siete y media salí de la oficina y fui al apartamento. Ella había llegado antes, había abierto con su llave y se había instalado. Cuando llegué me recibió alegremente, sin inhibiciones, otra vez con un beso. Comimos. Hablamos. Reímos. Hicimos el amor. Todo estuvo tan bien, que no vale la pena escribirlo. Estoy rezando: “Que dure”, y para presionar a Dios voy a tocar madera sin patas.

Sábado 29 de junio

Parece que lo de Esteban no es tan serio. La radiografía y los análisis desmintieron al médico y su mal agüero. A ese tipo le gusta aterrorizar, anunciar por lo menos la proximidad de graves complicaciones, de peligros indefinidos e implacables. Después, si la realidad no es tan tremenda, sobreviene una gran sensación de alivio, y el alivio familiar es por lo común el mejor clima posible para pagar sin fastidio, hasta con gratitud, una cuenta abusivamente alta. Cuando uno le pregunta al doctor, humildemente, casi con vergüenza, sintiendo claramente el bochorno de tocar un tema tan vulgar y gro-

sero frente a quien sacrifica su vida y su tiempo por la salud del prójimo: “¿Cuánto es, doctor?”, él dice siempre, acompañando sus palabras con un generoso y comprensivo gesto de incomodidad: “Por favor, amigo, ya habrá tiempo para hablar de eso. Y no se apure, que conmigo nunca va a tener problema”. Y en seguida, para rescatar la dignidad humana de este sórdido bache, hace punto y aparte y se lanza a dictar cátedra sobre el caldito que mañana tomará el convaleciente. Después, cuando al fin llega el tiempo de hablar de eso, viene la hinchada cuenta, sola, por correo, y uno se queda un poco turulato ante la cifra, quizá porque en ese momento no está presente la sonrisa afable, paternal, franciscana, de aquel austero mártir de la ciencia.

Domingo 30 de junio

Todo un día para nosotros, desde el desayuno en adelante. Vine ansioso por verificar, por comprobarlo todo. Lo del viernes fue una cosa única, pero torrencial. Pasó todo tan rápido, tan natural, tan felizmente, que no pude tomar ni una sola anotación mental. Cuando se está en el foco mismo de la vida, es imposible reflexionar. Y yo quiero reflexionar, medir lo más aproximadamente posible esta cosa extraña que me está pasando, reconocer mis propias señales, compensar mi falta de juventud con mi exceso de conciencia. Y entre los detalles que quiero verificar está el tono de su voz, los matices de su voz, desde la extrema sinceridad hasta el ingenuo disimulo; está su cuerpo, al que virtualmente no vi, pero pude descubrir, porque preferí pagar deliberadamente ese precio con tal de sentir que se aflojaba la tensión, que sus nervios cedían la plaza a los sentidos; preferí que la oscuridad fuera realmente impenetrable, a prueba de toda rendija iluminada, con tal de que sus estremecimientos de vergüenza, de miedo, qué sé yo, se cambiaran paulatinamente, en otros estremecimientos, más tibios, más normales, más propios de la entrega. Hoy me dijo: “Estoy

feliz de que todo haya pasado”, y parecía, por el impulso de las palabras, por la luz de los ojos, que se estuviera refiriendo a un examen, a un parto, a un ataque, a cualquier cosa de mayor riesgo y responsabilidad que la simple, corriente, cotidiana operación de acostarse juntos un hombre y su mujer, mucho más simple, corriente y cotidiana que la de acostarse juntos un hombre y una mujer. “Hasta te diría que me siento sin culpa, limpia de pecado.” Debo haber hecho un gesto de impaciencia, porque en seguida aclaró: “Yo sé que eso no lo podés entender, que es algo que no cabe en los muchos dedos de frente masculina. Para ustedes hacer el amor es una especie de trámite normal, de obligación casi higiénica, raras veces un asunto de conciencia. Es envidiable cómo pueden separar ese detalle que se llama sexo, de todo lo otro esencial, de todas las otras zonas de la vida. Ustedes mismos inventaron eso de que el sexo lo es todo en la mujer. Lo inventaron y después lo desfiguraron, lo convirtieron en una caricatura de lo que verdaderamente significa. Cuando lo dicen, piensan en la mujer como una gozadora vocacional, impenitente. El sexo es todo en la mujer, es decir la vida entera de la mujer, con sus afeites, con su arte de engañar, con su barniz de cultura, con sus lágrimas listas, con todo su equipo de seducciones para agradar al hombre y convertirlo en el proveedor de su vida sexual, de su exigencia sexual, de su rito sexual”. Estaba entusiasmada y hasta parecía enojada conmigo. Me miraba con una ironía tan segura, que parecía la depositaria de toda la dignidad femenina de este mundo. “¿Y nada de eso es cierto?”, pregunté, nada más que para provocarla, porque quedaba muy linda en su actitud agresiva. “Algo de eso es cierto, a veces es cierto. Ya sé que hay mujeres que son eso y nada más. Pero hay otras, la mayoría, que no son eso, y otras más, que aunque lo sean, son además otra cosa, un ser humano complicado, egocéntrico, extremadamente sensible. Quizá sea cierto que el ego femenino sea sinónimo de sexo, pero hay que comprender que la mujer identifica el sexo con la conciencia. Allí puede estar la mayor culpa, la mejor felici-

dad, el problema más arduo. Para ustedes es tan diferente. Compará, si querés, el caso de una solterona y el de un solterón, que en apariencia podrían tomarse como prójimos afines, como dos frustrados paralelos. ¿Cuáles son las reacciones de una y otro?” Tomó aliento y siguió.

“Mientras la solterona se vuelve malhumorada, cada vez menos femenina, maniática, histérica, incompleta, el solterón en cambio se vuelca hacia el exterior, se hace chispeante, ruidoso, viejo verde. Los dos padecen la soledad, pero para el solterón es sólo un problema de asistencia doméstica, de cama individual; para la solterona, la soledad es un mazazo en la nuca.” Fue muy inoportuno de mi parte, pero en ese momento me reí. Ella se frenó en su discurso y me miró con curiosidad. “Me hace gracia oírte defender a las solteronas”, dije. “Me gusta y me asombra, además, verte así de preocupada por formular tu teoría. Debés heredarlo de tu madre. Ella tiene su teoría de la felicidad; vos también tenés la tuya, una que quizá podría denominarse ‘De las vinculaciones entre el sexo y la conciencia en la mujer promedio’. Pero ahora decíme, ¿de dónde sacaste que los hombres piensan de ese modo, de que fueron los hombres quienes inventaron esa saludable macana de que el sexo lo es todo en la mujer?” Puso cara de sentir vergüenza, de saberse acorralada: “Yo qué sé. Alguien me lo dijo. Yo no soy una erudita. Pero si no la inventó un hombre, merecería que la hubiera inventado”. Ahora sí volvía a reconocerla, en esa salida de chiquilina que se ve descubierta y recurre a una vuelta de aparente ingenuidad sólo para hacerse disculpar. Después de todo, no me importan demasiado sus arranques feministas. En definitiva, todo había sido para explicarme por qué había dejado de sentirse culpable. Bueno, eso era lo importante, que no se creyera culpable, que aflojara la tensión, que se sintiera cómoda en mis brazos. Lo demás es adorno, justificación; puede y no puede estar, a mí me da lo mismo. Si a ella le gusta sentirse justificada, si ella convierte todo esto en un grave problema de conciencia, y quiere hablarlo, quiere que yo me haga cargo, que se lo escuche decir,

bueno, entonces que lo diga y se lo escucho. Queda muy linda con los cachetes encendidos por el entusiasmo. Además, no es cierto que para mí no sea esto un asunto de conciencia. No sé en qué día lo escribí, pero estoy seguro de que dejé constancia de mis vacilaciones, y ¿qué es la vacilación sino un rodeo de la conciencia?

Pero ella es formidable. De pronto se calló, dejó a un lado toda su militancia, se miró en el espejo, no con coquetería sino burlándose de sí misma, se sentó en la cama y me llamó: “Vení, sentate aquí, soy una idiota perdiendo el tiempo con semejante discurso. Total, yo sé que vos no sos como los otros. Yo sé que me entendés, que sabés por qué razón esto es para mí un verdadero caso de conciencia”. Había que mentir y dije: “Claro que lo sé”. Pero a esa altura ella estaba en mis brazos y había otras cosas en qué pensar, otros viejos proyectos que realizar, otras nuevas caricias que atender. Los casos de conciencia tienen también su lado tierno.

Miércoles 3 de julio

Parece mentira, pero a Aníbal no lo veía desde que volvió de Brasil, a principios de mayo. Ayer me llamó y me dejó contento. Tenía necesidad de hablar con alguien, de confiar en alguien. Sólo ahí me di cuenta de que hasta ahora todo el asunto de Avellaneda lo había guardado para mí, sin hablarlo con nadie. Y es explicable. ¿Con quién hubiera podido comentarlo? ¿Con mis hijos? De sólo imaginarlo se me pone la piel de gallina. ¿Con Vignale? Me figuro su guiño de malicia, su palmadita en el hombro, su risotada cómplice, y de inmediato me vuelvo indeclinablemente reservado. ¿Con la gente del empleo? Sería un horrible paso en falso y, a la vez, la absoluta seguridad de que Avellaneda habría de abandonar la oficina. Pero aun si ella no trabajara allí, creo que tampoco tendría fuerzas para hablar de mí mismo en esos términos. En las oficinas no hay amigos; hay tipos que se ven todos los días, que rabian juntos o separados, que

hacen chistes y se los festejan, que se intercambian sus quejas y se transmiten sus rencores, que murmuran del Directorio en general y adulan a cada director en particular. Esto se llama convivencia, pero sólo por espejismo la convivencia puede llegar a parecerse a la amistad. En tantos años de oficina, confieso que Avellaneda es mi primer afecto verdadero. Lo demás tiene la desventaja de la relación no elegida, del vínculo impuesto por las circunstancias. ¿Qué tengo yo de común con Muñoz, con Méndez, con Robledo? Sin embargo, a veces nos reímos juntos, tomamos alguna copa, nos tratamos con simpatía. En el fondo, cada uno es un desconocido para los otros, porque en este tipo de relación superficial se habla de muchas cosas, pero nunca de las vitales, nunca de las verdaderamente importantes y decisivas. Yo creo que el trabajo es el que impide otra clase de confianza; el trabajo, esa especie de constante martilleo, o de morfina, o de gas tóxico. Alguna vez, uno de ellos (Muñoz especialmente) se me ha acercado para iniciar una conversación realmente comunicativa. Ha empezado a hablar, ha empezado a delinear con franqueza su autorretrato, ha empezado a sintetizar los términos de su drama, de ese módico, estacionado, desconcertante drama que atosiga la vida de cada cual, por más hombre-promedio que se sienta. Pero siempre hay alguien que llama desde el mostrador. Durante media hora él tiene que explicar a un cliente moroso la inconveniencia y el castigo de la mora, discute, grita un poco, seguramente se siente envilecido. Cuando vuelve a mi mesa, me mira, no dice nada. Hace el esfuerzo muscular correspondiente a la sonrisa, pero las comisuras se le doblan hacia abajo. Entonces toma una planilla vieja, la arruga en el puño, concienzudamente, y después la tira al cesto de papeles. Es un simple sustitutivo; lo que no sirve más, lo que tira al cesto, es la confianza. Sí, el trabajo amordaza la confianza. Pero también existe la burla. Todos somos especialistas en la burla. La disponibilidad de interés hacia el prójimo hay que gastarla de algún modo; de lo contrario, se enquistada y sobreviene la claustrofobia, la

neurastenia, qué sé yo. Ya que no tenemos la suficiente valentía, la suficiente franqueza como para interesarnos amistosamente por el prójimo (no el prójimo nebuloso, bíblico, sin rostro, sino el prójimo con nombre y apellido, el prójimo más próximo, el que escribe en el escritorio frente al mío y me alcanza el cálculo de intereses para que yo lo revise y ponga mi inicial de visto bueno), ya que renunciamos voluntariamente a la amistad, bueno, pues entonces, vamos a interesarnos burlescamente por ese vecino que a través de ocho horas es siempre vulnerable. Además, la burla proporciona una especie de solidaridad. Hoy el candidato es éste, mañana es aquél, pasado seré yo. El burlado maldice en silencio, pero pronto se resigna, sabe que esto es sólo una parte del juego, que en el futuro cercano, a lo mejor dentro de una hora o dos, podrá elegir la forma de desquite que mejor coincida con su vocación. Los burladores, por su parte, se sienten solidarios, entusiastas, chispeantes. Cada vez que uno de ellos le agrega a la burla un condimento, los otros festejan, se hacen señas, se sienten rijosos de complicidad, sólo falta que se abracen y griten los hurras. Y qué alivio reírse, incluso cuando hay que aguantar la risa porque allá en el fondo ha asomado el gerente su cara de sandía, qué desquite contra la rutina, contra el papeleo, contra esa condena que significa estar ocho horas enredado en algo que no importa, en algo que hace hinchar las cuentas bancarias de esos inútiles que pecan por el mero hecho de vivir, de dejarse vivir, de esos inanes que creen en Dios sólo porque ignoran que hace mucho tiempo que Dios ha dejado de creer en ellos. La burla y el trabajo. ¿En qué difieren, después de todo? Y qué trabajo nos da la burla, qué fatiga. Y qué burla es este trabajo, qué mal chiste.

Jueves 4 de julio

Hablé largamente con Aníbal. Es la primera vez que pronuncio ante alguien el nombre de Avellaneda, es de-

cir, la primera vez que lo pronuncio con el verdadero sentido que ese nombre tiene para mí. En algún momento, mientras se lo relataba, me pareció que veía todo el asunto desde fuera, como un espectador profundamente interesado. Aníbal me escuchó con religiosa atención. “¿Y por qué no te casás? No entiendo bien el matiz de ese escrúpulo.” Me parecía mentira que no lo entendiese, estaba tan claro. Vuelta a la explicación, al clisé de la explicación que yo me doy desde el comienzo: mi edad, su edad, yo dentro de diez años, ella dentro de diez años, el afán de no perjudicarla, el otro afán de no parecer ridículo, el goce del presente, mis tres hijos, etcétera, etcétera. “¿Y te parece que así no la perjudicás?” Claro, eso es inevitable, pero de todos modos la perjudico menos que encadenándola. “¿Y ella qué dice? ¿Está de acuerdo?” Eso se llama una pregunta incómoda. No sé si está de acuerdo. En su oportunidad, ella dijo que sí, pero la verdad es que no sé si está de acuerdo. ¿Podrá ser que ella prefiera la situación estable, oficialmente estable y consagrada? ¿Me estaré diciendo que lo hago por ella y lo estaré haciendo realmente por mí? “¿Es al ridículo que le temés o a otra cosa?” Evidentemente, el tipo estaba decidido a poner el dedo en la llaga. “¿Qué querés decir con eso?” “Me pediste que fuera franco, ¿no? Quiero decir que a mí me parece muy claro todo el problema: lo que te pasa es que tenés miedo de que dentro de diez años ella te ponga cuernos.” Qué feo eso de que le digan a uno la verdad, sobre todo si se trata de una de esas verdades que uno ha evitado decirse aun en los soliloquios matinales, cuando recién se despierta y murmura pavadas amargas, profundamente antipáticas, cargadas de autorrencor, a las que es necesario disipar antes de despertarse por completo y ponerse la máscara que, en el resto del día, verán los otros y verá a los otros. ¿Así que tengo miedo de que dentro de diez años ella me ponga cuernos? A Aníbal le contesté con una palabrota, que es la reacción tradicionalmente varonil para cuando a uno lo tratan de cornudo, aunque sea a larga distancia y a largo plazo. Pero la duda siguió girando en mi cabeza y

en el momento en que lo escribo no puedo evitar sentirme un poco menos generoso, un poco menos equilibrado, un poco más vulgar y desabrido.

Sábado 6 de julio

Llovió a baldes, después del mediodía. Estuvimos veinte minutos en una esquina, esperando que llegara la calma, mirando desalentadamente a la gente que corría. Pero nos estábamos enfriando sin remedio y yo empecé a estornudar con una regularidad amenazadora. Conseguir un taxi era una especie de imposible. Estábamos a dos cuerdas del apartamento y decidimos ir a pie. En realidad, corrimos también nosotros como enloquecidos y llegamos al apartamento en tres empapados minutos. Quedé por un rato con una gran fatiga, echado como una cosa inútil sobre la cama. Antes tuve fuerzas, sin embargo, para buscar una frazada y envolverla a ella. Se había quitado el saco, que chorreaba, y también la pollera, que quedó hecha una lástima. De a poco me fui calmando y a la media hora ya había entrado en calor. Fui a la cocina, encendí el primus, puse agua a calentar. Desde el dormitorio, ella me llamó. Se había levantado, así, envuelta en la frazada, y estaba junto a la ventana mirando llover. Me acerqué, yo también miré cómo llovía, no dijimos nada por un rato. De pronto tuve conciencia de que ese momento, de que esa rebanada de cotidianidad, era el grado máximo de bienestar, era la Dicha. Nunca había sido tan plenamente feliz como en ese momento, pero tenía la hiriente sensación de que nunca más volvería a serlo, por lo menos en ese grado, con esa intensidad. La cumbre es así, claro que es así. Además estoy seguro de que la cumbre es sólo un segundo, un breve segundo, un destello instantáneo, y no hay derecho a prórrogas. Allá abajo un perro trotaba sin prisa y con bozal, resignado a lo irremediable. De pronto se detuvo y obedeciendo a una rara inspiración levantó una pata, después siguió su trote tan sereno. Realmente, parecía que se había detenido a cerciorarse de que seguía llo-

viendo. Nos miramos a un tiempo y soltamos la risa. Me figuré que el hechizo se había roto, que la famosa cumbre había pasado... Pero ella estaba conmigo, podía sentirla, palparla, besarla. Podía decir simplemente: "Avellaneda." "Avellaneda" es, además, un mundo de palabras. Estoy aprendiendo a inyectarle cientos de significados y ella también aprende a conocerlos. Es un juego. De mañana digo: "Avellaneda", y significa: "Buenos días". (Hay un "Avellaneda" que es reproche, otro que es aviso, otro más que es disculpa.) Pero ella me malentiende a propósito para hacerme rabiar. Cuando pronuncio el "Avellaneda" que significa: "Hagamos el amor", ella muy ufana contesta: "¿Te parece que me vaya ahora? ¡Es tan temprano!". Oh, los viejos tiempos en que Avellaneda era sólo un apellido, el apellido de la nueva auxiliar (sólo hace cinco meses que anoté: "La chica no parece tener muchas ganas de trabajar, pero al menos entiende lo que uno le explica"), la etiqueta para identificar a aquella personita de frente ancha y boca grande que me miraba con enorme respeto. Ahí está ahora, frente a mí, envuelta en su frazada. No me acuerdo cómo era cuando me parecía insignificante, inhibida, nada más que simpática. Sólo me acuerdo de cómo es ahora: una deliciosa mujercita que me atrae, que me alegra absurdamente el corazón, que me conquista. Parpadeé conscientemente, para que nada estorbara después. Entonces mi mirada la envolvió, mucho mejor que la frazada; en realidad, no era independiente de mi voz, que ya había empezado a decir: "Avellaneda". Y esta vez me entendió perfectamente.

Domingo 7 de julio

Un día de sol espléndido, casi otoñal. Fuimos a Carrasco. La playa estaba desierta, tal vez debido a que, en pleno julio, la gente no se anima a creer en el buen tiempo. Nos sentamos en la arena. Así con la playa vacía, las olas se vuelven imponentes, son ellas solas las que gobiernan el paisaje. En ese sentido me reconozco

lamentablemente dócil, maleable. Veo ese mar implacable y desolado, tan orgulloso de su espuma y de su coraje, apenas mancillado por gaviotas ingenuas, casi irreales, y de inmediato me refugio en una irresponsable admiración. Pero después, casi en seguida, la admiración se desintegra, y paso a sentirme tan indefenso como una almeja, como un canto rodado. Ese mar es una especie de eternidad. Cuando yo era niño, él golpeaba y golpeaba, pero también golpeaba cuando era niño mi abuelo, cuando era niño el abuelo de mi abuelo. Una presencia móvil pero sin vida. Una presencia de olas oscuras, insensibles. Testigo de la historia, testigo inútil porque no sabe nada de la historia. ¿Y si el mar fuera Dios? También un testigo insensible. Una presencia móvil pero sin vida. Avellaneda también lo miraba, con el viento en el pelo, sin pestañear: “Vos, ¿creés en Dios?”, dijo continuando el diálogo que había iniciado yo, mi pensamiento. “No sé, yo querría que Dios existiese. Pero no estoy seguro. Tampoco estoy seguro de que Dios, si existe, vaya a estar conforme con nuestra credulidad a partir de algunos datos desperdigados e incompletos.” “Pero si es tan claro. Vos te complicás porque querés que Dios tenga rostro, manos, corazón. Dios es un común denominador. También podríamos llamarlo la Totalidad. Dios es esta piedra, mi zapato, aquella gaviota, tus pantalones, esa nube, todo.” “Y eso ¿te atrae? ¿Eso te conforma?” “Por lo menos, me inspira respeto.” “A mí no. No puedo figurarme a Dios como una gran Sociedad Anónima.”

Lunes 8 de julio

Esteban ya se levanta. Su enfermedad nos ha dejado un buen saldo, tanto a él como a mí. Hemos tenido dos o tres conversaciones francas, verdaderamente saludables. Incluso hablamos alguna vez de generalidades, pero con naturalidad, sin que el mutuo fastidio dictara las respuestas.

Martes 9 de julio

¿Así que tengo miedo de que dentro de diez años ella me ponga cuernos?

Miércoles 10 de julio

Vignale. Lo encontré por Sarandí. No tuve más remedio que escucharlo. No parecía feliz. Yo estaba apurado, así que tomamos un café en el mostrador. Allí, en voz alta, en ese estilo de estentórea confianza que él cultivaba, me relató el nuevo capítulo de su idilio: “Qué mala pata, che. Mi mujer nos agarró, ¿te das cuenta? No nos pescó lo que se dice en flagrante. Sólo nos estábamos besando. Pero te imaginarás el bochinche que armó la gorda. Que en su propia casa, bajo su propio techo, comiendo su propio pan. Yo, que soy el propio marido, me sentía como una cucaracha. Elvira, en cambio, lo tomó con gran serenidad y se mandó la teoría del siglo: que ella y yo siempre habíamos sido como hermanos y que lo que mi mujer había visto era eso justamente, un beso fraternal. Yo me sentí de lo más incestuoso y la gorda armó una bronca descomunal. Están arreglados, dijo, si se figuran que me voy a quedar mansita como el tarado de Francisco. Habló con mi suegra, con los vecinos, con el almacenero. A las dos horas todo el barrio sabía que la loquita ésa le había querido quitar el marido. Por su lado, Elvira habló enérgicamente con Francisco y le dijo que la estaban insultando, que no se quedaría en esa casa ni un solo minuto más. Se quedó sin embargo como tres horas, en el curso de las cuales me hizo una cosa muy fea, lo que se dice muy fea. Fijáte que Francisco a todo decía que sí, el tipo no era nada peligroso. Pero la gorda insistía, gritaba, dos o tres veces se le fue encima a la Elvira. Y entonces la Elvira, en uno de esos momentos de terror, ¿a que no sabés qué le dijo? Que en qué cabeza cabía que ella se fuera a fijar en una porquería como yo. ¿Te das cuenta? Y lo peor de todo es que con eso la conven-

ció a la otra, y la gorda se quedó tranquila, ¿Pero te das cuenta? Te juro que esto no se lo perdono a la Elvira. Que se vayan nomás, ella y su cornudito. Después de todo, mirá, no está tan buena como me parecía. Además, ahora que dejé de ser un marido fiel, he llegado a la conclusión de que puedo tener programitas más jóvenes, más fresquitas; sobre todo, que no tengan nada que ver con el rubro hogar, que para mí siempre fue sagrado. Y de paso la gorda no se preocupa, pobre”.

Sábado 13 de julio

Ella está a mi lado, dormida. Estoy escribiendo en una hoja suelta, esta noche lo pasaré a la libreta. Son las cuatro de la tarde, el final de la siesta. Empecé a pensar en una comparación y terminé con otra. Está aquí, al lado mío, el cuerpo de ella. Afuera hace frío, pero aquí la temperatura es agradable, más bien hace calor. El cuerpo de ella está casi al descubierto, la frazada y la sábana se han deslizado hacia un costado. Quise comparar este cuerpo con mis recuerdos del cuerpo de Isabel. Evidentemente, eran otras épocas. Isabel no era delgada, sus senos tenían volumen, y por eso caían un poco. Su ombligo era hundido, grande, oscuro, de márgenes gruesos. Sus caderas eran lo mejor, lo que más me atraía; tengo una memoria táctil de sus caderas. Sus hombros eran llenos, de un blanco rosáceo. Sus piernas estaban amenazadas por un futuro de várices, pero todavía eran hermosas, bien torneadas. Este cuerpo que está a mi lado no tiene absolutamente ningún rasgo en común con aquél. Avellaneda es flaca, su busto me inspira un poquito de piedad, sus hombros están llenos de pecas, su ombligo es infantil y pequeño, sus caderas también son lo mejor (¿o será que las caderas siempre me conmueven?), sus piernas son delgadas pero están bien hechas. Sin embargo, aquel cuerpo me atrajo y éste me atrae. Isabel tenía en su desnudez una fuerza inspiradora, yo la contemplaba e inmediatamente todo mi ser era sexo, no había por qué

pensar en otra cosa. Avellaneda tiene en su desnudez una modestia sincera, simpática e inermes, un desamparo que es conmovedor. Me atrae profundamente, pero aquí el sexo es sólo un tramo de la sugestión, del llamamiento. La desnudez de Isabel era una desnudez total, más pura quizá. El cuerpo de Avellaneda es una desnudez con actitud. Para quererla a Isabel bastaba con sentirse atraído por su cuerpo. Para quererla a Avellaneda es necesario querer el desnudo más la actitud, ya que ésta es por lo menos la mitad de su atractivo. Tener a Isabel entre los brazos significaba abrazar un cuerpo sensible a todas las reacciones físicas y capaz también de todos los estímulos lícitos. Tener en mis brazos la concreta delgadez de Avellaneda, significa abrazar además su sonrisa, su mirada, su modo de decir, el repertorio de su ternura, su reticencia a entregarse por completo y las disculpas por su reticencia. Bueno, ésa era la primera comparación. Pero vino la otra, y esa otra me dejó gris, desanimado. Mi cuerpo de Isabel y mi cuerpo de Avellaneda. Qué tristeza. Nunca he sido un atleta, líbreme Dios. Pero aquí había músculos, aquí había fuerza, aquí había una piel lisa, tirante. Y sobre todo no había tantas otras cosas que desgraciadamente ahora hay. Desde la calvicie desequilibrada (el lado izquierdo es el más desierto), la nariz más ancha, la verruga del cuello, hasta el pecho con islas pelirrojas, el vientre retumbante, los tobillos varicosos, los pies con incurable, deprimente micosis. Frente a Avellaneda no me importa, ella me conoce así, no sabe cómo he sido. Pero me importa ante mí, me importa reconocerse como un fantasma de mi juventud, como una caricatura de mí mismo. Hay una compensación quizá: mi cabeza, mi corazón, en fin, yo como ente espiritual, quizá sea hoy un poco mejor que en los días y las noches de Isabel. Sólo un poco mejor, tampoco conviene ilusionarse demasiado. Seamos equilibrados, seamos objetivos, seamos sinceros, vaya. La respuesta es: “¿Eso cuenta?”. Dios, si es que existe, debe estar allá arriba haciéndose cruces. Avellaneda (oh, ella existe) está ahora acá abajo abriendo los ojos.

Lunes 15 de julio

Al fin de cuentas, puede ser que Aníbal tenga razón, que yo le esté sacando el cuerpo al matrimonio, más por miedo al ridículo que por defender el futuro de Avellaneda. Y eso no estaría bien. Porque hay una cosa cierta y es que la quiero. Esto lo escribo sólo para mí, así que no importa que suene cursi. Es la verdad. Punto. Por lo tanto, no quiero que sufra. Yo creía (en realidad, creía saberlo) que estaba eludiendo una situación estable para que Avellaneda siempre estuviera libre, para que, dentro de unos años, no se sintiera encadenada a un vejestorio. Si ahora resulta que eso era sólo un pretexto ante mí mismo, mientras que la verdadera razón era una especie de seguro contra futuros engaños, está bastante claro que habría que cambiar toda la estructura, todo el aparato exterior de esta unión. Quizá ella sufra más con una situación clandestina, siempre provisoria, que sintiéndose amarrada a un tipo que la dobla en edad. Después de todo, en mi miedo al ridículo la estoy juzgando mal, y eso es una porquería de mi parte. Yo sé que es buena persona, que está hecha de buena pasta. Sé que si alguna vez se enamorase de alguien, no me dejaría en esa humillante ignorancia que constituye la afrenta de los burlados. Acaso me lo diría o, de algún modo, yo captaría el trance y tendría la suficiente serenidad como para entenderlo. Pero tal vez mejor sería hablarlo con ella, otorgarle el poder de decidir por sí misma, ayudarla a sentirse segura.

Miércoles 17 de julio

Blanca estuvo triste hoy, Jaime, ella y yo cenamos en silencio. Esteban hacía su primera salida nocturna después de la enfermedad. No dije nada durante la comida, porque demasiado sé cómo reacciona Jaime. Después, cuando él se fue, virtualmente sin saludar (no puede tomarse como “buenas noches” el gruñido que antecedió al portazo), me quedé leyendo el diario en el comedor, y

Blanca se demoró expresamente mientras levantaba la mesa. Tuve que alzar el diario para que ella retirara el mantel, y entonces la miré. Tenía los ojos semillorosos. “¿Qué pasa con Jaime?”, le pregunté. “Con Jaime y con Diego; me peleé con los dos.” Demasiado enigmático. No podía imaginarme a Jaime y a Diego aliados contra ella. “Diego dice que Jaime es un marica. Por eso me peleé con Diego.” Me golpeó dos veces la palabra; porque iba dirigida a mi hijo y porque la había dicho Diego, en quien cifro esperanzas, en quien confío. “¿Y se puede saber con qué motivo tu dichoso Diego se permite insultar?” Blanca sonrió con un poco de amargura. “Eso es lo peor. Que no es un insulto. Es la verdad. Por eso fue que me peleé con Jaime.” Era evidente que Blanca se violentaba al decir todo eso, sobre todo por ser yo el destinatario de la revelación. A mí mismo me sonó a falso cuando dije: “¿Y vos le das más crédito a la calumnia de Diego que a lo que diga tu hermano?”. Blanca bajó los ojos. En la mano tenía la panera. Era la imagen del patetismo, de un patetismo conmovedor y de entrecasa. “Justamente”, dijo, “es el propio Jaime quien lo dice”. Hasta ese momento nunca había pensado que mis ojos se pudieran abrir tanto. Me dolían las sienes. “Así que esos amigos...”, balbuceé. “Sí”, dijo ella. Era un mazazo. Sin embargo, me di cuenta de que en el fondo de mí mismo ya existía una sospecha. Por eso, sólo por eso, la palabra no sonaba del todo nueva para mí. “Una cosa te pido”, agregé, “no le digas nada. Está perdido. No siente escrúpulos, ¿sabés? Dice que las mujeres no lo atraen, que es algo que él no ha buscado, que cada uno tiene la naturaleza que Dios le dio y que a él no le dio la capacidad de sentirse atraído por las mujeres. Se justifica con ardor, te aseguro que no tiene complejo de culpa”. Entonces dije, sin ninguna convicción: “Si le reviento la cabeza a trompadas, vas a ver cómo le viene el complejo de culpa”. Blanca se rió, por primera vez en la noche: “No me defraudes. Yo sé que no vas a hacer eso”. Entonces me entró el desánimo, un desánimo horrible, sin esperanza. Se trataba de Jaime, de mi hijo, el que heredó la frente y la boca de Isabel.

¿Hasta dónde llegaba mi culpa y dónde empezaba la de él? Es cierto que yo no los entendí como debía, que no pude suplir totalmente a la madre. Ah, yo no tengo vocación de madre. Ni siquiera estoy demasiado seguro de mi vocación de padre. ¿Pero esto qué tiene que ver con que él haya terminado así? Quizá yo hubiera podido cortar esas amistades en su comienzo. Quizá, si lo hubiera hecho, él habría seguido viéndose con ellos sin que yo lo supiera. “Tengo que hablarle”, dije, y Blanca pareció resignarse a la tormenta. “Y además tenés que reconciliarte con Diego”, agregué.

Jueves 18 de julio

Tenía dos cosas que decirle a Avellaneda, pero sólo estuvimos una hora en el departamento y únicamente le hablé de Jaime. No me dijo que yo fuera totalmente inocente, y se lo agradecí. Mentalmente, claro. Pero yo pienso, además, que cuando un tipo viene podrido, no hay educación que lo cure, no hay atención que lo enderece. Claro que yo pude hacer más por él, eso es tan cierto, tan cierto, que no puedo sentirme inocente. Además, ¿qué es lo que quiero, qué es lo que yo preferiría? ¿Que él no fuera marica o simplemente sentirme yo libre de toda culpa? Qué egoístas somos, Dios mío, qué egoísta soy. Aun el sentirme al día con la conciencia es una especie de egoísmo, de apego a la comodidad, al confort del espíritu. A Jaime no lo vi.

Viernes 19 de julio

Tampoco lo vi hoy. Pero sé que Blanca le dijo que yo quería hablar con él. Esteban es bastante violento. Mejor que no se entere. ¿O ya lo sabrá?

Sábado 20 de julio

Blanca me trajo el sobre. La carta dice así: “Viejo: sé que querés hablar conmigo y de antemano conozco el tema. Me vas a predicar moral y hay dos razones por las que no puedo aceptar tu prédica. La primera que yo no tengo nada que reprocharme. La segunda que vos también tenés tu vida clandestina. Te he visto con la chiquilina esa que te ha enredado, y creo que estarás de acuerdo en que no es la mejor forma de guardar el debido respeto a la memoria de mamá. Pero allá vos con tu puritanismo unilateral. Como a mí no me gusta lo que hacés y a vos no te gusta lo que yo hago, lo mejor es desaparecer. Ergo: desaparezco. Tenés el campo libre. Soy mayor de edad, no te preocupes. Me imagino además que mi retirada te acercará más a mis hermanitos. Blanca lo sabe todo (por más informes, dirigíte a ella); a Esteban lo enteré yo, en la tarde de ayer, en su oficina. Para tu tranquilidad, debo confesarte que reaccionó como todo un machito y me dejó un ojo negro. El que aún tengo abierto me alcanza para ver el futuro (no es tan malo, ya verás) y dirigir la última mirada a mi simpática familia, tan pulcra, tan formal. Saludos, Jaime”. Le alcancé el papel a Blanca. Lo leyó detenidamente y dijo: “Ya se llevó sus cosas. Esta mañana”. Estaba pálida cuando agregó: “Y lo de la mujer, ¿es cierto?”. “Es y no es”, dije. “Es cierto que mantengo un vínculo con una mujer, una muchacha casi. Vivo con ella. No es cierto, en cambio, que ello signifique una ofensa a tu madre. Me parece que tengo derecho a querer a alguien. Bueno, a esta muchacha la quiero. No me he casado con ella sólo porque no estoy seguro de que eso sea lo más conveniente.” Tal vez esta última frase estaba de más. No sé bien. Ella tenía los labios apretados. Creo que vacilaba entre cierto atavismo filial y un sentido muy simple de lo humano. “Pero ¿es buena?”, preguntó, ansiosa. “Sí, es buena”, dije. Respiró aliviada; aún me tiene confianza. También yo respiré aliviado, al sentirme capaz de provocar esa confianza. Entonces obedecí a una repentina ins-

piración. “¿Es mucho pedirte que la conozcas?” “Yo misma te lo iba a pedir”, dijo. No hice comentarios, pero el agradecimiento estaba en mi garganta.

Domingo 21 de julio

“Quizá, al principio, cuando lo nuestro empezó, lo hubiera preferido. Ahora creo que no.” Lo anoto antes que nada, porque tengo miedo de olvidar. Ésa fue su respuesta. Porque esta vez le hablé con toda franqueza; el tema matrimonio fue discutido hasta agotarlo. “Antes de que viniéramos aquí, al apartamento, yo me di cuenta de que a vos te resultaba penoso pronunciar esa palabra. Un día la dijiste, en el zaguán de mi casa, y por haberla dicho tenés toda mi gratitud. Sirvió para que yo me decidiera a creer en vos, en tu cariño. Pero no podía aceptarla, porque hubiera sido una base falsa para este presente, que era futuro entonces. De aceptarla, hubiera tenido que aceptar también que vos te doblegaras, que te obligaras a una decisión para la que no estabas maduro. Me doblegué yo, en cambio, pero, como es lógico, puedo estar más segura de mis reacciones que de las tuyas. Yo sabía que, aun doblegándome, no te guardaría rencor; si te forzaba a doblegarte, en cambio, no sabía si vos me guardarías un poco de rencor. Ahora todo pasó. Ya caí. Hay algo atávico en la mujer que la lleva a defender la virginidad, a exigir y exigirse las máximas garantías para rodear su pérdida. Después, cuando una ya cayó, entonces se da cuenta de que todo era un mito, una vieja leyenda para cazar maridos. Por eso te digo que ahora no estoy segura de que el matrimonio sea nuestra mejor solución. Lo importante es que estemos unidos por algo: ese algo existe, ¿verdad que sí? Ahora bien, ¿no te parece más poderoso, más fuerte, más lindo que lo que nos una sea eso que verdaderamente existe, y no un simple trámite, el discurso ritual de un juez apurado y panzón? Además están tus hijos. Yo no quiero aparecer como queriendo disputar tu vida con la imagen de tu mujer, no quiero

que ellos sientan celos en representación de su madre. Y finalmente, está tu miedo al tiempo, a que te vuelvas viejo y yo mire a otra parte: no seas tan mimoso. Lo que más me gusta de vos, es algo que no habrá tiempo capaz de quitártelo.” Más que sus verdades, eran mis deseos los que ella enunciaba tan calmadamente. Por otra parte, qué agradables de oír.

Lunes 22 de julio

Preparé cuidadosamente el encuentro, pero Avellaneda no sabía nada. Estábamos en la confitería. Muy pocas veces salimos juntos. Ella siempre está nerviosa y cree que nos va a ver alguien de la oficina. Yo le digo que tarde o temprano eso tiene que ocurrir. Tampoco nos vamos a pasar la vida encerrados en el apartamento. Por sobre el pocillo, ella vio mi mirada. “¿A quién viste? ¿Alguno de allá?” Allá es la oficina. “No, no es de allá. Pero es alguien que quiere conocerte.” Se puso tan nerviosa que por un momento me arrepentí de haberle provocado esta prueba. Siguió el rumbo de mi mirada y la reconoció antes de que yo dijese otra cosa. Después de todo, Blanca debe tener algún rasgo mío. La llamé con un gesto. Estaba linda, alegre, simpática. Me sentí bastante orgulloso de mi paternidad. “Ésta es Blanca, mi hija.” Avellaneda tendió la mano. Temblaba. Blanca estuvo muy bien. “Por favor, tranquilícese. Fui yo quien quiso conocerla.” Pero Avellaneda no recuperaba su equilibrio. Murmuraba, terriblemente inquieta: “Jesús. No puedo hacerme a la idea de que él le haya hablado de mí. No puedo hacerme a la idea de que usted haya querido conocerme. Perdóneme, debo parecerle no sé qué...”. Blanca hacía todo lo posible por calmarla, yo también. Pese a todo, pude advertir que un cabo de simpatía se había tendido entre las dos mujeres. Son casi de la misma edad. De a poco, Avellaneda se fue tranquilizando; así y todo derramó alguna lagrimita. A los diez minutos, ya hablaban como dos personas civilizadas y normales. Yo las dejaba. Era

un placer nuevo tenerlas a las dos junto a mí, a las dos mujeres que quiero más. Cuando nos separamos (Avellaneda insistió con fervor en que yo acompañara a mi hija), caminamos unas cuadras bajo la llovizna, antes de tomar el ómnibus. Después, ya en casa, Blanca me dio un abrazo, uno de esos abrazos que ella no derrocha y que por eso mismo son más memorables. Con su mejilla junto a la mía, me dijo: “Me gusta de veras. Nunca creí que supieras elegir tan bien”. Comí un poco y me fui a la cama. Tengo un cansancio equivalente a un año entero de trabajos forzados. Pero qué importa.

Martes 23 de julio

No la veía a Avellaneda desde ayer, cuando nos dejó a Blanca y a mí. Hoy, temprano, en la oficina, se acercó a mi mesa con dos biblioratos para hacerme una consulta. Siempre nos cuidamos durante el trabajo (hasta ahora, nadie se dio cuenta). Pero hoy la examiné con atención. Yo quería saber cómo había salido de aquella trampa que le había preparado. Estaba seria, muy seria, casi sin colorate. Le di las indicaciones. Estábamos rodeados de gente, así que no podíamos decirnos nada. Pero ella, cuando se retiró, aprovechó para dejarme dos talonarios y un pedacito de papel con un solo garabato: “Gracias”.

Viernes 26 de julio

Ocho de la mañana. Estoy desayunando en el Tupí. Uno de mis mayores placeres. Sentarme junto a cualquiera de las ventanas que miran hacia la plaza. Llueve. Mejor todavía. He aprendido a querer ese monstruo folklórico que es el Palacio Salvo. Por algo figura en todas las postales para turistas. Es casi una representación del carácter nacional: guarango, soso, recargado, simpático. Es tan, pero tan feo, que lo pone a uno de buen humor. Me gusta el Tupí a esta hora, bien temprano, cuando todavía no lo

han invadido los maricas (me había olvidado de Jaime, qué pesadilla) y sólo hay uno que otro viejo aislado, leyendo *El Día* o *El Debate* con increíble fruición. La mayoría son jubilados que no han podido apearse de sus madrugones. ¿Seguiré yo viniendo al Tupí cuando me jubile? ¿No podré acostumbrarme a disfrutar de la cama hasta las once, como un hijo de director cualquiera? La verdadera división de las clases sociales, habría que hacerla teniendo en cuenta la hora en que cada uno se tira de la cama. Se acerca Biancamano, el mozo amnésico, eficientemente cándido y risueño. Por quinta vez le pido un cortado chico con medias lunas, y él me trae un café largo con traviatas. Es tanta su buena voluntad que me doy por vencido. Mientras yo echo los cuadrados de azúcar en el pocillo, él me habla del tiempo y del trabajo. “Esta lluvia le molesta a la gente, pero yo digo: ¿Estamos en invierno o qué?”. Yo le doy la razón, porque es evidente que estamos en invierno. Después lo llama un señor de la mesa del fondo, bastante molesto porque Biancamano le trajo algo que él no había encargado. Es uno que no se da por vencido. O quizá es un mero argentino, que vino a hacer su semanal negocito de dólares y todavía no conoce las costumbres de la casa. En la segunda parte de mi festín, entran los diarios. Hay días en que los compro todos. Me gusta reconocer sus constantes. El estilo de cabriola sintáctica en los editoriales de *El Debate*; la civilizada hipocresía de *El País*; el mazacote informativo de *El Día*, apenas interrumpido por una que otra morisqueta anticlerical; la robusta complexión de *La Mañana*, ganadera como ella sola. Qué diferentes y qué iguales. Entre ellos juegan una especie de truco, engañándose unos a otros, haciéndose señas, cambiando las parejas. Pero todos se sirven del mismo mazo, todos se alimentan de la misma mentira. Y nosotros leemos, y, a partir de esa lectura creemos, votamos, discutimos, perdemos la memoria, nos olvidamos generosa, cretinamente, de que hoy dicen lo contrario de ayer, que hoy defienden ardorosamente a aquel de quien ayer dijeron pestes y, lo peor de todo, que hoy ese mismo Aquél acepta, orgulloso y ufano, esa defensa. Por eso pre-

fiero la espantosa franqueza del Palacio Salvo, porque siempre fue horrible, nunca nos engañó, porque se instaló aquí, en el sitio más concurrido de la ciudad, y desde hace treinta años nos obliga a que todos, naturales y extranjeros, levantemos los ojos en homenaje a su fealdad. Para mirar los diarios, hay que bajar los ojos.

Sábado 27 de julio

Está entusiasmada con Blanca. “Nunca imaginé que fueras capaz de tener una hija tan encantadora.” Me lo dice más o menos cada media hora. Esta frase y la de Blanca (“Nunca creí que supieras elegir tan bien”) no hablan muy amablemente de mí, de la confianza retroactiva que ellas depositaban en mis respectivas capacidades de generar y de escoger. Pero estoy contento. Y Avellaneda también. Su garabateado “gracias” del martes pasado tuvo después amplio desarrollo. Confiesa haber pasado un mal momento cuando se enfrentó a mi hija. Pensó que Blanca venía a hacerle una escena, con todos los reproches que se imaginaba explicables, que ella se creía a punto de merecer. Pensó que el choque iba a ser tan violento, tan grave, tan demoledor, que lo nuestro no iba a sobrevivir. Y sólo entonces se dio cuenta cabal de que eso nuestro realmente importaba en su vida, que quizá le fuera insostenible acabar ahora con esta situación que apenas tiene patente de provisorio. “No querrás creerlo, pero todo eso me pasó por la cabeza mientras tu hija se acercaba por entre las mesas.” Por eso, la actitud amistosa de Blanca fue para ella un regalo inesperado. “Decíme, ¿podré ser su amiga?”, es ahora su pregunta esperanzada, y pone una cara deliciosa, tal vez la misma con que hace veinte años habrá preguntado a sus padres sobre los Reyes Magos.

Martes 30 de julio

No hay noticias de Jaime. Blanca preguntó a la oficina. Hace diez días que no va. Con Esteban hemos llegado al tácito acuerdo de no hablar del problema. Para él ha sido un golpe también. Me pregunto cómo reaccionará cuando se entere de la existencia de Avellaneda. Le he pedido a Blanca que no le diga nada. Por ahora, al menos. Tal vez yo exagere la nota, situando a mis hijos (o permitiendo que ellos se encaramen allí) en una función de jueces. Yo he cumplido con ellos. Les he dado instrucción, cuidado, cariño. Bueno, quizá en el tercer rubro he sido un poco avaro. Pero es que yo no puedo ser uno de esos tipos que andan siempre con el corazón en la mano. A mí me cuesta ser cariñoso, inclusive en la vida amorosa. Siempre doy menos de lo que tengo. Mi estilo de querer es ése, un poco reticente, reservado el máximo sólo para las grandes ocasiones. Quizá haya una razón y es que tengo la manía de los matices, de las gradaciones. De modo que si siempre estuviera expresando el máximo, ¿qué dejaría para esos momentos (hay cuatro o cinco en cada vida, en cada individuo) en que uno debe apelar al corazón en pleno? También siento un leve resquemor frente a lo cursi, y a mí lo cursi me parece justamente eso: andar siempre con el corazón en la mano. Al que llora todos los días, ¿qué le queda por hacer cuando le toque un gran dolor, un dolor para el cual sean necesarias las máximas defensas? Siempre puede matarse, pero eso, después de todo, no deja de ser una pobre solución. Quiero decir que es más bien imposible vivir en crisis permanente, fabricándose una impresionabilidad que lo sumerja a uno (una especie de baño diario) en pequeñas agonías. Las buenas señoras dicen, con su habitual sentido de la economía psicológica, que no van al cine a ver películas tristes porque “bastante amarga es la vida”. Y tienen algo de razón: bastante amarga es la vida como para que, además, nos pongamos plañideros o mimosos o histéricos, sólo porque algo se puso en nuestro camino

y no nos deja proseguir nuestra excursión hacia la dicha, que a veces está al lado del desatino. Recuerdo que una vez, cuando los chicos iban al colegio, en la clase de Jaime pusieron un deber, una de esas recurrentes composiciones sobre el clásico tema de la madre. Jaime tenía nueve años y volvió a casa sintiéndose profundamente desgraciado. Yo traté de hacerle entender que eso le iba a pasar muchas veces, que él había perdido a su madre y debía conformarse, que no era cosa de estar llorando por eso todos los días, y que la mayor prueba de afecto era precisamente demostrar que esa ausencia no le ponía en inferioridad de condiciones frente a los otros. Quizá mi lenguaje fuera inapropiado para su edad. Lo cierto es que dejó de llorar, me miró con una animadversión estremecedora, y, con una firmeza de predestinado, pronunció estas palabras: “Vos vas a ser mi madre, y si no te mato”. ¿Qué quiso decir? No era tan chico como para no saber que estaba reclamando un absurdo, pero quizá no era tan grande como para disimular mejor su primera agonía, la primera de esas diarias agonías en las que después concentró sus rencores, sus rebeldías, sus frustraciones. El hecho de que sus maestras, sus compañeros, la sociedad, reclamaran a su madre, le hacía sentir por primera vez toda la fuerza de su ausencia. No sé por qué prodigio imaginativo me echaba a mí las culpas de esa ausencia. Quizá pensaba que si yo la hubiese cuidado mejor, ella no habría desaparecido. Yo era el culpable, por lo tanto debía sustituirla. “Si no te mato.” No me mató, claro, pero se vino a matar él, a anularse él. Ya que el hombre de la familia le había fallado, se dedicó a negar al hombre que había en sí mismo. ¡Ufa! Qué complicada explicación para desarrollar un hecho tan escueto, tan ordinario, tan ilevantable. Mi hijo es un marica. Un marica. Uno como el repugnante de Santini, el que tiene la hermana que se desnuda. Hubiera preferido que me saliera ladrón, morfínmano, imbécil. Quisiera sentir lástima hacia él, pero no puedo. Sé que hay explicaciones racionales y hasta razonables. Sé que muchas de esas explicaciones me

cargarían a mí con parte de la culpa. Pero ¿por qué Esteban y Blanca crecieron normalmente, por qué ellos no se desviaron y el otro sí? Justamente el otro, el que yo más quería. Nada de lástima. Ni ahora ni nunca.

Jueves 1° de agosto

Me llamó el gerente. Nunca lo pude tragar. Es un tipo maravillosamente ordinario y cobarde. Alguna vez he tratado de representarme su alma, su ser abstracto, y he conseguido una imagen repulsiva. Allí donde normalmente va la dignidad, él sólo tiene un muñón; se la amputaron. La dignidad ortopédica que ahora usa le alcanza empero para sonreír. Precisamente, sonreía cuando entré en el despacho. “Una buena noticia.” Cuando se restregaba las manos, parecía que me iba a acogotar. “Le ofrecen nada menos que la subgerencia.” A la vista estaba que él no compartía la oferta del Directorio. “Permítame que lo felicite.” Tiene una mano pegajosa, como si acabara de abrir un tarro de mermelada. “Claro que con una condición.” Por una vez, la piedra detrás del cangrejo. Realmente se parece a un cangrejo. Sobre todo en ese instante en que caminaba hacia el costado para salir de atrás de su escritorio. “La condición es que usted no se jubile hasta dentro de dos años.” ¿Y el ocio? Es un lindo puesto la subgerencia, sobre todo para terminar la carrera en la empresa. Hay poco que hacer, se atiende a algunos clientes importantes, se vigila el trabajo del personal, se sustituye al gerente cuando éste se ausenta, se dedica uno a aguantar a los directores y sus chistes horribles, a las señoras de los directores y sus muestras de enciclopédica ignorancia. Pero ¿y mi ocio? “¿Cuánto tiempo me da para pensarlo?”, pregunté. Era un anticipo de mi negativa. Al Cangrejo le brillaron los ojos, y dijo: “Una semana. El jueves próximo tengo que llevar su respuesta al Directorio”. Cuando volví a la sección, todos lo sabían. Siempre pasa eso con las noticias estrictamente confidenciales. Hubo abrazos, felicitaciones, comentarios. Hasta

la funcionaria Avellaneda se acercó y me dio la mano. De todas aquellas manos, la suya era la única que transmitía la vida.

Sábado 3 de agosto

Lo hablé largamente con ella. Me dice que lo piense bien, que la subgerencia es un puesto cómodo, agradable, respetado, bien pago. Bueno, lo mismo que yo sé. Pero también sé que tengo derecho al descanso y que ese derecho no lo vendo por cien pesos más de sueldo. Quizá tampoco lo vendería aunque la oferta fuera mucho mayor. Para mí lo esencial ha sido siempre que lo que gane me alcance para vivir. Y a mí me alcanza. Tengo un buen sueldo. No preciso más. Ni siquiera ahora, con el gasto extra del apartamento. Cuando me jubile, además, creo que podré contar con una entrada levemente mayor (casi cien pesos más), ya que los aguinaldos me han aumentado considerablemente el promedio de los últimos cinco años y además no tendré descuentos. Claro, deberé afrontar la baja de la moneda, que es la más segura garantía de inflación. La amenaza es cierta, pero tengo siempre la posibilidad de llevar alguna contabilidad más o menos clandestina. Claro que Avellaneda esgrime además otras razones más conmovedoras, menos contantes y sonantes que toda esta sórdida previsión: “Si vos no estás allí, la oficina va a ser insoportable”. Mejor. Con eso tampoco me convence, porque tengo un proyecto: que cuando me jubile, ella deje de trabajar. Lo mío alcanzará para los dos. Además, somos módicos. Nuestras diversiones son, por razones obvias, rigurosamente domésticas. Alguna vez al cine, a un restorán, a una confitería. Algún domingo, cuando hace frío pero hay sol, a caminar por la orilla, a respirar mejor. Compramos algún libro, algún disco, pero más que cualquier otra cosa nos entretiene hablar, hablar de nosotros, referirnos toda esa zona de nuestras vidas que está antes de Lo Nuestro. No hay diversión, no hay espectáculo que pueda sustituir

lo que disfrutamos en ese ejercicio de la sinceridad, de la franqueza. Ya vamos adquiriendo un mayor entrenamiento. Porque también hay que habituarse a la sinceridad. Con todos estos años en que Aníbal estuvo en el extranjero, con tantos problemas de comunicación en mis relaciones con mis hijos, con el pudor defensivo que siempre resguardó mi vida privada de la malicia oficinesca, con mis sólo higiénicas aproximaciones a mujeres siempre nuevas, nunca repetidas, es evidente que me había ido desacostumbrando a la sinceridad. Incluso es probable que sólo en forma esporádica la practicara conmigo mismo. Digo esto porque alguna vez, en estos diálogos francos con Avellaneda, me he encontrado pronunciando palabras que me parecían más sinceras aún que mis pensamientos. ¿Es posible eso?

Domingo 4 de agosto

Esta mañana abrí un cajón del armario chico y se desparramaron por el suelo una cantidad imprevista de fotos, recortes, cartas, recibos, apuntes. Entonces vi un papel de un color indefinido (es probable que en su origen haya sido verde, pero ahora tenía unas manchas oscuras, con la tinta corrida por viejas humedades para siempre reseca). Hasta ese momento no recordaba en absoluto su existencia, pero en cuanto lo vi reconocí la carta de Isabel. Pocas cartas nos hemos escrito Isabel y yo. En realidad, no hubo motivo, ya que no tuvimos largas separaciones. La carta estaba fechada en Tacuarembó, el 17 de octubre de 1935. Me sentí un poco extraño al enfrentarme a aquellos caracteres delgados, de largas y perfiladas colas, en los que era posible reconocer una persona y también una época. Era evidente que no había sido escrita con una estilográfica, sino con una de aquellas plumas cucharita que, no bien se las obligaba a escribir, sabían quejarse sordamente y hasta escupir a su alrededor gotitas casi invisibles de tinta violeta. Tengo que transcribir esa carta en esta libreta. Tengo que hacerlo,

porque ella es parte de mí mismo, de mi incanjeable historia. Me fue dirigida en una circunstancia muy especial y, además, su relectura me ha descentrado un poco, me ha hecho dudar de algunas cosas, incluso diría que me ha conmovido. Dice así: “Querido mío: hace tres semanas que llegué. Tradúcelo: tres semanas que duermo sola. ¿No te parece horrible? Tú sabes que a veces me despierto de noche y tengo absoluta necesidad de tocar-te, de sentirte a mi lado. No sé qué tienes de reconfortante, pero el saberte junto a mí hace que en el semisueño me sienta bajo tu protección. Ahora tengo horribles pesadillas, pero mis pesadillas no tienen monstruos. Sólo consisten en soñar que estoy sola en la cama, sin ti. Y cuando me despierto y ahuyento la pesadilla, resulta que efectivamente estoy sola en la cama, sin ti. La única diferencia es que en el sueño no puedo llorar y, en cambio, cuando me despierto, lloro. ¿Por qué me pasa esto? Sé que estás en Montevideo, sé que te cuidas, sé que piensas en mí. ¿Verdad que piensas? Esteban y la nena están bien, aunque sabes que tía Zulma los mimaba demasiado. Apróntate a que, a nuestro regreso, la nena no nos deje dormir por unas cuantas noches. Por Dios, ¿cuándo vendrán esas cuantas noches? Tengo una noticia, ¿sabes? Estoy otra vez embarazada. Es horrible decírtelo y que no me beses. ¿O para ti no es tan horrible? Será varón y le pondremos Jaime. Me gustan los nombres que empiezan con jota. No sé por qué, pero esta vez tengo un poco de miedo. ¿Y si me muero? Contéstame pronto diciéndome que no, que no voy a morirme. ¿Pensaste ya qué harías si yo me muero? Tú eres animoso, sabrías defenderte; además, encontrarías en seguida otra mujer, ya estoy espantosamente celosa de ella. ¿Viste qué neurasténica estoy? Es que me hace mucho mal no tenerte aquí, o que no me tengas allí, es lo mismo. No te rías; siempre te ríes de todo, aun cuando no se trate de nada gracioso. No te rías, no seas malo. Escíbeme diciendo que no voy a morirme. Ni siquiera como alma en pena podría dejar de extrañarte. Ah, antes que me olvide: háblale por teléfono a Maruja para hacerle acordar de que el 22 es el cum-

pleaños de Dora. Que la salude por mí y por ella. ¿La casa está muy sucia? ¿Fue a limpiar la muchacha que me recomendó Celia? Cuidado con mirarla demasiado, ¿eh? Tía Zulma está feliz de tener aquí a los nenes. Y Tío Eduardo no te digo nada... Los dos me hacen grandes cuentos de ti, cuando tenías diez años y venías a pasar aquí tus vacaciones. Parece que te hiciste famoso con tus respuestas para todo. Un muchacho bárbaro, dice tío Eduardo. Yo creo que sigues siendo un muchacho bárbaro, aun cuando llegas cansado de la oficina y tienes en los ojos un poco de resentimiento, y me tratas con ligereza, a veces con rabia. Pero de noche lo pasamos bien, ¿no es cierto? Hace tres días que está lloviendo. Yo me siento junto al balcón de la sala y miro la calle. Pero por la calle no pasa ni un alma. Cuando los nenes están durmiendo, voy al escritorio de tío Eduardo y me entretengo con el Diccionario Hispanoamericano. Aumentan a ojos vistas mi cultura y mi aburrimiento. ¿Será niño o niña? Si fuera niña, puedes elegir el nombre, siempre y cuando no sea Leonor. Pero no. Va a ser varón y se llamará Jaime, y tendrá una cara larga como la tuya y será muy feo y tendrá mucho éxito con las mujeres. Mira, me gustan los hijos, los quiero mucho, pero lo que más me gusta es que sean hijos tuyos. Ahora llueve frenéticamente sobre los adoquines. Voy a hacer el solitario de los cinco montones, el que me enseñó Dora, ¿te acuerdas? Si me sale, es que no me voy a morir de parto. Te quiere, te quiere, te quiere, tu Isabel. P.D.: ¡Salió el solitario! ¡Hurra!”.

A veintidós años de distancia, qué indefenso parece este entusiasmo. Sin embargo, era legítimo, era honesto, era cierto. Es curioso que con la relectura de esta carta haya vuelto a encontrar el rostro de Isabel, ese rostro que, a pesar de todos mis olvidos, estaba en mi memoria. Y lo hallé a partir de esos “tú”, de esos “puedes”, de esos “tienes”, porque Isabel nunca hablaba de “vos”, y no por convicción sino meramente por costumbre, quizá por manía. Leí esos “tú” y en seguida pude reconstruir la boca que los decía. Y en Isabel la boca era lo más impor-

tante de su rostro. La carta es como ella era: un poco caótica, en permanente vaivén del optimismo al pesimismo y viceversa, siempre alrededor del amor en la cama, llena de temores, movediza. Pobre Isabel. El hijo fue varón y se llamó Jaime, pero ella murió de un ataque de eclampsia pocas horas después del parto. Jaime no tiene una cara larga como la mía. No es nada feo, pero su éxito con las mujeres es provisorio, y además inútil. Pobre Isabel. Creía que, sacando el solitario, ya había convencido al destino, y únicamente lo había provocado. Todo está tan lejano, tan lejano. Hasta el marido de Isabel, el destinatario de esa carta de 1935 que era yo mismo, hasta ése también está ahora lejos, no sé si para bien o para mal. “No te rías”, me dice y me repite. Y era cierto: yo me reía en ese entonces muy seguido y a ella mi risa le caía mal. No le gustaban las arrugas que se me formaban junto a los ojos cuando me reía ni encontraba graciosa la causa de mi risa, ni podía evitar sentirse molesta y agresiva cuando yo me reía. Cuando estábamos con otra gente y yo me reía, ella me miraba con ojos de censura que anticipaban el reproche posterior para cuando estábamos solos: “No te rías, por favor, quedas horrible”. Cuando ella murió, la risa se me cayó de la boca. Anduve casi un año agobiado por tres cosas: el dolor, el trabajo y los hijos. Después volvió el equilibrio; volvió el aplomo, volvió la calma. Pero la risa no volvió. Bueno, a veces me río, claro, pero por algún motivo especial o porque conscientemente quiero reírme, y esto es muy raro. En cambio, aquella risa que era casi un tic, un gesto permanente, ésa no volvió. A veces pienso que es una lástima que no esté Isabel para verme tan serio; ella hubiera disfrutado mucho con mi seriedad actual. Pero, tal vez, si Isabel estuviera aquí, conmigo, no me habría curado de la risa. Pobre Isabel. Ahora me doy cuenta de que hablaba muy poco con ella. A veces no encontraba de qué hablar; en realidad, no había entre nosotros muchos temas comunes, aparte de los hijos, los acreedores, el sexo. Pero de este último tema no era imprescindible hablar. Ya eran bastante elocuentes nuestras noches. ¿Eso era el amor?

No estoy seguro. Es probable que si nuestro matrimonio no hubiera terminado a los cinco años, habríamos adivinado más tarde que eso era sólo un ingrediente. Y quizá no mucho más tarde. Pero en esos cinco años fue un ingrediente que alcanzó para mantenernos unidos, fuertemente unidos. Ahora, con Avellaneda, el sexo es (para mí, al menos) un ingrediente menos importante, menos vital; mucho más importantes, más vitales, son nuestras conversaciones, nuestras afinidades. Pero no me encandilo. Tengo bien presente que ahora tengo cuarenta y nueve años y cuando murió Isabel tenía veintiocho. Es más que seguro que si ahora apareciese Isabel, la misma Isabel de 1935 que escribió su carta desde Tacuarembó, una Isabel de pelo negro, de ojos buscadores, de caderas tangibles, de piernas perfectas, es más que seguro que yo diría: "Qué lástima" y me iría a buscarla a Avellaneda.

Miércoles 7 de agosto

Otro elemento a tener en cuenta frente a la posibilidad de la subgerencia. Si en mi vida no se hubiera introducido Avellaneda, quizá tendría derecho a vacilar. Comprendo que para algunos el ocio puede ser fatal; sé de varios jubilados que no fueron capaces de sobrevivir a esa interrupción de la rutina. Pero ésa es gente que se ha ido endureciendo, anquilosando, que virtualmente ha ido dejando de pensar por su cuenta. No creo que éste fuera mi caso. Yo pienso por mi cuenta. Pero aun pensando por mi cuenta, podría desconfiar del ocio, siempre que el ocio fuera una simple variante de la soledad; como podría serlo, en mi futuro de hace unos meses, antes de que apareciese Avellaneda. Pero con ella instalada en mi existencia, ya no habrá soledad. Es decir: ojalá que no haya. Hay que ser más modesto, más modesto. No frente a los demás, eso qué importa. Hay que ser más modesto cuando uno se enfrenta, cuando uno se confiesa a sí mismo, cuando uno se acerca a su última verdad, que aún puede llegar a ser más decisiva que la voz de la conciencia,

porque ésta sufre de afonías, de imprevistas ronqueras, que a menudo le impiden ser audible. Ya sé ahora que mi soledad era un horrible fantasma, sé que la sola presencia de Avellaneda ha bastado para espantarla, pero sé también que no ha muerto, que estará juntando fuerzas en algún sótano inmundo, en algún arrabal de mi rutina. Por eso, sólo por eso, me apeo de mi suficiencia y me limito a decir: ojalá.

Jueves 8 de agosto

Qué alivio. Ya contesté que no. El gerente sonrió satisfecho, satisfecho porque yo no le gusto como colaborador, y también porque mi negativa le servirá para crear la retroactividad de las buenas razones que seguramente habrá esgrimido para oponerse a mi ascenso. “Lo que yo decía un hombre terminado, un hombre que no quiere lucha. Para este cargo necesitamos un tipo activo, vital, emprendedor, no un fatigado.” Me parece ver el juegucito grosero, jactancioso, egocéntrico, de su asqueroso pulgar. Asunto concluido. Qué tranquilidad.

Lunes 12 de agosto

Ayer de tarde estábamos sentados junto a la mesa. No hacíamos nada, ni siquiera hablábamos. Yo tenía apoyada mi mano sobre un cenicero sin ceniza. Estábamos tristes: eso era lo que estábamos, tristes. Pero era una tristeza dulce, casi una paz. Ella me estaba mirando y de pronto movió los labios para decir dos palabras. Dijo: “Te quiero”. Entonces me di cuenta de que era la primera vez que me lo decía, más aún, que era la primera vez que lo decía a alguien. Isabel me lo hubiera repetido veinte veces por noche. Para Isabel, repetirlo era como otro beso, era un simple resorte del juego amoroso. Avellaneda, en cambio, lo había dicho una vez, la necesaria. Quizá ya no precise decirlo más, porque no es juego: es una esencia.

Entonces sentí una tremenda opresión en el pecho, una opresión en la que no parecía estar afectado ningún órgano físico, pero que era casi asfixiante, insoportable. Ahí, en el pecho, cerca de la garganta, ahí debe estar el alma, hecha un ovillo. “Hasta ahora no te lo había dicho”, murmuró, “no porque no te quisiera, sino porque ignoraba por qué te quería. Ahora lo sé”. Pude respirar, me pareció que la bocanada de aire llegaba desde mi estómago. Siempre puedo respirar cuando alguien explica las cosas. El deleite frente al misterio, el goce frente a lo inesperado, son sensaciones que a veces mis módicas fuerzas no soportan. Menos mal que alguien explica siempre las cosas. “Ahora lo sé. No te quiero por tu cara, ni por tus años, ni por tus palabras, ni por tus intenciones. Te quiero porque estás hecho de buena madera.” Nadie me había dedicado jamás un juicio tan conmovedor, tan sencillo, tan vivificante. Quiero creer que es cierto, quiero creer que estoy hecho de buena madera. Quizá ese momento haya sido excepcional, pero de todos modos me sentí vivir. Esa opresión en el pecho significa vivir.

Jueves 15 de agosto

El lunes próximo empezaré mi última licencia. Será un anticipo del gran Ocio Final. Jaime no ha dado señales de vida.

Viernes 16 de agosto

Un incidente verdaderamente incómodo. Me había encontrado a las siete y media con Aníbal, y después de charlar un rato en el café, tomamos el trole. A él también le sirve, aunque se baja antes. Hablábamos de mujeres, matrimonio, fidelidad, etcétera. Todo en términos muy amplios, generales. Yo, en voz muy baja, porque siempre he recelado del oído viajero de la gente; pero Aníbal aun cuando quiere secretar, lo hace con un

soplido estentóreo que inunda el ambiente. No sé a qué caso concreto nos referíamos. De pie junto a él, en el pasillo, iba una vieja de cara cuadrada y sombrero redondo. Yo me di cuenta de que estaba pendiente de las palabras de Aníbal, pero como lo que éste iba diciendo era muy edificante, muy pequeño-burgués, muy moral sin atenuantes, no me preocupé demasiado. Sin embargo, cuando Aníbal bajó y la vieja pasó a ocupar su asiento junto a mí, lo primero que me dijo fue: “No le haga caso a ese tipo diabólico”. Y antes de que yo articulara un estupefacto: “¿Cómo dijo?”, ya la vieja seguía: “Un tipo verdaderamente diabólico. Son éstos los que arruinan los hogares. Ah, ustedes los pantalones. ¡Con qué facilidad condenan a las mujeres! Mire, yo le puedo asegurar que cuando una mujer se pierde, siempre hay un hombre ruin, cretino, denigrante, que primero le hizo perder la fe en sí misma”. La vieja hablaba a los gritos. Todas las cabezas empezaron a darse vuelta para registrar quién era el destinatario de semejante responso. Yo me sentía como un insecto. Y la vieja seguía: “Yo soy batllista pero contraria al divorcio. El divorcio es lo que ha matado la familia. ¿Sabe en qué va a parar ese tipo diabólico que le acompañaba? Ah, no lo sabe. Pues yo sí lo sé. Ese tipo va a parar a la cárcel o se va a matar. Y lo bien que haría. Porque yo conozco hombres a los que habría que quemarlos vivos”. Me representé la insólita imagen de Aníbal chamuscándose en la hoguera. Sólo entonces tuve aliento para responder. “Dígame, señora, ¿por qué no se calla? ¿Usted qué sabe del problema? Lo que aquel señor venía diciendo es justamente lo contrario de lo que usted entendió...” Y la vieja, incólume: “Fíjese en las familias de antes. Ahí sí había moral. Usted pasaba al atardecer frente a los hogares y veía sentados en la vereda al esposo, la esposa y los hijos, todos juiciosos, dignos, bien educados. Eso es la felicidad, señor, y no tratar siempre que la mujer se pierda, que la mujer se entregue a la mala vida. Porque en el fondo ninguna mujer es mala, ¿sabe?”. Y cuando me gritaba eso agitando el índice, el sombrero se le

desacomodaba un poco hacia la izquierda. Confieso que esa imagen ideal de la felicidad con toda la familia sentada en la vereda, no llegaba a conmoverme demasiado. “Usted no le haga caso, señor. Usted ríase, eso es lo que tiene que hacer.” “¿Y por qué no se ríe usted, en vez de ponerse tan furiosa?” La gente ya había empezado a hacer comentarios. La vieja tenía sus partidarios; yo, los míos. Cuando digo “yo”, quiero decir ese enemigo hipotético y fantasmal contra el cual la señora descargaba sus improperios. “Y tenga en cuenta que soy batllista pero contraria al divorcio.” Entonces, antes de que reiniciara el ominoso ciclo, pedí permiso y me bajé, diez cuadras antes de mi destino.

Sábado 17 de agosto

Esta mañana estuve hablando con dos miembros del Directorio. Cosas sin mayor importancia, pero que alcanzaron, sin embargo, para hacerme entender que sienten por mí un amable, comprensivo desprecio. Imagino que ellos, cuando se repantigan en los mullidos sillones de la sala del Directorio, se deben sentir casi omnipotentes, por lo menos tan cerca del Olimpo como puede llegar a sentirse un alma sórdida y oscura. Han llegado al máximo. Para un futbolista, el máximo significa llegar un día a integrar el combinado nacional; para un místico, comunicarse alguna vez con su Dios; para un sentimental, hallar en alguna ocasión en otro ser el verdadero eco de sus sentimientos. Para esta pobre gente, en cambio, el máximo es llegar a sentarse en los butacones directoriales, experimentar la sensación (que para otros sería tan incómoda) de que algunos destinos están en sus manos, hacerse la ilusión de que resuelven, de que disponen, de que son alguien. Hoy, sin embargo, cuando yo los miraba, no podía hallarles cara de Alguien sino de Algo. Me parecen Cosas, no Personas. Pero, ¿qué les pareceré yo? Un imbécil, un incapaz, una piltrafa que se atrevió a rechazar una oferta del Olimpo. Una vez, hace muchos

años, le oí decir al más viejo de ellos: “El gran error de algunos hombres de comercio es tratar a sus empleados como si fueran seres humanos”. Nunca me olvidé ni me olvidaré de esa frasecita, sencillamente porque no la puedo perdonar. No sólo en mi nombre, sino en nombre de todo el género humano. Ahora siento la fuerte tentación de dar vuelta la frase y pensar: “El gran error de algunos empleados es tratar a sus patrones como si fueran personas”. Pero me resisto a esa tentación. Son personas. No lo parecen, pero son. Y personas dignas de una odiosa piedad, de la más infamante de las piedades, porque la verdad es que se forman una cáscara de orgullo, un repugnante empaque, una sólida hipocresía, pero en el fondo son huecos. Asquerosos y huecos. Y padecen la más horrible variante de la soledad: la soledad del que ni siquiera se tiene a sí mismo.

Domingo 18 de agosto

“Contáme cosas de Isabel.” Avellaneda tiene eso de bueno: hace que uno se descubra cosas, que se conozca mejor. Cuando uno permanece mucho tiempo solo, cuando pasan años y años sin que el diálogo vivificante y buceador lo estimule a llevar esa modesta civilización del alma que se llama lucidez hasta las zonas más intrincadas del instinto, hasta esas tierras realmente vírgenes, inexploradas, de los deseos, de los sentimientos, de las repulsiones, cuando esa soledad se convierte en rutina, uno va perdiendo inexorablemente la capacidad de sentirse sacudido, de sentirse vivir. Pero viene Avellaneda y hace preguntas, y sobre las preguntas que me hace, yo me hago muchas más, y entonces sí, ahora sí, me siento vivo y sacudido. “Contáme cosas de Isabel” es un pedido inocente, simple, y sin embargo... Las cosas de Isabel son mis cosas, o fueron; son las cosas de ese tipo que era yo en tiempos de Isabel. Qué inmadurez, Dios mío. Cuando apareció Isabel, yo no sabía lo que quería, no sabía qué esperaba de ella o de mí. No había modos

de comparar, pues no había patrones para reconocer cuándo era felicidad, cuándo desdicha. Los buenos momentos iban formando después la definición de la felicidad, los malos momentos servían para crear la fórmula de la desdicha. Eso también se llama frescura, espontaneidad, pero a cuántos abismos lleva lo espontáneo. Yo tuve suerte, en medio de todo. Isabel era buena, yo no era un cretino. Nuestra unión nunca fue complicada. Pero ¿qué habría pasado si el tiempo hubiera llegado a gastar ese amenazado atractivo del sexo? “Contáme cosas de Isabel” era una invitación a la sinceridad. Yo sabía el riesgo que corría. Los celos retrospectivos (por su imposibilidad de rencor, por su falta de desafío, por su improbable competencia) son espantosamente crueles. No obstante, fui sincero. Conté las cosas de Isabel que verdaderamente eran suyas. Y más. No inventé una Isabel que permitiera lucirme ante Avellaneda. Tuve el impulso de hacerlo, claro. A uno siempre le gusta quedar bien, y después de quedar bien le gusta quedar mejor frente a quien quiere, frente a quien uno, a su vez, pretende hacer méritos para ser querido. No la inventé, primero, porque creo que Avellaneda es digna de la verdad, y luego, porque yo también soy digno, porque estoy fatigado (y en este caso la fatiga es casi un asco) del disimulo, de ese disimulo que uno se pone como una careta sobre el viejo rostro sensible. Por eso, no estoy asombrado de que, a medida que Avellaneda se fue enterando de cómo había sido Isabel, yo también me haya ido enterando de cómo había sido yo.

Lunes 19 de agosto

Empecé hoy mi última licencia. Llovió todo el día. Estuve toda la tarde en el apartamento. Cambié dos tomacorrientes, pinté un armarito, me lavé dos camisas de nailon. A las siete y media llegó Avellaneda, pero sólo estuvo hasta las ocho. Tenía que ir al cumpleaños de una tía. Dice que Muñoz, como suplente mío, es insoportable-

mente mandón y pedante. Ya tuvo un incidente con Robledo.

Martes 20 de agosto

Hace un mes que Jaime se fue de casa. Piense o no en eso, lo cierto es que el problema me acompaña siempre. ¡Si por lo menos hubiera podido hablar una sola vez con él!

Miércoles 21 de agosto

Me quedé en casa y leí no sé cuántas horas, pero sólo revistas. No quiero hacerlo más. Me deja una horrible sensación de tiempo derrochado, algo así como si la estupidez me anesthesiara el cerebro.

Jueves 22 de agosto

Me siento un poco extraño sin la oficina. Pero quizá me sienta así porque tengo conciencia de que esto no es el verdadero ocio, de que es tan sólo un ocio a término, amenazado otra vez por la oficina.

Viernes 23 de agosto

Le quise dar una sorpresa. Me puse a esperarla a una cuadra de la oficina. A las siete y cinco la vi acercarse. Pero venía con Robledo. No sé qué le diría Robledo; lo cierto es que ella se reía sin trabas, realmente divertida. ¿Desde cuándo Robledo es tan gracioso? Me metí en un café, los dejé pasar y después empecé a caminar a unos treinta pasos detrás de ellos. Al llegar a Andes se despidieron. Ella dobló hacia San José. Iba al apartamento, claro. Yo entré en un cafecito bastante mugriento, donde

me sirvieron un cortado en un pocillo que aún tenía pintura de labios. No lo tomé, pero tampoco le reclamé al mozo. Estaba agitado, nervioso, intranquilo. Sobre todo, fastidiado conmigo mismo. Avellaneda riéndose con Robledo. ¿Qué había de malo en eso? Avellaneda en una simple relación humana no meramente oficinesca, con un tipo que no era yo. Avellaneda caminando por la calle junto a un hombre joven, uno de su generación, no un calandraca como yo. Avellaneda lejos de mí. Avellaneda viviendo por su cuenta. Claro que no había nada malo en todo eso. Pero la horrible sensación proviene quizá de que ésta es la primera vez que entreveo conscientemente la posibilidad de que Avellaneda pueda existir, desenvolverse y reír sin que mi amparo (no digamos mi amor) resulte imprescindible. Yo sabía que la conversación entre ella y Robledo había sido inocente. O quizá no. Porque Robledo no tiene por qué saber que ella no es libre. Qué idiota, qué cursi, qué convencional me siento al escribir: "Ella no es libre". ¿Libre para qué? Acaso la esencia de mi inquietud sea haber comprobado esto, nada más: que ella puede sentirse muy cómoda con gente joven, especialmente con un hombre joven. Y otra cosa: esto que vi no es nada, pero en cambio es mucho lo que entreví, y lo que entreví es el riesgo de perderlo todo. Robledo no interesa. En el fondo es un frívolo que jamás llegaría a interesarle. Salvo que yo no la conozca en absoluto. Bueno, ¿la conoceré? Robledo no interesa. Pero ¿y los otros, todos los otros del mundo? Si un hombre joven la hace reír, ¿cuántos otros pueden enamorarla? Si ella me pierde un día (su única enemiga puede ser la muerte, la maliciosa muerte que nos tiene fichados), ella tendría su vida entera, tendría el tiempo en sus manos, tendría su corazón, que siempre será nuevo, generoso, espléndido. Pero si yo la pierdo un día (mi único enemigo es el Hombre, el Hombre que está en todas las esquinas del mundo, el Hombre que es joven y fuerte y que promete), perdería con ella la última oportunidad de vivir, el último respiro del tiempo, porque si bien mi corazón

ahora se siente generoso, alegre, renovado, sin ella volvería a ser un corazón definitivamente envejecido.

Pagué el cortado que no tomé y me encaminé hacia el apartamento. Llevaba conmigo un vergonzante temor a su silencio, sobre todo porque sabía de antemano que aunque ella no dijese nada, yo no iba a investigar ni a preguntar ni a reprochar. Simplemente iba a tragarme la amargura, y, eso sí era seguro, a comenzar una era de pequeñas tormentas sin desahogo. Tengo una particular desconfianza hacia mis épocas grises. Creo que me temblaba la mano cuando hice girar la llave de la cerradura. “¿Cómo llegaste tan tarde?”, gritó desde la cocina. “Estaba esperándote para contarte la última locura de Robledo, ¡qué tipo! Hacía años que no me reía tanto.” Y apareció en el living con su delantal, su pollera verde, su buzo negro, sus ojos limpios, cálidos, sinceros. Ella no podrá saber nunca de qué me estaba salvando con esas palabras. La atraje hacia mí y mientras la abrazaba, mientras aspiraba el olor tiernamente animal de sus hombros a través del otro olor universal de la lana, sentí que el mundo empezaba de nuevo a girar, sentí que podía relegar otra vez a un futuro lejano, todavía innominado, esa amenaza concreta que se había llamado Avellaneda y los Otros. “Avellaneda y yo”, dije, despacito. Ella no entendió el porqué de esas tres palabras en esa precisa oportunidad, pero alguna oscura intuición le hizo saber que estaba aconteciendo algo importante. Se separó un poco de mí, todavía sin soltarme, y reclamó: “A ver, decílo otra vez”. “Avellaneda y yo”, repetí, obediente. Ahora estoy solo, de vuelta en casa, y son casi las dos de la madrugada. De vez en cuando, nada más que porque me da fuerzas y me entona y me afirma, sigo repitiendo: “Avellaneda y yo”.

Sábado 24 de agosto

Son raras las veces que pienso en Dios. Sin embargo, tengo un fondo religioso, un ansia de religión. Quisiera

convencerme de que efectivamente poseo una definición de Dios, un concepto de Dios. Pero no poseo nada semejante. Son raras las veces en que pienso en Dios, sencillamente porque el problema me excede tan sobrada y soberanamente, que llega a provocarme una especie de pánico, una desbandada general de mi lucidez y de mis razones. “Dios es la Totalidad”, dice a menudo Avellaneda. “Dios es la Esencia de todo”, dice Aníbal, “lo que mantiene todo en equilibrio, en armonía, Dios es la Gran Coherencia”. Soy capaz de entender una y otra definición, pero ni una ni otra son *mi definición*. Es probable que ellos estén en lo cierto, pero no es ése el Dios que yo necesito. Yo necesito un Dios con quien dialogar, un Dios en quien pueda buscar amparo, un Dios que me responda cuando lo interrogo, cuando lo ametrallo con mis dudas. Si Dios es la Totalidad, la Gran Coherencia, si Dios es sólo la energía que mantiene vivo el Universo, si es algo tan inconmensurablemente infinito, ¿qué puede importarle de mí, un átomo malamente encaramado a un insignificante piojo de su Reino? No me importa ser un átomo del último piojo de su Reino, pero me importa que Dios esté a mi alcance, me importa asirlo, no con mis manos, claro, ni siquiera con mi razonamiento. Me importa asirlo con mi corazón.

Domingo 25 de agosto

Me trajo fotos de su infancia, de su familia, de su mundo. Es una prueba de amor, ¿verdad que sí? Fue una criatura delgadita, de ojos algo espantados, de pelo oscuro y lacio. Hija única. Yo también fui hijo único. Y no es fácil, uno acaba por sentirse desamparado. Hay una foto deliciosa en que aparece con un enorme perro policía, y el animal la mira con aire de protección. Me imagino que siempre todo el mundo habrá tenido ganas de protegerla. Sin embargo, no es tan indefensa, está bastante segura de lo que quiere. Además, me gusta que esté segura. Está segura de que el trabajo la asfixia, de que nunca se suici-

dará, de que el marxismo es un grave error, de que yo le gusto, de que la muerte no es el fin de todo, de que sus padres son magníficos, de que Dios existe, de que la gente en que confía no habrá de fallarle jamás. Yo no podría ser así de categórico. Pero lo mejor de todo es que ella no se equivoca. Su seguridad le sirve incluso para amedrentar al destino. Hay una foto en que está con sus padres, cuando tenía doce años. A partir de esa imagen yo también me animo a construir mi impresión de ese matrimonio singular, armónico, diferente. Ella es una mujer de rasgos suaves, nariz fina, pelo negro y piel muy clara con dos lunares en la mejilla izquierda. Los ojos son serenos, quizá demasiado; tal vez no sirvan para comprometerse totalmente en el espectáculo a que asisten, en lo que ven vivir, pero me parecen capaces de comprenderlo todo. Él es un hombre alto, de hombros más bien estrechos, con una calvicie que ya en ese entonces había hecho estragos, unos labios muy delgados y un mentón muy afilado pero nada agresivo. Me preocupan mucho los ojos de la gente. Los suyos tienen algo de desequilibrio. No por cierto de enajenación, sino de ajenidad. Son los ojos de un tipo que está sorprendido por el mundo, por el mero hecho de encontrarse en él. Ambos son (se les ve en la cara) buenas personas, pero me gusta más la bondad de ella que la de él. El padre es un hombre excelente, pero no es capaz de comunicarse con el mundo, de modo que no se puede saber qué iría a suceder el día en que llegara a establecerse esa comunicación. “Se quieren, de eso estoy segura”, dice Avellaneda, “pero no sé si ése es el modo de quererse que a mí me gusta”. Sacude la cabeza para acompañar la duda, luego se anima a agregar: “Relacionadas con los sentimientos hay una serie de zonas vecinas, afines, fáciles de confundir. El amor, la confianza, la piedad, la camaradería, la ternura; yo no sé nunca en cuál de esas zonas tienen lugar las relaciones de papá y mamá. Es algo muy difícil de definir y no creo que ellos mismos lo hayan definido. En alguna ocasión he rozado el tema en conversaciones con mamá. Ella cree que hay demasiada serenidad en su unión con

mi padre, demasiado equilibrio como para que exista efectivamente amor. Esa serenidad, ese equilibrio, a los que también puede llamarse falta de pasión, habrían sido quizá insoportables si ellos hubieran tenido algo que reprocharse. Pero no hay reproches ni motivos de reproches. Se saben buenos, honestos, generosos. Saben también que todo eso, aun siendo tan magnífico como es, no significa todavía el amor, ni significa que se queman en ese fuego. No se queman, y eso que los une dura más aún". "¿Y qué pasa contigo y conmigo? ¿Nos estamos quemando?", pregunté, pero en ese preciso instante estaba distraída, y su mirada también parecía la de alguien sorprendido por el mundo, por el mero hecho de encontrarse en él.

Lunes 26 de agosto

Se lo dije a Esteban. Blanca había ido a almorzar con Diego, así que estábamos solos al mediodía. Fue un gran alivio enterarme de que ya lo sabía. Jaime lo había enterado. "Mirá, papá, yo no lo puedo comprender totalmente ni creo que sea la mejor solución que te hayas unido a una muchacha tantos años menor que vos. Pero una cosa es cierta: no me atrevo a juzgarte. Sé que cuando uno ve las cosas desde fuera, cuando uno no se siente complicado en ellas, es muy fácil proclamar qué es lo malo y qué es lo bueno. Pero cuando uno está metido hasta el pescuezo en el problema (y yo he estado muchas veces así), las cosas cambian, la intensidad es otra, aparecen hondas convicciones, inevitables sacrificios y renunciamientos que pueden parecer inexplicables para el que sólo observa. Ojalá que lo pases bien, no superficialmente bien, sino bien de veras. Ojalá te sientas a la vez protector y protegido, que es una de las más agradables sensaciones que puede permitirse el ser humano. Yo me acuerdo muy poco de mamá. En realidad, es una imagen verdadera a la que se le han superpuesto las imágenes y los recuerdos de los demás. Ya no sé cuál de

esos recuerdos es exclusivamente mío. Uno solo quizá: ella peinándose en el dormitorio, con su largo y oscuro pelo cayéndole en la espalda. Ya ves que no es mucho lo que recuerdo de mamá. Pero con los años he ido habituándome a considerarla algo ideal, inalcanzable, casi etéreo. Era tan linda. ¿Verdad que sí? Comprendo que a lo mejor esa representación mía tiene poco que ver con lo que verdaderamente fue mamá. Sin embargo, es así como ella existe para mí. Por eso me chocó un poco cuando él me dijo que andabas con una muchacha. Me chocó pero lo admito, porque sé que estabas muy solo. Y más me doy cuenta ahora, porque he seguido tu proceso y te he visto revivir. Así que no te juzgo, no puedo juzgarte; más aún, me gustaría mucho que hubieras acertado y te acercaras lo más posible a la buena suerte.”

Martes 27 de agosto

Frío y sol. Sol de invierno, que es el más afectuoso, el más benévolo. Fui hasta la Plaza Matriz y me senté en un banco, después de abrir un diario sobre la caca de las palomas. Frente a mí, un obrero municipal limpiaba el césped. Lo hacía con parsimonia, como si estuviera por encima de todos los impulsos. ¿Cómo me sentiría yo si fuera un obrero municipal limpiando el césped? No, ésa no es mi vocación. Si yo pudiera elegir otra profesión que la que tengo, otra rutina que la que me ha gastado durante treinta años, en ese caso yo elegiría ser mozo de café. Y sería un mozo activo, memorioso, ejemplar. Buscaría asideros mentales para no olvidarme de los pedidos de todos. Debe ser magnífico trabajar siempre con caras nuevas, hablar libremente con un tipo que hoy llega, pide un café, y nunca más volverá por aquí. La gente es formidable, entretenida, potencial. Debe ser fabuloso trabajar con la gente en vez de trabajar con números, con libros, con planillas. Aunque yo viajara, aunque me fuera de aquí y tuviera oportunidad de sorprenderme con paisajes, monumentos, caminos, obras

de arte, nada me fascinaría tanto como la gente, como ver pasar a la gente y escudriñar sus rosarios, reconocer aquí y allá gestos de felicidad y de amargura, ver cómo se precipitan hacia sus destinos, en insaciada turbulencia, con espléndido apuro, y darme cuenta de cómo avanzan, inconscientes de su brevedad, de su insignificancia, de su vida sin reservas, sin sentirse jamás acorralados, sin admitir que están acorralados. Creo que nunca, hasta ahora, había sido consciente de la presencia de la Plaza Matriz. Debo haberla cruzado mil veces, quizá maldije en otras tantas ocasiones el desvío que hay que hacer para rodear la fuente. La he visto antes, claro que la he visto, pero no me había detenido a observarla, a sentirla, a extraer su carácter y reconocerlo. Estuve un buen rato contemplando el alma agresivamente sólida del Cabildo, el rostro hipócritamente lavado de la Catedral, el desalentado cabeceo de los árboles. Creo que en ese momento se me afirmó definitivamente una convicción: soy de este sitio, de esta ciudad. En esto (es probable que en nada más) creo que debo ser un fatalista. Cada uno ES de un solo sitio en la tierra y allí debe pagar su cuota. Yo soy de aquí. Aquí pago mi cuota. Ese que pasa (el de sobretodo largo, la oreja salida, la ronquera rabiosa), ése es mi semejante. Todavía ignora que yo existo, pero un día me verá de frente, de perfil o de espaldas, y tendrá la sensación de que entre nosotros hay algo secreto, un recóndito lazo que nos une, que nos da fuerzas para entendernos. O quizá no llegue nunca ese día, quizá él no se fije nunca en esta plaza, en este aire que nos hace prójimos, que nos empareja, que nos comunica. Pero no importa; de todos modos, es mi semejante.

Miércoles 28 de agosto

Sólo me quedan cuadro días de licencia. No echo de menos la oficina. Echo de menos a Avellaneda. Hoy fui al cine, solo. Vi una de cowboys. Hasta la mitad, me

entretuve; a partir de allí, me aburrí de mí mismo, de mi propia paciencia.

Jueves 29 de agosto

Le pedí a Avellaneda que faltara a la oficina. Yo, su jefe, le autoricé y basta. Se quedó todo el día conmigo en el apartamento. Me imagino la bronca de Muñoz, con dos tipos menos en la sección y toda la responsabilidad sobre sus hombros. No sólo la imagino sino que la comprendo. Pero no importa. Estoy en una edad en que el tiempo parece y es irrecuperable. Tengo que asirme desesperadamente a esta razonable dicha que vino a buscarme y que me encontró. Por eso es que no puedo volverme magnánimo, generoso, no puedo ponerme a pensar en las preocupaciones de Muñoz antes que en las mías. La vida se va, se está yendo ahora mismo, y yo no puedo soportar esa sensación de escape, de acabamiento, de final. Este día con Avellaneda no es la eternidad, es sólo un día, un pobre, indigno, limitado día, al que todos, desde Dios para abajo, hemos condenado. No es la eternidad pero es el instante, que, después de todo, es su único sucedáneo verdadero. Así que tengo que apretar el puño, tengo que gastar esta plenitud sin ninguna reserva, sin previsión alguna. Quizá después venga el ocio definitivo, el ocio asegurado, quizá haya después muchos días como éste, y piense entonces en este apuro, en esta impaciencia, como en un ridículo agotamiento. Quizá, sólo quizá. Pero este Mientras Tanto tiene el alivio, la garantía de lo que es, de lo que está siendo.

Hace frío. Avellaneda estuvo todo el día de buzo y pantalones. Así, con el pelo recogido, parecía un muchacho. Le dije que tenía cara de diariero. Pero no me prestó demasiada atención. Estaba preocupada con su horóscopo. Hace un año alguien le hizo su horóscopo y le predijo el futuro. Al parecer, en ese futuro figuraba su actual empleo, y, sobre todo, figuraba yo. "Hombre maduro, de mucha bondad, algo apagado pero inteligente."

¿Qué tal? Ése soy yo. “¿Vos qué pensás? ¿Se podrá, así nomás, predecir el futuro?” “Yo no sé si se podrá, pero de cualquier manera me parece una trampa. Yo no quiero saber qué me va a pasar. Sería horrible. ¿Te imaginás qué vida espantosa si uno supiera cuándo se va a morir?” “A mí me gustaría saber cuándo voy a morirme. Si fuera posible conocer la fecha de la propia muerte, uno podría regular su ritmo de vida, gastarse más o gastarse menos de acuerdo al saldo que le restara.” A mí me parecería monstruoso. Pero la predicción dice que Avellaneda tendrá dos o tres hijos, que será feliz, pero quedará viuda (bah), que morirá de una enfermedad circulatoria, allá por sus ochenta. A Avellaneda le preocupan muchos los dos o tres hijos. “¿Vos querés tener?” “No estoy muy seguro.” Ella se da cuenta de que mi respuesta es la prudencia en persona, pero cuando me mira yo sé que ella quisiera tener hijos, por lo menos uno. “No te pongas triste”, digo, “si te ponés triste soy capaz de encargar mellizos”. Sabe lo que yo pienso, sufre por eso y se aferra al vaticinio. “¿Y no te importa la viudez, aunque sea una viudez clandestina?” “No me importa, porque hasta allí no llega mi fe. Yo sé que sos indestructible, que las predicciones te pasan al lado, sin tocarte.” Nada más que una muchacha trepada sobre el sofá, con las piernas arrolladas, y la punta de la nariz colorada de frío.

Viernes 30 de agosto

Durante la licencia, escribí todos los días. Se me hace cuesta arriba reintegrarme al trabajo. Esta licencia ha sido un buen aperitivo de mi jubilación. Blanca recibió hoy una carta de Jaime, rencorosa, violenta. El párrafo que me dedica, dice así: “Decíle al viejo que todos mis amores fueron platónicos, así que, cuando tenga pesadillas en las que aparezca mi inmunda persona, puede darse vuelta y respirar tranquilo. Por ahora”. Es demasiado odio junto para que sea verdadero. Al final voy a pensar que este hijo me quiere un poco.

Sábado 31 de agosto

Avellaneda y Blanca se veían sin que yo lo supiera. A Blanca se le escapó una frasecita reveladora y todo quedó al descubierto. “No queríamos decírtelo, porque estamos aprendiendo mucho sobre vos.” Al principio me pareció una broma miserable, después me conmoví. No tuve más remedio que figurarme a las dos muchachas intercambiando sus respectivas imágenes incompletas acerca de este tipo sencillo que soy yo. Una especie de rompecabezas. Hay curiosidad en esto, claro, pero también hay cariño. Avellaneda, por su parte, se mostró muy culpable, me pidió perdón, dijo por centésima vez que Blanca era estupenda. Me gusta que sean amigas, por mí, a través de mí, a causa de mí, pero no puedo evitar a veces la sensación de estar de más. En realidad, soy un veterano del que se están ocupando dos muchachas.

Domingo 1º de setiembre

Se acabó la farra. Mañana otra vez a la oficina. Pienso en las planillas de ventas, en la goma de pan, en los libros copiadores, en las libretas de cheques, en la voz del gerente, y el estómago se me revuelve.

Lunes 2 de setiembre

Me recibieron como a un salvador: con todos los problemas sin resolver. Parece que estuvo un inspector y armó tremendo lío sobre una idiotéz. Muñoz, el pobre, se ahoga en un vaso de agua. A Santini lo encontré más marica que de costumbre. Me hizo unas monerías bastante escandalosas. ¿Éste también será platónico? Se dice que, en vista de mi negativa, traerán un subgerente de otra compañía. Martínez está que brama. Hoy, por primera vez después de la borrasca, vino la Valverde. Mueve el trasero con un entusiasmo digno de mejor causa.

Martes 3 de setiembre

Por primera vez, Avellaneda me habló de su antiguo novio. Se llama Enrique Ávalos y trabaja en el Municipio. El noviazgo sólo duró un año. Exactamente, desde abril del año pasado hasta abril de este año. “Es un buen tipo. Todavía le tengo estima, pero...” Me doy cuenta de que siempre temí esta explicación, pero también me doy cuenta de que mi mayor temor era que no llegara. Si ella se atrevía a mencionarlo, era porque el tema ya no importaba tanto. De cualquier modo, todos mis sentidos estuvieron pendientes de ese Pero, que me sonaba a música celestial. Porque el novio había tenido sus ventajas (su edad, su aspecto, el mero hecho de llegar primero) y quizá no las había sabido aprovechar. A partir de ese Pero empezaban las mías y yo sí estaba dispuesto a aprovecharlas, es decir, a socavarle el terreno al pobre Enrique Ávalos. La experiencia me ha enseñado que uno de los métodos más eficaces para derrotar a un rival en el vacilante corazón de una mujer, es elogiar sin restricciones a ese mismo rival, es volverse tan comprensivo, tan noble y tolerante, que uno mismo se sienta conmovido. “De veras, todavía le tengo estima pero estoy segura de que no hubiera podido ser ni medianamente feliz con él.” “Bueno, ¿por qué estás tan segura? ¿No decís que es un buen tipo?” “Claro que es. Pero no alcanza. Ni siquiera puedo achacarle que él sea muy frívolo y yo muy profunda, porque ni yo soy tan profunda como para que me moleste una buena dosis de frivolidad, ni él es tan frívolo como para que no llegue a conmoverlo un sentimiento verdaderamente hondo. Las dificultades eran de otro orden. Creo que el obstáculo más insalvable era que no nos sentíamos capaces de comunicarnos. Él me exasperaba; yo lo exasperaba. Posiblemente me quisiera, vaya uno a saberlo, pero lo cierto es que tenía una habilidad especial para herirme.” Qué estupendo. Yo tenía que hacer un gran esfuerzo para que la satisfacción no me inflara los carrillos, para poner la cara preocupada de alguien que en verdad lamentara que todo aquello hubiera acabado

en una frustración. Hasta tuve fuerzas para abogar por mi enemigo: “¿Y vos pensaste si no tendrías también tu poco de culpa? A lo mejor, él te hería simplemente porque vos estabas siempre esperando que él te hiriese. Vivir eternamente a la defensiva no es, con toda seguridad, el método más eficaz para mejorar la convivencia.” Entonces ella sonrió y sólo dijo: “Contigo no tengo necesidad de vivir a la defensiva. Me siento feliz”. Eso ya era superior a mis fuerzas de contención y disimulo. La satisfacción se derramó por todos mis poros, mi sonrisa llegó de oreja a oreja, y ya no me importó dedicarme a arruinar para siempre los prestigios aún sobrevivientes del pobre Enrique, un maravilloso derrotado.

Miércoles 4 de setiembre

Muñoz, Robledo, Méndez, me hablaron con insistencia de Avellaneda, de lo bien que había trabajado durante mi licencia, de lo buena compañera que había demostrado ser. ¿Qué pasa? ¿Cómo se habrá comportado Avellaneda en estos días para que esos insensibles se muestren emocionados? Hasta el gerente me llamó y, entre otros asuntos, me dejó caer esta frase distraída: “¿Qué tal esa muchacha que tiene en su sección? Tengo buenos informes sobre su trabajo”. Formulé un mesurado elogio, en el tono más convencional del mundo. Pero el Cangrejo agregó: “¿Sabe por qué se lo preguntaba? Porque a lo mejor la traigo aquí, como secretaria”. Sonrió mecánicamente, sonreí mecánicamente. Debajo de mi sonrisa, por lo menos, había palabrotas a granel.

Jueves 5 de setiembre

Creo que en esto sentimos igual. Tenemos imperiosa necesidad de decírnoslo todo. Yo hablo con ella como si hablara conmigo mismo; en realidad, mejor aún que si hablara conmigo mismo. Es como si Avellaneda participara de

mi alma, como si estuviera acurrucada en un rincón de mi alma, esperando mi confianza, reclamando mi sinceridad. Ella, por su parte, también me lo dice todo. En otro momento, sé que hubiera anotado: "Por lo menos, así lo creo", pero ahora no puedo, sencillamente porque no sería cierto. Ahora sé que ella me lo dice todo.

Viernes 6 de setiembre

Lo vi a Vignale en la confitería, muy escondido en una mesita del fondo, con una chiquilina bastante vistosa. Me saludó con un gran ademán, como para confirmarme que se ha lanzado a la aventura en gran escala. Así, desde lejos, la pareja me daba un poco de lástima. De pronto me encontré pensando: "¿Y yo?". Claro que Vignale es un tipo grosero, ampuloso, guarango... Pero ¿y yo? ¿Cómo seré yo para quien mire desde lejos? Salgo muy poco con Avellaneda. Nuestra vida transcurre en la oficina y en el apartamento. Me temo que mi resistencia a salir con ella se apoye más que nada en un vigilado temor a quedar mal. No, no puede ser. En un momento en que Vignale estaba hablando con el mozo, la muchacha le lanzó una mirada dura, de desprecio. Avellaneda no podría mirarme así.

Sábado 7 de setiembre

Me citó el amigo de Esteban. Es prácticamente seguro que mi jubilación esté pronta para dentro de cuatro meses. Es curioso: cuanto más me acerco al descanso, más insoportable me resulta la oficina. Sé que me restan sólo cuatro meses de asientos, de contraasientos, balancetes, cuentas de orden, declaraciones juradas. Pero daría un año de vida por que esos cuatro meses se redujeran a cero. Bueno, pensándolo mejor, no daría un año de vida, porque ahora mi vida tiene a Avellaneda.

Domingo 8 de setiembre

Esta tarde hicimos el amor. Lo hemos hecho tantas veces y sin embargo no lo he registrado. Pero hoy fue algo maravilloso. Nunca en mi vida, ni con Isabel ni con nadie, me sentí tan cerca de la gloria. A veces pienso que Avellaneda es como una horma que se ha instalado en mi pecho y lo está agrandando, lo está poniendo en condiciones adecuadas para sentir cada día más. Lo cierto es que yo ignoraba que tenía en mí esas reservas de ternura. Y no me importa que ésta sea una palabra sin prestigio. Tengo ternura y me siento orgulloso de tenerla. Hasta el deseo se vuelve puro, hasta el acto más definitivamente consagrado al sexo se vuelve casi inmaculado. Pero esa pureza no es mojigatería, no es afectación, no es pretender que sólo apunto al alma. Esa pureza es querer cada centímetro de su piel, es aspirar su olor, es recorrer su vientre, poro a poro. Es llevar el deseo hasta la cumbre.

Lunes 9 de setiembre

En la sección Ventas le han preparado una trampa sangrienta a un tal Menéndez, un muchacho ingenuo, supersticioso, tremendamente cabulero, que entró en la empresa formando parte de la misma tanda que Santini, Sierra y Avellaneda. Resulta que Menéndez se compró un entero para la lotería de mañana. Dijo que esta vez no lo iba a mostrar a nadie, porque tenía la corazonada de que, si no lo mostraba, el número iba a salir con la grande. Pero esta tarde vino el cobrador de Peñarol, y Menéndez, al abrir la billetera para pagarle, dejó por unos segundos el número sobre el mostrador. Él no se dio cuenta pero Rosas, un cretino en permanente estado de alerta, anotó mentalmente el número y de inmediato hizo un repartido verbal. La broma que han preparado para mañana es la siguiente: se combinaron con el lotero de enfrente para que, a determinada hora, anote en el pizarrón el número 15.301 en el lugar del primer premio.

Sólo por unos minutos, después lo borraré. Al lotero le gustó tanto la concepción del chiste que, contra lo previsto, accedió a colaborar.

Martes 10 de setiembre

Fue tremendo. A las tres menos cuarto, llegó Gaizolo de la calle y dijo en voz alta: “Putá, qué bronca. Le estuve jugando a la cifra uno hasta el sábado pasado, y justo sale hoy.” Desde el fondo llegó la primera pregunta prevista: “¿Así que terminó en uno? ¿Te acordás de las dos cifras?”. “Cero uno”, fue la respuesta de mal talante. Entonces Peña saltó desde su escritorio: “Che, yo le jugué al 301” y agregó en seguida, dirigiéndose a Menéndez, que trabaja frente al ventanal: “Dale, Menéndez, fijáte en el pizarrón. Si salió el 301, me forré de veras”. Parece que Menéndez dio vuelta la cabeza con toda parsimonia, en la actitud del tipo que todavía se está frenando para no hacerse ilusiones. Vio las grandes y claras cifras del 15.301 y quedó por un momento paralizado. Creo que en ese instante habrá pesado todas las posibilidades y también habrá desechado toda posible trampa. Nadie, sino él, conocía el número. Pero el itinerario de la broma terminaba allí. El plan establecía que, en ese momento, todos venían en equipo a tomarle el pelo. Pero nadie había previsto que Menéndez pegara un salto y saliera corriendo hacia el fondo. La versión de algún testigo es que entró sin golpear en el despacho del gerente (que en ese momento atendía a un representante de una firma americana), prácticamente se le tiró encima y antes de que el otro pudiera encauzar su propio asombro, ya le había dado un sonoro beso en la pelada. Yo, que me di cuenta tarde de este último giro, penetré tras él en el despacho, lo tomé de un brazo y lo saqué a la fuerza. Allí, entre las cajas de pernos y pistones, mientras él se sacudía en unas carcajadas eléctricas que nunca podré olvidar, le dije casi a los gritos la verdad verdadera. Me sentí horrible haciendo eso, pero no había más remedio. Nun-

ca vi desmoronarse a un hombre de esa manera irremediable y repentina. Se le doblaron las piernas, abrió la boca sin poderla cerrar, y después, sólo después, se tapó los ojos con la mano derecha. Lo senté en una silla y entré en el despacho del gerente a explicarle el episodio, pero el cretino no podía tolerar que el representante americano hubiera presenciado su humillación: “No se fatigue explicándome una historia increíble. Ese imbécil está despedido”.

Eso es lo horrible: está efectivamente despedido, y además amargado para siempre. Esos cinco minutos de frenética ilusión van a ser imborrables. Cuando los otros supieron la noticia, fueron en delegación a la gerencia, pero el Cangrejo es inflexible. Debe ser el día más triste, más grosero, más deprimente de todos los muchos años que he pasado en la oficina. Sin embargo, a última hora, la cofradía de los crueles tuvo un gesto: en tanto que Menéndez no encuentre otro empleo, el personal decidió contribuir con un pequeño porcentaje hasta formar su sueldo y entregárselo. Pero hubo un obstáculo: Menéndez no acepta el regalo o la reparación o como quiera llamarle. Tampoco quiere hablar con nadie de la oficina. Pobre tipo. Yo mismo me estoy reprochando por no haberlo puesto sobre aviso desde ayer. Pero nadie podía imaginarse que su reacción fuera tan fulminante.

Miércoles 11 de setiembre

Pasado mañana es mi cumpleaños, pero ella igual me mostró sus regalos. Primero me dio un reloj de oro. Pobrecita. Debe haber consumido íntegramente sus ahorros. Después, con un poco de vergüenza, abrió una cajita y me mostró el otro obsequio: un caracolito alargado, de líneas perfectas: “Lo recogí en La Paloma, el día en que cumplí nueve años. Vino una ola y lo dejó a mis pies, como una atención del mar. Creo que fue el momento más feliz de mi infancia. Por lo menos, es el objeto mate-

rial que más quiero, que más admiro. Quiero que lo tengas, que lo lleves contigo. ¿Te parece ridículo?”.

Ahora está en la palma de mi mano. Vamos a ser buenos amigos.

Jueves 12 de setiembre

Diego es un preocupado y, merced a su influencia, Blanca se está convirtiendo en otra preocupada. Esta noche hablé largamente con ambos. Su preocupación es el país, su propia generación, y, en el fondo de ambas abstracciones, su preocupación se llama Ellos Mismos. Diego quiere hacer algo rebelde, positivo, estimulante, renovador; no sabe bien qué. Hasta ahora lo que siente con la máxima intensidad es un inconformismo agresivo, en el cual falta todavía un poco de coherencia. Le parece funesta la apatía de nuestra gente, su carencia de impulso social, su democrática tolerancia hacia el fraude, su reacción guaranga e inocua ante la mistificación. Le parece espantoso, por ejemplo, que exista un matutino con diecisiete editorialistas que escriben como un *hobby*, diecisiete rentistas que desde un *bungalow* de Punta del Este claman contra la horrible plaga del descanso, diecisiete pitucos que usan toda su inteligencia, toda su lucidez, para henchir de habilidosa convicción un tema en que no creen, una diatriba que en el fondo de sí mismos consideran injusta. Le subleva que las izquierdas sobrelleven, sin disimularlo mucho, un fondo de aburguesado acomodo, de rígidos ideales, de módico camanduleo. “¿Usted ve alguna salida?”, pregunta y vuelve a preguntar, con franca, provocativa ansiedad. “Lo que es yo, por mi parte, no la veo. Hay gente que entiende lo que está pasando, que cree que es absurdo lo que está pasando, pero se limitan a lamentarlo. Falta pasión, ése es el secreto de este gran globo democrático en que nos hemos convertido. Durante varios lustros hemos sido serenos, objetivos, pero la objetividad es inofensiva, no sirve para cambiar el mundo, ni siquiera para cambiar un país de bolsillo como éste. Hace falta

pasión, y pasión gritada, o pensada a los gritos, o escrita a los gritos. Hay que gritarle en el oído a la gente, ya que su aparente sordera es una especie de autodefensa, de cobarde y malsana autodefensa. Hay que lograr que se despierte en los demás la vergüenza de sí mismos, que se sustituya en ellos la autodefensa por el autoasco. El día en que el uruguayo sienta asco de su propia pasividad, ese día se convertirá en algo útil.”

Viernes 13 de setiembre

Hoy cumpla cincuenta años. Es decir, a partir de este día estoy en condiciones de jubilarme. Una fecha que parece sentenciada para hacer balance. Pero yo he estado haciendo balance todo el año. Me revientan los aniversarios, las alegrías y las penas a plazo fijo. Me parece deprimente, por ejemplo, que el 2 de noviembre debamos llorar a coro por nuestros muertos, que el 25 de agosto nos emocionemos a la simple vista de la bandera nacional. Se es o no se es, no importa el día.

Sábado 14 de setiembre

Sin embargo, la fecha de ayer no pasó en vano. Hoy, en varios momentos del día, pensé: “Cincuenta años”, y se me fue el alma a los pies. Estuve frente al espejo y no pude evitar un poco de piedad, un poco de conmiseración hacia ese tipo arrugado, de ojos con fatiga, que nunca llegó ni llegará a nada. Lo más trágico no es ser mediocre pero inconsciente de esa mediocridad; lo más trágico es ser mediocre y saber que se es así y no conformarse con ese destino que, por otra parte (eso es lo peor), es de estricta justicia. Entonces, cuando estaba mirándome al espejo, apareció sobre mi hombro la cabeza de Avellaneda. Al tipo arrugado, que nunca llegó ni llegará a nada, se le encendieron los ojos, y por dos horas y media se olvidó de que había cumplido cincuenta años.

Domingo 15 de setiembre

Ella se ríe. Yo le pregunto: “¿Te das cuenta de lo que significan cincuenta años?”, y ella se ríe. Pero quizá en el fondo se dé cuenta de todo y vaya depositando muy diversas cosas en los platillos de la balanza. Sin embargo, es buena y no me dice nada. No menciona que llegará un instante inevitable en que yo la miraré sin sexo, en que su mano en mi mano no será un choque eléctrico, en que yo conservaré por ella el suave cariño que se tiene por las sobrinas, por las hijas de los amigos, por las más remotas actrices de cine, un cariño que es una suerte de decoración mental pero que no puede herir ni ser herido, no puede provocar cicatrices ni apurar el corazón, un cariño manso, apacible, inocuo, que parece un adelanto del monótono amor de Dios. Entonces la miraré y no podré sentir celos, porque habrá pasado la época de las tormentas. Cuando en el cielo despejado de la setentena aparece una nube, ya se sabe que es la nube de la muerte. Ésta debe ser la frase más cursi, más ridícula, que he dejado caer en la libreta. La más verdadera, quizá. ¿Por qué será que lo verdadero es siempre un poco cursi? Los pensamientos sirven para edificar lo digno sin excusa, lo estoico sin claudicación, el equilibrio sin reservas, pero las excusas, las claudicaciones, las reservas, están agazapadas en la realidad, y cuando allí llegamos, nos desarman, nos aflojan. Cuanto más dignos sean los propósitos a cumplir, más ridículos parecen los propósitos incumplidos. La miraré y no podré sentir celos de nadie; sólo celos de mí mismo, celos de este individuo de hoy que siente celos de todos. Salí con Avellaneda y mis cincuenta años, la paseé y los paseé a lo largo de Dieciocho. Quise que me vieran con ella. Creo que no me crucé con nadie de la oficina. Pero en cambio me vieron la mujer de Vignale, un amigo de Jaime, dos parientes de ella. Además (iqué horrible además!) en Dieciocho y Yaguarón me crucé con la madre de Isabel. Es increíble: han pasado años y años por mi rostro y por el suyo, y sin embargo, cuando la veo, el corazón me sigue dando un vuelco; en realidad, algo más que un vuelco, un

brinco de rabia e impotencia. Una mujer invencible, tan admirablemente invencible que uno no puede menos que sacarse el sombrero. Saludó, con la misma agresiva reticencia de veinte años atrás, y después envolvió literalmente a Avellaneda de una larga ojeada, que era a la vez diagnóstico y desahucio. Avellaneda percibió la sacudida, me apretó el brazo y preguntó quién era. “Mi suegra”, dije. Y es cierto: mi primera y única suegra. Porque aun en el caso de que yo me casara con Avellaneda, aun en el caso de que yo nunca hubiera sido el marido de Isabel, esta altísima, potente, decisiva matrona de setenta años, habría sido siempre y hasta siempre mi Suegra Universal, inevitable, destinada, mi Suegra que procede directamente de ese Dios de terror que ojalá no exista, aunque más no sea para recordarme que el mundo es eso, que el mundo también se detiene a veces a contemplarnos, con una mirada que también puede llegar a ser diagnóstico y desahucio.

Lunes 16 de setiembre

Salimos de la oficina casi juntos, pero ella no quiso ir al apartamento. Está resfriada. Así que fuimos a la farmacia y le compré un jarabe expectorante. Después tomamos un taxi y la dejé a dos cuadras de su casa. No quiere correr el riesgo de que el padre se entere. Caminó unos pocos pasos, se dio vuelta y me hizo un alegre saludo con la mano. En el fondo, nada de eso es demasiado importante. Pero en el gesto había familiaridad, había sencillez. Y en ese instante me sentí cómodo, estuve seguro de que entre ella y yo existe una comunicación, desvalida quizá, pero tranquilamente cierta.

Martes 17 de setiembre

Avellaneda no vino a la oficina.

Miércoles 18 de setiembre

Santini volvió a la confidencia. Es repugnante y a la vez divertido. Dice que la hermana ya no va a bailarle desnuda. Tiene novio.

Avellaneda tampoco vino hoy. Parece que la madre llamó por teléfono cuando yo no estaba, así que habló con Muñoz. Dice que la hija tiene gripe.

Jueves 19 de setiembre

Hoy sí empecé a extrañarla. En la sección estuvieron hablando de ella, y de pronto me resultó insoportable que no hubiese venido.

Viernes 20 de setiembre

Tampoco hoy vino Avellaneda. Esta tarde estuve en el apartamento y en cinco minutos se me aclaró todo. En cinco minutos desaparecieron todos los escrúpulos: voy a casarme. Más que todos los argumentos que yo mismo me había venido haciendo, más que todas las conversaciones con ella, más que todo eso lo que vale es esta ausencia. Qué acostumbrado estoy a ella, a su presencia.

Sábado 21 de setiembre

Se lo confesé a Blanca y la dejé feliz. Tengo que decírselo a Avellaneda, tengo que decírselo porque ahora sí encontré toda la fuerza, toda la convicción. Pero hoy tampoco vino.

Domingo 22 de setiembre

¿No podría enviarme un telegrama? Me ha prohibido

que vaya a su casa, pero si mañana lunes no aparece, descubriré de todos modos algún pretexto para visitarla.

Lunes 23 de setiembre

Dios mío. Dios mío. Dios mío. Dios mío. Dios mío. Dios mío. Dios mío.

Viernes 17 de enero

Hace casi cuatro meses que no anoto nada. El 23 de setiembre no tuve valor para escribirlo.

El 23 de setiembre, a las tres de la tarde, sonó el teléfono. Rodeado de empleados, formularios, consultas, levanté el tubo. Una voz de hombre dijo: “¿El señor Santomé? Mire, está hablando con un tío de Laura. Una mala noticia, señor. Verdaderamente una mala noticia. Laura falleció esta mañana”.

En el primer momento no quise entender. Laura no era nadie, no era Avellaneda. “Falleció”, dijo la voz del tío. La palabra es un asco. Falleció significa un trámite: “Una mala noticia, señor”, había dicho el tío. ¿Él qué sabe? ¿Qué sabe cómo una mala noticia puede destruir el futuro y el rostro y el tacto y el sueño? ¿Qué sabe, eh? Lo único que sabe es decir: “Falleció”, algo tan insoportablemente fácil como eso. Seguramente se estaba encogiendo de hombros. Y eso también era un asco. Fue por eso que cometí algo tan horrible. Con la mano izquierda hice una pelota con una planilla de ventas, con la derecha acerqué el tubo a mi boca y dije lentamente: “¿Por qué no se va a la mierda?”. No recuerdo bien. Me parece que la voz preguntó varias veces: “¿Cómo dijo, señor?”, pero yo también dije varias veces: “¿Por qué no se va a la mierda?”. Entonces me quitaron el teléfono y hablaron con el tío. Creo que grité, resoplé, dije tonterías. Apenas si podía respirar. Sentí que me desabrochaban el cuello, que me aflojaban la corbata. Hubo una voz desconocida

que dijo: “Ha sido un choque emocional”, y otra voz, ésta sí conocida, la de Muñoz, que se puso a explicar: “Era una empleada que él apreciaba mucho”. En esa nebulosa de sonidos, había también sollozos de Santini, una chabacanísima explicación de Robledo sobre el misterio de la muerte, y las rituales instrucciones del gerente para que se enviara una corona. Al fin, entre Sierra y Muñoz consiguieron meterme en un taxi y me trajeron a casa.

Blanca abrió la puerta asustadísima pero Muñoz en seguida la tranquilizó: “No se preocupe, señorita, su papá está perfectamente. ¿Sabe lo que pasó? Falleció una compañera y él se impresionó mucho. Y con razón porque era una chica macanuda”. Él también dijo: “Falleció”. Bueno, quizá el tío, Muñoz y los otros, hagan bien en decir “falleció”, porque eso suena tan ridículo, tan fino, tan lejos de Avellaneda que no puede herirla, no puede destruirla.

Entonces, cuando estuve en casa solo en mi cuarto, cuando hasta la pobre Blanca me retiró el consuelo de su silencio, moví los labios para decir: “Murió. Avellaneda murió”, porque *murió* es la palabra, *murió* es el derumbe de la vida, *murió* viene de adentro, trae la verdadera respiración del dolor, *murió* es la desesperación, la nada frígida y total, el abismo sencillo, el abismo. Entonces, cuando moví los labios para decir “Murió”, entonces vi mi inmundada soledad, eso que había quedado de mí, que era bien poco. Con todo el egoísmo de que disponía, pensé en mí mismo, en el remendado ansioso que ahora pasaba a ser. Pero ésa era, a la vez, la forma más generosa de pensar en ella, la más total de imaginarla a ella. Porque hasta el 23 de setiembre, a las tres de la tarde, yo tenía mucho más de Avellaneda que de mí. Ella había empezado a entrar en mí, a convertirse en mí, como un río que se mezcla demasiado con el mar y al fin se vuelve salado como el mar. Por eso, cuando movía los labios y decía: “Murió”, me sentía atravesado, despojado, vacío, sin mérito. Alguien había venido y había decretado: “Despójelo a este tipo de

cuatro quintas partes de su ser". Y me habían despojado. Lo peor de todo es que ese saldo que ahora soy, esa quinta parte de mí mismo en que me he convertido, sigue teniendo conciencia, sin embargo, de su poquedad, de su insignificancia. Me ha quedado una quinta parte de mis buenos propósitos, de mis buenos proyectos, de mis buenas intenciones, pero la quinta parte que me ha quedado de mi lucidez alcanza para darme cuenta de que eso no sirve. La cosa se acabó, sencillamente. No quise ir a su casa, no quise verla muerta, porque era una indecorosa desventaja. Que yo la viera y ella no. Que yo la tocara y ella no. Que yo viviera y ella no. Ella es otra cosa, es el último día, allí puedo tratarla de igual a igual. Es ella bajándose del taxi, con el remedio que yo le había comprado, es ella caminando unos pasos y dándose vuelta para dedicarme un gesto. El último, el último, el último gesto. Lloro y me aferro a él. Aquel día escribí que en ese instante tuve la seguridad de que entre ella y yo existía una comunicación. Pero la seguridad existía mientras ella existía. Ahora mis labios se mueven para decir: "Murió. Avellaneda murió", y la seguridad está extenuada, la seguridad es una cosa impúdica, indecorosa, que nada tiene que hacer aquí. Volví a la oficina, claro, a que los comentarios me atravesaran, me pudrieran, me hartaran. "Me dijo la prima que era una gripe vulgar y silvestre, y de repente, ipáfate!, le falló el corazón." Me integré otra vez en el trabajo, resolví asuntos, evacué consultas, redacté informes. Soy verdaderamente un funcionario ejemplar. A veces se me acercan Muñoz o Robledo o el mismo Santini, y tratan de iniciar una charla evocativa con prolegómenos de este tipo: "Pensar que este trabajo lo hacía Avellaneda", "Mire, jefe, esta anotación es de Avellaneda". Yo entonces desvío los ojos y digo: "Bueno, está bien, hay que seguir viviendo". Los puntos que gané el 23 de setiembre, los he perdido con creces. Sé que murmuran que soy un egoísta, un indiferente, que la desgracia ajena no me roza. No importa que murmuren. Ellos están fuera. Fuera de ese mundo en que estuvimos Avellaneda y yo.

Fuera de ese mundo en que ahora estoy yo, solo como un héroe, pero sin ninguna razón para sentir coraje.

Miércoles 22 de enero

A veces hablo de ella con Blanca. No lloro, no me desespero; hablo simplemente. Sé que allí hay un eco. Es Blanca la que llora, la que se desespera. Dice que no puede creer en Dios. Que Dios me ha ido dando y quitando las oportunidades, y que ella no se siente con fuerzas como para creer en un Dios de crueldad, en un sádico omnímodo. Sin embargo, yo no me siento tan lleno de rencor. El 23 de setiembre no sólo escribí varias veces: "Dios mío". También lo pronuncié, también lo sentí. Por primera vez en mi vida, sentí que podía dialogar con Él. Pero en el diálogo Dios tuvo una parte floja, vacilante, como si no estuviera muy seguro de sí. Tal vez yo haya estado a punto de conmoerlo. Tuve la sensación, además, de que había un argumento decisivo, un argumento que estaba junto a mí, frente a mí, y que, pese a ello, yo no podía reconocer, no podía incorporar a mi alegato. Entonces, pasado ese plazo que Él me otorgó para que yo lo convenciera, pasado ese amago de vacilación y apocamiento, Dios recuperó finalmente sus fuerzas. Dios volvió a ser la todopoderosa Negación de siempre. Sin embargo, no puedo tenerle rencor, no puedo manosearlo con mi odio. Sé que me dio la oportunidad y que no supe aprovecharla. Quizá algún día pueda asir ese argumento único, decisivo, pero para ese entonces yo ya estaré atrozmente ajado y este presente más ajado aún. A veces pienso que si Dios jugara limpio, también me habría dado el argumento que debía usar contra él. Pero no. No puede ser. No quiero un Dios que me mantenga, que se decida a confiarme la llave para volver, tarde o temprano, a mi conciencia; no quiero un Dios que me brinde todo hecho, como podría hacer uno de esos prósperos padres de la Rambla, podridos en plata, con su hijito pituco e inservible. Eso sí

que no. Ahora las relaciones entre Dios y yo se han enfriado. Él sabe que no soy capaz de convencerlo. Yo sé que Él es una lejana soledad, a la que no tuve ni tendré nunca acceso. Así estamos, cada uno en su orilla, sin odiarnos, sin amarnos, ajenos.

Viernes 24 de enero

Hoy, a través de todo el día, mientras desayunaba, mientras trabajaba, mientras almorzaba, mientras discutía con Muñoz, estuve ofuscado por una sola idea, desgajada a su vez en varias dudas: “¿Qué pensó ella antes de morir? ¿Qué representé para ella en ese instante? ¿Recurrió a mí? ¿Dijo mi nombre?”.

Domingo 26 de enero

Por primera vez releí mi Diario, de febrero a enero. Tengo que buscar todos Sus Momentos. Ella apareció el 27 de febrero. El 12 de marzo anoté: “Cuando dice señor, siempre pestañea. No es una preciosura. Bueno, sonrío pasablemente. Algo es algo”. Yo escribí eso, yo pensé alguna vez eso de ella. El 10 de abril: “Avellaneda tiene algo que me atrae. Eso es evidente, pero ¿qué es?” Bueno, ¿y qué era? Todavía no lo sé. Me atraían sus ojos, su voz, su cintura, su boca, sus manos, su risa, su cansancio, su timidez, su llanto, su franqueza, su pena, su confianza, su ternura, su sueño, su paso, sus suspiros. Pero ninguno de esos rasgos bastaba para atraerme compulsiva, totalmente. Cada atractivo se apoyaba en otro. Ella me atraía como un todo, como una suma insustituible de atractivos, acaso sustituibles. El 17 de mayo le dije: “Creo que estoy enamorado de usted”, y ella había contestado: “Ya lo sabía.” Me sigo diciendo eso, la oigo diciendo eso, y todo este presente se vuelve insoportable. Dos días después: “Lo que estoy buscando denodadamente es un acuerdo, una especie de convenio entre mi amor y su libertad”. Ella había contes-

tado: “Usted me gusta”. Es horrible cómo duelen esas tres palabras. El 7 de junio la besé y a la noche escribí: “Mañana pensaré. Ahora estoy cansado. También podría decir feliz. Pero estoy demasiado alerta como para sentirme totalmente feliz. Alerta ante mí mismo, ante la suerte, ante ese único futuro tangible que se llama mañana. Alerta, es decir: desconfiado”. Sin embargo, ¿de qué me sirvió esa desconfianza? ¿Acaso la aproveché para vivir más intensa, más afanosa, más perentoriamente? No, por cierto. Después adquirí cierta seguridad, pensé que todo estaba bien si uno era consciente de querer, y de querer con eco, con repercusión. El 23 de junio me habló de sus padres, de la teoría de la felicidad creada por su madre. Quizá yo debiera reemplazar a mi inexorable Suegra Universal con esta imagen buena, con esta mujer que entiende, que perdona. El 28 tuvo lugar el hecho más importante de mi vida. Yo, nada menos que yo, terminé por rezar: “Que dure”, y para presionar a Dios toqué madera sin patas. Pero quedó demostrado que Dios era incorruptible. Todavía el 6 de julio me permití anotar: “De pronto tuve conciencia de que ese momento, de que esa rebanada de cotidianidad, era el grado máximo de bienestar, era la Dicha”, pero en seguida yo mismo me di bofetadas de alerta. “Estoy seguro de que la cumbre es un breve segundo, un destello instantáneo, y no hay derecho a prórrogas”. Lo escribí fallutamente, sin embargo; ahora lo sé. Porque en el fondo yo tenía fe en que hubiera prórrogas, en que la cumbre no fuera sólo un punto, sino una larga, inacabable meseta. Pero no había derecho a prórrogas, claro que no. Después escribí lo de la palabra “Avellaneda”, de todos los significados que tenía. Ahora pienso: “Avellaneda” y la palabra significa: “No está, no estará nunca más”. No puedo.

Martes 28 de enero

En la libreta hay tantas otras cosas, tantos otros rostros: Vignale, Aníbal, mis hijos, Isabel. Nada de eso importa, nada de eso existe. Mientras estuvo Avellaneda

comprendí mejor la época de Isabel, comprendí mejor a Isabel misma. Pero ahora ella no está, e Isabel ha desaparecido detrás de un espeso, de un oscuro telón de abatimiento.

Viernes 31 de enero

En la oficina definiendo tenazmente mi vida (mi muerte) esencial, entrañable, profunda. Nadie sabe qué pasa exactamente en mí. Mi colapso del 23 de setiembre fue, para todos, una explicable conmoción y nada más. Ahora ya se habla menos de Avellaneda y yo no saco el tema. Yo la definiendo con mis pocas fuerzas.

Lunes 3 de febrero

Ella me daba la mano y no hacía falta más. Me alcanzaba para sentir que era bien acogido. Más que besarla, más que acostarnos juntos, más que ninguna otra cosa, ella me daba la mano y eso era amor.

Jueves 6 de febrero

Se me ocurrió la otra noche y hoy lo llevé a cabo. A las cinco me escapé de la oficina. Cuando llegué al 368 e hice sonar el timbre, sentí una picazón en la garganta y empecé a toser.

Se abrió la puerta y yo estaba tosiendo como un condenado. Era el padre, el mismo padre de las fotos, pero más viejo, más triste, más cansado. Tosí más fuerte, para sobreponerme definitivamente a la tos, y conseguí preguntar si él era el sastre. Incluyó la cabeza hacia un costado para responder que sí: “Bueno, yo quería hacerme un traje”. Me hizo pasar al taller. “Nunca vayas a hacerte un traje con él”, había dicho Avellaneda, “los hace todos a la medida del mismo maniquí”. Allí estaba —imperté-

rito, burlón, mutilado— el maniquí. Elegí la tela, enumeré algunos detalles, arreglé el precio. Entonces se acercó a la puerta del fondo y llamó sin gritar: “Rosa”. “Mi madre sabe lo nuestro”, había dicho ella, “mi madre sabe todo lo mío”. Pero Lo Nuestro no incluía mi apellido, mi rostro, mi estatura. Para la madre, Lo Nuestro era Avellaneda y un amante sin nombre. “Mi mujer”, presentó el padre, “el señor ¿cómo dijo que se llamaba?” “Morales”, mentí. “Cierto, el señor Morales.” Los ojos de la madre tenían una tristeza penetrante. “Se va a hacer un traje.” Ninguno de los dos usaba luto. Había una amargura liviana, natural. La madre me sonrió. Tuve que mirar hacia el maniquí, porque era superior a mis fuerzas soportar esa sonrisa que había sido de Avellaneda. Abrió una libretita y el padre empezó a tomar mis medidas, a dictar números de dos cifras. “¿Usted es del barrio? Setenta y cinco.” Dije que más o menos. “Se lo pregunto porque me resultó cara conocida. Cincuenta y cuatro.” “Bueno, vivo en el Centro pero vengo muy a menudo por acá.” “Ah, con razón. Setenta y nueve.” Ella anotaba automáticamente, mirando hacia la pared. “El pantalón que caiga sobre el zapato, ¿verdad? Uno cero siete.” Tengo que volver el jueves próximo, para la prueba. Había un libro sobre la mesa: Blavatsky. Él tuvo que irse un momento. La madre cerró la libretita y me miró. “¿Por qué vino a hacerse un traje con mi marido? ¿Quién lo recomendó?” “Oh, nadie en especial. Estaba enterado de que aquí vivía un sastre y nada más.” Sonó tan poco convincente que me dio vergüenza. Ella me miró otra vez. “Ahora trabaja poco. Desde que murió mi hija.” No dijo falleció. “Ah, claro. ¿Y hace mucho?” “Casi cuatro meses.” “Lo siento, señora”, dije, y yo, que lo siento no exactamente como un dolor sino como una catástrofe, como un derrumbe, como un caos, fui consciente de la mentira, porque decir: “Lo siento”, pronunciar ese pésame, tan frívolo, tan tardío, era sencillamente espantoso, era casi lo mismo que decir: “Falleció”. Y era espantoso sobre todo porque se lo decía a la única persona que podía comprender lo otro, que podía comprender la verdad.

Jueves 13 de febrero

Era el día de la prueba, pero no estaba el sastre. El señor Avellaneda no estaba. Me lo dijo su esposa cuando yo ya había entrado. “No pudo esperarlo, pero dejó todo listo para que yo se lo pruebe.” Fue a la otra habitación y apareció con el saco. Me queda horrible. Después de todo, era cierto que él hacía los trajes a la medida del maniquí. De pronto me di vuelta hacia un costado (en realidad, ella me fue dando vuelta con la excusa de ir colocando alfileres y hacer marcas de tiza) y quedé frente a una fotografía de Avellaneda que no estaba el jueves pasado. El golpe fue demasiado repentino, demasiado brutal. La madre me estaba observando y sus ojos tomaron buena nota de mi pobre estupor. Entonces depositó sobre la mesa los alfileres sobrantes y la tiza, y sonrió tristemente, ya segura, antes de preguntarme: “Usted... ¿es?”. Entre la primera y la segunda palabra hubo un espacio en blanco de dos o tres segundos, pero ese silencio bastó para convertir la pregunta en algo transparente. Era obligatorio responder. Y respondí, sin decir palabra; con la cabeza, con los ojos, con todo mi ser dije que sí. La madre de Avellaneda apoyó una mano en mi brazo, en el brazo todavía sin manga que emergía de aquel inhábil proyecto de hilvanes. Después me quitó lentamente el saco, lo depositó sobre el maniquí. Qué bien le quedaba. “Usted quiere saber, ¿verdad?” Yo estaba seguro de que no me miraba con rencor, ni vergüenza, ni nada que no fuera una exhausta, sufrida piedad. “Usted la conoció, usted la quería, y estará atormentado. Yo sé cómo se siente. Siente que su corazón es una cosa enorme que empieza en el estómago y acaba en la garganta. Se siente desgraciado, y feliz de sentirse desgraciado. Yo sé qué horrible es eso.” Hablaba como si se hubiera reencontrado con un antiguo confidente, pero también hablaba con algo más que su dolor actual. “Hace veinte años se me murió alguien. Alguien que era todo. Pero no se murió con esta muerte. Simplemente, se fue. Del país, de mi vida, sobre todo de mi vida. Es peor esa muerte, se lo aseguro. Porque fui yo quien pedí que se

fuera, y hasta ahora nunca me lo perdoné. Es peor esa muerte, porque una queda aprisionada en el propio pasado, destruida por el propio sacrificio.” Se pasó una mano por la nuca y yo pensé que iba a decir: “No sé por qué le cuento a usted estas cosas”. Pero en cambio agregó: “Laura era lo último que me quedaba de él. Por eso siento otra vez que el corazón es una cosa enorme que empieza en el estómago y acaba en la garganta. Por eso sé lo que usted está pasando”. Acercó una silla y se sentó extenuada. Yo pregunté: “Y ella, ¿qué sabía de eso?”. “Nada”, dijo. “Laura no sabía absolutamente nada. Yo soy la única dueña de mi historia. Pobre orgullo, ¿verdad?” De pronto me acordé: “¿Y su teoría de la felicidad?”. Sonrió, casi indefensa: “¿También le contó eso? Fue una hermosa mentira, un cuento de hadas para que mi hija no perdiera pie, para que mi hija se sintiera vivir. Fue el mejor regalo que le hice. Pobrecita”. Lloraba con los ojos en alto, sin pasarse las manos por la cara, lloraba con orgullo. “Pero usted quiere saber”, dijo. Entonces me contó los últimos días, las últimas palabras, los últimos momentos de Avellaneda. Pero eso nunca será anotado. Eso es Mío, incorruptiblemente Mío. Eso estará esperándome en la noche, en todas las noches, para cuando yo retome el hilo de mi insomnio, y diga: “Amor”.

Viernes 14 de febrero

“Se quieren, de eso estoy segura”, decía Avellaneda acerca de sus padres, “pero no sé si ése es el modo de quererse que a mí me gusta”.

Sábado 15 de febrero

El amigo de Esteban me telefoneó para avisarme que mi jubilación está pronta. El 1º de marzo ya no iré a la oficina.

Domingo 16 de febrero

Esta mañana fui a buscar el traje. El señor Avellaneda estaba terminando de plancharlo. La fotografía llenaba la habitación y yo no pude dejar de mirarla. “Es mi hija”, dijo, “mi única hija”. No sé qué le contesté ni me importa acordarme. “Murió hace poco.” Otra vez volví a escucharme pronunciar: “Lo siento”. “Cosa curiosa”, agregé en seguida, “ahora pienso que estuve ajeno a ella, que nunca le demostré cuánto la necesitaba. Desde que era chiquilina fui postergando la gran charla que me había prometido tener con ella. Primero yo no tenía tiempo, después ella empezó a trabajar, y, además, soy bastante cobarde. Me asusta un poco, ¿sabe?, sentirme sentimental. Lo cierto es que ahora no está y yo me he quedado con esa carga en el pecho, con esas palabras nonatas que hubieran podido ser mi salvación”. Por un momento dejó de hablar y contempló la foto. “Muchas veces pensé que ella no había heredado ni un solo rasgo mío. ¿Usted le encuentra algo?” “Un aire general”, mentí. “Puede ser. Pero en el alma sí era como yo. Mejor dicho, como fui yo. Porque ahora me siento vencido, y cuando uno se deja vencer, se va deformando, se va convirtiendo en una grosera parodia de sí mismo. Mire, esta muerte de mi hija fue una mala jugada. Del destino o del médico, no sé bien. Pero estoy seguro de que fue una mala jugada. Si usted la hubiera conocido, se daría cuenta de lo que quiero decirle.” Yo pestañeeé unas diez veces seguidas, pero él no ponía atención. “Sólo en una mala jugada se puede liquidar a una muchacha así. Era (¿cómo puedo explicarle?) un ser limpio y a la vez intenso y a la vez pudoroso de su intensidad. Era un encanto. Yo siempre estuve convencido de que no merecía esa hija. La madre sí la merecía, porque Rosa es un carácter, Rosa es capaz de enfrentarse con el mundo. Pero a mí me falta decisión, me falta estar seguro. ¿Usted ha pensado alguna vez en el suicidio? Yo sí. Pero nunca podré. Y eso también es una carencia. Porque yo tengo todo el cuadro mental y moral del suicida, menos la fuerza que se precisa para meterse un tiro en la sien. Tal vez el

secreto reside en que mi cerebro tiene algunas necesidades propias del corazón, y mi corazón algunas exquisiteces propias del cerebro.” Otra vez se quedó inmóvil, esta vez con la plancha en alto, mirando la foto. “Fíjese en los ojos. Fíjese cómo siguen mirando, por sobre la costumbre, por sobre su muerte. Si hasta parece que lo miran a usted.” La frase quedó sola. Yo quedé sin aliento. Él se quedó sin tema. “Bueno, ya está”, dijo doblando cuidadosamente el pantalón, “es una buena tela peinada. Mire qué bien se plancha”.

Martes 18 de febrero

No iré más al 368. En realidad, no puedo ir más.

Jueves 20 de febrero

Hace tiempo que no veo a Aníbal. No sé nada de Jaime. Esteban se limita a hablarme de temas generales. Vignale me llama a la oficina y yo hago decir que no estoy. Quiero estar solo. A lo sumo, hablar con mi hija. Y hablar de Avellaneda, claro.

Domingo 23 de febrero

Hoy, después de cuatro meses, estuve en el apartamento. Abrí el ropero. Estaba su perfume. Eso qué importa. Lo que importa es su ausencia. En algunas ocasiones, no puedo captar los matices que separan la inercia de la desesperación.

Lunes 24 de febrero

Es evidente que Dios me concedió un destino oscuro. Ni siquiera cruel. Simplemente oscuro. Es evidente que

me concedió una tregua. Al principio, me resistí a creer que eso pudiera ser la felicidad. Me resistí con todas mis fuerzas, después me di por vencido y lo creí. Pero no era la felicidad, era sólo una tregua. Ahora estoy otra vez metido en mi destino. Y es más oscuro que antes, mucho más.

Martes 25 de febrero

A partir del primero de marzo, no llevaré más esta libreta. El mundo ha perdido su interés. No seré yo quien registre ese hecho. Y hay un solo tema del que podría escribir. Pero no quiero.

Miércoles 26 de febrero

Cómo la necesito. Dios había sido mi más importante carencia. Pero a ella la necesito más que a Dios.

Jueves 27 de febrero

En la oficina me quisieron dar una despedida y no acepté. Para no incurrir en grosería, armé una excusa muy verosímil, a base de problemas familiares. La verdad es que no puedo imaginarme como el desabrido motivo de una cena alegre, ruidosa, con bombardeos de pan y vino derramado.

Viernes 28 de febrero

Último día de trabajo. Nada de trabajo, claro. Me lo pasé dando apretones de manos, recibiendo abrazos. Creo que el gerente desbordaba de satisfacción y que Muñoz estaba realmente conmovido. Allí quedó mi mesa. Nunca pensé que me importara tan poco desprenderme

de la rutina. Los cajones quedaron vacíos. En uno de ellos encontré un carnet de Avellaneda. Ella lo había dejado para que registráramos el número en su ficha personal. Me lo puse en el bolsillo y aquí está. La foto debe tener unos cinco años, pero hace cuatro meses ella era más linda. Otra cosa ha quedado en claro y es que la madre está en un error: yo no me siento feliz de sentirme desgraciado. Me siento simplemente desgraciado. Se acabó la oficina. Desde mañana y hasta el día de mi muerte, el tiempo estará a mis órdenes. Después de tanta espera, esto es el ocio. ¿Qué haré con él?

Montevideo, enero a mayo de 1959.

MARIO BENEDETTI

LAS SOLEDADES
DE BABEL

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

*a luz
mi mengana particular*

AQUÍ LEJOS

*Wohl einem jeden, der seine Orte der Dauer hat
(feliz aquel que tiene sus lugares de duración)*

PETER HANDKE

AQUÍ LEJOS

He sido en tantas tierras extranjero

digamos que recorrí los bulevares
como si fueran el desierto de atacama
o me abracé más náufrago
que nunca a mi tablón de cielitos y gardeles

pese a todo no dejé de cavilar
en mi español de alivio
aunque me rodearan lisboetas o bávaros
ucranianos o tesalonicenses

y así fui construyendo la pasarela
de mi regreso terminal

he sido en tantas tierras extranjero
y ahora que por fin estoy aquí
hay nubes entre el sol y los presagios

no es que el futuro se arrodille
en el umbral del abandono
ni que la atávica miseria fije
su mirada oprimente
en los ventanales del poder

no es que los jóvenes renuncien
a exorcizar de veras a la muerte
con sus vaivenes en tierra firme

por lo pronto nadie ha conseguido
expulsarlos de su burbuja acorazada

¿y entonces qué?

¿por qué me siento un poco extraño
y/o extranjero (en francés son sinónimos)
en este espacio que es mío/nuestro?

¿por qué las mezquindades
las jactancias de zócalo
parecen dichas en otra lengua
que no es gaélico ni flamenco
ni búlgaro ni euskera
pero tampoco es totalmente mía?

¿por qué la solidaridad es apenas
la película sordomuda que no encuentro
en los catálogos de los video-clubes?

después de todo
¿qué pasó con la confianza?

¿les echaremos por fin toda la culpa
a los milicos?
(bastante tienen con la que ya tienen)
¿o tal vez los milicos descubrieron
dónde estaba nuestro mezquino taloncito
de insolidario aquiles?

naturalmente hay dos países
y cada uno tiene sus provincias

sabemos que aquí anidan
la memoria ilegal la indestructible
el saldo flaco de lo solidario
cruces peladas y sin flores
migajas de una que otra pesadilla
labios de cautivante primavera
que por cierto no estarán esperándonos
en las calaveras del invierno

húmedas tristezas con final feliz
gananas de crecer en medio del rebato

pájaros que vuelan infalibles
sobre los borradores de la dicha
muestrario de cadáveres amados
fe que le nace a uno de las tripas
crepúsculos más acá del corazón
y sobre todo borrachera de utopías
esas que según dicen ya murieron

si me tomás el pulso
si te lo tomo yo
verás/veré que hay menos osadías
por minuto y por sueño

sé que aquí habitan los enteros
y su entereza no es de las que encogen
a la segunda lluvia
o a la primera sangre
pero se trata de una entereza animal
de bicho duro que pasó por el fuego
por el miedo por el rencor por el castigo
por la frontera del desencanto
y quedó chamuscado memorioso
convaleciente desvalido

vaya a saber por qué
la sintaxis de los muros ha cambiado
cada solo reprocha todo a todos
el odio solitario es un pabilo
¿de qué sirve un pabilo en la espesura de la bruma?

una tapia individual no es la paz ni la guerra
tan sólo es una tapia individual

como bien dijo juan / en el exilio
tu país es este cuarto lleno de tu país
pero ahora juan qué nos ha ocurrido
mi país ¿un país vacío de mi país?

vino el buitre a traernos el miedo
el murciélago a llevarnos la noche
vino el tero a dejar sus alarmas

en tantas tierras he sido extranjero
me consta que no debo serlo aquí

alguien podría traducir mis desahucios
mis consternaciones mis destierros en cruz

alguien podría misteriar mi evidencia
que es como decir ponerla al día
para que el eco sepa
por fin de qué está hablando

no estaría mal que alguien transmitiera
a los tímpanos de mi infancia
los engaños de hogaño
y de paso
las campanadas del delirio corriente
el monólogo sereno de los grillos

intuyo que dentro del país que desconozco
está el otro que siempre conocí

más de una vez he creído advertirlo
en ciertos guiños infinitesimales
en la solera de una vanagloria
en el reproche de un cansancio
en el garabato de un niño que no sabe
quién es quién ni qué es qué
pero no importa

hay un país que guardó sus letargos
sus aleluyas y sus medias tintas
lo guardó todo bajo siete cautelas
y se resiste a revelarlo

sin embargo puedo allí guarecerme
y no es un frágil
cobertizo

hay un país que respira
en silencio o en vano
pero al menos respira
atrincherado en su altivez de ser
o en sus recelos de no ser
replegado en su memoria indefensa
sabiendo que de poco le sirve recordar
y sin embargo recordando
consciente o inconsciente
de que ahí están las claves
cercado por el olvido y los agujeros
al menos tiene un espacio en recompensa

sus tenues faros iluminan
a duras penas el remanso de lo ido
y hacen inventario de quimeras y pánicos
de bienaventuranzas y agonías

se trata de un país
que supo y sabe amar sin atenuantes
y también odiar como dios manda

abrevadero embalse mito
cripta de penurias almacenadas
en las cuatro estaciones
y a los cuatro vientos

con soledad no ofendo ni temo
y no obstante temes y te temen
ofendes y te ofenden
ocurre que la soledad no es un seguro
ni menos un sagrado

soledad no es libertad
(ya es hora de aceptarlo)
sino pálida añoranza del otro
o de la otra
del borde de la infancia
de dos o tres misiones incumplidas

con la palabra enlace signos
identidades de mi país secreto
y mi país secreto se levanta
y cuando al fin me roza con sus sílabas
entonces yo lo asumo con mi voz cascada

sabe que me hacen falta sus señales
vacantes y bacantes de su fronda
las ellas y querellas de su vino
sus méritos de estambre
sus vellones

sabe el país secreto
vale decir mi patria sigilosa
que su belleza su consolación sus apetitos
aprendieron en la derrota el derrotero

y sabe que sus sábanas
blanquísimas de llanto
o abrasadas de semen
acumulan y acunan inocencias
y dirimen sus bregas con el mundo

no todos los relojes
concuerdan con mi hora
siempre hay corazones que adelantan
suspicias que atrasan

pero voy descubriendo
otros destierros de otros
que empiezan o concluyen
destierros que se fueron allá cerca
y vuelven aquí lejos

aquí lejos está
nunca se ha ido el país secreto
el hervidero de latidos
los tugurios del grito
las manos desiguales pero asidas
la memoria del pan
los arrecifes del amor
el país secreto y prójimo

algún día aquí lejos
se llamará aquí cerca

y entonces el país
este país secreto
será un secreto a voces

Montevideo, 1989.

OTHERNESS

Siempre me aconsejaron que escribiera distinto
que no sintiera emoción sino *pathos*
que mi cristal no fuera transparente
sino prolijamente esmerilado
y sobre todo que si hablaba del mar
no nombrara la sal

siempre me aconsejaron que fuera otro
y hasta me sugirieron que tenía
notorias cualidades para serlo
por eso mi futuro estaba en la otredad

el único problema ha sido siempre
mi tozudez congénita
neciamente no quería ser otro
por lo tanto continué siendo el mismo

otrosí digo / me enseñaron
después que la verdad
era más bien tediosa
el amor / cursi y combustible
la decencia / bastarda y obsoleta

siempre me instaron a que fuera otro
pero mi terquedad es infinita

creo además que si algún día
me propusiera ser asiduamente otro
se notarían tanto la impostura
que podría morir de falso crup
o falsa alarma u otras falsías

es posible asimismo que esos buenos propósitos
sean sólo larvadas formas del desamor
ya que exigir a otro que sea otro
en verdad es negarle su otredad más genuina
como es la ilusión de sentirse uno mismo

siempre me aconsejaron que escribiera distinto
pero he decidido desalentar / humilde
y cautelosamente a mis mentores

en consecuencia seguiré escribiendo
igual a mí o sea
de un modo obvio irónico terrestre
rutinario tristón desangelado
(por otros adjetivos se ruega consultar
críticas de los últimos treinta años)
y eso tal vez ocurra porque no sé ser otro
que ese otro que soy para los otros

DE OLVIDO SIEMPRE GRIS

*no ves que vengo de un país
de olvido siempre gris*

CÁTULO CASTILLO

Los cautos vencedores
no morirán de contrición precoz
a medianoche marcan y celebran
el palmo conquistado a la memoria
y los ex centinelas
vigilan como siempre el horizonte
donde apenas transcurren
barquitos y delfines

¿dónde empezó la trampa?
¿en los adioses? ¿en las bienvenidas?
en la feria se venden los perdones
son de segunda mano y tan usados
que se les ve la sangre en las hilachas

los cautos vencedores
cumplen su vida familiar sin ruido
aunque en la esquina vibren
los calambres del viento

y sin embargo en el desván de alarmas
están aún las claves de los cuerpos
y otros juguetes rotos

en tanto los vencidos
emergen de su canon de rencores
hilvanan ritos como perlas
inauguran orfeones de silencio

y empiezan a cavar criptas de fango
donde salvar la última y precaria
felicidad posible

pero allá arriba otros olvidan
ásperamente olvidan el olor de la muerte
y confían / a quien quiera escucharles
que las culpas ya pasaron de moda

el olvido es piadoso
y también nauseabundo
por eso en los vulgares
despeñaderos de la historia patria
siempre hay algún barranco clandestino
donde los vencedores
vomitan sus olvidos

MULATO

En la cervecería alemana que tiene un andaluz
en puerto pollensa (mallorca / baleares)
hay un pajarito que canta como los dioses
o al menos como dicen que cantaban los dioses
antes del fin de las ideologías

lo llaman mulato
porque es cruza de canario y jilguero
o jilguero y canaria
vaya uno a saber

lo cierto es que su trino
es azul rojo verde amarillo celeste blanco
su trino es un compendio de energías y colores
de orgullos de pájaro y soledades de jaula

también a nosotros
los exilios nos hicieron mulatos
somos cruza de estocolmo y buenos aires
montevideo y madrid
parís y valparaíso
pernambuco y berlin

no tenemos trino pero si lo tuviéramos
sería azul rojo verde amarillo celeste blanco
compendio de energías y colores
de orgullos de emigrante y soledades de jaula

ya que como es obvio estamos presos
de una doble y mulata nostalgia
nos movemos en un pasadizo o túnel o angostura
donde añoramos lo que espera adelante
y luego añoraremos lo que quedó atrás

y quisiéramos llorar como los dioses
o al menos como dicen que lloraban los dioses
antes del fin de las ideologías

RECONCILIACIONES

Puedo reconciliarme
con la luna tediosa y congelada
con la puerilidad de los profetas
con el viejo sudario del crepúsculo

puedo reconciliarme
con el milagro de las pesadillas
con el recodo triste del invierno
con la cursilería del laúd

pero nunca podré reconciliarme
con los buhoneros de la muerte
los cascabeles del olvido
los sicofantes de mi pánico

nunca podré reconciliarme
con los depredadores de mi gente
el aguinaldo de los delatores
la desmemoria de los fusileros

NO TODOS LOS ESPÍAS SON MALÉVOLOS

No todos los espías son malévolos
no todos buscan tercamente
entrar a saco en nuestras vidas

los hay también benévolos leales
cuyas miradas nos protegen
contempladores cálidos / cercanos
que nos rescatan / como por milagro
de la claudicación
o el desfallecimiento

espías de bondad
cenital
trasvisible
que a veces sufren mutaciones
y son árbol o grillo o banderola
canto rodado o mástil
mariposa o gladiolo
ciclón o enredadera

y así
desde todos los puertos
y las puertas
desde todos los brazos
y las brasas
serenos nos vigilan
y no nos dejan traicionar
ni traicionarnos

espías entrañables
naturales
pacientes
angelitos caídos

de la gracia de dios
benditos de mandinga
hermanos nuestros

PERO VENGO

*En dondequiera que se viva, comoquiera
que se viva, siempre se es un exiliado.*

ÁLVARO MUTIS

Más de una vez me siento expulsado
y con ganas
de volver al exilio que me expulsa
y entonces me parece
que ya no pertenezco
a ningún sitio
a nadie

¿será un indicio de que nunca más
podré no ser un exiliado?
¿que aquí o allá o en cualquier parte
siempre habrá alguien
que vigile y piense
éste a qué viene?

y vengo sin embargo
tal vez a compartir cansancio y vértigo
desamparo y querencia
también a recibir mi cuota de rencores
mi reflexiva comisión de amor

en verdad a qué vengo
no lo sé con certeza
pero vengo

SOBRA OLVIDO

De nuevo enero corta el tiempo
recién parido el año / alucinado
el dolor se despinta / se desfecha
sigue habiendo invasiones desmadres felonías
los cementerios quedan en abril
si nos invitan a volar volamos

vino otro enero / aquí estamos / cenizos
sin gusto a sal / sin nombres
la gaviota planea a su aire en el aire
los gallos no madrugan / para qué
los sentimientos van descalzos
menguantes como siempre
entenados del sur

alguien pregunta o balbucea
los cementerios ¿quedan en abril?

los mezquinos delatan patrocinan
el cetro de los necios está en vilo
en todas partes sobran pueblos

los presidentes se reúnen
no han decidido aún
qué hacer con los sobrantes

¿quién va a acordarse ahora
precisamente ahora en pleno enero
de baudelaire y roque dalton?

sigue habiendo invasiones desmadres felonías
los mezquinos mezquinan a destajo
después de todo ¿quién vindica el recuerdo?

los cementerios ¿quedan? ¿quedaban en abril?
los sigilosos muertos ¿acaso se desfechan?

en todas partes sobra olvido

16 DE ENERO DE 1991

Calmo ante el mar ensimismado
solo ante un infinito
que es cada vez más breve
dice el sobremuriente en la escollera
tengo derecho a mi desánimo
tengo derecho al miedo

el mundo rueda incandescente
y el hombre / esa parábola de fuego
aúlla sin saber que está muriendo

allá lejos / es decir aquí al lado
los penúltimos cubren el desierto
el espejismo es de un metal infame
los camellos apartan sus ojos de la arena
para seguir soñando en otro oasis

el aire es de veneno
el verde es clandestino
ya no hacemos ni sombra en la ceniza

calmo ante el mar ensimismado
solo ante un infinito
que es cada vez más breve
dice el sobremuriente en la escollera
tengo derecho a mi desánimo
tengo derecho al miedo

OVILLOS

Mientras devano la memoria
forma un ovillo la nostalgia

si la nostalgia desovillo
se irá ovillando la esperanza

siempre es el mismo hilo

SOMOS LA CATÁSTROFE

*La labor de los intelectuales de América
Latina ha sido, en general, catastrófica.*

OCTAVIO PAZ

*Hay una dignidad que el vencedor
no puede alcanzar.*

JORGE LUIS BORGES

Dice octavio que en latinoamérica
los intelectuales somos la catástrofe
entre otras cosas porque defendemos
las revoluciones que a él no le gustan

somos la catástrofe asimismo
porque hemos sido derrotados
pero ¿no es raro que octavio ignore
que la verdad no siempre está
del lado de los victoriosos?

de cualquier manera
ya que con la derrota aprendimos la vida
exprimamos la memoria como un limón
quedémonos sin ángeles ni demonios
solos como la luna en el crepúsculo

desde paco pizarro y hernán cortés
hasta los ávidos de hogaño
nos han acostumbrado a la derrota
pero de la flaqueza habrá que sacar fuerzas
a fin de no humillarnos / no humillarnos

más de lo que permite el evangelio
que ya es bastante

para bien o para mal no es imposible
que los veteranos del naufragio
sobrevivamos como tantas veces
y como tantas veces empecemos
desde cero o desde menos cuatro

es casi una rutina

los derrotados mantenemos la victoria
como utopía más o menos practicable
pero una victoria que no pierda el turno
de la huesuda escuálida conciencia

los vencidos concebimos el milagro
como quimera de ocasión
pero siempre y cuando sea un milagro
que no nos cubra de vergüenza histórica
o simplemente de vergüenza

SOMBRAS NADA MÁS O CÓMO DEFINIRÍA USTED LA POESÍA

a José Emilio Pacheco

La verdad es que nunca
se me había ocurrido definirla

si usted en cambio preguntara
qué no es poesía entonces sí
podría imaginar como tiros el aire
quince o veinte respuestas

por ejemplo es probable
que no hallaran cabida en el registro
ni el espectro de la pena de muerte
ni el dedo admonitorio de wojtyła
ni los eróstratos de la amazonia
ni los bomberos del rencor en llamas
ni los defoliadores de utopías
ni las pinacotecas de gangsters y banqueros
ni los mezquinos prescindentes
ni muchísimo menos los vice prescindentes

pero no estoy seguro

la poesía tiene
como dios
o como dicen que usa dios
sendas inescrutables e infinitas
y algunas de ellas
poco transitadas

libreme dios o sálveme mandinga
de decir esto no es poesía

cuando con tinta roja definió josé emilio
la poesía como sombra de la memoria
maravillosamente dio en la tecla
pero eso no descarta concebirla
también como memoria de la sombra

pasa el amor y deja sombra
el odio pasa y deja sombra
pasan la madrugada y la canícula
y dejan un sabor ácido a sombra
en los andamios y en el césped
en los lacónicos y hablantes
en las errantes bóvedas del mar

y con la clave de los cuerpos
y las complicidades de la luna
la sombra asombra a los olivos
a las glorietas a los campanarios
a las antenas parabólicas

así / después de todo
con esas sombras que nos dejan
en la mirada y en los tímpanos
en el vacío del delirio
en las hipótesis del sexo
en la ceniza finalista

con la memoria de esas sombras
damos alcance
en ciertas ocasiones
excepcionales ocasiones
a la blindada frágil poesía
o quizá a la memoria de la sombra
de la poesía

BABEL

Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres.

Y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos éstos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer.

Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero.

Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad.

Por esto fue llamado el nombre de ella Babel, porque allí confundió Jehová el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra.

GÉNESIS 11:5-9

*Ninguém é igual a ninguém.
Todo ser humano é um estranho
impar.*

CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE

DESFILADERO

¿Será que el desdén vino para quedarse?

contritos como penitentes o monjes rezagados
los sentimientos entran en el desfiladero

ignoran la contraseña de los muchos
repiten el santo y seña de los solos

pero cada solo sólo sabe uno
igual que en las soledades de babel

LAS SOLEDADES DE BABEL

La soledad es nuestra propiedad más privada
viejo rito de fuegos malabares
en ella nos movemos e inventamos paredes
con espejos de los que siempre huimos

la soledad es tiempo / veloz o detenido /
reflexiones de noria / espirales de humo /
con amores *in vitro* / desamores *in pectore* /
y repaso metódico de la buena lujuria

la soledad es noche con los ojos abiertos
esbozo de futuro que escondió la memoria
desazones de héroe encerrado en su pánico
y un sentido de culpa / jubilado de olvido

es la tibia conciencia de cómo deberían
haber sido los cruces de la vida y la muerte
y también el rescate de los breves chispazos
nacidos del encuentro de la muerte y la vida

la soledad se sabe sola en mundo de solos
y se pregunta a veces por otras soledades
no como vía crucis entre ánimo y ánima
más bien con interés entomológico

todavía hace un tiempo / en rigor no hace tanto
las soledades / solas / cada una en su hueco
hablaban una sola deshilachada lengua
que en los momentos claves les servía de puente

o también una mano una señal un beso
acercaban al solo la soledad contigua

y una red solidaria de solos conectaba
las geografías y las esperanzas

en el amor y el tango los solos se abrazaban
y como era de todos el idioma del mundo
podían compartir la tristeza y el goce
y hasta se convencían de que no estaban solos

pero algo ha cambiado / está cambiando
cada solo estrenó su nueva cueva
nuevo juego de llaves y candados
y de paso el dialecto de uno solo

ahora cuando bailan los solos y las solas
ya no se enlazan / guardan su distancia
en el amor se abrazan pero piensan
en otro abrazo / el de sus soledades

las soledades de babel ignoran
qué soledades rozan su costado
nunca sabrán de quién es el proyecto
de la torre de espanto que construyen

así / diseminados pero juntos
cercaños pero ajenos / solos codo con codo
cada uno en su burbuja / insolidarios
envejecen mezquinos como islotes

y aunque siga la torre cielo arriba
en busca de ese pobre dios de siempre
ellos se desmoronan sin saberlo
soledades abajo / sueño abajo

LOS POBRES DE BABEL

(primera variante)

En realidad los pobres fueron los únicos
que se exiliaron de la torre
rápidamente comprendieron
(sólo les llevó veinticuatro siglos)
que aquello no era más que una chorrada

a qué apuntar al cielo
si allí (como es sabido)
no hay comida ni sexo
a qué alejarse de la tierra si ella
es cuna y urna funeraria

los pobres fueron los únicos
que en la torre crearon un sindicato
pero también es cierto que nunca pudieron
negociar con una patronal sin rostro
y tras 2400 años de no cobrar salarios
acordaron bajar sin previo aviso
a la calumniada tierra patria

por supuesto tuvieron buen cuidado en guardar
cada soledad en su mochila
y cuando hollaron por fin el suelo
de sus olvidados mayores
llevaron sus morriñas y melancolías
al mercado local de soledades /
allí procedieron al intercambio
y festejaron el trueque con vino rojo

en la ahora lejana e interminable torre
que aún asciende entre nieblas y plegarias
los esclavos del cielo / absortos en sí mismos
no tienen ojos para águilas ni cóndores

los celestes soberbios de antaño y hogaño
siguen comprometiendo piedra sobre piedra
como soborno para adquirir un solarcito
a la siniestra (la diestra está ocupada)
de dios padre

mientras tanto allá abajo
los bienaventurados pobres de babel
ven cómo una garza se fuga con su garzo
y entonces liberados por el vino
cada solo abrazado a su sola
se encaminan hacia el azar del mundo
eso sí con los pies sobre la tierra

tal es al menos lo que ha informado
el noticiero de la medianoche
y es asimismo lo que he puesto en un fax
a babel incorporated
para que aprendan

(segunda variante)

Perdón
es la pobreza
que ha invadido
las calles

las vidrieras
despliegan
paraísos
de otros

es cierto
algo
ha cambiado

los espejos
cesantes
y cada vez
más pálidos
devuelven
el futuro

en la babel
del hambre
a ras de suelo
cada pobreza
habla
otra vez
otra vez
una lengua
distinta

POBRECITO PROFETA

Fui un pobre profeta / diferente
de otros profetas de la cercanía
pero bregamos por la paz que ardía
en las venas del prójimo inocente

fui profeta sin dios / un disidente
de la otra visión / la que traía
mezquindades y duelo / oro y jauría
y cobraba la vida ojo por diente

nos quedamos de pronto sin presente
sin futuro sin fe sin osadía
como islotes en medio de la gente

y hoy armamos / soñando noche y día
contra el tiempo el olvido y la corriente /
otra dulce tajante profecía

EL HÍGADO DE DIOS

*Excomulgado fue por defender
el hígado de Dios*

ROQUE DALTON

Dios padre / campechano
en el estilo de Juan Veintitrés
dijo / dejad que los excomulgados
vengan a mí / dejadlos

abortistas / herejes
adúlteros o gays
marxistas / sacerdotes casados
guerrilleros
venid a mí / libérrimos
vuestro es el reino
de los cielos míos

en cierto modo debo compensaros
por los vejámenes sin cuento
por los agravios con encíclica
que os vienen infligiendo
mis vicarios

desde la inquisición
me duele el hígado

venid excomulgados
hijos míos

QUE VENGA EL TRUJAMÁN

Dios se ha quedado
en una esquina en sombras

mandinga
agazapado bajo el sol

un hombre frágil quiere
dialogar

una pobre mujer
pretende que la escuchen

entonces dios le habla
a la mujer
en el idioma
de mandinga

mandinga
le habla al hombre
con el verbo
de dios

por dios que venga
el trujamán
por dios o por mandinga
que venga
el trujamán

LA IGNORANCIA DE CRISTO

A pesar de su tierna omnisciencia
hay dos cosas que cristo nunca llegó a saber
por qué su padre resolvió abandonarlo
y por qué tuvo que nacer precisamente
en el año cero de la era cristiana

EL INFINITO

L'éternité n'est guère plus longue que la vie

RENÉ CHAR

De un tiempo a esta parte
el infinito
se ha encogido
peligrosamente

quién iba a suponer
que segundo a segundo
cada migaja
de su pan sin límites
iba así a despeñarse
como canto rodado
en el abismo

TRÉBOLES

HOJAS

Entre las hojas verdes
tan modélicas
y las otras las muertas
tan cantadas
quedan las pobres hojas
que agonizan
esas que a nadie importan
ni conmueven

LAS CAMPANAS

En el futuro estamos
y se nos muere lentamente el día
sólo unos pocos tramos
nos quedan todavía
para amar con candor y alevosía

ágiles y en su hora
convocan o disuaden las campanas
y el tañido incorpora
confidencias lejanas
a mis razones tristes soberanas

el pasado es tan lento
que se aferra porfiado a su mutismo
¿por qué a veces me siento
culpable ante mí mismo
si me asomo al azar y es un abismo?

como nunca secretas
las campanas repican su consigna
y entre sombras inquietas
menesterosa y digna
una mujer oscura se persigna

¿dónde está el fuego? ¿dónde
germinará la vida derramada?
el sol brilla y se esconde
y tras la llamarada
las quimeras regresan a la nada

por fin uno se sabe
dueño del desamparo prometido

sin aldaba y sin llave
miserable y perdido
a tientas por la noche y el olvido

MUNDO

No vayas a creer lo que te cuentan del mundo
en realidad el mundo es incontable
en todo caso es provincia de ti

no vayas a creer lo que te cuentan del mundo
aun los que te aman mienten sobre él
probablemente sin saber que mienten

en la vigilia te sentirás lejano
testigo de tu mundo desde el mundo
sin nubes de tu aliento en los cristales

la humareda del hombre se elevará en la noche
y no sabrás de dónde viene el fuego
pero la expectativa te volverá humilde

en el mundo el abismo es un oficio
las preguntas en vano / una vieja costumbre
los desatinos / marca de abolengo

no vayas a creer lo que te cuentan del mundo
(ni siquiera esto que te estoy contando)
ya te dije que el mundo es incontable

EL MAR VIENE DEL MAR

El mar viene del mar
muere naciendo
simulacro de dios
baba del cielo

viene del mar el mar
mar de sí mismo
desierto sin memoria
y sin olvido

el mar se lleva el mar
pero en la noche
las resacas no vuelven
al horizonte

LLAVE OSCURA

La paloma que llega
del futuro y la duda
no me trajo perdones
sólo una llave oscura

¿será llave de éxito
o de urna?
¿llave maestra?
¿llave alumna?
¿llave de calabozo?
¿garfio? ¿ganzúa?

la llave del futuro
¿abre? ¿clausura?

la llave del futuro
y de la duda

TRISTE N° 1

Por la memoria vagamos descalzos
seguimos el garabato de la lluvia
hasta la tristeza que es el hogar destino

la tristeza almacena los desastres del alma
o sea lo mejorcito de nosotros mismos
digamos esperanzas sacrificios amores

a la tristeza no hay quien la despoje
es transparente como un rayo de luna
fiel a determinadas alegrías

nacemos tristes y morimos tristes
pero en el entretiem po amamos cuerpos
cuya triste belleza es un milagro

vamos descalzos en peregrinación
triste tristeza llena eres de gracia
tu savia dulce nos acepta tristes

el garabato de la lluvia nos conduce
hasta el hogar destino que siempre has sido
tristeza enamorada y clandestina

y allí rodeada de tus frágiles dogmas
de tus lágrimas secas / de tu siglo de sueños
nos abrazas como anticipo del placer

NIEBLA

Cuando la niebla se levante
se hará presente la desolación

en la playa el delfín envenenado
los verdugos soleándose en los parques
los bosques incendiados por un loco
las ratas asumiendo la mañana

eso cuando la niebla se levante
pero entre tanto el catequista
ordena que gocemos de esta bruma

para inspirar confianza nos advierte
que detrás de ese aire esmerilado
dios en persona nos acecha

TRÉBOLES

Tréboles que nos quedan
aunque no tengan cuatro hojas
y se dobleguen con la lluvia

fábulas que nos quedan
aferrémonos a las últimas
aunque la vida se nos borre

EL HABLA

Por el río del sueño
por la planicie de la ausencia
en clamor o en susurro
el habla / última thule
inalámbrica o queda
abracadabra o cierra ojos
póstuma o alumbrada
el habla / la volante
la cómplice de nadie
desovilla la vida sin perderse
deja su contraseña al vulnerable
nombra y azota
nombra y ama

genera espanto o lleva auxilio
corta el silencio en dos mitades
el habla en soledad
el habla nuestra
loca y nómada
hilo de voz para hilvanar el aire
desde madrás hasta quezaltenango
desde el éufrates hasta el yaguarón
desde pavese hasta vallejo
desde el albatros hasta la gaviota

por el río del sueño
por la planicie de la ausencia
el habla dice nubes
misereres
y en la boca entreabierta
pone últimas palabras

ella
la nuestra
la de nadie
habla nómada y loca
exorciza la muerte
y muere en ella
por fin callada
y sedentaria

ATLÁNTICO

Cada vez que atravieso el océano
sospecho que algo escampa en la distancia
cuando cruzo el crepúsculo sin pájaros
es como si de nuevo empezara a vivir
pero una vida otra / desprendida
de un pasado hasta ahora inexplicable

clemencias y lejanas efusiones
se asoman implacables desde el vellón de nubes
quizá para medir mis croquis de infinito
hay pobres remezones de una verdad a prueba
redobles que tiznaron el descanso
listones de esperanzas o de tedio

por eso cada vez que atravieso el océano
los oídos me aíslan / la memoria me zumba
brindan las azafatas su graduada sonrisa
y el piloto se encarga de mi alma
es como si muriera por un rato
pero una muerte nueva / en equilibrio

SOBREVIVIENTES

Cuando en un accidente
una explosión
un terremoto
un atentado
se salvan cuatro o cinco
creemos
 insensatos
que derrotamos a la muerte

pero la muerte nunca
se impacienta
seguramente porque
sabe mejor que nadie
que los sobrevivientes
también mueren

TRISTE N° 2

Si la tristeza no fuera
un silencio que persiste
o si la mirada triste
del que espera y desespera

no empañara la quimera
donde todo y nada existe /
si en el cándido despiste
y en la vieja primavera

un candor desconocido
viejo y nuevo / oscuro y fuerte
no extrajera del olvido

cuatro hebras de alegría /
la tristeza de la muerte
pobre escándalo sería

GIORNATA

Empieza el día
por fin empieza el día
con el llanto sin gloria del que nace

el sueño tañe voces
las voces quitan niebla
bosteza el frío
empieza el día con agua
a nubes llenas

después vendrá el impulso
el nervio
y no habrá tiempo
de melancolías

después habrá cenizas
pero entre tanto hay fuego
existe la franquicia de vivir
nos conocemos los desconocidos
la enredadera de los ecos sube
el cielo no responde
el mar tampoco

entre hipos de dolor
relámpagos de goce
avanza el día

mas de pronto comienza
a descender
a respirar su ruina
a oscurecerse

el crepúsculo aprieta
la penúltima tuerca del adiós
los fantasmas se acercan como islas
el sol se oculta con miseria
el miedo sin belleza
la noche es un sudario

acaba el día
por fin acaba el día
con el llanto sin gloria del que muere

MORONDANGA

Como habitantes de un planeta ínfimo
templado por un sol de morondanga
no vamos a incurrir en el delirio
de creernos capataces del cielo

los millones de solos que nacemos
vivimos y morimos humillados
por el desdén de las galaxias
y desde el caracol de la soberbia
creamos dioses
semidioses
apóstatas
caciques
tendremos algún día que buscarnos
con la lupa del miedo
y al comprobar nuestra gastada
inevitable ausencia
optar por disolvernósin pudor
en el vacío individual y cósmico

DISTANCIAS

Con todas las cautelas
voy tomando distancia
de mí
y me vislumbro
objeto
cosa
rudimento

desde el palquito
universal
mi bagatela
o mi insignificancia
aunque me son
ajenas
me provocan
una tristeza cósmica
una náusea infinita

entonces con urgencia
vuelvo a mí
para olvidar
mi pequeñez
y creerme algo
alguien

EMBARAZOSO PANEGÍRICO DE LA MUERTE

La periodista me preguntó
si yo creía en el más allá
y le dije que no
entonces me preguntó
si eso no me angustiaba
y le dije que sí

pero también es cierto
que a veces la vida
provoca más angustias
que la muerte

porque las vejaciones
o simplemente los caprichos
nos van colocando en compartimientos
estancos

nos separan los odios
las discriminaciones
las cuentas bancarias
el color de la piel
la afirmación o el rechazo
de dios

en cambio la muerte
no hace distingos
nos mete a todos en el mismo saco

ricos y pobres
súbditos y reyes
miserables y poderosos
indios y caras pálidas

ibéricos y sudacas
feligreses y agnósticos

reconozcamos que la muerte hace siempre
una justa distribución de la nada
sin plusvalías ni ofertas ni demandas
igualitaria y ecuánime
atiende a cada gusanito
según sus necesidades

neutra y equitativa
acoge con igual disposición y celo
a los cadáveres suntuosos de extrema derecha
que a los interfectos de extrema necesidad

la muerte es ecléctica pluralista social
distributiva insobornable

y lo seguirá siendo
a menos que a alguien
se le ocurra
privatizarla

TRISTE N° 3

La tristeza es un don / cosecha al paso
contrición prometida en otro instante
o presagio de sombras y no obstante
no es penuria ni abismo ni fracaso

si la tristeza es don no es don escaso
cuando acude a la noche del amante
o se enfrenta a la muerte / interrogante
en la luz cenicienta del ocaso

puede ser más que un don / una proeza
el prólogo feraz de una osadía
o un dolor (soportable) de cabeza

si en el goce hasta el triste desconfía
en el escalafón de la tristeza
no hay tristeza mayor que la alegría

SATURACIONES
Y TERAPIAS

SATURACIÓN

Dejaré esta rosa
en el abandono

el abandono está
lleno de rosas

WELTANSCHAUUNG

No
no podría

a mi visión
(cataratas / retina)
le queda grande
el cosmos

RENCOR MI VIEJO RENCOR

Cuando los japoneses adquirieron
el rockefeller center
ellos que tienen geishas y la sony
y samurais y teatro no
y kamikazes y kurosawa
y matsuo basho y panasonic
y aprenden flamenco por computadora
y pueden cantar tangos sin entender palabra

cuando los japoneses adquirieron
el rockefeller center
supe que por fin había empezado
la sutilísima la dulce
venganza de hiroshima

LO DICE FUKUYAMA

Lo dice fukuyama
la historia se acabó / ya no hay remedio
se consumió la llama
y ha empezado el asedio
de la vana esperanza por el tedio

hegel lo anunció antes
y lo predijo marx (cuando valía)
y hubo otros hierofantes
cada uno en su día
que auguraron el fin de la utopía

en tiempos de cordura
oficial / ordenada / preferente
no cabrá la aventura
ya que juiciosamente
no alentará quimeras el presente

hemos llegado al techo
de lo posible / ¿no hay otra salida?
la suma de lo hecho
¿colmará la medida
de aquello que esperamos de la vida?

la historia ¿habrá acabado?
¿será el fin de su paso vagabundo?
¿quedará aletargado
e inmóvil este mundo?
¿o será que empezó el tomo segundo?

ADJETIVOS DESECHABLES

Los adjetivos que me sobran
van como siempre al cubo de desechos
más tarde llegarán
a la galaxia de los basurales

allí se encontrarán con un pueblo de cosas
cáscaras de naranja / de huevo / de discursos
mechones de peluca y huesitos de pollo
condones de prudentes sementales
promesas de almanaque / telegramas
de mal y bienvenidas / invitaciones rotas
nimios perforadores de la capa de ozono
boletas estrujadas con inquina
caspas uñas verrugas papilomas
fetos de mucamitas y señoras de pro
cucarachas resacas y sin deudos
paños higiénicos hollejos puchos
postales de un prehistórico año nuevo
mirko te quiero silvia
citaciones vencidas arrugadas
recibos de la luz / facturas de apagones
propuestas de asco siempre renovadas
un taco sin zapato y sin chapita
un decímetro / resto de algún metro amarillo
chau viejita esta noche no me esperes
un pescado podrido con bigotes de gato
un pie de inconsolable maniquí
un afiche político sin vergüenza y sin rostro

desde su infierno / desde la inmundicia
mis adjetivos sufren como verbos
no merecían semejante oprobio

juro no echarlos más a la basura
cuando me sobre alguno en buen estado
lo entregaré a las damas de la beneficencia

EL RUISEÑOR Y EL GALLO

Tienen una acendrada
vocación para el canto
pero hay una minucia
que a veces los separa

mientras que al ruiseñor
suele salirle un gallo
al gallo en cambio nunca
le sale un ruiseñor

EL RUISEÑOR Y LA CALANDRIA

El ruiseñor salmodia en alemán
la calandria / en lunfardo

en alemania
existen por ejemplo
un ruiseñor corriente que es el *nachtigall*
y otro grande y nocturno que es el *sprosser*

la calandria no ha sido traducida

tal vez por eso
el ruiseñor se nutre solamente de insectos
la calandria / de sueños

EL RUISEÑOR Y LA RUISEÑORA

El rruiseñor conoció a la rruiseñora
en un bar de alterne donde ella
cantaba noche a noche viejos tangos

él la llevó a su casa y le cantó de todo
desde *lieder* de schumann hasta arias de puccini
cantigas de alfonso el sabio con tonada propia
boleros de agustín lara
mambos de pérez prado
mañanitas
sevillanas
blues y negro spirituals

al cabo de cuatro horas y/o lustros
la rruiseñora dijo cállate
cállate de inmediato o me regreso al bar

era sin duda un ultimátum
y el rruiseñor calló
triste pero pragmático
el rruiseñor calló

SEÑALES DE HUMO

Yo tenía un proyecto /
antes que un diario íntimo
llevar un diario éxtimo

No quiero que esta nube
de domingo me espere
en el cielo del lunes

La duda siempre me alumbró
el problema es que no sé
dónde he dejado mi duda

En la tarde vacía
pasan los venerables
mitos a la deriva

Otoños de otra época
nos fascinaban porque
éramos primavera

Biografía del hombre /
sabemos desde cuándo
pero nunca hasta dónde

La muerte no se siente
venir / pensaba el témpano
y estaba derritiéndose

SEMBRÁNDOME DUDAS

Si uno pudiera repasar
año por año el culebrón
de la propia
desarrapada vida
si uno pudiera ver
asombro a asombro
sin titulares ni publicidad
los vericuetos y los goznes
de la conciencia veterana
¿lo grabaría en un *cassette*
o apagaría el televisor?

AVICULTURA

Yo soy el pájaro / dijo un pájaro
hasta que el gato lo cazó al vuelo
y lo exhibió como un trofeo

yo soy un pájaro / rectificó el pájaro
pero a esta altura la humildad
no le sirvió de nada

ZOO ILÓGICO

Una mona nupcial espulga tiernamente
al chimpancé que trama su próximo adulterio

cuatro hienas giocondas se sonríen
y las hormigas trepan sobre el oso hormiguero

al camello le pican las jorobas
sueña el lirón que está durmiendo

un águila imperial vuela y revuela
en la jaula gigante que es ahora su imperio

el áspid vive henchido de cleopatra
el cándido hipopótamo desplaza su universo

el león ya no ruge / carraspea
y abandona sus viejas glorias en el estiércol

el elefante añora el bazar de su fama
la cierva mira irónica las astas de su ciervo

la espléndida jirafa es un lugar común
a nadie le interesa la esbeltez de su cuello

los avestruces odian al vecino ñandú
ese pariente pobre / ese remedo

los pingüinos / conscientes de su alcurnia
son plenipotenciarios del invierno

en su laguna verde / silenciosa e inmóvil
cocodrilos circulan como balsas de cuero

los delfines se burlan de la vida y la muerte
pende en su ergástula el murciélago

y el *homo sapiens* / solo / entre tantas criaturas
finge creer que el mundo es apariencia y juego

a pesar de que sabe que hoy y mañana y siempre
lamerá sus barrotes como otro prisionero

ANTIQUITÄTEN

Dos lámparas gallé en perfecto estado
un mascarón de proa y un sextante
el samovar de un sobrino de chejov
un secreter del siglo dieciocho
la declaración universal de los derechos del hombre

SONETO (NO TAN) ARBITRARIO

Con ciudades y autores frecuentados

Venecia / Guanajuato / Maupassant /
Leningrado / Sousándrade / Berlín /
Cortázar / Bioy Casares / Medellín /
Lisboa / Sartre / Oslo / Valle Inclán /

Kafka / Managua / Faulkner / Paul Celan /
Italo Svevo / Quito / Bergamín /
Buenos Aires / La Habana / Graham Greene /
Copenhague / Quiroga / Thomas Mann /

Onetti / Siena / Shakespeare / Anatole
France / Saramago / Atenas / Heinrich Böll /
Cádiz / Martí / Gonzalo de Berceo /

París / Vallejo / Alberti / Santa Cruz
de Tenerife / Roma / Marcel Proust /
Pessoa / Baudelaire / Montevideo

TERAPIA

Para no sucumbir
ante la tentación
del precipicio
el mejor tratamiento
es el fornicio

CARACOL DE SUEÑO

CIUDAD SOLA

En esta noche ensimismada
carece la ciudad hasta de vértigo
la historia la rodea y nada más
no le tiende su mano ni la incita

la ciudad esta noche
se olvida de sonar
sus calles de abrazados retroceden
cada esquina defiende sus harapos

ciudad insomne / desnacida
sus estatuas le dan la espalda al mar
el silencio respira con el viento
el viento desespera las persianas

deshabitada y sin abismos
oculta tras los vidrios de neblina
la ciudad está sola con sus cándidos muros
perdida entre los ecos de sus lázaros

olvidada de todos / ya no es
cómplice innata de la madrugada
ni es un teclado de balcones
ni una escala de la melancolía

de vez en cuando dicen que se mueve
son balanceos momentáneos
que no descubren nada
nada nombran

papeles que desertan abrazan los faroles
la noche del metal cruje a sabiendas
no hay clamores ni risas

calles de ausencia y asco
convierten la ciudad en un vacío
cada puerta recibe su llamador de luna

no hay signos de agua / la ciudad reseca
se apronta a amanecer / de los zaguanes
llega olor a café y a pan tostado

después el primer hombre / el adán de esta hora
mide la realidad con ojos cenicientos
e irrumpe sin malicia en el asfalto

la noche se acabó / bosteza el día
la verdulera barre su vereda de hojas
los mansos viejos leen titulares del quiosco
la primera ambulancia pasa con voz gangosa
la luz pone el otoño allá arriba en los plátanos

del cabaret tardío sale un vapor espeso
dos o tres escolares se inauguran con lágrimas
el sol confirma todos los pronósticos
el rojo es rojo / el verde es verde

esta ciudad es otra o quiere serlo
pero igual está sola
pero igual está sola

HURGADORES

Esta noche y todas las noches
los hurgadores de basura
van recogiendo la cochambre seca

especialistas del detritus
descubren lo que va quedando
de nuestras vidas pálidas transidas

gracias a su desvelo profesional distinguen
el residuo inservible / de la aceptable ruina
la vergüenza ulcerada / de la basura en flor

en cambio no hay ni habrá hurgadores
que recolecten en la madrugada
culpas en que la vida se nos va
presagios derrotados en las manos sin líneas
huesitos de la última gaviota
el corazón quemado por el rayo
o lágrimas resacas de ojos fósiles

esa basura nadie la codicia
nunca ha sido rentable
no habrá más remedio que quedarnos con ella
pudriéndose
y pudriéndonos

TERCERA EDAD

Cuando después de muchas penas
conseguiste ser joven / los inclementes años
se instalan soberanos en tu espalda

cuando sabés por fin lo que deseabas
sos un experto acerca de tu infancia
y ya no adoleces de adolescencia
llega la taquicardia y como un gong
te sume en las arenas movedizas

la edad viene a la cama y nos desvela
un aire joven limpia los pulmones
pero la tos espanta las nostalgias
y nos dormimos pobres / desdichados

otras noches soñamos con ser otros
para tomar aliento simplemente
nos claveteamos en el aire
nos malvoneamos en el sol
besamos con los labios que tuvimos
y de pronto prontísimo
la vida usual con su galimatías
nos da las bofetadas de rigor

y sin embargo viejos
lo que se dice viejos
eso es sólo un rumor de los muchachos
por ahora la clave es seguir siendo jóvenes
hasta morir de viejos

TU FÁBULA Y MI FÁBULA

El silencio está inmóvil
y en el cristal de niebla
los dedos del invierno
dibujan iniciales

el silencio se mueve y
un cansancio arenoso
te pone en la frontera
de la melancolía

el silencio se abre
a imagen de los sueños
o del fulgor poniente
o de la breve infancia

el silencio se cierra
y al fin se quedan solas
tu fábula y mi fábula
sin amor ni rocío

VERBIGRACIA

La palabra / paloma insumisa /
bajo el ala del cuervo se esconde
y no obstante se eleva hasta donde
ni la sombra de dios se divisa /
la palabra / que el hombre improvisa /
y el silencio / su pálido siervo /
a lo lejos se pierden / el cuervo
queda solo / sin dios ni paloma /
y su vuelo de siglos asoma
verbigracia en la gracia del verbo

EUCARISTÍA

Una muchacha que se desnuda
sin testigos
para que sólo la miren
el espejo o el sol
en realidad no está desnuda

sólo lo estará cuando otros ojos
simplemente la miren la miren
y consagren
su desnudez

SE VA SE VA EL VAPOR

El barco es una lástima en la noche
estela de resaca y baba gris
polifemo en harapos / sin adioses
porque tiene vergüenza de partir

ojalá se llevara los espantos
el odio / las neblinas / el desdén
los profetas de trombas y naufragios
el último rufián de buena fe

el barco es una sombra entre las sombras
las gaviotas lo sueñan al pasar
y un fantasma en el cuarto de derrota
se enamora de un punto cardinal

el barco es un almario de rumores
y pocas almas de repetición
tres o cuatro quimeras polizones
y el suave escrupulario de rigor

en la tiniebla el barco se hace humo
y su sirena afónica y senil
ronca apenas un pálido discurso
porque tiene vergüenza de partir

DESDE EL ALMA (VALS)

Hermano cuerpo estás cansado
desde el cerebro a la misericordia
del paladar al valle del deseo

cuando me dices / alma ayúdame
siento que me conmuevo hasta el agobio
que el mismísimo aire es vulnerable

hermano cuerpo has trabajado
a músculo y a estómago y a nervios
a riñones y a bronquios y a diafragma

cuando me dices / alma ayúdame
sé que estás condenado / eres materia
y la materia tiende a desfibrarse

hermano cuerpo te conozco
fui huésped y anfitrión de tus dolores
modesta rampa de tu sexo ávido

cuando me pides / alma ayúdame
siento que el frío me envilece
que se me van la magia y la dulzura

hermano cuerpo eres fugaz
coyuntural efímero instantáneo
tras un jadeo acabarás inmóvil

y yo que normalmente soy la vida
me quedará abrazada a tus huesitos
incapaz de ser alma sin tus vísceras

SENTIMIENTOS

Ya sé que sentir a corazón abierto
es casi tan cursi como una golondrina
o un estudiante que se pega un tiro
porque lo aplazaron en matemáticas

en todo caso para los sentimientos
hay horarios relativamente cómodos
verbigracia de 11 pm a 2 am
cuando la luna queda en la cuneta
un incendio liquida los arbolitos secos
y a la derecha o a la izquierda otro cuerpo
se queja de un calambre o de un olvido

en el resto hay que apurarse y depurarse
no distraerse en flores ni en desolaciones
llegar con la lengua afuera pero llegar
sólo la muerte que nos madruga es impuntual

después hay que hacer números y numeritos
es decir méritos sin piedades ni prórrogas
y convertir al camello y el ojo de la aguja
en blasón evangélico del narcomundo

habrá que ser mezquino sin atenuantes
con decisión pero con escándalo
torpezas y ternuras ya no se llevan
los muros están grasientos de bullicio

estoy por patentar un heterónimo
para que una o dos veces por trimestre
haga llover sobre mis brasas
y de paso organice mis sentimientos
y los muestre

en silencio

por las dudas

ONOMÁSTICO

Hoy tu tiempo es real / nadie lo inventa
y aunque otros olviden tus festejos
las noches sin amor quedaron lejos
y lejos el pesar que desalienta

tu edad de otras edades se alimenta
no importa lo que digan los espejos
tus ojos todavía no están viejos
y miran / sin mirar / más de la cuenta

tu esperanza ya sabe su tamaño
y por eso no habrá quien la destruya
ya no te sentirás solo ni extraño

vida tuya tendrás y muerte tuya
ha pasado otro año / y otro año
le has ganado a tus sombras / aleluya

CUANDO ESTA VIRGEN ERA PROSTITUTA

Cuando esta virgen era prostituta
soñaba con casarse y zurcir calcetines
pero desde que quiso
ser simplemente virgen
y consiguió rutinas y marido
añora aquellas noches
lluviosas y sin clientes
en que tendida en el colchón de todos
soñaba con casarse y zurcir calcetines

¿POR QUÉ NO HAY MÁS VIAJES A LA LUNA?

Cuando el bueno de armstrong dio aquellos pasos
todos registramos cómo se movía
tosco / pesado / en un suelo blancuzco
¿o era de piedra pómez? ¿quién se acuerda?

durante un rato estuvo cavilando
y la escafandra o como se llamase
impedía que viéramos sus ojos
pero juraría que su mirada era
de pereza o abulia

algo debió explicar a su regreso
algo diferente al discurso de gloria
que le ordenaron pronunciar eufórico
entre medallas flores vítores y guirnaldas

algo debió decir en privado a sus jefes
algo importante inesperado

verbigracia / cuando estaba allá arriba
caminando como un *zombie* en la luna
mi general mi coronel pensé en ustedes
y se me ocurrió no sé por qué
que debía matarlos con urgencia
uno a uno / dos a dos / etcétera

o verbigracia dos / cuando andaba allá / heroico
pisando las feísimas arrugas del satélite
imaginé que así debía ser la muerte
es decir el paisaje de la muerte

o verbigracia tres / cuando estaba en selene
paseando por la nada como un imbécil

sentí el asco infinito de la ausencia del hombre
y me dije qué mierda estoy haciendo aquí

algo así debe haber confesado a sus jefes
con su estrenada voz de robot disidente
y quizá por eso los dueños del poder
postergaron *sine die* los viajes a la luna

CALLE DE ABRAZADOS

Columnata de árboles
o nada / sombras sobre piedras
herméticos zaguanes
o nada / hojas en el viento

la llaman calle de abrazados
no exactamente porque las parejas
se refugien allí a falta de otros
espacios de amor gratis

la llaman calle de abrazados
porque en las noches de domingo
hay dos tan sólo dos
una mujer y un hombre
desentendidos misteriosos
que se citan allí como dos náufragos
y cada náufrago se abraza
al otro cuerpo salvavidas

la llaman calle de abrazados
como tributo a un solo abrazo
desesperado recurrente
tan azorado y tan estrecho
como si fuese siempre el último

y esto a pesar de que en su isla
el hombre y la mujer ignoren
que ese destino en que se abrazan
se llama calle de abrazados

POSDATA SIN CARTA

En la carta que pude haberte escrito
y no he tenido espacio para hacerlo
no iba a ser tan probo
como vos reclamabas

mi plan era explicarte mis razones
aunque me consta que mis sinrazones
eran mucho más diáfanas

por otra parte no eran pertinentes
las citas eruditas
con que iba a desvelarte

nada de *animula vagula blandula*
en vez de *ten cuidado mariposa*
nada del *mehr licht* goetheano
en vez del *luz más luz dijo varela*
nada de *honni soit qui mal y pense*
en vez del *alma otaria que hay en mí*

a lo mejor la carta va mañana
por ahora te mando esta posdata

vale

CARACOL DE SUEÑO

*Cerrame el ventanal
que quema el sol
su lento caracol de sueño*

CÁTULO CASTILLO

No digo siempre pero en general
tengo cierta destreza para soñar mis noches
anduve por las calles / de la mano
deanouk y valentina

ellas me preguntaron por qué el mundo
y luego de unos puntos suspensivos
por qué el mísero mundo se despeñaba así
por qué el buen amor estaba enfermo
por qué las andanadas y los gritos
acribillan el cristal del otoño
y los amigos andan taciturnos
y enterramos a brahms y a bessie smith
por qué las mariposas son de acero
por qué los nomeolvides nos olvidan

doy vuelta la cabeza sin despertar los ojos
y recorro otras calles / de la mano
de audrey y maj-britt

y ellas me preguntan por qué el cielo
y luego de unos puntos suspensivos
por qué el bendito cielo es tan hostil
y el mar es un rencor viejo y obsceno
orgulloso de todos sus naufragios
por qué el viento del norte sigue tan carrasposo

o la nueva ternura es de almidón
y por qué / finalmente / la memoria
está sin puentes sin paisaje
sin tacto sin miradas

ah maj-britt audrey valentina anouk
si pudiera saberlo / si supiera

despierto poco a poco y me hago espacio
en la rutina real / la malcriada
que no tiene propuestas ni respuestas

entonces cierro ventanal y ojos
y me duermo a encontrarlas / a mis cuatro
ah maj-britt audrey valentina anouk
en tanto el viejo sol el implacable
decide no quemar por esta vez el suyo
sino mi lento caracol de sueño

PRAXIS
DEL FULANO

MARAVILLA

Vamos mengana a usar la maravilla
esa vislumbre que no tiene dueño
afilá tu delirio / armá tu sueño
en tanto yo te espero en la otra orilla

Si somos lo mejor de los peores
gastemos nuestro poco de albedrío
recuperá tu cuerpo / hacelo mío
que yo lo aceptaré de mil amores

y ya que estamos todos en capilla
y dondequiera el mundo se equivoca
aprendamos la vida boca a boca
y usemos de una vez la maravilla

HABLO DE TU SOLEDAD

Hablo de tu infinita soledad
dijo el fulano
quisiera entrar a saco en tu memoria
apoderarme de ella
desmantelarla desmentirla
despojarla de su último reducto

tu soledad me abruma / me alucina
dijo el fulano con dulzura
quisiera que en las noches me añorara
que me echara de menos
me recibiera a solas

pero sucede que /
dijo calmosamente la mengana /
si tu bendita soledad
se funde con la mía
ya no sabré si soy en vos
o vos terminás siéndome

¿cuál de las dos será
después de todo mi
soledad legítima?

miráronse a los ojos
como si perdonaran
perdonándose

adiós
dijo el fulano

y la mengana
adiós

EPIGRAMA CON MURO

Entre tú y yo / mengana mía / se levantaba
un muro de berlín hecho de horas desiertas
añoranzas fugaces

tú no podías verme porque montaban guardia
los rencores ajenos
yo no podía verte porque me encandilaba
el sol de tus augurios

y no obstante solía preguntarme
cómo serías en tu espera
si abrirías por ejemplo los brazos
para abrazar mi ausencia

pero el muro cayó
se fue cayendo
nadie supo qué hacer con los malentendidos
hubo quien los juntó como reliquias

y de pronto una tarde
te vi emerger por un hueco de niebla
y pasar a mi lado sin llamarme
ni tocarme ni verme
y correr al encuentro de otro rostro
rebotante de calma cotidiana

otro rostro que tal vez ignoraba
que entre tú y yo existía
había existido
un muro de berlín que al separarnos
desesperadamente nos juntaba
ese muro que ahora es sólo escombros
más escombros
y olvido

VARIACIONES
SOBRE UN TEMA DE HERÁCLITO

No sólo el río es irrepetible

tampoco se repiten
la lluvia el fuego el viento
las dunas el crepúsculo

no sólo el río
sugirió el fulano

por lo pronto
nadie puede
mengana
contemplarse dos veces
en tus ojos

SONETO KITSCH A UNA MENGANA

Yo / fulano de mí / llevo conmigo
tu rostro en cada suerte de mi historia
tu cuerpo de mengana es una gloria
y por eso al soñar sueño contigo

luego / si el sueño acaba te persigo
sonándote despierto / es una noria
que rodea tu eco en mi memoria
y te cuenta esos sueños que te digo

así / sin intenciones misteriosas
sé que voy a elegir de buena gana
de mi viejo jardín sólo tus rosas

de las altas ventanas tu ventana
de los signos del mar tu mar de cosas
y de todo el amor / tu amor / mengana

CERTIFICADO DE EXISTENCIA

Ah, ¿quién me salvará de existir?

FERNANDO PESSOA

Dijo el fulano presuntuoso /
hoy en el consulado
obtuve el habitual
certificado de existencia

consta aquí que estoy vivo
de manera que basta de calumnias

este papel soberbio / irrefutable
atestigua que existo

si me enfrento al espejo
y mi rostro no está
aguantaré sereno
despejado

¿no llevo acaso en la cartera
mi recién adquirido
mi flamante
certificado de existencia?

vivir / después de todo
no es tan fundamental

lo importante es que alguien
debidamente autorizado
certifique que uno
probadamente existe

cuando abro el diario y leo
mi propia necrológica
me apena que no sepan
que estoy en condiciones
de mostrar dondequiera
y a quien sea
un vigente prolijo y minucioso
certificado de existencia

existo
luego pienso

¿cuántos zutanos andan por la calle
creyendo que están vivos
cuando en rigor carecen del genuino
irreemplazable
soberano
certificado de existencia?

REPASO HISTÓRICO

Con más nostalgia que embeleso
recuerda una por una a sus menganas

de la primera aprendió el cielo
de la segunda asimiló la tierra
de la tercera la sonrisa virgen
la piel convicta de la cuarta
el palmo a palmo de la quinta
el beso frágil de la sexta
de la séptima el otro el insondable
de la octava el vaivén heterodoxo
de la novena el hagan juego
de la décima el no va más

en realidad
ya hace algún tiempo que el fulano
sentó cabeza con la undécima
mengana que dormita a su costado

MENGANA SI TE VAS

Mengana si te vas con el zutano
yo / tu fulano / no me mataré
simplemente los seguiré en la noche
por todos los senderos y las dunas
vos gozando tal vez y yo doliéndome
hasta que vos te duelas y yo goce
cuando las huellas a seguir no sean
dos tamañas pisadas y dos breves
sino apenas las de tus pies dulcísimos
y entonces yo aparezca a tu costado
y vos / con esa culpa que te hace
más linda todavía / te perdones
para llorar como antes en mi hombro

GERUNDIO

Pensando afirmo / mis veredas ando
memoria haciendo y vida desviviendo
a la chita callando *e in crescendo*
dijo el fulano / así vamos tirando

apostando a mi fe ¿pero hasta cuándo
habrá para el desgarró otro remiendo
si en la vieja frontera sigo viendo
pasar mi juventud de contrabando?

íngrimo y solo en este mar de fondo
lejano de mi prójimo iracundo
no soporto el azar / ilustre / orondo

pero frente al espejo vagabundo
viéndome mondo / aullándome lirondo
desciendo a mi gerundio más profundo

TRIÁNGULO

El fulano está insomne
y la mengana surca
su noche de recelos

él traga sus tabletas
porque intenta dormirse
y así entrar en el sueño
de la dulce mengana
y su abstracta lujuria
y en ese territorio
buscarlos / dar con ellos
sorprenderlos
y entonces
perseguir al zutano
hasta el amanecer

ONFÁLICA

*sólo me quedó
tu ombligo como una taza
redonda*

FRANCISCO URONDO

Cuando el fulano se miraba el ombligo
no era por narcisismo o complacencia
sino porque ahí siempre vio colinas
nubes convexas / constelaciones
abismos caóticos y jubilosos
grillos / calandrias / cachorros de puma

cuando el fulano se miraba el ombligo
no era porque se creyese el centro del mundo
sino porque allí evocaba pompas de ocio
cómodas profecías con vista al mar
terrazas de crepúsculo a fuego lento
pinos espeluznados / vientos espeluznantes

hoy cuando el fulano se mira el ombligo
no es porque se sienta presuntuoso
sino porque allí escucha los mejores pregones
coros de ramerías que ascienden al cielo
carillones con horas al mejor postor
ecos de moribundas primaveras

lo cierto es que el fulano mira su ombligo
por él desciende al mundo / sube al vuelo
pero sólo lo asume con alborozo cuando
le trae nostalgia onfálica de su linda mengana
cuyo pozo de sueño le acerca más delicias
que el ombligo de venus que medra en los tejados

UTOPIÁS

Cómo voy a creer / dijo el fulano
que el mundo se quedó sin utopías

cómo voy a creer
que la esperanza es un olvido
o que el placer una tristeza

cómo voy a creer / dijo el fulano
que el universo es una ruina
aunque lo sea
o que la muerte es el silencio
aunque lo sea

como voy a creer
que el horizonte es la frontera
que el mar es nadie
que la noche es nada

cómo voy a creer / dijo el fulano
que tu cuerpo / mengana
no es algo más de lo que palpo
o que tu amor
ese remoto amor que me destinas
no es el desnudo de tus ojos
la parsimonia de tus manos

cómo voy a creer / mengana austral
que sos tan sólo lo que miro
acaricio o penetro

cómo voy a creer / dijo el fulano
que la utopía ya no existe
si vos / mengana dulce
osada / eterna
si vos / sos mi utopía

ÍNDICE

AQUÍ LEJOS

Aquí lejos	13
Otherness	20
De olvido siempre gris	22
Mulato	24
Reconciliaciones	26
No todos los espías son malévolos	27
Pero vengo	29
Sobra olvido	30
16 de enero de 1991	32
Ovillos	33
Somos la catástrofe	34
Sombras nada más o cómo definiría usted la poesía	36

BABEL

Desfiladero	43
Las soledades de Babel	44
Los pobres de Babel	46
Pobrecito profeta	49
El hígado de Dios	50
Que venga el trujamán	51
La ignorancia de Cristo	52
El infinito	53

TRÉBOLES

Hojas	57
Las campanas	58
Mundo	60

El mar viene del mar	61
Llave oscura	62
Triste N° 1	63
Niebla	64
Tréboles	65
El habla	66
Atlántico	68
Sobrevivientes	69
Triste N° 2	70
Giornata	71
Morondanga	73
Distancias	74
Embarazoso panegírico de la muerte	75
Triste N° 3	77

SATURACIONES Y TERAPIAS

Saturación	81
Weltanschauung	82
La red	83
Rencor mi viejo rencor	84
Lo dice Fukuyama	85
Egemonía	86
Adjetivos desechables	87
El rruiseñor y el gallo	89
El rruiseñor y la calandria	90
El rruiseñor y la rruiseñora	91
Señales de humo	92
Sembrándome dudas	93
Avicultura	94
Zoo ilógico	95
Antiquitäten	97
Soneto (no tan) arbitrario	98
Terapia	99

CARACOL DE SUEÑO

Ciudad sola	103
Hurgadores	105
Tercera edad	106
Tu fábula y mi fábula	107
Verbigracia	108
Eucaristía	109
Se va se va el vapor	110
Desde el alma (vals)	111
Sentimientos	112
Onomástico	113
Cuando esta virgen era prostituta	114
¿Por qué no hay más viajes a la luna?	115
Calle de abrazados	117
Posdata sin carta	118
Caracol de sueño	119

PRAXIS DEL FULANO

Maravilla	123
Hablo de tu soledad	124
Epigrama con muro	125
Variaciones sobre un tema de heráclito	126
Soneto <i>kitsch</i> a una mengana	127
Certificado de existencia	128
Repaso histórico	130
Mengana si te vas	131
Gerundio	132
Triángulo	133
Onfálica	134
Utopías	135

MARIO BENEDETTI

PERPLEJIDADES DE
FIN DE SIGLO

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

*a luz
como siempre*

NOTA

Este volumen reúne artículos y conferencias, escritos en los últimos siete años, sobre temas de política internacional, con expresa atención a la realidad latinoamericana. Es posible que el lector encuentre algunas reiteraciones de datos, debidas fundamentalmente al carácter periodístico de la mayoría de estos trabajos.

Varios de los textos aquí incluidos aparecieron originalmente en las siguientes publicaciones: *El País*, *Claves* y *El Independiente* de Madrid; *Cuatro Semanas*, de Barcelona; *Brecha*, de Montevideo; *Página/12*, de Buenos Aires; *La Jornada*, de Ciudad de México; *Barricada*, de Managua; *Punto Final*, de Santiago de Chile, y *Nuevo Texto Crítico*, de Stanford.

M.B.

Montevideo, mayo 1993.

*La política es la historia que se está
haciendo, o que se está deshaciendo.*

HENRI BORDEAUX

*A medida que nos hacemos más hombres
y estamos más de vuelta, van quedando,
para nosotros, menos cosas y hombres
respetables; pero los respetamos más.*

CARLOS VAZ FERREIRA

*Si hay mala fe, ¿por qué no va a haber
una buena duda?*

JOSÉ BERGAMIN

*Cada rayo que cae
cree que ha terminado con el mundo.*

CÉSAR FERNÁNDEZ MORENO

VARIACIONES SOBRE EL OLVIDO

El pasado es siempre una morada. Cuando nos mudamos al presente, a veces alimentamos la ilusión de que cerrando aquella casa con tres candados (digamos el perdón, la ingratitud o el simple olvido) nos vamos a ver libres de ella para siempre. Sin embargo, no podremos evitar que una parte de nosotros quede allí, coleccionando goces o rencores, transmutando los modificados hechos, en delirios, visiones o pesadillas. Esa parte de nosotros que allí queda nos llama cada tanto, nos hace señales, nos refresca viejas primicias, y todo ello porque es la primera en saber que no nos conviene abandonarla, hacer de cuenta que nunca existió. El olvido es, antes que nada, aquello que queremos olvidar, pero nunca ha sido factor de avance. No podremos llegar a ser vanguardia de nada ni de nadie, ni siquiera de nosotros mismos, si irresponsablemente decidimos que el pasado no existe.

Y esto vale para el individuo y para la sociedad. Los analistas bien lo saben: muchas de las carencias, pesadillas e inhibiciones del adulto suelen tener raíces en la infancia, que es, después de todo, el amanecer del pasado individual. Si cortamos los puentes con la infancia es posible que nos condenemos a una inacabable inmadurez. Es claro que la infancia no sólo está para ser contemplada, tal como si se recorriera un viejo álbum de fotografías en sepia; más importante es descubrirla, comprenderla, descifrarla, detectar dónde comenzó una esperanza, dónde fue sembrado un desaliento, provocada una animadversión. Evidentemente, no es posible llevar consigo un completo inventario del pasado; no hay maleta ni diario íntimo con capacidad suficiente. Tampoco hay ningún texto (ni siquiera el más minucioso de los anales) que registre cada jornada de la historia. Pero la memoria, o su vicario el subconsciente, va acumulando una antología de las

esencias atesoradas, de las imágenes que entre otras cosas son signos de identidad, de las palabras que fueron revelaciones, de los goces y sufrimientos decisivos.

La memoria individual sólo acaba con la muerte, esa inquerida meta del futuro, casi un negativo de la *última Thule*, pero mientras tanto, mientras el tiempo nos va llevando de la mano, y a veces de los cabellos, por la vida, el futuro se va empequeñeciendo y en esa reducción nos reserva deterioros, decadencias, pérdidas varias y sucesivas, en tanto que el pasado, por el contrario, aumenta de espacio, se va convirtiendo en nuestra única riqueza inexpropiable.

El futuro es un juego de azar, una ruleta, y en esa cualidad reside por cierto buena parte de su atractivo, de su seducción, pero llegará un instante en que sólo nos quede una postrer jugada y de antemano sabremos que el implacable *croupier* barrerá nuestras últimas fichas. En ese juego epilodal nadie hace trampas: siempre perdemos. El pasado, en cambio, no es un azar, aunque en un instante, cuando sólo era presente, pueda haberlo sido (o parecido). Ahora, cuando es definitivamente pasado, es una certeza. Catálogo de resultados múltiples, de ganancias o pérdidas, de juicios que ya no son prejuicios, el pasado es un saldo constantemente actualizado.

Por eso, el ser que tiene el infortunio de sumergirse en la amnesia no puede empezar la vida desde cero, ya que se ha quedado sin memoria pero también sin inocencia. El mero hecho de saber que hay en él un pasado al que no tiene acceso genera una angustia que descarta la inocencia. No es el futuro lo que inquieta al amnésico: sabe que no puede aspirar a él, ni hacer ningún cálculo para mañana, mientras no vuelva a ser dueño de su pasado. De ahí que no le produzca ninguna mejoría, sino a veces más angustia, el que los demás, los memoriosos, le proporcionen datos de lo que en su pasado fue, o le muestren fotos y le digan y le repitan: “Ésta fue tu madre; ésa era tu casa”, porque ni la madre ni la casa existirán realmente para él mientras no vuelvan a ocupar sus puestos en su memoria individual. La memoria ajena no es suplente de

la propia, sino otro territorio al que apenas podrá acudir como turista, y menos que eso, porque el turista, el extranjero, siempre conocen de qué geografía y de qué historia vienen.

El amnésico y el olvidador

Hay una diferencia sustancial entre el amnésico y el *olvidador*, y entre éste y el olvidadizo, que es apenas un precandidato a olvidador. El amnésico ha sufrido una amputación (a veces traumática) del pasado; el olvidador se lo amputa voluntariamente, como esos reclutas que se seccionan un dedo para ser eximidos del servicio militar. El olvidador no olvida porque sí, sino por algo, que puede ser culpa o disculpa, pretexto o mala conciencia, pero que siempre es evasión, huida, escape de la responsabilidad.

No obstante, el olvidador nunca logra su objetivo, que es encerrar el pasado (cual si se tratara de desechos nucleares) en un espacio inviolable. El pasado siempre encuentra un modo de abrir la tapa del cofre y asomar su rostro. El amnésico hace a menudo denodados esfuerzos para recuperar su pasado, y a veces lo consigue; el olvidador hace esfuerzos, igualmente denodados, por desprenderse del mismo, pero sólo cosecha frustración, ya que nunca logra el pleno olvido. El pasado siempre alcanza a quien reniega de él (así se trate del mismísimo Macbeth), ya sea infiltrándose en signos o en gestos, en canciones o en pesadillas. Los pueblos nunca son amnésicos. Amnistía no es amnesia. La tradición es un recurso de la memoria colectiva, pero también hay otros, menos inofensivos. Tampoco los gobiernos son amnésicos, aunque a veces intentan ser olvidadores. Curiosamente, su forma de olvidar suele ser proselitista, ya que su objetivo es que los demás también olviden. Siempre es un mal síntoma cuando un gobernante intenta basar su poder en el olvido colectivo. Por lo general, es entonces cuando propone empezar desde cero, como si eso fuera posible. Lo cierto es que esa frase tiene para él un encanto parti-

cular. Hay que prohibirse mirar hacia atrás; hay que mirar siempre hacia adelante, no tener “ojos en la nuca”.

Es obvio que se trata de una metáfora oficial, burocrática, pero en el subsuelo de cada metáfora siempre yace un sentido recóndito. El significado superficial es que no cultivemos el rencor ni la venganza. Bravo. El significado recóndito es que renunciemos a ser justos: que el sentido de la justicia desaparezca junto con los desaparecidos. De todo el legado de los Evangelios, sólo rescatan aquello de poner la otra mejilla, y en consecuencia preparan minuciosamente la segunda bofetada. Sin embargo, ningún pueblo logra una verdadera paz si tiene un pasado pendiente. Los olvidadores también lo saben (¿quién puede no saberlo?) pero no les importa mucho, porque en el fondo no les importa la paz.

Las palabras existen

Los pueblos siempre recuerdan, pero una forma de ayudarles (y ayudarnos) a recordar es describir cómo era el pasado cuando aún era presente. Las palabras, aunque hayan sido lavadas del rencor y la venganza, siguen siendo palabras: existen. Los desaparecidos se esfuman, pero la palabra *desaparecido* adquiere desde ahora una nueva y escalofriante acepción. Ya no corresponderá a la paloma que se vuelve ausencia en la galera del prestidigitador para luego emerger de una de sus mangas; ahora alude más bien al niño que se hizo humo ante la mirada atónita de las abuelas de la Plaza de Mayo y no hay arte de magia que lo haga renacer. La maldición de la tortura fue, existió (y en tantos lados existe aún), pero los olvidadores tratan de borrarla, procuran que la prensa no ose decir ese nombre y que las asociaciones pro derechos humanos no sepan ya cómo destacarla en su lista mundial de abyecciones; en todo caso, los olvidadores toleran que la palabra tortura sobreviva como un digno ejemplo de *obediencia debida* o un matiz de celo excesivo. No obstante, la palabra tortura permanece, no sólo en el lenguaje coti-

diano, sino también en el de las cicatrices, las mutilaciones, los muñones de vida, las franjas de muerte.

La palabra es probablemente la mayor dificultad con que se enfrentan los olvidadores profesionales, porque la vocación congénita de la palabra no es omitir, sino nombrar, así como la justicia está para juzgar y no para complicarla en el olvido. Luciano Rincón se refería, en un reciente artículo de *El País*, de Madrid, al “hecho curioso de que haber sido antifranquista se está empezando a convertir en algo de mal gusto”. Algo parecido pasa en Portugal con quienes protagonizaron la *Revolución de los clavetes*. Acaso tampoco falte mucho para que en las vigiladas democracias de Argentina y Uruguay el hecho de haberse opuesto a las respectivas dictaduras empiece a convertirse en antigualla o recuerdo fósil. Sin embargo, pese a todo, para la injusticia sólo hay un remedio y éste no es el olvido, sino la justicia.

El cálculo que suelen hacer los olvidadores es que ellos olvidan a plazo fijo (y con fructuosos intereses) y que en todo caso serán sus sucesores quienes deberán hacer frente al rechazo popular. Juzgar el pasado no es faena cómoda, pero al menos no es inútil como el olvido. Los olvidadores oficiales, que a menudo proclaman ser portavoces del pueblo, deberían tener cierta osadía, aunque fuese en dosis mínimas, si es que quieren asumir una cuota parte de la dignidad colectiva. El olvido es un barniz, o incluso la propuesta de una imagen espuria, pero bajo el barniz o la imagen fraudulenta, la realidad finalmente surge. Por debajo del falso Altmann aparece, en una afinada operación de *pentimento* histórico, el Klaus Barbie de la realidad, y los olvidadores de un *aquí* cualquiera no se atreven a defender *allá* al “obediente debido” que envió medio centenar de niños a la muerte. No obstante, aun esa invasión de pasado abyecto por la justicia presente incluye un detalle revelador. El falso pasaporte a nombre de Altmann le fue extendido a Klaus Barbie por la CIA, que, con pleno conocimiento de sus crímenes, no tuvo reparo alguno en reclutarlo y considerarlo como uno de los suyos. No obstante, este dato espectacular sólo figura en la

gran prensa internacional como una mera información y no parecen abundar los editorialistas que se atrevan a calificar esta democrática inmoralidad. Todos acusan (con razón) a Barbie, pero nadie se acuerda de la benemérita CIA.

El rencor y la venganza inferiorizan al rencoroso y al vengativo. Ah, pero la justa sanción de la tortura y otras violaciones de los derechos humanos dignifican a la humanidad. “La tortura no es inhumana”, decía Sartre, “es simplemente un crimen innoble y crapuloso, cometido por hombres y que los demás hombres pueden y deben reprimir”. La tortura no puede ser purgada torturando al torturador, debido a que la sevicia corrompe a quien la practica, aunque el ex victimario y ahora presunta víctima pudiera, en un dictamen apasionado, merecerla. Ocurre que ningún ser humano, por inhumano que sea o parezca, es merecedor de tortura.

No es el olvido lo que puede salvar a una comunidad del rencor y la venganza. Sólo el ejercicio de la justicia permite que la comunidad recupere su equilibrio. La fidelidad, la lealtad, la justicia son actitudes que adquieren valor en su conexión con el pasado. Nadie pretende ser fiel a un futuro, leal a un juramento que todavía no ha hecho.

Al prójimo ecuánime y entrañable, que también los hay, no le seduce la retórica del olvido sino las cuentas claras, esas que conservan enemistades. No ignora que tras esa mímica de generosidad, tras ese despilfarro de perdones, tras ese simulacro de justicia, el pasado de veras sigue intacto: con sus principios y sus riesgos, sus frustraciones y sus laureles, sus violetas y sus pavos reales, sus almas en pena y sus almas en gloria. Ocurre que el pasado es siempre una morada y no hay olvido capaz de demolerla.

(1987)

LA PAZ O LA ACEPTACIÓN DEL OTRO

“¿Existe la paz? ¿Es existencia o concepto?”, interroga atribulado el poeta alicantino Juan Gil-Albert. ¿Qué responderle? Quizá sea a veces *existencia* y otras veces *concepto*; depende de qué paz y en qué época. ¡Hay tantas paces posibles! ¡Y tantas imposibles! ¿No será la paz un mero estado de ánimo? Si las contradicciones que normalmente ocurren en el fuero íntimo hacen difícil que el individuo viva en paz consigo mismo, cuánto más arduo no habrá de ser que una familia, un gremio, una comunidad, una nación, o en última instancia la humanidad, logren una paz interna.

Las contradicciones no son en principio destructivas ni inconvenientes ni perjudiciales. En el plano individual, por ejemplo, un artista suele sacar buen partido de ellas: para la poesía, pero sobre todo para la novela y el drama, la contradicción es un ingrediente poco menos que imprescindible. Por otra parte, en la pugna ideológica, es importante el acicate creativo del encadenamiento dialéctico. En el ámbito social, las contradicciones van puntuando y desarrollando la historia. En el alcance internacional, los contrastes han servido en ciertas ocasiones para revelar el verdadero rostro de imperios y colonialismos. Sin contradicciones, ya sean internas o externas, la vida y las relaciones humanas serían probablemente tediosas, y tal vez por ello hay quienes piensan que la paz es una forma del aburrimiento. Un malentendido, por supuesto, ya que la paz no es exactamente la ausencia de contradicciones, como tampoco es razonable definirla (pese a que así lo hacen los diccionarios) como “la ausencia de guerra” o “el estado de un país que no sostiene guerra con ningún otro”.

No es obligatorio definir la paz por lo que *no es*; también se la puede definir por lo que efectivamente *es*. La paz es, por ejemplo, el consentimiento (y hasta la com-

prensión) de las contradicciones, y en consecuencia, la aceptación de la *otherness*, o la *otredad*, esa índole de lo que piensa, siente y es el otro. Cada ser humano es él mismo y también es *otro*; es otro, cuando se le juzga, se le aprecia o se le mide desde un punto de vista ajeno. La admisión de la cualidad o el carácter del *otro* no implica la automática aceptación de lo que ese *otro* es, piensa o siente, sino la mera admisión del derecho que tiene a ser *otro*. Es precisamente la negación de ese derecho lo que lleva al conflicto, y, en el caso de naciones, a la guerra.

Si una nación le niega a otra el derecho de darse la forma comunitaria y de gobierno que estime más adecuada a sus intereses, a su historia, a sus tradiciones, a su carácter y a sus hábitos, aquella nación comienza a deteriorar las posibilidades o el mantenimiento de la paz. Después de todo, la paz no es una abstracción sino una convención muy concreta entre individuos, entre pueblos, entre naciones, entre ideologías. Por lo común, no es una relación espontánea, como puede ser la del amor, sino un ámbito deliberadamente construido y en el que cada parte se compromete, tácita o expresamente, a no invadir el territorio, la política, la economía, la cultura o la lengua de la otra.

Si entre dos individuos hay uno que no respeta la jurisdicción espiritual o física del otro, entonces surge la agresión y, en casos extremos, el crimen; en ciertas ocasiones, la víctima de la agresión suele no tener ninguna posibilidad de reivindicación o de defensa. En nuestro mundo de hoy, no es infrecuente que una nación poderosa construya artificialmente un cúmulo de contradicciones a fin de que éstas le sirvan de pretexto para efectuar y consolidar su agresión. Por ejemplo, si una nación pequeña lleva a cabo una revolución que, mal que bien, pone término a una situación de injusticia y de represión, de inmediato aparece alguna nación poderosa que exige al pequeño país el urgente establecimiento de una pluralidad política. Sin embargo, si la nación minúscula tiene entre sus planes esa célebre pluralidad y se esmera en llevarla a cabo, entonces la gran nación unge y presiona a los partidos de opo-

sición de aquel paisito para que, en el caso de una convocatoria a elecciones, se abstengan de participar por “falta de garantías” o cualquier otra excusa. Luego, si tales partidos se abstienen, la gran nación dará el siguiente paso: acusará a su modesta vecina de falta de pluralismo. Y a continuación se sentirá autorizada a bombardear sus puertos, a bloquear su economía, a financiar y armar a contingentes opositores.

En tales casos, la negación de la paz es un círculo vicioso: a la nación imperial nunca le basta el logro de las metas que sucesivamente enuncia, y no le basta porque para ella son falsas metas, ya que en realidad su único, verdadero objetivo es la guerra. Se sabe inconmensurablemente más poderosa que la nación pequeña y en consecuencia la guerra es su única carta segura. En el enfrentamiento de razones, en la negociación política o diplomática puede perder (aunque la paz se salve), pero en la colisión bélica está segura de ganar, aunque la paz se pierda. Y también en este caso, la nación agredida suele no tener ninguna posibilidad de reivindicación o de defensa. Un solo ejemplo: cuando Estados Unidos mina los puertos nicaragüenses y bombardea el puerto de Corinto, el gobierno de Nicaragua se presenta ante el Tribunal Internacional de La Haya, acusando a su agresor y reclamando la correspondiente indemnización; dicho Tribunal falla a favor de esa reclamación y condena a los Estados Unidos al pago de la compensación exigida. No obstante, el gobierno de los Estados Unidos rechaza tajantemente ese fallo de vigencia internacional.

Ahora que Jacques Derrida ha puesto de moda la palabra *différance*, apelando, además de otras caracterizaciones, al recurso de escribirla (por supuesto, en francés) como tradicionalmente se pronuncia; nosotros, en español, ya que no tenemos esas elásticas posibilidades en la palabra *diferencia*, tal vez podamos recurrir a su significado clásico para explicarnos este acertijo de la paz. Porque ¿qué es la paz (ya sea entre individuos o entre naciones) sino la aceptación del *diferente*, del o de los que no son como yo, como nosotros? La diferencia hunde sus raíces en la his-

toria, en la cultura, en la lengua. Por cierto que cada lengua es en sí misma una diferencia, pero dentro de una misma lengua existen matices regionales o nacionales, pronunciaci3nes o cadencias claramente dispares. ¿No serán acaso los dialectos, después de todo, una voluntad de diferenciación con respecto a la lengua madre? Hay países en los que la autonomía política o la distinción federativa tienen origen fundamentalmente en los matices de la lengua. Es probable que la diferenciación lingüística sea el primer examen que debe aprobar la paz.

Si un extranjero llega a nuestro país, y no hablamos su idioma ni él habla el nuestro, se establece un muro, éste sí espontáneo, entre él y nosotros. La paz corre ahí su primer riesgo, ya que la no-comprensi3n establece el primer distanciamiento. No hay *Verfremdungseffekt* más primitivo, más elemental, que la distancia que media entre dos lenguas. En la Antigüedad, la condici3n de extranjero o de extraño se apoyaba en el distinto color de la piel pero también en el uso de otra lengua, y frecuentemente era la mera proximidad colectiva del extranjero la que generaba las guerras, sin que mediara una provocaci3n actual.

Paz no es sinónimo de amor. La manera más práctica de comprender esta definici3n negativa y pueril es sencillamente invertir los términos. No bien expresemos que amor no es sinónimo de paz, de inmediato comprendemos que, al derecho o al revés, la antinomia es legítima. Paz es tal vez la posibilidad de que el amor y el odio coexistan, intercambien pasiones, se estimulen recíprocamente. “En la paz tengo enemigos”, escribi3 Fernando Savater, “pero decido conservarlos en lugar de destruirlos; quiero saber qué puedo hacer con ellos que no sea matarlos”.

En cierto modo la paz puede ser el resultado de un sistema. Si el concepto de *sistema* es definido como “un acto mental mediante el cual se selecciona, de entre un número infinito de relaciones entre cosas, un conjunto de elementos cuyas relaciones indican cierta coherencia y unidad de propósito, y que permiten la interpretaci3n de hechos que de otra manera parecerían una sucesi3n de actos arbitrarios”, y si se analizan los períodos de paz más

extensos y estables de la historia, quizá ese análisis revele el conjunto de elementos (comunes a todos y cada uno de esos lapsos de paz) cuyas relaciones indican una coherencia y unidad de propósitos que no son una retahíla de actos arbitrarios sino un proceso desde o hacia la paz. Para llegar a la guerra es posible que exista un número infinito de relaciones entre gobiernos o naciones o pueblos; en cambio, para llegar a la paz, que es una meta por cierto más ardua, las posibilidades de relaciones no son infinitas y normalmente se inscriben en un sistema que, por ser tal, debe asumir su propia coherencia y su unidad de propósitos.

Es claro que el sistema puede ser abierto. El pacifismo, por ejemplo, es un sistema abierto cuyo objetivo es llegar a la paz. Pero no es el único. Por otra parte, tal como acontece en el plano científico, el pacifismo, como buen sistema abierto, importa más energía que la que exporta, y además, no importa únicamente energía sino también información. Esta última es probablemente la más palpable utilidad del pacifismo: la información que obtiene. Y esa información es sencillamente pavorosa: actualmente (los datos que siguen son de 1984, de modo que hoy las cifras serían más escalofriantes) se gastan anualmente en armas 800.000 millones de dólares, en tanto que tres cuartas partes de la población mundial viven, o apenas sobreviven, en la miseria, y 40.000 niños mueren diaria y ominosamente de hambre en el Tercer Mundo. Hace nada menos que veinticuatro siglos que Herodoto formuló una impecable definición acerca de la guerra y la paz: "Nadie es tan insensato que elija por su propia voluntad la guerra mejor que la paz, ya que en la paz los hijos entierran a sus padres, y en la guerra los padres entierran a sus hijos". Por supuesto, en la época de Herodoto todavía no existían los poderosos fabricantes de armamentos, esos insensatos que hoy eligen la guerra mejor que la paz. Y otra puesta al día de la sabia acotación del historiador de Halicarnaso: en pleno 1986, en Etiopía o en el Nordeste brasileño, los padres entierran a sus hijos, porque allí el hambre también es una guerra.

Por supuesto, cada paz tiene su precio. Y éste no será excesivo pero sólo cuando suponga la base de su consolidación. No obstante, ¿estamos todos de acuerdo en el significado de la palabra paz? ¿Cuál es la paz que quiere el autoritarismo? Evidentemente, es la paz de la mansedumbre, de la docilidad, de la injusticia social congelada para siempre. Nuestra acepción de la paz, en cambio, pasa por la equitativa distribución de la riqueza, el trabajo creador, el franco ejercicio de la libertad, la asunción de la soberanía nacional, la plenitud cultural del hombre.

La única manera de conformar las legítimas rebeldías de un pueblo, es reconocerlo como libre, tratarlo con justicia, darle (o restituirle) lo que es suyo. Por eso la paz de los pueblos está en guerra con la paz que proponen los autoritarismos. ¿Cómo pretenden alcanzar la paz quienes no están dispuestos a ceder ni uno solo de sus privilegios, a renunciar a una sola de sus ventajas, a considerar al pobre, al desvalido, como su igual en el derecho a disfrutar los bienes, y a soportar los males de cada patria? Estamos tan confusos que, a esta altura, estados legítimos son la preguerra, la guerra y la posguerra; la paz es apenas un estado bastardo. Las desigualdades suelen provocar la guerra, pero, curiosamente, la paz no es una región llana, sin alcores. La guerra acelera la muerte; la paz ensancha la vida. Y sin embargo, mientras los héroes de la guerra son glorificados, los de la paz (un Gandhi, un Luther King, un Salvador Allende, un Olof Palme) son violentamente eliminados.

Destrucción Mutua Asegurada (MAD): éste es el curioso nombre que los más fanáticos belicistas de hoy le dan a la paz. Para ellos la paz es un equilibrio de terror, una nivelación del pánico. A las todopoderosas industrias de la guerra, ese concepto de paz les viene de perilla, ya que la aterradora estabilidad sólo se logra si en ambos bandos rebosan los tanques, los bombarderos, los misiles, los submarinos atómicos, las bombas de fisión. Proponer que la única paz verosímil repose en una equilibrada posibilidad de destrucción, es algo tan absurdo, tan descabellado, que uno no tiene más remedio que volver a Tácito, que en su

Vida de agrícola escribía: “Hacen un desierto y llámanlo la paz”. En semejante desierto, nuestra desvalida región de paz es todavía una zona reducida, pero es desde ya un oasis. De nosotros, habitantes de la Tierra, depende que el oasis irrumpa en el desierto. Si la paz que proponen los pueblos está en guerra con la paz que proponen los opresores de los pueblos, nuestra obligación con la paz es ganar esa guerra.

(1986)

LOS PROPIETARIOS DE LA LIBERTAD

Las palabras cumplen ciclos; las actitudes también. Sin embargo, cuando las palabras designan actitudes, los ciclos se vuelven más complejos. Cuando el hoy tan denostado Sartre puso la palabra *compromiso* sobre el tapete y hasta Archibald Mac Leish publicó un libro sobre *La responsabilidad de los intelectuales*, estas dos palabras, *compromiso* y *responsabilidad*, designaban actitudes que, sin ser gemelas, eran bastante afines. Salvo contadas excepciones, los intelectuales de entonces las hicieron suyas, y, equivocados o no, dijeron sin eufemismos a qué bando (así fuera en líneas generales) pertenecían, por qué empeño se jugaban.

Antes, Emile Zola se había aventurado a defender a Alfred Dreyfus y nadie pensó que con ello se deterioraba su libertad individual ni su creación artística. Sí se deterioró, gracias a su lúcido y valiente empeño, la corrupta justicia que había condenado al presunto traidor. Los artistas y escritores comprometidos, en mayor o menor grado, ya fuera en vida y obra o sólo en vida, durante la primera mitad del siglo XX o aun en los años sesenta, no eran simples portadores de pancartas o voceros de consignas. Eran nada menos que Bertolt Brecht, Charles Chaplin, Pablo Picasso, Antonio Machado, César Vallejo, Rafael Alberti, Richard Wright, Cesare Pavese, Miguel Hernández, Paul Eluard, Elio Vittorini, Orson Welles, Alberto Moravia, Pablo Neruda, Jean Paul Sartre, Peter Weiss y tantos otros.

¿Por qué aquellos *comprometidos* tenían entonces tan buena prensa y los de hoy la tienen tan mala? El peligro sin máscaras era el fascismo, y aunque éste también tenía sus intelectuales adictos (el más célebre, Ezra Pound, hoy tan venerado), la mayor parte de los novelistas, poetas, dramaturgos, pintores, etcétera, eran conscientes de que

ése y no otro era el enemigo común. Hoy, buena parte de los asistentes al reciente Congreso de Valencia se las arreglaron para descalificar al Congreso de 1937, ese mismo que en apariencia conmemoraban, pero la verdad es que aquellos intelectuales de hace medio siglo no se detuvieron en filigranas ni en preciosismos a la hora de nombrar, caracterizar y denunciar al entonces más notorio enemigo de la humanidad.

Una cosa es cierta, sin embargo: aunque las democracias europeas no se decidieron a traspasar los Pirineos y del otro lado del Atlántico llegó la meritoria Brigada Lincoln (desnorteados de buena fe, según la actual Administración norteamericana), los Estados Unidos de entonces, mejor informados que los de hoy, también sabían que su enemigo era el fascismo y que la amenaza de una segunda guerra mundial estaba cada vez más cercana. Todos aquellos decididos intelectuales fueron, cuando por fin llegó la anunciada conflagración, aliados de los Aliados. En un momento en que hasta Hollywood iniciaba su breve pero sustancioso idilio con los soviéticos, y a los sonos del *Concierto para piano y orquesta*, de Chaikovski, el ágil Robert Taylor (pocos años antes de denunciar a sus compañeros ante el tribunal MacCarthy) no perdía su elegante sombrerito de siempre en medio del fragor del frente ruso, los intelectuales antifascistas no molestaban al Departamento de Estado, por más que en el fondo, como siempre, desconfiaran de ellos. De ahí la buena prensa, pero también la reticencia en los elogios.

Tampoco molestaba demasiado a Washington el hoy satanizado estalinismo, ya que, después de todo, eran tropas de Stalin las que iban a aguantar el peso del ejército nazi en Leningrado. ¿Serían acaso los procedimientos de Stalin, en esa etapa de la historia del siglo XX, sana y dulcemente democráticos? ¿O simplemente ocurriría que al pragmatismo de los Estados Unidos no le venía mal mantenerse, por un buen lapso, al margen de la lid, en tanto que la Maginot mostraba su inutilidad y los británicos y soviéticos ponían los muertos?

La guerra pasó, sin que ningún centímetro de territorio

norteamericano sufriera bombardeos. Tras superar largamente los hornos crematorios de Hitler con las ciudades hornos de Hiroshima y Nagasaki, los Estados Unidos elaboraron planes de muy distinto signo (Marshall para Europa; Camelot para América Latina) y, para su organizado asombro, aquellos prestigiosos intelectuales siguieron siendo, aun después de derrotado el fascismo, más antifascistas que proyanquis. El Tercer Mundo, y en particular América Latina, empezó a sentir la presión cada vez más insoportable y antidemocrática de la Gran Democracia del Norte. Salvo contadas y célebres excepciones, los intelectuales latinoamericanos, siguiendo el ejemplo de sus colegas europeos de decenios atrás, también comprendieron dónde estaba esta vez el enemigo, sobre todo después de que las chapuceras pero cruentas variantes de fascismo criollo mejoraron ostensiblemente su letal eficacia gracias al apoyo económico, militar y político del Pentágono, la Casa Blanca y la Agencia Central de Inteligencia.

Tímida o tajantemente, los intelectuales de América Latina empezaron a pronunciarse contra esos procedentes. No fueron los primeros, claro. Desde el pasado llegaban las voces de Martí, Rodó, Mariátegui, Darío, Alfonso Reyes, Henríquez Ureña, Aníbal Ponce. Pero ahora los esfuerzos no estaban aislados, surgían en medio de una solidaridad continental. Sólo entonces empezó la mala prensa para los intelectuales antifascistas. De norte a sur, los grandes pontífices de la propaganda norteamericana subrayaron una y otra vez la palabra *libertad* y denostaron el *compromiso*. Se crearon ámbitos y tribunas (*Congreso por la Libertad de la Cultura*, revista *Libre*, etc.) donde la *libertad* y sus derivados atraían desde el título, como seducción para intelectuales más o menos propensos. La palabra *libertad* se puso tan de moda que en Uruguay fue el nombre de un presidio. La *novedad* fue otra variante seductora: la revista *Mundo Nuevo* (después de muchos juramentos que negaban que la publicación era financiada por la CIA, una asamblea del Congreso por la Libertad de la Cultura, celebrada en París, reconoció públicamente que ese apoyo financiero llegaba a la revista a

través de la Fundación Ford y del propio Congreso) o los expeditivos *nuevos filósofos* franceses. Los técnicos en penetración cultural no tuvieron más remedio que dedicarse a explicar los cambios que había sufrido la palabra *libertad*. Verbigracia: *libertad* no era librarse de Batista o de Somoza, reiteradamente condecorados, armados y sostenidos por Washington, sino mantener la prensa *libre*, que sabe elogiar sin tregua a los invasores económicos y/o militares. *Libertad* es, por supuesto, el golpeante recuerdo de Afganistán, pero es sobre todo el compacto olvido de la base de Guantánamo (casi 90 años de ocupación norteamericana) o de las invasiones de Bahía de Cochinos, de la República Dominicana y de Granada. *Libertad* es la emocionada comprobación de que la gran prensa norteamericana es capaz de descubrir que Lumumba o Allende fueron liquidados por la CIA, sin poner el acento en que esa lúcida y veraz autocrítica no sirve para resucitar a ninguno de ambos.

¿Y *compromiso*? Pues *compromiso* es la actitud que adoptan ciertos intelectuales que, directa o indirectamente (cuanto más indirectamente, mejor), son “influidos por Moscú”. En esos casos siempre conviene destacar que la carga ideológica de sus actitudes y pronunciamientos perjudica notoriamente su literatura y su arte. Puede un poeta escribir de amor y de Dios, de metafísica y de magia, pero si una sola vez estampó su firma bajo una declaración que, por ejemplo, condenaba la clamorosa invasión de Granada, la descalificación (en la crítica “orientada” y en buena parte de los *mass media*) no sólo tendrá en cuenta esa firma sino que también abarcará su amor, su Dios, su metafísica y su magia, y en particular servirá como pretexto para descalificarlo como poeta. Después de todo, ¿cómo se atreve a frecuentar sueños y cielo y cualesquiera otras provincias del espíritu, si es público y notorio que tales ámbitos más o menos mágicos son patrimonio exclusivo de los *propietarios de la libertad*? No olvidemos que, como dice con sorna un personaje de Peter Weiss, “el espíritu se mantiene inseparablemente del lado de las finanzas”.

Elogiar, o simplemente no mencionar (ver Valencia, 1987) a los Estados Unidos, eso no es degradante *compromiso*, sino claro ejercicio de la *libertad* y la *independencia* del intelectual. Tal vez la palabra *imperialismo* debería ser borrada del diccionario. Ciertos conspicuos intelectuales no son capaces de pronunciarla ni bajo amenaza de tortura.

De todas maneras, constituye un espectáculo crudamente didascálico (al menos si nos atenemos a las versiones periodísticas) el representado por afamados adalides del *no-compromiso*, comprometidos hasta las amígdalas. ¿Comprometidos con quién? En Valencia 1987, ni siquiera Jorge Edwards (autor de *Persona non grata*) logró que se firmara una declaración colectiva contra el gobierno de Pinochet.

Es bueno que los autores *comprometidos* vayan sabiendo qué futuro les espera. A tal extremo ayuda la semántica a la descalificación, que sus obras, sean subversivas o fantásticas, ya no serán enviadas a la tradicional hoguera; más bien serán arrimadas cautelosamente a la Estatua de la Libertad a fin de que ardan en su inapagable antorcha.

(1987)

EL LLANTO DE JIMMY SWAGGART

El sábado 19, a las 11 horas, el canal 4 transmitió por fin el tan esperado *programa especial* con el macroarrepentimiento del telepredicador Jimmy Swaggart. Como ya es *vox populi* y en consecuencia *vox dei*, la *peccata minuta* del reverendo fue perpetrada en un motel de New Orleans con la eficaz colaboración de una hetaira local. La prueba de la infamia la llevó en la maleta otro ex predicador, Marvin Gorman, a quien en 1987 Jimmy había puesto en la picota por adúltero, de modo que hoy son doblemente colegas.

Detective privado mediante, Gorman logró registrar en fotos al hombre público y la mujer ídem en el instante en que abandonaban el motel. Es de suponer que Marvin tenía un poco olvidadas sus lecturas piadosas, ya que en la Biblia (ver *Deuteronomio 32:35*; *Romanos 12:19*; *Hebreos 10:30*) se especifica que “la venganza es una prerrogativa de Dios que estorban los que ilícitamente tratan de vengarse por sí mismos”. Sea como fuere, lo cierto es que Jimmy comprobó, más estupefacto que contrito, cómo Marvin convertía en pesadilla su razonable sueño de la Magdalena propia.

De cualquier manera, el gran *show* de Baton Rouge se convirtió involuntariamente en una apoteosis del crítico amancebamiento de New Orleans. Jamás un adúltero confeso ha sido aplaudido, vitoreado, besado y abrazado con tanta fruición por miles de personas. A veces los ojos llorosos y solidarios parecían transmitirle al pecador: “Feliz de ti, hermano, que lo hiciste”.

Es sabido que en la antigüedad las lágrimas (verbigracia, de los dolientes) eran guardadas en pequeñas urnas o lacrimatorios de vidrio o de loza. Si esa tradición se mantuviera hoy, y habida cuenta las que fueron vertidas en esta expiación (nunca más apropiado el término, ya que

se trata de un *ex-pío*) habría que guardarlas en botellones o barriles. Este Jeremías del siglo XX lloró, a veces como un sauce y otras como un cocodrilo, pero siempre de manera copiosa, torrencial. Pero también los miles de concurrentes aportaron un llanto casi coral y la cámara enfocó con delectación los empapados rostros del hijo y de la esposa, y no falta quien conjeture que el primero lloraba de tonto y la segunda de bronca. A ambos pidió puntual y húmedo perdón el pecador, y también a su “adorable y preciosa nuera” (ojo, morocha, que los sátiros penitentes son los peores), a sus “asociados” (agrupados y compungidos, tal vez lloraban el lucro cesante), a los integrantes del coro y a los cientos de millones de telespectadores. Y por supuesto también al Señor, el Cual, si verdaderamente Dios es Dios, a esa altura debería estar en plena náusea celestial.

Como ya es público y notorio, Swaggart y Gorman no son los primeros reverendos de sexo explícito. Hace dos años, el famoso Jim Bakker (también acusado por Jimmy) sucumbió a los encantos de su secretaria Jessica Hahn. Y antes aún, Billy James Hargis vio frenada su exitosa carrera de telepredicador en razón de sus lances eróticos. Verdaderamente estos reverendos han resultado reverendos piratas.

La sorprendente contradicción es que tales savonarolas místico-financieros, que en todas partes denunciaban la diabólica infiltración del marxismo, pasaron a convertirse ellos mismos en “libidinosos satanases”, a su vez infiltrados en su propio rebaño de almas puras.

Después de todo ¿qué importancia tiene un miniadulterio de motel? Sólo una comunidad de cuño puritano, punitivo e hipócrita, puede llegar a estos desbordes. No obstante, la prédica implacable, truculenta y profundamente reaccionaria de Swaggart y sus pares, tuvo finalmente un efecto de boomerang. Sus pecadillos se convirtieron en gigantescos, sólo porque ellos habían previamente convertido al sexo en una presencia monstruosa.

Hace dos años Swaggart, al denunciar las relaciones extraconyugales de su colega Jim Bakker, calificó a éste,

en delicada metáfora, de “cáncer que debe ser extirpado del cuerpo de Cristo”. Ahora se ha convertido él mismo en tumor extirpable. Tras su penitencia multitudinaria en Baton Rouge, predicador sin púlpito y con los ojos otra vez rencorosamente secos, tal vez amenice su vacación forzosa leyendo crónicas sobre las brujas de Salem, quienes por cierto lo pasaron peor. Siempre será para Jimmy un consuelo comparativo saber que puede reponerse de una etapa transgresora, en el alivio de la indulgencia, en la bonanza de su mansión despampanante y —*last but not least*— en la terrestre certidumbre que otorga una renta anual de 130 millones de dólares.

Ahora sólo falta que alguien nos dé noticias fidedignas acerca de la injustamente ignorada ramerita de New Orleans. Francamente, me cae bien la chiquilina. Alguna vez habrá que hacerle un homenaje, ya que es a su innombrable faena que hoy debemos, así sea indirectamente, la caída de las máscaras (y tal vez el principio del desmantelamiento) de una de las estafas seudorreligiosas más sonadas de este siglo. Y no es inverosímil que, dentro de poco, haya que ampliar la picota a fin de dar cabida a otros neo-reverendos de prédica sabihonda y práctica cachonda.

(1988)

LA NÁUSEA PANAMEÑA

Señalar que las agresiones de Estados Unidos contra América Latina suman varias decenas, no constituye por cierto una revelación. Quizá algún lector veterano recuerde que en 1962 el entonces Secretario de Estado, Dean Rusk, presentó a la sesión conjunta del Comité Senatorial de Relaciones Exteriores y Fuerzas Armadas, una pormenorizada lista de las intervenciones norteamericanas en el extranjero. En esa relación se detallan las 169 intervenciones efectuadas por los Estados Unidos entre 1798 y 1945. O sea un número considerablemente mayor que las llevadas a cabo, a través de los siglos, por Gengis Kan, Alejandro Magno, Julio César, Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Napoleón, Hitler, Mussolini y Stalin, todos juntos.

De esas 169, casi la mitad corresponden a países latinoamericanos. Hoy debería ser completada con una suculenta *addenda*: las intervenciones en Cuba (Playa Girón), Santo Domingo y Granada. No obstante, ninguna de esas agresiones fue tan descarada como el reciente asalto a Panamá, un desenfreno que tiene asegurado su sitio en el Guinness como la acción militar más repugnante de este siglo XX que se extingue.

Para mayor escarnio, el presidente Bush se muestra “un poco preocupado por la reacción de América Latina ante su decisión de intervenir en Panamá” y anuncia que el vicepresidente Dan Quayle visitará la región “para asegurar que Estados Unidos *no planea un uso indiscriminado de la fuerza* en su política exterior”. Con esas palabras, en un alarde de hipocresía más bien silvestre, el sucesor de Reagan nos está transmitiendo un mensaje: lo que Estados Unidos está planeando (como siempre lo ha hecho) es el uso *discriminado* de esa fuerza.

Por otra parte, cuando el Departamento de Estado ad-

vierte que la operación Causa Justa (!) sirve para mostrarle al mundo hasta qué extremos puede llegar Estados Unidos en su lucha contra el narcotráfico, cabe hacer algunas preguntas (que, por supuesto, nadie contestará) derivadas de semejante afirmación: ¿significa acaso ese comentario que Estados Unidos se arroga el derecho de intervenir con sus tropas en cualquier país en el que residan, definitiva o temporalmente, uno o varios narcotraficantes de pro? Concretemos: ¿podrá haber en el futuro nuevas operaciones Causa Justa, pero entonces contra Colombia, Bolivia, Ecuador, Perú, Brasil, México, etc.? Concretemos más aún: ¿serán invadidas naciones como España, Italia, Holanda, de notoria presencia en el tráfico de drogas? Por último, ¿Estados Unidos se invadirá a sí mismo? Porque lo cierto es que el desarrollo masivo del narcotráfico, con la consiguiente demanda de las más diversas capas sociales, comenzó a partir de las verificables y autorizadas dosis de estupefacientes que el Pentágono distribuyó entre sus bravos durante la guerra del Vietnam, a fin de infundirles suficiente coraje como para llevar adelante una guerra injusta (¿sinónimo tal vez de Causa Justa?) en cuya motivación nadie en su sano juicio podía creer. Fueron precisamente los veteranos de Vietnam, cuando volvieron derrotados y convertidos en drogadictos, quienes extendieron profusamente el hábito en su país, y, como consecuencia de la vocación paradigmática del mismo, también en todo el mundo libre, occidental y cristiano.

La náusea que provoca toda la operación istmeña empieza con el juramento, en zona norteamericana y ante autoridades militares yanquis, del fantoche Guillermo Endara como presidente panameño. Quizá este hombre de paja ignore un antecedente. El primer presidente de Cuba, Tomás Estrada Palma, atornillado también por los norteamericanos en el sillón presidencial, tenía un monumento en La Habana, del que hoy sólo quedan “un par de zapatos de bronce en lo alto de un gran pedestal”. Cuando triunfó la revolución, “el pueblo en furia volteó su estatua y eso es lo único que quedó” (ver: Eduardo Galeano, *El libro de los abrazos*, pág. 113). ¿Tendrá el

gordo Endara algún día su monumento? Por lo pronto, sería bueno que fuera eligiendo los zapatos de bronce.

“Endara is a sonofabitch, but he’s ours”, podría decir Bush parafraseando a Roosevelt en su famoso diagnóstico sobre Somoza. Hace pocos días se ha revelado que, al parecer, Endura, al igual que sus dos vicepresidentes, están asimismo vinculados al narcotráfico. Por suerte, Bush no tendrá que ordenar otra invasión a fin de secuestrar a Endara, porque en realidad sus 25 mil soldados no se han ido, ni tienen aún fecha para irse. Así lo ha dicho el mismísimo Bush.

Reconozcamos sin embargo que los yanquis no son los únicos responsables de la náusea. El propio Noriega, figura central de este atolladero, no es precisamente un paradigma. Personaje turbio si los hay, hombre entrenado en los laberintos de la CIA, típico “servitore de due padroni”, formado bajo la sombra de Omar Torrijos (éste sí un líder auténtico, osado, creativo y antiimperialista), bocaza incorregible, con discurso de héroe y claudicaciones de pusilánime, un día anuncia que resistirá hasta la muerte y al siguiente se entrega sin nobleza. (Es imposible no recordar aquí la dignidad de Salvador Allende.)

¿Y el Vaticano? ¡Vaya con el Wojtyla! La entrega ignominiosa de Noriega a los militares norteamericanos demuestra que para la Santa Sede su concepto actual del derecho de asilo resulta en definitiva bastante más precario que el de Pinochet (quien, después de todo, respetó en su momento a los refugiados en las distintas embajadas). Noriega estaba requerido, ya lo sabemos, por los tribunales norteamericanos. Pero también el tristemente célebre monseñor Marzinkus fue requerido por la justicia italiana y sin embargo el Papa no soltó a esa pieza relevante, fundamental para la debida investigación del escándalo del Banco Ambrosiano. *Dominus vobiscum. Et cum spiritu tuo.*

De todas maneras, Karol Josef Wojtyla podía haberle enviado a Bush una cita bíblica, verbigracia esta de Exodo (22.6): “El que incendia el fuego, pagará lo quemado”. ¿Pagará lo quemado? Por lo pronto, se estima que la invasión le costó a Panamá la friolera de 600 millones de dólares. O

sea que, para apresar a un solo y presunto narcotraficante, Estados Unidos provocó 2.000 muertes de civiles y convirtió en escombros a varios barrios de la Capital. ¿Sólo por ser narcotraficante? ¿O porque militó hace tiempo en la CIA y luego desertó? ¿No serán el canal y los plazos perentorios fijados por el convenio Carter-Torrijos, los temas que subyacen como motivos reales de una agresión tan desfachatada?

Después de todo, ¿llegará Noriega a ser juzgado? En los comentarios periodísticos de todo el mundo planean los fantasmas de Kennedy, Oswald, Ruby y otros enigmas del montón y probablemente más de uno debe estar aceptando apuestas acerca de cuándo y de dónde vendrá la bala silenciosa y letal. En ese rubro los yanquis son expertos. Ignoro si existirá en el mundo otra colectividad que haya asesinado a cuatro presidentes. Ellos sí lo han hecho: no parecen dispuestos a que se les escape ningún *record*.

No puede negarse que la ferocidad anti-Noriega del presidente Bush huele más a venganza que a justicia. Dos mil muertos como precio del secuestro de un presunto narcotraficante, no son moco de pavo. Como escribió hace pocos días Manuel Vázquez Montalbán en *El País*, de Madrid: “Cuando existía la historia a esto se le llamaba imperialismo, ahora tal vez se trate de un simple ajuste de cuentas entre gánsters”.

Dicen los cables que en las calles de Panamá se festejó con ruidosa alegría el secuestro de Noriega. (En ocasión de otra de esas habituales invasiones —la de Granada— cables de las mismas agencias norteamericanas informaron que las putas de Saint George’s estaban encantadas con los *marines*.) Pero en los noticieros de la televisión daba más lástima que asco ver saltar a los oportunistas de siempre, con las mismas flamantes camisetas yanquis y banderas norteamericanas de reciente modelito, todo bien condimentado con los obvios aplausos y los vivas al mejor postor. Nadie nos podrá convencer de que ése es el verdadero pueblo del Istmo. Nadie nos podrá convencer de que la porción más digna de esa sociedad esté con ánimo de homenajear a quienes asesinaron a miles de sus

compatriotas. Y como no dudo que los genuinos panameños habrán sido los primeros en sentir esa náusea colectiva, nuestro primer signo de solidaridad es sentirla con ellos. La *náusea panameña* se ha convertido en *náusea latinoamericana*.

Al igual que cuando Reagan ordenó la invasión de Granada, desde el comienzo Bush dejó constancia de que uno de los objetivos de la acción armada era proteger las vidas de los norteamericanos residentes en Panamá. El problema es que, de puro bondadoso y para proteger a los suyos, mató a dos mil panameños y destruyó sus ciudades. ¿Qué habría pasado si la Guardia Panameña, para proteger a sus compatriotas residentes en Estados Unidos, hubiera matado a dos mil norteamericanos? (A veces, se comprende mejor un problema con el mero procedimiento de llevarlo al absurdo.) Tal vez una medida sensata, a adoptar por los países de América Latina, sería la expulsión preventiva de todos los ciudadanos norteamericanos, residentes en su suelo, y no permitir el ingreso de ningún otro. De esa manera no se correría el riesgo de que, al menor atisbo de crisis, los *marines* acudieran a rescatarlos.

Vale la pena mencionar otros aportes a la perfección de la náusea panameña. La benemérita OEA, por cierto más respondona hoy que hace un decenio, y la Asamblea General de la ONU; la primera con un solo voto en contra (Estados Unidos, claro) y la segunda por amplia mayoría, deploraron la invasión e instaron al inmediato retiro de las tropas norteamericanas. El Departamento de Estado se pasó ambas resoluciones por el Canal. Sencillamente, ridiculizó a esos organismos internacionales y dejó bien sentado que le importan un bledo. ¿Habría ocurrido lo mismo si sus grandes socios capitalistas hubieran acompañado el voto crítico? Dada la actual soberbia de Washington, no es imposible que la actitud hubiese sido la misma, pero el precio político, en dimensión internacional, habría sido mucho mayor.

¿Qué ocurre? ¿Será que al Japón o a la CE ya no les importan la moral internacional, ni los convenios y tratados, ni los derechos humanos? Sólo España reaccionó con

algún decoro, pero tuvieron que matarle a un periodista para que se conmoviera. ¿Será que el prescindente y despectivo posmodernismo ha invadido la diplomacia y entonces todo da lo mismo? ¿Todo será Mierda, como proclama el santo y seña de los nuevos arúspices?

Por muy anticuado y obsoleto que esto suene, no pido excusas para corroborar mi fe en el hombre y mi confianza en que podamos restablecernos de esta grave *náusea panameña* y volvamos de nuevo a respirar. Habrá que bregar para que (retomando el sesgo irónico de Vázquez Montalbán) *vuelva a existir la historia* y no nos avergüence llamar a los pueblos por su solidaridad y al imperialismo por su nombre.

(1990)

LA PROFUNDA FRIVOLIDAD

La frivolidad, proverbial atributo del ser humano, ayuda a veces a oxigenar la vida, a ejercitar la vocación lúdica que cada uno debe y puede descubrir en sí mismo. La frivolidad es por lo general una provincia de la alegría, pero no viceversa. Frivolidad es juego, y en consecuencia el humor, el disimulo, la máscara (el carnaval es en sí mismo un exultante dechado de frivolidad), suelen figurar entre sus ingredientes esenciales. Ocurre sin embargo que, en el agitado capítulo finisecular que a todos nos atañe, la frivolidad se ha salido de cauce, infiltrándose en capas más profundas de la conducta humana. Y eso ya no es juego sino temeridad, ya que puede significar la instalación del engaño, de la hipocresía, y hasta de una superficialidad casi criminal, en zonas que son vitales para el desarrollo y la sazón de las relaciones humanas.

Digamos que el carnaval encaja muy bien en los atávicos tres días de carne previos al Miércoles de Cenizas, pero no cuando se convierte en metáfora y estilo de la política mayor, donde la gran kermesse, el torneo de promesas, la verbena populista, sirven, entre otras cosas, para encubrir los vertebrales designios de un candidato o de un partido. Y aun entre quienes se niegan a secundar la tramoya, también suele despuntar una frivolidad esencial. En Estados Unidos, generalmente invocado como paradigma de la democracia, más de la mitad de los ciudadanos habilitados para votar no encuentran en sí mismos suficiente motivación como para comprometerse en las urnas. Se presume que si el *Partido de la Abstención* es, con mucho, el mayoritario de los Estados Unidos, ello se debe a que esos *militantes de la ausencia* no comparten la política del gobierno (republicano o demócrata, qué más da). ¿No resulta monstruosamente trivial semejante menosprecio de la ocasión democrática? ¿Cómo es posible que tantos mi-

llones de inconformes no sean capaces de crear nuevas opciones?

En cierto modo resulta esclarecedor que el campeón de la frivolidad ideológica de este fin de siglo sea un alto funcionario del Departamento de Estado. El pomposo anuncio de Francis Fukuyama sobre el definitivo triunfo de la democracia liberal, resulta de una banalidad poco menos que insultante. Desde su rinconcito de poder, Fukuyama no puede ignorar que, pese a que su querido imperialismo se halle cómodamente instalado en “su” particular democracia, cada vez que ese poder hegemónico asegura (mediante invasiones, bloqueos, amenazas, atentados, bombardeos y otras aplicaciones de la doctrina Monroe y la Ley de la Selva) su incesante expansión, el ejercicio democrático no constituye ningún mérito para los comendadores del abuso, y si no que lo testimonien (vía satélite, desde el Más Allá) Lumumba, Allende, Letelier, Maurice Bishop y otros cándidos satanases.

Por otra parte, ¿no es acaso un inquietante síntoma de honda frivolidad el sostener que hemos llegado a la cresta de la ola democrática, cuando la actual dimensión de ese sistema incluye aún tanta injusticia y tanta explotación? Es innegable que la democracia es, en teoría, el mejor de los modelos políticos hasta ahora patentados, pero no es menos cierto que aún falta mucho para que alcance el nivel de inamovible primor que le atribuye Fukuyama. En estos días, la trágica frivolidad de los *carapintadas* argentinos, nacida y renacida en plena democracia, desmintió una vez más el espurio optimismo de Fukuyama.

No hace mucho, Eugenio Trías expresaba este razonable alerta: “Si se dibuja una pirámide de países ordenados por ingresos económicos de la población y otra relativa al carácter más o menos democrático de sus respectivos regímenes, resulta que los países más escandalosamente ricos son los más impecablemente democráticos. Y esto, como mínimo, constituye una interesante curiosidad moral”.

Curiosidad moral. Nada frívolo empalme de palabras. Porque el posmodernismo político, en una admisión táci-

ta de su trivialidad inmanente, siente una repugnancia visceral hacia todo cuanto huele a ética, a moral, a principios. Su impasible pragmatismo no se permite demoras en la conciencia, sea ésta individual o colectiva. El capitalismo salvaje, ese Tarzán de la espesura bancaria, no podía haber hallado un socio más espontáneo, más inerte y en definitiva más mezquino, que ese conglomerado de *yuppies* que simulan ser *rockeros* y de ciertos *rockeros* que terminan en *yuppies*.

La frivolidad puede significar un necesario alivio, siempre que esté sostenida o justificada por una concepción madura de los reclamos humanos, de las necesidades sociales. Madurez sin frivolidad puede llegar a ser agobiante, abrumadora, pero frivolidad sin madurez suele ser autodestructiva y hasta suicida. Si bajo la superficie frívola hay un subsuelo más trivial aún; si una expresión superficial, perceptible, de liviandad, tiene sus raíces en una frivolidad profunda, poco menos que constitutiva, el ámbito social puede volverse inclemente, insolidario, y hasta contagiarse de indiferencia precoz. El pragmatismo de los *bien instalados* consiste a menudo en cerrar puertas, pero el pseudopragmatismo de quienes desembozadamente imitan a tales modelos (sean éstos bisoños ministros, altavoces de lo insulso, deportistas de elite o maniqués de la *jet society*), adopta, tal vez inconscientemente, la forma de un egoísmo advenedizo, sin escrúpulos, donde *todo* se sacrifica a *poco*, y ese *poco* huele a cochambre.

El capitalismo salvaje no es por cierto trivial, pero, en las estructuras que están a su servicio, hace todo lo posible para que el personal (y en particular los jóvenes) crea que frivolidad es sinónimo de libertad, palabra ésta que aún hoy, a pesar de las planificadas tergiversaciones, mantiene su poder de seducción. “Es una vergüenza lo poco que experimentamos”, opina sobriamente Peter Handke, pero lo curioso es que muchos piensan que sólo es dable experimentar en el plano de lo trivial (digamos un videoclip, un pantallazo publicitario), cuando la experimentación que realmente importa (y pienso que a ella se refiere Handke) es la que se verifica en las capas profundas de la

cultura, del individuo, de la ciencia. La moda, por ejemplo, es un experimento trivial, y por eso está condenada a pasar de moda; la informática, en cambio, es un experimento en profundidad, y en consecuencia amplía, lustro a lustro, su repercusión en el medio social.

En los muros de Quito (me lo contó Jorge Enrique Adoum) alguien estampó esta confesión: “Cuando ya tenía respuestas a la vida, me cambiaron las preguntas”. Inquietante reflexión que se corresponde con este decenio de trasiegos y conmociones, y que puede aparecer como luminosa y reverberante, siempre y cuando no caigamos en la banal tentación de dar por buenas todas las preguntas, especialmente las recién acuñadas. Si el flamante cuestionario procede de la cultura del dominador o sus filiales, seguramente ha de venir con sus respuestas adheridas, obligatorias, y en ese caso la respuesta será poco menos que una excrecencia de la pregunta.

Sin embargo, en esta etapa de grandes mudanzas, también puede ocurrir que seamos nosotros (y no *ellos*) quienes renovemos las preguntas. Si de pronto descubrimos que las viejas respuestas eran dogmáticas, esclerosadas, anacrónicas, quizá notemos paralelamente que las preguntas al uso (incluidas las nuestras) eran obvias, gastadas, y hasta ineptas. Tal vez nos falte experimentar en el arte de preguntar y preguntarnos. Las mejores preguntas acaso sean, después de todo, las que no figuran en las encuestas, esas que seguramente habrían querido responder los incluidos en el rubro “no sabe/no contesta”.

La vertiginosa derechización del mundo ha confiscado las verosímiles expectativas de buena parte de sus habitantes. ¿Con qué derecho reprocharemos hoy a esa sociedad sin expectativas el consumo diario de *culebrones* o telenovelas (que al menos aluden a relaciones humanas y hasta proponen uno que otro final feliz), si la abusiva realidad amartillada por los boyardos de la economía organiza desenlaces a cual más tenebroso? El derecho a soñar, aunque se trate de triviales sueños, no es un derecho frívolo. Resulta en cambio no sólo profunda sino dramáticamente frívola la irresponsabilidad con que los adminis-

tradores del poder y sus hierofantes económicos o militantes toman inapelables decisiones sobre millones de hombres y mujeres, por supuesto sin arriesgar jamás el pellejo propio.

En este mundo diseñado, medido, organizado y fichado por la informática, la propuesta de liberación no está irremediabilmente condenada. No olvidemos que una computadora es un instrumento. Ni conservador ni progresista: sólo un instrumento. Y si el dominador puede insertar en el disco *durísimo* todo un programa de dependencia y explotación, siempre nos quedará el recurso, nada frívolo por cierto, de contaminarlo (y desconcertarlo) con un *virus* liberador. Que no se llamará por cierto *viernes 13* sino *domingo 7*.

(1990)

LA ENMIENDA Y EL SONETO

La velocidad de los cambios en los países del Este ha desacomodado al personal, incluidos en él los protagonistas directos y los testigos lejanos, los tecnócratas y los arúspices, los grandes empresarios y los trabajadores, los intelectuales y los políticos, los rutinarios y los futurólogos. Las derechas no pueden creer en tanta dicha y las izquierdas sienten que el piso se les mueve, con una intensidad de 7,5 en la escala de Richter. La vertiginosa derechización del mundo genera estupor, y el estupor inhibe la equilibrada reflexión. La situación es particularmente confusa porque la necesidad de innovaciones, mudanzas y reajustes, se entrefiera con el riesgo de sus consecuencias; la temeridad de Gorbachov, con el oportunismo de Kohl; el encandilamiento de los ex comunistas, con las verdaderas intenciones de Occidente. El diagnóstico, embrollado y prematuro, inunda los gozosos titulares de la prensa internacional: ¡El comunismo ha muerto! ¡El marxismo está enterrado! ¡Fin de las utopías! ¡Fin de las ideologías! Sobre ese improvisado camposanto colocan, eufóricos, la gran pancarta finisecular: ¡El capitalismo ha triunfado! Aleluya. O sea: Socorro.

Porque si el capitalismo (empezando por su máxima expresión: los Estados Unidos), cuando se le oponía un poder verosímil y compensatorio, como el de la URSS, llevó a cabo expoliaciones, invasiones, bloqueos económicos y otros ultrajes, ¿qué no hará cuando, a corto plazo, según todas las proyecciones y profecías, disponga del poder hegemónico en el transformado mundo de fin de siglo? Pese a que el Pacto de Varsovia ha quedado bajo los escombros del muro de Berlín, y aunque ninguna pujanza rojiza amenace ya la sacrosanta seguridad de Occidente, nadie se atreve a predecir la desaparición de la OTAN.

Sin embargo, en ese apronte no corre sólo Estados Unidos. La propia Europa comunitaria, si bien admite los cambios con alguna aprensión (léase: inminente unidad alemana), también los encara con un inocultable sentido utilitario. Antes que la recuperación del talante democrático en el Este, al Oeste parece acicatearle la rápida invasión (tal vez ganándoles por un pescuezo a los japoneses) de los nuevos mercados disponibles. Según las inesperadas pero sinceras declaraciones del ministro español de Relaciones Exteriores, Francisco Fernández Ordóñez, en sólo tres meses Occidente ha proporcionado a Polonia y Hungría tanta ayuda económica como la brindada *en diez años* a América Latina en su totalidad. Entre el negocio y la solidaridad, los países capitalistas vencen rápidamente sus perplejidades y eligen, sin la menor vacilación, el negocio mondo, lirondo y redondo. Esto podrá ser primicia sólo para los desinformados y vocacionales, ya que el capitalismo nunca ha padecido fiebres solidarias. Estados Unidos, por ejemplo, sólo ha sido generoso (al menos, mientras le sirven) con las dictaduras latinoamericanas, aunque últimamente ni siquiera lo es con sus recaderos más connotados, como ese pobre Guillermo Endara, su Quisling panameño, que ha mantenido, en son de protesta y sin mayores resultados, un ayuno de acreedor vergonzante.

El actual entusiasmo de las sociedades del Este por la edulcorada imagen capitalista, es, si se quiere, la explicable consecuencia del cerril anticomunismo, generado por los errores, las represiones y las fechorías, cometidos por regímenes que carecían de democracia interna. Es también la previsible respuesta a una publicidad machacona, que ensalzó, muy por encima de sus valores reales, las eventuales bondades del *mercado libre*. De todos modos, no es improbable que, ya que hoy va todo tan de prisa, las sociedades orientales adviertan muy pronto que el ámbito capitalista no es sólo Mercedes Benz, lujosos yates, suntuosas residencias en Beverly Hills, fascinantes operaciones en la Bolsa, *self-made-men* que se convierten en potentados, rostros recién planchados del *jet-set*. En su

vasta zona de influencia, el *capitalismo real* desarrolla algunos atributos, en los que por cierto no se especializó el *socialismo real*: infamantes cinturones de pobreza, índices escalofriantes de mortalidad infantil, analfabetismo, desastres ecológicos, desarrollo incontenible de la drogadicción y el narcotráfico (sólo Estados Unidos consume el 80% de la droga que se produce en el mundo), aumento espectacular de la delincuencia (en 1989 hubo 1.905 asesinatos y 3.254 violaciones, sólo en Nueva York), desocupación masiva, etc. Precisamente este último rubro será el primero en incorporarse al Este, ya que la adopción de economías de mercado provocará, sólo en la URSS (según pronósticos oficiales soviéticos) la friolera de diez millones de desocupados. La alternativa es dura: *gerontocracia* del Este o *gerentecracia* del Oeste.

¿Fin del marxismo? Hace poco, Marcelo Cohen (*La Vanguardia*, Barcelona, 23 de febrero) inventó un sugerente monólogo, en el que se decían cosas como éstas: “Soy la voz insepulta del marxismo (...) Tengo un comunicado. Aviso, antes que nada, que sólo algunos de mis avatares yacen bajo los escombros del muro de Berlín. Otros retroceden ante las imágenes polacas de la Virgen. Pero espiritualmente, por así decir, ando por todas partes (...) Estoy disuelta en el mullido pantano del último siglo de historia. Soy un elemento químico basal (...) He dado palabras para nombrar lo que hoy sigue hiriendo, he nutrido el nervio, la rabia orgullosa, la agudeza crítica (...) Para los amantes del fútbol, soy un fino centrocampista que crea juego inagotable. Y nada más. Conmigo se seguirá discutiendo. No seré cemento de construcciones perversas, sino movilidad y sugerencias; presiento nuevas metamorfosis. El que quiera puede recibirme. Y el que no, que se embrome”. Creo que la síntesis, además de imaginativa, es acertada. ¿Quién puede negar la fuerza provocativa, transformadora y (perdón por el arcaísmo) revolucionaria, que tuvo en este siglo la doctrina que acuñó, en el anterior, el filósofo de Tréveris? ¿Quién puede discutir que las arduas conquistas de los trabajadores, en todo el mundo, se deben en buena parte a la ideología y

el impulso del marxismo? Y esto es así aunque Marx se haya equivocado en varias de sus sesudas proyecciones. Porque Marx no era un profeta, sino un filósofo.

Impulsivos y regocijados analistas podrán firmar el certificado de defunción de las ideologías, pero ¿qué quiere decir eso? Significa que nadie nunca va a luchar en el futuro por la justicia social, por la preservación ecológica, por la erradicación del hambre, por la eliminación de la mortalidad infantil, por la alfabetización masiva, por viviendas decorosas para los hombres y mujeres de este mundo? ¿Qué nombre llevará esa lucha? ¿Comunismo? ¿Socialismo? ¿Ecologismo? Que no se preocupen Debray, Lévy, Touraine y otros franceses de pro; ya se lo pondremos. El capitalismo ha ganado un partido, pero no el campeonato.

Entre tantos artículos que ahora se publican sobre estas novedades, encontré una cita de Demócrito: "Las desdichas convierten a los pueblos en sabios". Ojalá que el axioma sea aplicable a la nueva Europa, ya que en el Tercer Mundo las desdichas más bien los convierten en cadáveres, y suelen ser los sobrevivientes, quienes (sabios, o simplemente osados) se lanzan a la brega en pos de cambios verdaderos.

¿Fin de las utopías? Nada más decepcionante podría anunciársele a la humanidad, cuyos avances fundamentales se han debido casi siempre a los forjadores de utopías. En mi generación latinoamericana fuimos muchos los que, en distintas maneras y en diversos niveles, luchamos por utopías; y, es claro, unas se cumplieron, otras no. Al parecer, deberíamos arrepentirnos de esas luchas, pedir perdón por haber albergado esperanzas. En lo personal, tal acto de contrición no figura en mis planes. Con victoria o sin ella, la solidaridad siempre ha sido una buena terapia intensiva para el cuerpo y el alma.

Las utopías no son pronósticos ni proyecciones de datos ni resultados de encuestas ni siquiera presagios; más bien son destellos de la imaginación, aspiraciones casi inverosímiles que sin embargo llevan en sí mismas el germen de lo posible. Una generación sin utopías será siem-

pre una generación atascada (aunque tenga la obsesión de la velocidad) e inmóvil (aunque se agite sin cesar). La utopía no comulga con la religión del dinero, con la mezquindad, ya que es, en esencia, una señal inequívocamente solidaria, y en sus cultores más conspicuos (digamos: Jesús, Marx, Freud) ha tendido a crear mejores condiciones para el hombre y su breve, condenada vida.

Es cierto que, a partir de los súbitos cambios en Europa, América Latina estará más sola que nunca. La caída del muro berlinés conducirá no sólo a la alarmante unidad alemana, sino también a la vieja reivindicación de la europeidad. Encantados con un continente sin Pacto de Varsovia pero con OTAN (el nuevo primer ministro rumano, sin embargo, acaba de declarar en Madrid que en la actual Europa la OTAN se parece a un espantapájaros en pleno invierno), embelesados con su ombligo *paneuropeo*, quienes deciden en el Viejo Continente se interesarán cada vez menos por las miserias ajenas. No se descarta, empero, que lleguen a interesarles las propias. Según Cornelius Castoriadis, en los países del Este se comprueba el resurgimiento de un modelo occidental, “como si lo ideal fueran el capitalismo y la oligarquía generalizados sobre la base de la miseria”, y agrega: “La democracia no es, contrariamente a lo que dicen ahora los malos ideólogos y los malos periodistas, el capitalismo”. Evidentemente, la democracia es, recordémoslo, el gobierno del pueblo y no de los dueños del dinero. Es probable que los obreros del sindicato Solidaridad jueguen con fuego cuando, al formular sus pancartas reivindicativas, las escriben no en polaco sino en inglés.

No obstante, a contrapelo de la no-historia que nos quieren vender, es posible arriesgar ciertos augurios. Hasta ahora, el blanco de todos los ataques del imperialismo era la izquierda, en sus diversas formas y estilos. Sin embargo, tanto se ha derechizado el mundo, que hoy la izquierda visible, y más o menos vigente, ha pasado a ser la socialdemocracia. Pues bien, a pesar de sus famosas concesiones, de sus ingresos y/o adhesiones a la OTAN, de su visto bueno a bases militares norteamericanas en los res-

pectivos territorios, aún sobreviven en sus programas ciertos trazos de inspiración socialista, y, cuando llegan a ser gobierno, si bien suelen desdecirse de los eslóganes más comprometidos, tratan sin embargo de mantener tibias medidas de carácter social, aunque sólo sea para diferenciarse vagamente del centro y la derecha. La ancha franja de sus méritos será empero a todas luces insuficiente cuando llegue la hora para el capitalismo de localizar (o sencillamente, de inventar) al *enemigo* imprescindible. La gran preocupación de los sectores más belicistas de Estados Unidos y Gran Bretaña, por ejemplo, ha de ser el aparente futuro de paz que se cierne sobre sus fructíferas industrias de guerra, con la previsible disminución de dividendos y de influencia. Por tanto, llegará el día en que será obligatorio buscar y hallar a un enemigo, visible y verosímil, que justifique con su sola presencia la más redituable de sus empresas: el negocio y las industrias de la muerte. Para ese entonces la socialdemocracia, su aliada hasta ayer, estará ahí, a tiro de misil y de invectivas. De modo que las contradicciones no han desaparecido totalmente, y no es improbable que los socialdemócratas lleguen a añorar los buenos tiempos en que había una tangible izquierda que recibía las bofetadas.

Es obvio que el mundo del Este necesitaba urgentes y drásticas correcciones, pero no es tan seguro que la enmienda propuesta sea mejor que el soneto. Corresponde a la izquierda inventar otra enmienda, que evidentemente incluya la recuperación y el afianzamiento de las libertades y la democracia, pero no obligatoriamente la sumisa entrega al capitalismo salvaje.

Por su parte, América Latina, que no tiene por qué cargar con la *culpa europea* del estalinismo, deberá seguir luchando, con ayuda o (lo más probable) sin ella, no sólo contra el imperialismo desembozado y textual, sino también contra el indirecto: el de la Deuda Externa, el del FMI y del World Bank, o sea el imperialismo de la miseria. La agresión a Panamá, el bloqueo a Nicaragua y la consiguiente derrota del sandinismo, la ominosa invasión del espacio soberano de Cuba con la llamada TV-Martí, son

los primeros síntomas de la impunidad y la falta de riesgo con que ahora se mueven los Estados Unidos en América Latina. Sin embargo, ya han empezado a concretarse respuestas, todavía indirectas pero reveladoras. La sorpresiva aparición y consolidación, en México, de una voz crítica como Cuauhtémoc Cárdenas; el inesperado avance de la izquierda brasileña (Lula-Brizola) que por primera vez abrió la posibilidad de una victoria; el triunfo, también por vez primera, del Frente Amplio en Montevideo; y hasta el hecho no despreciable de que Estados Unidos haya perdido por goleada varias votaciones en la hasta no hace mucho manejable OEA, son eventuales signos de la tantas veces postergada asunción de la soberanía y la dignidad en el continente mestizo.

La derechización mundial se saltará, como siempre, los presupuestos éticos. Dentro de esa coyuntura tan desfavorable, la izquierdización de América Latina será ardua, y, en el mejor de los casos, gradual, pero la ética (política, social, sencillamente humana) será palabra clave. Por más que el presente sea de turbación e incertidumbre, y aunque hayamos perdido tantos sueños, espero que no cometamos la imperdonable tontería de perder también nuestra esperanza.

(1990)

EL BENDITO ENEMIGO

Los *intelectuales proféticos* de este crispado fin de siglo han augurado, antes aún que los políticos, que junto con el fin de la historia, también asistiremos al *fin de la izquierda*. Y quizá tengan parcialmente razón. Asistiremos al fin de *cierta* izquierda: la temblorosa, la pusilánime, la que tenía sus principios cosidos con hilvanes, la convertida al posmodernismo. Hay sin embargo *otra* izquierda más solidaria, menos individualista, más profunda y consciente, menos venal y menos frívola, que, si bien vive hoy una etapa de dolorosa reflexión, no está dispuesta a cambiar de ideología como de camiseta.

Decía hace poco Günter Grass (intelectual coherente, si los hay), refiriéndose a la vertiginosa unificación alemana, algo que podría aplicarse a la situación general de 1990: “Todo se hace a toda velocidad, se utiliza constantemente una metáfora imposible: el tren está en marcha y nadie puede ya pararlo. Ésa es la descripción más exacta de un tren de la catástrofe. En un tren que no hay quien detenga no me gustaría estar sentado”. Sin embargo, hay largas colas para trepar cuanto antes a ese prometedor convoy, que algunos creyeron un TGV y puede resultar apenas un tren correo. En semejante *overbooking* figuran numerosos ex izquierdistas que, de la noche a la mañana, tras un insomnio ardoroso y calculador, resolvieron cambiar de rumbo y de presupuestos éticos.

Hace veinte años conocí a un pintoresco octogenario, viejo militante de izquierda, que a la menor provocación señalaba a su interlocutor con su tembloroso dedo admonitorio y le espetaba: “Te voy a hacer una autocrítica”. Pues bien, hoy los militantes de la soberbia también nos miran severamente y, sin el menor rubor, “nos hacen la autocrítica”. De resultas de la misma, venimos a ser culpables directos de los desmanes de Honecker, de las

barrabasadas de Ceausescu, de los crímenes de Stalin. Poco importa en qué sector hayamos militado: ellos no se preocupan por los matices. ¿Cómo van a desaprovechar la ocasión de meter a toda la izquierda en el mismo saco y descalificarla *in toto*? Semejantes fiscales simulan creer que el progresista bien intencionado, sincero en sus convicciones, es una enteleguia: no existió ni existe ni mucho menos existirá.

No sirve haber luchado por algo tan nítido e irreprochable (o tan *kitsch*: así tal vez lo juzgaría Kundera desde su insoportable levedad) como la justicia social; ni siquiera haber denunciado en su momento (y no varios lustros después) las invasiones soviéticas de Hungría y Checoslovaquia. No hay atenuante ni coartada posibles. Para la izquierda sólo cabe la extremaunción, y eso, si la caída del Muro nos pilló confesados.

Aún es tolerada una *derecha de la izquierda*, que cada vez se confunde más con una *izquierda de la derecha*; apenas las separan los recuerdos. De todos modos, su colindante existencia contribuye a hacer creíble el publicitado pluralismo. Después de todo, la OTAN perdería parte de su metálico encanto sin esa *derecha de la izquierda* que a todo le dice amén.

De todas maneras, el desconcierto y la confusión que generaron en Occidente el derrumbe del bloque comunista, y el consecuente colapso del Pacto de Varsovia, tuvo dos caras. Una, la europea, que festejó sinceramente la recuperación de libertades en el Este, y, con más sentido de cálculo, se esforzó por anticiparse a Estados Unidos y a Japón en el control de esos mercados vírgenes; y otra, la del Departamento de Estado y el Pentágono, que al quedarse de pronto sin enemigo, estuvieron al borde del infarto económico-militar. ¿Qué hacer con la poderosa industria de armamentos en un sorprendente mundo que pretendía despojarse del odio? El mago capitalista extrajo de su galera el problema del narcotráfico (después de todo, Estados Unidos consume el 80% de la droga que se produce en el mundo) pero pronto advirtió que ante tan sutil entramado clandestino, no eran aplicables tanques, misiles,

armas químicas, submarinos atómicos, etc. Fue entonces que, como por ensalmo, apareció Saddam Hussein, con su exabrupto consumado, y el Pentágono y Bush y la Gran Industria de Armamentos al fin pudieron respirar. Hay que reconocer que el iraquí eligió un método más bien brutal (se ve que ha leído atentamente las Obras Completas del Pentágono), con lo cual le brindó a Bush el enemigo que éste buscaba con ansiedad. Y esta vez sí podían usarse todos los pertrechos, aun los más sofisticados.

Por supuesto que Hussein merece un franco repudio por su manotazo. Pero algo que la crisis del Golfo puso en evidencia fue el culto de la hipocresía como una de las bellas artes. Lo innegable es que la actual debilidad de la URSS deja al mundo (y no sólo al Tercero) virtualmente en manos de la vocación imperialista de los Estados Unidos. Y ante ese poder hegemónico todos sus aliados, con mayor o menor docilidad (Alemania y Japón, sin ningún entusiasmo) se alinearon a su lado en la lucha contra Irak. Es claro que el gran despliegue fue, como siempre, el de Estados Unidos, peligrosamente ansioso de que aparezca un pretexto mínimo para probar al fin toda su flamante generación de armas letales.

No obstante, vale la pena recordar que todas esas *naciones cofrades* no mostraron la misma sensibilidad cuando los *marines* norteamericanos invadieron Granada y Panamá. Cada región suele tener su depredador: en el Golfo Pérsico es Irak, pero en América Latina el peligro no se llama Hussein sino USAin. Es casi un problema de semántica. Cuando la invasión es llevada a cabo por los *marines*, se califica de *pragmatismo político* (así lo designa G. A. Fauriol, director del Programa Latinoamericano en el Centro para la Estrategia y Estudios Internacionales, de Washington), pero cuando la realiza Irak pasa a ser un "atentado fascista contra la paz". Es sabido, además, que buena parte del poderoso armamento de que dispone Irak le fue proporcionado por las mismas naciones (especialmente, Estados Unidos y Francia) que hoy lo bloquean. Si finalmente la guerra estallara, probablemente asistiríamos a un enfrentamiento de *mirages* contra *mirages*, en un curioso intercambio de espejismos.

Por otra parte, cuando Hussein era todavía un *dictador amigo* (categoría patentada por Reagan), cometió gravísimas violaciones de los derechos humanos (vbg. la matanza de los kurdos), sin que ello provocara embargos ni bloqueos, ni siquiera rubores, quizá porque estaba en juego el hombre y no el petróleo. ¿Y Kuwait, ese país que todos corren a auxiliar? Son notorias las atrocidades que allí se estilan. Uno de sus ministros, el príncipe Abdulah Bin Faisal Bin Turki, admitió, pleno de orgullo, a un periodista de *El País*, de Madrid, que sólo en 1989 fueron ejecutadas más de cien personas (culpables de homicidio, violación y adulterio) y que “las mutilaciones de miembros y los azotes en público son muy valiosos para disuadir al ladrón”. En cambio, las ejecuciones no han de ser igualmente valiosas para disuadir al adúltero. En fin.

El presidente Bush ha sugerido cancelar la deuda externa de Egipto, como compensación por su apoyo a los Estados Unidos. De modo que ya lo saben los países latinoamericanos, tan abrumados por esa carga: con sólo enviar unos cuantos soldaditos al Golfo Pérsico, el Gran Acreedor les condonará el débito. Además, Bush ha anunciado que, aunque la crisis se solucione pacíficamente, sus tropas permanecerán *sine die* en Arabia Saudita y alrededores. Al igual que en Granada y Panamá ¿no es así?

(1990)

HACIA UN ESTADO DEL MALESTAR

El descalabro de los países comunistas en la Europa del Este ha dotado a las derechas, en todo el mundo, de una soberbia y un engreimiento inusitados. Sólo la crisis del Golfo Pérsico logró abrir un paréntesis de preocupada expectativa en la euforia de los poderosos y sus alabanceros. No obstante, aun en esa coyuntura, el despliegue militar norteamericano en la zona del conflicto ha asumido un talante fanfarrón y exhibicionista, bastante más notorio que el desplegado en la guerra de Vietnam.

Desde Margaret Thatcher a Karol Wojtyła, desde Jean Le Pen a Octavio Paz, los conservadores más conspicuos y encarnizados han celebrado ese colapso político e ideológico como si se hubieran encargado personalmente de desmoronar, ladrillo a ladrillo, el muro berlinés. Por otra parte, cierta prensa sicofante ha retomado un estilo de agravios y calumnias que parecía definitivamente sepultado y, como era previsible, la extrema derecha ha usado y abusado de su impunidad posmodernista.

No hace mucho, el filósofo italiano Norberto Bobbio recordaba que, en un escrito juvenil, Marx había definido el comunismo como “la solución al enigma de la historia”. A esta altura ya ha quedado claro que, al menos en la aplicación chapucera de los Hoenecker, los Ceaucescu y otros profanadores, el comunismo no ha representado esa solución. No obstante cabe preguntarse si, tras el repentino cambio de vía, será por ventura el capitalismo el que habrá de solucionar el viejo enigma.

Como también ha señalado Bobbio, “en un mundo de espantosas injusticias, como en el que están condenados a vivir los pobres y marginados junto a los grandes potentados económicos de quienes dependen casi siempre los poderes políticos, aunque éstos sean formalmente democráticos, el pensar que la esperanza de la revolución haya

desaparecido sólo porque la utopía comunista es errónea, significa cerrar los ojos para no ver”.

No creo que el “pensamiento débil” (así lo han bautizado sus creadores, o sea los exponentes del posmodernismo) sea tan inconsistente y mortecino como para no advertir que la actual línea divisoria entre las desacordes zonas de la humanidad separa algo más que meras corrientes ideológicas. Hace sólo diez años, el análisis del enfrentamiento marxismo/capitalismo era (entre otras razones, por sus infiltraciones mutuas) bastante complejo. Ahora no. Todo es más sencillo. El mundo simplemente se divide en países ricos y países pobres y, como previsible corolario, la humanidad se fracciona en hedonistas del confort y prójimos miserables.

El gran escándalo de este fin de siglo es la pobreza, esa lacra que invalida todos los adelantos tecnológicos e informáticos, todas las hazañas de comunicación y cosmonáutica. Estamos tan adelantados que las memorias electrónicas pueden informarnos al instante que 40 mil niños mueren diariamente de hambre en el mundo (por supuesto, limpiamente clasificados por nacionalidad, raza, color, grupo sanguíneo, etcétera), pero estamos a la vez tan atrasados que no logramos evitar esa catástrofe.

Es obvio que el “socialismo real” fracasó en rubros tan decisivos como la libertad o el derecho democrático, pero no es lícito borrar de una historia tan reciente el hecho de que, a pesar de todo, logró solventar necesidades tan elementales del ser humano como la salud, la vivienda, la educación, el cuidado de la infancia, la estabilidad laboral (con especial atención a la mujer trabajadora). Tal vez como consecuencia de esa actitud en el ámbito social, fenómenos como el narcotráfico, la desocupación, o la violencia juvenil, tuvieron en los países ahora ex socialistas índices considerablemente inferiores a los que memorizan en Occidente las infalibles computadoras.

Sin embargo, a la hora del cambio, la derecha triunfante y altiva sólo contabiliza los aspectos negativos del Este (hoy casi Oeste) y ni siquiera se aviene a mencionar esas innegables conquistas sociales. Por ejemplo, en la anexión

de la RDA por la RFA, como las mujeres de Alemania Occidental no gozan de exenciones laborales en lapsos de embarazo, posparto, etcétera, tales conquistas les fueron sencillamente arrebatadas a las mujeres orientales. Como las guarderías en la RFA son privadas y bastante onerosas, los círculos infantiles, enteramente gratuitos, de la RDA, fueron suprimidos en los convenios “unificadores”.

Escarnecido y humillado el ingrediente socialista, la propuesta para el siglo XXI es obviamente la capitalista. Sin embargo, hasta ahora (o sea hasta acceder a la presente hegemonía), ¿qué había conseguido para el *ciudadano-mundial-promedio*? Por lo pronto, una descomunal industria bélica, cuyo mantenimiento alucinante y obsesivo es, después de todo, una de las razones básicas de la indignancia humana en particular y los países pordioseros en general. Ha generado asimismo atroces desigualdades sociales que frecuentemente conducen a la violencia; ha esparcido dondequiera la drogadicción (su “democrático” incremento arrancó sin duda de la guerra de Vietnam y la necesidad militar de enfervorizar a soldados que tenían escasos motivos de fervor); ha creado cinturones de penuria en la mayoría de las grandes capitales; ha destruido, con programada eficacia, los espacios verdes que contribuyen a que la humanidad respire; ha permitido, y hasta auspiciado, que sus naciones básicas invadan Estados periféricos, sin que a la ONU se le moviera el pelo que reservaba para el Golfo Pérsico; ha estimulado la monstruosa Deuda Externa de los países subdesarrollados y la ha usado luego como chantaje y como cepo. Etcétera. Todo esto forma parte del lujoso catálogo de ese mismo capitalismo que ahora ejerce la hegemonía.

Lamentablemente, y como ha señalado el historiador inglés Eric Hobsbawm, “de momento no existe parte alguna del mundo que represente con credibilidad un sistema alternativo del capitalismo, a pesar de que debería quedar claro que el capitalismo occidental no presenta soluciones a los problemas de la mayoría del Segundo Mundo, que en gran medida pasará a pertenecer a la condición del Tercer Mundo”. O sea, que el puesto del Segundo Mundo queda-

rá vacante, ya que sólo habrá permiso para dos opciones: el aureolado *Welfare State* (o sea el Estado del Bienestar), cada vez más descaecido, y el inexplorado, casi clandestino Estado del Malestar, al que los politólogos norteamericanos aún no le han colocado etiqueta; deberían hacerlo a la brevedad (llamarlo por ejemplo *Unrest State*), ya que, a falta de KGB, la pobreza ha comenzado a infiltrarse en pleno corazón imperial.

Comentando un libro de Guy Hermet, dice Rafael Sposito que “las democracias primigenias no hicieron más que articular, bajo el ropaje ideológico del liberalismo, una prolongada estrategia de exclusión de las mayorías”. Hoy resulta evidente que el neoliberalismo se ha convertido en el mejor aliado del capitalismo multinacional. De ahí que también a los neoliberales les molesten las mayorías. Pero las mayorías se extienden, procrean, invaden, reclaman. En Sudáfrica la minoría blanca está aprendiendo a tragarse su desprecio y mientras tanto es atentamente mirada por 20 millones de negros. En todo el mundo las mayorías están aprendiendo a mirar. Hasta Estados Unidos lleva un Tercer Mundo (negros, chicanos, *ricans*, latinos) en sus entrañas. También lo lleva la autosuficiente Comunidad Europea.

Las mayorías están en África, Asia, América Latina. Cada vez será más difícil excluirlas. Sobre todo porque, pese a todos los controles de natalidad, las mayorías aumentan en tanto que las minorías disminuyen. Por eso, cuando los nuevos arúspices decretan el fin de las utopías, es posible que estén en lo cierto, pero sólo si se refieren al *Welfare State*. El Estado del Bienestar se ha quedado sin utopías. Peor para él. El Estado del Malestar, en cambio, las sigue creando, trabaja por ellas. Tiene tan poco que perder y tanto para ganar, que la utopía se ha convertido en su destino. En un *jaiku* de Taigui, poeta japonés del siglo XVIII, se lee: “Yo las barría, / y al fin no las barrí: / las hojas secas”. ¿A quién pueden caberle dudas de que, tarde o temprano, las grandes mayorías se negarán a barrer las hojas secas de la fatuidad minoritaria?

(1990)

LA REALIDAD Y LA PALABRA

Es posible que defraude algunas expectativas, pero en esta ocasión no voy a referirme al concepto de *realidad*, pura y exclusivamente como “categoría filosófica que designa y define la realidad objetiva, cuyo único rasgo es el de existir fuera e independientemente de la conciencia” (A. I. Búrov, *La esencia estética del arte*, 1956), ni a la *palabra* sólo como “la mínima unidad lingüística independiente” (H. J. Kramsky, *The word as a linguistic unit*, 1969). Después de todo, a lo largo de nueve lustros casi diría que me he especializado en defraudar expectativas, de manera que podré referirme, sin ninguna aprensión, a lo que todos (no sólo los filósofos o los lingüistas) entendemos por *realidad* o por *palabra*, y que a la postre es algo que no ha sido invalidado por las ciencias abstractas ni por las experimentales.

A veces nos encandilamos tanto con las acepciones (por otra parte, rigurosamente científicas) puestas en circulación por eruditos e investigadores, que nos olvidamos de los significados que hemos acuñado entre todos y a lo largo de varias geografías y generaciones. De modo que aquí, sin el menor complejo de inferioridad, hablaremos a menudo de la realidad monda y la palabra lironda, y también viceversa.

Hoy que el castellano ha pasado a ser la tercera lengua a escala mundial, ya que la hablan (aunque no siempre la leen o la escriben) unos 320 millones de seres humanos, la palabra, en lo que tiene de lenguaje, de signo y de medio comunicante, nos vincula a todos, y sobre todo vincula a nuestros pueblos, al permitirnos compartir un territorio que todos contribuimos a expandir: la lengua. Y esto sea dicho sin olvidar la diferenciación que imponen, tanto en España como en América, los matices, tonos y peculiaridades de inflexión, modulación y acentos, propios de cada

región. Ya en 1896 anotaba Ricardo Palma: “El lazo más fuerte, el único quizá que, hoy por hoy, nos une con España es el idioma” (*Neologismos y americanismos*). Tal vez hoy, casi un siglo después, no sea lícito seguir sosteniendo que es el único lazo; no obstante, continúa siendo el más fuerte, ya que otros rubros de esa relación (digamos la comprensión mutua, la colaboración económica o la simple solidaridad) dejan todavía mucho que desear.

Lo esencial es que está a nuestra disposición, aunque a menudo la desaprovechemos, la posibilidad cierta de entendernos, y aunque todos sabemos que a veces nos encontramos con palabras que en un país son corrientes o inocuas y en otro, obscenas o agraviantes, el mero hecho de que más de 300 millones de personas usemos (y a veces abusemos de) la misma lengua, representa un privilegio del que es importante ser conscientes.

Justamente en estos tiempos, con motivo del cercano V Centenario de la llegada de Colón a las tierras que quince años más tarde (gracias a la ocurrencia y a la desinformación de cierto cartógrafo alemán llamado Martín Waldseemüller) tomarían el nombre de América, todavía se enfrentan, por un lado, la versión oficial glorificante, y por otro la memoria, todavía insepulta, de la impiedad colonizadora. No obstante, es lamentable que esa contradicción, que por supuesto no es abstracta ni mucho menos gratuita, empañe lo que es acaso el resultado más deslumbrante de aquella aventura.

En las tierras recién alcanzadas, los conquistadores se fueron enterando de la existencia del caucho, el tabaco, el chocolate, la papa o patata, y las llevaron en volandas, o más literalmente en veleros, al viejo continente, y aunque el oro y la plata no eran novedades para esos pioneros, también supieron encontrarlos y trasladarlos a Europa en cantidades apreciables. A cambio de tantos bienes materiales, nos dejaron, en compensación que entonces pareció muy pobre, nada menos que la lengua, legado espiritual que en definitiva ha demostrado ser más duradero y gratificante que todas las otras y obvias riquezas.

Siempre hay metáforas que arropan a los imperios. Por

supuesto no fue necesario incorporarlas cuando esos imperios estaban en su apogeo, ya que entonces no precisaban justificaciones ni resguardos éticos; en cambio, fue preciso inventarlas cuando los imperios se jubilaron como tales y fue importante, por razones de imagen, maquillar la historia. A finales del siglo XIX, todavía escribía Clarín: “Los amos de la lengua somos nosotros”. ¿Habría ocurrido algo en el siglo XX para que hoy los hispanoamericanos nos hayamos convertido en copropietarios del castellano? ¿O será que, en última instancia, las lenguas no tienen amo y por eso se desarrollan y propagan a pesar de las aduanas y otras academias? Huelga decir que siempre me han gustado más los imperios jubilados que aquellos otros que siguen en actividad, pero de cualquier manera no alcanzo a comprender por qué, aún hoy, ni en España ni en América se pone el énfasis en esa gran franja vinculante que es la lengua.

Imaginemos por un instante que decimos la palabra *amor* o la palabra *odio* o la palabra *hijo* o la palabra *poder*, y que existe en el mundo una verdadera multitud que tiene la posibilidad de entender de qué estamos hablando. Ese creíble nexo ya no arroja a ningún imperio, activo o jubilado, sino a los hombres y mujeres de más de veinte países, cuyas palabras, y en consecuencia sus pensamientos, aspiraciones, sentimientos, desalientos y esperanzas, son datos en (amplísima) clave, nebulosas pero decisivas señales de identidad, contraseñas que cruzan el océano.

No nos encandilemos, sin embargo, ni españoles ni hispanoamericanos, con la prerrogativa de formar parte de tan vasta familia lingüística. Durante siglos nuestra lengua fue postergada, menospreciada, en los grandes centros de la cultura mundial; era poco menos que un habla clandestina. Ahora su presencia es ineludible (hasta en los Estados Unidos ha pasado a ser el segundo idioma) y su diversidad se ha convertido en un rasgo de su unidad. Nadie podría decir hoy: “Los amos de la lengua somos nosotros”, ya que, como sostiene Carlos Magis, “ni el español de América ni el español peninsular son lenguas

(sistema lingüístico) perfectamente homogéneas, sino *sumas de hablas regionales*” (“Unidad y diversidad del español”, en *América Latina en sus ideas*, vol. coordinado por Leopoldo Zea, 1986).

En América Latina, la sombría cruz de esa medalla está representada por la segregación y el menoscabo de otras lenguas, no importadas sino vernáculas, ocasionados sobre todo por la generalizada e impetuosa invasión del castellano. A la llegada de los conquistadores, en lo que es hoy Hispanoamérica se hablaban numerosas lenguas aborígenes: azteca, náhuatl, maya, quiché, totonaco, otomí, caribe, arawak, miskito, suno, quechua, aymara, tup-guaraní, cacán, araucano, etc. Varias de ellas han desaparecido, absorbidas por otras hablas indígenas de mayor desarrollo o por la forzosa irrupción del idioma del conquistador. No obstante, son numerosas las que han sobrevivido y son habladas (y en algunos casos, también escritas) por algunos millones de indoamericanos. Por ejemplo, en México hay un millón de habitantes que hablan lenguas aborígenes; el 50% de los guatemaltecos hablan idiomas de origen maya; el 30% de los peruanos no hablan castellano; el aymara abarca amplias zonas de Perú y Bolivia; en estos dos últimos países, más Ecuador, hay cuatro millones de quechua-hablantes. Paraguay, por su parte, es el único país latinoamericano verdaderamente bilingüe, ya que la virtual totalidad de sus habitantes hablan castellano y guaraní. En todos estos países el castellano está presente y es siempre el idioma oficial, el sistema lingüístico imperante, pero justamente, por mor de esa hegemonía y de su innegable capacidad de comunicación, debería ser más respetuoso de las lenguas indígenas, que, después de todo, son las originarias del continente. Por otra parte, desde tales lenguas autóctonas, también ha habido modestas infiltraciones en el castellano. Todavía hoy se menciona la palabra *canoa* como la primera contribución indígena al castellano; canoa que siempre ha navegado contra corriente y sin embargo no ha naufragado ni se ha detenido.

Las palabras aborígenes suelen tener una belleza natu-

ral, una sonoridad sin artificio, y por eso suelen ejercer un poder de seducción, al margen de su significado. Decía Fernando Pessoa que “la belleza de un cuerpo desnudo sólo la sienten las razas vestidas” (*Livro do desassossego*, 1982). Las europeas son lenguas vestidas, acicaladas, bien guarnecidas por tradiciones y gramáticas; las indígenas, en cambio, son hablas desnudas, primarias, casi un sonido de la naturaleza. Sin embargo, en esa aparente pobreza reside su indeliberado poder de seducción. La geografía de América Latina está llena de esos nombres sonoros, cadenciosos, a veces atronadores, que si bien en más de un caso han extraviado su significado o su pura razón de ser, seguirán empero sobreviviendo como memoria y filiación del paisaje.

Cuando en América Latina se habla de identidad cultural, de inmediato reaparece el pasado con su magma de tradiciones, leyendas, colonialismos, influencias, agresiones, éxodos y rebeldías. Y lo confunde todo. El crítico chileno Ricardo Latcham nos bautizó para siempre como *continente mestizo*, y es obvio que ese mestizaje no sólo incluye la ya gastada acepción de raza, sino también las más válidas de lengua, migración, ideología. La mixtura es completa y en consecuencia compleja. Ya vimos que hay países como Paraguay, Perú o Guatemala, que padecen una verdadera esquizofrenia idiomática. Pero en ciertas zonas del Caribe (esa gran piscina donde se zambulleron todos los imperialismos) el problema es quizá todavía más grave. Mientras que en las grandes ciudades, donde el idioma oficial es el castellano o el portugués, el escritor suele encontrar (al menos en las temporadas democráticas) casas editoriales que publican y difunden sus obras, en cambio, en Jamaica o Barbados, en Haití o Martinica, la difusión depende de la limosna que le reserven las grandes casas editoriales de Londres o París. El caso de un escritor de Aruba, Bonaire o Curazao es más dramático aún, ya que allí la alternativa es clara: o escribe en *papiamento* (lengua criolla que es un extraño popurrí, con elementos del español, el neerlandés u holandés, el portugués, el inglés y varias lenguas africanas), de cada vez

más reducida práctica en la zona, o lo hace directamente en la lengua de la ex metrópoli, o sea Holanda, pero con la desventaja, como me confesaba hace unos años el dramaturgo Pacheco Domacassé, nacido en Bonaire, de que “el holandés es a su turno el *papiamento* de Europa”.

No obstante, y como probable consecuencia de su denodado esfuerzo por reconocer y asumir su identidad, son precisamente los escritores antillanos quienes han llevado a cabo en ese aspecto los más eficaces escrutinios y sondeos. Por ejemplo Edouard Glissant, de Martinica, que escribe: “Tratamos de recuperar nuestra memoria colectiva y buscamos el sentido de un espacio propio”. Pero Rex Nettleford, jamaicano, va más lejos aún: “La pregunta ¿qué somos? lleva al deseo de lo que queremos ser. Y si lo que queremos ser ha de tener un significado práctico para Jamaica, debe haber alguna concordancia entre la *concepción externa* de los casi dos millones de jamaicanos y su propia *percepción interna* de sí mismos como entidad nacional”. Y agrega: “Éste es presumiblemente un modo seguro de salvarse de un estado de existencia esquizoide”.

La propuesta de Glissant arranca del pasado (memoria colectiva) para afirmar el presente; la de Nettleford, en cambio, arranca del presente para afirmar el futuro. Cualquiera latinoamericano, si decide referirlas a su propio país, ha de sentirse identificado con ambas pesquisas. En el pasado, el elemento homogeneizante siempre vino del exterior. En el siglo XIX fue más aglutinante (así fuera para oponerse a ella) la presencia colonial de España que la hipotética afinidad entre un maya de Yucatán y un tehuelche de la Patagonia, que entre otras cosas ignoraban cada uno la existencia del otro. En el siglo XX, en cambio, y debido tal vez a la angustiada e inevitable solidaridad que van generando el saqueo económico y las invasiones de los *marines*, es más decisiva la incesante presión de los Estados Unidos que el arduo ensamblaje de una veintena de borrosas identidades nacionales.

Hasta ahora, la realidad desperdigante ha vencido a la utopía integradora. Bolívar, San Martín, Artigas, Martí,

Sandino, bregaron incansablemente por sus propias y a menudo afines utopías, y es obvio que ellas siguen vigentes. Las brújulas de una posible liberación señalan empecinadamente el rumbo de la utopía, pero ya no se trata de las ensoñaciones de corte paradisiaco que, a partir de la célebre carta de Colón, improvisaron el trazado del Nuevo Mundo. No hay que olvidar, sin embargo, que fue el mismísimo Colón quien, al describir en su *Diario* su primer encuentro con los *arruacos* (indígenas de Guanahani, isla a la que arribó el 12 de octubre de 1492), anotó puntualmente: “Más me pareció que era gente muy pobre de todo”. No es muy estimulante comprobar que hoy, casi cinco siglos después, buena parte de los habitantes del continente siguen en esa indigencia. Y no es necesario remontarse a tan lejana fecha. Entre la leyenda de El Dorado y las actuales recetas de la Escuela de Chicago han transcurrido cuatro siglos. Ahora el proyecto, si hay alguno, de la América pobre, ha de nacer de la clara conciencia del subdesarrollo y también de la vislumbre de que somos, como bien descubriera el ensayista brasileño Antonio Candido, un “continente intervenido”.

La superación de una utopía sólo se justifica si da lugar al nacimiento de otra, aún más intrépida. El pasado incluye, entre otros lamentables legados, una cultura de la dependencia, pero la identidad cultural a que aspiramos no será jamás un producto, ni mucho menos un corolario, de esa dependencia. Por fortuna, la misma cultura va generando anticuerpos, y cada escritor, cada artista de América Latina, ya no sólo se preocupa por el espacio, a veces irrespirable, de su propia soledad, ni sólo por el destino de su pueblo, sino fundamentalmente por el destino global del *continente mestizo*. Es por eso que el llamado posmodernismo, con todas sus planificadas ramificaciones, si bien en Europa puede ser verosíblemente una moda, en América Latina sería casi una obscenidad.

Con todas las blanduras heredadas del romanticismo, la que podríamos llamar *literatura de nostalgia* apuntaba hacia el pasado. Hoy, con el rigor y el vigor del sufrimiento, la conciencia del subdesarrollo apunta hacia el futuro.

Ojalá que sea allí donde nos encontremos. Sólo nos queda invertir el signo de la nostalgia. El día en que, como propugna Glissant, “recuperemos la memoria colectiva”, no para hacer de ella un mito (como quisiera la inmovilista y rancia nostalgia del pasado) sino justamente para desmitificarla, ese día, y no antes, empezaremos a sentir nostalgia del futuro. Y estaremos salvados, ya que es justamente en un futuro de liberación donde espera paciente la esquiva, trabajosa identidad cultural que el pasado colonial y el presente imperialista nos vedan, o por lo menos nos ocultan y desvanecen.

Filósofos como Marcuse y Horkheimer criticaron duramente la sociedad de consumo, pero, como no tenían una salida verosímil que proponer, terminaron por instalarse en los supuestos esenciales que son la garantía de ese mismo contorno consumista. No hay más torres de marfil, aleluya, ahora son de cemento armado, pero (como alguien dijo, sin demasiada razón, sobre Theodor W. Adorno) ciertos pensadores se alojan “en una comfortable habitación del Hotel del Abismo”.

Predican sobre el mundo, pero en verdad son moralistas del vacío. Descartan todas las propuestas, derriban todas las esperanzas; manejan la libertad no como una conquista sino como un fetiche. Pero lo cierto es que ya a nadie le sirve arrendar confortables habitaciones del Hotel del Abismo, así se trate de un Abyss Sheraton. Sea por instinto de conservación o por conciencia de progreso (en este solo caso vienen a ser lo mismo), a América Latina en particular, y al Tercer Mundo en general, no nos van dejando otra opción que convertirnos en fervorosos, indefensos, activos militantes de la utopía. Entre otras, de la utopía de sobrevivir.

Mientras esa emergencia se retrasa, ocurre que la libertad, cuando quiere expandirse, siempre choca con un biombo, un tabique, un muro, un cofre de seguridad, un sistema autoritario, unos intereses leoninos. Hay algunos pocos pueblos que tienen praderas de libertad; otros, que sólo poseen estrechos pasadizos de la misma; y otros, quizá los más, que apenas disponen de túneles subterráneos,

hilos conductores, contraseñas de susurrada transmisión. Sólo cuando advertimos que la libertad ecuménica no existe como tal, sólo entonces nos ponemos a la búsqueda de una libertad auxiliar, supletoria, más modesta pero alcanzable. Y es quizá en esa etapa reflexiva cuando nos percatamos de que en la compleja sociedad actual tal libertad auxiliar puede ser un rumbo que equidiste de lo obligatorio y de lo prohibido.

Una de las sustanciales diferencias entre lo prohibido y lo obligatorio es que lo primero siempre ejerce un poderoso atractivo, en tanto que lo segundo más bien produce un innegable rechazo. Precisamente, la fruta prohibida que sedujo a tantos adanes que en el mundo han sido pierde por lo menos algo de su encanto evasivo, evanescente, evangélico (y otros derivados de la abuela Eva) cuando llega a convertirse en fruto obligatorio. Paradójicamente, pues, parecería que la única forma de hacer atractiva la obligación, es prohibirla.

Decía Alejo Carpentier, allá por 1956, que Giacomo Puccini había sido siempre un nombre tabú, ya que todos lo ignoraban injusta pero voluntariamente cuando se referían a la evolución del teatro lírico, y Carpentier atribuía esa conspiración de silencio a que no perdonaban al autor de *La Bohème* que hubiese tenido la suficiente franqueza como para decir de sí mismo: “Tengo un gran talento en lo de lograr cosas pequeñas”. El tiempo no transcurre en vano. Al menos hoy no está prohibido tener un talento liliputiese en eso de lograr cosas gigantes. Quizá sea la ocasión de recuperar (o tal vez de revisar) aquel viejo refrán: “El que hace lo que puede no está obligado a nada”. Sin duda un sabio precepto, pero ¿qué pasa con el que no puede? No creo que el lavado de manos sea una medida aconsejable. Permítaseme recordar, con todos los respetos, que en el siglo pasado vivió un dramaturgo madrileño, de nombre Manuel Tamayo y Baus (suficientemente católico y conservador como para no escandalizar a nadie), que en una de sus últimas obras le hizo decir a un personaje: “También se lavó las manos Pilatos, y no hay manos más sucias que aquellas manos tan lavadas”.

En el principio era el Verbo, así fuera el del conquistador, pero, como quería Macedonio Fernández, “la palabra es signo suscitador”. En correspondencia con semejante vocación provocadora, la palabra se ramificó en varias realidades. Después de todo, siempre ha habido tantas realidades como individuos, y esto no es rasgo privativo del Tercer Mundo, pero en él se advierte, más que en otras latitudes, que en cada realidad concurren otras. Por cierto que la literatura no ha permanecido al margen de ese ejercicio. En *Morirás lejos*, estremecedora novela del mexicano José Emilio Pacheco, la *posibilidad* es usada como un haz de realidades que convergen en la palabra, y por ende, en la situación. Las realidades se cruzan, se trenzan, se invaden. La tortura, por ejemplo, que ha sido y es todavía singularidad letal de este siglo en el Tercer Mundo, viene a ser la despiadada invasión de una realidad por otra, pero además genera las correspondientes defensas, denuncias y salvaguardas. La solidaridad, aunque de signo contrario, es también una intervención, no armada sino amada, operación de riesgo y generosidad, ejercicio de la confianza, cultivo del socorro como una de las bellas artes.

Como contrapartida de la ramificación de la palabra en realidades varias, éstas acaban regresando a la palabra desde todos los puntos cardinales. A veces se tiene la impresión de que la realidad es sólo lo que podemos percibir a través de los sentidos. Y claro que lo es. Pero también los sentidos mienten; en realidad, han sido educados para que nos mientan. Los latinoamericanos tenemos la suerte y/o la desgracia de que todo el mundo sepa con meridiana nitidez qué solución y qué rumbo son los que nos convienen. El único problema es que la solución nítida que nos programan unos suele contradecir la no menos nítida que nos sugieren otros. Y entre tantas y tan contrarias nitideces, nuestra pobre y subdesarrollada confusión aumenta casi al mismo ritmo que la Deuda Externa. O sea, que nuestro destino está tan empañado como empañado.

El poeta argentino Juan Gelman escribió estos dos ver-

sos impecables: “Los salvadoreños están hablando con la eternidad / suben al cielo y escriben ‘abajo la desdicha’”. Una porción de esa desdicha reside en que gran parte de los salvadoreños no pueden todavía escribir ese lema, ya no en el cielo, donde no hay requisitos de abecedario, sino en los acribillados muros de sus pueblos perdidos o encontrados. Y no pueden hacerlo, sencillamente, porque no saben escribir. La realidad latinoamericana incluye millones de analfabetos, que apenas son poseedores de la mitad de la palabra: tienen la fracción oral, carecen de la escrita.

La realidad es, en cierto sentido, fundación de la palabra, pero a su vez ésta (tal como sostiene Carlos Fuentes al hablar de Carpentier) es “fundación del artificio”. La realidad condiciona el ánimo, y éste, al generar la palabra, expurga la realidad; pero la expurga modificándola, haciéndola más brutal o más etérea, menos rampante o más soterrada, o sea imaginándola, y convirtiéndola, al imaginarla, en otra realidad que es artificio. “Yo filmo preguntas, no respuestas”, declara el cineasta argentino Eliseo Subiela, y por eso su notable *Hombre mirando al sudeste* siembra en el espectador una inquietud que lo estimula a prolongar coordenadas por su cuenta, coordenadas que son otras tantas realidades. El aporte más original de Subiela, confirmado con creces en su siguiente film, *Últimas imágenes del naufragio*, es el impecable desarrollo de sus metáforas visuales. Entre la nostalgia y la reminiscencia, Subiela opta por esta última y con ello obtiene un distanciamiento, que entre otras cosas sirve para compensar su desembozada apelación a los sentimientos.

¿Y los poetas? ¿Qué hacen con la realidad? Es cierto que hasta no hace mucho la nombraban bastante menos que los prosistas. En general, los narradores parecen haber adquirido un abono o pase libre para transitar gratuitamente por la realidad. No sólo la nombran, sino que la describen y registran; cuando conviven con ella se sienten como en su casa, y, ya que son fabricantes de ficciones, la pueden modificar sin pedir permiso. El novelista es sobre todo un inventor de realidades, y sólo en segunda instan-

cia un inventor de palabras. Quien haya leído a Balzac, a Dostoievsky, a Italo Svevo, a Rulfo, a Italo Calvino, a Onetti, a García Márquez y otros narradores de raza, difícilmente recordará, años después, tal o cual despliegue verbal, tal o cual palabra alumbradora; pero seguramente no olvidará jamás las grandes líneas de las historias narradas, las peripecias que lo deslumbraron o conmovieron.

Los poetas, en cambio, cultivan las palabras con delectación, pero no como lujos verbales ni reverberos gratuitos; las cultivan porque constituyen la base de su juego o de su desafío. María Zambrano ha escrito recientemente que, cuando “surge la materialización, azote de nuestro tiempo”, la poesía ha de atajarla “con su cuerpo, dando el cuerpo de la palabra en el poema”. O sea, que el poeta ejerce un cuidado corporal de la palabra: sólo así ésta podrá dar lo mejor de sí misma.

Los poetas no siempre se encargaban de nombrar la realidad. Sabían que ésta era, en última instancia, el sostén de sus tropos, la savia de sus alegorías. El complemento de las palabras es el silencio, tal vez porque el silencio es nostalgia de la palabra. Ha escrito Circe Maia: “Cómo duele el silencio cuando es hecho de voces / ausentes, de palabras / que nadie dice”. Y Rubén Bareiro: “Porque, tal vez muchacha, / olvidé la palabra. / O no la supe nunca”. La palabra que nadie dice, en la primera cita, o la palabra olvidada, en la segunda, no certifican su no existencia; simplemente no están en el poema, no están para el poeta. No falta el espíritu sino el cuerpo de la palabra. Algo así como cuando no falta el amor sino el cuerpo de la amada.

En un reciente libro, *Teorías de la historia literaria*, Claudio Guillén recuerda la importancia que algunos de los llamados *new critics* norteamericanos, entre ellos R. P. Blackmur, otorgan a las *palabras no dichas*, algo que podríamos caracterizar, ya por nuestra cuenta, como *silencio activo*. Las *palabras no dichas* no proceden del vacío, ya que en ese caso no serían palabras; serían sencillamente nada. Por más que no hayan traspasado la frontera que las separa de lo oral, por más que sean sólo pensamiento, ya laten como

palabras, son pensadas como palabras; sólo les falta acceder a la voz o a la escritura para que el mundo les otorgue certificado de existencia. También la realidad, es decir, la imagen y el sonido de la realidad, pueden refugiarse en el silencio, y las palabras, aun las no dichas, llegar a sintetizarlos. O sea, que la realidad, para completar el ciclo y volver a sí misma, debe dar dos o tres saltos cualitativos: de lo real a la imagen/sonido; de la imagen/sonido a palabra no dicha; de palabra no dicha a palabra pronunciada o escrita; de palabra pronunciada o escrita, otra vez a palabra-realidad. Pero ésta ya será otra: enriquecida, plena. Si no dijera su nombre (el nombre de la palabra es la palabra misma), las otras palabras no la reconocerían.

Aun en el caso del *exteriorismo* de Ernesto Cardenal, donde la realidad parece ser el componente textual de la poesía, y las palabras, meras réplicas lingüísticas de los hechos y las cosas, la realidad se convierte en poesía merced a la interiorización del poeta, que siempre es responsable de la elección fragmentaria de los datos reales y sobre todo del montaje final. De ahí que, en el *exteriorismo*, la prioridad poética no es reservada para la sensibilidad, ni para la emoción, ni para el lujo verbal, sino para el substrato estructural. En un reportaje que le hice a Cardenal hace más de veinte años, al preguntarle sobre la influencia de Pound sobre su poesía, él me decía que la principal había sido la de hacerle ver que en la poesía cabe todo; que “en un poema caben datos estadísticos, fragmentos de cartas, editoriales de un periódico, noticias periodísticas, crónicas de historia, documentos, chistes, anécdotas, cosas que antes eran consideradas como elementos propios de la prosa y no de la poesía”. Y agregaba: “La de Pound es una poesía directa; consiste en contraponer imágenes, dos cosas contrarias o bien cosas semejantes, que al ponerse una al lado de la otra producen una tercera imagen”. O sea, la específica función del montaje.

Ahora bien, ese fenómeno de ósmosis entre poesía y prosa, o, como quieren algunos críticos, esa prosificación de la poesía, se ha dado, aunque no tan radicalmente como en Cardenal, en casi toda la poesía conversacional y en la

antipoesía que hoy se escribe en América Latina. Sin perjuicio de compartir varios de los argumentos usados por Fernández Retamar para distinguir la antipoesía de la poesía conversacional, puede reconocerse, en la invasión del prosaísmo, un denominador común a ambas tendencias. Y este prosaísmo, que todavía escandaliza a más de un purista, ha dado en Hispanoamérica obras tan importantes y removedoras como las de Nicanor Parra, Jaime Sabines, Roque Dalton, Ernesto Cardenal, Jorge Enrique Adoum, Salazar Bondy, Idea Vilariño, Fayad Jamis, José Emilio Pacheco, Enrique Lihn, Juan Gelman, Francisco Urondo, César Fernández Moreno, Fernández Retamar, Nancy Morejón, Antonio Cisneros, Gioconda Belli y tantos otros.

Los poetas no nombraban demasiado la realidad, pero ahora sí la nombran. El notorio desarrollo de la poesía conversacional ha tenido una consecuencia sorprendente: los poetas se han acercado peligrosamente a su contorno, su palabra se ha contagiado de realidad, y esa relación ha establecido un inesperado puente entre autor y lector. Es obvio que la poesía conversacional reclama o presupone un interlocutor, y el lector, al sentirse aludido, responde a ese reclamo. Tal es, después de todo, el gran avance experimental de esta tendencia: la comparecencia del lector como un nuevo dato de la ecuación poética. La *Opera aperta* de Umberto Eco y *La hora del lector* de José María Castellet, que tuvieron como casi obligada referencia a la estructura narrativa, poseen ahora, en la poesía conversacional hispanoamericana, no exactamente un equivalente, pero sí una nueva dimensión del eventual protagonismo del lector, de su función activa. También es cierto que, así como el *exteriorismo* de Cardenal reconoce la válida referencia de Ezra Pound, también la poesía conversacional de Sabines, Gelman, Pacheco, Lihn, etc., tiene (además de la desgarrada *soledad fraternal* de Vallejo, que es sombra tutelar de su temática) antecedentes de una característica inflexión de cotidianidad en poemas como la “Epístola a la señora de Leopoldo Lugones” de Darío, la “Epístola de un

verano” de Baldomero Fernández Moreno, o la “Conversación a mi padre” de Eugenio Florit.

Es en la actual poesía latinoamericana donde la realidad aparece más y mejor ligada a la palabra, y donde ésta asume, sin aspavientos y con sencillez, su responsabilidad esclarecedora y comunicante. Pero ¿tendrá razón cierta tendencia cautelar de la crítica cuando presupone que la infiltración de la prosa en el sagrario de la poesía puede desactivar en ésta última las tensiones internas, el uso casi hipnótico de la palabra, las santabárbaras de la magia, la liturgia de la soledad? Quizá. No obstante, conviene recordar que cada texto tiene su contexto y a él se vincula. Un texto de hoy no sólo se origina en las tensiones internas del creador; también puede emanar del subsuelo de la calma o de las a menudo feroces tensiones de la realidad. Aun la tan manoseada paz, que en resumidas cuentas no es más que la aceptación del otro, suele provocar tensiones no trágicas, no espectaculares, no cruentas; tensiones que se parecen bastante a la felicidad, al mínimo derecho de disfrutar la vida.

Por otra parte, ¿cómo negar que hay una magia de lo cotidiano, una liturgia de lo comunitario? Hace unos diez años escribí que la realidad es un territorio por el cual casi inevitablemente el novelista pasa, pero en el cual casi nunca se queda. Una vez que se impregna del aire real, del olor real, del tacto real, del suelo real, una vez que recarga allí sus baterías, procede a invadir otros territorios, donde habrá de crear otro aire, otro aroma, otro tacto, otro suelo, forzosamente contagiados de lo real pero que no serán lo real. Hoy podría agregar que el poeta es tal vez menos pragmático. Cuando pasa por la realidad, ésta suele rozarlo, aludirlo, convocarlo, acusarlo, indultarlo. Para el poeta la realidad es una malla de sentimientos. Y no siempre puede liberarse de esa red. Transitoria o definitivamente, permanece en ella, no como un cautivo, sino como alguien que busca ser interrogado, convocado, escuchado, querido. El poeta es un peregrino cordial (del latín: *cor*, *cordis*), un expedicionario de los sentimientos, un reclutador de prójimos. Y, claro, también es un orfebre de palabras, pero ésta no es su prioridad primera.

Como bien dice Ernesto Sabato, “una palabra no vale por sí misma sino por su posición relativa, por la estructura total de que forma parte”. O sea, que la palabra vale sobre todo por su inserción en la realidad. Por algo Vallejo gritó su alarma hace medio siglo: “¡Y si después de tantas palabras, no sobrevive la palabra!” El poeta es consciente de que la palabra es su instrumento; nada menos pero tampoco nada más que eso. La inteligencia es su recurso y eso también lo sabe. Bergamín aconsejaba “ser apasionado hasta la inteligencia”, pero me atrevo a conjeturar que hoy tal vez aconsejaría al poeta que tratara de ser inteligente hasta la pasión.

En este mundo de hoy, tan condicionado por el dinero y por todo lo que con él se obtiene, es obvio que la poesía apuesta a otros valores. A duras penas se abre paso por entre la maraña de razones y sinrazones, de esplendores y malogros, de atropellos y sumisiones, de frustración y consumismo.

Es probable que el poeta eche a veces de menos la diáfanidad del pensamiento abstracto, pero también que vislumbre que ésa no es su especialización. Y ello, aunque T. S. Eliot y Lezama Lima se conjuren para refutarle. Los sentimientos, en cambio, si bien rara vez son diáfanos, de todas maneras configuran su hábitat. Este enredado y turbador fin de siglo, que da por concluida la historia, que decreta el fin de las ideologías y anuncia la muerte de las utopías, y que en cambio permanece indiferente ante la destrucción de los espacios verdes y la contaminación del aire que respiramos; este engorroso, casi neurótico fin de siglo, es atravesado de Este a Oeste (ya que de la embarazosa dialéctica Norte-Sur nadie se ocupa) por una corriente fría y sobrecogedora. Bastó que cayera (y bien caído está) el muro de Berlín, para que el transfuguismo se convirtiera en una profesión rentable. Los Grandes Capitales lanzan sus campanas al vuelo, mientras desde la historia (ésa que, según dicen, ya no existe), Pirro los contempla con clarividente tristeza.

¿Afectan estos cambios a la cultura en general y a la poesía en particular? Las metáforas e isotopías, el discurso poético y la emoción estética ¿estarán condenados a reple-

garse frente al utilitario dramatismo del Debe y el Haber, o ante la periódica dialéctica de lo Imponible y lo Exento? En el fondo, ello dependerá en gran parte de la actitud del poeta, quien tendrá que tener en cuenta que la realidad que aparentemente importa es la del mercado y que la palabra ha sido obligada a marcar el paso: basta ya de sueños y de amores, basta de árboles o ríos. La palabra ha sido convocada para otros menesteres, por ejemplo para nombrar las nuevas selecciones sémicas, reprivatización, *interdealers*, macroeconomía, *front-end*, reestructuración, *stand-still*, desaceleración, etc. La palabra recibe la orden de no pasar más por la Magia sino por la Caja.

Por otra parte, al sentimiento le han colgado una nueva etiqueta: es *kitsch*, esa palabra que inventaron los alemanes para designar lo que es de mal gusto, de pacotilla, lo vulgar en fin. Milan Kundera ha sido distinguido (ignoro si con su aval) como abanderado de esa descalificación, y quizá por eso su levedad me resulta insoportable. No obstante, en América Latina el sentimiento todavía sobrevive. Será de pacotilla, pero sobrevive. En forma de amor, de solidaridad, de afecto, pero sobrevive. Hasta un poeta tan lúcido y riguroso como José Emilio Pacheco no tuvo reparos en presentar uno de sus poemas como un “Homenaje a la cursilería”, y el novelista Manuel Puig elevó el *kitsch* a la categoría de arte en *Boquitas pintadas*.

Después de todo, el sentimiento también es realidad y la palabra aún encuentra espacio para decirlo. Y en ocasiones, como en un doloroso poema (“Problemas”) de Juan Gelman, los elementos más inesperados se entrelazan con la emoción: “el poema que hacía referencia / a los problemas de la balística en relación con los sentimientos / ¿describía la curva de la tristeza o cómo / hay que apuntar más alto que la realidad o / un poco hacia la izquierda / según / para dar en el blanco / en la realidad?”.

También algunos poetas españoles dan en el blanco. Como Luis García Montero, que se duele, por suerte sin temor a la blandura: “Tu corazón, cerrado por reformas, / vagando va en la música / sin querer contestarme”, y más adelante propone: “No hay discrepancias enigmáticas en-

tre la realidad y la imaginación. Existe una realidad imaginaria, un mundo tabulado donde se juntan las historias y la historia, los poemas y la poesía, su soledad y los que estamos solos”. ¿Acaso lo imaginario no se organiza mediante la astuta prolongación de las coordenadas de la realidad?

Una y otra vez José Hierro nos convoca: “Volvamos a la realidad”. Y es un sabio consejo. Podemos irnos con las palabras, soñar con las palabras, sufrir con las palabras, desfallecer con ellas, pero una y otra vez debemos volver a lo real, para renovarlas y renovarnos. No todos podemos realizar el sueño de una realidad que se ajuste a nuestra esperanza, entre otras razones porque en cada realidad están presentes las realidades prójimas. Pero en esa parcela que nos toca, por modesta que sea, nuestra palabra se hallará a sí misma. Somos realidad y somos palabra. También somos muchas otras cosas, pero quién duda que ser realidad y ser palabra son dos apasionantes maneras de ser hombre.

(1990)

ECLIPSE DE LA SOLIDARIDAD

La meteorología política requiere ajustes puntuales. Los vientos flojos y moderados son normalmente sustituidos por marejadas intimidatorias y marejadillas retóricas; las borrascas se sitúan en el Golfo Pérsico; bases de niebla en la bolsa de Tokio y nubosidad variable en el resto.

Lo cierto es que, además de los vertiginosos relevos, enmiendas y conversiones del último quinquenio (que abarcan sistemas, ideologías, alianzas, concepciones del poder, nuevas hegemonías), han tenido lugar otras mutaciones, probablemente no tan notorias pero que también están contribuyendo a cambiar la sociedad y las relaciones humanas que le dan vida.

La trepidante derechización experimentada por los estamentos políticos y los medios comunicantes ha generado, como razonable consecuencia, la soberbia de los vencedores y la inhibición de los vencidos. Es probable que las zarandeadas comunidades del Este no se encuentren totalmente cómodas ni en el primero ni en el segundo grupo; en cambio no caben dudas de que, como siempre, el gran perdedor es el Tercer Mundo.

Orgullosos de su bienestar, de sus adelantos técnicos, de su *jet set*, de sus banqueros y de sus *yuppies*, el engréido Noroeste o Primer Mundo, ha adoptado un talante nítidamente egoísta y ha convertido ese rasgo en la gran novedad del curso. Como derivación de ese salto cualitativo (¿hacia adelante? ¿hacia atrás?) Occidente se ve hoy aquejado de una alarmante mezquindad, y el Síndrome de Insolidaridad Dócilmente Adquirida puede llegar a ser tan grave como el otro SIDA.

Aunque cada país hoy boyante sigue conservando (y a veces ocultando) sus miserias propias, las sociedades del desarrollo, en su conjunto, se muestran tan autosatisfechas de su confort y de su habilidad para lograrlo, que se tor-

nan amoscadas y recelosas cuando los rostros más o menos oscuros del Tercer Mundo modifican el paisaje de sus grandes ciudades. Prefieren el smog de las gigantescas industrias antes que la contaminación de esos indeseables.

No obstante, en un pasado relativamente cercano, los inmigrantes portugueses, italianos y españoles eran discriminados en países prósperos de Europa, tal como hoy son segregados los turcos en Alemania o los africanos en España. Después de todo, el método idóneo para ignorar la actual pobreza ajena es olvidar cuanto antes la pasada miseria propia.

Aun las recién *adoptadas* sociedades del Este empiezan a padecer algunas amarguras. Pasadas las primeras y explicables salvas de júbilo, y también la segunda y más breve euforia, el Oeste ha empezado a mirar con recelo a esos miles y miles de presuntos disidentes del comunismo, que reclaman su sitio en el nirvana del mercado de consumo. En realidad, vienen a exigir todo aquello que durante más de 40 años les fue prometido por las *radios libres* y por la seductora publicidad televisada del Berlín occidental.

Pero aun en el ámbito alemán, que ha diseñado una solución propia, el acoplamiento no ha sido fácil, y quizá por eso, si hoy se comparan las cuotas partes de la tan mentada fusión germánica, puede conjeturarse que, más que de unificación, debería hablarse de lisa y llana anexión. (No estoy inventando el término: acabo de escuchárselo a varios decepcionados alemanes del Este que eran entrevistados por la televisión española, y que recordaban que, antes de la caída del Muro, había en la RDA unos 250 mil ciudadanos en paro, y ahora ya hay más de un millón.) Con mucha más habilidad que Irak, y sobre todo sin su brutalidad y con una más fundamentada inserción en el pasado, la RFA reclamó (y obtuvo) su propio Kuwait. Quizá por eso (es mera conjetura) el gobierno de Kohl se muestra tan vacilante a la hora de participar militarmente en la operación *Escudo del Desierto*. Y es probable que, cuando la prensa internacional

compara insistentemente a Saddam Hussein con Hitler, el corazón unificado de la *Gross Deutschland* sufra vergonzantes palpitaciones, incrementadas a veces por las depredaciones callejeras de los jóvenes neonazis. Por algo Günter Grass nos ha recordado que la única y breve etapa (1871-1945) de unidad alemana, fue la fase más infeliz de su historia: “De ese Estado unitario salieron dos guerras mundiales, crímenes como no se habían dado nunca en la historia de la humanidad”.

Es claro que el actual flagelo insolidario no es sólo político. Cuando la autoridad eclesiástica se duele, en reciente declaración, de la disminución de fieles y de sacerdotes, cada vez más aquejados de incurable soledad, parece no haber advertido que la actual religión del *Oeste ampliado* es el sacrosanto dinero, y que algunos devotos de ese nuevo culto son capaces no sólo de crucificar nuevamente a Cristo (tal vez en nombre de los mercaderes otrora expulsados del templo) sino también a la patria, el párroco, la madre y la tercera esposa. Tampoco son gratuitas, como muestras de la insolidaridad elevada a paradigma, las difundidas instantáneas del presidente Bush pescando muy pancho en su refugio veraniego mientras enviaba decenas de miles de jóvenes norteamericanos a los riesgos del Golfo Pérsico.

En un brevísimo poema, titulado “Antiguos compañeros se reúnen”, dice el poeta mexicano José Emilio Pacheco: “Ya somos todo aquello / contra lo que luchamos a los veinte años”. Sucede que la insolidaridad es contagiosa. Se comienza (cuando llegan las vacaciones) abandonando al perro y su anacrónica lealtad en medio de la carretera: luego (en las siguientes vacaciones), dejando al abuelo en cualquier parte, para que no molesten su invalidez, su sordera, su falta de memoria o simplemente su silencio. Más adelante, se apaga el televisor si éste documenta que 40 mil niños mueren de hambre diariamente en el mundo. Hay que reservar las lágrimas para el culebrón de turno. Por otra parte, la solidaridad es una palabra tan larga y tan incómoda, que ni siquiera cabe en los poemas posmodernos.

En este tiempo del desprecio, la humanidad perpetra la aniquilación de las ballenas, de los delfines, de los elefantes, de los osos; destruye la selva amazónica, incendia los bosques de los países mediterráneos. Los partidos verdes y los movimientos ecologistas rara vez obtienen un apoyo mínimo que otorgue verosimilitud a sus alertas. El agujero en la capa de ozono apenas nos concede tiempo para que defendamos la vida, pero nadie se da por aludido. “La Tierra nos quería un poco, me acuerdo”, escribió hace 45 años René Char. ¿Nos seguirá queriendo ahora, cuando su destrucción se ha convertido en una meta primordial del hombre?

La propia Iglesia restringe su solidaridad a la parcela de las oraciones, pero deja caer sus estigmas, presiones y amenazas sobre la incómoda Teología de Liberación, que corrobora con hechos su saludable obsesión de que el cristianismo se cristianice. En realidad, Cristo y Marx están cada vez más solos en su propuesta de solidaridad. Y en tanto que millones de africanos mueren de hambre, Karol Josef Wojtyla se aviene a consagrar la basílica de Yamusukro, Costa de Marfil (faraónica fotocopia de la de San Pedro), cuya construcción, con vitrales franceses y mármol rosa italiano, costó 230 millones de dólares. Su promotor, el viejo dictador Boigny, de Costa de Marfil, no se ha hecho acreedor a mayores objeciones del mundo libre, occidental y cristiano. La bendición papal, empero, ha provocado aislados estupores éticos.

Este quinquenio que culmina quedará signado, en la memoria colectiva, como el Lustró de la Insolidaridad. Estamos en pleno jubileo del capitalismo y sabemos que el capital sólo es solidario (aunque no siempre, Japón *dixit*) con el capital. Toda una firme tradición. Hay sin embargo otra tradición, menos voceada pero más profunda: que los pueblos suelen ser solidarios con los pueblos. (Me consta que este término ya casi no se usa, pero, a pesar de mis ingentes esfuerzos, no he encontrado un sinónimo posmoderno.) Tal como van las cosas, nada es seguro. Sin embargo, como alguna vez lo insinuara

Bergamín, “si hay una mala fe, ¿por qué no va a haber una buena duda?”

(1990)

EL BANQUERO DE DIOS

Paul Marcinkus, norteamericano de origen lituano, arzobispo de confesión, anticomunista de profesión y banquero de vocación, podría ser definido, no exactamente como un *pecador* sino como un *pecado* de la Santa Madre Iglesia. Brazo derecho (en sus años mozos) del cardinal Spellman, también lo fue más tarde de los pontífices Pablo VI y Juan Pablo II; en cambio no se destacó como brazo izquierdo de nadie. Metafóricamente podría ser considerado como un cónsul espiritual de los Borgia en el siglo XX (aquellos Papas tan pluralistas que tenían hijas tan simpáticas como Lucrecia), o, mejor aún, podría haberse incorporado (si Umberto Eco se hubiera interesado en laberintos policíaco-monacales de este siglo) a la galería de personajes de *El nombre de la rosa*.

Por haber presidido durante tres lustros el OIR (Instituto para las Obras de Religión, también denominado *Banco del Papa*) fue llamado el “banquero de Dios”, pero los cardenales y obispos más recelosos siempre dudaron de que el Señor endosara sus cheques. Dudas y perplejidades equivalentes emergieron en la justicia milanesa, que irreverentemente intentó procesarlo, no por pecado de omisión sino de comisión. El empireo privado de este arzobispo no estaba poblado por ángeles sino por banqueros (del IOR, del Banco de Nassau y sobre todo del Banco Ambrosiano, cuya quiebra conmovió al mundo financiero-ecclesial).

En el currículum oficioso (casi tan abultado como el oficial) de Paul Marcinkus figuran también presuntas connivencias con diversas muertes nunca aclaradas y suicidios que acaso fueran crímenes. Su nombre ha aparecido insistentemente vinculado a enigmas tan mentados como la extraña y prematura muerte del papa Juan Pablo I, el “suicidio” del banquero Roberto Calvi bajo un puente lon-

dinense o la anómala muerte en prisión del banquero siciliano Michele Sindona, que había sido su dilecto amigo.

El Vaticano, que años después no vacilaría en entregar a Noriega (refugiado en la embajada de la Santa Sede en Panamá) a Estados Unidos, jamás permitió que la justicia italiana echara mano a este intrépido custodio de los dineros sagrados y consagrados.

Finalmente, en octubre de 1990, las crecientes presiones de sectores importantes de la propia Iglesia, obligaron al papa Wojtyla a desprenderse de su *brazo derecho* y restituirlo a su diócesis original de Chicago, la Meca de los *gangsters* y los *boys* de Milton Friedman, probables feligreses de su recuperada parroquia, donde desde ahora acaso no falten homilías sobre una que otra verdad bíblica, verbigracia del *Libro de los proverbios* (22.7): “El rico se enseñorea de los pobres y el que toma prestado es siervo del que presta”.

(1991)

LA ISLA QUE EXPORTA VIDA

En estos tiempos de Golfo Pérsico, cuando la atención mundial es absorbida por las versiones informáticas de la muerte y por las imágenes concretas del horror, puede parecer inoportuno hablar de Cuba, esa pequeña isla dejada de la mano de Dios y del COMECON. Pero los temas del Tercer Mundo son siempre inoportunos, porque inoportunos son el subdesarrollo y sus alarmas que suenan a deshora.

Mi última visita a Cuba había sido en marzo de 1989 y en estos casi dos años tuvieron lugar en esa nación y en el mundo suficientes acontecimientos como para estimular un cotejo personal entre la Cuba de 1991 y la previa al proceso de Ochoa y a la caída del muro de Berlín. Demasiado sé que mis recientes tres semanas de permanencia no son de ningún modo suficientes para un cateo en profundidad de una realidad tan compleja, de manera que sólo me referiré a lo visto, leído y escuchado personalmente. Reconozco que mis dos períodos de residencia en la isla (1968-71 y 1977-1980) significan en mi caso un legítimo antecedente a la hora de llegar a un juicio aproximativo sobre la realidad de 1991.

Empecemos por lo negativo. La prensa cubana, y particularmente *Granma* y los respectivos órganos oficiales de cada provincia, sigue siendo tan esquemática, tan previsible y poco interesante como en años anteriores. Paradójicamente, la escasez de papel y la consiguiente reducción de tirada y de páginas de *Juventud Rebelde* (que de diario ha pasado a semanario) y de la revista *Bohemia*, ha redundado en un evidente ascenso en el nivel profesional de ambas publicaciones, aunque cabe señalar que una y otra disponen aún de un amplio margen de mejoras posibles.

Si bien la burocracia ha sido parcialmente conmovida

en sus sólidos cimientos por el llamado “período especial en tiempos de paz”, aún sigue constituyendo un grave estorbo para el desarrollo y la eficacia. Sin embargo, no todo es atribuible al estilo moroso y displicente del funcionario-tipo (que, después de todo, no difiere demasiado del burócrata de cualesquiera latitudes y regímenes) sino también al entramado (des)organizativo y al interminable papeleo. Un ejemplo: tuve que realizar una sencilla gestión, referida a derechos de autor, en un Banco estatal, y si bien la empleada que me atendió fue cordial y llevó a cabo, *con la mayor rapidez posible*, el trámite respectivo, éste incluyó tal cantidad de formularios, que debí estampar en ellos más autógrafos que en una Feria del Libro.

¿Prostitución? Existe, por supuesto, y es uno de los reproches que casi diariamente se hacen a la Revolución. Especialmente algunos visitantes y cronistas europeos ponen el acento en ese rubro. Su puritano estupor incluye un considerable ingrediente de hipocresía, ya que proviene de un continente que ostenta su Calle de la Montera o su Castellana nocturna, su calle de Budapest o los mismísimos Champs Elysées, el refinado meretricio de Via Veneto, o los escaparates prostibularios de Hamburgo y Amsterdam. La verdad es que en Cuba la prostitución nunca desapareció, pero también es cierto que en el primer decenio de la Revolución, hubo un intenso trabajo social, gracias al cual las rameraas tuvieron (y por cierto aprovecharon) la oportunidad de dedicarse a labores que no fueran las regateadas “de su sexo”; muchas de ellas se incorporaron a fábricas y hasta se casaron y tuvieron hijos. No obstante, la necesidad imperiosa que tuvo Cuba de estimular el turismo, y la invasión foránea que ello implicó, también significó el renacimiento de la decana de las profesiones. El turista norteamericano viene en busca de su mulata perdida, y si no la halla se sentirá profundamente defraudado; si en cambio la encuentra, disfrutará sin remordimiento de su piel morena, y luego, de regreso a su púdico contexto de Salvation Army y Jimmy Swaggart, no vacilará en denigrar a Cuba por no haber eliminado autoritariamente el meretricio. De todos modos, el estu-

por occidental está fuera de foco, ya que la relación prostituta/hombre es en La Habana notoriamente más modesta que en cualquier capital europea o latinoamericana. Y con un rasgo a destacar: a diferencia de sus colegas de otras urbes civilizadas, en la Cuba “bárbara” la prostituta carece de *gigolo* o rufián o chulo o *caficho*. Tolerada a regañadientes, como algo inevitable, por el régimen, la puta cubana no tiene amo ni promotor ni mantenido; tal vez represente cierta insólita fórmula de autogestión en una peculiar sociedad socialista.

Otrosí digo. O más bien, otronó. La pena de muerte existe, y ésta es mi diferencia más profunda con la Cuba de 1991. Siempre he sido contrario a tal forma de punición, no importa qué ideología la reglamente o sustente. Tengo entendido que en todo el continente americano, sólo Estados Unidos y Cuba (en otros países sólo es aplicable en tiempos de guerra) mantienen esa condena. Pero tampoco en este tema vamos a rasgarnos las vestiduras. En tanto que Cuba se mantuvo aproximadamente tres lustros sin aplicarla (rompió esa austeridad en 1989 con el fusilamiento de Ochoa y tres de sus cómplices en la operación de narcotráfico), los Estados Unidos ejecutan periódicamente a sus condenados, por lo común negros, chicanos o puertorriqueños, y de vez en cuando algún rubio para disimular. Actualmente hay más de dos mil en espera de la ejecución (silla eléctrica, gas, inyección letal u otras ofertas del catálogo), incluidos débiles mentales y asimismo sujetos que cometieron delitos cuando eran menores de edad.

El *affaire* Ochoa representó para la sociedad cubana un trauma del que aún no se ha repuesto, pero no tanto por la aplicación de la pena máxima, sino por la brecha que significó en la imagen de los organismos de seguridad, que hasta ese momento constituían una salvaguardia y una invulnerabilidad casi míticas para el ciudadano de a pie. Paradójicamente, ese mismo ciudadano no parece contrario a la pena de muerte, y aunque el hecho de que fuera aplicada a un héroe nacional como Ochoa representó toda una conmoción, de ello no se deriva una

actitud generalizada contra una tan radical modalidad de expiación. Más aún, distintos interlocutores me aseguraron que si por fin el gobierno cubano decidiera algún día eliminarla, sería imprescindible que previamente llevara a cabo una cuidadosa campaña destinada a convencer a la población de la pertinencia de esa medida. Personalmente creo, y no me cansé de repetírselo (por otra parte, sin ninguna esperanza) a cuanto dirigente se dignó escucharme, que dejar en este aspecto a los Estados Unidos en ominosa soledad, podría ser, no sólo un notorio avance en derechos humanos, sino también un golpe propagandístico de repercusión internacional.

¿Cuál es, en general, la actitud de la juventud cubana? En primer lugar hay que reconocer que, como toda juventud, es rebelde e inconformista. Sin embargo, salvo contadas excepciones, *no es contrarrevolucionaria*. Si aspira a cambios, por profundos que sean, siempre los concibe dentro de la Revolución y no al margen de ella. La famosa noción de pluripartidismo, que tanto ha movilizado a las sociedades del Este, en Cuba no tiene el menor atractivo, ni para jóvenes ni para adultos. La tesis del partido revolucionario único, auspiciada por José Martí desde el fondo de la historia, sigue teniendo su peso. Además, están aún demasiado cerca los modelos de “democracia pluripartidista” (Gerardo Machado, Grau San Martín, Prío Socarrás), como para no identificar el pluripartidismo democrático con esos antecedentes nefastos, represores, corruptos y borrascosos. Lo que reivindican los jóvenes (y de ahí su expectativa, acaso desmesurada, ante el próximo IV Congreso del PCC a celebrarse en el primer semestre de este año) es más activa participación y sobre todo más democracia interna; menos burocracia, menos privilegios para ciertos funcionarios de alto o mediano rango, y menos ukases desde arriba, sin mayor discusión y asimilación por las bases.

Al parecer, en las propias filas dirigentes del PCC se van perfilando dos posturas: una, la de rechazar, o al menos postergar, la solución de esas urgentes y muy concretas reclamaciones, y otra, en la que acaso se inscriba el

propio Fidel, la de dar una sensible y nada abstracta respuesta a las demandas. Seguramente, el IV Congreso acabará formulando una síntesis, pero toda síntesis lleva en sí misma un factor detonante y/o determinante, una tendencia que, a pesar de las previsibles concesiones mutuas, le dará a sus sesiones y resoluciones el color definitivo. Ojalá ese color sea el que los jóvenes reclaman.

La situación mundial, con su notoria derechización, con la crisis de la Unión Soviética y el desmantelamiento del Pacto de Varsovia; con la evitable pero no evitada Guerra del Golfo Pérsico y la anunciada hegemonía militar de los Estados Unidos; con la actitud hostil hacia Cuba de los países que hasta hace poco eran sus aliados; con el problema crucial del combustible, sin cuya importación regular la isla, como cualquier país no productor de petróleo, no puede funcionar, ha representado para Cuba el período más difícil desde el triunfo de la Revolución y ha hecho concebir a los Estados Unidos, a los contrarrevolucionarios de Miami y a buena (o mala) parte de los analistas occidentales, la ilusión de una rápida caída de Fidel Castro y de su régimen.

Un diplomático latinoamericano, hace pocas semanas destinado a la isla, me confesó que, cuando llegó, estaba imbuido por ese pronóstico negativo, pero ahora, aproximadamente un mes después, opinaba que aquello sólo tenía el valor de una expresión de deseos, sin base en signos reales, ya que, como siempre ha ocurrido en los períodos riesgosos y cargados de amenazas, el gobierno revolucionario parece más sólido que nunca y con un apoyo popular decidido y compacto.

Una vez más, los cubanos apelan a la imaginación y a cierta innegable capacidad creativa que sirve para darles impulso y de paso sacarlos del atolladero. Por lo pronto, han empezado a trabajar con una eficacia y un esmero poco tradicionales en la mollicie tropical del Caribe. Ya no son convocadas, como en épocas pasadas, enormes movilizaciones al campo, con 200 mil o más voluntarios, cuya buena voluntad y desprolijidad laboral más perjudicaban que beneficiaban al corte de caña y otras tareas agrí-

colas. Ahora, el aporte no excede los 20 mil trabajadores voluntarios, en especial estudiantes, en contingentes que acuden al campo, en turnos sucesivos, sólo por 15 días, y allí cumplen un trabajo impecable. Como resultado inmediato de este nuevo sistema, la producción y distribución de frutas y vegetales ha mejorado sustancialmente. En estos rubros Cuba no sólo satisface hoy las necesidades de sus diez millones de habitantes, sino también las de varios países cuya población total es cuatro veces mayor.

La escasez de petróleo es visible en las calles, donde circula un reducido número de coches particulares, pero a corto plazo Cuba será inundada por medio millón de bicicletas, de producción china y también nacional. Dichos medios de transporte son adjudicados, por un precio módico y en cuotas, a aquellos trabajadores que residan a una distancia de su lugar de trabajo, no menor de 2 km y no mayor de 10 km. Por otra parte, todos los autos y camiones estatales tienen la obligación de recoger en su ruta a quien se lo solicite.

Para evitar el acaparamiento de productos alimenticios, han sido incluidos nuevamente en la libreta de racionamiento productos que estaban “por la libre”. Aun así, la cuota de cuatro huevos por persona y por semana, dos kilos y medio de arroz y otro tanto de azúcar, por persona y por mes, no parece menor que la que consume cualquier ciudadano de un país no racionado. Las carnes de res, cerdo, pollo o pescado tienen límites más estrictos, pero aun así no son descuidados los índices normales de proteínas. Con su experiencia de períodos críticos del pasado, la población prefiere (y lo dice abiertamente) la reimplantación del racionamiento, ya que elimina de modo radical la lesiva institución del acaparador y asegura la distribución equitativa de lo que se tiene o produce.

De todos modos, a cualquier visitante le impresiona la dignidad con que el pueblo cubano enfrenta sus crecientes dificultades. Cuando le hablan de democratización, responde: “Sí, tal vez, pero por ahora la prioridad primera es la supervivencia, tanto del individuo como de la Revolución”. Más de un latinoamericano ha de compartir lo

expresado por Manuel Vázquez Montalbán, con motivo de su reciente viaje a Cuba (fue jurado del Festival Internacional de Cine): “Hay una conciencia latinoamericana que, aun discrepando con el modelo cubano, mantiene una solidaridad de fondo. Para la izquierda, sin ser necesariamente como ayer una referencia socialista, es aún una cuestión nacionalista y antiimperialista” (*Brecha*, Montevideo, 15-2-91). Mi impresión personal es que, si Cuba supera, como es de esperar, esta etapa crítica, su ahora obligada no-supeditación a la URSS y a su ex bloque va a producir una saludable animación de las potencialidades creativas del pueblo cubano, que son muchas. Y al decir esto me refiero a la política, a la ciencia, a la cultura.

Sin embargo, y sin que aun haya habido tiempo para que la flamante coyuntura internacional provoque ese acicate, ya puede señalarse que la novedad más impactante de esta Cuba 91 tiene que ver con los formidables logros de los científicos cubanos en el campo de la medicina, del llamado Frente Biológico, de la ingeniería genética y biotecnología, de los radiofármacos, de la creación de vacunas en rubros fundamentales, del tratamiento de la retinosis pigmentaria. Además de los beneficios que tales invenciones y adelantos han supuesto, en materia de salud pública, para el ámbito cubano, también es destacable el importante monto de divisas que Cuba está obteniendo mediante ese rubro no tradicional. Si por un lado el azúcar baja de precio en el mercado exterior, por otro, la cotización internacional del hombre de ciencias cubano está ascendiendo en forma vertiginosa. Es así que el gobierno pronostica que, en poco tiempo, la entrada de divisas a producirse por exportación de nuevos fármacos, servicios y tratamientos, puede superar ampliamente la que actualmente ingresa por la exportación de azúcar y tabaco. En el discurso pronunciado al clausurar el Día de la Ciencia, Fidel Castro llegó a decir que “el futuro, la economía y la salud del país dependen de las ciencias”.

Naturalmente, este resultado científico no se improvisa ni surge espontáneamente. La atención preferente que,

desde hace varios lustros, viene dedicando Cuba al desarrollo biológico y a las ciencias de la salud ha generado sucesivas promociones de investigadores. Sus aportes más espectaculares han sido hasta ahora el tratamiento (combinación de cirugía y ozonoterapia) para la retinosis pigmentaria, las vacunas contra la hepatitis B, la melangelina (cuyo procedimiento de extracción fue descubierto por médicos cubanos), de ya demostrada acción repigmentante en casos de vitiligo, la vacuna antimeningocócica (en el Congreso celebrado en Berlín, setiembre de 1989, los especialistas norteamericanos reconocieron el fracaso de su propia vacuna frente al éxito indudable del producto cubano), el bactericida cicatrizante F2, etcétera.

Por más que las agencias de noticias hayan silenciado, como es habitual, estos logros, lo cierto es que los mismos han significado toda una explosión en el mundo científico y hoy Cuba no da abasto para cumplir con los pedidos de varias decenas de países. Las intervenciones quirúrgicas, los nuevos tratamientos y biofármacos son brindados gratuitamente a los ciudadanos cubanos, e incluso a pacientes extranjeros, de escasos recursos, por lo general provenientes de las zonas más depauperadas del Tercer Mundo. Pero aun en el caso de que esos servicios se cobren a pacientes extranjeros, los importes son francamente módicos, sobre todo si se los compara con las tarifas que se aplican en los países hiperdesarrollados.

En las calles de La Habana hay pocos automóviles; existe libreta de racionamiento para productos alimenticios; no hay escaparates con artículos suntuosos, pero allí los niños no mueren de hambre (la mortalidad infantil en Cuba tiene, junto con Estados Unidos y Canadá, los índices más bajos del continente), no hay desocupación ni mendicidad, y la asistencia médica es gratuita y de excelente calidad. ¿Cuánto pagarían las grandes empresas capitalistas por la deserción de cualquiera de estos sabios austeros, de estos investigadores extraordinariamente capaces que trabajan con denuedo para lograr (no sólo en su bloqueado país sino en el mundo) una mayor esperanza de vida?

Mientras que los Estados Unidos, más que ningún otro país, basan gran parte de sus ingresos en la venta de armas (tanto a sus amigos de un presente cualquiera como a sus futuros enemigos, léase Saddam Hussein), mientras sus bombarderos de eficacia “quirúrgica” inmolan a civiles en refugios de Bagdad, mientras que ese gran poder hegemónico *exporta muerte*, Cuba, país pequeño y cercado, subdesarrollado y en pleno aislamiento, se afana y se ufana *exportando vida*. Aunque sólo fuera por esa obsesión humanitaria, merecería más comprensión y mejor suerte.

(1991)

NO HAY INDULTO PARA EL DESPRECIO

Cuando parecía que el miedo se estaba quedando sin siglo, el siglo agonizante se llenó de miedos. Si el Golfo Pérsico nos recordó lo que ya sabíamos y no nos atrevíamos a admitir (que el petróleo importa mucho más que el ser humano), en Argentina el presidente Menem conmovió al mundo con su salto mortal. Y no cayó de pie, como los profesionales del alambre, sino de rodillas. Fanático de todos los deportes, y en especial del fútbol, el primer mandatario se hizo el autogol más espectacular de su zigzagueante carrera política.

Ya es bastante dramático que en un solo país se propugne una perversión de la justicia, pero más grave es que casi un continente sea invadido por lo injusto. Debe reconocerse que los Videla, Viola, Suárez Mason, Massera, Camps, no están solos; en realidad, gozan de la compañía de Pinochet, de Stroessner y otros de menor renombre internacional, como Gavazzo y Cordero. Si lo de Argentina duele más, es porque fue el único país que, al recuperar la democracia (tal vez como forzada consecuencia del *Nunca Más* propuesto por el dignísimo y corajudo Informe Sabato), procesó y condenó a los máximos responsables de la tortura y el genocidio organizados. Por cierto que eso no ocurrió en Brasil ni en Uruguay ni en Paraguay ni en Chile. Sólo en Argentina, pero la piedad presidencial eliminó de un plumazo esa honrosa ventaja.

También es cierto que la represión argentina (la famosa “guerra sucia”) fue la más cruel, la más inhumana, la más sádica. Quizá valga la pena recordar que entre los recientes indultados figuran el ex almirante Emilio Massera, responsable de que helicópteros arrojaran los cuerpos de las víctimas sobre el océano Atlántico, y también Ramón Camps, alguien que se ha jactado y responsabilizado de cinco mil tumbas “NN”. Este directo, impúdico legatario

de Herodes también organizó el secuestro y la desaparición de centenares de niños, más tarde adjudicados (al menos, los sobrevivientes) a parejas del exterior o a otros militares argentinos.

La apuesta a la pacificación nacional que, con este oprobio, Menem pretende articular, no tiene sentido. Pocas veces se ha recordado, con tanta acritud, en la Argentina y en el mundo, la inicua biografía de los indultados. La semana anterior, el general (R) Domínguez, fiscal militar, calificó de “perdón sin honra” el concedido a los golpistas de 1976, que luego “violaron la ley, aplicaron métodos indebidos y corrompieron al Ejército”. Durante su gobierno, el ex presidente Raúl Alfonsín creó, como explicación de sus propios (y más discretos) perdones, la figura de la “obediencia debida”, pero ¿a quién diablos debían obediencia los jefazos ahora agraciados? Lo del “perdón sin honra” parece, después de todo, una denominación puntual; por algo al general (R) Domínguez le costó la cesantía.

Los ex jefes indultados no ignoran que la sociedad argentina se estremeció con la electrizante noticia de su libertad. El odio adormecido volvió a echar chispas. Pero los perdonados tal vez se inspiren en un verso del poeta latino Lucio Accio (170-90 a.C.): “Con tal que teman, que odien” (*Oderint dum metuant*). Se creen superiores, infalibles, invictos, y en consecuencia el bien ganado odio de la comunidad los reconforta, les temple el ánimo, les afila los dientes.

A pesar del irrestricto apoyo que siempre obtuvieron de la Iglesia argentina, poco favor le hacen a Dios estos militares tan devotos, a menos que su mística se ejerza a través de Moloc, divinidad de los amanitas que prefería los sacrificios de niños. Ahora que Ramón Camps ha sido liberado, conviene recordar que los niños desaparecidos no eran subversivos ni clandestinos ni combatientes ni guerrilleros. Eran simplemente niños. Sin embargo, no están. Si fueron asesinados, ese crimen no es ni siquiera político, es lisa y llanamente crimen. Si en cambio fueron asignados a otras parejas, sería pura y simplemente des-

pojo. A pesar del tiempo transcurrido, una y otra vez el tema de los niños desaparecidos vuelve a irrumpir en escena como una implacable acusación. En realidad, constituyen una imagen tan universal e intocable que nadie puede permanecer ajeno a semejante colmo de crueldad. El ominoso silencio que pende aún sobre los centenares de niños no regresados constituye el lado más escalofriante de esta historia letal.

No obstante, el controvertido perdón de Menem ha dejado insatisfechos a sus insaciables destinatarios. Ahora reclaman la gratitud social. Perdón sin monumento no es perdón. Ahora bien, ¿alguien encontraría admisible que pidiéramos a los judíos la glorificación de Eichman o a los franceses la exaltación de Barbie? El pesado alcance de esta turbia faena no termina hoy. La amarga sensación de impunidad que la decisión presidencial ha desencadenado puede inferir un daño irreparable a la juventud argentina. La consideración que Menem ha tenido con los máximos responsables de treinta mil muertes y desapariciones, de incontables torturas y vejámenes, se convierte en una inconmensurable falta de respeto hacia la sociedad que lo eligió presidente y creyó en sus reiteradas promesas de justicia. “El indulto me lo banco yo solo”, dijo con su habitual y trágico desparpajo el Presidente, pero la realidad es otra: quien verdaderamente lo “banca” es el desalentado pueblo argentino.

El indulto no estimula ninguna reconciliación. Simplemente instala otra vez el miedo; y no porque el ciudadano crea que Videla, Viola, Camps, *et al* vayan a encabezar nuevos motines. Es obvio que en la tradición militar, quien no manda tropas queda fuera del juego, y fuera del juego están, muy a pesar suyo, Videla con sus ojos de témpano, Massera con su mueca de sarcasmo, Viola con su añoranza del horror, Camps con su paisaje de tumbas “NN”. El perdón del crimen reactualiza el crimen. El miedo puede propagarse y hasta abarcar a la sociedad completa, pero el miedo nunca es democrático. Cuando la democracia se inunda de miedo, es porque algo o alguien la carcome; es porque subsisten brotes endémicos de autoritarismo (y por

tanto de antidemocracia). Ni el miedo ni el olvido son democráticos. Por algo Borges, que vivió etapas de increíble deslumbramiento ante los sabales, dejó sin embargo esta cita que es casi una revelación: “Sólo una cosa no hay. Es el olvido”. Es extraño que, a esta altura, el presidente argentino no haya aprendido aún que amnistía no es amnesia.

Es posible que el ex general Videla (hombre de comunión y vilipendio diarios) y sus colegas de perdón logren la comprensión de su Iglesia cómplice y hasta el aval antimarxista del papa Wojtyla (dejemos por ahora a Dios fuera de este *imbroglio*), pero lo que sí es seguro es que jamás obtendrán el indulto de la historia. En los primeros días hábiles posteriores a su libertad, tanto Massera como Videla concurren a oficinas públicas para renovar sus permisos de conducir (no a los pueblos sino a sus coches) y fueron unánimemente abucheados, y de paso insultados, por el público. (Por algo los griegos, que todo lo saben acerca de liturgias y condenas, decidieron no indultar a los coroneles de la dictadura 1967-1974). En la memoria del pueblo argentino y de toda América Latina, estos depredadores de la dignidad, estos hierofantes de la muerte, cumplirán inexorablemente su condena en la cárcel del desprecio, que seguramente no será tan placentera como los chalets en que padecieron sus cinco años de comfortable “martirio”.

(1991)

NOSTALGIA DEL PRESENTE

Entre el intelectual y el mundo que lo envuelve o asedia, siempre ha existido una relación móvil, cuando no errática. No obstante, y a pesar de balanceos y estremecimientos varios, si se examinan con atención uno o varios fragmentos de siglo, es posible detectar cadencias aproximadamente cíclicas, que van desde la prescindencia al compromiso, o también desde el arraigo a la evasión, con sendas viceversas.

Según todo parece indicar, ahora estamos recorriendo la etapa que incluye el descrédito del compromiso y la rentabilidad de la indiferencia. Hay sin embargo un matiz que quizá caracterice este sorprendente fin de siglo: existe una marcada tendencia a culpabilizar al intelectual (ese opinante en singular) por las calamidades sufridas en plural. Lo curioso es que a veces son intelectuales (desde James Petras a Octavio Paz) quienes se encargan de incoar el expediente del desahucio. El politólogo norteamericano, izquierdista *sui generis*, escribió extensa y críticamente sobre “el pecado de los intelectuales de Occidente”, en tanto que el poeta mexicano, poco antes de que le fuera concedido el Nobel, aplicó su durísima evaluación a los colegas latinoamericanos, de quienes llegó a decir (en El Escorial, julio 1990): “La labor de los intelectuales de América Latina ha sido, en general, catastrófica”. El tajante juicio se basaba, según aclaró posteriormente, en que hemos defendido posturas políticas que luego fueron derrotadas. La historia ha enseñado, empero, que la verdad no suele estar forzosamente del lado de los victoriosos. No hace mucho Jorge Edwards descubría dos citas de Unamuno que vienen al caso: “Vencer no es convenir (...) Conquistar no es convertir”.

Es indudable que hoy sería bien visto que nos arrepintiéramos individual y colectivamente de haber bregado por una justa distribución de la riqueza en cada uno de nues-

tros países. Borrón y cuenta nueva, es la consigna. Y si el borrón es grande y la cuenta está henchida, mejor aún. Así pues, y de acuerdo con los diagnósticos en boga, tendríamos que concluir que el desastre global del subcontinente no se debe a las torturas, secuestros, desapariciones, asesinatos, perpetrados por las fuerzas represivas del Cono Sur; ni a las tradicionales incursiones de los *marine*; ni a los intereses leoninos de la Deuda Externa ni a las conminatorias cartas de intención del Fondo Monetario. No, todo ese descalabro se debe a la “catastrófica” postura de los intelectuales que se negaron a integrar el coro celebrante.

Ahora bien, si los escritores y poetas, si los sociólogos y economistas de América Latina somos la “catástrofe”, ¿qué denominación corresponderá a quienes perpetraron treinta mil desapariciones en Argentina? ¿Ante quién o quiénes deberíamos arrodillarnos para solicitar perdón por nuestras aspiraciones de justicia o nuestras denuncias de torturas? ¿Ante Videla? ¿Ante Pinochet? ¿Ante los invasores de Santo Domingo, de Granada, de Panamá? ¿O tal vez ante los intelectuales domesticados (que los hay, no faltaba más) que practican eso que el italiano Giordano Bruno Guerri denomina la “cultura del silencio”?

No sé si se deberá a la falta de costumbre, o a la natural oxidación de las bisagras, pero lo cierto es que las rodillas veteranas no consienten esas dobladuras y/o dobleces. No es imposible que los presupuestos éticos pasen a ser reliquias de museo, pero de todas maneras serán un dato indispensable para entender cómo se movía la historia antes de su óbito tan publicitado.

Hace varios lustros escribió el novelista argentino Juan José Saer: “La literatura es trágica (...) porque recomienza continuamente, entera, poniendo en suspenso todos los datos del mundo”. Hoy que nos agobian los datos nuevos, habrá sin duda que ponerlos en suspenso. No precipitándonos; no como lo han hecho los desencantados ciudadanos del Este antes de caer en los brazos de un nuevo desencanto. Por lo pronto, ya han aparecido ciertos ex nostálgicos del futuro, de pronto convertidos en

nostálgicos del pasado. Y eso tampoco es edificante, porque el pasado incluía, junto a innegables conquistas sociales, un aberrante ejercicio de autoritarismo y una carencia de democracia interna. Tal vez ha llegado la hora de acomodar reflexivamente el cuerpo (y el alma, si no está en pena) a la nostalgia del presente; después de todo es la única que está a nuestro alcance. Nostalgia de un presente que desearíamos tener y no tenemos.

Pero basta de mirarnos el ombligo intelectual. El conflicto es mucho más amplio, y, si enfoca circunstancialmente al intelectual y al artista, es porque sus posturas toman a veces estado público y en consecuencia pueden generar aprobaciones y repulsas. Pero lo cierto es que la encrucijada involucra a pueblos enteros y por supuesto a las izquierdas. Que, para su mal, son varias, cada una con su librito, en tanto que la derecha es virtualmente una, claro que con dos libros: la Biblia (muy mal leída) y el de Caja.

Después de todo ¿qué nos deparará el Nuevo Orden Internacional, que es el del capitalismo? Salvaje o no (el único que conoce al dedillo la diferencia es el papa Wojtyla, bien asesorado en su momento por monseñor Marcinkus el “banquero de Dios”), ese capitalismo hegemónico ha sido definido por el filósofo Cornelius Castoriadis como “un sistema que está destruyendo el planeta, al ser mismo. Nos está transformando en una máquina de consumo, en individuos que invierten su vida en lo que yo llamaría una masturbación televisiva, y lo que es más grave, una masturbación sin orgasmo”.

Uno de los datos del mundo que más méritos ha hecho para que lo pongamos en suspenso es la versión paradisíaca del *welfare state* o estado del bienestar. No en balde el ochenta por ciento de las noticias, datos y comentarios que circulan en el mundo tienen como canales de difusión dos o tres agencias norteamericanas o sus filiales. Gracias a ellas hemos tomado conciencia de que en los países del Este no había libertad de prensa ni de migración; que existía una *nomenklatura* viciada por privilegios y corrupciones; que había presos de conciencia, penas de muerte, etc.

No hay en cambio la misma detallada información sobre ciertos rasgos que caracterizan la vida social en países (centrales o periféricos) del capitalismo real. Por ejemplo, las poblaciones marginales (favelas, casas brujas, cantegriles, poblaciones callampa, ranchos, pueblos jóvenes, etc.); el altísimo índice de mortalidad infantil; la plaga del narcotráfico; la mendicidad multitudinaria; el asesinato organizado de niños-mendigos; el secuestro de niños para comercializar sus órganos; los comandos parapoliciales y paramilitares que siembran el terror; también, como en el Este, la corrupción administrativa, pero en cifras escalofriantes que involucran a connotadas figuras de gobierno; la discriminación racial, cada vez más despiadada, ya no sólo en Estados Unidos o en Sudáfrica, donde casi es una seña de identidad, sino también en varios países de la Comunidad Europea; la violencia como expresión cotidiana, poco menos que rutinaria; la delincuencia que asola las calles y las noches.

En el socialismo real las carencias, los errores, los disparates y hasta ciertas fechorías, tenían un carácter en cierto modo primitivo, rudimentario; en el capitalismo real todo es más científico, más sofisticado, pero también más despiadado. Concluido (al menos, en apariencia) el conflicto Este-Oeste, dolorosamente acrecentadas las desigualdades Norte-Sur, ahora, y a pesar del rápido desenlace de la Guerra del Golfo, la ciega intransigencia del fundamentalismo islámico se enfrenta al otro fundamentalismo, no menos fanático: el del confort, acaso la más extendida religión de Occidente. “El mercado es nuestro dios y el confort es su profeta”, podrían orar a dúo Milton Friedman y Henry Kissinger, durante su ramadán privado, en la Gran Mezquita de Wall Street.

¿Qué queda para las izquierdas en este mundo donde todos se desviven por ser centristas? En primer término, extraernos de la derrota y no olvidarnos de dejar en el fondo de ese pozo los dogmatismos, los esquemas, las rígidas estructuras que impidieron nuestro desarrollo y atrofiaron nuestros radares. Análisis no es obligatoriamente contricción. Después de todo, es preferible haberse equi-

vocado en medio de la brega por la justicia, que haber acertado en la lisonja del Imperio. La verdad es que queda mucho, muchísimo por hacer; seguramente con otros métodos y argumentos, pero con la herramienta de siempre, que es el hombre.

Cuando sentimos nostalgia del presente, del verdadero presente que merece la humanidad, sabemos que ahí no tienen cabida quienes lo falsean. Hoy nos hallamos frente a un presente adulterado, apócrifo; mas por debajo del mismo llega a vislumbrarse eso que en pintura se llama *pentimento*, o sea el cuadro primitivo, original. Nuestra nostalgia se refiere pues a ese *presente-pentimento*, a ese presente que debió ser, y está semioculto, cubierto por los barnices capitalistas, liberales, socialdemócratas.

Lillian Hellman, cuando se rescató a sí misma de la pesadilla del macartismo, escribió: “El liberalismo perdió para mí su credibilidad. Creo que lo he sustituido por algo muy privado, algo que suelo llamar, a falta de un término más preciso: decencia”. ¿No será que la nostalgia del presente es, también, nostalgia de la decencia?

(1991)

LA HIPOCRESÍA TERMINAL

El SIDA, plaga espectacular y avasalladora de este agitado epílogo de siglo, tiene un equivalente en el plano político: la hipocresía, flagelo internacional que afecta a gobiernos, cancillerías, politólogos, buena parte de los *mass media* y hasta algunos filósofos e ideólogos del oportunismo. Ambas patologías son altamente contagiosas, pero su diferencia es sustancial: mientras los enfermos de SIDA enfrentan sin esperanza la inminencia de la muerte propia, los afectados de hipocresía terminal suelen encaminarse ansiosa y precipitadamente hacia el poder o tienden a consolidarse en él. ¿Por qué hipocresía *terminal*? Pues porque es la última ocasión para el doble juego. Tras esta mendacidad tan desenfadada, tan impúdica, sólo queda el abismo de la verdad. Tal vez no sea éste el fin de la historia, como quiere Fukuyama, pero sí puede que sea el fin de la hipocresía.

Derruido el muro de Berlín, disuelto el Pacto de Varsovia, abatidas las estatuas de Lenin, desmontada la URSS como unidad política, acorralada Cuba por tiros y troyanos, el mundo político se ha derechizado de un modo vertiginoso y sus sectores más retrógrados cantan victoria (por supuesto, en inglés). Curiosamente, al arrasar con los escrúpulos de imagen de los viejos conservadores, y sintiéndose ahora sí imbatibles de aquí a la eternidad, los vencedores de hoy, borrachos de soberbia, exhiben desembozadamente sus odios y vergüenzas. Arropados por una decisiva porción de los *mass media*, no les importa mostrar sus talones de Aquiles, convencidos de que ninguna postura crítica tendría hoy fuerza suficiente como para sacar partido de sus contradicciones y dobleces.

Tal vez debido a esa descomunal arrogancia, la hipocresía internacional ha cambiado de estilo. Aquella sutileza diplomática en que fueron tan duchos franceses y bri-

tánicos (los norteamericanos son más burdos), ha dejado paso a un doble, indigno discurso. ¿Se imagina por un momento el lector con qué titulares de espanto habría anunciado la prensa mundial el enterramiento de soldados iraquíes vivos en sus pozos de arena si la luctuosa maniobra hubiera sido cometida por abyectas tropas soviéticas en vez de por héroes de la democracia? Pero ya que estos últimos fueron protagonistas, la prensa mundial sólo dedicó al tema alguna modesta columnita interior y no hubo por cierto profusión de editoriales críticos sobre la hazaña impar. “La guerra es siempre un infierno”, justificó compungido el Pentágono. Es claro que lo es, especialmente cuando uno de los bandos contabiliza 50 muertos y el otro 300 mil.

Hace pocos días, murió en una prisión francesa el tristemente célebre Klaus Barbie, autor de incontables crímenes y de haber enviado 40 niños a los campos de exterminio nazis. La mayoría de los diarios publicaron un detallado currículum del personaje. No obstante, el lector medianamente informado echó de menos un dato no despreciable: en época *posterior* a esos crímenes, Barbie fue reclutado por la CIA (que por supuesto conocía su nutrida trayectoria, tal vez juzgada como mérito), en cuyas filas militó un largo período antes de camuflarse en Bolivia bajo otra identidad. ¿Razones de la omisión? ¿Será que a veces también la paz es un infierno?

Después de todo, por qué habrá sido tan execrable (realmente lo fue, pero al menos ya terminó) la ocupación soviética de Afganistán, y en cambio tan disculpable la aún no concluida invasión norteamericana de Granada, Panamá, y *last but not least*, Guantánamo, zona cubana ocupada por Estados Unidos desde 1903.

Por otra parte ¿no representará un doble discurso la denodada campaña vaticana contra el aborto y su escasa preocupación por los cuarenta mil niños que diariamente mueren de hambre en el Tercer Mundo? ¿Cabría interpretar que los niños ya nacidos son menos dignos de protección y defensa que los que aún no nacieron? ¿O estaremos a las puertas de un *neopaganismo del feto*? ¿No será

una muestra de falacia eclesial la aseveración del papa Wojtyla, durante un reciente viaje a la Polonia de sus amores, de que el aborto es un crimen mayor que el genocidio nazi o la destrucción atómica de Hiroshima? También en la difusión y consideración de este original e inesperado exabrupto, los medios hicieron gala de una discreción verdaderamente ejemplar.

Obviamente, los crímenes de Stalin, de Beria o de Ceaucescu son indefendibles, pero ¿acaso el juicio lapidario sobre esos siniestros personajes autoriza que borremos de un plumazo a todos los comunistas que murieron luchando contra los nazis? ¿O por ventura Hitler resulta hoy más defendible que Ceaucescu? Este último interrogante es menos descabellado de lo que parece, si se tienen en cuenta los brotes generalizados de racismo que tienen lugar en toda Europa. Gitanos, turcos, africanos, magrebíes, albaneses, kurdos, etc., son agredidos, insultados, expulsados. ¿Acaso no se detecta en la propia España una flagrante contradicción entre los brazos abiertos hacia América Latina en los discursos del Quinto Centenario y las puertas cerradas de la Ley de Extranjería? Personajes tan conspicuos como Le Pen, Chirac o Giscard d'Estaing, han advertido a Europa que será invadida por indeseables extranjeros, que, para mayor *inri*, son de otro grupo sanguíneo. Ay, que así empezó el bueno de Adolfo. Si así vamos, no sería de extrañar que en España la denostada invasión de *sudacas* sea reemplazada a corto plazo por la de *nordacas* (el exacto término se lo debemos a Haro Tecglen).

Es indudable que el *socialismo real* fracasó en sus respuestas, pero las preguntas no sólo siguen pendientes sino que la actual situación del mundo las hace más acuciantes. Está claro que la democracia es el más aceptable de los sistemas políticos hasta ahora descubiertos, pero malo sería que creyésemos (o simulásemos creer) que no necesita urgentes mejoras y transformaciones, incluida alguna, *glasnost* que le sobre a Gorbachov.

Después de todo, ¿qué es más relevante en el Brasil actual? ¿La normal actividad parlamentaria o los millares

de niños mendigos que son asesinados por grupos de choque? ¿No debería el Parlamento brasileño señalarse como tarea prioritaria una eficacia social que impidiera esa ignominia? ¿Qué es más útil al pueblo cubano? ¿La aceptación de diversos partidos o el bajísimo índice de mortalidad infantil? No hay que olvidar que Cuba tuvo largos períodos de pluripartidismo, durante los cuales los niños morían como moscas. Es claro que todo andaría mejor, en cualquier parte, con la real vigencia de un sistema democrático, pero no hay que olvidar, cuando se formulan reclamos desde lejos, el pasado de cada país, la experiencia (vivida y sufrida) que de algún modo condiciona el presente.

Hoy, pese a los cambios habidos, subsisten, además de Cuba, países declaradamente comunistas como Vietnam, Corea del Norte o China. Sin embargo, ninguno de ellos es acribillado a diario con la inquina que se dedica a Cuba. ¿Cómo puede pretenderse que un país lleve a cabo los cambios que seguramente necesita, si desde el exterior sólo llegan amenazas, bloqueos, agravios, deformación de noticias, intimidaciones, cortes de petróleo, chantajes económicos?

El capitalismo real proporciona libertad de movimiento, libertad de prensa, libertad de mercado y otras libertades. En cambio ha fracasado en la solución de otros rubros no menos importantes: consumo de drogas, paro laboral, mendicidad, economías sumergidas, desigualdad de oportunidades, desempleo de profesionales, crisis de vivienda, xenofobia, racismo, torturas policiales, corrupción generalizada, violencia *urbi et orbi*. Aun los países desarrollados, en su mayoría, adolecen de esas taras congénitas. De modo que ni es oro todo lo que reluce, ni el capitalismo real debería ser un paradigma para los pueblos del Tercer Mundo. Cuando la impresionante propaganda que Occidente hace de sus eventuales virtudes seduce por fin a turcos, camerunenses, marroquíes, y unos y otros, si logran sortear las infinitas trabas legales, se incorporan, casi siempre clandestinamente, al mercado de trabajo, comprueban por fin que en el *paraíso* tan añorado serán siempre entes marginales, cuando no fantasmas mendicantes.

Hay sin duda una lección a extraer, al menos para los países de América Latina. Nada hay que esperar del Primer Mundo. Ni los Estados Unidos, ni tampoco la Comunidad Europea, tienen verdadera voluntad de ayuda. Japón es, como siempre, un enigma, pero no se puede confiar en los enigmas. Frente a la hipocresía terminal del capitalismo hegemónico, América Latina debería inaugurar una franqueza primaria y reconocer su esencial pobreza. Sin quejumbres ni marrullerías; sencillamente, con imaginación (una de sus riquezas naturales) y con realismo. José Gervasio Artigas, héroe máximo de mi país, dijo a comienzos del siglo pasado: “Nada tenemos que esperar sino de nosotros mismos”. Hoy la frase sale del mármol con una vigencia estremecedora.

(1991)

LOS DOS CAPITALISMOS

La caída del socialismo real se produjo a una velocidad tan inusitada, que halló desprevenido a todo el mundo: a las izquierdas en primer término, pero también a las derechas, que no podían creer en esa milagrosa victoria por *walk over*. A estas últimas, empero, la consiguiente euforia les ha hecho prescindir de ciertas cautelas que algunos de sus líderes históricos (digamos Churchill, De Gaulle) no descuidaban a la hora de convencer a la opinión pública internacional de la sólida o frágil bondad de sus intenciones. Hoy, en cambio, Bush le disputa al papa Wojtyła el privilegio de la infalibilidad, y si a comienzos del siglo V, San Agustín hizo famosa su frase: “Roma ha hablado, la discusión ha terminado”, en las postrimerías del XX, y a partir de la Guerra del Golfo, los socios de la OTAN saben (aunque el pundonor comarcal les impida admitirlo) que donde antes se leía *Roma*, ahora debe leerse *El Pentágono*.

Es cierto que el *socialismo real* fracasó en Europa, pero es no menos cierto (y no soy el primero en afirmarlo) que en América Latina lo que ha fracasado es el *capitalismo real*. Salvo Cuba, con su socialismo bloqueado, o Nicaragua, con su revolución invadida, los países latinoamericanos no se han atrevido siquiera a insinuar una alternativa al capitalismo salvaje de Estados Unidos. O sea, que desde mucho antes de la caída del muro de Berlín, el capitalismo norteamericano ha sido y sigue siendo el paradigma impuesto, la fórmula dominante en la región.

Por lo tanto, en América Latina, no es necesaria una *glasnost* para comprobar que, debido a la aplicación masiva de esa receta autoritaria y excluyente, los resultados han sido más bien miserables. Sin embargo, no cabe responsabilizar al marxismo de secuelas sociales tan poco alentadoras como las poblaciones marginales (*favelas*,

callampas, villas miseria, cantegriles, etcétera), los altos índices de mortalidad infantil, la deficiente atención a la salud pública, los secuestros y asesinatos de niños mendigos, el creciente abismo entre los acaudalados y los menesterosos, las trágicas derivaciones del apoyo económico y logístico de Washington a las (Reagan *dixit*) “dictaduras amigas”, las decenas de miles de desaparecidos, las invasiones aún no concluidas de Granada y Panamá, la espeluznante Deuda Externa y sus leoninos intereses, la degradación ambiental y el estrago del pulmón amazónico. No fue ningún émulo de Ceaucescu o de Honecker quien nos arrastró a esas desgracias y mezquindades; más bien han sido el capitalismo y sus filiales, a través de la implacabilidad económica y el insolidario pragmatismo. Si la Europa del Este fue el espejo (hoy roto en mil pedazos) del socialismo *real*, la dependiente y sojuzgada América Latina es el vidrio azogado que indeliberadamente refleja la índole del *capitalismo real*.

Hace pocas semanas apareció en Francia un libro del economista y sociólogo Michel Albert, *Capitalisme contre capitalisme* (Editions du Seuil, París, 1991), que ya está provocando encarnizadas polémicas. Conviene aclarar que Albert no es un hombre de izquierda; tras la lectura del libro, no quedan dudas de que su opción es el capitalismo. ¿Pero cuál? Para este autor hay dos capitalismos, que en los próximos años van a protagonizar un implacable enfrentamiento: el modelo *neonorteamericano*, basado en el éxito individual, la ganancia financiera a corto plazo; y lo que él denomina el modelo *renano* (practicado en Alemania, Suiza, el Benelux y el Norte de Europa, y también con algunas variantes, en Japón), que da prioridad al éxito colectivo, el consenso y el objetivo a largo plazo.

Albert sugiere que el primer modelo se consolida en 1980, con la elección casi simultánea de Margaret Thatcher en Inglaterra y de Ronald Reagan en Estados Unidos, especialmente a través de este último, cuyo lema podría sintetizarse en “reforzar la competitividad de su economía mediante la pauperización del Estado” y sobre todo en “disminuir los impuestos a los ricos y aumentar los que

afectan a los pobres”. (Agreguemos que en varios países de América Latina, el sometimiento de las burguesías rectoras a la ecuación *reaganista* ha consistido en desgastar y deliberadamente averiar los organismos estatales para poder luego justificar ante la opinión pública la búsqueda privatización, con la consiguiente erosión de soberanía.)

El economista francés denuncia con ardor (y con justicia) la falta de solidaridad social del modelo *reaganiano*: “Los Estados Unidos (...) consideran las políticas de pleno empleo como un pecado contra el espíritu” y destaca que el único rubro en que se estimula la creación de nuevos puestos de trabajo es el que atañe a “policías privados y guardianes de cualquier índole”. Su dictamen final se sintetiza así: “El modelo neonoramericano sacrifica deliberadamente el futuro en beneficio del presente”.

Ante esa turbadora perspectiva, Albert teme que lo que él llama *euroesclerosis* y *europesimismo* representen un caldo de cultivo para las tesis de Reagan-Thatcher y de sus aprovechados discípulos Bush-Major. Y puede que algo de razón le asista en su aprensión europea (digamos, en su *euroalerta*) cuando vemos a la Rusia de Yeltsin haciendo largas colas ante los McDonald’s; a Lech Walesa convertido en portavoz de los Chicago Boys, o a la propia España defendiendo a la querida *eñe* con más vigor que a Gibraltar.

Estos enfrentamientos y contradicciones entre los *dos capitalismos* pueden ser muy útiles como esclarecimiento, particularmente ahora, cuando los sectores progresistas del ancho orbe, todavía desconcertados por la eufórica y vertiginosa derechización mundial, aún no han diseñado ni una táctica ni una estrategia que contrarreste ese implacable empuje conservador. Como se sabe, una de las notorias debilidades de la izquierda ha sido siempre su desunión, su escaramuza interior. De modo que no estaría mal, pensando sobre todo en la salud ideológica de la humanidad, que las diversas *derechas* se sacarán sus trapos a relucir; no sólo nos ahorrarían trabajo, sino que pocos osarían descalificarlas, aunque sólo fuera por aquello de que entre fantasmas no se pisan la sábana.

No es improbable, sin embargo, que como respuesta al documentado libro de Michel Albert aparezca, desde la trinchera neonorteamericana, algún análisis crítico sobre el capitalismo *renano*, que por ejemplo ponga en evidencia sus tendencias xenófobas, sus Leyes de Extranjería, sus rebrotes neonazis, sus claves de corrupción, su abandono de la solidaridad, su mixtificación consumista, sus topetazos de racismo, su soberbia primermundista, su náusea hacia el Tercer Mundo, y otros rasgos que en diversos puntos de Europa pervierten la convivencia y la ecuanimidad. Europa todavía no ha aprendido que la legítima paz es *la aceptación del otro*, y que en el caso del Viejo Continente esta verdad debe ser particularmente asumida, ya que Europa está literalmente rodeada de *otros*. Otros que pueden ser negros, magrebíes, sudacas, kurdos, albaneses, gitanos. Y también *nordacas* ¿por qué no? Sólo que éstos no vienen en barcas clandestinas sino en legales bombarderos; no mendigando trabajo sino exigiendo pleitesía.

En los últimos tiempos es difícil estar al día con las opiniones de otro francés, Régis Debray, cuyas adhesiones y fobias políticas tienen más oscilaciones que la Bolsa, pero hace pocos días leí un texto suyo que me pareció interesante, aunque tal vez hoy mismo el propio Debray opine lo contrario: “Al ideal europeo de la izquierda progresista estadounidense se le ha adelantado la estadounidense de la izquierda europea que incorpora con entusiasmo las Cruzadas exteriores de la Casa Blanca”.

Ésa es, después de todo, una de las causas del pánico existencial de Michel Albert. Es obvio que el Capitalismo II (o sea el *renano*) tiene más en cuenta al ser humano como producto de su medio, su trama social, sus necesidades colectivas; pero todo esto referido casi exclusivamente al ciudadano local. Se echa en falta, sin embargo, una mínima extensión de esa comprensión y esa prodigalidad a los emigrantes que acuden a la Europa de sus sueños, como asidos a una última esperanza. No hace mucho el sacerdote y teólogo suizo Hans Küng, a quien el Vaticano retiró la venia docente por cuestionar la infalibi-

lidad del Papa, acuñó una frase que excede lo religioso: “No hay un Dios nacional sino del mundo”. Curiosamente, los más xenófobos, los más racistas del mundo occidental, suelen cobijarse en la Fe, pero me atrevo a dudar de que la Fe autorice a dividir a la humanidad en prójimos de primera y prójimos de segunda. Por lo pronto, no hablaría muy bien del Capitalismo II si con los escombros del Muro de Berlín se empezara a levantar un Muro de Europa que precisamente dejara fuera a los prójimos de segunda.

(1991)

NO QUEREMOS SER LIBERADOS

Cuando a Estados Unidos le vienen las fiebres de liberación, en todas partes (y particularmente en el Tercer Mundo) suenan las alarmas. Después de cada una de esas cruzadas, y a la vista de los escombros liberados, los sobrevivientes del salvataje no siempre se muestran agradecidos. Para liberar a Panamá de las garras (afiladas en el pasado por la CIA) del general Noriega, las pragmáticas tropas norteamericanas se vieron dolorosamente obligadas a matar a dos mil panameños, a destruir totalmente el barrio El Chorrillo y prometer al fiel presidente Endara una ayuda financiera y restauradora que aún está por llegar.

Cuando la Unión Soviética y el bloque del Este dejaron de representar el tan anunciado peligro, y los países del ex Pacto de Varsovia se apuraron a liberarse antes de que llegaran los libertadores de siempre, el Departamento de Estado pasó momentos de verdadera angustia al no tener a nadie a quien liberar, pero, afortunadamente para los intereses imperiales, Hussein se acordó de la historia zonal (aunque se olvidó del desenlace de las Malvinas) y se propuso invadir Kuwait, no sin antes avisarle a la embajadora norteamericana en Bagdad que había decidido dar ese mal paso. La diplomática le juró sobre la Biblia que si ello acontecía, su gran nación no iba a intervenir (¿acaso Irak no había sido su aliado contra el satánico Khomeini?); con ese inesperado aval, al futuro “émulo de Hitler” se le acabaron las dudas y se metió en Kuwait. Ante esa brutal agresión, el emir kuwaití Ahmed el Sabah se vio obligado a interrumpir su discreta cuota anual de cien aleccionantes degüellos y buscó urgentemente algún refugio de cinco estrellas. Verdaderamente, un mal paso el de Saddam. Bush respiró tranquilo: ya había algo o alguien a quien liberar. Y Kuwait fue exhaustivamente liberado.

Hoy, ya expulsado el invasor árabe, los kuwaitíes se

agregan a la lista de contempladores de escombros propios y quizá valoren cuánto mejor habría sido negociar. El expeditivo general Schwarzkopf quería que la liberación alcanzara también a los kurdos, pero éstos tuvieron la mala idea de empezar a morirse de hambre, de frío, del cólera y de la cólera. En Panamá, las tropas norteamericanas ofrecían seis dólares por cadáver sepultado, pero quizá en esta guerra sucia los cadáveres no alcancen esa cotización.

¿Será que el Nuevo Orden Internacional empieza con un flagrante desorden? ¿Se tratará de un Nuevo Orden o de una *nueva orden*? Por ejemplo: ¡apunten! ¡fuego! o tal vez imedia vuelta a la derecha! Sin duda esta última orden ha sido obedecida, en diversas naciones, por militares y gobernantes, por conservadores y hasta por socialdemócratas, que también se han replegado en buen orden (internacional).

Sin solución de continuidad, el mundo pasó de la *guerra fría* a la *guerra sucia*. Una mañana, al despertar, nos encontramos con que ya no había Segundo Mundo, ya que había pasado a ser furgón de cola del Primero. Ahora sabemos que el abismo entre el Primer Mundo y el Tercero es cada día mayor, tal vez porque nadie se ha ocupado de proveer esa vacante dejada por el Mundo Dos.

Hay quien dice que el Nuevo Orden Internacional será otro Yalta, pero en aquella denostada reunión hubo por lo menos tres protagonistas, mientras que este nuevo Yalta será un monólogo bushiano (ni siquiera estará la Thatcher para hacer de *partenaire*) o acaso un réquiem por la pobre ONU, creada en 1945 para preservar la paz y limitada hoy a respaldar la guerra. Una de las mayores tristezas de este siglo de imágenes, fue contemplar a Pérez de Cuéllar, Secretario General de la ONU, volando de aquí para allá y viceversa, como recadero de una poderosa nación que durante largos períodos se negó a pagar su obligatoria contribución a la Organización de Naciones Unidas. Es cierto que la ONU es sólo lo que sus miembros quieren que sea, pero esta vez lo decidió el Consejo de Seguridad, que actuó y resolvió (también el veto ha fenecido) como una vergonzante agencia del Departamento de Estado.

Este final de siglo confirma que la tan mentada *pax americana* es apenas un seudónimo de *casus belli*. En los últimos 50 años, a Estados Unidos nunca le interesó la consolidación de la paz. Su mayor concesión ha sido hasta ahora la *guerra fría*, ya que ésta le permite seguir vendiendo armas, que en definitiva es su industria prioritaria. Cada vez que aparece en el horizonte de la política internacional una propuesta de paz a corto o a largo plazo, los norteamericanos hallan siempre un motivo para liquidarla. Si bien Breznev y Carter firmaron en 1979 el tratado SALT II, el Congreso norteamericano nunca lo ratificó. Cuando, en plena crisis (todavía no *guerra*) del Golfo, Gorbachov y hasta el aquiescente Mitterrand intentaron presionar para que se siguiera negociando, con el fin de evitar la confrontación armada, Bush rechazó tajantemente el sondeo pacificador y resolvió *ipso facto* la invasión. Ésa es la tradición norteamericana, que incluye antecedentes tan reveladores como Hiroshima o el bombardeo de Libia, además de Santo Domingo, Granada, Panamá e *tutti quanti*.

Incluso las palabras Nuevo Orden traen el recuerdo ominoso (y nada casual) de antiguos sinónimos. “Somos los padres del Nuevo Orden”, dijo un eufórico Bush. ¿Ah sí? ¿Y las abuelitas? No faltará un mal pensado que traiga a colación el *Ordine Nuovo* de Mussolini y el *Neue Ordnung* de Hitler.

Es obvio que ni los derechos humanos ni la vigencia democrática fueron acicates prioritarios para desencadenar la Tormenta del Desierto. Nada hay menos democrático que los monarcas petroleros del Golfo, amigos entrañables de Estados Unidos que suelen ajusticiar en la plaza pública a ladrones, criminales y iadúlteros! Ni siquiera el famoso petróleo fue un motivo tan relevante como se proclama. Sí lo fue la voluntad expresa de mostrar, tanto al Tercer Mundo como a sus viejos y nuevos aliados europeos, que desde ahora el que ordena, invade y dicta la ley, es Estados Unidos y punto. Desaparecido el riesgo de una confrontación más o menos equilibrada con la URSS, todo resulta más fácil en la carrera hegemónica. Si Irak,

insistentemente pregonado como el cuarto poder militar del orbe, nada pudo hacer contra las armas supersofisticadas del Pentágono, ¿qué pueden pretender los países pequeños, subdesarrollados, endeudados y hambrientos del Tercer Mundo? El jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas norteamericanas, general Colin Powell, acaba de anunciar que no descarta una intervención militar estadounidense en El Salvador “si es necesario para defender la libertad”. Es decir, que El Salvador puede ser el próximo país a ser liberado. No habrá muchos riesgos. El Salvador, la nación más pequeña de América, sólo tiene 21.000 km² de superficie, de manera que no es probable que el Pentágono necesite, como en el Golfo, el apoyo logístico de 29 países para liberarlo. Estas liberaciones siempre constituyen un buen negocio armamentístico-empresarial: las armas destruyen, las empresas reconstruyen.

Samuel Huntington dijo hace tiempo (lo menciona Bud Flakoll en un reciente reportaje), con sencillo cinismo: “Demasiada democracia es mala”. ¿Para quién? ¿No será mala demasiada soberbia? Después de todo, tal vez Hussein haya sido un bárbaro títere que involuntariamente se prestó (trayendo destrucción y muerte a su propio pueblo) a un descomunal ejercicio de soberbia. Poco lúcido, y sobre todo poco líder. Su hipocresía casi vocacional le arrastró a una práctica del ridículo, poco menos que inédita en la historia de las conflagraciones, que le hizo desperdiciar la ocasión de liderazgo que necesitaba el mundo árabe. Su irrefrenable locuacidad lo llevó a seguir proclamando su victoria en el mismo instante en que sus tropas retrocedían a grito pelado.

Sólo Bush logró superar a Saddam en hipocresía, palabra clave de esta *guerra sucia*. Por lo pronto, prohibió a la televisión que mostrara cadáveres, no fuera a repetirse el desánimo en cadena que anticipó el desastre de Vietnam. Ergo: lo malo no es matar, sino mostrar cadáveres. La única vez en que perdieron el control de la imagen, cuando el bombardeo al refugio de Bagdad, con mil civiles muertos, trataron de tapar ese traspié publicitario con el

increíble cuento de que los muertos eran militares (¿también los ancianos? ¿también los niños?) disfrazados de civiles. Como imaginación, cero en conducta. Como conducta, cero en imaginación.

Para el Tercer Mundo, la combinación *debilitamiento de la Unión Soviética más victoria del Golfo* puede resultar sencillamente aterradora. Lo primero, por la ruptura del equilibrio militar internacional que de algún modo servía para contener las ansias dominadoras de Estados Unidos; lo segundo, porque la soberbia y el menosprecio resultantes de ese triunfo (vaya, vaya: 30 países contra uno), pueden estimular las aventuras imperialistas más descabelladas.

¿Qué hacer? interrogaba premonitoriamente el pobre Lenin. Pues no hay muchas opciones. Se oyen ofertas. Mientras tanto, recémosle al Santo Padre, a Moloc, a Venus Afrodita, a Siva, a Odín, a Zeus, a Baal, a Alá, a Tezcatlipoca y otras conspicuas divinidades, a fin de que, como colectivo, traten de convencer a Bush y a Powell de que no vengan a liberarnos.

(1991)

SE ACABÓ EL SIMULACRO

El protagonismo del desnudo, parcial o total, ha invadido las playas, la publicidad, el cine, la prensa, la fotografía, la ex pudibunda televisión y hasta las computadoras. Hay sin embargo otros desnudamientos que, más que con el cuerpo humano, tienen relación con el cuerpo social. Es cierto que en los últimos años el *socialismo real* quedó al desnudo. Sin embargo, aunque aún se mantienen los quepis, sotanas y levitas del *capitalismo real*, lo cierto es que también éste va quedando en cueros.

Hasta la crisis de los países del Este, y aun bastante después, el capitalismo no descuidaba su capacidad de seducción y organizaba cuidadosamente sus simulacros. Verbigracia, desde Estados Unidos, o sea desde el sustrato de la discriminación racial, se clamaba increíblemente por los derechos humanos (en otras regiones del mundo, por supuesto); desde su *supermarket* de condenados a muerte (en julio de 1991 había 2.400, sólo en Estados Unidos) exigía clemencia para algunos reos del exterior, seleccionados con criterio político antes que humanitario. Pero Estados Unidos no tiene la exclusividad del simulacro. Desde el Vaticano, por ejemplo, donde está prohibido que sus trabajadores se sindicalicen, el papa Wojtyla se jugó entero, en su momento, por la legalización del sindicato de Lech Walesa. Después de todo, la infalibilidad tiene sus falibilidades.

Por otra parte, desde las cúpulas del narcotráfico, eran (y posiblemente siguen siendo) financiadas algunas deslumbrantes campañas de pudorosos candidatos. Y más aún: desde la vacua retórica de concordia mundial, el Primer Mundo cerraba sus puertas, ventanas y postigos en las oscuras narices del Tercer Mundo.

Eso hasta allí. Pero desde que el Este se mudó al Oeste, aunque el Sur siga siendo Sur, los capitalismoes (tanto el

salvaje como el refinado) se sienten tan seguros y soberbios, que ya no invierten dinero en simulacros y se despojan de sus costosas máscaras y atavíos. Ahora al Fondo Monetario Internacional ya virtualmente no le importan las otrora famosas *cartas de intención*, firmadas por varias promociones de gobernantes transigentes y serviles. Si quieren firmarlas, pues que las firmen; si no quieren, peor para ellos (*¿ellos seremos nosotros?*). Lo normal es que entonces el Ministro de Economía, con su más carismática expresión de mala sombra, mal agüero y malas pulgas (males completos, en fin), nos anuncie, en apretada síntesis, el evangelio de desgracias inminentes.

Desnudo integral, pues, sin hoja de parra, ni siquiera de trébol. En consecuencia, estamos autorizados a denunciar a grito pelado las seis o siete ejecuciones consumadas en Cuba (aclaro que no las justifico, ya que antes y ahora he sido contrario a la pena de muerte), pero no vayamos a mencionar, Alá no lo permita, a los 757 ejecutados en Irán (*¿acaso no es el tradicional enemigo de Saddam Hussein, ese maldito?*) ni a las decenas de ahorcados en Arabia Saudita (*¿no fue acaso el querido aliado en la guerra del Golfo?*) por delitos de robo y/o adulterio. Y si de países comunistas se trata, tampoco denunciemos las 730 ejecuciones llevadas a cabo en China (todas estas cifras pertenecen a 1990), no sea que los chinitos se enojen y el capitalismo occidental deba descartar un mercado de mil millones de potenciales consumidores de chiclets, cocacolas y *ainda mais*. Si se observa cuán bien dispuestas al perdón y al *marketing* se muestran las potencias occidentales frente a las violaciones chinas de los derechos humanos, uno se pregunta si el delito de Cuba será su tozudo marxismo-leninismo o más bien sus escasos diez millones de eventuales consumidores.

Hace pocos días el conocido economista norteamericano John Kenneth Galbraith declaraba en España que “desgraciadamente, la corrupción es inherente al sistema capitalista porque la gente confunde la ética del mercado con la ética propiamente dicha, y el afán de enriquecimiento va unido al capitalismo. Es una de las fallas más

graves del sistema”. Y esto no lo dice Fidel Castro sino John Kenneth Galbraith. La corrupción se ha convertido en noticia diaria, y, aunque a menudo paguen justos por pecadores, el ciudadano de a pie tiene la impresión de que se trata de un nuevo estilo de la política mundial.

La tragedia del anticomunismo (primo hermano del capitalismo) es que se ha quedado huérfano. Huérfano de comunismo. Es como si al cardenal Ratzinger lo dejaran sin Satanás. Así, sin tangible enemigo a la vista, es difícil simular una ética desde la injusticia, desde la explotación, desde el abuso; tres *gracias* que hallaban su justificación cuando eran convocadas para erradicar el Mal, que por supuesto venía de Moscú. Hasta no hace mucho se limitaban a lavarnos el cerebro; ahora, sin que hayan clausurado esa lavandería, han ampliado el negocio para llevar a cabo una tarea adicional que Osvaldo Bayer ha llamado con acierto “el práctico oficio de lavar la conciencia”.

La conciencia, “esa propiedad del espíritu humano de reconocerse en sus atributos esenciales”, es ahora el territorio a someter, a invadir, a conquistar. La conciencia viene a ser el Irak del 92. De ahí la educación para el olvido; de ahí el incesante bombardeo del ruido y de la imagen; de ahí la amputación del ocio reflexivo y creador. Trabajar incansablemente, ininterrumpidamente (los japoneses son especialistas en la organización del agobio), a fin de que no quede espacio para el raciocinio, para la duda, para el goce del sentimiento, para el adiestramiento de la sensibilidad, para la profundización de la cultura, y también, por qué no, para la expansión lúdica.

Los posmodernistas de segunda mano, que creen o simulan creer que la asunción del presente se arregla con negar el pasado y no prever el futuro, deberían leer de vez en cuando a ciertos patriarcas del posmodernismo, digamos Baudrillard y Lyotard. Dice el primero que el objetivo de la información “es el consenso, mediante encefalograma plano. Someter a todo el mundo a la recepción incondicional del simulacro retransmitido por las ondas. (...) Lo que resulta de ello es una atmósfera irrespirable de decepción y de estupidez”. Y dice el segundo: “La clase dirigente es y será cada vez más la de los *decididores*”.

O sea que el lavado de conciencias tiende progresivamente a quitarnos participación, a que nos conformemos con la “recepción del simulacro”, a dejar a nuestras vidas y nuestras muertes cada vez más en manos de los *decididores*: clase por encima de las clases, e incluso de los Estados-naciones y los partidos, es una franja sin publicidad y casi anónima, que programará a sus autómatas (tanto los de acero inoxidable como los de carne y hueso) y que estará formada por individuos, representativos de intereses inapelables pero no de los pueblos a programar. La casi clandestina pero omnipotente Comisión Trilateral, que, al menos en sus comienzos, no estuvo integrada por gobernantes en ejercicio sino por futuros hombres de gobierno, fue probablemente el primer borrador de ese clan de *decididores*.

En los próximos años, a escala nacional e internacional, será en consecuencia importante, y hasta decisivo para el futuro de la humanidad, que los pueblos (o la porción más alertada de los mismos) se resistan a ese lavado de conciencia que también incluye el estrago de la memoria, tanto individual como colectiva. Habrá entonces que volver a los valores éticos, esos que están en la raíz profunda de la conducta humana.

En un momento como el actual en que todas las ideologías (no sólo el marxismo) están en cuarentena, tal vez sea preciso aferrarse a conceptos más primarios, que sirvan como común denominador y no como factores de caos y dispersión. Opinan los apresurados exquisitos que las grandes utopías ya no tienen vigencia. Ah, pero ¿y las pequeñas utopías? Aunque todavía suene extraño, lo cierto es que la simple, modesta decencia ha pasado a convertirse en utopía. Sólo falta hacerla crecer, arrimarle verosimilitud, implantarla en la conciencia social y no dejar que la envíen, para su lavado y planchado, a la más próxima tintorería ideológica.

(1992)

EL INVASOR INVADIDO

Estados Unidos es la nación que ha protagonizado más invasiones en la historia de la humanidad. En su libro *To serve the devil* (Vintage Books, Nueva York, 1971), los norteamericanos Paul Jacobs y Saul Landau contabilizaron 169 invasiones o intervenciones (la mitad corresponde a países latinoamericanos) efectuadas por Estados Unidos entre 1798 y 1945. Ni sumando las protagonizadas por Alejandro Magno, Gengis Khan, Cortés, Pizarro, Hitler y Stalin, es posible igualar esa marca digna del *Guinness*.

Es obvio que después de 1945 las invasiones continuaron (Vietnam, República Dominicana, Granada, Panamá, etcétera). Frecuentemente, la operación depredadora se amparó en un lema implícito: invadir para no ser invadidos. Esa simulada paranoia llegó al extremo de producir una película en la que los Estados Unidos eran invadidos ¡por los sandinistas! (Lo cierto es que entre 1885 y 1926, no en la pantalla sino en la realidad, Nicaragua fue invadida cuatro veces por los *marines* norteamericanos.)

Por supuesto, las invasiones de los célebres *marines* siempre han tenido como objetivo favorito el Tercer Mundo. Lo sorprendente es que hasta ahora los norteamericanos no advirtieran que albergaban, dentro de sus fronteras, a más de 70 millones de tercermundistas. Los recientes episodios de Los Ángeles les han suministrado, de modo contundente, esa información. Y aunque la violencia desatada en la segunda ciudad de Estados Unidos haya provocado medio centenar de muertos y una importante destrucción de inmuebles y bienes materiales, toda esa catástrofe no es de ningún modo comparable con la perpetrada en Panamá, donde, para apoderarse de un solo hombre que les molestaba (el general Noriega, connotado *servitore di due padroni*), las tropas norteamericanas

provocaron más de dos mil muertes y la destrucción total de barriadas populares (las zonas residenciales quedaron intactas).

Así pues, de buenas a primeras, el célebre *Welfare State* o estado del bienestar, se dio de narices con el estado del malestar, una patología que parecía propia del Tercer Mundo. La sociedad blanca, que desde el parvulario fue aleccionada para la soberbia y la autosatisfacción, y sobre todo para ver la paja en el ojo ajeno, se encontró de pronto con la viga en el propio.

Es claro que hubo un pelín de mala suerte, ya que palizas como la propinada al joven negro Rodney King por una tropilla de policías blancos debe ser una calistenia poco menos que cotidiana en un medio que practica una variante más hipócrita, aunque menos espectacular, del *apartheid*. La diferencia entre esta tunda y las de siempre reside en que la sufrida por King fue filmada directamente por un providencial aficionado y que esas imágenes recorrieron el mundo. Por eso mismo, el hecho de que un jurado, del que no formó parte ni un solo negro, absolviera al colectivo de agresores, tuvo una repercusión insólita. El mundo entero se sintió agredido y, lo que es más relevante, exhumó la nómina de antiguos ultrajes.

Seguramente, de no haber existido el video acusador, y aunque el fallo del jurado hubiera sido el mismo, la población negra (ayudada por la *hispana*) de Los Ángeles no se habría atrevido a volcar en las calles, de un modo tan espontáneo, violento y caótico, sus antiguos y justificados rencores. Es probable que los negros hayan intuido que la difusión mundial del incidente los protegía y hasta podía llegar a justificarlos. El fallo judicial se convertía así en una injusticia tan flagrante y ominosa, que ni siquiera el presidente Bush ni el candidato Clinton se atrevieron a defender a los absueltos.

En ausencia de argumentos, el Presidente envió tropas a la zona de la vindicta, al parecer las mismas (o semejantes) brigadas que no vacilaron en enterrar vivos en las arenas del desierto a miles de abatidos soldados iraquíes, sin que los acrisolados demócratas del Mundo Libre pu-

sieran el grito en el cielo ante el profiláctico desenlace.

Frente a tal medida gubernamental, los desmanes se apagaron, al menos transitoriamente, y los veteranos del Golfo no tuvieron ocasión de enterrar vivo a nadie. Pero a partir de esas dos o tres noches de alucinación y espanto, la poderosa nación ya no será la misma. Al menos se sabrá vulnerable, ya no debido a supuestas invasiones concebidas extramuros y protagonizadas por rusos (cuando eran soviéticos) o sandinistas (cuando eran gobierno); ahora les consta que las invasiones pueden generarse intramuros.

En pocas horas la ciudad de Los Ángeles ha sufrido dos invasiones: una, la de los negros turbulentos y coléricos, y otra, la de las tropas federales. Ojalá que este vuelco histórico signifique que Estados Unidos, tal vez un poco hastiado de estar siempre invadiendo a otros, haya decidido invadirse a sí mismo. La verdad es que, de producirse esa formidable enmienda, el suspiro de alivio sería universal.

(1992)

ESA VIEJA COSTUMBRE DE SENTIR

En las viejas décadas de este siglo revuelto han ocurrido relevantes hallazgos, mutaciones, rupturas, vaivenes. Cualquier interesado en el tema podría hacer la lista; yo también, pero no quiero cansar al lector con una nómina de señales que la prensa exhibe diariamente en sus titulares. Sin embargo, se han producido otras alteraciones, menos espectaculares, ya no entre poder y poder, o entre invasor e invadido, sino entre prójimo y prójimo. Como extraña derivación de tales reajustes, los sentimientos están pasando a la clandestinidad. La violencia como abrumadora propuesta de los medios audiovisuales; la desahogada obsesión del consumismo y la inescrupulosa persecución del sacrosanto *status*; el fundamentalismo del confort; la plaga universal de la corrupción; la represión ilegal, y la otra, la autorizada; la antigua brecha, hoy convertida en profundo abismo, entre acaudalados y menesterosos; todo ello conforma un azote colectivo que castiga las emociones, cuando no las expulsa, las exilia. Acorralados y escarnecidos, los sentimientos pasan a la clandestinidad. A veces hay que esconderse para ejercer o recibir la solidaridad.

Por otra parte, el virus antisentimental se ha transmitido a las artes y las letras. En más de un país pueden detectarse posturas de cierta crítica que no soporta la aparición o exteriorización del sentimiento. Poseedores de un recién incorporado *scanner* llamado Kundera, lo deslizan por los altozanos y planicies de cada nuevo libro o nueva canción o nuevo drama, y cuando tropiezan con algún sentimiento rezagado o que aún no ha pasado a la clandestinidad, se atropellan y no dan abasto para etiquetarlo como *kitsch*, palabra importada del alemán que significa cursi, vulgar, chabacano, de mal gusto, y otras linduras. A veces uno tiene la impresión de que algunos resonadores

culturales sólo están preparados para buscar y detectar lo *kitsch* (les parece demasiado vulgar decir *vulgar*). No es que no estén capacitados para *sentir*, pero quizá se lo oculten a sí mismos para no morir de vergüenza. Curiosamente, estos fanáticos de Bukowski, sus borracheras, sus eructos en televisión y su sexo explícito, suelen ignorar olímpicamente a Henry Miller, quien también se emborrachaba y fornicaba explícitamente, pero lograba meter todo eso en un clima de poesía, casi de misticismo, y así elevaba su realismo sucio *avant-la-lettre* a la categoría de arte universal.

En este *hoy* agobiante, la agresión al sentimiento comienza desde la infancia. Hace sesenta o setenta años, y antes aún, los niños leían a Verne, a Salgari, los más precoces a Dumas, pero también se entusiasmaban con un libro mucho más ingenuo, *Cuore* (Corazón), del italiano Edmondo de Amicis (1846-1908), a quien Benedetto Croce calificó de “non artista puro, ma scrittore moralista”. Es posible que ahora, reseco por mezquindades y laceraciones varias, juzguemos aquella obra como sensiblera, pero lo cierto es que en las infancias de varias generaciones cumplió una función no despreciable: *enseñó a sentir*. Aun considerando las blanduras y compunciones de “Il piccolo scrivano fiorentino”, “Sangue romagnolo” o “Dagli Appennini alle Ande” y otros relatos de *Cuore*, ¿no constituía aquel libro una “educación sentimental” menos desalmada que los monstruos extraterrestres, los pistoleros galáxicos o las ametralladoras de rayos cósmicos, que hoy pueblan las jugueterías, los árboles navideños y las pesadillas infantiles?

La vieja historia, cuyo final es anunciado con tanta soberbia por un reputado nipoyanqui, ¿quedará paralizada en este cruce de violencias? Mientras los politólogos intentan responder a ese interrogante, el sentimiento auténtico es desalojado por lo frívolo programado. Aunque los *mass media* y ciertas tiernas elites intelectuales que no se arriesgan a salir de su *ghetto*, incluyan el sentimiento en sus “listas negras”, el ser humano tuvo y sigue teniendo necesidad de *sentir*. Lo malo es que si la televisión sólo le

brinda un simulacro de sentimientos, él (o más a menudo ella) igualmente se aferra a la pobre imitación. Tal vez fuera útil indagar, sin ánimo encuestador pero sí reflexivo, a qué se debe el actual éxito, en todo el orbe, de las telenovelas o *culebrones*. ¿No será que la gente se está aburriendo de guerras interplanetarias y trasplantes de cerebros asesinos, y aspira a que las imágenes y las peripecias de la pantallita familiar de algún modo apelen a sus sensaciones presentes y no a los improbables fulgores del siglo XXII? Ya que le son birladas las emociones de buena ley, el público se atiene a remedios mediocres, a efusiones de pacotilla.

Si el espectador antes se había conmovido, por ejemplo, con seriales españolas de excelente factura, como *Fortunata y Jacinta* o *Los gozos y las sombras*, ahora su vieja necesidad de sentir lo arrastra a hipnotizarse con *Dallas*, sin duda una bazofia, pero de técnica impecable. Es obvio que en las seriales norteamericanas los pobres no existen. Los pobres no sólo son indeseables en la realidad y en los presupuestos del Estado; lo son asimismo en la televisión. Aunque lo formulen desde una visión clasista, los británicos (vbg. *Los de arriba y los de abajo*) al menos no los ignoran totalmente. Entre los latinoamericanos, Brasil (que es el de mejor nivel profesional) hace sus equilibrios. Los mejores en este rubro quizá sean los australianos, que están produciendo seriales de indudable calidad artística y honesta proyección social. En cambio, en sus equivalentes norteamericanos (*Dallas*, *Dinastía*, *Falcon Crest*, etc.), las pasiones, los crímenes, las escenas de cama, las gestas de la hipocresía, ocurren por lo general entre acaudaladas familias que generan su peculiar y suntuosa ley de la selva. La verdad es que, cuando las recibimos en el Tercer Mundo, resultan historias para ser contempladas desde lejos, nunca desde un *palco prosenio* sino desde el *gallinero*, puesto que tales dramas no nos involucran. Se trata de chismes y puteríos, pero de un remoto Walhalla. Aun así, puede ser francamente divertido presenciar cómo héroes y semihéroes, diosas y vicediosas, se traicionan y abofetean, se despanzurran o

se inmolan, sin que, por otra parte, nada de ello signifique el final de la trama. ¿Acaso no aparecen, tras el boato de cada funeral, los cuantiosos legados, con sus cruentas batallas anexas, gracias a las cuales pueden prolongarse la expectativa y los consiguientes dividendos mundiales?

Ya no en la televisión sino en la vida monda y lironda, las hecatombes varias de estos años de delirio han generado nuevos prejuicios, xenofobias, discriminaciones, condenas. Haber luchado alguna vez (cercana o remota, poco importa) por la justicia y la distribución decente de la riqueza puede ser hoy una mancha en el currículum del más pintado. Lo cierto es que los sentimientos son incómodos: no caben en la computadora, no pagan impuestos, no convocan multitudes y ya ni siquiera hacen goles. Por otro lado, la televisión enseña a sus mirones a aburrirse de los indigentes y a entretenerse con los espléndidos. Es claro que también los pobres se aburren de su pobreza. Un anónimo humorista uruguayo pergeñó hace poco un chiste tan macabro como verosímil: “El Uruguay no es un país subdesarrollado, sino en vías de subdesarrollo”. No obstante, antes de hundirse en ese subdesarrollo y en la insensibilidad programada desde el poder, la gente busca afanosamente *volver a sentir*. El sentimiento es una vieja costumbre y, en el fondo, el hombre y la mujer corrientes no se resignan a perderla.

Para el publicitado y congelante posmodernismo el sentimiento no cuenta; es apenas un insignificante rescoldo del romanticismo. Es claro que para el posmodernismo son tantas las cosas que no cuentan, que el sentimiento es tan sólo un inmolado más. No obstante, en los países “en vías de subdesarrollo”, donde el fabuloso consumismo de los sectores privilegiados puede llegar a ser una insultante exhibición para aquellos hombres y mujeres que ni siquiera tienen seguros el techo o la comida, el sentimiento es aún un refugio, una cantera.

En un mundo donde, al decir del cardenal Roger Etchegaray, “el capitalismo se siente debilitado por su propia victoria y busca una ética como nunca lo ha hecho”, el sentimiento podría ir saliendo de sus catacumbas, ya

que al capitalismo, por más esfuerzos que haga, le va a ser muy difícil encontrar una ética que nunca tuvo. En el pasado (después de Cristo, pero antes de Kundera) el sentimiento representó una fuerza vital, un sostén y un resguardo de la ética. Quizá hoy el sentimiento sólo pueda movilizarse a golpes de utopía. No estaría mal, después de todo. Las utopías, realizadas o no, pero siempre generosas y abiertas, han funcionado muchas veces como sistemas de circulación del sentimiento, y es obvio que el mundo en crisis necesita esa savia.

(1992)

LA VERGÜENZA DE HABER SIDO

La antigua obsesión de Europa, de configurar el mundo a su imagen y semejanza, halló, a partir de la Segunda Guerra Mundial, su primer escollo en el ascenso y consolidación de los Estados Unidos, ya que, evidentemente, éstos tenían un propósito similar. Hoy, cuando la supremacía militar norteamericana compensa de alguna manera el poderío económico de Europa y Japón, la lucha por la imagen sólo ha comenzado.

Japón, pese a su pujanza, se halla al margen de una competencia, que, para su inconmensurable paciencia y visión a largo plazo, es apenas una gresca entre occidentales. Japón no apuesta sus yenes ni sus genes a la conquista de una imagen, cualquiera que sea. Sabe que podrá penetrar mercado tras mercado, pero que nunca podrá “enamorarlos”. Occidente fue y será capturado por la perfección de sus aparatos, cámaras fotográficas, automóviles, televisores, videos, etcétera, y hasta los adquirirá masivamente, pero en medio del humo bursátil y la euforia de los *shopping centers*, siempre mantendrá un pestañeo de menosprecio frente a esos pragmáticos sacrificadores del ocio. Europa y Norteamérica no pueden creer que esos ojos rasgados sean capaces de ver más lejos que sus propios ojos redondos, astigmáticos y codiciosos.

Las actuales invasiones (por suerte, sólo mercantiles) japonesas parten de esa desventaja, de su conciencia de ser un país pequeño y frágil. No han olvidado Hiroshima (¿quién podría olvidarlo?) pero su venganza no parte del “ojo por ojo, diente por diente” sino más bien del “costo por costo, cliente por cliente”. Ya que no pudieron generar la respuesta militar que merecía la bomba de Hiroshima, decidieron adueñarse del Rockefeller Center y colmar el territorio norteamericano con autitos rendidores y bien diseñados. Algo es algo. Por eso, cuando el presi-

dente Bush regurgita sobre el primer ministro nipón, esa innovación en los estilos diplomáticos quizá pase a la historia como la náusea del despecho.

Ahora bien, en el ámbito de la imagen, hay una zona en la que Estados Unidos y Europa occidental (y en particular sus sectores más reaccionarios) no sólo no se desafián sino que actúan de consuno. Me refiero a la Santa Cruzada contra las izquierdas que en el mundo han sido. Por más que la crisis del Este haya superado sus fantasías más alucinógenas, lo cierto es que al Gran Capital le vino de perillas. La simbólica caída del muro de Berlín le devolvió al capitalismo la iniciativa ideológica. La izquierda enmudeció y en consecuencia lo que había sido un diálogo entre paradigmas se convirtió en monólogo omnipotente.

En poco tiempo, todas las piezas cambiaron su posición en el tablero. Ante la súbita reaparición de la xenofóbica ultraderecha y los movimientos neonazis, la derecha tradicional procuró desmarcarse y se llamó a sí misma “centroderecha”; a su vez, al centro no le gustó esa vecindad, y pasó a llamarse “centroizquierda”. Los liberales, por su parte, se transformaron en “neoliberales”. Todos quieren lucir mejor. Adoptan prefijos moderadores. Cambian de apariencia con fruición y desparpajo. Curiosamente, los ficticios reajustes del *nomenclátor* miran hacia la izquierda. Después de todo, un *leftist look* no queda mal, y a esta altura de la Historia Sagrada nadie quiere ser gorila, ni siquiera orangután.

Sólo cierta izquierda, cuando intenta cambiar, lo hace hacia la derecha. Y ahí sí, el *rightist look* suena a oportunismo. Algunos comunistas ya no se llaman así sino “socialistas”, lo que aún mantiene cierta coherencia histórica; pero otros socialistas se autotitulan “socialdemócratas”; y a más de un socialdemócrata se le cae el “social”. Sin olvidar a algunos meteoritos que, casi sin dejar estela, se mudan de la ultraizquierda a la ultraderecha.

En realidad, puede comprenderse que los sectores más conservadores quieran parecer liberales, pero ya es más difícil de entender que los de izquierda quieran rechazarse.

se. Si es para conquistar los votos de la reacción, mal encaminados están, ya que la gente conservadora siempre preferirá votar a un partido de derecha antes que a otro de izquierda que se finge conservador. Los recientes retrocesos de socialistas y/o socialdemócratas en Francia, Suecia y Alemania muestran la inutilidad de esos esfuerzos.

Por otra parte, debe reconocerse que cada vez es más incómodo ser de izquierdas. Pero también más necesario. La derecha (y su avanzada más difundida: el capitalismo salvaje) tiene siglos de experiencia en el Tercer Mundo, y éste, debido precisamente a esa experiencia, está cada día más pobre, más desnutrido, más inerte, más insalubre, más doliente. Es notorio que el Primer Mundo vive y medra a expensas del Tercero. La prosperidad de europeos y norteamericanos no sólo se basa en sus adelantos tecnológicos, sino también en los salarios miserables y en el analfabetismo de los países pobres.

Si las izquierdas (de todos los Mundos) no se preocupan, en acto de convicción solidaria, por la dignidad y la soberanía de esos pueblos maltrechos e inmolados, ¿quién va a preocuparse? ¿Las inexpugnables transnacionales? ¿Los presidentes tenistas? ¿El Fondo Monetario Internacional? ¿La nueva ONU, filial del Imperio? ¿Juan Pablo II, que contempla la pobreza desde el papamóvil? Y en última instancia ¿quién va a preocuparse de nosotros mismos? Si la humanidad se quedara sin izquierdas, renunciaría a su mejor y casi única posibilidad de cambio, a su raigal vocación de justicia. La onda de un posmodernismo básico propugna un egoísmo frívolo, insustancial, para el que la palabra solidaridad carece de sentido. Las encuestas pregonan que los jóvenes no confían en nadie, que vegetan en el descreimiento. Me niego a aceptar, sin embargo, que se dejen despojar, sin ofrecer resistencia, de un sentimiento tan vital y confortador como es la solidaridad.

Una de las metas actuales de la sociedad capitalista es introducir en la izquierda un sentido de culpa de dimensión universal. Que los crímenes de Stalin o el latrocinio de Ceausescu nos enfanguen a todos. Y además, que junto con el estalinismo caigan algunas leyes sociales (por

ejemplo: sobre la mujer, sobre el niño) francamente beneficiosas; que, junto con los dolos de Ceaucescu, sean eliminadas notorias conquistas en salud pública, enseñanza, vivienda. Mediante la prolongación de falsas coordenadas, a los medios capitalistas les sale barato desautorizar toda opinión de izquierda, todo intento de denunciar la injusticia de un sistema. Su objetivo es convertir al hombre progresista en enemigo de su propio pasado, cuando precisamente es en ese pasado donde quizá tuvo lugar la etapa más generosa de su vida.

Un viejo tango nombraba “la vergüenza de haber sido / y el dolor de ya no ser”. Hoy esos versos podrían ser un retrato de cierta izquierda vulnerable, desguarnecida, esa que encoge a la primera lluvia. En conclusión: no hay que tener vergüenza de haber sido, y, para no sentir el dolor de ya no ser, lo mejor es seguir siendo. De izquierda, claro.

(1992)

SOBRE OBSESIONES Y OMISIONES

Al término de la II Cumbre Iberoamericana, el presidente del gobierno español fue el primero en reconocer que los resultados habían sido modestos. Quizá hayan sido modestísimos, tanto para las aspiraciones *pro domo sua* de los mandantes convocados como para las legítimas esperanzas de los pueblos de marras. No por mero azar, el gobierno español reveló con urgencia, pocas horas antes de la llegada de los presidentes mendigos, el alcance de la grave crisis que enfrenta la economía española. El balance era tan doloroso, que no habría chocado que alguien propusiera *sotto voce* hacer una colecta entre los huéspedes de buena voluntad, en beneficio del anfitrión herido.

La verdad es que el ciudadano común de América Latina ha dedicado escasa atención al Quinto Centenario (la Deuda Externa les preocupa bastante más que las carabelas de Colón), pero en cambio los gobernantes aspiraban a obtener alguna porción de la torta colombina. Hay que reconocer que los más ágiles (Brasil y Uruguay) se anticiparon a sus colegas y lograron su tajadita.

Fue una lástima que la segunda jornada se realizara a puertas cerradas, ya que la primera fue muy reveladora acerca de las obsesiones y las omisiones de la II Cumbre. La obsesión fue evidentemente Cuba. A veces parecía que el objetivo de la reunión no era consolidar la unidad iberoamericana, cuyas bases teóricas y retóricas se habían esbozado en Guadalajara, sino sencillamente descalificar, acorralar y humillar a Fidel Castro. Desde la frialdad de los saludos protocolares hasta la decisión de ubicarlo (en la primera cena) en un extremo de la mesa y nada menos que junto a Endara, connotado Quisling panameño, todo estuvo diseñado para que el presidente cubano se sintiera incómodo y segregado. Juzgada retroactivamente, la I Cumbre había mostrado, en cambio, de parte del gobierno me-

xicano, un trato bastante más equitativo, y aquella actitud obligó entonces a los demás participantes a respetar las normas impuestas por el país anfitrión.

De todos modos, ya que la meta era hostigar a Cuba, habría sido mucho mejor llamar a las cosas por su nombre real y no en alusión indirecta, ya que, tal como se dio el juego, dio pie a que *toda* la prensa española, cada vez que un participante hablaba de *democracia*, *derechos humanos*, *exiliados* o *presos políticos*, diera por sentado que sólo se refería a la actual situación cubana, como si los demás países hubieran sido previa y premeditadamente exculpados de cualquier pecado de lesa democracia.

No obstante, si la sinceridad hubiera sido la pauta de la conferencia y de la repercusión periodística, se podría haber recordado que *presos políticos* hay también en Chile (restos del período de Pinochet, que el gobierno del democristiano Aylwin no se ha atrevido a liberar), Perú, Argentina, Panamá, Guatemala, etcétera, y que al menos los dos últimos países tienen un buen número de exiliados. Al menos los medios de comunicación podrían haber informado que Joaquín Balaguer, otrora incondicional del dictador Trujillo, si en 1966 obtuvo por segunda vez el poder, fue gracias al apoyo de los *marines* norteamericanos. Cuando dedicó su abusivo discurso de 24 minutos (el tiempo marcado para cada participante era de siete) a las vicisitudes de la lengua castellana y lo adornó con citas de varios preclaros, alguien pudo pensar que se había equivocado de cumbre, pero su docta monserga fue quizá una astuta operación de distracción a fin de que nadie le citara a otro escritor, Juan Bosch, primer presidente democráticamente electo en la República Dominicana, a quien el profesor y erudito Balaguer contribuyó a defenestrar.

Alguien podría haber recordado asimismo que Endara fue ungido presidente de Panamá en una base norteamericana de la Zona del Canal, y que avaló, con su entusiasta silencio, la destrucción de barrios panameños por los *marines* de siempre, así como la muerte de cientos de civiles, todo ello con el fin de que Estados Unidos se apode-

rara de un solo hombre, el general Noriega, en un anticipo de lo que ahora ha venido a autorizar la descarada sentencia del Tribunal Supremo norteamericano.

Otro tema omitido en la Cumbre fue la corrupción, pero aquí la negligencia es comprensible, ya que habría sido poco delicado mencionar el espinoso tema cuando en Argentina esperan al presidente Menem las instancias del Yomagate, y en Brasil el presidente Collor de Mello enfrenta acusaciones de cohecho y amenazas de juicio. Pero ya que de señalar a Cuba se trataba, algún analista podría haber mencionado que mientras en ese país ningún niño muere de hambre ni de falta de atención médica, en el democrático Brasil, y en apenas diez meses, los grupos de exterminio asesinaron a 340 niños sólo en Río de Janeiro. El presidente González dijo, en conferencia de prensa posterior a la Cumbre, que es preferible ser pobre con libertad que pobre sin libertad. De acuerdo. No obstante, tengo mis dudas de que esos 340 niños, más los 447 ejecutados en 1990, hayan advertido, antes de ser eliminados por los *escuadrones de la muerte*, el privilegio que significa "ser pobre en libertad".

Quizá el olvido más vergonzante de la II Cumbre tuvo que ver con los Estados Unidos. Sólo Cuba (con sus más de treinta años de bloqueo) y México (recientemente afectado por la sentencia del Tribunal Supremo) se atrevieron a mencionar a ese convidado de piedra. Resulta verdaderamente increíble que en una reunión de casi veinte mandatarios iberoamericanos, apenas dos de ellos hayan osado decir el nombre de la potencia que los explota, impide su desarrollo, les cobra intereses leoninos, viola su soberanía y entrenó en su momento a sus torturadores.

El mero hecho de que, junto a la creación de un Fondo para atender a las poblaciones indígenas (según algún vocero de la Cumbre Indigenista alternativa, será un Fondo "por los indios, para los indios pero *sin* los indios") y al reclamo contra la sentencia del Tribunal Supremo norteamericano que autoriza los secuestros en cualquier lugar del mundo, no se haya denunciado colectivamente el bloqueo masivo que desde hace más de treinta años sufre

uno de los países miembros de una Comunidad que en los papeles se proclama unida y fraterna, significa una muestra de escandalosa amnesia y establece un canon de insolidaridad.

¿Será tan difícil advertir que esa *omisión discriminatoria* no sólo afecta a Cuba sino que bloquea el futuro mismo de la Comunidad Iberoamericana que se pretende impulsar? Como bien dijo el gran escritor portugués José Saramago, “antes de pensar en exportar la democracia, misioneramente, como una religión nueva, al resto del mundo, deberíamos buscar la manera de producirla y distribuirla mejor en nuestra propia casa”.

(1992)

LEER LOS LABIOS

En su campaña como candidato en 1988, el presidente Bush pidió que leyeran sus labios cuando afirmaba que no aumentaría los impuestos, y luego, como es sabido, no tuvo empacho en aumentarlos. Curiosamente, de todas sus promesas incumplidas se le reprocha sólo ésta. La lección que del episodio deberían extraer todos los políticos del mundo es que jamás deben pedirles a sus electores que lean sus labios, ya digan éstos “No habrá aumentos de impuestos”, “OTAN de entrada no” o “Ésta es la madre de todas las batallas”.

De cualquier manera, Bush no fue el inventor del recurso. Hace ya mucho tiempo que los instructores de sordomudos lo emplean con excelentes resultados, y es gracias a tal asimilada enseñanza que tampoco esos minusválidos le perdonan a Bush su marrullería.

Esta vez el Presidente, mejor asesorado por su equipo de psicólogos sociales, no ha pedido que lean sus labios, aunque éstos se le tuerzan malévolamente cada vez que se refiere a Bill Clinton. Debido a esa precaución, nadie en el futuro le incriminará por las promesas incumplidas, e incluso habrá quienes elevarán sus plegarias para que no cumpla algunas de ellas, verbigracia el compromiso de fabricar más y más aviones de guerra y otros adminículos letales, con destino a Taiwán, Arabia Saudita y demás regímenes vasallos. El analfabetismo labial ha pasado a ser, pues, requisito indispensable en las convenciones del Partido Republicano.

No obstante, tampoco hay que ensañarse con las fallas labiográficas de Bush o las faltas ortográficas de Quayle. En realidad, no sabemos a qué angustias podríamos exponernos los ciudadanos de a pie (o de a zapato o de a babucha) si nos dedicáramos a leer los labios de la mayoría de los políticos cuando modulan sus ofertorios pre-

electorales. En ese caso, y para no caer en la metástasis del desánimo, sería aconsejable observar tan sólo aquellos labios políticos que silabeen lenguas que no entendemos, o sea, que los hispanohablantes observemos las comisuras de Qian Qichén; los francoparlantes, los deletreos de Boris Yeltsin; los magrebíes, las finuras labiales de Collor de Mello, y los uzbequistanos, los belfos de Pinochet.

Otra jerigonza que no se entiende mucho, y que poco (en cualquiera de sus dos acepciones) nos desvela, es la que hablan los *maastrichtólogos*, verdaderos expertos en esa flamante variedad lingüística paneuropea, al parecer sólo cabalmente comprendida por los daneses. Los demás europeos están a la espera de que aparezcan los nuevos diccionarios Maastricht-Español y Español-Maastricht; Maastricht-Francés, Maastricht-Italiano, Maastricht-Servocroata, etcétera, y sus respectivas viceversas.

Hasta ahora una de las pocas cosas que se les entiende a los *maastrichtólogos* es que no les importa Somalía, cuyos niños escuálidos y agonizantes ni siquiera tienen el detalle de ser blanquitos como los bosnio-herzegovinos, que también pasan sus hambrunas y escaseces pero al menos son mejor acogidos en países limítrofes y no limítrofes.

La verdad es que este mundo finisecular, con Maastricht o sin él, no convoca aleluyas. Aun en la conspicua democracia que desde los primeros palotes se nos señaló como paradigmática, aun allí la roedora miseria desarticula los soportes del sistema. El total de desempleados en Estados Unidos ha llegado a la preocupante cifra de 9.700.000 y sólo en el mes de agosto se han aniquilado, exclusivamente en el sector privado, 167.000 puestos de trabajo. La economía norteamericana siempre ha sido programada para la guerra; de ahí que ahora, en pleno idilio Yeltsin-Bush, la perspectiva de paz signifique un cataclismo para esa economía, y en plena campaña electoral Bush impulse las ventas arriba mencionadas de aviones de combate F-15 y F-16, sólo para salvar del desastre financiero a las compañías McDonnell Douglas y General Dynamics.

La paz nunca ha sido buen negocio para los *decididores*

(el término es de Lyotard) del capitalismo, y es por eso que buscan denodada e inescrupulosamente las ocasiones de guerra. Dentro de esa ética “de baja intensidad”, el Departamento de Estado (no importa quién lo lidere) ha asumido virtualmente, ante las transnacionales bélicas, la obligación de generar conflictos para que ellas puedan a su vez colocar nacional e internacionalmente su mortífero instrumental y generar así dividendos de consideración. Por lo general el Departamento de Estado cumple puntualmente con ese deber patriótico-financiero, ya sea provocando a algún enemigo potencial o simplemente inventándolo.

Por desgracia, la ética “de baja intensidad” (que en la parcela del subdesarrollo suele llamarse *corrupción*) se ha ido convirtiendo en un mal endémico, tan incontrolable como el SIDA o el narcotráfico. Al presente, es raro hallar un gobierno, en cualquiera de los tres mundos, que no afronte acusaciones de venalidad o de cohecho. En ciertas ocasiones las denuncias carecen de fundamento y sólo obedecen a oscuras motivaciones políticas, pero lo más deplorable es que en la mayor parte de los casos tienen razón de ser. Está demostrado que el dinero (con sus aditamentos de poder, privilegios y renombre) mantiene una capacidad de seducción capaz de aflojar aparentes convicciones, principios y confianzas.

No obstante, la ética “de baja intensidad” incluye otro matiz y es el engaño deliberado en los anuncios que hace un candidato acerca de sus planes de gobierno. Dentro de ese catálogo publicitario, sabe que hay promesas que podrá cumplir y otras que no. De todas maneras, resulta extraño que las figuras públicas pocas veces se arriesguen a jugar la carta de la honestidad, explicándole por ejemplo a su electorado que lo justo sería llevar a cabo tal o cual medida en beneficio de la sociedad, pero advirtiéndole también que probablemente no podrá cumplir con esa aspiración debido a las presiones que ejercen los inexorables imperios económicos y arbitrios internacionales. Es claro que para ello se precisa un valor cívico que hay que reconocer no está de moda.

El descreimiento generalizado que el protagonista social, o sea el ciudadano, experimenta ante el quehacer de los políticos, no se debe por consiguiente a la lectura que hace de los labios de sus presuntos conductores sino precisamente a que lee correctamente los hechos que éstos generan. Después de todo, no es tan grave que el vicepresidente Quayle escriba *potate* en lugar de *potato* (en Somalia comerían gustosamente esas papas mal escritas). Mucho más inquietante es que el presidente Bush, lo leamos o no en sus labios, revitalice de un plumazo las industrias de guerra a fin de que sus queridos capitalistas mantengan sus dividendos a trancas y barrancas y también a costa de las muertes, las miserias y los pánicos del mundo desvalido, incluso el que, dentro de sus fronteras, ya ha empezado a dar aldabonazos en la mala conciencia de su bienestar.

(1992)

PERPLEJIDADES DE FIN DE SIGLO

En estas singulares postrimerías del siglo XX, el mundo va incorporando graves mutaciones a un ritmo tan vertiginoso que ni siquiera nos deja tiempo para asumir nuestras perplejidades. La convulsión no perdona ni a los puntos cardinales: el Este ya no es Este sino Oeste-bis. En Europa, la atávica partición entre OTAN y Pacto de Varsovia, ahora es entre OTAN y olla de grillos. La antigua coherencia se vuelve co-herencia: del *apartheid*, claro. Las grandes naciones de Occidente lo heredan de Sudáfrica y dan la puntilla con un toque ecuménico: ya no sólo afecta a negros, como en Soweto y otras zonas de la vergüenza, sino también a magrebíes, turcos, pakistaníes, sudacas, albaneses. La nueva Europa, pues, a diferencia del lejano modelo, no sólo discrimina por el color de la piel sino también por el color del alma.

Pese a que los *mass media* intentan convencernos de que la “limpieza étnica” sólo ocurre en Bosnia, lo cierto es que en el resto de Europa proliferan los políticos emergentes que tanto sirven para un barrido ideológico como para un fregado racial, y hasta un conspicuo representante de la *France éternelle* como Giscard d’Estaing exige que los nuevos ciudadanos acrediten fehacientemente la pureza de su sangre. La Alemania reunificada empieza a justificar los “malos presagios” de Günter Grass, con un inquietante padrón de sesenta mil neonazis, apenas diferenciados del *Urnazismas* gracias a su desmelenada calvicie y a sus atavíos de cueros claveteados.

Frente a un mundo en pleno reajuste, la Iglesia, cuya capacidad de aclimatación es proverbial, decidió actualizarse. Ya en 1991 el *Vatican Latin Dictionary*, que periódicamente se edita en el Vaticano, había incorporado nuevas acepciones, como las concernientes a *máquina tragaperras* (“*sphaeriludium electricum nomismale ac-*

tum”), *discoteca* (“orbium phonographicorum theca”) *cover girl* (“exterioris pagine puella”) o *lavadora de vajilla* (“escariorum lavator”). Ahora sin embargo, los últimos cambios, crisis y vaivenes, quizá la hayan hecho pensar, parafraseando el viejo adagio, que a río revuelto ganancia de *pecadores*. Y decidió, para no salirse del refranero, curarse en salud. De ahí la urgente elaboración de un nuevo catecismo, cuyo proyecto de texto se ha filtrado a la prensa internacional, generando nuevas perplejidades.

Al parecer, la renovada catequesis será menos severa en temas como la masturbación, las “guerras justas”, la homosexualidad y la pena de muerte. En cambio, serán punibles la abstención en las elecciones (¿habrá por fin elecciones en el Vaticano?), la lectura del horóscopo y otros *peccata minuta*. En Madrid, el vicario general castrense, uno de los siete coautores del nuevo catecismo, se apresuró a aclarar que la lectura del horóscopo será pecado en Brasil pero no en España. ¡Vaya ecumenismo! Es probable que una hermenéutica tan flexible dé lugar a imprevisibles matices: por ejemplo que la pena de muerte sea pecado en Cuba pero no en Arabia Saudita o que la guerra sea “justa” en el Golfo pero no en Yugoslavia. Lo de la pena de muerte tiene sus bemoles, ya que causa cierto estupor que, tras la denuncia implacable del aborto que formula siempre el Papa, inmediatamente después de besar el suelo de que se trate, ahora el nuevo catecismo sea comprensivo y hasta tolerante con la pena de muerte. No faltará algún malicioso que interprete que al Santo Padre le interesan más los nonatos que los ya nacidos.

Otro motivo de perplejidad es la moda del perdón. Los jóvenes neonazis abuchearon en Alemania a la reina de Inglaterra porque no les pidió perdón por los bombardeos de Dresden; en China, el 90% de la población pretendía que el emperador Akihito pidiera perdón por los desmanes cometidos por las tropas japonesas durante la ocupación de hace más de medio siglo. Tanto en uno como en otro caso, los reclamantes no consiguieron su objetivo. La Iglesia, más avisada pero más lenta, demoró 500 años en pedir perdón (con circunloquios, pero lo pidió) a los in-

dios de América por los atropellos cometidos en nombre de la cruz. Nunca debe perderse la esperanza, pues. Quizá dentro de otros 500, algún Papa no polaco pida perdón a las víctimas de la vieja Inquisición, o a los teólogos de Liberación, víctimas de la nueva.

Hace algunas semanas, cuando se reunieron en Lyon varios sobrevivientes de la represión nazi que se ejerció en esa ciudad durante la Segunda Guerra Mundial, una mujer francesa, que entonces fue torturada, se pronunció serenamente contra el olvido. Sin embargo, la altiva Europa de Maastricht no quiere recordar. Teme que el siniestro pasado pueda dañar su imagen, y no advierte que, si olvida esa dura enseñanza de la historia, un futuro aún más temible puede aniquilarla. El sociólogo francés Michel Albert sostiene que el viejo continente vive en la euroesclerosis, pero se le olvidó mencionar la euroxenofobia y la euroamnesia.

Encerrada en su autocomplacencia y en la insolidaridad, orgullosa de su náusea hacia el Tercer Mundo, Europa pone cerrojo en sus fronteras, sin advertir que dentro de ella, encerrados con ella, en un *huis clos* continental, permanecen los fantasmas del nazismo, los mismos que hace medio siglo estuvieron a punto de destruirla. El aislamiento no es bueno para nadie, y menos lo será para un continente que asiste a la explosión de los nacionalismos y corre un serio riesgo de fragmentación y despedazamiento, cuyo modelo sangrante es Yugoslavia. Recluida en sí misma, inmovilizada por su desconfianza, Europa, que fue regidora del mundo, se quedará sin el mundo. A solas con su dinero, con su OTAN y con su orgullo.

¿A quién puede conformar ese aislamiento? Europa significa demasiado para la historia de la humanidad, como para que los otros pueblos se regocijen con ese autobloqueo, esa impenetrabilidad. La violencia del dinero es tan peligrosa como la violencia de la miseria. Aunque en oídos europeos esto suene a descartable utopía, sólo el Tercer Mundo (a pesar de sus pobrezas, su deterioro ecológico, su Deuda Externa, sus enclaves del hambre, sus franjas de analfabetismo) puede salvar a Europa de

su soledad. No invadiéndola, claro, ni dándole riquezas que no necesita, ni intentando influir (vana tarea si las hay) en su desarrollo comunitario. El Tercer Mundo puede salvar a Europa del consumismo salvaje, del fundamentalismo del dinero, de la mezquina insolidaridad, de la frivolidad del no compromiso, si golpea insistentemente en sus muros hasta romper su aislamiento y restablecer la comunicación entre lo mejor de sus pueblos y lo mejor de los nuestros. No importa que los gobernantes sigan en sus compartimientos estancos, estudiando maastrichtología y subsidiaridad. La gente de aquí y de allá debemos hallar (o en su defecto abrir) vías de relación generosa, aunque sea al margen y a pesar de los abusivos decididores. Quizá entonces comprenda Europa que no necesita ser *más Europa* sino *más Mundo*.

“Patria es humanidad”, dijo José Martí, y el Tercer Mundo no quiere desconectarse de la porción europea de esa patria conjunta. Y no teman. Dejaremos en casa las manos de mendigo y tenderemos las que transmiten confianza. Con esa extraña solidaridad que a veces el débil puede brindar al fuerte.

(1992)

UNA FEDERACIÓN DE IDENTIDADES

Hace algunos meses, el presidente Mitterrand y el canciller Kohl enviaron a sus colegas de “los 12” una carta en la que sostenían que “América Latina y Asia serán prácticamente las dos únicas zonas del mundo en las que la Comunidad Europea no declare tener *intereses comunes prioritarios*”. En la carta no se mencionaba a África, pero se sobreentendía que la omisión era deliberada, puesto que los países africanos se encuentran ya “dentro de la CE” a través del acuerdo de Lomé; no obstante, hubo quienes se preguntaron si en rigor la incorporación africana habría sido a la planta principal o más bien al sótano de la tan anunciada Casa Europea.

En cuanto a América Latina, como bien ha señalado Eduardo Galeano, “ya no es una amenaza. Por lo tanto ha dejado de existir. Rara vez las fábricas universales de la opinión pública se dignan echarnos alguna ojeada”. Habría que agregar que se ocupan de América Latina cuando es arrasada por huracanes o dictaduras, por terremotos o por *marines* norteamericanos, por narcotraficantes o por “escuadrones de la muerte”, por refinados torturadores o por mafias que secuestran y asesinan niños para vender sus órganos. La catástrofe ha sido hasta ahora nuestra única tarjeta de presentación, pero no nuestra tarjeta de crédito.

A pesar de los delirios de algún presidente, América Latina no quiere ser Primer Mundo sino que la dejen ser Tercer Mundo pero con decoro y sin hambre, con dignidad y sin un puñal en la garganta. Entre los varios monopolios que nos consumen y nos desgastan, no es por cierto el menos grave el monopolio de la fuerza. Tras la computada e implacable Guerra del Golfo y a partir del desplome de la URSS y el Pacto de Varsovia, la hegemonía militar de Estados Unidos, ya sin la presencia disuasiva

del poder soviético, parece anunciar el sometimiento inevitable de América Latina, sobre todo si se tiene en cuenta que a la CE le interesa poco y nada el desarrollo de esos países tan inermes como dependientes.

Sin embargo, creo que todavía quedan resquicios para el optimismo. Es cierto que el fiasco de la Unión Soviética significó una fuerte sacudida, no sólo para los partidos comunistas locales sino para toda la izquierda latinoamericana. Se compartieran o no los presupuestos ideológicos de la URSS, y aun rechazando explícitamente los procedimientos estalinistas, a los latinoamericanos nos constaba que movimientos revolucionarios como los de Cuba y Nicaragua, que tan singular importancia adquirieron para toda la zona, tal vez no habrían podido consolidarse sin la ayuda económica, la asesoría técnica y la provisión de petróleo de los soviéticos.

Curiosamente, esa contribución solidaria generó a la postre otro tipo de dependencia. Los sectores progresistas de América Latina estuvieron demasiado condicionados por la orientación que la Unión Soviética iba adoptando en los severos enfrentamientos de la Guerra Fría. Concluida inopinadamente esa dependencia con la disgregación de la Unión Soviética, el abrupto cambio generó crisis de diversa intensidad en los partidos satélites de todo el mundo, incluidos por supuesto los de América Latina. Como era previsible, los coletazos de tales reajustes alcanzaron al resto de las izquierdas. Ya es tiempo de preguntarnos si las consecuencias de la demolición soviética son positivas o negativas para los países latinoamericanos.

Son indudablemente negativas si se tiene en cuenta que la invalidación de la Unión Soviética y en consecuencia del Pacto de Varsovia, como conjunción militar de primer orden, deja a Estados Unidos, en ese terreno, como potencia hegemónica mundial, y América Latina ya sabe con creces qué significa esa supremacía para sus frágiles fronteras y precarias economías.

No obstante, también se puede especular sobre derivaciones positivas. A diferencia de la URSS, la CEI de Boris Yeltsin no muestra el menor interés por América Latina.

Bastante preocupación ha tenido con la explosión de los nacionalismos y con disputarle a Ucrania y a Georgia los remanentes del ex Ejército Rojo. Si dejó abandonada a Cuba, con la que existía toda una tradición de intercambio y solidaria asistencia, menos le van a preocupar a Yeltsin los conflictos internos que la disolución de la URSS pueda haber provocado en partidos meramente subsidiarios. De modo que, no sólo para éstos sino para toda la izquierda latinoamericana, Moscú ha dejado de ser obligada referencia.

¿Qué puede significar este distanciamiento para la franja progresista de América Latina? Por lo pronto, es previsible que cada partido o movimiento o coalición de izquierdas, en un país determinado, llegue a la conclusión de que tanto su acción futura como la definición y el ajuste de su rumbo político deberá resolverlos por sí mismo o en alianza con sectores ideológicamente afines o de pragmática y recíproca conveniencia. Cabe recordar que las actitudes internas o externas de la Unión Soviética han sido, a través de los años, notorios factores de irritación dentro de la izquierda latinoamericana. Aunque los matices fueron múltiples, siempre existieron, por un lado, la tendencia que consideraba prioritaria la atención, poco menos que exclusiva, al contexto latinoamericano, y por otro, la propensión a defender, adoptar y aplicar casi religiosamente las posturas asumidas por la URSS. También el marxismo leninismo, como sostén ideológico, constituyó en esencia una frontera en la que siempre hubo escaramuzas.

No creo, sin embargo, que ni entre los marxistas más irreductibles ni entre los más encarnizados antimarxistas, abunden los lectores de *El Capital*. Tanto el marxismo como el antimarxismo se recibían como legados, casi como dogmas que no era necesario verificar ni desentrañar. Se era partidario o enemigo de sus consecuencias (lucha de clases, factores del salario, recurso de la huelga, etcétera) antes que de sus esencias. No es imposible que, de ahora en adelante, para la clase trabajadora el factor refinadamente ideológico pese menos en la adopción de tácticas y

estrategias que la circunstancia concreta, esa que atañe directamente a sus necesidades y derechos, asumidos en la lucha diaria y a través de la propia historia del movimiento sindical. Por supuesto que ello no significa propugnar un analfabetismo doctrinario sino más bien clarificar el discurso teórico a fin de no apabullar al destinatario social con fórmulas intrincadas y poco menos que esotéricas.

Naturalmente, el gran riesgo es caer en el utilitarismo ramplón, algo así como una excrecencia del famoso mercado de consumo. Un aceptable objetivo, para los complejos tiempos que se avecinan, sería hallar una vía movilizadora que no caiga ni en un ideologismo exquisito ni en un pragmatismo de supermercado. Con mucha intensidad y probablemente con mayor eficacia que antes de la trepanación del Golfo y su posterior autopsia, las masas serán bombardeadas, ya no tanto por propagandas reblandecedoras como por hechos consumados (digamos, la intervención “humanitaria” en la destrozada Somalía). De todos modos, cuando pasen las explicables zozobras y vibraciones de los recientes sismos y cismas políticos, es posible que la gente (no la *jet society* sino la gente común y corriente, la que vive para trabajar y trabaja para vivir) empiece a comprobar, en carne y pellejo propios, que el capitalismo es cada vez más salvaje y menos filantrópico, más mezquino y menos indulgente.

Frente a perspectiva tan desalentadora, ¿qué factores podrían estimular un vuelco positivo en (y para) América Latina? Algunos son externos. Por ejemplo, la situación económica que hoy vive Estados Unidos, sitúa a nación otrora tan pujante ante una sorprendente emergencia. Las cifras que se manejaron durante la reciente campaña electoral fueron, no sólo para el ciudadano norteamericano sino para la opinión pública mundial, reveladoras del desastre. ¿Qué Nuevo Orden Internacional podría esperarse a partir de semejante Desorden Nacional? Al parecer, el presidente Bush y el Pentágono calcularon mal: creyeron

que una victoria contundente y fácil en el Golfo (50 muertos propios contra 300 mil ajenos), ante un rival sin motivación ni envergadura, ahuyentaría para siempre los fantasmas de Vietnam, pero no tuvieron en cuenta que podrían ser sustituidos por otros fantasmas: los de la recesión económica. ¿Qué le importaba en definitiva a la sociedad norteamericana, que desde el parvulario ha sido educada en la exaltación del utilitarismo y el sagrado confort, que las tropas yanquis se cubrieran de problemática gloria en un remoto desierto y que incluso enterraran vivos en la arena a los desprevenidos soldados iraquíes, si en el mercado interno quebraban Bancos, cerraban fábricas, expiraban la Pan American y otras compañías aéreas, y, gracias a la nueva e idílica relación entre Este y Oeste, en las industrias bélicas crecía el número de parados en varios cientos de miles?

Por otra parte, si bien Estados Unidos sigue en posesión de la máxima fuerza militar, es obvio que no goza de una paralela hegemonía en el plano económico y no parece en condiciones de competir exitosamente con Japón o con una Europa liderada por Alemania. En el caso de que esa relación de fuerzas se consolide, no sería improbable que la Comunidad Europea, perdido ya el complejo de inferioridad frente a Washington y Wall Street, se dedicara por fin a mirar hacia América Latina, sin indiferencia y sin altivez. De todas maneras, alumbre o no una nueva disposición europea, América Latina debe asimilar que de ahora en adelante dependerá primordialmente de sí misma. Si vienen las ayudas o los convenios equitativos, sin intereses leoninos y sin ofensa a nuestras soberanías, mejor; pero si no vienen, tampoco es cosa de desesperarse. El nuestro es uno de los continentes más ricos, con mejor material humano, con rasgos culturales propios, con suelos fértiles y nobles subsuelos, con espacios verdes y patrimonios ecológicos (verbigracia, la codiciada y agredida Amazonia), gracias a los cuales la humanidad respira. ¿Por qué entregar toda esa fortuna natural a la codicia de los modernos conquistadores?

El Nuevo Desorden Internacional está provocando que

unas naciones se reunifiquen y otras se disgreguen. Tal diversidad de síntomas genera graves contradicciones y afila nuevas mezquindades. Unos muros caen y otros se construyen con urgencia. Los neofascismos y xenofobias crecen y se multiplican. La circunstancia de que América Latina, por menosprecio o por simples medidas de “higiene” ideológica o racial, esté al margen de esos atolladeros, probablemente la ayude a hallar o confirmar su identidad, o más bien sus identidades, ya que, antes que una sola nación, como concibieron los románticos, América Latina es una federación de identidades; ojalá que, cuanto más matizadas, más unidas, y cuanto más unidas, más fuertes y creadoras. El promisorio futuro de nuestra América no reside en su falsa homogeneidad sino en la real y aceptada cercanía de sus heterogeneidades. En Europa, el repudio al diferente, al no semejante, envenena el futuro; América Latina, en cambio, parece estar llegando a la reconfortante convicción de que la paz es la aceptación del otro.

(1993)

CONVALECENCIA DEL COMPROMISO

Henri Bordeaux, un escritor francés que murió hace treinta años, acuñó una definición, tocante a la política, que tiene visos de dialéctica: “La política es la historia que se está haciendo, o que se está deshaciendo”. Es decir, una historia de ida o de vuelta, pero en movimiento; de ningún modo extinguida, como varios decenios más tarde sentenciaría Fukuyama. El compromiso con la política sería, pues, una actitud frente a esa historia en movimiento. De ahí el riesgo que lleva implícito.

Ocurre sin embargo que de un tiempo a esta parte la historia no sólo se mueve, sino que además zigzaguea, trepida, patina, ondula, se estremece, y en consecuencia es casi imposible escoltarla, darle alcance. La pregunta pertinente sería tal vez con quién nos comprometemos: si con los que hacen la historia o con los que la deshacen. De cualquier manera, las modas pasan, los escombros quedan, y quizá por eso, y cada vez más, el compromiso requiera cierta dosis de osadía.

Obviamente, es más cómodo quedarse al margen y mirar, desde el apogeo o desde la inercia, cómo la historia se hace o se deshace. En cambio, siempre ha sido considerablemente más expuesto “desinsularizar la inteligencia”, como alguna vez sugirió Marx. El compromiso sirve, entre otras cosas, para tender puentes al mundo, a la sociedad, y en definitiva al próximo prójimo. “Desinsularizarse” es también reeducar la soledad, vaciarla de egoísmo. Sin embargo, el compromiso tiene hoy mala prensa, no está de moda, tal vez porque mira y examina la historia (tanto la que va como la que viene) y hay toda una elite intelectual (que incluye no sólo a escritores sino también a psicólogos, sociólogos y comunicólogos) que ha decidido borrarla, desentenderse de ella. Aun ciertos personajes políticos, que deberían ser los *comprometidos* por

autonomasia, si bien se exhiben como alternativa de futuro, recomiendan tachar el pasado, esa indiscreta franja que a menudo revela deslealtades o sencillamente falta de principios. No son amnésicos ni olvidadizos, sino conscientes, deliberados olvidadores. Deciden que no debemos tener “ojos en la nuca”, que sólo hay que mirar hacia adelante, digamos como el rinoceronte; conviene recordar que el búho, en cambio, se las arregla para mirar no sólo hacia adelante sino también hacia atrás, y tal vez por eso tiene fama de sabio.

El compromiso es en principio un estado de ánimo, y aunque comúnmente se lo relaciona con el intelectual, es obvio que puede originarse en toda persona. Cualquier ciudadano puede estar tan comprometido con su medio social como un intelectual, pero curiosamente nadie habla de un albañil comprometido, de un ingeniero comprometido, de un deportista comprometido. Lo que ocurre es que en el intelectual el compromiso toma estado público, y además, puede (o no) reflejarse en su obra. El compromiso político de un ingeniero no se refleja (al menos, en forma directa) en la construcción de un puente o de una carretera, ni el del deportista en la obtención de un campeonato o una marca olímpica. Y en ese sentido, nadie los cuestiona. Por el contrario, en el caso de un artista o un intelectual, la crítica y aun el público vigilan la presencia o la ausencia del compromiso en cada una de sus obras.

Ahora bien, ¿cómo germina ese estado de ánimo llamado compromiso? ¿Cómo llega a infiltrarse, digamos, en un drama, un poema o una novela? Si en tiempos de tutelas y mecenazgos era posible que un escritor se aislara del turbulento alrededor (“Qué descansada vida / la del que huye del mundanal ruido”, escribió, con indudable fruición y alguna diéresis, el bueno de Fray Luis), hoy la realidad empuja, ciñe, machaca, y si ingenuamente le cerramos la puerta, no tiene inconveniente en entrar por la ventana. Ahora los mecenazgos, y también las tutelas, ya no provienen de príncipes de la sangre o refinados cardenales, sino de pródigas Fundaciones norteamericanas o alemanas, cuyas dispendiosas becas suelen apaciguar las

modestas rebeldías de ciertos intelectuales, más o menos *propensos*, del Tercer Mundo.

Es claro que, en materia de ventanas, Ivan Sergeievich Turgueniev fue todo un pionero, ya que sólo podía escribir si tenía sus pies sumergidos en una palangana de agua caliente colocada bajo su escritorio y enfrente a la abierta ventana de su habitación. Hoy los intelectuales siguen con la ventana abierta, pero a los *no propensos* suelen quitarles hasta la palangana.

Arthur Koestler, por su parte, apoyándose precisamente en aquel pudoroso e higiénico hábito de Turgueniev, señaló hace medio siglo que la ventana abierta enmarca para el novelista ruso “su visión del mundo de fuera”. En una suerte de abanico de posibilidades, Koestler concentraba en la famosa ventana tres tipos de tentaciones: a) cerrarla; b) abrirla completamente y caer en la fascinación de los sucesos de la calle, y c) tenerla sólo entreabierta, con las cortinas dispuestas de tal modo que brindaran sólo una sección limitada del mundo exterior (ver *Las tentaciones del novelista*, ensayo de Koestler leído en el XVII Congreso del Pen Club, Londres, setiembre de 1941).

Allá lejos y hace tiempo, cuando los intelectuales no se ruborizaban ante la palabra *compromiso*, y escritores tan relevantes como Vallejo, Neruda, Antonio Machado, Thomas Mann, Peter Weiss, Cesare Pavese, Rafael Alberti, Camus, Hemingway y tantos otros, estuvieron inmersos en el contexto social y político, Sartre, que fue probablemente el principal ideólogo de una *littérature engagée*, criticó con particular dureza la actitud del escritor que rehusaba pronunciarse, o sea que eludía la coincidencia de sus actos con el dictado de su conciencia. Por supuesto, ya no se trataba de aquella conciencia pura, descarnada, incontaminada, que durante siglos fue el catecismo ético de la civilización occidental, sino más bien de una conciencia contaminada por la conciencia del prójimo. Como señalara otro comprometido, el dramaturgo norteamericano Arthur Miller, “el hombre está dentro de la sociedad y la sociedad está dentro del hombre”. Es decir, que la sociedad está dentro de la conciencia, y ésta ya

no puede evitar los condicionantes sociales. Aquella acepción de compromiso, esencialmente generosa, solidaria con el semejante y respetuosa del distinto, fue sin embargo posteriormente condicionada por los vaivenes y esquematismos de la política. Así como el socialismo, dentro de la óptica estalinista, se trasmutó en el llamado *socialismo real*, y, luego, ya en la franja específica del arte, el mero y defendible realismo pasó a convertirse en el impresentable *realismo socialista*, también la concepción sartreana del compromiso se fue metamorfoseando, a través de desprolijos hermeneutas, en el compromiso *con un partido determinado*. Como lamentable consecuencia, el arte (que a esa altura ya era más militante que comprometido) fue a la zaga de la orientación política, del rumbo que marcaban las jerarquías decididoras. El propio Sartre, casi al final de su brillante trayectoria, cayó increíblemente en alguna de esas trampas, tal vez olvidado de que él mismo había sostenido: “En la literatura comprometida, el compromiso no debe, en ningún caso, hacer olvidar la literatura”.

Personalmente, creo que el panfleto es un género tan legítimo como cualquier otro, y la historia exhibe (desde el *Manifiesto comunista* hasta *La historia me absolverá*) genuinas obras maestras en esa rama. La literatura panfletaria, en cambio, y el arte panfletario en general, son encasillamientos destinados inevitablemente a anquilosarse, a volverse inválidos, a acabar como simple material inerte para futuros taxidermistas. Sintomáticamente, la única literatura de tema político que por fortuna sobrevive, y continúa transmitiendo su mensaje, es aquella en que la prioridad primera fue desde el inicio la literaria. ¿Qué sería del poema “Masa” de Vallejo o del *Guernica* de Picasso, de la sinfonía *Leningrado* de Shostakovich o de *Die Asthetik der Widerstands* (La estética de la resistencia) de Peter Weiss, si la inocultable intención política no estuviera dignificada y respaldada por una notable calidad artística?

Como extraña secuela de la consunción de la Unión Soviética, sobrevino una falsa y deliberada simplificación,

particularmente alentada por los *mass media*: la sonada hecatombe del *socialismo real* significaba asimismo la definitiva derrota del socialismo como propuesta doctrinaria y la consecuente ratificación del capitalismo como ideología hegemónica. O sea, para resumir: las reprobables conductas de Ceaucescu y Zhivkov inhabilitaban a Lenin, y un Lenin así inhabilitado descalificaba retrospectivamente a Marx. No obstante, un Nixon o un Collor de Mello, expulsados ambos (el primero, en 1974; el segundo, en 1992), también por deplorables conductas, de las respectivas presidencias de Estados Unidos y Brasil, no parecen haber inhabilitado al sistema capitalista o al neoliberal que los auparon a tan altos rangos. La hipocresía como una de las bellas artes.

Como era de prever, todo este gran entrevero finisecular, con su reajuste de sistemas y de fronteras, ha repercutido en el ámbito intelectual. A los sectores más reaccionarios de esa misma intelectualidad, este vuelco les ha venido de perillas. Gracias a él, pueden recusar a un buen número de colegas. Para los neoinquisidores la Nueva Gran Purga (subsidiaria del Nuevo Orden Internacional) no sólo debe incluir a quienes, en épocas cercanas o remotas, hicieron profesión de fe estalinista, sino a todos los que alguna vez se pronunciaron contra las agresiones imperialistas, las torturas en las cárceles, las agresiones económicas, los intereses leoninos, la pena de muerte, las campañas esterilizadoras, los estragos ecológicos, la corrupción ecuménica e impune. Es como si todas esas exhortaciones y demandas, de claro sentido humanitario, hubieran quedado sepultadas bajo los escombros del muro de Berlín. Hace poco un lector español recordaba una amarga comprobación de Willy Brandt: “La capacidad del hombre para cerrar los ojos es ilimitada. Sólo así se pueden explicar los horrores del nazismo”.

El intelectual comprometido es alguien que se niega a cerrar los ojos. Ve y dice lo que ve, aunque a veces le duela decirlo. “La única manera de aprender es discutir”, decía ese gran discutidor que fue Jean-Paul Sartre. Y agregaba: “Un hombre no es nada si no es un ser que duda.

Pero también debe ser fiel a alguna cosa. Un intelectual, para mí, es esto: alguien que es fiel a una realidad política y social, pero que no deja de ponerla en duda. Claro está que puede presentarse una contradicción entre su fidelidad y su duda; pero esto es algo positivo, es una contradicción fructífera. Si hay fidelidad pero no hay duda, la cosa no va bien: se deja de ser un hombre libre”.

Como hombre libre, pero sin paternalismo ni soberbia, sin ínfulas ni desplantes, el intelectual puede contribuir a la investigación de la realidad. Con sus ensayos, sus artículos periodísticos, pero también con sus novelas, sus dramas y hasta con sus poemas. Aunque no sea la vía más frecuentada para estos menesteres, también la poesía puede indagar, sondear, descubrir. Por lo general, el poeta se cuestiona a sí mismo, entre otras cosas porque lo cuestiona todo: el mundo, la vida, el poder, la muerte. No sólo al mandamás, sino también al mandameno. Y es bueno recordar que el compromiso no siempre se ejerce desde la certeza, sino también desde la inseguridad, desde la incertidumbre. “Por el momento nada me ampara sino la lealtad a mi confusión”, escribió con estricta franqueza el poeta mexicano José Emilio Pacheco. Pero aun inseguro, el poeta debe interrogar e interrogarse. Al parecer, alguien escribió en un muro de Quito: “Cuando ya tenía respuestas a la vida, me cambiaron las preguntas”. Antes que nada, habría que averiguar si las nuevas preguntas son las pertinentes. Si lo son, no hay que amilanarse. Siglo tras siglo, la humanidad se ha pasado formulando preguntas y buscando respuestas. ¿Qué son después de todo las religiones, las corrientes filosóficas, los sistemas políticos, las ideologías, las hipótesis cosmogónicas, sino un amplio abanico de respuestas al indescifrable acertijo de la existencia?

En todas las épocas hubo ciclos de preguntas y ciclos de respuestas. Ya en las postrimerías del siglo XVIII, el impagable (y lamentablemente poco leído) Georg Christoph Lichtenberg, escribía: “Me dije a mí mismo: es imposible que yo crea esto, y al decirlo observé que ya era la segunda vez que lo creía”. Una pregunta oportuna,

en los albores del 93, quizá podría ser ésta: ahora que el capitalismo es hegemónico y buena parte de los socialistas europeos recurren a urgentes maquillajes que les brinden arreboles capitalistas y mascarillas neoliberales, ¿quién o quiénes quedan para aliviar las infamantes miserias del mundo pobre, el escarnio de cuarenta mil niños que diariamente mueren de hambre, el premeditado aniquilamiento ecológico, el escándalo de la Deuda Externa?

Es obvio que la mayoría de los gobernantes del Primer Mundo se encogen de hombros ante el rudimentario malestar de los infelices, ante su catálogo de antiestéticas carencias. Ahora bien, ¿puede el intelectual, dada su capacidad de raciocinio y su implícito deber de reflexión, sumarse a esa compacta indiferencia, a ese descarado compromiso con el dinero y su expansión salvaje? No es necesario, ni mucho menos obligatorio, pertenecer a algún partido político ni encasillarse en un sistema ideológico, para experimentar angustia, impotencia y una suerte de vergüenza colectiva frente a las imágenes de indigencia atroz que, entre rock y rock, entre culebrón y culebrón, transmiten los televisores de todo el mundo. Si bien es cierto que el *socialismo real* fracasó en Europa, en el Tercer Mundo lo que ha fracasado es el *capitalismo real*, ya que evidentemente no ha podido (y lo que es más grave, no ha querido) dignificar el nivel de vida y de muerte de tres cuartas partes de la humanidad.

No sólo en Europa, también en América Latina los apun-tadores de la indiferencia recurren a la fácil justificación de que “la política y los políticos no sirven”, que “ya no se puede creer en nadie”, que “el poder corrompe” y que “la corrupción todo lo contamina”. Sin perjuicio de que algunas de esas opiniones tengan un soporte real (es notorio el generalizado desprestigio de los políticos), ello no justifica la pasividad ni la abulia ciudadanas. ¿O acaso el descenso de la confiabilidad y el auge de la corrupción no involucran a una sociedad permisiva que deja hacer y deshacer? En América Latina se han dado recientemente dos ejemplos de intervención popular, ambas dentro de las respectivas Constituciones, que lograron enmendarle

la plana a los esquemas del poder. La destitución del presidente Collor de Mello en Brasil, y la aplastante derrota del oficialismo (72% contra 28%) en el referéndum sobre privatizaciones en Uruguay muestran que la participación y el compromiso de amplios sectores sociales pueden lograr mejores resultados que la dejadez y la inercia ciudadanas. En ambos casos, y pese a que el compromiso es en el mundo actual una etiqueta descalificadora, los intelectuales estuvieron, en su gran mayoría, del lado de los intereses populares. No pretendo que hayan influido en tales decisiones colectivas; sólo compruebo dónde estuvieron situados.

En una etapa como la actual, con los partidos (en ambas orillas del Atlántico) estremecidos por severas contradicciones, las mejores causas y las más humanitarias motivaciones no siempre (o no sólo) dependen de las orientaciones de los dirigentes. Por eso mismo, las causas y motivaciones aparecen más desnudas, más nítidas en su significado esencial, menos expuestas a las especulaciones y los oportunismos. En consecuencia el compromiso del ciudadano, y por ende el del intelectual, está menos embretado, tiene más libertad para expresarse. En un mundo donde el hombre se entiende cada vez más y mejor con las máquinas pero se desentiende del semejante, el compromiso es uno de los últimos enclaves de la solidaridad. Y como tal hay que defenderlo.

(1993)

ÉTICA DE AMPLIO ESPECTRO

Aunque no todas las pesquisas culminan en buenos hallazgos, a veces resulta útil seguir las pistas que brinda la etimología. Por ejemplo, tanto la raíz latina de la palabra *moral*, como el origen griego de la palabra *ética*, tienen un común denominador: la costumbre. Tan es así, que la ética es a menudo definida como la doctrina de las costumbres. Ahora bien, si las costumbres sufren un cambio sustancial, ¿implicará ello una alteración en los valores éticos y morales de una sociedad determinada?

Es obvio que hay presupuestos éticos (la decencia, la honradez, la solidaridad, la lealtad, etcétera) que han sobrevivido a través (y a pesar) de las ideologías y los regímenes más diversos. Sin embargo, de un tiempo a esta parte, la liturgia del consumismo, pero sobre todo la desmesura y la acumulación internacional de capitales, así como la relativa impunidad con que éstos crecen y se multiplican, han ido implantando nuevas costumbres, y en consecuencia nuevas doctrinas relacionadas con las mismas. O sea, si nos atenemos a la vieja definición: han elaborado otra noción de la moral y de la ética. Recobra actualidad un proverbio que, en el otro fin de siglo, escribía el francés Albert Guinon: "Para muchos, la moral no es otra cosa que las precauciones que se toman para transgredirla".

A diferencia de los husos horarios, estos usos morales no precisan de un Greenwich que los regule. Cada macroeconomía supone una macroética. Un dogma neoliberal (o neoconservador, da lo mismo), por supuesto no escrito, consentidor y furtivo, va paulatinamente ensanchando y de alguna manera legitimando los estratos de prevaricación. Las antiguas severidades y exigencias quedan como reliquias del pasado. En todo caso son confinadas en la microética del individuo, de modo que éste se vaya haciendo cargo, día tras día, del sombrío porvenir

que aguarda a la obsoleta profesión de la conciencia. Lo esbozó el viejo Séneca: “Los que antes fueron vicios, ahora son costumbres”.

Si alguien piensa, con todo derecho, que estas reflexiones son exageradas o caricaturescas, es aconsejable que eche un vistazo a las diversas geografías de este fin de siglo. Se verá que, en ese aspecto, no hay notorias diferencias entre el desarrollo y el subdesarrollo. La nueva y lozana industria de la corrupción, con sus expertos en soborno y cohecho, abarca de Brasil a Alemania, de Estados Unidos a Argentina, de España a Perú, de Italia a México, del Vaticano a Rusia, sin descartar a países más pequeños o menos notorios.

En plena democracia, las financiaciones de más de un partido político pasan por túneles sombríos; la actual fiebre de privatizaciones à *outrance* deja en todas partes un rastro de sospechas que poco después, cuando la operación ya no tiene remedio ni retroceso, se convierten en penosas certezas; en Italia, la Mafia se infiltra en estamentos gubernamentales; aquí, allá y acullá, el narcotráfico blanquea dólares en Bancos de consagrada aureola; en varios países, la corrupción salpica a gobernantes, pero en Brasil ya no salpica sino que ahoga definitivamente a Collor de Mello; el arzobispo Paul Marcinkus, célebre “banquero de Dios”, se salva de la justicia italiana gracias a los buenos oficios de la Santa Sede; Watergate, Irangate, Yomagate, dondequiera hay un *gate* encerrado.

Una muestra ilustrativa de la macroética es el llamado *milagro chileno*, que hoy se presenta como paradigma para toda América Latina. Según las estadísticas, la Balanza Comercial, el Producto Interno Bruto y el Ingreso per Cápita ofrecen cifras casi primermundistas, pero la realidad muestra que un 45% de los chilenos viven en la pobreza. Es seguro que cada *cápita* millonaria aumenta sus ya sobrados ingresos, pero es no menos seguro que en la clase trabajadora y en las *callampas* cada *cápita* es cada día más menesterosa. La macroética aplaude sin pudor.

Por supuesto, toda generalización peca de injusta, y aquellos hombres públicos que ejercen casi fanáticamente una

honestidad a toda prueba (incluso a prueba de balas, como ocurrió en Sicilia con dos magistrados que se opusieron a la Mafia), se hacen acreedores a la admiración ciudadana por el mero hecho de cumplir, en esta época oscura, con la integridad que naturalmente exige toda función pública. La microética de los consecuentes pasa a ser un mero islote en la macroética de los decididores.

En esa doctrina de las costumbres que es la ética, concurre a veces un elemento nada despreciable: el carisma. En teología, el carisma es “el don gratuito que concede Dios a algunas personas en beneficio de la comunidad”, y por extensión “se aplica a algunas personas que tienen el don de atraer o subyugar por su mera presencia o por su palabra” (*Diccionario Manual de la Real Academia Española*, 1989). Es cierto que un líder carismático les lleva una apreciable ventaja a otros dirigentes, faltos de ese don, pero esa aptitud también incluye un riesgo. Después de todo, el eco que el discurso carismático tiene en las masas exige que el líder asuma la responsabilidad de su propuesta.

Defender arduosamente el interés público en la fácil retórica electoral, y desentenderse luego, ya en el poder, del voluntario lastre de aquellas cautivantes promesas, es asimismo una forma de corrupción. El cohecho no siempre significa una dádiva contante y sonante. Tales groserías suelen reservarse para los personajes de tercera o cuarta filas. Las grandes corporaciones internacionales, los centros mundiales de decisión política, los núcleos inapelables de influencia financiera, por lo general no necesitan soltar un dólar (a esos niveles, el simulacro de dignidad tiene sus leyes) para ejercer las consabidas manipulaciones, tan delicadas como astutas y eficaces.

Se soborna con apoyos políticos, con convenios de poca monta y poco monto, con ofertas de voto favorable en organismos internacionales, con módicas declaraciones de fraternidad que luego puedan ser explotadas en el ámbito doméstico. Se soborna con elogios inmerecidos, con supresión de chantajes cuidadosamente programados, con ofertas de privatización, con abrazos frente a las cámaras, con homenajes insustanciales, con partidos de tenis, con

diez minutos de un trato de igual a igual. Los politólogos y psicólogos sociales que asesoran a los verdaderos amos saben bien que la vanidad es una de las zonas más frágiles de los políticos dependientes. Y, sin lugar a dudas, la más barata.

Es cierto que la ética está enferma, pero no se trata de un mal incurable. Todavía estamos desconcertados por los cataclismos políticos de los últimos diez años. No es descartable, sin embargo, que paulatinamente empiece a declinar la vigencia de las estructuras inflexibles. Si ello ocurre, también es probable que haya espacio para matices imaginativos, para impulsos utópicos, aun dentro de las ideologías. Éstas pueden ser una base, pero no un andarivel riguroso del que no se pueda salir.

No es inverosímil que se establezca una relación osmótica entre las ideologías y las realidades. Tal vez se desarrollen rumbos ideológicos más que ideologías propiamente dichas, y gracias a esos rumbos ciertos actores de la humanidad intenten moverse hacia objetivos determinados; a veces tomando atajos, ya que en ciertos casos la línea recta puede ser obstaculizada, digamos por los tanques, los Chicago Boys o los hermeneutas del Nuevo Catecismo. Antes, las ideologías y los sistemas demasiado esquemáticos no toleraban esos atajos, consideraban que eso era desviacionismo. No obstante, a veces hay que desviarse para poder luego retomar el camino real.

Cuando el Mambrú de la canción se fue a la guerra, lo hizo espontánea y voluntariamente. Pero al Mambrú 1993 lo meten (qué dolor qué dolor qué pena) en batallas que no son las suyas, a fin de que pueda aniquilar a (o ser aniquilado por) otros mambruses de signo contrario que también fueron empujados (qué dolor qué dolor qué pena) a batallas que no eran las suyas. Desde sus macro-despachos, los mandatarios y/o vicepaladines, impertérritos y soberbios, en ejercicio de la macroética envían a sus jóvenes mambruses a un riesgo de muerte que a ellos, por supuesto, no les roza. Y allá van los proyectos de héroes: en camiones, acorazados o bombarderos, con su devaluada microética en la mochila, conscientes de que

su muertecita (o micromuerte) quizá los esté esperando en algún territorio del que nada conocen. Todo cabe en la ética de amplio espectro.

(1993)

LA IZQUIERDA Y SUS RUBORES

En el próximo noviembre se cumplirán cuatro años de la caída del muro de Berlín. Si bien hemos asumido los reajustes de fronteras, los trapicheos de mercado y las guerras intestinas ocurridas en Europa tras ese acontecimiento casi paradigmático, tal vez no hayamos tomado aún conciencia cabal de las transformaciones que, paralelamente, se han producido en el talante y los comportamientos de la clase política. “En la política lo real es lo que no se ve”, sugirió alguna vez José Martí.

Por lo pronto, una vez extinguido, por razones obvias, el áspero y dilatado encaramiento Este-Oeste (las relaciones ruso-norteamericanas se han vuelto casi empalagosas), la vacante dejada por el ex inconciliable enemigo no llegó a ser aceptablemente llenada por Saddam Hussein. Tal vez a causa de sus excentricidades, y a pesar de los ingentes esfuerzos de George Bush, el imprudente invasor de Kuwait no pudo cumplir el papel de Anticristo que le fuera generosamente asignado.

La Guerra del Golfo sirvió al menos para demostrar que lo único verdaderamente internacional que posee la ONU es su desprestigio. Los viajes, carrerillas y otras misiones cumplidas en su momento por Pérez de Cuéllar, en su papel de diligente recadero de los Estados Unidos, no contribuyeron por cierto a consolidar la autoridad de las Naciones Unidas. Como derivación de aquella chapuza, actitudes posteriores del organismo internacional (verbigracia, las severas resoluciones sobre la situación yugoslava y el informe de la Comisión de la Verdad sobre El Salvador) fueron olímpicamente ignoradas por sus destinatarios.

De todos modos, está visto que la guerra depende cada vez menos de la iniciativa y el afán de los Estados como tales, y, en la actual pandemia neoliberal, hasta corre el riesgo de ser privatizada. Después de todo, no es tan

sorprendente que la Mc Donald Douglas o la General Dynamics tengan a veces más poder que el Departamento de Estado. Ya lo tuvo la ITT en el derrocamiento y muerte de Salvador Allende (si el fundamentalismo privatizador sigue invadiendo finanzas y fronteras, no es descartable que el Estado, a breve plazo, vea reducidas sus funciones a las de subinspector de tráfico o covachuelista de segunda. Pocos parecen advertir que quedarnos paulatinamente sin Estado, equivale a quedarnos también sin democracia).

Decía Palmiro Togliatti: “Hacer política significa actuar para transformar el mundo”. No está mal. Pero siempre ha habido transformaciones que llevaron el mundo hacia adelante y otras que lo empujaron hacia atrás. Hoy, a pesar de los espectaculares adelantos científicos y técnicos, a pesar de que las máquinas nos apabullen y hasta nos sustituyan, es probable que estemos viviendo, en el plano espiritual, la etapa más regresiva de este siglo. Las relaciones humanas están cada vez más enrarecidas; cada soledad habla (como en Babel) un idioma distinto; la enajenación y el pasmo ante el televisor nos convierten en afásicos, irascibles o taciturnos. El sexo era uno de los pocos desempeños compartibles que aún le quedaban al ser humano, pero vino el SIDA y metió su cuña de recelos entre los cuerpos y, de paso, entre las almas. Y, por si eso fuera poco, la Iglesia halló un nuevo pretexto para apuntalar su Inquisición contra el goce, ese pecado de los célibes.

¿Qué ocurre mientras tanto en la galaxia política, cada vez más alejada de nosotros pecadores? Como ironiza Vázquez Montalbán, “algunos liberales cuando consiguen morderse la propia cola les sabe a neofascista”. ¿Será que la solidaridad murió de inanición? ¿Dónde se ha escondido la humanidad progresista? Ya que al parecer Marx se equivocó con aquello de que los proletarios serían los enterradores de la burguesía, ¿no convendría hacer algo para que al menos la burguesía no sea la enterradora del proletariado? Hace mucho, los gremios conseguían santos patronos; luego decidieron cambiarlos por partidos profanos, de raigambre popular, pero los partidos a veces

se abstraen, o se consumen en escisiones, omisiones y comisiones. Y los trabajadores quedan al garete, sin patronos pero con patronos. No obstante, es notorio que hoy día los factores de progreso están casi siempre mejor defendidos y representados por los sindicatos que por los partidos.

Las izquierdas (comunistas, socialistas y hasta socialdemócratas) fueron perdiendo sus respectivas identidades a medida que les aumentaba el rubor por su propio izquierdismo. Quizá convenga recordar que el socialismo, por ejemplo, no es un mero apellido, usable con cualquier norma de conducta. Significa ante toda una ejecutoria, que no admite demasiados maquillajes. Es cierto que los nuevos profetas recomiendan poner el socialismo al día. Pero ¿a qué Día? ¿al de Inocentes? ¿al de Trabajadores? ¿al de Difuntos? ¿al del Perdón?

El reciente fracaso electoral de la izquierda francesa no es matemáticamente transferible a otros países, pero de cualquier manera es aleccionante. Una de las más frecuentes e infaustas tentaciones de los partidos de izquierda en cualquier parte del mundo es ir haciendo progresivos movimientos hacia la derecha, con el inconfesado propósito de conquistar el voto de los sectores conservadores. La experiencia francesa demuestra una vez más que si esos conservadores se ven conminados a elegir entre un partido definitivamente de derechas y otro que simula serlo, siempre se decidirán por aquel que mantiene una coherencia con su propio pasado. O sea, que la "astuta" maniobra no sólo no atrae votos de la derecha, sino que probablemente pierda buena parte de los de la izquierda. ¿Qué ocurrirá ahora en Francia? Hace exactamente doscientos años, Georg Christoph Lichtenberg escribió un *aforismo* que parece concebido antenoche: "Algo está fermentando en Francia: no se sabe si es vino o vinagre". Mi impresión personal es que es vinagre.

El desconcierto de la izquierda es evidente, no sólo en Francia, pero ello no autoriza a suponer que la derecha esté muy concertada. Tras el desmembramiento de la Unión Soviética y la disolución del Pacto de Varsovia,

Occidente invadió esos inermes mercados con su aplanadora consumista. Para aniquilar los resultados de semejante maniobra envolvente alcanza con ver los noticieros: en el ex Este (u Oeste-bis) no abundan las viviendas ni los alimentos, pero en cambio proliferan las mafias, los secuestros, las violaciones, el narcotráfico, la corrupción, la violencia, la xenofobia, los neonazis, el crimen. O sea, igualito que en Occidente. *Dominus vobiscum*. Vale decir: sálvese quien pueda.

¿Hacia dónde irá esa derecha triunfante y ensoberbecida? En realidad, el rumbo ya lo sabemos. La pregunta sería más bien: ¿hasta dónde podrá llegar? En Italia, Alemania, España, Chile, hubo en su momento partidos y movimientos de derecha que se creyeron vanguardias del conservadurismo o del nacionalismo; cuando se dieron cuenta de que apenas eran retaguardias de Mussolini, Hitler, Franco, Pinochet, ya era tarde. Y ahí sus adeptos se bifurcaron: unos se convirtieron a la ignominia, otros sufrieron prisión y tortura, otros más murieron en el exilio. Ojalá que esta vez lo adviertan a tiempo.

Algo que las derechas, y menos aún los conversos al neoliberalismo, rara vez entienden, es que por debajo del poder y su concupiscencia, hay estamentos sociales (antes se decía *pueblo*) que tienen necesidades, aspiraciones, urgencias; y también que viejos conceptos como justicia social, o la famosa *égalité*, no son sustituibles con los de limosna o caridad, tan frecuentados por encíclicas y homilías. “Los tiempos de la filantropía”, decía Cesare Pavese, “son los tiempos en que se encarcela a los mendigos”.

Derivación justificada o mera coincidencia, lo cierto es que a partir de la Guerra del Golfo, algo huele a podrido en Occidente. Desde Collor de Mello hasta Giulio Andreotti, y viceversa, las nubes tóxicas de la corrupción atraviesan océanos y continentes. Aun los célebres *milagros* económicos suelen acabar en paro laboral, recesión, insolvencia, cohecho. Aquí y allá conspicuos personajes se reconocen en el pudridero de lo venal. Pero lo grave, lo gravísimo para la sociedad en su conjunto, es que aque-

llos otros (todavía los hay y en buen número) que consideran la política como “la sustancia de su vida moral” (Togliatti *dixit*) van quedando como el idiota de la familia.

Quizá la opción más honesta para quien siga considerándose de izquierda, sea afirmarse en lo que es y quiere ser. Los rubores posmodernos están de más. Quien se avergüence de sus viejas convicciones y su pasada militancia, mejor será que ahueque el ala, cambie de apellido ideológico y no nos venda más gato por liebre. Y quién sabe, puede que le queden bríos y maleabilidad para integrar, en un futuro mediato, el ala progresista de la ultraderecha.

(1993)

LOS PERDONADOS DE SIEMPRE

El 24 de marzo de 1980, exactamente cuando levantaba el cáliz para consagrar el vino eucarístico en la catedral de San Salvador, el arzobispo Oscar Arnulfo Romero era alcanzado por un único y letal disparo de un francotirador. Pocos días antes, este vocero de los pobres había anunciado en su tono sobrio y a la vez apocalíptico: “Precisar el momento de la insurrección, indicar el momento cuando ya todos los canales están cerrados, no corresponde a la Iglesia”. A esa oligarquía le advierte a gritos: “abran las manos, den anillos, porque llegará el momento en que les cortarán las manos”. Hoy sabemos que se equivocó en su profecía: a quienes les cortaron las manos fue a los campesinos, y a él, de paso, lo mataron.

Diez años antes, veinticinco curas habían sido encarcelados, torturados y deportados. Otros siete sacerdotes (entre ellos Barrera Moto, Rutilio Grande, Navarro Oviedo y Octavio Ortiz) fueron asesinados. Sectores tan retrógrados como implacables difundieron hasta el cansancio un intimidatorio lema que parafraseaba viejos eslóganes de triste recordación: “Haga patria, mate un cura”. Si el cura era por añadidura un arzobispo, y si además se había convertido en la voz pública más coherente, corajuda y querida de las masas populares, es fácil conjeturar que su eliminación física fuera encarada como un objetivo prioritario por el implacable mayor D’Aubuisson y sus aliados de dentro y fuera. La propia Santa Sede, bajo la actual administración, se mostró siempre reticente en la reivindicación de monseñor Romero, y el papa Wojtyla prohibió que se lo considerara como un mártir. Al César lo que es del César.

Ahora, exactamente desde el 15 de marzo, o sea, trece años después de aquel crimen, cunde un simulacro de asombro en el mundo libre, occidental y malsano. Gra-

cias al informe de la llamada Comisión de la Verdad de las Naciones Unidas (integrada por tres personalidades dignas de respeto: Belisario Betancur, Reinaldo Figueredo y Thomas Burguenthal, y avalada por el secretario general de la ONU, Butros Ghali) las cancillerías, los centros de poder, buena parte de los *mass media* y esperemos que también el Vaticano, se han enterado por fin de algo que, a través de los años, fue denunciado hasta la saciedad por las organizaciones no gubernamentales que se preocupan por los derechos (y los izquierdos) humanos: los militares salvadoreños fueron efectivamente los responsables del asesinato del arzobispo Romero, de la matanza de Ignacio Ellacuría y otros cinco jesuitas españoles, de la violación y muerte de cuatro monjas norteamericanas, del asesinato de cuatro periodistas holandeses, del genocidio de El Mozote (más de medio millar de víctimas, de las cuales el 85 por ciento eran niños) y de un programa de atrocidades, torturas y crímenes cometidos impunemente contra poblaciones campesinas.

Es importante que, pese a los desesperados intentos del presidente Alfredo Cristiani por evitarlo, el informe de la Comisión se haya hecho público, permitiendo que lo que era *vox populi* se convierta por fin en *vox Dei* (ONU= Dios). No obstante, si fuéramos rigurosos tendríamos que hablar de una “Comisión de la Verdad a Medias”, ya que en el informe se detecta una grave omisión: al parecer, nada dice de la responsabilidad norteamericana en la mayor parte de esas atrocidades. Ya lo han denunciado los jesuitas, a través de su provincial en América Central, el español José María Tojeira, y también el teólogo de la liberación Jon Sobrino, quien ha dicho tajantemente: “El Gobierno de los Estados Unidos, que ahora revela los autores intelectuales de la matanza de los jesuitas, es el mismo que ha estado financiando al Ejército que los asesinó y entrenándolo con las técnicas del Vietnam”.

El presidente Alfredo Cristiani, que, en el más leve de los supuestos, cumple sin rubor el papel de encubridor de los militares (como lo cumplió en su momento su antecesor Napoleón Duarte, a pesar de su aspecto de bueno de la

película), reclama ahora una amnistía general y absoluta para los altos jefes castrenses, señalados por el informe como responsables de los crímenes. “Ha llegado la hora de perdonarnos mutuamente”, ruega, como pidiendo perdón por no haber podido frenar la publicación del informe.

La súplica de Cristiani no ha sido bien recibida. Los jesuitas dicen que después quizá perdón, pero que ahora justicia. Los antiguos guerrilleros, por su parte, están dispuestos a cumplir la sanción que les toca, aun teniendo en cuenta que de las 22.000 denuncias de violaciones de derechos humanos estudiadas por la Comisión, apenas un 5 por ciento señalan a la guerrilla (uno de los sancionados es Joaquín Villalobos, que en 1975, debido a un error tardíamente reconocido, dispuso el asesinato del poeta y revolucionario Roque Dalton), pero de ningún modo avalarán esa amnistía general que incluso los beneficiaría.

La reacción del gobierno norteamericano ha sido exigirle a Cristiani que en un plazo máximo de una semana destituya a los 15 jefes militares responsables de los delitos más graves. Cristiani se puso repentinamente digno y respondió: “No nos someteremos a ningún ultimato”. Vaya energía. Sólo le falta agitar una pancarta: “Yanquis sí, ultimato no”. Seguramente, cuando se publique este artículo ya el lector estará enterado del conmovedor desenlace de este amable litigio.

Con respecto al fondo de la súplica presidencial, si hay una apuesta fácil es que los militares serán perdonados. Tarde o temprano, el cristianismo (no el de Cristo sino el de Cristiani) triunfará. Aquí, allá y acullá, los militares son siempre perdonados. Los propios Estados Unidos saben de esas clemencias. El teniente William Calley, máximo responsable de la matanza de My Lai, en Vietnam (16 de marzo de 1968), donde fueron violados, mutilados y destrozados más de un centenar de mujeres y niños, fue en principio condenado a cadena perpetua por una corte marcial, pero muy pronto la sentencia fue reducida a 20 años, luego a 10, y finalmente a 35 meses, de los que pasó 4 en prisión y 31 en arresto domiciliario. Nunca fue

expulsado del Ejército, aunque posteriormente se retiró y hace años que trabaja en una joyería de su suegro en Columbus, Georgia. (Ver: “El teniente de hierro”, *El País*, Madrid, 14-3-93). En cuanto a los otros oficiales que participaron junto a Calley en la vergüenza de My Lai no cumplieron ninguna pena ni fueron siquiera sancionados. En otra aberración de más reciente data, tampoco han sido sancionados los culpables, en la última etapa de la Guerra del Golfo, de haber enterrado vivos a miles de derrotados soldados iraquíes.

En América Latina los ejemplos abundan. En Chile, el general Augusto Pinochet, responsable de miles de asesinatos tras el golpe militar que acabó con el gobierno y la vida de Salvador Allende, ni siquiera fue procesado, y sigue, en pleno gobierno de Aylwin, al mando de las fuerzas armadas chilenas (y además, veraneando en Punta del Este); los militares argentinos, a pesar del Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (el llamado Informe Sabato) y del juicio que condenó a los principales responsables de 30 mil desapariciones y otros miles de asesinatos, gozan hoy de plena libertad, tras el indulto decretado por el presidente Menem. “Mata, que el rey perdona”, dice el viejo refrán.

En Uruguay, la llamada Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado, conocida popularmente como Ley de Amnistía, indultó a todos los responsables de violaciones de derechos humanos. Tampoco llegaron a ser procesados, entre otras cosas porque el general Medina, ministro de Defensa, guardaba las citaciones en el cofre de su despacho, con el fin de que los oficiales citados por el juez no se vieran ante la cómoda alternativa de concurrir o no. Simplemente, no se daban por notificados.

En Brasil, donde la tortura y el crimen constituyeron casi una costumbre de los gobiernos dictatoriales, no ha habido procesamiento ni mucho menos condena de militares. Ahí no hubo amnistía sino simplemente amnesia.

Con excepción de los militares uruguayos, que suelen ser masones, los de otros países latinoamericanos son particularmente devotos. El general Videla, inspirador y

ejecutor de horrores varios, cuando enfrentaba al jurado que final e inútilmente lo condenó, leía ostensiblemente textos sagrados y vidas de santos. Como bien dice otro viejo refrán: “Dios lo perdone, si halla por donde”. El pobre Dios.

Es cierto que en el Proceso de Nüremberg (octubre de 1946) varios jefes militares fueron condenados y, caso in-sólito, cumplieron la condena, o se suicidaron en la víspera, como Goering. (Los procesados en España por el 23-F son un caso distinto: no fueron condenados por violación a los derechos humanos sino por intento de golpe de Estado.) Pero en el casi medio siglo posterior a Nüremberg, las atrocidades militares han gozado de una impunidad verdaderamente escalofriante, especialmente cuando fueron cometidas al amparo de lo que Ronald Reagan bautizó como *dictaduras amigas*. En 1993 los ejércitos son conscientes de que no deben inquietarse por el juicio del futuro: más allá de sus crímenes, condenados o absueltos, saben que la generosa amnistía siempre les aguarda, convencida de que todo lo hicieron por la patria. De modo que cada vez que matan o torturan, sólo deberán susurrar, como quien va a descender del autobús o del metro: “Con perdón”. Es cierto que, después de todo, no hay indulto para el desprecio, pero los Ponce, los Videla, los Pinochet, no se fijan en esos detalles.

(1993)

ÍNDICE

<i>Nota</i>	9
Variaciones sobre el olvido	13
La paz o la aceptación del otro	19
Los propietarios de la libertad	27
El llanto de Jimmy Swaggart	33
La náusea panameña	37
La profunda frivolidad	43
La enmienda y el soneto	49
El bendito enemigo	57
Hacia un Estado del Malestar	61
La realidad y la palabra	65
Eclipse de la solidaridad	83
El banquero de Dios	89
La isla que exporta vida	91
No hay indulto para el desprecio	101
Nostalgia del presente	105
La hipocresía terminal	111
Los dos capitalismoos	117
No queremos ser liberados	123
Se acabó el simulacro	129
El invasor invadido	133
Esa vieja costumbre de sentir	137
La vergüenza de haber sido	143
Sobre obsesiones y omisiones	147
Leer los labios	151
Perplejidades de fin de siglo	155
Una federación de identidades	159
Convalecencia del compromiso	165
Ética de amplio espectro	173
La izquierda y sus rubores	179
Los perdonados de siempre	185

MARIO BENEDETTI

POEMAS
DE LA OFICINA

POEMAS
DEL HOYPORHOY

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

POEMAS DE LA OFICINA

1953-1956

SUELDO

Aquella esperanza que cabía en un dedal,
aquella alta vereda junto al barro,
aquel ir y venir del sueño,
aquel horóscopo de un larguísimo viaje
y el larguísimo viaje con adioses y gente
y países de nieve y corazones
donde cada kilómetro es un cielo distinto,
aquella confianza desde no sé cuándo,
aquel juramento hasta no sé dónde,
aquella cruzada hacia no sé qué,
ese aquel que uno hubiera podido ser
con otro ritmo y alguna lotería,
en fin, para decirlo de una vez por todas,
aquella esperanza que cabía en un dedal
evidentemente no cabe en este sobre
con sucios papeles de tantas manos sucias
que me pagan, es lógico, en cada veintinueve
por tener los libros rubricados al día
y dejar que la vida transcurra,
gotee simplemente
como un aceite rancio.

ELLOS

Ellos saben si soy o si no soy,
ellos abren la puerta y dicen: "Pase",
miran y relativamente son felices,
endosan el destino como un cheque
y eructan, aquiescentes, sin provocar a nadie.

Ellos saben si soy o si no soy,
por detrás de los dientes dicen: "Hola",
hablan y relativamente son ingenuos
y sencillos y escupen y recelan
y transpiran a veces en dos dedos de frente.

Ellos saben si soy o si no soy,
ellos cierran la mano y dicen: "Pero"
viven y relativamente son milagros
y sueldo y providencia y mal aliento
y gastan por docenas los pañuelos sin lágrimas.

Ellos saben si soy o si no soy,
ellos miran al cielo y dicen: "¿Cuánto?",
pasan y relativamente son nombrados,
pero yo, como ellos me instruyeron,
no digo ni caramba ni ahí te pudras.

EL NUEVO

Viene contento
el nuevo
la sonrisa juntándole los labios
el lápizfaber virgen y agresivo
el duro traje azul
de los domingos.

Decente
un muchachito.
Cada vez que se sienta
piensa en las rodilleras
murmura sí señor
se olvida
de sí mismo.
Agacha la cabeza
escribe sin borrones
escribe escribe
hasta
las siete menos cinco.

Sólo entonces
suspira
y es un lindo suspiro
de modorra feliz
de cansancio tranquilo.

Claro
uno ya lo sabe
se agacha demasiado
dentro de veinte años
quizá
de veinticinco
no podrá enderezarse
ni será el mismo

tendrá unos pantalones
mugrientos y cilíndricos
y un dolor en la espalda
siempre en su sitio.
No dirá
sí señor
dirá viejo podrido
rezará palabrotas
despacito
y dos veces al año
pensará
convencido
sin creer su nostalgia
ni culpar al destino
que todo
todo ha sido
demasiado
sencillo.

VERANO

Voy a cerrar la tarde
se acabó
no trabajo
tiene la culpa el cielo
que urge como un río
tiene la culpa el aire
que está ansioso y no cambia
se acabó
no trabajo
tengo los dedos blandos
la cabeza remota
tengo los ojos llenos
de sueños
yo qué sé
veo sólo paredes
se acabó
no trabajo
paredes con reproches
con órdenes
con rabia
pobrecitas paredes
con un solo almanaque
se acabó
no trabajo
que gira lentamente
dieciséis de diciembre.

Iba a cerrar la tarde
pero suena el teléfono
sí señor enseguida
comonó cuandoquiera.

CUENTA CORRIENTE

Usted que se desliza
sobre el tiempo,
usted que saca punta
y se persigna,
usted, modesto anfibio,
usted que firma con mi pluma fuente
y tose con su tos y no me escupa,
usted que sirve para
morirse y no se muere,
usted que tiene ojos dulces como el destino
y dudas que son cheques
al portador
y dudas
que le despejan Life y Selecciones,
¿cómo hace noche a noche
para cerrar los ojos
sin una sola deuda
sin una sola deuda
sin una sola sola deuda?

AGUINALDO

Ya he sacado mis cuentas
y no le pago
a nadie.

Ni al sastre que me hizo estas solapas
como alas de palomo
ni al pobre almacenero
que no me vende azúcar
ni al Banco que me ahorca
ni al librero que gime
ni al destino que claro no recoge
las tiernas oraciones
que envió contra reembolso.

Ya he sacado mis cuentas
y no le pago
a nadie.

Cobraré el aguinaldo en billetes de uno a uno
y me iré caminando por Dieciocho
silbando un tango amargo
como otro distraído.

LUNES

Volvió el noble trabajo
pucha qué triste
que nos brinda el pan nuestro
pucha qué triste
me meto en el atraso
hastacuandodiosmío
como un viejo tornillo
como cualquier gusano
me meto en el atraso
y el atraso me asfixia,
dos veinte, cinco quince,
me aplasta, me golpea,
once setenta, mil
trescientos veintiuno,
se me perdió una cifra
estaba aquí y ahora
tres falsos contrasientos
gotean de mi bolsillo

alguien llama alguien manda
pucha qué triste
alguien
se metió en el atraso
desordenó las pistas
y en cada diferencia
añadió tres centésimos.

Volvió el noble trabajo
aleluya
qué peste
faltan para el domingo
como siete semanas.

DIRECTORIO

Hay una tos reseca
como de cigarrillo
después
un comentario murmurado

un arrastre de silla
dos bostezos
la lectura del acta anterior
esa peste.

El delgado tabique
toma partido y cuenta
nos cuenta todo
como un gran secreto.

Ahora un largo silencio
alguien escribe
alguien

y a mí todo eso
ni me va ni me viene.

Se discute
se vota
se toma coca cola
en una paz cansada
se estudia el presupuesto.

De pronto uno difunde
el alerta.
Otros gritan.
Éste dice: “Jamás”
y aquéllos dicen: “Nunca”.

Los reproches golpean
la tímida mampara
pero yo estoy tranquilo
tranquilo e importante.

Un orgullo pueril
me enciende
y sobriamente
reconozco que ahora
están hablando de mí.

COSAS DE UNO

Yo digo ¿no?
esta mano
que escribe mil doscientos
y transporte
y Enero
y saldo en caja
que balancea el secante
y da vuelta la hoja
esta mano crispada en el apuro
porque se viene el plazo
y no hay tu tía
que suma cifras de otros
cheques de otros
que verdaderamente pertenece a otros
yo digo ¿no?
esta mano
¿qué carajo
tiene que ver conmigo?

KINDERGARTEN

Vino el patrón y nos dejó su niño
casi tres horas nos dejó su niño,
indefenso, sonriente, millonario,
un angelito gordo y sin palabras.

Lo sentamos allí, frente a la máquina
y él se puso a romper su patrimonio.
Como un experto desgarró la cinta
y le gustaron efes y paréntesis.

Nosotros, satisfechos como tías,
lo dejamos hacer. Después de todo,
sólo dice “papá”. El año que viene
dirá estádespedido y noseaidiota.

DACTILÓGRAFO

Montevideo quince de noviembre
de mil novecientos cincuenta y cinco
Montevideo era verde en mi infancia
absolutamente verde y con tranvías
muy señor nuestro por la presente
yo tuve un libro del que podía leer
veinticinco centímetros por noche
y después del libro la noche se espesaba
y yo quería pensar en cómo sería eso
de no ser de caer como piedra en un pozo
comunicamos a usted que en esta fecha
hemos efectuado por su cuenta
quién era ah sí mi madre se acercaba
y prendía la luz y no te asustes
y después la apagaba antes que me durmiera
el pago de trescientos doce pesos
a la firma Menéndez & Solari
y sólo veía sombras como caballos
y elefantes y monstruos casi hombres
y sin embargo aquello era mejor
que pensarme sin la savia del miedo
desaparecido como se acostumbra
en un todo de acuerdo con sus órdenes
de fecha siete del corriente
era tan diferente era verde
absolutamente verde y con tranvías
y qué optimismo tener la ventanilla
sentirse dueño de la calle que baja
jugar con los números de las puertas cerradas
y apostar consigo mismo en términos severos
rogámosle acusar recibo lo antes posible
si terminaba en cuatro o trece o diecisiete
era que iba a reír o a perder o a morirme

de esta comunicación a fin de que podamos
y hacerme tan sólo una trampa por cuadra
registrarlo en su cuenta corriente
absolutamente verde y con tranvías
y el Prado con caminos de hojas secas
y el olor a eucaliptos y a temprano
saludamos a usted atentamente
y desde allí los años y quién sabe.

HERMANO

Qué suerte
siempre iguales
hermano
vos y yo
desde aquella alegría
de nuestro primer sueldo
siempre iguales
hermano
en las licencias
en los aguinaldos
en los ascensos
en las comisiones
siempre en el mismo cargo
siempre en el mismo sueldo
yo
usando lo que sé
brindando lo que tengo
ecuaciones
inglés
teneduría
alemán
buena letra
logaritmos
yo
usando lo que sé
nada más
nada menos
vos
prendido a la Oreja
como una caravana.

DESPUÉS

El cielo de veras que no es éste de ahora
el cielo de cuando me jubile
durará todo el día
todo el día caerá
como lluvia de sol sobre mi calva.

Yo estaré un poco sordo para escuchar los árboles
pero de todos modos recordaré que existen
tal vez un poco viejo para andar en la arena
pero el mar todavía me pondrá melancólico
estaré sin memoria y sin dinero
con el tiempo en mis brazos como un recién nacido
y llorará conmigo y lloraré con él
estaré solitario como una ostra
pero podré hablar de mis fieles amigos
que como siempre contarán desde Europa
sus cada vez mas tímidos contrabandos y becas.

Claro estaré en la orilla del mundo contemplando
desfiles para niños y pensionistas
aviones
eclipses
y regatas
y me pondré sombrero para mirar la luna
nadie pedirá informes ni balances ni cifras
y sólo tendré horario para morirme
pero el cielo de veras que no es éste de ahora
ese cielo de cuando me jubile
habrá llegado demasiado tarde.

ORACIÓN

Déjame este zumbido de verano
y la ausencia bendita de la siesta
déjame este lápiz
este block
esta máquina
este impecable atraso de dos meses
este mensaje del tabulador
déjame solo con mi sueldo
con mis deudas y mi patrón
déjame
pero
no me dejes
después de las siete
menos diez
Señor
cuando esta niebla de ficción
se esfume
y quedes Tú
si quedo Yo.

ELEGÍA EXTRA

Hoy
un domingo
como cualquier otro
uno de esos
que Dios ha reservado
para el mate
la radio despacito
para el amor
repetido en los parques
para el descanso
el vino
y el Estadio
para la dulce farra
de la siesta
precisamente hoy
un domingo cualquiera
debo abrir puertas
de silencio horrible
debo juntarme
con mi aburrimiento
debo enfrentar mi mesa
empecinada
asquerosa de tinta
y de papeles.
El sol allí cerquita
sucio domingo
pienso
yo a veces di consejos
claros como setiembre
yo me hice mala sangre
hasta la madrugada
¿y ahora qué?
ahora

esposos y rituales
Gardel y un alboroto
bajan del sexto piso
el sol va recorriendo
tranquilamente
el muro
y yo como un intruso
y yo como una pieza
dislocada
yo frente al miedo
de la Ciudad Vieja
más allá del fervor
y el pesimismo
porque a mis dedos
ya
nadie los mueve
y quedan más planillas
más planillas
más inmundas planillas
todas
con siete copias

COMISIÓN

Mírela y no proteste
ésta es su tierra
amigo
ella lo está esperando
como una amante nueva
como la tierra
simplemente
que es
yo no sé si mañana
estará como ahora
ahí nomás tan cerquita
al lado de su mano
delante de su pie
porque la tierra es eso
una esperanza
porque la tierra es
claro
una inversión
y cada día usted sabe
que su esperanza vale
un poco un poco más
tómela y no discuta
ella lo está esperando
como una buena madre
como una patria nueva
como la tierra
simplemente
que es
piénselo usted la paga
en treinta años
qué son
treinta años para el mundo
treinta años para Dios

un abrir y cerrar
de ojos
un suspiro
además
claro
bueno
comonó comonó
ésta es su tierra
amigo
no se olvide
de abonarme la seña
es más seguro.

ANGELUS

Quién me iba a decir que el destino era esto.

Ver la lluvia a través de letras invertidas,
un paredón con manchas que parecen prohombres,
el techo de los ómnibus brillantes como peces
y esa melancolía que impregna las bocinas.

Aquí no hay cielo,
aquí no hay horizonte.

Hay una mesa grande para todos los brazos
y una silla que gira cuando quiero escaparme.
Otro día se acaba y el destino era esto.

Es raro que uno tenga tiempo de verse triste:
siempre suena una orden, un teléfono, un timbre,
y, claro, está prohibido llorar sobre los libros
porque no queda bien que la tinta se corra.

AMOR, DE TARDE

Es una lástima que no estés conmigo
cuando miro el reloj y son las cuatro
y acabo la planilla y pienso diez minutos
y estiro las piernas como todas las tardes
y hago así con los hombros para aflojar la espalda
y me doblo los dedos y les saco mentiras.

Es una lástima que no estés conmigo
cuando miro el reloj y son las cinco
y soy una manija que calcula intereses
o dos manos que saltan sobre cuarenta teclas
o un oído que escucha cómo ladra el teléfono
o un tipo que hace números y les saca verdades.

Es una lástima que no estés conmigo
cuando miro el reloj y son las seis.
Podrías acercarte de sorpresa
y decirme “¿Qué tal?” y quedaríamos
yo con la mancha roja de tus labios
tú con el tizne azul de mi carbónico.

OH

Jefe
usté está aburrido
aburrido de veras
hace veintiocho años
que sabe sus asientos
que comprueba los saldos
y revuelve el café.

Está aburrido
jefe
se le nota en los ojos
en la voz
en las órdenes
en el paso
en las mangas
en los setenta rubros
de letra redondilla.

Jefe
usté está aburrido
nadie lo sabe
nadie.

Pero ahora que está solo
ahora que no ven Ellos
desahóguese
grite
discuta
diga mierda
dé golpes en la mesa
vuélvase insoportable
por favor
diga no

diga no muchas veces
hasta quedarse ronco.

No cuesta nada
jefe
haga la prueba.

LICENCIA

Aquí empieza el descanso.
En mi conciencia y en el almanaque
junto a mi nombre y cargo en la planilla
aquí empieza el descanso.
Dos semanas.

Debo apurarme porque hay tantas cosas
recuperar el mar
eso primero
recuperar el mar desde una altura
y hallar toda la vida en cuatro olas
gigantescas y tristes como sueños

mirar el cielo estéril
y encontrarlo cambiado
hallar que el horizonte
se acercó veinte metros
que el césped hace un año era más verde
y aguardar con paciencia
escuchando los grillos
el apagón tranquilo de la luna.

Me desperezo
grito
poca cosa
qué poca cosa soy sobre la arena
la mañana se fue
se va la tarde
la caída del sol me desanima
sin embargo respiro
sin embargo
qué apretujón de ocio a plazo fijo.

Pero nadie se asusta
nadie quiere
pensar que se ha nacido para esto
pensar que alcanza y sobra
con los pinos
y la mujer
y el libro
y el crepúsculo.

Una noche cualquiera acaba todo
una mañana exacta
seis y cuarto
suena el despertador como sonaba
en el resto del año
un alarido.

Aquí empieza el trabajo.
En mi cabeza y en el almanaque
junto a mi nombre y cargo en la planilla.

Aquí empieza el trabajo.
Mansamente.
Son
cincuenta semanas.

POEMAS DEL HOYPORHOY

1958-1961

*Hoy me gusta la vida mucho menos,
pero siempre me gusta vivir...*

CÉSAR VALLEJO

*Ich bleibe dennoch. Es gibt immer
Zuschann.*

RAINER MARÍA RILKE

LA CRISIS

Viene la crisis
ojo
guardabajo
un pan te costará como tres panes
tres panes costarán como tres hijos
y qué barbaridad
todos iremos
a las nubes en busca de un profeta
que nos hable de paz
como quien lava.

Viene la crisis
ojo
quizá te esté subiendo
por la manga
quizá la tengas
ahora
enroscada sin más en el pescuezo
o esté votando con tu credencial
o comprando tu fe con tu dinero.

Oh cuánto cuánto
costará el escrúpulo
y la vergüenza buena
la importada
la que no encoge a la primera lluvia
la vergüenza de nylon
ciemporciento.

Oh cuánto cuánto
costará el amor
en la noche sin dólares ni luna
con los perros afónicos

y el sueño
firmando los conformes con rocío.

Oh cuánto cuánto
costará la muerte
ahora que no hay divisas
ni perdón
y no hay repuestos para la conciencia
ni ganas de morir
ni afán
ni nada.

Viene la crisis
ojo
guardabajo
no habrá vino ni azúcar ni zapatos
ni quinielas ni sol ni Dios ni abrigo
ni diputados ni estupefacientes
ni manteca ni fruta ni ramerás.

Viene la crisis
Ojo.
Guardarriba.

MONSTRUOS

Qué vergüenza
carezco de monstruos interiores
no fumo en pipa frente al horizonte
en todo caso creo que mis huesos
son importantes para mí y mi sombra
los sábados de noche me lleno de coraje
mi nariz qué vergüenza no es como la de Goethe
no puedo arrepentirme de mi melancolía
y olvido casi siempre que el suicidio es gratuito
qué vergüenza me encantan las mujeres
sobre todo si son consecuentes y flacas
y no confunden sed con paroxismo
qué vergüenza diosmío no me gusta Ionesco
sin embargo estoy falto de monstruos interiores
quisiera prometer como Dios manda
y vacilar como la gente en prosa
qué vergüenza en las tardes qué vergüenza
en las tardes más oscuras de invierno
me gusta acomodarme en la ventana
ver cómo la llovizna corre a mis acreedores
y ponerme a esperar o quizás a esperarte
tal como si la muerte fuera una falsa alarma.

EDITORIAL

La nación es una manzana
una roja invitante manzana
y no sabemos quién la morderá

la nación es una corneta
una ronca gastada corneta
y no sabemos quién la sonará

la nación es una langosta
una atlética horrible langosta
y no sabemos quién la matará

ah nosotros estamos por la Reforma
o sea ahogar las cornetas en su tinta
y comer las manzanas con su cáscara
e invitar las langostas al té de los domingos

claro que estamos por la Reforma
o —en otras palabras— contra la Reforma
y ya que el prestigioso colega nos recuerda
que el once por ciento de nuestros lactantes
son comunistas y útiles cretinos
nuestro próximo slogan tendría que ser
démosles biberones con arsénico

así estaremos moralmente preparados
para regar con método y tal vez con piedad
la tierra de los hombres de buena voluntad.

LOS PITUCOS

Hijo mío
recuérdalo
son éstos los pitucos

tienen un aire
verdad
que es un desaire

tienen la marca
verdad
de su comarca

mira
son los pitucos
nacen junto a la rambla
respiran el salitre
le hacen guiños al sol
se rascan el ombligo

duermen siestas feroces
besan con labios blandos
y en la rambla se mueren
y van al paraíso
y claro
el paraíso
es también una rambla

fíjate bien
son ellos
los pitucos
casi una raza aparte
son nietos de estancieros
primos de senadores

sobrinos de sobrinos
de heroicos industriales

son ágiles
imberbes
deportistas
cornudos

mira cómo te miran
bajo sus lentes negros
pero no te preocupes
en el fondo
son buenos

aman los dividendos
escuchan a Stravinsky
se bañan diariamente
con jabón perfumado
y a la hora del crepúsculo
bajan todos al Centro

hijo mío
prométeme
nunca intentes hacerles
zancadillas

los pitucos son tenues
los pitucos son blandos
una bocina
un grito
a veces una huelga
les arruinan el alma

en ocasiones
raras ocasiones
se hacen los malos
dicen palabrotas
pero después se mueren
de vergüenza

y allá en su diario íntimo
se azotan con metáforas

hijo mío
recuérdalo
son éstos los pitucos

tienen un pelo
verdad
que es terciopelo

una cadencia
verdad
que es decadencia

tú
déjalos pasar
son de otra raza
admíralos
toléralos
apláudelos
escúpelos
tírales caramelos
cualquier cosa
después
cuando seas grande
grande
y tengas un hijo
lo tomas de la mano
lo traes aquí a la rambla

y sin darle importancia
le dices
hijo mío
son éstos los pitucos.

ESE VOTO

Cuando corres el ómnibus y trepas
no sabes que noviembre va contigo
el punguista noviembre va a quitarte
el voto que aún ignoras ese voto
pensarás pensaremos qué trabajo
mientras noviembre busca en tu bolsillo
uno es emprendedor pero cretino
dos un marica habla con voz machaza
tres es solemne ególatra y pulido
cuatro es veraz contrabandista y lúcido

pensarás pensaremos qué trabajo
mientras noviembre busca en tu bolsillo
desde tu abuelo blanco o colorado
estabas firmemente decidido
a consentir que no decidirías
pensarás pensaremos qué trabajo
mientras noviembre busca en tu bolsillo

uno te ofrece un puesto sin cansancio
dos te regala un puesto sin horario
tres te consigue un puesto sin estorbos
cuatro te brinda un puesto sin denuedo
pensarás oh no pienses ya noviembre
ha encontrado tu voto en tu bolsillo
cuando bajes del ómnibus y enciendas
el cigarrillo de las siete y cuarto
te sentirás demócrata y tranquilo.

INTERVIEW

No es ninguna molestia
explicarle qué pienso
del infinito
el infinito es
sencillamente
un agrio viento frío
que eriza las mucosas
la piel
y las metáforas
le pone a uno en los ojos
lágrimas de rutina
y en la garganta un nudo
de sortilegio
seguramente usted ya se dio cuenta
en el fondo no creo
que exista el infinito.

Bueno sobre política
jesús
sobre política
mi bisabuelo que era liberal
espiaba a las criadas en el baño
mi abuelo el reaccionario
extraviaba las llaves de sus deudas
mi padre el comunista
compraba hectáreas con un gesto de asco
yo soy poeta
señor
y usted debe saber que los poetas
vivimos a la vuelta de este mundo
claro que usted quizá no tenga tiempo
para tener paciencia
pero debe conocer que en el fondo
yo no creo en la política.

Por supuesto el estilo
qué pienso del estilo
una cosa espontánea que se va haciendo sola
siempre escribí en la cama
mucho mejor que en los ferrocarriles
qué más puedo agregar
ah domino el sinónimo
módico exiguo corto insuficiente
siempre escribo pensando en el futuro
pero el futuro
se quedó sin magia
me olvidaba que usted
ya sabe que en el fondo
yo no creo en el estilo.

El amor el amor
ah caramba
el amor
por lo pronto me gusta
la mujer
bueno fuera
el alma
el corazón
sobre todo las piernas
poder alzar la mano
y encontrarla a la izquierda
tranquila
o intranquila
sonriendo desde el pozo
de su última modorra
o mirando mirando
como a veces se mira
un rato antes del beso
después de todo
usted y yo sabemos
que en el fondo
el amor
el amor
es una cosa seria.

Por favor
esto último
no vaya a publicarlo.

VUELO 202

Desde el viento que arrastra tantas nubes
como futuros ángeles caídos
desde este vasto sótano de cielo
hasta el que Dios no baja
pero igual llega el miedo
desde aquí
desde arriba
mi país es una mancha verde
una mancha tan verde
que parece rosada

sin embargo allá abajo es tan distinto
hay glorias
pero glorias de bolsillo
campanillas de caja
tangos viejos
aranceles de coimas
almas verdes
y almas de la estación
y almas podridas

pero aquí
desde arriba
no se ve nada de eso
no se ve ni se nombra

desde este vasto sótano de cielo
con brincos de aire y labios de azafata
mi país otra vez tiene misterio
quizás porque no puedo
reconocer sus marcas
ni el corazón de oro
ni la cola de paja.

CUMPLEAÑOS EN MANHATTAN

Todos caminan
yo también camino

es lunes y venimos con la saliva amarga
mejor dicho
son ellos los que vienen

a la sombra de no sé cuántos pisos
millones de mandíbulas
que mastican su goma
sin embargo son gente de este mundo
con todo un corazón bajo el chaleco

hace treinta y nueve años
yo no estaba
tan solo y tan rodeado
ni podía mirar a las queridas
de los innumerables ex-sargentos
del ex-sargentísimo Batista
que hoy sacan a mear
sus perros de abolengo
en las esquinas de la democracia

hace treinta y nueve años
allá abajo
más abajo de lo que hoy se conoce
como Fidel Castro o como Brasilia
abrí los ojos y cantaba un gallo
tiene que haber cantado
necesito
un gallo que le cante al Empire State Building
con toda su pasión
y la esperanza

de parecer iguales
o de serlo

todos caminan
yo también camino
a veces me detengo
ellos no
no podrían

respiro y me siento
respirar
eso es bueno
tengo sed y me cuesta
diez centavos de dólar
otro jugo de fruta
con gusto a Guatemala

este cumpleaños
no es
mi verdadero
porque este alrededor
no es
mi verdadero
los cumpliré más tarde
en febrero o en marzo
con los ojos que siempre me miraron
las palabras que siempre me dijeron
con un cielo de ayer sobre mis hombros
y el corazón deshilachado y terco
los cumpliré más tarde
o no los cumplo
pero éste no es mi verdadero

todos caminan
yo también camino
y cada dos zancadas poderosas
doy un modesto paso melancólico

entonces los becarios colombianos
y los taximetristas andaluces

y los napolitanos que venden pizza y cantan
y el mexicano que aprendió a mascar chicles
y el brasileño de insolente fotómetro
y la chilena con su amante gringo
y los puertorriqueños que pasean
su belicoso miedo colectivo
miran y reconocen mi renguera
y ellos también se aflojan un momento
y dan un solo paso melancólico
como los autos de la misma marca
que se hacen una seña con las luces

nunca estuvo tan lejos
ese cielo
nunca estuvo tan lejos
y tan chico
un triángulo isósceles nublado
que ni siquiera es una nube entera

tengo unas ganas cursis
dolorosas
de ver algo de mar
de sentir cómo llueve en Andes y Colonia
de oír a mi mujer diciendo cualquier cosa
de escuchar las bocinas
y de putear con eco
de conseguir un tango
un pedazo de tango
tocado por cualquiera
que no sea Kostelanetz

pero también es bueno
sentir alguna vez un poco de ternura
hacia este chorro enorme
poderoso
indefenso
de humanidad dócilmente apurada
con la cruz del confort sobre su frente
un poco de imprevista ternura sin raíces
digamos por ejemplo hacia una madre equis

que ayer en el zoológico de Central Park
le decía a su niño con preciosa nostalgia
look Johnny this is a cow
porque claro
no hay vacas entre los rascacielos

y otro poco de fe
que es mi único folklore
para agitar como un pañuelo blanco
cuando pasen o simplemente canten
las tres clases de seres más vivos de este Norte
quiero decir los negros
las negras
los negritos

todos caminan
pero yo
me he sentado
un yanqui de doce años me lustra los zapatos
él no sabe que hoy es mi cumpleaños
ni siquiera que no es mi verdadero
por mi costado pasan todos ellos
acaso yo podría ser un dios provisorio
que contemplara inerme su rebaño
o podría ser un héroe más provisorio aún
y disfrutar mis trece minutos estatuarios

pero todo está claro
y es más dulce
más útil
sobre todo más dulce
reconocer que el tiempo está pasando
que está pasando el tiempo y hace ruido
y sentirse de una vez para siempre
olvidado y tranquilo
como un cero a la izquierda.

Nueva York, 14 de setiembre de 1959

UN PADRENUESTRO LATINOAMERICANO

Padre nuestro que estás en los cielos
con las golondrinas y los misiles
quiero que vuelvas antes de que olvides
cómo se llega al sur de Río Grande

Padre nuestro que estás en el exilio
casi nunca te acuerdas de los míos
de todos modos dondequiera que estés
santificado sea tu nombre
no quienes santifican en tu nombre
cerrando un ojo para no ver las uñas
sucias de la miseria

en agosto de mil novecientos sesenta
ya no sirve pedirte
venga a nos el tu reino
porque tu reino también está aquí abajo
metido en los rencores y en el miedo
en las vacilaciones y en la mugre
en la desilusión y en la modorra
en esta ansia de verte pese a todo

cuando hablaste del rico
la aguja y el camello
y te votamos todos
por unanimidad para la Gloria
también alzó su mano el indio silencioso
que te respetaba pero se resistía
a pensar hágase tu voluntad

sin embargo una vez cada tanto
tu voluntad se mezcla con la mía
la domina

la enciende
la duplica
más arduo es conocer cuál es mi voluntad
cuándo creo de veras lo que digo creer
así en tu omnipresencia como en mi soledad
así en la tierra como en el cielo
siempre
estaré más seguro de la tierra que piso
que del cielo intratable que me ignora

pero quién sabe
no voy a decidir
que tu poder se haga o se deshaga
tu voluntad igual se está haciendo en el viento
en el Ande de nieve
en el pájaro que fecunda a su pájara
en los cancilleres que murmuran yes sir
en cada mano que se convierte en puño

claro no estoy seguro si me gusta el estilo
que tu voluntad elige para hacerse
lo digo con irreverencia y gratitud
dos emblemas que pronto serán la misma cosa
lo digo sobre todo pensando en el pan nuestro
de cada día y de cada pedacito de día

ayer nos lo quitaste
dánoslo hoy
o al menos el derecho de darnos nuestro pan
no sólo el que era símbolo de Algo
sino el de miga y cáscara
el pan nuestro
ya que nos quedan pocas esperanzas y deudas
perdónanos si puedes nuestras deudas
pero no nos perdones la esperanza
no nos perdones nunca nuestros créditos

a más tardar mañana
saldremos a cobrar a los fallutos

tangibles y sonrientes forajidos
a los que tienen garras para el arpa
y un panamericano temblor con que se enjugan
la última escupida que cuelga de su rostro

poco importa que nuestros acreedores perdonen
así como nosotros
una vez
por error
perdonamos a nuestros deudores

todavía
nos deben como un siglo
de insomnios y garrote
como tres mil kilómetros de injurias
como veinte medallas a Somoza
como una sola Guatemala muerta

no nos dejes caer en la tentación
de olvidar o vender este pasado
o arrendar una sola hectárea de su olvido
ahora que es la hora de saber quiénes somos
y han de cruzar el río
el dólar y su amor contrarrembolso
arráncanos del alma el último mendigo
y líbranos de todo mal de conciencia
amén.

BALADA DEL MAL GENIO

Hay días en que siento una desgana
de mí, de ti, de todo lo que insiste en creerse
y me hallo solidariamente cretino
apto para que en mí vacilen los rencores
y nada me parezca un aceptable augurio.

Días en que abro el diario con el corazón en la boca
como si aguardara de veras que mi nombre
fuera a aparecer en los avisos fúnebres
seguido de la nómina de parientes y amigos
y de todo el indócil personal a mis órdenes.

Hay días que ni siquiera son oscuros
días en que pierdo el rastro de mi pena
y resuelvo las palabras cruzadas
con una rabia hecha para otra ocasión
digamos, por ejemplo, para noches de insomnio.

Días en que uno sabe que hace mucho era bueno
bah tal vez no hace tanto que salía la luna
limpia como después de un jabón perfumado
y aquello sí era auténtica melancolía
y no este malsano, dulce aburrimiento.

Bueno, esta balada sólo es para avisarte
que en esos pocos días no me tomes en cuenta.

ELLA QUE PASA

Paso que pasa
rostro que pasabas
qué más quieres
te miro
después me olvidaré
después y solo
solo y después
seguro que me olvido.

Paso que pasas
rostro que pasabas
qué más quieres
te quiero
te quiero sólo dos
o tres minutos
para quererte más
no tengo tiempo.

Paso que pasas
rostro que pasabas
qué más quieres
ay no
ay no me tienes
que si nos tentamos
no nos podremos olvidar
adiós.

AUSENCIA

El niño que no vino
tiene los labios fuertes
tiene las manos tiernas
el alma como nube
no es nadie
es sólo niño
saca viejas monedas
del bolsillo de Dios
se parece a la madre
su misma risa ancha
su corazón a saltos

juega con los silencios
y con ellos hace otros
silencios
y se aburre
el niño que no vino
no viene
porque cree
que todo el que aquí nace
no se muere
después.

AHORA VALE LA PENA

Ahora vale la pena.
Dios
se quedó dormido.

Todos sabemos que esto
no es
definitivo
que es una suerte loca
quizá un breve
delirio.

Ahora vale la pena
vivir
aunque haga frío
aunque la tarde vuele.
O no vuele.
Es lo mismo.

Ahora sí
pero luego
si Dios no se despierta
qué pasará
diosmío.

EL ÁNGEL

La paz oh la paz
quién habló de la paz
aquel viejo con cara de caballo
que mira sin mirar y a veces pide
ése habló de la paz
aquella jovencita con arrugas
que recuerda sus épocas de virgen
ésa habló de la paz
aquel atleta de campera verde
aquel tímido lleno de rencores
aquel horrible y sabio lustrabotas
ése éstos hablaron de la paz
aquella ama de casa con bostezos
aquel auxiliar cuarto que no fuma
aquel santo que piensa cuando vota
aquel bobo que cree en una bandera
todos éstos hablaron de la paz
pero qué pena
qué grandísima pena
todos tan inocentes
tan alegres
no saben que la paz dependía de un ángel
y ese ángel tiene ahora
un dedo en el gatillo.

ASÍ RODEADO

Otra vez estoy solo
tan hondamente
solo
que no siento la ayuda
ni el calor
de tu mano
ni tu nueva mirada
ni siquiera la antigua
universal
tristeza

tan libremente
solo
que no puedo acordarme
de cómo era el mundo
con su pobre
tranquila muchedumbre
con sus brazos abiertos
con su espalda vencida
tan claramente
solo
que las paredes lloran
los vagabundos lloran
los solitarios lloran
y se alejan

ah pero éstos
éstos los sobornables
solitarios
antes de irse me envuelven
en una blanda
ojeada
que parece piedad
pero es
envidia.

MÁS O MENOS LA MUERTE

La muerte es sólo un niño
de cara triste
un niño
sin motivo
sin miedo
sin fervor
un pobre niño viejo
que se parece
a Dios.

A veces
sin embargo
es tan sólo un silencio
sin pasado
sin molde
sin olor
un silencio en que ladran
los perros
esos perros
y uno se pregunta
quiénes son.

A veces.

Otras veces
es una niebla espesa
que se mete en los ojos
que destruye la voz
y lo arrincona a uno definitivamente
bueno
definitivamente no
tan sólo hasta que uno
se siente
sin amor.

A veces.

Pero es raro.
Por lo común la muerte
es solamente un niño
de cara triste
un niño
que sale de la noche
sin motivo
sin miedo
sin fervor
un pobre niño viejo
que deja caer su mano
sobre mi corazón.

POBRE DIOS

Es imposible estar seguro
pero tal vez sea Dios todo el silencio
que queda de los hombres

es imposible estar seguro
pero acaso Dios sea
la soledad total
irrevocable
más grave que la tuya
o que la mía
por lo menos más grave que la mía
que es soledad tan sólo
cuando el viejo crepúsculo me mira
como un toro furioso
y yo no tengo a mano
tus sabios labios para
olvidarme de todo lo que temo

es imposible estar seguro
ah pero en ese caso
pobre Dios qué tristeza
debe ser su tristeza

pobre Dios
si una vez descendiera
a asir nuestra miseria
y respirara por unas pocas horas
el incesante miedo de la muerte
quizá mucho después
allá
solo y eterno
recordara esa tibia bocanada

como el único asueto
de su enorme
desolado Infinito.

CINCO VECES TRISTE

1. Barco Viejo

La tristeza del mundo
es decir mi tristeza
empezó hace treinta años
en una noche hueca.

Por entonces los ángeles
trepaban por mis nervios
me dejaban promesas
me colgaban temores
y eso alcanzaba para todo el tiempo
para entender la vida
todo el tiempo.

Después de todo
no eran ángeles
eran tan sólo
escalofríos.

También tuve y no tengo un abuelo
con un siglo de cuentos
y una barba de seda
y dijo buenas noches
y se metió en su sueño
como huésped antiguo y de confianza.

Claro
no era su sueño
era su única muerte
nada más.

Por entonces había
nubes como montañas
y el horizonte era una cuerda floja
y los lunes
y miércoles
y viernes
Dios hacía equilibrio
sin caerse.

Pero no era Dios
era tan sólo
un barco viejo.

2. Es tan poco

Lo que conoces
es tan poco
lo que conoces
de mí
lo que conoces
son mis nubes
son mis silencios
son mis gestos
lo que conoces
es la tristeza
de mi casa vista de afuera
son los postigos de mi tristeza
el llamador de mi tristeza.

Pero no sabes
nada
a lo sumo
piensas a veces
que es tan poco
lo que conozco
de ti
lo que conozco

o sea tus nubes
o tus silencios
o tus gestos
lo que conozco
es la tristeza
de tu casa vista de afuera
son los postigos de tu tristeza
el llamador de tu tristeza.
Pero no llamas.
Pero no llamo.

3. Cáscara y nada

A veces el futuro es un sueño cerrado
y uno arroja la llave al precipicio
el corazón a veces nos despierta a los gritos
y uno se vuelve sordo de ternura

a veces es preciso que se nos caiga el cielo
para saber todo lo que nos falta
para inventar el surco del insomnio
para quedarse a solas con el mundo.

Casi siempre es la hora de la verdad vacía
sólo cáscara y nada
Dios inmóvil
es el temor recién amanecido
y ya opaco de veras
ya de veras maldito.
A veces el futuro es una noche sola
y uno gasta la urgencia en llegar y dormirse.

4. Mi pozo

La soledad es una paz oscura
una suerte de luto sin orgullo
una tranquila sumisión

un pozo
la soledad es uno mismo
sin compasión y con vergüenza
pero también es una dulce
lengua
para hablar con los monstruos
de la noche
y quedarse como siempre
perplejo.

A veces
cuando el amor se ajena
o los amigos van quedando inmóviles
o el tacto y la conciencia recomponen
las averías de lo inefable
suelo ponerme mi soledad
y nadie
reconoce ese luto sin orgullo
ese decir lo mismo hasta el cansancio
esa tranquila sumisión
mi pozo.

5. Ruidos secundarios

Me hago el honor de resignarme
sólo esta noche
como descanso
mañana temprano abriré los ojos
seré otra vez valiente y ordinario
rebelde con las manos en los bolsillos
eterno con la muerte en el ojal
sólo esta noche en que no hay luna
creerme que voy
creerme que vengo
creer que mi corazón ya no podrá jamás
aumentar de tamaño y de nostalgias
sólo esta noche
por favor

por piedad
sentirme vencido
humilde
devastado
hecho y deshecho con desechos de Dios
puesto a soñar sin vistobueno
dado a mentir sin esperanza
pero sabiendo que se trata
sólo de esta noche estéril y única
mañana a las siete abriré los ojos
y otra vez pondré el hombro sin quejarme
y escucharé el estruendo universal
sin que me engañen ruidos secundarios.

ÍNDICE

POEMAS DE LA OFICINA 1953-1956

Sueldo	9
Ellos	10
El nuevo	11
Verano	13
Cuenta corriente	14
Aguinaldo	15
Lunes	16
Directorio	17
Cosas de uno	19
Kindergarten	20
Dactilógrafo	21
Hermano	23
Después	24
Oración	25
Elegía extra	26
Comisión	28
Angelus	30
Amor, de tarde	31
Oh	32
Licencia	34

POEMAS DEL HOYPORHOY 1958-1961

La crisis	41
Monstruos	43
Editorial	44
Los pitucos	45
Ese voto	48
Interview	49
Vuelo 202	52
Cumpleaños en Manhattan	53